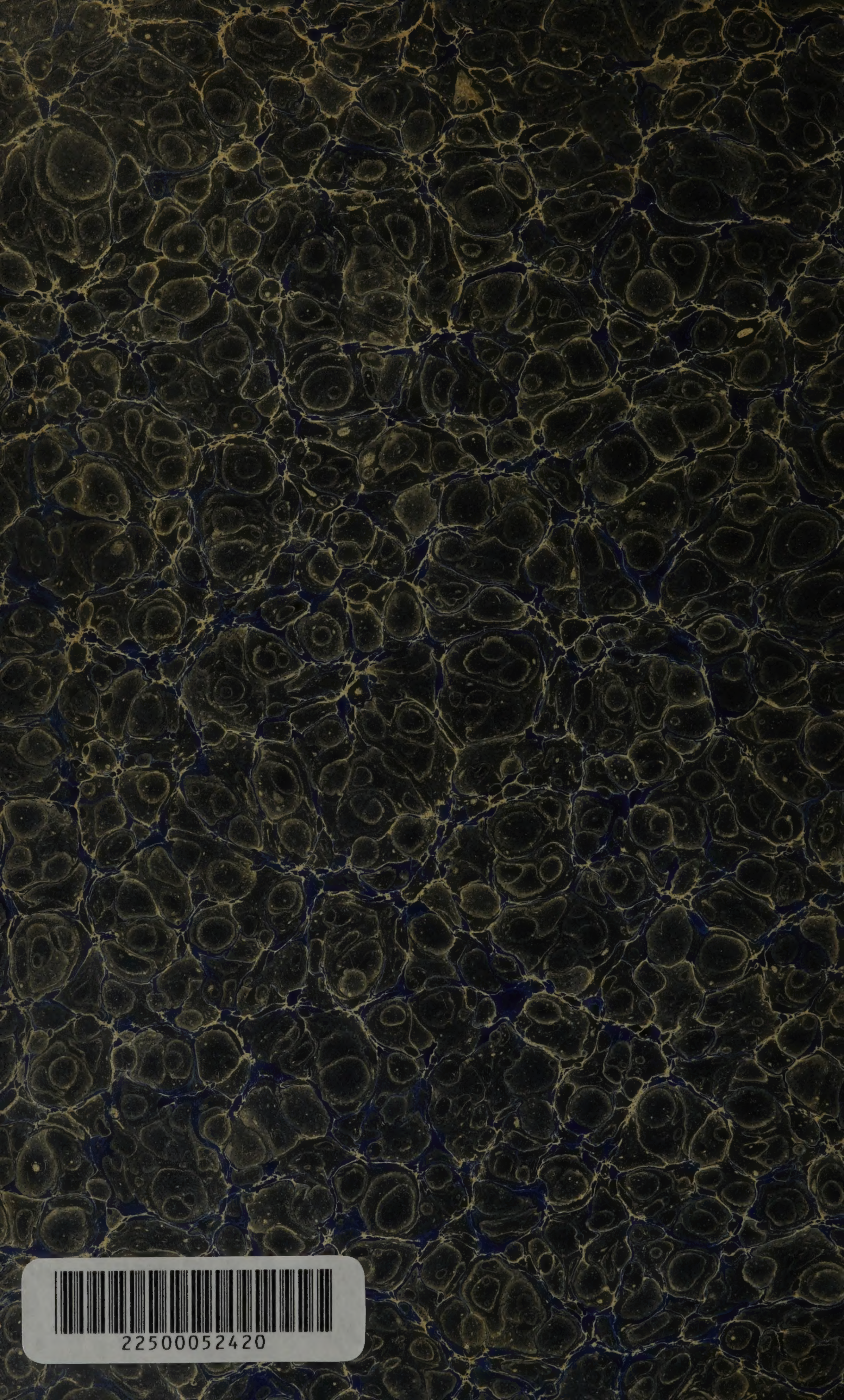
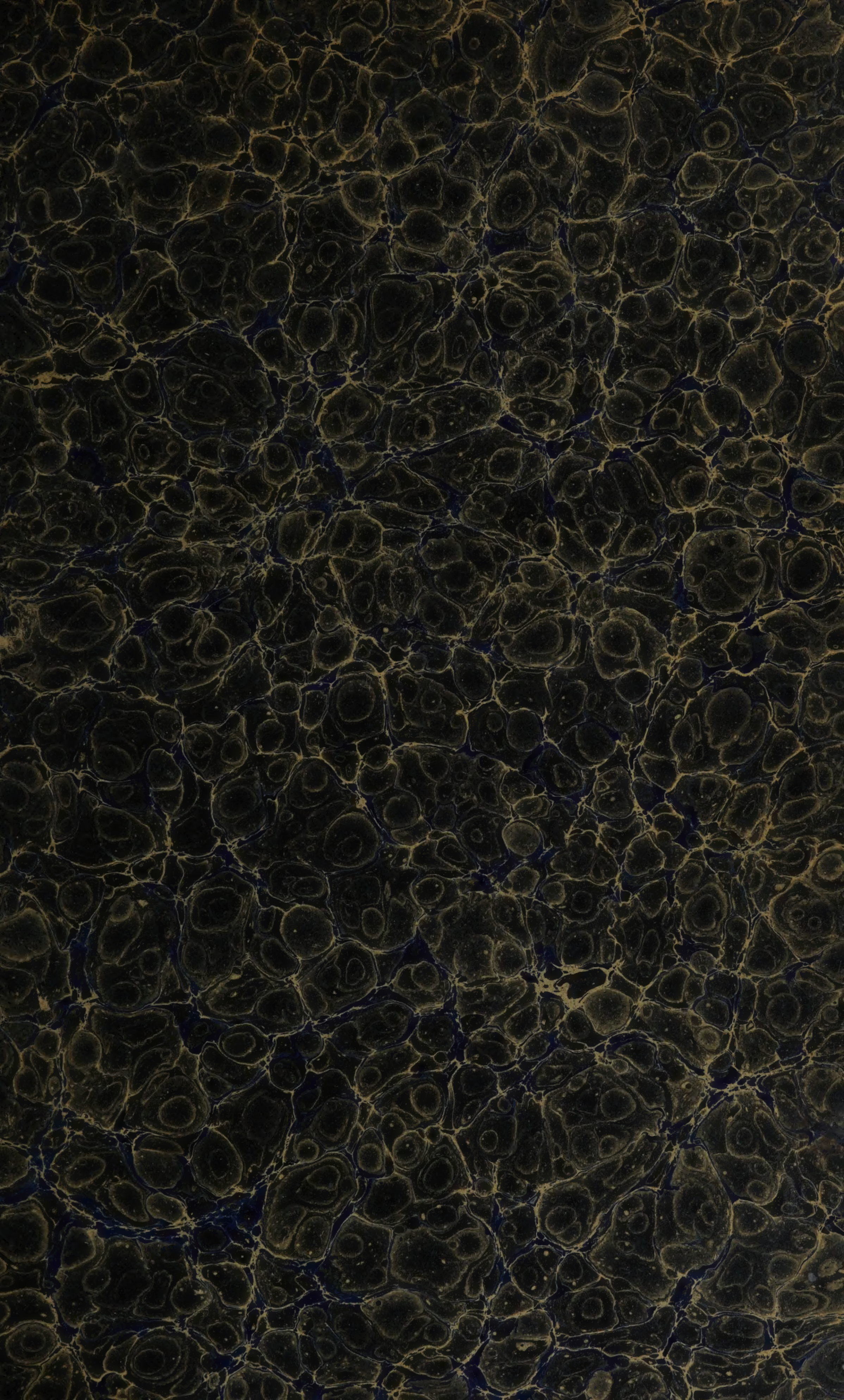



22500052420



LA MEDICINA CIENTIFICA.

LA MEDICINA CIENTIFICA

BASADA

EN LA FISIOLOGIA Y EN LA EXPERIMENTACION CLINICA.

DIRECTOR Y EDITOR,

DR. FERNANDO MALANCO.

REDACTORES:

DOCTORES,

JUAN F. FENELON, JUAN D. CAMPUZANO Y FRANCISCO ALVAREZ.

☞ TODOS LOS MÉDICOS TIENEN DERECHO Á HACER USO DE LAS COLUMNAS DE ESTE PERIÓDICO. ☜

Liberté entière de discussion, mais sincère et curtoise, ayant alors, pour seules limites, le respect des autres et de soi même.
LABOULBENE

TOMO I.

MÉXICO
IMPRENTA DEL GOBIERNO, EN EL EX-ARZOBISPADO
Dirigida por Sabás A. y Munguía.

1888

TOMO I. ENTREGA 1ª 1º DE ENERO DE 1888.

LA MEDICINA CIENTIFICA.

Director y editor, DR. FERNANDO MALANCO.

NUESTRO PROGRAMA.

Adoptamos para *La Medicina Científica* el siguiente lema de Laboulbène: *Liberté entière de discusión, mais sincère et courtoise, ayant alors pour seules limites, le respect des autres et de soi même;* y lo adoptamos porque en sus frases compila perfectamente, es la fórmula, la síntesis, del programa que desarrollará nuestro quincenario, y que acataremos de corazón en todos los escritos que en sus columnas aparezcan.

La libertad absoluta de debate es más que útil, necesarísima, cuando los problemas que deben resolverse, afectan intereses tan graves como los que tratará un periódico especialmente médico que, como el nuestro, comprende su misión; devolver la salud al que la perdió y conservarla á todo trance, y por ende cooperar al progreso de las razas, y al vigor y virtud de los pueblos.

Del conflicto de las inteligencias, del choque de las ideas, del calor de las discusiones, siempre ha surgido y surgirá siempre luz vívida, capaz hasta de alumbrar misterios del organismo, hasta de desvanecer sombras en rutas difícilmente accesibles de diágnosis y tratamiento de las enfermedades, hasta de dirigir por buen sendero al estado fisiológico normal, *desideratum* que siempre persigue aunque nunca hasta hoy alcanza la humanidad.

La razón pulimentada por el deseo de acierto, revestida por la filosofía y ayudada por el arte, tiene, sobre todo en alas del genio, poder inmenso; ella ha logrado anticipar el estado viril de las generaciones y extender los horizontes de la vida humana; ha podido medir y analizar las tierras del cielo y esclarecer la cuna, la órbita y la muerte de los astros; ha sondeado cuanto nos rodea, llevando el ojo humano, por una parte hasta presenciar la vida de los microbios, las costumbres de las hidras y el nacimiento de las celdillas; por otra, hasta disecar las manchas lechosas del cielo, separar los sistemas planetarios y asistir al concierto de los mundos.

La razón es utilísima cuando para establecer premisas marcha con humildad y tino llevando como báculo á la lógica y cuando deriva corolarios inclinándose respetuosa ante la Experiencia y la Deducción; es decisiva cuando obra serena y tranquila sin que la asuze esperanza de lucro, ni la impela envidia, ni la enlode odio, ni la desnaturalice preocupación; es omnipotente cuando se yergue pura y sencilla de discusiones ingenuas, y cuando se levanta magestuosa del torbellino de los debates para pregonar lo cierto. La razón es el más terrible ariete de la verdad, la palanca más importante de la instrucción, la preciosa lámpara que nos dió Naturaleza para alumbrar el pensamiento; sólo ella y la experiencia son aceptables en los

campos de la nuestra, como de todas las ciencias.

Vamos, pues, á debatir con la razón y con la experiencia, es decir, con los hechos debidamente razonados. La lógica será nuestro escudo, nuestro móvil y nuestro recurso; deseamos disipar tinieblas, en donde quiera que en nuestro arte el raciocinio tal objeto pueda conseguir; queremos, que nuestros compañeros utilicen en favor de sus clientes todos los adelantos que la ciencia contemporánea va depurando; ambicionamos dar sobre todo á los médicos de México bases estrictamente filosóficas de donde deriven en sus apreciaciones profesionales, datos que enriquezcan sus tratamientos, y manera de revelar su propio progreso; y nos proponemos demostrar á los enfermos, que hay una terapéutica racional, una ciencia que cuida y vela por ellos y que si no siempre puede sanarlos porque no siempre llega á tiempo, sí siempre, puede aliviarlos y consolar sus sufrimientos.

Y para que nuestras discusiones sean fructuosas, sobre todo al rebatir un error, haremos que las palabras que fotografíen los raciocinios empleados, sean atentas y corteses; profesamos que en los debates los adversarios no son enemigos sino obreros del saber y de la instrucción; sabemos que de los más tremendos ataques del raciocinio brota luz y de los más terribles derrumbamientos que causa la lógica, surgen preciosos elementos para el adelanto y para el progreso humanos; estamos íntimamente persuadidos de que la dureza de la verdad en muchas ocasiones punza y no corrige, de que la falta de respeto de la razón casi siempre ofende y no convence y de que el azote de la filosofía es con frecuencia contundente y no persuasivo; sabemos porque la experiencia nos lo ha enseñado, que se oye de otro modo lo cierto cuando á la vez que franco es consultivo y áfable, cuando reflexiona y no golpea; nos consta que el amor propio es muy susceptible, que gusta de que lo corrijan sin humillarlo y que se subleva é irrita contra todo lo que es, ó se parece á la injuria, volviendo sobre sus pasos con la suavidad y la templanza.

¿Cuáles son los linderos de una discusión razonada? En nuestro concepto el respeto mutuo, la recíproca consideración; envilecer ó deprimir cuando se discute, es envilecerse ó deprimirse á sí mismo; para luchar con fruto es preciso que los adversarios estén en igual terreno; no se saca provecho para la ciencia donde se blande el denuesto ó se prodiga la injuria.

"La Medicina Científica," á pesar de su carácter militante, será una publicación en que haremos prácticas todas las ideas anteriores que como credo cordial profesamos; nos asiste singular empeño de que este periódico venga á ocupar por la mesura y reposo compatibles con la importancia que nos proponemos dar á sus páginas, lugar preeminente en la prensa médica de la República, y por tanto las cuestiones relativas que trate, serán formuladas con intachable buena fe y respeto. Para nosotros no existirán personas sino prácticas, ni maestros sino doctrinas; si á alguien nombramos será siempre con finura y consideración. El objeto principal de "La Medicina Cien-

tífica" es debatir y no herir, y los hechos acreditarán que ni un ápice nos separamos de nuestro propósito. Cuando se nos injurie callaremos; si se razona, ó haremos oir los motivos que funden nuestro desacuerdo; ó con franqueza, confesaremos nuestros errores.

Nuestro periódico será campeón, nunca biógrafo de las personalidades de los médicos, y censor razonable de sus prácticas ú opiniones nunca criticastro de su conducta; no tenemos ni queremos tener enemigos y bien al contrario, sintiendo cuanto falta la unión entre los médicos de México, á conseguirla se encarrilarán nuestros esfuerzos y á obtenerla nuestros afanes.

La Redaccion.

FALSA Y VERDADERA MEDICINA.

To be or not to be

Shakspeare.

No es propiamente médico, el que ha concluído sus estudios profesionales y sabe á maravilla, por donde surcan los vasos, y se extienden los músculos, y se guardan los ganglios, y se aposentan los órganos y se destejen los nervios; ni el que conoce como bombea el corazón, y secreta el hígado, y filtra el riñón, y digiere el estómago, y entiende el cerebro; no es propiamente médico, el que diagnostica con precisión una enfermedad, y señala su causa, ni el que marca el sendero y anticipa las peripecias de las afecciones morbosas, ni el que profetiza el desenlace de un padecimiento orgánico y augura las alteraciones anatomopatológicas que á su tiempo evidenciará el escalpelo; no es propiamente médico, ni aun el que posee y aduna todos los conocimientos enunciados, y con sentido exquisito, con intuición admirable sigue á las enfermedades desde que nacen, y las penetra, y las comprende hasta en sus más pequeños y al parecer insignificantes detalles; el médico que así debe llamarse es el que sabe calmar un organismo agitado; el que se adueña de la situación que debe remediar, imponiéndole su voluntad; el que triunfa, por responder con defensa eficaz, á la brusquedad del ataque morboso; el que previsor evita la insurrección de los órganos, el asedio de los sistemas y la traición ó tolerancia de los tegidos; el que supo enseñorearse del organismo enfermo; el que si es llamado á tiempo, se adelanta con su tratamiento al diagnóstico, no dejando que el mal se instale, ó en caso opuesto le disputa victoriosamente su mansión; el que gana tiempo sobre la enfermedad, impidiéndole con férreo brazo que pase al período orgánico; el que haciendo de su profesión, no un oficio, sino un grato deber de convicción, de humanidad y de ciencia, no permite que el mal, por sólo no quedarse sin bautismo, entre allí, donde toda previsión sobre su término, es aventurada; el que mejor y más pronto cura; el que cuanto antes vuelve la salud al que deplora su pérdida.

La medicina es instituída para curar; curar es su objetivo, y sólo cumple su misión curando.

Conocer una enfermedad, fotografiarla, hacer su genealogía y señalar su camino, es conocer al enemigo, datando desde su origen y antecedentes, y seguirlo en sus rutas, y en sus posas, y en sus campamentos, pero no es derrotarlo ni vencerlo. Y ver en la necropsia las alteraciones de los parenquimas, los cambios en los vasos, los desastres en los centros nerviosos, es asistir á los efectos de un siniestro, á las ruinas de un edificio, á los despojos de una organización; allí están patentes los estragos que ocasionó el agente morboso á su paso, las cenizas de los órganos tomados, los restos de los elementos destruidos, las barreras por el invasor levantadas, y los lugares donde asentó sus tiendas, y los sitios donde se cebó su crueldad.

El diagnóstico enseña al enemigo que hizo ya presa en la organización, que está dentro de ella, tomando cuarteles, atacando con ventaja las plazas, interviniendo la administración económica; la anatomia patológica, es un comprobante de impotencia, una certificación de incapacidad, una prueba perentoria de que no se pudo, de que no se quiso, ó de que no se supo obrar.

El diagnóstico ostenta al enemigo después de que libró las primeras campañas, envalentonado y pretencioso; la anotomía patológica demuestra sus victorias, y enseña sus trofeos y sus no vencidos estandartes.

El diagnóstico presenta á la organización después de sus primeras convulsiones, después de sus primitivos estremecimientos, cuando ya el agente morbífico penetró en su recinto; la anatomía patológica enseña al organismo en ruinas, á las celdillas, perseguidas por los agentes químicos, á los telégrafos nerviosos mudos, al proveedor general inútil, al fuego de la vida extinguido, á los órganos desplomados é inertes.

Antes del diagnóstico, cuando sólo hay Fisiología, y ni asoma la Anatomía patológica, el médico es un Anteo que puede mucho, que puede todo lo que quiere si esgrime armas apropiadas y oportunas; después del diagnóstico, cuando ya hay lesiones bien perfiladas, cuando la enfermedad recibió ó esta en capacidad de recibir el bautismo, es un combatiente á quien se ganó la delantera y contra el que pelean tejidos traidores; sobre la plancha del anfiteatro, el médico es un Jeremías que lamenta tremenda pérdida de una organización que le confió la Esperanza y que defendió sin valor y sin pericia, ó un indiferente que por mera curiosidad examina las entrañas del cadáver como el géologo las entrañas de la tierra, ó un necio, que saborea derrotas, sólo porque las auguró su previsión.

Muchas veces el diagnóstico es sólo un nombre que oculta ignorancia, que no se quiere confesar, ó la revelación de un deseo que no se tiene la prudencia de reprimir.

Oigo mucho mentar sobre todo á médicos reputados á la *perniciosa*, que muchos compañeros con algunos años de práctica no hemos topado en México. Enfermos mueren y mueren con rapidez; entonces es una *perniciosa*, la que los mató. La conclusión si no es lógica, tiene al menos la ventaja de no mancillar la reputación médica, que es antes que todo, lo que más importa que se salve.

Varios especialistas, entre nosotros cuando menos, quieren encontrar en cada paciente, según su afecto, quién enfermedades cardiacas, quién lesiones del hígado, quién, otros achaques, de la médula, del cerebro, del estómago ú otra entraña cualquiera, y no transigen con que otra sea la razón del mal; parece que desean que la patología sólo á ellos sirva y sólo á ellos esté á cada momento presentando motivos, para ostentar esa su habilidad conquistada con largos estudios sobre los libros europeos.

Algunos años hace presencié un hecho curioso. Hábil maestro recibió en su sala del Hospital á un paciente enflaquecido que se quejaba de una ansia, que en ocasiones amenazaba asfixiarlo. Se le examinó, interrogó, palpó y percutió quedando establecido este diagnóstico "Abseso hepático" Advierto que aquel enfermo ni bebía licor ni hacía normalmente uso de condimentos ni excitantes; y advierto también que el grupo de estudiantes que en libertad, y después del maestro examinaron al enfermo, no pudieron por mucho que lo querían con toda gana, encontrar abultamiento hepático, ni fluctuación, ni cosa que lo valiera; sólo sí un hundimiento de la caja torácica del lado derecho. Se punciónó el pretendido abseso y nada salió; al día siguiente punción más honda porque la primera no llegó hasta donde acampaba el abseso, nada salió; se colocó un tubo de canalización para que el abseso que indudablemente no estaba á lo largo del trocar, pudiera en su ensanchamiento excentrico tropezar con el túnel abierto y

por allí vaciarse. ¡Vana empresa! pasaron días y nada salió, digo mal, el enfermo salió para el anfiteatro. Se abrieron las cavidades; en la ventral había un hígado tranquilo, que ni siquiera se había enojado por las heridas que se le hicieron sin haber pecado; y en la torácica un pulmón retraido, atrofiado, en cuya persecución habían seguido las costillas del lado correspondiente; todo lo demás en estado anatómico normal. ¿Qué fué aquello? pudiera conjeturarse pero sin mucha esperanza de asertar. En tales casos y en todos, más vale no empeñarse en perseguir la especialidad, haciendo sujetos de todas piezas, ó sólo ceñirse á aquellos, en que verdaderamente, la inquisición serena y humilde, enseña la lesión que se sabe curar.

Aparte la digresión. El diagnóstico, mismo en muchas veces no es punto de mira para el mejor y apropiado tratamiento, sobre todo cuando se pone á todo trance.

Pero no tratemos de ese diagnóstico, sino del verdadero, del nombramiento de la verdadera enfermedad.

Si la ciencia médica emplea el diagnóstico, siempre que desgraciadamente lo necesita, es decir, cuando llega tarde, es sólo para orientarse sobre á quien tiene que combatir y con qué aliados y con qué enemigos tiene que contar; y si utiliza la anatomía patológica es nomás que para alumbrar la anatomía normal, exactamente como utiliza la patología sólo para alumbrar la fisiología y determinar bien la exageración ó el defecto en las funciones orgánicas; porque la medicina debe conocer el estado normal para llevar á los enfermos al estado normal.

Pero diagnosticar una enfermedad no caracteriza al médico, como conocer al enemigo no demuestra al general, como describir el anillo de Saturno y la atmósfera de Venus no revela al astrónomo, como platicar del mar no indica al piloto; y que se hallen en el cadáver lesiones profetizadas, no acusa al facultativo, como no demuestra al general esbozar anticipadamente sus derrotas, ni al astrónomo describir previamente sus errores, ni al piloto indicar preventivamente sus naufragios.

El médico no debe tener más ambición que sanar, más deseo que curar, y esto por inexorable que la enfermedad parezca; en las curaciones, y no en ampulosos discursos, ni en rumbosos y altisonantes diagnósticos, ni en proféticas y certeras deducciones cadavéricas, están todas sus glorias, toda su grandeza, toda su utilidad.

Y sin embargo, verdades como estas tan triviales, no son por los que debieran, bien meditadas, ya no diré conocidas. Maestros de reputación, enseñan á diagnosticar como lo más notable, como lo distintivo, como lo propio del médico y dejan entender que mientras más laborioso es, quitar el disfraz á una enfermedad, y llamarla de modo mas enfático, tanto en la práctica de la Medicina, más fama se obtiene, y entre los compañeros, más respetabilidad se conquista. ¡¡Cuántas veces son llevados á las clínicas los casos más difíciles de diagnosis, para sólo tener motivo de lucir al respecto, vastos y raros conocimientos!! ¡¡Cuántas y cuántas se deja que la perturbación dinámica se acentúe, que esté convenientemente alojada y abrigada, que se aclimate y tome derecho de domicilio: que la enfermedad aparezca robusta, que se dibuje y destaque perfectamente, nomás que para darse el placer de sacar de entre los escombros del organismo, su nombre!!

Yo he oido á algunos clínicos de prestigio, referir con precisión admirable, los antecedentes de un enfermo, y el porqué de su lesión, y las complicaciones de su mal; los he oido exprimir primorosamente y por exclusión la sintomatología, y retratar con elocuencia los destrozos que la curiosidad científica saboreará sobre el cadáver, y los he oido, cuando llegó la hora de instituir un tratamiento propio, cuando se espera que de tanta sabiduría derive magnífico resultado, cuando ya se oye pronunciar, no sólo el *veni vidi*, sino el *veni*, *vidi*, *vinci* de César; cuando ya se presencia al mal, en vergonzosa fuga, flagelado con tanto mejor éxito, cuanto más se conoce ya, su manera de ser y sus mistifi-

caciones y sus caminos; cuando ya se adivina al pobre enfermo, bendiciendo tan útil saber, tan humanitaria intervención, el honorable facultativo, quizá menos persuadido que Santo Tomás Didymo, principia á hablar, no del tratamiento, muy peculiar al caso, sino de los tratamientos clásicos usados, de esos verdaderos lugares comunes del arte médico, rutinas estereotipadas, cuya manera de obrar casi siempre se oculta bajo la misteriosa frase: *especificidad*, ó de medicamentos de alta novedad, propuestos, pero no comprobados, y que indican sólo, que el que los menciona, conoce modernas prácticas, de autores modernos, insertas en muy modernas ediciones, de los libros consagrados por la ciencia médica oficial. En esos tratamientos se olvida que la terapéutica nada tiene de absoluto, y que es exponerse á graves errores, obrar en la creencia opuesta; en esos tratamientos, se reputa á las enfermedades como individuos, que lo mismo están en Juan que en Diego y se trata á la Pulmonía con lo destinado á esa congestiva Señora, á la Tuberculosis, con lo que se decreta contra esa enteca entidad, y á la Fiebre, con lo que se propina contra esa candente matrona; pero en esos tratamientos en suma, nada hay lógico, nada concienzudo, nada persuasivo, nada que indique justa ponderación entre la enfermedad y el remedio, nada ó poco, que el médico formulante, quisiera que aplicaran á él mismo, en parecida oportunidad.

Los discípulos á quienes no se confiesa el vacio que se siente en materia de medicamentos y modo de emplearlos; que admiran modestia donde sienten flogedad y traducen abstracción donde debieran interpretar desengaño, acopian buen número de recetas de preparaciones farmacéuticas y de menjurges magistrales, y, la mayor parte de veces, sin darse cuenta de lo que adquirieran, llenos de ilusiones juveniles y de programas científicos salen verdaderamente á disparar sobre los pacientes, sus medicamentos, haciendo en no pocas ocasiones lo que un ciego que por herir á la enfermedad, contra quien va, hiere al paciente que se propuso defender, pero eso sí, quedan tranquilos porque llenaron el expediente del modo magistral y sobre todo por que la rutina es múy suave y es grato recostarse sobre ella para dormir.

Pasan los años, surgen las dudas, asalta la incertidumbre, sobreviene el desencanto y luego, cuando la cabeza blanquea, se encuentra perdida la confianza en todo y en todos y ya no queda mas que el excepticismo, el desdén por la ciencia, ó su negación. Y no es esto lo peor, sino que, sin la menor creencia se sigue ejerciendo la profesión, no comprendiendo que ir á hacer que se hace, ó lo que es lo mismo cruzarse de brazos, delante de una enfermedad, ni es lógico ni humano, y que si el ejercicio profesional del médico no está fundado en la fe, es el último y el más repugnante de los oficios.

Los maestros que por ser hombres oficiales y para enseñar destinados, no debieran descansar mientras algo útil quede que aprender, para después enseñar; que no tienen derecho á reposar sobre sus lauros, cuando saben que una generación de algunas decenas de médicos beben sus prácticas y doctrinas para después ejercitarlas en millares de vidas, se guarecen en un silencio tusiorista ó en una despreocupación sin nombre, cifrando ellos y enseñando á los discípulos á cifrar sus glorias, allí donde la inducción y no el trabajo puede brillar, en el diagnóstico, dejando en tanto á la preciosa pero difícil y sobre todo azarosa terapeútica en su antigua y apolillada opinión y fama, que sólo de vez en cuando galvanizarán algunas preparaciones de allende los mares que se olvidarán en seguida.

Y el ejemplo es seguido por todos aquellos á quienes no embargó el desaliento y se sigue curando con esfuerzo, con medios casi siempre impotentes, y muchas ocasiones no inofensivos, pero se sigue curando porque para eso se es médico, porque la práctica compromete y es necesario mostrarse aguerrido.

Por lo demás esto pasa y sigue pasando donde quiera que imperan las terapéuticas de antaño; los libros europeos re-

velan la misma desilusión, el propio disgusto, idéntico descontento en todos los lugares donde se tratan las enfermedades por sistemas netamente oficiales.

Amadeo de Latour dice: "La medicina actual ha desviado de su camino natural; perdió de vista su objeto: aliviar y curar. La terapéutica es colocada en último lugar y sin embargo, sin terapéutica el médico no es más que un inútil naturalista que pasa su vida en reconocer, clasificar y dibujar las enfermedades del hombre. La terapéutica es la que eleva y ennoblece nuestro arte." Claudio Bernard opinó, que en el estado actual de la ciencia, no hay terapéutica, y el impetuoso Malgaigne, exclamaba desde lo alto de la tribuna de París: "El empirismo reina en Medicina por falta de doctrinas científicas y de principios en la aplicación del arte."

Es pues un hecho que la terapéutica profesada en las Escuelas Médicas está falseada, que se toman como ciencia médica, conocimientos que si mucho ayudan no son la ciencia de curar.

Ahora bien ¿es verdad que faltan las doctrinas científicas y los principios en la aplicación de los medicamentos de que con justicia se quejaba el gran cirujano francés? ¿ó es que no se quieren conocer, ó que conocidos no se quieren seguir?

Examinemos aunque sea someramente los tres conocidos sistemas de curar: la alopatía, la homeopatía y la dosimetría; veamos si en alguno ó en todos, existe la deficiencia lamentada y ciertamente lamentable, y como ventajoso corolario busquemos cual sea la terapéutica racional, incontrastable, de observación lógica y concienzuda que debemos seguir.

Fernando Malanco.

(Continuará.)

MEDICINA TRADICIONAL
Y
MEDICINA CIENTIFICA.

Extraño y de sentir es, que se puedan distinguir dos sectas en el arte de curar, y sin embargo existen: Por un lado hay médicos quienes se proponen seguir toda su vida los pasos de sus maestros y no salir nunca del carril marcado por la escuela.

Son prudentes, y por lo mismo inspiran confianza, á la vez que tienen á su conciencia muy tranquila: cada vez que se encuentran frente de un caso difícil consultan á su memoria ó á su libro, y, haciendo lo que hubiera hecho el maestro quien les enseñó, ó lo que dice el libro en boga, ó no, duermen después convencidos de haber cumplido con su deber. ¿El enfermo muere ó queda enfemo? ¿Quién tiene la culpa? el libro ó el maestro, ellos no. Si todos hubiéramos hecho lo mismo, nunca habría habido progreso ninguno, ni se podría esperar.

Si la tradición misma siguiera á la ciencia paso á paso, si el arte de curar fuera al nivel de los conocimientos modernos en todos los ramos del saber humano, la medicina tradicional evidentemente no dejaría nada que desear.

Pero quien se atreviera á sostener tal proposición daría prueba de que ignora los progresos del espíritu humano ó se hace grandes ilusiones respecto del estado de la terapéutica clásica.

Los médicos afectos al progreso son los inquietos, verdaderos perturbadores de la tranquilidad para los tradicionalistas: sienten rubor en su frente al ver lo poco estimado que está el arte de curar, en el cual se introducen atrevidos, sin ciencia ni conciencia, confundiéndose con los verdaderos prácticos encanecidos en el estudio.

Sienten el rubor en la frente al comparar la terapéutica clásica con los progresos de las ciencias aplicables al arte de curar, y se sorprenden al convencerse de que la edad viril no ha llegado todavía para la escuela oficial

Esta respetable anciana, parada en las puerilidades de la tradición, emplea fórmulas inventadas hace ya muchos siglos y defiende preparaciones escandalosas por lo complicadas, lo inextricables que son para la química más refinada, fundándose para dar tal ó cual medicamento, no sobre la indicación sensata y racional, sacada de los conocimientos del tiempo, sino sobre la tradición nomás; diciendo: "Los an-

tiguos daban esto, seguiremos dándolo;" aunque la historia médica demuestre cuántos errores cometían los antiguos antes de saber lo necesario para fundar racionalmente el arte de curar.

Los progresistas habiendo perturbado la paz de los tradicionalistas, quienes han formado asociaciones para sostener mutuamente su apego á las ideas añejas, han cosechado la guerra; se les culpa de imprudentes, de atrevidos, de revolucionarios, y se sacrifican su fama y reputación en aras de la diosa rutina.

Con decir: "estos noveles prácticos, emplean puros venenos," se les cierran muchas confianzas.

Es verdad que otros opositores al progreso, pretenden que las medicinas modernas, no siendo repugnantes ni terríficas, son inertes. ¿Quién dirá la verdad? ni unos ni otros.

El público doliente, asustadizo de por sí, teme á los progresistas á la vez porque los creen capaces de envenenar y porque manejan sustancias inertes: lo primero que pierde el que sufre y lo último que recobra es la lógica: *mens sana in corpore sano.*

Tal situación no debe durar indefinidamente; preciso es que se sepa quién cumple con su deber: el médico estudioso, deseoso de curar cada día mejor, ó el tradicionalista á quien poco importa lo imperfecto, lo atrasado del arte, porque queda su conciencia tranquila con pensar que ha aplicado en nuestro siglo el arte tal como lo fué para muchas generaciones pasadas.

Si es cierto que la experiencia en los pacientes debe ser rodeada de la mayor prudencia, no ló es menos que el seguir aplicando medios evidentemente insuficientes para su alivio, nomás porque la tradición los recomienda, es pecar contra el deber médico....

¡Cuántas enfermedades pueden curarse con los medicamentos modernos que antes parecían incurables, por falta de conocer método apropiado! Esto se irá demostrando con observaciones fehacientes.

Para la escuela clásica la enfermedad es un fantasma, entidad que se sobrepone al enfermo: preciso es, al parecer, saber quien es ella para combatirla convenientemente, pero para conocerla se necesita tiempo, y dejar desarrollar una serie de síntomas, los cuales por su marcha y acumulación, ponen al práctico en el caso de decir con más ó menos probabilidad "ya hice mi diagnóstico, ya se con quien tengo que tratar:" compensación lamentable á esta pueril satisfaccion; entonces, muchas veces será tarde, para instituir el tratamiento útil!

Natural era creer que, en efecto, la ciencia oficial moderna tenga para cada enfermedad conocida un remedio comprobado, Desgraciadamente no es así: es el ideal, no la realidad.

En la Academia de medicina de México dos veces se ha discutido con prolijidad el tratamiento del tifo, enfermedad que todos los prácticos llegan á conocer bien en la capital de la República, por tener tantas ocasiones de observarla.

Sin embargo, las dos veces la conclusión fué que el tratamiento sintomático es el único fundado en razón.

Entonces ¿de qué sirve esperar que el paciente esté agobiado con todos los síntomas del tifo, si una vez reunidos estos, no se hace más, de lo que con mucho mayor provecho se hubiera podido hacer desde el primer síntoma que se presentara.

¿Qué importa hacer ese decantado diagnóstico, si después de hecho se seguirá persiguiendo no más los síntomas que vaya habiendo, y esto es así porque la lógica se impone hasta á los esclavos de la rutina? El tifo no es siempre el mismo, las circunstancias del paciente modifican la marcha de la enfermedad y no es realmente combatir al tifo que debe el médico, sino defender al paciente contra su enfermedad, sea tifo ú otra; importa mucho más conocer y atender, al enfermo que á la enfermedad.

Evidentemente mientras más temprano llegue el auxilio más eficaz será: Entre la salud y la enfermedad raras veces el paso es brusco, sobre todo cuando se trata de afección infecciósa.

La vida está armada para defenderse;



al primer ataque suele responder con éxito, pero cuando los ataques se repiten se debilita y si no se auxilia acaba por confesarse vencida; entonces es cuando la enfermedad domina al sujeto.

Los partidarios de la antigua escuela atrincherados tras de sus autores, no disimulan su poco entusiasmo para aplicar los medios proporcionados por la terapéutica oficial; ¡cuán pocos médicos antiguos conservan su fe en el arte hasta el fin de su vida ó de su práctica!

Además del pretexto que tienen de necesitar un diagnóstico completo para empezar el tratamiento, hay otro escrúpulo: sus medios son infieles, repugnantes, aun peligrosos, y les parece que menos los emplearan, más prudentes serán.

Les parece que para aplicar medicinas infieles, desagradables y peligrosas, es necesario que el mal sea insoportable y ya ponga en peligro la vida; sin eso se quedarían dudando de que el enfermo no hubiera sucumbido gracias al empleo de medicamentos más dignos de desconfianza que de fe, ó debido á la enfermedad misma que se trataba de combatir.

Los entusiastas del progreso, al contrario, confiados en sus medios, cuando ya los conocen prácticamente no vacilan en aconsejar su aplicación oportuna tan luego como un síntoma precursor de la enfermedad despierta el temor del paciente.

Así es como, uno de sus contradictores, después de haber leido muchas observaciones de enfermedades detenidas en su primer período, ha podido exclamar con sorpresa diciendo: estos dosímetras casi nunca tienen enfermos graves. Sucederá así siempre, cuando sean en efecto llamados antes del completo desarrollo del mal.

Si la nueva medicina no tuviera más título que este, de ser capaz de llegar oportunamente, porque es menos repugnante, mas fiel, prontamente mejor conocida, seria bastante para preferirla á la terapéutica clásica demasiado tímida al principio, siempre tardía y después temible porque como el oso de la fábula se expone muchas veces á aplastar á la vez la mosca y la cabeza del jardinero, empleando medios demasiado enérgicos y mal medidos, por lo complicado de su composición.

En contra de tan importante razón para admitir á la dosimetría ó cuando menos para estudiar y ensayarla de buena fe ¿qué dicen los contradictores?

Unos ¡que la medicina sintomática no es científica! hemos visto que la academia N. de Medicina de México les ha contestado respecto del tifo; si este no fuera sintomático no tendría razón de ser. Lo que pasa con el tifo pasa con la mayoría de las enfermedades.

Otros acusan á los dosímetras de emplear sustancias ilusorias, diciendo que los gránulos nada contienen: aquí se han analizado por dos químicos y ambos se han cerciorado de que no sólo contienen la sustancia indicada, sino que tal sustancia está bien dosificada; además, cada práctico puede fácilmente comprobar, por el sabor, el olor ó el efecto, la presencia del medicamento en muchos gránulos, no es así para la mayor parte de las preparaciones del Codex.

Otros pretenden que los alcaloides se contrariarán en el organismo: razón de más para darlos separados como hacen los dosímetras, y no unidos como cuando se receta el extracto de opio, olvidando ó ignorando que tal preparación, variable y complexa, contiene en efecto alcaloides que se contrarían al grado de que unas veces dominan unos y otras veces otros, y dan lugar á efectos imposibles de preveer.

Después de argumentos tan débiles, tan fácilmente nulificados, los opositores se han propuesto guardar un prudente silencio.

Prudente en efecto, cuando todo lo que han podido decir en contra les ha salido contraproducente, ¿y quién duda que por hábil que sea el silencio, si tuvieran algún argumento poderoso que producir no lo preferirían al silencio? evidentemente sí.

Pero si es prudente el silencio, por evitar descalabros en la discusión, no es honroso para los catedráticos de las escuelas, porque deben decir la verdad y toda la

verdad sobre el arte de curar á sus discípulos, quienes la esperan saber de su enseñanza.

Si el método nuevo es malo, es preciso evitar que se dejen seducir por él los jovenes prácticos de mañana; si es malo y bueno por partes, es preciso hacerles saber lo que tiene de bueno ó malo, antes de que empiecen á aplicar sus conocimientos médicos.

Si el método es absolutamente malo, es preciso denunciarlo y probar lo peligroso que sea: no se puede negar que es seductor para el práctico concienzudo, porque tiene todo el aspecto de racional y lógico, y para los pacientes porque es menos repugnante y más oportuno que los métodos antiguos.

Tales consideraciones obligan á los Sres. Catedráticos á conocerlo, á juzgarlo, alabarlo ó condenarlo, según merezca alabanza ó desconfianza.

Sin duda ninguna no se han presentado al espíritu de los señores Catedráticos de Terapéutica, pues ciertamente su conciencia les hubiera impuesto la obligación de dilucidar tan importante cuestión.

Si por falta de estar al tanto de los conocimientos modernos dejan de enseñar á sus discípulos un método mediante el cual podrán salvar más existencias; si por otra parte dejan de prevenirles en contra de un método tal vez engañoso permitiéndoles emplearlo cuando se hubiera podido evitar.

Terribles cuentas tendrán que dar al Juez Supremo por tantas generaciones de jovenes médicos que habrán dejado de prevenir ó instruir debidamente.

Al Sr. Catedrático de Terapéutica, con sus dotes y su saber, *noblesse oblige*, corresponde poner fin al cisma y decir cual de las dos sectas es la que debe seguir instruyendo á los jóvenes que nos reemplazarán dentro de poco tiempo.

Poniendo en paralelo lo dudoso y lo seguro, en cada una de ellas se verá cual sea la que esté mejor fundada.

Al efecto la columnas de este periódico quedan abiertas para recibir las observaciones y las opiniones de ambas.

Las personalidades no son nada si se comparan con la importancia del debate. ¿qué importa la elocuencia de Pedro, la habilidad de Pablo, cuando se trata de saber cómo se podrá evitar más separaciones desgarradoras en la familia, mas pérdidas prematuras de ciudadanos útiles para la patria?.

Cuando se trata de servir á la humanidad, conservando lo más posible sus servidores útiles, ahorrando los padecimientos que acortan la vida y la hacen menos provechosa.

Cuando se trata de poner al arte de curar en el lugar que le corresponde como á la más útil, más noble y más bella de las artes, como lo será cuando sepa aprovechar todos los adelantos del espíritu humano en busca de la verdad científica.

La cuestión es de vital importancia, encierra el interés de la humanidad ¿cómo no le había de importar, el saber que hay un método capaz de impedir el desarrollo de las enfermedades cuando se aplica oportunamente?

¿Que se aplica con más precisión, mayor seguridad, mejor éxito que los métodos antiguos?

¿Cómo no le ha de importar el saber si tales aserciones son ciertas ó ilusorias?

Y no se diga que la mayor precisión en los medios curativos, su mayor seguridad, van á hacer al arte de curar más vulgar, poniéndolo al alcance de todos: sería error gravísimo; por precisos y seguros que sean los medios de curar, son activos; por lo mismo, exigen por parte de quienes los aplican, conocimientos proporcionados á su actividad.

Lejos de hacer más vulgar el arte de curar contribuirán á elevarlo por sus mejores éxitos y porque se sabrá que el médico no es ya el espectador de la Terapéutica espectante ni el experimentador á ciegas peleando contra fantasmas en busca de específicos contra cada entidad morbosa, y sí el ministro de la naturaleza armado con instrumentos de-

precisión útiles para ayudarla en su lucha contra los elementos de destrucción.

Para las personas quienes todo lo juzgan á primera vista, la forma granulada establece analogía entre la dosimetría y la homeopatía; pero que tomen gránulos de una y otra y pronto se desengañarán de que nomás en la forma, tienen analogía.

Algunos prácticos se hacen la ilusión de que cuando recetan gránulos de Chanteaud se constituyen dosímetras: otro error, la dosimetría no está en la fórmula ni en el nombre del que fabricó los gránulos.

Está en el concepto fecundísimo de su venerable fundador quién después de una carrera brillante como práctico y profesor, iluminado con su espíritu de observación no común y una facultad creadora admirable, puso las bases del nuevo método.

Indicó en el título mismo el pensamiento que quiso hacer práctico: medida en la dosis.

El vulgo y en medicina muchos pertenecen al vulgo, aunque no lo debieran; el vulgo cree que hay venenos y alimentos, cosas útiles y dañosas, y cuando ha dicho: "esto es bueno" cree que se puede tomar sin cuenta ni medida; "esto es malo" cree que en toda proporción será malo.

La dosimetría es antes que todo una protesta en contra de tan temible error: lo mejor se vuelve malo con el exceso, y lo peor se vuelve útil con la medida y la oportunidad.

La naturaleza nos brinda sustancias activas, capaces de reanimar la vida cuando se dan en proporción prudente.

Desgraciadamente, al descubrirlas y experimentarlas, llamó la atención su energía temible; los criminales la aprovecharon y quedaron conocidas como venenos incapaces de servir para nada bueno.

La escuela antigua los daba porque algo había de dar que satisfaciera su imaginación á lo menos, pero los daba envueltos, disimulados y en proporciones que el mismo práctico ignoraba, revueltos entre sí de un modo variable según la calidad de la preparación usada.

El Profesor Burggraeve quiso poner fin á esa práctica oscura, dudosa, casual, vergonzante, y dijo: "la ciencia esta bastante desarrollada para conocer á las sustancias activas y sus indicaciones; sepamos lo que queremos hacer, lo haremos como hombres científicos," y creó la dosimetría.

El paciente sufre: tenemos á la morfina para calmarlo, se la daremos pura y de modo que sea pronto absorvida y pronto eliminada. No es posible saber cuanto necesitaría para su alivio, en consecuencia le daremos poca á la vez y repetidas veces hasta llegar al efecto: una vez se conseguirá con corta cantidad, otras veces no, por lo mismo la medida es tan necesaria y se puede poner en manos del mismo paciente.

Este paciente arde en calentura; sabemos que tales y cuales sustancias impiden el acaloramiento, las daremos en cortas proporciones hasta moderar las experiencias. La medicina clásica, rodeada con lo antiguo, conservando todavía mucho de prestigio de lo los oráculos paganos, habla más á la imaginación que á la razón y al organismo, pretende tener fórmulas sagradas que se deben dar y tomar con fe, sin que la razón impía se permita preguntar ¿por qué? pretende poder fijar dosis mínimas y máximas: las organizaciones para cuales no convengan están fuera de la ley, *minimis non curat pretor.*

La medicina científica, más sincera, más modesta, y preocupada de cumplir con su misión, confiesa que no posee secretos ni fórmulas consagradas, busca la sencillez y la claridad en sus procedimientos siempre al alcance de la razón.

Se preocupa antes que todo de tener armas fieles, capaces de proporcionar efectos bien medidos á las indicaciones exigidas por cada sujeto: los estudia, y como los efectos buscados son fáciles de comprobar, cada día enseña el mejor empleo de sus armas de precisión contribuyendo al progreso del arte de un modo admirable.

El dosímetra lejos de echar la responsabilidad de sus desastres á los autores ó maestros de los siglos pasados, la

acepta entera: cuando más se puede disculpar muy á menudo por haber sido llamado tarde.

Si este paralelo es inexacto esperamos lo demuestren quienes puedan porque es ya tiempo de saberlo.

J. F. Fenelon.

LA QUINA
Y LA MEDICACIÓN PALÚDICA.

Bacteriología y especificidad.

"La Escuela dosimétrica no reconoce la especificidad de los remedios.

Dr. Van Renterghem.

La quinina es un precioso alcaloide: por esto es útil defenderla contra los amigos indiscretos. ¿Pero esta bondadosa quinina va á ser una panacea? Sería esto tanto como aspirar á hacerla descender del rango honroso y distinguido que ocupa en la materia médica.

La quinina en la Escuela.

En el momento en que su acción, útil contra la fiebre intermitente, ha sido bien establecida, se la ha proclamado, se la ha consagrado *específico* del miasma palúdico. Y hoy, acaso más que nunca, todos se inclinan ante esta corona. ¡Qué digo! No hay médico conocido como buen clásico que se atreva á elevar una duda sobre su legitimidad.

Estos médicos ortodoxos están tan poco habituados á manejar buenos medicamentos, que sólo así se explican los motivos de esta grande admiración....

Pero no sólo la quinina es para ellos el específico del miasma palúdico, sino también el del miasma tífico. El Dr. Pecholier, agregado de la Facultad de Montpelier, es quien le traza esta nueva corona, que requiere por ella este nuevo reinado. No es este sólo un homenaje ciego; es algo más que por cortesía no hemos de indicar.

Ciertamente que la quinina, un excelente remedio en los diversos estados febriles: el intermitente, el continuo, el tífico, etc., puede procurar brillantes resultados, sobre todo en los niños, y cuando se sirve de ella con arte, de manera que se obtengan todos los beneficios que puede dar. Pero, ¿es necesario para esto extraviarse en una teoría falsa, la de la especificidad, que no es propia más que para hacer desviar la terapéutica fuera de la sana interpretación de los hechos y de la prática acertada?

Idea de la especificidad terapéutica.

La palabra especificidad es en terapéutica interna uno de esos términos vages en donde triunfa el artificio, lo convenido; en donde se dan cita la duda, la esperanza, la ceguera voluntaria, la utopía que se impone y, en fin, una cierta satisfacción del espíritu.

El específico es el remedio que cura por sí solo una enfermedad; por la simple razón de que es el.. el específico de esta enfermedad.

¿Cómo obra? En otros tiempos se relacionaba con la naturaleza. Hoy habiendo inundado el campo de la ciencia la bacteriología, se ha encontrado cómodo decir que mata el microbio, es decir el agente especial de la enfermedad.

Véase cómo los específicos han venido á ser antisépticos.

De las diferentes antisepsias.

Encontrar "el antiséptico de cada microbio" é inundar el organismo de este antiséptico específico: he aquí la aspiración, la ambición única de los médicos de laboratorio y de los prácticos que arrastran á su vez.

Reducida á estos términos, la medicina se hace muy simple; pero, ¿qué viene á ser la terapéutica? La terapéutica de las enfermedades internas viene á ser en realidad un tanteo indefinido y siempre engañador.

No se puede en esta via encontrar el medio curativo, porque contentándose con matar los microbios, no se remedian con esto los desórdenes ya producidos y que han venido á ser por sí mismos un origen morboso.

Y no se matará tampoco este microbio, porque una cosa es la antisepsia exterior y otra la antisepsia interior ó—como se podría llamar—intersticial.

¿Qué vemos, en efecto?

En un local, un agente antiséptico en cantidad suficiente, mata un microbio, y no tiene otra cosa que hacer más que matar el microbio. En la superficie de la piel, el acaro es muerto por el azufre que le asfixia, como la emanación de una solfatara haria con un vertebrado. En el estómago ó en el intestino, las lombrices son envenedadas por la santonina, como las ratas por las bolitas de arsénico.

Pero que el parásito penetre en los tejidos, y entonces escapa á los agentes químicos de la materia médica, como las triquinas en los músculos, los equinocos en el hígado, etc. . . .

Sucede lo mismo con los microbios los cuales no estan sólo en los vasos, sino en todas partes, en los intersticios anatómicos de los tejidos, y son capaces de resistir á los agentes químicos, no sólo también como los microbios, sino aún mejor que nuestras propias células constitutivas.

Esto ha hecho decir, con conocimiento de la realidad de las cosas, que antes de matar al microbio, se peligra de matar al enfermo.

TENDENCIA ACTUAL DE LA TERAPEUTICA.

La clínica ha venido á ser tan pequeña cosa, al lado de la turbulenta medicina experimental, que no se ocupa ya del individuo; se quiere ante todo coger el cuerpo del delito, satisfacción de ordinario puramente platónica. Pretendemos la gloria de ser micrógrafos, y olvidamos cada día más que somos médicos.

Hace veinte años Gubler escribía esto: "El sulfato de quinina es, *por así decir* específico contra la fiebre intermitente palustre, estacionaria, ó de cualquier otro origen, con tal que sea franca y exenta de complicaciones orgánicas."

No afirmaba, pues, nada y pensaba en el enfermo. Era decir: "El sulfato de quinina cura, *por así decir*, seguramente los casos ligeros de fiebre; restablece el equilibrio fisiológico cuando este no está demasiado profundamente perturbado."

Tal era entonces el lenguaje de un práctico. Pero desde que la bacteriología es soberana, ¿qué importan todas las complicaciones? No hay ya más que un microbio y un antiséptico; mezclar *secundum artem*, y el enfermo está curado.

Desgraciadamente no sucede así.

ANTISEPSIA INTERNA POR EL MERCURIO.

No sucede así en clínica, y el más sencillo razonamiento demuestra por qué los hechos de antisepsia interna ó intersticial se sustraerán siempre.

En suma, la vida es una, y el más simple bastoncillo, el ser infinitamente pequeño, tiene los mismos antagonistas que los organismos mas desarrollados. Con mayor razón las diferentes especies de bastoncillos y de vírgulas animadas requieren distintos antisépticos. Se concibe cuantas diferencias secundarias habrá en la antisepsia; se comprende que habrá más afinidad entre tal antiséptico y tal microbio; pero todos los microbios son iguales ante una antisepsia enérgica ó ante los mejores antisépticos.

Desde entonces se pregunta porque se buscan sin tregua nuevos antisépticos desde que se tiene el mercurio, es decir el verdadero rey de los antisépticos químicos en vaso cerrado.

Y si se pudiesen matar los fermentos ó miasmas en la intimidad de los tejidos como en un tubo de cristal, ¡qué comodidad, qué inlifabilidad de acción! No se comprendería verdaderamente que el médico, y aun el enfermo, no estuviesen en posesión, desde hace ya siglos, del medio de extinguir todas las enfermedades infecciosas.

Por otra parte, ¿no se ha intentado esto mucho antes de la bacteriología? Lamentable concepción, que ha contribuido grandemente á lanzar el descrédito sobre la medicina, y que se ha continuado, por tanto, durante muchas generaciones médicas. Se veía entonces la saturación del medicamento llevada tan lejos, que el enfermo caía en ruinas y acababa por sucum-

bir, cuando la materia infectante subsistía aún.

Estos fracasos legendarios del mercurialismo prueban—y no se piensa bastante en ellos—que el agente antiséptico no acierta á destruir por contacto directo los elementos deletéreos que han invadido el organismo. Desde hace, pues, largo tiempo, podríamos habernos fijado y considerar como poca cosa, sino por nada, en el interior del organismo, la acción antiséptica propiamente dicha.

Pero no es esta la tendencia actual, sino la contrária.

ANTISEPSIA ESPECIAL.

La antisepsia interna es reverenciada hoy hasta tal punto, que nunca se la considera errónea.

Sus ciegos partidarios, para explicar sus tenaces fracasos, dan una explicación de una sencillez que provocaría la risa si el asunto no fuese por sí bastante grave. Dicen: "No hay antisepsia absoluta, no hay más que antisépticos que se dirigen á tal ó cual germen." Y como deben reconocer al punto que no hay todavía más que antisépticos probables, y por tanto mucho menos que ciertos, contra tal ó cual germen, creen haber salvado el principio reservando el porvenir.

Pero se puede siempre reservar el porvenir sin que esto pruebe que se debe contar con el presente.

Más proclamáis la quinina como antiséptico del miasma palúdico, y aun del miasma tífico, y sólo conocéis aún imperfectamente estos miasmas. El bacilo de ayer desaparece ante el bacilo de hoy, que á su vez está destinado á ceder su plaza al de mañana, y os atrevéis á hacer prevalecer el principio de la antisepsia especial, que aun no está demostrada, y que probablemente no lo estará jamás.

¿No teníamos bastante razón al decir ahora que la palabra especificidad encierra ordinariamente, entre otras incertidumbres, una ceguera voluntaria, una utopía que se impone?

Pero la bacteriología ahorra á la clínica muchas otras retractaciones, muchos otros saltos peligrosos, ejecutados sobre una cuerda frágil, que está representada por el vibrante y delicado organismo del enfermo.

Hoy ya se pregunta si el agente de la enfermedad séptica es un microbio cualquiera ó es más bien la secreción del cuerpo muerto de ese microbio.

¿Se está aún seguro de que el microbio sea en todas partes el origen de la enfermedad? ¿No es, por el contrario, muchas veces una consecuencia, por ejemplo, en estos estados patológicos en que la enfermedad está manifiestamente bajo la influencia de las ptomainas orgánicas? El microbio está allí también, puesto que está en todas partes; pero la auto-infición no depende de él; tal es la fiebre.

Tales son también muchos otros estados patológicos infecciosos.

Pero, puesto que no se conoce aún bien el microbio, aún se conoce menos bien su vida, su evolución propia, su proliferación (en el organismo, bien entendido, y no en un cultivo de laboratorio). Estas bases de la bacteriología son, por tanto, esenciales al clínico, porque teniendo á su disposición el mejor anti-séptico, el anti-séptico especial que sueñe, ¿á qué conduce bombardear la economía, si el solo enemigo que se ha de combatir ha desaparecido, si su evolución natural ha terminado ya?

Así, pues, la antisepsia especial, esta soberbia conquista....futura de la micrografía, no está aún verdaderamente dispuesta para la parada, y si ella no quiere exponerse á ser silbada por el implacable buen sentido popular, hará prudentemente bien en esperar aún en el cuartel.

Sin embargo, dejémosla agitar difícilmente sus cascabeles; desde el momento en que no nos puede engañar, nada tenemos que temer. Es el fantasma de una verdad que intenta nacer, y que sin duda desaparecerá sin haber vivido jamás.

Digamos en su obsequio que su espejismo sirve para despertar de su letargo al médico espectante. No se mata al microbio, pero se medica; es un paso hacia adelante para llegar más tarde á discernir bien los buenos medicamentos y á aprender la manera de manejarlos. El médico

debe ser como el labrador del fabulista, que legaba á sus hijos su campo para su vuelta, y su pretendido tesoro por descubrir. "Tomaos la pena de trabajar, esto es lo que menos engaña."

OBJETIVO REAL DE LA TERAPEUTICA.

Pero supongamos por imposible que la antisepsia *absoluta ó especial* de los órganos internos se realizase completamente y que viniese á ser tan perfecta como exige su principio, ¿qué podríamos esperar de ella? Si no se ejerce en el período inicial de las enfermedades, no podrá pretender jamás más que un débil papel en el mecanismo de la curación de un enfermo.

DR. GOYARD.

Continuará.)

VARIEDADES.

ASERRIN DE MADERA.—Thomás declara que el aserrín de madera bien limpio y sin fragmentos angulosos ó agudos es un excelente tópico para curaciones. Puede emplearse según las circunstancias, seco ó humedecido previamente, con líquidos antesepticos; en caso de fractura con herida presta magníficos servicios porque á la vez que absorve los líquidos pútridos acogina é inmoviliza la parte herida.

El aserrín tiene gran poder absorvente y puede usarse con ventaja en toda clase de heridas.

VEGIGATORIO DE HIDRATO DE CLORAL. —Un pedazo de tela emplástica previamente calentada, se salpica de una capa de hidrato de cloral; por el enfriamiento la capa de cloral queda adherida.

Aplicado este vegigatorio sobre la piel produce rápida rubefacción con ligerísimo dolor. Después de diez á quince minutos, el enfermo siente comezón y ardor, el exhudado está formado. Prolongando la aplicación se forma una escara en la piel.

Este vegigatorio provoca fenómenos, reflejos durables.

BUENA POMADA.—Diez gramos de lanolina con diez centígramos de precipitado rojo.

Frotando con esta pomada el borde del párpado se hace abortar la perrilla y haciendo fricciones que duren tres ó cuatro minutos, cuando más, abortan también enormes diviesos y se curan barros inveterados.

DOLOR DE MUELAS.—El Doctor Popoff recomienda para curar prontamente el dolor de muelas, hacer enjuagatorios, sostenidos por algunos minutos en la boca, de solución de permanganato de potasa, al veinte por ciento.

LOS HOSPITALES DE LA CAPITAL—Leimos no ha mucho dias, en algùn colega político de la capital, un artículo que tratando de fotografiar el mal servicio de los hospitales de México, hace recaer la culpabilidad de él sobre los encargados directamente de la asistencia de los enfermos, deduciendo que hacen falta las hermanas de la Caridad en esos establecimientos.

Creemos que el periódico citado adquirió datos apasionados para sacar partido, en consonancia con su deseo, pero no es cierto lo que asevera; en la generalidad las enfermeras de las salas de los hospitales, llamadas "mayoras," son personas de cierta educación que sólo sirven por necesidad, y tan cumplidamente como lo permiten los elementos que se les dán.

Su caridad y su abnegación pueden ser apreciadas por quien quiera visitar uno de esos establecimientos, y á ello invitamos al mal informado colega.

Hay mucho es verdad que debe corregirse en esos planteles, y ya lo indicará nuestro periódico, cuando á su tiempo de ellos se ocupe; por hoy se limita á defender á esas señoras á quienes sin justicia se ha tratado de denigrar.

CURACION INSTANTANEA DE LA TOS FERINA.—Hace unos meses, que la prensa médica europea, viene ocupándose de la desinfección por el ácido sulfuroso, de los medios que rodean á los niños, atacados de Tos ferina, como tratamiento eficaz de esa enfermedad. M. Mohn cita varios hechos que demuestran el orígen parasitario de la antes dicha afección; compréndese así perfectamente que los vapores del ácido sulfuroso hayan tenido una acción curativa, cuando fallaron otros tratamientos.

El recurso se aplica tan sencilla como económicamente. En el cuarto que sirve

de dormitorio al enfermito, previamente sacado éste, se cuelga la ropa que sirve para su uso; se queman 25 gramos de azufre por metro cúbico, y se deja desprender el ácido sulfuroso durante 5 horas; después, se ventilan bastante las ropas y el cuarto, y una vez que están bien aereadas, se conduce al enfermito á su alcoba. El niño cura quizá, por la muerte de los esporos patogenos, causa de su mal.

En México varios médicos han empleado este medio terapéutico y no han dado á conocer sus resultados; pero siendo racional el método propuesto, estando apoyado por autoridades como las de Mohn y Schonberg y tratándose de una enfermedad molesta y rebelde, no debe relegarse al olvido, sino confirmar ó nó su eficacia en los enfermitos de nuestro país.

La carestia de viveres y el escorbuto.—El Dr. Levitzky de San Petersburgo, ha demostrado con el estudio de las epidemias escorbúticas de los últimos veintitres últimos años, que hay una correlación estricta entre las mencionadas epidemias y la carestía de los víveres y que á los precios más elevados corresponde el máximo de frecuencia del escorbuto.

Curioso.—Un médico que se encuentra alejado de un enfermo á quien ha curado por sugestión, hipnótica ó posthipnótica, puede perfectamente continuar tratándolo por correspondencia.

El Dr. Breucq que es quien tal sostiene, dice que desde el mes de Setiembre del año de 1886 ha empleado ese medio un gran número de veces, pudiéndo combatir así con éxito, en una joven histérica multitud de accidentes nerviosos, neuralgias diversas, hemorragias, etc. Obtiene el sueño hipnótico haciendo que la enferma dirija sus miradas sobre una pequeña esfera brillante fija á una venda frontal de tela, por medio de un alambre de fierro que se encorba más ó ménos para poner el objeto brillante en el punto apetecible. El aparato faradico de Gaiffe tiene una bolita niquelada que puede muy bien servir para el uso.

"La enferma, dice Breucq, me hizo saber por ejemplo, que tenía un vivo dolor en el lado izquierdo del pecho, y le escribí: "Tal día á tal hora, os aplicaréis la venda frontal para dormiros. Durante vuestro sueño, vuestra madre leerá las frases siguientes: A vuestro despertar (tal ó cual momento que me pareció fijar) el dolor que resentís en el lado izquierdo del pecho, habrá completamente desaparecido. —Dr. Breucq.—Vuestra madre os despertará soplandoos sobre los ojos."

Para las quemaduras.—Notable para aliviar los dolores de las quemaduras y sanarlas en breve tiempo, es la pomada siguiente, cuyo autor es el Dr. Von Mosetiez-Mosrhof—Vaselina veinte gramos, Iodoformo un gramo y Chlorohidrato de cocaina cincuenta centígramos.

Verrugas.—Es de recomendarse contra tan repugnante padecimiento, barnizar cuidadosamente y una vez por día la verruga con el siguiente colodión de Hermann.—Colodión treinta gramos y Bicloruro de mercurio un gramo.

NOTICIERO.

Espantoso.—En Troisia, población de Italia, la multitud incendió una casa habitada por doce coléricos, quienes se levantaron ó intentaron huir; pero el populacho los arrojó á las llamas.

Quinientas laparotomias.—El Dr. Von Nussbaum de Munich, practicó el 2 de Agosto último la laparatomia que faltaba para completar el respetable número de quinientas.

Con tal motivo sus discípulos le hicieron espléndida ovación.

Los medicos y las sociedades de seguros sobre la vida.—La sociedad Médica de Reims, en su sesión del 6 de Julio de 1887, asociándose á las conclusiones que adoptó la sociedad de Medicina Legal de Paris y la Asociación de los Médicos de Francia, y apoyándose en fallo del Tribunal de Rouen, confirmado por la Corte de apelación en Paris, propuso lo siguiente, que en la misma sesión fué aprobado: "A la muerte de su cliente, el médico de cabecera no debe por título alguno, entregar á las compañías de seguros certificación en que conste, el género de enfermedad de que murió el asegurado."

TOMO I. ENTREGA 2ª 15 DE ENERO DE 1888.

LA MEDICINA CIENTIFICA.

Director y editor, DR. FERNANDO MALANCO.

FALSA Y VERDADERA MEDICINA.

To be or not to be
Shakspeare.

(CONTINÚA)

II.

Pero antepongamos preliminares útiles en la investigación que seguirá, y permítaseme continuar empleando lenguaje figurado en donde quiera que deban destacarse más las ideas, y gravarse mejor los conceptos.

Los seres todos viven unos de los otros; unos á espensas y de los despojos de los otros; todos aprovechando los elementos de los que los rodean. Cada sér está, pues, en país enemigo; como nació por y de los que lo cercan, vive y morirá por ellos; las propias condiciones que accidentalmente ocasionaron su vida individual, la atacarán, y terminarán por destruirla; la razón de la vida es la muerte, la razón de la muerte es la vida.

Vivimos, pues, en atmósfera morbígena; los microbios y los macrobios, los seres todos nos atacan con sus emanaciones y absorciones, con su vida, como nosotros á nuestra vez los atacamos y hacemos vivir con la nuestra; así está costituida la vida universal, así se produce la muerte. Pero nuestra máquina, como la de todos los seres, para defender su vida individual, tiene resortes que rebotan las comunes ofensas, coraza que repele los normales encuentros y vigor para soportar las acostumbradas agresiones.

Una causa morbígena, merece propiamente tal nombre, cuando por circunstancias especiales, multiplica su potencia hasta originar trastornos marcados, ó cuando su alcance es mayor, porque nuestra resistencia por motivos individuales ó no, disminuye hasta volverla tan suceptible que cae bajo golpes habituados, ó cuando ambas condiciones se realizan á la vez.

De cualquier modo, un órgano atacado, por decirlo así, someramente por una causa morbígena, si puede, rechaza el ataque, dando ó no aviso de su victoria y de su costo á la organización general; si para tal objeto él solo no basta, ó si la amenaza morbosa vá directamente al organismo, cualquiera observador atento é ilustrado podrá notar que la naturaleza inconforme con la hostilidad, emprende incontinenti defenderse, ya con ardimiento, ostentando en todas partes el fuego de su cólera, exagerando ó pervirtiendo las funciones fisiológicas normales, gastando ampliamente sus fuerzas y sus tesoros, enloquecida por el ódio, deseando expulsar á su enemigo aunque su propia energía se agote, queriendo destruirlo, aunque como la princesa del cuento arábe, su propio fuego la consuma; ya con languidez y desaliento, agrupando débiles esfuerzos de empobrecidos elementos, estorbando senderos con barreras impotentes, impidiendo la marcha enemiga con ejércitos reclutas.

La enfermedad es una lucha, un combate entre la naturaleza y el agente morboso; indica acción y reacción; es cifra de ataque y de defensa.

Si la naturaleza se encuentra vigorosa en sus quicios, respetable en su virtud y aliada con la Higiéne, el agente morbífico siente que sus tiros no alcanzan, que su puntería no acierta, que es incapaz contra tanta grandeza, y en tal situación casi siempre desaparece sin haber dicho quién fué, qué motivo lo trajo, qué órgano prefería su agresión; deja á nuestras pesquizas disfrazada su naturaleza y mistificado su deseo; entónces, á síntomas pasageros, verdaderas nubes de verano, sobrevienen, la tranquilidad, el órden y la

paz. Si la organización está poco debilitada, lucha, tiene encuentros, sacrifica algo de sus economías, amengua por corto tiempo sus entradas, concentra su atención, emplea recursos sin ahorro, pero en corta cantidad, y entónces, apenas sí el enemigo dejó ver su rostro, apénas sí se le puede adivinar, apénas sí se puede decir quién es y á qué venía: un esfuerzo, esfuerzo crítico, supremo esfuerzo de la organización angustiada, decide á favor de la salud; se abren desde luego las comunicaciones, circula la vida, renace la tranquilidad. Si la organización es débil y se haya sorprendida ó atacada con brío extraordinario, muy especialmente cuando se siente abandonada por la Moral y dió pasaporte á la Higiéne, cuando sus elementos son impotentes ó lánguidos, sus órganos decaidos y la federación que la constituye sin coheción, presenta al enemigo ligeras batallas, pequeñas escaramuzas, pocas ocasiones, terribles encuentros, que también los débiles suelen tener arranques sublimes, y después, se rinde á discresión; el enemigo entra al recinto orgánico revelándose al diagnóstico, se asegura en el terreno conquistado, cambia diestros encargados de labores orgánicas por ineptos de su partido, guarece las fronteras, y se enseñorea y tremola su victorioso pabellón ó sobre una nacionalidad humillada y envilecida, ó sobre sus ruinas, las ruinas que preparó la Anatomía Patológica.

En todos casos en la lucha que la organización emprende, el médico está de su lado para vencer, resuelto siempre á vencer, porque él es aliado lógico de la naturaleza, su guía, su caballero, y muchas veces su señor; él debe moderarla cuando se exalte, animarla cuando se postre, tranquilizarla cuando se fatigue; él debe cuidar de su conservación, atender á su autonomía, velar por su integridad, guardar á todo trance su paz; él debe aquietar órganos amotinados, extinguir aspiraciones innobles, encender afectos útiles y llevar á estable armonía á esos dos factores antagonistas de nuestra vida, el sistema nervioso de la vida orgánica, y el sistema nervioso de la vida animal; él debe con pericia sacar ventaja de las situaciones, improvisar medios donde escasean, decidir las contiendas en favor de la Esperanza, llenar las tendencias del Deseo y sacar siempre utilidad para la vida y para la salud.

El Médico, dice Burggraeve, es un mecánico, á quien se confía la dirección de una locomotiva; á veces tiene que excitarla poniéndole leña, á veces que dirigirla rodeando el escollo, á veces que detenerla evitando el peligro, á veces que moderarla sacándole vapor, pero en todos casos no debe permitir que se incendie con la calentura, ni que se destruya abandonándola con cobardía.

Pero, puesto que la enfermedad cifra ataque y defensa, puesto que en ella concurren esfuerzos naturales é impulsos morbosos, puesto que las divisas de los combatientes no son siempre bien ostensibles ni aun á los ojos atentos, porque en el calor de la pelea se confunden en informes grupos los contrarios, bueno es que el médico distinga bien, quienes son los enemigos y quienes los aliados, á quienes se tiene que perseguir, á quienes que atender, á quienes que sugetar y á quienes que destruir.

Desde luego el médico debe buscar á la Causa del mal, orientarse sobre su albergue y perseguir su pista hasta encontrarla. Ella, la autora de los trastornos orgánicos todos; ella el orígen de la enfermedad; ella, el por qué del peligro. Si su influencia, solo se ejercita con su presencia; si sus obras duran mientras ella atiende; si sus efectos son efímeros; destruirla, es destruir el mal; ahogarla, es exterminar la afección; aniquilarla, es devolver la salud. Si su presencia ocasionó extragos que duran aunque ella se vaya, que no desaparecen aunque ella se ausente, que no se borran, que persisten, que sobreviven á la destrucción de la causa, efectos persistentes y quizá acumulados, destruir la causa, es expeditar el camino, anticiparse á nuevos efectos, disminuir enemigos; destruir la causa es abandonar á propia suerte á los efectos existentes, poderlos asediar con ventaja, poderlos

batir con más probabilidades de éxito y con mayor utilidad para el organismo atacado.

De efectos efímeros ó acumulados y estables, la causa del mal es la primera atención del médico; si no la extermina, lucha en vano, porque el enemigo está allí encerrado, pero activo, y el enemigo dentro del recinto orgánico si no mata en primera oportunidad, se entretendrá en causar diatésis y en podar discrásias, en humillar la organización y en sostener el peligro, preparando acontecimientos para mejor ocasión.

Por lo demás, si la causa permanece, la curación no es ni puede ser perfecta.

No sanará lugar donde prendió una espina, sin quitar la espina; ni dispepcia en secuela de alimentación que la provoca ó sostiene; ni gastamiento sexual, en pleno uso de los placeres de Venus; los medios serán inútiles, las armas de poco alcance, los planes impotentes; el enemigo está en su terreno; se haya guarecido dentro de cuarteles inespugnables que la misma organización le preparó. No sanará parálisis por obstáculo orgánico con estricnina ni cefalagia por abséso intrauricular con cafeina ni enfríamiento ó gangrena por embolía con fósforo; de nada sirvirán esos preciosos recursos, de nada su acertada elección; allí está el enemigo, no se ha desalojado; si se quita el obstáculo, si se abre el abseso, sí se extirpa el coagulo tapon, ó la enfermedad terminará por sí sola ó poco quedará que hacer para rematarla. Eso poco restante, combatir la flogósis si queda, cuando la espina se quita, levantar la energía digestiva cuando alimento inconveniente se suspende, alentar el vigor del sexo cuando Moral ó Convicción templaron los ardores de la carne; imprimir al sistema nervioso energía cuando el obstáculo que la dificultaba se retira, calmar la cefalalgia cuando abseso se ha vaciado y calentar y volver á la vida región á morir condenada, cuando embolia desaparece, esta es una nueva indicación que á veces no se presenta que falta ó está; es la indicación variante; la segunda en importancia que tiene que cumplimentar todo tratamiento médico.

Si la causa no es aparente, si no se pudo encontrar por mucho que se la buscó, hay siquiera que destruir, aminorar sus efectos, que desvanecer sus impresiones, que conservar el organismo, sino como estaba, con los menos desperfectos posibles, sostener las fuerzas, levantar la energía; así los golpes del enemigo serán ménos dañosos y siempre quedará tiempo de volver la organización á la salud cuando suene la oportunidad.

Y es uno de los primeros efectos que se debe combatir la exageración del esfuerzo de la naturaleza hostilizada, es por la organización por donde debe empezar la justicia. La calentura ó hipertermia acusa extraordinaria, contínua y rápida descomposición química en la trama de los tejidos, violenta oxidación en el seno del organismo, exceso de gastos en los materiales mismos que forman la máquina y generan la vida. La hipertermia destruye, es un incendio que devora los organismos más fuertes y consume y menoscaba las constituciones más vigorosas. Concíbese por ende, que duración prolongada del enojo orgánico termine por apocarlo y por destruirlo á él mismo, muy especialmente, cuando durante la calentura, no hay reparación posible de pérdidas porque apetito se ausenta y digestión se perturbe, cuando combustión exagerada engendra desórdenes en la vitalidad y constitución de los sólidos y líquidos del organismo.

En un tiempo dado hay abundante material de eliminación, material que estorbaría sino mataba las funciones orgánicas, si el sistema sanguíneo no se encargara de trasportarlo con la rapidez de su producción á los exutorios naturales que muchas veces no bastan y devuelven la sangre apenas purgada, para que circule por los vasos excitando así á los vasomotores no acostumbrados á semejante tránsito, y exagerando la excitación ya existente en mayores y colosales proporciones. El corazón, débil por sus propias pérdidas, aunque ostigado por sus deberes, late numerosas veces, pero sin energía; el cerebro abatido también por su gasto peculiar extraordinario, siente pasar por sus cel-

dillas, por esas celdillas donde se guardan recuerdos, ó albergan ideas, ó germinan pensamientos, materiales de eliminación que las excitan tegiendo un desvario ó se aletarga si la terrible combustión estorba su dynamismo; cuando el termómetro marca en un enfermo 40 á 42° durante un tiempo más ó ménos largo, el cerebro enmudece, y la respiración y la circulación se cansan, y el enfermo muere.

La calentura es un medio de expulsión empleado por la naturaleza, pero por poco que exceda de los limites de un esfuerzo crítico, debe ser llevado cuanto antes á su término, debe expulsarse á todo trance.

Prolongado y difícil sería enumerar en cada enfermedad la indicación dominante y la variante; basten los ejemplos aducidos para que se comprenda su importancia y los graves problemas que resuelven.

En todo caso, en toda enfermedad, debe empezarse por destruir la causa del mal ó si no aparece hostilizarla en sus obras; en todo caso, y en toda enfermedad deben reparse las pérdidas y corregirse los desperfectos que causara el agente morbífico por su estancia ó á su paso.

Comprendidas bien la dominante y la variante la medicación viene á ser lógica, y si llenadas ellas queda algo, debilidad, enflaquecimiento, palidéz, atonía digestiva, flojedad muscular, bien puede entregarlo la Terapéutica á la Higiene y cuando más acudir de vez en cuando para ayudarla en su tarea.

Veamos ahora como se utilizarán los sintomas para establecer un tratamiento.

III.

Todo cambio sensible, funcional ú orgánico, ligado siempre á la existencia de una enfermedad, es un síntoma; no hay por lo mismo, ni síntomas prodromicos ó mensageros, ni síntomas de séquito ó de convalecencia; todos son compañeros; todos toman parte, todos integran en conjunto ó sucesión la agrupación que distingue y da nombre á las enfermedades.

Vacilación en la marcha, enflaquecimiento progresivo, palidez del rostro, dolores erráticos, deslumbramientos, zumbidos de oídos, ineptitud para el trabajo, insomnio ó letargo, palpitaciones, desfallecimientos, bostezos, esquisita sensibilidad al frio ó calor, inercia sexual, lengua amarga y diminución del apetito; ó bien al contrario, salud extraordinaria, animación suma, grande vivacidad, digestión rápida etc. sin razón han sido considerados todos estos síntomas, como si no lo fueran, como correos, como precursores, como heraldos de las enfermedades; son ya síntomas anuncios de una afección que está en campaña, son los relámpagos de una tempestad que se descarga, son el chasquido de las armas enemigas.

No hay que perder tiempo; el agente morboso ataca, está sobre la brecha; no hay que preguntarle quien es; se sabe lo bastante; es un enemigo; si se derrota poco hace al caso ignorar toda la vida su clase y su fé de bautismo.

Y el tratamiento en el caso tiene que ser sintomático y no más sintomático, por que no hay más que síntomas y estos funcionales que combatir; y los síntomas esperan y desean ser creidos, ellos aseguran que una función sufre, que la vida está en peligro, que se atenta á su personalidad, hay que atacar, hay que vencer aunque se ignore á quién; que el agente morbífico se vaya, aunque declinemos el honor de estrecharle la mano para recordarle que fuimos sus vencedores.

No hay que dejarlo tomar los órganos ni apropiarse los tesoros, ni establecer barricadas, ni destruir el organismo como país conquistado; hay que batirlo con tezón y con viveza, estar sobre aviso, replicar sus ataques mortíferos con enérgica y decisiva defensa. Si se espera, después no será tiempo; cuando él despliegue toda su pompa, cuando ostente todo su terrífico aparato guerrero, cuando se toque á fuego en la máquina, á muerte en los tejidos y á rebato en el sistema, ya no se podrá sin impiedad estar tranquilo; ya no serán eficaces los medicamentos ni certero el plan, lo favorable será aventurado y lo adverso muy probable. La terrible enfermedad quedará diagnosticada; el pronóstico *muy reservado*, refulgente; un nuevo caso curioso podrá ser evidenciado sobre la plancha á los ojos de discípulos ávidos

de instruirse, ó se podrá relatar una historia clínica delante de una Academia como demostración de oportunidad y de pericia aunque de......fatalidad; pero el deber, no se habrá llenado, la obligación no se habrá cumplido.

Y todas las enfermedades se inician por síntomas funcionales, todas entran por este período, todas son en su orígen desviaciones, en más ó ménos, á uno ó á otro lado del estado fisiológico, todas en su principio alteración ó perverción de una función normal; algunas lo atraviesan con rapidéz increible y entran desde luego á lo orgánico; otras, aunque en menor número, en él duran algún tiempo, pero todos están en su orígen en capacidad de yugularse y de vencerse.

En las que pasan al período orgánico el tratamiento se guía por el diagnóstico, por desgracia para el enfermo, por necesidad para el médico.

En todo caso el síntoma funcional, solo, al principio de toda afección, tiene valor por sí mismo; el orgánico, solo razonado, referido á su fuente ó á su sitio, es decir como directo ó como reflejo; pero todo síntoma sino expresa estado patológico determinado, carece de importancia.

Y establecer un tratamiento sobre síntomas con tal de que sean razonados, es propio del médico; hacerlo sobre síntomas no razonados, define al empírico.

Algunos ejemplos esclarecerán estas ideas.

Estreñimiento, por sí solo, nada indica porque puede ser causado por flogosis por parálisis ó por espasmo intestinal; mientras no se sepa á cual de esos padecimientos se refiere, el médico nada puede ordenar científicamente. El estreñimiento que pediria empíricamente purgantes, para el facultativo señala antiflogísticos, nevrosténicos ó antiespasmódicos segun el caso debidamente interpretado.

Un edema, por sí mismo dice poco y nada indica, porque el edema puede ser efecto de obstáculo á la circulación de vuelta, venosa ó linfática, de anemia acentuada ó de exitación nerviosa; y si cualquiera de estos orígenes no se aclara, el médico, científicamente nada puede prescribir.

El edema que solicitaría empíricamente evacuantes, para el facultativo ordena quitar obstáculo, mejorar estado de la sangre ó calmar la exitación nerviosa, fundentes ó quirúrgicos, analépticos ó reconstituyentes ó sedativos segun el caso.

Dolor de muelas puede ser inflamatorio, ó reumatismal ó simpático de un padecimiento uterino, ó de una dispepcia, especialmente ácida, ó ser propagación de una neuralgia facial ó mastoidea, ó provenir de una lesión dentaria, carie ó cualquiera otra.

Dolor de muelas pide forzosamente *bálsamo de fierro* ó narcóticos para el empírico, para el facultativo exige segun el caso medios muy variados y eficaces, muchos de los cuales ni siquiera tocaran al diente quejoso.

Estomatodysodia ó sea mal olor del aliento, puede provenir de desaseo bucal, de estomatitis de cualquiera clase, de estado saburral ó dispéptico ó de un padecimiento pulmonar.

Estomatodysodia que para un empírico pide precisamente colutorios desinfectantes, para un médico exige uno de los muy variados recursos necesarios para combatir aquel de los padecimientos señalados á que se refiere.

Hay pués que decifrar los padecimientos, hay que referir los síntomas, de otro modo nada valen; son enteramente inútiles. No es lo mismo tratamiento sintomático que tratamiento empírico.

IV

En sus combates el médico debe emplear armas que nunca fallen, armas de precisión, matemáticas si posible fuere; se trata no forzosamente de pelear sino de vencer, no de lucirse conjurando peligros sino de aplastar al enemigo, y es por esto, que esas armas deben elegirse en el Arsenal que prepararon Observación rigorosa y Raciocinio humilde, que guarda la Química para conservar su temple y que á su tiempo entregará la Lógica multiplicando con la oportunidad, su alcance y aumentando con apoyo recíproco, su energía.

Las victorias ó reveses de los médicos

resultan el mayor número de veces de los recursos empleados, del tiempo en que con ellos se acude y de la pericia y habilidad con que se les maneja; el médico lo es, no porque se lo asegure una Escuela, sino por sus medios, por su oportunidad y por su estrategia.

Sin recursos dice Goblet, el médico es un soldado sin armas que por su cualidad de médico se hace ridículo; sin terapéutica dice Amadeo de Latour, el médico es un inútil naturalista; sin terapéutica dice Beyran la patología y todas las ciencias físicas y fisiológicas no serian más que un conocimiento inútil de la història natural del hombre y un simple objeto de curiosidad y estadística; sin una rica materia médica, dice Burg, el médico es impotente.

No hay pués medicina sin terapéutica, esta es condición forzosa, ineludible de la primera; escluir á la terapéutica es escluir al médico, es suprimirlo.

Pero aun con terapéutica variada y riquísima, aún con magníficos recursos, nada ó poco alcanza el medico, si llega extemporaneamente. Si se trata de enfermedades agudas, que recorren su periodo dynámico en poco tiempo, que marchan como la vida en el caso á paso velóz; que en pocas hòras, se barruntan, se perfilan, se destacan y se robustecen; si como en la pleuresía, en la pulmonía, en la endocarsitis etc. las manifestaciones se acentúan con una rapidez asombrosa, precipitándose en tropel unos sobre otros los síntomas, entonces la oportunidad lo es todo; el medico llegado á tiempo, evita que la enfermedad entre de lleno en el periodo orgánico, en esa etapa donde la desorganización principia, donde los tejidos se arruinan, se alteran ó se sustituyen; en esa edad del mal en que todo cálculo, toda esperanza sobre salvación es aventurada, en que todo plan puede fracasar, en que toda tentativa puede ser inútil, porque el órgano no es ya el que conocimos pues que está atacado no solo en su vitalidad sino en su textura, porque la máquina no cuenta ya con los órganos que normalmente tiene al menos como normalmente los necesita, porque la vida se conmovió y tenía que conmoverse en la manera con que está constituida.

Muy útil y satisfactorio es hacer constar una enfermedad, pero más útil, infinitamente más útil y satisfactorio es anticiparse á ella. Los estadistas suman diagnosticos y muertos, porque deliberadamente esperan á que la enfermedad se manifieste porque no siguen la regla de que mientras más se aleja al enfermo de la Anatomía Patológica, tanta mayor facilidad hay de triunfar.

La oportunidad es importantísima, aunque no quede el gusto de inventariar los trastornos cadavéricos; aunque la terapéutica encuentre pocos graves; aunque no aparezca el peligro en toda su magnitud, ni se dibuje el servicio hecho por el médico en toda su grandeza.

En las enfermedades crónicas, cabe tambión y es utilísima la oportunidad; cuando el socorro fué pedido tarde, cuando el el agente morboso se instaló y albergó convenientemente, cuando tomó derecho de domicilio, cuando hay que habersela con enemigo en las tiendas de su campamento, con enfermedad arraigada y en su pais, cuando no se puede atacar con brío, porque los órganos se sienten, porque lós elementos se irritan, porque la organización se conmueve, entonces mismo se puede llegar á tiempo, para atacar con prudencia, para circunscribir plazas y asediar departamentos y estrechar dominios y amistar fronteras y levantar el espíritu patrio; entonces mismo se puede llegar á tiempo, para apropiarse pequeños recursos que cada día serán menores, para galvanizar esfuerzos languidecientes que tal vez más tarde habrían desaparecido para encender la vida donde á poco se habría apagado; entonces mismo se puede llegar á tiempo para hostilizar al mal para entretener la esperanza, para alibiar la situación que cada vez tendrá que ser más y más tremenda, pues que la muerte siempre se encarga de rematar una organización que agoniza.

Pero aún no es bastante tener recursos y con ellos llegar con oportunidad; hay

que saber emplearlos, adecuarlos, todos á una voz, cada cual á su uso, cada uno en su puesto; hay que saber combinarlos y adunarlos, y afocarlos y concentrarlos y reiterarlos convenientemente para que concurran á la batalla formal y decisiva y en todo caso conquisten la victoria. Dejar que el enemigo avance mientras con pusilanimidad se retrocede ó se está quieto; ver que se presentan tales ó cuales emergencias y no acudirlas por miedo; abandonar á la vida para que se extinga porque la familia no increpe atrevimiento ó inculpe arrojo; abandonar el triunfo solo por que es difícil, azaroso, fatigante; ser dueño de la situacion y escapar; tener armas, llegar á tiempo y dejar morir á un enfermo cuya esperanza está toda entera en nuestras manos, ó bien permitir que se ahogue en diatesis, un organismo martilleteado por una lesión, decide que el médico no lo es más que de nombre y que debe dejar el ejercicio profesional para buscar coronas más suaves y menos espinosas en las aulas.

Por lo expresado se comprende que aunque en todos casos el médico debe luchar con fé, no es una la conducta que le marca el deber en enfermedades agudas que en las crónicas. En las primeras, que recorren su faz dinámica en breves horas, que por esperar se entronizaran en el peligroso período orgánico, el medicamento una vez elegido debe administrarse tan pronto y seguido, como eliminación lo permita y gravedad ordene, sin cesar hasta que la cantidad de remedio sea el necesario.

En las crónicas en que hay que buscar oportunidades, que no fatigar á los órganos, que no enfadar á los tegidos, el tratamiento debe ser tenaz pero pausado, lento, tranquilo, pero tan eficaz como la organización resista sin ostigarse. En suma para curar enfermedades agudas tratamiento agudo, para las crónicas, crónico; para ambas, marchando hasta el efecto.

(*Continuará.*)

Dr. Fernando Malanco.

REVISTA
DE LA PRENSA MEDICA NACIONAL.

Leemos en el *Trait d' Unión* del 7 de Diciembre bajo el título de "Higiéne para todos" el artículo siguiente:

ENFERMEDADES DE OTOÑO.

Entre las causas tan numerosas de nuestras enfermedades una de las más evidentes y justamente acusadas está conocida con el nombre de influencia estacional.

Hipócrates la formuló en algunos aforismos: Se vé por allí que su historia es antigua ahora conocida como una verdad corriente y vulgar. Se sabe que en cada estación hay enfermedades especiales.

No es indispensable haber pasado por la facultad de medicina para saber que los calores predisponen á las enfermedades intestinales, que á los tiempos de frío corresponden enfermedades del aparato respiratorio: Esas vueltas patológicas parecen más constantes, más arregladas todavía que la vuelta de las estaciones mismas; aun es para nosotros los médicos uno de los elementos de nuestro diagnóstico y no de los menos importantes; quiero decir que cuando los síntomas de una enfermedad son poco acusados, para permitirnos calificarla de un modo acertado la época del año en la cual nos encontramos nos autoriza para afirmar que enfermedad tenemos que combatir.

Cual es la razón de esta influencia tan constante en sus efectos.

Se han establecido teorías, ninguna satisface. Las cualidades perceptibles del aire sirven para la mayor parte de ellas.

Temperatura, humedad, electricidad: El hecho es que acabamos de llegar en una estación en la cual su influencia morbosa es muy evidente se extiende á todas las enfermedades de la mocosas y serosas entre otras las del aparato respiratorio, las anginas, las laringitis, las bronquitis, las pleuresias, y las neumonía aparecen con ella.

Aun más el sarampión que no es una enfermedad ocasionada por el frío y depende de un germen infeccioso particu

lar, pero tiene por importante síntoma la inflamación de la mocosa de la nariz y de la laringe, aparece tambien en esa estación.

Evidentemente la humedad el frío y sobre todo el enfriamiento tienen sin duda ninguna el mayor participio en la invasión morbosa.

Los niños más que todos están expuestos porque son menos robustos y que su respiración es muy activa.

En los niños menores de ocho años todas las enfermedades presentan el síntoma fiebre más ó menos marcado según la edad del niño pero constante: en todos hay pérdida del apetito.

Pero, hecho capital: estas inflamaciones tienden á penetrar en las partes profundas del árbol respiratorio: se deja á un niño con un catarro, al siguiente día se encuentra con bronquitis, más todavía una bronquitis capilar, esta terrible plaga de la primera edad.

La vispera el niño confiado á vuestra asistencia tenía algo coloradas las fauces al día siguiente se sofoca, es croup.

Penosamente sorprendido, haceis su interrogatorio; contestan que se han tomado todas las precauciones: si es un niño muy chico lo han paseado en la pieza, si es mayorcito no lo han dejado salir más que al momento más caliente del día.

Si, pero en la habitación hay piezas frias más que otras, partes barridas por el viento, y los dos niños enfermos, deprimidos; sufrieron con estas influencias.

De aquí este gran principio en la medicina de los niños: Los niños cuando tocen deben ponerse en la cama, los mayorcitos serán detenidos en la misma pieza. Por mi parte después de los tristes ejemplares que tuve que ver muchas veces es lo primero que recomiendo cuando veo á un niño con toz, varias veces han reido y me han acusado de pesimismo ¡hay demasiadas veces esta risa se ha cambiado en llanto! no habré mal gastado mi tinta si las madres quienes me lean están bien persuadidas de que el primer medicamento que se le debe dar á los niños cuando tozan es la cama.

Dr. P. Jacquin.

Hemos reproducido este artículo como muestra del desaliento producido por lo imperfecto de la terapéutica en los prácticos modernos, nos dirán que el autor no pretende que la cama sea la panacea contra la toz, pero la forma de su artículo dá á entender que sea el mejor de los remedios, y puede dar lugar á que, fiadas en su eficacia, algunas madres difieran más tiempo para consultar contando que hasta cuando quede demostrada la insuficiencia de la cama será cuando convenga llamar el auxilo de la ciencia.

De notar es que el mismo autor señale lo propensos que son los niños á que la laringitis iniciada pronto sea el punto de partida de una bronquitis capilar ó de un croup prontamente fatales.

Asienta una verdad inconcusa cuando señala ese riesgo de propagación rapida de un mal al parecer benigno cuando empieza, y sin embargo rapidamente mortal cuando se deja de atender suficientemente y con oportunidad.

El hecho de las enfermedades estacioles no es discutible; pero no intenta calificarlo el Dr. Jacquin, no ol satisface ninguna de las teorías emitidas; sin embargo, la historia natural nos enseña, y nos hace ver que en ciertas épocas pululan en la atmosfera insectos alados ó nó, visibles ó microscópicos ¿cómo nó atribuir á sus ataques los accidentes epidémicos estacionales?

Que los niños sean sus primeras y más numerosas victimas es muy natural y facil de preveer: sus tejidos son más tiernos, más propios para la introducción y cultivo de los parásitos como lo dice muy bien el autor del artículo traducido empiezan por tener una enfermedad benigna y á pocos momentos están perdidos.

¿No será porque los parásitos atmosféricos encuentran en ellos terrenos muy adecuados para su desarrollo?

El mismo autor dice con justicia que la estación del calor trae afecciones intestinales, todos hemos creido hasta ahora que pudiera explicarse por qué en tiempo de calor se bebe más, se toman más frutas, es

decir, se facilita más la introducción de parásitos ó microbios en las vías digestivas.

Pero si admitimos como es permitido hasta prueba de lo contrario, que la introducción de gérmemes nocivos es la causa de las enfermedades estacionales ¿cómo quedan satisfechos con poner al niño en la cama con sus enemigos?

Hoy tiene laringitis, lo acostamos, mañana crup, sarampión, ó lo que se quiera ¿qué provecho le habremos hecho con meterlo en la cama? ninguno puesto que con el gérmen del mal lo habremos encerrado: equivale este consejo al que se daría diciendo, el niño está herido no lo hieras más. ¡Cuánto más racional será empezar por dar elementos de resistencia, animando á su sistema nervioso que la lucha vá á debilitar, despertando la vitalidad en los tejidos amenazados por la invasión!

Si fueran el frío, la humedad, el estado electrico de la atmosfera las causas de enfermedades estacionales, los niños abandonados á la intemperie morirían más y vemos cuantas veces resisten y se crian más robustos los que al aire viven que los que quedan demasiado guardados.

Si el aire es temible porque trae frío, humedad y microbios, es apetecible porque tiene oxígeno y dá vida; que su falta causa indefectiblemente la muerte.

Las virtudes de la cama y del encierro son discutibles si por una parte ponen al abrigo de nuevos enfriamientos no defienden absolutamente al niño en contra de los enemigos que ya tiene introducidos en su organismo, puede ser que al contrario sea más bien favorable á su desarrollo porque todo lo que debilita á la víctima obra en favor de los verdugos.

Así es que lejos de aconsejar á las madres asustadas por tantos peligros que amenazan á sus hijos, que confien en las virtudes curativas de la cama, les aconsejaremos que no pierdan el tiempo, creyendo que la cama ó el encierro puedan ser suficientes.

Cuando lo primero que hacía al medico en presencia de una laringitis ó bronquitis incipientes era dar un vomitivo: era natural que la madre retardara su llamada esperando con la cama no más evitar un medio repugnante y debilitante

¡Demasiado tiempo se ha considerado á los enfermos como presas de un enemigo el cual era preciso combatir aún con perjuicio del mismo enfermo!

Hoy la misión del arte es otra: la observación ha demostrado cuantos viven en medio de miasmas sin sentir su influencia nociva, se ha sacado en consecuencia que hay individuos capaces de resistirles, son los más robustos; tenemos medios para robustecer á os débiles, es decir que tenemos modo de defenderlos sin comprometer sus existencia vital.

Dos ó más niños se encuentran sometidos á un mismo miasma, á una misma corriente de aire ¿por qué no caen enfermos á la vez? Si no es porque unos tienen más resistencia y otros menos. Si establecemos que tenemos medios para aumentar las existencia de todos ¿por qué no acudir á estos medios?

A unos pondran al abrigo de la enfermedad, en otros harán esta más leve, menos peligrosa, pero no empredederemos estas luchas en las cuales queda la terrible duda de saber si el enfermo sucumbe á consecuencia de la enfermedad ó del tratamiento.

Si tenemos por una parte tónicos capaces de aumentar la resistencia del sujeto, tesoro inestimable que debemos conocer, apreciar y aprender á menejar cada día mejor, tenemos por otra parte parasiticidos, es decir sustancias tócicas para los enemigos de la vida y además de los tónicos generales qne reaniman al sujeto todo por sus centros nerviosos, tenemos sustancias capaces de volver más vida y más resistencia á las partes especialmente amenazadas.

El frío, la humedad y la electricidad, agentes todavía mal conocidos en cuanto á su modo de preparar las enfermedades, han disminuido la resistencia del sujeto: una enfermedad lo ameza, la cual tiende á localizarse en partes determinadas, debemos y podemos for-

talecer dichas partes; hay fiebre, debemos evitar que se desarrolle la calentura porque sabemos cuan peligrosas son las altas temperaturas para el sistema nervioso de los niños muy especialmente.

Acudimos entonces á los defervecentes, las fauces se ponen colorodas; esta sis capilar dá lugar á infiltración de la mocosa, exsudación y asfixia por falta de circulación preparando así el terreno para la gangrena y la fijación de parásitos temibles.

Tenemos agentes capaces de modificar tales alteraciones, de activar la circulación de la mocosa de las fauces y de impedir que se estacione la sangre y se prepare un terreno propio á la fijación de los parásitos temibles.

Convenimos con el autor del artículo aludido en que en efecto, muchas veces la faringitis ó laringitis no son más que el primer acto del drama que termina con la bronquitis capilar ó la neumonía; cuanto importa por lo mismo no considerar la cama ó el encierro como suficientes, aunque fuera por un momento cuando un niño comienza á tocer.

Solo el desaliento producido por lo imperfecto de una terapéutica terribe ha podido inspirar el articulo terminado por esta frase "el primer medicamento que se debe dar á los niños cuando tocen es la cama;" si el segundo no es más activo ¡hay! de muchos niños.

Pero así proceden los fieles discipulos de la escuela, comienzan por perder el tiempo y despues en compensación emprenden luchas desesperadas que hacen el arte de curar poco seductor.

Dr. J. F. Fenelon.

REVISTA
DE
LA PRENSA MEDICA EXTRANJERA.

LAPARATOMIA FANTÁSTICA

Conocí durante mi vida á cirujanos muy distinguidos. Ví operar á Velpeau; he seguido á Nélaton, el Senador ilustre, que echaba tan bien "la bala del talón" (1) asistí á las clínicas del famoso (corta en dos) ese Cirujano tan brioso y tan armado con flechas antisépticas que llamaban Maisonneuve. Entre otras cosas de color subido le oí contar un hecho notabilísimo de Astley Cooper y Dupuytren, reunidos, estas dos estrellas del Bisturi con ocasión de una operación de hernia estrangulada en las salas del Hotel Dieu. Dupuytren por política confraternal presenta el instrumento á Astley Cooper; en dos saltos y con una mano nomás, Astley Cooper, desnuda la hernia, (mortificación de Dupuytren.) los asistentes aplauden frenéticamente. Ocho días después un nuevo caso de hernia se presenta: Astley Cooper siendo testigo Dupuytren empuña el Bisturi y con el mismo movimiento que usó su ilustre rival, en dos tajos, descubre la hernia y dice: "Han asistido vdes. á dos grandes imprudencias" Así fué como inició su memorable clínica.

Todos estos artistas del Bisturi no son nada junto al brillante operador que el acaso me hizo encontrar en un pueblo de la municipalidad de Surgeres. Este operador distinguido, que deja muy atras á todos los operadores conocidos, aun al mismo Burggraeve, ilustre inventor del empaque algodonado, es un buey limosino de pelo colorado y astas lustrosas. Este honorable cuadrupedo nomás por su modo elegante de entrar por ruptura en el abdomen de una mujer de 72 años, sin herir al intestino, merecería ciertamente ser elegido por unanimidad miembro corresponsal de cualquiera sociedad Quirurgica Facilmente me concederán que, si entre los miembros distinguidos que componen á estas asociaciones científicas hay muchos que entran en un abdómen con grandísimo talento debido á todo el

(1) Se refiere al reconocimiento y extracción de una bala del pié de Garibaldi; para lo cual imaginó el Cirujano francés un estilete con cabeza de porcelana sin barnis, esta, al tocar sobre el plomo, se pintó con él, y al extraer el estilete trajo prueba inconcusa de la presencia de la bala, autorizando así la operación para extraerla. Se dudaba hasta entónces de si había quedado el proyectil en el pié.

conjunto perfeccionado de aparatos científicos modernos, no hay uno que, reducido á una simple asta, (le concederé dos si lo quiere) abra tan limpiamente un peritoneo sin herir al intestino como lo hizo el honorable rumiante que tengo el honor de presentar á mis colegas del Repertorio. Confieso que creo absolutamente cierto, aunque les reconozca las cualidades trascendentales á las que deben su título de príncipes para la carnicería reglamentada que, puestos en presencia de mi operador sin cultura, para una operación tan difícil, con armas tan imperfectas, no habrá ninguno que esté á su altura.

El 8 del mes de Setiembre la llamada S. del pueblo de la Grange, mujer robusta aunque de 72 años, estaba inclinada sobre la cama de su buey para recojer la paja tirada, cuando ese animal irrespetuoso cogió á la anciana por debajo de sus enaguas, con dos cornadas bien aplicadas le abrió el vientre trasversalmente en una dirección casi perpendicular al eje del cuerpo un poco arriba de la vegiga en un radio de 20 centímetros. A mi llegada encuentro toda la pared abdominal atravezada y levantada la valvula superior, el intestino se presentó desnudo sin que pareciera herido: loción con agua pura por carecer de ácido fénico, hielo fijo sobre el abdómen, pongo siete alfileres de sutura en el vientre; cinco en el muslo isquierdo, abierto también en una extensión de 20 centímetros.

Poción de Tood para combatir al *schock*, agua y leche helados por alimento, granulos de aconitina, digitalina, arseniato de estricnina, de cada uno ocho al día con intención de realizar la antisepcia interna. Al décimo día, quito las suturas; no hubo ni calentura, ni peritonitis, ni peritonismo. Las heridas están reunidas por primera intención, la herida fuera de peligro.

¿No es notable el ver á un operador inconciente como el nuestro intervenir sin *spray* ¡qué atrevimiento! permitirse el penetrar en el vientre con un aparato natural, no purificado con la flama de alcohol, (confieso que faltó á todos sus deberes,) y no producir el más ligero accidente infeccioso? ¿Pero y el ejército de microbios que tenía la punta de sus astas qué se hizo? ¡Varus, devuelveme mis legiones! ¿Los granulos dosimétricos y el hielo habían exterminado á los invasores? ¡Tal vez! Sea lo que fuere es asociación que siempre me ha surtido bién.

Nota—Del Dr. Burgraeve, hemos acogido esta narración chispeante, porque es una crítica del lujo de precauciones con el cual rodean hoy á las más leves heridas y del temor exagerado á los microbios.

DR. J. F. FENELON.

LA QUINA
Y LA MEDICACIÓN PALÚDICA.
(CONTINUA.)

OBJETIVO REAL DE LA TERAPEUTICA.

Que el microbio sea tal ó cual, que esté presente ó que haya dejado su puesto á las leucomanías, esto importa poco, dados los desordenes fisiológicos ya producidos. Que se mate el microbio antes de que haya perturbado las funciones y alterado los sólidos y los líquidos, es lo que hay que desear; se habrá hecho así aún más que yugular, se habrá de este modo prevenido más ó menos. Pero desde que estamos en presencia de una enfermedad declarada, el mal está hecho, y este mal, no su causa, es lo que interesa combatir.

Aún se puede creer que, en este momento, la generación del microbio ha acabado de dañar. El ácido sulfúrico, por ejemplo, ha quemado y desorganizado la piel. ¿Se reconstituirán los elementos del tejido llevando una base bastante poderosa para neutralizar el ácido? No, es demasiado tarde. El ácido no está ya allí: desaparece cuando aparece el mal que él produce.

Poco importa, por otra parte, la exactitud de esta hipótesis sobre la marcha aún poco conocida del proceso miasmático; aquí, el punto de vista especulativo de la patogenia es secundario. La clínica no conoce la hipótesis; si no, vendría á ser un empirismo.

La clínica racional busca un objeto accesible: lo que tenemos que curar es una perturbación funcional, es la alteración de un tejido orgánico, es la adulteración de un líquido viviente. Y para colocar cada cosa en su lugar, el antiséptico no es nada por su calidad antiséptica: sólo vale por su aptitud á obrar fisiológicamente sobre el organismo.

Que se haga, pues, más modesto, y que se mantenga, cualquiera que sea, en el rango que su estudio farmaco-dinámico le asigne. Su parte legítima podrá no obstante, ser muchas veces apreciable; tal es la de la quinina, que nada tiene que ganar mostrándose tal cual es, mientras que tendrá mucho que perder vistiéndose de los oropeles de la antisepsia interna.

Los antisepticos en la sangre.

En la sangre, se nos dice, es donde tiene lugar la fermentación; allí es donde la proliferación del germen es atacada; y de esta manera es como la economía escapa á las generaciones sucesivas del miasma.

Veamos, pues, si se puede conceder algún crédito á esta hipótesis, último refugio de la antisepcia específica. Ciertamente que si esta teoría debe ser justificada, ės por la quinina; pues para esta al menos existen éxitos incontestables.

¿Qué nos enseña la bacteriología? Nos dice que el sulfato de quinina en solución de 2 milésimas, mata, ó al menos inmoviliza, las especies inferiores de los dos reinos: los infusorios y las bacterias.

Acaso el título de la solución deba ser más elevado para que el resultado sea completamente seguro, pues Bochefontaine, ha visto desarrollarse vibriones en soluciones mucho más concentradas.

Pero aceptemos esta cifra; admitamos que baste introducir sulfato de quinina en la sangre, en la proporción de 2 por 1,000, y que todos los fermentos sean muertos.

Dejando á un lado todas las demás condiciones de la enfermedad, supongamos también que, una vez desembarazada la sangre de sus parásitos, sea restablecido el estado normal en todos los órganos y en todas las funciones.

Pero, ¿es que somos capaces nosotros, en clínica, de introducir en la sangre 2 por 1,000 de sulfato de quinina?

Calculemos desde luego la cantidad de sangre. Es cierto que nos vemos bastante embarazados para conocerla; pero aquí no se trata más que de un cálculo aproximado.

Unos han evaluado el peso de la sangre en una quinta parte del peso del cuerpo lo que es mucho. Otros lo han evaluado en una dozava parte, lo que es bien poco; pues Wrisberg, por ejemplo, nos habla de una decapitada, de cuyo cuerpo ha fluido doce kilógramos de sangre convenientemente pesados. Tomamos un tipo medio de ocho kilógramos de sangre para un adulto, lo que es evidentemente una cifra pequeña.

Las dos milésimas nos dan próximamente cuatro gramos, pero para que haya cuatro gramos de sulfato de quinina en la sangre, es necesario que haya mucho más en el cuerpo entero.

Cuando se administra un agente que se elimina tan prontamente como el sulfato de quinina, apenas se puede admitir que haya en la sangre una tercera parte de la recibida. Sabemos, en efecto, que la absorción se hace sucesivamente á partir del sitio de introducción (podríamos aún añadir que tiene lugar dosimétricamente, puesto que el método dosimétrico no es más que la comprobación y la imitación del de la naturaleza.)

En el momento del apogeo de la absorción, es decir, cuando la sangre está más saturada, la mayor parte del medicamento recibido, se encuentra en otra parte que en las arterias ó en las venas. Se halla todavía en el tubo digestivo, y hay ya una porción que ha salido ya de la economia por los emunctorios; hay una gran cantidad en los reservorios de expulsión, en los conductos de la linfa ó de otros humores, y, en fin, en la trama de la mayor parte de los tejidos, según su grado de afinidad con el medicamento.

Para que haya á la vez cuatro gramos de sulfato de quinina en la sangre, sería, pues, necesario que hubiese al menos 12 gramos en el cuerpo. Pero *jamás puede haber semejante cantidad de este agente extendida en nuestra economía.* Lo más

que se ha atrevido á hacer tomar á un enfermo, á dósis masiva, es decir, por el medio más favorable á la saturación de la sangre, han sido cinco ó seis gramos. Y no olvidemos que á esta dósis se han producido á menudo accidentes cerebrales y muertes...que se han podido poner siempre en la cuenta de la enfermedad.

Los accidentes cerebrales en este caso, podrían ser clasificados entre las útiles previsiones de la naturaleza; pues si nosotros fuésemos alguna vez, capaces de llegar al fin imprudente que no se teme de achacar á los esfuerzos de la terapéutica, sería condenada por el resultado. A las dósis de 2 por 100, el sulfato de quinina no mata solo los vibriones y las bacterias, desorganiza también los glóbulos de la sangre; y el enfermo haría por la destrucción de los fermentos un sacrificio equivalente al de la misma vida.

Por otra parte, aun sin este cálculo por peso y por medida, ¿no se comprende que las fuerzas físico-químicas que hierven en los vasos sanguineos, triunfarían más cómodamente de los microbios, que cualquier partícula de quinina ó de cualquier otro agente? Si el microbio resiste á este bracero vital, que es otra cosa bien distinta que la solución de quinina calentada à 40° en un puchero; si resiste á todos los antagonismos fisiológicos que encuentra en la sangre, es que tiene—permítasenos la frase—la vida dura y más dura que nosotros. Un organismo microscópico, que se mantiene en soluciones relativamente concentradas de antisépticos, que sobrevive á la disecación, que escapa á la acción de un calórico de más de 100°, será bien difícilmente anonadado en la sangre por acciones directas. Para preservarnos ó desembarazarnos de él, habrá que apelar á otra táctica.

No es, pues, gracias á su propiedad antiséptica, porque la quinina se cuenta entre los agentes más preciosos de la materia médica. Esta propiedad sirve para las experiencias de los laboratorios de bacteriología, pero sirve muy poco al enfermo.

Cuando la curación de una enfermedad infecciosa es obtenida por la quinina, estamos, pues, en el derecho de decir, según las consideraciones precedentes, que no ha tenido lugar por el mecanismo de la antisepsia.

Pero la quinina tiene otros medios de acción sobre las enfermedades ó más bien sobre los enfermos; esto es lo que nos revelan á la vez el estudio de sus propiedades fisiológicas y la experiencia clínica.

Dejémonos conducir por estos guias naturales; ellos nos conducirán más lejos que el empirismo—enmascarado con el nombre de especificidad—no ha podido hacerlo. Ellos nos enseñarán que esta especificidad nos absorve y nos disfraza agentes más útiles aún que la quinina en la medicación palúdica.

(Se continuará.)

DR. GOYARD.

LA PRENSA
Y LA
Clase Medico-Farmaceutica.

"Yo apénes leo; no tengo tiempo más que para visitar mis enfermos." Hé aquí la frase más obligada y común de muchos de nuestros respetables comprofesores; frase desconsoladora para la prensa *médico-farmacéutica*, centinela avanzado de los progresos científicos, que tiene puesto todo su esmero y cuidado en enterarse de todo lo que pueda redundar en beneficio de la clase, y en dar brillo y esplendor á la facultad.

¿Puede darse cosa más desconsoladora para nuestra prensa que ver los periódicos de otros matices en primer término en los despachos de nuestros colegas, subiendo la suscrición de los mismos á mucho más de lo que cuestan los periódicos profesionales? Es tan exigua la contribución que resulta de nuestros periódicos, que apénas podria sentirse en la gran mayoría de nuestros comprofesores; siendo por lo mismo muy triste que la prensa *médico-farmacéutica* deslice una vida lánguida, y que para mayor abundamiento de abandono, tenga que estar siempre en la brecha, haciendo reclamos y advertencias, para que le sea abonada la sus

crición, sin cuyo contingente no podría existir.

Notamos, de paso, que la prensa de otros matices, casi nunca (si no nunca) se ocupa de nuestras publicaciones; y esto es muy natural. La prensa política, que es la más numerosa en variedad de periódicos, considera más útil la lucha de los partidos; y por eso en editoriales, sueltos y gacetillas, toda su savia la emplea en pugnar por el triunfo de sus ideales, haciendo caso omiso de la profesión médica y de la farmacéutica, y por ende de sus publicaciones. Pero en parte no tiene ella la culpa: si nuestra clase demuestra emulación y espíritu de propaganda, nuestra prensa podría sobrepujar en prestigio de la política, y se conseguiría que el público prefiriese su lectura á la de muchos otros periódicos que sólo pueden tener interés para unos cuantos aspirantes á destinos oficiales. Si hemos, por lo tanto, de conseguir que nuestra prensa sea el eco de la opinión pública, en los intereses morales y materiales de la patria, lo mismo que en los particulares profesionales y científicos, es necesario que adquiramos sus periódicos y demás publicaciones, colaborando á la vez en ellos y teniéndolos como defensores y atalayas de nuestra vida profesional y de nuestros más caros intereses domésticos.

Que es lánguida la existencia de nuestra prensa, es un hecho público y notorio: nuestros propios compañeros de otro género de publicidad lo reconocen también, y nos tienen, por lo mismo, en concepto de apáticos; y cuando rompen la faja del número que enviamos á sus Redacciones, es cuando ya el próximo va á repartirse.

Las más graves y trascendentales cuestiones de la vida social quedan sin conocimiento de los altos Poderes. En los Ministerios apénas se conoce lo que constantemente estamos pidiendo para bien de todos; y es inútil dirigir quejas á los señores ministros, pues no pueden llegar á su oido dadas las especiales circunstancias de nuestra situación. Para logros políticos y obsequios á altos personajes, sobra entusiasmo y dinero; pero para logros sanitarios, promovida su causa por nuestra prensa, no hay más que abandono é indiferencia; de suerte que buscando nosotros para todos el remedio directo de los males sociales, resulta que perdemos el tiempo en inútiles jeremiadas, quedándonos en la estrecha cárcel de una impotencia denigrante.

Lo que sobran son recursos para remediar los males que denunciamos; lo que falta es ilustración y buena voluntad para oirnos, y á la vez unión y concordia entre nosotros para hacernos respetar, pues nos tienen en condición de industriales, en vez de profesores dignos y abnegados, que llevamos el porta-estandarte de la civilización.

La prensa *médica-farmacéutica* tiene altos deberes que cumplir; pero viviendo sin el amparo de la clase, tiene que carecer de aquel interés que culmina en la publicidad, cuando el éxito corona la obra dando ánimo al trabajador. Somos mezquinos para honrarnos y dignificarnos mútuamente: nos tratamos con frialdad desconsoladora. No parece que seamos hermanos en la Ciencia, emanación del Altísimo, por la cual viven las naciones, evitándose, cuando no quieren ser bárbaras, sangrientos conflictos.

Al subir al poder un compañero, aunque no sea más que en segunda ó tercera fila, debiera demostrar una aptitud profesional marcada. Pero esto no sucederá, pues al subir á esas esferas vertiginosas, tiene que ser por medro suyo, aletargado tambien con la *político-manía.*

Resulta de todo lo someramente expuesto, la condición de que nuestra clase no quiere compenetrarse de la importancia de nuestra prensa, que vive ó anarquizada ó sumida en el caos del dios *Ego*, renegando de esa fusión elevada que santifica el espíritu de *asociación,* levantando las fuerzas decadentes de los que han sed de Justicia en el santuario de la virtud y el trabajo.

Apremia, sí, la necesidad de que nuestra prensa se halle favorecida por nosotros mismos; que todos colaboremos para

darle interés, á la par que contribuyamos á que se sostenga, pues muchos parece que hacen una limosna con pagar la suscrición de un periódico profesional, recibiéndolo con el mayor desden, al paso que suelen llevar los bolsillos atestados de periódicos pregonados en calles y plazas, para enterarse de las corridas de toros, v. gr., y saber si se cotiza algo que no suene á ciencia y sí á negocio positivo y redondo.

Dura es, ciertamente, la situación de nuestra prensa profesional; y para que no lo fuese, sería necesario que se fusionase en un sentimiento de fraterno y magnánimo amor, dejando de adular á celebridades de campanario, y dando impulso á la verdadera asociación de la clase, sin miras egoísticas y personales. ¡Quiera Dios que estos votos sean escuchados por todos los que pertenecemos á la clase *médico-farmacéutica*, dando un mentís á los que nos consideran sumidos en vértigo de desconfianzas mútuas, aspirando solamente á adquirir bienes de fortuna, desestimando los avisos que nos guían por el camino de la verdad, pidiéndonos que seamos *todos para cada uno*, y no *cada uno para sí!*.

DR. LÓPEZ DE LA VEGA.

VARIEDADES.

ENSEÑANZA Y ESCARMIENTO.—Por la Audiencia de Cadiz ha sido sentenciado á dos meses y medio de arresto mayor el médico D. Santiago de la Torre, por el enorme delito de haber cambiado la hora de defunción en un certificado, anticipándole unas cuántas á *petición de la familia del difunto*, con el objeto de que el cadáver no pasara al depósito y pudiera dársele sepultura por la tarde, sin que por tal cambio recibiera remuneración ninguna el señor Torre, ni sufrieran perjuicio alguno los herederos de la difunta. No ha sido poca fortuna la del señor Torre el que la Audiencia no haya aceptado la calificación del delito hecha por el Ministerio público, que considerándole comprendido en el artículo 35 de la ley penal, pidió contra él la friolera de *ocho años y medio* de prisión mayor, con las accesorias.

Ante semejante pena, no censuramos nosotros el fallo de la Audiencia que ha aplicado lo que llamarse podría justicia seca contra un ciudadano en quien se reconoce en los considerandos que no ocasionó daño ni perjuicio alguno, ni tuvo intención de delinquir, ni menos malicia, cometiendo el delito de falsedad por simple imprudencia. La letra de la ley le condenaba y la Audiencia se ha atenido á la letra, pero se nos ocurre preguntar, ¿habrá algún médico que pueda nunca certificar tranquilo, después de esta lección, acerca de la hora en que un sujeto ha fallecido? ¿Podrá nadie obligarle á que certifique en los casos, que son la mayoría, en que no haya presenciado la defunción? Entendemos que no, y añadimos que es preciso una determinación de la superioridad en primer término, y de la clase médica en segundo, para evitar responsabilidades, porque no habrá médico alguno que no haya cometido alguna vez el mismo delito que D. Santiago Torre, y no es cosa indiferente el exponerse á ir á purgar en un presidio un delito que casi nunca se puede evitar. Hasta aquí el médico, al certficar la defunción, ha señalado la hora en que se verificó ateniéndose á lo que la familia del difunto le dice, y se comprende la facilidad con que puede ser engañado, sin que le quede prueba ninguna para demostrar lo que, por otra parte, es cosa sobradamente sabida la frecuencia con que somos solicitados por las familias para variar la hora de la defunción, unas veces para arreglar la hora del entierro, y otras, cuando el muerto corresponde á la clase menesterosa, para evitarse el pago de la cantidad que se exige por el depósito en el cementerio. Mientras que esto no se ha castigado como delito, juzgando con un criterio de equidad, ha podido certificarse, fundado en la buena fé de las familias unas veces, y otras atendiendo á consideraciones sociales de que ningún hombre se desliga y el médico no puede desligarse tampoco.

De hoy en adelante esto no puede ya hacerse, y mientras la autoridad no dicte disposiciones oportunas, creemos que el médico está en el caso de certificar la defunción siempre que se le exija, pero respecto á la hora, deberá consignar siempre que no le consta de ciencia propia cuando no la haya presenciado, limitándose á fijar como de referencia la que los deudos hayan indicado, exigiendo á éstos un documento firmado en que lo hagan así constar.

Ya que tanta severidad se gasta con nosotros, justo será abroquelarnos contra los puritanismos legales, que es lástima no los encontremos más á menudo en asuntos de más importancia y de criminalidad voluntaria indiscutible.

LUZ ELECTRICA PORTATIL.—Un ingeniero de Praga ha ideado un carruaje que lleva una caldera de vapor con su máquina motora y un dinamo, con lo cual se puede producir una corriente eléctrica capaz de alimentar seis focos de arco voltáico de 1,000 bujías de intensidad cada uno. Como este coche puede ser trasportado muy facilmente en los ferrocarriles, será muy útil para alumbrar con él un sitio de trasbordo en caso de contratiempos, así como tambien para alumbrar las vías cuando se quieran hacer trabajos de noche, ó reparaciones ú obras de túneles.

IGNORANCIA Y SUPERSTICIÓN.—Sin comentarios, y sólo con la pena consiguiente al que ve estas cosas y las ha palpado muy de cerca, y á fin de que nuestros compañeros tengan armas para predicar á sus conciudadanos con el ejemplo, trascribimos la siguiente por todos conceptos horrible noticia.

"En término de Orihuela ha tenido desastrosa muerte un labrador llamado Roque Cerezo, de 30 años de edad, casado, á quien mordió un perro hidrófobo de su propiedad hace poco más de un mes. El infeliz acudió el mismo dia que fué mordido á un *saludador* que llaman el *tío Matamadres*, con lo que se quedó tranquilo, y tan confiado, que se negó á toda curación facultativa.

Pues bién; desarrollado el terrible mal, se escapó de su casa y fué al campo. Allí le econtraron la Guardia civil, varios municipales y unos cuantos curiosos completamente desnudo y sin dejar que nadie se acercase á él. Sólo aprovechando una ocasión, se logró tirar una capa encima de él y sujetarle por este medio, pero cuando iban á amararlo se lo encontraron ya muerto."

SIN COMENTARIOS.—Un obispo ha formulado sobre el duelo varias consultas, que consideramos conveniente dar á conocer á nuestros lectores.

Primera.—¿Puede asistir un médico á ruego de los duelistas, al acto de consumarse el duelo, con la intención de poner fin más rápidamente al combate, ó sencillamente de curar las heridas, sin incurrir en excomunión?

Segunda.—¿Puede el médico, sin asistir al combate, estar en una casa vecina, dispuesto siempre á prestar sus auxilios á los duelistas, si tienen necesidad de ellos?

Tercera.—¿Incurrirá en excomunión el confesor que asista á los duelistas en las mismas condiciones?

Hé aquí la contestación dada por la Congregación del Indice á tales consultas.

A la 1ª No, un médico no puede asistir, sin incurrir en excomunión, á la celebracion de un duelo, aunque asista á él con la intención de detener el combate lo más pronto posible y curar las heridas.

A la 2ª No; no puede, sin asistir al combate, estar oculto en un lugar vecino á fin de llegar en menos tiempo á prestar á los heridos sus auxilios.

Finalmente, ¿quedará excomulgado el confesor que asista á los duelistas en las mismas condiciones?

Sí, quedará excomulgado.

INSOLACIONES—El individuo atacado de insolación, debe ser desprovisto inmediatamente de sus vestidos, echado en el suelo sobre un colchon, y rociado todo él con agua y expuesto á una corriente de aire.

Se le debe administrar sin dilación una dósis de sulfato de quinina (1 ó 2 gramos), aplicando el tratamieuto rápidamente. Jamás debe sangrarse, pues es segura la muerte con la sangría.

Toda persona que traspira habitualmente y cuya piel durante los grandes calores se vuelve seca y caliente se halla predispuesta á la insolación.

TOMO I. ENTREGA 3ª 1º DE FEBRERO DE 1888.

LA MEDICINA CIENTIFICA.

Director y editor, DR. FERNANDO MALANCO.

FALSA Y VERDADERA MEDICINA.

To be or not to be

Shakspeare.

(CONTINÚA)

V.

La necesidad me vuelve atrás.

No, no he dicho que el diagnóstico en Medicina, nada vale, nada significa, para nada sirve. Alguien sin derecho y con violencia exprimió de mis conceptos idea, que, al menos como está concebida, encierra un despropósito de que declaro no ser autor.

Pero ya que ocasión se presenta, voy á apuntar en seguida, mi credo, dige mal el credo que á mi entender debe profesar todo médico respecto al diagnóstico haciendo con tal motivo más y más ostensibles los fundamentos en que se apoya mi propia convicción.

Dige y sostendré hasta la demostración de lo contrario: 1º El tratamiento y no el diagnóstico es el objetivo de la Medicina; 2º Hay dos períodos en las enfermedades, uno funcional ó dinámico revelado por síntomas meramente funcionales, y otro estático, anatómico ú orgánico, que se acusa con síntomas orgánicos ó anatómicos; en el primero se inicia y funda la enfermedad, en el segundo se grava y establece; en aquel fijar el diagnóstico es imposible, este por tanto, para nada es útil, en el último el diagnóstico puede fijarse sobre firmes bases, y para el tratamiento médico, es no solo útil, sino necesarísimo y 3º Esperar en las enfermedades á que el diagnóstico sea posible, es perder tiempo precioso para la mejor y más eficaz terapeútica.

Derivarán de estas premisas una vez bien comprobadas, ciertas reglas de conducta, utilísimas en el ejercicio profesional.

Entro en materia y procuraré ser tan somero como lo permita, exposición y defensa de tan claros principios, muy especialmente donde tenga que tratar puntos ya tocados por mi, en otro lugar.

VI.

La Medicina, según el aspecto bajo el cual se considere, es la ciencia que tiene por objeto curar las enfermedades, el arte de curar las enfermedades ó como dice Guéneau de Mussy, es la ciencia del hombre enfermo, cuya significación y dignidad están en el arte de curar.

De cualquier modo considerada pues, la Medicina, tiene como objeto, curar, ese es su encargo, esa su tendencia, esa su mira, esa su misión, ese su único y exclusivo fin.

El diagnóstico, cuando está ya en pié, ayuda mucho al objeto, como puede ayudar un guía, como puede ayudar el delator de un enemigo á quien lo persigue; el dignóstico, cuando está en pié señala el rincón del organismo donde se oculta la enfermedad, acusa los trastornos y estragos causados y dice cuanto sabe sobre avances del enemigo; el diagnóstico en pié enseña los senderos más convenientes para perseguir el mal, indica los lados por dondé es más fácil agredirlo y casi elige los recursos mas apropiados para aniquilarlo, pero ni el diagnóstico como hoy se formula es siempre posible, ni siéndolo, comprender á la enfermedad y ostentarla y señalar sus lados débiles, es el hecho de combatirla y sojuzgarla, y es este hecho el que define al Médico, al hombre útil y

por su profesión destinado, á quitar el sufrimiento y á devolver la salud.

El enfermo busca, no á quien conozca su mal, no á quien apadrine su afección, no á quien avergüence á su enfermedad sino á quien lo cure, á quien lo sane; y el que tal compromiso acepta, se orientará cuando pueda con la semeiotica y con la semeiología ó no contará con una ni con otra cuando aun no hayan surgido las lesiones que las engendran y ni aun se escuche el primer vagido del diagnóstico, pero so pena de no ejercer la Medicina, de faltar al deber, ha de imponer conveniente tratamiento en uno como en otro caso, porque en uno como en otro caso la terapeútica es escencial, porque en uno como en otro caso la medicación es imprendible.

Llegará la vez en que la fisiología del sistema nervioso sea bien conocida, en que se aprecie justamente el entrave funcional de los órganos y la sinergía de los aparatos, en que balanza y espectroscopio apropiados, analicen la vida, en que la ciencia asista á la agregación y desagregación incesante y continua de los elementos, y alumbre la génesis de los misterios orgánicos, en que se penetren los porqués aunque no se alcancen los cómos de la existencia individual, y entonces, el diagnóstico podrá sacarse del más ligero cambio funcional, un nombre nosográfico del mas leve trastorno dinámico, todo un proceso de la coloración de un rostro, toda una tempestad de un calosfrío, todo un programa de un ensueño, entonces se despejará un enigma morboso con una simple inapetencia; entonces se augurará la llegada de un huracán morbifico por una horripilación, por un tic intempestivo, por una mirada eléctrica y entonces tendremos diagnóstico desde el principio del mal, desde la primitiva etapa de la enfermedad, desde la alborada del estado patológico, pero entonces, con ese diagnóstico ideal, amigo de la salud y tutelar de la vida como ahora con diagnóstico espantable por ser orgánico y por su cortejo de Angustias, difícil por lo estrecho de nuestro saber, perezoso por la hora en que llega y tétrico por su predilección, por los trastornos, por los estragos y por las ruinas, entonces, con nuestro diagnóstico sencillo, oportuno, profético y adicto como ahora con diagnóstico imperfecto, obscuro de poder lúgubremente indisputable, de utilidad terriblemente cierta y de adquisición tristemente preciosa; entonces, como ahora, como siempre, el tratamiento cifrará la Medicina, la curación será todo para el enfermo porque es su dicha y todo para el médico porque es su gloria; entonces como ahora, como siempre, el diagnóstico será importantísimo, pero accidental, y su falta no rebajará á la Medicina en su grandeza; entonces, como ahora, como siempre, la Medicina sentirá su ausencia, deplorará su pérdida, pero sola sin conmoverse cumplirá su objeto y llenará su misión. ¡¡Ojalá que en el estado actual de nuestros conocimientos, llegara un dia, en que todos los médicos se persuadieran, de que pueden curar antes de que á su auxilio venga el diagnóstico; un hurra inmenso de júbilo sería lanzado por la humanidad.

Pero suprímase la terapeútica, y la ciencia de curar no tendrá objeto y el arte de curar habrá desaparecido; nada será el médico, como médico; su saber, mientras mayor sea, indicará naturalista que conoce á los males que afligen al hombre, que los distingue, que los ordena y que los clasifica.

Lo objetivo, lo esencial, lo ineludible en Medicina es curar; el tratamiento y no el diagnóstico formulan al médico; el tratamiento y no el diagnóstico es el objetivo de la Medicina.

VII.

Mi sábio maestro el Sr. Dr. Barreda definia así la enfermedad: es una alteración á la vez estática y dinámica del organismo viviente, que de uno ú otro modo ó de ambos á la vez, se nos manifiesta suficientemente para distinguirlo del estado normal. Fundabáse sin duda el

ilustre patologista en que alteraciones estáticas y dinámicas en el organismo, tienen que ser correlativas pues que ni se concibe que un órgano no cambie definitivamente su función cuando cambió su manera de ser, ni se alcanza que no cambie en su manera de ser, cuando cambió en su modo de funcionar.

No obstante, las alteraciones estáticas que corresponden á las dinámicas no siempre se hacen desde luego, y muchas veces ni en todo el curso de la enfermedad aparentes. Sucede en enfermedad como en la salud. Un individuo sano tiene hambre; de seguro á este cambio funcional, debe corresponder otro estático en su estómago; pero el último no es aparente y solo queda apreciable el funcional. Otro individuo sano marcha; dan este resultado cambios dinámicos indudablemente correspondientes á otros en la testura intima de los músculos, en oxidaciones tal vez moleculares de esos órganos, pero esos cambios no son apreciables y queda aparente solo el juego muscular. No hay con toda seguridad ejercicio alguno dinámico en los órganos sin causa material que lo ordene ó determine; la digestión prueba integridad del estómago, la marcha integridad del músculo, el pensamiento integridad del cerebro, pero no se sabe como se digiere, como se marcha, como se piensa, porque se ignora, que cambios materiales dan por resultado el cumplimiento de esas funciones. Un individuo tiene calosfrío mas ó menos intenso, en seguida su pulso se acelera y luego su temperatura se eleva y despues su cuerpo se quebranta y en seguida apercibe que es esquisitamente suceptible al calor y al frio ¿de qué vienen, á qué corresponden esas perturbaciones dinámicas? con seguridad á otras estáticas pero estas perturbaciones estáticas quedan ignoradas. Un herido, un operado ven en sus tejidos alteraciones estáticas bien aparentes ¿y las dinámicas concomitantes? debe haberlas, pero muchas veces no son ostensibles en todo el lapso de tiempo que dura el accidente; sana el herido, cura el operado, sin calentura, muchas ocasiones hasta sin que el órgano paciente cause desordenes funcionales. Un enfermo de fiebre sinoca ¿dónde tiene sus alteraciones estáticas? de seguro en parte donde aún no llega el análisis ni la inspección; las habrá, tiene que haberlas, pero no se presentan al más minucioso exámen.

Por más, pues, que haya estrechez, indisolubilidad correlación entre las alteraciones estáticas y dinámicas de los órganos, una enfermedad puede revelarse y de hecho se revela por alteraciones dinámicas ó estáticas solamente; así lo expresó tambien el Sr. Barreda.

Ahora bien, la alteración estática anterior ó primitiva, muchas veces, casi siempre, se corrige y arregla por la funcion normal, volviendo á quedar el órgano ó tejido afectado, como antes estaba ó al menos en estado en nada distinguible del normal; pero la alteración dinámica anterior ó primitiva, si dura, produce fecundamente alteraciones estáticas definitivas ó difícilmente corregibles aún despues de prolongado tiempo. Parenquima pulmonar hepatisado hijo de fiebre inflamatoria con eleccion de esa entraña, y con mayor motivo, parenquima pulmonar tuberculoso elaborado con toda calma por una discracia; higado crecido por diatesis palúdica y con mayor razon cirrotico que viene disponiéndose con ventajosa antelación, todo esto es difícilmente curable sino absolutamente inextinguible. Calentura despues de una operación, y mejor todavía, reación tópica ó local que es más restringida, llegan absolutamente á aniquilarse; movimiento en músculo insindido, ó mejor todavía, apenas contuso; sensibilidad en nervio cortado, circulación complementaria en una entraña disminuida, todo esto puede ser devuelto totalmente. Como no sea alteración estática que mate órgano insustituible para la vida, la federación orgánica con solo su poder, con solo su influencia, con solo su energía, la cura, la sana y repone al te-

gido que sufre en su primera situación.

Son, pues, las lesiones meramente vitables ó dinámicas muy superiores en importancia y gravedad á las de textura primitiva; son, pues, las alteraciones órganicas causadas ó derivadas ó seguidas de las funcionales propiamente dichas, terribles por su significación y por su desenlace. Prueba esto una vez más, que donde se asoma la Anatomía Patológica principia la impotencia médica y que donde se ostenta más la precisión en el diagnóstico, allí se ostenta más la incapacidad.

Pero volvamos al asunto.

Es tanta la importancia de las alteraciones funcionales, que de ellas se data la enfermedad; no se hace gran mérito del mal cuando no puede herir al dinamismo orgánico, se desprecia, por así decir, al agente morboso del que se burla la vida; toda enfermedad propiamente tal, se inicia con una alteración orgánica, principia con una alteración funcional; el ataque á la vida se cuenta desde que la vitalidad se conmueve, desde que la vida misma se pertuba. Quizá por esto Desjardin llama enfermedad á la alteración ó perturbación *de las funciones* que forman la vitalidad; quizá por esto Chomel cree indisputable que las enfermedades de todo género son debidas á un cambio en *la accion* de nuestros órganos, cambio íntimo que precede y produce todas las alteraciones de tejido; quizá por esto Littré define la enfermedad *una reaccion de la vida*, local ó general inmediata ó mediata, contra un obstáculo, una perturbación ó una lesión.

Las enfermedades agudas, que se distinguen de las crónicas no precisamente por el tiempo que necesitan para recorrer sus periodos (pues las hay agudas sin gasto rápido, sin vivos padecimientos y crónicas con fuertes pérdidas, con sufrimientos intensos) sino por su modo de ingresar á la economía; las enfermedades agudas, que atacan al organismo á bandera desplegada y tambor batiente, que lo asedían con brioso aparato, acusando su llegada, ostentando su presencia, y las crónicas que se deslizan á hurtadillas, solapadamente, de manera traidora, aprovechándose de un resquicio para hacer franca entrada, formando vía espedita de un poro, que llegan al recinto anatómico llevando como guía á una celdilla desleal, adoptando como alíadas á moléculas desterradas y que se mezclan á los glóbulos sanguíneos para corromperlos, siguiendo sus pasos por donde quiera que la circulación las lleva; todas, se inician con perturbaciones funcionales; las agudas se hacen introducir por la horripilación, por el calosfrío, por la calentura; las crónicas apenas establecido su vivac, su cuartel de provision en cualquier sitio del organismo, después de un prólogo, empiezan su ataque á la vida llevando á la vanguardia á la calentura, al malestar, á la inquietud, en suma falange de alteraciones funcionales. Salvo estancia, preparatoria del terreno, exploradora de la situación en que se trata de conocer al país y de levantar planos de sus fortificaciones, las enfermedades crónicas, atacan á la vitalidad, en todo caso, lo mismo que las agudas, tienen como ellas un primer periodo funcional, apreciablemente esclusivo, al que sigue, otro de textura ó estático terrible en su importancia porque significa que el embiste fue victorioso, que el terreno que el enemigo pisa es suyo, que los órganos no surtieron en resistir su empuje ni los tegidos para barricar las entradas.

En este período y no en el funcional, se presenta el diagnóstico á decirnos que ya la enfermedad es bien distinguible de otra cualquiera, que ya se le puede imponer su verdadero nombre, su nombre propio, su nombre peculiar, que ya están en paleta todos los síntomas que la ezbosan, que la perfilan, que la coloran, que la retratan, que ya es tiempo de obrar... con pocas esperanzas. No parece sino que el diagnóstico viene á escarnecer nuestra ciencia porque nos acude cuando ya no se trata de atacar sino de defender, cuan-

do ya no es tiempo de buena lid sino de hostilizar en guerrillas á un enemigo tras trincheras, dentro de muros, encastillado parapetado con órganos, queridos y vestido y armado con celdillas preciosas; no parece, sino que el diagnóstico viene á argüirnos necedad, demostrando que acudimos tarde, pues que su presencia señala siempre enemigo, victorioso, enemigo reposando sobre sus armas destructoras, y acampado dentro del organismo y servido por la vida.

Por lo demás, es el único tiempo en que se cuenta con el diagnóstico; ántes los síntomas funcionales, cada uno, ni todos juntos no fundan distinción en las enfermedades porque no traen aislados ni en conjunto *siempre* á *una* enfermedad sino á varias y distintas. Avistar un peloton de síntomas funcionales nada significa en órden al diagnóstico, porque no determinan padecimiento estático, fijo, marcado, ineludible.

El Médico va al enemigo porque lo lleva el humo y las llamas de los lugares incendiados, los ayes de los vencidos, el estruendo de los edificios que se derrumban; el médico va al enemigo porque lo conducen las fogatas del campamento contrario, las banderas de los batallones victoriosos, el brillo de las armas esgrimidas; el médico va al enemigo porque lo llevan la Ruina y el Estrago porque lo llaman la Desgracia y el Exterminio porque lo conducen la Angustia y el Dolor. A la fotografía de todos estos siniestros, de todos estos trastornos se llama diagnóstico; el médico va al enemigo porque lo guía, porque lo llama, porque lo conduce el Diagnóstico.

¿Esto quiere decir que el diagnóstico no sirve, que para nada vale, que nada significa en Medicina? Tanto valiera suponerlo, como suponer que en alta mar y en plena tempestad nada vale una brújula, tanto valiera como decir que en negra noche nada sirve una antorcha para dirigirse, tanto valiera como asegurar que en camino accidentado, nada significa un báculo en que apoyarse.

El diagnóstico orgánico será el único fanal del médico mientras la ciencia no avance lo bastante para utilizar para crear el dinámico, será el sólo conductor mientras la semeiología discurra y acierte sólo sobre lo palpable, será el único amigo mientras el arte no pueda pasarse sin él. ¡Desdichados enfermos si no se supieran interpretar y valorizar ni siquiera las quejas gravadas en sus entrañas y los sufrimientos que ostentan sus tegidos! En la etapa orgánica del mal no hay más conductor del tratamiento que el diagnóstico.

Pero es en el periodo dinámico del mal cuando el tratamiento surte mejor, cuando la medicación alcanza más, cuando es, más fácilmente yugulable la enfermedad. Cuando apenas nació el mal, cuando surgido áun de la cuna poco puede, cuando se cuenta con defensa enérgica ó nó, pero decidida, cuando todos los elementos están en favor, cuando el juego funcional de la vida lanza por sí mismo léjos de sí, los obstáculos que se oponen á su paso, cuando se dispone de todo el vigor, de todo el aliento, de todo el empuje de la máquina, entónces ó nunca es seguro el triunfo, porque despues, la organización fogosa y fuerte ó lánguida y débil al principio, se fatiga y consume forzosamente al fin y si se defiende es sólo con pobres recursos, con elementos impropios, con armas gastadas ó mohosas. El tiempo mella los resortes de la vida, el padecimiento gasta sus tesoros y no hay desahogo para reparar las pérdidas. La enfermedad estigmatiza los órganos, la reacción quema los tegidos, el sistema nervioso acibarado para el bienestar no repercute más que dolor, la movilidad sólo tiene inflecciones para la desesperación. Entónces la vitalidad profundamente estremecida en sus fundamentos, cuarteada y desplomada, viene abajo y con ella el individuo ó aunque fofa y deleznable continúa en pié, en un *modus vivendi* orgánico que no dá la vida como debia darla, que es la desgracia bamboleando, que es el dolor galvanizado por la esperanza.

Resúmen. Hay dos períodos en las enfermedades: uno funcional ó dinámico revelado por síntomas meramente funcionales y otro estático ó anatómico ú orgánico; en el primero se inicia y funda la enfermedad; en el segundo se agrava y establece; en aquel fijar el diagnóstico es imposible y por tanto éste para nada es útil; en el último el diagnóstico puede fijarse sobre firmes bases y para el tratamiento médico es no solo útil sino necesarísimo.

VIII.

No hay pues que esperar á que el diágnostico se establezca para proceder en contra del enemigo, porque es esperar á que el mal se acomode dentro del organismo, á que se abrigue con los tejidos, á que se esconda con los aparatos, á que cambie el curso de la vitalidad á su modo, á que dé giro inconveniente al dinamismo que constituye al individuo; no hay que esperar á que el diagnóstico sea el General porque el solo entra en campaña cuando llama la Matanza, cuando lo convida el Exterminio, cuando lo invita la Desolación. Entónces no será tiempo apropiado ó al menos, las mejores oportunidades se habrán desvanecido; la naturaleza teatro de la lid estará agostada y consumida y la fé que allí debia albergarse habrá huido, y la vida agonizará.

En el periódo dinámico no hay más que síntomas que combatir. Y esto que importa ¿que perezca el enfermo mejor que curarlo simtomaticamente? curar, curar y si cuando hay que curar, no hay más que síntomas que combatir, á curar síntomas, esto manda el deber. ¿Porque esperar á que se formule el diagnostico para atacar á la enfermedad, si antes podemos hacerlo y con mayores ventajas?

Un individuo á quien hay obligación de acudir avisa que un enemigo suyo está baleando su casa.—¿Quién es?—Se ignora. Lo único que se sabe es que es un enemigo.—Pues hay que esperar á que diga quien es como se llama y que quiere. —Pero hay el deber de salvarlo y están ya perforadas las puertas y el zahuan fuera de quicio y comienzan á arder las maderas y la angustia en la familia es inmensa.—¿Quien ataca tan rudamente? Se ignora, pero es el hecho que la casa está sufriendo terribles deterioros, que el amo está enloquecido, y los criados no pueden ya resistir y que el enemigo no se presenta, pero asalta destruye é incendia.—¿Qué pretende ese enemigo? no puede atacarse hasta conocerlo. ¿Como batir á un enemigo sin haberle visto la cara. —Pues ya el portero ha caído por las balas contrarias, los criados están heridos, la familia humillada; la ruina está en todas partes, por donde quiera hay escombros, el enemigo ha saqueado todos los departamentos, ha vaciado las bolsas, ha pillado todas las economías y ahora, ahora está gozando dentro del recinto de la casa, del rico botín.

Loádo sea Dios, ya se sabe quien es, es un ladrón á quien trajo la sed de lo ageno· un envidioso de la dicha y de la prosperidad del vecino, á atacarlo con fervor...... sin miramiento; ahora los causticos, las bebidas, todas las drogas.—Señor, obrad, no queda más que dejaros porque vuestra profesión os recomienda, pero, visteis que atacaban y debisteis defender; nécio orgullo os inspiró conocer á vuestro adversário con detrimento de nuestra dicha, de nuestra tranquilidad, de nuestra fortuna. —Estamos abrumados porque no entendisteis vuestras obligaciones, porque horrible ceguedad os preocupó en contra de muy sagrados intereses porque ni siquiera quereis instruiros cuando manejais las vidas agenas.....

Sáquese fruto de la parábola. Esperar en las enfermedades á que el diagnóstico sea posible, es perder tiempo precioso para el mejor tratamiento facultativo.

IX.

Concluyo con estas reglas de conducta médica derivadas de todo lo dicho: 1ª El médico en previsión de tenebroso porvenir, debe si á tiempo es llamado, anticiparse con su tratamiento al diagnóstico y 2ª Establecido el diagnóstico por *desgracia para el enfermo* y por *necesidad para el médico*, el pronóstico debe ser *muy reservado* porque entonces lo adverso es probable y lo ventajoso, inseguro.

Dr. Fernando Malanco.

(Continuará)

Medicina tradicional

Y

MEDICINA CIENTIFICA.

Leemos en la biografía de Magendie por Littré escrita en el "Diario de los Debates," en Mayo y Junio de 1856, es decir hace 31 años.

" La medicina se pierde en la noche de las mitologías. Los griegos, de quienes la tenemos, el Oriente que la había trasmitido á los griegos, la referían á los Dioses, y á los hijos de los Dioses, inventores de los remedios que, para usar el idioma de Homero "calman los negros dolores." En esto, como en todo, el arte precedió á la ciencia y encaminó hácia ella, mucho despues del arte es cuando la ciencia, que estaba escondida en germen bajo los procedimientos empíricos, lo avasalló á su vez, y se hizo su directora, de modo que lo que en el órden lógico se vuelve el primero es en el órden histórico lo segundo: Esta inversión es general; una vez conocida, vierte una luz grande sobre el desarrollo de la historia y sobre las necesidades mentales que obligaron á la humanidad á proceder así; en cuanto á la medicina, las necesidades del sufrimiento para ensayar todo, sugirieron los remedios, unos útiles, otros peligrosos, otros inertes.

Poco á poco el raciocinio aplicado á esa masa confusa, determinó los casos con más precisión y dió más certeza al empirismo primordial. Tal es poco más ó mènos, el estado de determinación en el cual Hipócrates dejó á la medicina cuatro siglos antes de la era cristiana, nadie ha comprendido jamás mejor que él que era un arte; nadie ha sentido mas vivamente que toda esta tradición práctica debía de ser sometida al exámen severo de la inteligencia, nadie ha manejado mejor el juicio crítico para separar la buena semilla de la mala; sin embargo no pensó jamás en buscar fuera de la medicina una base en la cual apoyarla pudiera, una teoría que la explicara. Las condiciones científicas de su tiempo no permitían, aun á una inteligencia tan vasta, que percibiera lo que estaba reservado para una evolución ulterior.

Cuando en fin, esa evolución ulterior se hubo producido, se preguntaron (y todo hombre ilustrado se pregunta) ¿si la práctica de la medicina no descansa mas que sobre si misma, sino es mas que un empirismo más ó ménos raciocinado ó si hay algo fuera de dicha práctica, algunos principios que puedan guiar en ella? Cuando el médico llegado cerca de la cama del enfermo *dignostica* (esta es la palabra) tal ó cual afección y aconseja tal ó cual tratamiento ¿no hará mas que recordar casos análogos, ó se conforma con semejanzas, ó además de lo que debe á la memoria recuerda de casos análogos tendrá una luz, una doctrina que venga de otro dominio y que guíe su inteligencia? Un ejemplo dará contestación á esta pregunta: la antigüedad médica pensaba que el corazón nunca se enferma, había puesto en él el sitio del calor inato, el fuego de la vida, comunicaba la inalterabilidad al órgano destinado á contenerlo. Pero había tambien otras razones, conociendo á los diversos vasos que comunican al corazón y al pulmon, habían supuesto, que el primero aspiraba por ellos al aire que alimentaba al fuego vital, considerando lo que es verdad en un animal muerto, que las arterias están desprovistas de sangre, creyeron que lo estarían tambien en el animal, en vida; desde luego habían atribuido las pulsaciones regulares que se sienten; á una virtud pulsativa que le sería peculiar. Esta série de concepciones hipotéticas respecto de funciones desconocidas, echaba un velo sobre la realidad, impidiendo todo conocimiento en las enfermedades del corazon: sus quejas quedaban mudas para el médico; en vano, herido en su organización, en sus funciones, daba lugar á fenómenos distintos de los que produce el estado de salud, como estos eran ignorados, aquellos pasaban desapercibidos. Se padecia de

enfermedades del corazón entónces como ahora, pero la función imaginaria cubría la función real y la creencia en que no era capaz de ninguna alteración, se mantenía. Ya no fué así despues del descubrimiento de la circulación por Harwey, fué demostrado que el corazón es una bomba doble aspirante é impelente; que la bomba derecha atrae la sangre de las venas y la manda á los pulmones; que de allí esta sangre, puesta en contacto con el aire, de roja oscura se vuelve roja rutilante y vuelve al corazón; que entónces la bomba izquierda la lanza á todas las partes del cuerpo, que el latido de las arterias no es mas que la trasmisión de cada latido de esta bomba constantemente en actividad. Al mismo instante los padecimientos del corazón comenzaron á no quedar escondidos y hablaron con los signos dependientes de su función, las perturbaciones de las pulsaciones arteriales, la modificación de los ruidos que produce al contraerse, el volúmen mas grande que adquiere, los estorbos que causa á la respiración, el entorpecimiento de la circulación general, las hidropesías que vienen en consecuencia, todo se volvió prueba de las lesiones, que la antigüedad había ignorado. El trabajo regularizado del órgano, siendo conocido, sirve para determinar lo irregular del trabajo que se llama enfermedad.

Hay pues tras de la medicina, una ciencia que la guía y esa ciencia es la fisiología; bajo este título los antiguos filósofos griegos, quienes la pusieron en uso, entendian el estudio de la naturaleza. El sentido hoy ha quedado restringido al estudio de los actos que se producen en los seres animados por la vida. En ellos, pasan en efecto actos muy numerosos; muy diversos, encadenados unos con otros por estrechas relaciones y cuando son regulares, constituyen la salud, perturbados hacen la enfermedad, detenidos constituyen la muerte. El vivir encierra comprendidas dos grandes facultades, alimentarse y sentir. La primera no supone á la segunda, pero la segunda implica forzosamente á la primera. Esta división corresponde á dos clases de seres vivientes: los vegetales y los animales: los vegetales que no tienen mas que la nutrición; los animales que además tienen la sensibilidad. Observad al vegetal al momento de salir de su sueño invernal y vereis que oficina activa tiene encerrada debajo de la cáscara que lo cubre. Las sustancias propias para alimentarlo son recogidas en el seno de la tierra bajo forma líquida, y suben por una corriente continua hasta las puntas de las ramas, hasta las hojitas más diminutas, á su vez los órganos verdes que se despliegan en el aire no quedan ociosos, absorven aire, luz y calor, también savia, siendo así elaborada; todo crece, todo se desarrolla todo vegeta, da flores y fructifica. Muy distinto es el animal en su complicación.

Preciso es para que la nutrición se haga que la Savia, trasfiero este nombre al fluido nutritivo del animal y el aire se encuentren en contacto, de allí un aparato para moler y digerir los alimentos, otro para absorverlos, otro para llevarlos incesantemente al encuentro del aire. La otra mitad del trabajo la cumple la respiración, la cual nunca para. Hasta aquí todos los preliminares están realizados, pero no son más que preliminares, y luego un músculo poderoso manda con chorros alternados, la sangre que hace crecer todo florecer y fructificar. Pero no tendriamos allí más que un vegetal, y el animal, está obligado á alimentarse para cumplir actos más nobles, sus músculos se contraén, sus huesos se mueven como palancas; se pone en comunicación con los objetos exteriores con sus sentidos, aparatos de fisica que la nutrición entretiene renovándolos perpetuamente para tenerlos en aptitud de servicio. En fin, una ida y venida que no se suspende más que durante el sueño, trasmite por los nervios las impresiones del cerebro y las voluntades á los músculos.

El cerebro mismo está sin cesar y ocupado con la dirección, según las leyes propias para cada especie, de la vida del individuo,

hasta que en la especie encumbrada encima de todas las demás, la inteligencia, saliendo del círculo estrecho de la personalidad se eleva á las nociones generales de verdad y justicia. Además al lado de esta dirección regular de las funciones, hay lo que las perturba, así como en el momento de una batalla la muerte y las heridas vuelan por todos lados, así mismo en el tiempo de la existencia concedida al que vive, vuelan los agentes destructores, las causas de sufrimiento, pasando junto á unos é hiriendo á otros. El viento que hace un momento soplaba suave, pasa al norte y vierte un frío repentino que sorprende, al momento algunos se acuestan presos del dolor y de la calentura, más de uno para no volverse á levantar. O bien unos miasmas sutiles nacen de descomposiciones y conflictos de organismos que viven y mueren propagando como un incendio, hiriendo aquí los vejetales, allá á los animales, en otras partes, á la especie humana. Todo esto, sea salud, sea enfermedad siendo una sucesión de elaboraciónes".

El que esto escribe, despues de trabajo mental exagerado, se vió en el caso de no poder recobrar su equilibrio en la posición vertical: tan luego como intentaba tomarla perdia los sentidos, lo amagaban nauseas y caía acostado de nuevo.

En tiempo de Broussais hubieran diagnosticado apoplegía y sacado sangre con grave perjuicio del paciente: más tarde hubieran atribuido la congestión á serosidad, porque á medida que la fisiología descubre un aparato circulatorio, un líquido nuevo en la economía, el diagnóstico se fija en su circulación.

Pero evidentemente falta descubrir al agente de la circulación nerviosa ese *quid ignotum*, que se quiso comparar con la corriente eléctrica y que se agota con el excesivo trabajo intelectual.

Muy pronto se dice cuando se notan fenómenos de debilidad en el cerebro anemia cerebral, pero no está demostrado que en un cerebro privado de sangre baste reponer esta para que se utilice y se le devuelva la fuerza que le falta.

Tan es así que vemos sujetos demasiado anémicos en quienes el cerebro conserva hasta el último momento toda su actividad.

La fisiología del sistema nervioso está por crearse como la de la circulación lo estuvo hasta Harvey, pero mientras se conozca, sabemos que la estricnina es el agente más á propósito para despertar y reanimar á la actividad nerviosa y la podemos aprovechar con este objeto.

En el caso aludido, el sujeto á quien se refieren estas reflexiones, tenia conciencia de que toda espoliación seria fatal para su miseria cerebral, por lo mismo no llamó á un príncipe de la ciencia antigua para auxiliarlo y sí á un joven práctico libre de las preocupaciones añejas, quien luego llenó la indicación apremiante dándole hipophosfito de estricnina: cuatro gránulos al empezar; es decir dos milígramos; mas despues un medio milígramo cada media hora: en las doce horas del dia 24: es decir 12 milígramos; al cabo de tal dósis, que parece excesiva, se habia restablecido completamente el paciente, pudiendo volver á su trabajo habitual con la convicción de que ninguno de los prácticos ortodoxos, siguiendo las indicaciones de la terapéutica oficial, lo hubiera restablecido tan rápidamente.

Bien al contrario hubiera debido reponerse del cansancio, causa primera de su malestar y de la espoliación, sanguineas ó serosas que hubieran juzgado oportuno causarle para salvarlo de la supuesta congestión sanguinea ó serosa.

¡Cuan terrible es pensar que sobre un supuesto dignóstico fundado en una fisiología todavia balbuciente, se hace una terapéutica todavía más hipotética! Así se explica porque hay clientes que temen más al médico que á la enfermedad.

México, Enero de 1888.

DR. J. F. FENELON.

TERAPÉUTICA.

CONSIDERACIONES PRÁCTICAS MÉDICO-QUIRURGICAS.

Leidas ante la Academia de Medicina de México el 9 de Noviembre de 1887.

¿La terapéutica clásica llena su misión? En conciencia no se puede decir que sí: su ideal es formar un diagnóstico antes de emprender cosa alguna, como si se supiera que para tal ó cual enfermedad hay tal ó cual remedio comprobado prácticamente. Pero lo real y positivo es, que muy raras veces se consigue certero diagnóstico, y casi siempre los prácticos se ven precisados á hacer medicina sintomática aunque no quieran

Hace poco leímos en la *Gaceta* de la Academia de Medicina un concienzudo artículo en el cual su autor tendía á

aconsejar que se tomara en consideración al método homeopático como capaz de servir, en algunos casos, de auxiliar á la terapéutica clásica; señalaba este hecho escandaloso, que alguna que otra vez, enfermos cansados de tomar medicamentos oficiales, sanaban después mientras tomaban gránulos homeopáticos.

Fenómenos son estos que se explican de dos modos: ó bién porque llega el homeópata cuando el tratamiento racional va á surtir sus efectos, ó bién que la supresión de un tratamiento, tal vez inoportuno, basta para el alivio, del cual beneficia el que llega á buen tiempo.

Dos veces se ha discutido ante la H. Academia de Medicina de México, desde que ha sido fundada, el tratamiento del tifo, y dos veces la conclusión ha sido que el tratamiento sintomático es el único fundado en razón, porque, aunque sea muy bien conocido el tifo por todos los prácticos experimentados, todavía no se le encuentra medicina específica.

Si después de desarrollada una enfermedad de las más conocidas, la misión del médico encargado de curarla se reduce á combatir los síntomas uno por uno, ¿qué ventaja puede haber en esperar que se acumulen debilitando y comprometiendo al enfermo? ¿No será preferible ir combatiendo los síntomas desde su aparición, sin dejarlos acumular?

Se ha dicho que las enfermedades son entidades de una pieza, que es preciso conocerlas para combatirlas: tal doctrina pudo sostenerse cuando se sabía todavía ménos de lo que sabemos; hoy no es sostenible.

Dos series de causas tienen las enfermedades, exteriores ó internas.

Las causas exteriores son los miasmas, microbios, sustancias tóxicas, infecciosas, traumatismos. En medio de microbios y miasmas vivimos todos, á cada inspiración introducimos cantidades análogas de gérmenes morbígenos: ¿cómo explicar el que no caigamos enfermos todos á la vez, si no es debido á mayor ó menor resistencia de cada uno?

La observación lo demuestra: el herido, la recien parida, que es una herida también, el desgraciado debilitado por mala alimentación, cansancio, ó vida en aire confinado é impuro, son los más expuestos á la influencia nociva de miasmas y microbios.

Los sanos y robustos, los que observan buenas costumbres higiénicas, pueden, hasta cierto punto, soportar la introducción en su organismo, de grandes cantidades de elementos morbígenos: les resisten y eliminan casi sin sentir su presencia ó su paso por su organización.

¿Cómo no admitir entónces en las enfermedades un periodo prodrómico en el cual la lucha entre el principio nocivo y la persona que pudiera ser su víctima está empeñada?

Si en este momento acude en auxilio del sujeto un tónico apropiado, se sobrepone; si, al contrario, sobreviene un accidente capaz de disminuir su resistencia, sucumbe.

Además de las causas exteriores que amagan á la existencia, hay las herencias funestas, las predisposiciones morbosas para las cuales el arte de curar no queda desarmado cuando es previsor, pudiendo guiar al desarrollo de los seres amenazados, de tal modo que se eviten ó retarden las consecuencias de las malas predisposiciones, de las herencias funestas, lo bastante para hacer la vida mejor y más duradera.

El más bello papel del arte de curar es el del higienista, quien previene los males: ¿por qué había de ser otro el papel del médico? ¿Por qué habrá de verse obligado é decir: mientras la enfermedad no está desarrollada no puedo nada contra ella: ignoro qué enfermedad he de combatir?

¡No, ciertamente, no es esta la misión nuestra! Antes que todo es previsora: somos los sacerdotes de la salud, de la longevidad, del perfeccionamiento humano; y no los acólitos de la enfermedad, los precursores siniestros del sufrimiento y de la muerte.

En la ciudad, en la familia, cerca del que se queja, debemos ver el mal antes de que llegue: la ciudad está dotada de malas condiciones higiénicas; debemos dar la voz de alarma y aconsejar los medios apropiados para mejorarlas. En la familia vemos herencias peligrosas, debemos proponer los medios apropiados para combatirlas. Cerca del que sufre debemos apresurarnos para que el mal de hoy no prepare la complicación de mañana: á toda queja debemos atención, porque para todas tenemos consuelos y para muchas remedios.

Pero si han renunciado muchos prácticos el papel más bello para aceptar el más triste, ha sido porque las armas que suministra la terapéutica clásica inspiran más temor que confianza, son infieles y temibles. Ese temor justificado ha pasado del práctico al público, de tal modo, que muchos pacientes no se resuelven á pedir los auxilios del arte mientras no se creen en peligro. Como si el tratamiento médico, siendo peligroso, hiciera necesario estar ya de riesgo antes de curarse para exponerse á sus siniestras casualidades.

Si el arte de curar, sin poner en peligro la vida, fuera más conocido, acudirían más oportunamente los que sufren á pedir sus auxilios.

Ya lo hemos observado: entre la salud y la enfermedad la transición es lenta, insensible á veces; aun en las heridas hay entre el momento del accidente y la infección que le puede sobrevenir un periodo en el cual el sujeto dejó de ser sano, y todavía no está gravemente enfermo; entonces es cuando el papel del médico es eficáz y se puede considerar como á un salvador llegado el momento oportuno.

Las grandes operaciones que practicamos hoy sin comprometer la existencia demuestran, que puede haber grandes heridas que no lleguen á causar enfermedad, porque el método antiséptico previene la introducción de los elementos morbígenos. Pero si el antiséptico se opone á la introducción del microbio, el tratamiento adecuado hace al sujeto capaz de resistir aun cuando se hubiera introducido por alguna imperfección difícil de evitar, sobre todo en la práctica hospitalaria, en la aplicación de los medios antisépticos.

Hemos visto ya que algunos sujetos impregnados por elementos infecciosos pueden resistirles; esto es lo que la terapéutica puede imitar al dar fuerza y resistencia con los medios tónicos de los cuales puede disponer.

Natural era que antes de tomar medicamentos infieles, en dósis perturbadoras, en formas repugnantes ó capaces de hostigar, natural era esperarse á que la enfermedad fuera peor que el tratamiento.

Cuando se trata de alcaloides de una acción bien definida, reducidos á proporciones tan pequeñas y formas tan adecuadas que se pasan sin sentir, entónces el que se encuentra débil no vacila en aplicarse los gránulos conocidos como propios para reanimar las fuerzas; el que siente encenderse el calórico en su circulación, no vacila en acudir al gránulo capaz de reanimar el sistema vasomotor y moderar el incendio que le amenaza.

Se nos dirá que entonces el papel del médico acabó; no, señor, al contrario, se elevó: mientras la ciencia fué vergonzante porque formulaba como los poetas hacen versos, guiada por la pura inspiración, metiendo en un cuerpo muy poco conocido, sustancias absolutamente desconocidas, necesitaba del misterio para cubrir su insuficiencia hoy evidente.

Ahora no es así: la ciencia existe, no se improvisan los conocimientos del arte de curar, como no se improvisan los del arte del ingeniero: se sabe lo extenso que son sin que necesite este último envolverse en el misterio para sustraer á la indiscrecreción pública de los elementos de su saber.

El reproche de hacer inútil al médico puede aplicarse al método homeopático, en el cual se emplean sustancias inertes y cuando se cura es por sugestión, de donde resulta que basta atrevimiento y apenas saber leer para manejar dichas sustancias, dejando morir á quienés necesitan remedio.

La alcaloidoterapia emplea sustancias activas: fácil es comprobar su presencia por el análisis analéptico é fisiológico; su energía pronto se dá á conocer, y los gránulos desimétricos no son juguetes que puedan administrar ignorantes y sí armas de precisión propias para quien sea digno de manejarlas.

En el arte de curar pasó como en el de la guerra: los pueblos primitivos para vencer, cuentan con su imaginación y la impresionabilidad de sus contrarios; se disfrazan de guerreros, aullan, presentan figuras de dragones. Así hacían los antiguos médicos para combatir las enfermedades: se disfrazaban de brujos ó magos y empleaban fórmulas y sustancias fantásticas.

Los pueblos primitivos enfrente de los elementos proporcionados por la ciencia á la guera moderna, se quedaron impotentes; lo mismo sucede para los médicos imaginarios si se comparan con los prácticos armados con los conocimientos modernos y los elementos que proporcionan.

¿Cómo admitir que el saber humano, que ha cambiado la faz de la tierra, salvando con rapidéz los vastos océanos, abriéndoles paso para comunicarlos en medio de los continentes, porque el mar léjos de ser un obstáculo para los hombres de nuestra época, es el camino más facil para comunicar á las naciones; cómo admitir que el espíritu humano, que ha domesticado océanos y torrentes, surcando los continentes con serpientes de hierro sobre las cuales hace volar á su capricho mónstruos más colosales que los más enormes entre los antidiluvianos; cómo creer, repetimos, que ese mismo espíritu, en el arte de curar haya quedado estacionado y detenido por fórmulas de uno, dos y hasta diez y ocho siglos?

Sydenam vivió de 1625 á 1689. Andrómaco, médico de Nerón, quien inventó la triaca, todavía usada hoy por algunos prácticos, vivió al principio del primer siglo de la era cristiana, es decir, hace diez y cho siglos ya.

No hay progreso posible sin lastimar algunos intereses: las situaciones establecidas exigen la estabilidad en las opiniones; los triunfadores de todas clases quisieran que el día de su triunfo fuera eterno; de allí su oposición á todo lo nuevo. Napoleón, que hubiera podido sacar tan buen partido de la aplicación del vapor, lo despreció como á una puerilidad. Thiers, que ha dado pruebas evidentes

de su vasta inteligencia, consideró al primer ferrocarril establecido entre París y San German como un juguete sin importancia.

Así se explica cómo y por qué los príncipes de la ciencia, encumbrados en situaciones que creen inexpugnables, miran con desdén lo que no conocen y lo juzgan sin documentos suficientes.

La única vez que habló de dosimetría Mr. Dujardin Baumetz en la Academia de Medicina de París, fué para probar que ignoraba absolutamente sus fundamentos, y dijo: que no era posible que hubieran dado, sin mal éxito, la cantidad de gránulos de aconitina prescrita por el fundador del método, si era verdad que contuvieran dichos gránulos, fabricados por la casa de Chanteaud, la proporción de principio activo que previene la fórmula.

Cuánto más bien inspirado hubiera sido el profesor de la facultad de París, si antes de hablar tan á la ligera, como hablan los profetas y los infalibles, hubiera mandado analizar los gránulos para saber que realmente contienen lo convenido, como se hizo aquí en México, y sabiendo que eran conformes á la fórmula, los hubiera dado cuando la indicación se presentara: se hubiera evitado el haber negado una verdad hoy muy generalmente conocida y comprobada por la práctica.

Desgraciadamente, apenas conocidos los alcaloides, han sido empleados por la malicia humana, y su grande potencia ha servido primero para cometer crimenes; de ahí resulta que vienen precedidos por una mala reputación, son recibidos con temor y administrados con timidez exagerada.

La humanidad para ahorrarse la pena de la observación, se complace én clasificar cosas y gentes dos categorías: lo bueno y lo malo, lo de Dios y lo del diablo, error sensible como todo lo que se opone al conocimiento de la verdad. No sólo es pueril tal clasificación, es absurda y dañosa. Lo mejor se vuelve malo cuando no es oportuno, y lo más peligroso puede ser útil y benéfico cuando viene en tiempo y proporciones debidas.

El mismo fierro que hiere y mata, abre el surco, hace salir los elementos de la vida; el arsénico, que dá la muerte en proporción exagerada, restablece los glóbulos de la sangre cuando llega oportunamente en un organismo debilitado.

La medida y la oportunidad, hacen que los venenos sirvan para salvar vidas; asi como la falta de medida y oportunidad hace que el alimento más sano pueda llegar á ser tan dañoso como el veneno más temible.

No podemos vivir sin oxígeno y sin aire, y sin embargo, el oxígeno en exceso, el aire suficientemente comprimido, pueden causar la muerte.

La separación absoluta entre lo bueno y lo malo es una concepción que no resiste al estudio y debe relegarse con los errores de otros tiempos. Es cómoda al parecer, pero es peligrosa en realidad.

Es peligrosa porque se opone al progreso. ¡Cuántos prácticos prefieren dar el extracto de nuez vómica y no su principio activo porque tienen miedo á este último! Pero al dar el extracto de nuez vómica quieren darlo embotado, cubierto, disimulado, y corren riesgo de no saber si realmente lo dán, ni en qué proporción lo ministran.

Tanta falta de confianza en la terapéutica, tiene consecuencias muy sensibles porque deja muy á menudo perder la oportunidad para salvar enfermos que pudieran sanar si fueran bien atendidos, y por lo mismo disminuye la estimación debida á los médicos; mientras que aumentaría, si en la práctica se les viera más firmes en sus propósitos, más confiados en su arte.

Digno de lástima es el práctico á quien la muerte arrebata un ser querido, si puede tener el pensamiento fundado de que tal vez con el nuevo método lo hubiera podido salvar.

Si merece reproches de su conciencia quien, sin las debidas precauciones, ministra sustancias activas, en circunstancias y proporciones indebidas, no los merece menos quien, sabiendo que existen remedios eficaces, capaces de sustraer más víctimas á la muerte, por timidéz, por capricho ó por cualquier motivo, prefiere seguir la rutina á hacer beneficiar á sus enfermos de los progresos del arte.

Angustiosa es la situación del práctico, y para él más que para nadie, debe quedar siempre presente este precepto moral: haz lo que debes, advenga lo que advenga; aplicando tal precepto no cabe duda que el deber del médico es saber todo lo útil en asunto de terapéutica, y aplicarlo siempre que parezca indicado.

Cumpliendo con ese deber sagrado, satisface á su conciencia, que debe ser su juez el más severo, y á la vez contribuye á levantar la consideración debida á la más benéfica de las artes.

Cuando sea cultivada como debe serlo, cesarán estas competencias vergonzosas por las cuales sufre; no habrá ya paralelismo posible entre el charlatanismo y la ciencia verdadera, sino para las gentes absolutamente ignorantes.

Para dar una idea de la eficacia del nuevo método, es preciso, aunque á gran-

des rasgos, referir algunos hechos sin los cuales toda teoría se disipa fácilmente como una neblina pasajera.

Entre las enfermedades que mejor se prestan á la observación, tenemos á las paludeanas: su periodicidad y su causa permiten observar cuáles son los agentes capaces de modificarlas ó impedirlas.

El que esto escribe hace muchos años experimentó penosamente la perniciosa influencia de las plantaciones de caña; cada vez que intentó vivir cerca de ellas, las intermitentes lo atacaron, llegando á hacerse tan resistentes que no bastaron dósis exageradas de sulfato de quinina, y lo obligaron á cambiar de residencia.

Hace dos años, armado con un arsenal dosimétrico, fué á vivir con familia numerosa en el mismo punto, y pudo permanecer más de un año sin resentir la influencia palustre para sí ni para la familia.

Hubo pequeños amagos; pero el tratamiento prévio bastó siempre para disiparlos: tan luego como se sentia un pequeño malestar, la administración de dósis cortas de hidro_ferro_cianato de quinina, cien gránulos por día, uno ó dos dias, asociados con dos hasta seis milígramos de arseniato de estricnina, restablecian el equilibrio mejor que ántes las grandes dosis de sulfato de quinina.

Llama la atención que diez centígramos de hidro_ferro_cianato de quinina sean tan eficaces; pero hay que atender que esta preparación es más soluble que el sulfato, por lo mismo se introduce más completamente y más pronto en la circulación, impregnando el sistema nervioso con sus benéficas influencias tónicas y antisépticas; pronto se pone en contacto en la circulación con el veneno telúrico, empeñando con él la lucha salvadora.

La asociación del arseniato de estricnina es racional, porque sabida es la benéfica acción de los arsenicales en contra de las afecciones palustres, conocida tambien la poderosa influencia de la estricnina sobre la fibra nerviosa á la cual devuelve la vitalidad cuando vá faltando.

Levantar al organismo, abatir á su enemigo, es lo que hace el médico armado con los recursos de la dosimetría.

Al llegar á la hacienda en donde le fué dado experimentar en grande escala la eficacia del nuevo método, se encontró con una epidemia de tifo incipiente; muy fácil fué seguir su marcha, por ser conocidos todos los habitantes de la finca, aunque repartidos en tres labores distintas.

El contagio fué traido por un vecino de un pueblo cercano de allí; de familia en familia se fué propagando hasta contaminar á todos los residentes de las tres labores, no dejando sin atacar sino á los que ya habian tenido anteriormente la fiebre.

Fueron diez las familias en las cuales se fijó la enfermedad. En una de ellas, compuesta de ocho personas, habia un abuelo y una abuela, los dos ancianos, de setenta á ochenta años, con arteritis; el anciano, en las pediosas, fué amagado por la gangrena senil de los dos piés; pero gracias al uso de los arseniatos se restableció completamente la circulación en los dos piés. La anciana tuvo escaras en los dos trocánteres, y en la región sacro_coxígea, perdiendo la piel en los tres puntos; sin embargo, se logró su restablecimiento completo.

Ninguno de los enfermos sucesivamente atacados sucumbió á consecuencia de la fiebre. Una mujer, después de haberse logrado la convalecencia, cometió imprudencias, contrajo pleuro_neumonía y sucumbió á consecuencia de tísis galopante.

Un hombre, de ochenta años lo menos, levantándose se bañó sin precauciones; contrajo pulmonía y sucumbió, se puede decir sin tratamiento, porque la familia por temor á las reconvenciones merecidas, no avisó hasta que estaba en agonía.

Para todos estos enfermos fué el tratamiento sintomático, teniendo como base el uso del arseniato de estricnina, puesto que en todos la postración era grande; contra el elemento infeccioso se usaron hidro_ferro_cianato de quinina, sulfuro calcium, yodoformo y el sulfato de sosa como purgante.

Estos éxitos trajerón enfermos, algunos desde léjos, y que necesitaban un tratamiento prolongado: se improvisó para recibirlos un pequeño hospital en las ruinas de la labor de San Diego.

El primer enfermo admitido tenia elefanciasis hereditaria de las dos piernas: fué tratado por la cauterización con el cauterio de Paquelin, aplicada á los botones tuberculosos, con los arseniatos al interior, el yodoformo localmente y un vendaje elástico compresivo; á los tres meses salió bastante mejorado, pudo creerse bueno.

Una jóven de quince á diez y seis años, de temperamento escrofuloso, fué tratada por escrofulides ulceradas del pié derecho, consecutivas á unas cicatrices producidas por un vendaje mal puesto por

un curandero al tratarla de una luxación de los huesos del tarso.

La ulceración habia penetrado hasta en las cavidades articulares y las vainas de los tendones, fué muy resistente, pero acabó por ceder al uso de los arseniatos, del yodoformo intus et extra, y al último, á la introducción de gránulos de biyoduro de mercurio en los trayectos fistolusos: duró de tres á cuatro meses el tratamiento.

Dos enfermos de estrechez uretral fueron admitidos en el hospital de San Diego; operados por dilatación rápida, sanaron.

Otro fué remitido por la autoridad judicial en estas condiciones: había recibido una herida penetrante con arma cortante en la región inguinal izquierda; el cuchillo había resbalado debajo del arco pubiano, y seccionado la uretra; desde luego la orina comenzó á salir por la herida, la uretra dividida se retrajo y cicatrizó aparte el fragmento periférico; infiltrado el trayecto recorrido por el arma, dió lugar á un vasto flemón urinoso de la región isquiática derecha, el cual, cuando fué remitido el herido se acababa de abrir paso espontáneamente por la región perineal.

Se aprovechó esta abertura ampliándola para encontrar la extremidad central de la uretra y para unirla por medio de una sonda blanda de Nelaton á la extremidad periférica.

La hemorragia había sido considerable, la anemia doblemente alarmante por dicha hemorragia y por la fiebre urinosa que provocó la infiltración.

Arseniato de estricnina y de fierro, hidro-ferro-cianato de quinina, sostuvieron al paciente durante el tratamiento, lo bastante para lograr primero la cicatrización de la herida inguinal, y al último, de la perineal.

En los pueblos vecinos se vieron varios casos dignos de interés: las afecciones tuberculosas y el cáncer son frecuentes debido á la mala alimentación, á los matrimonios consaguineos y prematuros, y á un desprecio absoluto para todas las reglas de la higiene.

Heridos de grande importancia fueron sometidos al tratamiento dosimétrico; logrando la curación de los que podian sanar, y hacer durar lo más y sufrir lo menos posible á los que no podian sobrevir á sus heridas.

No señalaremos más que á los sobresalientes, entre los cuales figura un campesino de edad madura, de constitución robusta y enérgica, el cual nos fué traido de la cabecera del Distrito, á seis leguas de distancia.

Su herida, producida por un sable corto, grueso y pesado, de los que usan los naturales para cortar ramas y hasta troncos de árboles, interesaba desde la frente á partir del arco supraciliar hasta la sutura del occipital hacia atrás. El parietal izquierdo y parte del frontal habian sido seccionados por arriba y fracturados por abajo, de tal modo que el colgajo en el cual se encontraban contenidos, se movia simultáneamente con las espansiones de la masa cerebral que llenaba, cortada y contusa, el fondo de la herida.

Esta representaba como una amplia boca oblicua de delante atrás; su ángulo anterior, partiendo de un centímetro arriba, de la órbita, y el posterior llegando á la sotura occipital.

El herido fué visto al dia siguiente de su llegada á la cárcel de la cabecera del Distrito, en donde por falta de hospital adecuado, se asisten los heridos; llevaba algunas horas de estar sin conocimiento, el pulso lento, la temperatura baja y la respiración suspirosa.

Se lavó la herida con una irrigación ligeramente fenicada y se aplicó un vendaje listeriano poco compresivo para producir una aproximada oclusión sin comprimir la masa cerebral hinchada.

Se ministró ácido fosfórico, arseniato de estricnina, fosfuro de zinc, hasta su efecto: á las pocas horas volvió el calor, el conocimiento, habló, recobró la memoria de lo que le habia pasado, pudo hacer aclaraciones útiles, arreglar sus asuntos, y duró en un estado relativamente satisfisfactorio, once dias, al cabo de los cuales volvió á caer en la indiferecia abso-

luta, y el décimo tercer dia despues de la herida, dejó de respirar.

Al dia siguiente se hizo la autopsía delante de la autoridad judicial: se encontró el parietal desprendido completamente, necrosado, bañado por su cara interna en supuración, destruido ya completamente su periostio, las meninges reblandecidas en la proximidad del hueso necrosado, estaban congestionadas en lo demás de la superficie cerebral; la pulpa cerebral, al nivel de la incisión, estaba reblandecida é infiltrada con pus.

Si es sorprendente ver cómo después de un traumatismo tan considerable, el uso de los tónicos y termógenos manejados segun los preptos de la dosimetría, ha podido hacer recobrar el conocimiento y durar la vida casi artificialmente unos dias, permitido será creer que en casos menos irremediables puedan salvar completamente la existencia comprometida.

En los mismos días fuimos llamados á auxiliar á otro herido de consideración: era un joven de diez y ocho años, excepcionalmente polisárcico, es decir, de mucho peso: corriendo sobre la cornisa en la cual descansaba la bóveda de la iglesia de su pueblo, resbaló, cayó sobre uno de los estribos que sostienen al campanario, allí fué detenido por una cruz de fierro con brazos putiagudos, la cruz cedió bajo el peso del cuerpo, se torció y lo dejó seguir su caída sobre unas losas al pié de la escalera del campanario: había recorrido cuando llegó sobre estas piedras, una altura de diez metros.

Al detener el cuerpo, una de las ramas de la cruz había penetrado en la región lumbar izquierda, interesando la uretera, puesto que desde luego empezó á salir por esta herida la orina á medida de su secreción.

Además de esta alarmante lesión encontramos una fractura del temporal izquierdo con hemorragia por el conducto auditivo, fractura de la apófisis orbitaria extérna con equimosis grande en el ojo y hemorragia nasal, fractura de la clavícula derecha y de la cresta del hueso iliaco del mismo lado: esta cresta se llegó á eliminar para que no quedara duda de que había sido fracturada; pero sanó de todo lo demás el joven herido, no quedándole sino una fistula urinosa debida á la ruptura de la uretera.

Se puede admitir que la juventud tiene recursos infinitos para compensar los desórdenes producidos por los grandes traumatismos, pero también es creíble que el tratamiento, cuando en una serie de casos graves logra éxitos inesperados, tendrá alguna influencia favorable digna de señalarse.

Esa influencia fué todavía más evidente en el caso que vamos á referir; se trataba de un enfermo de mala constitución, que había padecido multitud de enfermedades muy especialmente en las vías digestivas.

Una arteritis obliterante había determinado en este paciente la gangrena del pié izquierdo; un homeópata, muy en boga entonces en Oaxaca, había ofrecido no sólo limitar la gangrena, sino aún más, hacer reproducir un pié nuevo con el uso de los gránulos homeopáticos!

La putrefacción se apoderó de las partes gangrenadas, la inmovilización absota en la cual vivió el paciente durante algunos meses, dio lugar á la formación de escaras en los dos isquiones y en la región sacro-coxígea, escaras que al desprenderse dejaron los huesos revestidos no más con el periostio.

El paciente no podia variar de postura, porque el menor movimiento provocaba dolores intolerables. Quedó más de tres meses sentado á la orilla de su cama; al cabo de ese tiempo la infección manifiesta, la anemia cerebral y general, la demacración cada día mayor, amenazaban terminar pronto con la existencia del enfermo. Entonces fué cuando se convenció la familia que no se podía contar el milagro ofrecido por el homeópata y era preciso poner fin á situación tan angustiada.

Se amputó el muslo cortando al fémur en la unión del tercio superior con el ter-

cio mediano, se encontró la piel infiltrada al nivel de la sutura; no pudiéndose esperar una reunión por primera intencion, se aplicó un drenage del muñón á través de un empaque algodonado con irrigación frecuente y antiséptica; primero con agua fenicada, y después con solución de cloruro de zinc.

Pocas probabilidàdes de éxito teniamos; sin embargo éste fuè completo: el enfermo vivió, sanó y se restableció bastante rápidamente.

Es un hecho de observación que raras veces vienen las arteritis de las extremidades sin ser simétricas: el pie derecho fué gravemente amagado, hubo enfriamiento, color lívido, ardores en los dedos; sin embargo, no solo no se gangreno, sino que recobró su completa vitalidad, y hemos seguido recibiendo buenas noticias del operado.

Uno de los accidentes más capaces de atormentar á los prácticos y á los pacientes, es la disposición al fagedenismo: si la eficacia que tuvieron los arseniatos en en el caso que vamos á referir fuera siempre la misma, sería verdaderamente una gran conquista la que se hizo con el conocimiento de su utilidad para el tratamiento de tan terribles complicaciones.

Se produjo en un hombre, en la fuerza de la edad, un chancro fagedénico, devoró la mayor parte del pene; el tratamiento específico fué enteramente inútil, más bien pareció nocivo; unas placas gangrenosas aparecieron y se iban multiplicando de un modo alarmante en las regiones tibiales, femorales y gluteas; hasta cuando se hizo un uso suficiente de los arseniatos, fué cuando paró semejante destrucción y se logró restablecer la salud.

Tantos hechos para comprobar la accción reparadora de los arseniatos no permiten dudar de que debemos recurrir á su aplicación en muchos casos antes desesperados, que si los empleamos con oportunidad, evitaremos las más terribles complicaciones, porque no es dudoso que es más fácil y conveniente evitarlas que tener que combatirlas.

Sabiendo como sabemos lo enérgicos que son los elementos constitutivos del arseniato de estricnina, es racional y lógico convenir en que es preciso manejarlos con seguridad y sin vacilación en proporciones bien determinadas, no como se puede encontrar en preparaciones variables, tales como las tinturas y los estractos.

El título de la dosimetría establece desde luego lo importante de la proporción bien definida, sin la cual el práctico corre el riesgo de no dar lo bastante ó de dar demasiado del principio activo, faltando en ambos casos á su deber aun sin saberlo.

Cuando se sepa combatir con certeza cada síntoma con medios apropiados impidiendo su desarrollo, no se sentirá tanto el deseo de formalizar siempre el diagnóstico de la enfermedad, puesto que se sabrá prevenir su desarrollo, y entónces la terapéutica estará realmente más cerca de llenar su misión y se aproximará á la perfección deseada durante tantos siglos.

"*Errare humannum est*:" tanto el fundador de la dosimetría como sus discípulos pueden estar equivocados; deber es de quienes se han constituido guardianes de la tradición en las escuelas de medicina, demostrarles sus errores para el bien de la humanidad, ó si no están realmente equivocados, estudiar sus doctrinas y no seguir sosteniendo una práctica que cuadra mal con los conocimientos modernos.

La conspiración del silencio observado por las escuelas oficiales, hasta prueba de lo contrario, es una confesión de impotencia, porque si tuvieran argumentos buenos preferirian producirlos á guardar tan desairado silencio.

Dr. J. F. Fenelon.

TOMO I ENTREGA 4ª 15 DE FEBRERO DE 1888.

LA MEDICINA CIENTIFICA.

Director y editor, DR. FERNANDO MALANCO.

UN PARÉNTESIS.

Los médicos de México son todos, sin excepcion alguna, suficientemente honrados para sobreponerse á las mezquinas consideraciones del oficio; fáltales solo que se enseñen mejor como cuerpo; que persuadidos de que la fuerza profesional está en la unión, se respeten mutuamente, se entiendan para el bien, y eviten en las cuestiones científicas, toda personalidad, toda recriminación, todo lo que sea ó se parezca al encono; que borren, y si posible fuese, hagan olvidar el depresivo y odioso proverbio: *Invidia medicorum, pessima invidia.*

El público observa nuestras disensiones y murmura de nuestra ciencia, y no pocas veces hasta de nuestra educación; asiste á nuestras querellas y tiembla por él; sabe bien, que representa á la persona que sufre, que paga y que muere, ó sea á la persona que padece. Los médicos recibimos en confianza la vida humana, que es lo más precioso para el hombre; es natural entonces, que se observen con ansiedad nuestras prácticas, que se sigan con exquisita atención nuestros comportamientos mutuo y social, que se calquen nuestras palabras, que se examinen nuestros conceptos, que se busque, en todo lo que de nosotros deriva, la sombra ó la luz, la desgracia ó la esperanza.

Hay que persuadir al Gran Galeoto de que estudiamos, y luchamos, y velamos y nos aunamos por la suerte que se nos encargara; hay que convencer al público de que tenemos como única preocupación su salud, y como único deseo su vida; que nos vea, listos para discutir cualquier adelanto que le ataña, y benévolos para aceptar cualquiera progreso que le aproveche; que no aperciba entre nosotros ni la frontera del odio, como Victor Hugo llama al alejamiento; que no halle en nuestros actos la envidia, que es el instinto del robo y corroe la conciencia; que comprenda, por lo que ve que dura, que nuestro silencio á la hora del debate no significa conspiración, sino meditativo recogimiento; que sepa, por lo que observa, que nuestra vehemencia en la réplica no es ira ó despecho de suficientismo lastimado, sino inconsciente, involuntario grito de la fe ó de la convicción que se resisten.

Entre nosotros no son y nunca serán lícitos los enemigos; siempre habrá y es bueno que haya adversarios; pero.... que los haya leales, de esos que no ocultan odio ó ignorancia tras de aparente desdén; de esos que no escupen injurias para simular triunfos; de esos que aman enseñar á los descarriados; de esos, que saben asentir á razonamientos justos; de esos, que no esconden tras de ostensible afecto mala voluntad gratuita é inextinguible; de esos, que cuando se sienten acosados no escapan, como escapa la aljibia de su enemigo, removiendo el fango que á uno de la otra separa; de esos, que saben edificar su propio pedestal con su saber y con su ciencia, sin recurrir nunca á guisa de materiales, á los fragmentos que arrancan á la reputación de sus compañeros; de esos, que no figuran especie de comediantes, que, como decía Hipócrates, representan personajes bien diferentes de los que son; de esos que no se prosternan, como decía Baglivi, cortesanos de su época, á los piés de un ídolo médico á quien demandan un porvenir, esperando la expresión de sus pensamientos para pensar como él, ó espíritus fáciles ó rutineros que no tienen más razón de obrar de determinada manera que la de

saber que otros hacen lo que ellos van á hacer; de esos, que no se encierran, como lamentaba Zimmermann, dentro de un círculo de acciones y repeticion de máximas de las que ignoran la razón; de esos que no gastaron con el estudio, los mejores años de su vida para conformarse con ser lazarillos, de la, como llamaba Rabelais, pobre medicina, que se arrastra paso á paso con grande refuerzo de antiparras por su clásica ruta; de esos, que no casados con la cocina browniana y galénica, están siempre y en todas circunstancias dispuestos, como quería el mismo Zimmermann, á renunciar á los principios de su primera educación luego que conocen su insuficiencia ó falsedad, y saben atrevidamente decir al maestro, nó, "tú lo dijiste, sino "tú te engañaste."

. . . .

Este periódico convoca á todos los médicos para examinar despreocupadamente los conocimientos sacados de la Escuela Médica, y los que ha reunido la propia observación; trátase, de descolgar de la Babel de la tradición médica todas las prácticas y tratamientos que han sobrevivido á la tempestad de las discusiones y al oleaje de las disputas para ponerlas nuevamente en carpeta de debate y examinarlas y meditarlas y juzgarlas con frialdad y reposo, á la luz del raciocinio; trátase, de unificar nuestra ciencia respecto á enfermedades y manera de curarlas; trátase de que séamos médicos y no sectarios, científicos y no creyentes. Si la organización humana es una, una debe ser la terapéutica y unos los principios que la conduzcan; variable no puede ser mas que la aplicación, por ser distintos los casos y distintas las individualidades en que los efectos se producirán.

"La Medicina Científica" enarbola desde luego su bandera para entrar á la noble liza; esa bandera tiene como lema: *Salus ægroti suprema lex.* Yugular la enfermedad aguda, curar la crónica y aliviar la incurable; hé aquí el propósito. Que los medios terapéuticos sean adecuados á la naturaleza y marcha de la enfermedad y á las fuerzas, impresionabilidad é idiocincrasia del paciente: ese es el plan.

Para conseguir la primera ventaja, propone seguir estos dos preceptos de Venot: 1º curar la enfermedad en su principio; y 2º prevenir ó enrayar la lesión inminente ó en evolución; y los propone porque es de lógico sentir que si no se está cierto de vencer á la enfermedad, bueno será prevenirla y que si nó es seguro desalojar al mal, conveniente será impedirle la entrada; y los propone, porque si la enfermedad es una lucha que no deside reposo aunado, y el agente morbífico un enemigo á quien no persuaden buenas razones ni ablandan cariñosos respetos, ni intimidan desplantes guerreros, la terapéutica no debe esperar, sino tomar la ofensiva, combatir, correr tras de la afección hasta exterminarla, no imitando en caso alguno á generales contemporizadores que se hacen batir, porque antes de que tal suceda, la enfermedad gastará ó acabará al enfermo; los propone, en suma, porque desea que quede la menor parte posible á lo desconocido y la mayor ó toda á la previsión, que es la ciencia.

Para alcanzar la segunda ventaja, recomienda, en donde quiera que de sustancias activas de plantas pueda usarse, los alcaloides, químicamente puros y matemáticamente dosados, en gránulos á dosis activa útil mínima, y los recomienda, porque representan medicamentos simples, seguros, rápidos y cómodos, de composición molecular siempre idéntica, cualquiera que sea el país donde la planta madre se coseche, cualquiera que fuese el clima en que se haya cultivado, cualquiera la dosis de sustancia activa que en sus celdillas contenga; y los recomienda porque cualquiera medicamento compuesto tiene que ser oscuro, porque con los alcaloides no se puede engañar ni engañarse, pues que ellos se acusan bien por sus caracteres físicos, químicos y subjetivos; porque con ellos se puede tantear como con bastón para evitar el peligro.

La Anatomía Patológica, hé ahí al enemigo; que el agente morbífico no encarne en ese monstruo que nos descubrieron Schwann y Bichat, y todo podrá conseguirse; que la enfermedad enraye "ante el tú no irás más allá de la ciencia." *Procedes huc et non ibis ampluis*, y todo podrá alcanzarse.

La Ignorancia y la Imprevisión presentaron á la observación á la Anatomía Patológica; es la hija de nuestras faltas y de nuestros errores; en mala hora nos hicimos sus cómplices, ella nos burla, nos escarnece, y se empeña en demostrarnos nuestro descarrío ó nuestra impotencia; en más mala hora aún desorientó nuestra atención llevándola sobre las alteraciones cadavéricas, padrones y comprobantes de nuestra afrenta, para dejar á un lado al juego vital, al dinamismo orgánico, que es donde se guarda todo nuestro alcance, donde se sintetiza todo nuestro poder.

Cambiemos de conducta, deber lo exige. Miles de años hace que Hipócrates señaló la senda por donde debemos marchar, senda que su observación prodigiosamente perspicaz, y su juicio verdaderamente intuitivo, aprendieron á la naturaleza, que mientras nuestro organismo no cambie de manera de sér, llevará siempre á puerto de salvación.

¿Qué camino sigue la organización para desprenderse del agente morboso? Uno marcado y bien aparente en los movimientos críticos expontaneos de cada afección ó grupo de afecciones. Pues á imitar lo que la naturaleza hace entonces, á encarrilar por donde ella camina nuestros esfuerzos concertados con los suyos, á marchar por donde bien ostensiblemente apunta ese conjunto de fenómenos complejos y obscuros de la trasformación de la materia orgánica, que se llama vida.

Estudiar los movimientos críticos expontaneos, su mecanismo y su oportunidad para procurarlos y facilitarlos después, es aprovechar las lecciones que da la naturaleza misma para volar en su favor, es abreviar el camino y desentorpecer la marcha á la salud; penetrar los movimientos críticos expontaneos, es saber el sitio por donde sale la enfermedad, apreciar el disfraz que adopta para ausentarse, y conocer los puntos más convenientes para observarla, aunque no sea sino en su mistificación de partida; comprender los movimientos críticos naturales, es haber encontrado la ley de similitud funcional que debe guiar todo nuestro tratamiento, todos nuestros planes, toda nuestra estrategia, es conseguir el esbozo de nuestro comportamiento, es apuntar el programa de nuestra conducta médica.

Quo vergit natura eo ducendum. Por donde la naturaleza marcha para emanciparse del mal, para sacudir el yugo, para recobrar su libertad *eo ducendum*, por allí debemos ir; ese es el sendero, esa la verdad, esa la vida, como de sí mismo dijo Jesucristo.

Los medicamentos deben ayudar al esfuerzo natural, alentándolo si es débil, moderándolo si fuerte, dirigiéndolo si descarriado siempre marchando á la emancipación del ominoso huésped; bueno es conocer préviamente su alcance, su elección, su oportunidad y su objeto; así se les podrá apropiar al fin y solo al fin, y asociarse fuerzas similares en pos de un resultado apetecible.

Quo vergit natura eo ducendum; hé aquí la ley terapéutica natural; el arte de combinar y dirigir científicamente las fuerzas naturales del enfermo con la de medios para reconstituir el equilibrio en la economía, hé aquí la medicina científica.

La ley de similitud patológica no está demostrada, por más que así lo entiendan sus defensores; nunca se han podido producir enfermedades artificiales con las cuales se intenta curar las naturales, ni los remedios producen siempre fenómenos morbosos semejantes á los que combaten; y aunque todo esto pasara, nunca los medicamentos son elegidos atenta esa propiedad.

La ley de curar contrarios por contrarios es una aserción que no puede pro-

barse; nunca se ha obtenido enfermedad contraria á la que se intenta destruir; nunca, pudo declararse una constipación curada por un purgante, ni una irritación por emolientes, ni un espasmo por antiespasmódicos.

Alópatas y homeópatas han sin razón querido elevar á la enfermedad al rango terapéutico, la han querido ennoblecer trasformándola en recurso médico. Las curaciones hechas por la homeopatía y por la alopatía, creyendo seguir sus leyes, y las que por sus principios no son explicables, todos demuestran la ley hipocrática enunciada, todas, son acatamientos á su evidencia.

No queremos, pues, dar enfermedades semejantes ni desemejantes, ni contrarias, si como sucede, podemos pasarla sin ninguna; no queremos que se levante la naturaleza caida porque la irrite una injuria nuestra, semejante ni desemejante, ni contraria á la que la hizo caer; no intentamos inferirle un agravio semejante ni desemejante, ni contrario al que le infirieron y por el que padece; no pretendemos ser los sayones continuadores de su pasion, busquemos, en conformidad con nuestra ley, levantarla, prestándole nuestro apoyo, ofreciéndole nuestro sostén; hagamos por tranquilizarla, suavizando sus penas, haciendo soportables sus dolores; propongámonos atenderla, como á predilecta protegida, para que no dilapide sus tesoros, para que cubra en oportunidad sus compromisos, para que ahorre pérdidas y acorte distancias, y obtenga utilidades. El objeto de la medicina es curar; el hombre ha vivido y puede vivir sin enfermedad y salir de ésta sin puentes morbosos.

Se nos impone pues, la dosimetría, que quiere decir justa apropiación del remedio á la enfermedad y al enfermo, según voto y sentir de la naturaleza, como bien dice Deneffe, y que esencialmente consiste, en la aplicación con un fin terapéutico de dosis rigorosamente ponderadas y progresivas de medicamentos, según estudio previo de sus propiedades y de sus efectos fisiológicos.

La dosimetría no es una novedad en la ciencia, es la ciencia alcanzando una conquista; si se ostenta otra, si parece nueva, es porque la reforma que envuelve es radical y completa, es porque en vez de solo forma farmacéutica nueva, resulta ser una doctrina con sus leyes, con sus principios, generalizando para cuando son oportunos, el empleo de los alcaloides y enseñando á servirse de ellos.

La dosimetría es la alopatía reformada, es la medicina hipocrática restaurada con los medios de la medicina moderna, es el vitalismo dinámico del Divino anciano de Cos, su *natura medicatrix* apoyada en la ciencia.

La dosimetría repugna de la Alopatía Oficial las dosis masivas que casi siempre sobrepujan, aturrullan la susceptibilidad de los enfermos y su impresionalidad que parece quieren combatir la enfermedad como el oso de la fábula de Lafontaine; repugna su inoportunidad para acudir, porque casi siempre cuando llega, el organismo se está consumiendo y en ruinas, y entonces anda buscando en su arsenal qué arma elegirá y en su repertorío qué plan adoptará; repugna la infidelidad, lo oscuro y muchas veces lo repugnante, sin compensación en provecho, de los medicamentos que emplea, y repugna como calumnioso muchas veces y siempre como muy exclusivo el principio que la gobierna. Aprovecha y hace suyas muchas de sus gloriosas tradiciones y su actividad.

La dosimetría repugna de la homeopatía dosente, como exclusiva y mal interpretada su ley de similitud patológica y de la homeopatía que ejerce mucho de su terapéutica en que parece dibujarse el *Quo spiritalior* de Van Helmont, y repugna como improcedente el estudio de los medicamentos en el hombre sano, creyendo que para probar algo debe como la dosimetría lo hace, ensayarse y observarse en el hombre enfermo; aprovecha y hace

suyas su forma medicamentosa sencilla, simpática y agradable, y el rico arsenal terapéutico de que la dotaran sus talentos y se propone sacar grande partido del maravilloso arte con que sabe emplear en su favor los movimientos críticos naturales.

La dosimetría no es esclusivista ni sistemática; utiliza lo bueno donde lo encuentra y no tiene inconveniente en declararlo; no quiere lo que el raciocinio le enseña como inútil ó nocivo, y no tiene embarazo en decirlo.

Se engañan, pues, los que ven en la dosimetría mera cuestión de administración de medicamentos; se engañan los que aseveran que los gránulos de Chanteaud, son la esencia de la terapéutica moderna; se engañan los que suponen haber ensayado el tratamiento Burggravista, solo porque usaran en tal enfermo arseniato de estricnina y en tal otro sulfuro de calcio bajo la sacramental ceromonia de su credo; se engañan los malévolos que entienden que el gránulo dosimétrico está formulado por el *Quo minus corporis est eo magis virtutis in medicina* de Paracelso ó prescrito por el *Quo spiritatior eo potentior est* de Van Helmont, ó enviado magnético de santa y robusta intención de un médico bien queriente; se engañan, no, no se engañan, mienten, los ignorantes, los que por solo desacreditar á sus compañeros, pregonan que los gránulos dosimétricos son catapultas, que tienen por fin lucir una moda y por resultado matar á los enfermos........

Los gránulos dosimétricos llevan para la enfermedad, desde una reconvención diplomática, hasta un ultimatum; por el agente morbífico, desde un regaño hasta el esterminio; los gránulos dosimétricos pueden representar postas para los pequeños males y bombas para los grandes; nada se proponen, digo mal, se proponen la menor sustancia activa para conseguir el mayor efecto útil, el necesario; donde no hay resistencia, uno basta ó quizá menos; donde hay parapetos y fosos y murallas, van al asalto hasta conseguir la victoria.

Ni podría ser de otra suerte. Suponed á un enemigo triunfante dentro del recinto de una ciudad tomada; en todas partes se pregona su victoria; festones, laureles, arcos de triunfo; las almenas están coronadas de soldados, ebrios de gusto y satisfechos; á poco recorre el perímetro de la ciudad en son de perito, el que pretende la revancha; advierte lo vigoroso de la defensa, lo difícil de retomar la plaza, objeto de sus deseos, y en vez de situar columnas y sorprender ó batir al fortificado, y en vez de foguear vigorosamente con artillería para obligar á la victoria á decidir por él, ordena: Una bala de fusil cada dos horas, que desembaracen el campo por si tuvieren que rodar los cañones, mañana veremos. Esto manda la Ordenanza, y no vengo mas que á cumplirla.

Vosotros, el enemigo ¿qué haríais dentro de trinchera? ¿no es verdad, que el ataque os parecería raquítico, despreciable y ridículo?

Suponed el mismo cuadro en el enemigo triunfante y cambiadlo en el que atacará ¿de qué se trata? de tomar la ciudad con las menores pérdidas posibles y de esterminar al enemigo. Cuéntase con el pueblo, pronto á insurreccionarse en la estancia misma del afortunado; cuéntase con algunos senderos para llegar al corazón de la ciudad; cuéntase con celdillas fieles, portadores leales de mensajes para llevarlos á los departamentos. Trátase sólo de enviar proclamas que levanten el espíritu público y expresen la lógica esperanza de próximo triunfo; trátase de introducir, burlando á los centinelas, víveres y dinero y municiones; trátase de asegurar que todos ó la mayor parte de los vencidos se levanten como un solo hombre contra el opresor. Se puede enviar en bombitas de azúcar, con gusto de la Sensibilidad, urnas de toda especie de recursos; se pueden dirigir sin que la idiosincracia se ofenda, muchos y valiosos farditos, en cuyo corazón va la energía; se puede, sin que el organismo se resienta, hacer circular por sus senderos,

al parecer, inocentes caminantes que pudieran ser arrestados por una hormiga, y que, sin embargo, llevan el fuego que destruirá al déspota enemigo.

Pues la práctica entonces es fácil, está pautado el programa cierto de triunfo, ya no queda al general en jefe más que asistir á las fermentaciones populares, á las emergencias del levantamiento, siempre listo á ayudar, donde flaquea el esfuerzo, siempre dispuesto á decidir donde no se declare la victoria, siempre pronto á atacar y destruir al enemigo, cuando necesario fuere, hasta con metrallas y dinamita, sin más consideraciones que las debidas al pueblo protegido, ¿no es verdad que el enemigo no resistiría, por fuerte que fuese, por grande que se suponga, si no lo ampara la traición, si no proteje la discordia? ¿Habeis sabido alguna vez de un pueblo que se levante y no queme con el fuego de sus venas á sus opresóres?

- -

Divagaba; vuelvo ya al asunto.

Ahora sí puede ya hostilizarse á nuestra bandera y discurrir sobre nuestro credo; pensaba yo exponer nuestras convicciones hasta finalizar mi escrito: "La verdadera y falsa medicina," para que derribaran como hasta aquí buena parte, deribé del raciocinio; pero oígo imputar tal grupo de disparates á la dosimetría, escucho tan vulgares y torpes consejas de los mismos médicos provenidas, advierto que hay tal ignorancia sobre lo que es y quiere la obra del ilustre Burggraeve, que me he visto obligado cuanto ántes á decir á los facultativos que quieran siquiera oír, qué es y á dónde va la dosimetría, para que sepan siquiera lo que desprecian, para que no sigan en medio de obscura noche de ignorancia, dirigiendo cargos de estampilla en corrillos de guasa.

No tenemos inconveniente en ostentar lo que á fuer de caballeros y por las razones expuestas aceptamos como mejor para la vida humana; si no acertamos, no es nuestra la culpa, hemos seguido al pie de la letra el precepto que Nicon daba á Galeno su hijo: no te entregues temeraria y ciegamente á secta alguna; estudia larga y pacientemente todos los dogmas, y después de estar de ellos bien instruido y penetrado, discútelos- - - - - -las sectas son déspotas implacables que quitan á las acciones y al pensamiento toda libertad.

Que se piensen y mediten nuestros razonamientos; si llenan su objeto, si todos los médicos los sienten robustos ó si desde antes y por convicción siguen las prácticas que ellos demandan mejor; hemos llegado á la parada sin esfuerzo, en bien de la humanidad, si por el contrario se ven endebles y sin resistencia, sin débil esfuerzo, puede de un soplo derruirlos, impávidos, sino con alboroso presenciaremos que rueden por el polvo; á la humanidad servirá el triunfo y á nosotros también en particular, porque los más próximos divisamos la luz, porque los más deseosos conquistamos la instrucción.

Alópatas, homeópatas, dosímetras, á discutir de buena fe, á razonar lealmente, no tenemos empeño personal en imponer nuestro credo; ya lo vereis; vamos á sujetar los que hasta aquí guiarán á la terapéutica al crisol de la prueba; el nuestro ú otro que surja, el que deba imponer á todos sus respetos. Somos antes amadores de la vida humana, que celosos de rutinas tradicionales ó de fórmulas envejecidas, y aceptaremos el progreso de donde venga; que no nos distraiga la división; aunémonos bajo la bandera de principios que la sana filosofía nos entregue. Aunémenos para luchar contra la enfermedad, contra las preocupaciones y contra la ingratitud.

La responsabilidad del sacerdote, dice Munaret, no es registrada mas que por Dios; la de los médicos tiene á Dios por juez y á los hombres por impíos é injustos acusadores; es un derecho de vida ó muerte. Penas morales solo para ellos conocidas les impiden dormir sobre la almohada más suave; es la fiebre de las fiebres la que tratan. Éxito incierto de donde pende con la existencia de un cliente su reputación. Protejámonos con la unión, tranquilicémonos con el estudio, aseguremos al

público con nuestra conducta y nuestro empeño.

Nuestra obra es de todos y para todos; exige estudio, paciencia, trabajo, tezon; nada escacearemos; consta por la historía que no se llega á la tierra prometida por camino llano y sin tropiezos.

Convencidos estamos de que para tener voto en la ciencia no se necesita ser príncipe de ella; basta tener buena fé y deseo ardiente de acierto y creemos que en tales cualidades nadie nos sobrepuja.—Además no es común, que los *principes de la ciencia* sean afectos al trabajo; muchos reposan sobre sus lauros escolasticos; otros se duermen en la molicie y no piensan ya en estudiar por que suponen agotado el saber y otros como bien dice Burgraeve creen que su dignidad los mantiene adheridos á la rivera y ven con desdén, *mas ó menos sincero* á los que pretenden atravesar ese rio que se llama el progreso.

Tranquilisemonos; mas que los maestros, mas que los grandes señores, mas que los príncipes de la ciencia son meritorios los oscuros soldados de la humanidad que marchan en pos de la delanto, sin pensar en la gloria, sin esperanza de premio; verdaderos campeones no siguen con el anteojo y desde lo alto de una colima, el exito de la batalla sino que disputan cuerpo á cuerpo la victoria, acuden en su oportunidad á las emergencias del momento y obligan al contrario á entregar su pabellon y declararse en derrota.

FERNANDO MALANCO.

OBSTETRICIA.

APUNTES.

Como prueba de lo apegados que son la mayoría de los prácticos á las indicaciones que recibieron en la escuela y á las costumbres que ven en uso entre sus colegas, llamaremos la atención sobre un hecho de una importancia capital, puesto que puede tener influencia sobre el desarrollo ó degradación de la especie humana.

Cuandó el niño está para nacer, todavía recibe todos los elementos de su desarrollo y conservación elaborados en la sangre de su madre.

Al momento de nacer, cuando hay dificultades, sufre por las compresiones del cordón, por las del craneo, de la caja toràcica; pasado ese terrible lance de la llegada al mundo, muy á menudo queda el organismo del niño como inutilizado, inhábil para emprender su nueva vida; la circulación ha sido suspendida, á veces demasiado tiempo, el corazón paralizado; el cerebro entorpecido no percibe las impresiones nuevas y no puede dar la señal para la existencia individual cuando debe empezar sin tardanza.

¿Por qué precipitar entonces la separación del niño, cortando el cordón (*) que lo une todávía á la placenta y

---

* OBSTETRICIA.—*Apuntes históricos respecto de la ligadura del Cordón ombilical.*

Se han preguntado algunos, Adam y Eva cortaron al cordón ombilical?

Vemos en el interesante libro publicado por Mr. G. J. Witkouski, bajo el título de historia del parto entre todos los pueblos el artículo siguiente:

En 1771 J. Astruc estudió en conciencia esta cuestión y dió cinco soluciones distintas en forma de contestación á una carta de Mr. D. J. B. sobre la conducta de Adam y Eva respecto de sus primeros hijos. Reproducimos in extenso esta disertación curiosa, aunque algo larga. Enseña bien en qué puerilidades, se ocupaba entonces lo que llamaban la ciencia.

"Esta vd. entregado, señor, en una discusión con un filósofo del tiempo actual, sobre cómo Adam y Eva se portaron respecto del cordón ombilical y de la placenta de sus primeros hijos. ¿Lo han ligado y cortado como se hace ahora? Pero, le han contestado: ¿Cómo sabían tal práctica? Quién se la hubiera enseñado? ¿Tal vez nacieron ellos sin ombiligo y ciertamente no habían nunca visto nacer niño ninguno? No habrán ligado ni cortado al cordón? Sus hijos hubieran sucumbido todos. Es una verdad admitida por todos los médicos y hé aquí al genero humano perdido."

"Me haceis observar que esta objeción lo ha preocupado y me pide vd. le diga el modo de contestarle. Pero me parece que estais molesto por la vanidad y el tono poco serio usado por su autor. ¿No sabe vd. que tal es la costumbre de estos señores: Llenos con la sublimidad de sus luces, creen que la más ligera

en el cual se siente latir la arteria á impulsos del corazón de la madre.

Parece como una trasfusión preparada por la naturaleza para el momento en el cual es más necesaria. La placenta tanto más llena de sangre cuanto que ha sido detenida un momento su comunicación con la circulación del feto, tiene una gran reserva que darle de sangre arterial vivificante.

Pasado el momento de fatiga, el útero se contraerá de nuevo y vaciará á la placenta en favor de las arterias del recién nacido. ¡Admirable previsión, salvadora sobre todo!

Con esta introducción de sangre materna preparada y reservada al efecto para ser dada al niño al momento en que no puede ni pedir ni aspirar, reanimará al cerebro, éste dará la señal al corazón, quien despertará á los pulmones y el organismo profundamente conmovido por la prueba del alumbramiento, vacilante en el umbral de la vida, recobrará ánimo, fuerzas y esperanzas para la lucha que va á empezar con las causas de destrucción por su propia cuenta.

Pero esta práctica, que consiste en dejar al niño aprovechar toda la sangre que le tenía reservada su madre, en dejarlo vivir todavía un momento más en armonía con el corazón materno, recibiendo hasta donde sea posible todo el tesoro de sangre y fuerzas que le quiere dar, esta práctica no es clásica, al contrario.

La escuela, severa observadora de las costumbres, no se preocupa de saber si la placenta tiene todavía sangre

---

dificultad que presentan debe derribar las verdades más respetadas. Pero poco tiempo gozan con tan vano triunfo, se les contesta y quedan confundidos."

Es el caso de este de quien habla Horacio en su sátira II.

Qui fragili quœrens illider edentem offendit solido .....

Nada más frívolo que su argumento, le mando tres ó cuatro contestaciones á fin de dejarlo escoger: Son todas admisibles, podría decir todas sólidas.

Primera solución.

Adam debió sorprenderse al nacimiento de Caín, al ver una masa deforme, conocida hoy con el nombre de placenta, que le colgaba del ombiligo por un cordón largo. Es probable que no se atrevió á tocarla, temiendo que esa masa fuera parte constituyente del cuerpo del niño.

En este país, semejante placenta lleno con sangre por la mayor alimentación de lâs mujeres, pronto entraría en putrefacción; pero se puede creer que en el país en el cual Adam residía, más caliente que el nuestro, se secó, sobre todo si se admite que contenía ménos sangre por el alimento de Eva más frugal. Sin embargo, si admitimos que pronto tendiera á alterarse, como lo haría aquí, Adam y Eva no debieron quedar mucho tiempo molestos, porque desde el quinto ó sexto día el cordón se desprendió y el niño quedó libre de éste cuerpo extraño.

Adam aprovechó sin duda esta observación y comprendió que esta masa no pertenecía al cuerpo del niño, podía y debía ser desprendida; así aprovechando sus reflexiones, cortó el cordón de Abel su segundo hijo, y viendo que corría del cordón alguna sangre, lo ligó. Hé aquí la ligadura y la separación del cordón conocidos y practicados por Adam desde el nacimiento de su segundo hijo, y hé aquí por qué el género humano se salvó."

Segunda solución.

Adam conocía la naturaleza de los animales, puesto que estando en el paraíso terrenal les había dado á cada uno su nombre, expresando en él sus cualidades, sabía, por haberlo visto varias veces, que los chicos de todos los cuadrúpedos nacían con una masa informe pendiente de su ombiligo por el cordón. Sabía á la vez que las hembras de estos animales, aún de los que no son carnívoros, después del alumbramiento de sns chicos comen esta masa placentaria, cortando al cordón con sus dientes y así libertan á sus chicos.

Adam pudo aprovechar estos ejemplos, cuando su mujer expulsada con él del paraíso comenzó á darle hijos. No pretendo que Adam haya comido la placenta, pero sí ha podido cortar al cordón con sus dientes, así lo hacían los salvajes del Brasil cuando allí llegaron los franceses; lo atestigua Juan Lery en la historia de su navegación en el Brasil. (Es un hecho de observación, que los vasos, cortados por instrumento contundente, son menos propensos á dejar correr la sangre; en este dato está fundado el constrictor.) Además, Adam pudo juzgar que si se podía cortar, sin peligro para el niño, el cordón con los dientes, se podía cortar de otro modo y lo habrá hecho. Los primeros instrumentos empleados para cortar, fueron piedras, y probablemente al principio poco filosas,

que dar, si el cordón late ó nó: el niño salió, cortemos luego ese cordón inútil: eso manda la tradición y contra la tradición la reflexión, la observación y el estudio no son nada para los discípulos fieles de la escuela.

Revoltosos, perturbadores, son aquellos que dicen que el niño asfixiado puede revivir recibiendo el caudal de sangre que todavía le llega mientras late el cordón: la escuela, á este medio, nada científico y demasiado natural, sustituye los suyos contranaturales.

Coje á ese desventurado, lo separa violentamente para someterlo á pruebas dígnas de la inquisición: al salir de una residencia de temperatura constante, en donde ningún esfuerzo hacía su organización para mantenerse en equilibrio, lo sumerge alternativamente en agua fría y caliente, lo sacude, lo expone al aire frío, á insuflaciones desmedidas, las cuales algunas veces han roto las vesículas pulmonares y producido enfisema intersticial forzosamente mortal, mientras la asfixia momentanea hubiera desaparecido normal y naturalmente con no más esperar que el niño recibiera por el camino preparado de antemano la vida y la sangre que le correspondía.

Quien haya asistido alguna vez á la dramática escena de las tentativas hechas en las maternidades para revivir al niño nacido asfixiado y asista alguna otra vez después al espectáculo de un parto dirigido según las doctrinas nuevas, no vacilará en adherirse á estas últimas: por un lado se vé un cuadro ate-

---

llenaron así la indicación, produciendo una sección poco propensa á hemorragias; asimismo al ver que salía sangre por la extremidad, detenida en el niño, la habrá ligado. Hé aquí la separación y ligadura del cordón establecidas; hé aquí al género humano salvado con esta segunda hipótesis.

Tercera solución.

Voy mas allá todavía y supongo que Adam, á quien desagradaría la vista del cordón y de la placenta colgando del cuerpo del niño los arrancó. Las soluciones de continuidad, producidas en los vasos por estiramiento, tienen también la propiedad de facilitar su obliteración, porque sus túnicas rotas á diferentes alturas, se retraen hacia la cavidad y disminuyen su calibre, á la vez que dan punto de apoyo á los coagulos que se forman; contra sus irregularidades, no habiendo ya impulsión que obligue estos coagulos á desprenderse, es natural que quede la sangre detenida en el cordón roto por estiramiento, no por eso había de morir Caín, aunque lo diga vuestro filósofo. Tal es la opinión unánime de todos los médicos, según pretende, pero se equivoca. Se arrancan uno y otro constantemente en los becerros á su alumbramiento, sin causarles hemorragias; así mismo los arrancan á los chicos de los marranos, sin ningún peligro; varias veces ha sido arrancado á niños recién nacidos, por imprudencia, sin resultado funesto: Pueden consultar dos disertaciones de Jean Henry Schultz, catedrático de medicina en Hall.

Existen varias disertaciones y observaciones, para probar que niños á quienes no se ha hecho la ligadura del cordón, han sobrevivido.

Es verdad que se presentan otras observaciones en contra, que podrían determinar á creer que la ligadura del cordón ha sido siempre necesaria, si sobre la práctica, en uso hoy, se debiera juzgar de lo que se hizo al principio del mundo. Pero conviene tener una base más firme. Dios proveyó á la conserva ción de los pequeños cuadrúpedos que nacen con placenta como los niños, sin tener necesidad de ningún auxilio. Es permitido, en consecuencia, creer que ha tenido tanta atención para la conservación de los niños, pues es la más bella de sus obras, que ha establecido para ellos sabias leyes en la misma naturaleza para asegurar su conservación, no dejando tal cuidado á los hombres, contando con su habilidad, para suplir á lo que hubiera descuidado.

Esta consecuencia se vuelve casi una demostración si se compara el cambio que sobreviene en el cordón con los demás que se operan en el niño después del nacimiento. Era necesario un canal arterial, una abertura ovalada para dar paso á la circulación de la sangre, mientras permanecía el niño en el seno de su madre sin respirar, pero estas comunicaciones se vuelven inútiles tan luego como empieza á respirar, y entonces, por sí mismas, se cierran. Los vasos umbilicales son necesarios para la alimentación del feto antes de nacer, pero no tienen utilidad tan luego como ha nacido. Deben cerrarse entonces y cerrarse por sí sólos, porque no sería permitido pensar que Dios hubiera dejado su obra imperfecta, abandonándola al cuidado y habilidad de los hombres.

Se puede ver en la conformación del cuerpo de los niños el mecanismo destinado para pro-

rrador: el de una lucha desordenada que tiene por fin conmover á un organismo frágil, como si no lo fuera, y esto para obligarlo á cumplir las funciones para las cuales ha sido construido, sin pensar que la mayor dificultad es debida á que se le ha privado de una parte de su caudal de vida y del mejor de sus recursos.

Por otro lado, al contrario, se vé al práctico tranquilo servidor de la naturaleza, confiando en sus previsiones, esperando sus órdenes.

El niño nace asfixiado, nada alarmante es tal accidente, porque todavía su madre respira por él y le practica inconcientemente una de las más atrevidas y bellas operaciones de la cirujía moderna, la trasfusión, y se la practica con una perfección que ningún aparato, por bien construido que fuera, pudiera alcanzar.

Nada alarmante es la asfixia mientras la circulación del niño comunique con la de su madre, no hay mas que esperar y por sí sola se disipa la asfixia; cuando la respiración del niño esté completa, su individualidad, su aptitud á vivir probada prácticamente, entonces cesa de latir el cordón y entonces no más, es cuando se puede dividir sin inconveniente.

La sangre detenida un momento en la placenta, cantidad no despreciable para un sér tan pequeño como el recién nacido, toda ha sido aprovechada, y lo demuestra el hecho de que si no se liga el cordón placentario (y no es necesario ni conveniente ligarlo), no deja ya correr mas que gotas del precioso líquido.

---

ducir el cambio. El cordón está formado, como se sabe, con una vena y dos arterias; mientras permanece el niño en el seno de su madre estos vasos, necesarios para traerle el alimento, están llenos con sangre; pero como no tienen uso cuando ya nació, cambian de estado, nada pasa por la vena, debe cerrarse por la elasticidad de sus paredes. En las arterias umbilicales si pasa todavía sangre, es muy poca, por el cambio producido en las arterias ilíacas, en las cuales nacen.

Estas arterias forman codo durante la preñez, porque el feto está recogido en bola, los muslos doblados sobre el vientre. En esta posición, el tronco de estas arterias, situado abajo del codo, debe recibir poca sangre y la mayor parte debe pasar por las arterías ombilicales que nacen arriba del codo mencionado. Pero todo cambia cuando el niño nace, se alargan sus piernas, se abre á la sangre el camino directo en las ilíacas, deja de pasar por las ombilicales ó pasa poco, en consecuencia estas arterias vacías ó menos llenas deben, así como la vena ombilical, estrecharse por la elasticidad de sus túnicas y obliterarse.

No es todo todavía: el círculo fibroso que constituye la abertura del ombiligo, estaba mantenido abierto por la vena y arterias ombilicales llenos con sangre; pero una vez vacíos ó menos llenos, la elasticidad domina y acaba de cerrar los vasos hasta impedir el escurrimiento de la sangre. Por esto es permitido arrancar el cordón en algunos casos, ó á lo menos el dejar de ligarlo sin peligro, como se ha visto una que otra vez.

Estas circunstancias debieron ser muy poderosas en los niños de nuestros primeros parientes, porque Eva era moderada y trabajadora, dando poca sangre á sus hijos, y sus vasos por lo mismo debían de estar ménos dilatados. Además, aquellos niños eran más fuertes, tenían fibras más retráctiles; así en los niños de Eva el cordón debió cerrarse sólo sin ligadura. Esta ventaja subsiste todavía en los animales, porque siguen alimentándose del mismo modo que antes, no subsiste ya entre nosotros, ó si subsiste, es en ménos escala, porque nos hemos apartado del modo de vivir de nuestros primeros parientes. Las mujeres embarazadas comen mucha carne y otros alimentos suculentos, en consecuencia hacen demasiada sangre y la dan en exceso á sus hijos; esto hace á los vasos ombilicales demasiado gruesos. Por otra parte, la vida regalada que se dan hace que los niños sean débiles y formados con fibras poco resistentes, impropias para cerrar los vasos turgescentes; por esto mismo estamos obligados á ligar al cordón.

Concluyo, señor, esta digresión, diciendo que Adam ha podido arrancar al cordón de Caín, sin ningún perjuicio para él ni para el género humano. Además, como había visto que al arrancar al cordón, escurría del ombiligo, durante algún tiempo, una serocidad teñida con sangre, habrá podido determinarse á ligar el cordón de sus demás hijos, como se practica hoy.

Hé aquí, señor, algunas soluciones dadas á la dificultad, puede dejar á su filósofo escoger una de ellas, todas son admisibles. Para mí, señor, no me fijo en ninguna, por qne creo que se puede contestar de un modo más general y preciso que le voy á comunicar.

La placenta vaciada completamente, se retrae más y mejor, se desprende de sus aderencias y con mayor facilidad es arrojada que cuando debido á la sección prematura ha sido ligada la porción placentaria del cordón y ha quedado congestionada antes de haberse vaciado con provecho del feto y de la madre.

Si hay algún inconveniente en este nuevo modo de practicar, no alcanzamos á descubrirlo, puesto que no más aparecen ventajas. A los maestros en la tocología corresponde el demostrar si estamos errados y si no lo estamos, el decir por qué motivos prefieren seguir cometiendo la injusticia inherente á la privación para el feto, de la sangre placentaria que la naturaleza le había destinado, y esto con perjuicio de su misma madre para quien se aumenta, sin compensación ninguna, la dificultad para la expulsión de las secundinas.

Permitido será admitir, hasta prueba de lo contrario que esta espoliación, absolutamente injustificada, influye sobre la robustez del niño, sin tener en cuenta la influencia nociva de las maniobras empleadas para disipar la asfixia: una pérdida de sangre como la que resulta de la ligadura prematura del cordón, no puede ser indiferente para el desarrollo del recién nacido ni aun tal vez para el de la especie humana, sometida á esta contribución

---

Cuarta solución.

Creo que quien ha enseñado á los pájaros, después de crearlos, aunque no hubieran visto nunca nido, el arte para construirlo, lo mismo ha debido enseñar á Adam y Eva la conducta que debían observar al nacimiento de sus hijos para conservarlos si fuera necesario que algo hicieran al efecto: será si se quiere como por un instinto, que después se fué olvidando, cuando se comenzó á practicar con las luces de la razón, no teniendo ya necesidad de seguir al instinto, ó tal vez haya sido debido á una revelación expresa: no es creible que después de haber enseñado á los animales lo que debían hacer para salvar á sus chicos, Dios haya abandonado al hombre, la más perfecta de sus obras.

Consta por la Historia Sagrada, que Adam dió un nombre á cada uno de los animales que le rodeaban, tenía entonces un idioma que Dios le había dado. Caín, su hijo mayor, fué labrador y ofreció á Dios las frutas de la tierra, ¿quién le había enseñado á cultivarla? Cómo no creer que Dios enseñó á Adam lo que debía hacer para la conservación de los niños que tenía?

La quinta solución es tan igual á la cuarta que es inútil traducirla: descansa únicamente sobre la obligación que tuvo el Creador para asegurar la duración de la especie.

Hoy podemos reemplazar estas explicaciones con la observación desprovista de poesía y misticismo. Cuando Caín salió, sin duda ninguna, Adam no cortó el cordón: éste latió unos minutos, la placenta se enjutó, disminuyó su volumen hasta reducirse al que correspondía á su masa exprimida, y entonces el útero con poco esfuerzo lo expulsó.

Quedó Caín libre, pero con un apendice que probablemente respetaron Adam y Eva hasta cuando se desprendió por sí solo, dando así la prueba de que era inútil y podría suprimirse para los niños que vinieron después.

Así vamos aprendiendo la revelación científica con la observación.

Pero dejando la época de la cual no podemos tener noticia cierta, llegamos á la práctica de los antiguos, quienes nos han trasmitido el resultado de sus estudios.

Aseguran muchos autores, que en Aténas la sección del cordón no se hacía hasta tres ó cuatro días después del alumbramiento; citan, en apoyo de su opinión, un dicho griego que recordaba tal costumbre, y se aplicaba á los jóvenes de poca experiencia, se les decía: "todavía no se te ha cortado el cordón." Sin embargo, Hipócrates no habla de esta sección tardía del cordón; pero aconseja que no se haga hasta que el niño haya dado señal de vida. "Dice: no se debe cortar al cordón hasta que el niño haya orinado, estornudado ó llorado." Aristóteles, dice que ántes de ligar al cordón, la partera lo exprima en toda su extensión, para hacer penetrar en el niño toda la sangre contenida en este órgano, esperaba así hacer al niño más robusto; ya se ha señalado esta práctica como más bien fundada.

Para facilitar la salida de la placenta, Hipócrates aconseja se diera á la mujer polvo para estornudar. Recomienda otro procedimiento bastante curioso: se acostará al niño sobre lana recién cardada, muy blanda y abultada, que baje lentamente con la presión, ó se tendrán dos cueros ligados entre sí, llenos con agua, se pondrá la lana encima y el niño sobre la lana, vaciando á cada uno de los cueros, se dejará correr la agua lentamente: á medida que se vaciarán, bajarán, y el niño al bajar podrá con el cordón arrastrar la placenta ó todavía se podrá arrastrar, aplicándole pesos apropiados.

forzosa del líquido vital por excelencia, á la entrada en el mundo de cada uno de los individuos que la constituyen.

México, Enero de 1888.

FENELÓN.

CORRESPONDENCIA.

Sr. Dr. Fernando Malanco.

C. de V., Febrero 7 de 1888.

Estimado colega y compañero:

Con gusto he saludado la aparición de "La Medicina Científica," órgano en nuestra prensa médica de la Dosimetría.

Con franqueza he manifestado ya en "La Reforma Médica" mis ideas acerca del método Burggraeve, que á mi juicio no es mas que *un eclecticismo*, y por tanto, no puede justificar sus pretensiones científicas: el hecho de *medir las dosis* y de usar alcaloides *enérgicos y activos*, por sí solo, no puede constituir escuela: en Terapéutica el punto esencial es la ley ó regla de indicaciones, el principio que guía al médico al aplicar los medicamentos; y en este punto, lo he dicho ya, no veo en la Dosimetría nada nuevo, puesto que sigue, como la *Alopatía*, la indicación del *contraria contraris*, y obedece, en su conjunto, á los desacreditados y numerosos sistemas que han reinado en Terapéutica, desde el Galenismo y Humorismo con su purga Seidlitz Chanteaud, hasta la doctrina parasitaria con sus salicílicos, sulfuro de calcio, etc.: para la Dosimetría como para la Alopatía

---

Lo que corresponde á decir, que se debe ejercer tracciones lentas y contínuas, "estirar y esperar," según la fórmula del profesor Pajot.

De estas reseñas sobre la práctica de los primeros hombres y de los antiguos, resulta que la escuela moderna obra con precipitación, festinando la separación del niño al salir del seno de su madre, que la práctica más bien fundada es la de los antiguos, admirables observadores, apegados á las indicaciones de la naturaleza.

En vista de estos datos, se nos perdonará nuestra rebelión hacia las indicaciones de la escuela, y viendo en cuán buena compañía quedamos en la historia, se nos relevará de la acusación de revoltosos, que ciertamente no merecemos.

México, Enero 1888.

FENELÓN.

moderna, la investigación y el conocimiento de la causa es el punto de partida de las indicaciones: cuando ese conocimiento falta se suple con teorías más ó menos caprichosas é hipotéticas.

Mas no es el objeto de esta carta sujetar á un examen y crítica la Dosimetría: espero del buen talento y sana lógica de esa redacción las demostraciones y exposición de esa doctrina, que puede decirse, apenas comienza su época de moda entre nosotros.

Por ahora, me he permitido molestar la atención de vd. y hacer uso de la hospitalidad que ofrece ese periódico á todos los médicos, con el único fin de contestar algunas apreciaciones inexactas que el Sr. Fenelón hace de la Homeopatía en su artículo publicado en el núm. 3 de "La Medicina Científica," y que ya había yo leido en el núm. 2 del tomo 23 de "La Gaceta Médica."

El referido señor, comenzando por preguntar "si la terapéutica clásica llena su misión" y contestándose á sí mismo, *en conciencia*, que *nó*, desarrolla las mismas ó semejantes ideas que vd. acerca de la Alopatía, demostrando su nulidad y tratando así el justificar las pretensiones de reforma, con que se presenta la nueva publicación médica.

Perdone vd. que lo repita y consigne aquí con el deseo de que sus lectores lo vean: toda esa parte de la tarea reformadora que vdes. toman hoy á su cargo, está ya realizada de sobra y mucho tiempo há, por Hannemann y sus discípulos, quienes, antes que el mismo Brousais, ya habían sujetado á severo examen á la Medicina tradicional y demostrando su incapacidad, su inutilidad y la falta de doctrina lógica que guiara sus prescripciones.

La gloria de haber puesto en claro la falsa ciencia de las escuelas llamadas oficiales, toca toda entera á la Homeopatía, y para convencerse de ello están ahí las obras inmortales de su erudito y sabio fundador, así como los numerosísimos trabajos de sus discípulos que hoy forman ya una pléyade: la Dosimetría no ha necesitado mas que tomar al acaso cualquiera de esas obras y copiar sus conceptos.

¿Por qué, pues, el Dr. Fenelón, aparenta como he visto lo hacen los docímetras, ignorar estos trabajos y solo se acuerda de la homeopatía para repetir sus antiguos ataques y presentarla bajo un punto de vista falso y falsísimo, ante el público médico?

Hay en esta conducta un *parti pris* notorio,

y son en verdad tan fútiles y poco serios los ataques que hace el Dr. Fenelón á la doctrina de los semejantes, que no me ocuparía siquiera en mencionarlos, si no fuera esta para mí favorable ocasión de hacer conocer al público médico imparcial, la verdad de los hechos, á fin de que se juzgue de una vez á la homeopatía, con razón y conciencia.

Cuando leí el programa de "La Medicina Científica," me complació en extremo y no puedo menos de citar aquí unos renglones: "*las cuestiones que trate serán formuladas con intachable buena fe y respeto,*" y en su lema mismo vemos anunciada "*la libertad entera de discusión pero sincera y cortés.*"

Ahora bien, los párrafos en que el Dr. Fenelón se ocupa de la homeopatía, están en pugna abierta con esos ofrecimientos y páso á demostrarlo.

Al hacer referencia al artículo leido por el Dr. Rio Loza en la Academia, artículo en el cual dicho señor opinaba se tomara en consideración al método homeopático, como *útil en muchos casos*, apoyando su opinión en hechos de curaciones homeopáticas verificadas cuando la alopatía había sido impotente, el Dr. Fenelón califica tales hechos *como escandalosos.*

En qué funda el Dr. Fenelón tal aserto? No es en lo raro del suceso, pues el hecho viene repitiéndose por todas partes muchísimos años atrás; á tales hechos ha debido y debe la Homeopatía su crédito cada vez en aumento, á pesar de la tenaz oposición que se le ha hecho: si es á la manera como se verifica la curación, como ella es desnocida por el Dr. Fenelón, mal puède calificarla: si juzga escandaloso que los médicos se empeñen en no estudiar ni examinar seriamente un método que realiza tales curaciones, entonces estamos conformes.

Pero no para nuestro adversario, las cosas se explican perfectamente: los homeópatas curan porque llegan oportunamente, *cuando el tratamiento racional va á surtir sus efectos*, y como el caso se ha repetido y repite diariamente en manos de los 15,000 médicos homeópatas que hay en el globo, resulta que nuestra escuela debe erigir un templo á *La Casualidad*, que tanto le favorece: resulta también un nuevo procedimiento lógico que debe agregarse á la ciencia de Stuart Mill y por cuyo descubrimiento felicitamos al Dr. Fenelón.

¿A cuál tratamiento llamará este señor *racional*? Será al antiguo *alopático*, del que fué uno de los más fervientes y activos prácticos, ó al dosimétrico, que hoy entusiasmado preconiza? Seguramente ha de ser al primero, pues lo que es la dosimetría *sana* á todos los enfermos que toma á su cargo y con ella nunca se dará *el escándalo* de que tenga que venir el homeópata: ahora, pues, si el tratamiento alopático es *racional*, ¿cómo ahora lo combate el Dr. Fenelón y prefiere el método Burgraeve? Y si dicho tratamiento es tan *racional*, ¿por qué á renglón seguido declara el Dr. Fenelón que algunas veces es *inoportuno*, *y con solo suprimirlo* sana el enfermo?

La verdad escapa, á pesar suyo, de sus labios, y algunos párrafos más adelante declara terminantemente que "*las armas que suministra la terapéutica clásica inspiran más temor que confianza, son infieles y temibles.*

El Sr. Fenelón, al explicar con sus dos gratuitas hipótesis las curaciones homeopáticas. olvidó los casos en que el médico homeópata es el único que interviene; hoy estos casos son numerosísimos, pues si antes solo se acudía á la homeopatía, como se acudía al Padre Camilo, *in extremis*, hoy ya todos los homeópatas, quien más, quien menos, tienen sus clientes propios que á ellos solo acuden, por tener ya larga y suficiente experiencia en la ventaja del tratamiento.

Estas curaciones de los homeópatas han sido achacadas por sus adversarios á la naturaleza, la cual, dicen por sí sola cura las enfermedades. Semejante declaración, sobre ser una terrible censura de su activísima terapéutica, que ya no tendría razón de sér, no es más que una salida de pie de banco, un argumento á *bout de ressources*, y sus mismos autores creen tan poco en él, que basta verlos en frente de cualquier enfermo, desplegar en campal batalla todo el arsenal de esas armas que por confesión del Sr. Fenelón "*son tan infieles como temibles.*"

Hoy el Dr. Fenelón, tomándola de algún compañero, nos presenta una nueva explicación de estas curaciones: son debidas á la imaginación, á *la sugestión ¡sic!*.... Francamente, no podemos creer que el Dr. Fenelón hable con formalidad, y considerando que se dirije á toda una Academia, no podemos menos de preguntarle ¿en qué concepto tiene la lógica y criterio de sus colegas, para espetarles semejantes ocurrencias?

Por lo demás, agradecemos cual es debido que el Dr. Fenelón haga justicia á nuestro fervor curativo, que con solo querer (sugestionando) hace cuanto quiere y le estimamos igualmente nos reconozca tal potencia sugestiva é hipnotizadora que alcanza y se extiende hasta los niños de pecho, á los enfermos privados de conocimiento y aun á los animales, en todos los cuales se realizan diariamente curaciones homeopáticas.

Y ocurre preguntar otra cosa: puesto que este señor tiene tanta fe en la *sugestión* para curar á los enfermos, ¿cómo no la aplica en su clientela y sí prefiere los venenos granulados de Chanteaud?

La verdad de todo esto es que el Dr. Fenelón, al traer por los cabellos, tan trillados como fúsiles argumentos, lo que procura es apoyar y justificar la incredulidad inquebrantable en que ha vivido, vive y quire vivir, acerca de la acción de nuestros medicamentos: para él son sustancias inertes y nada más: ahora bien, como en su *parti pris*, se ha encaprichado en no ver en la homeopatía sino las dosis exiguas, de ahí es que asegure con eterno y original aplomo que el método homeopático emplea *sustancias inertes*.

Así lo creyeron sus primeros adversarios y el mismo Sr. Fenelón cuando hace muchos años escribió contra la homeopatía: así también la combatió el finado Dr. Barreda en su opúsculo, y pueden verse, por curiosidad, los cálculos pasientes y las interminables filas de guarismos con que representaban las cantidades de agua necesarias para preparar las diluciones hahnemanianas: eran lagos, ríos, océanos, esferas, globos inmensos de líquido: Imbert Gourbeyre, el elocuente catedrático de Clermont Ferrand, al ocuparse en sus conferencias de tan pueriles ataques, redujo todas estas cantidades á un vaso de agua, que es todo lo que se necesita para nuestras preparaciones: todas esas tempestades y diluvios quedaron ahogadas en un vaso de agua.

Años y años han pasado y, á semejanza de "La Belle au lebis dormant" el Dr. Fenelón sigue creyendo que la homeopatía está solo en las dosis; como todos ó casi todos los adversarios de este sistema, como muchos de los médicos, sentimos decirlo, que lo desdeñan y desconocen, el Dr. Fenelón, no sabe ni siquiera *¡lo que es Homeopatía!*

Para este señor, en efecto, todo lo que no sea activo y activísimo en Terapéutica, no es nada: antes eran frascos y pomos de medicina de patente, dosis enormes de sulfato de quinina, salicilatos, bromuro y ioduro de potasio, narcóticos, arcénico, digital, etc., etc., etc., hoy son cajas y tubos á docenas de la pequeña metralla Chauteaud, que no por disfrazarse en inocente granulillo, deja de ser, por su misma composición, y usando de las propias palabras del Sr. Fenelón, *una arma temible:* solamente que, pretendiendo haber alcanzado á la perfección, el manejo ó aplicación de estos gránulos, el Dr. Fenelón les llama hoy *armas de precisión.*

¡Cosa rara! La Terapéutica oficial, la alopatía, el mismo Dr. Fenelón, han empleado mucho tiempo, sin regla ni método lógico, multitud de sustancias: ha bastado que se descubran los alcaloides, y que se granulen para que ya este profesor y todos los dosímetras conozcan á la perfección su manera de obrar, ¿en dónde están los estudios y experimentaciones de esas sustancias? No lo dirán; ni mucho menos que todas ó casi todas las han tomado de la materia médica homeopática, á donde acuden hoy los prácticos de toda clase para descubrir *novedades medicinales* que ya entre los *Homeópatas* son cosa antigua.

¿Por qué el Dr. Fenelón, si trata de combatir á la homeopatía no la combate lealmente en sus bases bien conocidas: la experimentación pura ó fisiológica de los medicamentos, la ley de similitud, la individualización patológica y medicamentosa, la unicitud del remedio y la dosis mínima necesaria?

El Dr. Fenelón se figura que en el público médico reina la misma ignorancia de nuestra doctrina que años atrás, y se equivoca: hay ya bastantes profesores que la conocen y han estudiado y solo le citaremos al malogrado Dr. Adrian Segura, quien en su misma cátedra manifestó sus ideas y no cesó de hacer uso de nuestros remedios; hoy mismo y entre los funcionarios de la Academia, hay quien le podría decir algo, acerca del empleo de la Ipecacuana, en dosis pequeña, para combatir los vómitos del embarazo y de la Nuez vómica en la Constipación; pero ¿á qué buscar ejemplos, cuando el mismo Sr. Fenelón nos relata en su escrito curaciones de paludismo con sales de quinina, en dósis mínimas comparadas á las que habitualmente se emplean? Y ¿qué dirá este señor si le demostramos que la quinina en las intermitentes es un medicamento *homeopático*? Cuando nuestro adversa-

rio, menos obstinado en combatir doctrina que no conoce, nos presente hechos positivos, razones fundadas y se deje de trivialidades y cuentecitos como el del homeópata que ofreció reproducir un pie con gránulos homeopáticos, entonces podrá justificar su nuevo papel de reformador y apóstol del progreso, sincero y de buena fe.

Como él mismo dice, todas las novedades y reformas encuentran siempre oposición: así sucedió con la Homeopatía: el tiempo justiciero le ha dado ya su lugar debido y sus avances notorios, solo ignorados de los que, como el Sr. Fenelón, cierran los ojos para no ver la luz, pueden sintetizarse en los siguientes hechos: "Hace 60 años, en los Estados Unidos, la Homeopatía estaba representada por un solo médico; hoy tiene por campeones más de 10,000 profesores y más de 10.000,000 de partidarios, y su influencia se hace sentir hasta en las opiniones y práctica de todos los médicos instruidos, sea cual fuere la escuela á que pertenezcan, y contribuye ampliamente al alivio y consuelo de innumerables enfermos, en todos los países del globo: ha penetrado irresistiblemente en muchos departamentos de empresas profesionales: su esencia impregna toda la literatura médica: sus principios conducen á innumerables descubrimientos en el arte terapéutico: sus productos farmacéuticos son buscados por los más pro gresistas de sus adversarios: sus medicamentos se emplean diariamente en todos los hospitales y dispensarios: ellos llenan las carteras de los mismos Dosímetras: su oposición á las medidas depletivas y debilitantes ha mo pificado de raíz la situación de los pobres enfermos: sus dosis pequeñas han nulificado los terrores del *sistema heroico* de la medicina.

En América, como en todas partes, la homeopatía se encontró frente á frente de adver sarios poderosos, influyentes y absolutos en los asuntos médicos, parapetados firmemente en sus universidades, colegios, hospitales, etc.; cuando, en 1825, un solo homeópata, provisto de un simple opúsculo, vino á presentar batalla á ese Gibraltar Alopático, su audacia solo provocó rizas y ridículo. ¿Quién se rie hoy de la homeopatía en los Estados Unidos? ¿De sus 13 facultades, con 150 catedráticos, enseñando su doctrina á 1,200 estudiantes? ¿Quién desdeña sus 54 hospitales con 24,000 enfermos por año, sus 48 dispensarios con 113,000 consultantes? ¿Quién ridiculiza sus 30 periódicos, 50 tratados nuevos por año, su literatura que alcanza en dicho término á la cifra de 25.000 páginas de impresión?

No, Sr. Fenelón, los medicamentos homeopáticos no son inertes; vd. los emplea y ve sus efectos, sin comprenderlos, las dosis exiguas que vd. ridiculiza, cuentan con la sanción clínica y el voto de todos los prácticos observadores y prudentes: su manejo requiere largo y difícil estudio: vd. que niega la acción de sus dosis exiguas, ¿negará también la acción de los medicamentos á distancia demostrada ya por profesores alópatas y negará las curas de la metaloterapia de Burcq, los fenómenos notables obtenidos por Charcot y las vacunaciones de Pasteur, con virus atenuadísimos?

Y sin embargo, vd. cree en la etiología parasitaria, que aun no recibe la sanción de la ciencia y cree vd. en el hipnotismo y la sugestión, vd. que tal vez, hace años, como las Facultades y academicas, se reía y burlaba del magnetismo.

A pesar mío, tengo que detenerme, pues temo abusar de su hospitalidad, aplazando para otra ocasión tanto que dejo en el tintero.

Aguardo confiado en la verdad de la doctrina homeopática y la realidad de sus hechos, las nuevas razones, los hechos contrarios y los demás argumentos que guste presentar el Dr. Fenelón, suplicándole únicamente no adultere la verdad de las cosas, presente á la Homeo patía tal como es, si la conoce, y si nó, la estudie antes de combatirla y deje ya de una vez para todas ese *parti pris*, esa ligereza y mala voluntad con que pretende atacar una cosa seria y muy seria; protestándole para concluir, que, al salir en justa defensa de una causa por la cual venimos combatiendo hace 14 años, ni nos mueve más interés que el de la verdad, ni abrigamos mala voluntad ni animaversión alguna á nuestros opositores, pues, como lo dice el Dr. Malanco en su programa, "profesamos que en esta clase de debates los adversarios no deben ser enemigos, sino obreros del saber y de la instrucción."—Dr. C. Colín.

VARIEDADES.

PELIGROS DEL HIPNOTISMO.

Después de Pickman Donato! Y, después de Donato, el hipnotismo amenaza caer bajo el dominio público, entre los pequeños juegos de sociedad y las distracciones inocentes.

Hé ahí un sensible abuso, contra el cual

nos creemos en el derecho, por no decir en el deber, de protestar.

Mientras las experiencias consistieron en juegos más ó menos hábiles de prestidigitación, de escamoteo, y hasta en la trasmisión del pensamiento, en que solo los operadores desempeñaban un papel activo; mientras la cosa no pasó de ahí, no hubo realmente nada que decir; pero, desde que ellos pasean el hipnotismo por los tablados, desde que hacen de él el principal atractivo de sus representaciones, poniendo en escena la convulsión y la crisis, provocando á los ojos del público la catalepsia y las contracciones, tomando los pacientes entre los espectadores—niños algunas veces—la situación ha cambiado por completo, y de divertida que era, en un principio, se ha convertido en objeto de los más graves inconvenientes. Nos asombra que nuestras autoridades, más tolerantes que las de Italia, de Suiza, de Austria, de Alemania y de Dinamarca, no hayan prohibido desde el primer momento espectáculos semejantes. El hipnotismo, no sabriamos repetirlo demasiado, pertenece á la ciencia y únicamente á la ciencia; fuera de ella, constituye un peligro físico y moral.

En prueba de que no exajeramos, examinemos hoy el asunto en sus efectos más directos.

Se han comprobado varios casos de muerte seguidos á las sesiones de hipnotismo. Esos hechos son incontestables, están relatados en la mayor parte de las obras sobre la materia, y entre otras, en la de M. Teré, médico de la Salpétriére.

Pero, si los casos de muerte son raros, los de enfermedades graves, causadas por el sonambulismo artificial, son numerosos. Algunos ejemplos recogidos en las fuentes más auténticas, bastarán, por otra parte, más que largas demostraciones, para disipar hasta las menores dudas.

Du Potet, en su *Tratado sobre el magnetismo animal*, refiere el hecho siguiente:

"M. de C..., antiguo militar, había oído hablar vagamente del magnetismo. Quiso ensayarlo en su hija, para ver si podía hacerla experimentar algunos efectos. Para eso, sin conocer todo el mal que iba á hacerle, púsole una mano sobre el estómago. Después de algunos minutos de magnetismo, la joven experimentó diversos movimientos convulsivos, los que, lejos de intimidar al padre, lo interesaron á continuar la experiencia. En seguida, Mlle. de C... tuvo convulsiones muy violentas, y su padre, desconocienda la manera con que hubiera podido calmarlas, no hizo mas que aumentarlas con su presencia y con el espanto mismo que le causaban. Vióse obligado á abandonar su hija, y ella pasó la noche siguiente en convulsiones contínuas. Este estado duró ocho días."

Otro caso, citado por Charpignon.—*Filosofía del magnetismo*—atestigua que, aun provocada por los médicos, la hipnotización no carece de peligros:

"Un médico había, á los efectos de su ensayo, puesto en sonambulismo á una niña. Quiso obtener en algunos días los efectos de la mayor lucidez. Cada sesión siguiente respondía á los deseos del magnetizador; pero los asistentes cometieron la imprudencia de referir á la niña los hechos más notables de su sueño, Esas referencias turbaron su espíritu, y especialmente un día, en que hallándose vivamente preocupada por aquellos hechos extraños, fué magnetizada más enérgicamente qeu de constumbre y sin método. Sobrevinieron pronto las convulsiones. Su fuerza alarmó al magnetizador, poco habituado á estos fenómenos. Para dar tregua á estas espantosas crisis nerviosas, suspendió el estado magnético. Pero fué peor... Dos hombres no podían contener á la pobre niña sobre el colchón á que la habían arrojado. Por último, felizmente, el magnetizador pensó en sumergir de nuevo á la enferma en el estado magnético, entonces llegó la calma y la sonámbula predijo que accesos semejantes la acometerían á horas fijas, dos veces por día, durante dos semanas, y que no habría medio alguno de prevenir estos accidentes."

Algo más reciente: véase la carta dirigida en 21 de Junio de 1886 por el profesor Lombroso, de Turín, á M. Gilles de la Tourette, antiguo interno de los hospitales de París y de la Salpétriére, autor de una obra muy notable sobre la materia, que lleva por título: *El hipnotismo y los estados análogos bajo el punto de vista médico legal*, 1887:

"En Turín, escribía el sabio profesor, después de una sesión en que había sido hipnotizado un oficial de artillería, se volvió casi loco; presenta á cada instante accesos de hipnotismo espontaneo á la vista del menor objeto brillante: á un farol de coche, por ejemplo, sigue como fascinado. Una tarde, si el capitán de su batería no le hubiese detenido, habría sido estrellado por una volanta que traía sus faroles iluminados y que venía sobre él. Una violenta crisis histérica siguió á esa escena, y el desgraciado se vió en la necesidad de guardar cama.

" He visto, además, producirse muchos otros hechos después de las sesiones de hipnotismo. Dos estudiantes de matemáticas se hipnotizaron espontaneamente mirando sus compases y se les hizo imposible dibujar. Un empleado de ferrocarril fué presa de convulsiones y de una locura furiosa, y aun no ha curado. Dos oficiales, ya hipnotizados, no podían resistir las indicaciones que les hacía el magnetizador para que se mostraran en público. Un joven de 17 años, honrado á carta cabal, volvióse de una moralidad más que dudosa.

(Concluirá.)

LA MEDICINA CIENTIFICA.

Director y editor, DR. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de 2ª clase.

LA HOMEOPATIA.

Retiramos nuestro artículo de fondo para dar cabida á la carta que sigue del Sr. Dr. Colín, que nos fué entregada hoy 24 del corriente. En el próximo número nos ocupará preferentemente responderla.

FERNANDO MALANCO.

Sr. Dr. F. Malanco.

Casa de Vd., Febrero 22 de 1888.

Estimado colega y compañero:

Aquí me tiene Vd. de nuevo, sintiendo molestar su atención, pero animado por sus mismas palabras cuando dice: "convoca á todos los médicos á examinar despreocupadamente" las cuestiones médicas.

Y no es que abrigue por ahora el intento de acompañar á Vd. en tan difícil tarea, que tan ardorosa y elocuentemente desempeña Vd. por sí mismo y para la que creo le sobra instrucción, lógica y buena fé: no tampoco que yo pretenda salir á cada paso á ocupar la atención de sus lectores, sin motivo bastante: es, que consagrado hace tiempo y hoy todavía, á pesar de mis achaques de salud, á la propagación de una reforma médica que creo útil y verdadera, encuentro en el último artículo de Vd. titulado: *Un paréntesis* apreciaciones sobre la homeopatía, que para la sinceridad del debate y legitimidad de las deducciones, tengo que rectificar, si Vd. me lo permite.

Dice Vd. que "*la ley de similitud patológica no es demostrada,*" que "*nunca se han podido producir enfermedades artificiales con las cuales se intenta curar las naturales; ni los remedios producen* SIEMPRE *fenómenos morbosos semejantes á los que combaten:*" á renglón seguido, y como si no estuviera Vd. mismo muy seguro de la exactitud de tan terminantes aseveraciones, concluye su párrafo, diciendo: "*y aunque todo esto pasara, nunca los medicamentos son elegidos atenta esa propiedad.*"

Debo confesarle que, en la lectura de este párrafo me hizo Vd. caminar de sorpresa en sorpresa: ¿posible es que no haya leído en el Organón los numerosos documentos y datos experimentales en que apoyó Hahnemann la verdad de su ley fundamental? ¿Posible es que ni haya pasado la vista por cualquier autor clásico de la nueva escuela, Granier, por ejemplo, y no se haya enterado de las citas en apoyo de esa ley? Desde Hipócrates en la antigüedad hasta los autores modernos de materia médica, está ella reconocida y nos basta nombrarle, después del padre de la medicina, á Stahl, Hummel, Paracelso, Linneo, Santa María de Lyon, Chevreuil, Trousseau y Pidoux, Huffeland, Barthes, Barbier, Merat y de Lens, Bouchardat, Andral, L. Saurel, cuyas citas textuales no incluyo, porque sería hacer muy larga mi carta; á ellas se pueden agregar otras muchas que formarían un volumen; ningún autor de materia médica ó terapéutica niega esta ley y solo se limitan algunos á decir que no es general.

La Escuela homeopatista, que posee en sus archivos de experimentación pura ó fisiológica la patogenesia, esfera de acción, grupo de fenómenos ó como Vd. quiera llamarle, de los numerosos medicamentos que ha ensayado y experimentado, que diariamente corrobora en su clínica la exactitud de dicha ley, única que norma sus prescripciones, esa escuela, repito, representada

por 15,000 profesores, afirma y demuestra la generalidad de la ley de los semejantes: que esa ley, como todas las leyes biológicas tenga su contingencia, nadie lo niega: que los medicamentos no producen *enfermedades artificiales*, también es cierto, fíjese Vd. en la etimología misma de la palabra homeopatía, *patos* quiere decir, *sufrimiento*, y no enfermedad, esta tiene su palabra, *nosos*. Hahnemann puso á su doctrina el nombre de homeopatía y no el de homeonosía, porque quiso decir que las enfermedades se curan, no con *enfermedades* semejantes, sino con *sufrimientos* semejantes; el apellido *patológica*, que Vd. da á nuestra ley, no es exacto: didácticamente "la homeopatía consiste en tratar las enfermedades con remedios *semejantes*, es decir, capaces de producir en el hombre sano *fenómenos* semejantes á los síntomas que presenta el hombre enfermo."

La homeopatía no intenta y de hecho no produce jamás, para curar, enfermedad alguna: ni aún siquiera molestia ó sufrimiento; y á la suavidad, sencillez y dulzura de sus remedios ha debido su gran popularidad, bastando á los enfermos comprobar su eficacia y no importándoseles se dijera por los oponentes que la curación es debida á la nada, al agua pura, á la imaginación, á la naturaleza, al *quo spiritalior* de Van Helmont que Vd. cita. El efecto inmediato de un remedio homeopático, bien elegido, es el alivio, la disminución ó suspensión de los síntomas, y esto, sin presente morboso, como Vd. lo desea y como debe ser.

No tiene Vd., pues, que repugnar de la homeopatía su ley: ella está demostrada, rectificada y comprobada en las numerosas obras de materia médica, Farmacodinámica y Terapéutica Homeopáticas que forman hoy una biblioteca: todos los médicos que á ella sujetamos nuestra práctica y la tenemos por principal guía, reconocemos diariamente su exactitud y á los hechos sinnúmero que presentamos en nuestra clínica, Vd. y todo el que niegue la verdad de dicha ley, debe presentarnos hechos contrarios para fundar debidamente su opinión: tampoco debe Vd. acusar á la ley de los semejantes de exclusión: en el Organón y obras que lleva citadas verá Vd. cómo se limita su esfera de acción, cómo se preven los casos en que la ley de los contrarios está indicada y aquellos en que lo sea también la medicación paliativa alopática: precisamente encontrará Vd. en la lección clínica dada por el Dr. Jousset en el hospital homeopático de St. Jacques, la confirmación terminante de mi aserto, y por venir de molde en esta discusión la he publicado en el último número de "La Reforma médica" que pronto recibirá Vd.

No quiero, por ahora rebatir, de sus argumentos contra la homeopatía aquel en que declara "*Como improcedente el estudio del medicamento en el hombre sano.*" Tal aserto, que según entiendo no está en la obras de Dosimotría, pugna abiertamente con la opinión muy general entre todos los que escriben materia médica: pugna con la misma fórmula que vd. ha colocado á la cabeza de su publicación: es, á mi juicio, insostenible: la experimentación fisiológica, á que nosotros llamamos pura, es hoy no solo para la Escuela Homeopatista, sino para todos los prácticos inteligentes, la primera y principal fuente de los conocimientos farmacadinámicos: enunciada por Haller, sacada por Hahnemann, del olvido y colocada en el lugar que le corresponde, ella forma una de las legítimas glorias de la escuela homeopática, la cual, en debido complemento, ha cuidado y cuida de rectificar sus experimentaciones en el hombre sano con todos los documentos toxicológicos y curas que registra la tradición y la patología, y corrobora diariamente en la clínica los efectos de sus remedios; lo único que

no hace la escuela homeopática es *ensayar* los medicamentos en los *enfermos*, pues tal procedimiento sobre ser ilógico, nos parecería poco humanitario.

No quiero tampoco instaurar con vd. la defensa de nuestras dosis exiguas, á las que llama tan finamente el "*Quo spiritalior*" de Van Helmont: esta cuestión de dosis, en teoría es larguísima: su debate inútil: el terreno donde ha de comprobarse es la cabecera del enfermo: ningún empeño tenemos los homeópatas en usar esta ó aquella dosis: los hay que, sin tocar á las enormes cantidades de la práctica alopática, y conforme á su principio de no perturbar el organismo *(jucunde)* usan, sin embargo, las sustancias en natura, las primeras trituraciones ó diluciones, á las que llamamos bajas: hay también los que emplean casi exclusivamente las altas y altísimas, y la mayoría recurrimos á todas, según los casos: lo esencial es elegir el medicamento conforme á nuestra ley y esto sí lo verificamos todos, á pesar de que vd. afirme *que no* (¿?)

Vd. y los dosímetras, menos que nadie, pueden echarnos en cara la pequeñez y forma de nuestros medicamentos, vdes. que las han imitado al grado de que el público de enfermos, que como vd. sabe, se guía por las apariencias, nos confunde muy á menudo; al comenzarse á emplear aquí los gránulos Chateaud, nos preguntaban en varias casas: "¿Es cierto que ya el Dr. Fenelón se ha vuelto homeópata?» Tenemos entendido que al mismo señor le hicieron esa pregunta, que mucho lo desasonó: la diferencia entre esos gránulos es muy grande en efecto, y á varios de nuestros clientes hemos tenido que advertirlo, para ponerlos á cubierto de los peligros que, por más que se diga, hay en el uso tan franco de los alcaloides *dosificados*.

Repito que en dosis, la escuela que vd. defiende ha imitado á la nuestra (como en muchas otras cosas), precisamente acabo de recibir la obra de Laura, *Farmacoterapia dosimétrica*, y en su introducción leo:

"El principio que pertenece como propio á la escuela dosimétrica, de las *pequeñas dósis*, administradas, *coup sur coup*, á intervalos determinados, tiene un inmenso valor, tanto en la *experimentación fisiológica*, como en la experimentación clínica.»

"La experimentación fisiológica, así como su compañera, la experimentación clínica, deben proceder *dosimétricamente*,» etc.

(Véase, pues, cómo la *experimentación fisiológica* no es improcedente, como vd. afirma.)

"Preciso es que la dosimetría *rechaza* igualmente las dosis *masivas* y las dosis *medias*, para atenerse á la dosis *terapéutica*, única que se adapta y conviene no solo á la enfermedad, sino al enfermo."

Esto es precisamente lo que hacemos y hemos hecho siempre los homeópatas: adaptar nuestros medicamentos al enfermo: bástanos para ello dosis exíguas en general, á veces tan pequeñas, que nos sorprenden: ¿por qué hemos de dar más, si con ellas nos basta?

Es cuestión de clínica y de conciencia. Cuando un medicamento nos falla, lejos de acusar á nuestra ley y á las pequeñas dosis, reconocemos que es culpa de nuestra incapacidad en aplicar ambas: estudiamos mejor el caso y ocurrimos á nuestro rico arsenal de medicamentos en busca de otro mejor apropiado, *más semejante al caso*. No pretendemos ser en esta ardua elección infalibles, ni nos encaprichamos en curar á tal enfermo con tal alcaloide, dándole, *coup sur coup*, 10, 20, 100 ó 200 gránulos, hasta que se cure...... ó se muera.

La verdad es ésta, compañero; y ella le explicará nuestra manera, al parecer opuesta, de valorizar las dósis: la escuela homeopatista, al obedecer á

su ley de similitud en sus aplicaciones terapéuticas, debe por las condiciones y naturaleza misma de esa ley, emplear dosis exíguas; ellas le faltan: la alopatía y con ella, perdone vd. que lo diga, la dosimetría, obedeciendo en sus aplicaciones á la ley de los contrarios, tiene que usar dósis masivas, y de hecho las usa, á pesar de lo que dice el Dr. Laura, pues concentrando el alcaloide, las propiedades del medicamento, su pequeñez es solo aparente, máxime, cuando proclama como ley, la regla de dár sus gránulos *coup sur coup*, en el número y con la frecuencia necesaria á *lograr el objeto*.

Basta por hoy, apreciable compañero; no quiero, repito, abusar de su hospitalidad, y si lo he molestado segunda vez, conocerá usted mismo que á ello me ha excitado al acusar á la homeopatía de pecados que no comete: séame permitido, de una vez para todas, al declararme enteramente conforme á las elevadas miras de su publicación, al enarbolar como vd. la bandera del "Salus ægroti, suprema lex," que es la de todos los médicos, el manifestarle cuánto simpatizo con las tendencias progresistas de sus escrítos, con la liberalidad y sinceridad de su programa, deseando como usted, que la verdad, solo la verdad y toda la verdad, presida al cortés debate á que nos ha convocado.

Ella es la que guía mi pluma, y en su justo acatamiento salgo á rectificar las apreciaciones sobre homeopatía que se apartan de tal camino: ella igualmente me obliga á decirle, para concluir, que el uso de los alcaloides en terapéutica no es propiedad ni descubrimiento de Burgraeve y que todas las ideas y reglas del método dosimétrico sobre la pureza del medicamento, su graduación, sencillez, etc., etc., están contenidas en el Organon de Hahnemann, obra magna, que atenta la época en que fué escrita, contiene la suma filosófica de la medicina racional. Con ella en la mano le podrémos señalar una por una la filiación de muchas *novedades* que los dosímetras y los prácticos en general están sacando á luz. Hahnemann no se ocupó de los alcaloides, tan útiles en verdad, porque apenas se conocían uno que otro en su tiempo; mas ya en las lecciones de los últimos años, verá usted á los profesores homeópatas de materia médica recomendar su estudio y experimentación, fundados precisamente en la uniformidad de composición y pureza de dichos agentes.

Si, como no lo dudo, no rehusa que de cuando en cuando vea honrados mis pobres conceptos con su inserción en esa Revista, otra vez me ocuparé directamente de la dosimetría, cuyas últimas obras, á pesar de mis muchas atenciones y mala salud, me ocupo en leer, no encontrando todavía, siento decirlo, pruebas suficientes que autoricen sus pretensiones científicas y sí por el contrario, hallando cada día entre las galas de que se adorna, muchas que son agenas y que ha querido prohijar y echar á volar por el mundo médico como la avutarda de la fábula.

Sabe cuanto le estima su afectísimo.

C. Colín.

UNA CARTA DEL DR. FENELON.

Su casa, Febrero 16 de 1888

Sr. D. Fernando Malanco, Director y Editor de la *Medicina Científica*.

Muy querido compañero y colaborador:

Acabo de leer la carta inserta en el último número de su periódico y firmada por el Dr. Colín. Ese monstruo de Dr. Fenelón, quien provocó sus iras, es todavía más culpable de lo que parece, y lo vamos á juzgar en toda forma, para satisfacer la justa indignación del defensor constante, más que afortunado, de la homeopatía.

Figúrese vd. que el tal Dr. Fenelón, siendo estudiante de medicina, se encontró en relaciones bastante íntimas con un discípulo entusiasta de Hahnemann. ¡Entusiasta á tal grado, que se dedicó en persona y consagró su

influencia y fortuna para dar á conocer y hacer triunfar, si fuera posible, el método Hahnemaniano. ¡Hoy hace de esto más de treinta años!

Este apóstol era doctor en derecho, pertenecía á una de las familias más encumbradas y poderosas, por sus relaciones y fortuna, de Francia, pero padecía ataques epilépticos; no logrando alivio, ni siquiera aparente, recorrió todas las facultades de Europa en busca de curación; en su peregrinación encontró á Hahnemann, siguió sus consejos y creyó haber sanado con ellos (después supimos que no mas había habido cambio en las horas de los ataques, de tal modo que, éstos, siendo siempre nocturnos, pudo creer el paciente que ya no los tenía.) *¡Sugestión!* Tal fué la gratitud de este señor, que le dijo á Hahnemann: "no sé cómo manifestarle mi agradecimiento; no puede ser de un modo ordinario," Hahnemann, aprovechando tanto entusiasmo, le hizo prometer que dedicaría su actividad, su influencia y su fortuna al triunfo de la nueva doctrina.

Volvió el nuevo apóstol á Burdeos, desde donde le era más fácil vigilar sus cuantiosos intereses; allí construyó un hotel en el cual preparó un consultorio con su dispensario homeopático, previamente había adquirido el título de Doctor en Medicina, haciendo los estudios y tomando las inscripciones debidas en París.

Cuando acababa de establecer su lujoso gabinete, fué cuando el incorregible Fenelón tuvo el honor de conocerlo y de ser admitido en su consulta. A un primo suyo asistió el nuevo apóstol, de epilepsía, sin ningún éxito, á otra parienta, de tísis, sin retardar en lo más mínimo el fatal desenlace.

Sin embargo, nuestro reo de imperdonable *parti pris*, habiendo contraido fiebre tifoidea en el hospital Saint André, de Burdeos, quiso ser asistido por el representante de Hahnemann, prefiriendo no tener curación, á sufrir los terribles ataques del método antiflogístico entonces en voga entre sus catedráticos.

La fiebre duró sesenta y tantos días y salió de ella; entonces creyó haberlo convencido el discípulo de Hahnemann de la eficacia del método, pero habiendo durado la fiebre lo que podía, le pareció que lo lógico era creer que el tratamiento no había tenido efecto ninguno y no más lo había dejado sanar, lo que tal vez no hubiera hecho la medicina oficial.

Al año, nuestro mismo reo de *parti pris*, quiso hacer una experiencia de *similia similibus curantur:* estando resfriado, se resfrió más con un baño en un estanque de agua casi helada, del cual salió con pleurodinia y poco después se le desarrolló la neumonía-otra vez se confió al representante de Hahnemann y otra vez sanó en el tiempo normal para la evolución de la neumonía.

Volvió á preguntarle el apóstol de las dosis infinitesimales ¿si ahora creía? ya eran dos pruebas para quien hubiera tenido más disposición á la credulidad y le contestó: lo que creo es que todavía fuí más fuerte que la enfermedad, pero le agradezco el que me haya dejado sanar, lo que tal vez no hubieran hecho prácticos más ortodoxos.

¡Qué ingratitud! Sr. Dr. Colín! pero más hay todavía: el apóstol Hahnemaniano llegó á ofrecer á nuestro reo de *parti pris* una asociación muy favorable para su porvenir: cuando poco le faltaba para adquirir su diploma de doctor, le ofreció una asociación, diciéndole: vd. tiene afición á la cirujía, yo no la puedo practicar, si quiere asociarse, vd. hará las operaciones y yo la medicina. Nuestro ingrato é incorregible le contestó: no puedo, porque no creo en la homeopatía y prefirió correr los albures de la práctica aventurada para todo joven práctico.

No creía, aunque mucho lo quiso persuadir el aventajado discípulo de Hahnemann, hombre de vastos conocimientos, doctor en Derecho y en Medicina, de imaginación tal vez demasiado incansable.

No creía porque en artículo de ciencia le ha parecido que lo absurdo se debe evitar á todo trance, que el guía más precioso es el sentido común, y que todo lo que se opone á sus salvadoras indicaciones, es temible.

Un día el apóstol Hahnemaniano visitaba á un conocido de nuestro reo de *parti pris:* como no lo veía mas que una vez á la semana, le dejaba glóbulos para los siete días. Se trataba de curarlo de sordera senil: la hija del enfermo era joven, apegada al sentido común, y veía con pena la credulidad de su padre. Un día que acababa de recibir los gránulos capaces de quitar la sordera, tomó de una vez la dosis reservada para la semana; entonces el anciano, fiado en el *similia similibus*, pensó que su hija iba á volverse sorda, el estudiante reo de *parti pris*, estaba á la sazón de visita cerca del anciano y de su hija; éste lo detuvo para que observara los síntomas que se desa-

rrollaran, mientras venía el práctico homeopático, la sordera ni asomó en las horas que trascurrieron antes de la llegada del homeópata, y llegado éste, cuando se le dijo que la joven había tomado la cantidad de glóbulos destinada para la semana, contestó: no hay cuidado, ha tomado demasiado, no le hará nada, y así fué en efecto.

¿Quién se sorprenderá que un joven tan propenso al *parti pris* como el estudiante Fenelón, adquiriera con este rasgo poca fe en la homeopatía?

Cuando llegó este mismo incorregible aquí, tuvo ocasión de ver que la homeopatía no se mejora con pasar el Océano como les sucede á algunos vinos. Vió enfermos tratados por homeópatas, quienes hubieran podido sanar y no sanaban. Una señora con extrechez de la pelvis, debida á una periostitis del isquión, tomó cantidades de glóbulos destinados á hacerla parir, según decía quien se los propinaba, pero no lo logró hacer hasta que se le aplicara el forceps nada dynamisado y en cantidad muy ponderable.

Otra, portadora de un pólipo mucoso, llegó al último grado de la consunción á consecuencia de una hemorragia, para lo cual se le daban glóbulos *¡hacía un año!* el dador de éstos diciendo cada día: va bien, va bien. Cuando el incorregible fué llamado, iba tan bién que agonizaba; al extraer el pólipo bastó la poca sangre que perdió en un instante para producir un síncope grave, y este caso fué el que dió lugar á la discusión, en la cual creyó el Dr. Colín que el incorregible habría sido curado de su *parti pris* en contra de la homeopatía:

Pero señor, el principal argumento en favor de la homeopatía dado por el que asistía á esa pobre señora, fué una provocación ó combate *singular*, por todos títulos: permitido sea creer que si hubiera tenido argumentos mejores no hubiera acudido á uno tan malo.

Ahora bien, el Sr. Dr. Colín nos acusa de no conocer á fondo una doctrina que descansa en ilusiones; que él mismo va renegando en parte, puesto que abandona la dynamisación y reserva no mas lo de los semejantes. Si logra probarnos que realmente la quinina produce fiebre palúdica, que el mercurio produce sífilis y el iodo accidentes terciarios, quedaremos convencidos, porque es lo que se trata de demostrar, puesto que tal es la base de la doctrina: si la base es firme, le prometemos seguir estudiando al edificio; pero si como lo creemos, es ilusoria, permítanos que sigamos ocupando nuestro tiempo y facultades en algo más útil como lo es la experimentación de los medios curativos que la ciencia y no la imaginación nos ofrece.

Ars longa, vita brevis, experimentum fallax.

Después de esto, poco importan las personalidades, lo que importa es que los prácticos sepan lo que pueden hacer mejor para su reputación y el bien de la humanidad; por tal motivo, el incorregible deja sin contestar las pequeñas malicias contenidas en la carta del estimable Dr. Colín.

Y se repite su afectísimo amigo y colaborador, quien sinceramente lo aprecia.

FENELÓN.

P. D.—Conviene advertir al Dr. Colín, que una acusación de faltar á la verdad cuadra mal con el programa de la "Medicina Científica."

El que esto escribe, lejos de burlarse del magnetismo, ni del burquismo, los ha estudiado tanto como ha podido, y aun ha sacado de ellos algún partido para su instrucción y práctica.

Los virus atenuados no son dynamisados, y jamás ha dicho Mr. Pasteur que, cuando hubiera demasiado, no harían nada: las doctrinas de este eminente químico no contradicen en nada al sentido común, atenúa para hacerlos tolerables á los virus, pero no los dynamisa.

No ridiculizamos las dosis exíguas, al contrario, ridiculizamos las dosis ausentes y las ilusiones terapéuticas: cuando un medicamento deja de ser activo porque se toma demasiado, es ilusorio no lo podrá negar el Dr. Colín.

El que se multipliquen los homeópatas en el país de Barnum, en donde se dice: hijo, haz fortuna honrosamente si lo puedes, pero haz fortuna, no se debe extrañar: su práctica es fácil, muchas enfermedades tienen su marcha conocida, evolucionan en ciertotiempo; muchas sanan, como lo hemos visto con la fiebre tifoidea y la pulmonía, el homeópata las deja sanar; el Dr. Sangrado muchas veces las hacía mortales, hubo progreso con la homeopatía, pero queremos mas, y es, cuando sea posible, parar las enfermedades en sus principios, para esto necesario es tener agentes activos y bien medidos: lo que nos ofrece el burggrœvismo y por lo que intentamos hacerlo conocer, deseando sobre todo, que no sea confundido con la homeopatía.

Lo que califica de cuentecito el Dr. Colín,

es histórico: el homeópata á quien se refiere es persona que ocupa cierta posición en esta capital, y hoy cree que la medicina es asunto de fé no mas: sus estudios homeopáticos la han conducido á la convicción de que los agentes son inútiles: mandaba preparar por sus hijas de confesión píldoras inertes con miga de pan y las daba, diciendo: que el que cree se salva, por lo mismo, al desgraciado presa de la gangrena, cuando se le veian los cartílagos descubiertos, le decia: éstos son los dedos que van saliendo. Gracias á Dios al que esto escribe le sobra la verdad para sostener lo que dice y no necesita acudir á cuentecitos inventados.

Hay mentiras que son piadosas, y, quien cree que la medicina no tiene recursos para curar á la arteritis, puede entretener al paciente con cuentos para consolarlo. Bueno fuera que nos dijera el Sr. Dr. Colín ¿cuál es el agente medicamentoso recomendado por la homeopatía, capaz de producir arteritis en el sano y de curarla cuando la hay?

Dósis mínimas no son infinitesimales; observará el Sr. Dr. Colín que por mínimas que fueran tales dósis, siempre eran ponderables y se señala éxitos por la asociacion de sustancias activas dadas en cantidades apreciables, pero bien medidas, y no imaginarias.

El Dr. Adrian Segura era ecléctico y también usaba la dosimetría como la homeopatía: Ésta le servía cuando le parecía prudente la expectación.

En el embarazo, la vitalidad acumulada en el útero, abandona por momentos el estómago, éste se llena de saburras; la ipecacuana despierta su actividad, su circulación y facilita su emisión por las vías naturales, pero no quiere decir que produzca un mal análogo al que combate, muy al contrario. En cuanto á que la nuez vómica sirva para combatir á la constipación, se entiende que sí lo hace cuando la constipación es debida á paresia intestinal, pero produce la nuez vómica un efecto absolutamente opuesto á la paresia intestinal, puesto que despierta al intestino de su torpeza.

Con la mayor lealtad esperamos la demostración, con hechos, de la ley de similitud; en cuanto á la individualización patológica, sospechamos que es una de tantas fantasmas que no son capaces de traer mas que pesadillas. La unicitud del remedio es un neologismo fuera de nuestros alcances.

No, Sr. Dr. Colín, no nos vanagloriamos de haber llegado á la perfección en la aplicación de los alcaloides, pero sí creemos estar en una vía más segura que cuando aplicábamos sustancias mal definidas, y como vemos efectos más netos y más claros, esperamos aprender más y mejor, á aliviar á quienes nos honran con su confianza.

Hasta prueba de lo contrario creeremos que en un gránulo que contiene una cantidad pesada de sustancia activa, hay más precisión que en una tintura variable ó una dilución más variable aún.

Escandaloso es lo que perturba el orden admitido, verbi gracia, se admite que un práctico que ha estudiado debidamente su arte, está más apropiado para curar á un enfermo que un aficionado, quien deja cualquiera profesión agena al arte de curar y porque tiene un diccionario homeopático propina gránulos inocentes, según indica el diccionario; y sin embargo, alguna que otra vez logra ver sanar al que se arriesga con él; escandaloso es esto y nocivo.

Uno de los principales inconvenientes de la homeopatía, es la confianza que inspira á muchas personas para manejarla: no negará el Sr. Dr. Colín que esto tenga grandes inconvenientes para los casos en los cuales hay algo que hacer, si son inocentes á tal grado los glóbulos homeopáticos que más los den menos hagan, permitido será creer que son inertes, ó no sabemos todavía lo que significa tal palabra.

Mantenemos que es escandaloso que sanen algunos enfermos con sustancias inertes, cuando antes no habían sanado con sustancias activas y dadas oportunamente.

En efecto, los señores que practican la homeopatía deben levantar una estatua á la Casualidad, porque á ella deben sus éxitos, con esta circunstancia especial, que cuando un médico ortodoxo cura, nadie lo celebra, siendo tan natural que cure, cuando al contrario parece que no cura el médico de fama y sí aprovecha su éxito el homeópata, entonces se cantan sus glorias señalando el acontecimiento como digno de ser publicado.

Si nuestras objeciones fueran fútiles y poco serias, les prestaría menos atención el señor defensor de la homeopatía; hace 78 años que la homeopatía está sometida al juicio público, tiempo era de que no hubiera mas que homeópatas; si fuera tan evidente la verdad de sus principios, porque no cabe duda que su práctica es más cómoda que la de la práctica científica: á tal ó cual síntoma, tales y cuales sus-

tancias, ¿si no hacen bien, no hacen mal? no hay cuidado, dicen los autores que ya han ensayado esto al estado fisiológico, si no es verdad, ellos tienen la culpa, y adelante.

Es verdaderamente de sentir que sea ilusoria la homeopatía y serán imperdonables nuestras generaciones médicas si, siendo verdad lo que soñó Hahnemann, siguen todavía estudiando para curar, la anatomía, la fisiología, las patologías, puesto que hay diccionarios para contestar á cada queja del enfermo, y sustancias nada peligrosas que corresponden á cada una de estas quejas.

Si esto hubiera sido verdadero, no habría ya nada que estudiar para ser médico, y bastaría saber leer en los diccionarios homeopáticos.

El examen de las doctrinas, hecho por Hahnemann y Broussais, es cuestion de teoría pura, la práctica es la que nos llama, y para la práctica nos arma y adiestra la dosimetría: no desprecia ninguno de los conocimientos anteriores, á todos acude, de todos saca partido, como la cúspide de un edificio elevado se apoya sobre todas las piedras de la base.

Decir que la dosimetría es un eclecticismo, no es injuriarla, muy al contrario, es confesar lo que acabamos de asentar, y no es dudoso que un método capaz de sacar provecho de todas las doctrinas, es el que tiene más probabilidades de ser el más útil; por lo mismo, la estudiamos y aconsejamos que se estudie de preferencia á la doctrina nacida en la ilusión de los semejantes para naufragar en la alucinación de la dynamisación, en las nubes de la individualización de enfermedades oscurecidas todavía por la ¿unicitud? del remedio ¡cuánto misterio!

Sí, Sr. Dr. Colín, la dosimetría es como una flor nacida del tronco de la medicina tradicional, no se separa de ella, y de ella sacará los elementos para producir sus frutos, mientras la homeopatía desde luego se separó no sólo del mismo tronco, sino del de la razón humana, anunciando lo que es inexacto que para curar á un padecimiento en un enfermo es necesario acudir á lo que sería capaz de producir el mismo padecimiento en el sano: esto es inexacto y absurdo por más que haya 25,000 alucinados quienes lo digan.

Supongamos que ha tomado vd., señor doctor, un trago de ácido sulfúrico, estando sano, esto produce quemaduras en medio de su salud: ¿será usted tan fiel al principio, que tome otro tanto de ácido sulfúrico para quitar el efecto de la primera toma? no, ciertamente, pero me dirá vd. que el ácido sulfúrico obra como agente químico y no dynámico, entonces supongamos que tomó una dosis excesiva de estricnina, ¿se curará vd. con otro tanto? No, ciertamente; entonces si vd., tan lleno de entusiasmo por el *similia similibus*, lo abandona á veces, permítanos creer que tal principio no es tan salvador ni tan seguro como lo dijo el fundador de la homeopatía.

Esta es muy buena para disfrazar la expectación que el público no admitiría, porque paga para que se haga algo por su alivio; pero cuando hay daño que combatir, auxilios urgentes que dar, la homeopatía es absolutamente inútil, y entonces, con dejar perder un tiempo precioso es nociva y culpable en alto grado.

Los pacientes buscan quien los cure, y no quien los engañe: pagan por sanar ó dejar de sufrir en cuanto se pueda y no por tener ilusiones: hé aquí por qué creemos de nuestro deber dar medicinas y no glóbulos inertes, los cuales no obrando sobre el organismo por la vía química ni por la vía dynámica, no pueden obrar, cuando obran, mas que por la vía ima ginaria, es decir, suggestiva.

México, Febrero 17 de 1888.

FENELÓN.

LA QUININA Y LA MEDICACIÓN PALÚDICA.

(Continúa.)

II.

Fisiología.

"Toda sustancia que á altas dosis extingue las propiedades de un elemento orgánico, las excita á pequeña dosis."

Cl. Bernard.

El clínico todavía hoy tiene toda suerte de buenas razones para desconfiar de la fisiología. Esta legítima prevención es en muchos casos la salud del enfermo; pero no debe, por tanto, ser exagerada. Se puede uno preservar de una confianza ciega, y á la vez hacer beneficar la terapéutica de algunas nociones precisas, justas y firmes, que brillan en todas partes con una claridad purísima.

El espíritu clínico, es decir, el buen sentido bien ponderado del práctico,

debe aquí dominar desde lo alto de la ciencia. La clínica es un cetro que no podrá ser abdicado sin peligro, y la historia fisiológica de la quinina es una buena prueba de ello. Desde Trousseau, este cetro ha decaído lamentablemente, pues la medicina clásica ha perdido de vista desde entonces al enfermo, para dejarse arrastrar á remolque de lucubraciones científicas incompletas y conclusiones prematuras.

Trousseau daba la quinina ó la quina con las nociones confusas de la época; pero con la vista superior del hombre del arte, que á través de todos los obstáculos no olvida conservar la integridad del organismo vivo. Para él, la quinina ha sido siempre un *neurosténico;* de esta propiedad ha querido sin cesar armarse si no ha podido siempre hacerlo.

Doctrinas basadas sobre la fisiología. —En esta época la fisiología comenzaba á brillar con el prestigio de una ciencia nueva, de una ciencia que lleva en sí la esperanza de llegar á ser algún día exacta; y con este prestigio, la fisiología se ha impuesto á la medicina.

Poco á poco los prácticos se han ido familiarizando con las dosis masivas usadas en los laboratorios; y sin comprender que una venda descendía sobre sus ojos, se han dejado conducir á los antros de las *propiedades hipostenizantes* y de las acciones más ó menos tóxicas. Los laboriosos experimentos de Briquet han dado la consagración á esta terapéutica funesta; y se han visto florecer durante años, demasiados años, meningitis rápidas y colapsus innumerables en el curso de enfermedades relativamente benignas.

Después la fisiología se ha lanzado en una nueva vía, y la medicina clásica, subyugada por el ascendiente de sus afirmaciones ingenuamente engañosas, la ha seguido con la docilidad de un prisionero por persuasión. Esta vía nueva es la de la antisepsia, cuyas conquistas son muy fecundas en el dominio de la higiene y de la profilaxia, pero completamente engañadoras (como lo hemos demostrado) en el muy particular y extrecho de la terapéutica interna (1).

Aquí las propiedades vitales del organismo son la ley; sobre estas propiedades es necesario obrar, puesto que ellas solas son accesibles, y que detrás y en medio de las mismas se cura la enfermedad. Aquí debe brillar, no la engañosa aureola de un fenómeno experimental, sino el supremo precepto de la Escuela hipocrática: sostener y reanimar las fuerzas (2).

Así, pues, la clínica debe abrir su puerta á la fisiología con una saludable circunspección; pero puede hacerlo sin temor cuando es ya dueña de sus medios de acción y cuando está establecida sólidamente sobre resultados adquiridos.

Este es el caso de la clínica dosimétrica.

Electividad.

La primera noción que nos dan los experimentos sobre los animàles, es la de la localización de la sustancia medicamentosa en el organismo, ó sea la de su grado de afinidad por los diversos tejidos.

Todos los agentes de la materia médica tienen una afinidad especial por uno ó varios tejidos. Esto es lo que se llama con gran exactitud de expresión su *electividad.*

Para la quinina esta electividad se manifiesta muy distintamente en favor del tejido nervioso, y con particularidad del que precede á la vida vegetativa. Liebig observó el primero esta afinidad que existe entre todos los alcaloides azoados y los principios inmediatos de la sustancia nerviosa. Pero esta afinidad varía, sin embargo, en

(1) Algunas raras personalidades clásicas no se han dejado llevar de la ola de la opinión dominante: "¿Existen realmente medios capaces de producir una acción antizimótica *interna?* En el estado actual de la ciencia es imposible contestar á esta cuestión de otro modo que por la negativa." *Profesor Hayem.*

(2) Véase *Libro de oro de la medicina dosimétrica* pág. 381.

bastante grandes proporciones; los ganglios cardiacos son los más sensibles, después los aparatos sensitivos y, por fin, las células y las fibras motrices.

La afinidad de la quinina es todavía muy marcada por la fibra muscular lisa, es decir, por el sistema muscular vegetativo.

La acción de la quinina se ejerce más débilmente sobre los otros materiales del organismo vivo, pero ella les impresiona todos en diversos grados. Las células, los glóbulos sanguíneos, el protoplasma, la fibrina, son bastante rápidamente modificados á su contacto. Penetra en todas las tramas orgánicas y aun sin la acción preponderante del sistema nervioso, llegaría á influir directamente con más ó menos energía.

Acción general.—Las modificaciones que determina en los tejidos vivos se hacen todas en el sentido de la restricción de la vida. En el antagonismo, entre esta restricción y la reacción de la célula viviente, es necesario buscar toda su historia, tanto fisiológica como terapéutica.

Su acción se opera, ya por catalisis ó simple contacto, ya por destrucción de su átomo.

Toda la quinina absorbida no es, en efecto, eliminada por los diversos emunctorios, ni siempre en su estado primitivo. Por las orinas, que son la principal vía de eliminación, no sale en el estado cristalizado mas que una muy pequeña cantidad. La mayor parte es expulsada en el estado amorfo.

Una parte bastante notable es descompuesta en el organismo y transformada en quinoidina animal, pues ésta aumenta en el organismo después de la ingestión de la quinina. La diferencia de cantidad entre la entrada total y la salida bajo diversas formas, debe hacer admitir también que una porción es más ó menos completamente quemada.

Así, la quinina no tiene una muy grande fijeza en presencia de los actos vitales; no se cuenta, pues, entre los más temibles tóxicos. Esto la hace muy manejable, muy fácil de confiar al enfermo, y es lo que la ha asegurado también desde el principio el favor de los médicos.

Zonas órgano-vitales

En el estudio fisiológido de la quinina se encuentra hoy el profesor desprovisto de toda doctrina. La idea de la hipostenización bajo la influencia de las altas dosis, se pierde felizmente en el olvido, y el espíritu rehusa considerar el poder antiséptico de la quinina, como su propiedad dominante, como pudiendo ser la base de un andamio dagmático.

Esta penuria demuestra que la escuela clásica no ha establecido hasta el présente, ni en fisiología, ni en patología la base inmutable de la ciencia, aquella sobre la cual solo se puede edificar lentamente, pero lo que se edifique será sólido.

Esta base solo se puede encontrar en el estudio del organismo, estudio que está descuidado en fisiología, lo mismo que el enfermo lo está en medicina. Ellí se olvida el vivo para ocuparse demasiado exclusivamente del agente que se experimenta; aquí se olvida al enfermo para perseguir la enfermedad, que escapa como un fuego fatuo, y se redoblan más, seguramente, sus golpes.

Para darse cuenta de toda acción medicamentosa, es necesario reconcentrar la vista inmutablemente fija sobre el organismo y seguir la marcha del hecho principal, que es la reacción del sér vivo. Porque esta reacción, que es todo, no se ve con el ojo físico, sino con el intelectual, es por lo que no ha sido notada por muchos observadores. Este es el escollo de la escuela clásica actual, que se cree experimental é infalible, porque recusa todo lo que puede llegar al entendimiento por otra vía que los sentidos.

Es también de notar que en general

los experimentos son demasiado groseros, y no dan lugar mas que á fenómenos extremos, que son á la vida normal lo que una tempestad es á la serenidad de la atmósfera. ¡Cómo leer en este libro de magia!

El hábito de la terapéutica dosimétrica aleja estos fenómenos violentos, y familiariza con la interpretación de los fenómenos vitales; éstos, por otra parte, no son oscuros mas que para aquel que lleva consigo una acción de desorden, como haría un pescador en agua turbia, y vienen á ser perfectamente claros y sencillos, desde que se pone en las condiciones necesarias de observación.

En los experimentos hechos con la quinina no se ha hecho otra cosa durante largo tiempo que envenenar los animales. ¿Qué se veía? Convulsiones, colapsos, el corazón inmovilizado en diástole. No había allí nada útil que recoger para la terapéutica. No obstante, durante largo tiempo no se ha buscado otra cosa, y hasta 30 años después del descubrimiento de la quinina, un experimentador, Briquet, que ha hecho de la quinina el estudio de casi toda su vida, ha emitido por primera vez esta idea, que los efectos producidos son, no solo diferentes, sino opuestos, según las dosis: que ha pequeñas dosis la quinina es excitante; que á altas dosis es hipostenizante.

Desde entonces se han multiplicado las pruebas del hecho; pero no solo no se han sacado las consecuencias clínicas que se derivan, sino que no se ha sabido darle su verdadera interpretación fisiológica.

Pero ¿sería la quinina un nuevo Proteo, se transformaría en el organismo en cuerpos dotados de propiedades diferentes de las de su átomo primivo? No; no se puede pensar en esta explicación, pues la quinina amorfa ó la quinoidina que hemos señalado antes, no son mas que una quinina atenuada.

El verdadero Proteo es el organismo: de él parten todos los fenómenos observados, y lo que vemos en los experimentos no es la acción de la quinina, sino la reacción del organismo.

Esta reacción es la que debemos estudiar; ella sola es la qué nos importa conocer; y observándola aprenderemos al mismo tiempo, y como por añadidura, cuáles son sus condiciones determinantes.

Zona de depresión.—Las últimas resistencias del organismo intoxicado nos ofrecen el cuadro de la depresión vital, de la postración, del colapso. Cuando el organismo, al fin de la energía, llega á esta última etapa, diremos que entra en la *zona de depresión* ó de hipostenización.

Zona de excitación.—Antes, en este período caracterizado por la excitación de los diversos aparatos, al contacto de la quinina, ¿qué hace el organismo? Lucha antes de rendirse; resiste á la acción depresiva del agente; la célula amenazada se defiende, reacciona; y, como haría el mismo hombre atacado por un enemigo, ella es excitada por la reacción de todos los orígenes de la resistencia vital. Desde que el organismo ha entrado en este período de combate hasta el momento en que comienza á abandonarse, diremos que esta es la *zona de excitación.*

Zona de estabilidad.—Pero antes de entrar en esta zona el organismo puede, sin embargo, recibir la impresión de débiles dosis de quinina. ¿Es que este hecho nos debe parecer indiferente? ¿Es que para no ser turbulento, no es menos cierto y capaz de obrar útilmente sobre la vitalidad? Muy al contrario: la clínica (y es la clínica dosimétrica la única que puede reivindicar este honor), la clínica, á falta de la fisiología, nos ha enseñado ya que esta acción pre excitatriz es la más importante en terapéutica, que es la base misma de la verdadera acción médica, de la acción curativa.

Debemos, pues, tener cuidado—aun en fisiología—de no descuidar este período de acción, que ha quedado igno-

rado de todos los *manejadores de las mazas*. Este primer período, en que el agente medicamentoso mantiene desde luego el organismo, le llamaremos la *zona de estabilidad*.

Tal es el conjunto de la curva medicamentosa, curva que es menos medicamentosa que orgánica y vital.

DR. GOYARD.

(Se continuará.)

VARIEDADES

APOTEOSIS DEL DIAGNÓSTICO.

Dejen venir hacia mí á los párvulos.

Esto es una campana.

Dejen llegar á su desarrollo las grandes enfermedades.

Esto suena de otro modo y es otra campana.

(La primera es del profesor Burggraeve, la segunda es de la escuela tradicional.)

Esta última sonaba y repicaba fuerte en el anfiteatro de la Escuela de Medicina de París el otro día: hace poco, cuando celebraban una fiesta en honra de su alteza el Diagnóstico.

El que oficiaba es un efebo, pero ya pontífice, joven paje, joven tenor, joven primer actor, seductor, encantador, arrobador; cada cual ya reconoció al profesor D.

¡Y viva el Diagnóstico! El Diagnóstico es santo, es rey, es Dios aún! Quien está con el Diagnóstico, domina todo! Tiene la ciencia, es decir, la conciencia de su propio mérito. Tiene la seguridad....... para sí mismo, tiene el respeto, la admiración, el éxito bajo todas sus formas, tiene........, etc.

¿Pero la curación, cuándo la logrará?

Esto, señor, es otra cosa.

Pues se trataba de una pleuresía, y el médico había tratado á su enfermo según las reglas: es decir, esperando para curar que el Diagnóstico fuera indudable, no se había fijado, hasta haber dejado á la enfermedad fijarse también hasta donde se podía. ¡Admiren la táctica! Así es, Mr. Prudhomme, cómo no se expone uno nunca á errar.

Sin embargo, no tengamos precipitación, dejaríamos de coger una flor á cada paso.

Pronto el corazón está desalojado hacia la derecha, el torax se eleva, no hay duda; hay agua por allí.

Hé aquí el momento de hacer una curación, ¿pero qué tratamiento?

That is the question. Y, mientras se vacila todavía, la calentura acaba por bajar sóla, es decir, que la tolerancia del mal se establece en el enfermo.

En suma, esto es un éxito, el enfermo se queja poco, aunque su torax esté abovedado, y se sofoque y tenga la respiración anhelosa. Cuando un enfermo deja de quejarse, el médico se despide, así hizo nuestro Esculapio.

Anuncia entonces, con la sonrisa satisfactoria correspondiente, que no volverá al día siguiente.

El otro día se pasa sin novedad, el siguiente sobreviene, y héte aquí, el enfermo que sucumbe repentinamente.

¿............?

¡Pero también tenía tanta agua en el torax! es muy sencillo y muy claro, un enfermo no puede tener impunemente mas de 1,800 á 2,000 gramos de agua en sus pleuras; y cuando muere así repentinamente, lo que no es raro después de todo, como se sabe, es que tenía demasiada. Este fenómeno sin embargo, no es mas que el coronamiento exacto, definitivo y perfecto del diagnóstico!

Un día que un enfermo tuvo la idea verdaderamente egoísta de morir después de una poción demasiado cáustica, ¿qué hicieron? ¡Dios mío! fué muy sencillo y muy duro; no había nada qué hacer, pero dijeron:

Él (el médico) había cargado demasiado la mano.

Pues bien, esta vez se dirá:

¡Había dejado demasiada agua!

¡Y ruede el mundo! (*)

Hace poco se admiraban en una Academia (á la cual profesamos cariño y estimación, por interés particular) de que un niño, que había resistido al tifo, tratado por los antiflojísticos, á una pleuritis complicada con hydrotorax desarrollado en la convalecencia del tifo, hubiera sucumbido poco después de una punción hecha para sacar el agua de la pleura.

Lo admirable es que no mueran más seguido cuando han pasado por pruebas tan terribles.

El que esto escribe, al oír buscar las causas

(*) Traducido del *Repertoire de Medicine Dosimétrique*.

de la muerte, observó que Claudio Bernard, hace muchos años, demostró que en los séres debilitados hasta cierto grado, la menor conmoción del sistema nervioso, el menor dolor, podían determinar la muerte.

Consecuencia natural para el práctico; con diagnóstico ó sin él, lo primero que se debe sostener es la vitalidad, aunque no fuera mas que para hacer durar al enfermo y dar tiempo de hacer el diagnóstico mientras vive, el que se hace *post mortem*, siendo siempre muy triste, aunque mucho más seguro.

Y sin embargo, se cuenta en estos mundos la historia de un príncipe de la ciencia, que reprobó â un candidato en el examen clínico porque diagnosticó un abceso del hígado en un enfermo, cuando el príncipe susodicho creía y sostenía que era cáncer y no abceso.

El candidato reprobado: el enfermo murió, se hizo la autopsía y se encontró ¡el abceso y no el cáncer!

Si tales fracasos pasan á los príncipes, qué no pasará á los humildes prácticos, que dudan tanto de sus luces, y si estos estimables consoladores de la humanidad se creen obligados á hacer un diagnóstico indudable para empezar el tratamiento. ¡Cuántas veces quedarán inútiles! Afortunadamente no es así, y el instinto, muy á menudo, más bien inspirado que la ciencia vanidosa, les hace encontrar mil y mil medios para aliviar á los que sufren aun antes de haber hecho el famoso diagnóstico.

Poco después de haber oído la instructiva historia del niño, muerto después de la punción de la pleura, el que esto escribe fué llamado cerca de una señora de más de 60 años, que después de una nefritis reumatismal padeció de una pleuritis aguda y, como consecuencia de ésta, de un derrame considerable en la pleura izquierda.

Un príncipe de la ciencia la había visto la víspera y decretado para el día siguiente la punción con el aspirador.

La familia asustada volvió hacia su antiguo consolador: éste, teniendo presente la suma debilidad de la paciente, se temió un accidente, se cercioró de que todas las secreciones eran escasas: la orina salía gelatinosa, los intestinos apenas funcionaban: pidió esperas.

Con los medios adecuados logró establecer las secreciones, el derrame disminuyó, la dispnea desapareció, las fuerzas volvieron y diciéndose siempre: Cuando ya la paciente esté capaz de resistirla se hará la punción, pasaron meses, la enferma dejó de serlo, volvió á la vida común y sin punción, hace ya seis meses.

Pero en obsequio de la verdad, debemos decir, que había llegado á tal repugnancia respecto de la medicina, que se le hacía tomar, sin más resultado que el disgusto producido por ella, que ya deseaba correr el albur de la punción.

Fué necesario hacerle comprender que si las secreciones no se restablecían, no sería una punción no más la necesaria, sino varias y tal vez muchas, mientras restablecidas las secreciones, tal vez con una bastaría y se haría en mejores condiciones, cuando además de las secreciones se hubieran establecido las fuerzas.

Aquí la naturaleza correspondió á las indicaciones de la terapéutica y por las vías naturales vació completamente el derrame.

Está convenido que en esta publicación no pondrá en evidencia á ninguno de nuestros estimables compañeros en el noble arte de curar, pero si se quieren en la intimidad saber los nombres y tener mayores datos, estamos á la disposición de quien los pida.

Siempre que por algún motivo la secreción renal escasee, se puede temer el hydrotorax y su trasformación en piotorax; confirmada ésta, no se puede esperar la reabsorción del pus, es forzoso acudir á la punción repetida á veces demasiado frecuentemente: tal necesidad ha motivado la atrevida operación de Esttander, que es ciertamente una exaferación en la audacia quirúrgica, porque no está demostrada la necesidad de una mutilación tan grande como lo es la resección de una ó dos ó más costillas, para determinar la curación del piotorax.

Años hace que se comunicó á la Academia Nacional de Medicina de México la observación de un joven, en el cual se habían practicado ya diez punciones, sacando en cada vez cantidades grandes de pus, á tal grado que se iba agotando la resistencia del sugeto.

Poco hacía que había llegado á nuestras manos el thermo-cauterio de Paquelin: pensamos en que una punción hecha con este último instrumento dejaría una fístula intercostal aséptica, por la cual el pus seguiría saliendo algún tiempo á medida de su formación: se intentó la experiencia y se logró el resultado

definitivo, porque hoy todavía podríamos volver á presentar á la H. Academia Nacional, al mismo sugeto que presentamos poco después de su completo alivio.

Circunstancia notable: al mismo tiempo que un práctico de México ideaba esta aplicación aquí, en París se hacía también; pero con un éxito propio para no repetirla: la arteria intercostal interesada dió lugar á una hemorragia considerable, la costilla quemada á un secuestro y el enfermo no tuvo resistencia suficiente para sobreponerse á tanto traumatismo: mientras el de México había sanado sin ningún contratiempo.

Sin embargo de esto, un método curativo no merece la estimación pública mientras no ha sido sancionado por los modistas de París.

En una niña, en la cual era eminente el piotorax después de accidentes febriles prolongados, se sacó á la primera punción 1200 gramos de pus; á la segunda, ocho días después, 800; entonces se pensó en la punción ignea, pero el poco campo entre las costillas hizo temer un accidente análogo al del enfermo de París y se prefirió hacer el drenage con dos hilos de catgut grueso, introducidos por el trocart y dejados unos días: fué esta maniobra difícil y dolorosa, pero logró el éxito deseado.

Inútil es decir que antes de someter á la paciente á estos procedimientos operatorios siempre dolorosos, se cuidaba de amortiguar su sensibilidad y mucho antes de levantar su resistencia vital con medios apropiados á su situación: permitido es creer que si se hubieran tomado las mismas precauciones en los casos desgraciados que ya mencionamos, se habrían evitado sus tristes consecuencias.

En suma, queda el diagnóstico certero, perfecto y bien fundado, como un bello ideal para el arte de curar, pero en todas las artes hay obras notables, admirables y otras de utilidad diaria; á esta última categoría pertenecen las que más á menudo tenemos que ejecutar en la práctica y para las cuales conviene que estemos armados con armas de precisión dignas de confianza.

ANÉCDOTA.

Una enferma en un hospital vió con terror el menjurge destinado á pasar por sus vías digestivas con el fin de limpiarlas: lo cogió y lo voltió directamente, ahorrándole mucho camino, en la vasija destinada para los efectos que debiera producir.

Al día siguiente el respetable clínico, autor de la prescripción, al ver lo que había guardado la enferma en la susodicha vasija para enseñarle, creyó que era el producto del medicamento y dijo con bondad ¿qué hacía usted, hija, con esto dentro del cuerpo?

Lo mismo pensé, dijo la paciente, reservando para sí lo demás del pensamiento que no necesita más comentarios.

México, Enero de 1888.

FENELÓN.

PELIGROS DEL HIPNOTISMO.

(Concluye)

"En Milán y en Turín, muchos espectadores se sintieron mal y tuvieron, después de las sesiones, dolores de cabeza ó insomnios persistentes: muchos se han dormido espontáneamente en la misma sala.

"Todos los médicos de Turín, los doctores Bozzolo, Silva, y yo mismo, agrega el profesor, hemos notado una notable agravación en las enfermedades nerviosas de que estaban atacados algunos de nuestros clientes, que habían sido hipnotizados, ó que habían simplemente asistido á las representaciones."

Terminemos esta enumeración por el relato de un caso más reciente todavía, porque apenas ha sucedido hace diez días y ya no en Italia, sino en Marsella. Uno de nuestros jóvenes colegas, médico distinguido de un servicio de hospital, nos ha dicho:

"Una mujer de 25 años que había sufrido algunas sesiones de hipnotización, cayó de repente, algunas horas después del despertamiento, en un estado comatoso de los más graves. Ese estado, caracterizado por un profundo sopor con amenazas de asfixia, elevación de temperatura, insensibilidad general, palidez extrema, hipo y vómitos, no duró menos de cinco días. Todavía le ha dejado atroces dolores de cabeza y un gran debilitamiento general.

Después de tales ejemplos, no nos parece permitido considerar como simple diversión una práctica que puede traer como consecuencias: los más graves estados neuropáticos, el histerismo bajo sus diversas formas, alucinación, la epilepsía, la imbecilidad, la locura y la muerte.

Bajo otro punto de vista, conviene agregar

que los tribunales han tenido que ocuparse muchas veces de hechos relativos al magnetismo que habían tenido tristes resultados para la salud. Citemos al respecto el caso relatado por Charpignon *(Relación del magnetismo con la jurisprudencia y la medicina legal)* que aleccionará, tal vez, á los aficionados al hipnotismo, á guisa de pasatiempo.

Un aficionado, dice Charpignon, magnetiza á un muchacho; fenómenos convulsivos se manifiestan en medio de una semi-somnolencia acompañada de locuacidad. El magnetizador, asombrado y espantado de lo que acaba de producir, quiere despertar al muchacho, pero solo lo consigue imperfectamente. Los accidentes nerviosos persisten; en la turbación se llama á un médico; los desórdenes nerviosos resisten al arte curativo; aumentan y acaban por constituir una enfermedad que dura más de un año. La familia acusa á quien es la causa de este accidente y reclama daños y perjuicios.

El tribunal de Douai se encarga del asunto y los jueces deben decidir si verdaderamente M. X... es culpable de haber causado por el magnetismo los accidentes que determinaron la enfermedad.

El tribunal, después de haber estudiado la cuestión, dictó la siguiente sentencia:

"Considerando que resulta de la controversia que en 6 de Agosto de 1858, ejerciendo imprudentemente sobre la persona del joven J... de 13 años de edad, acto de tocamientos, de aproximaciones, calificados pasos magnéticos, ó solamente exaltando por este juego y estas maniobras no acostumbradas, lá débil imaginación del niño, el acusado ha producido una sobrescitación, un desorden nervioso, y por último una lesión ó una enfermedad cuyos accesos se han reproducido después á diversos intervalos; que la acción, de haber por esos manejos imprudentes ocasionado la dicha enfermedad, constituye el delito previsto por el artículo 320 del código penal:

"...El tribunal condena al acusado á 25 francos de multa, á 1,200 francos por daños y perjuicos y al pago de costas."

Después de este hecho, creemos haber dicho bastante sobre el hipnotismo para poner en guardia á los aficionados y á los pacientes. Ahora, libre es cualquiera de entregarse, si le place, á experiencias que ponen á veces en juego, la salud, la razón y la vida—Doctor H. Mireur.

EL MICROBIO DEL CANCER.

Está demostrado que el cáncer es producto de un microbio goloso; es decir, de un microbio que se alimenta exclusivamente de azúcar, y cuyo cuerpo es dulce en extremo, y dulcifica la materia que invade.

La idea es de un joven doctor vienés, llamado Feund, que pronto hará tres años descubrió que la sangre de los que sufren cáncer contiene buena cantidad de azúcar. De investigación en investigación llegó el doctor Feund al descubrimiento del microbio y de sus costumbres.

Una vez sabido que el microbio del cáncer se alimenta de azúcar, el remedio era fácil de inventar: sitiarlo por hambre.

Esto se logra de una manera muy sencilla. Existe una materia llamada sacarina, que se extrae del carbón, y que es mucho más dulce que la propia azúcar, sin tener ninguna de las demás cualidades de ésta ni ninguno de sus defectos. Es un polvo blanco, que apenas se disuelve en el agua, aunque esté hirviendo. A los enfermos de cáncer se les sustituye con sacarina el azúcar de todos los alimentos que toman, pues la sacarina circula por todo el sistema sin dañarlo en lo más mínimo, á no ser que se tome en dosis exageradas.

La sacarina es además un antiséptico tan poderoso como el ácido salicílico.

Así es que los microbios de cáncer, atacados por ella, no solo se mueren de hambre, sino envenenados por esa especie de azúcar falsa con que engañan su glotonería.

Hay tanta gloria que ganar devolviendo la salud al príncipe imperial de Alemania, que el hombre que lo consiguiera se convertiría de repente en el médico más famoso y alabado del mundo. Con un aliciente como ese no es de extrañar que desde hace meses haya algunos centenares de sabios más ó menos ilustres estudiando sin reposo el cáncer y su desarrollo, sus orígenes, y por lo tanto, su cura. Las teorías publicadas ya como fruto de estas investigaciones son innumerables.

Pero una sola se ha llevado la palma: la del joven doctor vienés. Pues la mejoría alcanzada por el príncipe imperial se debe, según parece, á que se ha sometido desde hace algunas semanas al régimen de la sacarina.

Ya saben los golosos y las golosas. El azúcar es nido de microbios del cáncer, según

las últimas teorías. Pero debe ser el azúcar de trapos y de otras mil cosas que hacen en Alemania.

CONVOCATORIA.

En sesión que la Academia Nacional de Medicina de México tuvo en 18 á de Enero próximo pasado, el Presidente declaró haber una vacante en la Sección de Patología, Clínica y Terapéutica Quirúgicas: lo que en cumplimiento de una prescripción reglamentaria, se hace saber al público médico para los efectos consiguientes.

Los términos bajo los cuales se proveerá la referida vacante son los siguientes:

"Art. 33. Para ingresar de socio titular cuando haya una vacante, se necesita:

"I. Que el aspirante lo solicite por sí ó por conducto de alguno de los socios.

"II. Que acompañe á su solicitud una Memoria original, y que no se haya publicado antes, sobre alguno de los puntos relativos al estudio de la sección respectiva.

"III. Que tenga por lo menos seis años de haber ejercido la profesión con lealtad y honradez."

Se trascribe con sus fracciones el anterior artículo del Reglamento, á fin de que los aspirantes se enteren de los trámites y requisitos que se exigen. Hasta el 1º de Mayo del presente año, se admitirán en la Secretaría las solicitudes respectivas, de cuyo resultado se dará en debido tiempo noticia á los interesados.

México, 1º de Febrero de 1888.—*M. Cordero*, Primer secretario.

SUELTOS.

"LA VOZ DE HIPÓCRATES," periódico que edita y redacta mi fino amigo el Sr. profesor Francisco Patiño, á quien confieso deber señalados personales favores, y contra el que en ningún caso esgrimiré la pluma, nos dedica en el número del 15 de Setiembre del año anterior, que recibimos hace cuatro días, los dos párrafos que sin comentarios aunque con pena insertamos en seguida:

"*La Medicina Científica.*"—Es el título de un nuevo colega que ampuloso en su forma y débil en su fondo, ha visto la luz pública el día primero del año de 1888.

Campeón denodado apoya el sistema dosimétrico, lleno de inexactitudes embaucará á más de algún imbécil con pretensiones de científico, destrozará el sentido común.

Nuestro apreciable colaborador, el Sr. Dr. Servet refutará en nuestro próximo número el artículo del Sr. Dr. Fenelón.

Adalid en los campos de la ciencia
El sistema que optáis lo tome á broma
Os lo digo con fé, con experiencia;
No ataquéis lo que se halla en la conciencia
Porque os quedais chiflando en una loma."

"*Los homeópatas.*—Dicen y con sobrada razón que los señores dosímetras, aprovechándose de su sistema en gran parte, tratan de apropiarse invenciones ó descubrimientos.

Ya inventados ó descubiertos por ellos. Nosotros les diremos que para ambos sistemas se requiere tan solo una condición la del perico, mucha lengua.

Que son tontos de remate,
Nadie lo puede negar;
Creen que con solo charlar
Son médicos, ¡disparate!"

NECROLOGÍA.—Nuestros finos amigos los Sres. Dr. Marcelino Guerrero y Julio Labadie, acaban de bajar al sepulcro.

Reciban las familias de los finados nuestros más sinceros sentimientos de condolencia.

Por los artículos sin firma,

FERNANDO MALANCO.

TOMO I ENTREGA 6ª. 15 DE MARZO DE 1888.

LA MEDICINA CIENTIFICA.

Director y editor, DR. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de 2ª clase.

LA HOMEOPATIA.

Los partidarios del credo galénico y la medicación browniana han callado todos; unos muy ocupados, no tienen momento que dedicar á debatir, si lo que hacen es ó no conveniente; otros, tradicionalistas rehacios, no dudan que sus prácticas por viejas, tienen que ser venerandas é inviolables; éstos, quieren persuadir al público, que nada les significan nuestros razonamientos, que nada les mueven nuestras ideas, que nada les imponen nuestros llamados á su conciencia; aquellos, se emplean preferentemente en descubrir para amenguar nuestros tratamientos ó en esclarecer para comentar nuestros desaciertos; y algunos, como si dijéramos, los de la última envoltura, se hacen ruido silbando, como los niños cuando atraviesan paraje, que su imaginación puebla con fantasmas, cuchichean sobre nuestra tendencia, humillan nuestro empeño y burlan nuestro propósito. Pero en orden al negocio, á la razón y al debate, *conticuere omnes*, todos por el rumbo de la Alopatía Ortodoxa, se han callado de un modo, sepulcral. Ni uno aparece de aquellos hombres probos y laboriosos que consentían en hurgar balumbas de errores para obtener, aunque poquísimo, algo útil para el bien general; ni uno de aquellos, que desafiaban avalanchas de disgusto y aludes de frialdad, para guardarse centígramos de adelanto; ni uno de aquellos, que no palidecían al enseñar en honrado, lo que sabían, como lo sabían, describiendo las lagunas en la ciencia, los vacíos en su saber, y sus dudas y sus tropiezos, y sus temores y sus esperanzas.

Nos han abandonado, á los neófitos, á los reclutas, la gran carga, el enorme peso de conjurar la tempestad de la incertidumbre. ¿No valorizan nuestros pedagogos su deber de guiarnos? ¿por qué, nuestros maestros, desperdician ocasión, como ésta, tan propicia para apuntalar nuestra fé ó rectificar nuestra creencia? ¿por qué nos dejan sólos, que á tal equivale, hallarnos, entre estos contentos, que creen que basta cerrar la boca para ser razonables, que con solo encastillarse en abstracción, están blindadas sus conciencias, que con solo herir con arma corta, son campeones y aguerridos é invulnerables?

Solo la Homeopatía ha hecho escuchar sus defensas, solo ella ha honrado nuestro llamamiento, solo ella ha acudido á la palestra á disputar la victoria. Cualquiera, si no más por la apariencia juzgase, opinaría que solo ella tiene ó cree tener la seguridad de lo que profesa; que solo ella busca lo cierto ó abriga la conciencia de poseerlo; que solo ella conserva del sufrimiento, del dolor y de la angustia, el concepto merecido; cualquiera que no más por lo que se ostenta, concluyera, supondría, que la Homeopatía es la única inocente ó exculpable, la sola que se siente firme en sus fundamentos, ó la sola, que valoriza como es debido, el apotegma de su maestro: "ser verdugo ó matador de sus hermanos, es cosa horrible."

Apenas puede creerse, solo la Homeopatía concurre al foco de luz á enseñarse, mientras la Alopatía Ortodoxa, que tantos generales invictos cuenta, que tantos guerreros esforzados numera, retrocede amedrentada ó pusilánime, se esconde en refunfuños, blande el chisme, y esto dentro del más vergonzoso tusiorismo.

¿Qué, no hay fé en lo que se enseña y pregona? ¿no hay convicción en lo que se decanta y practica? ¿Para cuándo se hicieron los adelantos y los bríos y la entereza? ¿para cuándo el valor y la rectitud y la confianza?

Era necesario, hay que decir con Hufeland, que alguno abriese la lid, y yo lo he hecho; la senda está franca; todos los hombres de conciencia pueden seguirla.

Adelante, señores; la pereza y el miedo no son de este lugar; se trata de nuestro deber; está confiada á nosotros la salud y la vida; vamos á conseguir el acierto, ó, cuando menos, á conquistar la tranquilidad, en el ejercicio de nuestra profesión.

....

Pero vuelvo al adversario que me espera; siento que el Sr. Dr. Colín, merecedor por sus talentos, de buenos paladines, tenga que habérselas conmigo; pero si la suerte me entrega una valiosa causa, no esquivo defenderla, ni menos cuando comprendo su importancia, cuando de ella tengo convicción, y cuando..... el contendiente me honra.

***

No se sorprenda el Sr. Dr. Colín si persisto, en las negaciones que llamaron su atención. Leí con especial cuidado y buena fé, en Gailliard, que por fortuna compila hasta en el orden cronológico, los textos de los autores que en concepto del mismo Gailliard y de mi honorable adversario, formulan y sostienen la ley de similitud patológica. *Sé ya*, que para Hipócrates la enfermedad es producida por los semejantes, y por los semejantes que se hacen tomar al paciente, vuelve de la enfermedad á la salud; que la estranguria es causada y quitada por las mismas cosas; que la fiebre es suprimida por lo que la produce, y producida por lo que la suprime; que se restablece la salud á veces por los contrarios, á veces por los semejantes, según la naturaleza y origen de la enfermedad; que es buen procedimiento terapéutico hacer lo semejante, porque el dolor calma al dolor; y que si duele la cabeza por beber, se quita con beber más. *Sé ya*, que para Demócrito, ingenio de Grecia esclarecidísimo y médico, Similia in similia agere posse, similia, similiaque petere, y que, Veratrum sanis exhibitum mentis tenebras offundit; insanis vero multum prodesse consuevit. *Sé ya*, que para San Gregorio el Grande, Similia similibus aliquando curat Medicina, aliquando contrariis. *Sé ya*, que para el Benedictino Basilio Valentin, la Naturaleza ama los semejantes y repele los contrarios, siendo así cómo miembros helados se calientan con la nieve ó con el frio. *Sé ya*, que para Paracelso, Nec enim ullus unquam morbus calidus per frigida sanatus fuit, nec frigidus per calida; simile autem cum simile frecuenter sanabit. *Sé ya*, que para Campanella, Similia similibus aplicanda, y para Angelus, solo los semejantes son curados por los semejantes, porque la razón y la experiencia prueban que el semejante atrae á su semejante. *Sé ya*, que para Van Helmont, Statuunt itaque scholæ onmes, sola contraria contrariis fosse remedia. Plausibilis ista et stupida doc trina placuit facile, omnibus in ignaviam subscribendi pronis. *Sé ya*, que para Erastus, Similia similibus, es necesario, para curar radicalmente las enfermedades. *Sé ya*, que para Boerhavve, administrar vomitivos cura los vómitos fáciles, y purgantes, cura flujos diarreicos. *Sé ya*, que para Linneo, Morbus per morbum sanatur. *Sé ya*, que para Detharing, infusión de hoja sen, cura los cólicos, porque los produce, y que para Stoerck, stramonio determina locura en el sano y restablece en los locos la razón y el orden en las ideas. *Sé ya*, que para Bouldouc, la virtud purgante del ruibarbo es la razón de que cure la diarrea. *Sé ya*, que para Sthal, la regla admitida en Medicina de tratar las enfermedades por los remedios contrarios ú opuestos á los efectos que ellos producen, es completamente falsa y absurda, y que al contrario, las enfermedades ceden á los agentes que determinan una afección semejante. *Sé ya*, que para Curry, el abatimiento vital puede ser curado por los controestimulantes. *Sé ya*, que para Hufeland, la mayor parte de las enfermedades nerviosas pueden ser eficazmente tratadas por el empleo de sustancias que producen en el hombre sano, sufrimientos semejantes. *Sé ya*, que para Santa María de Lyon es imposible que las curaciones homeopáticas no sean sino felices casualidades, que no se refieran á una gran ley terapéutica, entrevista pero no determinada. *Sé ya*, que para *Barbier* se podría conceptuar admirable que en las afecciones espasmódicas los remedios más eficaces sean tomados de sustancias (manzanilla, belladona, beleño), que tienen ellas mismas la facultad de suscitar accidentes espasmódicos cuando se dan en alta dosis. *Sé ya*, que para Barthez, el abuso de los antiescorbúticos, aun medicamentos activos, produce los síntomas de escorbuto, en individuos que antes no parecían predispuestos. *Sé ya*, que para Merat Delens, notable es ver cómo se aconsejan para curar muchas enfermedades, medicamentos que muchos prácticos han visto producir esas mismas enfermedades. *Sé ya*, que para Zilatarowich, antes enemigo de la Homeopatía, ésta comprueba la realidad de la maravillosa ley de los semejantes, ley terapéutica general y fundamento del arte de curar. *Sé ya*, que para Bourdun, la doctrina de Hahnemann nada avanzó, que no pueda perfectamente adaptarse á los fundamentos eternos de la medicina hipocrática. *Sé ya*, que para Andral, sin prejuzgar la cuestión suscitada sobre la propiedad de los agentes curativos de determinar en el organismo las enfermedades

que la alopatía se propone combatir por ellos. es un punto de vista, que apoyan algunos hechos indisputables, y que á causa de las consecuencias inmensas que pueden resultar, merece cuando menos la atención de los observadores. *Sé ya*, que para Bouchardat, la medicación sustitutiva ú homeopática de la que se comienza á reconocer la importancia, está llamada á dominar la terapéutica de las afecciones crónicas. *Sé ya*, que para Trousseau y Pidoux, la experiencia ha probado que una multitud de enfermedades son curadas por agentes terapéuticos que parecen obrar en el mismo sentido que la causa del mal, al cual se oponen. *Sé ya*, por último, que para Gailliard, compilador de todas estas citas, pudiera probarse la verdad de la doctrina homeopática por volúmenes de textos de otros médicos distinguidos, con Hahnemann á la cabeza.

No ignoro que Hipócrates curó en Atenas á un colérico administrándole eléboro, que en concepto de muchos prácticos, al anciano de Cos, posteriores, puede causar enfermedad al cólera parecida; *no ignoro* que Melampo sanó á las hijas del rey Proteo de furor uterino con eléboro, que es capaz de procurarlo; *no ignoro*, que el rey judío Ezequías, curó de úlcera molesta con cataplasmas de higos, que son capaces de producirla; *no ignoro*, que Van den Ende sanó á un individuo de Coolkerke atacado de epilepsía por un terror, con otro terror; *no ignoro*, que Millevoye, curó á una demente por terrible emoción, con otra grande emoción; *no ignoro*, por último, innumerables hechos de esa clase, relatados por Hahnemann.

Después de saber bién lo que ya llevo apuntado y supuesto algo más del mismo temple y en el propio tono; después de nō ignorar, lo que he trascrito y de suponer todo lo que en el mismo sentido y del propio tenor se pudiera alegar, *tuta conciencia:* declaro, que la ley de similitud patológica no está demostrada; que los que se pudieran suponer sus fundamentos no la consagran en el crisol del raciocinio; que lo que se pudiera conceptuar sus defensas no la apoyan, están lejos de protegerla.

En suma, y con los lógicos de antaño, respondo: *consedo totum et nego negatam.*

Para demostrar mi dicho no pienso conmover el valor de los textos aducidos, diciendo con Hahnemann, que son "doctrinas de otras tantas cabezas, sobre naturaleza de las enfermedades y sus remedios, tejidos de sutilezas que conducen á consecuencias ilusorias que de nada pueden servir á la cabecera del enfermo, propios solo á alimentar vanas disputas;" ni amenguarlos con Bacon, argumentando que "la grande veneración por los escritos de los antiguos, es uno de los principales obstáculos que se oponen al progreso de la medicina, como de todas las ciencias de observación."

No trato de salvar la dificultad y destruir el valor de las curaciones aludidas, diciendo con Bordeu, que "el observador ó quien pudiera suministrar observaciones bien hechas, no sería aquel que se contentara con decir: *yo vi, yo hice, yo observé* fórmulas envejecidas hoy por el gran número de *ciegos de nacimiento* que las emplean, sino el que pudiera probar lo que avanza por piezas justificativas y que demostrara que él ha visto y sabido ver en tal tiempo, que convenciese á los pirrónicos que no tienen sino bastante derecho para decir: ¿dónde habeis visto? ó lo que es más, ¿con qué derecho habeis visto? ¿con qué derecho creeís haber visto? ¿quién os ha dicho que habeis visto?" ni pienso dudardiciendo con Zimmermann, "se mira en lo general la experiencia como el simple producto de los sentidos; el espíritu parece tener tan poca parte, que todo lo que puede ser intelectual es mirado como tan material, como las percepciones de los sentidos; el hombre defiende hasta la muerte lo que cree haber visto sin preguntarse si estaba en aptitud de haber visto; el ebrio jura que todo baila á su derredor; el supersticioso, que hay hechiceros; el pobre de espíritu, que hay aparecidos, y todos hablan conforme á la experiencia.

No deseo contrariar el valor de las citas, porque si tal quisiera yo, diría que para Hipócrates, "los contrarios ú opuestos son los remedios de los opuestos;" que para Galeno, "si se quiere curar la enfermedad, es necesario tratar los contrarios por los contrarios;" que para Paracelso, "á cada mal se puede oponer un adversario que triunfe de él;" que para Van Helmont "la sustracción de la causa material no quita siempre la enfermedad, pues cuando se retira la espada de la herida, es necesario á continuación calmar los furores de la arquea irritada, por la presencia del cuerpo extraño;" que para Barthes, "todos nuestros medicamentos no obran sino de una manera específica, excitando ó amenguando la impresionabili-

dad de los elementos ó de los tejidos; que para Hufeland, "ninguno negará que la muy grande energía de la circulación, se apaga por la digital;" que para Trousseau, "es cosa extraña creer en la homeopatía." No pretendo oponer á las curaciones relatadas, otras innumerables en que el *contraria contrariis*, puede desde luego advertirse. La balanza al fiel, dejaría insoluta la cuestión, y hay que pretender que se resuelva, en bien de la humanidad.

Acepto todos los dichos y hechos expresados, y para calzarlos, sostendré, porque tal me parece de sostener, que en todas las doctrinas transcritas, que en todas las curaciones aludidas, hay algo más que casualidades; se perfila, se dibuja la silueta de un gran principio, de una gran ley terapéutica, entrevista por los médicos de todos los tiempos, pero que ese supremo principio, fanal de la medicina, esa gran ley, gobernadora del arte de curar, no es la que Hahnemann trazó, no es la ley de similitud patológica, pues que ésta no es deducible de los hechos y fundamentos transcritos, ni de las observaciones y experiencias de Hahnemann.

Convengo y no discuto en las premisas; pero la conclusión me pertenece, porque la lógica me autoriza á extraerla si á sus reglas me ajusto. La ley terapéutica que de ellas se infiere, que reune en su torno á la gran mayoría de los sufragios de todas las celebridades médicas, las citadas inclusas, que comprende todos los casos y abarca todos los resultados, ya de un campo, ya del que reputarse pudiera su contrario; esa ley, que fluyó, sin tal vez comprender toda su magnitud, de los labios del padre dela medicina, y que después reprodujeron sin tal vez valorizar toda su significación, Galeno y Paracelso, Van Helmont y Hufeland, esa ley, sin duda fué advertida, fué entrevista por Hahnemann; pero cuando iba á concretarla en fórmula, cuando en calidad de precepto estuvo á punto de enseñarla, cuando debió gritar *Eureka* ostentándola á la Ciencia como la redentora del enfermo..... la desnaturalizó, la cambió, la transformó hasta hacerla decir algo que no era de su esencia y hacerla expresar menos de lo que consagrara su importancia.

Tal vez si la medita mejor, si dejando el odio á la decrépita terapéutica en manos de Brousseais para el trabajo de zapa nacido, todas sus dotes y talento consagra, solo á empollar la concepción hipocrática que columbró su ingenio, que notó su perspicuidad, acaso, acaso no hubiéramos deplorado seguir por tantos años otra senda mala pero nueva, acaso no tendríamos tanto tropiezo que remover, tanta dificultad que destruir.

Brousseais y Hahnemann, habilísimos, candentes, terribles para destruir; Mirabeau y Danton, de una especie de revolución francesa en Medicina, no supieron edificar; lanzaron en fragmentos la terapéutica browniana con el tremendo y santo enojo con que Carlos V destruyó la estatua de Irminzul, y cuando contemplaron estupefactos su gigantesca demolición, Brousseais levantó un organismo efímero, hijo de su fuego, y que pronto vió desvanecer; y Hahnemann más valiente, pero no menos imaginativo, sustituyó al pesado ariete de las grandes dosis, con que ya ni la fé podía, la aerea, la espiritual, la etérea terapéutica de las dosis exiguas, dynamisadas, mínimas, dinamismos sin materia, verdaderos mitos, fundiendo así, la fé científica en la fé religiosa.

Hahnemann comprendió la magnitud de la falta de la medicación y la trascendencia de sustituirla, y con la honradez del que teme, improvisó sobre sus observaciones en la corteza del Perú la homeopatía, la asentó sobre el pedestal de la Medicina Ortodoxa, le puso por alma una experimentación improcedente, y por apoyo textos mal interpretados por el calor de la refriega, le asignó como reino ánimos divididos é inciertos, y le puso como programa, aparentar que obraba, sin obrar, la abstención con visos de actividad.

¿Hizo bien Hahnemann entonces? Sí, hizo bien, si no pudo hacer mejor: las estadísticas demuestran que la intervención de solo la naturaleza en sus propios negocios, es muy menos mortífera que la tutela de dosis atrevidas y aplastantes. Los médicos entre matar y siquiera no dañar, debieron optar por esto último.

Ha largo tiempo, dice Hufeland, que abrigo la convicción de que, de todos los enfermos curados, la mayoría recobra la salud sin la asistencia del médico, y el más pequeño número, por ayuda de éste.

Pero después, y cuando el enfriamiento ha dejado ver claro, los médicos debieron encontrarse, ¡qué digo! nos encontramos perplejos entre Scilla y Caribdis, entre intervenir con Brown y Rasori ó abstenernos con Hahnemann, ó la medicación de la maza ó la de la fé. En tal situación, los prudentes han seguido el precepto de Zoroastro. Yo he visto fórmulas de un maestro prescribiendo agua pura pa-

ra dar en gotas; y los más valientes, porque nada leen, porque de nada se preocupan, porque solo quieren alimentar su ciencia con la traspiración de los maestros, siguen con la antigua medicación nociva, como la conquistadora del pájaro parlante con las orejas tapadas, por no oir, y no haciendo aprecio de quien les grita: "Cuidado, es la vida agena la que estais tratando."

Los homeópatas, tranquilos con su ley, impulsados por su observación, cubiertos los pechos con la cruz de la virtud: "¡primum non noscere!" quieren que la lesión los mire y desaparezca, le dan azúcar de leche para que huya;—los alópatas ortodoxos, terriblemente intervinientes, con el lema "Quis ut ego," esperan á la enfermedad siempre, ostentando desplantes de triunfo dizque para derrotarla, y cuando ya la ven cerca, cuando ya la tienen encima, sin confesar su derrota, declaran la de la Ciencia y el poco alcance del Arte; eso sí, aparentan tranquilidad, tienen como táctica ventajosa, por cierto, contar solo sus éxitos; ¿quién pierde así?

Pero con confites y confianza, ó sin confites y con amarguras, todos, unos y otros quedan á hacer constar el hecho, á cargar con el bajage científico, la Anatomía Patológica.

Era natural la obra del adelanto científico; no puede ser, ni será hija del Cisma, por mucho que éste tenga razón de ser; el progreso estable y eficaz se asienta, no sobre brotes de pasión, sino sobre la serenidad del debate; á la obra de perfeccionamiento de nuestra profesión, deben concurrir todos, en pos del acierto, y solo en defensa de lo mejor y más propio para la vida humana.

Pero fijemos el problema:

1º Voy á intentar un juicio crítico de las experiencias que endilgaron á Hahnemann á formular su ley de similitud patológica, estableciendo antes, reglas generales lógicas, que en su oportunidad sirvan de criterio para deducir, que el padre de la homeopatía ni experimentó, ni dedujo debidamente; y

2º Voy á llamar la atención sobre la ley hipocrática, que en todo caso debe dirigir la terapéutica y que es entrevista en las doctrinas de los médicos antiguos y en los hechos clínicos todos.

Procuraré la concisión.



No llamaré con Claudio Bernard medicamento á "cualquier cuerpo extraño al organismo que se hace entrar en él, con objeto de conseguir efectos determinados," porque alimento ó veneno, con él podrían ser confundidos; no llamaré con See, medicamento á "toda sustancia que obra sobre el organismo, perturbando la nutrición de los elementos anatómicos ó las funciones de los órganos," porque miasmas ó virus, con él podrían ser congregados; no llamaré con Hahnemann, medicamentos á las sustancias *quæ verè sanum hominis statum in ægrotum, ideoque et ægrotum in sanum mutare valent*, porque digo como Hildebrand, al hablar de los venenos: *Dum corpori humano nocent, ad medicaminum tribum minimè pertinent; dum cauta manu adhivita morbis medentur, venena non sunt.* Definiré con Rabuteau al medicamento, "cualquiera sustancia que modifica las funciones, obrando sobre los elementos anatómicos ó los humores, ó eliminando los cuerpos peligrosos ó extraños á la economía;" ó con mayor claridad, con Saisson, "toda sustancia que obra sobre los elementos histológicos, ó sobre los cuerpos extraños del organismo, con la mira de restablecer la salud," ó más sencillamente, y solo concretando y esclareciendo las anteriores, "cualquier agente de la naturaleza, capaz de imprimir sobre el organismo viviente, cambios que trasformen el estado morboso en estado normal.

Lo esencial en una sustancia, para ser llamada propiamente medicamento, es que, por intermedio de la vida, imprima cambios orgánicos que conduzcan ó encarrilen el estado morboso á transformarse en normal. Si fuera de esta propiedad importantísima, tiene además un medicamento, la de saber enfermar á un sano con enfermedad semejante, ó desemejante ó contraria á la que se le llevará á combatir, esto ya es del todo accidental; puede estar ó faltar; en concepto del mismo Hahnemann, hay paliativos alopáticos, ó lo que es lo mismo, que obran en sentido contrario á la afección para que se recomiendan, y que no por ser paliativos, son menos convenientes para casos graves, en que el medicamento homeopático no tendría tiempo de obrar, y que no por ser paliativos, dejan menos de libertar al paciente de garras de la muerte; y que no por ser paliativos, llenan menos el requisito preciso de todo medicamento, encarrilar á la salud. *Remedia non sunt agentia ad sanationem requisita, sunt saltem media ocacionalia externa, sive conciliatrices medelæ.*

Yo entiendo con Van Helmont, "que toda sustancia de la tierra guarda un agente, á veces un veneno que se transforma en medicamento heroico en manos de médico inteligente; que estas potencias medicatrices en el seno de las piedras y de los yerbas no están en vano; que hay una fuerza mágica, magnética ó simpática, un éter universal que liga todas las cosas, que las tiene en correspondencia mutua, de la misma manera que en una lira, una cuerda que vibra, hace vibrar otras;" yo entiendo con Hahnemann, "que los cambios que los medicamentos determinan, en el individuo sano, no tienen lugar inútilmente; que esos cambios, son el lenguaje, en el cual expresan, con el cual declaran el objeto de su existencia al observador;" y yo creo como el mismo Hahnemann, que la verdadera ley terapéutica, el único guía seguro para el arte, deriva de la relación indisoluble, del engrane recíproco, observado entre la enfermedad y el remedio.

Buscar, pues, lo que el medicamento hace en el organismo, por donde marcha, á donde tiende, qué hace, qué derrotero elige, qué elementos prefiere, qué busca, cómo se concierta, qué influencia ejercita, qué cambios acusa, cómo hace sentir su presencia dentro del organismo y cómo revela su tránsito por la vida, es saber para qué sirve, en qué condiciones debe emplearse, con qué miras, en qué cantidades introducirse, por donde debe ser llevado, cuál es el camino más expedito y recto para que su influencia se declare, en suma, es comprender su valor, su oportunidad y su eficacia.

Pero para juzgar de la acción de determinado recurso terapéutico, para bien persuadirse de lo que es y de lo que vale un medicamento cualquiera, para consignarle, en suma, un lugar en el arsenal terapéutico, es preciso llenar ciertos requisitos lógicos previos.

Primero: hay que descomponer químicamente el medicamento para así ejercitar la justicia distributiva, dando á cada uno lo que sea suyo es decir, atribuyendo á cada componente lo que de derecho y en propiedad le corresponda. Así, se estará seguro, de no cometer ilogismos y de emplear con mayor franqueza y mejor elección los recursos convenientes. Se ha dicho, por ejemplo, y muchos aún lo sostienen, que el café es excitante y calmante, según las idiosincrancias; y que el opio es sedativo y excitante, según las susceptibilidades. La Química ha venido á decidir, que en el café hay dos principios activos, la cafeina y la cafeona, de acciones diversas, y que según, que en el café, una ú otra predominan, los efectos ostencibles en el organismo, son los producidos por una ó por la otra; la Química ha revelado también, que en el opio, hay sustancias excitantes, y que la morfina, la codeina y la narceina calman sin excitar. Estas declaraciones han alumbrado perfectamente los resultados.

Segundo: hay que ensayar sobre los animales sanos, *in anima vili*, la acción del medicamento en estudio; en seguida sobre los hombres sanos, y luego sobre los hombres enfermos. El primer ensayo advierte inmediatamente los peligros y señala la energía. El segundo apunta la subjetividad del medicamento y su acción *ad hoc*, para lo que va á servir, para un organismo humano. Y el tercero precisa las conclusiones, lista al medicamento en la materia médica. Haller dice todo esto en pocas palabras: "Primum in corpore sano medela tentanda est, sine peregrina ulla miscella, exigua illius dosis ingerenda et ad omnes quæ inde contingunt affectiones, quis pulsus, quis color, quæ respiratio, quænam escretiones attendendum. Inde, ad ductum phenomenorum, in sano obviorum, transeas ad esperimenta in corpore ægroto."

La clasificación de medicamentos hecha por la Clínica, es y tenía que ser viciosa; la hecha por la Fisiología sobre las propiedades vitales de los sistemas histológicos y de los órganos, y en seguida por la experimentación clínica sobre los enfermos, tiene que ser la indudable.

La terapéutica moderna se inspira primero en la fisiología; le interroga para cada agente simple, á fin de apreciar, para cada uno todos sus efectos, y los da á dosis medidas y progresivas, á fin de sacar de ellos, toda la suma de acción, el máximum de utilidad que pueden dar; le pregunta el secreto de la liga y la razón de actividad de los medicamentos, para en seguida aplicarlos á la curación de las enfermedades, solicitando en todos casos la sanción clínica de sus deducciones.

Al estudio crítico previo de los medicamentos en cuanto á su acción fisiológica, debe seguir la demostración de la concordancia ó de semejanza de estas acciones, en las enfermedades.

La Fisiología trae los materiales, la Clínica los coloca en su puesto; la fisiología alumbra, la Clínica trabaja; aquella conquista, ésta apro-

vecha; la Fisiología prepara la materia médica, la Clínica forma los arsenales.

Tercero: hay que colocarse para observar desde un punto que se llama sinceridad. No hay que pedir al medicamento más que lo que puede: como, por ejemplo, cuando se da estricnina, para comprobar si combate una parálisis; es justo precisar el caso; si el impedimento es orgánico, nada se obtendrá, porque nada se puede obtener; si es dynámico, se puede estar cierto de que se conseguirá, hasta donde dable es, la certidumbre en medicina. Hay además que proceder con lealtad científicamente comprobada. Está demostrado, por ejemplo, que en un kilógramo de raiz de acónito hay solo de cuarenta á sesenta centí gramos de aconitina; si se toman de veinte á treinta gramos de raiz para hacer, según el arte, una infusión, ¿qué químico, dice Saison, por distinguido que se suponga, podrá valorizar la cantidad de aconitina que allí hay? Y esto tratándose del caso en que el acónito sea bueno, que quizá no hay medicamentos tan variables en sus efectos, según su procedencia y época de recolección, como el acónito y la digital. Y si se dice darlo, y no se demuestra que se dé, ¿con qué derecho argüir en pro ó en contra de lo que se observe?

Y cuarto: para experimentar en Medicina, debe procederse con abnegación, atenerse á los hechos bien averiguados y debidamente entendidos; sin torturar los corolarios, haciéndoles decir lo que no dicen muy expresamente, sin exigirles que digan lo que no intentan.

Los hechos, que no son humildemente seguidos é imparcialmente apreciados, no son solamente inútiles, son nocivos, porque solo demuestran la falta de meditación en quien los aduce, la enérgica voluntad del que con ellos se resiste, ó la credulidad y candor de quien los acepta. Por desgracia, no se diga en Medicina en donde gobierna excusable aunque inconveniente ansiedad, pero ni en ciencias y artes, donde desinterés pudiera conseguir algo mejor, se hace otra cosa que apilar balumbas de hechos, que por falta de acatamiento á las prescripciones lógicas, son contradictorios; que intentan mucho, que pretenden todo y que nada demuestran.

Entre nosotros, desde los maestros que usan siempre tratamientos á la *dernière*, y que emplean sustancias, mientras más nuevas, mejor, importadas últimamente de Ultramar, hasta la terapéutica apolillada y decrépita de la anciana más despreciable de la última vecindad, todos alegan hechos para corroborar sus prácticas, todos aducen ventajas para ennoblecer sus recursos, todos obtienen éxitos para fundar sus medios. Siempre he creido que la mejor razón de nuestros cismas: está en los hechos. Váyase á decir al señorón Fulano, que lo que infiere del pasaje que cuenta no es lógico; que su criterio, muy bueno para endilgar discursos y dejar absortos á sus oyentes, es erróneo, para deducir; lo más que puede suceder es, que os titulen díscolo, porque á la cuestión no concurren, y si el calificativo no acomoda, ni se quiere encontrar, queda apuntado el hecho, y sin que nadie chiste; dentro de algunos años, es citado como un Evangelio, así en su contesto como en su apreciación; despues, es la Tradición la que habla, y después, si no se cree aquello, si de allí no se deriva para razonar en Medicina, dicen que se es ignorante y *sin prestigio;* que se lucha contra la tradición; que á juzgar así, no hay que creer ni en qué apoyarse; y ya os quiero ver en ese compromiso.

Pues hay algo peor: los hechos siquiera referidos con justicia vendrán tarde ó temprano, y pese á quien pesare, á ser interpretados como es debido; pero hasta en los hechos hay confecciones especiales, que al menos en nuestro tiempo tienen siempre esta moraleja: ¿Quién me iguala? ¿quién mejor que yo?

"Fulano de tal, de tantos años de edad, de mala constitución, etc., entró al Hospital, ó comenzó á ser asistido por mí, en tal fecha. Tenía estos ó aquellos antecedentes (todos muy malos). Por *exclusión* (aquí entra siempre lo muy bueno), diagnostiqué tal cosa, á pesar de que *reputados* compañeros habían supuesto tal otra, por razones que *respeto*, pero que no alcanzo. Pronóstico: muy grave, porque Hipócrates y Velpeau opinan en estos casos, funestidades. Tenía, pues, que habérmelas con enemigo, cualificado por hombres eminentes en la ciencia. Tratamiento: Vino, así; cucharadas, del otro modo.—Conclusión: sanó. Reflexiones: háse visto de cuántos peligros y dificultades estaba rodeado este caso; todo lo salvé. —Corolario lógico:—¿Quién es mejor que yo?

En esta pauta, se escriben los hechos clínicos que día á día oímos en las Academias; los historiógrafos, á la vez que protagonistas, nunca yerran, ó si alguna vez, se ponen en peligros de errar, es solo para hacer más refulgente su acierto. Y sin embargo, nosotros sabemos bien

que se cuenta solo lo bonito, que lo feo se oculta, se esconde, se entierra; la exculpación ante los neófitos espectadores, cuestión es de reflexiones sobre lo difícil del arte; la conciencia por regla general se acalla con un: "Dios lo quiso," "así debía ser," "la ciencia está en pañales;" pero en suma, esos hechos, hijos del amor propio y de la pasión, no sirven mas que para acabar de desorientar á los prácticos.

Pero vamos al caso.

***

En consonancia con las ideas emitidas, discurro así:

Yo veo que algunos medicamentos indican siempre y en todos casos, muy claramente, una tendencia; unos al sistema glandular, como el kermes y el calomel; otros al sistema renal, como la digitalina y la colchicina; entonces puedo establecer esta regla en conformidad con la idea de Hahnemann: el kermes y el calomel expresan bien claro que tienen papel que desempeñar cerca del sistema glandular, la digitalina y la colchicina, uno especial que cumplir cerca del sistema renal.

Yo veo que la hyosiamina y la atropina, siempre en todos casos, producen la mydriasis, dilatan, distienden los esfinteres; yo veo que la morfina, siempre y en todos casos, estrecha las pupilas y calma el dolor; de aquí deduzco en conformidad de la idea de Hahnemann, que siempre que yo quiera dilatar las pupilas, distender los esfínteres ó producir la mydriasis, debo usar hyosiaminia ó atropina, y que siempre que quiera estrechar la pupila, contraer los esfinteres ó quitar el dolor, debo usar morfina.

Yo sé, porque la histología lo demostró, que los medicamentos eligen muchas veces elementos anatómicos determinados. Por ejemplo, la curura y la estricnina obran en sentido inverso sobre la fibro-celdilla motriz, respetando todos los otros elementos nerviosos y musculares; la veratrina paraliza únicamente la fibra muscular estriada; la ergotina contrae la fibra muscular lisa, y la atropina excita el simpático, y por tanto, á las fibras lisas y á las fibras musculares de la vida orgánica, siendo quizá por esto por lo que produce la mydriasis, la tonicidad arterial, las contracciones del estómago, del intestino y de los órganos de fibras lisas; entonces demasiado claro me dicen estos medicamentos, que cuando yo quiera obrar sobre la fibro-celdilla motriz con exclusión de cualquier elemento nervioso, puedo usar curara ó estricnina, según que quiera deprimir ó exaltar su acción; que cuando intente deprimir la actividad muscular en las fibras estriadas, usaré veratrina; que cuando desee contraer la fibra lisa, usaré ergotina, y que cuando quiera exaltarla, puedo por intermedio del simpático lograrlo, con la atropina. Esto me indican, ó no entiendo el lenguaje de los medicamentos.

Yo sé, porque las experiencias de Bernard lo han demostrado, que si la Observación se asoma por ventanas de trépano, al enséfalo de perros, se ve que durante el sueño hay hundimiento, postración de la masa cerebral, estado anémico capilar que dura mientras duermen; sé por la misma razón, que lo propio acontece en hombres, víctimas de accidentes craneanos, cuyo cerebro se ha podido visitar durante el sueño, y sé por idéntico motivo que los calmantes, los anestésicos y los narcóticos producen sueño semejante al normal, unos, previa pasajera excitación, y otros sin ella; que la morfina, la narceina y la codeina, producen este efecto mejor que el opio; que la cafeina también lo procura, pero necesita propinarse en cantidad mayor; que los arseniatos en general son los excitantes de la circulación cerebral; entonces sé ya, porque los medicamentos lo han dicho á la Observación, que la morfina, la narceina, la codeina y la cafeina, producen estado análogo al del sueño normal; que si yo quiero procurarlo en un enfermo, debo darle mejor que opio, alguno de los narcóticos expresados; y si quiero excitar la circulación cerebral, he de emplear arseniatos. Esto me dicen los medicamentos; esto, y no otra cosa, me enseñan con ese lenguaje que Hahnemann, tan poética pero tan justicieramente le atribuye.

Pero en todas estas experiencias he visto, además, y bien claro, que se aprovechan los medicamentos, provocando con ellos acción semejante á la que Naturaleza necesita, pero que al obrar sobre la enfermedad, se revela más bien por un antagonismo, que es lo que constituye su acción curativa; ó en otros términos, yo veo una acción homeodynámica, provocando otra represiva ú opuesta á la enfermedad.

¿Qué necesito para curar una parálisis? necesito mover los músculos, devolverles su acción natural. ¿Cómo muevo los músculos? Con un recurso que produzca acción semejante á la natural, con un recurso homeodynámico,

¿Qué produce este medicamento homeodynámico? El movimiento, la acción muscular, y por tanto la cesación de la parálisis. ¿La parálisis es semejante á la actividad? No, su opuesto. Luego con un recurso de acción semejante ó sea homeodynámico, produzco un efecto que al curar es antagónico, es opuesto, es contrario á la enfermedad.

Aquí se tiene explicado el *similia similibus agere* y el *contraria contrariis curantur;* parecen los dos principios á primera vista contradictorios y no lo son, ni siquiera se excluyen; el primero expresa la manera de obrar, el segundo el resultado; aquel, el motivo de elección; éste, la acción curativa.

La homeodynamia ha sido, según entiendo, y creo que de buena fé, confundida con la Homeopatía; el primer término del problema se adunó con el último, y se formó una entidad, que no dice lo cierto, por más que vaya por el carril de la verdad.

Hahnemann, y antes de él muchos contempladores de ese principio, creyeron quizá, que era lo mismo imitar los pasos de la Naturaleza que pide un apoyo semejante al suyo, para salir de su apuro, á la imitación de la Naturaleza caida, que sufre y se agobia bajo el peso de una enfermedad, y que por cierto no merece ni quiere maltrato semejante al que padece. Pero distinto por completo es uno y otro.

Hacer lo que la Naturaleza hace, cuando sacude el yugo opresor, cosa bien manifiesta en los movimientos críticos naturales; obrar semejantemente á como ella obra, pisar como ella pisa, enderezar como ella endereza, emplear recursos cuya acción remede lo que ella quiere, parodie lo que ella pida, le dé lo que ella exija, esta es la Homeodynamia, este es el *Quo vergit*, esta es la doctrina Hipocrática.

Ostigarla como el enemigo la ostiga, en busca de reacción, de enojo; impelerla como el agente morbífico la impele, para ir en pos de su levantamiento de fastidio ó de rabia; golpearle la cara para que en rapto de odio hunda puñal en el pecho de su adversario y lo queme con su cólera; buscar medios que la irriten, remedando al enemigo, que hagan el coco para que se ierga iracunda, esta es la Homeopatía, esta la doctrina de Hahnemann.

¿Puede servir esto? Sí, pero es la regla lo otro.

No hay que buscar las armas para solicitar actos primos, que muchas veces se transforman en anatómicos; hay que estudiar y preocuparse muy mucho, de los efectos, que desde luego pondrán á la Naturaleza en pie, para entregarla su batuta y con ella la situación.

Alguna vez es conveniente aguerrir á la Naturaleza en tiempo de paz para robustecerla y encallecerla, y adiestrarla para cuando asome la guerra. *si vis pasem para belum;* allí está la razón de la inoculación, en oportunidad de los virus.

Pero el medicamento que se emplea puede producir sufrimiento semejante; sí será en algunos casos, pero no es esa la razón de que se elija; no será en otros, pero no es el motivo de que se le desdeñe; la Fisiología dice que el medicamento llena el objeto, y el límite hasta donde lo llena; la Clínica corrobora la declaración de la Fisiología, pues si el medicamento puede pasar la meta y causar horrores, como esto ni se le permitirá, ni se orillará á ejecutar, lo colocamos en el arsenal médico, diciendo con Taddei de Florencia: "Ogni qual volta riflettesi che la sostanze, le quali per velenose ritengonsi, amministrate che siano dentro certi limiti, á diversi animali affetida malatia, posano operare nelloro corpo dei cambiamenti salutari, e ricondurre le funzioni già disordinate all'equilibrio, é che le sostanze, all'opposto le quali di commune accordo sono riputate medicamentose, possono talvolta (é soppratutto quando usate siano inopportunamente é fuor di misura) far deviare la salute dallo stato suo normale, non ci dee sembrane strano ope coi, rimedii vedansi confondere i veneni, e che conciderati sotto questo punto di vista sigli uni gli altri vengano ad essere la cosa istessa."

Reasumiendo:

Yo veo que actualmente se ensaya no sobre las sustancias medicamentosas brutas, sino sobre sus componentes; yo veo que la experimentación se hace como Haller cón justicia la recomendó; yo veo que la lógica deriva conclusiones "de potencia" de la Fisiología y "de acto" de la Clínica; yo veo que en esas conclusiones se retrata Similia similibus para obrar, y Contraria contrariis en la acción curativa, y en ambos ayudar á la Naturaleza, *quo vergit natura eo ducendum.* Sé bien que la moderna ciencia de curar, no enseña al espectroscopio ni á los reactivos, sino á los sentidos de auxilio desprovistos, lo que da, y en la dosis que lo da, y pide á la medicación tanto y sólo, lo que puede dar, y respecto de

hechos. confiesa que cuando llega tarde puede poco ó nada, empeñándose, por tanto, en tomar á la enfermedad la delantera y no dejarla robustecerse. Si oigo, pues, á los cambios producidos por los medicamentos, á quienes he preguntado convenientemente, si atiendo á este su metafórico lenguaje, él me dice que la suprema ley en terapéutica es ayudar el esfuerzo natural ó corregirlo, imitando en todo á la Naturaleza que se emancipa.

Véamos ahora cómo procedió Hahnemann en sus experiencias y observaciones, para derivar su ley de similitud patológica.

***

Hahnemann preguntó á la cáscara de quina sus cambios y su objeto, y en ella respondieron en grupo la quinina, la cinconina, la quinidina, la cinconidina, la aricina, los ácidos químico, cincotánico y quinóvico, el rojo de quina, la materia colorante amarilla, la materia grasa verde, el almidón, la goma y la celulosa. ¿A quién de todos escuchó? A todos, es decir, á la resultante de sus fuerzas, al total de sus manifestaciones. Pero estas manifestaciones tenían que variar con los componentes y Hahnemann no podía decir quién de ellos causaba discordancia ó fijaba resultado. ¿Podía, en buen derecho, decir que un mismo componente, daba y quitaba? ¿No podía reclamarse contra su experiencia, con estas palabras de su Organón, hablando de las mezclas medicamentosas artificiales, "pretender que una tal mezcla deba producir un efecto curativo determinado, es un absurdo que *revolte* á todo hombre sin prevención, y afecto á reflexionar?"

Hahnemann preguntó á la belladona su objeto, y se lo respondieron un grupo variable en cantidad de atropina, de albumina, materia animalisada, ácido acético, nitrato de potasa, sulfato, chlorhidrato y susoxalato de potasa, oxalato y tartrato de cal, fierro y sílice; ¿quién ó todos le respondieron? ¿cómo asegurar una acción determinada con un compuesto indeterminado?

Interpeló á la digital su razón de sér en el mundo, y ella, ó sea la digitalina, la digitoleina, la digitalosa, el digitalino, la digitalida, el ácido digitálico, el ácido antirrhínico, además de una serie de acompañantes, le respondieron en coro, ¿á quién atribuyó los cambios, á quién los efectos? ¿cómo garantizar un grupo estable, sobre todo, para que él, Hahnemann, el tímido Hahnemann, hubiera proclamado un efecto, el efecto de la digital?

Claudio Bernard, quejándose de las dificultades que por sí misma tiene la terapéutica, decía, en mi concepto, con razón, que no era conveniente aumentarlos empleando medicamentos compuestos, que no obran sino por una resultante variable.

Ahora bien, las plantas guardan en las mayas de su tegido, como el obroque guarda el oro y las piedras preciosas, los principios más útiles, más activos, más enérgicos de la terapéutica, y los guardan pocas veces aislados, casi siempre en mezcla muy complexa, unos con otros y con su matriz impura; en cantidad variable y en clase tan distinta, como distinta es la procedencia del vegetal, las circunstancias en que se creó y el tiempo en que la planta se utiliza. Dos productos del mismo nombre, de la misma planta, preparados solo con individuos plantas, de distinta procedencia, son variables en cantidad, en energía y hasta en acción.

Debout, autoridad en la materia, declara que gran número de extractos, tinturas y alcoholaturas del comercio son inertes, unas veces porque se les priva de la sustancia activa, previamente á su envío al comercio; y otras, por el tiempo y lugar donde las plantas se cosecharon, ó por la clase de éstas, empleada para su confección; que el acónito y la digital son muy variables en sus efectos, según su procedencia y su época de recolección, que el colchico, antes de que se vista de hojas y flores, es activo, y después es inerte; ¿quién garantiza á qué tiempo se cosecha, cuando las experiencias no lo anticipan, ni los experimentadores cuentan con el ensayo químico?

Pero se me dirá: Hahnemann usó en todas sus experiencias polvo de la misma quina. Suponiéndole, en todas partes la misma composición, ¿podía garantir Hahnemann que los efectos en él producidos, serían en otros individuos los mismos, cuando debieran emplear plantas de procedencia distinta? Estas experiencias y otras semejantes sobre el eleboro blanco y la concha de Levante, dice León Simón, lo llevaron á establecer la ley de similitud patológica: "curad las enfermedades con remedios que produzcan síntomas semejantes á los suyos," ley creadora de un método, que Hahnemann confiesa, *que nadie había enseñado antes que él, y que ninguno había puesto en práctica* antes de él.

Otras muchas experiencias y fundamentos de la Homeopatía, han sido efectuadas por

adeptos al Maestro. Cuéntase que Hahneman llevaba siempre en las bolsas pequeños paquetes de sustancias medicinales homeopatizadas, que distribuía entre sus clientes y sectarios, para que las ensayaran en sí mismos; días después, el padre de la Homeopatía les preguntaba qué habían sentido; muchos, que no ensayaban, acaso por no sujetarse á ser reactivos en tonto, aunque de un sabio, encontraban la respuesta embarazosa, y para salir del paso, nombraban tal ó cual sensación, un prurito en la frente, un dolor en un muslo, un tic en la cara. Hahnemann, que juzgaba con su buena fé y su entusiasmo, escribió, con tales datos, mucho de su patogenética.

Pero discutimos sus experiencias, las que él declara, y su comentador Leon Simón confirma ser suyas.

Al ensayar Hahnemann sus medicamentos, los preparó en forma de trituraciones, tinturas, dilusiones y glóbulos. Las trituraciones para los cuerpos insolubles que solo deben fraccionarse; las tinturas para tener sin alteración, en un vehículo puro, los jugos de las plantas que hay que conservar; estas dos preparaciones eran ya usadas por la Medicina Tradicional. Las dilusiones, tal como Hahnemann las presentó á la Ciencia, son solutos de menos en menos concentrados, siempre al céntimo, y que la Homeopatía, sé que usa, hasta la 30 dilusión. El glóbulo representa una porción mínima infinitamente pequeña de la dilusión. Estas preparaciones son peculiares á la Homeopatía y á sus sectarios.

Hay además atenuaciones de las trituraciones que subdividen la sustancia al céntimo, y que se emplean como las diluciones.

Yo no diré que en todas estas divisiones y subdivisiones, no haya sustancia medicamentosa, por más que muchas veces así suceda; sería volver á los reproches trilladísimos lanzados á la Homeopatía y que ella cree responder con la indefinida é infinita divisibilidad de la materia, de cuya verdad, ciertamente no puede extraerse como corolario, la equitativa y correspondiente divisibilidad del medicamento. Solo digo y espero impugnación si lógica la hubiere. 1º La trituración, ni la tintura, la atenuación, ni la dilución, ni el glovulo, llevarán nunca al paciente, sustancia idéntica y homogenea, si subdividen cuerpo heterogeneo; tratándose de mezclas naturales, la más fina división repartirá partículas de distintos componentes; si por ejemplo, se trata de tintura de quina, por allí llevará una molécula de quinina y por allá otra de quinidina ó de ácido quinovico; si se trata de opio, por acá andará una partícula convulsivante de tebaina, y por allá otra calmante de morfina; ¿estos glóbulos ó diluciones ó lo que fuere, siendo distintos, obrarán lo mismo? 2º La acción de las sustancias en su repartición es considerada para la Homeopatía, idéntica; lo mismo se reparte *Carbo vegetalis*, que *Nux vomica* que *Arsenicum*. ¿Nada significa energía mas que *triturar* y *subdividir*? no sé por qué se temen entonces, los venenos si con no triturarlos ni subdividirlos su energía debe ser nula; y 3º La acción de la sustancia empleada puede estar en razón inversa de su cantidad. La dosis distinta tendrá efecto hasta totalmente diverso, pero inverso, es decir antagónico, no es probable. La actividad de una molécula, porque aquí se trata de combinaciones y no de agregados atómicos, multiplicará con los factores de ella, hasta hacerse contundente y terrible, esto sí; pero de allí á lo que declara la Homeopatía hay un abismo. Además, ¿por qué el odio, la aversión á las dosis masivas, si en consonancia con tan extraña opinión, deberían ser de acción imaginaria?

Admitida la posología homeopática, la confusión sería terrible, obraría lo mismo por deribar de una propia fuente, la cafeina que la cafeona, la estricnina que la igasurina.

Admitidas las preparaciones medicinales homeopáticas, ya no se propina el medicamento "como Dios lo ha dado," como lo quiere Chargè.

Admitida la medicación homeopática, cada glóbulo sería un problema, y su acción un motivo para temblar. Todo esto es, suponiendo que la homeopatía no dirá con San Agustín: *Credo quià absurdum.*

Pero.... estoy tomando á lo serio la medicación homeopática; los glovulos hanemanianos dados en dosis repetidas y altas á los animales, no producen enfermedad alguna; ni en los hombres; yo los he tomado muchas ocasiones en salud, y nunca, ni resentí cosa alguna, ni menos he recibido por sideración la visita de la enfermedad, que debieran producirme.

Landrin hizo cuidadosamente preparar medicamentos homeopáticos, en farmacia especial que en París pasa por modelo entre las de su género, y tomó por muchos días medicina para enfermarse; ni por esas, nunca resintió cosa alguna. El reactivo fisiológico único, invocado

y pedido por la Homeopatía, no da resultado.

A juzgar por esto, los tratamientos homeopáticos no son discutibles, sencillamente porque no hay tratamientos médicos homeopáticos; la doctrina homeopática no tiene fundamento, porque lo que pudiera corroborarla y establecerla, que son los documentos clínicos, no existen; los hechos que alega la Homeopatía no pueden pertenecer sino á la espectación, ó al reposo, ó á la fé, ó al esfuerzo natural, ó á la azúcar de leche, ó á la atmósfera, pero no á la medicación homeopática, porque *prius est esse.*

Cuando Hahnemann, para curar las intermitentes comenzó á administrar las trituraciones atenuadas de quina, posible es que allá *in pectore* haya querido suprimir de dos terribles molestias, la enfermedad y la medicación, la última; siempre hacía bien al enfermo, de dos males dejándole uno.

La Homeopatía consuela, conforta y hace esperar tranquilos á los padres por sus hijos, á los pacientes por sus penas, á los dueños por sus animales. La homeopatía no ha hecho mal, pero tampoco ha hecho bien; es inofensiva porque es impotente, cuando menos en los tratamientos que usa.

Yo entiendo que muchos homeópatas de buena fe, aunque no lo confiesan porque no á todos es dado el valor de pregonar sus extravíos, lo entienden así.

Guérin Méneville (La Homeopatía en el Hospital Beaujon, en Mayo de 1871) declara: Lo que todo el mundo médico ignora, es que en nuestros días se ha operado una reacción contra el empleo *exclusivo* de las dosis infinitesimales. Numerosos médicos emplean ya en su práctica las tinturas madres, las muy bajas diluciones y trituraciones frecuentemente *decimales*, en vez de *centesimales*. Si este hecho puede dar satisfacción á los espíritus exigentes, á aquellos que quieren *ver y palpar*, la Homeopatía, así practicada, puede satisfacerlos. Los médicos más concienzudos, sin embargo, emplean *toda dosis* según su experiencia. Y más adelante.

La experiencia prueba, de más en más, que las atenuaciones exageradas que han hecho inaceptable la Homeopatía para la generalidad de los médicos, no son en realidad tan necesarias, que las agravaciones son más frecuentemente el hecho de la enfermedad que del medicamento.

Otro homeópata escribía al Dr. Burggraeve. Por lo demás, la dosis importa poco; se puede ser perfectamente homeópata, dando aún dosis alopáticas de sustancias medicinales, si éstas son apropiadas para curar. El *principio solo nos preocupa*, y nada me estorbaría si yo solo medicamentos dosimétricos tuviera á mi disposición, llenar con ellos la mayor parte de las indicaciones, según este principio.

El mismo Guérin Méneville, escribia: Es necesario ver en la doctrina homeopática otra cosa que una cuestión de dosis; en este método de tratamiento, hay sobre todo, una *ley de medicación, ley positiva, inmutable*; que es un guía cierto para el médico; se puede llenar esta indicación con gran vigor, con dosis apreciables, tales como los gránulos dosimétricos, en ciertos casos. La experiencia está en favor de más pequeñas dosis y aun de infinitesimales; empleamos entonces de preferencia estas últimas.

Y sin embargo, á pesar de que esto enseñan los homeópatas, su práctica consiste sempiternamente en dar azúcar, y si esto sigue, nunca podremos creer, porque no vemos lealtad. Que curen una tetanía con estricnina, ó una parálisis con atropina, cuyos efectos fisiológicos previos nos hayan demostrado; que nos digan como Cristo á Santo Tomás Didimo: Mitte manum tuam et noli esse incredulus.

De otro modo, seguiremos sosteniendo, y puede creerse que porque así lo sentimos, que los homeópatas vieron el lado débil de la plaza y se han deslizado para declararse vencedores, que para ellos, es la naturaleza la que cura, como es la fe la que salva; que para ellos hacer solo un simulacro de medicina es siempre hacer ganar á los enfermos lo que los Alópatas les hacen perder. Pero hay que recordar que la fe sin obras es inútil y que la Naturaleza sin ayuda no siempre se basta á sí misma.

La Homeopatía se ha encaramado sobre los desaciertos de la Alopatía; la aversión á los brevajes ortodoxos la ha hecho grata; la terrible y mortífera intervención de la masa rasoriana la santificó.

Luego que la homeopatía experimente como es debido, pruebe lo que dice y enseñe lo que asegura dar, discutiremos con más provecho; por ahora nos ocupamos de sus métodos solo para probarle que nada debe porque nada hace, que nada teme porque nunca in-

terviene, que sus pecados no pueden ser de comición porque sus recursos son ilusorios.

Hahneman ni experimentó debidamente ni la lealtad en las obserbaciones ha venido á comprobar su ley de similitud.

***

Pero se va á decirme: ¿Cómo, pues, y los textos? En verdad, y por cierto que es interesante ocuparse de ellos.

La interpretación de los textos hecha por el Sr. Gailliard ó el Dr. Hahnemann, es violenta, la hicieron á su gusto, no expresan esos testimonios lo que desea la Homeopatía.

Voy á demostrarlo; permítame un paréntesis prévio.

La vida humana es el conflicto de dos vidas: la una orgánica, la otra animal; la primera, al mando del simpático; la segunda, al gobierno del sistema cerebro espinal.

Ertos dos sistemas están en antagonismo perpetuo, equilibrado durante la salud. En la enfermedad, comunmente el equilibrio se rompe, y roto el equilibrio, los órganos, que no obedecen á un sistema, sufren la tiranía del otro.

Si se paraliza el neumogastrico ó se corta el simpático, sobrevienen los fenómenos flogosicos, porque los vasos no pueden á tiempo desembarazarse de la sangre. Si se galvanizan los filamentos cardiacos del simpático, los movimientos del corazón se aceleran; si se galvaniza el neumogástiico en la región cervical, los movimientos del corazón se disminuyen; si se galvaniza el nervio vago cardiaco el corazón cesa de latir. El gran simpático provoca al corazón á contraerse; el neumogástrico á reposar. El corazón se encuentra entre estas dos solicitaciones antagonistas que se disputan el dominio de la entraña y que la mantienen en incesante conflicto. De allí la sistole y la díastole que bombean la sangre, no, que bombean la vida á todos los órganos.

Ahora bien, como estas, otras experiencias de Bernard, demuestran claramente, que desde las entrañas más nobles, hasta los vasitos más pequeños, desde la cabeza hasta el dedo meñique del pié, desde las más inestricables funciones hasta los más insignificantes movimientos, todos están regidos y ordenados y movidos por este incesante estira y afloja nervioso; á todas partes, van ramitos telegráficos que indican sometimiento al uno y al otro.

El médico debe procurar el restablecimiento del equilibrio entre los dos sistemas, y lo puede, en tanto que las ruedas, los engranages y las testuras lo permitan, en tanto que no estén ni enmohecidos, ni alterados, ni destruidos los resortes. La Terapéutica fisiológica, engrasa las ruedas, vuelve á ajustar los piñones, arregla los ritmos, vigoriza los movimientos, impulsa ó acorta el vapor, hace lo que conviene para que la amistad vuelva á reinar, y con ella la paz, y con ella la salud.

Aquí, en pocas palabras, se tiene explicada la dicotomia, cuyos términos han formado base de todos los sistemas y doctrinas médicas, desde Hipócrates hasta nuestros días; allí están, siempre en oposición, el seco y el húmedo, el frío y el caliente, la tensión y el relajamiento, la fuerza y la debilidad, la astenia y la estenia, la irritación y la inflamación. La vida, dice Combes, es el resultado de una especie de movimiento equilibrado en la intimídad orgánica; una especie de péndulo, cuyas oscilaciones constituyen por su regularidad y ponderación, la salud de los organos y la regularidad de las funciones. Si se pudiera palpar en principio, *ab ovo*, la evolución patológica se vería ciertamente, el disparate, la perturbación, el desacuerdo de los dos principios motrices de la actividad vital; entonces las atracciones, las repulsiones y las combinaciones, no se hacen, de una manera regular y armónica.

Si se exita al simpático el equilibrio quedará roto, ó sea la salud perdida; el sistema cerebro-espinal por más que conserbe su acción peculiar aparecerá deprimido respecto de lo que antes podía.

Si se exita el sistema nervioso cerebro-espinal, el equilibrio quedará roto, la salud perdida; el simpático aparecerá amenguado en su acción ordinaria, por más que la conserbe inalterable.

En el primer caso, calmar al simpatico hasta devolverle solo su primitivo poder, ó bien, aunque no es lo más lógico exitar al sistema cerebro-espinal hasta que en su magnitud de acción llegue á sofocar las tendencias ó aspipiraciones del simpático, y la salud, por cualquiera de estas dos vías, más sencillamente por la primera, recobrará su antiguo puesto, el equilibrio reinará. En el segundo caso calmar al sistema nervioso cerebro-espinal hasta devolverle solo su primitivo poder ó bien, aunque no parece lo más cuerdo, enojar al simpático hasta que sea capaz de encararse á su ensoberbecido enemigo, hasta que contrarreste su acción con otra de la misma im-

portancia y el equilibrio orgánico volverá y la salud recobrará su imperio.

Sustitúyase á la excitación una depresión, una languidez, un desfallecimiento, en uno de los sistemas gobernadores, y por contestación el otro aparecerá excitado, por mucho que sus funciones permanezcan inalterables.

Sustitúyase asimismo como recurso para recobrar la calma y armonía perdidas, la excitación del propiamente deprimido, la postración aunque no parezca conveniente, del que parece exaltado, y la calma renacerá ó floreciente como estaba, ó el *modus vivendi* de los gobiernos, que no se quieren aunque tienen que avenirse.

Ahora bien, allí teneis los casos previstos anunciados y repetidos por todos los médicos de la antigüedad.

Una enfermedad puede combatirse, solo procurando el alivio, levantando al caido, sujetando, permítaseme la frase, al opresor, ó procurando otro enojo que equipare, aunque sea por circunstancias, en calidad de mientras, las energías, para que las acciones se contrapesen y con la serenidad vuelva, poco á poco, la paz y la salud.

Aquí está la Homeodynamia, ó sea la doctrina de Hipócrates; y por la otra parte, la Alopatía y lo que fuera si en acatamiento de su ley, medicara, la Homeopatía.

Restablecer el equilibrio, ayudando al débil, llamando al orden al amotinado, corrigiendo los desperfectos; en suma, ir con prudencia llenando, y solo llenando las indicaciones, y para esto alzar con lo que alza, apoyar con lo que apoya, guiar con lo que guía, esto quiere la Hemeodynamia; pero se puede curar de otro modo, se puede curar un mal con otro, y ese mal puede ser alopático, debilitando al fuerte para oponerse al débil, amotinando al lánguido para igualar al sedicioso, ú homeopático, enfadando al oprimido para que se levante; ostigándolo para que se pare, para que se enfade, para que se enoje.

Antes de seguir adelante. La Homeopatía puede provocar á una naturaleza sufrida, con armas semejantes á las que la enfermaron, sí; pero provocar una enfermedad semejante á la que la naturaleza tiene, causar algo parecido á una pulmonía, algo semejante á una afección cardiaca, nunca, hasta hoy, lo consiguió.

La Homeopatía, si desea, si quiere un sitial entre las doctrinas médicas, no debe, pues, ser tomada en esta acepción, sino en la de obrar semejantemente á la enfermedad; así sale cierto, aunque no seguible, su credo.

Al obrar los remedios, así la Homeodynamia, como la Alopatía, como la Homeopatía, tendrán que encontrarse con un resultado antagónico, es decir, con lo contrario de lo que hay, lo opuesto á lo que combate.

No es del caso expresar de cuántos modos pueden exitarse ó deprimirse los grandes factores de la vida humana; baste solo decir que la Homeodynamia, la Alopatía y la Homeopatía pueden curar conforme á sus credos, en acatamiento á sus leyes; pero que la primera es la más lógica, la más natural, la más sencilla, y esto, con tanta mayor razon, cuanto que al obrar, como lo hace, imita á un tipo clásico, á la naturaleza, levantándose, á la vida en sus mismos pasos, en sus propias maneras de obrar.

La regla es entonces, *Quo vergit natura;* las excepciones obrar semejantemente á la enfermedad y contrariamente á ella.

Esto en cuanto á la legislación therapéutica, que en cuanto á recursos, á su tiempo veremos que la Alopatía es casi siempre más contundente que énergica, como la Homeopatía, acabamos de convencernos, es más ruidosa que real.

Ciertos, pues, son los asertos que se contienen en las testificaciones que aduce la Homeotía, y sin embargo, no demuestran, no comprueban su ley.

Tenemos como tipo el dicho de Hipócrates para demostrarlo.

"La enfermedad es producida por los semejantes, y por los semejantes que se hacen tomar, vuelve el paciente, de la enfermedad á la salud; lo que produce la estranguria causa la estranguria; la tos y la estranguria son causadas y quitadas por las mismas cosas; la fiebre es suprimida por lo que la produce, y producida por lo que la suprime, etc.; luego una enfermedad se quita por "remedios que produzcan síntomas semejantes á los suyos;" luego la estranguria se suprime provocando síntomas de estranguria, la tos improvizando tos, y la fiebre originando fiebre. A fé, que por más que yo quiera, las conclusiones no se infieren.

Traduzco la argumentación para que se comprenda mejor. El desequilibrio orgánico es producido por los desequilibrantes orgánicos, y por los desequilibrantes orgánicos que

se hacen tomar al desequilibrado, vuelve del desequilibrio al equilibrio; lo que produce tal desequilibrio orgánico, quita tal desequilibrio orgánico; luego un desequilibrio se quita por un desequilibrante que produzca trastornos semejantes á los del desequilibrio existente. No se infiere ¿verdad? ¿por qué? Porque *Latius hunc quam præmisæ conclutio non vult.* Lo que se infiere es: que un desequilibrio se quita con un desequilibrante que obre de modo de volver á restablecer el equilibrio, ó lo que es lo mismo, aprovechándose el poder desequilibrante en la cantidad necesaria para procurar, en esta vez, acción opuesta á la que en salud, ó sea cuando hubo equilibrio, existía; nunca para producir alza ó baja en los platillos, ni conmoción de alternativa de alza y baja, ni mucho menos baja definitiva que haría ilusoria la primitiva elección.

Y se comprende bien. Lo que es capaz de desequilibrar al organismo, capaz es de enfermarlo; lo que es capaz de desequilibrar, es capaz de sanar; luego lo que es capaz de enfermar, es capaz de sanar.

Exactísimo.

Lo que es capaz de desequilibrar al organismo, capaz es de enfermarlo; lo que es capaz de desequilibrar al organismo, capaz es de sanarlo; luego para que un medicamento, ó sea un desequilibrante sea capaz de producir la salud, ó sea el equilibrio, es preciso que sea capaz de producir un desequilibrio semejante al que va á curar. Falso, ó cuando menos, arbitrario; no se infiere.

De las aseveraciones de Hipócrates puede concluirse: las armas mismas porque la Naturaleza sufre son las que la aliviarán; donde está el padecimiento, allí está el consuelo; pero no esta ley: "curad las enfermedades por remedios que produzcan síntomas semejantes á los suyos." *Veratrum*, que en condiciones dadas ha sabido producir perturbaciones cerebrales, traducidas en enagenación mental, en otras ha sabido provocar las que se traducen por arreglo de la inteligencia; *Veratrum album*, que ha sabido producir diarrea, ha sabido curar el cólera; terror que supo imprimir locura, ha sabido quitarla; ¿qué quiere decir todo esto? que el desequilibrio que han llevado en tal dosis y en determinada situación, ha sido bastante en salud para enfermar y en enfermedad para sanar. ¿Pero cómo dar en conciencia un medicamento compuesto que si con una cantidad de veratrina y sabadillina, y tal acompañamiento, pudo producir un bien, cuando la veratrina y la sabadillina estén en cantidad distinta podrían causar un perjuicio de tanta magnitud como la muerte? ¿Cómo ir con una arma llamada terror á conmover un cerebro que si en condiciones dadas pudo equilibrar sus funciones en brusco sacudimiento, puede en otro terrible ocasionar una fatalidad? Estos hechos y otros muchos nunca establecerán una ley, sino cuando estén perfectamente alumbrados por la Química y encarrilados por la lógica; cuando los tantos y las oportunidades hayan podido marcarse, cuando el por qué de los éxitos esté perfectamente dilucidado. Además, lo que produjo el veratrum y el eléboro, otra variedad del veratrum y eléboro y otros medicamentos como ellos no lo producen; son admitidos por el mismo Hahnemann, como en otro lugar, se ha visto medicamentos netamente alopáticos; no es pues constantemente cierto que los remedios produzcan síntomas morbosos semejantes á los que combaten. De otra suerte, podría suceder á menudo lo que el adagio escarnece, "un clavo saca á otro clavo, y si no.........los dos se quedan." La vida humana merece sin duda más respeto que un pedazo de madera ó una pared en que un clavo se introduce.

Se dirá, la práctica homeopática lo comprueba diariamente; la práctica homeopática por desgracia no se encarga de esto, porque nada da.

Concluyo.

La ley de similitud patológica no está demostrada; nunca se han podido producir enfermedades artificiales con las cuales se intenta curar las naturales; ni los remedios producen *siempre* fenómenos morbosos semejantes á los que combaten, y aunque todo esto pasara, nunca los medicamentos son elegidos, atenta esa propiedad.

***

Unas cuantas palabras sobre asertos apuntados en la carta del Sr. Dr. Colín:

La ley de semilitud patológica está comprobada, corroborrada y sostenida por quince mil profesores. Y ¿qué? Si el número de sectarios significa mucho, enumérese los partidarios de la Alopatía Ortodoxa. Pobres Homeópatas y pobres Dosímetras si se aplica la regla.

La descendencia etimológica de la palabra Homeopatía yo no la inventé: puede el Sr. Dr. Colín verla aceptada por Gailliard en su "Ho-

meopatía vengada," desde la primera página; pero ni la defiendo; acepto la que da mi diestro adversario; donde sea conducente cámbiese enfermedad por sufrimiento.

La popularidad de la Homeopatía se debe al descrédito de la Medicina Tradicional y nada más.

Declaro improcedente el estudio del medicamento en el hombre sano, cuando no se espera de la Clínica la confirmación. La Homeopatía dice: este medicamento produce fenómenos semejantes á la enfermedad; luego este es el remedio de la enfermedad. La Dosimetría dice: este medicamento produce tales fenómenos en el hombre sano; este medicamento reproduce idénticos fenómenos en el hombre enfermo, llevándolo á la salud; este medicamento, al arsenal médico; comprobado y útil, por las razones expresadas.

La Dosimetría imita la forma de la medicación homeopática, si, señor; su pequeñez. (¿Vd. le llama pequeñez? yo le llamaría ausencia.) Pero su significación, su importancia, no, señor; y la mejor respuesta la da el Sr. Dr. Colín, renglones adelante: "*La diferencia entre estos gránulos es muy grande en efecto, y á varios de nuestros clientes hemos tenido que advertirlo para ponerlos á cubierto de los peligros que por más que se diga, hay en el uso tan franco de los alcaloides dosificados.*"

Y á propósito, ¿qué dice el Sr. Dr. Colín de los homeópatas que, como Guérin Méneville, sostienen que sujetándose á la ley hanemaniana se puede curar con dosis alopáticas ó con gránulos dosimétricos?

La dosimetría no cesa de pregonar que no es infalible; si entiende, que es matemática hasta donde serlo puede, en problemas tan arduos como los problemas patológicos, y se *encapricha* no en dar uno, ni doscientos, ni mil gránulos, sino los que basten para sanar al enfermo; y se *encapricha* en disputarlo hasta que se cure.........ó se muera. Esa gloria le pertenece en propiedad.

Responderé de paso á la carta de 8 de Marzo, en la parte conducente. La Dosimetría, como la Homeopatía, como todas las doctrinas médicas, han salido ó cuando menos han aprovechado los elementos de la Medicina Tradicional; la prueba está en que la Homeopatía busca su amparo en los testimonios de Hipócrates y Compañía.

Paso la descortesía (no le llamo de otro modo) al decir que de tal palo tal astilla. Ese adagio es falso. Cristo surgió de la rama impura de Salomón, y sin embargo, es y será el Justo por excelencia.

La dosimetría es el Eclectismo; pues esta aseveración vale tanto como si yo dijera el rey del Congo es el Papa León XIII.

¿Y esto abriga pretensiones científicas? (Esto es, la Dosimetría.) Si las tiene y las ostenta, ¿por qué enfadarse tanto contra lo que se cree que tan poco vale?

Espero las respuestas del Sr. Dr. Colín; le ruego que sigamos con todo respeto una cuestión que mucho alumbrará á todos nuestros compañeros.

FERNANDO MALANCO.

LA DOSIMETRIA

BAJO EL PUNTO DE VISTA DE SU OPORTUNIDAD Y DE SU PORVENIR.

TESIS inaugural sostenida ante la Escuela Médico-Quirúrgica de Oporto, por el Dr. Aureliano Cirne, y comentada por el Dr. Burggræve.

DEDICATORIA
AL CUERPO DOCENTE DE LA ESCUELA DE OPORTO,
AL EMINENTE PROFESOR BURGGRAEVE,
SU DISCÍPULO RECONOCIDO.

Prefacio.

Este discurso acaso parecerá una blasfemia; sin embargo, no tenemos la resolución de contradecir, en las cuestiones de orden terapéutico, *criterium* que preside y dirige nuestra educación académica.

Si hemos ido á escoger, muy lejos del programa oficial, una tesis que nos ha parecido la mejor, es necesario no tomar este hecho como una rebelión.

Este discurso es el producto legítimo de nuestro espíritu crítico: nuestras acciones, siempre dirigidas contra la rutina y las ideas preconcebidas, han sido y serán siempre el corolario de nuestros principios.

Hacemos un llamamiento á la conciencia moral de los que van á juzgarnos, con la certeza de que nuestra manera de discutir—que no ha parecido nunca excesiva en nuestras precedentes pruebas académicas—será todavía apreciada con la misma justicia.

Esta disertación ha sido escrita en algunas horas, divididas entre trabajos bien diversos; hemos hecho toda clase de esfuerzos para no salir de la cuestión técnica, y creemos presentaros el fruto de nuestra propia observación.

Es posible que hayamos dejado la línea recta ó que una perversión mental inconsciente nos haya hecho caer en el lazo de la utopia; "hemos recogido de este trabajo esta satisfacción moral de la creencia en el bién y de la confianza en lo mejor, y esta recompensa basta al modesto servidor del pensamiento." (1)

1 Pelletan, *profesor de fé del siglo XIX.*

(Continuará.)

TOMO I ENTREGA 7ª 1º DE ABRIL DE 1888

LA MEDICINA CIENTIFICA.

Director y editor, DR. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de 2ª clase.

"LA REVISTA MEDICA DE MEXICO."

Nos ha visitado el quincenario cuyo nombre encabeza este artículo.

Dicho periódico, según expresa su prospecto, es dirigido por el Sr. Dr. José Ramos y cuenta en el cuerpo de colaboración, entre otros médicos, á los reputados maestros Liceaga, Carmona y Valle, Lavista, Bandera, Rodríguez y San Juán.

Propónese la *Revista:* 1º *Dar cuenta exacta y circunstanciada de cuantos progresos realiza nuestra Escuela y el Honorable Cuerpo Médico de nuestra Capital.* 2º Patentizar á *todo el mundo científico el interés con que se ve (?) en México, el estudio de las Ciencias Médicas, ya que en Europa no se tiene formado de nuestra Escuela el elevado concepto que merece;* y 3º Resumir TODOS LOS PROGRESOS MODERNOS DE CARÁCTER VERDADERAMENTE PRÁCTICO para que los *posea el médico mexicano.*

Se advierte desde luego en las lineas transcritas, un vasto y preciosísimo programa. Sintetizar los adelantos de la Medicina; enseñar los progresos médicos mexicanos al mundo científico con la levantada mira del patriotismo, y proveer de una Biblia, á nuestros facultativos para que en ella *posean* todo lo *práctico,* es decir, todo lo que deban hacer, con la paz y tranquilidad en la conciencia. Es mucho más de lo que habriamos podido ambicionar, en tiempos como estos, en que el Raciocinio ha hecho, para bien de la Humanidad, cerner dudas sobre nuestras cabezas, y en que andamos precisamente en busca de puerto de abrigo para nuestro temor.

Bienvenida sea, al estadío de la prensa, la *Revista Médica de México;* la esperábamos hace tiempo. ¡Cuánto pensamos utilizar sus trabajos! ¡cuánta ventaja nos proponemos esprimir de sus elucubraciones! En ella de hoy más veremos nuestra brújula, y nuestro criterio, y nuestro Mentor, y todo el apoyo de nuestra confianza; en ella iremos á beber nuestras inspiraciones y á templar nuestra fé......

Pero.... quien llamó á nuestros más esclarecidos profesores *hombres de prestigio ¿de prestigio?* En nombre de México, y con toda lealtad, rechazamos la ofensa; Liceaga, Lavista, Carmona y Valle, Bandera, Rodríguez y San Juán, no son *hombres de prestigio;* son hombres de acrisolado mérito y valía; son las cruces de honor en el pecho de nuestra Escuela; son, y lo pregonamos con orgullo, médicos que á ciencia notoria y talento intuitivo singular, adunan la observación de muchos años y el empeño y el estudio, que justificadamente los han enaltecido entre sus comprofesores; son maestros, cuya bien asentada reputación *no puede ponerse en tela de juicio.*

A ellos precisamente y no á los *hombres de prestigio* deseábamos oir; tiempo hace, que deberían haber hablado; bastante falta nos han hecho, sus luces y su saber. Que hablen, sí, que escriban; no és la riqueza que conquistó su trabajo para ellos; es para la generación médica á quien se comprometieron á ilustrar; nos deben, nos deben, lo repetiré una vez más, nos deben sus enseñanzas; las oiremos con veneración, espondremos nuestras dudas con el mayor respeto, si las sienten justificadas, las resolverán. Ellos sí son capaces de darnos la Biblia que la *Revista* nos ofrece y cuyo ofrecimiento recoge-

mos; ellos sí pueden, con solo consagrar á los neófitos, momentos de su meditación, hacer muy provechosa á la humanidad su instrucción; ellos sí, harán cuanto sea conveniente, para libertar á los pobres enfermos, de las garras de una muerte anticipada.

. . . .

Pobres estudiantes, pasamos los años de nuestra educación médica, hurgando con la mayor curiosidad y esperanza todos los rincones del arte de curar, todas las sendas que los grandes Padres de la Ciencia y las pequeñas Rutinas de la práctica enseñan. La oscuridad era muy densa; marchábamos á tientas, remolcados por opiniones, muchas veces efímeras, de nuestros pedagogos, ó por textos de clásicos que la simpatía eligiera entre otros tan poco incontrastables como ellos. Seguimos ascendiendo en el estudio; unas veces, conmovidos por elocuentes y eruditísimos discursos, que pronunciaran maestros amantes á la floricultura dialéctica; otras, arrullados por los bostezos de fastidio de los tomadores de lecciones; otras, atentos á la voz de peritos que creyeron cumplir su misión, regalándonos de vez en cuando prácticas terapéuticas ó quirúrgicas, ó manipulaciones de tal ó cual vistosísimo aparato. Los principios fundamentales de la ciencia, las ideas madres sobre vida y enfermedad, la lógica farmacodynámica, todo esto quedaba en la sombra; la misma negrura, la propia incertidumbre para tratamientos con ciencia á la vez que con arte; nada diáfano; nada certero para combatir, matemáticamente si vale decirlo en Medicina, á la enfermedad; nada objetivo al fin del estudio. Tal vez más arriba, nos dijimos, y continuamos subiendo; ya se divisaba la cúspide de la carrera; ya dábamos los últimos pasos; íbamos á concluir; el diploma apareció; casos clínicos comenzaron á circunvalarnos; unos alegando que el enfermo sanó, y que el maestro *al cembalo* de aquella organización, era un sábio; otros diciendo que el paciente murió porque debia haber muerto, porque su médico no era Dios. Nunca nos expresaron por qué razón se esperaba á que el mal se entronizara, por qué se trataba así y no de otro modo, qué razón de preferencia tenía el tratamiento de H sobre el tratamiento de Z, que alteraban los alterantes, que tonificaran los tónicos. Jaccoud lo ordenaba, suprema causa; Velpeau lo quería, motivo precioso; pero ¿y la razón? Su autoridad, su intuición, su encumbramiento, esta era la razón. Es lo único que debíamos saber, ó tal vez que sabian los que nos enseñaban; esta era sola y toda la ciencia de los iniciados ó de los iniciantes también. No llegamos á ver más, ningún criterio más que el de la autoridad, el de la tradición; nuestra esperanza quedó burlada, esperábamos algo mejor.... El título en la bolsa, la ilusión perdida, el nihilismo en la inteligencia: hé aquí las conquistas destaradas que llevan los médicos al salir de la Escuela.

Vinieron los enfermos; la responsabilidad de su vida ¡qué cosa tan terrible! toda una enormidad cae sobre la cabeza; el sueño se ausenta; la jovialidad se acaba; vimos atravesar por nuestra imaginación, como por un kaleidoscopio enlutado, un tumulto de fórmulas luchando unas contra otras y destruyéndose entre sí; después, un conflicto de métodos, que espumaba por de pronto algunos de ellos, que luego se hacían insostenibles; luego, una vorágine, un caos de opiniones, exigiendo unas sobre otras preferencia, alegando éstas sobre aquellas mejoridad, y evaporándose al fin, aturrulladas por el Sentido común; la Lógica no encontró el punto de apoyo; la brújula estaba enloquecida; las apreciaciones no arraigadas, se disiparon; la desolación científica se hizo sentir, surgió el desaliento, amargó el desengaño; ¿qué quedaba que hacer? ¿qué quedaba? Pues quedaba bogar á la ventura, á palo seco, por donde la suerte deparase, por donde una conciencia, (?) la del más querido de nuestros

maestros nos condujera; ningún sendero tenía la seguridad apetecible, y no era lícito al que salía fulgurante de las aulas, pararse ó retroceder; ó médico sin norte cierto ó ignorante pregonado.

El amor propio, finísimo, como científico, ordenaba marchar; pues á poner la confianza en.... lo desconocido, en vez de la fé científica agonizante, y de la caridad conculcada; una práctica, la que conociamos más; una medicación, la más nueva y esbelta; una fé, la que el temor absorbió de la arrogancia magistral preferida y.... lo hubo todo; la suerte estaba allí para premiar la osadía; el porvenir para señalar con su dedo inflexible la reputación ó la obscuridad. ¿Quién fué Alejandro el Grande? ¿Quién César Augusto? ¡Al mar y viva la fortuna!

Hé aquí ya á un médico en el ejercicio de su profesión.

Pero ¿y la paz del alma? Pues á ésta hay que sostenerla con los inéxitos de los maestros, con las grandes derrotas de los grandes médicos; hay que divertirla, con sarcasmos á los compañeros y pullas á los farmacéuticos y extrañamientos á las familias; hay que confortarla con las curaciones tropezadas, con las ventajas llovidas, con lo favorable, ¿quién se acuerda de lo adverso? Esto la tierra lo oculta, y los atrasos científicos lo exculpan.

Sobrevive desgraciadamente y esto sí, no es remediable, la pena del Talión; tendrán que curarnos en nuestras enfermedades, con los mismos vacíos y por los mismos principios; tendremos que cosechar lo sembrado; el oso de Lafontaine nos asistirá en la cama del dolor; el grupo de rutinas cortejará nuestra pena; el gremio de los brebajes será nuestro consuelo; el alcance terrible ó nulo, pero indeterminado de nuestros recursos, contemplará nuestra angustia; no habrá que darnos más; se nos conforta con lo que quiso nuestra credulidad; no rompimos á tiempo como Espartaco los grillos; allí quedan quizá para convertirse en dogal de nuestra esperanza, en la última escena de nuestra vida.

Pero, ¿quién piensa en enfermarse y morir?

. . . .

Ahora bien; cuando las cosas están de esta suerte; cuando la razón convida, á dejar entre paréntesis y con interrogación los principios adquiridos hasta que nueva experiencia los saque del crisol de la prueba; cuando la Humanidad, impele á poner como simples postulados, las deducciones de los hechos, hasta que la lógica deduzca de ellos, solo el jugo debido; cuando la ciencia pretende, que entre tanta niebla, el único carril aceptable es el del buen sentir, precedido por las nociones elementales precisas. ¿Cómo no estimar en todo su valor, en toda su significación, en toda su importancia, el ofrecimiento hecho, con el nombre de maestros habilísimos de resumir se supone científicamente, y no índice en beneficio de los médicos mexicanos, TODOS LOS PROGRESOS MODERNOS DE CARÁCTER VERDADERAMENTE PRÁCTICO? En adelante, para santificar nuestra conducta, no habrá ya sino apegarnos, apegarnos lo mejor posible á las prácticas que se nos pauten: esas prácticas tienen que ser derivadas del raciocinio y de la observación, esos dos puntos cardinales, sobre que al decir de Baglivi, debe girar la Medicina. Las vidas de tantos séres humanos encomendadas á los médicos, estarán debidamente atendidas. Ya no será necesario buscar por nosotros mismos en las manifestaciones de la vida; ya no inquiriremos sobre la acción de los medicamentos y su entrave con las funciones orgánicas; marcharemos en pos de nuestros maestros, nutriéndonos con el fruto de sus afanes, de su talento y de sus observaciones, acatando como verdaderas ejecutorias las doctrinas que enseñen á nuestro disernimiento.

No apetecemos más.

Pero se nos invita á presenciar la *realización de los propósitos* halagado-

res apuntados, y bien lo necesita nuestra poca fé. Con el prospecto viene el primer número de la *Revista Médica de México*. Véamoslo; en él debe comenzar nuestra Biblia.

Cualquiera al leer solo el título de la publicación que nos ocupa, supondrá y con mayor derecho, después de lo ofrecido, que ella va á revistar los adelantos médicos de México para empezar aquel resumen, aquella síntesis que nos hará presenciar de un ojeo, la properidad de la Medicina Nacional y el robustecimiento de la ciencia Hipocrática. ¡Vana esperanza! El colega relata hechos de curaciones practicadas en México, una de ellas por un cirujano ilustre, é inserta en seguida, no un resumen, ni mucho menos una apreciación, sino una copia, larga en verdad, de párrafos de periódicos extranjeros.

¿Esas narraciones inician *la cuenta exacta de progresos realizados*, los conocimientos que debe ostentar el patriotismo al mundo científico ó la consabida Biblia del médico mexicano? Casos de curaciones sin doctrinas, hechos clínicos aislados, ¿esto hará *que se forme de nuestra Escuela el elevado concepto que ella se merece?*

Tal vez se haya pretendido que los lectores saquemos los corolarios convenientes; pero si es esto precisamente lo difícil, lo que corresponde á los maestros. Para decifrar los hechos se han necesitado talentos como el de Hipócrates, como el de Sydenham, como el de Cullen, como el de Hufeland. Solo ven en los hechos los que saben ver, los que tienen el hábito y el talento de ver, los que *tienen derecho á ver*, como dice Bordeu; los que no tienen tamaños para ver, aunque vean, nada consiguen. ¡Oh, si fuera tan sencillo exprimir de los hechos su genuina y sola significación; ellos serían nuestros maestros y de más estarían los demás. Somos médicos pero no maestros; á los últimos toca enseñar á las generaciones médicas que salen de la Escuela, y aun á nosotros, que en ellos miramos las ráfagas mosaicas de la superioridad.

Por otra parte, ¿en qué se distinguiría un periódico redactado por estudiantes, de otro redactado por médicos, y por médicos maestros, que ofrecen nada menos que un trabajo que deberá guiar en la práctica á sus compañeros, si solo se asentaran premisas dejando para los lectores las conclusiones? Quizá la humildad de los relatos, el desamparo del amor propio y la ingenuidad del detalle, hicieran preferentes los documentos clínicos de los discípulos.

No todos los médicos asistimos á las peripecias y significativos "pequeños detalles" de las *clínicas de los Hospitales* y de los *adelantos adquiridos por el ilustre profesorado de nuestra Escuela Nacional de Medicina;* razón de más para que los que se proponen que estos conocimientos lleguen á oidos de sus compañeros y que *posean* los progresos que ellos encierran, les den ciencia y sabor convirtiéndolos en enseñanzas. ¿Para qué los querriamos pautados sobre la vulgar y trilladísima rutina y sujetos á la interpretación del primero que los lea?

Hechos, hechos, está bien; pero decidnos qué quieren los hechos, cómo se interpretan los hechos, qué significan los hechos?

Hechos terapéuticos alega la Homeopatía y la Demonopatía, y la Amuletoterapía y la Taumaturgía. ¿Son hechos falsos? Pues ¿cómo se conocen los verdaderos? ¿Los que los adusen son ignorantes? Atreveos á llamar impostor á Hipócrates, y á Stal, y á Van Helmont; apostrofad con esa ofensa á San Justino, hablando de Simón de Samaria; á Tácito, refiriéndose á Apolonio de Thianes; á Jamblico, á Porfirio, á Plotin; decid ignorante al parlamento de Rouen y á los papas Julio II y Adriano IV; decid ignorantes á Mesmer y á Braid; blasfemad contra la Biblia y la Historia.

¿Todos dicen verdad? ¿podemos seguir el credo que de ellos derive, la doctrina que de ellos se infiera? ¿Todos asientan lo cierto? Entonces ¿por qué se contradicen? ¿puede existir algo y á

la vez no existir? Entonces ¿para qué es la lógica, para qué el sentido común?

Dadnos un criterio para juzgar; que él preceda al precioso resumen que quereis entregarnos, si no cuadra tomaros el trabajo que deberíais en interpretar los hechos.

Es necesario hacer patente *al mundo científico el interés,* no solo con que *se vé,* sino que alcanzan, que tienen *las Ciencias Médicas en México,* ya que *en Europa no tienen formado de nuestra Escuela* ni del Honorable Cuerpo Médico de México, el *elevado concepto que se merece;* es necesario que el mundo científico vea que las doctrinas que nos llegan de Europa, son tamisadas con ventaja para la instrucción médica, á través del cerebro de nuestros profesores; es necesario que el mundo científico comprenda que no se practica en México pasivamente la Medicina, así como se le puede demostrar que los cirujanos de México inspirados, han *modificado y simplificado algunos procedimientos operatorios de las Escuelas Francesa, Inglesa y Alemana,* hasta el *grado* de haber hecho de ellos, no *una adquisición para la Ciencia,* sino una reforma diestra y ventajosa para la misma.

Se quiere que el médico mexicano posea en una sola publicación un resumen de *todos los progresos modernos de carácter verdaderamente práctico.* Tomamos la palabra; en tal programa están comprendidas toda la Medicina y la Cirujia modernas; toda la novísima ciencia de curar.

Carácter verdaderamente práctico tienen las discusiones sobre credo médico, sobre sistema curativo, sobre manera de entender la salud y la enfermedad, sobre oportunidad, eficacia y motivo de los medicamentos; carácter verdaderamente práctico, tiene saber el sendero por donde se debe marchar en las apreciaciones profesionales, el modo de valorizar los planes curativos, el intento que se va á plantear en los casos clínicos. El Médico no obra á ciegas; no es un autómata que voltea, alza, quita y pone porque á ello lo obligan resortes; es un perito que examina de tal modo porque lo guía tal motivo *práctico;* que interpela de tal manera porque desea tal objeto *práctico;* que prescribe tal cosa, porque pretende tal otra *práctica.*

Todo en el médico tiene carácter verdaderamente *práctico;* solo que cambie su papel por el de naturalista, tendrá algo de especulativo su afán; pero todos los conocimientos y progresos médicos tienen como objeto curar, y todos ellos sin excepción, tienen un carácter verdaderamente práctico.

El plan, pues, elegido por la *Revista Médica de México,* no puede ser más urgentemente necesario. ¡Ojalá que en lo de adelante, bien penetrada de su importancia, cumpla, como puede cumplirlo, dadas las inteligéncias con que cuenta, todo lo que al público tiene prometido!

FERNANDO MALANCO.

¿EL AIRE ES UN ELEMENTO ESPECIAL é INDEPENDIENTE?

UTILIDAD DE RESOLVER EL PROBLEMA.

Artículo leido por su autor en la Academia de Medicina de México.

No todos los filósofos en la antigüedad se conformaron con la existencia del aire como elemento especial; algunos sostenían, que la envoltura gaseosa de la tierra está formada por los productos de la respiración de nuestro planeta, entre otros, los griegos, que por esto la llamaron atmósfera, que quiere decir, "esfera de las exhalaciones." Los que así opinaron decían que las plantas y los animales son parásitos de la costra terráquea, que respiran, viviendo de la respiración de la tierra.

La cuestión está lejos de ser resuelta, como pudiera suponerse; los fundamentos de los incrédulos no se han derruido con los siglos; sus objeciones permanecen en pie, y sus raciocinios aun pue-

den alegarse, porque, que yo sepa hasta hoy, ni siquiera han sido tomados en consideración.

Y sin embargo, el problema que parece solo de nombre, es de altísima importancia, pues que su resolución, como se verá en la oportunidad, esclarece puntos obscuros en el origen de enfermedades que agostan muchas razas, que merman el vigor de pueblos numerosos, y que, no pocas ocasiones, exterminan ó ponen en fuga á naciones prepotentes.

Tomemos la cuestión desde su base.

***

Demócrito había previsto, Newton demostró, y el microscopio ha venido á corroborar, que la porosidad pertenece á la materia, acaso, acaso tan esencialmente, como la extensión y la solidez, pues que no hay líquido por homogeneo que se suponga, gas por condensado que sea, ni cuerpo por duro que parezca, ni la piedra más compacta, ni la madera más resistente, ni el metal más denso, ni el diamante, ni el ébano, ni el oro, que no tengan entre sus moléculas intersticios numerosos, amplias lagunas, vacíos incontables que los trasforman en verdaderas esponjas, que los convierten en agrupaciones atómicas, cuyos elementos, están entre sí unos de otros separados, á distancia, y mantenidos en el espacio, por recíprocas atracciones y repulsiones.

Y si se recuerda que los átomos son tan pequeños, que no crecen bajo nuestros más potentes microscopios; que no hay medida para medirlos, porque en lo pequeño no la tienen como en lo grande no la tiene el espacio; ni número para expresarlos, porque cualquiera que indique fracción á nuestra mente apreciable, sería totalmente inexpresivo; que nunca hubieran podido demostrarse, si los fenómenos físicos y químicos no los hubieran revelado; que se hacen solo ostensibles, cuando se congregan en gigantescas balumbas, en los centenares de centenas de billones que llamamos cuerpos, pues cuando están aislados son inexcrutables, invisibles é impalpables; si se atiende, á que el radiómetro demostró y la Biología y la Química comprueban, que hay un movimiento intestino sempiterno en los cuerpos; que átomos idénticos viven siempre semovientes, ligeros, impetuosos, en agitación, de prisa, al vuelo, haciendo solo posas y no mansiones, que apenas permanecen en un sér el tiempo que necesitan para volar á otro, que cambian constantemente de lugar, de combinación, de forma, conexando, cambiando ó variando con la fuerza que les es peculiar, las fuerzas á las que se juntan, hasta dar como resultado un esfuerzo, un pensamiento ó una voluntad, que tan pronto quedan en lo humilde, como ascienden á lo grandioso, tan pronto cooperan á formar un polvito de nuestra ropa, como material de la partícula de una estrella, tan pronto se ocultan en la ruga obscura de una concha, como forman parte de una moleculilla que con un destino y una vida emigra á Casiopea.... puede sin exageración decirse, que la porosidad aleja con espacios infinitos á los átomos, que los cuerpos, no son agregados atómicos compactos, sino enjambres de abejitas, parvadas de diminutísimos pájaros que entre sí separa un infinito, su infinito, y que solo se relacionan, por el océano de fuerzas que se llama éter, y que es entre ellos el mediador común.... puede sin hipérbole asegurarse que los cuerpos son archipiélagos, constelaciones de pequeños globos á distancias considerables unos de otros, del propio modo que los planetas y el sol en el espacio, que giran en órbitas propias, de cuando en cuando conmovidas por fuerzas relativamente y para ellos sobrenaturales, que determinan la marcha de tal planetilla á otro sistema solar ó la expulsión de tal ultramicroscopio cometa, espumado por la osmosis, á otros mundos, á otros espacios, á otros cielos, para que formen parte de otros séres or-

ganizados ó inorgánicos, ó lo que es lo mismo, de otros universos.

La porosidad es propiedad admirable de lo materia; explica no solo la compresibilidad de los cuerpos y su vuelta á estado normal, no solo la contracción en el frío y la dilatación en el calor, no sólo la espansibilidad de los gases y su condensación, no solo la densidad de los líquidos y su fluidez, sino mucho más, explica la vida íntima, la vida propia de los individuos, la vida peculiar á cada conjunto viviente; razona muchas comunicaciones, y amistades, y simpatías, y ensueños, y tal vez, tal vez, los pensamientos concertados, la previsión, la sugestión hipnótica y en vigilia, la trasmisión del saber, y quién sabe si algo más.

Cada cuerpo en la naturaleza, es un espacio en donde giran en órbitas definidas, y por tiempos, si para nosotros rapidísimos, para ellos seculares, átomos infinitos, ralamente dispersos, que dejan entre sí vasto campo, no se diga para que atraviese el éter, ante quien desde los soles hasta las moleculillas son abiertas redes, sino la luz que debe colarse para espolear el movimiento vital en sus espacios, como la luz de nuestro astro rey inicia y empuja el movimiento del grandioso engranaje de las tierras de nuestro cielo.

El espectroscopio dice, que los mundos que pueblan el firmamento son de la mismas sustancias materiales que conocemos, y que en ellos, residen las mismas formas del globo que nos sustenta, é idéntica vida á la de que nosotros disfrutamos; el telescopio revela, que esos puntos brillantes que ruedan por el zodiaco, son como nuestro planeta, ensamblamiento de rocas y tierra, que como él, llevan un poco de humedad en su superficie, y que como él, se envuelven en gases de su propia respiración.

La vida penetra en todas partes; no hay un solo rinconcito en el universo, un atomillo, al parecer perdido, que ella no visite, que ella no mueva, á que ella no acuda: tan pronto se la halla en las profundidades de la extensión sin linderos, como en las tenebrosas regiones del océano, como en el seno de la costra terráquea, como en las entrañas de los animales, como en las celdillas de los vegetales, como dentro de los microbios.... como allí donde ni lo sospecha ni lo adivina el alcance de nuestros más pujantes instrumentos de óptica.

Y la porosidad es uno de sus más grandes recursos; los poros son los túneles por donde circula el movimiento, los senderos por donde acuden los esfuerzos, las vías por donde salen á destierro las moléculas inconstantes, las rutas que llevan á los átomos movedizos. Los poros, son los sitios por donde se cruzan las fuerzas, por donde se tejen las energías, por donde se encadenan y congregan los resultados. Los poros son las mil y mil ventanas por donde se asoma la vida, los mil y mil puntos de observación por donde atiende á toda emergencia, las mil y mil entradas por donde se precipita en cualquiera necesidad.

Por los poros se pasean los individuos típicos ó inmortales, envueltos en su etérea capa, transitan esos matrimonios de elementos que se quieren y que solo puede divorciar la Química, y discurre el Fuego de la vida, ora trasformando en calor, ora en magnetismo, ora en movimiento.

En los pasillos que forman los poros se amoran y repugnan, se declinan y conjugan incesantemente los elementos; en los corredores que forman los poros se buscan y se repelen, se traban y se separan, se quieren y se odian sin tregua las moléculas; en las amplias galerías que forman los poros, las corrientes cosmogónicas atraviesan sin cesar tomando gérmenes, disgregando individuos, llevando recursos y canjeando materiales.

Por los poros, sale en periódicas opor-

tunidades, durante nuestra existencia, todo el material que formara nuestro organismo, y acude otras tantas la Fuerza cargando el material nuevo para restaurarlo ó reconstruirlo; por los poros siguen dos corrientes impetuosas, la que arrebata molécula á molécula nuestro sér, y la que molécula á molécula repara las pérdidas que la primera ocasionó.

Las fuerzas circundan y envuelven, penetran y enfurten, saturan y empapan á los cuerpos por la porosidad. La porosidad facilita los cambios en cuanto existe; establece la comunión de la vida individual con la vida universal é íntima, y relaciona todo el universo formando de él una inmensa persona.

Por la porosidad se conecta directamente la celdilla de nuestro órgano más insignificante; con Cinosura, la roca más escondida en el abismo del mar, con los soles de remotísimos cielos y el átomo céntrico de Sirio con el vuelo de la golondrina que se arrastra por nuestras calles. En los poros se verifica el concierto de los movimientos, el conflicto de las actividades y la resta de las energías.

No se puede decir propiamente que los séres organizados se distinguen de los inorgánicos por su alimentación, pues que aquellos se nutren de dentro afuera y éstos aumentan por de fuera; la porosidad lo veda; los séres inorgánicos se distinguen de los organizados en que estos últimos son asociaciones zooníticas, colonias de individualidades, agrupaciones de séres vivientes que forman una individualidad viviente, federación de suborganismos que viven en vida común.

***

Nuestro globo vive suspendido en el éter y arrastrado por el espacio por la mano vigorosa del sol; en su camino recibe poco más ó menos sesenta toneladas diarias de materias cósmicas y partículas meteóricas que aumentan su masa y que quizá le traen nuevo vigor de las estrellas; y de tiempo en tiempo lanza por boca de sus volcanes bólidos y meteoritos que á no dudar caerán sobre los cuerpos de sus hermanos de la familia solar; así verifica su cambio ostensible de moléculas, ese cambio que constituye la vida en cuanto existe. Además, el éter lo impregna con la virtud de lo desconocido, el calor del gran Thermios pone en movimiento toda su máquina, y la luz lo obliga á presentarle todas sus caras ostentándose y encarnándose por así decirlo en todas partes para alimentar su vida.

La tierra es un verdadero organismo; tiene su esqueleto granítico, su espina dorsal de sierras y picachos que la recorren de uno al otro polo; su corazón en el fuego central; su circulación arterial y venosa en las corrientes subterráneas de las aguas saladas y dulces, su pulmón en los volcanes, y su transpiración cutánea en los gases, en los vapores, en los productos gaseosos todos, que la envuelven con una capa tan pronto trasparente como de negro manchada, de un céntimo del espesor de su radio.

Un caballo vigoroso y joven, dice Voltaire, cuando es llevado sudando á su caballeriza en tiempo de invierno, está rodeado de una atmósfera mil veces menos considerable, que la que rodea y penetra nuestro globo con la materia de su propia respiración.

El fuego, alma universal, que indudablemente lo penetra todo, hasta las piedras, hasta la nieve, es quizá el autor, la causa de las exhalaciones y vapores de que continuamente estamos rodeados, vapores, transpiración, exhalaciones que se escapan sin cesar por poros innumerables que tienen ellos mismos á su vez poros infinitos.

***

Los productos de la respiración de la tierra, únicos á que en el caso vamos á concretarnos, pueden clasificarse en substancias espansibles ó elásticas (oxígeno y nitrógeno) que no son liquidables por frío alguno conocido, y substancias que se disuelven en las prime-

ras sin quitarles ni su transparencia, ni su espansibilidad; pero que el frío y otras varias circunstancias pueden precipitar en forma de lluvia ó de niebla.

Los lugares inmundos y cenagósos, los cementarios, los pantanos y las ciudades sucias, dan exhalaciones pestilentes, llevan azufre, arsénico, hidrógeno, y esporos de plantas dañosas, á distinción de las de las montañas y bosques, que son ricas en oxígeno y en ozono, angel exterminador de las micróbidas que nos dañan.

Las exhalaciones más densas, y es lo natural, están inmediatamente reclinadas sobre la superficie del suelo, y las menos densas reposan sobre las primeras; no se necesita para bien comprender esto, ni siquiera contrapesar, como lo hacen los autores de física, la elasticidad con la pesantez.

Las exhalaciones forman un mar dentro del cual vivimos sumergidos, que comprime de todos lados, encasquilla y abraza nuestro globo, y que nos mantiene adheridos contra la costra terráquea con una fuerza que parece incomprensible. Ese mar da para la vida vegetal y animal todo cuanto contiene, y ya formados los vivientes, constantemente los baña con baños de energía, los cobija contra los ardores del sol y tamiza finísimamente la luz que deben absorber para el entretenimiento de su existencia y su actividad.

Las exhalaciones suben á algunas millas sobre nuestras cabezas, se mezclan, se transforman, se separan; las variadas temperaturas las empujan, formando corrientes que espuman, que segregan las mortíferas de las saludables; después la lluvia se encarga de precipitar aquellas; los relámpagos, de purificar ó de cambiar el ambiente de la vida, y entonces las más finas ascienden, las más densas descienden, formando así esos rápidos que entretienen y pulimentan la vida sobre la costra terráquea, acudiendo á las necesidades de los pobres parásitos que de esos productos medran, á la vez que destruyen á los vegetales, y gastan y consumen á los animales para conservar siempre y de modo preferente la vida universal.

Las exhalaciones secas, tenues y elevadas forman el azul del cielo, y por contraste de óptica el verde del mar, é impregnadas de azufre, son el lecho del rayo y el aliento del relámpago. Las exhalaciones húmedas forman las nubes, esas viajeras incansables que recorren los ámbitos de la atmósfera, llevando en bombitas de cristal, agua fecundante que el enfriamiento ó la saturación lanzarán sobre la superficie del suelo, y que transformadas por la altura ora en plumoides copos de helado cirro, ora en proteicas agrupaciones de blanquísimo cúmulo, ora en muelles paralelas de perezoso estrato, ora en el pesado nimbo de albas franjas y negro fondo, Sinaí del relámpago y alcoba de la tormenta, barren, purifican y espuman las exhalaciones secas, que son las que aprovechará la vida de los habitantes terráqueos, y predicen de paso, tumultuosas y atropelladamente fugitivas la tempestad, mansas y colgadas al cuello de las montañas la lluvia, volantes y juguetonas el tiempo bonancible, compactas ó aborrascadas, greñudas ó epilépticas, el huracán, formando en todos casos dosel del cielo que abriga nuestro globo de los ardores del astro rey y tiende espléndido cortinaje para moderar el calor y evitar la sequedad de los diversos sitios geográficos: cuando el equilibrio atmosférico está destruido, esos vapores se transforman en monstruos marinos, en terribles trombas, que chupan en la náyade de los grandes lagos ó beben á sorbos, balumbas de olas del mar y se trasportan á enormes distancias para ir á sembrar el espanto y la destrucción; pero á la vez para cambiar la situación, dejando rico y odorante ozono que purifica el gran medio de la vida.

Las exhalaciones y vapores debajo

de la costra terráquea producen por su dilatación los temblores de tierra, ruidos subterráneos tremendos, destruyen y erigen montañas, arrasan las ciudades, cortan y reforman los continentes, reducen y cambian el fondo de los mares, son las señoras del mapa y de la topografía terrestre. Las exhalaciones y vapores dilatados en el seno de la costra terráquea, hacen brotar á los volcanes, cíclopes titánicos de cabeza de nieve, embozo traquíteo y piés de basalto, principales chimeneas del gas ácido carbónico que alimenta la vegetación y por consecuencia nuestra vida, y respiraderos del gas ácido sulfuroso, que purifica nuestro espacio y que preserva y cuida de nuestra existencia.

Las exhalaciones terráqueas refrescan nuestro pulmón y vivifican nuestra sangre; ellas con las que tamiza nuestra vida, forman el alimento de las plantas; ellas, con las que tamizan las plantas, acuden á nuestra vida y á nuestro bienestar.

La falta de exhalaciones secas y elásticas ó vapores muy densos y sulfurosos apagan el fuego; la falta de las saludables emanaciones de la tierra y de los mares, es la asfixia, es la sofocación, es la muerte para los animales de orden superior á que pertenecemos.

Pero vais á decirme que estoy dando como probada la probanda, que estos resultados son efectos de la presencia ó falta del aire atmosférico, y que éste no es el mismo que las exhalaciones.

Entremos á la cuestión.

***

El aire no es necesariamente admisible, desde el momento en que todos los fenómenos que á él se refieren pueden explicarse cómodamente sin él y solo con las exhalaciones terráqueas; ahora bién, nada puede decirse de aquel que no pueda decirse de las últimas.

Las exhalaciones terráqueas son pesadas como el aire, se condensan como él, no tienen elasticidad cuando están en equilibrio como él, y producen grandes efecto por su dilatación como él.

En cuanto á su composición. Las exhalaciones terráqueas tienen idénticos elementos que el aire: oxígeno y nitrógeno como elementos indefectibles, y vapor de agua, gas ácido carbónico, hidrógeno sulfurado ó arseniado, como elementos variables.

El oxígeno es exhalado por la tierra por intermedio de las plantas; éstas van con sus raíces á absorber de los lugares donde se implantan productos que descompone, en las mallas de su tejido, la Química, y que, urgidas por el calor del sol, entregan bajo forma de oxígeno. El elemento que más importa para nuestra vida, nos viene previo trabajo de los vegetales, para conseguirlo. Prueba nueva de que la vida es una lucha, de que los parásitos son propiamente imposibles, de que el trabajo es ley, y suprema ley universal, y que el que rechace el trabajo como fastidio, como bién dice Victor Hugo, lo tendrá como suplicio. Es arduo trabajo conseguir el aire vital, lo es obtener la sustancia vital, lo es absorber la sustancia vital. Si la vegetación desapareciera de la tierra, muchos de los animales, y entre ellos nosotros, no tardaríamos en desaparecer.

El nitrógono escapa por los poros de la tierra; allí donde su mezcla con el oxígeno no es expedita, como en los subterráneos, su exhalación acumula notables cantidades; es él el que los mineros llaman *Mofeta*. La respiración de los animales todos, también suministra de él abundantes proporciones.

El gas ácido carbónico se desprende espontáneamente del interior de la costra terráquea; en los días calientes y tempestuosos de estío se eleva á buena altura en los pozos, mientras que desciende y á veces desaparece completamente en invierno, durante las noches frescas, y en días ventosos. Los volcanes lo producen abundantemente: algunos hay, como el Cotopaxi, que solo él exhala diez veces más que la pobla-

ción de París toda entera. La respiración de los animales y el sueño de las plantas, dan también de él notable contingente. En las cuevas y en los sótanos abunda.

Del vapor de agua hablé ya en otro lugar; cualquiera asiste diariamente á su levantamiento de las superficies de las tierras húmedas y de los lagos.

Además de estos productos, gases especiales se exhalan de puntos determinados.

El gas hidrógeno carbonado se escapa especialmente de las hulleras y se mezcla con el gas ácido carbónico y el nitrógeno. Es al que se ha llamado grisú, fuego grisú ó fuego salvaje.

El gas sulfídrico se eleva de los comunes, de los caños, de los pantanos; las aguas de las atarjeas roban buena cantidad de oxígeno para alimentar la putrefacción, y exhalan además nitrógeno y gas ácido carbónico en abundancia; las aguas de los pantanos desprenden, además del gas sulfídrico, nitrógeno, hidrógeno protocarbonado, gas ácido carbónico y algo de hidrógeno fosforado.

La sangre y la carne frescas exhalan partículas nutritivas de efecto útil bien aparente en los carniceros; las carnes corrompidas respiran gases, óxido de carbono, hidrógenos fosforado y carbonado, ácidos sulfúrico, carbónico y acético, amoniaco y efluvios ó partículas de carne corrompida; las de los cadáveres de personas que murieron por enfermedades virulentas exhalan esos virus, capaces de inocular la enfermedad relativa; los panteones exhalan los productos ya relatados de la carne corrompida; los hombres y animales, además de los productos propios de sus respiraciones, desprenden miasmas que según su clase son infecciosos ó contagiosos. Pero á dónde voy, ¿qué producto, uno solo, hay en el aire atmosférico que directa ó indirectamente no le sea entregado por la tierra? Ninguno, absolutamente ninguno; á no ser las partículas cósmicas, los bolidos, etc., que por lo demás, tampoco han sido ni pueden ser atribuibles al aire como elemento especial.

El aire de los mares es menos oxigenado que el de las tierras; el aire de las tierras es menos cargado de vapores que el de los mares; natural todo esto y fácilmente explicable: los vientos, ó sean las corrientes producidas por el diverso calentamiento de las exhalaciones, se encargan de llevar á los mares oxígeno para que respiren sus habitantes, y de conducir vapores á las tierras para que se nutran los suyos; esta permuta acude á las necesidades de la vida en ambas partes.

Pero podría probarse que el aire no existe como elemento especial, y vamos á intentarlo.

***

Nosotros presenciamos que se elevan de la tierra vapores y gases, grises unos, otros blancos, otros azules, otros negros, y asistimos muchas veces bajo un sol reverberante á la producción de una especie de oleaje gaseoso, casi diáfano, vapor tenuísimo que sale de la tierra animado de un movimiento vibratorio.

Si el aire no fuera transpirado incesantemente por la tierra, buen tiempo há que lo habrían consumido la Física y la Química, cada cual tomando lo que le es necesario para sus funciones y gastos. Si el aire no fuera exhalado por la piel terrestre, incesantemente y á medida que se consume, buen tiempo hace que la vida se habría apagado en nuestro planeta ó que se habría constituido de algún otro modo en acuerdo y obediencia á la vida universal.

Si el aire no estuviera constituido por las exhalaciones terráqueas y de los moradores terráqueos, sus moléculas quedarían verdaderamente enrarecidas entre los densos vapores y exhalaciones; tal vez se perderían, quizá y sin quizá, no podrían comprobarse, ni por tanto la existencia del aire.

En la suposición de exhalaciones terráqueas se pueden explicar muchos

fenómenos físicos que no se explican con el aire; por ejemplo, la propagación del sonido, la propagación de la luz; si se consiente en que molécula cualquiera de exhalación puede ser emisaria del sonido ó de la luz, toda dificultad desaparece; pero si se quiere forzosamente conducir uno ú otra en alas del aire, la explicación infinitas veces es imposible. Si se supone un templo, un teatro, un salón, densamente lleno de devotos, ó de danzantes, ó de espectadores, muy alumbrado y perfumado, todos los ámbitos de su espacio estarán perfectamente llenos de los productos de las respiraciones de todos, de partículas de cera, ó estearina ó gas líquido, de moléculas de perfumes; ¿dónde estará el aire antes allí contenido? Seguramente en una subdivisión profunda, desgarrado, desgreñado, tal de sus moléculas por aquí, tal otra por allá. Embárquese sonido ó luz en alguna ó algunas de esas moléculas; por allí andará una cargada con un do, por allá otra sin que sepa qué hacer con un fa, porque las compañeras á quienes deberían entregar el fardo no parecen, una por estar aprisionada dentro de una nube de incienso ó de humo de tabaco, otras por estar al lado opuesto de un bostezo, otras por haber retrocedido hasta la cornisa de una pilastra; los dos, y los mis y los res desatentados por llegar para producir tal efecto y no pudiendo conseguirlo sino conforme las circunstancias lo permitan. ¡Pobre Rossini, infeliz Bethowen! Sus dulcísimas notas, desquebrajadas por los tropiezos ó enmudecidas por los oleajes de exhalaciones despreocupadas, irían á herir que no á deleitar el tímpano; irrupciones de notas sin orden, cadencias sin gracia, en suma, fragmentos, y hasta esto, maltrechos, hé aquí cuando más lo que quedaría de tanta belleza.

Y la luz ¿cómo se distinguiría? Moléculas cargadas con vibraciones exquisitas detenidas bruscamente por el aire aspirado en un estornudo, allá caerían sin vigor ó con movimiento convulsivo; ó descarriadas seguirían en zig-zag á ver si llegaban al ojo del observador, y en el caso, si muchas herían á un tiempo, cuando deberían haberlo hecho en detall, la vista de los asistentes sufriría crueles ataques; ó bien, escondidas detrás de molécula no diáfana, ni oxígeno nitrogenado, se eclipsaría á las miradas cuando menos por momentos determinados. Al contrario, si toda, si cualquiera molécula tiene aptitudes conductrices, si encargais á las exhalaciones del negocio, el servicio es rápido é imprescindible, no hay cuidado cualquiera que sea el encargo que se les confiera.

Newton tenía razón cuando al finalizar su óptica expresó que *las partículas de una substancia densa, compacta y fija, adherentes por atracción, enrarecidas difícilmente por un extremo calor solar, se transforman en aire elástico.*

Sigamos diciendo: el aire está puro ó sereno porque la frase está consagrada para explicar el pensamiento, pero notemos bien lo que ella quiere decir para saber á dónde deben referirse las enfermedades que en gran número atribuimos al aire atmosférico, personal.

El aire atmosférico, más aún, la atmósfera, es el producto de la respiración de nuestro globo; existe porque existe, mejor todavía, porque vive, nuestro globo; tendrá que ser, mientras el globo nuestro y todos los que como el nuestro estén constituidos, respiren.

***

Por lo demás, la utilidad de tal distinción es inmensa.

Si se sabe ya de dónde viene y qué es el aire, se atribuirá debidamente la insalubridad de Roma á las aguas pantanosas que formaron los antiguos acueductos de agua potable hoy destruidos; la del pueblo bajo de París, á los cementerios junto á los cuales se aloja y vive; la de México, á su pésimo sistema eferente y al terreno cenagoso sobre qué reposa.

Si se sabe ya de dónde viene y qué

es el aire, se hallará la razón de que la fiebre amarilla haya sentado sus reales sobre las riberas del Golfo de México y de las Grandes Antillas, sobre la costa occidental del África, á la embocadura del Gambia, en el Senegal y en las islas del Cabo Verde; se encontrará por qué Cette y Frontignan se están despoblando, por qué reina el escorbuto y las enfermedades catarrales en Rusia, y en Dinamarca, y en Pomerania; por qué las perniciosas, la púrpura y la miliar en Hungría; la disentería y la albuminuria en Inglaterra, la escrófula en Egipto y en Perú las enfermedades cutáneas.

Si se sabe ya de dónde viene y qué es el aire, se comprenderá bien por qué se ha puesto la cuna de la peste en las bocas del Nilo; la del cólera en la desembocadura del Ganges y la fiebre amarilla en las vertientes del Missisipi.

Por último, si se sabe ya de dónde viene y qué es el aire, fácilmente se explicará cómo á veces un solo foso ha bastado para impedir el ingreso de una enfermedad terrible, como el cólera y como la peste carbonosa de Marsella.

***

Encontrar el verdadero origen del aire, saber qué respiramos y de dónde vienen males funestos, es fijar la atención de la Ciencia allí donde es necesaria, es orientar los cuidados de la administración allí y solo allí donde pueden ser ventajosos.

FERNANDO MALANCO.

LA DOSIMETRIA

BAJO EL PUNTO DE VISTA DE SU OPORTUNIDAD Y DE SU PORVENIR.

TESIS inaugural sostenida ante la Escuela Médico-Quirúrgica de Oporto, por el Dr. Aureliano Cirne, y comentada por el Dr. Burggræve.

(Continúa.)

PRIMERA PARTE.

Valor terapéutico de la farmacia.

Es todo lo que yo procuro hacer: el vivo placer de un espíritu que trabaja, consiste en el pensamiento del trabajo que los demás harán más tarde.

H. TAINE.

Bien largo y bien extenso es el período de experimentación y de crítica por que ha pasado la terapéutica desde las primeras tentativas de sintetización hasta las aplicaciones metódicas del arte contemporaneo. Parece que el trabajo acumulado por tantas generaciones debería haber construido sobre sólidas bases, al menos, una doctrina que pudiese dar, por su aplicación, la mayor parte, si no la totalidad, de lo que la opinión sensata reclama, de las colectividades médicas.

Sin embargo, no es así. Y mientras que los progresos de la química y de la biología extendían desmesuradamente el campo de la experimentación terapéutica, ya enriqueciendo los arsenales farmacéuticos, ya revolucionando por el choque del experimentalismo las nociones tradicionales de la *vida* y de la *enfermedad;* en presencia de conquistas tan positivas, visiblemente fecundas y durables, no es la terapéutica la que ha llevado triunfalmente los trofeos de la victoria, estableciendo las leyes fundamentales de la gran biblia del clínico: es la cirugía operatoria la que ha visto el arte de curar esclarecerse con luz siniestra, por la demostración incontestable de la impotencia definitiva de los procedimientos médico-terapéuticos.

Así Malgaigne ha podido proclamar en la tribuna de la Academia de París y sin levantar protestas: "Ausencia completa de doctrinas científicas, ausencia de principio en la aplicación del arte, empirismo en todo." Y Claudio Bernard: "Desgraciadamente no hay terapéutica en el estado actual de la ciencia médica;" y Marchal (de Calvi), en la *France Medicale et Therapeutique:* "Construimos una torre de Babel, ó menos aún, puesto que no construimos nada."

En medio de esta indisciplina, característica del espíritu clínico, la obra de los dosímetras ha podido introducir, en la farmacia y en la clínica, una dirección tan práctica como positiva. Burggraeve ha podido hacer racional la terapéutica médica y realizar un grandísimo progreso en el arte clínico, poniendo freno á los absurdos y á los excesos de la farmacia oficial; pero el problema clínico, en el más amplio sentido de la crítica, queda en pie majestuoso é impenetrable.

Más tarde haremos al ilustre profesor de la Universidad de Gante, de quien nos honramos en ser discípulo, toda la justicia que merece su grande inteligencia y su extraordinaria

consagración á la humanidad. Por el momento diremos solamente—sin que esto pueda llevar sombra á nuestros valientes correligionarios—que la obra de Burggraeve, aunque haya resuelto en un sentido la cuestión terapéutica en el campo en que ella se debate, se halla viciada por un grande error, en el cual se han estrellado todas las tentativas de este orden.

Desde el momento en que un hombre intenta dar á su semejante un *remedio*—más ó menos en el sentido farmacéutico—para aliviar sus sufrimientos, sin exceptuar la gloriosa reforma dosimétrica, parte siempre de un principio que, al menos en nuestro sentir, no ha sido nunca negado ni demostrado. Este principio es el siguiente: Intentar curar un enfermo con un *remedio* es una cosa legítima. De tal suerte que cuando la patología ha fijado y definido un cierto estado morboso, el trabajo del clínico se reduce á encontrar en el arsenal farmacológico la sustancia que debe aplicar y el método que debe presidir á esta aplicación.

Hay aquí evidentemente error de parte del autor. La dosimetría no mira á la enfermedad sino al enfermo; por consiguiente, no emplea el remedio en el sentido farmacéutico ó específico, sino,—como lo ha hecho muy bien observar el difunto Dr. Marchal (de Calvi) al principio de la dosimetría—un conjunto de medios que deben restablecer el equilibrio de las funciones. Por esto se la ha reprochado ser una polifarmacia, mientras que en realidad ha destruido el sistema polifármaco: hoy un remedio, mañana otro, etc., "mientras que cura." La dosimetría ha tenido por efecto introducir la fisiología en el arte de curar. Así, cuando el difunto profesor Gubler nos decía que "ahora los jóvenes médicos formulan poco y que formularán más con la dosimetría," le respondimos: que curarán más, pues el fin de la doctrina nueva es sacar la medicina del laberinto inextricable de la anatomía patológica.

No somos ni conservador ni radical, porque no tenemos espíritu de sistema; del mismo modo, tampoco somos creyente ni excéptico, sino solo experimentador. La tradición puede darnos muchas cosas buenas y sabias; pero es necesario que el inventario de las generaciones que han trabajado antes de nosotros sea un hecho á la luz serena del análisis y de la crítica.

Muy bien, pero todavía es necesario decir si excéptico ó creyente.

La Escuela, haciéndose materialista, ha consumado su propia ruina; y no le ha quedado mas que lo que el Dr. Amadeo Latour llamaba una "inútil historia natural."

¿Cómo demostrar la legitimidad de tal principio, después que el método positivo ha iluminado el inmenso abismo de la patología? ¿Cómo comprender que la terapéutica quede impotente enfrente de la experimentación médica?

Nos parece que el estancamiento en este punto y aun el retroceso del espíritu clínico en materia terapéutica, es debido á una enorme crisis que tiene su causa en una falta peligrosa de dirección. No intentaremos demostrar la ilegitimidad del principio fundamental de la farmacología en toda su plenitud. Esto sería una obra muy prolija y poco en relación con el tiempo limitado que se nos ha concedido. Vamos, sin embargo, á exponer los motivos que nos obligan á rechazar este principio, sin temer el vernos refutar con buenas razones.

Cuando por primera vez en 1884 inaugurábamos en el mismo edificio de la Escuela de Medicina nuestras conferencias académicas, que no han producido en el espíritu de nuestros contemporaneos el saludable movimiento hacia adelante que tantas razones nos hacía prever, hemos intentado pronunciarnos de una manera formal sobre esta cuestión.

Ante nosotros se ha levantado para protestar contra nuestra *forma categórica de desesperanza* el Dr. Oliveira Castro, uno de los entendimientos más lucidos de nuestro país, que, á grandes facultades críticas, reune una grande potencia de erudición y de síntesis. De esta discusión, sin embargo, hemos salido más apegados á nuestra opinión primitiva. Y como todavía hoy tenemos la misma manera de ver, vamos á exponer lo que hemos dicho ya y justificar al mismo tiempo nuestra afirmación precedente.

El Dr. Cirne hubiera podido recordar aquí la conferencia que dimos en

Oporto, ante la Facultad, los estudiantes y un gran número de médicos de la ciudad y de los alrededores. La reforma de la terapéutica era de prever desde entonces, y debemos un entero reconocimiento al Dr. Oliveira Castro, por habernos ayudado en sus peligros. Debemos el mismo testimonio á los hermanos Pinto (Oporto), que no han titubeado en tener los medicamentos dosimétricos á la disposición de los médicos portugueses y de sus colonias.

Ante todo fijemos lo que se debe entender por *enfermedad* y por *medicamento*.

A

Los estados anormales con relación al tipo fisiológico, á los cuales la patología da el nombre de *enfermedades*, pueden ser considerados bajo dos puntos de vista: filosófica y clinicamente.

Bajo el punto de vista filosófico, la enfermedad es la tendencia retrógrada hacia un tipo taxonómico anterior, por consecuencia, de una desadaptación mesológica. Este modo de ver se justifica por estas bellas palabras de Taine, que aceptamos incondicionalmente:

"Nuestro espíritu está en la naturaleza como un termómetro en una caldera: definimos las propiedades de la naturaleza por las impresiones de nuestro espíritu, como designamos el estado de la caldera por las variaciones del termómetro. No tenemos del uno y del otro mas que datos aislados y transitorios; una cosa no es para nosotros mas que un conjunto de fenómenos. Estos son los elementos de nuestra ciencia; por tanto, todo el esfuerzo de ésta será añadir hechos el uno al otro ó ligar un hecho á otro hecho."

Beaumarchais ha dicho que para razonar sobre la esencia del dinero no es necesario tenerlo. Los médicos que quieren penetrar en las profundidades de la vida están en el mismo caso. Pero así como los economistas dejan morir las poblaciones de miseria fisiológica, del mismo modo los médicos *razonadores* dejan morir sus enfermos de riqueza patológica.

Además, de esta misma definición se puede concluir que aceptamos, al menos en sus rasgos generales, las concepciones evolucionistas de Darwin.

Bajo el punto de vista clínico, la enfermedad es una lesión que se manifiesta al exterior por síntomas y por signos visibles. Es la conclusión lógica del método analítico de que nos servimos en la semeiótica.

A la palabra *lesión* nosotros añadimos la idea de alteración material del tipo normal. Esta alteración puede escapar á los nuevos procederes de análisis; en todo caso y no admitimos alteración funcional sin una alteración morfológica simultanea; en otros términos, no admitimos el síntoma sin lesión.

De aquí ha venido la desgracia de la medicina; de no ser mas que una inútil historia natural: lo que el enfermo reclama es ser curado, ó al menos aliviado. Estos últimos días he padecido yo una fuerte neuralgia dentaria, por consecuencia de un molar cuya corona se había roto. El dentista que no conoce mas que el bálsamo de acero, quiso aplicármele. Yo rehusé, diciéndole que yo sabría aliviarme sin esto. En efecto, algunos gránulos de hidroferrocianato de quinina triunfaron de la neuralgia.

No somos de la opinión de los cirujanos, que encuentran materia para cortar en todas partes. Hemos sido de esta escuela, pero los tiempos han pasado. Y hé aquí precisamente por qué nos hemos hecho dosímetra.

Bajo el punto de vista clínico, las lesiones pueden ser primitivas (moleculares) ó secundarias (anatómicas), y bajo el punto de vista anatomo-patológico, pueden ser estables ó instables, según que persistan ó nó después de la muerte.

Se ha afirmado ya que la anatomo-patología no ha hecho hacer ningún progreso á la terapéutica. Vamos á demostrar que el conocimiento completo de las lesiones que hemos colocado en los otros grupos, no da ni puede dar resultados más satisfactorios.

(Continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Sr. Dr. Fernando Malanco.—C. de Vd., Marzo 8 de 1888.—Estimado compañero:—Siento que por mi mala letra, hayan sacado mis cartas algunas erratas, de las que solamente suplico á Vd. rectificar tres: en mi carta primera, pág. 62, del núm. 4, de *La Medicina Cien-*

tífica, en el tercer párrafo de la 2ª columna, donde dice *uniscitud*, yo escribí, y debe decir, *unicidad*.

El Sr. Dr. Fenelón ha extrañado el neologismo, y ciertamente lo es, aún así corregido: la palabra no es invención mía: derivada de *único*, (como *duplicidad*, de *doble*) nos sirve hoy para acentuar bien esta regla de práctica homeopática: no emplear mas que un remedio, *sólo*, *exclusivo:* la palabra unidad parecía no encerrar bien la totalidad de este precepto. Las otras dos erratas están en mi segunda carta, pág. 66, 1ª columna, fin del segundo párrafo, donde dice *presente;* léase, *puente;* y pág. 68, 1ª columna, 4º renglón, donde dice —*ellas le faltan*, léase, *ellas le bastan*.

En cuanto á la carta del Dr. Fenelón, francamente, no valdría la pena de contestarla: se comprende que dicho señor la escribió, así, al vuelo y estando de buen humor: él mismo conoció al terminarla, su poca sustancia, pues le agregó una postdata, que resultó más larga que la carta misma; sin embargo, siguiendo en mi propósito de dejar perfectamente dilucidados todos los puntos del debate, y para contestar á las interpelaciones que me hace el Dr. Fenelón, me ocuparé pronto de aclarar lo que es, *la individualización morbosa*, á la que apellida un fantasma y que la Dosimetría admite: le demostraré que la quina y el mercurio producen, no la *fiebre intermitente y la sífilis*, sino cuadros de fenómenos *semejantes* á esas enfermedades, rectificaré algunas inexactitudes en las *anécdotas* que refiere, declarando desde ahora que no he pensado ni podría jamás renegar de la *dynamisación*, de la que este señor, también se burla, pues su criterio materialista no la comprende.

Pondré de manifiesto lo que es en realidad la "Dosimetría," *esa flor nacida del tronco de la medicina tradicional*, es decir, de *aquella respetable Anciana, parada en las puerilidades de la tradición, que emplea fórmulas inventadas hace muchos siglos y defiende preparaciones escandalosas, inextrincables*, etc., etc., y otras lindezas que el mismo Dr. Fenelón escribió acerca de los antiguos, que *cometían mil errores, y no sabían lo necesario para fundar racionalmente el arte de curar*.

De tal palo tal astilla: tales padres, tales hijos: de ese *tronco* apolillado, de esa *respetable Anciana*, ¿qué flor puede brotar? La Dosimetría.

Por lo demás, poco, muy poco me queda qué hacer para llenar mi cometido: el mismísimo Dr. Fenelón va haciendo el proceso y el análisis de la Dosimetría: á los lectores imparciales y de buen juicio que la sacar las conclusiones.

El Dr. Fenelón lo confiesa al terminar su carta: lo que yo decía era cierto: la Dosimetría es el *electicismo:* es decir, la falta de método, la negación de toda regla, la carencia de toda ley, la nada, en fin: el electicismo, admitiendo todo y de todos, sin más principio que el gusto y criterio de quien escoje, el Electicismo, amalgamando, en abigarrado conjunto las cosas más contradictorias, el eclecticismo en terapéutica, se representa con los ojos vendados y las manos armadas de una maza, con la que tira golpes á derecha é izquierda, sobre la cabecera del enfermo. Y ¡esto abriga pretensiones científicas!

Hasta muy pronto, estimable compañero.

C. Colín.

GACETILLA.

NECROLOGIA.

El Doctor Vicente Gómez Couto, estimabilísimo miembro de la Sociedad Médico—Farmacéutica de Guanajuato, ha bajado al sepulcro.

Descanse en paz.

Colirios instantáneos.

La pureza de la sustancia, la exacta dosificación y la rápida solubilidad de los gránulos dosimétricos, nos permiten preparar en el acto el colirio que deseamos. Basta para ello disolver con el mango de una cuchara ó con el dedo, en una taza ó un vaso limpio, que contenga 15, 30 ó más gramos de agua potable, uno ó más gránulos de la sustancia que deseamos emplear, para poder instalar en el ojo una ó dos gotas y observar sus inmediatos efectos.

Hagan nuestros lectores la prueba, disolviendo, por ejemplo, un gránulo de *atropina*, ó de cualquiera de sus sales (sulfato, valerianato), instílense *una sola gota* en un ojo, y observarán que inmediatamente aparece la midriasis ó sea la dilatación de la pupila, fenómeno que dura dos ó tres horas.

Lo mismo se puede hacer con la *cocaina* para obtener la anestesia del ojo (ó la de la cámara posterior de la boca, embadurnando las amígdalas, velo del paladar y faringe con un pincel empapado en esta disolución más ó menos concentrada, cuando se desea operar en esta región); con el *ácido tánico* para preparar un colorio astringente, con el *clorhidrato de morfina* para contraer el iris, etc., etc.

TOMO I ENTREGA 8ª 15 DE ABRIL DE 1888.

LA MEDICINA CIENTIFICA.

Director y editor, DR. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de 2ª clase.

OPOSICIONES.

Algunos periódicos políticos inspirados, á no dudar, por nobilísima intención, pretenden que el Gobierno provea por concurso las cátedras que en la Escuela de Medicina están vacantes ó servidas actualmente por catedráticos interinos.

No somos de la misma opinión; lo que hemos podido observar durante algunos años, autoriza para concluir que los concursos hacen decaer á nuestra Escuela, que por el carril de las oposiciones se deslizan numerosas medianías y hasta nulidades, y que competir, es ya en nuestra época, solo atravezar por un trámite de ingreso, tanto menos temible cuanto mejor preparado, á una cátedra tanto más buscada cuanto menos merecida.

A fundarse en lo que pasa, y seguir así lo que se advierte, va á llegar día en que el edificio de la Ex-Inquisición abrigue un grupo de profesores de comedia, en vez del respetable Areópago Médico, cuerpo dosente de la Medicina en nuestro país.

Y no se diga que exageramos: revísese con la mano en el pecho la lista de los actuales maestros; al lado de hombres ilustres, restos venerables de la gran Escuela de Durán, en paralelo con médicos distinguidos superstites honrosos de la vieja guardia de Jimenez y de Lucio, á nivel de eminentes herederos de Río de la Loza y de Barreda, pululan, hormiguean médicos, algunos de claro talento, otros de vulgar instrucción, todos personalmente apreciables, pero que apenas salidos de las aulas, cuando aun está caliente su asiento en las bancas de la clase, se tranfiguraron como por encantamiento en maestros; que todavía neofítos se convirtieron mágicamente en pedagogos; discípulos de ayer, que no tienen, ni tener pueden, por mucho que su empeño lo procure, por mucho que su estudio lo pretenda, la experiencia que dan los años, la práctica que hace formar criterio propio y la frialdad que hace discurrir con tino y sensatez; que no pueden hablar sino de oidas de escollos que nunca encontraron, de desengaños que nunca sintieron, de reveses que nunca como protagonistas afrontaron; médicos noveles, sin iniciativa propia, sin voto peculiar, sín raciocinio suyo, cuya superioridad descansa sobre los recuerdos de sus libros, que improperan las ideas que en ellos no beben, que desdeñan las sendas por donde sus directores no pisan, que siguen por la corriente de sus guías para pasar con ellos, entre ellos y tras ellos.

Su ingreso al Magisterio correspondió á su significación científica. Aquellos, por hablistas elocuentes, conmovieron á su auditorio hasta hacerle olvidar la sustancia en preocupación de la forma estética, arrancando, tal es la frase, la corona de su triunfo, entre palmoteos de entusiasmo y votos de embargamiento. Los otros por haber atravesado entre sus condiscípulos como estudiantes notables, y entre sus maestros como modelos distinguidos, marcharon con la mayor naturalidad al banquillo de la oposición, y por responder *en discípulo* á los problemas de prueba, se acomodaron la aureola de Maestros, tranquilos con las inflecciones de cortesía de sus compañeros, los saludos de respeto de sus colegas y los votos de

razón de estado de sus jueces. Los demás allá, aunque médicos vulgares, porque supieron ser cariñosos, porque hicieron la corte como los cleriguillos boquirrubios de que habla Víctor Hugo, fueron llamados con antelación, solicitados con tregua, preparados con esmero, enfurtidos en las ideas de ordenanza y empapados en práctica y hasta en modismos magistrales, llegando al concurso abrillantados, á *conquistar*, no siempre con el decoro en salvo, una aureola de maestros que les entregó la Amistad, entre miradas de afecto, silencio de estupefacción y votos de recompensa. Aquellos otros, por atrevidos, por haber ido buscando fortuna con el mismo bagaje del examen, con la propia maleta del 5º año profesional, con sus materias *calientitas*, por haber entrado á la prueba como quien entra al sorteo, en cuanto á la sustancia, como quien se sumerge en agua fría, en cuanto al modo, por haber apostado en albur, todo lo que entonces eran, es decir, una oscuridad, todo lo que entonces significaban, es decir, nada, todo lo que entonces valía su nombre, es decir, una incógnita, consiguieron la cátedra, como pudieron no haberla conseguido, con la serenidad que tiene el que nada arriesga, se *sacaron* la plaza como quien se saca un anillo en las tombolas, se ciñeron el laurel á la frente, satisfechos por su ventura, ventura que lamentaron los concurrentes y permitieron trémulos los votos cuchicheados de sus jueces. Por último, aquellos otros que se obserban trasfigurados y orgullosos, llegaron al sitial del Magisterio, conducidos por las brisas del mar ó alentados por el *prestigio*. Generalmente fué un viaje á Europa el autor de su Grandeza, discurso pseudo erudito refiriendo los progresos de la Medicina allende el Oceano, entre vistosos salpiques, de nombres de periódicos, de maestros y de libros, la razón de su victoria; ingresaron al Cuerpo docente de la Escuela como refuerzos, como adalides, entre los que se declararan sus iguales, justificados por la admiración de sus oyentes y los votos prevenidos por sus jueces.

No es mi ánimo herir á personalidad alguna; los maestros de nuestro plantel médico son hombres públicos, y como tales, discutibles; su puesto les da importancia decisiva para la instrucción de las generaciones médicas, y por tanto, para la salud, el consuelo y la vida de los enfermos de gran parte de la República Mexicana, y bien merecen censura los que de entre ellos se burlan de tan sagrados intereses.

Cualquiera de los profesores que á la Escuela lleva la elocuencia, el estudio, la afección, la osadía ó el prestigio, no son, ni pueden ser lo que pretenden, porque no se pueden improvisar los hombres avesados á las fatigas del arte y á las tempestades de la ciencia que consagraron su vida á observar, á meditar y á reflexionar; hombres cuyas doctrinas admiran por robustas, cuya instrucción se hace notable por sólida, cuya habilidad se saluda por razonada, cuyo reposo se respeta por lógico; hombres que conocen las verdaderas lindes de la Ciencia actual y que saben pararse ú obrar á tiempo. Los improvisados no podrán resolver dudas que no consten derimidas en sus textos; dificultades que no hayan resuelto sus libros; por esto quizá cuidan tanto de no enseñar al público lo que saben, de no exponer su respetabilidad, de callar, de vivir en el misterio, de involucrarse en prudente reserva, en tusiorista abstención.

Podría siquiera, que ya maestros y sintiendo la enormidad del papel que van á representar, se dedicaran á la meditación y al raciocinio, á la observación y á la experiencia; podría siquiera, que conceptuando la inmensa responsabilidad contraida por su atrevimiento, consagraran su tiempo á hacerse cada vez más merecedores de su puesto; podría siquiera, que valorizando la dignidad á que se han encumbrado, la honra tremenda que los ha enalteci-

do, se dedicaran á dirigir á la juventud que va á encargarse de la pobre humanidad que tanto y tanto padece, buscando con la conciencia endilgada por la Lógica y por la Clínica, todos los senderos que puedan llevar á la matematicidad de los recursos terapéuticos, á la oportunidad del auxilio, á la paz en el ejercicio profesional; nada de esto, tímidos como los sacerdotes recién ordenados, creen que con instruirse liberalmente, pecan, que con voltear los ojos por otra parte, profanan, que con discurrir con su razón, atentan; apegados á las ideas recibidas, ni se toman el trabajo de ejercitar su talento, ni de ver por sí mismos sino á través de sus autores, ni de sentir por sí mismos sino á través de los nervios de sus maestros, de los que imitan hasta los modales, hasta las gesticulaciones, hasta las mímicas; para ellos la Farmacopea Oficial es el Evangelio, fuera del cual no hay salvación posible; para ellos, se escapa á toda responsabilidad, tratando *secundum artem;* para ellos nada hay más allá de los dogmas consentidos y de la tradición. Estos profesores se distinguen como tales, porque viven á expensas del presupuesto respectivo, porque se han llegado á persuadir de su sabiduría, porque hablan de cierto modo, porque resuelven de determinada manera, porque se despiden con cierto desgarbo, porque compadecen ó denigran á nosotros el vulgo de los médicos.

¿Pero qué podrán enseñar aquellos, que en vez de seguir la órbita de la ciencia al derredor del deslumbrante sol del progreso, revolotean como palomillas al derredor de esa vela que se llama Rutina?

Hay que convencerse: las oposiciones como hoy se practican, son nocivas al decoro y adelanto de la Escuela de Medicina. Pero rigorisadas que fueran, sus resultados no serían más ventajosos.

Supóngase que un candidato ha demostrado en una oposición, que conoce bien la materia á que su concurso se refiere, ¿es esa la demostración que se va buscando? no; es la demostración de que sabe, y de que sabe enseñar. Ahora bien, esto nunca lo comprobará una oposición, porque no es el más elocuente el que más sabe; ni el que mejor atinó en una vez es el mejor maestro; y sobre todo, no es precisamente el que más sabe, el que mejor sabe enseñar.

Los hombres que poseen sabiduría y don especial de trasmitir saber y ciencia á sus discípulos, aprovechando el más ligero motivo para adiestrarlos, la más leve oportunidad para dirigirlos; que ostentan lo que es, como es, sin oropeles y sin disculpas; que estudian los adelantos y aceptan los progresos; que no presentan á la ciencia, que avanza, la rehaciedad del necio, sino la duda del desconfiado, esos hombres, no concurren ó concurren rarísimas ocasiones á las oposiciones; no ponen sino en casos muy especiales en tela de juicio sus personalidades; no van á luchar sino en circunstancias muy determinadas con los atrevidos que sustenta el favor.

A esos hombres tal vez deba irlos á buscar la Administración, á consulta de los verdaderos profesores que aun quedan; á esos hombres tal vez deba elegirlos el Patriotismo y obligarlos á servir la Humanidad.

Que el Gobierno se posesione bien de su importante intervención en negocio como éste, que tan gravemente afecta la vida y virilidad de los mexicanos y la honra del país, y ya que no es posible que la Escuela recobre desde luego su antiguo esplendor, y ya que no es posible expulsar del Templo de la Ciencia á los mercaderes que cambian por dinero su insuficiencia, al menos que se busque y con tiempo, modo mucho más severo y atinado para ingresar al primer plantel médico del país.

FERNANDO MALANCO.

ALGUNAS RATIFICACIONES

EN EL

DEBATE SOBRE HOMEOPATIA.

Hahnemann en su Organon dice, anotando su párrafo 280:—*El medicamento Homeopático, á cada trituración y á cada dilución adquiere un nuevo grado de poder*, por el sacudimiento que se le imprime, medio desconocido antes de mí, *de desarrollar las virtudes inherentes á las sustancias medicinales*, y que es de tal manera enérgico, que en estos últimos tiempos la experiencia me ha forzado á reducir á dos el número de sacudimientos de que antes yo prescribía diez á cada dilución.

El mismo Hahnemann, anotando el párrafo 287 de su Organon dice: cuando haya que mezclar un grano de medicamento entero con los primeros cien granos de azúcar de leche, no se molerá con fuerza sino durante una hora, lapso de tiempo que no será prolongado en las atenuaciones subsecuentes, á fin de que *el desarrollo de la fuerza del remedio no vaya más allá de todos límites.*

El propio Hahnemann, anotando el párrafo 288, añade: Es, sobre todo, bajo forma vaporosa, que los medicamentos homeopáticos obran más segura y poderosamente. Hay para esto que *aspirar las emanaciones medicamentosas de un glóbulo empapado de una dilución muy activa y encerrado seco en un pequeño frasco.* El homeopatista, después de haber destapado el frasco, lo pone en una de las ventanas de la nariz del enfermo que aspira el aire; opera del mismo modo con la otra nariz, si la dosis debe ser más fuerte, y que inspire con más ó menos fuerza, según la exigencia del caso, después de lo cual, tapa el frasco, lo vuelve á poner en su estuche *para que no se pueda abusar.*

León Simon, comentador de Hahnemann, dice: "Era el objeto (evitar los efectos perturbadores y poner en más libre irradiación las propiedades terapéuticas) *que se proponía conseguir y que alcanzaba efectivamente, aconsejando someter á la trituración prolongada todos los medicamentos homeopáticos.* El frotamiento de una sustancia activa mezclada á una sustancia inerte, tiene por efecto directo debilitar y aun destruir en esta sustancia, si la operación es llevada bastante lejos, las propiedades físicas y químicas de esta sustancia. La experiencia prueba que á medida que estas propiedades se debilitan, *la fuerza terapéutica se acrece y se desarrolla.*

Chargé comentando una práctica del doctor inglés Noirot, subraya y pone entre admiraciones. *La trituración y la subdivisión desarrollan la energía de las propiedades*, y á continuación pregunta ¿se necesita más para legitimar nuestras trituraciones?

Resumiendo: un medicamento homeopático á cada trituración y á cada dilución adquiere un nuevo grado de poder; un medicamento no debe ser triturado sino durante un lapso de tiempo de una hora á fin de que el desarroyo de la fuerza del remedio no vaya *mas allá de todos límites*; un glóbulo empapado en dilución activa, y seco después, debe ser dado á oler á los enfermos con ciertas condiciones, y en seguida guardado para que no se *pueda abusar.* A medida que una sustancia medicamentosa pierde por la trituración sus propiedades físicas y químicas *acrece y desarroya su fuerza terapéutica; la trituración y la subdivisión desarrollan la energía de las propiedades.*

¿Qué dice el Sr. Dr. Colín? Nosotros ó los Grandes Padres de la Homeopatía son los que *acusan* á ésta de que mientras menos medicina dá, los efectos son mayores?

Ahora bien, no hay mas que convertir las proposiciones y ver levantarse la otra *acusacion.*

Si con cada trituración ó cada dilución un medicamento homeopático adquiere nuevo grado de poder; si la trituración y la división desarrollan la

energía de las propiedades; si oler un glóbulo impregnado y seco puede causar *un abuso* en terapéutica, con no triturar ni subdividir, los efectos serán ó nulos, ó vecinos á la nulidad, porque el supremo motivo de desarrollo de la fuerza del medicamento, falta.

Y que el raciocinio es lógico no tiene duda. Si dividiendo y triturando se puede ir hasta mas allá de todos límites, en rumbo opuesto, marchando desde la exageración terapéutica, hija de la exageración en la trituración y división hasta el medicamento natural, hasta allí donde las propiedades físicas y químicas se irguen poderosas, se hahabrá llegado á la nulidad de acción del cuerpo, de la sustancia, porque ya no será del medicamento.

El Sr. Dr. Colín observe que es la Lógica la que derivando de premisas por la Homeopatía asentadas, le redarguye *ad hominen*, no que mientras más remedio da, los efectos son nulos, sino que los venenos no divididos ni triturados, deben tener efectos mínimos ó nulos, que las dosis macivas de medicamentos deben ser en orden á efectos dinámicos, de acción despreciable ó nula. Esos venenos, esas dosis, serán como *la bala de cañón* del Dr. Sahli, de Berna, una grosería, una pesadez; pero no sustancias que en sí lleven una acción nociva, ó tal vez mortífera, al paciente. Cuestión de fuerzas musculares, pero no de resistencia vital.

El Sr. Dr. Colín queda en libertad de tomar ó nó á lo serio esas acusaciones; en tales cosas no puedo aconsejarlo.

Respecto de *mi cuentecito*, él corre inserto en obra de un contemporaneo de Hahnemann, y para que mi adversario le dé la importancia que yo por cierto no le dí, oiga hablar á su Maestro. En el *Organon*, párrafo 128: "Es necesario que ningún negocio urgente, impida, al que intente la experiencia, *observarse* con cuidado; *que de él mismo salga* una atención escrupulosa á todo lo que sobrevenga en su interior, sin que cosa alguna lo divague, á fin de que una á la salud del cuerpo, el grado de inteligencia necesario para poder *designar y describir* claramente las sensaciones que sienta."

En el párrafo 139: "Cuando el médico no ha probado el remedio en sí mismo y *lo ha hecho ensayar por otra persona*, es necesario que ésta escriba las sensaciones, incomodidades, accidentes y cambios que tenga, y en el instante mismo en que los tenga."

En el párrafo 140: "Si la persona no supiere escribir, será necesario que cada día *el médico la interrogue para saber de ella lo que ha sentido*."

Y en la nota al párrafo 143: "En estos últimos tiempos se ha confiado el cuidado de experimentar *los medicamentos* á personas desconocidas y alejadas que se hacen pagar por llenar esta empresa y de las que se publica en seguida las observaciones."

Ya ve el Sr. Dr. Colín cómo es verdad algo más de lo que el *cuentecito* asevera. Los medicamentos homeopáticos han sido ensayados ó *entregados* para ensayar aun á personas incultas que *no saben escribir*, y sus sensaciones y dichos han sido anotados para conocer el poder curativo de las sustancias ensayadas, y hasta á buen disgusto del Maestro, en determinados tiempos fué confiado el cuidado de experimentar los medicamentos homeopáticos á personas á sueldo, y sus observaciones eran publicadas, es de suponer que con objeto científico, para conocer la patogenética, objetivo de tal estudio.

La unicidad del remedio es por ahora un primoroso "bello ideal" terapéutico, ¿será acequible? Tal vez; por ahora no puede ser establecido como regla. Esperamos la demostración del Sr. Dr. Colín, para discurrir sobre la unicidad del medicamento.

"*Para nosotros*, dice el Dr. Colín, *diluir los medicamentos es* DYNAMIZARLOS; *mas no hay que dar á esta palabra la idea de* FUERZA, *como se entiende vulgarmente: en homeopatía ni se sostiene,*

ni se supone que las diluciones ó dynamizaciones altas, son más FUERTES *ó más* DÉBILES *que las bajas: solo se atiende á que en ellas la sustancia medicinal está más dividida, tiene más fluidez, más virtualidad, más solubilidad, más vitalidad, por decirlo así: trátase aquí de la dinámica vital, cuyo dominio, admitido por eminentes fisiologistas en el organismo, tanto en salud como enfermo, ha sido extendido por la Escuela de Hahnemann hasta la esfera de la acción medicamentosa......"*

Pues señor, ya el Dr. Colín renegó de su Maestro. Si dice Hahnemann en los párrafos primeros que he copiado, que á cada trituración, á cada dilución, el medicamento homeopático adquiere un nuevo grado *de poder;* que la trituración no debe prolongarse por más de una hora en las atenuaciones subsecuentes, á fin de que el desarrollo *de la fuerza del remedio* no vaya más allá de todos límites. ¿La denegación del Dr. Colín fué meditada?

Insiste el Sr. Dr. Colín en llamar Eclectismo á la Dosimetría. Aunque no plazca al defensor de la ley de similitud, la Dosimetría es la ciencia misma de curar alcanzando una conquista, es la alopatía reformada, es la medicina hipocrática restaurada con los medios de la medicina moderna, es el vitalismo del Divino Anciano de Cos, su *natura medicatrix* apoyada en la ciencia.

Llámela como quiera el Sr. Dr. Colín, pues que en tal se empeña; su insistencia indica ya cierta rehaciedad impropia en quien debate lealmente; cuando ya las negaciones son repetidas como por un fonógrafo, cuando ya los adversarios se involucran en solo decir nó, aunque sea por la razón del Capitán Alegría, mejor es poner punto final á las cuestiones.

Sic volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas.

FERNANDO MALANCO.

ALGO DE MEDICINA PARA TODOS.

La definición de la vida no se encuentra satisfactoria en ningún autor, y sin embargo, cada cual, sabio ó no, pretende distinguir con facilidad lo vivo de lo muerto.

Donde hay movimiento se sospecha la vida, donde hay inmovilidad se piensa en la muerte; en efecto, la vida resulta de movimientos combinados hacia un fin determinado, que es la conservación del sér que los produce.

Tales movimientos en los séres más pequeños son muy limitados: los hay constituidos por una celdilla vulgarmente comparable á una bolsa muy pequeña que no más se encoje ó se aumenta; se encoje cuando le falta líquido, se aumenta cuando le sobra. Dentro de sí misma, cuando las circunstancias son favorables, concibe y procrea otras celdillas ó bolsitas, á quienes comunica á su vez la vida, es decir, un movimiento apropiado para la conservación, desarrollo y reproducción de otras celdillas parecidas.

Estos séres minúsculos, asociados de cierta manera, vienen á constituir grupos ó colecciones de celdillas que los anatómicos llaman órganos, los cuales á su vez se asocian para el desarrollo, conservación y reproducción del sér á la constitución del cual concurren.

Al sospechar no más la cantidad de séres microscópicos que concurren á la constitución de un cuerpo humano al momento de nacer, á su inmensa variedad, como forma, composición y misión, se concibe la necesidad de medios de comunicación entre tantas y tantas celdillas, que son como ciudadanos del grupo que forma al cuerpo humano. Como tales, unas nacen, crecen, prosperan, sufren, mueren, mientras el conjunto se conserva, desarrolla, procrea, agregando nuevas celdillas para reemplazar á los que se van, eliminando cuidadosamente á las que están fuera de servicio. Para esto hemos dicho se necesitan vías de comunicación: son las arterias y las venas: las primeras traen sangre nueva en donde encuentran los órganos elementos para reponerse; las segundas se llevan los residuos ó restos inservibles, las pasan por glándulas que los separan y les dan salida fuera del cuerpo. Además, hay otras vías de comunicación que recogen líquidos especiales para mezclarlos con la sangre, se llaman vasos linfáticos, recogen los productos de la digestión y lo que todavía puede utilizarse para la composición de la sangre.

Para el funcionamiento de los órganos, de sus partes mínimas, la conservación de la armonía en los movimientos de tantos séres distintos y obligados á trabajar con un mismo fin, se necesita algo parecido á los telégrafos, que sirven á los gobiernos para saber lo que pasa en todo el territorio que administran, y poder mandar las órdenes convenientes, al efecto de evitar todo lo que pudiera perjudicar á sus administrados ó ponerlos en peligro.

Estos telégrafos en los cuerpos organizados son los nervios, por ellos se sabe si hay frío ó calor, hambre ó sed, sensaciones correspondientes á necesidades para las cuales el cerebro, quien las interpreta, da sus ordenes, á fin de que sean cubiertas y se eviten las consecuencias que podría tener su falta de satisfacción.

Además de esta admirable red telegráfica, á la cual debe el cuerpo humano el saber á cada instante de su vida, como anda cada una de las celdillas infinitas que concurren á entretenerla, hay como quien diría telégrafos vecinales que hacen comunicar algunos órganos entre sí, sin necesidad de ocurrir al gobierno central, es decir, al cerebro; este sistema nervioso se llama ganglionar, porque en lugar de comunicar directamente con el cerebro, comunica con unos cerebros minúsculos y secundarios encargados de establecer la armonía en ciertas localidades y que llaman ganglios.

Se comprende desde luego la importancia de los nervios, puesto que son los elementos del gobierno, que su descomposición trae consecuencias graves, como lo es la anarquía en las sociedades; sin embargo, se oye decir muy á menudo: esto no es nada, es nervioso, consuelo debido á la falta de saber que lo que más necesitamos tener bueno es lo nervioso.

Ha sido demostrado con perfección en los animales: si se cortan ciertos hilos nerviosos de los más pequeños, se nota luego que las venas correspondientes se dejan llenar; que allí la sangre se para, se filtra y altera, es un mal nervioso al principio; pero si no se remedia, puede ser la muerte completa de la parte en donde viene á faltar la acción de esta ramificación nerviosa.

Tal muerte en una sociedad bien organizada no puede pasar desapercibida, el cerebro percibe una sensación penosa al saber la alteración de una parte del cuerpo, es el dolor. Manda sus órdenes para que se reponga ó se separe la parte que ya no puede salvarse, en esto se cansa y el conjunto resiente su falta de acción; tal es la enfermedad más fácil de definir que la perfecta salud.

El resultado de una armonía perfecta en el movimiento de cada celdilla en cada órgano, y de cada órgano para la conservación y bienestar del sér en el cual está contenido, no puede conservarse ni sentirse mas que por el intermediario del sistema nervioso; de allí se saca, en consecuencia, cuán importante es conservar su actividad y perfección, como en el gobierno importa conservar útiles las redes telegráficas.

Se concibe la infinidad de alteraciones posibles en un sistema tan complicado como lo es el nervioso: si funciona con lentitud y torpeza, todo el conjunto se entorpece; si con demasiada energía, el conjunto se gasta y agota, y los elementos constituyentes del mismo sistema son los primeros que se agotan.

Se ha considerado como imposible la vida cuando está inutilizado el pulmón ó el corazón, y en efecto, si el corazón deja de funcionar, la renovación de la sangre, la nutrición y la eliminación de sus residuos son imposibles; si el pulmón funciona mal ó cesa de funcionar, la renovación se hace incompleta ó no se hace, y el cerebro, quien dirige este movimiento, así como todos los que concurren al cumplimiento de las funciones vitales, queda privado de los elementos de su actividad, recibe sangre en cantidad insuficiente ó en calidad inferior, como no puede abdicar su poder largo tiempo sin que pare la vida, bastan estas circunstancias para producir la muerte.

Hay un elemento más que el fundador de la Fisiología moderna podía haber considerado como de primera importancia, es el estómago, órgano destinado á la preparación de los elementos nutritivos: á él acude el cerebro cuando la miseria fisiológica se manifiesta por el hambre, la conciencia en él percibe la necesidad común al conjunto del organismo, y de él nacen los deseos que es preciso satisfacer para evitar la ruina más ó menos rápida.

Pero tal satisfacción no puede lograrse sin precauciones, y según los elementos que le den á elaborar, su actividad será mayor ó menor, el resultado de su elaboración, mas ó menos útil, hasta á veces perjudicial.

Para un trabajo excesivo atrae una circulación proporcionada, á veces privando al cerebro de lo necesario, obligándolo á un descanso mas ó menos prolongado, manifestado por al-

guna soñolencia. Otras veces al contrario, cuando recibe elementos demasiado fáciles para ser emulsionados, introducidos en la circulación demasiado rápidamente, modifica la composición de la sangre á tal grado, que ésta, en lugar de despertar y animar al cerebro, lo turba, lo entorpece ó lo envenena á tal grado, que el corazón recibe una excitación inoportuna ó insuficiente, los pulmones olvidan sus deberes y la vida se compromete gravemente.

La nutrición perturbada da lugar á alteraciones en la composición de los vasos: éstos pierden su elasticidad, su resistencia, y detienen los glóbulos celdillas errantes que no tienen mas que una vida fugitiva durante la cual han de cumplir su misión antes de trasformarse en elementos destinados á la eliminación, y detenidos se modifican alterando gravemente los tejidos en medio de los cuales se han parado.

El organismo animado está como el cirquero en su cuerda. Cada uno de sus elementos constituyentes está en el mismo caso en la obligación de mantener cierto equilibrio entre la asimilación y la desasimilación, sus partes constituyentes tienen afinidades propias para volverse á formar compuestos más sencillos de los que la organización guiada hacia un fin vital, ha venido construyendo: se concibe cuan frágil será el edificio cuando falte la dirección necesaria.

Con estas lineas se percibe desde luego la fragilidad de la vida; y sin embargo, nadie puede dudar de su grande elasticidad, puesto que hay hombres, quienes resisten á pruebas y tormentos espantables, debido precisamente á organizaciones excepcionalmente perfectas, en cuanto á los elementos propios para mantener el orden en el movimiento vital.

Pero del bosquejo que acabamos de trazar, se deduce que el sér á cada momento cambia, el Hércules de ayer será el Tersito de mañana. ¿Quién de nosotros no ha visto á alguno de estos hombres que han llamado la atención por su vigor, resolución y firmeza, trasformado en niño llorón al fin de su vida?

El cuadro admirable de una salud perfecta es de poca duración, pronto se empaña su brillo, se perturban sus contornos y tiende al caos, porque es imposible que sea duradera una maravilla, para la producción de la cual han de concurrir tantos elementos de por sí difíciles de asociar.

La perturbación en la armonía orgánica, difícil de evitar, llega forzosamente á producirse con la duración, porque es imposible que no se gasten elementos que no pueden inmovilizarse sin alterarse profundamente.

Hemos comenzado por convenir en que el atributo esencial de la vida es el movimiento, éste puede ser armónico, proporcionado á la conservación del sér; ó al contrario, puede ser desordenado y capaz de comprometer tal conservación. Forzosamente llegará á ser insuficiente, porque la impulsión dada para la vida, es como todo lo de este mundo, limitada de por sí y destinada á agotarse.

De estos conceptos nace la idea: primero, de lo frágil que es la vida, como lo acabamos de decir; de lo fácil que es la muerte repentina, puesto que un simple desequilibrio en la repartición de la fuerza nerviosa, basta para producirla, y que este desequilibrio puede resultar de una alteración mínima en la reacción del sér, bajo la influencia de los agentes exteriores de antecedentes, hereditarios, por los cuales uno de los sistemas tenga imperfecto ó insuficiente impulso, de imprudencias cometidas de alteraciones lentas que á veces son atendibles, cuando se descubren y estudian con oportunidad; pero ya no lo son cuando están desarrolladas.

Dicen que en algunas partes del Imperio Celeste los médicos tienen por misión prevenir las enfermedades de sus clientes, reciben un estipendio cuando logran conservarles la salud, y dejan de recibirlo cuando ésta se altera, siendo así interesados en evitar su pérdida. Prudente medida es ésta, siempre que los clientes se conformen con las prescripciones del higienista pero deja de ser justa, si la enfermedad sobreviene porque haya sido desobecido.

Muy á menudo la sociedad queda sorprendida por una sucesión de muertes repentinas, debidas á variaciones en la temperatura que conmueven los organismos, venciendo la resistencia de los que ya están minados por un mal á veces desconocido, en uno de los sistemas esenciales para la vida.

Cuando tales alteraciones, que se llaman enfermedad, son descubiertas con oportunidad, es decir, en el periodo en el cual todavía no hay mas que tropiezos funcionales muy á menudo destinados á restablecer el equilibrio, es cuando el auxilio de la ciencia es soberano y eficaz; pero cuando los errores funcionales han durado algún tiempo, produciendo cam-

bios en la constitución de los órganos perturbados, entonces el arte es muy poco poderoso y su papel inseguro.

Sin embargo, iluminado por los conocimientos fisiológicos, aun en medio de padecimientos crónicos, puede traer auxilios eficaces, levantando al sistema doblegado y moderando las reacciones del que falto de equilibrio se manifiesta con sobrada energía.

Lo decimos al empezar: la vida es un conjunto de movimientos que tienden á un fin determinado, y en consecuencia, tienen que ser armónicos unos con otros. El fin que se propone el arte de curar, es precisamente la conservación de esta armonía. Se concibe que sea más fácil conservar que restablecerla cuando comienza á turbarse, de allí una vez más se deduce la necesidad de la oportunidad en el auxilio.

¿Tenemos agentes capaces de corresponder á las necesidades del organismo de tal modo que lo puedan auxiliar con la debida oportunidad? Sí los tenemos, presentaremos ejemplares.

Un hombre enteramente sano, en el pleno goce de las facultades vitales, después de cansarse y gastar sus fuerzas con un ejercicio que provoca traspiración abundante, recibe un impresión brusca de frío, la actividad cutanea se perturba, los nervios, que mantienen la actividad circulatoria en los órganos respiratorios, se entorpecen ó paralizan; la sangre se detiene en ellos, los infla, los engurgita á tal grado que la respiración se hace difícil y la pulmonía amenaza.

El médico antiguo, todavía bajo la influencia del descubriento de Harwey, no ve más remedio que abrir una vena y dar salida á la sangre que le parece estar en exceso; á veces esta depleción será favorable, si no lo hubiera sido nunca, no se hubiera seguido sangrando; pero otras veces será nociva, porque no bastará para vencer la detención de la sangre en los órganos respiratorios y tendrá como consecuencia una debilidad mayor capaz de comprometer el restablecimiento del enfermo.

Magendie fué el primero quien pensó que la sangría podía no ser siempre favorable para el tratamiento de la pulmonía: siendo Claudio Bernard su interno, le ordenó que dejara de sangrar á los enfermos de pulmonía; Bernard se resistió á obedecer tal orden, porque veía á todos sus compañeros de internado sangrar en rededor suyo en el Hospital de la Caridad; pero se vió obligado á obsequiar la orden de su jefe, y con la sinceridad que lo caracterizaba nos decía: desde entonces vimos sanar á más enfermos de pulmonía.

Prueba evidente de que la sangría tenía sus inconvenientes, fué el que la estadística mejorara con suprimirla. Si tenemos medios de reanimar al sistema nervioso encargado de impedir la estación de la sangre en determinados órganos, cuanto mejor será emplearlos que acudir á la extracción del líquido vital por excelencia.

Y en efecto, ahora pocos prácticos provocan emisiones sanguineas para impedir las congestiones, sea en órganos respiratorios, sea en los órganos del centro del cerebró espinal.

Una comparación hacía un enemigo de la sangría que viene bien al caso; decía: si se pone á hervir leche en un jarro, ésta se dilata y se derrama; si se saca la leche y se sigue calentando, se derramará aún hasta que quede muy poca; si en lugar de sacar leche se quita el calor, que es la causa de la dilatación, no habrá necedidad de sacar leche; lo mismo pasa en la circulación: el calórico es causa de la turgescencia; la debilidad nerviosa es causa de la congestión ó detención de la sangre en ciertos órganos con gran perjuicio de sus funciones.

De estas reflexiones resultan indicadas de un modo absoluto las sustancias capaces de reanimar al sistema nervioso encargado de regularizar y activar la circulación, y las que son capaces por la intervención del mismo sistema de moderar la producción del calórico, temible bajo todos aspectos, porque, efecto de una alteración del organismo, se vuelve causa de unas alteraciones más graves todavía.

Mientras la Química no nos había ofrecido agentes bien determinados que se prestaran á una experimentación clara y bien definida, era difícil aplicar medicamentos apropiados á un objeto dado.

En los artículos siguientes veremos si tenemos tales agentes y en qué forma conviene darlos.

México, Abril de 1888.

FENELÓN.

CONFESION IMPORTANTE.

Registramos con gusto y entregamos al juicio de nuestros lectores, la siguiente declaración publicada en *El Liberal*, de Madrid, con motivo de un artículo titulado *Pasteur y la*

rabia, suscrito por el Sr. Dr. A. Pulido, antiguo y ciego impugnador de la Dosimetría, y sobre todo de sus apóstoles, y recientemente nombrado académico de la de Medicina de aquella capital.

"Los engendros de la inteligencia son de más aciago destino que los de la carne, porque se conciben entre las torturas del pensar, se dan á luz dolorosamente y se difunden con reñidas contiendas.

Cuando un pensador ó un investigador publica una idea trascendental, da un grito de guerra y prepara una conquista.

¿Quiénes forman á su lado? Los menos; algún amante platónico del progreso, algún premiador de esfuerzos, algún modesto obrero que desea ver su nombre figurando en toda la empresa levantada y muy pocos convencidos, porque, en un principio, los convencidos son siempre muy pocos.

¿Quiénes forman en contra? La casi totalidad de las gentes, las academias oficiales, obligadas á discurrir en colectividad con cerebros fosilizados, aunque sus individuos valgan particularmente mucho; los envidiosos del renombre ageno, los excépticos por temperamento y filosofía, los críticos de oficio, los graciosos que buscan la frase llamada al obtener el éxito de todo lo que mata, los ignorantes......es decir, la inmensa mayoría de las personas.

¡Cuántos debates sostenidos por el ingenio de Pasteur solo para convencer á los incrédulos.

Dícese que cuando comunicó sus descubrimientos sobre la enfermedad del gusano de seda, tantos y tantos fueron los sabios que se revolvieron contra sus doctrinas, y en tal grado le aburrieron con sus preguntas, dudas y negaciones, que abandonó á París, marchó á una comarca serícole, fué examinando una por una las semillas de los cosecheros, y dejó en poder de éstos un escrito dentro de un sobre cerrado, con encargo de abrirlo cuando llegase la época de la recolección.

Al llegar esta época se abrieron los pliegos, y en cada uno aparecía pronosticado con perfecta exactitud la cantidad y calidad de la cosecha que habían de tener.

¡Sólo así puedo hacer callar á sus impugnadores!"

Dr. A. Pulido.

LOS ATAQUES DEL DR. FENELON Á LA HOMEOPATÍA.

Sr. Dr. D. Fernando Malanco.—Casa de vd., Marzo 20 de 1888.—Estimado colega y compañero:—Estamos muy agradecidos á su atención de habernos consagrado todo un número de su Revista, sintiendo únicamente no reservara un lugarcito para mi carta última, que parece no piensa publicar, aunque sí se molestó en contestármela, *de paso:* más una respuesta sin la pregunta, sale, como vd. suele decir, *improcedente*, y de seguir así, el debate en que vd. toma interés, *para alumbrar á nuestros compañeros*, sería imposible: las razones en pro y en contra deben ser publicadas, y sobre todo, rectificados los errores de imprenta ó de pluma, para que todo quede claro. (1)

Tal vez le disgustaron algunas frases de mi *no inserta* carta, referentes á la Dosimetría y que vd. califica de *irrespetuosas y descorteses:* entiendo que solo podía serse irrespetuoso y descortés hacia las personas: mas ya que á las cosas, sistemas, doctrinas y asuntos médicos quiere vd. se guarde alto acatamiento, ¿cómo es que permite á su colaborador el Dr. Fenelón las lindezas y fuerte censura contra la "Escuela Oficial," esa respetable *anciana* parada en las puerilidades de la tradición, empleando fórmulas *añejas* y preparaciones *escandalosas*, aplicando sustancias poco *conocidas*, para curar enfermedades mal conocidas, y tirando pedradas, como el oso de la fábula, etc., etc., etc.?

¿Cómo es que lo deja ensañarse contra la inofensiva Homeopatía, á la que llega á calificar hasta de *nosiva y culpable en alto grado?* ¿Cómo le permite levantarnos tantos falsos testimonios, como el de que *renegamos* de la *dynamización*, y nos apellide *escandalosos perturbadores del orden público, etc., etc.?*

El respeto y formalidad deben ser mutuos, señor compañero, y la buena fe y sinceridad absolutos.

Francamente, ¿cree vd. serio y formal el combatir á la Homeopatía con anécdotas y cuentecitos como los que nos refiere el Dr. Fenelón? Un homeópata de Burdeos, que no era médico, pero se volvió médico, que se *creyó* curado por Hahnemann de una epilepsía

(1) El Sr. Dr. Malanco nos ha dicho últimamente que por falta de espacio dejó sin publicar la carta á que nos referimos.

(¡sugestión!) el Dr. Fenelón *supo* ¿cómo lo sabría? que no era cierto, pues los ataques solo habían cambiado de hora; le daban *de noche.)* Y á este señor epiléptico confió el narrador por dos veces su preciosa vida, la cual salió ilesa, por fortuna, lo que *tal vez no hubiera hecho la medicina Oficial.*" Mas como este apóstol Hahnemaniano no pudo curar á un epiléptico y á una tísica en tercer grado, parientes del doctor, ni á un anciano de *sordera senil*, el ingrato doctor rehusó creer en la Homeopatía; y no conforme con eso, hace decir al apóstol, que "las medicinas homeopáticas, *mientras más se dan menos efectos producen!*"

El supradicho apóstol, si tal dijo, estaba loco, y ¿cómo se fiaba de él el Dr. Fenelón?

¿Y ha podido vd. creer, Sr. Dr. Malanco, semejante ocurrencia y *seriamente* nos hace con ella un argumento? Entonces le viene á vd. de molde aquello que nos achaca, *Credo quia absurdum.*

Antes se nos acusaba de pretender "que mientras menos medicina se da, los efectos son mayores" y hoy, glosando la proposición de que "mientras más remedio se da, los efectos son nulos."

¿Pueden tomarse á lo serio semejantes ataques?

¿Y aquel otro *homeópata*, que no sabía reconocer una estrechez pelviana, ni extirpar un pólipo uterino, y queria remediar ambas dolencias con glóbulos? ¿Y el R. P. que *engañaba* al enfermo de gangrena, *(mentira piadosa*, dice el Dr. Fenelón) haciéndole creer que con globulillos le retoñaría el pie; que opina que la medicina *es asunto de fe y "cuyos estudios homeopáticos le han conducido á creer que para curar son suficientes píldoras de miga de pan, que manda preparar á sus hijas de confesión!!?*

¿Todo esto le parece á vd., compañero, serio y formal, respetable y de buena fe?

Y pase que no dudemos de la autenticidad de tales historietas, que bien pudiéramos hacerlo, á juzgar por lo que el Dr. Fenelón afirma del finado Dr. Adrian Segura, "que usaba la Homeopatía *cuando le parecía prudente la expectación:*" como si no fueran bien conocidas las opiniones que el Dr. Segura profesaba sobre nuestro sistema, el cual confesó en plena cátedra le parecía útil y se ocupaba en estudiarlo *hacía tres años;* y como si para hacer método expectante se necesitaran gramos y dracmas de tinturas de belladona, nux vómica, rhus toxicodeudrón, etc., que tantas veces vimos formular al finado compañero: y como si para hacer expectación se necesitaran tantas obras de Homeopatía como tenía, y estar suscrito á un periódico homeopático "L' Art Medical," y tener un excelente y bien surtido botiquín, como lo tenía el Dr. Segura!

Y vea vd. lo que es el mal ejemplo: el Dr. Fenelón ha acabado por pegar á vd. la manía de contar cuentos, y en su último y gran artículo, sério y formal, nos relata vd. uno sobre "cómo Hahnemann hacía sus ensayos de medicamentos:" confiese vd. que ese cuentecitó lo tomó del repertorio de su colaborador.

¿Permite vd. que, dejando lo serio para después, acabe de contestar al Dr. Fenelón?

No le probaremos que la quinina produce fiebre palúdica, el mercurio sífilis y el iodo accidentes terciarios, ni es esa, como lo afirma, la base de nuestra doctrina: sí, le probaremos que esos medicamentos, dados al hombre sano, determinan síntomas, fenómenos *semejantes* á los de aquellas enfermedades: ruego á vd. se sirva pasar al referido señor la obra del Dr. Gailliard, en donde verá cómo Bretonneau y otros muchos autores de materia medica, junto con los fabricantes de sulfato de quinina, señalan esos accidentes: recordaremos aquí la fiebre quínica, reconocida por los clínicos, y los accidentes de la caquexia mercurial, tan semejantes á los de la sífilis, que á muchos autores ha parecido imposible distinguir unos de otros, conviniendo en llamar á su conjunto caquexia sifilítico-mercurial.

La palabra *unicitud* que me echa en cara el Dr. Fenelón, fué una errata de la imprenta; yo escribí *unicidad;* el neologismo, derivado de *único*, no es mío: ha sido empleado por varios escritores de la nueva Escuela, para designar uno de sus principios ó preceptos, el de no dar mas que *un* solo medicamento á la vez, uno, único, exclusivo: la palabra unidad no parecía expresar todo el sentido.

En cuanto á la individualización patológica á que este señor califica de fantasma, supongo que es quizá por haberme expresado mal: me he referido al precepto de la escuela Homeopatista, de no ver en cada enfermo una pulmonía, una escarlatina, etc., sino un pulmoniaco, escarlatinoso, etc.: es decir, individualizar cada caso morboso que se tenga á la vista,

Oigamos á Granier, *Homœoléxico*, art. *Individualización*, tomo II, pág. 26.

"En nuestras doctrinas, la individualización es *la selección de los síntomas actuales que caracterizan un estado morboso.*—No confundamos *estado morboso* con *enfermedad.* La individualización no se ocupa de enfermedades, sino de enfermos, de estados morbosos actuales. Se acerca al enfermo sin ideas preconcebidas, sin ideas de clasificación: no atiende mas que á lo que ve, á lo que toca, á lo que siente. Ella da origen á las *indicaciones* y es á la vez engendrada por ellas: ella se dirige tanto del lado de los medicamentos, como del de los enfermos: se interesa tanto en los fenómenos como en los síntomas. Cuando se ocupa de los síntomas, no difiere casi de la *diagnósis;* cuando se ocupa de los fenómenos, casi no se distingue de la *farmacolexia.*

En terapéutica, la individualización de los estados morbosos, es el dogma más cierto, el más absoluto, el más inquebrantable. Este dogma trae en su esencia la más sublime inmortalidad. Así desde las primeras páginas de su *Organon*, Hahnemann se apresura á escribirlo con letras de fuego. "Todo médico que trate las enfermedades según caracteres generales, aun cuando se abrogase el título de homeopatista, no sería en realidad, mas que un alópata generalizador; porque no se puede concebir homeopatía, sin la individualización más absoluta."

El primer miembro de esta frase, debería subrayarse una vez, y el segundo setenta veces siete.

Dejando al Dr. Fenelón todo el mérito de la explicación que da sobre las causas del vómito en el embarazo, bástanos reclamar como netamente homeopática, la acción de la ipecacuana, en pequeñas dósis, para combatirlo: que esta sustancia no produzca un mal análogo, solo el Dr. Fenelón puede decirlo; hay aquí un juego y error de voces, un mal entendido, del cual se empeña en no salir este señor: la ipecacuana produce vómitos en el hombre sano, la ipecacuana los cura en el enfermo: la ley de similitud aparece aquí en toda su claridad y solo por una averración ó excesivo capricho puede negarse hecho tan evidente: lo propio que decimos de la ipecacuana podríamos decir de la nuez vómica, del mercurio, del arcénico, la belladona, y tantas y tantas medicinas cuyo empleo, según nuestra ley, es hoy una *novedad* entre los prácticos alópatas: ya en *La Reforma Médica* en un artículo titulado "Plagio" hemos publicado una lista de tales usurpaciones.

Cuando el Dr. Fenelón, como todos los débiles adversarios de la Homeopatia, abandone su único y eterno argumento, *las dosis infinitesimales, la falta de medicina, la espectación, etc., etc.*, cuando, fijándose más en la acción medicinal y en el efecto dinámico de los medicamentos, vaya conociendo mejor la manera de obrar, la acción especial, electiva, patogenética de cada uno, no solo en sus efectos brutales y toxicológicos, sino en sus más delicados y exquisitos fenómenos; cuando, abandonando sus dosis *coup sur coup*, busque en los remedios, no masas, hachas y cañones para yugular y destruir enemigos fantásticos, sino modificadores de organismos, tanto más delicados, cuanto más enfermos; cuando, individualizando más y más sus casos morbosos, individualice á la par sus armas curativas, llegará, no lo dudamos, á donde han llegado todos los observadores concienzudos, al reconocimiento de esa gran ley de Similitud que domina la terapéutica, no solo de las enfermedades crónicas, como decía Bouchardat, sino de las agudas: entonces tendrá que reconocer, cuan imperdonables son nuestros maestros y las generaciones médicas actuales, en no dar atención debida á una doctrina y á una reforma que tantas mejoras y tantos beneficios entraña: para esto nada les impide y deben más que nunca estudiar su anatomía, fisiología, patología, etc., como las estudian los homeópatas y todo aquel que se dedique al arte de curar.

Desgraciadamente, nuestros buenos deseos acerca del Dr. Fenelón no llevan traza de realizarse: este señor es refractario absoluto á la Homeopatía; y á la verdad, si persiste en entenderla á su modo y se pone á curar á sus enfermos resfriados con baños en estanques de agua helada, como hizo con su propia persona, ó á los quemados con ácido sulfúrico ó envenados con estricnina propinándoles otra dosis igual de veneno, francamente preferiremos mil y mil veces que jamás se vuelva homeópata y hasta nos quedaría remordimiento de conciencia si á tal calamidad cooperásemos en lo mas mínimo.

Quédese muy en hora buena Dosímetra hasta las cachas y siga cultivando y adorando en "*esa flor nacida del tronco de la medicina*

tradicional, de aquella *viejecilla ridícula que se entretiene en puerilidades y emplea fórmulas envejecidas y preparaciones escandalosas*, *etc.*, *etc.*"

Hay que confesar que Burgræve, al sacar de tan apolillado tronco una flor tan perfumada y rozagante, merece se le dé el primer premio, con medalla de oro, en floricultura.

Y á propósito del venerable maestro, hé aquí otras florecitas Burgravianas que le vienen de molde al Dr. Fenelón, que cree, admite y practica el hipnotismo y la sugestión: en una correspondencia (*Repertoire univ. de med. dosim.*, núm. de Febrero último) refiere Burgræve una consulta que desde Calcutta le hace un Dr. Seddisshur; se trata de la histeria y el Dr. Burgræve se expresa así: "Se comprende que me he cuidado bien de hablar de hipnotismo y de sugestión, estas dos *dadas* (yo traduzco boberas) (1) de un *charlatanismo* renovado de los egipcios (aun cuando se trate de un país donde el fetiquismo está todavia en crédito.) (2) He contestado al doctor de Calcutta, que la histeria resulta de una debilidad nerviosa, sea nativa, sea adquirida, y por consiguiente, es el sistema nervioso el que se debe fortificar, á fin de que los enfermos dejen de ser *unos títeres* entregados á sus propias sugestiones ó á las de otros. He recomendado, pues, un régimen fortificante por el hipofosfito de estricnina, la quasina, los arseniatos de sosa, de fierro, la digitalina, si hay cardiopatía. Un buen alimento, aire y todas las mañanas el Sedlitz-Chanteaud.

Recomiendo este método á los hipnotizadores: quizá esto les sugerirá ideas *más sanas y más honradas* que las de un charlatanismo que la ley debía prohibir."

¿Qué tal, Srcs. Fenelón y Malanco? ¿Qué tal respeto y cortesía hay entre los Dosímetras?

Y aquí surge necesariamente un conflicto: puesto que el Dr. Fenelón es á la vez hipnotizador sugestivista y dosímetra, ¿al encontrarse frente á una histérica, sugestionará con Charcot ó dosimetrisará con Burgræve?

En cuanto al desdén con que mira el Dr. Fenelón el número cada día mayor de homeópatas en los Estados Unidos, que apellida el país de Barnum, le diremos, sin que por esto se nos tache de *ayankados*, que el país de Barnum es también el país de Edisson, que llena el mundo con sus descubrimientos en electricidad; y de Vanderbilt, que lega medio millón de pesos para fundar un hospital y una escuela de medicina.

(1) Este paréntesis es mio.
(2) Este parentesis es del Dr. Burgræve.

Basta ya con el Dr. Fenelón, cuyas interpelaciones quedan contestadas: renunciamos á la tarea de convencerlo, diciendo, como el Dr. Semeleder en su opúsculo sobre electrolización, "es como quien emprende á lavar á un negro hasta que quede blanco."

Más tarde tendré el honor de ocuparme del último artículo de vd. y de contestar á la vez á las interpelaciones que me hace: confieso desde ahora que mi tarea va á ser muy facilitada y allanada por la confesión plana que hace el Dr. Fenelón, de ser la Dosimetría un Eclecticismo; esta declaración importante, que los Dosímetras no podrían esquivar, pues su práctica, sus escritos y sus casos clínicos la ponen de manifiesto, corta las alas á las pretensiones científicas de este método curativo.

Decir que la Dosimetría es el Eclecticismo, no es decir, como vd. asevera, que León XIII es el Rey del Congo: es nada menos que la demostración de que las ínfulas, pretensiones y ruido que intenta meter el Burgrævismo, vienen á ser en realidad *improcedentes;* la Dosimetría, abstracción hecha de la forma de sus medicamentos y de la alcaloideterapia, no es ninguna doctrina ni sistema, ni envuelve progreso efectivo en Terapéutica: es la alopatía modernizada, disfrazada con toda clase de afeites, oropeles y zarandajas; es la medicina sin ley, principio, ni guía que dirija ó norme sus procedimientos, que pretende tenerlo todo y que no tiene ni significa nada: tal es el Eclecticismo Dosimétrico.

Soy, como siempre, su afmo. A. y S. S.

C. Colín.

LA QUININA
Y LA MEDICACIÓN PALÚDICA

(Continuación.—Véase la entrega 5ª)

III.

Farmacodinamia.

Para conocer un medicamento, es necesario desarrollar su medicación como se desarrolla un hilo.

La quinina es uno de los agentes medicamentosos cuya acción es la más simple y la más clara; pero para verla bién, es preciso consentir en agrupar

en su órden normal los diversos documentos adquiridos en su estudio, ó, dicho sea de otra manera, referir todos los fenómenos observados á la propiedad de reacción vital del organismo.

Esta reacción es la lucha para el mantenimiento del estado fisiológico, la resistencia á las acciones exteriores, después la resistencia que acrece las fuerzas hasta aquella que no hace más que marcar el agotamiento progresivo de la vida. Cada uno de los aparatos orgánicos tiene su resistencia propia; debemos, pues, examinarlos separadamente, y nos limitaremos á los principales.

Curvas orgánicas de la quinina.—Están determinadas por la electividad de la quinina, es decir, su afinidad más ó menos grande por los diversos tejidos, y á la vez por las propiedades constitutivas de los órganos. Examinaremos la curva del aparato circulatorio, la del aparato sensitivo, la del tejido muscular liso y la acción sobre las celdillas de la sangre.

Curva del aparato circulatorio.

Se puede decir que la mayor parte de los efectos terapéuticos de la quinina son producidos por el intermedio del aparato circulatorio, y esta sola acción general bastaría ya para explicar sus triunfos contra la fiebre.

La quinina tiene la mayor afinidad por los ganglios cardiacos y por los nervios vegetativos; tiene también mucha por las fibras musculares lisas, es decir, por el elemento contractil de las paredes vasculares. Por consiguiente, los dos elementos directores de la circulación: el sistema nervioso y el sistema muscular, son á la vez influidos por ellos, y casi tanto por el uno como por el otro.

Así el aparato circulatorio es muy sensible á la acción de la quinina; y manifiesta prontamente la impresión recibida: algunos centígramos bastan en el adulto, aun en el estado fisiológico, para que el efecto producido sea apreciable á la medida de nuestros sentidos, medida que no se cuenta por tanto como muy sutil.

¿Cuál es este primer efecto producido?

Retardo circulatorio al principio.—Aquí es, según acabamos de decir, donde todos los experimentadores se han dejado llevar del desdén que reina en todas partes para las pequeñas dosis. (Decimos pequeñas dosis y no dosis medias, ni dosis infinitesimales; nuestras investigaciones no han llegado á estas últimas, pues la Dosimetría obtiene efectos tan notables con las *pequeñas* dosis, que se contenta con ellos.)

Hemos visto que la opinión recibida es que la quinina es excitante á pequeñas dosis, é hipostenizante á altas dosis. Pero, ¿qué son las pequeñas dosis de los experimentadores ó de los médicos clásicos? ¿Son ya en realidad dosis fuertes un gramo de sulfato de quinina y al mínimun 50 centígramos? A esas dosis, tomadas de una vez ó en un corto espacio de tiempo, ciertamente la quinina es excitante del aparato circulatorio: acelera el pulso en el estado fisiológico. Pero hay aquí una acción preexcitadora: la acción de las dosis menores. Nada es más fácil que darse cuenta de ella. ¿Cómo no se ha visto hasta aquí este hecho, que es muy claro, y del cual una buena interpretación hubiese podido preservar de todos los excesos de la doctrina hipostenizante de Briquet? La primera acción de la quininá, por consiguiente, su acción propia, la que sigue á la primera administración de los primeros centígramos, es completamente opuesta á la acción excitante: en vez de acelerar la circulación, la *retarda*.

Se repite y se enseña que la quinina, á la dosis de algunos centígramos, no produce sobre el organismo efecto apreciable. Pero cualquiera que tome esta cantidad de sulfato de quinina y cuente sus pulsaciones, se apercibirá que el pulso se retarda.

En punto á retardos del pulso por la

quinina, los autores no conocen más que el retardo de la hipostenización, es decir, el retardo último, el que sigue á la administración de las dosis tóxicas, este retardo asténico que se produce al mismo tiempo que la disminución de la presión sanguinea, y que es el último esfuerzo de una resistencia agotada.

Aquí estamos bien lejos de esta extremidad; estamos al principio de la curva medicamentosa y no al fin. Este retardo de la circulación, producido por una dosis de quinina que no excede algunos centígramos, es esencialmente esténico; marca el principio del aumento de la presión sanguinea, acrece la resistencia vital, constituye lo que hemos llamado la *zona de estabilidad* en el organismo.

Lo repetimos: que cada uno cuente su pulso después de haber deglutido algunos centígramos de quinina, y se convencerá que este medicamento obra á la manera de la digitalina; su acción es solo menos enérgica y más limitada.

Hé aquí el término medio de lo que se puede observar en el adulto:

Tomemos, por ejemplo, el pulso de la mañana, que es el más fisiológico. Si se tragan de una vez 10 centígramos de sulfato de quinina á las seis de la mañana, dando el pulso 68 pulsaciones, se observa que al cabo de una media hora ha descendido á 64 por minuto, y frecuentemente disminuye todavía algunas pulsaciones más al cabo de una hora próximamente. Al mismo tiempo, el pulso está más lleno y más fuerte. Este doble efecto se prolonga dos ó tres horas. Sucede lo mismo por la noche: estando el pulso á 72 por consecuencia de los ejercicios funcionales ordinarios del día, si se toma una dosis de 10 centígramos de sulfato quinina, el pulso desciende á 66 al cabo de media hora, y á 64 al cabo de una ó dos horas.

Se obtiene por otro procedimiento un retardo análogo, con menos de 10 centígramos. A las seis de la mañana, si marca el pulso 68 y se toma cada cuarto de hora un gránulo de á centígramo de sulfato de quinina, á las siete, después de 4 gránulos, el pulso señala 64; á las ocho, después de 8 gránulos, el pulso se acerca á 60. Es igualmente más amplio y más fuerte.

En este hecho se muestra ya la huella de la dinamización dosimétrica, pero no es este el momento de insistir en ello.

Lo que hemos querido establecer desde luego es que el sulfato de quinina retarda el pulso normal, si alguna excitación funcional no viene á enmascarar esta influencia.

Pero para esto es necesario que el alcaloide no produzca sobre el aparato circulatorio mas que un débil choque, el que resulta de la absorción de algunos centígramos solamente. Por cima de 20 centígramas, tomados de una vez, el choque traspasa la capacidad de tolerancia y el aparato circulatorio se revela, acelera sus latidos, es excitado.

(Continuará.)

VARIEDADES

TRATAMIENTO DE LA UÑA ENCARNADA,

Por el Doctor Patin (de Boulogne-sur-Mer.)

He empleado, desde hace dos años, al tratamiento de la uña encarnada en la mayoría de casos que se me han presentado ó que he buscado, un medio que, sin perfeccionar ninguno de los numerosos procedimientos quirúrgicos empleado contra esta dolorosa afección, me parece capaz de prestar al práctico verdaderos servicios.

Después de un baño de piés un poco prolongado, séquese y límpiese ligeramente, y lo más completo que se pueda, la uña enferma; introduzco con ayuda de un pincel, en los insterticios de la uña y de las fungosidades, la solución al 9 p. 190 de gutta-percha en el cloroformo (10 de gutta por 80 de cloroformo) conocida en el hospital Saint-Louis con el nombre de *tromaticina* y empleada con éxito por el Sr. Besnier en el tratamiento del psoriasis.

Hago repetir estas aplicaciones varias veces los primeros días, disminuyendo en seguida.

Un gran bienestar, producido por la acción anestésica del cloroformo, sigue á estas aplicaciones. Se recomienda al enfermo limitar el tratamiento á estas solas imbibiciones, evitando excoriar las carnes ó desgarrar la uña con limpiezas ó raspaduras inoportunas; se tiene la paciencia de esperar á que la uña rebrote lo suficiente para cortarla transversalmente, limitándose á embotar las extremidades; en fin, que durante algún tiempo evite, lo más que pueda, el andar y el calzado extrecho, y la cura no tardará en establecerse completa y durable.

Es fácil comprender el efecto de este tratamiento; la tromaticina, participando de la fluidez del cloroformo, penetra en los más pequeños repliegues de las carnes y después de la evaporación del disolvente la gutta-percha, que constituye el residuo, forma una capa que separa la uña de las fungosidades, las que remueve y cuyas nuevas aplicaciones aumentan el espesar y la suavidad elástica; ella proteje igualmente las fungosidades contra los frotamientos exteriores.

Es necesario algunas veces, para completar esta protección, recubrir el grueso dedo enfermo con un sombrero de diaquilón, el que se coloca después de cada aplicación de líquido.

He tenido ocasión de tratar de esta manera varias uñas encarnadas, particularmente en mujeres embarazadas, en las cuales toda idea de intervención quirúrgica debía *a priori* desecharse, pudiendo afirmar que, en todos los casos en los cuales los enfermos se han conformado á las indicaciones precedentes, la cura no ha tardado en llegar.

Hemos indicado otras veces diversos tratamientos de uña encarnada sin operación, y es con el mayor gusto que insertamos todos los que nos son señalados, porque sucede con frecuencia que los enfermos ligeramente atacados, y éstos son numerosos, desisten con razón ante la operación.—Los cirujanos quieren siempre operar, mientras que pueden perfectamente curar sin ella, en un gran número de casos.

CRONICA.

"EL OBSERVADOR MEDICO" nos dedica el párrafo que sigue:

"NUEVA PUBLICACIÓN.—Editada y dirigida por el muy estimable Dr. Fernando Malanco, ha aparecido *La Medicina Científica*, basada en la Fisiología y en la experimentación clínica.

Esta interesante y bien redactada publicación, es quincenal; sus artículos se distinguen por un gran fondo de lealtad, y sus columnas se ofrecen á todos los médicos, como ancho campo para la discusión pacífica y razonada, de cuanto pueda contribuir al adelanto de las ciencias médicas.

La actitud que ha adoptado este nuevo y muy apreciable colega, así como también las doctrinas científicas de que se hace eco, van á ser, sin duda, motivo de interesantes réplicas, en las cuales la notoria ilustración de sus entendidos redactores, vendrá á demostrar lo que hay de cierto en la dosimetría, y sobretodo, la utilidad de su empleo en el tratamiento de las enfermedades.

La dosimetría ha recibido el bautismo de la moda, está á la orden del día y es de congratularse que personas tan entendidas y competentes como las que escriben *La Medicina Científica* vengan á ocuparse entre nosotros, de un asunto que reclama seriamente la atención de cuantos se interesan por todo lo que signifique adelanto, y que nunca debe ni adoptarse ciegamente, ni relegarse al olvido sin haber hecho antes de ello un estudio concienzudo, detenido y sobre todo desapasionado.

Felicitamos muy cordialmente á nuestro estimado colega, y esperamos se dignará honrar al *Observador Médico*, estableciendo con él el cange respectivo."

***

Agradecemos sus benévolas frases á nuestro apreciable colega.



NECROLOGIA.

El 6 del corriente falleció en Aguascalientes, el distinguido Sr. Dr. Isidro Cavera.

TOMO I — ENTREGA 9ª — 1º DE MAYO DE 1888.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

FALSA Y VERDADERA MEDICINA.

To be or not to be.
SHAKSPEARE.

(CONTINÚA.)

Una discusión importante y una creencia injusta vinieron á entorpecer la secuela de este artículo.

Muchas de las doctrinas que en su curso debieron aducirse, han ocupado otros lugares; ya no será por tanto, lo que me prometía, la natural ilación de un raciocinio desemboeando en conclusiones ineludibles, por lógicas, que desde luego esbozáran una reforma urgente, conforme á claros principios en la anticuada terapéutica, y á la vez encarrilaran al acierto facultativo, y á la paz de la conciencia del profesor; será sólo el complemento de ideas sostenidas por la buena fe, derivadas de la lógica y corroboradas por la observación.

Pero es necesario concluir ya este escrito; tal vez en seguida, los materiales que debieran terminarlo, estén por aquí y por allá dispersados, sin tener todo el valimiento que les augura su conjunto. Y además, comienza á levantarse por el horizonte un pequeño celaje, algo como una casi diáfana nubecilla que puede, dadas las condiciones atmosféricas, y los indicios de saturación, transformarse en negro y pavoroso nimbo, de esos en que se guarda la centella y de donde surge el trueno; y es preciso estar listo para guarecerse, ó de aisladores provisto, para garantirse.

La gran contienda asoma, fulgura la tormenta, se anuncia el huracan, hay que estar listos para la batalla; apresuremos para estar prontos.

X.

En todo sistema curativo hay que examinar cuáles son los recursos médicos, cuál el momento en que con ellos se acude, y cuál la táctica con que se les emplea; ó en otros términos, cuál es el arsenal terapéutico, cuál la oportunidad científica y cuál la estrategia pericial.

La materia médica comprende en sus diversos departamentos, sustancias de los reinos orgánico é inorgánico, preceptos de higiene y medios del orden moral. Son en pequeña cantidad las sustancias que encierra del reino inorgánico, y estas deben preferirse con garantía de la Química, entre las más puras. Son también poco numerosas las sustancias que cuenta en la clase animal y pueden hallarse como se desean, buscando con estudioso esmero entre las de su género entregadas por el comercio. Respecto de los preceptos higiénicos y de los medios del orden moral para restablecer la salud, están ya casi matemáticamente establecidos por la ciencia, oída y consultada, que fué prolongada observación.

Son los vegetales, de donde la medicina saca sus más importantes y activos recursos, que más buscan y consumen los enfermos de todos los países de la tierra, los que por su modo de administración y por su dosis, más profundamente han dividido al gremio de todos los credos terapéuticos. Son pues, los recursos médicos que se extraen de las plantas, los que más urge conocer, y sobre los que más importante se hace discurrir.

XI.

Las plantas no tienen igual composición jóvenes, que ancianas, cultivadas que incultas, de tal ó cual patria, crecidas en este ó aquel lugar, en sus tallos que en sus raíces ó en su follaje, cosechadas de tal ó cual manera, y administradas en esta ó en aquella preparación.

Las plantas jóvenes comunmente son inertes; es la madurez la que las vuelve activas. Los suecos comen sin peligro, acónito en mocedad; los toscanos, vástagos tiernos de clemátida; y los negros, retoños nuevos de apocyno.

El cultivo quita la energía de los vegetales, da azúcar á los pericarpos, y resta acerbidad en los frutos; la achicoria anémica de los jardines, no tiene amargo, los duraznos de las huertas, son de grato sabor, y el perón de los prados, apenas conserva algo de la acerbidad que le es característica.

La patria de la planta, significa mucho de su importancia. El opio aún extraído de una misma adormidera, *el papaver somniferum*, no es idéntico venido de Cons-

tantinopla, que de Egipto; de Persia que de la India; de Francia, que de Algeria; sus elementos, su riqueza en alcalóides, y hasta su aspecto y olor difieren completamente.

Las plantas viven más lozanas y son más activas, allí donde el aire es más puro y brilla mejor el sol. Las umbelíferas, inocentes cuando crecieron en terreno seco, se vuelven venenosas brotadas en terreno pantanoso; la valeriana, activa en las alturas, es pobre ó inerte en los lugares húmedos.

Los vegetales llevan con su olor y sapidés á nuestros sentidos, á donde están los tesoros que ellos guardan para la terapéutica; las labiadas, á sus cálices; las amómeas, á sus raíces; las lauríneas, á toda su individualidad.

Para que las plantas ó sus frutos abunden en principios, es necesario cosecharlas á tiempo; las raíces, cuando enriquecidas por el otoño, entran al sueño invernal, ó antes de que la primavera venga á despojarlas de sus tesoros para vestir á los tallos; la madera y la albura, cuando la planta repleta de ricos jugos, se aletarga en la mala estación; la corteza, cuando la vegetación termina ó la floración empieza; las hojas, cuando los órganos productores van á aparecer; las flores, cuando se preparan á abrirse, ó apenas ensanchadas; los frutos carnosos en madurez ó poco antes; los capsulares antes de la desecación; los carserularios, en madurez si se busca el epicarpo, ó en plena desecación si se prefiere la vaina. Cosechar el bulbo del cólchico, cuando el tallo se vistió de follaje y flores, es exponerse á no encontrar colchícina; toda se habrá perdido.

Además de estos cambios en la composición de las plantas, hijos de las circunstancias de su existencia, hay otros propios de su conservación.

La planta muerta no es igual en composición á la planta viva; en aquella, parte de la goma ha disminuido, parte de la albumina se ha coagulado, y los productos en sus líquidos disueltos, han sufrido cambios químicos variados. Una planta, aún convenientemente momificada, no representa en composición idéntica á la planta viva; por esto es sin duda, que son tan distintas en su poder las pulpas y los polvos, las alcoholaduras y las tinturas.

Entregadas las plantas al arte médico, veamos aunque sea someramente cómo las utilizan las diversas terapéuticas.

XII.

La alopatía emplea las plantas mismas, ó los principios que los disolventes le entregan y aisla ó conjuga los elementos de uno ó de varios vegetales.

El arsenal alopático encierra pues, formas farmacéuticas muy variadas. En un primer departamento están medicamentos sólo de un vegetal; en el otro de dos ó varios.

Aquel tiene tres compartimientos: en uno, los preparados de sólo la mecánica sin intervención de la química, las pulpas y los polvos, los jugos y las féculas. En otro, aquellos en que la acción del medicamento y de un disolvente están concertadas; deposita desde las tisanas hasta los mirolados, desde las aguas destiladas hasta los alcoholados. Y en el último, los productos de acción de los disolventes, sustraídos estos, cuando llenaron, y por haber llenado, su cometido, es decir, los extractos de todas las plantas.

En el departamento de los medicamentos compuestos, hay cuatro compartimientos. En uno, están los medicamentos internos compuestos, pero de composición uniforme ó apenas variable encargados á la azúcar para que los conserve; deposita desde los jarabes hasta las pastillas. En el siguiente, los medicamentos internos compuestos, pero de composición variable según prescripción magistral, y preparados á su tiempo; guarda desde las pociones hasta las píldoras. En el tercero, medicamentos externos de composición apenas variable, que la grasa se encarga de conservar, según su leal saber y entender; contiene los ceratos, las pomadas, los ungüentos y los emplastos. Y en el cuarto, están los medicamentos externos de composición tan mudable como la voluntad é intención del que los formula, los esparadrapos, las candelillas, los supositorios, las moxas, etc., etc.

¿Qué pretenden? ¿qué buscan estas preparaciones?

Las pulpas, pretenden dar el medicamento sin alteración íntima y apropiado para absorberse; los polvos, entregarlo más adecuadamente para que la nutrición se apodere de sus principios; y los jugos exhibirlo en cuanto es y vale, exento de lo inútil y de lo inerte. Confiesan, no obstante, todas estas formas farmacéuticas, que su composición es tan variable como la de la planta, que no pueden contener dosis fijas de sustancias activas; que no siempre consiguen atravesar hasta el estómago, sin que la sensibilidad se enfade contra su terrible acritud, ó contra su repugnante sapidés; y que es muchas veces impracticable su ingreso en la cantidad que su pobre energía demanda en seres delicados y sufridos.

Los solutos arguyen que llevan sólo de

la planta, lo que la intención médica elige, subdividiéndolo y dinamisándolo para hacerlo mejor absorbible, y que en su mayor parte suman con la actividad de los principios de la planta, la del disolvente de cada uno. Confiesan sin embargo, que su composición tiene que resentirse de la de la planta que les dió origen; que no responden de dosis marcadas de sustancias activas, y que no siempre les es posible restringirse á disolver los principios señalados; que el agua, que ordinariamente disuelve ciertos elementos, puede en amistad de ellos atacar hasta á otros sobre los que ordinariamente no tiene poder, las resinas y los aceites por ejemplo; que el alcohol, según las cantidades de agua que lo acompañan, puede contener de las plantas aún principios que no acostumbra extraer, como la azúcar, las materias extractivas y las gomas; que el éter, que sólo por su afecto por ciertas sustancias como el castóreo, el almizcle y el tolú, es encargado de ir á traerlas, produce tinturas que momento á momento, dada la extrema volubilidad del disolvente se concentran y difieren de composición; que los vinos y los vinagres como los alcoholes aunque suman la actividad de principios determinados con la de los vehículos, son de distinto y no fácil de fijar alcance, á causa de su clase y de su poder disolvente, y por último que las cervezas á cambio de extraer elementos en conformidad de las proporciones de agua y alcohol que contienen, son esencialmente alterables á punto de haberlas abandonado casi en totalidad la terapéutica. Que administrando gotas aunque sean de un propio soluto, en número dado, cambia la dosis del medicamento, porque las gotas difieren según la forma de la botella, su tamaño, la forma de su cuello y de su borde, según la cantidad de líquido contenido en la botella y la rapidez con la cual se escurren;—que veinte gotas —como dice Deneffe—vertidas en variables circunstancias dan un peso que oscila entre un gramo sesenta y cinco centígramos, y tres gramos cuarenta centígramos; que por tanto en circunstancias determinadas, puede el enfermo tomar tres veces más medicamento que el que el médico se propuso administrarle; y por último, que aún soluciones tituladas y medidas, hacen variar por la concentración que causa la no evitable evaporación, las dosis de los medicamentos que contienen.

Los extractos alegan haber reducido á la menor cantidad posible, los principios que extrageran los disolventes respectivos, acumulando su actividad y facilitando así la administración terapéutica; que los extractos amargos, hacen sencilla la tonificación; los purgantes, obvia la limpia del canal intestino; y los otros diversos extractos cada cual cumple mejor y más á satisfacción magistral, su diverso cometido. Confiesan, no obstante, que derivados de soluciones variables, son una mezcla de principios muy diversos y en cantidades distintas y no fácilmente determinadas; que hasta en su manera de constituirse se desnaturalizan por la adición de nuevos compuestos y merma de los que estaban; y que hasta en el instante de formarse, engendran ineludiblemente sustancias insolubles que no los abandonan, y que ni siempre son conocidas ni entran al programa de su administración.

Los medicamentos compuestos que la azúcar condimenta ó conserva, alegan que su sabor es agradable ó menos desagradable; que conservan prolongadamente en buen estado el medicamento que entrañan; y que tienen siempre listas, en estado de concentración, soluciones acuosas de sustancias medicinales. Confiesan que bajo la influencia de cualquier fermento se desliza en su masa la alteración, y por tanto la oscuridad; que los ácidos los cambian y surgen de ellos mismos; que los álcalis los trasfiguran; que la sola impureza de la azúcar los expone; que la concentración indebida los ataca; y que á esta susceptibilidad exquisita adunan su composición naturalmente problemática, como la de todas las soluciones de sustancias medicinales oriundas de las plantas.

Los electuarios, también medicamentos internos oficinales, anticipan que en ellos se concentran propiedades activas de muchos medicamentos; que son para atacar las enfermedades, columnas cerradas; que la triaca de Andromaco y el diascordio no contienen menos de sesenta sustancias cada uno; que asocian muchos recursos para aprovechar el ó los que convengan y que son como dice Forget carga á metralla de la que cuando menos algunos fragmentos podrán herir al enemigo. Confiesan que el agrupamiento que representan es completamente, en la mayoría de sus componentes innecesario; que en su conjunto se producen acciones que no pueden predecirse y efectos que no pueden señalarse; que son caóticos; que si alguno de sus ingredientes puede hacer bien, muchos ó todos pueden herir al paciente y que la ciencia misma ha prescindido de ellos casi en totalidad.

Los medicamentos compuestos internos variables á prescripción magistral aseguran que ellos son los preferibles; porque son crea-

dos *ad hoc*, y en oportunidad porque cada uno lleva una intención fija y un objeto determinado; porque son el fruto de la ciencia y del saber y erigidos cómo y de la manera que más conviene, en acuerdo con la idiosincracia del paciente y la enérgica defensa que del territorio invadido hace la enfermedad; que las pociones son deslizables á favor del jarabe; que las píldoras atraviesan sin enojo de la sensibilidad del paladar muy especialmente encapotadas en azúcar ó en gelatina. Confiesan las pociones que en ellas la sustancia activa puede alterarse y aun desaparecer; que el agua por contener más oxígeno que el aire es mejor disolvente y por consecuencia más alterante; que un líquido endulzado que contenga morfina, por ejemplo, se vuelve inerte á las pocas horas por la destrucción del alcalaoide; dicen también las pociones que su administración por cucharadas lleva imbíbito un defecto capital, porque las cucharadas llevan distinta cantidad del líquido según la capacidad de la cuchara que en las casas emplean; porque el principio activo unas veces se precipita y otras sobrenada del líquido, y en otras es atacado por la fermentación; porque no se les puede asignar composición uniforme permanente, sino renovando con frecuencia la preparación ó no permitiendo el ingreso de sustancias capaces de disgustarse, lo que no siempre es posible en preparados complexos como ellas. Confiesan las píldoras que amasadas con tal ó cual polvo inerte, más ó menos bien hecha la mezcla, según la aptitud y mano del que la prepara y divididas mecánicamente por el pildorero, encierran cada una dosis distinta de principio activo; añaden que el exipiente altera muchas veces su energía, y por último agregan que un mismo pildorero, pocas ocasiones lavado, divide toda clase de píldoras resultando que ellas muchas veces contienen lo que no desean y se llevan lo que no quisieran.

(Continuará.)

FERNANDO MALANCO.

ALGO DE MEDICINA PARA TODOS.

Deciamos que la vida es el resultado de un movimiento armónico destinado á la formación, desarrollo y conservación del sér, que las condiciones de su producción escapan á nuestras investigaciones, pero que sin embargo de esto creemos siempre poder distinguir lo vivo de lo muerto, y aun más poder apreciar lo que rebosa en vida de lo que languidece.

La vida floreciente llama la atención por su belleza, la vida lánguida causa lástima: pocos conocimientos son necesarios para apreciar la animación de la juventud cuando goza de plena salud y distinguirla de la misma juventud, cuando carece de vitalidad suficiente para el desarrollo y la conservación del sér.

La ciencia permite completar y explicar más la noción de la vida, hasta donde nos es dado tenerla, con los conocimientos que ministra: en este niño reconoceremos herencias fatales; en aquel, sufrimientos debidos á la falta de nutrición ó de atención para suplir á su debilidad; en este otro, huellas de imprudencias cometidas para activar su desarrollo de un modo anormal, con alimentos y sustancias impropias para su edad; en aquel más, una anemia debida á precauciones exageradas, por las cuales ha vivido en aire confinado, y por evitarle los accidentes debidos á veces á la acción brusca del aire frío, se le ha privado de su acción nutritiva y reparadora.

Sabemos en consecuencia que las condiciones higiénicas, son los elementos más esenciales para facilitar el desarrollo completo de la vida, que es la salud; pero vemos circunstancias, en las cuales no bastan para contrapesar las influencias hereditarias, ó las de imprudencia, cometidas por falta ó exceso de cuidados: en tales casos no quedamos todavía desarmados, dirigiéndonos al regulador de la vida, que es como lo hemos visto, el sistema nervioso; podemos despertarlo de su torpeza; revivirlo aún cuando está moribundo, ó que languidece, porque es un hecho de observación fisiológica que un órgano para funcionar y mientras funciona, llama en sí la actividad circulatoria; gasta, es decir, elimina y asimila elementos nuevos; se deshace á veces de elementos gastados, nocivos y perturbadores, para reemplazarlos por elementos nuevos y reparadores; de tal modo, que se rejuvenece por la acción, mientras encuentre en la sangre lo necesario para su reposición.

De allí la indicación de conservar á la sangre su composición normal y favorable; de devolverle la vitalidad en sus glóbulos, mensajeros de la vida para la comunidad orgánica.

Conocidos son los elementos reparadores de la sangre, el oxígeno que sirve para completar la destrucción de los elementos gastados; para reanimar los que todavía pueden servir; la alimentación que debe ser de fácil elaboración y asimilación, porque si obliga al estómago á una operación demasiado laboriosa, lo pone en el ca-

so de llamar á sí todos los elementos vitales, desamparando al cerebro con gran perjuicio de la comunidad; que no debe ser excesiva, porque si introduce en un tiempo demasiado corto elementos nuevos en la torrente circulatoria, da lugar á tal modificación de la sangre, que esta pierde sus cualidades vivificadoras en totalidad, ó en parte, y deja de ser para los centros nerviosos, la corriente benéfica que da abasto á sus gastos de cada momento.

Aquí, vemos una vez más, cuán importante es la medida, la dosis, aún en el alimento más apropiado, más idóneo para la alimentación, como lo es la leche: su exceso puede dar lugar á entorpecimiento cerebral, y producir un efecto análogo á su falta; porque un cerebro que recibe una sangre cargada con demasiada cantidad de glóbulos blancos, como los introduce el alimento emulsionado, más fácilmente se encuentra en una situación análoga á la que tendría, si estuviese privado de la sangre necesaria, puesto que los glóbulos rojos están sustituídos en gran parte por los blancos, y llegan en insuficiente número á las celdillas cerebrales.

Así se explica, cómo algunos niños rodeados de circunstancias demasiado favorables, padecen en su salud y muy especialmente por la escrofulosis, debida muy á menudo á exceso de glóbulos blancos en su circulación; el exceso de alimentación láctea puede ser malo aunque nadie pueda negar la oportunidad de dicha alimentación, en proporcion prudente.

Pero conseguida una buena elaboración de la sangre con la proporción debida de glóbulos rojos y blancos y la composición conveniente para entretener la vida, todavía habrá casos en los cuales el influjo nervioso faltará, en los cuales el oxígeno del aire y aun raciones suplementarias de este gas serán insuficientes. En estos casos habrá que ocurrir á los tónicos y escogerlos apropiados á las circunstancias.

Problema de una importancia capital: El niño antes de nacer recibia su alimento é impulso vital por la circulación sanguínea. Vivía como planta y su sensibilidad forzosamente debía ser muy limitada. Siguiendo la poética idea de De Candolle se puede admitir que, no siendo todavía capaz de huir del dolor debía de ser poco apto á sentirlo, (Decia De Candolle que: no habiendo dado el Creador á las plantas la facultad de huir, no debía haberles dado la sensibilidad).

Pero al nacer la impresión ha de ser terrible; repentinamente al nuevo sér, se encuentra en la obligación de equilibrar su calorificación á las variaciones de temperatura que en el acto sufre: afortunadamente al mismo momento varía la impresión del primero, del más necesario de los tónicos, el oxígeno; este penetra por la piel todavía húmeda y muy propia para la endosmosis, por los pulmones que se abren ampliamente para su penetración con el llanto y bajo su vivificadora influencia empieza luego la vida individual, es decir, la lucha con las causas de destrucción que lo rodean.

El cerebro comienza á percibir las necesidades: la hambre, la necesidad de respirar, de mamar, de defenderse contra el frío, de dar aviso con sus impresiones penosas.

A sus quejas corresponde la ternura materna para prodigarle el abrigo y el alimento apropiados; el mismo llanto le proporciona mayor introducción de aire en sus vesículas pulmonares, contribuyendo á su dilatación, al aumento de su capacidad y á la penetración de mayores cantidades de oxígeno para su respiración.

Esta observación demuestra cuán poca medicina debe necesitar el recien nacido, y en efecto, su sistema nervioso todavía demasiado impresionable se reanima con sólo respirar; pero á medida de su desarrollo se irán notando las debilidades de su constitución y las indicaciones que deberá llevar el director de su salud, contando sobre todo y antes que todo, sobre los elementos higiénicos.

Llega un momento en el cual estos elementos son insuficientes, en que se manifiesta evidente la atonía de ciertos órganos, los digestivos muy á menudo; entonces se impone la obligación de acudir á tónicos capaces de despertarlos de su entorpecimiento.

Allí se concibe desde luego la natural repugnancia de los medios para introducir sustancias mal definidas, de grande volumen, de acción dudosa; los vinos en la primera edad tienen una acción nociva sobre el epitelio digestivo, lo alteran rápidamente, si contienen tanino lo endurecen y producen un efecto opuesto al que se apetece.

Las emulsiones, las grandes cantidades llenan rápidamente al estómago y ocupan un lugar que sería mejor llenado por la leche.

Además la excesiva susceptibilidad de los tejidos recien formados, del sistema nervioso todavía demasiado impresionable, obliga á una medida exactísima que no pueden tener las soluciones variables según el vehículo, el tiempo de su fabricación, las condiciones de su conservación, las cucharas

que sirven para ministrar dichas soluciones, son variables de capacidad y de forma, las gotas lo son todavía más, según la forma y capacidad del frasco ó del gotero que se usen y según el modo de usarlas.

En la medicina de la primera edad la forma granular es infinitamente más segura: el gránulo bien definido y pesado es una medida preparada de antemano; si se considera todavía demasiado activo para el organismo reciente, se puede disolver al momento de usarlo y darse en porciones mínimas, sabiendo á punto fijo cuánto se ha dado cuando se ha ministrado una parte ó la totalidad de la solución recientemente hecha.

La solubilidad del gránulo, la sencillez de su composición asegura su pronta absorción y su acción neta y clara cuando sea ministrado con oportunidad.

El arte de formular exige tener conocimientos químicos variados y tenerlos siempre presentes al espíritu al momento de asociar el principio activo con el vehículo, agregarle sustancias enérgicas ó moderadoras, resultando muy á menudo, aun bajo la pluma de médicos suficientemente instruidos, mezclas forzosamente inertes.

La preparación extemporánea, particularmente de noche y cuando hay motivos para la precipitación, es todavía más aleatoria: mientras los gránulos han sido preparados al momento oportuno, con la calma y meditación debidas para una operación importante, siendo bien escogidos la materia prima y todos los elementos de la preparación hasta el momento conveniente para que salga buena, porque al hacer esta en grande el fabricante está interesado en lograr la mayor perfección posible, bajo pena de comprometer gravemente sus intereses con su reputación.

Una receta mal preparada de noche en una botica para ser ministrada á un enfermo de gravedad, podrá ser la causa real del desenlace fatal y tal vez fácil de evitar con otra preparación, sin que nadie pueda saber ni probar jamás cuál fué la causa de la muerte, ni cause el error, que pasa desapercibido, ningun perjuicio á quien lo cometió.

La forma granular es la escogida por las razones arriba expresadas, á las cuales podemos agregar esta última, que la conservación indefinida de esta forma medicamentosa, permite tenerla siempre á la mano á prevención y poderla aplicar sin pérdida de tiempo aun cuando se encuentre el paciente lejos de todo centro farmacéutico.

Nos preguntamos al empezar este ensayo de vulgarización médica ¿si tenemos medios para reanimar la vida languidescente en el sistema nervioso? y contestamos que sí; fundados en las experiencias fisiológicas que sirven de base hoy á toda terapéutica científica.

Entre los modificadores del regulador de la vida tenemos á los convulsivantes, medicamentos terribles que por su mismo calificativo asustan, porque todavía se sueña con la pueril ilusión de la separación del bien y del mal, de lo bueno y de lo malo, huyendo de la realidad que demuestra que lo bueno se vuelve malo con el exceso, y que lo malo oportunamente aplicado y con medida, se vuelve útil y provechoso.

Siendo así como la experiencia lo demuestra, vamos á comprender cómo una sustancia capáz de producir convulsiones en un cuerpo en el cual está introducida sin necesidad y en cantidad exagerada, será capaz de reanimar no más la vida en otro adonde llegue oportunamente y en cantidad debida.

Todos hemos visto el horrendo espectáculo de la muerte producida por la estricnina en los perros vagabundos: todos los elementos contractiles de su cuerpo entran en acción exagerada, se contraen, se gastan, se agotan, impiden las ampliaciones respiratorias, no dejan lugar á la introducción del aire y provocan tanto más rápidamente el gasto de la organización, que no le permiten reponerse con la respiración y acaban su ruina por la asfixia.

Esta aserción ha sido demostrada por experiencias fisiológicas, puesto que ha bastado hacer respirar artificialmente á perros envenenados por la estricnina, para darles la vida bastante tiempo; y con ella, el lugar y oportunidad de eliminar el veneno y de recobrar la salud.

Experiencia fecunda que demuestra, cómo hay sustancias capaces de activar la vitalidad en los elementos del organismo, hasta el grado de que se agotara en pocos momentos; y sin embargo de tanta actividad, pueden, una vez eliminados, dejar al organismo entero y capáz de seguir funcionando.

De estas reflexiones, resulta que ese mismo agente, empleado en proporciones debidas, podrá devolver la actividad en donde falte, si está ministrado en condiciones favorables, que sólo el médico puede calcular, y variar oportunamente. Al efecto de tal oportunidad, se concibe desde luego, cuánto importa el tener á sustancia tan activa bien medida, bien conservada y proporcionada.

Estos requisitos no se llenan cuando se

da el extracto, la tintura, ó los polvos de nuez vómica; varían las nueces según su procedencia, la época de su recolección, su conservación; si varían las nueces de composición, forzosamente variarán todas las preparaciones, polvos, tinturas ó cocimientos que se hagan con ellas, y podrán variar en más ó en menos tales preparaciones; desde luego se percibe lo inseguro de su empleo; pero hay más, si ha variado la materia prima, si han variado los elementos empleados para su preparación, todavía hay más motivos para variaciones, porque los polvos vegetales, se alteran; los extractos también, se secan ó se enmohecen; las tinturas, se evaporan y se concentran.

Así se explica porqué los antiguos médicos llegaban á tener más horror que confianza en sus medios de curar, y contribuyeron poderosamente, á difundir la desconfianza hacia la medicina, todavía mal armada.

Estaba entonces el arte de curar, en el estado en que se encontraba el comercio, cuando no había todavía moneda para el cambio, y se canjeaban sustancias de valor indeterminado, y á veces indeterminable por su grande variedad.

Hoy, sabemos que principios activos contiene de la nuez vómica, sabemos que el principal y más fijo en su composición, es la estricnina, que tiene combinaciones definidas capaces de hacerla más soluble, y propia para penetrar rápidamente en el organismo, y no acumularse en él; que estas composiciones, las podemos dar en dosis mínimas, sabiendo siempre cuáles son, viendo llegar sus efectos, pudiéndolos preever, anunciarlos, recomendando que se suspenda el medicamento tan luego como se haya conseguido el efecto; sabiendo que á pocos momentos habrá salido otra vez y dejado al organismo libre de su acción; que tal vez será necesario repetir, y podremos volver á producirla en la proporción conveniente para el alivio.

Qué comparación puede haber entre el papel del médico así armado, con arma de precisión, ó el del práctico de antaño, con su extracto de composición, variable desde lo inerte, hasta lo peligroso; de una solubilidad dudosísima; haciendo correr el riesgo de acumulación en el estómago, cuando faltaran elementos activos, para la disolución de los extractos resinosos.

Esta circunstancia, hacía al práctico demasiado tímido, obligándolo á dar casi siempre, dosis inferiores á las necesarias, y á quedar muy poco útil, por miedo de ser dañoso.

De allí vino el grande éxito de las inyecciones hipodérmicas; no era posible hacerlas con sustancias poco solubles, capaces de obturar las canales de las jeringuitas apropiadas para su aplicación, y de producir en el tejido celular, abscesos por la introducción de grumos que obraran como cuerpos extraños, que se debieran eliminar.

Pero si las inyecciones hipodérmicas, por la rapidez de su acción, han seducido demasiado á prácticos y pacientes, hasta el grado de haber dado lugar á muchos abusos; es preciso convenir en que son peligrosos, por lo mismo que introducen muy á menudo en la circulación, cantidades de sustancias medicamentosas, mayores de lo que fuera necesario.

Imposible es prever, por la variabilidad excesiva, los elementos del problema, qué cantidad de principio activo, deberá recibir cada enfermo para conseguir el efecto deseado; sería abusivo repetir inyecciones hipodérmicas á intervalos demasiado cortos, mientras por la vía estomacal la introducción de gránulos pequeños, de paso fácil, de pronta solución, corresponde á esta medicación práctica, fundada sobre la verdad, que conviene dar poca medicina, darla bien medida, bien soluble y en cortos intervalos, para no dar más de lo necesario, y dar todo lo que convenga; para lograr el resultado conveniente.

Esta práctica es verdaderamente prudente, sincera y científica; mientras la que consistía en predecir cuánta medicina convenía dar á tal ó cual sujeto, juzgando no más por su edad, peso y tamaño, tenía algo de charlatanesco, porque aparentaba fundarse en datos establecidos que realmente no existen, y contaba más sobre la casualidad, las coincidencias afortunadas, que sobre la solución de un problema científico bien establecido, y bien calculado.

Este cúmulo de reflexiones prácticas, corresponden al estudio de los agentes más activos que tenga la terapéutica moderna, porque así como pudieran ser los más nocivos, si fueran mal aplicados, son los más útiles, cuando lo son bien y oportunamente; y pueden por sus efectos bien conocidos, dar la medida de este hecho, inconcuso para el práctico verdadero; que es imposible prever, juzgando por la edad, peso y tamaño, la susceptibilidad medicamentosa de cada sujeto, y es preciso tantearla dando dosis mínimas y repetidas hasta el efecto; hay más, con la observación se viene á convenir, en que el mismo sujeto, que estando sano no soportaría una dosis mínima de estricnina, sin accidentes penosos, la resistirá mucho mayor, cuando esté debilitado por la enfermedad, y no sólo la resistirá, sino que le deberá su alivio. *(S. C.)*

CUADRO estadístico de las enfermas tratadas durante el año de 1887, en el Hospital Angel Gonzalez Echeverría.

ENFERMAS DE LA CONSULTA. — DIAGNÓSTICOS.	Enero.	Febrero.	Marzo.	Abril.	Mayo.	Junio.	Julio.	Agosto.	Septiembre.	Octubre.	Noviembre.	Diciembre.	TOTALES.
Aborto	...	...	...	...	1	...	...	...	...	...	...	...	1
Accidentes venéreos	...	...	...	...	...	1	2	...	...	...	...	1	4
Cancroide del cuello uterino	3	5	3	2	4	10	8	8	2	3	1	2	51
Cistocele vaginal	...	...	1	...	...	...	...	...	...	...	...	...	1
Cuello uterino amputado	...	...	1	...	2	5	6	1	1	...	...	...	16
Chancro de la vulva	...	...	...	...	1	...	...	...	...	...	...	...	1
Callosidad del cuello uterino	...	1	1	...	1	...	...	...	...	...	...	...	3
Descenso del útero	...	...	...	...	...	...	1	...	1	...	...	...	2
Dilaceracion del cuello uterino	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	1	1
Elefanciasis de la vulva	...	...	...	...	...	...	1	...	...	...	...	...	1
Edema de la vulva	1	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	1
Embarazo probable	...	...	...	...	...	...	...	1	...	...	...	...	1
Endometritis cátarral	200	199	248	133	212	150	184	211	153	182	185	175	2,232
Idem fungosa	9	14	15	3	8	4	5	8	8	11	1	5	91
Idem ulcerosa	...	...	1	2	5	3	5	5	4	...	8	12	45
Idem supurada	...	1	...	1	1	...	...	...	...	...	...	...	3
Fibroma uterino	1	2	...	1	...	...	...	1	1	1	1	...	8
Fístula del ano	...	...	...	...	...	...	...	...	1	...	...	...	1
Fungosidades de la uretra	...	1	...	1	2	...	...	...	...	...	...	1	5
Fisura del ano	...	...	2	1	...	...	...	...	...	...	...	...	3
Fístula recto-vaginal	...	...	...	...	...	1	1	...	...	...	...	...	2
Hipertrofia del cuello uterino	...	...	1	...	...	...	4	...	...	...	...	...	5
Hemorroides	...	3	...	...	...	...	...	...	...	...	...	2	5
Metritis eritematosa	1	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	1	2
Idem granulosa	...	1	1	...	...	...	...	...	...	...	...	...	2
Menstruacion prematura	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	1	1
Prolapsus de la vagina	...	...	...	...	...	1	...	...	...	...	...	...	1
Procidencia del útero	3	6	...	1	...	...	1	6	...	...	...	2	19
Pólipo mucoso del cuello uterino	...	1	...	...	...	1	...	...	...	...	1	...	3
Quiste del ovario	...	1	...	...	...	1	...	...	...	...	...	...	2
Rectitis	...	...	...	...	1	...	...	...	...	...	...	...	1
Tumor vesical	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	3	3
Vulvitis	...	1	...	1	...	...	...	...	...	...	...	...	2
Vaginitis simple	4	4	2	...	...	1	1	...	1	...	1	...	14
Idem ulcerosa	...	...	...	...	...	1	...	...	...	...	...	...	1
Vicio de conformacion de los órganos genitales	...	...	...	...	...	...	...	...	...	2	...	...	2
Totales	223	240	276	146	238	178	223	241	172	199	198	208	2,542

ENFERMAS DEL HOSPITAL. — DIAGNÓSTICOS.	Existencia en 1º de Enero de 1887.	Entraron.	Salieron.	Quedan en 1º de Enero de 1888.
Atrecia del cuello uterino	1	1	1	1
Conformacion viciosa de los órganos genitales	....	1	1	....
Cistitis aguda	....	2	2	....
Endometritis catarral	4	12	12	4
Idem fungosa	1	5	5	1
Idem ulcerosa	....	4	3	1
Fibroma uterino	3	3	2	4
Fístula vésico-vaginal	1	....	....	1
Idem recto-vaginal	....	1	....	1
Hipertrofia del cuello uterino	1	2	3	....
Hernia inguinal izquierda	1	....	....	1
Pólipo fibro-mucoso del cuello uterino	....	2	1	1
Procidencia del útero	4	5	6	3
Quiste del ovario	1	1	2	....
Vulvitis	....	1	1	....
Totales	17	40	39	18

OPERACIONES.	
Cauterizacion intrauterina con termo-cauterio	1
Electrolisis	9
Amputacion del cuello	1
Extirpacion por torsion y arrancamiento	2
Suspension uterina	6
Eletrolisis	4
	23

En el cuadro anterior no aparece fallecimiento alguno, aunque se hayan practicado operaciones importantes, en atmósfera bastante impura, y en condiciones económicas que nó permiten el uso del método antiséptico en todo su rigor.

El tratamiento dosimétrico, ha sido empleado para curar á todas las enfermas; ningún peligro se ha hecho notar en tan vasta experiencia y todas las pacientes sanaron, confirmando una vez más las ventajas de la curacion científica—*Dr. Francisco Alvarez.*

LA QUININA
Y LA MEDICACIÓN PALÚDICA.

(Continuación.—Véase el número anterior.)

Excitación circulatoria.—Estando el pulso á 66 á las seis de la mañana, y si se toman de una vez 30 centigramos de sulfato de quinina, el pulso, después de haber disminuido ligeramente, sube á 72, al cabo de media hora; después desciende gradualmente y, como en los experimentos precedentes, hasta debajo del punto de partida que no puede ser jamás muy disminuido.

A medida que se aumenta la dosis, la excitación aumenta proporcionalmente y sobre todo la duración de esta excitación. El efecto del retardo no reaparece hasta después de un período de excitación cada vez más largo, cuando el aparato circulatorio se ha desembarazado en cierta manera de la cantidad que no puede tolerar, ó que su excitabilidad se ha embotado por el hábito.

Entramos aquí en la fase de acción descrita por todos: la primera por los autores, la segunda por nosotros.

Decimos, pues, que sólo á partir de 30 centigramos próximamente, tomados de una vez, es como el sulfato de quinina hace entrar al aparato circulatorio en la *zona de excitación.*

¿Es necesaria á la terapéutica esta excitación? ¿Es curativa por sí misma? ¿Cura la quinina á causa de ella ó á pesar de ella? Esto lo examinaremos más lejos.

En vista de las aplicaciones clínicas, es, pues, útil darnos cuenta cuanto sea posible del mecanismo fisiológico que produce esta excitación.

Mecanismo fisiológico.—El retardo del pulso es el resultado de la acción directa de la quinina, de su acción restrictiva propia sobre todos los fenómenos de la vida. Lo que lo prueba es que no sólo es su primer efecto sobre el sistema circulatorio, sino que es también su primer efecto sobre todo el resto del organismo, según lo veremos.

La excitación del pulso es, por el contrario, el resultado del individuo. Es la rebelión del aparato orgánico bajo una acción restrictiva que tiende á anonadarla, y que no se establecerá definitivamente hasta que todas las fuerzas vitales de la resistencia hayan sido agotadas.

Esta excitación se produce pronto sobre el aparato circulatorio, y este hecho, extraordinario en sí mismo, debe detenernos un instante.

Decimos que el hecho es extraordinario, porque el aparato circulatorio es el más resistente de todos nuestros aparatos orgánicos; es siempre el *últimum moriens;* el corazón de la rana late todavía doce horas después de haber sido arrancado del pecho. Es el aparato en donde la curva medicamentosa es más larga. Para que la fase de tolerancia estuviese en relación con la de excitación, debería ser notablemente extensa; y nosotros la hemos visto tan corta que escapa á una observación superficial.

Es que el sistema circulatorio es tan importante para la seguridad de las funciones y la conservación de la vida, que su propia resistencia, que le es común con la de todos los tejidos animados, ha sido duplicada con el apoyo de un aparato de refuerzo. Está servido no sólo por sus nervios particulares, sino también por toda una red nerviosa procedente del pneumogástrico y encargada de mantenerle en equilibrio.

Cuando una acción depresiva se ejerce sobre los nervios vasculares y retarda la circulación, la misma acción le acelera, por otra parte, deprimiendo también el pneumogástrico; así es que por el resultado del antagonismo de las dos redes nerviosas está salvaguardado el mantenimiento de la circulación.

Pero el antagonismo domina en toda la economía; está en las fuerzas vitales antes de estar en su *substratum;* es á la vida lo que el frío al calor, y el polo negativo al polo positivo.

Así el pneumogástrico no es más que una superfectación, una adición al aparato circulatorio, como un rodaje supletorio que se agrega á un mecanismo precioso, cuya marcha se quiere asegurar dos veces.

Por la reacción que es propia de todo tejido dotado de vida, la excitación del sistema circulatorio es fatal en presencia de una depresión que va demasiado lejos. Y para tomar aún un ejemplo en la temperatura, diremos que obra de la misma manera que un frío vivo sobre la piel, la excita.

La prueba existe también experimentalmente, pues la sección de los dos peumogástricos ha sido hecha por Binz, sin que la acción producida por altas dosis de quinina sobre la circulación fuese modificada. Es porque á estas altas dosis no se está ya en presencia de la resistencia propia del corazón y de los vasos.

La influencia del pneumogástrico se hace sentir, sobre todo, al principio de una acción nociva; se anticipa á la defensa circulatoria propiamente dicha. Y por tanto el período de retardo del pulso es aquí tan

corto y pasa casi desapercibido. Su duración no mide más que una parte de la tolerancia del sistema circulatorio, porque ella no mide después más que la diferencia de afinidad de la quinina entre los dos plexos nerviosos. El pneumogástrico, como nervio motor cerebroespinal, es menos fuertemente impresionado por la quinina que los ganglios cardiacos; así este alcaloide puede retardar algún tiempo el corazón antes que el pneumogástrico lo altere. Si los dos aparatos nerviosos estuviesen igualmente impresionados, el período de retardo del pulso no sería perceptible, es decir, que la acción restrictiva de la quinina sobre el sistema circulatorio sería completamente enmascarada. Por el hecho de la diferencia de afinidad, esta acción sólo es enmascarada en parte; y la noción de la superposición parcial de estos dos actos vitales opuestos, nos será útil en clínica, cuando queramos apreciar los límites de la acción medicamentosa curativa.

Tal es el doble mecanismo fisiológico que preside á la circulación; no debemos perderle de vista, porque nos explica muy bien la aparente inverosimilitud de los efectos primitivos de la quinina, que es un refrenador de la vida orgánica y que se comporta casi como un excitador directo.

Excitación esténica.—Acabamos de ver que el comienzo del período de excitación es el resultado de la acción sedante de la quinina sobre el pneumogástrico. En este momento el pulso es siempre fuerte y lleno; resiste á la presión del dedo aún mejor que en el estado normal, y el hemodinamómetro marca en efecto un aumento de la presión sanguínea.

Es, pues, una excitación esténica que se descompone así: aceleración de la circulación por la influencia del pneugástrico, y aumento de la tonicidad circulatoria por la acción *tolerada* de la quinina; por esta acción—que examinaremos pronto en detalle—y que comprimiendo *dulcemente* la fuerza vital del aparato circulatorio, la aumenta.

Pero pronto, si la dosis de la quinina se hace más fuerte, llega un momento en que, mientras que la aceleración del pulso continúa creciendo, la presión sanguínea empieza á disminuir.

Aquí está el límite de la tolerancia del aparato circulatorio para la quinina; el medicamento, en lugar de aumentar la tonicidad, va en adelante á disminuirla. ¿Después de qué dosis es alcanzado este límite? Es después de una dosis muy variable, porque depende en fisiología de la susceptibilidad individual, que es muy diversa, y en clínica depende á la vez de esta susceptibilidad individual, de la naturaleza de la enfermedad y de la prolongación de la acción medicamentosa. En ciertos enfermos, con 40 ó 50 centigramos de quinina á *dosis masiva*, es decir, tomados de una vez, acontece que se deprime ya el pulso.

Así, para no peligrar de traspasar este límite, donde desaparece la tonicidad circulatoria, se deberá quedar mucho antes; y ya se puede concebir en qué condiciones principales se hará con la quinina, buena terapéutica.

Excitación asténica.— Al mismo tiempo que la presión sanguínea comienza á disminuir, la aceleración del pulso continúa aumentando en un individuo que la toma en estado fisiológico.

Esto es lo que puede marcar el principio del agotamiento de la resistencia vital. La presión sanguínea disminuye porque el aparato circulatorio deja de adquirir fuerza y comienza á perderla. El pulso se acelera porque á la excitación que viene del pneumogástrico, se añade la excitación de resistencia que viene del mismo árbol circulatorio. La tolerancia termina, y la quinina no produce más que una rebelión que crecerá gradualmente.

Este período de excitación asténica puede ser muy largo, pues el aparato circulatorio, que es la misma base de la vida, no es vencido sin un violento combate.

Se pueden prolongar las dosis largo tiempo y aun elevarlas de una manera extraordinaria, sin producir todavía una acción verdaderamente tóxica.

Un enfermo puede entrar rápidamente en este período y permanecer en él largo tiempo; se entra en él con débiles dosis masivas, si es muy sensible al medicamento, y se permanece en él á pesar de dosis enormes y prolongadas, si beneficia el hábito.

Pero ¿qué es esta situación en terapéutica? ¿Dónde está la utilidad de esta administración medicamentosa? Dar una fiebre quínica—sin pensar más allá— es todo lo que se hace. Pero si no se trata más que de una sustitución patológica, la América no tiene necesidad de prodigarnos sus ricas cortezas, pues no nos dará más que una enfermedad más, sin compensación suficiente.

Hipostenización.— Si la acción medicamentosa es llevada aún más lejos, la excitación asténica se cambia en hipostenización.

Es un grado más hacia el agotamiento de la fuerza propia del aparato circulatorio. Se entra aquí en el último período de

la acción medicamentosa, el período tóxico; porque el fin de este período es al mismo tiempo el fin de la vida. Nosotros le llamamos la *zona de depresión vital*.

El pulso se retarda, pero la diminución de la presión sanguínea aumenta. No es una sedación, es una asolación.

La resistencia del sistema nervioso vascular está vencida; estos nervios no tienen ya la fuerza de excitar el pulso, y la circulación continúa, por así decir, por su sólo motor muscular. ¡He aquí la *tolerancia* que se ha buscado sistemáticamente en cierta época!

La dosis necesaria para llegar á este punto el aparato circulatorio, es muy variable también, porque no hay acaso medicamento cuyos efectos tóxicos dependan más de la susceptibilidad individual. Briquet decía que la dosis hipostenizante varía de 1 á 6 gramos; y se citan enfermos que han tomado de una vez ó en corto espacio de tiempo 15, 20 gramos y aún más de sulfato de quinina sin morir.

A esto se puede llamar literalmente terapéutica por envenenamiento. No insistamos sobre las consecuencias.

Dr. GOYARD.

LA DOSIMETRIA

BAJO EL PUNTO DE VISTA DE SU OPORTUNIDAD Y DE SU PORVENIR.

TESIS inaugural sostenida ante la Escuela Médico-Quirúrgica de Oporto, por el Dr. Aureliano Cirne; y comentada por el Dr. Burggraeve.

(Continúa.)

B

Pasemos á la farmacología

Recorriendo la historia fisiológica ante la numerosa serie de sustancias medicamentosas, se obtiene la evidencia de un hecho que, por su generalidad, se impone á nuestro espíritu. En todos los tratados de materia médica encontramos, á propósito de cada sustancia, un párrafo cuyo título es invariablemente el mismo: *Vías de eliminación*. Lo que quiere decir: todo medicamento está destinado á eliminarse.

Sí, con los medios groseros de la alopatía. Ella es la que ha introducido en la medicina las diátesis, no exceptuamos siquiera la diátesis sifilítica, puesto que las inocentes poblaciones del Perú no conocían esta enfermedad antes que los españoles se las hubiesen comunicado.

La experimentación demuestra además: 1º. que ciertos principios sufren en la economía alteraciones químicas determinadas, mientras que otros salen como habían entrado, aunque en la opinión de ciertos farmacólogos, sufran alteraciones musculares isoméricas; 2º, que la eliminación se hace completamente.

Es decir, que los medicamentos, como agentes fisiológicos, obran por catalisis. Esto está lejos de la intoxicación medicamentosa de que se prevalen algunos príncipes de la ciencia; el cobre, el oro, el iodo, el bromo, etc., todo es materia con medicamento para ellos.

Por otro lado, la observación clínica demuestra que cuando un órgano determinado ó un aparato no realizan las condiciones necesarias para la eliminación de cierto medicamento, está por esto mismo formalmente contraindicado, puesto que, en este caso, la acción fisiológica de la sustancia es muy diferente de su acción normal. Por esto Dujardín, al lado del antiguo aforismo: *Corpora non agunt nisi soluta*, establece esta otra regla mucho más verdadera: *Corpora non agunt nisi secreta*.

Es decir, hacer de nuestro pobre cuerpo un albañal. Así los alópatas tienen hermoso campo para lucirse: tienen siempre pan en el horno.

Pero si el medicamento no produce acción fisiológica al punto en que las puertas de salida le están cerradas, como es absurdo suponer que obra después de su eliminación, precisa concluir que el comienzo de la acción sensible del medicamento coincide con el comienzo de su eliminación. El hecho es evidente para los purgantes, los vomitivos, los diuréticos, los sudoríferos, etc.

¡Perdone vd.! Se pueden producir estos efectos sin que haya eliminación. Sobre esto está fundada la dosimetría. La digitalina (y no la digital), la estricnina, producen la diuresis por simple acción vital; los riñones son aquí los linderos—de la misma manera que la baja marea se hace sentir mucho antes en la tierra.

De estos hechos culminantes, que podemos recoger del prodigioso laberinto de la farmacología, se deduce la noción del medicamento: *Todo principio extraño á la composición normal de los tejidos y de los blastemas, que no puede ser asimilado y que por esto mismo se elimina en totalidad.*

El autor no fija la atención en porqué su definición, destruye la higiene terapéutica. Le hubiera sido mejor distinguir los agentes farmacéuticos de los agentes dietéticos. La quina es tanto un alimento como un medicamento. El hierro, que se asimila á los hematias, está en el mismo caso.

Esta noción de medicamento, aunque rigurosamente deducida de hechos positivos, ofrece, sin embargo, un carácter enteramente negativo. Nos parece, por tanto, que somos aún más concretos que la mayoría de los autores, cuyas definiciones—á la verdad positivas—se reducen á estas palabras: *Sustancias aplicadas al organismo con el fin de curar.*

Lo que es bien vago y excluye toda idea de farmacodinamia.

Las sustancias alimenticias llenan una función diametralmente opuesta. No hacemos más que indicar este singular contraste, sobre el cual hablaremos con más extensión más tarde. Los medicamentos son comparables en todo á los productos de desasimilación.

De aquí viene la hipotésis, por otra parte perfectamente racional, de que el mecanismo de la curación es una *reacción eliminadora*. En efecto, la economía tiende siempre á conservar su integridad, eliminando lo que no puede utilizar. Un cuerpo extraño alojado en el seno de un tejido, tiende á eliminarse en gene-

ral por el proceso inflamatorio, de la misma manera que se eliminan los productos de desasimilación y los medicamentos por las vías ordinarias. Entre estas dos categorías de fenómenos existe en el fondo una identidad perfecta.

Si los medicamentos no fuesen más que agentes de eliminación, no se comprendería cómo, fuera de la catalisis fisiológica, que es una acción puramente vital, tuviese lugar la reconstitución de nuestros tejidos —como, por ejemplo, las preparaciones ferruginosas curasen la anemia, el iodo la tuberculosis, etc.,—hay aquí evidentemente un verdadero abono, como el que proporciona la tierra á las plantas. Por otra parte, el Dr. Cirne conviene en ello en el párrafo siguiente:

Esto quiere decir que la acción del medicamento, después que su evolución química está terminada, cuando ella existe, se reduce á una incitación general de las energías reflejas en un sentido determinado. Es siempre al sistema nervioso adonde nos dirigimos, aunque muy á menudo no sea el sitio de la enfermedad.

En fin, como tendremos que emplear á menudo las expresiones *acción del medicamento* y *terapéutica médica*, debemos decir que llamamos acción general á la *acción de la sangre medicamentosa*, y terapéutica médica *la que tiene por objeto modificar la crasis de la sangre por la introducción de preparaciones farmacéuticas.*

Con estos elementos, en nuestra opinión positivos, y sin que nuestras palabras puedan jamás tener un sentido absoluto, vamos á discutir particularmente la cuestión fundamental.

Supongamos que tenemos delante de nosotros una persona afecta de una lesión anatomopatológica estable; por ejemplo, una esclerosis parcial del hígado.

Es claro que no se podría pretender eliminar una lesión de este orden, ó impedir á la evolución de seguir su curso, por el intermedio de principios farmacológicos. Lo que importa sobre todo notar es que las vísceras abdominales y torácicas están bañadas por la sangre de nutrición propia y por la sangre de la función, que reciben colectivamente; de donde resulta que la acción de la sangre medicamentosa es mucho más considerable que en el sistema nervioso, en el sistema óseo, etc., que no recibe únicamente más que sangre de nutrición.

Pero nuestro enfermo, por consecuencia de la lesión supuesta, presenta alteraciones generales, que no alcanzan todavía el carácter definitivo de la primera; lesiones moleculares, lesiones químicas.

A simple vista parece que una alteración de orden químico puede y debe ser corregida químicamente. Veamos el valor de este argumento.

Una alteración química puede ser cuantitativa ó cualitativa. En el primer caso puede ser por defecto ó por exceso.

Una lesión química por defecto se corrige dando al organismo lo que le falta. Pero proceder así *eso es medicar*, es alimentar. Conocemos, en efecto, perfectamente la diferencia capital que separa á las sustancias alimenticias de los medicamentos, sobre lo cual hemos insistido ya.

Supongamos que se trata de una lesión por exceso. El agente que emplearemos deberá satisfacer al menos una de estas tres condiciones:

a O eliminar el exceso;
b O anular su acción sobre la economía;
c O, en fin, alcanzar la causa.

Examinaremos estas tres hipótesis.

A *Eliminar el exceso.* — Las principales vías eliminadoras son: los pulmones, los riñones, el intestino y la piel.

Para activar la eliminación pulmonal, por ejemplo, para combatir la dispnea, daremos la preferencia á los procedimientos mesológicos ó higiénicos propiamente dichos, como la gimnástica, el agua fría, la inmersión en una cámara aeroterápica, etc., y en un caso extremo haremos la respiración artificial.

Entre los medios propiamente farmacéuticos están indicados, de una manera vaga é indecisa, los calmantes, y después los tónicos, con el fin de atenuar la reacción natural del sistema nervioso y de prevenir nuevas crisis.

De tal suerte que, cuando el organismo se ve en dificultad para eliminar un cierto principio que se acumula, bajo pretexto de curar introducimos en este organismo principios que tienen necesidad por sí mismos de ser eliminados, creando así nuevas dificultades y agravando las que existen, cuando tenemos procedimientos más enérgicos, más rápidos y sin estos graves inconvenientes.

De una manera general la medicación calmante, debiendo obrar directamente sobre el sistema nervioso, no tiene razón de ser. Cuando el funcionamiento nervioso pierde su equilibrio, centralizándose sobre tal ó cual distrito orgánico: ó bien obramos sobre la región sobreexcitada, modificando la circulación local por el frío, por los vejigatorios, etc., ó bien hacemos derivar el exceso de actividad acumulada por la excitación de las regiones menos excitadas. Hoy, que se conocen perfectamente las relaciones de los centros nerviosos con las regiones circunscritas de la piel, por medio de las cuales podemos obrar separadamente sobre cada distrito nervioso, descuidar los medios que la ciencia positiva nos suministra para emplear otros, inciertos y peligrosos, constituye un acto de rutina inexcusable ante el sentido crítico. [1]

En cuanto á la medicación tónica, decimos solamente que es toda entera del dominio de la higiene. Lo que se puede tomar como mejor á la farmacia, no tendrá jamás para nosotros nada más *tónico* que la buena alimentación, el buen aire, un buen baño frío y una buena gimnástica.

Puesto que el autor ha escogido por base de su argumentación la dispnea, le haremos observar desde luego que hay dispneas, y dispneas y que todas las dispneas no exigen los mismos medios. Las hay, por otra parte, curables é incurables; pero aun para estas últimas hay, diga lo que quiera el autor, calmantes apropiados, aunque todos no obren sobre el sistema nervioso, sino sobre el conjunto de la economía. Por no haberlo comprendido así los alópatas, es por lo que sus sistemas resultan tan á menudo falsos y aun contra los enfermos. Para vencer la dispnea es preciso aumentar desde luego las fuerzas de la economía — pero no de una manera brutal como se hace ordinariamente. ¿Qué puede contra el asma la aeroterapia, sino provocar ó activar el enfisema pulmonar? ¿Qué puede la gimnástica en las enfermedades del corazón, sino acelerar la catástrofe final? ¿Qué puede la alimentación forzada en la tísis, sino aumentar los productos no asimilados — especialmente la caseina, etc. — y dar así un ali-

1 Podríamos todavía hablar de la medicación *expectorante*, y si nos abstenemos de ello, es porque todo el mundo sabe que en la mayor parte de los casos se provoca la eliminación brónquica sin *remedios*. Entre estos medios debemos citar: la inmersión del enfermo en una cámara de aire puro y á una presión determinada (aeroterapia, etc.), y muchas veces la simple desinfección de la habitación del enfermo por el alcanfor, el almidón, etc.

mento nuevo á la escrofulosis? La dosimetría tiene á este respecto otras ideas: calma, tonifica y reconstruye; de aquí el empleo de los arseniatos, de los alcaloides, de las sales de base de fósforo, de azufre, de cloro, de iodo, etc. No hablamos de los microbios, contra los cuales tenemos los parasiticidas: sulfuro de calcio, jarabe fenicado y tantos otros.

Añadiremos de paso, que ciertas aguas minerales, tales como Pedras Salgados y Vidago, á la vez que alimentan, enriquecen la economía de principios que entran normalmente en su composisión, obrando, por su estado eléctrico, de una manera que realizan una especie de electroterapia interna, cuyos efectos son á veces muy poderosos.

Otra vía de eliminación es el riñón: por esto tenemos la *medicación diurética*.

En la numerosa serie de los diuréticos hay algunos que obran principalmente por el agua que contienen: por ejemplo, ciertas infusiones, tisanas, decocciones, etc. Este es un hecho muy curioso.

De los diuréticos propiamente dichos, podríamos decir lo que hemos indicado de los calmantes: queremos que el riñón elimine ciertos principios en suspensión en la sangre, y aumentamos la proporción de estos principios añadiendo un *diurético*. Dejamos á un lado la acción general del medicamento para no ocuparnos más que de su acción sobre el riñón.

Esta acción se reduce á un aumento de presión en los vasos aferentes. La dialisis indicada por Rabuteau es un hecho consecutivo. En otros términos: determinamos una congestión renal, que es la forma bajo la cual se manifiesta la acción eliminadora de los diuréticos.

Pero ¿no podemos determinar la diuresis sin agentes farmacológicos?

Todo el mundo sabe que un baño de asiento, cuya temperatura se eleva hasta cierto límite, determina la diuresis. La inmersión de las extremidades inferiores en el agua casi á la temperatura ordinaria, determina también la diuresis: es una observación personal bien fácil de comprobar. Además, la aplicación de corrientes continuas á través del riñón, determina prontamente un éxtasis relativo y la percecreción renal.

¿No sería mejor recurrir á alguno de estos medicamentos, que hinchar al enfermo de sustancias que, por consecuencia de circunstancias imprevistas, pueden no eliminarse y ocasionar un envenenamiento mortal?

Sin duda no se hará mejor, puesto que se carga así la sangre de una cantidad de agua inútil, para cuya eliminación no pueden bastar los riñones, y por poco que la sangre carezca de alimentos salinos, se produce analbuminuria. Las vasijas de tisanas con tanta profusión tenidas en los hospitales, son un lujo al menos inútil. Que se den más bien á los enfermos vinos generosos y los resultados serán mucho mejores.

En la exoterapia, cuando algún proceder queda sin resultado, el enfermo no sufre ninguna pérdida por esto, si la indicación había sido bien comprendida.

Tenemos todavía la eliminación por las vías intestinales, los vómitos y los purgantes.

Se dividen en general los vomitivos en centrales, periféricos y mixtos. Todo el mundo conoce demasiado el sentido de estas palabras, para que sea necesario definirlas.

Nada más fácil que provocar los vómitos por los medios exoterápicos. Además de los procedimientos conocidos ya desde hace mucho tiempo por todo el mundo, citaremos la aplicación de una corriente inducida ascendente, cuyos poros están fijos respectivamente en el apéndice sifoides y al nivel del apófisis odontoides del axis. Es un procedimiento mucho más práctico y mucho menos peligroso que la administración de las apomorfinas y de los tártaros eméticos.

Los lavados del estómago, en cortos casos de intóxicación,[1] de reflujo biliar, de gastritis, etc., están particularmente indicados, como en todos los casos en que la acción mecánica del vómito no tiene otro objeto que desembarazar el estómago.

En cuanto á los purgantes, podríamos descuidarlos en parte, porque no entran en nuestro sujeto; sin embargo, debemos insistir en ellos, porque es uno de los puntos poco numerosos en que la terapéutica general admite, puede elevarse á cierta dosis.

La aplicación de un purgante mecánico, por ejemplo, el aceite ricino, que está hoy casi pasado de moda, es en realidad la manera más fácil de desembarazar el intestino de su contenido.

Esto no quiere decir que la exoterapia, en el sentido general de la palabra, no posea ya hoy medios equivalentes; como, por ejemplo, la repleción prolongada del estómago con agua fría, que determina un efecto purgante, ya porque el líquido se escurre por la válvula, ya porque la anemia del estómago determina una congestión compensadora del intestino; la aplicación de hielo sobre el abdómen, la aplicación de corrientes inducidas al nivel del intestino grueso y de los plexos vasomotores, etc. No obstante, el empleo de los purgantes mecánicos para disminuir los líquidos y los sólidos, y la administración de sustancias absorbentes para eliminar los gases, cuando no se puede llenar la indicación causal, ó la administración de agentes tenífugos, con el fin de expulsar los parásitos especiales del aparato intestinal, son perfectamente racionales y legítimos. Un tenífugo, para ser bueno, debe ser insoluble, á fin de no ser absorbido, é inerte para las paredes intestinales.

No diremos nada de los purgantes salinos y de los drásticos, porque se conocen bien los accidentes, á veces persistentes, causados por estas sustancias.

Pero siempre que los purgantes, cualesquiera que sean, son administrados con otro objeto que el de la desengurgitación intestinal, los condenamos completamente.

En terapéutica, nosotros no excluimos ningún medio: las corrientes galvánicas menos que todas las otras, y hasta la misma sugestión como cura moral; pero más vale no tener necesidad de ellas, es decir, tener el cuerpo constantemente libre por el sulfato neutro de magnesia deshidratado.

En cuanto á los vomitivos y á los purgantes, tienen sus indicaciones especiales, y no el *purgare*, el *clysterium donnare*, de Molière.

En cuanto á los lavados del estómago, son medios puramente transitorios y de una aplicación difícil. Es necesario para esto casos especiales, como los cánceres, etc.

Tenemos, en fin, la eliminación por la piel, es decir, la medicación sudorífica.

En este caso la farmacia se muestra verdaderamente inútil. No hay nada más fácil que provocar una exudación abundante por la inmersión en un baño de vapor, para no citar los demás procedimientos cono-

1 Cuando tenemos que tratar un envenenamiento y el veneno se encuentra aún en el estómago, el lavado inmediato está indicado para eliminar el veneno, para neutralizarle, para detener la gastrorragia, etc. Esta cuestión está fuera de nuestra tesis; no se trata en estos casos de volver la sangre medicamentosa; hecho principal cuya legitimidad discutimos.

cidísimos de todo el mundo, sin el socorro de los acónitos, de los jaborandis y de otras drogas extremadamente tóxicas.

Los baños de vapor están indicados para neutralizar y eliminar ciertos principios tóxicos, tales como el plomo, el cobre, el mercurio. Citaremos aquí los baños de vapor sulfhídricos de los Sres. Bremond, padre é hijo, en el cólico de los pintores, y cuya eficacia no se podría negar, puesto que viene á depositarse sobre la piel una espesa capa de sulfuro de plomo.

En cuanto á los sudoríficos, tales como los acónitos, los jaborandis, tienen igualmente sus indicaciones especiales.

Como concepción fundamental se puede aceptar que volver la sangre medicamentosa con objeto de producir la depleción, no es una cosa admitida por la crítica; primero, porque procurando el medicamento eliminarse, vamos á agravar el estado que intentamos combatir y á llamar inútilmente á las puertas de eliminación; segundo, porque si el medicamento se dirige al sistema nervioso, esta gran fuerza determinante y coordinadora de los fenómenos vitales, tenemos medios mejores para provocar esta especie de reacción; tercero, en fin, porque como consecuencia del hecho nervioso, vamos á determinar una acción general cuando la mayor parte de las veces deseamos obtener solamente un fenómeno circunscrito.

(Continuará.)

PETICIÓN.

La Sociedad Médica "Pedro Escobedo" ha dirigido al Congreso de la Unión la que sigue:

"Al H. Congreso de la Unión. — Señor: Esta Sociedad, que tiene, entre otros fines, el de procurar por los intereses médicos profesionales, no ha podido permanecer indiferente ante el mal que á ellos causa la falta de la ley orgánica reglamentaria del art. 3º de la Constitución Federal. El Congreso ya ha querido expedirla y aun algún proyecto de ley ha llegado á ponerse al debate; pero la discusión se ha suspendido y hasta hoy no existe alguna ley que fije el verdadero sentido que debe darse al art. 4º del Código Fundamental que se ha querido ligar tan íntimamente con el 3º dándole una mala interpretación.

"Se ha creido, en efecto, que al declarar el art. 4º que "todo hombre es libre para abrazar la profesión, industria ó trabajo que le acomode" destruye la prevención del art. 3º de que la ley determinará qué profesiones necesitan título para su ejercicio y con qué requisitos se deben expedir; pero los que eso creen confunden las palabras *abrazar* y *ejercer*, dándoles una misma acepción, siendo así que la tienen muy diferente como lo reconoce nuestra Carta Magna que otorga á todos amplia libertad para *abrazar* cualquier profesión, industria ó trabajo; pero restringe esta misma libertad para *ejercer* algunas profesiones, puesto que en el art. 3º terminantemente dice que la ley determinará las condiciones para poder ejercerlas.

"Sin duda en esto se fundaron los Legisladores al establecer, por el Código Penal vigente, castigos para los que sin título legal ejercen la Medicina, considerando el hecho como delito. Pero no obstante dicha disposición, que forma parte de un Cuerpo de leyes expedido por el Congreso, los individuos que la infringen y caen bajo su acción creen vulnerados sus derechos y solicitan el amparo de la Justicia Federal protestando haberse violado en ellos el art. 4º de la Constitución, y como es sabido, á muchos se les ampara, fundándose en que no existe ley alguna que determine y exprese las profesiones que necesitan título para ser ejercidas.

"Tales hechos animan á los audaces á presentarse ante el público como hombres que poseen los conocimientos científicos necesarios y la práctica suficiente para que se les pueda confiar la salud y la vida de los demas, cuando las enfermedades las ponen en peligro; y esto lo hacen ante un público cuya gran mayoría no tiene el debido criterio para distinguir la Ciencia de la pseudo–ciencia que siempre se engalana con brillante ropaje, deslumbrando á los incautos y atrayendo no pocas veces, aun á los espíritus ilustrados.

"Semejante estado de cosas no puede sino conservar una confusión lamentable entre el hombre que ha gastado su vida en adquirir los principios de la Ciencia, y el que, sin haberse ocupado de ellos, se declara por sí y ante sí, y con el derecho que pretende le concede el art. 4º de la Constitución, capaz y suficiente para ejercer una profesión que requiere, á no dudarlo, conocimientos profundos y especiales que no pueden adquirirse sino después de muchos años de estudio. Y es tanto más grave esta situación cuanto que ella implica y envuelve cuestiones de interés general y de suma trascendencia, pues que la vida del hombre, dón el más inestimable, y su salud, son las que resienten de una manera inmediata los efectos de la absurda libertad que se pretende y de los abusos que bajo su augusto nombre se cometen.

"La Sociedad "Pedro Escobedo" se limita solo á hablar de la profesión médica, que es la de sus socios, sin que por ello crea que es la única que para ejercerse necesita título; pues así como la vida y la salud del hombre requieren protección, igualmente la piden sus intereses pecuniarios y otros,

"Las anteriores y otras muchas razones que pudiera alegar, pero que omite por no hacer más largo este ocurso y no creerlas oportunas, puesto que no va á discutirlas, han decidido á esta Sociedad á hacer uso del derecho de petición y á solicitar, como solicita, del Congreso de la Unión, que se sirva, en bien de todas las clases sociales, expedir á la mayor brevedad posible la ley orgánica reglamentaria del art. 3º constitucional, confiando en que su alta sabiduría resolverá convenientemente un asunto tan debatido, haciendo cesar todas las dudas y la incertidumbre que lo envuelven y que son el origen de males irreparables.

"Libertad y Constitución. México, Abril 1º de 1888.—El Presidente, *Ramón de la Peña.* — El primer secretario, *Manuel G. Aragón.*—El segundo secretario, *Jesus Tajonar.*"

MISCELANEA MÉDICA.

Inyecciones subcutáneas de sangre para reemplazar la transfusion.—Ziemssen de una parte y Bareggi de otra, se han esforzado en reemplazar por inyecciones subcutáneas la transfusión de la sangre, la que es muchas veces difícil ó peligrosa de practicar.— Los resultados parecen ser los mismos.

He aquí el proceder operatorio que tomamos á la *Revue de clinique et de thérapeutique:* Despues de la desinfección de la piel del pliegue del codo, se abre la vena mediana del donador con una lanceta desinfectada. La sangre se recibe en un vaso desinfectado y se bate, á medida que se derrama, con un palo también desinfectado; cuando se tiene de 200 á 300 gr. de sangre, se les coloca en un vaso sumergido en un baño de María á 37 ó 40 grados; debe continuarse batiéndole. Es muy importante que la temperatura del baño no supere 40°. La piel de la faz interna, anterior y externa del muslo del enfermo (lugar en que deben hacerse las inyecciones), se lava con una solución de ácido fénico de 5 por 100, y luego con alcohol. Se procede en seguida á la cloroformización, indispensable para poder practicar la inyección, que es muy dolorosa.

La jeringa de vidrio contiene 25 gr. de sangre. Está desinfectada. La cánula es larga y fuerte: corresponde al número 2 del aspirador de Dieulafoy.

Se hace un pliegue á la piel y se introduce la cánula profundamente en el tejido celular subcutáneo. Se impele luego el émbolo poco á poco hasta el cabo, mientras que un ayudante hace, empleando todas sus fuerzas, fricciones más arriba del punto de la inyección. Se previene de esta suerte todo absceso, haciendo desaparecer la sangre en el tejido celular á medida de su introducción. Las fricciones se facilitan con el empleo de la vaselina boricada. Se procede en otro sitio á otra inyección practicada de la misma manera. Según la cantidad de sangre que se tiene que introducir, se hacen 6, 8, 10 inyecciones y aún más. Para inyectar 350 gr., Ziemssen hizo una vez 14 inyecciones.

Como después de las presiones se produce dolor, Ziemssen hace colocar sobre el muslo una vejiga llena de hielo, la que se renueva tanto tiempo como sufra el enfermo. Las equimosis son frecuentes, pero pueden evitarse. Cuando no se inyectan más de 50 á 100 gramos de sangre, el dolor es ligero; pero cuando la cantidad es más considerable, el enfermo debe permanecer en cama cinco ó seis dias.

Las inyecciones de sangre aumentan la cantidad de hemoglobina en las primeras 24 horas que siguen á la operación, luego, en un tiempo variable, la proporción del hierro y la coloración de la piel y de las mucosas.

El Canadol como medio de anestesia local.—El Dr. Pliouckhine recomienda para la anestesia local, el canadol, un hidrocarburo destilado del nafta de América. Es un líquido transparente, muy volátil y el que exhala un olor de bencina; insoluble en el agua y el alcohol, lo que le hace superior al éter. Desde hace mucho tiempo, el Dr. Canonikoff, profesor de química técnica, había expuesto que este cuerpo podía suplir ventajosamente el éter como anestésico local. Él produce en efecto, el mismo frío que el éter en el primer minuto (el enfriamiento es pues tan rápido como con el éter), sin deprimir como éste la temperatura en los minutos siguientes. Así el canadol, en el primer minuto, hace bajar la temperatura de $+20°$ á $-10°$, en el segundo á $-10°,6$ y á los cinco minutos á $-10°,8$; mientras que el éter en el primer minuto da de $+20°$ á $-10°$; en el segundo $-15°,6$ y á los cinco $-17°,5$.

La anestesia por el canadol es bien completa en 60 segundos, por término medio, y, en ninguno de los casos en los cuales el Dr. Pliouckhine lo ha empleado en la clínica del profesor Stoudienski, los enfermos han acusado el menor dolor, en las operaciones de panadizos, arrancamiento de uñas encarnadas, enucleaciones de quistes, ablaciones de chondro-sarcomas, que el autor enumera. Por último otra de las ventajas

del canadol es su precio módico, el que disminuirá cada vez más como todos los derivados de la hulla.

(Gaz. hebd. des sc. méd.)

El hidrato de amilena como hipnótico. —El hidrato de amilena obtenido por Wurtz la primera vez, pertenece al grupo de los alcoholes terciarios. Es un líquido ($C^2 H^{12} O$) incoloro, móvil, hierve á 100°, su densidad es de 0,81. Este líquido se disuelve en ocho partes de agua y en toda proporción en el alcohol. El hidrato de amilena posee un olor etéreo particular, un sabor semejante al del alcanfor. He aquí los resultados de las experiencias de Mering sobre los animales:

La acción del hidrato de amilena en dosis medianas se produce especialmente sobre el cerebro, en grandes dosis sobre la médula y el bulbo; los reflejos desaparecen, la respiración y luego el corazón se paran.

Desde hace dos años Mering ha ensayado este medicamento en 60 sujetos á la dosis de 3 á 5 gramos. La mayor parte de estos enfermos sufrían de insomnio debido á diversas causas. Dos de ellos padecían de una lesión cardiaca extendida; Mering trató por este medio un paralítico, un maniaco y un alcohólico atacado de delirium tremens. Una dosis de 3 á 5 gr. bastó para producir, media hora después, un sueño tranquilo de 6 á 12 horas; su acción fué incierta solamente en cuatro casos. Cuando el insomnio es provocado por neuralgias, el hidrato de amilena debe combinarse con la morfina, pues el primero no da siempre buen resultado en estos casos.

No se observa ningún efecto peligroso después de emplear este medicamento, ni ningún desórden digestivo; solamente en un caso el enfermo se quejó de un ligero vértigo al despertar. Bajo el punto de vista del sabor, el hidrato de amilena es superior al paraldeido.

El hidrato de amilena, bajo el punto de vista de la intensidad de acción hipnótica, ocupa el lugar intermediario entre el cloral y el paraldeido, la equivalencia de dosis siendo 1 para el cloral, 2 para el hidrato de amilena y 3 para el paraldeido. El hidrato de amilena es preferible al cloral, debido á su inocuidad sobre el corazón y su poca acción sobre la respiración; por último, no provoca ningún fenómeno congestivo al despertar. Puede empleársele al interior ya sea en forma de cápsulas conteniendo un gr. de líquido, ya sea en forma de poción; en conclusión el medicamento da igualmente buenos resultados en enemas.

(Pestes Med. chir. Presse. et Rap. de Pharm).

El sulfuro de calcio contra las fiebres palúdicas.—El Dr. Julián Muñoz ha empleado en dos casos de fiebres palúdicas rebeldes el *sulfuro de calcio* á dosis de uno y dos tubos diarios, observando que al cabo de pocos días desaparecieron los accesos de intermitencia y en uno de los enfermos el color subictérico característico del paludismo.

Aunque sin duda al emplear el Sr. Muñoz el *sulfuro de calcio* lo ha hecho por la accion parasiticida de este precioso remedio, como en medicina no hay otra guía segura que la experimentación clínica, aconsejamos á nuestros compañeros lo ensayen y nos transmitan sus observaciones.

Inyecciones hipodérmicas instantáneas. —Instantáneamente se preparan en cada caso todas las inyecciones hipodérmicas que se deseen, sin el menor inconveniente, con los gránulos dosimétricos, compuestos del medicamento y de azúcar de leche que se disuelve rápidamente; y se absorben en seguida en el tejido conjuntivo y adiposo subcutáneos.

Por esto aconsejamos al médico vaya siempre provisto de su botiquín de bolsillo, como el cirujano va armado de su bolsa quirúrgica.

CRÓNICA.

UN CHISME. — Algun pobre de espíritu, ha dicho que *La Medicina Científica* está subvencionada por Burggraeve ó por Chanteaud ó por ambos.

La Medicina Científica vive á expensas del bolsillo de su Director, y de nadie recibe subvencion alguna.

OTRO CHISME.—Uno de esos *caballeritos* catedrático boquirrubio por más señas, que no ha podido comprender que una causa pueda ser defendida por sólo la convicción, pregona que los redactores de *La Medicina Científica* tenemos el cometido de hacer *réclames* á los medicamentos dosimétricos, réclames que se nos pagan con el tanto por ciento.

Cuando se escuchan calumnias de este género, casi instintivamente ocurre la injuria á los labios para responder á la agresión; pero no la proferiremos atento nuestro propio decoro contentándonos con decir con Víctor Hugo: chismografía de los gansos contra el buitre.

"EL ESTÍMULO." — Hemos recibido los dos primeros números de la publicación médica, cuyo nombre encabeza este suelto y que en Guanajuato redactan los Sres. Dres. Manuel T. González, Vicente Salcedo, José B. Hernández y Antonio Macías.

Deseamos larga vida á nuestro colega.

TOMO I ENTREGA 10ª 15 DE MAYO DE 1888.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

ALGO DE MEDICINA PARA TODOS.

(CONCLUYE.)

Desde luego se ve cuán grande es el cambio en el papel del médico, quien hace poco decía: para tal edad, tal tamaño, tantos granos de extracto se pueden dar, y por la debida prudencia, daba siempre demasiado poco; y el del médico moderno, que sinceramente confiesa lo insuficiente del arte para fijar desde luego, qué cantidad de medicina será necesaria para lograr el alivio, y recomienda su prudente y debida administración, hasta conseguir el efecto apetecido.

Se dirá: pero si no se fija una dosis máxima, podrán las personas que se encarguen de dar la medicina, dar más de lo necesario; no sucederá si son medianamente atentas é inteligentes, porque conseguido el efecto, pararán de darla, y si dan un gránulo ó dos más, como cada gránulo contiene cantidades mínimas bien medidas de antemano, nunca habrá pasado mucho de la dosis necesaria, y pronto quedará eliminado el exceso, cuando lo haya habido.

Al empezar el estudio de los agentes capaces de vigorizar al sistema nervioso comenzamos por recordar sus terribles efectos conocidos primero porque son capaces de causar la muerte; basta este imponente recuerdo para que siempre tengan presente al ministrarlos, la necesidad de la prudencia.

La estricnina es ciertamente hoy, el medicamento más empleado, se consumen los gránulos en los cuales entra con toda rapidez, que aunque se hagan venir en cantidades considerables, muy á menudo faltan en México, y es que sus efectos son fáciles de apreciar, que sin embargo de haberse consumido tan abundantemente, no se refiere un sólo accidente desgraciado, prueba práctica de que el empleo de agente tan activo y útil, no es peligroso bajo la forma granulada, por la gran división en la cual está, y la prudente proporción contenida en cada gránulo.

La nuez vómica al contrario, y sus extractos con variables en su composición: además de la estricnina, tiene la brucina y la igasurina, sin contar los elementos más ó menos inertes que pueden turbar la acción de la parte activa.

La estricnina es el modificador dinámico nervioso por excelencia; el rey de los tónicos: obra sobre todo el sistema nervioso, tanto en el cerebro espinal como en el ganglionar.

No es tóxica más que á dosis exageradas, y en consecuencia no lo será nunca si se emplea prudentemente.

La estricnina sola como ya lo hemos indicado, es poco soluble, porque para disolverse, tiene que combinarse y formar sales; con tal motivo es preferible introducirla en el organismo combinada en la forma adecuada al objeto que se propone el médico, y esta variará según las indicaciones que dé la observación.

Su acción físico-terapéutica está consignada en las memorias de Brown Sequard y de Vulpian, quienes han comprobado su poderosa influencia, para reanimar á los nervios debilitados.

Si vemos que en el hombre robusto y sano, produce efectos penosos, cuando se da en cantidad suficiente, porque no encuentra su aplicación útil, mientras en el mismo debilitado, los produce favorables, porque es oportuna, permitido será creer, que en un sujeto donde una parte del sistema nervioso se encuentre debilitada, sea esa parte la que aprovecha la introducción de la sal estrícnica en su circulación, y en efecto, la práctica comprueba esta previsión teórica.

La eliminación de las sales de estricnina, se hace por la orina, de allí nace la indicación de darla con mayor prudencia y moderación, cuando la excreción urinaria sea excasa, de facilitarla y para mayor seguridad de tener siempre al tubo digestivo en aptitud conveniente, para la pronta solución y absorción de los medicamentos.

Se ha demostrado experimentalmente, cómo al contacto de la estricnina, los glóbulos de la sangre gastan más oxígeno, y desarrollan más ácido carbónico; es decir, viven más, puesto que hemos convenido en que la vida es un movimiento que tiene por fin el desarrollo, conservación y reproducción del ser viviente; así como vi-

mos á la estricnina excitar la contracción muscular, hasta agotar la vida en un conjunto orgánico complexo, así la vemos en la intimidad del elemento animado hacer cumplir á este corpúsculo, su misión con más actividad y rápidez.

Si á cada individuo del conjunto orgánico devuelve su actividad, muy especialmente á los más torpes y débiles ¡cuán eficaz será para la comunidad! represéntese un agente capaz de levantar por su elocuencia, el ánimo y la moralidad de una sociedad decadente, y se tendrá una idea de la acción favorable que tiene el rey de los tónicos, en el organismo.

Pero lo mejor en este mundo tiene sus límites, y por lo mismo que la estricnina activa las reacciones vitales, agota las reservas y preciso es reponerlas, como lo iremos viendo al estudiar los tónicos analépticos que la estricnina hace aprovechar, pero no se podría sustituir; para quedarnos en un ejemplar ya presentado, si en un sujeto en vía de asfixiarse en aire confinado, damos estricnina sin darle á la vez oxígeno, precipitaremos el fatal desenlace, puesto que acabaremos más pronto con el elemento reparador que escasea.

Es lo que más difícil será siempre adquirir; el sentido práctico de lo que pide el organismo: pide oxígeno, se le da y no lo aprovecha, porque la celdilla nerviosa está entorpecida, y el glóbulo sanguíneo languidescente; se le da la estricnina, despiertan, y entonces necesitan más oxígeno y queda evidente la necesidad de asociar el tónico al analéptico y vice versa.

De allí resultan las grandes ventajas de los cambios de aires y de temperamento: la actividad y el ozono de la vegetación, despiertan á la vitalidad orgánica, y la atmósfera más pura, más rica en oxígeno abastece al organismo del analéptico por excelencia, y lo prepara para aprovechar todos los elementos á su alcance.

Muchos prácticos, temiendo demasiado á la estricnina, por considerarla no más bajo su aspecto tóxico, se resisten á darla en dosis suficientes, y nunca consiguen así lo que pudieran si la dieran en dosis terapéuticas; prefieren darla envuelta en el extracto, disfrazada en la tintura, y así se exponen ó á no dar bastante, ó á dar demasiada por la variabilidad de unas preparaciones admisibles no más cuando no se sabía qué principios contenian, y cuáles que se querian aprovechar al darlos.

Una circunstancia más tiene en su favor el uso de la estricnina, es su acción parasiticida: introducida en cantidad mínima en el tubo digestivo, además de activar sus elementos, obra sobre los microorganismos capaces de vivir y desarrollarse en medio de sus secreciones, los mata y los obliga á salir; aún lombrices de regular tamaño y organización como la solitaria, son eliminadas con el uso repetido de la estricnina.

En resúmen, la acción del alcaloide de las estricneas es preciosísima por sus múltiples indicaciones, por la facilidad de su medida y proporción, y aún cuando se pueda temer la grande acción de la estricnina, se puede acudir á la brucina que es mucho menos activa, aunque obre en el mismo sentido, y se puede dar aún á los organismos más susceptibles, tanteando con suma prudencia su susceptibilidad.

Sabemos que tenemos un agente capaz de animar la vida misma, de hacerla más impresionable, y por lo mismo de aprovechar más y mejor los demás agentes que deberemos dar para llenar diversas indicaciones y examinaremos en diversos artículos subsecuentes.

Si hemos convenido en que el cuerpo humano puede compararse á una sociedad complicada, en la cual los individuos son constituídos por celdillas y éstas por sus agrupaciones variadas y complicadas, constituyen los órganos. Si hemos admitido la necesidad de que todos los órganos y sus partes constituyentes obren de acuerdo para la formación, desarrollo y conservación del sér, también creemos que hay medios capaces de activar, modificar ó regularizar los movimientos de cada uno y de todos los elementos vitales.

Las preparaciones estrícnicas nos han probado su alto poder, con haber sido empleadas para destruir la vida, haciéndola agotarse en pocos momentos, por la propia exageración de los movimientos vitales. Hemos visto cómo activan desde la celdilla hasta el conjunto orgánico.

Hemos visto cómo á veces la adaptación se hace á los órganos, que la necesitan por una selección providencial; pero la observación de los agentes terapéuticos demuestra que tienen diversas afinidades por las cuales deben de ser escogidos, según las indicaciones que el práctico debe llenar.

A debilidad general debe acudirse con el tónico general, á las debilidades localizadas; se debe acudir con los tónicos especiales que vamos á pasar en revista.

Si en el sér perfecto que empieza á padecer, ó mejor dicho, está amagado con un padecimiento, no hay todavía lesión orgánica ninguna, el malestar cuando se hace sentir está limitado al sistema nervioso general; pero tal malestar si dura algún

tiempo, se hará sentir más especialmente en los órganos más débiles, menos perfectos y se localizará en ellos, determinando la alteración de su circulación, de su sensibilidad, de su forma y de su composición química.

La observación clínica muchas veces hará prever qué órganos son más amagados según la constitución del sujeto, según la causa productora de la enfermedad y las circunstancias que la rodean.

El entusiasmo provocado por el descubrimiento de las lesiones que causan la muerte, cuando las enfermedades no han podido dominarse, ha conducido como todos los entusiasmos, á conclusiones exageradas y se ha llegado hasta á decir que no había enfermedad sin lesión orgánica, admitiendo que cuando ésta no era perceptible era debido á la imperfección en los medios actuales de investigación.

Sin embargo, cuando una enfermedad desaparece sin dejar huellas en el que sufrió sus ataques, es permitido creer que no causó alteración orgánica, ó si la causó fué de tal naturaleza, que no tuvo efectos duraderos.

¿Porqué admitir que la organización física, química y celular, siendo perfectas, la vida está completa, cuando la fisiología misma nos demuestra la inexactitud de tal concepto? El óvulo formado en un organismo sano, en condiciones de desarrollo irreprochable, está incompleto mientras no recibe el impulso fecundante, y hasta ahora ningún fisiologista ha podido demostrar que en el acto de la fecundación, reciba un aumento ó un cambio en el conjunto de sus elementos: estaba completo, perfecto, suficiente, le faltaba no más la vida, es decir, esa impulsión mediante la cual sus movimientos íntimos recibían una dirección armónica propia para que siga desarrollándose y viviendo hasta el grado de poder á su vez distribuir la vida.

Estas facultades que no son inherentes á las organizaciones, y resultan de que éstas fecundizadas son las que podemos llamar vitales y dinámicas, y las que en todo órgano determinan la función, la entretienen las que desfallecen cuando la función se perturba, aún antes de que el órgano esté alterado en la constitución íntima de un modo perceptible y duradero.

Sobre estas facultades han de influir los incitadores de la vitalidad; á veces, introduciendo elementos nuevos en la organización, y á veces, determinando no más una mejor adaptación de la aptitud funcional.

Cuando un orador conmueve al cerebro de sus oyentes, no introduce en él ningún elemento químico nuevo, no más por la intervención de su ánimo, pone en función elementos que corresponden á su incitación. El hecho de la acción á distancia de un sér animado sobre otros, no es dudoso: cuando en una reunión uno de los asistentes bosteza, todos los que lo ven tienen propensión á imitarlo. Esta digresión tiene por objeto establecer la posibilidad inconcusa de obrar sobre las funciones animales, sin modificar las condiciones de composición y estructura de los órganos.

Admitido esto, se admitirá como consecuencia que pueda y deba haber alteraciones funcionales que preceden las orgánicas y llegan á causarlas cuando persisten.

Un hombre padece de inanición, sus fuerzas desfallecen, va perdiendo la vida; pero percibe el olor de un alimento reparador, oye un ruído que indica la probabilidad de tener pronto el auxilio reclamado por su organización, y revive en el acto, sin que todavía haya sido introducida en ella ningún alimento; este es un efecto dinámico evidente, puesto que cambia las condiciones funcionales de órganos, en los cuales nada se ha introducido más que unas esperanzas.

Los tónicos especiales obran de un modo análogo, despertando la actividad disminuída ó entorpecida de sus elementos, sin que realmente traigan ninguna modificación en la composición de sus elementos constitutivos.

Así como empezamos por considerar al sistema nervioso como al rey del organismo, sin el cual la anarquía se apoderaría de sus elementos constitutivos, señalaremos en primer lugar los restauradores del sistema nervioso, entre los cuales tenemos señalados ya el oxígeno, el aire puro, las condiciones higiénicas favorables, y la estricnina, como tónicos generales.

Entre los tónicos generales localizables, es decir, capaces de servir para el sistema general ó para alguna parte debilitada, en particular mencionaremos la gimnástica, el *massage*, que activando la circulación, facilitan la renovación de los elementos orgánicos y por lo mismo su reposición funcional. El hypnotismo, también puede obrar en el mismo sentido en sistemas nerviosos debilitados, obligando á funcionar partes entorpecidas por la falta de acción.

La distracción, las conversaciones capaces de despertar el interés y la atención, son tónicos cerebrales propios para devolver al instrumento del pensamiento, su aptitud funcional.

Los alcoholes, los vinos en cantidad mo-

derada, el café en proporción prudente, las esencias en general, la melissa, la atropina, la staturina, el haschid, el ácido carbónico, el protóxido de ázoe; con esta circunstancia ya prevista y señalada, que estos excitantes de la vida cerebral, no lo son más de hasta cierta dosis, y pasada esta, producen efectos absolutamente opuestos, como si llegaran entonces á agotar la facultad perceptiva, por la misma exageración de su excitación.

Se pueden dividir estos agentes agrypnóticos que combaten el sueño y en noosténicos que activan al pensamiento y exhilarantes los que dan á la actividad cerebral un aspecto especial de alegría y expansión.

Estas divisiones demasiado artificiales son sujetas á muchas variaciones según el sujeto de una parte, porque los hay predispuestos á tal ó cual de estos efectos, los hay refractarios á otros y no sólo será por los sujetos sino en el mismo sujeto se observarán diferencias según sus disposiciones momentáneas: tal persona que un día se alegrara con una pequeña dosis de exhilarante, otra vez necesitará más y no logrará sus efectos; tal otra que se animará á veces con una dosis pequeña de noosténico, caerá en el abatimiento con la misma sin haber resentido el período de excitación y bienestar; otra lejos de despertar con una dosis agrypnótica se dormirá profundamente unas veces y otras no resentirá sus efectos.

Tales variaciones indican lo difícil del arte de curar, la previsión infinita que requiere, y la prudencia obligada para manejar agentes que pueden tener efectos tan sorprendentes.

El sueño es un acto fisiológico reparador, las condiciones de su producción al estado normal, son una prueba de salud, pero su duración exagerada tiene sus inconvenientes numerosos; de allí á veces la necesidad de moderar la tendencia al sueño en ciertos sujetos llamada hypnosia, sea una consecuencia de una acción tóxica ó de una predisposición individual innata ó adquirida.

La reparación de las fuerzas, la eliminación de los elementos tóxicos, la distracción son los primeros agentes que se deben emplear; después vienen el té, café, aceites esenciales, los vinos blancos secos. La reparación de las fuerzas se puede producir con los tónicos ya indicados, propios para activar la funcionalidad general del sistema nervioso, agregándoles la electrización generalizada.

El café, sobre todo, cuando ha sido tostado lo bastante para producir la cafeona, es útil para disipar al sopor, aun cuando haya sido producido por una sustancia narcótica ó sea síntoma de un estado cerebral especial comatoso ó tifoso, en este último obra como tónico del sistema nervioso, sobre todo cuando está asociado con los que ya conocemos.

El principio activo del café, la cafeina, hoy muy empleada como calmante del sistema nervioso, diurético y regulador del corazón, no tiene como la cafeona la propiedad agrypnótica más que en dosis exageradas hasta ser tóxica: este hecho demuestra la importancia de la separación entre los elementos activos contenidos en las sustancias empleadas para curar.

Cuando se trata de combatir un estado comatoso, sobre todo si es producido por una intoxicación, urge: en tal caso es preferible emplear la infusión de café torrefacto, lo bastante para ser negro, porque en él hay más cafeona que cafeina. Cuando al contrario se busque la acción tónica del sistema cerebral ó reguladora de la función cardiaca, se preferirán las sales de cafeina, valerianato, citrato ó arseniato. El valerianato para combatir á la vez que la hypnosia los estados espasmódicos que la pueden acompañar, el citrato como más diurético, el arseniato como más tónico, porque el ácido arsenioso tiene la propiedad de contribuir á aumentar la afinidad de los glóbulos de la sangre para la oxidación.

El té tiene una acción análoga á la del café, y en efecto, contiene alguna cafeina y puede servir para darlo á las personas acostumbradas al uso del café y en quienes ya no tiene acción por efecto de la costumbre, así como se deberá dar el café á los que tengan la costumbre del té.

La Guaranina, principio activo de la Paulini tiene una acción análoga á la de la cafeina y se puede emplear en igualdad de circunstancias como tónico cerebral, muy especialmente cuando la debilidad del cerebro se acompaña de nevralgias.

Todas las esencias son agripnóticas en pequeña dosis, variando sus efectos según las idiosincrasias y las costumbres; algunas de estas esencias pueden suplir ventajosamente al uso del café; por ejemplo, la melissa para los recien nacidos, para los cuales la cafeona sería tal vez demasiado activa.

Sin que se pueda todavía explicar el por qué y el cómo de muchas de estas acciones, hay sustancias capaces de producir efectos determinados en la función cerebral en determinadas proporciones aun cuando

estos efectos sean enteramente diferentes en otras cantidades.

Por ejemplo, la morfina, en corta proporción, despierta las facultades cerebrales y los morfiómanos llegan á no poder pensar más que cuando están bajo la influencia de la morfina. La codeina, que se considera como un sucedáneo de la morfina, en dosis pequeñas, produce alguna ebriedad, es exhilarante y por lo mismo parece más indicada para los insomnios de los melancólicos é hipocondriacos.

El azafrán ha sido considerado por algunos autores como exhilerante y somnífero, pudiendo servir también para los melancólicos, y sin duda por eso ha sido introducido en la composición del láudano.

El alcohol, el más experimentado de los agentes cefálicos, confirma la influencia de las proporciones en corta cantidad, activa la acción cerebral, determina bienestar y alegría; en mayor la deprime, determina el sueño, el sopor hasta la muerte; en corta cantidad pasa sin dejar huellas, en grandes cantidades llega á trasformar todos los tejidos del organismo á tal grado que quedan alterados para siempre y modificados para todas sus reacciones.

Esta reseña á vuela pluma de los tónicos cerebrales, da una idea de la riqueza de los medios terapéuticos aplicables para dirigir la funcionalidad del órgano director de la constitución humana, y desde luego la necesidad de conocer sus efectos aparentes é íntimos y de manejarlos con la mayor justificación posible.

Se entiende que es necesario un criterio bien fundado científicamente, para juzgar cuándo conviene adormecer, cuándo, al contrario conviene despertar el sistema cerebro-espinal, cuánto se necesitará para tal ó cual sujeto de sustancias activas y aún para la misma persona, poder apreciar en qué circunstancias necesitará más ó menos; para manejar máquinas complicadas se requieren maquinistas hábiles, y no las tan complicadas como las del sistema nervioso, en el mundo industrial porque no las hay, en las cuales cada uno de los elementos microscópicos que las constituyen, tengan su vida, su sensibilidad, sus necesidades exigentes, tenga que entrar en el conjunto sin perturbarle, amoldarse á su misión, gastarse y salir sin causar perturbación al conjunto de la máquina.

Todo lo que tenga acción sobre la vida de la comunidad, la tiene más inmediata sobre su gobierno, es decir, el sistema cerebral, pero hay acciones demasiado especiales que el terapéutico debe conocer, por ejemplo, las de los hypermnecicos agentes capaces de activar á la memoria devolviendo su actividad ó aumentándola en las partes del cerebro dedicadas al recuerdo.

La melissa, que hemos señalado ya como un tónico cefálico y la cubeba; esta sustancia activa las funciones cerebrales, aún activa á las facultades digestivas, en consecuencia, no es extraño que devuelva más actividad al cerebro y la haga más útil para la memoria; la experiencia lo ha demostrado.

La debilidad cerebral así como se manifiesta por falta de memoria ó de aptitud intelectual, se hace conocer á veces por un entorpecimiento sensorial, pero así como el orígen de éste, es el mismo, los medios para disiparlo, son análogos. Se atribuye á la árnica una acción especial para reanimar las facultades de los sentidos á tal grado que la consideran como sinérgica de la nuez vómica, muy especialmente se ha considerado útil la aplicación de la árnica para combatir el estupor causado por las emociones cerebrales, y de allí resultó la práctica, hoy vulgar, de aplicar la tintura de árnica como tópico en todas la contusiones para reanimar las ramificaciones nerviosas, contundidas y entorpecidas, facilitar su reposición y evitar la estancación de la sangre en la parte herida, la han llamado *panacea lapsorum.*

Hemos pasado en revista los medios de estimulación cerebral, aunque á grandes rasgos; ahora vamos á referir cuáles son los que corresponden á la diminución de aptitudes funcionales que se manifiestan en distintos órganos.

Hemos visto cómo podemos reanimar la vida del conjunto, combatir la debilidad general, reanimar la facultad directiva del cerebro. Al empezar, señalamos la solidaridad inevitable entre la actividad cerebral y la nutrición. Toda actividad orgánica implica un gasto. Todo gasto requiere una reposición; de allí la necesidad de la digestión.

Esta operación, como la del pensamiento, requiere un órgano en buen estado, en el cual la disposicion para ejecutarla con perfección, se anuncia, se da á conocer por un deseo de alimento que se llama apetito. Así como se ven á los caballos que van á disputar el premio de la carrera, impacientes de devorar el espacio, así el estómago cuando está sano, en plena actividad, llegada la hora de la alimentación anhela recibir las sustancias que deberá elaborar para la reposición del organismo al cual pertenece.

El apetito es una de las manifestaciones más propias para dar idea de la buena salud, del deseo de vivir, de renovarse y

prosperar, por esto se acompaña cuando no falta con que satisfacerlo, de grande alegría.

Pero cuando el desequilibrio entró en la salud, la anarquía en el organismo, es muy á menudo ese deseo de vivir y reponerse, el que comienza por faltar; las pasiones tristes, lo suprimen muy á menudo, así como la alegría lo suele aumentar.

Muchas explicaciones se han dado para la sensación del hambre, pero ninguna satisfactoria, si no es la que descansa sobre la conciencia cerebral, la cual al percibir las necesidades de la comunidad, dirige su atención fija sobre el órgano capaz de llenarlas y lo invita á cumplir su misión, haciéndole sentir, muy especialmente, las necesidades del conjunto.

Segun lo hemos observado, la vida siendo el resultado de la resistencia individual á las causas exteriores de destrucción, hay una relación constante entre los órganos relacionados con el exterior y el sensorio central; de tal modo que éste esté siempre informado del estado de los órganos periféricos, recibiendo, cuando están sanos, noticias favorables que corresponde con incitaciones saludables, percibiendo sus alteraciones cuando las hay y correspondiendo con excitaciones apropiadas para su defensa.

Siendo el estómago el órgano destinado á percibir la hambre, cuando está alterado por un agente perturbador, como una sustancia nauseosa, el cerebro lo incita á expulsar; de allí movimiento reflejo del vómito. Cuando su actividad de secreción languidece, sus órganos de percepción quedan cubiertos de tal modo que su contacto con el alimento está imperfecto, y su acción desviada lo hace poco útil para aprovecharlo; entonces el auxilio del arte se vuelve necesario para restablecer la aptitud á las secreciones; con este objeto tenemos sustancias apropiadas, que vamos á pasar en revista. Sin olvidar nunca que la excitacion por medio de tónicos generales al sistema nervioso en su conjunto, prepara siempre favorablemente la acción local de los tónicos del estómago.

Muy á menudo bastará el cambio de aire, la actividad física, la supresión de causas morales depresivas para devolver el apetito. Un aire más puro activa la depuración de la sangre, despierta la actividad cerebral y con ella todas las funciones locales, inclusas las del tubo gastro-intestinal.

No siendo bastantes los medios higiénicos, conviene acudir á los que directamente pueden activar las secreciones del aparato digestivo, obligándolo á desocuparse de los residuos que impiden su acción, despidiendo las celdillas epiteliales que quedan cuando falta la actividad secretoria, cubriendo las papilas que los reciben en su superficie interior, determinando mayor circulación y facilitando el contacto necesario entre la mucosa y las sustancias que debe elaborar para la separación del ser, preparándolas para la asimilación.

Limpiado el tubo digestivo conviene mantener sus secreciones para evitar que vuelva á quedar poco después como antes de que se limpiara; con este objeto, las sustancias de sabor fuerte obrando sobre la salivación, preparan las vías desde su entrada; la salivación facilita la masticación, introduciendo desde luego el primer fermento necesario para la digestión, la ptalina.

Con este objeto se dan los condimentos tan variados, que excitando el gusto determinan mayor producción de saliva; pero muy á menudo llevan consigo elementos de difícil digestión, compensando de un modo desgraciado con su introducción, el bien producido por su sabor y acción excitante de la salivación.

De un modo muy general los amargos aunque sean más bien desagradables al principio de su uso, contribuyen á aumentar la actividad digestiva, comenzando por dar apetito; son muchos los aperitivos conocidos en este grupo de los amargos; la estricnina figura en cabeza de ellos, agregando á su acción como amargo, la que tiene como parasiticida; porque en medio de los residuos detenidos sobre la lengua, y en las papillas del tubo digestivo, se detienen gérmenes de mucedíneas y parásitos de los reinos vegetal y animal, los cuales no resisten á la acción de la estricnina.

La quassina tiene una acción muy análoga, tanto como amargo y como parasiticidio; después viene la quina, la centaurea, el colombo, la simaruba, la camomilla, el agenjo y el acíbar en corta dosis.

En el uso de los amargos como en todo, la proporción prudente debe ser observada, porque su exceso viene á producir el efecto opuesto, volviéndose después una necesidad apremiante á tal grado, que el estómago no sepa ni pueda funcionar si no se le da primero la excitación artificial á la cual ha sido habituado, y como los amargos suelen ser introducidos con alcohol, se agrega su efecto nocivo en alto grado, produciendo la dispepsia contra la cual estaban dirigidos.

Los amargos se pueden clasificar así para su aplicación, con el fin de darlos según

las indicaciones marcadas por la observación.

Amargos aromáticos, cáscara de naranja amarga, agenjo, camomilla, en los cuales aceites esenciales, agregan su acción á la del amargo.

Amargos purgantes: ruibarbo, genciana, acíbar, hiel de buey.

Amargos astringentes: quina.

Amargos puros.

Amargos convulsivantes: nuez vómica, haba de San Ignacio, árnica, angustura.

Amargos sedativos: lúpulo.

Los amargos aromáticos convienen para la atonía de las vías digestivas, los purgantes, cuando hay tendencia á la estitiquez, los astringentes, cuando la hay á la diarrea; los tetánicos convulsivantes, cuando hay flatulencia y atonía; los sedativos, cuando hay dolor.

Estos recursos pueden variarse según las indicaciones, y también combinar ó compensarse unos con otros.

Teniendo siempre presente lo importante que es quedarse en proporciones pruden tes porque el mismo agente capaz de aumentar la actividad vital del estómago, la agotará con el exceso, porque lo que para un sugeto es apenas suficiente, para otro será excesivo; y que sólo la observación guiada por la ciencia y la experiencia, puede servir para determinar qué aperitivo conviene en cada caso que se presente, y cuánto se deberá dar del aperitivo conveniente.

FENÉLON.

MÉTODO DOSIMÉTRICO

DEL PROFESOR

BURGGRAEVE

LEYES FUNDAMENTALES DE LA DOSIMETRIA

—

La medicina dosimétrica se basa esencialmente en la *yugulación* de la fiebre, por la cual empiezan todas las enfermedades agudas; es una terapéutica razonada que tiene presentes las causas de las enfermedades para precaver sus efectos, dinámicos ú orgánicos. Así el vitalismo y el organicismo caben naturalmente dentro de ella, sin ese exclusivismo infecundo y sistemático de escuela; pero tiene, sobre todo, por objeto, prevenir las lesiones anatomo-patológicas, porque una vez establecidas, están por cima de los recursos del arte.

—

Es indispensable el estudio de las causas morbosas, porque sin él no hay más que empirismo en medicina; pero estas causas son frecuentemente muy difíciles de descubrir.

Por esto los medicamentos dosimétricos, dada su actividad y fácil manejo, sirven, en cierta manera, como piedra de toque: se interroga al organismo en su conjunto ó á sus órganos en particular, y se puede formar un diagnóstico positivo, á la vez que un tratamiento racional.

—

Los medicamentos dosimétricos son *simples,* jamás *compuestos ó amalgamados:* de suerte que de ellos se obtienen efectos ciertos.

—

La *dominante* del tratamiento, consiste en atacar la causa morbosa; así, á menudo es preciso tantear, pero no como el ciego que hiere en derredor con su bastón. Esta *dominante* debe ser continuada mientras dure el tratamiento.

—

La *variante* del tratamiento se dirige á los síntomas, por los cuales el organismo enfermo, expresa sus sufrimientos. Estos síntomas, no deben ser abandonados á sí mismos; como determinantes de un esfuerzo crítico saludable, según cree el vulgo.

Son, por el contrario, un peligro verdadero, que hay que prevenir, y siempre una molestia.—Es necesario, pues, hacerlos desaparecer ó calmarlos.

Aquí también estamos obligados á tantear, porque es difícil reconocer si el síntoma predominante, es el que constituye la enfermedad. Así en ciertos casos—la intoxicación saturnina, por ejemplo—hay al mismo tiempo espasmo y parálisis: los antiespasmódicos y los antiparalíticos, empleados aisladamente, no llegarían á restablecer el equilibrio; es necesario, por el contrario, combinar los dos agentes.

—

Los síntomas pueden ser reflejos, esto es, debidos á causas lejanas; por ejemplo, las lombrices, que provocan irritaciones de la médula espinal, las cuales á su vez reaccionan sobre la periferia. Aquí todavía es necesario el tratamiento por la *dominante,* pues el de la variante no basta por sí sólo.

—

1º A LAS ENFERMEDADES AGUDAS UN TRATAMIENTO AGUDO. — Es decir, que el tratamiento debe marchar tan de prisa como el mal, á fin de impedir los desórdenes orgánicos. De aquí la necesidad de admi-

nistrar los principios inmediatos simples, tales como los *alcaloides* á dosis fraccionadas—medio milígramo, un milígramo, un centígramo—á intervalos aproximados, cada quince ó treinta minutos hasta el efecto terapéutico, es decir, hasta que los síntomas primordiales, tales como la fiebre y accidentes nerviosos, hayan cesado.

—

Los medicamentos son administrados bajo forma de gránulos muy solubles. Un segundo gránulo no debe ser introducido en el estómago hasta después de la absorción presumible del primero. Del mismo modo se obra con los gránulos subsiguientes.—Se sabe que en el estómago los medicamentos son absorbidos por las venas, de donde se extiende á todo el torrente circulatorio para ejercer sobre los órganos ó los tejidos, su acción de presencia. Los *alcaloides* de que nos servimos en estos casos, tienen una acción excito-motriz, que impide la parálisis de los vasos y aumenta el tono de los tejidos, ó su resistencia al agente morboso. Algunas veces este agente es herido de muerte, como en las enfermedades parasitarias ó zimóticas. También los alcaloides son antimiasmáticos por excelencia.

—

El *método dosimétrico* difiere esencialmente del método *alopático*, que fatiga y debilita el organismo, por las depleciones sanguíneas, la dieta y las hipersecreciones.

—

Difiere igualmente de la *homeopatía*' que por sus diluciones infinitesimales, acaba por quitar al medicamento toda materialidad, teniendo la pretensión de no desarrollar más que fuerzas, es decir, que hace una verdadera *metafísica médica.*

—

El método dosimétrico, fundamentalmente, se basa sobre la *yugulación* de las enfermedades en su comienzo.

—

2º A LAS ENFERMEDADES CRÓNICAS TRATAMIENTO CRÓNICO.—Es decir, que el tratamiento debe marchar con tanta mayor lentitud cuanto más antigua es la enfermedad; el método dosimétrico ha tomado aquí por ejemplo, los efectos de las aguas minerales, que exigen muchas temporadas y no hacen más que paliar las afecciones, mientras que los medicamentos dosimétricos las combaten en sus causas. De aquí la necesidad de combinar los dos tratamientos.

—

En las enfermedades crónicas principalmente, es indispensable el tratamiento de la causa que se ha manifestado sobre la economía, y produce lo que se llama las *diátesis.* Se apercibe uno de que está en la vía, cuando la enfermedad mejora.

Las enfermedades crónicas son *generales* ó *locales;* las primeras residen principalmente en los fluídos, y las segundas en los sólidos. Son *primitivas* ó bien *consecutivas*, es decir, la consecuencia de enfermedades agudas que han sido imperfectamente combatidas, tal como la pneumonía crónica.

MEDIOS DEL METODO DOSIMETRICO.

—

El método dosimétrico toma sus medios de los reinos animal, vegetal, mineral y de los cuerpos intermediarios, tales como los metaloides: el yodo, el bromo. Se sirve de los principios simples, rara vez de las sustancias compuestas, por la razón de que estas sustancias no hacen más que embrollar el tratamiento. Los medicamentos dosimétricos más usados son:

1º ESTRICNINA y sus sales *(sulfato, arseniato, hipofosfito)*, BRUCINA, contra la postración vital en el primer período ó de frío de las fiebres, en las insuficiencias nerviosas ó parálisis. En la forma aguda, un gránulo cada media hora; en la forma crónica, de cuatro á seis gránulos al día. Como se trata de levantar las fuerzas vitales, la estricnina debe ser el caballo de batalla del médico.

2º ACONITINA, VERATRINA, para rebajar la fiebre: un gránulo cada cuarto de hora, hasta que el pulso y el calor hayan vuelto á la media fisiológica (37,5°) ó cerca, en todas las pirexias é inflamaciones.

3º DIGITALINA y sus sucedáneos: COLCHICINA, ESPARRAGINA, ESCILITINA. En las congestiones, los derrames; favorecen la absorción y las secreciones, disminuyendo la presión interior de los vasos. Se les administra en todos los casos en que las orinas son raras y cargadas, á fin de prevenir la uremia. En la forma aguda, un gránulo cada quince ó treinta minutos. En la forma crónica, cuatro á ocho gránulos al día. A veces hay que asociarlos á las preparaciones metálicas, para impedir su acción depresiva sobre el corazón.

4º MORFINA *(clorhidrato, iodhidrato, bromhidrato)*, CODEINA, NARCEINA, contra el elemento *dolor*. Calman el sistema nervioso, pero excitan el sistema vascular (como el opio). Se les puede administrar á

dosis fraccionadas, aun en las afecciones agudas (tales como en la meningitis de los niños), cuando la excitación vascular ha cesado. La GELSEMINA es un excelente analgésico: un gránulo cada diez ó quince minutos hasta el efecto.

5º ATROPINA, HIOSCIAMINA, DATURINA, contra el elemento *espasmo:* en el asma, el íleus, las neuralgias espasmódicas, y en unión de la CICUTINA cuando los dolores son *lancinantes;* dilatan los vasos y restablecen la libertad circulatoria.

6º QUININA y sus sales *(hidroferrocianato, sulfato, bromhidrato, arseniato, valerianato),* en las afecciones tórpidas ó accesionales, despertando la tonicidad de los tejidos. Son los antimiasmáticos por excelencia.

7º CAFEINA y sus sales *(citrato, arseniato, valerianato),* COCAINA, tienen una acción análoga á la de la quinina, pero más débil: convienen principalmente en la jaqueca y en los dolores periódicos. La COCAINA es un excelente anestésico de la conjuntiva y de la córnea. (V. *Revista dosimétrica,* núm. 70).

8º EMETINA. Evacuante y contraestimulante, sobre todo en los niños; no tiene la violencia del tártaro EMÉTICO: un gránulo cada diez ó quince minutos hasta el efecto. La BRIONINA tiene una acción análoga, pero es menos usada. Los homeópatas emplean mucho la brionía.

9º ELATERINA, JALAPINA, COLOCINTINA. Tonifican el intestino y provocan una exudación intestinal que alivia los riñones cuando están enfermos.

10. QUASSINA. Tónico del estómago, análogo á la estricnina; pero que no tiene tanta violencia. Conviene en las *apepsias* y *dispepsias:* tres gránulos á las comidas. Hace correr la bilis en abundancia y despierta la tonicidad del hígado.

11. PIPERINA, CUBEBINA, reemplazan con ventaja á la copaiba y á la pimienta de cubeba en las blenorragias. *Quince á veinte gránulos al día.* Se les puede combinar con la *aconitina* cuando las orinas son urentes.

12. ACIDO TÁNICO; conviene, en razón de su astringencia, en las relajaciones de los tejidos y en los flujos leucorréicos. Mas es preciso no insistir largo tiempo en él, porque coagula la gelatina y puede de esta manera obstruir los poros de los tejidos. Este medicamento siempre se debe dar sólo, porque precipita ó altera los demás.

13. BROMURO DE ALCANFOR; se emplea en las hiperestesias sexuales, ya directas, ya reflejas. Conviene en las irritaciones de la médula espinal. Es un excelente calmante.

14. ERGOTINA; obra sobre el sistema uterino, cuya acción expulsiva despierta. Conviene en la amenorrea. No tiene los efectos nocivos del centeno de cornezuelo en sustancia. Igualmente conviene en las metrorragias, en las hemoptisis, etc.

15. CROTÓN-CLORAL; calmante anestésico; el congénere del *iodoformo,* en las toses rebeldes, en unión de la codeina, la narceina, la aconitina cuando la reacción es muy fuerte.

16. SANTONINA, KOUSINA, TÁNATO DE PELLETIERINA; vermífugos. Para su administración véase *Vermes y tenia.*

17. VALERIANATOS: de *quinina,* de *hierro,* de *zinc.* Tienen una acción antiespasmódica muy marcada en las afecciones cloro-anémicas, corea, convulsiones epileptiformes, etc.

18. PEPSINA, DIÁSTASA; en las dispepsias flatulentas Se las combina con la *quassina.* V. *Dispepsias.*

19. BENZOATOS (de *amoniaco,* de *sosa,* de *litina).* Neutralizan las orinas ácidas. Convienen en las afecciones urémicas. El *carbonato de litina* está en el mismo caso.

20. SALICILATOS (de *amoniaco,* de *sosa,* de *hierro,* de *quinina).* Convienen principalmente en las afecciones artríticas y gotosas. Abstenerse de las dosis elevadas, por temor de repercutir las afecciones hacia la cabeza, el corazón ó los pulmones.

21. ARSENIATOS (de *estricnina,* de *cafeina,* de *quinina,* de *hierro,* de *antimonio,* de *sosa,* de *manganeso,* de *potasa).* Activan la nutrición y la hematosis. Convienen, sobre todo, en las afecciones asfíxicas, tales como el asma.

22. FOSFATOS, HIPOFOSFITOS, HIPOFOSFATOS (de *hierro,* de *sosa,* de *cal).* Activan la nutrición, principalmente del sistema óseo. Convienen en el raquitismo y en la osteomalacia.

23. IODUROS (de *mercurio,* de *arsénico,* de *hierro,* de *azufre).* Convienen principalmente en las afecciones estrumosas, ganglionares, paperas, etc. En las afecciones venéreas, ya primitivas, ya constitucionales; disipan los malos humores.

24. FOSFUROS (de *zinc,* etc.) En las afecciones coreiformes y en las movilidades nerviosas en general.

25. SULFURO DE CALCIO; el *antidiftérico* por excelencia. Conviene sobre todo en las afecciones crupales y exantemáticas,

viruela, etc.: 1 á 4 gránulos cada cuarto de hora. Es preciso elevar la medicación hasta que el cuerpo exhale olor á hidrógeno sulfurado.

SEDLITZ CHANTEAUD

DESHIDRATADO EFERVESCENTE.

PURGANTE REFRESCANTE.

Esta preparacion, una de las más bellas del arsenal farmacéutico, forma la base de casi todo tratamiento dosimétrico. Su composición es de las más simples: sulfato de magnesia puro, perfectamente deshidratado, hecho débilmente efervescente por una ligera adición de ácido tártrico y de bicarbonato de sosa. Desembarazado de este modo de todas las sales amargas y nauseabundas, tiene una acción muy suave y no provoca ninguna hipersecreción. Como medio dietético é higiénico, es bien preferible á los purgantes violentos: el áloes, la gomaguta, la escamonea, etc., que excitan el cuerpo y provocan un flujo hemorroidal peligroso, por lo mismo que es facticio.

El Sedlitz Chanteaud obra en un pequeño volúmen; una cucharada de las de café en un vaso de agua basta para producir su efecto fisiológico, es decir, para tener el cuerpo libre. Es un medio preventivo de una multitud de enfermedades de la sangre ó de los humores.

Cuando se usa por la mañana, hace absorber el agua con una gran rapidez, hasta el punto que bastan algunos minutos para hacerla atravesar todo el torrente circulatorio; es un verdadero drenaje que se establece así, sin hipersecreción alguna.

De ordinario se toma el Sedlitz en ayunas (tambien se toma á otras horas sin el menor inconveniente); no obstante, se debe tener en cuenta el género de vida, la constitución, el sexo, el temperamento, etc.

(Evítese sobre todo el confundirlo con las sales de *Sedlitz granuladas* del comercio, que no tienen con el Sedlitz Chanteaud más que una apariencia engañosa).

ADVERTENCIA Á LOS MÉDICOS

SOBRE LAS FALSIFICACIONES DE LOS MEDICAMENTOS DOSIMÉTRICOS.

Penétrese el profesor de la esterilidad de sus esfuerzos, mientras no esté seguro de la pureza, bondad, dosificación y solubilidad de los medicamentos de que dispone. —Los triunfos de la dosimetría han hecho nacer naturalmente una legión de falsificadores de los medicamentos dosimétricos. El único medio para los prácticos de asegurarse de la pureza y de la dosificación de los alcaloides que hacen tomar á sus enfermos, es consignar en sus fórmulas: GRÁNULOS DOSIMÉTRICOS DEL DR. BURGGRAEVE, PREPARADOS POR CHANTEAUD, *un tubo de...* (cada tubo tiene 20 gránulos de cada sustancia).

FORMULARIO[1]

A

Acné de la cara, cuperosis, dartro pustuloso, inflamación de los folículos sebáceos.

[2] I.—Desengurgitar los capilares de la piel y devolverlos su tono.

[3] M.—Picaduras con una aguja fina; emolientes, polvo de arroz.—Al interior gránulos de veratrina y de iodoformo: 4 á 6 al día, dos por dos, juntos.

Adenitis estrumosa.

I.—Prevenir las citatrices, activar el foco respiratorio.

M.—Acupuntura, evacuaciones aspiradoras (aparato Dieulafoy), pomada iodurada.—Al interior gránulos de ioformo y brucina, 4 á 6 diarios, 2 de cada uno juntos.

Afonía.

1º Nerviosa.

I.—Combatir la parálisis de las cuerdas vocales.

M.—Hipofosfito de estricnina, daturina, 4 gránulos al día; uno de cada uno juntos en cada vez.

2º Granulosa.

I.—Destruir las granulaciones y combatir la irritación.

M.—Iodoformo, codeina, un gránulo de cada uno tres ó cuatro veces al día; sulfuro de calcio, 6 á 8 gránulos al día, alternando con el iodoformo y la codeina. Insuflaciones de iodoformo.

Albuminuria, anasarca.

I.—Activar la absorción intestinal, combatir la hiperestesia, aumentar la crasis sanguínea.

M.—Fricciones amonicales alcanforadas. —Al interior, estricnina, digitalina, arseniato de hierro: 6 á 8 gránulos al día, tres por tres, juntos.

1 Las dosis indicadas en el presente Formulario, no son más que aproximativas; toca al médico arreglarlas según el principio: "A las enfermedades agudas tratamiento agudo; á las enfermedades crónicas tratamiento crónico."

2 I.—INDICACIONES

3 M.—MEDIOS QUE DEBERÁN EMPLEARSE.

Alcoholismo crónico (*delirium tremens.*)

I.—Combatir el cretismo nervioso, calmar el cerebro por el corazón.

M.—Estricnina, hiosciamina, digitalina, un gránulo de cada uno juntos todas las medias horas hasta la sedación, 3 por 3.

Amenorrea (V. *Anemia.*)

I.—Disipar el espasmo uterino, favorecer la congestión sanguínea.

M.—Estricnina, ergotina, hiosciamina, un gránulo de cada uno juntos por la mañana, medio dia y noche.

Amigdalitis (V. *Angina.*)

Anasarca.

I.—Combatir la infiltración del tejido celular, reconstituyendo la sangre.

M.—Arseniatos de estricnina, de hierro, digitalina, un gránulo de cada uno juntos, tres ó cuatro veces al dia; régimen analéptico.

Anemia.

I.—Activar la crasis sanguínea.

M.—Estricnina 2 gránulos, hidroferrocianato de quinina 4, juntos los 6, en las dos ó tres comidas principales.

Angina.

1º Simple.

I.—Yugularla, ó sea hacerla abortar, evitando así el período supuratorio.

M.—Aconitina, un gránulo disuelto en la saliva y tragada ésta suavemente para que se ponga en contacto con la amígdala, cuatro ó cinco veces con el intervalo de quince minutos, empezando desde que se siente incomodidad en la garganta. Si hay destemplanza, un gránulo de aconitina unido á otro de veratrina, tragados cada cuarto de hora hasta el efecto. En pocas horas desaparece.

2º Membranosa.

I.—Destruir los parásitos, disipar el espasmo de las primeras vías, prevenir los accesos.

M.—Sulfuro de calcio, 4 gránulos cada cuarto de hora; estricnina, hiosciamina, un gránulo de cada uno todas las medias horas; después, hidroferrocianato de quinina, 4 gránulos todas las horas. Toques ó embadurnamientos ó con zumo de limón ó con tanino.

3º Granulosa.

I.—Combatir la irritación, destruir las granulaciones.

M.—Iodoformo, codeina, un gránulo de cada uno todas las medias horas. Taponamiento con tanino.

4º De pecho.

I.—Disipar el espasmo intercostal.

M.—Estricnina, hiosciamina, cicutina, un gránulo de cada uno juntos todas las medias horas.

Anorexia.

I.—Levantar las fuerzas digestivas y activar la quimosis.

M.—Brucina, quasina, arseniato de sosa, 2 gránulos de cada uno juntos al sentarse á comer y á almorzar. Acido clorhídrico, cinco á seis gotas en una copita de agua pura á las comidas.

Apoplegía (V. *Congestión.*)

1º Larvada.

I.—Combatir la causa miasmática.

M.—Arseniato de quinina, 2 gránulos cada cuarto hora. Si hay reacción, aconitina, veratrina. El pulso es blando; si se sangra sobreviene la muerte.

2º Hemorrágica.

I.—Prevenir ó limitar la parálisis del cerebro y tonificar los capilares.

M.—Arseniato de estricnina, un gránulo; hidroferrocianato, tres; los cuatro juntos cada quince ó treinta minutos; Sedlitz ó enemas. Siendo el pulso duro y el sujeto pletórico, se sangrará prudencialmente. En la reacción, los defervescentes (aconitina, veratrina.)

Artritis reumática.

1º Período agudo.

I.—Yugular la fiebre.

M.—Aconitina, digitalina, brucina, un gránulo de cada uno juntos cada quince ó treinta minutos, segun la intensidad, hasta el descenso de la fiebre.

2º Período subagudo.

I.—Prevenir los accesos.

M.—Hidroferrocianato de quinina, salicilato de sosa, 4 gránulos de cada uno juntos, cada hora; unturas con la tintura de iodo.

Asma cardiaco.

I.—Combatir el espasmo cardiaco.

M.—Estricnina, hiosciamina, un gránulo de cada uno, juntos cada cuarto de hora hasta la sedación.

I.—Prevenir la repetición de los accesos.

M.—Hidroferrocianato de quinina, 3 gránulos juntos todas las horas.

Astenia.

I.—Tonificar los nervios.

M.—Estricnina, hidroferrocianato de quinina, un gránulo de cada uno juntos cada hora. (Véase *Fiebre tifoidea*).

Ataxia locomotriz.

I.—Tonificar los nervios, combatir el elemento reumático,

M.—Estricnina, salicitato de amoniaco, un gránulo del primero unido á 3 del segundo, repetida esta dosis de tres á seis veces al día.

Atecnia (*impotencia.*)

I.—Provocar los deseos genésicos.

M.—Hipofósfito ó arseniato de estricnina, fosfuro de zinc, 2 gránulos de cada uno juntos, tres veces al día.

Aura epiléptica.

I.—Combatir el punto neurósico.

M.—Valerianato de zinc, arseniato de estricnina, hiosciamina, un gránulo de cada uno juntos, tres ó cuatro veces al dia.

B

Blefaroptosis (*caida del párpado.*)

I.—Disipar las parálsis del elevador del párparo.

M.—Estricnina (sulfato), 4 gránulos al día.

Blefarospasmo.

1º Agudo.

I.—Combatir el cretismo nervioso y disipar la congestión.

M.—Veratrina, hiosciamina, morfina, un gránulo de cada uno juntos todas las medias horas. Pomada de veratrina.

2º Subagudo.

I.—Impedir los accesos y provocar la secreción de las lágrimas.

M.—Hidroferrocianato de quinina, brucina, nitrato de pilocarpina, un gránulo de cada uno juntos, todas las horas.

Blenorragia.

1º Aguda.

I.—Combatir el eretismo nervioso.

M.—Aconitina, digitalina, bromuro de alcanfor, 2 gránulos de cada uno juntos, todas las horas hasta la cesación del prurito uretral. Con frecuencia hemos curado blenorragias con administrar sólo la cubebina, 16 ó 20 gránulos al día, tres cada hora. Abstenerse de bebidas excitantes. Reposo absoluto. Suspensorio.

2º Crónica.

I.—Disipar el tenesmo y suspender el flujo.

M.—Bromhidrato de cicutina, valerianato de hierro, 2 gránulos de cada uno juntos, cuatro ó seis veces al día. Inyecciones de cloral boratado ó de tanino al 4 por 100.

Blenorrea (*flujo blanco.*)

I.—Disipar la anemia y contraer los poros de la mucosa uterovaginal.

M.—Valerianato de hierro, 10 á 12 gránulos al día. Tapón de tanino, ó inyección de ídem, al 4 por 100.

Bradispepsia (*lentitud de la digestión.*)

I.—Activar las fuerzas digestivas.

M.—Quasina, ácido clorhídrico. (Véase *Anorexia.*)

Bradispermatismo (*eyaculación lenta.*)

I.—Disipar el espasmo paralítico de los canales eyaculadores.

M.—Estricnina, hiosciamina, un gránulo de cada uno juntos, tres ó cuatro veces al día.

Braquipnea (*respiración corta.*)

I.—Despertar la contractilidad vascular de los bronquios.

M.—Estricnina (sulfato), un gránulo cada hora. (V. *Asma.*)

Bronquitis.

1º Aguda.

I.—Combatir la irritación vascular y nerviosa.

M.—Aconitina, digitalina, brucina, codeina, daturina, un gránulo de cada uno juntos todas las horas hasta el descenso de la fiebre.

2º Subaguda.

I.—Modificar la secreción de los bronquios.

M.—Iodoformo, codeina, sulfuro de calcio, un gránulo de cada uno juntos, todas las horas.

Bronco-pneumonía.

1º Aguda.

I.—Combatir la fiebre.

M.—Veratrina, aconitina, estricnina, un gránulo de cada uno juntos cada media hora, hasta la defervescencia.

2º Subaguda.

I.—Favorecer la expectoración.

M.—Sulfuro de calcio, iodoformo, emetina, codeina, un gránulo de cada uno juntos, cada media hora.

Broncorrea.

I.—Tonificar los bronquios y modificar la secreción.

M.—Benzoato de amoniaco, kermes, ergotina, fosfato de hierro, un gránulo de cada uno juntos, cada dos horas.

C

Cálculos urinarios.

I.—Combatir el tenesmo, corregir la acidez de la orina.

M.— Estricnina, hiosciamina, cicutina, un gránulo de cada uno juntos, cada media hora, durante la crísis nefrítica. Benzoato de litina, bebidas alcalinas, régimen vegetal, como dominante.

Cáncer.

I.—Combatir los dolores lancinantes.

M.—Cicutina y iodoformo, como calmante y desinfectante, 10 á 12 gránulos al día, dos de cada vez de cada uno juntos.—Curas con iodoformo (cáncer ulcerado.)

I.—Combatir la caquexia cancerosa.

M.—Fosfato de hierro, 6 á 8 gránulos al día contra la anemia cancerosa.

Cardialgia.

I.—Combatir el espasmo paralítico de los nervios cardíacos.

M.—Estricnina, hiosciamina, morfina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la sedación de los dolores.

Cardiopatías.

1º Agudas.

I.—Descongestionar y calmar el corazón.

M.—Digitalina, aconitina, cicutina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la sedación.

2º Subagudas.

I.—Impedir los accesos.

M.—Hidroferrocianato de quinina, estricnina, hiosciamina, 4 gránulos del primero por uno del segundo y tercero juntos, todas las horas.

3º Orgánicas.

I.—Modificar la crasis sanguínea.

M.—Arseniato de sosa, 6 á 8 gránulos al día; estricnina, digitalina, 4 gránulos de cada uno al día; quasina, 3 gránulos á cada comida.

Cefalalgia *(Jaqueca.)*

I.—Disipar la anemia cerebral.

M.—Cafeina y sus sales (citrato, arseniato), 6 gránulos juntos cada hora hasta la sedación.

Cerebritis.

1º Aguda.

I.—Descongestionar el cerebro.

M.—Cafeina (arseniato), aconitina, digitalina, un gránulo de cada uno juntos todas las medias horas, hasta la cesación de los dolores y el descenso de la fiebre.

2º Subaguda.

I.—Prevenir los accesos.

M.—Hidroferrocianato de quinina, 4 gránulos; estricnina (arseniato), un gránulo, los 5 juntos todas las horas, contra los accesos.

3º Orgánica (reblandecimiento.)

I.—Tonificar la sustancia nerviosa.

M.—Hipofosfito de estricnina, fosfato de hierro, 2 gránulos de éste y uno de aquel juntos, hasta 20 de fosfato y 10 de estricnina al día.

Ciática.

1º Forma aguda.

I.—Combatir el eretismo nervioso y vascular.

M.—Aconitina, digitalina, cicutina, estricnina, un gránulo de cada uno juntos todas las medias hòras, hasta la sedación.

2º Forma subaguda.

I.—Prevenir los accesos.

M.—Hidroferrocianato de quinina, 4 gránulos todas las horas.—V. *Mielitis.*

Cistitis.

1º Aguda.

I.—Disipar el eretismo nervioso y vascular.

M.—Brucina, digitalina, cicutina, hiosciamina, un gránulo de cada uno, juntos todas las medias horas, hasta la cesación de los dolores y tenesmos.

2º Subaguda.

I.—Corregir la secreción ácida, impedir los accesos.

M.—Benzoato de sosa, bromhidrato de quinina, 2 gránulos de cada uno juntos todas las horas, hasta el estado normal de las orinas.

Cloro-anemia.—(V. *Anemia.*)

Cloresis.—(V. *Anemia.*)

Cólico.

I.—Combatir el espasmo paralítico.

M.—Brucina, hiosciamina, morfina, un gránulo de cada uno juntos todas las medias horas, hasta la cesación de los cólicos; después una cucharada de las de sopa, de aceite de ricino que se podrá repetir hasta el efecto.

Colitis *(pseudo-membranosa.)*

I.—Combatir la irritación exudativa.

M.—Atropina (sulfato), un gránulo todas las medias horas, hasta la sedación.

Congestión.—(V. *Apoplegia.*)

1º Arterial (molimem hemorragicum.)

I.—Descongestionar y dar tono en seguida á los vasos.

M.—Sangría, aconitina, digitalina, estricnina, un gránulo de cada uno juntos, todos los cuartos de hora.

2º Venosa á pasiva.

I.—Tonificar el organismo en general y los capilares en particular.

M.—Sulfato de estricnina, hidroferrocianato de quinina (que tiene acción tónico–astringente sobre los capilares), un gránulo del primero, por 8 del segundo juntos, cada media hora. Régimen analéptico.

Constipación de vientre.

(V. *Extreñimiento.*)

Convulsiones.

1º Tónicas (tétanos).

I.—Disipar el eretismo nervioso.

M.—Aconitina, digitalina, estricnina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas; cloral y morfina, en poción, cuando el enfermo empieza á tragar.

2º Clónicas.—V. *Corea.*

Corea.

1º Aguda.

I.—Disipar el eretismo nervioso.

M.—Cicutina, bromuro de alcanfor, daturina, un gránulo de cada uno juntos, todas las horas, hasta la cesación de las convulsiones.

2º Crónica.

I.—Fijar la movilidad nerviosa.

M.—Estricnina, fosfuro de zinc, un gránulo de cada uno juntos, tres veces al día.

Coqueluche.—(*Tos ferina*)

1º Período agudo.

I.—Combatir la congestión y la fiebre.

M.—Brucina, aconitina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la cesación de los accesos de tos.

2º Período subagudo.

I.—Impedir los accesos y modificar la secreción bronco–laríngea.

M.—Hidroferrocianato de quinina, sulfuro de calcio, 3 gránulos de cada uno juntos, en los intervalos de los accesos de tos.

D

Dartrosis (*irritaciones de la piel*).

1º Directas.

I.—Combatir el eretismo y restablecer la secresión cutánea.

M.—Veratrina, aconitina, digitalina, brucina, un gránulo de cada uno juntos, todas las horas, hasta el estado normal de las orinas.

2º Indirectas (irritación de la médula.)

I.—Combatir el eretismo medular ó reflejo.

M.—Bromuro de alcanfor, cicutina, un gránulo de cada uno juntos, todas las horas hasta la sedación. Polvo de arroz.

Diabetes.

1º Por irritación de la médula oblongada.

I.—Combatir el eretismo de médula oblongada.

M.—Bromuro de alcanfor, cicutina, digitalina, un gránulo de cada uno juntos todas las horas.

2º Por debilitación ó agotamiento.

I.—Disipar la debilitación nerviosa y sanguínea, activar la digestión.

M.—Estricnina, fosfato de hierro, 4 á 6 gránulos de cada uno al día, dos del primero y dos del segundo en cada vez juntos. Quasina y ácido clorhídrico á las comidas.

Diarrea.

1º Irritativa.

I.—Calmar la irritación de la mucosa y vencer el espasmo peristáltico.

M.—Codeina, hiosciamina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la cesación de los dolores intestinales.

2º Por laxitud ó atonía.

I.—Tonificar el intestino y suspender el flujo diarreíco.

M.—Brucina, salicilato de hierro, un gránulo de cada uno juntos, todas las horas.

3º Espasmódica.

I.—Calmar el movimiento convulsivo ó *miserere*.

M.—Daturina, brucina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la cesación de los cólicos nerviosos.

Diátesis.

V. *Dartrosis, reumatismo, gota, escrófulas, sífilis.*

Difteria—V. *Angina membranosa.*

Dismenorrea.

1º Congestiva.

I.—Descongestionar el sistema uterino.

M.—Aconitina, digitalina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas.

2º Espasmódica.

I.—Disipar el espasmo y la parálisis.

M.—Estricnina, hiosciamina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la cesación de los calambres uterinos.

3º Por atonía.

I.—Tonificar el sistema nervioso y muscular.

M.—Estricnina, valerianato de hierro, un gránulo del primero, por 3 del segundo, juntos todas las horas.

Dispepsia.

I.—Activar el trabajo de la quimificación.

M.—Diástasa, pepsina pura, hipofosfito de sosa, 3 gránulos de cada uno juntos, en el momento de las comidas.

Si es flatulenta, una cucharadita de carbón granulado Chanteaud, como absorbente.—V. *Anorexia.*

Dispnea.—(V. *Asma.*)

Disentería.

1º Aguda.

I.—Combatir la irritación del intestino grueso.

M.—Codeina, hiosciamina, un gránulo de cada uno juntos, hasta la cesación del espasmo.

2º Subaguda.

I.—Tonificar é impedir los accesos.

M.—Salicilato de hierro, salicilato de quinina, 2 gránulos de cada uno juntos, todas las horas. Lavatorio intestinal con el Sedlitz Chanteaud, una cucharadita de las de café.

Disuria.—V. *Retención de orina*

(Continuará.)

MISCELANEA MÉDICA.

Tratamiento de la gota por el profesor Ebstein.—Generalmente evito usar los medicamentos y digo con Gairdner:

"El que quiera impedir un acceso de gota ó aun desarraigar la predisposición á esta enfermedad no ha de ir á buscar sus remedios en una farmacia.

"En cuanto al empleo de los álcalis en el tratamiento de la diátesis gotosa, soy del aviso de Trousseau, el cual aconseja á los gotosos "no abusar de las aguas minerales alcalinas."

"Al contrario considero muy útil un ejercicio corporal conveniente; paseos arreglados y otros ejercicios musculares (equitación, gimnástica, corridas en velocípedos, etc.), han de ser empleados según las disposiciones y las necesidades individuales, pero no se debe abusar de estos medios curativos; al contrario, es menester arreglarlos metódicamente.

"¿Qué partido hay que tomar en cuanto al reglamento de los trabajos intelectuales de los enfermos?

"El Sr. Cantani recomienda los esfuerzos intelectuales, pero en este punto no es del mismo aviso que muchos observadores que ven en la tensión de la actividad cerebral una causa de gota. En todo caso, no se debe forzar el trabajo intelectual hasta producir la extenuación; no se debe tampoco establecer concurrencia entre los ejercicios corporales y el trabajo de la cabeza, porque los ejercicios corporales son indispensables.

"A estas indicaciones terapéuticas, tengo la costumbre de añadir, de preferencia, un viaje á los Alpes Suizos y del Tirol, cuando se trata sólo de personas amenazadas de un acceso de gota, es decir, los individuos en que la gota es de herencia, y en los cuales se pueden temer accesos de esta enfermedad.

"En cuanto á la medicamentación del acceso gotoso, se pone hoy en primer lugar al lado del colchico, las preparaciones salícicas y especialmente el salicilato de litina. Con mucha razón, ya se emplea el colchico con más reserva. Para lo que es de las preparaciones saliciladas, he justificado igualmente accesos cortos ó de mucha duración.

"El acceso de gota, como lo dice también el Sr. Cantani, sigue su curso natural y desaparece más ó menos pronto. La experiencia me ha mostrado frecuentemente que el gotoso de hace mucho tiempo, que ha experimentado bastante los accesos agudos de la gota articular, se abstiene de todos los remedios inútiles y los rechaza."

(Rev. de Thérap.)

Empleo de las cantáridas en la rabia.—Ya hemos dado diversos medios reputados eficaces en el tratamiento preventivo de la rabia.

Hé aquí otro indicado por el Dr. Loukomsky en la *Rousskaïa médica*, y reproducido por la *Gaz. méd. de París.*

Se puede decir de este medio, como de otros todos, y también de las inoculaciones del Sr. Pasteur, que no se sabe nunca lo que hubiera sucedido si no habían hecho nada, porque el número de los casos de rabia es pequeño relativamente al número de las personas mordidas.

En Ukraine, las cantáridas son un remedio popular contra la rabia. Es la costumbre dar á un animal mordido por otro rabioso, una cantárida seca (partida en algunas partes, según el tamaño del animal) dentro del pan y hacerle beber durante 2 á 3 días una decocción de ginesta á tallo alado (ginesta sagittalis). El autor ha cuidado también, en el año 1840, cinco aldeanos mordidos por un lobo rabioso. Uno de ellos no quiso someterse al tratamiento de las cantáridas y murió de la rabia. Los otros cuatro fueron tratados por la aplicación sobre las mordeduras, de un ungüento cantaridiano y por el uso interno de dos presas de calomel á 5 centígramos *pro die.* Los enfermos tomaban, además, dos vasos

por día de infusión de ginesta y de sauco salvaje.

El uso de las cantáridas es suspendido por tiempo limitado, desde que se produce una sensación de quemadura en la uretra, para ser continuado otra vez cuando se va esta sensación. Dura dos semanas en todo. En cuanto á la infusion, la bebieron durante tres semanas. Los cuatro aldeanos fueron salvados de la rabia. En estos últimos tiempos, el autor ha tratado también, por el mismo procedimiento y con el mismo éxito, dos casos de mordeduras por un lobo rabioso.

Por otra parte, tres hombres, mordidos por un lobo rabioso en la cara, en la nariz y en la mano fueron tratados como en el caso de Loukomski y eso durante una semana. Siete meses han pasado desde el accidente, y hasta ahora todos están buenos.

En fin, el criado del autor fué mordido en el pié izquierdo por un perro seguramente rabioso. A la mañana siguiente, cauterización profunda de la mordedura con ácido clorídrico, presa de un polvo de euforbio é inyección de pilocarpina. Por la noche del tercer día, inyección de 25 milígramos de pilocarpina. El cuarto día, bebida sudorífica y baño ruso. Cuatro años han pasado después: el criado no ha tenido accesos de rabia.

Tratamiento de los vómitos histéricos por la placa imantada. — El año último, en el mes de Enero, tuve que cuidar á una joven que tenia vómitos histéricos. Después de haber ensayado, sin éxito, diferentes medios terapéuticos, me serví de la placa imantada; la apliqué sobre la región epigástrica, y los vómitos cesaron como por encanto. Después no han vuelto, pero es bueno decir que la enferma lleva todavía la placa benéfica.

En este caso, la placa parece haber tenido una acción propia y no sólo sugestiva. Un día, en efecto, que la había quitado para cambiar las ligas de cautchuc que la ataban, y que había olvidado ponerla otra vez, la enferma tuvo pronto vómitos, que desaparecieron cuando hubo reparado su olvido. Pues no se ha de creer que el imán sea un agente inerte puesto que se ve á veces sobrevenir al punto de aplicación ya eritema, ya también, como se ha producido en nuestra enferma, vesículas más ó menos volúminosas.

Dr. Breucq.

(De la Isla de Oleron, á Bayonne).

Litolísis.—El Sr. Porner.—Sabemos que las aguas minerales que contienen litina han sido prescritas contra las afecciones calculosas de las vías urinarias. Acabo de hacer en compañía del Sr. Goldenberg cierto número de experimentos sobre esta cuestión. Con este objeto hemos ingerido cantidades determinadas de diversas aguas minerales litanadas y bicarbonatadas y hemos examinado las variaciones de composición presentadas por la orina en esas condiciones. Ante todo hemos debido estar seguros de que la orina normal no disolvía el ácido úrico, y que el agua, á la temperatura del cuerpo, disminuía el peso del ácido úrico de 0,034 por 100.

De nuestros experimentos resulta, que, bajo el punto de vista práctico, las aguas bicarbonatadas poseen la acción más enérgica sobre los cálculos de ácido úrico. Cuando el tratamiento debe ser largo tiempo prolongado, debe hacerse uso con preferencia, de aguas poco mineralizadas ó emplearse el boro-citrato de magnesia.

No tengo necesidad de decir que la medicación termal constituye una pequeña parte de la terapéutica en las enfermedades calculosas y que en primera línea debe colocarse un régimen alimenticio severo.

(Soc. de med. int. de Berlín in Sem med.)

El agua naftolada en el ocena y las rinitis purulentas.—El Dr. A. Ruaualt emplea desde hace algún tiempo con bastante buen resultado contra dichas enfermedades la fórmula siguiente:

Naftol........................	12 gramos
Alcohol de 90 grados......	84 "

Una cucharada de las de café en un litro de agua para uso inmediato. (Irrigación con el sifón de Weber.)

Cada cucharada contiene 40 centígramos de naftol.

La irrigación practicada con este líquido produce una sensación de quemadura bastante desagradable, aunque de corta duración. En las personas muy sensibles puede usarse la disolución la mitad más débil ó bien emplear antes una pulverización intra-nasal de clorhidrato de cocaina al 2 ó 3 por 100. *(Archives de Laryngologie, de Rhinologie, etc.)*

TOMO I ENTREGA 11ª 1º DE JUNIO DE 1888.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

Los gránulos de Chanteaud.

Los que dan voto hasta sobre lo que no conocen, los que para tranquilizar su pereza inquisitiva, lanzan pullas al progreso, y los que pelean su querida rutina porque ella constituye todo su saber ó labró el cómodo *modus vivendi* en que reposan, han enristrado contra los gránulos de Chanteaud, como la parte, para ellos, más vulnerable del sistema dosimétrico.

Quién dice que los consabidos gránulos, representan una especulación, porque en ellos se vende el alcaloide relativo, en mil por uno más de lo que vale; quién que no todos los gránulos llevan la sustancia medicamentosa que debieran, ni en la cantidad que pregonan; quién que son innecesarios y que podrían sustituirse con ventaja con soluciones tituladas que se administraran por gotas; quién que su empleo como lo pide el nuevo sistema es atentatorio á la vida humana; quién que los gránulos entregan el arte de curar al charlatanismo; quién que los repetidos gránulos son sólo artículo de exportación destinado á América, *medicina para los americanos*, pero que en la práctica médica europea ni se mencionan.

Es de notar que las predichas acusaciones, nunca, hasta hoy, fueron lanzadas en México, por la virilidad de la Instrucción; siempre las profirió el cobarde y poco urbano falsete de algún enmascarado que buscó el escándalo, ó el clandestino é incivil cuchicheo de la malevolencia que se conforma, cuando más no alcanza, con la calumnia.

Bueno es, sin embargo, en obsequio de la verdad y en bien del público que ignora ciertas raquíticas intrigas del interés bastardo, refutar tales conceptos, ninguno de los cuales, como va á verse, encierra justicia ni fundamento.

Comenzaremos por algunas importantísimas advertencias. El Sr. Cárlos Chanteaud no es el único que pueda preparar ni que de hecho prepare gránulos dosimétricos, ni es indispensable para el tratamiento moderno combatir con gránulos de su fábrica. Los gránulos no son esenciales en Dosimetría, y sí lo es que los medicamentos sean químicamente puros y matemáticamente dosados. Por llenar estos requisitos es por lo que, los verdaderos gránulos Chanteaud son preferidos por la Dosimetría; tan pronto como haya otros, que á juicio de la Química, comprobado por la Fisiología y por la Clínica, sean como ellos, su reinado amenguará ó habrá terminado, si la baratura en los precios no lo apuntala.

No conocemos al Sr. Chanteaud; nada le pedimos ni nos da; su fortuna importa á él sólo. Sin embargo, el Sr. Chanteaud, lo dice nuestra conviccion, es por ahora, y lo será, hasta que haya quien imite ó sustituya ventajosamente sus artefactos, necesario para que al sistema dosimétrico no se imputen males de que no sería responsable, caso de no poseer las armas que pide; ese fabricante es la garantía, es la razón del crédito y del predominio que día á día va conquistando el burggraevismo. Entregar la granulación de los alcaloides, muy particularmente de ciertos alcaloides á un despachador cualquiera de botica, sería entregar la Iglesia en manos de Lutero, seria abdicar, sería posponer á muchas problemáticas conciencias la hasta hoy intachable y acrisolada reputacion del cofundador de la Dosimetría. Si se confiara á muchas manos la preparación de medicamentos exquisitos, cualquiera terapéutica en su administración apoyada, rodaría en medio de justa y general rechifla.

Sucede alguna vez, que un médico tiene plena seguridad de que sus fórmulas activas serán despachadas con la minuciosa dosificación que pretende, y entonces los gránulos Chanteaud pueden ser sustituidos en lo que esencialmente los hace preferibles. Yo, por ejemplo, nunca he titubeado en recetar alcaloides peligrosos, según credo dosimétrico, si me consta que los despachará el Sr. Tricio ó el Sr. Reyes. ¿Por qué? porque su pericia y su esmero me son conocidos, porque la observación me ha comprobado que dosifican como es debido, y porque en suma, garantizan mi confianza.

¿De dónde, va á preguntarse, surgió el afecto por los gránulos de Chanteaud? Cuando nada hubiera merecido el venerable an-

ciano, que ya en la aurora del sepulcro los recomienda, cuando no hubiese la comprobación constante de que llevan lo que ofrecen y cumplen de acuerdo sus compromisos, cuando nada significara que muchos de nuestros maestros y gran número de compañeros los emplean en su práctica, y para sus familias, está allí el análisis hecho en México por reputados químicos, en el Consejo Superior de Salubridad, que comprueba no sólo que cada caja de gránulos contiene el alcaloide á que se refiere y en la cantidad que compete, sino que cada granulito encierra probablemente la dosis en la etiqueta anunciada.

Temiendo que los gránulos de Chanteaud fuesen como muchos otros medicamentos de patente, inertes ó nocivos, se mandaron traer de orden del Consejo Superior de Salubridad, varias cajas de distintas denominaciones de los consabidos gránulos, Al azar, tomó el Sr. profesor Donaciano Morales una, y el Sr. Dr. Nicolás Ramírez de Arellano otra; la del primero se titulaba de clorhidrato de morfina, la del segundo, de veratrina. Cada cual se propuso examinar lasuya, eligiendo como procedimiento común para verificar la presencia del alcaloide, el de Stas.

El Sr, Morales tomó cinco tubos de su caja, los vació en un mortero, los pulverizó perfectamente y en seguida, trató en una copita por alcohol á 90°, puso la cápsula sobre una lámpara y concentró hasta la consistencia jarabosa; trató después por agua destilada, en seguida por carbonato de sosa, é inmediatamente por el éter; éste al evaporarse dejó á seco un alcaloide. Enseguida, redisolvió éste en agua acidulada con el ácido clorhídrico, y lo precipitó por el amoniaco; el precipitado separado se desecó y pesó dando muy próximamente, (había que tener en cuenta pérdidas en la manipulación) lo correspondiente á 10 centígramos del chlorohidrato que debían tener los cinco tubos, computando cada gránulo por un milígramo, que es lo que dice el brevete que contienen.

El Sr. Dr. Ramírez Arellano, obró semejantemente hasta la concentración jarabosa con los cinco tubos que sujetó á su examen. Al desprender el residuo de la cápsula con la espátula, frecuentes estornudos vinieron á poner al experimentador sobre la pista de ser veratrina lo que trataba; separado el residuo trató por el cloroformo; evaporado éste, pesó y obtuvo una cantidad de alcaloide muy aproximadamente (por pérdidas á la manipulación precisas), cinco centígramos, cantidad que debían tener los gránulos contenidos en los cinco tubos á cumplir el ofrecimiento indicado en el brevete, de tener cada uno medio milígramo de esa sustancia.

El Sr. Morales y el Sr. Ramírez Arellano, cada uno por su lado, comprobaron la identidad de los alcaloides por los reactivos á cada uno especiales; resultaron ser el primero clorohidrato de morfina, y el segundo veratrina.

Quedó pues bien comprobado que en las dos cajas de Chanteaud á la suerte elegidas, no sólo había el alcaloide ofrecido, sino que la dosificación repartió bien la sustancia correspondiente.

Este examen por las circunstancias en que ha sido hecho, inclina fuertemente á suponer que toda la medicación Chanteaud, está bien preparada y exactamente dosificada.

Por lo demás, estos análisis bien importantes para los que nunca usaron los gránulos repetidos, son innecesarios para los que por sus efectos han podido convencerse de que llevan la sustancia que pregonan, en dosis capaz, de poder ir marchando paso á paso y con grande seguridad, en los tratamientos en que se aplican.

La Dosimetría está en su derecho para indicar á los que quieran aprovechar sus ventajas, dónde deben ocurrir por sus preparados, á quién deben pedir sus medicamentos, qué recursos han obtenido los éxitos que la han consagrado y qué fabricante mereció su confianza. Como ella, obran todas las profesiones cuidadosas, y aun cada profesor concienzudo en particular; como ella, pretenden todas las artes celosas de su nombre, y aun cada artista que ama su reputación; todas y todos eligen sus ayudantes, sus útiles, sus materiales y sus instrumentos.

Pero vamos á las objeciones.

Las gránulos de Chanteaud; representan una especulación; en ellos se vende el alcaloide en mil por uno de lo que vale.

Algo apuesto á que este cargo lo formuló la Tristeza del bien ajeno, y no la Caridad del prójimo; pero abstraigamos el feo orígen.

Si los gránulos de Chanteaud no llenaran su objeto, esta sería la razón toral en su contra, y advertirlo sería ir derechamente á su proscripción. Si los gránulos de Chanteaud cumplen lo que ofrecen, salvando á los enfermos, no importa que su preparador especule cobrando la enorme suma de *un peso* por *doscientos* gránulos de cualquiera aún valioso alcaloide, como la cocaina; tan tremenda estafa puede pasarse si es en cambio de la vida; más ha perdonado la Historia á Talbot, el perfecciona-

dor del tratamiento de las intermitentes, que cambió el secreto de dar polvo de quina por dos mil luises de oro y una pension vitalicia de dos mil francos.

Pero si es vergonzoso especular vendiendo gránulos de sulfato de estricnina en un real como lo hacen las Droguerías, ¿qué calificativo merece el que exige, como en ciertas boticas exigen, dos reales por las mismas pildorillas, en el propio número, preparadas no siempre por la aptitud, no siempre con el nimio cuidado que la vida humana requiere, y que casi siempre consienten los médicos en dar, en medio de horrorosa incertidumbre?

El alcaloide valdrá uno *in natura;* en los gránulos multiplica su valor, porque no significa lo mismo el oro en barra que el oro en pieza, que en pieza afiligranada.

En los gránulos de Chanteaud, no se compra el alcaloide; se compra el medicamento, se paga el trabajo, el esmero, se paga la pureza química y la exacta dosificación; se paga la seguridad para el enfermo y la tranquilidad para el profesor.

No todos los gránulos de Chanteaud llevan la sustancia que dicen; ni en la cantidad que pregonan.

Para persuadirse de la falsedad que encierra la primera parte de esta objeción, no hay más que tomar un gránulo y mascarlo, y para convencerse de que es la sustancia que dicen, no hay más que ensayar sus efectos en sí mismo, ó en un animal según el caso. Cuentan que en la antigüedad un filósofo quiso persuadir á sus colegas que disputaban incansablemente, que el movimiento existía, y al efecto sacó de debajo de su traje un gallo y lo lanzó en medio del Docto Areópago; los incrédulos sólo así pueden convencerse.

Demostrar que cada granulillo contiene la dosis de sustancia activa que pregona, es cosa fácil á todo el que teniendo fe en los reactivos químicos, se preste á presenciar experiencias semejantes, á las ya señaladas en otro lugar.

Los gránulos serían sustituibles con ventaja por soluciones tituladas que se administraran en gotas.

Propiamente esta objeción no es contra determinados, sino contra todos gránulos, ni increpa, sino propone mejoría.

Para responderla copio un párrafo de uno de mis escritos: "Administrando gotas aunque sean de un propio soluto, en número dado, cambia la dosis del medicamento, porque las gotas difieren según la forma de la botella, su tamaño, la forma de su cuello y de su borde, según la cantidad de líquido contenido en la botella, y la rapidez con la cual escurren. Veinte gotas, dice Deneffe, vertidas en variables circunstancias, dan un peso que oscila entre un gramo sesenta y cinco centígramos, y tres gramos cuarenta centígramos; por tanto en circunstancias determinadas, puede el enfermo tomar tres veces más medicamento, que el que el médico se propuso administrarle.

Aún soluciones tituladas y medidas hacen variar—por la concentración que causa, la no evitable evaporación—las dosis de los medicamentos que contienen."

En cambio las sustancias activas conservadas en cascaroncitos de azúcar de leche pueden durar indefinidamente idénticas no sólo en actividad sino en dosis, y si la necesidad obliga á preparar soluciones éstas pueden hacerse instantáneas siempre perfectamente puras é irreprochablemente tituladas en el momento de aplicarse.

Hay otro inconveniente para dar los alcaloides en solución por la boca, es su amargura; amargura que constituye cuando menos una molestia, evitada en el gránulo, sin detrimento de la actividad del medicamento y con ventaja para su fácil administración.

Un postrer inconveniente para dar soluciones alcaloidicas por la boca, es que algunas de las sustancias activas de las plantas no es conveniente que sean apercibidas por la sensibilidad de la garganta.

Los gránulos administrados como lo pide el nuevo sistema son atentatorios á la vida humana.

Para responder á tan inmenso despropósito basta poner en paralelo las Estadísticas. Ellas expresan de un modo contundente no sólo que la Dosimetría es buena sino que es mejor que la Alopatía ortodoxa. [1]

Que en el curso del tratamiento, alguno ó algunos mueran si probara lo que quien lo alega pretende, ¡pobre sistema alopático! ¡qué descalabrado quedaría, y si demostrara lo que se busca contra el médico de cabecera! pobre de quien alega si á su conciencia encomienda juzgarlo. *Qui sine pecato es vestrum*..... Que mueran enfermos aún curados dosimétricamente comprueba que la Dosimetría puede ser llamada tar-

1 En el Hospital Civil de Gand, al servicio del Dr. Burggraeve, durante los años de 1869 á 1873, se asistieron de diversas afecciones quirúrgicas y médicas, 2,446 enfermos, de los cuales sanaron 1,845; se mejoraron 302; salieron sin terminar su tratamiento 173, y murieron 136, ó sea el 5,56 por 100.

En el Hospital "González Echeverría," de México, al servicio del Dr. Fenelon, se han tratado el año de 1887, en la Consulta, 2,542; dentro del Hospital, 57.—Aunque se practicaron importantes operaciones, no hubo fallecimiento alguno; el tratamiento dosimétrico fué empleado para curar á todas estas enfermas, de la cintura.

de y nada más; cuando llega oportunamente y se aplica con maestría, el triunfo es casi indudable.

La administración de los gránulos repetidas veces y hasta el efecto—que supongo es á ella á quien se dirige la objeción—es una ley de la Dosimetría sobre la que hablé ya lo bastante en su oportunidad. En las enfermedades agudas que es donde tiene su aplicación, nunca podrá dañar no sólo porque la agudez de la enfermedad es precisamente la resistencia al remedio, sino porque la propinación de éste, tiene su lindero, su límite bien determinado, bien aparente y fácilmente apreciable. El bello ideal del médico debe ser siempre que la enfermedad no se vuelva orgánica, porque cuando tal sucede todo pronóstico es grave, todo cálculo aventurado, todo éxito problemático; hay que exterminar el padecimiento antes que tome derecho de domicilio y erija su habitación; en el período dinámico, el médico es un Anteo, en el anatómico es un recluta.

Ahora bien; si el objeto del medicamento es exterminar cuanto antes á la enfermedad, si cada enfermo es un problema especial á quien bastará ó no dosis de medicamento que en otros bastó, si la idiosincrasia del paciente es un enigma, que sólo viene á resolver la administración del remedio, no puede ser regla racional, administrar el medicamento con el sacramental intervalo *cada dos horas, cada media hora;* una enfermedad requerirá para sanar, más ó menos medicamento que otra, y un espacio distinto entre las dosis, en una que en otra.

Hay que dar una dosis activa mínima, y esperar á que hecha la absorción responda el organismo si le bastó para desterrar á su adversario; inmediatamente la respuesta obtenida si el mal se hizo desentendido, si no bastó á la organización para obtener la victoria la dosis medicinal administrada, hay que dar otra nueva y esperar á que hecha la absorción, indique de nuevo el organismo su voluntad. Y así de seguida. Siempre será tiempo apegándose á tal programa de parar ó seguir adelante, según y como el problema especial que se tiene delante, necesite.

¿Dónde ó cómo se podría atacar á la vida humana? No quiero comparar este método con el del autor de la objeción, con el método del oso de Lafontaine, ni aducir ejemplos, ni establecer raciocinios que lo hagan destacarse en toda su deformidad. ¿Para qué? Baste saber que la Dosimetría no se propone dar tal cantidad de medicamento: que da lo que basta, y se para donde conviene, siempre á consulta de la organización necesitada; siempre escuchando fríamente sus respuestas para llenar sóla, y exclusiva, y matemáticamente sus pedidos.

Precisamente, la Dosimetría con toda la actividad apetecible, nunca es temeraria como la Alopatía ortodoxa, y siempre es más oportuna que ella.

Los gránulos entregan el arte de curar al charlatanismo.

No los gránulos, las píldoras, las unturas, los vinos y hasta los glóbulos; todos estos recursos médicos son tomados para su propio provecho por el charlatanismo. Este es *argumentum, multum probans.* El abuso nunca ó siempre será objeción contra el uso; si así fuera nada quedaría invulnerable en el mundo.

La Medicina exige al médico, como la arquitectura al arquitecto. Que el ignorante invada terreno vedado, al que su atrevimiento lo lleva, su ganancia lo aferra y su impunidad lo arraiga, no hace justo suponer que sea malo lo que el charlatan caricaturiza; las más honorables profesiones no se infaman porque tengan sus representantes antitéticos; la farmacia al boticario, la medicina al curandero y la abogacía al tinterillo.

El público que estime su vida debe comprender que si el médico puede ser ignorante, lo es y supinamente el charlatan y que aquel defiende su nombre y su reputación y éste solo su peculio; el público que confíe su salud debe elegir al que más garantías le otorgue, al que más seguridad le merezca. Si no lo hace, si se entrega al que primero pasa, al que con más bombos se le presenta...... hasta que se reglamenten los artículos constitucionales relativos, con su pan se lo coma.

Los gránulos dosimétricos son sólo artículo de exportación destinado á América; en la práctica europea ni se mencionan.

La primera parte de la objeción es un elogio para los americanos; luego se comprende que en ella se desahogó sin acaso pretenderlo refinado provincialismo ó digámosle *continentalismo.* Si para nosotros confecciona Paris los medicamentos químicamente puros y matemáticamente dosados, buen concepto tiene de nuestra ilustración el cerebro del orbe civilizado. Que siga, que siga exportando para los americanos todos sus mejores artefactos; aquí los aceptamos con gusto y reconocimiento.

En la práctica médica europea no se mencionan los tales gránulos.

Con motivo de este cargo viene á mis

mientes un cuentecito al caso aplicable pero...... no lo refiero porque luego alzan ámpula estas inofensivas historietas. Sigo en serio. En Paris actualmente, como en México, la Dosimetría lucha con el silencio *prudente*, con la *abstracción* desdeñosa de la Ortodoxia; están allí como estamos aquí en la parte aparentemente enconosa del negocio. Muchos médicos—como aquí, exactamente como aquí—usan su dosimetría vergonzantemente; no lo quieren decir, no quieren ostentar; cuidado quien miente el lo burggraevismo. Ahora bien, el que va á beber inspiraciones de Charcot, de Peter, de Jaccoud, de Virchow, no debe esperar que le hablen del *Chocho* Burggraeve; los círculos profesionales especialmente ortodoxos cierran sus puertas á todo el que no se enumera entre ellos y muchas veces no mientan sus miembros, más que, cada uno á su sacratísima persona. El que visita á Europa con el deseo de aprender determinada cosa ó adquirir cierta aptitud ó de frecuentar tal sitio, puede cuando más contar lo que á esa cosa, aptitud ó sitio se refiere, pero no puede opinar sobre lo que no le consta ni pudo saber sino penetrando detalles.

No es extraño que los que visiten á Europa con sólo determinado motivo ignoren lo que está fuera de su programa y den como no existente lo que no han visto ni les consta que suceda.

Por lo demás, ¿qué nos importa que en Europa no plazca lo que la razón, que es el mejor criterio, prescribe? ¿De dónde y porqué imitaremos servilmente y siempre á la Európa hasta en sus desaciertos?

Hay que persuadirse. Los gránulos de Chanteaud son un preparado medicamentoso interesante. Al que escueza que con ellos se especule, que los imite ó haga que los imiten debidamente, y que los abarate; la Dosimetría le deberá andar con pasos de gigante. El que tema que no estén bien preparados, que los ensaye para persuadirse de lo contrario, ó que los prepare mejor; la Medicina lo llamará su protector; y el que sólo tenga como motivo para odiarlos, que pueden caer en manos de charlatanes, ó que los europeos nos los envían con su desprecio, que viva descuidado; nada de esto significa algo importante donde debe gobernar el buen sentir, y comprobar una rigurosa observación.

Una advertencia para terminar; hasta aquí he hablado de los gránulos de Chanteaud, y no de los de Chantreaud, que no conozco; me he referido á los verdaderos gránulos que tienen con motivo de las nuevas falsificaciones,[1] distintivos especiales; no á los adulterados que nunca emplee y que podrán ser nocivos ó inertes.

FERNANDO MALANCO.

BURGGRAEVE

DEFENDIENDO SU MÉTODO DELANTE DE LOS MÉDICOS.

Me propongo en la serie de artículos que, con el epígrafe de éste, pienso publicar, que nuestros lectores conozcan directamente, de boca del maestro, el sistema Dosimétrico. De las cartas dirigidas por innumerables médicos á Burggraeve con motivo del moderno sistema de curar, y de las respuestas que les dirigió el venerable anciano, tomo sólo lo conducente y voy á expresarlo en forma de diálago.

Ocurran á esta fuente los que deseen empaparse bien de lo que es, y á dónde tiende el burggraevismo.

Dr. Malanco.

Dr. Ley.—Vuestro método es de los más seductores para el médico y para el enfermo, pero en medio del escepticismo actual tengo miedo de abandonarme enteramente á él, antes de conocer los escollos que se pueden encontrar en su camino y que se deben evitar.

Dr. Burggraeve. — Agradezco la atención que acordais á mi método. Hablais de escepticismo; ¡ah! es el fruto de los numerosos atractivos arrojados en la corriente de la publicidad. El pez desconfía del anzuelo. —Pero antes que todo es preciso averiguar si lo que se asegura tiene razón de ser. —La razón de ser del método dosimétrico es la insuficiencia de la terapéutica actual ó más bien el espíritu rutinero del *Non possumus* que lo preside.— La infalibilidad tuvo su época, y ningún dogma podría restablecerla.—Si yo he puesto en boga un nuevo método terapéutico, es que leyes faltan al antiguo.— Mi opinión es que debemos servirnos de nuestras armas; un soldado desarmado, no es soldado; el uniforme sólo sirve para hacer resaltar su impotencia, que se transforma en ridícula.

1 En vista de las nuevas falsificaciones de los medicamentos dosimétricos en España y de que en Francia se ha abusado del nombre del fabricante Chanteaud, el Instituto Dosimétrico de París, con el fin de garantizar sus productos, ha puesto en la envoltura de los frascos de Sedlitz Ch-Chanteaud *Burggraeve Chanteaud*; y en las cajitas de los gránulos, una banda que va de un costado á otro y en cuya parte posterior dice: *Granules dosimétriques Burggraeve-Chanteaud.*

Hablais de escollos, de peligros. El hecho es que con los medicamentos dosimétricos no los hay, porque siendo matemáticamente dosados y administrados proporcionalmente, es decir, según el estado de la enfermedad y del enfermo, no se arriesga pasar el objeto ó quedarse más acá. Son una piedra de toque para descubrir la naturaleza de las enfermedades constitucionales ó diatésicas.—En cuanto al modo de aplicación, venir á Gand, no os haría concebir y hacer algo mejor que en París. —Con la ley de la *dominante* y de la *variante* del tratamiento, se está siempre seguro de no ir por falsa ruta.—Las enfermedades son recientes ó antiguas, agudas ó crónicas; en las primeras, la causa no está detenida sobre la economía, no hay diátesis (una palabra), aún para las afecciones más contagiosas, la sífilis, por ejemplo, que en el estado reciente ó en su principio, no reclama los mercuriales. Tomad una calentura, una inflamación (no entendemos por esto, sino afecciones caracterizadas por una exageración de la calorificación y de la circulación, con formación de productos flogísticos); y bien, aquí hay dos fenómenos patognomónicos que hay que abatir antes que todo: el calor y el pulso morboso; es lo que hacen los hydronidópatas con el agua fría, y los alópatas con la sangría. Pero hay medios dinámicos que no deben despreciarse, sobre todo, en las fiebres específicas; así, no podríamos pasarla sin la quinina. Pero este medio no es sólo; tenemos los otros alcaloides (y la serie no es numerosa) ¿porqué no emplearlos? El miedo ó la desconfianza en este punto nada tienen que los legitime. Hemos hecho ver que quince, veinte ó treinta gránulos de aconitina, de veratrina, dados desimétricamente no podrían dañar en caso alguno. El médico puede orientarse por su termómetro y por su reloj, y cuando el pulso y el calor hayan vuelto casi fisiológicos, tiempo será siempre de pararse.—Notad que yo no excluyo los otros medios, así en una pleuro-neumonía, en una carditis, sangro, revulso, pero al mismo tiempo doy los apiréticos, tales como la aconitina, la digitalina, y en caso de espasmo ó dolor, la atropina, la hiociamina, la cicutina, etc.

Una cosa hay notable, es la facilidad con la cual los enfermos soportan altas dosis de medicamentos heróicos. Esto depende evidentemente de la intensidad de la enfermedad, que no es ótra cosa que la resistencia al remedio; es el *lethalis arundo* de Virgilio, la *espina* de Van Helmont. La Naturaleza hace un esfuerzo para desembarazarse; pero este esfuerzo, es decir, la calentura no és el mismo sin peligro, y és al médico inteligente á quien toca dirigirlo. *Medicus naturæ magister!* He aquí su papel, he aquí su potencia y no cruzarse de brazos y esperar. ¿Qué prueba la Anatomía patológica? Nada, ó más bien todo; es decir, que no supimos obrar á tiempo. Este es reproche que no se podrá hacer á la medicina dosimétrica, pues que es constantemente activa, sin dañar en caso alguno. He aquí para las afecciones agudas ó en su principio; porque pensamos que toda enfermedad puede ser yugulada cualquiera que sea la intensidad de su invasión; basta que la defensa corresponda al ataque. No es cuando el territorio está invadido, las plazas fuertes tomadas ó quemadas, cuando se puede esperar, salvar el suelo natal; es necesario marchar adelante y batir al enemigo en sus propias trincheras. Id vivamente á vuestro adversario, dadle vigoroso golpe y tendreis prontamente razón.

No sucede lo mismo con las enfermedades crónicas, aquí el enemigo se ha instalado en la plaza, se encuentra cómodo, y no está dispuesto á salir; si no se quiere quemar la plaza misma para desalojarlo, hay que atacarlo con prudencia, circunscribiéndolo cada día, de manera de no dejarle más que una salida por la que será feliz, si escapa.

Perdonadme estas imágenes (que por lo demás están á la órden del día). Ellas demuestran que, una enfermedad transformada en constitucional (es decir, siendo señora de la plaza, habiéndola en alguna manera ensuciado en todos sus rincones), debe ser expulsada lentamente; tenemos para esto los medios específicos, es decir, especie de mata-ratones; tal es, por ejemplo, el mercurio, el arsénico, etc. Otros obran reparando los gastos, las pérdidas que la economía ha sufrido, son los reconstituyentes. Pero cualquiera que sea su manera de obrar, la obra de destrucción ó de reparación debe ser lenta, porque no se rehace de un día al siguiente lo que necesitó meses ó años para destruirse. He aquí porqué hemos formulado la ley dosimétrica. "*A las afecciones crónicas un tratamiento crónico.*" Pero aquí tambien es necesaria *la dominante y la variante;* la primera, contra la causa; la segunda, contra los efectos. Se ha dicho: cesando la causa cesan los efectos; podrá esto ser cierto, pero entretanto el enfermo sufre. ¿Se pretenderá que no hay que procurar su alivio? Así, en la sífilis secundaria ó terciaria, hay dolores ó espasmos que calman la morfina, la atropina, la hyosiamina; en el cáncer

(hidra incurable!) los dolores lancinantes son mitigados por la cicutina; en la tuberculosis pulmonar contra los desgarramientos de la tos, tenemos la codeina, la narceina, el yodoformo. Todo esto sin perjuicio de los medios realmente curativos (si la curación es posible aún) ó la *dominante*. En los ejemplos citados más arriba, la sífilis, la tisis, etc., se deben emplear los antidiatésicos de una manera lenta pero continua. Es una especie de tema sobre el cual la variante viene á aplicar sus notas consoladoras (una imagen todavía, frecuentemente una realidad); pero aliviar cuando no se puede curar, ¿es nada? Tomemos otra enfermedad que también no perdona, (¿todas ó la mayor parte de las enfermedades no provienen de nuestras imprudencias?) una afección orgánica del corazón. Y bien, ¿no está allí un órgano que á veces hay que calmar en sus movimientos desordenados, á veces que sostener en sus esfuerzos funcionales? ¿La digitalina, las preparaciones ferruginosas no están indicadas en este caso? ¿No está allí igualmente la disnea ó el asma cardiaco que hay que suprimir con las estrícneas? ¿No están allí, y sobre todo, los terribles insomnios que pueden exterminar las pequeñas dosis de morfina (porque el ópio, el cloral y otros anestésicos embrutecen)? Y después, en cuanto á la dominante, es decir, al tratamiento de la causa, ¿no están allí los antidiscrásicos: arseniatos, yoduros, bromuros, etc.?

Veis que el arsenal terapéutico no es de tal manera pobre, que el médico deba atenerse á la expectación. ¿Esperar qué? La muerte frecuentemente. Un médico no es como un juez; cuando ha pronunciado su veredicto debe guardarlo para sí, pero en tanto que haya vida, obrar, obrar siempre, y sin hacerse ilusión á sí mismo, sin esparcir falsas esperanzas á su derredor prolongar una existencia á la cual el pobre enfermo se aferra, tanto más cuanto más cerca está de perder. De todos los calificativos que me han emocionado niño, en las letanías, la de *paregórico* es la más dulce; ¿por qué el médico renunciaría á ese placer del corazón?

CORRESPONDENCIA.

Querétaro, Mayo 15 de 1888.

Sr. Dr. D. Fernando Malanco.

México.

Muy estimado compañero:

Varios negocios particulares me han obligado á estar fuera de esta ciudad, razón por la que, hasta ayer recibí sus dos cartas de fecha 15 del pasado Abril, y que contesto ahora, suplicándole me dispense lo haga tan tarde.

En la primera de dichas cartas me hace vd. el honor de invitarme á darle mi juicio sobre Dosimetría, enviándole casos clínicos y las observaciones en pro ó en contra que al caso conduzan; la contestación que sobre esto le doy, es la siguiente:

Tengo 36 años de profesor; de éstos, 28 ejercí siguiendo en todo la rutina de la escuela, y aunque siempre procuré leer las obras de los autores más acreditados de Europa, tener todas las publicaciones del país, ensayar todos los métodos curativos, imponerme de todas las observaciones que inspiran el amor á la ciencia, el interés por la humanidad, y hasta el amor propio, á pesar, de todo esto, en mí no había más que la duda, el desconsuelo y el fastidio, dando por resultado el escepticismo más completo; pero hace ocho años que tuve conocimiento del admirable método del Dr. Burggraeve y desde las primeras páginas que leí, ví una brillante luz que me hizo presumir, que en ese método estaba la verdadera ciencia de curar; con grandes sacrificios y dificultades, procuré hacerme de las obras de Dosimetría que hasta entonces había, y me dediqué á estudiar con verdadero placer y entusiasmo el método del Dr. Burggraeve, nutrido con los jugos de la Química y alumbrado con la brillante luz de la Fisiología.

Hace, pues, ocho años que diariamente estudio la Dosimetría: para comenzar á hacer mi práctica no contaba en aquella época con los alcaloides Chanteaud; me puse en contacto con la Redaccion de la "Revista Dosimétrica" de Madrid y con el Instituto del "Repertorio de París," y tuve ya todo lo necesario para estudiar y practicar un método, cuyas doctrinas me encantan, y cuyos resultados me dejan satisfecho.

Hoy, pues, ejerzo mi profesión con verdadero placer, sin embargo de las espinas que vd. sabe tiene; he procurado, en los Estados de Michoacán, Guanajuato, Querétaro y en esa misma capital, hacer conocer á los profesores de buena fé, y á los particulares de sensatez, partidarios de la Dosimetría, los inmensos beneficios de este método: misión apostólica que me ha causado algunas amarguras.

Por lo expuesto, verá vd. que tengo la mejor disposición de ayudarlo en su alta y benéfica empresa con mi grano de arena. Hace seis años que he estado enviando á la "Revista de Madrid" y al "Repertorio de París," algunos casos clínicos y algunos ar-

tículos en defensa del método, todo lo cual me han hecho el honor de publicar: vd. sin duda lo habrá visto.

Hace dos años, en asamblea general tenida en París el 27 Marzo, me hicieron miembro del "Instituto Dosimétrico" y de la "Sociedad de Terapéutica Dosimétrica de París," y de la "Revista de Madrid;" hace seis años se me hizo miembro activo de aquel Instituto: tengo los diplomas respectivos.

Al hacer á vd. estas aclaraciones, no lo hago por vanidad, tanto más, cuanto que no creo merecer esos honores; sino para que vd. me tenga por un coloborador, y un partidario, como pocos, de la Dosimetría.

Estoy muy distante de creerme un verdadero dosímetra; pero esto no obstante, puedo mandarle algunas historias clínicas y algunos artículos en defensa del método, porque aunque valgo muy poco, la verdad se defiende por sí sola, y los que hasta hoy escriben contra la Dosimetría, no son más que los de mala fé, y los que no la conocen, pues sólo así pueden hablar en contra de la verdad y de los hechos.

Con respecto á la segunda carta, le digo que me faltan las dos entregas primeras, y la del 1º de Mayo; en suma, he recibido desde la entrega 3ª hasta la 8ª, y no quiero tenerla trunca. Le agradeceré, por lo mismo, me mande los números que faltan. Quizá á fines del que entra nos veamos en esa, pues mucho me importa hablar con vd., pero como dije al principio, varias cosas no me permiten por ahora entregarme á mi profesión por completo.

De nuevo felicito á vd. por la noble empresa de su publicación. Dios dará el incremento y el triunfo.

Tengo que volver á salir, pero dejo encargo á la familia recoja mi correspondencia.

Soy de vd. su afectísimo servidor y compañero que lo estima y B. S. M.

R. ZAMORA.

FORMULARIO DOSIMÉTRICO.

(Continúa.)

E

Eclampsia.

1º Congestiva.

I.—Disipar el eretismo vascular y nervioso.

M.—Cafeina, aconitina, digitalina, brucina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la sedación.

2º Nerviosa.

I.—Fijar el sistema nervioso.

M.—Estricnina, hiosciamina, fosfuro de zinc, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la cesación de las convulsiones.

Enfisema pulmonar.

1º Agudo (congestión.)

I.—Descongestionar el sistema pulmonar.

M.—Estricnina, hiosciamina, digitalina, un gránulo de cada uno juntos, hasta la libertad respiratoria.

2º Subagudo.

I.—Favorecer la expiración y combatir el elemento discrásico.

M.—Estricnina, ácido fosfórico, salicilato de amoniaco (reumatismo), un gránulo del primero y del segundo, por 4 del tercero, juntos todos, á la mañana, medio día y noche. Quasina á las comidas. Sedlitz Chanteaud en ayunas.

Enajenación mental, insomnio, agitación.

I.—Calmar el cerebro y tonificar los nervios.

M.—Hiosciamina, morfina, estricnina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta conciliar el sueño.

Enteritis (*Catarro intestinal*).—*V. Diarrea.*

Epilepsia.

1º Congénita.—V. *Corea, aura.*

2º Accidental.—V. *Eclampsia.*

Erisipela.

1º Directa (insolación).

I.—Disipar el eretismo de la piel.

M.—Cafeina, digitalina, aconitina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la sedación.

2º Gástrica.

I.—Combatir el estado bilioso.

M.—Sedlitz Chanteaud, quasina á las comidas, 3 gránulos.

Escarlatina.

1º Período de incubación.

I.—Combatir el elemento miasmático.

M.—Lavatorio intestinal con Sedlitz Chanteaud, estricnina, ácido fosfórico, un gránulo de cada uno, todas las medias horas, hasta levantar la vitalidad.

2º Período de efervescencia.

I.—Rebajar la fiebre.

M.—Aconitina, veratrina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la defervescencia.

3º Período de remisión.

I.—Prevenir los accesos.

M.—Hidroferrocianato de quinina, 4 gránulos cada hora.

4º Período de descamación.

I.—Prevenir el anasarca.

M.—Digitalina y arseniato de hierro.—V. *Anasarca.*

Escirro.—V. *Cancer.*

Escorbuto.

1º Agudo.

I.—Restablecer la acción muscular y la calorificación.

M.—Estricnina (arseniato), aconitina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas. Limonadas vegetales.

2º Subagudo.

I.—Restablecer la crasis sanguínea.

M.—Arseniato de estricnina, arseniato de hierro, 2 gránulos de cada uno mañana y tarde. Limonadas minerales, vino, quina.

3º Palustre.

I.—Combatir el elemento miasmático.

M.—Arseniatos de quinina y de hierro, 3 gránulos de cada uno, arseniato de estricnina, un gránulo, los 7 juntos todas las horas. Quina. Tinturas aromáticas.

Escrófulas.

I.—Activar la nutrición, corregir los ácidos anormales.

M.—Hipofosfito de estricnina, arseniato de potasa, de hierro, de cada uno, 3 gránulos todos juntos, 3 veces al día. A las comidas quasina, arseniato de sosa, de cada uno 4 gránulos juntos.

Espasmo.

I.—Restablecer el equilibrio fisiológico.

M.—Estricnina, hiosciamina, un gránulo de cada uno, todas las medias horas, hasta el efecto.

Espermatorrea.

I.—Disipar el espasmo y restablecer el tono de los órganos genitales.

M.—Estricnina, cicutina, arseniato de hierro, 2 gránulos de cada uno juntos, mañana, medio día y noche.

Estomatitis seudo-membranosa, ulcerosa, gangrenosa.

V. *Angina membranosa.*

Estranguria.—V. *Retención de orina.*

Estupor.—V. *Fiebre.*

Estreñimiento.—(*Constipación de vientre*).

1º Por sequedad del intestino

I.—Refrescar la sangre.

M.—Sedlitz Canteaud.

2º Espasmódico.—V. *Cólico.*

3º Por atonía.

I.—Aumentar el movimiento peristáltico.

M.—Estricnina, podofilino, 2 gránulos de cada uno juntos, al acostarse.

Exofagismo.

I.—Combatir el espasmo paralítico.

M.—Estricnina (sulfato), hiosciamina, un gránulo de cada uno en una bolita de miga de pan endulsada con miel, cada media hora, hasta el restablecimiento de la deglución.

F

Faringitis.

1º Período agudo.

I.—Descongestionar.

M.—Aconitina, digitalina, estricnina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la indicación.

2º Período subagudo.

I.—Impedir los accesos.

M.—Hidroferrocianato de quinina, 3 gránulos; estricnina, hiosciamina, un gránulo de cada uno, juntos todos, cada hora.

Fiebres.

Las indicaciones y el tratamiento *en general* de todas las fiebres es el que sigue: (para mayores detalles, véase *Vade-mecum*), la diferencia consiste en la dosis.

1º Fiebre intermitente perniciosa, cólera índico.

I.—Levantar la vitalidad.

M.—*Período de frío:* Arseniato de estricnina, ácido fosfórico, de 1 á 3 gránulos de cada uno, juntos cada media hora, hasta la reaparición del calor periférico.

I.—Favorecer y moderar la reacción.

M.—*Período de calor:* Aconitina, digitalina, estricnina, de 1 á 3 gránulos de cada uno, juntos todas las medias horas, hasta la defervescencia.

I.—Impedir la vuelta del acceso.

M.—*Período de apirexia:* Arseniato de quinina, 4 gránulos; arseniato de estricnina, un gránulo, juntos los 5 cada media hora. O bien sulfato ó bromhidrato de quinina. Caldos, vino.

2º Fiebre remitente tifoidea.

I.—Las mismas indicaciones.

M.—*Período prodrómico:* Estricnina, ácido fosfórico, un gránulo de cada uno, juntos todas las medias horas, hasta levantar la vitalidad. Cordiales, vino añejo.

Período efervescente: (40°, 41°c.): Aconitina, estricnina, un gránulo de cada uno, juntos todas las medias horas, hasta la defervescencia.

Período de remisión: Estricnina, arseniato de quinina, 2 gránulos de cada uno, juntos hasta la cesación de los recargos nocturnos ó diurnos.

I.—Calmar la susceptibilidad nerviosa.

M. — *Período de delirio:* Estricnina, aconitina, digitalina, un gránulo de cada uno, juntos todas las medias horas, hasta la calma completa.

3º Eruptivas.

El mismo tratamiento; es decir, comenzar por levantar la economía de la postración vital (estricnina, ácido fosfórico, un gránulo de cada uno, juntos cada media hora); provocar la defervescencia, [aconitina, digitalina, estricnina, un gránulo de cada uno del mismo modo]; combatir los accesos ó recargos por la quinina (arseniato, hidroferrocianato); calmar la agitación por la estricnina, la aconitina, la digitalina. Los narcóticos deben proscribirse por el estupor que producen.

4º Fiebre piohémica.

El mismo tratamiento más el salicilato de amoniaco contra la reabsorción purulenta, 2 gránulos todas las medias horas, hasta la defervescencia.

5º Fiebre amarilla ó vómito negro.

El mismo tratamiento: combatir los cólicos por la morfina y la hiosciamina.

6º Peste de Oriente.

El mismo tratamiento; combatir la descomposición de la sangre por el salicilato de amoniaco. Lociones fenicadas.

Flebitis.

1º Período agudo.

I.—Impedir la fiebre.

M.—Estricnina, aconitina, digitalina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas.

2º Período subagudo.

I.—Prevenir los accesos.

M.—Arseniato de quinina 4 gránulos, arseniato de estricnina 2 gránulos, juntos todos, cada dos horas.

3º Período de reabsorción.

I.—Impedir la piohemia.

M.—Salicilatos y arseniatos.— V. *fiebre de supuración.*

Flegmatía alba dolens.

1º Forma aguda.

I.—Rebajar la fiebre.

M. — Aconitina, digitalina, estricnina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas.

2º Período subagudo.

I.—Impedir los accesos.

M.—Hidroferrocianato de quinina, bromuro de alcanfor, 2 gránulos de cada uno juntos, todas las horas.

3º Período de supuración.

I.—Impedir la piohemia.

M. — Salicilato de amoniaco, arseniato de quinina, arseniato de estricnina, de cada uno, 4 gránulos juntos todas las horas.

Fisometría.—(*timpanitis uterina*)

I.—Disipar el espasmo paralítico.

M.—Estricnina, hiosciamina, un gránulo de cada uno juntos, todas las horas, hasta la desaparición de los gases. Régimen tónico. Hidroterapia.

Fisura de ano.

I.—Combatir el espasmo.

M. — Hiosciamina y codeina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la sedación del tenesmo. Lociones de ratania, unturas y supositorios belladonizados.

Forúnculos.

I—Impedir la fiebre, favorecer la resolución.

M.—Estricnina, aconitina, digitalina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, durante el período inflamatorio. Compresas de árnica.

Frenitis. (*inflamación del diafragma*).

1º Forma aguda.

I.—Rebajar la fiebre é impedir los movimientos espasmódicos.

M.—Aconitina, digitalina, cicutina, daturina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas hasta la cesación de los hipos ó sobresaltos.

2º Forma subaguda.

I.—Prevenir los accesos.

M.—Arseniato de estricnina, un gránulo; arseniato de quinina, 4 gránulos, todos juntos todas las horas.

G

Gases. V. *Pneumatosis.*

Gastralgia.

I.—Combatir el espasmo paralítico, activar la digestión.

M. — Digitalina, morfina, hiosciamina, de cada uno un gránulo todas las medias horas, hasta la cesación de los dolores. En las comidas quasina y ácido clorhídrico. V. *Dispepsias.*

Gastro-pneumatosis. (*eructos*).—V. *Hipo.*

Gastrorrea.

I. — Combatir el espasmo y los movimientos reflejos de la médula espinal.

M. — Bromuro de alcanfor, estricnina, un gránulo de cada uno juntos, en las comidas.

Grippa (influenza).

I.—Combatir el espasmo paralítico de los bronquios, evitar los accesos.

M.—Estricnina, hiosciamina, un gránulo de cada uno juntos, cada media hora, contra la tos nerviosa. Hidroferrocianato de quinina y sulfuro de calcio, 2 gránulos de cada uno juntos, contra los accesos.

H

Hemicránea.—V. *Cefalalgia.*

Hemoptisis.

1º Aguda.

I.—Descongestionar los pulmones.

M.—Digitalina, ergotina, estricnina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la cesación del *molimen hemorrágicum.*

2º Subaguda.

I.—Impedir la repetición de los accesos.

M. — Hidroferrocianato de quinina, como hemostático, 3 ó 4 gránulos cada hora juntos.

Hemorragias. (capilares).

Igual tratamiento.

Hemorroides.

I.—Combatir el espasmo anal.

M. — Atropina (sulfato) y yodoformo, un gránulo de cada uno juntos, noche y mañana. Pomada de belladona. — Véase *Fisuras de ano.*

Hidropesía.—V. *Anasarca.*

Hipo.

I.—Vencer el espasmo paralítico del estómago y los movimientos reflejos de la médula.

M. — Estricnina, hiosciamina, bromuro de alcanfor, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas hasta la cesación.

Hipocondría.

I.—Tonificar el sistema nervioso y sanguíneo abdominal.

M. — Estricnina, hiosciamina, de cada uno un gránulo, mañana y noche.

I

Ictericia.

1º Congestiva.

I.—Descongestionar el hígado, activar la digestión.

M. — Estricnina, aconitina, digitalina, un gránulo de cada uno juntos, cuatro veces al día. Quasina, arseniato de sosa, 3 gránulos de cada uno juntos, en las comidas.

2º Espasmódica.

I.—Disipar el espasmo paralítico de los conductos biliares.

M.—Estricnina, hiosciamina, un gránulo de cada uno juntos, 3 veces al día.

Ileus.— (*miserere*)

I.—Combatir el espasmo paralítico del intestino.

M.—Estricnina, hiosciamina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas.

Impétigo.— V. *Dartrosis.*

Impotencia.—V. *Atecnia.*

Incontinencia de orina.

I.—Calmar y tonificar el sistema genital.

M.—Estricnina, cicutina, un gránulo ó 2 de cada uno juntos, por la mañana, al medio día y por la noche.

Inflamación.

1º Período agudo.

I.—Combatir el eretismo vascular.

M.—Estricnina (sulfato), aconitina, digitalina, veratrina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta el descenso del pulso y del calor.

2º Período subagudo.

I.—Impedir los accesos.

M.—Quinina (sulfato, arseniato, hidroferrocianato), 3 gránulos juntos, cada media hora, hasta regularizar la circulación y la calorificación.

Insomnio.

I.—Adormecer al cerebro por el corazón.

M.—Hiosciamina, codeína, aconitina, digitalina, estricnina, 2 gránulos de cada uno á la hora de acostarse.

Iritis.

1º Aguda.

I.—Descongestionar el fondo del ojo y disipar el espasmo iridiano.

M.—Veratrina, atropina, estricnina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la cesación del espasmo fotofóbico.

2º Subaguda.

I. Impedir los accesos.

M.—Hidroferrocianato de quinina, cuatro gránulos juntos cada hora.

3ª Específica.—V. *Diátesis.*

Iscurria.

I.—Combatir el espasmo paralítico de la vejiga.

M. Estricnina, hiosciamina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta el efecto.

J

Jaqueca.— V. *Cefalalgía.*

L

Laringitis.

1º Estridulosa.

I.—Combatir el espasmo paralítico de la laringe.

M.—Estricnina, hiosciamina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la cesación del espasmo laríngeo.

2º Inflamatoria.

I.—Descongestionar é impedir la fiebre.

M.—Digitalina, hiosciamina, aconitina, de cada uno un gránulo juntos, todas las medias horas, hasta el efecto.

3º Tuberculosa.

I.—Modificar la secreción de los bronquios.

M.—Yodoformo, codeina, sulfuro de calcio, un gránulo de cada uno juntos, de hora en hora.

Lepra.

I.—Matar los microzoarios.

M.—Arseniato de estricnina, 6 á 8 gránulos diarios, dos cada vez.

Leche desparramada ó esparcida.

V. *Flegmatía alba dolens.*

Letargía ó Letargo.

I.—Despertar el *ultimum moriens.*

M.—Estricnina (en lavativas con agua salada) de 6 á 8 gránulos.

Leucemia.

I.—Aumentar la crasis sanguínea.

M.—Estricnina (sulfato), fosfato de hierro, de cada uno 6 ú 8 gránulos diarios, 2 de uno y otro, juntos.

Leucorrea.—V. *Blenorrea.*

Linfangitis.—V. *Flegmatía alba dolens.*

Lipotimia.

I.—Despertar la acción del corazón.

M.—Estricnina (sulfato), un gránulo cada media hora.

Litiasis.—V. *Cálculos.*

Lupus.—V. *Escrófulas.*

M

Manía.—V. *Enajenación mental.*

Mareo.—V. *Gastralgia.*

Melanosis.—V. *Cáncer.*

Meningitis.

1º Forma prodrómica.

I.—Levantar la vitalidad é impedir la parálisis cerebral.

M.—Estricnina, hidroferrocianato de quinina, un gránulo de cada uno juntos, todas las horas hasta levantar la vitalidad.

2º Forma aguda.

I.—Combatir la fiebre y los dolores meníngicos.

M.—Aconitina, veratrina, morfina, un gránulo cada media hora, hasta la defervescencia.

3º Forma subaguda.

I.—Impedir los accesos.

M.—Hidroferrocianato de quinina, 3 gránulos cada media hora, contra los accesos.

Mesenteritis.—(*tabes mesentérica*).

I.—Combatir la enteralgía y la congestión peritoneal.

M.—Bromhidrato de morfina, un gránulo cada hora; hidroferrocianato de quinina, 3 gránulos cada hora, alternando con los precedentes.

Metritis.

1º Aguda.

I.—Combatir la fiebre puerpneral.

M.—Aconitina, veratrina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la defervescencia.

2º Subaguda.

I.—Impedir los accesos.

M.—Hidroferrocianato de quinina.

Metro-peritonitis.

1º Período agudo.

I.—Combatir la fiebre.

M.—Estricnina, aconitina, veratrina, digitalina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la defervescencia.

2º Período subagudo.

I.—Evitar los accesos, impedir la infección loquial.

M.—Hidroferrocianato de quinina, tres gránulos cada hora. Inyección con cloral boratado.

Metrorragia.

I.—Descongestionar el sistema uterino.

M.—Ergotina, digitalina, 2 gránulos, hidroferrocianato de quinina, 4 gránulos cada hora, los 8 juntos. Aplicaciones frías,

Mielitis.

1º Forma aguda.

I.—Combatir el eretismo de la médula espinal.

M.—Aconitina, veratrina, cicutina, de cada uno juntos, un gránulo cada media hora.

2º Forma subaguda.

I.—Impedir los accesos.

M.—Hidroferrocianato de quinina, bromuro de alcanfor, 2 gránulos de cada uno juntos todas las horas.

Miosis. V. *Iritis.*

Miositis. V. *Reumatismo muscular.*

Muermo. (*coriza virulento.*)

I.—Combatir la infección y levantar la vitalidad.

M.—Arseniato de estricnina, un gránulo; salicilato de hierro, 3 gránulos cada media hora, los 4 juntos. Taponamiento con tanino.—Véase *Difteria.*

Muguet. (*Algodoncillo.*)

Sulfuro de calcio.—V. *Difteria.*

N

Narcotismo.

I.—Disipar la torpeza cerebral.

M.—Cafeina ó sales (citrato, arseniato), 5 ó 6 gránulos cada media hora.

Nefritis.

1º Forma aguda.

I.—Descongestionar el sistema renal y restablecer la secreción urinaria.

M.—Aconitina, digitalina, cicutina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la cesación del cólico nefrítico.

2º Forma subaguda.

I.—Combatir el eretismo é impedir los accesos.

M.—Bromuro de alcanfor, hidroferrocianato de quinina, 2 gránulos de cada uno juntos, cada 2 horas. Baños calientes. Fricciones alcanforado-amoniacales.

Nefritis albuminúrica. (*tabes renal, enfermedad de Bright*).

I.—Combatir la consunción y disipar el espasmo renal.

M.—Arseniato de sosa, yodoformo, 2 gránulos de cada uno juntos, todas las horas.

Neuralgia.

1º Forma aguda.

I.—Descongestionar los nervios, calmar los dolores lancinantes.

M.—Aconitina, digitalina, cicutina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la sedación de los dolores.

2º Forma subaguda.

I.—Impedir los accesos.

M.—Estricnina (arseniato), un gránulo; hidroferrocianato de quinina, 4 gránulos cada media hora, en el intervalo de los accesos, todos juntos.

Neurosis.

1º Piréticas (fiebres larvadas).

I.—V. *Fiebres perniciosas.*

M.—Estricnina (arseniato), un gránulo; hidroferrocianato de quinina, 4 gránulos, cada media hora, todos juntos.

2º Apiréticas V. *Asma, angina de pecho.*

Nicotismo.

I.—Combatir el estupor.

M.—Estricnina (arseniato), un gránulo; ácido tánico, 4 gránulos cada hora, por separado del primero.

Ninfomanía. (*erotismo*).

I.—Disipar el espasmo erótico, tonificar los nervios.

M.—Bromuro de alcanfor, hiosciamina, digitalina, aconitina, un gránulo cada media hora, mientras dure el acceso. Después, 3 gránulos de valerianato de hierro cada hora.

O

Ocitocia. (*lentitud en el parto*).

I.—Facilitar el parto borrando el cuello y provocando los dolores.

M.—Hiosciamina, estricnina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, á fin de acelerar el trabajo y disminuir los dolores.

Odontalgia.

I.—Descongestionar, disipar la neuralgia dentaria.

M.—Aconitina, brucina, atropina (sulfato), digitalina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la cesación del dolor. Hidroferrocianato de quinina, 3 gránulos cada hora en los intervalos de los accesos.

Oftalmia.—V. *Iritis.*

1º Forma aguda.

I.—Descongestionar, calmar los dolores profundos del ojo.

M.—Veratrina, digitalina, estricnina (sulfato), morfina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la defervescencia.

2º Forma subaguda.

I.—Combatir el espasmo palpebral y retiniano, prevenir los accesos.

M.—Hidroferrocianato de quinina, tres gránulos; estricnina, hiosciamina, un gránulo cada hora.

Onanismo.

I.—Calmar el eretismo erótico.

M.—Cicutina, bromuro de alcanfor, brucina, atropina, narceina, un gránulo de cada uno juntos, por la noche, contra la excitación sexual. Durante el día vigilancia severa del sujeto.

Onixis. V. *Uña encarnada*).

1º de causas externas: sustraerlas.

2º „ sifilíticas: tratamiento de la *Sífilis.*

(Unas hilas empapadas en *extracto de Saturno* y aplicadas al onixis, nos ha dado excelente resultado en los casos comunes.—G. V.)

Operaciones (*preparación quirúrgica*).

I.—Impedir la fiebre del traumatismo.

M.—Aconitina, estricnina (sulfato), morfina (clorhidrato), un gránulo de cada uno juntos, antes de la operación.

Opistótonos. V. *Convulsiones.*

Opresión. (V. *Asma*).

Orquitis.

1º Forma aguda.

I.—Descongestionar y calmar los dolores lancinantes.

M.—Aconitina, veratrina, hiosciamina, cicutina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la sedación de los dolores terebrantes.

2º Forma subaguda.

I.—Impedir los accesos.

M.—Hidroferrocianato de quinina, bromuro de alcanfor, 3 gránulos de cada uno juntos, todas las horas.

Orinas.

1º ÁCIDAS.—Benzoato de litina, 8 á 10 gránulos al día. Aguas gaseosas alcalinas.

2º ALCALINAS (fiebre tifoidea). Acidos minerales.

3º ALBUMINÚRICAS.—V. *Anasarca.*

4º GLICOSÚRICAS.—V. *Diabetes.*

5º QUILÚRICAS (orinas grasas).—Quasina, ácido clorhídrico (4 ó 5 gotas) á las comidas.—V. *Dispepsia.*

6º SEDIMENTOSAS: uratos, oxalatos, fosfatos [consunción, tisis, anemia]. — Hipofosfito de sosa, 6 á 8 gránulos á las comidas; hipofosfito de estricnina, 3 á 4 gránulos al día.

Osteomalacia.

I.—Activar la osteogénesis.

M.—Hipofosfito de estricnina, 6 á 8 gránulos diarios, á fin de excitar la vitalidad. Agua de cal en la bebida. Polvo osteotrófico del Dr. G. Polli, en las comidas. V. la *Revista.*

Otalgia.

1º Forma aguda.

I.—Disipar el eretismo auricular, calmar los dolores lancinantes del oído.

M.—Aconitina, digitalina, estricnina, cicutina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la cesación de los dolores.

2º Forma subaguda.

I.—Impedir los accesos.

M.—Hidroferrocianato de quinina, tres gránulos; arseniato de estricnina, un gránulo cada hora juntos, en el intervalo. de los accesos (3 por 1). Fumigaciones aromáticas.

Otorrea.

I.—Modificar la secreción.

M.—Inyecciones con cloral boratado.

Ovaritis. (V. *Orquitis.*)

Igual tratamiento.

Ozena.

I.—Destruir el mal olor y suprimir la secreción purulenta.

M.—Inyecciones de cloral boratado. Al interior iodoformo, de 5 á 6 gránulos diarios.

P

Parálisis.

1º Congestiva.

I.—Descongestionar.

M.—Aconitina, digitalina, estricnina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta conseguir la descongestión.

2º Hemorrágica.

I.—Cerrar los poros de los capilares.

M.—Hidroferrocianato de quinina, tres gránulos juntos, cada cuarto de hora.

3º Orgánica.

I.—Activar la crasis sanguínea y despertaa la acción del cerebro.

M.—Cafeina y sus sales, iodoformo, ácido fosfórico, estricnina progresivamente hasta 20 gránulos al día de la primera, 10 del segundo y tercero, y 5 de la estricnina, hasta la mejoría.

Paraplegía.

1º Espontánea.

I.—Restablecer la inervación en los músculos.

M.—Estricnina, ácido fosfórico, 3 gránulos de cada uno juntos, todas las medias horas.

2º Congestiva.

I.—Disipar el eretismo de la médula espinal.

M.—Cicutina, bromuro de alcanfor, un gránulo de cada uno juntos, (contra la mielitis).

Peritonitis.

1º Forma aguda.

I.—Descongestionar y calmar el dolor.

M.—Veratrina, aconitina, bromhidrato de morfina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la suspensión del dolor.

2º Forma subaguda.

I.—Impedir los accesos.

M.—Hidroferrocianato de quinina, cuatro gránulos juntos, todas las horas. — V. *Metro-peritonitis.*

Piohemia. (*reabsorción purulenta*)

1º Período de invasión.

I.—Combatir la invasión del miasma.

M.—Arseniato de estricnina, un gránulo con 4 de quinina juntos, todas las medias horas.

2º Período de efervescencia.

I.—Impedir la fiebre.

M.—Veratrina, aconitina, 2 gránulos de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la defervescencia.

3º Período de remisión.

I.—Prevenir los accesos.

M.—Hidroferrocianato de quinina, 4 ó 6 gránulos todas las horas, hasta la regularización del pulso y del calor.

4º Período de colicuación.

I. — Impedir la descomposición de los tejidos.

M.—Arseniato de quinina, salicilato de amoniaco, 2 gránulos de cada uno juntos, todas las horas. Régimen tónico.

Piogénesis. (*formación espontánea de colecciones purulentas*).—V. *Flegmatia alba dolens.*

Pirosis.—V. *Gastralgia.*

Pleuresía de los adultos.

1º Forma aguda.

I.—Descongestionar y disipar los puntos pleuríticos.

M.—Cicutina, digitalina, aconitina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas. Ventosas, inmovilización del tórax y antes, embrocaciones de colodión ricinado.

2º Forma subaguda.

I.—Impedir los accesos.

M.—Hidroferrocianato de quinina contra la reaparición de los accesos. Unturas yodadas, vejigatorios alcanforados.

3º Forma de enpiema.

I.—Impedir la piohemia ó infección purulenta.

M.—Arseniatos, salicilatos, yodoformo, contra la reabsorción purulenta. Evacuaciones pneumáticas.

Pleuresía de los niños.

1º Forma anginosa.

I.—Disipar el espasmo bronquial.

M.—Brucina, daturina, quinina (bromhidrato), un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la cesación de los accesos de sofocación.

2º Forma intermitente.

I.—Impedir los accesos.

M.—Hidroferrocianato de quinina, cuatro gránulos; arseniato de estricnina, un gránulo, todos juntos, todas las medias horas.

Pleurodinia.

1º Reumática.

I.—Descongestionar y disipar los dolores lancinantes.

M. Aconitina, veratrina, cicutina, estricnina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la defervescencia. Lavatorio intestinal con Sedlitz Chanteaud.

2º Urémica.

I.—Modificar la secreción urinaria.

M.—Benzoato de litina, 4 gránulos todas las horas; digitalina y colchicina, dos gránulos de cada uno juntos, alternando con los precedentes, ó en unión de ellos.

Plica Polaca.

I.—Destruir los microbios y restablecer la crasis sanguínea.

M.—Arseniato de sosa, arseniato de estricnina, 2 gránulos de cada uno juntos, 3 ó 4 veces al día. Lociones alcalinas. Pomada de yodoformo.

Pneumatosis. (*acumulación de gases en las cavidades cerradas: serosas, quistes.*)

1º Gastro-intestinal.—V. *Ileus.*

2º Uterinas.—V. *Corea flsometría*

3º en la pleura (pneumo-tórax)

I.—Disipar el espasmo paralítico.

M.—Hiosciamina y estricnina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas.

4º En el corazón. (pneumo-carditis.)

I.—Disipar el espasmo paralítico.

M.—Hiosciamina y estricnina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas.

Podredumbre de hospital.

I.—Limpieza y prevenir los efectos sépticos.

M.—Curas antisépticas con vino aromático ó zumo de limón: al interior los arseniatos, quinina y buen vino.

Poluciones nocturnas.

I.—Disipar el eretismo erótico. Impedir los movimientos reflejos de la médula espinal.

M.—Estricnina, atropina (sulfato), un gránulo de cada uno juntos, al acostarse. Durante el día, bromuro de alcanfor, 4 ó 6 gránulos (dos de cada vez), contra la hiperestesia de la médula espinal.

Poliuria.—V. *Diabetes.*

Postración.

I.—Levantar las fuerzas nerviosas.

M.—Estricnina, ácido fosfórico, 2 gránulos de cada uno juntos todas las horas.

Priapismo.

I.—Disipar el eretismo de los cuerpos cavernosos.

M.—Cicutina, bromuro de alcanfor, dos gránulos de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la sedación del eretismo.

Prostatitis.

1º Período agudo.

I.—Descongestionar y disipar el tenesmo perineal.

M.—Aconitina, digitalina, cicutina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, para hacer cesar el espasmo del cuello vesical y la disuria.

2º Período subagudo.

I—Impedir los accesos.

M.—Arseniato de quinina, estricnina y hiosciamina, 2 gránulos de cada uno juntos, todas las horas, para facilitar la diuresis. Baños. Sanguijuelas al perinéo.

Prúrrigo.

I.—Disipar el eretismo cutáneo.

M. Veratrina, cicutina, 2 gránulos de cada uno juntos, todas las horas, hasta la cesación del prurito. Baños alcalinos.

Psoitis.

I.—Disipar el espasmo muscular.

M.—Bromuro de alcanfor, cicutina, dos gránulos de cada uno juatos, todas las medias horas. Baños calientes.

Psorirsis.—V. *Dartrosis.*

MISCELANEA MÉDICA.

Un nuevo procedimiento para reconocer si las carnes contienen triquina.—El Dr. J. A. Close, deslíe una pequeña porción de la carne sospechosa, y la introduce en una mezcla de pepsina y ácido clorhídico. Puesta esta disolución en un tubo de ensayo de forma cónica para que se precipite, el gusano queda en libertad y puede examinarse con el microsespio. Si se calienta ligeramente la plancha del microscopio se ve agitarse el gusano. El Dr. Close dice que este procedimiento es el único que permite descubrir pronto y con certeza la existencia de las triquinas en las carnes. *(The Sanitarian, de New-York.)*

Método sencillo para producir la respiración artificial.—El Dr. J. A. Francis, critica los métodos hoy generalmente empleados: el de Marshall-Hall, el de Sylvester y el de Howard, y propone uno ideado por él, y que en su opinión, á más de reunir las ventajas de aquellos sin sus inconvenientes, es de una sencillez extremada. Colócase el cuerpo de espaldas con la boca y narices abiertas y los vestidos sueltos; se hace pasar por debajo una palanca cualquiera, al nivel de la cintura, y se sostiene de cada lado por un ayudante hasta tanto que los dedos de los piés y de las manos toquen al suelo. Se cuentan rápidamente hasta quince, se eleva el cuerpo de nuevo por el mismo espacio de tiempo y se continúa así subiéndolo y bajándolo alternativamente. La cabeza y los brazos se dejan colgar con libertad cuando se levanta el cuerpo.

Una sola persona basta para manejar un niño. Para un adulto se necesitan dos personas, las cuales deben cogerse las manos por debajo del cuerpo para levantarlo; un paraguas, un bastón (ó un remo) pueden servir cuando los ayudantes no sean bastante fuertes, para sostener el cuerpo con las manos cruzadas por debajo. Juntar las dos manos con las de otra persona no convendría, porque entonces se formaría un plano demasiado grande para que descansase el cuerpo, excepto en el caso en que el paciente sea de gran estatura.

Cree el autor que por esta posición se ponen en juego todos los músculos inspiradores, excepto los intercostales externos, y que la situación de las costillas, esternón y clavícula permite por su peso ayudar poderosamente á la espansión de la cavidad torácica. Los intestinos y vísceras abdominales gravitan también hacia la pelvis y hacen bajar el diafragma. *(New-York Méd. Tim.)*

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

MEMORANDUM.

Los médicos deben á la ciencia su saber y sus adelantos, sus triunfos y sus inéxitos; aquellos porque son carriles que expeditarán su paso, y éstos porque son procedentes ó enseñanzas que alumbrarán su camino.

Exponer el porqué de opiniones y prácticas personales que afectan á la humanidad para qué las consagre ó rectifique la discusión, es transformar en tranquilo y concienzudo el ejercicio de nobilísimo pero arduo profesorado. Y ni honroso fuera no ostentar conducta que se siente justificada como es inmoral ó infame sostener con malicioso silencio la que se pudiera comprobar nociva.

Apuntar historias clínicas consignando humildemente resultados, es construir la verdadera medicina; tiempo ha estaría constituída la ciencia de curar si los médicos todos acataran ese programa precioso; no sería necesario ni aún, como hizo Hipócrates 23 siglos hace, al revistar inscripciones y retablos de los templos antiguos, tachar fanatismos y restringir exageraciones, siendo suficiente compilar hechos, esclarecer semejanzas y deducir conclusiones.

Ofrecemos á los prácticos, muy especialmente de nuestro país, para llenar tan importantes objetos, las páginas de este periódico; nuestro quincenario está á la órden de todo el que quiera pensar un poco en sus deberes; que perezcan si tal puede suceder los credos médicos militantes, el nuestro incluso; que se salven los enfermos, que surja la Medicina Científica!

La Redacción.

ALGUNAS APRECIACIONES

SOBRE

"Métodos de investigacion en Terapéutica."

Carta abierta al Dr. Fernando Malanco.

Sr. Dr. D. Fernando Malanco.

Jalapa, Mayo 18 de 1888.

Estimado y querido amigo:

He querido honrar este primer ensayo de "apostasía" con su distinguido nombre, y como recuerdo de mejores días; de este modo podrá vd. explicarse la forma de este modesto trabajo, dedicado á la defensa de mis ideales que sólo en la forma difieren de los de vd.

Sírvase vd., pues, aceptarlo como una ofrenda de nuestra antigua amistad.

Agustin García Figueroa.

Jalapa, Mayo de 1888.

Sr. Dr. D. Fernando Malanco.

Estimado compañero y amigo:

I.

Al entrar en la discusión que vd. tan noblemente ha provocado, no me propongo defender de una manera resuelta la *homeopatía,* no porque la menosprecie considerándola como el respetable y entendido Dr. Fenelón la considera, como un *escándalo,* sino antes por el contrario, porque la tengo en alta estima y no creo haber profundizado bastante sus trabajos y estudiado sus autores para constituirme en un paladín útil á su prosperidad; pero sí me creo con la idea bastante clara de lo que constituye una ciencia en presencia de la investigación, para sostener que la homeopatía tiene derecho á ser admitida con sus botiquines, sus glóbulos y sus archivos experimentales al concurso de la investigación humana.

Por naturaleza, enemigo de todas las ortodoxias lo mismo religiosa que política ó que científica, quiero un rincón en nuestras Academias para los experimentadores del *dynamismo elementar,* quiero ponerme al lado de vd. aunque en distintas filas en la lucha eterna contra los dogmatismos que es la síntesis de la historia de todos los progresos humanos. Si no les es dado obtener todavía á los homeópatas la declaración oficial de sus derechos, ya es mucho para ellos ver cómo se van desplomando los absurdos ortodoxos que tanto los han oprimido, á los golpes irresistibles de la Fisiología.

Y sin embargo, causa extrañeza ver cómo los progresos de la Fisiología no son bastantes para destruir las resistencias de los terapeutistas; los métodos de investigación empleados en el estudio de las funciones de los organismos han dado pruebas irrecusables de su excelencia en el terreno práctico; la Fisiología de ayer difiere de la de hoy del mismo modo exactamente que difiere el músculo y su celdilla; la Fisiología de ayer elaboraba sobre las síntesis y sustituía las ventajas del análisis con la hipótesis; la Fisiología de hoy se dirige

resuelta sobre los elementos, los toca, los comprueba, los analiza y saca de la celdilla y sus granulaciones datos importantísimos para formular sus leyes generales: las hipótesis de ayer han sido sustituidas con demostraciones microscópicas, en esto consisten los adelantos de la Fisiología moderna. Ahora bien, la Terapéutica que no es otra cosa que una *Fisiología relativa*, se niega á seguir por tan brillante sendero de un modo tenaz y hasta chocante; las hipótesis, los juicios preconcebidos que son el fruto vedado de la Filosofía experimental, son para vergüenza del moderno criterio, los puntos de apoyo capitales de todas les evoluciones de la terapéutica.

II.

Surgió como vd. sabe un grupo de hombres capitaneados por un médico á quien nadie ha podido negar ni la sabiduría ni el genio, el cual pretendió por intuición, lo mismo exactamente que los fisiologistas modernos admiten por la experimentación; esto es: *que las manifestaciones vitales no han sido muy imperfectamente aisladas las unas de las otras,* "y que *no se puede llegar al descubrimiento de las leyes de la vida orgánica, si no es aislando los elementos más rudimentarios de los órganos para estudiar sus propiedades.*" Esto es, amigo mío, traducidas al lenguaje moderno la experimentacion en el hombre sano y las *escandalosas* dinamizaciones de Hahnemann.

Preciso se hace conceder que hasta Hahnemann nadie había emprendido la experimentación en el hombre sano de la acción de los medicamentos, y por tanto preciso se hace concederle el honor de la vivisección, pues á tanto equivalen las experiencias del padre de la homeopatía. "*La observación patológica aunque simple observación, tiene frecuentemente un valor comparable al de la experimentación y juega un papel semejante al de la vivisección*" ...... y "*Cada vez que se trate de estudiar el organismo humano, la observación patológica deberá suplir la vivisección.*" (W. Wundt, elementos de Fisiología.)

Se ve pues, que Hahnemann se adelantó á su época, ó de otro modo, nació prematuramente. La ciencia es el terror de todos los dogmatismos y Hahnemann surgió demasiado científico entre los dogmatismos de su época, de aquí la lucha que produjo el tradicionalismo antihomeopático, y fíjese vd., amigo mío, cuánto la fuerza de la tradicion ha servido en el mundo á los despotismos para sostenerse oprimiendo á los débiles y perpetuando los errores. La tradición es la gran fuerza conservadora en que se apoya todo lo que no puede por sí mismo, ella es la *revelación* en los templos, el *magister dixit* en las Universidades; ella es bastante poderosa, no digo ya *para oprimir á los doctrinarios* de la *homeopatía*, sino para destruir á un pueblo poderoso convirtiendo á sus hombres en eternos vagabundos.

Pero perdóneme vd. si me divago. Hahnemann se caracterizó por la severidad de sus principios ¿cuáles fueron éstos? la *observación* y la *experimentación* base *sine qua non* de todas sus investigaciones; y la observación y experimentación son presentadas hoy como la única base sólida de metodología práctica. Por la fuerza de la observación se vió conducido exactamente por el mismo camino á que se han visto obligados los modernos fisiologistas, es decir, el análisis cada vez más profundo y trascendental, hasta producir sus patogenesías ó materia médica pura, del mismo modo que los fisiologistas se han visto conducidos por el mismo camino á producir su Histo-química y los anatomistas su Histología, no deteniéndose su sed de investigación *infinitesimal* sino en presencia del *átomo* y el *éther*, es decir, encerrando en la fórmula de una hipótesis provisional, todas sus aspiraciones de análisis infinito, para entregarlas al porvenir.

Yo no vacilo en calificar con la buena fe con que estoy acostumbrado á juzgar todas las cosas de la vida, á las patogenesias de Hahnemann como los primeros estremecimientos de una nueva rama de la ciencia que acaso se llamará Histo-dynámica ó Histo-dynamología. La Histología nos ha enriquecido con planchas y esquemas inmortales, Hahnemann nos ha dado sus patogenesias que no son otra cosa que los esquemas del síntoma.

"*Si la Fisiología nos ha demostrado funciones elementares, simples, aisladas del conjunto, es lógico exigir á la Patología síntomas elementares y á la Terapéutica medicamentos elementares;*" tales fueron, si no me equivoco, las tendencias intuitivas é inconscientes del genio de Hahnemann, desarrollándose á través de incontables obstáculos y dificultades. Las preocupaciones de su época de las que él participaba necesariamente, la imperfección de los métodos y medios de investigación y las resistencias de los dogmatismos, deben de haber contribuído al desarrollo imperfecto de sus doctrinas, pero creo sinceramente que no pudieron impedir que

los gérmenes contenidos en ellas fructificarán en el porvenir.

III

Me permitirá vd. insertar aquí como una prueba de la verdad de mis apreciaciones una muestra de cómo analizaba Hahnemann un caso patológico; escojo al acaso entre los síntomas del "Platino."

"*Moral*". — Tristeza, sobre todo por la tarde, con mucha necesidad de llorar, por lo regular (cada segundo día) alternando con alegría loca y bufonadas.—Llantos involuntarios.—Gritos pidiendo auxilio con todas sus fuerzas.—Excesiva angustia de corazón, con mucho miedo de la muerte, la que cree muy cercana, acompañada de temblor, palpitación de corazón y dificultad de la respiración.—Miedo con temblor de las manos y de piés, y desorden de las ideas, como si todas las personas que se les acercan parecieren otros tantos demonios.—Humor histérico con mucho decaimiento moral, debilidad nerviosa y sobreexcitación del sistema vascular.—Propensión á asustarse. —Mucha irritabilidad, con muy mal humor, algún tiempo después de haberse encolerizado. — Indiferencia apática y distracción.—*Orgullo y muy buena opinión de sí mismo, con desdén para todos los demás*, sin excepción ni aún de las personas que más ama y respeta; sucede esto sobre todo estando en la habitación, *menos veces estando al aire libre y al sol*. — Distracción y olvido.—*Pérdida del conocimiento.* —Divagaciones.—Errores de los sentidos; le parece ser de más estatura de lo que regularmente es; y por el contrario, todas las demás cosas y personas son muy pequeñitas y de menor estatura.—*Gana irresistible en la madre de matar al hijo.*

En la patogenesia del Fósforo encuentro.

Sueño.—Excesiva *gana de dormir durante el día*, como por somnolencia.—Sueño estupefaciente. — *Sueño tardo* por la noche, *insomnio* nocturno, ó frecuente desvelo, con dificultad de volverse á dormir, á causa de un estado de *inquietud* con *angustia* y agitación, calor, vértigo y ebullición de sangre.—Imposibilidad de estar acostado sobre el dorso ó sobre el costado.—Sueño no reparador, *por la mañana parece que no se ha dormido bastante.* — Por la noche, vértigos con *náuseas*, sensibilidad dolorosa de los miembros, dolores de estómago y de vientre, asma sofocante y espasmódica, etc. — Se despierta frecuentemente con sobresaltos y espanto.—Durante el sueño estremecimientos de los miembros, gritos, palabras, llantos, lamentos y gemidos.—*Ensueños angustiosos, penosos, espantosos y horribles*, ó vivos é inquietos. —Ensueños de animales que muerden, de bandidos, de incendios, de los negocios del día, de hemorragias, de muertos, de guerrillas, de gentuza, etc. — Pesadilla. — *Somnambulismo.*

(Los síntomas anotados con letra bastardilla, están así consignados en las patogenesias como característicos ó patognomónicos.)

IV

De la fidelidad de los cuadros toca responder á la experimentación comprobante, pero nosotros podemos juzgar por ellos, la profundidad de las tendencias filosóficas del viejo experimentador, y las tendencias esencialmente analíticas de sus métodos de investigación. En estos cuadros que en otros tiempos hicieron llorar de risa á los ojos ciegos, podemos ver con nuestros ojos de hoy los esfuerzos del genio, *por aislar unos de otros los fenómenos de la vida orgánica, para descubrir sus leyes*, y las tendencias á *simplificar el síntoma para estudiarlo en sus más rudimentarias manifestaciones.*

Podemos observar por estos cuadros, que Hahnemann es el primero que asestó golpes científicos al *Yo moral* (inconsciente é involuntariamente) lo que acaso no sea extraño á las resistencias que lo hostilizaron.—El veía síntomas en lo que los sabios de su época no veían más que genialidades del espíritu sujetas á volición, y más punibles que curables; él refería á trastornos funcionales del organismo material, los diversos aspectos del hombre moral; él, en una palabra, fué el primero que con su método experimental, alarmó á la psicología de nuestros abuelos. Por otra parte, me parece observar en sus cuadros los primeros ímpetus científicos hacia la localización del diagnóstico de las enfermedades del encéfalo.

Pero si Hahnemann pretendió consignar en la patología, síntomas elementales, rudimentarios, simples por decirlo así, con más razón se vió conducido hacia la terapéutica elemental, es decir, hacia el análisis de la fuerza ó *potencia* medicamentosa.

Preciso se me hace volver á recordar aquí que es carácter peculiar del *método analítico* el arrastrar á los espíritus á dividir en lo posible los componentes del objeto estudiado. Si ninguno otro antes de Hahnemann ha llegado á las dosis infinitesimales, esto se debe á que ninguno se ha impuesto la tarea de estudiar la potencia

medicamentosa; si lo hubiese habido, habría ido á dar, no hay que dudarlo, á los mismos resultados del investigador de la homeopatía. Las dosis infinitesimales no son pues, los resultados de los ensueños ó locuras de Hahnemann, sino *de la naturaleza misma del objeto de su investigación;* el análisis de la *unidad* no puede ser otra cosa que la division infinita, esto que en matemáticas es una verdad que á nadie repugna, en terapéutica es un escándalo por más que la Fisiología moderna tenga establecido como un axioma que *las leyes que rigen la vida en los organismos, son de todo punto semejantes, á las leyes que rigen la naturaleza en general.* (Wundt trat. de Fisiología.)

V

Un *método de investigación* esencialmente experimental y fisiológico, como creo haber demostrado que fué el método de Hahnemann, tenía que ser esencialmente fisiológico en sus consecuencias y deducciones.

Causa extrañeza ver la repugnancia con que los investigadores se niegan, no digo á admitir, sino á tomar en consideración la ley del *Similia similibus* que no es, á mi juicio otra cosa, que la tendencia á la localizacion fisiológica de la acción de los medicamentos. Si suponemos, por ejemplo, un músculo enfermo, los síntomas que exprese serán, modificaciones de las funciones peculiares al órgano. Ahora bien, ¿de qué modo podemos tener conocimiento de que entre las fuerzas terapéuticas que tenemos á nuestro alcance contamos con alguna capaz de dirigirse fisiológicamente sobre el músculo enfermo? pues no puede ser otro que aquel que la experimentación nos haya mostrado capaz de modificar las funciones de éste; así pues, mientras más semejanza existe entre la modificación de las funciones causada por el medicamento y la causada por la enfermedad, mayor certeza tendremos de haber ocupado con nuestra fuerza medicinal, el territorio orgánico invadido por la enfermedad.

Fíjese vd. en que apropósito me he circunscrito en los límites de la Fisiología para estudiar en este modesto ensayo, los trabajos de Hahnemann y sus colaboradores; así pues, poco me interesa saber en este lugar, si la homeopatía cura y si la aplicacion de las fuerzas medicinales en el mismo sentido que las fuerzas morbosas producen la salud; lo que me importa averiguar es qué leyes fisiológicas se desprenden de las experimentaciones de Hahnemann. Hélas aquí si no me equivoco:

1º Que en las enfermedades no se descubre cosa alguna que sea preciso quitarles para convertirlas en salud, sino el conjunto de sus síntomas y sus signos.

2º Que en los medicamentos tampoco se observa *nada curativo,* si no es la facultad de producir síntomas morbosos en los hombres sanos y hacerlos desaparecer en los enfermos.

3º Que los medicamentos no toman el carácter de remedios, ni pueden extinguir las enfermedades, sino excitando ciertos accidentes ó síntomas, hablando con más claridad, cierta enfermedad artificial que destruye los síntomas ya existentes, esto es, la enfermedad espontánea que se quiere curar.

4º Que para destruir la totalidad de los síntomas de una enfermedad, es menester buscar un medicamento capaz de producir síntomas semejantes ó contrarios, *según la experiencia nos enseñe,* que el modo más facil, más cierto y más duradero de quitar los síntomas de una enfermedad, sea el de oponer á ellos otros síntomas medicinales semejantes ó contrarios. (Hahnemann. Organón § 22.)

Por otra parte, de la Fisiología se deduce:

1º Los síntomas de una enfermedad no son otra cosa que las modificaciones funcionales del territorio orgánico, invadido ó alterado por la causa morbosa.

2º Los síntomas del medicamento (ó accion fisiológica del medicamento) no son otra cosa que las modificaciones funcionales del territorio orgánico invadido ó alterado por la sustancia ó fuerza medicinal.

3º Cuando un medicamento produce síntomas semejantes á los de una enfermedad determinada, puede afirmarse que la acción de este medicamento ocupa el mismo territorio orgánico que la dicha enfermedad, y en el caso contrario, es lógico pensar que la fuerza medicinal ocupa un territorio orgánico extraño al procesus de la enfermedad.

Las relaciones de semejanza no son (permítame vd. decirlo como de paso) una peculiaridad del arte de curar de Hahnemann, existen en todas las ciencias, sirviéndoles de guía para sus operaciones; en mecánica, para destruir una fuerza, nuestro primer paso se dirige á estudiar la naturaleza y cantidad de la fuerza que vamos á nulificar para buscar *otra semejante* que sólo difiere por el sentido en que vamos á hacerla funcionar; en la cirujía, que es una mecánica aplicada, nunca podrá vd. reducir una

luxación si no se proporciona una fuerza en todo semejante á la que produjo el desalojamiento, y lo que es más, *si al principio, en el primer tiempo de la operación, no aplica vd. esta fuerza en el mismo sentido que la violencia morbosa;* en química, para desalojar un ácido necesitamos de otro ácido; en física, para neutralizar una electricidad necesitamos de otra; y así sería curioso y útil estudiar hasta qué punto las relaciones de semejanza ó diferencia sirven á nuestro espíritu, para orientarlo en el caos de las investigaciones.

VI.

Creo pues, poder afirmar, que la homeopatía no es ni ha sido otra cosa que un método de investigación filosófico, aplicado á la terapéutica, que no ha sido combatido más que por sus deducciones y consecuencias, lo cual no es filosófico. Si para analizar los progresos de la Fisiología hubiéramos seguido la misma lógica que para combatir la homeopatía, ya habríamos encontrado, no hay que dudarlo, grandes razonamientos contra el *Protoplasma*, esa última consecuencia del análisis microscópico, esa especie de mito creador que, como los líquidos dynamizados de la homeopatía, contiene en una gota albuminoide pequeñísima, imperceptible á nuestros sentidos desarmados, una cantidad formidable de fuerza de atracción molecular capaz de contener en su inaudita pequeñez *la maravillosa génesis del individuo;* y sin embargo, hemos admitido de plano la existencia del *Protoplasma* y sus propiedades, y nos inclinamos con respeto y entusiasmo ante los rápidos y trascendentales progresos de la Fisiología. ¿Esto á qué se debe? Pues esto se debe á que todos, sin excepción, estamos familiarizados con los métodos de análisis experimental de las ciencias naturales, así es que si todos marchamos por una misma vía, todos tenemos que tocar los mismos puntos y llegar á los mismos resultados; pero supongamos que no lo hiciéramos así y que nos limitásemos á apreciar las consecuencias y deducciones de la histología é histo-química, con el criterio sintético de los profanos, sin conocer ni averiguar el *modus* de la investigación; pues es seguro, que en este caso tendríamos colocado al *Protoplasma* en la misma categoría que colocamos á la 30ª dilución de Hahnemann.

El genio de Trousseau había comprendido bien que era sobre el método de investigación donde debían dirigirse sus ataques, y sabido es cómo reía en cátedra con sus discípulos, explicando el número de sacudidas que los homeópatas daban á sus líquidos y la dirección de estas sacudidas; pero si rió del método, no supo demostrar que el método era malo y que no podía conducir á ningún resultado práctico. Vd., amigo mío, ha sido más lógico y más filosófico en sus objeciones; vd. en los luminosos artículos en que contesta á nuestro apreciable paladín de la homeopatía el Dr. Colín, critica el método de Hahnemann, por el *modus faciendi*, afirmando que el viejo experimentador repartía los medicamentos entre multitud de individuos sin distinción de criterio, clase ó ilustración, y afirma vd. que tenía gente mercenaria á su disposición, la cual se prestaba á la experimentación por un jornal; condiciones todas estas las más impropias para garantizarnos la certeza de los resultados. Tiene vd. razón; pero esta es una fuerte objeción repito, contra el *modus faciendi;* y de ninguno contra el *método mismo;* si nos fuera lícito combatir los métodos de este modo, yo podría objetar á los métodos de investigación de las ciencias naturales. 1º Que los instrumentos de observación pueden ser imperfectos. 2º Que las condiciones físicas de calor, luz y electricidad en que puede encontrarse la atmósfera durante las experimentaciones pueden influir lo bastante para disfrazar la naturaleza íntima de los fenómenos; y 3º Que la retina del observador puede ser afectada, por la misma naturaleza de su aplicación, de trastornos funcionales ú orgánicos capaces de disfrazar el fenómeno de la visión y dar resultados ilusorios. Convendrá vd. conmigo en que esta clase de objeciones no significan nada contra el método analítico y experimental, y que sólo sirven para manifestar los escollos y dificultades naturales de toda investigación, probando á lo más la necesidad que hay de las pruebas y contrapruebas.

VII.

Resumiendo, pues, el método de investigación de Hahnemann, es el siguiente:

1º Estudio gráfico y esencialmente analítico de los síntomas que producen las enfermedades.

2º Estudio gráfico y esencialmente analítico de los síntomas que producen los medicamentos.

3º Estudio de la relación que hay ó puede haber entre los síntomas del medicamento y los síntomas de la enfermedad en los casos de curación. En el estudio del medicamento hay dos géneros de in-

vestigación: 1º el que se refiere á la naturaleza y composición de las sustancias medicinales, misión cumplida de un modo espléndido por la Química y las ciencias naturales: 2º el que se refiere al análisis de la *potencia medicamentosa* tomando como unidad ó límite superior la dosis tóxica y por límite inferior los resultados.

Sobre este método de investigación viene elaborando con inaudita paciencia un grupo de hombres de indisputable mérito, desde hace más de 50 años, tiempo más que suficiente para haberlos convencido de absurdo, como lo han sido los Broussais, Raspail y otros; sobre este método de investigación siguen aglomerando sus observaciones, produciendo sus obras y formulando sus consecuencias; y en una palabra, sobre este método de investigación progresa la homeopatía, no lo dude vd., amigo mío, *jamás son estériles los trabajos del espíritu humano.*

Ya Schussler guiado por la ley de similitud de los síntomas hace una aplicación de la Histo-química á la Terapéutica y presenta al mundo científico, su "Tratamiento bioquímico de las enfermedades" después de diez años de experimentación; yo me limito á recomendárselo á vd. dejando que su experiencia personal lo califique en sus resultados; sólo sí, me permito someter á su parecer, la idea de que si encontrásemos un tratamiento bioquímico para las enfermedades, podríamos afirmar el haber encontrado un tratamiento verdaderamente científico.

Ya surge también una nueva doctrina que según entiendo tiene mucho de bio-química, en la que elaborando sobre el método de investigación de Hahnemann se estudia la acción combinada de los medicamentos y se sustituye á la antigua dynamización por el movimiento, la fermentación, *dizque,* imitando la dynamización natural. Esta doctrina ha tomado el nombre de Electro-homeopatía y cuenta ya con muchos prosélitos inteligentes, yo nada puedo decir sobre ella ¿será un ensueño? no lo sé, me limito á mencionarla solamente para hacer constar el hecho de que *los homeópatas trabajan (é pur si muove.)*

VIII.

"*Las enfermedades pueden ser curadas por los medicamentos,*" he aquí la "*Verdad terapéutica.*"

Esta verdad no la conocemos por intuición, ó revelación, la conocemos porque nos ha sido demostrada por todos los métodos terapéuticos de todos los tiempos y todas las edades, así pues, todos los métodos terapéuticos (*la dosimetría* entre ellos) tienen títulos bastantes para exigir la parte que les toca en el gran concurso de la investigación humana.

La verdad terapéutica se expresa en todos los métodos terapéuticos del mismo modo que la *Verdad natural* se expresa en todos los fenómenos de la Naturaleza. El fenómeno de la curación de las enfermedades no puede surgir en otro campo que á la cabecera del enfermo y con la administración del medicamento; por esto es que si todos los métodos terapéuticos (hasta el expectante) tienen fracasos, tienen en cambio también demostraciones clínicas de indisputable verdad. "*La variedad de los métodos* dice Bouchad, *no es ni una riqueza ni una indigencia, es una necesidad.*"

Es por tanto mi humilde parecer, que si llama vd. á concurso á todos los sistemas y doctrinas para discutir *cuál es el mejor método terapéutico,* no hará otra cosa que reproducir las estériles discusiones que periódicamente se suscitan sobre la materia, sin llegar nunca á resultado práctico; no sería extraño que viésemos surgir en la discusión algún raspailista rezagado, ó algún partidario de las purgas de Leroy, armados ambos con sus demostraciones clínicas; pero todos estos esfuerzos parciales (dignos de estimación, por otra parte) nunca podrán demostrar otra cosa á los ojos de la Ciencia y la Filosofía más que: "*los medicamentos pueden curar las enfermedades.*"

IX.

"*La Medicina Científica* quiere *principios* más que medicamentos, "*leyes*" más que fórmulas, y así es como yo me explico el silencio de la "Escuela Oficial," ella no puede descender de sus dogmáticos asientos á un terreno en donde deben campear indudablemente las afirmaciones rotundas y las panaceas; ella no puede concurrir con sus clínicas que no tienen otro carácter que el de *archivos de estudio*" al concurso en que compiten las clínicas que pretenden haberlo descubierto *todo;* ella, en fin, que ha amamantado siempre con tanto calor y ternura las ciencias físicas y naturales, no puede, no debe, le está vedado salirse de los límites que le demarca la sana filosofía. Si el genio, la inspiración ó el estudio llegan alguna vez como Galileo ó Colón al descubrimiento de una ley científica, la Escuela oficial no vacilará en consagrarla en el templo, no sin hacer antes pasar á sus autores por las pruebas de ab-

juración y tortura, necesarias al instinto de la propia conservación.

X.

Si pues ha de ser útil y fructuosa la discusión que vd. ha provocado, urge que esta discusión verse sobre un principio filosófiico fundamental. ¿CUÁL ES EL MÉTODO DE INVESTIGACIÓN CIENTÍFICO QUE DEBE APLICARSE Á LA TERAPÉUTICA? Si logra vd. ponernos de acuerdo á todos los médicos sobre este principio, habrá conquistado la gloria de inaugurar á la Terapéutica en la Ciencia.

S. S.

AGUSTIN GARCIA FIGUEROA.

Sr. Dr. Fernando Malanco.

C. de vd., Mayo 20 de 1888.

Estimable compañero:

Dos partes contendrá mi respuesta; la primera en que resolveré las dudas y malas interpretaciones de los principios y fundamentos de la Homeopatía, dudas que vd. se empeña inútilmente en presentar como ataques y objeciones; realmente y salva la diferencia de palabras usadas, vd. admite dichos principios; en la otra parte acabaré de patentizar que la Dosimetría, siendo sólo la Alopatía ecléctica, no tiene en qué apoyar sus pretensiones científicas y que su ropaje de progreso es falso, encubriendo apenas los mismos vicios, defectos y errores que ha condenado en la antigua medicina.

Mas no empezaré mi respuesta sin aconsejarle no se desaliente por la indiferencia y la apatía con que tropieza en su obra de reforma, ni haga caso de las armas desleales, sátiras, diatribas y calumnias que verá usar por ociosos, tontos y malévolos opositores, á quienes una lamentable incapacidad reduce al triste papel de envidiosos: catorce años llevo yo de predicar en este desierto; sin embargo, la labor no ha sido perdida y empiezan á verse los suspirados frutos: el tiempo es justiciero, aclara la verdad y da á cada cual lo que le pertenece: no faltan hombres de buena voluntad y sincera fe que nos escuchen; prosigamos para ellos y en bien de la obra común, nuestra tarea si bien árida y difícil, también digna y meritoriosa.

I

De suponer era que vd. conocía ya los hechos referidos por Hahnemann y sacados por él de la literatura médica, en apoyo y comprobación de su ley de similitud: estos hechos son numerosísimos y Hahnemann, erudito y versado en la materia como pocos, sólo consignó una pequeña parte: á ellos hay ahora que agregar los innumerables datos que en corroboración de esa ley, posee en sus archivos, ya cuantiosos, la Escuela Homeopatista: tantos y tantos millares de hechos, fundan sobradamente la opinion y creencia que profesamos, los que tenemos la referida ley como guía principal en terapéutica.

Vd. sostiene que esos hechos no prueban ni demuestran la referida ley, sino otra más general y trascendental, aquella que, fluyendo de los labios de Hipócrates, reprodujeron Galeno, Paracelso, Van Helmont, entrevió Hahnemann y ahora va la Dosimetría á coronar la obra, demostrándola, aclarándola y patentizándola tan clara y evidente como la luz del sol.

Esa ley *Quo natura vergit, eó ducendum* que vd. ha comenzado á presentarnos, que en su vaga generalidad, dice poco, y cuya explanación y plena demostración aguardo, esa ley me parece que va á resultar una concepción hipotética, como tantas que han nacido y muerto en la historia de la Medicina.

De ese principio ó ley me ocuparé en la segunda parte de mi respuesta.

La similitud en los efectos de los medicamentos y los síntomas morbosos que ellos curan, cuenta, repito, millares de hechos en su favor; día á día se verifican más pruebas de ella en la práctica de los 15,000 médicos que la obedecen en su práctica: ¿necesita otra demostración esa ley?

Vd. la reconoce y admite y sólo disiente en la manera de glosarla ó explanarla; sea homeodynamia como vd. dice, sea homeopatía, como todo el mundo le llama; de la potencia al acto, es toda la diferencia; en el fondo y si nos atenemos á las palabras claras y sencillas, no puede haber confusión.

La experimentación fisiológica de los agentes medicinales, para conocer bien su esfera de acción, su electividad, su individualidad patogénica; el estudio de cada caso morboso (sin generalizar) sino individualizándolo también hasta lo posible y la adaptación entre estos dos factores de la similitud ó semejanza más posible de obtener: he aquí la homeopatía, he aquí la homeodynamia en acto.

Conocer bien los medicamentos (Materia médica) especificar bien cada caso de enfermedad; ajustar á un eslabón de esta cadena el que mejor se engrane con él: he aquí la labor ó tarea del médico homeópa-

ta: trabajo bien definido y claro; pero trabajo arduo, difícil, ímprobo, si se ha de verificar en ciencia y conciencia.

Cuando Hahnemann, con su memorable auto-experimentación de la quina, encontró la veta de la gran mina terapéutica y cuando él y sus primeros discípulos, consagraron su vida al ensaye de medicinas, para formar la primera obra de materia médica pura, real y efectivamente, con estos trabajos, echaron los cimientos del gran edificio que se forma ya y se completará en lo futuro, el edificio de la verdadera medicina.

¿Por qué dice vd. que los hechos sinnúmero á que me refiero, no prueban la ley de similitud *patológica*?

Porque vd. pretendiendo acaso más de lo posible, busca el *por qué* de esa ley, y entonces se extravía, se pierde en el campo nebuloso de las hipótesis.

Nosotros no decimos un medicamento cura *porque* es semejante; decimos, un medicamento cura *cuando* es semejante; el POR QUÉ de los fenómenos biológicos lo dejamos para que en su persecución y descubrimiento se luzcan, se afanen y consuman, los privilegiados talentos. Conocedores de lo limitada que es la inteligencia humana, nos consagramos humildemente á nuestra ímproba tarea de curar ó aliviar al que padece; tenemos, gracias á Hahnemann, un tesoro riquísimo de agentes medicinales; la Escuela homeopatista posee un gran número (la Enciclopedia de Allen, 11 vol. en folio, abarca...... remedios.)

Entre estos agentes, bien estudiados buscamos á la luz de nuestra ley, cuál es el adecuado, el más semejante, al caso morboso que tratamos de curar: ese aplicamos, y las curas realizadas, los éxitos obtenidos nos prueban, nos demuestran, nos confirman la exactitud del gran principio terapéutico ¿se quiere más prueba? Así es como el principio que nos guía ha convertido y convierte á todo el que con imparcialidad y conocimiento lo ha puesto á prueba; así los éxitos patentes de él en las epidemias del cólera, escarlatina, fiebre amarilla, etc., han llegdo hasta á llamar la atención de los gobiernos.

Trata vd. de disminuir ó desvirtuar el valor del principio de similitud con algunas citas en favor del principio opuesto, *contraria contrariis*; difícil sería y ya en su Organón ha demostrado plenamente Hahnemann, la inanidad de ese principio; á cualquier médico imparcial que lo medite aparecerá notorio que la referida ley *contraria contrariis*, no es aplicable á la mayoría de los casos: ¿cuál es por ejemplo, el contrario de una erisipela, de una pleuresía, de una neuralgia? No es la impresión de la enfermedad lo que puede llamarse contrario á ella, pues en tal caso todos los medicamentos serán *contrarios*. no es así como se entienden y deben entenderse los principios *similia similibus* y *contraria contrariis*.

Lo que hasta aquí se ha llamado, en la escuela oficial, medicación por los contrarios ó *Enantiopatia*, ha consistido en oponer una sóla propiedad de un medicamento, á un sólo síntoma opuesto de una enfermedad. No se tenían en cuenta, ni las demás propiedades del remedio, ni los otros síntomas del enfermo: la elección era al capricho ó bien se escogía el síntoma más urgente, penoso ó molesto, para librar de él al paciente mediante una aplicación antipática ó contraria, que en resumidas cuentas, no venía á ser más que un paliativo.

Efectivamente, en los pocos casos en que es aplicable dicho principio, como cuando se dan purgantes *contra* la constipación, astringentes *contra* la diarrea, el opio *contra* el insomnio, el café *contra* la modorra, el práctico observador y el enfermo mismo no tardan en conocer que á los efectos primeros y en apariencia benéficos de tal medicación, no tardan en seguirse nuevas y más violentas apariciones del mal primitivo: el purgado queda después más extriñido que nunca, la diarrea aparece más abundante, el insomnio más pertinaz y la somnolencia más invencible: y si para volver á obtener nuevos efectos paliativos, para prolongar su duración ó hacerlos más marcados, se aumentan las dosis de sustancias medicinales, como lo hace la escuela oficial, ¡qué deplorables resultados y qué triste papel viene entonces á desempeñar el médico, que no sólo no cura la enfermedad existente, sino que agrega á sus penosos síntomas todos los que dimanan de las drogas usadas, efectos medicinales siempre dañosos y á menudo irremediables!

No hay ni podría vd., en un paralelo imparcialmente establecido, aducir en favor del *contraria contrariis* nada comparable al arsenal de datos, pruebas y testimonios que tiene nuestra gran ley de similitud.

El reproche que hace vd. á Hahnemann de haber entrevisto esa *gran ley hipocrática* que nos va vd. á demostrar, y de haberla desnaturalizado y amenguado, es gratuito y derecho tenemos los discípulos del gran reformador en pedir á vd. los fundamentos de su aserto. Falta primero que

vd. nos aclare, patentice, y plenamente demuestre la consabida ley, para que sepamos en qué consiste esa desnaturalización ó trasformación que le hizo sufrir Hahnemann.

Dice vd. que Broussais y Hahnemann no supieron edificar: la dicotamía del primero, es en efecto un mixto y su efímera vida demostró lo poco que valía: la doctrina completa del segundo, al contrario, abarcando en un principio todo lo referente á la medicina, ha sido y es, para quien la medite, la obra más grandiosa en los anales de la ciencia.

Hahnemann, condensando en su Organón toda la suma de la filosofía médica, estableciendo las reglas de conducta para la práctica y poniendo las sólidas bases de la terapéutica positiva y experimental en sus dos grandes principios, la experimentación pura y la ley de similitud, hizo como reformador, mucho más de lo que hizo al demoler con su poderosa crítica los ídolos antiguos: construyó, no el edificio todo, lo cual sería pedir demasiado, ya no á un hombre, ni á toda una generación médica; mas sí puso los cimientos, firmes, indestructibles, y sobre ellos van levantando sus discípulos, hace ya 80 años, el soberbio capitolio al cual colaboran de grado ó por fuerza, todas las inteligencias rectas é imparciales que trabajan en las ciencias médicas, con sano y recto criterio.

Con el afán y raro empeño con que vd. procura hace tiempo, armas y argumentos para combatir la homeopatía, seguro estoy de que no ha meditado detenidamente las profundísimas concepciones que encierra esa biblia de la nueva medicina; no se ha fijado tampoco en la historia del desenvolvimiento, avance y consolidación de la obra de Hahnemann: preséntenme vd. una doctrina ó sistema médico que se le parezca en vitalidad, que haya dividido tan completamente el campo de la medicina, que haya dado origen á instituciones, asociaciones, escuelas y hospitales en el número y de la importancia que los tiene hoy la homeopatía: y lejos de caducar, amenguarse, ó disminuir, ella ha invadido é invade continuamente las facultades y las academias y domina cada día más sus principios en la práctica: no busque vd. homeópatas solamente entre las filas uniformadas y conocidas de los reformadores, búsquelos en todo el cuerpo de la medicina llamada oficial: verá cómo los hay allí, que lo son sin saberlo, y muchos que lo saben, pero no lo quieren decir.

No creo equivocarme al pensar que esa manera de juzgar la obra de Hahnemann, de desconocer sus méritos y de expresarse de él, la tomó vd. de alguno de tantos detractores injustos é ignorantes de lo que juzgan, ó de uno de esos presuntuosos críticos, nulidades de por sí, cuya ingrata tarea es poner defectos y manchas en todo lo más alto y limpio que ellos jamás alcanzarán á comprender.

Hahnemann no completó ni perfeccionó su obra; mas con lo que hizo, adquirió indisputables derechos á la aureola de gloria que circunda á los genios benefactores de la humanidad.

Yo confío fundadamente en que, cuando vd. por sí sólo y en calma estudie y medite su obra y sus trabajos; cuando vd. dejando á un lado los libros, se decida por fin á someter la homeopatía al único crisol competente, el de la prueba concienzuda y experimental, le hará plena justicia en virtud del recto talento y la independencia de carácter que á vd. le caracteriza.

Vd. mismo, sin tal vez quererlo, me da una prueba poderosa del valor de la doctrina de los semejantes, reconociendo la exactitud de un primer dogma, la experimentación fisiológica del medicamento: este gran principio que, sin duda por un olvido ó error de palabras había declarado *improcedente*, hoy declara que no es tal, sino que debe ser seguido de la prueba clínica: claro está que sí, y si no fuera para aplicarlos al tratamiento del enfermo, ¿para qué otra cosa se habían de ensayar los medicamentos en el hombre sano?

Vd. admite también la homeodinamia; vd. para hacerse la ilusión de que combate la homeopatía, la ataca en sus dosis exiguas, en un detalle que no afecta en nada á la esencia de la doctrina: los glóbulos y las altas diluciones hahnemannianas han sido los molinos de viento á que siempre han embestido todos los *caballeros de la mancha*, alopáticos, y la tenacidad con que se encaprichan en combatir sólo ese punto y declarar á la homeopatía sistema de las dosis infinitesimales, la expectación, *la abstención con visos de actividad*, etc., etc., prueba claramente que se carece de argumentos y razones serias.

No me detendré, pues, á contestar á vd. estos ataques, ni le replicaré que el homeópata da medicinas y cura, por más que los masivistas y materialistas obstinados de la terapéutica *autranciere*, digan que damos azúcar y agua pura ¿qué ganaría en afirmárselo á vd. una y mil veces?

Los enfermos que sanan ó se alivian, los prácticos numerosos que con las dosis exiguas operamos y vemos palpablemente sus buenos efectos, no podremos jamás conven-

2

cer á vd. teóricamente: los hechos á millares que prueban la utilidad y ventaja de las dosis pequeñas, pueden, cuando vd. se decida á interrogarlos, convencerlo mejor que yo, y en la mano de vd. está el adquirir el derecho de negar en conciencia: mientras que vd. no presente también hechos indudables que prueben la inactividad de tales dosis, la fuerza de sus argumentos quedaría representada por ese círculo viciosísimo con que se viene combatiendo hasta el fastidio: probar que las enfermedades sanan por sí mismas, puesto que curan bajo la accion del tratamiento con dosis infinitesimales, y probar que las dosis llamadas así equivalen á la nada puesto que las enfermedades que con ellas pretendemos curar sanan por sí mismas.

No importa que al hacer tal declaración se ponga en descubierto la inutilidad de toda intervención terapéutica, y se relegue á un triste lugar al médico, cuyos actos no tendrán razón de ser.

La conducta á la cabecera del enfermo, aún el más leve, de cualquiera de los autores de esos argumentos, es el más solemne *mentís* que á sí propios se puedan dar.

Lo que deseo fijar bien en la mente de vd. y de sus lectores, en pro de la verdad, y para que se comprenda bien el *por qué* de esa diferencia radical y completa entre la posología alopática ó antipática y la de la homeopatía, es que la primera obedece al principio *sublata causa* ó etiológico y la segunda á la observación fisiológica.

Muy bien explica la diferencia y el contraste entre ambas, el siguiente paralelo que tómo de la lección inaugural, dada por el Dr. Jousset en la clínica homeopática del Hospital Saint Jacques (París) el 4 de Diciembre del año pasado.

PARALELO ENTRE LA TERAPÉUTICA ALOPÁTICA Y LA HOMEOPÁTICA.

Señores:

Al inaugurar el 13º aniversario de nuestra enseñanza clínica, en medio de un concurso simpático y en este hospital modelo, me vienen á la memoria algunas frases de Trousseau, que no puedo dejar de citaros; esas frases fueron escritas hace 50 años, en el *Diario de los conocimientos médico-quirúrgicos* (Tom. II, pág. 14, 4º año.)

"La homeopatía ha estado en boga, en París como en todas partes; casi no hay un práctico en quien no haya provocado alguna infidelidad; mas hoy que el capricho ha pasado y que ya no se necesita luchar contra un enemigo desarmado por el ridículo y la derrota, tratemos de reconocer lo que ha habido verdaderamente práctico en ese primer arranque brotado del cerebro de Hahnemann, joven aún."

He ahí, señores, la primera oración fúnebre pronunciada sobre la homeopatía, y después de ésta hemos oído otras muchas; y sin enbargo, desde hace 50 años acá, la Homeopatía no ha cesado de progresar. Como doctrina, se ha despojado de las exageraciones debidas al entusiasmo de los primeros discípulos; como personal, cuenta con millares de médicos homeópatas repartidos por todo el globo.

Podemos, pues, decir como *El mentiroso: las gentes á quienes matais gozan de muy buena salud.*

Comparemos hoy ambas terapéuticas:

La terapéutica homeopática se funda en el conocimiento experimental de las propiedades de los medicamentos; tiene por guía una ley de indicación, *la ley de los semejantes*, independiente de las hipótesis doctrinales y al abrigo de los caprichos de la imaginación; sólo emplea dosis que no sean perturbadoras: su práctica es uniforme entre todos los médicos de esta Escuela; no toma parte en los caprichos y modas terapéuticas: no es entre nosotros donde se pueda aplicar aquel otro dicho de Trousseau: "apresuraos á usar este remedio ahora que cura." El veratrum es el medicamento principal del cólera, tanto en América como en Europa; lo era en la época de Hahnemann como lo es hoy y lo será también mañana. ¿Se puede decir lo mismo de la antipirina en el tratamiento de la fiebre tifoidea? Hoy todos los periódicos alopáticos preconizan esta sustancia, todos los alópatas la usan y estamos inundados de prospectos y avisos en los cuales los astutos farmacéuticos se afanan por presentar las preparaciones más agradables y más seguras y en último resultado, en sacar de la antipirina todo el dinero que se pueda, que es quizá lo más claro que ella producirá; en seguida irá á dormir la antipirina en el olvido, mientras que otro médicamento no menos precioso usurpará por algún tiempo la escena terapéutica? ¿Es esto *Ciencia?* ¿Es esto un arte?

Véase cómo procede la alopatía, en nuestro tiempo, para el estudio de la materia médica, cuáles son las leyes de indicación y las reglas que fijan las dosis que emplea, y quizá encontraremos en este examen la razón de sus incesantes variaciones y de su inexplicable debilidad en medio de aparentes riquezas.

He aquí cuáles son las fuentes de la materia médica de la escuela alopática. Un viajero trae de países lejanos una sustan-

cia enérgica, la curara, el upasantiar, el jaborandi, la eserina, la strofantina, ó bien un químico descubre una combinación nueva. Al punto, con un ardor digno de alabanza, los experimentadores ponen manos á la obra: los conejos, los perros, las ranas, sobre todo, son sacrificadas á centenares, y se demuestra así que el nuevo medicamento abate ó eleva la temperatura, disminuye ó aumenta la presión sanguínea, paraliza ó excita los vaso-motores, convulsiona ó paraliza el sistema muscular; detiene el corazón, en sístole ó en diástole, produce tales ó cuales evacuaciones: se tiene así la acción brutal de la sustancia experimentada, mas el conjunto ó sucesión de síntomas que dicha sustancia puede producir, ni se le sospecha. Para tener en realidad y de una manera completa la acción fisiológica de un medicamento, hay que experimentarlo á todas dosis, durante algún tiempo, y sobre todo en el hombre sano; ahora bien, este método, difícil de practicar, y al cual debe la Homeopatía sus mejores medicamentos, es demasiado laborioso y sobre todo muy largo para las ambiciones impacientes, que quieran tener *el honor* (y el provecho) de descubrir *un nuevo medicamento.*

Tan luego como poseen esta nuva arma, ¿qué regla siguen nuestros adversarios para aplicarla al tratamiento de los enfermos? *la ley de los contrarios* está clara. Si el calor fabril es muy elevado, aplican un medicamento que abata la temperatura: si los vaso-motores están paralizados, prescriben una sustancia que excite el gran simpático. Si quieren una evacuación, emplean un agente evacuante; si el enfermo carece de sueño un hipnótico. A veces se encuentran con resultados inesperados y que á ellos les parecen muy extraños: prescriben, por ejemplo, el *strophantus* á un cardiaco en asistolia, y el medicamento, que á fuertes dosis produce este estado en el hombre ó animal sanos en quienes se ha ensayado, cura la asistolia en el enfermo; mas ésto no lo comprenden ni pueden comprenderlo, so pena de suicidarse. En cuanto á la dosis, prescriben la más elevada posible, hasta tocar al límite de los accidentes tóxicos; por lo demás, queriendo reproducir en los enfermos los efectos fisiológicos obtenidos en los animales, se ven precisados á emplear dosis fuertes: hay que usar cantidades enormes de sulfato de quinina, de salicilato de sosa y de antipirina para conseguir el abatimiento deseado de temperatura; y para mantener esta abatida, no vacilan en continuar empleando las dosis tóxicas; nada tiene, pues, de extraño el que de cuando en cuando tengan accidentes graves y hasta la muerte como resultado.

Hay también una corriente muy importante en alopatía, es la de la patología y terapéutica de los microbios. Multitud de experiencias hechas con el mayor cuidado han encontrado microbios especiales en casi todas las enfermedades; cultivos rodeados de todas las precauciones de la ciencia moderna han demostrado la inoculación en los animales de la mayor parte de estos microbios; de aquí una terapéutica extremadamente fácil, el empleo de los parasiticidas. Si la mayor parte de las enfermedades (y pronto se nos dirá que todas) provienen de un microbio especial, toda la terapéutica debe consistir en hallar un agente que mate al microbio sin matar al enfermo: ¿lo han encontrado? la clínica responde que no. La mortalidad en las enfermedades infecciosas alcanza hoy una cifra tan elevada, si no mayor, que antes de la aplicación de los parasiticidas, demostrando así que esa teoría tan especiosa es radicalmente falsa.

Sin duda se encuentran microbios en las enfermedades; sin duda esos microbios se cultivan; sin duda también la inoculación de esos cultivos produce en los animales estados *más ó menos análogos;* pero hay algo más que la terapéutica microbiana no alcanza y por eso resulta impotente y estéril.

Tal es la alopatía *científica y progresiva*, la alopatía de los *sabios;* mas los médicos de esta escuela encuentran modo de agregar á esa terapéutica experimental y fisiológica, tan ineficaz como peligrosa, todos los vejestorios del galenismo; purgan y hacen vomitar, cual si creyesen todavía en los humores pecantes y en la necesidad de evacuarlos; prescriben vejigatorios y cáusticos, como si creyeran que la ámpula levantada por la cantárida saca el agua derramada en la pleura, y como si el pus que segrega el vejigatorio permanente ó el sedal fuera un principio dañino, expelido de la sangre por la acción depurativa de esos exutorios!

En resumen, á pesar de los préstamos numerosos á nuestra materia médica, la escuela oficial queda rigurosamente alopática, es decir, que conserva tenazmente la ilusión de encontrar la causa próxima de las enfermedades y destruirla; ora emplee los antitérmicos contra las enfermedades de alta temperatura, ó los parasiticidas contra las enfermedades infecciosas, siempre obedece á la misma doctrina terapéutica, destruir la termalidad excesiva ó el microbio, *causas* de la enfermedad. Y

cuando mezcla á estos nuevos procedimientos los evacuantes y depurativos del viejo galenismo, es también el *sublata causa* quien le inspira. Si le demostrais que la termalidad y los microbios son efecto y no causa de la enfermedad, irá á buscar á otra parte una causa próxima que le parezca ménos hipotética; prosiguiendo así indefinidamente esa investigación de lo desconocido, á la cual parece condenada la terapéutica, fuera de la reforma de Hahnemann.

Cuando la escuela alopática nos toma un medicamento, por eficaz que sea, queda estéril entre sus manos ¿por qué?

Porque no sabe desprenderse de las preocupaciones de escuela y emplea ese medicamento según su método, lo cual da por resultado que, en sus manos, viene á ser un instrumento inútil y á veces hasta peligroso.

Dos ejemplos nada más: los alópatas nos han tomado el *cobre* en el tratamiento del cólera y la *drosera* en el tratamiento de la tos ferina; pero no han sabido aplicarlos, por dos razones: primera, porque ignoran á qué variedades de cólera y tos ferina se adaptan ambos medicamentos, y segunda, porque exageran las dosis: con el *cobre* han tenido accidentes de envenamiento (en el Hotel Dieu,) con la *drosera* han pasado de la primera dosis á que obra y no han conseguido nada.

El año pasado fuí llamado á casa de uno de nuestros grandes pintores, cuyos dos hijos tenian la *coqueluche.* El médico alópata había prescrito 40 gotas de tintura de *Drosera* por día, y los niños tosian más y más; sin embargo, la *drosera* estaba bien indicada, la tos se acompañaba de vómitos alimenticios y sangre por la nariz: prescribí *drosera*, 3ª dilución, y á las 24 horas el alivio fué marcadísimo.

La doctrina de los contrarios, la terapéutica de la causa, reina todavía como soberana en la escuela Oficial; he ahí porqué, á pesar de las concesiones recíprocas más y más numerosas, la paz, desgraciadamente, está aún léjos de haberse firmado.

¿Cuál es la actitud de la Escuela homeopática moderna, frente á los descubrimientos nuevos en terapéutica? Es un punto que vamos ahora á examinar.

Aceptamos y usamos en nuestra práctica todas las *medicaciones paliativas* descubiertas en estos últimos tiempos: inyecciones subcutáneas de morfina *contra* los dolores: narcóticos en algunos casos de insomnio; purgantes en determinados casos de constipación, etc., etc. Pero que no por eso se nos llame alópatas, porque, bien que la medicación paliativa esté fundada en la ley de los contrarios y emplee dosis fuertes, ella es legítima en los incurables y en el tratamiento de ciertos accidentes durante las enfermedades curables, los cólicos hepático y nefrítico, por ejemplo, en la litiasis biliaria ó urinaria. Cuando un medicamento nuevo es anunciado en la Escuela Alopática, lo estudiamos con cuidado; á menudo nos encontramos con que su acción curativa es absolutamente homeopática, como sucedió con la cantárida en la pleuresía, medicación que provino de su uso alopático en los vejigatorios: hemos igualmente estudiado la *esparteína, la convallaría majalis, la adonidina*, el *strophantus* y la mayor parte de los medicamentos cardiacos descubiertos recientemente. Los empleamos con arreglo á la ley de similitud, y en cuanto á la dosis, preguntamos á la Clínica cuál sea más eficaz, comenzando nuestros ensayos con dosis pequeñas y *nó tóxicas.* Nos apropiamos dichos medicamentos, porque curan conforme á la ley de similitud; son verdaderos medicamentos homeopáticos.

Cuando la acción curativa de los medicamentos nuevamente descubiertos es absolutamente alopática, como los antitérmicos y los parasiticidas, no los rechazamos *á priori*, sino que, reconociendo que esos medicamentos no son curativos más que de un síntoma particular, hasta que un estudio más profundo nos permita emplear dichas sustancias conforme á la ley de similitud, los reputamos como simples *paliativos*; y, en caso de emplearlos, sólo lo hacemos cuando la medicación paliativa es legítima: entonces prescribimos dosis masivas, porque lo repetimos, la medicación paliativa es una medicación esencialmente alopática.

En resumen, á pesar de su renovación con estudios y experiencias á su modo, sobre las propiedades fisiológicas de los medicamentos y un plagio incesante de los medicamentos homeopáticos, la escuela alopática, permanece alopática, es decir, condenada á una etiología y á una terapéutica hipotéticas.

Nuestra escuela, por el contrario, asignando á la homeopatía su lugar gerárquico, en la terapéutica y determinando sus relaciones con las otras medicaciones, se encuentra de lleno en la senda del verdadero progreso.

Los recursos preciosos de la hidroterapia, de la electroterapia, de las aguas termales y aún la medicación paliativa, tienen en nuestra escuela su lugar debido y po-

nen al servicio de nuestros enfermos los recursos de todas las medicaciones.

El ardor y celo de nuestras investigaciones y el cuidado que ponemos en estudiar los descubrimientos de nuestros adversarios son una garantía segura de que nada dejamos escapar que sea útil á la curación y tratamiento de los enfermos; *nada de lo que afecta á la terapéutica nos es indiferente*, nada desdeñamos, justificando así el título de terapéutica positiva, terapéutica del porvenir, que hemos dado á la reforma de Hahnemann.

(Continuará.)

BURGGRAEVE

DEFENDIENDO SU MÉTODO DELANTE DE LOS MÉDICOS.

—

Dr. Jules Guérin.—Recibí vuestro muy interesante opúsculo sobre la *Dosimetría* de los medicamentos. Soy en todo simpático á vuestras ideas, y no perderé ocasión de hacerlas valer.

Dr. Burggraeve.—La causa que defiendo no es mía; no tiene motivo un autor de decir: mi sistema, mi doctrina! Los sistemas, las doctrinas, no son más que una manera de interpretar los hechos que quedan, mientras que las doctrinas pasan. Procuro hacer el menor dogmatismo posible.

Dr. Marchal de Calvi.—Habeis dirigido á todos los periódicos médicos una nota sobre dosimetría, y pedís discusión. Sí, en efecto hay lugar para discutir en algunos puntos, pero el conjunto de miras merece toda la atención de los prácticos. No hay que pararse en las palabras "Medicina dosimétrica," que podrían dar la idea de una reforma general; hay, por ejemplo, una medicina fisiológica y hay un método dosimétrico. Llevada á estas proporciones, la obra del profesor de Gand, queda aún considerable. Esperando la discusion, pido hechos y observaciones que me habeis ofrecido.

Dr. Burggraeve.—Confieso haber sentido esta apreciación de uno de los primeros críticos de nuestra época; páso la condenación sobre nuestra medicina, que en efecto no es más que un método; pero es mucho para él haber recibido su bautismo de parte de voz tan autorizada. *Hay un método dosimétrico.*

Dr. Houzé de l'Aulnoy.— Leí con el más vivo interes vuestro *Guía-medicina dosimétrica.* La terapéutica no podrá ganar sino recurriendo, como lo aconsejais, á preparaciones que se recomiendan por su pureza y su perfecta dosificación. Os agradezco haber tenido el buen pensamiento de enviarme ese opúsculo; podeis contar con mi concurso para propagarlo, y hacer adoptar un método que no pide más que ser vulgarizado para que lo aprecien todos los prácticos.

Dr. Roux de Brignolles.— Recibí sucesivamente vuestro *Guía de medicina dosimétrica* y vuestra carta de 13 de Abril. Es una verdadera reforma médica ó más bien terapéutica por introducir en nuestras prácticas, y bien que mis opiniones médicas difieran en algunos puntos de las que emitís, voy á experimentar, según vuestros datos, y os tendré al corriente de los resultados.

Dr. Burggraeve. — Hay una circunstancia que merece ser notada en vuestra carta; declarais que aunque de opinión diferente, vais á experimentar. Semejante ejemplo es de seguir, sobre todo, de parte de un médico *oficial.* Subrayo este título porque *posición obliga.*

Dr. Demartis. — Abundo en vuestras ideas. Lo mismo que yo, sois amigo del progreso, y el empleo de los medicamentos dosimétricos constituye un progreso verdadero. Desgraciadamente la rutina y el oscurantismo que se esfuerzan siempre en burlar todo lo que es bien, van á lanzar contra vos y vuestro método sus rayos y sus sarcasmos.

Dr. Burggraeve. — Estais, M. Demartis, probablemente desilusionado, porque habeis procurado hacer el bien. Los rayos, los sarcasmos, no son ya de nuestra época; no somos para esto tan débiles, si es verdad que el sarcasmo es un signo de debilidad ó una especie de histeria moral.

Dr. Huguet. — Como lo habeis dicho, todo el mundo médico, comprende la necesidad de una reforma terapéutica. Esta mtnera de ver es también la del público inteligente. Esfuerzos considerables han sido hechos con este fin, y resultados prácticos de grande importancia han sido obtenidos. A asociaciones incoherentes de medicamentos mal definidos, han venido á sustituirse preparaciones simples bajo formas diversas, de que la experiencia ha reconocido la eficacia.— El arsenal terapéutico posee ya agentes de precisión numerosos y cómodos de manejar. Vuestros trabajos y larga experiencia en un campo clásico vasto, han conducido á la preparación de una cantidad notable de productos farmacéuticos *granulados*, cuya dosis tiene precisión matemática, gracias á la habilidad de Chanteaud, farmacéutico de París.— Habeis hecho un llamamiento al cuerpo

médico, del que sólo reclamais el concurso para experimentar sus medicamentos. Creo debido responder á ese deseo uno de los primeros. La *dynamotherapia* homeo–*dynámica*, ó el arte de dirigir y combinar *científicamente* las fuerzas naturales del enfermo con las de los medios para la reconstrucción de los equilibrios en la economía, no puede quedar indiferente y silenciosa delante de este progreso realizado en famacodynamia.— Mas las armas son poderosas y precisas, mas se hace forzoso conocer bien la ley del tiro. — El objeto por conseguir debe ser perfectamente conocido, antes de emplear las fuerzas para alcanzarlo. Pero, ¿cómo conseguir el objeto en terapéutica, si no se conoce *la ley* de las evoluciones AUTONÓMICAS equilibrantes? Es aquí donde se tiene que recordar el *Quo vergit natura eo ducendum*, y el *Sublata causa tollitur effectus* del gran práctico de Cos.— Es el estudio de los movimientos críticos *espontáneos*, el que nos ha revelado la *ley de similitud funcional* que conduce en terapéutica á la asociación de fuerzas *similares* y al *complementarismo final*. Si recuerdo aquí este descubrimiento que demuestra la falsedad de la pretendida ley de similitud patogenética de Hanhemann, es que ella es indispensable para dirigir el empleo de los diversos agentes. La dosimetría supone el conocimiento de la *terapéutica verdadera* de que la *homeodynamia* es la exacta y eterna fórmula.

Dr. Bourggraeve.— M. Huguet, teneis razón; los alópatas y los homeópatas no han tenido justicia, queriendo elevar la enfermedad á la altura de una medicación. El hombre nació sin enfermedad y podría garantirse de ella observando las prescripciones de la Higiene. Hipócrates, que fué casí centenario (99 años), nunca estuvo enfermo. La verdadera medicina es aquella de la que nos dejó los preceptos en sus obras inmortales.

FORMULARIO DOSIMÉTRICO.

(Concluye.)

Pulmonía.

V. *Fiebre y bronco--pneumonía*, indicación y tratamiento.

A. *Traumática ó por causa externa.*

1º Período congestivo.

I.—Descongestionar.

M.—Sangría, ventosas. Estricnina (sulfato), aconitina, digitalina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas.

2º Período exudativo.

I.—Favorecer la espectoración.

M.—Emetina, codeina, un gránulo de cada uno juntos todas las horas.

3º Período de supuración ó tísis caseosa.

I.—Disipar el exudado.

M.—Gránulos de yodoformo, codeina y arseniatos.

B. Expontánea ó por causa interna.

1º Biliosa.

I.—Disipar el estado bilioso.

M.—Emético, 2 ó 3 gránulos hasta producir el vómito; despues lavatorio del canal intestinal por la sal de Sedlitz Chanteaud; gránulos de quasina y ácido clorhídrico (4 ó 5 gotas) á las comidas. *V. Dispepsias.*

2º Tifoidea.

I. — Combatir la postración nerviosa. Impedir la paralización de los pulmones.

M.—Arseniato de estricnina, ácido fosfórico contra la postración, 2 ó 3 gránulos de cada uno juntos, todas las medias horas; aconitina, veratrina, 2 gránulos de cada uno juntos, todas las medias horas, con los precedentes, si la vitalidad no se ha levantado.

3º Intermitente ó palustre.

I. — Prevenir los accesos, combatir el paludismo.

M.—Arseniato de quinina, arseniato de estricnina, 3 gránulos de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la defervescencia completa.

4º De los viejos.

I.—Sostener la vitalidad.

M.—Estricnina y arseniatos (contra la gangrena).

5º Del niño.

I. — Combatir el espasmo de los bronquios.

M.—Brucina, un gránulo; hidroferrocianato de quinina, daturina, 2 gránulos de cada uno, todos juntos cada media hora, (contra los accesos nocturnos y diurnos).

Pústula maligna.

1º Período de prurito.

I.—Calmar el eretismo de la piel.

M.—Veratrina, estricnina (arseniato), 1 gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la cesación del prurito.

2º Período flictógeno.

I. — Combatir el elemento miasmático.

M.—Arseniato de estricnina, arseniato de quinina, 2 gránulos de cada uno juntos, todas las medias horas.

3º Período de gangrena.

I.—Impedir el deliquium de los tejidos.

M.—Hidroferrocianato de quinina, tres gránulos todas las horas. Decocción de quina con tintura ácida aromática.

Q

Quemaduras.

I.— Levantar el sistema nervioso, proteger las papilas nerviosas.

M.—Estricnina, aconitina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas. Linimento óleo-calcáreo morfinizado.

Queratitis.

1º Aguda.

I.—Descongestionar las membranas del ojo.

M.—Veratrina, atropina, estricnina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas. Cocaina como anestésico.

2º Subaguda.

I.—Impedir los accesos.

M.—Hidroferrocianato de quinina, tres gránulos juntos, cada hora.

3º Escrofulosa.

I.—Provocar la secreción lacrimal.

M.-Pilocarpina, un gránulo 3 veces al día.

4º Sifilítica. V. Sífilis.

R

Rabia.

1º Período de incubación.

I.—Impedir la penetración del virus rabífico en la sangre, prevenir el espasmo laringeo.

M.—Cauterizaciones.—Al interior, bromuro de alcanfor, cicutina, hiosciamina, estricnina, un gránulo de cada uno juntos mañana, medio día y noche.

2º Período de invasión.

I.—Combatir la fiebre rabífica.

M.—Aconitina, digitalina, atropina, estricnina, un gránulo de cada uno juntos, hasta la defervescencia.

3º Período de remisión.

I.—Prevenir los accesos.

M.—Arseniato de quinina y estricnina, contra la reaparición de los accesos, 6 á 8 gránulos de cada uno al día, dos á dos.

Raquialgia.

I.—Calmar los dolores terebrantes de la médula espinal.

M.—Bromuro de alcanfor, cicutina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas. Baños calientes. Ventosas secas.

Raquitismo.

1º Período agudo.

I.—Corregir el vicio de nutrición de los huesos.

M.—Aconitina, codeina, brucina, 2 gránulos de cada uno juntos, todas las horas, hasta la cesación de los dolores.

2º Período subagudo.

I.—Impedir los accesos.

M.—Arseniato é hidroferrocianato de quinina, 2 gránulos de cada uno juntos, hasta la defervescencia.

3º Período orgánico.

I.—Restablecer la osteogenesis.

M.—Hipofosfito de sosa, de cal, 8 ó 10 gránulos de cada uno al día, dos á dos. Polvo osteotrófico. Aceite de hígado de bacalao. Fricciones yodadas.

Rectitis. (*inflamación del recto.*)

I.—Prevenir la parálisis, impedir la infección fecaloide.

M.—Estricnina, aconitina, hiosciamina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas. Lavatorio intestinal por el Sedlitz Chanteaud. Inyecciones con cloral boratado.

Retención de orina.

I.—Disipar el tenesmo vesical.

M.—Sulfato de estricnina, hiosciamina, cicutina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la cesación del tenesmo. Baños.

Retinitis.

I.—Disipar el espasmo paralítico.

M.—Brucina, hiosciamina, morfina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas. V. *Oftalmía y queratitis.*

Reumatismo.

1º Articular, forma aguda.

I.—Combatir la fiebre.

M.—Digitalina, aconitina, estricnina, (sulfato) un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta el efecto.

2º Articular, forma subaguda.

I.—Impedir los accesos.

M.—Hidroferrocianato de quinina, salicilato de sosa, de cada uno 4 gránulos, los 8 juntos todas las horas.

3º Diatésico.

I.—Corregir la acidez de las orinas.

M.—Benzoato de litina. colchicina, digitalina, estricnina.—V. *Uremia.*

4º Muscular.

I.—Disipar el espasmo muscular.

M.—Bromuro de alcanfor, cicutina, digitalina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la cesación de los dolores.

5º Visceral.

I.—Calmar la irritación nerviosa.

M.—Aconitina, digitalina, morfina, estricnina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas hasta la sedación.

Rinitis.

I.—Impedir la infección muermosa.

M.—Sulfuro de calcio, bromuro de alcanfor, 4 gránulos de cada uno; sulfato de atropina, un gránulo; los 9 juntos todas las horas.—V. *Muermo.*

Rupia.—V. *Dartrosis.*

S

Sarampión.—V. *Fiebres eruptivas.*

Sarna.

1º Reciente.

I.—Destruir los parásitos ó acaros.

M.—Aceite de trementina en fricciones.

2º Antigua.—V. *Dartrosis.*

Septicemia.—V. *Pioheinia.*

Sífilis.

Primitiva: Yoduro mercurial, 4 á 6 gránulos al día con zarzaparrilla.

Constitucional: Reconstituyentes: arseniatos de hierro, de sosa, 12 gránulos al día, dos á dos.

Sifílides.—*V. Dartrosis.*

Síncope.

1º Idiopático ó cardiaco.

Estricnina, aconitina, digitalina, un gránulo de cada uno todos los cuartos ó medias horas.

2º Sintomático.

Gástrica: estricnina, quasina; *cerebral:* estricnina y cafeina; *histérica:* valerianato de quinina, dos gránulos todas las medias horas; aspersiones vinagradas.

Sudores.

Sulfato de atropina, 2 gránulos repetidos.

Sueño (*enfermedad de*).

Cafeina y sus sales, 10, 20 y más gránulos al día.

T

Tabes mesentérica. *V. mesenteritis.*

Tartamudez (*corea de la lengua.*)

I.—Tonificar los músculos y los nervios de la lengua.

M.—Estricnina y hiosciamina, un gránulo de cada uno juntos, tres veces al día.

Ténia.

Kousina, estricnina, tanato de pelletierina, dos gránulos de cada uno por la noche al acostarse. Por la mañana Sedlitz Chanteaud á dosis purgante. Enemas con aceite de trementina.

Tétanos. — (*V. Convulsiones.*)

Tifoidea.—V. *Fiebres y el Vade-mecum.*

Tifus.—*V. Fiebres.*

1º Forma aguda.

Arseniato de estricnina, aconitina, veratrina, digitalina, un gránulo de cada uno todas las medias horas. Vinos generosos.

2º Forma subaguda.

Arseniato de estricnina, un gránulo; hidroferrocianato de quinina, valerianato de hierro, 3 gránulos de cada uno, los 7 juntos (contra los accesos y la movilidad nerviosa).

Timpanitis.

I.—Disipar el espasmo y la parálisis.

M.—Estricnina, hiosciamina, fosfato de hierro, un gránulo de cado uno juntos todas las medias horas. Fricciones estimulantes.

Tisis (*consunción.*)

I.—Activar la nutrición.

M.—Arseniato de sosa y yodoformo, de cada uno de 6 á 8 gránulos al día, 2 á 2, quasina á las comidas.

1º Caseosa.—V. *Tratamiento de las escrófulas.*

2º Tuberculosa.

a. Ganglionar.—V. *Escrófulas.*
b. Pulmonar.—V. *Pulmonía caseosa.*
c. Abdominal.—V. *Tabes ó mesenteritis.*

Tratamiento: a. Profilático: leche arseniatada, brucina, quasina, hipofosfitos; *b.* Curativa: yodoformo, codeina, sulfuro de calcio (período de supuración). Aceites animales yodados.

Triquinosis.

Gránulos de cicutina, salicilato de sosa (contra los dolores musculares). Fricciones de aceite de trementina.

U

Uña encarnada.—V. *Onixis.*

Uremia (*cerebral.*)

Cafeina, estricnina (hipofosfito,) digitalina, tres ó cuatro gránulos de cada uno juntos al acostarse.

Uretritis.—V. *Blenorragia.*

Uroscopia.

Densidad, color, trasparencia. Materias orgánicas: pus, sangre, esperma, glóbulos sanguíneos. Materias colorantes.

Urticaria.—V. *Fiebres eruptivas.*

Forma aguda: Veratrina, aconitina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la defervescencia.

Forma subaguda: Bebidas aciduladas vegetales; gránulos de hidroferrocianato de quinina (contra las fluxiones á la piel.)

V

Vaginismo.—*Exofagismo.*

Vaginitis. — V. *Blenorragia.*

Vermes intestinales.

Para los lombricoides, ascárides y oxiuros cuatro ó seis dosis de á dos gránulos cada una de santonina, tomadas con el intervalo de quince minutos: á las veinticuatro horas ordinariamente se expulsan. En ocasiones es necesario el auxilio de un purgante oleoso; por ejemplo, una cucharada de aceite de almendras dulces ó de ricino al segunda día, para arrastrarlos.

Para la ténia.—V. esta palabra *(Ténia).*

Viruela.—V. *Fiebres eruptivas.*

Vómitos incoercibles.—V. *Gastralgia.*

Vulvitis.

Veratrina, cicutina, un gránulo de cada uno juntos, todas las medias horas, hasta la defervescencia. Lociones narcóticas (belladona, cicuta, etc.)

Z

Zona. — V. *Dartrosis.*

Zumbido de oídos.

1º Congestivo.

I.—Disipar la congestión auditiva á distender la cuerda del tímpano.

M.—Aconitina, digitalina, estricnina, un gránulo de cada uno juntos todas las horas.

2º Nervioso.

I.—Calmar el eretismo nervioso auditivo.

M.—Acido fosfórico, brucina, cafeina, 2 gránulos de cada uno juntos todas las horas.

3º Catarral.

I.—Disipar el flujo catarral.

M.—Emetina, veratrina, un gránulo de cada uno juntos todas las medias horas. Fumigaciones aromáticas.

TOMO I. ENTREGA 13ª 1º DE JULIO DE 1888.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

La Homeopatía ante la Razón.

CARTA ABIERTA AL SR. DR. AGUSTIN GARCÍA FIGUEROA.

México, Junio 20 de 1888.

Sr. Dr. Agustin García Figueroa.

Estimado y fino compañero y amigo:

Leí con gusto la carta abierta que tuvo á bien dirigirme, saboreando la bellísima forma con que el talento de vd. engalana siempre todas sus producciones.

Voy á tomarme la libertad de discutir algunos de los asertos de su precioso trabajo, para que el debate ponga la verdad en su lugar; después procuraré resolver el problema que vd. se ha servido proponerme.

Pero...... perdóneme una anticipada indiscreción cuya respuesta tiene su importancia en nuestra controversia: ¿Vd. es Homeópata?

Yo lo comprendo, abandonando las huestes de la Medicación Browniana, lo comprendo separándose de las augustas banderas del Nihilismo Científico, lo comprendo desertándose de las filas de la vieja Alopatía...... Cuando se ve en la Historia á la que á sí misma se llama Ciencia Médica, á esa misma ciencia que vd. y yo conocimos, que nos enseñaron los maestros y con que la Escuela Médica ungió nuestras frentes, tratada de ciega por Barthez, de incoherente por Bichat, de preocupada por Roustan, de oscura por Girtaner, de vacía por Hufeland, de peligrosa por Gilibert, de decrépita por Fódera, de incierta por Bouchut, de inepta por Luis, de heterogénea por Bouchardat, de infundada por Malgaine, de empírica por Bernard, de voluble por Laverán, de débil por Moynac, de contradictoria por Forbes, de inútil por Wood, de miserable por Joera, de nociva por Smaltz, y de ficticia, de falsa por Marchal de Calvi...... Cuando se ve en la historia al Arte Médico, á ese mismo Arte que á vd. y á mí nos presentaron en las Clínicas, con quien nos tuteamos en los hospitales y con quien tanto gustamos de conversar en los formularios, tratado de incierto por Donné, de defectuoso por Sinery, de extraviado por Bruntón, de contradictorio por Forbes, de deplorable por Louis, de tenebroso por Chomel, de nocivo por Meynadie, de caótico por Trousseau y de faláz por Barbier de Amiens...... Cuando se ve en la historia á la Terapéutica, á esa misma Terapéutica con cuya posesión vd. y yo nos sentimos tan ufanos, que creímos nos hacía irresistibles contra las enfermedades y que era precioso talismán, saliva de Cristo, en nuestras manos, postergada por Hipócrates, nulificada por Van-Helmont, denostada por Paracelso, escarnecida por Sydenham, befada por Frank, abofeteada por Rousseau, exhibida por Broussais, acusada por Bergk y proscrita por Johnson....Cuando abriendo la tradición ó sea la Arca Santa de la Medicina sólo se encuentran como en la práctica ortodoxa de hoy: Hechos que atestiguaron los sentidos en ausencia del raciocinio y de la reflexión, probatorios de una cosa, después de otra distinta y en seguida de otra diversa; Experiencias de las que se dedujo un corolario y á poco su antagonista; Tratamientos indecisos como endilgados por el instinto y por la arbitrariedad; Remedios sucesiva y aun concomitantemente elogiados y olvidados siempre por aparatosos fundamentos; Verdades convulsas ó yertas junto al cadáver de otras Verdades; Sabidurías médicas que resultaron atentatorias; Prestigios taumatúrgicos que se transformaron en siniestros; Afirmaciones y negaciones enconosas como lanzadas por juicios personales; Confianzas de ayer, Desalientos de hoy; Entusiasmos quiméricos, desolaciones por desengaños; y todo esto en negro conjunto, en espantable amalgama, en hórrido y confuso caos; cuando todo esto se ha visto, presenciado y comprendido....francamente, tratándose de la vida humana que es lo más amado, de la salud que es lo más estimable y del bienestar orgánico, venero hasta de las virtudes; tratándose de la Humanidad caída bajo el peso del dolor, angustiada por el sufrimiento y tambaleando por el hálito del sepulcro; en suma, tratándose de intereses tan caros como los que aquí se ver-

san, de afectos tan importantes como los que aquí se comprenden y de pérdidas tan irreparables como las que aquí se ocasionan, se siente moral, se mira justo, en vd. como en cualquiera hombre meditativo, en vd. como en cualquiera que se preocupe no sólo de no hacer mal á sus semejantes, sino de serles tan útil como fuese posible, en vd. como en cualquiera médico que consagre al menos unos momentos al examen de su práctica y quiera trasformarse en amante padre de la organización sufrida, alejarse de un sendero tan erizado de peligros, abstenerse de bogar en piélago tan tempestuoso y no seguir en ejercicio terapéutico en que tan fácil es dañar á la vida humana, adoptando todos los medios conducentes á salvarla ó á consolarla siquiera. No me refiero ni podría referirme á los *contentos* que una vez recibidos sólo se preocupan de copiar fórmulas para adquirir el honorario, ni á *los muy ocupados* que ni minutos consagran á meditar lo que hacen; no me refiero á los que ven ¿con desprecio? todo lo que no es su aptitud y su sabiduría y su suficiencia por más que llamen "perniciosa" á todo lo que ni por las narices les pasó, y tonto á todo lo que ni por de fuera comprendieron; no me refiero á los médicos á *la dernière* que recetan hoy antipirina, porque es de moda en Berlín y en París y en Londres y que por la propia razón mañana recetarán lo que venga. Me refiero á los médicos que deben tener en la existencia que se les confía, todo y el exclusivo objeto de su respeto y veneración, que deben protegerla sobre todas las cosas, cuyo programa no es otro que el que Godin, el ya célebre autor del familisterio trasplantó á la sociedad y á la familia; á los médicos que tienen estrictísima obligación de inquirir el lógico, el científico, el tranquilo plan de servir *tuto, cito et jucunde* á la humanidad sufriente; á los verdaderos filántropos que buscan que su buena voluntad conquiste las convenientes aptitudes para servir gloriosamente bajo las banderas del Altruismo; á los que albergando un merecido concepto de la vida humana tienen sed ardiente de defenderla, arrollando si necesario fuere con la lógica todos los errores que la hostilicen por arraigados que sean, persiguiendo si tal conviniere con el sentido común todas las prácticas que la ofendan por grandiosas que parezcan, expulsando si fuere preciso, todos los usos que la estorben por autorizados que se estimen, por refulgentes que se levanten.

Yo comprendo bien la separación de vd. de la Alopatía ortodoxa pero.......su ingreso á la Homeopatía........vamos; medítelo vd. bien. Disculpable sin duda fué Sthal en su siglo cuando temblando por los errores de la Terapéutica en boga, propinaba, ya en los últimos días de su vida, por toda medicina y para toda enfermedad sólo algunos granitos de sal de la cocina; disculpable fué en su época Bordeu cuando "fatigado de adivinar durante 30 años" adoptó por todo recurso la expectación, abandonando á la Naturaleza el cuidado de restablecer la salud perdida; disculpable fué en su tiempo Boerhaave, ordenando en su testamento que quemaran todos sus libros y papeles con excepción de un grande infolio de páginas en blanco, excluida la primera en que se leía esta máxima: *Conservad la cabeza fresca, el vientre libre y los piés calientes y burlaos de los médicos;* disculpable en fin fué todavía, en la etapa médica en que vivió Brousseais cuando en odio á la gastro-entero-hepato-encefalítis que causaran los discípulos de Brown, fué á morir incrédulo y desalentado en brazos de la Homeopatía. Todos ellos vivieron cuando dominaba omnipotente el Arte conjetural, ese mismo arte que practicaron Pitágoras y Empedocles de Agrigento, Filinus y Serapión, el mismo que ejercieron después los médicos *periodentes,* el mismo que depositaron en seguida los retablos del templo de Esculapio, el mismo que encontró aun la punzante sátira de Molière, y luego la terrible filípica de Hanhemann y después el inconforme Análisis moderno, siempre é inmutablemente desvalido, enclenque é irresoluto, siempre é inmutablemente marchando sobre el terreno movedizo de las hipótesis y de las opiniones, siempre é inmutablemente lanzando á diestra y siniestra como asperges tratamientos empíricos, indecisos y groseros, siempre é inmutablemente en amigable consorcio con la clínica presuntiva, pobre ciega, á quien nunca ha faltado el lazarillo Rutina; todos ellos practicaron allá cuando la Medicina estaba dogmáticamente divorciada de la doctrina, de la razón y del buen sentir ó sea de todos los criterios; todos ejercieron allá cuando la Medicina nada tenía que la valiera, nada que la apoyara, nada en que descansase su conciencia, ni un principio evidente, ni un axioma preciso, ni una proposicion incontrovertible. Pero ahora, después de ungida la frente del Saber humano con la ceniza de la conformidad por Augusto Comte, después de fundada la experimentación humilde por Bernard, después de abiertos las fundamentos de la Medicina fisio-

lógica ó científica por Bichat y después de establecido el método terapéutico dosimétrico por Burggraeve; ahora que ya las ciencias físicas, químicas y fisiológicas han hecho tan grandes progresos; ahora que la *Fisiología se dirige resueltamente sobre los elementos, los toca, los comprueba, los analiza, y saca de las celdillas y granulaciones datos importantísimos para fundar sus leyes generales;* ahora que ya *las hipótesis han sido sustituídas con demostraciones microscópicas;* ahora que ya sabemos cómo funcionan los aparatos, para qué sirven los tejidos, qué objeto tiene el simpático, qué papel desempeña el sistema cerebro-espinal y cuál es el programa que llenan los ganglios nerviosos; ahora que ya se cuenta con recursos incuestionables por su acción, lógicos por su cantidad, y que fijamente pueden imprimir otro sendero á la vida, otro ritmo á los movimientos y otra manera de ser á los conflictos y conciertos de las fuerzas orgánicas; ahora que ya sabemos bien que la Terapéutica, como la Patología no son *otra cosa que una Fisiología relativa;* ahora que ya se tienen modificadores dynámicos que saben desde mandar á la motilidad hasta conmover la inteligencia, desde dirigir las vibraciones karioquinéticas hasta enderezar los impulsos psíquicos de la vida, que alcanzan cuanto quieren en la oportunidad que consignen, cuanto intentan en la ocasión; ahora que ya la Terapéutica y la Fisiología experimentales han desembrollado las curaciones enseñando sus motivos y sus mecanismos y la Química á su servicio, las provee de armas precisas, bien calculadas y de efecto constante y cierto; ahora que ya la Lógica y la Humanidad han dado entereza bastante para dejar las opiniones de los maestros entre interrogaciones, hasta que sesuda observación las compruebe y los hechos alegados entre paréntesis hasta que sereno debate los consagre, y los asertos ambiciosos en el crisol de la prueba hasta que tranquila demostración los autorice. Ahora, retirarse á la Homeopatía, parece un contrasentido, porque como á su tiempo demostraré á vd., equivale á encastillarse en la abstención, á atenerse á sólo la naturaleza, á negar la ciencia, á confesarse derrotado, á dejar en ocasiones numerosas morir á los enfermos. Servir pasivamente á la humanidad es algo más que no progresar, es transigir con los desdenes de que ella ha sido objeto, es volverse cómplice de los que há buen número de siglos son los autores ó los expectantes de su pasión. Yo entiendo y perdone vd. mi franqueza, que no deben llamarse médicos los que al finalizar el siglo en que vivimos son escépticos, abstenidos ó nihilistas, ¡son sólo los acompañantes, en esa lúgubre tragedia que se llama enfermedad, son sólo los dueños, los propietarios conscientes y conformes de ese vergonzoso bagaje que se llama Anatomía Patología. La naturaleza ha creado recursos para vivir y para estar sano y para recobrar la salud perdida; la inteligencia debe buscarlos, la ciencia adecuarlos y el arte y la destreza emplearlos, pero emplearlos, no hacer que los emplea.

Si vd. es homeópata como Hahnemann, de esos que predican una terapéutica que en ningun caso pudieran demostrar, siendo que á la hora de la práctica, que en el momento de la prueba rehusan dar lo ofrecido y servir á la ciencia con leales experimentaciones, de esos que dan sombra por realidad, su comportamiento médico no me parece fundado, y es lo peor que acaso nunca llegamos á entendernos; si es vd. un homeópata como Mandt, ó sea un homeópata forrando, corrigiendo, enmendando á un alópata de esos que defienden el dinamismo de la materia pero sin suprimir la materia misma, porque comprenden que fuerza sin materia como esta sin aquella son quimeras, que en su ley tienen un principio que aceptan, y en su doctrina un plan que siguen, y que combaten con realidades y no con intenciones, la discusion pronto nos unirá, porque las verdades no son antagonistas, se pueden juntar y congregar sin perjudicarse entre sí.

Pero, me he distraído; entremos ya á discutir los asertos de la carta de vd. con que no estoy conforme. Présteme, le ruego, querido compañero, su interesante atención.

*

1º Entiendo, como vd., que la *Homeopatía tiene derecho á ser admitida al concurso de la investigación humana, con sus archivos experimentales,* con su ley y con su doctrina; pero juzgo que no es serio admitirla ya, *con sus botiquines y con sus glóbulos.*

2º Entiendo, como vd., que en general no son admisibles las ortodoxias; pero reclamo el mayor miramiento y el más profundo respeto para la *ortodoxia científica.*

3º Entiendo, como vd., que el *análisis de la unidad no puede hacerse sino con la división infinita* de los cuerpos; pero juzgo indispensable para acertar, que el analizador se pare hasta donde debe, y que practique en cuerpos homogéneos; y olvi-

de *estas verdades*, la experimentación homeopática al fundar su terapéutica.

4º Entiendo, como vd., que debe administrarse el *Similia similibus* como *la aplicación de la fuerza en el sentido mismo que la violencia morbosa* requiere, ó sea como el *modus operandi* en terapéutica, ó sea en el sentido homeodinámico; pero opino que *pocas veces* sale cierto en el sentido homeopático, que no formula ley del tratamiento médico y que la Homeopatía no lo aplica y nunca por tanto lo ha comprobado.

5º Entiendo como vd., que *las modificaciones funcionales del territorio orgánico invadido ó alterado por la causa morbosa, son síntomas*, así como que las *modificaciones funcionales del territorio orgánico invadido ó alterado por la sustancia ó fuerza medicinal, son la acción fisiológica del medicamento;* pero sostengo que ni en uno ni en otro caso son todas las que están, ni están todas las que son.

6º Entiendo, y esto sí en contradicción á vd., que no hay paridad entre el protoplasma y las diluciones homeopáticas.

7º Entiendo como vd., que las *patogenesias de Hahnemann, son los primeros estremecimientos de la Histodynamia, los esquemos de la acción* de las sustancias que debe emplear la terapéutica; pero juzgo que nada puede deducirse de la experimentación á jornal.

Y 8º Por último, entiendo como vd., que *el fenómeno de la curación de los enfermos, surge con* la administración *de los* medicamentos, y que la variedad de métodos revela *necesidad;* pero opino que el fenómeno de la curación como el fenómeno de la muerte, surgen á veces *por* la administración de los remedios, y que la falta ó contradicción de leyes ó principios Mentores, indica carencia de principios científicos.

Procuraré ser conciso al demostrar á vd. cada una de estas proposiciones.

*

La Homeopatía contiene en su Organón, doctrina filosófica que solo claudica en lo referente á Terapéutica; lleva en su ley derrotero no arbitrario y útil que sólo tiene en su contra no ser siempre el conducente al objeto á que se destina y en sus archivos experimentales guarda valiosos documentos para la medicación racional que sólo para ella no sirven, pues que por mucho que con justicia los decanta no hace de su enseñanza el uso debido en sus tratamientos. La Homeopatía ha sido además la que fijó la atención de los médicos sobre los efectos vitales de las sustancias medicamentosas, punto objetivo de la Medicina fisiológica ó científica. La homeopatía interrumpió el terrible reinado de la medicación browoniana, salvando así á enfermos innumerables, de las garras del delirio de la maza y convidó á los prácticos al examen y á la meditación. Justo, debido y conveniente es entonces que la Homeopatía no sólo tenga franco el paso al certamen de la investigación humana, sino lugar preferente en las Academias Médicas y sitial de honor en los congresos humanitarios.

No es serio, sin embargo, permitir que la Homeopatía ingrese al recinto del debate llevando sus glóbulos y sus botiquines, porque esto tiene ya mucho de cómico, y no es propio de médicos dejarse engañar como niños, ni mirarse entre sí como los augures de Cicerón.

La Homeopatía, para persuadirse á sí misma de la utilidad de sus preparados nunca ha cesado de pregonar que la materia es divisible hasta lo infinito, que la actividad es su atributo indeficiente y que nadie podría poner linde justificada á la cantidad en que una sustancia puede ser útil y activa.

Se le ha dicho que no se infiere de que la materia sea *infinitamente divisible,* que la división obedezca á los medios mecánicos ordinarios, ni que las diluciones ó trituraciones cumplan ese cometido, ni que la sustancia medicamentosa quede en sus preparados, *infinita y debidamente dividida.* Se le ha dicho que á juzgar por el mutismo de las análisis, las diluciones y los glóbulos no contienen sustancia medicinal; que la copa del químico nada revela; que el mismo espectroscopio (microscopio de lo impalpable, de lo inconcebible, que puede hasta revelar el hidrógeno que carga el éter en su camino de las estrellas á nosotros, que puede hasta inquirir un tresmillonésimo de milígramo de sal marina en la atmósfera de una pieza, que puede hasta sorprender una moleculilla de zinc de un treintamillonésimo de milímetro de tamaño) nada enseña más allá de la 9ª dilución; que el reactivo fisiológico *última ratio* en negocios de este género, se calla á ese respecto, pues que el hombre sano que debería tener con la administración de sustancia activa, conforme á sentido común, algún trastorno, y de acuerdo al credo hahnnemanniano, *serie de síntomas* constitutivos *de una enfermedad facticia tan semejante cuanto es posible al conjunto de síntomas de la enfermedad que se pretende haga desaparecer,* no la producen ni la engendran, ni

contingente ni infaliblemente, ni semejante ni desemejante, ni con dulzura ni con crueldad; y que de los enfermos unos sanan con glóbulos y otros no sanan con glóbulos, lo mismo en esto que cuando no se da medicina, lo mismo exactamente que cuando se da medicina bien perceptible y aparente, no siendo por tanto los hechos, decisivos para la demostración cuestionable. Se le ha dicho que dé poco, que dé muy poco, que dé poquísimo, que dé infinitesimal, pero que dé algo que se pueda comprobar, algo que no sea el *Blas* de Van-Helmont que sólo animara la buena voluntad de ese hombre ilustre, algo que no sea el *Accipe Spiritum Sanctum* de los obispos que sólo puede concebir la fe religiosa. Se le ha dicho que los ejemplos en que ella apoya su dinamización activa no la favorecen; que Ducoudray era atacado de asma por aspirar ipecacuana, no por aspirar nada; que los imperceptibles dan enfermedades pero no los ausentes; que las pequeñas dósis conservan actividad pero no las dósis imaginarias; que el que deposita una gotita de vírus en un piquetito ó en una escoriación, el que inyecta un soluto titulado debajo de la piel y el que absorbe miasmas deletéreos, siembra, inyecta ó absorbe, no ganas ni buenos deseos, sino algos que se pueden enseñar por los medios convenientes. Se le ha dicho que no escarnezca la fe científica diciendo que da lo que no da; que es cierto que hay misterios que paran al hombre, pero que siquiera pruebe, que es uno de ellos, la actividad de lo ausente, la fuerza de lo que no existe, el poder de no hacer, como decia Magendie; que la inmaterialidad de la fuerza es una verdad, pero que lo es también que la fuerza deriva de la materia, que la fuerza sin materia es quimera y que toda fuerza debe tener el punto de apoyo que Arquímedes buscaba para conmover el mundo.

Se le ha advertido que aun suponiendo que los medios homeopáticos dividan sin tropiezo hasta lo inconcebible, tratándose de cuerpos heterogéneos, de mezclas de componentes variados, de tinturas ó jugos vegetales por ejemplo, es seguro que la division mejor practicada, llevará á tal glóbulo ó gota partículas de alcaloides, y á tales ó cuales otras, moléculas de sustancias inertes, ó de ácidos ó de sales; es claro que la dynamización mejor hecha, pero ciega como tiene que ser la que hacen los medios mecánicos que usa, conducirá por aquí tal sustancia eficaz, por allá tal otra inconveniente, inoportuna é inofensiva, no siendo ni siquiera verosímil que cada glóbulo, gota ó dosis lleve precisamente los tantos de cada componente para reconstruir la composición de la planta, para que personifiquen en pequeño la genuina sustancia del vegetal curativo. Se le ha advertido que por más que la materia sea activa en cualquiera aun ínfima dosis, una partícula de dinamita estallando en el corazón de una montaña y que puede, hasta forzar los poros de la enorme mole, hasta estremecer los tunelitos de su transpiración, no es probable que hiciera volar al coloso; que el esfuerzo de una hormiga por mucho que sea bastante hasta para ahogar á un gusanillo nunca conseguirá por más que se violente tirar á un elefante; que cada dosis mínima de medicamento debe, si el tiempo como pasa, es precioso, tener no actividad en general, sino la mínima competente al objeto que persigue, la fuerza que conduzca con seguridad al fin que se intenta; que la dosis de remedio por débil que sea debe conservar la energía bastante, según doctrina homeopática, para *provocar inmediatamente después de haber sido tomada, síntomas semejantes á los de la enfermedad* á que se destina, y en caso de enfermedad *un poco más intensos*, y ningunos provoca la administración de los glóbulos; se le ha advertido que esta ausencia de síntomas subjetivos consecuente á la administración de preparados homeopáticos, era esperable, pues que si un glóbulo representa una *infinitamente pequeña porción de la dilución* y la gota de dilución á la 30ª debiera contener (supondré que contiene) unnovendecimillonésimo de grano, computada la actividad de un glóbulo ó de una gota de dilución y multiplicada por 100, 1000 ó un millon no se puede demostrar que produzca efecto pronto y eficaz en el organismo humano, que es el objeto para que fueron formados.

Se le ha advertido la manera inofensiva con que los charlatanes usan y abusan muchas veces sin la más mínima instrucción, de los medicamentos homeopáticos en los enfermos, cosa que no harían si fuesen activos y si como quiere Hahnemann sus medicamentos *fueran suficientemente poderosos* para un objeto que no es siempre al que la ignorancia atrevida los consagra.

Se le ha advertido que si las dosis homeopáticas bastaran para enfermar, los organismos de los farmacéuticos, sujetos á constantes inhalaciones de medicamentos, no resistirían mucho tiempo los embates de tanto huracán morboso.

La Homeopatía urgida por la Lógica asevera pero no demuestra que las diluciones homeopáticas, no son soluciones sino medi-

camentos especiales donde el agua se transforma por virtud del ó los atomillos ó partículas de sustancia medicinal allí nadantes y los sacudimientos impresos al líquido en verdadero cuerpo y sangre de la medicación racional ¡¡cuánto trabajo y esfuerzo se necesita por sostener lo falso!! La Homeopatía hostigada por el raciocinio pide que no se haga tanto mérito de sus preparados, que lo que vale es su ley, que se salve su ley y que todo lo demás es lo de menos ¡¡como si fuera posible desentenderse de la práctica, es decir, de la comprobación de la ley cuando la práctica de la ley es lo esencial!! ¡como si fuera fácil demostrar las ventajas del principio sin sujetarlo á la observación!! ¡como si fuera dable la Medicina homeopática sin los medicamentos!!

Mientras la Homeopatía no demuestre que la divisibilidad de la materia la obedece desgranando partículas y átomos conforme á su indicación; mientras la Homeopatía no compruebe que diviéndose mezclas con medios mecánicos, se aislan grupos armónicos representativos de la potencia total de la planta, en glóbulos, en gotas ó en dosis, en acatamiento á su buen deseo; mientras la Homeopatía no demuestre en el sano la potencia en unidades, decenas ó centenas de sus glóbulos, no es serio hablar de sus botiquines ni en general de sus prácticas terapéuticas; se pierde tiempo precioso dedicándole á orientarse sobre mistificaciones manifiestas.

Convenga vd. conmigo, querido compañero, *La Homeapatía tiene derecho á ser admitida al concurso de la investigación humana con sus archivos experimentales*, con su ley y con su doctrina, pero no es serio admitirla *con sus botiquines y con sus glóbulos.*

*

Etimológicamente la palabra Ortodoxia significa *opinión, creencia ó enseñanza recta, derecha.* En materias religiosas que es donde se aplica con propiedad indica, profesión de la verdadera fe que según los teólogos se conoce infaliblemente por su perpetuidad. En materias científicas, y en estilo figurado, llámase Ortodoxia la profesión de una opinión, creencia ó enseñanza caracterizada en la ciencia infaliblemente por su perpetuidad.

Ahora bien, yo comprendo sin esfuerzo que vd. no admita en los debates científicos una opinión, una creencia ó una enseñanza que sólo se imponga por su perpetuidad, porque ésta por sí sóla no tiene valor ni ante la Filosofía, ni ante el Derecho, ni ante el simple buen sentido; pero no estoy de acuerdo en que opine de la misma manera respecto de enseñanzas científicas, rigurosamente científicas por mucho que se hayan perpetuado, por mucho que hayan sobrevivido y sigan sobreviviendo.

Los astros circulan por el Zodiaco; el todo es mayor que la parte; dos y dos son cuatro: he aquí conocimientos científicos de los que el que menos puede tener treinta siglos de existencia; he aquí verdades científicas ortodoxas, enseñanzas perpetuadas *nemine discrepante.*

¿No es verdad que lo que ellas aseveran es y será admisible y respetable y dogmático, por perpetuado, por viejo, por ortodoxo que se suponga?

Si la tradición misma hubiera seguido á la ciencia, si en vez de encastillarse en el *magister dixit,* hubiese marchado con el raciocinio como Mentor, siquiera desde que los hombres pensadores la hicieron objeto de su estudio, siquiera desde que Hipócrates la erigió en doctrina, ser médico ortodoxo sería ser un verdadero médico, y seguir en todo á la enseñanza ortodoxa, sería servir debidamente á la humanidad en acatamiento á la razón, ¿no es cierto que vd. opina conmigo que si *las ortodoxias* en general no son admisibles, la ortodoxia científica merece mayor miramiento y profundo respeto?

*

No tiene duda. *El método analítico arrastra á los espíritus á dividir* EN LO POSIBLE *los componentes del objeto estudiado; el análisis de la unidad* no puede hacerse sino con la división llevada hasta sus últimas trincheras; por el estudio de una molécula puede hallarse el de la masa, porque lo que pasa en un elemento induce á suponer lo que sucede en una congregación de elementos, en una balumba de partículas, porque del análisis de una actividad pequeñísima, puede colegirse el de la suma de innumerables de su clase formando una actividad total y única del cuerpo á la observación sujeto.

Pero las análisis deben pararse hasta allí donde las conduzca la Lógica y las auxilien los recursos científicos; no deben seguir más allá porque ya el terreno es hipotético y la imaginación puede poblarlo con fantasmas aunque imperceptibles é impalpables, no menos nocivos en cuestiones científicas.

¿Quién puede decir lo que hay más allá de nuestras percepciones ya en lo grande, ya en lo pequeño? Y sin saber lo que hay más allá de nuestros sentidos aún armados de los instrumentos que la ciencia les entrega ¿cómo se puede científicamente y sin echarse á bogar en los mares de la imaginación, asegurar lo que allí pasa, lo que allí sucede? ¿Por los resultados? y ¿quién nos asegura que los resultados son hijos precisamente de tal cosa que no podemos hacer constar, en vez de tal ó cual, que tampoco podríamos inquirir?

Por otra parte, las análisis no pueden referirse sino á la unidad que fué su objeto y á las sumas de ella; nunca á otra unidad extraña, ni á cuerpos heterogéneos en que ella pudiera tomar parte. El que analizó una partícula de quinina puede referirse á grandes dosis de quinina; pero no á corteza de quina en que entra quinina, quinidina, ácido quinóvico, etc., etc.; esto es de sentido común.

Ahora bien, Hahnemann llevó su análisis dividiendo más allá de donde sus recursos se lo permitieron, más allá de LO POSIBLE en su caso; él mismo sin saber ya lo que analizaba, sin poder decir la cantidad sujeta á su experiencia, seguía apuntando observaciones que en suma pudieron concretarse á estas frases: á ESTO QUE ESTÁ AQUÍ, corresponden estos efectos. ¿No le parece á vd. que á buen componer esta experiencia tenía después de hecha como las que no se han hecho y se van á hacer, una parte en la luz y otra en las tinieblas, ó lo que es lo mismo que fué una análisis improvechosa?

Hahnemann además, ensayó en tinturas, en cortezas, en soluciones, en trituraciones, todo esto de composicion y actividad variabilísima. ¿La unidad de ensaye puede asegurarse que fué idéntica en todas las experimentaciones, y por tanto que sus resultados deban tenerse como consagrados? Indudablemente que no.

Hahnemann, el verdadero institutor del dynamismo de las sustancias medicinales, el apóstol de las análisis de la fuerza medicamentosa, no supo practicarlas; no se pueden aducir consecuencias legítimas de las dinamizaciones del padre de la homeopatía.

Entiendo, pues, como vd., que el análisis *de la unidad no puede hacerse sino con la división* infinita de los cuerpos; pero juzgo indispensable para el acierto que el experimentador se pare hasta donde debe, y que practique en cuerpos homogéneos; y olvidó *estas verdades* la experimentación homeopática, al fundar su terapéutica.

*

Para entendernos en la discusión del *Similia similibus*, empiezo por definir los términos, según consejo de Bacon.

Hahnemann en su Organón, párrafo 21, dice: "Es necesario *atenerse únicamente á los accidentes morbosos que los medicamentos provocan en el cuerpo sano*, como la sola manifestación posible de la virtud curativa de que gozan, si se *quiere aprender respecto de cada uno, qué enfermedades tiene la potencia de engendrar*, LO QUE ES DECIR, *cuáles enfermedades tiene la potencia de curar.* En el párrafo 22. *Los medicamentos* NO TOMAN EL CARÁCTER DE REMEDIOS SINO EXCITANDO LA ENFERMEDAD NATURAL QUE QUIEREN CURAR. Y en el párrafo 24: No queda otro método eficaz de emplear los medicamentos contra las enfermedades que recurrir al método homeopático *en el cual se busca para dirigir contra la universalidad de los síntomas de caso morboso individual* AQUEL DE ENTRE TODOS LOS MEDICAMENTOS, *del que se conoce bien la manera de obrar en el sano, que* POSEA LA FACULTAD DE PRODUCIR LA ENFERMEDAD ARTIFICIAL MÁS SEMEJANTE Á LA ENFERMEDAD NATURAL QUE SE TIENE Á LA VISTA."

Hughes, en su Terapéutica, dice: "Obtened todos los síntomas que podais, experimentando vuestros medicamentos, ó examinando á vuestros enfermos; en seguida prescribiendo para un caso individual, *elegid el remedio, que corresponda lo mejor posible á la totalidad de los síntomas presentes.* Los síntomas por medio de los cuales debe efectuarse la comparacion entre la enfermedad y el medicamento, son todos aquellos que se pueden descubrir, subjetivos y objetivos, superficiales y profundos. SI TODO LO QUE CONSTITUYE LA ENFERMEDAD PUEDE ENCONTRARSE EN LA PATOGENESIA DEL MEDICAMENTO CON LAS MISMAS PROPORCIONES Y EL MISMO ORDEN DE APARICIÓN, SE PUEDE CONSIDERAR COMO ESTABLECIDA LA SIMILITUD DESEADA. *Hay semejanza entre la estricnina y el tétanos, la mariguana y la catalepsia, el ácido cyanhídrico y el acceso de epilepsía.*

Con que, para el autor de la Homeopatía *Similia similibus* quiere decir: causar en un enfermo, con objeto curativo, una enfermedad artificial lo más semejante posible á la que se tratará; curar una enfermedad con otra enfermedad.—Y para Hughes, autoridad en la materia, es la aplicación sobre la enfermedad natural, de una fotografía suya, producida por la acción de un medicamento; curar una enfermedad im-

primiéndole su retrato, otra enfermedad. —Según ambos, un medicamento homeopático si quiere merecer su adjetivo *ha de excitar la enfermedad que quiere curar.*

Similia similibus curantur, ley homeopática, significa; se curan las enfermedades naturales con sus semejantes, improvisadas por un medicamento. No cura un remedio, si no causa la enfermedad que va á combatir.

Hay otro modo totalmente diverso de entender el *Similia similibus;* como lo entiendo la Homeodynamia. Parodiaré á Hanhemann y á Hughes en lo conducente, para fijar la explicación á que me refiero, y pondré en letra bastardilla la doctrina homeodinamológica.

"Los medicamentos provocan en el cuerpo sano accidentes morbosos, como la sola manifestación curativa de que gozan, si se quiere aprender respecto de cada uno qué enfermedades tiene la potencia de curar, *no hay más que conocer bien esos accidentes para utilizarlos en su oportunidad, en impulsar, calmar ó corregir, los que indique la organización en la enfermedad que se debe tratar. Los medicamentos no toman el carácter de remedios sino cuando excitan, calman ó corrigen con el esfuerzo autonómico que saben producir, los efectos de la enfermedad que van á curar.* No queda otro medio eficaz de emplear los medicamentos contra las enfermedades, que recurrir al *método homeodinámico, en el cual se busca dirigir contra la universalidad de los síntomas, una ó varias fuerzas similares conducentes, en concierto con la fuerza orgánica, á devolver la salud.*

Obtened todos los síntomas que podais, experimentando vuestros medicamentos ó examinando á vuestros enfermos; en seguida prescribiendo para un caso individual, *elegid el ó los remedios que correspondan lo mejor posible á exaltar, calmar ó corregir, según cada cual exija, la totalidad de los síntomas* presentes. Los síntomas por medio de los cuales debe efectuarse la comparación entre la enfermedad y el medicamento, son todos aquellos que se puede descubrir, subjetivos y objetivos, superficiales y profundos. Si todo lo que constituye la enfermedad puede encontrarse en la patogenesia de un medicamento, con las mismas proporciones y el mismo orden de aparición, *para restablecer el perdido equilibrio de salud,* se puede considerar como establecida la similitud deseada. *Hay semejanza entre el sueño mórfico y el sueño normal; la hay entre la distención fisiológica de los esfínteres y la producida por la hyosiamina; la hay entre la contracción fisiológica de la fibroceldilla y la que provoca la estricnina.*

Con que para la Homeodynamia *Similia similibus* quiere decir: *excitar, calmar ó corregir, con objeto curativo y con medicamentos de acción semejante, ó sea que exciten, que calmen ó que corrijan los accidentes orgánicos que lo requieran hasta restablecer la salud; es la enmendatura de una fotografía fisiológica, desfigurada, por la enfermedad, con los medios de enmienda que nos enseñan las patogenesias. Curar una enfermedad, es corregir los desperfectos que en la organización produce un agente morbífico; un medicamento homeodinámico lleva una fuerza autonómica equilibrante que debe concertar con la acción orgánica natural.*

Similia similibus agere ley homeodinámica, quiere decir, se tratan las enfermedades con medicamentos de acción semejante á la que al caso conviene; no cura un remedio si no procura la acción para que se busca.

La Homeopatía pone entre paréntesis, *contraria contrariis;* la Homeodinamia con él completa su doctrina. La Homeopatía dice: *Similia similibus curantur et contraria contrariis paliantur;* la homeodynamia expresa: *Similia similibus agitur et contraria contrariis curantur.* La Homeopatía no sabe qué hacer con la Alopatía; la Homeodynamia explica todas las curaciones, comprende á la Homeopatía, cuando el síntoma curable es toda la enfermedad, y á la Alopatía en todos sus éxitos.

La Homeopatía busca un sufrimiento semejante en todos sus detalles, y adminículos; la Homeodynamia solo la acción semejante que al caso convenga para restaurar el equilibrio. La Homeopatía lleva, como plan preconcebido, calcar una enfermedad artificial sobre otra natural; la Homeodynamia se propone enmendar los errores orgánicos causados por la enfermedad cómo, dónde y cuál conviene. La Homeopatía se pone delante un retrato para copiarlo; la Homeodynamia no se propone sino dar toques al que tiene delante, hasta quitarle las imperfecciones que lo hacian desconocible. La Homeopatía opone una enfermedad á otra para que ambas se destruyan; la Homeodynamia, esencialmente conciliadora, arregla diferencias y restablece el armónico y normal ejercicio de las funciones. La Homeopatía cura el tétanos con estricnina; la Homeodynamia cura el tétanos con hyosiamima, y deja para las paresias y parálisis la estricnina.

La Homeopatía si tiene que habérselas con una reacción enérgica, aunque amenace romper las ruedas orgánicas, en obediencia á su ley, profesa que debe excitarla; la Homeodynamia se cuida mucho de excitar al organismo irritado, lo calma, lo modera, lo tranquiliza. La Homeopatía si encuentra una fiebre con congestiones locales, ó sea una flogosis, en cumplimiento á su ley, enseña que debe crearse otra para tratarla; la Homeodynamia bien lejos de querer otra, procura vaciar el órgano afectado, devolver la paz á los territorios conmovidos ó amotinados, y apaciguar á todo trance el preludio de conflagración general.

La Homeodynamia marcha en Medicina por ese gran derrotero que el arte humano ha seguido y tiene que seguir, si quiere el acierto en cuanto ejecute, esa senda que siguen si pretenden merecer su nombre, lo bello, lo grande, y lo verdadero. Imitar á la naturaleza; hacer lo que ella, obrar como ella, seguirla, cual dijo Dante, como el discípulo al maestro. Hipócrates formula así el precepto: *Quo vergit natura eo ducendum.* El que quiera curar, debe hacer como hace la naturaleza cuando cura, imitar los movimientos críticos naturales, empleando para eso los medios conducentes; por donde la naturaleza indique que la salud viene, por allí hay que buscarla, por donde ella muestre que la enfermedad sale por allí hay que favorecer su expulsión.

La Homeodynamia dispone para sus labores de acciones como las necesita, encarnadas, permítase la frase, en las sustancias medicamentosas. Y obra, como es natural, empujando con lo que empuja, excitando con lo que excita, corrigiendo con lo que corrige, y moderando con lo que modera; á nadie ocurre abatir con lo que ensalsa, y glorificar con lo que aturrulla.

Trata de favorecer la crasis sanguínea, de convertir las sustancias azoadas en fibrina y globulina, de trasformar en glóbulos rojos los blancos de la sangre (factores cuando su vida se estanca de tantos é irreparables males) administra arsénico y arseniatos que la observación fisiológica y la experimentación clínica le enseñan como buenos para tan grandes objetos; trata de limpiar la sangre, disolviendo las sustancias albuminoides extrañas y nocivas al organismo, para entregarlas en forma de compuestos solubles á la eliminación renal, da ioduros y bromuros que la observación fiisiológica y la experimentación clínica le entregan como útiles para conseguir su fin. Sabe, por ejemplo, que en un cólico saturnino hay intoxicación general bien manifiesta en los espasmos y como causa próxima del síntoma, una constricción espasmódica del intestino emplea yoduro que arrastra consigo las sustancias heterogéneas formadas por el tóxigo, y las entrega al riñon, y combate con hyosiamina ó atropina la constricción. Sabe que el tifo es un envenenamiento por los miasmas humanos, que mata organizaciones apocadas y que se elabora particularmente en el intestino grueso; prescribe grandes lavatorios intestinales que arrojen fuera é inutilicen al enemigo, alimenta convenientemente, y sostiene con ácido fosfórico y estricnina al organismo.

Las relaciones de semejanza ¡oh, la Homeodynamia lo sabe muy bien, *no son una peculiaridad del arte de curar de Hahnemann, existen en todas las ciencias sirviéndoles de guía para sus operaciones.*

Y sin embargo, ya vd. ve, cuán diferentes son la Homeodynamia y la Homeopatía que algunos señores homeópatas quieren confundir y aun declaran idénticas.

Va vd. á decirme: La Homeodynamia es ecléctica. ¿A cuál eclecticismo pertenecería al de Agathinus y Celso ó al de Simphonemen y Sprengel? El primero, fué en tiempo de sus iniciadores, el individualismo en creencias, opiniones y prácticas, con todas sus probabilidades de acertar y errar; el *tot capita tot seusus;* en su tiempo, broquel contra la tiranía de los sistemas, baluarte de la meditación, protesta del *Mea mihi contiencia pluris est quam omniun sermo.* El otro que pudiera llamarse de transacción fué el que adoptaron los médicos que sin abandonar el pasado quisieron contemporizar con el presente, adoptando los hechos, verificados por *cuenta propia* y eligiendo como admisibles, los en acuerdo con su propia opinión.

El eclecticismo en todo caso, ha rehusado una doctrina, no tiene fórmula ni ley; es la experiencia de cada cual, el absentismo doctrinal, como dice Bouchut, erigido en sistema.

La Homeodynamia tiene un sendero inviolable *Quo vergit natura;* una ley segura *similia simílibus agere;* una Terapéutica, la dosimétrica, prudente, razonada, segura, tan activa como necesario fuere, y al mando de dos indicaciones preciosas é inmutables, la *dominante* y la *variante.*

¿Será ecléctica la Homeodynamia con tales condiciones y cuando además no es personal, ni siquiera de un grupo de personas como las sectas, sino la Medicina misma empleando los adelantos modernos?

¿Tratando las enfermedades conforme al credo homeopático curarían? Ruego á vd. responda por mí. ¿Vd. ha sabido alguna

2

ocasión que se haya provocado una flegmasia pulmonar con bryonía y con fósforo, con yodo y con emético? Sabe que alguna vez Lachesis haya engendrado una pústula maligna, Pulsatila un reumatismo blenorrágico, ó Hydrastis Canadensis, Cundurango, Calcárea y Silisea un carsinoma? ¿Ha llegado á oídos de vd. que se haya curado una blenorragia con cantáridas, un cólico con sales de plomo y un cólera infantil con podofilino ó crotón?

Estamos hablando como médicos que á sí mismos se respetan y que no saben comulgar con ruedas de molino.

Pero va vd. á decirme que los medicamentos deben atenuarse para que produzcan sólo bien y nunca mal; entonces los glóbulos y las diluciones ¿son ó no remedios? ¿lo son? deben tener la potencia de engendrar la enfermedad que van á curar, deben excitar la enfermedad que quieren combatir, deben causar la enfermedad artificial más semejante á la que se tiene á la vista, debe corresponder su acción en el sano lo mejor posible á la totalidad de los síntomas en el enfermo. ¿No lo son? entonces ¿para qué se emplean ó por qué se dan obsequiando un credo á cuyo servicio ciertamente no deberían seguir. ¿Están ya muy atenuados para que no causen mal? Entonces lo están para producir el bien, porque deben producir mal del tamaño del bien que van á procurar. Si producen poquísimo mal, producen poquísimo bien; son insuficientes. En el medicamento homeopático el mal es correlativo del bien; tanto mal en el sano, tanto bien en el enfermo; nada de mal en el sano, ni pisca de bien en el enfermo.

Pero va vd. á decirme que sigo enristrando como el Caballero de la Mancha contra las dosis ausentes. Si á vd. le parece, dejaremos en su buena opinión y fama á la ley homeopática, porque, como la Mascota, pierde sus virtudes cuando se atenta á su pureza.

¿Un medicamento propiamente homeopático podría curar? Sí, cuando llene cumplidamente su papel homeodynámico. Un individuo en perfecta indigestión tiene náusea; su naturaleza indica el remedio; hay que vaciar su estómago; ¿cómo? con un vomitivo. Otro individuo tiene deposiciones porque en su intestino hay sustancias que lo irritan y no pueden salir; un purgante lo sanará.

La Homeopatía emplea constantemente medicamentos que no comprueban su virtud, y con ellos y sin ellos, la Homeopatía no ha comprobado su ley.

Convenga vd. conmigo, señor compañero, el *similia simílibus* indica la *aplicación de la fuerza en el mismo sentido que la violencia morbosa* requiere, ó sea como *el modus operandi* en Terapéutica ó sea en el sentido homeodynámico; puede salir cierto en el sentido homeopático pero no formula ley de tratamiento médico y la Homeopatía pues que nunca lo aplica, nunca lo ha demostrado.

*

El organismo humano es una sociedad zoonítica; sus individualidades viven unas por otras y para todas, reuniendo sus esfuerzos, combinando sus mecanismos y equilibrando sus acciones, que en suma dan como resultado, una vida armónica, de conjunto, que se llama, vida humana.

La sangre es el zoonita nutridor común; cada compañero *elige* en él, conforme á su sensibilidad, é introduce en su organismo lo que para su vida necesita; los músculos, fibrina; los huesos, sales calcáreas; el sistema nervioso albumina, y grasas fosforadas; los dientes, fluoruro de calcio; los pelos, silisa; y le entregan en cambio lo que ya no les sirve, y que tal vez constituye alimento para otro zoonita próximo ó lejano. El corazón es el zoonita encargado de presentar al proveedor en toda su riqueza, cada cuarenta y dos segundos, á la colonia de órganos diseminados en la contigüidad del cyclo circulatorio, para que en ningun caso falte pábulo para su existencia, ni arroyo eferente donde depositar lo que les hostiga é incomoda.

En salud la sangre se limita á llenar su cometido; lleva materiales nutritivos para los órganos y remolca sustancias recrementicias ó excrementicias para entregarlas á los eliminadores ó purificadores de la organización! En estado morboso cambia un poco su papel, lleva los materiales nutritivos, pero con frecuencia disminuidos ó alterados, conduce las sustancias eliminables casi siempre aumentadas por la devolución que hicieran las vías depuratorias, y no pocas ocasiones pasea además, sustancias heterogéneas. Motivos son todos estos, que provocan trastornos en órganos irritables, y cambios en tejidos delicados y perturbaciones en dinamismos exquisitos; motivos para que el sistema nervioso, presente en todas partes, en todas partes alerta, y susceptible por naturaleza, y sentido por organización, se impresione desde luego acudiendo sus manifestaciones, ya en la inteligencia, ya en la sensibilidad, ya en el movimiento, ya en resistencias ganglionares, antes ignotas, y como evocadas por la enfermedad, antes

impalpables y como surgidas por el sufrimiento; motivos, en fin, son estos, para que órganos más ó menos alejados, pero por simpatía conexos, con los que padecen, se iergan también en contra del agresor común. A pesar de todo, hay órganos indiferentes cuyas funciones no se alteran en la conmoción general, que siguen impávidos como si no tuvieran parte en la confederación común, con su propia vida, con su tranquilidad habitual.

En un programa morboso, hay pues, síntomas directos del zoonita agraviado, síntomas directos ó no, del sistema nervioso ofendido; síntomas simpáticos en órganos conexos que toman parte en las quejas de sus camaradas, protestas ganglionares de órganos inconformes y mecanismos inalterables de órganos indiferentes ó apáticos.

Cuando una sustancia medicinal entra á la circulación, se encuentra con el rápido sanguíneo; las moléculas medicamentosas son arrastradas, disueltas, en los cinco kilógramos de líquido nutridor que poco más ó menos tiene el cuerpo humano y ó bien son arrastradas de modo mecánico como simples fardos, ó bien en combinación química con glóbulos. La sangre se apercibe pronto, permítaseme el ontologismo, de la presencia del extraño huésped y lo condena ó á morir en las oxidaciones extravasculares, ó al destierro, es decir, á la eliminación. Entretanto y por si alguna individualidad de la colonia lo pide ó necesita lo pasea por el cyclo circulatorio *interrogando* á la sensibilidad de cada órgano; quiénes ven á las partículas medicinales con perfecta indiferencia; quiénes se estremecen ó enojan á su paso; y otro ú otros en fin las toman para concertar su fuerza con la propia y equilibrar así su actividad trastornada devolviendo la paz al organismo; en tal evento los glóbulos sanguíneos á la entrada de los capilares exprimen su contenido y lo entregan á la nutrición íntima del órgano necesitado.

Descompuesto ó inalterable el medicamento, y aprovechada su acción se cumple la sentencia; el órgano que lo utiliza lo devuelve á la sangre para eliminarse, y así como para absorberlo hubo órgano que lo prefiriera, para despedirlo hay zoonitas depuradores que lo soliciten.

Las manifestaciones de la acción medicamentosa son en todo semejantes á las que provoca la enfermedad; unos órganos callan; otros responden con variables fenómenos; y otros, los que tomaron para sí el trabajo de utilizar y despedir el medicamento, revelan especialmente su presencia, con manifestaciones apropiadas.

Cómo en la enfermedad, el sistema nervioso y órganos lejanos toman parte; cómo en ella presentan síntomas directos del territorio orgánico invadido, síntomas directos ó no del sistema nervioso agraviado, síntomas simpáticos de órganos conexos con los verdaderamente agredidos, protestas ganglionares de órganos inconformes y tranquilidad imperturbable de órganos apáticos; es decir, que ni en una enfermedad ni en una medicación todos los síntomas apreciables son manifestaciones del territorio orgánico invadido; muchos deben referirse á otras fuentes; *no son pues todos los que están.*

Ahora bien; por vitalista, por dynamista que cualquiera médico sea, tiene que convenir en que no hay enfermedades ni medicaciones puramente *mecanisistas*, es decir, que representen fuerzas obrando independientes de las condiciones estáticas de los órganos. Antes de la manifestación funcional en cualquiera enfermedad ó medicación, está el cambio en el estatismo de los órganos manifestantes; es inconcebible modificación fisiológica sin prévio cambio correlativo en el órgano. La acción morbosa como en su caso la medicinal (pues que no hay una fisiología para la enfermedad y otra para el tratamiento, y otra para la salud), modifican previamente de modo efímero, duradero ó prolongado y de manera apreciable ó no aparente, la textura, la composición química á la enervación de el ó de los órganos afectos; en la una como en la otra hay resultados aparentes y efectos íntimos ocultos, en su mayor parte de una Anotomía Patológica ideal, los primeros al dominio de la observación, y los segundos al de las interpretaciones, y que no siempre pueden ponerse en el programa de una enfermedad ó de un tratamiento.

Hay con evidencia manifestaciones que sólo el raciocinio puede desembrollar en un cuadro morboso ó terapéutico, que les pertenecen en propiedad, que son muy importantes, y que no son las que enseñan los programas patogenéticos ó terapeutógenos; no son apreciables todos los síntomas que corresponden al territorio orgánico, invadido ó alterado por causa morbosa ó terapéutica, y por tanto *no están todos los que son.*

Va vd. á decirme que me fijo en síntomas invisibles para contrariar su aserto; tal vez sea verdad, pero estos síntomas pueden hallarse con el raciocinio y constituyen la acción farmacoterápica, la acción íntima, la acción curativa, la más importante sin duda de la medicación, mucho más importante que la acción aparente y

sensible y que siempre sigue á dosis apreciable de medicamentos.

Es claro; *las modificaciones funcionales del territorio orgánico invadido ó alterado por la causa morbosa* son síntomas, así como *las modificaciones funcionales del territorio orgánico invadido ó alterado por la sustancia ó fuerza medicinal; son la acción fisiológica del medicamento*: pero ni en uno ni en otro caso, son todas las que están, ni están todas las que son.

*

El protoplasma no es un mito; es una sustancia semifluída que contienen las celdillas de los vegetales ó animales al derredor del núcleo, y á la cual deben los diferentes tejidos sus distintas propiedades, tiene una existencia perfectamente constable y una fuerza aparente y perceptibilísima en la *genesis del individuo;* cualquier razonamiento en contrario tendria que enmudecer, pues que puntos como este no están sujetos á discusion por ser evidentes.

Los líquidos dinamizados de la Homeopatía aunque como líquidos son de existencia perfectamente constable, como medicamento no tienen fuerza alguna, ó al menos cualquiera razonamiento en contra de su poder tiene en su apoyo *las deducciones y las consecuencias* únicas que en el caso son conducentes, dado que en ellas hay lo que no es percibible por nuestros sentidos, ni aun armados de los más potentes instrumentos, la nada.

Diferencia y grande hay entre el protoplasma de accion vital poderosísima, manifiesta no sólo en actos funcionales sino en la creación de órganos, en la producción de seres vivientes hasta con los caracteres específicos, hasta con los caracteres individuales de los seres de donde procede, y las diluciones homeopáticas de acción vital nula, incapaces de otra cosa que de dar quehacer al riñon para expulsarlas.

Ni torturando el sentido común, *hay paridad* entre el protoplasma y los líquidos dynamizados de la Homeopatía.

*

Las patogenesias de Hanhemann son los primeros estremecimientos de la Histodynamia, son los esquemas de la acción de las sustancias medicinales. Verdad; el dynamismo en los tejidos, el organismo elementar en actividad, y el esbozo de esta actividad en sus detalles y sucesión, es sin duda, fundamento, no sólo de la Histodynamia, sino aun de otra ciencia de su misma ó mayor importancia, de la Histonomía.

Convenga vd., sin embargo, querido compañero, en que para que sean fructuosas las patogenesias debe ser apuntado por la observación justiciera, todo y sólo lo que les compete so pena de embrollar los senderos de la Inducción y descarrilar los corolarios; convenga vd., en que no pueden pautar las patogenesias sino sólo observadores diestrísimos y habituados á esta clase de investigaciones, y convenga vd., por último, en que hacer que ensayen los medicamentos los ignorantes y los asalariados; es entregar la parte más delicada y difícil del edificio médico á quien menos puede cumplir el cometido, es demostrar que no se tiene concepto del trabajo que se encomienda.

Quizá por esto hay patogenesias tan curiosas como la siguiente que tomo de la obra "*Action des medicaments homeopathiques ou Elements de Farmacodynamique de Richard Hughes.*" — Alöes. — El alöe á la sexta dilución *produce y cura* la caída de los cabellos en los adultos. En una de las personas que se prestaron á la experimentación, este fenómeno fué tan marcado, que un mechón de cabellos blancos que esta persona llevaba en lo alto de la cabeza á consecuencia de un golpe recibido hacía veinte años, tomó éste en totalidad, el color negro como el resto de los cabellos; pero en compensación las sienes se guarnecieron de cabellos blancos que desaparecieron en el curso del mes siguiente."

¿Qué le parece á vd. de este esquema de la acción del alöe? ¿Cree vd. digno siquiera de la consideración de un hombre serio, lo en ella apuntado?

La experimentación inconducente como lo es sin duda la hecha por la ignorancia, ó la asalariada, no es sólo una opinión contra el *modus faciendi;* lo es también, contra el método que en ella se *apoya* y que de ella se deriva; y cómo no, si es su fundamento? Y no hay comparación entre los errores involuntarios (que siempre deben perseguirse), y los deliberados, consentidos y puestos adrede para que se sumen con los otros, y causen más y más dificultades á la análisis.

A ser cierto ese modo de discurrir, lo sería este otro: son falibles en condiciones comunes las análisis perfectas; pues ¿qué se pierde con hacerlas más falibles poniendo en su camino más causas de error?

Entiendo como vd. que las *patogenesias de Hahnemann son los primeros estremecimientos de la Histodynamia y los esque-*

mas de la acción de las sustancias medicinales que debe emplear la terapéutica, pero juzgo que nada puede deducirse de la experimentación á jornal.

*

Las enfermedades pueden ser curadas por los medicamentos: he aquí una innegable verdad terapéutica. Los enfermos, infinito número de veces mueren ó se agravan ó dilatan para volver á la salud, por la mala administración de los medicamentos; he aquí otra verdad práctica innegable, verdadero torcedor de los médicos que tienen conciencia, y meditan en el ejercicio profesional. Los medicamentos deben ser administrados de cierta manera, y con cierto criterio si se quiere, que cumplan el objeto á que se les destina; he aquí una conclusión lógica de las verdades anteriores.

La Alopatía cura, la Homeopatía cura, la Dosimetría cura, la fe cura, las viejas curan; he aquí verdades que están en la conciencia de todos, ó que costaría muy poco trabajo demostrar; esto quiere decir como vd. bien asegura que *la verdad terapéutica se expresa en todos los metodos*, yo digo más, en todos los credos, en todas las prácticas médicas. Pero reflexione vd. un poco: Las verdades nunca pueden ser antagónicas; hechos probatorios de curaciones en credos médicos contradictorios, no prueban la verdad de los credos; deben tomarse los hechos, depurarlos, coleccionarlos para compararlos, y ver cuál es la ley, cuál el principio que los aduna, que los conexa á todos; entonces podrá advertirse que todos, aunque aparentemente opuestos, vienen á filiarse bajo una sóla bandera, vienen á ajustarse á una propia ley.

Esta análisis de los hechos vendrá también á indicar cuál es la manera y cuál el criterio con que los medicamentos deben darse para que cumplan su misión. Desentrañadas las verdades del grupo de consejas que las mistifican, y de la maraña de errores que las afean, podrá precisarse cómo el médico de cualquier credo y la vieja más despreciable, acertaban en curar, cuando seguían tal ley y se ajustaban á tal doctrina, y cómo el médico de cualquier credo y la vieja sólo conseguían el resultado cuando con intención ó inconscientemente obedecían en su tratamiento á cierto criterio, y á cierta indicación curativa.

Que el medicamento se dé en una vez y en otra no, pues que las enfermedades son diversas; que se dé en cierta preparación ó en cual otra, conforme á la *idiosincrasia* personal; que se vista el medicamento, con azúcar ó nó, estos *métodos* arguyen *necesidad* ó consideración, no significan pobreza ni riqueza terapéutica; son distintos caminos para plantear una curación.

Pero no llame vd. métodos curativos á la Dosimetría, á la Alopatía ni á la Homeopatía; cada una tiene credo distinto, que se desacuerda en mil puntos sustanciales y cada cual tiene métodos terapéuticos diversos.

La Alopatía Ortodoxa no sólo defiende la manera nauseabunda, indigesta y torturante de dar medicamentos sino y lo que es peor, opina por darlos en preparados problemáticos que resolverá una organización sufrida, espera á que el diagnóstico anatómico venga á solicitar su intervención, y parece por sus prácticas, que entonces se preocupa de sólo dar una cencerrada al organismo incapaz ó apenas capaz de defenderse contra dos enemigos, la enfermedad y el tratamiento.

La Homeopatía no sólo consuela y anima con su manera fina y elegante de propinar ilusiones, sino lo que es peor, hace perder tiempo irreparable en que se podría mucho; no razona sino recoge síntomas para formar la fotografía que necesita y espera á que el esfuerzo crítico, natural, espontáneo se ierga por sí mismo y la corone con gloria.

La Dosimetría no sólo da en la vistosa forma homeopática sustancias medicinales, activas, bien y prudentemente dosadas, sino y lo más notable, no espera al diagnóstico anatómico si puede adelantársele; razona síntomas y los combate, si es lo único que se le presenta; ayuda en todo al esfuerzo crítico y obliga á la Naturaleza á decidir en favor de la salud, la victoria.

Nosotros no buscamos *cuál es el mejor método terapéutico* sino cuál es la ley terapéutica, cuál el principio Mentor que debe gobernor la medicación científica. *Los medicamentos pueden curar las enfermedades.* Convenido, pero ¿por dónde deben marchar y conseguir lógicamente el triunfo? ¿cuál es el plan al que se subordinarán? O ¿todo es bueno, todo indiferente? ¿dice todo el hecho? ¿dice cuanto hay que decir, el raspailista ó el leroyista con sus curaciones? ¿dicen todo las viejas con sus resultados? Entonces, acábese la discusión, ... apaguemos y vámonos.

Convénzase vd., querido compañero: *el fenómeno de la curación de los enfermos surge* con la administración de los medicamentos y la variedad de métodos revela la *necesidad;* pero el fenómeno de la curación de los enfermos como el fenómeno de su muerte, surge á veces por la admi-

nistración de los remedios; y la falta ó contradicción de leyes ó principios Mentores, indica la carencia de principios científicos.

*

"La Medicina científica" persigue dice vd. bien, principios y leyes; ¿así se explica el silencio de la Escuela Oficial? Cómo ¿pues qué vd. cree que la Escuela Oficial no tiene principios ni leyes?......

*

Me he extendido más de lo que hubiera querido en este artículo; dejo para otro próximo ocuparme de resolver el importante problema que vd. se ha servido proponerme.

FERNANDO MALANCO.

El Sulfonal.—Un nuevo hypnótico.

POR EL DR. J. N. REVUELTAS.

MÉDICO Y FARMACÉUTICO.

Entre la clase de las que se llaman comunmente afecciones molestas, el insomnio debe ocupar el primer lugar. Si las estadísticas médicas merecen confianza, la falta idiopática de sueño, está haciendo progresos en el mundo entero. En tanto que la patología de la afección, si es que tiene una patología, no esté perfectamente bien elucidada, tenemos que contentarnos con tratarla de una manera empírica; porque ni la presunción de anémia cerebral ó plétora de esta víscera ni otro estado morboso aislado bastan para explicar muchísimos casos que, igual suma de pena causan, al práctico, al enfermo y á las personas que lo rodean.

Estos hechos han sido por algun tiempo tan claramente comprendidos, que ardientes y perseverantes investigaciones han sido hechas con el fin de encontrar algun remedio que llenase las indicaciones sintomáticas de la perturbación sin que tuviese al mismo tiempo propiedades que pudieran tener algún peligro actual ó potencial. Desgraciadamente no es más que una verdad innegable que nuestros narcóticos mejor conocidos pueden ocasionar perjuicios en ambos sentidos. Hábitos verdaderamente inmorales y destructores de la salud se pueden contraer por su uso inmoderado y las dosis pequeñas llegan á no producir el alivio que se busca.

Por esto ha sucedido que en estos últimos años han sido introducidas en la Terapéutica un gran número de drogas nuevas cuya acción, se nos ha dicho, era distinta á la del opio, el cloral, el canabis ó los bromidas. La mayor parte de estas drogas pertenecen al grupo de los compuestos del acetol.

La droga más reciente de esta clase nos viene con el prestigio de una eminente autoridad alemana, sin que venga precedida del *humbug* con que comunmente se ha exagerado siempre la eficacia y universal aplicación de los medicamentos nuevos. Según el profesor Kast, de Freiburg.

(*Sulfonal, sin nenes, Scnlafmittel. Von Prof. A. Kast in Freiburg r. B. Separat Abdruck Berliner Klin Koch, núm. 16, 1888*) El Sulfonal es un hypnótico puro y simple que no produce el sueño por medio de un efecto paralizante de los centros nerviosos, ni por medio de una profunda impresión sobre el sistema vascular. Por numerosas experiencias practicadas en los animales y por muchísimas observaciones clínicas en el hombre, aparece que la acción de este nuevo remedio consiste simplemente en que aumenta la intensidad de los factores que conducen al sueño fisiológico, supliendo al deseo periódico para el sueño en los casos en que este falta. Es por esta razón probable que la extensión de aplicabilidad del sulfonal está llamada á ser mucho mayor que la de las demás drogas usadas hasta aquí como hypnóticos; porque además el sulfonal no tiene ninguna de las desventajas inherentes á los mortíferos narcóticos, según hemos leído y escuchado de la boca de algún práctico que lo ha empleado, y es mucho más digno de confianza que cualquiera de los bromidas. Este nuevo cuerpo no perturba la digestión, no constipa, ni trae la torpeza y desagradables efectos que siguen á los demás narcóticos; es perfectamente inocente y no conduce á contraer un hábito malsano, sin que pierda su eficacia aun cuando se le emplee por algún tiempo continuadamente.

Seguramente esto es ya bastante para recomendar el sulfonal á la atención de los médicos y si la profesión confirma los méritos que le dan sus experimentadores, de seguro habrá adquirido la Terapéutica un medicamento de mucho valor.

El sulfonal fué preparado la primera vez por Baumann *(Ber. der deutochen Chem. Gesel., vol XIX)* antiguo asistente al *Hoppe-Seyler* y bien conocido por sus numerosas investigaciones y trabajos sobre química orgánica. Parece que, así como

ha sucedido con la mayor parte de los grandes remedios, fué descubierto parcialmente al hacer otra preparación y que *en gran parte por casualidad* se confirmó el descubrimiento.

El profesor Kast y Baumann estaban entregados al estudio de una serie de cuerpos conocidos como disulfonas y casi la primera sustancia sometida á un análisis detallado y un examen serio fué el producto de la oxidación de un compuesto de la *acetona ó œthylmercapton* resultando este cuerpo que después se vió ser el valioso hypnótico de que nos ocupamos.

Químicamente esta sustancia debe tener el eufónico ó más bien horroroso nombre de "diœthylsulfondimethylmethon" pero indudablemente todos estaremos mejor por aceptar el nombre propuesto por Kast de "sulfonal." La fórmula de esta nueva droga es $(CH_3)_2C(SO\ C_2H_5)_2$. Se presenta bajo la forma de anchas agujas cristalinas incoloras, sin olor ni sabor. Es soluble en 18 ó 20 veces su peso, de agua hirviendo. En agua fria á la temperatura ordinaria la solubilidad es de 1 á 1½ p%. Los cristales se disuelven mucho más fácilmente en alcohol y mucho más en una mezcla de partes iguales de alcohol y éter. Los álcalis y los ácidos no producen efecto alguno sobre su composición y su estabilidad química parece ser considerable. Los cristales se funden á la temperatura de 150° á 160° centígrados.

En cuanto á la dosis sabemos que son de 80 centígramos á tres gramos para producir un sueño reparador de varias horas, y los efectos se producen de media hora á dos horas después de la ingestión del medicamento. Su mejor modo de administración es mezclándolo con agua ó en cápsulas ú obleas. Una dosis segura es la de 15 gramos.

El sulfonal es especialmente aplicable en el insomnio simple tan común en los neuróticos; pero se ha encontrado también que es muy útil en el insomnio de las fiebres graves, en el desasosiego que traen consigo las lesiones orgánicas del corazón, y aún en el delirio de la demencia. En este sentido ha sido ampliamente usado en el tratamiento de las enfermedades mentales y el Dr. Rabbas de "*Marburg Lunatic Asylum*" ha publicado un extenso trabajo, en el cual hace muy grandes elogios de este nuevo medicamento *(Ueber die Wirkung des Sulfonals, von Dr. J. Rabbas. Separat Abdruck aus Berlin. Klin. Woch. nº. 17. 1888.)* usándolo en más de doscientos casos con el mismo satisfactorio y uniforme resultado. Ensalza particularmente lo absolutamente inofensivo del medicamento que hace un contraste muy favorable comparado con lo más ó menos peligrosos que son los demás hypnóticos más comunmente empleados hasta hoy en las enfermedades mentales.

El tiempo más oportuno para administrar el sulfonal, parece que es el de las últimas horas de la tarde ó las primeras de la noche, y generalmente se consiguen de cinco á ocho y aun diez horas de un profundo y tranquilo sueño. El sexo femenino es más fácilmente influenciado por la droga que el masculino, y quince granos son por lo comun suficientes para poner á dormir á las mujeres.

El Profesor Kast cree que el sulfonal afecta la sustancia gris del cerebro, pero no explica de qué manera. Por una serie de estudios microscópicos y espectroscópicos, se ha establecido que el medicamento no tiene efecto alguno sobre la sangre; observándose esto aun en los animales envenenados con él. Igualmente la membrana mucosa del tubo digestivo no sufre la menor alteración por su empleo.

No hemos podido conseguir en la Ciudad la droga en cantidad suficiente para su estudio, y por consiguiente no tenemos observaciones personales respecto á su eficacia, pero la estamos esperando por la vía de Nueva-York y tal vez pronto podremos ponerla á disposición de los prácticos.

Entretanto, no hemos dudado en dar á conocer á nuestros lectores los datos que dejamos apuntados, los cuales nos vienen de sabios y honorables profesores alemanes dignos de toda confianza, y que esto sea, sin perjuicio de que busquemos las observaciones personales para ver si hemos llegado al *desideratum* por tanto tiempo suspirado de tener un hypnótico, inofensivo, infalible y poderoso.

Higiene de los Niños.

En esta sección, que por complacer á varias familias, principiamos hoy, nos ocuparemos de estampar preceptos higiénicos como indica su título, para los niños; pero aisladamente, sueltos, con ó sin relación el anterior con el posterior, según nos ocurran.

—

—Al niño recién nacido debe lavarse todo su cuerpo, pero siempre con agua templada.

—

Esta práctica debe continuar durante

toda la lactancia. En los últimos meses de este período debe ser sustituída el agua templada por tibia; posteriormente, casi fría ó fría.

Siguiendo esta práctica la piel funciona bien, es causa de robustez, es barrera contra las infecciones y son raros los constipados y catarros.

—

—Al lavar al niño, en todas las edades y principalmente en las primeras, es preciso cuidar se haga en habitación templada, sin riesgo á una corriente de aire, evitando los sitios frente á puertas. En este sentido prestan utilidad los biombos.

—

—El lavatorio del cuerpo en las condiciones expuestas, es más útil como medio higiénico, que las duchas. Estas sólo deberán usarse cuando el médico las ordene.

—

—Cumplido el primer mes de la vida del niño, no debe dársele el pecho sino de dos en dos horas; en beneficio de su digestión en primer término, y en beneficio de la madre ó nodriza.

—

—Nunca debe darse otro alimento al lactante, que la leche que mama, hasta que haya cumplido *cinco meses.*

—

—El dar á un recién nacido nodriza de más de doce meses de su parto, *leche vieja*, es exponerle á serios peligros, y en los casos más afortunados á muchas molestias.

—

—Pasados los primeros seis días de la vida del niño, si no engorda y crece, sino que por el contrario enflaquece, ó está enfermo, no le conviene la leche que lacta, por su calidad ó por su cantidad.

—

—Si el niño que mama, orina poco, y está extreñido, siendo sus deposiciones escasas y duras, y á mayor abundamiento no se le ve engordar, despedid la nodriza, buscando antes otra de leche abundante; porque el lactante bien alimentado debe evacuar dos veces al día blando y amarillo.

—

—No hacer á los niños plantas de salón ó de invernadero; necesitan luz y aire libre. Es preciso que salgan á paseo (si es fácil, extramuros ó al campo), lo más frecuentemente posible, y en el centro del día en invierno; por mañana y tarde en verano.

Dr. Laval.

(Archivos de Medicina y Cirugía de los Niños.)

MISCELANEA MÉDICA.

Inoculaciones antirábicas.—A la Academia de Ciencias de París, Galtier de Lyon, dirigió una nota importantísima sobre el objeto.

Cuando se practica una inoculación subcutánea de virus rábico á un carnero, se vuelve éste rabioso con toda seguridad, pero no sucede lo mismo si la inyección ha sido hecha en las venas; entonces no solamente el animal no cae enfermo, sino que no queda apto para contraer la rabia.

No es esto todo: las experiencias recientes de Galtier demuestran que la inyección intravenenosa de vírus rábico, practicada veinticuatro horas *al máximo* despues de la inoculacion ó de la mordedura, que debían dar la rabia, impide al golpe seguro la aparición de la enfermedad.

No es por tanto esperable que se podrá en el porvenir preservar de la rabia á los animales hervíveros mordidos por perros rabiosos.

Matar al perro que mordió á los animales de un rebaño ovino ó bovino, extraer su bulbo, hacer una emulsion, y servirse de ella para practicar inyecciones intravenenosas á todos los mordidos, tal es, dice Galtier, la conducta que se debe seguir en lo de adelante, con la mira de disminuir las pérdidas de los dueños de ganado y los peligros de transmisión por los mordidos que podrían volverse rabiosos después.

CRÓNICA.

NOMBAMIENTO.

El Sr. Dr. Juan de Dios Treviño, ha sido nombrado director de la Escuela de Medicina de Monterrey, y el Sr. Dr. Atanasio Carrillo, director del Hospital Civil, y catedrático de Clínica.

Que sea para bien de la enseñanza médica.

Necrología.—A las once de la mañana del 19 del actual, falleció en Toluca el Profesor de Farmacia de la Facultad de México, D. Manuel C. Jiménez, socio corresponsal de la Academia Nacional de Medicina de México.

Este señor escribió una Tesis sobre el "Estudio de algunas plantas resinosas indígenas," é hizo un trabajo especial sobre la goma-resina del Arbol del Perú.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

DIALOGO ENTRE VIVIENTES sobre Medicina.

El Dr. Colín y Juan Fenelon discurren sobre homeopatía y dosimetría, y este último contesta á una leccion del Dr. Jousset.

Dr. Colín.—La dosimetría no es nada, creí primero que sería un disfraz mediante el cual los médicos de la escuela oficial se acercarían á la hannemaniana, fuera de la cual no puede haber salvacion; pero desde que se escribió y publicó que la dosimetría no reniega de la escuela y no pretende más que perfeccionar sus medios de acción, perdí toda ilusión, y me convencí de que no merece considerarse como una doctrina ó una escuela nueva; en una palabra, no es nada, es una alopatía ecléctica, no tiene en que apoyar sus pretensiones científicas, y su ropaje de progreso, es falso.

Juan Fenelón.—Tal acusación merecería demostrarse en cuánto á sus fundamentos: si una doctrina ó un método nuevo debe comenzar por negar sus antecedentes para merecer el título de científica, corre el riesgo de ser delirante, y más precavido es el sabio, quien procede prudentemente de lo conocido á lo desconocido, que el que comienza por demolerlo y lanzarse tras de una visión imaginaria. Ciertamente la dosimetría no quiere ser más de una alopapía ecléctica, sabedora de todo lo que enseña la escuela, y deseosa de aprovecharlo más y mejor sin exponerse á salir fuera del sendero marcado por la razón apoyada en la ciencia.

Funda sus pretensiones científicas, sobre lo que la ciencia moderna ha establecido y demostrado, si ha heredado vicios, defectos y errores que ha condenado en la antigua medicina, con su libre examen, con su experimentación más bien servida, los irá descubriendo y desechando á medida que se perfeccione con el estudio y la práctica, le agradecerán sus adeptos que los ayuden en esta tarea, porque oyen los buenos consejos y los aprovechan, no se creen dotados, como los representantes de la escuela antigua, de una infalibilidad sagrada, aunque tantas veces escarnecida por la imperfección del arte que se trata de hacer avanzar para el bien de la humanidad.

Dr. Colín.—No nos lanzamos en el mundo imaginario, vamos guiados por la experimentación fisiológica de los agentes medicinales para conocer bien su esfera de acción, su electividad, su individualidad patogénica, el estudio de cada caso morboso (sin generalizar) sino individualizándolo, también hasta lo posible, y la adaptacion entre estos dos factores de la similitud ó semejanza más posible de obtener, he aquí la homeopatía, he aquí la homeodynamia en acto.

J. F.—Mi deseo de entenderlo bien es vehementísimo, pero tengo el sentimiento de confesarle que esta expresión ó definición de la homeopatía se parece mucho á las usadas en metafísica y no sale del mundo imaginario, se percibe en su forma cuán poco firme anda su autor al formalizarla.

Todo está, hasta lo posible, y al efecto tal posibilidad de conocer la esfera de acción de un medicamento por la experimentación fisiológica, es muy limitada. En cuanto al estudio de cada caso morboso individualizado, establece la infinita variedad de los estados patológicos y la dificultad de adaptación entre los dos factores de la similitud ó semejanza.

En asunto de similitud ó semejanza, hay mucho que decir segun las imaginaciones; para algunos la acción de la ipeca y la del embarazo, siendo análogas, establecerán similitud ó semejanza, entre el amor y el vomitivo, ipeca ó tártaro estibiado, esto es ir muy lejos, pero convendrá vd. en que es muy difícil no errar en esta vía de las semejanzas.

La experimentación fisiológica de los agentes curativos, es sumamente engañosa, porque el estado fisiológico es sumamente variable: el mismo sujeto tiene distinta tolerancia é impresionabilidad, según se encuentra cansado ó no, satisfecho o afligido, bien ó mal alimentado, bajo la influencia de la desesperación ó de las ilusiones.

Dr. Colín.—La similitud en los efectos de los medicamentos y los síntomas morbosos que ellos curan, cuenta millares de hechos en su favor, día á día se verifican más pruebas de ella en la práctica de los

15,000 médicos que la obedecen en su práctica ¿necesita otra demostracion esa ley?

J. F.—Ciertamente necesita antes que todo, demostrar que estos hechos sean reales y no ilusorios: sabemos lo difícil que es desprenderse de toda preocupación, al hacer experiencia, nuestro inolvidable maestro Claude Bernard nos lo decía muy á menudo y nos lo hacía notar, ¿cómo no admitir que los 15,000 médicos adictos á la homeópatía, no estén preocupados en favor de conclusiones apropiadas á su escuela, al observar los millares de hechos que quiere vd. hacer servir para la demostración de su ley?

Las opiniones valen según quien las propone y los testimonios parciales son rechazados debidamente en justicia, ¿porqué no lo serían en asuntos científicos?

Dr. Colín.—"Conocer bien los medicamentos (materia médica), especificar bien cada caso de enfermedad, ajustar á un eslabón de esta cadena el que mejor se engrane con él: he aquí la labor ó tarea del médico homeópata: trabajo bien definido y claro, pero trabajo arduo, difícil, improbo, si se ha de verificar en ciencia y conciencia."

J. F.—Nosotros no podemos trabajar más que en conciencia y guiados por la ciencia, por lo mismo quisiéramos que ésta fuera más bien fundada y menos sujeta á alucinaciones; el trabajo es ímprobo, lo confesamos, difícil y arduo, por lo mismo es preciso hacerlo con atención y cuidar de evitar todos los espejismos de la imaginación, que tan á menudo nos saca del sendero prudente. Si no podemos conocer bien á todos los medicamentos y menos á cada caso de enfermedad, podemos conocer á ciertos medicamentos y los síntomas á los cuales corresponden, esto sí está al alcance de capacidades medianas, mientras el establecimiento de semejanzas ó similitudes entre los estados morbosos y la acción de los agentes medicamentosos es muy sujeto á error, lo hemos visto hace poco.

Dr. Colín.—"Cuando Hanneman, con su memorable auto experimentación de la quina, encontró la veta de la gran mina Terapéutica y cuando él y sus primeros discípulos consagraron su vida al ensaye de medicinas para formar la primera obra de materia médica pura, real y efectivamente con estos trabajos echaron los cimientos del gran edificio que se forma ya y se completará en lo futuro, el edificio de la verdadera medicina."

J. F.—Positivamente, su imaginación lo saca de la realidad; la auto experimentación de Hanneman sobre la quina lo indujo en un error, porque es inexacto que la quina produzca la calentura y menos la calentura de accesos, obra sobre el sistema nervioso, lo activa, pero no lo infecta como lo hace el miasma paludeano y para que hubiera semejanza ó similitud entre el miasma paludeano y la quina, era necesario que esta fuera infecciosa.

Hanneman se equivocó y tal equivocación le parece á vd. y á sus correligionarios una veta de la gran mina Terapéutica, ve vd. ¡cuán engañosa es la imaginación! desconfíe vd. de ella, más aún, ¿sobre esta piedra tan deleznable cree vd. que se puede elevar el edificio de la verdadera medicina? no, estimado colega, eso no es posible, y era mejor quedarse descansando nuestro insuficiente saber sobre las tradiciones de la escuela, que buscarle una base tan frágil como lo es la experimentación fisiológica divagada con ideas preconcebidas.

Dr. Colín.—"¿Porqué dice vd. que los hechos sin número á que me refiero no prueban la ley de similitud patológica? Porque vd., pretendiendo acaso más de lo posible, busca el porqué de esa ley y entonces se extravía, se pierde en el campo nebuloso de las hipótesis."

J. F.—No señor, no buscamos el porqué de la ley, cuando no admitimos su existencia, queda sin demostrar, puesto que descansa sobre millares de hechos dudosos, observados con intención de hacerlos servir á la demostración de la ley supuesta, pero no admitida, permanece hasta mejor fortuna en el campo nebuloso de la hipótesis.

Dr. Colín.—"Nosotros no decimos: un medicamento cura *porque* es semejante; decimos: un medicamento cura *cuando* es semejante."

J. F.—Confiese vd. que este juego de adverbios no tiene nada de serio ni de sólido, porque se puede voltear indefinidamente: lo de semejanza es, lo que importaría demostrar sea cuándo, sea porqué.

Dr. Colín.—"Entre nuestros agentes bien estudiados buscamos, á la luz de nuestra ley, cuál es el adecuado, el más semejante al caso morboso que tratamos de curar."

J. F.—Ya convenimos en que tal empresa no es fácil y menos alumbrados con una luz tan dudosa como lo es la de la ley, que no tiene más prueba que las ilusiones de sus partidarios desde el primero hasta el último.

Dr. Colín.—"Ese aplicamos, y las curas realizadas, los éxitos obtenidos nos prue-

ban, nos demuestran, nos confirman la exactitud del gran principio terapéutico. ¿Se quiere más prueba?"

J. F.—¿Cuál es el método, sensato ó no, en el cual no se tiene éxitos? una vez Trousseau hablaba en pro de la Traqueotomía y traía una estadística muy favorable delante de la Academia de Medicina en París, se levanta Malgaigne, el crítico temido, en aquel tiempo, y dice: Señores, si yo salgo á la puerta de la academia y á cada uno de los que pasen á mi alcance practico la traqueotomía, les traeré una estadística todavía mejor, sanarán todos.

Así sucede con la homeopatía, medicina limpia, elegante, sin nada de repugnante ó aterrador: se toma por cualquier malestar, éste gracias á la naturaleza medicativa, á la elasticidad vital, se quita, y el paciente se admira de conseguir tan hermoso resultado con tal facilidad.

Hay en las epidemias momentos en los cuales casi todos sanan, cualesquiera que sean los métodos aplicados, sin embargo, es más conforme á la ciencia y á la conciencia emplear medios racionales que imaginarios.

Bueno será que el estimable Dr. Colín nos señale las epidemias en las cuales el método homeopático ha llamado la atención de los gobiernos.

Dr. Colín.—"La ley *contraria contrariis* no es aplicable á la mayoría de los casos. ¿Cuál es por ejemplo el contrario de una erisipela, de una pleuresía, de una neuralgia?"

J. F.—Le suplico al apreciable compañero se sirva decirnos ¿cuál es el medicamento de su colección que sea capaz de producir una erisipela? ¿cuál una pleuresía, y cuál una neuralgia? tan ilusorio es creer tener lo semejante como lo contrario, tales imaginaciones eran admisibles cuando se vivía como los niños entre puros misterios; hoy que vamos llegando á la edad viril no nos satisfacen tan fácilmente las palabras. Si la erisipela es debida á un microbio, lo contrario á la erisipela será lo que puede contrariar el desarrollo del microbio, por una parte, si, como es permitido creerlo, un hombre, en la plenitud de sus facultades vitales está al abrigo del contagio de la erisipela como de cualquiera otro contagio, racional será creer que todo lo que contribuya á aumentar la resistencia vital del sujeto será contrario á la erisipela, á la pleuresía y á la neuralgia como el alimento es contrario á el hambre. Hemos visto que en las neuralgias, muy á menudo el nevrilema está congestionado, daremos agentes capaces de evitar la extásis en los capilares y curaremos la neuralgia sin pretender haber dado nada contrario ni semejante, pero sí algo propio. Sabemos que hay agentes capaces de reanimar la actividad nerviosa y regularizarla, los damos cuando es patente que tal actividad desfallece sin pretender hacer más que dar medios semejantes á lo sensato, como se debe hacer en todo lo en que nos corresponde intervenir en el mundo.

En la pleuresía hemos visto que uno de los mayores riesgos reside en la supresión de las secreciones cutáneas y mucosas porque da lugar á que se aumente la exhalación en la pleura, damos entonces agentes capaces de restablecer las secreciones á la vez que otros propios para restablecer la fuerza del sujeto atacado, sin pretender ofrecerle un agente capaz de dar pleuresía á quien no la tiene, porque esto es absolutamente ilusorio para no emplear una expresión desagradable.

Dr. Colín.—"El homeópata da medicinas y cura por más que los masivistas y materialistas obstinados de la terapéutica *outranciere* digan que damos azúcar y agua pura."

J. F.—No le hacemos la injuria de creer que vd. no piensa dar medicinas cuando da glóbulos y diluciones, sin embargo nos ha llamado la atención su despreocupación en cuanto á dosis y proporciones, tiende á hacer creer que para vd. poco importan las cantidades: sean mínimas ó apreciables, el nombre del agente es lo que parece importarle y su homecodynamia: Esto es sorprendente para quien se precia de ser observador y fisiologista, porque basta una observación muy superficial para demostrar la importancia capital de las dosis; para no ir á buscar en lo menos conocido vemos al alcohol: en corta dosis producir una excitación saludable, en mayor cantidad la postración completa hasta el colapsus y la muerte.

Y lo que pasa con el alcohol es todavía más evidente con los agentes poderosos de la materia médica, son tan variables sus efectos según las cantidades ministradas, que debemos darlos en las menores posibles, entendemos sin embargo que sean apreciables, por su peso y efectos, cuidar de que no se acumulen, lo que se logra dándolas solubles y que no se tome más de lo necesario.

Cuando vd. manifiesta indiferencia respecto de dosis y dynamizaciónes, parece no alejarse de las creencias del fundador del método homeopático.

Dr. Colín.—Lo que deseo fijar bien en la mente de vd. y de sus lectores, en pro

de la verdad, y para que se comprenda bien el porqué de esa diferencia radical y completa entre la pasología alopática y la de la homeopatía, es que la primera obedece al principio Sublata causa ó etiológico, y la segunda, á la observación fisiológica.

J. F. — Esto parece contundente, y es vano, porque vemos visto lo dudose de su famosa y mentada observación fisiológica, parece que todas las enfermedades son no más funcionales, y que teniendo con que producir síntomas análogos á los que producen, se removerán, pero no puede vd. estar sin saber que hay muchas enfermedades producidas y entretenidas por una causa morbígena, por más que oponga vd. síntomas homeodynámicos á estos padecimientos, si la causa persiste y no la remueve, no vencerá vd. Un ejemplo: tiene vd. una espina en el pié ó en cualquiera otra parte, toma vd. dilución ó gránulos de espinas ó cualquiera sustancia dinamizada ó no, y se queda vd. sufriendo las consecuencias de la espina, un alópata, menos entregado á las visiones imaginarias, le quitará la espina y lo curará en virtud del principio Sublata causa que es homeodynámico al sentido común, el más precioso de los guías en todas las cosas de este mundo, el que hacía tan á menudo á Sancho Panza más hábil y más útil que el ilustre caballero de la Mancha, víctima de su imaginación las más veces.

Aquí terminó la conversación con el Dr. Colín, es cierto que la emprendió con el Dr. Malanco, director de esta publicación, pero por bondadosa condescendencia este buen amigo consintió en que contestara su colaborador.

Aquí empieza el diálogo con el Dr. Jousset, quien desde la Clínica homeopática del Hospital Saint Jacques (París), en Diciembre, dia 4, nos decía lo que vamos á discutir. Ver el número anterior de la Medicina Científica, pág. 186, tomo 1º, entrega 12ª

Refiere el Dr. Jousset que hace 50 años nuestro maestro Trousseau, entonces profesor de Clínica en el Hotel Dieu, pronunció la primera oración fúnebre sobre la Homeopatía; se congratula al ver que todavía hay homeópatas, aun más, que hay muchos, y cree que la doctrina hannemaniana ha progresado: trata de demostrar, como lo explica agregando que "se ha despojado de las exageraciones debidas al entusiasmo de los primeros discípulos," en efecto, notamos una tendencia grande á la conciliación entre este nuevo apóstol y la escuela alopática, en el curso de su lección.

Dice que la ley de los semejantes, que sirve de guía á la indicación para los homeópatas, está independiente de las hipótesis doctrinales y al abrigo de los caprichos de la imaginación, esto fuera muy bueno y bien dicho si la apreciación de la semejanza no fuera tantas veces obra de dicha imaginación, siempre sujeta á ilusiones y caprichos. "Sólo emplea dosis que no sean perturbadoras," esto equivale á decir dosis que no hagan nada, porque evidentemente para curar algo es preciso perturbar, aunque sea al estado morboso. Si dijera nuestro estimable catedrático de Saint Jacques, que no sean dañosas, estaríamos de acuerdo, porque la dosimetría tiene una pretensión análoga. Quiere que la dosis sea mínima, prudentemente ministrada para limitarla al efecto deseado, pero no pretende que sea absolutamente inactiva; quiere que perturbe el mal y no pase más allá de tan benéfica perturbación.

Dice Mr. Jousset: que la práctica homeopática es uniforme entre todos los médicos de esta Escuela, ¿será muy cierto esto? Lo dudamos, y creemos que es una ilusión más que se hace, "no toma parte en los caprichos y modas terapéuticas." Estaría muy bien si su método fuera completo, no dejara que desear, y á cada padecimiento humano tuviera con que contestar, pero vemos más lejos, en la misma lección, que no es así y que sigue la moda la Escuela homeopática, experimentando á su modo todo lo nuevo y apelando, cuando lo juzga oportuno, á los medios todos de la antigua Escuela desdeñada, acusa no más á ésta de usar muchas sustancias en proporciones exageradas, tal vez en esto tenga razón.

Le reprocha también experimentación sobre conejos y ranas, los cuales habitualmente no tienen analogía con nuestros clientes, le parece esto más expeditivo que la experimentación fisiológica, y lo es en efecto, á la vez que más prudente para darse cuenta de los efectos posibles de las nuevas sustancias sobre los séres animados.

Nos acusa de dar defervescentes cuando nos parece oportuna su administración, y concluye diciendo que los homeópatas modernos también los dan cuando les parece oportuno.

Se burla de los microbios y se aleja de la realidad hasta el grado de negar la admirable influencia que han tenido sobre el arte de curar en Cirugía y Terapéutica interna, las saludables doctrinas del parasitismo y de la antisepcia, de las cuales derivan las inoculaciones antirábicas, anticarbonosas, y otras, cuyo descubrimiento bastará para probar los vastos progresos del espíritu humano en nuestro tiempo.

Dice Mr. Jousset para probar su alejamiento de la realidad que "¡la mortalidad en las enfermedades infecciosas alcanza hoy una cifra tan elevada si no mayor que antes de la aplicación de los parasiticidas!" Con aserción tan opuesta á la verdad, basta para dudar de todas las que contiene la lección reproducida por el Dr. Colín como una muestra de lo que se dice en la Clínica del Hospital Saint-Jacques de París.

Niega el Dr. Jousset toda influencia á la medicación revulsiva y derivativa, así como repele la idea de causas y de la conveniencia que pueda haber en removerlas. Si tiene una espina en el pié no la retirará, sino que tomará medicamentos capaces de producir efectos análogos ó semejantes, según le parezca, á los síntomas provocados por la espina, es mucho rodeo cuando el método adaptado al sentido común es tan sencillo: quita la espina y cura.

"Cuando la acción curativa de los medicamentos descubiertos es absolutamente alopática, como los antitérmicos y los parasiticidas, no los rechazamos *(á priori)* sino que, reconociendo que esos medicamentos no son curativas más que de un síntoma particular, hasta que un estudio más profundo nos permita emplear dichas sustancias conforme á la ley de similitud los reputamos como simples paliativos; y en caso de emplearlos, sólo lo hacemos cuando la medicación paliativa es legítima; *entonces prescribimos dosis masivas*, porque, lo repetimos, la medicación paliativa es una medicación esencialmente alopática."

Pero señor Profesor, si la homeopatía es tan superior á la alopatía, ¿cómo baja de su encumbrada esfera para pedirle prestados estos medios llamados paliativos, pero preciosos enfrente de quien sufre?

Ahora bien, después de una confesion que debia haber recordado la modestia y humildad al señor profesor hannemaniano, se endereza y acusa, para su consuelo, á la alopatía de plagiar á la homeopatía, le dejaremos tan inocente ilusión con su confesión compensada. Sin embargo, después de experiencias fisiológicas, después de plagiar á la escuela homeopática, de prestarle sus medios paliativos en lugar de merecer expresiones de gratitud, la escuela alopática no alcanza del Dr. Jousset más que la acusación de estar condenada á una etiología y á una terapéutica hipotética.

"Nuestra escuela" dice el mismo profesor, "por el contrario, asignando á la homeopatía su lugar gerárquico, en la terapéutica y determinando sus relaciones con las otras medicaciones, se encuentra de lleno en la senda del verdadero progreso." Esto es muy satisfactorio para ella pero ¿porqué, siendo tan ufana, tan rica, pedir prestados á la plagiaria escuela alopática sus medios paliativos tan despreciables?" Sin duda será porque no lo son tanto.

Y no hay que dudarlo, en el párrafo que sigue á esa declaración satisfactoria para los homeópatas, confiesa todavía más el Dr. Jousset y es que "los recursos preciosos de la hidroterapia, de la electroterapia, de las aguas termales y aun la medicación paliativa, tienen en nuestra escuela su lugar debido y ponen al servicio de nuestros enfermos los recursos de todas las medicaciones."

Es decir que Trousseau pronunció hace 50 años la oración fúnebre de la homeopatía Hannemaniana y el 4 de Diciembre del año próximo pasado el Dr. Jousset demostró que en efecto murió y quedó bien muerta, puesto que para seguir apareciendo viva tiene que pedir prestados á la alopatía sus medios paliativos y otros, aunque pretenda estudiarlos de nuevo y transformarlos á su modo, tal confesion es completa y no nos deja nada que desear.

El empeño manifestado por algunos homeópotas para hacer creer que la dosimetría es una homeopatía disfrazada, indica que necesitan un medio de transición para volver al sendero de la razón; lo dice el Dr. Jousset: todos los medios de la antigua escuela se pueden usar sin faltar al credo homeopático, así quedarán todavía homeópatas para bendecir y recordar al fundador de la escuela Hannemaniana; pero la homeopatía habrá cesado de sembrar ilusiones y causar pérdidas de tiempo en los casos en los cuales la intervención de una arte eficaz es urgente.

En medicina poco importan los nombres y los principios bajo los cuales se agrupen los prácticos, con tal que curen y que los enfermos sanen en virtud del *similia similibus* ó del *contraria contrariis*, poco importa con tal que sanen.

FENELÓN.

CORRESPONDENCIA.

México Mayo 28 de 1888.

Sr. Dr. Agustin García Figueroa.

Jalapa.

Muy estimado Compañero:

Comenzaré con darle las gracias por la fina dedicatoria que tuvo á bien poner en el ejemplar de su carta abierta dirigida al Dr. Fernando Malanco, he leido ésta

con gusto porque es agradable su lectura, puesto que está bien escrita y demuestra ingeniosidad y buena fe: dos cualidades doblemente apreciables, que no se encuentran muy á menudo en las polémicas médicas.

I.

Me habré expresado muy mal cuando he podido hacer creer que considero á la homeopatía como á un escándalo, creo haber dicho, al contrario, que para el arte de curar fué un progreso y lo he probado con ejemplar práctico en el cual se trataba de mi propia persona: cuando, siendo estudiante, contraje la fiebre tifoidea en el hospital Saint André de Burdeos, confié mi asistencia á un homeópata de buena fe y entusiasta, después, habiendo contraido pulmonía en una experiencia de similia *similibus curantur*, al mismo bienhechor de la humanidad confié la dirección de mi curación y las dos veces me dejó sanar, por lo cual le vivo agradecido, convencido de que probablemente hubiera corrido mayor riesgo si, en lugar de glóbulos homeopáticos, hubiera tenido que tomar tártaros estigiados [1] ó kermeses minerales acompañados con sanguijuelas, sangrías y otros medios inquisitoriales usados entonces con gran solemnidad por la escuela oficial, todavía bajo la influencia de las alucinaciones Broussaisianas antiflogísticas.

El escándalo no lo produce la homeopatía más que en los casos en los cuales se necesita una medicación activa, enérgica, racional, patente y se entretiene dando glóbulos inertes en lugar de llenar indicaciones apremiantes, verbigracia: un desgraciado ha sido mordido por perro rabioso, si se le da la milésima dilusion de la rabia mientras pasa el tiempo oportuno para su inoculación pastoriana se comete un escándalo.

Una parturiente está en la imposibilidad de lanzar al mundo al fruto de sus entrañas, el que se entretenga junto á ella dándole tintura madre de parto difícil ó glóbulos de dilución dystócica, comete un escándalo, porque sabido es que allí todo glóbulo ó dilución ó tintura son inútiles y que es preciso obrar mecánicamente mejorando la posición del feto, supliendo á la falta de fuerza, ó abriendo paso suficiente cuando absolutamente falta.

Cuando un calculoso lucha para arrojar su piedra, pecado y escándalo es darle solución ó gránulo litontríptico en lugar de corresponder al pedido de su organismo, ayudándolo á desembarazarse de la causa del tormento.

Cuando una mujer tiene un pólipo impidiendo la contracción de sus fibras uterinas y dando lugar primero á hemorragias que la agotan y después á gangrenas é infecciones pútridas, darle gránulos ó gotas es perder escandalosamente un tiempo que se puede emplear en extirpar la causa del mal.

El que esto escribe después de haber cometido dos veces infidelidades á la escuela en el seno de la cual estudiaba llamando á homeópata para asistirlo, cuando se vió herido, al parecer de gravedad, llamó para defenderlo de un peligro que parecía inminente á su catedrático de anatomía, quien lo asistió maravillosamente con una bondad paternal y lo dejó sanar perfectamente como lo hubiera hecho un homeópata discreto, pero asegurándole además que no tenía gravedad su herida.

Escándalo, y desastroso, produce la homeopatía cuando un enfermo, cansado de tomar taninos en dosis exageradas bajo forma de vinos tónicos, mercuriales más ó menos solubles, pero siempre peligrosos, [1] deja la medicina oficial para tomar gránulos inocentes y se alivia con sólo suprimir las causas de su dispepsia, escándalo es éste muy perjudicial á la reputación de los médicos ortodoxos y muy de desear sería que no se produjera.

Al efecto trabajamos para vulgarizar una terapéutica más ilustrada, en la cual los medios empleados sean mejor conocidos en su composición y efectos y el papel del médico menos ajeno á las ideas científicas modernas.

No, no he considerado á la homeopatía como escandalosa más que cuando se sustituye á una medicación urgente para la eficacia de la cual la pérdida del tiempo es fatal.

Al contrario, cuando la naturaleza medicatriz puede bastar para el alivio, la homeopatía, elegante, discreta, incapaz de asustar, viene maravillosamente para ocupar la atención del enfermo, persuadiéndole que no lo abandonan y que se le atiende prudente y debidamente, en los casos desesperados, en los cuales una medicación enérgica no podría más que perjudicar, es precioso recurso la homeopatía.

1 Calificativo dado por Gui Patin hace ya dos siglos á tan terrible medio empleado todavía ahora por algunos prácticos, no pocos: tan lento y difícil es el progreso en medicina.

1 Se lee en uno de los últimos números de la *Revista médico-quirúrgica* un estudio sobre lo peligroso que es el empleo de las inyecciones con bicloruro por la gran susceptibilidad que tienen ciertos sujetos respecto de los mercuriales, susceptibilidad que es imposible prever y que tiene uno que sentir mucho después de haberla provocado.

Decíamos al empezar que prestó servicio la práctica hannemaniana y en efecto demostró que en muchos casos la expectación puede bastar y es preferible la expectación á la medicación á ciegas demasiado enérgica.

Llamaremos medicación á ciegas la que se hace no más porque se ha dicho que así se debe hacer, que cuando se sospecha tal ó cual conjunto de síntomas que tienen tal ó cual título morboso, tal autor de Londres, París ó Viena da tal ó cual sustancia y refiere que sanan los enfermos. Evidentemente es mejor no hacer nada que aplicar así sustancias activas con el riesgo grandísimo de errar en el diagnóstico y en la sustancia, así como en la oportunidad de su aplicación y en sus proporciones.

Lo hemos dicho y repetido: mientras el diagnóstico no sea perfecto y fundado sobre bases segurísimas el médico, quiera que nó, hará medicina sintomática aún cuando jure y perjure que nó.

II.

Hanneman, como todos los que buscan una vía mejor que la oficial, pensó en conocer más la relación entre el síntoma y el remedio, supuso que el hombre sano fuere una página blanca en la cual con el remedio podría escribir los recursos que nos ofrece, pero su explicación y las deducciones sacadas de ella dejan mucho que desear.

Primero: el hombre nunca es sano más que relativamente: la vida, siendo el resultado de una infinidad de movimientos íntimos de una variabilidad infinita: al despertarse un sujeto no está en las condiciones en las cuales se encontrará después de cansarse, cuando está sintiendo las exigencias de la hambre no está igual á cuando acabó de satisfacerlas, cuando le abaten pasiones tristes no es el mismo hombre que animan en otros momentos grandes ilusiones y embriagadoras esperanzas.

Tantas y tantas condiciones, variadas todavía más por la edad, las costumbres, las circunstancias que rodean al sujeto hacen la experimentación sobre el hombre sano sumamente engañosa, agregue vd. todavía á tantos elementos capaces de perturbar al problema los efectos de la imaginación, la sugestión sobre el mismo sujeto puesto en experiencia.

III.

Con razón la conciencia de Hanneman lo obligó á buscar el modo de hacer más y más inocentes los elementos terapéuticos experimentados, imaginando la dynamización indefinida. Los cuadros que vd. tiene á bien darnos, como modelos de observación homeopática prévia, son interesantes pero ¿en cuántos sujetos se habrán producido? y ¿cuántas veces habrán fallado? esto es lo que nos importaba saber.

Para que una persona se someta á una experimentación terapéutica es preciso que tenga gran confianza en el experimentador, es decir, que esté en el caso de creer todo lo que le diga y hasta todo lo que piensa de la experimentación, por ejemplo.

Si vd. pide á una persona que le deje experimentar tal ó cual agente terapéutico, será persona de su confianza ó intimidad, muy probablemente no será médico y sí, extraña al arte; al darle cuenta de sus sensaciones para darles una forma presentable se dejará guiar por vd. mismo y lo más probable será que conteste á preguntas que le hará en el estilo conveniente para comprobar lo que desea, produciendo inconscientemente, pero indefectiblemente alguna sugestión sobre el sujeto en experiencia.

Permítanos considerar á tal experimentación como muy engañosa y como á una base insuficiente para guiarnos en la práctica.

En cuanto á la observación, todos los prácticos sabemos cuán difícil es, y cuán fácil, al contrario, es dejarse llevar por las prevenciones que cada uno tenemos.

IV.

El bello ideal sería que la fisiología fuera más completa, que supiéramos bien cómo funciona el sistema nervioso, al estado de perfección para darnos cuenta de sus alteraciones funcionales y entonces marcharíamos en un camino firme en busca de las verdades capaces de hacernos mejores médicos, pero tal camino no está todavía abierto, la fisiología del sistema nervioso está todavía balbuciente, las localizaciones señaladas por un autor son desmentidas por otro, y no tenemos más base firme, hasta donde pueda serlo, que la clínica y las observaciones que nos ofrece iluminadas con la luz vacilante de una fisiología todavía en pañales.

Si á la dificultad que tenemos para observar al enfermo agregamos la de conocer al remedio, entonces quedamos enteramente á oscuras. Esa dificultad la hay en la escuela oficial por la complicación de sus medios en la homeopática, por lo dudoso de su acción y aun de su principio.

Tiene vd. la bondad de explicarnos el *similia simílibus* por la localización de la acción del medicamento en el sitio del síntoma, pero hace siglos que Hipócrates dijo: "*Vomitus vomitu curantur*" sin haber inventado á la homeopatía.

Es cierto, en efecto, que el ímpetu de vomitar se cura por un vomitivo muy á menudo, pero no siempre. y el verdadero clínico sabe porqué, El vómito no tiene siempre la misma causa, á veces procede del estómago, el cual lucha para desembarazarse de materias nocivas que el instinto le hace rechazar, allí viene bien el vomitivo, obrando en el sentido que pide el estómago. ¡Pero cuando el vómito es debido á una afección cerebral, meningitis ú otra ¿cree vd. que sea prudente ó humano dar vomitivos tantos como haya vómitos? no ciertamente y cuando es debido á oclusión intestinal!

La localización de los síntomas puede guiar al clínico para descubrir las indicaciones terapéuticas, pero no de un modo tan absoluto que le baste decir: el enfermo se queja de la cabeza, le daremos un medicamento capaz de darle dolor de cabeza y lo curamos, por ejemplo: la embriaguez no se cura con el alcohol ni el etricnismo con la estricnina, como sucedería si fuera verdadero el principio de "*similia simílibus curantur.*"

Desde la antigüedad se ha dicho y repetido "*mens sana in corpore sano*" así es que no tuvo que hacer tal descubrimiento Hanneman y Cabanis lo habia precedido en esta misma vía con otros muchos.

V.

Dice vd., 1º: que en las enfermedades no se descubre cosa alguna que sea preciso quitarles para convertirlas en salud sino el conjunto de sus síntomas y sus signos.

Permítame confesarle que la idea de convertir la enfermedad en salud me parece sorprendente y hubiera dicho suprimir un estado morboso para dejar lugar á la salud, porque no concibo la personalidad enfermedad ni la personalidad salud, pero, aún admitiéndolas, se puede decir que hay enfermedades en las cuales no se llegará nunca á conseguir la salud si no se quita la causa que las produce, ó si no se agota, ó si no se sobrepone el sujeto á su influencia, en esa categoría caben todas las infecciones é intoxicaciones, quitar no más los síntomas y los signos es faltar al deber médico que consiste en curar real y positivamente y no en quitar las apariencias de la enfermedad.

Al envenenado le quitaremos el veneno ó lo neutralizaremos, al infectado haremos arrojar los elementos infecciosos, sostendremos sus fuerzas mientras lo puede hacer, y se irán así signos y síntomas.

Al clorótico le daremos elementos para reponer lo que le falta, y entretanto lo sostendremos para que los pueda aprovechar.

"2º Que en los medicamentos tampoco se observa nada curativo, si no es la facultad de producir síntomas morbosos en los hombres sanos y hacerlos desaparecer en los enfermos."

Tal proposición sorprende como la primera y se puede voltear diciendo: los medicamentos, al remover la causa de los síntomas morbosos, los hacen desaparecer en los enfermos, pero se ignora lo que harían en los sanos: ejemplo: dé vd. fierro á un hombre sano, y lo elimina sin efecto ninguno, dé vd. arsénico á un hombre sano, y lo envenena perfectamente ó no le hace nada, si no es dosis suficiente, más que fortalecerlo si lo necesita y á la larga, pero nunca le producirá la anemia para lo cual sirve en el que lo apetece como necesario.

"3º Que los medicamentos no toman el carácter de remedios, ni pueden extinguir las enfermedades, sino excitando ciertos accidentes ó síntomas, hablando con más claridad, cierta enfermedad artificial que destruye los síntomas ya existentes, esta es la enfermedad espontánea que se quiere curar."

Tampoco podemos estar conformes con esta proposición, porque al destruir una enfermedad expontánea, como vd. la llama, no es necesario producir una artificial, esto es absolutamente ilusorio: cuando se cura á un tifoideo, se le cambia su tifoidea por la salud y no por otra enfermedad, y así lo dice vd. en su primera proposición: quitando los signos y síntomas se transforma la enfermedad en salud, como debe ser. Ciertamente los clientes lo quieren así porque no nos llaman para que les cambiemos la enfermedad.

"4º Que para destruir la totalidad de los síntomas de una enfermedad, es menester buscar un medicamento capaz de producir síntomas semejantes ó contrarios, según la experiencia nos enseña que el modo más facil, más cierto y más duradero de quitar los síntomas de una enfermedad, sea el de oponer á ellos otros síntomas medicinales semejantes ó contrarios. (Hahnemann, Organón, párrafo 22."

Aquí se ve claramente cómo el espíritu de Hanneman se habia salido de la rea-

lidad, andando en espacios imaginarios en busca de milagros.

La realidad, para nosotros, los clínicos pegados á las camas de los pacientes, demasiado pegados para entregarnos á las fantasías de la imaginación, la realidad nos dice: cada síntoma es una manifestación de un padecimiento parcial; por ejemplo: cafalalgia indica una alteración en la innervación ó circulación del cerebro; frecuencia del pulso, una falta de dirección para la innervación del corazón; el cual anda como desenfrenado; meteorismo indica parálisis ó cuando menos paresía de los órganos digestivos; orinas coloradas, imperfección en la combustión de los elementos excrementiciales; muchas petequias, alteración en la sangre que da lugar á extravasaciones en los capilares.

Tantos síntomas, tantas indicaciones; cierto será que una sola causa produjo esos desórdenes, y que si se hubiera atendido con oportunidad se hubieran evitado, pero ya los desórdenes están producidos y piden su reparación. ¿Habrá un solo medicamento capaz de producir síntomas semejantes ó contrarios? ¡Qué bueno fuera determinarse por uno ó por otro!

Si hay un medicamento capaz de dar al organismo mayor entereza para resistir á tantas causas de destrucción y de dar á cada síntoma la contestación que pide, es la estricnina, pero, sin embargo, el médico prudente no se contentará con su aplicación, y á cada síntoma dará lo correspondiente: cefalalgia, tónicos del cerebro, cafeina, guaranía; palpitación, tónico del corazón; paresía del intestino, lavatorios intestinales que remuevan las sustancias en fermentación, ó las sales que activen su secreción, y la quassina, la brionina, la colocyntina, que despierten á sus fibras circulares de su pereza.

Á las manchas, señales de una mayor fluidez de la sangre, corresponden los antisépticos como las preparaciones de quina especialmente la quina ferruginasa contenida en el hidroferrocyanato de quinina.

Á las combustiones exageradas que suelen acompañar este cuadro de síntomas, se corresponderá con los defervescentes ya tan experimentados como eficaces, aunque no lo crea Mr. Dujardin Baumes ni sus fieles adoradores; veratrina y aconitina en dosis suficientes, refractas.[1]

Estos alcaloides, al moderar las combustiones desordenadas, bajan la temperatura, provocan un sudor saludable é impiden las complicaciones producidas habitualmente por las temperaturas elevadas en el curso de las enfermedades.

No participamos tampoco de las opiniones que vd. deduce de la fisiología diciendo:

1º "Los síntomas de una enfermedad no son otra cosa que modificaciones funcionales del territorio orgánico invadido ó alterado por la causa morbosa."

Supongamos que unos ladrones se han introducido en una casa: allí hacen ruido, este es el síntoma que anuncia la invasión y alteración producidos en la casa por los ladrones ¿bastará lograr el silencio para salvar á la casa? ¿no es preciso sacar á los ladrones? lo mismo deben hacer los médicos con las causas morbosas, lo repetimos, faltarían á su deber si se contentaban con hacer desaparecer los síntomas.

2º "Los síntomas del medicamento (ó acción fisiológica del medicamento) no son otra cosa que las modificaciones funcionales del territorio orgánico invadido ó alterado por la sustancia ó fuerza medicinal."

Hemos visto más arriba que tal papel puede ser insuficiente puesto que á veces el medicamento no solamente debe obrar sobre la función, sino que también sobre la composición de los órganos y sus contenidos.

3º Cuando un medicamento produce síntomas semejantes á los de una enfermedad determinada, puede afirmarse que la acción de este medicamento ocupa el mismo territorio orgánico que dicha enfermedad, y en el caso contrario es lógico pensar que la fuerza medicinal ocupa un territorio orgánico extraño al procesus de la enfermedad.

Esta proposición, en su último miembro, es sobradamente oscura, pero de un modo general las localizaciones de las acciones medicamentosas y fisiológicas no se pueden generalizar tanto: El alimento y el veneno obran en un mismo lugar y no tienen absolutamente ninguna analogía.

Así como las fuerzas que se neutralizan no se consideran como semejantes y sí se llaman contrarias, si fueran semejantes se añadirían y su resultado sería una suma en lugar de ser una diferencia, como lo es.

Tampoco es exacto que la fuerza aplicada para la reducción de una luxación sea semejante á la que fué su causa: casi todas

1 Estos alcaloides se dan en dosis pequeñísimas, medios miligramos, no se acumulan y ofrecen por lo mismo grandes ventajas sobre el defervescente en boga la antipyrina, la cual se da en dosis relativamente grande, se acumula y tiene á veces efectos desastrosos, porque destruye las celdillas gastrointestinales, produce colapsus fuerte y suele matar en lugar de salvar; las observaciones en contra de la antipyrina van multiplicándose.

las luxaciones son producidas por palanqueos de los huesos y casi todas las reducciones se producen por tracciones en el sencido de su longitud.

Los ácidos en la química son semejantes como los Franceses y los Prusianos en las orillas del Rin para que el más fuerte tome lugar del más débil ó descuidado. Las electricidades para saturarse tienen que ser de nombre contrario; así es que esos argumentos sacados de la física y química resultan contraproducentes para su tésis.

VI.

Si la homeopatía no es más que un método de investigación filosófica aplicado á la terapéutica es preciso esperar que esté más desarrollada y más práctica para ofrecerla á nuestros clientes, quienes quieren aliviarse aunque sea sin nada de filosofía y piden á su auxilio no los resultados de una investigación teórica y sí los resultados de observaciones prácticas.

En fisiología las teorías son permitidas; es una ciencia en el período de formación, en la práctica del arte de curar debemos aprovechar lo sabido, lo evidente, y desconfiar de las teorías que se alejen de los hechos bien observados, así como de las expresiones dudosas como lo son lo semejante y lo contrario.

Respecto al protoplasma tiene vd. ideas que no son las de todos los fisiologistas: el protoplasma es para la mayoría de estos sabios un substractum preparado para la vida, que la vida sabrá aprovechar, cuando lo encuentre á su alcance, dándole formas é impulsos; pero no es ni puede ser la vida misma, así como la trigésima dilución de una gota de tintura madre de nuez vómica, aunque esté hecha con toda perfección, no puede ser remedio para nada.

Quisiera participar, estimado compañero, de la opinión que manifiesta vd. al decir que "jamás son estériles los trabajos del espíritu humano" ¡ay, mucho temo que sería la verdad esa proposición contraria: que muy pocas veces los trabajos del espíritu humano dan los frutos apetecidos! la torre de Babel se sigue construyendo todavía entre los que se ocupan de metafísica y dynamizaciones.

VII.

Si es cierto, como lo es, que "las enfermedades pueden ser curadas por los medicamentos" no lo es menos que muchos sanan sin ellos; de allí la inmensa dificultad para saber con certeza, cuándo el enfermo ha debido su curación al medicamento y cuándo la ha debido á su resistencia vital.

Si todos los métodos, desde el más atrevido hasta el expectante, homeopático sencillo, ó electro-homeopático, tienen éxito, es porque la naturaleza nos ha dado cierta elasticidad y recursos para combatir á las enfermedades, aun cuando además hay que resistir á la vez á medios curativos demasiado análogos á los ataques de la enfermedad.

Sin embargo, cuando un método basado sobre la observación, indica medios terapéuticos bien medidos, bien definidos, capaces de producir sobre el enfermo que es el que nos ocupa y nos pide nuestro auxilio, efectos proporcionados á sus deseos y en la proporción debida y prudente, este método satisface más y mejor nuestra conciencia de práctico.

Raspail ha sido un precursor de Mr. Pasteur y ha servido; preparó los espíritus á la idea del micrócosmo. Leroy fué un especulador y sirvió, dando á conocer prácticamente las ventajas del método expoliativo, el cual, como todos, tiene sus contraindicaciones y sus ventajas.

Precisamente se trata de poner la medicina al alcance de todas las inteligencias hábiles para entender algo y cerrarla á los charlatanes quienes abusan de sus nebulosas prácticas. Cuando sea verdaderamente científica, su práctica no será tan al alcance de los atrevidos, quienes, sin derecho ni título, penetran en el santuario. Será como el arte del ingeniero y pronto dará á conocer á los usurpadores del divino título de médico.

La Escuela oficial no ha guardado siempre el silencio: Mr. Dujardin Baumes, en plena Academia de París, dijo que no era posible que contuvieran los gránulos de Chanteaud la cantidad de aconitina que dicen contener, porque si la hubieran ministrado á los enfermos en la cantidad indicada por el venerable fundador del método se habrían muerto, y desde entonces se ha seguido dando la aconitina en los gránulos de Chanteaud en la proporción indicada, y se han analizado los gránulos y se ha comprobado la realidad y exactitud de su composición; quedando así muy mal parada la formalidad del señor catedrático de la Facultad de París. ¿Cómo extrañar que desde entonces él, y todo su fiel séquito de profesores ortodoxos, hayan guardado un prudente silencio? más vale callarse que comprometer su causa con imprudencias; no cabe duda que si algún argumento hubieran tenido bueno para opo-

nerlo al proselitismo de la dosimetría, lo habrían lanzado contra ella. Si sigue el silencio es porque no tienen arma mejor que esgrimir, aunque sea la misma que usan los irracionales y los séres privados del don de la palabra.

VIII.

El método científico de investigación que debemos aplicar ahora á la terapéutica es el que esté fundado en los conocimientos modernos comprobados y evidentes, hasta donde sea posible.

Cerca de los que sufren las divagaciones filosóficas son inoportunas: hechos claros, prácticos, son los que debemos traer á la memoria y de los cuales debemos sacar conclusiones prácticas inmediatamente aplicables á los casos urgentes. Ningún método nos ofrece medios tan claros, tan sencillos, de indicaciones tan precisas y fáciles de comprobar como el método dosimétrico en sustitución de la antigua materia médica, tan añeja, tan complicada, que merece no más relegarse en los Museos arqueológicos para servir á la historia de las imperfecciones del arte de curar en sus primeros pasos.

Al terminar tan larga conversación permítanos felicitarlo por haberse presentado al debate con la visera levantada como conviene á un caballero leal. Por más distantes que estén nuestras opiniones en cuanto á homeopatía, nos reune el deseo de encontrar la verdad práctica, tenemos modos de ver diferentes pero las mismas aspiraciones nos animan, y así es más lo que nos reune que lo que nos divide.

¡Laboremus! tal es la misión del hombre; vd. cree que nada de lo que produce nuestro espíritu se pierde, yo creo que poco de lo que crea se aprovecha, pero ambos creemos que el trabajo es nuestro deber; probable es que estas reflexiones le sugieran otras; si me las comunica, me esforzaré en contestarlas como deba, pero siempre inspirado por la mayor estimación hacia su lealtad y caballerosidad y deseando ser considerado por vd. como su atento SS. y compañero quien sinceramente le aprecia.

FENELÓN.

DOS CASOS CLINICOS.

(Trabajo leído por su autor en la Sociedad Médica "Pedro Escobedo.")

Es de uso general que cuando un individuo se enferma no ocurra luego al médico, con la esperanza de que su mal sea pasajero ó de dominarlo con medicamentos vulgares, conocidos y manejados por todos y á los que se da el nombre de caseros. Algunas veces hay éxito; pero con frecuencia grande, el mal sigue su marcha, se agrava y hasta entonces se solicita la asistencia facultativa. Esta constumbre priva al médico de presenciar la invasión de las enfermedades, y no tiene conocimiento de los síntomas que las inician sino por lo que el mismo enfermo ó su familia le refieren, lo cual tiene una gran importancia, que haré notar después.

Por el momento, sólo me basta citar el hecho para decir que muy pocas veces encuentra uno la ocasión propicia de cerciorarse de lo relatado por otros, disipar la vacilación que engendran nuevos métodos cuando se conocen sólo en teoría y convencerse de que no son ilusiones ni ensueños los principios y doctrina de que derivan. La Dosimetría sostiene la posibilidad de yugular las enfermedades agudas en sus comienzos, cuando la causa morbígena no ha producido aún lesiones materiales en los órganos, sino que sólo manifiesta su presencia y sus ataques por perturbaciones dinámicas de la economía; pero es preciso no dejar pasar ese período, y obrar activa y enérgicamente sin perder tiempo. Esto quiere decir que el enfermo, desde el momento en que se siente estarlo, debe llamar á su médico, y ya he dicho que esto casi nunca se hace. Por lo mismo, yo deseaba encontrar todas las condiciones propias y apetecibles para seguir en toda regla la aplicación del método dosimétrico y ver por mí mismo sus efectos, pues aunque en esta Sociedad tuve el honor de leer (en Enero de 1886) un artículo sobre la Dosimetría procurando demostrar que importaba un progreso en Medicina, no habia podido proceder con rigor en la aplicación de sus preceptos, tanto por falta de condiciones favorables cuanto por la cautela, desconfianza y temor con que se deben acoger todas las innovaciones de la importancia y trascendencia de la de que tratamos. Un juicio y una reflexión muy severas, deben siempre preceder á su adopción y práctica. Procediendo así, viendo poco á poco y sin precipitarse los efectos de las cosas, familiarizándose paulatinamente con ellos y convencido de su bondad es como se adquiere la experiencia y ella nos acaba de determinar y resolver á seguir ó abandonar un método.

Así es como yo he procedido, y lo que en aquel artículo traté de demostrar teóricamente, hoy lo puedo confirmar de una

manera práctica. En varios casos en que he intentado la yugulación de la fiebre, los resultados, aunque satisfactorios, habían dejado en mi espíritu algunas dudas, porque lo ligero de las enfermedades de que se trataba y otras circunstancias que sería prolijo enumerar, hacían permanecer indecisa la cuestión de si la fiebre desaparecía por la marcha misma del mal ó en virtud de la acción de los alcaloides con que la atacaba; pero un hecho reciente y típico ha venido á demostrarme, fuera de toda duda, que la yugulación es un hecho y que sólo requiere para realizarse, que se la emprenda con la oportunidad debida. El caso es el siguiente: en la primera semana del mes de Enero próximo pasado, un individuo de mi familia contrajo una bronquitis catarral, que lo molestó bastante por la frecuencia de la tos y el malestar propio de la afección, que fué apirética. Un tratamiento adecuado le procuró el alivio, y sintiéndose mejor no tomó ya las medicinas prescritas, y se entregó de nuevo á sus negocios, descuidando el abrigo y las precauciones necesarias para no recaer. El domingo 8, por la tarde, hubo un cambio brusco de temperatura, que bajó notablemente, cayendo al mismo tiempo una lluvia fina y helada que sorprendió á mi enfermo en el paseo. En la noche se sintió ya con nuevo malestar; pero creyéndolo pasajero no me dió parte sino hasta el día siguiente, en que estalló un fuerte calosfrío á las 9 de la mañana, que duró hasta las 10, hora en que, puesto el termómetro marcó una temperatura de 38°3, piel seca y ardiente, pulso duro y latiendo 112 veces por minuto; la tos era frecuente, algo seca, y el exputo limpio, pero bastante viscoso, muy adherente y con poca espuma; fuerte cefalalgía sin existir ningun otro dolor; delirio tranquilo. El paciente es de constitución robusta, temperamento sanguíneo y algo nervioso, de unos cincuenta y tantos años de edad y de buena salud anterior. Por lo grueso de las paredes torácicas, la percusión y la auscultación no me dieron signos claros, por lo que las considero como no practicadas. Por lo pronto no me preocupé del nombre que debía darle á la enfermedad que se presentaba; el medio de invasión y los síntomas anteriores que existían, sí hacían presumir algo grave; pero viviendo el enfermo en la misma casa que habito, estando yo en presencia de los primeros efectos que desarrollaba la causa morbífica que había invadido su organismo, y pudiendo vigilarlo personalmente, no vacilé en intentar la yugulación de la fiebre, pues la ocasión era la más favorable y oportuna que pudiera desearse. Con tal objeto prescribí un gránulo de aconitina cada media hora y uno de bromhydrato de morfina para calmar la irritación nerviosa que excitaba la tos con fatigante frecuencia. A la una del día, este síntoma había cedido algo; pero el calor iba en aumento, el delirio era continuo, el pulso latía 120 veces por minuto y la temperatura había ascendido á 39°5. Suspendí entonces el bromhydrato de morfina y el enfermo siguió tomando cada media hora un gránulo de aconitina y uno de digitalina. Como á las cinco de la tarde comenzó la piel á humedecerse y á las seis el sudor era abundante, el delirio y la cefalalgia habían desaparecido, el pulso había bajado á 80 y la temperatura á 36°. La fiebre estaba yugulada; y esto en 8 horas. Un grande bienestar sucedió á la tempestad, y el enfermo durmió tranquilamente hasta las diez de la noche, despertando fresco y contento.

Al día siguiente la temperatura se mantuvo á 36°; pero no obstante, hice que el enfermo se quedara en su cama, que él ya quería abandonar; y como la tos siguiera molestándolo y el exputo conservaba gran viscosidad que hacía penosa y difícil su expulsion, prescribí gránulos de arseniato de antimonio, uno cada dos horas y dos gránulos cada hora de bromuro de alcanfor. Poco á poco fueron enmendándose los síntomas que acabaron por desaparecer con lamedor blanco, kermes y codeina, estando el enfermo completamente sano á los 10 ó 12 días, habiéndose prolongado su estado por la irregularidad y descuido con que tomó despues las medicinas que le prescribía, pues es individuo indócil.

Yo creo que el caso que acabo de relatar no deja duda alguna, y tiene que producir en todos la convicción de que yugular una fiebre en su principio, no es una utopía. La afección de que estuvo amagado mi enfermo, fué una bronquitis aguda, diagnóstico autorizado por los antecedentes y los síntomas que presentó, y se sabe que es enfermedad en la que la fiebre dura por lo menos 3 ó 4 días y aun se prolonga y ofrece gran semejanza con la fiebre angioténica en los individuos vigorosos y sanguíneos. Aun la fiebre efímera tiene una existencia de 24 á 36 horas, y por los métodos comunes de tratamiento no se la hace desaparecer en menos tiempo. Se pudiera objetar que mi enfermo sufrió un acceso de fiebre intermitente, pues que presentó calosfrío, calor anormal en ascenso y sudación que terminó la fiebre en pocas horas; pero los síntomas de parte

del pecho, la anamnésia y la causa del mal (enfriamiento atmosférico) permitían desechar ese diagnóstico y la marcha de la afección quitó toda duda, pues que sin tratamiento antiperiódico alguno, el acceso no se reprodujo, ni el menor calosfrío, ni ascenso, término, etc., lo que hubiera sucedido casi indefectiblemente si el elemento palúdico hubiera entrado en juego. Así es que tratamiento por los alcaloides defervescentes hizo apagarse en 8 horas una fiebre cuya duración probable era de dos á tres días, y de una bronquítis aguda hizo una subaguda. A estos grandes beneficios hay que agregar el alejamiento del peligro en que se halla siempre un enfermo de inflamación bronquial, y es el paso de la flogósis á los pequeños bronquios y á los alveolos pulmonares.

Creo que todos estos son motivos bien poderosos para procurar siempre yugular la fiebre inicial de las enfermedades agudas; y puesto que es posible, es un deber de todo médico evitar á sus enfermos toda clase de peligros aunque sean remotos, acortar la duración de sus males y devolverles la salud cuanto antes, sin preocuparse de que los medios que tales resultados alcanzan sean sacados del método dosimétrico ó de la terapéutica enseñada en las Escuelas. Esto nada importa: se debe adoptar lo bueno y lo útil vengan de donde vinieren; y no tratar de volver antagonistas métodos que, como el alopático y el dosimétrico, tienen sus ventajas y sus oportunidades. Lo que el médico tiene que hacer es no quedarse atrás en el continuo progreso de la ciencia, y estudiar con imparcialidad y sin prevención todo lo que el genio del hombre crea, todo lo que produce en su incesante trabajo y en la prodigiosa actividad de su inteligencia. Así es como la humanidad se beneficia.

Excito, por lo mismo, á todos mis consocios para que estudien los fundamentos de la Dosimetría y observen en la práctica los resultados que ella da aplicando el método con todo su rigor. Para ello, para conseguir éxito, pienso que debe inculcarse á todas las familias la necesidad que hay de que ocurran á su médico desde los primeros momentos en que una enfermedad se anuncie, pues esto es de gran importancia como dije al comenzar este trabajo. En efecto, las enfermedades agudas pasan primero, casi, si no siempre, por un período en que el desequilibrio económico es sólo dinámico y en que los órganos están aún exentos de lesión material, período en que es más fácil y posible restablecer el equilibrio nervioso, circulatorio, etc., que cuando á tales perturbaciones se unen las producidas por sus efectos secundariamente, como exudados, derrames y otros. Y como la enfermedad puede seguir una marcha rápida, y su primer período ser de muy corta duración, hay que aprovecharse de esos preciosos momentos si se quieren obtener todas las ventajas que se tiene derecho á esperar, y esto tiene que depender ahora del enfermo mismo. Insisto, pues, en lo conveniente del anuncio oportuno y en hacer comprender á los pacientes que de su cuidado é interés puede depender la mayor ó menor gravedad de su mal, su mayor ó menor duración, aconsejándoles no despreciar los primeros síntomas y llamar luego á su médico. Creo que ha llegado la época en que podamos demostrarles con hechos la verdad y justicia de nuestros consejos.

Febrero 3 de 1888.

*

Hace muy poco tiempo leí á vdes. un caso, que puedo llamar típico, de yugulación de una bronquitis aguda; y ahora os presento otro de la misma ó semejante naturaleza y de igual ó mayor importancia, según podeis juzgar por la relación siguiente:

N. N., muchacha de 22 ó 23 años de edad, sirviente en mi casa, de constitución regular y temperamento linfático, estuvo entregada todo el dia 18 de Febrero, al lavado del suelo de una pieza, terminando á las 5 ó 6 de la tarde. No se despojó de sus ropas mojadas, sino hasta las 11 de la noche; y á otro día sintió al levantarse un gran cansancio, que atribuía á la fatiga de la víspera: el día 20 siguió en el mismo estado, con cefalalgía, un poco de tos y malestar intenso, que le hizo entregarse á sus ocupaciones con gran disgusto. Advertido yo de estos fenómenos, le apliqué el termómetro que marcó 38° á las 7 de la noche; y creyendo, por la causa del mal, que se trataría de un resfrío, prescribí una poción sudorífica y buen abrigo. La noche la pasó muy inquieta y agitada, con algo de delirio y fuerte dolor de cabeza, habiendo sudado poco. La veo á las 10 y 25 minutos de la mañana del día 21 y encuentro el pulso fuerte, vibrante, rápido, latiendo 120 veces por minuto; temperatura á 40° 5, piel seca y ardiente, con señales evidentes de calosfrío, delirio continuo; tose con frecuencia sin expectorar nada, no existe ningún dolor en el pecho, el que, percutido, da por todas partes un sonido claro, excepto

en la región escapular derecha, en que hay submacicez, y auscultando en ese punto se oye el murmullo respiratorio bastante débil y velado. Lo probable era que se iniciaba una neumonía; mas lo interesante por el momento era abatir la alta temperatura, y al efecto prescribí cada 20 minutos un gránulo de aconitina y uno de digitalina juntos.

Me propuse seguir paso á paso la marcha de la enfermedad personalmente, y por eso, como por ser necesario al buen éxito en el manejo de los alcaloides defervescentes, volví á aplicar el termómetro á las 12 y 25 minutos del día, en que marcó 41°; dejé la misma prescripción.

A las 3 de la tarde la temperatura era de 40°5. A las 5 de la tarde 40°3, pulso blando á 112, un poco de sudor; sustituyo la digitalina y sigo dando cada cuarto de hora un gránulo de aconitina y otro de veratrina. A las 7 de la noche la temperatura estaba á 39°4 y la enferma se queja de tener la cara y los brazos dormidos é insensibles. Creyendo yo entonces que esto podría ser debido á que comenzaban á manifestarse los efectos fisiológicos de la aconitina y veratrina, examiné las pupilas que deberían estar dilatadas y las encontré bastante sensibles á la luz; esto me tranquilizó; pero me puso en guardia, y para prevenir los efectos ulteriores hice que la enferma evacuara su vejiga que no había vaciado en todo el día, y que los gránulos los tomara sólo cada hora, tanto más, cuanto que la temperatura ya no era excesiva. Le exigí, además, que tomara un poco de atole, pues había rehusado en el día toda clase de alimento. A las 10 de la noche, temperatura 39°5; el adormecimiento había disminuido, sintiendo algún bienestar y deseando dormir. Mandé que se respetara su sueño, dándole sus gránulos cada vez que despertara.

El día 23, á las 8 de la mañana hubo una ligera epistaxis, la tos seguía frecuente, la temperatura 38°5, el pulso á 92, y al sentarse la enferma se desvanecía. Le mandé cada hora un gránulo de aconitina, uno de bromhydrato de morfina y dos de bromuro de alcanfor. Por alimento, caldo, sopa harinosa y leche. A las 3½ de la tarde el cuadro sintomático era el mismo, habiendo descendido á 38° la temperatura que permaneció así hasta el día 23 en que era de 37°2; la tos moderada, y la enferma sintiéndose muy débil. La alimentación reparadora y algunos medicamentos expectorantes la repusieron en tres ó cuatro días más, volviendo poco á poco á sus ocupaciones.

¿Fué una neumonía que comenzaba y se detuvo? Pudiera ser; pero no se puede afirmar, porque faltaron los síntomas de la afección confirmada. ¿Fué sólo una bronquitis aguda? Es lo más probable; pero de todos modos era una enfermedad que venía con un aparato sintomático alarmante que deuunciaba su gravedad y á quien el tratamiento ha hecho abortar. La discusión que este caso provoque, creo que no quitará su valor al hecho que presento.

Marzo 9 de 1888.

Dr. Silvino Riquelme.

Higiene de los Niños.

—Si un niño de pecho se escuece por la parte interna de los muslos y márgenes del ano, ingles, etc.; pero está bueno, engorda y se agita y está alegre, no tiene esta erupción más importancia que la limpieza esmerada que reclama, secando bien, no empleando grasas y sí polvos secantes, el mejor *licopodio,* y pronto se verá desaparecer.

—Si se escuecen estas regiones, y á la vez no engorda ó enflaquece, está triste y se mueve poco, avísese al médico, porque puede ser expresión de enfermedad grave.

—Para evitar aquellos eritemas, cuídese que el niño no permanezca mojado con su orina ó excrementos; á este fin, debe acostumbrarse desde muy pequeños á orinar y *hacer lo demás,* á horas determinadas, varias veces al día, colocándole un orinalito convenientemente. La impresión del frío producido por el contacto de la vasija, le obliga á orinar. Obsérvese cuando sufren un ligero estremecimiento, para inmediatamente ponerles á orinar. Todos los niños de menos de dos años, se estremecen antes de principiar.

—Demostrado que la difteria de las gallinas, puede infeccionar al hombre, no deben darse como juguete á los niños estas aves, como hemos tenido ocasión de observar.

—La costra que en la cabeza de los niños se forma frecuentemente *nunca* es saludable, sino que por el contrario, *siempre* es perjudicial. Debe limpiarse bien, reblandeciéndola con aceite de almendras dulces y con un cepillito, ayudado del peine, irla quitando poco á poco; lavando la cabeza con agua templada jabonosa, y secándola

luego muy bien. Si la costra es muy espesa, una cataplasma la hace caer.

—

—El niño en paseo debe de alejarse de terrenos pantanosos y jardines recien cavados, y en general de donde quiera que haya movimiento reciente de tierras, desmontes, etc., etc., porque sería fácil adquirir algunas infecciones.

—

—Los estercoleros, removidos por aves de corral, se juzgan focos de infección diftérica. Evítese pues, que los niños estén cerca de estos depósitos inmundos.

DR. LAVAL.

(Archivos de Medicina y Cirugía de los Niños.)

MISCELANEA MÉDICA.

Raquitismo y fósforo.—Sociedad médica de los hospitales.—M. COMBY ha estudiado durante 15 meses la acción terapéutica del fósforo en el tratamiento del raquitismo: cuarenta niños de edad de tres meses á diez años, tomaron uno ó dos milígramos por día de fósforo, asociado al aceite de hígado de bacalao (aceite de h. de bac. un litro; fósforo, diez centígramos; una á cuatro cucharadas de café por día.) Es el método de Kassowitz; fué aplicado de 3 á 12 meses.

Nunca M. Comby notó accidente alguno serio; en estos 40 casos, tuvo 21 alivios, 18 resultados negativos y una agravación. Por el contrario, de 40 raquíticos tratados al mismo tiempo por los baños salados, dos fueron completamente curados, 34 mejorados. En suma, el resultado fué mejor en este último caso que en la otra serie: puede, pues, concluirse de estas observaciones, que el tratamiento salino (baños, aguas cloruradas sódicas y estancia á la orilla del mar) es superior al tratamiento interno, cualquiera que él sea (aceite de hígado de bacalao, fosfatos, fósforo.)

Sífilis.—De un notable trabajo del Dr. Cerezo, transcribimos las condiciones sobre este importante asunto:

1ª La sífilis es fugaz en algunos sujetos, terminando su evolución con el signo inicial ó con los secundarios.

2ª Las manifestaciones sifilíticas, incluso el mismo chancro, llegan en muchos casos á hacerse crónicas, constituyendo el primer aspecto del sifilismo crónico, que llamo sifilismo crónico localizado.

3ª En otras ocasiones es la diátesis la rebelde y no sus manifestaciones, conociéndose la rebeldía de aquella en lo frecuente de los brotes sifilíticos; lo cual constituye un segundo aspecto de cronicidad en la dolencia, al que designo con la denominación de sifilismo crónico generalizado ó diatésico.

4ª La sífilis congénita es el tipo de sifilismo crónico generalizado.

5ª Hay una sífilis infantil larvada, cuyos principales caracteres suelen pasar desapercibidos á los médicos, y que no se hace mención de ellos en los clásicos, siendo los más frecuentes, el esfuerzo como para defecar, sensibilidad, rubicundez y rudeza en el ano, una pequeña vascularización rojiza en uno de los párpados superiores, deposiciones escasas, diarreicas y verdosas, color sucio del rostro, entumecimiento y sequedad de la mucosa de la nariz, llanto é insomnio ó sueño interrumpido con frecuencia por los dolores de vientre irradiados del ano; después adelgazamiento general, enrojecimiento de los talones y cara plantar de los dedos de los piés, y algunas pápulas en éstos y las manos, ó roseola más ó menos confluente. En casos excepcionales los síntomas cerebro-espinales de meningitis. En otros los de pleuro-bronquitis excesivamente dolorosa.

Las fricciones mercuriales y los baños calientes sulfurosos, en unión de la medicación sintomática, resuelven favorablemente la enfermedad.

6ª La mujer sifilítica engendra hijos sifilíticos y con sífilis grave, casi mortal, sólo cuando padece el signo inicial y los fenómenos secundarios, después no. El padre sifilítico puede transmitir la sífilis al engendro aun en el período latente ó de silencio. El niño sifilítico no contagia á su madre aun cuando ésta se halle exenta del mal. Tampoco contagia á la nodriza si carece de placas mucosas en la boca ó garganta.

7ª Una buena higiene y la medicación tópica, satisfacen la indicación curativa en el sifilismo crónico localizado; la higiene, ayudada de los mercuriales y yoduro potásico al interior, son los esencialmente indicados en el sifilismo crónico generalizado.

8ª Las enfermedades que, como la escrófula, el tubérculo y el raquitismo, aparecen bajo la influencia de la sífilis, ofrecen sus caracteres propios y sólo se relacionan con esta última enfermedad por la debilidad que la sífilis imprime al organismo haciendo más asequible el desarrollo de aquellas.

9ª Ciertos defectos de organización como el infantilismo, las corrosiones denta-

rias, el microdontismo y el amorfismo dentario son trastornos del desarrollo, que no siempre reconocen por causa á la sífilis, y cuando son por ella provocados, se hacen completamente independientes de ella en su ulterior existencia; y

10ª Importantes experimentos clínicos consistentes en inoculaciones y autoinoculaciones de pus de úlceras sifilíticas, úlceras sifilíticas crónicas y de otros procesos ulcerosos, hacen prever nuevos horizontes respecto á las ideas unicistas del chancro, que muy luego podré dilucidar.

Profilaxis del contacto sifilítico debido á la lactancia.—He aquí lo que propone la comisión de la Academia de Medicina de París, respecto á este punto: Añadir al reglamento administrativo de la *oficina de nodrizas*, el siguiente artículo:

"Nadie podrá tomar una nodriza, sin presentar un *certificado médico*, que garantice á aquella de todo riesgo de afección contagiosa por parte de la criatura. El certificado debe redactarse en los términos siguientes:

"El que suscribe, Doctor en Medicina, etc., certifica ignorar que los padres del niño X, á quienes asistí, desde......(precisar la época) hayan padecido enfermedad hereditaria alguna, que pueda transmitirse á la nodriza encargada de lactar á este niño."

Sobre la caries del temporal y prolapso del cerebelo.—Kuhn de Estrasburgo.

Se trata de un tumor observado en una niña de ocho años, en la que á consecuencia de caries de la caja del tambor, de larga fecha, había perdido toda la parte mastoidea del temporal, y una porción del occipital.

El tumor, del grueso de una manzana, formaba hernia por la abertura huesosa.

Era blando, presentaba pulsaciones débiles, y no daba lugar por la presión á ningún fenómeno nervioso. El tumor fué separado sin ninguna manifestación cerebral y las consecuencias parecían felices hasta los diez y ocho días en que se presentó fiebre, postración, síntomas meningíticos y la muerte, que sobrevino á los veintiocho días de la operación.

Se encontró en la autopsia una perforación de la pared superior de la caja que había sido el punto de partida de la meningitis purulenta.

El autor estudia el caso y recuerda ejemplos sacados de la literatura médica de prolapso del cerebro consecutivos á lesiones traumáticas en los que la ablación de partes cerebrales herniadas, fué hecha con éxito. (*Revue de Laryngologie, d'otologie, etc.*)

VARIEDADES.

OBSERVACIONES DE UN MÉDICO.

—La religión es para las sociedades lo que el ácido fénico para las úlceras: antipútrida.

—Hay una anemia del corazón causada por los desengaños, para lo cual no hay otro reconstituyente que la familia.

—El amor, por regla general, toma el tipo intermitente y la ausencia es su quinina.

—Una mujer bonita, pero sin espíritu, lo más que puede causar es una fiebre catarral del corazón.

—El odio á los gobernantes es como el mal aire: ataca con más fuerza en ayunas.

—La dignidad de la mujer por el momento causa calosfrío en el hombre, pero á continuación viene la fiebre.

—Una mala mujer y una muela irritada, se parecen en todo, y el único remedio es librarse de ellas.

—El amor es como el cloroformo: con ambos le sacan á uno hasta las entrañas sin sentirlo.

—La envidia es la sífilis del corazón humano: todas sus manifestaciones son asquerosas.

—La pasión es como las cataratas: quien las sufre ve oscuro.

—La conciencia de un usurero y el cólico, á veces se alivian con vomitar.

—Hay una elefancía moral que se llama *pobreza*, todo el mundo le huye de miedo del contagio.

—La caridad es el opio de los desgraciados; calma sus dolores aún cuando sea por momentos.

—La salud del cuerpo y la felicidad de un pueblo, se parecen en que ambas dependen de la buena ó mala constitución.

—El estudio de la gimnástica del espíritu, robustece hasta á los más raquíticos.

ESTADÍSTICA.—Durante la semana del 11 al 17 de Junio anterior, murieron en México 256 individuos. Las enfermedades reinantes fueron viruelas, tuberculosis pulmonar, meningitis cerebral, y sobre todo, bronquitis y enterocolitis. Durante la semana del 18 al 24 del mismo mes, fallecieron en la misma ciudad 291 individuos, y las enfermedades dominantes, fueron: tifo, viruelas, meningitis cerebral, eclampsia infantil, y sobre todo, neumonía y enterocolitis.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

Correspondencia interesante.

De Apam á México, Junio 12 de 1888.

Sr. Dr. Fernando Malanco.

Apreciable amigo y compañero:

Mis ocupaciones no me habían permitido escribirle; le ruego me disimule.

Soy partidario del sistema dosimétrico, porque á la actividad y simplicidad en la medicina, se une la comodidad y dosificacion: de la aglomeracion de ella en cada toma, sí desconfío, pues quizá no conocemos la descomposicion que se haga en el laboratorio gástrico. En Apizaco para cura un dolor gastrálgico, dieron al enfermo juntamente un gránulo de hiosciamina, de estricnina, de clorhidrato de morfina y de cicutina: á la media hora repitieron la medicina y el dolor no se quitó sino que fué ofuscado por un ardor tan intenso que á los ocho días después, en que fuí llamado para ver al enfermo y me refirió lo dicho, suponía que había sido envenenado, pues ninguna de las medicinas que había tomado en cuatro años que llevaba de enfermo, y asistido por médicos de México y Puebla, curado con vejigatorios, moxas, etc., etc., había sentido lo que con la medicina dosimétrica. ¿No cree vd. que le hizo mal ese conjunto de medicina?

En el mes de Noviembre y Diciembre últimos, tuve 27 niños enfermos de tos ferina, y me propuse usar la dosimetría, convencido de que las medicinas que había empleado en otras épocas contra esta enfermedad, no me habían satisfecho en sus resultados; y en esta vez todos se salvaron, y la duración fué por término medio de 40 á 60 días, bien poco atendiendo á lo riguroso que es por aquí el invierno.

En los pobres no puedo administrar la dosimetría porque les es gravosa; cada tubo cuesta de 25 á 37 centavos; sus jornales son de 31 centavos diarios; se necesita tener eso en cuenta para recetarles lo que les sea más barato.

Todo esto que he dicho á vd. no merece publicación; que pase por charla amistosa y como lo juzgo hombre ocupado, no quiero distraerlo con mis simplezas.

....

Su viejo amigo, compañero y S. S.

VICENTE SIERRA.

México, Julio 20 de 1888.

Sr. Dr. D. Vicente Sierra.

Apam.

Muy apreciable compañero y amigo:

Anímame y mucho, en la defensa de los sagrados derechos de la Medicina Fisiológica ó Científica y de su fiel servidor el Método Dosimétrico, encontrar compañeros, que como vd., se preocupan de los adelantamientos contemporáneos y exponen con lealtad absoluta sus dudas y sus desconfianzas, buscando acierto en el examen desapasionado y sereno de los hechos. Médicos así, podrán errar, errarán, pero más difícilmente que los que no imitan su conducta, y en contra de bien manifiesta intencion.

Pero vamos al negocio.

I

No opino como vd. querido compañero, que la Dosimetría es un sistema; los motivos que paso á exponer, van á demostrarle: primero, que es un método, y un método científico típico; y segundo, que es de todo punto importante la rectificación.

Sistema, en la acepción aquí conducente, es el ensamblamiento de hipótesis para sustituir al saber y explicar lo que se ignora; es la coordinación artificial por pequeño número de caracteres de hechos ó fenómenos, con objeto de entenderlos y razonarlos; es un conjunto de proposiciones deliberadamente entrabadas, de suerte que formen una teoría que las enlace; un engrane gratuito de principios para construir la doctrina que los comprenda.

Método, propiamente hablando, y como aquí debe tomarse, es una exposición de verdades, fundada sobre el conjunto de relaciones reales en los hechos ó fenómenos á que se refiere; es el arreglo que engendra el natural parentesco en los hechos que

abarca; es el orden que se deduce de la secuela de los principios lógicos á que corresponde.

Urgencias de explicación formulan los sistemas; experiencias y observaciones trazan los métodos.

Los sistemas son ficciones; los métodos, realidades. Los sistemas, sendas provisorias; los métodos, caminos asegurados. Los sistemas, criaturas de la necesidad; los métodos, construidos por la ciencia.

Un sistema terapéutico, es una coordinación artificial de medicamentos, según determinados respectos y con objeto de poder administrarlos; un método terapéutico es la agrupación ordenada, racional y precisa de los medicamentos, según voto y sentir de la Naturaleza.

Hubo en un tiempo métodos sistemáticos curativos, agrupaciones para la ciencia inconcebibles, y maléficas, consistentes en tratamientos reglados por ciertos principios y determinadas doctrinas terapéuticas; tratamientos teóricos que levantó no más que el odio al tratamiento empírico; verdaderos sistemas, usurpadores del nombre de métodos.

Y es que, apenas surgida del Empirismo su cuna, la Medicina empezó á andar por senderos convencionales que el espíritu humano perezoso siempre, le preparó, y la autorizó á seguir y que sus guardianes comprendieran pronto que por esos senderos, y ostentando como estandarte *hechos*, aunque fuesen mal interpretados, que prestigiaran á su protegida, se iba derechamente á la comodidad y á la fortuna. Resultado: los métodos sistemáticos fueron declarados invariables, el dogma sustituido al libre examen; agonizó la iniciativa personal, los atrevidos que advirtieron que la Medicina marchaba como Gagrenat, contundiendo y aplastando á sus adeptos, fueron declarados apóstatas ó estúpidos, y el Arte de curar totalmente rutinero marchó ya tranquilo por la vía consagrada, por la senda *magistral;* cada vez que encontraba una enfermedad orgánica triunfante, abría su formulario y prescribía ó copiaba la receta que más apropiada al caso pareció y....sálvese quien pueda.

La terapéutica necesitó siempre de una doctrina para emprender su marcha, y de un método verdadero y leal en qué apoyarse, pero los sistemas á empezar desde los de Themisson y Laodiceo, se cebaron en perjudicarla y en impedir sus progresos; Burggraeve tiene razon cuando dice que los sistemas en medicina constituyen una triste página de su historia, y que los grandes moralistas como Molière, prestaron un servicio inmenso, impidiéndonos por el ridículo seguir en estos excesos.

Hoy por fortuna, á la Medicina convencional, á la Medicina que trata con panaceas en vez de, con medicamentos debidamente concertados, á la Medicina servidora fanática ó indiferente, de doctrinas inconciliables ó contradictorias, á la Medicina que concedió tanto, que concedió todo á la diagnosis y á la prognosis, á la Medicina que como el astrónomo de la fábula espiaba con ojo atento la lesion orgánica, abandonando á la depresión vital, el verdadero peligro; el Progreso trae para sustituir, la Medicina de la razón, la Medicina de principios inmutables, la Medicina que se preocupa resueltamente de la terapéutica, consintiendo tranquila hasta en que se arruine la Anatomía patológica y se cierren las puertas de los anfiteatros.

La Medicina moderna fundada en la acción electiva de los medicamentos que comenzó á estudiar Hahnemann y que para bien de la humanidad han continuado sus discípulos, es esencialmente farmacodynámica, se propone llevar á los órganos á su estado normal, y por esto no se siente poderosa, sino en las enfermedades funcionales; no se esfuerza en comprender la vida, se conforma para llenar su objeto con la muy imperfecta definición que de ella da Bichat: *es el conjunto de condiciones que resisten á la muerte;* sabe que tiene todo lo que necesita en los incitantes y moderadores vitales; vigila, dirige, sostiene y aprovecha las tendencias útiles, y endereza las que no tienen el mismo carácter conservador, como bien dice Fonssagrives; se ha persuadido de que no tiene más que una vía por donde marchar la de la naturaleza, una doctrina que seguir, la doctrina hipocrática, un principio á que ajustarse, el vitalismo, y un único modo de asertar, las adquisiciones científicas de observación y experimentales; no sólo trata de curar, sino de curar brevemente, no da remedios para seres ontológicos y por tanto quiméricos, sino para las indicaciones; descompone los síntomas y les adecúa un tratamiento; no añade al mal la agravación del medicamento, aborrece la oscuridad que sólo complace á la pereza inquisitiva, y no cuenta con lo aventurado ni con lo hipotético en sus arsenales.

Tiene á sus órdenes al Método dosimétrico, acreedor á su nombre y á su reputación porque está inspirado por la Experiencia, establecido por la Fisiología y corroborado por la Observación clínica; que llena todas las indicaciones y no una ó algunas; que clasifica los medicamentos según sus

efectos sobre las propiedades de los sistemas histológicos y de los órganos; que apropia el remedio á la enfermedad; que introduce con prudencia al organismo lo necesario y sólo hasta conseguir el mayor efecto útil; que emplea medicamentos que á su *actividad y simplicidad* adunan su *comodidad* y *dosificación*, puros, fijos, inalterables; que suprime la complexidad en los efectos y lo problemático en los resultados; que emplea recursos que tienen hasta la ventaja de no detenerse en el organismo, sino que descompuestos ó no, cuando llenaron su papel salen por los grandes emuntorios orgánicos, la piel y los riñones y arrastran consigo productos azoados eliminables con grande alivio de la circulación general; que motiva, define y preve; que acomoda el tratamiento hasta á las más débiles organizaciones; que significa no una posología sino una verdadera terapéutica en acatamiento á leyes científicas, que por último y para que nada faltara reviste á sus preparados de forma grata, fácilmente manipulable y no fatigante, ni aun siquiera molesta.

En la actualidad quien dice Dosimetría dice Medicina científica servida por el método dosimétrico; se han aliado ambos estrechamente; era natural pues que son complementarios. La Medicina Científica debe al Método Dosimétrico muchas de sus conquistas y el segundo á la primera todas sus inspiraciones. Por esto es que la Medicina Científica se siente incómoda cuando no la acude el Método Dosimétrico, y éste se encuentra dislocado y violento cuando ocurre á llamamientos rutinarios y atraviesa por tradicionales ceremonias; por esto, que cuando algunos médicos curan científicamente se sienten desvalidos é inermes con la terapéutica tradicional y que cuando otros emplean *dos* gránulos dosimétricos de estricnina al dia, para levantar la entereza orgánica, ó *tres* de sulfuro de calcio en 24 horas para curar la tos, no consiguen efecto alguno, atribuyendo (lo que es común) al método que no comprendieron lo que causa su viciosa manera de aplicarlo; por esto es que, los que ya no solo creen sino que usan los defervescentes para yugular la fiebre, los que ya acatan aunque no quieran la más perseguida prescripción burggraevista, al dar sus antitérmicos peligrosos, aun envainados en fórmulas heteróclitas, no consiguen lo que debieran ó encuentran lo que no contaron.

Y no hemos cantado victoria; todavía hoy cura la Ortodoxia sistemáticamente ó conforme á la moda que viene á ser lo mismo; todavía hoy trata á las enfermedades (nuestros clínicos pueden atestiguarlo) aplicando un empirismo grosero. Lo ponen de bulto algunos de sus tratamientos más recomendados.

La digital, lo demostró Hughes, es un veneno que obra directamente sobre el corazón, ocasionando muertes violentas por la parálisis de ese gran motor de la vida. Experiencias fehacientes practicadas en la Escuela de Veterinaria de Curghem aseguran de modo indudable que la infusion de digital es capaz de matar, que la digitalina amorfa es peligrosísima y que la digitalina cristalizada puede manejarse oportunamente con total impunidad. Pues..... la Ortodoxia no entiende de eso; digital le fué entregada y sigue usando polvos de hojas de digital é infusión de digital para los enfermos, por la razón especiosa pero sistemática de que entre digital y digitalina el peligro menor, si no la inocuidad, está de parte de la digital, porque en las plantas la actividad y por tanto el peligro está en la sustancia activa.

El cloral es un sedante poderoso, que no obra sino á dosis elevadas y á manera de los anestésicos; en el estómago se desdobla produciéndose cloroformo naciente que se absorbe á medida que se engendra. Está demostrado por las experiencias de Frantz en el Hospital Civil de Colonia que el cloral en dosis terapéutica, causa muchas veces la muerte en los alcohólicos por congestiones cerebrales y medulares terribles y que su empleo en estos desgraciados es siempre peligroso. Pues bien, la Ortodoxia no quiere entender esto; cuando trata de hacer dormir á un bebedor, le administra preferentemente jarabe de Follet y la razón especiosa pero de sistema es que cloral hace dormir y sueño es lo que aquí se necesita.

La antipirina, declaran las observaciones de Captan y Gley, que como todos los hydrocárburos extingue, mata á los glóbulos rojos de la sangre; que abate el calor vital porque destruye los generadores principales de él no porque amengüe las combustiones de las sustancias azoadas y tonifique los vaso-motores; que es como bien dice Cadet de Gasicourt antitérmica pero no antifebril. Pues bien, á pesar de estos inconvenientes, y de que Oscar Henings, su caballero, confiesa que es mortífera, y de que Hardy, su amador, asegura que causa depresiones encefálicas mortales, á pesar de ser torpes las esculpacienes de Dujardin Baummetz que asegura que las muertes que origina son *coincidencias* y no menos las de Brouardel que las declara hijas de un riñon perezoso y también las

de Gautier que las supone resultantes del socio anilina que desde la preparación no abandona á la antipirina; y á pesar por último de comprenderse bien lo impotente del parapeto, la idiosincrasia individual con que la intentan proteger Guillermo See y Bell, idiosincrasia que nunca es previsible y sí siempre lamentable, la Ortodoxia sigue empleando la antipirina y la seguirá usando, *ahora que cura y mientras cure* como decía el Dr. Double y mientras siga en boga en París; y la razón especiosa, pero sistemática es que, la antipirina abate el calor animal y no es la Aconitina preconizada por Burggraeve; ¡qué recalcitrante es á veces la práctica!

II.

De la aglomeración de sustancias activas, que á menudo ordena la Dosimetría ¿teme vd.? Entiendo que es sin justicia y voy á demostrárselo.

La Dosimetría agrupa los alcaloides y glycosides cuando trata de corregir con unos lo que en otros es excesivo ó contrario al efecto farmacodynámico apetecible, ó cuando deben congregarse fuerzas distintas y suficientes para combatir los complexos fenómenos con que se revela la mayor parte de las enfermedades dynámicas ú orgánicas; comunmente dirige unos á la causa y otros á los síntomas ó complicaciones, todos en acuerdo para conseguir la salud.

Algunos ejemplos esclarecerán estas indicaciones.

La digitalina incita á los músculos expulsores; esta acción se revela en diurésis en el organísmo viviente; á los cuantos gránulos, un sentimiento de opresión en la vejiga advierte que el receptáculo urinario está lleno; entonces si la indicación de la digitalina persiste, hay que asociarle de cuando en cuando un gránulo de hiosiamina porque abre y para que abra el esfínter vesical y la orina corra fácilmente haciendo cesar la constricción. Aquí está un medicamento corrigiendo ó facilitando la benéfica acción de otro.

En la flogosis de un órgano, la circulación local sufre; la perturbación dynámica repercute en los glóbulos de su sangre, éstos que en su estado normal marchan armónicamente y sin chocarse, ahora se hinchan, se deforman, se tropiezan, se empujan; faltos de oxígeno, se extinguen asfixiados y sus cadáveres, sus despojos obstruyen las redes capilares, que primero contraídas sobre ellos se abultan en seguida y sin energía se dejan llenar de sangre; los parenquimas rebozan, sobreviene la hinchazón y la rubicundez; los ramitos nerviosos comprimidos ó dilacerados por presión escéntrica se quejan en dolores; el calor aumenta porque las combustiones íntimas de las sustancias azoadas se exageran; la sangre del zoonita enfermo calienta la sangre del organismo entero; el sistema nervioso vegetativo acelera el pulso para desentorpecer la marcha del torrente sanguíneo; los demás órganos no acostumbrados á las prisas de la Necesidad hacen sus reparaciones imperfectas dejando así que los invada la Languidez; el estómago suprime sus pedidos, la cabeza sufre, el sistema locomotor decae, el corazón (que tiene que batir siempre, que no es como otros músculos que pueden descansar, pero que se fatiga cuando se le encomienda un exceso de trabajo) obligado á bombear más de lo acostumbrado desfallece......¿Qué hacer? Tonificar los capilares para que expulsen la sangre acumulada y levanten el vigor orgánico abatido; calmar el sistema nervioso irritado; cortar el incendio que amenaza invadir á la organización entera y fortalecer el corazón. Estricnina, morfina, aconitina y digitalina: he aquí los remedios que la análisis prescribe en general á la flogosis de una entraña; he aquí el agrupamiento lógico que piden las indicaciones científicas; he aquí una medicación concertada lógicamente con las fuerzas de varios medicamentos.

Una disuria es causado, supongo, por parálisis del cuerpo de la vejiga y espasmo del cuello vesical; un dolor se hace sentir rumbo al perineo y al ano ¿cómo acudir? administrando brucina, hyosiamina y cicutina; la primera para quitar la parálisis, la segunda para corregir el espasmo y la tercera para curar el dolor, debido á la acción refleja de la médula espinal. Aquí hay tres remedios en sociedad: dos para suprimir la causa en obediencia á la indicación *dominante* y uno para quitar el efecto acatando la indicación *variante.*

Ahora bien: si es peligroso juntar medicamentos en esas fórmulas confusas, que casan lo amargo con lo dulce, que parece intentan sólo disminuir sus propios inconvenientes y de que se mofaba Meckel; si es nocivo prescribir esas descargas á metralla que para Forget pretenden atacar con el ingrediente que se pueda, á la enfermedad; si cuando menos es injustificable unir varios congéneres sin causa y sólo por ostentación con peligro, como decia Hufeland de ocasionar dos enfermedades en vez de suprimir una; no perjudica al paciente ni á la Terapéutica, que se congreguen remedios para que se corrijan ó para que

sumen sus esfuerzos hasta obtener el fin, y sólo el fin á que tienden; cuando inquirida bien su perfecta relación con la enfermedad y el papel íntimo que van á cumplir, se afrontan á cada uno de los síntomas morbosos, de modo que cada medicamento esté en su oportunidad en su sitio y á su tiempo, reunido ó separado, cómo y cuando la enfermedad lo requiera; ayudándose siempre entre sí, bien para producir un efecto único, bien trayendo cada cual el contingente apropiado y forzoso. Y que así no se perjudica á la Terapéutica ni al paciente, que la Naturaleza no comete ilogismos lo dijeron las experiencias relativas, entre otras y muy particularmente las practicadas por el químico alemán Liebrich.

Los medicamentos activos prefieren un elemento anatómico; tienen *acción electiva histológica.* Donde quiera que hay elementos de naturaleza idéntica, allí se hace sentir su virtud; donde quiera que los elementos relativos abundan, allí la acción es preferente. Los órganos donde abunda el elemento histológico preferido, *apetecen* recursos terapéuticos determinados, los quieren porque les convienen. En las enfermedades la organización tiene hambre de medicamentos; pide y acepta los que el saber le da cuidadosamente preparados y reunidos.

Sucede en el tratamiento como en la alimentación; la naturaleza necesita alimentos muy variados para acudir á la petición de cada uno de los zoonitas que forman el ser humano; todos esos alimentos, unidos para dar gusto, facilitando el ingreso, van por su camino sin dar traspiés, sin perjudicarse y sin chocarse; el estómago los absorbe y entrega á la circulación para que cada órgano tome lo que apetece. Es necesario variar y asociar las sustancias medicinales como es necesario variar y asociar las sustancias alimenticias. El arte culinario está encargado de constituir científicamente un verdadero alimento y la terapéutica de constituir científicamente un verdadero medicamento.

En las preparaciones alopáticas los medicamentos por su misma preparación llegan ya al estómago alterados ó alterables; como los alimentos mal preparados, son nauseosos é indigestos; en los gránulos llegan intactos á una economía que los desea, que los espera, que está bien dispuesta á recibirlos y adonde está ya lista una Ley de Afinidad natural que llevará á cada cual por la senda conveniente para llegar á su destino.

La Dosimetría no amalgama los medicamentos; con toda deliberación los deja independientes para que al formular tratamientos los concierte en conformidad al pedido individual morboso, contando en cada uno, con la acción electiva que le es peculiar para que su agrupación sea estratégica, es decir, pericial. La Dosimetría no se propone, no pretende dar muchos medicamentos á la vez; trata sólo de llenar indicaciones y de llenarlas todas. Ni podría establecer tratamiento científico sino sólo sobre ellas, por ser inmutables; y al obrar así, va sobre la causa como Brown y sobre las formas, sobre los síntomas, como Brousseais.

Y pues que las indicaciones son múltiples, si un sólo medicamento no las llena hay que tratarlas con terapéutica compleja, con terapéutica que las abarque, que acuda al mejor plan de ataque.

Además, la asociación de medicamentos multiplica el poder curativo, hecho de que responde la experiencia de muchos siglos y que Fordyce estableció como regla: *Una combinación de remedios similares produce un efecto más cierto, más pronto y más considerable que una dosis equivalente de un remedio ó de un medicamento único.*

Hay pues que apropiar los medicamentos á las apetencias orgánicas, hay que elegirlos bien y darlos; lo demás corresponde á los órganos; es cosa suya; buen cuidado tienen de atraerlos á sí, cuando la circulación se los presenta.

La Veratrina tenderá á paralizar exclusivamente la fibra muscular estriada; la Ergotina á contraer la muscular lisa, la Estricnina á contraer la fibro celdilla motriz, la Curara á paralizarla y la Atropina á excitar el gran sympático; serán preferidos por las influencias de esos medicamentos los órganos en donde predominen los elementos correspondientes y se conservarán indemnes ó sólo serán simpáticamente conmovidos los que en su contextura no los cuenten, si van los medicamentos con los compañeros que deben. La Ciencia marcó ya las metamórfosis que algunas sustancias como el cloral sufren en el laboratorio gástrico y con los que la mayor parte de los recursos terapéuticos pasan en los laboratorios todos del organismo; la Ciencia conoce á los antagónicos y antitéticos y está persuadida de que no son los que deben asociarse; la Ciencia ha tratado á la acción antipática y á la synérgica de los remedios y sabe bien que no se repugnan y por tanto que no hay inconveniente en agruparlas.

Del miedo de emplear los alcaloides, ya solos, ya en *quorum*, ya en cantidad apa-

rentemente grande ó aparentemente mínima, sólo se libra el que los emplea y á medida que los emplea. El mismo Burggraeve en sus primeros ensayos alcaloidoterápicos, no se atrevía á abandonar la cabecera de sus enfermos ó tenía que visitarlos tres y cuatro veces al día.

Pero vamos al caso que vd. refiere.

III.

Siento mucho que en él haya tenido que tratarse de un *dolor neurálgico.* Una neuralgia como cualquiera otra neurosis es rebelde al tratamiento dosimétrico y con mayor razón al alopático. ¿Porqué? Primero, porque comunmente es diatésica, es sólo una manifestación del Impaludismo, de la Sífilis, del Escorbuto, de la Escrófula, del Reumatismo, de la Uremia, de la Clorosis, etc., y estas diátesis que necesitan tratamiento prolongado y anterior sólo son recordadas por el paciente y muchas veces aún por el médico hasta que la manifestación se presenta; y segundo, porque las perturbaciones íntimas propias de la neuralgia son hasta hoy desconocidas.

En una neuralgia puede haber hiperhemia neurilémica y aun circundante, puede haber desde el espasmo tónico supremo del tétanos hasta el espasmo clónico clásico de las neuralgias cloroanémicas; puede haber desde la periodicidad mejor marcada hasta la sola remitencia pero ninguno de estos síntomas le es esencial; todos pueden estar ó faltar. El dolor, sólo el dolor ya centrípeto, ya centrífugo, ya en los nervios del sentimiento, ya en los del movimiento (pues que la distinción entre unos y otros no es rigurosa como lo demuestran las mismas neuralgias y la transposición sensorial magnética), es lo único que declara que allí hay un padecimiento neurótico, que allí hay una acumulación ú obstrucción de la sensibilidad; que allí está un nudo dinámico que desatar, una corriente detenida que desentorpecer; si se suprime el dolor, la neurosis desapareció; nadie podría señalarla.

Por más que Liegard suponga con buenos fundamentos que las neuralgias como el reumatismo, originariamente, no son sino repercusiones del fluído nervioso de la piel hacia los filamentos nerviosos de una ó de otra parte del cuerpo ó hacia los centros nerviosos; por más que el entumecimiento de los vaso-motores, pudiera razonar el estorbo á la circulacion de la electricidad nerviosa, nada histológico, nada sobre mecanismo íntimo de esos padecimientos es conocido; el médico llamado á combatir una neuralgia, no tiene que luchar más que contra el síntoma dolor; y cuando falta la Anatomía Fisiológica y sólo queda la Fisiología Patológica, no hay más que reducir los síntomas á sus elementos para guiar la terapéutica. Los médicos no deben ocultar incertidumbres que no les son imputables y en medicina rigurosamente científica, en presencia de una serie de síntomas cuya causa ó lesión material escapa por más que se remonte al origen del mal, no queda sino tratar síntomas y aplicarles los remedios que el arte enseña.

En una neuralgia no hay pues que hacer más que administrar antineurálgicos ó sedantes del sistema nervioso cerebro-espinal, dosimétricamente, esto sí, porque las dosis alopáticas aplastan el dolor, no lo extinguen, y al disiparse el narcotismo, vuelve el sufrimiento con el cortejo molestísimo del estupor narcótico y de varias parecias orgánicas consiguientes.

Pero la elección del narcótico es importantísima; no es indiferente tomar el primero en que se piense ó el que más cerca se tiene; hay que consultar al acompañamiento del dolor. ¿Domina el espasmo como en la cystalgia, como en el tétanos? La hyosciamina y la atropina servirán mejor que otro cualquiera. ¿Dominan los dolores intervertebrales? La cicutina, por tener acción especialmente sobre la médula, por gozar de la facultad de aquietar á la Sensibilidad y á la Contractilidad, moradoras en este centro nervioso, debe ser preferida. ¿Dominan las hypersecreciones como las que acompañan á la neuralgia del 5º par? La morfina por terminar hasta con las pérdidas, debe elegirse. ¿Se trata de personas delicadas ó de niños? La codeina suave en sus efectos y eficaz en sus resultados, debe ser llamada. ¿Se trata de una gastralgia? La narseina que, según las experiencias de Rabuteau, no sólo tiene acción especial sobre los nervios abdominales, sino que evita la acidez permanente de los jugos del estómago, llenará como ningún otro narcótico el objeto apetecido.

Las circunstancias ordenarán si hay que corregir la morfina con hyosiamina, ó al contrario; si hay que activar la codeina con morfina; si hay que contrarrestar la parecia vaso motriz mórfica con estricnina.

Después, y siempre en obediencia á la indicación *variante,* única gobernadora posible en el caso, hay que asociar según convenga aconitina si hay hiperemia ó reacción; veratrina si congestión; quinina si periodicidad; digitalina; si uremia ó flojedad cardiaca; estricnina si relajación muscular ó atonía; exutorios y yodados, si hay engurjitamiento.

Quedarse debe para época más propicia, pero inmediata, conjurar la diátesis con los medios conducentes que no es del caso relatar aquí.

¿Estaba indicado en el caso de neuralgia que vd. comenta la agrupación de hiosciamina, estricnina, clorohidrato de morfina y cicutina, que fué administrada? Para resolverlo, necesario sería examinar detalles que la carta á que me vengo refiriendo omite. Tal vez habría convenido narseina como narcótico, hiosciamina como correctivo y antiespasmódico, quasina para asegurar las digestiones y estricnina como tónico del estómago; pero pues que cada enfermo es tipo de enfermedad especial, la suya, sólo en presencia del caso, ó con más amplios informes y pormenores, pueden salir más perfectas y airosas las fórmulas terapéuticas.

¿Qué fué ese *ardor* intenso que ofuscó al *dolor* y que persistía ocho días después, cuando vd. fué llamado? Esternaré mi sospecha (que sólo sospecha es y puede ser) sobre ese hecho, con la lealtad que me caracteriza.

Vd. sabe bien, querido compañero, que entre las dispepsias no orgánicas, hay una variedad de gástricas en las que se producen ácidos anormales ó en cantidad anormal, originados por fermentacion que causa el moco gástrico, sobre todo alterado en las sustancias amiláceas ó azucaradas; vd. sabe bien que en estas dispepsias, cuando el padecimiento es ligero hay fermentación láctica, cuando antiguo butírica y en las cloróticas acética; vd. sabe que en estas dispepsias hay entre otros síntomas, gastrodinia, y que esta gastrodinia, afecta muchas veces la periodicidad de las digestiones, en el punto donde la dificultad apura más á la entraña; vd. sabe que en dispepsias como las que retrato, los ácidos morbosos cauterizan, tal es la frase, la mucosa gástrica provocando ardores y excitando á los nervios viscerales á punto de causar el espasmo del estómago; vd. sabe y comprende bien, que se confunden con bastante frecuencia la verdadera gastralgia con esta dispepsia gastrálgica; qué ¿no cree vd. que se haya tomado en el caso uno por otro padecimiento y que la intervención de narcóticos inoportunos haya facilitado á los ácidos en la víscera contenidos, cauterizar la mucosa del estómago indefenso, provocando el ardor aquel persistente que primero ofuscó el dolor y en seguida preocupó y con justicia la imaginación del paciente?

Además de que esta sospecha explica muy bien el síntoma ardor, y aun su duración, razona la prontitud, que tal puede llamarse, con que se ofuscó la gastrodynia cosa notabilísima por difícil, en una verdadera gastralgia.

¿El enfermo se creyó envenenado? Esto nada tiene de extraño; en negocio propio, especialmente en la propia salud, los menóres accidentes se ven abultados y además, un enfermo no tiene obligación de entender lo que pasa en su organismo, siendo disculpable que en muchas ocasiones atribuya cualquiera peripecia en el tratamiento á intoxicación.

Lo que tomó, en la dosis en que lo tomó, pudo hasta haber sido inconveniente, pero tóxico, seguramente no.

Además, estoy cierto de que en el curso de su tratamiento alopático, sin notar trastorno tóxico ha tomado de la propia clase de sustancias medicinales, ya solas, ya asociadas, porque la Ortodoxia para combatir las neuralgias, cuenta con la morfina y el opio, la belladona, el beleño, la cicuta, la nuez vómica y el bromuro de potasio.

Reasumiendo, estimado compañero, formulo mi opinión respecto del caso de neuralgia mencionado en su grata que contesto, del modo siguiente: 1º No es en las neuralgias donde más brilla el poder de la Medicina aun científica, en el estado en que hoy se encuentra. 2º Un dolor neurálgico se combate con narcótico que debe elegir, corregir y asociar el médico, en presencia de las circunstancias. 3º Quizá las que rodearon al caso, no eran las apropiadas para el tratamiento que se impuso. 4º Varias sustancias medicinales para curar una enfermedad, no se perjudican entre sí, y aprovechan, cuando son conducentes y se conciertan de modo debido. 5º Es dudoso que se haya tratado de una verdadera gastralgia; y 6º No hubo, ni fué posible envenenamiento, en las condiciones relatadas, pudiendo referirse el síntoma que lo hizo temer, á peripecias de la propia enfermedad

IV.

Respecto de los niños asistidos por vd. y curados de tos ferina, empleando el Método dosimétrico, deploro que no dé pormenores que son tan útiles para la enseñanza de tratamiento, que por más que unos llamen insignificante, otros viejo, otros charlatanesco, y muchos, mera variación posológica, pocos conocen.

V.

Tiene vd. sobrada razón para quejarse de lo caro de la medicina dosimétrica; pero

me atrevo á darle un consejo; mientras el Sr. Cárlos Chanteaud llega á persuadirse de que está en sus mismos intereses abaratar los gránulos, ó mientras hay quien los imite bien, hasta en su bella forma, puede vd. emplear los preparados por Chanteaud de Vendôme que son buenos y de poco precio y que venden por onzas en las Droguerías; puede también usar los preparados por nuestro hábil farmacéutico el Sr. Julio Reyes, encargado del Almacén Central de la Beneficencia pública en México, que también cuestan poco, se venden en el mismo Almacén, por onzas y están bien dosados. Tal vez los gránulos de alcaloides exquisitos como los de atropina, aconitina y daturina, etc., deban siempre buscarse entre los caros, es decir, entre los del Sr. Cárlos Chanteaud para seguridad y tranquilidad en el tratamiento.

VI.

Yo no creo, querido compañero, que todo lo que anota su carta y de que me he ocupado sean *simplezas;* son comunicaciones interesantes y que promueven aclaraciones importantísimas.

Todos los médicos, cumpliendo con un deber de conciencia y de confraternidad deberían explicar su práctica muy especialmente en sus reveses; todos tienen obligación de dar garantías al público que los ocupa y encarga su vida. Hoy más que nunca la responsabilidad moral es inmensa; el Progreso toca á las puertas de la Ortodoxia; es preciso que esta última diga por qué lo desdeña ó lo desnaturaliza; es conveniente que exprese porqué no adopta la dosimetría si es buena, ó porqué no la aturrulla si es mala; es urgente que justifique porqué deja morir enfermos que la medicina moderna pudiera salvar, porqué ve impávida á la Anatomía Patológica entronizarse por sólo tener el gusto de apretar la mano á un diagnóstico refulgente.

Hay en México dosímetras que no se esternan por temor á la Escuela, por *respeto* á los maestros; los hay entre estos últimos, que no ostentan su afecto al Burggraevismo por no aparecer *débiles* ante sus discípulos y comprofesores; hay también algunos que denigran en tonto al método dosimétrico, que ni conocen ni saben qué significa y que hacen coro de detracción para consolar su pereza de espíritu; la mayor parte de entre estos fuertes y débiles intentan yugular las fiebres, y curan dosimétricamente con su antipirina y su kairina, y sin embargo, siguen ostentando reserva ¿esperarán para declararse ó para estudiar, que la iniciativa venga no de la Razón sino de París?

En medicina callar es inodarse con el Retroceso; pues que se trata de la vida humana no es permitido ser retraido. Apenas es concebible, que maestros, tan sabios en las clínicas, tan elocuentes en las aulas, no dejen oir su voz sino en uno que otro *caso*, sin doctrina, como si entregaran canon, ó ejecutoria que pide sólo acatamiento y sumisión; apenas puede creerse que de entre ellos sólo haya salido como simple eco ó como campeon benévolo, un enmascarado á cumplir la misión que el pavo de la fábula de Iriarte desempeñó, respondiendo á la invitación del cuervo.

¿Será el tema de nuestros pedagogos aquel de Molière:

Nul n'aurá de l'esprit que nous et nos amis?..

....

Hagamos, señor compañero, á un lado los aristocráticos desdenes; que vengan hombres animosos como vd. á declarar altamente lo que suponen cierto y lo que sientan dudoso ó difícil; que sigan á vd. los verdaderos amantes de la vida humana, que continúen remitiéndonos esas *simplezas*, hijas de la honradez profesional. Sólo así se puede trabajar con valor que muchas veces se siente desfallecer ante la malevolencia, el orgullo ó la envidia de tanto retardatario.

Soy de vd., con todo afecto, obediente servidor y compañero que A. B. S. M.

FERNANDO MALANCO.

La sangre y la carne crudas.

Diariamente se ven concurrir á la casa matadero de esta ciudad, en la hora en que se hace la matanza de carneros, á un número variable de personas de ambos sexos con el objeto de tomar sangre cruda en calidad, según se me ha dicho, de eficaz reconstituyente de sus debilitados organismos. La sangre que sale después de la sección casi simultánea de las yugulares y carótidas, resultado del procedimiento de matanza empleado.

Como el uso que se hace de la sangre afecta de un modo directo á la higiene, no creo que carezca de importancia un estudio que por breve que parezca, dilucide en lo posible los principales inconvenientes que pueda tener la ingestión de esta sustancia.

La sangre, físicamente considerada, en el hombre y en los animales superiores, es

un líquido contenido en un sistema de canales conocidos con los nombres de corazón, arterias, venas y capilares; de un color rojo más ó menos oscuro, según el departamento que ocupa en dichos canales, tiene, como es sabido, la notable propiedad de estar siempre en movimiento y en renovación molecular continua. Los elementos anatómicos del organismo toman de ese líquido incesantemente el material de su nutrición íntima, arrojando á su vez en él los desechos de dicha nutrición. Estas propiedades, si bien están de conformidad con la denominación que se le ha dado á la sangre de "medio interior" porque en él viven y en él se nutren las innumerables individualidades que constituyen el organismo, no hay las mismas razones para admitirlo como sano reparador de la constitución histológica y química de los tejidos en aquellas personas cuya vida en desequilibrio muestran de un modo claro su falta de nutrición.

Es digno de recordarse que entre las sustancias de desecho dispuestas á ser arrojadas, están incluídas, como se sabe, aquellas que tienen que formar parte de la exhalación pulmonar y de las secreciones sudorífera y urinaria. En brevísima enumeración y á fin de tenerlas presentes, mencionaremos de aquellas el ácido carbónico, los lactatos de sosa, de cal y de potasa, acetato de sosa, oxalato de cal, ácido úrico, uratos de cal, de sosa, de potasa, de magnesia, de amoniaco, hipuratos de sosa, de potasa, neumato de sosa, urea, alantoidina, cistina, leucina, tirocina, creatina, creatinina, inocita, xantina, hipoxantina, colesterina.

La clínica, ramo esencialmente práctico de las ciencias médicas, nos señala gravísimos peligros para la vida de los pacientes desde el momento en que no son arrojados aquellos principios de la economía. La higiene, síntesis de las ciencias aplicadas á la conservación, bienestar y mejoramientos sociales del hombre, al tratar de los alimentos, nos dice que no basta que en la generalidad de los casos contengan estos los principios que les son propios; es necesario, además, que impresionen favorablemente el gusto, el olor, á fin de preparar su aprovechamiento, y el aspecto, pureza, sabor y olor de la sangre, no pueden satisfacer en manera alguna, aquella condición. Este líquido de la manera que se usa es repugnante y difícil de digerirse por los que lo toman, y sólo como precio de deseada salud puede tenerse la resignación y fuerza de voluntad necesarias para tomarlo.

Muy frecuente es observar en determinadas circunstancias, abundantes colonias de parásitos en los ovídeos destinados al consumo público, invadiendo el intestino, el hígado, los centros nerviosos y la sangre que les sirve de vehículo, de transporte para conducirlos á los órganos ó entrañas que le son propicios. El coenuro cerebral de Rudolphi, vesicular social de Block, es el hidátide más voluminoso que se sitúa en el cerebro y en la médula, conteniendo en su interior centenares de proscolex: equinococus y el distoma en el hígado, extendiéndose en otras entrañas, pueden hacer de este ovídeo en muchos casos una fuente activa de parasitismo.

El individuo que padece y se encuentra en las condiciones que dejo asentadas, y que toma sangre cruda ó carne cruda, está expuesto á sufrir el parasitismo y sus consecuencias más ó menos perjudiciales. La ley es clara y adquiere hoy vigor pleno con los progresos contemporáneos de la ciencia. Cuando el equilibrio de la balanza que representa la vida se conserva íntegro, la lucha por la economía tiene que ser ventajosa, pero alterado este equilibrio é inclinado uno de los platillos por la desnutrición, aquella lucha es desventajosa para la integridad de los órganos y de sus funciones en el hombre y en los animales.

Todo ser dotado de vida, animales y vegetales, microscópicos ó no, pueden ser aptos para servir de habitáculo á otros séres de variadas y distintas especies, siempre y cuando obren á la vez en ellos dos órdenes de causas que llamaremos esenciales y secundarias.

La ingestión del embrión, exacanto que se transforma en cisticerco para producir la enfermedad conocida con el nombre de lepra en el puerco; la ingestión del cisticerco proveniente del puerco, de la res ó del carnero para desarrollar en el hombre el *toenia solium* ó el *toenia medio canellata ó saginato*, de Goz; el desarrollo del *equinococus;* el huevo con el embrión del distoma del hígado para la distomatosis en los animales como en el hombre; la espora del *oidium albicans* sobre la mucosa de la boca de los niños; el *estrongilus filaria* para la bronquitis y pneumonía verminosas en los ovídeos, son causas esenciales que quedarían estériles en sus efectos si exclusivamente obraren.

La difusión parasitaria necesita de las condiciones secundarias perfectamente representadas por organismos debilitados. Disminuida la fuerza vital por la enfermedad, está expuesto el organismo á la invasión de parásitos, á la multiplicación de estos y á sufrir sus efectos, los cuales

tienen que ser proporcionados á la resistencia vital. Tal es la ley del parasitismo.

Nada extraño es, pues, encontrar parásitos en la sangre y órganos del hombre semejantes á los que se encuentran en los mismos órganos de los animales. El hombre recibe el cisticerco del *toenia*, destruye su quiste y nutre al gusano perfecto. La precencia del cisticerco observada en los músculos del hombre enseña que el embrión salido del cuerpo del *toenia*, encuentra habitáculo propicio para su transformación en cisticerco como en el cuerpo y vobídeos. Difícil sería una demostración de una autoinfección en el hombre que lleve un *toenia;* pero á la verdad ya no repugna.

Los *equinococus* en los animales de consumo no escasean, ¿y son por ventura desconocidos en el hombre? La historia de la generación alternante de las *toeniades* y *céstodes* todavía incompleta, nos dice que el perro que come estos quistes desarrolla el ser perfecto *toenia equinococo* y de aquí el origen del hidátide y del equinococo en el hombre y en los animales. La evolución y emigración de parásitos ha preocupado con razón á los higienistas como á los patologistas; el *distonum hoematovium* ha sido observado en la sangre del hombre y los huevos de este parásito en la orina y en los excrementos; la filaria *sanguinis hominis* que Lewis en la India observó en la linfa y Sonsino en Egipto; el distoma hepático, el distoma lanceolado, han sido encontrados en el hombre en las vías biliares. Más pudiera extenderme en ejemplos demostrando la idoneidad del medio que puede representar el hombre en las circunstancias ya indicadas para favorecer el parasitismo de consecuencias no siempre funestas; pero que pueden darse casos en que sí lo sean. Hay enfermedades infecciosas muy graves, cuya naturaleza, distinta de las anteriores, sea enteramente desconocida en sus manifestaciones incipientes, las cuales pueden comunicarse al hombre con más actividad.

Señalados estos peligros para el hombre, me parece conveniente tratar de remediarlos, y con ese fin me tomo la libertad de llamar la atención del Cuerpo Médico de la capital, y muy especialmente de los dignos miembros de esta Academia, para que difundiendo verbalmente nociones preventivas entre las familias, se consiga extirpar la mala constumbre que tienen algunos de tomar sangre y carne crudas, en la creencia de que toman alimentos sanos.

JOSE DE LA LUZ GÓMEZ.

LA QUININA
Y LA MEDICACIÓN PALÚDICA.

(Conclusión. — Véase el número 9.)

III

FARMACODINAMIA.

CURVA DEL APARATO SENSITIVO.

La quinina tiene por el aparato sensitivo, poco más ó menos, la misma afinidad que por el aparato circulatorio; pero llega más rápidamente al fin de sus resistencias: los nervios sensitivos están ya agotados, cuando el corazón apenas está deprimido y es capaz todavía de sostener una larga lucha.

Se concibe, pues, que la quinina pueda obrar eficazmente cuando la debilidad está exaltada. Además, cuando los nervios sensitivos juegan un papel más ó menos importante en la génesis morbosa, la quinina, restringiendo sus funciones, ejercerá una acción eficaz aunque indirecta.

Así es como ella contribuye á calmar una pirexia, calmando la excitación nerviosa que depende de ella; y que puede aun cerrar la puerta á la fiebre en los casos en que ésta penetra en el organismo conducida por la impresionabilidad nerviosa. Si, pues, la quinina se muestra muchas veces heroica, como se dice pintorescamente en terapéutica, se podrá encontrar una explicación bastante sencilla en su acción depresiva sobre el aparato sensitivo.

La quinina ejerce su acción sobre la sensibilidad general, y una acción muy especial sobre ciertos centros sensitivos particulares.

Acción sobre la sensibilidad general.— Este estudio no ha sido muy intentado por los experimentadores; y esto se comprende, por otra parte, puesto que los animales no expresan sus sensaciones subjetivas. Lo que se puede observar en ellos no son más que los efectos más groseros, los últimos efectos, tales como la anestesia y la analgesia; además, se ve que la pérdida de la sensibilidad va siempre precedida de fenómenos de excitación más ó menos marcados.

Así, los autores repiten para la sensibilidad lo que han dicho para la circulación: "A pequeña dosis, excitación; á dosis elevada y continua, sedación."

Estabilidad. — Hemos visto ya lo que los autores llaman pequeñas dosis. Para la circulación era la dosis de 50 centígramos á un gramo; aquí es aún más: se trata de 1 á 2 gramos, porque sólo á esta dosis co-

mienza, por término medio, la intolerancia de la sensibilidad.

Pero nosotros, que no pensamos que el estudio fisiológico de un medicamento debe comenzar solamente en el punto en que hace aparecer desórdenes, intentaremos observar la acción desde el principio.

Observaremos desde luego que el período de tolerancia es mucho más largo para la sensibilidad general, que para la circulación. Es que el sistema sensitivo no está dotado, como el circulatorio, de un aparato de suspensión comparable al *pneumogástrico.* Además la quinina obra mucho más enérgicamente sobre los centros que sobre los cordones nerviosos. Sea como quiera, los nervios sensitivos se dejan deprimir bastante tiempo sin reaccionar.

La sensibilidad general, sin embargo, disminuye desde los primeros centígramos; pero como ella se reconstituye aprisa, no es fácil hacer el hecho visible en el individuo sano. No obstante, he aquí cómo esta acción—que podría ser medida por un galvanómetro especial—es apreciable sin instrumento. Dado un determinado ruído estridente, este ruído no obra solamente sobre el nervio auditivo, sino sobre todos los nervios sensitivos, y para un observador atento, se traduce por una especie de conmoción más ó menos desagradable. Que este observador note la conmoción habitual y la compare á la que el mismo ruido producirá en él después de diferentes dosis de quinina; se dará cuenta que bastan algunos centígramos de sulfato de quinina para atenuar la sensación recibida. Aquí el ruído permite realizar una especie de senso-dinamómetro, que mide una modalidad vibratoria absolutamente fisiológica.

En el estado patológico, en presencia de ciertas hiperestesias completamente independientes del estado congestivo, y en las cuales la menor excitación provoca dolor, la quinina manifiesta su acción depresiva, atenuando esta hiperestesia, á dosis más débiles aún.

Se ve que el resultado obtenido por estas dosis es un aumento de resistencia nerviosa, lo mismo en el estado normal que en el estado de enfermedad. Y la quinina sería mucho más preciosa todavía y más manejable como tónico si no produjese pronto, aun en cantidades débiles, intolerancia en los centros sensitivos especiales.

Bajo la influencia de estos primeros centígramos, la depresión es bastante débil para ser reparada inmediatamente y con beneficio, por el hecho del esfuerzo vital puesto en juego; de aquí, aumento de la estabilidad nerviosa. Pero si los nervios son más fuertemente impresionados, la depresión puede no ser reparada gradualmente y persistir más ó menos tiempo. No es, pues, un efecto tónico propiamente dicho, sino más bien un efecto sedante que, disminuyendo la vitalidad, encuentra su indicación en terapéutica.

Estamos, pues, aquí aún en el período preexcitador, aproximadamente en el medio de la curva medicamentosa. Esta sedación no es, pues, completamente aquella de que habla Briquet. En labios de este experimentador la palabra sedación es un puro eufemismo, pues dibuja la calma del paciente por agotamiento y no por alivio.

Excitación. — Cuando la quinina obra sobre el aparato sensitivo á dosis bastante fuertes para que sus primeros efectos de depresión no sean ya tolerados, entonces aparece una excitación reaccionaria de marcha morbosa. Es la protesta del tejido propio, es decir, de la fibra nerviosa sensitiva, como hemos visto la de la fibra vasomotriz.

La intolerancia de la sensibilidad se manifiesta sobre todo por dolor. Pueden producirse dolores muy variados, que residen ya sobre el trayecto de los nervios y de los músculos, ya en las articulaciones y hasta en los huesos. Son ordinariamente lancinantes é intermitentes, aumentándose á veces por el movimiento ó calmándose al contrario por el reposo y el aislamiento.

Se producen al mismo tiempo todos los efectos incoherentes de una sensibilidad agotada; alternativas de frío y de calor, sobreexcitación y laxitud. Estos accidentes llegan casi fatalmente por el abuso prolongado de la quinina.

Cuando la sobreexcitación de la sensibilidad se ha presentado bruscamente y por dosis excesivas, se observan temblores, convulsiones, precediendo á una debilitación más ó menos profunda y á veces á la muerte.

Hoy se han olvidado demasiado los accidentes producidos por la quina en exceso, accidentes muy frecuentes cuando reinaba la doctrina de la hipostenización y se buscaba la pretendida calma que sigue al período de excitación.

Antes de llegar á esta calma se atravesaba una tempestad; y esta misma calma era en seguida tan profunda que el enfermo tenía dificultad para levantarse. Así es que el éxito funesto podía ser atribuido en ciertos casos lo mismo al medicamento que á la enfermedad. Tales eran los tíficos sistemáticamente tratados, por medio de la quinina á alta dosis por Piedagnel en el hospital de San Antonio. Cada enfermo

tomaba, por término medio, 4 gramos de sulfato de quinina por día. ¿Qué resultaba de esto? Convulsiones, contracciones tetánicas, que precedían al agotamiento vital, según lo refiere el mismo experimentador. Los resultados eran desastrosos, y esta práctica fué bien pronto abandonada contra la fiebre tifoidea.

M. Pecholier parece pretender restablecerla en este momento, pero cuidando de mantener dosis prudenciales.

Hoy la moda está en las dosis llamadas prudentes, como estaba hace veinte años en las dosis violentas.

Es un progreso, pero nada es más curioso que comprobar al mismo tiempo cuán poco la terapéutica, cuando no depende de la boga, tiene en cuenta la ciencia. Es sólo la acción antiséptica de la quinina la que invoca el médico de Montpellier, para explicar sus triunfos sobre la fiebre tifoidea. Pero él dá como máximum un gramo veinte centígramos al día; si la quinina obrase por antisepsia, Piedagnel, con sus 4 gramos de medicamento, ¿no hubiera destruido el microbio tífico más seguramente aún?

El tratamiento de la fiebre tifoidea por la quinina á dosis medias no expone al enfermo á los graves accidentes de intolerancia; pero no va tampoco más lejos que la simple medicación tónica. Esto no es todavía contra esta afección más que un balbuceo de la terapéutica; los maestros de la escuela, al enseñar, se contentan con deletrear, cuando la dosimetría ha demostrado, después de doce años, que ella sabe leer de corrido.

Fiebre quínica.—La quinina tomada en exceso puede producir sobre la sensibilidad general efectos de intolerancia que persisten aun después de la cesación del tratamiento. Es una verdadera enfermedad medicamentosa.

Puede afectar la forma de la misma fiebre interinamente. Hahnemann había comprobado el hecho bajo la influencia de la quina desde 1790; pero este autor de las múltiples patogenesias no se explica categóricamente sobre las dosis que pueden producirla. Bretonneau, por el contrario, describe esta fiebre muy explícitamente como un fenómeno de intolerancia, y muestra que su carácter especial es el ser aumentada por la quinina.

Esto es lo que ocurre en todas las intolerancias medicamentosas. La intermitencia que afecta esta fiebre se explica por los fenómenos de realización medicamentosa. Por el hecho, sea del ejercicio, sea de la digestión, sea del sueño, sea de ciertas influencias exteriores, hay siempre una reabsorción de los medicamentos, reabsorción que se hace muy sensible cuando la economía está saturada: los medicamentos vuelven á ser tomados durante el curso de su eliminación y esta especie de auto-medicación despierta la intolerancia. Como es el sistema nervioso el más directamente impresionado, se comprende que puede establecerse así un hábito morboso, capaz de prolongarse largo tiempo.

DR. GOYARD.

MEMENTO
DE
TERAPÉUTICA DOSIMÉTRICA
Ó
GUÍA DEL MÉDICO PRÁCTICO
EN EL EMPLEO DE ESTE MÉTODO DE TRATAMIENTO.

POR EL DR. BURGGRAEVE.

Tratamiento de las enfermedades agudas.

Estas enfermedades están caracterizadas por la fiebre.

Es necesario no confundir la fiebre con sus efectos.

La fiebre es generalmente una sideración nerviosa, con ó sin elevación de la temperatura animal. De ello resulta la necesidad, al principio, de los nervinos, principalmente del ácido fosfórico, y del sulfato de estricnina. Esta regla no admite excepciones. Cuando el médico sea llamado á tiempo hará tomar al enfermo, de cuarto en cuarto ó de media en media hora, un gránulo de ácido fosfórico y otro de sulfato de estricnina, favoreciendo su acción con una tisana ligeramente diaforética, infusión de flores de malva, de violetas, etc. Cuando la reacción se halla plenamente desenvuelta, la vigilará, bien sea para moderarla, ó bien para regularizarla: si el calor se eleva sobre la medida fisiológica á 38, 39, 40 ó 42° centígrados, prescribirá la aconitina ó la veratrina, algunas veces estos dos medicamentos juntos, si se quiere obtener un pronto resultado: cada cuarto de hora un gránulo hasta que el calor y el pulso hayan descendido. La piel aparecerá entonces fresca, suave, halituosa, y el enfermo se calmará. Se favorecerá esta sedación dando, para terminar, tres ó cuatro gránulos de clorhidrato de morfina: un gránulo de media en media hora. Si el médico nota que hay exacerbación, sea matinal (lo cual es raro) ó vespertina, administrará la quinina, con preferencia el hidro-ferro-cianato, sin perder un instante: cada

cuarto de ó hora uno dos gránulos hasta la sedación. Casi siempre conjurará de esta manera los accidentes de la fiebre. Estos son, ó una gran postración, ó congestiones, ó inflamaciones. La postración exige de nuevo los nervinos; las congestiones y las inflamaciones reclaman los antiflogísticos, revulsivos, sangrías derivativas (ventosas y sanguijuelas), aplicaciones frías permanentes, emolientes si hay mucha tensión. El dolor que acompaña estos movimientos fluxionarios, será combatido por la morfina, la codeina, la narceina; el espasmo con la atropina ó la hyosciamina, la escasez y acritud de las orinas con la digitalina, la colchicina y la scilitina.

Si la fiebre persiste se administrará de nuevo la aconitina y la veratrina hasta su efecto, es decir, hasta que el calor haya descendido á la temperatura normal. Al día siguiente tomará el enfermo una cucharada de las sales de Sedlitz, en un vaso de agua ó de tisana, á fin de refrescar el cuerpo y eliminar los principios azoados.

He aquí en qué consiste la yugulación de las enfermedades agudas: si este tratamiento es empleado con energía, se evitarán los desórdenes orgánicos ó anatómico-patológicos.

Pero el médico no es siempre llamado con oportunidad; en este caso es necesario que apele al tratamiento consecutivo, que consiste todavía en moderar la fiebre con la quinina, el arseniato de cafeina, y en sostener la vitalidad con la estricnina, al al propio tiempo que combate los síntomas, dolor y espasmo. El trabajo local necesita generalmente los revulsivos, como los vejigatorios, las embrocaciones yodadas, los sinapismos. Este tratamiento es aplicable á todas las localizaciones de la fiebre, cualquiera que sea su denominación: *reumatismo, pleuresía, neumonía, carditis, etc.*

Existen fiebres que son debidas á agentes específicos ó miasmáticos, como las fiebres exantemáticas: tifus, fiebres eruptivas, etc. En estos casos es preciso emplear agentes antimiasmáticos, como el ácido fénico, el aceite de trementina en fricciones ó en poción, aunque este último modo de administración debe evitarse todo lo posible por la irritación intestinal que produce. Se insistirá sobre todo en el uso, todas las mañanas, de las sales de Sedlitz como resfrescante.

Hagamos aplicac ón de estos datos á algunas fiebres.

El tifo es una fiebre exantemática caracterizada por grande postración é irregularidad de reacción, con la forma ó tipo periódico ó remitente. Como hay infección miasmática es necesario desde un principio el uso de las sales neutras, con preferencia las sales de Sedlitz, la administración de los nervinos, ácido fosfórico y sulfato de estricnina y la quinina, mejor el arseniato que toda otra preparación, contra las exacerbaciones vespertinas. Se calmará la agitación del enfermo con la morfina, de la cual se hará uso, particularmente al anochecer. Al día siguiente se usará el mismo tratamiento hasta que cese la fiebre y la lengua se presente limpia.

Del mismo tratamiento se hará uso en las fiebres eruptivas, viruela, escarlatina, sarampión, etc. Es decir, se refrigerará el cuerpo con las sales de Sedlitz, se prescribirá el ácido fosfórico y el sulfato de estricnina, un gránulo de cada uno, de cuarto en cuarto de hora, hasta la reacción, tomando después aconitina, veratrina, digitalina, colchicina, morfina, hiosciamina, etc., según las indicaciones. El médico es el que debe considerar oportuno el empleo de cada uno de estos medicamentos, siendo suficiente atender á los síntomas para que todas las dificultades sean vencidas. Las fiebres miasmáticas tienen sus períodos de evolución que pueden ser de esta manera casi inofensivos. Lo que los médicos expectantes aguardan de las solas fuerzas del organismo, el que verdaderamente es digno de este nombre, lo obtiene con la terapéutica. La naturaleza nos ha proporcionado medicamentos activos, de los cuales es necesario hacer uso; y no es en verdad tratar convenientemente á un enfermo haciéndole tragar pociones indigestas.

Consideremos ahora algunas localizaciones de la fiebre, la neumonía, por ejemplo: Esta principia generalmente por un frío intenso, que se combatirá, ya con la estricnina, ya también con la quinina (arseniato ó hidro-ferro-cianato) siendo preferible combinarlos: cada cuarto de hora un gránulo hasta la reacción. Si esta es franca, con pulso duro, sentimiento de calor en el pecho, y dolor lateral profundo, deberá abrirse la vena sin temor, para dejar salir sangre gradualmente, dando al mismo tiempo la aconitina y la veratrina, casi siempre los dos medicamentos á la vez: de cuarto en cuarto de hora un gránulo en un sorbo de agua fresca. Si continúa la opresión, se abrirá de nuevo la vena, prescribiendo de nuevo la estricnina, que se combinará con la hiosciamina: un gránulo cada cuarto de hora. Si la fiebre remite, si entre la temperatura de la mañana y la de la tarde hay la diferiencia de 1 á $1\frac{1}{2}°$ centígrados, se dará el hidro-ferro-cianato de quinina hasta la cantidad de veinte

y treinta gránulos durante la noche. Es necesario abstenerse de la morfina que tiene el inconveniente de suspender la expectoración, que debe ser favorecida con un looch quermetizado.

Contra el calor, los estertores, la expectoración sanguinolenta se aplicarán compresas frías sobre el pecho, renovadas de media en media hora. Si la fiebre ha disminuido de intensidad y continúa el pulso vivo, acelerado, y las orinas son escasas y rojas, se dará la digitalina y la scilina: de media en media hora un gránulo de cada uno hasta la sedación. Contra los puntos pleuréticos se emplearán las sanguijuelas, las ventosas, las embrocaciones con la tintura de yodo ó de colodión y se inmovilizará el tórax con un vendaje de cuerpo algodonado. Por la mañana, antes de reproducir los medicamentos, sales de Sedlitz como refrescante. Se auscultará y se percutirá con frecuencia el pecho á fin de combatir las congestiones parciales con los medios ordinarios.

En todas las inflamaciones de las serosas está indicado el mismo tratamiento; es decir, que en período inicial se darán los nervinos, en el de reacción la aconitina, la veratrina, en el de descenso la digitalina. Con frecuencia es necesario combinar esta última con el arseniato de fierro á causa de la depresión del pulso. Toda oscilación ó remisión de la temperatura animal deberá ser reprimida con el hidro-ferro-cianato de quinina, que es también un excelente calmante de los dolores lancinantes.

En la metro-peritonitis puerperal es preciso atender al agente miasmático ó loquial, es necesario, pues, combatir activamente la fiebre con el hidro-ferro-cianato de quinina, y el dolor con el hidro-clorato de morfina. Si continúa el calor mordicante se dará la veratrina: un gránulo de cuarto en cuarto de hora hasta la diuresis ó la diaforesis. Lo mismo hay que practicar con el reumatismo agudo, enfermedad que tanta relación tiene con las afecciones de las serosas, hasta el punto de trasformarse á menudo en las últimas. El hidro-ferro-cianato de quinina y la veratrina, son en esta enfermedad los modificadores á los que es necesario principalmente recurrir.

El tratamiento de las enfermedades agudas puede, pues, formularse en los siguientes términos:

1º Sostener la vitalidad con los nervinos, ácido fosfórico, sulfato de estricnina.

2º Disminuir el calórico morboso y provocar la diuresis y la diaforesis con la aconitina, la veratrina, la digitalina, la colchicina, etc.

3º Combatir el dolor y el espasmo con la morfina y la hiosciamina.

4º Desenvolver el pulso, si es duro y pequeño, con las depleciones sanguíneas.

5º Impedir las localizaciones de la fiebre con los derivativos.

6º Refrescar el cuerpo con las sales de Sedlitz.

7º Impedir los accesos febriles con la quinina.

8º Sostener las fuerzas con una alimentación analíptica.

El práctico, con el buen acierto que debe destinguirle, sastisfará estas diversas indicaciones, á las cuales no puede asignarse un orden constante.

La medicina no debe ser un formulario, mucho menos un catecismo. Puede y debe decirse que hay tantos tratamientos como enfermos.

Sin embargo, tiene sus principios: estos principios son los de Hipócrates, es decir, los del vitalismo.

Tratamiento de las enfermedades crónicas.

Son, en general, estas enfermedades, lesiones de textura, ó moleculares, ó destructivas, ó sustitutivas.

En la primera categoría incluimos las neurosis dolorosas ó espasmódicas; en la segunda las ulceraciones, y en la tercera las heteromorfias.

Neurosis.—Sería difícil decir cuáles son los cambios de textura sobrevenidos en la parte del sistema nervioso donde tienen su asiento. Lo más frecuente es que haya dilatación, relajación, algunas veces contricción (*strictum et laxum* de los antiguos), resultando, por tanto, dos indicaciones precisas: constreñir, apretar ó aflojar, dilatar. Los principales modificadores terapéuticos de las neurosis son, pues, la estricnina y la hiosciamina. En la alopatía se emplea mucho el bromuro de potasio; no pretendemos rechazarlo, pero ¿puede compararse con los dos alcaloides precitados? Se da tambien el subnitrato de bismuto junto con la morfina, y en fin, toda la serie de los valerianatos, de quinina, de hierro, de zinc, según la naturaleza de los síntomas. Algunas veces es necesario tentar antes de hallar el modificador deseado. No se puede, pues, establecer ninguna regla fija.

Lesiones ulcerativas.— Son, en general, reblandecimientos debidos, ó á la acidez, ó á la alcalinidad de los humores, ó sea á

lo que se ha llamado *diátesis*. Es preciso no perder de vista la vitalidad, considerando que estos estados químicos son combustiones incompletas. Por consiguiente, debe prescribirse al mismo tiempo que los neutralizantes químicos los modificadores vitales, principalmente la estricnina, que es el incitante vital por excelencia. Se añadirá á este modificador el ácido fosfórico ó los alcalinos, según el estado de los humores. Son las aguas minerales naturales los agentes á los cuales en necesario recurrir, en estos casos, porque el arte no posee ninguna preparación que las sustituya.

A fin de reemplazar á estas últimas, puede usarse, sin embargo, toda la serie de los arseniatos y yoduros, de la misma manera que como reconstituyentes, se puede apelar á los hipofosfitos de cal, de sosa, los cuales aprovecharán bien en el raquitismo y en el reblandecimiento de los huesos. Obsérvese que la medicina, así considerada, está dirigida por principios racionales.

Lesiones substitutivas. — Son heteromorfias, es decir, elementos patológicos que sustituyen á elementos fisiológicos; á los que, comprimen, atrofian y hacen desaparecer, hasta el punto de que cuando sufren la alteración ulcerativa, dejan en su lugar úlceras ó cavernas más ó menos extensas. Esta es la historia de los tubérculos, del cáncer, etc. No está demostrado que estos gérmenes morbosos no sean directamente suministrados por la sangre: de aquí la utilidad de los agentes antidiscrásicos, como el hierro, el mercurio, el arsénico, el yodo, el bromo, etc.

Es sabido que estos medios no son más que modificadores de la nutrición; por tanto es necesario añadirles los modificadores vitales, en especial el arseniato de estricnina, tan útil en estos casos.

Las enfermedades crónicas, aunque tengan una marcha lenta, pueden ir acompañadas, ó más bien determinar reacciones vitales, á menudo muy violentas, que precipitan su curso. En este caso se han llamado *galopantes*. Citemos un ejemplo y digamos cómo debe proceder el médico cuando esto tiene lugar.

Tuberculosis pulmonal. — Aunque los tubérculos pueden invadir todos los tejidos, los examinarémos solamente en los pulmones, por ser estos órganos su sitio de elección.

La tisis tuberculosa es casi siempre hereditaria; puede ser, sin embargo, adquirida, pero siempre deberá atribuirse á pobreza de la sangre, ó sea á la leucocytémia. Hemos imaginado que los glóbulos blancos eran los que bajo la influencia de una irritación accidental, pasaban á ser tejido conectivo y á formar la célula primitiva del tubérculo. Estas células por su aglomeración formarían las granulaciones grises, y al trasformarse, en tejido grasoso ó calcáreo los tubérculos propiamente dichos.

No es esto, sin duda, más que una hipótesis, pero vendría en apoyo de la terapéutica.

Lo cierto es que los reconstituyentes metálicos ó metaloideos, son útilmente empleados en las personas predispuestas á la tisis pulmonar. El Dr. Papillaud ha hecho de su uso una ley. Así como de los yodados en tanto en cuanto son considerados como reconstituyentes de la sangre. Es, pues, á estas dos clases de medicamentos, á los cuales debe el médico recurrir, á fin de oponerse á la tuberculización de los tejidos.

Puede todavía esperarse impedir el desenvolvimiento de los gérmenes de los tubérculos ya formados, manteniéndolos en un estado latente, empleando los mismos medios y una severa higiene.

Pero formado ya el tubérculo es como una espina en las carnes; irrita los tejidos ambientes y produce la serie de síntomas con que se manifiesta la enfermedad, á la cual se ha dado el nombre de tisis, es decir, consumación. Todavía el médico en este caso debe luchar, debe calmar la irritación con los narcóticos, el yodoformo, con los defervescentes, la aconitina, el arseniato de cafeina, con los analépticos, y una buena higiene.

Se han prodigado alabanzas sin cuento á una infinidad de específicos de la tisis confirmada, pero en interés de la reputación del arte deben rechazarse, como ilusorios. Puede retardarse la marcha de la enfermedad, pero fatalmente su terminación es la muerte.

Lo que ha dado lugar á estas ilusiones han sido errores de diagnóstico: se ha confundido la tisis con multitud de afecciones catarrales de los bronquios. Así se comprende que medicamentos anticatarrales hayan producido curaciones. En estos últimos tiempos el Dr. Laval ha preconizado el *silphium cyrenaïcum*, planta que pertenece al grupo de las tapsias, que no es, propiamente hablando, más que un expectorante. Puede obtenerse igualmente buenos resultados del sulfuro de calcio. Pero, lo repetimos, no son ni pueden ser más que auxiliares. Solamente al principio, el mal puede ser dominado.

Afecciones parasitarias.

La causa de estas enfermedades es organismos completos y proto–organismos. Los primeros viven, ó en la superficie del cuerpo, ó en los perenquimas; son parásitos animales ó plantas criptógamas. Siendo su campo de evolución reducido, como es, se limitan á producir desórdenes locales y movimientos reflejos debidos á la irritación que ejercen en los nervios. Los que viven en la superficie de la piel ó de las mucosas, pueden fácilmente hacerse desaparecer. El tratamiento contra los últimos consiste en destruirlos por medio de los anestésicos, el éter, la esencia de trementina, la koussina, santonina, expulsando después sus cadáveres con los purgantes oleosos, aceite de ricino, — calomelanos. Puede prescribirse el kousso en sustancia en forma pilular á la dosis de 10 á 15 centígramos, ó bien la koussina en gránulos de centígramo. La santonina se prescribe del mismo modo. La dosis debe variar según la edad y la constitución del sujeto. La ténia puede ser atacada por medio de la trementina en cápsulas. Las sales de Sedlitz y alimentos bien cocidos y asimilables, evitarán la reproducción de lombrices intestinanles. Los oxiuros pueden ser atacados directamente con el ungüento mercurial.

Los parásitos animales de la piel se destruyen con los mismos medios, ó con lociones de cebadilla y la limpieza más cuidadosa. Los sub–epidérmicos, como el acarus, desaparecen con el aceite de trementina, con preferencia al fenol, que irrita la piel.

Los parásitos fitoideos reclaman los mismos medios de tratamiento. El aceite de enebro por su olor fuerte y peuetrante puede ser igualmente usado, sobre todo en criptógamas del cuerpo cabelludo; el método del casquete es bárbaro y no debe ser empleado sino cuando son insuficientes los demás medios de tratamiento.

Los parásitos de la mucosa se presentan bajo la forma de placas diftéricas que dan lugar á ulceraciones, si no se procura destruirlas. El mejor medio para conseguir este resultado es el empleo del sumo de limón ó ácidos minerales, aunque estos últimos al tocar las placas pueden producir escaras profundas. Estas cauterizaciones deben ser practicadas con la mayor prudencia.

El azufre es un excelente parasiticida. Se puede emplear en polvo impalpable por medio de insuflaciones, ó bien administrándolo al interior; el sulfuro de calcio es transportado rápidamente á la superficie bajo forma de hidrógeno sulfurado, sin que de él resulte peligro alguno.

Los parásitos parenquimatosos son inaccesibles á los medios exteriores. Es necesario atacarlos por medio de la absorción, sea por la piel ó por la mucosa. Tales son el triquino y el cisticerco: desgraciadamente los desórdenes que producen son las más de las veces, irremediables. El triquino, alojándose en los músculos, da lugar á síntomas que pueden confundirse con los del reumatismo: el enfermo siente hormigueos semejantes á un roer intenso. Los antecedentes, es decir, el uso habitual de carnes saladas y ahumadas, como el jamón y otras, ilustrarán al médico y le permitirán conocer la enfermedad. Los baños de vapor podrán ser útiles en este caso.

Proto–organismos. — Se los considera como sustancias semejantes á los fermentos, es decir, á los agentes que disgregan nuestros sólidos produciendo fenómenos de putridez. Tenga el valor que se quiera esta doctrina, es siempre al vitalismo al que es necesario venir á parar en el tratamiento, á sostener las fuerzas vitales ó éxcito–motrices con los alcaloides, estricnina, hidro–ferro–cianato de quinina; á los defervescentes más tarde, aconitina, veratrina, digitalina, y por último, á los sedantes, morfina, hyosciamina.

Se insistirá en refrescar el cuerpo con las sales de Sedlitz.

(Continuará.)

INDICE BIBLIOGRAFICO.

Anuario de Medicina y Cirugía. —Revista semestral dedicada al examen retrospectivo de todos los descubrimientos y adelantos prácticos en las ciencias médicas, tomado en parte del "Retrospect of medicine" del Dr. Braithwaite, completado con artículos de publicaciones de otros países, por los Dres. Reboles y Campos y García Molinas; ilustrado con 26 grabados intercalados en el texto. — SEGUNDA SERIE.—Tomo VI.—Julio á Diciembre de 1887.—Anuario internacional.

Obra de verdadero mérito, pues compila en pocas páginas todos los adelantamientos de la época á que se refiere.

Se vende en Madrid en la librería editorial de D. Carlos Bailly-Baillière, Plaza de Santa Ana número 10.

Lecciones de Terapéutica, por Georges Hayem, traducidas por el Dr. García Molinas.

LAS GRANDES MEDICACIONES. — Para recomendar esta obra basta sólo decir que trata de modo verdaderamente magistral estas tres importantísimas cuestiones de la Terapéutica: los principios generales, las medicaciones y los tratamientos.— Se vende en Madrid en la librería editorial de D. Carlos Bailly-Baillière, Plaza de Santa Ana número 10.

Diccionario de Medicina y Cirugía, Farmacia, Veterinaria y Ciencias auxiliares, por E. Littré, Médico del Instituto de Francia. Obra que contiene la sinonimia griega, latina, alemana, inglesa, italiana y francesa, y el vocabulario de esas diversas lenguas, versión española de la décimaquinta edición francesa aumentada y puesta al corriente de los progresos de las ciencias médicas y biológicas y de la práctica diaria por los Dres. † J. Aguilar Lara, Profesor clínico y auxiliar de la Facultad de Medicina de Valencia, Director de "La Crónica Médica," etc., etc., y M. Carreras Sanchis, Profesor de Fisiología é Higiene en "El Fomento de las Artes" de Madrid, Redactor-Jefe de "El Diario Médico-Farmacéutico," etc., etc., y precedido de un prólogo del Dr. D. Amalio Gimeno Cabañas, Catedrático de Terapéutica. Con más 600 grabados intercalados en el texto.

El "Diccionario de Medicina, Cirugía, Farmacia, Veterinaria y Ciencias Auxiliares" de Littré, constará de dos gruesos tomos de tamaño casi folio, esmeradamente impresos en papel glaseado idéntico al del prospecto, con tipos nuevos, adquiridos exprofeso para esta obra.

Se publicará por cuadernos de 40 páginas, á dos columnas, iguales á las del prospecto por las cuales puede formarse una idea de los 600 ó más excelentes grabados que ilustrarán la obra y de la elegancia y claridad de los tipos que en su confección empleamos.

Durante la publicación, el precio de cada cuaderno en toda España será el de UNA PESETA, repartiendo, por ahora, dos cada mes; más adelante, si lo desean los señores suscritores, aumentaremos el número de repartos para terminar la obra en el menor plazo posible. Concluida ésta se aumentará el precio.

Siendo bastante más completa de texto y grabados la presente edición que la francesa, no podemos precisar con exactitud su extensión; creemos, sin embargo, que no excederá de 40 á 50 cuadernos.

TOMO I ENTREGA 16ª 15 DE AGOSTO DE 1888.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

¡ADELANTE!

—

El mundo marcha, decía Pelletan; así como Galileo, levantándose después de haber sido humillado por quienes no querían que marchara ni que girara la tierra, decia: "E pur si muove."

Los partidarios de la inmovilidad del globo y del espíritu humano que quisieran verlo atado á la tradición, de tal modo que se estacionara en la perpetua rutina, pasan, y el espíritu humano, sediento de progreso y perfeccionamiento, marcha y marcha siempre. Durantes muchos siglos, sus ardores juveniles lo hacían extraviarse en persecución de visiones ideales que la realidad, con su luz implacable, ahuyentaba muy á menudo; hoy, más prudente, desconfía de sus impaciencias, se atiene á lo observable, á lo demostrable, y sus pasos más firmes lo conducen al verdadero progreso.

Saber lo que hay de real en el mundo es el objeto de la ciencia, y á medida que lo va conociendo, su fecundidad crece, sus frutos, cada día más nutritivos, fortalecen á la inteligencia humana y la hacen más hábil para someter á sus leyes las fuerzas antes misteriosas y tétricas de la naturaleza.

Entre los cultivadores del campo intelectual, los médicos han sido tal vez los que más tardaron para sacudir el yugo de la rutina: asombroso se hace pensar que en nuestro siglo haya médicos jóvenes, recien salidos de la Escuela, que formulan como lo hacía Andrómaco en el primer siglo de la era cristiana ó Sydenham hace ya dos siglos. Contraste singular resulta á veces al ver pomposos diagnósticos apoyados en el uso de instrumentos de precisión para la construccion de los cuales se han aprovechado los más refinados conocimientos de la ciencia moderna, y las fórmulas añejas, hoy impropias, que aconsejan los autores de tan bien fundados diagnósticos.

Causa positiva lástima ver gastar tanta ciencia para no más poder anunciar lo que tiene el enfermo y no encontrarse capaz de impedir, en la mayoría de los casos, el progreso de enfermedades tan bien conocidas y descritas.

Como tuvimos la ocasión de decirlo en artículos anteriores, muchos médicos de los que tienen la satisfacción de haber bien aprovechado las lecciones de la Escuela no se prestan á asistir enfermos mientras no están desarrolladas y evidentes sus enfermedades, de allí resulta lo que con gran verdad asienta en uno de los últimos números de la *Medicina Científica*, entrega 14, 1º de Enero de 88, el apreciable Dr. Silvino Riquelme.

Es una costumbre no llamar al médico sino después de convencerse que la enfermedad es seria y capaz de resistir á medios habitualmente usados en las familias ó entre vecinos de las mismas casas.

Las interesantes observaciones aducidas por el inteligente miembro de la Sociedad Médica "Pedro Escobedo," prueban su aserto y á la vez la eficacia del método defervescente ideado por el profesor Burggraeve.

Ciertamente el papel del médico debe cambiar: en lugar de ser el agente responsable de las desgracias debidas á la morosidad de los auxilios, debe llegar á ser el auxilio oportuno, tan eficaz, que en lo venidero se piense en el práctico tan luego como se sienta la menor alteración en la salud. Cuando el público sepa lo que importa la medicina aplicada antes de que la enfermedad esté desarrollada, habrá menos enfermedades y mucha menos mortalidad.

Observaciones como las referidas en la *Medicina Científica*, llegarán á demostrar la mayor eficacia de la medicina armada con armas de precisión, menos temible y más oportuna, con grande provecho de prácticos y pacientes.

Examinando la observación primera, que por su misma importancia merece ser analizada, vemos que el autor todavía no sacó del nuevo método todo el provecho que hubiera podido.

Nos refiere que el paciente, atacado con bronquitis catarral, se alivió primero con un tratamiento adecuado, pero no dice cuál le pareció ser el adecuado, se supone que no fué todavía dosimétrico, porque si lo hubiera sido probable es que habría evitado la recaída aun cuando el sugeto se hu-

biera descuidado, y nos diría qué medios había empleado.

Sería necesario tener un talento descriptivo como no lo hay para hacer un cuadro perfecto del estado de salud completa, cuando, teniendo presentes las lecciones de la fisiología, se piensa en la complicación de los elementos que deben conservarse, renovarse y moverse con armonía para la prolongación de la vida, en la necesidad de que, á cada momento, el centro cerebro espinal, ayudado por el conjunto de los ganglios nerviosos, conserve el órden entre esa multitud de elementos más numerosos y más frágiles que los del Imperio Celeste; se concibe lo difícil que es la conservación de la salud, ese concierto admirable en el cual deben concurrir tantos ejecutantes distintos.

Si á la vez se tiene presente que cada uno de esos elementos tan diversos está compuesto con sustancias eminentemente instables, que no más se forman, desarrollan, cumplen su misión y entran desde luego en el número de los elementos destinados á la eliminación, así como las olas del mar se elevan á impulsos del viento, sueltan sus perlas de espuma y se sumergen en medio de las demás por más altas y brillantes que hayan llegado á ser.

La idea de lo instables que son los compuestos orgánicos hace admirar cómo pueden conservarse aun el tiempo efímero necesario para su desarrollo y el cumplimiento de su misión, y cómo, después de cumplida ésta, pueden todavía, al retirarse, obedecer á leyes que les marcan el tiempo que deben tardar y el camino que deben seguir.

Como lo hemos visto ya, el sistema nervioso es el gobernante á quien se debe la salud, ó, si se quiere, el orden en medio de tantos y tan distintos ciudadanos como son los elementos celulares, encargados de la formación, desarrollo y conservación del ser en estado de salud.

Cuando una causa perturbadora viene á interrumpir la buena armonía en medio de un grupo de elementos, como en el caso referido, la interrumpió en medio de elementos respiratorios, al sistema nervioso es á quien se debe acudir primero para que, más enérgico, sepa restablecer su autoridad un momento desconocida: toda perturbación local, por pequeña que sea, tiene su influencia debilitante más ó menos marcada en el centro nervioso.

Lo indicado por el inteligente autor de las observaciones aludidas, se ve muy á menudo en la práctica: un sugeto en plena salud tiene un malestar pasajero, del cual vuelve fácilmente con medios sencillos, aún nsignificantes, porque su organismo tiene todavía recursos bastantes para resistir, pero este ataque ha disminuido tal aptitud para la resistencia, y si no se cuida de reanimarlo con el tónico por excelencia, corre riesgo de recaer pronto como sucedió en el caso referido.

Al recaer el paciente se vió atacado por calentura elevada, ¿se puede admitir que el regulador de la temperatura, debilitado por el primer ataque, no pudo seguir cumpliendo con su misión, moderando las combustiones y desagregaciones tan naturales en medio de elementos que hemos visto ser instables debido á su complicada estructura química?

El que haya considerado lo admirable del edificio en el cual cada uno de los elementos constituyentes, lejos de estar adherido y firme en su puesto, tiene que moverse en él, variar en composición, forma y misión, y sin embargo, al entrar como al salir, respetar la armonía del conjunto, no puede dejar de temer su ruina con una alteración ligera al principio y, sin embargo, capaz de grandes consecuencias si no se atiende debidamente.

Los elementos instables al descomponerse rápidamente despiden su calórico latente, éste se propaga á las demás celdillas, precipitando su evolución, las celdillas nerviosas que deben de dar el ejemplo, y las órdenes se perturban como las demás y el desorden cunde en esa sociedad alarmada, el corazon conmovido precipita su marcha para atender á renovar los elementos gastados antes de tiempo, para renovar con mayor rapidez los glóbulos alterados por el calor, devolviéndoles con el oxígeno del aire nueva vida y nueva energía para la lucha.

Pero esta emoción no puede durar sin graves inconvenientes para el equilibrio de la salud, la debilitación del centro regulador impide que se recobre; á reanimarlo debe atender el práctico.

Inspirado ya por la confianza en los agentes defervescentes de la dosimetría, no quiso perder el tiempo esperando que alguna alteración orgánica marcara, con signos físicos, el punto más débil del organismo, en el cual las consecuencias del tropiezo llegaran á hacerse más evidentes, pensó justamente que la primera indicación era yugular la fiebre.

Prescribió un gránulo de aconitina cada media hora: es decir, ¡48 gránulos para las 24 horas, si hubiera durado 24 horas la calentura, 24 milígramos en el día, con per-

miso de Mr. Dujardin Baumetz, y ¡ escándalo de la escuela oficial!

Agregó uno de bromhydrato de morfina para calmar el dolor y la tos, porque sabe nuestro progresista compañero, que donde hay dolor hay flogosis, é importaba combatir á esta á la vez que aquella; muchos prácticos consideran á los narcóticos como paliativos no más, ignorando ó habiendo olvidado el precepto aquel *ubi dolor ibi fluxus.* Por falta de saber manejar los calmantes, se les ha tenido más miedo que confianza y se ha privado á la humanidad doliente de elementos de consuelo y curación sumamente útiles.

Habiendo cesado la queja del pulmón, manifestada por la tos, el autor de la observación se preocupó de la frecuencia del pulso, y siguió combatiendo á la efervescencia: el pulso latía 120 veces por minuto y la temperatura alcanzaba á 39.5. Siguió dando aconitina y sustituyó morfina por digitalina.

El cambio fué oportuno, la digitalina era indicada, pero de la una á las cinco ¡había dado ya 10 gránulos! ¿ qué dirán los señores catedráticos de terapéutica, nes fijan tan magistralmente las dosis máximas, haciendo así inútiles é ilusorios unos medios curativos tan eficaces cuando se dan en la proporción debida como los prescribe la dosimetría, ¿hasta efecto?

De la una de la tarde á las cinco se logró una diferencia de 3 grados 5 décimos en la temperatura y una moderación en el pulso de 120 á 80 ¿quién podrá quedar tan cegado por el capricho que no confiese que el papel del médico capaz de auxiliar tan eficazmente á un enfermo, aun antes de que se haya formalizado la enfermedad, es infinitamente más digno y más bello que el del ortodoxo, dando borraja, violeta, cuando más un purgante y diciendo: veremos después lo que va á ser? si no comienza por dar medicinas, antiflogísticas como masa azul, calomelano, quinina en dosis peligrosa, ó sacar recursos al paciente con emisiones sanguíneas que lo dejan menos capaz de resistir á los ataques de la enfermedad.

El Dr. Riquelme al ensayar el nuevo método con sobrada prudencia, al publicar sus bien fundados éxitos ha merecido bien del arte y de la humanidad contribuyendo al progreso del primero y al bien de la segunda, el mérito no es dudoso porque sabido es que el práctico bastante valiente para salirse del sendero marcado por la Escuela Oficial, fuera del cual quisiera ésta que no pudiera haber salvación, se concilia la animadversión de los poderosos en el mundo médico; pero tendrá su recompensa inmediata con la satisfacción de su conciencia y la seguirá teniendo con la repetición de éxitos á los cuales deberá pronto aumento en su reputación por más que los enemigos del progreso se esforcen en perjudicarle por todos los medios á su alcance.

Concediendo, y es cuanto se puede hacer, que el caso referido en la primera observación fuera excepcional, no es permitido admitir que las dosis en las cuales fueron dadas aconitina y digitalina, mucho mayores que los máximums indicados en los libros de la Escuela Oficial Ortodoxa, hayan sido tóxicas puesto que tomándolas se alivió el enfermo.

Así queda demostrado que no es la Dosimetría tan temible como la pintan los que prefieren no conocerla á buscar en su estudio argumentos bien fundados para combatirla lealmente.

Los hechos con los cuales el Dr. Riquelme asienta y prueba que ha yugulado una fiebre en 8 horas son incontrovertibles.

Sea permitido al que esto escribe referir otra observación en la cual la potencia de los defervescentes fué todavía más evidente si se puede.

Se trataba de una señora atacada hacía pocas horas, por una neumonía de forma tifosa, con temperatura superior á 40° 5 décimos, delirio agudo, dyspnéa, soplo tubario; vista la señora por cinco prácticos experimentados de esta capital, no hubo ni discrepancia ni vacilación en el diagnóstico, ni en el pronóstico, el cual fué declarado *forzosamente* fatal.

Después de la junta subió todavía más el delirio, aumentó la temperatura y el cuadro sintomático se fué haciendo más alarmante; sin embargo, la defervescencia se consiguió en pocas horas, á tal grado que, al día siguiente de la junta, las hijas de la enferma creyeron poder suspender el uso de los defervescentes para ausentarse unas cuantas horas; á su vuelta todo el cuadro sintomático se había reproducido, demostrando cuánta falta habían hecho los defervescentes suprimidos, se volvieron á poner en uso los medicamentos dosimétricos apropiados aconitina, veratrina, digitalina, arseniato de estricnina y la completa curación se consiguió en pocos días contra el pronóstico unánime de los prácticos que habían concurrido á la junta.

Esta última observación, aunque muy notable, no es excepcional, pero tiene la ventaja sobre otras muchas de que nume-

rosos prácticos hayan convenido en la gravedad del caso antes del tratamiento.

Las reflexiones con las cuales acompaña su primera observacion el Dr. Riquelme, son fundadas en la moral, la humanidad y en el propio interés, porque el práctico, por alta situación que ocupe, debe saber todo lo que se pueda en el tiempo en el que vive y practica para hacerse útil hasta donde sea posible, ó aun cuando no fuera más que para fundar en razones aceptables su resistencia y oposición para aprovechar los recursos de métodos nuevos.

Cuando séres queridos se les vayan perdiendo por falta de haber sido oportunamente atendidos con los medios apropiados, se sentirán cruelmente castigados por no haberlos conocido como lo pudieran si se dignaran estudiarlos.

La segunda observación no merece menos atención ni es menos probante que la primera: en ella se nota mayor confianza por parte del práctico, que ahora no vacila en dar los gránulos de aconitina y digitalina cada 20 minutos y hasta cada quince.

Al notar alguna perturbacion en la sensibilidad de los brazos temió el práctico atento que fuera debida á la acción de los gránulos y como su efecto apetecido se iba produciendo, los fué dando con mayores intervalos, preocupándose á la vez de que la vejiga no habia funcionado, y podia haber acumulación de los alcaloides en el organismo, la hizo vaciar; temiendo la falta de fuerza que resultaba de la abstención completa de alimentación, la obligó á tomar alimento.

Permítanos aquí nuestro inteligente y bien intencionado colega alguna crítica á su aplicación, todavía tímida, del método Burggraeviano: le faltó un elemento importante, el tónico general, la estricnina, que el sabio profesor de Gante llamó con justicia y gracia el caballo de batalla del dosímetra.

En ambas observaciones se nota la misma omisión debida sin duda á la grande discreción y prudencia por parte del novel dosímetra.

Nos refiere que el dia 23 tuvo su enferma una ligera epistaxis y se desvanecía al sentarse: para el desvanecimiento el hypophosphito de estricnina podía haber sido capaz de impedirlo, así como hubiera evitado el que se siguiera sintiendo la enferma muy débil en los días subsecuentes.

La vida en su plenitud inspira confianza en su fuerza y se concibe como capaz de resistir á las causas destructoras que la amagan, pero cuando hay debilidad es al contrario, se puede temer la menor causa nociva. La estricnina bien manejada suple muy á menudo á la falta de fuerza y pone á los pacientes al abrigo de enfermedades más fáciles de evitar que de curar, á los convalecientes los pone al abrigo de las recaídas, muy á menudo más temibles que la enfermedad inicial, porque encuentran al sugeto debilitado.

Alejemos de nuestro ánimo ese temor pueril que hace perder tantas ocasiones de servir á la humanidad, cuando se teme más al arte de curar que á las enfermedades contra las que hoy puede ser eficaz hasta para prevenirlas.

No es permitido ya dejar á los que sufren entregados á los recursos de la naturaleza medicatriz; se les puede auxiliar con grande seguridad, sosteniendo, aumentando sus fuerzas, suprimiendo al dolor que vence á los débiles, modificando de un modo favorable sus órganos, agregando los elementos útiles, eliminando los nocivos, todo esto con medios prudentes y bien medidos, sin esperar que sea tarde.

Tengamos lástima por aquellos prácticos que desprecian conocimientos mediante los cuales podian hacerse tan útiles, tan dignos de la estimación y agradecimiento públicos y prefieren su oscura rutina al progreso que nos brinda sus brillantes auxilios.

Así como la libertad, al ser trasportada de este lado del Océano, encontró un terreno virgen en el cual pudo prosperar maravillosamente, así el progreso en América encuentra menos resistencia y mayores elementos para su desarrollo. En ninguna academia de Europa se ha permitido hasta ahora hablar oficialmente del Burggraevismo. La Academia Nacional de Medicina de México, podrá vanagloriarse de que ella fué la más adelantada en esta vía del progreso; oyó hablar de dosimetría, cierto es que no emprendió la discusión de la nueva forma terapéutica, pero fué porque sus miembros no la conocían todavía bastante para discutirla; á medida que la van conociendo no la discuten, la experimentan y la admiten.

Es precisamente lo que no quieren los académicos de París, no quieren ni que se miente su nombre; al Dr. Chavée que se atrevió á pronunciarlo, le impusieron el silencio.

Sin embargo, si fuera absurdo é infundado el nuevo método, el mejor modo de combatirlo sería darlo á conocer, la discusión que provocara procuraría á sus opositores triunfos fáciles de elocuencia y raciocinio que no despreciarían ciertamente.

Al actual Presidente de la Academia Nacional de Medicina de México se debe que hayan oído noticias prácticas sobre los éxitos posibles con el nuevo método, y desde entonces sabemos que algunos de los más opuestos á que se mentara en el recinto oficial de la Escuela Nacional la van experimentando con sobrada timidez.

Se califica así porque la excesiva moderación deja perder la oportunidad de salvar á los enfermos, deja lugar al desarrollo del mal que se trata de contener y contribuye al desaliento del práctico en lugar de animarlo á proseguir su instructiva experiencia.

Por lo mismo importa un bien hecho al arte, dar á conocer más y mejor el nuevo método é importa que no sean siempre los mismos apóstoles los que vayan predicando las doctrinas nuevas.

Puesto que la oposición, por razones en las cuales hemos convenido, guarda un humilde silencio, toca á los partidarios del Burggraevismo hablar sólos y hablar cada día con mayores ó mejores fundamentos adquiridos por la experiencia y con mayor confianza.

No tienen porque guardar un vergonzante silencio: su jefe el fundador del método es de los que la ciencia ortodoxa se ve obligada á considerar como á un precursor; su vasta práctica, ya coronada por la estimación de sus contemporáneos cuando la mayor parte de los prácticos actuales comenzaba apenas á estudiar, nos garantiza que las doctrinas burggraevianas descansan en conocimientos prácticos y no en vanas ilusiones.

Los preceptos de la escuela en contra de los cuales ha levantado el estandarte del libre examen no descansan sobre hechos y sí sobre temores infundados: no es cierto que los agentes terapéuticos se deban dar en dosis determinadas de antemano y sí lo es, que la dosis suficiente para disipar un síntoma morboso en un enfermo no lo será para otro, en el cual se deberá dar muchísimo mayor y que solamente con darla hasta el efecto se podrá llegar á la cantidad debida. Para conseguir este resultado sin peligro importaba tener la medicina pura, sencilla, soluble, de fácil introducción y eliminación, con este fin imaginó el sabio profesor de Gante el uso de los gránulos dosimétricos, que no tienen con los homeopáticos más que una analogía exterior y superficial, hasta cierto punto engañosa.

Las enfermedades fatales y cíclicas por las cuales, si se creyeran á algunos clínicos ortodoxos, el enfermo tiene que pasar, dejaron de ser fatales y cíclicas, y se vió con honor del arte y bien de la humanidad que se pueden ahuyentar cuando el práctico llega oportunamente.

La influencia del nuevo método se impone: nunca se ha usado tanto la nuez vómica, la tintura de estricneas, las gotas amargas de Baumé, como ahora y es que preocupados los prácticos ortodoxos al ver los positivos milagros hechos por la estricnina la quieren dar pero disfrazada, exponiéndose así á no saber ellos mismos lo que dan por la variabilidad de preparaciones tan complexas.

Algunos no tienen más objeto que capitular con su conciencia, dar lo necesario, pero encubierto para que no crean que aceptan las nuevas doctrinas y sus protectores no los acusen de abandonar al campo oficial.

Otros temen menos á los extractos por ser antiguos conocidos, por saber que muy á menudo, debido á su mala preparación y conservación, son inertes y prefieren que sea la casualidad la que determine si al enfermo le tocará extracto bueno, bien ó mal conservado, ó si tomándolo inérte sanará porque Dios quiso que se salvara sin que su médico pase por el riesgo de haberlo curado enérgicamente.

Pero estos prácticos timoratos deberían pensar á la vez que cuando corren riesgo de dar extractos inertes lo corren también de que no lo sean y de que se acumulen en el estómago por su poca solubilidad, no teniendo acción oportuna mientras el estómago esté inhábil para la solución y absorción por su falta de secreciones y que cuando recobrara su actividad se encontrara con una dosis mortal que trasformara la convalecencia en perniciosa.

La prudencia, la timidez, son virtudes, pero no deben ser exageradas si no quieren que lleguen á ser tan nocivas como la temeridad.

El que prefiere el extracto al alcaloide se parece á quien preferiría las armas de la época del bronce ó del silex á las de acero, porque con aquellas no se pueden cortar los dedos quienes las manejan, pero tampoco podrán rechazar al enemigo.

En resumen, la defervescencia es un hecho y se consigue con armas perfeccionadas, dadas oportunamente, en la proporción prescrita por el fundador del método defervescente: no lo ignoran y lo niegan más que los prácticos que no han querido saberlo por un capricho que llegarán á sentir cuando lo vean conocido y practicado por todos los médicos de espíritu libre.

Comparemos la práctica hecha con ex-

tractos ó con gránulos: el médico puede probar estos, luego conocerá el sabor propio de la sustancia que deben contener, y se cerciorará de si la contiene ó no; con los extractos no se puede, todos tienen alguna analogía y son sobradamente repugnantes hasta por su aspecto.

Introducidos los gránulos en condiciones prudentes, pronto se notan sus efectos, pronto se puede comprobar su acción, y si falta, se puede averiguar porqué falta.

Tal rapidez de absorción y de acción permite limitar su introducción á la cantidad suficiente, no pasando de ella más que en proporciones mínimas, puesto que cada gránulo contiene cantidad muy reducida.

Se reprocha á la Dosimetría la lentitud de su introducción, pero se puede precipitar en caso de necesidad, y precipitar muy ventajosamente, disolviendo los gránulos necesarios é introduciéndolos por la vía hypodérmica, lo que sería imprudente hacer con la mayor parte de los extractos.

Cuando el profesor Burggraeve no hubiera enseñado al mundo médico más que el secreto de la defervescencia tendría derecho á su eterno agradecimiento, pero su doctrina es tan fecunda, que cada día se cosechan nuevos frutos con ella, debidos á que nos hace ver á los enfermos con más interés, y tratarlos con más éxito para ellos, y para los progresos del arte.

Por lo mismo reanima la confianza del práctico, le devuelve la conciencia de su utilidad y de su dignidad.

Para convencerse de la utilidad del medicamento más usado en dosimetría, el arseniato de estricnina, cada práctico puede tomarlo cuando se sienta debilitado, un medio miligramo cada hora ó cada media hora hasta sentirse mejor y verá con qué seguridad consigue su objeto, sin tener jamás que atribuirle ningún malestar, mientras no pase de la cantidad debida.

Cada sustancia de la materia médica, dada con la debida prudencia y oportunidad, por medio de los gránulos, corresponde lo mismo á los fines del práctico sin aquellas circunstancias aleatorias que debe tener en cuenta cuando usa las preparaciones complicadas del Código farmacéutico.

Un hecho correspondiente á la época en la cual el que esto escribe comenzaba á practicar con la dosimetría: llamado para auxiliar á un joven estudiante, que convaleciendo de disenteria se vió invadido por el tifo, le aconsejó por día, 12 gránulos de arseniato de estricnina: es decir, 6 milígramos.

Como lo visitaran algunos compañeros, dieron sus opiniones refiriéndose á los libros que estudiaban é infundieron á la madre del paciente un gran temor respecto del medicamento prescrito. La señora se rehusó á administrarlo; al ver el médico responsable, cómo la adynamia iba aumentando, preguntó ¿si no se había dado la estricnina? la madre contestó que no, que la temía demasiado por lo que había oido decir á los estudiantes que visitaban á su hijo, preocupados con las dosis máximas y con la idea absolutamente contraria á la realidad de que para tomar una medicina enérgica, se necesita tener fuerza, idea tan justa, como sería la opinión según la cual el que hubiere comido mucho, debería comer más; y el que tuviera la debilidad del hambre, no debiera comer por temor de no resistir el alimento.

Uno de los compañeros del paciente, comprendiendo lo apremiante de la situación, introdujo los 6 milígramos prescritos para las 24 horas en una jeringa de Pravas, y los inyectó en el tejido celular del paciente, produciendo una verdadera resurrección, que más tarde y con mayor timidez, probablemente no hubiera sido posible, convenció á los compañeros y á la madre alarmada de que no era tan temible la estricnina, y permitido es creer que así salvó á su compañero de una muerte rápida.

Este hecho sencillo, pero bien claro, hace ver cuán peligrosa es la timidez, y suponer cuántos habrán sucumbido por falta del auxilio debido y oportuno, y por haberse confiado en prácticos más preocupados que instruidos, más dispuestos á huir responsabilidades que á cumplir con su deber.

De este mismo hecho, resulta la convicción de que la estricnina considerada como un veneno activo por el vulgo, porque ve matar á los perros con ella, no dejaba de tener la misma reputacion entre la mayoría de los estudiantes de hace cinco años, y hoy tal vez la tiene todavía entre muchos catedráticos de los que aman entrañablemente la apacible rutina y protestan contra los entusiastas del progreso.

Opiniones tan nocivas para la aplicación de los medios terapéuticos tan preciosos, deben desaparecer, para eso trabajamos los vulgarizadores de la alcaloidoterapia, y no sin grandes esperanzas de ver coronados nuestros esfuerzos. En la misma Academia en la cual uno de los más estimables y estimados socios pudo decir hace pocos años: que el descubrimiento de los alcaloides había sido más nocivo que útil al progreso del arte de curar, sin

que nadie protestara, muy al contrario, esta asercion corre impresa en la "Gaceta de Medicina" órgano de la Academia; en esta misma Sociedad se oye hablar ahora sin mayor escándalo, de la misma alcaloidoterapia tan despreciada entonces.

La idea de la defervescencia, antes rechazada como ilusoria, se impuso al mundo médico; todos los prácticos al tanto de los conocimientos modernos la quieren intentar con los nuevos compuestos de la Química alemana, el más usado ahora es la antipyrina, afortunada sustancia que fué bautizada con un nombre seductor y dada con sobrado entusiasmo en dosis exageradas.

Pronto el práctico observador se ve obligado á dudar de su inocuidad: produce colapsus temibles, náuseas y sudores muy impropios para quienes se ven postrados por la fiebre; pero si se usa según las indicaciones dosimétricas, es decir, en dosis mínimas y repetidas: un centígramo cada media hora, se evita el peligro positivo y terrible de la acumulación, y se consigue lo que se desea sin riesgo de pasar más allá de la defervescencia en la rápida pendiente del enfriamiento mortal. Más fácil será todavía conseguir el objeto de la defervecencia, sin llegar al exceso, si se compensara la depresión producida por la antipyrina asociándola con la estricnina.

Menos cantidad todavía necesitará el paciente para conseguir el efecto, si se usan á la vez los demás defervescentes de la dosimetría: aconitina, veratrina, digitalina: es un hecho de observación práctica demostrado más y mejor cuando se siguen las indicaciones del Burggraevismo que, dando sustancias synérgicas, se necesita mucha menos cantidad de cada una y se corre menos el riesgo de producir sus efectos nocivos.

La antipyrina es un agente precioso, pero como toda sustancia activa, así como puede servir puede perjudicar tan luego como se dé en mayor cantidad de la necesaria: es útil hasta donde produce el efecto apetecido, es nociva tan luego como vaya más allá, y como en la cuestión de saber hasta dónde llega la utilidad y dónde empieza la nocuidad no hay guía que pueda conducirnos, lo prudente es dar poco, poquísimo, repetir la dosis y parar tan luego como el efecto se haya producido.

Lo que se hace evidente con la antipyrina lo es con todos los agentes de la terapéutica cuando se fija la atención en su modo de servir ó de dañar. Cuántas veces no quedarán sorprendidos los buenos observadores con ver un milígramo de morfina surtir buenos efectos en un mismo sugeto en el cual otra vez habrá necesidad de llegar á 1, 2, ó más centígramos. ¿Cómo prever estas susceptibilidades repentinas, que en algunas personas son habituales, si no es dando el agente curativo en proporciones mínimas y repitiendo su administración hasta el efecto?

Se ha dicho que la dosimetría tendría el inconveniente de poner á los medios de curar al alcance del vulgo; hay algo de verdad en esta proposición pero es transitorio el inconveniente: cuando se sepa lo activo de las sustancias empleadas en dosimetría, cuando se sepa la necesidad de medirlas, de asociarlas prudentemente para no darlas más que cuando conviene y en cuanto convenga, se les llegará á tener mayor respeto y se convencerá el vulgo de que para armas de precisión se necesitan personas adiestradas en su manejo.

La eficacia del arte se hará más evidente y se verá menos confiar en las medicinas de patente que actualmente usan los pacientes para hacerse independientes de los médicos, fiando ciegamente algunos en los milagros referidos sobre los papeles con los cuales vienen envueltas.

Este lujo de sustancias milagrosas propias para enriquecer á quienes las venden y engañar á los que las consumen, cesará cuando el arte de curar sea como el arte del ingeniero conforme á la ciencia moderna. Los constructores de las grandes vías, de los puentes maravillosos, de las torres asombrosas, no temen la competencia de quienes quisieran seguirlos en la vía de la ingeniería, no se encierran en fórmulas misteriosas ni se atrincheran tras de idiomas muertos. No más por la extensión de sus conocimientos se distinguen de los demás constructores ó emprendedores de obras.

Lo mismo debe llegar á suceder con el arte de curar: exigirá tantos conocimientos que la turba de los curanderos se quedará muy atrás de quienes se distinguirán en él.

Para recetar polvos de Dower, masa azul, ú otra fórmula compuesta, basta saber que tal ó cual autor las aconseja en tales y cuales circunstancias; para hacer uso de los alcaloides es necesario calcular los síntomas dominantes, los accidentales, darse cuenta de los que más urge combatir, medir exactamente la proporción en el tiempo que se necesitará dar para no dejar pasar la oportunidad en la cual la curación sea posible ni exponerse á dar más de lo necesario.

Es un hecho indiscutible que la medicina, hoy más que nunca digna de atención, carece de la estimación que merecería si

fuera mejor conocida, lo más que se puede se evita llamar al médico: antiguamente, era el amigo, el consejero de la familia, su confidente, hoy es un auxilio para los casos desesperados que parece destinado á cargar con la responsabilidad de las desgracias inevitables cuando no se atiende oportunamente al enfermo; antes de llamarlo se agotan todos los medios racionales ó no, y solamente cuando el terror impide seguir haciendo experiencias y perdiendo el tiempo, acuden á sus consejos.

Muchos enfermos pierden meses y años tomando medicinas para las cuales personas enteramente extrañas al arte establecen la oportunidad de su administración, fundada sobre analogías ilusorias.

Una vez nos fué dado visitar á un amigo, víctima de los embustes de Vénus; la hermana de nuestro amigo tenía un resfriado leve, la mamá de ambos nos recibió, diciéndonos: los dos están enfermos de lo mismo, consecuencias del Carnaval; y esa bendita señora hubiera, sin vacilar, dado las mismas medicinas á los dos, si algún amigo le hubiera traído un frasco en el cual estuviera escrito: " Remedio seguro para resultados del Carnaval."

Muchos diagnósticos del público son tan bien fundados como éste, y corresponden forzosamente con los prospectos de las medicinas de patente.

Para remediar esta anarquía, nociva bajo tantos títulos, urge alguna mayor unión en el campo médico, es preciso que á los miembros de la facultad, que desean su mayor utilidad, su mayor estimación, no se les considere como revoltosos porque traigan noticias de procedimientos nuevos, de aplicaciones más adecuadas al tiempo en el cual vivimos, de los conocimientos que todos tenemos.

Es preciso que los fieles sacerdotes de la diosa Rutina, no se complazcan en desacreditar á los que desean sustraerse á su dulce pero vergonzoso culto; con este fin trabajamos, esperando fundadamente que el número de los afectos al progreso, irá cada día creciendo, porque en efecto, así lo vemos crecer.

FÉNELON.

ESPANTAVAQUERO.

Hay una yerba conocida con el nombre vulgar de *Espantavaquero* ó *Quiebraplato*, que se ha usado con buen éxito para curar las mordeduras ó piquetes de animales venenosos. Se dice haber experimentado dicha yerba en la curación de un anciano de 60 años y de un individuo de 30, á quienes mordió un lobo rabioso. El primer herido sufrió una mordedura en los labios, otra en un carrillo, otra en el pecho y la cuarta en un hombro; el segundo fué mordido en el pecho y en un carrillo, por haberse abrazado con el animal para conseguir que le amarraran. A ambos se aplicó la yerba á las veinticuatro horas del suceso, y quedaron perfectamente sanos, como pueden atestiguarlo pues viven todavía. Con el mismo buen éxito se han curado muchas veces las picaduras de víbora.

El modo de usar la medicina es el siguiente: Se machaca el camote de la hierba á que suelte su jugo lechoso, y al efecto se le agrega una poca de agua. Una vez obtenido, de él se da de beber tres tazas al enfermo, y eso basta para cortar los terribles efectos del mal.

El ramaje de la yerba se puede machacar y aplicarse como cataplasma en la mordedura.

Esta medicina es común por Charcas y las haciendas de Cruces y Guanamé, y abunda en los llanos de Zacatecas. Su tallo crece algo más de una vara, y la flor es semejante á una yedra.

CORRESPONDENCIA.

Estado de Zacatecas.—Riogrande, Julio 31 de 1888.

Sr Dr. Fernando Malanco.
México.

Ilustrado compañero y Señor:

....

Hace cinco años que de alópata, me convertí en dosímetra; y si antes no me había arrepentido, del cambio, hoy que la Dosimetría me ha devuelto la vida de una hija querida, no sólo no me arrepiento sino me propongo ser el más ardiente de sus partidarios; procurando con tezón ilustrarme suficientemente para honra de nuestro método y provecho de la humanidad.

Adjunta encontrará vd. copia de una carta que dirijo á mi padre el Sr. Dr. José M. Quintanilla (Médico alópata) para que si lo cree útil se sirva mandarla publicar.

....

Aprovecho esta ocasión para ofrecerme con la debida consideración de vd. afectísimo S. S. Q. B. S. M.

DR. V. QUINTANILLA OVIEDO

Estado de Zacatecas.—Riogrande, Julio 31 de 1888.

Sr. Dr. José M. Quitanilla.
Celaya.

Muy querido papá:

Recibí su muy apreciable á la que contesto hasta hoy por esperar el fin de la enfermedad de mi hijita Enriqueta y participárselo.

El día 26 entre una y dos de la mañana le vino un ataque de anemia cerebral que le duró hasta las tres. Entre mi esposa y yo la colocamos en un colchón inclinada hacia la cabeza con objeto de llevar á ella la mayor cantidad de sangre de la pequeñísima que con dificultad circulaba en su miserable economía. A las tres volvió á la vida; pero yo comprendía que otro ataque, me la mataría indefectiblemente y era preciso evitarlo á todo trance; pero cómo? la Alopatía cuenta con sus estimulantes y tónicos; pero los primeros además de tener una acción pasajera é incierta, son inútiles á las dosis que los prescribe; los otros sólo obran á la larga, siempre que sean acompañados de una alimentación reparadora. Con ésta no había que contar puesto que hacía 70 horas que la leche aguada que tomaba adicionada de pancreatina, ó la arrojaba por la boca inmediatamente después de ingerida en el estómago, ó por el ano sin digerir. No había pués que contar ni con ésta ni con la Alopatía: era necesario buscar otros medios.

Vd. sabe lo mucho que me he dedicado al método dosimétrico: sobre todo, desde que la Sociedad de Medicina Dosimétrica de Madrid me honró con un diploma; que desde entonces no curo sino por dicho método, y siempre con éxito; pero lo que vd. no sabe (¡vergüenza es decirlo!) es que si á todos curaba por ese método, á mis hijos ¡nunca! y esto era debido á que no podía desprenderme todavía de mis antiguas preocupaciones. Me sucedió lo que le debe suceder al ciego al ver la luz! lo que sucederá con el fanático por costumbre, al penetrar en el camino de el libre pensador!" es decir: me ofusqué y dudé todavía....... Sin embargo, era preciso tomar determinación y resolví ampararme de la dosimetría.

Dije á vd. en mi anterior que mi hija tenía enteritis. Ahora voy á manifestarle el tratamiento á que la sujeté, desde esa hora.

Tres indicaciones había que llenar del momento: 1ª Reanimar la vida del sistema nervioso ya próxima á extinguirse. Comencé á dar, cada media hora, un gránulo de á medio milígramo de arseniato de estricnina de Chanteaud. 2ª Hacer que el estómago tolerara los alimentos. Dí para disminuir la excitabilidad de este órgano produciendo una ligera anestesia, un gránulo 10 minutos antes del alimento de cocaina. 3ª Hacer que el alimento, una vez tolerado, fuera digerido. Al efecto hice una mezcla de lo siguiente:

Papaina pura.......	2.00	gramos.
Pancreatina.........	1.50	„
Acido láctico........	0.15	„

de la cual hice papeles de 25 centígramos los que le dí en leche acabada de ordeñar, cada dos horas uno, en 60 gramos poco más ó menos, de ésta.

Quedaba por llenar otra indicación: corregir la diarrea; para esto eran necesarios unos gránulos de salicilato de hierro; aquí los había; pero francamente desconfié de ellos, pues no eran de Chanteaud, y tuve que pedirlos á Zacatecas: mientras llegaron, dí de salicilato de bismuto que tengo en mi botiquin dosimétrico.

Es inútil decir á vd. que este tratamiento dió el mejor resultado, pues cinco horas después, mi hijita se reanimaba; los vómitos cesaron desde el segundo gránulo de cocaina que tomó; y sus digestiones se efectúan con matemática regularidad desde entonces. Hace dos días terminó la diarrea, entrando de lleno en vía de convalecencia.

¡Gracias mil al Dr. Burggraeve, que con sublime método salvó la vida de una hija querida á un padre afligido!

Vd., querido papá, que tiene tanto año de práctica, y que con su constancia y trabajo se ha creado una buena reputación médica, podrá hacer las apreciaciones que su buen sentido le sugiera.

Salude á nuestro nombre á mis hermanas, y vd. reciba el cariño de su hijo.

Dr. V. Quintanilla Oviedo,
Médico-Dosímetra.

LA DOSIMETRIA

BAJO EL PUNTO DE VISTA DE SU OPORTUNIDAD Y DE SU PORVENIR.

TESIS inaugural sotenida ante la Escuela Médico-Quirúrgica de Oporto, por el Dr. Aureliano Cirne, y comentada por el Dr. Burggraeve.

(Continuación. — Véase el número 9.)

B.

B. Anular su acción sobre la economía.—Es claro que suponemos una sustancia nociva en disolución en la sangre. El procedimiento farmacológico más racional será le eliminación; pero admitiendo que esta eliminación no pueda tener lugar en razón del estado de

las vías eliminatorias respectivas, ¿de qué manera se podrá suspender ó atenuar la acción nociva de esta sustancia?

El caso más frecuente de este género es aquel en que la sangre se hace ácida en exceso (ácido úrico), con la tendencia á la formación de cristales (reumatismo) y con inflamación de la mucosa genitourinaria.

La medicación sódica es la más generalmente empleada (carbonato de sosa).

Pero la sosa existe en gran proporción en el organismo, y la acidez es una consecuencia de la diminución del organismo, y la acidez es una consecuencia de la diminución de este principio; por consiguiente, la hipótesis que examinamos pertenece al grupo de las *lesiones químicas por deficiencia*, de que hemos hablado ya.

El mecanismo de esta acción puede todavía explicarse aquí por una simple neutralización química; la sosa, que aun empleada en el estado de carbonato es descompuesta en el estómago y en el duodeno, va á estimular la nutrición general y reducir también el ácido úrico en exceso.

Por un mecanismo análogo se explica la acción hemostática general del percloruro de hierro.

La manera más racional de combatir un estado de este orden sería someter al enfermo á un ejercicio gimnástico, metódico y progresivo; de esta suerte se activarían las combustiones en el seno de los tejidos.

En los casos agudos la aplicación del calor (baños calientes) y la estimulación local de la piel (yodo, etc.), pondría al enfermo en estado de realizar la gimnástica correspondiente.

Frecuentemente la discrasia úrica es debida á grandes quebrantamientos de la higiene alimenticia ó al exceso de trabajo; en estos casos el restablecimiento de las condiciones normales mesológicas y sociales es la única manera de combatir la enfermedad.

Puede presentarse otra hipótesis más grave y más complexa, cuyo estudio es el objeto de todas las preocupaciones de los experimentadores; queremos hablar de los casos en que el organismo es invadido por una especie dada de microbios que, ó por sus secreciones propias ó por las descomposiciones que determinan en los líquidos orgánicos, producen verdaderos casos de envenenamiento agudo.

Sobre este punto todos los clínicos están de acuerdo en que la medicación debe ser dirigida especialmente contra el microbio, es decir, que la medicación que hay que establecer es *causal*, y de ella vamos á ocuparnos en el capítulo siguiente.

C. Alcanzar la causa.—El descubrimiento de la patología animada ha producido en la terapéutica y en la higiene una gran revolución. Ante la experimentación se ha abierto un inmenso horizonte, tanto más cuanto que los métodos empleados debían resolver definitivamente la cuestión.

En todo lo que el autor acaba de decir de la higiene terapéutica, hay verdad y error: verdad en el sentido de que fuera de la vida, nosotros no podemos nada. ¿De qué se trata en efecto? De un tiro orgánico insuficiente. Tenemos la gota y el reumatismo; es evidente que si el gotoso y el reumático observasen un régimen antigotoso y antireumático, no padecerían estos dos males, que nuestros padres no han conocido y que los pueblos primitivos ignoraban igualmente. Así al lado de la higiene terapéutica, tan alabada por Bouchardat (aun contra la diabetes,) son necesarios los medios vitales, tales como la estricnina, la aconitina, la digitalina, que bien aplicados dan resultados maravillosos, mientras que todos los elíxires antigotosos acaban por determinar una metastásis mortal sobre el estómago, sobre el corazón, sobre el cerebro — esta trinidad de Bichat (*Considerations physiologiques sur la vie et la mort*).— Por perder de vista los empíricos el estado vital de la enfermedad es por lo que hacen tantas víctimas (nos referimos también á los empíricos diplomados).

Sin embargo, si la higiene ha hecho enormes progresos, la terapéutica permanece en el mismo punto. Todavía aquí se manifiesta hasta la evidencia la deplorable desorientación del espíritu clínico.

Los microbios, como todos los seres vivos, pertenecen á una de las dos escalas, zoológicos y fitológicos, ó todavía al grupo primitivo ó indiferente de los proteistas.

Sea como quiera, un microbio es siempre un ser inferior, y como tal de una resistencia mesológica incomparablemente más considerable que la de los seres superiores. La experiencia ha demostrado ya que ciertas especies eran capaces de resistir á presiones y á temperaturas muy elevadas.

Para establecer la terapéutica farmacológica, se comienza por aislar los microbios en cultivos especiales, y se buscan en seguida las sustancias que los destruyen más fácilmente y en menor cantidad. Es necesario alterar el *medio*, en que se desenvuelve el fermento, de tal suerte que la evolución de este último se detiene. Entonces surgirá, como resultado preciso, la medicación específica.

Tal es, en pocas palabras, lo que tiene lugar. Pero la terapéutica, la lenta terapéutica, no da un paso.

Y, sin embargo, el hecho era bien fácil de prever. Se han descubierto ciertamente numerosos antisépticos específicos, y no específicos, que matan los fermentos de cultivo, y la higiene saca de ellos grandes utilidades; pero puesto que es cierto que los microbios poseen una resistencia vital de adaptación bien superior á la del hombre, es claro que la dosis de un antiséptico determinado, tóxico para la economía, será lo más frecuentemente terapéutica para los microbios.

Tenemos la convicción profunda de que cuando la sangre es habitada por cierto fermento, no hay, no puede haber en ella medio farmacológico capaz de destruir este fermento.

La cuestión, creemos, está mal planteada. Nos parece que la mayor preocupación de los experimentadores debería ser el descubrimiento de especies antagonistas. La historia natural nos da minuciosos ejemplos de especies que recíprocamente se combaten y se destruyen. ¿Quién nos dice que no suceda lo mismo con las especies microscópicas?

Los líquidos de cultivo deberían ser tratados, no por antisépticos, sino por otros cultivos.

El autor plantea aquí uno de los problemas más importantes de la ciencia, y que, desde Jenner, preocupa á los experimentadores hasta el punto de no darse tregua ni reposo. El autor piensa que los gérmenes morbosos no pueden ser destruídos en la sangre: esto lo demostrará el porvenir. Sabemos ya que los miasmas del suelo son destruídos por la química, y aquí se puede invocar la experiencia directa. ¿Porqué no ha de suceder lo mismo con los otros miasmas? En todo caso esto conduce á la profilaxia por los alcaloides, según quiere la Dosimetría.

Es muy probable que ciertos microbios no patógenos sean antagonistas de los microbios patógenos. ¡Quién sabe si la administración de los antisépticos,

que destruyen indistintamente todos los fermentos, no sea un gran mal para la higiene!

Como se ve, el problema es muy concreto, susceptible de un desenvolvimiento, que no podemos actualmente darle; en todo caso, sometemos aquí una idea que se puede utilizar, si se la juzga digna de crítica.

Nos parece, sin embargo, que aun en el campo de la patogenia animada, que tiende á agrandarse todos los días, la terapéutica farmacológica no ha venido á legitimarse.

(*Continuará.*)

OFICIAL.

SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN

SECCIÓN PRIMERA.

—

Consejo Superior de Salubridad.—México.

Se ha dado cuenta al Consejo con el oficio de vd., fecha de antier, al que se sirvió adjuntar un recorte del "Monitor Republicano," referente á la muerte de los Sres. Patricio Ferráes y Gaspar Errazu, quienes dice el citado recorte que fallecieron de viruela negra, y en el que dispone que consulte esta Corporación lo que crea conveniente en vista de esta noticia.

El Consejo ha acordado diga á vd. en respuesta, como tengo el honor de hacerlo, que no se ha tenido noticia alguna del caso del Sr. Ferráez.

En cuanto al otro caso, al del Sr. Errazu, debo informar á vd., como he informado ya al Consejo, que: dicho señor falleció de viruela hemorrágica; que por indicación de los médicos que lo atendimos se observaron en su asistencia todas las precauciones higiénicas de aislamiento y desinfección que la ciencia aconseja, como son: separar de la familia á la persona atacada del mal; quitar las alfombras y tapices de las piezas en que se le asistía; cambiarle de cama, de manera que permaneciera en una durante el día y en otra por la noche; cambiarle de ropa de uso dos ó tres veces en el día; sumergir la ropa que se le quitaba en una solución de cloruro de zinc al ocho por ciento, antes de entregarla á las lavanderas, y hacerle lociones al mismo enfermo con una solución de bicloruro de mercurio al milésimo. Después que sucumbió el Sr. Errazu, se mandaron quemar los colchones y la ropa que le habían servido; no se le vistió como es costumbre, sino que se le envolvió en un sudario impregnado con solución de bicloruro de mercurio. Se manifestó á la familia que sin demora debía ponerse el cadáver en la caja con sustancias desinfectantes; que no debía depositarse en ninguna iglesia, y no se accedió á embalsamarlo, como lo pretendían sus deudos. Tan luego como se condujo el cadáver al cementerio, se mandó hacer la desinfección de las habitaciones conforme á las reglas dadas por el Consejo, cuya operación fué practicada por dos mozos del mismo Cuerpo.

Con este motivo debo manifestar á vd., que juzgando el Consejo que el mejor preservativo de la viruela es la vacuna, ha procurado que se active cuanto es posible la propagación de ésta, á cuyo fin ha hecho las indicaciones convenientes á los médicos vacunadores para que le den la mayor extensión posible, y se ha dirigido oficio al Inspector general de Policía, suplicándole se sirva ordenar á los Inspectores de Policía que prevengan á los agentes que están á sus órdenes, que presten su auxilio para que concurran á vacunarse á las oficinas respectivas, todas las personas que no estén vacunadas. Con el mismo objeto se ha redactado el aviso adjunto que ruego á vd. se sirva mandar publicar en el "Diario Oficial"

Lo que tengo el honor de comunicar á vd. en respuesta á su oficio citado.

Libertad y Constitución. México, Julio 21 de 1888.—*E. Liceaga.*—Al Secretario de Estado y del Despacho de Gobernación. —Presente.

CONSEJO SUPERIOR DE SALUBRIDAD. MÉXICO.

AVISO.—La inquietud que está causando en los habitantes de la capital el aumento de la viruela en estos últimos meses, impone al Consejo de Salubridad la obligación de recomendar al público recurra al único preservativo de la viruela que es la vacunación. En México, en todo lo que va del presente siglo, ha sido tan eficaz, que ninguno de los habitantes ha necesitado revacunarse; los casos de viruela sobrevenidos en personas ya vacunadas, de los que el Consejo tiene noticia, se han dado en los vacunados en el extranjero. Por este motivo cree oportuno también que se revacunen las personas que se hallen en este caso, así como las que tengan duda de la eficacia del preservativo que en otra época hubieren recibido.

La vacuna se administra gratuitamente en la capital, de once á doce de la mañana todos los días, en las oficiaas del Consejo (calle de Xicotencatl número 3); y á la misma hora los lunes y sábados en las parroquias de Santa María y San Cosme; los martes y viernes en las de Santa Ana y San José; los miércoles y jueves en las de la Soledad y Santa Cruz y San Pablo, y

los domingos en las de Santa Catarina y la Santa Veracruz.

Secretaría de Estado y del despacho de Gobernación.—México.—Sección 1ª—Número 1,443.

Se recibió en esta Secretaría el informe que con fecha 21 del actual se sirve vd. rendir, con motivo del párrafo que publicó el "Monitor Republicano" sobre el fallecimiento de los Sres. Patricio Ferráez y Gaspar Errazu, quienes según dicho periódico, fueron atacados de viruela negra.

Ya se manda publicar el citado informe, y en cuanto al aviso sobre vacunación, á él adjunto, se ordena su inserción por 15 días en el "Diario Oficial," cuya Redacción llamará la atención de los demas periódicos de la capital, respecto de su contenido, suplicándoles se sirvan reproducirlo.

Libertad y Constitución. México, Julio 28 de 1888.—*Mercado*.—Al Presidente del Consejo Superior de Salubridad.

Son copias. México, Agosto 7 de 1888. —*M. A. Mercado*, Oficial mayor.

MISCELANEA MÉDICA.

Anemia fecal. —Sir A. Clark da este nombre á la anemia que padecen las muchachas jóvenes al establecerse la menstruación. Durante la pubertad ocurren en el sexo femenino profundas alteraciones mentales y afectivas, de las que uno de los resultados suele ser el estreñimiento rebelde. Los excrementos acumulados en el ciego sufren alteraciones químicas y se forman ptomainas y leucomainas. Estas penetran en el torrente circulatorio y producen la infección general. Esta infección sigue una marcha crónica y se manifiesta por palidez, cefalalgia, dispnea, palpitaciones, dispepsia y demás signos de la anemia. Inútil parece decir que no todos los casos de anemia pueden incluirse en esta categoría. En estos casos produce resultados excelentes la Cáscara Sagrada que restablece la vitalidad normal de la fibra muscular del intestino perdida por la distensión excesiva.

Pero en estos casos son preferentes 4 gránulos de *podofilino* al acostarse, 2 de *arseniato de estricnina* á las comidas y el *Sedlitz Chanteaud* por las mañanas en un vaso de agua. Pueden tambien ensayarse la *colocintina* y la *jalapina*.

La hiosciamina en la dispnea y el asma.—El Dr. Walker ha publicado un artículo en el que llama la atención sobre los efectos de la hiosciamina en el asma y en el tratamiento del espasmo de la fibra muscular voluntaria, sea de los bronquios ó de las vísceras huecas, estómago, intestinos, vejiga. Usada á la dosis de medio miligramo cada media hora ó más tarde, segun la urgencia que requiera el caso, suele desaparecer el espasmo á la segunda ó tercera dosis. En los casos muy urgentes debe emplearse la primera dosis en inyección hipodérmica para favorecer su absorción. Una vez que el alivio se obtiene, se retrasan las dosis dos ó tres veces al día, y por último, se suspende la administración del medicamento.

Según el Dr. Walker, siempre la hiosciamina corrige con rapidez el espasmo, y el enfermo no debe temer la reaparición inmediata de la dispnea. Este autor suele administrar, á la vez que la hiosciamina, pequeñas dosis de estricnina como tónica y para contrarrestar la tendencia á la adinamia. En el espasmo del estómago é intestinos, en la disenteria, en la hernia estrangulada y en la retención de orina por espasmo del cuello vesical, es eficacísima la hiosciamina á dosis repetidas y frecuentes. —*(The Lancet).*

Reflexiones.—Observarán nuestros lectores que esto es *dosimetría pura*, tomada de nuestros libros y de nuestras revistas, y sin embargo, se publica hoy como una novedad en los periódicos extranjeros, se traduce como tal en los españoles, y no se dice de dónde se ha tomado, ni siquiera se nombra á la doctrina, ni se habla del *gránulo*, que es la mejor, por no decir la única forma farmacéutica de administración de los principios activos.

¡Qué pobreza de espíritu!......

(Revista Dosimétrica.)

Tratamiento de quemaduras extensas. — El Dr. Sr. Le Clerc (de Saint-Lô) llama la atención, en la *Normandie medicale*, sobre un tratamiento contra los dolores de las quemaduras extendidas que se emplea poco y que da resultados rápidos: este tratamiento consiste en grandes baños de agua simple ó aséptica. Una enferma cubierta de quemaduras producidas por esencia inflamable, que sufría horriblemente y en el cual era inposible mantener la cura, los sufrimientos se calmaron en pocos minutos con un baño ligeramente fenicado. Este procedimiento no es nuevo, puesto que en 1858, los grandes baños de

agua templada se emplearon por M. Passavant en trece personas que sufrieron quemaduras en un incendio. Se mantuvieron los baños á una temperatura de 27° Réamur y se continuaron hasta la cicatrización de las llagas.

Los baños constituyen por consiguiente un tratamiento de primer orden en todos los períodos de las quemaduras, sobre todo cuando las lesiones ocupan una grande extensión. Bajo el punto de vista de su composición variarán los baños según los períodos. Sin necesidad de recurrir á los baños de agua oxigenada, bastan al principio los de agua simple. Pero desde que principie el período inflamatorio, y con mucha mayor razón el de supuración, es necesario antiseptizar el líquido del baño con ácido fénico, tratando de no olvidar sus inconvenientes y vigilando su acción.

(Journal de Méd. et de Chir. pratiques.)

Irrigación de agua muy caliente en las epístaxis graves.—El Sr. Alvín (de Montdore,) refiere en el *Loire Medicale*, que habiendo sido llamado para contener una epístaxis que persistía desde hacía cuarenta y ocho horas, á pesar del percloruro de hierro, el hielo y el taponamiento, practicó con un irrigador una abundante inyección nasal con agua á la temperatura de 65 á 70 grados; parte del líquido refluyó por la misma nariz, y otra gran parte por la otra y por la garganta; á los tres minutos el agua salía clara y la hemorragia estaba contenida; esta irrigación se repitió dos veces más, y la epístaxis no volvió á presentarse.

El Sr. Alvín, manifiesta que este medio es muy poderoso, y que no produce dolor ni presenta peligro alguno.

(Rev. de Med. y Cirugía Prácticas de Madrid.)

Del fagedenismo y su tratamiento.—En este más que en ningún otro caso, dice Fournier, en un importante trabajo que acaba de publicar, pueden aplicarse las palabras de aquel viejo médico que decía: "Se puede juzgar de la incurabilidad de una dolencia por la multiplicidad de los remedios que han sido empleados."

En efecto, en último resultado la experiencia nos enseña que no poseemos ningún medicamento al que se pueda aplicar el título de específico del fagedenismo. Un solo medio hay: la destrucción. Pero ¿debemos concluir de ello que ya desde el primer momento debe recurrirse al hierro rojo y á las pastas químicas? No: proceder en seguida á esta cauterización, sería cometer una grave falta, pues en la mayoría de casos poseemos otros medios para curar el fagedenismo. ¿Cuál es, pues, la conducta que hay que seguir en presencia de un chancro fagedénico? Nuestro primer deber es investigar el origen de la afección, porque en los noventa y nueve casos de cien, encontrada la causa, el fagedenismo se cura. Un ejemplo: he aquí un enfermo afectado de fagedenismo. ¿Qué había hecho? En primer lugar, este enfermo no prestó al principio ninguna atención al chancro; después, agravándose la úlcera, puso una pomada cualquiera; la quemó, se aplicó ceniza de la pipa y otras porquerías y, por fin, se decidió á entrar en el hospital, ofreciendo una lesión espantosa. Pues bien, ¿quereis ver mañana la prueba de que podeis curar esta lesión sin tratamiento? Acostad á vuestro enfermo, obligadle á lavarse, dadle baños y curad su chancro con hilas secas. Qué ocurrirá? Casi siempre una notable mejoría. Del mismo modo, cuando haya causas locales de otra naturaleza, procurad quitarlas. Así, si el origen del mal es un parafimosis, apresuraos á hacer desaparecer la estrangulación mediante una incisión, y del mismo modo para tantas y tantas otras causas que sería largo enumerar. En resumen: suprimir el origen del mal, colocar al individuo en un buen medio bajo todos conceptos, y darle una buena higiene general y local, constituyen una gran parte del tratamiento.

No obstante, nada os impide usar recursos farmacéuticos. Hablemos primero de los medicamentos generales. Se ha aconsejado el corregir los vicios de constitución. Así, pues, cuando el enfermo es anémico, debeis hacerle tomar fierro, y, si es posible mandarle á tomar baños de mar. Todo esto está bien por lo que se refiere al fagedenismo crónico; pero cuando se trata de un fagedenismo galopante, yo os pregunto: ¿el aceite de hígado de bacalao servirá para algo? No; el glande será destruído. Dejémosle pues. Se han propuesto otros medicamentos como antídotos. Entre ellos, dos solamente merecen ser citados, porque si bien encontraremos en las revistas científicas una serie de observaciones, en las que habrían hecho maravillas, nosotros, por el contrario, comprobamos en un gran número de casos que para nada absolutamente habían servido: estos son el opio y el sulfato de quinina. En suma, poco nos queda útil de la medicación general. Abordemos ya lo que tiene bastante importancia: la medicación local. Aquí los agentes son también muy numerosos y variados. Toda la terapéutica ha

sido empleada: desde el nitrato de plata, la tintura de yodo, el ácido pirogálico, hasta el vino aromático, la oclusión y los baños prolongados. Sin entrar en todos los detalles, lo mejer es el tratamiento metódico del chancro simple en sus tres etapas. Emplear el nitrato de plata en solución al $^{1}/_{40}$, el tartrato férrico potásico al cinco por ciento, y sobre todo el yodoformo en polvo *larga manu*, sobre la úlcera. ¿Es esto todo? No: lo mejor, según mi opinión, es el baño cotidiano, temperante y prolongado durante ocho ó diez días. Pero, si al cabo de 15 días ó 3 semanas el fagedenismo persiste todavía ¿qué hacer? Aquí es donde existe gran discordancia entre los médicos. Algunos recurren inmediatamente á los cáusticos, pero el mayor número vacila en tomar una resolución tan grave, por las tres razones siguientes: primera, porque la destrucción de un gran chancro puede determinar destrozos considerables; segunda, porque esta operación, atendida la marcha caprichosa del fagedenismo, no es indispensable; y por úliimo, retenedlo bien en vuestra memoria, porque esta cauterización puede fracasar ó dejar como consecuencia una llaga todavía mucho más grande. En una palabra, de todas estas consideraciones resulta que no es conveniente cauterizar sino cuando el chancro amenaza destruir una gran porción del miembro ó cuando todos los remedios imaginables han sido inútiles.

Una vez decidida la cauterización, debe hacerse con energía para no exponerse á un fracaso. ¿Cómo practicarla? Con el hierro al rojo ó con las pastas químicas; á vuestra elección. ¿Pero porqué algunos autores, como yo por ejemplo, dan la preferencia á las últimas? Porque el fierro al rojo alcanza difícilmente á todos los puntos. Debo, por último, añadir que hay algunos casos en que ni este último recurso es aplicable; tales son, por ejemplo, los fagedenismos que han puesto al descubierto un nervio, una arteria ó una vena. Qué hacer entonces? Contentarse con paliativos, aliviar los dolores, sostener las fuerzas y contar con el poder de la naturaleza.

Una palabra á propósito de la erisipela como tratamiecto del fagedenismo. Habiendo la erisipela en algunos casos detenido y aún curado un fagedenismo, algunos se han creido autorizados para ensayar la provocación de esta dolencia en individuos afectados de fagedenismo. ¿Qué valor tiene este método? Por mi parte, lo rechazo en absoluto: en primer lugar, porque en gran número de circunstancias sólo ha logrado retardar, pero no curar, el fagedenismo, y en segundo, porque la aplicación de este método no deja de hacer correr peligros serios al enfermo.

(Revista Argentina de Ciencias Médicas.)

Tratamiento de las quemaduras por el jarabe de azúcar. — Esta medicación es sencilla y ha dado á M. Jacques Bey resultados felices. Se conocen las virtudes antisépticas del azúcar y nuestro distinguido colega las utiliza valiéndose de piezas de muselina empapadas en jarabe de azúcar y aplicadas á la superficie de la llaga; una capa de algodón y un vendaje contentivo completan el apósito.

Puede aún simplificarse esta última, cubriendo directamente la quemadura con el algodón humedecido en jarabe de azúcar. En la clientela de M. Jacques Bey y en la de los sabios colegas MM. Rifat y Misrachi, los resultados obtenidos han sido superiores á los que los otros tópicos procuraban. Una de las condiciones necesarias para el éxito es el emplear el jarabe de azúcar preparado recientemente y cuidadosamente filtrado para realizar una asepsia completa del medicamento.

(Rev. gén. de cliniq. et thérap.)

Valor nutritivo de los enemas de huevo y de los de peptona. — El Sr. Dr. Snyers refiere, en los *Annales de la Société médico-chirurgicale de Liège,* unas experiencias muy interesantes hechas por el Dr. Mr. Ewald sobre el valor nutritivo de las peptonas y de los huevos empleados en lavativas.

Resulta que, por lo visto, la mucosa rectal, es capaz, en el estado fisiológico, de operar por sí misma las modificaciones necesarias de los albuminoideos para hacerlos asimilables; los enemas compuestos de huevos, no peptonisados, se absorben tan rápidamente como las peptonas, y producen un efecto nutritivo tan marcado como estas últimas.

En vista de estos resultados, debemos dar la preferencia á los enemas simplemente compuestos de huevos, que son de menos precio.

Estas lavativas se formarán con un poco de huevo crudo, bien emulsionado y diluido en una pequeña cantidad de agua salada.

Se puede prescribir igualmente una mezcla de huevos y de vino rojo en una solución de azúcar de uva al diez á veinte por ciento.

La cantidad de líquido empleado como vehículo no debe pasar de un cuarto de litro. Si fuese necesario se darán varios du-

rante el día. Deberémos preceder á su administración una lavativa evacuante; se esperará una hora y despues se inyectará la mezcla nutritiva lentamente, con presión débil y tan alto como sea posible en el recto (valiéndonos del cateter de Nélaton).

Si existe gran sensibilidad en el intestino se añade ó se mezcla algunas gotas de tintura de opio.

(Journ. de méd. et de chir. pratiques.)

El contagio por los insectos.—Sábese que los insectos son porta-epidemias. Es corriente entre médicos la creencia de que los mosquitos y otros animalillos de su especie trasmiten y diseminan las enfermedades contagiosas; un buen médico de Georgia publicó hechos que estima pruebas de la agencia activa de los mosquitos é insectos semejantes en el desarrollo de la fiebre amarilla. Aboga porque los actuales cordones sanitarios imperfectos, por entre cuyas filas y sobre cuyas zonas vuelan ahora los diminutos y poderosos agentes de la fiebre, se completen con la creación de cordones de fuego, que detengan en su paso á los funestos mensajeros.

Hay en ciertas comarcas interiores de los Estados del Sur unos como jejenes mal intencionados que se introducen sin piedad por la nariz, ojos y orejas de los caminantes, y se agrupan sobre cualquier rasgadura ó abertura de la piel, donde sin morder ni picar, causan sin embargo irritación enorme. Las secreciones del ojo son demasiado activas para que quede con vida el jejen imprudente que cae en los ojos, y en ellos muere; pero no por eso deja de sentirse en el ojo, por algunas horas, un dolor muy agudo, producido por la presencia momentánea del insecto en él. Y se nota que la estación en que abundan estos insectos, se agravan las enfermedades de la vista, y sè produce con más frecuencia la terrible oftalmía, que causa dolores que estremecen y fiebres que postran á tal punto, que no hay enfermo bravo á quien no rindan, ni caminante que pueda soportar mientras las sufre, la accion del más sutil rayo de sol. De súbito, el ojo se irrita; dolores tajantes y penetrantes lo traspasan; se siente como si se tuviera bajo los párpados arena encendida; la luz hiere el ojo como puñal de agudo filo.

Y así, día tras día, hasta que la enfermedad, cuyos dolores suelen amortiguarse con baños de piés, va desapareciendo de suyo, ó merced á baños de yerbas benéficas, que los naturales conocen y no enseñan.

Viajando por tierras calientes, de arenales vastos, se sufre mucho de esto. De esto sufrieron en Egipto los soldados de Napoleon, en Georgía padécese mucho de la oftalmía, y por la América Central, del lado del Atlántico, por la vieja y arruinada ciudad de Zacada, de melodioso rio, ¡por aquellas comarcas calurosas donde venden á medio real el ciento de plátanos, y sirven las recias mestizas guatemaltecas almuerzos generosos y opulentos, por los que apenas cobran real y medio, por aquellos distritos olvidados, verdaderas minas del oro más durable y valioso, el oro vegetal, el oro ambiente, por aquellas aldeas pobres y honradas, apenas cruza viajero que de la peligrosa oftalmía no haya sido presa.

La enfermedad es contagiosa, y se comunica con gran rapidez. Algunos pierden la vista de un ojo, y de los dos, los más infortunados. Los que curan, no curan siempre bien: la parte interior del párpado queda siempre como imperfecta y arenosa, y la pupila un tanto velada; la córnea no vuelve jamás á ser tan límpida como antes de la enfermedad.

Tan cierto parece que los mosquitos contribuyen en gran manera á producirla, que los grandes georgianos dicen que viene de que los mosquitos ponen sus huevos en los ojos.—*(Copiado.)*

Extirpación total del útero y de sus anexos—El Sr, de Saboïa (de Rio Janeiro) ha hecho una extirpación total del útero y la comenta en las reflecciones siguientes. La extirpación del útero es justificable en ciertos casos de mixo-fibromas, de inversión irreductible y de cáncer; es preferible á la amputación parcial ó cuneiforme en los casos de cáncer habiendo invadido las paredes internas del canal cervical; al contrario la amputación parcial debe emplearse de preferencia en los casos de cáncer de la porción vaginal del cuello porque la reincidencia tendrá lugar después de una ú otra de estas operaciones; pero la mujer está expuesta á menor peligro con la amputación parcial que con la extirpación total y la reincidencia no se hace más pronto en uno que en otro caso.

La extirpación por la vagina es preferible bajo todos los puntos de vista á aquella por el abdomen. Debe siempre comprender los anexos del útero, no solamente con el fin de disminuir las probabilidades de reincidencia, sino aún para impedir los desórdenes producidos por las reglas sobre el proceso de reparación de la herida.

El movimiento de báscula hecho de atrás hacia adelante para colocar en el cur-

so de la operación, el cuerpo del útero afuera, hace el desapego de todo el órgano mas facil, que haciéndolo bascular de adelante hacia atrás.

La sutura de la herida es inutil, la ligadura de los vasos es menos molesta que las pinzas, dejadas á demora. Los tubos de drenage no presentan tampoco ventajas notables.

Investigación psica-física de los dementes.—En la sesión del 21 de Abril de la Sociedad psiquiátrica de San Petersburgo la Sra. Valistskaya comunicó los experimentos que ha hecho en siete enfermos de parálisis progresiva y para la comparación, en cinco individuos sanos, con el microscopio de Hipp, que aplicó 18,000 veces. Los resultados de la investigación confirman lo que podía presumirse, que la parálisis general se manifiesta tambien en la *ecuación personal* de los enfermos, tardando éstos más en responder ó reaccionar á las impresiones que reciben, siempre que ha de intervenir la voluntad ó la reflexión, hasta cuando se hallan en los estudios de excitación maniaca ó de mejoría temporal, en los cuales la actividad cerebral involuntaria, puramente refleja, vuelve al estado normal ó aún se exajera. En la marcha progresiva de la enfermedad se va entorpeciendo la actividad mental, inconsciente, involuntaria, rutinera, lo mismo que la reflexiva y meditada. Las investigaciones psico-físicas como las que ha hecho la médica rusa, constituyen un precioso recurso diagnóstico para patentizar lo ilusorias que son las esperanzas fundadas en la aparente mejoría de los enfermos de parálisis general progresiva. — *Vrach, 1888*, núm. 15.

CRÓNICA.

JUSTA REPARACION.

El Sr. Dr. Francisco Chacón ha sido repuesto en su cátedra según podrá verse en la comunicación en seguida inserta:

Secretaría de Estado y del Departamento de Justicia é Instrucción pública.—México.—Sección 2ª—Núm. 3,012.

El Presidente de la República, teniendo en cuenta que en 22 de Febrero de 1870, se expidió á vd. el nombramiento de Profesor adjunto de Anatomía Topográfica en la Escuela Nacional de Medicina, de acuerdo con el resultado de la oposición en la que obtuvo vd. la aprobación unánime del Jurado para desempeñarla; teniendo en cuenta también que dos años más tarde, y á consecuencia del fallecimiento del Profesor propietario de dicha clase, Dr. José María Barceló de Villagrán, con fecha 6 de Setiembre de 1872, entró vd. al pleno ejercicio de sus funciones de Profesor, de acuerdo con lo preceptuado en el artículo 71 de la ley vigente de Instrucción pública fecha 15 de Mayo de 1869; considerando además que en seguida obtuvo vd. formal licencia para separarse de su empleo, y que terminada dicha licencia ya no fué devuelta á vd. la clase referida, sino que quedó desempeñándola el Profesor adjunto D. Ildefonso Velasco; y que si bien más adelante, en 3 de Febrero de 1882 se nombró á vd. Profesor de la clase mencionada, ese nombramiento fué con el carácter de interino y no de propietario que es el que le corresponde por haber obtenido la plaza en la respectiva oposición: el mismo Supremo Magistrado, deseoso de que no estén dudosos los derechos que tiene vd. á la citada clase, ha tenido á bien declarar que es vd. Profesor propietario de la clase de Anatomía Topográfica en la Escuela Nacional de Medicina, clase que como se ha dicho, ha estado vd. desempeñando últimamente con el carácter de interino.

Dígolo á vd. para su conocimiento y satisfacción.

Libertad y Constitución. México, Junio 25 de 1888.

P. L. D. S., *J. N. García.*

C. Dr. Francisco de P. Chacón.—Presente.

INDICE BIBLIOGRAFICO.

Anuario de Medicina y Cirugía.—Revista semestral dedicada al examen retrospectivo de todos los descubrimientos y adelantos prácticos en las ciencias médicas, tomado en parte del "Retrospect of medicine" del Dr. Braithwaite, completado con artículos de publicaciones de otros países, por los Dres. Reboles y Campos y García Molinas; ilustrado con 26 grabados intercalados en el texto.—SEGUNDA SERIE.—Tomo VI.—Julio á Diciembre de 1887.—Anuario internacional.

Obra de verdadero mérito, pues compila en pocas páginas todos los adelantamientos de la época á que se refiere.

Se vende en Madrid en la librería editorial de D. Carlos Bailly-Baillière, Plaza de Santa Ana número 10.

Lecciones de Terapéutica, por Georges Hayem, traducidas por el Dr García Molinas.

LAS GRANDES MEDICACIONES.—Para recomendar esta obra basta sólo decir que trata de modo verdaderamente magistral estas tres importantísimas cuestiones de la Terapéutica: los principios generales, las medicaciones y los tratamientos.—Se vende en Madrid en la librería editorial de D. Carlos Bailly-Baillière, Plaza de Santa Ana número 10.

Diccionario de Medicina y Cirugía, Farmacia, Veterinaria y Ciencias auxiliares, por E. Littré, Médico del Instituto de Francia. Obra que contiene la sinonimia griega, latina, alemana, inglesa, italiana y francesa, y el vocabulario de esas diversas lenguas, versión española de la décimaquinta edición francesa aumentada y puesta al corriente de los progresos de las ciencias médicas y biológicas y de la práctica diaria por los Dres. † J. Aguilar Lara, Profesor clínico y auxiliar de la Facultad de Medicina de Valencia, Director de "La Crónica Médica," etc., etc., y M. Carreras Sanchis, Profesor de Fisiología é Higiene en "El Fomento de las Artes" de Madrid, Redactor-Jefe de "El Diario Médico-Farmacéutico," etc., etc., y precedido de un prólogo del Dr. D. Amalio Gimeno Cabañas, Catedrático de Terapéutica. Con más 600 grabados intercalados en el texto.

El "Diccionario de Medicina, Cirugía, Farmacia, Veterinaria y Ciencias Auxiliares" de Littré, constará de dos gruesos tomos de tamaño casi folio, esmeradamente impresos en papel glaseado idéntico al del prospecto, con tipos nuevos, adquiridos exprofeso para esta obra.

Se publicará por cuadernos de 40 páginas, á dos columnas, iguales á las del prospecto por las cuales puede formarse una idea de los 600 ó más excelentes grabados que ilustrarán la obra y de la elegancia y claridad de los tipos que en su confección empleamos

Durante la publicación, el precio de cada cuaderno en toda España será el de UNA PESETA, repartiendo, por ahora, dos cada mes; más adelante, si lo desean los señores suscritores, aumentaremos el número de repartos para terminar la obra en el menor plazo posible. Concluida ésta se aumentará el precio.

Siendo bastante más completa de texto y grabados la presente edición que la francesa, no podemos precisar con exactitud su extensión; creemos, sin embargo, que no excederá de 40 á 60 cuadernos.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

CASOS CLINICOS

POR EL DR. L. BAILLET.

(Huamantla, México.)

Tifo exantemático.

Arcadia Solís, de 28 años de edad, y en el octavo mes de preñez, ha sufrido durante cinco días fuertes dolores en la cabeza y en las piernas, con calentura alta, acompañada de violento delirio, principalmente en la noche.

Al examen encontré la cara de un color rojizo tirando á violado; los ojos inyectados; el pulso á 160 intermitente y depresible; la temperatura á 41°5, con la piel muy seca; la lengua rojo-negruzca, y hendida seca; los dientes incrustados de fuliginosidades; el abdomen ligeramente abultado y ancho, sin ruidos en la fosa iliaca derecha; sin manchas características, ni sudamina. Diagnostiqué tifo y me abstuve de dar un pronóstico que juzgué sería desfavorable.

Eran las nueve de la mañana. Prescribí aconitina, digitalina y arseniato de estricnina, dos gránulos de cada uno cada cuarto de hora, empezando la enferma á tomar los gránulos una hora después de la ingestión de dos cucharaditas de Sedlitz Chanteaud que se administró desde luego. La dieta se concretó á leche sola sin ninguna bebida excepto agua acidulada con jugo de limón á la cual había sido añadida una cucharadita de Sedlitz Chanteaud por litro.

Hasta las seis de la tarde la enferma había tomado 48 gránulos de cada uno, aconitina, digitalina y arseniato de estricnina. Tenía una abundante transpiración á esta hora; pulso amplio y libre; temperatura 37°5; la rigidez de los músculos del cuello había desaparecido, no había dolores en los miembros y la debilidad no era ya tan excesiva; la lengua estaba limpia; la enferma había tenido tres abundantes y muy fétidas evacuaciones; dice que ya nada tiene y pide alimento; pero su cuerpo está cubierto por manchas violadas irregularmente agrupadas que no desaparecen á la presión; los sudamina y las petequias se han presentado aunque en corto número. Prescribí ácido arsenioso, un gránulo cada dos horas durante toda la noche.

En la mañana siguiente, á las ocho, la enferma se encontraba en una muy notable mejoría; había dormido bien sin despertar más que para tomar el gránulo ordenado á cada dos horas. Las manchas habían disminuído considerablemente en tamaño y en número; la enferma había tenido dos deposiciones en la noche; el pulso y la temperatura eran normales. Sopa, huevos, una costilla y vino fueron ordenados para la comida del medio día. El ácido arsenioso fué suspendido y en su lugar dí dos gránulos de arseniato de fierro y un gránulo de quinina juntos cuatro veces al día.

Al día siguiente la enferma estaba en plena convalecencia; sin embargo, el tratamiento fué continuado por algunos días, con la adición de una cucharadita de Sedlitz Chanteaud cada mañana y tres gránulos de quasina antes de la comida del medio día. Cinco días después de haber hecho mi última prescripción me encontré á la enferma en la calle: me dijo que estaba muy bien y que iba á los baños. Veinte días después tuve ocasión de verla, su trabajo obstétrico había comenzado y dió á luz un robusto niño sin ninguna dificultad.

Fiebre intermitente singular.

Fuí consultado hace poco tiempo por mi amigo y compañero el Dr. M.—Por un mes según me dijo — he estado caminando de lugar en lugar con la esperanza de que con un costal de cambios de clima, podría libertarme de esta fiebre que parece ser muy tenaz: yo sé que vd. es dosímetra, y al efecto os pido vuestro consejo. ¿Qué debo hacer? He tomado quinina y arseniatos bajo todas formas, y á todas las dosis posibles; he cambiado también de clima, como he dicho, sin que nada parezca probarme bien; esta calentura me visita diariamente con la misma desesperante regularidad á las cuatro P. M.

—Si le doy á vd. el consejo que me pide le contesté, ¿lo seguirá vd.?

—¡Oh! sí, me replicó, lo seguiré estrictamente cualquiera que sea; como he dicho tengo ensayado todo, y nada tengo que hacer sino ensayar la Dosimetría, ó hasta la Homeopatía para esto, por pura desesperación.

Le dí, desde luego, doce gránulos de emetina y veinte de hidroferrocianato de quinina, diciéndole que tomase dos gránulos de emetina antes del almuerzo cada mañana por seis días en un vaso de agua fría, al sexto día debería tomar dos gránulos de hidroferrocianato de quinina cada hora. Observe vd. el efecto de esta medicina, añadí, y deme vd. noticia del resultado.

No volvió hasta diez días después.—Esto es sorprendente, dijo al entrar en mi despacho, no he sido visitado por la calentura hace cuatro días: esperaba su reaparición para venir á ver á vd. después; pero como no ha vuelto vengo á darle noticia de esta circunstancia.

—Y ciertamente no volverá, repliqué yo, si vd. toma ahora por unos cuantos días dos gránulos de arseniato de fierro y cuatro de quasina, antes de la comida de medio día.

—Así lo haré, esté vd. seguro, me respondió, pero espero que vd. me explicará cómo ha podido curarme con una tan pequeña dosis de quinina, cuando yo he tomado *kilógramos* durante mi tratamiento por mí mismo, que ha durado más de dos meses.

—No me encargaré personalmente de ilustrarlo, le dije, pero mi librería está á su disposición, en ella encontrará todos los trabajos sobre medicina Dosimétrica que se han publicado hasta hoy, y pienso que la consulta resolverá fácilmente la cuestión que me propone.

Esta idea de usar la emetina es intuición dosimétrica. En los casos de intermitentes tenaces que sobrevienen en los climas cambiantes, las altas dosis de quinina son inactivas y no deben ser empleadas. El enfermo debe ser primero preparado para el tratamiento que se adopte, dándole antes del almuerzo por algunos días, cinco milígramos de emetina, y entonces darle la quinina en ocho ó diez pequeñas dosis á cortos intervalos y se dominará seguramente la enfermedad; yo lo he hecho así con brillantes resultados.

Conversación con el Dr. Aleusnelav Susej sobre el reumatismo.

Dr. Aleusnelav.—El reumatismo articular agudo es grave, no sólo por sí mismo, sino por sus consecuencias, las que, á pesar de ser bien conocidas, no por eso se pueden evitar.

Dr. Nolenef.—Convengo en su proposición, menos en su conclusión: es cierto que el reumatismo articular agudo es grave por sí y por sus consecuencias, pero se puede evitar su desarrollo y á *fortiori* sus consecuencias.

Dr. Aleusnelav.—Muchas veces los enfermos del corazón han sido reumáticos; de donde se puede sacar en consecuencia que los reumáticos tienen probabilidades de llegar á ser cardiacos. La cuestión es no sólo curar el reumatismo articular agudo, sino prevenir sus consecuencias.

Dr. Nolenef.—Nosotros somos más ambiciosos, queremos prevenir el reumatismo y por lo mismo queremos poner á los enfermos más al abrigo de sus consecuencias.

Dr. Aleusnelav.—El tratamiento para combatir al reumatismo articular agudo ha sido muy variado, pero hoy, en la actualidad, se ha simplificado, reduciéndose casi á una sola medicina, el salicilato de sosa. Es de práctica corriente y con seguridad se puede decir, que todos hacemos uso de esta medicina, y en lo general con buen éxito, es decir, que ya sea desde luego ó bien después de algunos días de ese tratamiento, los resultados benéficos son muy sensibles y tanto el médico como el paciente quedan muy satisfechos al ver que los dolores, la tumefacción, la dificultad de los movimientos y la calentura van desapareciendo con el salicilato. Hasta aquí no habría que decir más que elogios de esta medicación pero veamos lo que despues sucede.

Hay mucha semejanza entre lo que pasa con el reumatismo articular agudo y algunas enfermedades virulentas que tienen un período de incubación más ó menos largo, antes de que se manifiesten los accidentes consecutivos. Ahora bien, á la vista de un chancro duro por ejemplo, se piensa en lo que vendrá después; en presencia de una persona mordida por un animal rabioso, se pronostica lo que sucederá pasado el período de incubación y naturalmente, en estos casos, se busca y se pone en práctica algún remedio para impedir las consecuencias de la inoculación; pues igual conducta es natural también seguir para prevenir las consecuencias del reumatismo articular agudo. ¿De qué medios valerse para conseguirlo? He aquí la cuestión.

Dr. Nolenef.—Insisto en que la cuestión está en prevenir al reumatismo y que no estamos reducidos al único recurso del sa-

licilato de sosa, por bueno que sea, hay todavía mejor, como lo vamos á ver.

Dr. Aleusnelav.—Si pasamos en revista las diferentes medicinas que se han usado para la enfermedad que nos ocupa, veremos que ninguna hay que garantice á estos enfermos de los peligros futuros á que los expone el reumatismo. El salicilato ya mencionado, el colchico, el nitrato de potasa, la quinina, el tártaro estibiado, etc., son medios muy buenos para el reumatismo, pero no para evitar los accidentes que ocasiona.

Dr. Nolenef.—En efecto, estos medios manejados sin regla ni medida, por buenos que pudieran ser, son insuficientes ó nocivos, no corresponden directamente al objeto que se propone el médico: el tártaro postra al paciente, agota su resistencia y sensibilidad, produce alguna revulsión y á veces alivia con tan penosa conmoción, pero si no alivia perjudica, y aun cuando sirve, es á expensas de abatimiento nocivo; la quinina manejada en dosis exageradas perturba al *sensorium comune,* lo engaña y á veces tal conmoción sirve por casualidad; el nitrato de potasa sirve como eliminador facilitando la diuresis; el salicilato como sedativo, disminuyendo la sensibilidad medulo-ganglionar y por lo mismo los espasmos, facilita la tolerancia primero del vicio reumático, y su eliminación, pero no es suficiente por sí sólo ninguno de estos medios, necesitan acompañarse con agentes synérgicos, mediante los cuales, sin llegar á excesos con ninguno, se consiguen los resultados apetecidos.

Dr. Aleusnelav.—Dos casos se presentan en la práctica y que están bien estudiados y definidos: el reumatismo articular simple, ó lo que es lo mismo, sin complicaciones y el reumatismo visceral. Esto último tiene de particular, como se sabe, que en el curso del mal se manifiestan los síntomas propios de algunos accidentes viscerales bien caracterizados, así es que la conducta del médico en este caso está trazada de antemano y consiste en dirigirse á combatir sin pérdida de tiempo la complicación visceral, pero en el caso de reumatismo simple es en donde puede haber dificultades y nada menos porque, faltando los signos que indiquen una complicación, ésta sin embargo exista. En efecto, lo más común es asistir á un reumático que tiene una ó varias articulaciones afectadas más ó menos intensamente, que no hay mucha calentura, que no presenta ninguna perturbación visceral, que interrogado diariamente, no acusa dolor precordial, ni palpitación, ni fatiga, que al examinarlo no se advierta dispnea, ni impulsión cardiaca, ni aritmia, ni oscuridad en los ruidos, ni soplo, ni matitez á la percusión ni nada que autorice á creer que hay alguna lesión cardiaca, pero á pesar de estos signos negativos puede muy bien suceder, y de hecho sucede, que en algún orificio del corazón ha *brotado un punto flegmásico* que silenciosamente da lugar á un proceso inflamatorio cuyos resultados serán un *exsudatum* y un engruesamiento de la parte afectada, lo que determinará un obstáculo para las funciones del corazón y de aquí las perturbaciones tan graves producidas por estas lesiones cardiacas.

Y que esto pasa, no tiene duda: lo enseñan los libros, lo dicen los maestros, lo demuestra la clínica y lo confirma la inspección cadavérica ¿se puede pues tranquilamente contemplar á un reumático, administrándole salicilato que le calma sus dolencias, es verdad, sin intentar algo más para precaverlo del triste porvenir que se le prepara?

Dr. Nolenef.—Ciertamente hay algo más que hacer, no sólo cuando hay lesiones orgánicas, sino aun desde antes de que las haya, es un deber de humanidad evitar en sus semejantes todos los males que sea dado impedir y para los médicos tal deber es más sagrado todavía que para los demás hombres.

Dr. Aleusnelav.—Cuando hay síntomas que indican que el reumatismo ha tocado el corazón, se emplean los medios apropiados que son bien conocidos en el tratamiento de las flegmasias cardiacas. Estos medios clásicos comprenden las emisiones sanguíneas generales ó locales (aunque poco usadas hoy), las preparaciones mercuriales, las de digital y análogas y los revulsivos. Pues bien, en presencia de un enfermo atacado de reumatismo articular agudo que no presenta síntoma alguno bien marcado de afección del corazón, pero que muy bien puede tenerla, sin que se advierta, por la pequeñez de la lesión, en atención á las consecuencias graves é irremediables que más tarde pueden sobrevenir ¿no estaría justificado el usar prudentemente algunos de los medios mencionados para atacar un accidente que no se percibe, es cierto, pero que es muy posible y hasta probable? ¿Perdería algo el enfermo sí, *dotado de una buena constitución,* se le hiciera discrecionalmente una emisión sanguínea?

Dr. Nolenef.—Pero, estimado colega, si vd. quiere para hacer una discreta emisión sanguínea que el enfermo tenga buena constitución esto indica que el sentido co-

mún, hoy un poco más oido cada día por los prácticos, le dice que, si su constitución no fuera buena, la emisión sanguínea, por discreta que fuera, pudiera ser imprudente y ¿qué hará vd. con los de constitución débil? los cuales padecen de reumas todavía más á menudo que los enfermos dotados de constitución buena?

Si es preciso sacar sangre para prevenir las complicaciones reumáticas, no las podremos evitar en las personas anémicas, y las personas de constitución buena que hayan sido sangradas varias veces, llegarán con la repetición de los ataques, á verse en el caso de las anémicas; este medio es muy desconsolador y es preciso buscar auxilios menos limitados y más apropiados al mayor número de los pacientes.

Si la sangría debe ser discreta, aún en personas de constitución buena, si ciertamente correría riesgo el enfermo reumático absorbiendo algunos centígramos de calomel, este agente alterante, sinérgico de la sangría es lo que llaman en estilo antiguo antiflogístico, es decir, propio para combatir al flogístico, personaje fantástico, análogo al dragon que los chinos creen ahuyentar haciendo mucho ruido cuando la sombra de la tierra proyectada sobre la luna produce un eclipse. El eclipse pasa, la luna vuelve á brillar, y los chinos quedan convencidos de haber ahuyentado al dragon, ignorando que en otras partes ha reaparecido la luna sin que le hubieran aplicado el ruidoso tratamiento.

Dr. Aleusnelav.—¿Correría algun riesgo con absorber algunos centígramos más de calomel?

Dr. Nolenef. — Ciertamente lo correría porque los mercuriales son hypostenisantes y veremos después en el curso de la conversación que los reumáticos necesitan fuerzas para defenderse y no que se les debilite para resistir menos á la diatesis que los amenaza, por la misma razón en la cual nos fundamos para rechazar á la sangría rehusaríamos para nosotros el calomel.

Dr. Aleusnelav.—¿De la aplicación de uno ó varios vejigatorios, al menor indicio sospechoso, resultaría algún mal?

Dr. Nolenef. — Recuerde vd. estimado colega que hace pocos instantes hablaba vd. de usar el método antiflogístico, aún cuando no hubiera ningún indicio, como preventivo para las complicaciones, pero me dirá vd. que para aplicar vejigatorios se necesita un punto quejoso en el cual se fije la atención. Le diré á mi vez, que el vejigatorio no deja de tener sus inconvenientes, y se debe evitar lo más que se pueda: todo dolor es hypostenisante y se debe economizar por una parte, sobre todo sobre quien ha padecido ya demasiado; por otra parte la cantárida se absorbe á veces y va á determinar una nefritis sumamente perjudicial porque, disminuyendo la secreción urinaria, priva al paciente del principal medio de defensa que es la eliminación renal del elemento morboso que suele salirse por la orina.

Dr. Aleusnelav. — ¿Qué contraindicación pueden tener estos medios en el reumatismo articular agudo?

Dr. Nolenef.—Ve vd. apreciable compañero que no faltan contraindicaciones para medios á veces nocivos y que fácilmente se pueden reemplazar por otros que no lo son como lo veremos pronto.

Dr. Aleusnelav.—Por otra parte, no cabe duda que en esta afección existe un elemento inflamatorio, y hasta el grado que no ha mucho tiempo todavía se usaba una medicación francamente antiflogística para este mal, y en verdad no sin provecho para los enfermos; sólo que esa práctica absoluta que rige ahora de proscribir las emisiones sanguíneas en todas las enfermedades ha hecho que ya hoy no se usen en el reumatismo. Pero la experiencia enseña que una extracción moderada de sangre, *cuando el enfermo* reumático *está en buenas condiciones*, puede yugular el mal y modificar su marcha. Enseña también la experiencia la utilidad de los mercuriales, en la enfermedad de que hablamos y sería inútil citar ejemplos de ella.

Dr. Nolenef. — Esta experiencia de la eficacia de los mercuriales y de la sangría en el tratamiento de los reumáticos es tan evidente como la del ruido que hacen los chinos para disipar el eclipse, éste se disipa y se disipa aún en donde no hacen tal ruido, probable es que algunos chinos cuando vean pasar el eclipse sin el ruido digan como nuestro estimado colega: antiguamente siempre se hacía ruido para ahuyentar al dragon, ahora no se hace ésto y quien sabe qué consecuencias podrá tener para el porvenir de la luna.

Es indudable que muchos reumáticos se alivian y aún sanan sin mercuriales ni sangrías grandes ó pequeñas; el que ésto escribe fué reumático y gravemente hace más de 20 años, no tomó mercuriales, no sufrió sangría y se lo agradece á su venerable maestro; sin embargo no tiene todavía ningún anuncio de afección cardiaca. Sin haber sido sometido á medios destructores, como lo son los mercuriales, y la sangría, su convalecencia fué penosa porque duró muchos meses para recobrar las fuerzas perdidas, y sin embargo no se le había

perjudicado al tubo digestivo con el mercurio, ni á su capital de glóbulos con la sangría, tampoco tomó nada de yoduro.

Dr. Aleusnelav.—Se ve pues que en lugar de oponerse el reumatismo al tratamiento antiflogístico, que racionalmente parece el más á propósito para prevenir sus complicaciones cardiacas, se presta muy bien á ello por el carácter de la enfermedad, y por tanto, los mismos medios pueden emplearse útilmente para combatir el reumatismo y prevenir las consecuencias, y no se sigue seguramente este plan, que no debe parecer inadecuado, porque los prácticos con la idea de la naturaleza particular del reumatismo articular agudo, y viendo los brillantes efectos de los antireumáticos como el salicilato, aplazan para más tarde el tratamiento de los accidentes cardiacos, es decir, para cuando estos lleguen á manifestarse, lo que ciertamente importa una diferencia tan grande, como la hay entre lo curable y lo incurable.

Dr. Nolenef. — Para opinar como nuestro estimable colega, necesitaríamos andar dando la espalda al progreso y, considerando con ternura lo que hacían nuestros predecesores cuando no sabían todavía lo que sabemos ahora. Tan luego como fué admitida, no sin lucha y resistencia, la teoría de la circulación de la sangre, se atribuyó toda inflamación á la acumulación de este elemento vital, y se pensó en que, sustrayéndolo, se impediría la inflamación; pero si así fuera las personas que han padecido grandes hemorragias estarían al abrigo de las inflamaciones y es al contrario, desde luego no es antiflogística la sangría. Si las personas envenenadas por el mercurio estuvieran al abrigo de las inflamaciones, podríamos considerar al calomel como antiflogístico, pero vemos que por donde se elimina la sal mercurial, se hacen inflamaciones en las encías y en el recto, luego tenemos derecho para decir que el calomel no es antiflogístico, muy al contrario.

Ahora bien, si estos medios no son antiflogísticos mal pueden servir para prevenir complicaciones inflamatorias; mucho más autorizado es el uso del salicilato de sosa, el cual modera la sensibilidad, activa la diuresis y la diaforesis; es decir, hace soportable el virus reumático, y le abre las puertas por donde pueda salir.

Dr. Aleusnelav.—Este plan no tiene en verdad, nada notable; no consiste más que en revivir ideas que ya estaban sepultadas en el olvido, sin por esto desdeñar las medicinas nuevas; pero este plan no contradice á nadie, no se opone á nada, y acaso pudiera admitirse *mientras no se encuentre otro mejor*, vista la gravedad que envuelven las enfermedades orgánicas del corazón.

Dr. Nolenef.—Si el apreciable partidario del método antiflogístico, no olvidado, pero sí abandonado porque sus inconvenientes se han hecho evidentes por la práctica, nos demostrara que las personas mercurializadas, sea por precaución terapéutica, sea por las circunstancias de su vida no padecen de afección cardiaca, aceptaremos su consejo de dar calomel á quienes estén expuestos á las afecciones cardiacas, pero no lo podrá demostrar; hay hydrargíricos confirmados quienes padecen de afecciones cardiacas.

En cuanto á la anemia, la hypoglobulía producida por las grandes hemorragias, lejos de impedir á las afecciones cardiacas, las produce muy á menudo: el músculo cardiaco mal alimentado, está más expuesto á la degeneración y á la dilatación que cuando está regado por una sangre rica, completa y movida por un sistema nervioso, al cual no falta nada para su completa alimentación.

Vemos con lo arriba expuesto, que el método antiflogístico no impedirá las alteraciones cardiacas, muy al contrario, y como hay tratamiento más fundado en razón, á él debemos acudir por la honra del arte y el bien de los pacientes.

Dr. Alcusnelav. — Como complemento indispensable del método indicado viene, pasado el estado agudo del reumatismo, la medicación yodurada, que tampoco tiene ninguna novedad, pero que es tan útil para el reumatismo, en su período de declinación, y para destruir las producciones plásticas cardiacas; mas es de advertir que para que el yoduro sea eficaz, como medio preventivo, tiene que ser sostenido durante un tiempo largo, cuya duración variará según la intensidad que haya tenido el reumatismo. Por lo demás, para obtener de los enfermos la perseverancia necesaria á este respecto, condición muy interesante, bastará sencillamente el hacerles saber el peligro á que están expuestos de contraer una enfermedad del corazón.

Terminaré con una pequeña interrogación que tal vez no carezca de importancia: antes se empleaba para el reumatismo articular agudo un tratamiento antiflogístico, que actualmente está abolido; hoy, juzgando por lo que se observa en la práctica diariamente, parece haber más cardiacos que antes; si esto es cierto, ¿á qué es debido?

Dr. Nolenef. — A esta última pregunta

del estimable colega, podemos contestar que faltan datos para satisfacerla: no es cierto ni demostrable que haya más cardiacos que cuando se usaba el método antiflogístico, al cual quisiera hacernos volver, él mismo no se atreve á decir más que "le parece" y en efecto; ¿cómo probar semejante aserción? antiguamente, por la falta de la percusión y la auscultación muchos cardiacos pasaban desapercibidos, hoy son más los casos conocidos gracias á mayor perfección en los medios de exploración; basta esta circunstancia para que parezca haber más cardiacos, sin que sea cierto que los haya.

Y si como lo acabamos de apuntar, el método antiflogístico ha sido *abolido* por los prácticos con buenas razones, las habrá mucho más poderosas que una simple suposición de que desde que lo abandonaron haya aumentado el número de los cardiacos, al parecer.

Oportuno será, con ocasión de esta conversación amistosa, examinar lo que es el método antiflogístico visto con la luz de los conocimientos actuales: su etimología da lugar á creer que tiene acción en contra de un ser llamado flogístico, acudiremos á los diccionarios para conocerlo sin prevención ninguna, y veremos que es una *entidad imaginaria* como los elementos de la física antigua, el flogístico es un resultado de fenómenos patológicos capaces de producir calor, de allí su comparación con lo que da fuego.

Dic. Robin et Littre. — (Phlogistique Príncipe *imaginaire* au moyen duquel Stahl expliquait la combustion); pues bien contra esa fantasma van dirigidas armas terribles para ahuyentarla, despojan á los sugetos de sus elementos vitales ó los alteran; es verdad que antes los prácticos pretendían no auxiliar á los enfermos y sí *combatir* á las enfermedades, así como hacía el oso, amigo del jardinero, quien para matar á la mosca capaz de turbar su sueño, aplastó su cabeza junto con el incómodo insecto.

No, apreciabilísimo colega, no tenemos el mismo ideal respecto del arte de curar: vd. quisiera volver á las prácticas abandonadas con sobradas razones, y nosotros quisiéramos al contrario alejarnos de procedimientos tan opuestos al bello ideal que nos anima á progresar cada día más.

Vd. no ve en el reumatismo más que á una inflamación que se trata de combatir hasta en sus consecuencias últimas, aunque un momento estuvo vd. en la vía verdadera cuando lo comparó á una afección infecciosa; en efecto, la inflamación reumatismal como la inflamación sifilítica, como la inflamación tuberculosa, tiene su causa íntima: en la sangre del reumático corren elementos de combustion imperfecta, de eliminación más difícil que la de los elementos excrementicios del hombre sano y éstos son la causa de las afecciones localizadas capaces de alterar los tejidos articulares, tendinosos, aponevróticos, los musculares, los endotelios de los vasos, las serosas y aun los parenquimas.

Sabemos por experiencia que estos elementos excrementicios imperfectamente elaborados se detienen en los tejidos bajo la influencia de perturbaciones en la sudación, en la micsión, producidas por alimentación impropia, por enfriamientos bruscos, etc.; desde luego se concibe que produciendo efectos opuestos á las causas indicadas podremos disminuir su funesta influencia, y he aquí cómo pretendemos, no sólo prevenir las consecuencias del reumatismo, sino al reumatismo mismo.

Sabemos que las secreciones ácidas son las que predisponen al reumatismo que son el resultado de combustiones incompletas de los elementos azoados; por lo mismo tenemos la indicación de activar dichas combustiones y mientras tanto de alcalinizarlas así como de evitar el exceso de alimentos azoados.

Para activar las secreciones tenemos á la mano al regulador del sistema nervioso, al arseniato de estricnina; para alcalinizarlas tenemos á las sales de litina, carbonato, bensoato ó salicilato, las tres son útiles y pueden sustituirse para variar al tratamiento, tienen por ventaja, muy preciosa en estos casos, hacer más solubles los residuos azoados y por consecuencia facilitar su eliminación.

Pero si el colchico ha sido tantas veces recomendado y alabado ha sido por la colchicina que contiene; si otras veces han tenido que reprocharle efectos penosos fué debido á la variabilidad de las preparaciones farmacéuticas usadas, las tinturas siendo infieles, así como los extractos y los bulbos variando en composición según las épocas de su cosecha y el terreno en el cual se produjeron.

La colchicina bien aislada no tiene tales inconvenientes y usada en dosis proporcionadas se puede considerar como al específico verdadero del reumatismo, facilita las secreciones gastro-intestinales y por ella la emisión de los elementos nocivos.

La suma división en la cual se puede dar permite medir exactamente la cantidad necesaria, poniéndose al abrigo del menor exceso.

Cuando se hacen en los tejidos depósitos de materias excrementicias, los que producen, por ser sustancias extrañas á la constitución de dichos tejidos, los puntos flegmásicos, hay más probabilidades de disolverlos activando la vitalidad del sugeto y dándole los elementos propios para dicha disolución que supriméndole sangre y postrando sus fuerzas con los alterantes hyposténicos.

Todos los prácticos sabemos, que muchos cardiacos nunca han tenido reumas, así como muchos reumáticos nunca se han vuelto cardiacos; en consecuencia acudir en todo caso de reuma á los antiflogísticos para prevenir las afecciones del corazón, sería abusar de nuestra autoridad médica pudiendo perjudicar gravemente con medios no desprovistos de inconvenientes como lo acabamos de ver.

El presente no es tan desconsolador que nos debamos voltear tristemente hacia el pasado como para pedirle el auxilio del método antiflogístico; así como los métodos despóticos hacia los locos, hacia los sifilíticos, ha sido debidamente abandonado, descansaba sobre ideas erróneas: combatía fantasmas, y causó más desastres de lo que prestó servicios.

El que esto escribe ha visto á un inteligente discípulo de Broussais tratar á la corea, á la histeria con el método antiflogístico; yugulaba á las enfermas pero jamás á la enfermedad: algunas morían á consecuencia de la anemia, cuando por su enfermedad misma no debían haber muerto.

El ideal entonces era empeñar un combate con la enfermedad y como la enfermedad estaba en el enfermo éste era quien recibía los golpes.

La inflamación era la fantasma, el que la tenía era la víctima. No estimado compañero y consocio, no pensemos en volver á prácticas tan inhumanas; adonde veámos inflamación, síntoma apreciable por la sensación de calor, cambio en las formas y dolor, busquemos á qué causa es debida, auxiliemos al enfermo removiendo tal causa tan luego como nos sea dado conocerla, pero siempre poniéndonos del lado del paciente no haciéndole lo que no quisiéramos que se nos hiciera si estuviéramos en su lugar.

Al reumático le daremos no sólo el salicilato, sino antes que todo el arseniato de estricnina, el carbonato de litina. Si su orina es colorada el bensoato de lithina, si es sedimentosa la arbutina, la asparagina, la silitina; si es escasa, la digitalina y si su pulso es frecuente, la quinina. Si hay oscilaciones marcadas en su temperatura, el bromuro de alcanfor; si hay excitación, la morfina, la codeina, el croton chloral, si el dolor domina y no lo deja descansar; pero como medicamento de indicación dominante, la colchicina: un medio milígramo cada media hora mientras haya dolor. Si ésta es mal tolerada y produce dolores agudos en el intestino, le agregaremos la hiosciamina con la cual la haremos tolerar y quitaremos estos inconvenientes pasajeros, ampliamente compensados por la eficacia del medicamento.

Resultado que podemos asegurar: los elementos reumáticos serán rápidamente eliminados, no darán lugar á botones flegmásicos y no habrá que sentir el cambio entre el método antiflogístico tan vituperable y los recursos que nos ministran los conocimientos modernos. El enfermo saldrá de su reumatismo realmente curado y no castigado como lo era con los métodos antiguos, lo más pronto posible, y habiendo sufrido mucho menos que antiguamente.

Se dirá que son muchas medicinas para una sola enfermedad, y en efecto, por lo mismo en su administración se hace más evidente la potencia y la necesidad del arte; para prescribir una sangría casi siempre inoportuna, poca ciencia se necesitaba para dar el salicilato, basta mandar por un frasco á la droguería, el cual trae su instrucción, pero para curar con el método moderno, se necesita saber apreciar las indicaciones, clasificarlas y medir los medios adecuados con todos los datos posibles.

Empleados éstos, no habrá necesidad de asustar á los enfermos para que aunque se crean y se sientan aliviados, sigan después tomando el yoduro de potasio, como medio preventivo en contra de afecciones cardiacas, que no más son posibles pero no inevitables.

El yoduro de potasio es intolerable para algunos enfermos y la fisiología nos enseña que las sales de potasa tienen una acción nociva sobre las fibras musculares, muy especialmente sobre las del corazón; importa mucho evitar su uso prolongado para que la afección cardiaca no pueda atribuirse á su abuso.

Siente el que esto escribe haber tenido que manifestar su inconformidad con las opiniones del Dr. Aleusnelav, pero le suplica recuerde aquel verso antiguo *Amicus Plato sed magis amica veritas* y le perdone su indiscreción.

México, Agosto 16 de 1888.

FENELÓN.

La plaga del género humano.

No ha dejado de la mano nuestro apreciable colega el *Herald* la dilucidación del fecundo asunto que planteó el domingo último, al dar cuenta por telégrafo, con su acostumbrada iniciativa, de la terminación del Congreso reunido en París para discutir la tuberculosis pulmonar.

A las opiniones de eminentes médicos franceses y españoles que nos dió á conocer aquel día, agrega hoy las de distinguidos facultativos norte-americanos, muchos de los cuales no hacen más que confirmar, amplificándolas, las de aquellos. Nótase en algunos cierta divergencia que tal vez no se habría manifestado si los que así disienten se hubieran hallado presentes á las deliberaciones del Congreso. Así, el Dr. Leaming, de esta ciudad, especialista en enfermedades del pecho, ni cree en el contagio de la tísis (admitido por unanimidad en el Congreso), ni tiene conocimiento de que se haya transmitido jamás por la leche, ni le parece en ningún caso prudente la excisión de la parte afectada. Otros médicos de la antigna escuela coinciden con este señor, dada su natural aversión á las teorías gerministas y á innovaciones tan recientes como la cirugía aplicada á la tisis.

En cambio otros, científicos como el profesor James Law, catedrático en la Universidad Cornell y Jefe de la inspección de animales en el Estado, creen firmemente en el contagio y están persuadidos por hechos y observaciones que sería ceguedad desconocer, de la transmisibilidad de los animales al hombre y viceversa.

Dijo el Dr. Law:

"No me cabe la menor duda de que la tisis es contagiosa. En el ganado he visto un sólo animal tuberculoso infestar todo un rebaño de sesenta cabezas en pocos años. Los numerosos y variados experimentos de Gerlach y otros, demostrando la comunicación de enfermedad de animal á animal por medio de la leche y la carne enfermas, los experimentos directos de Villemin y otros que han producido la enfermedad por inoculación y los cultivos hechos por Koch y sus sucesores, que han desarrollado el bacilo en la patata, etc., trasladándolo en seguida al sistema animal, no dejan nada que desear como prueba. La identidad de la dolencia en el hombre y los animales es indiscutible y en cuanto á la trasmisión del animal al hombre está probado. He atendido á una familia de tuberculosos en Brooklyn, que tenía una vaca tuberculosa y cuya leche constituía en gran parte la alimentación de aquella. Sé de una señora, enferma, que comenzó á restablecerse desde el momento en que cesó de tomar leche de una vaca tuberculosa, y me han llamado la atención los numerosos casos de tisis en un hospicio donde había cinco vacas tuberculosas.

La vaca es un animal muy susceptible á la tuberculosis, y en los países donde abunda se ceba mucho la dolencia, que en cambio es muy rara en países donde no hay vacas, como en las Hébridas, Islandia, la parte Norte de Noruega, Suecia, Laponia y Finlandia.

Dícese que los países cálidos favorecen el desarrollo de la tisis, y es verdad; pero también es cierto que, fríos ó calientes, los países donde la vaca abunda son buen campo para el desarrollo de la tisis.

El conejo es también muy susceptible á la tísis, y lo propio sucede con los conejos de Indias, cerdos y gallinas; en cambio, el caballo, el carnero, el perro y el gato, son invulnerables á esta terrible enfermedad.

Coincidiendo con la opinión de sus colegas de París, el Dr. Law tiene fe ilimitada en las virtudes curativas del aire libre, y cita al caso varios ejemplos que las confirman, entre ellos unos jóvenes de Nueva-York, que estando gravemente afectados de los pulmones, recuperaron perfectamente la salud haciéndose vaqueros en Texas y durmiendo al aire libre.

El Dr. Hearn, catedrático del colegio de Medicina Jefferson de Filadelfia y el Dr. J. Ewing Mears, vicepresidente del Colegio de Médicos de la misma ciudad, ven en el matrimonio uno de los más frecuentes medios de propagación de la tuberculosis, y el último llega al extremo de abogar por la necesidad de una ley que prohiba á los tuberculosos casarse. A su juicio todos los casos de tisis tienen su origen en un progenitor aún cuando sea remoto, pues á veces la dolencia salta una ó dos generaciones. El día, pues, en que cesaran los casamientos de tísicos desaparecerá la tuberculosis.

(De *Las Novedades* de Nueva-York.)

JUZGUE EL LECTOR.

Sin comentario, que haremos en otra ocasión, si fuere preciso, publicamos los dos artículos que siguen, copiado el primero, de la *Revista Médica de México*, y el segundo, de *El Universal*, periódico político de esta capital.

El braidismo en la picota.

México, que con tan escasa fortuna ha caminado tantas veces; México, que tan dócilmente se ha prestado á dar ascenso y cabida á errores y quimeras de todas clases, de un alcance que no se puede medir todavía, pero cuyas funestas consecuencias han ido haciéndose sentir penosa y tenazmente, ha dado, empero, una prueba de prudencia y recelo en un punto que en otros pueblos más ilustrados que el nuestro consiguió preocupar, no sólo al común de las gentes, de por sí dado á lo maravilloso, sino lo que es más digno de admirar, á hombres letrados y de sabiduría universalmente reconocida.

No me detendré á inquirir el *por qué* real de la cautela, recelo y hasta mala voluntad (así pudiera decirse) con que aquí han sido vistas las prácticas que allende los mares suscitan ha tiempo la curiosidad y el asombro de la multitud, porque en el caos en que vivimos no es fácil dar con él; visto lo adecuado de nuestro modo de ser actual para poder aclimatar con éxito las simientes exóticas más venenosas y letales; visto el barullo y desacuerdo en que vivimos; y visto, por último, el olvido más cabal de los deberes universalmente reconocidos como la piedra angular del edificio social; materiales fertilizantes que acrecen la receptividad de lo absurdo de cuanto sea corrosivo y deletéreo. Pero sin remontarnos hasta allá, puedo asegurar que la circunstancia que mucho ha contribuido á atajar la marcha invasora del mal á que aludo: *Braidismo*, consiste en la inquebrantable fe cristiana, el sano criterio y la honorabilidad nunca bastante ponderada de los médicos mexicanos.

Llegada apenas aquí la noticia de la enfáticamente llamada *novísima ciencia*, dedicáronse á estudiarla; averiguaron su origen entre los mil volúmenes que de súbito aparecieron en los anaqueles de las librerías; preguntaron á nuestros compatriotas residentes en Europa, teatro de las inauditas proezas del Braidismo, lo que allí sucedía; y consultaron con varios concurrentes á las sesiones de la *Salpêtrière*, dirigidas por Mr. Charcot en persona, y á las de *la Charité* presididas por Mr. Luys; y visto y oído todo esto, llegaron á persuadirse de que más que ciencia, aquello era un pasatiempo nada edificante plagado de mistificaciones y escamoteos; que aún los fenómenos hipnóticos más inocentes en apariencia eran sospechosos, perjudiciales á la salud, algunos inmorales, otros impíos, y varios hasta irreligiosos: fallo justo, merecido y por consiguiente atendible.

Por otra parte: los resultados negativos obtenidos en la práctica (casi subrepticia) del Braidismo en la capital, y el fiasco redondo que hizo en la sesión pública celebrada exprofeso en el salón de la Academia de Medicina de México, acabaron por dar el golpe de gracia á las prácticas hipnóticas vergonzantes, que no escaseaban á fe. Una de las personas que con empeño, conocimientos y loable intención emprendió estudios serios sobre este particular, el Director del Hospital de mujeres dementes, me ha asegurado que lo único que logró conseguir, haciendo ensayos en una histérica, fué el sueño hipnótico, y uno que otro fenómeno cataléptico; pero *nada, absolutamente nada, concerniente á la decantada sugestión*.

Atendiendo á lo que dice un facultativo tan leal como competente, el Dr. Constantino James, antiguo colaborador de Magendie, esto es: "que la histeria suscitada "por la sugestión hipnótica, es la *histeria libidinosa;*" atendiendo, además de esto, á que, en Europa al menos, las mujeres sobre quienes se experimentan las prácticas del Braidismo, son de la clase de la *Esther* de la *Charité* y de la *Salpêtrière* (1), quiero decir, una mujerzuela escapada de la prisión de *St. Lazare;* atendiendo, por último, á que los experimentadores mexicanos hasta ahora no han echado mano de mujeres de esa ralea, sino de otra diversa, y no han conseguido lo que por allá se dice, lógicamente se deduce que deben contribuir principal é inevitablemente á todo ó á la mayor parte del éxito de estas prácticas, las peculiares condiciones del sujeto sometido á la experimentación, á saber: *tácito acuerdo, descaro y desfachatez.* No puede ser de otro modo. Mujeres encenagadas en los vicios son las únicas que pueden prestarse á entretenimientos y solaces de tal naturaleza. De la misma clase de la Esther de ahora, fueron las que, en unión del mono consabido, sirvieron hace algunos años á Auzias Turenne, para testimoniar y sostener ante la

(1) La misma persona sirve de modelo en los dos hospitales.

Academia de Medicina de París, la por mil títulos inmoral y nauseabunda práctica de *la sifilización como medio profiláctico de la sífilis!*

¿Qué persona que se respete á sí misma y guarde los debidos miramientos á la sociedad, se atreverá á apelar al testimonio de las prostituidas, para experimentar y comprobar una verdad cualquiera? Nadie, de seguro. Pero si alguien lo hiciese así, tiene que contar, sin remedio, con el voto de censura de las personas honradas, y prueba de ello es el artículo (1) que sigue, transcrito del francés, y tomado de un opúsculo que se titula: "*L'Hipnotisme expliqué dans sa nature et dans ses actes. —Mes entretiens avec S. M. l'Empereur D. Pedro sur le Darwinisme; par le Dr. Constantin James, ancien collaborateur de Magendie,*" etc., etc. París, 1888.

JUAN MARÍA RODRIGUEZ.

EL MAGNETISMO.

El magnetismo es una rama de la patología nerviosa. Tuvo un período místico explotado por magos, adivinos, brujas, sibilas, bonzos, sacerdotes, marabuts, fellahs, profetas, pitonisas, gitanos, taumaturgos, videntes, iluminados y demás gentilla inventora de falsa milagrería; tras estos vinieron naturalistas empíricos, como Paracelso, Van-Helmont y Mesmer que confirmaron la realidad de los hechos, y desde aquí el magnetismo se dividió en dos direcciones, el charlatanismo entusiasta que lo propagaba explotándolo, y el escepticismo de la Academia de Medicina de París, que tenazmente se opuso á estudiarlo en serio. Desde hace unos cuarenta años, comenzóse de nuevo por los más ilustres médicos de Europa la obra de revisión positiva de la psicología, y al tropezar con el magnetismo, descartóse de él las explicaciones y esencia íntima investigando y comprobando todos aquellos fenómenos ciertos que hilvanan la trama de la ciencia. Por este camino se han obtenido notables resultados, creándose el *hipnotismo*, en el cual se han refundido las antiguas prácticas del magnetismo, acribadas del polvo y paja del espiritismo, y demás maravillas metafísicas.

Por procedimientos de todo el mundo conocidos se coloca á un sugeto *especial* en vías de experimentación. Estos sugetos magnetizables, histéricos, ó no están caracterizados por tener en su cuerpo zonas insensibles ó muy irritables, llamadas *histerogenas*, y sirven para el caso las histero-epilépticas, nerviosas, anémicas, algún jóven alcoholista, neuropáticos, heróticos de lasciva imaginación, principalmente las personas habituadas á la obediencia pasiva, los débiles de carácter, crédulos, cortos de genio, y todos aquellos que se dejan influir por el ambiente psicológico imaginando irresistible al magnetizador. La maniobra se reduce á una excitación—hasta el agotamiento—de la sensibilidad, variando el resultado según el arte y el paciente, los pases entorpecen, la fascinación perturba la vista, el ruido monótono aturde, las impresiones bruscas determinan la catalepsia, el suave deslizar de los dedos produce el somnambulismo, el terror imponente paraliza la voluntad y desarrolla la imitación automática, las presiones en distintos puntos originan movimientos, reflejos en sugetos muy predispuestos y educados en estas prácticas, basta el mandato imperativo para sumirles en el sueño, y en ocasiones ellos mismos se lo sugieren. El magnetizador no necesita más que dos condiciones esenciales, cultura médica y moralidad.

Ante un alienista experto no cabe simulación posible. La histérica no puede fingir la palidez ó el rubor instantáneo de la faz, la fijeza singular de la mirada: la congestión de los párpados, la dilatación de la pupila, el sudor sugerido, el aumento de saliva, las perturbaciones de la circulación, el espasmo de los vaso-motores, la catalepsia, la contractura de una región muscular excitada por un sólo nervio, la irritabilidad de la piel, la expresión mímica, las parálisis de la palabra, la transferencia de anestecias ó parálisis, la polarización. los cambios de sensibilidad, y tampoco simular la sugestión de la urticaria, ó de una hemorragia cutánea, las llagas de las estigmatizadas, la diarrea coleriforme del terror, ni mucho menos la transmutación del letargo en catalepsia y somnambulismo, de todo ó medio cuerpo, mediante la abertura ú oclusión de uno ó ambas párpados. La farsa sólo es posible en el escenario de un teatro, ante gente indocta que lo ve de lejos, mísero espectáculo que la autoridad debiera prohibir, pues si la magnetizada es una histérica, se exhibe la codicia explotando la enfermedad.

El hipnotismo priva de la sensibilidad en tan alto grado, que se puede cortar un miembro á un sejeto como si estuviera cloroformizado, ó por el contrario, la impresionabilidad es tan exquisita, que un soplo

(1) No publicamos este artículo; puede leerse en el núm. 11 de la "Revista Médica de México."

á flor de piel contrae el músculo subyacente y basta la onda de aire desarrollada por la mano del magnetizador algunos metros más allá, para que el tacto de la histérica la perciba y se oriente á ojos cerrados. La visión se altera, es miope en el letargo ó pierde la percepción de un color ó lo ve todo gris; durante el somnambulismo se convierte en amaurótico el sugeto sugestionado ó se le suprime la visión de una persona ú objeto á pesar de colocarla ante sus abiertos ojos, ceguera psíquica que, si se lo mandan, persiste algún tiempo en la vigilia, en otras ocasiones sucede que la visión se aguza y afina tanto, que con los párpados casi cerrados la histérica distingue en la semi-obscuridad las letras aún á través de un cuerpo medio opaco.

El oído se aviva y sutiliza hasta el punto de percibir el *tictac* de un reloj á quince metros, con la notable particularidad de que, la somnámbula, sorda al rumor de las demás gentes reunidas en un teatro, oye exclusivamente á gran distancia la voz baja del magnetizador en cuyo hecho se funda la pretendida adivinación del pensamiento, pues explotando la credulidad de los espectadores, lè basta al magnetizador indicar á cualquiera que piense en un objeto, y cuando se lo dice le contesta con voz apagada:—¿ha pensado vd. en tal cosa?—cuyas palabras escucha atentamente la histérica á diez metros del sitio y adivina lo que claramente ha oido. El magnetizador excita, limita, pervierte ó desvía los sentidos de la hipnotizada, influyendo en su entendimiento, y si bien no está enteramente probada la visión lúcida ó cutánea, por lo menos, los órganos internos que en el estado normal son insensibles pueden adquirir cierta sensibilidad patológica.

Lo primero que siente el magnetizado al comenzar la torpeza general precursora del sueño es la obnubilación del mundo exterior, la desaparición de la conciencia que se aletarga y borra, como si quedase momentáneamente sin cerebro; ó al menos la cersenacen la sustancia gris, dejándole íntegros los ganglios de la base, el cerebelo, la médula oblongada y el bulbo, en esta obscuridad y silencio mental, ó surgen sueños espontáneos, ó el magnetizador los provoca, convirtiéndolo artificialmente en somnámbulo en cuyo estado inconsciente habla sin desvelarse, obedece, ejecuta lo que le mandan, transformando las ideas ú órdenes en actos reflejos complicados. Pierde el magnetizado la dirección de su mente, se entrega, concluye por moverse en las ideas tan automáticamente como los músculos poniéndose á disposición del que le hipnotiza; que por él piensa y quiere: su mente es como un espejo que no refleja más luz que aquel hilo sutil que el magnetizador le envía; nublada su inteligencia, sin luz propia su conciencia, sin pensamientos espontáneos; cuando le llega la idea del que le durmió la realiza instantánea é irreflexivamente porque no puede detener la corriente nerviosa que se desarrolla en arco reflejo, así como el cristal del espejo rechaza la luz incidente, devolviéndola en ángulo y quedándose en la sombra. La idea del magnetizador da cuerda al mecanismo de su cerebro, y cuando se acaba, para, ó vuelve á empezar idéntico acto, cual reloj de repetición. Cuanto más educado está el somnámbulo, cuantas más veces ha servido de instrumento, más autómata es, más ciego y servil, más obediente y llega á ser para él esta abdicación un vicio delicioso en que se embriaga; una necesidad irresistible que no puede refrenar aunque tenga de ella una semiconciencia.

El hipnotizado se duerme conservando en el cerebro la impresión del magnetizador, que le sumió en el letargo, por continuidad ideal queda pendiente de él, es el hilo mental que le une al mundo, y á él hace y liga su persona, anulando de antemano la energía de la sustancia gris que rehace la voluntad y la conciencia; basta entonces tocar un músculo para que sus socios se contraigan, desarrollando una actitud y una expresión mínima característica; basta fijarle la vista en la del magnetizador, para que refleje como espejo viviente las acciones y movimientos del que le durmió, en tal grado que si éste levanta un brazo, el paciente eleva el que le da al frente, exactamente como lo haría la imágen pintada en el cristal, por el oído se le sugieren ilusiones, alucinaciones, parálisis, amnesias, ideas fijas, actos, impulsos, cambios de la personalidad, la música despierta el fondo emocional, le conmueve y hace pasar rápidamente de la risa al llanto: y el tacto de un objeto le sugiere los movimientos é ideas que con éste se relacionan.

Los sentidos son las puertas del alma, por estas ventanas se asoma al mundo exterior el alma sumida en la sombra del magnetizado, por este portillo de la sensibilidad aguzada se cuela la idea del magnetizador, la sugestión y como sorprende á oscuras el cerebro, le subyuga, se impone, y determina un movimiento ideal en torno de la sola imágen sugerida. ¡La sugestión! Casi podemos llamarla motora única de los

que no discurren por cuenta propia, ni aún en el estado normal ¿qué es la moda más que una sugestión? El pontífice que dogmatiza, el general que acude al frente de sus soldados en la pelea, el maestro sobre el niño, el orador que instiga á un auditorio sencillo, ¿qué hacen sino sugerir, trazar órbitas circunscritas al pensamiento? El hombre normal que no se sujeta al influjo sugestivo, abre las puertas de sus cinco sentidos, y á más de la claridad que por ellos penetra, tiene allá dentro la linterna de su conciencia, iluminando el fondo inmenso de ideas recogidas, de suerte que le alumbren en sus decisiones, pero no así el hipnotizado, que abandona el poder de rectificación, se incapacita y no crea una idea, suprimiendo el contraste y la deliberación, inerte á toda rebeldía, atado de pensamiento, ciego á otra luz que no sea la claridad con que le guía la idea sugerida y ésta le induce y determina reduciendo su labor mental, á obrar á merced de la voluntad que el magnetizador tenga á bien imprimirle.

DR. ESCUDER.

LA DOSIMETRIA

BAJO EL PUNTO DE VISTA DE SU OPORTUNIDAD Y DE SU PORVENIR.

TESIS inaugural sotenida ante la Escuela Médico-Quirúrgica de Oporto, por el Dr. Aureliano Cirne, y comentada por el Dr. Burggraeve.

(Continuación. — Véase el número anterior.)

Nos quedan por tratar las lesiones químicas cualitativas, es decir, estas alteraciones en las cuales se forman principios nocivos, diferentes de los que constituyen los tejidos y los blastemas normales, *como hecho puramente químico*. Esta parte debería ser la más considerable de nuestro trabajo, si la química biológica nos suministrase elementos suficientes y positivos para entrar en la cuestión concreta.

No queremos decir, sin embargo, que por este hecho, el problema terapéutico, tal cual lo planteamos, deba permanecer suspendido hasta que se haga la luz sobre los fenómenos de las transformaciones patológicas. Al contrario, todas las nociones que la química puede darnos son otras tantas riquezas para la biología y la patología descriptiva, pero la terapéutica permanece fija en el mismo punto: es el deplorable porvenir que le espera.

Demostrémoslo:

Se da el nombre de terapéutica racional á aquella que, después de haber hecho un conocimiento exacto de los elementos analíticos de un cierto estado morboso, aplica sustancias cuya acción fisiológica es bien conocida. Pero, si sabemos que la acción fisiológica de los medicamentos, después de su entrada en el torrente sanguíneo, es puramente de presencia, puesto que la mayor parte de los medicamentos son principios fijos y salen tal cual han entrado, se deduce que el conocimiento íntimo de los hechos químicos, es de poca importancia para nuestros procedimientos farmacológicos, y aun algunas veces para la exoterapia.

Tenemos ante nosotros un enfermo cuya médula, sin lesiones anatómicas importantes, sufre una diminución del poder reflejo. Contra este estado se emplea *muy racionalmente* la estricnina.

El enfermo cura, al menos durante un cierto tiempo.

Hoy, la química biológica nos demuestra que, cuando el poder mielo-reflejo se deprime, se forma en este centro nervioso, ó un ácido A, ó una sal B, ó un alcohol C; el farmacólogo continuará no obstante, empleando la estricnina, y el exoterapeuta aplicará la electricidad, el agua fría, exactamente de la misma manera.

Ordinariamente desconocemos la causa morbosa; otras veces no podemos alcanzarla, como en las enfermedades *á frigore*, en las cuales sólo persisten los efectos.

En presencia de ciertos principios, que sufren alteraciones químicas en el seno del organismo, y se transforman, añadiremos que la mayor parte de estas transformaciones, si no todas, tienen lugar en los intestinos á expensas de los líquidos que en ellos se encuentran. Acaso sea en este hecho donde se resume la evolución química del medicamento como en el caso en que se encuentran ácidos en exceso en el estómago, que se neutralizan generalmente por medio del bicarbonato de sosa, de la magnesia calcinada, etc.

Este modo de proceder es poco racional, porque la sosa y la magnesia se combinaron rápidamente con los ácidos del estómago; y la acidez vuelve á comenzar entonces más fuerte, según hemos observado muchas veces. Sería más racional emplear la pepsina extractiva bien pura y estimular la víscera por la electricidad, las duchas, los masages metódicos, etc.

Esto prueba una vez más que es preciso empezar todo tratamiento por modificar el estado vital. En la dispepsia ácida, como el autor dice muy bien, no se dan más que la magnesia calcinada, los carbonatos y bicarbonatos, con lo cual no se hace más que retardar la dificultad. Así se ha visto á la magnesia formar con los ácidos intestinales gruesas piedras de las cuales con gran dificultad se han desembarazado los enfermos. Es preciso, pues, comenzar por levantar la vitalidad del estómago por la quassina, la pepsina, si se quiere (aunque la mejor pepsina sea la que fabrica el mismo estómago) la electricidad, no contradecimos los masages metódicos, etc.

Pero al punto que el medicamento ha llegado á la sangre, no sufre más alteraciones químicas, ó al menos no es por ellas, como se explica su acción fisiológica.

Así, el yoduro de potasio, por ejemplo, es eliminado en estado de yoduro de sodio; pero, como la acción general del yoduro de potasio es la misma que la del yoduro de sodio, que no se transforma, se concluye que la acción general directa del medicamento no es debida á las metamorfosis químicas que sufre. Sucede lo mismo con las otras sales de potasio en general.

De suerte que este corto capítulo nos conduce á las mismas conclusiones que los capítulos precedentes.

De ninguna manera. Acabamos de ver que el autor llega á menudo á conclusiones contrarias á sus premisas: así, á fuerza de querer despreciar la terapéutica, la ha elevado — nos referimos á la terapéutica dosimétrica — pues por lo que respecta á la grosera alopatía, se la abandonamos y, en nuestro sentir, no la ha criticado sufi-

cientemente, puesto que de ella proceden todos los males de nuestra pobre humanidad.

Aunque no hayamos discutido de una manera especial todos los grupos de medicaciones, es, sin embargo, fácil, según lo que acabamos de decir, formarse una idea aproximada de nuestro criterio en la cuestión presente. Y si no hemos seguido en nuestra exposición ninguna clasificación de medicamentos, es á fin de no cargar con la responsabilidad de ninguna de ellas.

Terminando nuestra *conferencia académica* ya citada, decíamos: " Si un tejido ó un blastema ha sufrido una alteración cuantitativa de necrosis normal, se comprende que debemos corregir la higiene alimenticia y darle lo que le falte; pero administrar, con la intención de curar, sustancias fijas, no asimilables, que no pueden reparar esta alteración más que á condición de ser ciertamente eliminadas, puede ser un gran beneficio; pero lógicamente, esto es, al menos, absurda." Hoy planteamos la cuestión sobre el terreno positivo de la experimentación clínica, y creemos poder, sin incoherencia, sostener completamente las mismas ideas.

En resumen de lo que acabamos de decir, sentaremos las conclusiones siguientes:

1º La acción de la sangre medicamentosa es perfectamente general y cae directamente sobre el sistema nervioso, aun cuando éste no sea el asiento de la lesión.

2º El sistema nervioso responde á la acción del medicamento, eliminando éste en totalidad por las vías propias, como si fuese un producto de desasimilación, que fatiga inútilmente los órganos eliminadores;

3º Cualquiera que sea la naturaleza de la lesión, el medicamento es siempre inferior á los procedimientos exoterápicos, pudiendo dar lugar á las consecuencias más graves, á las cuales éstos no están expuestos;

4º Pretender curar un enfermo con un *remedio*, no es una cosa legítima.

De estas consideraciones que debíamos hacer, nos vemos forzados á concluir que la farmacología subsiste y subsistirá aún largo tiempo, simplemente por un motivo de oportunidad y nada más.

Estudiando el problema terapéutico con la luz de la crítica pura de que nos hemos servido, se concluye forzosamente que la farmacia llena un papel falso y nocivo. Las medicaciones son siempre un mal; mientras que la acción sensible del medicamento varía á lo infinito — puesto que el organismo reacciona de una manera variable hasta el infinito — la acción molecular es siempre idéntica á sí misma y apenas varía con las dosis. De donde resulta que las medicaciones son intoxicaciones incompletas y, como tales, deprimentes y peligrosas.

No ignoramos que la evolución bien lenta de las condiciones de nuestro medio social, no permite todavía una transformación tan profunda como lo sería el reemplazo de la terapéutica legítima, no ignoramos tampoco que la exoterapia, aún poco práctica en presencia de la rutina inveterada y á pesar de sus progresos actuales, no puede satisfacer todas las exigencias de la clínica civil. Sin embargo, es cierto que en muchos casos puede ser aplicada. Con ella es necesario marchar, cueste lo que quiera á los espíritus conservadores, y nosotros creemos que los médicos prestarán á la humanidad un buen servicio recurriendo á la farmacia lo menos posible.

En un estado de perfeccionamiento más avanzado, la terapéutica debe convertirse en higiene; si el hombre es el producto de un *medio*, aunque conserve su papel de factor, es claro que siendo la enfermedad una desadaptación, se podrá, obrando sobre el *medio* solamente, corregir el desequilibrio.

Esperando, nosotros retrocedemos sobre el *maremagnum* de la terapéutica farmacológica, lo que en el momento presente es menos grosero y menos empírico; es siempre un acto de justicia escoger lo mejor.

Acabamos de seguir al autor en la primera parte de su trabajo y nos hemos mostrado severos más de lo razonable.

Vamos ahora á dejarle marchar libremente en la segunda parte, que constituye, propiamente hablando, el examen de nuestra doctrina. Cuando decimos *nuestra*, nos engañamos; la dosimetría es hoy del dominio común de la medicina.

(Continuará.)

MEMENTO
DE
TERAPÉUTICA DOSIMÉTRICA
Ó
GUÍA DEL MÉDICO PRÁCTICO
EN EL EMPLEO DE ESTE MÉTODO DE TRATAMIENTO.

Por el Dr. Burggraeve.

(Continúa.— Véase el número 15.)

El médico encontrará en estos diferentes medicamentos la pauta para el restablecimiento de la armonía vital ó funcional.

Ya se ve, pues, que dista mucho la vieja alopatía del método dosimétrico. ¿Qué pueden los debilitantes contra la fiebre? Se sabe hoy, que ésta, más que todo, es un signo de astenia, y por consiguiente que los medicamentos esténicos son los únicos indicados.

¿Ha muerto la medicina caricaturada por Molière? Tememos que no; habrá siempre doctores Sangredos que hagan posible el ridículo. El empirismo es más fácil de practicar que la medicina, desde las alturas elevadas del vitalismo.

Después de esta exposición de principios que deben dirigir al práctico inteligente en sus tratamientos, vamos á pasar revista sumariamente á las enfermedades más frecuentes ó que son casi diarias.

Enfermedades de los niños.

Crup primitivo, laringitis estridulosa. Si la enfermedad es endémica ó se ha contraido en localidades palustres, recurrir inmediatamente á la quinina con preferencia al hidro-ferro-cianato ó al arseniato, un gránulo cada cuarto de hora hasta la reacción. Entendiendo por esta época el período de invasión, que se manifiesta con escalofríos, fatiga, postración física y moral, frecuencia y depresibilidad del pulso, abotagamiento de la cara y saburra de la lengua. Los autores limitan este período del primero al quinto día, pero es porque no conocen el método dosimétrico. Casi nunca es llamado el médico sino en el curso ó al fin de este período.

En el período inflamatorio: calor 40, 41° centígrados, pulso 120; adminístrase la aconitina, la veratrina, cada cuarto de hora un gránulo hasta la sedación general. Contra el dolor vivo, extranguloso, de la laringe, aplicar á cada lado del cuello una sanguijuela dejando salir la sangre gradualmente. Aplicar compresas de agua fría. En el período de remisión volver á hacer uso de la quinina, calmar la tos con la hyosciamina y la codeina un gránulo de cada uno de media en media hora hasta la sedación. Favorecer la expectoración con la emetina, un gránulo cada media hora hasta producir náuseas y vómitos. Causar una derivación en el canal intestinal con los calomelanos. Con este tratamiento se impedirá la repetición de los accesos, porque el crup es una afección del grupo de las neurosis intermitentes.

La traqueotomía debe ser practicada desde el momento en que hay amenaza de asfixia, con palidez de la cara, respiración convulsiva, abatimiento, sudores fríos. Es necesario no esperar, sin embargo, á este momento. La traqueotomía practicada oportunamente es una operación sencilla é inofensiva. Esto es lo que el médico debe hacer entender á los interesados.

Angina diftérica ó seudo-membranosa,—crup consecutivo,—edema agudo de la glotis.—Según estas designaciones, el mal empieza en las fauces para extenderse en seguida profundamente. Como en el crup primitivo hay una causa general ó miasmática y placas seudo-membranosas que se forman en la mucosa roja hiperemiada. Se prescribirá en seguida el hidro-ferro-cianato de quina: un gránulo de cuarto en cuarto de hora, y se tocarán las placas con zumo de limón, ya por medio de un pincel, ya con un tapón de hilas. En la reacción se hará tomar al enfermo el sulfuro de calcio como antidiftérico: un gránulo de media en media hora. Aplicación de compresas frías en la garganta.

En el período de remisión volver á hacer uso del hidro-ferro-cianato de quinina á fin de impedir nuevos accesos.

Refrescar el cuerpo con las sales de Sedlitz.

Tos ferina.—En el período inicial ó de abatimiento dar el hidro-ferro-cianato de quinina: un gránulo de cuarto en cuarto de hora hasta la reacción. Si hay fiebre (40, 41° centígrados) prescribir la aconitina y la veratrina hasta la defervescencia (38, 37° centígrados). Disminuir el espasmo respiratorio con la hyosciamina y el sulfato de estricnina ó la brucina: un gránulo de cada uno de hora en hora.

Si los accesos siguen frecuentes volver al hidro-ferro-cianato de quinina y disminuirlo á medida que disminuyen las quintas de tos.

Favorecer la expectoración con la emetina y la apomorfina: un gránulo de dos en dos horas. Exponer al niño al aire libre á menos que amenace la bronquitis. Tener el vientre libre con las sales de Sedlitz.

Bronquitis.—Bronco-neumonía. — En el período inicial ó de frío dar el hidro-ferro-cianato de quinina, y si hay opresión añadirle el sulfato de estricnina, de cada uno un gránulo de cuarto en cuarto de hora, á fin de prevenir la parálisis y la obstrucción pulmonal.

Cuando la reaccion haya sobrevenido (40, 41° centígrados) dar la aconitina ó la veratrina: un gránulo de cuarto en cuarto de hora hasta la defervescencia (38, 37° centígrados).

Si el niño es fuerte y el pulso duro, aplicar dos sanguijuelas en la parte superior de la región esternal, dejando salir la sangre gradualmente.

Cuando la reacción haya descendido, favorecer la expectoración con la emetina ó la apomorfina: un gránulo de hora en hora con un look blanco. Practicar embrocaciones en el tercio superior del esternón con colodión.

Por la mañana una pequeña cucharada de café, de sales de Sedlitz, en un poco de agua.

Mantener al niño en una atmósfera fresca suficientemente renovada. No debilitarlo con transpiraciones abundantes.

Meningitis.—Caracterizada al principio por grande postración, ojos llorosos, pulso pequeño, acelerado, calor por encima de la temperatura media (38, 37° centígrados), después por una reacción fuerte (40, 41, 42° centígrados) con agitación, delirio, gritos agudos, penetrantes, sacudidas, contracción de las pupilas, y por último con somnolencia, coma, parálisis más ó menos general y la muerte.

Según la marcha rápida de la enfermedad el tratamiento debe ser: 1° en el período de postración: hidro-ferro-cianato de quinina, un gránulo de cuarto en cuarto de hora hasta la reacción: 2° en esta última: aconitina, veratrina, un gránulo de media en media hora hasta la defervescencia (38, 37° centígrados), una sanguijuela en cada apófisis mastoides, dejando salir la sangre gradualmente: 3° en el período de parálisis y derrame, brucina, digitalina, colchicina, un gránulo de cada uno de hora en hora hasta la resolución.

Gránulos de calomelanos cada media hora hasta conseguir cámaras serosas. Compresas de agua sedativa en la región frontal y en el cuello. Cubrir ligeramente al pequeño enfermo y alimentarlo con caldo de ternera y agua vinosa.

En la meningitis tuberculosa el tratamiento no puede ser más que paliativo.

Fiebres eruptivas.—1º Colocar el niño en una temperatura moderada: 2º combatir los síntomas, bronco-neumónicos en el sarampión: de angina en la escarlatina; cerebrales y abdominales en la viruela. Al principio sostener las fuerzas con el hidroferro-cianato de quinina, favorecer la erupción con la aconitina y la veratrina: un gránulo de cada uno de media en media hora hasta el descenso de la temperatura (38° c.). Refrescar la piel con lociones emolientes. Media cucharada de las sales de Sedlitz por la mañana en un vaso de agua fresca. Enemas emolientes. En el período de erupción régimen suave pero analéptico. Evitar las traspiraciones exageradas.

(Continuará.)

MISCELANEA MÉDICA.

El ácido canfórico.—El Dr. Reichert, hace año y medio que emplea el ácido canfórico en el tratamiento local de las afecciones agudas y crónicas de las mucosas de la boca, faringe, laringe, nariz, tráquea y en las afecciones crónicas de los bronquios y del pulmon. También lo ha administrado con éxito en algunos casos de afecciones agudas y crónicas de la piel. Para obtener soluciones concentradas en este ácido, se añade al agua cierta cantidad de alcohol (10 á 11 por 100). Además, el ácido canfórico posee propiedades antiparasitarias; se ha tratado con una solución al 6 por 100, úlceras tuberculosas de la laringe, y los resultados que se han obtenido son bastante satisfacctorios para animar á continuar en su empleo.

(Rev. de Medicina y Cirugía prácticas.)

CRÓNICA.

¿Quién tiene razón?

"El Partido Liberal" periódico político, dijo que el Dr. Chacón realmente recibió del Presidente de la República la comunicación que insertamos en nuestro número anterior, pero que posteriormente se suspendió el acuerdo presidencial, en vista de que el Dr. Cordero alegó derechos para desempeñar la Cátedra de Anatomía Topográfica, de la cual es adjunto, conforme á la ley y por haber muerto el Dr. Ildefonso Velasco que de ella fué propietario.

El Prosecretario de la Escuela de Medicina, dirigió al Director del "Partido Liberal" la siguiente carta aclaratoria.

"Escuela N. de Medicina de México.—Agosto 20 de 1888.—Sr. Don José Vicente Villada, Director del "Partido Liberal".

Mi ilustrado y distinguido amigo:

Por acuerdo del señor Director de esta Escuela tengo la honra de suplicar á vd. se digne publicar en su muy acreditado periódico las siguientes líneas, que importan una indispensable y justa aclaración.

"En el número 1034 del "Partido Liberal," correspondiente al día de ayer, hay en la Gacetilla un párrafo titulado "El Dr. Francisco Chacón," que contiene al lado de la verdad, alguna inexactitud, que es indispensable rectificar.

"Por acuerdo expreso del C. Presidente de la República, y por una honrosa y justificada comunicación, se ha vuelto á dar posesión de la cátedra de *anatomía topográfica* al Dr. Francisco de P. Chacón, en calidad de propietario, porque aunque es verdad que desde el año de 1882 la desempeñaba como interino, no es menos cierto que desde el 18 de Febrero de 1870 la obtuvo por medio de una brillante oposición. En consecuencia, este punto está resuelto. Lo que el Primer Magistrado de la Nación está próximo á decidir, es lo relativo á la pretensión del Dr. Cordero, que desea tener en la Escuela N. de Medicina dos plazas, una de propietario y otra de adjunto, lo cual en manera alguna cuadra bien con el carácter de la Escuela, sus tradiciones bien justificadas y sus indiscutibles conveniencias.

"Nosotros, como el autor del párrafo á que aludo, esperamos que este asunto "será fallado con el acierto y justificación que caracterizan al Jefe de la Nación.

"Dando á vd. anticipadamente las gracias por su benevolencia, me repito su amigo y S. Q. S. M. B.—*Luis E. Ruiz,* Prosecretario."

El Dr. Cordero responde en el siguiente remitido.

México, 23 de Agosto de 1888.

Sr. coronel D. José Vicente Villada, director de *El Partido Liberal.*

Muy señor mio y estimado amigo:

En su acreditado diario correspondiente

al día de ayer, he leído con sorpresa la carta que por acuerdo del Sr. Director de la Escuela de Medicina dirigió á vd. el Prosecretario de dicho Establecimiento, tratando de aclarar el párrafo que con el título de "El Dr. Francisco Chacón," apareció en el número 1034 de *El Partido Liberal*, tomado de algún otro periódico.

No habría dado la menor importancia á las apreciaciones que se hacen en dicha carta, si estuviera suscrita por un particular; pero como tiene un carácter oficial y están desfigurados los hechos consignados en ella, dando por resuelto la Escuela lo que aún está en tela de juicio en el Gobierno, y además, se me hace aparecer ante el público como un ambicioso vulgar, me creo en la obligación de exponer á grandes rasgos el origen de este desagradable asunto, para que se juzgue si he procedido con justificación al reclamar mis derechos á un puesto legalmente adquirido.

Es el caso, que en el año de 1879, la clase de Anatomía Topográfica de que era propietario el Dr. Chacón, fué declarada vacante, ordenándose por la Secretaría de Justicia que el adjunto Dr. J. Velasco ascendiera á propietario y que se abriera un concurso para proveer la plaza de adjunto: me presenté á la oposición, y en vista de la declaración del Jurado, fuí nombrado el 12 de Agosto del mismo año, *Profesor adjunto á la Cátedra de Anatomía Topográfica.* En 1882 se me dió el encargo de fundar la Clase de Histología, que hasta la fecha desempeño interinamente; al Dr. Velasco el de otra clase de nueva creación y el Dr. Chacón fué nombrado entonces *Profesor interino* de la Cátedra que antes había perdido.

En tal estado de cosas falleció el Dr. Velasco; conforme á la ley desde entonces he sido el profesor legítimo de la clase de Anatomía Topográfica; y si no hice valer desde luego mis derechos, de acuerdo con el Sr. Director del Establecimiento Dr. F. Ortega, fué *única y exclusivamente por motivos de compañerismo*, pero sin que por esto pudiera entenderse que prescindía de ellos, esto mismo hice saber al actual Director de la Escuela, quien me manifestó no hace mucho tiempo su proyecto de pedir al Gobierno nombrase de nuevo al Dr. Chacón Profesor propietario de Anatomía Topográfica y para mí en cambio, el nombramiento en propiedad de la que sirvo como interino; pero teniendo yo que renunciar mis derechos á aquella. Como esto me hacía perder un título legal en la Escuela y me dejaba en posesión indefinida de una cátedra, que por motivos de salud no me convendría conservar siempre, le manifesté *no me era posible aceptar ese arreglo, sino en el caso de que no se me privara de mis derechos de Profesor adjunto* á la cátedra de Anatomía Topográfica, que me dejaba en posibilidad de servir alguna vez ésta que era á la que me había opuesto. No pareció al Sr. Director aceptable mi proposición, aplazó la resolución de este asunto *prometiéndome no intentar arreglo alguno con el Gobierno, sin que antes estuviéramos de acuerdo.* No obstante, en los primeros días de Julio próximo pasado, fuí sorprendido con la noticia de que el Sr. Dr. Chacón, *á propuesta de la Dirección de la Escuela de Medicina,* había sido nombrado Profesor propietario de la cátedra que por ministerio de la ley me correspondía y que la misma Dirección había propuesto se me diera en propiedad la que actualmente sirvo como interino, á pesar de haber manifestado yo antes que este arreglo perjudicaba mis intereses.

Me dirigí desde luego al Sr. Vicepresidente de la Junta Directiva de Instrucción Pública, al Sr. Oficial mayor de la Secretaría de Justicia y en carta particular al Sr. Presidente de la República, exponiéndole detalladamente las razones en que apoyaba mi derecho y me justificaban de la actitud que había tomado en este asunto, no debiendo ser interpretado nunca como un deseo de crear obstáculos al Gobierno, pues en la misma carta dejaba completamente el fallo al Supremo Magistrado de la Nación, fiado como lo estoy, en su intachable honradez y reconocida justificación. El mismo Sr. Presidente ha tenido la bondad de tomar en consideración mis razones, y con una deferencia que nunca me será dado agradecerlo bastante, ha sometido el asunto á un estudio minucioso y la resolución de él aún está pendiente y no concluída como oficialmente lo asienta el Prosecretario de la Escuela.

En cuanto á la parte relativa á que yo he pretendido que se me agracie con la concesión de *dos plazas* en la Escuela de Medicina, puede verse por lo expuesto, que lo que únicamente solicito es que no se me prive de lo que me corresponde por derechos legalmente adquiridos, pues no parece equitativo que para hacer una reparación se sacrifique á un tercero cuyos derechos no son discutibles.

Suplicando á vd. se sirva dar publicidad á las anteriores líneas en su acreditado periódico; y anticipándole mi agradecimiento por este servicio, me suscribo de vd. afectísimo amigo y S. S.— *Miguel Cordero.*

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

¡ADELANTE!

(Artículo segundo.)

Al terminar el anterior artículo, escrito bajo el mismo título, y publicado en la entrega 16ª del tomo primero de la "Medicina Científica", decíamos que vemos crecer el número de los prácticos afectos al progreso médico. Una interesante carta comunicada por un joven doctor padre de familia, viene á fundar prácticamente las razones por las cuales cada día aumentan los partidarios de la dosimetría.

El que esto escribe, experimentó antes que sobre sus clientes en su propia familia y sobre sí mismo la eficacia de los medicamentos dosimétricos, y cuando quedó convencido de ella fué cuando comenzó á formularlos en la práctica y aconsejarlos á sus colegas, creyendo cumplir, al hacerlo, con los deberes de la confraternidad; Les suplica dispensen esta falta, al considerar su buena intención.

Una noche se encontró con el más pequeño de sus hijos en un estado alarmante, su postración era suma, la respiración anhelosa, el pulso incontable y la temperatura marcada por el termómetro centígrado, pasaba de 40 grados. Este cuadro sintomático se había desarrollado en pocos momentos ¿á dónde podía conducir al enfermo? era imposible preverlo......Se le ministraron la brucina, la digitalina, aconitina y veratrina, conforme los prescribe el guía dosimétrico del profesor Burggraeve y al día siguiente la temperatura era normal, el pulso normal, la respiración lo mismo y la enfermedad que le amenazaba lejos de formalizarse se había evitado.

Sabido es cómo las altas temperaturas afectan profundamente al sistema nervioso de los niños, á tal grado que nunca llegan á los 41° sin tener convulsiones ó coma. ¡Cuánto importa para ellos lograr que no lleguen á tales temperaturas ó permanezcan sometidos largo tiempo á su fatal influencia!

Cuando, ni se sabía conseguir, ni se creía posible obtener la defervescencia, el médico quedaba en esos estados prodrómicos atado de manos, esperando que llegaran á estallar sus consecuencias y cuando estallaban los síntomas, debidos á alteraciones ya confirmadas, entonces se apresuraba á oponerles medios enérgicos inspirados por la urgencia y lo imponente del caso: el éxito era tan raro que se consideraba como excepcional, habiendo una serie de enfermedades de las cuales casi nunca escapaban los niños de la primera edad.

Entre ellas se contaba la enterocolitis, los ataques cerebrales, de congestión, serosa ó sanguínea, las meningitis, etc., etc., la eclampsia y otras tantas.

La carta á la cual aludimos refiere, en estilo sencillo y evidentemente inspirado por la sinceridad, la bella recompensa que tuvo un joven padre de familia por haber abandonado los métodos clásicos, con los cuales tanta es la mortalidad de la primera infancia, para acudir al Burggraevismo en circunstancias en las cuales no había tiempo que perder.

El joven padre, conmovido por el terror que tuvo al creer perdida á una hijita querida, por la alegría que lo poseía al verla salvada, se dirige á quien mejor que nadie podía comprender sus terribles emociones, su padre, y le refiere, convencido de que compartirá las agitaciones de su corazón, las emociones por las cuales pasó y las inspiraciones que tuvo para la salvación de su hijita, gracias al método nuevo.

La timidez del joven práctico no es dudosa: aunque hacía cinco años que practicaba la dosimetría, no se había atrevido todavía á dar gránulos á sus hijos, les tenía más respeto que confianza; en lo venidero les tendrá más cariño que respeto, sobre todo, al benemérito inventor del método.

Desde luego se nota la influencia de la dosimetría: el médico, armado con armas de precisión, antes de ponerlas en juego se pregunta ¿cuáles son las indicaciones,? no se contenta con decir, según tal ó cual autor, el enfermito tiene ataque al cerebro ¿qué se hace en este caso? y sí se pregunta atentamente ¿qué lesión ó perturbación funcional será la del cerebro? La palidez, las circunstancias generales del paciente,

indican falta de excitación, atonía debida á escasez de sangre, para su nutrición, aprovechemos las leyes de la pesantez, haciendo que la mayor cantidad posible de la que tiene todavía la niña, venga á regar sus hemisferios desfallecidos.

Sin embargo, decía que su hija tenía enteritis, es decir, inflamación en los intestinos: si se hubiera conformado á los preceptos de la escuela, debía acudir á los antiflogísticos y con la mayor probabilidad posible hubiera concluído pronto con los padecimientos y la vida de la niña; debia de dar, con este título, calomel y opio para hacerlo tolerar. Sobre el vientre ¿debía poner cáusticos para derivar la inflamación á la piel? y en el estómago ¿introducir absorbentes que formaran un peso incómodo para un aparato digestivo incapaz de tolerar la leche sin auxilio?

¡Cuánto mejor inspirado estuvo al pensar que la primera indicación era "reanimar la vida del sistema nervioso!" Comenzó por dar *¡medio milígramo cada media hora de arseniato de estricnina!*

Ya había disipado por un momento el peligro de la anemia cerebral con haber facilitado mayor circulación en la cabecita; ahora, viendo que lacantidad mayor de sangre no bastaba, agrega un elemento de excitación poderoso como lo es el arseniato de estricnina, el cual obra maravillosamente en el mismo sentido por sus dos componentes: el arsénico reviviendo los glóbulos, haciéndolos más aptos para la oxidación, la estricnina reviviendo la fibra y la celdilla nerviosas. Se llenaba perfectamente esta primera indicación, como no lo podían hacer los estimulantes ortodoxos, todos convendremos en ello, sin necesidad de pasarlos en revista.

La segunda indicación "hacer que el estómago tolerara los alimentos" fué llenada con la misma prudencia y perfección: un gránulo de cocaina fué dado diez minutos antes de cada alimento, es decir, medio milígramo de este precioso calmante: Si bastó cantidad tan pequeña del agente anestésico, tal vez una cantidad mayor hubiera podido ser nociva, dígasenos ¿cómo los prácticos, armados con el vino de coca, harán para dar, con certeza, la dosis medida exactamente de un medio milígramo de cocaina? ¿darán unas gotas del vino, una cucharadita fraccionada ó entera? pero nunca sabrán exactamente lo que habrán dado, y ni surtirá su efecto la medicina porque, siendo mayor de lo necesario tal vez dañará, ni se habrá adquirido este dato experimental tan precioso. No es indiferente tampoco considerar que junto con la cocaina, agente activo suficiente, se introduce el vino, alcohol y tanino que pueden herir desastrosamente una mucosa alterada y tierna.

Conseguida la tolerancia del estómago, el hábil práctico, el inspirádo padre, acude á medios que no son exclusivamente dosimétricos, porque los dosímetras no son exclusivistas ni su mismo jefe de escuela lo es, mezcló nuestra inteligente compañero: papaïna pura, 2 gramos, pancreatina 1 gramo 50, ácido láctico, 0,15 centígramos, para hacer un jugo gástrico artificial, y sabemos que en clase de fermentos una pequeña cantidad más ó menos no es peligrosa; de esta mezcla hizo papeles de 0,25 centígramos, los disolvió en leche acabada de ordeñar, es decir, todavía con las vibraciones de la vida en sus glóbulos, y fué dando este alimento, ya listo para la asimilación, cada dos horas.

Abran, los que quieran comparar los procedimientos de los mejores autores, con estos, abran, decimos, los libros de la escuela, en los cuales se trata de las enfermedades de los niños, y no encontrarán ningún cuadro tan bello como el de este joven padre, desesperando de la ciencia oficial, y acudiendo á los consejos tan prudentes como eficaces del venerable profesor de Gante, encontrando en ellos la verdadera luz, el verdadero criterio práctico aplicados del modo más eficaz que es posible en nuestro tiempo y, reviviendo á su hija moribunda.

Mucho desearíamos, si fuera posible, conocer la contestación dada á esta carta por el respetable abuelo, quien ciertamente, en su larga práctica, no habrá visto muchos éxitos como el que le refiere, tan sencillamente, su bien inspirado hijo.

Observaciones tan claras, en las cuales la adaptación del medio curativo se ve tan evidente, tan apropiada, son infinitamente más instructivas que las que acostumbramos ver en los libros y los periódicos de la escuela oficial, en los cuales se encuentran títulos de enfermedades junto con listas de medicamentos, sorprendidos ellos mismos con verse asociados y que se dan no porque haya razones fundadas para darlos, sino porque se dan en París, Viena ó Londres, y son mandados por príncipes de la ciencia.

Subrayamos al pasar la cantidad de arseniato de escricnina dada á una niña todavía en la primera infancia; es notable; nosotros acostumbramos dar á los niños la brucina de preferencia á la estricnina porque es notablemente menos enérgica la primera; pero, tal vez en el caso referido,

no hubiera sido suficiente, y el elemento arsenical tuvo gran parte en el éxito.

Si una niña pequeña no sólo pudo resistir á la ministración repetida de gránulos de arseniato de estricnina, y no sólo resistir, sino sacar provecho con ellos, cuánta mayor confianza podremos tener cuando se trate de darla á personas más desarrolladas.

¿Es ó no es un tónico el arseniato de estricnina? El que dude de su eficacia, cuando se sienta cansado ó abatido, por cualquier motivo, lo puede tomar, gránulo por gránulo hasta conocer su efecto, y contestará, si es de buena fe, que sí es un tónico poderoso porque se sentirá reanimado.

Decimos, si es de buena fe, porque sabemos que en asunto dosimétrico hay personas que no la usan. Ejemplo: un cliente, que debe la vida y la fuerza al arseniato y al hipofosfito de estricnina hace años, se para en la calle con dos personas conocidas, saca un tubo de estricnina y toma un gránulo; uno de sus interlocutores, que, sin designarle más, es farmacéutico, es decir, prevenido en contra de la medicina granular, le reconviene diciendo: cuánto extraño ver á un hombre ilustrado como vd., tomar semejantes gránulos, que nada contienen. El cliente, agradecido á dichos gránulos, le ofrece que pruebe uno y verá que algo amargo contienen; el farmacéutico lo coge, entre los dientes lo rompe, lo saborea, y dice: ¡á nada sabe! el segundo interlocutor pide uno, hace lo mismo que el farmacéutico, y en el acto se pone á hacer gestos y á escupir por la impresión que le causa lo amargo del gránulo.

Este episodio da la medida de la sinceridad habitualmente usada para combatir á la dosimetría y dosímetras, y sin embargo, por el ejemplo de la niña salvada gracias á ella en Rio Grande de Zacatecas, y miles de otros que refieren *El Repertorio*, *La Revista de Madrid*, etc., etc.; vemos que su vulgarización puede contribuir al bien de la humanidad doliente.

Volviendo á la acción tónica del arseniato de estricnina, que no es dudosa, y sí fácil de comprobar, convendremos en que, siendo tan bien tolerado, como lo es, no debemos vacilar en ministrarlo en dosis prudentes, *pero suficientes*, á los enfermos atacados por males que agotan las fuerzas en pocos momentos, como las enfermedades infecciosas, zymóticas.

Si nos representamos, junto á esta niña chiquita, salvada con unos cuantos gránulos de estricnina y de cocaina, al enfermo, de excepcional desarrollo físico, de energía no comun, que sucumbió hace poco á la viruela hemorrágica, no podremos resistir á la tentación de preguntarnos: ¿Si se hubiera aplicado en ese hombre, todavía joven, vigoroso, de constitución atlética, el método dosimétrico habría sucumbido? y podremos contestarnos, fundados en experiencias ya muy numerosas, nó.

La viruela maligna es uno de tantas fantasmas, es maligna la misma que fué benigna en otra persona. Cuando se encuentra al organismo cansado, fatigado, como sucedió en el caso al cual nos referimos, el paciente se había desvelado, estaba cansado, mal dispuesto, pero la persona de quien sacó el contagio había tenido viruela benigna y sanado.

Este dato importa tanto como lo que puede evitar la alarma capaz de producir tantos males en una sociedad y tanto como una instrucción útil para el porvenir.

Si se deja de creer en una viruela especialmente mala, llamada por los asustados viruela negra, se verá con menos terror á los que se enfermen con ella y se comprenderá lo que se puede hacer para evitar sus desastres.

Fundados en observaciones innumerables, podemos decir, que si se hubiera dado al enfermo oportunamente, *bastante* estricnina, *bastante* aconitina, veratrina, digitalina, hydroferrocyanato de quinina, la hemorragia en las viruelas se hubiera evitado y probablemente el enfermo se hubiera salvado.

Se trató de desinfectar su ropa, sus muebles, su habitación, cuando al mismo paciente, en vida, y antes de que fuera triunfante la infección en su organismo, se debía haber desinfectado con el sulfuro de calcio, dado en *cantidad suficiente* y con oportunidad.

Pero la moda no ha tomado todavía bajo su amparo todo poderoso al uso del sulfuro, de la digitalina, la veratrina, aconitina y estricnina, no se emplean todavía, *según* el método dosimétrico entre los príncipes de la ciencia en París; en consecuencia no merecen ni la experimentación para ser conocidos; sin embargo, la historia moderna enseña que no ha habido novedad científica ó práctica que no haya sido rechazada al principio por los catedráticos encumbrados, que quisieran reservarse el monopolio de los descubrimientos en sus ramos.

La circulación de la sangre fué negada largo tiempo, fundándose sobre que las arterias contenían aire y no sangre en los cadáveres, la eficacia de cada agente curativo ha tenido que pasar por su período negativo, la vacunación misma todavía encuentra quien niegue su eficacia.

En asuntos de tanta importancia, la moda ni las preocupaciones de hombres, que llegados á la cúspide de la situación apetecida quisieran detener al tiempo para no ceder su lugar á otros, no valen nada; la verdad es la que debe regir y la verdad hemos aprendido á conocerla mediante la experimentación prudente y bien dirigida.

Qué importa que en París desprecien á la dosimetría en la Academia y la Facultad de Medicina, si aquí y en todas partes la dosimetría cura y cura maravillosamente cuando se aplica bien y con oportunidad. Cuando la ovariotomía estaba ya en uso frecuente en Londres, venerables y hábiles maestros en cirugía como Velpeau, para no citar más que á uno de los principales, decían que era una vituperable carnicería; hoy es una operación más benéfica que otras tantas de la cirugía antigua.

Las opiniones deben descansar sobre argumentos bien fundados y no valer más ó menos según quien las prohija.

Cruveiller, uno de los fundadores de la anatomía patológica, llegó á una edad avanzada y siguió hasta en los últimos días de su vida, asistiendo á las sesiones de la sociedad anatómica: una vez, después de considerar atentamente un corazón alterado por lesiones considerables, preguntó ¿cómo seguía el paciente de quien había sido sacada esa pieza anatómica?...... La opinión de Mr. Cruveiller en ese tiempo, respecto de cualquier método nuevo, corría riesgo de no ser perfectamente conforme á la razón, y, sin embargo, era la opinión de uno de los más justamente estimados entre los profesores de la Facultad de París.

Aquí un catedrático, de los mejores, daba hace poco tiempo pruebas fehacientes de que no sospecha lo que es el método dosimétrico, diciendo en su Clínica á jovenes que, pronto serán prácticos dar por un mismo padecimiento varias medicinas es hacer dosimetría, y añadía ¡que la dosimetría se parece al uso de la triaca! cuando precisamente es el método más opuesto al uso de los compuestos indigestos, mal medidos é incalculables, tanto en su composición como en su acción.

Consecuencia fatal para el estimable catedrático: los jóvenes pronto sabrán que la triaca había sido imaginada para dar á la naturaleza todo lo que pudiera apetecer, dejándole escoger lo que le pudiera convenir, cuando confesaba el práctico su absoluta incapacidad para saber lo que pudiera ser útil ó nocivo y sabrán á no dudarlo que su maestro les habló de lo que no conocía.

La dosimetría quiere y pretende, con fundamentos basados sobre los conocimientos modernos, dar al paciente lo que necesita, cuando lo necesita, en cuanto lo necesita, perfectamente medido y limitado á lo que requiere su estado.

Analiza el conjunto de las indicaciones, las mide, les proporciona los medios adecuados; cuánta diferencia hay entre este procedimiento científico verdaderamente y la descarga con metralla que producía la famosa triaca magna, preparación misteriosa, más digna de las brujas que de hombres científicos, ó que pretendían serlo.

La triaca correspondía á la época en la cual los médicos, absolutamente ignorantes de lo que se necesita saber para curar, se proponían obrar sobre las imaginaciones como los oráculos, y en efecto largo tiempo esa preparación fantástica fué objeto de ceremonias solemnes para hacerla parecer más eficaz, así como quienes la usaban cuidaban también de tener aspecto singular y misterioso, vistiendo de otro modo que sus contemporáneos, hablando lo más posible de un modo ininteligible, en una palabra, disimulando la falta de sus conocimientos bajo un aspecto sorprendente y capaz de hacer creer que si no tenían ciencia, tenían poder sobrenatural.

Entonces, era natural creer, *in verba magistri*, puesto que á pocos era dado tener comercio con los poseedores de secretos sobrenaturales y entenderlos, pero hoy, cuando un maestro dice un disparate, aunque lo diga con la mayor solemnidad posible, ni sorprende, ni lo impone á la credulidad de su auditorio, todos los que lo oyen lo consideran como una debilidad humana y no contribuye á aumentar la confianza en la palabra del maestro, muy al contrario.

Toda aserción nueva, hoy debe estar sometida á la experimentación y cualquier crítica que se haga de una proposición, sin haberla bien estudiado y comprobado, es vana.

Lo que se dice no vale nada, lo que se comprueba es lo que importa, así es como los descubrimientos del Sr. Pasteur se han impuesto á los prácticos más dispuestos á rechazarlos que á admitirlos, pero habló á los ojos con hechos incontrovertibles, y la verdad se hizo patente hasta indiscutible: lo mismo sucede con las proposiciones del profesor Burggraeve, con la diferencia de que los que no quieren creer en ellas, cierran los ojos para no ver, y tapan sus oídos para no oir, diciendo en sus adentros: es preciso que estas verdades no sean verdaderas como los inquisidores decian: es preciso

que la tierra no dé vuelta, y siguió y seguirá dándola, como las verdades siguen siendo verdades por más que las nieguen.

Hablamos al comenzar este artículo inspirado por un caso de enteritis de la primera infancia, de la suma gravedad que reviste á veces esta mortífera enfermedad, la que ciertamente causa más mortalidad entre los niños, debido á que evidentemente los medios empleados para auxiliarlos, son contraproducentes. La indicación también llenada por el joven doctor zacatecano, pocos ó ninguno de los prácticos, si no són dosimétricos, piensan en llenarla; acostumbrados á ver en la enteritis una afección inflamatoria, en ver en los tónicos unos agentes irritantes, su conciencia no les permitiría combatir inflamación con irritantes, les parecería ilógico, y sin embargo, ¿ qué es la inflamación? un estado de atonía en el cual la sangre acumúlada en una parte dada, se asfixia, se altera, dando lugar á desarrollo de calor, á dolor y á cambios en la consistencia, forma y composición de los tejidos y de la misma sangre detenida: estos fenómenos, cuando se logra que cesen, es determinando el restablecimiento de la circulación, reviviendo la actividad capilar. Si la inflamación, como lo vemos, no es debida á un principio especial llamado antiguamente flogístico, y declarado imaginario hace ya muchos años por Littre y Robin ¿porqué temer aumentarlo con la aplicación de tónicos capaces de devolver á los tejidos su vitalidad y á los capilares su actividad funcional? Mucho ha influído sobre la opinión errónea, segun la cual los tónicos pasan por irritantes, el uso de extractos en los cuales suele haber sustancias heterógeneas que lo son, y el del sulfato de quinina, en el cual, para aumentar su poca solubilidad, agregaban ácido sulfúrico en exceso, y resultaba más dañoso que útil, gracias á su acción cáustica. Cuando se comenzó á usar las sales de ácido bromohydrico y chlorhydrico, no faltaron hombres de ciencia y práctica que dijeron que tal cambio no tenía razon de ser.

Hoy, como podemos usar preparaciones que no tienen acción nociva sobre la mucosa y sí la tienen favorable sobre el sistema nervioso, no hay que temer aquella acción irritante, tan mentada y tan temida por nuestros antepasados.

Al ver la rápida destrucción producida por la enterocolitis en los niños, se concibe que se produce en ellos como una sideración del regulador central y en efecto, desde antes que el desperdicio nutritivo sea grande, se nota la falta de vida, este desperdicio, esta destrucción asombrosa son muy rápidas.

Particularmente la mucosa rectal se destruye más rápidamente, se ulcera, el tejido celular pelviano circunrectal, se reabsorbe con una rapidez alarmante, dando lugar á que el esfinter anal, sin apoyo, quede abierto, dejando ver la cavidad intestinal como si fuera la de un cadáver en vía de descomposición, ó la cueva en la cual se abrigan las fieras que devoran al pequeño paciente.

Cuando veíamos este cuadro sintomático, antes de conocer los medios heroicos de la dosimetría, nos considerábamos absolutamente impotentes: los absorbentes, los astringentes, los derivativos, eran inútiles, todo pasaba sin acción y el desenlace fatal parecía inevitable.

Hoy ya no lo es: lo podemos afirmar con observaciones fehacientes: la postración, la abdicación del sistema nervioso se evitan con arseniato de estricnina, la modificación de las secreciones se consigue con Sedlitz, quassina, cotoina, y se salvan los enfermitos que antes teníamos por perdidos fatalmente.

Ciertamente es molesto oir decir cuando es uno maestro, catedrático antiguo, que hay algo más que aprender y mucho, mejor que hacer que seguir con la misma rutina; pero si es incómodo volver á estudiar, si es mortificante confesar que hay todavía mucho que aprender para hacerse más útil, ¡qué compensación! ¡qué recompensa mejor podremos tener que la de ver sanar á tantos niños que antes dejábamos morir!

FENELÓN.

Una lección de Peter en el Hospital Necker.

Tras los que tratan de enfriar por medio del agua vienen los que quieren conseguir el mismo resultado con medicamentos; de lo que se sigue que existe una *medicación* refrigerante que si merece tal calificativo es porque es tóxica.

Tóxica y no porque yo lo diga, sino porque así lo atestiguan los hechos y lo confirman los partidarios de otras medicaciones diferentes ó adversas; y sobre todo, los que lo son de la medicación refrigerante por el método de Brand. Sucede pues, que en este concepto soy del parecer de los dichos.

Ciertamente que yo no tengo documentos personales sobre estas medicaciones tóxicas, que siempre me he resistido á em-

plear; pues no me creo en el derecho leonino de "ensayarlas" á título científico en los enfermos de los hospitales; razón por la que me veo obligado á citaros hechos tomados á la práctica de otros; hechos que por cierto no son raros á pesar de no ser todos conocidos. Me serviré, pues, de los documentos que ofrecen los partidarios de tal ó cual método refrigerante y que para poner de relieve las ventajas del que practican, señalan los inconvenientes y peligros de los demás.

Sin embargo, puedo citaros en lo referente al poder tóxico de todas estas medicaciones microbicidas y refrigerantes, dos hechos que he observado sin haberlo por mi parte pretendido y que atañen: uno al empleo del ácido fénico y otro al uso del sulfato de quinina á grandes dosis.

En el primer caso se trata de un enfermo que toca de cerca al mundo médico y que estaba atacado de fiebre tifoidea de mediana intensidad. Un día fuí llamado con gran prisa, por creer con razón su familia que habían sobrevenido al paciente temibles accidentes. El enfermo, muy inteligente, decíame con voz casi extinguida "me siento morir" y con efecto, casi no se engañaba pues el pulso era muy frecuente y filiforme, la piel, que estaba fría, producía la sensación de la de un batracio y la temperatura axilar era de 35°5. No iba á morir de hipertermia el enfermo, sino de *hipotermia.*

Frente á tales accidentes, que casi no me explicaba en el período de convalecencia de un tifoideo que con frecuencia había yo visto en consulta, no me cuidé sino de calentarle exteriormente con botellas de agua caliente y por dentro con ponches igualmente calientes y una botella de excelente Châteaux Margaux para beberla en el transcurso de algunas horas. Volvió poco á poco el calor y restablecióse el enfermo; mas, he aquí que á las 24 horas de lo relatado, se reprodujeron accidentes análogos pero con mayor gravedad todavía, y tanto, que creí perdido el enfermo. Sin embargo, se estableció la misma medicación, higiénica en su totalidad, y á su empleo siguió otro éxito. Entonces, y por casualidad por cierto, supe que el médico de cabecera hacía que pusieran al enfermo diariamente una lavativa de *1 gramo de ácido fénico.* Poco después de la administración de esta lavativa es cuando sobrevenían los accidentes relatados.

Durante el período de estado de la enfermedad no había tenido lugar la intoxicación por razón de que no se absorbía el ácido fénico por el estado morboso del intestino (por más que el colón esté menos atacado que el intestino delgado), y sólo cuando volvió á su estado normal, pudo efectuarse la absorción y los fenómenos tóxicos consecutivos. El enfermo se restableció de su *hipotermización* llevada al extremo, pero con muchísima lentitud.

En el segundo caso el culpable fué el sulfato de quinina. Un tifoideo que era juiciosamente tratado por el método espectante, pues se trataba de uno de los casos más ligeros de esta enfermedad, fué por instigación de uno de los miembros de la familia que se vanagloriaba de estar "al tanto de la ciencia" merced á la lectura de periódicos políticos en los que había leído que el sulfato de quinina á altas dosis obraba maravillas en la fiebre tifoidea, y que escandalizado de que á su paciente no se administrara tal medicación, llamó en consulta á un médico partidario de la medicación de moda—que por fortuna fué efímera—fué digo tratado por dicho antipirético á la dosis de 4 gramos en un día. La temperatura descendió brusca y notablemente, pero á poco sobrevinieron accidentes cerebrales muy graves y un delirio violento que hasta entonces el paciente no había tenido. No se abandonó por eso la medicación al día siguiente, produciéndose como es consiguiente el mismo cuadro.

Entonces se creyó oportuno cesar en el tratamiento y *gracias á que aun era hora y había enfermo,* pues con la suspensión desaparecieron *todos los accidentes.*

Es evidente que aquí la absorción había sido completa y lo había sido porque el caso era ligero y las superficies de absorción funcionaban con una actividad vecina de la normal. No es menos claro que precisamente porque en los casos graves la absorción está disminuída ó abolida, se ha podido emplear con cierta impunidad *estas medicaciones temerarias;* mas como la impunidad cesa desde el momento en que puede efectuarse aquella función, *el dominado es el inocente enfermo en vez de serlo la fiebre.*

El sulfato de quinina dado á grandes dosis á estos desgraciados tifoideos ha pasado por el intestino sin ser absorbido y expulsado, parte con los excrementos, y por eso no se han reproducido con más frecuencia estos accidentes á que me vengo refiriendo. Solamente pues en los casos ligeros ó hacia el período de convalecencia es cuando pueden tener lugar los accidentes de tal medicación.

He dicho antes que me aprovecharía de documentos tomados á la práctica de otros

para demostrar la acción tóxica de los medicamentos refrigerantes, y á este fin empiezo por transcribir lo que relativamente á la administración de la *antipirina* en la fiebre tifoidea (1) hallo en el interesante trabajo del Sr. Humbert Molliere.

"Un tifoideo de 52 años, cuya profesión "hacía suponer el alcoholismo (que fué, "sin embargo, negado por el enfermo y su "familia) tomó, durante 15 días la antipi"rina. Tenía epistaxis que cesaron con el "uso de dicho medicamento, y sucumbió "finalmente con púrpura caquéctica y adi"namia. En este caso, dice el Sr. Humbert "Molliere, parece que la *antipirina de"terminó claramente los fenómenos he"morrágicos.*

"Una mujer de 26 años, que entró en el "hospital al quinto día de enfermedad, su"cumbió al décimocuarto, después de ha"ber tomado la antipirina, en medio de fe"nómenos de intoxicación análogos á los "de la eclampsia. La enferma, dice el au"tor, sucumbió víctima de una *intoxica"ción* semejante á la Uremia. Sin embar"go, *la alteración del riñón era insigni"ficante* y esta forma de intoxicación tan "singular creo debe referirse racionalmen"te á fenómenos de acumulación de los me"dicamentos."

"Una joven que dentro del baño tenía "amenazas de síncope, fué tratada por la "antipirina que también determinó sínto"mas de intoxicación."

"*Intoxicación! intoxicación!*" se repite en lo transcrito y verdaderamente, no deja de ser singular que se diga de un tratamiento: "que intoxica."

En fin, el mismo autor cita aun el caso de "dos enfermos que presentaron *erupcio"nes antipirínicas muy acentuadas*, que "en uno de ellos no dejó de inquietar al "médico. En el segundo persistieron dolo"res bastante violentos en un brazo des"pués de la curación.

"Resulta de todo esto que, á pesar de "las combinaciones terapéuticas, el papel "de la antipirina es siempre mucho más "inferior que el del agua fría." Así concluye el Sr. Humbert Molliere y soy de su parecer, porque el agua fría no envenena.

He ahí pues lo referente á la antipirina de la que no quiero hacer la crítica, limitándome á citaros documentos que nadie puede negar porque son públicos y están tomados del trabajo de un médico de innegable valor.

(1) Cinq annés de traitement de la fiebre typhoide dans un service hospitalier. Eau froide et antipyrine, par le docteur Humbert Molliere. 1888.

Y veamos ahora lo que ha ocurrido con el salicilato de sosa á altas dosis. En Alemania, donde no se duda de nada y en donde el enfermo de hospital es considerado sin escrúpulo como un animal en experimentación, se ha dado esta sal á los tifoideos (¡desgraciados!) á la dosis de 6, 8, 10, 12, 14 y aun 15 gramos por día y la cifra de mortalidad se elevó, en manos del Dr. Riess á 24, 2 por 100.

"Háse querido, dice el Sr. Hallopeau (1) "yugular la fiebre tifoidea, como se yugu"la un reumatismo articular agudo; se ha "querido contra viento y marea y se ha "hecho daño. Actualmente, consideramos "que las dosis de 4 y aun de 3 gramos, "que habíamos prescrito en un principio, "son susceptibles de dar lugar á acciden"tes *si se les continúa por mucho tiempo* "(Hallopeau es quien subraya la frase), "porque hemos observado en varios de "nuestros enfermos trastornos como disp"nea con ó sin congestión pulmonar, he"morragias y excitación pulmonar, que pa"recían, si no provocados, agravados al "menos por el uso de aquel medicamento."

Según mi manera de pensar hay dos razones á falta de una, para que se presenten estos accidentes y son: la primera que con toda probabilidad el medicamento se acumula y la segunda que la absorción del medicamento se verifica tanto mejor cuanto más cercana está la convalecencia; y esto por las razones antes expuestas.

"La dispnea, continúa el Sr. Hallopeau, "ha sido muy pronunciada en varios casos "y su agravación ha coincidido demasiado "á menudo con la administración del sali"cilato de sosa á dosis altas, para que "no atribuyamos en parte á ese medica"mento la producción de dicho trastorno.

"De los 11 tifoideos á los que hemos da"do el salicilato de sosa durante nuestra "permanencia como médico en el hospital "de la Caridad, dos han tenido hemorra"gias intestinales, y en otro se produjeron "hemorragias pulmonares y cutáneas; pro"porción notablemente superior á la me"dia, porque Louis no las ha observado "más que en 8 casos entre 134 tifoideos. "De Musy dice, que de 12 enfermos uno "murió de enterorragia, otro tuvo epis"taxis abundantes y un tercero exputos "herrumbrosos. Leonahardi Aster ha ob"servado dos casos de *pleuresia hemorrá"gica.*"

Las hemorragias y sobre todo las hemor-

(1) *Traitement de la fiebre typhoïde par le calomel, le salicylate de soude et le sulfate de quinine*, par le Dr. Hallopeau, 1881 p. 5.

ragias pulmonares y las pleuresias hemorrágicas que casi no se observan en el curso y por el hecho de la dotinentería, son evidentemente fenómenos de intoxicación.

"Parece que los *accidentes cerebrales* no "han sido provocados ni agravados sino "excepcionalmente por el salicilato en dos "de nuestros enfermos; sin embargo, el "mismo día que tomaron la primera dosis "se manifestó en ellos un *violento delirio* "que desapareció inmediatamente que se "suspendió el salicilato."

Os he hablado al principio de esta lección del sulfato de quinina á alta dosis, pero es necesario que vuelva á tratar del mismo asunto.

Ya sabeis que con motivo de una comunicación dirigida á la Academia sobre este exótico método de tratamiento, empezó en 1883 en ella la discusión sobre el de la fiebre tifoidea, método con el que se pretendía suprimir la fiebre en la dotinentería, no tanto por obrar sobre dicho síntoma cuanto sobre el microbio productor del mismo. Sábese, en efecto, que la adición de sulfato de quinina á los caldos de cultura suspende el desarrollo de los microbios en aquellos contenidos.

Los enfriadores por el sulfato de quinina á dosis elevadas mataban por decirlo así con un tiro dos pájaros: *rebajaban la temperatura* y *mataban el microbio*, más, por desgracia el golpe era triple pues *mataban también en ocasiones al enfermo.* El hecho no se puede negar; se ha dicho en la Academia misma y observado en los hospitales de la Caridad y Lariboisiere, de París, especialmente durante la epidemia de 1883, que la administración del sulfato de quinina á la dosis de 4 gramos por día había producido la muerte súbita de algunos tifoideos.

Pero estas medicaciones tan perjudiciales, ¿tienen al menos, aun á riesgo de ser peligrosas, para algunos individuos, el mérito de ser manifiestamente benéficas para la mayoría y el de disminuir la cifra de mortalidad de los dotinentéricos? Si no puedo citaros cifras estadísticas referentes á la medicación por el sulfato de quinina á altas dosis, puedo en cambio poneros de manifiesto las referentes al ácido fénico. El Dr. Clandot acusa una mortalidad de 11, 6 por 100 en 43 enfermos. El profesor Desplats de Lille y el Dr. Van Oye, su discípulo, han tenido una mortalidad de 19, 4 por 100 en 36 enfermos. Me parece que estos datos no son para animar á nadie.

Al lado de estas medicaciones á la vez refrigerantes y microbicidas, no es ilógico mencionar una medicación cuyo objeto es hacer cesar en el intestino mismo las fermentaciones llamadas microbicas al mismo tiempo que se esfuerza en obtener la refrigeración por los baños. Esta medicación de doble efecto ha sido instituída por el profesor Bouchard.

Para obtener la antisepsia intestinal el Sr. Bouchard ha ensayado sucesivamente el yodoformo, la naftalina y el naftol.

La naftalina y el naftol tienen sobre todo la propiedad innegable de desinfectar las materias fecales, lo que no es indiferente á lo menos para la familia del enfermo y los que le cuidan. En cuanto á producir realmente la antisepsia y hacer cesar toda fermentación intestinal á consecuencia de la muerte de los microbios patógenos, eso ya es diferente. Por otra parte Bouchard sumerge á sus enfermos en baños progresivamente enfriados, lo que seguramente es menos brutal y mejor tolerado que la inmersión de buenas á primeras en el baño frío. Pues bien, he aquí los resultados de esta medicación: en 300 enfermos tratados de esta manera en el hospital Lariboisiere, servicio del Sr. Bouchard, la mortalidad ha sido de 15 por 100. (1)

Hemos visto en la lección precedente que el Sr. Humbert Molliere, empleando los baños fríos tenía una mortalidad de 10, 70 por 100 (cifra semejante á la que yo obtengo *empleando la medicación de las indicaciones*), mas dicho autor en virtud de una serie de razonamientos que me es imposible con gran sentimiento por mi parte aceptar, llega á decir que la mortalidad con su tratamiento desciende á 7, 4 por 100 y finalmente á 5, 6 por 100, "cifra muy aproximada, dice, á la del Sr. Glenard," pues como se sabe la mortalidad señalada oficialmente por Grand y sus partidarios es de 4, 7 á 5 por 100. Ya veremos en seguida lo que hay de cierto en tales aserciones.

Volviendo al Sr. Humbert Molliere y su estadística de mortalidad atenuada he aquí cómo la obtiene. El "no hace responsable al tratamiento por el agua fría cuando éste no interviene sino desde el 5º día de la enfermedad," mas, con esta manera de razonar si el médico no acepta la *responsabilidad de la muerte* más que cuando los baños han sido administrados desde el 5º día, tampoco debe aceptar lógicamente el mérito de la curación en aquellos de sus tifoideos que sólo han sido bañados

(1) *Fermentations et putréfactions intestinales* par le Dr. G. H. Roger *(Gazette des Hospitaux)* 31 Marzo 1888.

tardíamente. O es potente el método ó no lo es: si es impotente para impedir la muerte cuando se emplea tardíamente, no se comprende que sea potente para provocar la curación cuando se emplea también tardíamente. El argumento pues se vuelve contra su autor.

Y sin embargo, sólo razonando de esta manera es como el Sr. Humbert Molliere llega á eliminar 3 casos de su estadística de mortalidad y á obtener una primera reducción en la cifra de mortalidad primera (de 10, 7 por 100 á 7, 3 por 100).

En fin, el autor citado, adicionando sus 85 casos tratados por el método de Brand á los casos tratados por el agua fría y la antipirina, llega á un total de 113 con una mortalidad de 12, pues por el mismo procedimiento de eliminación, que no puede aceptarse, obtiene un total de 107 con una mortalidad reducida á 6, lo que da una segunda reducción á 5, 6 por 100.

Como se ve, el procedimiento no deja de ser sencillo: teneis 113 tifódicos y 12 muertos, eliminais 6 de estos últimos y sólo os quedan 107 con 6 defunciones: os desentendeis de las 6 defunciones como si no hubieran ocurrido y sin embargo bien muertos quedan.

Yo no pido á mis estadísticas semejantes complacencias, y cuento en el pasivo de mi medicación no sólo los que se mueren de perforación, sino los que sucumben víctimas de hemorragias y los que son alcohólicos; y creo que no se puede obrar de otra manera.

¿Cómo, pues, Brand ha llegado á obtener la cifra idealmente reducida de 4, 7 por 100 de mortalidad? No dudo que la ha obtenido confundiendo casos de catarro gástrico y de cansancio con agotamiento con hechos innegables de fiebre tifoidea, y esto es tanto más probable, cuanto que Brand, empezando la medicación desde el primer día ha debido cometer muy fácilmente dicha confusión.

He aquí, por ejemplo, cifras bien singulares, que arrojan luz clarísima sobre las estadísticas de Brand. En una carta que este médico dirigió al Sr. Lieberman señalaba 15 defunciones entre 124 tifoideos tratados por su método, en el hospital, lo que da una mortalidad de 12 por 100, mientras que en la clientela particular entre 207 enfermos tratados del mismo modo, resultan 0 defunciones:s sumando unos y otros casos resulta un total de 321 tifoideos con 15 defunciones y así su media de mortalidad se reduce á la famosa cifra, á la cifra ideal de 4, 5 por 100.

Y ahora pregunto: ¿es posible admitir seriamente que Brand, que ha tenido en el hospital, es decir, en un establecimiento público en que la comprobación es fácil, 15 muertos entre 124 enfermos, haya tenido en su clientela particular 0 defunciones entre 200 enfermos, cifra que hemos de admitir bajo la palabra de honor de Brand?

Esto nos recuerda las aserciones de Galeno, que no pecaba por cierto de modestia (que se debe perdonar á su genio), y que debemos creer bajo su palabra cuando á propósito del agua fría—siempre el agua fría—pero en bebida y en el *causus* decía. (1)

"Itaque videvitur præcipua causorum sanatio *frigida potus* quo causos nos perpetuo *curavimus*, nullo ex his moriente cui frigidam propinavimus in tempore oportuno." La oportunidad ¡he aquí todo! Galeno precede aquí á los *reservados* como les ha precedido también en sus refrigeraciones: "Calor omni febri est inimicus nam refrigerari non *calefieri* febricitini affectus postulat."

También él quería refrescar á los pacientes por medio del agua, mas á pesar de su autoridad tal consejo fué abandonado: ¿Sería porque era excelente?

En resúmen, la discusión friamente imparcial de los hechos demuestra que la medicación refrigerante de Brand no hace disminuir la mortalidad de 12 por 100 obtenida por el mismo Brand en el hospital, única cifra ciertamente verídica, pero deducida de un total de tifoideos algunos de cuyos diagnósticos son discutibles. En los hospitales civiles de Lyon la mortalidad ha alcanzado el 15, 1 por 100 (cifra citada por el profesor Bondet). Por otra parte la medicación por los agentes refrigerantes internos no nos suministra estadísticas suficientemente explícitas, y como á la vez antiséptica y refrigerante (método de Bouchard), y cuya acción doble se dirige contra los microbios patógenos y contra la temperatura, ha dado á su autor una mortalidad de 15 por ciento, me parece en buena lógica que no hay motivo de preferencia por una ú otra de estas medicaciones exclusivas y sintemáticas.

Además, en el transcurso de esta lección habeis visto los peligros que lleva consigo la administración de los medicamentos tóxicos *refrigerantes* (que si lo son es porque intoxican) y réstame tan sólo hablaros de los accidentes que ha producido el método de Brand.

(1) Galien: *Hippocratis de acutorum morborum victu* A. XV pag. 752 Edic. de Leipsik.

CORRESPONDENCIA.

Del Saltillo á México.

Agosto, 20 de 1888.

Sr. Dr. Fernando Malanco.

Muy respetable señor compañero:

....

Hoy me dirijo á la casa Labadié haciendo un pequeño pedido de sustancias dosimétricas, de las que, como dije á vd. en mi primera carta, estoy haciendo uso con el mejor éxito desde hace más de dos años. No me la podría pasar, si no es con gran desconfianza en mi pequeña práctica, sin el uso de estas sustancias tan precisas y eficaces por su simplicidad, por su forma y dosificación.

Aunque sin ser autoridad, felicito y simpatizo con todos los médicos que hayan adoptado y acepten en su práctica el método dosimétrico.

....

En los veinte años que tengo de práctica, el método dosimétrico es el más firme, el más seguro para combatir, con el más brillante éxito, la mayor parte de las enfermedades, y digo la mayor parte, por no excluir todos los demás medios á que se recurre, si se quiere como *ayudantes*.

....

Muchas felicidades, señor compañero; queda de vd., como siempre, su afectísimo amigo y S. S.

Jesus M. Gil.

MEMENTO

DE

TERAPÉUTICA DOSIMÉTRICA

Ó

GUÍA DEL MÉDICO PRÁCTICO

EN EL EMPLEO DE ESTE MÉTODO DE TRATAMIENTO.

POR EL DR. BURGGRAEVE.

(Continuación. — Véase el número anterior.)

Fiebre mucosa.— Fiebre tifoidea.— Tifus.—Estas afecciones deben su gravedad á la depresión vital causada por el miasma tífico. Es necesario desde el principio recurrir al hidro-ferro-cianato ó al arseniato de quinina: un gránulo de media en media hora. Cuando se haya desenvuelto la reacción (40, 41° c.), moderarla por medio de la aconitina, la veratrina: un gránulo de media en media hora, hasta la defervescencia (39, 38° c.), más tarde volver al uso de la quinina para compensar las desigualdades de la temperatura de la mañana y de la noche (período de remisión). Tener el vientre libre con las sales de Sedlitz y aplicar compresas frescas en los puntos congestionados. Mantener la absorción nutritiva con caldos ligeros y agua vinosa.

Enteritis. — Calmar los cólicos con la morfina y la hyosciamina. Lavativas emolientes. Compresas frescas en el vientre. Vigilar la fiebre y moderarla: aconitina, un gránulo de hora en hora alternando con la hyosciamina y la morfina.

Convulsiones.—Pueden depender: 1º de dolor, como en la dentición, las enteralgias; se calmarán en estos casos con la morfina, la hyosciamina, la aconitina, medio gránulo del uno ó del otro, y aun juntos, después de la ocurrencia en una cucharada de agua azucarada: 2º, de una diatesis nerviosa ó congénita, que consiste sobre todo en una debilidad ó movilidad, reclamando entonces el empleo de la brucina: 3º, de una constipación con timpanización del vientre, que cede á los enemas emolientes. Es necesario no usar jamás del éter ni del amoniaco, porque estos son estupefacientes del sistema nervioso.

Diarrea.—A menudo depende de una atonía intestinal, contra la cual se opondrán la brucina y la hyosciamina: un gránulo de cada uno (ó medio gránulo segun la edad) tres ó cuatro veces por día en un poco de agua azucarada; lavativas emolientes, y si las cámaras son verdosas prescribir media cucharada de las de café de sales de Sedlitz. En general se cree que la diarrea exige los astringentes.

Es necesario fiarse poco del bismuto, porque casi siempre contiene arsénico.

Las diarreas por atonía ó dispepsia, se combaten con el régimen y una buena alimentación.

Ictericia.—La ictericia de los recien nacidos se disipa con la regularidad de las funciones intestinales. La ictericia por atonía del hígado ú obstrucción, se combate con la quinina (uno ó dos gránulos), y con ligeros laxantes, con preferencia algunos gránulos de las sales de Sedlitz cada mañana en un poco de agua ó de leche. En general el régimen salino es muy favorable á los niños: ayuda á la hematosis y disipa las erupciones ó costras llamadas lácteas.

Costras lácteas.—Son de naturaleza linfática ó escrofulosa, y no el resultado de la lactación: son erupciones húmedas é in-

gurgitaciones ganglionares, ó las dos cosas á la vez. En los recien nacidos una buena lactancia es suficiente: se hará un bien, como ya lo hemos dicho, haciendo tomar á los niños algunos gránulos de las sales de Sedlitz. Más tarde son necesarios los tónicos, la quassina, la brucina para activar la combustion respiratoria y el aceite de hígado de bacalao como alimento. Es necesario no separar jamás los agentes de la nutrición de los modificadores vitales.

Es necesario á los niños un régimen salino y no sacarino, porque éste dá lugar á ácidos, principalmente al ácido oxálico, y por consiguiente á la formación de cálculos duros ó de oxalato de cal.

Raquitismo.— Lo que acabamos de decir de las costras es aplicable al raquitismo. Independientemente de la brucina, de la quassina, del aceite de hígado de bacalao, es preciso que el raquítico tome sustancias terrosas. Es necesario imitar á las gallináceas cuando empollan. Las cáscaras de huevo calcinadas y finamente pulverizadas con los alimentos (dos ó tres cucharadas de café), constituyen un medio muy eficaz.

Sífilis congénita. — Inspecciónese en el momento del nacimiento los sitios de elección: entre los dedos de los piés, en el pliegue del ano, en los alrededores de los órganos genitales: examínese igualmente con cuidado la nodriza: los pezones, la boca, cauterícese toda ulceración ó placa sospechosa, con el nitrato de plata: hágase tomar á la nodriza gránulos de proto-ioduro de mercurio cinco ó seis gránulos por día, usando al mismo tiempo las sales de Sedlitz. En caso de infección sifilítica sométase á la nodriza á un tratamiento iodado con la morfina.

Oftalmía purulenta. — Cauterícese en seguida con una disolución concentrada de nitrato de plata, renovando la cauterización cada media hora mientras subsista la supuración. Tener cuidado cada vez de humedecer con aceite los párpados y de tenerlos cerrados con una capa de algodón que ejerza bastante presión para impedir el pestañeteo.

Algodoncillo.—Tocar las placas con un pincel mojado en zumo de limón, y si la enfermedad se extiende tratarla como la angina seudo-membranosa.

Escléroma (endurecimiento del tejido celular).—Baños calientes. Envuélvase al niño en algodón. Evítense todas las fricciones irritantes.

Enfermedades de las puérperas.

Fiebre puerperal.—La fiebre puerperal debe ser combatida enérgicamente al principio con el hidro-ferro-cianato de quinina: uno ó dos gránulos de media en media hora. Cuando el calor se haya elevado á 39, 40, ó 41° centígrados, procurar su descenso con la aconitina, la veratrina: un gránulo de cada uno hasta la defervescencia (38, 37° centígrados). Cálmese el dolor y el espasmo con la morfina y la hiosciamina: un gránulo de cada uno de media en media hora alternando y la veratrina, es decir, una toma de morfina é hiosciamina por dos de aconitina y veratrina. Mucha limpieza. Comprimir metódicamente el vientre con un vendaje algodonado, y si hay linfagitis practicar fricciones belladonizadas. Las aplicaciones refrigerantes son peligrosas á causa de los loquios. Apenas el calor y el pulso hayan descendido volver al uso del hidro-ferro-cianato de quinina: dos gránulos de media en media hora y sucesivamente de hora en hora. Si las fuerzas se deprimen, excitarlas con el arseniato de estricnina. Buena higiene. Refrescar el cuerpo ó con lavativas ó con las sales de Sedlitz.

Meningitis.— Termina frecuentemente por apoplegía serosa. — Es preciso pues, combatirla desde el principio con el hidro-ferro-cianato de quinina, la aconitina, la veratrina, la morfina, la hiosciamina (como en la metro-peritonitis), se aplicará hielo en la cabeza, y si el pulso lo permite dos sanguijuelas en cada apófisis mastoides, dejando salir la sangre gradualmente.—Obrar en el canal intestinal con las sales de Sedlitz.

Linfangitis. (Flegmasía alba dolens).—Friccionar con el cerato belladonizado y alcanforado á lo largo de las venas; practicar una compresión metódica con un vendaje algodonado. Impedir los derrames sero-purulentos con el hidro-ferro-cianato de quinina y la atropina; dos gránulos del primero y uno del segundo cada hora. Sostener las fuerzas de la enferma con un buen régimen. No practicar incisiones en las colecciones purulentas sino aplicar sobre ellas la pasta de Viena á fin de impedir la penetración del pus en los vasos. Puede servir para este objeto la jeringa de Dieulafoy. Vigilar el estado de los pulmones y del corazón y dar el arseniato de estricnina al menor asomo de opresión; un gránulo de hora en hora hasta la sedación.

Mamitis.—Fomentar la mama con agua caliente. Friccionarla con cerato alcanfo-

rado y belladonizado. Comprimirla con un vendaje algodonado. Combatir la fiebre con el hidro-ferro-cianato de quinina, la aconitina, la veratrina, la digitalina, la colchicina. Refrescar el cuerpo con las sales de Sedlitz. Evitar las grandes incisiones.

En resumen, las enfermedades de las mujeres en el puerperio tienen un carácter seroso que rechaza toda deplesión sanguínea por lo mismo que á la gestación sigue siempre un estado de anemia. Es necesario pues apresurarse á reconstituir la sangre con un buen régimen. La lactancia no debe ser prohibida sin embargo, porque siendo una secreción fisiológica, no tiene nada de enervadora siempre que la mujer pueda alimentarse bien. A este efecto tomará sal con los alimentos. Su leche de esta manera será más tónica.

Enfermedades de las mujeres en la pubertad.

Estas enfermedades tienen su origen en los desórdenes de la menstruación. *Femina est quod est, propter uterum.* Rara vez el útero peca por exceso de acción, frecuentemente por inercia. Es preciso, pues, provocarla con la ergotina y el arseniato de estricnina de cada uno cinco ó seis gránulos por día; si hay cólicos uterinos se prescribirán la cicutina, la hiosciamina, un gránulo de cada uno de media en media hora, procurando derivar con fricciones y ventosas secas, nunca con la sangría á menos que haya plétora ó congestión. En los desórdenes consensuales ó histéricos se abstendrá el médico tanto como le sea posible de los éteres, porque enervan.

La cloro-anemia será combatida con el arseniato de fierro.

Los ardores sexuales que conducen á actos solitarios, deberán ser reprimidos con el bromuro de alcanfor. Las convulsiones epileptiformes, que consisten en un espasmo de la médula espinal, serán combatidos con la cicutina, la aconitina, la estricnina, los valerianatos (véase neurosis). Importa que el médico comunique á la familia sus temores respecto al porvenir de la enfermedad: pérdida de facultades intelectuales, parálisis, etc. Si se descubre al explorar la columna vertebral un punto doloroso, se aplicará sobre él la electricidad, el fuego, los cáusticos, ó el martillo de Mayor, por que en estos casos no basta contemporizar con la enfermedad.

El bromuro de potasio á altas dosis es un medicamento peligroso é incierto á causa del bromurismo. El médico, sin embargo, será juez de su empleo.

Leucorrea. — Es consecutiva las más veces á la amenorrea ó á irregularidades de la menstruación roja: es una menstruación blanca que no desengurgita los vasos sanguíneos, dejando subsistentes las incomodidades. Debe ser empleado el mismo tratamiento que para la amenorrea. Las duchas y baños fríos, sobre todo los baños de mar, son muy útiles. Es necesario refrescar el cuerpo con las sales de Sedlitz.

Enfermedades de la edad crítica. (menospausía).

Al suprimirse las menstruaciones dejan en la sangre acritudes que se traducen por afecciones pruriginosas en la piel y también en el origen de las mucosas. Algunas veces es la época de la evolución de los cánceres; es necesario, por tanto, combatir la excitación nerviosa con la cicutina y la veratrina: cinco ó seis gránulos por día. Empleo diario de las sales de Sedlitz y buen régimen. Baños. Evitar toda irritación de la piel.

Enfermedades sifilíticas.

Cauterizar el chancro ó más bien la vesícula herpética que le precede con el nitrato de plata hasta que el fondo sea rojo y entre en el período de cicatrización. Prescribir como medida de precaución el yoduro mercurioso, una docena de gránulos por día con una infusión da zarzaparrilla. Este tratamiento será empleado con más energía si el chancro ha tenido tiempo de indurarse y la afección se ha hecho general. Las fricciones mercuriales serán preferidas en este caso al sublimado corrosivo que se mantiene por largo tiempo en los tejidos bajo forma de albuminato, ocasionando desórdenes que no pueden compararse con otros, que con los producidos por la tuberculosis. En los accidentes secundarios: cefáleas reumatoides, erupción roseólica, ronquera, afonía, eczema del cuero cabelludo, alopecia, etc.; si el mercurio no ha sido usado al principio es necesario un tratamiento en regla, considerando á la enfermedad como una diatesis sifilítica, es decir, empleando menos mercurio y más medicamentos tónicos. Las tisanas amargas son útiles en estos casos, pero pueden reemplazarse por la quasina: cinco ó seis gránulos por día. En caso de mercurialismo se hará uso del yoduro de potasio. En los tumores gomosos, los tubérculos, las caries, etc., los baños ó duchas de vapores yodados del Dr. Bremond, prestarán los más grandes servicios. (Véanse *Envenenamientos metálicos.*)

Blenorragia, gonorrea.—En el período agudo, baños, reposo, bebidas emolientes, sales de Sedlitz por la mañana. Calmar el sentimiento de ardor con la veratrina, y el eretismo nervioso con el bromuro de alcanfor: un gránulo de cada uno de media en media hora hasta la sedación. Sobre todo abstenerse de inyecciones irritantes que dan lugar á muchos accidentes. Si el dolor se propaga hasta el cuello de la vejiga, hágase uso de la cicutina y la hiosciamina: un gránulo de cada uno de hora en hora. En el segundo período ó subagudo, adminístrese la cubebina y la piperina, una veintena de gránulos por día, continuando el uso de los sedantes si el tenesmo doloroso persiste. Limpieza, y precaución de no tocarse los ojos.

La *balanitis* será combatida con la interposición de una planchuela de hilas entre el glande y el prepucio. Evitar los ungüentos irritantes, sobre todo de calomel y sublimado corrosivo.

En la *gota militar* recurrir á las inyecciones de tanino y dar el ácido tánico al interior: una docena de gránulos cada día.

Las *cistitis* y las *uretrorragias* consecutivas á un tratamiento muy violento deben ser combatidas con sanguijuelas en el perineo, baños, y los tenesmos vesicales con la cicutina y la veratrina: de cada uno un gránulo cada media hora hasta la sedación. Contra las orinas amonicales se administrará el ácido benzoico uno ó dos tubos por día hasta la formación del ácido hippúrico.

Blenorragia uterina.—El mismo tratamiento. Baños, inyecciones.

Chancroides, bubones.—Evitar las cauterizaciones, curar las úlceras con vino aromático y planchuelas de cerato; tratar el bubón como una adenitis simple. No perder de vista que el estado fagedénico es producto de la irritación. Los antiguos que eran groseros en sus tratamientos provocaban de esta manera una multitud de accidentes que atribuían á la enfermedad. ¿Hay nada más cruel que dilatar un bubón y verter en él un cáustico con peligro de alcanzar la arteria crural? No pretendemos excluir la cauterización en estos casos, pero no queremos hacer de su uso una regla general.

Diatesis.

Son las diatesis vicios de nutrición que están bajo la dependencia del sistema nervioso; es necesario, pues, obrar á la vez sobre este sistema y sobre los humores. Entre las diatesis incluiremos las diatesis ácida, sacarina ó glucósica. La acidez constituye á menudo un grado de fermentación del estado sacarino. Habiendo alimentado perros pequeños con azúcar, hemos producido en poco tiempo la oxaluria. Hemos encontrado en los polders de la Zelanda, donde se abusa por los niños del azúcar, numerosos cálculos de oxalato de cal. La consecuencia de estos hechos es que en la glicosuria ó diabetes está indicado el régimen salino. Pero es necesario tonificar el sistema nervioso; de aquí la utilidad del ácido fosfórico y del sulfato de estricnina: cinco ó seis gránulos cada día. Se sabe que la diabetes es á menudo debida al onanismo y á una irritación incesante de la médula espinal. En las diabetes no se usarán jamás los diuréticos, que fatigan los riñones, se obrará más bien sobre los intestinos y la piel por medio de las sales de Sedlitz.

La *diatesis úrica* es el resultado de un régimen demasiado nutritivo ó azoado. La gota es su expresión más general.

Lo mismo que en la diatesis glucósica, es necesario emplear los nervinos, para en seguida favorecer la conversión del ácido úrico en ácido hippúrico, manteniendo al mismo tiempo la actividad de la diuresis. La quinina, el benzoato de sosa, y la colchicina son los medicamentos más indicados. Se prescribirá la quasina para tomarla en el momento de las comidas: tres ó cuatro gránulos, y el benzoato de sosa y la colchicina en los intervalos. Diez á veinte gránulos de cada uno por día.

Diatesis sudórica ó reumática. — Esta diatesis es debida á falta de acción en la piel, á menudo porque la inervación se ha suspendido bajo la acción del frío húmedo. Como en la diatesis úrica son necesarios los nervinos, al mismo tiempo que las aguas termales alcalinas. Las duchas trementinadas del Dr. Bremond son, en este caso, muy útiles, por su doble acción sobre la piel y sobre los riñones.

En su período agudo el reumatismo será combatido con la veratrina, y en el período de remisión con el hidro-ferro-cianato de quinina.

Diatesis herpética ó dartrosis. — Es en general producto de una acción insuficiente en la piel, sea por sequedad, como en la pityriasis, sea por exudación, como en el impétigo, el eczema. Estas afecciones van acompañadas de una comezón que llega á producir algunas veces escalofrío y fiebre. El modificador en este caso es la veratrina. No se usarán lociones y fricciones irritantes, que podrían despertar la excita.

bilidad del sistema nervioso, y producir lo que los antiguos llamaban metastasis, es decir, retención del humor en el interior. El hecho es que en el momento en qué la irritación interna aparece, no hay manifestaciones exteriores. En el estado infebril se puede hacer uso del sulfuro de calcio, pero es de mucho mejor efecto el empleo de las aguas naturales alcalinas, sulforosas sobre todo. Se insistirá en el uso diario de las sales de Sediltz.

Diatesis alcohólica.—Los tejidos nerviosos han perdido, en los que padecen esta diatesis, su cohesión, y por tanto es necesario procurar su condensación con medios que obren de esta manera, como por ejemplo, el cloruro de sodio, y sostener su actividad con los nervinos, ácido fosfórico, sulfato de estricnina. Así es que en la ambliopía que precede á la ceguera ó amaurosis, se someterá á estos individuos á un régimen salino—los salazones—y se hará uso de los modificadores que acabamos de nombrar hasta quince y veinte gránulos cada día. Del mismo modo procederemos en el temblor ó delirium tremens. No debe hacerse uso de los opiados, que no producirían otro resultado que aumentar el embotonamiento. Si los enfermos son dóciles y se someten á este régimen, podrán abrigar la esperanza de recuperar sus facultades gravemente comprometidas. Actívese la digestión con la quassina: tres ó cuatro gránulos en cada comida.

Diatesis nicotínica.—Es un hecho averiguado que los que abusan del tabaco empiezan por perder la memoria y concluyen por ser hombres valetudinarios incapaces de moverse como los fumadores de ópio en la China. Son estos efectos de la nicotina, que enerva, y del amoniaco que descompone la sangre. Los medios terapéuticos contra este estado, son los nervinos, en especial el ácido fosfórico, que es necesario prescribir á dosis bastante elevadas: veinte, treinta, cuarenta gránulos cada día. Contra la ambliopía y la ataxia muscular, se usa con buenos resultados el hipofosfito de estricnina, una veintena de gránulos cada día, comenzando por cinco y aumentándolos gradualmente.

Diatesis metálicas.—En primer término se presenta la intoxicación saturnina caracterizada por calambres dolorosos, por paralísis de los intestinos, de los músculos abdominales y de los miembros, principalmente de los estensores y atrofia progresiva (ataxia muscular). Es necesario contra este estado un tratamiento químico y un tratamiento vital. El primero consistirá principalmente en los baños de vapor sulfhídricos con arreglo al procedimiento del Dr. Bremond. Estos vapores se forman por la doble descomposición á su encuentro del polisulfuro de potacio y del ácido nítrico di luido en una corriente de vapor de agua. He aquí la descripción sumaria del aparato del Dr. Bremond. El enfermo se coloca sentado en una caja de porcelana, por la cual se hace pasar una corriente casi capilar de vapor, á la presión de cuatro atmósferas. Esta corriente aspira los dos líquidos por medio de sifones que terminan en los vasos donde son contenidos, é instantáneamente el gas sulfhídrico se forma y es arrastrado rápidamente por las pequeñas vesículas de vapor, cubriendo de ésta manera al enfermo. Como el vapor tiene una temperatura más elevada que la del cuerpo (41, 42, 43°), la materia sebásea se funde y el gas sulfhídrico penetra por todos los poros de la piel. Veinte ó treinta minutos después esta se cubre de una capa grisácea de sulfuro de plomo. El mismo trabajo de eliminación se efectúa por la mucosa intestinal. Se tendrá cuidado de dar cada mañana una cucharada de las de café de sales de Sedlitz. El tratamiento vital consiste en el empleo de la hyosciamina contra los dolores, el ácido fosfórico y el sulfato de estricnina contra la ataxia muscular.

(Continuará.)

HICIENE DE LOS NIÑOS.

En los baños.

—Todo niño sano (robusto, grueso, de buen color, de buen desarrollo, que come bien y está contento y juguetón), no necesita más baños que los de limpieza diarios, aconsejados por la higiene general.

—

—Niños menores de dos á tres años, no deben nunca entrar en el mar, aun cuando sean ya escrofulosos. Deben en cambio tomar muchos, muchos (pero solamente uno cada día) baños de mar templados ó en su defecto de agua salada.

—

—Cuando un niño de cualquier edad que sea, al meterle en el mar grita desesperadamente, se retuerce y expresa en su cara el terror, el miedo ó el espanto,—(como muchas veces hemos presenciado, y temblamos por ellos, mirando con dolor aquellas caritas inyectadas á veces por el llanto y la lucha; pálidos otras, con ojos salientes, á fuerza de contraidos sus párpados, y descompuesta su fisonomía por el

pavor, sujetos por los robustos brazos del bañero, en el tormento contra el que gritan, en el abismo del que que quieren huir);—sáquesele inmediatamente y no vuelva nunca á introducírsele en el agua, sino voluntariamente; si esto último no se consigue, dénsele los baños de mar templados. Aquel terror puede ser causa de enfermedades graves.—El baño en aquellas condiciones tiene que ser perjudicial.

—

—Es mucho más para los niños el baño de aire de mar, que el baño de agua. Estése, pues, el niño todo el tiempo posible en la playa, cuidando de que el sol no hiera directamente su cabeza.

—

—Es muy sano que los niños jueguen descalzos en la playa, sumergiendo sus pies y piernas en los charcos, y en la arena mojada por el mar.

—

—Pueden los niños comer algo inmediatamente del baño si lo desean, pero que hayan pasado dos ó tres horas de haber comido para bañarlos, sobre todo si es en frío.

—

—La mejor hora para bañar los niños es la de las once de la mañana. Ya la digestión del primer alimento del día se hizo, y pronto después del baño es la hora de comer.

—

—Cuídese mucho de que los niños no entren en el mar con frío, que se abriguen ó paseen antes hasta que la sensación de frío haya desaparecido.

DR. LAVAL.

(Archivos de Med. y Cir. de los Niños.)

MISCELANEA MÉDICA.

Acido fénico en los bubones. — El Dr. D. C. Peyton ha empleado con gran éxito el ácido fénico para contener la marcha de los bubones y diversos infartos glandulares. En seis casos de bubones venéreos empleó tópicamente el ácido fénico; por medio de un pincel sobre el bubon cada cuatro á ocho horas, obteniéndose la reducción á los dos días. Combinándolo con el yodoformo, enmascara casi por completo el olor de éste. El ácido fénico es también un anestésico local, y disminuye de tal manera la sensibilidad de la parte donde se aplica, que pueden hacerse casi sin dolor grandes incisiones. Cuando se aplica sobre la piel produce una sensación de quemadura pasajera y forma una escara blanquecina y muy superficial.

(Virginal Med. Monthly.)

Influencia del régimen sobre la frecuencia del cáncer.— El cirujano mayor, Hendley, de Jeyssore (Indias) ha demostrado que los vegetarianos no gozan de una inmunidad notable, en vista del cáncer, como lo admiten los Sres. Reclus y Vernuil. Las observaciones del Sr. Hendley han sido hechas en Mayo, en el Hospital de Jeyssore, sobre 102 casos de operaciones por cáncer. Entre estos 102 enfermos se hallaron 61 que no habian comido ningún alimento de origen animal. Seis de ellas, de las cuales tres afectas de cáncer de la mama, pertenecían á la raza de los Saragois, que es de una severidad excesiva por lo que se refiere al régimen alimenticio; estas enfermas se abstienen, no sólo de carne sino de diversas especies de legumbres.

Los casos de cáncer observados en el Mayo Hospital, se reparten de la manera siguiente: cáncer de la mama, 20; de la lengua y de los labios, 8; de la cabeza y de la cara, 17; de la extremidad superior, 11; inferior, 8; tronco, 18; pene, 15; vulva, 1; testículos, 1; glándulas, 3.

(British Medical Journal).

Peligros del tratamiento de la invaginación por las lavativas. — Se ha citado por el Dr. Parker, un caso en que una inyección de agua ha dado lugar á una ruptura del intestino. Se trataba de un niño de tres meses, que había sido súbitamente atacado de estreñimiento y de vómitos, el tercer día los síntomas se habían calmado aún cuando el estreñimiento persistiese; el abdómen estaba duro pero no se sentía tumor en ninguna parte, el recto contenía una pequeña cantidad de mocos sanguinolentos. Se le administra cloroformo y se le inyecta sin resultado, un poco de agua: se probó la inversión y un ligero masage, después una segunda inyección dada con precaución: de repente se sintió la resistencia disminuir, el niño se puso pálido y al cabo de una hora murió. Se halló, á la autopsía, una pequeña desgarradura, en la porción invaginada, que estaba en un estado de gangrena bastante avanzada.

WILLIAMS SEAKINS.

CRÓNICA.

Espantavaquero. — En el número 16 de *La Medicina Científica*, aparece un artículo con el título de: "Espantavaquero:" habla de una planta capaz de curar á la rabia; al Consejo Superior de Salubridad, quien

tiene virus rábico á su disposición, corresponde dilucidar en pocos días esta incógnita; importa hacerlo porque si la acción de dicha planta es ilusoria muy sensible sería que, personas mordidas por perros rabiosos, dejaran perder un tiempo útil experimentándola, y si es eficaz urge darla á conocer, como un hallazgo preciosísimo. Decimos que en pocos días se puede salir de duda con aplicar dicha medicina á conejos inoculados con virus de un día: si á los 15 ó 20 días no tienen rabia, se podrá creer que es eficaz este remedio.

Es un hecho de observación que algunos perros atacados de delirio espontáneo ó provocado por la persecución, pasan por ser rabiosos sin serlo; cuando muerden, no deben entonces comunicar lo que no tienen, y aun algunas personas han sido mordidas por un mismo perro quien ha ocasionado la rabia á otras, y las primeras no la han tenido: sea porque el virus no penetró por cualquiera circunstancia, sea porque estuviera agotado por las primeras mordidas dadas, ó por otro motivo que ignoramos, pero estas circunstancias pueden haber dado lugar á que se atribuyan á las preparaciones dadas á tomar á las personas que escapan á las consecuencias de las mordidas, virtudes que tal vez no tienen.

Una muerte horrible.—En el rancho de Wm. Adams fué mordida Susie, una hijita de este señor, por un perro rabioso que murió en terrible agonía. Habían llegado varios vecinos á pasar el domingo en casa del Sr. Adams, en la tarde las criaturas prendieron un perro á un carrito donde montaron para pasearse. El perro se había notado muy quieto durante la semana y aun en manos de las niñas se le veía muy dócil. Empezaron á pegarle pero el perro no se movía. Finalmente, cuando se cansaron de azotarlo, salió Susie y trató de tirar el animal por la brida, al hacer esto arrancó tan repentinamente que volcó el carrito y á los gritos de las criaturas salieron los padres á ver lo que sucedía. Ninguna estaba lastimada excepto Susie que sacó un rasguño en el brazo que no causó alarma. El hecho no llamó la atención sino hasta el martes que Susie se quejaba de sentirse muy cansada y que le dolía el brazo. La madre pensó en la mordida del perro, pero no se creyó que esto sería la causa, y á la media noche la criatura empezó á quejarse lastimosamente y á tirar la cabeza de un lado á otro, y arrojando espuma por la boca; después le vino convulsión tras convulsión; sus pequeños miembros los tenía rígidos, las venas inflamadas, y de vez en cuando trataba de morder y despedazar cuanto estaba á su alcance. Nada podía aquietarla y finalmente cansada por completo se dejó caer en la almohada, con el semblante laxado y por más de dos horas estuvo quieta, aparentemente sin sufrir. Como á las cinco despertó; se le acercó la madre y le preguntó cómo se sentía. Como haciendo un esfuerzo para hablar, dejó escapar un agudo grito, y le vino de nuevo un ataque rabioso. Tres hombres fuertes la sostenían en la cama, mientras que sus pequeños brazos tornaban y se encorbaban en cada ataque. Así estuvo consumiéndose hasta las siete, cuando pálida y sin sentido alzó las manos y expiró. La infeliz criatura debe haber muerto sujeta á los tormentos más terribles, porque no hubo tiempo de llamar á un médico que le diera inyecciones hipodérmicas de morfina, el recurso de que se valen para mitigar el dolor.

(El Monitor de Texas.)

Necrología.—Nuestro fino y querido amigo el Sr. Dr. Francisco Chacón, ha sufrido el terrible dolor de perder á la compañera de su vida.

Reciba nuestro ilustrado compañero los sinceros sentimientos de nuestra condolencia.

Envenenamiento.— Un períodico refiere el siguiente ocurrido en Salamanca:

"El joven Uralde padecía jaquecas muy frecuentes y había obtenido de un facultativo una receta que consistía en un gramo de antipirina dividido en tres cápsulas.

"Se mandó por la receta á la botica del Sr. Vera y el bárbaro dependiente, despachó en vez de la sustancia pedida, un gramo de atropina, veneno activísimo que sólo en milígramos puede ser aplicado.

"A la hora de comer, tomó el joven Uralde una de las cápsulas y notando que el dolor de cabeza le aumentaba (síntoma del envenenamiento) tomó otra, cayendo en el acto al suelo, privado de sentido, y en ese estado permaneció hasta su muerte, acaecida pocas horas después.

"Hay que advertir que el dependiente de la botica del Sr. Vera, es muy joven y de conocimientos nulos en farmacia.

"Oportunidad es esta, para que las autoridades del Departamento, se fijen en los artículos 48 y siguientes del Reglamento de policía de 31 de Octubre de 1839 para que se les dé exacto cumplimiento y se eviten desgracias como la que aflige á los inconsolables padres del joven Uralde."

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

EL BRAIDISMO.

Sr. Dr. Juan María Rodriguez, Catedrático de Partos en la Escuela Nacional de Medicina.

México.

Carta abierta en contestación á su artículo titulado:

"EL BRAIDISMO EN LA PICOTA."

Muy respetado amigo y distinguido colega:

Convencido de que no dudará de las buenas intenciones de su afectísimo amigo y compañero, y considerará como una prueba de que en mucho estima su opinión, esta refutación, me tomo la libertad de hacer algunas objeciones á su severo artículo.

Comenzaré por decirle: que si conociera mejor al Braidismo y á su humilde iniciador no los consideraría dignos, ni á uno ni á otro, de la Picota; muy al contrario, Braid ha sido un médico digno de toda la consideración que puede valer este nuestro título, y su descubrimiento no ha tenido para él ni para su reputación, ninguna influencia nociva; para el arte ha servido en algunos casos, y sirve cada día.

El magnetismo, tan antiguo como el mundo, había dado lugar á muchos abusos; Braid temeroso de que sucediera lo mismo con su descubrimiento del hipnotismo lo dió á conocer tímidamente y lo practicó modestamente, pero no por eso pudo impedir el entusiasmo desmedido y las pretensiones exageradas de algunos discípulos.

Sería pueril intentar darle á conocer á Braid cuando puede vd. formarse una opinión más justa de su valer leyendo su *Neurypnologie* en la edición de 1883, publicada en París con una introducción firmada por el profesor Brown Sequard, y una de su traductor Dr. Jules Simón.

Esa lectura le probará ciertamente que si Braid ha merecido la Picota, será honroso ese suplicio.

Ha sido un trabajador de buena fe, buen observador, de conciencia, y su obra, de la cual hay todavía tanto que sacar no quedará estéril.

"EL BRAIDISMO EN LA PICOTA."

"México, que con tan escasa fortuna ha caminado tantas veces; México que tan dócilmente se ha prestado á dar ascenso y cabida á errores y quimeras de todas clases de un alcance que no se puede medir todavía, pero cuyas funestas consecuencias han ido haciéndose sentir penosa y tenazmente, ha dado empero, una prueba de prudencia y recelo en un punto que en otros pueblos, más ilustrados que el nuestro, consiguió preocupar, no sólo al común de las gentes, de por sí dado á lo maravilloso, sino, lo que es más digno de admirar, á hombres letrados y de sabiduría universalmente reconocida."

Al leer el párrafo anterior, le confieso, estimado colega, que temí no llegar á comprenderlo: está en estilo de oráculo, y se conoce que quiere dejar al lector adivinar lo que no quiere decir: confesamos nuestra insuficiencia y necesitamos que se nos señalen estos "errores de fatales consecuencias, cuyos alcances todavía no se pueden medir" para ver si cabe el Braidismo entre ellos.

Escasa sería en efecto la fortuna de México, si habiendo prestádose dócilmente para dar ascenso á errores y quimeras, no admitiera hechos comprobados, innegables y que en efecto preocupan á hombres de sabiduría universalmente reconocida.

"No me detendré á inquirir *el porqué* real de la cautela, recelo y hasta mala voluntad (así pudiera decirse), con que aquí han sido vistas las prácticas que allende los mares, suscitan ha tiempo la curiosidad y el asombro de la multitud; porque en el caos en que vivimos no es fácil dar con él; visto lo adecuado de nuestro modo de ser actual para poder aclimatar con éxito las simientes exóticas más venenosas y letales; visto el barullo y desacuerdo en que vivimos; y visto, por último, el olvido más cabal de los deberes universalmente reconocidos como la piedra angular del edificio social."

Puede que sea mejor, en efecto, no descubrir la ó las razones de la mala voluntad que hay en México para ciertas novedades, y por la consideración que se debe á quienes la manifiestan, me guardaré de ayudarlo en esta información, aún de decir todo lo que se sabe sobre el particular.

En cuanto á que vivamos en el caos, la expresión es exagerada; no se debe tomar en su acepción neta y propia; se distingue perfectamente el cielo de la tierra, y los elementos siguen cumpliendo su misión sin equívoco, las plantas nacen, crecen, florecen y dan semillas, los ciudadanos nacen, gritan, maman, crecen y dan guerra ó la sufren como siempre; esto no tiene ninguna analogía con el caos; permítame que se lo diga, y ciertamente si se insistiera en ello, se daría en *el porqué* no les gusta á ciertos sabios, llegados á la cúspide de la situación apetecida, que se diga ó pueda decir: hay algo nuevo para ellos que deberían estudiar; no ha llegado el deseado momento de dormir á la sombra de sus laureles, una vez establecida su fama.

En el modo de ser actual es permitido saber lo que pasa fuera del país y recibir semillas venenosas y letales de las cuales se pueden sacar alcaloides útiles, aún más, los mismos alcaloides se reciben hasta granulados y eso con perfección: no será de sentir más que para quienes no pueden luchar contra tal perfección.

El barullo consiste en que unos creen que sería preciso deshacerse de toda idea de progreso, abdicar conciencia é inteligencia, envolverse en los preceptos de la fe como el gusano en su capullo y esperar el momento de llegar á ser mariposas para la eternidad.

Esto es un ensueño bonito, pero es ensueño: hubo época en que la autoridad del maestro era indiscutible: el error enseñado al principio del siglo seguía enseñándose hasta su fin sin modificación ninguna, ni duda permitida.

Los hombres se sucedían y se repetían y desgraciados de los que salían del sendero trazado por los que tenían el depósito de las creencias, todas hacinadas en las prescripciones de la fe; los condenaban y los quemaban; hoy vd., llorando por aquel tiempo, no resiste á la tentación de imponer á las prácticas nuevas para el alivio de las afecciones nerviosas, en las cuales la ciencia oficial es tan poco eficaz, no resiste, digo á la tentación de imponer á este nuevo recurso el suplicio infamante de la picota.

Afortunadamente para probar que lo merezca no aduce vd. un sólo argumento, una sóla razón, si no es que le cree digno de tal ignominia, así como hacían los inquisidores, que para salvar las almas quemaban los cuerpos y creían contribuir á la conservación de las buenas doctrinas.

No dudamos de sus buenas intenciones como no dudamos de las del Sr. profesor Rodriguez, pero confesamos que más conforme á la voluntad del Supremo Hacedor es, dejar desarrollar á la inteligencia y conocimientos humanos que quererlos atar, amenazando todo progreso, todo adelanto en la vía del alivio de los que sufren, con críticas infundadas y acusaciones necias cuando no se puede hacer más.

Es cierto que en un tiempo la gran mayoría de los hombres aceptaron las doctrinas de la tradición y todavía hoy en el extremo Oriente, entre pueblos dóciles, se encuentra la obediencia ciega á la palabra de los antepasados; vemos cómo se han quedado estacionados en creencias inadmisibles y costumbres poco dignas de alabanza.

En la media edad se admitían ciertos deberes como las piedras angulares de los edificios sociales, pero seguramente aquellas piedras eran mal aplicadas ó mal cortadas puesto que tales edificios cayeron en ruina y fué preciso edificar otros con bases más anchas como lo son la justicia, la igualdad, en lugar de la dominación por el derecho divino ú otras ilusiones análogas.

Si vinieron abajo aquellos edificios fué ciertamente por estar mal construidos ¿porqué querer entonces, reedificarlos con las mismas imperfecciones?

"Materiales fertilizantes que acrecen la receptividad de lo absurdo de cuanto sea corrosivo y deletéreo."

Positivamente, estimable colega, se necesita esfuerzo para seguir su retórica en las vueltas imprevistas que impone al espíritu: esas prácticas *¿son materiales fertilizantes?* entonces son buenas; acrecen dice vd., la receptividad de lo absurdo, pero una vez fertilizada la tierra es natural que se facilite el desarrollo de lo que se siembra, si en lugar de lo absurdo, corrosivo y deletéreo, se siembran cosas buenas, las materias fertilizantes habrán servido bien: lo que importa entonces es saber si realmente es deletéreo, corrosivo y absurdo el Braidismo, y es precisamente lo que en su artículo no demuestra, ni lo intenta siquiera.

Pronunciar acusaciones tan grandes y no traer prueba ninguna es dar á creer que cuenta, quien tal hace, con una infalibilidad absoluta y que lo que dice es indiscutible. Tales creencias no son de nuestro tiempo, tampoco son conformes con la

modestia obligatoria para todo ser humano capaz de errar.

Sorprende ver á un químico decir: en esta sociedad hay tal y cual mal y no presentar el precipitado que produce.

Nos dirá vd., si se digna contestar, que se ha abusado con el Braidismo; y le suplicaremos nos diga: ¿con que no se ha abusado? de que ha habido falsos cristianos ¿podremos, sacar en consecuencia la falsedad del cristianismo? ¿de que haya charlatanes podremos concluir que la medicina no existe? no ciertamente.

Decir que todo lo nuevo es corrosivo, deletéreo y absurdo es fácil, pero probarlo no es lo menos; por lo mismo no lo intentó vd., estimable colega; pero no dudamos que lo hará porque no se conformará con una aserción al aire que haría dudar de la seriedad de su carácter; esperamos de sus conocimientos químicos nos pueda explicar cómo una materia fertilizante, lo ha de ser no más para lo malo y no para lo bueno que se pueda sembrar en ella; ansiamos recibir tan admirable explicación.

Permítanos creer, al ver su mala voluntad hacia la neuropnología, que si la hubiera creido posible la hubiera emprendido, pero su bello ideal es que basta al maestro decir: esto es absurdo, corrosivo y deletéreo, para que sus discípulos lo crean y se alejen con horror de la nueva doctrina; hoy corresponde á los maestros dar las razones de sus repulsiones contra lo nuevo y de su amor hacia lo pasado, para ser creidos.

"Consiste en la inquebrantable fe cristiana, el sano criterio y la honorabilidad nunca bastante ponderada de los médicos mexicanos."

Si la fe cristiana se opone al estudio del Braidismo, qué digo, al conocimiento, aunque fuera superficial, del sueño nervioso, ¿cómo explicar que S. S. Pío IX haya aconsejado á Mr. Lafontaine, después de verlo aplicar el magnetismo á algunos males, que lo siguiera estudiando y aplicando? lo despidió en la audiencia que le había concedido diciendo:

"*Eh bien monsieur Lafontaine souhaitons et espèrons pour le bien de l'humanité, que le magnètisme pourra étre bientot employé géneralment.*"

Podríamos traducirle una contestación del tribunal de la inquisición romana declarando ser lícitas las prácticas bien intencionadas del magnetismo; tal declaración es tanto más aplicable al braidismo, puesto que este es el magnetismo al uso de los médicos.

Basta lo dicho para demostrar que la fe cristiana, inquebrantable ó frágil, no se opone ni al estudio ni á la práctica bien intencionada del braidismo.

El sano criterio se demuestra con prueba de buen juicio y fundada crítica, no con aserciones á priori, de las cuales se puede deducir que no se conoce lo que se condena.

¿Qué fundamento puede haber para dudar de la honorabilidad de un médico porque experimenta medios nuevos ó renovados, para cumplir más y mejor con su deber, aliviando á los que confían en su ciencia?

Honorable es hacerse cada día más útil á sus semejantes, y lo es poco declarar falso é inconducente lo que ha preocupado á hombres letrados y de sabiduría universalmente conocida, sin primero haberlo estudiado bien.

Si nuestro estimabilísimo colega se toma la molestia de leer las obras, que en efecto ya son numerosas, escritas sobre la materia, verá cómo desde Braid hasta los últimos fisiologistas tratan la cuestión del sueño nervioso como verdaderamente científica, y llena de enseñanzas para quienes creen que todavía nos queda mucho que aprender en la ciencia de la vida, verá con qué sinceridad son tratados estos fenómenos sorprendentes que antiguamente sirvieron para abusar de la credulidad humana y hoy conviene hacer entrar en el catálogo de los conocimientos humanos capaces de servir al bien de los que sufren, y á la mayor ilustración de quienes estudian.

" Llegada apenas aquí la noticia de la novísima ciencia, dedicáronse á estudiarla; averiguaron su origen entre los mil volúmenes que de súbito aparecieron en los anaqueles de las librerías; preguntaron á nuestros compatriotas residentes en Europa, teatro de las inauditas proezas del Braidismo, lo que allí sucedía; y consultaron con varios concurrentes á las sesiones de la Salpetrière, dirigidas por Mr. Charcot en persona, y á las de la Charité, presididas por Mr. Luys; visto y oído todo esto, llegaron á persuadirse de que más que ciencia, aquello era un pasatiempo nada edificante plagado de mistificaciones y escamoteos; que aún los fenómenos hipnóticos más inocentes, en apariencia, eran sospechosos, perjudiciales á la salud, algunos inmorales, otros impíos y varios hasta irreligiosos: fallo justo, merecido y por consiguiente atendible."

Respetado amigo y distinguido colega, siento una vez más, tener que manifestarle lo poco informado que está vd. en la materia. El Braidismo no es tan reciente

como parece vd. creerlo. Cuando este su humilde contradictor empezaba sus estudios, hace más ya de 30 años, el Braidismo comenzaba á ser conocido, en Francia; el Dr. Azam, uno de sus primeros maestros lo dió á conocer en Burdeos; cuando después se fué á París, allí encontró á Paul Broca, de la honradez del cual nadie ha dudado nunca, experimentándolo á la vez que Velpeau y Manec en el hospital de la Caridad. Algunas operaciones se hicieron sin dolor mediante la insensibilización producida por el Braidismo, y si no se siguió usando fué porque su acción era menos constante que la del cloroformo, pero en algunas personas, era infinitamente preferible y menos peligrosa como lo hemos podido ver después.

Así es que la noticia que llegó aquí en estos últimos tiempos, no podía ser tan nueva ni se dió á la nueva ciencia el título de novísima.

Quien despertó la atención sobre la materia sabía muy bien su historia, porque era discípulo del Dr. Azam, todavía hoy catedrático de la facultad de medicina de Burdeos, y tan honrado como cualquiera de los mejores médicos de México.

Si no es exacto que se declarase *novísima ciencia* la que tiene por objeto el estudio del sueño nervioso, tampoco lo es que hayan venido mil volúmenes en los cuales se pudiera averiguar el origen del Braidismo; cuando más habrá una docena.

En cuanto á los compatriotas que asistieron á las sesiones de hypnotismo en la Salpetrière y en la Caridad, los creemos demasiado bien educados para haber declarado que aquello era un pasatiempo nada edificante, plagado de mistificaciones y escamoteos, más bien que una ocasión de instrucción científica, y si así informaron es que les sucedió aquello de que hablan las escrituras: (*oculos habent et non vident.*

Habiendo vd. establecido como principio que, para ocuparse del Braidismo, es necesario dejar de ser de honradez ponderada, falto de buen criterio y fe cristiana, no es extraño que acuse á Mr. Charcot de prácticas perjudiciales á la salud, inmorales, impías, irreligiosas, y fundado no más sobre *su buen placer*, declare su fallo *justo, merecido y por consiguiente atendible. Quod erat* demostrandum.

"Por otra parte, los resultados negativos obtenidos en la práctica (casi subrepticia) del Braidismo en la capital, y el fiasco redondo que hizo en la sesión pública celebrada ex-profeso en el Salón de la Academia de Medicina de México, acabaron por dar el golpe de gracia á las prácticas hypnóticas vergonzantes, que no escaseaban á fé."

En esto sigue la falta de información: los resultados positivos han sido dignos de atención; la práctica, lejos de ser *subrepticia*, ha sido bastante pública; hasta el Sr. Presidente de la República fué testigo de fenómenos dignos de atención, y eso porque el Sr. Ministro de Gobernación, después de haber visto efectos nada perjudiciales, ni irreligiosos, ni inmorales, y sí muy útiles, puesto que contribuyeron al alivio de males para los cuales la medicina oficial era vergonzosamente impotente, le avisó que merecían su atención.

El paciente era un discípulo del Colegio Militar sin ninguna analogía física ni moral con la Esther de la Salpetrière.

En la Academia de Medicina hubo una sesión instructiva para quienes hubieran querido aprender, pero se verificó una vez más con nuestro estimabilísimo colega, aquello de que "no hay peor ciego que el que no quiere ver."

"Una de las personas que con empeño, conocimientos y loable intención emprendió estudios serios sobre este particular, el director del hospital de mujeres dementes, me ha asegurado que lo único que logró conseguir, haciendo ensayos en una histérica, fué el sueño hipnótico, y uno que otro fenómeno cataléptico; pero *nada*, absolutamente nada, concerniente á la decantada sugestión."

Esa estimable persona de la intimidad del verdugo gratuito del Braidismo, participa sin duda de sus preocupaciones respecto de las prácticas conducentes á producir el sueño nervioso, cree que son nocivas, impías, irreligiosas; en consecuencia al ensayarlas, su empeño ha debido ser muy limitado, y más bien su intención era de poder negar su eficacia que probarla; con tales disposiciones mucho, muchísimo es que haya producido el sueño en una histérica y seguro era que no conseguiría nunca una sugestión; hay más, sabemos, por conducto digno de fe, que considera como pecado intentar la sugestión; en consecuencia, si la ha intentado ha sido temblando por su condenación eterna, circunstancia fatal para el éxito.

A la vez es circunstancia para creer que no está bien impuesto del histórico y antecedentes del magnetismo y Braidismo puesto que los cree todavía condenados por la Iglesia.

Si el señor director del hospital de mujeres dementes ha asegurado que no ha conseguido producir sugestión, en compensación tenemos ya un sinnúmero de au-

tores, que podemos citar, que refieren muchísimas observaciones en las cuales las sugestiones se hicieron evidentes, aun para personas antes incrédulas, y que tuvieron que rendirse delante de la evidencia.

"Atendiendo á lo que dice un facultativo tan leal como competente, el Dr. Constantino James, antiguo colaborador de Magendie, esto es, que la histeria suscitada por la sugestión hipnótica, es la histeria libidinosa, atendiendo, además de esto, á que, en Europa al menos, las mujeres sobre quienes se experimentan las prácticas del Braidismo son de la clase de la Esther de la Charité y de la Salpetrière, quiero decir, una mujerzuela escapada de la prisión de Saint Lazare, atendiendo, por último, á que los experimentadores mexicanos hasta ahora no han echado mano de mujeres de esta ralea, sino de otra diversa, y no han conseguido lo que por allá se dice, lógicamente se deduce que deben contribuir principal é inevitablemente á todo ó á la mayor parte del éxito de estas prácticas, las peculiares condiciones del sugeto sometido á la experimentación, á saber: *tácito acuerdo, descaro y desfachatéz;* no puede ser de otro modo, mujeres encenagadas en los vicios son las únicas que pueden prestarse á entretenimiento y solaces de tal naturaleza. De la misma clase de la Esther de ahora fueron las que en unión del mono consabido sirvieron hace algunos años á Autrias Turenne para testimoniar y sostener ante la Academia de Medicina de París la por mil títulos inmoral y nauseabunda práctica de la sifilización como medio profiláctico de la sífilis."

Suplicamos á nuestro respetable compañero nos haga la caridad de decirnos: ¿qué analogía puede haber entre el Braidismo y la sifilización, siéndonos imposible comprender porqué viene tal asociación, ni cómo puede servir en pro ó en contra del Braidismo?

Decir que un compañero es leal, es sobrado, porque es cuestión de decencia confraternal creerlo siempre así, hasta prueba irrecusable de lo contrario; pero decir que es competente cuando prueba por afirmaciones exageradas é infundadas que no ha estudiado la cuestión, es echar una afirmación insostenible; haber sido colaborador dè Magendie, quien no se ocupó de Braidismo ó á lo menos no nos ha dejado pruebas de haberlo estudiado, no es razón para ser competente en tal asunto, y prueba que no lo es el Dr. C. James cuando dice que la histeria producida por el Braidismo es siempre *libidinosa;* no conoció la cuestión.

De tal aserción, más que ligera, inexacta, saca usted, ilustrado colega, la consecuencia que sólo mujeres perdidas se pueden someter á las maniobras del Braidismo, pero como sabe que aquí fueron personas respetables las que dieron pruebas de la eficacia de tales maniobras, dice: que aquí no tuvieron efecto, y en eso está completamente en oposición con la realidad de los hechos; lo pueden atestiguar infinidad de testigos en México, de todas las categorías sociales.

"¿Qué persona que se respeta á sí misma y guarde los debidos miramientos á la sociedad, se atreverá á apelar al testimonio de las prostituidas, para experimentar y comprobar una verdad cualquiera? nadie de seguro. Pero si álguien lo hiciese así, tiene que contar sin remedio, con el voto de censura de las personas honradas y prueba de ello es el artículo que sigue, transcrito del francés y tomado de un opúsculo que se titula: "*L'Hypnotisme expliqué dans sa nature et dans ses actes. Mes entretiens avec S. M. l'Empereur Don Pedro, sur le Darwinisme par le Dr. Constantin James, ancien collaborateur de Magendie, etc., etc. París, 1888.*"

En asunto de fisiología y anatomía no es preciso buscar la virtud en el sugeto ó en el cadáver; en cuanto al testimonio ó la veracidad en las contestaciones, concedemos que es mejor tratar con personas dignas de estimación y confianza, como se ha hecho aquí en México, en donde se encuentra obligado nuestro Braidófobo á negar la verdad de los éxitos que no quiso ver; aquí se trató con gente estimable y se vieron los efectos señalados por los hipnotizadores europeos, para quienes (ya son legiones) no podían alcanzar las Esthers ni todas las pensionistas de Saint Lazare reunidas.

En cuanto á la explicación dada por el colaborador de Magendie sobre la naturaleza del hipnotismo y sus funciones, sí es tan bién fundada como los argumentos en contra del Braidismo aducidos por el señor catedrático de partos de la Escuela Nacional de Medicina de México, son de poco valor.

Suplico al autor del "Braidismo en la picota" estudie lo conducente y modificará su opinión. Como argumento en contra, el artículo, " Nada serio," del "Matin" no tiene ningún valor ¿de qué no se han burlado en París? Si bastara haber sido ridiculizado por los libretistas de la capital más ridiculizadora del mundo para que una

doctrina dejara de merecer la consideración ¿qué doctrina quedaría en pié?

En consecuencia, hasta ahora las críticas impresas en el último número de la Revista Médica de México no descansan en nada, ni prueban absolutamente nada en contra del Braidismo que quisieron desacreditar.

Molière, mucho antes que el libretista del "Matin" puso en ridículo á los médicos de su tiempo, quienes hablaban con afirmaciones sin pruebas, asegurando un día una, al día siguiente otra contraria, sin que hubiera modo de fijar sus creencias porque no descansaban en nada científicamente demostrable.

No es así con el Braidismo; es un hecho que algunas personas pierden la sensibilidad y aun la personalidad con las maniobras que indica; estas producen fenómenos variados y muy instructivos para los fisiologistas, así como útiles para el alivio de muchos padecimientos nerviosos. Si quiere seguir discutiendo el Sr. Profesor Rodriguez sin ofrecernos la picota, sin preocupacion y sin acudir á la opinión de los escritores de opereta, le comunicaremos observaciones en apoyo de nuestro aserto.

Entretanto, esperamos no tomará á mal esta contestación, que no tiene otro objeto que la defensa de la verdad y la rehabilitación de prácticas muy consoladoras para algunos pacientes y capaces de curar á otros, como la práctica seria y prudente lo ha demostrado aquí en México.

Por no abusar más de su atención se despide, con la mayor consideración, su atento, S. S., compañero y amigo.

FENELÓN.

MEMENTO

DE

TERAPÉUTICA DOSIMÉTRICA

ó

GUÍA DEL MÉDICO PRÁCTICO

EN EL EMPLEO DE ESTE MÉTODO DE TRATAMIENTO.

POR EL DR. BURGGRAEVE.

(Continuación. — Véase el número anterior.)

En el envenenamiento por el cobre, los baños de vapor sulfurosos están igualmente indicados.

No se insistirá nunca bastante en recomendar el uso de los baños de vapor del Dr. Bremond, en los establecimientos donde se trabajan los metales. En caso de necesidad la ley debía hacer de su empleo un deber. Los industriales tienen, por otra parte, interés en la conservación de sus obreros, porque no es posible reemplazarlos fácilmente. El director de un gran establecimiento de albayalde nos decía, hace poco tiempo, que al cabo de cinco ó seis meses sus obreros se veían obligados á suspender su trabajo. ¿Qué es de sus familias entretanto? A la vez que una cuestión de humanidad, es esta una cuestión social. Esta última, sobre todo, no debieran perder de vista nuestros industriales.

Contra los dolores y ataxias reumatoideas que acompañan á las intoxicaciones metálicas, se emplearán los baños de vapor trementinados. Es necesario además restablecer las fuerzas con los nervinos: ácido fosfórico, sulfato de estricnina.

Diatesis convulsivas. — Son frecuentemente tristes herencias de padres que han abusado del alcohol y del tabaco. Hablemos de la epilepsía: este mal empieza generalmente por un punto periférico que se llama *aura epiléptica.* Los antiguos creían poder curar la epilepsía cauterizando el *aura,* y aún extirpándola. Así es que no retrocedieron ante la castración. Sea lo que quiera, el hecho es que la cauterización actual ó potencial puede en algunos casos producir una feliz derivación. Una joven presentaba en el puño una *aura* que recorría los nervios del brazo y amenazaba invadir la médula espinal: apliqué al *aura* un cáustico de Viena, y prescribí al interior el ácido fosfórico, el sulfato de estricnina y la hyosciamina, de cada uno cuatro gránulos por día, de tres en tres. El mal fué así evitado. Desgraciadamente la epilepsía confirmada es debida á la induración de las eminencias olivares de la médula oblongada, y esto explica las terribles convulsiones de que los enfermos son atacados por accesos y la ineficacia del arte para combatirla. Se prescribe el bromuro de potasio á altas dosis (muchos gramos por día) pero este medio no hace más que añadir un mal (el bromurismo) á otro mal incurable. Por el interés del arte de curar, importa no intentar semejantes procedimientos. Un régimen salino y tónico, la estancia en los puertos de mar, los baños salinos en todas las circunstancias, el aceite de hígado de bacalao, he aquí la dietética que es necesario emplear, juntamente con los nervinos ya indicados.

La eclampsia es una enfermedad convulsiva epileptiforme, menos la espuma por la boca. Al estado agudo, como el que tiene lugar en las mujeres recien paridas, es

necesario oponerse con el hidro-ferro-cianato de quinina y los nervinos, principalmente el arseniato de estricnina y la hyosciamina: un gránulo de cada uno de cuarto en cuarto de hora hasta la sedación. (Véanse *Afecciones puerperales.*)

(Continuará.)

REVISTA MEDICA NACIONAL.

REFLEXIONES SOBRE UNA HISTORIA CLÍNICA.

En el número 13 del tomo IX de la Escuela de Medicina leemos la observación que vamos á comentar:

"UN CASO DE FIEBRE AMARILLA."

"Al publicar la siguiente observación, no es mi ánimo atacar al procedimiento preventivo de la fiebre amarilla, ideado por el Dr. Carmona, lo que se podria deducir á priori, al ver que el individuo de cuya observación se trata, fué inoculcado antes de la salida de esta capital, sino dar á conocer un caso notable, por su marcha fatal desde el principio, por las formas graves que revistió, así como por el método curativo que se empleó."

En efecto, la eficacia de la profylaxia de la fiebre amarilla por la inoculación es todavía muy dudosa: el microbio que la causa queda en discusión, y las estadísticas correspondientes á la inoculación del *peronospera lutea* no son todavía bastante probatorias para fiar en la utilidad de la invención.

Nos llama la atención el autor de la observación sobre la marcha fatal de la enfermedad, á la cual se refiere y sobre el método curativo que empleó.

Examinaremos su interesante trabajo bajo estos dos aspectos: de la marcha de la fiebre infecciosa y de los medios que se opusieron: primero á su invasión, después á su desarrollo, y al fin á su fatal desenlace.

"De paso diré, con objeto de contribuir con mi grano de arena, á la estadística de los inoculados, que á mi salida de esta capital para el Estado de Sinaloa, fuimos inoculadas cinco personas, de las cuales quedaron indemnes de la fiebre amarilla dos, de los tres atacados, dos tuvimos la forma benigna, duración cuatro días, salvando de ella, y uno, cuyo fin fué desgraciadamente funesto, que es la observación que paso á describir."

Estos datos son de poca importancia, atendiendo á su corto número, á la duda en que quedamos para saber si realmente es el *peronospera lutea* el agente infeccioso; aun más, si el microbio ese tiene en las altitudes, en las cuales se han hecho las inoculaciones, la misma acción que en la costa, etc.

Con cinco casos, de los cuales dos quedaron indemnes, nada se puede sacar, sino que la inoculación, si es eficaz, lo es de un modo muy insuficiente. Menos se pueden aprovechar estos datos cuando el autor de la observación no dice si en el momento de la llegada al foco de infección de los tres inoculados reinaba una epidemia fuerte; si hubiera habido esta circunstancia, el hecho de que dos de los inoculados quedaran indemnes, dos tuvieran la enfermedad benigna y sólo uno la tuviera grave sería de notable importancia.

Pero si en ese momento había pocos casos graves, entonces ni la benignidad, ni el hecho de haber quedado indemnes dos de los inoculados se pueden atribuir á la inoculación y sí á las circunstancias especiales de la epidemia reinante en aquel momento.

Queda por saber, por otra parte, si el caso referido fué fatalmente funesto, ó si, con un tratamiento más apropiado, no se habría podido evitar el desenlace fatal.

"El día 3 del presente mes fuimos llamados mi apreciable compañero el Dr. M. Mateos y yo al rancho del Amole sito en el Estado de Sinaloa, para asistir al Sr....... que según se nos decía estaba atacado de la fiebre amarilla. Nos encontramos con un hombre robusto de 44 á 45 años de edad, natural de San José del Teul de Zacatecas, casado, é inoculado á mi presencia por mi estimado maestro el Sr. Dr. Carmona y Valle. Nos dijo el enfermo, que ese mismo día, que nos habían llamado á las 8 A. M., á consecuencia, según parece, de haber tomado un vaso de leche cruda, se sintió con calosfrío, algo de malestar y poco de calentura, lo cuál no le impidió seguir su camino, creyendo en una ligera indisposición y atribuyéndolo á la leche cruda que había tomado, por lo que tomó tres píldoras purgantes compuestas de Jalapa, calomel, coloquinto y goma guta, las que produjeron un efecto ligero y, aunque parecía estar bien, sintió esa noche, cosa de las dos de la mañana, un calosfrío bastante intenso de una duración como de diez minutos, el que se repitió al poco rato, con la misma intensidad y durando cosa de quince minutos, encendiéndose luego una fuerte calentura que tenía cuando nosotros lo vimos, y no habiéndo-

sele quitado ni un momento en el trascurso del día 4.»

Es de suponerse que no era la primera vez que el sugeto aludido tomara la leche cruda y sí probable era que por primera vez le causara una descompostura tan parecida á la invasión de las fiebres infecciosas; donde había calosfrío y calentura, era debido creer que el daño causado por la leche ó más bien por la influencia morbosa epidémica no se limitaba al tubo digestivo y había extendídose á la circulación, en donde era preciso perseguir al enemigo. En lugar de esto tomó una mezcla purgante muy complicada é impropia, puesto que por las sustancias drásticas que contenía debía contribuir fuertemente para abatir las fuerzas del sugeto, que necesitaba, al contrario, elementos tónicos para su defensa contra el enemigo introducido en su organización.

Se dirá que el enfermo fué quien se ministró esta medicina tan poco oportuna, pero si las personas ilustradas fueran más al tanto de lo que conviene hacer al encontrarse enfermas en regiones malsanas, no tomarían medicamentos tan absolutamente incapaces de hacer ningún provecho y sí muy propias para descomponer el estómago más robusto y debilitar al sugeto antes de la lucha.

Coloquintida y goma guta son dos drásticos temibles, calomel no es sin peligro cuando en viaje se corre riesgo de tomar aguas y alimentos fuertemente salados, más aún, cuando se encuentra asociado con los dos drásticos antes señalados; eran ya tres agentes sobradamente activos y se les agregó Jalapa, como para que no pudiera escapar, el desgraciado para quien fueron compuestas esas píldoras á sus terribles efectos; es verdad que no se dice qué cantidad contenían cada una de ellas de estas purgas ni cuánto tomó el enfermo en sus tres píldoras, es de suponerse que sería poco, porque de lo contrario es probable que menos todavía hubiera resistido á la enfermedad que lo invadía y no hubiera producido un efecto ligero.

Creemos hacer un bien á la humanidad con vulgarizar conocimientos tan necesarios como son los que puedan contribuir á dar ideas más apropiadas á la defensa de la vida humana. Cuando, en un pais malsano, un sugeto está atacado de malestar con calosfrío, el agente infeccioso, sea cual fuere, llámese *peronospera ó criptococus*, ya no está en el estómago, está en los linfáticos y en la circulación sanguínea, ya empieza á destruir la resistencia vital, es tarde para esperar que un purgante, por drástico que fuera, lo sacara de la plaza y es preciso lanzar tras de él á los agentes capaces de auxiliar al sistema nervioso, sostenerlo en la lucha y hacerlo capaz de resistir bastante, para lograr la eliminación del enemigo.

Con ese objeto tenemos las preparaciones solubles de quinina dadas oportunamente, sin pérdida de tiempo, tenemos las de estricnina, mediante las cuales se hacen mucho más eficaces las primeras, se inutiliza á los microbios introducidos en las vías digestivas antes de su absorción, y aun los que ya han penetrado en la circulación, activando á la vez á todos los órganos capaces de contribuir á su eliminación lo más pronto posible.

Aquí vemos que, cuando fueron llamados los médicos, ya el enfermo, siguiendo indicaciones impropias se había perjudicado y se entregaba á los médicos, que venían á su auxilio, en condiciones peores que si nada hubiera hecho; siendo indudable: que más vale no hacer nada que hacer mal.

«Este día estuvo á dieta de te con leche cada cuatro horas y se le administraron dos labativas de agua clara (cosa de un cuartillo)»

Parece que los médicos encargados de la asistencia tuvieron el mismo pensamiento cuando, pudiendo sospechar la invasión de una enfermedad tan grave como lo es la fiebre amarilla, se contentaron con dar la prescripción anterior.

A la frecuencia del pulso corresponden con unas labativas de agua clara, dos de un cuartillo cada una, y á la temperatura de 40° con te con leche cada cuatro horas.

Permítasenos creer que, si en lugar de no hacer nada, hubieran dado, para moderar la temperatura aconitina y veratrina; para regularizar el pulso digitalina y estricnina, habrían cumplido mejor con su deber y tal-vez aun más probablemente habrían evitado el desarrollo de la fiebre á cada momento más evidente.

«A las cinco de la tarde que lo vimos nos encontramos su temperatura á 40° y su pulso á 130°, acusando dolores en todo el cuerpo, especialmente en los miembros inferiores, en la región dorsolombar que se prolongaban hasta la sacro coxigia donde se acentuaban mucho, y en el epigastrio; una inyección muy marcada en la cara, que se notaba más en las conjuntivas, las cuales estaban húmedas y le daban á la mirada un aspecto brillante característico; también acusaba cefalalgia frontal y haber tenido algunas náuseas. Reuniendo á este cuadro sintomático los antecedentes de haber estado en lugar infestado

por la fiebre amarilla y haber hecho una marcha á caballo, recibiendo el sol, nos inclinamos á creer que se trataba de la fiebre amarilla, lo que confirmamos después por la marcha de la enfermedad y en consecuencia instituimos nuestro tratamiento, prescribiendo desde luego una lavativa de 150 gramos de agua, 45 gramos de sulfato de sosa y 60 gramos de aceite de ricino emulsionado con una yema de huevo."

Se ve invadir la médula espinal de arriba abajo, el cerebro en su totalidad sin que nada se oponga á tan lamentable progreso.

Los vasomotores se paralizan, la sangre impelida por 130 pulsaciones por minuto, se para en los capilares, y las combustiones, sin estorbo van aumentando rápidamente; mientras los prácticos se limitan á ver lo que está pasando.

Aquí vemos una vez más cuán indebido es esperar que quede confirmado el diagnóstico para empezar á curar al enfermo, hasta que el cuadro sintomático sea completo, es decir, muchas veces, hasta que su sentencia de muerte esté firmada sin apelación posible; cuán preferible es hacer la medicina sintomática, aplicada desde el primer síntoma prodrómico, durante el cual el sugeto tiene todavía resistencia y con poca medicina podrá sobreponerse á veces.

Confirmado el diagnóstico, nos dicen que instituyeron su tratamiento, creímos que algo iban á hacer, y vemos que no más siguen purgando y lavando el intestino, cuando todo lo que ven, les grita que ya el sistema nervioso está atacado y arruinándose, que el enemigo no está en los intestinos, ni en el estómago; y sí, es dueño de los centros vitales, de donde sería preciso desalojarlo, á lo menos intentarlo.

"Pasado el efecto de la lavativa, se le administró la poción sudorífica siguiente. agua 60 gramos, extracto fluído de jaborandi 4 gramos, jarabe simple 30 gramos, aromatizado con 4 gotas de alcoholatura de menta."

"A poco rato de haberla tomado vomitó una parte, habiendo sudado un poco con la pequeña cantidad que había absorbido, habiendo habido alguna secreción de las glángulas salivares y renales. Como á las 4 ó 5 horas calmó el sudor, logrando conciliar un poco el sueño, el cual no fué profundo."

Causa vergüenza é impaciencia al médico verdadero ver la calma con la cual en caso tan apurado se espera que haya pasado el efecto de la lavativa, como si hubiera tiempo de sobra ó se hiciera una experiencia de laboratorio, en momentos tan apurados y después de perder un tiempo precioso, se acude á un sudorífico para asegurar más la destrucción del sugeto á quien debía postrar más como sucedió, aunque hubiera vomitado una parte de la poción. Para hacerla quedar hubiera sido prudente establecer la tolerancia gástrica, dando primero un medio milígramo de cocaina y para sostener el efecto, arseniato de estricnina, que hubiera compensado el efecto de la sudación.

"Dia 5 á las 6 A. M., se le dió un purgante de 60 gramos de sulfato de magnesia en 120 gramos de agua endulzada con 30 gramos de jarabe simple, que le habíamos prescrito."

El sugeto era robusto, y no se daba por vencido sin alguna resistencia de su organización; tanta más razon para creer que un auxilio más apropiado y más activo lo hubiera salvado!

¡Pobre paciente! nada se le da para sostenerlo, pero en compensación se le quitá toda esperanza de resistir. Teniendo náuseas, ¿cómo soportar 60 gramos de sulfato de magnesia introducidos en el estómago por la boca? Sin embargo, no se dice que haya vomitado esta poción, y á las dos horas se le da otra, todavía más desagradable y más fuerte, complicada con lavativas saladas hechas con agua de mar.

"A las 8 A. M. que le vimos, su estado no había variado en manera alguna, puesto que la temperatura se mantenía á 40° y el pulso á 130, y los otros síntomas persistían en el mismo estado. Prescripción: 200 gramos de agua, 4 gramos de extracto de sen, y 30 gramos de jarabe de maná, para tomar de hora en hora, y así continuar el efecto purgante; una taza de té cada 4 horas y una lavativa de agua de mar en la mañana y otra en la tarde. A las 6 P. M., temperatura 39.3, pulso 100, estado general un poco mejor. Prescripción: agua, 60 gramos, extracto de jaborandi, 4 gramos; jarabe, 20 gramos, bebida que se le administró en una taza de infusión caliente de té; esta poción la absorbió en totalidad y le produjo buen efecto, pues sudó bastante, salivó bien y orinó poco."

Evidentemente los prácticos creían tener todavía al enemigo en el tubo digestivo y poderlo sacar, pero ya era tarde y lo que hacían era despojar á la sangre, demasiado espesa, para circular bien, de su suero y contribuir á mayor dificultad en la circulación, á la vez que á la más pronta destrucción nerviosa.

En los fiebres infecciosas, siempre hay remisiones debidas á la lucha entre el or-

ganismo y el agente infeccioso, aun cuando nada se hace para combatirla.

En el cadáver, poco después de la muerte, la elasticidad provoca la contractilidad muscular, sin que por esto se crea capaz de devolver la vida, porque el centro ya no la tiene; aquí se provocaba la secreción de las glándulas periféricas, pero no se logró la de la orina que era la más importante, la más propia para facilitar la eliminación del virus amarillo.

"Día 6 á las 7 A. M., que lo vimos, lo encontramos bastante mejorado. T. 38.2, P. 80, el cuadro sintomático había disminuido en intensidad, sin que desaparecieran por completo las náuseas y algunos vómitos mucobiliosos persistieron con alguna intensidad, por lo que se le prescribió una poción de 120 gramos de poción gomosa, 2 gramos de bicarbonato de sosa y 15 gotas de láudano de Sydenham endulzada con 20 gramos de jarabe, para tomar una cucharada cada media hora. Sus lavativas y su dieta como la víspera. A medio día nos avisaron que las cucharadas habían terminado, y que á pesar de eso, las náuseas continuaban, por lo que se le prescribió la poción de Rivière, en dos partes diferentes, para que tomara cada vez que hubiera náuceas, una cucharada de cada una de ellas á la vez. A las 6 P. M. estado general el mismo, T. 38.4, P. 80. Prescripción la misma."

La remisión en la temperatura y en la frecuencia del pulso, mientras siguieran las náuseas y la anuria, no era para hacer concebir esperanzas, y menos cuando nada se había hecho, ni se hacía para levantar las fuerzas del paciente.

La poción alcalina opiada no podía calmar la basca, y sí podía postrar más la resistencia del sugeto.

Si las lavativas dadas en los días anteriores, tenían poca probabilidad de servir, éstas más tardías todavía, eran más inútiles.

La poción de Rivière es propia para contener los vómitos debidos á un malestar de la mucosa estomacal ó á un espasmo de sus músculos, pero cuando la causa de la náusea reside en un estado cerebro-espinal, es evidentemente insuficiente; en este tratamiento los medios empleados hasta ahora, son dirigidos contra estados accesorios, pero no contra las causas centrales del mal, estar y de la ruina que se va consumando por momentos.

"Día 7 á las 8 A. M., T. 49, P. 70. Estado general comparado con el de la víspera un poco malo, la noche la pasó algo inquieta, no habiendo podido conciliar el sueño sino cortos momentos. Prescripción: vino de quina 60 gramos, extracto de ídem 4 gramos, láudano de Sydenham 5 gotas, y jarabe 30 gramos para que tomara una cucharada cada hora; sus dos lavativas por mañana y tarde y té con leche cada 4 horas; persistiendo las náuseas siguió tomando la poción de Rivière y como hubiera algo de resequedad en la cavidad bucal y faringe colutorios con 4 gramos de bórax, y 2 gramos de chlorato de potasa en 200 gramos de agua endulzada con 30 gramos de jarabe y por agua de pasto, cocimiento de cebada. A las 6 y 30 P. M. T. 39. 4 P. 65. Estado general peor que en la mañana. Prescripción: un gramo de clorhidrato de quinina en inyección subcutánea, y una bebida compuesta de agua 100 gramos, acetato de amoniaco 6 gramos y jarabe 20 gramos."

Empieza á marcarse la gravedad con la falta de paralelismo entre la temperatura y el pulso, la combustión exagerada sigue por falta de tonicidad en los centros nerviosos, el corazón cansado ya no lucha por la conservación del ser; nunca hay sueño con semejante desequilibrio. El vino de quina llega tarde, además de que es infiel, el extracto no lo es menos ¿quién sabe cuánta quinina contendrán el extracto y el vino? Cuánta podrá desprenderse de su combinación con el ácido tánico del extracto y del vino y con el del láudano? á ese organismo vencido se le ofrecen para resolverlo un problema que químicos muy hábiles no resolverían en pocos momentos; sin embargo, la situación es apremiante, no hay ya tiempo que perder.

La sequedad de las vías digestivas hacen todavía más segura la absoluta inutilidad de las cucharadas, ni el borato ni el clorato del colutorio eran capaces de despertar á las glándulas muciparas y salivares de su fatal paralización.

A las 6 y 30 T. 39. 4 P. 65. el desequilibrio se marca más, la gravedad se hace irremediable. Hasta entonces se acude al clorhidrato de quinina, que al principio hubiera sido talvez más útil, pero, bajo la influencia de la impresión producida por la agravación se da en dosis exageradas, porque la introducción de un gramo de chloridrato de quinina de un golpe en la circulación de un paciente tan abatido, con el corazón paralisándose, es evidentemente tóxica y capaz de dar al motor del movimiento circulatorio el golpe de gracia.

"Día 8. A las 8 A. M., T. 38. 8, P. 86. Su estado general es el mismo que el de la tarde de ayer, empezando á notarse el tinte ictérico en las conjuntivas. Prescripción;

Un gramo de clorhidrato de quinina en inyección subcutanea. A las 12 M. T. 39. 4 P. 80."

Aquí se ve una remisión ligera en la gravedad: la frecuencia del pulso se acerca á lo correspondiente á la temperatura, pero se repite la inyección exagerada con otro gramo de sal química y se vuelve á marcar otra vez más el desequilibrio, subiendo la temperatura y disminuyendo el pulso.

"Día 8 á las 4 P. M., T. 40, P. 92. Estado general más grave. Como se ve, á pesar de haberle puesto 2 gramos de clorhidrato de quinina en inyección subcutánea y habiéndose absorbido la sustancia, pues sentía los efectos del quinismo, la temperatura en lugar de disminuir aumentaba de una manera rápida y alarmante, pues se apreciaba á la simple exploración el aumento, lo que nos obligó desde ese día á ponerle el termómetro cada 4 horas en lugar de ponérselo á mañana y tarde. Prescripción: agua 120 gramos, vino de quina 60 gramos, bicarbonato de sosa 2 gramos, antipirina 2 gramos, láudano 5 gotas y jarabe 20 gramos, para que tomara una cucharada cada media hora, vigilando el efecto de la antipirina."

Cuando el autor de la observación haya leído los trabajos del Dr. Goyard, sobre la acción de la quinina, sabrá que de por sí no es defervescente, muy al contrario, y lo prueba el que Hahnneman partiera de la fiebre química para decir que lo que es capaz de dar fiebre, lo es de quitarla. Ciertamente dos gramos de clorhidrato de quinina introducidos en un organismo ya tan postrado, debían de producir una reacción temible, como sucedió, y entonces volvió la medicación complicada de antes, con el agregado de un agente complexo y peligroso, porque baja la temperatura á cuesta de la destrucción de los glóbulos de la sangre. Con razón dice el autor de la observación que se propuso vigilar la acción de la antipirina: para vigilarla bien hubiera debido darla por separado y no en la mezcla complicada representada por su prescripción, en la cual es imposible calcular qué reacciones había entre el vino, el extracto, el carbonato, el láudano y la antipirina: todo esto en contacto con un tubo digestivo en el cual las secreciones estaban completamente turbadas ó suprimidas.

"A las 7 45 P. M., T. 39, P. 84. Pocos momentos después sobrevino una epistaxis por la nariz derecha, la cual fué corta y duró poco tiempo, pero al poco rato se repitió con alguna intensidad por lo que se le prescribieron unos jeringatorios de 5 gramos de ácido tánico disueltos en 220 gramos de agua, con los que cedió, y temiendo que la hemorragia se repitiera, se le puso un tapón embebido en la misma solución, con objeto de evitarla. Desde esta hora empezó á quejarse de un ligero dolor en el epigastrio, que hacía dos días que había desaparecido."

Dos gramos de antipirina dados en corto tiempo son muy capaces de bajar la temperatura de 40 á 38°, así es que si á las 7. 45 todavía había 39, correspondían á 40 y el pulso á 84 era todavía muy lento en comparación de la temperatura. La aparición de la epistaxis puede atribuirse á la acción destructora de la antipirina que tan ventajosamente podía haber sido sustituida por otros defervescentes capaces de obrar en menor proporción, incapaces de producir efectos tóxicos y que se dan en proporciones menores.

Parece, por este último síntoma, que la antipirina tuvo una accion análoga á la infección amarilla, puesto que hizo reaparecer un síntoma que primitivamente esta había producido y corresponde á la hipoglobulía de las pérdidas sanguíneas. Bueno será tener este dato presente para el proceso que merece se le haga ese nuevo agente, digno de desconfianza por parte de los prácticos, sobre todo en enfermedades en las cuales los glóbulos de la sangre se van obstruyendo, sin necesidad de su nociva intervención.

"A las 10 y 45 P. M., T. 38. 6, P. 96. Estado general un poco mejor, el pulso que había sido pequeño y débil, se encontró amplio y lleno."

Otra remisión, la vida en un hombre robusto se defiende muchísimo; por lo mismo debemos esperar más cuando se le sepa auxiliar mejor con tónicos de fácil aprovechamiento en proporciones bien medidas á la necesidad del paciente.

"A las 8 tomó alimento el cual vomitó; pero á las 11, que se le dió tibio y poco á poco, lo toleró."

La cocaina dada en dosis mínimas, en caso de intolerancia gástrica, sirve á veces maravillosamente para impedir el espasmo del estómago y evitar el vómito; asociada con la estricnina y la hiosciamina, logra todavía mejor este efecto.

"Día 9 T. 38 2, P. 88 (5 A. M). Durante la noche anterior y madrugada de hoy, tuvo tres hematemesis fluídas y rojas, siendo como de dos onzas la cantidad de sangre arrojada en cada una de ellas; el estado general bastante grave y la icteria haciéndose ya muy notable; tomó su alimento con las precauciones que la víspera y lo toleró."

La descomposición de la sangre se hace más notable por las hematemesis y por el color especial que se va marcando; es de notarse, sin embargo de esto, que tolerara el enfermo algo de alimento y que tanto la temperatura como el pulso fueran cerca de la normal: estas circunstancias hacen pensar que no era tan fatalmente funesta la enfermedad y que tal vez un tratamiento más adecuado habría evitado el desenlace mortal.

"A las 7 y 20 A. M., T. 38. 4, P. 96. tuvo otra hematemesis igual á las anteriores. Prescripción: Acido tánico y extracto de quina Aa 2 gramos para 16 píldoras, una cada hora."

Esta prescripción, para quien admite que la hematemesis es debida á una destrucción de la plasticidad de la sangre, no llena la indicación; porque no más puede obrar en el estómago, pero no va á impedir en la circulación que siga la sangre perdiendo su plasticidad: es casi seguro que si se hubiera hecho la necropsía, se habrían encontrado en el estómago del difunto todas las píldoras tomadas.

"A las 10 y 30 A. M., T. 38. 6, P. 96; estado general el mismo; como hubiera el temor de provocar las hematemesis por la ingerencia de los alimentos en el estómago, se le prescribieron lavativas alimenticias cada dos horas compuestas de 120 gramos de leche, dos huevos, y 60 gramos de cognac."

Si el estado de la sangre se oponía á la secreción del jugo gástrico y en lugar de dicho elemento digestivo, daba lugar á exhalación de sangre descompuesta, muy de temer era que las secreciones intestinales fueran todavía más impropias para hacer la digestión de la mezcla que se les entregaba en las lavativas.

Claudio Bernard ha demostrado experimentalmente que el alcohol, lejos de activar la digestión, la retarda; así es que el cognac puede en el caso aludido ser más nocivo que útil al objeto que se proponía el autor de la observación.

"A la una y 15 P. M., T. 38. 8, P. 100. Estado general aumentando de gravedad por momentos, empezando á notarse la ausencia de orina; tuvo dos hematemesis del mismo aspecto y cantidad que las anteriores, entre esta y la anterior observación."

Ahora el desequilibrio entre el pulso y la temperatura se marca en otro sentido, como que el corazón se enloquece, lo que sucede muy á menudo cuando la acción de los nervios reguladores viene á faltar; la ausencia de la orina, es un síntoma fatal en una enfermedad en la cual, sea cual fuere el elemento infeccioso, parece indudable que se debe eliminar por la orina; siendo la falta de esta secreción la característica de los casos irremediables.

"A las 4 y 45 P. M., T. 38. 6, P. 108. Estado general lo mismo que antes. A las 8 y 15 P. M. T. 39. P. 108 la lavativa alimenticia que se le puso á esta hora no la toleró. Sigue la ausencia completa de orina, faltan las materias fecales. Prescripción: Ergotina 2 gramos, percloruro de fierro 50 centígramos, láudano 8 gotas para 8 píldoras, una cada media hora.

"Día 10. A las 7. 42. A. M., T. 37. 8, P. 88. Estado general aumentando la gravedad, continúa la ausencia de orina y de materias fecales; durante la noche estuvo dormitando á ratos, habiendo algo de delirio incoherente y dificultad en la locución; persistieron las hematemesis y las lavativas alimenticias que se le administraron las toleró. Prescripción: Vino tinto 60 gramos, ácido tánico y ergotina A 2 gramos, jarabe simple 20 gramos para cucharaditas, una cada media hora."

Ninguno de estos agentes ha de haber sido absorbido, y aunque lo hubiera sido, ninguno es defervescente ni capaz de regularizar la circulación; en consecuencia la bajada de la temperatura, con la diminución paralela del pulso, el día 10, fueron debidas á una remisión propia de la enfermedad que hasta el fin conservó su forma remitente.

El delirio marcó la anemia cerebral debida á la más avanzada destrucción de los glóbulos.

Ni el vino tinto, ni la ergotina, eran capaces de impedir esta anemia maligna, debida á la intoxicación por el virus amarillo.

"A las 12 M., T. 38 4, P. 104. Durante la mañana convulsiones ligeras y aisladas en los miembros, ausencia de hematemesis, orina y materias fecales, las lavativas alimenticias que se le suministraron no las ha podido contener. A las 3 P. M. ataque de convulsiones clónicas intensas generalizadas y de alguna duración, enfriamiento de extremidades, pulso pequeño y débil, facies hipocrática, aplicaciones repetidas de sinapismos en las pantorrillas, brazos, vientre y pecho, baño de pies con mostaza. A las 6 y 15 P. M., T. 39 5. Pulso no se encontró ni en la radial, ni en la numeral, sudor frío en todo el cuerpo. A las 7 P. M. nuevo ataque de convulsiones clónicas exageradas, generalizadas y de poca duración. A las 7 y 15 P. M. falleció."

Las convulsiones marcaron el progreso de la destrucción de la sangre y ciertamente los revulsivos, lejos de poder remediar-

la, pudieron precipitar penosamente el desenlace: más llamaban la sangre á la periferie, más faltaba para los centros nerviosos.

Cuánto mejor hubiera sido atender enérgicamente al sugeto, cuando todavía lleno de vida, podía aprovechar el auxilio que se le prestara, y no imponerle al momento de la muerte tantos inútiles.

En resumen, en el curso de esta interesante observación, hemos visto á un hombre robusto, en la fuerza de la edad, atacado por una fiebre infecciosa, pasar por alternativas de resistencia y abatimiento, por las cuales se hizo patente la resistencia opuesta por su robustez al elemento destructor.

En presencia de este espectáculo, siempre acude al espíritu esta pregunta: ¿Cuando una influencia perniciosa, un miasma infeccioso, flota esparcido en la atmósfera, cómo explicar que á algunos hiere, á otros no, á unos en grado máximo, á otros ligeramente, á tal grado que éstos apenas lo sienten y aquellos quedan heridos de muerte?

El miasma, el germen del mal es el mismo, cuando más variará la cantidad de sustancia deletérea absorbida, ¿qué será lo que varía si no es el estado de resistencia del sugeto?

Este sí varía demasiado: el hombre joven no es igual á lo que será en edad avanzada; el mismo sugeto no es siempre igual á sí mismo: descansado tiene más resistencia, al contrario cuando han agotado sus fuerzas el trabajo, las privaciones, la fatiga, las pasiones depresivas, no es el mismo hombre.

En plena robustez respiraba el aire impregnado con miasmas y no lo resentía; pierde sus fuerzas, y entonces sucumbe, y no siempre de una vez, sino que según lo hemos visto en el curso de ésta y de infinidad de otras observaciones, por momentos parece sobreponerse, y por otros, al contrario, darse por vencido el paciente atacado por la fiebre infecciosa.

En esos momentos de alternativas cuando la resistencia al mal es todavía completa ó poco disminuida, es cuando el auxilio oportuno es verdaderamente salvador.

El purgante podrá servir para preparar las vías de absorción para eliminar los elementos introducidos en el tubo digestivo que sean todavía capaces de penetrar en la circulación agregando su influencia nociva á los ya absorbidos; servirá para evitar la autoinfección producida por los elementos excrementiciales detenidos en un lugar y una temperatura propia para la fermentación pútrida, hecha más fácil por la supresión de ciertos elementos de secreción de la bilis destinados precisamente al fin de impedir tal fermentación.

Pero no se puede considerar como suficiente para oponerse á la acción destructiva de los elementos infecciosos que hayan llegado ya al contacto de los centros nerviosos imponiéndoles modificaciones por las cuales pierden su acción reguladora sobre los fenómenos vitales.

Para esta evidente necesidad es preciso un auxilio apropiado como lo son los tónicos por excelencia extraidos de la estricnea. Estos, á su paso por el estómago y el tubo intestinal, forman, al disolverse en sus secreciones activadas con solamente su presencia, forman un agente destructor para la mayoría de los microbios infecciosos.

Al despertar la vitalidad de las celdillas y de las glándulas al contacto de las cuales se encuentran, preparan su propia absorción y su acción en la intimidad de los tejidos recorriéndolos todos por la vía circulatoria y por la imbibición reanimando á las celdillas contaminadas, devolviéndoles la fuerza de resistencia un momento perdida.

A la vez que el arseniato, sulfato ó hipofosfito de estricnina despierta á las celdillas narcotizadas ó abatidas, la aconitina, la veratrina, también tóxicas para los microbios, los destruyen é imprimen á los vasomotores la fuerza necesaria para oponerse á combustiones exageradas.

Acciones tan adecuadas no se pueden esperar con la misma prontitud si en lugar de emplear preparaciones bien definidas y solubles se emplean tintura, extractos ó mezclas en las cuales es imposible prever todas las reacciones capaces de producirse y desde luego falta la precisión, la solubilidad, la aptitud á una pronta absorción.

Como lo deciamos en el curso de las reflexiones despertadas por la lectura de la observación, la quinina, al principio de la enfermedad, podía haber sido útil en dosis moderadas (es un hecho de observación práctica que la quinina asociada con la estricnina es diez veces más eficaz); consecuencia: á donde se necesitaba antes un gramo bastarán ahora 10 centígramos con la estricnina.

La estricnina al reanimar á las celdillas nerviosas, las hace más aptas para recibir la impulsión favorable de la quinina.

Hecho de observación práctica es también el que una sustancia tónica propia para reanimar al sistema nervioso en cantidad moderada, si se da con exceso, llega á paralizarlo.

Esto se comprueba con la acción del al-

cohol; dado en cantidad prudente es realmente la agua de la vida, en cantidad excesiva es la agua mortal; la estricnina comprueba la misma idea, en corta cantidad despierta la vitalidad, reanima á la celdilla agotada, pero en cantidad excesiva la mata irremisiblemente.

De allí la absoluta necesidad de medir las dosis, de darlas oportunamente, es decir, nada más lo necesario en cuanto es necesario.

Pero las sustancias solubles fáciles de absorber son fáciles de eliminar; de allí resulta que á poco de haber sido introducidas en el organismo en cantidad prudente y suficiente dejan de estar en él, eliminadas por la secreción urinaria; mientras estuvieron se sobrepusieron al enemigo en su lucha contra la vida, pero una vez eliminadas el enemigo se vuelve otra vez más fuerte; de allí se deduce la necesidad de repetir la dosis hasta cerciorarse de que el enemigo ha cesado sus ataques y ha sido eliminado completamente.

¿Cómo calcular con precisión esa introducción rápida, esa eliminación no menos pronta, esa repetición de acción que debe ser suficiente sin cesar de ser prudente, cuando se emplean compuestos complicados, poco solubles, y sujetos á reacciones y acciones que es imposible prever de antemano aunque fueran introducidas en órganos sanos?

La necesidad de no perder tiempo enfrente de un caso como el referido impone la obligación de emplear sustancias de fácil y rápida absorción.

En presencia de un sugeto infectado los instantes son preciosos, es imposible saber en cuánto tiempo se multiplican los elementos de la infección puesto que todavía no los conocemos, pero lo que la clínica nos enseña es que hay sugetos que resisten mucho tiempo á sus ataques, y otros para quienes basta la ayuda de tónicos apropiados, dados en tiempo oportuno y en cantidad suficiente, y suficientemente repetida.

Sería muy satisfactorio poder decir de antemano: para curar tal ó cual padecimiento se necesitan tantos granos ó milígramos de tales ó cuales sustancias; pero los elementos del problema son complexos y esa determinación *á priori* es imposible en el estado actual de nuestros conocimientos; ¿porqué no confesarlo y seguir el consejo del fundador de la alcaloidoterapia dosimétrica? dar poca, poquísima sustancia, para tantear la necesidad del caso y darla hasta conseguir el efecto debido.

Comparando lo que se hizo en el caso aludido con lo que se podía haber hecho siguiendo lo prescrito por la dosimetría, podemos decir:

Que la fiebre no fué fatalmente mortal desde el principio; que lo que se hizo para defender al paciente no fué suficiente ni oportuno.

La dosimetría nos permite atender á las personas que se encuentren expuestas á los gérmenes infecciosos desde antes de que éstos den á conocer su presencia en el sugeto, porque no se corre ningún riesgo en países malsanos con tomar diariamente una corta cantidad de arseniato de estricnina que se aumentará tan luego como haya sensación de abatimiento ó debilidad y se asociará al hidroferrocianato de quinina si se notan oscilaciones en la temperatura de la persona amagada. En esos estados prodrómicos es admirable la eficacia de estos medios preventivos que serían insuficientes más tarde ó deberían ser dados en proporciones mucho mayores.

Mientras la prueba de la inoculación no sea decisiva es prudente saber lo que se puede hacer para defenderse prudentemente en los países malsanos.

FÉNÉLON.

JUAN JOSÉ.

CRÍMEN POR SUGESTION.

I

Al entrar en la sala el Dr. Bourgueuf se restableció el silencio, cesaron todos los murmullos y el público se preparó á escuchar.

La declaración del médico era la clave de aquel proceso. Podía decirse que el Dr. Bourgueuf tenía en sus manos la suerte del acusado. Y al mismo tiempo que la curiosidad, un vago sentimiento de respeto hacía que todas las miradas se volvieran hacia aquel hombre por mediación del cual la ciencia iba á dictar su fallo á la justicia.

Llamado por un ugier el Dr. Bourgueuf, avanzó hacia la mesa del Tribunal sin dirigir una mirada al público, por cuyas filas corría su nombre de boca en boca.

La impresión que causó su figura, la gravedad de su juramento, la seriedad y la sencillez con que empezó á hablar vuelto hacia los miembros del Jurado, como si estuviera sólo con ellos y no hubiera allí una multitud que escuchaba con avidez sus palabras y espiaba hasta sus menores gestos,

previno á todos en su favor. Evidentemente aquel hombre era digno de la fama que le habían conquistado sus trabajos científicos y su probidad intachable.

"Señores jurados — dijo, y durante toda su declaración conservó el tono reposado y frío con que había pronunciado estas dos palabras.— Señores jurados, voy á hacer una vez más ante el Tribunal la historia del crimen. Es el método que me parece preferible para que resulte claro mi testimonio.

Cuando se me designó para examinar el estado mental del acusado Juan José, procuré, antes de proceder á este estudio, reconstruir el cuadro del asesinato cometido por él. Una larga experiencia me hace creer que el conocimiento exacto del medio en que se ha cometido un crimen de esta clase, esclarece grandemente el diagnóstico del médico sobre el criminal.

Me he encontrado, al trasladarme al teatro del crimen, con una casa de campo construida al borde de la carretera y á más de un kilómetro del pueblo. La sola inspección de los muros erizados de puntas de hierro, de las puertas y las ventanas cerradas con cadenas y barras, indicaba lo bastante que en aquella casa debía haber vivido una persona miedosa y que exageraba sin duda el peligro á que su aislamiento la exponía.

He visitado una por una las habitaciones de esta casa, y por todas partes hallé tal abundancia de imágenes, estampas de santos y de objetos piadosos, que cualquiera hubiera podido creer allí, que se hallaba en un presbiterio. En particular la alcoba de la viuda Piquet, la anciana señora asesinada, parecía una capilla de San José. Imágenes de este santo en litografía y en cartón piedra adornaban las cuatro paredes, y en un pequeño estante que había en la habitación pude notar que la mayor parte de los libros que contenía trataban de la vida y de las virtudes del bienaventurado patriarca.

Insisto sobre esta devoción especial, porque desde el primer momento me llamó la atención, dándome una prueba del ascendiente que la viuda debía ejercer sobre Juan José. La habitación del criado—hoy asesino—presentaba los mismos ornamentos religiosos que la alcoba de su ama. En una como en otra he encontrado el altar de San José con sus velas consumidas hasta el fin, y sus floreros que conservaban aún los ramos de flores—ya secas—con que estuvieron adornados.

Estos detalles y las noticias recogidas sobre el terreno de boca de personas que habían tratado á la viuda Piquet, me han inducido á formar la opinión siguiente sobre el carácter de la muerta. Era una persona exaltada, á quien el exceso de prácticas religiosas y el temor de lo sobrenatural rodeaba de contínuos temores, de orígen evidentemente morboso. Dejando á un lado esta pusilanimidad, la nota dominante del carácter de la viuda Piquet era en todos los demás puntos la energía, la tenacidad, el despotismo.

Por el contrario, Juan José, el asesino, aparece como un jovén de una gran docilidad natural, uno de esos seres sin carácter, á los cuales la educación, buena ó mala, dirige en absoluto.

No conocemos las cualidades debidas á la herencia que puedan concurrir en Juan José, puesto que se trata de un expósito que la caridad de la viuda Piquet, sacó de un asilo á fin de educarle y de que estuviera desde pequeño á su servicio. Pero lo que he podido observar acerca del temperamento del acusado acusa una nervosidad rara en un aldeano, y que parece haber crecido progresivamente el temor en que Juan José vivía de desagradar á su señora y de hacerse acreedor á sus reprimendas.

II

Tal era la actitud recíproca de la viuda Piquet y de su criado, cuando en el mes de Noviembre último ocurrió un incidente de que Juan José, que carece de habilidad en su defensa, no ha hablado al juez de instrucción, pero que me ha contado particularmente.

Una noche, después de comer, el criado, que se sentaba á la mesa enfrente de su señora, se levantaba para quitar la vajilla cuando la viuda le detuvo.

—Escucha—le dijo.

Y desplegando el *Petit Journal*, le leyó la narración del asesinato de una anciana señora, cometido por su criado.

"Yo la escuchaba temblando—me ha dicho José,—turbado por las miradas que me lanzaba á hurtadillas, según iba leyendo, como si quisiera observar el efecto que la lectura me producía. Terminado el artículo, viendo que yo no decía nada, me preguntó:—¿Adivinas cómo se llama ese criado?—No sé, señora.—Su nombre empieza con una jota, como el tuyo.—No me dijo una palabra más en toda la noche; y cuando á las diez subió á su cuarto, oí que, contra su costumbre, echaba la llave."

—Señores jurados—continuó el Dr.

Bourgueuf con una lentitud que permitía pesar sus palabras:—he aquí el punto de partida del crimen.

A continuación de esta escena Juan José subió también á su habitación y pasó una noche de insomnio, llena de cavilaciones. Se preguntaba cómo podía haber un miserable capaz de asesinar cobardemente á una mujer anciana que le mantenía y le hacía vivir bajo su mismo techo.

Su imaginación reproducía todas las circunstancias del crimen y poco á poco, á falta de detalles precisos, comenzó á inventarlos, recurriendo á las comparaciones. Colocó la acción en la casa que habitaba; se puso en escena á sí mismo y á su protectora; la alucinación se apoderó de él, y para completarla, creyó oir los pasos temerosos de la viuda Piquet, que venía á encerrarle con llave.

Pasó la noche presa de continuas pesadillas, y se levantó asesino. Su mirada, que al día siguiente buscó los ojos de su ama, creyó leer en ellos la adivinación de las ideas que acababan de enloquecerle. Sin que hiciera ninguna ilusión á la lectura de la víspera, sentía que se había abierto un abismo entre la Sra. Piquet y él y no se atrevió á levantar de nuevo los ojos hacia ella, temoroso de excitar sospechas.

"¡Qué satisfacción hubiera experimentado entónces—me ha confesado Juan José con lágrimas en los ojos—si la señora me hubiera dado ocasión para hablar del crimen; esto nos hubiera tranquilizado á los dos y no hubiera sucedido lo que ocurrió. Pero me era imposible comenzar la conversación, á causa de la inquietud que leía en sus miradas, que no se separaban de mí un instante, del sobresalto con que seguía mis movimientos, del espanto que manifestaba.

Hubo momento en que estuve á punto de arrojarme á sus pies y decirla: "Señora, dígame vd. que no me cree capaz de *eso;*" pero el terror que se leía en su semblante ahogaba las palabras en mi garganta. Pensé también en escaparme de la casa; pero temí que me acusara esta fuga y que hiciera creer á mi ama que sus sospechas eran fundadas. Me quedé, y esto es lo que me ha perdido."

Señores jurados: esta vida de alucinación y de locura ha durado una semana. Durante ese tiempo aquellos dos desgraciados no se hablaban: permanecían en acecho, uno frente á otro, con la mirada fija en la mirada del contrario, como dos fieras enemigas encerradas en la misma jaula, que se espían antes de devorarse.

El octavo día, después de comer, Juan José se levantó de la mesa y se dirigió á la leñera. Acosado por el insomnio, se proponía cortar leña para que la fatiga de este rudo ejercicio le permitiera conciliar el sueño. Había afilado cuidadosamente su hacha, y acababa de hendir á grandes golpes un tronco de encina, cuando un ruido de pasos ligeros que se oía en el corredor cerca de la puerta le hizo detenerse con el hacha levantada.

Los pasos se aproximaron á la puerta: era la viuda con los vestidos en desórden y una luz en la mano. Al verle así, con el hacha en disposición de herir, la pobre mujer le mir óun momento con sus ojos fijos, desmesuradamente abiertos por el terror; después, sin decir una palabra, abrió los brazos, dejó caer la luz y alargó la cabeza.

El grito que exhaló al caer fué oído por unos hortelanos que pasaban por la carretera. Rompieron la puerta, corrieron á la leñera y allí encontraron á Juan José con el hacha en la mano, inmóbil jnnto al cadáver."

Al pronunciar estas palabras, el tono de la voz del médico había ido bajando. Se detuvo un instante, bajó la cabeza y, apoyándose en la barandilla, como si hubiera temido que el público le oyese, el Dr. Bourgueuf murmuró con una voz casi imperceptible:

—Señores jurados, la ha matado por obedecerla.

(El Tiempo.)

INDICE BIBLIOGRAFICO.

Anuario de Medicina y Cirugía.—Revista semestral dedicada al examen retrospectivo de todos los descubrimientos y adelantos prácticos en las ciencias médicas, tomado en parte del "Retrospect of medicine" del Dr. Braithwalte, completado con artículos de publicaciones de otros países, por los Dres. Reboles y Campos y García Molinas; ilustrado con 26 grabados intercalados en el texto.—SEGUNDA SERIE.—Tomo VI.—Julio á Diciembre de 1887.—Anuario internacional.

Obra de verdadero mérito, pues compila en pocas páginas todos los adelantamientos de la época á que se refiere.

Se vende en Madrid en la librería editorial de D. Carlos Bailly-Bailliére, Plaza de Santa Ana número 10.

Lecciones de Terapéutica, por Georges Hayem, traducidas por el Dr García Molinas.

LAS GRANDES MEDICACIONES.—Para recomendar esta obra basta sólo decir que trata de modo verdaderamente magistral estas tres importantísimas cuestiones de la Terapéutica: los principios generales, las medicaciones y los tratamientos.—Se vende en Madrid en la libreria editorial de D. Carlos Bailly-Bailliére, Plaza de Santa Ana número 10.

Diccionario de Medicina y Cirugía, Farmacia, Veterinaria y Ciencias auxiliares, por E. Littré, Médico del Instituto de Francia. Obra que contiene la sinonimia griega, latina, alemana, inglesa, italiana y francesa, y el vocabulario de esas diversas lenguas, versión española de la décimaquinta edición francesa aumentada y puesta al corriente de los progresos de las ciencias médicas y biológicas y de la práctica diaria por los Dres. † J. Aguilar Lara, Profesor clínico y auxiliar de la Facultad de Medicina de Valencia, Director de "La Crónica Médica," etc., etc., y M. Carreras Sanchis, Profesor de Fisiología é Higiene en "El Fomento de las Artes" de Madrid, Redactor-Jefe de "El Diario Médico-Farmacéutico," etc., etc., y precedido de un prólogo del Dr. D. Amalio Gimeno Cabañas, Catedrático de Terapéutica. Con más 600 grabados intercalados en el texto.

El "Diccionario de Medicina, Cirugía, Farmacia, Veterinaria y Ciencias Auxiliares" de Littré, constará de dos gruesos tomos de tamaño casi folio, esmeradamente impresos en papel glaseado idéntico al del prospecto, con tipos nuevos, adquiridos exprofeso para esta obra.

Se publicará por cuadernos de 40 páginas, á dos columnas, iguales á las del prospecto por las cuales puede formarse una idea de los 600 ó más excelentes grabados que ilustrarán la obra y de la elegancia y claridad de los tipos que en su confeccion empleamos

Durante la publicación, el precio de cada cuaderno en toda España será el de UNA PESETA, repartiendo, por ahora, dos cada mes; más adelante, si lo desean los señores suscritores, aumentaremos el número de repartos para terminar la obra en el menor plazo posible. Concluida ésta se aumentará el precio.

Siendo bastante más completa de texto y grabados la presente edición que la francesa, no podemos precisar con exactitud su extensión; creemos, sin embargo, que no excederá de 40 á 50 cuadernos.

TOMO I ENTREGA 20 15 DE OCTUBRE DE 1888.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

LA DOSIMETRIA EN ACCION.

Imposible es resistir á la tentación de analizar las dos observaciones publicadas en el número 17 de "La Medicina Científica.» Son cortas y sencillas, pero brillantes como piedras preciosas bien cortadas, y merece su autor, el Dr. D. L. Baillet, nuestras sinceras felicitaciones.

"Arcadia Solís, de 28 años de edad, y en el octavo mes de preñez, ha sufrido durante cinco días fuertes dolores en la cabeza y en las piernas, con calentura alta, acompañada de violento delirio, principalmente de noche."

¿Quién en presencia de este cuadro trazado á grandes rasgos, pero bastante claro, no piensa desde luego en una fiebre infecciosa, en condiciones desastrosas, porque la preñez es una complicación grave para todo estado infeccioso? La mujer en tal situación parece ser un terreno fértil para la cultura de microbios, así como lo es para preparar la vida del nuevo ser al que toda la organizacion prodiga elementos destinados á su desarrollo.

Hace ya cinco días que el enemigo está en la plaza, minando sus defensas y preparando siniestro triunfo sobre dos existencias: una en embrión, otra en la fuerza de la edad. Los médicos antiguos al ver la calentura alta, el delirio, la cefalalgia, hubieran dicho: al *flogístico;* vamos á ahuyentarlo; en la sangre reside; saquemos sangre hasta que no encuentre en donde residir. Otros después, menos antiguos y menos nocivos, dirían: ¿hay exacerbación de noche, vicio paludeano? quinina, mucha quinina para evitar la perniciosa posible.

Y tanto la sangría como la quinina, habrían puesto en gravísimo peligro á las dos existencias amenazadas.

" Al examen encontré la cara de un color rojizo, tirando á violado, los ojos inyectados, el pulso á 160, intermitente y depresible, la temperatura á 40. 5, con la piel muy seca, la lengua rojo-negruzca, seca y hendida, los dientes incrustados de fuliginosidades; el abdomen ligeramente abultado y ancho, sin ruidos en la fosa ilíaca derecha, sin manchas características, ni sudamina. Diagnostiqué tifo y me abstuve de dar un pronóstico que juzgué sería desfavorable."

El dosímetra procede con mesura, sabe que tiene medios para corresponder á cada queja del sugeto, es decir, á cada síntoma, y para responder en la proporción debida, no se contentará con decir: tiene tal enfermedad, veamos lo que dan los autores para el título que le corresponde, todavía faltan síntomas al cuadro patológico y si no fuera dosímetra debería esperar que se completara para cumplir con la obligación teórica de la escuela que dice: primero es diagnosticar, después es curar, aunque se corra riesgo de perder un tiempo precioso mientras se diagnostica.

El dosímetra no conoce tan inoportuna obligación: ¿hay asfixia señalada por la estasis capilar, por el color violado de la piel? tiene arseniato de estricnina para activar al músculo cardíaco y despertar desde el corazón desmayado hasta los capilares entorpecidos. Por el intermediario del sistema nervioso abatido con el exceso de temperatura, á la vez reanimará al sistema circulatorio y al glóbulo mensajero de vida que le va recorriendo.

¿La temperatura es alta? sabe cuán nociva es esta circunstancia para la vida de las celdillas animadas y especialmente para las que gobiernan en el organismo, las nerviosas; acude á remediarla con la aconitina; al cansancio del músculo cardíaco remedia con la digitalina, y el conjunto de estricnina, aconitina y digitalina, llena tres indicaciones importantísimas á la vez que otras no despreciables.

La lengua negra, seca, las fuliginosidades, indican que en lugar de las secreciones normales destinadas á entretener la pureza de las mucosas digestivas, hay exhalaciones de elementos de la sangre, prontas á alterarse y á comunicar nuevos elementos á la infección.

Pero el arseniato de estricnina, en donde toque á la mucosa, la reanima, le recuer-

da sus deberes y combate su inercia peligrosa.[1]

La aconitina, obra en el mismo sentido, reanima á la mucosa y agrega á la acción antiséptica del arsénico y de la estricnina, la suya propia que no es despreciable.

La digitalina, al moderar la rapidez de la circulación, da lugar á que la sangre permanezca más tiempo en los pulmones, en las glándulas y se preste mejor á las secreciones necesarias.

El abdómen, dice el observador, era ligeramente abultado y ancho, es decir, que la fibra muscular del útero tenía poca contractibilidad y dejaba al órgano de la gestación flacsido como extendido en el abdómen, síntoma alarmante para la vida del feto, y que da la medida de lo comprometidas que estarían las dos existencias.

No había ruído en la fosa ilíaca, señal de que la mucosa intestinal participaba de la sequedad señalada en la lengua: poco puede durar la vida sin secreciones, ni en la piel ni en las mucosas; evidentemente ese conjunto de síntomas, incluyendo en él la temperatura de 41. 5, implicaba un peligro inminentísimo.

Un médico ortodoxo no hubiera vacilado en formar y expresar un pronóstico funesto, sabiendo lo insignificante de los medios al uso de la escuela oficial.

Nuestro estimable dosímetra, más confiado en sus recursos, se abstuvo de alarmar á la paciente y á la familia y procedió ......á salvarla.

"Eran las nueve de la mañana. Prescriví aconitina, digitalina y arseniato de estricnina, dos gránulos de cada uno, cada cuarto de hora, empezando la enferma á tomar los gránulos una hora después de la ingestión de dos cucharaditas de Sedlitz Chanteaud que se administró desde luego."

La precaución tomada de dar, antes que todo, el Sedlitz, está fundada en el hecho de que la sequedad de las mucosas podía causar tardanza en la absorción de los gránulos pedidos por las indicaciones: cuando fueron ministrados estos, ya el Sedlitz había provocado alguna endósmosis en las venas estancadas y preparado la disolución y absorción del arseniato, de la aconitina, y de la digitalina. Este proceder es lógico y previsor, no lo compararemos á los usados por la escuela porque no es bueno abusar con sus ventajas.

1 El que dude de esta acción sobre la mucosa, puede depositar sobre su lengua un gránulo de medio milígramo de arseniato de estricnina, y á poco se convencerá de que la secreción salivar, es activada no solamente por la acción del contacto, sino por la acción fisiológica de un sabor activo y de un tónico poderoso.

"La dieta se concretó á leche sola sin ninguna bebida excepto agua acidulada con jugo de limón á la cual había sido añadida una cucharadita de Sedlitz Chanteaud por litro."

Esta medida tenía por objeto suplir á la falta de secreciones y provocar estas á la mayor brevedad posible: fué evidentemente fundada en razón y justamente coronada con el éxito, como lo vemos.

"Hasta las seis de la tarde la enferma había tomado 48 gránulos de cada cosa: aconitina, digitalina y arseniato de estricnina."

Son 24 milígramos de cada una de estas sustancias que los autores clásicos creen no poder dar más que en cantidad mucho menor, por lo mismo muy insuficiente para lograr sus efectos.

De las nueve de la mañana á las seis de la tarde, en 9 horas, menos de la mitad del día, había tomado 4 veces lo que los autores declaran ser el máximo posible en 24 horas; así se explica cómo los compañeros, que hacen ensayos dosimétricos limitados por las prescripciones infundadas de la escuela, no logran resultado alguno y dicen: he ensayado la dosimetría y no he obtenido nada; podían agregar: que han hecho la dosimetría dirigidos por quienes no la entienden, ni la quieren entender.

Los máximos han sido calculados por los efectos producidos en el hombre sano, pero el hombre sano no necesita medicina, y es natural que todo agente activo introducido en su organismo le sea nocivo, tan luego como está de sobra, y luego lo está, puesto que no lo necesita; mientras en el enfermo, si el agente curativo es el que corresponde al pedido de la organización, se le debe dar hasta satisfacer dicho pedido; es según la expresión consagrada por el sabio fundador del método, "hasta efecto."

"Tenía una abundante transpiración á esta hora; pulso amplio y libre, temperatura 37.5, la rigidez de los músculos del cuello había desaparecido, no había dolores en los miembros y la debilidad no era tan excesiva; la lengua estaba limpia; la enferma había tenido tres abundantes y muy fétidas evacuaciones; dice que ya nada tiene y pide alimento; pero su cuerpo está cubierto por manchas violadas irregularmente agrupadas que no desaparecen á la presión; las sudaminas y las petequias se han presentado aunque en corto número."

En nueve horas, gracias á la energía del tratamiento, se consiguió cambiar la situación de todo á todo: la piel, algunos mo-

mentos antes seca, ya cumple con su misión exhalando sudor; el pulso indica que el corazón se ha reanimado; la temperatura que su regulador ha recobrado su actividad; los músculos, recibiendo una sangre menos venosa, menos caliente, más arterializada, recobraron su flexibilidad; de allí cesación de los dolores; se concibe que 24 milígramos de estricnina hayan disminuido la debilidad de la paciente, puesto que sabemos que esta sustancia es el tónico por excelencia.

El tubo digestivo, como la superficie cutánea, ya cumple con su misión, eliminando lo que no debe conservar, absorbiendo lo que debe absorber y la lengua, ya limpia, indica que ha recobrado sus aptitudes.

Naturalmente la enferma se encuentra transformada y una resurrección tan rápida sorprenderá ciertamente á los prácticos á quienes se les ha enseñado que las fiebres son enfermadades cíclicas y que el desgraciado de quien se apoderan tiene que pasar por todos sus trágicos trámites.

Algunos negarán la verdad de estos hechos, pero sin fundamento científico porque para decir que las fiebres no se yugulan era necesario primero haber dado lo suficiente para yugularlas; mientras se den los defervescentes con temor, en proporción insuficiente, no es de sorprender que no se consiga la yugulación.

En el caso aludido había la circunstancia de la preñez, en consecuencia se puede suponer que la sangre introducida en la circulación fetal por la endosmosis placentaria, trajera consigo elementos tóxicos en cantidad notable; sin embargo, el feto, de ocho meses de vida intrauterina, no sucumbió y pudo seguir viviendo hasta completar su evolución, lo que probablemente no hubiera sucedido si la paciente hubiera pasado por todas las peripecias del tifo ahora completamente confirmado por la aparición de sus manifestaciones cutáneas.

"Prescribí ácido arsenioso, un gránulo cada dos horas durante toda la noche."

Ya pasó el gran peligro, lograda la defervescencia, lo que conviene es reponer los glóbulos destruidos durante el combate; al efecto el ácido arsenioso es eficaz y se puede dar con mayores intervalos puesto que las necesidades del organismo han dejado de ser exigentes.

"En la mañana siguiente, á las ocho la enferma se encontraba en una muy notable mejoría, había dormido bien sin despertar más que para tomar el gránulo ordenado para cada dos horas. Las manchas habían disminuido considerablemente en tamaño y en número, la enferma había tenido dos deposiciones en la noche, el pulso y la temperatura eran normales."

Tal mejoría se comprende, se explica, porque el auxilio oportuno correspondió á las exigencias de la organización, ahuyentó á los enemigos y hasta restableció á los heridos.

Si se admite la teoría parasitaria, se podrá creer que el arseniato de estricnina, en cantidad suficiente, puesto en contacto con los microbios tifógenos en el tubo digestivo, en la circulación, en los pulmones, en las glándulas, ha debido contrariar su desarrollo y acción, tal vez matarlos, á la vez que á sus víctimas los glóbulos, los elementos glandulares reanimaba: doble acción para la cual se concibe la necesidad de que el medicamento se encuentre en cantidad suficiente para el efecto: como entra y sale con rapidez, de allí se deduce la necesidad de repetir frecuentemente las dosis mientras la fiebre no esté yugulada.

Aquí se ve cómo la curación, emprendida antes de que fuera completo el diagnóstico, impidió el desarrollo de la erupción tífica; y su duración se comprende que si no se hubieran perdido los cinco días transcurridos antes de empezar el tratamiento, probablemente no se hubiera sospechado que aquella fiebre fuera un tifo incipiente.

"Sopa, huevos, una costilla y vino fueron ordenados para la comida del medio día. El ácido arsenioso fué suspendido y en su lugar dí dos gránulos de arseniato de fierro y un gránulo de quinina juntos cuatro veces al día."

La mejor prueba del restablecimiento del tubo digestivo es lo que pudo tomar al segundo día de su tratamiento la enferma; se cree y se dice que la estricnina, en particular el arseniato, es muy irritante, que la aconitina y la digitalina lo son todavía más; sin embargo vemos qne en esta experiencia tan instructiva no tuvieron ningún inconveniente, muy al contrario.

El Dr. Baillet, probablemente no tendría á su mano el hydroferrocyanato de quinina, la sal propia para dar á la vez el fierro y la quinina y reemplazar ventajosamente los vinos de quina, en los cuales el alcohol y el tanino salen muy á menudo sobrando.

"Al día siguiente la enferma estaba en plena convalecencia; sin embargo, el tratamiento fué continuado por algunos días, con la adición de una cucharadita de Sedlitz Chanteaud cada mañana y tres gránulos de quassina antes de la comida del medio día. Cinco días después de haber he-

cho mi última prescripción me encontré á la enferma en la calle; me dijo que estaba muy bien y que iba á los baños. Veinte días después tuve ocasión de verla; su trabajo obstétrico había comenzado y dió á luz un robusto niño sin ninguna dificultad.»

Conste que un tifo llegado al quinto día pudo yugularse en dos días, debido á la resolución del práctico, que no vaciló en dar lo bastante para conseguir el efecto que tantos otros prácticos no consiguen por no tener la misma enérgica confianza en el método; este ejemplo digno de alabanza é imitación, sirve para explicar los fracasos de los prácticos demasiado tímidos.

Es un hecho de observación para todos los médicos dosímetras que, acortando y disminuyendo la gravedad de la enfermedad, acortan y aun borran completamente el período, peligroso para muchos, de la convalecencia; á tal grado que es permitido preguntarse si los accidentes de muchas convalecencias no son debidos á la influencia debilitante del tratamiento más todavía que á la de la enfermedad tratada; cuando ha habido maniobras antiflogísticas tal opinión es muy sostenible.

Cuántos médicos, de los que consideran á los agentes terapéuticos como más temibles que las enfermedades, al leer esta observación se reservaban el ver nacer al niño prematuramente y envenenado: el hecho de que llegó á buen término y nació en perfectas condiciones demuestra que también en el estado de preñez se pueden usar los defervescentes con confianza de no perjudicar al feto.

«Fuí consultado hace poco tiempo por mi amigo y compañero el Dr. M. Por un mes, según me dijo, he estado caminando de lugar en lugar con la esperanza de que con cambios de climas podría libertarme de esta fiebre que parece ser muy tenaz: yo sé que vd. es dosímetra y al efecto os pido vuestro consejo. ¿Qué debo hacer? He tomado quinina y arseniatos bajo todas formas, y á todas las dosis posibles; he cambiado también de climas, como he dicho, sin que nada parezca probarme bien; esta calentura me visita diariamente con la misma desesperante regularidad á las cuatro P. M.»

Aquí, y no por la primera vez, el interés de su conservación y restablecimiento obligó á un compañero, después de intentar todos los medios prescritos por la escuela ortodoxa, á acudir al auxilio de la dosimetría.

El tan usado cambio de residencia había sido repetidas veces aplicado sin éxito ninguno, y en efecto no es raro que el germen de la calentura, una vez enseñoreado de una organización, resista á este medio tan á menudo insuficiente si no está ayudado por recursos terapéuticos adecuados.

Lo mismo que el venado herido por una flecha puede correr tras de cerros, torrentes y ríos mientras la flecha quede implantada en sus flancos seguirá lastimándolo por más lejos que huya, así el enfermo, llevando los gérmenes de la intermitente, seguirá sintiendo sus fatales consecuencias mientras no haga lo necesario para extraerlos.

Había tomado nuestro compañero quinina y arseniatos en grandes cantidades, ¿cómo no había desterrado su fiebre? Será sin duda porque la cantidad no basta y que la forma de la medicina importa todavía más que la cantidad, hasta tal grado que si es bien adecuada evitará la necesidad de las grandes cantidades.

Todos sabemos que una gran cantidad de sulfato de quinina puede ser ingerida, sin mayores inconvenientes como sin mayor provecho; gran parte pasa sin penetrar en la circulación y se encuentra en los excretos.

Lo mismo sucede con los arseniatos y la mayoría de los medicamentos cuando el tubo digestivo no está preparado para su absorción.

«Si le doy á vd. el consejo que me pide le contesté ¿lo seguirá vd?

«¡Oh! sí, me replicó, lo seguiré estrictamente cualquiera que sea; como he dicho tengo ensayado todo y nada tengo que hacer sino ensayar la dosimetría, ó hasta la homeopatía, pero esto por pura desesperación.»

Aquí se ve que por falta de conocer á la dosimetría, infinitamente menos desagradable, más segura y más científica que las prácticas de la escuela clásica, se acude á ella como á un medio propio para desesperados, asimilándola á la homeopatía, con la cual, para quien no conozca á ambas no tiene más que apariencias de analogía; siendo la homeopatía el arte de no hacer nada y la dosimetría el de hacer lo conveniente, del modo más proporcionado y adecuado al caso.

«Le dí, desde luego, doce gránulos de emetina y veinte de hydroferrocyanato de quinina, diciéndole que tomase dos gránulos de emetina antes del almuerzo cada mañana por seis días en un vaso de agua fría; al sexto día debería tomar dos gránulos de hydroferrocyanato de quinina cada hora. Observe vd. el efecto de esta medi-

cina añadí, y déme vd. noticia del resultado."

Aquí nos permitirá nuestro inteligente compañero el Dr. Baillet, que no aprobemos completamente su modo de prescribir; hasta nos asalta un mal pensamiento, y es el de que quiso castigar al incrédulo cliente y compañero, dejándolo todavía seis días sin darle el medicamento propio y capaz de cortarle la calentura mucho antes de trascurridos los seis días. Ciertamente estaba indicada la necesidad de poner al tubo digestivo en aptitud para absorber; pero es permitido creer que, usando á la emetina en mayor dosis, ó agregándole el Sedlitz, no habría necesitado seis días para estar en el caso de aprovechar la acción del hydroferrocyanato de quinina.

"No volvió hasta diez días después.

"Esto es sorprendente, dijo al entrar en mi despacho, no he sido visitado por la calentura hace cuatro días; esperaba su reaparición para venir á ver á vd. después, pero como no ha vuelto vengo á darle noticia de esta circunstancia."

De esto se deduce que cuatro días nada más tomó el enfermo el hydroferrocyanato, y aún más, que desde el primer día en que lo tomó, sexto de la curación, se suspendió la tenaz calentura, cuando todavía no había tomado más que 48 gránulos, si los había tomado exactamente, dos cada hora.

48 gránulos de hydroferrocyanato de quinina no representan más que 48 *milí gramos* de la sustancia, y, en efecto, en nuestra residencia en tierra caliente á muchos hemos cortado fiebres incipientes paludeanas, con nada más 50 gránulos tomados en un día, 25 por la mañana y 25 por la noche; y cuando desconfiábamos de la puntualidad en la aplicación del remedio hacíamos tomar los cincuenta de una vez á nuestra vista.

"Y ciertamente no volverá, repliqué, si vd. toma ahora por unos cuantos días dos gránulos de arseniato de fierro y cuatro de quassina antes de la comida de medio día."

La prescripción, bien oportuna, porque después de calenturas tenaces siempre hay hipoglobulía y atonía consiguiente de las glándulas gastro-intestinales, no podía ser más discreta ni económica, sobre todo si se compara con las antiguas en las cuales figuraba en primer término el inevitable vino de quina ferruginoso ó no.

"Así lo haré, esté vd. seguro, me respondió; pero espero que vd. me explicará cómo ha podido curarme con una tan pequeña dosis de quinina, cuando yo he tomado kilógramos durante mi tratamiento por mí mismo, que ha durado más de dos meses."

Ya hemos contestado á esta pregunta: la forma importa más que la masa y no basta la introducción de la quinina en el tubo digestivo, es necesario lograr su penetración en la torrente circulatoria, que probablemente no lograba el paciente cuando la tomaba según las formas clásicas y sin preparar la absorción por las glándulas digestivas.

"No me encargaré personalmente de ilustrarle, le dije, pero mi librería está á su disposición, en ella encontrará todos los trabajos sobre medicina dosimétrica que se han publicado hasta hoy, y pienso que la consulta resolverá fácilmente la cuestión que me propone."

No cabe duda que con lo publicado por el inagotable profesor Burggraeve y sus primeros discípulos basta y sobra para explicarse cómo, dosis grandes de sulfato de quinina pueden tomarse mucho tiempo sin efecto y cómo dosis pequeñas de hydroferrocyanato de quinina, dadas en momentos oportunos, con agentes sinérgicos, y preparando al sugeto, consiguen el efecto.

"Esta idea de usar la emetina es intuición dosimétrica. En los casos de intermitentes tenaces que sobrevienen en los climas cambiantes, las altas dosis de quinina son inactivas y no deben ser empleadas. El enfermo debe ser primero, preparado para el tratamiento que se adopte, dándole antes del almuerzo por algunos días, cinco milígramos de emetina, y entonces darle la quinina en ocho á diez pequeñas dosis á cortos intervalos y se dominará seguramente la enfermedad: yo lo he hecho así con brillantes resultados."

Bajo la influencia de la fiebre, las secreciones disminuyen, muy especialmente las del tubo digestivo: éste se encuentra seco, desprovisto de elementos disolventes, su epitelio queda depositado en las superficies formando un barniz hasta cierto punto impermeable, que impide el contacto de la medicina con las venas y glándulas absorbentes y hace absolutamente inútiles las dosis grandes, enormes de sulfato y aun de sales menos insolubles; pasan como en un tubo inerte y, no siendo admitidas en la circulación, no pueden servir para la curación.

El sulfato es notablemente propio para ser inerte: el exceso de ácido que contiene contribuye á hacer más resistente la cascarra saburral que reviste á la superficie mucosa y á asegurar el paso de la quinina á través del conducto digestivo sin efecto alguno.

Con la emetina se provocan las secreciones gastro-intestinales, se despiertan las facultades absorbentes y por lo mismo se asegura la penetración de la quinina, sobre todo cuando esta se ministra en una forma soluble y, entonces, admírase el práctico al ver cómo dósis pequeñas son suficientes y se consiguen brillantes resultados.!

FÉNÉLON.

MEDICINA CLÁSICA EN ACCIÓN.

Breves consideraciones sobre las dificultades que suelen presentarse en esta capital, para establecer un diagnóstico diferencial entre una remitente palustre y las enfermedades llamadas tifoideas.

!Cómo no poner en paralelo la medicina oficial con la práctica de la dosimetría cuando, luego después de leídas las observaciones del Dr. Baillet, la *Gaceta de la Academia de Medicina* de México nos proporciona una observación tan adecuada para hacerlo.

En el último número de la *Gaceta* (entrega 17, T. XXIII.) se ve una observación en la cual consta la insuficiencia y nocuidad del sulfato de quinina, así como lo peligroso de la antipyrina; la examinaremos detenidamente como lo merece.

Es preciso reconocer, por la redacción misma del título, el deseo del autor de la observación de ser exacto y no afirmar más de lo que sabe; al señalar la dificultad, que en efecto hay, para diferenciar á muchos estados febriles, dice: que esto pasa aquí en México, porque no lo ha visto en otras partes; le podemos asegurar que lo mismo sucede en todo el planeta y de allí resulta la absoluta necesidad de hacer muy á menudo medicina antes, y mucho antes, de haber completado el diagnóstico, es decir, de hacer medicina sintomática en la práctica, aunque teóricamente los Grandes Sacerdotes de la Escuela Oficial digan que no es permitido.

"En una localidad donde reina el impaludismo, como desgraciadamente sucede en nuestra capital, casi diariamente se encuentra el médico en la necesidad de resolver problemas de diagnóstico á veces muy complicado como fácilmente puede uno cerciorarse repasando la historia de los hechos ya consignados, y que ponen de manifiesto la tendencia cada vez mayor de esta terrible endemia para agravar los hechos por sus peligrosas localizaciones y á complicar casi todas las entidades patológicas."

Estas reflexiones están inspiradas por el error que reina en el espíritu de algunos maestros de la Escuela de Medicina de México: admiten y enseñan que las enfermedades no tienen período prodrómico; ó está uno enfermo, ó está sano, y tan luego como deja de estar sano tiene la enfermedad, que se trata de diagnosticar, antes de curarla; tales bases son absolutamente inexactas y causan muchos inconvenientes quedando demostrados estos en el asunto de que se trata. En las fiebres paludeanas, basta ser algo observador para ver cómo la impregnación á veces se hace lentamente, cómo el sugeto resiste: primero, siente malestar pero se repone; vuelve á sentirse mal y á reponerse; rarísimas veces estallan las enfermedades infecciosas sin un período que no es todavía el estado de enfermedad y ya no es el de salud; alternativas manifiestas en las cuales se ve á veces el organismo más fuerte que la enfermedad, para en seguida ver á la enfermedad doblegando al organismo, desarrollarse con todos sus síntomas.

¿Cómo diagnosticar una enfermedad que todavía no existe? es imposible. Pero ¿será indispensable? no lo es ni para los médicos ortodoxos ni para los dosímetras puesto que tanto unos como otros empiezan por hacer medicina sintomática; en el modo de hacerla reside toda la diferencia que tratamos de establecer.

Que el miasma paludeano ponga su marca sobre todos los estados patológicos en esta pantanosa capital, no debe extrañar: el hombre sano en la completa acepción de la palabra, es el que puede resistir á las influencias nocivas que lo rodean, pero tan luego como cualquier padecimiento lo debilita, entonces esas influencias lo dominan y el impaludismo se manifiesta modificado por las circunstancias particulares de cada organismo así como las plantas se desarrollan de distinta manera según el terreno en que encuentran su alimento.

"Mucho podría decir de los numerosos casos que diariamente se ofrecen á la observación y que pudieran clasificar según las diversas modalidades que afectan en nuestro valle, y más especialmente en esta ciudad. Sería este un trabajo á la vez que muy laborioso muy importante para nosotros, dadas las condiciones de higiene cada vez peores en que se encuentra nuestra capital."

Es cierto; mucho se puede hablar sobre cualquier caso, pero para nosotros no se trata de hacer historia natural, se trata de defender á los habitantes de México en

contra de las malas condiciones higiénicas en las que viven. Mientras no se hagan los trabajos de ingeniería propios para remover éstas malas condiciones, mejor es evitar las fiebres, aun en medio de los miasmas, capaces de producirlas, que gastar tiempo y atención en diagnosticarlas.

"No es mi objeto en esta pequeña disertación el abarcar tarea tan ardua y sí el de someter á la consideración de los honorables miembros de esta Academia la siguiente observación, interesante á mi modo de ver, por las dificultades que se presentaron para poder fundar un diagnóstico y para que de la historia clínica de este enfermo puedan resaltar con claridad así estas dificultades como la interpretación de los signos que nuestro enfermo ofreció durante la evolución de su enfermedad; trataré de relatar los hechos tales como fueron presentándose día con día á la observación."

La observación aludida es de las que se ven todos los días: cuando su joven autor tenga más experiencia, ya ni le llamarán la atención los casos de fiebres que empiezan como intermitentes, se vuelven remitentes, continuas y al declinar vuelven á pasar por las mismas variaciones: todo esto se explica cuando no se empeña el práctico en querer á toda fuerza que la enfermedad sea una y conforme á su título, como lo hemos dicho ya: á veces, el enfermo resiste y parece vencer, á veces sucumbe y entonces la enfermedad se establece; en la convalecencia pasa algo análogo, la enfermedad á su vez se agota, el sugeto se vuelve á sobreponer, estas consideraciones las repetimos porque tienen importancia práctica, inspirando al práctico la idea de ayudar al enfermo, de contribuir lo más y lo mejor que le sea posible á levantar sus fuerzas al principio, para no tener que completar el diagnóstico, y evitar hasta donde sea posible la necropsia; y al fin, para hacer á la comvalecencia lo más corta y lo menos peligrosa que se pueda.

"El Sr. A. L., español, de veintitrés años de edad, recientemente llegado de Europa, es un joven vigoroso de muy buena constitución, y sin que en sus antecedentes se haya revelado ninguna enfermedad diatésica ó hereditaria."

En una palabra, era un excelente sugeto, al cual algunos gránulos de arseniato de estricnina hubieran puesto al abrigo de su fiebre si se hubieran dado con oportunidad en condiciones favorables para su absorción.

"En la tarde del día 6 de Junio del presente año sufrió un enfriamiento de consideración, pues que andando muy agitado por las calles, llovió abundantemente, no pudo guarecerse por habérselo impedido una ocupación urgente; el mismo día, al obscurecer, se sintió como resfriado y con dolor de cabeza; este malestar, acompañado de calofríos, calentura y sudores, que parecían acentuarse de medio día en adelante, continuó en los días 7 y 8; en este último día se sintió tan aliviado, según el dicho del enfermo, que se resolvió á concurrir por la noche á una reunión para la que fué invitado; por segunda vez se expuso á la influencia del frío y de la humedad, pues que mucho llovía, cuando á pie se dirigió del lugar de la reunión á su casa. En la mañana del siguiente día 9 se sintió con quebranto general, malestar y dolor intenso de cabeza: al medio día fuerte calofrío seguido de calentura, la que le hizo suspender sus ocupaciones y ponerse en cama; sudores abundantes durante la noche.

"El día 10 se repitió el calofrío por la tarde seguido de calentura intensa y de sudores obligándolo ya su enfermedad á permanecer en la cama y á mandarme llamar al día siguiente."

Difícil es no ver en esto, lucha de una naturaleza resistente y una influencia mórbida; unos prodromos durante los cuales ya el paciente no está en salud completa, y sin embargo, sería imposible decir qué enfermedad tiene; aún más, se puede admitir que se había sobrepuesto al primer ataque, pero la causa de debilitación habiéndose reproducido, antes de que se hubiera repuesto, tuvo mayor efecto en la segunda vez y acentuó el desequilibrio.

Si se hubiera auxiliado desde luego con tónicos capaces de compensar la influencia debilitante del primer ataque, tal vez hubiera escapado al segundo.

El hecho es que hasta el cuarto día de malestar se puso en cama sin que se nos diga si algo se había hecho para defenderlo.

Es de notarse que aquí como en la observación del Dr. Baillet, reproducida ya en otro lugar, el médico no fué llamado hasta el quinto día de la enfermedad, es decir, cuando ya podía haber causado graves alteraciones orgánicas.

"En la noche del día 11 recogí los antecedentes que llevo referidos, habiendo encontrado al enfermo recostado en su cama y con la expresión tan conocida de un febricitante; el pulso era lleno y frecuente, 110 pulsaciones, 24 respiraciones, lengua ancha, ligeramente seca y saburral en la base, roja en sus bordes, intenso dolor fron-

tal, quebranto, lumbago muy marcado y adolorimiento general particularmente de las coyunturas, insomnios y constipación; ninguna manifestación ó signo que pudiera ser referido á alguna perturbación funcional ó física pudo apreciarse en órgano determinado. El termómetro marcó en la axila 39°; ésta, como las temperaturas subsecuentes, pueden verse inscritas en la cuadrícula que adjunto. *Prescribí esta noche un purgante salino.*"

No podía presentarse mejor la ocasión de comparar la conducta de los dos médicos: el conocedor de la dosimetría y el que, si la conoce la desprecia (pero más probable es que no la conozca el autor de la observación publicada en la *Gaceta).*

A un cuadro de síntomas alarmantes que piden cada uno su auxilio, ya no contesta como los antiguos: pulso lleno, sangría; lengua sucia, purgantes; dolor frontal, aplicaciones frías y sanguijuelas, ó más sangría; quebranto, sudorífico; lumbago, ventosas; dolores de coyunturas, cáusticos; insomnio, láudano, etc.

Todo esto le parece no corresponder á ninguna lesión orgánica, cuando en buena justicia se podría decir que no había en el paciente una función en buen estado en aquellos momentos; no faltaba más que una localización fatal; y para componer tantos males y evitar una alteración duradera ¿nada más que...... un purgante salino? sin duda para no merecer la acusación de hacer medicina científica ó sintomática; en espera del diagnóstico que quedó incompleto al último por falta de necropsia.

"En los días 12, 13, 14 y 15, el estado del enfermo se empeoraba visiblemente, las ligeras remisiones en la temperatura, que sobrevenían generalmente por las noches, después de sudores más ó menos copiosos, no producían alivio notable. En la noche del día 12 hubo una epistaxis ligera. En los días 15 y 16 encontré haciendo la auscultación del pecho, estertores mucosos gruesos, algunos subcrepitantes diseminados en el pulmón derecho, en el cual la respiración vesicular se oía debilitada con relación al otro pulmón; de vez en cuando había una pequeña tos seca sin expectoración (debo advertir que esta persona fuma mucho.) Lo que originaba más molestias al enfermo, eran los insomnios y el dolor de cabeza; aunque había cierto grado de postración y alguna que otra vez un ligero *sub-delirio durante las exacerbaciones de la temperatura,* sin embargo la inteligencia estaba siempre despejada. En estos días prescribí el sulfato de quinina á la dosis de *dos gramos en las veinte y cuatro horas.*"

Recordamos que, al quinto día de calentura, en la joven de la cual nos habla el Dr. Baillet, le pareció oportuno atender á los síntomas y vemos cómo fué recompensado.

Ya tenemos, del 6 al 15, nueve días completos en que el enfermo iba de mal en peor y había tomado ¡un purgante salino! y ¡*diez y seis gramos de* sulfato de quinina! 2 gramos por día.

Por un lado falta la atención á los síntomas, aunque conviene el observador en que, cuando subía la tempertura, había sub-delirio, es decir, se turbaba el cerebro. Por el otro lado, exceso de medicina, porque el sulfato de quinina á la dosis de 2 gramos diarios, ocho días seguidos, es tóxico ciertamente; lea el joven observador los estudios del Dr. Goyard y aun algunos de Fonssagrives y de Gubler.

Afortunadamente el sulfato es poco soluble, y una parte mínima pasa á la circulación: gracias á esta circunstancia, no prevista, pero sí indudable, no se empeoró más el paciente y escapó á la acción peligrosa de más de media onza de sulfato de quinina en 8 días.

"En los días 16, 17 y 18, el cuadro de síntomas se conservaba el mismo en el fondo con las particularidades siguientes: el enfermo se agotaba más cada día, los insomnios persistían con tenacidad, conservándose siempre la inteligencia y sin que se presentase accidente nervioso alguno que llamase la atención."

Natural era que el cuadro sintomático se conservara lo mismo, puesto que no más se había dado, en tantos días, un purgante salino y una masa de medicina poco soluble por lo mismo poco propia para modificar al cuadro sintomático. Afortunadamente el paciente era joven y robusto, por lo mismo pudo defenderse sólo, contra la enfermedad sin los auxilios debidos del arte, pero si hubiera sido un anciano, un niño, una persona débil, probable es que no habría resistido ni á la enfermedad, ni á los 16 gramos de sulfato de quinina pasados por su cuerpo en poco tiempo.

"Por lo que se refiere al abdómen dominaba más bien la constipación; las evacuaciones no ofrecían nada que pudiera llamar la atención, vientre flexible é indoloro á la presión, con excepción del dolor que se despertaba en el hueco epigástrico; el bazo á la percusión estaba sensiblemente aumentado dev olumen sobre todo en el sentido trasversal sin desbordar las falsas costillas; el examen más minucioso no me hizo descubrir alguna erupción eritematosa

ó de cualquier género en la piel. La orina analizada por el profesor Donaciano Morales dió el siguiente resultado:

Indicación importante, despreciada siempre por no querer hacer medicina sintomática; la constipación tiene infinidad de inconvenientes: prepara la infección estercoral, la estasis en las glándulas, su ulceración, contribuye á introducir más elementos sépticos en la circulación, agrava á la enfermedad é impide la acción de la medicina, la cual se acumula en el tubo digestivo con grande riesgo de obrar repentinamente con exceso. Si las evacuaciones no llegaron á ofrecer nada que llamara la atención fué fortuna y debido á las condiciones excepcionalmente favorables del sugeto.

El dolor á la presión del episgastrio, el abultamiento del bazo, no fueron indicaciones suficientes para determinar al joven colega á remediarlas: *(ubi dolor ibi fluxus);* es admisible que en la circulación abdominal, al nivel del epigastrio, había estasis ó congestión, esta se puede combatir con hydrastina, cocaina, pero no lo cree ó no lo sabe el autor de la observación.

La congestión esplénica no es tampoco despreciable y se puede remediar con estricnina, hidrastina, quinina *soluble* y purgantes repetidos.

Cantidad probable de orina en 24 horas 1,100.

Color moreno *anormal.*

Aspecto turbio, *sedimentoso,* abundante mocoso.

Moco, en exceso; pigmentos de la bilis, indicios.

Acidos de la bilis, indicios.

Pigmentos con productos hemafeicos.

28 gramos de urea por 1000 de orina.

Cristales de urato de sosa en muy grande cantidad.

Este análisis, para un dosímetra, indica la necesidad de facilitar la filtración renal con el uso del Sedlitz, con la alcalinización, con la ayuda del arseniato de estricnina[1] y de la digitalina; á la vez algo de quassina; activando la secreción biliar, podía haber reabsorción de las materias colorantes, de la bilis, las cuales al pasar por el riñón, lo hieren y le impiden cumplir debidamente su misión eliminadora.

1 Los prácticos deseosos de conocer la eficacia de la estricnina para modificar favorablemente la secreción renal, pueden darla después de ver su imperfección probada por el análisis y siempre notaron su acción favorable con el aumento de la urea y diminución de los elementos anormales.

"La verdad es que con una fiebre continua que sigue la marcha que vengo describiendo, es casi seguro que el médico no pueda fundar concienzudamente un diagnóstico, sobre todo cuando, como en el caso presente, se está en el décimo día, y aún no se encuentra la razón de ser de una fiebre continua en la alteración de ningún órgano, ni en la aparición de exantema á la piel, con tanta mayor razón cuanto que, como en el presente caso, no se modifica en nada la marcha de la fiebre por la administración sostenida de buenas dosis de sulfato de quinina."

El sulfato de quinina, que probablemente pasó en masa por el tubo digestivo, era insuficiente, aun cuando hubiera sido absorbido para corresponder á las indicaciones sacadas del análisis.

¡Cuántas ilusiones encierra este último párrafo! 1º dos gramos de sulfato de quinina no son una *buena dosis,* es dosis exageradísima, peligrosa. 2º por lo mismo que era exagerada, el haber sostenido su aplicación era malo, 3º no se modificó la fiebre porque el sulfato no se absorbió, afortunadamente; si se hubiera absorbido en totalidad, la embriaguez quínica habría sido muy dañosa. 4º la fiebre suele ser, cuando es infecciosa, anterior á las alteraciones localizadas, primero hay efervescencia, después hay congestiones y alteraciones orgánicas, las exantemas se producen cuando la sangre está suficientemente alterada y es bueno no esperar que llegue este caso para la confirmación del diagnóstico y agravación del pronóstico. En las personas robustas y muy especialmente jóvenes, en los niños, las erupciones exantemáticas suelen faltar ó ser discretas. Lo único cierto y bien fundado consignado en este último párrafo es que faltaban datos para fundar concienzudamente un diagnóstico, pero no faltaban para instituir debidamente un tratamiento razonado y eficaz.

"Habiendo reservado mi juicio, solicité de la familia de este enfermo una consulta con los médicos que fueran de su confianza; los designados fueron mis distinguidos maestros los Sres. Dres. E. Liceaga y R. Lavista: la consulta tuvo lugar el día 18: durante la misma, y al descubrir al enfermo para examinar la piel, encontramos por primera vez después de diez días que llevaba de estar en cama, cuatro manchitas lenticulares, dos en el vientre y otras dos en el pecho, estas eran rosadas, papulosas, de 2 á 3 milímetros de circunferencia, y desapareciendo completamente á la presión; en suma, eran *muy semejantes* á las de la fiebre tifoidea. Sobre este punto deseo lla-

mar la atención de mis ilustrados consocios para hacerles notar que la semejanza por sus caracteres, del eritema observado en nuestro enfermo con el lenticular propio de la fiebre tifoidea, fue unánimemente reconocida por los Sres. Profesores Liceaga y Lavista, que asistieron á la consulta, y por mí. En la mañana de este mismo día había habido una epistaxis muy ligera. Los referidos profesores manifestaron su conformidad con el cuadro de síntomas que acabo de describir, siendo á su juicio difícil poder hacer, aún en ese día, un diagnóstico diferencial entre una fiebre tifoidea y una paludeana remitente."

Aquí sí estamos de acuerdo: era difícil el diagnóstico diferencial, aún después de diez días de enfermedad ¿cómo admitir entonces la doctrina sostenida por el Dr. Liceaga, que para hacer un tratamiento era preciso formalizar un diagnóstico? pero hay enfermos que no resisten diez días una fiebre ¿entonces estos deberán morir sin tratamiento? será vergonzoso para el arte y contrario á la humanidad. Si no se puede aguardar todo el tiempo necesario á veces para formalizar el diagnóstico ¿qué se puede hacer si no es medicación sintomática? fué lo que hizo el Dr. Baillet según se lee en el número 17 de "La Medicina Científica," el Dr. Riquelme según se ve en "El Observador Médico" y en "La Medicina Científica." El papel de estos compañeros, fué más digno del arte de curar y del agradecimiento de la humanidad, que si hubieran esperado para curar á los enfermos, hasta que tuvieran órganos alterados, manchas indicando un principio de descomposición de la sangre, todo esto para fundar un diagnóstico; los enfermos nos llaman para que los curemos y no para que diagnostiquemos sus enfermedades.

Consecuencia: el primer argumento que tuvo á bien darme mi estimado compañero y amigo el Dr. Liceaga en contra de la Dosimetría, diciendo que no es permitido hacer medicina sintomática, queda insubsistente, lo demuestra su práctica misma.

"En efecto, si tenemos en consideración la curva térmica de esta fiebre, y los síntomas que por su importancia pudieran servir para fundar un diagnóstico, veremos que en favor del diagnóstico de una tifoidea habrá los datos siguientes:

"1º Se trataba de una persona que acababa de llegar de Europa: sabido es entre nosotros que los muy raros casos de fiebre tifoidea que aquí se presentan se observan por regla general en los extranjeros recien venidos de Europa."

La curva térmica es muy instructiva, sobre todo para juzgar de la acción peligrosa que tuvo la antipyrina, dada en dosis exageradísimas y sin su correctivo, el arseniato de estricnina.

El día 18, por la tarde, estando la temperatura á 40°, fué dado un gramo de antipyrina, el día 19 por la mañana había caído el enfermo á la temperatura de 37°! ¡qué sacudimiento para su sistema nervioso y cómo se concibe que con tan brusca impresión terapéutica un paciente menos robusto y bien constituido pueda sucumbir al golpe de la antipyrina! entonces el diagnóstico se hubiera formalizado, declarando que había sido perniciosa, para no confesar el antipyrinismo.

"2º La curva de la temperatura, la que á pesar de haberse comenzado á inscribir el día 11, esto es, al quinto día de lo que pudiera considerarse como período prodrómico de la enfermedad, afecta una marcha semejante á la de la tifoidea, tanto en las oscilaciones ascendentes como en las estacionarias que se observan en el curso del segundo y tercer septenarios.

"3º La existencia de un catarro brónquico ligero, que empezó á iniciarse desde los primeros días para acentuarse suficientemente en el curso del segundo septenario, sin que por esto llegara á provocar ni la opresión, ni la asfixia propia de las bronquitis de la fiebre tifoidea.

"4º La aparición hasta el décimo día de manchitas rosadas lenticulares semejantes á las de la fiebre tifoidea, y á las que se da tanto valor en el extranjero."

El 19, en la misma mañana, eliminado el tóxico, gracias á la juventud del enfermo y á su robustez, subió otra vez su temperatura á 39.3; se le ministró $\frac{1}{4}$ de gramo, y en la misma mañana bajó á ¡36.9, volviendo en la tarde del mismo día á 39.2!

Esta nueva medicina había sido aconsejada por los médicos consultantes, quienes vieron y juzgaron que la intoxicación por el sulfato de quinina estaba produciéndose: se hacía manifiesta por la falta de paralelismo entre el pulso y la temperatura; siendo ésta de 40° y aquel de 80; hace tiempo que se han publicado trabajos demostrando la acción paralizadora de la quinina sobre el corazón; debido á esta debilitación, fué tan alarmante la baja de la temperatura producida por la primera toma de antipyrina. El joven práctico tuvo que disminuir inmediatamente la dosis, convencido del peligro que corría si seguía con la misma.

"En favor del diagnóstico de una fiebre intermitente de origen paludeano existen los siguientes datos: La forma francamen-

te intermitente con que empezó esta enfermedad; la coloración pálida amarillenta de la fisonomía del enfermo muy bien acentuada desde el principio del segundo septenario (á diferencia de la asfíxica, que es propia de la tifoidea). La conservación de la inteligencia despejada, así como la ausencia de síntomas nerviosos bulbo-medulares; la existencia de sudores más ó menos copiosos, coincidiendo con las bajas de temperatura muy particularmente al principio de esta enfermedad, y por último el aumento de volumen del bazo."

Como el joven colega nos inclinamos á creer que, en efecto, se trataba de fiebre intermitente paludeana, pero, guiados por los prudentes consejos del Burggraevismo, desde el primer día en que hubiéramos notado el color pálido, manifestación de la hipoglobulía, que acompaña como consecuencia la infección paludeana, le habríamos ministrado hydroferrocyanato de quinina, sal soluble que se absorbe y corresponde netamente á la indicación, aun dada en cantidad mínima, incapaz de acumularse ni de dañar. Contra los sudores, que en efecto son consecuencia y causa de debilidad, habríamos dado arseniato de estricnina, atropina ó agaricina; al volumen del bazo hubiéramos correspondido como ya lo hemos dicho.

Conviene recordar lo prudente de la administración de las sustancias activas en dosis mínimas repetidas lo bastante para alcanzar el efecto conveniente, sin el riesgo de producir lo que aquí vemos producido, primero por la quinina y después por la antipyrina.

"Hechas estas consideraciones continuaré refiriendo la historia de la marcha y modificaciones que sufrió esta afección febril en su período de decrecimiento y en su terminación. El mismo día 18, según lo acordado en la consulta, se *suspendió el tratamiento por la quinina, en vista* sobre todo del estado que guardaba el pulso del enfermo, *muy lento, depresible y en discordancia con la temperatura, 80 pulsaciones por minuto para una temperatura de 40 grados:* se prescribió la antipyrina en papeles de á gramo cada uno, con el objeto de hacerlos tomar al enfermo de vez en cuando para no dejar subir la temperatura de 38°; pero fué tal la susceptibilidad del enfermo para este medicamento, que como puede verse por la curva térmica la temperatura bajó casi inmediatamente después de tomado el primer papel hasta 39°, acompañándose esta gran defervescencia de sudores tan abundantes que empaparon la ropa del enfermo y la de la cama *dejándolo muy agotado;* desde este momento modifiqué la dosis de antipyrina y prescribí papeles de 25 centígramos cada uno. En los días que siguieron al 18 el enfermo aunque perdía sensiblemente sus fuerzas y se agotaba, llamaba la atención, sin embargo, el que conservara su inteligencia despejada, dándose cuenta de todo lo que le rodeaba y pasando largos ratos del día en pie y arreglando los papeles de su escritorio; no llegué á observar su lengua seca ni fuliginosa; tampoco volvió á producirse una nueva epistaxis; nunca hubo hemorragias, ya fueran intestinales, ó de cualquier otro género; vientre flexible, sin dolor á la presión; no había diarrea; pero bien pronto sobrevino una complicación grave, cual fué la de producirse sudores copiosísimos, acentuándose más por las mañanas, aunque también se producían á otras horas del día, siendo éstos tan abundantes que empapaban la ropa de la cama y á veces pasaban al colchón haciendo bajar la temperatura hasta 35° y dejando al enfermo en un estado de algidez y de agotamiento muy alarmante (como podrá juzgarse por la temperatura del día 24.)"

Esta confesión es sincera: con esta dosis ortodoxa, aconsejada por profesores de la escuela, de los más dignos de estimación y confianza, quedó *muy agotado* el enfermo que es joven y era muy robusto al principio de la enfermedad.

Por esta sucesión de datos es muy permitido creer que, en efecto, el joven enfermo fué sometido á una influencia paludeana, pero que, después la acción tóxica de la quinina se sustituyó á la enfermedad inicial, y cuando los médicos consultados lo notaron, sustituyeron este envenenamiento por el de la antipirina; lo que se describe después de dada la primera dosis corresponde exactamente á los efectos tóxicos de este peligroso defervescente.

Es cierto que se había bajado la dosis á la cuarta parte de la indicada en la junta, pero, resulta que como cada día estaba más débil el joven, antes robusto, era todavía demasiado.

El día 24 fué terrible la bajada, y sin embargo todavía se fué dando el tóxico el 25 y el 26; afortunadamente los sudores facilitaban la eliminación del agente destructor, el sujeto era joven y fuerte al principio de la enfermedad, si no lo hubiera sido, no se restablece.

"Tomando en consideración el carácter intermitente de esos accesos le ordené tomase en las veinticuatro horas tres cápsulas gelatinosas compuestas cada una de

$\frac{1}{3}$ de gramo de salicylato de quinina y $\frac{1}{2}$ de gramo de benzoato de sosa, tratamiento que me pareció indicado y que se aconseja muy racionalmente para combatir esos estados febriles semejantes á este de que me ocupo. Se modificaron bastante estos accesos alarmantes; pero como la amenaza estaba siempre encima y la situación del enfermo era sumamente delicada, creí indicado un cambio de temperamento y ordené que con las precauciones necesarias se trasladase á Mixcoac, lo que se hizo el día 26. Todavía en los días 27 y 28 se manisfestaron pequeños accesos vespertinos, terminándose con el último, el ciclo de esta fiebre remitente.»

Los fenómenos producidos por sustancias tóxicas, dadas por intervalos, siempre son intermitentes, porque estas sustancias son eliminadas por la orina y, cuando deja de haber una dosis dañosa en la circulación, el sugeto se restablece.

Al suspender la acción de la antipyrina era natural que mejorase el enfermo, el salicylato de quinina no era indispensable, bastaba la supresión de la antipyrina; el benzoato de sosa sirvió como diurético para dar fin á la eliminación de la terrible antipyrina.

Si el enfermo hubiera ido á Mixcoac desde el día 6 de Junio, se habría ahorrado tal vez veinte días de enfermedad y las consecuencias que puedan tener para su organización la introducción de 16 gramos de quinina y cerca de 3 gramos de antipyrina sin contar varios gramos de salicylato de quinina.

«Intencionalmente he reservado para terminar esta observación, la relación de la marcha que siguió el exantema antes referido. Creo oportuno, traer á la memoria, que el exantema ó roseola tifoidea por discreta que sea no se produce inmediatamente en bloc, sino que tiene lugar por brotes sucesivos cuya duración individual es de tres á seis días; las manchas palidecen y se borran dejando solamente una ligera pigmentación gris; ahora bien, en nuestro enfermo la evolución característica que acabo de referir puesto que el día 3 de Julio estando ya el enfermo en plena convalecencia todavía se observaban las cuatro manchas exantemáticas ligeramente desvanecidas.»

El envenenamiento quínico es muy capaz de producir papulas, lo saben los trabajores en las fábricas de sulfato de quinina, y esta sal es la que más las produce; por su poca solubilidad, queda mucho tiempo en los tejidos y, siendo lenta su eliminación, es natural que la erupción papulosa que produce, tarde en borrarse sin que haya necesidad de buscar explicación más complicada, agregando un título más á la natural animadversión que tenemos en contra de las fiebres remitentes palustres al llamarlas exantemáticas.

Mientras se den medicinas en dosis exageradas se expondrán los prácticos á que se acusen los medicamentos de los efectos que tal vez sean debidos á la enfermedad.

«Para terminar, solo me resta emitir el juicio que, en mi humilde concepto, puede hacerse *á posteriori;* así es que, si por una parte tenemos presente las consideraciones sobre diagnóstico diferencial que he dejado consignadas y por otra convenimos en que el exantema observado no ha sido el de la fiebre tifoidea, creo que en este caso podemos admitir como diagnóstico una fiebre remitente de origen palustre de forma exantemática.

«Añadiré que no es este el primer caso de fiebre palustre en el que se haya observado un exantema. Los Dres. M. Carmona y Valle y R. Lavista, han tenido la bondad de referirme casos semejantes, de cuya historia y valorización me propongo ocuparme en otra ocasión para que puedan servir de complemento á este imperfecto trabajo.—*E. Vargas.*»

Si no por lástima hacia los pacientes, por cuidado hacia su propia reputación, conviene que se avengan al prudentísimo precepto del profesor Burggraeve: dar poca medicina á la vez, darla muy soluble, repetida hasta efecto, y no más.

Así como el exantema papuloso se produce en obreros perfectamente sanos, porque absorben durante su fabricación, polvos de sulfato de quinina, es natural que se produzca en enfermos en quienes se introducen en alta dosis para su curación; no es de extrañar que quienes dan mucha quinina observen en sus enfermos exantemas papulosos atribuibles tanto al tratamiento como á la enfermedad, todavía más al primero que á la última.

En resumen, de la comparación entre la medicina clásica y la burggraeviana, resulta que esta última atiende á los que se quejan desde el momento de su primera queja, cree, con fundamento, poder atender á los pacientes en el período prodrómico, y por lo mismo impedir el desarrollo de las enfermedades, cuando apenas se inician; sus medios, proporcionados prudentemente á las circunstancias, son tan medidos como seguros; mientras la medicina clásica pretende que para curar primero es necesario diagnosticar, expone así

á perder un tiempo precioso, y lo compensa dando dosis exageradas.

Por lo visto, no es fiel á sus preceptos, puesto que acabamos de leer una observación, en la cual se aplicaron medicinas, y medicinas muy activas sin que en realidad se llegara á hacer un diagnóstico fundado; el objeto de la observación publicada fué precisamente el de probar lo difícil del diagnóstico.

No se puede atribuir tal dificultad á falta de pericia por parte del médico de cabecera, porque es un joven práctico que acaba de ser admitido en el número de los miembros de la Academia de Medicina de México.

Tampoco, y mucho menos es insuficiencia por parte de los Doctores llamados á consulta, puesto que fueron los Sres. R. Lavista y Eduardo Liceaga.

Entonces, lo poco satisfactorio que fué el papel de la Terapéutica en el caso aludido, es debido no más á la imperfección de la doctrina profesada por la escuela oficial; de allí resulta que aparezcan mucho más útiles y benéficos los Dres. Riquelme y Baillet, que los ilustres catedráticos de la Escuela, y el joven académico, á quienes aconsejamos que estudien las obras de Gubler, Fonssagrives, Burggraeve, D'Oliveira Castro, Van Renterghem, Secundo Laura, y el *Repertorio Universal de Medicina Dosimétrica;* verán que cuando estén precisados, contra sus resoluciones teóricas, á hacer medicina sintomática se puede hacerla con más provecho, mayor seguridad y éxito, aplicando los preceptos de la dosimetría.

FÉNÉLON.

MEMENTO
DE
TERAPÉUTICA DOSIMÉTRICA
Ó
GUÍA DEL MÉDICO PRÁCTICO
EN EL EMPLEO DE ESTE MÉTODO DE TRATAMIENTO.

POR EL DR. BURGGRAEVE.

(Continuación. —Véase el número anterior.)

Diatesis anémica, clorótica.—Se atribuyen en general á una insuficiencia hepática, de suerte que no es raro ver el hígado padecer la cirrosis. Sobreviene entonces un estado albuminúrico, algunas veces diabético, y el enfermo cae en el marasmo. Se declara la fiebre de consunción y los pulmones empiezan á padecer. Al principio es necesario un régimen analéptico y los nervinos: ácido fosfórico y arseniato de estricnina: cinco ó seis gránulos de cada uno por día; es necesario también activar la acción del hígado por medio de la quassina: dos ó tres gránulos en el momento de las comidas, y en la fiebre de consunción el arseniato de cafeina con el fin de retardar la combustión. Andral ha hecho observar cuán elevado está el calor animal en estos casos, 40, 41, 42° centígrados; habrá necesidad por tanto de recurrir á la veratrina. Los alópatas oponen á esta afección la quina en substancia (cocimiento) pero como el remedio no es absorbido, provoca la diarrea, y no hace más que precipitar la marcha fatal de la enfermedad. El colombo es preferible, no irrita, no produce sed ni cefalalgia. Es un tónico que los médicos han hecho mal en olvidar, reservándolo únicamente para cuando hay diarrea. Se prescribirá en cocimiento ó en infusión como coadyuvante de los gránulos. En la diatesis clorótica durante su período de crecimiento, los glóbulos blancos predominan sobre los rojos: se refiere por tanto á una debilidad general; hay espasmos, lipotimias, palpitaciones, que exigen los ferruginosos, con preferencia el arseniato de hierro: cinco ó seis gránulos cada día.

(Continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Saltillo, Coahuila, Agosto 25 de 1888.
—Sr. Dr. D. Fernando Malanco.—México.

Muy estimado compañero:

Tengo el gusto de manifestar á vd., que he estado recibiendo con toda puntualidad su interesante periódico, y esta circunstancia le da mayor crédito indudablemente, á más del siempre creciente interes científico que ya tiene, por su escojido material.

Ha solicitado vd. la cooperación de todos los prácticos del país, para discutir la doctrina Burggraeviana; los ilustrados campeones que están al frente de su publicación, la han hecho prevalecer y la extenderán muy en breve por todos los ámbitos de la República.

Sin embargo, creo que todos los que de buena fé practicamos la Medicina, los que buscamos más el alivio de la humanidad doliente, que nuestro propio provecho, al ejecer ese nuevo sacerdocio, debemos, aun cuando nuestros esfuerzos sean insignifi-

cantes, como sucede con el mio, poner nuestro grano de arena para ayudar á levantar el edificio que no muy lejos quedará terminado, si se adunan los esfuerzos de todos.

Pide vd. casos clínicos para publicarlos. Yo, aunque varios he tenido, que han llamado la atención pública por la rapidez con que han sido tratados, no los juzgo dignos de darse á conocer, por no encerrar ninguna novedad para los habituales lectores de su periódico; pero ofrezco que luego que tenga un caso digno de estudio, lo comunicaré á vd.

Interesado, como vd., en que el método Burggraeviano tome cada día más desarrollo en nuestro país para bien de los enfermos, me permito exponer las siguientes ideas que me parecen de oportunidad, por si vd. y los demás apreciables comprofesores que marchan á la vanguardia en la empresa, las juzgan dignas de ser tomadas en consideración.

1ª Sería oportuno establecer un Instituto Dosimétrico Mexicano, que se ocupara, por de pronto, en organizar en el país la Terapéutica Burggraeviana, formando un registro en el que se inscriban todos los miembros que á él se adhieran, para crear así la estadística de los trabajos, y dictar todas las disposiciones conducentes á formar un cuerpo compacto, teniendo presente el axioma: "la unión da la fuerza."

2ª Formar una "Farmacodinamia" completa de todos los alcaloides hasta ahora conocidos; y traducir al español todas aquellas obras que aún no lo están, de Dosimetría, así como imprimir aquellas que se hayan agotado en el extranjero; todo, por la consideración de que, si bien es cierto que todos los médicos están obligados á conocer la acción curativa de las sustancias que emplean, la verdad es que muchos no las conocen sino rutinariamente, lo cual dista mucho del conocimiento científico, cierto, que deben abrigar; y si bien todos están también obligados á conocer el francés, idioma en el cual están escritas casi todas aquellas obras, el hecho es que no todos poseen dicho idioma; y tambien la consideración de que hay una multitud de personas que, aunque extrañas á la ciencia, tienen también interes de proporcionarse aquellas obras, como son los hacendados, los habitantes de las pequeñas poblaciones en donde no hay médicos, los sacerdotes y otras que desean tomar instrucciones para atenderse por sí mismos en sus enfermedades, mientras pueden llamar al médico. Todo esto, á mi juicio, hace necesaria la publicación de aquellas obras, y creo que estas ligeras indicaciones, robustecidas por el ilustrado criterio de vds., las hará ser tomadas en consideración, para dictar una medida conducente á ponerse en práctica.

3ª Visto el alto precio que tienen las medicinas preparadas en Francia por el Sr. Chanteaud, y su manera especial de expenderse (en cajas ó por tubos enteros solamente) lo cual dificulta en gran manera el empleo del método Burggraeviano en la generalidad de los casos, por el gasto que tiene que hacer el enfermo; y ya que el Sr. farmacéutico Julio Reyes se ha dedicado á la preparación de gránulos dosificados, según el metodo de Burggraeve, bueno sería exitar á este señor para que prepare, si le es posible, todas las de la lista, y publique anuncios, para conocimiento de todos los que nos interesamos en proveernos de ellos; pues claro es, que vendiéndose á granel, pueden con mayor ventaja dispensarse á los enfermos sin que estas tengan que hacer fuertes erogaciones.

No son estas las únicas ideas que deseo comunicar á vd.; pero por no fatigar su atención, me limito por hoy á ellas.

Quiero, también, informarle de la conducta inconveniente que siguen los médicos recalcitrantes de la Antigua Escuela, en los Estados. Como yo acostumbro expedicionar de un punto á otro, he tenido ocasion de notar, con cuánta ojeriza ven á los que salimos de la vieja rutina para ejercer la medicina científica. Parece mentira, que la que es un sacerdocio, se convierta en ruin oficio, y que en lugar de buscar el adelantamiento de la inteligencia, persistan adrede en la ignorancia, quienes tienen sobre sí la mayor de las responsabilidades: la conservación de la vida de los hombres.

Casi en todos los Estados hay gran falta de medicamentos dosimétricos. En algunos hay una que otra sustancia granulada, pero en otros hay completa carencia de ellas. Aquí, por ejemplo, ni siquiera el Sedlitz-Chanteaud se encuentra. Esto depende del poco aprecio con que ven los médicos, por lo general el nuevo método.

Suplico á vd. me dispense el haberlo distraido de sus atenciones, y me despido, quedando de vd. afectísimo amigo y atento servidor.—*Dr. L. E. Calleja.*

De México al Saltillo.— Septiembre 30 de 1888.—Sr. Dr. L. E. Calleja:

Muy estimado compañero:

Establecer un Instituto Dosimétrico Mexicano, imprimir y hacer la propaganda de obras selectas de dosimetría y elaborar en México para las necesidades de nuestros

enfermos alcaloides granulados, son cosas de grandísima importancia, y estoy persuadido de que vencidos ciertos tropiezos del momento, las verá vd. realizadas, conforme á su nobilísima intención.

Respecto á la *conducta inconveniente* y poco cortés que siguen médicos recalcitrantes de la antigua Escuela con los partidarios de la medicina científica, no encuentro motivo para que vd. la extrañe; me parece natural.

Ensoberbecida la Ortodoxia por su largo reinado no quiere abdicar delante del Raciocinio y sigue paseando al Arte de curar como los Indos á Gagrenat contundiendo y aplastando á sus propios adeptos, á sus mismos sectarios; en vano de tiempo en tiempo y en varios puntos del Globo le han gritado sus más ilustres corifeos que su camino es tortuoso y errado y que su terapéutica muchas veces fué tanto ó más nociva que la caja de Pandora; en vano presenció que buen número de pensadores desertaron de sus filas, unos para ir con sus desengaños á sepultarse á la vida privada y otros para replegarse á la espectación ó aturdirse con el nihilismo; en vano Brousseais lanzó fuego sobre su antropófoba osadía y Bichat y Bernard quisieron retrotraerla á su punto de partida para comenzar nuevo y concienzudo trabajo de construcción y de enlace dirigido por la lógica, y elaborado por la humildad; en vano se le demostró ya que la tradición guardada con tanto esmero, es más bien una causa de arrepentimiento que un motivo de satisfacción. La Ortodoxia sigue haciendo de su pasado un ariete; no quiere consultar á la conciencia ni á la meditación; escarnece el examen en nombre de hechos dóciles á declarar conforme á su voluntad; se obstina en llamarse infalible; sostiene que su cerebro es el único aposento de la sabiduría y su organismo el sólo albergue del acierto; nunca se fija en reforma alguna que la ataña, la declara absurda y pasa adelante muy tranquila con su anatema; para ella, no hay aptitud más que bajo su bandera, ni ilustración sino la que ella propia se ha otorgado; para ella el que no está con sus prácticas está contra la ciencia; para ella fuera de su atmósfera todo es tantaleo y oscuridad é ignorancia; es autólatra y desprecia con supremo desprecio al que se le opone; hacedle una advertencia y os dirá que la injuriais; decidle que medite y os llamará insolente.

Sus sectarios son maestros y omnicios, ¿qué han de pensar si todo lo saben? ¿qué han de aprender si todo lo conocen? ¿qué han de inquirir si todo lo abarcan?

Olvidaron pronto que la ciencia humana lleva ya en su frente la ceniza de la resignación y de la conformidad que le puso primero Sthal, y en seguida Augusto Comte, y que los médicos magnates, como los médicos oscuros, todos, absolutamente todos, no tenemos en la mayor parte de los tratamientos heredados, más que motivos para humillar nuestra cabeza, razones para entristecer nuestra conciencia, capítulos para destruir la suficiencia y soberbia profesional.

La pobre Ortodoxia, dueña de todo el bagaje médico averiado tiene que odiar como los buhos el advenimiento de la luz, tiene que ver con rencorosa mirada á los que exhiben los desaciertos de sus rutinas, tiene que recibir con prevención y mala voluntad á los que le prueban que sus prácticas irreflexivas hostilizaron é hicieron daño durante mucho tiempo á innumerables indefensos.

No es sólo en los Estados donde hay compañeros *que ven con ojeriza* á los que intranquilos con el legado escolar buscan acierto en la meditación; también en esta capital, ciertos maestros, no pocos bedeles y hasta *¡risum teneatis!* algunos acólitos zahieren propósitos, motejan escritos y deprimen personalidad de los que, sacudido el yugo del *Magister dixit* determinaron discurrir en conformidad con el criterio científico. ¿Qué quiere vd? Esos caballeros desdeñan pensar en todo lo que no sea cuánto se paga por una visita y qué clientela es más pingüe; en cuanto á ciencia sólo saben fotografiar acicalados sus éxitos, enmudecer prudentemente sobre sus reveses y urdir cuentos para asustar á los incautos; así quedan bien llenos y satisfechos; han enseñado sus grandes aptitudes.

En las capitales de los Estados, no en todas, dicho sea en justicia, los defectos de los facultativos metropolitanos suelen sublimarse; entre honorabilísimos médicos que allí ejercen, hay profesores titulados ó no, que suponiendo, quizá porque no estudian, quizá porque no ven más allá del horizonte de su personal utilidad, que por su boca pronuncia la Ciencia su última palabra, se sienten invencibles con su saber y capaces de aleccionar no sólo á sus compañeros de México sino á todos los de igual clase del Mundo conocido; en cambio, no demuestran que obran debidamente sino refunfuñando y nada más refunfuñando contra adversarios á quienes no se atreven á combatir.

Todo esto es natural, es lógico. Si en México y en todas partes, los encargados de la salud y vida humanas, se dieran tiempo

para pensar lo que hacen; si con la humildad conveniente buscaran instrucción y acierto en Galeno, ó en Paracelso, en Hanhemann ó en Burggraeve, donde quiera que lo pudiesen hallar; si siquiera leyeran, habría esperanza de que cambiaran de plan adhiriéndose al progreso, ó de que al menos establecieran inconmoviblemente su adhesión á la Anciana venerable á quien sirven. Nosotros no ambicionamos, ni nos hace falta que nos amen; ojalá si que, por bien de los enfermos, juzgaran nuestras doctrinas á la luz de la Observación, de la Experiencia y del Raciocinio, que así como nosotros no desdeñamos apersonarnos con la Homeopatía para discutirla, ellos discutiesen el Método Dosimétrico ó sea la Alopatía Moderna, la Alopatía Científica; se nos debe convencer de error ó que los refractarios se convenzan de que marchan por extraviado sendero; estamos listos para dejarnos persuadir y para pregonar nuestra derrota; que declare un jurado imparcial y sereno á quién asiste la razón......

Pero...... estoy predicando en desierto, querido compañero; los médicos que nos malmiran nunca expondrán su cobre para que se les abrillante; dejémoslos en sus rencores; con ellos viven tranquilos. Prosigamos sin ellos nuestra obra; es noble, es buena, es santa; Dios le dará el triunfo.

Soy de vd. afectísimo servidor y compañero que B. S. M.

FERNANDO MALANCO.

CONVOCATORIA

PARA OPTAR AL PREMIO ESTABLECIDO

Por el Dr. Parada.

1ª La Escuela de Medicina de México, que desea fomentar los estudios médicos nacionales, hace un llamamiento á todos los médicos mexicanos y á los extranjeros que hayan ejercido por más de tres años en algún punto de la República, para que aprovechándose de las filantrópicas miras del Dr. Parada, concurran á resolver las cuestiones siguientes:

"¿Las formas francas del impaludismo en la República Mexicana dependen de la existencia en la sangre de los hematozoarios descritos por Laveran?

"¿Las formas larvadas y perniciosas reconocen esa misma causa?"

2ª Pueden tomar parte en este concurso todos los médicos mexicanos ó extranjeros, con tal de que éstos hayan ejercido tres años continuos en el país.

3ª Las Memorias relativas se remitirán á la Secretaría de la Escuela, antes del 1º de Septiembre de 1889.

4ª Las Memorias vendrán escritas precisamente en español y sin firma. Con cada una de ellas se remitirá un pliego cerrado, que contenga el nombre del autor y en cuya cubierta aparezca el lema ó contraseña que encabeza la Memoria.

5ª Dentro de los ocho días después de expirado el plazo que señala la base 3ª, se reunirá la Junta de Profesores y el Secretario dará cuenta con el número de Memorias recibidas y sus respectivos pliegos cerrados. Incontinenti se procederá á nombrar por escrutinio secreto y á pluralidad absoluta de votos, un Jurado especial compuesto de tres profesores propietarios ó adjuntos de la Escuela, á cuyo Jurado pasarán inmediatamente las Memorias recibidas, reservándose en la Secretaría los pliegos cerrados.

6ª Quince días después de nombrado el Jurado, éste señalará el tiempo que necesite para formar su dictámen, en la inteligencia de que tratándose de un asunto experimental, tendrá que comprobar por sí mismo la exactitud de los estudios prácticos anunciados en las Memorias.

7ª El dictámen de la Comision so presentará á la Junta de Profesores, en cuyo seno se harán dos lecturas en dos sesiones diferentes, siguiéndose después la discusión y la votación de la Junta.

8ª Los Profesores de la Escuela que hayan tomado parte en el concurso, deberán excusarse con cualquier pretexto, de tomar parte en la formasión del Jurado y en la discusión y votación de la Junta de Profesores, pues la infracción de esta base bastará para nulificar el acto.

9ª El autor de la Memoria que la Junta de Profesores haya señalado como digna del premio, recibirá la cantidad de 600 pesos.

10ª Todas las Memorias que se presenten al concurso, sean ó no premiadas, pasarán á ser propiedad de la Escuela de Medicina, y los pliegos cerrados se inutilizarán, á no ser que los respectivos autores dispongan otra cosa.

México, Agosto 18 de 1888.—*Luis E. Ruiz*, primer secretario.

TOMO I ENTREGA 21 1º DE NOVIEMBRE DE 1888.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

EL PROFESOR PETER

DOSÍMETRA SIN QUERERLO

En el número 18 del tomo 1º de "La Medicina Científica" se lee traducida una leccion de Clínica dada por el profesor Peter en el Hospital Necker en París.

En esta lección el profesor, poco afecto á las innovaciones terapéuticas, demuestra cómo el instinto práctico impulsa á los médicos á buscar medios refrigerantes, los que el Profesor Burggraeve ha calificado de defervescentes, expresión más adecuada porque implica la idea de que tales medios tienen por objeto defender á los pacientes en contra del síntoma fiebre.

Tratando el asunto con desprecio, como conviene á los detractores del progreso, que creen haber llegado al *nec plus ultra* de la perfección terapéutica, dice el Profesor Peter: "Tras los que tratan de enfriar por medio del agua, vienen los que quieren conseguir el mismo resultado con medicamentos;" de lo que se sigue que existe una medicación *refrigerante* que si merece tal calificativo es porque es *tóxica*."

Evidente es la necesidad de la medicación defervescente; el instinto animal nos la indica. Cuando el calórico de la organización pasa ciertos límites, constituye por sí solo un grave peligro para la vida, la cual no puede continuar cumpliendo su mision, ni abajo de cierta temperatura, ni arriba de un determinado número de grados; sea cual fuere la causa de la calorificación, ella por sí sola amenaza con causar la muerte; indispensable es en consecuencia, tener medios apropiados para evitar tanto su exceso como su falta.

Esa necesidad se impone al práctico, por lo mismo se han buscado varios medios para conseguir el efecto deseado: el método de Brand ha sido uno de los más ensayados, pero es de difícil aplicacion en los hospitales, en donde se tiene todo lo necesario; en la práctica civil es casi imposible: muy á menudo por la falta de medios apropiados, de personas adecuadas á su empleo y de prudencia por parte de dichas personas, se vuelve positivamente peligroso.

Cuando la temperatura es muy elevada, sería necesario repetir muchas veces la inmersión, y resultaría entonces su uso penoso é impracticable.

Estas circunstancias, ya bien comprobadas por la práctica: (todos hemos ensayado este método hace 15 ó 20 años,) nos obligan á buscar otros medios refrigerantes entre los medicamentos, y como la experimentación de éstos nos enseña que los hay defervescentes y termógenos, ya tenemos á la mano los agentes deseados.

¿Será necesario, como lo dice el Profesor Peter, llegar á producir efectos tóxicos para conseguir la defervescencia? No ciertamente. Todo lo que se introduce en el organismo llega á ser tóxico cuando llega al exceso: el oxígeno, agente vital por excelencia, puesto que sin él la vida se acaba, no se puede tomar en exceso; el alimento, por bueno y sano que sea, y sin el cual la vida no podría prolongarse indefinidamente, no se puede tomar en exceso sin el riesgo de volverlo tóxico, cuando produce la indigestión.

El alimento dado en proporción prudente nos da la vida y el bienestar; el oxígeno en cantidad debida, entretiene la existencia y la salud; los agentes termógenos, ministrados en proporción adecuada, sostienen el calórico, cuando disminuye, y los defervescentes, en cantidad prudente, lejos de ser tóxicos son salvadores.

Si se han dado en proporción tóxica estos agentes, ha sido por personas que no conocen ó no quieren admitir las indicaciones de la dosimetría. En efecto, los hechos referidos por el Profesor Peter, indican, por parte de quienes los provocaron, una absoluta imprudencia en el manejo de los defervescentes, aún más, una completa ignorancia de los que conviene usar, cuando y como se puedan usar con seguridad; ciertamente se les puede acusar de impericia é imprudencia.

En cuanto á que los partidarios de la medicación balnearia de Brand sean los que acusan á los medios refrigerantes internos de ser tóxicos, les diremos que hagan más práctica la medicación balnearia

y tendrán derecho de acusar á la medicación defervescente mal aplicada. Pero si comparamos la sencillez, la facilidad, la prudencia del método defervescente dosimétrico con lo laborioso, imperfecto é imprudente en muchos casos de la medicación de Brand, no habrá vacilación posible entre los dos.

Entre envenenar á los enfermos ó atormentarlos con las maniobras balnearias, haciéndoles correr el peligro de contraer congestiones y lesiones orgánicas graves y duraderas, hay posibilidad de vacilar, puesto que los dos métodos son malos y peligrosos, pero si se comparan con el método burggraeviano, que no pide más que atención, para ser aplicado con seguridad plena, no habrá vacilación posible.

En lugar de agitar al enfermo, para quien todo movimiento es doloroso, de producirle impresiones penosas tan repetidas para bañarlo tantas veces como sea necesario, en lugar de darle masas verdaderamente tóxicas y capaces de agotar rápidamente su resto de vida, en el método dosimétrico se le ministran gránulos fáciles de pasar, en cantidad mínima, con sustancias bien medidas y definidas, en cuanto á su composición y á la oportunidad de su administración, basta esta comparación para establecer la superioridad del método burggraeviano sin penetrar en todas las consideraciones, por las cuales se hace admirar su previsión y oportunidad.

Con razón el Sr. profesor Peter no hizo mención del perfeccionamiento terapéutico debido al profesor Burggraeve; no teniendo como criticar y condenarle se abstiene de mencionarlo, como si no fuera digno de atención, pero quién duda de que lo hubiera atacado como lo hace con las prácticas balnearias y refrigerantes imprudentes, si le hubiera encontrado un punto vulnerable por donde contribuir á sembrar la desconfianza en su contra? si no lo emprende es porque no lo puede. Conocido está el Sr. profesor Peter por su animadversión en contra de todas las novedades, habiendo emprendido campañas en contra de los más evidentes progresos modernos.

Se vanagloría de no haber nunca ensayado las medicaciones tóxicas y eso ciertamente no se le puede reprochar; pero si nunca hubiera médicos capaces de ensayar algo, si todos hubieran hecho como el profesor Peter, estaríamos todavía hoy con la terapéutica, ciertamente bien limitada, de nuestro padre Adán.

No tiene el médico el derecho de arriesgar la vida de los pacientes para ensayar medicamentos nuevos; pero hay modo de ensayar sin arriesgar nada, haciéndolo prudentemente y procediendo de cantidades forzosamente inertes por su pequeñez, para llegar paulatinamente á cantidades capaces de tener alguna acción pasajera, que se puede medir para después proporcionar estas cantidades á las necesidades del enfermo.

Es lo que hace el método dosimétrico: sus agentes, reducidos á proporciones mínimas, no pueden causar perjuicio si son dados prudentemente; cuando su efecto se produzca, nunca será mucho mayor de lo apetecido porque nunca habrá habido notable exceso de medicamento introducido, y si lo hay, pronto quedará eliminado por las excreciones; con tal seguridad se puede alcanzar prudentemente la defervescencia y no se corre ningún riesgo de pasarse hasta la hypotermia peligrosa.

Ahora bien, para juzgar á un método, no es de lo más acertado acudir á sus adversarios, como lo hace el Sr. Peter, al decir: como no tengo experiencia propia aprovecharé la de quienes *están interesados en probar* que los métodos opuestos al suyo no son buenos; este modo de proceder no es conforme á la justicia, la cual rechaza testimonios interesados y parciales.

Cita un caso de envenenamiento por el ácido fénico que puede agregarse á la lista de los que ya conocemos para que este agente, útil en *proporción debida*, no sea empleado á ciegas como si fuera incapaz de perjudicar cuando se da en exceso; en los niños muy especialmente obra algunas veces con una energía alarmante.

La toxicidad del sulfato de quinina está conocida y establecida con hechos hace tiempo; el trabajo del Dr. Goyard, publicado en el Repertorio de Medicina Dosimétrica, no deja duda respecto de lo peligroso que es cuando se usa sin medida.

La hypertermia es en efecto tan temible, ó más que la hypotermia, por lo mismo es preciso usar á los defervescentes, en dosis mínimas y proporcionadas; si por imprudencia, ó falta de atención se produce la hypotermia, la dosimetría tiene elementos para auxiliar á los medios higiénicos, á los cuales se limitó el profesor Peter, haciendo su acción más rápida y más segura, lo que no es despreciable en un caso de enfriamento rápido y considerable.

Vemos con gusto que en este accidente producido por el ácido fénico, el profesor Peter hizo tratamiento sintomático no más, puesto que hasta después fué cuando supo cuál había sido la causa de la hypotermia: quedamos absueltos, con tal ejemplo,

los que creemos que en infinidad de casos debemos acudir á los síntomas, sin esperar que sean bastantes y graves, para formular un diagnóstico completo.

Se considera muy dichoso el profesor Peter por haber logrado restablecer á su paciente envenenado por el ácido fénico con medios higiénicos no más, sin la intervención de ningún agente terapéutico, pero, si la postración hubiera sido mayor, los medios higiénicos habrían quedado insuficientes y el profesor Peter no nos contaría el éxito; sin embargo, en tales circunstancias, el uso de la estricnina y del ácido fosfórico, prudentemente, pero suficientemente ministrados, hubieran podido suplir á la insuficiencia de los medios higiénicos, y si no es permitido al médico hacer experiencias peligrosas, sí le es obligatorio saber todo lo que puede ser útil para salvar á la vida cuando peligra.

Dice el profesor Peter "El enfermo se restableció de su *hipotermización*, llevada al extremo, pero con mucha lentitud." En efecto había sido llevada muy lejos, por haber dado una dosis desmedida de defervescente y sin tantear, como es debido, la idiosincrasia del sugeto. Se restableció con mucha lentitud porque no más se aplicaron para su restablecimiento, medios higiénicos y no se le ayudó con los medicamentos conocidos como capaces de restablecer la fuerza nerviosa y los glóbulos de la sangre.

"Un tifoideo que era *juiciosamente* tratado por el método expectante" se concibe que después de referir casos de intoxicación indebida, por tratamientos desmedidos é inoportunos, el profesor Peter declare juiciosa la expectación; pero no es permitido al médico pasar de un extremo al otro y caer de una terapéutica, exagerada hasta la imprudencia, á la expectación pasiva, que no matará, pero podrá dejar morir á enfermos para los cuales una prudente asistencia activa podía ser salvación segura.

Entre perjudicar y no hacer nada, hay un término medio prudente: es hacer lo debido en la proporción conveniente, cuando convenga y en cuanto convenga, como se puede, mediante la previsora y prudente medicina dosimétrica.

El método expectante, en el caso referido por el profesor Peter, tuvo el inconveniente de causar inquietud á la familia del enfermo y de inducirla á oir consejos imprudentes de persona al tanto de la ciencia ya conocida y juzgada como perniciosa por la práctica de estos últimos tiempos.

Cuánto mejor hubiera sido, haciendo lo debido, no dejar lugar á tan imprudente intromisión de personas mal informadas respecto de los inconvenientes comprobados hoy de la quinina en exceso.

Es ciertamente el procedimiento referido en esta observación el más opuesto posible á las medicaciones de la dosimetría: una dosis masiva, dada de una vez y capaz de siderar al sistema nervioso en toda su fuerza, cómo no había de producir fenómenos alarmantes en un convaleciente de una enfermedad tan hypostenizante como lo es la fiebre tifoidea por leve que sea.

Fortuna fué que bastara la suspensión de la intoxicación para que cesaran sus consecuencias.

Estamos enteramente de acuerdo con la explicación dada por el profesor Peter, de que á veces haya gran tolerancia respecto de dosis exageradas por parte de enfermos, en los cuales la absorción es casi nula, y ciertamente merecen llamarse temerarias esas medicaciones tan peligrosas como las enfermedades que deben combatir, ó más.

Numerosos casos de muerte por asistolia en la convalecencia de la fiebre tifoidea, pueden, con fundamento, atribuirse al uso exagerado de la quinina, el cual en personas presdispuestas puede perfectamente producir la parálisis del corazón.

"He dicho antes que me aprovecharía de documentos tomados á la práctica de otros para demostrar la acción tóxica de los medicamentos refrigerantes, y á este fin, etc." Qué bella ocasión tenía aquí el profesor Peter para colocar en la categoría de los tóxicos reprobados á los defervescentes dosimétricos; pero sin duda no tuvo noticia de que hayan causado ni desastre ni susto, y prefirió no mentarlos, puesto que no los podía acusar de perjuicios; pero, si es tan necesaria la defervescencia que desde Galeno hasta nosotros todos los médicos, han buscado el modo de conseguirla, ¿cómo resistir á la obligación de estudiar medios capaces de conseguirla, usados ya en grandísima escala en muchas partes del mundo, sin que se les pueda acusar de haber sido nocivos, en ninguna de tantas experiencias?

Refiere el profesor Peter una serie de observaciones en las cuales se comprueba lo peligrosa que es la antipyrina, tan usada actualmente; de las observaciones hechas por un práctico de los más hábiles, resulta que la antipyrina destruye los glóbulos de la sangre, disminuye el calórico vital á la vez que disminuye también la vida, por lo mismo es peligrosa.

En la primera observación extraída del trabajo del Dr. Mollière, se ve que la an-

tipirina suprimió unas epistaxis, pero causó la muerte por adinamia debida á púrpura hemorrágica.

En la segunda hubo fenómenos mortales análogos á la uremia, que cree poder atribuir á acumulación de la antipirina.

En la tercera, acudieron á la antipirina porque el baño era mal tolerado, y este medicamento fué todavía más nocivo.

"Intoxicación, intoxicación" se repite en lo transcrito y verdaderamente no deja de ser singular que se diga de un tratamiento "que intoxica." En efecto, es más que singular, es escandaloso, cuando tan fácil fuera evitar tal intoxicación hasta con los mismos agentes curativos á los cuales se está haciendo el proceso: si se hubiera dado el ácido fénico en dosis mínimas, repetidas hasta el efecto, se habría conseguido éste sin llegar á la intoxicación, si se hubiera usado el sulfato de quinina y la antipirina del mismo modo, por dosis pequeñas, hasta el efecto y no más, tampoco se hubiera producido la intoxicación, aun cuando debemos convenir, los que conocemos á la dosimetría, en que estos defervescentes no son los mejores; muy al contrario.

Ciertamente la antipirina es inferior á la agua fría, pero convenimos en que la agua fría no es fácil de aplicar, ni en los hospitales mejor organizados; y es peligrosísima en las casas en las cuales faltan elementos convenientes y personas adiestradas para aplicarla bien.

El agua fría no envenena, en efecto; sin embargo, si su aplicación fuera demasiado prolongada produciría también una hypotérmia peligrosa, y no son escasas las ocasiones en las cuales ha producido accidentes congestivos fatales.

Ciertamente la antipirina, dada en dosis altas, es venenosa, pero en dosis mínimas, con agentes sinérgicos, con la estricnina para compensar su acción hypotesnizante, con hidroferrocianato de quinina para reponer rápidamente los glóbulos que haya podido destruir; habrá casos en los cuales preste buenos servicios sin causar perjuicio: lo hemos visto prácticamente y lo verán los prácticos, que quieran manejarla como se debe.

"Y veamos ahora lo que ha ocurrido con el salicilato de sosa *á alta dosis.*" Completa, sin pensarlo, el Profesor Peter la utilidad de su lección, lo dañoso, como lo hacíamos notar hace un momento, es la *alta dosis*, el exceso.

"En Alemania, donde no se duda de nada y en donde el enfermo de hospital es considerado sin escrúpulo como un animal en experimentación, se ha dado esta sal á los tifoideos (¡desgraciados!) á la dosis de 6, 8, 10, 12, 14 y aún 15 gramos por día y la cifra de la mortalidad se elevó, en manos del Dr. Riess, á 24. 2 por ciento."

En las fiebres, la médula espinal resiente la alteración de la sangre y el exceso del calórico de un modo especial, que siempre produce cierta paresia; si se da en exceso un agente capaz de paralizar se produce una agravación de uno de los principales síntomas del abatimiento febril; así es que el salicilato de sosa es contraproducente cómo defervescente: primero empeora y no llega á ser bastante para abatir la temperatura; aquí no sólo hubo exceso, sino falta de oportunidad por parte del remedio.

Con razón considera el Sr. Hallopeau que las dosis de 4 y aun 3 gramos son excesivas, puesto que el medicamento es impropio en dosis mínimas, aunque no sean continuadas. Las dispneas observadas y las congestiones, por el Dr. Hallopeau, eran debidas á un principio de parálisis de los nervios respiratorios, los que la misma fiebre, sin el aumento del salicilato, debilita demasiado por sí sola.

No hay necesidad de acusar á la acumulación en cuanto al salicilato de sosa, puesto que una cantidad mínima basta para perjudicar; es impropio. Si se hubiera dado prudentemente por centígramos, como lo prescribe la dosimetría, se habría conocido, antes de llegar á causar grandes perjuicios, que no era el defervescente oportuno en caso de fiebres hypostenizantes, como lo es la tifoidea.

Las hemorragias observadas por el Dr. Hallopeau han sido debidas á la parálisis de los vasomotores y estancación de la sangre en los capilares: se hubieran evitado con estricnina, digitalina, ergotina é hidrastina.

El salicilato de sosa, en dosis moderadas altera la funcionalidad cerebral en sugetos en toda su fuerza, con más razón la alterará en quienes estén debilitados y cuando se da en dosis imprudente.

La acción microbicida de la quinina y de la mayor parte de los alcalóides no es dudosa, pero se concibe que sí, *in vitro*, se necesita cierta cantidad para conseguir la destrucción de los microbios, en el organismo se necesita menos. *In vitro* el alcaloide tiene que ser el único agente destructivo, el vaso que lo contiene no lo ayuda, mientras en un organismo en el cual hay más ó menos vida, es decir, fuerza para resistir á la invasión de los microbios, los alcalóides encuentran una ayuda eficaz en

esta fuerza de la vida y bastan cantidades mucho menores que para destruirlos *in vitro.*

¿Qué cantidades serán necesarias? aquí la experimentación terapéutica prudente es la única que pueda contestar y contestará cuando se den los agentes microbicidas en cantidades mínimas, sorprendiéndose muy á menudo el práctico al ver que lo que le parecía insuficiente, á priori, es bastante en realidad.

Así se evitará lo que con gracia refiere el profesor Peter, diciendo que á veces, al matar el microbio, se mata también al enfermo.

Nunca, el profesor Burggraeve, fundador de la Dosimetría, ha hablado tan bien en favor de su método, como lo está haciendo el señor catedrático de la Escuela de París, sin siquiera mentarlo.

No hay quien dude de que muchos tifoideos hayan sucumbido á consecuencia de excesos terapéuticos, así, bien se puede llamar tóxica la ministración de 4 gramos de sulfato de quinina en un día, pero no sería cuerdo sacar en conclusión, que es debido, para no caer en tales excesos, pasar al opuesto, y dejar morir para evitar el temor de matar.

Se puede curar sin exponer al paciente, conociendo los agentes apropiados, dándolos con la mesura debida; sólo así se llegan á conocer los que convienen, eliminando á los que dañan aun en dosis pequeñas.

La medicación puramente antiséptica, es insuficiente: cuando la fiebre estalla es que el elemento infeccioso ha penetrado en la circulación y en los tejidos, la desinfección podrá tal vez impedir que aumente la infección, pero la que esté producida, seguirá comprometiendo la vida, destruyendo la actividad de su regulador, el sistema nervioso, urge acudir en auxilio de sus elementos abatidos, y para esto los antisépticos no son eficaces.

La enfermedad es una consecuencia de que la resistencia vital ha bajado, bueno es impedir que sigan penetrando en la organización más elementos capaces de abatirla, pero mejor es todavía dar á esta organización nuevas armas, nueva fuerza para rechazar los que ya entraron.

El profesor Peter declara que emplea la medicación de las indicaciones, esto es confesar su adhesión á la doctrina Burggraeviana, la cual no predica otra cosa: seguir las medicaciones de cada estado morboso. En las fiebres, la primera indicación, por orden de sucesión como por su importancia, es la que resulta del aumento del calórico; de allí el uso inmediato de los defervescentes, pero no en dosis tóxica, muy al contrario, en proporciones mínimas, sostenidas hasta efecto; así debe ser, porque la eliminación de los agentes defervescentes dosimétricos es continua; si necesita una fiebre 10, 15 milígramos de alcaloide para ser dominada, éstos luego salen por la excreción orinaria, y entonces se encuentra dueña otra vez del terreno, de allí la necesidad de reponer la dosis á la vez que vaya saliendo, mientras el sugeto recobra el equilibrio y queda definitivamente más fuerte que la enfermedad.

Se ha dicho que la estadística es una cortesana; como se da á quien la solicita, sus conclusiones son dudosas y no valen nada en contra de las que nos puede dar la razón guiada por la ciencia y el sentido común. Racional es tener respeto por el organismo, evitar todo traumatismo terapéutico, y al efecto dar los agentes activos con suma prudencia y atención, no confiando á una organización debilitada masas que no pueden soportarse más que por milagro. Para conocer la acción de los agentes terapéuticos, es preciso darlos muy poco á la vez, hasta ver su efecto mínimo llegar al suficiente, y pasado éste, los resultados pueden ser fatales. ¿Qué diríamos de un químico, si para lograr un precipitado en una probeta la llena de un golpe del reactivo que se trata de ensayar? El cuerpo humano es una probeta más frágil y susceptible que cualquiera de las que se usan en los laboratorios, en consecuencia hay que tener en cuenta su susceptibilidad, á la vez que la necesidad de sorprender los primeros efectos de los reactivos introducidos en ella.

Desde Galeno, la oportunidad es recomendada "Itaque, videbitur precipua causarum sanatio *frigida potus* quo causos nos perpetuo *curavimus*, nullo ex his morienté cui frigidam propinavimus in tempore *oportuno.*" "Calor omni febri est inimicus nam refrigeri non calefieri febricini affectus postulat."

Después de esta cita, por la cual prueba cuál era el deseo de Galeno, el profesor Peter atribuye el abandono del método defervescente por el agua á que la experiencia no le fué favorable. En efecto, su aplicación era difícil y mal medida; no sucede lo mismo con los defervescentes dosimétricos.

Ninguno de los métodos que pasa en revista llena la indicación, esperaremos la relación de los accidentes producidos por el método de Brand, aunque los conocemos, por haberlos visto producirse tan luego

como ensayamos dicho método, poco práctico ciertamente.

En resumen: de la instructiva lección dada por el profesor Peter, sacamos en consecuencia, que en la Escuela de París, los maestros más encumbrados están todavía tanteando y tonteando en la asistencia de sus enfermos, será sin duda por falta de haber encontrado una práctica fundada sobre la razón y el sentido común.

Mr. Peter prueba con hechos, que reina la anarquía entre los príncipes de la ciencia, y que los pobres enfermos lo pagan, que algunos, sordos y ciegos, como quienes no quieren oir ni ver, siguen todavía las prácticas alemanas de Brand, imaginadas y abandonadas primero en Francia, y vueltas á vulgarizar en Alemania, en donde parece que la vida humana está menos estimada que en otras partes del mundo (*la force prime le droit.)*

Allí ensayan rudamente lo más temible, aun el príncipe imperial tuvo que resentir lo enérgico de los procedimientos. Se refiere que el profesor Gerhard, del 14 de Marzo al 7 de Abril, cauterizó casi diariamente, (suspendiendo el procedimiento del 18 al 26), la cuerda vocal enferma, con el platino candente. Sabemos que en las superficies mucosas la acción repetida del calórico es desastrosa, á tal grado que el cancroide de los labios no se ve más que sobre los hombres de países en los cuales sólo los hombres fuman en pipas cortas, y se ve en igual número en los dos sexos en donde hombres y mujeres usan el mismo modo de fumar.

Tanta rudeza hacia el que debía llegar á ser el Emperador de Alemania, da una idea de la que usaran los príncipes de la ciencia alemana hacia los pobres enfermos de hospitales.

Concuerdan hoy todos los prácticos sobre lo conveniente de la defervescencia, cuando la efervescencia constituye en multitud de casos el mayor peligro de los estados morbosos, tienen la conciencia de que importa conseguir este anhelado efecto, y con este fin acuden á medios poco prácticos ó á medios tóxicos, lo dicen con todas sus letras los profesores Humbert Mollière y Peter, quienes los han visto usar, y en esta confesión dicen verdad.

El ácido fénico, el sulfato de quinina, la antipirina, usados en dosis exageradas y fuera de tiempo, sin ninguna medida ni compensación, son tóxicos y altamente peligrosos.

Pero ¿si son usados así por príncipes de la ciencia, cómo creer en la infallibilidad de estos oráculos? ¿Porqué no buscar una vía más segura? si no la hubiera, sería preciso inventarla.

La hay: la Dosimetría enseña, como su base, el arte de producir la defervescencia sin comprometer la vida, tiene medios tan apropiados, tan prudentes y tan seguros que, por timorato que sea, nadie se arrepentirá de haberlos aplicado prematuramente; muy al contrario.

Su confianza en las armas, que debe al profesor Burggraeve, hace que el dosímetra esté seguro de servir aun antes de que la enfermedad estalle; así como el higienísta tiene por fin impedir las causas de enfermedades, el dosímetra comienza por evitar su invasión.

Cuando la salud, atacada por causas deletereas, vacila en su resistencia, está por abdicar, el dosímetra, sin exigir, que la enfermedad se complete, le da la mano y la ayuda á vencer, tiene medios seguros para auxiliar á las fuerzas deficientes y eso rápidamente.

Poco observador será el hombre, que, antes de verse atacado por fiebres infecciosas, no ha sentido en sí mismo la lucha prodrómica: primero, siente debilidad, pereza, cansancio, falta de aptitud para resistir á las variaciones de temperatura; el menor movimiento en el aire le causa frío y el aire le falta; si no se renueva se acaloriza, pero por momentos le parece que recobra sus fuerzas y vence á la influencia morbosa, hasta que repentinamente el desequilibrio se traduce por un frío profundo y convulsiones musculares producidas por el mismo frío; sin embargo, si en tal momento se pone el termómetro marcará una temperatura elevada, comprobando así el desequilibrio, la anarquía orgánica. A veces este estado es pasajero, el organismo recobra su potencia, si se ayuda oportunamente, aumentando la actividad del sistema nervioso con su tónico especial, la estricnina.

En el período de lucha es imposible prever que enfermedad estallará, cuando la organización se dé por vencida, pero no por eso queda el dosímetra en la duda de cual es su deber ¡levantar las fuerzas! si no impide el desarrollo del mal, siempre habrá dado al sugeto más probabilidad para resistirle.

En el curso de la enfermedad que no se haya podido evitar, cada día se renueva la lucha entre la vida y la muerte, á cada momento nuevos síntomas darán nuevas indicaciones para la terapéutica, las cuales el dosímetra llenará en la medida y con la prudencia debida, siguiendo paso á paso el curso de la enfermedad y proporcio-

nando los auxilios á las circunstancias del caso, sin correr el riesgo ni de dejar acumular medicina momentáneamente inerte, ni de darla fuera de tiempo como se ve que se hizo en las observaciones referidas por el profesor Peter, ni de darlas en exceso, como también lo refiere.

La confesión del eminente profesor es una buena acción, por la cual la humanidad y la dosimetría le deben votos de gratitud.

FÉNÉLON.

CORRESPONDENCIA.

Estado de México, Mineral de Zacualpan, Septiembre de 1888.

Sr. Dr. Juan Fénélon.—México.

Muy señor mio y respetado colega:

Habiéndome adherido á la Doctrina médica, intitulada: "Dosimétrica," siendo, como soy, socio activo del Instituto dosimétrico de Madrid (España) que dirige el Dr. Baldomero González Valledor, y siendo vd. en unión del Sr. Dr. Malanco, los propagadores y sostenedores de la eminente doctrina del esclarecido Dr. Burggraeve, no puedo menos que ponerme á las órdenes de vd. y del Sr. Malanco, para que si vdes. me creen útil en algo, aquí tienen un discípulo que los ayudará en todo aquello que sirva para el engrandecimiento y gloria de nuestra doctrina, no habiéndolo hecho antes, pues hasta hace pocos días que supe que vdes. sostienen y propagan la referida doctrina.

Sírvase vd. ponerme á las órdenes del Sr. Malanco, como lo hago con vd., repitiéndome afectísimo y S. S. Q. S. M. B.—*Dr. J. Max. Meinecke.*

De Rio Grande á México.—Septiembre 19 de 1888.

Sr. Dr. Juan F. Fénélon.

Distinguido compañero y señor:

Al dar publicidad á la carta que con motivo de la enfermedad de mi hija dirigí á Celaya al señor mi padre, Dr. José M. Quintanilla, me guió, primero, el de oponer *hechos innegables* á los ataques infundados de algunos de los médicos de la Escuela Oficial, muchos de los que sin conocimiento de causa, ó refractarios á todo adelanto que no sea hijo de ella, lanzan á nuestro digno Método Dosimétrico. Segundo, dar públicamente un voto de gracias al venerable fundador y maestro, Dr. Burggraeve por haber dado á luz un método verdaderamente científico, y con el cual pude salvar de una muerte cierta á una hija querida. Tercero, contribuir con mi grano de arena al estudio y aplicación de tan sublime método, entre los compañeros que como yo, deseen el alivio de la humanidad.

Estas fueron mis miras al publicar mi pobre trabajo; pero ¡qué lejos estaba de esperar que un médico de la notoria aptitud de vd. lo había de hacer objeto de su alto aprecio y benigna estimación! ¡Gracias mil por los inmerecidos conceptos que me dedica en su bien escrito artículo, que con el título de "¡Adelante!" publicó en el periódico "La Medicina Científica!" Nunca me imaginé tal honra; honra que estando muy lejos de merecer, me obliga sin embargo, á sacrificarme en lo sucesivo por el estudio de la verdadera ciencia de curar, para hacerme digno de ella y del aprecio de mis dignos compañeros.

Reciba vd. pues, respetable compañero, mi gratitud sin límites por sus bondadosas apreciaciones. Tal vez muy pronto tenga el honor de presentarle personalmente mis respetos; entretanto permítame aprovechar esta ocasión, para suscribirme de vd. afmo. y S. S. Q. B. S. M.

DR. V. QUINTANILLA OVIEDO.

P. D.

Suplico á vd. la publicación de la presente.

México, Septiembre 23 de 1888.

Sr. Dr. V. Quintanilla Oviedo.

Muy estimado compañero y valiente colega:

Acabo de recibir su muy amable carta, dándome las gracias por haber tenido el vivísimo gusto de comentar su preciosa observación. El obligado soy yo, porque gocé al leerla, al estudiarla, al referirla y analizarla, y á vd. soy deudor de tan buenos ratos.

Ahora, hay más, en vd. veo un corazón generoso, que no esconde su bandera: ha estudiado, ha aprovechado y altamente lo dice; tal espectáculo no es común, lo más que vemos son: maestros llenos de sí mismos, quienes no admitiendo tener que es-

tudiar algo más, consideran que los príncipes de la ciencia de París no hablan de Dosimetría, y como son sus modelos, no creen, aún cuando vean hechos innegables, que sea verdad la Dosimetría; que la tierra dé vuelta, puede que sí, porque Mr. Dujardin Baumetz y Mr. Peter lo permiten, pero que la Dosimetría exista, no es posible, no debe ser, no será hasta que lo consientan aquellos señores, y como no lo permitirán ¡no será!

Junto con estos maestros, vemos jóvenes que han dado gránulos y visto algo de sus efectos, pero temen descontentar á sus severos protectores, con admitir lo que cree un estudiante perpetuo, independiente de toda asociación de admiración mutua, y adorador incorregible de la verdad y del progreso, por mucho que le cueste tal adoración el cual es su servidor.

Por lo mismo que son tantos los enemigos de la alcaloidoterapia y tan pocos y tan poco valientes sus adeptos, son más dignos de estimación, los últimos.

Con este motivo, permítame ofrecerle un cordial abrazo confraternal y con las más sinceras felicitaciones la expresión de estimación y gratitud de su afmo. compañero y amigo entusiasta.

F. Fénélon.

P. D.

No me puedo oponer á la publicación de su amable carta, pero me voy á ponèr colorado cada vez que la vea.

Casa de vd., Septiembre 6 de 1888.

Sr. Dr. Fernando Malanco.
Presente.

Muy estimado maestro y fino amigo:

En la época presente en que la medicina parece conmoverse bajo la influencia de medicamentos nuevos y de un método en su aplicación más racional que el que se empleaba hasta mediados del presente siglo; en esta época, digo, creo que todo aquel que se dedica al noble sacerdocio de curar ó aliviar nuestras dolencias, debe externar con la lealtad cientifica que á un médico incumbe, lo que en su pequeña ó numerosa clientela observe acerca de los puros y preciosos medicamentos que la Dosimetría ha vulgarizado.

No es mi objeto hacer pública defensa del sistema que vd. con brío ha sido el primero y principal en generalizar entre nosotros, sólo, sí, comunicarle los éxitos que creo haber obtenido con estos remedios y el motivo que me impulsó á comenzar el uso de los gránulos dosimétricos.

Hace dos años que ejercía yo en Zacatlán, Estado de Puebla, cuando llegó á mis manos un librito titulado "Nuevo Guía práctico de medicina dosimétrica" lo leí y lo volví á leer con verdadero interés, pues en él encontraba sustancias nuevas, enérgicas, de fácil forma administrativa y perfectamente indicadas á las enfermedades á que se les destinaba según los conocimientos que yo había adquirido en la Escuela.

No obstante la agradable impresión que me dejó la lectura del nuevo método, y de la confianza que el autor revela en su sistema, yo no me animaba á propinar sustancias tan enérgicas, pues allá como aquí ve uno al enfermo y después lo pierde de vista, quedando el resultado del medicamento poco menos que ignorado de parte del médico. Deseaba ver prácticamente aplicado por lo menos el contenido de un tubo de esas sustancias que tanto me habían impresionado; pero ahí no era posible hacer esta observación porque los compañeros se manifestaban reacios para aceptar la Dosimetría. Al fin me resolví por comenzar á emplear los gránulos menos peligrosos; á la sazón asistía á un enfermo atacado de dispepsia flatulenta hacía ya algún tiempo, le prescribí un gránulo de quassina cada tres horas; tres días después del tratamiento me volvió á ver y me comunicó que sus digestiones ya no eran tan laboriosas y que la producción de gases había disminuído; ordené la misma quassina y un gránulo de arseniato de estricnina antes de cada alimento, más 10 centígramos de pepsina pura después de las comidas; ocho días después el enfermo me dijo que casi estaba bueno; insistí en el mismo tratamiento por un mes, al terminar el cual mi enfermo se encontraba perfectamente.

Animado por este buen éxito, me resolví á emplear la aconitina como defervescente, para lo cual la apliqué en el caso siguiente: niña de tres años de edad que la víspera de su enfermedad había estado en perfecto estado de salud, á la media noche sus padres se despertaron y la encontraron con una calentura que quemaba según sus expresiones, con desvarío y ligeros sobresaltos; á las 7 de la mañana, hora en que yo la ví, el termómetro marcaba 39° 5, hice un interrogatorio lo más minusioso posible, examiné cuidadosamente á la enfermita, sin encontrar la causa de aquella temperatura, el estado general estaba bien y la enferma contenta; como vd. comprenderá no hice diagnóstico, pero lo indicado

era abatir la temperatura y por esto fué que ordené un gránulo de aconitina cada media hora; á las once volví á ver á mi enferma, encontré igual temperatura, pero como nada me indicaba que debía suspender el medicamento, dejé prosiguiera el mismo; á las tres de la tarde el termómetro sólo marcó 38°; entonces modifiqué la hora en que se debía dar la aconitina, porque le confieso á vd. temí un accidente; ordené un gránulo cada hora; á las 7 de la noche el termómetro marcó 37° 5; suspendí la medicina en la noche. Al día siguiente 7 de la mañana me dijeron que la noche la había pasado sin calentura, pero que como á las dos ó tres de la mañana la sintieron más caliente de lo que estaba en las primeras horas de la noche, además tuvo un vómito, apliqué el termómetro y marcó 38° examiné con cuidado á la enfermita, ningún padecimiento pude apreciar, volví á ocurrir á la aconitina, un gránulo cada hora, más una pomada con sulfato de quinina; á las doce, el termómetro sólo marcó 37° 5; mismo tratamiento; á las 8 de la noche temperatura normal; suspendí la medicación. Al día siguiente igual temperatura, supresión de toda medicina, y me despedí en la creencia de que la enferma estaba curada; así sucedió pues ya no volvió á presentarse la calentura.

¿Qué fué lo que tuvo mi enfermita? no lo sé, pero sí pude observar que en seis horas la temperatura descendió uno y medio grados, y que si después subió algo, esto coincidió con la supresión del medicamento, y que vuelto á dar éste bajó la calentura. Esto fué para mí una gran enseñanza; pues aunque lo que sufrió mi enferma haya sido una fiebre efímera, igual razón hay para creer que se anunciaba un serio trastorno orgánico. Después de esta observación, he seguido aplicando la aconitina como defervescente y siempre he tenido resultados más ó menos completos según ha sido también más ó menos rigoroso el método administrativo.

En el reumatismo articular subagudo y en las neuralgias he obtenido positivos éxitos con la veratrina.

Aunque no soy un dosímetra completo, pues carezco del conocimiento del método Burggraeve en todos sus detalles, sí le digo á vd. que tengo grandes simpatías por la medicación moderna, sin dejar de comprender que hay muchos casos en que es indispensable recurrir á los antiguos vejigatorios, las enemas, las pomadas, etc. Por hoy creo estar en la verdad empleando el método de Burggraeve en muchos casos y en otros tantos la medicación ortodoxa.

Como ya me encuentro entre dosímetras que saben bien lo que traen entre manos, fácil me será adquirir en la materia el conocimiento que deseo, y quizá muy pronto sea uno de sus más fervientes partidarios.

Perdone vd. que le haya divagado un momento de sus ocupaciones, y sabe que soy como siempre su más atento amigo y S. S.—*Ramon N. Prado.*

Reflexiones sobre la carta anterior.

Sinite párbulos venire ad me decía Jesús á sus discípulos y éstos fueron todos escogidos entre los jóvenes; así debe hacer el método dosimétrico, aunque su fundador fuese de edad madura cuando ideó la reforma médica y que algunos prácticos antiguos, más anhelosos de progresar que de descansar, lo hayan adoptado, es evidente que entre los jóvenes ha de encontrar sus apóstoles el nuevo método, como lo estamos viendo.

Los prácticos desilusionados, se han conformado con que la terapéutica sea una rutina convencional: á tal conjunto de síntomas se da tal nombre, y cuando se puede designar de tal modo, corresponden tales ó cuales mezclas dadas desde uno, dos ó muchos siglos, por lo mismo, consagradas por la costumbre. El enfermo sanará si Dios quiere, puesto que es todopoderoso, y que en efecto algunos sanan aunque el diagnóstico haya dejado mucho que desear y la aplicación terapéutica todavía más. Con declarar, desde la primera vista, la enfermedad mortal, mandar disponer al enfermo, la responsabilidad médica está cubierta: si muere, estaba previsto, y si no, se hizo un milagro con Santa Rutina por patrona.

Pero los jóvenes, amantes de su arte, los que abrazaron la penosa, pero noble profesión médica, por amor á la humanidad, agitados, impulsados irresistiblemente por la pasión de hacer el bien, éstos no se conforman con las frías prescripciones de la Escuela Oficial, quieren algo más análogo á los conocimientos modernos, algo más capaz de corresponder á sus nobles deseos.

El diagnóstico es difícil, tardío, y no se se conforman con esperar que el mal plante sus estandartes sobre los órganos más débiles y antes de auxiliar, á quien confía en ellos, no quieren que esté su situación desesperada.

Lo hemos visto en muchas ocasiones,

todos los prácticos, jóvenes ó no, hacen medicina sintomática porque aunque algunos maestros digan: no es permitido hacer medicación sin prévio diagnóstico, predican de un modo y practican de otro: lo vimos demostrado hace poco con ocasión de una fiebre, en la cual un joven académico llamó á su auxilio á dos de sus maestros, hicieron tratamientos, y sin embargo, el caso quedó publicado en la *Gaceta* de la Academia, como una prueba fehaciente de que el diagnóstico había quedado dudoso. No por eso dejó de ser enérgico el tratamiento prescrito antes y después de la junta entre el discípulo y sus maestros.

En otro caso también, referido por la *Medicina Científica* y sacado de la "Escuela de Medicina," hemos visto con qué energía fué tratado un enfermo de fiebre amarilla, aun antes de que se confirmara el diagnóstico.

Es innegable: la práctica sería imposible ó demasiado limitada si fuera verdad que nada se puede hacer para aliviar á los pacientes, mientras no se encuentre el médico en frente de un cuadro sintomático completo, tal como lo describen los patologistas en el silencio del gabinete, á donde su imaginación libre de toda ansiedad, y hasta de las exigencias de la realidad, puede dibujar dichos cuadros sin vacilación ni grande preocupación respecto de la semblanza.

Pero, si es permitido, más diremos, si es debido hacer medicina sintomática ¡cuánto importa estar en el caso de dar exactamente lo conveniente para el síntoma que se trata de combatir y en la cantidad útil, sin pasarse de lo necesario!

De allí se deduce la obligación de conocer más y mejor lo propio para cada síntoma en cuanto á calidad y cantidad del remedio.

Así como los antiguos patologistas creaban entidades patológicas imaginarias, fijaban los terapeutistas leyes de fantasía para la curación de aquellas fantasmas, era muy cómodo para el práctico, deseoso de no contraer ninguna responsabilidad: tales y cuales señas constituían la entidad buscada, tales y cuales agentes curativos eran los que indicaban los antiguos como capaces de curar de dicha entidad, los daban y habían cumplido su deber ó á lo menos lo creían así. Algunos, en su juventud, en la edad en la cual se anhela la perfección, hubieran querido algo mejor, pero, no habiéndolo, forzosamente debieron conformarse.

Hoy los jóvenes prácticos encuentran en el burggraevismo medios más análogos á su bello ideal; cuando un paciente se les presenta pueden consultar á su guía y antes de formular un diagnóstico anticipado, ó infundado, lo pueden consolar indicándole medios útiles para su alivio sin esperar que se confirme la enfermedad que lo amenaza.

Esta satisfacción, digna de alabanza, notamos en la carta del Dr. R. N. Prado que va adjunta, cuando dice: "En la época presente, en que la medicina parece conmoverse bajo la influencia de medicamentos nuevos y de un método en su aplicación más racional...... En esta época, digo, creo que todo aquel que se dedica al noble sacerdocio de curar ó aliviar nuestras dolencias, debe externar con la lealtad científica que á un médico incumbe, lo que en su pequeña ó numerosa clientela, observe acerca de los puros y preciosos medicamentos que la dosimetría ha vulgarizado."

Este es el acento de la juventud bien intencionada, y llena de buena fe en su deseo de servir; parece que oimos al práctico viejo, endurecido en la rutina, decir al leer esta frase animada por el entusiasmo: ilusiones son estas y no más que ilusiones, proponiéndose no fijar su atención en tan buena noticia porque, si resultara evidente, su conciencia lo obligaría á estudiar de nuevo; ha recibido tantas desilusiones en su vida que ya no quiere más y vuelve á abrazarse á la bandera de la Ortodoxia, bajo de la cual no hay responsabilidades para cada práctico: los autores, que han marcado el camino para los discípulos son los responsables, se hace exactamente lo que han escrito y si muere el paciente, que se hubiera podido salvar, ellos tienen la culpa y el médico ortodoxo, habiendo cumplido á la letra lo que dicen tales autores, puede dormir tranquilo y encantar á los moribundos con su inagotable amabilidad.

Nuestro inteligente compañero quiere ser más útil que agradable, tiene razón; muy bueno era conducir á los pacientes hasta el último suspiro con dulces maneras y encantadoras amabilidades, pero cuando se puede salvar es mejor hacerlo.

Mejor es, confesando lo insuficiente de la práctica según la Escuela oficial, ensayar el método nuevo, pero ensayarlo con intención pura de conocer la verdad no para poder decir que se ha ensayado y no fundar sobre experiencias notoriamente insuficientes una opinión preconcebida.

Aquí vemos al joven práctico preocupado por las severas prevenciones de la escuela, entrar con miedo en el campo de la

dosimetría; se le ha dicho que puros venenos y sustancias activas manejan los dosímetras: esa arma es la que esgrimen las personas vulgares, que creen que se puede curar con sustancias inertes y se figuran que las medicinas de la Escuela Ortodoxa, por estar envueltas en fórmulas complicadas, medidas al acaso, son más seguras como si lo oscuro, lo embrollado, fuera más prudente y menos peligroso que lo claro y lo evidente. Dicen que el avestruz, cuando está rendido, sume su cabeza en la arena para no ver al enemigo que lo alcanza, así hacen los terapeutistas cuando no quieren ver á la sustancia que manejan, la esconden en medio de materias inertes y confían al acaso el resultado de su administración, en lugar de hacerla clara, prudente y medida en proporción del mal que se trata de remediar.

Con justicia dice el Dr. Prado que los conocimientos adquiridos en la escuela, le sirven para fijar la oportunidad de los medios aducidos á la práctica por el nuevo método; en efecto, la medicación Burggraeviana no desprecia ninguno de los datos adquiridos por el estudio de la medicina: la Anatomía le sirve para saber á qué órganos corresponden los síntomas, á qué sistema celular tiene que atender; la Fisiología cómo y por qué sufren y cómo volverán al estado normal; la Patología le enseña los riesgos que corre, y la urgencia de prevenir las complicaciones que la Escuela oficial espera, ó dice esperar para fundar su diagnóstico é instituir un método curativo.

Sin embargo de lo seductora que es la guía del Dr. Burggraeve, para el práctico deseoso de aliviar á sus enfermos, el Dr. Prado se detiene con temor, en el umbral del nuevo templo como el aprendiz soldado á quien se ha remitido una arma perfeccionada, comienza por tenerle miedo antes de adquirir confianza en ella.

Funda su recelo en un hecho real y positivo, es que la práctica de la profesión más difícil se hace más insegura por la singular costumbre que tienen los enfermos de pedir consejos y no dar cuenta muy á menudo de sus efectos; de tal modo, después de haber estudiado á veces mucho para dar un consejo bien dado, el práctico se queda sin saber el resultado obtenido, porque el enfermo no le vuelve á llamar ni á ver: las más veces ha visto á otro práctico, quien al leer nombres de sustancias que no ha manejado nunca, y de cuales ha oido hablar mal, se apresura á declarar que tal prescripción es imprudente y se opone á su aplicación, sembrando la desconfianza en contra del método y de quien lo aconseja: no hay necesidad de calificar este procedimiento, pero obliga á quienes quieren contribuir al progreso médico á sostenerse entre sí, constituyendo una asociación fraternal de médicos que se defienden contra los enemigos de la alcaloidoterapia.

Un modo muy sencillo de desacreditarla es el usado por algunos compañeros: como no conozco, dicen, este método, no me puedo asociar en junta con quien lo emplea. Naturalmente muchos clientes ignoran y no pueden sospechar que la terapéutica está en vía de desarrollo, lento y penoso; consideran que el práctico, dedicado á un método desconocido por los príncipes de la ciencia, está descarrilado y se alejan de él, con terror, cuando no consigue desde luego probar la eficacia de su método con éxito sorprendente.

Valor se necesita para luchar contra esta influencia nociva, pero cada día va siendo menos el peligro; la dosimetría se da á conocer, y hay gran número de personas que le tienen confianza y gratitud. Llega el momento en que una sociedad dosimétrica podrá vivir reclutándose, sobre todo, entre los jóvenes deseosos de practicar desde sus primeros pasos conforme á la razón y al honor, que para el médico consiste en ser lo más útil que se pueda con los conocimientos de los tiempos en el cual vive.

"Deseaba ver prácticamente aplicado, por lo menos, el contenido de un tubo de estas sustancias que tanto me habían impresionado, pero allí no era posible haber hecho esa observación, porque los compañeros se manifestaban reacios para aceptar la Dosimetría." Esto ha sucedido en todas partes, es mucho más cómodo decir: esto no es verdad, que examinar, estudiar y ensayar la nueva doctrina; un no, dicho con autoridad, por quien se cree infalible, es muy cómodo y dispensa hasta de volver á pensar en el asunto. Para muchos es más cómodo manejar sustancias inertes con las cuales muere el enfermo ó sana, según Dios quiere, pero si se reflexiona más, llegarían á sentir en su conciencia que, obrando así, no son acreedores á los honorarios que deben recibir, no por acompañar amistosamente al enfermo en su enfermedad, ó darle medicinas inertes, á veces inadecuadas, sino para hacer en su favor para su alivio ó salvación todo lo posible conforme á los conocimientos actuales. Tranquilizan á su conciencia, diciéndose: esto no es ni puede ser verdad, son ilusiones.

La opinión pública se forma, á algunos á quienes se les ha dicho, estos medicamentos

son inertes, ha llegado la noticia de que no lo son, que han sido analizados y han probado lo exacto de su preparación y que á muchos alivian; á otros, á quienes han dicho que son tóxicos y muy peligrosos, les ha llegado la convicción, por la experiencia, de que el autor de la Dosimetría ha sido admirablemente previsor cuando cuidó de no introducir en cada tubo más que la cantidad que pueda administrarse á un sugeto en 24 horas, sin correr riesgo de intoxicarlo: previsión doblemente completa y tranquilizadora cuando se sabe que en esos tubos la sustancia medicinal se conserva y no corre el peligro de alterarse como sucede en muchas de las preparaciones prescritas por la Escuela oficial. En suma, gran parte del público, capaz de reflexión, va reconociendo en las medicinas dosimétricas armas de precisión propias para defender á la humanidad, con más seguridad en contra de la infinidad de dolencias que la aquejan. Esto obliga aún á los más apegados á la rutina, á emplear gránulos dosimétricos, cometiendo otra falta cuando los emplean sin saber exactamente cuándo y cómo se pueden y deben ministrar dándolos muy á menudo con sobrada timidez, de donde resulta que las más veces no consiguen sus efectos.

"Al fin me resolví por comenzar á emplear los gránulos menos peligrosos: á la sazón asistía á un enfermo atacado de dispepsia flatulenta, hacía ya algún tiempo, le prescribí un gránulo de quassina cada tres horas; tres días después del tratamiento me volvió á ver y me comunicó que sus digestiones ya no eran tan laboriosas, y que la producción de gases había disminuido, ordené la misma quassina y un gránulo de arseniato de estricnina antes de cada alimento, más 10 centígramos de pepsina pura después de las comidas."

No podía ser más prudente la experimentación y ciertamente era más bien fundada y más exacta que la usada por los enemigos de la medicina granulada; hubieran dado, en lugar de un milígramo de quassina, bien medido y pesado, unas cucharadas de composición dudosa, que podían ser ó demasiado concentradas ó no contener nada de lo prescrito; en lugar del arseniato de estricnina, habrían dado gotas amargas de Baumé, preparación moderna, muy digna de ser antigua, porque entran en ella sustancias que no tienen más razón de estar en la preparación, que la satisfacción de un capricho por parte de quien la ideó ¿qué viene á hacer el hollin para el bien del paciente á quien se le da? Lo esencial es una tintura de haba de San Ignacio, que puede variar según la calidad de las habas empleadas, según el acohol usado en la maceración, según la habilidad del preparador, etc., etc.

Esa sustancia variable de por sí, se da de un modo todavía más variable; en ¡gotas! pero las gotas no son nunca iguales entre sí, varían según la vasija de la cual salen, según la temperatura que tienen, según la composición del líquido que las constituye; esto es verdaderamente juego de azar y no práctica de un arte en el cual se trata de conservar ó restablecer la salud y á veces de salvar la vida.

El que da un gránulo de arseniato de estricnina sabe que da medio milígramo de la sal en la cual hay dos elementos activos, pero exactamente medidos en la proporción en la cual, lejos de ser nocivos, cada uno de ellos es saludable.

Lo que dice el Dr. Prado es justo y fundado: un hecho en apoyo. Un cliente nuestro había visto á su anciana madre aliviarse de una dispepsia atónica con el uso del arseniato de estricnina, le daba, por paescripción de uno de los jóvenes dosímetras de aquí, dos gránulos antes de cada alimento; el éxito había sido feliz como suele serlo. Sin embargo de que la señora llevaba tiempo de tomar esta dosis, cuando llegó á saberlo un médico de los más aventajados que la vió en una ciudad importante de la República, se asustó y declaró al hijo de la señora que le hacía cargo de conciencia por estar dando tanto *veneno* á su madre. El hijo es hombre ilustrado, comprendió la preocupación del médico estimable, bajo todos aspectos, pero atrasado en cuanto al conocimiento de la alcaloidoterapia, y siguió dando con el mismo éxito la misma dosis á la señora, á la cual ha vuelto á traer á la capital, en donde no se le hará cargo de conciencia por estarla curando como se debe.

Lo que pasó con el primer enfermo tratado con quassina y estricnina por el Dr. Prado es lo que pasa habitualmente.

"Animado" dice "por este buen éxito me resolví" aquí se ve el esfuerzo que hace el joven práctico para vencer el terror que le inspiraron en la Escuela en contra del uso de los alcaloides "me resolví á emplear la aconitina como defervescente, para lo cual la apliqué en el caso siguiente" En el caso este, realmente no había todavía más que hacer que defervescencia, puesto que el único síntoma era el calor *quemante*. Pero ese calor en los niños es un peligro inminente: su cerebro no lo tolera sin perturbación; ya había desvarío y sobresaltos, un poco más y había convul-

siones eclampsia y se agotaba el regulador vital. Pero todavía no hay un cuadro sintomático completo. Si la Escuela tiene razón, nada se debe hacer puesto que no hay diagnóstico; sin embargo, un maestro ó un discípulo de la escuela algo haría porque para hacer algo, lo llaman. ¿Qué sería lo que prescribiría? Un purgante, un sudorífico, algo de quinina, todo eso serviría para ocupar la atención, mientras se formaliza el famoso cuadro sintomático fundado: impaciencia causa esta calma en frente de un paciente que se puede y debe auxiliar luego, bajo pena de que más tarde tal vez el auxilio sea inútil. El dosímetra no vacila: hay calor, defervescentes llenan la indicación apremiante antes de que estalle la enfermedad.

En el caso del Dr. Prado, por timidez, fué parco en medicina, la aconitina es defervescente, pero sola lo es menos, asociada con veratrina lo es mas, y si se asocia con antipirina en dosis dosimétrica, es decir, por centígramos, lo es todavía más; agregando á ese conjunto brucina ó estricnina se aumenta la aptitud del sistema nervioso para modificarse favorablemente con los defervescentes.

Pero el joven práctico todavía no se liberta del miedo inspirado y cultivado por la Escuela.

Cuando haya repetido más sus experiencias, y reflexionado en que las sustancias solubles, mientras la secreción orinaria está en corriente, quedan poco tiempo en el organismo, adquirirá más confianza y no temerá dar al interior hydroferrocianato de quinina en lugar de pomada que puede dar un resultado muy tardío.

La enfermita, á la cual se refiere, iba probablemente á tener intermitentes, las evitó, con una medicación muy prudente y moderada, y si no hubiera empezado el tratamiento desde el principio, probablemente se hubieran formalizado los accesos, confirmando el diagnóstico, exigiendo después más importante tratamiento.

El uso de la quinina en pomada es prudente, pero no económico: la cantidad absorbida es mínima, y en caso de urgencia podía llegar tarde á la circulación; es preferible la ingestión en el estómago de lo necesario, lo cual es muy poco cuando va la quinina asociada con la estricnina.

"¿Qué fué lo que tuvo mi enfermita?" se pregunta nuestro estimable compañero: imposible es contestarle con certeza, pero lo importante es que haya sanado, aunque fuera sin saber de qué.

Si ha seguido teniendo nuestro inteligente compañero buenos éxitos con la aconitina sola, puede arriesgarse á darla como lo manda el profesor Burggraeve con sus sinérgicos y tendrá todavía mejores y más rápidos éxitos, tal vez aprenderá menos Anatomía Patológica, pero ciertamente los enfermos no nos llaman para formular diagnósticos confirmados en sus restos, y sí para que los aliviemos aún sin saber lo que debieron ó pudieron tener.

Esperemos que la divulgación de estos datos llegue á borrar esa preocupación del público, por la cual se oye decir muy á menudo: "¿cómo podía curar á tal enfermo cuando ni supo lo que tenía?" Sí, señores, se pueden curar á muchos, no sólo sin saber lo que tienen, pero ni lo que tendrán, antes de que lo tengan, con sólo corresponder á sus quejas y examinándolos, en las necesidades de su situación, es decir, en los síntomas prodrómicos de la enfermedad que los amenaza.

"En el reumatismo articular subagudo, y en las neuralgias, he obtenido positivos éxitos con la veratrina."

Es cierto que la veratrina sirve muy bien en muchos de estos casos, pero, lo mismo que la aconitina, en los casos menos leves necesita asociarse con la estricnina; parece que esta afila los medicamentos con los cuales se asocia; con la colchicina sobre todo, obra maravillosamente; más si va asociada con alcalinos y diuréticos cuando la orina es escasa y de color oscuro.

"Aunque no soy un dosímetra completo, pues carezco del conocimiento del método de Burggraeve en todos sus detalles, sí le digo á vd. que tengo grandes simpatías por la medicación moderna." Bien fundadas son estas simpatías ¿qué más puede pedir el joven práctico que encontrase, al entrar en la carrera, con un método capaz de proporcionar desde luego éxitos envidiables para los viejos prácticos desilusionados? "sin dejar de comprender que hay muchos casos en cuales es indispensable recurrir á los antiguos vejigatorios, las enemas, las pomadas, etc." Evidentemente el Doctor Prado se preocupó al creer que la dosimetría es una revolución granular y que fuera del gránulo no hay dosimetría; es un error, el método burggraeviano no desprecia ninguno de los medios útiles comprobados por el arte de curar; admite la revulsión cutánea, las aplicaciones físicas y aun las curaciones hipo y epidérmicas, no cambia el arte de curar más que en lo que tenia de más imperfecto, la administración de medicinas sin peso ni medida, al acaso, de una composición complicada, de conservación dudosa, de dosificación variabilísima, dadas por masas peligrosas

y sin embargo, dentro de límites estrechados arbitrariamente por máximas fijadas sin fundamento científico.

"Por hoy creo estar en la verdad, empleando el método de Burggraeve en muchos casos y en otros tantos la medicina ortodoxa." Lo creemos con vd., esto es lo debido, y á medida que se perfeccione en la aplicación de la alcaloidoterapia le tendré más confianza y llegaré á usarla más y mejor que la terapéutica oficial.

"Como ya me encuentro entre dosímetras, que saben bien lo que traen entre manos, fácil me será adquirir en la materia el conocimiento que deseo y quizá muy pronto seré uno de sus más fervientes partidarios" sin duda ninguna, todos los que ensayan sin prevención, y con entera buena fe, el método Burggraeviano llegan á sorprenderse de cómo han podido ser útiles á los enfermos antes de conocerlo, y cada día más se convencen del incalculable beneficio hecho á la humanidad doliente por el venerable profesor de Gante.

1º Poder atender útilmente al que sufre antes de que se desarrolle y haga gráve ó incurable el mal que lo amenaza.

2º Poder proporcionar exactamente la medicina á la necesidad del organismo que se trata de reponer en buen camino para su salvación.

3º Hacer al arte de curar más digno de la estimación social, más útil, más eficaz y menos vulgar.

Un estudiante descontento, pero conocedor de las debilidades de la escuela, dió la definición siguiente del médico: Es un hombre, vestido de negro, que mete en un cuerpo que no conoce, drogas que conoce muy poco; tal definición es terrible por lo verídica. Lo de menos es no vestirse de negro y tenemos medicos á la moderna en cuanto al vestido que escapan á tal definición en su primera parte; en cuanto á conocer al cuerpo humano en vida, era necesario hacer muchas vivisecciones, como las que hizo Harwey para comprobar la circulación de la sangre y nuestras costumbres humanitarias no lo permiten: es preciso, en consecuencia, conformarnos con la acusación de no conocer al cuerpo que debemos curar; la anatomía en el cadáver no es igual á la anatomía del hombre en vida, la prueba la tenemos en el vacío de las arterias, en la coagulación de la sangre, en la inmovilidad por una parte, el movimiento infinito en la otra en cada uno de los elementos constitutivos del cuerpo.

Si esperáramos para curar enfermos que la anatomía, la fisiología y el arte del diagnóstico fundado sobre estas bases fueran perfectos, muchas generaciones pasarían antes de ver realizado tan bello ideal, y nos sucedería lo que á muchos utopistas que á fuerza de perseguir la perfección dejan de ser útiles en la medida de lo sensato y posible.

Si la anatomía y la fisiología son insuficientes, si está probado que infinidad de padecimientos comienzan por síntomas que no son patognomónicos de enfermedades determinadas y son susceptibles de removerse con medios apropiados, debido es acudir á estos medios tan luego como su indicación sea evidente, aunque nos priven del gusto de hacer un brillante diagnóstico y de comprobarlo á veces con una sabia necropsia.

Cuánto más conforme al sentimiento del deber profesional es la conducta de los jóvenes prácticos que ensayan el nuevo método, que la de los encumbrados profesores, que, despreciando el incuestionable mérito del ilustre profesor y académico de Gante, declaran, sin examen y á priori, que la Dosimetría no debe ser verdadera y no merece ni los honores de una experimentación discreta; con estos sabios, estacionados en la Terapéutica añeja é insuficiente, nada tenemos que ver; hemos intentado llamar su atención, no han querido oirnos, los dejaremos envueltos en su sombrío silencio y nos dedicaremos á animar á los jóvenes, verdaderos amantes de su arte y del progreso, para ayudarlos á adelantar en esta vía fecunda para su honra, su provecho y el bien de la humanidad doliente.

Algunos han manifestado el deseo de que hubiera en México un Instituto dosimétrico, al cual consultar en caso de necesidad; lo habrá tan luego como dificultades del momento desaparezcan; contamos con bastantes adictos entre los médicos de la República, para que constituidos en sociedad, demos ser á esta asociación progresiva. Bastará que digan quiénes se quieren suscribir y con cuánto quieren contribuir para la fundación de la Sociedad. Cuando sea suficiente el número de los socios y bastante la cuotización para la instalación del Instituto, se dará aviso á los miembros y se instalará debidamente.

Decía Descartes: *Je pense, donc je suis, cogito ergo sum*, la Sociedad dosimétrica en embrión hace más que pensar, habla; hace más que hablar, escribe; hace más que escribir, imprime sus pensamientos, siembra sus ideas, y las adhesiones que le llegan, cada día más sinceras y numerosas, prueban que el tiempo de la cosecha va llegando.

Cosecha toda de honra y reparación: los amigos del *statu quo* despreciaron á los amantes del perfeccionamiento terapéutico; los amigos del progreso los alaban, los rodean, se adhieren á su iniciativa, la compensación es completa y no pueden decir á quienes los despreciaron más que lo que decía Jesús de sus verdugos: merecen el perdon porque no saben lo que hacen.

FÉNÉLON.

MEMENTO DE TERAPÉUTICA DOSIMÉTRICA
ó
GUÍA DEL MÉDICO PRÁCTICO EN EL EMPLEO DE ESTE MÉTODO DE TRATAMIENTO.

POR EL DR. BURGGRAEVE.

(Continuación. — Véase el número anterior.)

Diatesis abdominal, gastrosis, enterosis. —El estómago es el gran resorte en el organismo; á consecuencia de su debilidad sobrevienen laxitudes, malestar, dolores, espasmos. Dejaremos á un lado las alteraciones de textura que resultan de la inflamación ó gastritis, y nos ocuparemos sólo de las gastrosis, es decir, de los sufrimientos puramente vitales.

En general estas afecciones son debidas á la atonía del estómago y reclaman la quassina: uno ó dos gránulos en la comida. Hay necesidad algunas veces de recurrir á la estricnina (sulfato), tres ó cuatro gránulos por día en el período de los accesos. Contra el dolor, iodhidrato ó clorhidrato de morfina, dos gránulos antes de cada comida; contra el espasmo, hyosciamina; algunas veces estos y los anteriores juntos.

Los antiácidos, como el carbón, la magnesia, no son más que paliativos. Como las fermentaciones dependen del moco del estómago, es conveniente un lavatorio diario con las sales de Sedlitz: una cucharada de las de café mañana y tarde.

Las enterosis exigen los mismos medios. Contra la torpeza del intestino grueso la jalapina ó la colocyntina: cinco ó seis gránulos en el momento de la comida. El amargor insoportable de la colocyntina favorece las evacuaciones ventrales mejor que el áloes, y no congestiona los vasos hemorroidales.

En general es necesario ser sobrio en drásticos. Como las más de las veces la constipación depende de un estado de sequedad del intestino, es conveniente beber un vaso de agua fresca antes de acostarse y otro al levantarse, mezclando una cucharada de las de café de las sales de Sedlitz.

Estancaciones de la vena porta.—Los antiguos dijeron: *Vena portarum, porta malorum;* y es verdad. Es necesario refrescar la sangre con las sales de Sedlitz y un régimen suave: carnes de animales jóvenes y legumbres herbáceas, lechugas, espinacas, verdolagas, y sobre todo no abusar de las bebidas espirituosas. Es la más detestable de las costumbres tomar la copita de licor antes de la comida, porque el alcohol acaba por impregnar los tejidos. (Véase *Diatesis alcohólica.*) Cuando las venas hemorroidales están engurgitadas de sangre hasta el punto de fluir, aplicar tres ó cuatro sanguijuelas en el ano. Véase *Hemorroides.*)

Diatesis hepática.—Depende las más de las veces de la abundancia de colesterina y de la formación de cálculos biliares. La colesterina, siendo como es, cuerpo graso, ó al menos, teniendo como tiene las propiedades de tal, es el producto de una combustión incompleta y efecto de la atonía del hígado; los amargos, principalmente la quassina, están indicados. Debe favorecerse la salida de las concreciones biliares con baños frecuentes, dando la hyosciamina y la morfina contra los cólicos hepáticos. Las sales de Sedlitz son de rigor como refrescantes.

Diatesis nefrítica. — Predispone á los cálculos urinarios. Estos son concreciones de ácido úrico, de urato de amoniaco, de fosfato de cal, de fosfato de amoniaco y de magnesia, de oxalato de cal, de cistina. Los medios terapéuticos deben, pues, variar. Como regla general es necesario favorecer la diuresis con el uso diario de las sales de Sedlitz: una cucharada de las de café en ayunas en uno ó dos vasos de agua. Contra los dolores ó cólicos nefríticos la hyosciamina: un gránulo de cuarto en cuarto de hora durante los accesos. Baños prolongados; el ácido benzóico con el objeto de favorecer la producción del ácido hipúrico. Contra la oxaluria un régimen salino y el benzoato de sosa.

Diatesis albuminúrica.—Es debida las más de las veces á la falta de principios salinos en la sangre. Se la puede producir artificialmente, inyectando agua en las venas de un animal. Es, pues, una mala costumbre atracar á los enfermos de tisanas, como lo practican los alópatas. Es necesario, por el contrario, un régimen salino. Como hay atonía se prescribirán los nervinos y los arseniatos; quassina, arseniato de hierro.—Vino generoso de Burdeos.

El mal de Bright ó la infiltración albuminosa de los riñones, exige el mismo tratamiento al principio. Más tarde, cuando

se establece la fiebre de consunción, es necesario recurrir á los alcaloides. Prescribiremos en este caso el arseniato de cafeina: una veintena de gránulos cada día. La digitalina, la colchicina, de cada uno cuatro gránulos por día. No permitir que beban mucho los enfermos.

Diatesis tuberculosa.—Esta reasume en sí todas las demás diatesis, es decir, que las causas que alteran la sangre debilitándola, pueden producirla: el alcoholismo, el herpetismo, la sífilis, etc. Añadiendo á estas las causas morales deprimentes. Hemos espuesto en obra aparte de este libro, nuestras opiniones sobre el modo como se producen los tubérculos. Es preciso enriquecer á la sangre de glóbulos rojos. La naturaleza nos proporciona un ejemplo en el embarazo; la tísis, aún avanzada, se detiene ante la plétora pasajera que este estado produce. Opinamos como el Dr. Papillaud; si se aprovechase este momento para someter á la mujer á los arseniatos, sea el de antimonio ó el de hierro, se disminuiría el numero de tísis hereditarias. Se hará una buena obra haciendo tomar á toda mujer embarazada, que sea linfática ó que lleve en sí los gérmenes de los tubérculos, cinco ó seis gránulos de estos medicamentos cada día, sometiéndola al mismo tiempo á un régimen salino. Los antiguos, con menos ciencia que nosotros, tenían mucho más espíritu práctico. Virgilio en sus Geórgicas aconseja alimentar á las cabras con yerbas aromáticas y sal, con el fin de obtener leche más abundante y más rica. La mujer embarazada deberá abstenerse de sustancias azucaradas, para evitar la oxaluria. Bajo este punto de vista, los gustos estravagantes son hijos del instinto, como en los animales.

Hé aquí cómo la tísis hereditaria puede ser tal vez prevenida, así como también la tísis adquirida, particularmente la producida por causas morales deprimentes. Se ha observado que en las cárceles y en los conventos de clausura es donde hay más tísicos. Los obreros encerrados todo el día en talleres malsanos llegan á padecer la tuberculosis.

El tratamiento de la tísis debe ser por tanto profiláctico. Contra la tísis confirmada no hay más que paliativos. En el período latente ó infebril se continuará prescribiendo los arseniatos, y esta es una regla que responde á todas las indicaciones: arseniato de hierro en la anemia, arseniato de estricnina en la insuficiencia respiratoria: arseniato de sosa, de antimonio contra las ingurgitaciones pulmonales seguidas de neumónias intercurrentes, arseniato de quinina contra los calosfríos. Contra los sudores nocturnos el ácido tánico; contra la tos la codeina y el iodoformo, de cada uno uno una docena de gránulos en las veinticuatro horas. Cuando ya se observa fiebre se procurará moderarla con el arseniato de cafeina una veintena de gránulos cada día. Se alimentará al enfermo con caldos concentrados, siendo esto mil veces más preferible que el aceite de hígado de bacalao, con el que se sacrifica sin piedad á los pobres enfermos de pecho. Si el calor animal se eleva á 39 ó 40° centígrados, se procurará que descienda empleando la aconitina, que se podrá combinar con los otros sedantes.

Frecuentemente parecen los tísicos por absorción purulenta. Puede, pues, recurrirse de vez en cuando á las inhalaciones de los vapores del cloro con el objeto de disminuir la fetidez de las cavernas. Podríase como en la pyoemia administrar el ácido fénico al interior. Igualmente en sustitución á este último medio se puede apelar al agua de brea.

Podría ensayarse el sulfuro de calcio con el objeto de destruir las bacterias ó vibriones que en el pus de las cavernas pueden desenvolverse. En todo caso, este remedio, empleado con prudencia modificará y facilitará la espectoración.

Puede también recurrirse á los vapores de ácido fénico. El pulverizador de espíritu de vino tiene la ventaja de que el producto es caliente y de poder ser dirigido por el mismo enfermo.

INDICE BIBLIOGRAFICO.

Anuario de Medicina y Cirugía.—Revista semestral dedicada al examen retrospectivo de todos los descubrimientos y adelantos prácticos en las ciencias médicas, tomado en parte del "Retrospect of medicine" del Dr. Braithwaite, completado con artículos de publicaciones de otros países, por los Dres. Reboles y Campos y García Molinas; ilustrado con 26 grabados intercalados en el texto.—SEGUNDA SERIE.—Tomo VI.—Julio á Diciembre de 1887.—Anuario internacional.

Obra de verdadero mérito, pues compila en pocas páginas todos los adelantamientos de la época á que se refiere.

Se vende en Madrid en la librería editorial de D. Carlos Bailly-Baillière, Plaza de Santa Ana número 10.

Lecciones de Terapéutica, por Georges Hayem, traducidas por el Dr. García Molinas.

LAS GRANDES MEDICACIONES.—Para recomendar esta obra basta sólo decir que trata de modo verdaderamente magistral estas tres importantísimas cuestiones de la Terapéutica: los principios generales, las medicaciones y los tratamientos.—Se vende en Madrid en la librería editorial de D. Carlos Bailly-Baillière, Plaza de Santa Ana número 10.

Diccionario de Medicina y Cirugía, Farmacia, Veterinaria y Ciencias auxiliares, por E. Littré, Médico del Instituto de Francia, Obra que contiene la sinonimia griega, latina, alemana, inglesa, italiana y françesa, y el vocabulario de esas diversas lenguas, versión española de la décimaquinta edición francesa aumentada y puesta al corriente de los progresos de las ciencias médicas y biológicas y de la práctica diaria por los Dres. † J. Aguilar Lara, Profesor clínico y auxiliar de la Facultad de Medicina de Valencia, Director de "La Crónica Médica," etc., etc., y M. Carreras Sanchis, Profesor de Fisiología é Higiene en "El Fomento de las Artes" de Madrid, Redactor-Jefe de "El Diario Médico-Farmacéutico," etc., etc., y precedido de un prólogo del Dr. D. Amalio Gimeno Cabañas, Catedrático de Terapéutica. Con más 600 grabados intercalados en el texto.

El "Diccionario de Medicina, Cirugía, Farmacia, Veterinaria y Ciencias Auxiliares" de Littré, constará de dos gruesos tomos de tamaño casi folio, esmeradamente impresos en papel glaseado idéntico al del prospecto, con tipos nuevos, adquiridos exprofeso para esta obra.

Se publicará por cuadernos de 40 páginas, á dos columnas, iguales á las del prospecto por las cuales puede formarse una idea de los 600 ó más excelentes grabados que ilustrarán la obra y de la elegancia y claridad de los tipos que en su confección empleamos

Durante la publicación, el precio de cada cuaderno en toda España será el de UNA PESETA, repartiendo, por ahora, dos cada mes; más adelante, si lo desean los señores suscritores, aumentaremos el número de repartos para terminar la obra en el menor plazo posible. Concluida ésta se aumentará el precio.

Siendo bastante más completa de texto y grabados la presente edición que la francesa, no podemos precisar con exactitud su extensión; creemos, sin embargo, que no excederá de 40 á 50 cuadernos.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

CASOS CLÍNICOS.

En una de las sesiones de la Asociación Médica "Pedro Escobedo," en que se discutía acerca del método dosimétrico, uno de los socios (condiscípulo mío desde el principio de nuestra carrera, amigo muy querido y Profesor en la Escuela Nacional de Medicina) expresó que para aceptar este era necesario demostrar con hechos la exactitud de sus principios y de la doctrina que forma su base; y que el día en que las estadísticas prueben que la yugulación de las enfermedades agudas hace menor el número de éstas, es decir, que en la práctica se observen menos pulmonías declaradas, menos bronquitis, menos tifos, etc., no vacilará en adoptar el método que tales bienes produzca; que es cierto que los periódicos y publicaciones dosímetras que nos vienen del extranjero traen un gran número de observaciones que pueden hacer creer que la cosa es posible; pero que como hay muchas de tal manera hechas y referidas que hacen dudar de si son realmente médicos los que las escriben, no puede prestarles la fe necesaria para tomarlas como testimonios auténticos, y por lo mismo consideraba laudables los estudios hechos en México por algunos médicos para comprobar la verdad ó inexactitud de los resultados que pretende alcanzar la Dosimetría, y que vería con gusto que se presentara un número suficiente de casos clínicos que probara la justicia y realidad de tales pretensiones.

Creo perfectamente fundada la opinión y justos los deseos de mi consocio. Los médicos que, libres de toda prevención y queriendo llenar cumplidamente los deberes que su profesión y su conciencia les imponen para con los que sufren, han puesto á prueba el referido método, deberían hacer manifiestos los éxitos obtenidos ó los reveses experimentados, para ir acumulando así hechos que le dieran la razón ó se la arrebaten si quiere usurparla. Es una obra lenta, pero benéfica; tardía, pero provechosa para todos, para médicos y para enfermos. Los cimientos del edificio están puestos, que se siga levantándolo. Yo, por mi parte, con gusto recogeré los materiales que encuentre en mi camino, y si se hallan canvenientes y propios contribuiré con ellos.

Por ahora ofrezco los hechos que paso á relatar:

En virtud de mi temperamento linfático he sufrido con bastante frecuencia, desde mi niñez, de anginas catarrales que atacan unas veces el istmo de la garganta, otras la faringe, otras los tónsilos y no raras ocasiones todas estas partes á un tiempo; pero de un modo ó de otro, á los dos ó tres días de comenzado el mal aparece la fiebre, que me retiene otros dos cuando menos en cama, lo que me hace perder las fuerzas, el tiempo y temer el ataque de una enfermedad que, aunque no es grave, sé por experiencia que me inutiliza durante un septenario. La angina me sobreviene con motivo de las perturbaciones atmosféricas, de los cambios de temperatura, de la entrada de las estaciones, etc.; y veces ha habido en que se acompaña de una fuerte reacción y subdelirio, lo que recordará mi querido compañero, pues en uno de esos ataques fué llamado en unión de uno de sus hermanos, médico también, por mi familia que pensó alarmada que se trataba de otro mal. De cinco á seis veces por año estaba acostumbrado á sufrir la invasión de la angina y me había sido imposible sustraerme á ella por ningún medio. Las insuflaciones de alambre ó gargarismos de su solución, recomendadas por Velpeau en el período inicial para hacer abortar la inflamación de la garganta, han fracasado como Grissolle dice que sucede; otros astringentes no han tenido mejor éxito y el ácido bórico no ha surtido. Casi estaba resignado á sufrir con paciencia una enfermedad que no podía evitar; pero por mi fortuna, leyendo algunos periódicos de dosimetría y otras obras que de ella tratan, ví calurosamente recomendado el uso de la aconitina, no sólo para combatir la fiebre, sino para obrar de un modo directo sobre la congestión de la garganta. El Dr. d'Oliveira Castro dice de este alcaloide que "es un precioso anticongestivo y el mejor

antiflogístico," y que "en la angina catarral aguda su acción es verdaderamente sorprendente, si se tiene cuidado de añadir al beneficio de sus efectos generales de defervescencia su acción antiperhémica local, recomendando al enfermo dejar fundir lenta y completamente los gránulos en la saliva que mojará en seguida las amygdalas inflamadas. Los gránulos de aconitina, tomados así á intervalos tanto más aproximados cuanto más elevada sea la temperatura, sirven al mismo tiempo de sangría y de gargarismo, sin tener los inconvenientes que hemos reconocido á estos dos medios."

En vista de estos conceptos, la primera vez que á principios de este año sentí el ligero dolor en la garganta con que se inicia en mí su inflamación, me apresuré á poner sobre la lengua un gránulo de aconitina para ir tragando poco á poco la saliva en que se disolviera, y quedé gratamente sorprendido y satisfecho, pues una hora después el dolor no existía y el mal había abortado. Un gránulo fué suficiente.

Sin embargo, esto podía ser casualidad, no obstante que tenía plenamente comprobado que siempre que el dolor se presentaba seguía aumentando é invadiendo toda la garganta hasta despertar la acción febril. Esperé, pues, la iniciación de otro ataque, y al presentarse dejé pasar un día para cerciorarme de que era real y efectivo; cuando por el incremento del dolor y el malestar general estuve cierto de ello, tomé un gránulo de aconitina, y á la hora siguiente otro, porque el dolor y la hiperhémia no habían calmado lo bastante; tomé, en fin, cuatro gránulos al día, y al siguiente toda huella de la enfermedad estaba disipada. Después, apenas se presenta el dolor, tomo uno ó dos gránulos á lo más, y todo vuelve á entrar en orden. En resumen, desde el principio de este año y desde que tomo la aconitina no he sufrido de mi enfermedad habitual; no se me ha desarrollado la angina, y sólo he sentido sus amagos.

Se puede comparar la angina á un incendio, que comenzando por una chispa, sólo exige una gota de agua para ser extinguido; pero si se deja esta chispa extenderse y propagarse, no es suficiente ya una gota, sino dos ó tres, y aun llegará á necesitar del empleo de otros medios. Esta idea puede quizá hacerse extensiva á todas las enfermedades agudas.

El mayor de mis hijos, que actualmente cuenta 8 años de edad, ha heredado de mí la predisposición al catarro faringeo, aunque lo padece con menos frecuencia que yo. Las dos últimas veces que lo ha comenzado á sentir, he logrado detener su desarrollo por medio de dos ó tres gránulos, cuando más, de aconitina. De estas dos veces, en la segunda él mismo pidió sus gránulos.

En los enfermos de mi clientela no consigo tan prontos y satisfactorios resultados porque, no obstante mis consejos y advertencias, no me avisan sino cuando el mal ha hecho progresos. Sin embargo, creo poder afirmar que por medio del tratamiento dosimétrico la duración de la angina catarral se abrevia, cuando ya está desarrollada.

Por todo lo anterior puede verse que siempre que se obra con oportunidad la faringitis aborta; y en cuanto á mí y á mi hijo puedo decir con toda conciencia que se ven en nosotros menos faringitis desarrolladas que antes; más aún, que no se observan ya faringitis sino simples prodromos, y esto gracias á la aplicación dosimétrica de la aconitina. No hay razón para dudar de que si todas las personas que con frecuencia padecen de este mal, usáran del mismo medio, y en la oportunidad debida, alcanzarían el mismo resultado. Aceptado esto, como tiene que serlo por ser racional y lógico, presento estos datos para que sirvan de elementos á la estadística que se vaya formando con nuevos hechos, y que debería comprender todas las enfermedades agudas; y me complazco en ofrecerlos á mi querido amigo é ilustrado compañero.

No creo inútil consignar aquí, ya que hay personas que aparentan dudar que los gránulos Chanteaud contengan los alcaloides respectivos, que todos los de aconitina que he tomado ofrecieron invariablemente el sabor acre y amargo de ese cuerpo, dejando en el lugar de la lengua en que permanecieron hasta disolverse, una sensación clara de astricción y de ligera quemadura que persistía por más de media hora, debida á la isquemia que el alcaloide produce en la mucosa que sufre su contacto.

———

Ya que he hablado de la aconitina, consignaré también otro hecho en que obró con una eficacia digna de tenerse en cuenta.

Se trata de una señorita en quien apareció á principios de este mes, una esofagitis con todas las apariencias de la espontaneidad, pues no hubo causa manifiesta que invocar ni el mal tuvo su origen en la faringe. Presentaba un carácter subagudo, y los síntomas que más molestaban á la enferma eran el dolor ardiente continuo

que se extendía de la horquilla del esternón al epigastrio, exacerbándose penosamente por el paso de los alimentos sólidos ó líquidos, y la disfagia que iba todos los días en aumento. A los cuatro ó cinco, en que ví á la enferma, le aconsejé que sólo tomara leche tibia y bebidas emolientes, pero no pudo ó no quiso someterse á este régimen sino un solo día, dando por razón que la leche no le calmaba el hambre, y que con ella y sin ella el dolor seguía siendo el mismo, por lo que prefirió tomar sus alimentos acostumbrados. Prescribí entonces que cada dos horas tomara un gránulo de aconitina disuelto en una cucharada de agua tibia, y á los 3 gránulos dice haber notado ya el alivio de sus síntomas, el que fué acentuándose hasta el día siguiente en que continuó el uso del alcaloide. Al tercer día todo había pasado. Comparando lo obtenido por medio de este tratamiento, con otros dos casos de esofagitis que anteriormente he visto y que ataqué, según aconsejan los autores, con revulsivos al exterior, bebidas mucilaginosas y dieta láctea, debo decir que la duración de la enfermedad fué mayor que ahora en que usé de la aconitina, y que además en este caso el alivio no fué tan lento y paulatino como en aquellos, sino que se marcó de una manera rápidamente progresiva; sin poder atribuirlo á una esofagitis flegmonosa en que, formándose un absceso, la salida del pus produce un alivio inmediato, pues que en tal caso los síntomas habrían sido otros y más graves que los que ofreció la enferma, la que ni un sólo momento acusó reacción febril. El tratamiento, por otra parte, es aceptable y nada incómodo por el método dosimétrico, mientras que antes de éste era penoso y molesto.

Como la aconitina se usa para combatir el elemento inflamatorio que predomina en la enfermedad de que hablo, y fué suficiente para enmendar pronto los síntomas, no creí urgente ni indispensable atender á éstos en lo particular por medio de la hyosciamina para la disfagia y el bromhydrato de morfina para el dolor. Llenada la indicación *dominante*, no fué necesario más.

S. RIQUELME.

EL BRAIDISMO.

IMPORTANTE CONTESTACION.

Casa de vd., Octubre 8 de 1888.—Sr. Dr. D. Juan Fénélon.—Presente.

Amigo mio y colega:

Leí la carta abierta que en contestación á un artículo mío, titulado "El Braidismo en la picota," dió vd. á la estampa en la 10ª entrega de *La Medicina Científica*, correspondiente al 1º del actual, y en *El Universal* del 5 del propio, y leída que fué, me he apresurado á contestársela, dando á mi contestación la forma que lleva, porque he considerado que la polémica á que vd. me provoca sería interminable, dados nuestro empuje y afición para escribir; gastaríamos mucho papel y muchas plumas y toda nuestra facundia sin llegar á entendernos, como ha sucedido siempre que hemos lidiado brazo á brazo en el estadío de la prensa. Tanto por esta consideración cuanto por esta otra, la importancia y trascendencia de lo que en la presente cuestión se versa, le invito á que sin pérdida de tiempo vayamos de frente á los hechos, á la Clínica, á donde ruego á vd. me muestre y demuestre ante escogido concurso de personas científicas que és inconcuso cuanto hacen y practican los Doctores Charcot y Luys en la Salpetrière y la Charité de París. No soy refractario al progreso ni mucho menos ataco de sistemática manera las novedades que nos vienen de ultramar. No, señor; pero soy de los que no confunden los verdaderos avances de la ciencia moderna con los atrevimientos contemporáneos que en los ensueños de una fantasía calenturienta, llegan hasta los devaneos de la locura. Enemigo de las exageraciones, jamás me voy de bruces al estudiar cualquiera cuestión científica; gusto de conocer siempre el pro y el contra; y me repugna en sumo grado apechugar con una cosa sin poner mientes en ella. A fe que se necesita columbino candor para creer á pie juntillas todo lo que nos cuentan. *Obras son amores*, amigo mío; por eso reclamo ahora de vd. hechos irrecusables. Las pruebas clínicas que para llegar á convencerme exijo son las mismas que constituyen el programa de los hipnotistas, á saber:

Primer grado: *Letargía* ó sea sueño profundo artificialmente producido en el sugeto clínico.

Segundo grado: *Catalepsia*. Durante ésta, el sugeto clínico ha de llegar á perder

al capricho todo el movimiento ó parte de él, toda la sensibilidad ó parte de ella.

Tercer grado: *Sugestión.* Durante ella el sugeto clínico ha de estar á discreción del hipnotista. Ha de obedecerle sin resistencia ejecutando movimientos diversos y acciones distintas, también á discreción.

Cuarto grado: *Somnambulismo.* El sugeto clínico debe quedar convertido en verdadero autómata. La prueba será concluyente y brillante si el sugeto clínico, al mando del hipnotista, pierde la conciencia de su propia personalidad, la memoria, la razón, el uso de los sentidos, si se exalta hasta el delirio y tiene alucinaciones. Si el hipnotista provoca en el orden físico contracciones musculares, parálisis, catalepsias parciales y totales, la anestesia (insensibilidad táctil), la analgesia (insensibilidad al dolor), el sueño más ó menos profundo. Si modifica en el sugeto clínico el sentimiento del frío y del calor, la circulación de la sangre (pulsaciones lentas y rápidas;) si paraliza los sentidos y luego les devuelve su actividad; si liga y desliga la voz, el olfato, el oído y el gusto; si consigue hacerle perceptibles sonidos, olores, sabores y contactos imperceptibles fuera del estado hipnótico. Si puede pervertir estas mismas facultades hasta el punto de impedir distinguir sonidos, olores, colores y sabores, creyéndolos imaginarios y negando los objetivos y reales; si puede oir sin que se le hable. Rendir pruebas que demuestren que por virtud hipnótica se puede destruir la fuerza física de un sugeto clínico y volverle débil de espíritu; que por la misma virtud se logra sugerirle actos que no hacía en ninguna otra circunstancia y que ejecuta á pesar suyo, sin embargo; que por tal virtud el hipnotista puede forzarle á imitar sus propios gestos y á repetir sus mismas palabras; que por virtud hipnótica, en fin, se consigue transportar de un modo real ó imaginario los órganos de las sensaciones, quiero decir, que el sugeto clínico lea, v. gr., con las corvas ó se aperciba de los olores por los talones.

En el orden espiritual deben rendirse las siguientes pruebas.—Sugestiones engañosas, alucinaciones contrarias á la verdad y á las leyes naturales tanto físicas como psíquicas y fisiológicas. Se contarán en el número de éstas, las alucinaciones de la personalidad (creerse cambiado en otra persona ó en algún animal); ilusiones morales, sueños acompañados de acciones, inspiraciones lógicas é ilógicas; exaltación de ideas y sentimientos; previsiones; instintos de los remedios á propósito para curar algunas enfermedades; doble vista interna y externa (vista de cosas lejanas); y basta sobre estos puntos.

Después de ejecutar todas estas maravillas, el Sr. Dr. Fénélon pondrá á la vista del concurso que es cierto que el hipnotismo sirve para curar algunas enfermedades; v. gr., el *tétanos* y *la hidrofobia rábica*, de lo cual se lisonjea Braid en su *Neurypnología* (capítulo de los prolegómenos); que cura también las manifestaciones de la alta histeria (Dr. Charcot y sus discípulos); y como fin, como remate de todas estas maravillas, nos mostrará que las experiencias hipnóticas conspiran al levantado objeto de dilatar los horizontes de la ciencia, y que vistas por el lado filosófico revelan un mundo completamente nuevo. Y logrando mostrar todo esto, esté vd. seguro, Señor Doctor, de que cantaré la palinodia. Entretanto, permítame vd. que siga dudando de la verdad del programa anterior, entresacado de varias obras que de esta materia tratan; y esperando su aquiescencia al plan que le propongo y sus indicaciones para llevar al cabo este propósito, quedo de vd. atento amigo y compañero Q. S. M. B.

JUAN MARÍA RODRIGUEZ.

RÉPLICA.

Casa de vd., Octubre 9 de 1888.—Sr. Dr. D. Juan M. Rodríguez.—Presente.

Fino amigo y estimado compañero:

Me es grato corresponder á la interesante réplica que acabo de leer en *El Universal.* En efecto, importante es la cuestión puesta al debate, y si, al cambiar nuestras opiniones, no logramos convencernos, puede que de esta discusión salga alguna luz para quienes vacilan todavía en formar sus convicciones, respecto de los fenómenos hypnóticos.

Acepto, desde luego, su proposición y tendré el gusto de hacerle ver y tocar los hechos irrecusables que vd. pide. Letargía, catalepsia, sugestión y somnambulismo. El sugeto perderá, al mando del hipnotista, la conciencia de su propia persona, etc., etc., todo lo que vd. pide.

Durante diez y siete siglos la humanidad no conoció de la electricidad más que el sencillo fenómeno producido por el ámbar, cuando, después de haber sido frotado, adquiría la facultad de atraer á los cuerpos ligeros ¿quién hubiera dicho á uno de los catedráticos más encumbrados del siglo pasado, que un día vendría en el cual aquel fenó-

meno tan sencillo, desarrollado en todas sus consecuencias, sería el punto de partida de tantas y tantas invenciones, que la electricidad, capaz de producirlo, llegaría á servir para sustituir al astro rey durante las noches, á disminuir las distancias en la superficie de la tierra, y á permitir á los hombres el conducir en las altas regiones de la atmósfera los globos mediante los cuales serán las distancias más disminuidas? Quien le hubiera dicho que, mediante el desarrollo de fenómeno, al parecer, de tan pocas consecuencias, el hombre dispondría de la energía del rayo para hacerlo estallar en donde le pluguiera, habría recibido la misma contestación que el Sr. profesor Rodríguez á quien le habla de las maravillas producidas por las emisiones del fluido nervioso y hubiera dicho: lo quiero ver para creerlo.

Antes de que hubiera espejos en los cuales se reprodujeran las imágenes y placas sensibilizadas para recibirlas y fijarlas ¿quién veía dichas imágenes en el espacio? Sin embargo, mucho antes de que el ojo humano percibiera el fenómeno de su formación, las había, y si jamás hubiera sido capaz de fijar ó recibir en superficies propias para mostrar las dichas imágenes, no por eso no hubieran sido virtualmente producidas en el espacio.

Así como la luz y la electricidad irradian en el espacio y tienen acciones á distancia, así el fluido nervioso acciona fuera del cuerpo en el cual se produce, y á veces á distancias sorprendentes.

Lo mismo que se ha encontrado con el perfeccionamiento de la Química, que vd., señor catedrático, conoce bien, sustancias tan impresionables para la luz, que basta su contacto en un tiempo infinitamente pequeño para alterarlas, lo mismo el observador encuentra organizaciones en las cuales las percepciones son maravillosamente sentidas, y hoy los fisiologistas pueden provocar estas sensibilidades excepcionales mediante el magnetismo, el braidismo y el hipnotismo, fenómenos provenidos de una misma causa, la modificación del estado fisiológico producida por una polarización en un sugeto dado.

Lo que llegará la humanidad á saber y poder con desarrollar el estudio de las acciones del fluido nervioso á distancia es imposible preverlo, y como sería indiscreto, en las columnas de un periódico, referirle todos los hechos, hoy *comprobados*, le indicaré algunos títulos de autores que tenemos á nuestro alcance, en los cuales podrá leer observaciones fehacientes limitándonos á los modernos posteriores, á Azam, Braid, Alfred Binet, F. Bottey, W. Crookes, Rosferd, Espine, Gilles de la Tourette, Barety, Chazarain, Peré Fontau, Segard, Ochorowitz, Culleri, Berillon, Dumont Pallies, Paul Richer. ¡Esta lista sacada al vuelo en una ojeada sobre la pobre librería de su servidor, no pretende ser completa y, sin embargo, puede bastar para dar á considerar que no son despreciables los autores que se han ocupado de los fenómenos producidos por la circulación nerviosa y su influencia á distancia.

Si tantos trabajadores hábiles y de conciencia, no contribuyen con sus esfuerzos, dignos de alabanza, á dilatar los horizontes de los conocimientos humanos, será que no merecen la estimación que generalmente tienen de quienes, como su servidor, se complacen en el estudio de sus obras.

Es imposible prever á qué maravilla nos conducirá tan importante estudio, pero hasta ahora sabemos, por haberlo visto, que la polarización humana, tan bien demostrada por el Dr. Chazarain, es capaz de producir fenómenos tetánicos, epilépticos, á voluntad, y de suprimirlos lo mismo. Todo lo que vd. pide es la infancia del arte y si no lo ha visto ya es porque no lo ha querido ver.

Para terminar, sin abusar de la bondadosa hospitalidad que nos dan mis estimables paisanos en *El Universal*, le preguntaré ¿cómo explica vd. estos dos fenómenos con los datos de la fisiología clásica?

Cuando, hace nueve años, fué llamado este su compañero y amigo para asistir á los últimos momentos de su inolvidable maestro el Dr. Clement, era tiempo de caminos casi intransitables y tardó nueve días para llegar, caminando día y noche.

Poco antes de entrar á Lagos, á las seis de la mañana, iba durmiendo en la diligencia, cuando despertó sobresaltado y diciéndose: acaba de morir el Dr. Clement. Sentía lo que nunca había sentido antes, porque, siendo crónica la enfermedad había lugar para creer que tendría tiempo suficiente para encontrarlo en vida. Antes de salir de Lagos recibía, el que esto escribe, un telegrama, diciéndole: "El Dr. Clement falleció hoy *á las seis* de la mañana."

La sensación que había tenido tuvo analogía con una desgarradura íntima, ciertamente inexplicable con los datos ministrados por la fisiología más refinada de hoy.

Otro hecho: en una sesión de magnetismo, delante de numerosa concurrencia, se dió á una somnámbula un peso. Estaba con los ojos vendados, y se le dijo que fuera recorriendo la asistencia hasta encontrar á

la persona de quien provenía el peso; recorrió tentándolas, como ocho personas, á la novena paró, á la décima vaciló, volvió á la anteriormente examinada y se fijó en que el peso pertenecía á una de las dos, porque decía: que ambas tienen el mismo fluido.

Ni el magnetizador ni la magnetizada conocían ni á uno ni á otro de los designados como pudiendo tener el mismo fluido ¿de dónde vendría esta vacilación primero y la afirmación que produjo después, si no es de una sensación real y positiva, de la cual se puede deducir, que para personas en estado de sensibilidad magnética provocada ó no, los cuerpos emiten efluvios perceptibles y comparables?

Pues bien: estas dos personas de fluido idéntico llevan 18 años de vivir en comunidad de pensamientos y trabajo.

En una de las interesantes sesiones dadas en casa del profesor Morales había dormido un joven inteligente y capaz de dar cuenta de sus impresiones. Eramos seis asistentes, le dimos seis pesos, después de fijar nuestra atención en las señas distintivas de dichas piezas de moneda, y le dijimos que devolviera á cada uno el suyo, lo cumplió sin dificultad y como le preguntáramos ¿cómo hacía? contestó: "siento que de cada peso sale un viento que percibo, distinto en cada uno, y la persona á quien pertenece emite un soplo análogo; es lo que me la hace reconocer."

Pero vd., nuevo Santo Tomás, no cree si no ve, y exige que se le enseñen los fenómenos producidos por el Braidismo. Consiga vd. la autorización de nuestra Academia de Medicina para que en ese mismo recinto en el cual dice vd. que no le produjeron los fenómenos anunciados, le lleguen á patentizar delante de los tres miembros y de las personas que vd. juzgue más dignas de su confianza y más capaces para descubrir las supercherías que vd. supone y arreglaremos la sesión.

Enfermos aliviados y curados hay, pero después de que dijo vd.: que solamente gente perdida se somete al Braidismo ¿cómo conseguir que se presten á una exhibición? Todavía en muchas familias reina la preocupación que vd. y el señor director del hospital de locas contribuyen á entretener, de que no es lícito aplicar el magnetismo á la terapéutica, aunque en obsequio de la verdad, hay sacerdotes mejor informados, que lo autorizan; pero estas preocupaciones impiden presentar á las personas á quienes el magnetismo sirve y sirve bien, porque temen la crítica de quienes son todavía más papistas que el Jefe de la Cristiandad.

Quedo á sus órdenes, para seguir la conversación si vd. quiere y para que se hagan las experiencias que vd. pida, repitiéndome su afectísimo compañero y amigo Q. S. M. B.

FÉNÉLON.

EL ASUNTO DEL BRAIDISMO.

CARTA DEL SR. RODRÍGUEZ AL SR. FÉNÉLON.

Casa de vd., Octubre 12 de 1888.

Sr. Dr. Juan Fénélon.
Presente.

Amigo mío y colega:

Ausente de la capital por motivos profesionales, hasta hoy me he impuesto de la contestación de vd. á mi carta del 8 del corriente, y empiezo ésta, dándole las debidas gracias por la fineza y buena voluntad con que se alista para hacerme ver lo que aún no he visto en lo tocante al Braidismo en sus diferentes fases, á saber: letargía, catalepsia, sugestión y somnambulismo, todo *ad líbitum*, ó en otros términos, la circulación nerviosa y su emisión á distancia.

Por corresponder como es debido á tanta fineza de su parte, hablaré lo más pronto posible á nuestro amigo el Sr. Dr. Federico Semeleder, actual Presidente de la Academia de Medicina, para que coordinemos cuanto fuere necesario, á fin de que en presencia de aquella Asamblea muestre y demuestre vd. cuanto me ofrece en su réplica citada, en sugetos clínicos que le proporcionaremos para ahorrarle molestias, escogiendo vd. de entre ellos los que considere más adecuados para experimentar la *polarización humana*, tan bien demostrada, según me dice, por el Dr. Chazarain, capaz de producir y de suspender al antojo, fenómenos tetánicos, epilépticos, y otros que, equivocadamente, se ha figurado vd. que no he visto, porque no he querido verlos. No señor. Si vd. logra patentizarme estos fenómenos maravillosos, proclamaré á la faz del orbe que me constan de vista y que quedo convencido hasta la evidencia; ofreciéndoselo á vd. bajo palabra de honor.

Entretanto llega ese día deseado por ambas partes, pídeme vd. le explique con ayuda de la fisiología clásica, entre varios fenómenos que iré pasando en revista, la realización del presentimiento que tuvo,

yendo en camino para Lagos, del fallecimiento de nuestro inolvidable Dr. D. Julio Clement, su padre político (q. e. p. d.), presentimiento que desgraciadamente se realizó antes de su salida de aquella población. Voy á contestarle razonando brevemente. En primer lugar, le diré á vd. que tengo la firme convicción de que no todo lo que sucede en el mundo tiene explicación: poco, muy poco es lo que se puede explicar aún tratándose de las ciencias físico-químicas y matemáticas. Muchas de las explicaciones que nos damos de los fenómenos naturales, son puramente hypotéticas y aceptadas en lo general por expreso ó tácito acuerdo de las gentes que dan la preferencia á las más plausibles. El *porqué* de las cosas, aún de aquellas que son más triviales y suceden todos los días, está muy lejos de nuestro alcance, de nuestra razón. Para convencerle no tendría más que preguntarle porqué en unas combinaciones al unirse los cuerpos, los radicales desprenden calor y en otras lo absorben, y al contrario? ¿Porqué el diamante, el grafito y el hollin, formados de un sólo radical, el carbón, son tan diferentes entre sí, ó *alotrópicos*, como dicen los químicos? ¿Porqué las esencias de limón, de rosa y de trementina, que son *metámeros*, ó lo que es lo propio, están formadas por las mismas cantidades de carbono, hidrógeno y oxígeno, huelen de tan diverso modo? ¿Porqué quitando calor al fósforo ambarino ú ordinario se transforma en fósforo rojo, que posee propiedades físicas, químicas y fisiológicas tan diferentes? ¿Porqué durante el acto de la cristalización de las materias puras, los átomos se agrupan de tan distinta manera y afectan formas tan diversas? Deme vd. la razón del isomorfismo, del dimorfismo y polimorfismo. Explíqueme vd. ¿porqué los alimentos azoados se transforman en las vías digestivas en *peptona* ó albuminosa? y ¿porqué, los amiláceos, los crasos y los minerales, que van mezclados con ellos, se ven libres de esta modificación y entran en la economía bajo otros auspicios? Y basta por ahora. En segundo lugar, los presentimientos nada tienen que ver ni con la fisiología clásica ni con la que no lo sea, siendo como son sensasiones interiores por virtud de las cuales se teme ó se espera algún suceso que el alma preve confusamente. Los presentimientos son augurios, voces del corazón (corazonadas, como vulgarmente decimos), especie de avisos misteriosos, íntimos, secretos, que nos hacen prever algunas cosas, no todas, y que á veces son atinados (raras) y desatinados (casi siempre). Siendo afectivos los presentimientos no están subordinados á nuestra razón: el corazón no razona; vd. lo sabe bien.

En el caso á que vd. se refiere, creo yo que vd. más bien pronosticó, que es cosa distinta. Cuando pronosticamos nos apoderamos del porvenir no con el corazón sino con la cabeza, porque el pronóstico se deriva del conocimiento: es una noción. Cómo médico, sabía vd. bien la naturaleza de la afección que llevó á la tumba á nuestro gran cirujano; como pariente próximo, estaba al corriente de los incesantes avances del mal y de su incurabilidad, y con esta copia de datos, con estas nociones, con este conocimiento, presagió vd. el término funesto, lo cual me parece lo más natural del mundo. El pronóstico de vd., aún dada la humana falibilidad, no falló; pero esto no quiere decir que el tino que tuvo fuese debido á un efluvio nervioso escapado del cuerpo del moribundo y encaminado á su deudo á guisa de despacho telegráfico. No señor. Si vd. tiene otra explicación, sírvase dármela, por supuesto con la comprobación correspondiente; porque en esta época, en que todo se falsifica, y en que no corre ni la fe, ni la palabra, se busca una seguridad, una garantía para creer. La prueba viene á ser la cala y cata qué hacemos en las cosas para certificarnos de lo que son, de lo que valen y de lo que sirven: es, por decirlo así, la patente de que cada cual se provee, consultando su juicio, sus necesidades, sus gustos.

Pídeme vd. que también le explique lo ocurrido en una sesión de magnetismo, delante de numerosa concurrencia, con un peso dado á una somnámbula que tenía los ojos vendados, y no obstante esto designó entre los diez circunstantes, á dos de ellos como dueños de la moneda, no fijándose en uno sólo, porque de ambos se desprendía el mismo fluido. Seré franco, amigo D. Juan, y vd. me dispense: yo no creo eso. Muchos cuentos de esta especie oí relatar desde niño, cuentos en que figuraban siempre, adivinos, zahoríes, hechiceras, como la renombrada Mulata de Córdoba, que en virtud de arte mágica hacía contar á un peso su historia (que yo he visto impresa), y se libró de las cárceles del Santo Oficio de México, embarcándose en un buque mal pintado por ella con carbón en una de las paredes del calabozo, en los bigotes mismos del carcelero que fué á llevarle el alimento.

La única diferencia que hallo entre antaño y ogaño consiste en que este arte adivinatorio se atribuía antes á las varas de virtud y después al espiritismo, al magne-

tismo y al hipnotismo. Todos son unos, y unas mismas son las causas de estas cosas. La rancia filosofía las explicaba por las simpatías y antipatías, y así lo componían todo. La moderna, que ha reducido á puro mecanismo las admirables propiedades del imán, no desconfió de hallar por el mismo camino la causa de estas cosas, diciendo que los hálitos ó efluvios que despiden los cuerpos en estado de sensibilidad magnética, penetrando por los poros de la vara adivinatoria ó del cuerpo de alguna persona, impeliendo sus fibras, le esfuerzan á igual género de movimiento. No hay sistema alguno filosófico al cual sus sectarios no tengan por una botica universal, donde hay remedio para curar todas las dudas. Unos á lo Galénico aplican las cualidades elementales; otros, que son curanderos por ensalmo, las ocultan; otros recetan por escrúpulos los átomos; otros á ojos de buen cubero y sin determinar las dosis, porque no tiene peso la materia sutil: pero todos, todos, dan *quid pro quo*, esto es, la opinión en vez de la verdad, y todas las curas que hacen de las ignorancias de los hombres son puramente paliativas. Lo que no tiene duda, es que apenas hay explicación de cualquier fenómeno, ora en éste, ora en aquel sistema, en la cual no sean más fuertes las objeciones que padezca que las pruebas que exhiba.

Quien más puso en crédito este embeleco antes de la aparición de Mesmer, fué un paisano del Delfinado, llamado Jacobo Aimar, al parecer hombre sencillo. Fué tanto lo que se dijo de este hombre, que voló en breve su fama, no sólo por toda la Francia, más por Italia, Flandes, Inglaterra y Alemania. Era voz común que descubría los metales, las cosas y los tesoros ocultos, los cauces de agua escondidos. Si se habían borrado los límites de algún territorio ó propiedad, por haberse trasladado á otra parte las mojoneras, señalaba sus antiguos límites. Si se había cometido algún hurto ú homicidio, cuyos autores se ignoraban, su vara mágica en su movimiento le dirigía á donde estaban, y los descubría. Contábase como hecho de notoriedad pública, que en Lyón, después de haber hecho varias pesquisas la justicia para averiguar el autor de un asesinato, se ocurrió á Jacobo Aimar, quien descubrió dónde estaba oculto el agresor, y siendo éste aprehendido, confesó el delito y fué ahorcado. Asimismo se dijo, y aun se imprimió en *Le Mercure Historique*, que en Orange se valieron de él para descubrir quién era el padre de un niño expósito, y lo logró felizmente, siguiendo desde el sitio donde estaba el niño, el camino que la vara adivinatoria le señalaba con su movimiento. Siendo las adivinaciones de Jacobo Aimar tan autorizadas (haga vd. de cuenta, transportándose á la época presente, que se trata de Washington Irving Bishop, el adivino que ha embaucado á tanto bobo), pocos osaban contradecirlas, y éstos, como hombres de obstinada incredulidad, eran rebatidos con desprecio. Entre los que daban ascenso, los más, esto es, los vulgares, no se metían en el examen de la causa; creían buenamente, como sucede siempre, lo que oían, sin pasar adelante. Pero los muy picados de filosofía, para todo hallaban *causa natural en los efluvios de los cuerpos*, de cuya investigación se trataba.

En fin, otros, ó lo atribuían á pacto diabólico ó á milagro. Hallábanse las cosas en este estado, cuando aquel famoso héroe que tuvo la Francia en el siglo XVII, á quien se dió el nombre de Grande, Luis de Borbón, Príncipe de Condé, hombre de superiores talentos y de ninguna deferencia hacia los rumores populares, quiso examinar por sí mismo la materia para lo cual hizo venir de Lyón á París á Jacobo Aimar, *donde haciéndose con él varios experimentos*, en ninguno correspondió el suceso. En fin, apretado el hombre aquel por el Príncipe de Condé, le confesó, que cuanto se había dicho de él era impostura en que había tenido menos parte su sagacidad propia que la credulidad ajena. Ya quería alguno de los Magistrados de París cogerle y formarle causa para enviarle á galeras; pero el de Condé, por haberle traído debajo de la fe de su palabra, le hizo escapar, dándole treinta doblones para el camino. Así, este hombre que, contra la regla común, era profeta en su tierra, no pudo serlo en la ajena.

No crea vd., señor Doctor, que he estado hablando de casquis ó por boca de ganso. La crítica que acabo de exponer data de principios del pasado siglo, y la hizo persona tan cabal y tan idónea, como lo fué el M. R. P. M. Fr. Benito Gerónimo Feyjoo, autor del "Teatro crítico universal, ó discursos varios en todo género de materias *para desengaño de errores comunes,*" y la he preferido á otras autoridades para mostrar á vd. cuán añeja es la creencia, ó mejor dicho, preocupación ó emisión de los efluvios de los cuerpos. El ejemplo de Jacobo Aimar es eficacísimo para retraernos de dar ascenso á los rumores populares aun cuando se cubran con el antifaz de la ciencia. Ninguna fábula se vió más bien establecida en la voz común, y con todo vióse al fin que era fábula. Hervían en Francia

las atestiguaciones de los prodigios de este hombre, como hoy hierven las que se refieren á las sugestiones y al somnambulismo. Unos decían, *yo lo ví; otros, yo lo oí á tales y tales personas fidedignas que lo vieron.* Otros exhibian testimonios por escrito. ¿Y qué se halló llegando á la prueba? No más que un engañador astuto debajo del velo de un rústico simple. Así le caracterizó M. Buisiere, boticario del príncipe de Condé, quien de orden de Su Alteza, dió al público escrito particular sobre la materia que cita Pierre Baile en su "Diccionario crítico," verbo Abaris, juntamente con una carta al asunto escrita por Buisiere al mismo Baile. M. Buisiere refiere que había una multitud de personas que, interesándose de concierto con Aimar en los presentes y dádivas que recibía, procuraban con maña y astucia adquirir noticias que ocultamente se le ministraban.

Cuando eran visibles los yerros, así él como otros, interesados ó preocupados, los atribuían á que faltaban entonces algunas disposiciones sin las cuales el arte no hacía su efecto, salida igual á la que el adivino Washington Irving Bishop dió varias veces, especialmente cuando no pudo adivinar lo que mi distinguido discípulo Dr. D. Ramon Macías había ejecutado en la mañana de aquel día con otra persona en el Hospital Militar de Instrucción. Ciertamente no son menester tantas y tales circunstancias, como las expresadas, para embaucar á las gentes: corto, cortísimo es el impulso de que necesita el vulgo para ser movido hacia el error, díganlo si no los testimonios expedidos á favor del famoso (?) helmintólogo especialista!......

Tocante á lo ocurrido en una de las sesiones de magnetismo celebrada en casa del profesor Morales con los seis pesos, de cada uno de los cuales el sugeto clínico sintió salir un viento (textual) distinto, análogo al que despedía cada individuo, lo que hizo que á cada quien devolviese el suyo; digo lo que expuesto arriba queda.

Si esas y otras cosas parecidas se limitaran á pasatiempos de salón, podrían pasar en buena hora; pero estampar tamaños embelecos para hacer creer en un nuevo poder de la ciencia, en un nuevo adelanto, no pasa ni puede pasar. ¡Qué digo! Se ha querido ir más allá de lo que la verdadera ciencia enseña, aunque aparentando no separarse de ella un sólo ápice, y lo único que se ha logrado, á mi ver, amigo D. Juan, ha sido forzarla, torturarla, obligándola á mentir. Así ha pasado siempre que el tormento ha sido considerado breve camino para encontrar la verdad. Muchas víctimas de la inquisición religiosa y civil hanse declarado convictas y confesas por este mecanismo aterrador. »

Deténgome ya y pongo en descanso mi pluma bajo protesta de no volver á decir palabra sino hasta después de que *tête à tête* vd. y yo, en la Academia de Medicina aclarémos esta cuestión. Fiel cronista, relataré los sucesos como pasaren al público que tiene fijas sus miradas en nosotros; y deseándole ventura en la lid próxima, me despido, repitiéndome de vd. afectísimo compañero y amigo Q. S. M. B.

JUAN MARÍA RODRIGUEZ.

RESPUESTA DEL DR. FÉNÉLON.

S. C., Octubre 15 de 1888.—Sr. Dr. Juan M. Rodríguez.—Presente.

Estimado cólega y fino amigo:

Dándole las gracias por haberse tomado la molestia de cansar la pluma contestando á la réplica que tuve la honra de hacer á su primer artículo, aunque protesta vd. no decir más sobre la cuestión pendiente, le suplico me permita hacerle observar que no deja vd. ninguna ilusión respecto de sus buenas intenciones para variar de opinión, aun cuando vea hechos, puesto que le basta decir que no los cree, tan luego como no puede rebatirlos.

Es procedimiento cómodo, *sans façon*: lo que estorba, declararlo no subsistente, pero es insuficiente para quienes creen en su realidad.

El Braidismo no ha sido imaginado, ó mejor dicho, descubierto, para divertir en los salones, y sí para aliviar á quienes sufren: sus primeras aplicaciones, tanto en París, hace años, como en México hace poco, han tenido por fin producir la anestesia y cuando se logra, como ha sucedido á veces, es muy superior al uso de cloroformo, porque permite conservar la docilidad del sugeto al mandato del cirujano, dura lo que quiere el operador y termina tan luego como conviene.

Si me fuera permitido pensar que los creyera, le referiría hechos, pero dirá vd. que son hijos de mi candor: *Errare humanum est*, y prefiero pecar de candoroso, con creer lo que es útil, á pecar de espíritu fuerte, negando lo que puede servir para el alivio de quienes acuden á mis auxilios.

Si para merecer absoluta confianza, fuera necesario no errar nunca en la práctica de nuestro difícil arte, no quedaría ningún

práctico digno de ella; el que el comendador Irving Bishop haya dejado de adivinar lo que había hecho el Dr. Macías, en una mañana, no impide que haya adivinado otras muchas cosas sorprendentes y no es en virtud del Braidismo, del cual tratamos.

En cuanto á la helmintología practicada en alta escala no se puede negar sus efluvios porque el olfato menos impresionable los hace patentes.

Tampoco tiene ninguna analogía con las prácticas eminentemente limpias del Braidismo. Aprovecha la credulidad humana, mientras el Braidismo tropieza con la negación de quienes pretenden manifestar más fuerza de espíritu con negar que con aprender: se equivocan.

Jacobo Aimar, Fray Benito Gerónimo de Feyjoo, así como el Gran Condé, son fantasmas á quienes no nos toca consultar. Si realmente volvieran al mundo probablemente pensarían como nosotros, porque cada época tiene su acopio de conocimientos, errores y preocupaciones, pero la discusión con fantasmas no puede ser fecunda; bastante difícil es entre vivientes sin acudir á quienes ya no pueden aprender ni modificar sus opiniones, en pro ni en contra de la cuestión.

Las referentes al Braidismo ya no son asuntos de cuentos de niños, puesto que en las obras más serias de instrucción médica corren impresas observaciones fehacientes en cuanto á su eficacia; tampoco son ya asuntos de fe, y sí de ciencia. San Agustín ha definido la inmensa diferencia que hay entre lo que se cree y lo que se sabe: esto último se enseña y demuestra, lo primero se admite sin examen porque es obligación creerlo; *Credo quia absurdum* decía el padre de la Iglesia; *absurdum* significa no demostrable por el raciocinio para distinguirlo de lo que, al contrario, es accesible á la razón como hecho ó consecuencia de hechos ya conocidos: asunto de ciencia.

Así, lo que importa es conocer la realidad de los hechos sobre los cuales se han edificado teorías más ó menos bien fundadas pero posteriores á los hechos y, por lo mismo, sean falsas ó sean justas, no pueden desvirtuar la realidad de lo observado cuando ha quedado comprobada por buenos observadores como lo son tantos autores estimables que tuve el honor de citarle, mucho más conocedores del punto en litigio que los honorables fantasmas llamados en auxilio de su tesis de otro tiempo.

No pretendemos explicar todo lo observable, pero sí ansiamos extender el campo de las explicaciones posibles; tal es el objeto de la ciencia, sin pretender abarcar á todo lo conocible.

De los tres hechos que le cité, niega vd. rotundamente dos y el primero, el de la noción de muerte referida, por su humilde contradictor; lo atribuye vd. á previsión debida á pronóstico médico, pero se olvida vd. que tal impresión, análoga á pesadilla, le vino, no meditando sobre el caso como médico, y sí en medio de un sueño profundo debido al cansancio del viaje.

Sabía que vd. no daría explicación satisfactoria, y en efecto, no la dió, pero le agradezco la galantería que le impidió negar mis tres hechos citados, haciéndole admitir este importante fenómeno, aunque al intentar explicarlo, sin éxito, demuestra que en efecto no se puede explicar con lo que hasta ahora sabemos.

Consecuencia indudable; hay muchos fenómenos vitales, para los cuales la fisiología es insuficiente; estudiémosla más y más para dejar á quienes nos siguen, un acopio mayor de conocimientos útiles, de los que nos dejaron nuestros antecesores.

La parte de fisiología que más importa conocer para la práctica de nuestro arte, es precisamente la que menos conocemos, la del sistema nervioso: lo primero que resulta de los fenómenos hypnóticos, es precisamente la obligación de estudiarlos.

Al negarlos, impedimos que se acerque la época en la cual serán tal vez explicados satisfactoriamente; entretanto las cortas nociones que tenemos y que son útiles, ¿porqué despreciarlas como cuentos de niños y escamoteos? Si no se hubiera vd. expresado tan mal respecto de las personas, que, cansadas de sufrir, han admitido al Braidismo, podría presentarle algunas para quienes ha sido fuente de alivios vanamente anhelados anteriormente.

Admite vd. la influencia del calórico, de la luz á distancia; tal vez no admite vd. la teoría de Ampère sobre las corrientes eléctricas, pero tantos la admiten, que no nos debe parar esta consideración; no puede vd. negar la influencia del moral sobre el físico. Como ocupado en asegurar la multiplicación de la especie, y á la vez, como químico, no podrá vd. explicarnos la fecundación del óvulo destinado á ser primero un feto y después un niño, por otra influencia que no sea una impulsión nerviosa, ciertamente muy diminuta, mediante la cual este óvulo se desarrollará en adelante, no más por haber recibido el contacto del espermatosoïde, celdilla mínima, pero agitada del movimiento característico de la vida, mientras los óvulos vecinos

nacidos en igualdad de circunstancias, pero privados del impulso inicial, caerán inútiles y serán eliminados en las excretas vaginales.

En este ser tan pequeño, todavía tan sencillo, tan vacilante, se van á desarrollar órganos maravillosos por la multiplicación de sus elementos, la complicación de su misión, la necesidad de grande armonía entre los conjuntos, y sus elementos primordiales, y para la conservación de esta armonía, se constituirá el más maravilloso de todos estos órganos, el elemento gubernativo del ser, el cerebro con sus complicadísimas redes telegráficas, los nervios, mediante los cuales á cada momento sabe lo que pasa en las más remotas regiones del cuerpo que gobierna, recibiendo aviso del menor tropiezo capaz de comprometer el bienestar general, mandando órdenes á toda la superficie en contacto con el exterior, así como en la intimidad de los aparatos funcionales para que cada cual: tegumento, glándulas, aparatos mecánicos, aparatos químicos, todos concuerden en el cumplimiento de sus deberes á la conservación de la vida.

Para tan maravillosa función el sistema nervioso gasta y desarrolla fuerza. Si el calórico producido por un cerillo encendido irradia y se comunica á distancia, ¿cómo no irradiará y se comunicará más y mejor la fuerza nerviosa, la cual también proviene de combustiones entre elementos escogidísimos hasta el punto de producir con ella lo más bello, lo más sorprendente del mundo, el pensamiento, la noción de la existencia, la conciencia del ser, el *Cogito ergo sum?*

Para la conservación de los seres más inferiores el Creador ha sido pródigo, multiplicando sus gérmenes ¿cómo habría de haber sido parco en ministrar al ser pensador la fuerza necesaria para las más amplias concepciones?

Vemos qué desigualdad tan inmensa hay entre la capacidad y aptitudes vitales de tantos sugetos: unos vegetan casi sin pensar, otros abarcan en sus concepciones el conjunto de los mundos y parecen encontrarse estrechados en medio del universo infinito.

¿Cómo no admitir que el Ser en quien la vida desborda pueda prodigarla á quien la tiene escasa?

¡Cuántas veces en su práctica habrá vd. sentido manos heladas á las cuales las suyas, calentadas por mayor vigor y actividad, podían devolver rápidamente el calor!

¡Cuántas otras veces habrá vd. encontrado vivientes desanimados á la orilla del sepulcro por falta de ánimo á veces sin lesiones orgánicas apreciables, á quienes con solamente revivir sus esperanzas habrá vd. visto reanimarse!

Esto nos conduce á creer que la vida, sobrante en algunos, puede repartirse á donde falta.

Para convencerse de la unidad de las fuerzas físicas, lea vd. el libro publicado con este mismo título por el padre Secchi, á quien tal vez, considerará vd. ortodoxo; para darse una idea de las transformaciones del calórico producidas por el cuerpo humano, lea vd. el interesante libro sobre el magnetismo animal y fuerza néurica, del Dr. A. Barrety; para tener una idea de los fenómenos de polarización, por los cuales se demuestran los efectos de dicha fuerza néurica sobre el hombre, lea vd. *Decouverte de la polarité hamaine* par le Dr. Chazarain; verá vd. que tales nociones ya no se parecen á las que se encuentran en los cuentos para niños, y que la circulación nerviosa está demostrada en cuanto á su emisión á distancia, así como la receptividad extraordinaria para dicha fuerza por parte de algunos sugetos; ambas están demostradas experimentalmente.

Insisto en que tales fenómenos podía vd. haberlos visto, si hubiera querido, y será bueno que antes de verlos esté vd. más preparado para comprenderlos: con esta buena intención, confraternal, me he tomado la libertad de abusar una vez más de su atención.

En espera de sus órdenes, me repito su afectísimo compañero y amigo Q. S. M. B.

FÉNÉLON.

P. D. Si á la Academia Nacional de Medicina de México, no le parece oportuno dar hospitalidad á las experiencias que vd. desea ver, no faltará otro local en el cual se pueden verificar, y, dado el interés despertado por el asunto, podría encontrarse un empresario de espectáculos públicos, que facilitara la ocasión de dar á estas demostraciones mayor importancia.

Si quiere vd. ver enfermos aliviados en lo privado, y sin acordarse, ni recordarles su mala opinión, respecto de quienes han admitido aplicaciones neúricas, me honraré con llevarlo á verlos conmigo. — VALE.

EL BRAIDISMO.

S. C., Octubre 18 de 1888.

Sr. Dr. Juan María Rodríguez.

Muy respetable señor compañero:

Autor, maestro tan hábil y concienzudo como vd., de determinadas aseveraciones

que para mí son contradictorias ó no expresan verdad, y con objeto de conocer bien sus ideas sobre Braidismo, ahora que van á verificarse experimentales indagaciones, me atrevo á suplicarle disipe dudas que con la mejor buena fe paso á exponerle.

I

Copio del primer artículo de vd., intitulado: "El Braidismo en la picota," los párrafos siguientes:

......" puedo asegurar que la circunstancia que mucho ha contribuído á atajar la marcha invasora del *mal* á que aludo, Braidismo, consiste en la inquebrantable fe cristiana, el sano criterio y la honorabilidad, nunca bastante ponderada de los mexicanos."

......" *llegaron á persuadirse* (los médicos mexicanos) que más que ciencia, aquello (el Braidismo), era *un pasatiempo plagado de escamoteos y mistificaciones.*"

......" lógicamente se deduce que deben contribuir principal é *inevitablemente* á todo ó á la mayor parte del éxito de estas prácticas (las del Braidismo), las *peculiares* condiciones del sugeto, sometido á la experimentación, á saber: *tácito acuerdo, descaro y desfachatez. No puede ser de otro modo.*"

Copio del segundo artículo de vd. dirigido al Dr. Fénélon y que lleva por titulo: "Importante contestación," los párrafos que siguen:

"Tanto por esta consideración (prolongar indefinidamente la polémica) como por esta otra, *la importancia y trascendencia* de lo que en la presente cuestión se versa (el Braidismo)......

"Obras son amores, amigo mío; *por eso* reclamo ahora de vd. hechos irrecusables.

"......entretanto, permítame vd. que *siga dudando* de la verdad del programa anterior (las maravillas del Braidismo)."

Copio del tercer artículo de vd. dirigido al Dr. Fénélon é intitulado "El asunto del Braidismo," los párrafos siguientes:

"......á fin de que en presencia de aquella (la Academia) muestre y demuestre (el Dr. Fénélon) cuanto me ofrece en su réplica citada, en sugetos clínicos que *le proporcionaremos*, para ahorrarle molestias, escogiendo vd. (Fénélon) *de entre ellos.*"

"Tengo la firme convicción de que no todo lo que sucede en el mundo tiene *explicación*...... El *porqué* de las cosas aun de las más triviales que suceden todos los días, está muy lejos de nuestro alcance y de nuestra razón.

"......Los presentimientos nada tienen que ver con la fisiología clásica, ni con la que no lo sea, siendo como son sensaciones interiores...... los presentimientos son voces del corazón, avisos misteriosos...... En el caso á que vd. (el Dr. Fénélon) se refiere...... más bien pronosticó, que es cosa distinta. Cuando pronosticamos, nos apoderamos del porvenir, no con el corazón, sino con la cabeza......

"Cuando eran visibles los yerros, así él (Aimar) como otros interesados ó preocupados los atribuían á que faltaban entonces algunas disposiciones sin las cuales el arte no hacía su efecto, *salida igual* á la que el célebre adivino Washington Irving Bishop dió varias veces, cuando no pudo adivinar lo que el Dr. Macías *había ejecutado en la mañana de aquel día con otra persona*, en el Hospital Militar......"

Voy con permiso de vd. á discurrir sobre las anteriores aseveraciones.

II

Si los médicos mexicanos, según vd. comunica al público, *llegaron á persuadirse* de que el Braidismo es un *pasatiempo*, y vd. hizo suya esa declaración ¿cómo después, en nuevo escrito, asegura que es *de importancia y trascendencia* la cuestión que él entraña? ¿cómo duda cuando de la inanidad de las prácticas braidistas está *persuadido*? ¿un *pasatiempo*, y hasta esto, plagado de *escamoteos y mistificaciones* puede ser alguna vez de sumo interés, de notable utilidad? O ¿es que ya cambió vd. de opinión, que ya no opina como los médicos mexicanos, ó que ya los médicos mexicanos determinaron *dudar* y tener como *importante y trascendental* algo que tuvieron no como baladí sino menos aún, como ilusionario y engañoso? Pero (nueva dificultad) entonces ¿porqué en su tercer escrito llama vd. al Braidismo *embeleco* que ha torturado á la ciencia *obligándola á mentir*?

Fíjese bien: el Braidismo ¿es *pasatiempo, es embeleco,* ó es *cuestión importante y trascendental?*

La inquebrantable fe cristiana, el sano criterio, y la honorabilidad nunca bastante ponderada de los médicos mexicanos, ha contribuido dijo vd., *á atajar la marcha invasora del mal* (Braidismo). No pretendo que vd. indique cuál es ese sano criterio de los médicos mexicanos, aunque le confieso tengo grande interés en conocerlo; pero sí me atrevo á preguntarle: ¿vd. reclama hechos del Braidismo? vd. quiere presenciar sus prácticas? ¿siendo vd. mé-

dico mexicano, de inquebrantable fe cristiana y honorable, en vez de oponerse á la marcha invasora del Braidismo, provoca sus prácticas maléficas, no más que para convencerse, vd. que ya no lo necesitaba, de lo que sólo debería según sus severos conceptos anatematizar? O ¿ha pensado vd. ya de otro modo *persuadiéndose* de que el Braidismo es objeto de estudio, que es conveniente sujetar al crisol de la prueba? Pero entonces lo de la fe cristiana, del sano criterio y compañía, salió holgando.

Sírvase fijar sus ideas á los siguientes respectos: ¿es contra la fe cristiana, el sano criterio y la honorabilidad, no atajar la marcha del Braidismo? ¿Ataja la marcha del Braidismo quien solicita sus prácticas, poniendo lazos á los incautos? Porque para vd. lo son ¿ó nó? los que creen en el hipnotismo.

"Ese pasatiempo (el Braidismo) está plagado, vd. de ello está *persuadido*, de escamoteos y mistificaciones. Entonces ¿para qué servirán á vd. los hechos que desea presenciar? Encontrará escamoteos y mistificaciones; asistirá á una sesión en que presdigitadores indudablemente menos diestros que Herrmann y Kellar, le enseñarán cosas menos bellas que las que esos ilusionistas saben hacer y no habrá más novedad que ser vd. el autor del programa y el vigilante de que hasta en sus últimos ápices se cumpla. ¿No es verdad?

¿Va vd. á decirme, que se propone ser observador y experimentador imparcial? No lo creo, y voy á darle los fundamentos de mi desconfianza.

Magendie decía: "cuando experimento, no tengo más que ojos y orejas, dejo á un lado el cerebro" y desde Bernard, todos sus ilustres sucesores han hecho de tal regla un criterio, y vd. convendrá que con *razón*. Ahora bien, ¿el Sr. Dr. Juan Mª Rodríguez tendrá las dotes exigidas por Magendie, cuando antes de ver y oir, prefirió agraviar al Braidismo, cuando á la vez que pide que lo convenzan llama *embeleco* á lo que quiere presenciar?

Otro motivo de desconfianza; vd. desea, para convencerse, que se despliegue ante su vista, programa íntegro y parece que hasta en secuela forzosa de maravillas del Braidismo. Y sin embargo, vd. sabe que en cuestiones de fisiología normal ó patológica, por las necesidades del estudio se forman tipos abstractos con las series más frecuentes de fenómenos observados, pero que nunca, so pena de no hallarlos, se buscan ni aun por los observadores más exigentes, tales y como fueron formulados; vd. sabe que las idiosincrasias y las circunstancias hacen variar mucho los conjuntos dinámicos en los individuos; vd. sabe que el que observa en la Clínica una pulmonía, no encuentra en lo general el tipo que le describen los autores sino hechos que en lo sustancial se le asemejan; que no sería científico decir: aquí no hubo calosfrío ni estuvo presente esputo rubiginoso, luego aquí no hubo pulmonía porque faltó algo de lo que á esa afección corresponde; aquí se presentó delirio y acudieron convulsiones; luego aquí no hubo pulmonía pues que sobró algo de lo que á esa flogosis, de derecho compete.

En el Braidismo, los sugetos cambian de aptitud ó no la tienen con las idiosincrasias y las circunstancias; en tal de ellos podrá verse la letargía, en cuál otro la catalepsia; en el de más allá se hará evidente la sugestión y en el de más acá será bien perceptible el somnambulismo; podrá suceder hasta que todas estas fases se sucedan, hasta que se asista al cumplimiento puntual del programa trazado por vd. Pero ¿será imparcial un médico que sabiendo de lo que se trata, que conociendo en lo conducente el sistema nervioso y sus funciones, que son distintas hasta parecer diversas en los varios individuos, y médico imparcial que sólo desea convencerse de un hecho fisiológico, pida, y como con buen derecho, que en el individuo ó individuos que para *ahorrar molestias* proporcione, se ejecute *ad libitum* un programa-tipo, un conjunto clásico de fenómenos?

¿Será imparcial un maestro que mirando posibles los *yerros* sea de parte del experimentador, que no siempre tendrá inervación ó voluntad más enérgica que su cliente, sea de parte del sugeto que á la experimentación se preste, porque no adune las condiciones que la producción de fenómenos requiere, anticipa que es esa *una salida*, vamos, salida por la tangente? ¿No hará vd. algo semejante al que porque sabía que Bishop adivinaba *el pensamiento* le exigía *leyera en lo pasado? Las salidas* por fenómenos ignorados no son vergonzosas cuando se profieren delante de persona que conoce y valoriza de lo que se trata; vd., ya las condena anticipadamente ¿es de creer que por benevolencia?

Si los individuos que se sujeten á la observación de vd. no realizan su programa conforme á los libros arreglado, por más que prueben la existencia de todos ó buena parte de los fenómenos sustanciales del Braidismo, ¿se convencerá vd? Santo Tomás Dydimo, representante por su incredulidad de la ciencia, no consta que hubiera sido recalcitrante; metió la mano, pal-

pó y se convenció. ¿O vd. ha sabido que para persuadirse formará previo programa?

Dudar en ciencia no sólo es bueno sino debido; la duda es madre del saber; quien se va *de bruces* en cuestiones que deben resolver la Observación, la Experimentación y el Raciocinio, es un necio; pero ¿cómo llama vd. al que porque duda, zahiere previamente lo que duda? ¿cómo, al que preparando la prueba y cuando sólo es conveniente plantear expeditivamente el problema, todavía injuria llamando *embeleco*, es decir, *embuste alucinador*, á aquello sobre lo que quiere lo persuadan? ¿Le llamará ligero, le llamará apasionado? Vd. que conoce tanto la manera de bien decir ¿cómo lo calificará?

Pero hay algo más que hace desconfiar. Atacando al Braidismo, cita vd. como tipo de hipnotista al charlatán Jocobo Aimar y de su conducta deriva conclusiones depresivas para el Braidismo. ¿Porqué no refirió en vez de la historia del ilusionista indicado siquiera la del humilde hydróscopo Bletón? ¿Parecería á vd. conducente que para juzgar á médicos, se establecieran premisas en la conducta de curanderos?

Obras son amores, verdad; ¿pero es preciso que las obras sean del Dr. Fénélon, para que sean amores? ¿No es bastante que sean de persona idónea cualquiera que sea? ¿Porque obras son amores, "*por eso* reclamo *de vd.*" forzosamente del Dr. Fénélon hechos irrecusables? ¿Qué no ve vd. en este razonamiento cuando lo produce maestro como vd., una prevención que quiere esconderse pero que es bien aparente?

¿Vd. tendrá mejores razones para creer en el Dr. Fénélon que en Braid, Charcot y otros médicos? ¿Quién asegura que en lo que presencie no encuentre las mistificaciones y los engaños que ya desde ahora señala?

Dirá vd. que van á experimentar en la Academia, médicos honorables, incapaces de engañar; pero *¿después* de la experimentación opinará vd. del mismo modo? ¿No dirá vd. que sólo los reacios son honorables? Como decidió que el Dr. Constantino James es honorable y competente y no son competentes ni honorables Braid y Charcot, ¿no decidirá que tales de nuestros comprofesores son incompetentes? Cuando las razones no acuden, el juicio enloquece.

Y respecto del sugeto de la experimentación ¿lo absolverá de *descaro y desfachatez* si depone contra la convicción de vd?

Pongamos, señor, los puntos sobre las ies. ¿Vd. intenta de buena fe convencerse ante hechos irrecusables?

"Tengo la firme convicción de que no todo lo que sucede en el mundo tiene explicación...... ¿Qué quiso vd. decir? ¿Que no de todo lo que sucede en el mundo se ha conquistado la explicación? Verdad es esta como un templo. ¿Que no todo lo que sucede en el mundo es explicable? Falsedad tan grande como un templo. Todos los fenómenos tienen causa y ésta los explica; ninguna fuerza se pierde en el Universo; los fenómenos actuales derivan y se explican por los anteriores. Esta doctrina de Stuart Mill, ¿no place á vd? *Nihil est in mundo materiale sine ratione suficiente* doctrina del padre Jacquier, ¿tampoco le conviene á vd? ¿Va á decirme que el padre Jacquier habla del mundo material y el hipnotismo pertenece al espiritual? pero entonces los ejemplos que vd. puso para convencer de sus ideas, no son conducentes porque en ellos habla de combinaciones químicas, de hollín, de diamante, etc., y estos cuerpos pertenecen al mundo material. Yo me explico la razón del mal axioma que vd. profesa; vd. confunde los porqués de las cosas con el cómo se verifican ó sea con su explicación; vd. cree sinónimas, Teleología y Ciencia; y con todo respeto creo que vd. no tiene razón. El hombre sabe, porque ha observado y experimentado, que ciertos radicales cuando se combinan, desprenden ó absorben calor; con tal ciencia puede prever y predecir, si le hablan de tales ó cuales combinaciones, que en ellas habrá desprendimiento ó absorción de calor, y aun puede evitar ó procurar estos fenómenos empleando tales ó cuales sustancias. ¿Cómo en ciertas combinaciones hay desprendimiento ó absorción de calor? Porque entran en la combinación determinados ingredientes en determinadas proporciones. Si de calor ó frío se trata, á la Química no le importa más que esta explicación; no le falta averiguar porqué tal ingrediente absorbe y tal otro desprende calor. El hombre sabe, porque ha observado y experimentado, que los alimentos azoados se trasforman en las vías digestivas en peptona y los amiláceos en glycógena y en grasa; puede prever y predecir si de tales ó cuales alimentos le hablan, que se trasformarán en tales ó cuales productos y si aun cuenta con las vías digestivas puede enseñorearse de la nutrición dándole tales ó cuales sustancias alimenticias. ¿Porqué los alimentos se trasforman así mejor que de otro modo, en presencia de los agentes orgánicos conducentes? No lo sabemos, ni á la trofia orgánica le importa. ¿Cómo es que tal alimentación da tal resultado? ¿cómo variar la alimenta-

ción para que dé tal otro? La explicación es obvia ó cuando menos alcanzable si se examinan los elementos alimenticios que la constituyen.

La Ciencia explicará quizás alguna vez todo lo que le corresponda; la Observación paciente, la Experimentación humilde y el Raciocinio severo se lo enseñarán; cuando menos hará con ellos cada vez nuevas conquistas; pero no hay que pedirle lo que está fuera de su alcance; ella dice lo que puede; como Bishop dijo qúe adivinaba el pensamiento, no que adivinaba los acontecimientos pasados, ni presentes, ni por venir.

"Los presentimientos nada tienen que ver con la fisiología clásica, ni con la que no lo sea siendo como son sensaciones interiores......" De manera que las sensaciones interiores ¿no pertenecen á la fisiología? Entonces ¿hay algo que incumbe á la sensibilidad que no pertenezca á la vida? ¿Parece á vd. que pongamos á los presentimientos en la clase de las curiosidades zoológicas que inventó el Dr. Riviere? Pero dice vd. adelante, "los presentimientos son voces del corazón," entonces los presentimientos siempre pertenecen á la Fisiología, ó ¿el corazón pertenece á la Geodesia?

"El presentimiento del Dr. Fénelon no fué voz del corazón sino pronóstico, apoderación del porvenir con la cabeza;" pero entonces este presentimiento también incumbe á la Fisiología y hay presentimientos que no son voces del corazón. Si no encuentra explicables los presentimientos por aquello de que no conoce vd. su *porqué* ¿no valdría más no aventurar explicaciones *hipotéticas* cayendo así en el propio escollo que lamenta?

III

Hay algunas otras aseveraciones en los escritos de vd. muy discutibles ó falsas y me reservo llamar sobre ellas su atención en otra oportunidad: por ahora es conveniente y entiendo que vd. lo creerá justo, comprender bien los deseos y tendencias de un adversario del Braidismo del nervio y empuje de vd.

Soy su afmo. amigo y respetuoso servidor Q. B. S. M.

FERNANDO MALANCO.

SOBRE EL HIPNOTISMO.

México, Octubre 16 de 1888.

Señor Director de *El Universal.*

Mi distinguido señor:

Atrévome á tomar la pluma para suplicarle la inserción de la presente en su respetable periódico, que creo es el eco de las dudas en que á todo el público nos tiene la controversia científica que sobre el hipnotismo sostienen los reputados facultativos Sres. Rodríguez y Fénelon.

Después de haber leído las diferentes cartas que ambos han publicado, creo, señor Director, salvo el parecer de los mencionados doctores, que no son del caso las recíprocas réplicas, datos, citas y hechos que cada uno aduce para defender sus creencias, pues desde el momento en que aceptaron mutuamente el reto que se lanzaron, sólo cabe entre hombres y hombres científicos la comprobación ó no comprobación de los hechos, y la cuestión queda reducida á esta pregunta: ¿Es una verdad ó no y un hecho positivo el hipnotismo? ¿No lo es? Pues fuera llenar periódicos y libros y disputar enloqueciendo al público, y que cada partidario se quede con el ídolo de sus creencias. Al contrario, ¿es una verdad? Pues entonces que el Sr. Dr. Fénélon lo pruebe, no sólo ante el escéptico sistemático Sr. Rodríguez, sino ante el público á quien ha tenido en suspensión tanto tiempo, y si bien el público no cantará la palinodia porque no ha negado, en cambio obtendrá el mejor premio, como es el que la cante un primer doctor, que después de tantas negaciones absolutas y argumentos absurdos, se verá obligado á ello...... por no caber otra cosa.

Vd. debe comprender, señor Director, que el público que no posee los conocimientos de los mencionados facultativos, está en una duda penosa, no sabiendo si es una verdad lo que defiende el reputado Dr. Fénélon, ó si es falso lo que ataca y niega el esclarecido Dr. Rodríguez. ¿Qué entiende él de todas las teorías y opiniones que emiten si le faltan los conocimientos previos para formar juicio? ¿Y qué opinión ha de formar si dos lumbreras no están acordes y niegan y afirman lo que es misterio para nosotros? Creo, pues, harían un bien inmenso al público mexicano, que dejándose de ese tiroteo científico, propio para Academias, pero no para la comprensión del público, descendieran de una vez al terreno de los hechos, y así el público podría saber de una vez si es verdad ó falsía el asunto que motiva esta cuestión.

El Dr. Rodríguez podrá decir que aún en este terreno el público puede ser engañado por una ilusión de prestidigitación, por no querer tomarse el trabajo de explicarse los fenómenos que presencia (si tiene ocasión de ello), pero si éstos son una verdad y por un hecho leal, y el Dr. Rodríguez da su asentimiento y se convence, convencerá también al público, quien no

podrá creer ser engañado por el paladín de sus dudas,

El Dr. Fénélon podrá aducir que coartan su libertad y acción, obligándole á tomar sugetos de la Clínica en los que quizá no residirán las cualidades necesarias para las manifestaciones que se propone. No obstante, comprendiendo la buena fe y rectitud de dicho facultativo, creo no se negará á hacer un reconocimiento de prueba en los mismos, y con toda sencillez manitar si hay individuos en la sala que sean idóneos al objeto; los hay, adelante, pues, y que convenza á todo el mundo: no los hay, no creo entonces que nadie pueda atacarle, pues ni él ni nadie ha asegurado jamás que el hipnotismo pudiera producirse en todos los sugetos, pero creo que debería mostrar públicamente algún sugeto en que por su personalidad y la lealtad de los hechos apartaran remotamente todo idea de sospecha.

Esperando sabrá, señor Director, dispensar el atrevimiento que me permito, y pidiendo humildemente gracia á los Dres. Rodríguez y Fénélon por entrometerme donde no me llaman, manifiesto con lo dicho mi opinión humilde que es el eco de muchos de mis amigos que están como yo ansiosos de esclarecer las dudas que les han inculcado.

Queda de vd. atento servidor y amigo.

UN SUSCRITOR.

CARTA DEL SR. DR. FÉNÉLON.

México, Octubre 20 de 1888.

Señor Director de *El Universal.*

Muy distinguido señor:

Usando de su bondadosa hospitalidad, me tomo la libertad de contestar unas cuantas palabras á la persona que ha tenido á bien aconsejarnos, á mi respetado colega y á su atento servidor, llegásemos á las pruebas; considerando el asunto bastante ó sobradamente discutido para el público, á quien las teorías importan tan poco como los hechos importan mucho.

Suum Cuique. Nosotros, los médicos, no somos hombres públicos, nuestras costumbres son humildes, y la representación no nos conviene bajo ningún aspecto.

Hay personas, que con asuntos de mucha menor importancia, encuentran elementos para espectáculos interesantes y en esta vez instructivos.

En México hay magnetizadores hábiles y sugetos en los cuales se producen todos los fenómenos comprobantes de la acción del fluído nervioso, se pueden enseñar.

El interés está despertado; un empresario podría aprovecharlo útilmente para sí, para la vulgarización de fenómenos todavía ignorados hasta por respetables profesores, y para el bien de la humanidad, á quien conviene conocer todos los recursos útiles para su alivio.

La Academia de Medicina de México ha concedido al Dr. Labadie una sesión en la cual presentó enfermos interesantes, sugetos dóciles para la letargía, catalepsia, sugestiones, anestesia, alucinaciones completas durante el sueño y después; pero nuestro respetable contradictor creyó que todo aquello había sido comedia y de nada sirvió para él; otra sesión tendría probablemente el mismo éxito; por lo mismo, es preciso dirigirse á *Monsieur Tout le Monde*, quien, según decían, *a plus l'esprit que Monsieur de Voltaire.*

Soy de vd., señor Director, atento S. S. que sinceramente le agradece su bondadosa hospitalidad y B. S. M.

FÉNÉLON.

NOTA.—Se ha dicho que el Dr. Fénélon fué quien llevó la cuestión á la prensa política: no es exacto, los señores Redactores del "Universal" fueron quienes tomaron la iniciativa de la publicación de su réplica impresa en la "Medicina Científica."

No se sabe qué gestiones hiciera el Dr. Rodríguez cerca de la Academia de Medicina de México, ni si hizo algunas para cumplir con lo que ofreció.

INDICE BIBLIOGRAFICO.

Anuario de Medicina y Cirugía.—Revista semestral dedicada al examen retrospectivo de todos los descubrimientos y adelantos prácticos en las ciencias médicas, tomado en parte del "Retrospect of medicine" del Dr. Braithwaite, completado con artículos de publicaciones de otros países, por los Dres. Reboles y Campos y García Molinas; ilustrado con 20 grabados intercalados en el texto.—SEGUNDA SERIE.—Tomo VI.—Julio á Diciembre de 1887.—Anuario internacional.

Obra de verdadero mérito, pues compila en pocas páginas todos los adelantamientos de la época á que se refiere.

Se vende en Madrid en la librería editorial de D. Carlos Bailly-Baillière, Plaza de Santa Ana número 10.

Lecciones de Terapéutica, por Georges Hayem, traducidas por el Dr. García Molinas.

LAS GRANDES MEDICACIONES.—Para recomendar ésta obra basta sólo decir que trata de modo verdaderamente magistral estas tres importantísimas cuestiones de la Terapéutica: los principios generales, las medicaciones y los tratamientos.—Se vende en Madrid en la librería editorial de D. Carlos Bailly-Baillière, Plaza de Santa Ana número 10.

Diccionario de Medicina y Cirugía, Farmacia, Veterinaria y Ciencias auxiliares, por E. Littré, Médico del Instituto de Francia. Obra que contiene la sinonimia griega, latina, alemana, inglesa, italiana y francesa, y el vocabulario de esas diversas lenguas, versión española de la décimaquinta edición francesa aumentada y puesta al corriente de los progresos de las ciencias médicas y biológicas y de la práctica diaria por los Dres. † J. Aguilar Lara, Profesor clínico y auxiliar de la Facultad de Medicina de Valencia, Director de "La Crónica Médica," etc., etc., y M. Carreras Sanchis, Profesor de Fisiología é Higiene en "El Fomento de las Artes" de Madrid, Redactor-Jefe de "El Diario Médico-Farmacéutico," etc., etc., y precedido de un prólogo del Dr. D. Amalio Gimeno Cabañas, Catedrático de Terapéutica. Con más 600 grabados intercalados en el texto.

El "Diccionario de Medicina, Cirugía, Farmacia, Veterinaria y Ciencias Auxiliares" de Littré, constará de dos gruesos tomos de tamaño casi folio, esmeradamente impresos en papel glaseado idéntico al del prospecto, con tipos nuevos, adquiridos exprofeso para esta obra.

Se publicará por cuadernos de 40 páginas, á dos columnas, iguales á las del prospecto por las cuales puede formarse una idea de los 600 ó más excelentes grabados que ilustrarán la obra y de la elegancia y claridad de los tipos que en su confección empleamos.

Durante la publicación, el precio de cada cuaderno en toda España será el de UNA PESETA, repartiendo, por ahora, dos cada mes; más adelante, si lo desean los señores suscritores, aumentaremos el número de repartos para terminar la obra en el menor plazo posible. Concluida ésta se aumentará el precio.

Siendo bastante más completa de texto y grabados la presente edición que la francesa, no podemos precisar con exactitud su extensión; creemos, sin embargo, que no excederá de 40 á 50 cuadernos.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

ALGUNAS APRECIACIONES

SOBRE

"Métodos de investigación en Terapéutica."

Contestación

A los Dres. Malanco y Fénélon, por el Dr. Agustín García Figueroa, Médico Cirujano de la Escuela de México é Inspector de Salubridad de Jalapa (Veracruz.)

Jalapa, Agosto de 1888.

Sres. Dres. Fernando Malanco
y Juan Fénélon.

Estimados compañeros:

Vdes. saben muy bien que Zadig, aquel famoso sabio que vivía en tiempo de Moabdar, rey de Babilonia, recibió una terrible herida en el ojo izquierdo. Llamado que fué para asistirlo el más hábil médico de la Escuela oficial del reino, opinó que las heridas del ojo izquierdo son incurables; por fortuna, Zadig se alivió naturalmente ó á virtud de algunos emplastos preconizados por no sabemos qué viejas dedicadas al estudio de la botánica, y entonces el gran médico escribió un gran libro donde probaba victoriosamente que Zadig, debió haberse quedado tuerto, *nemine discrepante;* según los dogmas de la ciencia ortodoxa. Y el muy célebre relator de esta historia concluye diciendo: "Zadig no leyó este libro."

Yo deploro que los clientes de la Homeopatía sigan invariablemente el sistema egoísta y desatento de aquel bárbaro. Sanan y se olvidan de los "*contrarios.*" Más desgraciado que Zadig porque soy ciego, pero menos impolítico y más deseoso de conocer mis propios errores, he leído con avidez la eruditísima carta que vd., querido Fernando, se sirve dirigirme y las razones que el Dr. Fénélon opone con no menos saber y un indisputable talento.

Hace veinte años, si un oscuro magnetizador hubiera expuesto sus teorías é invocado el testimonio de sus compañeros para demostrar la existencia de los fenómenos del *hipnotismo,* no habría sido necesario, para refutarlo, que el Dr. Malanco emplease la barreta que le sirve de pluma, ni que el Dr. Fénélon, con la risa en los labios, le hiciera llover sobre las espaldas sus ejemplos y sus apólogos: la escoba del último galopín de la Escuela de Medicina, hubiera bastado para reducirlo á polvo.

El *quid obscurum* de ambas escuelas es la *teoría.* Los hechos se imponen sobre todos los razonamientos y todos los razonadores, necesitando no más que el tiempo necesario para vencer las repugnancias que generalmente engendran las teorías decrépitas; los hechos sólo esperan espíritus despreocupados que los perciban, la teoría es la que necesita del talento y del saber.

Existe (á propósito) una notable diferencia entre las teorías y las explicaciones *figuradas.* Los homeópatas tienen la "*fotografía* de la enfermedad," y el Dr. Fénélon nos presenta una "*casa,*" que es el enfermo, unos *ladrones*, que son la enfermedad, unos *gendarmes*, que son los médicos, y aún podrían suponerse unos *envoltorios de ropa* que fuesen el hígado, los riñones, el bazo, etc., etc. Nadie piensa que el estimable Sr. Fénélon trate de elevar el edificio de la ortodoxia científica sobre esta bonita alegoría.

¿Cómo curan los semejantes? ¿determinan, aceleran la marcha de algo que debe eliminarse? la sustancia medicamentosa, que tiene fáciles caminos de eliminación, ¿abre y desembaraza el paso á otra sustancia, causa del mal, casi idéntica, pero más rebelde á la fuerza orgánica? ¿curan la "*impresión*" como se componen las luxaciones aplicando una fuerza semejante que sobrepasa *un punto* la distensión de los tejidos producida por otra fuerza? lo ignoro.

Entretanto, repito, los hechos, los hechos numerosos, variados, efectuados en manos del saber, y aún de los aficionados empíricos, son la prueba de la Homeopatía. No obstante, y sin la necia presunción de decidir una disputa justificable solamente por las demostraciones clínicas, responderé á las amables cartas de vdes., oponiéndoles, no sin desconfianza, algunas leves observaciones.

I

Antes de entrar en materia, contestaré á la pregunta que el compañero Malanco me hace al principio de su carta.

Preguntarme si soy homeópata porque reconozco las verdades que encierra la Homeopatía, equivale á preguntarme si soy islamita porque reconozco las virtudes sociológicas del Coram. En esta pregunta se denuncia sin quererlo todo el espíritu ortodoxo de mi amigo; veo á través de esta interrogación á Lutero espantándose de Calvino. No, amigos mios, soy tan ortodoxo como vdes., por más que llamen dosímetras, tan ortodoxos como Jouset, Colin, Marchena, Talavera, etc., por más que se hayan llamado homeópatas. La Escuela oficial ha sido más circunspecta y conocedora del verdadero carácter del médico; ella jamás aceptó voluntariamente (que yo sepa) la denominación de *alópatas* con que sus adversarios y el mundo se empeñaron en designar á sus discípulos. Yo estoy dispuesto á aceptar con gusto el calificativo que vdes. crean conveniente más á mis tendencias científicas, con tal de que se me reconozcan los sagrados derechos que tengo para llevar el nombre de médico.

Siempre ha sido para mí un deleite el estudio de todas las evoluciones del espíritu humano. La Filosofía médica es á la Alopatía, la Dosimetría y la Homeopatía, lo que al Espacio infinito es el calor, la luz, la electricidad, etc.; todos los antagonismos se mueven en su regazo para que se cumpla la ineludible ley del Progreso. Ella sabe determinar el valor matemático de todos los sistemas, de todos los errores, asignándoles á cada uno su asiento en la gigantesca ecuación de los conocimientos científicos, por más que nuestro compañero Fénelon sostenga que los trabajos del espíritu humano pueden ser estériles. En esta contemplación del mundo de las ideas es donde yo fortifico mi entendimiento y bebo mis inspiraciones. No hay en ninguno de los sistemas médicos, hasta el día, una ley bastante imperiosa é irrecusable, para sujetar á un espíritu independiente; cualquiera denominación, por tanto, sólo puede servir para encadenar el pensamiento á las raquíticas exigencias de bandería.

Me complazco en ver inteligencias notables, como las de vdes., empeñadas en el estudio del organismo viviente y enfermo, bajo la influencia de una dosificación definida de alcaloides, aplicados con determinado criterio; como me complace saber que Charcot estudia las funciones del sistema nervioso en el estado de *hipnotismo;* pero me causaría pena verlos aceptar como sectarios, los nombres de dosímetras ó hipnotistas. Esta aceptación parecería significar la abdicación de todos nuestros derechos universitarios, que no serían nada, si no hubiesen sido conquistados á expensas de la savia de nuestra juventud y con el sacrificio irreparable de nuestras fuerzas vitales.

No son los homeópatas ni los dosímetras los responsables de estas denominaciones que nos fraccionan en banderías. La Filosofía Médica expulsada de la Escuela oficial, comienza á reinar en los espíritus extraños á la medicina, como la diosa Razón, expulsada de las Universidades, reinó en las calles y plazas públicas de Francia convirtiendo en víctimas á sus mismos sacerdotes.

Si la Homeopatía y la Dosimetría fuesen una calamidad en las ciencias médicas, sobre la Escuela oficial pesaría la inmensa responsabilidad de su existencia; el hecho sólo de ser la árbitra de todos los elementos nacionales, le impone el formidable deber de destruir todos los errores por medio de la demostración diaria del absurdo en la cátedra y los hospitales; ella tiene el deber de estudiar el espíritu público científico, y lo tiene de saber que en el espíritu público existen elementos preciosísimos, sólo fecundos para las inteligencias sagaces habituadas á la observación.

Cualquiera médico delicado que crea encontrar entre los brazos de la madre Escuela un refugio contra sus angustias y escrúpulos profesionales, recibirá un profundo desengaño; ella nos lanza á luchar en el mundo con antagonismos que no nos ha enseñado á combatir, y que ni siquiera nos ha permitido conocer, abandonándonos en el desamparo y desplomando sobre nuestra endeble conciencia individual el enorme peso de sus responsabilidades; y si nó, ¿dónde guarda los archivos clínicos que pudieran servirnos de piedra de toque para juzgar de la Dosimetría á los médicos que carecemos de los pingües elementos que ella monopoliza? ¿dónde los archivos de la Homeopatía para que sirviesen de demostración histórica del absurdo? no existen, y sin embargo, los primeros pasos del médico joven se encuentran erizados de todas las dificultades. Los nuevos sistemas del arte de curar se pasean en las calles y se discuten en los salones; todos entienden de medicina, menos los médicos, que haríamos el papel de profanos si nos

atuviésemos exclusivamente á la literatura ortodoxa.

La vieja Escuela ignora ó afecta ignorar esta revolución, y se desentiende de la obligación que tiene de amparar y proteger á sus discípulos por medio de una cruzada vigorosa y perenne á través de todos los sistemas, que diera por resultado una riqueza de datos y demostraciones capaces de hacerla invulnerable; lo más que ha hecho para contrarrestar este movimiento, es oponer la *Clínica terapéutica* de Dujardin Beaumetz y la *Materia médica* de Fonssagrives, lanzadas como tablas de salvación en el caos en que navegamos, pero ¿llenan su objeto? no lo creo; el primero confiesa paladinamente que el método experimental no existe, y nos aconseja acudir á todos los recursos, aun cuando no podamos darnos la razón de estos recursos (con la condición, sin embargo, de que no sean ni la Dosimetría ni la Homeopatía); el segundo se lanza contra la Homeopatía en alas de su suficiencia, sin tomar en consideración la significación de los hechos.

Pero observo que me divago. Yo soy homeópata, si la Homeopatía consiste en observar los hechos sencillamente; soy homeópata, si la Homeopatía consiste en creer que los homeópatas trabajan sobre un camino recto de investigación. Creo, en una palabra, que debe existir *un método terapéutico positivo.*

II

Nada me ha dejado vd., querido Dr. Malanco, que decir en contra de las recetas alopáticas. Hace vd. una señal con la espada, suena el clarín y vése que una columna de hombres de talla colosal, se pone en movimiento y carga como un ariete sobre el edificio universitario, lo hace temblar y acaba por sepultarlo bajo sus escombros. Vd. me concede la razón por haber abandonado un sistema que Fódera llama decrépito; Luis, inepto; Malgaigne, infundado; Bernard, empírico; Smaltz, ficticio, y Forbes, contradictorio. El Dr. Fénelon le llama decrépito y lo relega á los museos arqueológicos; y si á esto se agregan las terribles cifras de la Estadística y el clamor universal contra las fórmulas insensatas y las dosis *que hacen volar á los colosos,* acabará vd. de explicarse mis escrúpulos de conciencia, y al fin mi deserción de las viejas banderas.

Pero lo que no acierta vd. á comprender, según parece, y lo que juzga vd. como un rapto de demencia, es mi conversión al sistema de Hahnemann. ¡Ah! Hahnemann me ha sacado de terribles apuros. El milagro, sin comprenderlo yo mismo, se ha realizado entre mis manos. Acostumbrado á no creer en nada, comencé mis experiencias riéndome; y ya realizadas, he empezado á ver con seriedad y luego con admiración á ese pobre viejo tratado como loco en las Universidades, lapidado en las calles por el populacho científico, cubierto de baldón como revolucionario y hereje por los doctores y las devotas de la Medicina ortodoxa.

III

Si sólo estuviera animado de un espíritu de controversia, podría replicar á mi compañero el Dr. Malanco, que su carta, digna de consideración por más de un título, no ha llenado, sin embargo, su objeto, cual es el contestar mis apreciaciones.

1º Yo he presentado el *método de investigación de Hahnemann* como el método más científico aplicado hasta hoy á la Terapéutica; 2º, he preguntado de no ser éste *¿cuál es el método de investigación científico que debe aplicarse á la Terapéutica?*

He formulado el método de Hahnemann de la manera siguiente:

1º Estudio gráfico y esencialmente analítico de los síntomas que producen las enfermedades.

2º Estudio gráfico y esencialmente analítico de los síntomas que producen los medicamentos en el hombre sano.

3º Estudio de la relación que hay ó puede haber entre los síntomas de la enfermedad y los síntomas del medicamento en los casos de curación.

En el estudio del medicamento he señalado dos géneros de investigación.

1º El que se refiere á la naturaleza y composición de las sustancias medicinales, el cual desempeñan satisfactoriamente la Química y las ciencias naturales, *siguiendo exactamente el método de investigación positivo* que Hahnemann siguió en el estudio de la relación fisiológica entre los medicamentos y las enfermedades.

2º El que se refiere al análisis de la potencia medicamentosa, tomando como *unidad* ó límite superior la dosis tóxica, y por *límite inferior*, los resultados.

Vd., querido colega, me contesta con una hábil y erudita agresión á la Homeopatía, á cuya agresión, un homeópata ortodoxo sólo pudiera oponer el humilde y tradicio-

nal: *e pur si muove* de Galileo; pero el fondo filosófico de nuestra polémica, el único que pudiera ser fecundo en resultados prácticos, parece pasar desapercibido á su esclarecido talento.

La Filosofía reinante nos enseña que cualquier *método de investigación experimental* es defectuoso, si no se limita á la observación de los hechos en sus mutuas relaciones de orden, sucesión, coincidencia, etc., para averiguar las condiciones en que se producen; es el conocimiento de estas condiciones *formulado*, á lo que se ha convenido en llamar *leyes científicas*. Las ciencias físicas y naturales marchan por este sendero en un progreso ascendente formidable; la Fisiología normal no les va en zaga; sólo la Fisiología terapéutica no puede encarrilarse por estos caminos; ¿qué especie de dificultad ó maldicion pesa sobre la Terapéutica, que así vaga llamando como mendiga á todas las puertas de la ciencia, pidiéndole en vano recursos que no le dan, porque nadie puede dar lo que no tiene? ¿porqué le quitais á la Terapéutica su personalidad científica y sus leyes peculiares, para formarla á FORTIORI con todos los elementos extraños que las otras ciencias producen? Mientras no se instituya el *método de investigación experimental terapéutico* limitado á la observación de los hechos en sus relaciones de orden, sucesión, coincidencia, etc.; mientras no sepamos prescindir de las *preconcepciones* fisiológicas, físicas, químicas, etc,, que si bien ilustran al individuo, en cambio impiden á la Terapéutica brillar con luz propia; mientras no demos de mano una vez por todas, á los *hipostenizantes*, *sedativos*, *tónicos*, *narcóticos*, etc., mientras no prescindamos de los *eupépticos* ó sea la Química intestinal que hace abstracción del elemento nervioso; mientras, en fin, no nos limitemos á observar los hechos del medicamento, los hechos de la enfermedad y sus mutuas relaciones de alivio ó agravación, la Dosimetría, la Homeopatía y todos los métodos terapéuticos de la Escuela ortodoxa, serán lo que el *método metafísico* y el *método teológico* en la vieja Filosofía: el conjunto híbrido de elementos extraños y contradictorios en la investigación de la verdad.

Emancipados de la divinidad DIOS y de las abstracciones metafísicas, hemos creado una divinidad *Ciencia* y una serie de abstracciones físicas, químicas, fisiológicas, etc., etc., á cuyo cartabón queremos sujetar todo lo que hay desconocido para nuestro espíritu. Tentado me vería á negar esta divinidad del siglo XIX, si no estuviera convencido de que no es ella la responsable de estos extravíos, sino la inconsecuencia y falta de rectitud de los hombres para observar sus preceptos; algo que llamaría yo, con Spencer, *inuoralidad científica*.

Ahora bien, yo me he presentado al debate sosteniendo que el único método de investigación *terapéutico positivo* es el método de Hahnemann y que no puede ser otro; á lo cual vd., querido Dr. Malanco, no me contesta; he preguntado que cuál debe ser el método de investigación científico que debe aplicarse á la Terapéutica, y deja vd. pendiente la polémica aplazando su contestación.

Quedo, pues, en espera, pero (no hay que olvidarlo) en esta contestación se concreta el punto capital de nuestra controversia, que no es ni homeópata, ni dosímetra, sino esencialmente filosófica.

Mi respetable colega el Dr. Fénélon contesta lo siguiente:

"El método científico de investigación que debemos aplicar ahora á la Terapéutica, es el que está fundado en los conocimientos modernos (¿CUÁLES?) comprobados y evidentes hasta donde sea posible;" y agrega: "Cerca de los que sufren las divagaciones filosóficas son inoportunas: "hechos CLAROS," (!) "prácticos" son los que debemos traer á la memoria y de los cuales debemos sacar conclusiones PRÁCTICAS inmediatamente aplicables á los casos urgentes, etc., etc."

Se ve, pues, que el Dr. Fénélon confunde dos cosas distintas, que son: *método de aplicación* y *método de investigación*. Si la Terapéutica sólo consistiese en la aplicación de los *conocimientos modernos* (he aquí una generalidad que parece abstracción) á la curación de las enfermedades, estaríamos de acuerdo, pero como la Terapéutica consiste en el *conocimiento de la relación* que existe entre los medicamentos y las enfermedades para su curación, hay que *investigar* cuáles son ó pueden ser estas relaciones, y yo no sé en qué *conocimiento moderno* debemos fundar esta observación.

Si no es á la cabecera del enfermo, no creo que en los laboratorios de Química ó Fisiología, sea donde podamos investigar el modo de curar, y si es á la cabecera del enfermo, la investigación tiene que ser por el método mismo que siguen los micrógrafos, los químicos, etc., etc., la observación atenta sin *preconcepciones de conocimientos modernos* es decir, el *método de investigación positivo* (que á mi pobre juicio es el de Hahnemann.)

Si no fuese por las divagaciones filosóficas ¿dónde, mi estimado Doctor, encontraría vd. los hechos claros y prácticos que

tanto le urgen á la cabecera del enfermo? Si llegásemos á esclarecer el punto filosófico que tanto me interesa esclarecer, vería vd. cuánta riqueza de recursos prácticos y claros surgiría en el oscuro campo de nuestra práctica profesional. Es por haber descuidado demasiado la Filosofía, por lo que navegamos en este piélago sin fronteras, sin podernos entender.

IV

Aun cuando, repito, no ha sido mi mente hacer una defensa del método terapéutico homeopático, en mi carta anterior, por la convicción que tengo de que esta cuestión sólo puede dilucidarse en la clínica y en presencia de los acontecimientos terapéuticos; aun cuando mis esfuerzos se dirigen á excitar á mis compañeros inteligentes, para que establezcamos los principios filosóficos que deben sustituir á los dogmas universitarios, voy, sin embargo, en rápida análisis, á hacer algunas humildes observaciones á los ataques que en sus respectivas cartas hacen vdes. á la Homeopatía, más por un homenaje de atención á sus interesantes conceptos, que por la esperanza de que nos entendamos en este terreno.

Vd., compañero Malanco, me dice en su carta:

"Se le ha dicho, á la Homeopatía, que á juzgar por el mutismo de las análisis, las diluciones y los glóbulos no contienen sustancia medicinal; que la copa del químico nada revela; que el mismo espectroscopio (microscopio de lo impalpable, de lo inconcebible, que puede hasta revelar el hidrógeno que carga el éter en su camino de las estrellas á nosotros, que puede hasta inquirir un tresmillonésimo de un miligramo de sal marina en la atmósfera de una pieza, que puede hasta sorprender una moleculilla de zinc de tresmillonésimo de milímetro de tamaño) nada enseña más allá de la novena dilución."

Magnífico, luego vuestras repugnancias *químicas* sólo versan sobre la 10ª dilución en adelante. Si todos los médicos juzgasen las cosas con la sensatez que vd. lo hace, la *posología* homeopática pronto fraternizaría con la de vdes. Entiendo que los homeópatas no se empeñan en plantar su campo de operaciones entre la 10ª y la 30ª; exijámosles que sólo practiquen entre la tintura madre y la 9ª dilución, y estoy seguro que se plegarán humildemente á nuestra exigencia en obsequio de la concordia.

Agrega vd.:

"Se le ha advertido, que aún suponiendo que los medios homeopáticos dividan sin tropiezo hasta lo inconcebible, tratándose de cuerpos heterogéneos, de mezclas de componentes variados, de tinturas ó jugos vegetales, por ejemplo, es seguro que la división mejor practicada, llevará á tal glóbulo ó gota partículas de alcaloides, y á tales ó cuales otras, moléculas de sustancias inertes, ó de ácidos ó sales; es claro que la dinamización mejor hecha, pero ciega como tiene que ser la que hacen los medios mecánicos que usa, conducirá por aquí tal sustancia eficaz, por allá tal otra inconveniente, inoportuna é inofensiva, no siendo ni siquiera verosímil que cada glóbulo, gota ó dosis lleve precisamente los tantos de cada componente para reconstruir la composición de la planta, para que se personifique en pequeño la genuina sustancia del vegetal curativo."

Siempre los *conocimientos modernos* tiranizando y ofuscando á la infortunada terapéutica! Si la Homeopatía tuviera personalidad como César, no podría menos que cubrirse la cabeza, exclamando en presencia del *mortero*: "*¡Tu quoque Brutus!*"

La teoría que sobre la *división* asienta vd., es ingeniosa, pero adolece del grave defecto de ser gratuíta y de no ser demostrada ni demostrable, y á vdes. por ser enemigos de la Homeopatía, les está vedado oponer esta clase de argumentos. Si yo quisiera imitar á los médicos que se empeñan en hacer Terapéutica de la Química, podría demostrar de un modo concluyente, *nemine discrepante*, que el nitrato de plata administrado al interior en algunas sclerosis cerebrales y medulares, es inútil por el hecho de la *insolubilidad del cloruro de plata*, pero á pesar de mi habilidad demostrativa, *el hecho terapéutico* de la *eficacia del nitrato de plata en el tratamiento de la sclerosis* quedaría en pie, protestando contra mis *conocimientos modernos*.

Los homeópatas no pretenden que en la extrema división de una *mezcla* se conserve la proporción de los elementos como en una partícula salina (y la razón es obvia, no son químicos sino terapeutistas, y esta es su gran cualidad); les basta que se conserve el principio activo dominante, el efecto fisiológico (por más que vd. lo niegue).

Al exigir que la partícula infinitesimal contenga los elementos químicos de la planta, podría creerse que pone vd. en duda la eficacia de los *proyectiles de Burggraeve!* sin embargo, vd. añade con su acostumbrada rectitud las siguientes consideraciones que hago yo mías:

"¿Quién puede decir lo que hay más allá de nuestras percepciones ya en lo grande, ya en lo pequeño? Y sin saber lo que hay más allá de nuestros sentidos, aún armados de los instrumentos que la ciencia les entrega, ¿cómo se puede científicamente y sin echarse á bogar por los mares de la imaginación, asegurar lo que allí pasa, lo que allí sucede?"

Insiste vd. diciendo:

"Se le ha dicho á la Homeopatía que la dosis de remedio por débil que sea debe conservar la energía bastante, según doctrina homeopática, para provocar inmediatamente después de haber sido tomada, síntomas semejantes á los de la enfermedad á que se destina, y en caso de enfermedad un poco más intensos, y ningunos provoca la administración de los glóbulos."

Vd., amigo mío, desea que el glóbulo produzca los efectos de la planta en el *hombre sano.* El efecto negativo, como debe serlo, no es concluyente. *La experimentación fisiológica de los agentes curativos es sumamente engañosa,* dice el Dr. Fénélon en su diálogo, *porque el estado fisiológico* (y de las enfermedades, añadiría yo) *es sumamente variable.*

No se trata, pues, de demostrar el efecto fisiológico ya probado en las dosis venenosas, sino el efecto curativo que sólo es demostrable en el hombre enfermo. *Quo vergit natura,* como vd. dice, allí el homeópata agrega el peso de un glóbulo que sería insensible sin esa indicación de la naturaleza.

"Se le ha advertido que si las dosis homeopáticas bastaran para enfermar, los organismos de los farmacéuticos, sujetos á constantes inhalaciones de medicamentos, no resistirían mucho tiempo los embates de tanto huracán morboso."

Nadie ha dicho ni trata de probar que la dosis homeopática debe enfermar. Me atengo á lo dicho en el párrafo anterior, sin embargo, sería cuestión de hacer un serio estudio del estado fisiológico de los manipuladores de sustancias medicinales.

Me dice vd., estimable compañero, que "mientras la Homeopatía no demuestre en el sano la potencia en unidades, decenas ó centenas de sus glóbulos, no es serio, etc., etc." Yo sólo tengo que responder á esto, que las decenas, centenas y millares están representadas en las dosis venenosas con que ella hace sus experimentos.

Dice vd.:

"Los astros circulan por el Zodiaco; el todo es mayor que la parte; dos y dos son cuatro: he aquí conocimientos científicos de los que el que menos puede tener treinta siglos de existencia; he aquí verdades científicas ortodoxas, enseñanzas perpetuadas MEMINE DISCREPANTE."

Yo espero humildemente que vdes. ó la ciencia eleven la teoría de las curaciones alopáticas ó dosimétricas, al rango de estas verdades matemáticas.

Si no estuviese convencido de la buena fe y rectitud con que vd. ha abordado nuestra polémica, me habría sorprendido penosamente el siguiente párrafo de su carta:

"Con que, para el autor de la Homeopatía, SIMILIA SIMILIBUS, quiere decir: causar en un enfermo, con objeto curativo, una enfermedad artificial lo más semejante posible á la que se tratara; curar una enfermedad con otra enfermedad.—Y para Hughes, autoridad en la materia, es la aplicación sobre la enfermedad natural, de una fotografía suya, producida por la acción de un medicamento; curar una enfermedad imprimiéndole su retrato, otra enfermedad.—Según ambos, un medicamento homeopático, si quiere merecer su adjetivo, HA DE EXCITAR LA ENFERMEDAD QUE QUIERE CURAR."

Nadie ha dicho semejante cosa, y si alguno lo dijo, ha sido para que lo entiendan la buena fe y sano criterio. Hughes habla de una fotografía del mismo modo que el Sr. Fénélon me habla de una casa con ladrones, gendarmes, etc., etc., lenguaje figurado muy aceptable en la literatura científica, para el alcance de todos los entendimientos. Vd., querido amigo, calumnia á la Homeopatía diciendo que un medicamento no cura, *si no causa la enfermedad que va á combatir;* esto es la corrupción adrede de esta verdad homeopática. "Un remedio no cura, si en el *hombre sano* no causa los síntomas de la enfermedad que va á combatir."

La Homeopatía *no opone una enfermedad á otra para que ambas se destruyan.* Esta falsa concepción del sistema homeopático es perfectamente aplicable á la Homeodynamia. Esta cría las convulsiones para destruir una parálisis y opone la anemia para destruir la plétora, etc., etc.

La Homeodynamia trata, digámoslo en verdad, de calmar, de excitar y corregir, y á veces logra hacerlo; pero ¡de qué modo! calma las convulsiones con la camisa de fuerza, cura la parálisis con los venenos tetánicos, contiene una dearrea con el opio y corrige el estreñimiento con los gástricos.

La Homeodynamia, dice vd.:

"dispone para sus labores de acciones como las necesita, encarnadas, permítase la frase, en las sustancias medicamentosas. Y obra, como es natural, empujando con lo que empuja, excitando con lo que excita, corrigiendo con lo que corrige, y moderando con lo que modera; á nadie ocurre abatir con lo que ensalza, y glorificar con lo que aturrulla."

Nada más cierto, respondo yo. La duda está en saber si debemos oponer dos excitaciones contrarias; si cuando la naturaleza empuja para fuera, debemos nosotros empujar para dentro, si no hay serio peligro en estar pendientes de sus movimientos para ensalzarlos cuando se calman y aturrullarlos cuando se glorifican.

Copiando los conceptos de mi carta anterior, dice vd.:

"Las relaciones de semejanza ¡ oh ! la Homeodynamia lo sabe muy bien ! no son una peculiaridad del arte de curar de Hahnemann, existen en todas las ciencias sirviéndoles de guía para sus operaciones."

Y agrega vd., diciéndome:

"Y sin embargo, ya ve vd. cuán diferente son la Homeodynamia y la Homeopatía, que algunos señores homeópatas (?) quieren confundis y aún declarar idénticas.

Yo pido que conste así para saber que el semejante de la Homeodynamia no obra en el mismo sentido que la *fuerza medicatriz, quo vergit natura.*

"La Homeodynamia tiene un sendero inviolable, "Quo vergit natura;" una ley segura, "Similia similibus agere;" una Terapéutica, la dosimetría, prudente, razonada, segura, tan activa como fuere necesario y al mando de dos indicaciones precisas é inmutables, la dominante y la variante."

Un sendero inviolable, *Quo vergit natura!* Sólo es inviolable, cuando se entienda que *natura* es la tendencia natural que tiene todo el mundo, á oponer una fuerza á otra fuerza sin preocuparse con los resultados: la fuerza medicatriz del vulgo, el ciego instinto de los contrarios, la camisa de fuerza ó la contorsión producida por las corrientes galvánicas. Una ley segura, *Similia similibus agere!* Con abstracción de los efectos secundarios, á veces más peligrosos que la enfermedad misma.

Me pregunta vd.: ¿tratando las enfermedades por el credo homeopático, curarían?

Sí curan, amigo mío, yo lo he visto con estos ojos ya un poco ofuscados por *la sabiduría;* precisamente la enérgica argumentación de los hechos es lo que echó por tierra mi habilidad ergotista, y dió al traste con mi virginidad universitaria. Yo fuí un adalid terrible contra la Homeopatía, no por la fuerza del talento ó del saber, de los que carezco, sino por la fuerza de la audacia. ¡Ah! si yo no hubiese visto nada, cuán feliz sería con la fe ortodoxa!

Prosigue vd. preguntándome:

"¿Vd. ha sabido alguna ocasión que se haya provocado una flegmasía pulmonar con bryonía, con fósforo, con yodo ó con emético?"

Sí, lo he sabido, y vd. lo sabe también. En los Tratados de Toxicología puede vd. encontrar que en los envenenamientos por el fósforo, yodo y emético se comprueban sobre el cadáver lesiones del parenquima pulmonar; en cuanto á la bryonía (inútil Dosimetría) nada he sabido, pero tengo tal convicción en la fuerza de la ley, que propongo suministremos á un perro una cantidad de bryonía bastante para matarlo, con el objeto de que el experimento, *tal como hoy se usa,* nos dé alguna luz sobre el particular.

Me pregunta vd. que si sé que alguna vez

"Lechesis haya engendrado una pústula maligna, Pulsatila un reumatismo blenorrágico, ó Hydrastis canadensis, Cundurango. Calcárea y Silícea un carsinoma. ¿Ha llegado á oídos de vd. que se haya curado una blenorragia con cantáridas, un cólico con sales de plomo, y un cólera infantil con podofilino ó crotón?"

Dios nos libre que estas sustancias fuesen capaces de engendrar semejantes *prosesus,* pero sí he sabido que causan síntomas semejantes á estas enfermedades. Yo he visto descansar de un horrible tenesmo vexical á un enfermo de blenorragia, con glóbulos de cantárida administrados por un curandero; he visto á un *alópata* prescribir sub-acetato de *plomo* en una disentería en que los *cólicos* no hacían poca parte de la enfermedad, y, admírese vd., con éxito. No he visto curar un caso de cólera infantil con podofilino ó crotón, pero he curado á un hijo mío de colitis ulcerosa, según unos médicos, de tabes mesentérica, según otros (desahuciado por todos, hasta por su padre, cuyo desaliento lo hizo entregarlo á la Homeopatía) con glóbulos de Podophilum peltatum 6ª Este niño tiene hoy ocho años y goza de salud. Debo, á propósito, significar que la mejor parte de la gloria de esta curación pertenece al Dr. Colín, y me es satisfactorio manifestarlo públicamente.

Pero como estamos hablando como médicos que se respetan y no comulgan con ruedas de molino, podría vd. decirme, amable compañero, ¿qué sustancia por su efecto en el hombre sano, puede llevarnos á aplicarla en un carsinoma? ¿podría vd. deducir de los principios de la ortodoxia científica, la aplicación del mercurio á las sifilides ó del sulfato de quinina á los síntomas intermitentes? Cuando una enfermedad concluye después de recorrer todos sus períodos ¿puede atribuirse la salud al empleo de los medicamentos, con la misma certeza con que vd. afirma que los astros circulan por el Zodiaco? Si vd. ha visto que los aneurismas de la aorta se *desagravien con el arseniato de estricnina,* si vd. lo ha visto, si vd., mi sabio amigo, pronuncia las palabras de la consagración para efectuar el misterio sobre estas ruedas de molino, comulgaré con ellas, no obstante la estrechez de mi garganta y las amargas reconvenciones de mi conciencia.

Me dice vd. en su carta:

"¿Un medicamento propiamente homeopático podría curar? Sí, cuando llene cumplidamente su papel homeo-

dynámico. Un individuo en perfecta indigestión tiene náusea; su naturaleza indica el remedio: hay que vaciar su estómago, ¿cómo? con un vomitivo. Otro individuo tiene deposiciones porque en su estómago hay sustancias que lo irritan y no pueden salir: un purgante lo sanará.

"La Homeopatía emplea constantemente medicamentos que no comprueban su virtud, y con ellos y sin ellos, la Homeopatía no ha comprobado su ley."

Siempre que la causa es mecánica, todos los sistemas y todas las ciencias están de acuerdo en el tratamiento. Un individuo se clava una espina. La idea que ocurre á cualquiera, aún á los médicos que obran por exorcismos, es el empleo de las pinzas. Sólo el Sr. Fénélon, siempre festivo, ó sabiendo que un cocimiento de espinas produce espinas sobre la piel del hombre sano, estimaría eficaz en este caso una poción compuesta con varas de sarmiento.

La *semejanza* susodicha es simplemente el *criterio* para la invención de un específico. La teoría del efecto, si la sustancia elegida según esta regla, obra en sentido del esfuerzo crítico ó se opone á la excitación, ó turba la calma, ó corrige, ó retoca, ó aturrulla, ó glorifica, es cuestión en que pueden ejercitarse los discutidores; pero el efecto curativo de los *semejantes* y el criterio de la elección, son hechos constantes acreditados por una extensa práctica.

Convenga vd. conmigo, señor compañero, me dice vd.,

"el Similia similibus indica la aplicación de la fuerza en el mismo sentido que la violencia morbosa requiere, ó sea como el modus operandi en Terapéutica, ó sea en el sentido homeodynámico; puede salir cierto en el sentido homeopático, pero no formula ley de tratamiento médico, y la Homeopatía, pues que nunca lo aplica, nunca lo ha demostrado."

No lo aplica en donde no está demostrado, nada más natural. Si no hay sustancia (por ahora) que produzca un carsinoma en el hombre sano, el *similia similibus* es imposible en el carsinoma; pero permítame vd. insistir en lo dicho: la *semejanza es un principio invariable para la elección del remedio.* La Homeopatía lo aplica siempre y lo demuestra.

Permítame vd., querido Fernando, que lo felicite por el brillante resumen que de la Fisiología moderna hace vd. en el delicadísimo símil de su colonia zoonítica; sin la menor intención de adularlo, le confieso sinceramente que me he sentido orgulloso luchando con adversarios como vd., y bendigo á la Dosimetría que ha lanzado al campo revolucionario á hombres de la talla de vd. y Fénélon.

Prosigamos.

Yo no me empeño en sostener que exista paridad entre el protoplasma y la 30ª dilución de Hahnemann, y digo más, yo no he dicho en ninguna parte que tal paridad exista; lo que sostengo con toda la energía de la convicción, es lo que en mi carta anterior tengo escrito, esto es, que si para analizar los progresos de la Fisiología hubiéramos seguido la misma lógica que para combatir la Homeopatía, ya habríamos encontrado, no hay que dudarlo, grandes razonamientos contra el *Protoplasma;* pudiera presentar ejemplos de literatos sesudos y de indisputable erudición, que se ríen con cierta imbecilidad maliciosa del protoplasma y de los adelantos de la Fisiología, y esto consiste en que juzgan con su *criterio sintético* de profanos, es decir, con ese mismo *criterio* con que ha sido juzgada la Homeopatía hasta la fecha por los médicos ortodoxos.

Me dice vd.:

"Convenga vd., sin embargo, querido compañero, en que para que sean fructuosas las patogenesias deber ser apuntado por la observación justiciera, todo y sólo lo que los compete, so pena de embrollar los senderos de la inducción y descarrilar los corolarios; convenga vd. en que no pueden pautar las patogenesias sino sólo observadores diestrísimos y habituados á esta clase de investigaciones, y convenga vd., por último, en que hacer que ensayen los medicamentos los ignorantes y los asalariados, es entregar la parte más delicada y difícil del edificio médico á quien menos puede cumplir el cometido, es demostrar que no se tiene concepto del trabajo que se encomienda."

Hoy que se sabe algo, el sabio puede discutir estas observaciones, teniendo presentes las palabras de vd.: "ni están todos los que son, ni son todos los que están." El talento es raro, pero puede haber algo en la estadística de estos necios, algo en que todos estén de acuerdo.

Insistiendo sobre el mismo tema, agrega vd.:

"Quizá por esto hay patogenesias tan curiosas como la siguiente que tomo de la obra: "*Action des medicaments homeapathiques ou Elements de Farmacodynamique de Richar Hughes.*—Aloes.—El áloe á la sexta dilución *produce* y *cura* la caída de los cabellos en los adultos. En una de las personas que se prestaron á la experimentación, este fenómeno fué tan marcado, que en un mechón de cabellos blancos que esta persona llevaba en lo alto de la cabeza á consecuencia de un golpe recibido hacía veinte años, tomó éste en totalidad el color negro como el resto de los cabellos; pero en compensación las sienes se guarnecieron de cabellos blancos que desaparecieron en el curso del mes siguiente."

"¿Qué le parece á vd. de este esquema de la acción del áloe? ¿Cree vd. digno siquiera de la consideración de un hombre serio, lo en ella apuntado?"

Si este hecho quedase demostrado, el Sr. Hughes obtendría esta respuesta: "*El áloe*

ha obrado en sentido homeodynámico." ¿No hay en el arsenal de Burggraeve un contrario para las canas? El Sr. Fénélon que, como hemeópata, recetaría á las parturientes glóbulos de *sustancia dystópsica*, no dudó que como alópata curaría las canas con un cocimiento de cabezas escogidas en la peluquería del Sr. Beltrán.

" La Alopatía cura, la Homeopatía cura, la Dosimetría cura, la fe cura, las viejas curan; he aquí verdades que están en la conciencia de todos, ó que costaría muy poco trabajo demostrar; esto quiere decir, como vd. bien asegura, que *la verdad terapéutica se expresa en todos los métodos*, yo digo más, en todos los credos, en todas las prácticas médicas. Pero reflexione vd. un poco. Las verdades nunca pueden ser antagónicas; hechos probatorios de curaciones en credos médicos contradictorios, no prueban la verdad de los credos; deben tomarse los hechos, depurarlos, coleccionarlos para compararlos, y ver cuál es la ley, cuál el principio que los aduna, que los conexa á todos; entonces podrá advertirse que todos, aunque aparentemente opuestos, vienen á filiarse bajo una sóla bandera, vienen á ajustarse á una propia ley."

Todo esto que vd. me dice, es indudable; pero resta añadir que todas esas viejas son *homeodynámicas.* No han leído al Sr. Burggraeve, *pero como á nadie ocurre abatir con lo que ensalza, ni glorificar con lo que aturrulla*, oponen la fuerza á la fuerza, *calman, excitan y corrigen, dan toques á la enfermedad que tienen delante, y excitando con lo que excita y empujando con lo que empuja*, conducen una larga fila de dolientes *quo vergit natura*, á donde la naturaleza nos conduce á todos tarde ó temprano.

Yo reflexiono un poco (como vd. bondadosamente me aconseja) y hallo, en verdad, que si hay aciertos con dos credos médicos contrarios, existe ó debe existir un principio en que estas doctrinas estén de acuerdo; acaso haya dos principios ciertos. He aquí la explicación de mi carta anterior que pretendía fundásemos un método de investigación filosófica común, que nos condujese rectamente á averiguar estos principios, sin sospechar yo siquiera que esta tendencia esencialmente práctica, pudiera ser calificada de *divagación filosófica.*

La ciencia (*pero sólo por métodos rectos de investigación*) tal vez descubrirá más tarde en qué casos debemos empujar en contra, ó sumar con el nuestro el empuje de la naturaleza, y nos dirá si las sustancias medicamentosas, impulsan la fuerza con el efecto primitivo y la contrarían con el efecto secundario.

Me dice vd.:

" La Homeopatía no sólo consuela y anima con su manera fina y elegante de propinar ilusiones, sino lo que es peor, hace perder tiempo irreparable en que se podría mucho; no razona, sino recoge síntomas para formar la fotografía que necesita y espera á que el esfuerzo crítico, natural, espontáneo, se ierga por sí mismo y la corone con gloria."

Este esfuerzo crítico, si no me engaño, es la *naturaleza elástica* y la *fuerza medicatriz* del estimable Sr. Fénélon, fuerza cuya condescendencia con los homeópatas raya en complicidad, y puede decirse que en locura. Esta teoría del método homeopático, absuelve á los homeópatas de muchos cargos y los deja disfrutar tranquilamente de su gloria.

Me dice vd. para terminar:

" Convénzase vd., querido compañero: *el fenómeno de la curación de los enfermos surge* con la administración de los medicamentos, y la variedad de métodos revela *necesidad;* pero el fenómeno de la curación de los enfermos como el fenómeno de su muerte, surge á veces por la administración de los remedios."

Yo digo lo mismo, amigos míos, yo digo lo mismo y lo he dicho siempre con amarga tristeza, de aquí mi deserción de la Escuela ortodoxa.

V

Vdes., queridos compañeros, me han obligado á combatir en un terreno que empeñosamente esquivaba en atención á mis irresistibles tendencias al "*Método.*" Me parece absurdo que nos pongamos á discutir principios y leyes terapéuticas, si no hemos discutido antes los hechos que han dado lugar á estas pretendidas leyes y principios, y absurdo é ilógico sería discutir estos hechos, si no hemos sentado antes las *bases filosóficas* que deben servirnos á todos de criterio para la comprobación, comparación y apreciación de estos hechos.

En nuestro ferviente anhelo de curar á los que sufren, hemos llegado á la inconcebible obcecación de creer que la Lógica es un estorbo para percibir los hechos *claros y prácticos*, y calificamos de *divagaciones filosóficas* á los esfuerzos legítimos que el espíritu humano hace por orientarse en el caos de la ignorancia. Supongamos un marinero extraviado, que suspendiendo su marcha, se abisma en la contemplación de los astros para calcular los grados de longitud y latitud á que se encuentra sobre la tierra, que estudia la dirección de los vientos, los cambios del barómetro, etc., etc., y que sobre estos principios se dedica á trazar un derrotero en que consten con precisión matemática, las horas, lugares, grados y dirección que debe recorrer para llegar á su destino; pues este bár-

baro se halla entregado á divagaciones filosóficas; lo esencialmente práctico, en su caso, es poner mucha leña al caldero, desplegar las velas y menearse.

No llegaremos nosotros jamás á nuestro destino con un *sentido práctico* tan extraviado, y no lo digo yo, lo dice la Historia de la Terapéutica.

Para que nuestra polémica pueda ser fecunda en resultados prácticos, es preciso que procuremos ponernos de acuerdo *en algo.* Si la divergencia de las opiniones terapéuticas nos lleva á la confusión, busquemos en la Lógica un principio absoluto que nos discipline; he aquí porqué deseo que discutamos fuera de las preconcepciones homeopáticas, dosímetras y ortodoxas, el principio fundamental del *Método de investigación científico que debe aplicarse á la Terapéutica.* Invitemos á la Escuela clásica, estoy seguro que no se negará á entrar con nosotros al debate, si lo colocamos en este terreno.

Sólo cuando hayamos conquistado una base sólida fundamental, podremos ya con fruto discutir los hechos y su apreciación, y en último análisis vendrá naturalmente la discusión de los métodos terapéuticos revolucionarios y la de los métodos fisiológico, sintomático, patogénico, empírico, higiénico, naturalista y estadístico, en que fluctúa la Escuela ortodoxa; veremos entonces concurrir á todos y cada uno de estos métodos con lo que tienen de bueno á la erección del *Método terapéutico positivo.*

CONCLUSIÓN.

Diré á vdes. mi profesión de fe para terminar.

Creo que el hombre es un ser físico y viviente. Como ser físico tienen influencia sobre él, directa ó indirecta, todas los agentes físicos, mecánicos y químicos, tanto para enfermarlo como para sanarlo, pero en los estrechos límites de la Física, la Mecánica y la Química, de aquí es que todos los métodos terapéuticos modernos tienen sus ventajas, pero exclusivamente en lo que estén relacionados con estas ciencias; como ser viviente está sujeto á una multitud de influencias de un orden puramente biológico, las que pueden del mismo modo enfermarlo ó sanarlo, pero con una peculiaridad propia, exclusiva del organismo viviente, de aquí el *Empirismo,* ese gran padre de todas las ciencias que tienen algún valor práctico, y de aquí la Homeopatía, que pretende fijar las condiciones de los hechos biológicos observados por ese empirismo.

Protesto enérgicamente contra los métodos terapéuticos, fisiológico y patogénico que están reinando hoy en el campo de la Medicina; contra el primero (al que pertenece la Dosimetría) porque pretende instituir una *mecánica nervisa,* oponiendo al desequilibrio del territorio orgánico enfermo, la excitación del sistema nervioso antagonista ó compensador, excitación que constituye en sí misma una enfermedad artificial implantada en el territorio orgánico *que la enfermedad espontánea había respetado;* lo cual constituye un *procesus doble y paralelo;* la enfermedad terapéutica y la enfermedad espontánea. (La Homeopatía pretende reunir estos dos procesus en uno sólo.) Este modo de proceder, por otra parte, no está justificado por una ley ó teoría razonable, puesto que no está averiguado si la *reacción saludable depende de una sobreexcitación de los nervios antagonistas sanos, ó de una verdadera reacción de los nervios desequilibrados ó enfermos.* Por ejemplo: en las palpitaciones nerviosas del corazón, ¿sabemos si son debidas á una parálisis del nervio moderador ó á una sobreexcitación del éxcito-motor? y en esta duda ¿cómo vamos á hacer Mecánica en un conflicto de fuerzas que nos es enteramente desconocido? ¿sabemos si la *Digital* paraliza el éxcito-motor ó excita el moderador? y si no conocemos ni la naturaleza, ni la cantidad, ni la dirección de las fuerzas nerviosas y las fuerzas medicinales ¿cómo pretendemos instituir la *Mecánica nerviosa* sobre bases tan deleznables? este es, pues, el método terapéutico fisiológico, amigos mios, y este es el sistema de vdes.

Protesto contra el método terapéutico patogénico, porque se dirige sobre causas morbosas imaginarias que nos son del todo ó casi del todo desconocidas.

Creo en la ley del *Similia similibus curantur* como en una brújula que nos orienta á dirigir nuestros medicamentos sobre el territorio orgánico enfermo, bajo el criterio de la experiencia, con el mismo instinto con que el enfermo lleva su mano á donde le duele y no á otra parte.

Creo que el poder de los medicamentos es infinito, y que este poder está íntimamente relacionado con la *escala posológica,* tan infinita también, como es infinita la *divisibilidad* de la materia. Creo en las dosis tóxicas que matan, como creo en las *ridículas* dosis de Hahnemann que curan, porque ambas cosas las he visto, por tanto creo, que la escala de los recursos de la

Medicina se encuentra entre estos dos términos.

Creo que las diferentes dosis de un mismo medicamento, representan bajo el punto de vista de su acción, entidades completamente distintas y á veces opuestas; créo, por último, que la Escuela oficial está proscrita de este género de investigaciones porque se las *prohibe su religión.*

De suponer es que mi credo terapéutico esté fundado en una experiencia personal y un acopio de hechos particulares, bastante para imprimir forma y dirección á mi criterio científico; pero de ningún modo aduciré como autoridad esta experiencia de quince años, por juzgarla demasiado humilde; ella me servirá únicamente para ponerme á cubierto del reproche de haber fundado mi credo científico sobre fantásticas elucubraciones.

He aquí los fundamentos en que me apoyo:

La vieja Materia médica nos enseña que hay dos modos de acción fisiológica de los medicamentos, especialmente de los que de una manera manifiesta se expresan en el sistema nervioso: la *acción primitiva* y la *acción secundaria*. Estas dos acciones *opuestas* son por sí solas un manantial fecundo de reflexiones para cualquier médico imparcial, ávido de verdades terapéuticas.

La ley de la Materia médica antigua es la siguiente: La acción fisiológica *primitiva* de todas las sustancias medicinales es *excitante*, la *secundaria* es *deprimente* y opuesta á la *primitiva.*

Hoy que la observación y la práctica nos han aleccionado un poco más, sabemos que estos dos modos de obrar de un medicamento no existen propiamente hablando, sino que son la *expresión de las dosis* sobre el organismo. Cuando se administra una fuerte dosis de medicamento, en una sola vez, su *acción primitiva* es tan fugaz, que puede pasar desapercibida, y si se inyecta de improviso en el torrente circulatorio, el período de excitación es nulo, viniendo el de depresión tan rápidamente que no deja tiempo para estudiar todas las fases de la evolución medicinal.

De todo esto se deduce: 1º, que las dosis mínimas son *excitantes;* 2º, que las dosis máximas son *deprimentes.*

Traducidos estos dos principios á un lenguaje más fisiológico, podemos decir: las dosis mínimas representan la acción del sistema nervioso, las dosis máximas representan la acción del medicamento, *opuesta* á la de los nervios.

No nos hagamos ilusiones, amigos mios, *toda dosis máxima es deprimente y significa parálisis.*

Los homeópatas pretenden que el médico no tiene á su disposición otro agente capital para la curación de las enfermedades, que el sistema nervioso de sus enfermos, por tanto, para ellos es irracional la aplicación de cualquier agente capaz de enervar ó destruir la integridad del sistema nervioso, no importa con qué pretexto.

Pero ya me parece oir al compañero Malanco que me dice: "Todo esto que vd. asienta puede probar algo en favor de las dosis mínimas, pero nada en favor de las dosis ausentes." Queridos compañeros, si para investigar una verdad de difícil apreciación, comenzamos por plantear el problema eligiendo á nuestro arbitrio los factores de la ecuación, desde luego puedo asegurar á vdes. resultados erróneos, no digo tratándose de la Homeopatía, sino de los más vulgares principios matemáticos. Permítanme vdes. que hagamos un resumen algebraico de nuestro problema.

Si representamos por A la experiencia de nuestros colegas de todo el mundo, por B el testimonio de los enfermos, por C nuestra experiencia personal, por D los conocimientos adquiridos, por F las preocupaciones é ideas preconcebidas, por H los intereses comprometidos y por X la verdad, ó sea la incógnita, tendremos la ecuación planteada de esta manera:

$$A+B+C+D-F-H=X.$$

¿Están vdes. seguros de haber planteado el problema que nos ocupa sin haber suprimido voluntaria ó involuntariamente alguno de los términos? entiendo que no. Comienzan vdes. por no admitir el testimonio de 15,000 médicos que el Dr. Colín rindió como prueba, cayendo en el inconcebible error de negarle su valor matemático al tiempo, desde el momento en que no admiten sesenta años de experiencias de los médicos homeópatas, de suerte que el término $A=0$. Supongo que vdes. no querrán admitir el testimonio de los enfermos por pertenecer al *vulgo*, de modo que $B=0$, y por último, creo (porque es razonable creerlo) que vdes. no dedicarán, no digo un año siquiera, pero ni un mes, ni un día, á la observación atenta y concienzuda de las dosis infinitesimales, resultando $C=0$. Queda solamente en pie con algún valor concreto, el término D, ó sean los conocimientos adquiridos, los cuales participan de la incógnita puesto que están á discusión.

Planteada, pues, la ecuación por vdes., queda de este modo:

$$0+0+0+0+\frac{D}{x}-F-H=X.$$

He aquí un medio llano y práctico de reducir las abstracciones algebraicas á las cifras concretas de la Aritmética. ¡Planteais el problema exclusivamente con términos negativos, el cero es vuestro punto de apoyo...... no será vuestra palanca la que derribe la Homeopatía!

La dosis infinitesimal *está demostrada*, pero aun cuando no lo estuviese, no por esto dejaría de ser un *hecho matemático*. Si los grandes mecánicos que cuentan por caballos de fuerza y toneladas de peso sus factores máximos, negasen los milígramos y sus fracciones, cometerían el mismo *trascendental* error que nosotros (que contamos por milígramos nuestros factores máximos) cuando negamos las dosis infinitesimales.

La antigua Escuela médica es á Hahnemann, lo que la antigua Escuela matemática es á Leibnitz y Newton. Estos dos genios instituyeron la Mecánica universal sobre la base del cálculo infinitesimal, como Hahnemann pretendió instituir la Mecánica vital sobre el cálculo infinitesimal de las potencias nerviosas excitadas por la Materia. Si hemos de juzgar las cosas como médicos pensadores y no como curanderos rutinarios, estamos obligados á pensar que el hombre ante le ciencia es una *Integral*, hacia la que no podemos ascender sin estas escalas de Leibnitz, Newton y Lagrange, y si nos resolvemos á abdicar del sacerdocio para convertirnos en verdaderos sabios, tendremos la imprescindible necesidad de tomar en consideración los *infinitesimales* de Hahnemann, la integración de las grandes curvas de la vida.

El cálculo infinitesimal es un *método de investigación* que del análisis de lo infinitamente pequeño, se ha levantado poderoso y robusto para reinar en las esferas celestes, ¡ah! la *experimentación infinitesimal* bien pudiera levantarse para reinar en los abismos de la vida, más grandes todavía que el imperio de los astros!

Pero todas estas son divagaciones filosóficas. La pobre Terapéutica es una ciencia caserita, extraña á estas elevadas esferas, perdónenme vdes., y vuelvo á entrar en consideraciones *prácticas*.

Las dosis máximas especialmente de las sustancias insolubles, se transforman en inertes y pasan desapercibidas por el organismo, cuando no lo expolian mecánicamente: me bastará citar en comprobación de mi aserto, el calomel, el azufre y el cobre, minerales reconocidos por la Materia médica clásica, como más activos (es decir, como de más directa acción sobre el sistema nervioso) en dosis mínimas que en dosis máximas. Los homeópatas han descubierto una verdad de suma importancia, y es *que no hay sustancias inertes*, que todas las sustancias insolubles se convierten por la *división* en sustancias activas, de esto modo el bismuto, la cal, la silicea y la magnesia han recobrado su puesto entre las sustancias activas.

Veamos lo que Dujardin Beaumetz dice de los fosfatos, después de consideraciones experimtales apropiadas: *Pero si queréis introducir los fosfatos en la economía, no habreis de recurrir á las innumerables especialidades que inundan hoy día el comercio farmacéutico, sino á las semillas que las contienen.* (Hig. alim. conf. del hosp. Coch.)

He aquí algo que huele á dynamización electro-homeopática ¿porqué no resolvernos de una vez á estudiar las razones de porqué el fosfato de cal de los boticarios (tan insoluble como el de las semillas) es rechazado por el organismo? ¿no le llama la atención el ver cómo un raquítico tan necesitado de fosfatos, se apresura á eliminar los fosfatos farmacéuticos insolubles, por el intestino, y los solubles por los riñones, como un hambriento que arrojase el pan por que suspira? Nada de esto hace fuerza ni en el mismo ánimo del eminente terapeutista.

Yo me atrevo á decirle que es debido á que el *munda palpable* sólo tiene relaciones de *impresión* y *reflexión* con el animal, sirviendo la materia tangible á lo más como vehículo á las sustancias ausentes (como graciosamente las llama mi amigo Malanco) de las que es ávido el organismo; para sentar esta teoría, me basta haber visto á los homeópatas resucitar á muchos raquíticos con las altas trituraciones del fosfato, fluoruro ó yoduro de calcio.

Permítanme vdes. hacer á propósito algunas consideraciones fisiológicas: Leven nos hace notar (Trat. de las neurosis) que la excitación de la celdilla nerviosa no es factible por los agentes artificiales ponderables y sensibles, ó sean los agentes destinados á las excitaciones directas y reflejas de los nervios; de lo que ha resultado que la Fisiología no encontrando excitable la celdilla nerviosa por sus agentes físicos, químicos ó mecánicos, le niega la excitabilidad asignándole un papel puramente *pasivo* de receptividad y trasmisión, pero

la Patología ha protestado, demostrando que la *irritación* de la celdilla nerviosa (como la llama Leven) es la causa única de las neurosis y sus formidables consecuencias. La Patología, pues, ha reconocido á la celdilla nervisa su excitabilidad y *autonomía*, poniéndose en contradicción con la Fisiología.

Con poco esfuerzo de atención, podemos observar que este antagonismo sólo es debido á los medios de excitación. La Fisiología pretende que el organismo es excitable exclusivamente por agentes *sensibles* á nuestros sentidos ó al experimento, así es que de la impasibilidad de la celdilla nerviosa á la acción de estos agentes, concluye su no excitabilidad; la Patología limitada á la observación de los agentes biológicos en su relación con las enfermedades, desde la simple impresión moral, hasta el miasma telúrico (la mayor parte inapreciables hasta por el espectroscopio), reconoce la acción directa de los nervios, la acción refleja y *la acción central*, punto de partida probablemente de la sintomatología de casi todas las enfermedades.

No es otro, mis queridos compañeros, el conflicto entre la Escuela masivista y la Homeopatía, entre las dosis *enérgicas* y las dosis *ausentes*. *

Soy de vdes. afectísimo amigo y S. S.

AGUSTÍN GARCÍA FIGUEROA.

---

* Para salir una vez por todas del campo de las digresiones, que si no son del todo estériles, aplazan, cuando menos, de un modo indefinido la aclaración de muchas verdades, bueno sería suplir con la *Lógica matemática* los medios de investigación, que la imperfección de nuestros sentidos é instrumentos nos veda por hoy abordar.

Voy á pretender reducir á un cálculo inperfecto, los términos del problema que los *hechos* experimentados por los homeópatas nos ponen en el deber, como *Médicos*, de resolver y reducir á proporciones científicas.

Si hemos de tomar como *criterio* para juzgar el *límite de nuestras percepciones*, tenemos que admitir los *límites de las dosis terapéuticas* en proporción con los límites de las percepciones de la Fisiología; ahora bien, los límites asignados á nuestro poder visual en el mundo infinitamente pequeño, son, tratándose de celdillas orgánicas, un décimo de línea, y el límite inferior, ó sea el último término de la escala perceptible por fuertes aumentos microscópicos, es de cinco milésimos de línea aproximativamente (el glóbulo de sangre por ejemplo): ahora bien, el límite de la dosis mínima en Dosimetría, es un medio miligramo, cantidad enorme si la comparamos con un décimo de línea de la celdilla accesible á nuestros sentidos; sustancias hay que la vieja Escuela administra á la dosis de un décimo de miligramo, así pues, si tomásemos estas cifras para hacer la proporción, tendríamos que las dosis mínimas deberían estar colocadas entre un décimo y cinco milésimos de miligramo, cantidades jamás empleadas ni por la Dosimetría ni por la Escuela ortodoxa.

Pero no es ésta todavía la proporción. La Bacteriología ha estudiado *microoporinos* (Klebs), cuyas dimensiones, infinitamente pequeñas, no han podido todavía ser determinadas; tenemos, pues, que si representamos por C la celdilla visible al ojo desnudo, y por C' el límite de la visión microscópica, ó sea la celdilla mínima, por una parte, y por otra representamos por D el dynamismo de la celdilla C, y por D' el dynamismo de la celdilla C', obtendremos esta proporción:

$$C : C' :: D : D'$$

Pretendiendo reducir á términos un poco más concretos los signos del dynamismo, si sustituimos los términos D y D' por los límites relativos ó *correspondientes* de cantidad de agente medicinal, que por representar *movimiento*, sería absurdo pretender comprobar con microscopio ó balanza, tendremos: representando por M la dosis de medicamento correspondiente al *movimiento* de la celdilla máxima, y sea D, y por M' la dosis correspondiente al *movimiento* de la celdilla mínima, ó sea D', obtendremos la siguiente proporción:

$$D : D' :: M : M'$$

ó sea la dosis infinitesimal, límite inferior racional de la escala posológica.

Ocurre, pues, pensar en presencia de estos datos, que el tratamiento *masivista* en ciertos procesus morbosos celulares, debe ser una cosa semejante á cazar pulgas con pistola!

MEMENTO
DE
TERAPÉUTICA DOSIMÉTRICA
Ó
GUÍA DEL MÉDICO PRÁCTICO
EN EL EMPLEO DE ESTE MÉTODO DE TRATAMIENTO.

POR EL DR. BURGGRAEVE.

(Continuación. — Véase el número 21.)

Diatesis purulenta.— Es la que se desenvuelve casi instantáneamente en los Hospitales y en las ambulancias, donde las condiciones higiénicas son mal observadas. El pus icoroso de su herida emponzoña al enfermo é infesta la atmósfera que le rodea. Las más minuciosas y delicadas precauciones no están de más para evitar esta putridez. El cirujano que acaba de operar á un enfermo no ha cumplido más que una parte de su misión; es menester que le rodee de condiciones que sean una garantía contra la infección purulenta. El pensamiento tan profundamente religioso de Ambrosio Pareo, expresa una gran virtud. "Yo le operé y Dios le curó." Pero el gran cirujano tenia cuidados extremos con los apósitos y en las curas cucesivas. Hoy, en todos los Hospitales bien organizados, las operaciones y las curas se practican em-

pleando el ácido fénico, sea en solución ó en pulverización. Las piezas de apósito, hilas, compresas, vendajes, son impregnadas de ácido fénico. Como medida de precaución, las esponjas y las vendas se conservan en agua fenicada. Esto es lo que se practica en el Hospital civil de Gante, y podemos declarar que contamos con más pocos casos de poemia que antes.

Los enfermos deben ser tratados durante la fiebre de supuración, con el hidro-ferro-cianato ó arseniato de quinina, y si el calor animal se eleva por encima del grado normal con la aconitina y la veratrina; sobre todo, es preciso no someter á los enfermos á una dieta severa que trae consigo la consunción. Estas ideas están muy lejos de la cirugía antigua, que no conocía más que los debilitantes.

Diatesis obésica.—La obesidad es siempre una enfermedad y puede producir desórdenes orgánicos cuando invade órganos interiores. Las masas de grasa que se forman por delante del corazón, en el mediastino anterior, sobre el diafragma, el epiploon, en las paredes del vientre, impiden la respiración hasta el punto de producir infiltraciones, sofocaciones, apoplegías. Es peligroso hacer desaparecer rápidamente la grasa con el uso interno de los alcalinos, porque sobreviene un vacío enorme, y porque las venas se distienden por falta de apoyo, resultando nuevas sofocaciones y amenazas de apoplegía mucho más peligrosas que la obesidad misma. Es necesario un tratamiento muy tónico con los arseniatos, con preferencia el de sosa y el de potasa, la quassina y aún la estricnina. Pueden irse graduando estos medicamentos hasta tomar veinte gránulos por día, y aún más, suspendiéndolos por intervalos.

El régimen debe ser igualmente tónico bajo un pequeño volúmen: el obeso debe saber resistir á la voracidad, porque lo que come de más se convierte en grasa. Debe hacer tanto ejercicio activo como le sea posible. Si las piernas se hinchan y las sofocaciones redoblan, es necesario inmediatamente "abrir el tonel" aplicando uno ó dos exutorios para evitar las grietas de la piel, la gangrena y las ulceraciones que tanto hacen sufrir á los enfermos. Para activar la diuresis se administrarán la digitalina, la colchicina, el arseniato de hierro, á veces el arseniato de estricnina: un gránulo de cada uno á la vez, hasta el efecto.

Diatesis hemorroidal.—Esta diatesis no debe atribuirse tanto á una estancación venenosa como al estado particular como resinoso de la sangre; lo que hay es, pues, combustión incompleta. Las hemorroides son pequeños tumores formados por una red de pequeñas venas, con comunicaciones parietales, con un tejido conectivo muy fino y vasos arteriales propios, de suerte que estos tumores pueden vegetar y adquirir algunas veces un desarrollo considerable. Colocados en los esfínteres dan lugar á estrangulaciones, dolores lancinantes, senesmos; pueden degenerar en tumores fungosos y exigir su destrucción por procedimientos quirúrgicos que no están exentos de peligro.

Es necesario prescribir á los que padecen de hemorroides, un tratamiento muy refrescante, evitando congestionar los vasos hemorroidales con los aloéticos, ó si se les emplea, combinándolos con la belladona en extracto. Es mucho más ventajoso el uso diario de las sales de Sedlitz; la quassina en el momento de las comidas para evitar la acción del hígado; la jalapina, la colocyntina contra la torpeza intestinal. Se tomará con intervalos cinco ó seis gránulos por día con los alimentos. El que padezca hemorroides, se abstendrá de vinos fermentados. Los vinos acidulados le son más convenientes.

Diatesis esplénica. — Aunque la sensibilidad del bazo es muy obtusa, este órgano desempeña un papel muy importante en el organismo, contribuyendo, como contribuye á la reconstitución de la sangre. Es, si la frase es admitida, la fábrica donde se funden los glóbulos rojos que han circulado ya muchas vaces—como si dijéramos de hierro viejo—para trasmitir los materiales rojos al hígado y constituir los nuevos glóbulos. Las ingurgitaciones del bazo producen desórdenes diversos, entre otros la hematemesis sintomática, como consecuencia de la ruptura de algunos pequeños vasos venenosos del plexo gastro-epático: evacuaciones que cuando no son demasiado abundantes, constituyen una á manera de menstruación, que restablece el equilibrio, y por consiguiente la salud. Estas engurgitaciones, sin embargo, producen á la larga desórdenes orgánicos, como la ulceración y el cáncer pultáceo del estómago.

El régimen y el tratamiento de la diatesis esplénica son los mismos que para la diatesis hemorroidal. La diaria limpieza del estómago con las sales de Sedlitz es indispensable. Durante la hematemesis no se administrarán más que pequeños fragmentos de hielo como bebida, colocando al mismo tiempo en el hipocondrio derecho,

una vejiga de hielo machacado. Es menester una gran prudencia en el uso de los astringentes minerales (aluminosos) y no administrarlos sino cuando sean indispensables.

Diatesis cancerosa.—Es semejante á la diatesis hemorroidal y esplénica, pero con un producto anatómico-patológico además: la célula cancerosa. ¿Esta célula qué es? Opinamos que primitivamente procede que la sangre, es decir, que es un glóbulo blanco y patológicamente transformado. De esta opinión resulta que es necesario, sobre todo, tratar de modificar la crasis de la sangre á fin de mantenerla en sus condiciones fisiológicas, en la cancerosis ó la predisposición al cáncer. Hoy hay menos cancerosos que antes, porque la higiene se observa mejor, y la terapéutica está más ordenada. En el cáncer confirmado no hay nada que hacer, sino adormecerlo con los calmantes apropiados, principalmente con la cicutina. Pueden administrarse hasta diez y doce gránulos por día durante los dolores, teniendo cuidado de refrescar la sangre con las sales de Sedlitz. Por lo demás, el mismo régimen y tratamiento que en las constituciones ó diatesis hemorroidal y esplénica. A menos que el sugeto sea linfático y exija por tanto los iodalos y ferruginosos.

Enfermedades localizadas.

Neurosis.—Las neurosis son desórdenes funcionales con ó sin lesión de testura. En este último punto es donde particularmente están las dificultades del diagnóstico. Citaremos como ejemplo la epilepsía, que es una neurosis casi siempre incurable, porque existe en uno ó muchos puntos del eje cerebro-espinal una alteración orgánica que no se descubre sino después de la muerte; en un epiléptico de nacimiento hemos observado un estado ebúrneo de las eminencias olivares de la médula oblongada. Las neurosis orgánicas terminan por la parálisis y la muerte. Puede decirse, en términos generales, que las neurosis consisten en una falta de equilibrio del sistema nervioso; y que por tanto, es necesario recurrir á los medicamentos *equilibrantes*, particularmente á la estricnina y á la hyosciamina. Se ha recomendado mucho en estos últimos tiempos, el bromuro de potasio, pero su acción es completamente empírica; además, es necesario administrarlo á altas dosis que pueden ser perjudiciales á la salud.

A las neurosis acompaña, ó más bien son seguidas de cloro-anemia; por consiguiente, á los modificadores nerviosos: estricnina, hyosciamina, atropina, es necesario añadir los hemopoiéticos, principalmente el hierro y el arsénico. Estos medicamentos se ayudan mutuamente y aumentan recíprocamente su acción propia. En las neurosis mentales, por ejemplo, se disminuyen notablemente los accesos con la estricnina, la hyosciamina y el arseniato de hierro: un gránulo de cada uno de dos en dos ó de tres en tres horas, disimulándolos en los alimentos; y lo mismo en las neurosis epileptiformes, hiteriformes, hipocondriacas, gástricas, etc. Si las neurosis van acompañadas de fiebre, se combatirá con el hierro-ferro-cianato de quinina: diez ó doce gránulos cada día.

Algunas neurosis exigen el empleo del bromuro de alcanfor: la ninfomanía, la hidrofobia, por ejemplo: seis ú ocho gránulos cada día. Si existe un estado diatésico combatirlo (véase *Diatesis*). Así es que si se trata de una dardrosis, se prescribirá el arsénico, el sulfuro de calcio, según que ella sea seca ó húmeda.

En las neurosis comprendemos, pues, todas las rupturas de equilibrio del sistema nervioso, cerebral, espinal, ganglionar; y el tratamiento es siempre el mismo; no empírico, sino verdaderamente fisiológico.

Los medicamentos dosimétricos facilitan mucho el tratamiento, porque no interrumpen ni el régimen ni las costumbres del enfermo.

(Continuará.)

OFICIAL.

Premio de cien mil pesos al descubridor del remedio contra la fiebre amarilla.

Secretaría de Relaciones Exteriores.—México.—Sección de Cancillería.

Legación Mexicana en los Estados-Unidos de América.—Número 1,046.—Premio de $100,000 al descubridor del remedio contra la fiebre amarilla.

Washington, Octubre 2 de 1888.

Acompaño á vd. un ejemplar de la edición oficial del proyecto de ley presentado por Mr. Plumb, en el Senado, el 24 de Septiembre próximo pasado, para dar un premio de $100,000 á la persona ó personas que descubran la causa, remedio y tratamiento de la fiebre amarilla, cuyo proyecto pasó á la Comisión de enfermedades epidémicas,

En la sesión que tuvó hoy el Senado, indicó Mr. Morgan la idea de que los ocho Estados amenazados por la fiebre amarilla, contribuyan con $100,000 cada uno, con el mismo objeto, y es probable que en esa forma se llegue á ofrecer un premio considerable al descubridor del remedio contra la fiebre amarilla.

Habiendo hecho estudios especiales sobre este asunto algunos médicos mexicanos, me parece conveniente llamar la atención de vd. hacia el proyecto adjunto, que considero probable sea aprobado por el Congreso de los Estados-Unidos.

Reitero á vd. mi muy distinguida consideración.—(Firmado) *M. Romero.*—Al Secretario de Relaciones Exteriores.—México.

50º CONGRESO.—1ª SECCIÓN.

S. 3,580.

Mr. Plumb presentó en el Senado de los Estados-Unidos, el 24 de Septiembre de 1888, el siguiente proyecto de ley, que fué leído dos veces y pasado á la Comisión de enfermedades epidémicas.

Proyecto de ley en que se ofrece un premio de cien mil pesos á la persona ó personas, quienes quiera que sean, que descubran la causa, el antídoto y tratamiento de la fiebre amarilla.

Considerando que el mundo médico, así como la humanidad en general, deberían poseer algún remedio seguro ó tratamiento para la fiebre amarilla;

Considerando que todas las Compañías de seguros sobre la vida están pidiendo un antídoto contra la fiebre amarilla;

Considerando que la muerte de cada hombre ó mujer de menos de cuarenta años de edad en este país, es una pérdida positiva para la nación, cuando menos de diez mil pesos por término medio;

Considerando, en fin, que el Congreso, esto es, una mayoría de la Cámara y del Senado, ha recibido poder del pueblo, según se expresa en la Constitución de los Estados-Unidos, para atender á la defensa común y felicidad general de cada persona, dentro de los límites de los Estados-Unidos de América;

El Senado y la Cámara de Representantes de los Estados-Unidos de América, decretan:

1º Que por la presente se ofrece por los Estados-Unidos de América un premio de cien mil pesos á la persona ó personas, quienes quiera que sean, que descubran y se reserven por la ley, para uso público, cualquier remedio seguro ó tratamiento de la fiebre amarilla que rebaje el promedio de la mortalidad á menos del dos por ciento de los casos que así puedan atenderse en cualquier parte dentro de los límites de los Estados-Unidos.

2º Que á todas las personas que se restablezcan de la fiebre amarilla con cualquier remedio de patente ó tratamiento de dicha enfermedad, se suplique, y por la presente se les suplica, que presenten tan pronto como sea posible en lo sucesivo, una declaración jurada á ese efecto, ante el cirujano general del ejército de los Estados-Unidos en Washington, Distrito de Columbia.

3º Que á todos los médicos y enfermeros, quienes quiera que sean, dentro de los límites de los Estados-Unidos de América, cuya enfermedad fatal haya sido ocasionada por la fiebre amarilla y hayan sido tratados por cualquier remedio de patente ó tratamiento de dicha enfermedad, se suplique, y por la presente se les suplica, que tan pronto como sea posible, en lo sucesivo presenten declaraciones juradas sobre la manera en que dichos remedios de patente ó tratamientos fueron aplicados y sus efectos, ante el cirujano general del ejército.

4º Que cuando quiera que el cirujano general del ejército encuentre novecientos ochenta y un restablecimientos de mil casos de fiebre amarilla que hayan sido tratados conforme á cualquier remedio de patente ó tratamiento de dicha enfermedad, informe al Secretario de Guerra á ese efecto, y éste, á su vez, dé su responsiva al Secretario del Tesoro por la suma de cien mil pesos á favor del descubridor ó descubridores del referido remedio de patente ó tratamiento; en el concepto de que todos esos remedios ó tratamientos de fiebre amarilla serán registrados por el descubridor ó descubridores, ante el Bibliotecario del Congreso, y presentarán también copia de dichos remedios ó tratamiento, ante el cirujano general del ejército tan pronto como sea posible, después de la expedición de esta ley.

5º Que el dinero necesario para llevar á efecto esta ley, se presupueste y queda por la presente presupuestado.

6º Que todas leyes y partes de leyes que estén en conflicto con la presente, queden y quedan por ésta dorogadas, y esta ley comenzará á surtir sus efectos cuando sea aprobada.

TOMO I ENTREGA 24 15 DE DICIEMBRE DE 1888.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

LA HOMEOPATIA JUZGADA POR EL CRITERIO FILOSÓFICO.

CARTA-RÉPLICA

Al Dr. Agustín García Figueroa.

México, Diciembre 8 de 1888.

Sr. Dr. Agustín García Figueroa.

Querido compañero y fino amigo.

Hasta el 29 de Octubre recibí su carta abierta, fechada en Agosto.

No quiero ser *impolítico*, y además *deseo* perseguir con el criterio filosófico, errores que á la humanidad perjudican; no extrañe vd., por tanto, que examine con severidad, pero con despreocupación, el contenido de su nueva carta. Para que comprenda que no esquivo el debate y que me ocupo de *sus apreciaciones todas*, las seguiré párrafo á párrafo en su consabido escrito, aunque tan someramente como yo pueda, en cada cuestión de las que toquen, para no fastidiar á nuestros lectores.

I

"Vdes. saben muy bien que Zadig, aquel famoso sabio que vivía en tiempo de Moabdar, rey de Babilonia, recibió una terrible herida en el ojo izquierdo. Llamado que fué para asistirlo el más hábil médico de la Escuela oficial del reino, opinó que las heridas del ojo izquierdo son incurables; por fortuna, Zadig se alivió naturalmente ó á virtud de algunos emplastos preconizados por no sabemos qué viejas dedicadas al estudio de la botánica, y entonces el gran médico, escribió un gran libro, donde probaba victoriosamente que Zadig, debió haberse quedado tuerto, *nemine discrepante*, según los dogmas de la ciencia ortodoxa. Y el muy célebre relator de esta historia concluye diciendo: "Zadig no leyó este libro.

"Yo deploro que los clientes de la Homeopatía sigan invariablemente el sistema egoísta y desatento de aquel bárbaro. Sanan y se olvidan de los "*contrarios*." Más desgraciado que Zadig porque soy ciego, pero menos impolítico y más deseoso de conocer mis própios errores, he leído con avidez la eruditísima carta que vd., querido Fernando, se sirve dirigirme y las razones que el Dr. Fénélon opone con no menos saber y un indisputable talento."

La aplicación de la historia de Zadig no puede ser más inconducente; el corolario que se pretende derivar de ella es un sofisma de raciocinio, y la argumentación toda, una prueba aparatosa pero hueca y sin valor. Stuart Mill la comprende en la categoría de las *á dicto simpliciter ad dictum secundum quid.*

De la historia, con efecto, se desprende esta verdad: Se puede sanar sin y aún contra los rigorismos del Arte Médico Clásico, pero no esta otra: se debe curar homeopáticamente. Cualquier partidario de opinión ajena á la de Hahnemann podría retorcer á vd. su argumento con sólo sustituir á la palabra "*Homeopatía*" la que denotara su terapéutica, Dosimetría, Alopatía, Taumaturgia, Demonopatía, Curanderismo, y poniendo en vez de "CONTRARIOS," y siempre en antítesis, alcaloides, amuletos, exorcismos ó yerbajos.

El razonamiento de vd. no protege á su causa, no procede con rectitud corolario alguno favorable á la Homeopatía, ni ventaja que acondicione mejor su defensa. Medítelo vd.; sin *bondades, se lo aconsejo;* deploraré que su *ceguedad* llegue, hasta no palpar una verdad tangible.

"Hace veinte años, si un oscuro magnetizador hubiera expuesto sus teorías é invocado el testimonio de sus compañeros para demostrar la existencia de los fenómenos del *hipnotismo*, no habría sido necesario, para refutarlo, que el Dr. Malanco emplease la barreta que le sirve de pluma, ni que el Dr. Fénélon, con la risa en los labios, le hiciera llover sobre las espaldas sus ejemplos y sus apólogos: la escoba del último galopín de la Escuela de Medicina, hubiera bastado para reducirlo á polvo."

Permítame una digresión conducente al análisis de este párrafo, y de otros que van á seguir.

El primer requisito de un lenguaje filosófico, es dar la significación determinada

é invariable de cada nombre general; definamos, pues, los términos para mejor entendernos.

Teoría, dice Littre, es la parte especulativa de una ciencia; es, dice Bouillet, un conjunto de conocimientos encadenados, de manera de dar la explicación completa de cierto orden de hechos.

La *teoría*, añade Littre, no debe ser confundida con el sistema; aquella es la expresión de hechos bien observados; y el *sistema*, expresa sólo hechos que se hacen cuadrar con una idea, preconcebida ó hipotética.

Explicar un hecho, dice Stuart Mill, es indicar su causa, establecer la ley ó leyes de su causación, de que su presencia es un caso.

Mostrar es enseñar, es simplemente manifestar una cosa; *demostrar*, es probar la cosa por principios, es derivarla por conclusiones. Los hechos no se demuestran, se enseñan; las teorías no se muestran, se prueban. Lo que se muestra no siempre se puede demostrar; lo que se demuestra se prueba y enseña.

Como vd. ve, no es lo mismo *exponer teorías* que *invocar el testimonio de compañeros*, sobre la existencia de fenómenos; ni es lo propio mostrar que *demostrar* su existencia. Ahora bien: *no hace veinte años* ni con *magnetizadores oscuros*, hoy los Braid, Charcot y Chazarain, sólo pueden mostrar fenómenos hipnóticos, y cuando más, construir sistemas ó fraguar hipótesis sobre ellos; *no hace veinte años*, hoy no hay *teorías* sobre hipnotismo; hay hechos que no pueden negarse y que piden observación, experimentación y raciocinio; que quedan por explicar. La ley ó leyes de causación de los fenómenos hipnóticos, no son todavía *demostrables;* no siempre es dado agrupar, conexar ó separar antecedentes, para construir los que pida; "*ad libitum*," el espectador, como con tan singular franqueza quería un señor catedrático de la Escuela de Medicina de México. No la barreta de Malanco, ni la risa y apólogos de Fénélon, ni la escoba del galopín; un sencillo razonamiento, basta, *¿para reducir á polvo?* lo que no existe.

"El *quid obscurum* de ambas escuelas es la *teoría*. Los hechos se imponen sobre todos los razonamientos y todos los razonadores, necesitando no más que el tiempo necesario para vencer las repugnancias que generalmente engendran las teorías decrépitas; los hechos sólo esperan espíritus despreocupados que los perciban, la teoría es la que necesita del talento y del saber."

El *quid obscurum* en las ciencias no son las teorías, son los hechos; cuando éstos salieron claros de los crisoles de la Observación, del Método experimental y del Raciocinio, las teorías se trasparentan, la causalidad se manifiesta, primero esbozada por la Observación, en seguida, demostrada por el Método de Diferencia, luego, ratificada por la Deducción y al postrer consagrada por la Experimentación; no se necesita *talento* ni *saber* ulteriores, resta que apuntar la teoría, sólo sí, sin traicionarla. Los hechos: allí está la oscuridad. Todos se amparan con los hechos, todos se remiten á los hechos, todos se apoyan en los hechos, y sin embargo, los partidarios de los hechos opinan de modo diverso y hasta contradictorio, ¿de qué depende? De que los hechos no son diáfanos, y de que cada cual los interpreta conforme á su criterio, los esclaviza á su intención, y los obliga á corroborar su idea. Vd. quizá vió en la historia de Zadig á Hahnemann triunfante; yo sólo pude observar al Curanderismo derribando una corona mal llevada. Los hechos engastados en marañas de antecedentes y consiguientes, partes de conjuntos, apéndices de agregados, no se ostentan como son, sino tras rudo trabajo y penosísimo afan; para comprenderlos, para extraer su jugo, es decir, su parte científica, se hace preciso enviar en su busca á la Humildad, á la Aptitud y á la Despreocupación de severos analizadores. Los que se tirotean con hechos no depurados por la Análisis concienzuda, me hacen el efecto de ignorantes aventándose á la cabeza enigmas y problemas, cuyo alcance y significación muchas veces ni sospechan.

Las *teorías* de los hechos sí se imponen sobre todos los *razonamientos* y *todos los razonadores*, y terminan por *vencer las repugnancias* que generalmente engendran, no *las teorías decrépitas* que no existen (y que por tanto, ni vd. ni yo conocemos) sino los sistemas decrépitos, las hipótesis caducas. Los hechos brutos no *se imponen á los razonamientos ni á los razonadores;* confunden y aplastan á las Dudas, aturrullan á la Incredulidad pero no persuaden de algo más que de la existencia de un problema que PARECE decir tal cosa.

Los hechos no sólo *esperan espíritus despreocupados*, sino aptos y expertos, y que empleen como escalpelo, como comprobante, el Método de Diferencia; requieren á los Magendie, á los Bernard y á los Brown Sequard. Las *teorías* sí, sólo exigen en quien las formula, rectitud y buena fe.

"Existe (á propósito) una notable dife-

rencia entre las teorías y las explicaciones *figuradas*. Los homeópatas tienen la "*fotografía* de la enfermedad," y el Dr. Fénelon nos presenta una "*casa*," que es el enfermo, unos *ladrones*, que son la enfermedad, unos *gendarmes*, que son los médicos, y aún podrían suponerse unos *envoltorios de ropa* que fuesen el hígado, los riñones, el bazo, etc., etc. Nadie piensa que el estimable Sr. Fénélon trate de elevar el edificio de la ortodoxia científica sobre esta bonita alegoría."

Por no consentir en qué este párrafo de vd., encierre una "*ignorancia elenchi*," tengo que creer que contiene una intencionada malicia.

Explicar un hecho, ó sea exponer la ley ó leyes de su causación, es dar la teoría del hecho, es la parte especulativa ó científica del hecho; esa explicación para hacerse más apreciable, para destacarse, para ponerse en relieve, puede revestirse con el estilo *figurado;* pero ataviada ó sin aliño queda la misma, no difiere de sí misma. ¿Qué tiene que hacer una teoría con tal ó cual ropaje retórico, con el modo de curar de la Homeopatía? ¿Qué paralelo puede establecerse entre la manera de *explicar* un hecho, y la *aplicación* de un tratamiento? Si vd. confundirá la explicación con la aplicación? ¿cómo el Dr. Fénélon llama *casa* al enfermo, *ladrón* á la enfermedad y *gendarme* al médico, ¿así la Homeopatía dibuja con medicamentos una enfermedad y luego los aplica para sanarla? ¿Dónde está la paridad? O vd. quiere hacer que se deslice la *fotografía* de la enfermedad, tan querida de la Homeopatía, entre los *envoltorios* aquellos del hígado y del bazo, aprovechándose del desorden que la llegada de la policía produjo.

"¿Cómo curan los semejantes? ¿determinan, aceleran la marcha de algo que debe eliminarse? la sustancia medicamentosa, que tiene fáciles caminos de eliminación, ¿abre y desembaraza el paso á otra sustancia, causa del mal, casi idéntica, pero más rebelde á la fuerza orgánica? ¿curan la "*impresión*" cómo se componen las luxaciones aplicando una fuerza semejante que sobrepasa *un punto* la distensión de los tejidos producida por otra fuerza? lo ignoro."

"Si ignora vd. los problemas que enumera su párrafo anterior, será por ignorancia voluntaria; pero la análisis filosófica los ha resuelto en su mayor parte. Los semejantes curan homeodinámicamente; aceleran la marcha de lo que debe eliminarse; la sustancia medicamentosa debe contar siempre con fácil camino de eliminación; algunas veces los medicamentos abren y desembarazan el paso á causas morbosas; otras veces sólo sirven para armonizar las fuerzas orgánicas; hay sustancias medicinales que curan la impresión morbosa, hay otras que excitan una fuerza semejante y que equilibran en un *punto* á la que originara el mal.

"Entretanto, repito, los hechos, los hechos numerosos, variados, efectuados en manos del saber, y aún de los aficionados empíricos, son la prueba de la Homeopatía. No obstante, y sin la necia presunción de decidir una disputa justificable solamente por las demostraciones clínicas, responderé á las amables cartas de vdes. oponiéndoles, no sin desconfianza, algunas leves observaciones."

Le repito: hechos, y *hechos numerosos, variados, efectuados en manos del saber y aún de los aficionados empíricos,* son la prueba de la Alopatía, de la Dosimetría, de la Domonopatía y aún del curanderismo. ¿Porqué vd. tan afecto á los hechos por su *número y variedad,* y porque se ostentaron *en manos del saber,* se adhiere á unos mejor que á los contrarios que alegan los propios motivos de predilección? No debe ser por la razón del capitán Alegría; enséñenos su criterio, demos razones persuasivas y concluyentes; digamos cómo se deben interpretar los hechos, y cómo se sabe á quiénes favorece.

De mí puedo asegurarle que no tengo la *necia presunción* de decidir en tan difícil punto; humildemente acato lo que la Experimentación ó sea el Método de Diferencia ha declarado; á sus decisiones me atengo; por observar que ellas me llevan por el camino del Burggraevismo, sigo por él; si en vez de la Dosimetría me señalaran el sendero del Nihilismo Terapéutico ó me arraigaran al Nihilismo Científico, á fuer de caballero, por allí enderezara mis pasos, no sin exclamar con profundo desconsuelo, en el primer caso: para nada hacer, gasté la *savia de mi juventud;* y en segundo: para marchar sin brújula y tentaleando, hice *el sacrificio irreparable de mis fuerzas vitales.*

"Antes de entrar en materia, contestaré á la pregunta que el compañero Malanco me hace al principio de su carta."

¿No habría vd. entrado en materia? ¿pues y las aseveraciones de que me he ocupado? ¿hay que considerarlas como nada? ó ¿son

sólo las avanzadas y ahora llega el cuerpo de ejército? A gusto de vd.; entremos en materia.

"Preguntarme si soy homeópata porque reconozco las verdades que encierra la Homeopatía, equivale á preguntarme si soy islamita porque reconozco las virtudes sociológicas del Coran. En esta pregunta se denuncia sin quererlo todo el espíritu ortodoxo de mi amigo; veo á través de esta interrogación á Lutero espantándose de Calvino. No, amigos míos, soy tan ortodoxo como vdes., por más que se llamen dosímetras, tan ortodoxos como Jouset, Colin, Marchena, Talavera, etc., por más que se hayan llamado homeópatas. La Escuela oficial ha sido más circunspecta y conocedora del verdadero carácter del médico; ella jamás aceptó voluntariamente (que yo sepa) la denominación de *alópatas* con que sus adversarios y el mundo se empeñaron en designar á sus discípulos. Yo estoy dispuesto á aceptar con gusto el calificativo que vdes. crean conveniente más á mis tendencias científicas, con tal de que se me reconozcan los sagrados derechos que tengo para llevar el nombre de médico."

Sí, querido amigo, vd. tiene razón; mi consecuencia fué ilógica, y lo peor es que, conociéndolo, seguiré sacando otras de la propia clase, hasta que los aludidos me autoricen á sacar una depresiva opuesta. ¿Qué quiere vd? Acostumbro suponer honorables y rectos á mis compañeros; entiendo que todo médico que ejerce sigue en su práctica las indicaciones de su fe científica; me parece increible que en negocio tan serio, como la curación de los enfermos, se vaya en pos de la salud por senda distinta de la indicada por la conciencia profesional; perdone vd.; creo punible la conducta del práctico que plantea tratamientos facultativos inconformes con sus convicciones. Por *reconocer vd. las verdades de la Homeopatía*, sí señor, por eso lo creí homeópata; ¿yo podría suponer que vd. rendía culto al *video meliora proboque deteriora sequor*? ¿Tengo derecho para creer que vd., partidario de la Homeopatía, al ejercer, se burlaba de ella?

Ahora, si opina que la Homeopatía, como la Alopatía, como la Dosimetría, todas curan, ó que todas son unas, y que vd., creyente en la primera, está autorizado para curar como quiera ó con las terapéuticas de las últimas, no veo razón para que extrañe que le haya llamado homeópata como pude llamarle dosímetra.

Al hacer vd. la defensa de la Homeopatía, yo que profeso que vd. es honrado, tengo que creerlo homeópata. Nunca estableceré paralelo entre el credo terapéutico de un médico que ejerce, y los afectos de un simple *amateur, de las virtudes sociológicas del Corán.*

¿Preguntarle á vd. *si es homeópata* denuncia mi espíritu *ortodoxo.* Yo veo que insiste en no aplicar debidamente el adjetivo. Dice vd. adelante y en el curso de su escrito, que (por razones que allí expresa) *acabaré de explicarme su deserción de las viejas banderas.* Los desertores á las viejas banderas en cuestiones de ciencia ó creencia, *¿son ortodoxos?* ¿Los que difieren de la fe científica añeja, no son heterodoxos? Entonces vd., desertor de las viejas banderas, permanece en ellas; entonces la conducta de vd. impugnando á las viejas banderas es inexplicable.

O llama vd. á mi espíritu *ortodoxo* queriéndolo cualificar de intransigente y extraña en mí la intransigencia; pero en tal caso ni vd., respetable por mil tílulos, tiene derecho á falsear la genuina significación de la palabra, ni hay razón para que pretenda que un médico, que no dejó las *viejas banderas* por capricho sino por razones que ha ostentado en sus escritos, transija con doctrinas, en su concepto, erróneas, y mude, así como quien muda de camisa, las primeras por las últimas. Mi intransigencia, si tal quiere decir mi *ortodoxia*, se deja combatir con razones si las hay mejores que las que basan mi convicción; pero no se deja sorprender con que se me acuse de desertor.

Y (á propósito) yo no me *espanto* de vd. como Lutero de Calvino; deploro y esto es todo que haya abandonado una doctrina sólo viciosa, para adoptar otra injustificable; por lo demas quedo enterado de que vd. es ortodoxo, *tan ortodoxo* como los que se llaman dosímetras, como los que se han llamado homeópatas.

Vamos adelante; la Escuela Ortodoxa no ha lucido el distintivo que le dejó Galeno, entiendo que más que por circunspección, por suponerse la Escuela Médica por antonomasia, la Escuela Médica fuera de la cual no hay curación posible y tal vez tambien por no ostentar un mote que la orillara á polémicas de las cuales *tan circunspectamente* huye. Comprueba lo primero la historieta de Zadig, y lo segundo los párrafos del escrito de vd.: "*No son los homeópatas*" y siguientes. Sin embargo, si se le urge por su doctrina responderá, porque otra no tiene, que es el "*contraria contra-*

rvis," que aunque entendido de manera determinada, los alópatas científicos, los médicos modernos, aceptan y enseñan en el lábaro de su triunfo.

"Siempre ha sido para mí un deleite el estudio de todas las evoluciones del espíritu humano. La Filosofía médica es á la Alopatía, la Dosimetría y la Homeopatía, lo que al Espacio infinito es el calor, la luz, la electricidad, etc.; todos los antagonismos se mueven en su regazo para que se cumpla la ineludible ley del Progreso. Ella sabe determinar el valor matemático de todos los sistemas, de todos los errores, asignándoles á cada uno su asiento en la gigantesca ecuación de los conocimientos científicos, por más que nuestro compañero Fénelon sostenga que los trabajos del espíritu humano pueden ser estériles. En esta contemplación del mundo de las ideas es donde yo fortifico mi entendimiento y bebo mis inspiraciones. No hay en ninguno de los sistemas médicos, hasta el día, una ley bastante imperiosa é irrecusable, para sujetar á un espíritu independiente; cualquiera denominación, por tanto, sólo puede servir para encadenar el pensamiento á las raquíticas exigencias de bandería.

"Me complazco en ver inteligencias notables, como las de vdes., empeñadas en el estudio del organismo viviente y enfermo, bajo la influencia de una dosificación definida de alcaloides, aplicados con determinado criterio, como me complace saber que Charcot estudia las funciones del sistema nervioso en el estado de *hipnotismo;* pero me causaría pena verlos aceptar como sectarios, los nombres de dosímetras ó hipnotistas. Esta aceptación parecería significar la abdicación de todos nuestros derechos universitarios, que no serían nada, si no hubiesen sido conquistados á expensas de la savia de nuestra juventud y con el sacrificio irreparable de nuestras fuerzas vitales."

Tiene vd. razón; no hay, puede aventurarse más, no habrá en ninguno de los sistemas médicos, hasta hoy conocidos (ni habrá mientras los sistemas sean sistemas), *una ley bastante imperiosa é irrecusable* para sujetar á *espíritus independientes.* Lo que sí los sujeta y tiene que sujetarlos son los Métodos científicos, copia fidelísima en proposiciones de la verdad natural. Ni podría ser de otra manera; cuestiones que resolvió la trinidad analítica formada por la Observación, el Método Experimental y el Raciocinio, son infaliblemente resueltas ó no hay brújula ó criterio alguno de acierto, y todo adelanto, todo progreso estaría entredicho para la humanidad.

Las denominaciones ¿sólo pueden servir para encadenar al pensamiento á las raquíticas exigencias de bandería? Según y conforme. Si las denominaciones califican la defensa de un gran principio favorable á la vida y exterminador del sufrimiento, ó la persecución á errores trascendentales, ó el propósito de sustituir métodos científicos á sistemas personalistas, ó teorías benéficas á hipótesis nocivas, si en suma significan lucha por un adelanto y cesan cuando lo consiguieron, las *denominaciones* son utilísimas y marcan el sitio donde levanta sus tiendas el Progreso. Si las *denominaciones* sólo pretenden dividir irrazonablemente á compañeros; singularizar en creencias, tan poco vigorosas unas como las opuestas; mostrar hechos oscuros suponiendo que dicen, cuando no se sabe lo que dicen; si en suma indican una pretenciosa ó sólo inmotivada segregación, entonces sí, las denominaciones sirven sólo *para encadenar al pensamiento á las raquíticas exigencias de bandería;* son necias é injustificables. Haga vd. aplicaciones y no le cause *pena* vernos seguir un adelanto; nuestra frente se levantará serena mientras no tenga otro enemigo que combatir que una estúpida conmiseración. Somos médicos y lo que es más, comprendemos nuestra obligación de conquistar ventajas, seguridades y consuelos para los enfermos; es por eso que emprendimos la enojosa tarea de propaganda, entre odios, lástimas y chismes.

"No son los homeópatas ni los dosímetras los responsables de estas denominaciones que nos fraccionan en banderías. La Filosofía Médica expulsada de la Escuela oficial, comienza á reinar en los espíritus extraños á la medicina, como la diosa Razón expulsada de las Universidades, reinó en las calles y plazas públicas de Francia convirtiendo en víctimas á sus mismos sacerdotes.

"Si la Homeopatía y la Dosimetría fuesen una calamidad en las ciencias médicas, sobre la Escuela oficial pesaría la inmensa responsabilidad de su existencia; el hecho sólo de ser la árbitra de todos los elementos nacionales, le impone el formidable deber de destruir todos los errores por medio de la demostración diaria del absurdo en la cátedra y los hospitales; ella tiene el deber de estudiar el espíritu público científico, y lo tiene de saber que en el espíri-

tu público existen elementos preciosísimos, sólo fecundos para las inteligencias sagaces habituadas á la observación.

"Cualquiera médico delicado que crea encontrar entre los brazos de la madre Escuela un refugio contra sus angustias y escrúpulos profesionales, recibirá un profundo desengaño; ella nos lanza á luchar en el mundo con antagonismos que no nos ha enseñado á combatir, y que ni siquiera nos ha permitido conocer, abandonándonos en el desamparo y desplomando sobre nuestra endeble conciencia individual el enorme peso de sus responsabilidades; y si nó, ¿dónde guarda los archivos clínicos que pudieran servirnos de piedra de toque para juzgar de la Dosimetría á los médicos que carecemos de los pingües elementos que ella monopoliza? ¿dónde los archivos de la Homeopatía para que sirviesen de demostración histórica del absurdo? no existen, y sin embargo, los primeros pasos del médico joven se encuentran erizados de todas las dificultades. Los nuevos sistemas del arte de curar se pasean en las calles y se discuten en los salones; todos entienden de medicina, menos los médicos, que haríamos el papel de profanos si nos atuviésemos exclusivamente á la literatura ortodoxa.

"La vieja Escuela ignora ó afecta ignorar esta revolución, y se desentiende de la obligación que tiene de amparar y proteger á sus discípulos por medio de una cruzada vigorosa y perenne á través de todos los sistemas, que diera por resultado una riqueza de datos y demostraciones capaces de hacerla invulnerable; lo más que ha hecho para contrarrestar este movimiento, es oponer la *Clínica terapéutica* de Dujardin Beaumetz y la *Materia médica* de Fonssagrives, lanzadas como tablas de salvación en el caos en que navegamos, pero ¿llenan su objeto? no lo creo; el primero confiesa paladinamente que el método experimental no existe, y nos aconseja acudir á todos los recursos, aun cuando no podamos darnos la razón de estos recursos (con la condición, sin embargo, de que no sean ni la Dosimetría ni la Homeopatía); el segundo se lanza contra la Homeopatía en alas de su suficiencia, sin tomar en consideración la significación de los hechos."

Francamente, he leído y vuelto á leer estos párrafos saboreando lo que dicen; aquí está, me he dicho cada vez que los he recorrido, aquí está el indisputable talento de García Figueroa, aquí la verdad fluyendo enérgica y fulgurante de sus labios; aquí está un Enjolras médico en la gran barricada de la humanidad ofendida. ¡¡Cuánta verdad encierra gran parte de las líneas transcritas!! Deploro nada más que al fin de ellas, finja vd. creer, no puedo creer, que crea á Dujardín Baumetz, negando la existencia del Método Experimental; y deploro también que no aplauda á Fonssagrives por lanzar argumentaciones contra la engañifa homeopática.

"Pero observo que me divago. Yo soy homeópata, si la Homeopatía consiste en observar los hechos sencillamente; soy homeópata, si la Homeopatía consiste en creer que los homeópatas trabajan sobre un camino recto de investigación. Creo, en una palabra, que debe existir *un método terapéutico positivo*."

Realmente; entonces no es vd. homeópata sino naturalista; no de otro modo se llama á los que *sencillamente observan los hechos*, ó á los que forman juicio sobre quién ó quienes trabajan *sobre un camino recto de investigación* en pos de verdades naturales. Gallavardín habría titulado á vd. miembro de la Academia de los Curiosos.

Y (otro á propósito), ¿por qué criterio juzga vd. que los homeópatas *investigan mejor?*

Cree vd., *en una palabra, que debe existir un método terapéutico positivo*, y cree bien, por más que esa creencia no se deduzca de las premisas de que la infiere y por más que el ¿método? terapéutico homeopático no sea *positivo* sino *negativo*.

"Nada me ha dejado vd., querido Dr. Malanco, que decir en contra de las recetas alopáticas. Hace vd. una señal con la espada, suena el clarín y vése que una columna de hombres de talla colosal, se pone en movimiento y carga como un ariete sobre el edificio universitario, lo hace temblar y acaba por sepultarlo bajo sus escombros. Vd. me concede la razón por haber abandonado un sistema que Fódera llama decrépito; Luis, inepto; Malgaigne, infundado; Bernard, empírico; Smaltz, ficticio, y Forbes, contradictorio. El Dr. Fénelon le llama decrépito y lo relega á los museos arqueológicos; y si á esto se agregan las terribles cifras de la Estadística y el clamor universal contra las fórmulas insensatas y las dosis *que hacen volar á los colosos*, acabará vd. de explicarse mis escrúpulos de conciencia, y al fin mi deserción de las viejas banderas.

"Pero lo que no acierta vd. á comprender, según parece, y lo que juzga vd. como un rapto de demencia, es mi conversión al sis-

tema de Hahnemann. ¡Ah! Hahnemann me ha sacado de terribles apuros. El milagro, sin comprenderlo yo mismo, se ha realizado entre mis manos. Acostumbrado á no creer en nada, comencé mis experiencias riéndome; y ya realizadas, he empezado á ver con seriedad y luego con admiración á ese pobre viejo tratado como loco en las Universidades, lapidado en las calles por el populacho científico, cubierto de baldón como revolucionario y hereje por los doctores y las devotas de la Medicina ortodoxa."

¡Ah! Con que Hanhemann ha sacado á vd. de *terribles apuros*? ¿con que *el milagro se ha realizado en manos de vd?* Entonces, ya ha ensayado, y varias veces, el tratamiento homeopático. ¡¡Cómo nos había dicho que *sencillamente había observado los hechos* y que su homeopatía *consiste en creer que los homeópatas trabajan sobre un camino recto de investigación,* y que le llamé homeópata *como podría llamarle islamita porque reconoce las virtudes sociológicas del Coran!!*

"Si sólo estuviera animado de un espíritu de controversia, podría replicar á mi compañero el Dr. Malanco, que su carta, digna de consideración por más de un título, no ha llenado, sin embargo, su objeto, cual es el contestar mis apreciaciones.

"1º Yo he presentado el *método de investigación de Hahnemann* como el método más científico aplicado hasta hoy á la Terapéutica; 2º, he preguntado: de no ser éste *¿cuál es el método de investigación científico que debe aplicarse á la Terapéutica?*"

¡Mi *carta no llenó su objeto*, el de *contestar sus apreciaciones*? ¡Pobres razonamientos mios; ignoraban al marchar en contra de ellas, que fueron "ningunos" como el poeta de Campanone y que las *humildes observaciones* que provocaran serían sólo hijas de la *política de vd.* y en contra...... ¿de qué? de las palabras de una carta *que no llenó su objeto*.

Probaré á vd. de otro modo ya que el primero ni siquiera fijó su atención, que el *Método de investigación de Hanhemann no es el método científico aplicable á la Terapéutica*, y para proceder con orden le resolveré previamente *cuál es el método de investigación científico que debe aplicarse en Terapéutica,* punto que según parece lo afecta hasta hacerlo olvidar que esa carta que *no llenó su objeto* se ocupa casi en totalidad del primero de los dos puntos, sobre que hoy de nuevo llama mi atención.

El Análisis, ya en la Observación, ya en la Experimentación, por cualquiera de los modos ó métodos de que ésta dispone, de Concordancia, de Diferencia, de Residuos ó de Variaciones Concomitantes, únicos procedimientos de Inducción directa *á posteriori*, es, contraprobada por la Deducción, el SÓLO recurso de verdadera prueba, el ÚNICO medio que posee el hombre para explorar las leyes de la Naturaleza.

En ciencias de aplicación (la Terapéutica por ejemplo), los hechos deben sujetarse á la Observación, después al Método de Diferencia, en seguida á la Deducción y después nuevamente al Método de Diferencia, y hasta que hubieren salido claros, perfectos é inmutables de todas estas pruebas, pueden tenerse como hechos científicos y por tanto probatorios; hasta entonces puede apuntarse su teoría como canon, y su ley como criterio.

La Medicina sólo observativa no podría salir sin atrevimiento de la Espectación; necesita persuadirse por el Método Experimental clásico, ó sea por el Método de Diferencia en sus hechos positivo y negativo, de lo que puede y de lo que vale; requiere en seguida que el Raciocinio ponga el pase á sus resultados, y al fin, que la Clínica añada el "visto bueno" á sus determinaciones.

En pocas palabras, allí tiene vd. la respuesta que á su problema dan en lo sustancial y respectivamente Stuart Mill en su "Sistema de lógica," y Claudio Bernard en su "Medicina Experimental." No es este escrito donde debo digresar sobre punto tan importante. Sigo, con permiso de vd., en persecución de falsas *apreciaciones.*

Conforme á lo dicho el método de investigación de Hanhemann aplicado á la Terapéutica no es método, ni por tanto científico; voy á demostrarlo.

"He formulado el método de Hanhemann de la manera siguiente:

"1º Estudio gráfico y esencialmente analítico de los síntomas que producen las enfermedades.

"2º Estudio gráfico y esencialmente analítico de los síntomas que producen los medicamentos en el hombre sano.

"3º Estudio de la relación que hay ó puede haber entre los síntomas de la enfermedad y los síntomas del medicamento en los casos de curación."

Ahora bien:

Hacer *estudio gráfico y esencialmente*

analítico de los síntomas que producen las enfermedades, observar los síntomas apuntándolos escrupulosamente en un escrito, según su orden, sucesión, coincidencia y relación, es hacer la disquisición de hechos de fisiología patológica para contar en ellos con lo que les corresponde peculiarmente, es cribar conjuntos morbosos para destarar hechos en su parte precisa y sustancial. El que ha hecho todo esto, si sólo esto ha hecho, aunque lo haya hecho bien, con *inteligencia sagaz habituada á la observación* y con la imparcial curiosidad del que desea conocer la verdad, *sólo ha observado;* está en el dintel de la Fisiología Patológica.

Hacer *el estudio gráfico y esencialmente analítico de los síntomas que producen los medicamentos en el hombre sano*, observarlos apuntando escrupulosamente su orden, relaciones, series y coincidencias, es hacer la disquisición de hechos de patogenética ó Toxicología experimental para contar en ellos con lo que peculiarmente les corresponde, es cribar conjuntos patogenéticos para destarar resultados en su parte precisa y sustancial. El que ha hecho todo esto, si sólo esto ha hecho, aunque lo haya hecho bien, *con inteligencia sagaz habituada á la Experimentación* y con la imparcial curiosidad del que desea saber, sólo ha experimentado en una faz del problema, con el caso positivo del método de Diferencia; marcha en pos de la Terapéutica científica, pero no la posee.

Hacer el estudio de la relación que hay ó puede haber entre los síntomas de la enfermedad y los síntomas del medicamento en los casos de curación y aun en los casos de inéxito, observar las regularidades que en orden, sucesión ó coincidencia entraban los síntomas morbosos á los medicinales, es hacer la disquisición de tratamientos clínicos hasta contar en ellos con lo que peculiarmente les corresponde, es cribar conjuntos médicos para destarar *observaciones clínicas* en su parte precisa y sustancial. El que ha hecho todo esto, si sólo ha hecho esto, aunque lo haya hecho, con *inteligencia sagaz habituada á la observación* y con la imparcial curiosidad del que desea saber, *ha observado y sólo observado;* está sin derecho, de intruso en la Clínica científica.

Cada uno de estos estudios hechos por el Sr. Hanhemann, es aislado en la cuestión á que se dirige. La fisiología tiene tres importantísimos capítulos: el primero se ocupa de las funciones de salud y se llama por antonomasia Fisiología; el segundo Patología y trata de las funciones vitales morbosas; y el tercero de cómo obran y son aplicables los remedios, y se subdivide en dos: en Toxicología experimental y en Clínica. Para qúe los conocimientos sean científicos en cualquiera de estos puntos, necesitan atravesar en cada uno por todas las exigencias de una correcta analisis; pero si se observan los fenómenos Patológicos y se experimentan los Toxicológicos y se observan los Clínicos—el Análisis no ejercitándose perfecto en cada cual de esos conocimientos, no puede entregarlos científicos. Y como vd. podrá advertir tal pasa *al Método de investigación* del Sr. Hanhemann.—Pero quiero suponer que no descarría el Análisis del padre de la Homeopatía; suponiéndolo en una misma senda y prosiguiendo un propio objeto le faltaría para ser irreprochable, ó sea para ser científico en la Experimentación el caso negativo, y después del Análisis, la deducción y la contraprueba.

El Método de indagar en ciencias que es el que debe aplicarse á la Terapéutica científica, no puede, sin atentar á su carácter, quedarse en sólo la Observación, ni en sólo la Experimentación, aunque fuese perfecta ni aun en sólo el Raciocinio; después de recorrer todo este sendero, debe aún sufrir que identifique su verdad el Método de Diferencia. No da poder ni otorga previsión sino la Análisis que cumple todos los trámites filosóficos sin faltar uno, porque de tal modo se integran éstos que los conocimientos no resultan científicos sino cuando por todos atravesaron.

La Observación por sí sola está sujeta á apreciaciones; cada cual esboza los hechos á su manera y los anota como entiende que pasaron; unos aperciben primero tal síntoma que otros creen aparecido después; aquellos aseguran que tal serie expresa la verdadera secuela de fenómenos y no la de más allá; éstos dan como sincrónicos hechos que los otros suponen sucesivos.

La Experimentación por sí sola, difícilmente sale airosa donde la estorba la complexidad en los objetivos como cuando analiza fenómenos naturales y especialmente los de la vida; la Experimentación no obra expedita donde se le oponen espíritus rutineros ó escépticos ni procede como debe donde la preocupación la esteriliza divorciándola de la teoría y haciendo seguir el sendero de sólo la industria lucrativa; la Experimentación es un raciocinio cuyos términos son hechos depurados y la dificultad de conseguirlos así, sólo es removida por la Observación; la Experimentación es exquisita; no entrega la verdad sino á quien sabe preguntarla y sabe interpretar

sus respuestas; por eso es que hay tantas experiencias contradictorias; la Experimentación por sí sola no consigue algo real, sino cuando reiteradas veces y en diversidad de condiciones obtuvo idéntica respuesta del Método de Diferencia, en casos debidamente registrados. Como la Observación, está sujeta á interpretaciones que muchas veces parecen y no son justas. Yo recuerdo que el mismo diestrísimo Magendie, que preguntando á la Naturaleza no tenía más que "ojos y orejas, habiendo dejado á un lado el cerebro," se engañó interpretando una experimentación. El jugo pancreático es coagulable siempre al calor; Magendie declaró: el jugo pancreático es un líquido albuminoso. Y erró. Bernard comprobó, veinte años después, que el jugo pancreático no es albuminoso, y comunicó á Magendie su descubrimiento. Convicto el maestro por el discípulo, enmendó su teoría circunscribiéndola á sus límites precisos y declaró: el jugo pancreático es coagulable al calor; y nada más, porque nada más le había, propiamente dicho, la experimentación.

Vd. lo vé: el más pequeño desliz, el atrevimiento al parecer más lógico al interpretar un experimento hace su teoría imprudente y falsa. El propio Método de Diferencia quitando y poniendo una sola condición puede atribuir á ella lo que le compete y nada más, pero no puede ensayar en conjuntos que no preparó la Observación, porque eternamente estaría persiguiendo fenómenos en reglas de falsa posición conforme al sistema de Descartes; no deduce sino por el Raciocinio; y la Ciencia no puede confiar sino cuando aseguró sus conquistas y las purificó y acrisoló planteándolas, y convenciéndose siempre de que es dueña del secreto que halló y señora de practicarlo cuando le plazca.

El Raciocinio en medicina debe contar con la verdad de los términos que emplea, si no quiere obtener conclusiones erróneas; y los términos son los hechos; y los hechos mostrados por la observación sólo son demostrables por el Método experimental. El Raciocinio en Medicina, necesita, pues, previamente de la Observación y del Método experimental. Desamparado por esos recursos de análisis, puede deducir conclusiones legítimas, pero no siempre verídicas; el Raciocinio necesita un apoyo firme para marchar certero; de otro modo puede dar donde no debe y concluir lo que no es verdad.

Los tres medios se necesitan uno á los otros; entre sí se perfeccionan, se corrigen y se complementan. La clínica después del Análisis es sólo la corroboradora de la verdad alcanzada, como antes de él fué sólo la proponente de los problemas observables.

La Observación presenta condiciones que no siempre se pueden provocar; la Experimentación excogita las conducentes; el Raciocinio saca fruto consagrándolas y el Método de Diferencia entrega á la ciencia poder y previsión. La Observación propone; el Método Experimental ejecuta; el Raciocinio concluye; la Experimentación firma y dogmatiza.

Un sistema, por su propia naturaleza con cualquiera de los medios analíticos ó con algunos tiene lo bastante; un método científico los necesita á todos, y á todos, unánimes y concordes, si quiere merecer su nombre.

Me atrevo á llamar la atención de Vd. sobre la carta que dirigí al Dr. Vicente Sierra en lo relativo á estos puntos.

Es entonces impropiamente llamado *método de investigación* el *de Hanhemann*, porque se conforma con menos de lo que debe; es sistemático porque se sujeta á grupos determinados de fenómenos y no á todo como debiera si fuése método; por tanto no es método ni científico, en poco ni en mucho.

"En el estudio del medicamento he señalado dos géneros de investigación.

"1º El que se refiere á la naturaleza y composición de las sustancias medicinales, el cual desempeñan satisfactoriamente la Química y las ciencias naturales, *siguiendo exactamente el método de investigación positivo* que Hahnemann siguió en el estudio de la relación fisiológica entre los medicamentos y las enfermedades.

"2º El que se refiere al análisis de la potencia medicamentosa, tomando como *unidad* ó límite superior la dosis tóxica, y por *límite inferior*, los resultados."

El género de investigación referente á la naturaleza y composición de las sustancias medicinales, es desempeñado satisfactoriamente por la Química y las ciencias naturales, sí señor, pero no siguiendo el *método* de Hahnemann, que pretendió dividir en glóbulos y diluciones las triacas naturales que entregan los jugos de las plantas, donde confundidas, se congregan la sustancia activa con las sustancias inertes, y en el que si se contó con la dosis tóxica, nunca se pudo contar con resultados medicinales convertidos por las divisiones hahnemanianas en ilusorios.

"Vd., querido colega, me contesta con una

hábil y erudita agresión á la Homeopatía, á cuya agresión, un homeópata ortodoxo sólo pudiera oponer el humilde y tradicional: *e pur si muove* de Galileo; pero el fondo filosófico de nuestra polémica, el único que pudiera ser fecundo en resultados prácticos, parece pasar desapercibido á su esclarecido talento."

Un homeópata ortodoxo es una curiosidad, pero, en fin, ni ese Calvino católico, ni otro cualquiera, podría oponer á mi *agresión á la Homeopatía* el *pur si muove* de Galileo, porque éste se refería á hechos, y aquí no hay hechos de homeopatía, siendo que ella no trata enfermedades, sino sólo omite tratamientos, aunque los predica.

"La Filosofía reinante nos enseña que cualquier *método de investigación experimental* es defectuoso, si no se limita á la observación de los hechos en sus mutuas relaciones de orden, sucesión, coincidencia, etc., para averiguar las condiciones en que se producen; es el conocimiento de estas condiciones *formulado*, á lo que se ha convenido en llamar *leyes científicas*. Las ciencias físicas y naturales marchan por este sendero en un progreso ascendente formidable; la Fisiología normal no les va en zaga; sólo la Fisiología terapéutica no puede encarrilarse por estos caminos; ¿qué especie de dificultad ó maldicion pesa sobre la Terapéutica, que así vaga llamando como mendiga á todas las puertas de la ciencia, pidiéndole en vano recursos que no le dan, porque nadie puede dar lo que no tiene? ¿porqué le quitais á la Terapéutica su personalidad científica y sus leyes peculiares, para formarla á FORTIORI con todos los elementos extraños que las otras ciencias producen? Mientras no se instituya el *método de investigación experimental terapéutico* limitado á la observación de los hechos en sus relaciones de orden, sucesión, coincidencia, etc.; mientras no sepamos prescindir de las *preconcepciones* fisiológicas, físicas, químicas, etc., que si bien ilustran al individuo, en cambio impiden á la Terapéutica brillar con luz propia; mientras no demos de mano una vez por todas, á los *hipostenizantes, sedativos, tónicos, narcóticos*, etc.; mientras no prescindamos de los *eupépticos* ó sea de la Química intestinal que hace abstracción del elemento nervioso; mientras, en fin, no nos limitemos á observar los hechos del medicamento, los hechos de la enfermedad y sus mutuas relaciones de alivio ó agravación, la Dosimetría, la Homeopatía y todos los métodos terapéuticos de la Escuela ortodoxa, serán lo que el *método metafísico* y el *método teológico* en la vieja Filosofía: el conjunto híbrido de elementos extraños y contradictorios en la investigación de la verdad."

No quite vd. el crédito á la *Filosofía reinante;* no ha dicho lo que vd. le atribuye, ni tampoco *que se limita el método de investigación experimental, á la observación de los hechos en sus mutuas relaciones de orden, sucesión y coincidencia*. Las ciencias físicas y naturales marchan por el sendero experimental en *un progreso* alentador y magnífico. *La fisiología normal* no les va en zaga; la fisiología terapéutica encarnada en la Dosimetría, no tiene más dificultades para marchar tranquila, que las que le oponen los retardatarios, ni más maldiciones de que burlarse, que las de los necios. La Terapéutica no es ya la mendiga de las calles de Babilonia y Atenas, tiene como de su propiedad conquistas experimentales que la hacen previsora y poderosa. ¿Quién ha dicho á vd. que formamos á la Terapéutica con elementos extraños? El Método de investigación está instituído desde hace mucho tiempo, y ensanchado y engrandecido desde Magendie; pero no el raquítico método de sólo el naturalista que ve y apunta y clasifica, sino el experimental del que quiere mandar en las enfermedades, y llega á adquirir los recursos para hacerse obedecer.

"Emancipados de la Divinidad DIOS y de las abstracciones metafísicas, hemos creado una divinidad *Ciencia* y una serie de abstracciones físicas, químicas, fisiológicas, etc., etc., á cuyo cartabón queremos sujetar todo lo que hay desconocido para nuestro espíritu. Tentado me vería á negar esta divinidad del siglo XIX, si no estuviera convencido de que no es ella la responsable de estos extravíos, sino la inconsecuencia y falta de rectitud de los hombres para observar sus preceptos; algo que llamaría yo, con Spencer, *inmoralidad científica.*"

¿Vd. es el que en la contemplación del mundo de las ideas fortifica su entendimiento? *Tentado me veo* á dudarlo, al mirar á vd. levantando á la Filosofía el falso testimonio de querer sujetar á la ciencia *todo lo desconocido para nuestro espíritu.* La Filosofía hace un aparto de lo que corresponde á la Teleología, y sabe que nunca podrá penetrarlo, y otro de los cómos de las cosas ó sea de la explicación de los hechos, y sabe que los podrá alcanzar con la

Observación humilde, la Experimentación severa y el Raciocinio justificado. *¿Será moralidad científica* calumniar *á la Divinidad del siglo XIX?*

"Ahora bien, yo me he presentado al debate sosteniendo que el único método de investigación *terapéutico positivo* es el método de Hahnemann y que no puede ser otro, á lo cual vd., querido Dr. Malanco, no me contesta; he preguntado que cuál debe ser el método de investigación científico que debe aplicarse á la Terapéutica, y deja vd. pendiente la polémica aplazando su contestación."

"Quedo, pues, en espera, pero (no hay que olvidarlo) en esta contestación se concreta el punto capital de nuestra controversia, que no es ni homeópata, ni dosímetra, sino esencialmente filosófica."

Ya demostré á vd. que el método de investigación de Hahnemann ni es *método,* ni es *científico;* ya expresé á vd., de parte de los Sres. Mill y Bernard, cuál es el método científico de investigación que debe aplicarse á la Terapéutica. Ahora le diré que no había dado la resolución del problema que vd. se sirvió imponerme, por estar preparando un trabajo de compilación que llenará, hasta donde el que lo hace es capaz, el deseo de ver esclarecido punto tan importante; vd. urge quizá creyéndome olvidadizo, y aunque someramente, como la clase de este escrito lo requiere, le he dado la solución tan apetecida.

"Mi respetable colega el Dr. Fénelon contesta lo siguiente:

"El método científico de investigación que debemos aplicar ahora á la Terapéutica, es el que está fundado en los conocimientos modernos (¿CUÁLES?) comprobados y evidentes hasta donde sea posible;" y agrega: "Cerca de los que sufren las divagaciones filosóficas son inoportunas: "hechos CLAROS," (!) "prácticos" son los que debemos traer á la memoria y de los cuales debemos sacar conclusiones PRÁCTICAS inmediatamente aplicables á los casos urgentes, etc., etc."

"Se ve, pues, que el Dr. Fénelon confunde dos cosas distintas, que son: *método de aplicación* y *método de investigación.* Si la Terapéutica sólo consistiese en la aplicación de los *conocimientos modernos* (he aquí una generalidad que parece abstracción) á la curación de las enfermedades, estaríamos de acuerdo, pero como la Terapéutica consiste en el *conocimiento de la relación* que existe entre los medicamentos y las enfermedades para su curación, hay que *investigar* cuáles son ó pueden ser estas relaciones, y yo no sé en qué *conocimiento moderno* debemos fundar esta observación.

"Si no es á la cabecera del enfermo, no creo que en los laboratorios de Química ó Fisiología, sea donde podamos investigar el modo de curar, y si es á la cabecera del enfermo, la investigación tiene que ser por el método mismo que siguen los micrógrafos, los químicos, etc., etc., la observación atenta sin *preconcepciones de conocimientos modernos,* es decir, el *método de investigación positivo* (que á mi pobre juicio es el de Hahnemann.)

"Si no fuese por las divagaciones filosóficas ¿dónde, mi estimado Doctor, encontraría vd. los hechos claros y prácticos que tanto le urgen á la cabecera del enfermo? Si llegásemos á esclarecer el punto filosófico que tanto me interesa esclarecer, vería vd. cuánta riqueza de recursos prácticos y claros surgiría en el oscuro campo de nuestra práctica profesional. Es por haber descuidado demasiado la Filosofía, por lo que navegamos en este piélago sin fronteras, sin podernos entender."

Paso por alto estos párrafos que el Dr. Fénelon contestará si á bien lo tiene; por lo demás, en mis respuestas va imbíbita la que corresponde á los anteriores.

"Aun cuando, repito, no ha sido mi mente hacer una defensa del método terapéutico homeopático, en mi carta anterior, por la convicción que tengo de que esta cuestión sólo puede dilucidarse en la clínica y en presencia de los acontecimientos terapéuticos; aun cuando mis esfuerzos se dirigen á excitar á mis compañeros inteligentes, para que establezcamos los principios filosóficos que deben sustituir á los dogmas universitarios, voy, sin embargo, en rápida análisis, á hacer algunas humildes observaciones á los ataques que en sus respectivas cartas hacen vdes. á la Homeopatía, más por un homenaje de atención á sus interesantes conceptos, que por la esperanza de que nos entendamos en este terreno."

Seguiré la rápida análisis de vd., y agradezco el *homenaje de atención.*

"Vd., compañero Malanco, me dice en su carta:

"Se le ha dicho (á la Homeopatía) que á juzgar por el mutismo de las análisis, las diluciones y los glóbulos no contienen sustancia medicinal; que la copa del químico nada revela; que el mismo espectroscopio (microscopio de lo impalpable, de lo inconcebible, que puede hasta revelar el hidrógeno que carga el éter en su camino de las estrellas á nosotros, que puede hasta inquirir un tresmillonésimo de un miligramo de sal marina en la atmósfera de una pieza, que puede hasta sorprender una moleculilla de zinc de tresmillonésimo de milímetro de tamaño) nada enseña más allá de la novena dilución."

"Magnífico, luego vuestras repugnancias *químicas* sólo versan sobre la 10ª dilución en adelante. Si todos los médicos juzgasen las cosas con la sensatez que vd. lo hace, la *posología* homeopática pronto fraternizaría con la de vdes. Entiendo que los homeópatas no se empeñan en plantar su campo de operaciones entre la 10ª y la 30ª; exijámosles que sólo practiquen entre la tintura madre y la 9ª dilución, y estoy seguro que se plegarán humildemente á nuestra exigencia en obsequio de la concordia."

Sí señor, hace vd. bien; exija á los homeópatas que den algo, y que venzan así la repugnancia del sentido común; adviértales que son médicos y no ilusionistas; y una vez que hagan lo que vd. les indique, cuéntenos sus observaciones y experiencias relativas; dada la buena voluntad por ambas partes, nos acordará la Inducción y el Raciocinio: pronto criterio único normará nuestras apreciaciones.

Por lo demas, transige vd. fácilmente, ¿qué, no está edificado sobre la necesidad de las diluciones comprendidas entre la 10 y la 30 que con tanta indiferencia las abandona al olvido?

"Agrega vd.:

"Se le ha advertido, que aún suponiendo que los medios homeopáticos dividan sin tropiezo hasta lo inconcebible, tratándose de cuerpos heterogéneos, de mezclas de componentes variados, de tinturas ó jugos vegetales, por ejemplo, es seguro que la división mejor practicada, llevará á tal glóbulo ó gota partículas de alcaloides, y á tales ó cuales otras, moléculas de sustancias inertes, ó de ácidos ó sales; es claro que la dinamización mejor hecha, pero ciega como tiene que ser la que hacen los medios mecánicos que usa, conducirá por aquí tal sustancia eficaz, por allá tal otra inconveniente, inoportuna é inofensiva, no siendo ni siquiera verosímil que cada glóbulo, gota ó dosis lleve precisamente los tantos de cada componente para reconstruir la composición de la planta, para que se personifique en pequeño la genuina sustancia del vegetal curativo."

"Siempre los *conocimientos modernos* tiranizando y ofuscando á la infortunada terapéutica! Si la Homeopatía tuviera personalidad como César, no podría menos que cubrirse la cabeza, exclamando en presencia del *mortero:* "*¡Tu quoque Brutus!*"

"La teoría que sobre la *división* asienta vd., es ingeniosa, pero adolece del grave defecto de ser gratuita y de no ser demostrada ni demostrable, y á vdes. por ser enemigos de la Homeopatía, les está vedado oponer esta clase de argumentos. Si yo quisiera imitar á los médicos que se empeñan en hacer Terapéutica de la Química, podría demostrar de un modo concluyente, *nemine discrepante*, que el nitrato de plata administrado al interior en algunas sclerosis cerebrales y medulares, es inútil por el hecho de la *insolubilidad del cloruro de plata*, pero á pesar de mi habilidad demostrativa, *el hecho terapéutico* de la *eficacia del nitrato de plata en el tratamiento de la sclerosis* quedaría en pie, protestando contra mis *conocimientos modernos.*

"Los homeópatas no pretenden que en la extrema división de una *mezcla* se conserve la proporción de los elementos como en una partícula salina (y la razón es obvia, no son químicos sino terapeutistas, y esta es su gran cualidad); les basta que se conserve el principio activo dominante, el efecto fisiológico (por más que vd. lo niegue).

"Al exigir que la partícula infinitesimal contenga los elementos químicos de la planta, podría creerse que pone vd. en duda la eficacia de los *proyectiles de Burggraeve!* sin embargo, vd. añade con su acostumbrada rectitud las siguientes consideraciones que hago yo mías."

La verdad que sobre división asiento, es inductiva, de aquellas que Bacon enumera entre las *per enuntiationem simplicem;* da, según Mill, el carácter de verdad general á todas las proposiciones que son ciertas en todos los casos conocidos; enuncia lo cierto instintivo. Las triacas naturales de las plantas no son en totalidad solubles en todo vehículo; tal de sus ingredientes es soluble sólo en agua, tal otro en alcohol ó éter; las triacas naturales tienen composición variable con las plantas de donde proceden; en las soluciones alcohólicas, las sustancias gomosas y albuminoides quedan en suspensión, y las inertes se precipitan; muchos jugos de plantas se alteran por los componentes del aire, y otros en cualquiera preparación farmacéutica (Debout).—Estos datos sobre *naturaleza, composición y solución de sustancias medicinales*, son enseñados por la Química. Persuádase vd., si la preocupación no se lo impide, que líquidos así, no pueden ser divididos armónicamente, y que si lo fueran siendo su composición con su procedencia distinta, un glóbulo ó gota, ó cualquiera dosis dada, no tiene para maneras iguales de repartir, idéntica actividad, ni por tanto idéntica virtud. Y note bien: yo no discuto que una sustancia medicinal obre, ni que obre de tal ó cual manera, que en problemas de esta clase me atengo á la Experimentacion; sino que las medicinas ausentes obren, y que dosis reales, pero distintas en actividad, obren del mismo modo. El ejemplo del nitrato de plata es inconducente. Y ya lo ve, *los homeópatas mismos*, según

vd. declara, no pretenden que en la extrema división de una mezcla (como las triacas naturales) *se conserve la proporción de los elementos como en una partícula salina;* pero como apoyan la virtud del medicamento en la dosis y no en las ganas, natural es que si deducen lógicamente, por terapeutistas y mientras más terapeutistas sean, convengan en que la forma medicamentosa debe conservar el principio activo á dosis mínima ó máxima; algo fijo y previsto de sustancia medicinal. Cualquiera efecto terapéutico observado después de una engañifa, podría atribuirse á la fe ó á lo que se quiera, pero no á lo ausente.

Vd. se equivoca, tal vez de buena fe, suponiendo que yo, en la sustancia medicinal exijo estén presentes los elementos químicos de la planta; exijo por lógico que éste presente sustancia activa; en mi carta á que vd. se refiere, discurro sobre los medicamentos del Sr. Hahnemann, sobre esos *proyectiles* lanzados contra el buen sentido y que torturan hasta la creencia porque la sacan tal vez más allá del terreno teleológico. Que los *conocimientos modernos tiranizan á la Homeopatía,* ¿y qué quiere vd. que yo haga? ¿Voy á decirle á la Analísis filosófica: transige con los errores del Sr. Hahnemann, porqué...... porque son suyos?

Vd. necesita demostrar *nemine discrepante* lo que da la Homeopatía; de otro modo, aunque lance muchos *Tu quoque Brutus,* se quedará su defendida sin base filosófica, y por tanto, sin vela en las discusiones sobre terapéutica.

"¿Quién puede decir lo que hay más allá de nuestras percepciones ya en lo grande, ya en lo pequeño? Y sin saber lo que hay más allá de nuestros sentidos, aún armados de los instrumentos que la ciencia les entrega, ¿cómo se puede científicamente y sin echarse á bogar por los mares de la imaginación, asegurar lo que allí pasa, lo que allí sucede?"

Científicamente, sin lanzarse al mar hahnemaniano ó sea de las ilusiones, no se puede asegurar lo que pasa más allá del alcance de nuestros sentidos; la ciencia lo sabe bien, y por eso sólo medra en el terreno demostrable.

"Insiste vd. diciendo:

"Se le ha dicho á la Homeopatía que la dosis de remedio por débil que sea debe conservar la energía bastante, según doctrina homeopática, para provocar inmediatamente después de haber sido tomada, síntomas semejantes á los de la enfermedad á que se destina, y en caso de enfermedad un poco más intensos, y ningunos provoca la administración de los glóbulos."

"Vd., amigo mío, desea que el glóbulo produzca los efectos de la planta en el *hombre sano.* El efecto negativo, como debe serlo, no es concluyente. *La experimentación fisiológica de los agentes curativos es sumamente engañosa,* dice el Dr. Fénelon en su diálogo, *porque el estado fisiológico* (y de las enfermedades, añadiría yo) *es sumamente variable.*

"No se trata, pues, de demostrar el efecto fisiológico ya probado en las dosis venenosas, sino el efecto curativo que sólo es demostrable en el hombre enfermo. *Quo vergit natura,* como vd. dice, allí el homeópata agrega el peso de un glóbulo que sería insensible sin esa indicación de la naturaleza."

No, amigo mio, yo nada deseo, más que realice el programa del Sr. Hahnemann. Y no se infiere de que se haya probado, que las sustancias en dosis venenosas matan, que las propias en dosis imaginarias curen, ¡¡ cuidado con la ignorancia elenchi!! *si quo vergit natura,* el homeópata pusiera un glóbulo activo y conducente no seria insensible: produciriá su efecto mayor ó menor, pero útil.

"Se le ha advertido que si las dosis homeopáticas bastaran para enfermar, los organismos de los farmacéuticos, sujetos á constantes inhalaciones de medicamentos, no resistirían mucho tiempo los embates de tanto huracán morboso."

"Nadie ha dicho ni trata de probar que la dosis homeopática debe enfermar. Me atengo á lo dicho en el párrafo anterior; sin embargo, sería cuestión de hacer un serio estudio del estado fisiológico de los manipuladores de sustancias medicinales.

"Me dice vd., estimable compañero, que "mientras la Homeopatía no demuestre en el sano la potencia en unidades, decenas ó centenas de sus glóbulos, no es serio, etc., etc." Yo sólo tengo que responder á esto, que las decenas, centenas y millares están representadas en las dosis venenosas con que ella hace sus experimentos."

¿Nadie ha dicho? ¿Pues qué dicen Hahnemann en los párrafos 21, 22 y 24 de su Organon, y Hughes en los de su Terapéutica, que copio en la carta que *no llenó su objeto,* y sobre los cuales pasa vd. por alto? Instrúyame, porque ese lenguaje no es de seguro para mí inteligible, ó es elástico. Haga vd. el serio estudio del estado fisiológico de los farmacéuticos y mozos de botica, y los encontrará en su mayor parte sanos, vigorosos y contentos con sus descansadas ganancias.

"Dice vd.:

"Los astros circulan por el Zodiaco; el todo es mayor que la parte; dos y dos son cuatro: he aquí conocimientos científicos de los que el que menos puede tener treinta siglos de existencia; he aquí verdades científicas ortodoxas, enseñanzas perpetuadas NEMINE DISCREPANTE."

"Yo espero humildemente que vdes. ó la ciencia eleven la teoría de las curaciones alopáticas ó dosimétricas, al rango de estas verdades matemáticas."

No espere vd.; las curaciones, por mucho que á vd. extrañe, van en camino á la matematicidad; la ciencia progresa, se ha desnudado de la suficiencia que fué para ella *camisa de fuerza*, y con la ceniza de conformidad en la frente, avanza de un modo, como vd. dice, *formidable*. La Dosimetría es y quiere ser ella; su verdadero nombre es Medicina Científica; su denominación de combate es Dosimetría, y protesta que no habrá progreso que no procure hacer suyo ni mejora que no acepte; siempre tomando como criterio, el criterio de todas las ciencias, el criterio analítico perfecto.

"Si no estuviese convencido de la buena fe y rectitud con que vd. ha abordado nuestra polémica, me habría sorprendido penosamente el siguiente párrafo de su carta:

"Con que, para el autor de la Homeopatía, SIMILIA SIMILIBUS, quiere decir: causar en un enfermo, con objeto curativo, una enfermedad artificial lo más semejante posible á la que se tratara; curar una enfermedad con otra enfermedad.—Y para Hughes, autoridad en la materia, es la aplicación sobre la enfermedad natural, de una fotografía suya, producida por la acción de un medicamento; curar una enfermedad imprimiéndole su retrato, otra enfermedad.—Según ambos, un medicamento homeopático, si quiere merecer su adjetivo, HA DE EXCITAR LA ENFERMEDAD QUE QUIERE CURAR."

"Nadie ha dicho semejante cosa, y si alguno lo dijo, ha sido para que lo entiendan la buena fe y sano criterio. Hughes habla de una fotografía del mismo modo que el Sr. Fénelon me habla de una casa con ladrones, gendarmes, etc., etc., lenguaje figurado muy aceptable en la literatura científica, para el alcance de todos los entendimientos. Vd., querido amigo, calumnia á la Homeopatía diciendo que un medicamento no cura, *si no causa la enfermedad que va á combatir;* esto es la corrupción adrede de esta verdad homeopática: "Un remedio no cura, si en el *hombre sano* no causa los síntomas de la enfermedad que va á combatir."

"La Homeopatía *no opone una enfermedad á otra para que ambas se destruyan.* Esta falsa concepción del sistema homeopático es perfectamente aplicable á la Homeodynamia. Esta cría las convulsiones para destruir una parálisis y opone la anemia para destruir la plétora, etc., etc.

"La Homeodynamia trata, digámoslo en verdad, de calmar, de excitar y corregir, y á veces logra hacerlo; pero ! de qué modo ! calma las convulsiones con la camisa de fuerza, cura la parálisis con los venenos tetánicos, contiene una diarrea con el opio y corrige el estreñimiento con los drásticos."

Me hace vd. estricta justicia al suponer que en la polémica, estoy guiado por *buena fe y rectitud*.

En el sisma homeopático los medicamentos no toman el carácter de remedios, sino excitando la enfermedad natural que quieren curar; son palabras de Hahnemann. ¿Remedios que excitan la enfermedad natural que combaten, lo ha oído vd? ¿los remedios se dan al sano? ¿los remedios combaten enfermedad en el sano? Entiendo que es vd. el que *adrede corrompe* la aseveracion homeopática. Pero no deseo que me tenga por rehacio; supongo que lo que Hahnemann quizo decir, fué que *un remedio* no es remedio si en el hombre sano no causa los síntomas de la *enfermedad que va á combatir.* ¿Cómo demuestra ésto la Homeopatía si á la hora de acercarse el enfermo vuelve ilusorio el recurso y á la hora de experimentar en él sano no da lo que dice? ¿con qué derecho puede deducir que sana conforme á su ley y con sus remedios, cuando no demuestra que enferma con ellos, es decir, con los que sirven de base á su raciocinio.

Dice vd. que la Homeopatía no ha asegurado que un medicamento *no cura sino causa la enfermedad que va á combatir*, sino *que un remedio no cura si no causa en el hombre sano los síntomas de la enfermedad que va á combatir.* No calumnié entonces, porque esas proposiciones son semejantes hasta confundirse; la explicación "en hombre sano" es redundante, porque ya sabiamos que el *remedio* para serlo en el sano tomó su carácter, causando trastorno morboso que en oportunidad combatirá, y que *la enfermedad ó los síntomas de la enfermedad* son una propia cosa; á no ser que alguien suponga que los padecimientos orgánicos son entidades. Pero no disputemos sobre palabras.

Guerin Meneville, propone la misma objeción que vd. más clara y expresiva; permítame tomarsela y ocuparme de ella; quiero afrontar todas las dificultades, con el buen deseo de que cuanto antes nos entendamos. La Homeopatía, dice el distinguido homeópata nunca expresó que sabe crear trastornos idénticos á los naturales, sino *análogos* á los patológicos; nunca dijo que formula con medicamentos una intermitente palustre, sino una afección *análoga* á la intermitente palustre. Ahora bien; á esa objeción, yo respondo que si la

Homeopatía en verdad tal expresó y dijo, expresó y dijo bien; la Ciencia ha podido empleando tósigos, producir bocetos morbosos, establecer idiosincrasias y fraguar diatetis; jamás hasta hoy consiguió con sólo alguno de ellos, hacer enfermedades con todos sus detalles y adminículos, quizá porque el trastorno morboso es un estado muy complexo para que una sola influencia lo esboze con exactitud, y porque no son aún íntimamente conocidos los medios todos que tal objeto pudieran alcanzar, sobre todo, tratándose de afecciones crónicas, en las que siempre hay que construir á la vez la dinamicidad y la especificidad, ó sea el elemento causal y el sintomático, el antecedente diatésico y sus efectos. Presumible es que variedad de tósigos, reunidos ó concertados científicamente, y con mayor razon sustancias orgánicas en que la combinación ó concierto, fué anticipado por la Naturaleza, puedan causar trastornos morbosos estrictamente *análogos* á los naturales; y que alguna ocasión la Toxicología experimental alumbrada por la Bioquímica remede con verdad matemática los trastornos patológicos. La teoría conquistada ya, enseña que contra las enfermedades deben enviarse conjuntos terapéuticos [1] en que cada ingrediente lleve su objeto, su razón y su oportunidad, en que las sustancias no se repugnen ni tropiecen, sino que marchen concordes y competentemente enérgicas á decidir en favor de la salud, la victoria; y si de esa teoría hubiese que inferir algo, en lo relativo á patogenia toxicológica, sería que un grupo concertado de sustancias capaces de curar puede en dosis conducente y apropiada causar en el sano enfermedad *análoga* y quizá hasta estrictamente *análoga* á la natural.

Pero la Homeopatía para probar su ley no debe detenerse en este punto; necesita demostrar que los mismos medios y en el propio modo que para enfermar emplea en el sano, producen la curación en el enfermo, de suerte tan *análoga*, con similitud de tal clase, que la *estricnina* cure el *tétanos, la mariguana la catalepsia, el ácido cyanídrico la epilepsia y las cantáridas la blenorragia*; y necesita *demostrarlo* con la lealtad por guía, sin escamotear las armas; dando lo que ofrece; comprobando por el Método de Diferencia en sus dos casos positivo y negativo que causa en el sano la enfermedad análoga (con la analogía que defiende) á la natural; y luégo, que combate con *ese remedio* la enfermedad natural ó bien siquiera la improvisada que causó; necesita no hacer delante de los médicos lo que los niños de escuela hacen para engañarse mútuamente en el tribial juego de manos que acompañan con este estribillo: "Ya lo viste seco, míralo mojado." Si la Homeopatía es científica tiene que *demostrar* lo que da y hacer con él lo que ofrece; si sólo es pretendiente á Científica le urge atravesar por la Análisis Filosófica, sin cuyo padrinazgo, nunca será sino sismática y sistemática.

Pero aquí llega otra vez Guerin Meneville á defensa de vd. No deben emplearse, dice, las dosis en el sano que en el enfermo; no porque los medicamentos á nada saben dejan de ser activos; no porque los remedios no producen efectos subjetivos en el sano dejan de producir curativos en el enfermo; como el hombre en perfecta salud tiene grandes probabilidades de escapar á la acción de las causas morbígenas, y el enfermo al contrario grandes de ser atacado, lo propio pasa con los medicamentos en el hombre enfermo; la cuestión de atenuación no está resuelta; debe darse la dosis apropiada y ésta, relacionarse con la agudeza del mal.

Y no tiene, sin embargo, fuerza científica lo alegado aunque al parecer sea verosímil: yo respondo al primer precepto negativo que es cierto, pero que de él nada se deduce en orden á la demostranda; al segundo, que puede ser cierto en medicamentos insípidos ó de gusto apenas pronunciado; y al tercero, que sustancia capaz de curar produce indudablemente efectos subjetivos en concordancia con su actividad y cantidad.

Respecto del símil, casi constantemente está en pugna con las Experiencias Científicas, pudiéndose establecer la regla opuesta á la que de él se deduce, en las enfermedades agudas, en las que precisamente la agudez puede comprenderse por la re-

1 La polyfarmacia científica no es *varietas medicamentorum ignorantiæ filia;* no es esa especie de charlatanismo alucinador de los médicos rutineros; no es ese pobre recurso que emplean hasta reputados maestros para proteger ó galvanizar un oficio que cada día marcha más de prisa á su ocaso; no es esa *soi disant*, presentación del saber y que en realidad lo es sólo de impotencia y de falta de instrucción. La polyfarmacia científica no emplea las tríacas naturales ó de artificio, á esas preparaciones farmacéuticas que las imitan y en que muchos ingredientes ignoran el motivo de su estancia en aquel lugar, ó desempeñan el papel de inútiles ó nocivos; la polyfarmacia científica desecha la complexidad y la confusión; encarga á cada medicamento un tejido, á todos la concurrencia á un plan previsto y arreglado por la Ciencia, y cuenta con que las Afinidades naturales vendrán por sus enviados para llevar á cada cual á su destino. ¡Causa verdaderamente risa que los ortodoxos, enemigos de la Dosimetría, la acusen de polyfarmacia vulgar, ellos que se gozan en confeccionar brevajes tan compuestos é inmotivados como de *formidable* gusto, y que hacen hasta sudar al farmacéutico que prepara sus fórmulas! Se necesita desfachatez, como diría el Dr. Rodríguez.

sistencia al remedio. El último aserto de Guerin Meneville encierra una verdad, que por cierto no ampara á la ausencia del recurso terapéutico.

La Homeopatía *no opone una enfermedad* ni nada, porque no da sustancia, esto sí es verdad, ó al menos es un aserto contra el cual no aduce hasta hoy prueba alguna conveniente.

La Dosimetría obra con los semejantes *hasta efecto* curativo que nunca llega en la parálisis hasta convulsiones, ni en plétora hasta anemia. *Si no estuviese convencido de la buena fe y rectitud con que vd. aborda la polémica*, creería que la preocupación lo cegaba en ciertos párrafos.

La Homeodynamia *calma, excita y corrige;* si es necesario usa la *camisa de fuerza*, si vd. quiere que se llame así hacerse obedecer; y si es sólo conducente un consuelo, eso da; la Homeodynamia no emplea el opio porque es una triaca de composición indefinida y no gusta de lanzar problemas sobre problemas.

"La Homeodynamia, dice vd.:

" dispone para sus labores de acciones como las necesita, encarnadas, permítase la frase, en las sustancias medicamentosas. Y obra, como es natural, empujando con lo que empuja, excitando con lo que excita, corrigiendo con lo que corrige, y moderando con lo que modera; á nadie ocurre abatir con lo que ensalza, y glorificar con lo que aturrulla."

"Nada más cierto, respondo yo. La duda está en saber si debemos oponer dos excitaciones contrarias; si cuando la naturaleza empuja para fuera, debemos nosotros empujar para dentro, si no hay serio peligro en estar pendientes de sus movimientos para ensalzarlos cuando se calman y aturrullarlos cuando se glorifican."

Pues la duda en muchos casos, ya no es permitida; la experimentación y la observación han venido á esclarecer cuáles movimientos deben calmarse y cuáles excitarse.

"Copiando los conceptos de mi carta anterior, dice vd.:

" Las relaciones de semejanza ¡ oh ! la Homeodynamia lo sabe muy bien ! no son una peculiaridad del arte de curar de Hahnemann, existen en todas las ciencias sirviéndoles de guía para sus operaciones."

"Y agrega vd., diciéndome:

"Y sin embargo, ya ve vd. cuán diferente son la Homeodynamia y la Homeopatía, que algunos señores homeópatas (?) quieren confundir y aún declarar idénticas.

"Yo pido que conste así para saber que el semejante de la Homeodynamia no obra en el mismo sentido que la *fuerza medicatriz, quo vergit natura.*"

Esa interrogación que sigue á *señores homeópatas* ¿significa duda? pues diríjase á la obra recientemente publicada, de Daudel, y dígame después si falto á la verdad.

Vd. pide que conste que el semejante de la Homeodynamia no obra en el mismo sentido que la fuerza medicatriz; quo vergit natura. Reservaremos, si á vd. place, esa constancia para cuando sólo haya que preocuparse de darle gusto.

Por ahora conste que el semejante de la Homeodynamia va *quo vegit natura* no *quo vergit infirmitas;* que secunda á la naturaleza, no á la enfermedad; que apoya á la nutrición ó sea á la fuerza medicatris no á la alteración nutritiva ó sea al trastorno morboso.

" La Homeodynamia tiene un sendero inviolable, "Quo vergit natura;" una ley segura, " Similia similibus agere;" una Terapéutica, la dosimetría, prudente, razonada, segura, tan activa como fuere necesario y al mando de dos indicaciones precisas é inmutables, la dominante y la variante."

"Un sendero inviolable, *Quo vergit natura!* Sólo es inviolable, cuando se entienda que *natura* es la tendencia natural que tiene todo el mundo, á oponer una fuerza á otra fuerza sin preocuparse con los resultados: la fuerza medicatriz del vulgo, el ciego instinto de los contrarios, la camisa de fuerza ó la contorsión producida por las corrientes galvánicas. Una ley segura, *Similia similibus agere!* Con abstracción de los efectos secundarios, á veces más peligrosos que la enfermedad misma."

Sí señor inviolable. La naturaleza tiene un conjunto de leyes que no se alteran, cambian ni modifican; la Ciencia descubre y se adueña de esas leyes y planteándolas es tan infalible como la naturaleza misma. ¿Quién enseña á la Ciencia lo que hace la naturaleza? La Análisis Filosófica no *la tendencia instintiva de cada uno, ni la fuerza Medicatriz del vulgo.*

La ley *similia similibus agere* cuenta con los efectos dynámicos ó sea medicamentosos. La Dosimetría le entrega agentes químicamente puros, matemáticamente, dosados, perfectos bajo todas consideraciones, siempre idénticos á sí mismos en dosis y cualidad, y de una conservación irreprochable; armas de precisión por mucho que la frase disguste á los tontos; y con medicamentos de esta clase administrados en pequeña dosis á intervalos determinados, no hay *efectos locales* hijos de las dosis masivas, y que muchas veces son *más peligrosos que la enfermedad misma.* La Dosimetría le entrega remedios puros, descartados de sustancias antagonistas, peligrosas ó inertes, *principios verdadera y exclusivamente medicamentosos,* no pro-

blemas, en que quién sabe qué se da; no agentes dudosos y por tanto de propiedades inciertas; no armas peligrosas; no absurdos terapéuticos cuya administración á dosis alta constituye como bien dice Laura un delito; y esos remedios puros tienen una acción primordial, esencial, dynámica; nunca van más allá de las propiedades fisiológico-terapéuticas; no cuentan más que con los efectos de absorción porque cuidan de no engendrar otros.

"Me pregunta vd.: ¿tratando las enfermedades por el credo homeopático, curarían?

"Sí curan, amigo mío, yo lo he visto con estos ojos, ya un poco ofuscados por *la sabiduría;* precisamente la energica argumentación de los hechos es lo que echó por tierra mi habilidad ergotista, y dió al traste con mi virginidad universitaria. Yo fuí un adalid terrible contra la Homeopatía, no por la fuerza del talento ó del saber, de los que carezco, sino por la fuerza de la audacia. ¡Ah! si yo no hubiese visto nada, cuán feliz sería con la fe ortodoxa!

"Prosigue vd. preguntándome:

"¿Vd. ha sabido alguna ocasión que se haya provocado una flegmasía pulmonar con bryonía, con fósforo, con yodo ó con emético?

"Sí, lo he sabido, y vd. lo sabe también. En los Tratados de Toxicología puede vd. encontrar que en los envenenamientos por el fósforo, yodo y emético se comprueban sobre el cadáver lesiones del parenquima pulmonar; en cuanto á la bryonía (inútil en Dosimetría) nada he sabido, pero tengo tál convicción en la fuerza de la ley, que propongo suministremos á un perro una cantidad de bryonía bastante para matarlo, con el objeto de que el experimento, *tal como hoy se usa,* nos dé alguna luz sobre el particular.

"Me pregunta vd. que si sé que alguna vez

"Lachesis haya engendrado una pústula maligna, Pulsatila un reumatismo blenorrágico, ó Hydrastis canadensis, Cundurango, Calcárea y Silícea un carsinoma. ¿Ha llegado á oídos de vd. que se haya curado una blenorragia con cantáridas, un cólico con sales de plomo, y un cólera infantil con podofilino ó crotón?

"Dios nos libre que estas sustancias fuesen capaces de engendrar semejantes *procesus,* pero sí he sabido que causan síntomas semejantes á estas enfermedades. Yo he visto descansar de un horrible tenesmo vesical á un enfermo de blenorragia, con glóbulos de cantárida administrados por un curandero; he visto á un *alópata* prescribir sub-acetato de *plomo* en una disentería en que los *cólicos* no hacían poca parte de la enfermedad, y, admírese vd., con éxito. No he visto curar un caso de cólera infantil con podofilino ó crotón, pero he curado á un hijo mío de colitis ulcerosa, según unos médicos, de tabes mesentérica, según otros (desahuciado por todos, hasta por su padre, cuyo desaliento lo hizo entregarlo á la Homeopatía) con glóbulos de Podophilum peltatum 6ª. Este niño tiene hoy ocho años y goza de salud. Debo, á propósito, significar que la mejor parte de la gloria de esta curación pertenece al Dr. Colín, y me es satisfactorio manifestarlo públicamente."

Hablemos muy claro, amigo mio; la Dosimetría manifiesta y comprueba que da lo que ofrece; la Ortodoxia (qué estoy diciendo si para vd. todos son ortodoxos), la antigua Escuela, la secta Galénica en medio de sus brebajes nauseoso-indigestos, casi siempre puede comprobar lo que ofrece en la parte ó totalidad que ofrece; la Homeopatía no comprueba lo que da y mientras no lo compruebe, mientras no convenza de que no es otra cosa que una doctrina discutible con una terapéutica de escamoteo, inútil es que yo tome á lo serio efectos, de todo lo que se quiera, menos de lo que no hay. La base de la polémica científica no son las creencias, ni los buenos deseos de vd. ni de nadie; demuestre la sustancia medicinal en los glóbulos y diluciones homeopáticas, en seguida demuestre vd. que las dosis de los glóbulos y diluciones son activas, y luego demuestre que esa actividad marcha en favor de la salud, por la propia vía por donde la perjudica.

"Pero como estamos hablando cómo médicos que se respetan y no comulgan con ruedas de molino, podría vd. decirme, amable compañero, ¿qué sustancia por su efecto en el hombre sano, puede llevarnos á aplicarla en un carsinoma? ¿podría vd. deducir de los principios de la ortodoxia científica, la aplicación del mercurio á las sifilides ó del sulfato de quinina á los síntomas intermitentes? Cuando una enfermedad concluye después de recorrer todos sus períodos ¿puede atribuirse la salud al empleo de los medicamentos, con la misma certeza con que vd. afirma que los astros circulan por el Zodiaco? Si vd. ha visto que los aneurismas de la aorta se *desagravien con el arseniato de estricnina,* si vd. lo ha visto, si vd., mi sabio amigo, pronuncia las palabras de la consagración para efectuar el misterio sobre estas ruedas de molino, comulgaré con ellas, no obstante la estrechez de mi garganta y las amargas reconvenciones de mi conciencia."

¿Qué sustancia por su efecto en el hombre sano, puede llevarnos á aplicarla en

un carsinoma? Los ortodoxos ni los heterodoxos, ni mucho menos los ilusionistas, lo saben. La ciencia no puede por ahora sino extirparlo, si á tiempo llega, ó ponerlo á raya con los arseniatos, y suavizar ó suprimir los dolores lancinantes que causa, con la cicutina. Entiendo que cuando la Observación y el Método Experimental hayan encontrado la medicación anticancerosa, es que ya la habrán comprobado no en el sano, sino en el enfermo.

¿Podría yo deducir de los principios de la Ortodoxia científica la aplicación del mercurio á las sifilides, ó del sulfato de quinina á las intermitentes? La Ortodoxia no siempre es científica; pero la Medicina moderna sí lo es; de ella, sí señor, puedo deducir la aplicación del mercurio á las sifilides aunque también deduzca que no es cuando más alcanza el mercurio; respecto de la aplicación del sulfato de quinina y con mejor razón del arseniato de quinina á las intermitentes, también lo puedo deducir, y vd. va á persuadirse de que, sin esfuerzo.

El virus chancroso y el virus venéreo, uno mismo ó distintos, causan alteraciones locales y en seguida generales ó caquécticas. La sifilide es producida por la eliminación del virus y podada por la discracia que en su estada engendró el mismo virus. En una sifilide, hay un campamento de microbios que abandonan el organismo y que si no son lanzados pronto, y observan que el terreno les es propicio se quedan y acaban con el vigor de los blastemas y destruyen la energía de la nutrición. Una sifilide es un territorio invadido por un enjambre de pequeñas vidas que carcomen los tejidos y amenguan la resistencia orgánica.

El mercurio es un veneno para los micro-organismos; donde quiera que los halla los destruye. Las celdillas de nuestra máquina, también micro-organismos resisten la acción del mercurio porque luchan en vida de conjunto, en vida sinérgica, no en vida aislada como la vida de microbios, que aunque numerosos, cada cual cuenta con su propia resistencia, y nada más; sin embargo, á la larga el mercurio hace mella en la nutrición y gasta la energía de la vida. El mercurio al principio de la sífilis, cuando las fermentaciones patológicas no han hecho proliferar el virus, y cuando la dosis de él necesaria, no es capaz de hacer mal al organismo, triunfa y muchas veces por completo del virus. En las sifilides, es útil un tratamiento local que mate microbios y cambie el modo de ser anatómico de los lugares infectados, y mercurio por dentro, para ir en persecución de los microbios que escaparon, á las celdillas policías de Biasideschi y á los glóbulos blancos mistificados que de ellas vienen después. En la sífilis confirmada el mercurio no debe ya ir sólo, sino en compañía de manganeso ó fierro, para que la hematina tenga materiales que aprovechar en cambio de agravio por el mercurio inferido, y de colombo, que hace que el estómago acepte con gusto ferruginosos y que tiene virtud especial tónica sobre los tejidos; convienen también los yodados que limpian el organismo llevándose en su efímero paso las sustancias azoadas maléficas.

En la sífilis constitucional, ó mejor dicho, en la caquexia sifilítica, los gérmenes acabaron y con ellos el papel del mercurio; la discracia quedó, surge la diátesis y entonces deben acudir los reconstituyentes y los tónicos.

Ya vd. ve: no sólo pude deducir de los principios de la Medicina científica la bondad ya restringida del mercurio en la sifilides, sino, cómo y de qué manera sea conveniente y más apropiado su empleo en toda la secuela de la enfermedad sifilítica.

Sigo con las intermitentes.

Las experiencias demuestran que toda intermitente es parasitaria, y que los parásitos obran dentro de la sangre, produciendo una especie de fermentación. El ataque parasitario causa calosfrío; su concentración al interior fiebre; y su expulsión sudor. La fiebre vuelve mientras el parásito no es destruído. La reiteración de ataques al organismo, merma sus fuerzas y lo lanza á la caquexia.

Dos indicaciones hay que seguir en las intermitentes: exterminar las micróbidas y enmudecer las fermentaciones que gastan las fuerzas vitales; lo primero lo consiguen los arseniatos y los sulfitos enemigos declarados, como el mercurio, de los organismos inferiores; lo segundo, la quinina; y ambas el arseniato de quinina.

Arsénico, azufre, mercurio, he aquí los destructores de los gérmenes; amargos, tónicos, reconstituyentes, he aquí los de las discracias; contra los gérmenes, metales; contra sus reacciones alcaloides.

Los sulfitos, mientras más azufre contienen, como el sulfito de sosa, son más enérgicos antifermentativos; todas las enfermedades de origen miasmático, se combaten victoriosamente con ellos; intermitentes, exantemas agudos y crónicos, fiebres tifoideas, tifos, muermos, infecciones purulentas. La quinina obra como antipirético y antifermentativo.

Ya ve vd.: también, de los principios de

la Medicina científica pude deducir la aplicación del sulfato ó no sulfato, sino arseniato, á los síntomas intermitentes.

Cuando una enfermedad recorre sus períodos, como cuando no los recorre y vuelve la salud, ésta es resultado de las leyes fisiológicas; el medicamento si fué necesario y oportuno, por su acción, arregla ó corrige los trastornos vitales, y entonces su influencia puede afirmarse del propio modo con que se afirma que los astros circulan por el Zodiaco. No he visto que *las aneurismas se desagravien con arseniato de estricnina*, pero sí he visto á sugeto aneurismático nutrirse mejor, es decir, tener más resistencia vital con el arseniato indicado. Si vd. mi sabio amigo, ha visto aneurismas formarse y curarse con medicamentos homeopáticos, si vd. es capaz de consagrar esta enorme muela, comulgaré con ella, aunque, como Urbano Grandier, besaba el crucifijo ardiente, sobre la hoguera que debía incinerarlo.

"Me dice vd. en su carta:

"¿Un medicamento propiamente homeopático podría curar? Sí, cuando llene cumplidamente su papel homeodynámico. Un individuo en perfecta indigestión tiene náusea; su naturaleza indica el remedio: hay que vaciar su estómago, ¿cómo? con un vomitivo. Otro individuo tiene deposiciones porque en su estómago hay sustancias que lo irritan y no pueden salir: un purgante lo sanará.

"La Homeopatía emplea constantemente medicamentos que no comprueban su virtud, y con ellos y sin ellos, la Homeopatía no ha comprobado su ley."

"Siempre que la causa es mecánica, todos los sistemas y todas las ciencias están de acuerdo en el tratamiento. Un individuo se clava una espina. La idea que ocurre á cualquiera, aún á los médicos que obran por exorcismos, es el empleo de las pinzas. Sólo el Sr. Fénélon, siempre festivo, ó sabiendo que un cocimiento de espinas produce espinas sobre la piel del hombre sano, estimaría eficaz en este caso una poción compuesta con varas de sarmiento.

"La *semejanza* susodicha es simplemente el *criterio* para la invención de un específico. La teoría del efecto, si la sustancia elegida según esta regla, obra en sentido del esfuerzo crítico ó se opone á la excitación, ó turba la calma, ó corrige, ó retoca, ó aturrulla, ó glorifica, es cuestión en que pueden ejercitarse los discutidores; pero el efecto curativo de los *semejantes* y el criterio de la elección, son hechos constantes acreditados por una extensa práctica."

Lo que opinen *los Sistemas* me tiene sin cuidado; respecto de las Ciencias, la sana lógica que á todas dirige, está de acuerdo en que si se quiere suspender el efecto, conveniente es que se suprima la causa que lo engendra, porque de efecto efímero suprimirla es extinguir su resultado, y de efecto duradero, destruirla es interrumpir la acumulación de efectos y con ellos las dificultades. Las Ciencias encarriladas por el raciocinio al que todas se conformaron, y bajo cuya preciosa férula, todas se conservan, si persiguen ó tratan de destruir un efecto natural, hacen cesar el ó los antecedentes que lo originan, y esto tratándose de causa mecánica como de causa química, como de causa vital; el ejemplo de la espina se reproduce en todas, más ó menos claramente aplicable según la diafanidad de los hechos. Aquello del Dr. Fénélon es un chiste, que supongo gracioso, pero que no he entendido, porque ni sé qué tenga que hacer el cocimiento de espinas sobre la piel del hombre sano, ni la poción compuesta *con varas de sarmiento*, es decir, con vástagos de vid, para curar una lesión externa.

La *semejanza* entre la acción de una sustancia con la que el médico necesita para obrar sobre el organismo, es el criterio para encontrar un medicamento. La teoría del efecto se patentiza en los experimentos que clasifican los remedios, y no deja sino á los *espíritus* que pregonan su *soberanía é independencia* hasta sobre la Análisis científica, que duden sobre si *la sustancia elegida obra en sentido del esfuerzo crítico, ó se opone á la excitación ó turba la calma, ó corrige ó retoca, ó aturrulla ó glorifica.*

Si vd. quiere, ejercite su independencia en otros puntos, pero el *efecto curativo de los semejantes* y el *criterio de su elección* son ya, *no hechos*, sino teorías científicas, conquistadas, no por *extensa práctica*, sino por concienzuda análisis filosófica.

"*Convenga vd. conmigo, señor compañero*, me dice vd.,

"el Similia similibus indica la aplicación de la fuerza en el mismo sentido que la violencia morbosa requiere, ó sea como el modus operandi en Terapéutica, ó sea en el sentido homeodynámico; puede salir cierto en el sentido homeopático, pero no formula ley de tratamiento médico, y la Homeopatía, pues que nunca lo aplica, nunca lo ha demostrado."

"No lo aplica en donde no está demostrado, nada más natural. Si no hay sustancia (por ahora) que produzca un carsinoma en el hombre sano, el *similia similibus* es imposible en el carsinoma; pero permítame vd. insistir en lo dicho: la *semejanza es un principio invariable para la elección del remedio.* La Homeopatía lo aplica siempre y lo demuestra."

¡Oh! no tiene duda, la semejanza es un principio invariable para la elección del

remedio, pero la semejanza con la acción que la Naturaleza caída necesita para levantarse, no con la que la acción morbosa requiere. La Homeopatía como nada da en sus simpáticos globulitos más que la confianza para esperar, de ésta, pero no de terapéutica puede hablar.

"Permítame vd., querido Fernando, que lo felicite por el brillante resumen que de la Fisiología moderna hace vd. en el delicadísimo símil de su colonia zoonítica; sin la menor intención de adularlo, le confieso sinceramente que me he sentido orgulloso luchando con adversarios como vd., y bendigo á la Dosimetría que ha lanzado al campo revolucionario á hombres de la talla de vd. y Fénélon.

"Prosigamos.

"Yo no me empeño en sostener que exista paridad entre el protoplasma y la 30ª dilución de Hahnemann, y digo más, yo no he dicho en ninguna parte que tal paridad exista; lo que sostengo con toda la energía de la convicción, es lo que en mi carta anterior tengo escrito, esto es, que si para analizar los progresos de la Fisiología hubiéramos seguido la misma lógica que para combatir la Homeopatía, ya habríamos encontrado, no hay que dudarlo, grandes razonamientos contra el *Protoplasma;* pudiera presentar ejemplos de literatos sesudos y de indisputable erudición, que se ríen con cierta imbecilidad maliciosa del protoplasma y de los adelantos de la Fisiología, y esto consiste en que juzgan con su *criterio sintético* de profanos, es decir, con ese mismo *criterio* con que ha sido juzgada la Homeopatía hasta la fecha por los médicos ortodoxos."

Así debía ser; no es conveniente que un médico como vd. mantenga paridad insostenible. Pero ¿no ha dicho vd. que exista paridad entre el protoplasma y las diluciones homeopáticas? Paridad dice el Diccionario de la lengua, es la comparación de una cosa con otra por vía de ejemplo ó símil. Oiga vd. ahora estas palabras: *Si para analizar los progresos de la Fisiología hubiéramos seguido la misma lógica que para combatir la homeopatía, ya habríamos encontrado, no hay que dudarlo, grandes razonamientos contra el protoplasma, esa última consecuencia del análisis microscópico, esa especie de mito creador que* COMO *los líquidos dynamizados de la Homeopatía, etc.* ¿Calumnié á vd., ó es que ya no recuerda lo que dijo? ¿Los Médicos Ortodoxos juzgan con criterio sintético á la Homeopatía? Pues puede que si con el analítico la juzgaran, no se *rieran con imbecilidad maliciosa* como los *literatos sesudos*, del protoplasma, sino con ingeniosidad imparcial.

"Me dice vd.:

"Convenga vd., sin embargo, querido compañero, en que para que sean fructuosas las patogenesias deben ser apuntado por la observación justiciera, todo y sólo lo que les compete, so pena de embrollar los senderos de la inducción y descarrilar los corolarios; convenga vd. en que no pueden pautar las patogenesias sino sólo observadores diestrísimos y habituados á esta clase de investigaciones, y convenga vd., por último, en que hacer que ensayen los medicamentos los ignorantes y los asalariados, es entregar la parte más delicada y difícil del edificio médico á quien menos puede cumplir el cometido, es demostrar que no se tiene concepto del trabajo que se encomienda."

"Hoy que se sabe algo, el sabio puede discutir estas observaciones, teniendo presentes las palabras de vd.: "ni están todos los que son, ni son todos los que están." El talento es raro, pero puede haber algo en la estadística de estos necios, algo en que todos estén de acuerdo."

Es verdad; en la estadística homeopática hay *algo, algo* en que todos estamos de acuerdo, y es, en que se puede sanar *ex propriis viribus naturæ*, es decir, sin tratamiento.

"Insistiendo sobre el mismo tema, agrega vd.:

"Quizá por esto hay patogenesias tan curiosas como la siguiente que tomo de la obra: "*Action des medicaments homeapathiques ou Elements de Farmacodynamique* de *Richar Hughes.*—Aloes.—El áloe á la sexta dilución *produce y cura* la caída de los cabellos en los adultos. En una de las personas que se prestaron á la experimentación, este fenómeno fué tan marcado, que en un mechón de cabellos blancos que esta persona llevaba en lo alto de la cabeza á consecuencia de un golpe recibido hacía veinte años, tomó éste en totalidad el color negro como el resto de los cabellos; pero en compensación las sienes se guarnecieron de cabellos blancos que desaparecieron en el curso del mes siguiente."

"¿Qué le parece á vd. de este esquema de la acción del áloe? ¿Cree vd. digno siquiera de la consideración de un hombre serio, lo en ella apuntado?"

"Si este hecho quedase demostrado, el Sr. Hughes obtendría esta respuesta: "*El áloe ha obrado en sentido homeodynámico.*" ¿No hay en el arsenal de Burggraeve un contrario para las canas? El Sr. Fénélon que, como hemeópata, recetaría á las parturientes glóbulos de *sustancia dystósica,* no dudo que como alópata curaría las canas con un cocimiento de cabezas escogidas en la peluquería del Sr. Beltrán."

¿Dónde está la parte de este chiste en que debemos reir?

"La Alopatía cura, la Homeopatía cura, la Dosimetría cura, la fe cura, las viejas curan; he aquí verdades que están en la conciencia de todos, ó que costaría muy poco trabajo demostrar; esto quiere decir, como vd. bien asegura, que *la verdad terapéutica se expresa en todos los métodos,* yo digo más, en todos los credos, en todas las prácticas médicas. Pero reflexione vd. un poco. Las verdades

nunca pueden ser antagónicas; hechos probatorios de curaciones en credos médicos contradictorios, no prueban la verdad de los credos; deben tomarse los hechos, depurarlos, coleccionarlos para compararlos, y ver cuál es la ley, cuál el principio que los aduna, que los conexa á todos; entonces podrá advertirse que todos, aunque aparentemente opuestos, vienen á filiarse bajo una sóla bandera, vienen á ajustarse á una propia ley."

"Todo esto que vd. me dice, es indudable; pero resta añadir que todas esas viejas son *homeodynámicas*. No han leído al Sr. Burggraeve, *pero como á nadie ocurre abatir con lo que ensalza, ni glorificar con lo que aturrulla,* oponen la fuerza á la fuerza, *calman, excitan y corrigen, dan toques á la enfermedad que tienen delante, y excitando con lo que excita y empujando con lo que empuja*, conducen una larga fila de dolientes *quo vergit natura*, á donde la naturaleza nos conduce á todos tarde ó temprano.

Sigue vd. en tono de guasa; creo que ya no puede más, y completa provocando hilaridad; si es así, mejor sería doblar la hoja.

"Yo reflexiono un poco (como vd. bondadosamente me aconseja) y hallo, en verdad, que si hay aciertos con dos credos médicos contrarios, existe ó debe existir un principio en que estas doctrinas estén de acuerdo; acaso haya dos principios ciertos. He aquí la explicación de mi carta anterior que pretendía fundásemos un método de investigación filosófica común, que nos condujese rectamente á averiguar estos principios, sin sospechar yo siquiera que esta tendencia esencialmente práctica, pudiera ser calificada de *divagación filosófica*.

"La ciencia *(pero sólo por métodos rectos de investigación)* tal vez descubrirá más tarde en qué casos debemos empujar en contra, ó sumar con el nuestro el empuje de la naturaleza, y nos dirá si las sustancias medicamentosas, impulsan la fuerza con el efecto primitivo y la contrarían con el efecto secundario."

Ya llené su deseo; dije mal, lo llenaron Stuart Mill y Bernard. La *ciencia* ya ha descubierto, y á no dudar seguirá descubriendo *en qué casos debemos empujar en contra ó sumar con el nuestro el empuje de la naturaleza y nos dirá si las sustancias medicamentosas impulsan la fuerza con el efecto medicinal*. Prestemos oído atento y benévolo á lo que nos diga y sujetemos nuestro *independiente espíritu* á sus preceptos.

"Me dice vd.:

" La Homeopatía no sólo consuela y anima con su manera fina y elegante de propinar ilusiones, sino lo que es peor, hace perder tiempo irreparable en que se podría mucho; no razona, sino recoge síntomas para formar la fotografía que necesita y espera á que el esfuerzo crítico, natural, espontáneo, se ierga por sí mismo y la corone con gloria."

"Este esfuerzo crítico, si no me engaño, es la *naturaleza elástica* y la *fuerza medicatriz* del estimable Sr. Fénelon, fuerza cuya condescendencia con los homeópatas raya en complicidad, y puede decirse que en locura. Esta teoría del método homeopático, absuelve á los homeópatas de muchos cargos y los deja disfrutar tranquilamente de su gloria."

La fuerza medicatriz existe, no como personalidad sino como *acto fisiológico por excelencia*, es la *nutrición*; se le llama también *fuerza evolutiva* y *fuerza vital*; es ella la que forma celdillas y crea blastemas, la que favorecida por la alimentación ó minada por la abstinencia constituye esencialmente la vitalidad; es ella la que cura por su tendencia á conservar el organismo en el estado en que ella lo hizo y á que queden las funciones como ella las entravó. Con esa fuerza cuentan todas las medicaciones y sin ella nada serían; condesciende con los alópatas y con los homeópatas y con los dosimetras y con todo el que plantea un tratamiento curativo, siempre que no la hostilice y más aún cuando la ayuda; la cuestión está en procurar que esta ayuda no sea problemática ó acierte casualmente, sino que se la imparte en oportunidad, cuando la necesite, con ciencia y conciencia. La Homeopatía es más feliz generalmente que la Alopatía, porque ésta golpea á la pobre nutrición ya hostigada, mientras la Homeopatía siquiera la deja rehacerse por sí misma; pero entre una y otra hay un medio que llena más y mejor el compromiso; acudirla cuando lo pide y no desampararla ni maltratarla. La Homeopatía está absuelta del cargo de comisión; fáltale responder del no menos fuerte de omisión.

"Me dice vd. para terminar:

" Convénzase vd., querido compañero: *el fenómeno de la curación de los enfermos surge* con la administración de los medicamentos, y la variedad de métodos revela *necesidad;* pero el fenómeno de la curación de los enfermos como el fenómeno de su muerte, surge á veces por la administración de los remedios."

"Yo digo lo mismo, amigos míos, yo digo lo mismo y lo he dicho siempre con amarga tristeza, de aquí mi deserción de la Escuela ortodoxa."

Por explicada su deserción de la Escuela Ortodoxa ó más bien su ortodoxia heterodoxa.

"Vdes., queridos compañeros, me han obligado á combatir en un terreno que em-

peñosamente esquivaba en atención á mis irresistibles tendencias al "*Método*." Me parece absurdo que nos pongamos á discutir principios y leyes terapéuticas, si no hemos discutido antes los hechos que han dado lugar á estas pretendidas leyes y principios, y absurdo é ilógico sería discutir estos hechos, si no hemos sentado antes las *bases filosóficas* que deben servirnos á todos de criterio para la comprobación, comparación y apreciación de estos hechos."

Ya tiene vd. las bases filosóficas que han de servir de criterio para la comprobación, comparación y apreciación de los hechos. Observar con *inteligencia sagaz habituada á la observación*, sujetar los fenómenos así observados al Método de Diferencia, pues que la Terapéutica es ciencia de aplicación; razonar poniendo como términos del raciocinio hechos depurados por los medios de análisis, anteriores; comprobar las conclusiones de este modo deducidas en la Toxicología experimental, Clínica de artificio, ó en la Clínica Patológica.

Fijadas estas bases, surgirán por sí solas las *pretendidas?* (formidable adjetivo) *las pretendidas leyes y principios terapéuticos.*

"En nuestro ferviente anhelo de curar á los que sufren, hemos llegado á la inconcebible obcecación de creer que la Lógica es un estorbo para percibir los hechos *claros y prácticos*, y calificamos de *divagaciones filosóficas* á los esfuerzos legítimos que el espíritu humano hace por orientarse en el caos de la ignorancia. Supongamos un marinero extraviado, que suspendiendo su marcha, se abisma en la contemplación de los astros para calcular los grados de longitud y latitud á que se encuentra sobre la tierra; que estudia la dirección de los vientos, los cambios del barómetro, etc., etc., y que sobre estos principios se dedica á trazar un derrotero en que consten con precisión matemática, las horas, lugares, grados y dirección que debe recorrer para llegar á su destino; pues este bárbaro se halla entregado á divagaciones filosóficas; lo esencialmente práctico, en su caso, es poner mucha leña al caldero, desplegar las velas y menearse."

No señor; puedo asegurar á vd. que nunca he creído un estorbo á la Lógica, y que nadie ve con mayor cariño que yo, los esfuerzos legítimos que el espíritu humano hace por orientarse en el caos de la ignorancia; vd. lo ve; adopto como Mentor al Método analítico más exigente, al Método analítico filosófico, al único que puede poner *oculos videndi, aures audiendi, et mentem iudicandi;* simpatizo con el *marinero prudente* y no con el bárbaro que á todo trance quiere *menearse;* ni con el *bárbaro también*, que cruzado de brazos en medio de desecha tempestad, abandona la salvación de su barquilla á la ventura, y sólo conforta la esperanza de la tripulación con prácticas divertidas ó con exhortaciones.

"No llegaremos nosotros jamás á nuestro destino con un *sentido práctico* tan extraviado, y no lo digo yo, lo dice la Historia de la Terapéutica."

Con el sentido de los marineros bárbaros, evidentemente no; por esto lo que hay que hacer es no imitarlos.

"Para que nuestra polémica pueda ser fecunda en resultados prácticos, es preciso que procuremos ponernos de acuerdo *en algo.* Si la divergencia de las opiniones terapéuticas nos lleva á la confusión, busquemos en la Lógica un principio absoluto que nos discipline; he aquí porqué deseo que discutamos fuera de las preconcepciones homeopáticas, dosímetras y ortodoxas, el principio fundamental del *Método de investigación científico que debe aplicarse á la Terapéutica.* Invitemos á la Escuela clásica, estoy seguro que no se negará á entrar con nosotros al debate, si lo colocamos en este terreno."

Supongo que vd. estará de acuerdo con que el Método científico tantas veces repetido, y ya explicado, sea nuestra norma. Discutamos de él en conformidad.

La Escuela clásica no nos seguirá; ella sólo asiste desde palco; es *muy circunspecta*, y además es infalible; inútil es invitarla al debate; la infalibilidad ¿se puede hostilizar alguna vez á sí misma, poniendo á discusión sus derechos?

"Sólo cuando hayamos conquistado una base sólida fundamental, podremos ya con fruto discutir los hechos y su apreciación, y en último análisis vendrá naturalmente la discusión de los métodos terapéuticos revolucionarios y la de los métodos fisiológico, sintomático, patogénico, empírico, higiénico, naturalista y estadístico, en que fluctúa la Escuela ortodoxa; veremos entonces concurrir á todos y cada uno de estos métodos, con lo que tienen de bueno, á la erección del *Método terapéutico positivo.*"

Pues ya tenemos la base; al avío y fuera toda otra cuestión extraña.

Tenemos deberes sagrados que llenar, y obligaciones ineludibles que cumplir. Todos somos capaces de engañarnos; cuando se nos convenza, confesemos con valor nuestros errores.

"Diré á vdes. mi profesión de fe para terminar."

¡¡Su *profesión de fe!!* Debe ser el credo médico científico; no es de presumir que por *independiente* que sea *el espíritu* de vd., en cuestión científica se emancipe de la Filosofía, sobre todo, cuando tanto la aclama, y nos traiga á debate un credo hijo de su soberana voluntad, un *sic volo sic jubeo.* Hago á vd. justicia, suponiendo que el *mi* que antecede á profesión de fe, denota posesión, no singularidad, porque entiendo que opina que nuestros propios juicios en problemas de tanta magnitud como el que aquí se versa, carecen de significación especial.

Siendo esto así, discurro del modo siguiente: Credo científico es un sumario de verdades fundamentales conquistadas por la Análisis Filosófica, como credo religioso es un sumario de artículos, fundamentos y emanaciones del dogma religioso. Cualquier credo, pues, que representa un estandarte, forma gremios; el credo científico agrupa á los convencidos, á los que alcanzaron conocimientos con los criterios analíticos, á los que saben; y el credo religioso congrega á los creyentes, á los que plegaron, por defectuosas, las alas de su razón, á los que invenciblemente ignorantes se conforman con adorar. El credo científico compila lo comprendido, lo explicado, lo que se puede fundar, lo que se deduce; el credo religioso compendia lo incomprensible, lo inexplicable, es el Código de la conformidad y de la abnegación. La fe científica cuenta con lo que la Filosofía alcanzó; la fe religiosa, con los paréntesis teleológicos, y comprende lo ni alcanzado ni alcanzable por la ciencia humana; es la fe de la ignorancia.

Ahora bien; la Medicina, como Ciencia, debe ser el conocimiento profundo por principios ciertos, de curar las enfermedades; como Arte, el conjunto de reglas para devolver al hombre la salud perdida. Un sumario de principios fundamentales de donde derive todo raciocinio que á curación se refiera, un conjunto de verdades rudimentarias en que la terapéutica se apoye, una serie de máximas que gobiernen el tratamiento de las enfermedades: he aquí el único credo posible de la Ciencia Médica; un sumario de reglas para curar á los enfermos; un conjunto de proposiciones incontrovertibles que dibujen la manera de reconquistar la salud, una serie de axiomas que marquen el sendero que debe recorrer todo tratamiento facultativo: he aquí el único progroma del Arte Médico, necesariamente deducible del credo Médico científico.

La Medicina no puede intervenir sin atrevimiento, si no cuenta antes con un Credo que la dirija como el hilo de Teseo, que sea la antorcha que alumbre toda la senda profesional. Quizá por esto dijo Jules Simón, que toda ciencia debe principiar por una acta de fe.

....

Pero volvamos á la promesa que vd. nos ha hecho; estamos no sólo conformes sino ganosos, é impacientes por oir *su* credo médico, por escuchar el credo médico científico que debe haber entregado á su talento la Análisis filosófica, ya por vd., ya por otros, debidamente practicada. ¡Cuánto estudio nos va á ahorrar, y cuánto bien va á producir!!

"Creo que el hombre es un ser físico y viviente. Como ser físico tienen influencia sobre él, directa ó indirecta, todas los agentes físicos, mecánicos y químicos, tanto para enfermarlo como para sanarlo, pero en los estrechos límites de la Física, la Mecánica y la Química; de aquí es que todos los métodos terapéuticos modernos tienen sus ventajas, pero exclusivamente en lo que estén relacionados con estas ciencias; como ser viviente está sujeto á una multitud de influencias de un orden puramente biológico, las que pueden del mismo modo enfermarlo ó sanarlo, pero con una peculiaridad propia, exclusiva del organismo viviente; de aquí el *Empirismo*, ese gran padre de todas las ciencias que tienen algún valor práctico, y de aquí la Homeopatía, que pretende fijar las condiciones de los hechos biológicos observados por ese empirismo."

¿El hombre es un *ser físico?* La Ciencia no conoce ni concibe otros. El adjetivo hubiera estado sencillamente de más, si no fuera por las explicaciones que le siguen, y de que me ocuparé á su tiempo. ¿El hombre es un *ser viviente?* Poco dice esta frase si hay que atenerse á su genuina significación. Todo lo que existe vive; la vida universal que sustancialmente es un movimiento de composición y descomposición incesante, se nota donde quiera que hay materia, desde los mundos que pueblan los espacios, hasta las pequeñísimas partí-

culas que erigen el organismo de los poligástricos silíceos, que circulan ampliamente sobre la superficie de un grano de arena; desde los soles que alumbran el infinito, hasta las moléculas que sólo revela el espectroscopio. La vida universal comprende todo, en su torbellino inmenso, sin exceptuar rincón ni atomillo alguno. ¿Vd. quiso decir que el hombre vive, refiriéndose á vida que tienen hasta las piedras? Sería tan general su aserto, que poco habríamos adelantado con saberlo.

Hay otra vida, toma, fragmento de la gran vida, de la vida suprema, la orgánica, que sustancialmente es la misma actividad, pero en materia que se congrega de cierto modo y en cierta forma, para cumplir cierta función, más ó menos complicada, por mientras condiciones particulares del medio y textura propia de la sustancia, lo permiten. La vida orgánica, es la vida universal, que se concreta á realizar determinado dinamismo en medio apropiado.

La esencia de la vida universal y por tanto la de la vida orgánica es desconocida. Sábese sólo que el movimiento de la vida universal es, en la orgánica la nutrición, que combina y descombina, asimila y desasimila sustancias y que es acto constitutivo, acto por excelencia de la vida orgánica á tal punto, que donde hay nutrición hay vida orgánica, y al contrario, y que quien define vida orgánica define nutrición y recíprocamente; sábese que una celdilla, lleva en sí perfecta fórmula de la vida universal; que su núcleo residencia especial de la fuerza evolutiva, se encarga de la nutrición celular; que su protoplasma es el director que orienta esa fuerza; y que la envuelta de la celdilla sólo restringe el recinto; sábese que por la fecundación la vida celular se apropia á ser confederación celular; que el nuevo medio modifica al propio de la celdilla, haciendo que el núcleo se desarrolle de cierta manera, y que la variedad de los blastemas endereza el sendero y la erección de los conjuntos; sábese que la celdilla puede cuando no encuentra afinidades que cambien su destino, disfrutar de vida autonómica propia, con movimientos karioquenítieos suyos, nutrirse y morir en vida celular; sábese que para que haya vida orgánica se necesita: 1º, un organismo, es decir, un laboratorio de sustancias destinadas á cumplir una función, laboratorio simple ó conjunto de celdillas ó grupos celulares que conciertan sus dinamismos, corresponden mutua y recíprocamente sus acciones, engranan sus recursos y se correlacionan hasta hacer unidad de su armonía; y 2º, nutrición, es decir, un cambio incesante y continuo de composición y descomposición, concretado al cumplimiento de un mecanismo; sábese que la más sencilla fórmula de un organismo es la celdilla, y la más concisa del movimiento vital universal, es la nutrición celular, y por tanto, que la vida de la celdilla es la encarnación, por decirlo así, molecular, dentro de un medio restringido, de la vida universal.

La vida humana analizada sin preocupación y llevada como todo problema complexo, á su último término, á su expresión sustancial, es la vida de una celdilla, lo mismo en esto que la vida de todo animal ó planta cualquiera. Vida de una celdilla, (el óvulo) encarrilada por medio que preparan y conservan adecuado otras celdillas (el esperma,) y que adquiere así la virtud de erigir nuevas celdillas con quienes se congrega para formar vida común; vida de infinitas celdillas, de millares de millones de vidas celulares, he aquí una vida animal ó vegetal. La forma que los blastemas hacen tomar á los materiales, la manera con que la polaridad reparte los elementos, la suerte con que se ajustan los grupos, los medios de que se rodean y en que viven, los conjuntos, y sobre todo el cambiante morfológico en que se disfrazan los individuos y las metamorfosis que las confederaciones retienen, es la sola, la única causa de las vidas individuales de órganos ó aparatos, de la planta, del bruto, y del hombre.

En este, como en todo gran agrupamiento celular, de acuerdo con las necesidades, el pueblo de celdillas, se divide en Familias, en Tribus, en Secciones y se instala en Municipios, en Distritos y en Estados, todos en vida confedereda y formando una organización como de la mejor ideada República centro–federativa; cada aparato, órgano ó tejido posee sus jefes de movimiento, su mecanismo propio, sus recursos peculiares y sus defensas apropiadas. El pulmón refresca al organismo y le purifica de los residuos de las combustiones; la sangre es el tesoro ó caja pública; el bazo hospital de Inválidos; los tegumentos aduanas que aceptan ó no las importaciones, que resisten las patentes sucias y que repugnan inmigrantes nocivos; las glándulas cutáneas encargadas de despedir obreros inútiles y atraer ó admitir decididos y empeñosos; los nervios periféricos vigilantes del bien general y guardas de las fronteras.

En el hombre especialmente por ser la suprema organización terráquea, pero en todas las vidas animales superiores, hay

cuerpos colegisladores que se congregan en fuerte caja de hueso; allí concurren celdillas electas con periodicidad renovada para hacer oir las necesidades orgánicas y de la vida social celular, dejando al retirarse de su encargo, á sus sucesoras, el archivo de los Recuerdos; allí están los representantes de los Sentidos; allí se juntan las Impresiones; allí los teléfonos y telégrafos orgánicos para declarar momento á momento la situación de las demarcaciones; allí bullen las Ideas, se cruzan los Pensamientos, se apostrofan los Instintos, grita la Imaginación, se enfurecen las Pasiones y se levanta la Sabiduría. Pared de por medio, puede ser consultado en grandes angustias, el Supremo Instinto, el Instinto de la Conservación, que reside en la médula, que guarda el fuego de la vida y que es el sagrado oráculo orgánico.

En la masa cerebelosa están las celdillas que coordinan y dirigen los Ejércitos musculares, que promulgan las leyes y acuerdos que votó unanimidad ó mayoría, según que reina convicción ó duda, en los bancos celulares del cerebro.

El Gran simpático es ejecutivo enérgico que entredice. Estados enteros, que castiga revoluciones, que tiene el poder de extinguir la Federación misma, caso de inobediencias reincidentes, ó de transgresiones imperdonables.

Los suborganismos viven normalmente en armonía; no se desecha fuera del recinto que ocupan sino lo que á todos perjudica; si alguno puede aprovechar las excreciones de su compañero, las aprovecha; si preparar el trabajo de su colega, lo prepara; que alguien falte y muchos toman á su cargo sustituirlo en sus tareas. Es una vida zoonítica modelo; un zoonita busca el alimento, otro lo coge, otro lo mastica, otro lo digiere, otro lo adecua, otro lo aprovecha; un zoonita ve, el otro oye, el otro siente, el otro se mueve; si uno se amotina lo arreglan sus colindantes ó es participado el suceso á la Confederación por los zoonitas que lo cuidan y acude rápida la defensa; si el caso es difícil, la Nutrición aisla al amotinado con fuertes columnas celulares mientras concentra su esfuerzo y procura la victoria. Todos los zoonitas trabajan; unos en provecho de todos; cada cual en su puesto, para su objeto y en su oportunidad; todos atentos á su faena, todos cooperando adunados ó en detall á formar la vida de conjunto, perfecta, sensible é inteligente; cualquier desequilibrio perturba la paz; que un órgano prepondere ó quiera imponerse como no es debido ó resuma su soberanía, que los zoonitas no reciban su haber en la moneda acostumbrada, que el gobierno general se vuelva despótico, que las elecciones para contingente á los órganos sean violadas, y la Federación se altera y sobreviene la Patología con todos sus horrores y el Sufrimiento con todas sus amarguras.

La muerte individual no es más, que el rompimiento de la liga federativa que unía á las celdillas entre sí y á los grupos celulares; los blastemas en quiebra, ó la *mecánica nerviosa* fuertemente sacudida, son la causa común de esa ruptura; en cualquiera de esos casos, los elementos son heridos de estupor, y el protoplasma, su capital, apenas, si basta, para acudir á la existencia celular; los zoonitas encargados de alimentar las osmosis, han desfallecido casi siempre, habiendo consumido los almacenes de grasa y devorado hasta las celdillas menos importantes; los telégrafos enmudecieron porque las pilas eléctricas están averiadas; los jefes de movimiento, indecisos ó sitiados y en seguida muertos; los obreros exangües y decaídos; el comercio de cambio cerrado; la caja popular sin operaciones; el tesoro inutilizado. La síntesis de seres, la confederación de organismos, la asociación de individuos acabó con el último latido cardiaco; entónces las masas populares, en anarquía son perseguidas muy de cerca por las Conbinaciones de la Química y por los Agentes de la Física; las celdillas se estremecen "al sálvese quien pueda," lanzado por el sistema nervioso; quiénes, con enérgicas vidas propias que alimenta la de cobardes ó inútiles vecinas, se disfrazan en microbios ó en bacterias; quiénes, concertadas en ofensivo y defensivo conjunto, se convierten en larvas; quiénes sin tiempo para mistificarse, se vuelven pasto del pillaje de las más fuertes; quiénes desorientadas y dispersas son detenidas y fluidificadas por reactivos, ó entregadas como botín por la osmosis á más vigorosas vidas, ó arrastradas por la Vida Universal en alas de exhalaciones ó de efluvios á otras vidas.

Después de la muerte, y cuando el cadáver reposa en el sepulcro, las raicecillas de los vegetales chupan por todas partes jugos que sus mallas purifican y que el follaje entrega á la atmósfera; la agua desprende sales, que lleva en su curso donde piedra ó planta las necesita, ó cuaja sápidos frutos; exhalados terráqueos difunden carbono y ázoe é hidrógeno; vivientes nuevos se apropian moléculas, tragan y digieren celdillas, aspiran y absorben tomainas. Todo se desbarata para erigirse de otra suerte, se disgrega para congregarse de otro modo, se desanuda para anudarse de

otra manera. Bacterias, bibriones, larvas, hongos, elaborados y elementos químicos; una vida diseminada en millares de millones de vidas, desmenuzada en muchísimas existencias. Antes en dinamismo singular, en una sola vida, ahora libres, cada cual abandonada á su suerte, recorriendo por cierto tiempo una órbita, hasta que vidas preexistentes las destruyan, hasta que nuevos cambios las conmuevan, hasta que nuevas individualidades que las necesiten, se levanten.

He aquí una vida celular irguiéndose hasta la vida humana y la humana descendiendo hasta la celular y hasta desaparecer en otras vidas; he aquí á la fermentación explicando la vida más complexa, como explica el paso de lo inorgánico á lo organizado; he aquí el tránsito de la vida orgánica por la vida universal.

¿De esta vida quiso vd. hablar? Más sencillo habría sido decir: el hombre es un organismo, ó mejor aún, el hombre es el organismo más complexo, y entonces estaba dicho todo: *ser físico y viviente*, con vida orgánica *complexa* y la más complexa que la ciencia ha encontrado; y entonces, las dudas que debe evitar un credo científico no tendrían razón de ser, y la concisión y la precisión habrían ganado.

Como ser físico tienen influencia sobre el hombre directa ó indirecta todos los agentes físicos químicos y mecánicos tanto para enfermarlo como para sanarlo, pero en los ESTRECHOS LÍMITES *de la física, de la mecánica y de la química.* ¿Estrechos límites llama vd. á los que comprenden el Universo? ¿ó vd. sabe que exista siquiera un cuerpo á quien la ciencia no haya aplicado las leyes de la física, de la mecánica y de la química, siquiera un atomillo que esté fuera de los alcances de esas ciencias naturales? *Todos los métodos terapéuticos modernos* (¿cuántos conoce vd? yo no conozco más que uno; sistemas sí conozco muchísimos), *tienen sus ventajas pero exclusivamente en lo que está relacionado con estas ciencias.* Pues mire vd., después de esas ventajas obtenidas en *tan estrechos límites*, no sé qué más quieran. *¿Como ser viviente está sujeto á una multitud de influencias de un orden puramente biológico?* sí señor; es decir, de un orden físico, mecánico y químico; ¿porqué segrega vd. á los fenómenos biológicos de los físicos, químicos y mecánicos, hasta pretender introducir entre ellos el antítesis? ¿con qué derecho quiere vd. quitar á la vida universal el dominio de la vida orgánica? ¿Cómo podría vd. demostrar que en los organismos no imperan las leyes comunes de la materia? ¿cómo, que las funciones dinánimas no se desmenuzan en acciones físicas, químicas y mecánicas? Reducir la explicación de todos los fenómenos á principios mecánicos, es uno de los pasos más difíciles que haya dado la Filosofía, dice Blainville, pero todos, hasta los de la vida, deben ser referidos á las leyes generales de la materia.

Quizá, dice Büchner, no haya habido hipótesis más perjudicial á la ciencia, que la de una fuerza orgánica especial puesta en cierto modo como adversaria de las fuerzas inorgánicas (pesantes, afinidad, luz, calor, electricidad, magnetismo, etc.), ó como una entidad independiente de estas fuerzas, estableciendo para los seres vivos leyes excepcionales que les permitan sustraerse á las leyes generales de la Naturaleza, formando una ley por sí misma, y un Estado en el Estado. La vida no obedece á ley alguna especial ó excepcional y no escapa á la influencia de las fuerzas inorgánicas; ella debe más bien ser considerada como el resultado del concurso bien definido de fuerzas físicas y químicas, ó como un conjunto de movimientos mecánicos de una complicación tal, que no hay otro ejemplo y del que debe buscarse la explicación, únicamente en las fuerzas habituales y bien conocidas de la Naturaleza. El que no puede comprender la vida sin la hipótesis de una "fuerza de la vida" particular, razona de manera tan poco inteligente, como el hombre que quisiera explicar el movimiento de un reloj no por la construcción de su mecanismo sino por la acción de una "fuerza del reloj" especial. Del propio modo que el movimiento del reloj, resulta del juego combinado de los materiales y de las fuerzas que en él se encuentran, del mismo modo la vida, lejos de ser una fuerza, *es un resultado*, ó un movimiento, de partes agrupadas de manera determinada.

¿Dirá vd. que una aseveración de Büchmer, nada le significa? Pues tómese la molestia, en obvio de la brevedad (porque ya bien largo se está haciendo este escrito), de leer su obra "Fuerza y Materia" y encontrará á raudales razones que lo persuadan; dígnese leer la Medicina Experimental de Bernard y tendrá con exceso, experiencias que lo aseguren.

Las influencias de orden biológico que pueden enfermar ó sanar al hombre, son de aquellas de los *estrechos límites*, son de la propia clase de las que influencían al ser físico, que las que imperan en todo el Universo.

Con que *¿de la peculiaridad con que sa-*

nan ó enferman al hombre las influencias de orden puramente biológico viene el empirismo? Pues demostrado que esas influencias no tienen esa peculiaridad ¿no vendrá el Empirismo? Creo, estimado compañero, que no está vd. en la verdad El Empirismo, realmente *padre*, ó con más propiedad, principio de todas las ciencias, hasta de las de los *estrechos límites*, marca el período que llama Ampère autóptico; almacena los hechos brutos y aislados sin liga alguna teórica; acumula, para que se ejercite la Inducción y la Deducción, pero el nó conduce hasta el período de madurez de las ciencias, ó sea *criptológico* porque es impotente para esclarecer el *quid obscurum*, los hechos, arrancándoles la máscara de las apariencias y emancipándolos de las preocupaciones de la arbitrariedad y de la ineptitud. Las ciencias de *los estrechos límites* atraviesan pronto el Empirismo porque los hechos que les incumben son fácilmente sujetados á la Análisis; con las ciencias biológicas, no sucede otro tanto porque los fenómenos que les tocan son más complexos, y por las propiedades de los elementos orgánicos que oponen obstáculos, dice Bernard, tanto menos de temer ó de desanimar los esfuerzos inductores, cuanto que el objeto de la Experimentación es bien claro y neto, absolutamente el mismo en el estudio de los seres vivos y de los cuerpos brutos, de un lado como de otro intentándose determinar, las condiciones bajo las cuales se manifiestan las propiedades de la materia.

La Homeopatía, aun en el empirismo, *¿pretende fijar las condiciones de los hechos biológicos observados por ese empirismo?* Entonces con razón no es científica, apenas está en el empirismo; no obstante es de aplaudir su determinación, deseando que al investigar, lleve la ceniza de la conformidad, en la frente, y no pretensiones ambiciosas.

"Protesto enérgicamente contra los métodos terapéuticos, fisiológico y patogénico que están reinando hoy en el campo de la Medicina; contra el primero (al que pertenece la Dosimetría) porque pretende instituir una *mecánica nerviosa*, oponiendo al desequilibrio del territorio orgánico enfermo, la excitación del sistema nervioso antagonista ó compensador, excitación que constituye en sí misma una enfermedad artificial implantada en el territorio orgánico *que la enfermedad espontánea había respetado;* lo cual constituye un *procesus doble y paralelo;* la enfermedad terapéutica y la enfermedad espontánea. (La Homeopatía pretende reunir estos dos procesus en uno sólo). Este modo de proceder, por otra parte, no está justificado por una ley ó teoría razonable, puesto que no está averiguado si la *reacción saludable depende de una sobreexcitación de los nervios antagonistas sanos, ó de una verdadera reacción de los nervios desequilibrados ó enfermos.* Por ejemplo: en las palpitaciones nerviosas del corazón, ¿sabemos si son debidas á una parálisis del nervio moderador ó á una sobreexcitación del éxcito-motor? y en esta duda ¿cómo vamos á hacer Mecánica en un conflicto de fuerzas que nos es enteramente desconocido? ¿sabemos si la *Digital* paraliza el éxcito-motor ó excita el moderador? y si no conocemos ni la naturaleza, ni la cantidad, ni la dirección de las fuerzas nerviosas y las fuerzas medicinales ¿cómo pretendemos instituir la *Mecánica nerviosa* sobre bases tan deleznables? este es, pues, el método terapéutico fisiológico, amigos mios, y este es el sistema de vdes."

¿Protesta vd. contra la Dosimetría, porque pretende instituir una *mecánica nerviosa?* Protesta vd. entonces contra la Ciencia que es quien conquistó su verdad, ó más bien contra la Análisis filosófica, que es quien la indagó, ó mejor todavía, contra la Naturaleza que es quien la instituyó. La Dosimetría trata en acatamiento á las prescripciones naturales y á las necesidades orgánicas; no quiere enfermedades *artificiales dobles y paralelas*, ni otra alguna; sabe que todo trastorno morboso significa desequilibrio y procura removerlo, tal y como la Naturaleza, por los oráculos filosóficos le ha enseñado.

Si la Homeopatía sigue pretendiendo reunir *dos procesus en uno, sit pro ratione voluntas;* el hecho no arguye derecho, y es de éste, del que nos venimos ocupando.

Por lo que respecta *al modo de proceder*, que á vd. repugna, quedará explicado en el ejemplo que aduce. La Experimentación ha dicho, que la digital es uno de los venenos que paralizan preferentemente contractibilidad muscular involuntaria; que en circunstancias idénticas obra con tanta mayor energía, cuanto el músculo involuntario es más activo, y que es por esto, que en los animales superiores su influencia especial es sobre el corazón; la Experimentación ha dicho, que los filamentos del simpático aceleran los movimientos del corazón hasta hacerlo galopar, y los del neumogástrico lo moderan, hasta suspender en diástole, sus latidos; la Experimentación ha dicho, que el agotamiento nervioso es

atribuible á la excitación anormal del simpático; ó más bien al desfallecimiento del neumogástrico; que las palpitaciones cardíacas son revelación de esa falta de equilibrio, que en ellas el nervio compensador decae, y el éxcito-motor prepondera; la Experimentación ha dicho, por último (lo que la Deducción anticipaba), que la digital modera al simpático, dejando rehacerse al sistema medular, y que si esto sólo no basta, hay que dar á la vez, digitalina y estricnina, esta segunda para volver más enérgico el levantamiento del sistema animal.

La Ciencia no puede fijar de antemano *la cantidad* de medicamento, porque sabe que cada enfermo es un problema especial; por esto es que, en dosis prudentísimas, va administrando tanto cuanto basta, para conseguir el efecto curativo.

Ya vd. ve cómo *instituimos*, mejor será decir, acatamos la *mecánica nerviosa*, indagada por el Método científico experimental; ya ve, amigo mio, cómo el *proceder* del Método fisiológico corroborado por la Clínica, no es un *proceder de sistema*, por más que lo declare la benevolencia de vd.

"Protesto contra el método terapéutico patogénico, porque se dirige sobre causas morbosas imaginarias que nos son del todo ó casi del todo desconocidas."

¡Pobre Homeopatía! sin pretenderlo quizá le ha dado vd. terrible arietazo; era su única tabla de salvación y vd. se la ha quitado; ¿con que el método (¿vd. cree que es método?) terapéutico patogénico no sirve? ¿Entonces aquella *fotografía* que quiso pasar entre los gendarmes que trajo el Dr. Fénélon y los *envoltorios* que vd. formó? Yo por mi parte aplaudo y me adhiero á la protesta; conforme á la observación clínica no se necesita enfermar para curar; basta restablecer el equilibrio suprimiendo causas y enmendando desperfectos.

"Creo en la ley del *Similia similibus curantur* como en una brújula que nos orienta á dirigir nuestros medicamentos sobre el territorio orgánico enfermo, bajo el criterio de la experiencia, con el mismo instinto con que el enfermo lleva su mano á donde le duele y no á otra parte."

¿Porqué cree vd. así? Demuéstrelo ¿ó pertenece al credo religioso?

Orientarse con el *mismo instinto con que el enfermo lleva su mano á donde le duele y no á otra parte*, no deja de ser un criterio falaz; es el instinto del perro del ciego; ¿será conducente curar de la cabeza al que padece cefalalgia por indigestión ó curar de la sien al que padece un clavo neurálgico por padecimiento dentario, ó como tantos de nuestros compañeros hacen, tratar como enfermedad hepática la neuralgia *por causa uterina* de los nervios intercostales?

"Creo que el poder de los medicamentos es infinito, y que este poder está íntimamente relacionado con la *escala posológica*, tan infinita también, como es infinita la *divisibilidad* de la materia. Creo en las dosis tóxicas que matan, como creo en las *ridículas* dosis de Hahnemann que curan, porque ambas cosas las he visto, por tanto creo, que la escala de los recursos de la Medicina se encuentra entre estos dos términos."

Achique vd., al menos hasta que la ciencia decida. El poder de los medicamentos es grande, muchas veces decisivo, pero ¿infinito? Lo que pueden los medicamentos depende de la *escala posológica* y de la elección y de la oportunidad, *tan infinita* como infinita es la divisibilidad de la materia; quizá; pero de todos modos falta que vd. compruebe que la divisibilidad de la materia al infinito, es alcanzable por los medios de división de que los prácticos disponen. Cree vd. *en las dosis tóxicas* ó que matan y hace bien, porque el Método de Diferencia ha comprobado hasta hacer indudable sus efectos; pero no hace bien en creer que las homeopáticas sean dosis, al menos de sustancia medicamentosa, porque no está eso demostrado en los crisoles de la prueba. La *vista* de vd. ¿no se habrá engañado? *La escala de los recursos de la Medicina se encuentra* entre los que dan masas y á ciegas y los que nada dan; dar cómo, cuándo y en la cantidad que conviene, tal es la regla.

"Creo que las diferentes dosis de un mismo medicamento, representan bajo el punto de vista de su acción, entidades completamente distintas y á veces opuestas; creo, por último, que la Escuela oficial está proscrita de este género de investigaciones porque se las *prohibe su religión*."

Amén, amén, amén.

"De suponer es que mi credo terapéutico esté fundado en una experiencia personal y un acopio de hechos particulares, bastante para imprimir forma y dirección á mi criterio científico; pero de ningún modo aduciré como autoridad esta experiencia de quince años, por juzgarla demasiado humilde; ella me servirá únicamente para ponerme á cubierto del reproche de

haber fundado mi credo científico sobre fantásticas elucubraciones."

Cuánto siento que su credo sea siempre de la exclusiva paternidad de vd., y sobre todo que discrepe en mucho de la verdad científica; pero lo que es á *cubierto de reproche*, siempre estará quien, con toda buena fe y noble intención, discute problemas que tanto interesan á la humanidad.

"He aquí los fundamentos en que me apoyo:

Vengan ellos para que los juzgue la Análisis.

"La vieja Materia médica nos enseña que hay dos modos de acción fisiológica de los medicamentos, especialmente de los que de una manera manifiesta se expresan en el sistema nervioso: la *acción primitiva* y la *acción secundaria*. Estas dos acciones *opuestas* son por sí solas un manantial fecundo de reflexiones para cualquier médico imparcial, ávido de verdades terapéuticas.

"La ley de la Materia médica antigua es la siguiente: La acción fisiológica *primitiva* de todas las sustancias medicinales es *excitante*, la *secundaria* es *deprimente* y opuesta á la *primitiva*.

"Hoy que la observación y la práctica nos han aleccionado un poco más, sabemos que estos dos modos de obrar de un medicamento no existen propiamente hablando, sino que son la *expresión de las dosis* sobre el organismo. Cuando se administra una fuerte dosis de medicamento, en una sola vez, su *acción primitiva* es tan fugaz, que puede pasar desapercibida, y si se inyecta de improviso en el torrente circulatorio, el período de excitación es nulo, ciniendo el de depresión tan rápidamente que no deja tiempo para estudiar todas las fases de la evolución medicinal.

"De todo esto se deduce: 1º, que las dosis mínimas son *excitantes;* 2º, que las dosis máximas son *deprimentes*.

"Traducidos estos dos principios á un lenguaje más fisiológico, podemos decir: las dosis mínimas representan la acción del sistema nervioso; las dosis máximas representan la acción del medicamento, *opuesta* á la de los nervios.

"No nos hagamos ilusiones, amigos mios, *toda dosis máxima es deprimente y significa parálisis.*"

Ya me he explicado sobre este punto permítame no volver á él. El medicamento siempre cuenta y en primer término con el sistema nervioso, como regulador de la vida, en sus variedades antagónicas medular y orgánica; cuenta con que sin él, nada podría en las enfermedades, y con que debe acudir á cualquiera de los dos antagonistas ó á ambos, como en el caso de las palpitaciones nerviosas, hasta restablecer el equilibrio. La aseveración de que toda dosis máxima significa *parálisis* admira en boca de un adversario de la *mecánica nerviosa*. ¿Que ya se olvidó vd. que acaba de protestar enérgicamente contra ella?

"Los homeópatas pretenden que el médico no tiene á su disposición otro agente capital para la curación de las enfermedades, que el sistema nervioso de sus enfermos, por tanto, para ellos es irracional la aplicación de cualquier agente capaz de enervar ó destruir la integridad del sistema nervioso, no importa con qué pretexto."

Los homeópatas casi siempre pretenden bien, no más que es tal su miedo de aplicar agentes enervantes, que no aplican ni éstos ni los que no lo son.

"Pero ya me parece oir al compañero Malanco que me dice: "Todo esto que vd. asienta puede probar algo en favor de las dosis mínimas, pero nada en favor de las dosis ausentes." Queridos compañeros, si para investigar una verdad de difícil apreciación, comenzamos por plantear el problema eligiendo á nuestro arbitrio los factores de la ecuación, desde luego puedo asegurar á vdes. resultados erróneos, no digo tratándose de la Homeopatía, sino de los más vulgares principios matemáticos. Permítanme vdes. que hagamos un resumen algebraico de nuestro problema."

Se ha equivocado vd. compañero; yo no elijo; la filosofía elige la manera de comprobar lo que aspira á *científico*. Culpe á ella que requiere demostraciones, que es exigentísima, cuando se trata de formular teorías de los hechos. Pero vamos al resumen algebráico del problema.

"Si representamos por A la experiencia de nuestros colegas de todo el mundo, por B el testimonio de los enfermos, por C nuestra experiencia personal, por D los conocimientos adquiridos, por F las preocupaciones é ideas preconcebidas, por H los intereses comprometidos y por X la verdad, ó sea la incógnita, tendremos la ecuación planteada de esta manera:

$$A+B+C+D-F-H=X."$$

Pues, oiga vd., el análisis de su problema. A, *experiencia de todos los médicos del mundo;* poco significa la que no se ha

tomado la molestia de pasar por los requisitos del Método de Diferencia. B, *el testimonio de los enfermos*, muy importante en lo relativo á sufrimientos; pero improbatorio en lo que se refiere á diagnosis, de que la mayor parte no entiende pisca, y que sólo exageran en los certificados, por instigación de los médicos; y enteramente nulo en lo que se refiere á señalar el cómo se salvaron de su mal. C, *nuestra experiencia personal;* ventajosa si es humilde, y en concordia con la Inducción y Deduccion. D, *conocimientos adquiridos*, magníficos, si son científicos; débiles, estorbosos ó nocivos si no lo son. F, *preocupaciones é ideas preconcebidas*, factor *formidable*, como diría vd., que ojalá y pudiéramos ahogar en el rio Leteo. H, *intereses comprometidos*, elemento importantísimo, punto de mira de la Ciencia si se refiere á los de los pacientes; elemento oprobioso, criminal, si se refiere á los de los médicos, y que no debiera alegarse, siquiera por pudor. X, *la verdad*, es decir, el todo, *el gran desiderato*. Podría plantearse la ecuación del modo siguiente: A + C + D, factores en concordancia, ó más sencillamente: D, conocimientos científicos menos, B (aunque está demás decirlo) menos F (aunque está de sobra agregarlo) igual á X, verdad científica que ya aquí no es incógnita, sino teoría, trasparentada en los hechos, y que debe gobernar al arte médico. H, queda fuera de la ecuación; si es noble, porque sólo reporta la utilidad, y si vergonzoso, por improcedente.

"¿Están vdes. seguros de haber planteado el problema que nos ocupa sin haber suprimido voluntaria ó involuntariamente alguno de los términos? entiendo que no. Comienzan vdes. por no admitir el testimonio de 15,000 médicos que el Dr. Colín rindió como prueba, cayendo en el inconcebible error de negarle su valor matemático al tiempo, desde el momento en que no admiten sesenta años de experiencias de los médicos homeópatas, de suerte que el término $A = 0$. Supongo que vdes. no querrán admitir el testimonio de los enfermos por pertenecer al *vulgo*, de modo que $B = 0$, y por último, creo (porque es razonable creerlo) que vdes. no dedicarán, no digo un año siquiera, pero ni un mes, ni un día, á la observación atenta y concienzuda de las dosis infinitesimales, resultando $C = 0$. Queda solamente en pie con algún valor concreto, el término D, ó sean los conocimientos adquiridos, los cuales participan de la incógnita puesto que están á discusión.

"Planteada, pues, la ecuación por vdes., queda de este modo:

$$0 + 0 + 0 + 0 + \frac{D}{X} - F - H = X."$$

Estamos seguros con la seguridad que otorga la moderna Filosofía, de que ha quedado el problema como debe quedar; pero para dar á vd. gusto, volveremos á analizarlo de acuerdo con el programa que pauta su párrafo anterior. Comenzamos por no admitir el testimonio de sus quince mil médicos, y aún de muchos más, si él no viene ungido por la Análisis filosófica y requisitado por comprobada aptitud; no sé qué podrían tener de preferible en caso contrario, sus quince mil médicos al número, sin duda, preponderante de los médicos ortodoxos de todo el mundo; si vd. va á la cargada, no debe ser homeópata, sino ortodoxo. Si A representa el testimonio de los quince mil y aún quince millones, y no viene con todos sus sacramentos, la A de vd. es igual á cero. Supone bien que no admitimos el testimonio *científico* de los enfermos en lo que se refiere al nombre del mal que padecieron y la manera con que sanaron; la B de vd. es igual á cero. No es serio dedicar tiempo á curar con ganas ó si esto se profesa, es decoroso declararlo, destruir la Terapéutica conocida, y abandonar el sendero de la mistificación; la C de vd. es igual á cero. Los conocimientos adquiridos si fluyen á través de sólo la voluntad, son insignificantes, si se obtienen científicamente, son la base de la conducta profesional; si vd. quiere que D represente los primeros, es igual á cero, si consiente que signifique los últimos, ese D es igual á la verdad, ese D compila todos los esfuerzos, todos los afanes para extraer del *quid obscurum*, es decir, de los hechos, toda y sólo la verdad.

"He aquí un medio llano y práctico de reducir las abstracciones algebraicas á las cifras concretas de la Aritmética. ¡Planteais el problema exclusivamente con términos negativos, el cero es vuestro punto de apoyo...... no será vuestra palanca la que derribe la Homeopatía!"

No señor, ejercemos la justicia distributiva, dando á cada uno lo que le toca; *nuestra palanca* no será, será la de la Ciencia y la de la Meditación la que derribe á la Terapéutica homeopática.

"La dosis infinitesimal *está demostrada*, pero aun cuando no lo estuviese, no por esto dejaría de ser un *hecho matemático*. Si los grandes mecánicos, que cuentan por

caballos de fuerza y toneladas de peso; sus factores máximos, negasen los milígramos y sus fracciones, cometerían el mismo *trascendental* error que nosotros (que contamos por milígramos nuestros factores máximos) cuando negamos las dosis infinitesimales."

¿Porqué no les llamó, *las dosis homeopáticas*, que son á las que debe referirse? ¿La dosis de los glóbulos y de las diluciones, así, con esa generalidad, *está demostrada?* ¿demostrada? ¿demostrada? ¿cuándo y por quién? *Pero aún cuando no lo estuviere no por eso dejaría de ser un hecho matemático.* Valiente y desesperada resolución en puntos científicos; con ella se puede probar la Homeopatía y algo más. Los mecánicos no niegan los milígramos y sus fracciones; lo que sí, entiendo que negarán, es que las fuerzas con que cuentan, se obtienen sumando ilusiones.

"La antigua Escuela médica es á Hahnemann, lo que la antigua Escuela matemática es á Leibnitz y Newton. Estos dos genios instituyeron la Mecánica universal sobre la base del cálculo infinitesimal, como Hahnemann pretendió instituir la Mecánica vital sobre el cálculo infinitesimal de las potencias nerviosas excitadas por la Materia. Si hemos de juzgar las cosas como médicos pensadores y no como curanderos rutinarios, estamos obligados á pensar que el hombre ante le ciencia es una *Integral*, hacia la que no podemos ascender sin estas escalas de Leibnitz, Newton y Lagrange, y si nos resolvemos á abdicar del sacerdocio para convertirnos en verdaderos sabios, tendremos la imprescindible necesidad de tomar en consideración los *infinitesimales* de Hahnemann, la integración de las grandes curvas de la vida."

Vamos, no agravie vd. á Leibnitz y á Newton; la *Mecánica universal* cuenta con fuerzas derivadas de la materia no con ficciones. El cálculo integral, parte del Diferencial, busca una función conociendo su derivada, en el límite de relación del acrecimiento de la función con la variable, cuando esta última se hace de más en más pequeña, pero apreciable; el cálculo integral busca la suma de valores en número infinito de la Diferencial de una función, entre los límites dados de la variable. El cálculo Diferencial ó de derivadas estudia las diferencias de las funciones según el acrecimiento que la variable sufre, y es igual á la función multiplicada por el acrecimiento de la variable.

Si á Leibnitz ó á Newton les habla de las pretendidas dosis de Hanhemann, hubieran negado el parentesco de su cálculo con el que Hanhemann ponía en planta, al menos desde el punto en que el célebre cismático perdió la brújula de lo apreciable, para entregarse á la de su imaginación. Hanhemann *pretendió* y estuvo en buen derecho, instituir la *mecánica* vital, (¿mecánica? déle vd. otro nombre porque ésta fué el objetivo de la protesta); no lo consiguió porque ultra sectario del buen Van Helmont, marchó más allá de donde hubiera debido. ¿En dónde encuentra vd. la paridad entre lo que intentaron Leibnitz y Newton, y lo que hizo Hahnemann? *Si hemos de juzgar las cosas como médicos pensadores y no como curanderos rutinarios, estamos obligados á pensar que el hombre es una integral hacia la que no podemos ascender sin estas escalas de Leibnitz y Newton;* pero no *tenemos la imprescindible necesidad de tomar en consideración los infinitesimales de Hanhemann,* á lo menos en ciertas de sus diluciones y en la totalidad de sus glóbulos.

"El cálculo infinitesimal es un *método de investigación* que del análisis de lo infinitamente pequeño, se ha levantado poderoso y robusto para reinar en las esferas celestes, ¡ah! la *experimentación infinitesimal* bien pudiera levantarse para reinar en los abismos de la vida, más grandes todavía que el imperio de los astros!"

No diré que no porque sería atrevimiento, pero con los seguнes y conformes expresados.

"Pero todas estas son divagaciones filosóficas. La pobre Terapéutica es una ciencia caserita, extraña á estas elevadas esferas; perdónenme vdes., y vuelvo á entrar en consideraciones *prácticas.*"

Yo creo que vd. tiene razón; digresar sin base fija sobre puntos que alejan de la cuestión principal es una divagación, con la particularidad de que ni el adjetivo de filosófica merece. La *pobre terapéutica* no necesita andar volando por el campo de la imaginación, tiene ya sólidos fundamentos y puede con derecho, tomar su sitial en el grupo de las demas ciencias, sus compañeras.

"Las dosis máximas especialmente de las sustancias insolubles, se transforman en inertes y pasan desapercibidas por el organismo, cuando no lo expolian mecánicamente: me bastará citar en comproba-

ción de mi aserto, el calomel, el azufre y el cobre, minerales reconocidos por la Materia médica clásica, como más activos (es decir, como de más directa acción sobre el sistema nervioso) en dosis mínimas que en dosis máximas. Los homeópatas han descubierto una verdad de suma importancia, y es *que no hay sustancias inertes,* que todas las sustancias insolubles se convierten por la *división* en sustancias activas, de esto modo el bismuto, la cal, la silicea y la magnesia han recobrado su puesto entre las sustancias activas.

"Veamos lo que Dujardin Beaumetz dice de los fosfatos, después de consideraciones experimentales apropiadas: *Pero si queréis introducir los fosfatos en la economía, no habreis de recurrir á las innumerables especialidades que inundan hoy día el comercio farmacéutico, sino á las semillas que las contienen.* (Hig. alim. conf. del hosp. Coch)."

Muy señores mios, si en efecto tal descubrieron, y muy señor nuestro el Sr. Dr. Beaumetz. Pero ¿este Sr. Dujardin Beaumetz que negó el Método Experimental, es el mismo que habla de los *fosfatos, después de consideraciones experimentales?*

"He aquí algo que huele á dynamización electro-homeopática ¿porqué no resolvernos de una vez á estudiar las razones de porqué el fosfato de cal de los boticarios (tan insoluble como el de las semillas) es rechazado por el organismo? ¿no le llama la atención el ver cómo un raquítico tan necesitado de fosfatos, se apresura á eliminar los fosfatos farmacéuticos insolubles, por el intestino, y los solubles por los riñones, como un hambriento que arrojase el pan por que suspira? Nada de esto hace fuerza ni en el mismo ánimo del eminente terapeutista."

Yo diría, he aquí algo que huele á necesidad de absorción.

"Yo me atrevo á decirle que es debido á que el *mundo palpable* sólo tiene relaciones de *impresión* y *reflexión* con el animal, sirviendo la materia tangible á lo más como vehículo á las sustancias ausentes (como graciosamente las llama mi amigo Malanco) de las que es ávido el organismo; para sentar esta teoría, me basta haber visto á los homeópatas resucitar á muchos raquíticos con las altas trituraciones del fosfato, fluoruro ó yoduro de calcio."

Atrévase vd.; no hay cuidado; después de atreverse á basar un credo médico sobre una práctica observativa sólo de quince años y sobre el testimonio de quince mil facultativos no bonificado en los crisoles de la Inducción filosófica, los demas atrevimientos aparecen pequeños. De mí puedo afirmar en conformidad con la exigente Análisis, que no he visto ni he podido ver que se levanten moribundos *con ó por* algo que no influencía su organismo.

"Permítanme vdes. hacer á propósito algunas consideraciones fisiológicas: Leven nos hace notar (Trat. de las neurosis) que la excitación de la celdilla nerviosa no es factible por los agentes artificiales ponderables y sensibles, ó sean los agentes destinados á las excitaciones directas y reflejas de los nervios; de lo que ha resultado que la Fisiología no encontrando excitable la celdilla nerviosa por sus agentes físicos, químicos ó mecánicos, le niega la excitabilidad asignándole un papel puramente *pasivo* de receptividad y trasmisión, pero la Patología ha protestado, demostrando que la *irritación* de la celdilla nerviosa (como la llama Leven) es la causa única de las neurosis y sus formidables consecuencias. La Patología, pues, ha reconocido á la celdilla nerviosa su excitabilidad y *autonomía,* poniéndose en contradicción con la Fisiología."

Pues lo que hay de cierto es que cada nervio tiene sus excitantes propios y su peculiar manera de excitarse.

El excitante natural del nervio gustativo es la sapidez, el del acústico el sonido; hay nervios cuyos excitantes naturales son los excitantes exteriores. Si vd. excita con lo que no es debido encontrará pasividad; pellizque un ramo del simpático, contúndalo y lo encontrará indolente; que esa excitación venga del excitante debido por ejemplo, del intestino, hostigado por sustancias extrañas, y vd. sentirá feroces retortijones. Pregunte al Dr. Leven sobre este respecto y verá lo que le dice.

"Con poco esfuerzo de atención, podemos observar que este antagonismo sólo es debido á los medios de excitación. La Fisiología pretende que el organismo es excitable exclusivamente por agentes *sensibles* á nuestros sentidos ó al experimento, así es que de la impasibilidad de la celdilla nerviosa á la acción de estos agentes, concluye su no excitabilidad; la Patología limitada á la observación de los agentes biológicos en su relación con las enfermedades, desde la simple impresión moral, hasta el miasma telúrico (la mayor parte

inapreciables hasta por el espectroscopio), reconoce la acción directa de los nervios, la acción refleja y *la acción central*, punto de partida probablemente de la sintomatología de casi todas las enfermedades.

"No es otro, mis queridos compañeros, el conflicto entre la Escuela masivista y la Homeopatía, entre las dosis *enérgicas* y las dosis *ausentes*.

Yo me alegro de que vd. lo vea; *ese antagonismo no sólo es debido á los medios de excitación. La Fisiología pretende que el organismo sea excitable exclusivamente por agentes sensibles á nuestros sentidos ó al experimento.* Sí señor, cabalmente; ella que comprende la vastísima escala de la sensibilidad, introduce entre los agentes sensibles hasta la fe en la Homeopatía; la Patología está en todo de acuerdo con ella y uno y otra, sin embargo, no explican sino lo que saben, dejando lo que ignoran en el catálogo de la observación, en espera de nuevos adelantos que vengan á esclarecerlo. Respecto de la *acción central*, saben que es la actividad nerviosa y que ella es el punto de partida indudable de los síntomas de todas las enfermedades, y de los fenómenos curativos todos.

Sigo con la nota.

"Para salir una vez por todas del campo de las digresiones, que si no son del todo estériles, aplazan, cuando menos, de un modo indefinido la aclaración de muchas verdades, bueno sería suplir con la *Lógica matemática* los medios de investigación, que la imperfección de nuestros sentidos é instrumentos nos veda por hoy abordar.

"Voy á pretender reducir á un cálculo inperfecto, los términos del problema que los *hechos* experimentados por los homeópatas nos ponen en el deber, como *Médicos*, de resolver y reducir á proporciones científicas.

"Si hemos de tomar como *criterio* para juzgar el *límite de nuestras percepciones*, tenemos que admitir los *límites de las dosis terapéuticas* en proporción con los límites de las percepciones de la Fisiología; ahora bien, los límites asignados á nuestro poder visual en el mundo infinitamente pequeño, son, tratándose de celdillas orgánicas, un décimo de línea, y el límite inferior, ó sea el último término de la escala perceptible por fuertes aumentos microscópicos, es de cinco milésimos de línea aproximativamente (el glóbulo de sangre por ejemplo): ahora bien, el límite de la dosis mínima en Dosimetría, es un medio miligramo, cantidad enorme si la comparamos con un décimo de línea de la celdilla accesible á nuestros sentidos; sustancias hay que la vieja Escuela administra á la dosis de un décimo de miligramo, así pues, si tomásemos estas cifras para hacer la proporción, tendríamos que las dosis mínimas deberían estar colocadas entre un décimo y cinco milésimos de miligramo, cantidades jamás empleadas ni por la Dosimetría ni por la Escuela ortodoxa.

"Pero no es esta todavía la proporción. La Bacteriología ha estudiado *microoporinos* (Klebs), cuyas dimensiones, infinitamente pequeñas, no han podido todavía ser determinadas; tenemos, pues, que si representamos por C la celdilla visible al ojo desnudo, y por C' el límite de la visión microscópica, ó sea la celdilla mínima, por una parte, y por otra representamos por D el dynamismo de la celdilla C, y por D' el dynamismo de la celdilla C', obtendremos esta proporción:

$$C : C' :: D : D'$$

"Pretendiendo reducir á términos un poco más concretos los signos del dynamismo, si sustituimos los términos D y D' por los límites relativos ó *correspondientes* de cantidad de agente medicinal, que por representar *movimiento*, sería absurdo pretender comprobar con microscopio ó balanza, tendremos: representando por M la dosis de medicamento correspondiente al *movimiento* de la celdilla máxima, y sea D, y por M' la dosis correspondiente al *movimiento* de la celdilla mínima, ó sea D', obtendremos la siguiente proporción:

$$D : D' :: M : M'$$

ó sea la dosis infinitesimal, límite inferior racional de la escala posológica.

"Ocurre, pues, pensar en presencia de estos datos, que el tratamiento *masivista* en ciertos procesus morbosos celulares, debe ser una cosa semejante á cazar pulgas con pistola!"

No necesitamos hasta demostración de lo contrario, suplir los medios de investigación que suministra la Filosofía, pero en fin, ningún otro está de más, cuando se trata de averiguar la verdad. ¿Qué es lógica matemática? ¿Vd. conoce otra lógica que la teoría completa de comprobación de la verdad por el raciocinio? ¿Llama vd. lógica matemática á la demostración de la verdad por sólo los hechos? ya me he ocupado de esa prueba, que no es más que vanidad, mientras de los hechos no son deducibles teorías científicas. ¿Llama vd. lógica matemática á la lógica aplicada á demostrar verdades necesarias, como las geométricas por ejemplo? Pues lo siento por su propósito, porque no sólo en *cálculo imperfecto*, sino en el raciocinio más perfecto, no se escapan si quieren ser robustas, si intentan llamarse filosóficas, de pasar por la Experimentación y el Raciocinio, en suma de purificarse en los crisoles de la prueba. El Sr. Stuart Mill sobre esta materia es muy persuasivo.

Los límites de nuestra percepción son los de nuestra ciencia, pero para dificultades insuperables á los modos comunes, tenemos aún el Método de Concordancia, el Residuos y el de Variaciones Concomitantes que no siempre tienen á la vista el objeto que persiguen, y que sin embargo, con artificios lógicos de exactitud notable, pueden atraparlo y llevarlo á barra del Exámen. Si ninguno de los métodos inductivos es útil, tanto peor; nuestros conocimientos quedan empíricos, científicos no.

¿La Dosimetría da como dosis mínima medio miligramo? no es verdad caballero; la Dosimetría pone medio miligramo como mínimo de cantidad MEDIBLE, pero sabe bien que esa dosis que para un enfermo nada vale, puede hasta dañar á otro y necesita multiplicarse en muchos; que remedio y veneno son sinónimos, sólo difiriendo en la dosis, y que en Terapia las sustancias heroicas deben sus propiedades á la impresionabilidad é idiosincrasia de los pacientes. Para no errar, se sirve previa-

5

mente de la Experimentación, y aún en los enfermos camina con prudencia, y sólo á medida que los efectos de observación lo prescriben. Las dosis de la Vieja Escuela si son destaradas de lo nauseoso é incondurente, si no siguen en su administración la sacramental rutina, *cada dos horas* ú otro tiempo de estampilla, y si son dirigidas por principios exactos, son las nuestras, son buenas, son las científicas.

Pero vamos al problema. ¿Con que porque una celdilla visible es á una invisible como el dinamismo de la primera es al de la segunda, ó sea como el movimiento de aquella es al movimiento de ésta, tenemos aquí el límite inferir de la escala posológica? ¡Hombre, no se infiere! pero en fin, ¿qué saca vd. de ahí? que con presencia de estos datos el tratamiento masivista en ciertos procesus celulares debe ser cosa semejante *á cazar pulgas con pistola?* Termina vd. como empezó por un sofisma de raciocinio de aquellos *á dicto simpliciter ad dictum secundum quid;* pues qué, ¿es lo mismo una vida celular aislada que en confederación orgánica? ¿tiene la propia resistencia vital en el primero que en el segundo caso? Por otra parte, vd. se dirige en contra de las *dosis masivas;* pero ¿qué tiene que hacer con ellas la dosimetría?

III

Concluyamos, querido compañero. Para salir del campo de las *digresiones* y no estar *aturrullando* á nuestros lectores con estas tan largas y cansadas réplicas y contraréplicas, fijemos los términos del debate.

Que demuestre la Homeopatía que dá lo que ofrece.

Que demuestre la Homeopatía que investiga con el Análisis filosófico.

Que demuestre la Homeopatía que su ley y su criterio terapéutico proceden del credo médico científico; y entonces continuaremos el debate.

Permítame vd., estimado Agustín, que cierre mis labios y cuelgue mi *barreta* hasta que no se afronten estos problemas. Yo por mi parte, los acepto como probandas para la Dosimetría, y si á vd. parece nombraremos un jurado *ortodoxo*, que es igualmente contrario á nuestras ideas, pero de médicos rectos y entendidos, para que externe un voto imparcial, sereno y tranquilo, con presencia de nuestros alegatos.

Con el mayor afecto, soy de vd. obediente servidor que B. S. M.

FERNANDO MALANCO.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DEL

TOMO PRIMERO DE LA "MEDICINA CIENTIFICA."

TRABAJOS ORIGINALES.

Del Dr. Francisco Alvarez.

Del Dr. Juan F. Fénélon.

Del Dr. Fernando Malanco.

Del Dr. Juan N. Revueltas.

Del Dr. Silvino Riquelme.

CORRESPONDENCIA.

Del Dr. L. E. Calleja.

Del Dr. Crescencio Colín.

Del Dr. Agustín García Figueroa.

COPIADO.

De la prensa extranjera.

De la prensa mexicana.

VARIEDADES.

INDICE.

SUELTOS.

CONVOCATORIAS.

PETICION.

OFICIAL.

FIN DEL INDICE.

LA MEDICINA CIENTIFICA.

LA MEDICINA CIENTIFICA

BASADA

EN LA FISIOLOGIA Y EN LA EXPERIMENTACION CLINICA.

DIRECTOR Y EDITOR

DR. FERNANDO MALANCO.

REDACTORES:

DOCTORES,

JUAN F. FENELON, JUAN D. CAMPUZANO Y FRANCISCO ALVAREZ.

☞ TODOS LOS MÉDICOS TIENEN DERECHO Á HACER USO DE LAS COLUMNAS DE ESTE PERIÓDICO. ☜

Liberté entière de discussion, mais sincère et curtoise, ayant alors, pour seules limites, le respect des autres et de soi même.
LABOULBENE

TOMO II.

MÉXICO
IMPRENTA DEL GOBIERNO, EN EL EX-ARZOBISPADO
Dirigida por Sabás A. y Munguía.

1889

TOMO II ENTREGA 1ª 1º DE ENERO DE 1889.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

"LA MEDICINA CIENTIFICA."

Esta niña cumple ahora un año de vida; su edad le da derecho á la indulgencia de sus mayores. Amiga entusiasta, como conviene á la juventud, de la luz y de la verdad, las ha buscado por medio de la discusión, provocándola hasta donde le fué posible, porque, aunque tan tierna, sabe que es de allí, de donde pudiera salir la luz!. En la prensa médica ortodóxa ha encontrado un silencioso desden; lo podía, lo debía esperar; no ha quedado sorprendida, comprendiendo que lo que ella busca no es precisamente lo que desean los directores de esa prensa.

La luz daña á la Medicina tradicional; la idea de que, algún día, haya clientes capaces de preguntar al médico, porqué introduce tales y cuáles sustancias, á veces inconocibles para la Química más hábil, en cuerpos todavía llenos de arcanos en cuanto á sus acciones y reacciones vitales, regidas por el misterioso sistema nervioso sin razón justificativa, es insoportable para los afectos á la oscura tradición.

Los grandes sacerdotes del templo de Esculapio, todavía hoy, quisieran envolverse en la sombra de las fórmulas inexplicables, y considerarse libres de toda obligación hacia la Lógica y la Ciencia. La tradición es su guía; tales y cuales sustancias se dan, desde que se fundó el templo; no necesitan decir porqué ni cómo han sido ideadas; costumbre inveterada de darlas, las consagró como artículos de fe.

¿Cómo no ver con desdén á una niña que desde el primer año de su vida se atreve á investigar el porqué y el cómo del Arte de curar? demasiado natural es esto para quienes no admiten más que lo añejo, lo antiguo, lo construído por sólo el transcurso de los siglos.

Pero la niña ha vivido, vive y se ve consolada de tanto desdén con encontrar adeptos entre los jóvenes prácticos, que todavía tienen amor á su arte y deseo de *hacerlo* digno de su tiempo; le han sonreído, le han procurado datos y observaciones que dan la medida de su utilidad: todavía más pequeña, más joven, pero no menos llena de fe que Juana de Arco, cree poder *contribuir* á sacar al enemigo del reino de Hipócrates.

No tiene más detractores que el error y la mentira; en cuanto á las víctimas las compadece y las quiere: en tierna edad, el corazón es benévolo; su anhelo es, ayudarlas á sacudir el yugo de la Rutina, romper las cadenas de la Tradición, demasiado pesadas y marchar en la sonriente vía del Progreso.

A quienes la miran con semblante airado sonríe como diciendo: si me conocieras no me mirarías así; á quienes le tienden los brazos, corresponde entusiasta sus cariños.

Antes de que naciera, la cuestión del burggraevismo había sido propuesta á la atención del mundo médico mexicano; un Presidente de la Academia de Medicina de México, probando, con esta condescendencia, cuánto más fácil es el progreso de este lado del Océano, que del otro, había permitido que se hablara del nuevo método en el recinto de la Escuela de Medicina de México, en el *Sancta Sanctorum* de la Academia.

El Silencio contestó á esa primera iniciación, pero se explicaba, porque podían los académicos, oyentes de la primera lectura sobre Dosimetría, no estar preparados para contestar.

Sin embargo, el señor Catedrático de Terapéutica, deseoso de castigar tanta profanación, anunció al mismo señor Presidente, que había permitido la lectura, *que contestaría:* era su deber y él sabe cumplir los suyos: se creyó que lo haría, pero los días y los meses van pasando, y ese deber no ha sido cumplido; los jóvenes prácticos, en el umbral de la carrera más capaz de preocupar á la conciencia humana, se quedan perplejos para saber lo qué deben juzgar y lo que pueden hacer.

Saben que al llegar á México los gránulos dosimétricos, hubo quien dijera que nada contenían, que eran inertes; que entonces, el bien intencionado presidente del Consejo Superior de Salubridad, ordenó que fueran analizados, y resultaron triunfantes de tan importante prueba. Podía

sacarse en conclusión, que soldados bien armados, son soldados buenos habitualmente; pero no fué así, se admitió entre el mundo médico, que los gránulos son buenos, cómodos y útiles, pero que el método, al cual son debidos, no es verdadero.

Para analizar el método, no había más laboratorio que la práctica y la discusión pública, emprendida por la *Medicina Científica;* pero hubo quien dijera, que tal título nada significaba, vanagloriándose, por falta de reflexión y observación atenta, de que toda medicina es científica, cuando tan fácil sería demostrar lo contrario.

Entre los prácticos, encontró lectores la nueva publicación, y por lo mismo halló el Método partidarios cada día más numerosos; ahora vemos cómo, nuevos adeptos, guiados por el método burggraeviano, adquieren laureles en donde los invariables sostenedores de la Rutina, preven desde luego derrotas inevitables, confesando vergonzosamente una impotencia debida á la imperfección de los medios que les han enseñado y que ellos siguen enseñando.

La modesta nueva hoja, apenas abierta al mundo, tendió los brazos á quienes quisieran llenarla con sus reflexiones, con sus argumentos en pro ó en contra de sus doctrinas, y no tiene que arrepentirse de haber hecho una llamada á la conciencia del mundo médico mexicano.

Se ha puesto en duda el valor de algunos testimonios producidos en ella en favor de la Dosimetría, diciendo: que algún autor de comunicaciones en su favor, no es médico recibido: la verdad es la verdad, aún cuando un niño ignorante la hubiera profesado.

Orfila, el decano de la Escuela de Medicina de París, oyó decir á Raspail, sabio precursor de Mr. Pasteur, que en el aparato de Marsh, él (Orfila) introducía el arsénico, porque el zinc del comercio siempre lo traía consigo, y tuvo que confesar su ignorancia, cuando la demostración del hecho no dejaba duda sobre su realidad; la Justicia impresionada por la insuficiencia de los conocimientos oficiales, vaciló para aplicar la última pena á la acusada, que parecía ser culpable por todos los demás datos del proceso. Aquí el sabio, sin título, fué el que impidió tal vez una grave injusticia.

No hay que sorprenderse después de este ruidoso ejemplar, de todos conocido, si la *Medicina Científica* admite hechos y observaciones, de quienes á veces no tengan más título que el que da el amor al progreso y la certidumbre de contribuir al desarrollo de los conocimientos humanos útiles para el arte de curar.

El episodio producido entre Orfila y Raspail, seguido después del descubrimiento de tantos y tantos hechos útiles por Mr. Pasteur, quien, sin ser médico, ha descubierto el método profiláctico y el curativo de la Rabia, son argumentos para hacer á los miembros de la facultad más modestos; pocos han sido los médicos que se hayan atrevido á decir que la profilaxia y el tratamiento de la rabia no se deben admitir, porque han sido ideados por un sabio extraño al arte de curar, y desprovisto del título de Doctor en Medicina; así como á ninguno de los maestros de entonces le fué posible negar, cuando lo afirmó y lo probó Raspail, que el zinc del comercio tiene arsénico, y que éste, introducido con él, por el químico, impide saber si realmente lo contienen las sustancias que se trataba de analizar.

Decíamos hace poco que la Medicina Tradicional no es científica y lo podemos probar; los autores de esa terapéutica no tienen más base para aconsejar una sustancia, en un caso dado, que el hecho de que ha sido ministrada muchas veces en casos análogos y los enfermos han sanado: las ancianas, llamadas curanderas, no tienen otro guía para dar sus consejos. Si el procedimiento es científico y doctoral, entonces ellas también son doctoras y sabias, pero aunque fuera usado por el hombre más sabio del mundo, el procedimiento es empírico.

La ciencia no pretende llegar al conocimiento de lo absoluto, pero sí á ensanchar las bases de lo conocible, á fundar más y mejor los motivos de determinaciones prácticas.

Un niño ha visto poner piedras unas sobre otras, las amontona y á veces quedan amontonadas, si las leyes del equilibrio no han sido violadas, pero no sabe porqué quedan paradas, y sí sabe que habitualmente, así quedan en circunstancias análogas; allí está el curandero y el médico tradicional.

Un ingeniero científico, comienza por asegurar la base de sustentacion, por escoger el material, calculando su resistencia, su forma, su posicion, las causas capaces de perturbar el equilibrio, y construye la torre Eiffield ó el puente sobre la Mancha mediante los conocimientos científicos cada día más fecundos en resultados maravillosos.

El empirismo y la ciencia son bien distinguibles; en la ciencia cada precepto tiene fundamento y es demostrable; el empi-

rismo no se demuestra; se practica sin explicacion, contando sólo con el divino Acaso y la buena Fortuna, dos deidades en las cuales no debería confiarse nunca la vida ó la salud humana cuando se puede atender mejor.

Pero ¿cómo creer que el silencio del señor Catedrático de Terapeútica y el desdén de los escritores médicos ortodoxos sean debidos á que no más son empíricos? cuando los vemos dotados de títulos científicos, tan numerosos como dignos de estimacion, no lo quisiéramos y quedaríamos muy agradecidos á quien nos diera explicación más adecuada, á la alta estimación que profesamos, hacia tan ilustres compañeros profesionales.

Queremos creer mejor que están preparando sus armas, las están afilando; son artistas en el Arte de bien decir y quieren honrar á *La Medicina Científica*, con artículos dignos de su bien merecida reputacion, como escritores hábiles y elegantes: los esperamos con ansia, y cuando nos hayan confundido, demostrado nuestros errores, los reconoceremos sin sorpresa nuestra, porque es natural que estudiantes perpetuos como somos, sepamos menos que los maestros encumbrados; que *La Medicina Científica*, niña de apenas un año, sostenedora de una doctrina que todavía no cuenta veinte, no sea capaz de discutir victoriosamente con los Grandes Sacerdotes de la Medicina Tradicional, tan solemne y tan acostumbrada á vencer, con sólo enseñarse y sin necesidad de persuadir.

Pero entretanto, los jóvenes prácticos, que saben por oráculo oficial que los gránulos de Chanteaud son buenos, no saben cómo y cuándo se deben emplear; se les ha dicho que están bien preparados y dosificados, pero no para qué sirven, y es precisamente lo más importante, porque los gránulos han sido ideados para el Método y no el Método para los gránulos.

El profesor Burggraeve concibió la necesidad de tener armas de precisión para hacer terapéutica de precisión también; convencido por una larga, tanto como brillante práctica médica, de que la proporción y la exactitud, constituyen una de las necesidades más apremiantes para asegurar la utilidad del arte de curar y evitar su nocuidad, pensó en mandar preparar gránulos bien dosificados, bien solubles, capaces de obrar pronto y en la medida conveniente no más, pudiendo producir con ellos el efecto necesario sin pasarse más allá, limitándolos á la indicación.

Es lo que no sospechan algunos prácticos, quienes dan ahora el arseniato de estricnina, el yodoformo, como antes daban la masa azul ó las píldoras pacíficsa para tomar pocos en el día, y sin fijar reglas que guíen prudentemente en su administración y la limiten á lo debido. Aparentan saber más de lo que se puede en el estado actual de la ciencia, y decretan desde lo alto de su sabiduría, que el enfermo necesita cierto número de gránulos que fijan casi siempre inferior á lo realmente necesario, para sanar ó quedar curado, *secundum artem.*

En realidad tal ilusión es causa de que casi nunca alcanzan al efecto, pierden la oportunidad, y habiendo dejado al mal tomar incremento, no lo pueden dominar; declaran entonces y por cierto sin derecho que han hecho dosimetría y no les dió buen resultado. Olvidan ó ignoran que para hacer dosimetría es preciso: 1º Saber bien las indicaciones y llenarlas debidamente, lo que no se adivina, y requiere estudio no pequeño. 2º Llenarlas sin vacilar con los medicamentos, *hasta efecto*; de lo contrario se pierde la oportunidad en la lucha entre la naturaleza y la causa morbosa, y esta última, no combatida, triunfa con mengua del práctico y perjuicio del paciente.

Este es el punto de mayor divergencia entre la Medicina Científica y la Tradicional: ésta, así como las ancianas curanderas, tienen sus fórmulas antiguas, ideadas aún antes de que se pensara en la Alquimia, como la triaca, en la cual el médico confesando su absoluta ignorancia, introducía todo lo que podía encontrar, contando con que el Instinto Vital escogería lo que le pudiera convenir: dulce ilusión, capaz de descargar la conciencia del práctico y de ahorrarle todas las penalidades del estudio.

Pero hoy que sabemos que el Instinto Vital no es tan sabio y que al práctico le toca separar lo que le conviene de lo que le puede ser nocivo; la triaca no tiene adeptos sensatos; la química ha hecho ver que los extractos, que tanto siempre se consideraron como medicamentos bien definidos, son otros tantos triacas en los cuales se encuentran reunidos en proporciones variabilísimas, sustancias antagonistas que se nulifican ó perturban entre sí, dando lugar á efectos imprevistos, á tal grado, que haya extractos, que deberían ser calmantes y resultan excitantes, por lo complexo de su composición.

De allí resulta lógicamente la necesidad de separar tales elementos para darlos cuando convengan, sin sustancias antagonistas, y en proporciones debidas, exactamente calculadas. Y en esta vía pronto se llegó á ver, cómo á veces, cantidades mínimas,

aunque ponderables; de sustancia activa, bastan para conseguir un objeto propuesto, y de allí la realidad de una dositicacion, mínima, que permita, al dar los gránulos con prudencia, quedarse siempre en los límites de lo conveniente y oportuno.

Pero fundado ó infundado lo dicho, á las Autoridades Profesionales toca decidirlo y si continúan guardando desdeñoso silencio, nos permitirán creer que sea porque es el mejor argumento que puedan usar en contra del nuevo método, confesando con nosotros que es el mismo que emplean los seres privados de la facultad de expresar ideas, y los que no pueden tenerlas.

Preferimos creer, como lo decíamos hace un instante, que la discusion no está más que aplazada y que las columnas de *La Medicina Científica* pronto quedarán honradas por los argumentos que se están cincelando y puliendo en el Arte del bien decir.

Entretanto, á los jóvenes prácticos, deseosos de llevar alto y orgulloso el estandarte del arte de curar, aconsejamos para su honra y provecho, lean y estudien las obras de los profesores Burggraeve, D'Oliveira Castro, Laura, las interesantes observaciones de "El Repertorio Universal de Medicina Dosimétrica," de la "Revista de Madrid" y habrán cumplido con el deber del médico á quien corresponde estudiar y conocer todo lo que pueda ser útil, para el alivio, de quienes se confían en su ciencia.

Como durante su primer año de existencia, queda abierta *La Medicina Científica* para recibir las reflexiones, objeciones y observaciones de todos los prácticos, que quieran aprovechar su bien intencionada hospitalidad, lo mismo quedará abierta y recibirá con agradecimiento argumentos en pro y en contra del progreso, al cultivo del cual está dedicada mientras viva y prospere, como ahora.

FÉNÉLON.

La Dosimetría ante la Difteria.

Ya lo decíamos en nuestro número anterior: estamos en pleno período de parásitos, y no hay que extrañar por lo tanto que la Difteria se muestre también sometida al influjo de esos seres, tan pequeños de cuerpo, como imponentes en sus manifestaciones y poderosos en su acción.

Ellos entrañan la patogenia de tal enfermedad, como explican la del cólera y la fiebre tifoidea, la viruela, el sarampión, el carbunco, el algodoncillo y tantas otras, que sería, á la par que ocioso, difícil enumerar. Enfermedades todas infecciosas, su producción es frecuente; su invasión de ordinario rápida, su propagación en extremo fácil y sus consecuencias las más tristes y fatales que en la Patología pueden encontrarse.

Sin duda por esto, tales enfermedades hánse constituído desde los tiempos más remotos, pero en especial en los nuestros, en motivo fundamental de las pesquisas de todos los Médicos y Naturalistas, en derredor del cual han acumulado todos sus estudios y todas sus actividades, y á cuyo servicio hánse puesto todas las inteligencias, desde las más humildes á quienes sólo es permitido seguir y seguir con gran trabajo las huellas por los demás señaladas, hasta aquellas otras, que dotadas del poder de la inventiva que caracteriza á los Genios, desprecian de ordinario los caminos abiertos por sus predecesores, y se lanzan afanosos en busca de otros nuevos que hagan más pronta la consecución de su ideal, é impriman á la sociedad en que viven un rumbo hasta entonces desconocido, sobre el cual germine la idea de su inmortalidad.

Por esta causa, esas enfermedades sometidas al análisis de tantos sabios, al crisol de tantos criterios, á la comprobación de tantos sistemas y doctrinas médicas y á ideales tan diversos como encontrados, han debido resultar necesariamente como un algo informe y heterogéneo; un algo que no tiene esencia propia, sino que participa de todo; una mezcla difusa, poco menos que imposible de analizar, por la multiplicidad de elementos que la forman, una imagen científica, en fin, que participando de las bellezas de todos los sistemas, resulta, sin embargo, una cosa inexplicable, una concepción imaginativa, más que un producto de la razón, un verdadero Proteo, acomodable á todos los extremos, pero sin fondo propio ni estado definido.

Regístrese, si no, cada una de esas enfermedades, y hágase su monografía, y nuestro aserto quedará comprobado, al ver las interminables y contrarias evoluciones, porque desde su etiología hasta su tratamiento han pasado; evoluciones que siendo en su mayoría producto, no de la necesidad, sino del terminismo científico–filosófico de cada una de las épocas por que han atravesado, no han podido contribuir al perfeccionamiento del sugeto científico á que se referían, adquiriendo sólo por algún tiempo (el que se mantenía en vigor el sistema que trataba de explicarle) una

estabilidad y un carácter de certeza que prontamente se derrumbaba á la pujanza de otros sistemas, sin dejar fundamento alguno sólido, en la inteligencia del que con la severa crítica la examina, y sin apasionamiento ni idea preconcebida la contempla.

¿Por cuántos medios no se ha tratado de explicar la presencia de la fiebre tifoidea? ¿Porqué causa se desarrolla el veneno que la produce? ¿Es un producto simple de la acumulación y la miseria? ¿Son los fenómenos de putrefacción realizados sobre las deyecciones y restos orgánicos los que la producen? ¿Hay que hacer intervenirlo alguna causa telúrica? ¿Hemos de admitir como otros pretenden para explicar las épocas de su presentación, la celebérrima *generación alternante de los gérmenes?* ¿Hay que buscar la verdadera causa en las oscilaciones de la capa de agua subterránea? Y así podríamos ir aglomerando pregunta sobre pregunta, que abrirían cada vez más ancho campo á la duda y á la vacilación sobre uno de los puntos concretos entre los infinitos que en sí guarda, la fiebre tifoidea.

Y ¿qué diríamos de la Etiología y Tratamiento del cólera, donde todo se ha ensayado, que ha sido y es como la piedra de toque de todos los cuerpos que la Farmacología encierra? ¿Qué tratamiento definido hay para él, contando las modificaciones que sufrir pueda en virtud de las condiciones propias del sugeto en quien recae? ¿Es este cólera producto de un veneno especial, ó no es la enfermedad del Ganges, sino una modalidad no más de la fiebre malárica en general, igual en su etiología á la fiebre intermitente de la Holanda, á la fiebre amarilla de nuestras Antillas, á las fiebres continuas de las riberas del Amazonas y Mississipi, ó la peste de las orillas del Nilo?

Por todas partes las mismas dudas; el criterio individual juzgando en hechos que debieran estar definidos y juzgados; los mismos problemas con iguales datos, resueltos con diferencias enormes en su valor, en su parte formal y sustancial.

Pues bien; dentro de este grupo de enfermedades constantemente estudiadas y poco conocidas, está la difteria, esa enfermedad de la cual mucho sabemos, mucho es cierto, si á juzgar vamos por los trabajos á conocerla dirigidos, pero poco, si tratamos de aquilatar las verdades deducidas de esos trabajos, y la seguridad en los medios de combate de que el Médico dispone, dados á conocer por esos mismos trabajos realizados.

Dejemos, en efecto, á un lado todo lo que á su Etiología Patocronía, Semeiología, etc., se refiere, y hagamos sólo ligera parada en su tratamiento. ¿Y qué se encuentra en él de fijo y determinado? Nada; absolutamente nada, como no sea la necesidad imprescindible de atacar la enfermedad en sus manifestaciones, tanto generales como locales; esto es lo único en que todos los médicos coinciden; pero al partir de este principio á su realización, á la elección de aquellos medios, por los cuales podemos dejarle satisfecho, ya no hay criterio definido; ya cada uno obra y atiende sólo á su propia inspiración, ensalzaldo tal cuerpo medicamentoso, que aquel otro rechaza por ineficaz ó malo, ¡cómo si la eficacia de un medicamento pudiese variar con las opiniones particulares! ser bueno y malo á la vez, útil ó inútil, según el capricho de cada uno! De aquí esa lista interminable de cuerpos y preparados, puestos en juego para dominar la difteria; de aquí esa serie interminable de métodos de curación propuestos por cada autor, y de aquí.... esas perplejidades, esas vacilaciones, esa falta de seguridad en el tratamiento, que no bien toma una substancia con fe en su éxito, es arrojada lejos para ser reemplazada por otra que suele correr la misma suerte, hasta que el repertorio se recorre todo entero, y el enfermo se muere después de haber servido de objeto de ensayo de todos los métodos y de todos los cuerpes farmacológicos. Y aquel con el clorato potásico y el jugo del limón, y ese otro con el percloruro de tierro y las irrigaciones de ácido láctico; y éste con la cal y la esencia de menta piperita y el de más allá con el ácido bórico y el azufre; quién proclamando como medio salvador las cauterizaciones; quién contraindicándolas y atribuyendo á la irrigación tal eficacia, todos, en una palabra, creen estar en posesión del verdadero tratamiento salvador; y sin embargo, todos demuestran con esa diversidad, el caos que en el tratamiento de la difteria reina, y la falta de principios fijos en que nos hallamos para llegar, sino á su unificación, cosa siempre difícil sino imposible en Medicina, sí por lo menos á reducir el número de los propuestos, dando mayor fijación á los términos y más seguridad de éxito al Médico que en la enfermedad interviene.

Y he aquí uno de los principales beneficios que la Dosimetría ha reportado á la Medicina. La Dosimetría siempre sobria en el número de los medicamentos que emplea, revela en el tratamiento de las enfermedades infecciosas y en especial en la

Difteria su tendencia constante de llegar á esa unificación, sirviendo como base á las determinaciones terapéuticas del Médico dosímetra, no aquello accidental y mudable que en la enfermedad que nos ocupa puede presentarse, á las virtudes que cree encontrar en tal ó cual preparado, si no la única idea fija, el único principio fundamental que anteriormente hemos mencionado existe en la Difteria, á saber: que es una enfermedad infecciosa y que ésta infección generalizada es á la que el Médico debe atender con preferencia, como verdadera fuente del estado morboso, en sí y en conjunto considerado, y de todas aquellas manifestaciones locales que vienen á complicarla, pero que no son en último término sino fenómenos secundarios que desaparecen, combatiendo la causa primera que los produjo.

He aquí la única verdad que ha quedado como pobre residuo de tanta investigación y tanto trabajo; y la Dosimetría comprendiéndolo así, se retira de divagaciones terapéuticas más ó menos brillantes si, pero de ordinario inútiles, ofreciéndonos el único tratamiento racional y más conforme con esa verdad única.

Y á esa infección que se presenta á la consideración del Médico como factor primordial del cuadro sintomatológico que á su vista se desarrolla, opone y lo combate con el desinfectante y microbicida por excelencia, el SULFURO DE CALCIO que dado en dosis repetidas con frecuencia y hasta el efecto, se difunde por la trama íntima de los tejidos, matando el germen de la infección allí donde se encuentre, lo mismo sobre la erosión faríngea recubierta de membranas, que sobre la célula misma paralizada en sus funciones ó verificándolas con una languidez que determina el colapso del pobre diftérico. De este modo y sin vacilaciones, el Médico dosímetra redobla sus dosis ó acorta el espacio que entre las mismas existe, dando gránulo sobre gránulo cada quince minutos, hasta observar el desprendimiento del ácido sulfhídrico en el aire espirado del enfermo y la presencia de los fenómenos gástricos consecutivos, que le indican la saturación orgánica por este cuerpo y la desinfección consecutiva y deseada. He aquí la base de su tratamiento que afirma, levantando aquella organización y dándola fuerza para la lucha que sostiene, con un régimen tónico y una medicación, que representada en la *quinina*, el *arseniato de estricnina* y los tónicos amargos como la *quasina*, es la garantía más grande que nos hace confiar en un resultado lisonjero.

Por este medio cumple con las dos grandes indicaciones de la difteria; combatir la infección y sostener las fuerzas del enfermo para que pueda llegar á una crisis favorable. Este es el tratamiento uniforme de todos los dosímetras con ligerísimas variantes que no merecen mencionarse. En él la incertidumbre no cabe; el temor desaparece, los términos son más comprensibles; la simplificación sustituye al caos de los otros tratamientos, y operada esta revolución terapéutica, podrá, á no dudarlo, perecer el diftérico, pero mucho lleva adelantado con estar sometido á una medicación tan enérgica como inofensiva, impuesta no por la fantasía ó el capricho médico, sino por las únicas verdades deducidas de los trobajos realizados sobre esa enfermedad; como consecuencia lógica de los únicos principios reales que dominan ese cuadro patológico.

Así lo han comprendido también los médicos Alópatas, y hoy apenas si hay alguno que en presencia de un diftérico, no pida sus armas representadas en las substancias anteriormente mencionadas, pero especialmente en el SULFURO DE CALCIO á la Dosimetría, y de ello nos congratulamos nosotros los que confesamos ante el altar de la misma, sin que por eso la creamos infalible y exclusiva, y de ello no deben arrepentirse los que comulgan en otras escuelas y á la nuestra acuden hoy, porque *lo bueno debe tomarse allí donde se encuentre*, y mucho más cuando en esa elección va envuelta la salvación de nuestros semejantes.

(La Dosimetría Española.)

MEDICINA TRADICIONAL
Y
MEDICINA CIENTIFICA EN PARALELO
Ó DOSIMETRÍA EN ACCIÓN.

Llamado, el que suscribe, cerca de una familia en la cual la angina maligna había iniciado sus desastres, matando en pocas horas á un niño de corta edad, se encontró con un padre de familia, desesperado, porque dos médicos, dignos de toda confianza y estimación, después de ensayar lo que prescriben los autores clásicos, convencidos de insuficiencia, declararon que, así como había perecido el primer niño atacado, pronto había de fallecer el segundo, en el cual los accidentes eran efectivamente de los más alarmantes. Temperatura elevadísima, postración consiguiente, nada de tos,

voz apagada, deglución imposible, ó poco menos, pilares del velo del paladar hinchados dejando ver entre sí, masas pultáceas y percibir el mal olor que despedían.

Para la Ortodoxia había que recorrer cierto número de sustancias que acostumbran darse en tales circunstancias, y aunque ambos prácticos ninguna esperanza tenían de conseguir un éxito feliz, estaba escrito que así se atienden los casos en los cuales hay angina gangrenosa, y así se cumple, según la Escuela.

La calidad de tal afección maligna era la que había preocupado; no fijó la atención el estado general, que tanto importaba reponer. La idea microbiana hace que el médico piense antes que todo, en la destrucción del enemigo que manifiesta localmente su presencia; más oportuno, sin embargo, es preguntarse ¿porqué en ciertas personas, tal enemigo sale vencedor, mientras otras ni sienten sus ataques? y se llegará á creer que las vencidas, son las que se encuentran debilitadas local ó generalmente. Que los gérmenes de la difteria y de la difteria capaz de producir la gangrena, floten en el aire, es creible, pero entonces ¿cómo explicar que todos los sugetos que respiran el mismo ambiente, no caigan enfermos á la vez, si no es porque algunos pueden resistir á la acción maligna de los elementos diftéricos, mientras en otros, estos gérmenes malignos encuentran el terreno preparado para fijarse, y producir, todos sus fatales efectos?

Siendo así, para el dosímetra bien armado, resulta la indicación apremiante de levantar las fuerzas; al efecto tiene brucina, estricnina y quinina.

Las altas temperaturas, al producirse, causan mayor abatimiento de fuerzas, y no se producen, más que cuando el sistema regulador del calórico ha sido abatido, ó cuando menos, debilitado por alguna causa destructora.

Indicación dosimétrica neta es entonces dar los defervescentes asociados con los tónicos, veratrina, aconitina, *hasta efecto.*

Como lo decíamos hace poco, los prácticos que nos precedieron en la asistencia del paciente, habian prescrito lo clásico, variando frecuentemente la prescripción, como es natural, cuando no se ven efectos ni se esperan grandes ventajas de la medicina prescrita; sin duda habían agotado el repertorio oficial pues llegaron á ministrar gránulos dosimétricos de Chanteaud: sulfuro de calcio y yodoformo, pero en dosis insuficientes, porque todavía les tienen más temor que confianza, por falta de haberse cerciorado prácticamente de la eficacia cada día más evidente en las afecciones infecciosas del primero de estos agentes granulados.

Este fué conservado y dado en mayor cantidad á la dosis de 4 gránulos por hora, es decir, 96 al día. Veratrina, aconitina y brucina, se le asociaron, á razon de 2 por hora, mientras la temperatura no bajó á 38°; cuando llegó á este nivel, cerca del estado normal se suspendieron los defervescentes, pero cada vez que volvió á subir se volvieron á ministrar de nuevo.

En resumen, este niño, que prácticos estimables creyeron irremisiblemente perdido, quedó completamente curado en diez días, sin que le quedara lo que tan á menudo deja tras de sí la angina diftérítica extendida al velo y pilares del paladar, la parálisis de la faringe.

Una escarlatina confluente se había desarrollado y dió lugar á una descamación no común, por su abundancia, pero la secreción orinaria fué conservada sin alteración por los medios adecuados que nos ministra el método burggraeviano, para evitar el atascamiento renal.

El que ésto escribe, recuerda la ansiedad en que entraba cuando veía su responsabilidad empeñada en frente de casos tan alarmantes, buscando en los autores lo que se debía hacer para arrancar víctimas á la mortífera difteria, encontrando en sus libros los consejos más contradictorios; unos, ocupados no más de vencer al flogístico, aplicaban sanguijuelas; otros, agregando á la herida faríngea, heridas cutáneas con cauterios y vejigatorios; otros, postrando las fuerzas con los alterantes y agregando á la acción destructora de la difteria la del mercurio; otros, apelando al clorato de potasa sin recordar que las sales potásicas debilitan la fibra muscular, muy especialmente la del corazón; otros, encarnizándose sobre la lesión local con cauterizaciones tan temibles como el mal, haciendo el papel del médico muy análogo al del verdugo; otros, menos terribles al parecer, á fuerza de vomitivos querían hacer arrojar al elemento infeccioso, y agotaban la resistencia del sugeto. En ese caos de tratamientos capaces de obrar en el sentido destructor del mal, el práctico, deseoso de ser útil, no encontraba nada que satisfaciera su conciencia.

Hoy, lo acabamos de ver, nos debemos ocupar de reponer una organización que no ha sabido defenderse y sin ninguna violencia, podemos introducir en ella al agente antimiasmático, por excelencia, el ácido sulfhídrico, el cual se produce tan

luego como los líquidos estomacales, obran sobre los gránulos de sulfuro.

Se nos dirá que la Medicina Clásica emplea con éxito, á veces, al azufre en flor; pero ¿quién no concibe desde luego, cuánta mayor eficacia podrá tener el ácido sulfídrico gaseoso, producido en el estómago que el polvo insoluble, casi inatacable que se sopla ó se hace pasar por la faringe, en donde apenas queda adherida una parte mínima como un polvo inerte?

La Medicina Clásica se ve obligada á ocurrir á la defervescencia que YA VA ADMITIENDO como posible; pero usa para el efecto sustancias químicas complicadas y en proporciones peligrosas; por lo mismo, mucho menos apropiadas que los alcaloides granulados en dosis mínimas.

Como tónicos usa vinos, tinturas y extractos, en los cuales el alcohol ó el tanino muy á menudo impiden el efecto del agente que debería ser activo; ¡¡cuánto más segura y digna del arte es la aplicación granulada de los alcaloides, de las estricneas y de la quina en proporciones prudentes y condiciones capaces de evitar tardanza en su acción y acumulación en el organismo!!

Las anginas malignas, la difteria y la escarlatina anómala, han hecho muchas víctimas; en algunas familias han arrebatado en pocas horas, muchas de sus esperanzas ¿cómo no acudir á un método capaz de impedir semejantes desastres? Cuánto más honroso para el arte es decir: "*el mal es terrible, peligroso, pero no faltan armas para combatirlo,*" que constituirse en profeta de fatalidades y decir, fundado sobre una experiencia adquirida en medio de una práctica imperfecta; "*por más que se haga, este niño morirá.*"

FÉNÉLON.

CONSULTAS.

M.... Noviembre 24 de 1888.

Sr. Dr. Fernando Malanco.—México.—Muy distinguido compañero y fino amigo:

Ya que vd. se ha mostrado deferente para aconsejar el tratamiento que haya de seguirse en los casos que se le consulten, me permito suplicarle me imparta sus luces en el siguiente caso:

Acabo de cumplir en este mes, 38 años. Soy de temperamento bilioso-nervioso. Mi constitución es medianamente robusta, y para que vd. pueda indicarme con más acierto el tratamiento adecuado al caso de que se trata, daré á vd. algunos antecedentes. Mi padre murió á los 45 años, por consecuencia de una enfermedad del estómago. Mi madre alcanza hoy los 50 años en perfecto estado de salud. En mi niñez padecí, primeramente, el cólera (de pocos meses de edad); después un absceso en el saco lagrimal del ojo derecho, que se resolvió por medio de un tratamiento terapéutico; más tarde tuve dos tumorcitos (vulgarmente *nacidos*) en la cintura, del lado derecho; á continuación una ligera afección herpética en el codo izquierdo. Además, padecí mucho tiempo de ligeros infartos de las glándulas salivares. Al entrar á la pubertad, fuí atacado de erisipela en la pierna derecha, que me dejó varias cicatrices, y poco después una fiebre tifoidea; algunos años después tuve intermitentes, que me dejaron una afección esplénica (infarto), que de tiempo en tiempo se me recrudece, hasta la fecha, si bien cada vez es más lenta. En el desarrollo de la juventud he padecido dos veces gonorrea. La segunda se complicó con orquitis del testículo derecho. Esta curó, pero de cuando en cuando experimento retracción del cordon espermático. Las funciones genitales son normales, salvo la violenta eyaculación de semen en el acto de la cohabitación. Toda la vida he experimentado cierto orgasmo en la piel, por todo el cuerpo, con sensación como de picadas de pulgas, ó de roce de la ropa, que produce ligerísima cosquilla, y que me obliga á rascarme. Siempre he llevado una vida sedentaria dedicada al estudio y á la literatura. Mi carácter es inquieto y emprendedor. Las funciones digestivas y del vientre, normales. Mis hábitos, anteriormente algún tanto desarreglados, ahora por completo metódicos.

Hace siete meses comencé á sentir, en Guanajuato, prurito por todo el cuerpo, á la vez que salían indistintamente por varias partes, pequeñas ampollitas, que al reventar producían vivo escozor. Ahora siento circular la sangre como ardiendo y con ardor y escozor por encima de la piel; unas veces es en las piernas, otras, en la caja del cuerpo, y otras, por todas partes, especialmente en el escroto, en donde se forman ronchas.

He tomado Sedlitz Chanteaud, á dosis refrescante todas las mañanas, y en el día, cicutina y veratrina. Muy poco es el alivio que he experimentado, pero confieso que sólo he tomado un gránulo de cada uno dos veces al día, por pocos días, y los he suspendido.

Espero que vd. tendrá la bondad de aconsejarme lo que debo hacer, en la seguridad

de que seguiré fielmente su tratamiento, por el que le anticipo mis agradecimientos.

Quedo, como siempre, señor Doctor, de vd. afectísimo amigo y atento S. S.

DR. C.

P. S.—Durante el invierno, en los tres últimos años, he sido atacado de neuralgia en todo el trayecto del nervio isquiático; primero, en esa capital, y después en Guadalajara y Zacatecas. Ahora que entra el invierno todavía me siento bien.

De México á M.—Diciembre 1º de 1888.

Sr. Dr. C......

Muy estimable compañero:

El esbozo que vd. se sirve hacerme de su enfermedad, en sus principales perfiles dibuja, en mi concepto, claramente la *diátesis herpeto-hepática.* La piel de vd. no respira con perfecta libertad, y hay además, abundancia de colesterina, producto de combustiones incompletas, por atonía hepática; factores ambos, que quizá formen un vicio de nutrición único. No es de extrañar que de cuando en cuando, la retentención de sustancias escrementicias cause neuralgias, muy particularmente tratándose de diátesis que, como es sabido, dependen de los sistemas vascular y nervioso, sobre los que á menudo reobran.

Vamos al tratamiento:

No tengo que excusar á un médico, que las diátesis oponen reaciedad terrible á la terapéutica, pero que llegan á dominarse con la constancia en la aplicación de los remedios conducentes.

Sedlitz diaria ó al menos con frecuencia para derribar las sustancias escrementicias. —Veratrina un gránulo cada cuarto ó media hora (según la intensidad del síntoma), contra la comezón y el exema exudativo. —Baños sulfurosos ó sulfuro-alcalinos.— Alimentación frugal, sana y de digestión expedita.—Cinco gránulos de quasina con cada alimento: he aquí el método que le aconsejo seguir.

Soy de vd. con todo aprecio, respetuoso compañero y amigo que B. S. M.

FERNANDO MALANCO.

A., J. Noviembre 6 de 1888.

Sr. Dr. Fernando Malanco.—México.— Estimado señor compañero:

Voy á hacerle una consulta, no como compañero, sino como enfermo. Hace muchos años padezco una dispepsia manifestada por ruido de intestinos á la hora de la digestión, flatuosidades y dos ó tres heces blandas por la mañana; á veces no más por una ó dos, siendo la primera bien formada. Nunca tengo dolor al defecar, ni las haces están envueltas en moco ó en sangre; jamás son líquidas.

Antecedentes: buenos, no tengo ninguna diátesis ni hereditaria ni adquirida, no habiendo padecido hemorroides. Tengo de edad 37 años, buena constitución, algo deteriorada por la dispepsia, temperamento sanguíneo.

Entre las enfermedades que he padecido, le mencionaré como digna de llamar la atención, un cálculo vesical que tuve desde mi niñez hasta la edad de 22 años en que fuí operado por la talla, procedimiento bilateral. A consecuencia de dicha operación, me quedó una fístula vésico-rectal que aún conservo, y que vacilo mucho sea la causa de mi dispepsia, porque no tengo síntomas de rectitis.

Cansado de tanto tratamiento á que he estado sujeto en manos de mis compañeros los alópatas, sin resultado ninguno, y viendo las curaciones que la Dosimetría hace, no he vacilado en suplicarle á vd. me dé un método el cual seguiré fielmente, avisándole su resultado.

He pensado ya seriamente en irme á esa capital y hacerme operar dicha fístula, pero como los médicos que he consultado son de opinión que la fístula no es la causa de la dispepsia, me temo quedar lo mismo.

Sírvase vd. decirme qué otras obras buenas hay de Dosimetría á más de las anunciadas en el forro de las entregas de la *Medicina Científica*, para hacerme de ellas.

En espera de su ansiada contestación, me repito suyo affmo. compañero y S.

P. R.

Aumento.—Con poco que me exceda ó varíe de alimentación, me vienen indigestiones: necesitaría pesar los alimentos para estar bien.

R.

Otro aumento.—No queriendo perder tiempo en mi curación, le suplico que junto con su carta me remita las medicinas que me aconseje, cuyo envío puede hacérmelo por el correo, dándome aviso de sus gastos para cubrírselos.

Soy de vd. atento compañero y S.

P. R.

De México á A. J.

Diciembre 1º de 1888.

Sr. Dr. P. R......

Muy estimable señor compañero:

En momentos de marchar el correo anterior, recibí su carta, fecha 6 de Noviembre, que hoy me honro en contestar.

Tengo para mí, que las dispepsias son creadas y sostenidas, en su gran mayoría por alimentaciones inconvenientes bien por su clase, por su cantidad ó por la manera de tomarlas.

Dar á un estómago lo que por idiosincrasia particular no puede digerir ó digiere con dificultad, darle más de lo que puede elaborar hasta hacerle oneroso y fatigante lo que debiera serle soportable ó querido, ó darle alimentación buena pero en momentos en que no está en aptitud para aceptarla, he aquí en mi concepto los modos más frecuentes en que se procura y sustenta una dispepsia.

La leche y los lacticinios, las yerbas y las frutas de aroma y los dulces, son en general sustancias que hacen pagar muy caro su digestión; el que fatiga á su estómago con ellas cuando no cuenta con la vigorosa energía que requieren para digerirlas, no espere que después, y en otros alimentos, sustancias aún candorosas, sean bien aceptadas. Muchos saborean café con leche ó un vaso de leche, y en seguida no tienen hambre sino sólo el desfallecimiento propio de la postración gástrica y más adelante la indigestión intestinal consiguiente á la primera mal hecha elaboración.—Después de muchos actos semejantes se establece una dispepsia.

Otro, toma un desayuno, y luego un almuerzo, y luego una comida, y después una merienda y al postrer una cena; come todo esto porque siente el decaimiento que en el organismo ocasiona la fatiga del estómago, y que interpreta como hambre. Las digestiones se atumultan, se hacen imperfectas, el estómago desfallece y se postra, y la dispepsia llega.

Otro, come lo que debe, pero mientras está en la digestión, bebe, por ejemplo, ó introduce al estómago cualquier otra causa capaz de interrumpir la elaboración del alimento, que antes estaba verificándose; acude la sed morbosa y la satisface ó al menos trata de satisfacerla, podándola propiamente. Los alimentos que lleguen son ya recibidos por una entraña enfadada y se digieren mal; acuden nuevos alimentos y la situación empeora. Después de varios actos de este género, la dispepsia tremola su pabellón y se presenta victoriosa.

La clase de dispepsia, cuestión es secundaria; los alimentos y circunstancias en que se origina y la idiosincrasia del individuo, la hacen ácida, flatulenta, etc., pero la dispepsia quedó.

Por regla general, antes de tratar una dispepsia, el médico debe hacer al enfermo un interrogatorio preciso y circunstanciada de lo que come y bebe, de las horas en que se alimenta, de las disposiciones con que recibe el alimento, y de la impresión que en el organismo causa cada alimentación.

Que pocas veces se necesita medicinar á un paciente de dispepsia, cuando se ha llegado á penetrar la causa de su padecimiento. El estómago vuelve sobre sus pasos, suprimida la causa que lo molestaba y cuando más, algunas pildoritas de quasina ó alguna dosis de pepsina ó papaina, terminan el disgusto visceral y todo vuelve al orden. Al contrario, el que se propone comer, acatando el mismo vicio que lo enferma, ó no sana, ó hace que sus digestiones sean siempre claudicantes y azarosas, por mucha y buena y eficaz que sea la medicación que se le impone.

¿Qué origina en vd. la dispepsia? Cuénteme escrupulosamente su manera de alimentarse. Por de pronto y sólo teniendo en mira los casos más frecuentes, me atrevo á recomendarle el siguiente método:

Púrguese primero con un purgantito suave, Sedlitz Chanteaud ó Sedlitz común. Y después adopte la alimentación que paso á decirle.

Desayuno.—Una tasa té con canela y pan.

Comida.—Consomé (cocimiento fuerte de carne y huesos, con una hoja yerbabuena y sal).—Sopa en consomé, un huevo tibio (si su estómago normalmente lo recibe bien), un buen pedazo de rosbeaf, pan, el condimento (si alguno usa) que mejor le esté, y su bebida habitual (en dosis inferior á cuartillo y medio).

Cena.—O una tasa té con pan, ó si hubiere buena hambre, carne, pan y su bebida habitual.

Después del desayuno, nada, ni comido ni bebido, ni aún en calidad de medicina, hasta su comida; después de ésta, nada, ni comido ni bebido, hasta la cena; y tras de ésta, nada, ni comido ni bebido, hasta el desayuno del día siguiente.

Como medicina, una pildorita iniciando todos sus alimentos de las de esta fórmula que me pertenece.—Diastasa y papaina, de cada cosa un gramo; quasina cinco centígramos, y ácido láctico cuanto baste, para hacer veinte píldoras.

Esté método es severo pero eficaz; no he visto hasta hoy caso alguno en que no haya lesión visceral que lo resista; debe durar hasta que el estómago, habituado á estar sano, permita ir haciendo tales ó cuales ensayos que corroboren su perfecta salud.

Respecto de la fístula le diré; como regla general, las dispepsias orillan á los cálculos y pueden perpetuar las fístulas de la clase de las de vd. Creo que debe empezar por curarse de su padecimiento gástrico y hasta que esto sea operarse de la fístula por perito que sepa lo que trae entre manos.

Déme cuenta con el resultado de mis consejos y mande con absoluta confianza y libertad á su affmo. amigo S. y compañero que B. S. M.

FERNANDO MALANCO.

UN QUID PRO QUO.

Antes de anoche (9 de Septiembre de 1888), fuí llamado á ver en una botica á un muchacho envenenado con gotas amargas de Baumé: el paciente creyó tomar vino de peptona y, como había analogía entre los frascos y el color del contenido, se propinó ¡una cucharada de gotas amargas! Estuvo grave algunos momentos, pero un vomitivo de tártaro, algunos gránulos de hiosiamina y una lavativa fuertemente bromurada, pusieron fin á los accidentes convulsivos; el uso del tanino en gránulos y de agua de estigmas de maíz en abundancia para activar la secreción urinaria, acabaron de borrar el efecto del envenenamiento.

Es incuestionable que la Dosimetría expone menos á tales accidentes: son muchas las precauciones tomadas para prevenirlos: papeles de colores distintos, tubos conteniendo dosis que no sea letal, y prescripción siempre limitada á cantidades mínimas, que deben llegar paulatinamente á lo suficiente. Si hay error será siempre respecto de una cantidad corta, y por lo mismo fácil de remediar.

Si se produce envenenamiento es siempre sencillo, puesto que la sustancia tomada no es complicada, y el medicamento antagonista pronto puede aplicarse con precisión y éxito.

Dr. Fénelon.

CONTAGIO DE LA DIFTERIA.

(Membrana angina membranosa, difterítica, crup, propagada por los pavos.) —Skiatos, isla situada al Norte de la Grecia, es un país muy saludable. En ella existe una sola ciudad, que cuenta cincuenta años de existencia y 4,000 habitantes apenas.

El Dr. Bild, que ejerce allí su profesión desde hace treinta años, no había notado nunca un sólo caso de difteria.

De repente estalla esta enfermedad en Junio de 1884: siete niños fueron atacados al mismo tiempo, de los cuales sucumbieron cinco.

Poco á poco se fué extendiendo la enfermedad, y en el espacio de cinco meses se reconocieron 125 enfermos, pereciendo 36 de ellos.

Hoy esta enfermedad diftérica se ha hecho endémica en esa ciudad, haciendo de tiempo en tiempo alguna víctima, como sucede con todas las enfermedades contagiosas y epidémicas.

Pero ¿cuál ha sido el origen de este azote en la isla?

El Dr. Parlinis, que investigó los pormenores de esta epidemia, relata en su informe lo siguiente:

Le contaron que en un huerto existían doce pavos enfermos, y el dueño de ellos declaró que los había recibido veinte días antes por vapor de Salónica.

Dos de estos pavos llegaron enfermos y murieron tres días después de su arribo. Los restantes fueron enfermándose uno por uno. Murieron siete y salvaron tres.

Cuando los vió el doctor que da el informe, sólo quedaban dos enfermos: en el examen les encontró la garganta llena de membranas, y con todos los caracteres de la membrana que da á la gente. Para mayor prueba, uno de los animales tenía parálisis en las patas; sabido es que las parálisis son muy frecuentes y muy variadas en la difteria, como la parálisis de la garganta, de que se ahogan cuando toman algún líquido, porque quedando inerte el velo del paladar, el líquido tiene tendencia á pasar por la laringe, y un esfuerzo desagradable lo hace pasar por la nariz.

El doctor griego cree poder afirmar en conclusión:

1º Que existe entre los pavos una especie de difteria semejante á la difteria humana por sus síntomas, su evolución y su gravedad.

2º Que esa enfermedad es contagiosa para el hombre y puede trasmitirse por el aire.

En efecto, el huerto donde estaban los pavos enfermos se hallaba situado al Norte de la isla, bajo los vientos reinantes que, pasando por el huerto, soplan sobre la ciudad de Norte á Sur.

Estos hechos tienen un gran interés. En

otros tiempos he referido algo parecido, á propósito de difteria propagada por las gallinas, y la verdad es que se encuentra muchas veces la difteria en el campo, donde no hay más que cuatro ó cinco casas, bastante distantes una de otra, pero donde se crían pavos y gallinas en cantidad, que viven casi en comunidad con los habitantes.

Pocas veces he visto difteria en otras partes, y casi siempre los enfermos vivían en los cerros donde hay aves.

Recordaré que la difteria es una enfermedad especial muy distinta de la angina, que se encuentra tan frecuentemente en todas partes. La verdadera difteria era muy escasa, á lo menos en mi tiempo, y sólo se encontraba en los cerros.

Lo que digo, pues, viene en apoyo del informe del doctor griego. Todos los observadores no son de esta opinión: unos afirman que por lo general la difteria humana coexiste con una enfermedad semejante de los gallináceos, y otros dicen que la enfermedad de los gallináceos no es contagiosa para el hombre.

Sub judice, lis est.

Creo, sin embargo, que el higienista debe aprovecharse de todos los hechos, y tener presente que algunas veces se ha visto estallar la difteria humana conjuntamente con la difteria de las aves.

El caso de los pavos me parece casi patente; y en todo caso, nunca está demás tomar todas las precauciones contra una enfermedad que cada año, y en todas partes, hace tantas víctimas, á pesar del sinnúmero de medicamentos específicos, preconizados por la *reclame.*

Dr. A. Coignard.

LA VACUNA DEL CÓLERA ASIÁTICO

La Academia de Ciencias celebró ayer una sesión que hará época en los anales de la ciencia médica, y cuyo recuerdo conservarán eternamente los numerosos miembros que á ella asistieron, puesto que han sido los primeros que han adquirido el conocimiento de uno de los mas brillantes descubrimientos del siglo «La vacuna del cólera asiático.»

Mr. Janssen que presidía esta importante sesión, antes de dar la palabra á Mr. Pasteur, aprovechó la ocasión para rendir un homenaje de simpatía al ilustre maestro cuyos principios fecundos encuentran de día en día las aplicaciones más sorprendentes.

Mr. Pasteur tomó en seguida la palabra para comunicar á sus colegas la nota que le dirigió Mr. Nicolás Gamaleja, jefe del laboratorio de Odessa, cuya nota lleva por título:

«Sobre la vacuna preventiva del cólera asiático.»

El joven y sabio autor de ese trabajo, comienza por declarar que su método de profilaxia es una simple y fiel aplicación de los principios generales de Mr. Pasteur. Primeramente ha buscado la virulencia progresiva del virus colérico y la ha obtenido haciéndola pasar por el conejo que la ha hecho mortal para el pichón. Después de algunas trasmisiones en el pichón, adquirió tal virulencia, que la sangre del último pichón, inoculada á otros animales de la misma especie y á algunos conejos, les causó la muerte en menos de un día.

Se trataba en seguida de hacer de este virus una vacuna preventiva del cólera.

Mr. Galameja había observado ya por experiencia que el virus ordinario del cólera, inoculado dos veces en el pichón, lo precavía contra el virus virulento. Tuvo entonces la idea de cultivar este virus, pasándolo á un caldo que calentó á la temperatura de 128°. Esta calefacción tuvo por resultado esterilizar el caldo de cultivo y sustituir en él á las baccilas una sustancia muy activa que inoculada en fuerte dosis en el conejo, dió á éste la muerte en 24 horas.

El mismo resultado se obtuvo sobre el pichón, pero cuando Mr. Gamaleja sustituyó la inoculación única á alta dosis con una inoculación progresiva, los animales inoculados se encontraron indemnes contra la inoculación virulenta.

Nos encontramos, pues, en presencia de un verdadero método de vacuna preventiva, conforme al que Mr. Pasteur ha descubierto para la rabia.

El método de Mr. Gamaleja es ya de una eficacia constante en los animales y no es de dudarse que antes de poco tiempo sea de igual eficacia para el hombre.

Mr. Pasteur abriga la seguridad y ha anunciado, al terminar, que Mr. Gamaleja se propone venir á París á repetir sus experiencias ante los sabios franceses en su laboratorio de la calle de Ulm.

El sabio ruso se propone igualmente hacer el primer ensayo humano en su propia persona y visitar después los países contaminados, para combatir directamente el azote del cólera.

Mr. Pasteur solicitó que el trabajo del Sr. Gamaleja fuese enviado á la comisión del premio Brehant, que es de un valor de 200,000 francos.

La Academia suplicó á Mr. Pasteur que

contestase al joven sabio que aceptaba su oferta de venir á repetir sus experiencias en París, las que serían presenciadas por una comisión compuesta de todos los miembros de medicina y cirugía y de la cual formaría parte Mr. Pasteur.

(La France.)

MORTALIDAD EN MÉXICO.

Años.	Defunciones.
1869	7,447
1870	7,733
1871	7,640
1872	8,172
1873	6,961
1874	8,453
1875	9,217
1876	10,390
1877	12,242
1878	10,161
1879	10,223
1880	9,455
1881	9,705
1882	11,654
1883	12,301
1884	12,885
1885	13,189
1886	13,175
	181,003

Como no se tiene un censo exacto de la población de México, no podría asegurarse si el aumento alarmante progresivo de la mortalidad sea el que corresponde al aumento de sus habitantes; hásenos dicho que la ciudad cuenta ahora con 350,000, poco más ó poco menos. Partiendo de esta cifra, resulta que la mortalidad en México es mayor, comparativamente, que la de otros centros populosos.

La proporción anual de la mortalidad sobre 1,000 habitantes, es en

Francia	26. 1
Bélgica	23. 1
Inglaterra	27.
Suecia	26. 5
México (1869)	37. 1
México (1886)	37. 6

En Francia, sobre 350.000 habitantes, mueren al año 9,126, en México, sobre los mismos 350 000 mueren 13,172, esto es, 4,046 PERSONAS MÁS.

El resultado es más terrible si se compara la mortalidad de México con la de Bélgica. Allí, sobre 350,000 habitantes, mueren al año 8,073, y aquí fallecen 5,099 MÁS!

Casos que muestran la utilidad del Hipnotismo.

El Somnámbulo de Sainte.—Los periódicos de Saintes refieren un caso curiosísimo que acaba de verificarse en el cuartel de la Marina, donde se halla de guarnición un batallón del 3º de Infantería.

Es el de un joven soldado somnámbulo, que se ha debido mandar al hospital de Rochefort, y que probablemente será propuesto para la reforma.

En estado de somnambulismo, ese joven responde á todas las preguntas que se le hacen, prediciendo el porvenir, adivinando las cosas más secretas, viendo á lo lejos con una lucidez que raya en lo maravilloso.

He aquí tres ejemplos de los más notables:

Desde hacía meses dos soldados del batallón robaban el café del rancho, que vendían á una tercera persona por precio ínfimo; más de 100 kilos habían desaparecido así, y era muy difícil descubrir á los culpables; se interrogó al somnámbulo sobre ellos, y los denunció nombrándolos; negando uno de ellos toda culpabilidad, se consultó de nuevo al somnámbulo, que confirmó sus primeras declaraciones. El culpable se vió obligado entonces á confesar que el hecho era cierto.

Esta causa se instruye ya, y los dos soldados, en compañía del encubridor, su cómplice, serán juzgados en la próxima sesión del Tribunal de Sainte.

He aquí otro hecho:

Habiendo perdido una llave se le buscaba hacía tiempo sin poderla hallar. Se interrogó al somnámbulo, indicó uno de los rincones del cuartel; fueron allí y encontraron la llave.

He aquí otro hecho más sorprendente:

Estando en estado de somnambulismo, el soldado revelador declaró que un destacamento de su regimiento que había ido á Nueva Caledonia, llegó el 14 de Julio, y desembarcó á las siete de la mañana. Se telegrafió en el acto para estar seguros de la veracidad del somnámbulo. El destacamento había llegado en efecto á su destino el 14 de Julio y desembarcado á las 7 de la mañana.

El joven soldado de que hablamos, está, como hemos dicho, en tratamiento en el Hospital de Rochefort, y es de suponerse que el Dr. Bourrut, médico en jefe de la Marina, que se ocupa especialmente de hipnotismo y somnambulismo, no tardará en llamar la atención de los sabios sobre este caso extraordinario.

El hipnotismo.—De Paimboeuf llega la noticia de un hecho tan extraordinario co-

mo auténtico que ha hecho sensación en el departamento de la Loire Inferior (Francia).

Un español llamado Zamora ha hecho varios ensayos de hipnotismo ante el juez de instrucción de aquella localidad y varios otros magistrados. Habiendo afirmado que si se hallaba en contacto con un ladrón, y si éste pensaba un sólo instante en el objeto robado y en el lugar que lo había escondido, él descubriría dicho escondrijo: los Magistrados lo condujeron á la cárcel de Paimboeuf, haciéndole entrar en la celda de un individuo acusado de haber robado muchos miles de francos, y que negaba con energía su culpabilidad. Después de algunos segundos de contacto, Zamora salió de la celda, seguido de los Magistrados.

Se dirigió sin titubear hacia la estación del ferrocarril y se detuvo ante unas ruinas; arrancó una piedra, y los Magistrados se quedaron asombrados. ¡En el hueco de la pared encontraron la suma robada!

Accesos epilépticos curados por sugestión hipnótica.— El Dr. Trugillano publica la siguiente observación:

La enferma, de 40 años de edad, casada y de temperamento exageradamente nervioso, mal alimentada y de constitución débil, padecía desde la infancia frecuentes ataques epilépticos, de tal intensidad, que estuvo á punto varias veces de ser víctima del agua ó el fuego, por darle el acceso próxima al hogar ó en la orilla del rio.

Habiendo resultado ineficaces cuantos remedios terapéuticos se habían empleado, se decidió el Dr. Trugillano á recurrir al hipnotismo, consiguiendo hipnotizarla en dos minutos, llegando á conseguir el primer grado de somnambulismo, teniendo el contratiempo de que al despertarla se presentase un violento ataque convulsivo debido, según confesión de la enferma, al susto que la produjo en aquel momento el ver entrar á un hombre con un clavo en la mano que supuso ella, era para hacerla algún daño. Por la tarde del mismo día, se hipnotizó de nuevo á la enferma en un minuto escaso, haciéndola diversas sugestiones dirigidas al fin curativo, y asegurándola que al despertar se encontraría perfectamente, y que sus ataques no se reproducirían; y en efecto, al despertar no tuvo novedad alguna, manifestando que hacía mucho tiempo no había experimentado el bienestar que en aquel momento disfrutaba.

Continuando el tratamiento hipnótico sugestivo durante algunos días, esta mujer, no solo se ha visto libre de sus ataques, sino que aquella débil naturaleza parece como que se ha rejuvenecido. —*(Corr. Méd. Cast.)*

Tratamiento del alcoholismo.—En el Congreso 13º de los necrologistas y médicos alienistas del Sud-Oeste de la Alemania, celebrado en Fribourg el 10 de Junio del corriente año, M. el Dr. Forel de Zurich, ha preconizado para combatir el alcoholismo la supresión total del alcohol bajo todas sus formas, unido á la *sugestión hipnótica,* contando siempre con el auxilio que á la curación prestan las sociedades de abstinencia. De este modo sobre unos 6,000 miembros que cuenta la Sociedad de abstinencia suiza, más de 1,000 han sido completamente curados.

La supresión rápida del alcohol aún en los casos extremos en que el delirium tremens se ha presentado, no lleva consigo los peligros que generalmente se la atribuyen. Lo esencial, dice este autor, es reemplazar el alcohol por la alimentación, recurriendo hasta la sonda exofagiana en caso de necesidad. M. Forel suprime el alcohol en cuatro ó cinco días.

VARIEDADES.

Preparación de la narceina y *de la homonarceina.*—El Dr. W. Roser, ha dado á conocer la preparación de estos cuerpos, tratando los productos de la adición de la narcotina y de los cloruros, yoduros ó bromuros de methylo, por una legía cáustica diluída, y dejando la base ammonium as producida trasformarse en narceina ú homonarceina en calentando el líquido ó abandonándole á la temperatura ordinaria.

Ejemplos. Una solución acuosa del clorometbylato de narcotina (cloruro de methylo-narcotino-ammonium) tratado por una legía cáustica, suministra una combinación semi-sólida á la temperatura ordinaria, combinación que representa probablemente el hydróxydo de ammonium y que, abandonada á sí misma, se convierte en *narceina* según esta ecuación.

$$C^{22} H^{23} AzO^{7} CH^{3} OH + H^{2} O = C^{23} H_{29} AzO^{9}$$

Esta trasformación es más rápida cuando se calienta el líquido.

La *homonarceina* se obtiene de la misma manera, partiendo del cloro-ethylato de narcotina. Esta substancia se parece mucho por sus propiedades á su homóloga inferior; ella cristaliza en el agua donde es muy poco soluble, en pequeñas agujas incoloras y agrupadas simétricamente.

El mismo método permite obtener otros homólogos de la *narceina.*

Los microbios y los abscesos.— El profesor Verneuil ha hecho á la Academia de Ciencias una comunicación sobre los abscesos y los microbios, que creemos de bastante interés para darla á conocer á nuestros lectores. Dice así uno de sus puntos culminantes.

Se sabe hoy que lo que caracteriza al pus es el microbio que viene siendo la causa real de la supuración. El pus es tan pronto *monomicróbico,* es decir, que no presenta más que una sola especie de micro-organismo como *polimicróbico,* es decir, conteniendo á la vez, *micrococos, bacterias, vibriones,* etc.

Los microbios de los abscesos se pueden dividir en dos categorías: Primero, aquellos que se observan en las supuraciones superficiales ó profundas, y que son considerados como normales ó necesarios si no exclusivos de la supuracion, á saber: *micrococos, deplococos, streptococos, stafilococos,* etc., que son los microbios piógenos propiamente dichos; y segundo, aquellos que se encuentran casualmente en el pus y que existen en el organismo: microbios inconstantes heterotopos ó accidentalmente procoles.

Admitido esto, los abscesos deben clasificarse así: Primero, *abscesos simples* debidos á microbios piógenos normales, no conteniendo más que éstos. Segundo, *abscesos infecciosos* nacidos bajo la influencia de los microbios anormales ó piócoles accidentalmente piógenos, y conteniendo estos microbios piócoles, con todas las consecuencias de esta juxta posición microbionana. Es bajo una forma más precisa la antigua clasificación de los abscesos en *hidiopáticos* y *sintomáticos.*

Se conocen por lo menos 16 especies de abscesos: erisipelatosos, puerperales, piohémicos, septicémicos, sépticos ó gangrenosos, saprógenos, tifoideos, malaricos, urinosos, blenorrágicos, tetánicos, tuberculosos, leprosos, filáricos y de la actinomicosis. Añadiéndose á éstos cuando el microbio sea conocido, los abscesos rubeólicos, variólicos, sitilíticos, etc., etc.

Veneno útil.— El profesor Drysdale, de Rio Janeiro, ha descubierto que el veneno de la serpiente es un excelente remedio contra la fiebre tifoidea y perniciosa, suministrado en dosis de una gota en una solución acuosa, en la proporción de 1 por ciento.

El aliento humano. — Según Brown Sequard, el aliento humano es capaz de producir efectos venenosos. Del vapor acuoso condensado de la respiración de personas sanas, ha obtenido un líquido tan venenoso, que inyectado debajo de la piel de unos conejos, les produce la muerte instantánea. El líquido venenoso no es microbio sino un alcaloide. Los conejos murieron sin convulsiones, de la repentina paralización de la circulación sanguínea. Brown Sequard considera que el aliento humano, como el de los animales, contiene un principio venenoso volátil mucho más deletéreo que el ácido carbónico.

Alcaloides del aceite de bacalao. — Se han descubierto seis: *butylamina, amylamina, hexylamina, dihydrohitidina* (todos cuatro volátiles), *assellina* y *morrhuina* (fijas), más el ácido *gaduinico* que era á la vez ácido y base.

He aquí ahora sus principales caracteres y efectos fisiológicos:

Butylamina. Es un líquido incoloro, movible, muy alcalino, atrayendo el ácido carbónico del aire.

Las sales de esta base producen sobre los animales, una aceleración de las funciones de la piel y de los riñones; á dosis más fuertes, la fatiga, el estupor y los vómitos.

Amylamina. Forma la tercera parte de la totalidad de las bases extraídas del Aceite de Hígado de Bacalao. Es un líquido incoloro, fuertemente alcalino y de olor agradable; su clorhidrato forma bellos cristales delicuescentes de un gusto amargo muy agradable.

Esta base, por lo que es á su acción fisiológica se refiere, es de una actividad extrema. Cuatro miligramos de su clorhidrato han matado un pájaro en tres minutos. A pequeña dosis excita los actos reflejos y la secreción urinaria. A dosis elevada, un temblor general, después de convulsiones bien caracterizadas, y por fin, la muerte.

Hexylamina. Se encuentra al lado de la base precedente pero en mucha menos proporción. Los líquidos hirviendo hacia 101°, han dado la composición de una mezcla de moléculas iguales de hexylamina y amylamina.

Ejerce sobre los animales una acción semejante á la de la amylamina, con la diferencia de que es menos tóxica.

Dihydrohitidina. Líquido incoloro, un poco oleaginoso, como los anteriores, muy alcalino, muy cáustico, de un olor penetrante, pero agradable cuando está diluído; es poco soluble en el agua, sobre la cual ella flota bajo formas de gotas oleaginosas incoloras.

En su acción es poco venenosa. A pequeña dosis, disminuye la sensibilidad general; á dosis más altas, los animales son presa de temblores localizados en la cabeza. Después caen en una depresión profunda entrecortada por grandes períodos de excitación, y mueren paralizados de los miembros posteriores.

Peligro de comer anguilas.—En una comunicación hecha al *Regii Lincei* de Roma vemos que las anguilas tienen un veneno análogo al de la víbora.

Una que pese dos kilos, tiene en su sangre bastante cantidad de él para matar instantáneamente á 10 hombres.

La cocción le destruye en parte, y luego este veneno no tiene acción sobre las mucosas. Pero ¡desgraciado del que tenga erosiones en cualquier parte del tubo digestivo!

Fatiga visual.—Un doctor inglés que se ha ocupado mucho de la higiene de la vista, aconseja á las personas que tienen que escribir mucho, hacerlo en papel amarillo, y forrar su escritorio de este mismo color, para que descanse la vista; de este modo se evitan las moscas volantes, la congestión del ojo y otras molestias análogas.

Llevando á lo que dice el autor mi práctica particular, diré que en una ocasión en que tuve que escribir mucho durante la noche, me sirvió con muy buen resultado un vidrio verde que colocaba delante del quinqué de petróleo que alumbraba, y con esto conseguí el no cansarme la vista absolutamente nada.

CRÓNICA.

¿SERÁ VERDAD?

"El Correo" de Hermosillo refiere lo siguiente:

El viernes por la tarde, el Sr. Olea reclamó urgentemente los servicios de un médico de esta localidad, para asistir á la Sra. María R. Camargo, gravemente enferma.

Apersonado el médico en casa de la doliente, la encontró envenenada.

De las manifestaciones de aquella señora, resultó: que dos días antes fué á consultar con los llamados *helmintólogos*, quienes le dijeron que no tenía solitaria; *pero que tenía lombrices comunes*, y que pagando 5 pesos, además de los dos de la consulta, arrojaría las ascárides.

Así lo hizo con mucho sacrificio, por ser pobre la señora, y desde que tomó *los específicos* empezó á elaborarse la intoxicación, hasta llegar al estado de gravedad en que la halló el Doctor.

El sábado por la mañana volvió aquel acompañado de otro profesor en consulta oficiosa, quien confirmó el diagnóstico de su compañero.

Cuidado con los Medicastros.—En San Antonio Texas pasó lo siguiente, según refiere el *Monitor* de aquella localidad.

"La Sra. Noel, de 70 años de edad, y cuya residencia queda en la calle Center número 9, tiene una úlcera en la nariz. El sábado llamó á un doctor que dizque cura toda clase de enfermedades" y les dice á sus clientes que puede decirles la enfermedad que sufren, con sólo ver un rizo de cabello de la persona, sin verla personalmente. El doctor la dijo que tenía cáncer pero podía curarla. Le dió una mixtura que le causó muchísimo dolor y la alarmó de tal manera que llamó á otro doctor inmediatamente. Este fué el Dr. J. M. Hayes, quien encontró á la pobre señora en el borde de la muerte. Estaba delirando, las pupilas las tenía dilatadas, la garganta seca, la voz ronca, un continuo desasosiego, el pulso á 122 y en un estado que daba toda la evidencia de envenenamiento. El Dr. Hayes la examinó bien y dijo que estaba envenenada con belladona. Cuando hizo el descubrimiento le dió los antídotos que se aplican en estos casos y la enferma se recobró. El Dr. Hayes explicó el caso al Dr. Berry y ambos señores son de opinión, que la Sra. Noel estaba envenenada con belladona. Está ya recobrándose.

INDICE BIBLIOGRAFICO.

Anuario de Medicina y Cirugía.—Revista semestral dedicada al examen retrospectivo de todos los descubrimientos y adelantos prácticos en las ciencias médicas, tomado en parte del "Retrospect of medicine" del Dr. Braithwaite, completado con artículos de publicaciones de otros países, por los Dres. Reboles y Campos y García Molinas; ilustrado con 26 grabados intercalados en el texto.—SEGUNDA SERIE.—Tomo VI.—Julio á Diciembre de 1887.—Anuario internacional.

Obra de verdadero mérito, pues compila en pocas páginas todos los adelantamientos de la época á que se refiere.

Se vende en Madrid en la librería editorial de D. Carlos Bailly-Bailliére, Plaza de Santa Ana número 10.

Lecciones de Terapéutica, por Georges Hayem, traducidas por el Dr García Molinas.

LAS GRANDES MEDICACIONES.—Para recomendar esta obra basta sólo decir que trata de modo verdaderamente magistral estas tres importantísimas cuestiones de la Terapéutica: los principios generales, las medicaciones y los tratamientos.—Se vende en Madrid en la librería editorial de D. Carlos Bailly-Bailliére, Plaza de Santa Ana número 10.

Diccionario de Medicina y Cirugía, Farmacia, Veterinaria y Ciencias auxiliares, por E. Littré, Médico del Instituto de Francia. Obra que contiene la sinonimia griega, latina, alemana, inglesa, italiana y francesa, y el vocabulario de esas diversas lenguas, versión española de la décimaquinta edición francesa aumentada y puesta al corriente de los progresos de las ciencias médicas y biológicas y de la práctica diaria por los Dres. † J. Aguilar Lara, Profesor clínico y auxiliar de la Facultad de Medicina de Valencia, Director de "La Crónica Médica," etc., etc., y M. Carreras Sanchis, Profesor de Fisiología é Higiene en "El Fomento de las Artes" de Madrid, Redactor-Jefe de "El Diario Médico-Farmacéutico," etc., etc., y precedido de un prólogo del Dr. D. Amalio Gimeno Cabañas, Catedrático de Terapéutica. Con más 600 grabados intercalados en el texto.

El "Diccionario de Medicina, Cirugía, Farmacia, Veterinaria y Ciencias Auxiliares" de Littré, constará de dos gruesos tomos de tamaño casi folio, esmeradamente impresos en papel glaseado idéntico al del prospecto, con tipos nuevos, adquiridos exprofeso para esta obra.

Se publicará por cuadernos de 40 páginas, á dos columnas, iguales á las del prospecto por las cuales puede formarse una idea de los 600 ó más excelentes grabados que ilustrarán la obra y de la elegancia y claridad de los tipos que en su confección empleamos

Durante la publicación, el precio de cada cuaderno en toda España será el de UNA PESETA, repartiendo, por ahora, dos cada mes; más adelante, si lo desean los señores suscritores, aumentaremos el número de repartos para terminar la obra en el menor plazo posible. Concluida ésta se aumentará el precio.

Siendo bastante más completa de texto y grabados la presente edición que la francesa, no podemos precisar con exactitud su extensión; creemos, sin embargo, que no excederá de 40 á 50 cuadernos.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

AUTO OBSERVACION.

Dicen que Hahnemann experimentaba los medicamentos sobre sí mismo, y se puede alabar tal medio de estudiarlos: lo que debemos sentir son las conclusiones exageradas que sacó de su estudio cuando estableció, como principio y base de su nueva terapéutica, el hecho inexacto de que para que el medicamento cure, debe producir en el hombre sano, síntomas análogos á los de la enfermedad que va á combatir. Si fuera esto cierto, siendo que desde hace 78 años se han podido experimentar cada una de las materias utilizables en la curación de las enfermedades, estaríamos provistos de remedios para casi todos los padecimientos humanos, y la Homeopatía habría triunfado, lo que no ha sucedido.

Es inexacto que la quinina produzca fiebre paludeana, que el mercurio produzca sífilis: la quinina produce agotamiento en los vasomotores y determina flogosis en dosis exageradas sobre las mucosas que alcanza, pero estos fenómenos no tienen ninguna analogía con los que produce el impaludismo.

La gengivitis mercurial, las caries, el temblor, ninguno de los temblores producidos por la intoxicación hydrargírica tiene analogía con los accidentes sifilíticos, ¡y estas son las bases de la homeopatía!

El que esto suscribe, sintiéndose atacado en el curso de un coriza agudo, con una neuralgia aguda supraorbitaria, y teniendo que seguir en sus ocupaciones, tomó de un golpe 20 gránulos (0.01 centígramo) de Gelsemina, asociados con otros tantos de salicilato (0.20 centígramos) de quinina. A pocos instantes el dolor habia disminuído, y en unos cuantos minutos desaparecido; pero se producía á la vez un fenómeno digno de atención, era una sensación de adormecimiento completo, nunca percibido hasta entonces, en todo el tegumento de los dos labios, tanto en el cutáneo como en el mucoso, anestesia tal que daba la tentación de tocar con los dedos para saber si se habían volatilizado los labios, porque se había perdido completamente la conciencia de su existencia.

Esto demuestra cómo, sin pensarlo, sin fijar su atención, el ser, tiene á cada momento la noción de la presencia de sus elementos, puesto que tan luego como faltan, nota la desaparición de tal noción, y se inquieta, aunque no haya dolor.

La sorpresa del sugeto no iba sin alguna aprehensión de que la falta de influjo nervioso que se iba haciendo absoluta, trajera alguna extásis en la circulación y tal vez la gangrena de una parte ó de la totalidad de los labios; pero pensó que, aunque exagerada la cantidad de la gelsemina, no lo era tanto que no pudiera ser eliminada en pocos momentos; no podía atribuir el síntoma al salicilato por haberlo tomado muchas veces sin sentir nada análogo siquiera.

A pocos momentos, no pasarían cinco minutos, comenzó una salivación abundante en las glándulas salivares, la sensibilidad de la mucosa volvió rápidamente con una sensación agradable de frescura, y al cuarto de hora todo había cesado, sin que volviera á reproducirse el cruel dolor de clavo que en el sugeto en experiencia es hereditario.

La acción de la gelsemina fué bien definida: suprimir el dolor en los ramales del trifacial, adormeciendo muy especialmente sus ramificaciones más alejadas del centro cerebro-espinal.

Con tan interesante experimentación, queda evidente la necesidad de la precisión en la administración de agentes dotados con una acción tan bien definida que limite sus efectos precisamente á los elementos alterados. Se concibe que cierta cantidad de tal medicina sea necesaria para alcanzar el efecto, y á la vez, cuán imprudente sería darla en cantidad suficiente para pasar del efecto apetecido, llegando la supresión de la sensibilidad observada en las ramificaciones labiales al centro cerebro-espinal; natural sería observar un desequilibrio completo y peligrosísimo para la vida en su funcionamiento central; en efecto, en los casos de intoxicación por la gelsemina se han observado efectos muy

alarmantes en cuanto al funcionamiento del corazon.[1]

Empleando la tintura y los extractos, muy difícil sería indicar la cantidad ministrada y esta no sería siempre la cantidad absorbida además de que variaría en su eficacia, según la composición de los elementos con los cuales sería ministrada.

Si acudimos á los autores que se han ocupado del estudio de la acción del gelsemium, veremos cuán variables han sido los resultados de sus observaciones. Nos dicen: que contiene además de la gelsemina, de la cual acabamos de apreciar la utilidad, esculina, de efectos enteramente diferentes y ácido gelsémico, muy capaz de neutralizarla. Como es un hecho de observación que los principios elementales en las plantas, varían de un modo imposible de preveer según las condiciones en las cuales se producen, las épocas en que se cosechan y la manera de conservarlas, que por otra parte varían todavía más, según las preparaciones á las cuales se someten, se concibe lo inseguro que serán las antiguas preparaciones oficinales.

Hay más: Si es más científico emplear las sustancias bien aisladas y bien medidas, que mezcladas al acaso con los demás componentes de las plantas en las cuales se encuentran, lo es todavía más, una vez, que se tienen bien separadas y dosificadas, poderlas asociar con sustancias tambien definidas con exactitud y capaces de ayudar á su efecto á tal grado que permitan darlas en menores y más prudentes proporciones.

Es evidente, para quien practica con medicamentos bien definidos, la ventaja que hay en dar asociadas sustanscia sinrégicas, porque se suman sus efectos y, sin llegar con ninguna, á cantidades peligrosas, se obtiene el resultado apetecido.

En el caso presente, es muy admisible que el salicilato de quinina, sedante de la excitabilidad nerviosa, á la vez que tónico y antipaludeano, haya contribuido á la mayor eficacia de la gelsemina, puesto que su acción es sinérgica.

Tales asociaciones no se pueden hacer de antemano, porque evidentemente habrá casos en los cuales deberán variarse, según diferentes circunstancias del sugeto, ó de los síntomas; de allí un dato más para considerar á la práctica dosimétrica como más científica que la terapéutica en la cual se han introducido tantas medicinas de patente, hechas á la medida de todos y aplicadas por lo mismo por todos, sin mayor atención ni estudio.

Se ha reprochado á la Dosimetría que ponga en manos del vulgo medicamentos con su nombre verdadero, sin ningún disfraz, pero reflexiónese que, cuando el público sepa cómo las sustancias usadas en dosimetría son activas y deben aplicarse prudentemente, les tendrá mayor respeto, y para usarlas, acudirá á los consejos del médico.

Si bien es cierto que cualquiera puede manejar los medicamentos homeopáticos, sin más riesgo que el de perder á veces un tiempo precioso, no lo es menos que el que ministre gránulos dosimétricos sin conocer bien sus indicaciones, corre el peligro de causar grandes perjuicios, porque dichos medicamentos, lejos de ser inertes, como los homeopáticos, son activos, y por lo mismo que pueden hacer bien, si son empleados oportunamente, pueden hacer mal cuando no vienen al caso, ó no son dados en la proporción debida.

La idea de encontrar sustancias capaces de hacer el bien, sin ser nunca nocivas, en ninguna circunstancia, es absurda: todo tiene su utilidad cuando es oportuno y proporcionado, y todo puede ser nocivo cuando está desmedido y fuera de tiempo.

Creemos haber establecido con hechos y pruebas, que la Dosimetría emplea armas de precisión, que no basta emplear gránulos dosimétricos para ser dosímetra, muy al contrario, se necesita ser bastante médico para descubrir las indicaciones, medirlas con exactitud y proporcionar con la mayor prudencia los medicamentos á las necesidades de los pacientes; en consecuencia, el que maneja los gránulos dosimétricos, como se pueden manejar impunemente los homeopáticos, se expone á cometer homicidio por imprudencia el día que no dé lo conveniente ó no lo dé en la proporción prudente y debida.

FÉNÉLON.

(1) (Ver á Van Renterghem, D'Oliveira Castro, Secundino Laura.)

LA FIEBRE AMARILLA.

Instrucciones médicas y populares para la preservacion y el tratamiento, redactadas por una comision compuesta de los Dres. Gélineau, Grand y Goyard.[1]

INTRODUCCION.

En algunas regiones del globo, la fiebre amarilla es una calamidad pública. Especialmente en los países ecuatoriales de América, puede decirse que desde que los europeos han tomado posesión del terreno,

1 A la bondad del Dr. Goyard debemos este artículo,

la fiebre amarilla ha tomado posesión de los europeos.

Sin embargo, la Ciencia ha adquirido hoy riquezas con las que puede luchar victoriosamente contra el azote. Desde hace tres siglos los habitantes de los países contaminados han tenido tan frecuentemente que rechazar sus ataques, que han aprendido ya á conocerlo y se sabe hoy cómo evitarlo y cómo vencerlo.

La Higiene ha mostrado toda la importancia de sus recursos; nos ha enseñado cómo un mal tan terrible puede ser algunas veces desviado por la más ingeniosa de las emboscadas (la vacuna), como este mal que se ha podido creer misterioso, es prevenido con frecuencia por medio de precauciones fáciles y sencillas.

La Medicina, por su parte, nos ha traído desde algunos años há, nuevos agentes gracias á los que, nadie quedará nunca desarmado ante la enfermedad declarada.

Puesto que no se puede llegar todavía á agotar el origen mismo del mal, es preciso saber escapársele cuando nos ha hecho su presa, y declaramos aquí que es posible lograrlo mucho mejor, de lo que se cree generalmente.

En consecuencia, ni médicos ni enfermos deben abandonarse como se ha pretendido hacerlo ante un enemigo tan poderoso; todos de consuno deben luchar con energía y método. Ya pasó la época de los remedios empíricos, como el de la resignacion estóica; la terapéutica racional y activa es la que debe sobreponerse á todos.

Su eficacia está comprobada; los numerosos ejemplos referidos por los Drs. Pereira de Silva, José de Goës, etc...., manifiestan que los esfuerzos cuando son bien dirigidos traen resultados ciertos. Las reglas del tratamiento dosimétrico de la fiebre amarilla trazadas desde el año de 1874 por el profesor Burggraeve han recibido la brillante confirmacion de los hechos. El éxito obtenido ha sido el mismo que contra las demás piréxias; y este tratamiento de lá fiebre amarilla ha probado una vez más, que todas las enfermedades realzan igualmente los medicamentos vitales, esos incomparables agentes cuyo papel es ayudar las energías funcionales ahogadas en las atmósferas morbosas.

Es preciso entrar resueltamente en esta vía; los grandes auxiliares de la enfermedad son: la abdicación ante el mal y la inexperiencia al lado del remedio.

Que todos los que lean estas pequeñas instrucciones sepan bien que encierran el éxito para el médico y la salud para el enfermo! Que todas las personas de fe y buena voluntad las lean pues; que las mediten y las difundan á su derredor!

PRESERVACION.

Para preservarse de la fiebre amarilla así en las regiones donde es de temerse, como en el centro de un foco epidémico, se deben tomar cuatro precauciones que caracterizaremos así:

1º La limpieza de las vías digestivas;
2º La conservación de la fuerza nerviosa;
3º La vacunación;
4º Las disposiciones higiénicas;

I

Limpieza de las vías digestivas.

Las epidemias de fiebre amarilla son, lo más frecuentemente, repentinas y rápidas; nacen por el hecho de condiciones climatéricas y telúricas poco conocidas aún, y resultan también de la trasmisión y siembra del contagio. Además de esto, la intensidad del mal y su difusión, son favorecidas especialmente por ciertas perturbaciones orgánicas, propias á los habitantes de los países cálidos.

Una vez que ha nacido el miasma amarillo, es en el hígado y en el tubo digestivo, en donde encuentra su medio más favorable de cultura. El clima cálido, al congestionar el hígado y espesar las saburras del tubo digestivo, prepara el ingerto de este miasma. Así es que, conservar intacta la mucosa digestiva, es un medio casi seguro de impedir la proliferación. Este objeto se consigue por una prudente alimentación, una gran reserva en las solicitudes de la sed ó de los hábitos de intemperancia, por los amargos, los tónicos del tubo digestivo y en particular la estricnina.

Pero estos medios, por más útiles, ó aún indispensables que sean, son secundarios comparados con el importante oficio del sulfato de magnesia deshidratado. Esta sal, tomada diariamente á la dosis de una cucharada cafetera, realiza perfectamente el saneamiento interior.

Debería ser tomada por los emigrantes, sin interrupción, ó á lo menos, durante los primeros meses de su permanencia y más tarde, cada vez que se tema el más ligero embarazo gástrico. Nadie puede temer ni irritación ni superpurgación, por el hecho de tomarla diariamente; una cucharada cafetera es la dosis media y constituye el título real de la solución.

Esta deberá tomarse á la dosis máxima

de un vaso en una vez (medio vaso para los niños) y repetida, si hay lugar, en el trascurso del día. A cada uno le toca arreglarse; tiene á su alcance el medio de mantener el vientre libre y la lengua limpia.

Los productos exagerados de las combustiones orgánicas, que son el resultado de la no aclimatación al clima tórrido, son solicitados por la absorción del agua salina, hasta en la profundidad del hígado, que es el principal foco, y se eliminan con facilidad. Llegan así al gran albañal orgánico, á medida que se forman y son expulsados de la misma manera, á medida que salen de las glándulas.

Además, la sal tomada así, para lavar, calma la sed y regulariza el apetito de tal manera, que su utilidad es general en los países cálidos.

La propiedad tónica y refrescante de esta sal de magnesia, se debe á su purificación, es decir, á la eliminación de diversas sustancias, impuras y antifisiológicas que la ensucian en el estado bruto, es decir, tal cual se encuentra en el comercio.

La deshidratación vuelve á esta sal todas sus propiedades, que son en cierto modo alimenticias, como lo vemos con el cloruro de sodio ó sal de cocina, que constituye una de las principales bases de nuestra sangre.

No se puede, pues, temer ningún mal resultado de su uso diario; al contrario, á la continuidad de su acción se deben los mejores efectos.

II

Conservación de la fuerza nerviosa.

La fiebre amarilla es una enfermedad de los países cálidos, y casi exclusivamente de las regiones ecuatoriales del litoral Atlántico.

Los calores aún extremos de nuestros climas templados, no pueden darnos sino una muy débil idea de la depresión profunda que sufre el sistema nervioso en las zonas tórridas.

En quien no goza del aclimatamiento, esta depresión va hasta el aniquilamiento de toda facultad de pensar y moverse, y se extiende también á las funciones vegetativas. La invasión del contagio puede desde entonces hacerse, por decirlo así, sin obstáculo, porque la resistencia vital es la más segura barrera para su extensión mortífera.

En un foco infeccioso, todo individuo está, en efecto, más ó menos contaminado. Pues bien, todos los que no benefician la falta de afinidad por el virus, deben eliminarle á medida que se introduce en ellos, para escapar á los peligros de la acumulación y á la explosión de los accidentes. Es preciso, en consecuencia, que el sistema nervioso, principalmente el vegetativo, continúe presidiendo á los actos normales de secreción y combustión, para que el individuo encuentre su salvaguardia en la marcha regular de sus funciones. Además, se sabe que la depresión moral, que es con frecuencia efecto del relajamiento nervioso cerebro–espinal, es uno de los mejores auxiliares de las epidemias.

Así es que, un agente capaz de mantener, al menos hasta cierto punto, la tensión de la fibra nerviosa, debe ser en el caso de la mayor utilidad. El arseniato de estricnina es (la experiencia lo atestigua), el instrumento por excelencia de esta estenización orgánica. A él es, pues, al que conviene dirigirse para aumentar la resistencia vital. Y como en la práctica un medio tiene tanta mayor probabilidad de ser aceptado y aplicado, cuanto es más sencillo y cómodo, se ocurrirá á este solo medicamento tomado una vez al día, con la sal de magnesia.

Toda la profilaxia medicamentosa puede, pues, reasumirse en esto: Cada mañana tomar *una cucharada cafetera de Sedlitz deshidratado, en un vaso de agua fría.*

Y al mismo tiempo:

Cinco milígramos de arseniato de esniato de estricnina.

La dosis-media de estricnina puede distribuirse así, segun las edades:

Gránulos de á medio milígramo:

Un gránulo	....	de 2 á 5 años.
Dos „	.....	„ 5 á 10 „
Cinco „	......	„ 10 á 20 „

Gránulos de á medio centígramo:

Un gránulo (que equivale á diez de los anteriores) *para el adulto y el anciano.*

Del nacimiento á los dos años, se dará un gránulo de medio milígramo de brucina (la cual es un diminutivo de la estricnina.)

Nada es más fácil que practicar estos preceptos; los gránulos se conservan intactos indefinidamente; es inútil dejarlos deshacer en la boca ó mascarlos, por consiguiente, su sabor amargo no se percibe. Se les traga con la saliva nada más, ó ayudándose con un trago de agua.

Estas dosis pueden continuarse sin inconveniente todos los días mientras dura

la epidemia; no hay necesidad de disminuirlas sino en los casos idiosincrásicos que son raros, ó en los de una gran susceptibilidad nerviosa.

Se puede entonces dividir la dosis total en dos; es decir: tomar en la mañana cinco gránulos de á medio milígramo y cinco en la noche, ó bien tomar solamente una de estas dosis.

En todo caso es preferible dividir la dosis total que se quiere tomar en cierto número de tomas; por ejemplo en lugar de tomar un sólo gránulo de medio centígramo, tomar cinco veces de dos en dos horas, dos gránulos de medio milígramo: ó bien tomar diez veces, es decir, cada hora un gránulo de medio milígramo. Este es aún el verdadero método dosimétrico de administración; pero en la práctica popular, es necesario, antes que todo, que la medicación preventiva sea muy fácil y sencilla y por esto el gránulo único de medio centígramo debe recomendarse en la generalidad de los casos.

El médico deberá con frecuencia aumentar estas dosis, guiándose por los efectos fisiológicos por una parte, y por la otra, por la depresión de las fuerzas.

Con el fraccionamiento en medios milígramos, el médico no sólo puede ir muy lejos sino que debe llevar la administración cuotidiana de los gránulos hasta que consiga levantar la vitalidad normal.

En los países cálidos será muy ventajoso introducir estas dosis de estricnina en los hábitos diarios de cada individuo. Por este medio, muy práctico, no sólo el uso tan peligroso en estas regiones de los excitantes alcohólicos podía abandonarse, sino que se verá disminuir en el total de la población la morbidez y la mortalidad.

III

La vacuna.

El principio de la vacuna se deduce de una de esas observaciones populares que son la lección de los hechos; ha nacido el día en que se vió que las enfermedades infecciosas confieren por un primer ataque, una especie de inmunidad. De ahí vino la inoculación de la viruela, que se ha practicado desde hace siglos en el Oriente de Europa y en Asia.

Jenner ha vuelto más práctico el procedimiento y más inofensivo, sustituyendo á la inoculacion, la vacuna, es decir, el virus atenuado. Esta atenuación del virus se hace para la viruela de un modo enteramente fisiológico, en el organismo de la vaca. Los otros virus pueden atenuarse por procedimientos análogos y en la actualidad, esta es la mira de las entusiastas investigaciones de un gran número de sabios.

La atenuación del virus de la fiebre amarilla ha sido realizada por el Dr. Domingo Freire (de Rio Janeiro). Esta nueva vacuna se prepara conforme á reglas precisas, por el paso sucesivo del virus primitivo á través de los organismos de los cobayos ó de los conejos; después por culturas en la gelatina ó por una desecación parcial. Todo médico puede pues estar provisto de él en los dominios de la fiebre amarilla.

La inoculación de esta vacuna se hace por una simple y única inyección de algunas gotas del líquido preparado, y bajo la piel del brazo.

La inmunidad se obtiene por el mismo procedimiento que la naturaleza emplea y que ya hemos recordado.

Por lo que respecta en particular, á la fiebre amarilla, la observación diaria demuestra que un primer ataque de la enfermedad preserva de los siguientes, por débil que sea este ataque. Una calentura ligera, un malestar sencillo *de naturaleza realmente amarille* preservan de los ataques ulteriores de la enfermedad.

El virus atenuado produce este ataque muy ligero de fiebre amarilla; es un calosfrío, calor, malestar, que nunca causan peligro: estos malestares principian en lo general cuatro horas después de la vacunación y desaparecen á los tres ó cuatro días.

Esta vacuna se afirma, entonces, por fenómenos específicos, como la de Jenner; sólo que los signos de la impregnación amarilla tienen un carácter más benigno. Esta benignidad es por sí misma una razón nueva para que cada uno recurra siempre que haya lugar, á la vacuna amarilla, y no invalída su eficacia.

Esta ha quedado demostrada por los hechos siguientes que tomamos de las primeras estadísticas del Dr. Domingo Freire:

Vacunaciones en 1885......	3,051
" " 1886......	3,473
Total	6,524
Vacunados que han fallecido	8

Al lado de estas cifras, la mortalidad de los no vacunados en el mismo período, nos dará la medida de la eficacia de la vacuna.

Fallecimientos de no vacunados 1,667,

sobre una población total de cerca de...... 160,000 habitantes.

En consecuencia, la mortalidad para los vacunados, es de uno para mil, y para los no vacunados la de uno por ciento.

Si se atiende, además, á que los vacunados se contaban todos entre los más expuestos á los focos epidémicos, se convendrá en que la vacuna amarilla puede para lo sucesivo ocupar su puesto en la higiene profiláctica.

Los extranjeros y los recién llegados, son principalmente los que están expuestos á contraer la infección.

Por lo mismo, es muy importante para ellos vacunarse, ya antes de tocar los países contaminados, ó tan luego como estén instalados en tierra. Los habitantes, aún los que estén ya perfectamente aclimatados, desde que se vean expuestos á los temibles miasmas de la enfermedad, deben igualmente recurrir á este medio preventivo. Si las epidemias reaparecen en cortos períodos, lo mejor es revacunarse cada dos ó tres años.

Siempre, la inmunidad, como se ha visto, no es absoluta lo mismo con esta vacuna que con cualquiera otra. Por esto es esencial adoptar el uso de los medios farmacéuticos. Los que hemos indicado son más fisiológicos todavía que la vacunación, porque nadie escapa á sus efectos. Ellos aspiran á más alto que la profilaxia de *una* enfermedad, pues que tienden á mantener la integridad de todas las funciones; á consolidar la salud general y á aumentar las fuerzas.

IV

Disposiciones higiénicas.

Pureza del aire.—La pureza del aire es una de las condiciones más importantes que hay que realizar contra la propagación de la fiebre amarilla. En efecto, en su propia atmósfera es en donde la enfermedad toma más seguramente sus fuerzas: en el estado esporádico ella presenta una inocuidad relativa; no reviste todos sus caracteres de propagación y de violencia, sino por el hecho de la aglomeración humana, y sobre todo, por el de la aglomeración de los enfermos.

Esta es una verdad de la que deberían posesionarse firmemente las Administraciones y las Municipalidades, y sobre la cual deben fundar enérgicas medidas preventivas.

Sí, nunca será demasiado repetirlo, no sólo por la aglomeración se desarrolla el tifo amarillo, sino que también, una vez desarrollado, llega á ser tanto más mortífero, cuanto que cada enfermo y aún cada individuo está menos aislado. Así se ve que la enfermedad es más frecuente y más grave, en los buques, en los puertos de desembarque, en las aglomeraciones de emigrantes, y en fin, en las colonias penitenciarias recientemente trasportadas.

La pureza del aire aún podría tal vez constituir el principal medio preventivo contra la fiebre amarilla, si bastara señalar la necesidad de una condición económica para realizarla.

Es digno de una Administración inteligente saber hacer con anterioridad algunos sacrificios para evitar verdaderos desastres. Todo agrupamiento compacto de individuos en un foco amarillo, debe diseminarse en cuanto sea posible en barracas aisladas. A veces no se necesita más que alejarse algunos cientos de metros y particularmente abandonar las cercanías del litoral marítimo para ponerse al abrigo del miasma amarillo. Estos gastos de campamento disperso serían en suma, menos onerosos que la única sepultura de los cadáveres que se amontonaran desde luego en una multitud compacta de individuos, tal como pasa con los soldados, los emigrantes y los obreros de los puertos.

No recordaremos las demás medidas de salubridad pública que todos conocen y que, desgraciadamente, son más difíciles aún de realizar: sólo hemos querido llamar la atención sobre la utilidad de la dispersión de los grupos compactos: ella sería para los pueblos una carga menos pesada que las cuarentenas. Estas deben limitarse á una buena desinfección, porque si los gérmenes importados pueden muy bien desarrollarse, es muy dudoso que logren trasmitir directamente la enfermedad.

Clima.—Al lado de la muchedumbre indigente que apenas puede ser protegida por la inteligencia y abnegación de los magistrados comunales, hay gran número de individuos que gozan de comodidades en que encuentran una independencia relativa. Estos deben conocer las particularidades principales de la invasión epidémica para que puedan utilizar en su provecho personal la iniciativa de que disfrutan.

La fiebre amarilla sólo se desarrolla al contacto del suelo y especialmente de un litoral marítimo. Parece que la influencia maremática toma su origen en el seno de la corriente ecuatorial y que se completa y arma para la destrucción, al tocar la tierra. Por lo mismo, lo que se sabe es, que los focos, sin cesar renacientes de la fiebre ama-

rilla, todos están situados á la salida de las ramificaciones ecuatoriales del "Gulf-Stream."

El peligro de la infección va disminuyendo, á medida que se aleja uno del Ecuador. En cada localidad decrece también en proporción del abatimiento de calor de las estaciones. Hay que desconfiar de la invasión de la enfermedad en un período prolongado y no interrumpido de días calurosos. La misma inminencia hay en los períodos lluviosos de temperatura media.

El aclimatamiento desempeña un gran papel en la preservación de la enfermedad. Aunque en esto caben cuestiones de raza y de temperamento, puede creerse que se trata allí principalmente de una acomodación de las funciones del hígado y de la piel al clima tórrido. La sobreactividad de estos dos órganos es la que mantiene el equilibrio fisiológico en los países cálidos; ellos son los que presiden las combustiones y las eliminaciones nuevas, requeridas por el clima; de aquí viene la utilidad del lavado diario de las vías digestivas, de que hablábamos, por medio de la sal de magnesia deshidratada. A la par que este lavado interior, será bueno practicar el lavado exterior diariamente, por medio de afusiones generales, frías ó tibias.

Habitación.— Hay que advertir que la primera aparición de la enfermedad, en los países en que reina la fiebre amarilla, tiene lugar en el litoral marítimo. Debe uno, pues, aclimatarse á una distancia prudente de ese litoral, ó huirlo cuando la epidemia lo invada.

Aquí no es el terreno pantanoso, como para la fiebre palustre, la condición favorable al miasma y que el hombre debe evitar. Se ha observado con frecuencia que los estragos de la fiebre amarilla en una región, están en razón inversa de los de la malaria.

La altura es un excelente medio preventivo. Es cierto que se han visto enfermos atacados de fiebre amarilla en todas las alturas, pero en esos casos hay lugar á creer que la infección no ha sido primitiva sino simplemente importada. Desde que la altura llega á ser de algunos cientos de metros, debe ser considerada como una preciosa condición profiláctica.

Precauciones diversas.—Sólo citaremos aquí algunas precauciones que es conveniente reproducir en todo lugar.

Debe evitarse, en cuanto sea posible, exponerse á las emanaciones miasmáticas, en la noche y también en la mañana y en la tarde.

Es peligroso también exponerse al calor fuerte del medio día, á la humedad y á una fatiga excesiva. La alimentación será tónica. El agua destinada á beber, debe ser muy pura. Se usará del té ó café como confortantes. Si es necesario el agua para beber, se purificará por la ebullición.

Hay que evitar los excesos de toda clase, con más cuidado todavía que el régimen debilitante. Este es el escollo frecuente de los europeos que no están aún aclimatados. Ellos deben saber que, por lo que hace á las bebidas alcohólicas en particular, la cantidad acostumbrada y que les era conveniente en su país natal, es excesiva y peligrosa en su nueva patria tórrida.

Tal es el conjunto de precauciones que constituyen, por su reunión, la mejor profilaxia de la fiebre amarilla. Ellas obligan al mismo grado que la prudencia más vulgar, puesto que no exigen sino atención y buena voluntad. Hoy, gracias á los progresos obtenidos en la materia médica, las que pueden considerarse como las importantes, están al alcance de todos.

TRATAMIENTO POR EL MÉTODO DOSIMÉTRICO.

Como todas las enfermedades esencialmente febriles, la fiebre amarilla puede curarse y yugularse por el tratamiento dosimétrico. Aún en las formas más graves de la enfermedad, cuando los recursos de la medicina llamada clásica, son banales, los defervescentes dados sucesivamente, *coup sur coup*, pueden triunfar de la enfermedad.

Pero no será exagerado insistir en el método, es decir, en la firmeza y oportunidad con que se deben manejar los alcaloides, en este caso, más que en los demás, si se quiere obtener de ellos todo lo que pueden dar.

La fiebre amarilla es á la vez, una enfermedad maremática y un tipo; como el cólera, tiene este doble carácter y lo mismo que éste ha sido llamado "Tipo de Asia" aquella ha recibido el nombre de "Tipo de América."

Pero mientras que el cólera se distingue por la prolongacion del calosfrío inicial y la pequeñez y aún á veces la benignidad de la reacción febril, la fiebre amarilla, al contrario, apenas deja percibir el estado de frío y se manifiesta, por decirlo así en conjunto, en una formidable explosión febril y la adinamia que es la consecuencia.

PERÍODO DE REACCIÓN.

Hay que luchar, pues, con una efervescencia; y ¿cómo no atacar la enfermedad

con energía y confianza cuando se sabe que, precisamente, en esta forma morbosa es en donde el método dosimétrico recoge sus triunfos más brillantes? Lo importante es no dejarse desviar del objeto real por interpretaciones teóricas ó vanas hipótesis. Poco nos importa, en este momento, la patogenia, el origen miasmático, la proliferacion micróbica y la problemática antisepsia: la vitalidad está rendida, pronto va á agotarse y á ella debemos socorrer. Estamos en presencia de dos series de accidentes que amenazan la vida; debemos combatirlos por medios directos y positivos y trabajar hasta haberlos dominado. Por una parte hay que extinguir una calentura que consume todo, como un rápido incendio; y por la otra debemos amparar al tubo digestivo, que está hundido completamente por verdaderas olas de ardiente y envenenada lava.

Contra la calentura ministraremos, los defervescentes cada cuarto de hora: Sulfato de estricnina, veratrina, aconitina, digitalina, sulfato de quinina, un gránulo de cada una, los cinco juntos, mientras el estómago los soporte. Si hay basca trataremos de hacer pasar sólo la estricnina, digitalina y sulfato de quinina. Si el estómago nada tolera introduciremos los alcaloides por el recto, aumentando la dosis tanto más, cuanto que para descanso del enfermo se repiten con menos frecuencia. Si el recto nada retiene tampoco los medicamentos, disolveremos los gránulos en agua y los inyectaremos bajo la piel á intervalos y más ó menos aproximados según las circunstancias.

Al mismo tiempo se debe procurar disminuir los dolores que se sienten con especialidad al nivel de los riñones y de la región epigástrica. El medio más eficaz y que menos impide la marcha del tratamiento defervescente consiste en el empleo de la cocaina inyectada á menudo bajo la piel, cerca de los puntos dolorosos.

La temperatura y el conjunto de accidentes febriles sirven de guía para proseguir el tratamiento defervescente, detenerlo ó continuarlo hasta que la sedación se manifieste. Y si la lucha se prolonga, si es difícil conquistar el terreno, hay que ser prudente. Los alcaloides, aunque se continúen con perseverancia, no deben traspasar los límites de la tolerancia vital, es decir, no deben ser llevados al grado de agregar los accidentes de excitacion á los de la enfermedad. Aquí más que en una simple calentura, es preciso pensar en que la hiperexcitacion funcional es el origen de la postración de las fuerzas: y si no se puede obtener una defervescencia franca, ya es un buen éxito como primer resultado, el de evitar la adinamia.

Para favorecer el tratamiento y disminuir las molestias del enfermo, se añadirá cada dos horas fricciones generales de agua tibia ó fría, mezclada con vinagre ó aromatizada.

Los accidentes que se producen en el tubo digestivo, reclaman simultáneamente atenciones muy cuidadosas. La mucosa comienza á tapizarse de saburras á consecuencia de la congestión del hígado y de todas las vísceras abdominales. Poco después los productos de la fermentación amarilla desbordan en todas partes; la mucosa es el sitio de una corriente exosmótica abundante y especialmente las primeras vías están no sólo hinchadas de materias nauseabundas sino también hipostenizadas.— El lado más pernicioso de este accidente es el retardo que produce en la absorción, al grado de suspenderla del todo.

También aquí, hay que mantenerse en una línea de conducta determinada. El agente por excelencia, en el que se debe concentrar la esperanza, es el sulfato de magnesia deshidratado, es decir, puro. Esta sal alcalina en ligera solución en el agua, es desde luego un poderoso endosmótico, y volverá á la mucosa digestiva una parte de sus propiedades de absorción. Al mismo tiempo es un tónico del intestino que excitará ligeramente sus paredes y evacuará los productos morbosos, no por el fuetazo de una irritación violenta, sino sosteniendo los movimientos peristálticos normales. También habrá que ministrarlo, si es necesario, en lavativas.

De todas maneras, no bastará escoger el sulfato de magnesia y tomarlo convenientemente purificado por la deshidratación; al darlo en altas dosis, hay el peligro de perder todas las ventajas que acaban de enumerarse.— Esta sal debe tomarse dosimétricamente, en débil solución á dosis repetidas, de manera que se consiga la evacuación en justos límites.— Se llega así á desobstruir completamente y siempre conservando con cuidado las fuerzas y el reposo del enfermo.

PERÍODO ADINÁMICO.

Una fiebre amarilla atacada por estos medios desde su principio, no llega al periodo de adinamia.— Se tiene que luchar más ó menos tiempo contra las exacerbaciones de la calentura; la fatiga del enfermo puede ser excesiva; pero el proceso morboso retrocede.— Y la adinamia real es el

agotamiento de la resistencia vital y el campo abandonado enteramente á la enfermedad; es el abatimiento de la temperatura y de la presión sanguínea, á la par que continúa el miasma pululando y extiende su destructora obra en la sangre y en todos los órganos.

Si por una ú otra razón el enfermo llega á eso estado, á pesar de eso no debe perderse la esperanza; la perseverancia en los auxilios que son realmente útiles, puede hacer ganar las partidas más desesperadas. Se continuará dando la estricnina por la vía más favorable, con tanta más regularidad cuanto la incitabilidad orgánica es más débil y más fugaz. Se añade la quasina, cafeina, que puede ayudarla á obrar particularmente en el tubo digestivo.— El sulfato de quinina y la digitalina en pequeña cantidad llenarán por lo menos la indicación tónica, si la absorción no se ha suspendido del todo. Los difusibles como el alcohol y pequeñas dosis de éter, serán entonces de útil empleo á causa de su introducción más fácil á través de los tejidos y se administrarán poco á poco con prudencia, para estimular, no para causar la estupefacción. En fin, fricciones estimulantes en todo el cuerpo con rom, aguardiente alcanforado, aceites mezclados con esencias, pedazos de limón constituyen un medio muy práctico, útil, y por decirlo así, instintivo que encuentra su oportunidad *en este momento* y del cual se deberá sacar el mayor partido posible.

ALGIDEZ INICIAL.

Lo común es que no se tenga que curar el primer período, el de los calosfríos y algidez, porque es muy corto, y por decirlo así, inacible.

Pero no siempre es así; puede suceder que el enfermo esté acometido por calosfríos, fatiga, temblores, que la algidez se acentúe y se prolongue, y que el primer peligro que haya de tenerse sea la falta de reacción.

La pequeñez de este período tiene su significación; indica la naturaleza del ataque, la potencia inicial del elemento morbígeno. La duración media corresponde á los casos cuyo peligro será también de un término medio. Pero su prolongación es el más peligroso de todos los síntomas; entonces la adinamia puede sucederle directamente, con muy pocas esperanzas de levantar las fuerzas; ó también la enfermedad puede ser fulminante y la muerte sobrevenir en algunas horas.

De aquí se deducen diversas indicaciones.

Desde luego hay que pensar en que el tratamiento prematuro es aquí de una importancia de primer orden; se deberá, pues, obrar sin retardo si se puede intervenir antes del momento de la reacción febril.— Al principio, cuando el calor no está en la periferia del cuerpo, ya está adentro y se podrían desde luego dar todos los defervescentes. Sin embargo, por la muy poca absorción, deben temerse las acumulaciones medicamentosas y las intolerancias gástricas, que comprometerían la continuación del tratamiento; y se normará éste en las circunstancias, es decir, en el estado del enfermo y el pronóstico particular. — En todo caso, hay que hacer por lo menos tres cosas: administrar el sulfato de estricnina cada cuarto de hora; dar débiles soluciones de sal de Sedlitz deshidratado por la boca ó en lavativas y hacer una revulsión enérgica en toda la superficie cutánea. Para esto, se usan fricciones estimulantes, ya secas ó húmedas, y de preferencia, las excitaciones eléctricas.—Se recurrirá á las difusibles citadas más arriba.

Pero el sulfato de estricnina debe ser desde este momento la mira principal del médico, porque es la medicina por excelencia de los tres períodos, y debe darse en éste, no sólo contra el calosfrío y el calor interno, sino también para prevenir las demás fases de la enfermedad.

MÉTODO HIPODÉRMICO.

Si el ataque del mal es muy grave y el estómago tolera poco, desde al principio se harán inyecciones hipodérmicas de sulfato de estricnina. En caso de peligro inminente, se introduce directamente el medicamento en el sistema venoso. Si la reacción febril tarda en manifestarse y especialmente en los casos raros en que se tema que no se produzca, se asociará á la estricnina la hiosciamina, la cual combatirá el espasmo de los vasos y alejará el peligro de la prolongada algidez ó de la sideracion inmediata. Pero no se olvidará que la hiosciamina tiene que administrarse con precaución porque una vez que se ha establecido la defervescencia, el excedente de su acción llega á ser un obstáculo para yugular la enfermedad. Desde el principio, el arrojo no debe excluir la prudencia; al contrario; porque el camino que habrá que recorrer puede ser largo y los medicamentos obran con tanta más eficacia cuanto que se toleran mejor. Así, cuando se tenga que acudir á la introduccion de los medicamentos por la vía

hipodérmica, hay que precaverse con mucho cuidado de la exageracion de las dosis. La proporción de un medicamento relativamente al modo de introducción puede calcularse, aproximativamente, conforme á las siguientes cifras: lo que obra como *uno* para el estómago obra como *dos* por la vía hipodérmica y como *cuatro* por la introducción directa en las venas. Sin embargo, esta proporcion se refiere á las altas dosis; para el médico dosímetra debe modificarse, porque hay que tener cuenta de la dinamización dosimétrica que resulta de la repetición frecuente de las tomas. Así una dosis inyectada debajo de la piel, cada hora, por ejemplo, deberá ser apenas igual á la que se daría cada cuarto de hora por el estómago.

Se ha visto ya que el método dosimétrico nunca deja desarmado al médico ante un desorden morboso por rápido ó profundo que sea. Se puede y se debe obrar, siempre obrar. La condición que hay que llenar, antes que todo, es familiarizarse con el manejo de los alcaloides; sólo así se sabe adunar la decisión á la suavidad; y si el organismo abandonado á sus propios recursos, es con frecuencia impotente contra el terrible tifo de América, al menos el médico que lleva el socorro, sólo excepcionalmente es vencido.

Tal será el médico dosímetra, quien yugulará la fiebre amarilla como las demás pirexias que encuentra todos los días; tendrá más dificultades para vencer, pero no de una manera diferente.

Cuando no haya médico en los establecimientos aislados, ó bien en el centro de un foco epidémico demasiado extenso para que los médicos puedan atender á todas las necesidades, aconsejamos con instancia al padre de familia, al amo ó al amigo, que traten toda la enfermedad por este sencillo procedimiento: durante todo el tiempo que el enfermo esté bajo la influencia de la fiebre, hacerle tomar cada cuarto de hora, día y noche, un gránulo de medio milígramo de sulfato de estricnina. Ningún peligro hay que temer por este tratamiento, y hay fundamento para esperar que las curaciones puestas así, al alcance de todos, no serán raras.

Porqué es indispensable conocer el nuevo Método.

La necesidad de conocer al nuevo Método, está fundada en el deber de divulgar todo lo que pueda ser útil para el alivio de la humanidad doliente, y en el interés de los médicos que arriesgan su reputación y buen nombre, empleando medios que los que no quieren estudiar, declaran nocivos y peligrosos sin siquiera conocerlos. Pruebas en apoyo. Un niño murió de eclampsia, á la edad de 8 meses, á consecuencia de atrepsía; como hubiera tomado un gránulo de hyosciomina en 48 horas, los médicos-legistas se inclinaron á creer que esta sustancia *para ellos desconocida*, pudiera haber sido la causa de la muerte.

Afortunadamente en el Consejo Superior de Medicina legal, hubo un miembro á lo menos, que conociera la hyosciamina y supiera que se puede dar á niños de corta edad, sin imprudencia. En cuanto á los peritos médico legistas, autores del informe pedido por la autoridad judicial, se sorprendieron al ver lo que dicen, de sustancia tan desconocida, los autores de medicina dosimétrica, en cabeza de los cuales se considera al Dr. Van Renterghem.

Si no hubiera habido tales autoridades para su defensa, tal vez el práctico culpable de infidelidad hacia Santa Rutina, habría sido acusado de delito por imprudencia y condenado por su amor al progreso.

Poco tiempo ha, una señora, á consecuencia de una impresión moral violenta, cayó en síncope: se le ministraron inyecciones hypodérmicas de morfina y de estricnina, con las cuales no se pudo salvar, y algunos médicos de San Luis Potosí acusaron de su muerte á la Medicina...... ¡Dosimétrica! probando con tal acusación que ignoran que este método es opuesto á las inyecciones hipodérmicas; como su nombre lo indica, en la inyección hipodérmica se introduce de golpe una cantidad de medicamento exagerada, y es precisamente lo que prohibe la Dosimetría, la cual tiene por fin la introducción lenta, prudente, medida del agente curativo que quiere limitar á lo absolutamente necesario sin pasar más allá.

Si los médicos á quienes pareció oportuno acusar á la Dosimetría de maniobras contrarias á las indicaciones dosimétricas, conocieran siquiera á la Medicina hipodérmica, método nuevo, en el cual se usan las sustancias solubles por inyecciones, sabrían hacer la distinción entre ambos métodos, absolutamente distintos.

Si no hubieran precipitádose para acusar al método que no conocen, habrían pedido y hecho la autopsia de la persona muerta á consecuencia de una violenta impresión moral, y encontrado probablemente la lesión por la cual fué ocasionada.

la muerte. Pero les pareció más hábil achacar esta desgracia á quien no había tenido ningún participio en ella.

La Dosimetría estorba porque viene diciendo: "estudia de nuevo, estudia siempre," en lugar de: " descansa á la sombra de tus laureles, otros vienen tras de tí, que curan lo que no has sabido curar, y desde luego, si me oyes, si me conoces, si atiendes á mis indicaciones, podrás evitar la pérdida de seres que, sin ella, tendrás que llorar amargamente.

Cuánto más humano, prudente y hábil sería escucharla, que probar que ni se conoce ni se quiere conocer, cuando se le acusa de analogía con la homeopatía, ó se la confunde con la Medicina hipodérmica para hacerla responsable de las culpas de esta última.

FÉNÉLON.

BURGGRAEVE

DEFENDIENDO SU MÉTODO DELANTE DE LOS MÉDICOS.

(Véanse los números 11 y 12 del tom. I.)

Dr. Deneffe.—Acabais, M. Bourggraeve, de exponer en una reunión de estudiantes de Medicina y de Médicos, las bases fundamentales de la Dosimetría.

La palabra Dosimetría, expresa lo que quiere el nuevo Método, es decir, la justa apropiación del remedio al enfermo y á la enfermedad, ni más, ni menos, pero siempre según el voto y sentir de la Naturaleza. El orden natural como el orden social, no nesecitan de violentas sacudidas para sanar. Cuando este principio sea bien comprendido, habrá menos enfermedades y menos revoluciones.

La Medicina Dosimétrica, es no sólo un método médico sino una reforma farmacéutica; á los ojos de cualquier hombre despreocupado, la necesidad de esta reforma es evidente. Hace largo tiempo que los pobres pacientes se quejan y no sin razón de nuestras drogas nauseabundas y de nuestros jarabes asquerosos.

Todos hemos podido comprobar con qué repugnancia ciertas naturalezas aceptan nuestros remedios, y la imposibilidad en la que frecuentemente nos encontramos de medicamentar á los niños; para muchos enfermos el remedio viene á añadirse á las penas de la enfermedad. El éxito de la Homeopatía en las altas clases sociales, depende en gran parte de su medicación tan simple, tan fácil, pero añadiremos tan ilusoria. En diversas ocasiones, la Medicina Alopática se ha esforzado en ocultar bajo envueltas gelatinosas el mal sabor de sus medicamentos, pero no todos se prestan á esta envoltura de que los estómagos delicados se incomodan. Esta tentativa que ni supo generalizarse ni establecerse seriamente, prueba, que no sois el único M. Bourggraeve, en haberse apercibido de la forma desagradable bajo la cual empleamos nuestros remedios. Si la repugnancia que inspiran los medicamentos no constituye para algunas personas más que una cuestión de disgusto, no sucede lo mismo con esa otra acusación que habeis lanzado y que ataca el corazón de nuestro sistema terapéutico: la incertidumbre en la que nos encontramos generalmente sobre la acción de nuestros remedios por la dosis que en un tiempo dado ingiere el enfermo, y los efectos que van á producirse. Me explicaré:

El reino vegetal entrega á la Terapéutica sus armas más poderosas; pero según su frescura ó antigüedad, el lugar y tiempo en que se les cosecha y el modo de preparación á que se les somete, las plantas dan productos diferentes en cantidad, en calidad y en energía. Las infusiones, cocimientos, extractos, tinturas etéreas ó alcohólicas que encierran los principios activos de los *simples* (jamás palabra alguna fué más mal elegida, pues que las plantas son compuestos muy complexos) tendrán entonces una potencia distinta y producirán, á pesar del médico, efectos muy diferentes y con frecuencia peligrosos.

Dije que el práctico ignora la dosis de principio activo ingerido por el enfermo en un tiempo dado. En efecto, que el medicamento sea administrado por gotas ó cucharadas, cada gota ó cucharada encierra una cantidad variable de remedio. "Parecerse como dos gotas de agua" es un adagio más popular que cierto; nada hay qué bajo la relación de volumen semeje menos á una gota de agua que otra gota de agua; las gotas de un mismo líquido varían según la forma de la botella, su tamaño, la forma de su cuello y de su borde, la cantidad de líquido contenido en la botella y la rapidez con la que se dejan correr las gotas.

Veinte gotas vertidas en las condiciones variables que acabo de indicar, dan un peso que oscila entre un gramo, setenta y cinco centígramos y tres gramos cuarenta centígramos; es decir, que en condiciones dadas, el enfermo toma tres veses más medicamento, que su médico tuvo intención de administrarle. Si se da el remedio por cucharadas, otra incertidumbre; á veces el principio activo se encuentra precipitado

por su peso al fondo de la botella; á veces al contrario, sobrenada sobre el líquido que le sirve de vehículo, otras veces, en fin; es completamente destruído por fermentación ó descomposicion directa; sería necesario para estar seguro del resultado, que el contenido de la botella fuese renovado día á día y que la mezcla estuviera en tales condiciones que no contuviese principios incompatibles; pero es esto imposible tratándose de preparaciones complejas ó polifarmacas. En fin la capacidad de la cuchara no es siempre la misma.

Dije que existe á veces incertidumbre en el espíritu del médico sobre el efecto que va á producir el remedio administrado y esto depende en gran parte de la complexidad de los agentes empleados en Alopatía; un gran número de sustancias encierran principios múltiples cuyos efectos se contrarían mutuamente; así para tomar un ejemplo notable citaré el opio cuyo uso es diario. El opio es una sustancia complexa; diferentes principios de una rara actividad lo constituyen y lejos de obrar con un fin común, estos principios producen efectos opuestos; mientras que los unos calman los otros convulsivan. Y lo que es cierto para el opio, lo es igualmente para una multitud de sustancias cuya complexidad trae resultados que el práctico ni espera ni busca.

Nuestra reforma reposa sobre las bases más racionales. La Medicina Dosimétrica no emplea sino los principios activos de los medicamentos; no tiene otros agentes que los alcaloides, las sales y todos los productos de que la Química nos ha dotado desde hace algunos años. No usando sino principios fijos, constantes y químicamente puros, el práctico no tiene incertidumbre alguna sobre el poder del medicamento que administra, mientras que una multitud de circunstancias imprimen una energía variable á las infusiones, cocimientos, extractos y tinturas. Los medicamentos dosimétricos quedan siempre inalterables; con ellos no hay efectos complexos que turben la marcha de la medicación, no hay antagonismos de acción que desorienten al práctico, todo está previsto y netamente definido. Los medicamentos dosimétricos se administran bajo forma de pequeños gránulos, cuya ingestión es de las más fáciles; una ligera capa de azúcar los cubre y preserva á la boca del mal sabor de los medicamentos. ¡Qué contraste con las píldoras masivas y los bolos de la antigua farmacia. Las personas más delicadas toman sin repugnancia estos gránulos, que por su pequeño volumen, pueden hasta burlar la más desconfiada atención de los niños.

Cada gránulo encierra una cantidad bien definida del medicamento; el médico sabe siempre qué dosis de principio activo ingiere su enfermo en un tiempo dado. Así administrado el medicamento jamás fatiga al estómago, como lo hacen las masas complexas en las que el principio activo se pierde. Los medicamentos dosimétricos no son rellenadores, no exigen preparación ni manipulación por parte del médico, y son llamados á prestar servicio inmenso á la Medicina militar y naval, y á los que practican en el campo.

La Medicina dosimétrica atravesó ya la faz de la Experimentación; no es una recién llegada, porque desde hace muchos años, gran número de prácticos han hecho de ella aplicaciones.

Dr. Félix Daumas.—La sección de Química y Farmacia del Instituto del Mediodía, presentó en sesión general, un informe sobre la medicina Dosimétrica. El profesor Barascud, evidenció lo que vuestro Método tiene de nuevo, de ingenioso, de útil, y á su propuesta el título de *Miembro correspondiente* os ha sido discernido por unanimidad.

Dr. Burggraeve.—Recibí vuestro oficio de 7 de Junio, haciéndome saber el nombramiento de miembro del Instituto del Mediodía. Tal afiliación en uno de los cuerpos sabios más distinguidos de Francia, me llena de satisfacción y obliga mi reconocimiento.

Hace más de 50 años que lucho por el progreso; á vd. toca conceptuar las dificultades y los obstáculos que habré encontrado en mi camino. Estas dificultades, estos obstáculos se levantaban ayer aún contra mí, como insuperables; vuestra carta ha venido á darme valor.

No es á mi edad que se marcha por sugestiones del amor propio; la idea de haber encontrado apoyo y simpatía en un Cuerpo científico tan altamente colocado y tan tradicional (porque Montpellier fué una de las cunas de la Medicina), esta idea, dije, me da fuerza nueva para las luchas que aún tendré que sostener contra aquellos que en ciencia no admiten más que la inmovilidad. El sol no está fijo sino para permitir circular al derredor de él; del mismo modo el progreso es una cuestión de gravitación: que la ciencia se pare un instante y caerá en el vacío.

(Continuará.)

OBJECION Y RESPUESTA.

N., á 24 de Noviembre de 1888.

Sr. D. Julio Labadie.
México.

Muy señor mio:

....

Tengo el sentimiento de decir á vd. que exceptuando el Sedlitz, las demás medicinas que me mandó, ó son falsas ó viejas, porque aplicadas con toda escrupulosidad y sujeción á la Terapéutica y Clínica Dosimétrica, á una enferma de diarrea, no sólo no prudujeron el efecto que prescribe el tratamiento expresado, sino que llegó el caso en que la enferma arrojara los gránulos, tal cual los tomó, perdiendo así la fe que antes me inspiraron sus medicinas, al leer sus anuncios.

....

Soy de vd. affmo. amigo y atento y S. S.

J. P. G.

Reflexiones.—Para ser buenos los gránulos, tienen que ser solubles y es fácil saber si lo son con echar unos en agua, se ve con qué prontitud desaparecen. Pero si esos mismos gránulos se envuelven en moco estomacal ó intestinal, quedarán así envueltos en el agua mientras no se haya disuelto la envoltura, pudiendo atravesar así todo el conducto digestivo y salir sin haber variado de aspecto, forma ni peso, es decir, sin haber tenido efecto posible.

Pero de esto quien tiene la culpa no es el fabricante, es el práctico, que no cuidó antes de dar el gránulo, de que el tubo digestivo estuviera preparado para aprovecharlo, despertando primero su actividad secretante y limpiándolo de las sustancias albuminoides insolubles que suelen acumularse en él, cuando sus secreciones son escasas, ácidas é imperfectas.

Así como no hay cazador que tenga perro capaz de tirar con la escopeta, recoger al pájaro y guisarlo, no hay fabricante de gránulos que los haga capaces de disolverse en donde falta el disolvente.

FÉNÉLON.

CORRESPONDENCIA.

Del Saltillo á México.
Noviembre 13 de 1888.

Sr. Dr. D. Fernando Malanco.

Respetable compañero:

....

El Método Dosimétrico va extendiéndose con mucha rapidez por estos contornos, y no puede ser de otra manera cuando las dudas de algunos médicos, al recurrir á esa escuela, con los hechos han venido á convencerse; nada de vacilación en su aplicación, en todas las enfermedades su eficacia y seguridad precisa en sus efectos van á hacer el Método universal en la Medicina. De esta población han comenzado á hacer pedidos á la casa del Sr. Labadie, comenzando hasta ahora á fijarse los demás compañeros en sus aplicaciones en todos los casos y quedando sorprendidos de sus efectos tan rápidos como benéficos; así es que lo felicito por ser uno de sus principales apóstoles, recibiendo este gran bien la Humanidad.

Quedo de vd. como siempre su affmo. compañero.

JESÚS Mª. GIL.

San Luis Potosí, Noviembre 13 de 1888.

Sr. Dr. Fernando Malanco.
México.

Estimable señor compañero:

....

El método dosimétrico que vdes. procuran extender, me es muy simpático, tanto más, cuanto que en ciertas enfermedades crónicas en que he sido consultado, como reciente en la Medicina, me ha dado magníficos resultados. En vista de esto, me he suscrito á la *Revista de Medicina Dosimétrica* del Sr. Dr. Baldomero González Valledor y comprado algunas obras, tales como la Terapéutica y clínica del Dr. Oliveira Castro y el Libro de Oro de Burggraeve. Para las salidas á poblaciones donde no hay boticas, el estuche dosimétrico es, por decirlo así, el que hace al médico y llena un gran vacío que de otra manera fuera muy difícil subsanar.

....

Con este motivo tengo el honor de ofrecerme á las órdenes de vd. como su atento S. S.

DR. DOROTEO F. LEDESMA.

VARIEDADES.

Sueños proféticos.—Grande argumento en favor de los sueños proféticos suministra sangriento suceso que pasó el 23 del pasado en la vecina ciudad de Brooklyn.

La Srita. Luisa Magnus soñó el sábado que su hermana Edith era asesinada por su marido el joven Henry D. Schoomacher el cual después se suicidaba. A la mañana siguiente contó el caso á su madre, y no pudiendo resistir la honda impresión, el vehemente presentimiento que el sueño la produjera, dirigió un mensaje á los padres del joven Schoomacher para que en el acto salieran para la residencia de éste, calle de Bond 69.

Hiciéronlo así los ancianos y al llegar á la puerta de las habitaciones de sus hijos, la hallaron cerrada. Un robusto policía la echó abajo, y al penetrar en la alcoba de los jóvenes esposos un terrible espectáculo hirió sus ojos. Pálidos, lívidos, yacían ambos sobre la cama en ensangrentadas sábanas. El marido estaba muerto; su mano derecha, extendida sobre su compañera, y en la izquierda empuñaba un revólver del cual habían sido disparados cuatro tiros. Su joven y bella esposa, viva aún, aunque inconsciente, mostraba dos heridas en la frente por la que se le escapaba lentamente la sangre y la vida.

Trasladada al Hospital del Colegio de Long Island se vió que las heridas interesaban el cerebro, presentando otra que atravesaba el pulmón izquierdo. Su marido no tenía más que una herida en la sien.

Los esposos Schoomacher pertenecían á distinguidas familias de origen holandés y se habian conocido desde la infancia. Eran ambos jóvenes y hermosos; él de veintiun años, ella de diez y nueve. Todo parecía indicar que era de las más felices su unión, la cual pocos meses há, fué bendecida con el advenimiento de un niño. A la criatura se la había llevado por unos días su abuela, circunstancia á la que tal vez deba no haber perecido con su madre.

Su padre parecía distraído y taciturno estos últimos días; y á no ser un rapto de locura no es posible imaginar que otro móvil le haya impulsado á cometer su terrible hecho.

Adivinacion?—Un periódico de Málaga refiere lo siguiente:

Un actor muy querido de los malagueños, Sánchez Albarrán, murió en Cádiz de viruela maligna, como Calvo, de quien era cariñoso amigo.

En 1872 trabajaban juntos los dos artistas que ya no existen, en el teatro de Cervantes en Málaga. Por aquellos días, á fines del año, se recibió un telegrama anunciando el gravísimo estado del padre de Calvo, y éste salió precipitadamente para Madrid.

Una noche, Albarrán, que tenia puntas y ribetes de espiritista y que era un hombre muy preocupado y supersticioso, á pesar de su buen humor, estaba en su cuarto vistiéndose para salir á escena, á la luz de *tres* bujías—número de su predilección—cuando repentinamente una de ellas cayó del candelabro y se apagó; entonces Albarrán, volviéndose todo tembloroso y afectado al que estas líneas escribe, le dijo con una convicción y una tristeza que contrastaban con su cómica peluca y su amplio levitón de vejete malicioso: ¡el padre de Rafael acaba de morir! ¡un espíritu me lo ha avisado empujando y apagando la vela! Y Albarrán siguió preocupadísimo á pesar de las evidentes señales de incredulidad que diera su interlocutor. Poco después, y antes de acabarse la función, llegó al teatro un telegrama anunciando el fallecimiento del padre de Calvo, ocurrido á la misma hora en que se cayó la vela, con lo cual ganó Albarrán no poco prestigio de augur y de medium espiritista, particularmente entre las actrices, que son todas muy supersticiosas.

Contra el Insomnio.—En el *Espectador* de Londres se publicó lo siguiente:

"Se dan algunos remedios contra el insomnio; todos ellos ensayé repetidas veces en treinta y cinco años que he sufrido ese terrible mal, que me hizo arrastrar la existencia más miserable, pasando noches eternas de insomnio hasta que comencé á probar el uso del agua bien caliente, pura, sin sal, azúcar ni otra mezcla, tomando un gran vaso una hora antes de mis tres comidas diarias. El primer día logré dormir veinte minutos, que para mí, que no había pegado los ojos en treinta y cinco años, fué una gran felicidad. A los ocho días ya dormía tres horas por noche, y así sucesivamente hasta llegar á dormir con toda seguridad de siete á ocho horas todas las noches. El día que antes de alguna de mis comidas dejo de tomar el agua bien caliente, duermo menos de las horas indicadas. El uso del agua caliente, acompañado con el tratamiento del Dr. Salisbury, es el mejor remedio para los desgraciados que sufren

del mal más desconsolador que aflige á la Humanidad."

Petrificación de los cadáveres.—La *petrificación* de los cadáveres parece al fin resuelta. Ella dispensaría del enterramiento, del embalsamamiento, de la cremación de los cadáveres; y produciría trasformaciones sorprendentes en la higiene y en las costumbres de los pueblos.

El profesor Angelo Comi, de Roma, ha publicado su descubrimiento, que todos los periódicos del mundo acaban de copiar.

Las sustancias que se emplean son aceite de linaza y deutocloruro de mercurio, hervidos juntos hasta que tomen la consistencia de una pasta tierna. En esta pasta aceitosa se sumergen los cuerpos que han de ser conservados inalterables y con la consistencia de la piedra. La inmersión dura bastante tiempo. Cuando termina, se saca el cuerpo, se le deja secar, se le pulimenta con un ágata, como el dorado de los metales ó de la madera, y si se quiere que el cadáver tenga los ojos abiertos, se le ponen unos de esmalte. Las concavidades se rellenan con cemento y deutocloruro de mercurio.

Las personas queridas quedarán siempre en nuestra compañía convertidas en estatuas; los pueblos se verían libres de miasmas y de cuerpos putrefactos, y todo sería veneración, respeto, limpieza, pulcritud y adelanto.

Operación quirúrgica.—El Dr. Fox, de Filadelfia, trasplantó en días pasados con el éxito más completo al ojo enfermo de una sirvienta un disco extraído de la córnea trasparente de un conejo; pocos días después levantó el apósito á su paciente y vió que la soldadura del disco era perfecta y que no había perdido su trasparencia. Ni en el globo ocular ni en los párpados se nota la menor inflamación y espera el restablecimiento de la facultad visual de este ojo. La operación en el otro se verificará también pronto. Entretanto, la enferma permanecerá en una habitación completamente oscura, donde el ojo operado se irá acostumbrando poco á poco á la luz. La operación de extraer la córnea trasparente la ejecutó el Dr. Fox con un instrumento especial que funciona como un taladro. La enferma ha perdido la vista por haberse empañado dicha córnea trasparente.

El arte de comer.—Seguramente que no soy un glotón, aunque tampoco debo alabarme de ser inteligente en cuestiones de comidas, y sin embargo, deseo hablar hoy del *arte de comer*, no tanto para señalaros platos exquisitos, cuanto para someter á vuestra consideración un método racional en aquello que concierne á los asuntos de la mesa.

Esto no será la lección de un doctor. Por encima de la medicina coloco siempre la higiene, y á este último punto quiero aludir en mis observaciones.

¡Cuántos peligros corremos diariamente al hacer nuestras comidas, que no sospechamos ni remotamente!

No nos parecemos á los japoneses, entre los que es de buena educación callar durante la comida. Nosotros, por el contrario, consideramos de absoluta obligación hablar á las personas que nos rodean en la mesa; de aquí resultan, desgraciadamente, inconvenientes tan graves como los que trae consigo comer muy de prisa.

Observad á un parisiense invitado á comer: tiene, por necesidad, que hablar con las demás personas que están con él en la mesa; no debe ni puede hablar con la boca llena; para más desdicha, la galantería francesa exige que se sirva primero á las señoras, de lo que resulta que las dos vecinas han concluído de comer cuando le llega el turno al caballero; este, so pena de ser incivil, tiene para contestarles que tragarse los bocados casi sin masticar. Este es el principal motivo de que muchas personas soporten tan mal las grandes comidas.

El dispéptico, sin saberlo, constituye una variedad en extremo frecuente; es raro que los dispépticos se quejen del estómago; es más, muchas veces los oiréis decir que tienen un estómago magnífico.

Me recuerdan la antigua fábula de Mencio Agripa; todo el organismo sufre cuando el estómago está enfermo.

Sin embargo, una calvicie prematura, algunos granos de acné en la cara, un poco de disnea al subir las escaleras, una llamarada en las mejillas poco después del almuerzo, una violenta necesidad de fumar después de las comidas, una ligera somnolencia que acomete á las diez de la noche y que se vence pronto, poca aptitud para el trabajo intelectual al tiempo de despertarse, cualquiera agrupación de algunos de de estos síntomas basta para señalaros un candidato á la dilatacion del estómago ó á la gota.

El punto principal de la higiene de la mesa es hacer las comidas con una prudente lentitud.

Para masticar convenientemente la carne, hay que acostumbrarse á no mezclarla con el pan. Tomad un trozo pequeño, mascadlo unas treinta veces, tragad la par-

te reducida á puré, y continuad masticando el resto.

Este *modus faciendi* trae consigo, como resultado imprevisto, satisfacer el apetito con una cantidad de alimentos mucho menor que la ordinaria, así que muchos cesan de ser grandes comedores y llegan hasta á hacerse sobrios si siguen una regla importante también, y es la de beber poco. Dos copas á cada comida son suficientes á quien antes tenia necesidad del doble cuando tragaba los bocados sin buena masticación. La necesidad de fumar se hace también menos imperiosa. Bajo la influencia de la masticación obstinada y de la moderación en los líquidos ingeridos, ciertos obesos dispépticos disminuyen de peso con una asombrosa rapidez, y muchas dilataciones del estómago se curan, sin que sea preciso recurrir á los rigores de la dieta seca, recomendada por el Dr. Bouchadrd.

La naturaleza de las bebidas tiene una gran importancia. Se confunde uno cuando observa que tres pueblos distintos beben al comer, el uno agua colorada (vino), el otro cerveza y el tercero té.

En vez de escoger su bebida habitual según el país donde se nace, ¿no sería más lógico que se adoptase una, según el temperamento individual?

Muchos se aperciben á los cincuenta años que para ellos vino, aún con mucho agua, les es absolutamente perjudicial y han visto cesar sus incomodidades, como por encanto, cuando empezaron á tomar cerveza, sidra, etc.

No quisiera terminar este artículo sin decir dos palalras acerca de la sal, esa panacea de los gotosos. Muchas personas han pasado la vida considerando los saleros de la mesa como objetos de pura ornamentación; no los utilizaban aun cuando los alimentos les pareciesen insípidos.

Esta es una gran falta, y aconsejo á mis lectores que hagan un uso constante de él si quieren gozar de buena salud.

¿Obra la sal dando acidez al jugo gástrico? ¿Ejerce una acción antiséptica en el tubo digestivo? No lo sé; pero siempre ejerce una acción laxante muy apreciable y regulariza las funciones del intestino.

Es, además, erróneo, creer que el uso de la sal os hará beber demasiado, anulándose de este modo uno de los preceptos que he indicado más arriba. No beberéis más por esto.

¡Qué fácil sería estar siempre bueno, si quisiéramos! Mascar bien (la carne sobre todo), beber poco y usar de la sal con largueza: he aquí todo lo que se necesita para tener un buen estómago.

Desgraciadamente las cosas más sencillas son muchas veces las que con más dificultad se decide uno á poner en práctica, y ¡quién sabe si yo seré el primero en olvidar las recomendaciones que con placer os he hecho! [1]

Máximas para los peridistas.—Las recomendadas por Dana, son:

1ª Noticias, noticias y noticias.

2ª Abstenerse de reproducir de otras publicaciones lo que no merezca entero crédito.

3ª No publicar entrevistas sin conocimiento y asenso de las personas á quienes atañen.

4ª Nunca publicar como noticia, anuncio pagado. Los anuncios son anuncios y como tales deben aparecer.

5ª Nunca atacar al débil y al indefenso, con razón ó sin ella, á no ser de absoluta necesidad pública.

6ª Sostener las propias opiniones, pero sin creer que ellas sean la verdad absoluta ni las únicas verdaderas.

7ª Defender el partido en que se milita; pero sin creer por esto que todos los hombres honrados estan en él, ni todos los malos en los contrarios.

8ª Y téngase presente, sobre todo, que la Humanidad avanza, que la ley del progreso es incuestionable en todos los asuntos, y que es tan cierto como la existencia de Dios, que el futuro ha de ser más grande que el presente y el pretérito.

El tabaco, microbicida.—El Dr. V. Tassinari, del Instituto de Higiene de Pisa, ha estado experimentando sobre organismos patogénicos con el humo del tabaco; y aunque los resultados han diferido según la variedad del tabaco y la especie de microbio, en cada caso hubo marcada detención en el desarrollo de las colonias (en gelatina) y en el de algunos microbios se impidió por completo. El Dr. Tassinari atribuye estos resultados á la acción química de los componentes del humo del tabaco.

Vértigo gástrico.—Según M. Gaube, el vértigo gástrico es debido á un veneno que nace en el estómago mismo, y cuya base pertenece á un grupo de alcaloides cadavéricos ó ptomainas. Se ha confirmado que la cadaverina y el iodoformo se destruyen mútuamente perdiendo aquella sus propiedades puogénicas; y es bien conocido, que el iodoformo es de especial utilidad en el tratamiento de dicho penoso afecto.

1 "Petit Journal de la Santé."

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

CASOS CLÍNICOS.

OBSERVACION PRIMERA.

La Sra. Rafaela Díaz Peralta de Lechuga, de constitución linfática y nerviosa, muy impresionable y de 46 años de edad, á consecuencia del último parto prematuro, que tuvo en 11 de Noviembre de 1884, quedó enferma de un catarro intestinal que no quería ceder á tratamiento alguno empleado: se le administró bismuto, carbonato de cal, ratania, tanino, en fin, variados astringentes, sin resultado satisfactorio, pero en cambio, no sufría dolor, ni cólicos, ni algo que pudiera indicar una flegmasia franca; en consecuencia, la enferma se mantenía de pie sin hacer cama y con buen apetito; cuando en la noche del 27 de Diciembre tuvo un ataque de cólico biliar que no concluyó de pasar sino hasta las seis de la tarde del 28 con la administración de un gramo de carbonato de lithina en cien gramos de agua de lechuga, á tomar una cucharada cada cinco minutos; haciendo calmar los intensos dolores por inyecciones hipodérmicas de clorhidrato de morfina; pasó aquello, y se sujetó á la enferma á una alimentación vegetal; después de algunos días, la enferma comenzó á quejarse de dolor sordo en la región hepática: reconocí, y encontré dilatación de la vesícula biliar que formaba un tumor, al tacto como de cinco centímetros, tumor movible que sólo en cierta posición del cuerpo se tocaba y en otras desaparecía, pero la diarrea seguía lo mismo que el tumor, aunque en tópico se aplicó yodo, yodoformo, napolitano y otros fundentes; nada se conseguía hasta el 8 de Febrero de 1885 que le aconsejé fuera á curarse á México, donde era probable encotraría la salud, dado el hecho de hallarse allí, eminentes profesores que remediarían sus padecimientos y que tal vez la pondrían sana. Permaneció en México desde el 10 de Febrero hasta el 21 de Mayo de 1885 que llegó á ésta, si no en peor estado de su enfermedad sí más debilitada y sin esperanza de vivir, pues su moral se había perdido completamente y padecía vértigos tales que, estando de pie, se caía, lo que no tenía antes; fuí consultado de nuevo, y ya sin ninguna esperanza; creí, como era natural, que lo que no habían podido conseguir esclarecidos profesores que la habían asistido, menos lo conseguiría yo, pero era preciso hacer algo, algo que si no la sanaba, sí le sostuviera las fuerzas por el tiempo más largo posible, y entonces instituí por tratamiento pernitrato de fierro, con licor, preparado cada cuatro días y á una dosis de cuatro gotas diarias crecientes de una gota al día; por revulsivo al tumor ó dilatación de la vesícula biliar, el emplasto de vigo mercurial con 4 por 100 de trementina de Venecia, y por alimento, leche con sal, carnes asadas, sopas, y vino Burdeos.

Esto lo hacía solo, como he dicho, por sostener las fuerzas, pero cuál sería mi sorpresa cuando á los ocho días de este tratamiento la diarrea se había corregido, el emplasto que se había puesto y no se había quitado empezó á causar escozor, escozor que sólo se aguantó cuatro días más, y me ví obligado á levantarlo, y al hacerlo, el tumor había desaparecido y el catarro estaba sano también; se siguió aún, por algunos días, el uso del pernitrato de fierro, y no se necesitó más de quince días para verla sana, sanidad que se ha conservado hasta hoy sin haber pasado nunca de 20 gotas diarias del licor.

¿Puede llamarse esta curación empírica ó debida á la casualidad? creo que no; me iluminó en ella Graves; ¿porqué no se había usado antes el pernitrato así como no lo usaron en México? porque esta medicina, que tan felices resultados dió en esta grave enfermedad, ha sido olvidada y caída en desuso puesto que en nuestra farmacopea no se encuentra, y Dorvault y Bouchardat nos dicen ser sin uso, quién sabe porqué.

¿Porqué no hice dosimétrica esta curación? porque las cantidades fueron dosadas y el efecto fué *á posteriori*.

OBSERVACIÓN SEGUNDA.

N. N. de constitución robusta, sanguínea y de 60 años de edad, padeció el día

9 del próximo pasado Septiembre un dolor agudísimo en la región torácica, sin calentura; fué llamado por ausencia mía, otro práctico para que lo asistiera, y éste ordenó un vomi-purgante y embrocaciones de yodo (tintura) al dolor del pecho y espalda y unas cucharadas que no supe lo que fueron; este tratamiento se siguió hasta el 11. No habiendo mejoría alguna, fuí llamado de Tasco á donde había salido á negocios de mi ejercicio; llegué el 12 á las cinco de la tarde, y habiendo hecho el reconocimiento creí que se trataba de una neuralgia torácica porque los dolores agudos lancinantes, irradiaban hasta el cuello, hombros y espalda, había grande ansiedad y dificultad en la respiración, y opresión intensa en la región cardíaca; diagnostiqué esternalgia ó angina de pecho; desde luego, para calmar los dolores, disolví 20 gránulos de cocaina en 20 gotas de agua é hice á los dolores inyecciones hipodérmicas de cinco en cinco gotas con el intervalo de 10 minutos; habiéndose hecho una inyección en el pecho y otra en la espalda; calmaron los dolores como por encanto y se administró al interior hydroferrocianato de quinina, hyosciamina y arseniato de quinina un gránulo de cada cosa, de diez en diez minutos hasta las 10 de la noche en que ya era notable la suspensión de los fenómenos morbosos, y quiso dormir como de hecho lo hizo hasta las cinco de la mañana; á esa hora despertó y sintió que había algo de dolor en la espalda, se repitió la inyección en este lugar, y con eso concluyeron los dolores, pero seguía la opresión cardiaca; aumenté á la medicación anterior digitalina, pero no cada diez minutos sino cada hora; á los dos días estaba restablecido al parecer completamente el equilibrio, y suspendí toda medicina; al segundo día de suspensa, en la noche, volvió la agitación y opresión cardíaca; á la auscultación me pareció que había un pequeño derrame en el pericardio y ordené aconitina, digitalina y arseniato de fierro, 3 gránulos de cada cosa juntos; y creyendo encontrar la calma, vino una gran inquietud, gran opresión y sofocación; terrible noche, durmió, pero ¡qué sueño! con pesadillas fatales, viendo visiones; creía el enfermo volverse loco, y hasta como á las cuatro de la mañana vino á tener verdadero descanso. Hasta las ocho que lo ví todo había cambiado; la opresión desapareció y había una calma completa, pero á medio día vino á turbar este período un intenso fíro que se retiró dos horas después sin venir calentura ni sudor, pero sin ninguna otra molestia; este frío se retiró al día siguiente á la misma hora y convencido de su intermitencia ordené bromhidrato de quinina 4 gránulos en la mañana, medio día y noche; al día siguiente hubo menos frío y en la noche nada, quedando sólo una suma tristeza, una especie de nostalgía, con gran temor á la muerte, lo que desapareció en cuatro días con arseniato de fierro y cianuro de zinc, dos gránulos de cada uno juntos, mañana y noche.

Se me olvidaba decir, que el vomitivo ordenado por H. causó una irritación gástrica que se combatió con 4 gránulos de narceina después de la comida principal, aprovechando la costumbre que tiene de dormir despues de ella.

Con ésto, concluyó, en 14 días, esta enfermedad tan dolorosa é incómoda para el paciente.

OBSERVACIÓN TERCERA.

Ignacio Quiñones, de 22 años de edad, constitución linfática y escrofulosa cayó enfermo el 9 de Mayo del año anterior y habiendo sido llamado para asistirlo, el 11 en la noche como á las 8 horas le encontré con enajenación mental, delirio, los ojos inyectados y como queriéndose salir de sus órbitas, sin conciencia de sí mismo, y sin conocimiento de las personas que lo rodeaban, completa inapetencia, intensa sed, meteorismo, lengua saburral, gruesa y seca con una cubierta blanca en el centro y los bordes muy rojos; pulso á 160 pulsaciones por minuto y temperatura 41½°. Interrogada la familia, qué motivo había causado esa enfermedad, se me contestó, que las noches del 5 y 6 las había pasado corriendo gallo y haciendo libaciones en unión de otros amigos; por todo este alarmante cuadro me pareció diagnosticar fiebre cerebral y en consecuencia ordené lavatorio de Sedlitz Chanteaud 15 gramos en 500 gramos infusión hoja sen, y arseniato estricnina, digitalina y aconitina, un gránulo de cada cosa cada media hora, y así se pasó la noche del 11; ordenando por alimento té con leche, caldo y vino Burdeos con agua de café, éste á medio tostar.

Día 12. Con excepción del lavatorio, mismo tratamiento; el termómetro daba 40° en la mañana y el pulso 140; en la noche T. 41°, pero disminuyó el delirio, la enajenación y ya empieza á tener conocimiento de sí y de lo que le rodea.

Dia 13. Lavatorio y mismo tratamiento del anterior; y así seguimos hasta el 17; el termómetro se mantenía en 39½° en la mañana y 40 en la noche con pulso á 120 y 130 en la tarde; ese día viendo que no ce.

día por completo la enfermedad, aumenté veratrina y mandé dar los gránulos de los cuatro tubos juntos cada 15 minutos.

Día 18. Mismo tratamiento, pero el termómetro dió en la mañana 38 y 39 en la noche.

Día 19. Mismo tratamiento, misma temperatura.

Día 20. Temperatura normal, 37°; se siguió el mismo tratamiento, dándose medicina cada hora.

Día 21. Baja la temperatura á cerca de 35°; pulso débil aunque á 60 pulsaciones; vuelve á la vida, suspendo la medicina y, sólo dejo la estricnina, aumentando en la alimentación un huevo tibio.

Día 22. Alza el termómetro á 38, vuelvo á la medicina anterior, ordenándola cada dos horas.

Día 23. Temperatura normal y sanidad; dejo ordenado 3 gránulos estricnina por noche y el enfermo se conserva en la cama el 23 y 24; el 25 se levanta con fuerza y sin gran apetito, y sin haber esa larga y penosa convalecencia que en otras veces se observa; á los tres días siguientes toma un baño y el 1° de Junio se ocupa de sus quehaceres habituales, pues era profesor de primeras letras de este lugar.

Admirable es la actividad de los defervescentes; el día 20 (imprudencia mia) sigo con ellos y en 25 horas me baja la temperatura en castigo de mi desconfianza á 35° para causarme alarma; lo suspendo por completo, sólo dejo el tónico por excelencia y me sube la temperatura dos grados; vuelvo á administrarle á largo intervalo y doy con la medida justa, la sanidad. ¿Puede ya caber alguna duda en la actividad y seguridad de esta medicina? ¡Creo que no!

J. Max. Meinecke.

(De Zacualpam).

Reflexiones sobre las historias clínicas anteriores.

OBSERVACION PRIMERA.

El diagnóstico en México fué de tumor y se indicó la *oportunidad* de su extirpación; á lo cual, se resistió la enferma y prefirió volver *á morir á su tierra.* Lo que demuestra esta observación, es que el tumor fué causado por dilatación, no por degeneración; que la enferma tuvo motivo de no admitir la extirpación, y que hubo por parte de quien la aconsejó, error completo de diagnóstico.

Permitido, aún más, debido es creer que si el Dr. Meynecke antes de mandar á México á la Señora de L. hubiera usado la quasina, el Sedlitz y sobre todo la estricnina, en dosis suficiente, habría devuelto á su cliente la contractilidad perdida en la vesícula biliar y se habría ahorrado, además, de muchos padecimientos, el riesgo de ver extirpado con mucha habilidad, pero no menos inútilmente, y con riesgo de la vida, una vesícula que hoy sigue siéndole útil.

¿Cómo obró el pernitrato de fierro? probablemente como revulsivo sobre las membranas estomacales y duodenales. Su acción se propagó á la mucosa de la vesícula biliar; por continuación de su efecto, modificó su vitalidad y secreción; á la vez que el revulsivo enérgico y continuado, aplicado sobre la piel, dió lugar á que se restableciera la permeabilidad de su cavidad tanto tiempo obliterada.

El poco fierro que se haya absorbido no habrá sido nocivo, muy al contrario, para el restablecimiento de la paciente; pero es más creible que la acción cáustica del ácido nítrico libertado, al separarse algún fierro de la combinación, sea la que más haya servido localmente.

Es cierto, que cuatro gotas diarias constituyen una dosis moderada y preciso es que lo fuera para no producir efectos exagerados, pero no corresponde esta forma medicamentosa á la dosimétrica, porque no tiene la suficiente precisión, y si el pernitrato de fierro ha sido abandonado es por su poca fijeza de composición, aquí reconocida por nuestro apreciable compañero, cuando indica la precaución tomada con exigir que fuera siempre reciente la preparación.

A la pregunta que hace ¿porqué no hize dosimétrica esta curación? se puede contestar que porque todavía no conocía el método: y no se le puede reprochar puesto que en la capital de la República, uno de los más estimables profesores, se expuso á hacer una operación, tan peligrosa como inoportuna, por falta de conocer los recursos que nos brinda el Burggraevismo para casos análogos.

Conclusión práctica: antes de proponer la extirpación de la vesícula biliar dilatada, al parecer degenerada, será siempre prudente y humano intentar su restablecimiento, activando las secreciones estomacales y duodenales, y determinando, hasta donde sea posible, el restablecimiento de la tonicidad local y general en el paciente.

OBSERVACIÓN SEGUNDA.

En este caso, la idea de la dosimetría va haciéndose presente: luego piensa el práctico en utilizar los gránulos y, atendiendo al tiempo perdido, á introducirlos por la vía más corta, la vía hypodérmica.

No se puede negar que el médico, auxiliado con su farmacia dosimétrica, se ve en el caso de poder aliviar con mayor prontitud y seguridad que cuando era preciso, aún para los casos más apurados, formular una receta y esperar que llegara la preparación para aplicarla, aunque fuera una urgente inyeccion hypodérmica.

La aplicación de la cocaina aquí fué bien dirigida por el conocimiento de su acción bastante limitada en corta dosis, en cuanto al radio de tejidos que puede adormecer y en cuanto al poco tiempo que dura su acción; por lo mismo se fué aplicando cerca de los puntos dolorosos y repitiendo la aplicación cada 10 minutos.

Mucho más científica y prudente es esta práctica que la administración de narcóticos al interior del tubo digestivo: porque ellos tienen que influir sobre todo el organismo para calmar, y muy á menudo, perturbar demasiado, el centro cerebro-espinal.

Cuando los dolores neurálgicos son localizados, puede suponerse que la causa que los produce es local también. ¿Cómo no admitir entonces como más oportuno un tratamiento local, hoy practicable mediante los alcaloides solubles que nos proporciona el método dosimétrico?

Se dice vulgarmente que calmar el dolor, no es curar, pero los médicos saben desde que Hipócrates lo asentó, que *ubi dolor, ibi fluxus;* en consecuencia, siendo el dolor causa que produce y entretiene la inflamación, quitar el dolor es prevenir ó curar la inflamación.

En el caso aludido, el Dr. Meynecke obró debidamente como lo probó el éxito conseguido que tal vez hubiera sido más tarde, menos completo y menos seguro, si no hubiera conocido y tenido á la mano los gránulos dosimétricos de cocaina.

Con administrar al interior hydroferrocyanato de quinina, hyosciamina y arseniato de quinina, el Dr. Meynecke quiso asegurar su triunfo; muy á menudo, las afecciones paludeanas predisponen á las neuralgias y producen una debilitación nerviosa por la cual más fácilmente se alteran esos conductores de la vida; prudente era levantar las fuerzas del sugeto con los tónicos apropiados para el caso.

La Medicina Ortodoxa habría dado vino de quina, pero sin saber, al darlo, en qué proporción daba la quinina; más científico es ministrar una preparación bien definida que se puede proporcionar mejor á las necesidades tan variables de los casos, que dar una mezcla variabilísima sujeta á fraude, en la cual puede faltar completamente el agente activo, la quinina, y sobrar dos agentes inoportunos, muy á menudo, el alcohol y el tanino.

La hyosciamina fué ministrada para resolver el estado espasmódico, localizado ó general que acompaña siempre á los dolores nerviosos.

La digitalina fué dada para suprimir la opresión pectoral, levantando la energía del corazón, el cual bajo la influencia de dolores torácicos, había desmayado: bastaron dos gránulos para reanimarlo.

Quisiéramos que nos dijeran los catedráticos de Terapéutica ortodoxos, cómo puede un práctico, deseoso de cumplir con su deber, prever cuántos gránulos de digitalina serán necesarios para reanimar á un corazón debilitado, si no es dándolos uno por uno, á intervalos suficientes, y hasta conseguir el efecto.

Cuando un práctico fija desde la mañana la cantidad de medicina que será necesario dar en las 24 horas entre una y otra visita, ¿sobre qué se guía para tal determinación? Sobre el acaso ó la inspiración profética, pero no sobre nociones científicas, porque todavía no las tenemos, es preciso confesarlo.

Gusto da ver la medicina dada en proporción prudente y debida, producir los efectos apetecidos, y completa la convicción, respecto de su oportunidad ver que, si se suspende demasiado pronto, vuelven los síntomas á producirse con alguna agravación, porque las lesiones orgánicas que producen las alteraciones funcionales, cuando duran, se van haciendo perceptibles.

Aquí vemos anuncios de derrames, los cuales produjeran mayores dificultades funcionales; muy á menudo en la práctica vemos confirmada la proposición de Hipócrates: *ubi dolor, ibi fluxus.* Así como el cuerpo humano se encoge delante del dolor, así los vasos circulatorios se estrechan bajo la influencia del espasmo: en donde hay un dolor persistente, detienen á los glóbulos, retardan la hematosis y determinan su enfermedad y su muerte, transformándolos en elementos excrementicios antes de tiempo, y determinando á veces la muerte de las partes á las cuales traían vida nueva; otras veces, tal detención dará lugar á la exosmosis exagerada sobre la serosas vecinas del punto adolorido, y tan

to en una como en otra circunstancia, queda establecida una lesión orgánica que el médico podía haber evitado, suprimiendo oportunamente el dolor, causa del espasmo, y el mismo espasmo, cuando no se ha llegado á tiempo para evitarlo.

En esta observación se ve perfectamente la sucesión de los fenómenos; perturbación de la sensibilidad, y en seguida de la circulación, de la calorificación, lesiones orgánicas insipientes. La Dosimetría hipodérmica venció sucesivamente á cada una de estas perturbaciones, pero procediendo con autorización y mesura con un éxito digno de su prudencia.

Sin embargo, la conmoción en este organismo había sido considerable, y, agotado el efecto de los medicamentos ministrados, volvieron los amagos marcando cierta intermitencia, la cual fué vencida con dosis mínimas de bromhidrato de quinina agregados al método anterior; 12 gránulos al día no son más que 12 centígramos, y no es costumbre ver una cantidad tan reducida vencer á la intermitencia. Si se consiguió en el caso aludido, es probable sea debido á la sinergía de acción de los demás medicamentos por una parte, y por otra, á la solubilidad de los gránulos dosimétricos que no tardan en absorberse.

El abatimiento, tristeza y temor á la muerte, que quedaron después del ataque, se explican por la gran destrucción de glóbulos que suelen producir los accesos paludeanos, y la conciencia, en la cual queda el sugeto atacado, de que su capital vital ha sido notablemente disminuído con la destrucción de tanto glóbulo sanguíneo.

Representémonos este mismo sugeto en manos de un ferviente discípulo de Brouseais, un cazador entusiasta del flogístico, que lo hubiera sangrado para evitar las congestiones, puesto sanguijuelas *loco dolenti*, en una palabra, hubiera obrado en el mismo sentido que la influencia nociva de la enfermedad, y seguro es que no se levanta de ella, siendo muy difícil en buena justicia, y sabiendo lo que ahora sabemos, no acusar al arte de curar de tal homicidio por imprudencia, cuando haya procedido con tan vituperable energía.

Notable es cómo el inteligente práctico no se atreve á formular diagnóstico, y dice: "Con esto concluyó en catorce días esta enfermedad." En efecto, la pleuresía que se anunció, complicada con pericarditis, no se desarrolló, gracias á la oportunidad del tratamiento: si se hubiera esperado que se pudiera formular un diagnóstico completo, muy probable es que el éxito hubiera sido fatal.

Queda probado, una vez más, cuánto más útil es al médico caritativo, atender á los síntomas á medida que se presentan, que el sabio imperturbable que dice: todavía nada podemos hacer, porque todavía no sabemos con quién hemos de tratar, mientras la enfermedad no nos presente su tarjeta en forma, de lesiones orgánicas y útiles que nos den á conocer su nombre. Afortunadamente estos sabios teóricos no existen más que en teoría, y todos los prácticos, dignos de su título, hacen medicina sintomática: no hay quien lo pueda negar; el sentimiento de humanidad á ello los obliga, así como el de la conservación de su reputación.

OBSERVACIÓN TERCERA.

En ésta, nuestro inteligente práctico intentó desde luego formular un diagnóstico y fué el de fiebre cerebral. ¿Qué entidad es ésta? Traducida en lenguaje común se puede decir, fiebre con alteración de las funciones cerebrales, localizada de un modo especial en el centro nervioso. El órgano debilitado por la acción del alcohol fué el primero que resintió la acción del desequilibrio circulatorio; el médico dosímetra, desde luego, acudió al tónico especial del centro nervioso, el arseniato de estricnina que á la vez activó lo más que pudo la eliminación del alcohol que podía haber todavía en el tubo digestivo y de los residuo alterados que debían acompañarlo; la circulación perturbada fué atendida con digitalina, capaz de ayudar á su regularización, y á la vez, á la eliminación del tóxico alcohólico por la vía del riñón y con aconitina, moderadora del eretismo vascular.

El café, á medio tostar, fué dado así con intención de que contuviera cafeina, sinérgico precioso de la digitalina y de la aconitina y no cafeona que se desarrolla en el grano quemado y es de acción enteramente opuesta á la de la cafeina.

Sin embargo de tratamiento tan adecuado y oportuno, el día siguiente todavía se mantenía la temperatura á 40° y el pulso á 140, en la noche subió la primera á 41° disminuyó el delirio, fenómeno raro poro que suele aumentar cuando aumenta la temperatura.

En cuatro días, siguiendo el mismo método, se mantuvo la temperatura en 39° llegando á 40 por la tarde, el pulso de 120 á 130. Entonces se mandó dar los gránulos cada 14 minutos en lugar de cada 30, agregando veratrina; al día siguiente, bajó el termómetro á 38, 39.

A los dos días cayó á la normal 37; aquí se ve cuántos gránulos fueron necesarios para dominar la efervescencia y se explica cómo los prácticos tímidos, que no se atreven á darlos en cantidad necesaria, no lo consiguen y no tienen el derecho de decir que no es verdadera la acción defervescente de los gránulos dosimétricos.

El mejor de los alimentos, si no se da en cantidad suficiente no impedirá la muerte por inanición; y sin embargo, no por eso se podrá decir que no es alimento, cuando se da en la cantidad conveniente.

Es probable que al principio, el estado saburral de las vías digestivas impedía la absorción de los gránulos; la veratrina, además de su acción defervescente, tiene una especial sobre la mucosa del tubo digestivo, y es la que correspondía para facilitar dicha absorción; tal vez si se hubiera dado desde el principio se habría evitado la tardanza en la acción del tratamiento.

En esta observación hay una instrucción que su autor nos indica y es, que, habiendo seguido el uso de los defervescentes cuando la temperatura había bajado ya á 37, la vió caer hasta 35.

Nada hay que agregar á lo que dice el autor de tan interesantes observaciones, porque está completo y bien fundado: sólo le suplicaremos nos siga mandando sus instructivos trabajos, haciendo notar que este apreciable compañero vive en un lugar tan sano que no da para mantenerse á un médico y tiene que cubrir las necesidades de su vida ocupándose de minería porque son demasiado escasos los enfermos en aquella Comarca.

Es notable cómo un médico que tiene pocas ocasiones de practicar, pudo proporcionar para el estudio tres observaciones interesantes: si quisieran los prácticos de las capitales entresacar los casos más dignos de atención que ven diariamente, ¡qué acopio de datos útiles podríamos reunir! no cabe duda que su discusión podría aclarar muchos puntos oscuros.

Convenimos en que es penoso, después de haberse hecho una costumbre de dar tal ó cual agente medicamentoso preconizado por una lumbrera de la ciencia de allende el Océano, rogando á Dios que lo haga apropiado y salve al enfermo, penosísimo es renunciar á un modo tan cómodo de practicar, para en cada caso que se presente tener que analizar síntomas y proporcionarles medicinas tan variables como ellos mismos.

Pero, quien nos ha dado el ejemplo de intentar tan importante progreso en el arte de curar, es un profesor anciano, que había asegurado su inmortalidad científica con descubrimientos importantes como cirujano, y había llegado, colmado de honores, á la edad, en la cual puede el viajero de la vida considerar su jornada concluída y pararse para contemplar el camino recorrido con honor y sembrado con buenas acciones.

Lejos de quedarse en esta contemplación, el venerable profesor Burggraeve cogió el bastón del peregrino, y lleno de vigor, de ciencia y experiencia, consagra el tiempo que otros dedicarían al descanso á repartir la buena semilla para hacer más benéfico en las generaciones venideras el noble arte de curar.

¡Cómo no sentirse animado por tan glorioso ejemplo!

Hay más: el interés de la propia conservación nos obliga á seguirlo: todos hemos tenido que lamentar, al perder seres queridos que dejan en la memoria heridas incurables, la insuficiencia del arte; trabajemos de común acuerdo para hacer lo más útil y más capaz de evitar, inolvidables separaciones.

FÉNÉLON.

LA DOSIMETRIA

BAJO EL PUNTO DE VISTA DE SU OPORTUNIDAD Y DE SU PORVENIR.

TESIS inaugural sostenida ante la Escuela Médico-Quirúrgica de Oporto, por el Dr. Aureliano Cirne, y comentada por el Dr. Bourggraeve.

Véanse los números 6, 7, 9, 16 y 17 del tomo I.

(Concluye.)

SEGUNDA PARTE.

A los que no son dosímetras.

En las ciencias de aplicación no llevemos ni entusiasmo, ni escepticismo, ni ilusiones, que exageren el valor de los medios, ni desdenes que los desprecien.

D. DE SAVIÑAC.

En todas las cuestiones de un carácter práctico ó de aplicación, es necesario siempre separar con precisión las dos fases, sobre las cuales se ejerce separadamente nuestro espíritu crítico: la determinación de los principios generales y la oportunidad de su realización en un momento dado.

Del mismo modo que el marino determina sobre su cuadrante la dirección de su ruta, y toma á menudo direcciones casi opuestas á aquella que le conduciría en línea recta al término de su viaje, porque así lo quiere el estado de los mares que atraviesa, del mismo modo en las cues-

tiones de aplicaciones, después de haber fijado el principio general que debe orientarnos, nos vemos forzados á menudo á tergiversarle, porque así lo quiere la naturaleza accidentada y casi siempre incoherente del medio en que se mueve nuestra actividad.

La cuestión terapéutica es precisamente una de las que más se prestan á la aplicación de la gran regla que acabamos de formular.

Así es que, después de haber combatido en la primera parte de este trabajo, *en principio*, la legitimidad de la intervención de los agentes farmacéuticos en el tratamiento de las enfermedades, hemos debido acomodarnos en gran parte á las necesidades de nuestro medio social, absolutamente desprovistos aún de la educación necesaria para recibir una innovación tan profunda, á pesar de su gran razón de ser y su más grande utilidad. Por otro lado, los que se dedican á las aplicaciones exoterápicas no son aún más que una minoría casi insignificante por el número, lo que no ha impedido á esta sección de la ciencia terapéutica hacer felicísimos progresos en estos últimos años; pero ella no ha fijado todavía el tratamiento definitivo de un gran número de estados morbosos, en el temor de que un caso menos afortunado no provoque la incredulidad del público, y por no entrar de nuevo en la rutina corriente bajo las banderas de la legalidad.

Pero la dosimetría, tal como nos la presenta, en sus rasgos generales el ilustre profesor de Gante, es lo que la terapéutica farmacológica puede ofrecernos de más racional y de más perfecto.

En la interminable torre de Babel que lleva el nombre de terapéutica moderna, donde la incertidumbre de los *remedios* es tan grande como la variedad de los casos patológicos de la misma especie, la dosimetría puede, en fin, lanzar al clínico y al enfermo un ancla segura de salud.

Si no podemos hacer entrar á nuestros enfermos en el cuadro de los tipos taxonómicos que nos ofrece la patología analítica, no por eso escogemos menos un remedio, pues al menos sabemos lo que damos y la cantidad que damos.

La dosimetría no es una *escuela*, puesto que no tiene la pretensión de imponernos nociones relativas á la naturaleza ó á la génesis de las enfermedades; no es tampoco un *sistema*, puesto que no prescribe para una enfermedad determinada, un tratamiento determinado, aunque los médicos dosímetras tengan el derecho, como los demás, de publicar sus observaciones; la dosimetría es simplemente un *método*, perfectamente compatible con todos los principios filosóficos y con todas las nociones etiológicas y patogénicas que profesamos.

El clínico diagnostica el estado de su enfermo, elige libremente las sustancias que le parecen más ó menos indicadas, y solamente después de esto empieza á ser dosímetra, porque solamente después puede serlo.

Debemos aún añadir—para decir la verdad toda entera—que los dosímetras aplican en ciertos casos sustancias que ni los alópatas ni los homeópatas han empleado. Este hecho, que no caracteriza á la dosimetría, al contrario, de lo que pretenden para su escuela ciertos homeópatas *pur sang*, da, sin embargo, un gran valor al método de Bourggraeve, puesto que después de haber disipado el peligro de las intoxicaciones formales y de los inconvenientes, muchas veces invencibles, de las dosis alopáticas, la clínica se encuentra así trasformada legítimamente en un verdadero laboratorio de experimentación. En cuanto á la cuestión de las indicaciones que pueden ser llenadas por la farmacia, la única razón que determina la elección de una sustancia, es su acción fisiológica especial determinada por la experimentación. Pero este dato positivo é indispensable á la farmacología racional, vamos á buscarle á donde le encontremos, sin que los alópatas, los homeópatas ó los dosímetras tengan el derecho de inscribirle en sus banderas como un principio ó como un criterio que los distinga.

El método dosimétrico, en lo que toca á la cuestión farmacéutica, se reduce á este simple hecho: *emplear sustancias definidas, químicamente puras y matemáticamente dosificadas.*

Para los productos de origen mineral, en el sentido literal de la palabra, los homeópatas han reconocido también la necesidad de la pureza química. No sucede lo mismo para los productos de origen vegetal, en los cuales la terapéutica coloca todas sus esperanzas. Debemos, pues, dirigir nuestra vista especialmente hacia los alcaloides.

Pero todo el mundo sabe que la proporción de alcaloide en un vegetal determinado, varía con el cultivo, la naturaleza del terreno, etc.; varía también con el estado higrométrico de la planta, con la división en paquetes ó en píldoras de las fórmulas alopáticas. Por esto los dosímetras emplean los alcaloides puros, bajo la forma de gránulos, con los cuales se evitan los errores sensibles de dosificación.

La cuestión de los gránulos de Chanteaud no es una cuestión vital para la dosimetría, como veremos; sin embargo, es justo afirmar que los procedimientos de granulación, empleados actualmente por él, aseguran á los productos manipulados una duración indefinida—siempre que se les tenga al abrigo de la humedad, y una solubilidad perfecta é inmediata. Si la deglución no se hace bastante aprisa, el gránulo se funde fácilmente en la saliva.

En cuanto al rigor de su dosificación, tan vivamente negada en Francia, y entre nosotros, nos parece que esta cuestión está naturalmente terminada desde que el análisis ha hecho sobre ella toda la luz.

Que se disuelva en el agua un gránulo ó un cierto número de gránulos, que se proceda á una dosificación analítica y se verá que la cantidad de principio activo es la misma para cada gránulo. ¿Cómo llegar, aún con el concurso de aparatos de precisión, á una división tan perfecta? Poco nos importa, aunque esta revelación provocara otra cuestión, la cuestión comercial, con la cual nada tenemos que ver los médicos. Confesémoslo de paso: la única razón de la guerra hecha á Chanteaud es la concurrencia comercial y nada más.

Se afirma también que en muchos tubos no hay más que gránulos de azúcar. Nosotros no hemos observado jamás este hecho. Es posible, sin embargo, que se haya presentado y que no se haya puesto sustancia activa en el perol. Nada más fácil de comprobar que esta ausencia; basta machacar ó mascar un gránulo para hacer la prueba.

El hecho en todo caso no puede ser puesto en cuenta de una explotación, como muchos afirman: basta recordar que el precio de la sustancia activa comparado con el precio de la manipulación, es tan poca cosa, que no se puede suponer que se ocurra á nadie enriquecerse por este procedimiento, sobre todo, en el momento en que se intenta acreditar un comercio enteramente nuevo.

Los gránulos Chanteaud son buenos: esta es una verdad incontestable. Que el que piense lo contrario, exponga sus razones: no quedarán sin respuesta.

Bajo el punto de vista clínico, el método dosimétrico se reduce á un principio cuya legitimidad no ha sido ne-

gada por nadie: *á enfermedad aguda, tratamiento agudo; á enfermedad crónica, tratamiento crónico.*

En la imposibilidad absoluta de calcular *a priori* de un lado, la impresionabilidad del enfermo, y de otro, las innumerables condiciones que pueden limitar la acción sensible del medicamento, no hay nada más racional y más práctico que, después de haber llenado la indicación, aplicar resueltamente la sustancia indicada por pequeñas cantidades, y sucesivamente hasta que el efecto sensible aparezca.

Por otro lado, las sustancias medicamentosas tienen efectos que varían con la dosis empleada, de donde resulta que empleando una cantidad de medicamentos, calculada de una manera más ó menos arbitraria, puesto que en cálculo *a priori* no puede jamás ser otra cosa, nos exponemos á la eventualidad de no obtener nada ó de obtener demasiado.

Así, en un caso de neuralgia aguda, localizada de tal suerte que se haga urgente hacerla cesar, la morfina, por ejemplo, está indicada ¿Qué cantidad vamos á ordenar? Si la dosis es demasiado débil, excitamos el sistema nervioso y agravamos el estado del enfermo; si es demasiado fuerte, obtendremos efectos estupefacientes, inútiles y peligrosos.

El dosímetra resolverá la dificultad, dando al enfermo un gránulo de morfina cada media hora ó cada cuarto de hora *hasta efecto*, es decir, hasta que el síntoma dolor haya disminuído tanto como lo deseamos.

Si por ventura nos hemos engañado en la investigación de la indicación, estaremos siempre á tiempo de corregir nuestro error, puesto que al primer indicio de contraindicación, suspenderemos el tratamiento para aplicar otro.

Un error, una falta de esta naturaleza, en un tratamiento alopático, ¿podría corregirse con la misma simplicidad? Dejamos la respuesta á la conciencia de los hombres honrados.

Esto se aplica á los *casos agudos.*

En los *casos crónicos*, la medicina dosimétrica es aun bien superior á la medicina oficial. Basta observar que los gránulos, disolviéndose rápidamente sobre la mucosa, son absorbidos en algunos minutos, lo que asegura la conservación de la integridad fisiológica del estómago durante un largo espacio de tiempo, como conviene al tratamiento de los estados de esta especie.

No sucede lo mismo con las mixturas indigestas y alterables de la farmacia oficial. Más aún: el médico no puede comprobar de una manera fácil y práctica si un jarabe, una infusión ó aun una simple solución en el agua contienen la sustancia pedida en la dosis formulada. El farmacéutico puede corregir un error de fórmula; pero el clínico, en la gran mayoría de casos, no puede corregir un error de preparación.

La farmacopea oficial tiene fórmulas verdaderamente estupefacientes. Por el ejemplo siguiente se puede juzgar de ellas. Para la preparación del vino de quina ferruginoso, tan ampliamente empleado por los alópatas, la farmacopea escribe: "mezclad el vino de quina gris y el tartrato de potasa y de hierro en la proporción de 5 por 1000; hacedle macerar durante cinco días, y filtrad." Pero sucede que el ácido tánico del vino y de la corteza de quina ataca al tartrato y precipita el tanato negro de hierro, lo que hace la mixtura verdaderamente repugnante é ineficaz.

Digamos de paso, que el vino, préviamente neutralizado, en el cual se hace disolver una proporción conveniente de pepsina extractiva, es el mejor vehículo para las sustancias que no pueden granularse. El sabor agradable del vino corrige el gusto desagrable de ciertas sustancias (yoduros, hidrato de cloral, etc.), y la pepsina garantiza eficazmente la integridad del estómago.

Las soluciones de sustancias químicamente puras y definidas en el vino neutro de pepsina pueden reemplazar los gránulos Chanteaud aún en los casos agudos, con tal que se les administre según el método dosimétrico. Hay casos en que las soluciones en el vino ó en el agua destilada deben ser preferidas, como lo veremos en el capítulo siguiente.

Hay todavía en la docimetría otra cuestión que tiene el honor de merecer los sarcasmos burlescos de ciertos alópatas; es la cuestión de las *yugulaciones.*

Nosotros mismos hemos sido del número de aquellos que no creían en ellas. Aceptando el método de Bourggraeve en sus bases fundamentales, nos parecía que las yugulaciones tan alabadas no eran más que una *utopia*, hija de la ilusión de espíritus demasiado apasionados. Ha sido necesario que hechos de nuestra propia observación hayan hecho cesar la duda, por otra parte, muy propia de nuestro espíritu práctico.

Hemos observado solamente tres hechos bien claros; dos de viruela en niños y uno de pulmonía en un adulto. La experimentación era perfectamente legítima, puesto que el enfermo sólo podía obtener beneficio de ella, como sucedió.

Los dos primeros casos son concluyentes, puesto que en la terapéutica oficial no se interviene de una manera directa, esperando que la enfermedad complete un ciclo normal.

Fuimos llamados por la noche para una casa de la calle de la Reyna, en donde encontramos tres niñas, de las cuales la mayor, completamente sana algunas horas antes, nos presenta un pulso frecuente y depresible, un movimiento febril intenso (no teníamos termómetro) y una estomatitis aftosa manifiesta. Prescribimos el aceite ricino y la aconitina (un gránulo cada hora). Supusimos que se trataba de una ligera irritación del estómago sin importancia, ó acaso de una fiebre verminosa, en todo caso sin carácter de gravedad. Desde la mañana había aparecido la erupción variólica, acompañada de síntomas correlativos. El pulmón estaba enteramente libre. La estomatitis había casi desaparecido. Prescribimos sulfuro de calcio y arseniato de sosa (un gránulo cada cuarto de hora), dieta láctea exclusiva (leche hervida fría, sin azúcar, apenas salada). No han salido más pústulas. Al quinto día, después de haber espaciado las dosis del tratamiento y reemplazado el sulfuro de calcio por el arseniato de estricnina, franca convalecencia.

Sin embargo, á pesar de las precauciones tomadas, una de las otras niñas cae enferma. Los mismos síntomas, menos la estomatitis. Aplicamos en el acto el tratamiento antivariólico. Al tercer día había un poco de intolerancia en el estómago para la leche. Hacemos pulverizaciones de éter sobre el estómago, y reemplazamos la leche por caldos fríos. La convalecencia se establece regularmente. En ninguna parte hubo placas eruptivas.

Aunque desde el principio hemos alejado de la casa á la tercera niña, ésta tuvo también la viruela antes de la convalecencia de la segunda enfermita. El régimen y el tratamiento fueron los mismos. Treinta y seis horas después surgió una pústula en el ángulo de la comisura labial izquierda. Esta pústula permaneció única y no supuró. Durante la convalecencia hubo constipación bastante mar

cada. Este hecho, que hemos observado muchas veces con el sulfuro de calcio, nos llevaría á preferir el sulfuro de sodio, si se le pudiese obtener puro.

Se puede concluir de estos hechos que la noción de *ciclo morboso* de la patología descriptiva tiene para la clínica un valor muy relativo.

La yugulación de pneumonía es todavía más notable.

Se trataba de una mujer de veintiseis años, temperamento linfático nervioso. Guardaba cama desde hacía muchos dias, á causa de un derrame seroso en la rodilla izquierda. Aplicando la tintura de yodo, que le había prescrito su médico, recibió una corriente de aire que la impresionó hasta el punto de hacerla vomitar. Eran las tres de la tarde. A partir de este momento, ella se siente verdaderamente enferma, y se decide, á las once y media de la noche, á mandar llamar á su médico, retenido en cama por una ligera indisposición. Vino á llamársenos á la una de la mañana. El hecho era tan evidente que al entrar vimos que se trataba de una pulmonía del lado derecho. Dispusimos inmediatamente la aconitina, la veratrina y la digitalina, que teníamos en nuestro botiquín de bolsillo (un gránulo de cada uno, cada cuarto de hora). Aplicación á la región torácica correspondiente de la tintura que ponía en su rodilla, mientras se iba á la botica á buscar un vejigatorio. Como la enferma se quejaba mucho de turbaciones de la vista, ordenamos un pediluvio de mostaza, del cual había, por casualidad, un paquete en la casa. Temperatura 40°3; pulso 102. A las ocho de la mañana: temperatura 39°5; pulso 96. Abatimiento general considerable.

Había hecho, en las primeras horas del día, cuatro deposiciones diarréicas. Sabemos entonces que la enferma no ha movido el vientre desde hace muchos días. Prescribimos el aceite de ricino y reemplazamos la veratrina por el sulfato de estricnina. Por la noche, pulso 84; temperatura 39°. Tos persistente, sin expectoración. Quitamos el vejigatorio y le curamos con una pomada saturada de yodoformo.

Al día siguiente, por la mañana, pulso 86; temperatura 38. La tos disminuye, el dolor de costado no se hace sentir más que cuando es provocado por movimientos. Alejamos las dosis. La enferma pide de comer. Además de caldos con hielo, con vino generoso, prescribimos polvo de carne. Comienza la mejoría; al quinto día era evidente la convalecencia. El médico de la familia se hace cargo nuevamente de su enferma.

Ocho días después fuimos llamados de nuevo por el médico que la asistía. Se trataba de una pneumonía de la base y de la cara posterior del pulmón izquierdo. La intensidad de los síntomas estaba en armonía con las fuerzas de la enferma, considerablemente debilitadas. Impresionabilidod gástrica extrema: no puede retener nada. Prescribimos vino helado (cuatro vasos) con 3 gránulos de cocaina, 12 al día. Aplicamos un vejigatorio; pero el estómago continúa devolviendo el vino. Al día siguiente, por la mañana, el estado general es un poco mejor. Pulso menos frecuente, temperatura más baja. Damos el vino de pepsina (vino hematógeno de Birra), que es perfectamente tolerado. Quitamos el vejigatorio y aplicamos una pomada con estricnina y yodoformo; pero la enferma no soporta ni la estricnina ni el olor del yodoformo. No toma más que vino y polvo de carne. No hay ni tos ni bronquitis. Estado normal magnífico; pero el abatimiento general persiste.

Cuatro días después soporta el caldo y la leche; hay una ligera bronquitis. Se desinfecta el cuarto y la cama con brea. Durante diez días no pudimos visitar á la enferma; pero al cabo de este tiempo, la convalecencia estaba completamente clara.

Este segundo caso de pneumonía tiene para nosotros la grandísima ventaja de demostrar que la exoterapia es capaz también de hacer yugulaciones.

Hoy esta cuestión de las yugulaciones se impone á nosotros, como un simple corolario de la intervención á tiempo y del tratamiento agudo. Si sorprendemos un proceso morboso en su principio, cuando las lesiones anatómicas secundarias no se han producido todavía, se comprende bien la posibilidad de oponerse á su evolución. Una lesión inflamatoria, sorprendida en el período congestivo, puede abortar en el momento que se hace derivar la congestión. ¡Cuántas inflamaciones se ven en clínica que no supuran y terminan por reabsorción!

A pesar de todo, han sido necesarios los hechos para convencernos. En la conferencia de que hemos hablado ya, nada hemos dicho de las yugulaciones.

Por esto decimos sinceramente á los que no son dosímetras, que experimenten sin temor; tenemos la certidumbre que los que sigan este consejo pasarán á nuestro campo, que es en definitivo el campo de la verdad.

Tal es, en sus principales elementos, la obra gloriosa de Burggraeve. [1] Como se ve, la farmacología dosimétrica es lo que el experimentalismo terapéutico nos ofrece de más positivo y más fácil de comprobar. No hablamos de la homeopatía, porque le hemos encontrado imperfecciones tan palpables, que no se la puede discutir. Por ejemplo, ¿qué cantidad de principio activo contiene un gramo de tintura madre? Nadie puede saberlo. En resumen, los homeópatas pierden un tiempo precioso en dinamizar una cosa que ni aun conocen. Por otra parte, la experimentación clínica es demasiado compleja para bastarse á sí misma, sin que el laboratorio tome la palabra. Todo el mundo conoce la dificultad de encontrar, en presencia de los enfermos, las relaciones de las causas á los efectos; sólo en el laboratorio se puede proceder rigurosamente á un examen de esta naturaleza. Si los hechos clínicos bastan para justificar cierta escuela ó cierto sistema, ¿qué excelente y qué prodigioso remedio será el agua de Lourdes..... aun en su millonésima dinamización?

Pero la fase más luminosa y verdaderamente genial de la obra de Bourggraeve, es la aplicación del método dosimétrico á la exoterapia.

El aeroterapeuta practica la dosimetría cuando estudia por ensayos la presión, la temperatura, etc., que viene mejor á su enfermo, aumentando ó disminuyendo hasta obtener el objeto deseado. El electroterapeuta hace dosimetría cuando mide por ensayos la impresionabilidad de un enfermo, elevando la intensidad de la corriente á períodos más ó menos aproximados, según la naturaleza y la rapidez del efecto que quiere obtener. El hidroterapeuta hace dosimetría cuando gradúa la presión y la temperatura del agua, según la manera que ella reacciona en su enfermo, y cuando aplica sus procedimientos más ó menos largo tiempo, según el objeto que quiere alcanzar. El higienista también hace dosimetría cuando nos enseña hasta qué punto debemos ventilar nuestras casas, hasta qué

1 Para mayores esclarecimientos, consúltese *La Medicina Dosimétrica*, del Dr. Bourggraeve, París, 1883; la *Defensa de la Dosimetría*, del Dr. Olivera Castro; los *Elementos de Terapéutica dosimétrica*, del mismo autor; la colección del *Repertorio de Medicina Dosimétrica*, etc.

momento es favorable en la salud la acción directa del sol, durante cuánto tiempo debemos prolongar los ejercicios gimnásticos, etc. El mismo cirujano, que no consideramos como un exoterapeuta verdadero, [1] no puede dispensarse de hacer dosimetría cuando administra á su enfermo el éter ó el cloroformo para producir la anestesia, ó cuando provoca la eliminación funcional del cerebro por medio de la luz, ó cuando comprime poco á poco las carótidas hasta determinar el grado de anemia cerebral conveniente y necesario para proceder á una operación.

El método dosimétrico es para el arte de curar, lo que el *non fecit saltum* es para la historia natural. La terapéutica no debe provocar bruscamente la *enfermedad del medicamento*, que no es otra cosa que una intoxicación incipiente é incompleta.

No podemos dejar de hacer notar este hecho, de todo punto deplorable, de que el hospital de San Antonio no es una Sección exoterápica, para los casos más notables de su numerosísima clínica diaria. Olvido ó negligencia, el hecho es tanto más inmoral, cuanto es cierto que los enfermos pobres no deben ser privados de las conquistas modernas de la ciencia. Es, pues, en nombre de la ciencia y en nombre de los desheredados que hacemos un llamamiento moral á la conciencia de nuestro cuerpo médico, al menos para que esta falta enorme no nos deshonre á los ojos del mundo civilizado.

Tal es, creemos, el porvenir de la dosimetría. El método de Bourggraeve se impone hoy á todos los espíritus desprovistos de preocupaciones, siempre funestas en las cuestiones de aplicación, pero sobre todo cuando se ventila la vida humana; este método se propaga con una maravillosa actividad, bajo una hábil dirección, en todos los países civilizados, pero tiene que luchar todavía, puesto que hay médicos que le desconocen aún.

En la Escuela de Oporto, aunque no hayamos oido jamás en ella pronunciar la palabra dosimetría, creemos que este método no tiene adversarios. Es un hecho que nos complacemos en proclamar muy alto, para que se sepa fuera que la Escuela de Oporto no niega, como la Academia de Medicina francesa, sus tradiciones sin mancha.

Imposible salir de este dilema, que nos tiene á todos, trabajadores sinceros, como en un círculo de hierro. La dosimetría toma entre nosotros un desarrollo prodigioso; pero, ó la dosimetría es un mal, un error, una explotación deshonrosa, y en este caso, es necesario combatirla, es necesario anonadarla en nombre de la ciencia y en nombre de la seguridad pública; ó la dosimetría es realmente un extraordinario progreso, y en este caso, debe ser adoptada por la Escuela, ó al ménos, enseñada á los alumnos que asisten á los cursos oficiales.

Es para nosotros el más imperioso de los deberes, en el momento de poner coronamiento á nuestras pruebas médico-quirúrgicas, decir con toda lealtad que la Academia de Oporto, que cuenta en su seno verdaderas eminencias, no debe permanecer más tiempo indiferente á este movimiento de renovación que trae el espíritu clínico contemporáneo.

Séanos permitido pedir, implorar á esta ilustre reunión, que va á conferirnos el diploma de médico, nuestro más noble, si no nuestro único pergamino, el establecimiento en algunas salas de nuestro hospital, del tratamiento dosimétrico, á fin de que los hechos inculquen en el espíritu de todos, la noción real y positiva de la verdad y hablen más alto que las concepciones sistemáticas de los tratados autoritarios; que cada uno pueda hacer una experiencia personal, á fin de que no se pueda sospechar de la lealtad de los espíritus tan sinceros y convencidos.

Nada mejor podemos hacer que trasladar aquí las palabras con que el ilustre dosímetra portugués termina uno de sus dos libros más notables.

"A los adversarios que discutan con cortesía, gracias. A los que hayamos involuntariamente molestado, en el entusiasmo de la defensa de nuestras ideas, perdón."

1 La cirugía no es una rama de la terapéutica en el buen sentido de la palabra. La eliminación de un tejido no es un tratamiento, como la pena de muerte no es castigo.

TERCERA PARTE.

A los dosímetras.

> El hombre, en todo lo que hace, titubea y se engaña; no llega á la verdad más que por errores corregidos.
>
> JAMIN.

No quedaría nuestra conciencia tranquila si omitiésemos en este trabajo las consideraciones que vamos á exponer. Nadie tiene el derecho de sospechar la menor parcialidad en nuestras palabras; nosotros sólo estamos animados del deseo de ver nuestro método terapéutico, el único verdaderamente riguroso, al abrigo de objeciones que, aunque no interesen el principio fundamental, pueden hacernos pasar á los ojos de nuestros adversarios por gentes apasionadas, capaces de caer en todas las exageraciones del entusiasmo.

La exaltación propia de nuestra edad y de nuestro temperamento no podría hacer titubear nuestro espíritu crítico, no porque seamos insensibles á las grandes conquistas de la inteligencia y el trabajo, sino porque no es este el momento de entregarse á estudios de orden analítico; la higiene mental tiene para nosotros el gran defecto de hacerse valer en muchas circunstancias más que la higiene física.

Las consideraciones que van á seguir son el fruto de la lealtad y del valor que llevamos al combatir en favor de lo que nos parece ser la verdad completa.

Hemos dicho en el capítulo precedente que los gránulos Chanteaud no eran para la dosimetría una cuestión vital; debemos añadir que el abuso que se ha hecho de ellos ha llevado á los clínicos á excesos injustificables.

De una manera general cuando se trata de hacer una aplicación externa local, se debe preferir otra forma farmacéutica que la forma granular.

Por ejemplo, en el caso de inyecciones hipodérmicas, disolver gránulos para llenar una jeringa de Pravaz y proclamar al mismo tiempo la necesidad de una medicación pura, es una contradicción flagrante. La escuela oficial proclama desde hace largo tiempo el peligro inminente, siempre que se inyecta bajo la epidermis un principio irritante ó impuro: es un hecho demostrado por la experiencia y por la observación: debemos aceptarlo.

Cuando no podamos obtener principios bien puros y bien dosificados, ó que el tiempo nos falte para procurárnoslos, entonces recurriremos á los gránulos; pero hacer de este recurso una regla es una inconsecuencia, por otra parte bien fácil de corregir.

Para los niños y para las personas que no pueden tra-

gar los gránulos, el sistema de hacerlos disolver es igualmente vicioso. ¿No sería preferible disolver el alcaloide puro en el agua destilada ó en el vino neutro de pepsina, cuando no hay contraindicaciones especiales?

Diremos lo mismo de ciertas especies de gránulos, que es preciso mascar. Sería preferible, creemos, emplear directamente la sustancia, lo que sería al menos una economía.

Se puede decir de una manera general que servirse de gránulos muy bien dosificados para otro uso que la administración por la boca, es hacer inútil un trabajo hecho, perder dinero y someter una preparación á usos clínicos para los cuales no está hecha.

Pero hay todavía una circunstancia en la cual, para la medicación interna, las soluciones son preferibles á los gránulos.

Se sabe que el pequeño volumen y la solubilidad perfecta del gránulo aseguran una reabsorción rápida; desde que llega á las paredes del estómago el gránulo se fija en un pliegue de la mucosa y es absorbido en aquel punto.

Este hecho explica porqué las sustancias granuladas son mejor toleradas, como sucede con la dosimetría aún en los casos crónicos. Pero es precisamente esta superioridad, muy importante en la mayor parte de los casos, la que nos hace establecer una excepción, cuando tenemos necesidad de obrar directa é inmediatamente sobre las paredes del estómago.

Si tenemos que administrar sustancias aperitivas, las daremos con los alimentos; pero si es necesario obrar sobre el estómago vacío, las soluciones ofrecerán un contacto más perfecto que los gránulos. Es verdad que podremos obviar este inconveniente, haciendo tomar al enfermo un poco más de agua después de los gránulos; pero ignoramos así la fuerza exacta de la solución.

Debemos todavía hacer una observación sobre la manera desordenada de que ciertos dosímetras llenan las indicaciones, empleando un gran número de especies de gránulos á la vez, y recordar á este propósito las palabras pronunciadas recientemente por un ilustre profesor de nuestra escuela: "Los dosímetras son á menudo polifármacos."

No basta emplear *medicamentos puros*; es necesario, para ser lógicos, hacer una *medicación pura*. Así no juzgamos completamente inútil recordar aquí, aunque sólo sea á la minoría de los dosímetras, la que cae en este error, que la monofarmacia es afortunadamente una cuestión resuelta y un hecho definitivo.

Dos observaciones antes de terminar.

La medicación sulfurada no es completa. El sulfuro de calcio tiene indicaciones muy particulares, como, por ejemplo, en la tuberculosis, la pneumonía crónica, etc., con el yodoformo, que no se puede dar al interior de otro modo que en gránulos. En la viruela y en diversas formas de herpetismo, el sulfuro de sodio nos parece preferible, porque no determina tan rápidamente perturbaciones gastro-intestinales. Tenemos ya la observación de un excema escamoso de la mitad izquierda de la cara y el tórax, que no ha cedido más que al sufuro de sodio cristalizado.

Añadamos, como cuestión técnica, que el sulfuro puede reemplazar al ácido tánico, cuya granulación no es absolutamente necesaria.

Nos queda, en fin, otra observación, que no por estar en último lugar es menos importante. Nos referimos al precio de los gránulos. El hecho económico es de una importancia social de primer orden.

En Oporto y en Lisboa se pueden encontrar gránulos á 100 reis (60 céntimos) el tubo; en provincias y aún en los suburbios, cada tubo cuesta 160 y 200 reis, lo que es exorbitante.

Portugal es un país donde el capital se encuentra muy mal distribuido; de donde resulta que si de un lado el médico ve muy frecuentemente detenida su iniciativa, la dosimetría encuentra también obstáculos que se oponen mucho á su propagación.

Desearíamos una rebaja de la mitad; y tenemos la firme esperanza que Mr. Chanteaud, que no ha retrocedido ante sacrificios mucho más considerables, no querrá rechazar un medio tan poderoso de propaganda.

MEMENTO
DE
TERAPÉUTICA DOSIMÉTRICA
Ó
GUÍA DEL MÉDICO PRÁCTICO
EN EL EMPLEO DE ESTE MÉTODO DE TRATAMIENTO.

POR EL DR. BURGGRAEVE.

(Continuación. — Véase el núm. 23 del Tomo I.)

Asma.— En las neurosis incluiremos el asma, ya por su frecuencia, ya también porque exige los modificadores que acabamos de indicar. Un acceso de asma se disipa dando la estricnina y la hyosciamina; consiste en una especie de espasmo de los pequeños bronquios y una parálisis de los alveolos pulmonares dando lugar al enfisema. Se prescribirá, pues, en lo más angustioso del acceso la estricnina y la hyosciamina: un gránulo de cuarto en cuarto de hora hasta la sedación. Se procederá de la manera que ya hemos manifestado contra los síntomas cloro-anémicos ó diatésicos.

Neuralgias.—Son propiamente hablando, neurosis dolorosas, con ó sin fiebre, es decir, fluxionarias ó no. Las primeras se combaten generalmente con los antiflogísticos y los antiperiódicos: evacuaciones sanguíneas, emolientes, aconitina, veratrina, quinina, principalmente el hidro-ferro-cianato. Para activar el tratamiento, conviene algunas veces recurrir sucesiva y aun simultáneamente á estos diversos medios. En una neurosis del quinto par, por ejemplo, se aplicarán sanguijuelas entre la apófisis mastoides y el cóndilo de la mandíbula inferior, se administrará la aconitina, un gránulo de media en media hora mientras la piel esté urente, y cuando el mal comience á manifestarse por accesos, el hidro-ferro-cianato de quinina: una veintena de gránulos en el intervalo de los accesos.

Las neuralgias afebriles deben combatirse como las neurosis, es decir, restableciendo el equilibrio con la estricnina, la hyosciamina ó la atropina: de cada uno un gránulo de cuarto en cuarto de hora antes ó después del acceso. La asociación de estos dos medios es una condición de buen resultado. Con los modificadores diatésicos se procederá como en las neurosis.

Las neuralgias pueden ser precisadas anatómicamente, pues que siguen la dirección de los nervios. Algunas veces son sintomáticas, como sobre todo las neuralgias cardíacas, esternales, diafragmáticas; pero esto no hace variar nada el tratamiento, puesto que es necesario aliviar si no se puede curar.

Angina de pecho.—Es una afección dolorosa que irradia á lo largo de los costados, de la espalda y del brazo. Procede á menudo por accesos, y exige los antiperiódicos.

Neurostenias ó hiperestesias.—Son hormigueos, latidos, que tienen su asiénto en la parte periférica de los nervios, en su trayecto ó en su origen. Son frecuentemente los síntomas precursores de la ataxia locomotriz ó atrofia progresiva de los músculos, para los cuales la inervación es tan indispensable como la sangre para el corazón, y los alimentos para el estómago. El médico dirigirá su atención hacia los centros neviosos. Se prescribirán los modificadores generales como contra las neurosis y las neuralgias: estricnina, hyosciamina, atropina, aconitina, morfina, cicutina. Si el punto hiperestesiado es accesible, se le combatirá con el cáustico, el hierro ó el fuego. Son ventajosas las puntas de fuego.

En la ataxia locomotriz es prudente no intentar nada empíricamente, limitándose á aliviar al enfermo, advirtiéndole de la incurabilidad de su afección, aunque tranquilizándole sobre sus consecuencias. El médico pierde á menudo la confianza de sus enfermos por no ser explícito con ellos.

Anemia, cloro-anemia.— Entiéndese por anemia la falta de sangre consecutiva á grandes hemorragias, la cual se restablece con buenos alimentos, como en los heridos. Es regla general que éstos (los heridos) no deben estar sujetos á una dieta severa. Hipócrates, en sus aforismos, dice que es necesario alimentar á los enfermos todo lo posible, es decir, en la medida de sus fuerzas digestivas. En la guerra de separación, los americanos del Norte, no perdieron apenas heridos, y esto fué debido al régimen sustancial á que estaban sujetos.— En Crimea, los franceses, perdieron un gran número por lo contrario.

En la cloro-anemia hay falta de hematosis, es decir, de glóbulos rojos y exceso de glóbulos blancos ó leucocytemia. Es necesario por tanto reconstruir la sangre con el régimen y una medicación á la vez vital ó éxcito-motriz y hemática, es decir, que la estricnina y los ferruginosos son indispensables. A menudo no se prescriben más que estos últimos, y con esto se comete una falta, porque los resultados que se desean no se obtienen. Se hará, pues, tomar á la enferma simultáneamente el arseniato de hierro y el de estricnina: un gránulo de cada uno cinco ó seis veces por día. El régimen será tónico, muy animalizado, sin recurrir á la carne cruda, á menos que haya una indicación especial, como en la tisiosis ó predisposición á la tísis.

La cloro-anemia es causa poderosa para producir desequilibrio funcional en el sistema nervioso, que se traduce por neurosis, que se combatirán de la manera que ya hemos indicado.

Tisiosis.—Es, propiamente hablando la leucocitemia localizada, y exige por lo mismo el tratamiento indicado contra la cloro-anemia, es decir, que son necesarios los analépticos, secundados por los arseniatos de estricnina, de hierro, de antimonio, á fin de activar la formación de los glóbulos rojos de la sangre. Puede admitirse que los glóbulos blancos extravasados por un movimiento propio ó amyboideo forman las granulaciones grises, las cuales á su vez se trasforman en tubérculos ó *corpus mortuum.* El *Repertorio* ha expuesto estensamente esta doctrina, que tiene la ventaja de precisar un tratamiento racional; abandónese toda idea de cantagio. No es la tísis la que se trasmite, sino la tisiosis, es decir, la leucocitemia.

La tísis confirmada, es decir, los tubérculos y subsidiariamente su fusión, da lugar á una fiebre de consunción que puede moderarse con los antifebriles, principalmente con el arseniato de cafeina: diez ó doce gránulos por día. Si se puede llegar hasta los focos purulentos, se procurará desinfectarlos con el ácido fénico, en pulverización, lociones, inyecciones subdérmicas ó en poción, si el enfermo la tolera. En medicina no debemos ser más rigurosos que el Papa. Puede también colocarse al enfermo en una atmósfera cargada de emanaciones trementinadas ó de cualquier otro aceite esencial que destruya los parásitos. Puede también recurrirse á los

baños de vapor medicamentosos del Dr. Bremond. Los tubérculos aislados son susceptibles de desaparecer por absorción ó por fusión, curándose por tanto el enfermo. Desgraciadamente la mayor porte de los tísicos sucumben á la abundancia de la supuración. Es necesario, pues, sostener sus fuerzas con un régimen tónico. Hánse visto tísicos curar, entregándose á los excesos de la comida. A menudo el médico por cuidar demasiado de la enfermedad, deja morir al enfermo.

Inflamaciones. — Hemos expuesto ya nuestras opiniones sobre la fiebre inflamatoria, hemos dicho que es necesario combatir este proceso en sus elementos iniciales: la exageración del pulso y del calor, y por consiguiente que deben prescribirse los alcaloides desde el primer momento: primero la estricnina como éxcito-motriz ó antiparalizante de los vasos, más tarde la aconitina, la veratrina, la quinina, la digitalina como defervescentes. Pero es preciso no dejar do notar las condiciones individuales del sugeto: si hay plétora, anemia ó cloro-anemia, porque son ellas sobre todo las que determinan la naturaleza de la inflamación. Las inflamaciones leucocitémicas son más violentas que las inflamaciones rojas, éstas son más francas y frecuentemente circunscritas, mientras que las primeras se extienden á toda la economía, produciendo lo que se ha llamado pioemia ó septicemia. La sangría no es absolutamente necesaria sino cuando hay acumulación de sangre en el punto flogoseado, y por consiguiente embarazo en la circulación. El médico será tan sobrio en el empleo de este medio terapéutico, como pueda, recurriendo á la sangría vital por medio de los alcaloides. Procurará atemperar al enfermo con una limonada ó con una sal neutra (gránulos de Sedlitz), dos cucharadas grandes en una jarra de agua. Es más ventajoso esto que todas las tisanas, que por insípidas se indigestan, fatigan los riñones y producen la albuminuria. Se aplicarán localmente vejigas de hielo para absorber el calor.

Apliquemos estos datos á las principales inflamaciones.

Meningitis, cerebritis.—En la meningitis los dolores son lancinantes, terebrantes, pulsativos; sordos en la cerebritis. La sangre contenida en la cabeza da lugar á sufusiones serosas. Es necesario, por consiguiente, prevenir la parálisis cerebral. Se aplicarán sanguijuelas en las apófisis mastoides, dejando salir la sangre gradualmente; se vaciará el tubo digestivo con las sales de Sedlitz. Si el estado fibrinoso de la sangre lo exige, se prescribirán los calomelanos de media en media hora un gránulo, hasta el efecto. Contra la fiebre, si es errática, es decir, si entre la temperatura de la mañana y la de la tarde hay una diferencia de 1 á 1½° centígrados, se dará el hidro-ferro-cianato de quinina: dos gránulos de cuarto en cuarto de hora hasta el descenso del pulso y del calor. Si la temperatura se mantiene con tendencia á elevarse á 40, 40½, 40¾, 41¼, 41½° centígrados, etc., se prescribirá la aconitina y la veratrina: un gránulo de cuarto en cuarto de hora, hasta el efecto. Contra el espasmo y el dolor se empleará la morfina (clorhidrato) y la hyosciamina, alternando con la aconitina y la veratrina. En cuanto aparezcan síntomas de parálisis, se recurrirá al ácido fosfórico y al sulfato de estricnina: un gránulo de cada uno de media en media hora. Se aplicarán constantemente vejigas de hielo machacado, en la cabeza. Si este tratamiento se emplea con perseverancia, se puede tener mucha esperanza de salvar al enfermo.

Otitis profunda. — Está caracterizada por dolores laucinantes y desórdenes en los movimientos, manifestando con esto que el cerebelo y el lóbulo medio del cerebro participan de la inflamación. Es necesario aplicar sanguijuelas detrás de las orejas y dar inmediatamente el sulfato de estricnina, la morfina (clorhidrato) y la hoysciamina, á fin de restablecer el equilibrio funcional. Se hará tomar al enfermo un gránulo de aconitina, un gránulo de hyosciamina ó morfina y un gránulo de estricnina (los tres juntos), que se repetirán de media en media hora. Si la fiebre es intensa se prescribirán la aconitina y la veratrina, con los alcaloides precedentes si los síntomas nerviosos lo exigen.

Oftalmía profunda. — Independientemente de los desórdenes de la visión, esta inflamación da lugar á desórdenes cerebrales consecutivos á su extensión á las meninges. Es preciso, pues, combatirla con energía. Si el individuo es fuerte, se le sangrará; si no, se aplicarán sanguijuelas á las regiones temporales; se atemperará el cuerpo con las sales de Sedlitz y se dará la veratrina hasta el controestimulismo: un gránulo de cuarto en cuarto de hora. Se harán fricciones mercuriales y belladonizadas alrededor de la órbita y se inmovilizarán los dos ojos con un vendaje algodonado compresivo. Cuando la fiebre haya

remitido, se prescribirá el hidro-ferro-cianato de quinina para evitar nuevos accesos. —En la oftalmía purulenta se cauterizará hasta que el estado purulento haya cesado. Estas cauterizaciones tienen por objeto impedir la estrangulación de los vasos y el chemosis. El gran número de especialistas ú oculistas prueba que no se insiste bastante en el tratamiento médico.

Carditis.—Estas inflamaciones están caracterizadas por dolores retro-esternales intensos, que suspenden la respiración dando motivo á creer en una inflamación de los pulmones; el pulso es pequeño, duro. Es preciso, pues, facilitar la circulación en el corazón con la estricnina, la aconitina y la digitalina, juntos, un gránulo de cada uno, de cuarto en cuarto de hora. Se aplicarán sanguijuelas en la región precordial é inmedaitamente después una vejiga con hielo machacado. Cuando el pulso se haya desenvuelto si continúa duro se sangrará al enfermo. Contra la exageración de la temperatura se dará la veratrina (suponemos que los primeros alcaloides han producido su efecto); en fin, contra las exacerbaciones nocturnas el hidro-ferro-cianato de quinina. Si continúa el dolor precordial se hará una embrocación con colodión ricinado y se aplicará un vendaje de cuerpo compresivo, á fin de evitar los movimientos intercostales.

(Continuará.)

La mujer médico en el Siglo XIX.

La Doctora Carolina Schultze hizo objeto de su discuro del doctorado, el tema interesante que sirve de epígrafe á este artículo.

El Tribunal que la escuchaba estaba compuesto de celebridades médicas, glorias de la ciencia en Francia, cuyos apellidos, traspasando las fronteras en alas de justísimo renombre, son muy conocidas, ya que no populares, en el mundo entero.

Presididos por Charcot, se sentaron en el estrado del Tribunal los famosos médicos Strauss, Reclus y Landouzy.

Carolina Schultze, afortunadísima en su notable discurso, fué oída con religioso silencio mientras con gran habilidad ponía de relieve las cualidades que distinguen á la mujer y demostraba que ésta ha prestado como médico y prestará todavía grandes servicios á la humanidad.

A este discurso contestó el insigne Charcot en estos ó parecidos términos:

—"Si vuestro objeto, señorita, ha sido demostrar la capacidad intelectual de la mujer, el valor que tiene, el grado de instrucción á que se puede llegar, declaro que sólo elogios y aplausos entusiastas tengo para el discurso que acabais de pronuciar y declaro, además, que de todo eso estábamos nosotros convencidos.

"Pero os habeis propuesto también demostrarnos, que la medicina es una profesión tan propia de la mujer como del hombre, y es imposible que yo no proteste contra ese aserto. La mujer médico, ni ha sido, ni es, ni será núnca más que una excepción, y mujeres excepcionales las hay en todos los ramos del saber, en arte, en ciencias, en literatura.

"Conviene observar que cuando las mujeres entran en el ejercicio de una profesión propia solamente de sexo fuerte, jamás se contentan con un papel secundario, siempre quieren figurar en primera fila.

"Ahora, en nuestra patria, las mujeres médicos pretenden nada menos, que obtener las plazas de internos en nuestros hospitales.

"Estas pretensiones son exorbitantes, porque van contra la naturaleza misma de las cosas. Son hasta contrarias á la estética."

Y sonriéndose é inclinándose ligeramente el maestro añadió:

—"Sois muy bella, señorita, y no podreis menos de concederme que en ciertas partes de la Medicina, desde el punto de vista del ejercicio práctico, no conviene ni á vuestra belleza ni á vuestro traje."

El insigne maestro desenvolvió extensamente este argumento, y después de analizar definitivamente la tesis tratada por Carolina Schultze en su discurso, terminó con estas frases galantes:

—"Señorita, sois bella, sois joven, sois instruída, sois animosa, lo teneis todo. Por lo cual, aunque sea adversario de las ideas que habeis defendido, hago justicia plena al talento y habilidad de vuestra defensa, y os felicito."

Otro individuo del tribunal examinador, Dr. Landouzy, habló después de su presidente en términos menos intransigentes, y colocado el asunto en su verdadero terreno.

—"Creo—dijo—que las mujeres médicos podrán si se dedican á la especialidad de las enfermedades de la mujer y de los niños, prestar grandes servicios.

"Donde quiera que se encuentre una mujer que sufra ó un niño que llore, allí tendreis vuestro sitio, señorita, porque esos sufrimientos y esas lágrimas son mejor

comprendidas por una mujer que por un médico.

"Así lo han entendido las que os precedieron en el ejercicio de esta profesión, y así seguramente lo entendereis vos también."

El Dr. Landouzy terminó con estas palabras:

—"Os conozco bien, señorita; he tenido el honor de que seais mi discípula, y me considero en el deber de daros este testimonio de admiración.

"Vuestro expediente universitario, las notas que siempre habeis obtenido, son pruebas de que mis palabras no son un vano cumplimiento."

El Tribunal dió á Carolina Schultze la nota de *sobresaliente*.

Los estudiantes que asistieron al acto aplaudieron á la joven doctora, y le regaron un magnífico ramo de flores. Sus compañeras, las señoras que hay en París con título de médico, la han obsequiado con un banquete.

VARIEDADES.

El lamimiento, como tópico curativo. —Ya hace bastante tiempo que se está hablando de las ventajas que proporciona en algunas heridas, inflamaciones y dolores el *lamimiento* (léchage).

La cuestión es, que un médico americano piensa abrir en Zurich un establecimiento para la cura, por el *lamimiento*, y para ello tendrá perros en número y condiciones á propósito, que aplicarán el tratamiento á quien lo necesite. La alimentación de los canes estará perfectamente estudiada, para que la acción medicatriz aumente todo lo posible (y abundante, no sea que los perros quieran darse un suplemento con el cliente). Dentro de poco, pues, tendremos proporción de enviar nuestros enfermos al establecimiento terapéutico de Zungenbad, palabra que literalmente quiere decir *baño de lengua*, lo que le da mucho carácter.

Ejercicio apropiado para digerir. — La eterna historia de Hipócrates diciendo que sí y Galeno que no. Todos creíamos que el ejercicio moderado activaba la digestión; pero nos ha salido un sabio (mal año para él) y ha cogido unos perros, les ha dado carne picada, y después de mucho molestarlos para nada, y no sé si de matar á algún desgraciado, dice que como mejor y más fácilmente se hace la digestión (en los perros, por supuesto) es en reposo. Cuando se hace ejercicio se aumento el ácido láctico en el estómago y la digestión se suspende; si se está quieto viene la secreción de ácido clorhídrico y la digestión se hace.

Pan nuevo para los diabéticos.—M. Lecerf prepara con la soya un pan que parece susceptible de rendir preciosos servicios en el régimen impuesto á los diabéticos. M. Dujardin Beaumentz da explicaciones sobre ese nuevo producto.

La soya es una leguminosa del género *phascolus*, original de Asia, donde sirve de base á la alimentación de la clase pobre del Indostán y de la China. Se aclimata bien en Europa; todos los terrenos convienen á su cultivo. M. Habertandt, de Viena, opina que el cultivo de la soya puede extenderse en el Norte mucho más que el del maíz; su extraña fecundidad no se desmiente nunca; resiste los ligeros hielos y las largas sequías.

Su valor nutritivo es muy grande, sobre todo, en la grana. Según los análisis hechos en Austria por M. Voelher, y en Francia por MM. Fremy, Muntz y Pellet, el término medio de composición centesimal de la grana, comparado al del trigo, es, dice Boussingault:

	Soya.	Trigo.
Agua..................	10.14	14.—
Cenizas................	5.18	2.42
Materias proteicas....	36.67	11.90
" grasas.......	18.—	5.50
" almidonadas y azucaradas.	6.40	61.50

Se ve que la proporción de las substancias proteicas, en lugar de 26,67 como en la harina de soya no es más que de 22.71 por 100.

El pan preparado por el Sr. Lecerf, contiene en estado fresco 45 por 100 de agua y encierra por 100:

Materias poteicas...........	20.168
" grasas..............	9.350
" almidonadas.........	2.794
Acido fosfórico.............	0.863

Modo de curar la embriaguez. — El siguiente remedio se usa en Rusia contra la borrachera, y se dice que su efecto es infalible. Se lleva un borracho á presencia de un médico y éste le hace una inyección en seguida. Al día siguiente, el borracho rehusa la bebida, y á los pocos días no puede acordarse de ella sin repugnancia. El ayer borracho, embrutecido, enfermo, incapaz de reunir fuerza de voluntad suficiente para romper con su horrible hábito, después está bueno y apenas se reconoce á sí mismo. Ha bastado para curarlo un

tratamiento de aplicación sencillísimo. Se disuelve un gramo de estricnina en 200 gotas de agua, y una vez al día se inyectan hipodérmicamente 5 gotas de esta solución. Esto se repite por ocho ó doce días y su efecto es sorprendente. Después de dos ó tres inyecciones, el borracho come y duerme bien. Si después de algunos meses volviese á empezar á beber, experimenta tales síntomas (palpitación del corazon, náuseas, dolores de cabeza, vómitos) que no vuelve jamás á probar una gota de licor. Es muy conveniente hacer las inyecciones hipodérmicas durante el año. El borracho se despierta vigorizado y pide una segunda y tercera inyección.

Curación de la erisipela. — Hablando de la erisipela, Nüssbaum se expresa así:

"He tenido el placer de obtener la curación rápida de muchos casos de erisipela, por un medio sencillo y enérgico que no presenta peligro alguno, ni ocasiona ningun dolor, lo cual no sucede con las inyecciones de ácido fénico, que son de tal modo dolorosas, que es casi cruel hacer uso de ellas.

"Las partes erisipelatosas untadas de antemano con una pomada de partes iguales de lanolina y de ictiol, fueron recubiertas de algodon salicilado. Al día siguiente se podía observar que no sólo la erisipela no había hecho ningún progreso, sino que también se había obtenido una mejoría notable de todos los síntomas morbosos. La rojez, la hinchazón, el dolor habían disminuído mucho; en una palabra, todos los fenómenos de irritación habían desaparecido como por encanto, y no volvieron á aparecer, á pesar de que la cura estuvo aplicada sólo tres días."

Un nuevo anestésico local: el hayap.— Según las comunicaciones hechas á la Sociedad de Medicina de Berlin, la terapéutica parece haberse enriquecido con un nuevo medicamento analgésico, llamado á destronar la cocaina. Se trata de una sustancia que viene de Africa, que lleva el nombre de *hayap* y que se presenta bajo la forma de una masa roja. Una solución acuosa de esta sustancia instilada en el ojo de un animal ha determinado, un cuarto de hora después, una anestesia local muy pronunciada que duró de diez á veinticuatro horas; la analgesia era tal, que excitaciones muy fuertes no pudieron provocar el menor dolor, la menor reacción.

Bituminato de yodoformo.—Se designa con este nombre un compuesto de yodoformo y de brea que se dice desprovisto del olor fastidioso del yodoformo. El Dr. Ehrmann ha hecho uso de él con buen resultado, en casos varios de úlceras blandas. El producto tiene un color bronceado y un olor intenso de brea en el que se pierde el olor del yodoformo. No se puede decir todavía si este producto es susceptible de numerosas aplicaciones.

Un nuevo alcaloide.—En una reunión de la Sociedad Fisiológica de Berlín, que tuvo lugar el 8 de Junio, el profesor Rossel comunicó el descubrimiento hecho por él de una nueva base en el extracto de té. La cafeina era hasta hoy la sola base química aislada del té y de donde proceden sus efectos fisiológicos. El profesor Rossel ha encontrado otra en muy pequeña cantidad que tiene por composición $C^7 H^8 Az^4 O^2$, y á la que ha dado por nombre la *théophylina*. Es congénere de la obtenida del cacao *(théobromina)* y de la *paraxanthina* extraída de la orina por Salomón, pero difiere de estas sustancias por sus reacciones. La introducción de metil agrupa en *théophyllina*, lo convierte en cafeina y como está probado por el Dr. E. Fishes que este último es un *trimethylxantina*, la primera es necesariamente un *deméthylxantina*.

Investigaciones fisiológicas ulteriores van á ser hechas.

Catarros auriculares, empleo del yodoformo en vapor.—El Dr. Delie, de Ypres, expone que esta medicación consiste en introducir en el pabellón de la sonda la extremidad afilada de un tubo de vidrio que contiene yodoformo. La extremidad se adapta á un tubo de cautchuc. Se calienta el tubo de vidrio y los vapores se desprenden y son proyectados en el oído.

Los que se desprenden son vapores de yodoformo ó de yodo? Nos lo preguntamos; pero M. Delie hace observar que este hecho tiene poca importancia, puesto que la mucosa auricular se muestra muy tolerante para con estos vapores de que el autor ha obtenido resultados satisfactorios, modificando los catarros, y cuyo empleo puede ser combinado con el de sondas dilatadoras ó con insuflaciones de salicilato de bismuto.

Heridas gangrenosas. — El Dr. Baker elogia mucho el empleo del ácido salicílico en polvo para curar las heridas y úlceras gangrenosas.

La cocaina en el Vaginismo.—El Doctor Hayward recomienda para curar el vaginismo la aplicación de una pomada que contenga 10 por 100 de clorhidrato de cocaina, pocos momentos antes del coito

TOMO II ENTREGA 4ª 15 DE FEBRERO DE 1889.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

CORRESPONDENCIA.

CARTA ABIERTA.

Jalapa, Enero 14 de 1889.

Sr. Dr. Fernando Malanco.
México.

Muy querido amigo y compañero:

He visto con gusto la enérgica contestación que á mi última carta abierta se ha servido vd. dar; muy grande es, repito, la satisfacción que el citado documento ha causado en mi ánimo, pues veo que no me equivoqué al elegir á vd. y al Sr. Dr. Fénelon, más que como adversarios, como jueces sobre el asunto.

Vd., querido amigo, ha entrado de lleno en la cuestión de *método filosófico*, valientemente, y sin temor de encontrar resbaladizo el terreno, cosa que habla muy alto en favor de sus honradas convicciones y de la rectitud de su criterio científico. La Dosimetría está de plácemes en México. La enérgica conducta de sus paladines debe hacer pensar á los hombres sensatos y despreocupados, que en ese sistema deben existir *hechos* elocuentísimos, capaces de engendrar convicciones tan decididas é inquebrantables como las que vdes. manifiestan; y yo, por mi parte, debo decirles con toda sinceridad, que como paciente no vacilaría en someterme al régimen y tratamiento instituído por dos médicos de tan elevadas aspiraciones, á pesar de la discrepancia de nuestra doctrina.

Como vd. comprenderá, tengo aún muchas objeciones que hacer á su estimada última contestación, las que omitiré en obsequio de nuestros lectores y para no embrollar la cuestión capital que es el gran porvenir de la terapéutica.

En perfecto acuerdo con la exposición que vd. hace de los métodos filosóficos, quedamos, sin embargo, discrepando en el punto práctico que es el *modo de aplicación* de estos métodos; pudiendo yo responder á vd., por ahora, refiriéndome á la Terapéutica, con las siguientes palabras que Büchner escribió, refiriéndose á la Psicología: "Pero *la filosofía experimental* se ha enmarañado muchas veces de nuevo en la falsa senda de la especulación, y para asegurarse de ello, no hay más que echar una ojeada sobre los "*tratados de Psicología*" (yo diría terapéutica) *experimental*, escritos recientemente por varios filósofos, y allí se verá lo que esos maestros (D. Beaumetz) comprenden bajo el nombre de *experiencia*. De seguro que la prueba no es irrecusable; si hubieran querido realmente sacar conclusiones de la experiencia *debían resignarse á estudiar los hechos y hacer observaciones*, lo que hubiera sido para ellos excesivamente engorroso y largo, *quizá hasta difícil.*" (*Büchner* "*Ciencia y naturaleza.*")

Pretendo, pues, que mi contestación definitiva sea un trabajo meditado y profundo sobre los *métodos* de *investigación* y su aplicación á la terapéutica, el cual tiene que ser tardío, tanto por mis débiles fuerzas, como por lo escabroso del asunto; pretendo, amigo mio, que esta nuestra polémica sobrepase los límites de un episodio de actualidad y se convierta en un legado precioso para las jóvenes generaciones; que la Escuela oficial contemple mortificada la enseñanza del *alfabeto médico* fuera de su recinto.

El principal objeto de la presente carta, es, suplicar á vd. tenga la bondad de hacer dos rectificaciones: sea la primera la que el honorable Dr. Richard Hughes hace, refiriéndose á alguna de las citas que hacemos de sus obras, en la siguiente carta que copio:

36 Silleword Road.

Brighton, 13 Dec., 1888.

Sr. Dr. Agustín García Figueroa.
México–Jalapa.

Muy señor mio y estimado compañero:

Le estoy á vd. reconocido por su Tesis que he leído con mucho interés y hasta donde me lo ha permitido mi escaso saber del idioma español.

Refiriéndome á la cita de mis "Pharmacodinamies" hecha en la pág. 19, puedo vd. indicar á su contrincante que yo simplemente me he limitado á citar esa expe-

riencia como "una experiencia curiosa" de Teste, y que por mi cuenta, ni la atestiguo ni la acepto como una opinión de nuestra escuela. Ya la tengo omitida en la cuarta edición de mi obra.

Con mucha estimación soy, señor, de vd. su amigo fiel.

RICHARD HUGHES.

(El original está en español).

Cumplo con el deseo de mi honorable colega y maestro, no sin deplorar la omisión que de la citada experiencia se hace en las nuevas ediciones de la "Farmacodynámica." Todos los lectores del Dr. Hughes han apreciado la cita del "Aloés" en su verdadero valor y suprimirla del catálogo de los *hechos*, es esterilizar las escasas y preciosas lecciones que la naturaleza da al observador empírico. El caso de la acción del "Aloés" observado por Teste es un hecho empírico que debe constar en la historia de los acontecimientos terapéuticos, como los sublimes empíricos de las ciencias naturales, hacen constar hechos aislados, como el hombre con cola ó con cuernos, etc., etc. ¿Qué habría sido de la Geología si se hubiese aplicado tan escrupuloso criterio á la observación de los "fósiles"? probablemente el genio de Cuvier no hubiera tenido elementos para construir y resucitar los monstruos apocalípticos del mundo primitivo.

La observación de Teste debe estar presente á los ojos de los observadores, hasta que la ciencia esclarezca el *hecho* ó nos dé sólidos fundamentos para rechazarlo. Tachar no es esclarecer.

La segunda rectificación á que me he referido, tiene por objeto desvanecer el cargo que me hace vd., dándome á entendor en su carta que calumnié á Dujardin Beaumetz, al afirmar que éste niega el método experimental: he aquí las palabras del propio autor, entendiéndose, por supuesto, que, al decir yo método experimental, me he referido al método de investigación aplicado á la terapéutica. *Dice el profesor:*

De la terapéutica experimental.— "La terapéutica experimental *no existe* más que de nombre. No pudiendo crear *en los animales* enfermedades artificiales, no podemos estudiar sobre ellos la acción de los medicamentos. Apenas si llegamos á conocer su acción fisiológica; porque lo más frecuente es que nos veamos forzados, para obtener efectos apreciables, á producir desórdenes muy graves y aplicar así el medicamento al estado de veneno, más bien que al estado de medicamento. De suerte que se puede decir, que si no se ha creado una verdadera terapéutica experimental, se ha hecho, *al contrario*, una toxicología experimental. "*(Trat. de clinic. terap.)*"

Es decir, se ha investigado el modo de matar á las gentes.

Sin otro asunto y con apreciables recuerdos de estimación para nuestro compañero el Dr. Fénélon, me despido de vd. como siempre atento S. S. y amigo.

AGUSTÍN GARCÍA FIGUEROA.

ALGO SOBRE

HISTERECTOMIA VAGINAL.

La histerectomía es la operación que tiene por fin la extirpación completa ó parcial del útero. Según los historiadores ha sido practicada hace mil años por Soranuz. Tuvo gran número de imitadores; sin embargo, no se contaba entre las operaciones usadas cuando Recamier, en 1829, estableció las reglas que se debían seguir para practicarla. Los malos resultados que tuvieron entonces los operadores hicieron de nuevo abandonar, tan importante como útil empresa.

En 1878, los alemanes volvieron á ponerla en práctica. Gracias al método antiséptico, tuvieron buenos éxitos y quedó definitivamente admitida la histerectomía vaginal como operación bienhechora.

Bienhechora lo es, porque permite extirpar del cuerpo humano, para asegurar su conservación y libertarlo de padecimientos largos y crueles, un órgano en el cual los neoplasmas se desarrollan con mayor frecuencia é insistencia que en cualquiera otro de la economía.

El útero es el sitio de preferencia para la formación del cáncer y de los fibromas, á tal grado que éstos, rarísimos en los demás tejidos de la economía, son frecuentísimos en el útero, que una vez iniciados en este órgano, proliferan tanto que, sin amenazar por la ulceración é infección necrobiótica del cáncer, los fibromas, cuando no comprometen la vida por las hemorragias, por la compresión de órganos importantes contenidos en la pelvis y en el abdomen, la hacen penosa, hasta insoportable é inútil por su excesivo crecimiento, por su peso, y porque verdaderos parásitos del organismo absorben la mayor parte de sus elementos nutritivos, á la vez que comprometen la funcionalidad de los órganos comprimidos.

Estas circunstancias bastaban para hacer desear á los prácticos, poder extirpar el órgano capaz de ser el productor de tantos inconvenientes; pero si se considera que es también el sitio más acostumbrado del cáncer, que en él sus reincidencias son casi seguras, mientras queda parte del tejido en el cual su reproducción es posible, se comprenderá cómo se ha anhelado é intentado desde la antigüedad la posibilidad de extraer una entraña tan sujeta á alteraciones malignas. Pero su situación en medio de una serosa la más amplia del organismo, la más fértil en secreciones propias para el cultivo de los gérmenes infecciosos de la atmósfera, la más capaz de absorber sus elementos infectantes, hacía la empresa temeraria por más bien organizado que fuera el método operatorio.

El que esto escribe, al principio de su práctica, viéndose en frente de una joven robusta, amenazada de muerte rápida por el desarrollo de fibromas intersticiales é intrauterinos, después de haber practicado sobre ella la transfusión de la sangre, consultó con los cirujanos más eminentes de la Capital, en aquel tiempo, sobre la oportunidad de la histerectomía, solicitando su contestación por escrito, y la contestación unánime fué que no se debía emprender, por ser demasiado letal esta operación.

Sin embargo, teníamos entre las piezas patológicas dejadas por el Dr. L. Chassin un útero extirpado por la vía vaginal con éxito feliz, debido sin duda alguna á que la naturaleza misma había preparado la extirpación con la procidencia completa del órgano fuera de la vulva.

A la vez esta indicación podía servir para preparar la idea de la histerectomía vaginal, aun en casos en los cuales no quedara tan bien preparada. Se concibe que, desalojado el útero por la vía vaginal, arrastra consigo los repliegues peritoneales obligándolos á juntarse, como lo hacen los de una bolsa de jareta, y cerrando por sí solos la cavidad serosa.

Así se explica cómo la procidencia prolongada pudo determinar la adherencia de las partes plegadas y cerrar la cavidad peritoneal de tal modo que, aunque no se conociera ni usara entonces el método antiséptico, el Dr. Chassin pudo, sin correr el riesgo de la infección separar esta entraña desalojada y ver sanada á la operada.

Circunstancias tan favorables son muy excepcionales, y las más veces el útero condenado á la extirpación llega á adquirir tamaños por los cuales está al abrigo de la procidencia; lejos de bajar en la pelvis, se desarrolla en el abdomen, adquiriendo proporciones que lo hacen incapaz de salir por los estrechos.

De allí resultó la idea de la operación de Freund, la cual tiene por fin la extirpación total del útero por la pared abdominal: su ejecución es realmente fácil, pero sus resultados suelen ser desastrosos.

El traumatismo es considerable y la aplicación de las láminas peritoneales queda imperfecta. Cuatro operaciones se han hecho aquí en México con nuestra intervención: en la primera se trataba de un útero hipertrofiado que contenía más sangre que lo que le quedaba á la enferma después de operada; murió á las ocho horas: la segunda se hizo *in extremis*, por la excesiva anemia en que estaba; no se observaron las prescripciones antisépticas; duró cuatro días después de operada y sucumbió á consecuencia de la ruptura de un absceso de la pared abdominal que se abrió paso en la cavidad peritoneal.

La tercera duró cinco días y sucumbió á consecuencia de hemorragias repetidas del pedículo, el cual, retraído en la cavidad abdominal, no se prestaba á ligaduras firmes por su cortedad y por lo alterado de las arterias.

La cuarta fué operada en el hospital "Ángel González Echeverría," así como la anterior. Esta merece alguna atención porque durante su larga permanencia en dicho hospital fué sometida á la raspa repetidas veces sin éxito duradero, á la dilatación forzada, á la cauterización intrauterina con el termocauterio y el galvano-cáustico, á las corrientes atróficas según el método de Apostoli: todos estos medios enérgicos tal vez impidieron mayor desarrollo de los fibromas; pero cuando entró la paciente en el hospital el volumen del útero era tal, que no hubiera podido bajar á la excavación para ser extirpado en totalidad por la vagina ó para ser dividido y extraído por partes.

A la vez que el útero era demasiado voluminoso, la capacidad pelviana de la enferma era excepcionalmente reducida, siendo su estatura de las más pequeñas entre las mujeres del país.

Esta circunstancia hizo que el útero, en lugar de estar en la cavidad abdominal paralelo á su eje, presentara siempre su cúspide hacia adelante como en anteversion, pareciendo así los neoplasmas mucho menos desarrollados de lo que lo eran realmente.

Si nos permitimos esta corta digresión en el campo de la operación de Freund es para hacer más evidente la conveniencia de la histerectomía vaginal, tan hábilmen-

te practicada por el Dr. San Juan en su hospital ginecológico, según vemos por la interesante observación publicada en la entrega 19 de la *Gaceta Médica* correspondiente á este año.

Por lo mismo que esta observación es de las más importantes para el progreso quirúrgico, esperamos nos permitirá su autor algunas ligeras críticas conducentes á hacerla todavía más digna de atención.

Sin duda ignoraba nuestro hábil consocio la operación del Dr. Chassin, puesto que no la refiere. Séanos permitido tambien señalar una extirpación hecha hace seis años en el hospital "Angel González Echeverría," de un cirro atrófico que había reducido notablemente el volumen del útero á tal grado, que al cauterizarlo con el boton del termo-cauterio se llegó á destruir completamente el órgano, dejando en su lugar una abertura por la cual se precipitó un colgajo del epiplón como de quince centímetros de largo; fué resecado al nivel de su salida; el intestino recto se presentaba también en el fondo del saco junto con el epiplón, y á los pocos días, al desprenderse la escara producida por la cauterización, dió lugar á una fístula estercoral, la cual duró algunos meses y llegó á cerrarse completamente sin más intervención.

Numerosos compañeros vieron á la enferma y pudieron cerciorarse de que el útero había sido completamente destruído, dando lugar á una cicatriz que cerraba perfectamente el infundíbulo vaginal, sin que hasta hace un año, última época en que vino á visitarnos la operada, hubiera ningún amago de reproducción del cáncer.

No se pretende poner en paralelo una operación demasiado fácil y sencilla, como lo fué la cauterización de un muñon uterino, resto de la destrucción producida por la ulceración cancerosa con la extirpación total de un útero voluminoso, y aislado según todas las reglas que la anatomía indica.

Por la misma importancia del procedimiento operatorio, dificilísimo, como lo dice muy bien el hábil operador, por el estrecho campo operatorio en el cual se deben ejecutar las maniobras, es de sentir que no nos suministre mayores detalles respecto de las dificultades que siempre hay para aislar al útero de los órganos circunvecinos y hacerlo llegar á la vulva; es de sentir que en las figuras, muy útiles para darse cuenta de las condiciones de forma y volumen del órgano extirpado, no aparezcan señaladas las dimensiones que tenían tanto el neoplasma como el útero al momento de la extirpación.

Dice nuestro estimable consocio:

"Debo marcar los tiempos que fueron más difíciles en esta operación.

"Primero: alcanzar el repliegue peritoneal vésico-uterino, porque debido al crecimiento del cuerpo, estaba alto, como se ve en el punto *h*, fig. 3."

Es verdad que nos ha dicho haber renunciado á la vuelta de esquila que practicaba Schroeder, por la sencilla razon de que era imposible, y preferido la ligadura escalonada á la pinza larga para la hemostasis, por razones que se reserva establecer cuando haya practicado más extirpaciones vaginales; por lo mismo, mayores detalles se hacían necesarios para seguir los tiempos de esta brillante operación.

"Segundo. Vencer con la hemostasis el límite superior del ligamento izquierdo y aun algo el pedículo ovario-salpinguiano del mismo lado, porque el cuerpo del útero llenaba por completo el campo vaginal en la pequeña excavación pélvica."

Convendrá con nosotros el estimble operador que estos pormenores son escasos: vencer con la hemostasis es una expresión obscura y no usual; se supone que quiso decir alcanzar, y á la vez asegurando la hemostasis en el límite superior del ligamento izquierdo, es precisamente el punto delicado en la práctica; alcanzar los ligamentos uterinos, alcanzarlos sin herir los órganos inmediatos, y antes de dividirlos asegurar la hemostasis; y no nos dice el cirujano cómo llenó estos *desideratos*, que son para muchos operadores de dificultad casi insuperable.

Afortunadamente tenemos á nuestro alcance una interesante y oportuna tesis presentada á la Facultad de Medicina de Paris, [1] hace pocos meses, en la cual podemos ver cómo se vencen estas dificultades, según las circunstancias.

Comienza la tesis refiriendo una observación por M. Kottman, muy análoga á la que nos presenta nuestro hábil colega. Se trata de una degeneración del cuello y de un fibroma submucoso.

La descripción del procedimiento operatorio es más completa, dice así:

"Puesta la enferma en la posición de la talla, elevada la pelvis, dilatada la vagina con el espejo de Simón y un dilatador vaginal especial, se baja el cuello con pinzas fuertes y curvas, se hace una incisión circular de la mucosa, provocando una ligera

1 De l'histerectomie vaginale dans les cas de fibromes utérins, par A. P. Gavilán, docteur en médecine de la Faculté de Paris.

hemorragia; se contiene con minuciosidad esta (sin que diga el autor si con pinzas, con tópicos ó con ligadura); disección del tejido periuterino, luego se ven los fondos del saco peritoneales, se seccionan por delante y por detrás, lo que da lugar al escurrimiento de cierta cantidad de líquido seroso y claro.

"Con dos dedos se intenta bajar hacia el fondo de saco de Douglas al cuerpo del útero, pero no se logra. Se fija entonces un gancho puntiagudo y fuerte en el mismo cuerpo y se tira hacia abajo. Otro gancho se fija también arriba del primero, después otro más, y así en seguida hasta ver llegar el fondo del útero á la vulva. Esto ha sido conseguido con una tracción de regular importancia. Los dos ovarios siguen, se separan de los ligamentos anchos que se ligan y se extirpan. Ningún vaso da sangre, ninguna asa intestinal se presenta al nivel de la herida operatoria; como los tejidos tienden á unirse espontáneamente, no se hace ninguna sutura.

"Un tubo grueso bastante rígido y teniendo no más una abertura en su extremidad, fué depositado al nivel del promontorio y fijado en la entrada de la vagina; por este tubo se hacen inyecciones con agua salicilada caliente hasta verla salir clara y limpia; después de esto se tapona la vagina con gasa de Lister."

Aquí vemos que realmente la operación fué fácil, aunque no deja de causar algún cuidado la frase en la cual se dice que la tracción fué de regular importancia; casos habrá en los cuales por más importancia que se les dé, no se logrará desalojar con solo esto el útero aumentado de volumen. Lo vamos á ver prácticamente en las observaciones subsecuentes.

Sin embargo, antes de abandonar ésta es preciso llamar la atención sobre un accidente que da la medida de lo fácil que es herir el intestino en esta extirpación, como nos sucedió con la destrucción de los restos del útero esquirroso mediante la acción del termo-cauterio.

Dice M. Kottman: á los diez y siete días escurrió por el tubo una masa fétida reconocida el décimonoveno día como el contenido del intestino delgado, y hasta el vigésimoquinto siguió saliendo materia fecal. ¿Cómo fué producida esta herida del intestino? No es posible adivinarlo par la descripción de las maniobras operatorias; pero el hecho es que el útero pudo salir sin grandes evoluciones, que la materia estercoral no salió luego sino hasta los diez y siete días: es permitido suponer que haya habido alguna compresión, la cual determinó una escarificación y á la caída de la escara una fístula estercoral bastante pequeña para haberse obliterado á los pocos días.

El éxito acabó por ser completamente satisfactorio.

En la observación segunda vemos dificultades mucho mayores, vencidas por M. Pean.

No pudiendo salir el útero entero, porque no cabía así por los estrechos, M. Pean lo dividió de adelante hacia atrás, enucleó las fibromas accesibles y pudo bajar más el útero y seguir la disección del tejido celular que lo rodea, encontrando varios fibromas: al descubrir uno de éstos se abrió el peritoneo y por esta abertura se alcanzó el ligamento ancho izquierdo, se ligó sólidamente y se cortó. En seguida apareció una larga brida peritoneal implantada verticalmente sobre el fondo del útero, fué ligada y cortada, no habiendo dificultades después.

La hemostasis fué conseguida con pinzas hemostáticas largas y numerosas; al retirarlas se vió que no había sangre; aún las pinzas aplicadas sobre los ligamentos anchos pudieron retirarse; después se reunieron las superficies sangrantes de la vagina y del peritoneo con cuatro hilos metálicos en la profundidad y otros cuatro para la sutura superficial. Exito completo á los trece días.

La tercera observación debida al Doctor Pean, tiene mucha analogía con la anterior: fué necesario dividir el útero esta vez, haciendo una parte anterior y otra posterior para facilitar su extirpación; se encontró un quiste del ovario izquierdo; la sugeto era de cincuenta y tres años de edad, muy demacrada por las hemorragias; el temor de que hubiera alguna malignidad en los neoplasmas hizo que no se economizaran tejidos; sin embargo, el éxito fué completo.

La observación cuarta es todavía más instructiva: se sospechaban tumores malignos con sobrados fundamentos, y la procidencia de la vejiga en la vulva constituía una dificultad más.

La enferma, puesta en la posición propia para la operación de fístula vésico-vaginal, dilatadas las paredes vaginales, el cuello fué llamado y disecado hasta el peritoneo. Tan luego como fué abierto el fondo de saco posterior, se prendió el ligamento izquierdo en su base con pinzas; el ovario y la trompa se presentaron; luego fueron atraídos y separados sin pérdida de sangre. Entonces se ve el fondo del útero que se puede llamar hacia atrás con pinzas de Museux, se llega á ver el ligamento ancho

derecho sobre el cual se fija una pinza hemostática; una arteria vaginal da sangre en ese momento; es obliterada con una pinza. Hasta entonces corta el operador los ligamentos entre las pinzas con el fin de extraer el útero con los tumores, pero viendo lo imposible, se resuelve á dividirlo.

Con este fin, corta lateralmente el cuello y el cuerpo del órgano, encontrando poco arriba del orificio interno del cuello una masa irregular que vertía sangre; era fungosa, larga, de seis centímetros, ancha de cuatro, con un pedículo del mismo tamaño. Esta masa llenaba completamente la cavidad uterina, deteniendo los líquidos que allí quedaban alterándose: así se explicaba la fetidez del flujo.

Quitado este tumor, se pudo penetrar con el dedo en el canal uterino dilatado: tiene 18 centímetros de largo y varias masas fibrosas ocupan sus paredes. La más gruesa está en el fondo; la extirpó el cirujano por pedazos. Quitado otro tumor más pequeño, pareció posible palanquear el útero hacia atrás y hacerlo salir por la parte posterior de la abertura peritoneal. Este movimiento de palanca se hizo impracticable por las adherencias laterales debidas á los tumores desarrollados sobre los lados y fué preciso aplicar cinco pinzas curvas más sobre la parte más elevada de estos ligamentos, encima de las primeras, y cortar entre unas y otras. Debido á la altura en que fueron puestas estas últimas pinzas, no se pudieron sustituir con ligaduras; por lo mismo fueron dejadas y no se suturó la herida.

Curación: una esponja embebida y cubierta con yodoformo. La operación había durado hora y media. Exito completo.

Este caso es de los más instructivos, porque indica el modo de vencer dificultades que antes hubieran parecido insuperables, y demuestra cómo un flujo corrupto puede ser producido por tumores que no eran malignos y que antiguamente hubieran parecido tales, y ser de los que no se consideraba prudente extirpar dando lugar á que éstas y otras muchas enfermas quedaran abandonadas como incurables

La quinta observación pertenece también al profesor Pean, y trae sus instrucciones particulares en cuanto á maniobra operatoria.

El tejido uterino poco resistente se rompía bajo la tracción de las pinzas de Museux, el volumen de la masa fibrosa contenida en el órgano explica la dificultad encontrada para bajarlo; cortado el cuerpo del útero, se pudo dividir la masa fibrosa, y sin embargo, después de vaciado el útero, todavía oponía resistencia para la extirpación.

Aquí hubo una precaución importante, y fué la aplicación previa de pinzas hemostáticas sobre los ligamentos anchos, mediante la cual se evitó la hemorragia durante la desocupación del útero.

La operación duró cuatro horas: sin embargo, debido á las prudentes precauciones tomadas, la pérdida de sangre fué insignificante, y gracias á esto, pudo resistir la enferma, para la cual la menor hemorragia hubiera sido mortal.

Las dificultades habían sido exageradas por lo reducido de la vagina, que era sumamente estrecha; el éxito fué completo después de algunas alternativas penosas.

La observación sexta, perteneciente también al Dr. Pean, da una idea de la fecundidad del tejido uterino como productor de fibromas y de cuánto conviene extirparlo cuando manifiesta tendencias á su producción. Se trataba de una mujer todavía joven, veinticinco años, y ya inutilizada por una proliferación fibromatosa demasiado abundante.

El descenso del útero se hizo imposible por su volumen; aún en su periferia los racimos de fibromas dificultaban su aislamiento en los fondos de saco peritoneales; se debió ir enucleándolos para llegar á la cavidad serosa.

Fué preciso para esta disección defender á la vejiga y á la uretra con una valva especial imaginada por el operador.

Aun los ligamentos anchos estaban abultados por la presencia de fibromas, á tal grado que no fué posible abrazarlos con las pinzas hemostáticas largas curvas, construídas para la histerectomía.

Hecha la incisión bilateral del cuello y del cuerpo uterino, se vió que estaba el órgano completamente lleno de fibromas, variando de tamaños, desde el de un arvejón al de un huevo de gallina: cincuenta de estas masas fueron extirpadas sucesivamente, después se aumentaron las incisiones para descubrir las masas más elevadas: estas maniobras se hicieron con poca pérdida de sangre, gracias á la aplicación que se hizo, á medida que se pudo, de pinzas hemostáticas en la base de los ligamentos anchos.

Una vez reducido el volumen del útero, se volteó su fondo para atrás hacia la vagina, en donde se fijó con ganchos: esta maniobra permitió ver la parte superior de los ligamentos anchos y aplicar en ellos cinco pinzas hemostáticas parecidas á las primeras. Entonces se pudo incindir el útero dentro de estas pinzas que se dejaron

fijas, así como las que se habían puesto en las partes avivadas de la vagina.

Entre las pinzas asomó un quiste del ovario izquierdo del volumen de un huevo de gallina, de paredes delgadas y trasparentes; se vació por punción y se extirpó después de haber puesto una pinza de presión en su pedículo.

El epiplón asomó á su vez, pero no tendiendo á salir más, se pudo dejar.

En medio de tantas pinzas fijas se introdujeron dos esponjas yodoformadas: la operación duró una hora. El éxito fué completo á los quince días.

La observación séptima es debida á Mr. Terrier: da muchos pormenores sobre el tiempo primero de separación del útero de la vagina, vejiga y recto, durante el cual se va cerciorando el operador de la multiplicidad de los fibromas y del volumen exagerado que producen.

Esta circunstancia hacía difícil la aplicación de las ligaduras escalonadas y obligó á aplicar la pinza curva larga (modelo Richelot), no alcanzando más que las dos y media partes inferiores de dicho ligamento que se va incindiendo entre la pinza y el útero. En seguida se puede aplicar otra pinza más alta (modelo Terrier). Esta llega cerca del borde superior del ligamento, mas no lo abraza enteramente; no pudiendo completar todavía la sección del ligamento izquierdo, se intenta la separación del derecho, poniendo primero una pinza curva, después una derecha, después de haber cortado parte del ligamento entre la pinza y el útero.

Hasta entonces puede bajar más el útero, pero no puede salir porque está detenido por los bordes superiores de los ligamentos anchos, y sobre todo, porque el volumen producido por los fibromas es excesivo; se determina el cirujano á dividir el útero en dos partes con una incisión en la línea media con bisturís y tijeras.

La parte baja más accesible, fué de división fácil. En la parte alta fué muy difícil: era preciso maniobrar á veces con el bisturí, á veces con las tijeras, esto en un tejido fibroso sumamente resistente, en fin, por medio de esta incisión y de tracciones se llegó á quitar las dos terceras partes inferiores del útero.

Con ejecutar tracciones sobre la parte derecha del útero, y seccionando entre la pinza derecha y el órgano, llegó á bajar esta parte poco á poco, quedando el tercio superior izquierdo, acompañado con una masa de fibromas sobrepuestos, la cual fué llamada afuera después de algunas secciones.

La hemostasis se completó con una pinza puesta sobre una arteria vaginal; la curación se hizo con cinco tapones de algodón yodoformado.

La operación, muy penosa y hecha con todas las precauciones antisépticas, duró hora y media.

La enferma sanó de los resultados de la operación, pero falleció á los tres meses y días á consecuencia de una afección cardio-pulmonar en un servicio de medicina.

Esta afección, probablemente debida ó empeorada por las hemorragias antes de la operación, hacía esta empresa mucho más peligrosa, y es de notar el alivio rápido de la herida operatoria cuando se sabe que cuando había sido operada tenía la paciente notable albuminuria.

La observación octava, debida á Mr. Terrier, describe perfectamente el primer tiempo, en el cual no hubo tropiezo ninguno: el cuello pudo bajar y separarse de sus inserciones vaginales con incisiones hechas con tijeras romas, quedando detenido el cuerpo del útero no más por los ligamentos anchos.

Después de haber puesto dos pinzas de forcipresura sobre arterias vaginales de la incisión posterior, pone en dos tiempos la pinza curva, sistema Terrier, comenzando por la rama posterior puesta por detrás del ligamento ancho izquierdo, la rama anterior puede entonces fijarse sobre la primera, abrazando fácilmente en su ranura el tenón de la rama puesta primeramente.

Sólidamente fijado así el ligamento ancho izquierdo, está dividido arrasando al útero.

Se pasa entonces al ligamento ancho derecho, abrazado con la pinza curva, sistema Terrier, éste cortado á raíz del útero; así queda aislado el órgano en su totalidad y sale sin dificultad.

La hemostasis asegurada con otras dos pinzas puestas en las pequeñas arterias vaginales, se puede ver al fondo de la herida el ovario derecho presentando un quiste del volumen de una pequeña manzana. Se limpia la herida con esponjas asépticas y se aplican tapones de algodón yodoformado en la vagina.

Muerta la enferma, á los três días se extrae por la vagina parte del ligamento ancho izquierdo al cual quedaba adherida parte del fondo del útero; aunque no se notó la presencia del pus en ninguna de las piezas extraídas, se puede atribuir la muerte á la septicidad de aquellos restos del útero.

Se concibe que este accidente pudo y debió haberse evitado, y que este mal éxi-

to no debe contarse en contra de la utilidad de una operación para la cual hay todavía poca experiencia.

Observación novena debida á Mr. Richelot. — Ésta no presentó ninguna dificultad capaz de complicar ó modificar el procedimiento operatorio con las pinzas, que podemos llamar el procedimiento francés. Siete pinzas largas fueron aplicadas sobre los bordes de la herida vaginal, y tapones de algodón yodoformado en la cavidad; ningún accidente vino á interrumpir la curación conseguida en una semana.

Con razón, después de este éxito, puede decir Mr. Richelot: " En resumidas cuentas, esta mujer tenía un útero rellenado con fibromas, dando lugar á síntomas penosísimos." ¿Qué debía suceder? El útero creciendo en su posición viciosa, habría llegado la enferma á ver completar su paraplegia, agotada por el dolor quedaría inoperable, ó desarrollándose los fibromas hacia el abdomen, habría sido preciso acudir algún día á la histerectomía suprapubiana. Esta operación, por razones diversas, es todavía muy peligrosa, mientras la ablación vaginal, al contrario, parece tan benigna como la ovariotomía más sencilla. No vacilamos, cuando nos consultan con tiempo, cuando los síntomas indican una marcha progresiva, en sacar por abajo los tumores mientras pueden pasar por los estrechos pelvianos.

"¿Porqué la mayoría de los autores no han pensado más que en aplicarla al epitelioma? Es porque solamente un neoplasma maligno podía autorizar una operación peligrosa, difícil y mal estudiada; pero hoy que puede curar sin gran pena enfermedades que antes veíamos aumentar como espectadores impotentes ó desarmados, no vacilo para creer que sus indicaciones van á multiplicarse."

La observación décima, debida á Mr. Richelot, es más instructiva que la anterior porque obligó á maniobras nuevas: aquí vemos aparecer un procedimiento para alcanzar al fondo de saco anterior y abrirlo sin riesgo de herir á la vejiga tan íntimamente aplicada sobre la cara anterior del útero.

Abierto el fondo de saco de Douglas, se introduce por esta abertura el gancho romo de M. Quenu; su curvatura no pudo abrazar el fondo del útero por su gran volumen; pero poniéndolo oblicuamente, pudo abrazar uno de los cuernos y presentar su punta por delante; entonces, apartando la vejiga con el índice de la mano izquierda, apoyando la pulpa del dedo sobre la extremidad del gancho, se introdujeron tijeras largas con las cuales se hizo un ojal en el punto señalado por el gancho; habiendo chocado uno con otro los dos instrumentos metálicos, no había más que aumentar la abertura con el dedo.

Introducidas las pinzas largas, hecha la sección, el útero libre enteramente, fué evidente la imposibilidad de sacarlo de una pinza, y preciso dividirlo en pedazos con fuertes tijeras y pinzas poderosas.

En esta maniobra hubo una desgarradura de la vejiga, que se debió saturar después. Primero se cerró la cavidad peritoneal con tapones de algodón yodoformado; después se suturó la vejiga con sutura superficial. La operación duró dos horas.

Desde el día siguiente se notó un estupor alarmaute: á los seis días sucumbió.

La autopsia dió á conocer: primero, que el peritoneo no había sufrido; la herida de la vejiga estaba obliterada por una asa del intestino delgado.

La vejiga retraída no contenía orina.

El riñón derecho era sumamente pequeño; tenía siete centímetros escasos de largo, su color y su consistencia no tenían nada anormal, pesaba 90 gramos. El izquierdo, todavía más pequeño, cuatro centímetros de largo, 40 gramos de peso. El examen microscópico indica que había esclerosis intersticial, sobre todo, del riñón pequeño.

Esta alteración demuestra la causa de la muerte: uremia por insuficiencia renal.

Observación décimaprimera debida á M. Richelot.— Ésta ofrece una ocasión de ver lo inútil que es la operación de Alexander para mantener el útero en su lugar cuando tiende á inclinarse hacia atrás: fué practicada con éxito; pero su acción resultó pasajera, y preciso fué practicar después la histerectomía.

El operador dice textualmente: " No describiré con pormenores la operación que marchó según las reglas. El útero bajó bien. La separación de la vejiga y la abertura anterior del peritoneo, se hicieron sin dificultad. Sin embargo, nunca es muy fácil alcanzar el borde superior del ligamento ancho y asirlo del primer golpe con la pinza larga. Me sirvió bien aplicar por delante del útero una erina gruesa para bajar ese borde y pasar mi índice encurvado. El útero salió bien, aunque voluminoso, la enferma no perdió sangre, la operación duró tres cuartos de hora.

" Hubo nada más en los días subsecuentes un poco de meteorismo; la temperatura no pasó de 38°. El quinto día, después de quitados los tapones, hubo una eleva-

ción hasta de 39°. Se hicieron cuatro inyecciones al día con sublimado, y todo volvió al orden.

"Al examinar la pieza se notó que el fibroma principal hubiera podido enuclearse por la cavidad uterina; pero los pequeños que lo rodeaban hubieran seguido desarrollándose y no habrían tardado en producir nueva molestia, obligando á otra intervención quirúrgica."

Con esta serie todavía corta de once observaciones, reproducidas en la interesante tesis del joven Dr. A. P. Gavilán, se puede considerar que si la histerectomía es una operación todavía difícil por lo imprevisto de ciertas circunstancias que pueden presentarse en el curso de la extirpación, es sin embargo de esto, mucho menos letal que otras tantas operaciones que se practican habitualmente, siendo su resultado, cuando se consigue el éxito, de lo más satisfactorio.

Es cierto que no siempre matan rápidamente los fibromas uterinos cuando causan hemorragias ó compresiones penosas, pero todos tenemos á la vista enfermas en las cuales vemos las consecuencias penosísimas de su desarrollo; son tales, que algunas preferirían, cuando ya es tarde para emprenderla, haberse sometido oportunamente, aun con riesgo de su vida, á la operación capaz de libertarlas de tanto padecimiento.

Después de leída la operación de histerectomía referida en tan pocas palabras en la *Gaceta* de la Academia, parece ser operación demasiado fácil y sencilla; pero con la lectura de las observaciones sacadas de la tesis del Dr. Gavilán, á quien debemos agradecer tan interesante trabajo, se modifica la opinión del lector y se concibe la necesidad de conocer más y mejor los procedimientos propios para hacer frente á tantos tropiezos posibles en el curso de la operación.

Se ve cómo y porqué los cirujanos franceses, con el profesor Pean á la cabeza, preocupados con la necesidad de asegurar rápidamente la hemostasis durante las extirpaciones en las cuales el volumen del útero obliga á extraerlo por partes, han ideado pinzas con las cuales se consigue este resultado con mayor precisión y menos dificultades.

Una enferma operada por el Dr. Richelot en el año de 85 por histerectomía vaginal murió de hemorragia, porque las ligaduras no fueron suficientes, lo que fácilmente se concibe cuando se ha visto cómo se enjutan los pedículos de los quistes; las ligaduras, por apretadas que sean suelen quedar flojas, mientras las pinzas largas, por su elasticidad, siguen comprimiendo los vasos.

El uso de las pinzas sustituído al de las ligaduras, ha permitido á Mr. Terrier hacer una histerectomía en veinte minutos, perdiendo unas cuantas cucharadas de sangre.

Hasta el año pasado, sobre 17 histerectomías operadas por Mrs. Terrier, Richelot, Bouilli y Bonnet, con las pinzas, no había habido más que dos muertes, siendo digno de atención que los casos fatales fueron los primeros cuando no se habían familiarizado con el uso de las pinzas.

Mr. Richelot ha tenido seis éxitos seguidos en casos de cáncer uterino.

Convencidos de la utilidad de la pinza para sustituir á la ligadura escalonada, Mr. Doléris ha hecho construir pinzas con ramas separadas capaces de articularse como el forceps después de haberse introducido una tras de otra: la rama que llamaremos hembra, tiene á su extremidad una parte saliente que permite enganchar y asegurar el borde superior del ligamento ancho para mantenerlo comprimido, una rama dentada cerca de los anillos permite aumentar la presión á medida de la indicación. Tal disposición hace más fácil la aplicación y la extracción de la pinza, y no dudamos que cuando nuestro hábil colega se encuentre enfrente de un útero demasiado voluminoso para salir de una pieza, preferirá asegurar la hemostasis con la pinza de Doléris, que aplicar ligaduras en donde no pueden llegar los dedos para cerciorarse de su buena aplicación.

Establecida la relativa benignidad de la operación, la cual debe ser mayor todavía á medida que el método operatorio se perfeccione, es evidente que las indicaciones para su aplicación se multiplicarán.

Tenemos actualmente á la vista un caso de fibroma intrauterino que parecía tender á expulsión y pediculización: producía metrorragias abundantes pero siempre periódicas: la aplicación diaria de corrientes eléctricas ascendentes, durante tres meses, venció á las metrorragias y determinó la atrofia del cuerpo fibroso submucoso intrauterino sobre el cual la corriente obraba más inmediatamente.

La enferma creíase casi buena cuando por un cansancio extraordinario volvió á sentir síntomas de compresión intrapelviana y solicitó nuevo examen.

De éste resultó que unos racimos fibromatosos desarrollados en los cuernos del útero eran los agentes de tal compresión; uno de los componentes de estos racimos

ya adquirió un volumen igual al de un huevo de paloma; comprime además de los plexus nerviosos, el mismo ovario, dando lugar á dolores agudísimos.

El éxito logrado con el fibroma intrauterino inclina á creer que podrá lograrse también con los subperitoneales, atacándolos directamente con la electropuntura; pero la enferma, joven y robusta, muy restablecida de la anemia que habían producido las metrorragias anteriores, pide la extirpación, prefiriendo correr el riesgo de la vida á seguir padeciendo con los dolores que le produce la compresión.

Hace veinticinco años, el que esto escribe preguntó si sería permitida la histerectomía en un caso en el cual la vida se hacía imposible por la repetición de las hemorragias; hoy se toma la libertad de preguntar á esta H. Academia si es permitido practicar la histerectomía vaginal por fibromas que no amenazan la vida y no más se hacen insoportables por los dolores que causan. ¿La Academia contestará?

La idea de acudir á la salpingotomía, atacando á los fibromas compresores por el camino más corto, acude al espíritu; pero sabiendo que todo el cuerpo del útero está invadido por la degeneración fibrosa, se tiene la conciencia de que tal operación no sería completa por una parte; y por otra, no siendo también estudiada como la histerectomía, hay más probabilidad de éxito y de éxito radical con esta última que con la salpingotomía.

Esta cuestión podría quedar á la orden del día, sometida á la discusión de los socios, así como la de saber si se debe decir histerotomía ó histerectomía cuando se trata de una operación en la cual se extrae fuera del cuerpo al útero, reservando la palabra histerotomía para los casos en los cuales no más se abre el órgano de la gestación sin extraerlo ni en totalidad ni por partes.

FÉNÉLON.

EXPERIMENTOS DEL Dr. CHARCOT

El Dr. Charcot, el más admirable de los especialistas actuales en las enfermedades del sistema nervioso, hizo el 19 de Noviembre anterior, portentosos experimentos sobre personas histéricas, en una conferencia pública que dió en el Asilo de la Salpetrière de París.

Las enfermeras llevaron al salón dos mujeres tendidas en sendos catres y faltas en absoluto de sentido. La una, joven, pálida, de abundante cabellera oscura y de faz hermosa. Al contemplarla yaciendo desvalida, apoyando el rostro en la blanca almohada y haciendo curvas en torno de sus ojos sus largas trenzas, tal parecía la Beldad del Sueño.

Su compañera, mujer corpulenta, tendría unos cincuenta años de edad, y era de rudas y frescas facciones. El contraste entre ambas no podía presentarse más completo.

Comenzó el distinguido especialista por explicar que los dos casos que tenía delante se hallaban en distintos estados de histeria grande. La mujer de más edad padecía de parálisis en las piernas, lo que la había mantenido en cama durante varios años. En aquellos instantes se hallaba en un profundo sueño histérico que duraba desde hacía diez y ocho días, y del cual la ciencia humana no tenía medios para sacarla. Podía permanecer en esa situación semanas ó meses, en el espacio de los cuales no recibiría como alimento sino ciertos líquidos nutritivos que tragaba automáticamente.

En seguida, el Dr. Charcot advirtió á una de las enfermeras que diese un poco de leche á la paciente. Aquella se la dió sujetando el vaso con una mano, levantando la cabeza de la enferma con la otra, y esperando hasta que el contenido fué tomado por la última. Varias veces, en el curso de la sesión, la paciente se encogió lentamente, inclinándose hacia adelante con un movimiento de bostezo, sin aparente motivo, como si fuera á saludar á los presentes, y acompañado siempre el movimiento con un sonido ronco, inarticulado, y algo así como el gruñido de un perro. En esto había mucho de sorprendente para todo el que no estuviese hecho á una sala de disección con sus horrores.

El catedrático manifestó que las funciones corporales en este sueño histérico se ejercían como á baja presión, asemejándose la condición en que se hallaba á la de varios animales durante su período de hibernación. El desgaste y el rosamiento de los tejidos quedaba reducido casi á nada. Añadió que algunas mujeres de temperamento histérico estaban sujetas á veces á caer en un estado anormal semejante hasta hallándose despiertas y gozando su salud habitual. Podían así pasar semanas enteras sin tocar apenas alimento.

Varias pruebas se hicieron para demostrar la imposibilidad de despertar á la mujer. Se tocó una gran campana de metal chinesca que casi asordaba el tímpano del

oído, encima de su cabeza. Se le atestaron las ventanas de la nariz de plumas; se le hizo inhalar amoniaco. Nada tuvo sobre ella el menor efecto. Sus ojos permanecieron cerrados y no dió de sensibilidad signo alguno.

Entonces el catedrático llamó la atención sobre el sistema muscular de la paciente, los brazos de la cual permanecían rígidos, cualquiera que fuese la posición en que se les pusiera, ni la abandonaba hasta que el cansancio corporal se sobreponía á la resistencia automática. A las coyunturas de los dedos, las muñecas, los codos y los hombros de la pobre mujer, se les movió en todas direcciones; y en ningún caso pudo cambiar la posición en que se la colocaba. Parecía un maniquí ó juguete de madera con coyunturas.

Tocó el turno á la muchacha aletargada que es uno de los casos favoritos del Doctor Charcot. Permanecía constantemente en el hospital, y en especiales ocasiones el sabio profesor demuestra el poder maravilloso que sobre ella ejerce. Es tan sensible el temperamento de ella, que puede el doctor sumirla cuando le place en el estado de letargo en que se encontraba.

Primeramente explicó que la joven se hallaba en un estado de histeria del todo distinto al de su compañera. Estaba hecha una masa inerte: todos sus músculos se hallaban relajados y le era imposible que ningún miembro de su cuerpo conservara una posición sin sostén alguno.

Había también marcada diferencia en la condición del sistema nervioso de una y otra mujer. La una era delicadamente sensible, la otra aparentemente muerta. En cada cual de esos dos casos, el doctor apretó un lápiz sobre el nervio facial que está directamente frente al oído. Esto no tuvo ningún efecto en la mujer del sueño histérico; al paso que el rostro de la joven se iluminó con una sonrisa; siendo lo más curioso que sólo se sonreía del lado en que se le aplicaba el lápiz.

Lo mismo sucedió con otros nervios. La chica aletargada levantaba la mano cuando el operador apretaba el nervio radical cerca y más arriba de la coyuntura del codo. Cuando inmediato al último se tocaba el nervio mesial, el brazo se movía como tomando una actitud de pugilato, con el puño muy apretado, y cuando se le aplicaba el lápiz á lo que vulgarmente se llama el husito del codo, extendía el brazo como para echar una bendición, con el dedo pulgar y el índice levantados hacia el cielo. Ninguno de estos efectos se produjo en la otra mujer.

Un experimento con la campana chinesca que se había tocado en vano al lado de la primera paciente, causó en la joven compañera un efecto sorprendente. El Jefe de la Clínica había tocado apenas el primer golpe en la campana chinesca, cuando la muchacha saltó como por efecto de un choque eléctrico. Se sentó derecha con los ojos muy abiertos, y á no haber sido por su mirar fijo de piedra, podía imaginarse que estaba despierta. Había pasado instantáneamente del estado de letargo al de catalepsia. No se movía ni hablaba.

El Profesor Charcot procedió á demostrar que la presión sobre los nervios ya no producía contracciones musculares. Estábase en presencia de una nueva serie de fenómenos. El Profesor levantó la mano derecha de la chica y la llevó á los labios de ella, como en señal de enviar un beso. Instantáneamente la inconsciente asociación de ideas hizo que el lado derecho de la cara sonriese. Lo mismo sucedió al levantar la otra mano, y cuando se tocó los labios con ambas manos, toda la fisonomía apareció radiante con la idea del feliz intento. Los jóvenes presentes se divirtieron mucho al ver esto.

Con la misma facilidad se produjo el fruncimiento del ceño. El cerrar uno de los puños produjo una expresión de ceja arrugada sobre el lado que correspondía de la cara, y el Profesor acertó al querer combinar el experimento de hacerla sonreir con un lado de la cara y fruncir con expresión de furia con el otro lado. Nadie al ver esta extraordinaria contorsión podía poner en duda un momento la exactitud y certeza de la demostración.

Más extraordinaria fué todavía la facilidad con que el Dr. Charcot hizo que la paciente tornara de la catalepsia al letargo. Realizó esto con sólo cerrar los párpados de la paciente, y apretar con suavidad uno ó sus dos ojos. Tocándola el ojo derecho hizo entrar en letargo todo el mismo lado, mientras dejaba todo el lado izquierdo en estado de catalepsia.

Demostró á satisfacción de todos los presentes, que en realidad un lado estaba aletargado y el otro cataléptico. Cerró el ojo derecho la muchacha, y el otro permaneció abierto. Los nervios del lado derecho respondían á la presión, en tanto que los del izquierdo permanecían muertos. Un lado del cuerpo estaba rígido, el otro inerte. Mientras tanto, la paciente no lanzó un sonido. Después de haber comprobado suficientemente la existencia de ese estado de dualismo, el Profesor apretó á la vez ambos párpados de la joven, y ella enton-

ces cayó hacia atrás sobre la almohada como un pedazo de plomo.

El experimento final consistió en despertar á la chica aletargada. Lo hizo fácilmente, echándole con fuerza aliento en la cara. Ella se levantó, echó una mirada de asombro á su alrededor, y entonces comprendió que sólo estaba medio vestida delante de una multitud de alegres y jóvenes estudiantes, recogió sus esparcidas vestimentas y desapareció de la escena con rapidez increible. Las practicantes arrastraron en el catre, llevándosela á la otra, la cual continuó en su sueño histérico.

(Copiado).

LA VIDA.

PÁGINAS DE UN LIBRO EN AGRAZ.

(APUNTES INÉDITOS.)

To be or not to be.
SHAKSPEARE.

Ego tanquam centrum circuli, cui simili modo se habent circumferentiæ partes.—DANTE.

Pocos, muy pocos pensadores habrán dejado de pasear su mente por el ancho y brumoso horizonte de las abstracciones, en alas de la abstracción-concreta (perdón, señores filósofos) que de epígrafe sirve á nuestro capítulo.

Cuanto más se profundizan los abismos de la ciencia, cuanto más se desciende al antro en que Dios vertiera á raudales el saber humano, haciéndonos con tenaz porfía á todos los descubrimientos, para no rodar súbitos de la esclarecida superficie do se perciben detalladas formas, á las compactas sombras del fondo en que se envuelven entidades desconocidas, tanto menos acertamos á comprender qué cosa sea la vida en su factible esencia, y no concibiéndola no la definimos. *Ce que l'on concoit s'enonce clairement, et les mots pour dire arrivent aisement.* (Parnaso francés.)

Nos acontece con la vida como con Dios; lo sentimos, mas no lo comprendemos, y admitimos su existencia, causa eficiente del Gran Todo, como admitimos la vida porque repugna á la razón la inercia. Dios es la vida, la vida es Dios; sin Dios la nada, sin la vida el caos; uno y otra constituyen el universo físico y el universo moral, lo mismo los astros que producen parábolas eternas en el espacio infinito, que el muérdago apegado al tronco de secular encina, que la sublime inspiración expresa en el sentimiento imperecedero de la belleza.

No perdiendo de vista el ciclo de actividad que por su incesante labor constituye la humana vida, se han echado á volar muchísimas definiciones; unas místicas, con sobrado sabor psicológico, nos recuerdan el *Verbo* de San Juan, la *Suma Theologia* del angélico Santo Tomás, las *mónades* infinitas de Leibnitz, los *turbillones* de la escuela racionalista cartesiana, los *Entretenimientos metafísicos* de Malebranche y el idealismo sujetivo de Fichte, Hegel, Kant y Chelling: otras, biológicas, demasiado exclusivistas, se descubren empapadas en fisiología, química, física iatro-mecánica; en el sólido, en el humor, en los elementos, en los compuestos homogéneos, en el vitalismo, animismo ó materialismo. Hipócrates, Galeno, Wilis, Hoffman, Van-Helmoncio, Lulio, Valentino, Sthal, Barthez, Bordeu, Morton, Brown, Paracelso, Haller, Bichat, Linch, Cuvier, Devergie, Bernard, Berzelius, Liebig y Mata, se han esforzado en vano por sintetizar lo abstracto, concretar lo complejo, teorizar lo vario, y compendiar en fórmula exacta la expresión de la vida. Barthez y Bernard son los que más levantadamente han tratado el asunto; aquel, inspirado en el vitalismo ontológico de Montpellier, y éste, en el fisiologismo experimental.

Tarea ingrata é infructuosa, á la par, sería recopilar todas las definiciones, y en su vez, á guisa de viajero empujado por *Hipógrifo violento* de veloz locomotora, del monte al valle, y de abruptos vericuetos á márgenes floridas fertilizadas por apacible y abundoso rio, discurramos sobre la vida, dejándonos ir en su raudo torbellino.

Los sabios, afanosos de marcar los límites de los actos y de los objetos, entienden una cosa por existencia y otra por vida, lo cual, sutil, delicado y tangible en los tipos salientes de las escalas, no deja de prestarse á la crítica; marcad de una manera absoluta dónde acaba la luz y la oscuridad empieza, dónde el calor y nace el frío, dónde lo ignosciente apareciendo el sol de la conciencia, y dareis al fin con que todo es gradación de las mismas entidades, lumínico, calórico y espíritu.

Linneo distinguió lo orgánico de lo inorganizado: *Lápides crescunt; vegetavilia crescunt et vivunt; animalia crescunt, vivunt et sentiunt;* empero las diferencias capitales se diseñan, para el primero, en su duración indefinida; y para el segundo, en la reproducción de la especie (generación), y en el término fijo denominado *muerte*, y que no es sino un cambio de vida, metamórfosis de uno en otro estado, disgregación excéntrica de átomos y moléculas no

afines, que ora se depositan en polvo que con la atmósfera respiramos, ora se fijan en los pétalos de garrida flor, ó en la *venerable leguminosa* que nos alimenta, ó ascienden á nubes en que se fragua el rayo, cayendo después en trémulo rocío que abejas y mariposas convierten en matinal abrevadero.

El Universo entero, el Todo (τοπαν) *penetrado de un soplo de vida*,—sirviéndose de una frase de Humboldt—regido por las eternas leyes de la fuerza, se concreta en la síntesis, arquetipo del vivir en su más lato concepto...... *movimiento:* es decir, fuerzas físicas y químicas, reacciones, agregaciones, y repulsiones atómicas, justaposición, intus-suscepción, génesis, afinidades, elementos dispersos, sensaciones, actos anímicos, do quier llevemos nuestro mirar, observaremos la actividad, las fuerzas más ó menos autonómicas, movimiento, siempre movimiento.

"Para el cuerpo, así como para el alma, " morir es vivir. Y en este mundo no hay " más que vida."—*Michelet.*

En lenguaje anfibológico muy suyo, dice el más profundo pensador de España, D. N. Salmerón: "La solidaria continuidad " y dependencia de unas determinaciones " individuales con otras, permite inducir " la existencia de un Todo y medio natu" ral que constituye interiores particula" res centros, donde la actividad se concre" ta con límite particular cuantitativo y " sustantiva cualidad en interna composi" ción de esencia factible ó realidad forma" ble y poder activo formador."

Tomando por objeto de partida la materia bruta, el mineral sumido en las entrañas de la tierra, nos detendremos ante su quietismo, su pasividad, su indiferencia aparentes; pero, ocupando un lugar en el espacio, con especificidad, condiciones formatrices, y actividades intrínsecas de sus moléculas integrantes y constitutivas, para agruparse en estado amorfo ó cristalino, obedeciendo á fuerzas, influyendo en la esfera que le rodea, recomponiendo ángulos y aristas. La cristalización es la postrer etapa del mineral; es la tela en que se borda su vida: y por eso apuntó Raspail, que "*las cristalizaciones son á la materia inórganica, lo que la forma vexicular al organismo.*"

Subamos en la pendiente de la vida al vegetal; apoderémonos de las plantas criptógamas en los géneros *septón ma, dactylium, ceratocladium, isaria, gemiasma, murbili*, etc., etc.; algas, fungoides que habitan la atmósfera y la sangre, bañándose en sus ondas como adelfas en la corriente del límpido arroyuelo, y la inteligencia, ascendiendo, ascendiendo, se dilata en los cedros, en los abetos, en las palmeras, por un lado; y por otro, en los vibriones, que muchos autores colocan en el reino animal, en las plantas marinas que abren sus trompas y alargan sus tallos para alimentarse, y en la ideal sensitiva, que, como virgen pudorosa, al más leve contacto cierra su cáliz, escondiéndose avergonzada en su túnica y narcotizándose por el ópio como cualquier creyente del profeta.

Progresemos luego del mónade y rizópodo, del litófito y molusco, á los grandes mamíferos que rematan la escala, y veremos la *vida propiamente tal*, iniciarse, revelarse, aclararse, desvanecerse, confundirse, engrandecerse y sublimarse al acogerse en la morada recóndita del pensamiento humano.

"*Las plantas y los animales*—ha dicho un poeta germano—*son los sueños de la na" turaleza, cuyo despertar es el hombre.*"

" En los seres inorgánicos domina la pu" ra fatalidad. En las plantas comienza á " haber, por el movimiento de la sávia, por " la rudimentaria sensibilidad de las hojas, " como gérmenes de voluntad. Los insec" tos con sus sabios trabajos, con sus instin" tos artísticos, con sus progresivas meta" morfosis, cuando liban la miel como las " abejas, ó se tiñen las alas como las ma" riposas en el cáliz de las flores, anuncian " la profecía de la voluntad. El magnetis" mo, el lejano poder de unos seres sobre " otros seres, la virtud mutua de atracción, " dice que la naturaleza forma por sí mis" ma, con las múltiples combinaciones de " la voluntad, una especie de instructiva " y maravillosa metafísica."—*A. Schopenhanwer.*

El espectáculo que en la naturaleza actual presenciamos, es casi de ayer, apenas se remonta á unos pocos miles de años. Después de la fase diluviana del período cuaternario, que aún dura, álzanse montañas producidas por el titánico trabajo de miriadas de pólipos, que forman los litófitos; los hulleros, acarreados por las aguas, procedentes de primitivos bosques, se depositan en extensas vertientes; islas enteras se hunden en el abismo; el Océano separa continentes, arrebata tierras diversas, y distribuyéndolas como al azar, pinta en los mares un mosáico de verdura; los basaltos, bastardos de encendidas lavas que el líquido elemento detuviera, las calizas, esquistos y granitos, el pórfido, la arcilla y la creta parecen reñir en descomunal batalla hasta consolidarse, y el humus repleto de

vida, inviértela en sustentar especies ya perdidas, contemporáneas del hombre de la edad de piedra, huésped de las elevadas mesetas de las montañas neptúnicas, descendiendo después al suelo de transición y de allí al secundario y terciario.

La tierra, como el amor, y los planetas que fulguran en la Vía Láctea, como el vegetal, el hombre y los pueblos, tiene un período de crecimiento, cuando las fuerzas combaten y las revoluciones se suceden, un período estacionario de transición, en que la robustez y el brío descuellan, y otro de abatimiento, colapso, anemia vital, extinción, ó mejor, absorción de un ser por otro ser.

"No podemos adelantar en nuestros co" nocimientos sino comparando; —escribía " un gran naturalista—sin el estudio de " los animales no habríamos adelantado en " el del hombre." Suprimamos *la muerte*, y no acertaremos á comprender la vida; hagamos abstracción del espíritu y no sabremos qué es la materia; suprimid la luz, y envueltos en sombras, no sabremos qué es oscuridad; por cuyo motivo, hablando de la *vida abstracta*, no repugna al común sentir que se mencionen la gravitación del sólido, la ascensión del gas, las propiedades del mineral, de los fluidos, y hasta de la materia radiante importada no ha mucho del extranjero y que promete imprimir nueva faz á la física de ogaño.

A la manera que los alquimistas se hallaban convencidos de que la naturaleza intentaba producir siempre oro, surgiendo los otros metales por defecto de virtud, podemos nosotros decir también que, en sus combinaciones atómicas, allá, en el fondo misterioso de su laboratorio, aspira á crear la vida cultivando gérmenes específicos por la selección natural.

No hay espectáculo más sublime, ni más interesante, ni más sentimental ante los ojos de la razón, que el sincrónico concierto del Cosmos, dotado de un hálito de vida por la soberana voluntad del Eterno.

"No había nada ni visible, ni invisible, " ni región superior, ni aire, ni cielo; no " existía la muerte, ni la mortalidad. Na" da distinguía el día de la noche. Él solo " respiraba en sí mismo. No existía nada " más que él. Las tinieblas estaban cubier" tas por las tinieblas; el agua no tenía " movimiento. Todo era confuso. El ser " moraba en el seno del caos. " (Filosofía india.)

Luego (*fiat*), los soles se encienden, átomos y mundos palpitan, las aguas fluyen y refluyen, la atmósfera se extiende, el éter vibra, los continentes se pueblan de vegetación gigántea, de fauna espléndida, y todo late nutriéndose á los virginales pechos de nuestra madre Naturaleza, que cual bacante en saturnal orgía, rasga sus vestiduras, desgréñase la rica cabellera, despide lumbre de sus inquietas pupilas, y enseña sus más valiosos dones, convidando en su delirio á gozar de amorosos trasportes en su rozagante seno: *Refrescad, oh mujeres, con vino dulce mi garganta seca; refrescad con rosas frescas mi cabeza ardiente*......(Oda Anacr.)

Nacen pueblos y razas mil, y desde el Rhin al Tigris, del Vístula al Ganjes, del Mar Glacial al Rojo, de los espesos bosques de Germania y de los perfumados jardines de la Persia, brotan poemas cantando en lenguaje rudo, y con distintas denominaciones, las Hadas infortunadas y languidecientes; las Náyades al pié de clarísimas fuentes; las Ninfas Occeánidas, Oreadas y Driadas, en los rios, en las montañas y en los árboles; los Faunos y Silvanos tañendo el caramillo y triscando en lo hondo del bosque; el dios Pan, símbolo del Universo, hendiendo su pezuña en la fértil pradera; las fiestas Lupercales, etc., etc., que simbolizan el idilio, el epitalamio de la Tierra, entonados en la mitología de Oriente y en la de Occidente, en loor de la pródiga Natura.

Empero, tornemos á la vida del hombre. El carácter vexicular es la forma germinal del mundo organizado. El núcleo primario, informe, fecundado de prolífica virtud, se impregna de actividad rudimentaria, fatal, parecida en grado superior á las fuerzas cristalogénicas de los minerales y hace irrupción el *principio* misterioso, desconocido, indefinible, *esencial*, que asume la palabra.......*vida*. En globo, esto es todo lo que sabemos; en detalles, se conoce, paso á paso, etapa por etapa, el desarrollo *material* de los gérmenes, pero la impulsión, la fuerza, la causante, el influjo que anima, crea y después conserva, se ignora en absoluto, á despecho de haber sido el *Nosce te ipsum, non figuram non statuam*, Proteo perenne de los sabios.

El *quid divinum*, el principio vital, negado por las escuelas positivistas, ha vuelto como proscripto á los patrios lares, admitido por la reacción moderna, no para explicar los estados morbosos, al estilo del humorismo galénico que tanto influyó en la ciencia y aún repercute en el ánimo del vulgo, sino en los justos límites (difíciles de diseñar) que reclama el funcionar de la vida.

La vida del hombre comprende dos estados principales; salud y enfermedad, con

sus accidentes conocidos, sueño, somnambulismo, juventud, ancianidad, dependientes del uno y diversidad de anormalidades dependientes del otro.

Cada individuo posee su vida específica, sello vital, del que resulta *su modo de ser*, su modo de enfermar, y *su yo*, que es su realidad sujetiva. Las funciones, los aparatos, los tejidos, los líquidos, la celdilla aunque encadenados á la roca del fatalismo por medio de sus aptitudes primordiales, ostentan cierta espontaneidad, cierta autonomía, según la manera *suí géneris* con que son influenciados y dirigidos por las corrientes de la vida. La diabetes de uno, no es idéntica á la de otro; el escrofulismo y la reacción medicamentosa de éste, se distinguen de la escrófula y de la actuación terapéutica en aquel; el oído, el gusto, las digestiones de tal, difieren de las digestiones y de los sentidos de cual, es decir, que, si conformes las organizaciones en aparentar formas semejantes, como vaciadas en turquesas gemelas, se rebelan, pugnan por sustraerse al funcionalismo fatal, y si nuestros sentidos estuviesen dotados de exquisita finura, si nuestros medios de investigación penetraran en el santuario de las operaciones íntimas del cuerpo, nos asombraríamos al ser espectadores de tan varios ritmos en sistemas dotados de tan afines elementos.

La ciencia general, la ciencia colectiva que se eleva de las partes al todo, del análisis á la síntesis, de lo particular á la fórmula de leyes universales, ha progresado, progresa, y progresará cada día, esculpiendo sus glorias y colgando sus trofeos, adornados de laurel y mirto, en el templo de la Fama; pero la ciencia del individualismo, aquella que de deducción en deducción debe descender del conjunto al detalle, de la colección al ente, de la ley general al estudio particular (utopía irrealizable acaso), es terreno vírgen de toda huella, libro abierto en cuya portada se lee...... "*se alquila la primera página.*"

Si de esta vida grosera, *terrena*, pasamos á la vida de las ideas, la autonomía, el individualismo se acentúa mucho más. Sócrates, con su concepción deista y su pensamiento más trascendental, la idea concreta; Pitágoras, con el número; Newton, con las leyes de la gravitación, *quasi esset attractio;* Kepler, con la de las revoluciones planetarias; Kant, con su *Crítica de la razón;* Calderón y Shakspeare, con sus dramas; Miguel Angel, con sus frescos en la Sixtina; Fidias, Polycletes y Praxiteles, con su hermosa estatuaria; Murillo y Urbino, con sus *Vírgenes;* Zurbaran y Ribera, con sus *Cristos;* Correggio, con sus lienzos místicos; Homero, con su *Iliada* y su *Odisea;* Dante, con su *Infierno*, etc., no se parecen sino á sí mismos; la originalidad de su vida anímica se pone de relieve en sus creaciones, como se caracterizan y distinguen á los ojos del erudito, los estilos arquitectónicos romano, greco-romano, bizantino, gótico, árabe, churrigueresco y germano, por sus cariátides, mascarones, cornisas, ménsulas, cercos, arcadas, columnas, ojivas, filigranas, agujas y cimborrios.

En Zoología, hay un tipo que marca el género, y en el hombre, hay también un tipo genial, que imprime sello á su carácter y á su ser, en las armonías físico-morales.

Subid con el pensamiento— Pegaso cómodo y barato,— á la cima de la montaña, ved el cráter con su penacho de volatilizados gases y sus crenchas de abrasada lava; descended á las entrañas de la tierra, tocad los filones de codiciados metales, observad cómo se deslizan esos betunes entre capa y capa de hulla; hundíos en el fondo de los mares, notad la hercúlea labor del mundo zoófito; pasead la vista por bosques, valles y prados, donde hormiguean enjambres de seres animados; interrogad con el análisis espectral á los planetas que trazan silenciosos órbitas inmensas; introducíos en el animal y admirad el juego de los sentidos, la delicadeza de su trama, la sutileza de sus aparatos respondiendo á sus incitantes como al sonido del diapasón, las notas del pentágrama, y cráteres, metales y alfaltos, mares, planetas y animales, os hablarán con la geología, la astronomía, la zoología y la cosmografía, de la vida, de la vida de que se hallan poseídos, y, si aún no estais fatigados, subid al hombre, empinaos á su conciencia, á su alma, y del alma á su perfume, á la idea, y os hallareis frente á frente de una reminiscencia del mismo Dios al encontraros con la vida eterna.

¡ La *vida!*...... ¡misterio impenetrable!...... ¡ La *muerte!*..... pobre recurso contra la vida universal ! Como ave Fénix que renace de sus cenizas, el ser brota del no ser, la vida flota sobre los despojos de la muerte, porque en el Universo todo late, todo vibra, todo palpita á impulso de la voluntad del Creador.

To be or not to be. That is the question.

B. Francia y Ponce de León.

MEMENTO
DE
TERAPÉUTICA DOSIMÉTRICA
ó
GUÍA DEL MÉDICO PRÁCTICO
EN EL EMPLEO DE ESTE MÉTODO DE TRATAMIENTO.

POR EL DR. BURGGRAEVE.

(Continuación. — Véase el núm. anterior.)

Pleuresía, neumonía—En el estado agudo estas dos inflamaciones marchan siempre unidas como las meningo–cerebritis. Los síntomas que predominan son los pleuréticos, es decir, los dolores intercostales pungitivos, con pulso duro y pequeño. La inflamación se inicia con un violento calosfrío y una sideración general caracterizada por palidez de la cara. Es necesario ser activo, es decir, que es preciso oponerse á la parálisis de los músculos respiratorios y del parenquima pulmonar con la estricnina (sulfato) y el ácido fosfórico como nervinos, un gránulo de cada uno de cuarto en cuarto de hora. Al mismo tiempo se inmovilizarán las paredes del pecho con un vendaje de cuerpo, después de haber hecho sobre el tórax una embracación de tintura de yodo ó colodión ricinado. En los casos urgentes es necesario apresurarse á producir algunas revulsiones con el cáustico de Viena. Si la dificultad en la respiración continúa con un pulso duro, vivo, se practicará una sangría dosimétrica, es decir, que se abrirá la vena y se dejará salir sangre gradualmente. Si al desenvolverse la reacción el calor se eleva 40° centígrados con un pulso de 120, 130, se administrará la aconitina y la veratrina un gránulo de cuarto en cuarto de hora hasta el descenso de la temperatura y la diminución del número de las pulsaciones. En fin, contra las exacerbaciones nocturnas se dará el hidro–ferro–cianato de quinina, un gránulo de cuarto en cuarto ó de media hora en media hora.

Contra la neumonía el mismo tratamiento; pero además será conveniente facilitar la expectoración con un looch quermatizado.—He aquí que no queremos excluir la vieja medicina.—Si la neumonía ha pasado al estado de hepatización se continuará el tratamiento con los alcaloides á fin de impedir nuevos puntos inflamatorios. Todas las mañanas se dará una cucharada de sales de Sedlitz en uno ó dos vasos de agua á fin de favorecer la dialisis é impedir la gran coagulabilidad de la sangre. Las emisiones sanguíneas deberán economizarse tanto como sea posible á fin de no prolongar la convalecencia.

La pleuroneumonía termina á menudo bruscamente por derrame. Reconocido que sea, es preciso recurrir á la toracentesis capilar. Se dará á la vez la digitalina, la colchicina, y en caso de anemia, el arseniato de hierro. Si la dispnea persiste se empleará el arseniato de estricnina.

Con el tratamiento indicado, podrá evitarse la mayor parte de las lesiones anatómico–patológicas de los pulmones.

Si no llamamos la atención sobre los signos estetoscópicos, es porque suponemos esta favorable terminación. Teniendo el médico á su disposición medios de yugulación debe hacer uso de ellos; la expectación, en medicina, es el peor de los procedimientos. Es necesario sustraerse á los sistemas exclusivos; unos emplean el agua fría, otros el alcohol y otros el tártaro emético; estos diversos medios tienen sus indicaciones especiales. Se comprende que en Inglaterra, por ejemplo, se abuse de los alcoholes bajo todas las formas: gin, grog, etc. Todd ha preconizado el alcohol hasta contra el delirium tremens.

El emético puede prestar servicio en las neumonías biliosas. Es necesario decir que las sales de Sedlitz suplen á este medio en la mayor parte de estos casos.

Las neuralgias agudas, esternálgicas, costálgicas, diafragmáticas deben ser combatidas con los mismos medios.

Hepatitis.—Como en la neumonía, es necesario distinguir, la inflamación de su cubierta de la del parenquima. La inflamación de la serosa hepática, debe tratarse de la misma manera que la pleuresía, con la cual se confunde á menudo. Los dolores lancinantes irradian á la espalda ó á la ingle derechas, segun si es la superficie superior ó la inferior la que padece.

En la hepatitis parenquimatosa es necesario obrar sobre el hígado con la estricnina y la hyosciamina á fin de prevenir la ictericia tan grave en este caso. Se emplearán los baños prolongados, las sanguijuelas si hay turgencia en el hipocondrio, las sales de Sedlitz todas las mañanas. Abstenerse sobre todo de purgantes drásticos. En el período de convalecencia se prescribirá la quasina con el objeto de restablecer el curso de la bilis. Régimen atemperante.

TOMO II ENTREGA 5ª 1º DE MARZO DE 1889.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

MEDITACIONES PRACTICAS

DEDICADAS AL PROFESOR PETER.

En el mes de Noviembre del año próximo pasado, nos tomamos la libertad, después de leer una lección del Profesor Peter, de considerarlo como á un dosímetra sin quererlo, porque pasando en revista todos los métodos modernos empleados para conseguir la defervescencia, para todos tenía pruebas de que podían y solían ser nocivos; sin considerar que la proporción en la cual se usan los medios curativos, debe tenerse en cuenta, los condenaba á todos. Se reservó para una lección subsecuente examinar los peligros que se hacen correr á los enfermos con el método balneario practicado, primero en Francia por la Escuela de Lyón, y después en Alemania, en donde creen haberlo imaginado, ignorando que en Lyón fué abandonado por no haber correspondido á lo que de él se esperaba.

Después de estas dos lecciones en las cuales el Profesor Peter presenta los positivos inconvenientes que pueden tener el uso de la antipyrina, de la quinina y del ácido fénico, así como la medicación balnearia, sus discípulos han de haber quedado muy perplejos, considerando que lo más prudente, para cumplir con su deber y no comprometer su reputación al entrar en la práctica, sería no hacer nada y asistir como expectadores á la lucha empeñada entre el enfermo y la enfermedad, haciéndose como dice Raspail, notable observador, buenas rentas con solamente ver enfermos.

Pero la conciencia se revela contra semejante papel: el que sufre no llama al que tiene por misión consolar, aliviar ó curar para que lo vea sufrir y lo consuele no más con su presencia, como lo pueden hacer más económicamente, las imágenes de santos, con las cuales en muchos países rodean á los enfermos. Si el médico no hace más que ellas, pronto se conformarán con acudir no más á las imágenes.

Además, el sentimiento de solidaridad humana hace al que ve sufrir deseoso de aliviar. Instintivamente se dice: *hodie tibi cras mihi*, y anticipadamente, el que ve sufrir piensa que á su vez quisiera que lo aliviaran en la ocasión; de allí esa pasión de hacer algo, aunque sea sin razón ni fundamento, por la cual se ha inventado el dicho tan repetido que de médico, poeta y loco, todos tenemos un poco, lo de médico sobre todo.

Es natural querer combatir al dolor; es nuestro enemigo común, y siempre que lo encontramos, instintivamente sentimos anhelo de ahuyentarlo, aun cuando atormente á persona que no sea querida, no más por ser nuestro semejante, aun cuando lo vemos atormentar á los animales, nuestro impulso natural es también acudir á su auxilio: pocas personas habrá, que al ver sufrir á un ser, por inferior que sea, no deseen tener con qué aliviarlo; y si creen tener el medio á propósito, no se apresuran á aconsejarlo ó aplicarlo.

Y siendo tan natural ese deseo de acudir al auxilio de quien sufre, ¿será admisible que los hombres destinados por sus estudios al alivio de la humanidad se queden fríos expectadores en frente de sus dolencias? ¿será posible que, sabiendo cómo la fiebre consume á los pacientes, gasta los resortes de su vida, prepara y precipita las alteraciones de sus órganos, el práctico, honrado con un título penosamente adquirido con estudios, para los cuales ha debido vencer tantas repugnancias y tantos horrores instintivos, arriesgando él mismo su vida infinidad de veces para llegar á ser capaz de defender la de sus clientes, será posible que el discípulo del Profesor Peter quede frío expectador en frente de las ruinas que la fiebre prepara, cuando su víctima lo llama, pone en él su confianza y lo cree capaz de salvarla? No, ciertamente, el práctico tiene que practicar; el médico tiene que curar; lo que el Profesor Peter ha dicho en sus lecciones es la verdad, los medios terapéuticos activos son peligrosos, necesitan emplearse con medida y prudencia, pero estamos obligados á su aplicación: la defervescencia se impone, puesto que sabemos lo nociva que es la elevación de temperatura. Si no es permitido dejar de combatirla, sí es peligroso combatirla con los medios que proporciona la Escuela Oficial ¿porqué no acudir á un método por el cual se ofrecen

los medicamentos más activos, más bien definidos, en proporciones prudentes, en formas de fácil manejo? ¿porqué no mencionarlo siquiera?

El Profesor Peter nos dice que la antipyrina es peligrosa, que la quinina lo es, que el ácido fénico lo es, que los baños lo son, ¿porqué no nos dice su parecer respecto de la aconitina, la veratrina, la digitatina, la estricnina, dadas en proporciones dosimétricas? ¿Será que no conoce al método? pero si no lo conoce es porque no ha querido conocerlo. *Oculos habet et non videt.*

¿Será permitido á un maestro en el arte de curar, después de confesar lo peligrosos que son los medios que él conoce para conseguir un efecto que todos los prácticos buscan, para aliviar y salvar á sus clientes, será permitido á dicho maestro despreciar otros medios ofrecidos al arte por otro maestro, digno de la mayor consideración? No, ciertamente: si estos medios son buenos, falta á su deber, como práctico, no estudiándolos y no aplicándolos; pero si son inútiles ó nocivos, ¿porqué no decirlo como ha dicho y demostrado, que lo son el método balneario, el abuso de la quinina, del ácido fénico y de la antipyrina? ¿porqué congratularse con haber visto sanar enfermos sin haberles aplicado ningún medio terapéutico y llegar en su desconsuelo á la negación del arte?

Si fuera tal como lo representa el Profesor Peter, se reduciría á una acción muy limitada, y muy á menudo, á decir: dejen obrar á la naturaleza primero, que aplicar medios capaces de hacer que la naturaleza tenga más vigor para obrar.

¿Quién duda que si el Profesor Peter hubiera conocido casos desgraciados ocurridos en la aplicación de la dosimetría los hubiera referido? Pero no los hubo y prefirió dejar creer que tal método todavía no había nacido, ó si existe, todavía no ha llegado á ser digno de su atención.

Pero queda establecido por el Profesor Peter que la práctica oficial tiene medios peligrosos, y no cuenta todavía una norma para aplicarlos: consecuencia natural y lógica es entonces buscar fuera de la práctica oficial y rutinaria otros elementos más fieles, menos peligrosos que se puedan aplicar con la prudencia que nuestra conciencia nos impone, para no quedar fríos expectadores de las enfermedades, ni correr el riesgo de emplear medios más peligrosos que los males para los cuales se aplican.

Llamado el que esto escribe, cerca de una joven de 24 años de edad, de constitución linfática, achacosa habitualmente, padeciendo gastro-enteritis y afecciones bronquiales, notó un estado febril mayor de lo esperable y acudió inmediatamente á los defervescentes: aconitina, veratrina, arseniato de estricnina y digitalina, logrando moderar, pero no abatir á la temperatura, aunque los defervescentes fueran dados con la debida puntualidad, siendo evidente que cuando se suspendían, la temperatura se elevaba rápidamente.

Desde el primer día de la fiebre el intestino y la vejiga quedaron como paralizados, no saliendo las materias excrementiciales si no era por medio de abundantes lavativas y aplicaciones prolongadas de la sonda vesical.

Trece días pasaron en esta situación, al cabo de los cuales la adinamia invadió el cerebro y los síntomas más alarmantes se presentaron, entre ellos una carfologia completa y una asistolia manifestada por la estasis de la sangre en los capilares venosos.

El que esto escribe, nunca ha visto tal cuadro de síntomas presentarse en enfermos que no hayan sucumbido.

Considerando el estado de torpeza gastro-intestinal, pensó que, tal vez, la mucosa digestiva no se prestaba á la absorción de los gránulos introducidos por su parte; y atendiendo á lo apremiante del caso disolvió 20 gránulos de arseniato de estricnina en un gramo de agua para inyectarlos debajo de la piel; á los pocos momentos había cesado la carfologia, volvía alguna actividad cerebral, y se pudieron volver á aplicar los medicamentos defervescentes por la vía habitual.

El décimocuarto día se hicieron todavía dos inyecciones de á 6 milígramos cada una; el décimoquinto una y el décimosexto se había restablecido la actividad vesical y confirmado la convalecencia, con quedar fijo el termómetro en 37° variando pocos décimos en el día, con desarrollarse el apetito y las fuerzas á tal grado, que el mismo día la paciente, sin sospechar la gravedad en la cual había estado, se sentaba y permanecía tres horas en su sillón contra la voluntad de su médico, que temía que tanta precipitación pudiera dar lugar á un accidente.

Sin embargo de tales imprudencias, el restablecimiento ha marchado sin tropiezo.

Leemos en una obrita titulada "La Dosimetría delante del pronóstico" del Dr. Gabriel Reignier respecto del tifo: "En el tifo, como en todos los estados febriles infecciosos la elevación de la temperatura de 40° á 41°, su permanencia con remisiones matutinales insignificantes, constituye una

situación muy peligrosa; cuando resiste tal elevación al uso de los defervescentes es desesperada tal situación.»

Para el práctico queda siempre una duda y es la de saber si los agentes defervescentes penetran en la circulación ó quedan detenidos en el tubo digestivo sin llegar á ponerse en contacto con las celdillas nerviosas sobre las que deben obrar para despertar su actividad vital entorpecida; es cierto que el verdadero dosímetra no se descuida de tener expedito el curso de las secreciones intestinales, pero cuando estas son glutinosas pueden muy bien arrastrar consigo á los gránulos sin dejarlos disolver ni por tanto absorber en su trascurso.

El hecho es, que, en el caso aludido, durante los días de la invasión del tifo la influencia de los defervescentes era maravillosa: cuando se suspendían luego volvía á subir la temperatura uno ó dos grados, y al volverlos á dar faltaban pocos gránulos para bajar de la misma cantidad la temperatura.

Confirmado el tifo, escaseando las secreciones gastro-intestinales, cesaron tales efectos, ó á lo menos parecieron haber cesado, porque es permitido creer que en el tiempo de mayor gravedad de la fiebre, la temperatura hubiera llegado á los 41° ó más, sin el efecto defervescente; que siempre se conseguía algo, puesto que en aquellos momentos de alarma nunca marcó el termómetro más de 40°5 décimos y raras veces se mantuvo una hora en tal altura.

Sea lo que fuere, no cabe duda que en los momentos apurados en los cuales se puede creer que las secreciones sean insuficientes para disolver los gránulos introducidos por la boca y las vías de absorción impropias para poner sus elementos en contacto con el sistema nervioso, nós queda el recurso de la vía hypodérmica, vía más segura, más rápida, por la cual no hay tiempo que perder ni duda respecto de la absorción, mientras queda alguna actividad circulatoria.

Es cierto que la terapéutica subcutánea es opuesta á uno de los principios de la dosimetría, á lo menos en apariencia, puesto que el método del profesor Burggraeve prescribe la introducción lenta, progresiva y muy medida de los agentes medicamentosos en el organismo, pero hay momentos en los cuales tal lentitud no conviene y sí hay urgencia de que sean introducidos rápidamente y en cantidad suficiente en pocos instantes.

Repugna la idea de multiplicar las inyecciones subcutáneas en los pacientes cuando su sensibilidad está despierta y esto determina á poner en una inyección cantidad suficiente de medicamento para no tener obligación de repetirla frecuentemente, pero en el estado de insensibilidad é inconsciencia producido por el tifo, cuando llega á la gravedad, no hay tal temor y se pueden proporcionar las cantidades medicamentosas á la situación, repitiendo las inyecciones tantas veces como sea necesario.

¡Cuán distantes estamos, en esta práctica coronada por un éxito que probablemente la triste y vergonzosa medicina expectante no hubiera conseguido, de los terrores despertados por el profesor Peter respecto del uso de los defervescentes que llamaremos clásicos puesto que son los que usan los catedráticos de clínicas en las Facultades de medicina!

Antes de dar fin á estas reflexiones que pudieran ser interminables, si no se temiera cansar la atención del lector, referiremos un episodio propio para dar idea de la rapidez y eficacia de la acción producida por las inyecciones subcutáneas de estricnina.

Un enfermo llegó al fin de un tifo en un estado de postración tal que sus deudos lo creían muerto; apenas si se percibía su respiración y su pulso, la piel estaba fría, en posición supina el cuerpo, la quijada caída; parecía más bien cadáver que convaleciente; indiferente á todo, no percibía los sonidos, ni contestaba á las excitaciones provocadas para ver si todavía vivía.

Se le aplicaron 20 gránulos, es decir, un centígramo de arseniato de estricnina en inyección subcutánea, y á los pocos segundos se sorprendieron los que lo consideraban muerto, oyéndolo decir con voz casi sepulcral: «quiero otro piquete:» por instinto de conservación, al despertar, había tenido conciencia de que á este medio debía su resurrección.

¡Cuán lejos estamos con esta experiencia de las preocupaciones de las escuelas, según las cuales, á un enfermo debil se deben dar medicamentos poco enérgicos! Hasta las 24 horas se repitió la inyección con la misma dosis y se confirmó el restablecimiento del enfermo en el cual había habido un síntoma curioso, una hematuria que había durado tanto como el estado febril y cesado con él.

Es probable que esta continuada pérdida de glóbulos sanguíneos haya contribuído á determinar la miseria fisiológica de su convalecencia y que la estricnina, al reanimar su sistema nervioso haya contribuído á que pudiera sostenerse con un capital de hemoglobina insuficiente hasta llegar á ser capaz de reponerlo.

Imposible es prever cuántos triunfos nos reserva la prudente asociación de la dosimetría con la medicina hypodérmica: la primera nos ha dado medicamentos más dignos de confianza, más apropiados á una práctica útil y prudente, por lo mismo más instructiva, nos tiene armados á todo instante con armas de precisión, y la segunda nos pone en el caso de aprovechar estas armas preciosas, aun cuando la gravedad llegue á ser tanta que no se pueda contar con la absorción gastro-intestinal.

FÉNÉLON.

La inmunidad y los terrenos adecuados en nosogenia parasitaria.

La determinación nosogénica parece realmente condenada á oscilar de continuo entre uno y otro exclusivismo sistemático. Al humorismo antiguo del período filosófico de la Medicina, representado por el grande Hipócrates, sucede, cual verdadera antítesis, el solidismo, siquiera sea atómico, de los metodistas Asclepiades y Thémison, para ser bien pronto restaurado el humorismo á impulsos de Galeno, quien llevó su encono contra el metodismo hasta el punto de calificar á sus sectarios de asnos de la Tesalia. Tras el largo período galénico aparece el singular Paracelso, y después de tratar á Galeno peor de lo que este había tratado á los metodistas, formula la concepción química de la nosogenia, si bien muy maculada con los vapores de la alquimia y con la indigesta palabrería de los charlatanes. Pero cuanto de material encierra el concepto nosogénico de Paracelso, se disipa al soplo de los espirituales arqueos de Van Helmont, cuyas auras seminales vuelven á condensarse en formas materiales iatroquímicas bajo Silvio y Willis, restauradores, en parte, de las ideas paracélsicas. Enfrente de esta noción iatroquímica se destaca bien pronto la idea contraria dentro del terreno materialista, y la iatromecánica de Borelli se precia de explicar las enfermedades por las leyes de la Física, sometiendo al cálculo los fenómenos de la economía viviente. De nuevo se espiritualiza el concepto genésico de la enfermedad bajo el animismo stahliano y el vitalismo de Barthez, surgiendo á poco su antítesis en el anatomo-patologismo de Laennec, por cuya estela creemos ilusoriamente marchar.

Los trabajos de Vogel, Robin, Küchenmeister, Davaine, Siebol, Hallier y Neuman, inician, al mediar el presente siglo, la fecundísima idea de la nosogénesis parasitaria, vivamente combatida en un principio, pues derrumbaba muy acariciadas preocupaciones y minaba por su base la antigua doctrina, pero que al fin sale victoriosa de la lucha, y consigue imponer en nuestros días un tecnicismo nuevo é informar la patogenia y la terapéutica de muchas enfermedades. Mas, por fecunda y trascendental que esta nueva concepción sea, no ha podido esquivar el pecado que de abolengo vincula en todos los sistemas médicos, y del propio modo que los anteriormente reseñados, el parasitismo adolece de una exageración mucho más importante de lo que á primera vista pudiera sospecharse. En efecto, con la participación genésica de los microbios en las enfermedades, se juzgó ya totalmente concebido el problema patogénico, y científicamente inspirada la ulterior decisión terapéutica, siendo en la actualidad muy correcto discurrir de esta manera: «tal dolencia no es más que la penetración ó fijación intraorgánica de un microbio; pidamos al laboratorio nos indique cuál sea el microbicida más eficaz contra la especie invasora, y esta sustancia representará la base del racional y heróico plan curativo.» Nada tan distante de la imparcial observación de los hechos como la idea que palpita en el anterior pobrísimo concepto de la nosogenia y de la terapéutica parasitarias, proponiéndonos, ante todo, llamar la atención sobre las deficiencias y aun errores á que expone esta manera de discurrir, lo cual haremos con tanto más desembarazo cuanto que nadie podrá calificarnos de sospechosos, pues en la cátedra y en el libro, en el laboratorio y en el periódico, hemos sido de los primeros en propagar y difundir la doctrina parasitaria, que por lo mismo que nos es muy cara, desearíamos ver expurgada de las exageraciones que tienden á su descrédito.

Toda enfermedad engendrada por verdaderos microbios es el fruto de un cultivo intraorgánico, pues ni el microbio aislado representa el estado morboso, ni éste, con el carácter de parasitario, puede generarse sin el concurso de su microbio productor. Ahora bien, la realización de un cultivo exige dos factores esenciales: semilla en condiciones de germinación, y terreno cultivable y apto para esta germinación. Los microbiófilos inconscientes sólo se preocupan de la semilla, reduciendo el problema nosogénico á la fitografía criptográmica y á la comprobación de estas plantas en el organismo. Olvidan, pues, las condiciones del terreno; noción trivialísima

que el labrador menos ilustrado tiene en cuenta siempre, admitiendo ó rechazando el cultivo de ésta ó de la otra semilla, según que para su germinación sean ó no aptos los terrenos de que dispone. Y al borrar del proceso nosogénico ese importantísimo factor de los *adecuados terrenos cultivables*, se proscribe del lenguaje médico aquellos términos antiguos que con los nombres de *inmunidad, diátesis, predisposición, idiosincrasia, aptitud morbosa*, etc., expresaban la participación del organismo vivo en la constitución patogénica; idea legítima y fundamental que subsistirá siempre, por lo que estas voces, tan desdeñosamente eliminadas hoy del moderno tecnicismo científico, se impondrán de nuevo, mal que nos pese, ó tendremos que sustituirlas por otras que indiquen el propio concepto.

La importante cooperación del organismo vivo en el desenvolvimiento morboso, es un hecho que precisamente la etiología parasitaria pone de relieve con más evidencia que los demás agentes nosogénicos. El aire que inspiramos, las bebidas y los alimentos ingeridos, el suelo que pisamos, todo cuanto, exterior al organismo, se pone en contacto con la superficie del cuerpo y con las cavidades que directa ó indirectamente se abren al exterior, está plagado y totalmente sembrado de miles de tallofitos y de sus gérmenes, unos y otros muchas veces patógenos y en posibilidad de desarrollo y multiplicación ulterior. De continuo es solicitada nuestra economía hacia el orden morboso por estos innumerables seres que en lucha por la existencia, tienden á germinar en el organismo humano, cual abonado terreno para su crecimiento y procreación. ¿Porqué no siempre sucumbe el organismo en esta lucha? Y sobre todo, ¿porqué sólo secumben ciertos organismos? ¿Cómo explicarnos sea un niño afectado de coqueluche, resultando indemne otro que respiró el mismo aire? ¿Porqué resulta invulnerable al tifus quien bebió la misma agua que otro sugeto por ella afectado de esta dolencia? ¿Cómo no padece tuberculosis el enfermero que pasa la vida barriendo el suelo de las clínicas de tuberculosos, y por tanto, inspirando un aire cargado de gérmenes fimógenos dispersos de los exputos desecados?

Son dudas las precedentes que en vano intentará desvanecer el microbiologismo, reducido á considerar el proceso morbígeno por uno sólo de sus aspectos, y que se disipan en cambio, haciendo intervenir en la constitución etiológica, ese factor primordial representado por la economía viviente, con sus aptitudes, sus disposiciones, sus inmunidades, y cuantas circunstancias la conviertan, ó en abonado terreno para el cultivo criptogámico, ó en infranqueable barrera que victoriosamente rechaza la invasión de aquellos gérmenes patógenos. La existencia de estos heroicos y especialísimos medios de defensa se prueba con el hecho vulgar de ser la salud la regla y la enfermedad la excepción; ¡cuánto preponderaría esta última si de aquellas defensas careciéramos, pues el microbismo patógeno pulula en el aire, en el agua, en los alimentos, y en cuanto, según hemos dicho, se relaciona con el organismo! Es, por consecuencia, urgente volver en cierto modo á las antiguas ideas, otorgando á la economía su fundamental cooperación en la génesis de las enfermedades. Para los antiguos todo el problema etiológico estribaba en este factor orgánico, y aquella fué la época de las discracias, caquexias, diátesis, aptitudes morbosas, vicios humorales, etc. Hubo por tanto, exageración, pues las enfermedades parecían como llovidas del cielo ó espontáneamente suscitadas en el organismo, lo cual es un absurdo tratándose de hechos naturales. Pero no es menor exageración en la que hoy hemos venido á caer, pues desvanecidos al encontrar unos agentes morbosos que cual los parásitos, explican tan racionalmente la nosogenia, hemos hecho tabla rasa de las antiguas enseñanzas y olvidado las condiciones orgánicas que harán fructífera ó estéril la siembra parasitaria. Por lo tanto, aunque se nos atribuya la pretensión de encerrar vino nuevo en odres viejos, hermanemos ambos factores etiológicos y conservemos en parte las opiniones antiguas, que completan las nuevas y preciadas conquistas de la ciencia.

Mas, al inquirir cuáles sean las circunstancias orgánicas refractarias ó favorables á la invasión y ulterior cultivo de los microbios, ya se comprende no debemos satisfacernos hoy con la simple enunciación de aquellos términos vagos (*idiosincrasia, aptitud, inmunidad*, etc.), que expresaban un hecho cierto, pero que no explicaban la naturaleza íntima de la predisposición para enfermar ó de la invulnerabilidad para resistir. Estamos, pues, en el caso de preguntarnos: ¿en qué consiste la indemnidad? ¿En qué la predisposición? Sobre este punto, aún virgen, por más que implica la clave de toda la nosogenia parasitaria, vamos á discurrir muy someramente.

En nuestra opinión, son abonados terrenos para el cultivo de los microbios, cuantos tejidos proceden de las células forma-

doras de la hoja media del blastodermo; y, en cambio, representan barreras infranqueables á la penetración de aquellos seres, los tejidos que derivan del epiblasto ó del endoblasto; es decir, de las hojas bastodérmicas extremas. Con estos últimos tejidos, la naturaloza previsora (y valga lo manoseado de la frase en gracia de su propiedad) ha construído, especialmente en los animales, una coraza externa é interna de defensa, para que todo agente exterior, cargado como está de microbios ávidos del cultivo orgánico, tropiece y se anule ante esa barrera protectora constituída por el epitelio mucoso ó cutáneo (epidérmis). Los alimentos, el aire, el suelo, las bebidas, todos los medios externos portadores de microbios, siempre encuentran esa valla epitélica, y jamás tocan, en el organismo sano, á ningún tejido derivado del mesodermo. La vulnerabilidad de esos tejidos mesodérmicos explica muchas nociones de antiguo adquiridas por la ciencia, como la eficacia de las inoculaciones para la penetración de los virus, las complicaciones sépticas de las heridas, los catarros intestinales abriendo la puerta á la infección colérica, etc., etc.; pues tan pronto como nos vemos despojados en algún punto de aquella coraza epitélica, y puede ya por esta brecha implantarse la semilla en terreno mesoblástico, el peligro se acerca y no se hace esperar el cultivo parasitario. El primer cánon, referente á la aptitud nosogénica de los territorios orgánicos, podemos formularlo estableciendo la inmunidad de los epitelios y la vulnerabilidad de todos los demás tejidos; siendo por demás curioso que el distinto origen embrionario sea paralelo á esta mayor ó menor resistencia, de lo cual resulta, como ya señalamos, que la filiación blastodérmica mucosa ó córnea implique indemnidad, y la mesoblástica predisposición ó aptitud para enfermar.

Pero, ¿en qué consiste y á qué se debe la inmunidad de los epitelios ó barreras refractarias, al cultivo intra-orgánico de los microbios? La Histografía da cuenta en parte de este hecho, siendo de lamentar que la Histoquimia, mucho más atrasada, no coadyuve, cual debiera, á esclarecerlo. En primer lugar, las células epiteliales, conglomeradas ó asociadas en capas continuas desprovistas de vasos, poseen una cubierta ó ectoblasto, de cuya membrana protectora carecen la mayor parte de las células pertenecientes á los tejidos mesodérmicos ó vulnerables; siendo esta cubierta por su resistencia, homogeneidad y adecuado grosor, una barrera insuperable, á veces, al cultivo bacterídeo. Pero, como si esto no fuera bastante, muchas células epiteliales tienen reforzada su cara libre, ó sea la faceta celular correspondiente á la cavidad que revisten, por una chapa ó capa protectora contra los agentes exteriores; y así es como racionalmente se explica no atraviesen la pared intestinal los variados microbios que siempre contiene la vía digestiva y cuyos gérmenes penetraron con las bebidas ó los alimentos. En otras cavidades orgánicas (tráquea, bronquios, fosas nasales, gran parte de la laringe, etc.), también expuestas al contacto de medios portadores de microbios, el epitelio realiza su función defensiva merced á las pestañas vibrátiles que proyecta la faceta celular libre ó en contacto con el aire, el cual se tamiza y purifica al atravesar estos filamentos, que retienen y destruyen ó eliminan al exterior, con la materia expectorada, los microgérmenes aéreos. Cuando faltan aquellas chapetas ó estas pestañas, la célula epitelial, que reviste cavidades, cuyas paredes igualmente reciben el contacto de sustancias donde se contienen microbios (boca, vagina, esófago, etc.), suple con el excesivo número su debilidad individual, y para ello se asocia en varias capas ó estratificaciones, que ya representan una barrera suficiente contra la infección bacterídea.

El epitelio encargado de más activas y continuadas defensas, frente á la invasión de las plantas bacileras, es, sin duda alguna, el que constituye la capa externa de la piel, pues ningún otro punto, como la superficie del cuerpo, se halla sin cesar expuesto al contacto de medios sólidos, líquidos y gaseosos, donde pululan aquellos seres. En relación con este mayor peligro, es admirable la disposición histológica de la epidérmis, quien ostenta un verdadero lujo de precauciones defensivas, entre las cuales nos bastará señalar las siguientes: 1ª numerosas capas celulares sobrepuestas; 2ª sus células más superficiales casi cornificadas, sin jugo alguno ni aún la pequeña humectación que todo cultivo de microbios exige, sin núcleo ni apenas protoplasma y reducidas á la cubierta dura, rígida y keratinizada, simulando, por tanto, cada una de ellas una verdadera coraza en forma de escamilla; 3ª no menos densas, aunque excepcionalmente nucleadas, son las células subyacentes del *stratum lucidum*, cuyo ectoblasto, muy grueso, es también asiento de la keratinización; 4ª si bien algo separadas entre sí, las células de la capa granulosa forman una membrana densa, pues en sus intervalos anidan los granos de eleidina que rellenan los intersticios celulares;

5ª en el verdadero cuerpo mucoso de Malpighio, observamos formas celulares jóvenes, jugosas y menos conglomeradas, porque como capa epidérmica profunda y ya más protegida, no reclama tantas condiciones para su defensa. Sin embargo, aún en este mismo extracto malpighiano, descubrimos nosotros dos circunstancias adecuadísimas que se oponen al tránsito de los microbios: la primera se representa por el retículo filamentoso que va de una célula á otra [1] y que sirve de tamiz intercelular; constituyen la segunda esas células linfoides, emigrantes, indicadas por Biasidescki, y que, procediendo de la capa dérmica ó papilar, ganan superficialmente el cuerpo mucoso de Malpighio y pululan ó viajan entre las células de éste esquivando el anterior retículo; pues sabida es la propiedad bacteriófaga de tales células que, con facilidad suma, engullen las microbios, empotrándolos y destruyéndolos después de haberlos sumergido en su protoplasma. Por último, como si precauciones tantas no fueran bastantes, todavía existe, bajo el cuerpo malpighiano, una membrana basal anhista, última é inmediata protectora del dermis subyacente; el cual, como tejido mesodérmico, representa ya la parte frágil ó vulnerable de la piel. [2]

Además de las anteriores circunstancias histográficas, quizá los epitelios posean especiales atributos químicos que los hagan refractarios al cultivo bacterídeo, y de esperar es, que llegue un día en que la histoquimia nos descubra la incógnita de estas condiciones de resistencia. Sobre este punto nos limitaremos á formular la proposición siguiente: los epitelios resisten tanto mejor cuanto más alejados se encuentren de su origen blastodérmico, y más viejos, anhidros, caducos y keratinizados sean; por el contrario, decae su inmunidad cuando próximos á su origen blastodérmico, son jugosos, frescos y jóvenes. Así se explica sean más frecuentes en el niño las dermatosis parasitarias, el microbismo interno *(algodoncillo, diarrea verde, etc., y aún el infectivo: sarampión, crup, escarlatina,* etc.)

Aclarado en cuanto nos es posible el fenómeno de la indemnidad, frente á las invasiones parasitarias, la disposición morbosa ó el adecuado terreno para el cultivo bacterídeo, resulta obligada consecuencia de alteraciones ocurridas en la capa epitelial protectora. Estas alteraciones, muy ostensibles á veces, como cuando falta el epitelio mucoso ó cutáneo (*oidium albicans*, cultivándose sobre erosiones de la mucosa bucal, difteria encarnando sobre el dermis descubierto por la vexicación), no lo son tanto en otros casos donde es sólo una descamación ó proliferación epitelial, la que abre la puerta al microbismo (catarros laringeo é intestinal precediendo á la coqueluche y á la disenteria); con todo, aún en estas circunstancias, puede invocarse el hecho de que, al renovarse el epitelio, ofrecerá discontinuidades y se representará por células jóvenes, jugosas y poco conglomeradas, muy aptas, por consecuencia, para el tránsito bacterídeo. Pero donde la carencia de epitélicas defensas aparece favoreciendo más ostensiblemente la invasión parasitaria, es en esas grandes lesiones quirúrgicas que ponen al descubierto extensas superficies de tejidos mesodérmicos (muñón de las amputaciones, cavidad abierta de los grandes abscesos), pues concordando aquí también la práctica con la doctrina que sustentamos, son muy de temer en tales casos las infecciones sépticas de toda índole. Sin embargo, á pesar de tan desventajosas condiciones, representadas porque el organismo ofrece al aire cargado de microbios un terreno adecuado para su cultivo, nosotros entendemos dispone todavía la naturaleza de una defensa constituída por los glóbulos de pus que atraviesan la superficie cruenta. Estos leucocitos, en su emigración del fondo á la superficie de la membrana granulosa, recogen los microbios que marchaban en dirección opuesta, y habiéndolos incluído en su protoplasma, salen con ellos al exterior. Semejante opinión, lejos de pecar de idealista, tiene en su apoyo dos hechos; uno experimental de laboratorio, y otro ya señalado por la antigua observación clínica: 1º, en casi todos los glóbulos purulentos de las grandes supuraciones hemos comprobado la existencia de bacterias ó cocos; 2º, cuando el pus es *loable*, según decían los cirujanos antiguos, es decir, cuando es trabado y espeso por su

1 Omitimos detalles histográficos extraños al objeto de este artículo. La disposición de los anteriores filamentos intercelulares podrá consultarse en nuestro *Tratado de Histología é Histoquimia normales*, cuya impresión se está ultimando en Barcelona por la casa editorial de los Señores Espasa y Compañía.

2 Los variados medios de apósito de la cura listeriana (protector, gasas, mackintosh) tienden cual uno de sus principales objetos, á simular una capa epidérmica que impida la llegada de los gérmenes atmosféricos á la superficie cruenta, donde se hallan al descubierto los tejidos mesodérmicos vulnerables. Los cirujanos solían invertir los términos, juzgando que este apósito impide la descomposición de los productos emitidos por la herida; y por ello, confiaban más en el ácido fénico que en la oclusión, siendo así que esta última lo hace todo, pues evitándose la llegada del aire cargado de gérmenes patógenos, es seguro que, con ácido fénico y sin él, la asepsia resultará completa. Bajo tal concepto, la cura de Lister no es más que un método por oclusión más perfeccionado que los antiguos de Syme y de Guérin.

riqueza en glóbulos purulentos, no son de temer las complicaciones sépticas; pero al suprimirse la supuración ó al hacerse su producto claro y mal trabado por su deficiencia en células de pus, es ya inminente el peligro, por faltar de la superficie cruenta aquellos expulsadores ó destructores del parásito invasor.

La precedente función aséptica de los leucocitos se realiza también dentro de los ganglios linfáticos, según detallaremos bien pronto en un artículo, para el cual tenemos recogidos los indispensables datos experimentales. Por ahora nos limitaremos á consignar que en el organismo existen, cual artidas volantes de defensa, miriadas de células linfoides, emigrantes ó viajeras, encargadas de la depuración interna, y que estos elementos anatómicos microbiófagos ó asépticos, constantes en la mayoría de los tejidos, preponderan en los muy difundidos, como el conjuntivo, y en los órganos consagrados, entre otros fines, á la filtración y purificación de las sustancias exteriores absorbidas, cual ocurre á los ganglios linfáticos. Disponemos, pues, ante todo, de una primera y más poderosa línea defensiva (epitelios), y por si ésta es sorprendida y arrollada en algún punto, contamos dentro del organismo con células destructoras de los microbios que consiguieran burlar aquella primera barrera. Tal es la noción científica de la inmunidad en las enfermedades parasitarias.

Sintetizando los anteriores desconcertados apuntes, podremos formular las conclusiones siguientes:

1ª La nosogénesis parasitaria se determina por el concurso de dos factores esenciales; la semilla cryptogámica, y el adecuado terreno histológico para su germinación.

2ª Son adecuados terrenos para el cultivo de los microbios patógenos, cuantos tejidos proceden de la hoja media del blastodermo, á excepción de los leucocitos ó células linfoides que son microbicidas.

3ª Los epitelios íntegros representan una valla infranqueable á la invasión y ulterior cultivo bacterídeo, hasta el punto que, parafraseando, pudiéramos decir: "dadme epitelios íntegros y respondo de la salud en lo que atañe á las enfermedades parasitarias."

4ª La histografía descubre en los epitelios muchas condiciones que racionalmente explican esta inmunidad, siendo de esperar que la histoquimia consiga esclarecernos la naturaleza de los atributos químicos, por los cuales aquellos son refractarios al cultivo cryptogámico.

5ª La vulnerabilidad al parasitismo estriba en deficiencias epitélicas, ya por discontinuidades de esta capa protectora, por no estar bien keratinizada, ser en extremo jugosa ó hallarse en proliferación de ordinario catarral.

6ª Las pocas dolencias parasitarias que reconocen origen hereditario, se reducen á la trasmisión de la *cualidad epitélica vulnerable;* y así el tuberculoso trasmite á su hijo estas deficiencias del epitelium pulmonar, que lo hacen abonado terreno para el cultivo y penetración del bacilo fimógeno.

EDUARDO GARCÍA SOLA.

Investigaciones fisiológicas.

El Dr. P. Loye ha presentado recientemente á la Facultad de Medicina de París un trabajo que contiene la exposición de diversos experimentos hechos con el propósito de inquirir la explicación de los efectos producidos por la decapitación.

Las investigaciones pacticadas en perros, se han dirigido á estudiar todas las modificaciones que se manifiestan en la cabeza y en el tronco del animal, por la sección completa y rápida del cuello.

El instrumento que ha servido para los experimentos ha sido construído según el modelo de la guillotina; separa la cabeza bruscamente, de una sola vez.

En el momento en que la cabeza se separa, la boca está casi siempre desmesuradamente abierta, como si el animal hiciera una profunda inspiración. Los párpados cerrados en un principio y agitados por pequeños movimientos convulsivos se abren poco después; los globos oculares giran en sus órbitas y las pupilas se contraen. Las mandíbulas se separan y se juntan violentamente; las orejas se yerguen. El reflejo córneo persiste; pero la simple aproximación de un instrumento delante del ojo no produce pestañeo.

Después de esta primera faz, que dura diez segundos, sobreviene un período de calma, durante el cual las modificaciones de la fisonomía son casi nulas, aun cuando persiste el reflejo córneo. En fin, al cabo de quince segundos, aparecen movimientos de las alas de la nariz y de las mandíbulas, que afectan la forma de bostezos. Estos últimos se observan hasta el segundo minuto después de la decapitación; en el momento en que cesan, la pupila se encuentra muy dilatada y desaparece el reflejo córneo. La cabeza queda entonces inerte: la excitación

del segmento de médula espinal del lado de la cabeza no da resultado.

La mueca observada en la cabeza ¿es una manifestación de la voluntad del animal?

A decir verdad, la cabeza decapitada no responde á las excitaciones dirigidas sobre los sentidos; pero ello no es una prueba suficiente de la desaparición de la conciencia.

M. Loye ha decapitado perros dormidos con cloroformo y ha comprobado que la cabeza presentaba los mismos movimientos de una cabeza separada en un animal despierto.

Estos movimientos no son, pues, voluntarios desde que se producen durante el sueño, cuando el reflejo córneo no reaparece aún. Serían en parte debidos á una acción refleja cuyo punto de partida estaría en esa formidable excitación de todas las partes sensibles afectadas por el peso de la cuchilla y abandonadas inmediatamente á todas las causas exteriores de irritación. Serían debidos también, sobre todo los bostezos del tercer período, á la asfixia resultante de la pérdida de sangre y del empobrecimiento de los tejidos en oxígeno, como ya lo había observado Legallois.

Un capítulo de la memoria que nos ocupa está consagrado al efecto de las trasfusiones de sangre en la cabeza decapitada. Tratando de repetir ese experimento de Brown-Sequard, M. Loye no ha podido obtener jamás los movimientos voluntarios, señalados por aquel autor. Supone que este resultado es debido á que en vez de seccionar lentamente el cuello á un nivel bastante bajo, como lo hacía Brown-Sequard, decapitaba bruscamente el animal en la parte media de la región cervical.

La cabeza decapitada pierde su color más rápidamente que el tronco. M. Loye ha estudiado además, los efectos de la decapitación en los animales enfriados, en los cachorros de animales tratados con morfina, estricnina, atropina, etc.

El tronco del perro no queda inmóvil después de la ejecución. En el momento en que la cuchilla cae, el cuerpo ejecuta movimientos enérgicos con los miembros posteriores y con la cola, tan violentos á veces que proyectan al animal bastante lejos. En seguida aparecen movimientos de los cuatro miembros, que se ponen luego en extensión; en seguida el tronco entra en contractura y se encorba en arco. Las más variadas excitaciones no determinan entonces el menor movimiento reflejo; la irritación de la médula espinal no da resultado.

La extensión de los cuatro miembros, la contractura generalizada, los esfuerzos expulsivos del recto, las contracciones fibrilares, la curvatura en arco, son sin duda debidos á la asfixia. En cuanto á los movimientos que suceden inmediatamente á la decapitación, son debidos á la excitación directa de la médula espinal por la cuchilla ó á una acción refleja.

El tronco decapitado se halla verdaderamente en las condiciones de la asfixia, á consecuencia de la enorme pérdida de sangre provocada por la sección de los vasos del cuello. M. Loye ha estudiado la importancia de esta pérdida de sangre. Ha visto que la cabeza perdía, término medio $^1/_{30}$ de su peso, mientras el cuerpo perdió próximamente $^1/_{16}$. La hemorragia parece ser tanto más abundante cuanto más pequeño es el animal.

Registrando los latidos del corazón y la presión sanguínea, M. Loye ha observado que en el momento de la caída de la cuchilla, el corazón se detiene y la presión desciende, probablemente bajo la influencia de la excitación del pneumogástrico por el instrumento. Pero el número de los latidos aumenta en seguida y se hace rápidamente doble y triple del número normal; el corazón se detiene definitivamente al cuarto minuto. En cuanto á la presión sanguínea después de ascender aumenta de nuevo, sobrepasa la altura normal y luego desciende poco á poco al cero.

La respiración desaparece en el tronco decapitado; pero en el momento de la decapitación el animal hace una inspiración muy profunda. En los animales enfriados, los movimientos respiratorios no son inmediatamente abolidos después de la decapitación.

La temperatura no desciende rápidamente, algunas veces se eleva inmediatamente después de la decapitación, como después de la asfixia. En cuanto á la rigidez, se observa en la cabeza después de hora y media, y en el tronco después de tres horas; desaparece al segundo día.

La memoria en cuestión termina con el examen anatómico de los diversos órganos después de la decapitación.

En resumen, Loye atribuye á la asfixia la mayor parte de los fenómenos que en el perro son consecutivos á la decapitación. Pero creo que debe darse un lugar á otro factor, el que resulta de la irritación del sistema nervioso y que consiste en la inhibición de diferentes funciones. M. Loye promete demostrar en breve cómo los fenómenos observados en el hombre decapitado pueden ser ilustrados por los experimentos hechos en el perro.—(*Cop.*)

LA MUERTE.

El Dr. Beardley se pregunta cuál es la causa de que el temor á la muerte sea un sentimiento general á la humanidad.

El Doctor, contestándose á sí mismo, dice que la causa es la creencia de que la muerte es dolorosa.

A juicio del Doctor, esto es un error. La muerte es en la mayor parte de los casos, un acto puramente vegetativo. El hombre cae á pedazos, ni más ni menos que una flor ajada. Si supiera cuán poco doloroso es morir, vería acercarse la muerte no ya con temor, sino muchas veces con gozo, y por lo menos con curiosidad. Hay que tener en cuenta que el grado de sensibilidad de los tejidos, es ordinariamente proporcional á su incorruptibilidad. La inflamación que empieza por aumentar esta sensibilidad, concluye por aminorarla, y la vejez acaba con ella. Todo obstáculo de nutrición trae como consecuencia inmediata la perturbación del bienestar general del individuo, hasta que el ácido carbónico resultando de la "desvitalización" de la sangre, se fija en los elementos anatómicos. Entonces, y á causa de este veneno, los ganglios sensorios pierden su irritabilidad, y no dejan pasar las corrientes nerviosas. Entonces es cuando se produce la muerte.

Mientras duren los progresos de esta destrucción de la fuerza nerviosa, que conducen poco á poco al entumecimiento definitivo, debe experimentarse una sensación de placer y reposo, análoga á la que precede el sueño, y en vez de los tormentos que imagina el vulgo, una satisfacción ignorada. Probablemente las impresiones producidas por el empleo del ópio, del éter y de todos los narcóticos, deben parecerse mucho á las que experimenta un moribundo. Si se exceptúan las alucinaciones, que necesariamente han de resultar muchas veces de la actividad incompleta del cerebro, estas impresiones no pueden tener nada de dolorosas.

La condición esencial de la irritabilidad consiste en que así los centros como los conductores nerviosos, se hallan en estado normal.

Desde el momento en que su actividad cesa, los fenómenos reflejos cesan también, y el sufrimiento viene á ser filosóficamente imposible, toda vez que no funciona el gran simpático.

La experiencia confirma plenamente estas teorías. Las vivisecciones, así como el testimonio de muchas personas, que después de consideradas como muertas han vuelto á la vida, y las respuestas de muchos moribundos que se hallaban en el instante crítico, en estado de contestar á las preguntas que se les dirigian, demuestran que la muerte no es dolorosa. Burney luchó vigorosamente con los que trataban de volverle á la vida, después de su sumersión en el agua; tan agradable le parecía su estado de asfixia. Al viajero Solander le pareció tan deliciosa la sensación del frío excesivo, que se acostó entre nieve para tener el gusto de morir de esa manera. William se lamentaba en su agonía de no poder escribir cuánto gozaba al irse. Los niños de poca edad mueren con la misma serenidad que suelen tener al dormir.

¡Cuántos viejos y enfermos ven la muerte como el término de un cautiverio! La crucifixión y la horca son consideradas generalmente como los más horrorosos suplicios; sin embargo, resulta del testimonio de algunos que han vuelto á la vida, después de haber sufrido una de estas penas, que suceden á una agonía muy corta, alucinaciones deliciosas. Por lo que toca á la horca, hay pruebas materiales de lo dicho, aunque no sea lícito especificarlas.

En resumen, puede afirmarse que la muerte es para el hombre tan poco dolorosa como el nacimiento.

Shakspeare lo adivinó el día que dijo que el temor á la muerte no era otra cosa que el temor á lo desconocido. La proximidad de la noche y de la soledad, y no las sacudidas de la carne, es lo que nos hace pensar con espanto en esta marcha inevitable.

MEMENTO
DE
TERAPÉUTICA DOSIMÉTRICA
ó
GUÍA DEL MÉDICO PRÁCTICO
EN EL EMPLEO DE ESTE MÉTODO DE TRATAMIENTO.

POR EL DR. BURGGRAEVE.

(Continuación. — Véase el núm. anterior.)

Gastritis aguda.—Esta inflamación va acompañada de dolores violentos bajo forma de calambres contra los cuales se empleará con resultado la morfina y la hyosciamina, un gránulo de cada uno de media en media hora. Los demás medios consisten en baños, sanguijuelas. Se apagará la sed con pequeños fragmentos de hielo.

La gastritis crónica se manifiesta bajo forma de dispepsia, de gastralgia ó gastrosis. Es preciso estar en guardia contra los pretendidos estomáquicos y atender más

bien al régimen. La hyosciamina, la morfina, un gránulo de cada uno en el momento de la comida harán que la digestión sea menos dolorosa. Cuando la mucosa no está irritada, podrá administrarse la quasina, dos gránulos en el momento de las comidas. Como modificadores químicos, se podrá recurrir ó á los ácidos ó á los neutralizantes. Debe elegirse el ácido clorhídrico entre los primeros, porque es el ácido propio de la digestión. Pero como en la gastritis se forman otros, ácido láctico, butírico, etc., es necesaria su neutralización con el carbón vegetal granulado del Dr. Chanteaud.—Los gránulos de sub-nitrato de bismuto y de clorhidrato de morfina podrán ser igualmente empleados en las gastralgias no ácidas. Es menester mantener la limpieza del estómago por medio de las sales de Sedlitz, tomándolas por la mañana en ayunas, á fin de arrastrar la capa mucosa á que dan lugar las fermentaciones ácidas. Los vértigos á *stomacho læso*, de Trousseau, serán combatidos con la estricnina juntamente con los medios que hemos indicado.

Enteritis.—Debe aplicarse el mismo tratamiento contra esta enfermedad que contra la gastritis. Como generalmente hay constipación á consecuencia de la sequedad y espasmo de los intestinos, se hará bien en hacer tomar cucharadas de las de café, de aceite de ricino con un gránulo de hyosciamina y en caso de subparálisis, con un gránulo de sulfato de estricnina como en el cólico de los pintores. Pero en este caso, conviene antes de todo disipar la intoxicación metálica por medio de los baños sulfhídricos del Dr. Bremond.

Colitis.—En esta inflamación hay subparálisis que se traduce por distensiones y acumulación de gases. Conviene, pues, recurrir á la estricnina y á la jalapina dos ó tres gránulos de cada uno cada día. Los purgantes drásticos perjudican. Las sales de Sedlitz serán por el contrario muy útiles como atemperantes. Es preciso proscribir los alimentos que dejen mucho residuo.

Rectitis.—Contra el tenesmo anal se empleará la hyosciamina, y contra la subparálisis intestinal la estricnina dos ó tres gránulos de cada uno por día. Contra las cámaras mucosas se hará uso de las enemas con una docena de gránulos de tanino.

En la disenteria se empleará el mismo tratamiento, teniendo cuidado de limpiar todo el intestino con las sales de Sedlitz. La fiebre se combatirá con los alcaloides defervescentes.

Nefritis.—Estando esta inflamación caracterizada por cólicos atroces que paralizan la acción de los riñones, se dará la estricnina y la hyosciamina, de cada uno un gránulo de media en media hora hasta la sedación. Deberán aplicarse sanguijuelas en la ingle á fin de desengurgitar el plexo espermático-renal. Son de rigor los baños prolongados. Se cuidará de desembarazar el intestino con las sales de Sedlitz. La fiebre nefrítica debe ser combatida con la aconitina y la veratrina primero, la digilatina y la colchicina más tarde, y últimamente con el ácido benzóico y el benzoato de sosa, para corregir la acritud de la orina é impedir los depósitos de ácido úrico.

Cistitis.—Debe ser el mismo el tratamiento. Hay, efecto, espasmo de cuello, subparálisis en el cuerpo de la vejiga, hipersecreción con excesos de cloruros. Como modificadores del cuello se empleará la hyosciamina y la cicutina y contra la parálisis del cuerpo la estricnina. El ácido benzóico y el benzoato de sosa como modificadores de la secreción. Contra la fiebre, los alcaloides defervescentes como en el caso anterior.

Uretritis blenorragia.—Esta inflamación, de cuyo tratamiento se han apoderado los curanderos, está caracterizada por un escozor ardiente que se extiende desde el meato urinario á todo lo largo de la uretra y de allí á la prostata, á los conductos eyaculadores, á las vesículas seminales, á los conductos deferentes y á los testículos: resultando diferentes inflamaciones secundarias: prostatitis, orquitis. No puede prescindirse de la virulencia en la blenorragia aguda, aunque no sea necesario combatir infección general como en la sífilis. Por ella son necesarias grandes precauciones para evitar su influencia en la mucosa ocular particularmente por medio del contacto. Las erecciones del pene se combatirán con el bromuro de alcanfor, la irritación de la mucosa génito-urinaria con la digilatina y la colchicina, el espasmo con la hyosciamina y la cicutina. Se harán tomar, pues, un gránulo de bromuro de lacanfor, otro de hyosciamina, otro de digitalina y otro de colchicina, juntos cada hora. Es necesario no provocar la diuresis, sino por el contrario, sustituirla con la acción y los efectos de las sales de Sedlitz, tomando de estas una cucharada de las de café todas las mañanas en un vaso de agua seguido de otro de agua fresca. Se prohibirá al enfermo beber durante el día. Deben rechazarse en lo posible las inyecciones; no convienen estas sino en el período

de decrecimiento de la enfermedad. Cuando haya necesidad de su empleo, se disolverán tres ó cuatro gránulos de tanino en un poco de agua. Las inyecciones con el nitrato de plata son peligrosas. *Es un abortivo que expone á consecuencias graves.* El bálsamo de copaiba no debe ser empleado porque produce irritación gastro-intestinal. En caso de necesidad, se reemplazará por la cubebina y la piperina, de cuyas sustancias se podrán tomar tres ó cuatro gránulos en el momento de las comidas. En la blenorragia es necesario hacer siempre uso del suspensorio.

Artritis.— Estas inflamaciones empiezan en la sinovial y se extienden á los tejidos fibrosos y óseos. Cuando las articulaciones no tienen comunicación con el exterior, su inflamación termina por derrame (hidrartrosis); en el caso contrario, como en la artritis traumática, da lugar á la supuración y á la erosión de los cartílagos, de la destrucción ósea de las extremidades articulares. El dolor y el calor son vivos, así como la fiebre (40, 41, 42° centígrados); es preciso moderar esta última con los alcaloides defervescentes, principalmente la veratrina y la aconitina, un gránulo de cada uno de cuarto en cuarto de hora, hasta el descenso del pulso y de la temperatura, después el hidro–ferro–cianato de quinina. Cuando existe un principio gotoso, digitalina y escilitina, de cada uno un gránulo de media en media hora. Localmente: sanguijuelas, vejigatorios, embrocación yodada, compresión é inmovilidad.— En la artritis traumática, aplicación del hielo.

La artritis aguda coincide algunas veces con la uretritis, que entonces se suspende. En este caso, hay necesidad de introducir en la uretra una algalia como revulsivo. No hay en esta coincidencia nada de humoral. La cubebina y la piperina podrán ser empleadas igualmente con resultado.

En la fiebre artrítica debe temerse que se localice la inflamación en tejidos fibrosos que no sean los de las articulaciones el pericardio, el centro frénico; las más grandes precauciones son necesarias para impedir estas repercusiones. Mientras la fiebre conserva su continuidad: aconitina, veratrina, digitalina; cuando se hace remitente, hidro–ferro–cianato de quinina, un gránulo de cuarto en cuarto de hora, hasta el descenso del pulso y del calor.

Cuando la artritis tiende á hacerse orgánica, sin perder un momento, es necesario emplear la cauterización actual ó potencial; es este el sólo medio de evitar la formación del tumor blanco. De esta manera hemos conseguido desde hace más de diez años que hayamos tenido necesidad de practicar muy pocas amputaciones y resecciones, operaciones que se practican con mucha frecuencia en los países donde no se emplea este método profiláctico.

En la artritis traumática se abrirá extensamente de una manera declive la articulación, á fin de impedir la estancación y absorción del pus. La experiencia nos ha hecho ver que estas incisiones tienen menos peligro que las aberturas estrechas. Curación con el aceite fenicado.

Fiebres de absorción.—Son debidas á la introducción en la sangre de un virus, de un miasma, y están caracterizadas por gran elevación de la temperatura; 41, 42, 43° centígrados; un pulso muy acelerado y depresible; 120, 130, 148 y más, por fenómenos tíficos más ó menos pronunciados y erupciones dérmicas ó mucosas: exantemas, placas, ulceraciones, algunas veces depósitos albuminoidos ó purulentos (puoemia). Estas fiebres exigen medios externos ó internos. Los primeros consisten en los antisépticos, tales como el ácido fénico; los segundos en el empleo enérgico de los alcaloides y de los arseniatos para impedir la descomposición de la sangre. Entre ellos el arseniato de estricnina y el arseniato de quinina es á los que sobre todo es necesario recurrir; un gránulo del uno y del otro cada media hora, no pudiéndose yugular la fiebre de repente. Cuando el calor y el pulso hayan sido dominados, se dará el arseniato de hierro para oponerse á la anemia; diez ó doce gránulos durante algunos días hasta que la tensión arterial sea la normal. Se vigilarán con cuidado los órganos, especialmente las vísceras y las articulaciones, á fin de conjurar las inflamaciones intercurrentes con los revulsivos, no siendo como no son posibles las emisiones sanguíneas.

Fiebres álgidas, cólera indiano, fiebres perniciosas. — Están caracterizadas por una gran depresión vital y por accesos ó recargos de fiebres mortales. En el período de frío, estando como está suspendida la absorción de la piel y fuertemente congestionadas las mucosas, es preciso empezar por reanimar el calor periférico por medio de fricciones con líquidos antisépticos, sobre todo con el vinagre aromatizado, de Bully, de los cuatro ladrones, etc. Cuando se haya conseguido la reacción se prescribirá el arseniato de estricnina y el de quinina, de cada uno un gránulo de cuarto en cuarto de hora, hasta la remisión

de la fiebre. Si en el período de reacción el calor se eleva á 40, 41, 42° centígrados se moderará con la aconitina y la veratrina; y cuando oscila, es decir, cuando se observan diferencias de calor de 1 á ½° centígrados, se volverá á hacer uso de la quinina, arseniato ó hidro-ferro-cianato. Todos los días por la mañana serán necesarias las sales de Sedlitz.

En las fiebres intermitentes simples, es decir, en aquellas en que hay apirexia completa, se prescribirán los gránulos de sulfato de quinina: uno de hora en hora durante toda la duración de la apirexia. A los quince días volverá á hacerse uso de la quinina, si esta se ha contraído en un país donde se padezcan endémicamente, para evitar que se reproduzcan con el tipo cuaternario.

La diatesis palustre exige el uso del arseniato de quinina y del arseniato de hierro, un gránulo cada dos horas, disminuyendo gradualmente la dosis. Sales de Sedlitz por la mañana.

Fiebres biliosas, fiebre amarilla, vómito negro.—Estas fiebres se padecen, más que en ningún otro punto del globo, en las regiones tropicales. Se dan á conocer por un gran exceso de calor, particularmente en la cabeza y mucha postración. Es preciso empezar por atemperar al enfermo con las sales de Sedlitz, para inmediatamente después hacerle tomar el arseniato de estricnina y el de quinina, un gránulo de cada uno de media en media hora, hasta la remisión de la fiebre: la sangría en este caso podría ser mortal. Si el calor se mantiene á 40° centígrados, se le rebajará con la aconitina un gránulo de media en media hora, sobre todo si la cefalalgia es violenta, y se usará de nuevo la quinina (hidro-ferro-cianato, si hay remitencia. Por la mañana, sales de Sedlitz en limonada. Con una esponja háganse lociones en todo el cuerpo con vinagre aromatizado. Suspéndanse en las ventanas y balcones abiertos lienzos empapados en una solución jabonosa de aceite de trementina. Cuando las funciones digestivas lo permitan se alimentará al enfermo: vino, caldo.

La gravedad de las enfermedades endémicas y epidémicas se debe más que á otra cosa á la intensidad del miasma y á la fuerte depresión vital que aquel determina, pero también á la falta de valor y de tacto que ha presidido siempre á su tratamiento: los unos han hecho uso del calor, los otros del frío; estos de las sangrías, aquellos de los excitantes. Es evidente que en estas enfermedades siempre hay que atenderá las indicaciones vitales y al genio de la enfermedad. Antes del descubrimiento de la quinina las fiebres perniciosas eran generalmente mortales; esperamos que ahora que tenemos á nuestra disposición la serie casi completa de alcaloides, los médicos sabrán hacer de ellos el uso conveniente. Su responsabilidad moral y el interés profesional les obliga.

Afecciones orgánicas.— Las afecciones orgánicas pueden clasificarse bajo el punto de vista de la práctica, en incurables y en curables ó al menos remediables. El médico es impotente ante las primeras, lo más que puede hacer es prever su fin y alejarle en lo posible. ¿Qué poder tiene contra un cáncer ulcerado, una alteración de las válvulas del corazón, un tumor fungoso del cerebro, etc.? Esta impotencia, sin embargo, no es una razón para que el médico deje de prestar sus servicios; es necesario luchar aun sin esperanza. Por el interés de su reputación debe advertir á la familia del enfermo esta grave circunstancia; pero antes de pronunciar su veredicto, debe haberlo meditado madura y detenidamente. Hipócrates ha dicho: *Experentia fallax.* Es siempre bochornoso para la profesión que un enfermo condenado por un médico sea después curado por otro. Es necesario que el práctico haya estudiado profundamente la ciencia del diagnóstico, ciencia que se obtiene con una larga carrera; desgraciadamente: *Ars longa, vita brevis.* Los médicos jóvenes deben tener esto presente para no menospreciar la experiencia de los viejos comprofesores.

Entre las afecciones orgánicas curables ó al menos remediables, se incluyen todas lss que no interesan el estado histológico de los órganos, ó que no son bastante profundas para impedir la salud. Tales son las hemæmorfias: grasosa, fibrosa, atheromatosa, estrumosa, etc.

Generalmente es á los fundentes á los que se recurre en estos casos, de aquí la eficacia de las aguas minerales y la reputación de que gozan. Las aguas alcalinas, por ejemplo, disipan las ingurgitaciones viscerales, las aguas sulfurosas y arsenicales las dartrosis, las aguas ferruginosas las anemias. Pero estos medios no están al alcance de todas las personas. El médico podrá suplirlos con medicamentos dosimétricos, como los arseniatos, los sulfuros, los yodados, añadiendo como auxiliares las sales de Sedlitz que tienen el grado de alcalinidad conveniente.

Referiremos el hecho siguiente para animar al médico á no desesperar demasiado

pronto. Algunos meses hace, un ilustrado médico veterinario de París, nos recomendó un enfermo afectado del corazón y que presentaba edema en las extremidades inferiores. Lo notable en este enfermo era una polisarcia de la pared abdominal, polisarcia constituída por una capa de grasa de cuatro dedos por lo menos de espesor. Los movimientos del corazón no se oían sino á distancia, el pulso era débil y en algunos momentos intermitente; los diferentes médicos que lo habían reconocido sucesivamente le habían condenado por esta razón. Aunque sin esperanza emprendí un tratamiento que creí racional. Partiendo de la idea de que el hígado no funcionaba con la energía normal, dispuse la quasina tres gránulos en la comida, contra la enfermedad del corazón la digitalina y el arseniato de hierro, de cada uno seis gránulos por día, de dos en dos. Las sales de Sedlitz todas las mañanas, una cucharada de las de sopa en medio litro de agua para ser tomada á vasos como se hace con estas aguas. Bajo la influencia de este tratamiento, el hígado recobró su energía funcional, la grasa superabundante desapareció y el corazón recobró su ritmo poco menos que normal. Es creible que este órgano había sufrido un principio de degeneración grasienta. En pocas palabras, este hecho fué una verdadera resurrección. Los vecinos del enfermo lo consideraron como un milagro, que aumentó el crédito de la dosimetría.

(*Continuará.*)

VARIEDADES.

Empleo de la electricidad en ginecología.—F. A. Davenfor, M. D. refiere nueve casos de distintas afecciones del útero, tratados favorablemente por la electricidad. Las enfermas padecían hiperplasia areolar, irregularidades en la menstruación, dismenorrea, metrorragia y una de ellas presentaba un tumor fibroso. La electricidad hizo desaparecer el dolor en todos los casos. En la enferma que presentaba el fibroma, hizo desaparecer una abundante secreción inter-menstrual; pero no se observó diminución alguna en el volumen del tumor. El aparato usado fué el pequeño modelo de Gaiffe; en ningún caso se utilizó la mayor intensidad del aparato; los electrodos empleados fueron el olivar introducido en la vulva y el plano sobre el abdómen. La duración de cada aplicación fué de 10 á 15 minutos.

El fonógrafo aplicado á la patología.—El Dr. William ha hecho numerosos ensayos acerca de la posibilidad de reproducir por medio del fonógrafo de Edison, los ruidos cardiacos y ha obtenido valiosos resultados. El ruido de la insuficiencia mitral es el que con más facilidad se reproduce. Ha conseguido registrar también los ruidos pulmonares y la pectoriloquia.

Tratamiento del eczema crónico por la resorcina.—El Dr. Schmitz presenta dos casos interesantes sobre este particular en *The Therapeutic Gazette.* El primer enfermo citado era un niño de edad de diez meses, poco más ó menos. Hacía cuatro meses que se le trataba por un eczema que había empezado por una placa eczematosa insignificante del cuero cabelludo y que se había extendido á casi la totalidad del cuerpo á pesar de las medicaciones generalmente admitidas. En tales condiciones, el Dr. Schmitz decidió tratarlo por la resorcina. El niño estaba anémico, la consunción empezaba, y un prurito intolerable é incesante le impedía dormir y casi mamar. La madre recordaba con ansiedad que muchos años antes, había perdido otro niño atacado de la misma enfermedad. El Dr. Schmitz prescribió la combinación que sigue, que debía ser aplicada dos veces por día y con el auxilio de una pluma de ganso, sobre todas las regiones del cuerpo del paciente en que se observase el menor indicio de la erupción eczematosa: Resorcina, 15 gramos; glicerina, 120 gramos. Ninguna medicación fué administrada al interior. Después de algunas aplicaciones, el niño se calmó evidentemente por la diminución del prurito y al cabo de una semana los signos de mejoría eran manifiestos. Todo indicio de erupción desapareció en el espacio de un mes; pero el estado general necesitó dos meses para restablecerse. La sola observación es la reproducción de la primera, con la sola diferencia que la constitución del niño estaba menos alterada. Los efectos del empleo de la resorcina fueron tan favorables como en el caso anterior.

Prurito cutáneo; empleo del salicilato de sosa.—El Dr. Icard ha presentado el caso siguiente á la Sociedad de ciencias médicas de Lyón. Una mujer de cuarenta y cuatro años, de antecedentes reumáticos y sifilíticos, pero sin azúcar ni albumina en los orines, padeció hace ya tiempo, de una úlcera del estómago, curada actualmente. El estado de su salud era satisfactorio cuando apareció, sin causa apreciable, un prurito generalizado sin erupción. Sucesivamente el arsénico, el brumuro de potasio,

la atropina, los baños sulfurosos, alcalinos, emolientes, etc., fueron empleados infructuosamente. El autor empleó entonces el salicilato de sosa: 3 gramos por día. El prurito que duraba desde 8 á 9 meses hacía, desapareció dos días después y la curación fué completa.

Tratamiento de la leucorrea.— El Dr. Mortimer Wilson alaba el empleo del sulfuro de calcio (*calcium sulphide*) en el tratamiento de leucorrea contra la cual lo ha administrado con éxito en más de cien casos. Cuando la enfermedad es sencilla, no complicada de úlcera, lo prescribe mañana y tarde ó después de las comidas, en la dosis de 1 á 3 granos ingleses (el grano inglés vale poco más ó menos, 6 centígramos). Ningún tratamiento local, dice, es necesario. Esta modificación no ha dejado jamás de modificar ventajosamente la enfermedad y con frecuencia la ha curado radicalmente.

[The Therapeutic Gazette].

Importancia de l'azoe en la respiración. —*M. Brown-Séquard.*—Las proposiciones porque voy á exponer, parecerán por lo menos raras á muchos fisiólogos; creo en efecto, que el oxígeno es mucho menos necesario que se piensa al funcionamiento regular de los órganos, y creo además, que el ácido carbónico es mucho menos nocivo que se supone.

No es la primera vez que emito, quizás de un modo menos afirmativo, estas proposiciones, pero deben servirme de base hoy para daros cuenta de algunos resultados primeros de las investigaciones que me ocupan en estos momentos. No recuerdo aquí los experimentos ya antiguos de M. Franck que establecen que el corazón de la rana y hasta el de los mamíferos puede continuar contrayéndose en un medio poco oxigenado. Añadiré que Riffenbach y Magendie habían demostrado que los centros nerviosos pueden continuar funcionando cuando contienen en cierto modo sólo vestigios de sangre oxigenada. Básteme recordar, además, que en el cólera, en que la sangre contiene mucho menos oxígeno que en la asfixia, el cerebro funciona durante muchas horas. Añadiré todavía que después de la decapitación, un fenómeno inhibitorio y no la falta de sangre oxigenada, anihiquila las funciones cerebrales. Además, todos saben que no es suficiente que un órgano permanezca en reposo para alterarse, sino que es necesaria la intervención de un fenómeno activo. En fin, mencionemos las investigaciones en que se ha podido reducir el oxígeno de la sangre á la 55ª parte de su cantidad normal sin ocasionar la muerte del animal; ahora bien, en la asfixia nunca la cantidad de oxígeno cae por bajo de 3 por 100. Hay, pues, en esas circunstancias, otra cosa que dicha diminución, hay un nuevo factor que debe tenerse en cuenta.

Nos encontrábamos en presencia de una intoxicación por el ácido carbónico. Aquí se colocan los experimentos que os quiero comunicar. Hemos podido, M. d'Arsonval y yo, hacer respirar animales en medios ambientes que contenían hasta 60 por 100 de ácido carbónico sin que la muerte haya sobrevenido, y nosotros mismos hemos podido respirar mezclas que contenían hasta 20 por 100 de ácido carbónico sin resentir ninguna incomodidad. M. Hénocque ha podido evidenciar al propio tiempo, que la oxihemoglobina no estaba reducida en los animales sometidos á la experimentación. En qué consisten las divergencias entre los hechos observados por nosotros y los resultados de M. Gréhant que se servía de mezclas de ácido carbónico y de oxígeno, casos en que la asfixia se produce mucho más rápidamente con reducción de la oxihemoglobina? La causa es, según creo, que nosotros mezclábamos el ácido carbónico no con el oxígeno, sino con el aire atmosférico, es decir, con un gas que contiene ázoe.

Como conclusión, creo que el ázoe hace en la respiración un papel mucho más importante que el que se le ha atribuído hasta el presente. ¿Cómo obra este gas? ¿Por qué mecanismo? Lo ignoro y, continuando mis experimentos, llamo sobre este particular la atención y las investigaciones de los fisiólogos.

(Soc. de biologie.)

La difteria tiene su origen en los pájaros.—Es un hecho establecido desde hace mucho ya que los pájaros y los volátiles domésticos están expuestos á contraer cierta afección que corresponde á la que en el hombre se llama difteria. Numerosos observadores han procurado demostrar que dicha enfermedad es trasmisible de los animales al hombre. En el año último, el Dr. Turner fué encargado de hacer un informe oficial sobre la trasmisibilidad. Dicho observador se fundó para llegar á sus conclusiones en gran número de observaciones que parecían indicar mucha semejanza entre los síntomas de la difteria, no sólo en los volátiles domésticos, sino también en los conejos y los gatos, y los síntomas que presenta la difteria del hombre. El caballo parece susceptible de contraer la misma afección. En una tesis del Dr. Menzies, la

trasmisión de la enfermedad de los animales al hombre es atribuída á las deyecciones. En Italia las afecciones diftéríticas son muy comunes en las gallinas, los gansos, las palomas, etc. Estos animales se posan habitualmente sobre los techos de paja y sus deyecciones son arrastradas por las lluvias y depositadas en los algibes y pozos que suministran el agua alimenticia.

(Journal d'accouchements.)

Empleo del fluoro-silicato de sosa (salufer) *como antiséptico.*— Esta sal, introducida en la práctica inglesa por Thomson (de Manchester), ha sido empleada en solución, 1 por 500, en el lavado de la vejiga. de la vagina y del recto, en inyecciones uretrales contra la blenorragia, en el conducto auditivo contra la otórrea, en las fosas nasales y aún en las cavidades en supuración.

M. Mayo-Robson ha repetido estos ensayos y declara que el *salufer* es un antiséptico eficaz. En polvo es cáustico y puede por tal motivo, prestar servicios en cirugía. En solución al 1 por 6 produce irritación.

Su solución al 1 por 500 es por el contrario, preferible para inyecciones en las cavidades cerradas que se quiere hacer asépticas y cuando se teme la acción irritante de los demás medicamentos asépticos. M. Mayo-Robson aconseja el algodón hidrótilo embebido en dicha solución en aplicaciones sobre las llagas. En fin, el fluoro-silicato de sosa parece poseer propiedades desolorisantes que le hacen precioso en el lavado del recto ó del útero atacado de cáncer. Tiene, sin embargo, el inconveniente de atacar, en solución concentrada, los instrumentos y de alterar el esmalte de los vasos de porcelana. Las soluciones débiles no poseen en el mismo grado dicho inconveniente.

(British med. Journal y Gaz. heb.)

Polysolva (*solvina, sulfoléina.*)—Es un claro, amarillento, de consistencia oleaginosa que puede ser empleado con gran ventaja como base de ungüento ó de pomada líquido. En efecto, disuelve no sólo los cuerpos orgánicos más heterogéneos, tales como: salol, alizarina, ácido crisofánico cantaridina, alcanfor, sino que además se mezcla con las soluciones metálicas. Se mezcla muy bien con el éter, el cloroformo, el sulfuro de carbono, la bencina, el torpinol, las esencias; estas mezclas producen una emulsión con el agua.

La *polysolva* se distingue de gran número de otras bases de ungüentos, por la propiedad que posee de atravesar fácilmente las membranas vegetales ó animales. Es, pues, fácilmente absorbida por la piel. El Profesor Robert de Dorpart ha ensayado este medicamento en inyecciones hipodérmicas (1 : 5, 000) y ha observado que la *polysolva* disuelve los glóbulos rojos de la sangre de los mamíferos, y que por consiguiente, este cuerpo posee un poder tóxico considerable.

La *polysolva* resulta de la acción del ácido sulfúrico sobre el aceite de ricino, el de almendras ó sobre otro éter de la glicerina. De este modo se forman combinaciones particulares de composición en extremo variables. Se priva esta combinación del excedente de ácido sulfúrico, se disuelve el producto en el agua, y se forman entonces dos capas de densidad muy diferentes, fácilmente separables. La solución acuosa (la más densa) tratada por los ácidos minerales produce la *polysolva.*

(Journal de Pharmacie d'Anvers.)

Tratamiento abortivo del panadizo, por el Dr. Gaucher, de Aïn-Témouchent.— Según el autor, es suficiente humedecer ligeramente el punto doloroso y sus alrededores con un poco de agua y pasar sobre esta superficie el lápiz de nitrato de plata. Algunas horas después, la piel presenta una coloración negra intensa; todo dolor ha desaparecido y la inflamación ha sido detenida en su marcha. La epidermis ennegrecida se deja á descubierto, y seis días son suficientes á la desaparición del color negro.

(Journal de Med. de l'Algérie.)

INDICE BIBLIOGRAFICO.

Anuario de Medicina y Cirugía.—Revista semestral dedicada al examen retrospectivo de todos los descubrimientos y adelantos prácticos en las ciencias médicas, tomado en parte del "Retrospect of medicine" del Dr. Braithwaite, completado con artículos de publicaciones de otros países, por los Dres. Reboles y Campos y García Molinas: ilustrado con 26 grabados intercalados en el texto.—SEGUNDA SERIE.—Tomo VI.—Julio á Diciembre de 1887.—Anuario internacional.

Obra de verdadero mérito, pues compila en pocas páginas todos los adelantamientos de la época á que se refiere.

Se vende en Madrid en la librería editorial de D. Carlos Bailly-Bailliére, Plaza de Santa Ana número 10.

Lecciones de Terapéutica, por Georges Hayem, traducidas por el Dr García Molinas.

LAS GRANDES MEDICACIONES.— Para recomendar esta obra basta sólo decir que trata de modo verdaderamente magistral estas tres importantísimas cuestiones de la Terapéutica: los principios generales, las medicaciones y los tratamientos.— Se vende en Madrid en la librería editorial de D. Carlos Bailly-Bailliére, Plaza de Santa Ana número 10.

Diccionario de Medicina y Cirugía, Farmacia, Veterinaria y Ciencias auxiliares, por E. Littré, Médico del Instituto de Francia. Obra que contiene la sinonimia griega, latina, alemana, inglesa, italiana y francesa, y el vocabulario de esas diversas lenguas, versión española de la décimaquinta edición francesa aumentada y puesta al corriente de los progresos de las ciencias médicas y biológicas y de la práctica diaria por los Dres. † J. Aguilar Lara, Profesor clínico y auxiliar de la Facultad de Medicina de Valencia, Director de "La Crónica Médica," etc., etc., y M. Carreras Sanchis, Profesor de Fisiología é Higiene en "El Fomento de las Artes" de Madrid, Redactor-Jefe de "El Diario Médico-Farmacéutico," etc., etc., y precedido de un prólogo del Dr. D. Amalio Gimeno Cabañas, Catedrático de Terapéutica. Con más 600 grabados intercalados en el texto.

El "Diccionario de Medicina, Cirugía, Farmacia, Veterinaria y Ciencias Auxiliares" de Littré, constará de dos gruesos tomos de tamaño casi folio, esmeradamente impresos en papel glaseado idéntico al del prospecto, con tipos nuevos, adquiridos exprofeso para esta obra.

Se publicará por cuadernos de 40 páginas, á dos columnas, iguales á las del prospecto por las cuales puede formarse una idea de los 600 ó más excelentes grabados que ilustrarán la obra y de la elegancia y claridad de los tipos que en su confección empleamos

Durante la publicación, el precio de cada cuaderno en toda España será el de UNA PESETA, repartiendo, por ahora, dos cada mes; más adelante, si lo desean los señores suscritores, aumentaremos el número de repartos para terminar la obra en el menor plazo posible. Concluida ésta se aumentará el precio.

Siendo bastante más completa de texto y grabados la presente edición que la francesa, no podemos precisar con exactitud su extensión; creemos, sin embargo, que no excederá de 40 á 50 cuadernos.

TOMO II ENTREGA 6ª 15 DE MARZO DE 1889.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

Alopatía, Homeopatía, Dosimetría.

De Silao á México.

Febrero 15 de 1889.

Sr. Dr. D. Fernando Malanco.

Muy estimado amigo y compañero:

Hace tiempo tengo en borrador varias historias clínicas de curaciones hechas dosimétricamente, que quiero enviarle; pero me lo han impedido urgentes atenciones de familia: ahora le mando una carta abierta que pongo á nuestro compañero el Doctor Antonio Pérez Gil, vecino de Morelia. Si vd. juzga que dicha carta tenga algún interés que refluya en favor de la Dosimetría, le suplico la publique en la *Medicina Científica*, á cuyo favor le vivirá reconocido este su compañero, amigo y servidor que de corazón lo aprecia y B. S. M.

Dr. R. Zamora.

CARTA ABIERTA

Al Dr. Antonio Pérez Gil.

De Silao á Morelia.

Febrero 14 de 1889.

Sr. Dr. D. Antonio Pérez Gil.

Muy estimado amigo y compañero:

Hace tiempo que deseo dar á vd. una explicación tan extensa como me sea posible, para quitarle la sorpresa que, varias veces me ha dicho, le causa verme tan entregado al estudio y práctica de la Dosimetría. Es verdad que una carta no es el mejor medio para tratar una materia tan vasta, tan interesante, tan difícil, y de ventajas inmensas para la ciencia y para la humanidad, como lo es el Método Terapéutico del esclarecido Dr. Burggraeve, á quien han llamado el Hipócrates de Gante, y á quien la posteridad llamará, el Hipócrates del siglo XIX: pues cuando el mundo conozca á fondo su verdadero mérito, le levantará por todas partes monumentos que inmortalicen su memoria, como al hombre, cuyo genio creador, ha hecho el más grande descubrimiento del presente siglo, y que siendo fruto de su mérito el que el hombre conserve la salud ó la recobre cuando la pierda, no sería mucho llamar á este siglo, el siglo de Burggraeve.

Yo siento tal admiración por este hombre singular, que ningún elogio me parece desproporcionado: han pasado poco más de ocho años que estudio y medito las obras de Dosimetría, y siempre me siento sobrecogido de un profundo respeto hacia su autor, el cual debe ser colocado en la lista de los poquísimos que han concebido y realizado un pensamiento capaz de asombrar al mundo: porque vd. sabe, querido compañero, que ha habido hombres de concepciones profundas, colosales, pero apenas han salido de sus cabezas estas concepciones y han muerto en el papel. Platón concibe la organización de una república que puede ser brillante y feliz, y su concepción se queda en la región de la posibilidad; Arquímedes concibe una máquina bastante poderosa para levantar el mundo, y su concepción no se realiza porque le falta una palanca y un punto de apoyo; Descartes concibe el mecanismo del Universo, se dispone á crearlo con el movimiento de sus átomos, pero la audacia de su genio no puede pasar más allá ni llegar á la ejecución, porque le faltan la materia y el movimiento. A á nuestro Doctor insigne nada faltó; con la claridad de su talento concibe lo que es la vida, lo que es la enfermedad, lo que es el medicamento, y embriagado, como el sabio de Siraensa, con el gozo que produce la intuición de la verdad, exclama: "A las enfermedades agudas, tratamiento agudo; á las crónicas, tratamiento crónico; dése el medicamento hasta el efecto" y en tan pocas palabras abarcó toda la terapéutica.

Perdone vd., compañero, mi entusiasmo; pero es que hoy tengo ideas de mi profesión tan distintas de las que vd. me conoció, que necesito hacerle una reseña, aunque ligera, de toda mi vida profesional, para que comprenda porqué soy actualmente un verdadero dosímetra de convicción y de afecto, aunque estoy muy lejos de serlo de instrucción y de práctica.

Hace poco más de treinta y siete años, que después de los exámanes respectivos,

fuí aprobado por unanimidad para ejercer la profesión de Médico, Cirujano y Partero. Complacido entonces con el recuerdo de los tiempos que tuve en el colegio y las consideraciones que me dispensaron mis maestros, salí á la vida social creyendo encontrar en mis clientes las enfermedades tan claras y tan caracterizadas por sus síntomas, que no necesitaba más que recordar las doctrinas de la Patología y aplicar las fórmulas que había aprendido para triunfar del mal; pero esta dulce ilusión desapareció en el acto; me encontré en un mundo enteramente nuevo; comprendí, aunque sin podérmelo explicar, que la clasificación que yo había estudiado de las enfermedades era puramente teórica, que la Patología y la Clímica son cosas distintas, que aquella tiene sus especies y sus géneros, y ésta nos obliga á reconocer que no hay enfermedades sino enfermos. Así es que mis decepciones eran diarias, mis desengaños tristísimos y mi desaliento profundo; no pudiendo razonar lo que hacía, consultaba los libros que había estudiado; mi duda aumentaba; apelaba á las especialidades, mayor era la oscuridad, y nunca, con poquísimas excepciones, encontraba satisfacción en el tratamiento que empleaba, así es que acabé por creer que la Medicina casi nada tenía de ciencia, ó que yo nada había aprendido; que en consecuencia, yo no era más que un curandero vulgar, con título.

Entonces me puse á estudiar de nuevo; leía sin descanso los autores más acreditados, particularmente en lo relativo al tratamiento de las enfermedades, y se produjo en mí, una indigestión cerebral; mis ideas eran tan confusas, que me produjeron un verdadero escepticismo. No encontrando en los autores cosa que llenara mis deseos, me puse á recorrer la historia del desarrollo que ha tenido la Medicina desde los tiempos más remotos, desde la época de los Babilonios, cuando, no habiendo médicos, los enfermos eran expuestos en las plazas públicas, á fin de que los transeuntes los interrogaran y les aconsejaran algún remedio, hasta los tiempos de Rabuteau y Jaccoud; ví los diversos sistemas y métodos que se siguieran, recorrí los autores más notables y pude comprender que sólo Hipócrates, el más grande genio de la Macedonia, en el más bello siglo de la antigua Grecia, fué el único que enseñó los verdaderos fundamentos de la vida y de la salud; con su brillante luz disipó las tinieblas de la noche é hizo aparecer los objetos bajo su verdadera forma y su color natural. Él fué el primero que, después de comprender las leyes de la vida, observar los hechos y deducir sus consecuencias, sentó este principio: "El papel del buen práctico es observar con cuidado é imitar á la naturaleza:" fué por consiguiente, el primer vitalista; habría llevado hasta la perfección el noble arte de curar, si hubiera contado con las luces de las ciencias modernas, si hubiera tenido á su disposición los alcaloides; pero le faltaron estas armas de precisión y no pudo obtener el triunfo completo.

Sucedió entonces lo que era natural, que aquella luz brillante que por momentos iluminó al mundo se eclipsara; y con su muerte, comenzó una oscura noche que duró cerca de veinte siglos; noche cuyas densas tinieblas no podían ser disipadas por pequeñísimos destellos de luz que de vez en cuando alumbraban el horizonte.

Estos destellos de luz son las pocas verdades que hay en las obras de los médicos antiguos, plagadas de utopias y de errores. Paso en silencio los tiempos de la famosa Grecia, patria de los sabios, en que fueron honrados como médicos, Chirón, Talamón, Patrocleo y Ulyses; en que los poetas se dedicaron á la Medicina, como Orfeo y Hesiodo; en que los sacerdotes, viendo muchas analogías entre el sacerdocio y la Medicina, también la cultivaron, al grado de que alguna vez se vió en el vestíbulo del templo de Jerusalem un formulario completo de remedios, cuyo autor, según la opinión, era Salomón; después continuaron esta obra los filósofos, y entre ellos los principales fueron Thales, Pitágoras, Heráclito, Demócrito y Empédocles. En las doctrinas de estos filósofos se falsearon los verdaderos principios de la Patología, la imaginación sustituyó á la observación, y las leyes de la Física á las leyes de la vida; por eso erraron Pitágoras, queriendo explicar las enfermedades y sus remedios por la potencia de los números, Demócrito con los átomos, y Heráclito con las diversas modalidades del fuego creador y conservador del Universo: errores todos, que fueran disipados con el advenimiento de Hipócrates.

No tenemos de notable en esa época más que á Aristóteles, como naturalista; á Heròfilo, por ser el primero que disecó cadáveres humanos é hizo vivisecciones en los criminales y á Thémison, discípulo de Asclepiades el metodista, con su sistema del *Estrictum* y el *Laxum*, de lo que la Dosimetría ha sacado grande provecho.

Después aparecieron varios médicos notables, como Galeno, comentador de Hipócrates, Sydenham, llamado el Hipócrates inglés, Celso, cuya penetrante mirada clí-

nica deseaba que el tratamiento de las enfermedades fuera *Tuto, Cito et Jucundé*, desideratum que Burggraeve ha venido á realizar; Areteo de Capadosia que dotado de un talento observador, condujo la Medicina por el sendero marcado por el anciano de Cos; Dioscórides que impulsó vigorosamente la materia médica y simplificó las fórmulas, que todas estaban calcadas sobre el ridículo modelo de la triaca de Andrómaco; en fin, Galeno, el médico más erúdito de su época, resucitó la doctrina del hipocratismo, y á pesar de haber sido el apoyo más poderoso de la nociva polifarmacia y de estar sus doctrinas plagadas de errores, dominó con ellas al mundo por más de mil trescientos años.

Causa verdaderamente asombro, que en la profesión más noble y de consecuencias más trascendentales, haya tenido tan larga dominación una materia médica en la que no se sabe lo que se da, ni cuánto se da, ni para qué se da; y más inexplicable todavía, es que en pleno siglo XIX tenga tantos partidarios esa doctrina entre los hombres de la ciencia, y sí muy natural, que los tenga entre los fabricantes de especialidades, entre los charlatanes y el vulgo.

En la Edad Media se establecieron por primera vez cátedras de enseñanza médica; varias escuelas profesaron la doctrina galénica, y la de Palermo publicó el famoso Codex de la salud.

Por no ser á vd. fastidioso, omito la doctrina de Agripa, en tiempo de Alberto el Grande, quien sostuvo que todas las enfermedades eran causadas por hechiceros y por la posesión de los demonios; en consecuencia, la magia médica no tenía para su ejercicio sino talismanes y conjuros.

Los estudios anatómicos hechos entonces con ardor, establecieron los fundamentos de la Fisiología y votaron las bases de una terapéutica científica. Harvey descubre la circulación de la sangre, Paquet la de la linfa; y disponiendo de todos esos elementos, comienzan los médicos á inventar nuevos sistemas. Glisón proclama el principio de la irritabilidad, Silvio hace depender todas las enfermedades de la viciación de los humores. En esa época aparece otra luz brillante con el microscopio descubierto por Malpigio, y más y más sistemas: el hipocratismo de Sydenham, el espiritualismo de Stahl, el eclecticismo de Boerhave, el humorismo de Galeno, el solidismo de Thémison, la teoría corpuscular de Asclepiades, el mecanismo de Pitcarn y el sistema químico de Silvio.

Tocamos ya los tiempos modernos. Juan Brown, defensor de la irritabilidad, sostiene que no hay más que dos clases de enfermedades, esténicas y asténicas, que reclaman dos clases de remedios, sedantes y estimulantes. Pronto veremos que en Dosimetría se prueba que todas las enfermedades son asténicas, porque todas agotan ó gastan la vitalidad.

Pinel estudiando en su solidismo las afinidades morbosas, fija las bases de una clasificación patológica. A fines del siglo pasado apareció Rasori con su contraestimulismo; el siglo presente se inaugura con la doctrina flegmásica de Brousseais, en cuya doctrina se sostiene que la diminución de la vitalidad es rara y el aumento muy frecuente, que las irritaciones locales al principio se generalizan por simpatía, y que la *gastro enteritis* domina toda la patología, como el estómago domina todo el organismo por sus simpatías fisiológicas y morbosas.

¿No le sorprende á vd., compañero, que una doctrina errónea según el criterio de los sabios actuales, haya tenido tantos partidarios, á pesar del sinnúmero de víctimas que ha hecho?

Hoy la verdadera terapéutica, la terapéutica dosimétrica condena por completo esa doctrina destructora de la humanidad.

Hemos llegado por fin á los tiempos de Laenec y Trousseau, período que ha llenado al mundo médico de escritores en todos los ramos de la medicina, á quien han enriquecido con los rápidos progresos que han hecho las ciencias fisiológicas, de las cuales Claudio Bernard es el más ilustre representante.

Por esta ligerísima ojeada sobre el desarrollo de la medicina, tomando desde sus creces remoto orígen, pasando por todos los métodos y por todas las doctrinas desde el empirismo hasta el vitalismo, y desde el sistema de fuego creador hasta la doctrina fisiológica, estas doctrinas y estos sistemas plagados de errores, y que apenas se descubre en ellos un destello de luz, excepto el vitalismo y la doctrina fisiológica, que han dado con la verdad, ¿qué bienes han producido á la humanidad en la curación de sus dolores? Responden por mí los prácticos de buena fé, responde la sociedad entera.

A pesar pues, de mi constante estudio, nada pude saber porque nada aprendí en cuanto había leído, y á proporción que los años pasaban mis ideas médicas eran más confusas, y mi inteligencia estaba llena de tinieblas más densas.

En este estado de amargos desengaños y constante duda pasé veintinueve años de mi práctica profesional, y vd. recorda-

rá cuántas veces me quejaba del papel ridículo que hacíamos los médicos en la sociedad: entonces pensé mil veces abandonar la profesión por completo, profesión tan llena de espinas y que ni siquiera me dejaba el consuelo y la satisfacción de la ciencia. Vd. entonces me alentaba con su palabra persuasiva y me daba instrucciones de que yo carecía, sirviéndome así de sostén en mi profesión.

Llegó por fin un día que jamás olvidaré, en que vd. puso en mis manos algunos cuadernos "De la Revista Dosimétrica de Madrid," y dos manuales del Doctor Burggraeve, y me recomendó su lectura: leí con avidez aquellos escritos, los volví á leer, y á pesar de mi poca penetración comprendí en el acto que allí estaba la luz, allí estaba la verdad, allí estaba la ciencia: renació en mi alma la esperanza y emprendí el estudio del Método del Dr. Burggraeve sin tregua ni descanso: me hice de todas las obras dosimétricas que entonces había como me he hecho después de las que se han ido publicando; me puse en contacto con el Instituto de Madrid y el de París; hice que me sirvieran de la farmacia Chanteaud, los alcaloides granulados, de los que había muy pocos en la República y á fuerza de estudio me puse en estado de seguir mi práctica dosimétrica, obteniendo magníficos resultados con los alcaloides que empleaba.

Comencé á enviar mis clínicas á Madrid, las cuales fueron publicadas allí y en París comentándolas con elogios que estoy muy lejos de merecer: en fin, fuí tan feliz en esta materia, que en Marzo de 1885 fuí nombrado Miembro activo del Instituto Médico-Dosimétrico de Madrid, en la misma sesión en que vd. también lo fué y recordará que por el mismo correo recibimos ambos el diploma correspondiente. En Marzo de 1886, en Asamblea general tenida en París después del famoso Concurso Dosimétrico que en el mismo año tuvo lugar en aquella Capital, y al que asistieron notabilidades médicas de todo el mundo, fuí nombrado miembro de la Sociedad de Terapéutica Dosimétrica y del Instituto Libre de Medicina Dosimétrica de aquella Ciudad, y lo fueron también los Dres. Fénelon, Malanco y Bandera; todos recibimos en México los diplomas respectivos, por conducto del finado Sr. D. Julio Labadie comisionado al efecto, y recibimos también las fotografías de los Sres. Burggraeve y Chanteaud; finalmente, he recibido el inmenso honor de que mi nombre haya sido inscrito en el Libro de Oro, publicado en París en el mismo año de 86 por el Dr. Burggraeve. En ese libro ha querido el autor inmortalizar los nombres de todos los médicos del mundo que han trabajado en la propagación del método curativo más científico que han visto los siglos, secundando así su noble empresa de fundar una terapéutica racional y segura: ha querido, y con justa razón, imitar á la República de Venecia que guardaba como un tesoro precioso en su Libro de Oro, los títulos de nobleza de todos sus patricios, á la vez, guerreros y comerciantes, que habían llevado tan lejos la gloria de sus armas, y habían conquistado el comercio del mundo.

He querido hacer á vd., estimable compañero, esta ligera reseña de mi práctica dosimétrica, no para envanecerme con el título de dosímetra que estoy muy lejos de merecer, pues aunque hace un poco más de ocho años que estoy entregado al estudio y práctica de la dosimetría, y he conseguido brillantes resultados, esto se debe á la bondad del método y no á mi poco saber. Es verdad que mis clínicas han sido bien recibidas en París y en Madrid y que aquellas sociedades científicas me han hecho el honor de publicarlas; pero tengo esto más como un premio á mi constante dedicación y mi afán por la ciencia y por la humanidad, que al mérito intrínseco de mis propios trabajos, pues vd. sabe que soy de los primeros médicos que en la República emprendieron el estudio, práctica y propaganda de la Dosimetría.

Vd. sabe también, que por circunstancias de familia he tenido que residir por más ó menos tiempo en multitud de ciudades y en la Capital de la República, y en la de tres de sus principales Estados; esta especie de peregrinación me ha proporcionado la ventaja de experimentar el Método en diversos climas, y hablar de él con muchos de mis compañeros más ó menos instruídos y más ó menos amantes del progreso y de la humanidad; pero como los apóstoles de una doctrina nueva, aunque ésta sea verdadera y útil, siempre tienen por fruto la persecución, sin embargo de mi pequeñez he tenido mucho que sufrir; en cambio, me cabe la dulce satisfacción de haber salvado muchos enfermos, y de que, de cuantos compañeros han discutido de buena fe conmigo, no ha habido uno sólo que pueda resistir los argumentos y pruebas con que se defiende la reforma que Burggraeve ha introducido en la Medicina.

Voy ahora, caro compañero, á exponerle á grandes rasgos, mis reflexiones acerca del estado que guarda la ciencia desde que se conoce el Método del Dr. Burggraeve,

suplicándole me diga su juicio acerca de la materia. Sé que consulto con un médico de vasta instrucción, amante del progreso y de la humanidad; con un amigo que me honra con su amistad, con un caballero que, haciendo á un lado su genial modestia, me hablará con toda la franqueza que el caso requiere, y me dirá si tengo razón de ser dosímetra y haber abandonado la práctica galénica; porque en verdad no conozco de la materia médica alopática, sino lo que se encuentra en ella de dosimétrico; de lo demás sólo uso lo muy poco que racionalmente se puede usar.

El campo de la Terapéutica se lo disputan hoy tres escuelas: la Homeopática, la Alopática y la Dosimétrica. La primera está caracterizada por el principio *similia similibus curantur*, y por la progresión décupla decreciente que en las diluciones sufre la dosis primitiva tomada de la tintura madre. Siento mucho no conocer á fondo la Homeopatía para dar un juicio verdaderamente fundado acerca de ella; pero ateniéndome á lo muy poco que conozco, séame permitido hacer ligeras reflexiones.

Los homeópatas, en lo concerniente á las diversas ciencias accesorias que exige la práctica de la Medicina, están en paralelo con los Alópatas y los Dosímetras; pero tienen sobre los Alópatas la ventaja de conocer mejor las leyes de la vida y las que presiden la manera de obrar de los medicamentos según la enseñanza fisiológica. En cuanto á su principio fundamental *similia similibus curantur*, se atienen para sostener dicho principio, á que toda curación se verifica por un mecanismo igual, ó muy semejante al que se ejecuta para que la enfermedad aparezca, en lo que no andan errados: se atienen también á que, según el principio de las equiponderaciones vitales, encontramos, que siempre que hay una desviación en un sentido cualquiera, hay otra desviación en un sentido contrario: así, toda congestión en un organismo se hace á costa de la diminución de la irrigación sanguínea en los órganos vecinos; todo espasmo está acompañado de parálisis en otro órgano inmediato: así es, que la curación de la disuria por la hyosciamina y la estricnina, la explican diciendo: la estricnina combate el espasmo y la hyosciamina la parálisis: el alópata, ateniéndose al principio opuesto, *contraria contrariis curantur*, explica esa misma curación con su principio diciendo: el *extrictum* del esfinter del cuello de la vejiga lo curo con la hyosciamina que dilata las fibras, y el *laxum* del cuerpo lo combato con la estricnina que hace contraeer los músculos longitudinales: el médico fisiologista y vitalista, el dosímetra, refiriéndonos á este mismo caso dice: debemos, como en todo tratamiento, proceder fisiológicamente procurando destruir los desequilibrios existentes, debemos obrar de un modo contrario á las observaciones del tipo fisiológico; por eso llenamos las indicaciones del espasmo del cuello, administrando un antiespasmódico, la hyosciamina para destruir el espasmo y un neurosténico, la estricnina, para vencer la parálisis, restituyendo á los músculos longitudinales la tonicidad que les falta, por haberse acumulado en el esfinter, ó por haberse agotado en repetidas é infructuosas contracciones. ¿Cuál de estas explicaciones es la más aceptable y filosófica? Los sabios lo dirán.

En cuanto á las dosis infinitesimales, los homeópatas dicen: no debemos buscar en la acción de los medicamentos un resultado debido á la cantidad de materia, sino el efecto que producen por su dinamización, y ésta se halla en razón inversa de la masa. Que hay un efecto dinámico de los medicamentos es incuestionable; no está apoyado, como veremos adelante, el gran principio de Burggraeve *dése el medicamento á pequeñas dosis repetidas hasta el efecto*, en otra cosa que en la aglomeración del efecto dinámico en el organismo hasta llegar al grado conveniente que ha sido producido por la dosis terapéutica necesaria; pero aquí el efecto dinámico es directamente proporcional á la masa ó cantidad de materia. ¿Qué es lo más cierto, y cuál la solución que deben tener todos estos grandes problemas terapéuticos? Yo no me atrevo á fallar por la razón de mi insuficiencia; pero esa solución será el resultado de la polémica científica que estuvo sosteniendo el sabio homeópata Dr. G. Figueroa y el campeón de la Dosimetría en México, Dr. F. Malanco.

Seà de ello lo que fuere, preciso es confesar que la Homeopatía es un Método científico, que la Dosimetría le debe la elección de la sustancia activa, pura, de los vegetales y la forma granular de sus medicamentos; si la Homeopatía está desprestigiada en todas partes, esto se debe á que siendo sus dosis pequeñísimas incapaces de causar mal, multitud de charlatanes aprovechándose de esto, se arman de un botiquín, y con una lista de enfermedades y otra de remedios, de la noche á la mañana se declaran médicos, recorren los pueblos y explotan á los tontos; pero los verdaderos homeópatas son hombres de

ciencia, por esto son pocos. En todas poblaciones hay multitud, pero lo cierto es que, en el Instituto Homeopático de México, sólo se registran hasta hoy los nombres de cuarenta y tantos profesores repartidos en la República.

Vd., como yo, habrá conocido muchos que se dicen médicos, discípulos de Hahnemann; pero acaso no haya tratado ni uno sólo científico y titulado. Yo no he tratado más que uno, al Dr. Amalio Romero, residente en Guanajuato; me ha honrado con su amistad, hemos hablado muchas veces de su método, y en verdad que siempre he tenido satisfacción en discutir con un hombre como él, que no abriga ninguna pretensión bastarda, que con su claro talento y vasta instrucción cede cuando se le convence; y cuando insiste, su insistencia es bien razonada. Por lo demás, es muy dedicado al estudio, muy cuidadoso y caritativo con sus enfermos, y muy decente y caballeroso en su trato social. El periódico de Medicina homeopática que mensualmente publica en Guanajuato, es la mejor credencial que tiene para que la sociedad lo conozca. Cuando la Homeopatía sólo la ejerzan hombres como el Dr. Romero, ocupará este Método el lugar que le corresponde.

La Terapéutica alopática está caracterizada por sus dosis masivas y su polifarmacia galénica, es decir, está sujeta á una rutina ciega que por una lamentable desgracia se ha trasmitido de generación en generación, y se practica, con muy honrosas excepciones, sin criterio, y sin sujetar esta práctica á las reglas más comunes de la Lógica y del buen sentido; por eso vemos que muchos médicos jóvenes que al salir de la escuela, sólo procuran llevar á su práctica un surtido copioso de fórmulas que han aprendido de sus maestros ó de sus condíscipulos, y algunos formularios de los más modernos, siguen después consultando la cuarta página de los periódicos para tener en la memoria una larga lista de especialidades; y armados de esta manera, se presentan al difícil combate de las enfermedades y ejercen su noble profesión tan ciega como audaz, sin ruborizarse como filósofos, ni sentir los remordimientos propios del mal cumplimiento de sus sagrados deberes. Los que esto comprenden pronto se retiran, ó si siguen ejerciendo, lo hacen con la timidez propia del que tiene que vencer obstáculos casi insuperables. Conocen que si bien es cierto que la Medicina ha hecho grandes progresos y logrado mucha perfección en casi todos sus ramos, el principal de ellos, el que viene á ser su objeto final, que es curar ó aliviar, está ignorado casi por completo, razón porqué el ilustre Claudio Bernard ha dicho: "La Terapéutica no existe, es preciso crearla:" esto mismo ha autorizado al insigne dosímetra Amadeo Latour, á decir: "Los alópatas son simples naturalistas."

Vengamos á la Dosimetría, y desde luego veremos que sólo ella ha conseguido fundar la verdadera terapéutica y realizar el desideratum de Celso, desideratum de hace siglos, curar *Tuto, Cito et Jucunde.*

No pretendo dar á vd. un verdadero tratado de Dosimetría; mi capacidad es insuficiente para empresa tan alta, el horizonte que abarca con su penetrante mirada el gran Maestro Burggraeve, no lo pueden abarcar con la suya los miopes como yo.

Sólo tocaré los puntos más culminantes, aquellos que he podido ver con evidencia, los que forman los fundamentos de esta ciencia utilísima, y que me han servido de punto de partida en mi estudio y en mi práctica; y puesta en paralelo la Dosimetría con la Alopatía, sacaremos las consecuencias científicas y prácticas que resulten de esta comparación, y fallaremos de qué lado está la luz, la verdad, la ciencia.

Cada principio de los establecidos por Burggraeve es un inmenso foco de luz que ilumina un horizonte también inmenso, de cuyo principio, todo talento claro saca infinitas y utilísimas consecuencias.

Este gran maestro prescribe los alcaloides, es decir, la sustancia activa de los medicamentos, sin mezcla de cosas inertes, nocivas ó incompatibles; perfectamente solubles, matemáticamente dosadas y bajo la forma granular. ¿Cuáles son las ventajas? Que el estómago no se perjudica con cosas nocivas, ni se fatiga con cosas inútiles; toma sólo lo que necesita: que siendo solubles, son absorbidos á poco de ingeridos; entran al torrente de la circulación y van á obrar en el órgano enfermo; siendo conocida su dosis, se puede ésta aumentar ó disminuir, según convenga, y siendo la forma granular, no se molesta el enfermo como con bebidas repugnantes, asquerosas, nauseabundas, que varias veces causan mayores sufrimientos que la enfermedad.

¿Cómo procede la Alopatía en este punto? da la sustancia activa mezclada con tantas otras, que obliga al estómago á hacer oficios de una retorta química, para que saque de aquella mezcla la sustancia que necesita; y si la saca unas veces, puede ser tanta que lo intoxique, y otras tan poca que le sea inútil; no habiendo seguridad de que sea soluble, puede ser eliminada sin que se absorba, quedando, por lo mismo, sin resul-

tado; no estando dosada, porque esto es imposible, no hay un principio de donde partir para saber si debe aumentarse ó disminuirse. ¿Hay en esto hipérbole? ¿No vemos todos los días fórmulas de los alópatas, compuestas de seis, ocho ó más sustancias, que á su vez son compuestas de otras tantas, lo que eleva el número de las sustancias ingeridas al cuadrado? En este caso, tomando el enfermo en una sola prescripción cuarenta ó cincuenta sustancias diversas, cuya acción fisiológica se ignora y cuya dosis es del todo desconocida, ¿dónde está el médico que al obrar así pueda explicarse lo que vá á pasar en su enfermo? ¿dónde está ese talento privilegiado que pueda resolver todos los problemas terapéuticos que en tal caso se presentan? Y sin embargo, así es como se procede en Alopatía: ya he conocido médico que formule unas cucharadas haciendo entrar en ellas diez y seis sustancias, compuestas las más de ellas: poco más ó menos, así proceden todos, ahí están los libros de registro que llevan en las boticas, dando testimonio de la verdad; y es que la Alopatía no ha olvidado la antigua triaca, lo que ha hecho, es sustituirla con otras muchas.

Conocidos ya de un modo general los medicamentos dosimétricos, siguiendo la brevedad que me he propuesto, pasemos á examinar los principios más culminantes del Método. Dice Burggraeve: "dénse los medicamentos á pequeñas dosis repetidas hasta conseguir el efecto." Y el Dr. Oliveira Castro, al citar en su Terapéutica este principio, dice: ¿ " Fué un destello del genio, ó una inspiración del buen sentido quien inspiró á Burggraeve este descubrimiento tan simple que parece nada, y cuya importancia es extraordinaria? La posteridad lo dirá; tal vez una y otra cosa." Y en efecto, este principio es tan vasto en sus aplicaciones y abre al entendimiento un campo tan extenso, que para comprender su magnitud, es preciso traer á la memoria algunas nociones de la Fisiología Dosimétrica, tomando las ideas principales de los escritos del Dr. Oliveira Castro.

"En todas partes donde se descubre la vida hay un órgano fundamental— la célula—y una función esencial—la nutrición —que se manifiesta en definitiva, por movimientos. El crecimiento, la asimilación y la desasimilación, no existen, ni pueden concebirse sin el cambio de la materia que compone estos organismos rudimentarios. Por conocidos son los factores que entran en las manifestaciones vitales, materia y movimiento."

"Este movimiento de la materia organizada es un movimiento vibratorio, el cual se trasmite á las sustancias ingeridas en la alimentación é incorporadas por la asimilación, trasmisión que se hace con tanta más facilidad, cuanto más análoga sea en su estructura, y por lo tanto, su poder vibrátil."

La vitalidad, pues, es la suma de los movimientos particulares en cada elemento vital; y la suma y armonía de todos los movimientos de los órganos en sus relaciones mutuas, constituye la vida orgánica. Cuando todos los movimientos están en equilibrio, ó si éste se altera, es de una manera tan insignificante, que vuelve por el movimiento general á restablecerse, constituyendo el estado de salud; pero si el equilibrio se rompe de un modo brusco, produce nuevas perturbaciones de movimiento que van cambiando la función y hasta la forma y estructura de los órganos. A estas perturbaciones llamamos enfermedad.

Preciso es, pues, convenir en que la Patología y la Fisiología tienen grandes analogías; podemos, por lo mismo, decir que la Patología es una Fisiología especial, que produce alteraciones de función ú orgánicas, recorriendo el mismo camino, es decir, el movimiento de nutrición. Cuando el desorden producido no es más que funcional, está la enfermedad en su período dinámico; cuando ha cambiado la forma ó estructura de alguno ó varios órganos, está en su período orgánico: el 1º es propio de las enfermedades agudas, el 2º de las crónicas.

La acción de los medicamentos, la curación, se verifica por el mismo mecanismo que la nutrición; y en efecto, no hay diferencia esencial entre el fósforo que, ingerido con los alimentos, va á concurrir á la nutrición de los huesos y del sistema nervioso, y el fósforo contenido en los hipofósfitos que administramos en los casos de raquitismo y de debilidad nerviosa, porque en ambos casos se trata de un medio capaz de satisfacer una necesidad ó deficiencia del organismo.

Estas ligerísimas ideas nos bastan para comprender lo que es la vida, la salud, la enfermedad y la acción del medicamento; por lo mismo, al decir Burggraeve: "dése el medicamento hasta obtener el efecto," corrige de un golpe errores crasos y de funestas consecuencias que tiene la Alopatía.

Condena en primer lugar, las dosis máxima y mínima, que traen todos los autores de Materia Médica, y prueba que no le es dado al médico fijar de antemano dosis alguna; esta dosis la determina siempre la

enfermedad que se trata de combatir, y así como sería un insensato el militar que con una pieza de artillería de pequeño calibre se empeñara en destruir una fortificación de grande resistencia, también lo sería el médico que no quisiera pasar de la dosis máxima fijada por los autores, sin tener en cuenta la intensidad del mal, la receptibilidad del enfermo, la solubilidad del medicamento y la perfección de la absorción, en una palabra, la verdadera dosis, la dosis necesaria.

La idea de dosis es el A, B, C de la Terapéutica, y su verdadera significación debe ser tan clara y tan familiar al médico práctico, que sin ella jamás dará con firmeza ni un sólo paso en la difícil ciencia de curar; y sin embargo, nada hay más oscuro ó más ignorado en Alopatía que la idea de *dosis.* Unos llaman dosis la cantidad de medicamento que se ingiere de una sola vez; otros, la que se da en doce ó veinticuatro horas: ambas son erróneas: por esta confusión se ve que no es suficientemente precisa y clara la idea representada por esta palabra; y sin embargo, nada hay más importante, porque de la posología depende toda la terapéutica, y sin ella nada podemos hacer.

Causa profunda admiración ver cómo han pasado tantos siglos sin que los autores de Materia Médica hayan podido fijar la verdadera significación de *dosis.* El buen sentido nos debía haber dicho ha mucho tiempo, que las dosis indicadas en los formularios no tenían otra base que la observación de algunos pocos casos ó la experimentación en algunos animales; ese era el punto de partida para el autor que primero escribió sobre la posología de una sustancia, á quien los demás servilmente copiaron. Si algún hecho salía por casualidad de los límites marcados, se explicaba por la mala cualidad del medicamento ó su inexacta preparación, ó por una idiosincrasia tan rara, que ellos mismos no sabían si esa excepción era más general: estaba reservado al ilustre anciano de Gante fijar la verdadera idea de *dosis*, idea que se deriva de este luminoso principio: "Dése el medicamento hasta el efecto," principio brillante y tan fecundo en aplicaciones, que sólo él, casi reasume todos los fundamentos de la Dosimetría, y bien comprendida su asombrosa fecundidad, se ve que contiene implícitamente toda la doctrina de la reforma terapéutica introducida por el Método de Burggraeve.

Sigamos estudiándolo. Cando damos un medicamento (hablo de cuando procedemos científicamente), conocemos de antemano su acción fisiológica, y lo que esta acción puede variar con la cantidad; esperamos en consecuencia un efecto cierto y determinado; todo medicamento es por lo tanto bueno y da su efecto; si alguna vez este efecto no corresponde á lo que buscamos, no es defecto del medicamento, sino de la mala interpretación que hemos hecho de la indicación terapéutica, ó de lo errado de nuestro diagnóstico. Si damos, por ejemplo, gránulos de emetina hasta producir el vómito, y con el vómito nuestro enfermo se agrava, no es que el medicamento sea malo, él produjo el efecto que se le pidió; lo malo fué nuestro diagnóstico y la interpretación que hicimos de la indicación.

Debemos saber que el efecto que produce todo medicamento, puede ser de tres maneras: terapéutico, fisiológico y tóxico; si el remedio ha sido dado con toda la pericia científica, viene el efecto terapéutico, el equilibrio perdido por el trastorno funcional ú orgánico se restablece; si ha faltado ciencia en su aplicación, la enfermedad no desaparece, al contrario, se complica con los trastornos del efecto fisiológico; entonces el buen dosímetra comprende que su juicio clínico está errado y busca en el acto otro camino más lógico sin que este yerro, que por desgracia no es raro, perjudique á su enfermo, porque el mismo medicamento con su acción le dice clara y elocuentemente: "yo no puedo darte lo que deseas; busca otra sustancia que satisfaga la necesidad:" entonces el buen práctico reforma su juicio y busca entre los medicamentos sinérgicos el más á propósito; pero si este médico no tiene la competente instrucción y prudencia, sino que enfatuado con su juicio primitivo, creyendo que la cuestión es solo de dosis, idea que no comprende, insiste en el medicamento aumentando la cantidad, llegará, y esto es muy frecuente en alopatía, al efecto tóxico, y disculpará su torpeza con la oscuridad de la ciencia, ó con la mala cualidad de las medicinas y por lo mismo ineficaces, cuando la oscuridad está en su inteligencia y la ineficacia en su modo de proceder.

No puedo pasar en silencio una ventaja inmensa del principio que venimos examinando, y es, que á pesar de la energía de las armas de precisión de que usa la Dosimetría, están conciliadas admirablemente la fuerza con la suavidad, y prevenidos de una manera segura los envenenamientos, porque toda sustancia, para llegar á producir el efecto tóxico, tiene por fuerza que pasar por efecto fisiológico, y en este momento, el verdadero dosímetra, que

se ha colocado por medio de la observación en el punto preciso, suspende su aplicación y busca otro camino.

Por esto, en los quince años que lleva de aplicación en el mundo el Método del Dr. Burggraeve, no se registra un sólo envenenamiento, digan en contra cuanto quieran sus enemigos, que sin conocimiento de causa procuran desprestigiarlo, difundiendo clandestinamente en el seno de las familias la desconfianza y el temor.

Como se ve, el buen éxito depende casi exclusivamente de la dosis.

¿Cuál es pues la verdadera significación de esta palabra? Siendo evidente que es imposible fijar á priori la cantidad, diremos, siguiendo el principio de Burggraeve, como lo define Oliveira Castro: "Dosis es la cantidad de medicina que se da para producir un efecto determinado; pero como muchas veces este efecto no se produce, ya por la receptibilidad del enfermo, ya por el mal estado de las vías de absorción, ya, lo que es más común, porque se ha calculado mal la intensidad de la enfermedad, ya, finalmente, por mil circunstancias diversas que todo médico debe conocer, y que sería cansado enumerar, nos fijaremos en la significación terapéutica de esta palabra, que es la significación que más nos importa conocer, como quiera que lo que buscamos de preferencia, es el efecto terapéutico.

Como en lo general todo medicamento debe entrar al terreno circulatorio, para ir á producir su efecto por un mecanismo idéntico al de la nutrición, y hacer que este efecto se sienta por el enfermo ó se conozca por el médico, sentaremos esta definición adoptada por la escuela: "*Dosis es la cantidad de medicina que actúa sobre el organismo*; pero como no sólo buscamos que el medicamento actúe de un modo general, sino produciendo el efecto terapéutico que intentamos, es más á propósito esta otra definición: "*Dosis terapéutica es la porción de medicamento que en contacto con el elemento vivo, es capaz de producir una acción determinada.*"

Ahora bien, como el efecto dinámico que producen los alcalóides es gradual y lento, y no podrían darse en grandes porciones porque darían un efecto explosivo, conviene observar el efecto del maestro de darlos *coup sur coup*, en dosis fraccionadas hasta el efecto terapéutico: de este modo se consigue ir aglomerando en el organismo el efecto dinámico sin que haya aglomeración de sustancia, porque ésta se elimina á proporción que se absorbe y así llegamos al efecto terapéutico. Es la gota de agua que cae constantemente dentro de un vaso hasta llegar á la gota que lo hace derramar; es el pequeño peso que sucesivamente se pone en el platillo de una balanza para equilibrar el peso grande que antes hemos puesto en el otro platillo, hasta llegar al último peso pequeño que establece el equilibrio.

¡Ah querido compañero! cada vez que medito el gran principio terapéutico de Burggraeve "Dese el medicamento hasta el efecto," me asombra la penetración de la mirada médica de este genio singular, mirada de águila, y me asombra también la fecundidad de su principio, que en cuatro palabras ha encerrado tantas verdades, que desenvueltas llenarán inmensos volúmenes.

Acaso habré molestado su ocupada atención; pero permítame una palabra más. Como todos sabemos, los alcaloides son armas de precisión, pero las armas de precisión bien manejadas dan el triunfo al soldado en todas partes.

Se acusa á los alcaloides diciendo que son venenos; pero esta acusación la hacen los ignorantes, pues no la harían, si supieran, que entre alimento, medicamento y veneno no hay diferencia esencial, que todos tres ó cada uno de ellos se puede convertir en alguno de los otros dos, según las circunstancias en que se dan, ó la cantidad en que se aplican.

La práctica constante y en todo el mundo, nos dice: que no debemos usar los alcoloides con temor, sino con una atención científica y prudente, y los hechos vienen en apoyo de la exactitud y verdad del principio que estamos explicando: somos como el maquinista que trata de hacer andar una locomotora, enciende su fogón poniendo á discreción el combustible, y atento á las indicaciones infalibles del manómetro; cuando éste le indica la fuerza que busca suspende el combustible, sin cuidarse de saber si ha puesto y gastado mucho ó poco, porque sabe muy bien que no ha puesto más que el necesario.

Así procedamos nosotros; y yo he tenido en mi práctica casos en que para detener un proceso morboso, yugular un tifo, he aplicado en un sólo día cuarenta ó cincuenta gránulos de aconitina, otros tantos de veratrina, digitalina y arseniato ó sulfato de estricnina, sin omitir la aplicación de otros alcaloides, según las diversas indicaciones, y así he conseguido triunfar siempre de esta terrible enfermedad. Tengo la dulce satisfacción de que en cosa de seis años no se me ha muerto ni un sólo enfermo de tifo, siempre que los he recibi-

do en los diez primeros días: no me envanezco de ello, no es por mi saber por lo que se han salvado, sino por la bondad y excelencia del Método.

He pronunciado la palabra yugular una enfermedad, y aquí se nos presenta otro principio fundamental de la Dosimetría, otra de las glorias de nuestro Maestro, y que también se deriva del prinbipio, «*Dése el medicamento en dosis fraccionadas y repetidas hasta el efecto.*»

La grande división de las enfermedades es en agudas y crónicas; las primeras atacan de un modo intenso y brusco el organismo, produciendo un incendio, un grande desequilibrio, un ataque profundo á la vitalidad; pero en este ataque es preciso detener, hacer abortar la enfermedad en su período dinámico, cuando no hay que corregir más que desórdenes funcionales, cuando la causa morbosa no ha producido aún desórdenes orgánicos. Esto supuesto, ¿qué debemos entender por yugulación? La palabra lo dice; es cortar por completo los avances del mal, es impedir las alteraciones orgánicas, es vencer al enemigo en las primeras fortificaciones para impedir que tome todas nuestras posiciones y nuestras plazas.

Dejemos á un lado la doctrina de los que sostienen que hay enfermedades esencialmente cíclicas, las que por fuerza tienen que recorrer sus períodos hasta llegar á su completo desarrollo; esto sería admitir en Patología cierto fatalismo, y negar por completo la acción de los medicamentos. El que ciertas enfermedades no se hayan podido curar en su principio, lo que prueba es nuestra ignorancia, no la impotencia de los medicamentos; es que para curarlas se ha empleado la expectación, tan condenada en Dosimetría, y que con tanta impropiedad se ha llamado tratamiento terapéutico.

Si fuera cierto que el tifo, por ejemplo, es enfermedad cíclica esencialmente, todos los enfermos de éste recorrerían idénticos períodos y tendrían igual terminación, es decir, todos se salvarían ó todos se morirían, y ésto no es cierto, pues que muchos de ellos abandonados á las fuerzas de la naturaleza curan espontáneamente, y esto en distintos períodos, lo cual prueba que en estos enfermos la naturaleza hace la yugulación. No hay que sorprenderse: ¿No sucede muchas veces que el enfermo sana no por el médico sino á pesar del médico? ¿es decir, que la naturaleza tiene que combatir contra la enfermedad y contra el médico? Pues esto sucede exactamente con la expectación, que sarcásticamente se dice armada; si el enfermo sana, nada, absolutamente nada le debe al médico.

Por otra parte, conociendo ya la acción que los alcaloides producen en el organismo, y los maravillosos efectos de su aplicación según el principio fundamental de Burggraeve, es muy conforme á la razon y á la ciencia admitir la yugulación. ¿No se convencen los que la niegan? ahí está la práctica, y donde los hechos hablan, las objeciones no tienen lugar.

El principio «A las enfermedades agudas tratamiento agudo, y á las crónicas tratamiento crónico, basta tener muy ligeras nociones para comprenderlo; siendo de advertir que este principio no carece de excepciones. Una apoplegía cerebral es aguda, y con un tratamiento crónico se puede conseguir la reabsorción del derrame; una parálisis histérica puede ser crónica, datar de muchos años, y necesitar entretanto, un tratamiento agudo, porque así como se estableció rápidamente, puede también desaparecer en un momento, y á veces desaparece por la influencia de una impresión moral. Además, la agudez ó cronicidad del tratamiento es relativa y científica, y al médico toca hacer esta calificación.

En el tratamiento tenemos que atender á la causa de la enfermedad y á los síntomas y efectos morbosos, y la Dosimetría dispone de la dominante que combate la causa, y la variante que combate los síntomas, esto por orden cronológico y gerárgico, según la influencia que tengan en la producción de otros. La causa de una enfermedad puede ser instantánea ó continua: en el primer caso desaparece dejando el trastorno producido, y éste es el que se combate y no aquellas; en el segundo, se combate con la dominante; pero hay muchos casos en que no podemos conocer la causa, que siendo los síntomas muy alarmantes, nos obligan á hacer una curación sintomática: ésta es más racional é importante de lo que algunos creen, ya sea para evitar algún peligro, una molestia insoportable, ó curar otros síntomas que son producidos secundariamente, hacemos esta curación: un dolor intenso, por ejemplo, produce espasmo; el espasmo, congestión; y la congestión, inflamación; corríjase el dolor, y todo lo demás desaparecerá.

Otra de las conquistas importantes de la Dosimetría es, que probado una vez que todas las enfermedades son asténicas, la antigua dieta destructora de los enfermos está abolida, porque si bien es justo prohibirles lo que les perjudique, no lo es favorecer la enfermedad, agotando la vitalidad por la obstinación de una alimentación

nutritiva y reparadora. Así es que, los enfermos curados dosimétricamente no tienen convalecencia, y vuelven al estado de salud, sin más pérdida que la absolutamente causada por la enfermedad. Por lo demás, la Dosimetría dispone de todo lo que la antigua materia médica tiene de dosimétrica y de racional; dispone de varias aplicaciones externas, dispone hasta de las emisiones sanguíneas; pero esto con muy prudente reserva; lo que condena es la polifarmacia y el empirismo.

Hay algunos que dicen que en la Dosimetría también hay polifarmacia, porque se aplican á la vez diversas clases de gránulos: los que esto dicen, sepan que polifarmacia es la aplicación de muchos remedios contra una sola enfermedad, y el dosímetra aplica un sólo remedio contra más de una enfermedad cuando esto es posible, ó cuando menos un sólo medicamento contra cada uno de los elementos morbosos: así por ejemplo, en el tratamiento de la discuria de que antes hablé, aplicamos la hyosciamina para vencer el espasmo del cuello, y la estricnina para combatir la parálisis de los músculos longitudinales del cuerpo de la vejiga: medicamentos al parecer contradictorios; pero que cada uno tiene su acción especial, y su manera electiva fisiológica de obrar.

Conviene recordar el inmenso bien que el Método de Burggraeve proporciona al médico dosímetra en su práctica, pues éste, armado de un termómetro para consultar la vitalidad, y de un botiquín de campaña que contiene los principales alcaloides, los más importantes por su frecuente aplicación, puede decir, como el filósofo Bias, *Omnia mecum porto*, y en los casos más graves y urgentes, y principalmente cuando es llamado á deshora de la noche, ó que tenga que ver al enfermo en alguna hacienda, rancho ó pueblo donde no hay boticas, en estos casos en que el alópata pierde el tiempo, no sólo por lo ineficaz de su método, sino porque no hay la medicina, ó en caso que la haya, viene tarde, cuando ya hay nuevas indicaciones que llenar, en estos casos que nos ocurren frecuentemente, sobre todo, á los médicos de provincia, el dosímetra se encuentra con un rico arsenal de que disponer, y sus procedimientos son siempre seguros, porque sabe lo que da, cuánto da y para qué lo da, desapareciendo, por lo mismo, las dudas, la vacilación y la impotencia.

Otra ventaja inmensa del Método de Burggraeve, es haber reducido á sus justos límites el vastísimo campo que hoy tiene la Cirugía, reduciendo mucho el número de las operaciones, porque, triste es decirlo, los bienes que produce la Cirugía, en una gran parte son un constante reproche á la Terapéutica, que, no pudiendo impedir las alteraciones orgánicas que resultan de las enfermedades que no ha sabido curar, entrega sus enfermos en manos del cirujano para que los mutile ó los haga sufrir alguna otra operación peligrosa. Nosotros tenemos como axioma esta verdad: *Las glorias de la Cirugía no existirían, si la Terapéutica hubiera llegado á la perfección que es de desear.* No hay en esto hipérbole; en efecto, ¿porqué se ha inventado la variada y difícil operación de la talla? Porque no se ha sabido impedir la formación de los cálculos, ó disolverlos con medios internos, una vez formados, para expelerlos. ¿Porqué se ha inventado la extracción y abatimiento de la catarata? Porque no se ha sabido impedir la opacidad del cristalino, ó hacer que se reabsorba la materia opaca por medio del trabajo nutritivo regularizado en los humores del ojo. ¿Porqué cuando un miembro se gangrena por ateroma ó embolía, alteración en la composición de la sangre ó falta de influjo nervioso, se hace indispensable la amputación? Porque no se ha sabido corregir estos desórdenes; pero hoy cada día va disminuyendo el número de las operaciones, porque la Dosimetría, perfeccionando la Terapéutica, ha podido evitarlas curando las enfermedades que las hacían precisas; y las que no ha evitado, las ha hecho menos ó nada peligrosas, disminuyendo muchísimo la mortalidad: yo he tenido en mi práctica muchas pruebas de esto.

En las estadísticas del grande hospital civil de Gante, la mortalidad en los operados, que era de un 30 por 100, llegó á ser de 1 ó 2 por 100, y se desterró de sus salas la septicemia y la fiebre traumática, y se consiguió que fuera una realidad este axioma de Burggraeve. "Los heridos no son enfermos, es necesario impedir que lo lleguen á ser." Yo, en mi práctica, á pesar de mis pocos conocimientos, he conseguido curar catarata sin operación, impedir el desarrollo completo de la gangrena sin amputación, y en un parto complicadísimo hice tuviera una conclusión feliz, sin debridar el cuello uterino, operación que en casos menos graves había tenido que hacer antes de conocer la Dosimetría.

¡Ojalá y los grandes hombres que hoy rigen los destinos de la República lleguen á conocer las inmensas ventajas de este Método, y que amantes como deben ser de la felicidad de los ciudadanos, favorezcan, como lo hizo en España el rey D. Alfonso, la pro-

pagación de este Método altamente humanitario: entonces harán que los hospitales estén enteramente bajo la influencia de la Dosimetría y el sistema de Lister: así conseguirán el aseo, la economía y la diminución de la mortalidad, y esos asilos de la humanidad doliente, serán la picina probática, de donde sacaron los desgraciados la salud, la vida, la felicidad!

¿Qué es, pues, la Dosimetría? Es el conjunto de los conocimientos médicos más notables, que esparcidos en todo el mundo desde hace más de veinte siglos, han sido recogidos por Burggraeve, ordenados y llevados á la perfección con su reforma, elevando el noble arte de curar á una verdadera ciencia fisiológica y experimental; es la creación de la verdadera Materia Médica; es la Terapéutica en acción ocupando un puesto digno de su importancia y de su rango, haciéndose para el médico el coronamiento de sus estudios anteriores; es el perfecto conocimiento de la vida, la salud, la enfermedad y la curación; es la medicina hipocrática llevada á la perfección por el ilustre anciano de Gante, que después de los desvelos y fatigas de cincuenta años de estudios y de práctica, y recorriendo toda la Europa con el bastón del peregrino, ofrece al mundo, para aliviar las dolencias de los que sufren, un método curativo, el más perfecto que han conocido los siglos.

¿Quiénes son los partidarios de la Dosimetría? Todos los médicos que ven su profesión como un sacerdocio; todos los que con su constante estudio se han desengañado de que la Alopatía es el resumen de todas las utopias y de todos los errores; todos los que, cansados de buscar la verdadera Terapéutica en los autores alopáticos, la han venido á encontrar en el Método de Burggraeve. ¿Se quiere saber los nombres de los que abandonando la escuela antigua han abrazado con entusiasmo la Dosimetría? A más de los Dres. G. Valledor, Fontaine, A. Latour, Oliveira Castro, Reignier, Laura, Van Renterghem y otros muchos escritores que son las lumbreras de esta ciencia, ahí están las listas numerosísimas de los socios que cuentan los Institutos de París, Madrid y otras muchas capitales; ahí está, por fin, el Libro de Oro de Burggraeve, en el que por orden alfabético constan los nombres de muchas notabilidades médicas de Europa y de todo el mundo, que han abrazado este Método con ardor, lo estudian con constancia, lo practican con fe y lo propagan con un celo apostólico.

Ningún método curativo había hecho en tan poco tiempo progresos tan rápidos, tan sólidos y tan universales: es que la verdad se abre paso al través de todos los obstáculos, y el día de su completo triunfo no está lejano. Pronto la sociedad entera la reclamará para alivio de todas sus dolencias; pronto veremos al ilustre anciano de Gante, al Hipócrates del siglo XIX, en el cenit del mundo con su antorcha en la mano, alumbrando á sus discípulos y disipando las densas tinieblas de la polifarmacia galénica.

¿Quiénes finalmente son sus partidarios? Todas las personas de criterio y buen sentido, que aunque profanos en la materia, han comprendido, y muchos experimentado la superioridad que la Dosimetría tiene sobre todos los métodos curativos conocidos hasta hoy.

¿Quiénes son sus enemigos y que se afanan más ó menos en descreditarla? Lo son los fabricantes de especialidades, que con espíritu de pura especulación meten en la sociedad sus drogas como panaceas universales y explotan á los tontos, que abundan, porque *stultorum infinitus est numerus.*

Lo son los boticarios y farmacéuticos, porque creen que la Dosimetría los arruina matando la polifarmacia, y con ella, esa multitud de preparaciones magistrales y oficinales más ó menos nauesabundas, ineficaces ó inútiles, y no pocas veces nocivas. A éstos debemos decir con un gran dosímetra: calmad vuestros temores, señores farmacéuticos, la Dosimetría no os trae ningún mal; al contrario, quiere realzar vuestra dignidad, porque exige que el farmacéutico sea un sabio, un químico, un colaborador del médico, y no un vendedor de remedios y comerciante en especialidades, cuyos pomposos anuncios llenan la cuarta página de los periódicos. Ahí está Chanteaud, ahí está vuestro modelo, cuando hayais imitado su conducta sereis la honra de vuestra profesión y recogereis con abundancia el fruto de vuestro trabajo.

¿Quiénes más son enemigos? Lo son los maestros de las escuelas oficiales, quienes creyendo que han dominado la ciencia, ven con desprecio toda reforma que no salga de su seno, y que en vez de ensanchar la instrucción de sus discípulos, haciéndoles conocer los progresos de la ciencia, se ocupan de ridiculizar la nueva reforma terapéutica sin conocimiento, ó cuando menos, hacen la guerra con la indiferencia y el silencio. A estos señores, con todo el respeto de que son dignos, debemos decirles: Señores, ya pasó el tiempo en que pudo ser disculpable vuestro indiferentismo y

vuestro silencio: la Dosimetría ha invadido las clases más notables de la sociedad en todo el mundo, y pesa sobre vuestro honor y vuestra conciencia este sagrado deber: si la Dosimetría es una verdad, proteged su estudio, su enseñanza y su propagación; si por el contrario es un error, una mentira, una utopia, condenadla y arrastrad ante los tribunales á los que la practicamos, como propagadores de un error y asesinos de la Humanidad. Elegid y obrad.

¿Quiénes otros? Los médicos encumbrados, que por diferentes motivos han logrado una posición elevada en la sociedad, y que desvanecidos con el humo de la adulación, ven con estudiado desdén á este brillante Método, que con la elocuencia de sus resultados, les dice en lo íntimo de su conciencia, lo que aquella voz argentina y misteriosa decía al gran Padre San Agustín, para que abjurara sus errores: *Tolle lege.* Tomad las obras de Burggraeve y de sus discípulos, y leedlas porque allí está la luz, allí está la verdad, allí está la ciencia.

¿Quiénes otros? Algunos alópatas charlatanes, que para hacerse notables y disimular su ignorancia, dicen con énfasis: ¿Qué hay de nuevo en Dosimetría? ¿Medida de dosis? También nosotros damos la medicina á dosis que conocemos (ya hemos dicho y probado que ni la significación de la palabra entienden); nada hay, pues, nuevo que saber en Dosimetría; á esto agregan el difundir cuanto pueden en las familias la idea de que los dosímetras usan puros venenos, que tarde ó temprano, matan; pero estos detractores jamás entran en una discusión científica y razonada.

Hay, por fin, otros enemigos inconscientes y que podemos llamar de buena fe; pero que no obstante, detienen la propagación del Método y lo desacreditan. Estos son más numerosos, son la mayor parte de los médicos alópatas, quienes no pudiendo desconocer la bondad, pureza y energía de los gránulos dosimétricos, han comenzado á usarlos; pero con muy poco éxito, y siempre mezclando su aplicación con muchas fórmulas galénicas. Estos señores han creído que el médico por el sólo hecho de serlo, y cualquiera que sea su escuela, puede hacerse dosímetra de la noche á la mañana, y que para serlo basta recetar gránulos de arseniato de estricnina ó algunos otros, y como de ordinario, no consiguen el resultado, se desalientan, abandonan los gránulos y vuelven á sus fórmulas alopáticas, desconfían del buen éxito, y no se abstienen de emitir un juicio desfavorable con respecto al método de Burggraeve; pero no calculan que así como un piano, aunque sea magnífico, jamás dará todas las brillantes armonías de que es susceptible, si no son diestras las manos que lo pulsan, del mismo modo, y aunque millares de hechos acreditan diariamente que todas las enfermedades agudas se pueden yugular; que las crónicas se alivian y muchas veces se curan; y que, para decirlo de una vez, todas las dolencias humanas se calman ó se quitan por este Método, estos preciosos resultados jamás se conseguirán si los alcaloides no son manejados por uno que conozca bien los fundamentos de la Dosimetría, que haya estudiado las leyes de la vida, la acción fisiológica de los medicamentos, y tenga la atenta y certera mirada que se adquiere con la observación; en suma, que haya meditado profundamente el asombroso principio de dar el medicamento hasta el efecto.

Es necesario que estos señores sepan que no basta ser médico alópata y tener la instrucción que se recibe en nuestras escuelas para ser dosímetra en el momento que se quiera; no, esto es un tesoro que cuesta mucho trabajo adquirir: que se pongan á estudiar, y cuando hayan meditado bastante, podrán manejar con destreza y sin peligro las armas de precisión que pone en sus manos el Método del ilustre Burggraeve.

Mucho habré molestado á vd., querido amigo y compañero; pero me era preciso entrar en ciertos pormenores para llegar á mi objeto. ¿Le sorprende á vd. todavía verme entregado por completo al estudio y práctica de la reforma terapéutica? ¿No cree vd. que ocho años de observación y de estudio fueran bastantes para desvanecer cualquiera ilusión que pudiera al principio haber tenido? Le repito que estoy muy lejos de ser un dosímetra completo, pero creo tener los conocimientos suficientes para juzgar.

Al comunicar á vd. mis mal coordinadas reflexiones sobre el Método, no me he propuesto formar un extracto de la Dosimetría; empresa ridícula sería ésta, como muy superior á mis fuerzas; tampoco me he propuesto darle lecciones sobre la materia, ésto sería insultar la vasta instrucción y buen sentido de vd., he querido solamente tener una expansión amistosa, y hacer una confesión pública de mi credo médico; ni ¿cómo podría tener temor de hablarle con la franqueza que lo hago, cuando en los anuncios que he repartido en León, Celaya, Querétaro y otros puntos donde sucesivamente he estado, después de dar en

dichos anuncios una ligera idea del Método, he ofrecido explicar sus fundamentos á toda persona que quisiera conocerlos, y respecto á los comprofesores, aunque sin conocerlos, los he invitado á estudiar, guiados por amor á la ciencia y á la humanidad, ofreciéndoles que todas nuestras dudas las podía yo consultar al Instituto de París ó al de Madrid? ¿No cree vd. que la verdad se debe decir, se debe divulgar, y más cuando es benéfica á la humanidad? Pues yo la confieso y estoy dispuesto á la discusión y á un desafío práctico en el tratamiento de las enfermedades, seguro de que la verdad se defiende por sí misma; y la excelencia del Método me daría el triunfo, si la excelencia del Método, pues no desconozco que el lugar que ocupo entre mis compañeros es muy oscuro, y muy humilde el que ocupo entre los dosímetras; pero tengo fe, y esta fe me salvaría.

He querido también en esta carta, suplicarle me manifieste su juicio, no con respecto al Método, ya conozco la estimación que vd. hace de él; sino con respecto á mis trabajos y reflexiones científicas: estoy seguro de que no me negará un favor que servirá de estímulo para seguir con más vigor mi estudio y propaganda. Ya estoy en el último tercio de la vida, y aunque he apurado todas las amarguras, y sentido todas las punzantes espinas de la profesión, consagraré con gusto los años que Dios me conceda al cultivo de la ciencia y al alivio de la humaninad. Sólo siento, en el orden profesional, lo que San Agustín en el orden de la gracia, cuando después de abjurados sus errores contemplaba la grandeza de Dios, exclamando: ¡Oh hermosura siempre antigua y siempre nueva, qué tarde te he conocido!!! Yo también digo en el orden de mi profesión: ¡¡Oh insigne Burggraeve, qué tarde te he conocido, ojalá hubiera recibido tu luz hace treinta años!! ¿Porqué no apareciste á la mitad del siglo? No habría yo malgastado entonces veintinueve años.

Ya no ambiciono las glorias humanas, ni las recompensas pecuniarias; quedaré satisfecho con la gratitud de mis clientes, y con que vd. consagre un recuerdo imperecedero á éste su verdadero amigo, y el último de sus servidores.

DR. R. ZAMORA.

VARIEDADES.

Sobre hipnotismo.—El Monitor Republicano, periódico político de esta capital, en uno de sus boletines últimos se expresa del modo siguiente:

"Hace muy poco tiempo dos facultativos de la Capital, los Drcs. Fenelón y Juan María Rodríguez, ambos muy bien conceptuados, emprendieron por medio de la prensa una interesante polémica, negando el último los fenómenos del braidismo, afirmándolos el primero con todo el calor de una arraigada y profunda convicción.

"El público asistía con bastante interés á aquellas polémicas en las que el Dr. Fernando Malanco tomó parte á favor del sonambulismo artificial.

"Las cartas del Dr. Rodríguez escritas en un lenguaje castizo y dejando entrever sus profundos conocimientos en el arte de curar, las explicaciones del Dr. Fenelón perfectamente pensadas, las observaciones del Dr. Malanco rebatiendo una á una las argumentaciones de sus adversarios, todo ello formó durante unos días una polémica bien interesante.

"Por fin, propuso el Dr. Fenelón hacer sus experimentos ante la Academia de Medicina, el Dr. Rodríguez aceptó dilucidar allí la cuestión de un modo experimental y...todo quedó así...nada se ha dicho ya, ni una palabra, y ni la Academia de Medicina, ni los grupos científicos que nosotros sepamos al menos, quieren tomar á lo serio un estudio que tanto preocupa á los sabios europeos.

"Se entiende que al hacer estas observaciones nosotros no pretendemos que se honren con el título de verdades, las mil y una consejas con que la charlatanería adorna aquel estudio que como todo lo que llega á los límites de lo maravilloso, se encuentra hoy, que se perciben nuevos descubrimientos, rodeado de fábulas y hasta de farsas.

"Pero las experiencias de ilustres médicos de allende los mares, nos están diciendo que algo hay de verdad en el fondo de las nuevas teorías, que algo hay ó puede haber en que la medicina debe sacar uno de sus más poderosos agentes terapéuticos.

"No comprendemos, pues, porqué nuestra Academia de Medicina, toda vez que dos reputados profesores querían llevar allí sus experimentos, el uno probando y el otro negando, no comprendemos porqué aquel cuerpo se desdeña de estudiar los no-

tables fenómenos que Charcot está enseñando al mundo.

"Hemos oído decir que el Dr. Juan M. Rodriguez no se atreve ya á negar, que ha sido convencido por sus adversarios, sabemos que el profesor de fisiología de la Escuela de Medicina, es partidario ó al menos cree en el braidismo y en muchos de los fenómenos que de él se derivan, y que sigue atentamente el desarrollo pasmoso de la moderna psicología que nos conducirá quién sabe á dónde.

"¿Porqué, insistimos en preguntarnos, nuestros sabios están en muda expectativa cuando todos los países cultos estudian por medio de sus asociaciones científicas?

"¿Porqué México en esta como en otras materias no habría de prestar su contingente en las grandes evoluciones de la ciencia que estamos presentando en el siglo del vapor?..."

El niño sustentado por la incubadora. —Dice un periódico neoyorquino:

"De este caso asombroso y el primero que se realiza en este país, dimos cuenta en uno de nuestros números anteriores, y al ocuparnos hoy nuevamente de él, lo hacemos traduciendo en extracto lo que sobre este particular han dicho en estos últimos días los periódicos de la ciudad; de ello lo más importante es lo publicado por "The World," dando cuenta de la visita que hizo al Hospital de Maternidad, en la Isla de Ward, uno de sus "reporters".

"Edith Eleann Mc Lean, que así es el nombre de la criatura, vive, y todas las apariencias concuerdan á realizar las esperanzas del Dr. Thomas de poder salvarla.

"En la actualidad, su peso ha llegado á 4 libras 4½ onzas; el desarrollo de sus músculos se realiza proporcionalmente. Los médicos se abstienen de asegurar su éxito, el que creen realizado si la criatura sobrevive catorce semanas á las de su nacimiento.

"Uno de los peligros que se creía mayor, era el de poder mantener en la incubadora una temperatura que no bajara de 98½ grados y ascendiera á 99 Fahrenheit, pero el celo del Dr. Thomas auxiliado por la Srita. Enright, enfermera principal del asilo, que se toman un interés vivísimo, han logrado sostener el grado de calor necesario.

"Al principio el alimento que se le daba era de una á tres dracmas de leche cada dos horas; después de dos ó tres días se le daban con la misma cantidad de leche diez gotas wisky, pero hubo necesidad de suspenderle este licor porque perdió una onza de su peso, y sin aquel, ha continuado bien.

"En la actualidad se le saca tres veces al día de la incubadora para que durante algunos momentos permanezca en los brazos de su madre, que dicho sea de paso, tiene confianza ciega en la salvación de su hijo por el cuidado con que se le atiende.

"Cualquiera que se acerca al cristal que le sirve de tapa á la incubadora, llama su atención y pronto abre sus ojos azules para fijarlos en el que lo visita, se sonríe frecuentemente con la enfermera principal que ha tomado á su cargo el cuidado del recien nacido."

El acto de morir.— El macrobiótico alemán Hofeland, demuestra al género humano, que la muerte no significa dolor.

"Hay gentes, dice, que sólo temen de la muerte el acto de morir. La gente se forma extrañísima idea de la última lucha— la separación del alma y del cuerpo—pero no tiene fundamento ninguno para ello; seguramente que nadie ha sentido la muerte; y así como entramos insensiblemente en la vida, así partimos de ella insensiblemente. El principio y el fin son idénticos.

"Mis pruebas son éstas: En primer lugar no se puede tener sensación del acto de morir; porque morir no quiere decir sino perder la fuerza vital que es medio de comunicación entre el alma y el cuerpo. A medida que disminuye la fuerza vital, faltan las fuerzas de la sensación y de la conciencia, y no podemos perder la vida si no perdemos al mismo tiempo ó antes la sensación vital que reclama la asistencia de los órganos más delicados.

"La experiencia dice también, que todos los que entran en el primer paso de la muerte, y luego vuelven á la vida están acordes en afirmar que nada han sentido sino que cayeron de improviso en un estado de insensibilidad y letargo.

"Inducen á error los signos que vemos en ciertos moribundos, los movimientos convulsivos, el estertor y los dolores aparentes de la muerte. Estos síntomas, sin embargo son penosos para los expectadores, no para los moribundos insensibles. El caso es aquí idéntico al de otro que por las horribles contorsiones de un epiléptico, dedujera sus sentimientos internos; aquel que tanto nos conmueve y nos aterra no sufre nada.

"Es pues, una preocupación considerar la muerte como la quinta esencia del dolor, porque la naturaleza, privándonos piadosamente de la sensibilidad reflexiva y

de la conciencia, nos hace insensibles é inconscientes de la sensación de la vida».

El sueño después de las comidas.— Dice un diario de medicina que existe una preocupación universalmente admitida, sin que por eso deje de ser una simple preocupación que no tiene el menor fundamento de considerarse como un hecho. Esa preocupación tan universal es la errónea creencia de que el sueño después de una comida es muy peligroso para la salud, porque puede ocasionar una apoplegía, indigestión y otras enfermedades porque se supone, y en esto está el error, que durante el sueño está el cerebro congestionado y aún cuando esto es cierto, es una congestión normal, en cuyo estado está el cerebro anémico, sin lo cual, el sueño no sería posible. Ahora bien, inmediatamente después de comer, el estómago necesita mayor calor y flujo de sangre para la digestión, y como uno y otro acuden á tiempo, dejando la cabeza despejada y en disposición de conciliar el sueño, no es racional creer que la naturaleza no sea en esto tan sabia como en todo lo demás. Todos los animales duermen después de comer y hasta los niños en los primeros años de su vida se quedan dormidos en el acto que acaban de quedar satisfechos de lactar.

Vértigo de los fumadores.— El Dr. Decaisne presentó á la Academia de París en 17 de Abril del año anterior, un trabajo sobre el vértigo de los fumadores, confesando que este vértigo no está aún bastante estudiado.

Dió cuenta del siguiente caso:

X......, de veintiseis años, temperamento linfático-nervioso, no ha tenido jamás convulsiones en su infancia, ni hay antecedentes nerviosos en su familia. Es un gran fumador de cigarrillos, y fumaba *tragándose el humo.*

En el momento que deglutía las primeras bocanadas de humo, un espasmo, un vapor partido del estómago, subía al cerebro, sumiéndolo en una especie de embriaguez; al mismo tiempo su rostro palidece, la sangre afluye al corazón y determina palpitaciones. Tiene dispnea y trastornos visuales. X...... se complace con estas sensaciones, aunque después sintiese fatiga de los miembros inferiores y cabeza; fumaba y fumaba siempre cigarrillos.

A los dos años próximamente tuvo que suprimir el cigarrillo, porque á la primera bocanada de humo tragado, el vértigo se presentó.

El humo del tabaco acabó por producir una especie de paresia sobre los pneumogástricos, y como consecuencia, las palpitaciones, que con su frecuencia acabaron por determinar verdadera anemia cerebral.

En resumen: la acción nociva del humo del tabaco se ejerce principalmente sobre los nervios pneumogástricos como un verdadero tóxico, y de aquí los trastornos patológicos que observamos en algunos fumadores.

En cuanto al tratamiento de estos trastornos, el Dr. Decaisne indica los amargos, baños templados, abstinencia de tabaco, y, sobre todo, no *tragar* el humo.

Acción de tres nuevas Ptomainas.—El Dr. Brieger ha hecho recientemente preciosos estudios sobre las Ptomainas tóxicas ó no. El primero que ha aislado una Ptomaina es Neureki, que ha demostrado la de la putrefacción. La *cadaverina* y la *putrescina*, que son Ptomainas no tóxicas, son, sin embargo, perjudiciales por la serie de neurosis y supuraciones que determinan por sí mismas, sin la asistencia de ningún microbio.

Las *tóxicas* producen las parálisis ó las convulsiones, ó bien las dos á la vez. Una de las *tóxicas convulsivas* más enérgicas es la *tetanotoxina*, cuya acción ha sido puesta fuera de duda por Rosenbeh; Brieguer ha descubierto recientemente en el brazo amputado de un tetánico una nueva toxina, que llama *tetanina.* El veneno más violento que se ha aislado es la *mitilotoxina*, que proviene de las ostras malas. Ella produce los mismos efectos que el *curare.* Un conejo al cual se le administra dicha sustancia, es atacado de dispnea, después de parálisis de todos los músculos, entre los cuales se cuentan los de la respiración. La *mitilotoxina* no es una Ptomaina, es producida en el abdomen de las ostras, que se vuelven malas en las aguas estancadas. Es una base cuaternaria.

El autor termina diciendo que el descubrimiento de estos venenos específicos, formados en ciertas enfermedades, es una nueva vía abierta á la terapéutica, que debe ser específica también.

Supresión artificial de la menstruación. — El Dr. Löwenthal refiere veintitrés casos tratados con ventaja por medio de la supresión del flujo menstrual; las enfermas eran cloróticas. El método empleado consiste en inyecciones de agua á la temperatura de 40° c. y reposo completo. En algunos casos se empleó el agua helada. El tratamiento produjo también gran mejoría en una histérica.

TOMO II ENTREGA 7ª 1º DE ABRIL DE 1889.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

Ratificaciones y rectificaciones.

CARTA ABIERTA

AL SR. DR. AGUSTIN GARCÍA FIGUEROA.

México, Febrero 23 de 1889.

Sr. Dr. Agustín García Figueroa.

Muy querido compañero y amigo:

No quiero dejar sin respuesta su carta fechada en 20 del mes anterior; mi silencio pudiera ser interpretado como asentimiento á inexactas ó falsas aseveraciones, en ese documento contenidas. Perdone vd. pues, que vuelva á molestar su atención.
Entro desde luego en materia.

I

Büchner, en sus palabras que vd. trascribe, no puede haber entendido por *especulación* lo que filosóficamente así se llama, ó sea, el estudio de los principios de una ciencia, partiendo sólo de los datos de la razón y con ayuda del raciocinio, porque en ese estudio no interviene la Filosofía Experimental, porque el adjetivo sobra donde sólo impera la Deducción. Büchner en sus palabras que vd. trascribe, no puede haber entendido por *especulación*, especulativa ó sea conjunto de teorías, contexto abstracto de la expresión de los hechos, Ciencia, porque hoy la especulativa se construye al dictado del Método Experimental y no es de temer que la Filosofía Experimental se enmarañe siguiendo senda científica, senda en suma por ella inquirida, trazada y abierta. Büchner en sus palabras que vd. trascribe, únicamente puede haber entendido por *especulación* lo que el Diccionario de la Lengua Española llama así: lucro, provecho, negocio, y así su dicho resulta exacto, porque en cuestiones psicológicas, entre las maravillas cerebrales, comunmente se prefiere averiguar sólo aquellas con que se puede sacar fruto ó ganancia del embobamiento de expectadores, se busca, y esto sólo para probocar, entre los fenómenos psicológicos, aquellos con que se pueda conseguir particular provecho ó benéfico resultado; por ejemplo, reproducir el estado somnambúlico, la doble vista y la clarividencia ú ostentar la adivinación y la trasposición sensorial; se esquiva entrar á paso firme, osado y sereno al aposento del Alma y examinarla en sus manifestaciones y buscarla en sus facultades, y discutirla, sujetando todos los fenómenos que se le atribuyen, al crisol de la prueba. En cuestiones psicológicas propiamente tales, la Filosofía Experimental está entredicha por las Creencias; no le permiten pasar; le prohiben discurrir; la estrechan; la asfixian, quitando la libertad de pensar y la amplitud para inquirir. En el campo psicológico sólo crece lozano el árbol de la Fe; es advenediza la Análisis Filosófica; cuando alguna vez esta se atrevió á posar su planta en el vedado recinto, mil y mil voces la anatematizaron é hicieron estremecer; el Dogma declara ilícito escudriñar con la ciencia al espíritu que habita en el cráneo; junto á la caja de hueso que corona nuestro organismo, como junto á la Arca santa, sólo se debe adorar, temer y esperar.

Yo no necesito por tanto, *echar una ojeada* sobre la mayor parte de los *tratados de psicología* llamada *experimental* para convencerme de que gran número de discípulos y maestros no se resolvieron á independer su criterio, ni siquiera á *estudiar los hechos y hacer observaciones imparciales*; que han preferido, como D. Simplicio, declarar que se ve, que no se ve, ó que han resuelto renunciar á empresa *engorrosa, larga y difícil;* que han sentido faltarles el valor de Moleschott, y la habilidad de Munsdley y la lógica de Büchner. Yo comprendo que en los tiempos presentes las dificultades son mayores, porque la Moderna Análisis no se conforma sólo con *estudiar los hechos y hacer observaciones*, quiere además que sólo se admitan como hechos, los fenómenos, comprobados, purificados, aquilatados y consagrados en el crisol de la prueba, y quiere también, que en seguida sean reproducidos por el Método de Diferencia, y luego teorizados por el Raciocinio, y en seguida, sus teorías corroboradas por la Experimentación. El que hoy, en cuestiones psicológicas, pretende denominarse filósofo, debe abstraerse de la fe, taparse los oídos como la conquistadora del pájaro parlante en el cuento árabe, a

emprender una lucha contra la Metafísica, con el mismo valor y el propio denuedo que si fuera á hacer conquistas en el campo de la geología. ¡Difícil cosa por cierto! lo concibo; al tomar ese desplante, al adoptar esa resolución, al emprender ese camino, la Filosofía Experimental debe, no sólo *enmarañarse*, sino angustiarse y palidecer y...... no seguir adelante.

¿Pero qué semejanza encuentra vd. entre un caso, de por sí tan árduo, y las pesquisas del Análisis en Terapéutica? ¿con qué derecho sustituye en las palabras de Büchner así como quien sustituye sinónimos, Terapéutica experimental á Psicología experimental?

En esta, son numerosas las dificultades y se agrupan los tropiezos; en aquella al contrario no hay más dificultades ni tropiezos que los que son propios á la Análisis misma. En la Terapéutica experimental la Veterinaria prepara, deslinda y allana el camino; encarrilada por ella, la Experimentación, sabe ser prudente, progresiva y alumbrada en el hombre sano, y temporánea, sesuda y sólo correctora en el hombre enfermo; las conquistas van haciéndose perfectas y completas en todas partes, y sólo queda al fin, que el Raciocinio teorice y reglamente, y que la Clínica confirme. Los resultados adquiridos pueden con toda franqueza anunciarse y publicarse y lucirse; nadie llamará ateo ó impío ni por el contrario devoto ó fanático al que los pregone; nadie denostará á no ser imbécil ó cándido al que los ostente como hechos científicos que puedan basar el más exigente Raciocinio.

Ya no diga vd. igualdad que autorice sustitución, ni siquiera semejanza que arguya paridad, hay entre las cuestiones psicológicas y las terapéuticas bajo el punto de vista de la Análisis Filosófica.

Pero suponga por un momento, que fué buena la sustitución que vd. hizo de Psicología Experimental por Terapéutica Experimental; suponga vd. que la Terapéutica Experimental de que hablamos sólo es un mito, que no hay Terapéutica Experimental; la Terapéutica Dosimétrica nada alegaría ya en su favor; pero ¿y la homeopática? ¿Ya se olvidó á vd. que los tratamientos de Hanhemann y la aplicación de dosis infinitesimales está fundada en la Experimentación? O al fin del cuento saldremos con que por *larga, engorrosa y difícil* ó por haberse *enmarañado muchas veces en la senda falsa de la especulación*, la terapéutica homeopática no ha sido experimental como lo decantan sus protagonistas. Vamos; confiéselo vd.

II

Y respecto del Dr. Dujardin Baumetz, médico honorable y muy señor mio, tampoco hay justicia para que vd. lo deslice ni entre paréntesis como maestro filósofo. No lo es, y un sólo pasaje á él referente va á demostrarlo. En la Academia de Medicina de París refirióse que el Dr. Burggraeve, por motivo de reacción, administra aconitina á los enfermos y que estos podían tomar hasta fuerte cantidad del alcaloide granulado cuando la reacción fuese muy alta; Mr. Dujardin partiendo sin duda de que en salud no es posible ingerir sin peligro ciertas dosis de aconitina (no quiero suponer que á *priori*, ó por que sí, célebre razón del Capitan Alegría), declaró que ó era falso que los gránulos se daban ó lo era que tenían aconitina. ¿Qué piensa vd. de conclusión como esta, derivada de premisas como aquellas? ¿le parece lógico inferir del sano al enfermo, ó sin datos y poniendo como razón, soberana voluntad? Declárelo sin ambajes, si para ello no pulsa inconveniente.

III

Sigo con otro punto.—Vd. me suplica que rectifique al tenor de la carta que copia del Dr. Hughes, que diga yo que dicho Sr. Hughes se limitó á citar una experiencia curiosa de Teste, experiencia que por su cuenta ni *atestigua* ni *acepta* como opinión de la Escuela Homeopática. Pues bien, está vd. servido y quiera Dios que sea la última rectificación de su género, porque si á la hora de la prueba, cuando está sosteniendo una tesis fundamental, los autores de Homeopatía le suprimen, esos que vd. llama pomposamente *hechos*, lucido va á quedar. Vd. es valiente, no puede negarse; aferrado á las *escasas* y (supongo que por escasas) *preciosas* lecciones que la Naturaleza da a la observación empírica (segunda suposición: supongo que á la observación empírica homeopática, porque la Naturaleza da abundantes á la observación empírica científica) no quiere (y tiene razón) que le quiten (así con ese desenfado) hechos que deben constar en la historia de los acontecimientos terapéuticos; y, mirando que se evaporan, que se los retiran, que lo dejan desolado, vd. los retiene metiéndolos aunque sea entre los *monstruos apocalípticos*. El caso del "Aloes" es inverosímil; Hughes que quizá de buena fe lo adoptó, en seguida y con honradez le niega su patrocinio; á pesar de intitularse *hecho*, no hay alguno, fuera de su autor que declare haberlo presenciado. Qué ¿nada de es-

to es capaz de conmover su fe, nada de esto, bastante para entiviar su convicción?

Pero yo concedo al Sr. Teste toda honorabilidad; puede que haya presenciado coincidencia de la que derivó falso corolario, puede que haya visto un *cum hoc* del que dedujo preocupado un *propter hoc.* En tiempos de gobiernos mal queridos en nuestro país, se atribuye á su estancia en el poder, cuantos males ocurren por extraños y estrambóticos que sean; pasa un cometa por nuestro cielo, ruge una tempestad sembrando pánico, destruye nuestras costas un ciclón; Preocupacion ó ignorancia inculpan al gobierno. ¿No será semejante á esta bonachona aseveración, el hecho de Teste? ¿no vería este caballero, suponiendo que vió, maravillas de qué supuso autor al Aloes y que sin embargo el de Socotora no había causado? *Tachar no es esclarecer;* verdad; pero urdir consejas ó improvisar á *voluntate* conclusiones no es narrar hechos. El Sr. Teste ó el Sr. Figueroa, si desean ser creídos, deben reproducir el *hecho;* no quiero que lo expliquen, sino que lo muestren, que digan como Jesucristo al apóstol científico: *mitte manum tuam.*

Pero no, ni esto; seré benévolo; me basta con que el Dr. García Figueroa me diga que ha visto, que le consta que el Aloes puede quitar y dar la calvicie, pintar y blanquear el pelo. Si vd., mi buen amigo, llega á pronunciar las palabras de la consagración sobre esa inmensa rueda de molino, le protesto, que sin más trámites y con profunda devoción comulgaré con ella.

Los sublimes empíricos de las ciencias naturales, han hecho constar hechos aislados de hombres con cola ó con cuernos; sí señor; pero en primer lugar, han sido *los* y no el; ha habido testimonio de varios y á distintas épocas, y en segundo esos *sublimes empíricos* han *mostrado* sus hallazgos; la Restauración no ha hecho sino completarlos; la existencia de los megaterios y de los plesiosauros es evidente; los Museos están allí para persuadir á cualquiera incrédulo.

¿Supone vd. que hay comparación entre el *hecho curioso* de Teste, atestiguado por su autor, defendido por vd., y que en medio de toda su importancia fué relegado al saco por Hughes, y los monstruos prehistóricos comprobados á cada paso, y visibles y tangibles?

IV

Sigo con la rectificación que incumbe al Sr. Dr. Dujardin Baumetz.

No pretendí llamar á vd. calumniador en el párrafo á que se refiere. Sostengo que el Sr. Dujardin Baumetz se contradice negando el Método Experimental y deduciendo tales ó cuales corolarios de *consideraciones experimentales;* y note, que yo como vd., me refiero á la Terapéutica Experimental, al Métoto de investigación aplicado á la Terapéutica, mismo al que se refiere el Sr. Dr. Baumetz en sus palabras sobre los fosfatos, y mismo al que se concreta el párrafo que inserta la carta que vengo contestando.

Y ya que de tal párrafo me ocupo, ¿Dujardin Baumetz sostiene que la Terapéutica Experimental no existe; que no pudiéndose crear en los animales Enfermedades Artificiales, no podemos estudiar sobre ellas la acción de los Medicamentos; que lo más frecuente es que nos veamos forzados para obtener efectos apreciables, á producir desórdenes muy graves, aplicando así el Medicamento al estado de Veneno más bien que al estado de Medicamento; que se puede decir que no se ha hecho una Terapéutica Experimental, sino más bien al contrario, una Toxicología Experimental?

...... Pero qué ¿el Sr. Baumetz no conocerá las experiencias de Aselli, de Pecquet, de Graaf, de Bichat, de Magendie y de Brown-Sequard ?...... Tentado me veo á mandarle un ejemplar de las lecciones sobre Patología Experimental, que de Diciembre de 1858 á Enero de 1870, dió en el Colegio de Francia y delante de numerosos discípulos, el sabio fisiólogo francés Claudio Bernard: allí podrá ver que se pueden y cómo se pueden, crear Enfermedades Artificiales sobre las que se ensayen los medios terapéuticos; que se pueden y cómo se pueden, provocar desde insignificantes desórdenes morbosos hasta terribles sideraciones patológicas; que sin introducir agente alguno extraño en la economía viviente, es posible provocar todas y cada una de las enfermedades de la Clínica; que Magendie, Brown-Sequard y Bernard fundaron propiamente eso que él llama Toxicología Experimental, que no es más que la Patología Experimental, y que bajo otro aspecto no es más que la Intoxicación Medicamentosa ó sea la Terapéutica y......... (esto va para vd.) que se ha aprendido á enfermar y matar animales, para consolar y curar enfermos.

El Sr. Dr. Dujardin Baumetz no tuvo razón para decir lo que dijo, y vd. ve que quizá inconscientemente soltó una prenda, cuando en el párrafo de los fosfatos recomienda por tales ó cuales consideraciones experimentales, que no deben emplearse

los del comercio farmacéutico. A no haber más que el Sr. Baumetz, que usara la experimentación, el Método Experimental mas ó menos perfecto existiría y su aseveración en contrario sería falsa. Existiendo el Método Experimental desde Galileo y Descartes y Newton, ó lo desconoce y entonces debiera instruirse antes de negar, ó cree falso el empleado por el sabio Profesor del Colegio de Francia, y entonces debió externar su opinión opuesta y comprobarla. De otro modo yo podría negar que existe el Maestro Dujardin Baumetz ó decir que el Dr. Baumetz es nadie, y tendría que creérseme.

Y antes de firmar esta carta, vaya una pregunta candorosa que aguarda humildemente la respuesta. ¿Vd. también es de los que creen que en los animales no se pueden crear enfermedades artificiales?

Soy de vd. con todo respeto y cariño, servidor, compañero y amigo que B. S. M.

FERNANDO MALANCO.

DOCUMENTOS

Relativos á la creación de un Instituto Médico Nacional en la ciudad de México.

Correspondencia particular del Secretario de Fomento.

México, Agosto 17 de 1888.

Sr. Dr. H. H.—Presente.

Muy señor mio:

El señor Presidente me recomienda suplique á vd. se sirva concurrir el próximo martes 14, á las 5 p. m., á la Secretaría de Fomento sita en el edificio de Minería, para, en su nombre, hacer á vd. una consulta de interés público.

Yo, por mi parte, encargo á vd., que con su acostumbrada exactitud se sirva concurrir.

Quedo de vd. affmo. atento seguro servidor.—*Carlos Pacheco.*

Carta que se ha dirigido á los Sres. Dres. Rafael Lavista. Eduardo Licéaga. Alberto Escobar. Juan Govantes, Joaquín Huici. Maximiliano Galán, Miguel Alvarado, José Barragán y Joaquin Vértiz.

Acuerdo.— Aprobado en lo general por la Junta de Directores de Establecimientos médicos, celebrada el 14 del presente, convocada por la Secretaría de Fomento, con autorización del Presidente de la República, á la que concurrieron los señores:

Dr. Manuel Carmona y Valle, Escuela de Medicina.
„ Rafael Lavista, Hospital de San Andrés.
„ Alberto Escobar, Hospital Militar de Instrucción.
„ Juan N. Govantes, Hospital de Dementes.
„ Joaquín Huici, Hospital de Sanidad.
„ Miguel Alvarado, Hospital de Mujeres Dementes.
„ José Barragán, Hospital de Jesús.
„ Eduardo Licéaga, Hospital de Maternidad,

por invitación de la Secretaría de Fomento, el pensamiento de dicha Secretaría de Fomento, de que se emprenda el estudio que se les inició en el documento núm. 1 y su acuerdo relativo; se resolvió que la propia Secretaría nombrara del seno de la Junta una Comisión que estudiara los detalles de ejecución del proyecto, y presentara dictamen á la mayor brevedad posible.

Se aprobó asimismo que se pase, tanto á la Comisión como á cada uno de los miembros de la Junta, inclusive á los ausentes: Sres. Joaquín Vértiz, Director del Hospital "Béistegui," Tobías Núñez, del de "Juárez," y Amado González, del de "Morelos," copia de los antecedentes que obran en la Secretaría de Fomento, relativos á todos los trabajos emprendidos por ella, en relación con ese pensamiento y desde su origen.

En consecuencia, de los resultados de la Junta, y con inserción de este acuerdo:

"Nómbrese una Comisión de los Doctores Eduardo Licéaga y Alberto Escobar, á efecto de que dictamine sobre el proyecto. Esta Comisión indicará cuándo deba citar la Secretaría de Fomento, nueva reunión para la discusión de su dictamen. Al efecto, hágase á la Comisión una exposición del pensamiento que ha venido planteando el Ministerio desde el año de 1884, y acompáñensele todas las piezas que obran en el expediente respectivo, bajo los números que les correspondan."

México, Agosto 15 de 1888.— *Pacheco.*

Secretaría de Estado y del Despacho de Fomento, Colonización, Industria y Comercio.—México.—Sección 4ª

Tengo el gusto de acompañar á vd. e acuerdo del señor Ministro, fecha 15 de corriente, por el cual verá que están desig

nados vd. y el Sr. Dr. D. Alberto Escobar, como miembros de la Comisión que deberá presentar dictamen á la Junta Consultiva, sobre el estudio que le ha sometido este Ministerio, relativo á las plantas y animales medicinales que se están recolectando en la República.

Son adjuntos á la vez, los documentos correspondientes del 1 al 7.

Libertad en la Constitución. México, Agosto 16 de 1888.—*M. Fernández Leal*, Oficial mayor.—Al Sr. Dr. D. Eduardo Licéaga.—Presente.

He recibido el acuerdo del señor Ministro, de fecha 14 del corriente, por el que se ha servido nombrarme para que, en unión del Sr. Dr. Alberto Escobar, presente dictamen á la Junta Consultiva correspondiente, sobre el estudio á que se refiere la comunicación de vd., que tengo la honra de contestar; manifestándole que acepto dicho nombramiento, y que procuraré desempeñar la comisión con que se me distingue.

México, Agosto 27 de 1888.—*E. Licéaga.*—Sr. Oficial mayor de la Secretaría de Fomento, Ingeniero Manuel Fernández Leal.

NÚMERO 1.

Exposición detallada de la idea.

Hace ya varios años que la Secretaría de Fomento se ha formado el propósito de hacer un estudio extenso, profundo, y que comprenda todo el país, de todos aquellos asuntos que más directamente se relacionan con el bien público, con la mira de conocerlos lo mejor posible, y poder, en consecuencia, dictar en el orden administrativo las medidas más adecuadas al fomento de todos los ramos de nuestra riqueza y de promover lo que resulte más adecuado al aumento del público bienestar.

Entre los numerosos é importantes trabajos que en este sentido tienen emprendidos y cuyos resultados son cada día más importantes, descuellan por su incontestable interés, todos los que tienen más directamente por objeto el estudio de las condiciones de la salubridad pública y de los medios de mejorarla; estudios á los que se ha consagrado gran empeño, por ser de los que prometen al país en general los mejores resultados.

La primera medida que tomó esta Secretaría en este sentido el año de 1884, fué la de proyectar una vasta investigación, 1º, de las condiciones climatológicas de cada localidad; 2º, de las diversas enfermedades propias de cada región, y por consiguiente, de su distribución geográfica en todo el país; y 3º, de la flora peculiar á cada lugar.

Una investigación de tanta importancia, sólo podía hacerse pidiendo á los Ayuntamientos, á las autoridades políticas, á los médicos y farmacéuticos y á todas las demás personas que se creyeren competentes, los datos necesarios, y así se determinó por esta Secretaría, no sin consultar previamente su idea y los medios con que pensaba llevarla á cabo, con una Comisión facultativa.

Dicha Comisión, compuesta del malogrado Dr. Gustavo Ruiz Sandoval y del Dr. Ramón Rodríguez Rivera, aprobó la idea fundamental, así como los medios propuestos para realizarla, y redactó los cuestionarios que habían de circularse y que se distribuyeron profusamente en todo el país, remitiéndolos á las Corporaciones y personas más capaces de contestarlos.

Los resultados de estas gestiones correspondieron plenamente á las esperanzas que en ellas se fundaron y demostraron una buena voluntad general y una simpatía decidida por el pensamiento.

Los cuestionarios fueron, en una inmensa mayoría, satisfactoriamente contestados, acumulándose así una cantidad tan variada como interesante de datos que formaron una obra de cinco volúmenes, de los cuales acompaño á vd. el primero, que es hasta hoy el único publicado, y cuya edición, una vez concluída, será un inagotable manantial de datos de general utilidad y de aplicación especial á las investigaciones teóricas y á los trabajos prácticos de nuestras clases médicas.

Para facilitar esas investigaciones y trabajos y hacer manejable la masa de los resultados obtenidos, esta Secretaría creyó indispensable ponerlos en manos de una persona competente que supiera resumirlos y darles una forma gráfica que es la que mejor se presta á una rápida comparación y una fácil deducción. Se nombró, en consecuencia, al Dr. Domingo Orvañanos para que hiciera el resumen de los datos, los perfeccionara con los comentarios á que mejor se prestaran, y proyectara y formara las cartas climatológicas y de geografía médica, complementarias al trabajo emprendido.

El Dr. Orvañanos se ocupa actualmente del desempeño de su importante comisión, y de su celo é inteligencia hay que esperar que pronto dará cima á su empresa. Esta Secretaría se propone dar á vd. cuenta en

su oportunidad del resultado definitivo de este trabajo, remitiéndole los volúmenes de las "Noticias Climatológicas" y las cartas correspondientes, á medida de su publicación.

La gran actividad que en todo el país ha despertado la próxima Exposición Internacional de París, ha dado á este Ministerio oportunidad de plantear otros dos pensamientos del mayor interés y que guardar estrecha relación con las ideas antes desarrolladas.

Aprovechando la buena voluntad general que, hacia las investigaciones de esta Secretaría, revelaron los resultados ya obtenidos, distribuyó profusamente una circular tendiendo á averiguar en qué lugar existen las plantas en ella consignadas; plantas clasificadas ya y científicamente usadas.

Este trabajo tiene por objeto dar á conocer en Europa el estado de nuestras riquezas en ese particular, con todos los pormenores conducentes á provocar la demanda de esos productos y á estimular así la generalización y mejor cultivo de las que merezcan los honores de la demanda extranjera.

Si como todo lo hace esperar, esta investigación es tan fructuosa como la otra, no es dudoso que nuestra riqueza nacional recibirá un nuevo y vigoroso impulso, y precisamente en un ramo en el que nuestro suelo parece fecundo y puede llegar á ser inagotable.

El segundo pensamiento parece ser de mayor importancia y prometer resultados aun más felices.

Bien conocida es de todos la infinita variedad de nuestra flora y de nuestra fauna y nadie se atreve á desconocer la inmensidad de las riquezas latentes de nuestro suelo. Lejos de eso, en los últimos años se ha desarrollado en el país un gran espíritu de empresa, y en toda la extensión del territorio nace y se fortalece la tendencia á estudiar atentamente, con la mira de una honesta explotación, todos los elementos naturales de que estamos ampliamente dotados.

A los esfuerzos de investigación que, con una mira industrial y mercantil, hacen cada día con más ahinco el Gobierno y los particulares, ha creído esta Secretaría deber contribuir con uno esencialmente científico y humanitario, y para cuya realización solicita el concurso de vd.

Las altas verdades y los sólidos principios de cuyas conquistas se envanece con tanta razón la ciencia humana, derivan de dos fuentes principales: ó provienen de las investigaciones de los sabios, ó de las tradiciones de los pueblos.

La tradición es la materia prima de la elaboración científica, y es vituperable su olvido, es injustificable su desprecio. Y si es verdad que muchas tradiciones son erróneas, no es menos cierto que la tradición, que es experiencia acumulada, encierra casi siempre un fondo de verdad, que al hombre investigador toca dilucidar.

Esto que es una verdad, considerada la ciencia en general, es especialmente cierto tratándose de las ciencias superiores, y más particularmente de las ciencias médicas. El estudio metódico de la tradición no ha sido á la ciencia ni á arte alguno tan útil como á la medicina y á la observación y experimentación científicas aplicadas á las fórmulas tradicionales; está llamada á dar, como ha dado ya innumerables veces, los más brillantes resultados.

Nuestro país se presta maravillosamente á emprender con provecho el trabajo de recoger y acumular cuidadosamente esa vasta y complicada tradición médica, que es en nuestro pueblo criollo la principal, y en nuestro pueblo indígena la única medicina á que piden la curación de sus enfermedades; nuestra raza indígena especialmente conoce y aplica con fe ciega multitud de agentes terapéuticos cuyo uso data en ella de una remota antigüedad; y si se reflexiona en que el germen de esta tradición remonta, á no dudarlo, á las épocas en que la raza indígena cultivaba las artes y las ciencias y consagraba gran atención al arte médico, natural es pensar que una compilación cuidadosa y esmerada de estas tradiciones, está llamada á revelaciones inesperadas y á descubrimientos importantes.

Penetrado de esa idea el Gobierno, se ha impuesto la ardua tarea de hacer esa importante compilación, y á ese efecto ha distribuído, como lo ha hecho con tanto éxito en otras ocasiones, la circular y cuestionarios que se anexan bajo el número 4, en número de 20,000 ejemplares. Las preguntas en ellos formuladas contienen cuanto de más importante conviene averiguar relativo á la terapéutica tradicional popular. Vaciadas y condensadas en un registro metódico, los cuestionarios contestados son, por sí solos, un manantial de previsiones tan plausibles como interesantes. Dicho registro será de fructuosa consulta para todas las clases médicas, tanto porque las concordancias que se observen en cuanto á la aplicación y resultados obtenidos con cada planta ó animal, tenderán á corroborar la verdad intrínseca de la tradición,

cuanto porque las divergencias ó contradicciones enseñarán con gran probabilidad los errores populares en esta materia.

Un registro de esta naturaleza será siempre un documento interesante por sí sólo, y único acaso en su especie, al menos en cuanto á su comprensión y á la manera como ha sido formado; pero la plenitud de los resultados que de su formación pueden esperarse, sólo se alcanzará cuando las conclusiones de origen tradicional sean examinadas científicamente y ratificadas ó confirmadas por la experimentación.

Previendo esta necesidad y decidida á darle cumplida satisfación, en la medida de lo posible, esta Secretaría no se conformó con formular y distribuir sus ejemplares, sino que cuidó asimismo de solicitar ejemplares de las plantas y animales á que fuesen aplicables los cuestionarios, ejemplares que serán el indispensable material de trabajo de comprobación que se propone emprender.

Esta parte, si bien la más difícil, la más importante de todo el trabajo, debe, en concepto de esta Secretaría, constar de cuatro operaciones diferentes confiadas cada una de ellas á una comisión técnica especial según se indica en el documento número 5.

1ª *Clasificación, Descripción y dibujo.*—Esta operación de identificación, por decirlo así, de la planta ó animal objeto del estudio, es indispensable, porque en la mayoría de los casos los ejemplares llegaron á poder de esta Secretaría sin más indicación que la de sus denominaciones vulgares y porque sólo descrito y clasificado el ejemplar podrá más tarde tomar carta de naturaleza en la terapéutica científica.

2ª *Análisis inmediato y elemental y preparación de los productos farmacéuticos.*—Esta operación sigue en el orden, á la anterior y es tan indispensable como ella, porque la primera condición de una experimentación metódica es operar con productos de composición bien definida, y además porque tanto el análisis como la clasificación pueden sugerir la marcha de la operación siguiente y facilitarla.

3ª *Experimentación fisiológica en los animales.*—Es bien sabido que sin este requisito no existe científicamente derecho de ensayar en el hombre sano ó enfermo, y que sólo de ese modo es posible prever los resultados de la experiencia en el hombre para proceder con acierto, sin peligros y con probabilidades de éxito.

4ª *Experimentación en el hombre sano y enfermo.*— Esta operación es la que tiene el verdadero carácter de definitiva y concluyente, y á ella tiene que llegarse por el indispensable conducto de las anteriores.

La diferente índole de estas operaciones exige que se confíe cada una á una comisión técnica especial. La delicadeza y trascendencia de la 4ª, y el tacto y la habilidad indispensables para desempeñarla, han sugerido á esta Secretaría la idea de formarla con personas como vd., cuya reputación personal y cuya posición oficial son las mejores garantías, tanto para la Administración cuanto para la sociedad en general.

La anterior organización indica por sí misma algunos de los puntos principales de la reglamentación de los trabajos. Las operaciones se ejecutarán en el orden antes indicado; cada una de las comisiones pasará á la siguiente el ejemplar que haya estudiado, con los resultados del estudio que haya hecho; todos llevarán registros de sus respectivos trabajos, en los que consignarán los resultados de sus investigaciones propias y los que les hayan comunicado sus predecesores; los miembros de la 4ª Comisión recibirán una libreta en la que la Secretaría de Fomento hará constar los resúmenes de los cuestionarios; estas libretas que definen para esta Comisión el sentido de sus investigaciones y los resultados que se trata de comprobar, serán remitidas periódicamente á dicha Secretaría, por ejemplo, cada semana, para que anote en ella los resúmenes de los cuestionarios nuevamente recibidos. Siendo la Comisión de análisis la que necesita mayor cantidad de ejemplares, á su cargo estará el almacenarlos para distribuir á las demás comisiones los ejemplares que necesiten.

Estos puntos y todos los demás que la organización de los trabajos demanden, tienen que formar una reglamentación pormenorizada, que dividiendo, escalonando y gerarquizando los trabajos, facilite las delicadas funciones encomendadas á las comisiones.

Naturalmente las operaciones de las comisiones antes indicadas, serían imposibles sin una instalación material adecuada. A este efecto la Secretaría trabaja en proporcionarse un local adecuado, y ha formado una lista de instrumentos, útiles, reactivos, etc., que somete al examen de vd., bajo el núm. 6, á fin de que no falten en lo posible elementos materiales de estudio á las diversas comisiones.

Dividido así el trabajo y dotadas las comisiones del material necesario, esta Secretaría cree que puede prometerse los mejores resultados de esta empresa.

Forma parte integrante de este pensamiento, el que en la próxima Exposición de París figuren: el catálogo que se forme en vista de los cuestionarios contestados y forzosamente contendrá el resumen de nuestra terapéutica tradicional, y una colección de las plantas, animales y productos que sean materia de estudio en dichos cuestionarios. No hay ni que decir que en dicho catálogo constará expresamente que los efectos y resultados en él indicados, son únicamente los que la tradición acepta y de los que ella sola es responsable. Pero aún en esa forma, no es dudoso que esta parte de la exhibición mexicana será estimada como una curiosidad digna de estudio y única en su especie.

Si á esta exhibición se agrega otra especial, aunque más modesta y en la que se expongan las comprobaciones científicas ya hechas, ó en general los resultados obtenidos de aquí al mes de Abril por las comisiones, es seguro que la República conseguirá despertar la curiosidad científica en este particular, y lográndolo nada será más fácil que alcanzar la colaboración del mundo científico en esta obra esencialmente humanitaria.

Como se ve, en el desarrollo de este pensamiento se trata de alcanzar dos fines importantes; uno transitorio: cooperar al mejor éxito de nuestra participación en el Certamen de París, procurando despertar el interés de la ciencia extranjera por nuestros estudios, y asociándola, si posible fuere á ellos; y otro definitivo: dotar al país, de una institución destinada á emprender los altos estudios médicos y á descubrir en el seno de la obscura tradición, los secretos de una terapéutica cada día mejor encaminada á conservar la salud y la fuerza, y prolongar la vida humana.

Una institución de esta clase no podrá menos de contar con todos los sufragios, y es de creerse que no se hará esperar mucho tiempo la colaboración de todos los hombres estudiosos del país.

No quisiera cansar la atención de vd. con la enumeración de los resultados colaterales que pueden, á la vez que los indicados, obtenerse; pero no puede escapar á la penetración, que además de enriquecerse la ciencia nacional con el fruto de nuevas é interesantes investigaciones, disponiendo de elementos que entre nosotros no suelen estar al alcance de los particulares, y de contribuirse á la formación de nuestra flora y de nuestra fauna; puede ayudarse á desterrar de nuestro pueblo las preocupaciones infundadas que hoy abriga en el orden de ideas que analizamos, y difundir en lugar de éstas, otras más sanas en punto á usos terapéuticos, cooperando así á la generalización de las plantas y animales útiles; y por último, que si como es probable encierra nuestro suelo productos tan importantes como la quina y el opio, y que se presten á aplicaciones nuevas é inesperadas, se crearán nuevas fuentes de riqueza, contribuyéndose así al desarrollo de nuestra propiedad material.

La exposición que precede ha puesto á vd. al tanto, con más pormenores y más amplias consideraciones, de cuál ha sido y cuál es actualmente la idea de esta Secretaría en lo relativo al estudio de las plantas y animales del país, susceptibles de aplicación á la medicina, proyecto que en la Junta de 14 del actual fué presentado en forma más sucinta.

Este Ministerio espera que las indicaciones anteriores serán bastantes á que vd. sugiera las reformas y ampliaciones que sean necesarias en el proyecto, y espera que no le negará en su planteamiento el indispensable concurso de su inteligencia y de su buena voluntad.

México, Agosto 20 de 1888.—*Carlos Pacheco.*

NÚMERO 2.

No se inserta por ser todo el primer tomo de la obra intitulada "Noticias Climatológicas de la República, recopiladas por la Secretaría de Fomento para la formación de la Geografía Médica Mexicana, publicadas por acuerdo de la misma, bajo la dirección de los Dres. Ramón Rodríguez Rivera y José Ramírez."

NÚMERO 3.

Secretaría de Estado y del Despacho de Fomento, Colonización, Industria y Comercio.—México.—Sección 4ª—Núm. 270.

Teniendo recopiladas esta Secretaría algunas noticias que pueden servir para la formación de la Geografía Médica Mexicana, se le remiten á vd. con el objeto de que se sirva estudiarlas y proceda á la formación de la referida Geografía Médica, teniendo como punto de mira los servicios que se puedan prestar á la Higiene pública muy particularmente.

Para el desempeño de la comisión que se le confiere á vd., puede dirigirse á esta Secretaría pidiéndole todas las noticias que fueren necesarias además de las que ahora recibe.

Libertad y Constitución. México, Julio

16 de 1888.—*M. Fernández*, Oficial mayor. —Rúbrica.—Al C. Dr. Domingo Orvañanos.—Presente.

Es copia. México, Agosto 16 de 1888.— —*M. Fernández*, Oficial mayor.—Rúbrica.

(Continuará.)

La nitro-glicerina y la Strofantina.

I

Sinonimia.—Nitro-glicerina, trinitina (Huchard), glonina (los tromeópatos).

Preparación.—Se hace caer gota á gota glicerina en una mezcla á 0° de ácido sulfúrico concentrado (2 partes) y ácido nítrico (1 parte), se remueve poco á poco la mezcla hasta saturación; se echa la mezcla en agua fría, se lava varias veces el precipitado oleoso que se forma, se deja en reposo, se disuelve el líquido oleoso en el éter, se agita esta disolución con cloruro de calcio que lo deshidrata y se filtra, y después se deja evaporar lentamente.

Caracteres físico-químicos.—A la temperatura ordinaria es un líquido oleoso, incoloro, inodoro y dulzaino; es poco soluble en el agua, muy soluble en el alcohol y en el éter. La solución alcohólica detona si se la golpea con un martillo mojado. Bajo la influencia prolongada del frío cristaliza en agujas prolongadas.

Acción fisiológica.—A la dosis de 15 gotas de la disolución alcohólica al centésimo produce sopor y una languidez bastante agradable, síntomas que en algunos sugetos se cambian por tormento en la cabeza, vértigos, náuseas y un poco de dolor en el estómago. Si la dosis es doble ó triple, produce cefalalgia occipital, intermitencia de pulso, sudores profusos y aún vértigos y lipotimias. *Hace descender notablemente la tensión arterial;* la dosis exagerada de nitro-glicerina determina cambios en la sangre que adquiere color de chocolate, lo que indica que dicho líquido *ha perdido la facultad de absorber y trasformar el oxígeno;* deprime la calorificación, retarda el pulso y la respiración, produce convulsiones, cianosis y por fin paraliza el corazón. Según Barthelow la muerte puede ser debida á la asfixia ocasionada por la parálisis de los músculos respiratorios. La dosis de 5 á 15 centígramos, puede producir síntomas alarmantes que, sin embargo, cesan á la media hora.

Fisiológicamente hablando la nitro-glicerina tiene una acción comparable á la del nitrito de amilo y nitrito sódico; y los antagonistas naturales son los estrícnicos y la digitalina.

Aplicaciones terapéuticas.—Después del estudio fisiológico hecho por Lander Brunton, el Dr. Murrell introdujo dicha sustancia en la terapéutica, empleándola *en todos las cardiopatías*, sobre todo, en la angina de pecho, en las debilitaciones del miocardio debidas á la debilitación ó á la degeneración del músculo cardíaco, como agente vaso-dilatador.

El Sr. Green dice que disipa prontamente las congestiones pulmonares repentinas sobrevenidas en el curso de las cardiopatías, pues favorece la circulación sanguínea periférica y por ende deriva la pulmonar. Produce el mismo éxito en la *eclampsia puerperal* que en la mayoría de los casos es debida á la anemia cerebral producida por la hipertensión arterial que la nitro-glicerina hace desaparecer.

El Dr. Huchard presentó en la Sociedad de Terapéutica (sesión del 11 de Abril de 1883) un estudio sobre el medicamento en cuestión. Confirmó los trabajos de los ingleses y americanos sobre la acción fisiológica y manifestó haber obtenido notables mejorías administrando dicho remedio en casos de angina de pecho, en la angustia precordial y los vértigos sintomáticos de la *insuficiencia aórtica* y aún en las afecciones nerviosas ligadas á la anemia cerebral, tales como cefáleas, hemicráneas, obnubilaciones, fobias y trastornos auriculares. Dicho autor prescribe ordinariamente, así: Agua...... 300 gramos.

Solución alcohólica de nitro-glicerina al 1 por ciento 30 gotas. Hace tomar 3 cucharadas de café ó de sopa al día.

En 1885 el Sr. Rosbach, catedrático alemán, recomendó la nitro-glicerina en la *nefritis intersticial con atrofia renal*, pues según sus observaciones aumenta la cantidad de orina, desaparece el coma urémico, así como el malestar general y la retinitis albuminúrica se mejora manifiestamente. Dicho clínico para quien el aumento de la orina en este caso depende, no del aumento de la presión sanguínea, que disminuye con el medicamento, sino de la gran permeabilidad de los capilares para el líquido sanguíneo, administra esta sustancia haciendo una disolución etérea, incorporando esta disolución á una mezcla de chocolate (2 partes) y goma arábiga (1 parte), de manera que cada 200 gramos de dicha masa contengan 10 centígramos de nitro-glicerina. Verificada la mezcla y evaporado el éter, se le incorpora agua para obtener un líquido pastoso que antes de secarse se divide en porciones ó tomas que cada una

contiene medio miligramo de medicamento. Se pueden tomar de 1 á 15 de estas dosis, según la susceptibilidad del individuo. Según el mismo autor, al principio del tratamiento, se pueden experimentar pasajeros dolores de cabeza que desaparecen una vez establecida la tolerancia.

Barthelow ha emitido la idea de prescribir la nitro-glicerina contra *el mareo, los vómitos reflejos, la gastralgía, los cólicos hepáticos y otras afecciones espasmódicas y dolorosas del tubo digestivo*, así como también en la *coqueluche* y la *laringitis estridulosa*.

Hammond tiene confianza en la nitro-glicerina contra la epilepsía al paso que Andrews dice que multiplica los accesos.

Bramwell cita el caso de *un tic doloroso* de la cara en un octogenario curado por el medicamento en cuestión dado á la dosis de algunas gotas de la disolución alcohólica tres veces al día. Según el mismo autor, debe ser útil en la forma tónico-simpática de la hemicránea.

El Dr. Talma que ha observado los buenos resultados que se obtienen con este medicamento en aquellos estados, que como los vértigos, desfallecimientos, zumbidos de oído, fotofobia van unidos á la anemia cerebral y á menudo concomitan con el estado grasoso del corazón, lo prescribe disuelto en aceite y en cápsulas gelatinosas cada una de las cuales contiene veinte centígramos de aceite de olivas por la sexta parte de un miligramo, y cree que la dosis diaria para un adulto es de seis cápsulas.

Van Renterghem de Amsterdam da la preferencia á la disolución hidro-alcohólica siguiente.

Solución alcohólica de nitro-glicerina al 1 por 150 centígramos á un gramo.

Agua destilada........... 250 gramos

y de ella administra cada media hora una cucharada de sopa hasta obtener el efecto deseado, fórmula aceptada por el Doctor Droixfre.

El Dr. Luis Lantembach aurista del Hospital Pensilvania de Filadelfia dice, después de haber manejado mucho este fármaco, que tiene cierto valor contra *los zumbidos de oídos* especialmente contra los que acompañan á las enfermedades de corazón sin trastorno manifiesto de la audición. Añade que en buen número de casos en que los zumbidos estaban unidos á un catarro del oído medio y á la faringitis granulosa, también desaparecieron mediante la trinitina, debiéndose advertir que eran continuos ó poco menos, que el frío y la humedad los agravaban y que varios de los enfermos que los sufrían tenían cefalalgias casi siempre parietales. Dicho autor daba la sustancia en forma pilular.

Según lo dicho, en un extracto de un trabajo del Dr. Droixhe,[1] la nitro-glicerina es un medicamento vascular, cuya acción es dilatar las arteriolas y venillas, y cuyas indicaciones son todos los estados dependientes del espasmo ó contracción fuerte y como tetánica de los vasitos en que abunda el elemento muscular.

II

El Dr. Germán Sée dió cuenta á la Academia de Medicina de París (sesión del 13 de Noviembre de 1888), de los trabajos que en unión del Sr. Gley ha llevado á cabo sobre la acción fisiológica de la estrofantina. De dicho trabajo extractamos lo siguiente:

Caracteres físico-químicos.—Es un glucósido que se presenta en cristales incoloros, es soluble en el agua y en el alcohol, é insoluble en el éter. Tiene reacción ácida, no se está aún de acuerdo sobre su fórmula química, y la disolución de esta sustancia en ácido sulfúrico reduce el licor de Fheling.

El Sr. German See ha usado el producto suministrado por el Sr. Arnaud,

1º *Acción sobre el sistema nervioso motor y sensitivo.*—Habiendo dado la estrofantina á una rana y ligado la arteria ilíaca primitiva de un miembro abdominal, con el fin de que no le llegara con la sangre el medicamento citado, observaron que excitando con la electricidad el nervio ciático del miembro cuya arteria no se había ligado, la contracción refleja de los músculos gastocnémicos que normalmente suelen presentarse en estas circuntancias, desaparecian al cabo de 40 ó 50 minutos, al paso que, excitando el nervio motor correspondiente del otro lado aún se contrae el músculo. Estos resultados se obtienen con la vigésima parte de un milígramo.

2º *Acción sobre la respiración.*—Los movimientos respiratorios se aceleran al principio, después se retardan y á dosis tóxica se paran.

3º *Acción sobre la circulación.*—Inyectando la cuadragésima parte de un milígramo bajo la piel de una rana, el corazón se paraliza en sístole á los 10 minutos y se hace inexcitable, así para la electricidad como para los agentes mecánicos. Es tan rápida esta acción, que en las curvas cardiográficas no se le puede analizar bien. Se obtienen los mismos resultados cuando se ha destruído el bulbo previamente.

1 La Salud núm. 21—1888.

En el perro y en el conejo pueden observarse una serie de fenómenos interesantes, referentes á las variaciones de la presión intra-arterial en los dos extremos de una arteria (carótida ó femoral), por medio del manómetro doble de Francisco Frac. La dosis empleada varía de un miligramo y medio (para el conejo) á cuatro miligramos (para el perro) en inyección intravenosa, siendo dos miligramos y medio de la estrofantina de Wusta la dosis mortal para el perro.

Los fenómenos cardiovasculares en el primer período se caracterizan por *retardo del corazón* más ó menos marcado, *elevación considerable* de la presión y algunas veces aceleración del órgano durante algunos instantes: en el segundo período, que dura hasta la paralización del corazón por *irregularidades*, cortas fases de aceleración, retardo más persistente, sístoles abortadas, presión muy elevada, que sólo desciende un poco al final, y en ocasiones bruscamente previa elevación considerable; coincidiendo con dicha caída el parar de la entraña. En el conejo, la fase primera de retardo con aumento de la amplitud de las oscilaciones sanguíneas, á pesar de lo elevado de la presión sanguínea, es más marcada que en el perro. Todas estas variaciones son las mismas en el extremo periférico y en el central de la arteria. Esta independencia de la presión (constancia del efecto vaso-constrictor) en relación á las modificaciones que sufren los movimientos del corazón, indica ya que la estrofantina produce acciones vasomotoras directas. Por otra parte, es de las más notables, pues persiste aún, mientras el corazón está retardado en su funcionamiento.

DR. SIMONENA.

LA VIDA.

Es incalculable el daño que las personificaciones han hecho á la ciencia, estableciendo una confusión en las ideas más claras y triviales.

La justicia, la virtud, la caridad, la fe, las gracias y muchas abstracciones vinieron al mundo corpóreo, representadas con miembros humanos. El objetivismo primitivo no ha perdido sus prestigios.

Cuanto más abstractas son las ideas en la esfera impersonal, mayor empeño se nota en tomarlas de bulto, juzgándolas desde un punto de vista erróneo.

La conversión de un accidente en substancia, de una función en agente y de un efecto en causa, ha servido de obstáculo durante tantos siglos, á las indagaciones científicas.

Personifíquese la libertad como la conciben los poetas y los estatuarios: démosle atributos propios é independientes y no tardaremos en llevarla á un Olimpo ideal, colocándola al lado de Minerva ó de la Diosa Razón, porque ya no cabrá en los reducidos ámbitos del organismo.

El alma, la conciencia, la vida, como otras tantas abstracciones, vician el concepto orgánico, tomadas en el sentido de personalidades, por lo cual se hicieron indefinibles y se perdieron en el sobrenaturalismo de una ontología ilusoria.

El tiempo sancionó estas concepciones quiméricas; los dogmas las santificaron y para arrancar esas imágenes del Empíreo, trayéndolas al mundo real, se necesita desquiciar la sociedad.

La vida y la muerte cayeron así bajo la paleta del artista, revistiendo formas adecuadas en los libros más autorizados de los mitos antiguos y modernos. Se ha tratado de borrar esos perfiles rompiendo los lienzos del moderno fetiquismo, y la imaginación divaga en pos del suspirado objetivismo.

El tiempo que se ha perdido en recorrer tan dilatados cielos al rededor de esos fantasmas, puede comprenderse por la indecisión de la ciencia actual, tratándose de lo que mejor conocemos.

¿Y quién no conoce la vida? ¿Quién no tendrá conciencia de que existe y de que un día morirá? ¿Habrá quién confunda una cuna y una tumba?

La vida es un doble movimiento de composición y descomposición á la vez general y continuo, dice Blainville.

La vida es una serie de cambios definidos y sucesivos de estructura y de composición que obran en un individuo, sin destruir su identidad, dice Lewis.

La vida es la adaptación continua de relaciones internas á relaciones externas, dice Spencer.

La vida es el conjunto funcional del organismo animal y vegetal, dice Verófilo.

La vida es la constante renovación de los elementos orgánicos, dice Spalding.

La vida es el tránsito para la eternidad por este valle de lágrimas, dice el dogmatismo.

La vida es el placer, dice el epicureísmo.

La vida es la vida, dice Espronceda, y hasta esta concepción parece demasiado clara, partiendo de la intuición.

Pero la vida ha sido largo tiempo el

misterio de los misterios, el refugio del sobrenaturalismo, el arma que con tanta pujanza maneja Flammarión.

Mientras no se tengan nociones siquiera aproximadas sobre la constitución de los cuerpos y composición de sus agregados químicos; mientras las sustancias orgánicas permanezcan radicalmente diferentes de las sustancias minerales, imposible será aclarar el misterio de la vida.

Los cambios que se efectúan en la superficie del globo son debidos químicamente, según Dumas, á combinaciones que se hacen y á combinaciones que se deshacen, y como los cuerpos organizados no contienen un sólo átomo que no sea tomado del mundo exterior y devuelto á él, debe considerarse cada organización como un vehículo para la circulación de la materia.

La vida bajo este punto de vista, es un accidente, una de tantas formas en que se lucen las complicaciones elementales, sometidas á las fuerzas generales de la materia.

Se conoce ya el número de principios inmediatos constituyentes de los cuerpos vivos y aún se reproducen algunos en nuestros laboratorios, presentando las condiciones de su estado físico y proporciones definidas en la mezcla.

Se sabe que el universo es materia activa, y se ha logrado concebir en ella la inseparabilidad de la fuerza que es su condición natural, desapareciendo el *principio vital* como agente director de sus fenómenos, trazando con entera independencia subjetiva las evoluciones de la materia.

Así se ha podido deducir que los fenómenos vitales son simplemente resultados de las propiedades ordinarias y constantes de la materia viviente.

Se sabe que cada elemento químico obra según el medio, ora arrastrado por las fuerzas físicas en la materia inerte, ora lanzado por el torrente funcional del conjunto en los seres organizados.

Se sabe que una fuerza espontánea, libremente obrando sobre los átomos disueltos en el agua, los entila en línea recta hasta donde alcanza una arista cristalóide que estudia el mineralogista, mientras que aplicada á una coloide forma ondas textiles, enlazando fibras y mezclando tejidos que ejecutan contracciones, expansiones y movimientos ordenados, ritmos palpitantes de la vida que estudia el fisiólogo.

Resulta de estos hechos simplísimos, que la vida no pasa de ser un fenómeno idéntico en los diversos medios del imperio orgánico. Comienza con una sóla célula superpuesta en las rocas submarinas de un coral y se complica á medida que brotan organismos más complejos hasta redondearse en la masa cerebral de un mamífero.

Mientras el cerebro vivió bajo el dominio de los espiritualistas, oscura é indecisa debió permanecer la ciencia biológica, pero de ese fondo oscuro, impenetrable y misterioso salieron unas pocas palabras salvadoras. Bichat presumió las *propiedades vitales* y dijo que la vida es el conjunto de funciones que resiste á la muerte, ó sea el conjunto de propiedades vitales que resiste á las propiedades físicas.

Reduciendo cada cuerpo organizado á tejidos, automática y fisiológicamente especiales, se llegó con facilidad á la teoría celular, quedando la célula como la piedra angular del mundo viviente, como la perpetua generadora de todos los elementos histológicos.

Encontrada esta en todas las gerarquías que pueblan el planeta, simple y única, ó asociada en pequeño número de agrupaciones idénticas y yuxtapuestas en los seres más humildes de la escala, ó compleja en las gerarquías superiores, se llegó fácilmente á la conclusión de que la vida orgánica no es más que complicación y variedad de la célula.

Pero admitido que la célula es un estado particular de la materia, en el elemento coloidal, pudo dejarse á un lado el fárrago de extrañas concepciones acariciadas por Van-Helmont y Leibnitz.

La proclamación de estas teorías ha sido una lucha á muerte con los espiritualistas y ortodoxos sistemáticos, irreconciliables enemigos de la ciencia.

Pretendieron conocer al hombre huyendo de él, y se salieron del mundo real para divagar entre fantasmas que la naturaleza no produce.

El árbol que se mueve sacudido por el viento; el agua que obedece á la gravedad resuelta en lluvia, al calor en caprichosas nubes, á un descenso de temperatura en sus preciosos cristales; el rayo producido por el choque de dos corrientes; el terremoto cavando abismos; el recuerdo ingrato ó seductor de los muertos y su efímera aparición entre los vivos, no debieron ser otra cosa que manifestaciones de agentes sobrenaturales, ó espíritus dedicados á ejecutar esas travesuras, para las cuales se creyó impotente la naturaleza.

El fetiquismo del salvaje pasó con sus groseras formas á los ulteriores desarrollos de los mitos y los delirios de la imaginación tomaron formas simbólicas.

Así quedaron en la psicología los espí-

ritus como recuerdos de un pasado deficiente por la imperfección de los medios científicos; pero toda aquella máquina de fantasmas, con las orgullosas pretensiones de un edificio secular, levantado más allá del firmamento, se ha desmoronado en el terreno experimental.

Si hubiésemos de admitir con Stahl, la existencia de un espíritu en el hombre que conserva el cuerpo, lo desarrolla y lo apropia á sus fines, habríamos de convenir también, para ser consecuentes, en un espíritu para la célula que nace, se desarrolla y muere; un espíritu para el zoófito, otro para el insecto, varios para las plantas y huyendo de la materia caeríamos en el animismo primitivo.

Causas arbitrarias, que nada explican, sólo han servido para envolver en las sombras del misterio los fenómenos puramente naturales que nadie discute ya, en la serena región de la ciencia.

El vago fantasma de lo sobrenatural no ha descendido nunca á enjugar nuestras lágrimas ni alentarnos en nuestras sublimes trasfiguraciones, pero ha dominado la credulidad embarazando los progresos de la razón durante muchos siglos.

Ya no es el rayo una explosión de la ira divina: hubo un hombre, Franklin, que lo encadenara. Ya no es el arco íris un testimonio de la alianza entre Dios y el hombre, legado en el primer codicilo del pueblo israelita, el antiguo testamento; hoy es la luz solar revoloteando en la célula acuosa suspensa en nuestra atmósfera.

Los muertos ya no vuelven; y los espíritus, murieron sin dejar descendientes.

Queda el hombre en la naturaleza como hijo predilecto de la materia y señor de ella por la ciencia.

(*Copiado*).

Higiene de la Noche.

Las sábanas de algodón sirven á aquellos cuya piel funciona mal: las de lino pueden soportarlas únicamente los sugetos irritables y sensibles. Conviene generalmente tener sábanas de hilo y algodón, y reservar éstas para la estación húmeda y fría. La camisa de noche, mudada con frecuencia, debe ser de tela fina y provista de cuello y mangas muy anchas á fin de no crear ningún obstáculo á la circulación de la sangre y evitar las congestiones, favoreciendo, en una palabra, el equilibrio de las funciones del corazón, el cerebro y el estómago. Por la misma razón la higiene rechaza los gorros de dormir. Como pedía Fonsagrives, desearíamos ver que la hamaca, ese lecho á la vez económico, limpio y saludable, llegase á ser la cama militar, como es ya la cama náutica. Esta reforma prestaría los mayores servicios á la tan importante higiene del soldado.

Ante todo, el individuo cuidadoso de su salud debe huir, como de la peste, del aire estancado y corrompido, y por consiguiente, suprimir inexorablemente los cuartos pequeños y las camas de cortinas corridas. Elegirá para alcoba la habitación más sana, más espaciosa y mejor expuesta al sol de toda la casa. En esa vivienda pasamos, recuérdese bien, más de la tercera parte de nuestra vida, y no la tercera parte más desagradable...... Tratemos, pues, por medio de un aire puro, *pabulum vitæ*, de llevar á su máximum el contingente de nuestra nutrición, y de excitar así el buen funcionamiento de la vida vegetativa.

Si la coqueluche, el asma, el falso crup, etc., aparecen sobre todo de noche, es á favor del ácido carbónico esparcido con los residuos respiratorios, en esa cloaca aérea que constituye el ambiente de la mitad de las alcobas modernas. Recordemos, por lo demás, la fórmula, tan completa como breve del higienista Londé: "En la habitación de dormir, ni fuego, ni luz, ni animales, ni flores."

La duración del sueño del adulto debe ser de siete á ocho horas. Si la Escuela de Salerno concedía menos *(nulli concedimus octo)*, es porque autorizaba la siesta mediana, indispensable en los países cálidos. El exceso del sueño disminuye el apetito, aminora la fuerza muscular, lleva grasa al abdomen é inercia al cerebro: á veces provoca el insomnio y los vértigos; siempre aumenta la apatía físico-mental, entorpece la circulación y facilita así las disposiciones congestivas.

Por el contrario, la falta de sueño fatiga el sistema muscular, empobrece la sangre y quebranta la salud general irritando singularmente el sistema nervioso, que lleva, como todos sabemos, las riendas del organismo animal. ¿ Acaso no renacemos, por decirlo así, cada mañana por virtud del delicioso Morfeo, encanto y bálsamo de la existencia? " El sueño—decía el divino anciano de Cos—el sueño humedece y la vigilia seca y abrevia la vida......

Para dormir bien, importa tener hábitos regulares, como sucede para comer bien y para otras muchas funciones...... El nervosismo y la dispepsia son las dos grandes causas de insomnio. Aconsejamos á los que digieren mal que salgan siempre de pas o

(cualquiera que sea el tiempo que reine) inmediatamente antes de acostarse.

Este simple expediente basta á menudo para animar las funciones del estómago perezoso, y permitir un sueño profundo y reparador, que acumule, por decirlo así, durante la noche las fuerzas curativas de la mala digestión. En cuanto á los nerviosos, deberán renunciar al té y al café, evitar las discusiones ó la tención cerebral prolongada, huir de las impresiones morales demasiado vivas, y seguir la hidroterapia y un tratamiento anti-espasmódico.

Una vez en la cama, conviene dejar al sistema muscular en la relajación más completa: impedir todo esfuerzo, aislarse de toda excitación, en una palabra, *abandonarse.* Las falsas posiciones, las compresiones nerviosas, etc., provocan pesadillas y el despertar brusco con senciones de caídas y de dolores. El decúbito sobre el costado derecho es el más natural; la postura dorsal irrita la médula espinal, la abdominal dificulta la respiración, y la lateral izquierda comprime el corazón y los grandes vasos....... Para dormir bien, se ha aconsejado que se ponga la cabeza al Norte y los pies al Mediodía; que se pase tras la nuca una servilleta mojada; entregarse á movimientos agitados de los párpados, etc. Estos medios son, cuando menos, inofensivos. No ocurre lo mismo con los narcóticos, generalmente dañosos cuando son administrados sin necesidad. El reposo ficticio á que dan lugar, tiene más, sin duda, de estupor cerebral, que de verdadero sueño.

Para curar el insomnio conviene hacer una investigación médica de las más meticulosas, á fin de remontarse hasta la causa real del mal y combatirla. Siempre se encuentra en la higiene y la medicina del buen sentido la manera de ponerle remedio, mientras que los narcóticos del arsenal farmacéutico abren la deplorable serie de los círculos viciosos y de los cambios de malos procedimientos entre el medicamento y la enfermedad: arma de dos filos, que ataca tan pronto á la enfermedad, tan pronto al enfermo. En cuanto al sueño fisiológico profundo y prolongado, es sobre todo el privilegio del niño y el reino de los pobres de espíritu. Pausanías decía con razón, que no podía rendirse culto á la vez á Morfeo y á las musas.

(*Copiado*).

CORRESPONDENCIA.

De México, á Jalapa.

Marzo 10 de 1889.

Sr. Dr. Agustín García Figueroa:

Estimable y fino compañero y amigo:

Valorizo y agradezco debidamente como prueba de benévola amistad, la dedicatoria que se ha servido hacerme de su Filosofía Médica.

Estudiaré y meditaré esa obra, y la mejor manera de demostrarle que la estimo, serán las reflexiones que cuando fuere conducente haré, aprovechando licencia que la bondad de vd. me otorga.

Ya sabe, porque me conoce bien, que mis réplicas no llevarán más mira, que el esclarecimiento de la verdad; esclarecimiento al que protesto consagrar para provecho de los enfermos, los pocos días que puedan quedarme de vida.

Soy de vd. con afectuoso respeto, servidor, compañero y amigo.

FERNANDO MALANCO.

VARIEDADES.

El clima de Zacatecas.

En carta que dirige al Sr. James Sullivan el Dr. Juan Breña, de Zacatecas, habla de la extraordinaria eficacia del clima de dicha ciudad en casos de tuberculosis pulmonar. Por más de catorce años ha practicado su profesión el Dr. Breña en Zacatecas y las opiniones que emite en su carta son resultado de observaciones en el curso de dicho período, y están apoyadas por otros médicos notables de aquella capital, á cuyo testimonio añade el Dr. E. Licéaga todo el peso del suyo.

Dice el Dr. Breña que las defunciones que en Zacatecas ocurren por consunción pulmonar son de individuos de la población flotante, cuyo número es siempre considerable en los centros mineros. A veces las personas ignorantes y pobres registran defunciones como ocasionadas por la tisis, cuando en realidad provienen de otras causas. "En cuanto á los enfermos realmente atacados de manifestaciones pulmonares tuberculosas (dice el Dr. Breña), puedo en general decir que aquellas son limitadas é incipientes; bajo la sóla influencia de nuestro clima y una buena higiene llegan á desaparecer; y en caso de haber adquirido el mal un desarrollo incapaz de reparación, la vida se prolonga como en pocos

de los más afamados *sanatoria* del globo. Año por año presenciamos aquí curaciones radicales de personas afectadas no sólo de esas congestiones pulmonares que preceden á la tuberculosis, y que resisten en otros climas á la terapéutica más racional y asi dua sino hasta de funciones parciales. Si para encomiar la benignidad del clima de Pau, una de las más reputadas estaciones invernales de la Francia, se ha dicho (Dutoné Esquisse de climatogie medicale sur Pau et ses environs. Paris, 1881, pág, 47) que cada año se ven apenas tres casos de muerte por tisis pulmonar en la clase acomodada de los habitantes de Pau, para una población media de 25,000 almas, » yo hago constar que en muchos años no se ha visto en Zacatecas un sólo caso de muerte por la misma enfermedad en la clase acomodada, siendo de notar que esta población cuenta una cifra doble de la de Pau ».

Y sigue diciendo el Dr. Breña: « La ciudad de Zacatecas se halla situada á 2,496 metros sobre el nivel del mar; su temperatura media anual oscila entre 12° y 14° centígrados; sus lluvias son poco abundantes y el aire ordinariamente seco: de ahí es, que su clima es vivo, estimulante, tónico. El invierno es frío, mas no excesivo: durante él hay algunos días lluviosos y nublados; pero nunca llega á estacionarse la niebla ni la lluvia de tal manera que, como sucede en otras partes, pasen días sin que aparezca el sol. Por tanto la reclusión, que tan nociva es para las personas que padecen del pecho, jamás tienen que prolongarse: aún en el invierno pueden salir al aire libre alguna parte del día sin inconveniente. Sería de desear que los médicos de la Gran República comprobasen personalmente mis aserciones, é indujesen á sus pacientes en tiempo oportuno á venir á aprovecharse de los beneficios de este clima. »

Entre otras confirmaciones de lo dicho en la presente carta, notamos la siguiente del Dr. Licéaga.

«Convencido del beneficio que obtienen los enfermos de tisis pulmonar con su permanencia en la «Mesa Central» de esta República, y conociendo las condiciones especialmente ventajosas de la ciudad de Zacatecas para estación sanitaria de los enfermos tuberculosos, suscribo con gusto el informe de los médicos de esa localidad.

México, Febrero 20 de 1889.

E. Licéaga.

Cordialmente deseamos que se conozcan mejor de lo que se conocen hoy las ventajas sanitarias de diversas partes de la República, pues mucho ganaría ella al adquirir la reputacíón de estación á propósito para recobrar la salud. Por ahora, sus magníficos paisajes y lo romántico de su historia están logrando atraer un número considerable de viajeros por recreo en cada año; pero si algún día llegare á reconocerse la Mesa Central como la estación sanitaria del continente, sus ciudades se levantarán al influjo de los valetudinarios, de la misma manera que se han levantado Caimes, Mentone y otras ciudades francesas é italianas, y el Estado de Florida en la República vecina.

(El Municipio Libre.)

Estadística médica curiosa.

El Dr. Soriano es autor del siguiente resumen estadístico de la lista de Médicos residentes en la fecha en el Distrito Federal, examinados en la Escuela Nacional de Medicina de México.

Se han recibido en:

1833, 1; 1837, 1; 1841, 1; 1842, 2; 1843, 1; 1844, 1; 1846, 2; 1847, 1; 1849, 1; 1850, 1; 1852, 1; 1853, 6; 1854, 10; 1855, 3; 1856, 5; 1857, 1; 1859, 5; 1860, 9; 1861, 6; 1862, 3; 1863, 1; 1864, 4; 1865, 5; 1866, 10; 1867, 3; 1868, 1; 1869, 8; 1870, 3; 1871, 3; 1872, 11; 1873, 3; 1874, 9; 1875, 7; 1876, 3; 1877, 4; 1878, 15; 1879, 6; 1880, 8; 1881, 7; 1882, 3; 1883, 11; 1884, 8; 1885, 13; 1886, 8; 1887, 11; 1888, 6; Total 232.

El decano recibido el 20 de Octubre de 1833 es el Dr. D. Francisco Sámano, y el que le sigue, recibido el 7 de Octubre de 1837, lo es el Dr. D. Ladislao de la Pascua.

De los 232 registrados ejercen 215 y 17 no.

Se dedican á varias especialidades 173, y á ninguna 59.

Los que se dedican á alguna ó algunas especialidades son á:

Bacteriología, 1; Botánica, 1; Cirugía de urgencia, 1; Cirugía en general, 17; Electroterapia, 2; Embalsamamiento, 2; Enfermedades crónicas, 1; Enfermedades del aparato génito-urinario, 5; Enfermedades del corazón, 2; Enfermedades diatésicas, 1; Enfermedades del estómago, 4; Enfermedades del hígado, 3; Enfermedades internas, 3; Enfermedades mentales, 3; Enfermedades nerviosas, 3; Enfermedades de los niños, 48; Enfermedades de los ojos, 9; Enfermedades de los oídos, 2; Enfermedades del pecho, 1; Enfermedades de la piel, 2 Enfermedades del pulmón, 1; Enfermeda-

des de las señoras, 23; Enfermedades sifilíticas, 14; Enfermedades tuberculosas, 2; Enfermedades venéreas, 2; Helmintología, 1; Hidroterapia, 1; Higiene, 4; Historia Natural, 2; Homeopatía, 2; Medicina legal, 4; Partos, 28; Química, 1; Tifo, 2; Vacuna, 1.

De los 232 médicos desempeñan empleos: 127. No tienen ninguno: 105.

Estadística médica importante.

Es de suyo muy elocuente y no necesita comentarios el siguiente estado no ha mucho presentado por el Dr. Bouley, en el curso que dá sobre la vacuna en el Museo de París sobre la mortalidad media anual antes y después de la introducción de la vacuna.

Austria inferior.....	1777—1806.	2.484
	1807—1850.	380
Austria superior y Salzburgo.........	1777—1806.	1.421
	1807—1850.	501
Stiria............	1777—1806.	1.502
	1807—1850.	446
Illiria............	1777—1806.	518
	1807—1850.	244
Trieste............	1777—1806.	14.056
	1838—1850.	182
Tirol y Voralberg..	1777—1803.	911
	1807—1850.	170
Bohemia...........	1777—1806.	2.174
	1807—1850.	215
Moravia...........	1777—1806.	5.402
	1807—1850.	255
Silesia austriaca....	1777—1806.	5.812
	1807—1850.	198
Galitzia.............	1777—1806.	1.194
	1807—1850.	676
Bukowinar.......	1787—1806.	3.527
	1807—1850.	516
Berlin............	1781—1805.	3.422
	1810—1850.	176
Suecia.............	1774—1801.	2.050
	1810—1850.	158
Copenhague..........	1751—1800.	3.128
	1801—1850.	286

Sensaciones desconocidas.

El eminente entomólogo inglés Sir John Lubbock escribe en el *Popular Science Monthly:*

El sonido es la sensación producida por las vibraciones del aire que hieren el tímpano de nuestro oído. Cuando estas vibraciones son pocas es bajo ó profundo el sonido; á medida que aumentan en número se hace cada vez más alto ó agudo y penetrante; pero cuando llegan á cuarenta mil por segundo el sonido se hace imperceptible al oído. La luz es el efecto producido en nosotros por las ondulaciones ó vibraciones del éter hiriendo nuestros ojos. Cuando cuatrocientos millones de millones de vibraciones del éter dan en nuestra retina en un segundo, producen la sensación del color rojo, y según va aumentando el número de vibraciones, pasa el color de rojo á naranjo, luego á amarillo, á verde, á azul y á violeta. Pero entre las cuarenta mil vibraciones por segundo, en que ya no se produce sonido alguno, y los cuatrocientos millones de millones de vibraciones del color rojo no tenemos órganos ó sentidos capaces de recibir la impresión. Y sin embargo, entre esos dos límites, bien puede haber cualquier número de sensaciones. Nosotros sólo tenemos cinco sentidos, y por esto nos imaginamos á veces que no es posible que existan otros. Pero es obvio que no podemos medir lo infinito por nuestros limitados conocimientos.

Además, mirando la cuestión bajo otro aspecto, hallamos en los animales órganos de sentidos complejos, abundantemente provistos de nervios de sensación, cuyas funciones no hemos podido explicar hasta aquí. Posible es, pues, que haya otros cincuenta sentidos, tan distintos de los nuestros como lo es el sonido de la luz; y aún sin salir de los límites de nuestros propios sentidos, es posible la existencia de una variedad infinita de colores que no podemos ver, y tan distintos unos de otros como el rojo del verde. Estos y otros innumerables problemas están todavía por resolver. El mundo con que estamos familiarizados puede ser para los seres vivientes una mansión del todo diferente. Para ellos está tal vez lleno de una música que no oímos, de colores que no vemos y de sensaciones de que no tenemos la más ligera concepción.

¿Quiénes tienen más imaginación, los hombres ó las mujeres?

El Dr. Duraud resolvió la cuestión del modo siguiente:

En un hospital que está á su cargo separó 170 enfermos y 50 enfermas. Dijoles haber encontrado un remedio universal para toda clase de enfermedades, y para probarlo se los daba. Bebieron sus tazas. Salió el médico; y á pocos momentos volvió á decirles que se había equivocado, que el agua que bebieron era de ipecacuana. Inmediatamente hizo efecto en todos los hombres el medicamento y no en las mujeres. Cuando acabaron su fatigosa función, les dijo el médico: "Pues, señores, lo que yo os administré no era más que agua de azúcar."

TOMO II ENTREGA 8ª 15 DE ABRIL DE 1889.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

CONGRESO INTERNACIONAL
DE MEDICINA DOSIMÉTRICA.

Que tendrá lugar en París en el mes de Septiembre de 1889.

ALOCUCIÓN.

El primer Congreso internacional de Medicina Dosimétrica se ha reunido en París en el mes de Agosto de 1878, durante la Exposición Universal; tres años después la Dosimetría celebraba de nuevo sus sesiones internacionales en Madrid, en los momentos de las fiestas de Calderón. El recuerdo de estos dos Congresos está tadavía vivo, pero la Dosimetría ha continuado progresando después, lo que ha sugerido la idea á un gran número de nuestros adeptos, de reunir de nuevo en París, con motivo de la Exposición Universal del centenario de 1789, un tercer Congreso internacional de Medicina Dosimétrica, para comprobar oficialmente y registrar las conquistas hechas durante estos últimos años.

Habiamos creído desde luego poder fijar la fecha de la apertura de esta reunión en el curso del mes de Julio, y la Sociedad de Terapéutica Dosimétrica de París había aceptado también por unanimidad de sus miembros presentes la segunda semana de Julio para la época de esta apertura. Haciendo así coincidir el Congreso con la celebración de la fiesta Nacional, que debe hacerse con tanto brillo, habíamos contado que esta atracción sería para algunos médicos, aun indecisos, un motivo más de corresponder á nuestra invitación. Pero hemos reflexionado que el mes de Julio es el mes de más calor de nuestros climas, y que los inconvenientes de este calor canicular se aumentarían por la aglomeración de los extranjeros en esta época. Creemos, pues, que los médicos nos agradecerán haber abandonado nuestra primera decisión, trasladando al mes de Septiembre la apertura del Congreso, en una fecha que fijaremos de una manera precisa ulteriormente, previniendo á los interesados en tiempo útil, por la vía del *Repertoire*. Además, esta determinación nos hace ganar dos meses, que los médicos podrán útilmente emplear para dar la última mano á sus Memorias.

Acaso se encontrará bien restringido el tiempo dejado á los médicos que deseen tomar parte en el Congreso, para preparar sus trabajos; pero es necesario no olvidar que hace ya cerca de un año que el Congreso está acordado en principio, por la Sociedad de Terapéutica Dosimétrica de París, á la cual rogamos nombrase una Comisión encargada de estudiar la organización y reglamento de las sesiones y su programa científico. La Comisión se ha formado en seguida, y el *Repertoire* ha llevado por todas partes la noticia, repetida por todos los periódicos dosímetras. No hay, pues, país en donde el Congreso no haya sido anunciado desde hace un año, y los médicos han podido prepararse desde esta época. Les recordamos que todos los trabajos científicos deben desde luego ser presentados á esta Comisión organizadora, que los examinará y hará su clasificación. Que se propongan asistir ó no al Congreso, todos nuestros compañeros deben someter al examen de esta Comisión las Memorias teóricas ó prácticas. A esta Comisión corresponderá después fijar á cada autor, según el número de los trabajos presentados, el tiempo acordado para su exposición en sesión pública. Desde ahora ya es necesario que todas las comunicaciones lleguen á la Comisión *antes de fin de Julio*, lo más tarde, para que ésta tenga tiempo de clasificarlos.

El Congreso durará tres días, y el número y el orden de las sesiones, que no podrán ser convenientemente fijadas hasta después de esta clasificación, serán indicadas por el *Repertoire*. El orden de cada sesión se establecerá igualmente por la Comisión organizadora.

Todos los médicos que se propongan asistir al Congreso deben hacerse inscribir en el local del *Instituto Dosimétrico* de París: las adhesiones deberán dirigirse antes de fin de Julio, lo más tarde.

El *Instituto de Medicina Dosimétrica* se encarga de tomar las medidas convenientes para asegurar las buenas condiciones materiales del Congreso, así como de los gastos de publicidad.

Todas las cuestionas referentes á la Dosimetría serán admitidas en este Congreso: sin embargo, la *Sociedad Dosimétrica* de París ha encargado á su Comisión organizadora estudiar y presentarle un programa científico del Congreso. Este programa está en estudio y creemos que la Comisión se inspirará en las ideas expuestas por M. el Dr. Fontaine y que aprobamos por completo. No se ha olvidado, en efecto, que M. Fontaine ha reclamado un programa tan liberal, tan extenso como es posible, é insistido sobre la necesidad de consagrar en él un amplio espacio á la exposición de las reglas generales de la Dosimetría. "No se concibe todavía, decía nuestro excelente colaborador, cuán ignorada es aún la Dosimetría en su esencia por la mayor parte de los médicos, de los cuales muchos creen practicar la Dosimetría dando algunos gránulos al día, sin cuidarse de *la regla de las pequeñas dosis rep tidas hasta el efecto.*" Añadiremos que la guerra del silencio que no se ha cesado de hacer, explica esta situación, á pesar de los esfuerzos de propaganda hechos por la pr nsa dosimétrica, entre ellos el *Repertoire* á la cabeza, desde hace diez y seis años. Razón de más para exponer de nuevo y proclamar solemnemente las reglas de nuestro método y aprovechar para extenderle el extraordinario eco que no pueden dejar de tener las sesiones del Congreso, traducidas y publicadas en cinco idiomas por los periódicos dosimétricos.

¿Y quién sabe si acaso este extraño silencio, que todos los periódicos de medicina guardan frente á frente de la Medicina Dosimétrica, será al cabo vencido por la grandeza de la manifestación que se prepara? Nos repugna creer que este mutismo general no obedece más que á móviles interesados. Se acabará por reconocer que nosotros luchamos por el progreso de la ciencia y el bienestar de la humanidad, por unificar la medicina y dar á la terapéutica la actividad y la precisión que le faltan, con gran detrimento de nuestra profesión. Todos los médicos están interesados en el triunfo de estas ideas. Y como todas las cosas llegan aquí abajo á su hora, ¿no es de esperar que todas estas luchas de amor propio, de vanidad y de......(hay que decirlo) negocio, cesen? ¿Qué motivo tienen los llamados médicos alópatas para no querer ensayar la Dosimetría? Les hemos invitado á un ensayo leal de hechos, que les presentamos, atestiguados por millares de médicos. ¿Dónde está la verdad, dónde está el error? dicen; pues, para saberlo, es necesario experimentar y no mantenerse retraído en sus tiendas, como Aquiles, por un enfriamiento de amor propio.

Una de las cuestiones que los médicos alópatas deben tener el mayor interés en comprobar por el experimento, es el principio de la yugulación de las enfermedades agudas, puesto que si el principio es verdadero, el médico tiene el poder de suprimir desde el principio la mayoría de las enfermedades agudas, suprimiendo á la vez la mayor parte de las enfermedades crónicas, nacidas la mayoría de las veces de afecciones agudas abandonadas á sí mismas. ¡Cuántas enfermedades orgánicas han comenzado por ser funcionales y hubieran podido ser ahogadas en su germen, es decir, durante su período dinámico! Puesto que el *principio de la yugulación* descansa hoy en millares de hechos recogidos en todos los paises, y que excluyen, por consiguiente, toda sospecha de connivencia, es preciso que el Congreso le proclame solemnemente, apoyándole en pruebas irrefragables á fin de que no se sostenga sistemáticamente lo contrario.

Citábamos hace un momento el nombre del Dr. Fontaine: ¡qué camino no ha hecho su afortunada aplicación del sulfuro de calcio á la destrucción de los parásitos de la difteria, desde que la ha expuesto en su Memoria de 1881! La aplicación se ha extendido al tratamiento de las fiebres eruptivas y aun al de la fiebre tifoidea, con resultados maravillosos. ¿No corresponderá al Congreso hacer resaltar con una autoridad innegable, la evidente superioridad de la Dosimetría para combatir el parasitismo morboso bajo todas sus formas? ¿La Dosimetría no llega ahora tan fácilmente á combatir las fiebres remitentes y continuas, por medio de los defervescentes, las fiebres contagiosas y eruptivas por el sulfuro de calcio, como en otros tiempos las fiebres intermitentes con la quinina?

Las afecciones tuberculosas están hoy á la orden del día. Pero ¿qué método se encuentra hoy mejor provisto que la dosimetría para combatirlas? Lo mismo pasa con la fiebre amarilla, de la cual la Sociedad Dosimétrica se ha ocupado particularmente el año pasado.

Si pasamos al estudio farmacodinámico de los medicamentos, se convendrá que es imposible encontrar medicamentos más puros, más fáciles de administrar, más precisos que los gránulos elaborados con la mayor perfección por nuestro hábil y concienzudo colaborador Mr. Charles Chanteaud. Con ellos la terapéutica es tan científica como la experimentación en los laboratorios de biología y de fisiología; por otra

parte, está exenta de peligro. Gracias á la dosimetría, gracias á los innumerables experimentos clínicos relatados en el *Repertoire*, la farmacodinamia de los alcaloides ha inspirado trabajos tan interesantes y tan completos como las obras de Van Renterghem y de Laura. ¿No es esta ciencia enteramente nueva, y no será un eterno honor para la Dosimetría haberla traído en algunos años á un estado cercano á la perfección?

El conocimiento profundo de las propiedades terapéuticas de los medicamentos simples, ha permitido mejorar singularmente el tratamiento de las enfermedades crónicas ú orgánicas; y si la Dosimetría no tiene en este campo el mismo poder que en las enfermedades agudas, al menos puede jactarse de ser el método más racional, más activo y más inofensivo en el tratamiento de las afecciones crónicas.

Es evidente que en el *Haber* de la Dosimetría debemos encontrar en medicina veterinaria las mismas ventajas que en la medicina humana. Basta recorrer el *Repertoire* para reconocer la parte extraordinaria que corresponde á los médicos veterinarios en el desenvolvimiento y en la propaganda de nuestro método, y el Congreso sería soberanamente injusto si no concediese á su sección veterinaria la legítima importancia que le pertenece.

Por fin, un método que ha tenido el honor de contar al Dr. Munaret entre sus primeros adeptos, así como al Dr. Combes, al cual se debe un estudio tan minucioso y tan exacto de las miserias del médico, no tiene el derecho de desentenderse de las cuestiones profesionales. Y no hablamos aquí de las luchas que personalmente y sin cesar hemos sostenido para mejorar la profesión médica. Ninguna carrera cuenta más víctimas, ni hace más mártires que la medicina; ya á consecuencia de enfermedades precoces contraídas en su ejercicio, ya á causa de la vejez, que les sorprende desprovistos de recursos; todos los años un gran número de médicos sucumben en la miseria. Demasiado dignos para gemir, las víctimas del deber sufren sin murmurar. El Congreso tendrá en este punto una noble tarea que cumplir: la de exponer los medios de venir en auxilio de estos nobles inválidos de la profesión.

Sin querer usurpar sus atribuciones á la Comisión organizadora, antes que ella publique su programa hemos querido hacer un extracto de los principales puntos sobre los cuales, en nuestro sentir, deben versar las deliberaciones. Hacemos un llamamiento caluroso á todos los médicos para que tomen parte en los trabajos del Concilio médico que se abrirá en Septiembre próximo, rogándoles encarecidamente nos dirijan sus observaciones sobre los puntos que deseen sean tratados allí.

Para terminar, nos limitamos, pues, á dar un resumen de las principales cuestiones sobre las que deberá decidir el Congreso:

1º *Medicamentos simples nuevos.*—Sobre este punto hay que hacer una selección severa, entre los medicamentos con que se enriquece (?) todos los días el arsenal terapéutico. Cada práctico podrá aportar al Congreso el resultado de sus experiencias, y la Asamblea decidirá así con conocimiento de causa.

2º *Farmacodinamia de los medicamentos simples.* — Con guías como la del Dr. Van Renterghem y la del Profesor Laura, y con medicamentos puros y precisos como los gránulos dosimétricos, la farmacodinamia de estos diversos medicamentos puede establecerse con el rigor de una ciencia exacta.

3º *Yugulación de las enfermedades agudas.*—Se hace preciso volver sin cesar á esta cuestión, donde brilla más claramente la verdad y la potencia del método dosimétrico, puesto que no queriendo nuestros adversarios confesar su impotencia, persisten en negar la posibilidad y la realidad de las yugulaciones dosimétricas. A esta cuestión se liga estrechamente la del tratamiento preventivo de las enfermedades.

4º *Tratamiento de las enfermedades diatésicas.*— Sabido es el papel que juegan las diátesis en la génesis y evolución de las enfermedades, y de qué importancia es su estudio, puesto que uno de los elementos indispensables del tratamiento es el que debe combatir la causa diátesica de la enfermedad ó *dominante diátesica.*

5º *Cuestión del parasitismo en medicina.*—Como *antiparasitarios*, los alcaloides son agentes poderosos y muy variados, y bajo este punto de vista, la terapéutica dosimétrica, basada casi exclusivamente en su empleo, responde maravillosamente á las preocupaciones actuales del mundo médico. En este capítulo merece una mención especial el sulfuro de calcio, tan afortunadamente introducido en la práctica por el Dr. Fontaine (de Bar-sur-Seine).

6º *Tratamiento de las enfermedades crónicas.*—La yugulación disminuiría mucho su número si ella fuese aplicada regularmente y de una manera general. En cuanto á aquellas que están confirmadas y que reclaman un tratamiento crónico, es decir, largo, no podrán ser mejor comba-

tidas ó compensadas que con los alcaloides granulados.

7º *Cirugía, obstetricia.*—Basta recordar la preparación quirúrgica y puerperal dosimétricas, la ocitocia, etc., para demostrar los servicios que la Dosimetría puede prestar en los casos quirúrgicos y en los partos.

8º *Medicina veterinaria.*—El Congreso ganará mucho con la colaboración de los médicos veterinarios que han sido ya y son constantemente auxiliares tan preciosos para el desenvolvimiento y la propaganda del método dosimétrico. El Congreso tendrá que dar su dictamen sobre la posología adoptada por la farmacia dosimétrica en la granulación de los medicamentos más importantes en la medicina de los grandes animales.

9º *Importancia del método dosimétrico bajo el punto de vista de las enfermedades en general y en particular.*

a. Enfermedades de los niños.—En las enfermedades agudas de los niños es en donde sobre todo la yugulación se hace más necesaria y se muestra más claramente; las ventajas de la forma granular en este caso, como en el siguiente, tratándose de enfermos delicados como los niños ó las mujeres, son demasiado evidentes para insistir en ellos.

b. Enfermedades de las mujeres.

c. Enfermedades de los adultos.

d. Enfermedades profesionales.

e. Enfermedades endémicas y epidémicas.

f. Enfermedades contagiosas é infecciosas.

g. En fin, *enfermedades de nuestros animales domésticos.*

10. *Cuestiones profesionales.*

11. *Cuestiones de la longevidad humana.* — Conocida es la facilidad con que la Dosimetría permite restablecer todas las noches el equilibrio funcional perturbado por las fatigas del día: ha permitido, pues, dar un gran paso en la resolución del problema de la longevidad.

Se ve que comprendido así, el programa del Congreso es tan liberal como es posible, puesto que no excluye ninguna cuestión que se refiera á la medicina.

Todas las memorias presentadas se incluirán necesariamente en uno de los once capítulos que acabamos de enunciar. Por consiguiente, el número y la importancia de las Memorias recibidas en cada sección, determinará la importancia y el tiempo que convendrá conceder á esta sección en las deliberaciones del Congreso, que se sucederán así en un orden perfecto. Bastará para esto que la Comisión organizadora tenga tiempo de clasificar las Memorias, y lo tendrá, si nuestros amigos envían sus trabajos antes del plazo fijado (fin de Julio).

Para terminar, hacemos un nuevo llamamiento á nuestros adeptos de todos los países, cuya adhesión no se ha desmentido jamás.

Que vengan cuantos puedan, puesto que el mayor número, dando al Congreso una autoridad irresistible, puede asegurar el triunfo definitivo de la Dosimetría. Que los que no puedan venir á París, envíen sus Memorias. Que todos conserven el admirable fervor que desde los primeros tiempos ha puesto tan alto el nombre de la Dosimetría.

DR. BURGGRAEVE.
Presidente honorario del Congreso
Internacional de Medicina Dosimétrica de
París, de 1889.

DOCUMENTOS

Relativos á la creación de un Instituto Médico Nacional en la ciudad de México.

(*Continúan.*)

NÚMERO 4.

LISTA de las plantas medicinales, alimenticias, industriales, etc., que se solicitan por el Jefe del Grupo 5º para que figuren en la Exposición Internacional de París.

Nombres vulgares y técnicos. — Lugar de vegetación.—Parte usada.—Aplicación.

Abanico. Cresta de gallo.—Celosía cristata, L. Amarantáceas.— Sierra de Huauchinango. — Hojas en cocimiento. — Antiblenorrágico el cocimiento.

Abelmosco. Grano de almizcle.—Hibiscus abelmoscus, L. Malváceas.—México.— Semillas en cocimiento. — Como perfume. Emenagogo. Contra mordeduras de víboras ponzoñosas.—Raíz.—Emoliente.

Abrojo de tierra caliente.—Tribulus cestoides, L. Zygophiladas.—Tierras calientes de la República.—Raíz y semillas.—Tónicas, aperitivas, madurativas.

Abeto Oyamel.—Picea religiosa, H. B. Coníferas.—Montes que circundan al Valle, etc. — La trementina (vulgo aceite de palo). — Sustituye á la trementina de Venecia.

Achiotillo. Chacanguarica. Pumacua. Achiote. — Bixa orellana, L. Bixineas. — Tierras calientes. — Hojas. — Laxante.—

Granos. — Contraveneno de la yuca cimarrona. Tintoreal.

Agallas de encino. Borreguitos de encino. Manzanitas de encino. Julos.—Excrecencias producidas por la picadura de un mosco.—Montes que circundan al Valle de México.—Toda la agalla en polvo.—Como astringente. Hemostático.

Aguacate. — Persea gratissima. Gaern. Lauríneas.— México, Tenancingo, Querétaro, etc. — Frutos; Alimenticios. — Cáscaras de idem; Antihelmínticas. — Semillas; Para marcar ropa.

Aguacate sabino.—Taxodium mocronatum, Ten. Coníferas.— México. — Hojas; Contra la sarna. — Madera; Para alquitrán.

Ahuichichi. Chichicayotl. Ayoctectli.—Brionia variegata. Mill. Cucurbitáceas.—Morelos.—Frutos.—Raíz.—Drásticos.

Ajonjolí.—Sesamum orientale y S. indicum, L. Sesámeas.—México, cultivado.—Aceite; Sustituye al de olivas y al de almendras. — Semillas; Como condimento.

Almendras de durazno.—Persica vulgaris, L. Rosáceas.—México, climas fríos.—Aceite; Sustituye al de almendras amargas.

Almendras de chabacano. — Armeniaca vulgaris, L. Rosáceas.— México.— Aceite; sustituye al de almendras amargas.

Ambar del país. Succino del país. Cuapinole. Incienso de Petapa. — Hymenæa courbaril. Leguminosas.—Oaxaca, montes de Petapa.—Resina; Para barniz.

Amole de bolita. Amoli Igamollin en Méx.—Sapindus Frutescens; Aubi. Sapindáceas.—Tierras calientes.—Extremidades floridas y frutos.—Sustitutos de la Saponaria.

Amole de raíz. — Agave mexicana, Lamark, Amarilídeas. — México. — Jugo; Diurético. Laxante. Emanagogo. Contra la sarna.—La Raíz; Como jabón.

Anacahuite. Siricote. Trompillo.—Cordia Boissieri. D. C. Borragíneas.— Montes de Tampico.—Madera.—Pectoral.

Añil. Indigo.— Indigofera argentea, I. disperma, I. añil, I. tinctoria. Leguminosas.—Oaxaca.—Pigmento.—Antiespasmódico. Antiepiléptico. Purgante.

Arbol de la cera. Huacanalá.—Myrica cerifera, L. Myriceas.— Sierra de Huauchinango.—Corteza de la raíz. — Emética. Contra la icteria. — La cera en polvo, Contra la disentería.

Arbol de manitas.— Cheirostemon platanoides, H. B. Bombáceas.—México, Coatepec.—Las flores.—Antiepilépticas. Emolientes.

Arbol del Perú.— Schinus Molle, L. Terebintáceas. — Varios lugares de la República. — Hojas en cocimiento; Para úlceras de la boca. — Frutos; Diurético. Estimulante. — Goma - resina; Contra las manchas de la córnea y la catarata.

Aro. Alcatraz. — Arum vulgare, L. — México y otros lugares.—Jugo; Cáustico.

Aroma. Matitas. — Acacia farnesiana. Willd. Leguminosas.—Yucatán.— Extracto de los frutos.— Como Catecú.—Flores; Esenciales.

Arrayán.—Mirthus arrayán, Kunt. Mirtáceas. — México. — Hojas; Astringentes. Cortezas; Esenciales.

Atlachana.—Cuphea lanceolata. K. Litrariáceas.—México.—Yerba.—Astringente. Antidisentérica. Corroborante.

Azafrancillo. Cártamo. Alazor. — Carthamus tinctorius, L. Sinantéreas.—México.—Flores; Tintoreales.

Azafrancillo. — Escobedia escabrifolia. Humb. Escrofularíáceas.— Morelos, Guerrero, cerro del Ocotiol. — Raíz; Como condimento y tintorial.

Bálsamo de Liquidámbar.— Liquidámbar styraciflua, L. Balsamífluas.—Veracruz. —El bálsamo; Estimulante. Balsámico.

Bálsamo negro. Bálsamo del Perú ó de San Salvador. — Mirospermun Pereiræ, Royle. Myroxilon sonsonatense, Klotzsch. —Pánuco, Huajicori, Morelos.—El bálsamo. Semillas. Cortezas.—Balsámico.

Banderilla.—Lœselia cœrulea, Cav. Polemoniáceas.—Villa de Guadalupe, Pachuca.—Yerba.—Emetocatártica.

Butua. Pareira brava.—Cissampelos pareira. Lamark? Menispermeas.—México.—Raíz.—Diurética.

Cacahuate. Avellana Americana. Alfónsigos de tierra.—Arachis hypogœa, L. Leguminosas. — México.— Semilla; Alimentación.— Aceite; En la idem sustituye al de olivo.

Cacao.—Theobroma cacao, L. Bitneriáceas.—Tabasco. — Semillas; Alimenticias. Grasa; Medicinal.

Café.—Coffea arabica, L. Rubiáceas. México. — Semillas; Alimenticias.—Alcaloide; Medicinal.

Calabazas.—Cucurbita pepo, L. Cucurbitáceas. —México.—Frutos y flores; Alimenticios.— Semillas (de la tierra caliente; Teniáfugas.

Calapancatle de Puebla. — Doronicum glutinosum, W, ó Grindelia glutinosa, Dumol. Sinantéreas.—Puebla.—Yerba Vulneraria.

Canónigo Masatates.—Valeriana Tolucana, D. C. Valerianeas.—Valle de Toluca. —Raíz. — Antiespasmódico.

Cañafístula. —Cassia fístula, L. Leguminosas.—México.—Fruto.—Laxante.

Cáñamo. Marihuana.—Cannabis sativa, L. Canabineas.—México.—Puntas floridas. Hojas; Para fumar.— Semillas; Horchatas antiblenorrágicas.

Caoba.—Swietenia mahogoni, L. Cedreláceas. — Regiones calientes.— Corteza.— Antiperiódica. Astringente.

Capulín. — Prunus Capuli. Cav. Rosáceas.—Regiones templadas.—Hojas.— Sustituye el agua destilada á la de las almendras amargas. — Cortezas; Antidisentéricas. Antiperiódicas. — Frutos; Como alimento.

Caraña. Goma Caraña.—Amiris carana, H. Terebintáceas. — Regiones calientes.— Resina.—Para emplastos.

Cascalote. — Cæsalpinia coriaria. Willd. Leguminosas.—Reg. cal. húm. de la vert. occid. de la cordillera mexicana.—Frutos.— Como curtientes. Astringente.

Copalchi. Cascarilla. Campanilla. Palo de Almizcle. — Croton reflexifolius. Croton Pseudochina. Schlecht. Croton niveus, Jaq. Euforbiáceas. — Acapulco, Oaxaca, Tehuantepec, Tampico, Huasteca. — Cortezas; Tónicas, febrífugas, aromáticas.

Cebadilla.— Veratrum asagræa. Colchicáceas.— Diversos lugares. — Frutos; Insecticidas y errinos. — Raíces en polvo; Para preparar veratrina.

Cebolla albarrana, barbas de gato. Escila de las oficinas. Lirio blanco en Guadalajara.—Pancratium illíricum, L. Amaryllídeas.— Xochimilco.— Bulbos; Diuréticos. Hipostenizantes.

Ciruelillo. — Bunchosia sessilifolia, D. C. Malpigiáceas.—México.—Corteza de la raíz.—Para formar extracto que sustituye á la goma Kino.

Colorín. Patol. Zompantle.— Erythrina coralloides, F. M. I. Leguminosas.—México.—Madera; Para tapones.— Flores; Alimenticias. — Semillas; Paralizantes: sustituyen al curara.

Contrayerba. Barbudilla. Tuxpatli.— Dorstenia contrayerba, L. Moreas.—Veracruz, Campeche D. Houstonii. — Raíz; Antidiarreica. Diaforética.

Contrayerba de Julimes—Asclepias contrayerba, Fl. Mex. idéd Asclepiádeas.— Raíz; Sustituye á la dorstenia.

Copal. Goma limón.—Elaphrium copalliferum. T. C. Terebintáceas. — Regiones cal. vert. occid. cordillera.—Resina.—Parches. Barniz. Ungüentos. Sustituye al elemí.

Corteza de Drimis, de chachaca, de palo picante, de Winter, de chilillo. — Drimys mexicana, D. C. Magnoliáceas.—Regiones cal. vert. occid. cordillera. — Corteza; Estimulante, aromática.

Crameria. Raíz de ciruelilla. Ratania.— Krameria pauciflora, K. secundiflora, Fl. M. inéd. Poligáleas. — México, Tepeji del Rio.—Raíz; Astringente.

Cuasia amarga.— Quassia amara, L. Simarubeas.—Colima.—Madera; Amarga.

Cuautecomate, tecomate. Guaje cirián. —Crescenttia alata, H. B. K. Bignoniáceas.—Colima, Autlán, Acapulco, Morelos. — Fruto, Béquico en pastillas. — Hojas; Antidiarreicas.

Culantrillo de México. Capilaria.— Adianthum tenerum Swart, L. Helechos. —Mesa central.—Toda la planta.—Espectorante.

Cuachalala. — Rajania subsamarata, Fl. M. inéd. Dioscoreas. — Matamoros Izúcar, etc. —Cortezas.—Astringentes.

Chapuz. Yerba de las ánimas. — Helenium mexicanum, H. B. K. Sinantéreas. —Puebla, Guadalajara.—Toda la planta.— Como errino.

Chayote. — Sechium edule, Swar. Cucurbitáceas. — México. — Raíz; Para extraer fécula.—Fruto; Como alimento.

Chía. Chiantzotzolli. — Salvia polystachia. La Llave. Laviadas.—Mesa central. —Semillas. — En la alimentación. Mucilaginosas. Para cataplasmas violentas.

Chicalote.—Argemona mexicana, L. A. Grandiflora, Salm. A. ochroleuca, Salm Papaveráceas.—México.— Toda la planta. —Narcótica.

Chile.—Capsicum annum, L.—Papantla. — Frutos. Como condimentos. Antihemorrágicos. Antihemorroidales.

Chilillo.—Polygonum hidropiper, L. Poligoneas.—México.—Toda la planta.—Diurética. Antirreumática.

Chirimoyo. — Anona Cherimolia Mill. Anonáceas. — Regs. calientes. — Semillas. Purgante drástico.

Damiana. — Bigelovia veneta, D. C. Sinantéreas.—México, en el Valle. — Toda la planta.—Antirreumática.

Epazote.—Chenopodium ambrosioides, L. Quenopodiáceas. — México. — Toda la planta. — Antihelmíntica. — Emenagoga. Condimento.

Espinosilla. Huichichile. — Lœselia coccinea, Cav. Polemoniáceas. — México. — Yerba.—Diaforética. Emetocatártica.

Estafiate, ajenjo de México.—Artemisia mexicana, L. Compuestas.—Capital, alrededores.—Yerba. — Antihelmíntica. Tónico. Amargo.

Gayuba del país. Pingüica.—Arctosta-

phylos pungens, K. Ericáceas.—Regs. templadas. — Frutos; Diuréticos y alimenticios.—Hojas; Astringentes.

Goma elástica. Hule.— Castilloa elástica, Fl. mex. inéd. Artocárpeas.—Veracruz, Oaxaca.—Jugo. — Industria. Antidiarreico. Antidisentérico.

Goma Limón. Elemí de México.—Véase copal.

Goma mangle.— Rhizofora mangle, L. Rizoforeas. — Tampico y costa. — Goma; Sustituye á la arábiga. — Corteza; Curtiente.—Fruto; Alimenticio.

Goma de mezquite.—Véase mezquite.

Goma de nopal. Tragacanto del país.—Véase nopal.

Granado.—Punica granatum, L. Granateas. — México.—Corteza de la raíz; Antihelmíntica. — Frutos; En la alimentación.

Guaco de México.— Aristoloquia grandiflora, Swart. Aristoloquiaceas.—Colima, Tabasco, Veracruz, Jalapa, Tampico, Tasco.—Toda la planta.— Sudorífica, emenagoga.

Guayacán. — Guayacum sanctum, L. Zigofiláceas.—Morelos. — Madera; Diaforético.

Habilla de San Ignacio. — Hura crepitans, L. Euforbiáceas.—Chilpancingo, Morelos, Colima.—Semillas; Drástica.

Huanita.—Morelosia huanita, Lallave y Lexarza. Borragíneas.— Uruapan. — Corteza; Antiperiódica. Astringente.

Ipecacuana blanca. — Richardsonia ascendens, R. Villosa, R. Haenkeana. Rubiáceas.—Veracruz.—Raíz; Emética.

Ipecacuana de las minas de oro, negra ó colorada.—Psycothria, L. Rubiáceas.—México.—Raíz; Emética.

Ipecacuana de Jalapa.— Psycothria excelsa, H. B. y Psyc. Podifolia, Willd. Rubiáceas.—Raíz; Emética.

Ipecacuana de México.—Psycothria mexicana, Will. Rubiáceas. — Raíz; Emética.

Jacalosúchil.—Plumeria alba. P. rubra, L. Apocineas. — Morelos. — Jugo; Drástico.

Jalapa. — Exogonium purga, Bentham. —Vertiente oriental de la cordillera. México.—Raíz; Purgante.

Jícama. — Dolichos tuberosa. Lamark, y D. Palmatilobus, Moc. y Sessé. Leguminosas. — México. — Semillas; Antipsóricas.— Frutos; En la alimentación.

Jumete ó candelilla. — Pedilanthus pavonis, Boissier. Euforbiáceas. — Jalisco, San Angel.—Jugo; Drástico.

Junco.—Cereus flagelliformis, Mill. Cacteas.—Regiones templadas.— Jugo.— Rubefaciente. Vermífugo.

Lentejilla ó panal.—Lepidium Virginicum, L. Crucíferas. — México. — Toda la planta; Antiescorbútica. — Esencia; Antidiarreica.

Linaloé.— Amyris linaloé, Lallave, Terebintáceas. — Vertiente occidental de la cordillera. México. — Madera. — Esencia; Perfume.

Maíz cacahuacintli.—Zea mais. L. Gramíneas. — México. — Harina; En la alimentación.

Maguey.—Agave americana, L. Amarilídeas.— México.— Jugo. — En la alimentación. — Filamentos; Para tejidos. — Goma; Sustituye á la arábiga. — Polvos de hojas; Para sinapismos.

Mamey. — Lucuma mammosa, Gœrtn. Sapoteas. — Morelos. — Semillas; Sustituyen á las almendras amargas. — Aceite; Para hacer crecer el pelo.

Marañón.—Anacardium Occidentale. L. Terebintáceas. — Yucatán. — Goma; Sustituye á la arábiga. — Frutos; El jugo es cáustico y vesicante. Contiene cordol.

Mático. Achotlin, en Colima. Cordoncillo, en Jalisco.— Arthante elongata, Miguel. Piperáceas.— Colima, Jalisco.—Hojas.—Antiblenorrágico.

Melón. — Cucumis melo, L. Cucurbitáceas. — Jojutla, Interior. — Semillas; Antiblenorrágico.—Frutos; Alimento.—Raíz; Emético.

Michoacán.—Batatas. Jalapa. D. C. Convolvuláceas. — Michoacán. — Raíz; Purgante.

Muérdago. — Loranthus calyculatus. D. C. Lorantáceas.—Morelos.— Sonora.—Toda la planta. — Vulneraria (alcaloide activo paralizo - motor). — Frutos; Materia viscosa.

Muitle.—Jacobinia mohintli. D. C. Acantáceas.— Jalapa, Morelos. — Hojas.— Alimenticias, colorantes, antidisentéricas.

Nopalillo.—Opuntia nopalillo. Karwinis. Cactoideas. — Mesa central. — Raíz.— Antihemorrágica, metrorragias.

Ñamole, Jabonera.—Phytolacca decandra, L. Fitolacáceas. —Valle de México.— Raíz, hojas y frutos.—Purgante.—Frutos. — Colorante. — Las cenizas; contienen 42 por ciento de Ko.

Ojo de venado. Picapica de Perú.—Mucuna urens. D. C. Leguminosas.—Morelos. — Frutos; Antihelmínticos. Rubefacientes.

Orégano del país.— Lippia origanoides. H. B. K. Verbenáceas. — Tehuacán.— Hojas; Sustituyen á las europeas.

Ortiga. — Urtica dioica. L. Urticeas.—

México; Hojas. — Antihemorrágicas. — Raíz; En vez de los yesgos.

Palo de Campeche. — Hæmatoxylum campechanium. Legum.— Yucatán, etc.— Extracto.—Colorante, antidisentérico, antidiarreico.

Palo del muerto.—Ipomæa murucoides. H. B. Convolvuláceas. — Valle de México, Tenango. — Madera; Contra la parálisis. —Goma resinosa; Purgante. — Cenizas, Contienen mucha potasa.

Palo mulato de Mazatlán. — Zanthoxilum Clava-Herculi. L. Rutáceas.— Mazatlán, Morelos?—Cortezas.—Tónico.

Palo mulato de México.—Zanthoxylum pentanoma. D. C. Rutáceas. — México?— Cortezas.—Tónico.

Peritre del país, Chilcuam.—¿Matricaria pyréthroides? Compuestas. — México, Querétaro, Tizapán.—Raíces. — Excitante de la salivación. Como insecticida.

Pimienta gorda. — Myrthus pimenta. L. Eugenia pimenta. D. C. Mirtáceas.—Tabasco, etc.—Frutos; Estimulantes.

Piñuela. Timbirichis. — Bromelia pinguín. L. Bromiláceas.— Morelos.—Frutos. —Antihelmínticos, alimenticios.

Pipitzahuac. — Perezia Humboldtii. A. Gray. Compuestas. — Tenango, Valle de México, etc. — Raíces. — Acido pipitzoico, purgante y reactivo.

Polígala mexicana. — Polygala mexicana. Fl. M. inéd. Polig. sapcoria. H. B. Poligáleas. — Alrededores de México, Ario, Guadalajara, Veracruz.— Raíz.— Emética, expectorante, tónica, amarga.

Pulque....................

Raíz de China, de México. Cocolmeca. —Smilax rotundifolia. L. Sparragíneas.— —Morelos, Colima, Tepic.—Raíz.— Diaforética, succedánea de la Smilax china.

Raíz del manso. Liga. — Echinacea heterophylla. Don. Viguiera excelsa, Hemsl. Fl. mex. inéd. Compuestas. — San Angel, Puebla (cerro de Tepoxúchil). — Raíz.— Vulneraria, succedánea de la dextrina en las fracturas.

Samatito. Amate.—Ficus complicata. H. B. K. F. Benjamina. L. Moreas.—Morelos, Yuriria?— El jugo (texcalama).—Para parches, succedáneo del cauchuc como barniz.

Sangre de drago de México. Etzquahuitl ó Arbol de sangre.—Pterocapus draco L. Leguminosas; y Croton sanguifluum K. Euforbiáceas. — Morelos. — El jugo; Astringente.

Sasafrás. — Laurus sasafras. L. Lauríneas.—Sierra de Michoacán.— Corteza de la raíz.—Esencial, sudorífica.

Sen (hojas de tabachin).—Poinciana pulherrima. L. Leguminosas.—Morelos.—Hojas.—Succedáneas del verdadero sen. Emenagogas.

Simonillo. Zacatechichi.—Lœnnecia parvifolia. Compuestas. — México, Puebla.— Toda la planta.—Amarga, antiperiódica.

Tamarindo.—Tamarindus indica. L. Leguminosas.—Morelos.—Frutos.—Purgantes.

Té limón.— Andropogon citratus. D. C. Gramíneas.— Morelos, Tlalmanalco.— Hojas.—En la alimentación antiespasmódico.

Té de milpa amarillo.—Bidens tetragona D. C. Compuestas.—Valle de México. —Hojas; Alimenticias.

Tecomate.—Crescentia Cujete. L. Bignoniáceas.— Morelos.— Frutos.— Pectorales.

Tejocote.— Cratægus Mexicana. Mociño y Sesé. Rosáceas.—México. —Frutos; Pectorales.—Raíz; Diurética.

Tilia.—Tilia heterophylla. Vent. Tiliáceas.— Morelos, Michoacán.— Hojas; Antiespasmódicas.

Tripa de pollo—¿Matricaria pyrethroides? Compuestas.—México, Querétaro, Tizapán.—Raíces.— Excitante de la salivación; como insecticida.

Tlachichinoa.—Tournefortia americana. Cerv. Rubiáceas.— Puebla, Yecapixtla.— Hojas; Anticancerosa, antihemorrágica, contra la sarna.

Tlancpaquelite.—Piper sanctum. Mociño y Sesé. Piperáceas.—Orizaba, Oaxaca, Morelos.—Hojas.— Esenciales, odontálgicas, como condimento.

Toloache.—Datura stramonium. L. Solanáceas. — México. — Hojas.— Narcótico, succedáneo de la belladona.

Tomillo de Jalapa.—Micromeria Xalapensis. D. C. Labiadas. — Jalapa.— Hojas; Estimulantes.

Tzautli.—Blettia campanulata. La Llave y Lexarza. Orquídeas.—México, región templada.—Tubérculos.—Emolientes.

Yerba de la cucaracha.—Echites.—Hipoleuca? D. C. Asclepiádeas.—Cuernavaca.—Hojas; Insecticidas.

Yerba del ángel.—Eupatorium collinni. D. C. Compuestas.— México.— Hojas; Antiperiódicas, amargas.

Yerba del burro.—Spigelia ¿nova? Loganiáceas.—Mineral del Chico—Hojas, semillas.—Contienen un veneno tetánico.

Yerba del carbonero.—Baccharis multiflora. H. B. Compuestas.—México.—Hojas —Para curar los catarros.

Yerba del cura.—Ternstrœmia Altamirania. La Llave. Ternstrœmiáceas. — Regiones calientes.— Hojas; Contra el reumatismo y la gota.

Yerba dulce. — Lippia dulcis. Trevir; y L. graveolens. H. B. K. Verbenáceas, —

Córdaba, Orizaba, Tabasco.—Hojas; Pectorales, emenagogas.

Yerba del indio.—Aristoloquia fœtida. H. B. K. Aristoloquiáceas.—Ario.—Hojas; Vulnerarias.—Raíz; Estimulante, detersiva.

Yerba del pollo.—Comelina tuberosa. H. B. K. Comelineas.—México.—Jugo, hojas, tallo; Hemostáticos.

Yerba de la Puebla.—Senecio canicida. F. M. I. Compuestas.—Puebla, Hacienda de Tlascalpam.—Toda la planta; Antipsórica, tetánica. Para envenenar á los perros.

Yerba del zorrillo.—Croton, dioicus. Cav. Euforbiáceas.—México, Texcoco, Acatzingo.—Semillas; Purgantes.

Yolochiachitl. Té del Brasil. Ipecacuana de América.—Psoralea glandulosa. L. Leguminosas.—Regiones calientes y húmedas.—Hojas; Vermífugas.—Raíz; Emética.

Yoyote.—Thevetia iccotli. D. C. Apocíneas.—Morelos.—Semillas; Antihemorroidales, venenosas.

Zarzaparrilla.—Smilax médica. Schlech. Esparragíneas.—Vert. orient. cord. mex.—Raíz; Sudorífica.

Zazale.—Mentzelia hispida. Wild. Loáseas.—México.—Raíz; Drástica.

Zempoalzochitl.—Tagetes erecta. L. Compuestas.—México.—Flores; Antihelmínticas.

Zoapatli.—Montagnea tomentosa. D. C. Compuestas.—México.—Hojas; Sustituyen al cuernecillo de centeno.

NOMBRES VULGARES

De varias plantas medicinales, alimenticias, industriales, etc.

Abanico. Cresta de gallo.
Abelmosco. Grano de almizcle.
Abrojo de tierra caliente.
Abeto. Oyamel.
Achiotillo. Chacanguarica. Pumacua. Achiote.
Agallas de encino. Borreguitos de encino. Manzanitas de encino. Julos.
Aguacate.
Ahuehuete. Sabino.
Ahuichichi. Chichicayotl. Ayotectli.
Ajonjolí.
Almendras de durazno.
Almendras de chavacano.
Ambar del país. Succino del país. Cuapinole. Incienso de Petapa.
Amole de bolita. Amoli. Agamollin en México.
Amole de raíz.
Anacahuite. Siricote. Trompillo.
Añil. Indigo.
Arbol de la cera. Huacanalá.
Arbol de manitas.
Arbol del Perú.
Aro. Alcatraz.
Aroma. Matitas.
Arrayan.
Atlachana.
Azafrancillo. Cártamo. Alazor.
Azafrancillo.
Bálsamo de liquidámbar.
Bálsamo negro. Bálsamo del Perú ó de San Salvador.
Banderilla.
Butua. Pareira brava.
Cacahuate. Avellana americana. Alfónsigos de tierra.
Cacao.
Café.
Calabazas.
Calancapatle de Puebla.
Canónigo. Masatates.
Cañafístula.
Cáñamo. Marihuana.
Caoba.
Capulín.
Caraña. Goma-caraña.
Cascalote.
Copalchi. Cascarilla. Campanilla. Palo de almizcle.
Cebadilla.
Cebolla albarrana, barbas de gato. Escila de las oficinas. Lirio blanco, en Guadalajara.
Ciruelillo.
Colorín. Patol. Zompantle.
Contrayerba. Barbudilla. Tuxpatli.
Contrayerba de Julimes.
Copal. Goma-limón.
Corteza de Drimis, de chachaca, de palo picante, de Winter, de chilillo.
Crameria. Raíz de Ciruelilla. Ratania.
Cuasia amarga.
Cuautecomate, tecomate. Guaje cirián.
Culantrillo de México. Capilaria.
Cuachalala.
Chapuz. Yerba de las ánimas.
Chayote.
Chía. Chiantzotzolli.
Chicalote.
Chile.
Chilillo.
Chirimoyo.
Damiana.
Epazote.
Espinosilla. Huichichile.
Estafiate. Ajenjo de México.
Gayuba del País. Pingüica.
Goma elástica. Hule.

Goma limón. Elemí de México.
Goma Mangle.
Goma de mezquite.
Goma de nopal. Tragacanto del país.
Granado.
Guaco de México.
Guayacán.
Habilla de San Ignacio.
Huanita.
Ipecacuana blanca.
Ipecacuana de las minas de oro, negra ó colorada.
Ipecacuana de Jalapa.
Ipecacuana de México.
Jacalosúchil.
Jalapa.
Jícama.
Jumete ó candelilla.
Junco.
Lentejilla ó panal.
Linaloé.
Maíz cacahuacintli.
Maguey.
Mamey.
Marañón.
Mático. Achiotin, en Colima. Cordoncillo en Jalisco.
Melón.
Michoacán.
Muérdago.
Muítle.
Nopalillo.
Ñamale, Jabonero.
Ojo de Venado. Picapica del Perú.
Orégano del País.
Ortiga.
Palo de Campeche.
Palo del muerto.
Palo mulato de Mazatlán.
Palo mulato de México.
Peritre del país. Chilcuam.
Pimienta gorda.
Piñuela. Timbirichis.
Pipitzahuac.
Polígala mexicana.
Pulque.
Raíz de China, de México, Cocolmeca.
Raíz del manso. Liga.
Samatito. Amate.
Sangre de drago de México, Etzquahuitl ó Arbol de sangre.
Sasafrás.
Sen (hojas de tabachín).
Simonillo. Zacatechichi.
Tamarindo.
Té limón.
Té de milpa amarilla.
Tecomate.
Tejocote.
Tilia.
Tripa de pollo.
Tlachichinoa.
Tlancpaquelite.
Toloache.
Tomillo de Jalapa.
Tzautli.
Yerba de la cucaracha.
Yerba del ángel.
Yerba del burro.
Yerba del carbonero.
Yerba del cura.
Yerba dulce.
Yerba del indio.
Yerba del pollo.
Yerba de la Puebla.
Yerba del zorrillo.
Yolochiachitl. Té del Brasil. Ipecacuana de América.
Yoyote.
Zarzaparrilla.
Zazale.
Zempoalzochitl.
Zoapatli. *(Continuarán).*

VETERINARIA.

ENFERMEDAD DEL CISTICERCO EN EL PUERCO.

Trabajo leído por su autor en la Academia de Medicina.

Cuando los preceptos de la higiene tienen cabida felizmente en la dirección de la industria pecuaria, garantizando la conservación en el acrecentamiento de ricos intereses, no sólo en cantidad sino en calidad, por ningún motivo deberá omitirse esta benéfica influencia. Los productos destinados, unos para la alimentación pública, otros para la industria, llevarían constantemente la garantía de completa bondad.

La afección de que hoy me ocupo se observa en el cerdo, en los grandes y pequeños centros de cría; la carne y la grasa de estos animales concurre, como se sabe, en proporción notable, en la alimentación del hombre, y cuando este alimento puede, en circunstancias determinadas, causar males graves por su ingestión, deber nuestro es obrar de conforminad con los sentimientos salvadores, según la tendencia de la civilización actual.

¿Qué datos históricos tenemos de esta enfermedad? ¿Cuál es su naturaleza y etiología? ¿Sería aceptable el nombre con el cual la he designado? ¿Existe en la República? ¿En qué proporción? Y si existe, ¿qué medidas se han puesto en práctica para reprimir sus efectos?

Desde remotos siglos puede consultarse en la historia la atención que los sabios y

los legisladores han dado á esta enfermedad.

Las primeras medidas higiénicas fundadas en observaciones rigurosas fueron las de Moisés: entre éstas se encuentra la que prohibe á los hebreos el uso de la carne de puerco: digna de admiración esa medida en aquella época, lo es también hoy, porque sabemos que á la temperatura elevada de las comarcas habitadas entonces por los judíos, el exceso de grasa en la alimentación podía predisponer á enfermedades de hígado, á una plétora calorífica, y dadas las condiciones del clima, bien pudiera, á juicio de tratadistas de higiene, predisponer aún al desarrollo de la lepra.

Respecto del consumo de puercos grasos en la alimentación del hombre, sabemos también que tiene que ser mayor siempre que la temperatura media es menos elevada y recíprocamente.

Este resultado de observación, erigido en la actualidad en principio, tiene ejemplos satisfactorios. El hotentote se calienta por el ejercicio y resiste al rigor de los inviernos, tomando aceite de pescado; por el contrario, el árabe del desierto de Sahara, ejemplo de maravillosa sobriedad, se mantiene con dátiles y productos que contienen vestigios de materias grasas.

La medida prohibitiva de Moisés, de la carne grasosa como alimento de gran poder calorífico, encuentra plena injustificación en los progresos de la ciencia, pues se sabe que cuando la temperatura es baja, el aire es más condensado, encierra más oxígeno y puede efectuarse la trasformación última de los cuerpos grasosos en agua y ácido carbónico, fenómeno que no podría verificarse en un clima caliente.

Pero hay más: las afecciones parasitarias que padecen los cerdos, y su trasmisión al hombre son ahora bien conocidas.

La casta sacerdotal del Egipto manifestó también repulsión por la carne de puerco, aunque en menor grado que el pueblo hebreo, según Sextus Empiricus, repugnancia que se extendía á gran parte de los habitantes del Asia.

Aristóteles, filósofo y naturalista, en el capítulo de su historia de los animales, tan conocido como es, tiene indicaciones utilísimas para la economía rural y doméstica, para la patología histórica y para la medicina comparada. Este sabio, al descubrir con mano maestra los caracteres de la afección, nada nos dice respecto de su naturaleza, como podrá juzgarse por el cuadro sintomatológico que ha legado á la patología y que incluyo con todo gusto en este artículo, tanto más, cuanto que tratadistas respetables lo admiran y encomian.

He aquí el cuadro sintomatológico:

"Los puercos leprosos tienen la carne de las piernas, del cuello y de las espaldas acuosa; en estas partes abundan los granos de la lepra. Si son en pequeño número, la carne es agradable; si son abundantes, se hace acuosa al exceso é insípida.

" Los puercos leprosos se reconocen fácilmente, las granos aparecen á la cara inferior de la lengua; las cerdas que se arrancan en la parte superior del cuello son sanguinolentas en su raíz. Los puercos enfermos no pueden conservar reposo en sus extremidades posteriores. Los puercos que maman no son leprosos mientras la leche es su único alimento. El espelta (especie de trigo) es un remedio contra los granitos ó granos y la mejor nutrición para los puercos. Los garbanzos y los higos los nutren y engordan muy bien. Este animal, lo mismo que los otros, gusta de cambios en el régimen de alimentación. Se dice que cada especie de nutrición produce su efecto, y que pasando sucesivamente de uno á otro, el animal adquiere volumen, toma carnes y grasas. Las bellotas que comen con gusto pasan por volver su carne húmeda. Cuando la puerca está preñada si come demasiado, aborta como las avejas.

" De todos los animales conocidos por nosotros, el puerco es el único que está sujeto á la lepra." [1]

En la actualidad la enfermedad conserva, en las obras que de ella tratan, los nombres especiales que los latinos han trasmitido, siendo éstos el de "Lepra," "Laceria." "Grano," "Granizo."

En Atenas, las carnes que contenían este grano en gran cantidad, eran separadas del consumo por los Agoranomes. [2]

Respecto del primer nombre de la afección, tal parece que era aceptado como genérico en los primeros tiempos para indicar padecimientos que presentaban algunos caracteres objetivos semejantes.

Lepra y laceria son palabras sinónimas que indican un padecimiento de la especie humana, de formas distintas, conocido con el nombre de " mal de San Lázaro, " que tuvo origen en razas desgraciadas. La Arabia, el Egipto, la Palestina y los países

1 Aristóteles. His. de los animales, libro VIII, C. 21, págs. 603-64. Tomo I de la edición griega de Beker, Berlín, 1831.

2 Agoranomes (Plauto) juez de policía entre los griegos; de *agora* (*αγορα*) plaza pública de las ciudades griegas. En Roma, magistrado que cuidaba de todo lo relativo á la buena policía de la ciudad; es igual al edil que hoy llamamos regidor.

orientales, fueron el asiento de esta deforme y asquerosa enfermedad, que ha dado la vuelta al mundo y que la ciencia lucha por hacer desaparecer.

Como fundamento del nombre con el que se designó la enfermedad del cerdo, pudieran darse acaso la diminución notable de la sensibilidad, el abultamiento de algunas regiones, principalmente del cuello y espaldas, el enronquecimiento de la voz y la poca resistencia de las cerdas, síntomas que pudieran tener semejanza con los de la lepra del hombre.

El examen macroscópico de un cerdo enfermo permite observar en su carne una serie de vesículas llenas de un líquido trasparente, al través de cuyos medios se ven granos blancos como flotantes. Estos cuerpos son animales de forma ovoidea ó arredondada, los cuales corresponden á una faz de un helminto próximo á su completo desarrollo, verdadera larva dentro de un quiste á la que Rudolphi dió el nombre de "Cisticercus celulosus."

La envoltura del cisticerco es de dos capas, la primera y más exterior es delgada y poco resistente, dependiente de la larva sólo por un punto de su superficie; la segunda, unida á la larva misma, le forma su cavidad permanente; la cabeza de la larva se invagina en su propio quiste. Una presión moderada determina la salida de ésta; su examen al microscopio permite observarle una forma tetragonal, cuatro ventosas simétricamente colocadas á una corona de ganchos en número de 22 á 26, dispuestos en dos círculos.

Por la zoología se conoce el origen y destino de esta larva, lo que nos facilita el conocimiento de la causa y naturaleza de la afección.

Según Kuchenmeister, el hombre que tiene solitaria arroja proglótidos y los huevezuelos contenidos en ellos son ingeridos por los cerdos; la resistencia de estos gérmenes, aunque inferior á la de otros muchos más pequeños, encuentran, sin embargo, medios extensos para su conservación en la naturaleza. Disociados de la materia fecal resisten á la putrefacción, se conservan en los abonos, en los terrenos húmedos, siendo fácil su introducción al estómago de los cerdos, en donde se disuelve la concha y sale en libertad el embrión exacanto; éste pasa al intestino y de aquí, probablemente por la vena porta penetra al tejido celular, en donde se desarrolla en cisticerco según queda descrito. Para llegar al término de su evolución necesita cambio de medio y nuevas condiciones; es preciso que su quiste sea digerido, ó lo que es lo mismo, que el cisticerco llegue al estómago de un animal diferente del primero; el fin de su evolución consiste en la trasformación en *tenia solium* ó tenia armado. Tal es la generación alternante propia de todas las teniadeas.

Compendiando lo expuesto, el puerco recibe el embrión y nutre la larva; el hombre recibe el cisticerco y nutre al helminto perfecto.

Kuchenmeister, que ha descrito este ciclo, asienta que el hombre puede padecer la infección del cisticerco. Arnould, en su notable obra de higiene pública, presenta un caso de infección franca en el hombre; nosotros podemos agregar la reciente observación del Dr. Ramos sobre la que tiene conocimiento esta Academia.

Poincarré (de Nancy) ha encontrado en muchas muestras de carnes del cerdo sometidas á la inspección, unos cuerpecillos ovoides, tanto más numerosos cuanto menor era el grado de infección por el cisticerco, los que considera como embriones también de tenia; estos cuerpecillos tienen movimientos propios y no contienen en su interior más que protoplasma granuloso; están situados sobre las fibras musculares de los cerdos que padecen el cisticerco.

Posteriormente Meguin manifestó á la Sociedad de Biología de Francia, que los organismos en cuestión son conocidos con el nombre de *gregarina miescheriana*. La asociación de un nuevo organismo desconocido experimentalmente en sus efectos, hace difícil la exclusión de mayores peligros.

Es indudable que el consumo de la carne de puerco en los primeros tiempos era grande; la existencia de la lepra en los cerdos se conoce desde entonces; es probable también que desde entonces haya existido la triquina. La alteración que estas enfermedades originan en las carnes y los males que podrán producir por su ingestión, bastaban para prohibir su uso.

La selección en las tradiciones populares ha sido propia sólo de los hombres de genio. Respecto al mal de San Lázaro ha existido y se conserva aún en algunos pueblos, la de que es producido por la ingestión de la carne de puerco: la ilustracion y perspicacia de los honorables miembros de esta Academia podrá valorizar con más propiedad este asunto, que tratadistas en higiene pública consignan como materia digna de atención.

En un pequeño artículo que tuve la honra de leer en esta Academia, manifesté los peligros de una infección parasitaria por ingestión de sangre que muchas personas

hacen en el Rastro ó casa-matadero de esta ciudad. La continuación de esta materia amplía aquellos peligros por el uso despreocupado de las carnes crudas ó mal cocidas, y mi insistencia sobre este asunto no creo que pueda carecer de razón. Las recientes conquistas de la ciencia nos presentan nuevos seres patógenos por fortuna junto á los medios de defensa.

El hombre puede nutrir, según la observación de los hechos, el embrión del tenia, permitirle libre circulación en su organismo para ser transformado en cisticerco con peligro de perder el uso de órganos delicados ó su vida. La ingestión del cisticerco no sólo le expone al desarrollo del tenia armado ó inerme, sufriendo las consecuencias de un huésped puramente incómodo, sino que no repugnan ya las infecciones autócnas ni las transmisiones parasitarias por herencia. Conocida la causa de esta enfermedad, la evolución del parásito que la constituye en el organismo, no queda duda respecto á su naturaleza.

Partidario de la claridad en los trabajos científicos y deseando por otra parte evitar confuciones, me he atrevido á proponer para este padecimiento del puerco el nombre que me ha parecido más adecuado, como es el de "Afección del cisticerco."

Conocida probablemente en México desde los primeros tiempos que siguieron á su conquista, los naturales le dieron el nombre de *zahuatl*, palabra mexicana que significa grano. Los más antiguos dueños de tocinerías la denominan *zahuate*, de la palabra *zahuatl* primitiva; se usa también el diminutivo de grano, "granillo."

Esta afección es enzoótica en México; sus síntomas iniciales, ó cuando es poco numerosa la afección, no son claros, siendo por lo mismo difíciles de apreciarse; pero si la afección es numerosa, se observa cierto grado de analgesia en la piel, menor adherencia de las cerdas, abultamiento de las espaldas, todo lo cual coincide muchas veces con el signo criterio, que consiste en la presencia de las vesículas sublinguales del cisticerco que pueden verse con claridad, al través de la mucosa inferior de la lengua; algunas veces se observan también en la conjuntiva y en los pliegues del ano.

El procedimiento para reconocer en vida á los animales, es cansado y maltrata muchas veces sin provecho á éstos. La inspección macroscópica es preferible; por este medio se ve el cisticerco alojado en el tejido celular, y por orden de frecuencia existe en el cerebro, en el corazón, en los músculos de la lengua, y en mayor cantidad en el cuello, músculos intercostales, en los psoas, músculos y por último, en el lomo y sacro.

El diámetro mayor de las vesículas corresponde á cerca de 10 milímetros y en las pequeñas á 4. El cerebro es el órgano en que tanto los quistes ó envolturas como la larva misma adquieren mayores dimensiones. La grasa pierde su consistencia de la misma manera que la carne; el color de ésta es pálido, y su sabor insípido; pero en las infecciones moderadas la carne conserva sus caracteres ordinarias.

El cocimiento de la carne mata al cisticerco cuando ésta lo contiene; la salazón no ejerce influencia cierta sobre dicho parásito.

En el jabalí se observa la misma enfermedad, aunque con menos frecuencia. Yo he tenido ocasión de ver dos casos en animales de esta especie que se habían tenido encerrados en un corral por espacio de seis meses, en los que la infección era poco numerosa.

El Consejo Superior de Salubridad del Distrito Federal, en sus constantes iniciativas á la autoridad por el bien público, manifestó oportunamente la necesidad de visitar con frecuencia el expendio de carnes de cerdo por peritos, y á la práctica de esta buena medida debo la adquisición de un dato importante para la higiene, cual es la proporción por ciento de enfermos por el cisticerco.

En la República la cría de cerdos había caminado sin obstáculos llenando su contingente en la alimentación, principalmente entre la gente del pueblo, hasta el año de 1886, en que se desarrolló la pneumo-enteritis epizoótica, ó sea el mal rojo, causando pérdidas hasta hoy irreparables en los centros de cría, y una alza de consideración en el precio de la carne y de la grasa.

De muchos años atrás esta carne viene disminuyendo en su consumo, pues según datos fehacientes de personas empleadas en este comercio, se sabe que, de diez años á la fecha, se ha reducido el consumo diario de esta carne á una quinta parte. Al principio del período que indico se sacrificaban diariamente en la Capital cerca de 600 cerdos; hoy se sacrifican de 120 á 121.

Las procedencias del ganado conservan el siguiente orden: Estados de Guanajuato, Jalisco, Michoacán, México, Hidalgo, Puebla y Tlaxcala.

En 9 de Noviembre del año citado, y por acuerdo del Municipio de la Capital,

comenzó á practicarse en mayor escala la inspección de carnes de tocinerías, obteniéndose hasta Noviembre del año próximo pasado el siguiente resultado:

CUADRO que indica la proporción por ciento de los cerdos infectados por el cisticerco.

AÑOS.	MESES.	Puercos con cisticerco.	TOTAL.	Número de puercos.	TOTAL.
1886	Del 9 al 30 de Noviembre..	55		3033	
"	Diciembre....................	95	150	4284	7317
1887	Enero..........................	143		5849	
"	Febrero........................	120		4362	
"	Marzo..........................	157		5625	
"	Abril...........................	127		5031	
"	Mayo...........................	66		2519	
"	Junio...........................	108		3973	
"	Julio............................	77		3330	
"	Agosto.........................	51		3503	
"	Septiembre...................	40		4263	
"	Octubre........................	44		2999	
"	Noviembre....................	127		3658	
"	Diciembre.....................	119	1179	3823	48935
1888	Enero...........................	109		3470	
"	Febrero........................	93		2628	
"	Marzo..........................	85		2776	
"	Abril...........................	65		3424	
"	Mayo...........................	63		3832	
"	Junio...........................	66		2839	
"	Julio............................	114		3444	
"	Agosto.........................	423		3773	
"	Septiembre...................	135		4175	
"	Octubre........................	169		4382	
"	Noviembre....................	129	1149	3939	38682
			2478		94934
Proporción de enfermos, 2,83 por ciento.					

Hasta Noviembre de 88 fueron introducidos á la Capital para la matanza 94,934 cerdos y debido á la escasez de este animal por la causa ya indicada, los comerciantes del ramo de tocinerías tuvieron que importar en los meses de Julio de 87 á Mayo de 88, 7,526 cerdos de los Estados Unidos, en cuyo número no se encontró un solo caso de infección por el cisticerco, motivo por el cual habrá que deducir este número de la cantidad total á fin de que la restante nos dé la proporción de cisticerco. Hecha esta deducción tendremos 87,408 cerdos de la República, sacrificados del 9 de Noviembre de 86 á fines de Noviembre de 88. El número de enfermos por el cisticerco encontrados en las visitas de inspección de tocinerías por los peritos, ha sido el de 2,478, que viene á ser un 2,83 por ciento.

Para terminar diremos, que los cerdos en los que la infección es moderada se mandan freir para aprovechar la grasa y el chicharrón; aquellos en los que la infección es considerable, se mandan arrojar á la paila, evitando por este medio males á los consumidores.

No se conoce hasta hoy tratamiento curativo de la enfermedad, sólo tratamiento preservativo, que consiste en el aseo del animal, aseo del local que ocupa, buena alimentación, y en excluir de la reproducción las hembras enfermas ó sospechosas de tener el mal. Estas medidas observadas

con todo rigor producirían la extinción completa de la enfermedad, como lo justifica el buen éxito obtenido en los Estados Unidos del Norte, donde se crían cerdos en lugar de puercos.

José L. Gómez.

CORRESPONDENCIA.

Carta interesante.

El Profesor Van Renterghem de Amsterdam, autor del Tratado más bien escrito sobre Materia Médica, ha dirigido á los redactores de *La Medicina Científica*, la siguiente:

"Dres. Juan F. Fénélon y Fernando Malanco.—México.—Muy distinguidos colegas:

"Complacido con el gracioso testimonio de vuestra amistad, me apresuro á acusaros la recepción del tomo primero de la *Medicina Científica.*

"Vuestra obra hará época en los anales de la ciencia; hojeando el volumen he podido comprender que lejos de mostraros exclusivistas, aceptais cualquier progreso en terapéutica. Efectivamente, la dosimetría tiene mucho de bueno; pero á su lado hay lugar para otras doctrinas.

"En los dos últimos años me he establecido en nuestra capital, Amsterdam, en donde he abierto una Clínica Especial para el tratamiento de las enfermedades nerviosas por la "Sugestión hipnótica;" mis resultados son magníficos.

"El hipnotismo tal como nos lo enseña la escuela de Nancy, ha llegado á nuestro país y ha sido aceptado por la escuela oficial, tomando rango muy honroso al lado de la electroterapia, massaje, etc.

"Hay que convenir en que el método sugestivo da vuelta al mundo; vuestra *Medicina Científica* me lo demuestra una vez más.

"Recibid, caros colegas, la expresión de mis mejores sentimientos y aceptad los sinceros votos que hago por el feliz éxito y por la prosperidad de vuestra obra.—*Dr. Van Renterghem.*"

VARIEDADES.

Una escena sublime.

En presencia de todas las tropas francesas de guarnición en la capital del Tonquín, el Gobernador general confirió la cruz de la Legión de Honor á la religiosa Sor María Teresa, superiora de las Hermanas de la Caridad de aquel Imperio.

Formadas las tropas en cuadro en la pequeña plaza de la ciudad, en cuyo centro se había levantado una plataforma que ocupó el Gobernador general con su estado mayor, fué enviado un ayudante de campo en busca de Sor Teresa, á la cual encontró en el hospital consolando á un soldado á quien le amputaban una pierna; mas la religiosa no consintió en separarse del lado del paciente, sino hasta que la operación hubo terminado. Siguió entonces al oficial hasta el cuadro formado para la ceremonia, donde fué recibida por el general en persona, y conducida á la plataforma en medio de las entusiastas aclamaciones de los soldados.

Una vez allí, el general ordenó el silencio y en tono solemne, le dijo:

"Sor María Teresa, contábais apenas veinte años de edad cuando fuísteis herida por una bala de cañón mientras prodigábais vuestros cuidados á uno de los heridos en el campo de Balaklava.

"En 1859, el casco de una ametralladora vino á postraros al frente de la primera línea de batalla en los campos de Magenta. Posteriormente, habeis estado en Syria, en China y en México: si en esta campaña habeis salido ilesa, no ha sido ciertamente, porque no hayais expuesto vuestra existencia al plomo y al acero enemigos.

"En 1870, en Reischoffen, os levantaron también herida y cubierta de sangre de entre un montón de coraceros muertos. Todos estos hechos de heroísmo los habeis coronado con una de las acciones más heroicas que haya registrado la historia.

"Una granada cae entre la ambulancia confiada á vuestros cuidados; el proyectil no revienta por lo pronto, pero de un momento á otro puede estallar y rematar á multitud de infelices heridos; pero allí estábais vos: habeis tomado la granada en vuestros brazos y con la sonrisa en los labios, procurábais infundir aliento á los heridos que os contemplaban helados de espanto, no por ellos, sino por vos, y la habeis conducido á ochenta metros de distancia; cuando conocísteis que iba á reventar, os habéis arrojado al suelo; estallando al fin, os hiere, y aunque cubierta de sangre, habeis dicho con vuestra habitual sonrisa á las personas que acudieron á vuestro auxilio: "*no os alarmeis; esto no es nada.*" Apenas restablecida, habeis vuelto á cumplir vuestra misión al hospital, desde donde habeis acudido á mi llamado."

Durante tan lisonjero panegírico, permaneció la madre con la cabeza modestamente inclinada, fija su vista en el crucifijo que pendía de su cintura.

El general la hizo entonces hincar, y empuñando su espada, le tocó la espalda con ella ligeramente por tres veces, diciendo con voz embargada por la emoción:

"En nombre del pueblo francés y del ejército, os confiero la cruz acordada al valor; ninguno podría alegar hechos más "heroicos para obtenerla; nadie podría presentar una vida más llena de abnegación y consagrada toda al servicio de sus hermanos y de su patria."

"¡Soldados, presenten las armas!"

Las tropas presentaron las armas, las trompetas y tambores lanzaron al aire sus bélicos acentos, y el entusiasmo fué indescriptible.

—General, ¿ha concluido todo? ¿nada tengo ya que hacer aquí? preguntó tímidamente Sor Teresa al ponerse en pié.

—Nada, replicó el general.

—Entonces, con vuestro permiso regreso al hospital, donde los heridos reclaman mi presencia.

Datos científicos.

El peso medio en los adultos es de 130 libras para los varones, 110 libras para las hembras.

El promedio de la estatura de un hombre fuerte y proporcionado es de 5 piés 4 pulgadas. Una pulgada de estatura equivale á 2 libras de peso. El peso específico del cuerpo humano fluctúa entre 0.950 á 1.030. El corazón de la mujer pesa 260 gramos y 330 (10½ onzas) el del hombre; el promedio es de unos 292 gramos. A la edad de 50 á 80 años, el corazón adquiere su peso máximo.

La cantidad de sangre en el cuerpo humano equivale á la décimatercia parte de su peso; unos 5 cuartillos, ó de 11 á 12 libras. El hombre muere cuando ha perdido la quinta parte de su sangre. Los ventrículos del corazón expelen 6 onzas de sangre á cada contracción, á una presión de cuarto de atmósfera.

La sangre recorre el cuerpo humano dos veces por minuto, impulsada por el corazón en treinta y cinco contracciones.

Un veneno activo introducido directamente en una vena, causa la muerte á los 15 segundos, y si se inyecta en la piel, en cuatro minutos.

Un milímetro cúbico de sangre contiene 5.000,000 de celdillas en el hombre y.... 4.500,000 en la de la mujer. Por cada celdilla blanca hay 300 rojas. El promedio del diámetro de las celdillas rojas es de 1.3200 de pulgada, y el de las blancas de 1.25000 de pulgada. El peso específico de la sangre, es 1.055.

El pulso en los recién nacidos es de 150 pulsaciones; 110 durante el primer año; 95 á los 2 años; 85 entre los 7 y 14 años.

El promedio del pulso en el hombre adulto es de 72 pulsaciones por minuto, y de 80 en la mujer.

La respiración es una cuarta parte menos rápida que el pulso.

¿Será verdad?

El profesor Schelechoff defiende la idea de que la sugestión es ni más ni menos que el traspaso del alma y de la inteligencia del hipnotizador al hipnotizado. Para probarlo ha empezado á hacer con los animales experimentos sorprendentes.

Hipnotiza, perros, gatos, pavos, gallinas, patos, cerdos y hasta borricos, y por la sola sugestión les hace realizar actos que parecen imposibles á la inteligencia de los brutos.

El profesor manda á los animales hipnotizados y ellos obedecen como si fueran seres racionales, inteligentes y educados.

Tiene varios centenares de libros en pilas en su habitación. El profesor hipnotiza á cualquier perro que se preste á ello, es decir, dotado de buenas condiciones magnéticas, le sugiere la idea de que le traiga un libro determinado, y el perro obedece con más exactitud que un criado listo.

A las aves hipnotizadas las manda colocarse en los sitios y en las posturas más difíciles; no comer más que una clase de semilla en un montón donde hay revueltos trigo, maíz, cebada y otras simientes; picar en un sitio determinado á una persona elegida entre veinte ó treinta, escribir con el pico en el suelo palabras que va dictando, y todo lo ejecutan las aves.

Con los demás animales hace experimentos parecidos.

De que no se trata de una superchería, ni de animales amaestrados por pacientísimo y hábil domador, piensa dar pruebas evidentes el profesor Schelechoff en la sesión zoológica de la sociedad de naturalistas de San Petersburgo. Allí, después de experimentar con los animales que él lleve, trabajará con animales buscados por la sociedad de naturalistas, entre los cuales elegirá el profesor los que crea que prestarán mayor docilidad á la sugestión.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

NUESTRO TRIUNFO

Reconocimiento de los principios dosimétricos en la Academia de Medicina de París:

LA MEDICINA SALVAJE, calificada así por el profesor Sée

y la Medicina civilizada, por nosotros.

A propósito de un trabajo leído en la Academia de Medicina de París sobre el *estrofanto* y la *estrofantina* por el célebre profesor Germán Sé·, termina este notable médico con las siguientes conclusiones, que son el reconocimiento explícito de los principios terapéuticos que la Dosimetría viene sosteniendo hace diez y siete años:

M. G. SÉE: "1ª *Para llenar las indicaciones terapéuticas, los principios esenciales, á saber: los alcaloides y los glucósidos tienen una superioridad incontestable sobre las plantas, la quinina sobre la quina, la morfina sobre el opio, la atropina sobre las belladonas, la digitalina sobre todos los preparados de digital, la estrofantina sobre el estrofanto, y añade la oleandrina, especie de digitaleina, y la nerina, especie de digitalina, bien estudiadas de veinte años á esta parte y contenidas en el laurel rosa, que Dujardin-Beaumetz acaba de revelar al mundo farmacéutico.*

En todos los citados casos puede prescindirse de la planta, mezcla informe, peligrosa, variable; pero nunca puede prescindirse del principio esencial, el cual es fijo y químicamente definido; si se quiere fomular con presición, la elección entre ambos no puede ser dudosa."

M. DUJARDIN-BEAUMETZ.— "M. Germain Sée nos dice que los alcaloides dan, en general mejores resultados que la planta de que derivan. *No soy del todo de su parecer. Ciertamente considero*, como M. Sée, *que la introducción de los principios activos de las plantas en la terapéutica constituye un gran progreso;* pero *no soy de su parecer* cuando se trata de la *gran clase de los cardiotónicos;* creo, hasta nueva orden, que la maceración ó la infusión digital es superior á las digitalinas.

"Por lo que á la oleandrina toca, es hoy todavía un producto impuro, y no pueden formularse conclusiones en cuanto á su utilidad terapéutica. Necesita todavía estudiarse."

M. SÉE.—*Persisto en creer que la digitalina es infinitamente superior á la digital; porque esta última, como todas las plantas, nada fijo tiene en su acción. Varía esta según la edad de la planta, su procedencia, el tiempo que ha permanecido en las farmacias, etc.*"

Estas últimas palabras parecen literalmente copiadas de nuestras obras.

Ningún médico dosímetra haría declaraciones más terminantes, duras y descarnadas contra el uso de las plantas, ni más entusiastas y encomiásticas de los principios activos que las pronunciadas por el reputado clínico Dr. Sée, en la Academia de París.

Los distingos, salvedades, dudas y anfibologías que se observan en la contestación de Dujardin-Beaumetz, hacen poco honor á las convicciones y seriedad que debe tener un hombre de su talento, de su ilustración y de su fama. ¿Qué logogrifo es ese de no participar *del todo* de las opiniones de Sée, de reconocer que la introducción de los principios activos de las plantas en la terapéutica constituye *un gran progreso*, para venir á exceptuar por último de esta regla á *la gran clase de los cardiotónicos?*

¡La gran clase de los cardiotónicos...!! Una frase, es decir, palabras deslumbradoras, pero al fin palabras, y nada más que palabras. ¿Qué clase, *grande ó chica* es esa que no sea análoga á las demás clases de medicamentos? ¿Debe la digital sus propiedades tónicas del corazón ó cardiotónicas á otro principio que al glucósido que encierra y que se llama *digitalina?* Si Dujardin-Beaumetz cree que sí, debió haber dicho como hombre de ciencia cuáles son esos otros principios á que atribuye semejantes virtudes, y dejarse de hablar *ex cátedra*, cosa que cuadra mal á los hombres de estos tiempos.—Pero si hubiera afirmado que atribuía estas propiedades cardiotónicas á cualquiera de las *veintitantas* sustancias y principios que encierra la di-

gital ó á su conjunto, nosotros le contestaríamos que con la *digitalina sola* obtenemos la tonicidad y regularidad del corazón, sin necesidad de correr los peligros á que expone la mezcla informe, variable é insegura que se llama digital. Por último, nosotros le invitaríamos á extraer la *digitalina* de la digital, y á dar el resto á sus enfermos, bien seguro de que no tonificaría el corazón.

Vamos á reproducir ahora el final de la sesión para que lo saboreen nuestros lectores:

"M. Laborde.—El debate entablado en esta tribuna sobre el estrofantus y la estrofantina no es, según ha dicho y demostrado muy bien M. G. Sée, ni podría ser limitado á un simple tema de terapéutica aplicada.

Provoca, en efecto, una cuestión más amplia y de un interés más elevado: una verdadera cuestión de principio en terapéutica experimental, es decir, en *terapéutica racional y científica, basada en la experimentación fisiologica y clínica.*

Este principio, sobre el cual me propongo insistir muy particularmente con argumentos más típicos aún, si es posible, que los de M. G. Sée, puede ser resumido en las proposiciones siguientes:

1ª En toda preparación medicamentosa sacada del reino vegetal existe una ó más sustancias activas, por las cuales se ejerce su acción fisiológica y terapéutica.

2ª Cuando esta sustancia activa (suponiendo por un instante que no haya más que una) ha sido aislada, determinada y formulada químicamente — en cuyo caso constituye el principio inmediato—á él es racional dirigirse para uso terapéutico, después de haberlo sometido al principio á la comprobación experimental y más tarde y solidariamente á la comprobación clínica.

3ª En efecto, mientras el principio inmediato es siempre *uno*, idéntico á sí mismo, invariable en su constitución propia, como en su acción fundamental, fisiológica y medicamentosa, la materia total que le contiene—y que puede, por otra parte, contener muchos entre los cuales puede elegirse — esta materia es extremadamente compleja y variable, tanto en su composición como en sus efectos, que no son y no pueden ser más, que una resultante de acciones múltiples diversas, no definidas y desconocidas en sí mismas.

En una palabra, en un caso es la determinación química y experimental, y por consecuencia, el conocimiento científico adquirido del instrumento terapéutico.

En otro, la aceptación previa y la aplicación perjudicial de lo desconocido, con los peligros consiguientes, en el dominio toxicológico.

De un lado, la ciencia y el progreso; de otro, el empirismo ciego y la rutina. Para expresar esta verdad con un axioma tomado á un maestro, diré con M. J. B. Dumas: "La introducción del principio inmediato en terapéutica es la *fórmula sustituída á la receta.*"

M. Constantino Paul. — No se puede de una manera general sustituir el principio activo de una planta por la misma planta; porque la planta encierra no uno, sino muchos principios activos. Mientras no se les haya aislado todos para asociarlos en una fórmula, será necesario atenerse á la planta, bajo pena de no obtener los mismos efectos.

M. Laborde.—Razón de más, si la planta contiene muchos principios activos, para no dar más que aquel de estos principios que esté indicado: somos absolutamente de la misma opinión M. Paul y yo, pues la multiplicidad de los principios contenidos en la planta es precisamente lo que la hace inferior, bajo el punto de vista terapéutico, á su principio activo.

M. Trasbot.— Mientras no se haya determinado de una manera exacta todo lo que entra en la composición de un medicamento, no se podrá prescribir los principios cristalizados que han sido extraídos de él con la pretensión de obtener los mismos efectos que con el medicamento, pues al lado de estos principios cristalizados y químicamente puros, hay otros que no son cristalizables y que tienen, sin embargo, una acción real.

Por consiguiente, hasta que la química haya llegado á extraer todos los principios activos de las plantas, el uso de las mismas plantas debe conservarse en terapéutica.

M. Laborde.— Esperando que podamos procurarnos los principios no cristalizables de que habla M. Trasbot, no debemos privarnos de los principios cristalizados de que ya estamos en posesión, y cuyos efectos han sido determinados exactamente por la experimentación fisiológica y clínica.

Nota.—M. Sée, que tan importantes declaraciones ha hecho en esta discusión, ha cometido un error craso al afirmar que la quina no obra más que en razón de sus alcaloides y *del tanino.* Esta es una herejía que no se perdonaría á un alumno de terapéutica; puesto que, por el contrario, el tanino es el que destruye el alcaloide. Y si no sucede esto en la planta viva, es porque la vida mantiene en ella los principios ac-

tivos en su integridad, mientras que, una vez muerta, estos principios se desagregan. He aquí porqué, cuando en alopatía se prescribe la quina en sustancia (polvo, infusión, extracto), el alcaloide ha desaparecido en gran parte *á causa del tanino*. Por tanto, sobre la planta fresca, donde se ha mantenido la vitalidad, es necesario operar para extraer de ella la mayor suma de alcaloide: y aun es preciso que la planta sea silvestre. Esto sucede con la digital y con todas las plantas virosas.

***

En el desarrollo de su síntesis, el Dr. Sée calificó de MEDICINA SALVAJE la que emplea las plantas. Esto dió lugar á que el Dr. Bardet, Jefe del Laboratorio de Terapéutica del Hospital Cochín de París, escribiese un artículo sobre el particular que vamos á reproducir y á comentar. Hélo aquí:

Valor comparativo de las plantas y sus principios activos, bajo el punto de vista terapéutico, por M. Bardet.

La interesante cuestión debatida últimamente en la Academia de Ciencias de París, sobre el empleo de los estrofantos y su valor terapéutico, ha puesto de moda la eterna cuestión relativa á la ventaja que pueda existir entre el empleo de las plantas ó el de sus principios activos: en su última comunicación, M. Sée califica de *medicina salvaje* el uso de las plantas, para apoyar más su tesis de los simples.[1]

Figúrasenos que emplea alguna exageración al calificar hechos que no están completamente juzgados; nosotros confesamos que no profesamos tan radicales creencias, y creemos que el interés del asunto merece pongamos de manifiesto los graves inconvenientes que surgirían de seguir dichas doctrinas.

Es evidente que la quinina, morfina, codeína, atropina, cocaina, son admirables medicamentos, pero puede afirmarse que lo son, porque en la mayoría de los casos son perfectamente idénticos á sí mismos y porque su naturaleza y composición química están perfectamente definidas; en estas condiciones puede decirse al práctico que no tenga inconveniente en usar estos alcaloides que se encuentran en el comercio en un estado de suficiente pureza.

Mas por esto, aún en condiciones excelentes, ¿tiene M. Sée derecho para decir, como lo dice, que la morfina puede siempre reemplazar al opio?[1]

Autoridades mayores que la mía no estarán, de seguro, conformes con esta afirmación, porque si bien es cierto que muchas veces uno ó dos alcaloides de acción tal vez distinta, se encuentran en una planta, esto es más exacto aún en el opio, que representa un conjunto complejo de álcalis orgánicos, de tal suerte, que su acción combinada es muy distinta de la propia de cada uno de ellos en particular.[2]

¿Y la digital? Para M. Sée, la digitalina bien definida es superior á la digital: más justo sería que sustituyese á la frase superior la acepción igual, pero admitiendo que la digitalina bien definida sea superior á la planta de que se extrae, faltaría saber qué es la digitalina bien definida y escoger entre los cinco ó seis productos que circulan en el comercio bajo el nombre de digitalina; la producción de este glucósido es de las más delicadas, lo sabemos por experiencia, y así es cierto que la cristalizada obtenida por expertos preparadores como M. Adrián ó M. Nativelle, es muy activa, se encuentran otras que son cinco, diez y hasta veinte veces menos enérgicas: ¿en estas condiciones y con estos productos, qué puede hacer el práctico que desconoce las procedencias y que se ve precisado á aceptar lo que le dé el farmacéutico

1 Lo cual quiere decir bien claro que es propia de los *pueblos salvajes*, que no saben fisiología ni química farmacéutica, y que emplean los remedios á la manera de los animales en el monte, en la forma que los produce la naturaleza; mientras que el uso de los principios activos, debe llamarse por contraposición, *medicina civilizada*, es decir, propia de los pueblos cultos. —*G. V.*

1 Como narcótico *siempre y con ventaja*, puesto que la Química ha demostrado que en el jugo de la adormidera, (opio) existen tres principios inmediatos ó alcaloides de accion narcótica: la *morfina*, la *codeina* y la *narceina*, y otros tres que producen convulsiones y aún parálisis: la *papaverina*, la *tebaina*, la *narcotina*. De modo que cuando se da el opio en sustancia á un enfermo, no se sabe el efecto que producirá, y si añadirá un mal á otro mal ya existente. Y nótese bien, cuando se emplean estos tres últimos alcaloides, no se calmará el dolor, sino que por el contrario, se aumentará y se complicará con nuevos fenómenos: la agitación ó las convulsiones. Esto ocurre á muchos niños á quienes se les da el *jarabe de diacodión* para dormirles, y mueren atacados de convulsiones, porque predominan en este líquido los últimos principios en vez de los primeros. —*G. V.*

2 Si la proporción de esos álcalis orgánicos fuese constantemente la misma, el argumento podría ser admisible; pero como varía en cada caso, hay necesariamente que apelar á los principios simples, si no se quiere caminar á ciegas y dar palo de ciego. —*G. V.*

3 Sobre la *digital* y la *digitalina* hemos escrito muchos artículos en los cuales hemos demostrado la precisión é inocuidad de la última sobre la incertidumbre y peligros de la primera. En cuanto á la clase de *digitalina* que usamos en dosimetría, ó sea la del Instituto de Medicina Dosimétrica de París, la experiencia de 17 años, sin un solo contratiempo, prueba su eficacia y su inocencia. —*G. V.*

Aquí estamos en presencia de un cuerpo que no puede reemplazar á la planta, la simple planta, como dice M. Sée, y el médico se ve precisado, mal que le pese, á ejercer la medicina salvaje.[1]

Y la digital es un medicamento de uso corriente: ¿qué diré si se aborda el estudio de otros menos conocidos como la aconitina, estrofantina, oleandrina, nereina, etc?[2]

El acónito es un medicamento muy enérgico; su alcoholaturo preparado con la raíz es generalmente de actividad análoga, que no puede decirse de su alcaloide; y aquí tenemos que decir, como en la digital, que para obtener productos definidos é idénticos es preciso procurarse las sales cristalizables obtenidas por excelentes preparadores que dan productos activos á la dosis de un cuarto de un milígramo, mientras que los comerciales corrientes podrán emplear se impunemente á la de dos y cuatro centígramos, dosis seguramente mortales con los productos puros.[3]

No obstante estas divergencias de acción de que en rigor puede estarse advertido, es posible con prudencia emplear perfectamente la aconitina y la digitalina,[4] pero creemos que por hoy, piense lo que quiera el Dr. Sée, es imposible administrar con certeza alcaloides como la estrofantina y la oleandrina.

Lo indicado nos parece suficiente para demostrar que si teóricamente existen ventajas al utilizar los alcaloides, prácticamente debe desconfiarse de ellos cuando no se tenga absoluta seguridad en su pureza;[5] el tiempo de los extractos y preparaciones magistrales no ha pasado aún, y cualesquiera que sean los progresos de la química, debe proclamarse que sobre un alcaloide dudoso está un buen extracto ó una tintura.[1]

1 Si trata salvajes ó quiere negar la evidencia, sí. —*G. V.*

2 ¡Qué idea tendrá M. Bardet de la *aconitina*, cuando la incluye entre los medicamentos *poco conocidos*, cuando acaso sea el más conocido de los principios activos! —*G. V.*

3 Precisamente para evitar estos peligros no deben usarse algunas sales cristalizables, temibles por su poder tóxico, sino otros cuerpos amorfos que tienen suficiente potencia terapéutica y carecen de los peligros de aquella; porque en clínica no se trata de toxicología y de averiguar el mayor ó menor poder tóxico comparativo de una ó más sustancias, es decir, de envenenar ó matar, sino de terapéutica y de farmacología, ó sea de emplear aquellos remedios que, *siendo inocuos*, alivien ó curen al enfermo.

Esta maldita costumbre de no mirar *siempre* al enfermo, para fijar la vista *solo* en la enfermedad ó en el medicamento, es lo que desorienta á muchos médicos y les hace pésimos clínicos.—*G. V.*

4 Menos mal. Al fin reconoce que se pueden emplear, aunque *con prudencia.*—*G. V.*

5 De acuerdo. Pero como los que usamos en dosimetría son de absoluta confianza y pureza, no emplearlos es practicar la *medicina salvaje.*—*G. V.*

Cómo debe plantearse la cuestión de la Dosimetría.

Algunos aguzando su ingenio, retorciendo la fuerza de la lógica y llevando su espíritu crítico á extremos demasiado sutiles, encuentran lunares y deficiencias en la Dosimetría, que al fin y al cabo como obra humana, no es perfecta.

Somos los primeros en reconocer que muchos medicamentos dosimétricos no están bien estudiados, que se necesita conocer mejor y precisar sus acciones fisiológica y terapéutica sobre determinados sistemas, aparatos, órganos, funciones ó elementos anatómicos ó histológicos; pero, ¿conocen mejor los medicamentos suyos los profesores que nos hacen este reproche?—Si les examináramos *de las acciones y composición* de los que emplean y les preguntáramos *porqué* los emplean, ¡qué desencanto! Oiríamos cuatro lugares comunes y tendríamos la demostración palmaria del rutinarismo que les impulsa á emplear alternativamente una de las seis ú ocho recetas, que, como resumen de todo su bagaje farmacológico, tienen grabadas en su memoria para aplicar á todos los casos; veríamos que cuando emplean algún remedio nuevo que no esté en su pobrísimo formulario, lo hacen inconscientemente, como panacea, en todos los casos que ven anotados en la cuarta página de los periódicos. Si por curiosidad consultáramos el libro recetario de la farmacia ó farmacias á donde envían sus clientes, observaríamos eternamente reproducida la media docenita de fórmulas que manejan y de la cual no saben salir. En resumen, veríamos el triunfo del empirismo y de la rutina.

Por tanto, los que se complacen en buscar deficiencias en el método dosimétrico para demostrar que no es perfecto, cosa que ya sabemos y confesamos, no tienen la menor autoridad para ello.

El problema hay que plantearlo en estos términos.

¿La Dosimetría es un método terapéu-

1 Conformes. Pero los encargados de la enseñanza oficial deben procurar que pase pronto el tiempo de los extractos y preparaciones magistrales, es decir, el tiempo de la *medicina salvaje*, para llegar al reinado de la medicina alcalóidica, ó sea de la *medicina civilizada.*

Observarán nuestros lectores que ninguno de estos caballeros habla de *dosimetría* ni del inmortal Dr. Burggraeve, introductor y vulgarizador de los principios simples en la terapéutica: sólo hablan de sí, como descubridores de un nuevo continente. Pero nuestras obras quedan ahí, para que la posteridad aprecie su conducta y haga justicia á todos.—*G. V.*

tico más cómodo, más activo y más seguro que los métodos terapéuticos conocidos? ¿Es más racional y más científico? ¿Es más práctico, más clínico y de mejores resultados que los demás?

That is the question.

Si lo es, como toda persona ilustrada é imparcial reconocerá, la cuestión está resuelta, y todo médico tiene el deber de estudiarle y emplearle en su práctica.

("Revista de Medicina Dosimétrica.")

Al Dr. Agustín García Figueroa.

Estimado compañero:

La benévola atención á la cual debemos la honra de su dedicatoria, en cabeza de una obra interesante é instructiva, como lo es la *Filosofía Médica*, era muy merecida hacia sus concienzudos trabajos en favor de la homeopatía y su método de investigación. A orgullo tendremos haberlo ayudado para desarrollar sus tesis, presentándole argumentos y objeciones, y dando lugar á que, una vez más, se vea cómo de la discusión brota la luz.

Quisiéramos poder seguir siempre contribuyendo al brillo de sus concepciones filosófico-médicas, y le suplico, por mi parte, me dispense la tardanza, para manifestarle en cuánto estimo su dedicatoria, y con cuánto gusto leeré su obra y le opondré las objeciones que me sugiera su lectura; desgraciadamente la práctica es muy exigente y no siempre hay tiempo para entregarse á especulaciones teóricas, por más grato que sea, cuando es para discutir con vd.

FÉNÉLON.

REFLEXIONES

A la obra "Filosofía Médica" del Doctor AGUSTÍN GARCÍA FIGUEROA.

Permítame, antes de admitir sus definiciones y etimologías en cuanto á que Medicina viene de *medomai*, medicinar, recordarle que es la sola ciencia que no tenga por madre única la curiosidad, la gana de adquirir conocimientos; su primera madre ha sido la compasión, el deseo de aliviar, el sentimiento de la solidaridad hacia el que sufre: *hodie tibi, cras mihi.*

Tal distinción no es despreciable, porque no es indiferente saber de dónde procede ese anhelo, á veces tan temible, de medicinar.

Conocido el primer impulso sentimental del deseo de curar, consideraremos con vd. á la Medicina como el conjunto de los conocimientos necesarios para conseguir su noble objeto, sin dejar de recordar siempre de dónde nació el primer anhelo para saber aliviar.

Esta consideración, siempre vigente, establecerá una distinción enorme entre los que practican el arte de curar, impulsados por el instinto de la solidaridad y el fuego de la caridad y los que merecen la acusación de hacerse buenas rentas *viendo enfermos*, sin recordar porqué los ven, las más veces.

El deseo de aliviar, por santo y sagrado que sea, es temible, cuando no va acompañado del conocimiento profundo de los medios que la naturaleza proporciona para tal fin.

Sin embargo, hay una Medicina anterior á los conocimientos que consideramos esenciales, para hacerla útil y segura, al arte de curar.

El instinto natural indica á los seres inferiores los preparativos que deben hacerse para recibir á sus hijos; los abrigos, las defensas que les conviene acumular para su conservación y desarrollo; los medios higiénicos y de limpieza á los cuales deben acudir, y la alimentación que les deben prodigar.

La madre, en el género humano, encuentra también en su amor, elementos de curación, preciosos, que nada tienen que ver con las ciencias antecedentes, química, física ó matemática.

Su mirada penetrante, su sentimiento profundo le hacen adivinar las necesidades del ser que ha latido durante nueve meses en su seno, sin acudir á las ciencias antecedentes; el amor creador de todo lo que vive, precede á todas las ciencias, y su calor vivificante es más fecundo, que todas sus concepciones.

Pero no podemos dejar de reconocer que la ternura materna llega á veces á ser insuficiente, aún más, que se equivoca y necesita dirección fundada sobre los conocimientos sacados de las ciencias antecedentes.

Por otro lado, tenemos infinidad de conocimientos útiles que no reconocen más base que la experiencia repetida de sus datos, sin que hayan nunca tenido que ver con las ciencias antecedentes, las cuales algún día explicarán su acción, pero no han sido llamadas á mecer la cuna de tales conocimientos.

Desde la antigüedad se ha sabido que la imposición de las manos alivia muchos do

lores, que produce el sueño, el descanso; aún más, que en circunstancias determinadas obra la voluntad del que impone sus manos sobre las impulsiones del sugeto al cual las impone, de tal modo, que las aniquila, las sustituye con las suyas, suprime la sensibilidad ó la perturba completamente al grado, de hacer saborear lo que sabe mal, gustar lo que antes hubiera horrorizado, querer lo que no hubiera deseado, aborrecer lo que hubiera querido.

En esta sorprendente serie de fenómenos capaces de servir para medicinar, nada tienen que ver las leyes primitivas, empíricas ó no; apenas si se empieza, ahora que los hombres, acostumbrados á las explicaciones científicas las aplican á la Medicina, apenas si se empieza á darles leyes, y referirlos á algunos conocimientos antecedentes.

Algunos, acostumbrados á negar lo que no pueden explicar, se resisten á admitir la realidad de tales fenómenos, pero los hechos son los hechos, tengan ó no explicaciones.

Se dirá que los fenómenos sugestivos pertenecen á los regulados por leyes empíricas; pero su producción no es constante y no obedecen más que á probabilidades ó posibilidades, sin que podamos, en el estado de nuestros conocimientos actuales, fundar leyes empíricas sobre los hechos que producen.

La uniformidad de la fiebre intermitente es una ley empírica muy engañosa, puesto que prácticos de los mejores y más experimentados, creen verla producirse en donde la sucesión de los fenómenos que la producen, reconoce infinidad de causas que no son el impaludismo.

Todas las alteraciones del sistema nervioso dan lugar á fenómenos análogos: ese acumulador maravilloso, cuando pierde su ritmo funcional, da lugar á sensación de frío, deja desarrollar calor hasta llegar al sudor y á la postración; pero si la lesión funcional no ha sido mortal, recobra su actividad hasta nuevo tropiezo; esto se ve en la meningitis—cerebro—espinal, en la esclerosis en placas, en los resfríos, en las indigestiones, en las infecciones eruptivas y tíficas, sin que se pueda justamente atribuir á la causa más frecuentemente admitida, á la periodicidad.

Tal dificultad de remontar por el aspecto mismo de los fenómenos al conocimiento de su causa, tiene una consecuencia demasiado importante en Medicina; conduce, quieran ó no, los catedráticos hábiles en teoría, á hacer la Medicina de los fenómenos que se observan, queremos decir de los síntomas, y á confesar que la perfección en el diagnóstico es un bello ideal que todavía no podemos realizar constantemente.

Las leyes empíricas, no teniendo explicación suficiente, no son leyes más que de probabilidades que van variando á medida que ensanchamos el círculo de nuestros conocimientos.

Permítame una objeción al ejemplo que pone vd. como ley de causación, diciendo: "antecedente relámpago; consiguiente trueno" sabe vd. bien, como nosotros, que esto no es más que apariencia engañosa; se produce simultáneamente la vibración luminosa y la sonora; pero las ondas luminosas recorren más rápidamente las distancias y nos llegan antes que las sonoras; los dos fenómenos, aunque percibidos uno después del otro, son producidos simultáneamente, no pudiendo, por lo mismo, ser el uno causa del otro, así como un gemelo no puede ser el padre de su hermano.

Dice vd. en el párrafo siete: "Según todo lo dicho, Medicina es el conjunto de conocimientos deducidos de las leyes generales primitivas, conocidas de las ciencias antecedentes á ella misma, así como el de las leyes empíricas, derivadas y de causación, aplicables y comprendidas en el fenómeno *curación del enfermo.*"

Esto sera tal vez algún día, cuando se realicen nuestros bellos ensueños, de conocer las verdaderas leyes de causación; mediante tal conocimiento ya no habrá leyes empíricas, pero ese tiempo está todavía lejano y por ahora debemos conformarnos con desconfiar de las teorías vulgares y aplicarnos, con la mayor prudencia posible, á la experimentación y á la observación para conseguir curaciones de enfermos, explicables ó no.

En cuanto á distinguir curación de enfermo y curación de enfermedad, es tan fácil como distinguir lo real de lo imaginario cuando se tienen costumbres de observación positiva: los enfermos son gentes palpables, las enfermedades son concepciones del espíritu, imaginarias, que ni se tocan ni se curan.

Así es que si no estamos conformes con la definición de la Medicina que vd. toca de su ideal y yo de la realidad, sí lo estamos en cuanto á que se curan enfermos y no se curan enfermedades.

Cuestión de capital importancia, que implica un cambio radical en el arte de curar; cuando se creía deber curar enfermedades se aplicaban los prácticos á un diagnóstico, las más veces hipotético; era preciso que dijeran, este sugeto, sea el que

fuere, tiene tal enfermedad, y á tal enfermedad se da tal remedio.

El oso, amigo del jardinero, según cuenta el fabulista, diagnosticó una mosca en la cabeza de su amigo, buscó una piedra capaz de aplastar á la mosca y la tiró sobre ella, la mató, pero á la vez mató al jardinero, porque la mosca estaba sobre su cabeza: el diagnóstico había sido certero.

Así obran los médicos orgullosos con su diagnóstico; muere el enfermo, pero murió la enfermedad, y como para matar á esta han sido llamados, no tienen que reclamar nada, ni el muerto, ni sus deudos.

Ahora será preciso que los que no quieran tener la suerte del jardinero, digan: «señor doctor, llamo á vd. no para que mate á mi enfermedad, que tal vez ni vd. ni yo podremos conocer, sino para que me ponga bueno; le puedo decir lo que siento, lo que me molesta, lo que apetezco, y si tiene vd. modo de quitarme lo que me molesta ó devolverme el buen humor, la fuerza y la gana de vivir que deseo, hágalo sin decirme de qué me ha curado y qué fantasma ó mosca ha ahuyentado ó aplastado.»

Hay conjunto de síntomas provocados por una causa conocida, por ejemplo, por el virus sifilítico; en casos de infección producida por dicho virus, se puede creer que una enfermedad idéntica se producirá y sin embargo, la idiosincrasia de los sugetos, su modo de vivir, de atenderse, darán lugar á que el cuadro sintomático sea distinto hasta el grado de ser desconocible su analogía y de exigir tratamientos enteramente distintos.

Pocos son los patologistas que al hacer los cuadros sintomáticos para definir las enfermedades, se acuerden, sin ningún olvido, de lo que observan en clínica; los rasgos diferenciales se les van borrando en el momento de las descripciones nosológicas y así se les hace más fácil clasificar los cuadros sintomáticos á veces muy difíciles de aplicar en clínica.

Pero anuncia vd., apreciable compañero, la intención de insistir sobre la importante distinción entre estudiar enfermos y enfermedades, y tendremos el gusto de seguir con atención el curso de su interesante trabajo, mientras podamos.

FÉNÉLON.

Dosimetría en acción.

Hace poco más de dos años, el que suscribe, fué llamado á ver á una señora venida del Norte de la República, para curarse en la capital. Había sido vista por prácticos hábiles y experimentados, que habían preferido renunciar á su asistencia por lo extraño de los síntomas que presentaba y lo difícil que era atenderla.

Era persona de edad madura, pasada la menopausis, robusta al parecer, pero presa de dolores agudísimos en los pies y en la cintura, sin que se pudieran atribuir dichos dolores solamente á reumatismos articulares ó musculares, porque el sitio de los padecimientos, no era ni en los músculos ni en las cavidades ó superficies articulares sino más bien, en el tejido celular, vecino de las articulaciones ó proximidad de sus ligamentos, sin haber determinado alteración de forma ó volumen, en ninguna de ellas.

La parte más notablemente sensible era la aponevrosis plantar de los pies, particularmente del derecho: esta sensibilidad se acompañaba con ardor y calor, tan exigentes, que determinaban á la paciente para que buscara la acción de frío, y, al levantarse, ó al volver de dar algunos pasos, introducía muy á menudo los pies en una vasija que contenía agua fría, declarando que era el único modo de consolarse que había encontrado.

No se descubrían ni parálisis ni anestesia central ó periférica, ningún punto apofisiario perceptible.

La circulación y la respiración eran normales en general, las digestiones rápidas, aun con algunas exageraciones notables, en cuanto al apetito, que por momentos se volvia exigente al extremo. La secreción sudoral era escasa, la renal variada de un modo sorprendente: tan pronto emitía la enferma orinas nerviosas análogas á agua límpida, tan pronto orinas turbias sedimentosas escasas y cargadas con un exceso de fosfatos, uratos y ácido úrico, demostrado por análisis sucesivos.

En las glándulas submaxilares se habían acumulado sustancias tofáceas; en la piel de las piernas también se encontraban depósitos pequeños de materias calcáreas.

Este cuadro sintomático, extraño y variable por instantes, no correspondía realmente á la mielitis; aunque á veces había sus accesos de calentura, nunca subía mucho la temperatura y pronto volvía el termómetro á la normal; los dolores lacinantes acompañados con ardor y tumefacción en la proximidad de los tejidos fibrosos,

hacían pensar más bien en la diátesis artrítica, y en efecto, el uso de los alcalinos fué bien recibido para modificar la secreción urinaria; la aplicación del arseniato de estricnina fué favorable para evitar aquellas hambres desaforadas, pero el agente más eficaz en cuanto á resultados duraderos, fué la Colchicina; la primera vez que fué ministrada en la proporción mínima de tres gránulos dosimétricos en el día, produjo vómitos y diarrea; fué preciso suspender su aplicación y volver á darla en dosis menores, es decir, un gránulo en 24 horas; se elevó después paulatinamente, hasta 18 al día, á medida que se fué estableciendo la tolerancia con ayuda de Estricnina é Hyosciamina.

Lograda la tolerancia de la Colchicina, se fué marcando un alivio duradero, para disminuir la tendencia á acumulaciones tofáceas; se instituyó un tratamiento con corrientes eléctricas aplicadas mediante una pila de Callaud; seguí ese conjunto de medios aunque aplicados con bastante irregularidad, porque tan luego como la enferma se sentía aliviada, prefería pasearse á curarse; volvieron á restablecerse sus funciones á tal grado, que creyó haber sanado, y volvió á su país, en donde no tardaron en producirse de nuevo los síntomas que habían cedido á la medicación mixta, dosimétrica y eléctrica.

Se acudió de nuevo al uso de la Colchicina, al de la electricidad, pero con menos firmeza en la aplicación; se pasaron en revista tratamientos análogos al parecer; todo sin éxito: los síntomas, siempre los mismos, se fueron exagerando, las hiperestesias marcándose más y fijándose en la región dorso-lombar con la sensación de círculo apretado abajo de la región costal, con anestesias y parálisis en diversos puntos.

Los prácticos más en evidencia fueron llamados para asistir á la enferma, acudieron á las fórmulas anteriores, y se llegaron á convencer de que ya ni eran toleradas ni serían suficientes.

Los dolores se volvieron constantes, sin descanso ni de día ni de noche; la digestión se perdió; además se fueron desarrollando en diversas partes del tejido celular subcutáneo, á veces en las piernas, á veces en la cara, á veces en las manos.

Un meteorismo penosísimo indicó que la inervación intestinal iba siendo insuficiente, exagerando de un modo intolerable, los dolores llamados de cintura.

Poco después, se atascó el pulmón izquierdo volviéndose impermeable; con revulsivos enérgicos se logró hacerlo respirar de nuevo.

Acordándose la enferma de cómo se había aliviado dos años antes en México, exigió que se llamara al que suscribe, á su auxilio.

Cuando llegó cerca de la paciente, su primera impresión fué que había llegado á los últimos momentos de su vida: la queja era continua, su destrucción era alarmante, el desorden en su sensibilidad era completo.

Un distinguido compañero, de los que no desprecian ninguno de los progresos del arte, había intentado el uso de la Colchicina; no había sido tolerada ni asociada con la Atropina, y había acudido á las inyecciones hipodérmicas de Morfina, las cuales, alguna calma procuraban pero á costa de una intolerancia gástrica, tal, que por el estómago era imposible admitir ni medicina ni alimento.

Convenimos en respetar su intolerancia renunciando á hacerle admitir más que cortas cantidades de alimento, y se compensó el inconveniente de la morfina, la basca casi invencible, inyectando con ella primero 4, después 6, y después 10 gránulos de arseniato de estricnina.

La basca cesó, y pudimos hacer tolerar alimentos cortos y la Estricnina, la Gelsemina y el Salicylato de Quinina, agregando después polvos de Papaina, cuando hubo algún alimento y sus gránulos de Sedlitz Chanteaud para compensar á la paresia intestinal.

A los tres días de tal método, pudo tomar pollo la enferma con aquella exigencia que antes se le había conocido; al otro día, pudo levantarse un momento y se pensó en la posibilidad de trasportarla hasta México á donde deseaba llegar, creyendo que sería á donde sanaría como había sanado la vez anterior.

Tal empresa era demasiado atrevida sin el pequeño alivio conseguido con el uso del arseniato de Estricnina, llevado hasta la dósis de 15 milígramos diarios, ni se hubiera podido pensar en ella antes de aplicar la Estricnina; había bajo la influencia del dolor aun durante el sopor producido por la morfina, sobresaltos en los tendones: estos, á medida que se fué aumentando la cantidad de la estricnina fueron desapareciendo hasta cesar completamente.

A los ocho días de haber creído imposible mover á la enferma de su cama, se emprendió la marcha, contando con la acción anestésica de la morfina, para hacer tolerable el dolor que provocara el movimiento, con la estricnina para evitar las lipotimias temibles, con el Sedlitz, para mantener la circulación intestinal, la Digitali-

na para compensar las agitaciones y desmayos del corazón, y la Emetina para impedir el atascamiento pulmonar; mediante estos recursos tan apropiados á la situación y ministrados al momento de su indicación, pudimos hacer 60 leguas en ocho días, con alternativas de alivio, porque hubo momentos en los cuales la enferma tomó interés en las circunstancias del viaje, y tuvo gusto en tomar algunos alimentos útiles.

Alcanzada la línea del ferrocarril se acostó en un carro Pullmann, y allí la trepidación le produjo un estado de embriaguez, por el cual la sensibilidad quedó entorpecida; fué necesario ponerle una inyección de un centígramo de Morfina al entrar en el tren, y otra para salir de él, en México, con el fin de hacerle tolerar los movimientos bruscos de un coche de alquiler, en el empedrado de la capital.

Llegada á su residencia, se pudo notar que tan luego como se suspendía el uso de la Morfina los mismos fenómenos hiperestésicos se producían. El pulmón izquierdo volvió á atascarse, poniéndose macizo, impermeable y dando lugar á gran dispnea. Una junta numerosa, compuesta con las notabilidades médicas de la capital, fijó su atención sobre la congestión pulmonar sin poder llegar á formular diagnóstico respecto de la afección medular, en la cual se debía pensar después de oir la relación de los antecedentes. Uno de los miembros de la junta dejó pendiente el diagnóstico diferencial entre la esclerosis en placas y la mielitis crónica; otro pensó en que podía haber una compresión por un tumor que oprimiera á la aorta, al pulmón y aún á la médula espinal: el esfigmógrafo dió un trazo normal desmintiendo ese diagnóstico imaginario. Otro pensó en una pleuresía diafragmática con adherencias del pulmón en su base......

El tratamiento aconsejado por la junta fué tan vago como su diagnóstico, y siguiendo siendo sistemático: aplicaciones revulsivas de tintura de yodo, conteniendo en solución biyoduro de mercurio sobre la caja toráxica del lado izquierdo, Emetina para facilitar la expectoración: se llegó á volver permeable el pulmón congestionado, pero el estado general no varió: siempre que faltaba la acción analgésica de la Morfina los dolores volvían, la alimentación era casi nula, la secreción urinaria é intestinal casi nulas también; el décimo día, después de llegada á México, al medio día, decía la enferma estar mejor, á las ocho de la noche se notó gran debilidad en el pulso, y como volvía á quejarse de los dolores, se le puso una inyección de un centígramo de Morfina que la calmó. A las doce de la noche expiró, sin haber manifestado antes los síntomas habituales de la agonía.

De este estudio, bosquejado á grandes rasgos, se ve cómo á veces el diagnóstico queda incompleto, sin que sea posible dejar de hacer tratamiento y que éste forzosamente en tales casos tiene que ser sintomático. Siendo así, cumple el práctico con su deber, dando contestación y alivio á las quejas de los pacientes, lo que no haría si esperara haber completado su diagnóstico para sustituir el tratamiento tardío.

Pero siendo evidente, como lo es, la necesidad de hacer medicina sintomática, ¡cuánto importa tener medicamentos bien definidos que correspondan por su acción, rápida y seguramente á la indicación, es decir, que sean bien medidos y de facil absorción, para lo cual no hay preparaciones preferibles á los gránulos dosimétricos.

Además de corresponder á la indicación en la proporción y oportunidad debidos, sirven al práctico para conocer más y mejor la acción de las sustancias activas que emplea cotidianamente, y adquiere mayor certeza para sus indicaciones, mayor confianza para su medicación, y por lo mismo se vuelve más útil con provecho de la humanidad y honra del arte.

II

Un niño de tres años, nacido de madre anémica, criado con dificultad porque su misma anemia lo hacía dispéptico y no admitía otro alimento que no fuera la leche. Esta circunstancia hacía que temiera su madre la primera enfermedad que tuviera; decía muy á menudo: "el día que este niño se enferme no será posible curarlo por la tan grande repugnancia que tiene para tomar todo lo que no sea su leche."

En efecto, se podía temer tal dificultad, y á la vez la falta de resistencia en un sugeto atrasado en su desarrollo.

El día 12 del mes de Marzo de 1889 amaneció con calentura a 39° c. Se le prescribieron granulos de Brucina, Aconitina, Veratrina, disueltos en una poción gomosa para darle una cucharadita de la solución cada media hora mientras pasara la temperatura de 38° 5; difícil, casi imposible fué hacerle admitir una bebida tan amarga; sin embargo, á las pocas cucharaditas la temperatura había bajado.

Con objeto de no hacer demasiado intolerable la poción, le ministré la Quinina (Bromhydrato) en friegas, por medio de

una pomada aplicada en las partes donde la piel fuera más capaz de absorber.

El alivio duró pocas horas: tan luego como se suspendieron las cucharadas, la temperatura subió de nuevo, y esta vez alcanzó á 40.5. Preciso fué, entonces, acudir á los gránulos dados cada media hora: Brucina, Veratrina, Aconitina; volvió á bajar la temperatura, aunque menos; al cuarto día llegó á subir hasta 41° 5 décimos, siendo notable que á tan elevada temperatura, en un niño débil, no se desarrollaran movimientos convulsivos, ni coma, ni delirio manifiesto.

Siempre que la temperatura bajaba á 38°, se suspendían los gránulos y pronto volvía á subir á más de 40°, frecuentemente á más de 41°. Maravillosa fué la acción de los defervescentes, sin los cuales es imposible dudar que la muerte hubiera sido inevitable.

Al undécimo día la temperatura cayó á 36° 5. Se suspendieron los gránulos y osciló en las 24 horas subsecuentes entre 36° 5 y 38, pero no volvió á pasar de 38° ni á ser necesaria nueva aplicación de defervescentes.

Esta observación, además de manifestar la eficacia de los defervescentes, prueba su fácil tolerancia, aun por un organismo fuertemente conmovido y pobremente constituído.

Antiguamente las fiebres remitentes en los niños, antes de ser tratados por medios tan apropiados para detenerlas, duraban habitualmente 60 ó más días; en el caso referido, se limitó su duración á diez días escasos.

En la misma familia se pudo comparar la eficacia del método dosimétrico en paralelo con el tratamiento clásico del reumatismo articular agudo, generalizado.

El padre del niño, objeto de la observación anterior, padeció á la edad de 16 años, de un reumatismo articular generalizado, tratado por los antiflogísticos *a outrance*, y duró con él algunos meses, siendo su convalecencia después muy penosa. El hijo mayor, hermano del niño de quien hablamos, tuvo hace poco más de un año, un ataque análogo al que había padecido su padre al aproximarse la pubertad: las articulaciones todas fueron invadidas por el reumatismo agudo; en siete días éste hizo su evolución y terminó por la salud, mediante el uso de Aconitina, Veratrina, Digitalina, Brucina y Colchicina, dados en la proporción conveniente, según los síntomas lo indicaban, acompañados con alcalinos tales como Benzoato y Carbonato de Lithina, Arbutina y Scillitina como diuréticos destinados á activar la eliminación de los residuos suderales.

En este caso, gracias á su rápida evolución y á que no hubo ninguna expoliación capaz de disminuir las fuerzas, la convalecencia fué insensible y dominados los fenómenos artríticos, la salud quedó restablecida sin transición ninguna.

¿Quién, recordando cómo salen los pacientes después de un tratamiento antiflogístico indicado para combatir al reumatismo articular agudo, no convendrá en que más humano, más artístico y más científico es el método capaz de devolver la vida sin hacer comprar el alivio á costa de grande pérdida de fuerzas y de sufrimientos á veces peores que la enfermedad?

Entendemos por estos las cistitis cantaridianas provocadas muy á menudo por las revulsiones exageradas con cáusticos, las pérdidas de glóbulos sanguíneos provocadas con emisiones sanguíneas, con intoxicación mercurial, etc. Si estos medios altamente perturbadores, capaces de postrar á sugetos en la plenitud de su fuerza, no son indispensables, y el uso de la dosimetría lo demuestra prácticamente, ¿porqué seguirlos usando puesto que nos ministra el Método Burggraeviano medios más artísticos, más benignos y más humanos?

Una excusa no más les queda á los prácticos que prefieren los métodos expoliadores, llamados antiflogísticos, es que no conozcan á la alcaloidoterapia, pero esa excusa es cada día menos admisible, porque cada día han tenido más tiempo y ocasión para conocer su admirable eficacia é imponerse de sus maravillosos recursos.

CRONICA LOCAL.

La multiplicación de los casos de tifo mortal, ha determinado al Superior Consejo de Salubridad á dar consejos importantes.

Despierta la atención el artículo que obliga á los prácticos llamados para atender enfermos de tifo á que los denuncien, olvidando cómo en multitud de países se considera el secreto médico como inviolable, por la sencilla razón de que al saber que el médico, asimilado á agente de policía, denunciará á quien lo llame, en algunas casas preferirá no llamarlo, á exponerse á que sus deudos denunciados sean trasportados al Hospital.

Tal disposición corre mucho riesgo d ser contraproducente y favorable á los prácticos sin título ni responsabilidad.

Para conocer las casas en donde hay focos de insalubridad, no se necesita ser médico, y los Agentes de seguridad pueden investigar cuáles son, señalarlas á la policía sin necesidad de que los médicos pierdan la confianza de los clientes, con denuncias que los harán odiosos.

En cuanto á que la acumulación de materias orgánicas en vía de descomposición, puede ser ocasión para la formación de focos epidémicos no hay que dudarlo, pero es pueril creer que al alejar unos cuantos metros más dichos focos aún sacándolos fuera de la ciudad, se pone ésta al abrigo de su fatal influencia.

La incineración de todas las materias capaces de dar pábulo á la putrefacción, es el único remedio verdaderamente eficaz, mientras no se pueda introducir en las atarjeas la agua bastante dotada de corriente, suficiente para arrastrar las materias orgánicas á donde queden bien sumergidas en la imposibilidad de perjudicar.

Esta operación no es posible mientras por falta del desagüe del Valle, quede la Capital expuesta á una desastrosa inundación que hará refluir á la superficie de su suelo el mundo putrefacto que yace á algunos centímetros no más, de profundidad.

Entretanto, no se puede impedir que nuestra atmósfera sea corrupta por su contacto con tantos elementos de infección; lo que importa es mantener á nuestros organismos en estado de resistir á tan funestas influencias.

Los consejos higiénicos son preciosos para conseguir tal objeto, pero no siempre será suficiente dormir bien, alimentarse prudentemente, evitar el agotamiento nervioso producido por excesos de placeres ó de trabajo; no siempre basta para evitar, que por momentos, aun á veces sin causa conocida, desfallezca el organismo y estos momentos son precisamente los que dan lugar á la infección para quienes viven siempre rodeados con los gérmenes, como acontece ahora á los habitantes de esta hermosa Capital coronada con brillantes pero sentada en un lodo inmundo.

Los focos de infección más temibles, son las organizaciones humanas, más peligroso es estar junto á un enfermo de tifo que en medio de materias orgánicas descompuestas, así es que, en donde se debe perseguir el germen de la enfermedad, es en el organismo mismo, armándolo, fortificándolo contra la perniciosa influencia.

Al efecto, tenemos al parasiticida por excelencia, al Arseniato de Estricnina que vuelve rápidamente las fuerzas debilitadas é impide su debilitación cuando se usa oportunamente; su uso en las proporciones indicadas en la Dosimetría no es nada peligroso si no se exagera, y es sumamente eficaz introducido con los engertos; si estos van acompañados con algunos elementos alterados y perjudiciales los neutraliza, y á la vez da fuerza al organismo para resistirlos.

Todos los que hemos sufrido los ataques del tifo y hemos observado su modo de invadir al organismo, recordamos cómo al principio parece este capaz de resistirle, cómo repito, sus ataques gastan la resistencia y solamente cuando la tienen mermada se enseñorea del sugeto invadido. Esto equivale á señalar un período de invasión, durante el cual, la defensa del sugeto tiene todas las probabilidades de ser eficaz, tiempo precioso que se puede aprovechar para sustraer víctimas á la enfermedad. En muchos de los amenazados basta el uso de la Estricnina asociada con los defervescentes cada día mejor conocidos y mejor aplicados para la enfermedad, retroceda y parezca no haber sido más que una fiebrecita efímera; en otros, atendidos tarde ó atacados con demasiada violencia, si los defervescentes no detienen la enfermedad la atenúan y de grave que hubiera sido, la vuelven benigna.

Inconveniente en el uso prudente y debido de los defervescentes, no hay ninguno que se pueda señalar con razones científicas; y sí es evidente, que con evitar la multiplicación de los enfermos se pone más seguro fin á la epidemia que con denunciarlos, sembrando la desconfianza hacia los prácticos oficiales, con alejar los elementos de corrupción y no hacer una limpia superficial é ilusoria.

El hecho es que, todo el año hay materias en putrefacción, envenenando nuestra atmósfera, y sólo por temporadas, principalmente cuando las aguas bajan, y dejan reducir á polvo los resíduos de la putrefacción, es cuando se multiplican los casos de enfermedades simóticas.

Ahora hay un elemento más para dar pábulo á la epidemia, y es, que la facilidad para los viajes, siendo mayor, acuden más visitadores á la Capital; los cuales, saliendo de sus costumbres, sufren cansancio, privaciones y son presas designadas á la enfermedad epidémica: en sus órganos se multiplican y aguzan, si se puede decir así, los gérmenes que siguen multiplicando el número de sus víctimas.

A estos viajeros es á quienes convendría dar consejos higiénicos y curativos para prevenir las asechanzas del tifo en contra suya.

FÉNÉLON.

Un boletín del "Trait d'Unión."

A propósito de un rival de Irving Bishóp.—La Medicina sugestiva en México y Europa.—Una carta de un sabio holandés.—Un ladrón descubierto por un adivino.—Los procedimientos empleados por los adivinos modernos.

El otro día, á propósito de la llegada de M. Chassagnon á México, expresamos que el hipnotismo había conquistado derecho de ciudadanía. En lo que se refiere á la gran Tenochtitlan nos avanzamos un poco. Aquí, para muchos, el hipnotismo no es otra cosa que el arte de hacer girar las mesas; y sin embargo, la diferencia es bien grande. Hay que creer sin embargo, que á esta ciencia en México, sucederá lo que le ha sucedido en otras partes; primero negada, luego acusada de charlatanismo, se llegará á tomarla en serio y servirá como un agente precioso para la curación de multitud de enfermedades.

En Europa, en París, por ejemplo, la Medicina sugestiva tiene numerosos adeptos entre los sabios más distinguidos y los periódicos científicos, han muchas veces referido curiosas experiencias intentadas con éxito por el Dr. Charcot, el verdadero iniciador de la nueva ciencia.

En México, la cuestión de saber si la Medicina sugestiva es científica ó simplemente ilusoria está aún por resolver. A pesar de las instancias reiteradas de Juvenal, nuestro estimable colega de "El Monitor Republicano," para que se aclare públicamente la cuestión por medio de experiencias públicas, no sabríamos á qué atenernos si los periódicos extranjeros no fijaran nuestra atención á ese respecto.

M. Chassagnon podría sacar quizá, partido de la circunstancia que acabamos de señalar y que en estos últimos tiempos ha fuertemente conmovido la atención pública; podría en una palabra, por sus experiencias, poner la cuestión sobre el tapete y quién sabe si dar un paso decisivo.

Al decir á poco, que sin los diarios extranjeros no sabríamos á qué atenernos sobre el valor de la Medicina sugestiva, dimos prueba de injusticia. "*La Medicina Científica*" una de las más interesantes Revistas que se publican en México, se ha en efecto, largo tiempo y mucho ocupado de la cuestión y creemos que la ha resuelto victoriosamente en sentido favorable. Sus esfuerzos aun han sido justamente apreciados por el autor del mejor tratado de Materia Médica que existe actualmente, el profesor Van Renterghem de Amsterdam; últimamente dirigió á los Dres. Fénélon y Malanco, redactores de esa Revista, la carta siguiente á la cual creemos deber dejarle su ligero sabor exótico.

(Aquí la carta que ya hemos publicado en el número anterior.)

Esta carta no podía ser más favorable á aplicación del hipnotismo en Medicina; en Holanda, los habitantes son gentes frías y prácticas, que nadie acusó, hasta hoy, de dejarse arrastrar por locos desvaríos meridionales y de tomar, hecho y causa por una cosa, sin haber previa y cuidadosamente examinado el pro y el contra.

La deducción es fácil, y nuestros lectores, sobre todo, después de las próximas experiencias de M. Chassagnon, no dejarán de hacerla por nosotros.

Y pues que volvemos á este maestro en el arte hipnótico, no es sin interés saber que él es superior al famoso Wáshington Irving Bishop, y pasa con justo título por afortunado rival del no menos afamado Zamora, del que creemos deber recordar aquí una curiosa experiencia. El hecho pasó en Francia el año pasado.

Un hombre acusado de robo, aturrullado por las pruebas, se obstinaba en no confesar dónde había ocultado la suma robada. El juez de Instrucción había asistido á una ó dos experiencias de Zamora, y pensó repentinamente en el extraordinario adivino. ¿Quién sabe? Podría suceder que Zamora encontrase la suma ocultada. En todo caso no costaba mucho ensayar, pues que Zamora estaba en la ciudad, y no pretendía sino hacerse consagrar su reputación naciente por la feliz solución de algún negocio complicado.

El juez de Instrucción le invitó una tarde á su casa y le suplicó hiciera algunas experiencias que surtieron plenamente á satisfacción de todos los invitados.

—¿Os encargaríais de descubrir una suma ocultada por un ladrón?

—No he ensayado, respondió Zamora, pero si teneis á mano los elementos necesarios, estoy pronto á intentar la prueba.

Al día siguiente concurrió á la casa del juez en presencia del inculpado. Una hora después, Zamora descubrió la suma escondida.

Naturalmente esto hizo mucho ruido en Landernau y aún en París. Conclusiones: se explicó el fenómeno diciendo que el colaborador inesperado de la Señora Justicia, había él mismo ocultado la suma, y que había por consecuencia tenido grande facilidad para encontrarla.

Pero he aquí dónde la experiencia se complicaba. La plata robada estaba en un saco y el robado había reconocido su saco o tenía una pieza de cuarenta francos mez

clada á las otras monedas cuando el ladrón dió su golpe, y la pieza de cuarenta francos estaba allí; serie de detalles que ni Zamora ni otra persona que el robado y el ladrón conocían antes del descubrimiento del saco.

¿Cómo obró el adivino?

—Estaba yo en presencia del ladrón, refería. Y bien; no tuve sino arreglarme de modo de evocar en él la visión de la suma y del lugar donde la había ocultado; una vez que él tuviera esta idea, cuando esta visión se hubiera hecho bien clara en su espíritu yo recibiría desde luego su reflejo y no tendría en seguida más que ponerme en movimiento bajo la influencia de la oscura voluntad que me impulsara.

Este es en efecto, á lo que parece, el sistema empleado por nuestros adivinos modernos; tienen detras el cerebelo como una especie de espejo moral donde acuden á flotar como siluetas vagas, los pensamientos que les han sugerido por reflexión. Es algo como una sombra sobre una pared que va, viene, oscila y vuelve según que el pensamiento se condensa ó vacila sobre sí mismo.

Ahora que hemos *adivinado* el secreto de hacer, de los adivinos, no aconsejamos al lector entusiasta buscar imitarlos, porque con tal propósito habría probabilidades de tener espantosas jaquecas.......y de no adivinar todo.

Es verdad que con el tiempo se haría uno tan fuerte como M. Chassagnon, que tendremos bien pronto ocasión de aplaudir; pero es necesario poner tiempo........ y paciencia.

CORRESPONDENCIA.

Madrid, 26 de Julio de 1889.

Señores Director y Redactores de "La Medicina Científica."—Casa núm. 1,614 de la 5ª calle Sur.—México.

Muy Señores mios y estimables colegas:

Doy á vdes. gracias por el tomo 1º de *La Medicina Científica* con que me han obsequiado y que les agradezco.

Recibí también el número que faltaba del año pasado.

Consérvense buenos y mantengan tan valientemente como hasta aquí la buena doctrina, por lo cual, merecerán las bendiciones de la humanidad y las felicitaciones cordiales de su afectuoso colega.

G. Valledór.

VARIEDADES.

HIPNOTISMO Y CRIMEN.

Mr. Julio Liégeois, profesor de la facultad de leyes de Nancy, ha hecho algunos experimentos últimamente sobre hipnotismo. Es perfectamente sabido hoy, que una persona sumergida en el sueño hipnótico ejecuta inmediatamente cualquier *sugestión*, aun cuando sea criminal, que le haya sido hecha durante el sueño provocado por quien posee el peligroso poder de dirigir absolutamente su voluntad. El objeto de los experimentos del Profesor Liégeois es averiguar si es posible cuando ha sido cometido un crimen por la influencia de una sugestión hipnótica, descubrir al autor de ella que en tal caso es el verdadero delincuente. Este importante problema de jurisprudencia médica ha despertado de algún tiempo á esta parte grandísimo interés en Francia, por lo cual estuvo presente en los experimentos un considerable número de abogados y de médicos.

He aquí, entre muchos, uno de aquellos experimentos:

Una señora, bien conocida como hipnotizable, fué sumergida en el sueño artificial. M. Liégeois le sugirió la idea de que al despertar había de hacer fuego á un Mr. O., quien, se suponía, la había insultado. Se le advirtió también que dijese que M. Liégeois no había tenido comunicación con ella respecto al asunto y de que ella no había estado bajo la influencia de nadie, porque la agresión era acto enteramente exclusivo de su voluntad. Habiéndose colocado junto á una mesa cercana un revólver con falsa carga, la señora fué despertada, y al instante en que percibió á Mr. O. que estaba en el cuarto, tomó el revólver y le hizo fuego. Inmediatamente después se le volvió á hipnotizar, en esta vez por el Dr. Liébault que hizo el papel de perito médico legal, y procedió á interrogarla; la señora, al principio, admitió el supuesto crimen, y obedeciendo á lo que se le había dicho, negó rotundamente que aquella acción criminal le hubiese sido sugerida. Hasta aquí parecía que había medios para que pudiera escaparse el verdadero criminal, que había sugerido el supuesto asesinato; pero un ensayo muy ingenioso se imaginó, el cual probó que el sugestionador no estaba nunca completamente libre de que se le descubriese. Consistió este ensayo en hacer á la señora tres nuevas sugestiones.

"1ª Cuando usted vea que el instigador

de su crimen entra al cuarto, vd. debe dormir por espacio de dos minutos. 2ª Cuando despierte mírele fijamente y no le quite la mirada hasta que yo no diga "basta." 3ª Después debe usted tratar de ocultar la persona del instigador, colocándose enfrente de él y esforzándose para ello en extender las ropas de usted para ocultarlo."

Al despertar la señora, y en un corto tiempo llegó al cuarto Mr. Liégeois, que había sido el instigador del falso crimen; estaban entonces reunidas más ó menos doce personas. Inmediatamente la señora se durmió, pero dos minutos después despertó, fijó los ojos con insistencia sobre Mr. Liégeois, le siguió paso á paso por todo el cuarto, caminó tras él cuando se dirigió hacia otra cámara, y cuando éste se hubo sentado, ella extendió sus ropajes colocándose delante de él como para ocultarlo; después cuando volvió á su condición normal, no recordó nada de lo que había sucedido.

Hay más: los experimentos de Mr. Liégeois no son los únicos á ese respecto. El Profesor Bernheim hizo unos idénticos con un soldado que volvió de Tonkín, á quien obligó, por sugestión, á robarse una moneda de cinco francos, advirtiéndole que no dijese que había sido hipnotizado; en efecto, cometido el robo y cuando se le hubo interrogado, el soldado dijo que lo había hecho porque le había ocurrido la idea, é hizo un juramento de que nadie le había sugerido el hurto. Inmediatamente después, el soldado fué sumergido en el sueño artificial, y mientras estaba en él, álguien le dijo: "Cuando vd. vea la persona que le sugirió el hurto, acérquese y dígale: "qué contento estoy de ver á vd.; sírvase cantarme la *Marsellesa*." El individuo obedeció al pie de la letra. Momentos después volvió á adormecérsele y se le pidió que revelase el nombre del instigador del crimen, pero él negó otra vez que hubiese habido en ello sugestión; sin embargo, el Profesor Bernheim, le dijo: "cuando vd. vea al instigador del delito, dígale: "lo recuerdo á vd. perfectamente; vd. fué quien me dijo que robase." Inmediatamente después, se despertó al soldado, quien se lanzó sobre el Profesor y le repitió las frases sugeridas.

Parece, pues, perfectamente claro que aún cuando una persona hipnotizada no revele *á priori* el nombre de la persona bajo cuya influencia haya estado, sí lo hará si se procede de un modo indirecto; rechazará todo aquello que le ha sido prohibido categóricamente, y he aquí todo. Siendo así, es claro que en ciertas circunstancias el autor de una sugestión criminal puede seguramente ser descubierto, sin embargo de que estos experimentos no cuentan con una contingencia importante, y siempre probable en estos casos, la ausencia del instigador del crimen del lugar de los experimentos.

La cuestión de hipnotismo es muy curiosa y de mucha trascendencia, mirada desde el punto de vista de la jurisprudencia médica, puesto que es claro que con la sugestión pueden ser cometidos los crímenes más atroces; por fortuna hay razón para creer que el número de personas hipnotizables es comparativamente pequeño, y por lo mismo, es de dudar que sea útil la sugestión hipnótica á los delincuentes y los bribones.

(Copiado.)

Planta medicinal.

El chab-ak.—Con este nombre maya que significa *bejuco de la caspa*, se conoce en Yucatán la DENTELARIA (*Plumbago scandens*) de Lineo que es la clase silvestre de la belleza (*Plumbago cœrulea*) Kth que en nuestros jardines llamamos JAZMIN AZUL ó EMBELESO.

La definición científica de la planta es la siguiente: " Arbusto sarmentoso, cuyas ramas delgadas, largas de algunas varas y lampiñas, llevan hojas ovales ú oblongo-lanzeoladas, aguzadas ó puntiagudas y cuya base se vuelve peciolo muy corto, pero sin orejitas; flores blancas en racimos cuyo tubo lleva glándulas sobre sus ángulos convexos; con brácteas oblongas aguzadas, cuya inferior es algo más larguita, pero todas más cortas que el cáliz cilíndrico y cónico á la par por la base, la mitad más corto que el tubo filiforme de la corola, largo de 8 á 10 líneas y cuya corola tiene los lóbulos mucronados." Es pentandria monoginia.

Como planta medicinal pertenece al orden de los epispáticos ó vesicantes. Ricardo Osado dice de ella: "Esta yerba es un fuego y ponzoñosa, pues con tocarla se levantan ampollas; cura la sarna." Grosourdy dice: "Las raíces y las hojas recién cogidas y aplicadas al cutis después de machacarlas, producen una rubefacción casi instantánea y la vesicación aparece algunos minutos después y es tal su poder irritante que con frecuencia los mismos sinapismos se vuelven á aplicar al enfermo con igual éxito. En los niños cuatro y cinco minutos bastan para producir la vesicación y para los adultos diez á quince según la mayor ó menor delicadeza de la piel." Los sinapismos de que hablamos aplicadosá

los muslos, dan buen resultado para devolver las reglas suprimidas.

Con el jugo de esta planta se destruyen los callos y las verrugas.

Plinio llamó á esta planta *Plumbago* en el primer siglo de la era cristiana y Dioscórides, en tiempo de Nerón, le dió el nombre de *Tripolin*.

"Las ventajas de la dentelaria sobre las cantáridas, son: que la primera obra como cáustico en un cuarto de hora, mientras las otras necesitan de ocho á doce horas para hacer el efecto vesicante; además, no tiene la accion sobre los riñones que tienen aquellas.

" Como veneno, la dentelaria es de los que se llaman irritantes. "Si por desgracia, dice Grosourdy, hubiese el jugo ó una parte de las hojas penetradó al estómago, daría lugar al envenenamiento, el cual se manifiesta con los síntomas siguientes: hinchazón considerable de la lengua que sale de la boca, habiéndose puesto ya muy colorada y por consiguiente irritada; priapismo, agitación, convulsiones, risa inmoderada, vómitos muy frecuentes, deposiciones repetidas, etc."

" Prontamente debe llamarse á un facultativo; y mientras llega ó si no le hay, se debe procurar que el enfermo arroje; después se le darán bebidas emolientes y se le aplicarán lavativas de la misma clase, sanguijuelas en la boca del estómago y en las partes adoloridas del vientre. Los baños prolongados tibios también son convenientes.

" Sobre la piel, cuando se usa por más tiempo del conveniente, produce ulceritas muy dolorosas que se combaten con cataplasmas emolientes y narcóticas.

" La jardinería cuenta cuatro de estas bellas plantas: el *Chab-ak (Dentelaria repadora) Belleza Dentelaria rosa y Dentelaria de Ceilán* que es blanca como la trepadora.

" En los barrios de Mérida, y á la orilla de los caminos, abunda el *Chab-ak*. Nuestros indios lo emplean en los baños que aplican para curar la *culebrilla* unida al *Kanan Chac-hauay, Chubtaman y Chichibé*, es decir, yerbas vesicantes, curtientes y emolientes. También la emplean en la pelagra."

(La Revista de Mérida.)

Más sobre la estrofantina.[1]

Probablmente, pues, á la exagerada actividad del músculo cardíaco corresponde también un aumento de la tonicidad arterial que determina la vaso-constricción de que se trata. Esta vaso-constricción que constituye uno de los fenómenos esenciales de la acción de la estrofantina es muy general.

Simultáneamente con las variaciones de la presión periférica, los experimentadores han estudiado mediante el nefógrafo de Roy las que sobrevienen en los vasos del riñón habiendo observado que deben contraerse, pues el volumen del órgano disminuye, según las inscripciones de aquel aparato que acusa las variaciones de dicha glándula. ¿Cómo se produce esa constricción? ¿por excitación central ó periférica? Según los experimentadores se produce, con menos intensidad, aunque se haya seccionado previamente el bulbo; mas, teniendo en cuenta, que en estas condiciones no se destruyen todos los centros vaso-constrictores, pues se admite por la generalidad de los experimentadores que también la médula contiene de aquellos, han practicado la experiencia siguiente, para resolver la cuestión. Han destruído por completo las comunicaciones nerviosas de un miembro con el resto del organismo y además seccionado el bulbo. En estas condiciones han observado las variaciones de presión en el extremo periférico de la arteria de este miembro y en el de la del lado opuesto, y notaron que aún se manifiesta la fase de retardo, si bien poco marcada, la elevación de la presión (vaso-constricción general) y después la fase de irregularidades. Las modificaciones de la presión en la arteria del miembro, sin comunicaciones nerviosas, únicamente son menos marcadas pero existen. De dicha experiencia sacan la conclusión que la estrofantina, si bien obra sobre los vasos-motores bulbo-medulares, como lo demuestra la atenuación de los fenómenos cuando se rompen las comunicaciones nerviosas del miembro con los centros nerviosos, obra también sea sobre los gánglios propios de las túnicas arteriales, sea sobre las fibras lisas de los vasos.

En lo tocante á la acción de los nervios vagos del Simpático sobre la circulación durante la intoxicación, los Sres. Sée y Gley, dicen que sobre todo, en el primer período los efectos de la excitación eléctri-

1 Las siguientes líneas deben considerarse agregadas á continuación de lo que sobre Estrofantina publicamos en el núm. 7 y que hemos tomado de "El Boletín Clínico de Mérida."

ca del pneumogástrico, del Simpático cervical y del nervio depresor son sensiblemente los mismos que en estado normal.

4º *Acción sobre la secreción renal;* de lo que precede se puede deducir que hay diminución en la actividad secretoria del riñón y efectivamente los experimentadores han demostrado que colocando en cada ureter de un perro una cánula, la secreción renal se reduce la mitad al principio y aun las dos terceras partes después.

5º *Concordancia fisiológica y terapéutica de los efectos de la estrofantina;* desde el punto de vista fisiológico queda demostrado; hay aumento de energía de la sístole con elevación de la presión intra-arterial. Esta coincidencia de amplitud mayor de las contracciones cardíacas con la elevación intra-arterial es rara, pues ordinariamente cuando aumenta ésta, disminuye aquella. Está, pues, verdaderamente indicada la estrofontina cuando se quiera aumentar la actividad del corazón. Los Sres. Sée y Gley no creen que la estrofantina sea superior á la esparteina y además tiene la desventaja de ser más tóxica que la digital, si bien su poder sobre la actividad funcional del corazón es superior al de esta última.

6º *Aplicaciones terapéuticas de la estrofantina.* Los experimentadores citados han experimentado la estrofantina á la dosis de 1 á 8 quintos de milígramo en diversas enfermedades del corazón.

(*a*) En las lesiones mitrales, sobre todo en las estrecheces, la estrofantina ha producido los mejores efectos, aumentando la acción cardíaca, elevando el pulso y haciendo desaparecer las intermitencias y desigualdades del mismo. A pesar de estos efectos terapéuticos que se obtienen aún en casos de éxtasis venosas, jamás ha habido aumento de la diuresis ó alivio de la dispnea.

(*b*) En las dilataciones cardíacas é hipertrofiacas del corazón se obtienen los mismos resultados; elevación del pulso y aumento de las fuerzas del organismo.

(*c*) En las neurosis del corazón y las anginas de pecho la estrofantina ha sido más bien nociva que útil.

(*d*) No ofrece influencia dañina sobre los órganos digestivos; únicamente en ocasiones, algo de vértigo.

CRÓNICA.

Un perro rabioso.

Hace pocos días que en Salinas mordió un perro rabioso á cinco individuos, por cuyo motivo ordenó el señor Gobernador marchara para aquel punto el Sr. Dr. Jesús L. Monjarás, Inspector de Salubridad en el Estado, quien dispuso vinieran á México tres de dichos individuos, de los cuales uno viajó con recursos ministrados por el Gobierno. Los otros dos han sido sujetados á un tratamiento especial, usándose del "Espanta-vaquero."

Interesante.

Avisamos á los médicos que el premio Astley-Cooper, en Inglaterra, consistente en 300 libras esterlinas en oro, será conferido al mejor trabajo sobre "Influencias de los microorganismos en las inflamaciones." Los trabajos deben ser escritos en inglés, ó acompañados de una traducción inglesa, y remitidos hasta Enero de 1892 al Cuerpo Médico de "Guy's Hospital London."

Contra la viruela.

Asegúrase que el *pajuil* ó *marañón*, fruta común en las Antillas, cura la viruela.

Dícese que el vinagre del marañón tiene un poder antipútrido más enérgico que el del ácido fénico, y que en pústulas de viruelas, abundantes en microbios, una dosis de vinagre de marañón no sólo acaba con cuantas bacterías pueden contener aquellas, sino que impide la reaparición de esos gérmenes, verdaderos propagadores del contagio. Como elíxir para la boca no hay alguno que pueda igualar al vinagre de marañón, que está muy recomendado para enjuagues, gargarismos, etc.

Mujeres médicas.

Existen actualmente en Francia diez y seis mujeres médicas; doce ejercían ya el año anterior la profesión, y cuatro han sido graduadas últimamente. Aquellas son: las Sras. Bonoit, Bourchier, Blés, Broducce, Cuota, Danel, Gache, Sarante, Guénot, Kraft Perres, Solier, y Verneull, y las últimas: la Srita. Goldspiegel, recibida el 31 de Octubre de 1888; la Srita. Schultze, recibida el 13 de Diciembre de 1888; la Señorita Edwars, recibida el 23 de Enero de 1889 y la Señorita Chopín, recibida el 25 de Enero de 1889.

En el resto de Francia hay la Señorita Mesnar que ejerce la profesión en Burdeos; la Sra. Ikatcheff en Montpellier, y la Señora Herodinoff en Niza.

TOMO II — ENTREGA 10ª — 15 DE MAYO DE 1889.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

Un caso Clínico á la luz de la Ciencia.

TRABAJO LEIDO POR SU AUTOR

En la Academia de Medicina de México.

I

Al partir para un viaje, compañero amigo mío, encomendó á mis cuidados facultativos á la señora S., que habitaba en el entresuelo de la casa núm. 4 de la calle de los Ciegos.

En cumplimiento de mi cometido visité á la enferma; al entrar á su casa, el patio regado con flores aún frescas, y el olor de la cera, me hicieron sospechar, que alguien, quizá la que iba á ser mi cliente, acababa de sacramentarse, sospecha que á poco se convirtió en realidad.

En la sala de la habitación de la señora S. me esperaban el Sr. Lic. P. S. y su señora, que en aquellos momentos asumían, por falta de personas más idóneas, el gobierno de la casa de la enferma. Ellos me dieron los antecedentes que transcribo.

La señora S. era morfomaniaca; durante cuatro años se ha inyectado diariamente gramo y medio (ciento cincuenta centígramos) de Clorhidrato de Morfina. Ahora está en cama por un padecimiento de la cintura; se queja de fuertes dolores en el vientre; delira sin cesar y con incoherencia; su Delirio es casi siempre tranquilo; pocas ocasiones se levanta, acciona como si se defendiera de alguno que la ataca, y golpea á enemigo invisible; no duerme. La han visto antes que yo, dos médicos; uno rehusó seguir la asistiendo; el otro fué abandonado por no haber obtenido éxito de su tratamiento; el compañero que me encargó la curación, no la podía formalizar por tener que irse de México.

Entré á la recámara de la paciente. Era ésta como de treinta y dos años de edad, fornida, hermosa y de buen color, más bien subido. La encontré en posición medio supina, con los ojos cerrados; algo como un tic contraría convulsivamente el lado izquierdo de su cara; su cuello estaba turgente; el afán levantaba su pecho, mal cubierto. Mientras yo la veía, una señorita llamaba fuertemente su atención sobre la presencia del médico; ella parecía no oir, ó bien se enfadaba y defendía contra esa, para ella, grande contrariedad; por fin, y después de vivos movimientos de impaciencia, miró; sus grandes ojos se pusieron á buscar como distraídos, como si reinara obscuridad y escudriñaran las tinieblas; sus pupilas, enormemente dilatadas, á iris descorrido, parecían dos cóncavos. Un saliveo constante la hacía escupir sin tregua y sin descanso sobre una sábana que tenía al alcance de la boca; se removía en la cama, ó se incorporaba, presa de una profunda inquietud; con frecuencia notable, plegaba las sábanas hacia la región pudenda, entreabriendo las piernas para recibirlas.

Interrogada por sus padecimientos, me dijo: que le dolía mucho el vientre; que tenía una sed espantosa y que un malestar infinito no la dejaba para nada; que no podía dormir ni un minuto; que sentía opresión en la garganta como si la estrangularan; que no podía pasar alimento y sobre todo líquidos, sin sentirse ahogar; que su boca era un venero de baba *repugnante*, que ni podía contener porque le causaba asco, ni tragar; que cada conato de basca exacerbaba su dolor del vientre; que su saliveo era tan abundante é inagotable, que con él empapaba muchas sábanas diariamente; que para ella todos sus padecimientos *venían* de la matriz.

Interrogada sobre el uso de la morfina, dijo: que hacía muchos años, seis próximamente, que por padecer de insomnio, ignora á qué atribuible, un médico de Chihuahua le ordenó en cucharadas jarabe de Follet; que después de tomarlo sin ventaja durante muchos días, y por haberle venido una neuralgia en la cara, su médico le inyectó morfina, que aplacó su punzada y le trajo grande bienestar; que la vuelta del dolor y el deseo de tranquilidad, le hicieron solicitar nuevas inyecciones, que le fueron aplicadas; que á medida que las usó, se hacían impotentes, necesitando repetirlas y elevar la dosis; que después ella compró su jeringa y se hizo de una receta de inyecciones para aplicárselas á sí misma, lo

cual hacía desde hace cuatro años con bastante expedición; que su médico de Chihuahua, cuando supo su cariño á la morfina, le advirtió cuánto mal pudieran procurarle las inyecciones y le aconsejó las sustituyera tomando el narcótico al interior, á cuyo efecto se lo recetó en papeles, y corregido con una pequeñísima dosis de atropina; que ha usado los papeles sin abandonar, no obstante, las inyecciones; que hay días en que compra dos y tres fórmulas de morfina en papeles, en distintas boticas; que la morfina no la duerme, pero que siquiera calma su inquietud y puede permanecer en la cama contenta y sin sufrimiento. Dijo, además, que lleva poco tiempo de residir en México, siendo oriunda de Chihuahua, donde se casó y enviudó; que no tiene á su lado más que á sus dos hijos; que parientes que la visitan, creyendo el uso de la morfina la causa de sus males, le escondieron el líquido de las inyecciones, la jeringa y la fórmula de los papeles; que no me enseña recetas, porque se las han hecho *perdedizas;* que le han dicho ser probable que la última fórmula venía despachada con mucha atropina, y que sin duda le perjudicó. Por último, que ha llegado la vez en que ni los calmantes la calman, ni los narcóticos la duermen. Interpelados los presentes por las recetas de morfina, ninguno pudo dar razón de ellas.

Después de este examen, procedí á otro objetivo más minucioso, cuyo resultado anoto en seguida.

El vientre, sitio del padecimiento que más preocupaba á la enferma, estaba meteorizado; el dolor espontáneo en todo él, era notable hacia el ciego y se exacerbaba por la presión. El hígado y el bazo ligeramente abultados; el útero no se alcanzó por el vientre; estaba sin duda escondido detrás del pubis; ninguna sensación penosa al comprimir sobre los ovarios.

La vagina, que por su indicación reconocí con el dedo, tenía un calor anormal; la orina era roja y turbia; dijo expelerla con pujo.

Hacía de cuatro á cinco deposiciones diarias, líquidas, sin dolor ni conato; la que me fué presentada era amarilla mucosa, muy suelta y hedionda, con manifiestos grumos de queso.

Los pulmones respiraban bien hasta sus vértices; estaban un poco agitados (veintiseis respiraciones por minuto). El corazón latía de modo molesto y causando sensación de susto, porque á veces parecía pararse. Pulso, 100 por minuto. Temperatura, 39½ á las diez de la mañana.

La garganta era roja y seca; las pupilas, anormalmente dilatadas, no dejaban decidir el color de los ojos; la piel sana, ni la más ligera mancha ó erupción.

El alimento que se estaba dando á la enferma, según prescripción facultativa, era leche hervida y endulzada; la bebida, agua natural pura.

El tratamiento á que la encontré sujeta: cucharada de poción laudanizada de Rivière cada dos horas. Tres papeles al día de esta fórmula: Bromuro de potasio una dracma, en seis papeles.

II.

He referido fielmente una historia clínica compuesta de lo que me contaron y de lo que pude observar.

Algunos datos, los antecedentes, no me constan; en ellos puede caber duda. ¿Era realmente gramo y medio diario de morfina lo que se inyectaba día á día la enferma? Lo aseguraron de tal modo los que la rodeaban, que casi era ofensivo responder con incredulidad á sus afirmaciones. ¿Se inyectaba morfina hacía poco menos de seis años? La vigorosa constitución de la señora parece desmentirlo, y sin embargo, también esto fué defendido por los que creían saberlo. El Sr. Dr. Oñate, dueño de la botica vecina, me ha dicho que la fórmula de los papeles firmada por un médico de Chihuahua, decía así: "Clorhidrato de morfina diez centígramos, atropina dos milígramos en doce papeles;" que en ocasiones fueron á su farmacia dos veces á comprar la receta, y que sabiendo los abusos de la paciente por los criados, y temeroso de que algún accidente se presentara, ordenó al encargado de la botica no volviera á despachar allí esa receta. Esto es lo único bien claro que consta á ese respecto.

Sobre los síntomas subjetivos acusados por la enferma, aunque no hay por qué dudar, entiendo que deben contarse entre los inciertos; muchas ocasiones los informes de los pacientes son exagerados ó disminuídos, alguna vez caprichosos y hasta contradictorios; á un médico le dicen una cosa, á otro otra, y si se funda diagnóstico sobre esos dichos, ese diagnóstico puede venir abajo con gran facilidad.

Los síntomas para mí indudables, muchos de ellos evidentes, y que observar hubieran podido hasta algunos extraños á la medicina, los que en mi concepto pudieron establecer diagnóstico firme é invariable, son los que aquí pongo en el que juzgo orden de importancia, pero que cada cual puede, sin que en manera alguna atente á

su valor y significación, poner en otro variado ó inverso:

Delirio tranquilo, pocas veces furioso, del que salía llamando vigorosamente á su Atención; Calentura; Respiración afanosa; Corazón precipitado y propendiendo á la asistolia; dilatación pupilar; cuello abultado; Tic en la cara; Exofagismo hásta la disfagia; dolor en el vientre, sobre todo hacia el ciego; Meteorismo; Hígado y Bazo ligeramente abultados; Basca; Orina roja y sarrosa emitida con pujo; Evacuaciones albinas, líquidas, mucosas y hediondas; Orgasmo venéreo; ninguna mancha ni erupción en la piel.

III

Permítaseme una digresión antes de hablar sobre el Diagnóstico de la enfermedad aquí retratada.

No hay duda, yo lo comprendo bien, el Diagnóstico es importantísimo para la Terapéutica, porque es el Mentor que ella consulta en sus prácticas, porque es el faro que la alumbra en sus senderos, porque es la brújula que la orienta en sus apuros. Sin comprender qué afección va á tratar, qué trastorno va á combatir, el médico más hábil, el más inteligente perito, sería inútil ó nocivo.

Por desgracia Falso Criterio corrompió la idea y hasta el objetivo de la diagnosis verdaderamente científica; el Diagnóstico que hoy más se usa, el que más ostenta la moderna médica sabiduría, el que más cuadra á determinados facultativos y mejor aparece á cierta pedagógica enseñanza, es propiamente una mistificación ó un escarnio. El Diagnóstico oportuno, previsor, hijo del Saber y de la Ciencia, yace abandonado, y lo que es más sensible, exhibido por burlas y apedreado con sarcasmos hasta de maestros poco meditativos. Ligeras reminiscencias mostrarán estas verdades.

Profesores hay, noveles y apáticos sobre todo, que acopian empeñosamente síntomas, que persiguen con tenacidad fenómenos, que requieren con ardoroso interés datos, y que cuando obtuvieron una prolija y variada colección de manifestaciones patológicas, sin tomarse el trabajo de entenderlas, de correlacionarlas y de esprimir su peculiar significación, las juntan, entretejen y ensamblan, de manera que formen, *vellis nollis*, uno de los grupos clásicos que tienen nombre y llevan pautado y á cartabón un tratamiento. Impórtales poco que la nueva abstracción por el esfuerzo obtenida sea en realidad una incógnita, acaso más inextricable que los variados enigmas nosográficos que la forman; impórtales poco que la obra de su afán se haya erigido haciendo con los fenómenos patológicos lo que los niños hacen con los fragmentos que deben formar paisajes, bosquejados sobre modelos que imitar; impórtales poco que cada criterio, el suyo entre otros, asistido por la propia dudosa justificación, y teniendo los propios colores en la paleta, pinte de diverso modo grupos distintos y hasta antagónicos; lo que para ellos importa mucho y significa todo, es que haya una Entidad, aunque sea nosogrífica (perdónese el neologismo) á la que se puedan asestar tiros terapéuticos; que razone, programatice ó disculpe una prescripción y que se ostente con gusto á las miradas de los compañeros y de la familia; que pueda, en suma, demostrar el *quis ut ego* tan perseguido por el amor propio, y exhiba un triunfo pericial y asegure un filón lucrativo. Si falta fragmento de la entidad patológica clásica, si se extravía componente de los del consagrado conjunto, si se esconde algún pedacito de la magistral individualidad, el Diagnóstico, meticuloso, irá entre interrogaciones, y el tratamiento entre ambigüedades, y la brújula estará perdida, y el timón se habrá desorientado. Pero diagnóstico de este género aun bien establecido, aun rigurosamente conformado, no alumbra la enfermedad lo suficiente para esclarecer cómo y porqué debe tratarse de tal modo mejor que tal otro; es criatura de la Necesidad para perseguirla por carril que se declara bueno por anticipadamente demarcado; es fantasma que viene siempre á participar la presencia de Anteo, que derrotado, acarreará gloria, y ser por él vencido expresará suceso lógico y natural; pero ese Diagnóstico para un pensador imparcial es sólo, conglomeración, tumulto ó ensamblamiento de fenómenos enigmáticos, ambicioso pero vano, que se revistió con un nombre para cubrir una ignorancia. Para formular diagnóstico de esta clase no es necesario adquirir un título ni quemarse las pestañas durante muchos de los mejores años de la juventud, ni consultar á la Ciencia; cuestión es de sólo artificio, de sólo educar los sentidos, enseñándolos á ver, á oir, á oler, y á tentar las manifestaciones morbosas, y hecho esto, poner en manos de los neófitos, listas clásicas, diciéndoles: "cuando percibáis calentura, oigáis tos, veáis esputos rubiginosos y auscultéis estertores subcrepitantes, diagnosticaréis "pulmonía;" el pronóstico será siempre reservado para que no falte el triunfo, y respecto de tratamiento saldréis del compromiso administrando ca-

lomel á dosis refracta y vejigatorio en conformidad con tal maestro, ó alcohol y quina de acuerdo con tal otro, ó kermes y emético en acatamiento al de más allá, ó sangría, ó antipirina, ó digital, que cualquiera de esos recursos tiene valioso patrocinio; no os metáis á averiguar porqué cada cual prefiere lo suyo, es porque *surtió* prescrito por Jaccoud, por Graves, por Peter, y esto sólo basta.» He aquí armado á un médico tal como lo requiere este diagnóstico, y hasta esto, conforme al último figurín. ¿Qué le falta? Sabe diagnosticar, pronosticar y tratar á un enfermo, y lo que es más decisivo, no será difícil que su cliente sane. ¿Para qué fué necesaria en el caso la ciencia? ¡Oh! cuántos Galenos aun de los preponderantes, están aquí fotografiados.

Hay médicos, en mayor número, más severos, más reposados, más sesudos, como si dijéramos más terriblemente sabios y prudentes que no están tranquilos, ni creen haber comprobado su Ciencia, es decir, su PREVISIÓN, sino cuando tienen la certeza de que hay enemigo triunfante sobre organización ruinosa, cuando ya oyeron el estruendo de órganos que se derrumban, cuando ya palpan la muerte de los tejidos, y pudieron admirar gloriosa y refulgente á la Anatomía Patológica; profesan que es atrevido patrocinar á la Vida y estúpido intervenir al Organismo antes de que los elementos agonicen y los zoonitas desfallezcan, y el edificio orgánico esté cuarteado; que es de cordura esperar á que las lesiones sean manifiestas, los trastornos bien establecidos y la situación muy difícil. Para ellos la enfermedad no es el incendio sino las ruinas, no es el motín sino la anarquía, no es el combate sino la derrota.

Diagnóstico de esta clase es casi siempre certero, algunas veces evidente, pero en cambio y por lo común, sólo remolca pronóstico espantable; sólo es señal de tratamiento atolondrado que dictan la Preocupación y el Miedo; sólo marca la hora de las recetas rápidas y rebuscadas, de los recursos contradictorios y terribles; llega cuando disculpable egoísmo aparta á la fría Ciencia y hace descarriar al Arte, cuando ya puede, en firmes y potentes fundamentos, asentarse al sacramental *non possumus*. Generalmente á poco de un diagnóstico de este género, una familia quedó en desolación y un amparo falta; pero el héroe de la jornada puede asistir á su triunfo junto al lecho funerario ó junto á la plancha del anfiteatro: lo que dijo sucedió; su profecía de muerte tuvo su verificativo.

Para formular diagnóstico como el aquí bosquejado, tampoco es preciso más que una educación clínica, dije mucho, una educación meramente nosocomial. Son verdades de Pero Grullo las que tienen que proferirse, cuando no son adivinanzas, en que lo mismo yerra cualquiera. Tal ó cual enfermo tiene inutilizado su pulmón, ó lo que es lo mismo, no puede respirar porque no tiene con qué. Diagnóstico: lesión pulmonar irremediable. Pronóstico: muerte. Tal ó cual enfermo tiene un corazón que ya no cabe dentro del pecho, que ya no puede latir, que ya se cansa, que ya desfallece. Diagnóstico: lesión cardíaca irremediable. Pronóstico: muerte. Tal ó cual enfermo arroja substancia tuberculosa por la boca al toser. Diagnóstico: tuberculosis pulmonar. Pronóstico: se morirá. Tal ó cual enfermo tiene un tumor que pulsa, que late, y sus latidos son consonantes con los del corazón. Diagnóstico: aneurisma. Esto no se cura; pronóstico: muerte. Tal ó cual enfermo tiene un tumor roente, invasor, que nada es capaz de contener, que se quita y se reproduce, que carcome músculos, y nervios, y vasos, y huesos. Esto no se cura; diagnóstico: tumor maligno ó sea cáncer. Pronóstico: muerte. En todos estos casos hay libertad en orden á esperanzas de éxito, de mandar Agua en gotas, ó nada; todo es lo mismo. ¿Para qué sirve aquí la ciencia? Cuando más para echar un *speach* y lucirse; el resultado es el mismo; la conducta queda á salvo con sólo declarar que todo es impotente.

Diagnóstico así sólo es aceptable cuando el previsor es imposible, cuando se acude tarde, cuando el llamado fué inoportuno, pero á raíz de él, el consuelo es inseguro y problemático el éxito; Diagnóstico así destila saber cruel, saber escarnecedor de la Ciencia que debe anticiparse; hasta esto, es un saber con frecuencia inútil, á menudo ridículo.

Médicos hay, por desgracia en restringido número, que emplean otra variedad de Diagnóstico, en mi concepto tan verídico como el anterior, pero temporáneo, previsor y por tanto científico, útil para su objeto, oportuno por su declaración, y ventajoso para su resultado; que comprende su cometido, representando al amigo del Enfermo y al aliado de la Vida; que delata trastornos dinámicos ú orgánicos de cualquiera intensidad, domiciliados, como sin abrigo, aun los más débiles, aun los recién nacidos, de esos que todavía no conocen sino la Sensibilidad inconsciente, cuando el órgano que los albergará apenas si se ha conmovido, cuando la Organización misma ignora lo que le amaga. Ese Diagnóstico cuidadosa y humildemente formulado, es

oráculo que puede hacerse oir cuando la Ciencia lo puede todo, cuando es capaz de reprimir los avances del mal con ventaja incuestionable, cuando el Arte puede destruirlo con seguridad casi matemática, cuando la afección no ha mellado el vigor de la vida, ni conmovido sus resortes, ni minado sus cimientos; cuando el médico al frente del sufrimiento es un gigante que puede tanto como la Ciencia, no un recluta que silba para hacer ruido, como los niños asustadizos, ni un Jeremías que sólo se conforma con sentir lo que no puede remediar. El Diagnóstico científico impone un nombre á la enfermedad, sin preocuparse de que esté en el calendario del Clasicismo, sin esperar á que ella invada tejidos ó tome posesiones para que su nomenclatura forzosamente sea orgánica; denuncia lo que encuentra, trastorno dinámico ó alteración de textura; no busca á todo tran ce máquinas gastadas, ni engranes rotos, ni ruedas descompuestas; sorprende y delata, desde la torpeza de un movimiento hasta la vehemencia de un esfuerzo, desde la desorientación de un mecanismo hasta la debilidad de un resorte. Si el enemigo es incógnito, lo persigue como á tal, sin requerir su tarjeta de presentación, ó fortalece al Organismo para que lo repela con ventaja; si lo siente huir, indica por dónde pueden exterminarlo los recursos. Sabe que una enfermedad no es un síntoma aislado sino una serie ó un conjunto de síntomas, pero también sabe que cada síntoma tiene su significación, y que ésta, expone al estado morboso en la parte que le concierne. Cuenta con que hay enfermedades agudas que no tienen tiempo de causar trastornos orgánicos ni de crear Anatomía Patológica, y que sin embargo matan, lo que bien indica que la Enfermedad no se reviste siempre de lesiones materiales para destruir la vida; cuenta con que innumerables Afecciones son fulminantes y no tienen la benevolencia de esperar hasta ser bien conocidas, sino que mucho antes acaban con la existencia, lo que bien claro dice que se debe intervenir cuanto antes mejor. Juzga, por tanto, torpe no atacar sino hasta que la Anatomía Patológica enseñe su terrible silueta; comprende que se debe combatir la Afección desde antes que el Diagnóstico Orgánico la bautice, y declara que no se preocupa de su refulgencia ni de que la Soberbia lo ame, sino de ir á su objeto, de apegarse á la Ciencia y de salvar á los enfermos. Ese diagnóstico es el propio, el que corresponde á los verdaderos médicos; bien lo expresa Pidoux, cuando dice que se procure más prevenir las lesiones orgánicas que curarlas, porque la Experiencia ha enseñado en ellas enfermedades *que terminan*, no enfermedades *que principian*, porque es más fácil oponerse á las *evoluciones íntimas* atacándolas *en sus gérmenes* y que se presentan á nuestra observación lo más comunmente más bien bajo forma de *indisposiciones frecuentes y variadas* que bajo la de enfermedades reales, porque es sobre esas indisposiciones sobre las que el Arte Médico *bien manejado* tiene de ordinario más poder, *que esperando para tratarlas á que ellas sean del todo formadas y maduras.*

Los dos primeros Diagnósticos hacen marchar entre tinieblas ó á una luz siniestra y son seguidos por tratamientos estereotipados, eso sí, impecables porque bajo pretexto de respeto á la Ciencia, cumplimentan á los antiguos Errores; el Diagnóstico vital ó científico requiere á la Fisiología como brújula, á la Análisis filosófica como compañera, y establece terapéutica lógica, y formula responsabilidad moral porque exige saber, porque requiere instrucción, porque no puede erigirse sino á la luz de la Ciencia.

Se va á decir: ¿Ese Diagnóstico es utópico, el Diagnóstico Fisiológico es imposible? El caso referido va á motivar demostración de lo contrario, demostración que es el principal objeto de este escrito. Va á verse, que la interpretación humilde de cada síntoma es capaz de plantearlo, y la de todos, de esclarecerlo y corroborarlo, y esto en todo tiempo, en cualquiera oportunidad; que es tanto ó más certero que el Diagnóstico Anatomo-Patológico, que hasta aquí sin razón nos enorgulleciera, y que es más propio de la Ciencia Médica que el grotesco Diagnóstico de Confección ó el tremendo Diagnóstico de Anfiteatro. Que haya quienes silben ó denosten al Diagnóstico fisiológico; tendrán el gusto de caricaturizarse á sí mismos, silbando y denostando á la Ciencia.

Vuelvo á mi interrumpida historia.

Poseedor del grupo de síntomas y datos señalados, propuse é mi raciocinio los siguientes problemas cuya resolución debería orientar la Análisis Fisiológica. ¿Qué quieren decir científicamente las manifestaciones morbosas de la enferma? ¿Cuáles quejas orgánicas formulan? ¿Qué indica su conjunto? ¿Cómo restablecer la armonía fisiológica perdida? ¿Qué recursos emplear para devolver la salud?

Y he aquí la senda que siguió mi deducción; voy á indicarla, no porque crea haberla recorrido debidamente, ni porque suponga que mi pobre saber interpreta con

exactitud, sino para hacer perceptible que se puede marchar como yo marché, con la ceniza en la frente, en compañía de la Ciencia, y que se puede sacar Diagnóstico Científico de la teoría de cada manifestación morbosa. Las mayores de mis silogismos son los descubrimientos que el Método Experimental dictó á Magendie, á Bernard, á Brown Sequard y á otros experimentadores de su talla: las menores marcarán detalles relativos que apuntó la Observación bien intencionada de mi enferma; las conclusiones espontáneas que fluyan sin esfuerzo, vendrán á pautar el estado funcional y orgánico de la paciente, base de raciocinio ulterior para investigar el tratamiento científico de su mal. Prestadme, os ruego, indulgente atención.

IV

Comenzando por el Delirio. ¿Qué quería decir el Delirio en la Sra. S.? Llámase Delirio unas veces al extravío del Entendimiento que durante la modorra de la Conciencia, se surte al acaso, en los Almacenes de la Memoria, de Ideas que no corresponden á las Impresiones presentes; en otras al trastorno del Juicio que asocia Ideas sin relación y sin compatibilidad; en algunas al divorcio del Entendimiento y de la Voluntad, y en fin, en otras, al desacuerdo entre la Motilidad y la Volición, sin participio del Entendimiento y contra las exhortaciones de la Conciencia.

El Delirio señala entonces, discordancia entre las facultades Mentales, sea por falta de concurso de una ó algunas, sea por preponderancia de otras.

Ahora bien: el Cerebro es órgano de la Sensibilidad, de la Inteligencia y de la Voluntad. El manto gris en que se envuelven sus hemisferios, es el séptuplo compartimiento en que habitan las Celdillas Nerviosas, esos centros de actividad increible donde habita el Alma, fulgura el Genio y se aposenta la Sabiduría; esos organitos que transforman las Impresiones en Pensamientos y en Voliciones; donde se formula el Raciocinio, se reviste la Imaginación y se erige la Conciencia: esos diminutos retretes donde gritan ó se aduermen las Pasiones y se aglomeran los Recuerdos y se levantan los Afectos, donde se revela la psíquica de la vida, se espuma de los dinamismos el Espíritu y se enseña el inexplicable Yo. Las Celdillas Nerviosas viven armoniosamente congregadas; fibras anastomóticas, como si dijéramos delicados teléfonos, las ligan no sólo entre sí, sino con todos los centros nerviosos del cuerpo humano; las encargadas de cada negocio cerebral se juntan en departamentos distintos donde reciben los avisos, acuerdos y reflexiones conducentes á su cometido. Si una ó algunas se emancipan de la Confederación, acuden los trastornos, un Recuerdo se pierde, un Raciocinio se dificulta, un Afecto desfallece, una Necesidad imprevista se levanta: si los centros de las Facultades se desacuerdan, si la Discordia sienta sus reales bajo las tiendas del Cerebro, acude desde la Excentricidad hasta el Delirio.

El Cerebro trabaja incesantemente; en el día coordinando las Impresiones del mundo exterior con las del Organismo; durante el sueño fisiológico dando audiencia á las Sensaciones de los zoonitas de su gobierno, y ordenando á los Centros relativos prevean á sus querellas y necesidades. Ordinariamente el Cerebro es insensible al dolor, pero cuando Enfermedad ó Experimentación lo atacan, la Inteligencia se perturba ó muere. Si se quita á un animal el Cerebro, su Organismo queda entregado al Instinto; responde á las excitaciones y se mueve; pero la Espontaneidad y la Personalidad han desaparecido.

El cuerpo de un animal se basta á sí mismo sin necesitar de la Inteligencia; ésta, desprendida de todos los cuidados inferiores, como bien dice Paul Bert, se ocupa como un jefe de estado de detalles administrativos, y se entrega á sublimes funciones que le son peculiares.

Cuando las Celdillas Nerviosas del cerebro han trabajado más de lo que sin esfuerzo pueden, acude la Fatiga que las conmueve profundamente y altera su blastema; su angustia se revela en el dolor, en el quebranto y en la postración. Puede asegurarse: si el sufrimiento, la fatiga ó el desaliento cerebral se muestran, es que las Celdillas Nerviosas que habitan en el cráneo, tienen alguna novedad, que entre ellas reina el Descontento, ó que las hostiga la Inquietud; si la Armonía entre los centros dejó de existir, si las Facultades del Alma andan descarriadas, si las manifestaciones psíquicas chocan ó no se acuerdan, es que los centros psíquicos padecen, que no están conformes ó que alguna queja tienen que aducir. Griesingen tenía razón cuando dijo, que las afecciones mentales no son más que síntomas de desórdenes en el Cerebro y sus nervios, y Wille, al asegurar que las alteraciones morbosas de la sustancia gris del Cerebro, son siempre acompañadas de fenómenos morbosos en la vida psíquica.

El Delirio declara que hay en el Cere-

bro un desorden; que la vida zoonítica normal del órgano de la Inteligencia padece.

¿Pero qué especie de padecimiento indica el Delirio?

Tomaré los fenómenos desde su origen. EL MÉTODO EXPERIMENTAL ha dicho que, como los capilares anastomóticos, hay otros intersticiales ó nutritivos, los primeros gobernados por el Corazón y á las órdenes de la Física, y los segundos gobernodos por el Sistema Nervioso y al mando de la Química; que todo Órgano cuenta con las dos clases de capilares, aquellos para asegurar el tránsito de la sangre y la independencia de la circulación, y éstos, propios á cada Órgano, que sirven para tomar á la masa general del licor nutritivo, porción determinada por las fauces de los Órganos, porción de sangre, que por un poco de tiempo hacen suya y sirve para alimentar sus mecanismos individuales. EL MÉTODO EXPERIMENTAL ha dicho, que los capilares nutritivos crean una circulación particular á cada zoonita, á cada congregación de elementos, á cada Organito, independiente de la circulación general, y por tanto sin relación directa, ni con la que el propulsor circulatorio común imprime, ni con la de cualquier otro Órgano lejano ó vecino; circulación particular que engendra autonomía dinámica no sólo para cada Ser de los confederados en el Organismo, llámanse Cerebro, Hígado ó Músculo, sino para cada uno de los pequeños centros ó conglomerados elementales que á estos grandes Órganos forman. EL MÉTODO EXPERIMENTAL ha dicho, que los capilares intersticiales se amplían ó estrechan por filamentos vaso-motores, dilatadores ó constrictores, surgidos, los primeros, directamente de la Médula, y los segundos, directamente del Gran Simpático é indirectamente de la Médula; que unos y otros forman el estira y afloja, la cuerda y el *pelo* que mantiene el movimiento vital; que las oxidaciones se hacen propiamente en el seno de las entrañas, y que para que se efectúen como es debido, se hace preciso que el contacto de la sangre con los elementos histológicos, sea por cierto tiempo duradero; que excitando la Médula se consigue en los capilares lo que relajando el Simpático y al contrario; que la Desasimilación incumbe á la Médula; que la Respiración, la Nutrición, y por tanto, la vida de cada Órgano, es de la más directa y exclusiva responsabilidad del Simpático. EL MÉTODO EXPERIMENTAL ha dicho, que el Simpático concertando energías de varios tejidos, forma un zoonita, y la Médula concertando las funciones de todos los zoonitas, erige una individualidad superior; que el influjo de uno como de otro centro encomendado á ganglios, plexos y nervios determinados, no siempre se reparte uniformemente en los Órganos, resultando así, que puntos de un zoonita ó alguno de sus tejidos, puede ser influenciado de manera distinta que otro, y que órgano de la Federación viviente pueda sufrir en la abstención ó indiferencia de algunos. EL MÉTODO EXPERIMENTAL ha dicho, que en ciertos dinamismos, cuando el Simpático que formula órganos ó la Médula que los congrega, sufren, los Órganos resumen su soberanía, atienden cada cual por su cuenta y arreglan de manera distinta sus negocios; que dentro del cráneo, como dentro de la espina, como dentro del organismo, no es extraño hallar en casos tales, al lado de centros activos, centros inertes; junto á centros que se hunden, centros vigorosos; cabe á centros que vigilan, centros que dormitan; que no en estado patológico, hasta en estado normal y á centros semejantes y con actividad fisiológica, preponderan diversamente las facultades del Alma, siendo así explicables ciertos alcances de Inteligencia, algunas Excentricidades del carácter y aun determinados vuelos del Genio y tiranías de Pasiones; y que cerebros bien equilibrados como el de Sócrates, como el de Jesucristo, son exquisitos y excepcionales en los fastos de la historia de la humanidad terráquea. EL MÉTODO EXPERIMENTAL ha dicho, que los vaso-motores por la acción que ejercen sobre los capilares nutritivos, modifican la velocidad de la sangre, suben ó bajan la temperatura, causan varia coloración y composición de la sangre, y en suma, tienen á sus órdenes á la Nutrición, á la Absorción y á la Secreción. EL MÉTODO EXPERIMENTAL ha dicho, que si el Gran Nervio de la vida orgánica languidece ó se suprime, los blastemas se alteran, la desnutrición es rápida y los fenómenos de renovación orgánica son insuficientes; que la vida peculiar de cada zoonita, el de la Inteligencia incluso, cambia su dinamismo, y su blastema, y sus funciones, según la cantidad de sangre que recibe; y que sin introducir al torrente del líquido sanguíneo principios nuevos, y con sólo modificar su curso, se pueden provocar en los Órganos, todas y cada una de las Enfermedades ya funcionales, ya de textura, que presenta la Clínica. EL MÉTODO EXPERIMENTAL ha dicho, que los elementos cerebrales, como los de todos los Órganos, reparan sus pérdidas tomando de la sangre que los empapa, los materiales que forman su alimento; que para que su re-

paración sea conveniente, es preciso que en un tiempo dado, entre, cantidad determinada de sangre y permanezca allí cierto tiempo; que si tal programa no se realiza, surge el desorden en las funciones psíquicas; que el blastema de las celdillas cerebrales fisiológicas, encierra en cantidad notable cerebrina (C^{42} H^{82} Az Pho^{6}) materia fosforada de composición tan inestable que una sola emoción basta para disminuirla y aun para desaparecerla. El Método Experimental ha dicho, que toda manifestación mental resulta de un cambio químico del blastema cerebral, y todo acto psíquico de la manera de ser de la nutrición del Cerebro; que todo ejercicio de Facultad del Alma causa transformación regresiva de cerebrina, en ácido cerebrico, en diferentes grasas fosforadas y en ácidos oleico, esteárico, palmítico, fosfoglicérico y nevrina, y á veces hasta en ácidos láctico, úrico, fórmico, acético, creatina é hipoxantina; y que todo Cerebro que piensa, que proyecta, que razona, como Cerebro que se extravía, que delira, gastan en intensidad variable con su actividad mecánica, materia fosforada, que es su propia substancia, su propia vida. El Método Experimental ha dicho, que la Anemia produce Ilusiones y Alucinaciones diversas; que la compresión un poco prolongada de una carótida debilita ó suspende la actividad del ojo del lado correspondiente; que la compresión durante algunos minutos de las dos carótidas, hace perder el conocimiento, artificio de que se valía Burke para robar con seguridad y sin matar. El Método Experimental ha dicho, que el Instinto y la Inteligencia están bajo la férula de la circulación, y que se puede resucitar con sangre fisiológica en Cerebro que conserva su integridad, todas las facultades anímicas.

Refiriendo estos descubrimientos, en lo conducente, á sólo el cerebro, aparece: 1º Ese órgano, por su circulación intersticial, es autónomo entre sus colegas, pero está bajo la dependencia del Simpático y de la Médula. 2º Ese órgano por el Simpático respira, absorbe y se nutre, y por la Médula cambia, gasta y se reforma. 3º Los variados centros cerebrales pueden ser visitados inarmónicamente por la sangre, pudiendo encontrarse, por ejemplo, los centros del Juicio en auge, los de la Conciencia en escasez, y los de la Memoria en asfixia. 4º Los centros cerebrales pueden sufrir con las Enfermedades todas que ostenta la Clínica, sin que intervenga elemento alguno extraño, variando sólo el acceso de la sangre con las jaretas vaso-motoras que suministran el Simpático y la Médula. 5º Cerebro que trabaja, gasta cerebrina en cantidad proporcional á su trabajo y del de la masa de sangre que para éste le llega; y 6º El Instinto y la Inteligencia son esclavos de la circulación; el Gran Simpático y la Médula pueden jugar con la vida cerebral, y por tanto con las manifestaciones psíquicas; el secreto de su poder está en los filamentos vaso-motores con que gobiernan á los capilares nutritivos.

De premisas tan elocuentes pueden deducirse en rigurosa lógica estas conclusiones: 1ª Determinado anormal aflujo, desigual y determinada repartición de sangre en los centros psíquicos del cerebro, causa variada especie de Delirio. 2ª Languidez del Simpático ó violenta excitación de la Médula, origina esa inarmónica repartición. 3ª Los centros psíquicos excitados gastan cerebrina en relación con su actividad; en el delirio con profusión.

El Delirio prueba: *subparálisis de filamentos del Simpático ó excitación de filamentos medulares en algunos territorios del Cerebro* é indica que se está verificando en determinados centros psíquicos, *gastamiento considerable de la materia fosforada que los alimenta.*

Conclusiones corroboradas por el Método de Diferencia que declara: que el Alcohol, el Opio, el Hatchis, el Café, capaces de cambiar el modo ordinario de la vida de algunos centros cerebrales, capaces son de cambiar las manifestaciones psíquicas; que defecto causado por diátesis ó vicio orgánico susceptible de imprimir ésta ó aquella manera de ser á la vida de ciertos centros de zoonita del Alma, susceptible es de turbar las funciones mentales, sincopando, exaltando ó deprimiendo diversas de las Facultades Anímicas, y provocando desde la Excentricidad hasta la Locura, todo una serie de trastornos diversos y hasta contradictorios en la inmensa escala de la Sensibilidad Cerebral.

Lógico fué que Parry pudiera suspender actos de delirio con sólo la compresión de las arterias del cuello; lógico, como escribía á Voltaire Federico el Grande, que si la sangre circula con vehemencia en el Cerebro, como sucede en los ebrios ó calenturientos, ese Órgano confunda é invierta las Ideas, y si se obstruye, aparezca la Locura, y que si se rompe se pierda la Memoria. Laura expresa una verdad cuando dice que el sistema nervioso no puede, sin anormalidad de la vida orgánica, trófica y mental, sufrir en su circulación sanguínea, y Adolfo Rousseau cuando asevera que por sí sola la Anemia Cerebral ó más frecuentemente la Isquemia, basta para producir

fotofobia, ambliopía y diplopía...... que un enfermo es astático ó agráfico porque es anémico-cerebral ó isquémico, y qué cada una de nuestras millones de Celdillas cerebrales, es un fonógrafo registrador que perturbaciones circulatorias ú otras, vibran aisladamente ó no, y dan miriadas de sonidos ó traen imágenes ansestrales.

Las manifestaciones del Yo son variables con la isquemia de los diversos centros cerebrales; los resultados psíquicos poseen matices diversos según la forma de irrigación sanguínea cerebral.

Concíbese así, que en los Ensueños no siempre esté la Inteligencia cuerda, sino que en muchos casos enloquezca, según los centros que quedan despiertos y los que se duermen, y según los Sentidos al servicio; concíbese que siendo que el Gusto duerme primero y el Olfato en seguida, no sea común que ellos den lugar á Ilusiones, mientras que el Tacto que se aduerme con lentitud, esté casi siempre presente en los Ensueños y en las Pesadillas; concíbese que exista, como dice Longet, el sueño del Espíritu ó sea el sueño simultáneo de todas las Facultades Intelectuales y de todos los Sentidos con quienes tienen tan inmediatas relaciones. Explícase que durante la hiperhemia anormal en el Cerebro, se altere y aún desorganice la noble víscera; que si se trasforma en normal ó al menos en legado duradero, se convierta en Vesania variamente investida; que si resulta de afecciones morbosas directas ó indirectas, con ellas cese; explícase que si se asocia ó conjuga con manifestaciones en otros centros orgánicos, tome fases y caracteres multiformes y hasta llegue á declarar su origen por grupo constante de trastornos; explícase que si la destrucción y el pillaje dominan en el cráneo, el Delirio sea furioso, el desorden psíquico tome vuelo inmenso y las pérdidas en fósforo sean casi irreparables; explícase, por último, que si el Exterminio no hizo más que aparecer y el Estrago no más que atravesar, el Delirio sea tranquilo y el desorden psíquico poco intenso; que hasta la Motilidad lo contemple indiferente, y que las pérdidas del gran combustible del pensamiento puedan repararse.

Cerebro delirante, cortejado por Organos indiferentes, deja comunmente obrar expedito al Raciocinio en concordancia con la Voluntad, y sólo permite que el Entendimiento, divorciado de la Conciencia, descarríe acompañado de Ilusiones y seguido de Alucinaciones; Cerebro oprimido con los demás Órganos por la reacción nervioso-vascular intitulada Calentura, deja casi siempre que el Raciocinio, la Memoria y la Conciencia se aletarguen, y que el Entendimiento, si no lo arraiga la Atención, marche desatentado é incoherente, sin el freno de la Voluntad.

En cualquiera sugeto, el Delirio tenía una significación propia: *centros cerebrales inarmónicamente regados de sangre.* En la señora S., ajena á Vesania, accidentalmente extraviada del Entendimiento, y esto cuando no lo arraigaba la Atención, y mientras la Memoria, el Raciocinio y la Conciencia se mantenían abstraídas; en la señora S., delirante, tranquila y excitada sólo de vez en cuando, con seguridad, lo dice el MÉTODO EXPERIMENTAL, *había perturbación circulatoria cerebral, resultante de afección directa ó indirecta, pero de data reciente, perturbación que hasta los momentos de ser observada, engendraba pérdidas cerebrales de mediana importancia, aunque de momento en momento exacerbadas.*

Consigno estos datos y sigo ocupándome de la Calentura.

La Calentura, ¿qué quería decir en mi enferma?

Oigamos al Mentor científico:

Él declara que el Instinto, esa tendencia innata, como la llama Vulpian, á cumplir actos sin razón, con frecuencia complicados y á menudo irresistibles, se encarna en el conjunto de centros ganglionares y plexuosos que constituyen el Simpático; que á medida que el animal se perfecciona, á medida que sus necesidades se hacen de más en más distintas, y exigen aparatos de más en más delicados, los ganglios y los plexos aumentan, el Simpático se multiplica, siempre listo y pendiente para favorecer al Organismo, para garantir la Vida para equilibrar el sistema animal; que el Simpático es un conjunto de pequeños cerebros unidos por hilos nerviosos, en los que se formulan las Aflicciones, las pasiones y las Inclinaciones de que el Órgano de la Inteligencia da cuenta; en los que se arreglan y procuran durante la enfermedad los Esfuerzos Críticos, que restablecen la armonía en las perturbaciones y desórdenes de las funciones vitales; que ese poderoso enlace gobierna, como dice Tiedmann, espontáneamente y de una manera automática, independiente de todo raciocinio y aun contra la Voluntad para la reparación del organismo animal; que su esfera vegetatriz, como dice Reil, aislada por medio de los ganglios de la esfera animal ó voluntaria, es el foco de los Apetitos y

de ese sentimiento interno que vigila nuestra conservación aun en medio del delirio, de las pasiones, y de las enfermedades; que es el sólo que preside á las funciones nutritivas y domina las generatrices, precipita ó pára las secreciones, reina sobre el Corazón y la circulación, entretiene el comercio de la Sensibilidad y de la Vida, con el Cerebro y todas las otras partes del cuerpo sumisas á sus órdenes; y por último, que esa admirable red nerviosa enlazando todas nuestras funciones, y haciéndolas vivir y morir, puede, como bien dice Virey, conceptuarse asiento del cielo y del infierno de la vida. El mismo Mentor decide que el *movimiento circulatorio* es la fuente principal del calor orgánico; que el Gran Simpático es el nervio vaso-motor por excelencia, y tiene á su cargo la Asimilación, como el centro espinal está especialmente encargado de la desasimilación; que es del resorte del Simpático acelerar ó retardar la circulación intestinal, y que lo consigue con sólo aflojar la rienda á los capilares nutritivos; que obrando así, ayuda y hace preponderante la influencia medular, y como consecuencia, permite que la Desnutrición se apodere de los tejidos, y que esa desnutrición verificada por la Química, causa también por reacciones, que no son precisamente las respiratorias, extraordinario calor orgánico. El propio *Mentor Científico* ha dicho que si perdura movimiento febril, hay grande gastamiento de los tejidos orgánicos, que despojos de glóbulos y productos de combustiones se acumulan allí donde la circulación zoonítica es más rica (el pulmón, el hígado y el cerebro), y allí donde los desperdicios de los glóbulos ocurren para ser utilizados (en el bazo); que si esos despojos llegan en cantidad imposible de eliminarse en tiempo hábil, obstruyen como pequeñísimas embolias los intersticiales, y principia la serie de trastornos flogósicos y de desorganización propios de la Anatomía Patológica. El mismo *Mentor Científico* ha dicho que el Simpático, conjunto también de centros vaso-motores que viven en federación, tiene como papel principal enfrenar los actos medulares y servir de contrapeso á las actividades éxito-motoras; que el Simpático no está costituído bajo tal concepto, de manera distinta que la Médula, pero que sus filamentos se dirigen á fibras colocadas de modo antagónico á las que ésta anima, causándose así, con excitaciones del propio género é intensidad, efectos diversos y contrarios. Él ha dicho que en el Simpático como en la Médula nó hay más que Sensibilidad y Motricidad, distinguiéndose sólo en aquel la primera, por ser normalmente inconsciente, y la última por propender á tetánica. El repetido *Mentor* ha dicho que en el orden nutritivo gobierna el Simpático á todos los zoonitas, el Cerebro y la Médula inclusos, como en cuanto á la sensibilidad, el Cerebro manda hasta el Simpático y á la Médula, como en cuanto á la motilidad, reina la Médula sobre todos los órganos sin excluir al Cerebro y al Simpático; que á pesar de tener órbitas bien marcadas y distintas, todos los centros nerviosos están aunados y siempre sujetos unos á los otros por orden de gerarquía, de modo que á los cerebrales obedecen los medulares y á éstos los del Simpático; que todo órgano al funcionar obedece comunmente á las Inspiraciones de su centro particular, pero en ciertas circunstancias lo desobedece para acatar al superior inmediato ó al que lo antecede; que en el caso de suprema angustia orgánica, el Simpático ordena despóticamente y la Médula y Cerebro obedecen; en grande excitación medular el Simpático calla ó sólo sirve de vía para las órdenes medulares y en extraordinaria excitación del Cerebro, la Médula enmudece, el Simpático cuando más refunfuña y el Cerebro es obedecido, trasformándose los centros inferiores en simples emisarios de sus órdenes; que en cualquiera de estos casos queda declarada en el Organismo la ley marcial.

Refiriendo las enseñanzas anteriores á sólo explicar la Calentura, aparece: 1º Languidez del Simpático ampliando los intersticiales, es responsable de la hiperhemia de los órganos. 2º Languidez del Simpático dejando predominar la influencia de la Médula, es causa de anormal desnutrición orgánica. 3º Rapidez circulatoria y desnutrición, más la primera que la segunda, son los dos grandes factores de la Calentura. 3º Cuando el Gran Simpático se encuentra en estado de depresión, como dice Bergeret, las funciones vitales se encuentran regidas por el Sistema Cerebro-Espinal; hay revolución (fiebre) hasta que el regularizador de las funciones biológicas, el Gran Simpático, recobra su imperio. 5º La calentura indica agotamiento de la vida orgánica. 6º A desfallecimiento de uno á algunos centros del Simpático acude Calentura tópica; á desfallecimiento de gran número de esos centros, Reacción general, tanto más intensa cuanto más comprometida está la Confederación Simpática, y 7º La estada de la Calentura, con mayor motivo, general, ó sea la perduración de la paresia del Simpático, prepara el advenimiento de la Anatomía Patológica, sobre todo en Órganos

ricamente vascularizados como las glándulas sanguíneas.

El Método Experimental mismo se ha encargado de confirmar estas verdades, sobre todo en lo que se refiere al fenómeno substancial de la Calentura, improvisándola en cualquier tiempo, con sólo la parálisis del Simpático, é improvisándola con toda propiedad, desde su principio hasta su término; ha podido comprobar, que apenas herido el Simpático se encoge, y repuesto de su sorpresa se postra y languidece; que el calofrío que precede á una Reacción, es de Variaciones Concomitantes con el encogimiento inicial de los vaso-motores constrictores y la consiguiente repulsión de la sangre al árbol circulatorio, y que la Fiebre que lo sigue, es también de Variaciones Concomitantes con la relajación de los capilares intersticiales, y con el aflujo del líquido sanguíneo, á los zoonitas, sobre todo, á los ricamente nutridos.

Conciértense en mi enferma Delirio y Calentura, y se tendrá: *la desigual é inarmónica repartición de sangre en los centros insurreccionados del Cerebro era debida á deficiencia del Simpático; los Filamentos constrictores del Gran Nervio Orgánico habían consentido en que se dilataran los calibres de los capilares nutritivos en varios centros psíquicos, permitiendo así franca entrada á la rapacidad medular, ó sea á que la Química en tremendo consorcio con la Física, invadiera á sangre y fuego varios de los órganos de las Facultades Mentales.*

En la señora S., Delirio y Calentura, y aún Hígado y Bazo abultados, convenían en declarar: *subparálisis del Simpático; trastornos consecutivos especialmente del lado del Órgano de la Inteligencia, y amago consecutivo también al Organismo todo, por la Anatomía Patológica.*

¿Qué indicaba el Afán respiratorio?

El Pulmón, es bien sabido, tiene como quehaceres principales: regularizar el calor general de la sangre á 37°, desembarazar al líquido sanguíneo del exceso de ácido carbónico en ella acumulado por la respiración de los zoonitas del Organismo, y absorber el oxígeno necesario para el entretenimiento de la vida confederativa orgánica. Si el Pulmón sufre en su textura, si el departamento que lo encierra no tiene la conveniente elasticidad, si exceso de trabajo se le confía, ó si inervación que alimenta su constante encogimiento ó dilatación sufre, el Afán se presenta y multiplica sus movimientos hasta llegar á la fatiga y á la cesación de moverse, si temporáneamente no se acude.

¿Sería en la señora S. el Afán respiratorio hijo de lesión pulmonar? Evidentemente no, porque su respiración era pura y regular. ¿Sería el Afán respiratorio en la señora S. resultado de espasmo ó falta de energía muscular en las paredes del pecho? Con seguridad no, porque los movimientos de la caja torácica eran fisiológicos, y ni opresión ni dolor molestaban á la paciente. ¿Sería en la señora S. el Afán respiratorio proveniente de exceso de trabajo á su Pulmón confiado? A juzgar por la cifra termométrica sí, porque ella acusaba las tres necesidades objetivo de la respiración. Pero si se reflexiona que la Calentura por sí sola nunca imprime prisa como la aquí notada: que no es común que únicamente por las necesidades en el caso reunidas, galope el Órgano Respiratorio, se convendrá en que hay que buscar otra causa, que explique la Dispnea en la intensidad observada, y que esa causa, excluídas las anteriores, no podía ser otra que excitación del Neumo-gástrico, ó de los ganglios del Gran Nervio Orgánico, ó de las dos clases de motores á la vez. Pero si de nuevo se medita en que el movimiento propio del Motor medular dominaba, se convendrá en que, en lesión única ó doble, la excitación del Neumo-gástrico era dominante.

Allá sobre los lados del cuarto ventrículo del Cerebro existía el motivo principal del Afán respiratorio de la señora S. *Necesidades orgánicas creadas por la deficiencia del Simpático, era el segundo.*

¿Qué quería decir el movimiento asistólico del Corazón?

El método experimental ha dicho que filamentos del Simpático aceleran los movimientos del Corazón, y filamentos del Neumo-gástrico tienden á paralizarlo, encontrándose así la bomba orgánica entre dos impulsiones incesantes y antagonistas que lo hacen funcionar; que durante un calofrío el músculo cardíaco bate pausado pero enérgico, y durante la Calentura busca hacer con velocidad lo que no alcanza con sólo su brío; que según las calidades del pulso y de la circulación arterial cuando el corazón se apresura, sus contracciones, aparentemente reforzadas, son en realidad menos enérgicas y más imperfectas que las fisiológicas. El método experimental ha dicho que la aceleración del pulso está en razón inversa de la entereza sistólica; que el Corazón se cansa cuando sus movimientos son más numerosos que

en el estado normal, porque mientras los músculos todos pueden reposar, sólo á él no es permitida tregua alguna en el trabajo, pues que hasta su diástole es activa. EL MÉTODO EXPERIMENTAL ha dicho también que el Corazón es la más impresionable de las entrañas; que él y el Cerebro se influyen recíprocamente de modo especial, siendo el Corazón el verdadero centro de reflexión psíquica, y el Cerebro el Órgano que más sangre recibe del Corazón.

Por una parte, el Simpático deprimido, por otra, *el Cerebro en anarquía* y en medio de esta situación *Neumo-gástrico* (cuyas tendencias asistólicas son bien conocidas) *irritado:* ¿para qué era necesario más, para explicar en la señora S. *esa sensación de susto, ese desfallecimiento momentáneo del Corazón, sorprendido en la desesperación de violento esfuerzo?*

Y ¿el Meteorismo, y el dolor del Vientre, y la Sed intensa, y las Deposiciones, qué expresaban?

Meteorismo ó hinchamiento del vientre por gases acumulados en el tubo digestivo, ó procede de inercia del Simpático, como pasa en las enfermedades adinámicas, y entonces es muy grave, ó deriva de afecciones locales, y entonces no reporta peligro sino por excepción.

El Estómago, como todos los Órganos, está animado por nervios medulares y nervios de la vida vegetativa; los primeros, que le llegan del Neumo-gástrico, y los segundos, del Plexo Solear, ese Gran Plexo, albergue para Van Helmont de la Alma Sensitiva, ese Gran Plexo, verdadero cerebro del Simpático.

El Plexo Solear, directamente expuesto á las excitaciones de los alimentos introducidos en el Estómago, tiene relaciones especialísimas con el Cerebro; en ciertas circunstancias el Plexo irritado termina por influir directamente sobre la vida psíquica, causando en grado supremo las perturbaciones que son peculiares á la paresia del Simpático. Los Neumo-gástricos en el Estómago como en el Pulmón, Órganos de su predilecto cuidado, se encargan de los movimientos reflejos ordenados por el centro medular.

La digestión en el Estómago es laboriosa toda vez que hay producción de gases ó ácidos anormales. Moco estomacal, á grado diverso de alteración, provoca en alimentos amiláceos y azucarados, desde la fermentación láctica hasta la butírica, y desde gases insípidos hasta eructaciones de ácido carbónico ó de hidrógeno sulfurado. La fermentación asética y la butírica dan lugar á Meteorismo Estomacal muy incómodo.

La digestión de los azoados se verifica especialmente en el Intestino; la de los hidrocarbonados en él, acaba de verificarse. Los propios trastornos que pasan en el Estómago se pueden verificar en el Intestino, sólo que más tardíos; las condiciones especiales del Órgano hacen que la fermentación tome carácter de pútrida y que los gases engendren cólicos y borborigmos. En el cortejo de la Dispepsia se encuentran Palpitaciones, Mareos, Enfriamientos y Sudores, manifestaciones propias de deficiencia en los Plexos, y Orinas sarrosas, y Evacuaciones anormales, resultantes de combustiones imperfectas.

El Intestino grueso tiene no despreciable parte en la digestión, pero la tiene importantísima en la absorción. Las heces, ó son descoloridas y delatan Hígado ó Páncreas perezoso, ó duras y esféricas, é indican Intestino en espasmo; ó blandujas y cintadas, y revelan subparálisis del Colón; ó fétidas, y denuncian elaboración alimenticia imperfecta, con fermentación de las substancias albuminoides; ó, en fin, sanguinolentas y según que la sangre es roja y caliente ó bien negruzca, descompuesta ó fétida, demuestran hemorroides ó disentería. Cualquier alimento mal elaborado, obra como cuerpo extraño inflamando la mucosa del tubo digestivo, y causa á la vez que el dolor consiguiente, escurrimiento de moco más ó menos fluido. Deposiciones muy sueltas disminuyen la agua en la sangre y sobre engendrar sed, merman de modo notable la orina. Dispepsia que dura, altera la hematosis y la nutrición, y causa anemia, postración muscular y atonía nerviosa.

Está bien averiguado que el mejor alimento es el que se digiere mejor, y que la mejor hora de tomarlo es cuando el hambre lo reclama, y que la putrefacción de los alimentos es la mejor señal de dispepsia, y el vigor vital la mejor prueba de buena digestión, de no importa qué alimento se haya comido: entendí que la leche, cuando menos en las circunstancias, no era el alimento apropiado para la señora S.

El alimento no llena su objeto cuando no es bien aceptado por el estómago, y con seguridad en el caso no lo era, si había que juzgar por las deposiciones.

El vasto aparato del estómago tiene, dice el Dr. Gras, su vida propia; su sistema nervioso especial, el Gran Simpático; su circulación sanguínea separada, el sistema porta; en una palabra, su autonomía. No

basta para nutrir llevar los alimentos al estómago; es preciso, además, que el hígado suministre bilis á los alimentos para emulsionarlos y transformarlos en digestibles y asimilables, y que el Intestino los absorba y que los Riñones separen lo inútil ó nocivo. Es toda una administración orgánica bastante complicada, en que cada órgano tiene su papel, no marchando, como todas las administraciones, sino á fuerza de regularidad y gracias á una atenta vigilancia, para que cada día produzcan su encargo, sin hacer trabajos anticipados, pero sin dejar necesidades atrasadas.

El Plexo Solear y los corpúsculos de Pacini se enojan con grande facilidad y su mala voluntad se hace sentir en la Sensibilidad y en la Motricidad; lo dicen bien claro tantas Neurosis Soleares.

En el caso, además, teníamos el Cerebró enfermo, y esta sola era razón suficiente para determinar una dispepsia.

Qué de veces, dice Rousseau (A.), he observado dispepsias gastro-intestinales viniendo en línea recta del Cerebro ó del Cerebelo. Se acusa al Vientre y es el cerebro, el *mens divinior* el culpable. He aquí porqué Nélaton prescribía: La señora X comerá oyendo música. La armonía obra sobre el alambique intestinal por el intermedio muy principal del Cerebro.

¿Tendré necesidad de decir que los síntomas gástricos de la señora S. revelaban *Dispepsia por alimentación en el caso inadecuada*, y acaso también por el padecimiento cerebral, y que *el Meteorismo, el dolor del Ciego, y las Evacuaciones, y la Sed intensa, y la Orina sarrosa y escasa, denunciaban que su sitio de predilección era el Intestino delgado y el Ciego;* que *sufría el Plexo Solear y que el padecimiento era de reciente data*, pues que la constitución de la enferma era robusta y vigorosa?

Y la Basca, ¿qué quería decir?

La Basca es convulsión que tiende á expulsar del Estómago substancias en él contenidas; resulta ó del padecimiento del tubo digestivo ya en su Sensibilidad ó ya en su Motilidad, ó de afección nerviosa por centrípeto ó centro iniciada: si sigue á padecimiento pasajero, termina con él y en general por vómito como en las indigestiones estomacales y principio de las enfermedades febriles. En caso de Vómito, éste, por lo general, viene á alumbrar el diagnóstico. El Vómito es preparado por las contracciones antiperistálticas del Estómago y facilitada por espasmos del Esófago, del Diafragma y de los músculos del Vientre.

La Basca en la señora S. reconocía entonces como causa, la Dispepsia Estomacal ó sean los esfuerzos del Solear disputando en la entraña con el Neumo-gástrico exaltado.

¿Qué quería decir el Esofagismo?

Es el Esofagismo espasmo de las fibras musculares anilladas del Esófago; engendra torpeza y aun imposibilidad de pasar alimento especialmente líquido. Las fibras anilladas del Esófago están á las órdenes del Neumo-gástrico y del Recurrente, y las longitudinales á las de los Esplácnicos y Plexos Faringeos. El Esofagismo resulta de la excitación del Neumo-gástrico, bien por centro con el suyo conexo, bien por centrípeto de sensibilidad anormal; puede también provenir de la parálisis de las fibras longitudinales, por desfallecimiento del Simpático y predominancia de la acción medular sobre las anulares.

¿De dónde venía el de la señora S.? Comprobada estaba la excitación del Neumo-gástrico partida del centrípeto, sensible por la Dispepsia; pero lo poco común del Esofagismo por este solo motivo, daba indicio vehemente á la vez, de *deficiencia notable del Simpático en el esófago, lo que hacía más y más preponderante la influencia medular.*

¿Qué quiso indicar Tic en la cara? El Tic contracción convulsiva de ciertos músculos, con especialidad faciales, por su carácter, de movimiento involuntario en músculo voluntario, ó lo que es lo mismo, por ser movimiento ordenado por la Sensibilidad Inconsciente en el Órgano que dirige de ordinario la Voluntad, entra á la categoría de los actos reflejos.

Ahora bien: El Método Experimental ha dicho que el Gran Simpático, inmediato Director y responsable del organismo, toma su energía, chupa su vida en la Médula; que en ésta se encuentran sus raíces; que de ella surge; que por ella es cuanto es; que la vida propia y rigurosamente, hablando brota de la Médula; que el tubo espinal es el templo de Vesta donde se guarda el fuego sagrado de la vitalidad, donde reside el Gobierno Central del Organismo; donde está el secreto de la Salud y de la Longevidad, el venero de todas nuestras Facultades, la fuente de todas las evoluciones orgánicas; que las lesiones ó Enfermedades medulares influyen más, mucho más, sobre la vida animal que las lesiones ó Enferme-

dades Cerebrales; que las Enfermedades ó desnutrición de la Médula influyen más, mucho más, sobre la vida orgánica que las Enfermedades ó destrucción del Cerebro; que de la Médula sale la Felicidad ó la Desdicha humanas, y manan los bienes ó males que más afectan al Organismo; que la Médula suele transformarse en caja de Pandora, ó en alojamiento del Ángel ó del Demonio de la existencia. EL MÉTODO EXPERIMENTAL ha dicho que en todo acto reflejo interviene centro nervioso, éxito-motor, ó sea medular; que ese centro devuelve por nervio centrífugo la excitación que recibe de su centrípeto ó bien de centro superior ó inferior con él conexo, y que la intensidad del reflejo aumenta, cuando está entorpecida la comunicación del centro éxito-motor con los centros psico-motores. EL MÉTODO EXPERIMENTAL ha dicho que los centros nerviosos participan al Encéfalo sus actos, para que éste eduzca de ellos la psíquica de la vida, y que cuando están interrumpidas las comunicaciones, se acumulan las Excitaciones en la Médula, que las distribuye en actos reflejos. EL MÉTODO EXPERIMENTAL dijo, y Pflugüer copió en leyes, que si la excitación trasmitida á un centro es moderada, sólo se refleja en los músculos del lado correspondiente; si fuerte, á los similares de ambos lados; si más enérgica, á los centros superiores ó inferiores de ambos lados; y si extraordinaria, hasta comprender al bulbo, causa excitaciones generales.

En el Tic hay entonces centro medular excitado por nervio centrípeto ó por centro conexo; en el Tic de la cara, de responsabilidad no dudosa del Facial, el centro excitado es seguramente el Olivo bulbar que precide á los movimientos pasionales de la cara, allá en el istmo del Cerebro.

En la señora S. no había motivo para suponer afectada en particular la sensibilidad especial ó general de la cara, ni se presentaron signos de excitación en centros medulares ó del Simpático, conexos con el nacimiento del Facial; no queda más que consentir en que la excitación del Olivo bulbar era sincrónica con la del Cerebro. El Tic de la señora S., por ser de un sólo lado y en sólo la cara, demostraba una excitación moderada del Olivo bulbar. El Tic de la cara de la señora S., era la prueba de excitación medianamente intensa y partida en el cerebro de centro medular correspondiente.

¿Y la Sialorrea, qué quería decir?

Son tres las glándulas salivares de cada lado de la boca; por su tamaño y por la clase de saliva que secretan, es la Parótida la más importante; es ella, la que con más frecuencia se afecta en la Sialorrea, aunque no sean extrañas la Submaxilar y la Sublingual.

La abundante y extraordinaria secreción de una glándula, depende de la anormal actividad del centro motor correspondiente, y esta actividad, aquí como en todo Órgano viviente, si no es provocada por incitante local, obrando sobre centrípeto, resulta de la incitación del centro relativo, por otro de su género. Los Capilares se dejan distender y entregan materiales en abundancia; hipersecreción glandular se manifiesta cuando, á equilibrio roto, el Simpático decae, ó cuando el centro éxito-motor está irritado. La Parótida es animada por filamentos del quinto par, que en último análisis se refieren al Nervio Facial: las Submaxilar y Sublingual por la cuerda del tímpano, que en último análisis se entrega al Facial; es la excitación del Facial entonces, la que explica la dilatación vascular y la exageración del poder secretor de la glándula. Pero sin duda esta sola no es bastante, pues que el Tic no tiene como socio indefectible á la Sialorrea; es preciso desfallecimiento del Simpático; es necesario que la influencia del Facial excitado, no sea contrarrestada, para que la Sialorrea se produzca. La Sialorrea venía á comprobar en la señora S., á la vez que *la deficiencia del Simpático, la exaltada actividad del Facial.*

¿Y la dilatación de la Pupila, qué quería decir?

El Iris, como se sabe, es un tabique muscular, perforado, que se estrecha ó dilata libremente en la cámara del humor acuoso, y tiene por objeto medir la cantidad de luz necesaria para la visión. Lesiones propias ó acción del sistema nervioso que lo anima, pueden producir la midriasis ó el espasmo pupilar. El esfínter de la Niña del ojo es gobernado por filamentos del Motor Ocular Común que surge del tercer par craneano hacia adentro de los pedúnculos cerebrales; las fibras radiadas del diafragma ocular, están á las órdenes del Simpático por filamentos que vienen del Ganglio Oftálmico, ó con más propiedad del Círculo Ciliar. Aquí, como en todos los Órganos, hay resortes antagonistas que mantienen el movimiento vital y orgánico.

La midriasis puede ser producida por parálisis del Motor Ocular Común ó por espasmo del Simpático; el estrechamiento pupilar por espasmo del primero ó parálisis del último.

En el caso de la señora S. no había lesión propia del Iris; sus ojos estaban sanos; la paresia del Motor Ocular Común ó el espasmo del Ganglio Ciliar, no tenían causa orgánica manifiesta; y además, la midriasis era coetánea y de Variaciones Concomitantes con el Delirio; la midriasis tenía entonces aquí, un origen intracraneano; centro motor de donde parte el tercer par intracraneano, el núcleo de Stilling quizá, estaba atacado de paresia. Si el Simpático, en su fuente, donde nace, donde raíces lo adhieren á la Médula, hubiera estado excitado, que es el otro modo de producir el mismo efecto, dice el MÉTODO EXPERIMENTAL que la circulación en la mitad correspondiente de la cabeza, ó en ambas si la lesión es doble, disminuye notablemente, anemiándola; y aquí, manifiestamente, había gasto cerebral excesivo, es decir, aflujo anormal de sangre. Además, la turgencia del cuello decía bien claro que la actividad circulatoria era anormal en el cráneo; era entonces seguro, que el centro medular intracráneo del Motor Ocular Común estaba paresiado.

¿Pero es posible, se dirá, que junto á centros que se queman, haya centros que se arrullen? EL MÉTODO EXPERIMENTAL, oráculo científico, ha declarado que como el Cerebro y el Simpático, la Médula es conjunto de órganos justa-puestos éxito-motores, autónomos y concertados y que los Nervios son cada cual, Órgano completo, perfecto é independiente. EL MÉTODO EXPERIMENTAL ha dicho que la Médula recibe su sensibilidad de los centrípetos, sensibilidad distinta en cada centro de los variados que la forman, con la especial que cada centrípeto lleva, y que esa sensibilidad es trasformada en cada uno de ellos en excitación peculiar, con que cada centrífugo elabora el movimiento conducente; y EL MÉTODO EXPERIMENTAL ha dicho que en la Médula se puede encontrar un centro, el del Motor Ocular Común, lánguido y perezoso al lado de otros centros, el del Neumo-gástrico y el del Facial, envalentonados é impacientes.

¿Y el Orgasmo venéreo?

Lo había, no lo dudeis; calor urente en la vulva y turgencia lo denunciaban. Y ese aumento de vitalidad era indicio de que el Centro Ganglionar Sagrado languidecía; los corpúsculos de Krause se arrullaban quizá con alguna Ilusión, y los Pudendos y Abdómino-Escrotales vencían á un antagonista debilitado. El Orgasmo venéreo declara una depresión del Gánglio Sacro ó una excitación medular; acompaña á lesiones que provocan cualquiera de estos trastornos, ó un estado espasmódico general de la Médula, ó un desorden de los centros nerviosos.

En la señara S. tenemos comprobantes de ambos trastornos; hay mejor razón para preferir, como explicativo, el trastorno cerebral que es el dominante; pero sin inconveniente, como en su lugar se verá, puede aceptarse el desfallecimiento del Ganglio Sacro como de la mayoría de los Ganglios Simpáticos.

La Sequedad en la garganta en la señora S. provenía sin duda de la expulsión constante, de las heces muy sueltas y de la dificultad de beber, y por tanto, de que no se cubrían las pérdidas de líquido.

Llamé la atención en la Sintomatología sobre la no existencia de erupción cutánea alguna, por indicar que cuando menos esa erupción faltaba para fundar la sospecha imbuída á la enferma, de ser Atropina puesta á dosis imprudente en los papeles, la que la había perjudicado.

V

Resumamos las quejas orgánicas formuladas; las teorías filosóficas de los síntomas presentados por la enferma de que me vengo ocupando.

El Delirio declaró: que en el cráneo de la señora S. se verificaba patológica inequitativa distribución de sangre en varios de los centros psíquicos, y que los hiperhmiados gastaban con profusión el tesoro del Pensamiento. La Calentura dijo: que el Simpático era responsable de tan injusto reparto, del despilfarro consecutivo y de que la Anatomía Potológica se preparase á invadir los territorios anarquizados y todos los que, la flaqueza del Custodio de la Vida, le fuese entregando. El Afán respiratorio declaró: que el zoonita de la respiración común tenía fuertes compromisos que cumplir, y que en vez de contar con apoyo, se sentía agredido por el Neumo-gástrico. El Meteorismo, el dolor de Vientre, la Sed y las Deposiciones, expresaron: que el Plexo Solear se debatía irritado en brazos del revolucionario Neumo-gástrico. La Basca confirmó la anterior declaración. El Esofagismo dijo: que el Neumo-gástrico bloqueaba al tubo digestivo. La Dilatación Pupilar, que el núcleo de Stilling, centro del Motor Ocular Común, asistía impávi-

do al motín cerebral. El Tic en la cara, que el Facial era del número de los insurrectos. La Sialorrea, que el Simpático vencido, abandonaba el campo al Facial que había logrado establecer una mina en las Glándulas Salivares. El Orgasmo Venéreo, que el Gran Nervio de la vida vegetativa recibía derrotas hasta en las fronteras de su imperio, hasta en los reductos más escondidos de su mando. La Sequedad en la garganta que el asedio mandado por el Neumo-gástrico surtía perniciosos efectos, que la agua faltaba en la plaza y que la rendición era esperable. La falta de erupción cutánea, que un motivo cuando menos faltaba para inculpar de ciertos trastornos á la Atropina.

Concretando en pocas palabras estas declaraciones, aparecía, en la señora S.: *1º La vida orgánica, en la personalidad del Simpático, sufría profunda deficiencia. 2º La Médula libre y desenfrenada, dilapidaba entretanto, tesoros preciosos para la Inteligencia, y disponía el advenimiento de la Anatomía Patológica. 3º El centro del Motor Ocular Común apático é indiferente presenciaba la insurrección de varios de sus colegas circundantes.*

Ese Diagnóstico, ni conciso ni eufónico, expresaba, sin embargo, en toda pureza lo que en el Organismo de la señora S. pasaba; era, la genuina y destarada significación de las manifestaciones morbosas sorprendidas *in fraganti*, ocasionándole molestia y sufrimiento; traducía la enfermedad en idioma fisiológico, en términos científicos.

Se podía decir ahora quién es el enemigo, qué quiere y qué busca. Quedaba nada más que adoptar el plan estratégico más conveniente y las armas más apropiadas para restablecer la paz.

VI

En toda afección como en cualquier trastorno del orden administrativo que se quiere combatir, es de rigor obsequiar dos indicaciones: suprimir la causa y enmendar los desperfectos por ella ocasionados; quitar el motivo de desorden y restablecer en cuanto dable fuese, las cosas á su estado normal.

¿Cuál pudo ser en el caso la causa de las perturbaciones dinámicas en el Organismo de la señora S.? Expresaré sólo una sospecha á este respecto. En medio de la anarquía en que estaba el Cerebro de mi enferma, cuando las Facultades Anímicas descarriaban, cuando el Simpático triste y desalentado era oprimido por la Angustia, cuando la Médula inconsiderada limaba los resortes de una Vida que al fin era la suya, un Centro, el del Motor Ocular Común, presenciaba impávido la destrucción. ¿Era un colega impotente? ¿Era un traidor solapado? Procuremos aclarar duda tan importante.

El Método Experimental ha dicho, que la Morfina, el primero de los sedativos, ejerce acción especial sobre la Médula y sobre los vaso-motores, deprimiendo á la primera y confortando á los últimos; que si se mira por ventana de trépano el interior del cráneo de un morfinizado, se sorprende al Encéfalo, pálido, anémico, y recogido sobre sí propio; que cuando perforación accidental como la que ocasionó en la mujer de que habla Pierquien, una carie frontal, ha permitido observar al Cerebro, pudo vérsele turgente durante la vigilia y deprimido durante el sueño: lo mismo en éste, que en el sueño hipnótico ó anestésico; que mientras dura el sueño mórfico como cualquiera otro tranquilo, el pulso se concentra y vigoriza, la temperatura se abate y ligera diaforesis refresca la piel. El Método Experimental ha dicho, que el Cerebro como cualquiera otro zoonita, para dormir se exprime, guarda la sangre absolutamente indispensable para las propias y más urgentes necesidades de sus Elementos, y se entrega á la vigilancia del Simpático que representa su Custodio, su Vigilante y su Providencia. El Método Experimental ha dicho, que la Morfina constriñe los vaso-motores, y que su acción especial se hace notable allí donde el Simpático nace ó se adhiere á la Médula, donde mejor nutrido, gobierna con mayor energía la circulación de los hemisferios; que en tal punto, el primer contrarrestado por su actividad, es el Motor Ocular Común, como lo anuncia la Niña del ojo replegándose detrás del Iris; que la Morfina respeta al Neumo-gástrico, á punto de que todavía alienta la Respiración cuando los Reflejos han muerto; que la costumbre de usar Morfina anemia la Médula Alargada, hunde en supremo desfallecimiento al centro del Motor Ocular Común y hace urgente un auxilio al Simpático para conciliar el reposo. El Método Experimental ha dicho, que cuando la Morfina se ausenta bruscamente, el Simpático se siente desolado é inerte por falta de acostumbrado apoyo, y el Centro del Motor Ocular Común, anémico y macilento, influye con dificultad; que de los dos antagonistas heridos por mengua, uno en su función y otro en su textura, el Sim-

pático se repone primero, y que sin contrapeso medular dilata muy ampliamente la pupila, y que el Neumo-gástrico, respetado siempre y por ahora sin traba, hostiga con las prisas de su mal humor á los Órganos puestos á su cuidado.

Y como era de suponer, al desequilibrio anotado sigue otro en el reparto sanguíneo; á Cerebro abatido, la Médula se levante altanera; la derrota estigmatiza por todas partes al Simpático, si en los demás Centros de su Confederación repercute su debilidad; y sólo allí donde el Simpático surge galvanizado por la influencia Medular, descorre las cortinas del Iris, sin que lo estorbe el Centro Motor enfermo.

Entre los antecedentes de la enferma se puede sin temeridad aceptar la Morfiofagía ó Morfiomanía como autora de la Enfermedad de que me tocó asistirla; parece justo atribuir el Delirio y buen número de los otros trastornos á la cesación del narcótico.

Vais á decir: entonces todo lo expresado podía comprenderse en esta frase: *¿Morfinismo?* ¿La enfermedad de la señora S. era pura y simplemente un caso de Morfinismo? Y yo replicaré que nó, si hay que atenerse á lo que la Severidad Clásica intitula así. El Doctor Wood, inventor de las inyecciones subcutáneas de Morfina, y autoridad en la materia, declara que el Morfinismo está caracterizado por ciertos trastornos en la Nutrición y en las Secreciones, en la Circulación y en la Motilidad, en el Sentimiento, en los Sentidos y en la Psíquica. Como grupo constitutivo del Morfinismo pone: Anorexia, Estriñimiento, Palidez, Ojeras, Enflaquecimiento, Mirada inexpresiva, Edema palpebral y al fin Catarro Gástrico y Vómitos, sobre todo en las mañanas.—Orinas albuminosas ó diabéticas, supresión de menstruos y Leucorrea, ó bien Aspermasia é Impotencia y Sudores Nocturnos.—Pulso lento é irregular, Angustia cardíaca y Palpitaciones violentas.—Decaimiento muscular y falta de coordinación de los movimientos, Parálisis y Disuria.—Entorpecimiento, Hormigueos y Neuralgias.—Ambliopía, zumbido de oídos y torpeza sensorial.—Pérdida de la Memoria y Facultades intelectuales perezosas. Erlenmeyer decide que los síntomas del Morfinismo son: Paresia, Temblor, Ataxia, Enflaquecimiento, Contracción pupilar, Anorexia, Estriñimiento, Impotencia, Dispepsía, Amenorrea, diminución en la secreción sebácea, alteración de los cabellos y de los dientes, Angustia, Alucinaciones de la vista, y accesos de Insomnio. Lewinstein señala, además de los síntomas anteriores, calenturas intermitentes, en que el período de Reacción sigue inmediatamente á la inyección de Morfina.

Bien ha podido advertirse, que pocos, muy pocos de estos síntomas se presentaron en la enfermedad de la señora S.; en rigor y clásicamente no podía sostenerse que allí había un caso de Morfinismo.

Estaba en camino, diréis; quizá su afección era la aurora de un verdadero Morfinismo: quizá estaba preparándose el padecimiento clásico: quizá; no lo niego, pero pues que cada enfermo representa una enfermedad especial, la suya, entiendo que lo mejor es atenerse á los síntomas que él presenta, é interpretarlos, y no inventar otros para llenar un vacío, ó esperarlos, para tranquilizar una susceptibilidad, al paciente nociva.

Por otra parte: ¿qué significa en el idioma científico Morfinismo? Esto y no otra cosa debieran declarar los clásicos; de otro modo ¿cómo se interviene con derecho y conciencia entre un grupo de manifestaciones enigmáticas que ni se sabe lo que quieren ni lo que significan, ni lo que alcalzan, y que sin embargo, en su sucesión, desarrollo y agrupamiento enteramente especiales, expresan trastornos dinámicos determinados, que exigen tratamientos variables para ser conducentes?

....

Pero si la Morfina era la causa, estaba ya suprimida, y puede que por estarlo surgiera el estado patológico descrito; ninguna otra causa puede sorprender que ella.

VII

Se ha visto: cada síntoma en su interpretación lleva Diagnóstico ó parte de Diagnóstico; para desentrañarlo se hace preciso conocer á fondo la Fisiología; para aprovecharlo es indispensable estar bien instruído en la Dinámica medicamentosa. No pueden befar al Diagnóstico Fisiológico sino los que no le entienden, ni enaltecer al Orgánico ó Anatomo-Patológico, sino los que no meditan ó los ignorantes, ni apoyar el de Confección sino los rutineros.

....

Pero me divago: comprendo que cansé ya vuestra indulgente atención. Permitid que sea tan somero como fuese dable en lo relativo á tratamiento.

Me quedaba que llenar la segunda indicación: volver las cosas á su primitivo estado, á su situación fisiológica. Declaro desde luego para vuestra inteligencia que para llenar este compromiso, desairé á la

Terapéutica de los trastos sucios, de los ingredientes nauseabundos, de las bebidas problemáticas y de los recursos misteriosos; me emancipé de esa pobre Viejecita de los Codex, de las fórmulas magistrales y de las prescripciones estereotipadas, que ordena tal tratamiento para tal enfermedad como pudiera hacerlo el más grosero empirismo de relojero que va á componer una rueda, ó de práctico que sólo persigue Anatomía Patológica, pero nunca como debe decidir alumbrado criterio de médico que cuida la vida, el dinamismo vital, el movimiento orgánico; dejé esos tratamientos anticipadamente fraguados y que duran sólo mientras los apuntala el capricho de hombres de *prestigio;* no quise gozar ensayando fórmulas y remedios secretos; no me sentí tranquilo haciendo más la corte á la Sra. Fortuna, ni consentí en poner método curativo listo, flamante, á *la dernière*, pero no comprendido, y por tanto, ni concienzudo. En conformidad con la Lógica, me decidí á obsequiar esa sentencia que la Escuela de Salerno tomó á Ovidio:

Principiis obsta; sero medicina paratur
Cum mala per longas, invaluere moras.

consulté á la Divina Egeria de todas las Ciencias y de todas las Artes, á la Naturaleza, siguiendo el precepto de Bacón consagrado por la Filosofía: "La Observación y la Experiencia son las solas capaces de basar legítimamente la Ciencia de curar" y la práctica que Hipócrates seguía, consistente en observar á la Organización, en interpretar sus actos de manera sencilla, simple y natural, cosa que hoy se puede hacer con mayores ventajas que las que Hipócrates tuviera, porque disponemos de conocimientos científicos que á él faltaron; me encomendé á la Fisiología y á sus leyes; me propuse marchar por los senderos de la Análisis filosófica, y por tanto pedí de nuevo explicaciones al MÉTODO EXPERIMENTAL, y busqué en sus dictados el acierto terapéutico y la tranquilidad para el ejercicio profesional.

Voy á exponer mi conducta para que la juzgue imparcial y alumbrado criterio.

VIII

Sé por el MÉTODO EXPERIMENTAL que la Aconitina obra sobre los filamentos del Simpático, levantando su energía; que por esto, reduce el calibre de los capilares nutritivos, y abate el calor y disminuye el pulso; que es el antiflogístico por excelencia. Sé por el MÉTODO EXPIRIMENTAL que el Bromuro de Alcanfor excita los vaso-motores como el Alcanfor, y deprime los centros psico-motores del Encéfalo como el Bromo; que por ambos motivos calma el eretismo general y todos los Espasmos é Hiperhemias, especialmente de los centros nerviosos; que tiene predilección por la mucosa de entrada de las vías respiratorias digestivas y renales; que es, por tanto, utilísimo para combatir las Enfermedades irritativas del Istmo de la Garganta y el Orgasmo venéreo. Sé por el MÉTODO EXPERIMENTAL que el Crotón Cloral anestesia los centros cerebrales sin deprimir los latidos del Corazón y su energía. Sé por el MÉTODO EXPERIMENTAL que la Hiosciamina, de la propia acción que la Atropina, aunque menos sostenida que ella, levanta al Simpático y excita las fibras musculares lisas; que obra con predilección deprimiendo ciertos centros moderadores cerebrales, especialmente los de la Voluntad y Conciencia, y exaltando en compensación otros, especialmente motores; que agota la Secreción, sobre todo, de las Glándulas Salivares; que pára los movimientos peristálticos del Intestino cuando no dependen de los centros nerviosos contenidos en las mismas paredes intestinales; que tiene acción especial sobre los esfínteres y que por su acción sobre los Capilares Cutáneos produce erupción ó sea flogosis cutánea. Sé por el MÉTODO EXPERIMENTAL que el Fósforo da actividad al Cerebro, acrece la ideación y aumenta el vigor; que es el alimento del Sistema Nervioso y excitante de un valor extraordinario, que devuelve á las Celdillas Nerviosas elemento que les faltan para el ejercicio regular de sus funciones; que galvaniza las fuerzas vitales casi de un modo instantáneo; que el Ácido Fosfórico es uno de los agentes más activos de la nutrición; que toma parte en las sales más importantes del organismo, en los huesos, en los músculos, en la sangre, en los nervios; que su expulsión incesante por las Secreciones hace necesario introducirlo sin cesar por los alimentos, en la carne, en el pan, etc.; que si el equilibrio se rompe por ser mayor la expulsión que el ingreso, ó si disminuye la cantidad que debe llevarse al Organismo, sobrevienen enfermedades relativas, y que es preferible á los Fosfatos por ser más fácilmente absorbido y por ser menos incierto que los Hipofosfitos. Sé por el MÉTODO EXPERIMENTAL que la Estricnina no tiene acción directa sobre los centros psíquicos, y sí sobre las Celdillas Grises de la Médula, que la tiene electiva sobre todo, en los vaso-motores respiratorios y medu-

lares; que exalta la Sensibilidad de los Filamentos de los Nervios Sensitivos y la de los centros á que se dirigen; que es el tónico nervioso y vaso-motor constrictor, el excitante clásico de los Sensitivos, y por ellos de la Reflectividad y del movimiento de los músculos.

Aconitina, Bromuro de Alcanfor, Crotón Cloral, Hiosciamina, Ácido Fosfórico y Estricnina: he aquí los recursos que yo necesitaba. Concerté mi plan del modo siguiente: Aconitina y Estricnina deberían marchar en contra de la Calentura, irían á contraer los Filamentos del Simpático, á vigorizar á éste, á decirle: *Surge*, como Jesucristo al paralítico. ¿Porqué las dos? porque ambas son complementarias, Aconitina obrando particularmente sobre los Filamentos, y Estricnina sobre los Centros, por medio de los Sensitivos del Simpático; porque aquella iría contra la Hiperhemia, y ésta directamente contra la Inercia vital. Bromuro de Alcanfor se encargaría de deprimir los centros medulares y cerebrales insurrectos, de calmar los Espasmos Genésico y Esofágico, de romper el asedio establecido por el Neumo-gástrico y de tranquilizar al Corazón. Crotón Cloral iría á sustituir á la Morfina, excitando el Simpático en su nacimiento, para obtener la tranquilidad de los centros psicomotores y hacerlos dormir, mientras el Gran Motor de la vida orgánica recobraba su antiguo vigor y obtenía por sí mismo el propio objeto; estaba destinado á estarse de guardia, para que la Hiperhemia no invadiera el Cerebro, mientras el Simpático, convaleciente, podía sin ayuda erguirse y gobernar por sí mismo. Hiosciamina, á la vez que cooperaría á devolver la paz al Cerebro, se encargaría especialmente de ir á agotar la secreción glandular y de extinguir la Basca y el Esofagismo. Ácido fosfórico embarcado en los alimentos, estaba destinado á reponer las pérdidas de cerebrina y á surtir á la sangre de tónico para los Músculos, Huesos y Sistema General Orgánico.

IX

Imposible ha sido hasta ahora esclarecer las modificaciones moleculares que sufren los Elementos Orgánicos en presencia de los Remedios; son conocidos sólo los efectos y con ellos cuenta la Terapéutica. Los Venenos y Medicamentos que obran por absorción, son paseados por la sangre en todos los puntos del Organismo; en su tránsito, Elementos diversos por sus caracteres, forma y composición, que tienen hambre de ciertos de ellos, que los buscan, que los necesitan, que con ellos y por ellos volverán al equilibrio físico-químico que la salud exige, los atraen, y en su presencia y por ella, cambian de dinamismo, tornan al redil fisiológico y prosiguen en sus funciones normales.

Los Medicamentos tienen amores, manifiestan predilecciones: los Midriáticos, por las Fibras lisas; la Estricnina, por la Fibro-Celdilla Motriz; la Curarina, por las Celdillas Sensitivas; la Pilocarpina, por las Fibro-Celdillas Secretoras del Simpático; la Veratrina, por la Fibra Muscular estriada; la Ergotina, por la Fibra Muscular lisa; el Kermes y el Calomel, por las Glándulas; la Digitalina y la Colchicina, por el Sistema Renal.

Dado este hecho; determinadas las indicaciones y fijado bien el afecto de cada Medicamento, se pueden asociar sin temor y con ventaja las Substancias Medicinales; cada cual irá á su destino sin tropezar con su compañero y sin hacerle malaobra; aun verdaderas Triacas á su ingreso, cada componente se separará cuando y adonde fuese oportuno para acudir á la Necesidad que lo llama y que tiene por cometido remediar; si uno á otro son capaces de corregirse ó modificar sus actos, como en el caso, la Hiosciamina y la Estricnina, bien lejos de contrariarse se adunarán en sus esfuerzos, lucharán juntos; su compañía es laudable y hay que buscarla. Y respecto de que la acción se ejercerá sólo allí donde es útil y la Ciencia manda, puede tenerse plena confianza de que así y no de otro modo sucederá, porque el MÉTODO EXPERIMEMTAL declara que los Medicamentos son aprovechados por los Órganos de su predilección en razón directa de la Necesidad que los llama. Estricnina, por ejemplo, obra de toda preferencia sobre centros éxito-motores decaídos ó sea susceptibles; no hay peligro de que obrando sobre muchos á la vez, antagónicos en sus exigencias, levante á los débiles é irrite á los fuertes ó aliente á los que piden y ensoberbezca á los orgullosos.

Pero llego ya á mis prescripciones.

Concerté mi tratamiento del modo que sigue, y para evitar repeticiones, declaro haber sólo empleado la medicación granulada de Ch. Chanteaud.

Día 17 de Diciembre de 1888, en que practiqué mi primera visita: Gránulo de Aconitina cada cuarto de hora, hasta que el termómetro, que debería ponerse de dos en dos horas, señalase 37½ grados cuando más. Cada dos gránulos, ó sea de media en media hora, gránulo de Estricnina (sulfato),

y gránulo de Hiosciamina, el primero hasta nueva orden; el segundo, hasta que la Sialorrea, la Basca y el Esofagismo huyesen. Cuatro gránulos de Ácido Fosfórico con cada alimento, que debería de tomar la enferma de cuatro en cuatro horas. Quince centígramos de Bromuro de Alcanfor por mañana y tarde, y treinta centígramos de Crotón Cloral al recogerse, y cada dos horas hasta dormirse. Alimento: Consomé desgrasado y frío. Nieve en trozo para apagar la sed. Ordené, además, que desde luego pusieran á la enferma una abundante lavativa de agua salada para lavar su Intestino y hacer salir los residuos meteorizantes.

A las cinco de la tarde de ese mismo día, volví. El tratamiento fué seguido con eficacia singular. El resultado era animador. Temperatura 39 (había bajado medio grado). Pulso 100 (como estaba). Respiración 24 por minuto. El Delirio había ligeramente disminuído, lo mismo que la dilatación pupilar; el Tic, la Basca y el Saliveo, habían casi desaparecido; apenas de vez en cuando apercibíase ligera Náusea; el Esofagismo acudía sólo por momentos. El Vientre, apenas reducido; el dolor seguía; una deposición. Dejé el mismo método, suprimida Hiosciamina.

X

Omito, en obsequio de mi auditorio, los clásicos y cansados detalles de las historias clínicas. Baste solo decir que uno á uno fueron desapareciendo los síntomas; que al tercer día separé por inútil á la Aconitina; que al cuarto, y para acabar con el Insomnio y Subdelirio, ordené baños tibios con afusiones frías á la cabeza; que al quinto acabó la Sed, se levantó la enferma y tuvo apetito; que al sexto declaró haber dormido tranquila, sin usar más que una dosis de Crotón Cloral, y que del octavo á noveno día ó sea el 24 de Diciembre, la convalecencia parecía haberse declarado con franqueza. La afección gástrica no desapareció durante el tiempo que asistí á la señora S., á pesar de haber usado Papaina y Narceina, en dosis apropiadas.

Al entregar al compañero que tuvo la bondad de encargarme á la protagonista de este relato, el 25 de Diciembre, día siguiente al de la llegada de su viaje, la enferma aún evacuaba suelto y de mal olor.

No en manera alguna por sincerar el tratamiento por mí impuesto, sino para decir la verdad, informo que según supe después, la señora S. tomaba contra mis consejos leche, que á no dudar, no digería bien, y bebía agua en plenas digestiones estomacales.

XI

Transcurridos cuatro ó cinco días de mi ausencia, la enferma marchaba para Chihuahua buena y sana; el Dr. Senisson, que la encomendó por algún tiempo á mis cuidados, había puesto su firma al calce del tratamiento victorioso.

FERNANDO MALANCO.

TOMO II ENTREGA 11ª 1º DE JUNIO DE 1889.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

GRAN DESCUBRIMIENTO!

Lo encontramos anunciado en los siguientes términos, en el *Fígaro* (de París) de 24 de Enero de 1889.

" La última sesión de la Academia de "Medicina, ha presentado el más vivo in"terés. El Señor Profesor German Sée con"tinuó, hasta término, su magistral estudio "sobre los medicamentos curativos ó palia"tivos de las enfermedades del corazón, que "en nuestros días se han hecho numerosas, "aunque menos que las mismas enfermeda"des; antiguamente no se conocían más que "cuatro, hoy se distinguen más de veinte.

" El Sr. German Sée, demostró con pe"netrante claridad, *la necesidad de no em"plear sino los alcaloides en vez de las "plantas de que son extraídos*, la morfina "en lugar del opio, la digitalina en lugar "de la digital, la estrofantina en lugar del "estrofanto, tan ponderado, y renunciar "así, á la medicina de los simples, es decir, "á la *medicina de los salvajes.*

" En cuanto á esos diversos medicamen"tos, el célebre profesor ha demostrado que "por su clasificacion metódica y su *alter"nancia* razonada, se podía combatir las "diversas enfermedades del corazón en sus "fases complexas, ensanchando así la ac"ción curativa de la Ciencia moderna, y "abandonando, de más en más, la vía del "empirismo, para no confiarse sino en los "principios rigurosamente determinados.

" Esta comunicación produjo una sensa"ción profunda. "

El redactor de este bello *entrefilet*, ofrecido en primera página á los ochenta mil lectores del *Fígaro*, abandonó pronto la sesión. Si hubiera conservado más tiempo su cómodo asiento, bajo la antigua cúpula, habría oído palabras más instructivas aún.

No queremos hablar de las respuestas bastante vivas de los honorables académicos, que se destacan más, porque el perió dico más *selecto* de Francia, titula después del mismo Sr. German Sée, la *medicina de los salvajes (Bulletin de l'Académie de Médicine, 1889, pág. 100).*

Uu periodista que hubiera sabido apreciar todo el mérito del descubrimiento de los alcaloides y de su introducción en la Terapéutica, habría hecho poco caso de la reserva tras la que se guareció el Sr. Dujardin Beaumetz cuando dijo:

" En cuanto á los medicamentos cardiotónicos, doy la preferencia hasta nueva orden á las infusiones y maceraciones de la digital, como gozando de acción más constante y segura."

Nuestro oyente habría comprendido bien pronto, que ese sabio clínico jamás tuvo entre las manos una buena digitalina terapéutica, á la vez manejable y siempre idéntica á sí misma.

Habría oído sin duda con gusto, al Sr. Constantino Paul explicar ingenuamente que él prefiere los extractos, porque los farmacéuticos los entregan "como el principio que se dice activo de una planta, un alcoloide no siéndolo en realidad." (Lugar citado, pág. 101).

Pero el momento verdaderamente interesante para nuestro redactor científico, habría sido aquel en que viera ¡oh prodigio! á un hombre extraño á la asamblea, instalarse en la tribuna como en la cátedra de una escuela, venido quién sabe cómo, salido no se sabe de dónde, fantasma ó viviente, pero imponiendo á todos por su porte, el respeto y el silencio. Su palabra franca y sonora cautivó inmediatamente á la asamblea y todos prestaron oído atento:

" Compañeros y médicos venerables, di"jo: largo tiempo habeis errado en las ru"tas oscuras de la medicina de vuestra épo"ca y de vuestras escuelas; no habeis encon"trado más que decepción y escepticismo. "Hoy en fin, habeis entrevisto el sendero "por el cual el caminante extraviado esca"pa del laberinto; habeis comprendido, ho "desgraciadas y dos veces venerables víc"timas de la Farmacopea Galénica, que las "pruebas terribles en que vuestra ciencia "estuvo á punto de zozobrar, son menos "el hecho de la Medicina que de la Far"macia.

" Sí; es la Farmacia, variable como la "ola", engañadora como cara con afeite, "siempre persiguiendo la novedad y la mo"da del día, la que os descarrió; ella ha "multiplicado al derredor de vosotros los

"precipicios del Empirismo, á tal punto, que "mientras más se multiplican vuestros es- "fuerzos, más crece vuestra ignorancia.

" Pero recobrando el valor, poco á poco "se ostenta la verdad. A pesar de todos los "obstáculos que os rodean, ha penetrado "en vuestro recinto; es uno de vosotros el "que acaba al fin de pronunciar la pala- "bra mágica que os puede hacer mañana "los maestros de la Ciencia Médica, cuan- "do no habeis sido hasta hoy sino sus es- "clavos.

" Lo habeis oído; es necesario *medica- "mentos simples y siempre semejantes á "sí mismos*, con los que según, *el determi- "nismo* de vuestro maestro Claudio Ber- "nard, podreis siempre producir el *mismo "efecto*, cuando *las circunstancias sean las "mismas.*

" Qué diríais de un tirador que para con- "seguir su objeto se sirviera al azar á ve- "ces de un fusil que desvía hacia abajo, á "á veces de otro que lleva muy arriba? La "dificultad para él no sería tanto tener una "arma defectuosa, sino no conocer su de- "fecto.

" La Farmacia clásica no os entrega hoy "más que armas sin precisión, de las que "en vano estudiais el mecanismo complexo "y sin cesar renovado hasta que os esta- "llan en las manos.

" ¿Qué podeis hacer? Morir, y vuestros "enfermos también.

" Ahora os es conocido el camino de sal- "vación; todo depende de vuestra iniciati- "va y de vuestra decisión; os falta fundar "la Farmacopea de los alcaloides, de los "principios simples, definidos é idénticos; "no se trata de contentaros con escribir "las fórmulas químicas, ó decretarles su "potencia; hay que hacer nacer esos alca- "loides en sustancia; vigilar por su perfec "ción y saberlos proteger contra los ene- "migos encarnizados que los rodean.

" Entonces, la primera piedra del edifi- "cio habrá quedado puesta; podreis comen- "zar á *aprender* el manejo de esos produc- "tos farmacéuticos, sutiles y seguros, y "bien pronto aparecerá la posibilidad de "una Ciencia médica exacta, es decir, de una "medicina fisiológica razonada y racional.

" Señores y venerables compañeros; yo "mismo pertenezco á un mundo médico "que tiene en su pasado las mismas incer- "tidumbres, y los mismos desalientos de "que vosotros sufrís hoy.

" Ese mundo médico, gracias á Dios ha- "ce veinte años ha entrado y marcha en "la vía por donde ahora vais á entrar. Yo "he creído de mi deber venir á aseguraros "y á animaros, mostrándoos los grandes "servicios que la nueva farmacopea es sus- "ceptible de dar, á la vez á la humanidad y "á nuestro arte.

" Señores: vuestros cabellos han encane- "cido; vuestras cabezas se han encorvado "en la dura labor del pensamiento; ence- "rrados en un círculo vicioso, buscais en "vano el medicamento que cura, que cu- "ra sólo, una vez que fué encontrado.

" No busqueis el medicamento empíri- "co, sino el medicamento fisiológico; esta- "bleced las series de vuestros agentes, en "relación no con las enfermedades sino con "las grandes funciones de la economía; ele- "gid los mejores, y guardad pocos, para que "podais serviros de ellos como de los dedos "de vuestra mano. Entonces de todos vues- "tros vanos esfuerzos, no tendreis más que "el recuerdo; os sentireis como se siente un "artista cuando posee un instrumento dig- "no de él; tendreis el derecho de concebir "un resultado terapéutico y el justo orgu- "llo de realizarlo!

"Del mismo golpe cesarán esas luchas "siempre lamentables con el desgraciado "paciente, para hacerle aceptar esas mez- "clas sin nombre, que vuestra mano ha pe- "nosamente formulado, pero que su estó- "mago repugna. Sí; el público os ayudará "en esta grande reforma. Hemos visto des- "de hace veinte años á ese público, guiado "por un instinto seguro, repeler las bote- "llas y las píldoras, cuando gustó los grá- "nulos, que traga sin repulsión y sin esfuer- "zo. No quiere más medicación violenta "desde que el empleo metódico de los al- "caloides le lleva suavemente á la salud. "Aquí no solamente se puede decir: *Vox "populi, vox Dei;* sino la voz del público "falló en su propia causa, y nada le hará "retroceder.

"Tal es el estado del mundo médico; el "vuestro seguirá la misma ruta, pronto ó "tarde; marchad entonces delante de la "multitud para guiarla hacia un objeto "cierto, si nó, la multitud os remolcará de- "trás de ella.

"Señores, habeis largamente cuestiona- "do sobre enfermedades del Corazón; veis "muchas, decís; en cuanto á nosotros, no las "observamos con tanta frecuencia; ¿es por- "que sabemos mejor prevenir su forma- "ción, y que tomándolas en su fuente, sur- "timos, estorbando su desarrollo?

"Convendreis conmigo en que es esta "materia, de imparciales reflexiones. Pero "dejadme deciros, que la oreja de un ex- "traño se ha penosamente impresionado "por las relaciones desventuradas que ha- "ceis, entre el número de los medicamentos "cardíacos y el de las enfermedades del

"órgano. Uno de vosotros, no temió confesar que os ha sido preciso emplear un gran número, *en pura pérdida*, para encontrar algunos dignos de ser conservados. Cuidado, señores; *nada se pierde todo; se trasforma* en el círculo de la vida; no es enteramente cierto que un mal medicamento produzca *una pura pérdida* para el enfermo; si un mal medicamento no es inofensivo, es un mal real; es como un perro rabioso que muerde y mata hasta que sucumbe él mismo, bajo sus propios extravíos. Pongámonos todos en guardia contra los intrusos de la materia médica.

"Ciertamente teneis el derecho de felicitaros, de poseer al fin — y por algunos meses cuando menos—un respetable número de medicamentos cardiotónicos. Y si ponderais su multiplicidad, es que veis la manera de beneficiar á vuestros enfermos con lo que llamais *la alternancia* del tratamiento. Pero permitidme haceros notar, respetables compañeros, que esa alternancia entre dos ó muchos medicamentos análogos, no tiene por sí misma sino una acción bien mínima sobre la evolución de la enfermedad; á lo más, asegura la continuidad del tratamiento, haciendo tener paciencia al enfermo.

"La verdadera *alternancia*, la que basa el tratamiento de toda enfermedad crónica, se saca de la clínica; es la sustitución en tiempo útil del tratamiento agudo al tratamiento crónico. No olvidemos que las lentas enfermedades orgánicas y particulares del corazón, son formadas como por capas sucesivas de enfermedades agudas. La lesión se acrece sobre todo, por la repetición de pequeños empujes que pueden pasar desapercibidos por el médico y aún por el enfermo, pero que dejan, cada uno, un residuo patológico en el órgano.

"Es á combatirlos, á hacer abortar los unos después de los otros, donde está el mérito del clínico y donde debe emplearse la vigilancia del enfermo. A cada empuje agudo, hay que oponer un tratamiento agudo, y reservar la medicación crónica para los períodos de tregua. Es allí donde aplicamos con cuidado esta regla que parece banal y que es un axioma profundo, y un guía seguro: A las enfermedades agudas, un tratamiento agudo; á las enfermedades crónicas, un tratamiento crónico.

"Cuando la exacerbación se muestra, no se trata de sustituir un medicamento cardiotónico á otro, sino de cambiar de táctica. Es á los defervescentes á los que hay que recurrir entonces, y sobre todo, á la repetición frecuente de las dosis. El tratamiento crónico podrá exigir ocho ó diez gránulos por día, cuando la medicación del empuje agudo, reclamará quizá, cien ó ciento cincuenta. Cada empuje morboso que cumple su evolución por poco violento y oscuro que sea, es una agravación para el estado crónico; al contrario, cada empuje que es combatido con éxito, es una ganancia para el enfermo y un fracaso para la lesión. Tal es el método que aplicado desde el principio de las enfermedades del corazón y seguido con perseverancia, evita hacer constar su frecuencia é incurabilidad.

"Señores: en el mundo médico en que yo vivo, estos servicios prestados á nuestros enfermos por los alcaloides, son muy poca cosa, si se les compara con los resultados que dan, *contra* las enfermedades agudas. Es allí verdaderamente donde el médico que sabe manejarlos encuentra cada día triunfos. A medida que avanceis, señores, por esta ruta tan hermosa para nuestro Arte, y tan provechosa para todos los que sufren, marchareis de maravilla en maravilla, deplorando los largos años perdidos, para un tan grande progreso.

"Qué os diré sino que la práctica médica está radicalmente trasformada. En los medios favorables en que abundan los cuidados que reclaman todos los enfermos, dejadme aseguraros que nosotros ignoramos hoy, por decirlo así, los desenlaces funestos. No conocemos más, esas enfermedades agudas, llegadas á su último período, esas situaciones terribles en que el organismo vencido no es más que un osario en donde se ciernen á porfía todas las lesiones, como otras tantas aves de rapiña. Esas lentas y espantosas agonías que hacen impotente todo socorro, nos son ya casi desconocidas.

"Es verdad que, en compensación, en estos estados agudos la actividad es de rigor. Todo debe ser sacrificado al bienestar del enfermo, á su rápida curación; las necesidades de una experimentación complexa, las preocupaciones de la estadística desparecen á nuestros ojos en los estados graves; y nosotros preferimos mejor ahorrar un día de enfermedad, que añadir una unidad á una serie comenzada. Pero el amor del arte y la abnegación profesional.........."

El orador hablaba y hablaba siempre; hubiera podido hablar largo tiempo así. Cada uno de los oyentes, gustando poco de su lenguaje ó bien creyendo soñar, se marchaba, como para escapar á una pesadi-

lla, y poco á poco, el salón había quedado vacío............

Por la estenografía—Conforme.

DR. GOYARD.

La Dosimetría en la Academia de Medicina de París.

En la comunicación del Sr. G. Sée á la Academia de Medicina de la calle de los Santos Padres, sobre el empleo de los principios extractivos de las plantas medicinales, la palabra " Dosimetría " había sido prudentemente suprimida. Pero el Sr. Bucquoy se encargó de romper el hielo. " Yo "me pregunto lo que han debido pensar "nuestros colegas de la Academia, ha dicho, "y los prácticos, oyendo proscribir los me "dicamentos más justamente reputados; la "quina, el beleño, el acónito, el opio, la di "gital, etc., etc., buenos para ir á reunirse á "las mezclas indigestas y complexas, olvi- "dadas ahora en las antiguas farmacias. Es- "ta doctrina, del uso exclusivo de los alca- "loides, *que no puede alegrar más que á los "dosímetras*, no podríamos aceptarla. El Sr. "Dujardin Beaumetz ya ha respondido; no "volveré más, pues que pensamos respecto "de los medicamentos cardíacos como res- "pecto de la digitalina."

He aquí entonces la palabra " *Dosimetría* introducida al docto cónclave esperando la cosa, lo que no durará. "Desafío, añadió el honorable miembro Sr. Bucquoy, á "obtener con la digitalina, aunque fuese la "de Nativelle, la *seguridad* de efectos que "nosotros obtenemos con las diversas pre- "paraciones de digital, sin contar que esa "digitalina (la de Nativelle) que es, según "el Sr. G. Sée, la sola verdaderamente activa, "es de una actividad tal, que por mi parte "la considero como un medicamento peli- "groso, del que no uso, sino con extremada "prudencia."

Recordaremos aquí lo que ha pasado en la Academia Real de Medicina de Bélgica, con motivo de esa digitalina, *prodigiosamente activa*, al decir de Bucquoy.

Nativelle, después de haberse guardado el premio de diez mil francos, había dirigido á la Academia belga un paquete de digitalina. Debemos hacer notar, antes de ir más lejos, que esa digitalina pura, según Nativelle, no lo era en realidad, pues que Schmideberg mostró que esa digitalina era una mezcla de digitalina pura, digitoxina y de toxiresina (*Van Renterghem Compendium de matière medicale dosimétrique*). Pero Nativelle, al enviar muestra de su digitalina cristalizada, había pedido que la Academia consintiera en experimentarla; esperaba experiencias exclusivamente con su digitalina, pero la Academia juzgó que era oportuno hacer experiencias comparativas con la digital, la digitalina amorfa de Homolle y Quévenne, y la digitalina llamada cristalizada de Nativelle. Y he aquí los resultados en las experiencias obtenidos por el difunto profesor Thiernesse en la Escuela Veterinaria del Estado. Tres perros, iguales en edad y peso, fueron sujetados á la Experiencia. Al primero se le hizo tragar una infusión concentrada de hojas de digital; cayó como fulminado. Al segundo, una dosis de digitalina amorfa; el animal presentó síntomas de intoxicación violenta, pero se repuso, aunque conservando una grande debilidad. Al tercer perro se dió la digitalina de Nativelle; el animal no presentó sino síntomas puramente fisiológicos: lentitud de los movimientos del corazón, diuresis, etc.

En presencia de estos resultados, ¿de dónde vienen los temores de Bucquoy? Evidentemente de que no ha experimentado comparativamente la digital y sus principios extractivos. A buen componer, la digitalina Nativelle, es la menos activa de los principios extractivos de la digital, porque hay

1. La digitina.
2. La digitonina.
3. La digitalina.
4. La digitaleina.
5. La digitoxina.
6. La toxiresina y la digitaliresina, productos de descomposición.

A juzgar por su grado de amargura excesiva que no se desarrolla más que lentamente en la boca, en razón de su débil solubilidad en el agua, es la digitalina amorfa de Homolle y Quévenne la más activa; es ella la que más se aproxima á la digitalina fabricada en la casa Merck de Darmstadt y que sirve á la confección de los gránulos de Chanteaud. Y en cuanto á la eficacia de estos últimos, puedo juzgar por experiencia personal, pues que hago uso diario para contrapesar los efectos de la diátesis úrica, á la que estoy sujeto. Pero por nada en el mundo tomaría una preparación de digital, habiendo visto sus perniciosos efectos. Si estos no tienen lugar constantemente, es que hay digital de digital; la digital salvaje y la digital de los jardines, esta última, inofensiva.

Enviamos al Sr. Bucquoy á la discusió

que tuvo lugar en la Sociedad de Medicina de París, discusión que recuerda la fábula de *Los animales enfermos de la peste*, pues que cada uno ha venido á confesar sus malos hechos. Probablemente Bucquoy no querría encargarse del papel de asno, ese pelado, ese sarnoso, bueno para arrojarlo al muladar. Además, no podríamos repetirlo bastante; nunca damos la digitalina sola sino combinada á sus auxiliares: la aconitina y la estricnina, es decir, lo que llamamos la *trinidad dosimétrica; Omne trinum perfectum*, como decían los antiguos. Es en esto que difiere la Dosimetría de la Alopatía, es decir, en ser un método y no un sistema. Si la Dosimetría hubiera sido conocida más antes, la Medicina habría escapado á las pullas que se han hecho llover sobre ella. Que nuestros adversarios se pongan en guardia; no estamos en los tiempos en que el traje hace al médico; el público empieza á ver claro, y juzga á los médicos según sus actos y no según sus palabras. Para él, las más sabias discusiones no valen una curación por banal que sea. Es tiempo de salir de este valle de Josafat, poblado de muertos esperando su resurrección. La discusión que ha seguido á la imprevista comunicación del Sr. Germán Sée, lo ha hecho ver; la Medicina es impotente contra las lesiones orgánicas; las lesiones del corazón quedan por largo tiempo al estado latente.

El " Repertorio " ha publicado la triste historia del Profesor Pelletan que creyó haber encontrado un específico en la infusión de café verde, y que durante veinte años mantuvo, lo que el creía no ser, sino una ligera hipertrofia. Sus colegas de la Caridad, Pidoux y Bourdon, vieron allí una neurosis y lo saturaron de alcanfor y de valeriana hasta que la lesión orgánica fué indudable.

Es lo que reconoce el Sr. Bucquoy cuando ha dicho en el debate en cuestión: "Pero "si ciertas lesiones cardíacas quedan así más "ó menos latentes durante un tiempo inde- "terminado, esto no quiere decir, que aquel "que las lleva es indemne á todo desorden, "á todo síntoma, que sin comprometer la "existencia, necesite una intervención mé- "dica. Además la dispnea de esfuerzo sobre "la cual nuestro colega Constantino Paul "ha insistido en la última sesión, ¿no tiene "esas palpitaciones, esas opresiones, esos "sueños entrecortados, esas pesadillas, esas "amenazas de asistolia que perturban á ca- "da paso la vida de los cardiópatas? ¿Y no "es frecuentemente á los cuidados que se "les dan, á la higiene apropiada, á que son "sometidos, á lo que deben, ver retardar el "término de su enfermedad? Por el contra- "rio, ¿no hay toda un categoría de enfermos "que sin lesiones orgánicas apreciables pre- "sentan del lado del corazón perturbaciones "funcionales, si no peligrosas, al menos más "penosas, con las cuales tenemos frecuente- "mente que contar, y que hay también que "tratar? Son verdades casi banales sobre "las cuales yo no habría insistido, si el Sr. "G. Sée no hubiera parecido suponer que "nuestros éxitos con el estrofanto, habían "sido obtenidos en casos en que toda medi- "cación es inútil, y en que por consecuen- "cia, un *medicamento cualquiera* habría "también surtido bien. Pues que mi colega "quiere reconocerme cierta práctica en las "enfermedades del corazón, debe suponer "que yo no he cometido la falta de dar sis- "temáticamente mi remedio *á la manera* "*de ciertos experimentadores* á todo cardió- "pata, cualquiera que fuesen las condicio- "nes que presentara; yo he tenido al con- "trario—y tuve buen cuidado de partici- "parlo á la Academia—al emplear el estro- "fanto, que responder á las indicaciones su- "ministradas por la acción del medicamen- "to. Estas indicaciones, he buscado preci- "sarlas en cuanto me lo permite una expe- "riencia aún bien limitada. Estamos aún "ciertamente lejos de tener la fórmula exac- "ta, pero tenemos lo bastante para decir que "el estrofanto tiene, como todo remedio ac- "tivo, sus indicaciones y sus contraindica- "ciones. No tengo en verdad el entusiasmo "que el Sr. G. Sée demostró últimamente "por el yoduro de potasio en la dispnea, "cuando dijo: " Se pega sobre el bulto y "el éxito es siempre cierto. Con el estro- "fanto hay que buscar; aún no se está "siempre seguro de surtir."

Esto recuerda á Bridoison del *Matrimonio de Fígaro*: " Se dicen estas cosas entre sí."

Por poco que esta guerra continúe, se verá á los alópatas venir á nosotros, porque es la sola vía de salvación......... para ellos y sus enfermos.

DR. BURGGRAEVE.

La relación de los alcaloides animales con las enfermedades.

De la importancia cabal ó siquiera de la utilidad principal de un descubrimiento no acertamos á hacernos cargo desde luego, en efecto, las primeras concepciones difieren muchas veces considerablemente de las conclusiones posteriores. Que los descubrimientos de Franklin, Galvani y sus con

temporáneos indujeran á creer que las principales ventajas que podían sacarse de sus trabajos, serían la protección contra los rayos y algún adelanto en el tratamiento de las enfermedades, era muy natural; pero la electricidad en su arnés moderno, cumple su misión de una multitud de maneras de las cuales los sabios del siglo pasado no podían tener barrunto. Mucho de lo que entonces se creyó posible ó valioso ha resultado imposible ó sin valor. La electricidad no es la *fuerza vital*, ni es posible mediante la misma, dar ó devolver la vida como algún día se esperaba; sin embargo, ha llegado á ser en muchos conceptos utilísima para nuestra vida.

La rápida ojeada que ahora es posible hacer de las probables aplicaciones y aprovechamientos de cualquiera descubrimiento, ha cambiado hasta cierto punto la lentitud del desarrollo y de la aplicación de los descubrimientos ó procedimientos nuevos; mas como una parte tan grande, probablemente la mayor, de la ciencia queda todavía desconocida, deberíamos aún ser modestos en nuestras afirmaciones sobre el probable valor de nuestros nuevos conceptos, ó de los hechos nuevos.

Los dominios de la biología y química orgánica se han ensanchado y dilatado tantas veces y tan recientemente, que no puede dejar de existir cierta vaguedad de límites entre el territorio antiguo y las nuevas adquisiciones, y no es sino natural, que surjan dudas acerca de las dimensiones y del valor de una ú otra de las conquistas.

Durante algún tiempo las opiniones de los microbiólogos sobre las causas de las enfermedades fueron miradas con desprecio, con divertimiento, con curiosidad ó con incredulidad, hasta que finalmente la evidencia en algunos puntos llegó á ser tan avasalladora que dejó demostrada la importancia y hasta necesidad de la presencia de ciertos microbios para el desarrollo de algunas enfermedades.

Una vez vencidas la duda y la incredulidad, era muy natural que algunos de los nuevos adeptos manifestaran un exceso de credulidad, siendo incapaces de someter á un examen filosófico los problemas nuevos que surgían á cada paso.

Cuando se hizo el descubrimiento de las sustancias llamadas ptomainas, las ideas cambiaron de rumbo, levantándose una nueva bandera con la divisa de que los alcaloides animales eran las causas más directas de la acción morbosa, y que los microbios desempeñaban simplemente el papel de productores de aquellos venenos. En el curso de toda controversia un tanto prolongada, suele resultar, tarde ó temprano, elemento personal de los contendientes, y de esta regla general no había de ser excepción, la lucha entre las bacterias y las ptomainas. Mas en esta conferencia que tiene por objeto reseñar la documentación de estas recién descubiertas fuentes de enfermedad, procuraré mantenerme libre de todo entusiasmo de partidario, tratando el asunto con la debida consideración, aunque no resulte exacto que "el panspermismo ha malgastado sus energías en ostentativas demostraciones de sorpresas bacterianas y equivocaciones bacilares."

Cuando en 1817 Sertürner, de Eimbeck (Hannóver), logró llamar la atención médica sobre la morfina que había descubierto (varios años después de, al menos, un otro descubridor), quedó inaugurada una era nueva en la medicina práctica, siguiendo á este primer alcaloide una serie de otros, hasta que ahora ya asombra por su número la lista de Merck cuya longitud va aumentando cada año y casi cada semana.

Durante cierto tiempo se creía que estos cuerpos ocupaban una posición especial en el mundo químico produciéndose exclusivamente en virtud de los cambios que las sustancias protéicas sufren en las células vegetales; mas, mientras la inteligencia humana ha llegado á competir con estas en la producción de los alcaloides vegetales, mediante la química sintética, se han descubierto recientemente unas sustancias análogas en los cuerpos de los animales, incluso el hombre.

La creencia de que estos nuevos alcaloides eran el resultado de cambios relacionados con el proceso de la putrefacción, indujo á darles el nombre genérico de ptomainas ó alcaloides cadavéricos. La asociación constante y probablemente necesaria de los microbios con la producción y continuación de la putrefacción podría hacer pensar, que al fin y al cabo, las ptomainas tienen virtualmente el mismo origen que los alcaloides vegetales, siendo el resultado de la actividad celular de estos diminutos organismos vegetales, pero el descubrimiento de sustancias similares en las secreciones de animales vivos, y en los tejidos de los recién sacrificados en es ado sano, hace sumamente verosímil quet los fermentos no organizados, como la ptialina, pepsina y pancreatina, ó los procesos de desasimilación combinados con el desempeño de las funciones del organismo animal, pueden por sí solos producir aquellos compuestos, sin la intervención de microbios. Los alcaloides encontrados en las secreciones de los animales vivos ó en los

tejidos (músculos) de los recién sacrificados, fueron denominados leucomainas, alcaloides albuminígenos, probablemente para indicar, un parentesco estrecho con las sustancias protéicas.

El descubrimiento de los alcaloides animales es de fecha relativamente reciente. Alejandro Marcet, en Londres y Ginebra, descubrió la xantina en 1819, encontrando después otros, otras bases, como Liebig en 1849 la creatinina, sin que se reconociera claramente su carácter de alcaloide. Las propiedades venenosas de los cadáveres en putrefacción eran un hecho de observación muy antigua, pero sólo en el presente siglo ha sido posible un esfuerzo racional para descubrir las especiales sustancias tóxicas. En 1822, Gaspard y Stick descubrieron un principio venenoso en unos extractos de cadáveres, y en 1856, encontró Panum en unas materias pútridas un veneno activo que no era un albuminoide (?) ni un alcaloide. Dedicóse entonces una suma considerable de trabajo á la cuestión de los agentes tóxicos de origen animal; pero no existía ninguna base científica de investigación. Parece exacto lo que dice Brown en su reciente tratado sobre el asunto, á saber, que hace pocos años el descubrimiento de reacciones de alcaloide se habría considerado como prueba terminante de la presencia de un alcadoide vegetal; pero vino la época de un adelanto positivo y por cierto de una manera, que desde luego llamó la atención de los profesores, interesados en las investigaciones químicas y médico-legales.

Por los años de 1870 ó 1871 un médico italiano, Selmi, de Bolonia, examinando un cuerpo que se suponía envenenado, encontró unas reacciones de alcaloide que no podía atribuir á ninguno de los conocidos y que le hicieron sospechar que los cambios postmortales podían producir tales sustancias. Emprendió pues una investigación sistemática que le condujo al descubrimiento de los alcaloides cadavéricos que después llamó ptomainas. El descubrimiento de Selmi dió lugar á que el Gobierno italiano nombrara una Comisión especial para investigar el asunto con respecto á su importancia para la medicina legal, con el objeto de prevenir fallos injustos por supuestos envenenamientos en los casos de encontrarse reacciones de alcaloides.

Al mismo tiempo que Selmi, había emprendido una investigación cabal del asunto, desde el punto de vista químico y fisiológico, Gautier, de Paris; y á los trabajos de éste, como á los de Brieger, de Berlín, debemos gran parte de los conocimientos positivos que poseemos sobre las ptomainas y las leucomainas descubiertas y denominadas por Gautier.

La literatura del asunto es ya bastante grande, siendo alemanes y franceses los más de los trabajos.

Sería inútil presentar la lista de todos los alcaloides descubiertos hasta hoy en los animales vivos y muertos, puesto que no todos son tóxicos. Enumeraré tan sólo los que han manifestado propiedades venenosas y después examinaré la relación que acaso tienen con la enfermedad.

Ante todo hemos de hacernos cargo de la clasificación en:

1º Ptomainas ó alcaloides cadavéricos, resultando de la vida microbiana.

2º Leucomainas ó alcaloides vitales, que son el producto de la metamórfosis de los tejidos que acompañan las actividades funcionales del cuerpo.

Estas dos clases de cuerpos son compuestos químicos definidos que pueden ser aislados y estudiados en sus afinidades químicas, sus propiedades individuales y sus efectos tóxicos; también con materias que no se podía aislar ningún alcaloide y estas constituyen las:

3º Sustancias extractivas que son hoy la cantidad incógnita de la química de estos venenos, y el hecho de producir estas sustancias efectos sumamente tóxicos, hace esperar que la incógnita llegará á despejarse.

Hay que hacer constar que los procesos de aislamiento de los alcaloides son algo fastidiosos y á veces bastante complicados, pero esto no autoriza á sospechar que aquellas bases no existan preformadas en las materias sometidas al examen, sino que sean hijas de las manipulaciones químicas.

Los disolventes principalmente usados para el aislamiento son el éter, el cloroformo y el alcohol, sirviendo la solubilidad respectiva de los alcaloides en estos agentes de base para una clasificación.

Una cuestión importante con respecto á las leucomainas que se encuentran en la carne de los animales sanos recién degollados, es la de saber si estos alcaloides son los productos de los procesos vitales ordinarios del cuerpo, ó si resultan de la actividad de microbios que existen constantemente en el cuerpo, sobre todo en el tubo intestinal. No parece posible una demostración afirmativa en uno ú otro sentido, pero en vista de que las sustancias albuminosas sufren constantemente cambios en el cuerpo y que unos productos análogos, como la urea, no implican la idea de la intervención de un microbio, no hay motivo

para dejar de suponer que las fuerzas bioquímicas ordinarias del organismo vivo se bastan para la formación de leucomainas. Hasta es posible que algunos de los alcaloides encontrados después de la muerte habían existido durante la vida, siendo, pues, en realidad leucomainas y no ptomainas. En efecto, algunos de los alcaloides son muy estables persistiendo durante todo el proceso de la putrefacción, denominándolos Gautier bases pirídicas.

Las ptomainas se clasifican en oxigenadas y no oxigenadas, siendo las siguientes las venenosas que he encontrado descritas:

Hidrocolina	Neurina	Muscarina
Metilguanidina	Midatoxina	Varias anónimas
Midaleina	Colina	Extractivas ptomainosas

Las leucomainas han sido divididas en un grupo úrico, otro creatinínico y un tercero que comprende las restantes.

Las principales, no tóxicas ó inocuas, son las siguientes:

betaina	hipoxantina (sarcina)	creatinina
carnina	xantina	crisocreatinina
adenina	pseudoxantina	xantocreatinina
guanina		anficreatiniaa

pertenecientes todos á los grupos úrico y creatinínico.

Al tercer grupo pertenecen los alcaloides encontrados en la orina, la sangre, el bazo, los intestinos, la saliva, la leche, el veneno de ciertos ofidios y batracios, en algunos peces y moluscos. Un interés especial ofrecen el tirotóxicon encontrado en la leche y el queso por nuestro paisano Vaughan y la mitilotoxina descubierta en los moluscos. Recientemente se ha añadido á la lista la tetanina sacada de unos enfermos de tétano y presumo que hay otros de que no estoy enterado.

El efecto fisiológico, ó mejor dicho tóxico, de estas sustancias, se ha estudiado mediante los experimentos en animales. La hidrocolidina produjo en un ave vómitos, incoordinación, parálisis, convulsiones y la muerte. La metilguanidina es muy venenosa provocando síntomas similares á los de la atropina y del curara. La midaleina provoca diarrea profusa, vómito, enteritis y la muerte con el corazón en sístole, pareciéndose sus efectos sobre la pupila y la circulación á los de la atropina. El envenenamiento con la neurina se manifiesta por secreciones abundantes, diarrea, respiración acelerada y convulsiones antes de la muerte. Brieger ha demostrado ante el Congreso de los cirujanos alemanes en Berlín, el 5 de Abril de este año, que la inyección de neurina en un conejo producía "primero un flujo de moco espeso de la nariz, apareciendo luego una salivación abundante, sufriendo el animal después dificultad respiratoria, y finalmente, quedó paralizado muriendo entre convulsiones." La midatoxina produce síntomas parecidos á los de la neurina. Con respecto á la colina he encontrado solamente la noticia de que pueda emplearse á grandes dosis y que entonces sus efectos son similares á los de la muscarina. Esta es altamente tóxica causando la pérdida de la contractilidad muscular bajo el estímulo eléctrico y produciendo salivación, vómito y diarrea. Este alcaloide se toma por tipo de un grupo en el cual los síntomas de envenenamiento tiene cierta semejanza con los efectos de las setas venenosas ó del haba del Calabar, en oposición á los alcaloides del grupo de la atropina.

Prescindiendo de algunas ptomainas de toxicidad moderada, hay todavía otras que tienen propiedades tóxicas decididas, pero que aún no han recibido nombre. Quedan también las sustancias extractivas que hasta ahora han resistido á los esfuerzos de los químicos para aislarlas y cristalizarlas, y que sin embargo, dada su intensa toxicidad, son de gran importancia. Como no nos es dable asignarles propiedades individuales, siguen constituyendo un grave peligro oculto, las incógnitas de algunos de nuestros problemas etiológicos.

En cuanto á los efectos tóxicos de las leucomainas, es todavía muy incompleta su comprobación por lo reciente de su descubrimiento y por la escasez del material para estudios experimentales.

Según Gautier, algunas del grupo de la creatinina son tóxicas hasta en pequeña cantidad, especialmente la xantocreatinina, cuyos efectos principales son postración, somnolencia, vómito y diarrea.

La xantina, del grupo úrico, pasa por venenosa; pero no hallo datos auténticos acerca de su sintomatología.

La mitilotoxina ha sido descubierta en almejas enfermas por Brieger, quien demostró sus efectos ante el último Congreso de los cirujanos alemanes. Un animal envenenado con la misma, presentaba la cabeza caída, dispnea, convulsiones y parálisis. Dada á un hombre afectado de tétano produjo relajación de los espasmos clónicos, efecto que no se ha observado en los animales. Es evidente la analogía de esta sustancia con el curara y su administración á enfermos, es el primer uso práctico de los alcaloides animales que ha llegado á mi conocimiento.

Son venenosas aún otras sustancias del grupo de las que no forman serie, inclusas las extractivas; así, por ejemplo, la procedente del bazo produce colapso y la muerte con el corazón en sístole.

Es difícil decidir si los productos intestinales deben clasificarse con las ptomainas ó con las leucomainas, porque no es posible excluir con seguridad el influjo de los microbios que se hallan en el tubo intestinal, muy pronto después del nacimiento. El asunto se está investigando, pudiendo por ahora decirse solamente que, en los intestinos se encuentran productos venenosos.

Una curiosa observación de Bouchard hace creer que en la orina, de día existe un principio narcótico sedante, mientras que en la noche hay una sustancia estimulante convulsivante. Esto implicaría que influye en el organismo animal la excreción ó la retención de las materias elaboradas en el cuerpo, de una manera analoga como se producen los efectos medicinales, verbigracia el sueño. ¿Vendrán acaso los hipnóticos del porvenir, de las salas de disección, en sustitución de los campos y de las fábricas de productos químicos? Gautier ha encontrado que un extracto con reacción de alcaloide, sacado de la saliva de un hombre produjo en un ave un estupor intenso que persistió varias horas.

La ponzoña de las serpientes tiene cierta analogía con la secreción salivar de los mamíferos, pero la química no ha resuelto aún este problema, pareciendo por ahora que el principio tóxico es de carácter extractivo mas bien que alcaloide, pero el hecho de que una temperatura de 125° no destruye el veneno, prueba que la venenosidad no depende de un fermento orgánico ó un microbio.

En cuanto á la acción morbígena de los alcaloides animales, inclusas las materias extractivas, pueden distinguirse tres grupos, comprendiendo el primero los hechos de acción causal probada, y el segundo los que hacen verosímil semejante acción, mientras que el tercero reune las enfermedades en que por ahora parece inverosímil que exista una relación causativa entre los mismos y dichas sustancias.

Para evitar confusiones hemos de hacer constar que hoy es admitido que los alcaloides cadavéricos ó de putrefacción son el resultado de la vida de las bacterias, y como no se concibe ningún proceso en virtud del cual una ptomaina pueda aumentar su cantidad, no es verosímil que una ptomaina pueda ser la única causa de una enfermedad larga y uniformemente progresiva.

Este carácter progresivo ó evolutivo hablará en favor de la idea de que la causa continuará generando su especie ó desarrollando nuevas propiedades, y como esto es posible por la presencia de bacterias en un medio apropiado de cultivo, podemos considerar la bacteria como *causa* y los alcaloides como *agentes* en la producción de la enfermedad.

Me parece propio y natural ver en la bacteria la causa del mal, cuando el alcaloide es el resultado de la actividad microbiana, y esta es continua ó prolongada y se verifica dentro del cuerpo del paciente. En cambio, cuando el cuerpo recibe el alcaloide procedente de fuera, sea en una sola dosis, sea en repetidas, entonces la ptomaina es la causa de la enfermedad.

Si en el organismo vivo por los procesos bio-químicos ordinarios, pueden engendrarse leucomainas venenosas en cantidad insólita, ó la cantidad resulta excesiva por deficiencia de eliminación, entonces las leucomainas pueden llegar á ser la causa de la enfermedad. Mas si se viniere á demostrar que el desarrollo de las leucomainas depende de la presencia y actividad de bacterias, entonces estas bacterias deberán considerarse como agentes causantes de la afección.

Puede haber casos y sin duda hay muchos, en que las bacterias, y las ptomainas que producen, penetran simultáneamente, y entonces ni las unas ni las otras pueden tomarse por las causas de la enfermedad que resulta, hasta que se demuestre que las unas son capaces de provocar los fenómenos morbosos sin la simultánea presencia de las otras en el momento de la infección.

El Dr. Welch, en sus recientes ***Lecciones sobre la patología general de las fiebres***, refiere sus experimentos con cultivos ***esterilizados*** de bacilos de la tifoidea que inyectó á conejos, encontrando que las cantidades pequeñas no producían ningún efecto; que otras algo más grandes hacían subir la temperatura sin provocar otros síntomas marcados; que cantidades aún mayores producían aumento de temperatura, diarrea y otros síntomas de sería enfermedad, aunque no necesariamente mortal, y que cantidades relativamente grandes causaban descenso de temperatura, enfermedad grave y la muerte.

Con respecto á esta temperatura subnormal, no puedo dejar de hacer constar aquí que me parecen algo ligeras las generalizaciones que se han hecho acerca del efecto

de los alcaloides sobre la temperatura del cuerpo. Se ha afirmado que el envenenamiento con las sustancias extractivas va acompañado de hipertermia, mientras que los alcaloides animales producen hipotermia, y que puede manifestarse una combinación ó sucesión de fenómenos hipertérmicos é hipotérmicos á consecuencia de un envenenamiento combinado ó alternado con los productos fisiológicos deletéreos á causa de su acción antagonista. (Aitken, *Sobre los alcaloides animales.)*

Los experimentos del Dr. Welch y otras pruebas, demuestran que estas conclusiones no eran justificadas. Welch dice que ha obtenido resultados parecidos á los de Sirotinín, quien inoculó á dos conejos con la misma cantidad de un cultivo tifódico. En uno se desarrolló fiebre, pero el animal se repuso; en el otro la temperatura descendió después de la inyección y el animal murió. Por ahora no tenemos otra explicación de esta diferencia que la palabra idiosincracia; no estamos justificados á atribuir la hipertermia y la hipotermia á sustancias de cierta afinidad en su origen ó su constitución química.

Volviendo á nuestra división hemos de decir que no son numerosos los casos, al menos de enfermedad individual, en que se ha demostrado la relación causal de los alcaloides; pero en algunos, los indicios son tan fuertes, que no hay lugar razonable para dudas.

La sustancia conocida con el nombre de tirotoxicón ó veneno del queso, es indudablemente la causa de una afección conocida mucho antes del descubrimiento de dicho alcaloide, pues los síntomas producidos por la ingestión del mismo, sequedad y constricción de la garganta, náusea, vómito y diarrea, corresponden á los del "mal de queso."

La tetanina y un alcaloide análogo fueron descubiertos por Brieger en cultivos de un bacilo anaerobio encontrado en el suelo y en los cultivos de un bacilo procedente de la herida de un hombre que murió de tétano. Ya no cabe duda de que la tetanina produce el tétano en los animales, pues Brieger lo ha demostrado en un conejo ante el Congreso quirúrgico alemán.

No me parece que las pruebas que se han presentado hasta ahora, justifican la opinión de que el cólera y la tifoidea dependen de alcaloides animales, antes bien que de bacterias.

Razonablemente no cabe duda que la mitilotoxina es la causa del envenenamiento por los moluscos y la circunstancia de haber obtenido Brieger este alcaloide con almejas frescas, es un hecho importante para la cuestión de la producción de leucomainas en oposición á ptomainas.

La salamandrina extraída de la secreción ponzoñosa de la salamandra produce el propio efecto que la secreción misma, es decir, angustias, temblor, convulsiones, opistotono y la muerte, según ha demostrado su descubridor Zaleshy.

Las propiedades venenosas de ciertos encurtidos son indudablemente debidas á una ptomaina; pero las pruebas no son concluyentes con respecto á su naturaleza alcalóidica.

Con respecto á la segunda división de casos, aquellos en que es probable que un alcaloide desempeñe un papel etiológico, queda ancho campo para investigación y para legítima especulación. Prescindiendo del problema que presentan la tifoidea, el cólera, etc., la idea de un envenenamiento por leucomainas nos da una explicación más sencilla y más probable del origen de ciertas enfermedades, como el reumatismo, la gota, algunas neuralgias, etc. El estado patológico llamado uremia puede atribuirse á semejante causa, y lo mismo puede decirse del coma diabético y probablemente de la insolación.

La languidez que muchas veces acompaña el proceso de la digestión y los síntomas conocidos como biliosidad, pueden aún hallar su explicación en el desarrollo de una leucomaina en el tubo intestinal ó en los órganos accesorios y el efecto eliminador de un purgante tendría así una base más racional, justificando hasta el uso de los catárticos en una afección tan grave como la peritonitis, si se pudiese presumir que el mal depende de la presencia de los alcaloides en los intestinos.

Este grupo de nuestra división va preñado de grandes posibilidades y aún de probabilidades combinadas con la "medicina del porvenir".

El tercer grupo que comprende las enfermedades que no deben su origen á los alcaloides animales, no requiere largas consideraciones. Si bien algunas enfermedades debidas á un alcaloide, como el botulismo, pueden tener una duración considerable, es verosímil, sin embargo, que las enfermedades prolongadas, las que tienen un período de desarrollo gradual, de ascenso, estado y descenso, deben su origen á algún agente específico y reproductivo. La única excepción de ésto consiste en la posibilidad de un trastorno de los procesos fisiológicos en virtud del cual el cuerpo engendra en sí las leucomainas y de que

tal trastorno producido, puede continuar durante un período considerable.

Mucho se ha alegado en favor de las ptomainas; pero el entusiasmo de los sabios es muchas veces parecido al del soldado que ve solamente la fortaleza que ha de tomarse y para quien la victoria es el fin de la campaña.

Nuestra clasificación presente, y probablemente también la futura, de las enfermedades contendrá muchas, acaso las más, no directamente debidas á alcaloides animales; mas una ojeada retrospectiva sobre el trabajo hecho ya, enseña que se ha abierto un campo importante y que la cosecha recogida sobrepuja el valor señalado en el dramatico pregón de la obra ante el Tribunal de Roma cuando Selmi probó que la muerte del general Gibbone probablemente no era debida á un envenenamiento por su criado encausado y casi convicto por el testimonio de dos químicos que declaraban que habían encontrado delfinina, demostrando el error de éstos en expresarse terminantemente, siendo así que las mismas reacciones se obtenían con las ptomainas que había descubierto.

Si el descubrimiento de los alcaloides ha aumentado en algo las dificultades del perito médico-forense, queda esto compensado con el esclarecimiento de algunos de los problemas de la medicina práctica; pero con respecto á las causas de enfermedad, en el sentido propio del término, no puede considerarse aún el descubrimiento de estas sustancias como un adelanto de la misma importancia que la reciente demostración de los contagios vivos.

E. D. Ferguson.

DOCUMENTOS

Relativos á la creación de un Instituto Médico Nacional en la ciudad de México.

(continúa).

Número 5.

Correspondencia particular del Secretario de Fomento.

México, Julio de 1888.

Señor.....................

Muy señor mio:

Deseando que se coleccionen las numerosas plantas medicinales que se producen en el país, así como los animales y sus productos que tengan la misma aplicación, con objeto de que sean estudiados por una Comisión especial, para que de esta manera sean mejor conocidos y puedan así aplicarse con más seguridad en las diferentes enfermedades, suplico á vd., se sirva proporcionarme todos los datos que constan en el Cuestionario ó interrogatorio que va á reverso, y el que le adjunto, de los cuales le remito...... ejemplares, para la formación de los apuntes que vd. se sirva hacer, así como para que los distribuya entre otras personas que puedan ministrar dichos datos.

Los cuestionarios contestados, pueden venir por el correo, francos de porte, pues las oficinas del ramo tienen orden de recibir, franquear y dirigir á su destino, toda la correspondencia que se dirija del modo siguiente: "*Al Jefe del 5º Grupo de Exposición.—Ministerio de Fomento.—México.*"

En cuanto á las muestras á que los cuestionarios se refieren y de las que suplico á vd. se sirva enviarme las que crea convenientes para su estudio, en los mismos cuestionarios, y al calse de ésta, se indica la manera de remitirlas.

Convencido, como estará vd., de la importancia de esos estudios, espero se servirá vd. remitirme los datos y muestras á que me refiero, por cuyo favor anticipo á vd. las debidas gracias.

Soy de vd. afectísimo S. S.—*Carlos Pacheco.*

Para hacer el estudio de esos animales ó sus productos, se suplica la remisión de algunos ejemplares. Si se trata de insectos, como mayates pequeños, etc., que puedan venir sin descomponerse ó alterarse, se remitirán por el correo en pequeñas cajas de cartón, en las que se harán pequeños agujeros, en caso de que los animales vengan vivos, para que puedan respirar. Si los animales viniesen muertos, se acomodarán con algodón, para evitar que se maltraten, golpeándose unos con otros. Si los animales, por su tamaño ó facilidad de descomponerse ó alterarse, no pudieren ser remitidos como queda dicho, se colocarán en frascos ó botes de hoja de lata con alcohol, acomodándolos igualmente con algodón, y soldando convenientemente la tapa del bote.

Los animales que puedan venir en pequeñas cajas de cartón, como queda dicho, se remitirán por el correo, dirigiéndolas "*Al Secretario de Fomento.—México,*" y serán enviadas francas de porte por las administraciones de correos, así como los cues-

tionarios contestados, que deben remitirse por separado.

En cuanto á los ejemplares que deban venir en botes, ó que remitan vivos, y fueren de cierto tamaño, se dará aviso al Jefe de la Oficina telegráfica federal más inmediata, para que pregunte al Ministerio de Fomento el modo de hacer la remisión. El mismo empleado, con orden del Ministerio, pagará los gastos de envase y del envío hasta el punto de dicha Oficina.

DATOS que se desean obtener acerca de los animales, ó sus productos, que se usen para la curación de las enfermedades del hombre ó de los animales.

Escríbanse á continuación las respuestas, refiriéndose en este Cuestionario á un solo animal:

1º Nombre vulgar ó propio con que se designe el animal.

2. ¿En qué puntos ó regiones de esta localidad se encuentra?

3. ¿Cuál es su género de vida? ¿Vive en el agua, en los árboles, bajo las piedras, en el fango, etc.?

4. ¿Vive de preferencia en clima caliente, templado ó frío?

5. ¿Es escaso ó abundante ese animal?

6. ¿En qué meses del año aparece ó desaparece en esa localidad, ó se muestra constantemente?

7. ¿Se manifiesta indiferentemente en todos los meses del año, ó se oculta y emigra, y en qué tiempo?

8. ¿Se trasforma, como pasando de gusano á mariposa, ó sufre alguna otra modificación?

9. ¿De qué sustancias se alimenta este animal?

10. ¿Para qué enfermedades del hombre se emplea?

11. ¿Para qué enfermedades de los animales se emplea?

12. ¿Qué partes ó productos del animal se usan como medicamentos?

13. ¿En qué forma se usa, en polvo, en cocimiento, tintura, etc.?

14. ¿En qué dosis ó cantidades se aplica, y si en bebidas, fomentos, unturas, etc.?

15. ¿Cuáles son los síntomas ó efectos que se observan con la aplicación de ese remedio?

16. ¿Se considera este animal, ó su producto, como venenoso ó inofensivo?

17. En caso de ser venenoso, ¿cómo daña, y qué síntomas ó efectos produce su veneno?

18. ¿Se conoce su antídoto ó remedio?

19. Añádanse á continuación todos los demás datos que se crean necesarios, así como el nombre de esa localidad y su rumbo y distancia, respecto de la Cabecera de la Municipalidad.

Secretaría de Fomento, Colonización, Industria y Comercio de la República Mexicana.—Investigación sobre plantas medicinales.

Datos que se desean obtener, acerca de las plantas medicinales de esa localidad.

Escríbanse á continuación las respuestas, refiriéndose á una sola planta en este cuestionario.

1. Nombres vulgares con que se designa la planta.

2. ¿Es árbol, arbusto, yerba ó enredadera?

3. ¿En qué punto de esa localidad se produce?

4. ¿Crece en clima caliente, templado ó frío?

5. ¿Es escasa ó abundante esa planta?

6. ¿En qué meses del año se recoge?

7. ¿Para qué enfermedades se emplea, tanto en el hombre, como en los animales?

8. ¿Qué partes de la planta se usan como medicamento: la madera, la corteza, las hojas, raíces, etc.?

9. ¿De qué manera se usa: en cocimiento, tintura, cataplasma, etc?

10. ¿En qué cantidades se aplica, y si en bebidas, fomentos, etc.?

11. ¿Cuáles son los efectos que se han observado con la aplicación de esa planta?

12. ¿Se considera esa planta como venenosa ó como inofensiva?

13. ¿Esta planta se usa fresca ó seca?

14. Añádanse aquí todos los demás datos que se crean necesarios, así como el nombre de esa localidad y su rumbo y distancia respecto de la Cabecera de la Municipalidad.

Para complemento de este estudio, se necesita *una libra* de la planta seca, como se usa en la medicina, la cual se envolverá en manta, haciendo un pequeño bulto que se remitirá por el Correo, con la dirección de «*Al Jefe del 5º Grupo de Exposición.—Ministerio de Fomento.—México.*»

Dentro del propio bultito se meterá un papel que contenga el nombre de la planta, de dónde procede y quién la remite. Además, se necesita un ramo con flores y

algunas hojas de la propia planta, para hacer su reconocimiento botánico. Estas flores y hojas se preparan extendiéndolas entre dos hojas de papel de estraza y poniéndoles una tabla ó peso encima para que se sequen; ya secas se remiten por el Correo entre dos hojas de papel, y éstas entre otras dos de cartón, apuntando al interior el nombre y procedencia de la planta, y dirigiéndose como queda dicho.

Este cuestionario se remitirá por el Correo con la dirección indicada, por separado.

Estado........ Municipalidad de......—(Firma del informante).

NÚMERO 6.

Proyecto de primera intención para la organización de cuatro comisiones facultativas para la investigación, clasificación y aplicación de los productos de plantas y animales medicinales de la República, á fin de utilizarlas, elevándolas de la aplicación vulgar que de ellas se hace á la científica, y con la idea de determinar una exportación que aumentará la riqueza pública.

Cítese al Director de la Escuela de Medicina, á los de los hospitales del Gobierno y á los de los particulares, á fin de consultarles el pensamiento.

La cita se hará por el Ministerio de Fomento, para el próximo martes 14, á las cinco de la tarde.

México, Agosto 11 de 1888.— *Carlos Pacheco.*

Comisionados que deben nombrarse para el estudio de las plantas medicinales y orden de sus trabajos.

Primera Comisión.—Clasificará, describirá y dibujará la planta, además investigará si está descrita en obras nacionales ó extranjeras y comunicará el resultado á la segunda Comisión.

Segunda Comisión.—Practicará el análisis químico tanto inmediato como elemental, pasando los productos necesarios á la tercera Comisión y anotando en sus registros los resultados que obtenga.

Tercera Comisión.—Experimentará en los análisis la acción de los productos obtenidos por la segunda Comisión y definirá la mejor forma y manera de aplicarlos, procurando prever los usos terapéuticos en el hombre.

En los registros de cada Comisión constarán, además, las aplicaciones vulgares de la planta, con las anotaciones de latitudes donde se producen.

Estas Comisiones propondrán al Gobierno los acuerdos conducentes:

1º A la adquisición de nuevas plantas y nombramientos de colectores.

2º Recomendación de aquellas cuyo uso deba generalizarse por medio del cultivo y propagación en las regiones apropiadas.

Cuarta Comisión.—Se compondrá de los directores de los hospitales públicos y de un suplente de la misma Corporación para cada uno y además, los directores de los hospitales particulares con sus suplentes respectivos; formada la Secretaría de un médico y auxiliares nombrados por la Secretaría de Fomento. Presidida la Comisión por el Director de la Escuela de Medicina.

A esta Comisión se remitirán todos los antecedentes relativos á cada planta, que provengan de los trabajos de las Comisiones primera, segunda y tercera.

La cuarta Comisión tratará en juntas ordinarias ó extraordinarias:

1º De decidir en qué casos y en qué formas deben hacerse las aplicaciones en el hombre en los hospitales de la capital y en los foráneos, los que serán excitados por dicha Comisión, dando cuenta periódicamente á la Secretaría de Fomento con los resultados é indicando cuáles de ellos merecen la publicidad y en qué forma debe hacerse ésta para su generalización.

Indicará al Ministerio la remisión de las plantas y productos, que juzgue convenientes al extranjero, para darlos á conocer, acompañándolos de los estudios y datos necesarios.

El Ministerio, á su vez, comunicará á la Comisión los resultados obtenidos en el extranjero en el estudio de esas plantas ó productos.

2º Para mayor seguridad en sus trabajos, la cuarta Comisión podrá ordenar á las otras nuevas investigaciones, retificaciones y experimentos que juzgue necesarios, así como las preparaciones que crea convenientes, tanto en calidad como en cantidad, ordenando su remisión á los establecimientos que designe dentro de la República.

3º Indicará asimismo á la Secretaría de Fomento la reglamentación más conveniente de los trabajos de las otras comisiones, así como las mejoras y ampliaciones que á su juicio sean necesarias tanto en su instalación como en sus procedimientos. A este efecto, las demás Comisiones formarán sus reglamentos interiores y los pasa-

rán á la Secretaría de Fomento, quien consultará con la cuarta Comisión las adiciones ó reformas que necesiten éstos, pasando además el suyo propio á dicha Secretaría para su sanción.

4° Tanto esta 4ª Comisión como las otras, procurarán consignar en sus reglametos la formación de registros detallados y estadísticos en que consten los resultados de sus trabajos.

Los individuos que formen las comisiones antes dichas, disfrutarán de la propiedad de los descubrimientos que hagan y de las obras que escriban con sólo llenar los requisitos legales correspondientes.

México, Agosto 11 de 1888.—*Carlos Pacheco.*

VARIEDADES.

El hombre prehistórico.

La geología ha llegado á las siguientes deducciones:

Primera. Durante la época terciaria, existía un ser bastante inteligente para producir fuego y fabricar utensilios de piedra.

Segunda. Este ser no era todavía el hombre; era un precursor, forma primitiva á la que Motiller ha dado el nombre, erróneamente en nuestra opinión, de hombre mono.

Tercera. El hombre apareció en Europa al principio del periodo cuaternario, que se remonta al menos 230,000 ó 240,000 años en la oscuridad del pasado.

Cuarta. Nuestro primer tipo humano fué el de "Neanderthal", que esencialmente autóctono, se desarrolló y modificó lentamente durante el periodo cuaternario, resultando en el tipo de "Cro Magnon."

Quinta. Su industria, rudimentaria al principio, se desarrolló progresiva y regularmente, sin adelantos repentinos, lo que prueba que el movimiento de progreso se efectuaba sin interrupción de propaganda ó invasión, es decir, fué realmente una industria autóctona.

Sexta. El desarrollo regular de esta industria ha puesto á Motiller en aptitud de dividir el periodo cuaternario en cuatro épocas; la *Cheleana* anterior al periodo glacial; segunda, la *Moustésiana*, contemporánea con él; tercera y cuarta, la *Solutrina* y *Magdaleniana*, posteriores al mismo.

Séptima. El hombre cuaternario fué más bien pescador y especialmente cazador, sin nociones de agricultura, ni del arte de domesticar los animales.

Octava. Vivía en paz y enteramente privado de ideas religiosas.

Novena. Hacia el fin del periodo cuaternario en las épocas *Salutrina* y *Magdaleniana*, el hombre llegó á ser artesano.

Décima. En la misma época tuvieron lugar invasiones del Oriente que modificaron profundamente la población de la Europa Occidental, trayendo elementos étnicos enteramente nuevos y gran parte braquisefalicos. A la sencillez y pureza de la raza autóctona, dólica cefálica, sucedieron numerosos cruzamientos y mezclas.

Undécimo. Entonces se encontró la industria profundamente modificada, apareciendo en la Europa Occidental las ideas religiosas, la agricultura y la sujeción de los animales.

Duodécima. Esta primera invasión, que tuvo lugar en la época del *Robenhansen*, procedía de las regiones del Asia Menor, Armenia y el Cáucaso.

MISCELÁNEA MÉDICA.

Nuevos tratamientos de la tísis.

Daremberg ha ensayado inútilmente la inoculación preventiva mediante las médulas á virulencia creciente, sin que se produjese ningún efecto de vacunación y los animales han muerto de tuberculosis. Mas afortunados, Raymond y Artaud de una parte y Gosselin de otra, nos han suministrado resultados llenos de promesas y dignos en sumo grado de fijar la atención. Los primeros han podido hacer refractarios á la inoculación tuberculosa unos conejos después de someterlos durante un mes al régimen tánico (un gramo de tanino por día). Envalentonados con este primer éxito, han verificado la acción del medicamento (dosis de 1 á 5 gramos por día) en los tísicos, encontrándole notablemente eficaz, sobre todo en las formas agudas.—Gosselin somete los conejos á la administración cotidiana del yodoformo (inyección de 3 gotas de solución etérea al 10 por 100) luego la suprime y los inocula; la marcha de la tuberculosis es más ó menos retardada, según el grado de impregnación de los tejidos. Si se emplea el remedio con posterioridad á la inoculación, la evolución del bacilo es reprimida; permanecen al estado latente (microbismo latente de Verneuil), recobrando su vitalidad luégo que se suspende el tratamiento. Se obtiene en

mismo resultado si se emplea el yodoformo en un período poco avanzado, cuando las granulaciones están todavía en estado agudo; más tarde no ejerce ninguna acción.

Poseemos, pues, dos medicamentos de primer orden contra la tuberculosis. La cirugía puede con razón reclamar el yodoformo, que emplea localmente para destruir los focos tuberculosos ya estén ó no blandos. Como nueva prueba de lo expuesto, tenemos la excelente memoria de Verchère sobre *un nuevo tratamiento de las adenopatías tuberculosas de la región cervical*, tratamiento cuyo mérito corresponde, por completo, á este cirujano. Pero existe aún más, esta saturación del organismo por el yodoformo, la que opone un obstáculo absoluto al desarrollo del bacilo en el conejo, la vemos realizada en clínica, desde hace mucho tiempo, por el profesor de la Pitié, puesto que ella constituye la base de *tratamiento después de la operación*. "Examino las orinas, dice el profesor Verneuil, y cuando estas presentan la reacción característica con el ácido nítrico y el cloroformo, me creo autorizado á proceder; tengo la confianza de haber modificado la sangre de manera de hacerla parasiticida, ó con certeza, poco favorable á la proliferación del bacilo ó de sus esporos."

(*Bullet. méd.*)

Un específico contra la tísis.

El Sr. Naudín, con arreglo á las noticias que le ha suministrado el Sr. Sace, cita una planta de Bolivia, *el Mutisia viciæfolia*, como específico pronto y seguro contra la tísis.

Esta planta pertenece á la familia de las Compuestas, serie Mutisia. Es poco conocida, pero se han sembrado semillas enviadas por el Dr. Sace en el Jardín de Plantas y en Alger, y pronto la conoceremos con todos sus detalles. Además, se han enviado á Londres y á los hospitales de París grandes cantidades de extracto.

La Mutisia viciæfolia es guardada con sumo cuidado por los indígenas y el Doctor Sace ha podido conseguir las muestras con muchísimo trabajo. Ella goza, en la Bolivia, de la reputación de curar la tísis y todas las afecciones del aparato respiratorio. Sace dice que ha podido comprobar con frecuencia el valor de estas acerbaciones y no duda que dentro de poco tiempo esta planta adquiera una gran celebridad.

Creemos que es necesario esperar el resultado de las observaciones clínicas que no dejarán de hacerse, en presencia de afirmaciones tan llenas de consecuencias terapéuticas.

Diarrea verde.

En la *Sociedad Médica de los Hospitales*, Mr Hayem dice, que las dosis de ácido lactico que marcó contra la diarrea verde de los recién nacidos, es muy débil: ha tenido ocasión de administrar 15 ó 20 cucharadas de café en las veinticuatro horas en la solución de 2 por 100, en lugar de las 5 ó 6 que prescribía en su primera comunicación.

En los adultos, el mismo medicamento, á dosis de 75 centígramos á 1 gramo, obra bien en las diarreas rebeldes á diversas medicaciones.

Sevestre dice, que empleó, con éxito, esta medicación en los niños, pero aproximando mucho la dosis, una cucharada de café cada 5 ó 10 minutos.

La diarrea de este modo se detiene en un día ó aún en menos. En las diarreas biliosas hay que emplear el bicarbonato de sosa hasta 1,25 por kilógramo de peso en las veinticuatro horas.

Hayem hace notar que, en efecto, en estos últimos casos, las deposiciones son muy ácidas, mientras que en la verde lo son poco ó nada.

En cuanto á la dosis del bicarbonato, ha visto en los adultos soportar dosis de 30 á 40 gramos por día.

Strophanto.

Mr. Snyers en *La Sociedad Médico-quirúrgica de Lieja*, expone los resultados obtenidos en la clínica de la Universidad, con el uso de este nuevo medicamento en las enfermedades del corazón. El strophanto posee una acción directa sobre las fibras musculares del corazón, aumentando la energía de la contracción. Bajo el punto de vista clínico, tiene la ventaja de no molestar las vías digestivas, y no presentar efectos de acumulación. Más de treinta enfermos fueron sometidos á su acción durante períodos que variaron de algunos dias á dos meses.

La acción sobre el pulso se manifiesta principalmente, en las lesiones valvulares, con cambios de compensación. La frecuencia del pulso disminuye, y su fuerza aumenta; la tensión arterial acrece, y el ritmo se hace más regular (en el primer día de la administración).

La *diuresis* es influenciada también de una manera notable: aumenta á veces, en algunos días, en 1,500 gramos. En algún raro caso, no ha servido el Strophanto; la digital y la cafeina, administradas en seguida, no produjeron efecto tampoco; se trataba en estos casos, de degeneración del músculo cardíaco. La preparación emplea-

da fué la tintura alcohólica. Se dió á la dosis de 20 á 50 gotas por día, en dosis de 10 gotas.

Protección á la infancia.

Las conclusiones del *Congreso proteccionista de la infancia*, que acaba de celebrarse en Cádiz, son las siguientes:

Beneficencia: Los tornos de las Inclusas deben estar únicamente abiertos en las horas de oficina, pasadas las cuales estarán cerrados.

No deberán ser entregados los niños á la lactancia mercenaria, sino sólo á las mujeres á las que se sospeche, son sus propias madres.

Las Diputaciones facilitarán medios á las familias pobres para el reconocimiento de los hijos ó protegidos.

Concederán premios á las nodrizas buenas.

Los Municipios concederán también premios á los matrimonios que adopten niños abandonados.

Se procurará no enviar á las Inclusas niños nacidos en los Hospitales.

Debe fomentarse la asistencia á las mismas escuelas de niños de familias pobres y ricas.

Se procurará la creación de sociedades de caridad materna, subvencionándolas, para crear salas-cunas y asilos de párvulos.

Se favorecerán las tutelas, las adopciones, los asilos y las colonias agrícolas.

Legislación: En los casos en que la ley de enjuiciamiento criminal prescribe la declaración previa del discernimiento de los niños mayores de nueve y menores de quince, deberán informar dos médicos y dos maestros de escuela.

A todo niño procesado que carezca de padre ó de tutor, debe nombrársele curador *ad litem*.

Se acepta el proyecto del Sr. Lastres, sobre penitenciarías de jóvenes, con algunas modificaciones.

Higiene: Las instituciones para la infancia, los asilos marítimos, las escuelas especiales y los asilos, deberán establecerse en regiones montañosas. Las inclusas deberán estar situadas en los extrarradios de las poblaciones.

Se hará una propaganda activa en favor de la lactancia materna.

Cuando el niño sea entregado á una nodriza para lactarlo en su propia casa, se procurará que la nodriza no lacte á la vez á otro niño.

Se declara obligatoria la vacunación y revacunación.

Se prohiben los trabajos de los niños hasta los trece años.

Educación: La enseñanza general será obligatoria y gratuita para ambos sexos.

Las escuelas primarias serán museos provistos de cuantos objetos estén al alcance de la inteligencia media de la infancia. Se formulará un programa universal de enseñanza, encargado á las eminencias pedagógicas y antropólogos, á fin de obtener un programa para el niño, en vez de buscar niños para el programa.

Se aumentará el sueldo á los profesores rurales, enviando maestros de méritos.

Los exámenes de segunda enseñanza superior, así como las operaciones, se harán por escrito; firmando los vocales de los tribunales las calificaciones merecidas.

Se concederá al examinado el derecho de alzada ante un tribunal de superior gerarquía intelectual.

En los programas para las escuelas de niñas se incluirá la ontología.

En las escuelas de artes y oficios para los niños, y en las normales se enseñarán antropología, pedagogía y música.

Habrá escuelas especiales en cada región, conforme á las necesidades industriales de la misma.

HIGIENE DE LOS NIÑOS.

Si un niño tose, aunque sea poco, es necesario mantenerle en igual y constante temperatura: no debe, pues, salir de una habitación: en caso contrario, un enfriamiento es muy fácil, y podría convertir, lo que quizá no era nada, en algo grave.

Cuanto de menor edad es el niño, tanto mayor cuidado es preciso tener en este precepto.

—Los padres deberán proveerse de un termómetro clínico. Con él sabrán siempre si el niño tiene fiebre, y podrán dar al médico datos ciertos respecto á ella. En todo caso, con el auxilio de este medio, podrán ayudar mucho al médico en la observación.

—Es muy frecuente que los padres administren por sí á los niños un purgante. No es tan inocente este medio en los niños, como generalmente se cree, y deben abstenerse hasta esperar el consejo médico. En cambio, las lavativas evacuantes, que pueden ser de agua clara, templada, están siempre exentas de daño.

DR. LLVAL.

TOMO II — ENTREGA 12ª — 15 DE JUNIO DE 1889.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

Medicina tradicional en acción.

En una gran capital se dió recientemente el caso siguiente: una persona querida de su familia, estimada por la buena sociedad que frecuentaba, y muy digna bajo todos aspectos de mejor suerte, artista consumada, anhelosa de conocer las delicias de la maternidad y de cumplir con sus severos deberes, llegó al momento tan deseado como temible, en el cual, el fruto de sus entrañas acariciado por el pensamiento durante nueve meses, mecido por el latido de su corazón durante el mismo tiempo, iba á pedir su libertad y pasar del santuario de la concepción á la tierna cuna de los brazos maternos.

Pero ese acontecimiento natural y fisiológico tiene sus tropiezos para los cuales el arte ofrece numerosos y seguros auxilios: se tardó en acudir á sus ministros, la bolsa de las aguas se rompió, y largas horas pasaron antes de que se ayudara á la niña á completar la evolución necesaria para su alumbramiento.

Cuando fué sacada artificialmente, todavía respiraba, pero había sufrido penosas y mortales compresiones durante las cuales su circulacion interrumpida no había refaccionado la ración de glóbulos para cada uno de sus tiernos órganos; apenas salida se hizo evidente la asfixia.

Sin calcular que para tales casos, la naturaleza tiene preparada la trasfusión de una sangre nueva y viva, contenida en la placenta, se cortó inmediatamente el cordón, y ese fruto de tan dulces ilusiones, destinado á tan tiernas caricias, fué sometido á las maniobras terribles que acostumbran emplear en las Maternidades para revivir á los que tropiezan en su primer paso en la vida: todo fué inútil, tanto como cruel: la muerte que se hubiera conjurado si se deja unos cuantos segundos á la recién nacida en comunicacion con su madre, recibiendo la sangre que la naturaleza le tenía reservada, se confirmó.

La placenta, turgente, tardó más en salir que si se hubiera vaciado fisiológicamente en la circulacion de la niña, y causó mayor dificultad y traumatismo.

Sin embargo, todo lo concerniente á las ventajas para el producto y para la madre que hay en no seccionar el cordón antes de que cese de latir, ha sido publicado en la capital en la cual pasaban estos acontecimientos, hace ya gran número de años.

Pero uno de los grandes sacerdotes llamado á auxiliar á la paciente, repugna todo lo nuevo y pretende que la tradición se debe seguir al pie de la letra, sean nocivas ó útiles sus prescripciones; cree que la práctica indicada como más favorable que es esperar que haya cesado de latir el cordón para cortarlo, es nueva, y la rechaza; sin embargo, en esa misma capital se han publicado datos históricos fehacientes, por los cuales se probó que la práctica más antigua prescribía que no se cortara nunca el cordón y se dejara primero salir la placenta antes de separar del cuerpo del niño nada que pudiera ser útil; así es que la práctica clásica hoy, en la capital aludida, no tiene la disculpa de la tradición, y resulta de un error cometido en la media edad y trasmitido por los catedráticos ignorantes de la tradición anterior, que era ciertamente más conforme á los requisitos de la naturaleza.

Si es evidente que la sección prematura del cordón, perjudicó gravemente á la niña, causando su muerte, á la madre, causando mayor dificultad para la salida de la placenta, no es dudoso que más vale volver á la práctica de Hipócrates y dejar á los recién nacidos en relación con su madre todo el tiempo necesario para que reciban la ración de sangre que en buen derecho les corresponde.

La muerte de una niña tan deseada, á tan elevado precio conseguida, influyó sobre la moral de esa pobre madre de un modo desastroso, y sabemos hoy cómo la moral fuertemente impresionada, hiere gravemente á los órganos del pensamiento, que son á la vez los reguladores de la vida.

Después de aflicción y decepción tan grandes, tan capaces de deprimir las fuerzas, ¿qué se hizo para compensar condiciones tan alarmantes? Dieta rigurosa y en lugar de tónicos, calomel, antipyrina, es decir destructores de la vitalidad ya tan com.

prometida por un trabajo demasiado dilatado y por una aflicción que por sí sola determina un desaliento mortal.

La acción del calomelano es hoy bien demarcada: disminuye la plasticidad de los tejidos en general, y por lo mismo se cree capaz de impedir la formación de induraciones, derrames y depósitos; pero una observación más atenta pronto demostrará que tales virtudes no le corresponden, mientras se verá más evidentemente sus gravísimos defectos.

Se le atribuye la virtud de ser un derivativo de la inflamación sobre el tubo digestivo y á la vez un antiséptico poderoso; pero si se fija más la atención, se verá que su derivación tiene graves inconvenientes en casos análogos al aludido, porque causa mayor debilidad cuando tanto importaría el pronto restablecimiento de las fuerzas gastadas y destruídas por un cúmulo de causas depresivas.

La acción localizada al tubo digestivo, es nociva porque determina una exageración en sus secreciones, produciendo un desperdicio de elementos vitales y una mayor dificultad para la nutrición y reparación de las fuerzas agotadas.

Que las preparaciones mercuriales no son buenos antisépticos, lo demuestra el aliento de las personas en las cuales, su eliminacion por las glándulas salivares, da lugar á ulceraciones de la boca.

La aplicación del calomel para combatir unas flegmasías como las producidas en el curso de la fiebre llamada puerperal, es evidentemente contraproducente á la luz de la razón, cuando no está prevenida por la influencia de la costumbre y se guía por el sendero del sentido común, sin dejarse arrastrar por desapiadada rutina.

Testigos oculares refieren, que la temperatura en la enferma aludida tuvo grandes oscilaciones: á veces debidas á la antipiryna, ciertamente dada á dosis exageradas, es decir, capaces de contribuir poderosamente para la destrucción de las fuerzas de la paciente.

Tales maniobras fundadas en las tradiciones de escuela, pero no en los conocimientos de la ciencia de hoy, explican y disculpan la falta que cometen los deudos de los enfermos cuando dejan perder un tiempo precioso antes de determinarse á ra llamar al médico.

Cuánto mejor fuera, que al contrario, no se viera iniciado el menor padecimiento sin acudir desde luego á quien tanto puede, precisamente al principio de los padecimientos.

Si se supiera, que el médico es el ayudante de la naturaleza, el fiel guardián de sus leyes, el que sabe tenderle una mano oportuna en los tropiezos más leves que pudieran tener consecuencias fatales por falta de atención oportuna, no se esperaría tanto para llamarlo en auxilio de quienes sufren. Su papel sería más bello, más noble, y la humanidad entera tendrá que felicitarse cuando sea mejor comprendido.

Estas consideraciones, demasiado importantes, son la disculpa de quienes deseosos de elevar la misión del médico, de hacerla á la vez que más noble más útil, se toman la libertad de comparar lo que se hace según la tradición clásica con lo que se deberá hacer cuando se sacuda el yugo de la rutina para no obedecer más que á la razón, guiada por la ciencia experimental.

Entonces, en un caso análogo al que referimos, se evitará la pérdida del tiempo, se dará á la paciente, para ponerla al abrigo del cansancio uterino y hacer las contracciones más eficaces, el rey de los tónicos, el arseniato de estricnina. Si á la vez que las contracciones expulsivas son débiles y desordenadas, las fibras circulares del cuello presentan exagerada resistencia, unos cuantos gránulos de hyosciamina, podrán remediar á tal inconveniente.

Vaciadas las aguas, no se dejarán pasar más de 4 ó 6 horas sin intervenir; sacado el fruto si no ha podido salir sólo, no se separará de su madre hasta que haya cesado todo latido en el cordón que todavía lo une con ella.

Salido el producto de la concepción, se cuidará de que la retracción uterina siga rápida y completamente á la salida de la placenta y se sostenga hasta quedar reducida la cavidad en la cual pudieran represarse elementos de alteración fácil y rápida.

Para tal objeto, además del centeno tan conocido tenemos todavía el arseniato de estricnina, el cual, asociado con el tónico especial del útero y de las fibras circulares en general, aumenta su acción y la hace más sostenida, á la vez que reanima al conjunto del organismo despertando la vitalidad de sus centros.

A la vez que se evitará la persistencia de la cavidad uterina, se cuidará de dejar absolutamente aséptica la cavidad vaginal, de reparar en la vulva los desperfectos á veces inevitables, cuando la extracción del niño es artificial, porque cada solución de continuidad en los tejidos mortificados por la operación quirúrgica ó aun por la salida espontánea del niño puede ser el punto de partida de la infiltración é infección pútrida. Sabemos además, con qué facili-

dad se adhieren entre sí las partes divididas en tales circunstancias, cuando se suturan inmediatamente; aunque al ver có mo están triturados y desgarrados los tejidos, parezca pueril esperar su unión, la práctica demuestra que siempre que esté bien hecha é inmediatamente la sutura, se consigue éxito, tan plausible bajo todos aspectos.

Para la inflamación, el flogístico, declarado personaje imaginario por el más vulgarizado de los Diccionarios de medicina (Robin et Littré), la Escuela Oficial cuenta con el calomel, para la intermitencia de los accidentes que resultan de la lucha entre el organismo y los principios sépticos: habiendo momentos en los cuales, el primero se opone y otros en los cuales se declara vencido, usa las preparaciones de quinina, que tienen, ciertamente, en dosis moderadas, una acción tónica y favorable y aún una parasiticida útil; pero en dosis elevadas debilita demasiado la contracción cardíaca, hasta exponer á los pacientes debilitados á la muerte por asistolia que á veces sobreviene cuando parecen conjurados los accidentes sépticos é inflamatorios con gran perjuicio del pronóstico y de la reputación de los prácticos.

Contra el dolor que suele indicar los puntos en los cuales la septicemia prepara sus focos, emplea los revulsivos y muy á menudo los vejigatorios, con cantáridas, sin recordar que este agente de vesicación, absorbido, obra sobre el riñón de un modo peligroso, determinando una nefritis que lo hace menos permeable y menos apto para cumplir con su misión eliminadora de los elementos nocivos introducidos en la circulación por la septicemia; á la vejiga perjudica también la orina cargada con cantaridina; da lugar á padecimientos crueles que vienen á agregar su funesta influencia al conjunto de sufrimientos producidos por la fiebre puerperal.

Para el exceso del calórico, marcado por el termómetro, la Escuela Oficial ha adoptado la antipyrina, agente en efecto defervescente, pero lo emplea como la quinina en dosis exageradas: en el caso al cual nos referimos, se dice que hubo, bajo la influencia de la antipyrina, bajas en el termómetro de 3 grados centesimales en pocos momentos; sin que sepamos porqué maravilloso mecanismo este agente químico produce efecto tan brusco, no es posible dudar de que tales efectos son peligrosos, porque sabemos que los procedimientos vitales no admiten cambios tan repentinos sin peligro para su conservación. La antipyrina es un agente útil, empleado con la debida prudencia: es decir, dado en corta cantidad y hasta efecto, sin correr el riesgo de pasarse del efecto conveniente. Asociada con la estricnina, deja de ser hypostenizante, asociada con veratrina y aconitina, se necesita darla en menos cantidad y no se corre riesgo de darla en exceso y de producir sus funestos efectos.

La antipyrina asociada á la gelsemina es analgésica de un modo evidente y haría inútiles las aplicaciones cáusticas que á veces tienen tan vituperables consecuencias, como lo acabamos de ver.

La Medicina Científica, de acuerdo con el Diccionario de Robin et Littré, desconoce á la personalidad llamada flogístico, cree que ese fantasma contra el cual la Escuela Oficial esgrime sus armas terribles, sobre todo, para los pacientes, pero no para un enemigo imaginario, no existe.

Considera á la inflamación como á un fenómeno propio de una vida perturbada en su innervación, sensibilidad y calorificación; en consecuencia, se dirige á los centros de innervación de la sensibilidad y de la calorificación; para llegar á estos centros tiene las vías naturales de absorción de bebidas y alimentos, y si el caso urge, tiene la vía hypodérmica, mediante la cual se hace más segura y más rápida la introducción de los agentes destinados á restablecer la innervacion, la sensibilidad y la calorificación.

Cuán diferente es el papel del médico científico, dirigiendo al organismo hacia su restablecimiento por medios proporcionados á su exquisita sensibilidad, á su maravillosa complicación, moderando sus reacciones exageradas, cerrando las puertas á la introducción de elementos nocivos, listos para aprovechar su debilitación, ayudando á su eliminación cuando están en la plaza, neutralizando sus efectos cuando ya se han producido; cuán diferente es ese papel del de práctico ortodoxo, que sobre la fe de sus maestros, de los siglos pasados, ve en el enfermo á un desgraciado presa de un monstruo que se trata de matar, como los chinos, cuando hay eclipse, creen que la luna es presa de un dragón que es preciso ahuyentar.

¿Hay inflamación? es el flogístico que se ha apoderado del sugeto; vamos á atacarlo con tanto vigor que huirá, dicen los médicos ortodoxos; y quitan sangre y serosidad; y destruyen resistencias de tal modo que, enfermos capaces de sanar solos, sev en en mayor peligro á consecuencia de los métodos alterantes y antiflogísticos.

A veces sucede que el sentido común y el instinto de la propia conservación, los

hace llamar á su auxilio homeópatas, brujos ó charlatanes, quienes con suprimir el tratamiento nocivo, les prestan un verdadero servicio y cosechan laureles con mengua de la ciencia oficial.

El método antiflogístico, así como el antipútrido, eran muy ampliamente usados en la escuela práctica de París, cuando el profesor de obstetricia era el barón Paul Dubois, y lo hemos visto llorar de impotencia cuando veía morir á todas las enfermas que entraban en la clínica en ciertas épocas, no habiendo á veces una sola que escapara; se tomaba entonces la cruel providencia de cerrar las salas de partos por algunos meses, ¿qué mayor prueba podían tener de la ineficacia de los antiflogísticos: calomel y quinina, sangrías y sanguijuelas?

Sin embargo, todavía hay prácticos que persisten en creer que hay flogístico y método apropiado para combatirlo, y se sorprenden de que los pobres campesinos crean en los duendes y otros seres fantásticos.

La medicina tradicional tiene el inconveniente de impedir el estudio á sus adeptos: admiten la palabra del maestro sin examinarla, y muy á menudo es la palabra de maestros que no tuvieron para formular sus opiniones los elementos que hoy nos proporcionan las ciencias; pero con decirse que tal y tal autores prescriben tales y cuales métodos, hoy absolutamente infundados, tranquilizan su conciencia y creen haber cumplido su deber.

Cerca de la enferma, que ha dado lugar á estas reflexiones, hubo personas que han tenido ocasión de conocer y aprovechar la eficacia de la medicina científica y quisieron que fueran llamados representantes suyos; los maestros que aceptaban la responsabilidad de seguir métodos dignos de pasar al archivo de los errores humanos, dijeron que no había necesidad de su intervención, y pocos momentos después, la indiscreta muerte les daba un mentís que hubieran podido evitar si con tiempo hubieran acudido á los recursos de la verdadera ciencia.

FÉNÉLON.

Dosimetría en acción.

Hace pocos días un joven de nacionalidad española, de constitución débil, fué atacado por el tifo exantemático confluente; los accidentes fueron tan graves, que desde luego se desesperó de su posible salvación.

Varias juntas hubo para declarar la gravedad suma. Como el paciente estaba en una casa de comercio importante, en donde son numerosos los empleados, se consideró conveniente trasportarlo á una Quinta de Salud para evitar el mal efecto que hiciera su fallecimiento en la casa en la cual estaba y se pensó en la Quinta de la Sociedad de Beneficencia francesa.

Allí la gravedad se hizo mayor, las temperaturas elevadas cedían á los defervescentes, pero pronto volvían á la misma altura, complicándose con accidentes convulsivos, casi tetánicos.

Una junta habida para conciliar todos los elementos debidos, agregó á los defervescentes dosimétricos la aplicación de baños fríos, la cual fué evidentemente favorable en cuanto á que ayudó á mantener la temperatura menos elevada, pero los accidentes convulsivos persistían, y como se acompañaban de una postración suma de fuerzas, y el enfermo se iba resistiendo á admitir los gránulos por la boca, escupiéndolos ó vomitándolos, se le fueron ministrando gránulos de arseniato de estricnina por la vía hypodérmica.

La señora Directora del Hospital, notaba que después de tal inyección había momentos de calma; se fueron repitiendo, llegando paulatinamente á introducir cincuenta gránulos al día, de á medio milígramo; es decir, dos centígramos y medio; hasta esta dosis, fué cuando cesaron las convulsiones y quedó establecida la convalecencia, pudiendo volver al uso de los gránulos por la boca y disminuyendo rápidamente la dosis empleada.

¿Es creible que con tártaro ó cualquiera otro hypostenizante se hubiera conseguido: primero hacer soportar una enfermedad gravísima por un sugeto que parecía dotado de resistencia mínima; y segundo, dominar accidentes tan graves, tan capaces de gastar á una organización, robusta si lo hubiera sido, como lo eran aquellas convulsiones tetánicas que duraron más de seis días?

Si la estricnina en alta dosis fué capáz de tan satisfactorio éxito, ¿cómo creer que agentes medicamentosos absolutamente opuestos en su acción, no hubieran tenido efectos desastrosos? y si la Escuela Oficial prescribe estos últimos ¿cómo no admitir que debe reformar sus preceptos para ponerse al nivel de los conocimientos modernos, ó cuando menos, considerar con alguna atención á quienes se esfuerzan en encontrar métodos más racionales que los usados hasta hace poco?

Una joven de veinte años, cayó enferma con calentura de 41°, llegó á 41°5; raquialgía, vómitos frecuentes; tales síntomas anunciaban una viruela grave, y en efecto, á las pocas horas, el cuerpo parecía haber sido sumergido en agua caliente y en medio de placas erytematosas extensas se percibían ya papulas confluentes.

Como los prodromos habían sido alarmantes, que la erupción se anunciaba temible por su confluencia, se instituyó el tratamiento adecuado con toda la energía debida: veratrina, aconitina, antipyrina, un gránulo cada media hora; cuando pasara la temperatura de 38° y cada cuarto de hora cuando pasara de 40°, arseniato de estricnina 1 gránulo cada hora, sulfuro de calcium 4 por hora.

Los accidentes al parecer invencibles se modificaron, el *rasch* se moderó, la erupción confluente se hizo pequeña, la supuración fué moderada y la salud se consiguió en ocho días; en los momentos del delirio del período de invasión, se rehusó la enferma á tomar los gránulos, entonces se disolvieron en leche y se le ministraron en junto por la boca, haciéndole alguna violencia y otra parte por la vía rectal, temiendo que por la vía hypodérmica hubiera algunas escaras que se atribuirían á la aplicación de los medicamentos.

A estos medios dosimétricos se agregaron baños fuertemente salados, como antisépticos, á los cuales se puede atribuir gran de efecto para contener el desorrollo de las pústulas y por consecuencia el peligro de la infección durante el período de supuración.

Un hecho digno de atención es que, en las extremidades de los dedos se desarrollaron unas pústulas en las cuales se derramó alguna sangre, dando idea de que fácilmente hubiera sido la viruela hemorrágica si no se hubiera atendido con tanta energía y oportunidad.

No se empleó ni calomel, ni opio, ni quinina, bajo ninguna forma; el *flogístico* debido al virus de la viruela cedió al uso, *larga mano*, del sulfuro de calcio al interior, y del cloruro de sodio al exterior mediante los baños tibios, en los cuales, permanecía la enferma de 15 á 20 minutos.

La estricnina sostuvo sus fuerzas; aconitina, veratrina, digitalina, moderaron el calórico regularizando la circulación y facilitando la excreción urinaria. Sedlitz impidió el atacamiento intestinal y la acumulación de la fecina pútrida.

FÉNÉLON.

NOTA.—Se ha dicho que la Dosimetría es un método absolutamente contrario al clásico; puede ser verdadera esta proposición, pero entonces, uno de los dos es malo, importa mucho saber cuál será; los dosímetras buscan la discusión, la provocan, es prueba de que creen tener la razón; por su lado los clásicos la huyen vergonzosamente; seanos permitido creer que es porque no cuentan con su apoyo.

J. F. F.

La digestión del niño.

"Toda la economía digiere por el estómago," ha dicho un insigne fisiologista de Montpellier. He aquí la causa de la considerable importancia que posee el tema de que al presente vamos á ocuparnos. Si en el adulto es esto aforismo una verdad, en el niño, en que toda su vida está concentrada en su tubo digestivo, adquiere aquel las condiciones de la evidencia. Veamos, pués, cuáles son las ideas reinantes en la ciencia sobre este ramo importantísimo.

La leche tomada directamente del seno materno por los labios del niño, no sufre en la boca de este otro cambio, que su mezcla con la saliva y las bacterias domiciliadas en dicho sitio; éstas deben su nacimiento á los procesos micósicos del canal digestivo.

La primera alteración que la leche soporta al llegar al estómago, es la coagulación producida por el *cuajo* [1] (*présure* en

1 En general el jugo gástrico contiene materias albuminoídeas distintas que pueden referirse á tres variedades; dos fermentos y una sustancia que no posee virtudes específicas fermentecibles, llamada albuminosa. Ambos fermentos no son organizados ni animados, pero son suministrados por órganos, las glándulas del jugo gástrico, tienen analogía con el fermento que secreta la levadura de cerveza que trasforma el azúcar de caña en alcohol.

Los fermentos del jugo gástrico difieren, según los animales, las edades, el estado de salud ó de inminencia morbosa; son ellos de naturaleza distinta. El primero es el *cuajo* ó el fermento de coagulación y que, como lo indica su nombre, sirve para la coagulación de la caseina de la leche, por lo que abunda en los animales mamíferos jóvenes. Se le extrae del *cuajar* del ternero.

El segundo fermento es de disolución, la pepsina. Con la intervención de un líquido ligeramente acídulo disuelve los albuminoídeos coagulados ó por la cocción ó por el *cuajo*. Ambos fermentos tienen acciones independientes; cuando el uno agota la suya, el otro subsiste y puede ser utilizado.

La pepsina, según Boudault, se obtiene pura (pues es muy alterable y de conservación difícil) vaciando el cuajar de cordero, lavándolo rápidamente y desgarrando su membrana interna por medio de frotaciones rudas con escobillas. Se macera esta pulpa que resulta en agua á 15° c.; se le pone una tela y se agrega al líquido una solución neutra de acetato de plomo. El precipitado que se forma es abundante, se decanta el líquido que sobrenada y se le

francés y *lab* en alemán), observación hecha é interpretada primorosamente por nuestro amigo Randnitz. Este efecto del cuajo se verifica más ó menos pronto, según la concentración y alcalinidad de la leche humana, pero en todas circunstancias y en copos más finos que cuando obra sobre la leche de vaca.

Otra alteración fácil de constar, es la edificación proveniente al principio del ácido láctico, y más tarde del clorhídrico existente en el jugo gástrico, al estado libre. Al punto que el contenido estomacal ha alcanzado la suficiente acidez, comienza la digestión de la caseina por el fermento *pepsina* indicado en el estómago de los recién nacidos por Zweifel y Harmmarsten. Según los últimos ensayos, se verifica en este proceso digestivo la división de la caseina en una sustancia albuminoídea *globular* que, pasando por varios estados intermediarios, se trasforma definitivamente en *peptona*, y en un cuerpo resistente á la digestión por la pepsina y *trypsina*, que contiene ácido fósforico. Este cuerpo ha sido designado por Lubovín *nucleina*, por su analogía á una sustancia procedente de núcleos de células. Este cuerpo es el único que contiene el hierro en combinación, siendo, sin duda, en el canal intestinal absorbido, porque no se presenta en las heces fecales.

Desgraciadamente ignoramos, en esta importantísima cuestión, hasta dónde se realizan estos fenómenos digestivos en el estómago infantil, si el proceso que sufre la caseina lo experimenta en todo ó en su mayor parte. Las investigaciones en los adultos y en los animales daban antes una gran significación á la digestión de la caseina en el estómago, así como á la de todas las sustancias albuminoídeas; pero en los niños es otra cosa; la constitución anatómica y mecánica de su estómago, la permanencia más breve ahí de la leche, el grado imperfecto de desarrollo de sus glándulas pépsicas; y la formación, por consiguiente, más reducida de fermentos, hacen presumir que la asimilación y absorción sean menos activos en el estómago que en el intestino. En comprobación de este pensamiento, viene el hecho clínico que en los estados morbosos aislados del estómago, la nutrición de los pacientes queda casi inalterable, con deposiciones que indican buena digestión.

El estómago del niño es pequeño, oblicuo de arriba á abajo y de izquierda á derecha; sus curvaturas son imperceptibles, el *fundus* no existe. Cuanto más joven es el niño, tanto más estos caracteres son acentuados, y más la función digestiva intestinal predomina sobre la estomacal. Por esto se compara la digestión del niño á la de los perros y conejos, cuyos estómagos son como la antecámara que sirve para coagular la leche, enviándola entonces en pequeñas porciones al intestino para ser absorbida. Según Hofmeister, la fuerza de reabsorción de la mucosa estomacal, es con mucho superada por la intestinal.

Por tanto, debemos aceptar que la mayor parte de la caseina y toda la mantequilla pasan al través del píloro casi inalterables, para sufrir allí el efecto de la secreción intestinal y del hígado. Ya el páncreas, algo crecido, secreta en regular cantidad su jugo y es superior éste á la pepsina en acción digestiva. Nuevos ensayos han establecido persuasivamente que una parte de las materias albuminoídeas puede ser recibida por el organismo infantil y del adulto sin pasar por esta trasformación. ¿Cuánto más grande no será la fuerza de absorción de la mucosa rica en vasos del intestino delgado del niño que la del adulto, cuando hasta la mucosa del intestino grueso puede absorber la albúmina al estado natural? Sin duda que es absolutamente necesario para la disolución de la caseina coagulada una reacción alcalina; sin embargo, algunos han encontrado el contenido intestinal con reacción ácida; pues si se hace un corte trasversal del intestino lleno de materias alimenticias, la reacción nunca es igual en todas partes; en la periferia donde ya ha comenzado la absorción, es aquella alcalina por la secreción intestinal siempre alcalina, de modo que tal observación no es un contrasentido.

Para la absorción de las grasas, la bilis [1] es de gran importancia; de igual mé-

cambia dos veces por agua; se le diluye por última vez y se hace pasar una corriente de ácido sulfúrico en exceso.

Se distribuye el líquido y precipitado negro sobre gran número de filtros y se evopora á sequedad el líquido á medida que filtra sobre platos á una temperatura de menos de 15° c.

Se levanta el resíduo con un cuchillo flexible; es la *pepsina*.

1 M. Dastre ha estudiado el papel de la bilis en la digestión de las grasas por medio de la operación de la fístula colecyto-intestinal. Este autor demuestra que la presencia de la bilis en el estómago no dificulta la digestión gástrica, ni precipita las peptonas. Esta aseveración está justificada por la observación en los animales á los que se inyecta bilis en sus estómagos por medio de una sonda exofágica. Pero, ¿cuál es el papel de esta sustancia? Dastre hace verter la bilis en sus operaciones sobre el perro, en el intestino delgado en vez de hacerlo en el duodeno como normalmente; él liga el canal colédoco y comunica la vesícula biliar con el intestino. Dos perros así operados han vivido perfectamente cuatro meses. Un día han sido sacrificados en plena digestión después de una abundante comida de carne, grasa y leche. El examen del abdomen, hecho inmediatamente, muestra con claridad que los quí-

rito es la circulación fácil de la linfa, y las heces grasosas son para las tabes mesentéricas igualmente características que la obstrucción de los conductos biliares. Sobre el mecanismo de la absorción de las grasas, existen opiniones encontradas. Una emulsión de las neutras contenidas en la alimentación, tiene lugar por el fermento pancreático en cierto límite; el resto, en su mayor parte, es absorbido por naturaleza.

La absorción de los elementos solubles de la leche, sobre todo el azúcar, se verifica en el estómago, su ulterior modificación, según las leyes de la difusión. Las alimentaciones fermenticibles del canal intestinal, el nacimiento de gases anormales, el ácido láctico y otros productos solubles en el éter, hacen sin duda que, durante el acto digestivo, el azúcar existe en el intestino delgado y en trozos hasta la válvula ileo-cecal. El azúcar de leche debe ser digerida antes de su absorción, es decir, cambiada en galactosa, otra especie de azúcar si no es expulsada por el vómito sin alteración.

Este se hace por medio de otro fermento que se encuentra en la mucosa del intestino delgado, según Dastre; el jugo gástrico se manifiesta sin efecto contra dicho producto. La absorción la hacen los vasos sanguíneos, tan rápida y completamente que no importan la diarrea ni grandes trasudaciones en el intestino.

Respecto á la influencia, tan discutida últimamente, de las bacterias en el proceso digestivo, creemos que en los niños de pecho no juegan gran papel digestivo, y que un daño especial sobre la caseina, pudiendo trasformarla en micoproteina ú otros productos de descomposición, no debe temerse. Como razones se dan la falta de materias putrefactas albuminoídeas en las heces, la distribución numérica de las bacterias en el intestino, las pequeñas exigencias de las materias azoadas de los mismos, la rápida absorción de la caseina y la resistencia de esta á la destrucción microbiótica. Podemos agregar aún, que en la coexistencia del azúcar y caseina, ésta protege á aquel de la destrucción mencionada. Por otra parte, Müller ha indicado que en los individuos sometidos á la abstinencia, tienen lugar procesos de la putrefacción intensos á costa de los albuminoídeos destructibles de la secreción intestinal. La acción de las bacterias sobre los restos de alimentos, se limitan más bien á hacer fermentar una pequeña parte de la lactina, trasformándola en ácido láctico, ácido carbónico é hidrógeno. Los últimos forman los solos componentes de los gases intestinales en alimentación láctea. El ácido láctico existe normalmente en las deposiciones de los mamones.

En la cuestión del resultado del proceso digestivo y absorción, estamos más al corriente que en la digestión estomacal. El producto final de la digestión intestinal, las heces del niño, han sido objeto de particular interés y su composición es ya conocida. Sin duda faltan ensayos químicos de las diversas secciones del canal digestivo; solamente debemos aceptar, después de la anterior exposición, que la disolución y absorción de la caseina, la mantequilla y suero, se verifica activamente en las partes superiores del intestino delgado, de modo que, al llegar el quimo al intestino grueso, ya se ha absorbido lo esencial. Las alteraciones que experimenta aquel en su marcha por éste, son; diminución del agua, agregación de mucosidades secretadas por el intestino, pequeña absorción de materias albuminoídeas y sales, y una división fisiológicamente insignificante de las grasas.

En cuanto á las sustancias albuminoídeas de la leche humana, Wegscheider sostiene que todas llegan á la absorción. Se objeta que en las heces aparecen gran número de materias azoadas, gran cantidad de bacterias y trazas de peptonas y cuerpos solubles; á esto se contesta que ellas proceden más bien de las secreciones intestinales. No se trata aquí sino de la digestión normal de la cantidad necesaria como alimento, pero cuando hay exceso de ingesta, es natural que aparezca la caseina en abundancia en las heces.

Otra cosa pasa con las grasas. Parece que la cantidad de estas sustancias contenidas en la leche sobrepuja á la capacidad absorbente del intestino, y por tanto, una porción no escasa de ellas se presenta en las deposiciones. En los niños de pecho la apreciación de esta sustancia cuantitativamente es difícil por el defectuoso control del ingesta y del contenido en la secreción intestinal, aun valiéndose del éter como disolvente. Las grasas de las heces varían entre 9 y 52 por ciento. Es necesario contar las grasas neutras, los ácidos grasos y los jabones.

líferos están transparentes entre el estómago y la fístula, es decir, que las grasas no habían sido absorbidas en el trayecto intestinal en que el jugo pancreático obraba sólo sobre ellas. Mientras que los quilíferos situados después de la fístula estaban blancos, opacos, lechosos, por haber recibido ya las grasas la acción de la bilis. Es, pues, bien probable que en el vivo el jugo pancreático sólo es incapaz de digerir las grasas. Las experiencias de Claudio Bernard en los conejos prueban á su vez que la bilis sola es incapaz de emulsionar las grasas. Luego la unión de ambos jugos es indispensable para obtener este resultado.

Sobre la absorción de la lactina están de acuerdo todos los autores para no encontrar en las heces más que una serie de productos de descomposición á ella referente en extracto etéreo, habiéndose hecho su absorción casi completa. Las cenizas dan un 6-10 por ciento, materias extrañas.

Resumiendo los puntos más importantes sobre la materia, tenemos:

1º Al llegar la leche al estómago infantil se coagula bajo la influencia del fermento *cuajo*, y comienza la absorción del suero y la digestión de las sustancias albuminoídeas.

2º Después de corta permanencia pasa aquella, así modificada en pequeñas porciones, al intestino delgado, en donde tiene lugar el acto digestivo más importante: absorción del azúcar y caseina completamento, la de las sales y la de las grasas en cierta proporción.

3º Con excepción de los restos alimenticios, se componen las heces del niño de secreciones intestinales igualmente que las de los abstinentes.

4º La absorción de la albúmina de la leche humana es completa y precede á la absorción de la caseina, á cuya unión se atribuye más importancia que á la de la mantequilla para favorecer la digestión de todos los elementos de la leche.

Ahora bien, si entramos en la consideración de la digestión de la leche de vaca, tropezaremos con escasez de especiales experiencias en el niño, con preocupaciones arraigadas y opiniones encontradas; así que, puede decirse sin exageración, que en punto alguno pediátrico, reina más confusión y variedad de opiniones entre los médicos que sobre la manera, ventajas y peligros de la alimentación del niño con leche de vaca. Lo primero que observamos cuando esta leche llega al estómago infantil son coágulos de tamaño y mucho más duros que los que forma la leche humana. Cuando aquella se da cocida se coagula en copos más finos que la cruda, por lo que debe recomendarse encarecidamente esta medida. La disolución con agua importa poco para el efecto. Su coagulación se verifica en... 5-10 minutos después de llegada la leche al estómago, sin aumento sensible de acidez y sólo por la acción del cuajo. No es inverosímil pensar que el estómago infantil posee en más cantidad que el adulto este fermento de coagulación. Estos coágulos permanecen más tiempo en el estómago que los de leche humana y en el intestino produce procesos de fermentación frecuentes.

La forma y composición de las heces han sido bien estudiadas. En general, estas son masas de desigual consistencia, de color amarillo pálido, reacción y olor ácidos. Sin embargo, Uffelmann ha encontrado con sorpresa, en niños alimentados artificialmente, las heces con reacción neutra. En niños muy jóvenes y estíticos, que toman leche sin discreción, las deposiciones son voluminosas, de amarillo claro, cubiertas de moco, de forma homogénea y finalmente granulada, oliendo desagradablemente. La cantidad de materias fecales que da la leche de vaca es cerca de 10 veces más que la de la leche humana. La composición de ellas verificada en una serie de experimentos, es:

	Heces de leche de vaca.		Heces de leche humana.	
Agua	84.5	0/0	86	0/0
Sustancias secas	15.05	"	15	"
Materias azoadas	4.18	"	7	"
Caseina	0.86	"	0	"
Extracto de éter	22.29	"	20-50	"
Azúcar	0.	"	0	"
Cenizas	27.56	"	6	"

Las materias secas contienen gran cantidad de carbonatos. Las grasas de las heces tienen un punto de fusión más elevado que las ingeridas con la leche.

La observación microscópica muestra globulillos puntiformes que reflejan la luz, homogéneos y claros, con numerosas masas de forma angular irregular, de superficie en facetas. Como lo indica Müller, se componen las últimas de jabones calcáreos insolubles, lo que puede comprobarse colocando sobre ellas una gota de ácido sulfúrico concentrado y calentándolas. Se desarrolla entonces viva efervescencia, se disuelven los elementos de la ceniza y las partes orgánicas toman coloración bruna. Bajo el microscopio se ven gotas de ácidos grasos de color rosa. En las deposiciones como queso blando de niños atróficos se comprueba por medio de la reacción antedicha la presencia en masa de grasa (hasta 60 por ciento).

Veamos ahora el punto más importante, la utilización completa de la caseina. Si se considera que el niño criado artificialmente recibe diariamente un litro de leche de vaca con 5.54 gr. de N. 34.64 gr. de albúmina, mientras otro del mismo peso criado naturalmente recibe sólo 774 gr. con 12.93 gr. caseina, se verá á qué extraordinario trabajo es sometido el intestino del primero. Además el niño utiliza el 93.79 por ciento de materias azoadas ingeridas y el adulto sólo 89 por ciento. Pero como diji-

mos en el análisis de las heces, es inadmisible atribuir el total de las materias azoadas expelidas á la caseina indigesta, y debe cargarse más bien á cuenta de los cambios secretorios intestinales, elementos biliares ó productos de división de los albuminoídeos. Si aún se considera la pérdida de caseina por la destrucción bacteriológica, que nos permite pensar en la reacción alcalina y las vegetaciones bactéricas diversas, tendremos que se utiliza el 99 por ciento de la caseina.

Forster no ha encontrado en las heces de su hijito ni albúminas ni azúcar. Uffelmann encontró en niños de tres semanas, alimentados con leche de vaca, un consumo de la caseina ingerida equivalente al 98.2 por ciento; en uno de seis semanas, 99.4 por ciento. Por lo que parece que el niño, cuando se aprovecha de la alimentación artificial, progresa rápidamente.

Cuando en las deposiciones de niños normalmente dotados y alimentados con leche de vaca se encuentran sustancias similares á la caseina, dependen éstas más del recargo de alimentos recibidos que de insuficiencia del canal intestinal infantil para la digestión.

La rápida y general aceptación que tiene el hecho de la indigestibilidad y malignidad de la leche de vaca se funda más en improbadas razones que en una explicación científica sacada de las diferencias que presentan las alimentaciones naturales y artificiales. Este estado dudoso ha dado margen al estudio de la composición y de las leches humana y animal, y hoy estamos en situación de exponer una serie de diferencias entre ambas, muy útiles de saber, por supuesto, cuando se trata de lactancia. Tales son:

1º La diferencia de concentración de las materias nutritivas en ambas leches que en los empeños del mamanton por introducir en su estómago una cantidad determinada de líquido, lo conduce á tomar en exceso la leche de vaca (polifagia) y á sus malas consecuencias. La facilidad con que se saca del biberon y la impericia de la madre aumentan el mal efecto.

2º Si este defecto se subsana con la dilución de la leche de vaca, queda la diferencia de la composición y digestibilidad de los albuminoídeos, la reacción y los coágulos grandes y duros, así como la desconocida alteración que en sus elementos sufre la leche de vaca con la cocción.

3º La proporción de las materias hidrocarbonadas con las azoadas es otra que en la leche humana, y particularmente con la dilución de la de vaca tiene ésta menos mantequilla relativamente y, por tanto, según Biudert, esta falta perjudica á la forma de la coagulación y á la nutrición.

4º A consecuencias del recargo del intestino vienen alteraciones de la digestión crónicas, que preparan un buen terreno para las afecciones agudas, para el desarrollo de bacterias y fermentaciones con formación de productos amoniacales en las partes inferiores del canal digestivo; tanto más, cuanto que la falta relativa del azúcar disminuye la fuerza protectora contra la fermentación láctica.

5º El más importante defecto de la alimentación artificial es que la leche extraída de la vaca cae bajo la influencia de los fermentos, y que si no se toman muchas precauciones, sobre todo en verano, tendremos ya la leche alterada, ya mezclada con microbios nocivos que producirán alteraciones digestivas.

Todas estas circunstancias, unidas á la importancia del asunto, han impulsado á los experimentadores á buscar los medios de hacer practicable la alimentación artificial. Hasta hoy, poniendo en situación análoga las leches en cuestión, se ha obtenido esta verdad: los intestinos sensibles de los niños débiles y enfermizos no soportan la leche de vaca, pero sí los normalmente constituídos y sanos. Una salvedad habrá siempre que hacer á propósito de la estacion del año peligrosa para la alimención artificial, esa es el verano, por las razones ya indicadas. Esperamos que la bacteriología y el arte de la desinfección nos den las armas para defendernos de los infinitamente pequeños.

MAXIMO LATORRE.

MEMENTO
De Terapéutica Dosimétrica
—ó—
GUÍA DEL MÉDICO PRÁCTICO
EN EL EMPLEO DE ESTE MÉTODO DE TRATAMIENTO.

POR EL DR. BURGGRAEVE.

MEDICAMENTOS DOSIMETRICOS
Y
MEDICAMENTOS ALOPÁTICOS.

MEDICAMENTOS DOSIMÉTRICOS.
(Continúa.)

Los medicamentos activos (y con este nombre designamos las sustancias simples, únicas con las que puede contarse), tienen una acción general y una acción especial que el médico debe procurar aprovechar.

Dividiremos, pues, los modificadores dosimétricos en generales y especiales. Los unos obran sobre el tono general, los otros, sobre la sensibilidad y contractibilidad, sea animal, sea orgánica.

A.—Modificadores de la tonicidad orgánica.

Los órganos, para funcionar, tienen necesidad de tono, del cual depende su precisión como en un instrumento acorde. El medicamento que produce este tono, es decir, el acuerdo, puede ser llamado la *llave vital.* Es la estricnina, cuyo nombre ya indica su acción.

Estricnina (sulfato, arseniato).—Es el agente vital por excelencia. El médico debe, pues, hacer uso de él en todos los casos de angustia: debe usarlo al principio de las fiebres graves, durante el período de postración de las mismas; cuando principian las inflamaciones, amenazando congestionar los órganos; en las astenias, sean dolorosas ó convulsivas; siempre, en fin, que el pulso esté por debajo de la medida fisiológica. En las fiebres atáxicas, el arseniato de estricnina es un poderoso excitante de la vitalidad. En las infecciones miasmáticas, el mismo medicamento, combinado con el arseniato de quinina, evita los excesos. En cloro-anemia, combinado con el arseniato de hierro, disipa los espasmos y las convulsiones devolviendo á los organos su tono fisiológico y restableciendo la crasis sanguínea.

En las parálisis, la estricnina restablece la sensibilidad y la motilidad, á menos que haya un desorden orgánico irreparable (escleroma, ataxia muscular progresiva). La estricnina obra como la electricidad, es decir, por corrientes continuas ó interrumpidas.

En el primer caso, es menester administrarla repentinamente, con un cuarto ó media hora de intervalo, como en las enfermedades agudas, fébriles ó nerviosas, las pirexias, las flegmasías, las convulsiones tónicas ó tétanos.

Es preciso suponer, en este caso, una ruptura de equilibrio nervioso ó vascular. Se dará, pues, un gránulo de sulfato ó de arseniato de estricnina (según la naturaleza del agente morboso), cada cuarto de hora hasta el efecto deseado. Cuando á la vez hay espasmo y dolor, se añadirá la morfina y la hyosciamina. En el cólera indiano está indicado este tratamiento. Si el agente miasmático obra periódicamente, al arseniato de estricnina, se unirá el arseniato de quinina.

En las afecciones apiréticas, el tratamiento es el mismo, pero con más largos intervalos: una hora, dos horas. Del modo como se da la estricnina—dosimétricamente—no es de temer sobrevengan sacudidas ó descargas eléctricas que deben evitarse, porque dan lugar á un colapso, semejante al que tiene lugar después de las descargas físicas. La estricnina, de esta manera no produce jamás el envenenamiento. El médico puede, pues, administrarla con toda seguridad. En los niños se sustituirá la estricnina con la brucina.

B.—Medicamentos defervescentes.

Aconitina, veratrina, digitalina, cafeina.—Producen el descenso del pulso y del calor animal hasta la medida fisiológica; y convienen, por consiguiente, en todos lo casos de pirexia ó flogosis. El médico deb guiarse por su tacto ó por el termómetro. Toda temperatura que exceda los 37 centígrados con tendencia á elevarse gradualmente, debe ser combatida con la aconitina, la veratrina; y toda frecuencia del pulso que traspase las noventa pulsaciones por minuto, debe ser reprimida con la digitalina. Lo que á menudo hay en el fondo, en estos casos, es astenia, como lo prueba el desfallecimiento, el embotamiento y la blandura del pulso; convendrá, pues, combinar los defervescentes con los tónicos (estricnina). En las fiebres graves, por ejemplo, será altamente conveniente la aconitina y la estricnina, así como la digitalina y el arseniato de hierro. Se les administrará de cuarto en cuarto de hora hasta la defervescencia. Estos alcaloides, por su amargor, estimulan la acción gástrica y permiten que los enfermos puedan ser alimentados, lo que no deja de ser una gran ventaja. De este modo, al terminar la fiebre, es posible dar al enfermo un buen caldo y un vaso de vino generoso, como después de una gran fatiga, porque quien dice la fiebre, dice gasto exagerado de fuerzas vitales. El vulgo está en un error creyendo que la fiebre alimenta. Que el febricitante vive á expensas de su propia sustancia, lo prueba su rápido enflaquecimiento el cual resulta de la exagerada calorificación; por esto es necesario moderarla, y para obtenerlo, se emplea el arseniato de cafeina en la fiebre consuntiva y en las cefalalgias intensas.

C.—Medicamentos narcóticos.

Morfina, narceina, codeina.—Su efecto es calmar la acción nerviosa exagerada, y por tanto, el dolor y el espasmo. Al mismo tiempo rebajan la circulación cerebral

como en el sueño fisiológico. Por esto es necesario abstenerse de estos medicamentos cuando hay tendencia á las congestiones pasivas ó hipostasias; se les prescribirá en estos casos unidos á los tónicos. Se puede prescribir, pues, á la vez la estricnina y la morfina en las neuralgias agudas, un gránulo de cada uno de media en media hora hasta la sedación.

D.—Medicamentos antitetánicos.

Atropina, hyosciamina, daturina, cicutina. — Disipan estos medicamentos el espasmo tónico. Si es doloroso conviene añadirles la morfina, la codeina ó la narceina, un gránulo de cada uno, de cuarto en cuarto de hora, hasta la sedación.

Pudiendo ser el espasmo tónico el resultado de la ruptura del equilibrio fisiológico ó del antagonismo, se combinarán los antitetánicos con la estricnina cuando así sea. En el espasmo de los esfínteres en general: exofagismo, laringismo, angina estridulosa, cardialgia, histeralgia, cistalgia, etc., se hará bien en combinar la estricnina y la cicutina: un gránulo de cada uno de media en media hora.

E.—Medicamentos antiperiódicos.

Quinina (arseniato, sulfato, hidro-ferro-cianato). — Estos medicamentos dan tono á los vasos y se oponen así á la fiebre, que es un acto asténico ó subparalítico vascular y parenquimatoso. Siendo, de este modo, el miasma rechazado, y haciendo imposible una nueva inhalación. Así todavía estos medicamentos obran como éxito-motrices en las hemorragias capilares (hemoptisis, metrorragia), en las atonías, sobre todo uterinas, en las neuralgias disipando la congestión; en todos los casos, en fin, en que es necesario regularizar la circulación capilar. El hidro-ferro-cianato de quinina es por muchas razones un poderoso modificador del sistema nervioso y vascular; la combinación de la quinina, del hierro y del ácido cianhídrico, hace de él el calmante orgánico por excelencia. Se le propina con buen resultado al principio de las inflamaciones de las serosas, meningitis, peri y endo-carditis, pleuresía, peritonitis, metroperitonitis, etc. Una docena de gránulos son suficientes de ordinario para obtener la sedación; siendo, como son, os cilantes estas afecciones por su naturaleza, el equilibrio se restablece en poco tiempo.

F.—Medicamentos hemocrásicos.

Estos medicamentos ejercen su acción, ó sobre los glóbulos rojos de la sangre, ó sobre los glóbulos blancos.

1º *Medicamentos que obran sobre los glóbulos rojos. — Arseniato de hierro, de maganeso.* — Bajo la influencia de estos medicamentos, la sangre recobra en poco tiempo su color rutilante, y el número de glóbulos rojos aumenta en notable proporción. Son suficientes de diez á doce gránulos cada día (juntos). Como hay falta de vitalidad (anemia, cloro-anemia), es necesario añadir el modificador vital: la estricnina. Por esta razón es utilísimo emplear simultáneamente el arseniato de hierro y el arseniato de estricnina.

2º *Medicamentos que obran sobre los glóbulos blancos.—Yoduro de arsénico.*— Es la forma más favorable, como lo es el arseniato de hierro para los glóbulos rojos. Bajo la influencia del medicamento los glóbulos blancos adquieren un tinte rosado; y esto tiene lugar en los ganglios del mesenterio.

La medicación yodo-arsenical conviene, pues, en los casos de linfatismo. Está indicada sobre todo en los niños y en las jóvenes cloro-anémicas: tres, cuatro, ocho, diez gránulos cada día, según la edad.

Pero es necesario tener presente (en estos casos sobre todo) que hay atonía, y que es necesario dar el modificador vital, sea la estricnina, un gránulo de cada uno juntos.

G.—Medicamentos neurosténicos.

Valerianato de hierro, de quinina, de zinc, cianuro de zinc, bromuro de potasio.—El efecto que producen estos medicamentos es, sobre todo, moderar la movilidad nerviosa ó los espasmos clónicos. Los tres primeros se prescriben en las circunstancias siguientes: cuando hay cloro-anemia, periodicidad ó estado crónico permanente, como en el baile de San Vito, diez ó doce gránulos cada día. Frecuentemente hay necesidad de añadir la estricnina ó la hyosciamina.

El cianuro de zinc, se administra particularmente en la epilepsía, pero con una gran reserva, por la incertidumbre de los resultados. Lo mismo debemos decir del bromuro potásico, del cual se ha abusado tanto en estos últimos tiempos. Siendo incierta la causa de la enfermedad, debe serlo igualmente el tratamiento.

H.—Medicamentos anti-eretésicos.

Bromuro de alcanfor.— Influye sobre todo, en el organismo sexual, en las más grandes exageraciones que pueden producir

hasta el estado convulsivo tónico: eclampsia, hidrofobia. Como en estos casos hay generalmente una sensibilidad exagerada de la médula espinal, es necesario añadir la cicutina ó la hyosciamina: un gránulo de bromuro de alcanfor, otro de cicutina ó hyosciamina de cuarto en cuarto de hora hasta la sedación. En algunos casos convendrá añadir la estricnina, cuando amenaza la sofocación, como en las afecciones estridulosas en general.

I.—Medicamentos digestivos.

Quassina, jalapina, colocyntina, podofilina.— Estos medicamentos remedian la atonía del tubo intestinal, en la primera, segunda y tercera digestión. Favorecen las secreciones gastro-intestinales y provocan los movimientos peristálticos. La quassina obra sobre la primera y segunda digestión: estómago, duodeno, yeyuno. Se administra, pues, en las dispepsias atónicas, pero como á menudo en estos casos hay espasmo y dolor, es necesario unir la morfina, la hyosciamina, y aun la estricnina, un gránulo de cada uno en el momento de las comidas.

La jalápina y la colocyntina se administran contra la atonía del ciego y del cólon. Por esto es necesario que se tomen una hora después de las comidas.

La podofilina es un purgante que sustituye con ventaja los drásticos en las constipaciones habituales: un gránulo por la noche y otro por mañana (con las sales de Sedlitz como subcedáneo).

J.—Medicamentos anti-uréicos.

Acido benzoico, benzoato, de amoniaco, de sosa.— Estos medicamentos tienen la propiedad de trasformar el ácido úrico en ácido hippúrico soluble, y se oponen por consiguiente á la formación de arenillas, y también de los cálculos de esta sustancia. Se prescribe el ácido benzoico á la dosis de veinte gránulos cada día cuando las orinas son densas y deponen un sedimento rojo. Se activará la acción del medicamento con las sales de Sedlitz, de las cuales será imprescindible tomar una cucharada de las de café todas las mañanas en un gran vaso de agua, á fin de favorecer la diuresis.

El benzoato de amoniaco se prescribe en las fiebres atáxicas, no solamente contra la uremia, sino como estimulante. Las sales de Sedlitz por la mañana son en este caso también necesarias.

El benzoato de sosa conviene particularmente en el reumatismo gotoso, así como también en la gota, siempre con las sales de Sedlitz.

Como la gota implica á menudo una atonía de las vías digestivas, hay necesidad de prescribir la quassina y aún la estricnina.

K.—Medicamentos anti-blenorrágicos.

Piperina, cubebina. — Estos medicamentos obran por la modificacion que imprimen á las orinas, como lo hacen todas las piperáceas. Es necesario prescribirlas en dosis bastante elevadas; por lo menos veinte gránulos por día. Se favorecerá su acción con las sales de Sedlitz. Si hay erecciones se combinarán con el bromuro de alcanfor.

L.—Medicamentos anti-leucorréicos.

Ergotina, tanino.—La leucorrea se refiere generalmente á un infarto del útero, que es necesario combatir con la ergotina, al propio tiempo que se produce una acción astringente en los orificios glandulares de la vagina por medio del tanino, seis ú ocho gránulos por día de cada uno, con inyecciones frías. Pueden estas hacerse continuas por medio de un irrigador. Es necesario inspeccionar el cuello uterino y tocar las granulaciones con el sulfato de cobre.

M.—Medicamentos anti-raquíticos.

Hipofósfito de cal, de sosa.— Estos medicamentos son absorbidos para ir á formar parte integrante de los tejidos duros. Al mismo tiempo se prescribirá el hipofosfito de estricnina como modificador vital, un gránulo con cinco ó seis gránulos de hipofosfito de cal y de sosa, en el momento de los comidas. Si la naturaleza fría del temperamento lo exige, aceite de raya clarificado, y en caso de escorbuto, el jarabe anti-escorbútico yodado como auxiliar.

N.—Medicamentos anti-sifilíticos.

Yoduro mercúrico, yoduro mercurioso.—Estos medicamentos sustituyen las sales mercúricas, particularmente el sublimado corrosivo ó deuto-cloruro, que ha dado lugar á tantos envenenamientos. Siendo los yoduros muy solubles son fácilmente absorbidos y se oponen á la caquexia sifilítica. Son suficientes tres ó cuatro gránulos del primero y seis ú ocho del segundo. Por la mañana sales de Sedlitz.

O.—Medicamentos diuréticos.

Colchicina, *asparragina*, *digitalina*, *scilitina*, *elaterina*, *brionina*.—Estos medicamentos no fatigan los riñones como los diuréticos acuosos, que dan lugar frecuentemente á la albuminuria produciendo el empobrecimiento de la sangre (hidroemia) y presión en el sistema urinífero. Regla general, es necesario no abusar de la diuresis para no producir la nefritis granulosa ó albuminosa. Sucede á los riñones lo que á los pulmones cuando funcionan demasiado. Es más conveniente la exudación serosa en la mucosa intestinal por medio de las sales de Sedlitz. La colchicina, la digitalina, convienen particularmente en la diátesis gotosa, cuatro ó seis gránulos de colchicina y dos ó tres de digitalina con una hora de intervalo; el enfermo beberá lo menos posible; sin esto se produce una diuresis artificial. La digitalina y la colchicina obran igualmente contra la afección orgánica, que ha producido la hidropesía.

La scilitina conviene sobre todo en las hidropesías agudas, particularmente en la hidrartrosis, empleando al mismo tiempo lociones con el vinagre scilítico.

La elaterina puede darse en la gota, asociada á la morfina, cinco ó seis gránulos cada día y lo mismo la brionina.

P.—Medicamentos anti-dermatósicos.

Pueden dividirse en dos categorías: calmantes y antiparasitarios.

1º *Calmantes.*—*Cicutina, veratrina.*—Hacen desaparecer la irritación pruriginosa ó urente de la piel, porque es necesario no perder de vista que las dermatosis irritativas no tienen nada de específico. Cinco ó seis gránulos de cicutina y de veratrina por día y un régimen atemperante, con las sales de Sedlitz, hacen cesar estas irritaciones.

2º *Anti-parasitarios.*—Se trata de proto-organismos ó de organismos incompletos. Los primeros son el producto de exudaciones, como en el algodoncillo, la difteria, la costra láctea, etc. Se les destruye con el *sulfuro de calcio* al interior, seis ú ocho gránulos cada día y con toques con el ácido cítrico hasta que la superficie se presente rojiza.

Los parásitos completos de la piel, tales como el acarus, se destruyen con el aceite de trementina en fricciones. Los helmintos ó lombrices intestinales: ascárides, oxiuros, ceden ó la santonina, ocho ó diez gránulos cada día. La tenia se destruye con la kousina amorfa, diez ó doce gránulos cada día, y una emulsión de aceite de trementina ó de ricino al cuarto día.

Medicamentos alopáticos.

Comparemos ahora los medicamentos dosimétricos, tan simples, tan seguros, tan agradables para los enfermos, hasta el punto de no tener necesidad de interrumpir su régimen habitual, ni de la dieta como auxiliar, con las preparaciones alopáticas tan indigestas y tan inconstantes en su acción.

No pretendemos, sin embargo, rechazar todas las preparaciones alopáticas. El médico tendrá necesidad siempre de loochs, de infusiones, de misturas que empleará como medios accesorios. En la convalecencia de las enfermedades agudas, por ejemplo, no podrá prescindir del vino ó de los cocimientos de quina: en la diarrea escorbútica del mucílago de colombo, y del aceite de hígado de bacalao en la escrofulosis. De la misma manera también recurrirá á una poción etérea en la crisis nerviosa [1]. Pero para satisfacer indicaciones verdaderamente terapéuticas elegirá siempre medicamentos simples.

¿A cuántos inconvenientes y peligros nos exponen los medicamentos compuestos? No citaremos, por ejemplo, más que el jarabe de diacodión, del cual se hace entre el pueblo un tan deplorable abuso para acallar á los niños. ¿Cuántas veces esta preparación es causa de convulsiones y de un coma mortal, porque el opio es un medicamento complexo que contiene á la vez principios narcóticos y otros que producen convulsiones?

La infusión y el alcoholaturo de digital, han matado más enfermos que curado; no hay más que consultar las discusiones de las sociedades sabias donde la ropa sucia de la medicina se lava en familia (lo que no impide las indiscreciones). Esto mismo puede decirse de todas las plantas virosas. Afortunadamente la mayor parte de las veces se emplean plantas cultivadas: y decimos afortunadamente con relación al envenenamiento, porque lo que es la acción medicamentosa que se pretende con su administración, es nula; de suerte que si el enfermo no muere á consecuencia del remedio, muere de su enfermedad. Se concibe, pues, que el médico llegue á ser escéptico ó incrédulo, él sin embargo que tiene tanta necesidad de creer, porque creer es obrar y porque no le es permitido cruzar-

[1] Pueden reemplazarse estas pociones con perlas.

se de brazos ante la enfermedad. No nos ha sorprendido, pues, que nuestros compañeros nos hayan escrito: "Estábamos disgustados de la medicina y decididos á no hacer nada cuando la doctrina dosimétrica vino á animarnos y á despertar nuestro valor." Un médico que no tiene la esperanza de curar, es el más desgraciado de los hombres, porque se trata de lo más sagrado que hay en el mundo: la vida de sus semejantes. Recuérdese lo que era la medicina antes del descubrimiento de la quinina, cuando la más leve de todas las fiebres intermitentes exigía un celemín de quina. ¡Cuántas gastritis, gastro-enteritis, hepatitis y esplenitis! Hasta el punto que Brown, que era sin embargo un médico vitalista, fué denunciado por Broussais á la indignación de sus colegas como un médico incendiario. Y se concibe, en efecto, la acerada acusación del revulucionario de Val-de Gráce.

Un médico que emplease todavía infusiones incendiarias en el tifus ó en la fiebre tifoidea, se acarreará una multitud de descontentos.

Para ser vitalista en medicina, es necesario poder secundar los esfuerzos de la naturaleza contra la enfermedad. ¿Se consigue acaso esto con medicamentos que todo lo confunden hasta el punto de no saber si se trata de un mal accidental ó de un mal debido al remedio?

Citemos, por ejemplo, los diuréticos: Se satura á los pobres enfermos de bebidas propiamente dichas, sin apercibirse que de esta manera se empobrece la sangre de sus materiales albuminóideos que se derraman por los riñones. Porque los principios diuréticos en aquellos contenidos, ¿qué efecto producen disueltos en esta gran masa líquida? Exceptuamos, sin embargo, las sales neutras; pero hay un motivo: la dialisis; no solamente con ellas no se empobrece la sangre, sino que aumenta su densidad. Procurando una lluvia de serosidad intestinal no se violenta la secreción renal y se evita la albuminuria. He aquí porqué hacemos uso diario de las sales de Sedlitz como base de la diatética y como una condición de larga vida. Hace cerca de cincuenta años que tomamos cada día una cucharada de las de tomar café de estas sales en un vaso de agua; ¿no prueba la bondad de este sistema la enorme actividad que desplegamos para propagar la dosimetría entre los incrédulos? ¡Cuántos médicos hemos visto morir en la impenitencia final; escépticos, pero no convencidos! ¿Y porqué? Porque no habían cumplido con el precepto: *Medicus se curat ipsum.*

Se ha preconizado la medicación ó la curación de las enfermedades con el agua, pero para decir al enfermo: "Bebed agua" sin decir cuánta. ¡Cuánto más interesante, por el contrario, es el método por los alcaloides, estas piedras de toque de la enfermedad! Se sabrá á dónde se va, cómo se va y hasta dónde.

Por su interés, por el de sus enfermos, es necesario que el médico salga del recinto sin salida de la Alopatía, donde no hay más que desórdenes y miserias. Es necesario que continuando siendo Hipocratista, se sirva de las armas que la Química nos proporciona. ¡Sería muy fácil llamarse vitalista sin emplear los modificadores vitales! Quien dice vitalista dice *conservador de la vida* y no *sacerdote de la muerte.* La fatalidad antigua no tiene razón de ser en presencia del admirable descubrimiento de la ciencia moderna. ¡No más especulaciones! Estamos de teorías hasta por encima de la cabeza. La verdadera ciencia es la que cura, no la que inventa teorías. La naturaleza realiza maravillas, pero no manifiesta el secreto de su realización. La vida es un misterio; para conservarla no tenemos necesidad de penetrar en su esencia, solamente emplear los medios que la ciencia nos suministra, porque en el orden eterno *todo está en el todo.*

RESUMEN

DEL TRATAMIENTO DOSIMÉTRICO.

Siendo como es esencialmente vital la medicación dosimétrica, importa observar las manifestaciones morbosas, teniendo más en cuenta el fondo que la forma. Así es que el médico no perderá de vista la idea de que tras la astenia se oculta á menudo la astenia, y que no hay nada más raro que una franca reacción.

Enfermedodes agudas.

La violencia de los agentes morbosos y la naturaleza tóxica de algunos de entre ellos (los miasmas), produce una gran postración vital. Por esto, al comenzar las fiebres agudas y las inflamaciones, es necesario desde luego administrar los nervinos (ácido fosfórico y sulfato de estricnina), algunas veces el arseniato ó el hidro-ferrocianato de quinina, cuando el termómetro manifiesta oscilaciones marcadas como en las fiebres remitentes á perniciosas: tifus, exantemas agudos, fiebre tifoidea, etc. So-

lamente cuando la reacción se ha desenvuelto puede juzgarse necesaria la sangría y los alcaloides defervescentes: aconitina, veratrina, etc.

La morfina, la hyosciamina, la cicutina, son *variantes* para los síntomas dolor, espasmo, hiperestesia, etc.

Como ya hemos indicado, se insistirá en el empleo matinal de las sales de Sedlitz. En todas las enfermedades agudas el tubo intestinal está sucio como hogar sin chimenea; es necesario, pues, limpiarlo para restablecer la absorción. Es un cuidado que debe considerarse indispensable.

Enfermedades crónicas.

Los mismos principios deben guiar al médico en estas enfermedades; es decir, sostener la vitalidad y restablecer la crasis sanguínea, calmar el dolor, el espasmo.

El sulfato ó el hispofosfito de estricnina debe, pues, constituir la llave vital. Así es que cualquiera que sea el modificador causal (ó dominante) que se emplea, es conveniente añadir la estricnina. En la clorosis, la cloro-anemia, los ferruginosos darán mejores resultados y podrán administrarse en menos cantidad, si se tiene cuidado de asociarlos á la estricnina: un gránulo de esta última sustancia por dos ó tres de hierro.

Lo mismo sucede en las neurosis en general y en las diátesis.

Relativamente, al modificador causal ó la *dominante*, es necesario frecuentemente, para determinarlo, variar la modificación y servirnos de los medicamentos, como ya hemos dicho, como de piedra de toque. Así una multitud de afecciones necesitan, ya el mercurio, ya el arsénico.

Es raro que la medicación esté limitada á un sólo modificador, puesto que cualquiera que sea la causa que exija la dominante, hay sufrimiento que requiere la *variante*, por esto á menudo hay el deber de emplear simultáneamente los arseniatos y los calmantes, ya sean narcóticos, ya hiperestésicos. Fijémonos en la tuberculosis pulmonal: es posible que debamos recurrir al arseniato de hierro para reconstituir la sangre, al yoduro de arsénico contra ciertas diátesis, al yodoformo contra la tos, al hidro-ferro-cianato de quinina ó al arseniato de cafeina contra los excesos de fiebre. En general, mientras dura la medicación antifebril, es necesario suspender la antidiatésica, porque ésta determina siempre un cierto grado de reacción. El tratamiento de las enfermedades crónicas galopantes, entra en el círculo de las afecciones agudas, de las cuales tienen todos los caracteres.

Pero cualquiera que sea el tratamiento, es necesario asosiarlo á la diatética, es decir, á las sales de Sedlitz y á un régimen apropiado.

SECCIÓN QUIRÚRGICA.

DE LOS APÓSITOS.

La cirugía tiene realmente el carácter de *conservadora* desde que empezó á comprenderse que se trata menos de evitar las operaciones necesarias, que de dirigirlas á un término feliz. Por esto la cuestión de los apósitos y del régimen de los heridos es tan importante.

Dividiremos los apósitos en muchas categorías, según sus indicaciones.

1º Apósitos inamovibles.

a. *Apósitos algodonados.* — Se aplican principalmente á las lesiones subcutáneas. Decimos *principalmente*, porque pueden prestar buen servicio en algunos casos con herida.

Supongamos una diastasis, una luxación, una fractura (después de la reducción). Nada más sencillo: los elementos del aparato se encuentran en todas partes: algodón finamente cardado (*no engomado*), cartón (*no encolado*), vendas, cola de almidón. Se forma con el algodón una capa de tres ó cuatro dedos de espesor: con la cual se envuelve todo el miembro; se aplican después vizmas de cartón modeladas (de ordinario dos son suficientes), se humedece una venda arrollada y con ella se fija todo esto metódicamente; en seguida una capa de cola de almidón, á fin de igualar la superficie del aparato. Una vez aplicado el vendaje ó cáscara con él formada, el miembro recobra toda su solidez y el enfermo puede moverlo en todas direcciones. No es necesario, pues, guardar cama. Hace mucho tiempo que hemos descrito los aparatos algodonados en nuestras obras de cirugía.

En las diastasis y fracturas sin herida, no hay necesidad de que el vendaje sea renovado: conserva su solidez y su elasticidad desde el primer día de su aplicación hasta el fin del tratamiento.

En las fracturas con herida, si esta es de tal naturaleza que puede curar por primera ó segunda intención, es decir, si no hay contusión, después de haberla lavado y aproximado sus bordes, se aplica directa-

mente el algodón y se hace el vendaje como si no existiese solución de continuidad de las partes blandas. Si la herida es de naturaleza tal que pueda dar pus icoroso, se abre á manera de ventana un orificio en el aparato, con el fin de vigilarla y curarla todos los días. En estos casos, para mayor solidez, puede reemplazarse el almidón con silicato de potasa.

b. *Apósitos con el plomo.*—Estos apósitos consisten en el plomo laminado del espesor de un espadrapo ordinario, con el cual se cubre directamente la herida, modelándolo sobre ella. Puede darse al plomo la forma de placas ó de vendoletes. En caso de necesidad, se sobreponen muchas láminas para mayor solidez. Se fija el plomo con tiras de espadrapo aglutinante con el fin de formar una coraza impermeable.

La ventaja de este apósito es no tener necesidad de renovarlo sino á largos intervalos, y poder introducir inyecciones debajo del aparato, ya sean de agua pura, ya de un líquido desinfectante. La capa negra ó de sulfuro que se forma, descompone el ácido sulfhídrico y el amoniaco é impide así la infección pútrida y el tifus de los heridos. En los hospitales, en las ambulancias como en campaña, los apósitos de plomo deberían ser obligatorios. Pueden obtenerse cicatrices tan regulares como si la herida hubiera sido practicada por el cirujano.

2º Apósitos amovibles.

Son los apósitos ordinarios, con las hilas, los ungüentos, las compresas y las vendas, pero esto mejorado en estos últimos tiempos por el profesor Lister de Edimburgo. Se fundan en el principio de la oclusión. Lavada que sea la herida con agua fenicada, se cubre con una película de tripa de buey, después con una torta ó colchoncillo de hilas; se fija metódicamente con vendas finas, á fin de que no quede ningún espacio donde el pus pueda acumularse. Si la herida es profunda (como el muñón de un miembro amputado), se coloca en el fondo un tubo de drenaje y se reunen los bordes con puntos de sutura metálica; encontrándose los cabos del tubo fuera de la herida, el pus no puede detenerse. El objeto es sobre todo impedir la absorción del pus icoroso, pútrido y la penetración de vibriones ó de bacterias en la sangre. Este apósito debe ser renovado todos los días. Para más precaución durante la cura se dirige un surtidor ó chorro de vapores fenicados por medio del pulverizador de alcohol.

Es necesario ser justos con todo el mundo, sobre todo con los que ya no existen. Los apósitos impermeables han sido descritos por primera vez por Matías Mayor en 1845, en su libro *Escentricidades quirúrgicas.* Este apósito consiste en cubrir una superficie desnudada cualquiera, herida ó úlcera, con una tela impermeable y aplicar encima un poco de algodón que se sujeta convenientemente con un pañuelo para impedir que el aire y el pus estén en contacto con la superficie enferma. Si la herida es sensible, se la cubre con una planchuela con cerato. Mayor ha definido la acción dinámico-terapéutica de este apósito con estas palabras: *Absorción é imbibición. Espulsión y expresión.* No hay ningún progreso en la cirujia contemporánea donde no se encuentre la mano ó el pensamiento del cirujano de Lausanne.

(Concluirá.)

VARIEDADES.

Higiene de los Niños.

Es demasiado frecuente que los padres administren á sus hijos acatarrados, sin prescripción médica, el jarabe de *ipecacuana:* y se advierte que esto no es inocente como creen; puede producir vómitos, inútiles ó perjudiciales quizás, y lo que es peor, una especie de envenenamiento que puede costar la vida. Hemos visto alguna vez *colapso* (profundo abatimiento, que si sigue, la vida se extingue), debido al empleo inmoderado de este medio. Deben, pues, abstenerse de administrarle por sí.

Tratamiento de la odontalgia.

El Dr. T. P. Gretchinski ha hecho una serie de experimentos con el arraclán común (*rhamnus frangula*) en los casos de odontalgia. Se sirve del cocimiento obtenido haciendo hervir durante media hora 15 á 30 gramos de corteza de arraclán en dos vasos de agua. Los enfermos se enjuagan la boca con este cocimiento primero cada cinco minutos, hasta que se haya calmado el dolor, y después cada dos horas. Para que quede asegurado el efecto calmante del cocimiento se introducen en la cavidad de la muela unas bolitas de algodón mojadas en el cocimiento. Este tratamiento calma perfectamente el dolor de muelas, ya sea que dependa de la inflamación de la encía ya sea que resulte de una carie profunda.

TOMO II ENTREGA 13ª 1º DE JULIO DE 1889.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

CAPÍTULOS INTERESANTES.

El Sr. Dr. González Valledor nos ha obsequiado con un ejemplar de su Obrita FARMACOLOGÍA DOSIMÉTRICA.

Para que nuestros lectores puedan juzgar del mérito de ella, copiamos á continuación tres de sus capítulos más interesantes.

Acciones fisiológica, electiva, terapéutica, físico-química,

CATALÍTICA Y TÓXICA.

Acción fisiológica es el conjunto de síntomas que se presentan en un sujeto en estado hígido, sometido á la experimentación gradual de un medicamento.

Acción terapéutica es el resultado favorable de un medicamento destinado á combatir ó calmar un síntoma ó síndrome.

Acción electiva es la propiedad que tienen ciertos medicamentos de dirigirse preferentemente á determinados elementos histológicos ó anatómicos, órganos, aparatos, sistemas ó funciones.

Ejemplo clínico: si para combatir un espasmo bronquial damos un antiespasmódico, como la *atropina* ó la *hiosciamina*, cuando haya desaparecido aquel, habremos obtenido la *acción terapéutica;* cuando á la vez, ó antes ó después, observemos dilatación de las pupilas, tendremos la *acción fisiológica;* y como la *atropina*, la *hiosciamina*, la *daturina*, etc., tienen la propiedad de relajar todos los esfínteros, diremos que poseen esta *acción electiva*, como la tienen igualmente la *digitalina* sobre el corazón, la *pilocarpina* sobre las glándulas salivares y sudorales, la *estricnina* sobre la acción refleja cerebro-espinal, etc.

Los síntomas que revelan la acción fisiológica son las señales que indican al médico la suspensión del medicamento, puesto que más allá empieza la *acción tóxica.* Conviene advertir al práctico que esos síntomas de la acción fisiológica del medicamento aparecen á veces antes de la acción terapéutica, es decir, antes que se calmen los síntomas patológicos, y en este caso hay que suspender el remedio ó sustituirle por otro, ó cuando menos combinarle con otros moderadores, si no se quiere intoxicar al enfermo. Cuando se disponen medicamentos delicados, es conveniente indicar á las familias suspendan su administración si observan tales ó cuales síntomas, que serán los más culminantes de los fisiológicos.

De lo dicho se infiere la importancia que tiene para el clínico el conocimiento preciso de los síntomas fisiológicos de cada medicamento, pudiendo asegurarse que el que no los conoce, es necesariamente un *mal médico*, que intoxicará si sus dosis traspasan la acción fisiológica, ó que no curará si el temor le fuerza á dar dosis insuficientes, que serán estériles, porque no llegan á la acción terapéutica. Nos referimos á los médicos que usen principios activos, porque en cuanto á los que emplean los potingues de la cocina galénica, hacen siempre más daño que beneficio, pues ni saben ni pueden saber lo que dan, ni cuánto dan, ni por tanto los efectos que produce, es decir, dan palo de ciego á ver si aplastan la *entidad* enfermedad; pero lo más frecuente es que revienten al enfermo ó por lo menos prolonguen indefinidamente la enfermedad.

Para explicar la acción de los medicamentos en el organismo, la mayor parte de los farmacólogos contemporáneos no admiten otra que la *físico-química.* Vulpián supone una naturaleza especial de la materia organizada, cuyos elementos serían distintamente impresionados por tal ó cual sustancia; mientras los unos no reaccionan, los otros son excitados ó paralizados por una sustancia tóxica.

Nosotros participamos de esta opinión. Pero reconociendo la acción físico-química de ciertos remedios, ácidos, álcalis, etc., que ejercen una influencia absolutamente idéntica sobre los órganos vivos que sobre los tejidos muertos, admitimos además una acción *catalítica* ó de presencia, en virtud de la cual ciertos medicamentos, como los principios activos, despiertan acciones latentes entre los elementos que hay en el organismo, modifican así las funciones, no obran más que durante la vida del individuo y se eliminan después completamente por la vía renal, pulmonar, cutánea, ó

intestinal, sin dejar una sola molécula dentro de la economía. En este sentido, los medicamentos dosimétricos son la mayor parte *modificadores vitales*.

Estos alcaloides vegetales, que no se asimilan á los tejidos, que no ceden ni toman nada de la célula nerviosa ni de la fibra muscular, determinan un cambio en las funciones de éstas, sólo explicable por esta hipótesis de la *catalisis fisiológica* del medicamento, que no tiene nada que ver con la acción físico-química.

La dosimetría no admite *especificidad* de los remedios, sino su acción fisiológica. Opina con Gubler "que la luz de la biología disipará los fantasmas de la *especificidad morbosa* y de la *especificidad terapéutica*."

Para dar el nombre de *específico* de una enfermedad á un remedio, es necesario que cure siempre, en todo caso y tiempo, esa enfermedad. Y no hay ningún medicamento que haga esto: ni la quinina, ni el mercurio y el yodo, ni el salicilato de sosa curan siempre el paludismo, la sífilis y el reumatismo.

Este craso error proviene, entre otras cosas, de considerar las enfermedades como entidades y de prestar el médico asistencia á esas diosas, en vez de prestársela al enfermo, como hace la dosimetría.

RESUMEN

De los medicamentos y de sus acciones principales.

Gránulos de medio milígramo de sustancia activa, en tubos de 20 gránulos.

Aconitina: defervescente, antiflogístico (capilares *arteriales*), antineurálgico.

Arseniato de estricnina: poderoso tónico vital, excitador del poder reflejo de la médula.

Atropina: antiespasmódico (paraliza la fibra circular de los órganos huecos), analgésico.

Brucina: incitante vital más debil que la estricnina.

Cicutina: antiespasmódico, analgésico é hipnótico.

Cocaina: anestésico é isquémico locales.

Colchicina: antireumático admirable, antigotoso, colagogo.

Colocintina: estimulante del intestino grueso.

Daturina: antiespasmódico como la *atropina*, antiasmático.

Gelsémina: antineurálgico.

Hiosciamina: antiespasmódico é hipnótico.

Hipofosfito de estricnina: tónico vital, nervino, afrodisíaco.

Lobelina: espectorante, antiespasmódico, purgante.

Picrotoxina: excelente antisudorífico, estimulante secreciones tubo digestivo.

Sulfato de atropina: antiespasmódico, antisudorífico.

Sulfato de calabarina: excitante de la médula como la estricnina.

Sulfato de estricnina: tónico vital, neurosténico.

Valerianato de atropina: antiespasmódico, antineurósico.

Veratrina: contraestimulante, defervescente, antihiperestésico de la piel, sedante.

Gránulos de un milígramo de sustancia activa, en tubos de 20 gránulos.

Acido arsenioso: reconstituyente de la nutrición, antiherpético y antipalúdico.

Acido benzoico: antiséptico, microbicida, neutralizante alcalinidad orinas.

Acido fosfórico: alimento de la pulpa nerviosa, afrodisíaco, antipalúdico.

Agaricina: antisudorífico.

Anemonina: estimulante del sistema *venoso*, antiamenorreico.

Apomorfina: excelente espectorante y vomitivo.

Arbutina: antiséptico y antifermentativo de las vías urinarias.

Arseniato de antimonio: excelente espectorante, cardio-tónico.

Arseniato de cafeina: moderador de la nutrición y de las combustiones orgánicas.

Arseniato de hierro: excitador de la nutrición, hematógeno.

Arseniato de manganeso: sucedáneo imperfecto del anterior.

Arseniato de potasa: análogo al de sosa, en ciertas afecciones musculares.

Arseniato de quinina: fiebres intermitentes y remitentes, antipalúdico.

Arseniato de sosa: modificador de la nutrición general y de los tejidos epiteliales.

Bi-yoduro hidrargírico: antisifilítico (sífilis secundaria y terciaria).

Bromhidrato de cicutina: calmante del eretismo nervioso y vascular.

Bromhidrato de morfina: sedante, analgésico.

Brionina: estimulante del intestino grueso, purgante.

Cafeina: medicamento de ahorro, tónico del corazón, estimulante del cerebro.

Calomelano: antidiarreico infantil, colagogo, purgante antiflogístico.

Clorhidrato de morfina: analgésico, soporífico, resolutivo, hipocrínico.

Citrato de cafeina: indicaciones de la cafeina (debilitadas).

Cianuro de zinc: calmante del sistema nervioso, antineurósico.

Ciclamina: colagogo y purgante?

Codeina: analgésico, hipnótico, no constipa como la morfina.

Cotoina: antidiarreico, eupéptico.

Cubebina: antiblenorrágico, dilatador de las orinas, eupéptico.

Digitalina: antipirético, antiflogístico, cardiotónico, diurético, sedante del cerebro.

Elaterina: estimulante del estómago y del intestino.

Emetina: vomitivo y espectorante.

Escilitina: diurético y espectorante.

Esparragina: diurético.

Evonimina: colagogo, estimulante intestinal.

Fosfuro de zinc: antineurósico, anticonvulsivo.

Guaranina: antihemicránico, análogo á la cafeina.

Hidrastina: estimulante gastro-intestinal, colagogo, antitípico, hemostático.

Hidro-ferro-cianato de quinina: antitípico, antipalúdico, antineurósico.

Yod-hidrato de morfina: sedante de la tos irritativa de los bronquios, etc.

Yodoformo: antiséptico, antifermentescible, excitante de la nutricion, antiescrofuloso.

Iridina: colagogo, estimulante gastro-intestinal.

Jalapina: estimulante del intestino grueso.

Kousina: tenicida, antihelmíntico.

Leptandrina: colagogo y estimulante intestinal.

Narceina: hipnótico, analgésico, parecido á la codeina.

Nitrato de pilocarpina: diaforético, sialorreico, espectorante.

Piperina: eupéptico, antiblenorrágico, febrífugo.

Quasina: estimulante de la digestion *atónica*, colagogo.

Sal de Gregory: hipnótico, analgésico.

Tanato de cannabina: hipnótico, analgésico, sedante del cerebro.

Tanato de peletierina; tenicida.

Valerianato de cafeina; antiespasmódico y anticongestivo del cerebro.

Yuglandina: antiescrofuloso, estimulante de toda la economía.

Gránulos de un centígramo de sustancia activa, en tubos de 20 gránulos.

Acido salicílico: desinfectante, antiséptico, antizimótico.

Acido tánico: coagula gelatina y albúmina; astringente, hemostático, antidótico, é hipocrínico.

Benzoato de amoniaco: diaforético, brónquico y neutralizante orinas.

Benzoato de litina: disolvente de los cálculos úricos, antireumático.

Benzoato de sosa: propiedades análogas á las del anterior.

Bromhidrato de quinina: antitípico, antipalúdico, antineurósico.

Bromuro de alcanfor: moderador de la médula, anafrodisíaco.

Carbonato de litina: neutralizante, litontríptico, antiflatulento.

Croton-cloral: sedante, anestésico é hipnótico.

Emético: vomitivo, espectorante.

Ergotina: contractor fibras lisas (útero y bazo), antihemorrágico, antileucorréico.

Diastasa: fermento de la saliva; trasforma almidón en glucosa.

Fosfato de hierro: osteógeno y hematógeno.

Helenina: modificador de la mucosa bronquial y antiséptico.

Hipofosfito de cal: osteógeno, antiraquítico.

Hipofosfito de sosa: propiedades análogas á las del anterior.

Kermes: espectorante y modificador bronquial.

Lactato de hierro: hematógeno.

Pepsina: fermento del jugo gástrico; trasforma sustancias azoadas en peptonas.

Podofilino: colagogo y estimulante intestinal.

Protoyoduro hidrárgírico: antisifilítico (sífilis primitiva y secundaria).

Salicilato de amoniaco: diaforético, brónquico, antiflatulento.

Salicilato de antimonio: antireumático, antigotoso, brónquico.

Salicilato de hierro: hematógeno y antiséptico.

Salicilato de litina: litontríptico, antiúrico, antireumático.

Salicilato de quinina: antipútrido, antizimótico, antiperiódico.

Salicilato de sosa: antiúrico, antiácido, fluidificante.

Santonina: vermicida ó vermífugo (lumbricoides y oxiuros).

Subnitrato de bismuto: antidiarréico, astringente, absorbente, antiséptico.

Sulfato de quinina: antipalúdico, antiperiódico, tónico de la contractilidad.

Sulfuro de calcio: microbicida, antidiftérico, antiexantemático, espectorante, antidermatósico.

Valerianato de hierro: hematógeno, y antineurósico.
Valerianato de quinina: antiperiódico y antineurósico.
Valerianato de zinc: antineurósico, anticonvulsivo.

Otros preparados dosimétricos (en frascos).

Azúcar al óxido de fierro, granulado: hematógeno.
Carbon vegetal, granulado: absorbente mecánico de los gases putrefactos.
Fosfato de cal, granulado: osteógeno, antiraquítico, antituberculoso.
Hierro dializado (líquido): hematógeno.
Sedlitz Chanteaud: excelente purgante, laxante y refrescante.
Sedlitz veterinario Chanteaud: purgante, refrescante y antiséptico.

Algunos principios activos y otros agentes no granulados.

Adonidina: tónico del corazón.
Antipirina: hipotérmico.
Cairina: hipotérmico.
Cloral boratado: solución anestésica y antiséptica (externo).
Convalamarina: tónico del corazón, diurético.
Convalarina: purgante muy ligero.
Duboisina: midriásico poco importante.
Eserina: antimidriásico, antidispépsico intestinal.
Exalgina: analgésico, antitérmico, antiséptico.
Hidrato de cloral: hipnótico seguro.
Lanolina: escipiente del método dérmico para pomadas y absorción cutánea.
Naftalina: antiséptico, antidiarréico y antipútrido de las orinas.
Resorcina: hipotérmico.
Sulfato de esparteina: tónico del corazón.
Sulfonal: hipnótico muy encomiado recientemente.
Terpina: diurético, modificador afecciones urinarias.
Terpinol: modificador secreciones bronco-pulmonares.
Thalina: hipotérmico, antipútrido de las orinas.
Timoli: hipotérmico.

CLASIFICACIÓN DE LOS MEDICAMENTOS

para que pueda servir de guía al práctico al llenar sus indicaciones. [1]

Modificadores del sistema nervioso cerebro-espinal.

Cerebro.

Estimulantes: cafeina y sus sales; ácido fosfórico y sus sales, estricnina y sus sales, brucina, sulfato de calabarina.
Sedantes: morfina y sus sales, codeina, narceina, sal de Gregory, tanato de cannabina, hiosciamina, atropina, cicutina, croton-cloral, hidrato de cloral.

Médula espinal.

Estimulantes: Estricnina y sus sales, brucina, sulfato de calabarina.
Sedantes: bromuro de alcanfor y los antiespasmódicos (atropina, hiosciamina, daturina, cicutina.)

Hipnóticos.

Hidrato de cloral, croton-cloral, sulfonal, hiosciamina, morfina, cicutina.

Analgésicos en general.

Morfina y sus sales, codeina, narceina, sal de Gregory, tanato de cannabina, gelsémina, atropina y sus sales, hiosciamina, daturina, cicutina, bromhidrato de cicutina, lobelina, cocaina (local), yodoformo (de las mucosas), veratrina (de la piel), guaranina y cafeina (antihemicráneos), cloral boratado (uso externo), exalgina, antipirina.

Sedantes del nervosismo y antineurósicos.

Valerianatos y sus sales, preparados de zinc: fosfuro de zinc, cianuro de zinc, valerianato de zinc.

Modificadores del sistema circulatorio.

Generales.

Defervescentes ó hipotérmicos.— Aconitina, digitalina, veratrina, quinina, estricnina, y casi todos los alcaloides en menor grado y á mayores dosis; ácido salicílico.
Hipotérmicos no granulados: antipirina, thalina, cairina, resorcina, timol.

Particulares (tónicos) del corazón.

Digitalina, cafeina y sus sales, guaranina, y la estricnina, por su acción general.

1 La presente clasificación, aunque defectuosa, prestará positivos servicios al que la consulte.
Es imposible ser buen médico sin conocer las acciones de los medicamentos.
¡Largas horas de meditación nos ha costado....!
Sentimos no haberla hecho más perfecta, pero...... no hemos podido más.—(Nota del autor.)

No granulados: convalamarina, adonidina, sulfato de esparteina, estrofantina.

Reconstituyentes de la crasis sanguínea.

Arsenicales: ácido arsenioso y arseniatos; hierro y sus sales; yodo y yodoformo.

Modificadores del sistema óseo.

Hipofosfito de cal, de sosa, de estricnina, fosfato de cal, fosfato de hierro.

Modificadores del sistema cutáneo.

Diaforéticos. — Nitrato de pilocarpina, amoniaco (benzoato y salicilato de), aconitina, sulfuro de calcio.

Antidiaforéticos: picrotoxina, agaricina, sulfato de atropina.

Antiexantemáticos y antidermàtósicos: sulfuro de calcio, ácido arsenioso y arseniatos.

Modificadores del aparato digestivo.

Glándulas salivares.

Aumentan la salivación: nitrato de pilocarpina, biyoduro hidrargírico, protoyoduro hidrargírico, calomelano (protocloruro hidrargírico).

Disminuyen la salivación: hiosciamina, atropina, ácido tánico y el clorato potásico (en caso de ptialismo hidrargírico).

Estómago.

Aumentan la acción digestiva: cuasina *(atonía gástrica)*, estricnina *(id.)* pepsina *(apepsia)*, diastasa *(insalivación insuficiente)*, ácido clorhídrico, cubebina, piperina, elaterina, cafeina y sus sales, guaranina.

Disminuyen la accion digestiva: hiosciamina, atropina y sus sales, cicutina, morfina y sus sales, todos los *analgésicos*.

Absorbente mecánico de los gases nidorosos y putrefactos: carbón vegetal (sólo en la putrefacción de materias orgánicas).

Intestinos delgados.

Estimulantes: jalapina y los que se indicarán después.

Intestinos gruesos.

Estimulantes: colocintina, brionina y los que se indicarán después.

Colagogos.

Podofilino, colchicina, ciclamina, evonimina, hidrastina y los que se indicarán después.

Páncreas.

Tripsina, pancreatina.

Bazo.

Quinina y sus sales.

Estimulantes generales gastro-hepatointestinales.

Leptandrina, cotoina, licopina, iridina, idrastina, ciclamina, evonímina.

Vomitivos.

Estimulantes: apomorfina, emetina, emético.

Sedantes: morfina y sus sales, hiosciamina, atropina.

Purgantes y laxantes.

Sedlitz Chanteaud, purgantes oleosos, (aceite de ricino, de olivas, de almendras dulces).

Sucedáneos: podofilino, sulfato de calabarina, estricnina y sus sales, hiosciamina, atropina, brionina, convalarina, etc.

Antidiarréicos.

Subnitrato de bismuto, calomelano, cotoina, naftalina.

Vermicidas y vermífugos.

Santonina, kousina, calomelano, picrotoxina (?).

Tenicidas.

Kousina, tanato de pelletierina.

Modificadores del aparato respiratorio.

Estimulantes y espectorantes: apomorfina, emetina, emético, antimonio (arseniato y solicilato de), sulfuro de calcio, kermes, helenina, lobelina, escilitina, amoniaco (benzoato y salicilato de), terpinol.

Sucedáneos: brucina, estricnina y sus sales.

Disminuyen las secreciones laringobronquiales: morfina y sus sales, hiosciamina, atropina y sus sales.

Modificadores del aparato génito urinario.

Diuréticos: digitalina y *todos los cardíacos*, escilitina, esparragina, colchicina, terpina, Sedlitz.

Neutralizantes. Acido benzóico y los benzoatos de amoniaco, de litina y de sosa, carbonato de litina, salicilato de litina, arbutina, ácido bórico.

Antiblenorrágicos: cubebina, piperina.

Sucedáneos: todos los neutralizantes y dilatadores de las orinas.

Contractores del útero: Ergotina, hidrastina, estricnina, quinina.

Modificadores especiales.

Antisifilíticos: biyoduro hidrargírico, protoyoduro hidrargírico, yodoformo.

Antiperiódicos: quinina y todas sus sales, ácido arsenioso y arseniatos.

Antireumáticos y *antigotosos: colchicina*, salicilatos (de antimonio, de litina, de sosa), benzoatos (de litina, de sosa).

Antidiftéricos: sulfuro de calcio, ácido salicílico y salicilato de amoniaco.

Microbicidas y antizimóticos en general: sulfuro de calcio, ácido salicílico, salicilatos, todos los alcaloides amargos.

Antihemicránicos: guaranina, cafeina y sus sales.

Antiescrofulosos: yuglandina, yodoformo, arseniatos.

Antiespasmódicos: hiosciamina, atropina, daturina, cicutina.

Excitomotores: estricnina y sus sales (arseniato, sulfato é hipofosfito), brucina, sulfato de calabarina.

Astringentes y antihemorrágicos: ácido tánico, ergotina, quinina y sus sales.

Midriásicos: homatropina, atropina, hiosciamina, duboisina.

Antimidriásicos: morfina y sus sales, eserina.

Método y medios terapéuticos simples.

" Es una mala práctica dar muchos remedios activos al mismo tiempo. Algunos prácticos parecen querer transcribir toda la Farmacopea en una sola receta, y frecuentemente llegan á prescribir una composición incierta ó formada de remedios incompatibles.

" Se elegirán para los niños, remedios que se den en *pequeña cantidad* y no sean *muy desagradables.*" [1]

Estas palabras solemnes del ilustre *pediatra inglés* resumen nuestro viejo programa terapéutico.

Si esta opinión es en general justa, más singularmente es justísima cuando se trata de la medicina infantil, y conviene igualmente bien á todas las edades de la vida.

Porque la terapéutica, en nuestro sentir, es tanto más perfecta, cuanto más simples son los *métodos*, y más exactos, puros y bien definidos los *medios;* en una palabra, cuanto más simples son estos últimos.

La reforma terapéutica ideada, iniciada, propagada por el ilustre Profesor Burggraeve, tiene justamente esto de característico, de fundamental: es terapéutica simple, tanto en el *método* como en el *medio.*

El método de la *Reforma Burggraviana* descansa sobre fundamentos estables de la fisiología y de la patología, y por esto tiene el sello de la razón. Es simplemente *método terapéutico racional.* Tiene por base las leyes conocidas de la vida, las cuales permanecen siempre idénticas á sí mismas, tanto durante la salud, como en las condiciones patológicas.

El *medio* empleado en la curación de las enfermedades es de una pureza perfecta y está estable y claramente caracterizado tanto por su procedencia como por la *química* que lo extrae y lo produce, por el *experimento fisiológico* y por el *terapéutico.*

Si la reforma terapéutica del sabio Profesor belga encuentra en la terapéutica del hombre ya adulto y en la del viejo mismo, extensísimo y fecundo campo de aplicación, mayor aún y casi más perfecta la halla en la terapéutica de las *enfermedades de la infancia.*

La *edad infantil* tiene más que nunca necesidad de una medicina exacta en sus procedimientos, segura en sus medios y fácil en la administración del medicamento.

Por ahora hay derecho de decir que ninguna otra manera de medicación iguala— no que nunca pueda superarla— bajo este aspecto á la medicina burggraeviana.

Esta afirmación nuestra es la consecuencia de una larga y personal experimentación y de la de muchos otros médicos con nosotros, en el campo vastísimo de la "*terapéutica infantil.*"

La edad de la infancia—por su modalidad propia y especial—hace de la vida de los niños una verdadera y admirable sensitiva en *potencia* y en *acto;* así es que bien puede decirse, por regla general, que los *métodos* y los *medios* de curación violentos y heróicos no pueden ser legitimados, ni por la razón ni por la observación.

La posseión de *medicamentos puros, siempre idénticos á sí mismos, perfectamente definidos*, y por esto bien y muy bien conocidos, como son justamente los remedios de la *Farmacia Dosimetrica*, constituye una inmensa ventaja tanto para la medicina en general, como también —y mas señaladamente—para la *terapia infantil.*

Y si el *remedio exacto*—llamado ordinariamente por nosotros dosimétrico—es ya por naturaleza, y por su virtud y acción, una ventaja fundamental, la *forma* del mismo es un verdadero tesoro, puesto que vuelve facilísima su aplicación, á todos los médicos y á todos los enfermos, á casos particulares y se adapta á las necesidades particulares de las indicaciones racionales, evitando así la penosa y disgustante obligación de usar de "violencia," la cual, con todas nuestras fuerzas, confesamos ser un hecho indigno de un arte salvadora, y noble como es el arte sanitario; violencia cuyas tristes y funestas consecuencias pue-

1 Edward Ellis: Maladies de l'Enfance. Paris, 1884, pág. 448.

den presentarse también súbitamente en una edad en que tanto predomina la *vida sensitiva*, y por la cual los desórdenes nerviosos de índole funcional pueden surgir de repente, y que amenazan desaparecer por otras y menos poderosas causas.

Callamos acerca de la inconveniencia de actos violentos de parte del médico, que atacan su respetable y necesaria autoridad.

Es bueno, pues, desechar de la medicina infantil, especialmente, todo procedimiento y todo medio que se aleje, aun poco, de aquella suavidad y dulzura que deben ser siempre ley y orden suprema para la preciosa y sagrada "vida infantil."

Los remedios sólidos, la *forma líquida* de los remedios repugnantes como regla bastante general, son de difícil propinación en la infancia, cuando se deben suministrar por la boca; los *polvos* muy frecuentemente lo mismo, y en cuanto á las *píldoras*, su uso, excluído naturalmente en la más baja edad, apenas se puede hacer aceptar por los niños ya algo grandes.

No sucede lo mismo con la *forma granular* del remedio, el que puede así darse facilísimamente á los muchachos todavía chicos, sin decir que la suma *solubilidad* del *gránulo* permite sea fácil suministrarlo en un *vehículo endulzado indiferente* cualquiera, aceptable al gusto y aún al capricho del niño.

Todo médico que esté algo familiarizado con la *medicina de los niños*—y todos deberían estarlo, ya que el tercio por lo menos de la humanidad enferma está compuesto de niños — se ha debido encontrar —ó se encontrará ciertamente si es médico joven— al frente de grandes dificultades prácticas para medicinar al *niño enfermo*.

Los caprichos, las sospechas, la meticulosidad, la aversion, la repugnancia, son hechos tan frecuentes en la medicina alopática infantil, que muchos médicos por esto, por el no fácil diagnóstico de las enfermedades infantiles en muchos casos, y por la intratabilidad de muchas criaturas, ó se retraen de la medicina de la infancia, cansados, desconfiados, impotentes, ó se contentan con la expectacion que no siempre resulta provechosa al enfermito.

Se sabe que la terapéutica infantil tiene necesidad en casos definidos como graves de una prudente, pero enérgica cooperacion oportuna y solícita del arte de curar.

A ella—nos complacemos en repetirlo—presta armas muy adecuadas y en dosis medicamentosas del todo inofensivas la *formacia dosimétrica*.

Por esto es que si la reforma médico-farmacéutica de *Burggraeve* y de *Chanteaud*—á la cual el tiempo y los nuevos descubrimientos van poco á poco añadiendo nuevos médicos y nuevas perfecciones —es considerada por nosotros como una evolucion afortunada, prudente y legítima de la terapia en general, la creemos inmensamente provechosa para la *terapéutica de las enfermedades de los niños*.

El uso del remedio puro, inofensivo, bien dosificado, seguro, definido, fácil de suministrarse, es digno de ser generalizado.

Nunca ha tenido más espléndido cumplimiento en la medicina moderna lo antiguamente pedido y deseado de la Ciencia y del Arte, "*cito, tuto et jucunde.*" Con esto se reunen los altos, nobles, humanos intentos del *Arte*, y se asegura á un tiempo la dignidad del *médico*.

S. Laura.

CRONICA DOSIMETRICA.

Hemos recibido del Dr. Burggraeve la carta siguiente:

Gante, Marzo 1º de 1889.

Querido Sr. Gras:

En vuestra próxima crónica podeis anunciar, desde ahora, mi intencion de someter al Congreso de 1889, un proyecto de asociacion mutualista entre los miembros del Instituto Libre de Medicina Dosimétrica, con este lema: *Previsión y dignidad.*

El objeto que me propongo, en vista de la realizacion del gran proyecto expuesto por mí en los *Estudios sobre Hipócrates*, y que debe reconstituir la familia médica, segun la idea del Padre de la Medicina, es triple:

1º Derecho absoluto para todos los miembros de la Asociación á un auxilio temporal en caso de enfermedad ó invalidez que les impida el ejercicio de la profesion.

2º Pensión á las viudas de los miembros y á sus huérfanos, hasta la mayor edad, y su colocación bajo el patrocinio de la Asociación.

3º Pensión á los miembros del Instituto Libre, viejos y enfermos, que no hayan podido pagar las cuotas de la Asociación.

Para lograr este triple objeto, será necesario constituir un capital de fundación, libre de interés alguno:

1º Con donativos voluntarios, ya por parte de los miembros acomodados de la

Asociación, ya por las personas que se interesen por la Dosimetría. El número de los que le deben la salud y aun la vida, es ya bastante considerable para esperar que esta fuente de ingresos sea fructuosa. Inútil es añadir que mi colaborador y yo tendremos á honor contribuir á estos donativos.

2º Por suscriciones anuales de los miembros de la Asociación. Si no determinamos la cifra de esta contribución, es porque las pensiones y los auxilios serán proporcionales á las sumas que se entreguen. La entrega podrá ser hecha en una sola vez ó por anualidad. Se tendrá cuenta de los intereses en la época de la liquidación de las pensiones.

Los miembros, acomodados de la Asociación harán una buena obra viniendo á ayudar á colegas que no se hayan podido asegurar la subsistencia en sus últimos días. Es tan dulce dar como recibir, é igualmente honroso. No es, por lo demás, un capital perdido, pues que los miembros activos de la Asociación tendrán de ese modo asegurada una pensión para sus viudas é hijos, juntamente con el patrocinio para estos últimos.

Tal es, querido Sr. Gras, el proyecto, en cuya realización todos los médicos dosímetras están interesados, vista la difícil situación que les han formado los adversarios (también interesados) de la dosimetría.

Estoy haciendo preparar, por hombres competentes, un plán financiero basado sobre el cálculo de las probabilidades, que someteré al próximo Congreso. Pero he creído oportuno anunciarlo ya, con el objeto de preparar á los miembros que asistan á este que llamaré gustosamente el *Concilio ecuménico* de la Dosimetría.

Os estrecha la mano.

Dr. Burggraeve.

La idea de recurrir á todos los médicos dosímetras en una poderosa Asociación, con capital, y capaz de venir así á ayudar á sus miembros necesitados, era desde hace tiempo acariciada por el fundador del Instituto Dosimétrico Libre; pero hasta ahora la dificultad de la Empresa la había hecho diferir. Todavía, á principios de este año, el nuevo presidente de la Sociedad de Terapéutica de París, el Dr. Gélineau, habiendo sometido á esta Sociedad un proyecto de fundación de una casa de socorro y descanso para sus miembros activos, el Dr. Burggraeve y el Sr. Chanteaud han ampliado este proyecto, y en vez de una casa particular de la Sociedad de París, han propuesto fundar una Asociacion internacional, comprendiendo á todos los médicos dosímetras, sea cual fuere la nacionalidad á que pertenezcan. Precisamente el Congreso vendrá á tiempo para discutir los Estatutos de la Asociación con toda la autoridad y competencia deseables; pero es necesario, á fin de que la discusión tenga lugar, que el plán de la futura Asociación esté ya trazado y conocido por todos los que sean llamados á juzgarlo. Por esto el Sr. Burggraeve está haciendo elaborar un plan financiero que hará conocer dentro de poco, á todos los interesados, por medio del *Repertorio.*

Tiene él mismo cuidado de indicar en su carta que las ideas principales del nuevo proyecto, serán modeladas sobre las del proyecto que publicó en 1881 en sus *Estudios sobre Hipócrates.* Es pues, interesante referirse á esa publicación.

Cómo formar el capital social inalienable, cuyos solos intereses deban suministrar los productos para socorrer á los miembros de la Asociación Médica, el Dr. Burggraeve indicaba dos fuentes en su proyecto de 1881: el derecho de ingreso de quinientos francos, que cada miembro debería enterar para formar parte de la Asociación; y la cuota anual de doscientos cincuenta francos por cada uno de los miembros. En el nuevo proyecto de Asociación Dosimétrica, el capital social se alimenta con una tercera fuente, que no será la menos abundante, según las más prudentes previsiones. Se sabe que se trata, en efecto, de donativos ofrecidos, tanto por parte de los miembros acomodados de la Asociación, cuanto por las personas que se interesen por la Dosimetría. Ahora bien, sin hablar de los fundadores del Instituto Dosimétrico, que se obliga á contribuir á estos donativos en gran parte, si todas las personas que han sido salvadas por la Dosimetría dieran su testimonio de gratitud, se puede contar por este lado con una suma considerable. Estos recursos no serán inútiles, pues que es casi cierto desde ahora que el derecho de ingreso de quinientos francos es muy elevado para el bolsillo de la mayor parte de los médicos dosímetras. Importa no olvidar, que la dosimetría ha tenido por primeros adictos sobre todo, á los médicos del campo. A ellos principalmente se ha vuelto el Dr. Burggraeve, después de haber sido rechazado por la Academia y por los "Pírncipes de la Ciencia"; fué en provecho de ellos que el ha querido democratizar la medicina, poniendo al alcance de los más humildes prácticos las armas terapéu-

ticas más proporcionadas; por tanto, entre ellos ha encontrado su más firme apoyo y los mejores elementos de su éxito. Es pues, muy justo, facilitarles la entrada á la Asociación, creada sobre todo para ellos, es decir, bajar lo más posible las primeras sumas del fondo que se les pedirá, en cambio de considerables ventajas. Creo saber que, cediendo á las consideraciones expuestas, el Dr. Burggraeve bajará de hecho, en su proyecto financiero, el derecho de ingreso á cien francos, lo que permitirá á todos los dosímetras hacerse inscribir luego en las listas de la Asociación de previsión.

Por las mismas razones, la cuota anual no pasará de veinticinco francos.

A pesar de esto, la Asociación dosimétrica no tardará en llegar á ser rica y poderosa, primero á causa del gran número de sus adeptos en todos los países del mundo, y en segundo lugar porque la apelación hecha por los fundadores del Instituto libre dosimétrico será escuchada, no sólo por los médicos dosímetras ricos, los cuales tendrán á honor venir á ayudar á sus cofrades menos afortunados, sino también por todas las personas que han gozado de los beneficios de la Dosimetría y que quieran atestiguarle su reconocimiento. De este modo se constituirá la gran familia médica dosímetra.

Y es necesario hacer esto pronto, pues que al punto en que están las cosas, todos los médicos habrán llegado á ser dosímetras y no habrá ya Dosimetría. Desde la gran manifestación de los Sres. German Sée y Laborde ante la Academia de Medicina en favor de la superioridad de los alcaloides, todas las semanas encontramos, en diversos periódicos médicos, nuevos hechos y nuevas declaraciones que no estarían fuera de lugar en el *Repertorio*. He aquí, por ejemplo, un articulito tomado de la *Revue de therapéutique médicale et chirurgicale:*

"El Dr. Witherbe ha ministrado á tísicos píldoras conteniendo cada una 3 centígramos de sulfuro de calcio, comenzando por una píldora cada dos horas y acercando la dosis hasta que la medicación daba lugar á eructaciones ú otras manifestaciones disgustantes. Habitualmente se llega á hacer soportar á los enfermos hasta dos píldoras por hora. Una mejoría marcadísima se ha obtenido sobre todos los individuos sometidos á esta cura, la cual, según piensa el autor, debe tener por efecto inmediato, hacer pasar á la sangre hydrógeno sulfurado á dosis eficaces, pero inofensivas."

Y bien! ¿no es esto verdadera Dosimetría? Abrid los *elementos de la terapéutica dosimétrica* del Dr. Oliveira Castro, y vereis que no se expresan de otro modo para formular las reglas de la administración del sulfuro de calcio, en la curación de la viruela, por ejemplo. Es cierto que, admitida la naturaleza parasitaria de la tisis, el sulfuro de calcio estaba indicado en su tratamiento, como en el de las fiebres eruptivas y el de la fiebre tifoidea, en las cuales tiene tan buen éxito. Y no es menos cierto que para ser eficaz, su acción debe ser continuada y llevada hasta efecto, esto es, hasta la saturación del organismo por el hidrógeno sulfurado. Sin duda; pero esta verdad de simple buen sentido, proclamada por la Dosimetría hace diez y seis años, era llamada herejía por nuestros adversarios; no podrá, pues, disgustar verla poco á poco acogida como verdad nueva y *descubierta* por médicos y periódicos que hasta aquí la atacaban tanto. El Sr. Fontaine particularmente, estará sorprendido agradablemente de ver al fin adoptado el sulfuro de calcio como antiparasitario en la tísis por los alópatas que han negado tanto su acción en la difteritis. Se puede prever, por lo demás, que el sulfuro de calcio no se detendrá aquí: es un remedio admirable y corresponde muy bien á las ideas reinantes hoy en medicina! ¿En dónde encontrar un antiparasitario más inofensivo, más eficaz y más fácil de eliminar? Compárese á las diversas sales de mercurio propuestas para matar los microbios patógenos, y dígase de qué parte están las ventajas. Más tarde la historia imparcial, restituyendo á Fontaine la gloria de su decubrimiento, dirá también con qué perspicacia, con qué justicia de deducción el sabio médico de Bar-sur-Seine había previsto desde el primer día los servicios que el sulfuro de calcio debía prestar. Ultimamente aún una epidemia de difteritis reinaba en Oullins, pequeña ciudad próxima á Lyon; el Dr. Ferrán, amigo del alcalde, le sugirió hacer experimentar el sulfuro de calcio. Los médicos de la ciudad se hicieron sordos; sin desanimarse el alcalde de Oullins, siguiendo siempre el consejo del Dr. Ferrán, hace venir algunas cajas de gránulos de sulfuro de calcio, que el Instituto dosimétrico se hizo un deber de poner á su disposición. Estas cajas fueron distribuídas á los maestros de escuela y á los padres que los hicieron tomar á los niños como medio profiláctico. Algunos ya afectados fueron salvados con tales medios, y el alcalde últimamente al renovar la provisión, manifestaba agradecimiento, y decía que la epidemia estaba en pleno decrecimiento.

Este hecho característico me vuelve á conducir naturalmente á la necesidad siempre más grande de hacer conocer la dosimetría, no solamente á los médicos, sino también á todo el público. Muchos médicos, respondiendo á la llamada hecha últimamente por el Repertorio, se lamentan de la hostilidad de los farmacéuticos en general, contra los cuales, dicen, no tendríamos sino un médio para luchar: dirigirse al público mismo para darle á conocer las ventajas de la Dosimetría. Es cierto que honrosísimos esfuerzos se han hecho en tal sentido: por ejemplo, por el Dr. Juhel (de Caen) hace diez años, y recientemente aún por el Sr. Henry, veterinario militar en Tunesia. Pero sería tiempo de lanzar entre el público un grandísimo número de ejemplares de un opúsculo escrito expresamente para él, es decir, no muy científico, no muy médico, fácil y agradable de leer. El sabio Dr. Burggraeve, que es un admirable vulgarizador, cuando quiere, testigo su libro sobre la *Longevidad*, está evidentemente indicado para esto. ¿Pero tendrá tiempo, en medio de sus otros trabajos? A falta suya, otros médicos podrán intentarlo: tendrán éxito con la condición de trascribir todo lo que se ha escrito hasta ahora sobre la Dosimetría, y que era dirigido al Cuerpo Médico, y olvidarse, sobre todo, de que son médicos. Me explicaré: el público no gusta de los libros muy técnicos y que no puede juzgar; resolviéndose á eso, será necesario adoptar su lenguaje, y si lograis explicarle claramente las ideas justas, si le manifestais la reforma dosimétrica como una obra de simple buen sentido, os lo sabrá agradecer, y á su vez defenderá aquello que crea ser la causa de la justicia y de la verdad. Pero si os mostrais muy sabio, si vuestro lenguaje muy especial descubre la punta de la oreja de un hombre del oficio, vuestros lectores quedarán desconfiados.

Tan necesario es ser médico práctico para curar á los enfermos, como necesario es serlo poco para discurrir de medicina con ellos. El Dr. Burggraeve tiene algunas veces en sus discursos de una honradez llena de finura, rasgos que viendo bien hacen reir y desarman la contradicción; sobre todo, tiene la autoridad de la edad y de la ciencia. La sola objeción que se le podría hacer sería la de ser á un mismo tiempo juez y parte en la exposición de sus trabajos. Habría quizá un medio de quitar la dificultad. ¿Porqué no poner la cuestión al concurso, y dar un premio al autor, cualquiera que sea, de la mejor monografía, sobre las ventajas de la dosimetría explicada á todos?

E. Gras.

LECHE DE VACA.

De un trabajo de laboratorio del Dr. D. Manuel Delfin y que publicó la *Revista de Hacendados*, de la Habana, tomamos los párrafos que siguen y que pueden referirse á México.

Para que una leche de vaca merezca el nombre de *buena*, debe reunir las condiciones siguientes: 1º Proceder de una vaca sana. 2º Que la leche se extraiga cuando la vaca tenga por lo menos doce días de parida. 3º Que sea conducida á la ciudad en vasijas limpias y sin tener muchas horas de extraída. 4º Que la caballería en que se conduzca venga á paso lento, para que el líquido no sufra el *bataje* ó sacudimiento. 5º Que las vasijas vengan bien llenas para que al moverse el líquido lo haga en conjunto y sin revolverse. 6º Que sea pura y tal como se extrajo, sin adición alguna.

Cuando la leche se toma *al pie de la vaca* no cabe por parte de la administración pública más vigilancia que las condiciones del animal de que se extrae.

Las vacas sumamente delgadas, que apenas pueden tenerse en pie, que padecen de tumores, diarreas, etc., son inadmisibles, porque llevan el germen de enfermedades infecciosas trasmisibles al hombre por medio de la leche; analizada esta bajo el punto de vista de la bacteriología, ha de revelarnos micro-organismos diversos, entre ellos el de la tuberculosis, que tantos estragos causa en nuestra población.

Impidiendo el suplicio de esos infelices animales extenuados, se evitarían muchas enfermedades. Además, el ganado que llega á la ciudad, y por ella se pasea, no come, se le sujeta á unos rigores terribles; caminar todo el día por entre coches y transeuntes que le azoran y espantan, circunstancias son que de ninguna manera pueden contribuir sino á producir leches verdaderamente patológicas y á volver las vacas tísicas y enfermas.

El ganado debe distribuirse por plazas y plazoletas, de donde no se le pueda sacar sino para llevarlo al campo ó corral á donde se le cuida y alimenta; no debe permitirse ordeñar las vacas sino por las mañanas y por las tardes y no á todas horas del día, á no ser en aquellos puntos en donde existan lecherías con caballerizas rigu-

rosamente higiénicas fuera de la ciudad ó en los barrios en que haya más amplitud.

Es tanta más necesaria la vigilancia de las vacas de leche, cuanto que está probada hasta la evidencia la trasmisibilidad de la tuberculosis no solo por medio de la leche, sino también por medio de las carnes de animales tuberculosos: el microbio de Koch ha sido comprobado muchas veces en este género de alimentación.

Y como no se ha de hacer un análisis bacteriológico de cada una de las leches vistas ordeñar, porque sería materialmente imposible, la vigilancia debe dirigirse al reconocimiento de las vacas, desechando las que no estén perfectamente sanas y convenientemente gruesas.

La leche que se trae ordeñada á la ciudad, puede tener dos fines, ó para vender por las calles ó para depositar en las lecherías y cafés.

Verdaderamente los depósitos de trasporte no reunen ninguna condición higiénica; pues prescindiendo de su estado de deterioro, son de lata, con boca estrecha y muy profundos los mayores.

Se trae de grandes distancias en esos cántaros, que por su boca estrecha y profundidad, no pueden ser fregados perfectamente por agua caliente, jabón ó potasa. El material de que están hechos es sumamente atacable por los ácidos de la leche en fermentación y ayuda á su descomposición, y al agitarse el líquido con el aire viene la oxidación de aquel y la fermentación comienza, bien la fermentación láctica, bien la butírica.

Es un absurdo, muy corriente por cierto, creer que la leche debe conservarse destapada ó mal tapada, evitando así su fermentación, cuando sabemos que los gérmenes de la fermentación existen en el aire: así es que deben taparse perfectamente las vasijas en que se trae la leche y en que se le guarda después de hervida.

Estos cántaros ó vasijas de que nos venimos ocupando, su falta de aseo por la imposibilidad material para limpiarlos bien, el estar poco llenos y mal tapados, unido todo esto al sacudimiento que experimenta el líquido, contribuye á que la leche fermente, y que una vez fermentada produzca síntomas de envenenamiento.

Para conocer el momento de la fermentación de una leche no basta conocer su reacción, pues dicho líquido sale á veces de la ubre de la vaca con reacción ácida, otras con reacción neutra, y otras con reacción alcalina; razón por la cual se dice que dicho líquido es de reacción *anfótera*.

Cuando viene la leche de largas distancias, debe el expendedor antes de ponerla en los cántaros, someterla á la *esterilización* por medio del calor á 100°, introduciéndola en las vasijas bien limpias, caliente, y llenando bien estas y tapando herméticamente si posible es, con tapas á tornillo.

La leche fermenta con suma facilidad, y esto obedece á que por su composición química es este líquido terreno fértil para muchos micro-organismos, unos que perecen á los 100° (los de la fermentación láctica) y otros que resisten y no perecen á dicha temperatura, siendo por lo común estos los procedentes de animales enfermos ó de complicación de la fermentación de la leche por adición de las sustancias extrañas.

Mucho se habla aquí de la adulteración de la leche, creyéndose por casi todos los que no se dedican á estas investigaciones, que en esta ciudad se adultera la leche con sustancias muy variadas: nosotros, que hemos tenido muchas leches productoras de síntomas de intoxicación, y que las hemos sometido á un riguroso análisis químico, para informar á los señores Jueces que nos han honrado con su confianza, podemos decir, sin temor á equivocarnos, que las leches en esta ciudad, como en todo el mundo, se sofistican generalmente con agua.

Esta sofisticación, mejor dicho, adulteración, sería inocente si no fuese porque contribuye á la más rápida fermentación del líquido, y á disminuir sus cualidades nutritivas. El agua, no esterilizada por prolongada ebullición, añade su numeroso contingente de micro-organismos á los que adquiere la leche apenas sale de la ubre de la vaca, y ese nuevo y numeroso contingente viene á complicar la fermentación láctea.

Este fraude se descubre midiendo la densidad del líquido de que nos venimos ocupando; en París, el término medio de la densidad de leches es de 30 á 32 á 15° c.

Nosotros en el laboratorio de la *Crónica Médico-Quirúrgica*, hemos hecho las siguientes observaciones:

1ª	Leche	vista	ordeñar,	densidad	1046	reacción	neutra.
2ª	id.	id.	id.	id.	1040	id.	id.
3ª	id.	id.	id.	id.	1010	id.	id.
4ª	id.	id.	id.	id.	1013	id.	id.
5ª	id.	id.	id.	id.	1026	id.	alcalina.
6ª	id.	id.	id.	id.	1023	id.	id.
7ª	id.	id.	id.	id.	1029	id.	id.
8ª	id.	id.	id.	id.	1016	id.	id.
9ª	id.	id.	id.	id.	1029	id.	id.
10ª	id.	id.	id.	id.	1030	id.	id.

Las vacas de que hemos obtenido las le-

ches, cuyas densidades y reacciones dejamos apuntadas han sido de las que recorren la ciudad; no hay dos de una misma vaca.

Las densidades han sido tomadas por una balanza de precisión.

La temperatura reinante en esos días era de 25° á 28° c.

Estas leches, obtenidas directamente y *vistas* ordeñar, señalan 36 y 40 de densidad en los días anteriores á la copiosa lluvia que cayó en Febrero, y en la mañana siguiente á ella, desciende la densidad á 10 para ir luego en progresión ascendente en los días sucesivos de seca.

En algunas de estas leches que han sido ordeñadas á las siete de la mañana, hemos observado á las tres de la tarde micro-organismos propios de la fermentación y cambios notables de reacción con una temperatura ambiente de 26° c. Las siembras en gelatina de esos micro-organismos, nos han dado colonias numerosas blancas y amarillas.

MEMENTO

De Terapéutica Dosimétrica

—ó—

GUÍA DEL MÉDICO PRÁCTICO

EN EL EMPLEO DE ESTE MÉTODO DE TRATAMIENTO.

POR EL DR. BURGGRAEVE.

(Concluirá.)

MEDICAMENTOS DOSIMETRICOS

Y

MEDICAMENTOS ALOPÁTICOS.

MEDICAMENTOS DOSIMÉTRICOS.

Régimen de los heridos.

El régimen de los heridos debe ser tónico y antifebril. Es necesario, pues, alimentarlos tanto como sea posible dándoles buen caldo, vino generoso y algunos gránulos de arseniato de quinina ó de estricnina, según el estado febril ó de debilidad. Nuestra regla es dar tres ó cuatro vasos de vino (Burdeos ú Oporto) á nuestros operados, y cada vez dos gránulos de arseniato de quinina. El arseniato de estricnina es empleado en caso de abatimiento. Consideramos este régimen de la más alta importancia. Después de la guerra de 1870, al visitar las ambulancias nos hemos asegurado de que muchos heridos se encontraban en condiciones negativas. En la ambulancia belga de Mouzon, hemos distribuído gránulos de arseniato de quinina y de arseniato de estricnina, y el efecto ha sido marcadamente pronto y notable. Heridos que no podían comer recobraban el apetito y las heridas un buen aspecto. No hay nada más debilitante que la supuración. Es necesario no perder de vista que el pus es la quinta esencia de la sangre: son sus glóbulos blancos, como parece resultar de las experiencias de un micrógrafo alemán, M. el Dr. Kohnheim.

Por otra parte, es preciso tener presente que el herido, por muchas precauciones que se tengan, se encuentra en una atmósfera viciada. ¿Qué sucederá cuando hay gran acumulación de heridos? Su sangre está impregnada de un miasma animal contra el cual se opondrán los arseniatos. Es preciso, pues, observar todos los días su temperatura, á fin de mantenerla en su altura fisiológica si tiene tendencia á elevarse. Es por esto porque hemos insistido tanto en el uso de los alcaloides. Pero la primera condición es siempre el aire puro: no hay que temer por los heridos cuando hay corrientes de aire siempre que no sean encajonadas. Siempre protestamos contra las ventanas y puertas entreabiertas. Se comprende porqué las grandes operaciones dan mejores resultados en el campo que en la ciudad: no se deplorará nunca bastante el establecimiento de grandes hospitales en los centros populares. Desgraciadamente es una cuestión de amor propio y de conveniencias administrativas.

Operaciones.

El médico debe recordar que una operación es siempre un peligro para el enfermo, y que hacer de ella una cuestión de vanidad ó de medio de reputación sería desconocer el más santo de los deberes, puesto que tiene la humanidad por objeto. Aún en los casos traumáticos muchas amputaciones podrán ser evitadas á beneficio de los apósitos inamovibles ó amovibles. Es necesario, sobre todo, prever y no ir más allá que el mal. Moderar la menor reacción febril con los alcaloides; mantener la crasis sanguínea con las sales neutras y los arseniatos; sostener las fuerzas de los enfermos con un buen régimen; combatir las diátesis con un tratamiento apropiado. Y después no emplear el hierro sino en última instancia, y aún entonces ¡cuán importante es el empleo de los cáusticos! Debemos á estos últimos, á la compresión metódica y á la inmovilización, la curación al menos de siete tumores blancos entre diez, y de no tener en nuestra

sala del Hospital más que una mortalidad en cinco por ciento.

Dietética.

La utilidad de las sales de Sedlitz está suficientemente demostrada; no solamente mantienen libre el tubo digestivo, sino que impiden las fermentaciones, atemperando constantemente la sangre. Hay que neutralizar menos los fermentos externos que los internos. El cuerpo es origen incesante de infección, aun cuando esté sano: ¿qué no hará en el enfermo? El médico no insistirá nunca bastante en la necesidad del empleo de las sales de Sedlitz, no solamente en sus clientes sino en sí mismo. "*Medicus se curat ipsum.*"

CONSULTAS MÉDICAS.

El primer interés de los médicos sería vivir en armonía, al menos en lo que tiene relación con su profesión, como secede entre los abogados, que no son, sin embargo, gentes de paz. Comprenden que deben sacrificarse á un interés común, y no dividen estúpidamente sus fuerzas ante el enemigo.

¿Porqué no puede decirse esto mismo de los médicos? *¿Invidia medicorum pessima invidia?*

Pero esta no solamente se relaciona con la profesión, es también una cuestión de amor propio, considerándose cada uno más sabio que su compañero.

Esto tiene su fundamento en la carencia de principios y en la anarquía que reina en la Escuela.

El médico joven sale de ella sin tener fe porque no ha aprendido en ella más que los desórdenes materiales á la anatomía patológica. La dosimetría llenará este gran vacío en su educación.

Que haya ó no conservadores y adversarios, esto no debe impedir á los demás progresar. Es menester, sobre todo, que se presten su mutuo y fraternal apoyo.

Hay médicos que intentan matar la Dosimetría con el ridículo, no apercibiéndose que tienen la viga en sus propios ojos. Son ciegos ¿qué extraño es que no vean lo que pasa alrededor suyo? La Dosimetría es demasiado poderosa ya para dar importancia á este género de ataques. El público comienza ya á apercibirse que en este sistema de curación *hay algo*, mientras que la homeopatía no puede ser más que un mito. Cuando sepa que hay una medicina que previene y yugula las enfermedades agudas, concederá su confianza á los médicos que la practiquen.

El interés de los médicos es no dividirse sobre esta nueva cuestión, sino tratar de profundizarla con el concurso de todos. Conviene que se vean, que consulten entre sí sobre los medios de llegar más segura y prontamente á la curación de sus enfermos: porque éstos no tendrán confianza mientras no se sientan curados ó aliviados. Cuando conozcan que hay un método más rápido y más eficaz que los demás, á él recurrirán. La edad en medicina no debe prevalecer si no se asocia al progreso.

Hemos abandonado nuestra posición oficial, así como también la clientela particular, y nos hemos contentado con nuestro Hospital como campo de experimentación; no es de nosotros, pues, de quien tienen que temer nuestros compañeros suponiéndonos miras ambiciosas: deben escuchar nuestros consejos como los de un verdadero amigo. Ahora bien, aconsejamos que se asocien, que sobre todo no se dividan en pequeñas sectas é iglesias. Sean los que quieran los progresos de la medicina, los enfermos nunca faltarán, porque las causas de las enfermedades son incesantes. Una consulta propuesta por el médico no será jamás rehusada por el enfermo ó su familia, porque verán en ello una garantía de seguridad. Un jefe de familia, una madre, un niño, atacados de una grave enfermedad, son dignos de una consulta. Por el más pequeño interés material, por la menor diferencia de intereses, se apela á distintos tribunales; ¿vale menos la vida del hombre? Además, hay una alta cuestión de moralidad en no considerarse infalible, cuando se trata de hechos tan trascendentales.

Cuando en nuestra sala del Hospital se presenta un caso difícil, nos apresuramos á consultar con nuestros compañeros, y nos consideraríamos culpables de haber practicado una operación sin antes haber deliberado en común. ¿Una inflamación, una pleuresía, una neumonía, son acaso menos peligrosas para no tomar semejante precaución?

Y ved lo que sucede: cuando no se cumple con este deber, la enfermedad es discutida en público, y á menudo ante los médicos que no habiendo sido llamados, no pueden rectificar un falso juicio. Una enfermedad que termina por la muerte del enfermo, es, para el práctico que se ha abstenido de llamar á sus compañeros, una verdadera causa de descrédito.

Es verdad que en el estado de anarquía que ha reinado en medicina hasta aquí, las

consultas han sido difíciles, si no imposibles. Y esto no data de hoy, prueba de ello Molière, que hace reir al público grosero, pero apenas á los hombres discretos, porque ¿hay nada más odioso que disputar ante la muerte? Desgraciadamente existen hoy las mismas disidencias, y no sería prudente poner en presencia los alópatas y los homeópatas. Es verdad que estos últimos han obrado con discreción retirándose del bando médico. Pero en verdaderas intransigencias, ellos nos pagan con la misma moneda. Y Dios sabe los títulos con que nos nombran, pretendiendo estar al abrigo de parecidas inculpaciones por la inocuidad de sus fórmulas. Pero en esto está precisamente el peligro de la ciencia: ¿se habituará el público nunca á ver en los médicos unos augures sin reirse? Si de una parte la homeopatía es un mito por los medios que emplea, de la otra la alopatía es como el oso de la fábula, que por una mosca destroza la cabeza del...... paciente. Hay, pues, un punto donde encontrarse, un puente por donde reunirse, y este punto y este puente es el método dosimétrico.

Será fácil que los médicos se entiendan, pues que se trata de vitalismo; porque no concebimos que haya uno entre ellos que niegue la vida. Sería lo mismo que el maquinista que negase el vapor ó el relojero que no creyese en la elasticidad.

VARIEDADES.

Muerte de Mr. Bishop y su autopsia.

Leemos en *Las Novedades* de Nueva York:

El adivino Mr. Washington Irwing Bishop, famoso en todo el mundo y muy conocido en Cuba y México, ha fallecido en medio de circunstancias altamente dramáticas.

Al terminar uno de sus actos de adivinación, hasta ahora nunca vistos, por efecto del esfuerzo mental que el mismo le ocasionara, fué acometido de un ataque histerocataléptico que en poco tiempo le causó la muerte.

El hecho acaeció ayer de madrugada en el edificio del *Lamb's Club*, situado en la calle 26ª número 34 al Oeste. Mr. Bishop, convidado por uno de los miembros del club, después de haber cenado opíparamente en compañía de un centenar de personas, hizo una exhibición de sus facultades asombrosas, empezando por el conocido juego del puñal, que consiste en adivinar vendada la persona que en un concurso de gente ha hecho ademán de apuñalear á otra, y la imaginaria víctima.

Después de esto, propúsose realizar otra cosa más difícil y enteramente independiente de las contracciones musculares involuntarias, y fué adivinar un nombre que dos socios habían tomado mentalmente del libro del club, situado en otro aposento.

Mr. Irwing, sin tomar de las manos á ninguno de esos señores, pasó vendado al lugar donde estaba el libro, le abrió y señaló el nombre; y después, en la misma guisa regresó al salón, y sin quitarse la venda, haciendo un esfuerzo que le puso en un estado de deliquio, escribió en un papel al revés, el nombre "Townsend." Al hacer el último rasgo de la *t* inicial, cayó atacado de una convulsión, y á las pocas horas fallecía en una de las habitaciones superiores del Club. En la autopsia se halló su cerebro muy congestionado.

Ampliando la noticia que comunicó el cable, de la muerte del célebre *adivino* del pensamiento, un colega de esta ciudad traduce del *Two Republics*, lo siguiente:

"El adivino Bishop murió en Nueva York á consecuencia de un ataque cataléptico. Mr. Irwing Bishop, el célebre adivino hizo su último ensayo en el "Lamb's Club" en las primeras horas del día 13, y murió poco después, de un ataque cataléptico que pareció ser el resultado de la terrible excitación nerviosa que necesitó para su experimento.

"El "Lamb's Club" es una asociación de actores, y acostumbra tener tertulias un domingo al mes. A estas tertulias sólo son admitidos los socios, pero como la fijada para el día 13 era la última de la estación, se permitió á los socios que llevaran á sus amigos. El actor Henry Dixey llevó á Bishop.

Después de algún tiempo se le pidió á Bishop una exhibición de su poder. Consintió en ello é hizo lo que llamaba *detective trick*. Fué aplaudido por el éxito del experimento, pero Bishop hizo poco caso y dijo: "Eso es muy fácil." Esperad y os mostraré algo que hasta ahora no habeis visto y que estoy seguro que nadie más puede hacer.

Entonces pidió al secretario del Club, Green, que pensara en una palabra de alguno de los libros del Club. El secretario no recordaba ninguna por el momento, pero el Dr. Irwing, un pariente de Bishop, bajó las escaleras con Green, fué á donde se guardan los libros, y pensaron en el nombre de Margaret Townsend, y grabando en su me-

moria la página y el lugar de la misma en donde aparecía escrito, ocultaron el libro y volvieron á subir. Bishop, vendado, tenía en su mano la de Mr. Green, bajó, encontró el libro sin dificultad, y volteó rápidamente sus hojas hasta aquella en que estaba el nombre.

Por fin, pasando sobre ella sus dedos, la detuvo en el nombre. "¿Es éste," preguntó, y habiéndosele dicho que sí, volvió á subir todavía vendado y anunció que se proponía decir la palabra de una manera que demostraría absolutamente que los músculos en la lectura no tomaban la menor parte.

Había llegado, durante el experimento, á un alto grado de excitación y ésta aumentó cuando suplicó á todos que permaneciesen detrás de él. Sin tocar á Mr. Green, pero insistiendo en que pensara nada más en la palabra, entró en una especie de adormecimiento. Esto no puede decirse absolutamente, pues la venda cubría sus ojos y algunas otras partes de su cara.

Despues de unos pocos momentos, dijo: "Creo que es un nombre."

Despues de un aparente esfuerzo mental, exclamó: "Dadme algo con que escribir."

Después de unos pocos momentos dijo: "Dadme algo con qué escribir."

Se le dió un trozo de papel y un lápiz. Sin vacilar ni un momento, Bishop lo tomó y produjo la palabra Townsend, no escrita en la forma natural, sino invertida como si la palabra escrita bien se reflejase en un espejo. "Esto es," dijo, y en el mismo momento en que Mr. Green y el Doctor Irwing movían la cabeza en señal de afirmación y toda la reunión aplaudía, Bishop cayó sin conocimiento.

Como á las cuatro tuvo otro violento ataque y cayó en un estado comatoso. Entonces se salió el Dr. Lee considerando el caso como irremediable. Poco después el adivino pareció reconocer á las personas que lo rodeaban, pero no llegó á tener un momento de verdadera lucidez desde antes de las seis de la mañana, hasta poco después de medio día, en que cesaron su pulso y respiración, y estuvo aparentemente muerto. Temiéndose que no fuera más que una catalepsia, se le aplicaron fuertes corrientes eléctricas, y por una media hora pareció tener vida; pero al cabo de este tiempo, la corriente cesó de producir efecto y el médico manifestó que Bishop estaba indudablemente muerto.

Todo parece indicar que el famoso adivino Washington Irwing Bishop no estaba muerto cuando le hicieron la autopsia, sino sumido en un acceso de catalepsia en el cual la inmovilidad absoluta, la falta de latidos del corazón y la rigidez simulaban perfectamente los signos de la muerte.

Los médicos le atacaron con sierra y bisturí á las pocas horas de la defunción aparente, sin dar tiempo á que se presentaran los síntomas de la descomposición, únicos infalibles en casos semejantes, y aún sin avisar á las autoridades. Como es sabido, los catalépticos, á pesar de su inmovilidad, se enteran perfectamente de cuanto pasa á su alrededor, conservando entera la facultad auditiva y claro el entendimiento. El pobre Bishop, pues, descuartizado en vida, debió haber sufrido una horrible agonía.

El imperdonable error de los médicos hanlo descubierto la madre y viuda del finado, quienes sabiendo que su deudo había sufrido varios accesos como el último y les recomendara que en ninguna ocasión le dejaran enterrar ni cortar sin cerciorarse antes de que estaba perfectamente muerto, no vacilan en calificar de carniceros asesinos á los médicos operantes.

Por otra parte, autoridades tan respetables en enfermedades nerviosas, como los Dres. Spitzka y Hammond, aseguran que los médicos aludidos han procedido, cuando menos, con un apresuramiento injustificable, y que faltaban en este caso los síntomas característicos de la muerte.

El *Herald* se enfada y pide que á dichos facultativos se les exija por los tribunales la responsabilidad consiguiente.

A consecuencia de la acusación presentada por Mrs. Bishop, madre del célebre adivinador Mr. Bishop, contra los doctores que hicieron la autopsia del cadáver sin permiso de ella ni de la esposa de su hijo, el juez Leyv ordenó la prisión de los Doctores Irwing, Hause y Ferguson, ínterin se practique el sumario acerca de la causa inmediata de la muerte del citado Mister Bishop y de la autopsia verificada por dichos doctores cuatro horas después de acaecida aquella, á fin de averiguar si la autopsia tuvo lugar cuando verdaderamente el adivinador estaba muerto, y determinar la criminalidad de los expresados doctores por haber procedido al reconocimiento del cadáver, sin permiso del tribunal ni el consentimiento de la familia, y últimamente contra las disposiciones del adivinador.

Los tres doctores han sido puestos en libertad bajo fianza de $ 2,500 cada uno.

Un colega añade:

Ha habido en el juicio por la muerte de Bishop algunas pruebas evidentes que han sorprendido al representante de la familia. El patologista nombrado por el *Coroner*,

ha declarado definitivamente que la causa de la muerte de Bishop, fué la hemorragia cerebral, coincidiendo con indicios muy claros del Mal de Bright.

El Dr. Herman, M. Briggs y el patologista de "Bellevue Hospital," manifestaron que se habían encontrado señales muy claras del Mal de Bright. El testigo había examinado al microscopio un fragmento del riñón de Bishop y había descubierto muestras de hemorragia en la base de este órgano que eran suficientes para causar la muerte. En ausencia de otra prueba, creía que la muerte había sido causada por la hemorragia cerebral y ésta no había podido ocurrir durante la autopsia.

El Dr. John Arhur Irwing, el primer testigo de la defensa, describió los experimentos de Bishop en el "Lamb's Club." El testigo advirtió á Bishop que no ejecutara su segundo experimento, porque estaba muy nervioso y su pulso era muy rápido. Cuando lo hizo, cayó en un ataque cataléptico. Poco después volvió en sí y pidió morfina que se le administró en inyecciones hipodérmicas.

Durante el tiempo que estuvo en su conocimiento, estaba muy violento y mordió á los que lo detenían. Estaba delirando y llamaba sin cesar á su hija, usando un lenguaje muy duro. Se envió por el Dr. Lee, quien le aplicó una pequaña batería eléctrica para estimular la respiración.

El Dr. Lee permaneció con él dos horas, y al cabo de este tiempo, cesaron los síntomas catalépticos y Bishop cayó en el coma. Como Bishop iba á morir evidentemente, el Dr. Lee pidió al testigo una autopsia. La concedió y dijo que no había necesidad de ocurrir al *Coroner*, pues era una muerte ordinaria por coma.

Se dice que Bishop traía siempre en su cartera la siguiente nota:

"A los médicos y amigos: *Prohibo una autopsia ó el uso de la electricidad, ó que mi cuerpo sea puesto en hielo, hasta que mi madre ó el representante de mi madre, coronel Ingersoll, me haya visto.*"

Esto estaría bien si hubiese dado instrucciones generales contra una prematura autopsia; pero parece que de llevarlas en la cartera no le resultaba ninguna ventaja.

Un periódico neoyorkino en su número de 24 de Mayo, dice lo siguiente:

Ayer tarde se reunieron en el salón número 19 de la Casa Consistorial, los doce miembros del jurado para instruir el sumario acerca de la muerte del adivinador, Mr. Washington Irwing Bishop. Se trata de probar científicamente si Mr. Bishop estaba verdaderamente muerto antes de practicarse la autopsia por los doctores Irwing, Hance y Ferguson.

La madre de Mr. Bishop, según están enterados nuestros lectores, presenta fundados argumentos al efecto de que su hijo, al verificarse aquella, no estaba muerto y que los doctores procedieron al acto sin la autorización de la autoridad competente, ni de la familia del difunto.

Ayer solamente se procedió á los preliminares del proceso, suspendiéndose el sumario sin que se revelara nada de importancia. Hoy volverá á reunirse el jurado y es probable que se haga alguna luz, aunque por lo visto, más bien lleva trazas de complicarse, pues tratándose de un asunto que reviste un carácter puramente científico, no se comprende cómo un jurado compuesto de joyeros y dueños de tiendas de ropa puedan dar una opinión acertada en un proceso de tal naturaleza, cuando aún personas entendidas muestran ideas tan contrarias.

(El Pabellón Nacional.)

Alimentación del Niño en la primera infancia.

En *La Medicina práctica*, publica el Dr. Mariscal un útil trabajo sobre este punto, cuyas conclusiones copiamos:

" La base higiénica de todo lo que llevo expuesto al tratar de las diferentes cuestiones que se relacionan con la alimentación del niño en los dos primeros años de su existencia, se halla comprendida en los tres postulados que siguen:

" 1º La mejor alimentación para el niño en el período de la lactancia es la leche de su madre, sigue después la de una buena nodriza; y continúan, en progresión descendente, la de un animal de cría, ingerida de un modo directo ó bien por medio de biberón, estas dos últimas clases no deben considerarse como sistema de alimentación, sino como un recurso.

" 2º No conviene destetar al niño antes de que haya echado los doce primeros dientes, y aún entonces, se debe verificar el destete preparándolo poco á poco, nunca de un modo brusco;

" Y 3º El régimen alimenticio del niño después del destete, debe ser principalmente el lácteo, unido á las féculas y á las carnes y pescados de más fácil digestión, privándoles en absoluto de toda sustancia indigesta y de toda bebida estimulante, en atención á la debilidad de sus fuerzas digestivas y al predominio y actividad de su sistema nervioso."

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

POLÉMICA.

Un periódico político, *El Universal* del 26 de Junio, en su sección "Ejercicios Cotidianos," publicó el párrafo siguiente:

"Varios profesores de la Escuela de Medicina van á fundar un periódico que sostendrá polémicas con los partidarios de la Dosimetría.

"Veremos quién vence á quién. Si de la discusión nace la luz, esperamos de las futuras controversias algunos rayos, para que la humanidad doliente no se quede á oscuras."

El Dr. Fénélon dirigió entonces al Director de ese periódico, la carta que sigue:

"Su casa, Junio 25 de 1889.—Sr. Director de *El Universal.*

Presente.

Estimable señor mio:

"El número de su interesante diario, correspondiente al día de mañana, y que acabo de recibir, contiene un anuncio que he visto con entusiasmo. "Varios profesores de la Escuela de Medicina van á fundar un periódico que sostendrá polémicas con los partidarios de la Dosimetría."

"¡Bien venidos sean estos buenos amigos y valientes campeones! hace cinco años que pedimos la discusión; hace año y medio que la provocamos en la *Medicina Científica.* Pueden estos estimados compañeros ahorrarse el gasto de su fundación periódica: las columnas de la *Medicina Científica* están abiertas; desde luego, se publicarán sus artículos de controversia de preferencia á los nuestros.

"Dice vd. bien: es tiempo, y aún más que tiempo, de que la humanidad doliente sepa si es preciso seguir muriendo *secundum artem,* aun cuando hay remedios fundados en la ciencia y el sentido común; propios para evitarlo, y si es forzoso continuar tomando medicinas inexplicables, de preferencia á los productos bien definidos que puede proporcionar la química moderna.

"Hace más de dos años el que esto escribe tuvo la honra de leer ante la Academia de Medicina de México, una reseña de lo que puede dar la Dosimetría en Terapéutica, aún en mano de un aprendiz como él lo era: un silencio político siguió á tal lectura.

"El señor catedrático de Terapéutica tuvo la amabilidad de decir al señor profesor de Fisiología que contestaría al artículo leído, en la *Gaceta de la Academia,* en la cual, conforme al reglamento fué publicada.

"Los años pasan, nuestras canas y arrugas se multiplican, avisándonos de que pasamos también, pero la contestación prometida no parece, por más que sigamos esperando con ansia y hayamos tenido la indiscreción de solicitarla á veces en las columnas de la *Medicina Científica.*

"Muy de temer es que la publicación anunciada se quede no más en proyecto, pero declaramos delante del público, á quien, en efecto, importa saber la verdad sobre lo que puede dar hoy el arte de curar: que la discusión está abierta y se continúa en un prolongado monólogo en la *Medicina Científica,* joven tímida de año y medio de edad, pero muy hospitalaria, como ha anunciado que lo sería desde el día de su alumbramiento.

"Soy de vd., señor Director, atto. S. S. y amigo. Quien lo aprecia.—*J. Fénélon.*"

El *Universal* comenta de esta suerte, el anterior documento:

"Con todo gusto publicamos la importantísima carta que ha dirigido á nuestro Director el apreciable Dr. Fénélon, y excitamos por nuestra parte á los señores profesores de la Escuela de Medicina, á que acepten el reto que desde hace años les están dirigiendo médicos tan respetables por todos conceptos, como son los que profesan en México el sistema dosimétrico. Y nos dirigimos con especialidad á los profesores de la Escuela de Medicina, que estos son los que oficialmente están encargados de enseñar á la juventud que se dedica á la ciencia médica. Si á sabiendas están perdiendo el tiempo en enseñar *el arte de curar,* como da á entender el Dr. Fénélon,

en vez de aceptar las curaciones científicas, son demasiado culpables; como no lo son menos, si creyendo que la ciencia está de su parte, no desvanecen los errores en que hayan incurrido los partidarios de la Dosimetría.

"Sólo una considereción podía hacer que los profesores de la Escuela de Medicina no se ocuparan en discutir puntos tan trascendentales para la sociedad: que los que retan no fueran doctores de reconocido saber y aceptadísimos en toda la República como muy hábiles en su profesión; pero eso no puede decirse de los Sres. Fénélon, Alvarez y Malanco, que son, por ahora, los que han salido á la palestra provocando una polémica.

"No hay medio: ó los retados no se consideran con los conocimientos necesarios para aceptar una discusión científica, lo cual no es creible, ó temen mucho que la razón no esté con ellos, y en tal caso, repetimos, su culpabilidad no tiene excusa.

"La *Medicina Científica* ofrece sus columnas á los señores profesores de la Escuela de Medicina de México, para publicar los artículos que deseen; pero si no aceptaren ese franco ofrecimiento, por ser quicenaria la publicación de aquel periódico, tenemos el gusto de poner á la disposición de unos y otros, las columnas de *El Universal,* aun cuando tenga que dar suplementos, si la discusión requiere largos artículos.

"Por lo demás, conste, que si nos ingerimos en este asunto, es porque lo consideramos de interés general, no porque seamos apasionados en favor de tales ó cuales personalidades, ni porque nos creamos aptos para juzgar de los diversos sistemas curativos."

Con el propio motivo *Le Trait d'Unión* del 27 de Junio dice:

LA DOSIMETRÍA.

Diversos profesores de la Escuela de Medicina de México, se proponen fundar un periódico en el cual sostendrán una polémica con los partidarios de la Dosimetría.

A este propósito, el Sr. Dr. Fénélon dirige una carta á *El Universal,* felicitándose de ver al fin á sus colegas de la Facultad aceptar esta discusión que viene solicitando desde hace cinco años.

Nosotros aplaudimos esta determinación porque no puede ser sino provechosa á la ciencia y á la humanidad. La ciencia no podría quedar estacionaria, el tiempo de la rutina pasó y los hombres encargados de la alta misión de conservar la vida de sus semejantes no podrían desinteresarse más largo tiempo de una cuestión que puede estar llamada á traer una feliz revolución en el arte de curar.

A falta del periódico especial que se proponen fundar los sabios profesores de la Escuela de Medicina, *El Universal* se pone enteramente á su disposición y estamos ciertos de que como nuestro colega ningún periódico de México rehusará sus columnas á una discusión que interesa á tan alto grado á la humanidad que sufre."

El *Diario del Hogar*, con fecha 27 de Junio, se expresa así:

LA DOSIMETRÍA.

En vista de haberse propuesto varios profesores de la Escuela Nacional de Medicina, sostener una polémica con los partidarios de la Dosimetría, el Dr. Fénélon escribe al *Universal* una carta felicitándose de la actitud de los profesores mencionados y de que al fin se inicie una discusión que tan necesaria es para despejar la verdad que exista en este asunto.

Nuestro colega *Le Trait d'Union* se felicita igualmente de esto, y cree que ningún periódico se negará á admitir en sus columnas los escritos de los contendientes.

Nosotros por nuestra parte, ofrecemos las nuestras, toda vez que se trata de un asunto de vital interés para la humanidad doliente. La Dosimetría cuenta con numerosos partidarios y numerosos enemigos. Es como la micrografía una ciencia nueva, de la cual muchos desconfían.

Creemos que con la discusión que se inicia, los experimentos se han de multiplicar y de ello algo bueno se ha de obtener en favor de la ciencia.

Entendemos nosotros que el Sr. Fénélon escribe en una Revista Dosimétrica en esta Capital lo cual no obsta para que reiteremos nuestro ofrecimiento."

El Partido Liberal del 29 de Junio dice bajo el epígrafe

A LA LID CAMPEONES.

Acaba de publicar el Sr. Dr. Juan Fénélon en las columnas de nuestro apreciable colega *El Universal* una carta muy interesante por los resultados á que puede dar lugar si las personas aludidas en ella abordan en el terreno científico la cuestión propuesta.

Punto: Ventajas ó desventajas de la Dosimetría.

"Antecedentes: Una reseña de lo que puede dar la Dosimetría en la Terapéutica, leída por el Sr. Fénélon ante la Academia de Medicina de México, y no contestada aún, después de dos años, por el señor Catedrático de Terapéutica, á pesar de ofrecimientos en contrario.

Armas: La razón, la ciencia y la experiencia.

Terreno: El periódico, ya se llame este *La Medicina Científica*, ya *El Universal* que ofrece sus columnas á los contendientes, y áun dar suplementos si aquellos no fueren bastantes.

En más de una ocasión hemos oído de labios de ilustrados facultativos, amigos nuestros, apreciaciones muy desfavorables para lo que en la actualidad se llama método ó sistema dosimétrico. He aquí una oportunidad para que combatan al monstruo, si monstruo es, y para que alcancen los laureles del triunfo, que consistirán en las bendiciones y aplausos de la humanidad doliente, y aun de la que no lo es, por la posibilidad en que constantemente se halla de serlo.

El Partido Liberal, llegado el caso, seguirá atentamente la polémica, extractando cuidadosamente los argumentos de uno y otro bando, á fin de que los suscritores y lectores de aquel no carezcan de datos en una cuestión que ha de ser de tan trascendentales y prácticos resultados."

El Universal del 2 del corriente comenta el párrafo anterior, del modo siguiente:

"Positivamente es de sentirse que haya doctores que digan tanto y tan mal del sistema dosimétrico, y que callen cuando se les llama á una discusión científica.

"Hemos oído asegurar á más de dos alópatas (entre las señoras de la casa, y cuando acaban de recetar algún brevaje) que el sistema dosimétrico deben de seguirlo solamente los médicos que aceptan todo lo nuevo, sólo porque es nuevo; pero que ellos dan la mejor prueba de que los gránulos *no sirven;* ¿cómo? tomándose veinte ó treinta sin que les cause mal. ¡Soberbia prueba! Eso sí, las señoras quedan convencidas, y como de eso se trata, queda conseguido el triunfo.

"Pero ahora que el Sr. Fénélon y otros dos notables médicos les piden las razones que tengan para no aceptar el nuevo sistema, no quieren oir; nadie se da por aludido, y dejan pasar la tempestad considerándola como en un vaso de agua.

"Que sería asunto de suma importancia discutir los puntos propuestos, no cabe dudarlo; y así como nuestro apreciable colega *El Partido Liberal*, ofrece que con toda atención habría de tomar nota de los argumentos de uno y otro bando, *El Monitor*, *Nacional* y *Tiempo*, es decir, la prensa de más importancia en el país, seguiría atenta y con toda imparcialidad la discusión que se sostuviera con motivo de asunto tan importante.

"Esperamos todavía que los profesores de la Escuela de Medicina, quienes, repetimos, son los más obligados á levantar el guante, hagan uso del ofrecimiento que les hemos hecho, y nos den el placer de publicar sus artículos."

Y *El Partido Liberal* del 3 de Julio, bajo el título: "Todo á su tiempo," y comentando el párrafo anterior de *El Universal*, dice:

TODO Á SU TIEMPO.

"Reproduce *El Universal* nuestro artículo intitulado: "A la lid, campeones," distinción que en la parte debida le agradecemos.

"Y á guisa de comentarios á lo expuesto por nosotros, dice entre otras cosas:

"Positivamente es de sentirse que haya doctores que digan tanto y tan mal del sistema dosimétrico, y que callen cuando se les llama á una discusión científica."

....

"Pero ahora que el Sr. Fénélon y otros dos notables médicos les piden las razones que tengan para no aceptar el nuevo sistema, no quieren oir; nadie se da por aludido, y dejan pasar la tempestad considerándola como en un vaso de agua."

No se impaciente *El Universal*. Es preciso que tenga calma. Y ya verá si es que espera un poco, cómo los doctores alópatas se resuelven á combatir en defensa de su sistema, atacando el de los dosimetristas, hasta ahora tan dado á tropezar en su camino con escollos y resistencias, que no sabremos decir si llegará á dominar.

"Debemos, sí, decir al apreciable colega del ex-Seminario, que los doctores á los cuales acusa de apáticos, han ocurrido á nosotros en solicitud de las columnas de este periódico, para abrir contra sus adversarios formal campaña, la que tendrá, sin duda alguna, caracteres que no vacilamos en llamar trascendentales. *El Partido* acogió dicha solicitud con la cordialidad debida, pues el punto á discusión es realmen-

te interesante. Hoy, como lo verá *El Universal*, presentan batalla los alópatas al Sr. Fénélon y á los otros dos notables médicos, á los cuales alude.

"Para que vea *El Universal* que estamos conformes con él en que este importante asunto se discuta, terminamos este suelto con las mismas palabras con las cuales termina él mismo el suyo al que nos hemos referido.

"Esperamos todavía que los Profesores de la Escuela de Medicina, quienes, repetimos, son los más obligados á levantar el guante, hagan uso del ofrecimiento que les hemos hecho y nos den el placer de publicar sus artículos."

Nosotros también tenemos esta esperanza.

Y más adelante, bajo el epígrafe "Una polémica interesante", el mismo periódico dice:

UNA POLÉMICA INTERESANTE.

"Con gusto publicamos hoy un artículo que se nos ha remitido y que versa sobre la *Doctrina Dosimétrica.*

"Somos enteramente imparciales en esta cuestión, y no debe ser de otro modo, supuesto que siendo profanos en materia tan delicada, no podemos emitir nuestra opinión.

"Hemos dado cabida en nuestro diario á la impugnación del referido sistema, así como daremos publicidad á las argumentaciones que expongan sus adeptos, ya sea que nos remitan sus escritos directamente ó tomándolos de otros periódicos en donde aparezcan.

"Creemos que discusiones de este género, son positivamente interesantes y útiles; y por esto las acogemos con verdadera satisfacción."

El remitido es el siguiente:

"Señores Redactores de *El Partido Liberal.*

"Estimados señores:

"Bajo el título de *Muy importante*, publicó hace pocos días *El Universal* una carta del Sr. Dr. Fénélon, que á vuela pluma me voy á permitir contestar, concretándome á lo más esencial que ella contiene.

"Empezaré por declarar, que ignoro si va á establecerse periódico especial para combatir la llamada *Doctrina Dosimétrica;* pero si tal acontece, confieso con verdad que lo sentiré, máxime, si esa enunciada publicación es concebida como se dice, por algunos profesores de nuestra Escuela y mece su cuna en aquel plantel. Opino como el distinguido Dr. Fénélon: las columnas de la "Medicina Científica" son hospitalarias, aun algo más; sus redactores llevan la galantería al extremo de ceder *lugar preferente* á los artículos de controversia. Deducción: el futuro periódico...... sale sobrando. Yo, por mi parte...... opino lo mismo.

"Pero vamos al fondo de la cuestión:

"¿Qué es la Medicina Dosimétrica? ¿Entraña reforma real á la ciencia? ¿Es aceptada en las diversas facultades oficiales de Europa y América? ¿Sus resultados por la estadística, corresponden al deseo de sus adeptos?

"1º La Medicina Dosimétrica consiste en el uso exclusivo de *sustancias puras*, ya *alcaloides* ya *sales* que se administran bajo ciertas reglas, y en la *forma más cómoda* para el paciente: *gránulos pequeños, azucarados fáciles de ingerir.*

"Pretende alcanzar por este medio un bello ideal: la terminación prematura de las enfermedades, febriles particularmente. Cree alcanzarlo, lo sostiene, lo defiende: *la aconitina y la veratrina* son sus primeras armas; á ellas agrega el *hidroferrocianato de quinina*, la *digitalina* y aun otros alcaloides. Esto se administra de hora en hora, en primorosa asociación: la regla es fija, pocas variantes, pocas indicaciones. *Cortar la fiebre, dominar la enfermedad* en unos cuantos días, en unas cuantas horas.

"Confieso que el ideal es sublime: su práctica...... un poco artificial é ilusoria. Pero no adelantamos. Sin pasión, con buena voluntad descendamos hasta analizar el *gránulo dosimétrico*: ¿Qué es esto? Un granulito pequeñísimo, blanco por lo común, azucarado; como quien dice, una *píldora antigua* vista desde el vértice de la *Torre Eiffel.*

"Sus creadores, franceses *pur sang*, y por ende vivos, inteligentes, *muy hábiles en su negocio*, sabían muy bien que en París, fábrica de todos los artefactos que el mundo consume, hay una gran sección de artículos de todo género, clasificados bajo un título común "*Pour l'Amérique*".

"¿Quieren vdes. Señores Redactores, conocer á fondo los productos así clasificados? Pues prestadme atención...... Buscais el mejor paño en los cajones de México, y pagais á precio alto un paño que en París es de segunda ó tercera clase. ¿Quereis una piel de Rusia legítima? con cierta esencia

que le remeda el olor, pagais á peso de oro una piel ordinaria confeccionada en París "*Pour l'Amérique.*" ¿Quereis el legítimo *cognac Gautier* cinco, seis ó veinte ceros? (no sé cuantos porque no soy fuerte en la materia); pero sí sé, que legítimo jamás ha cruzado el Océano para su venta, si no es en el equipaje de algún particular.

" Aquí de Bourgraeve y su hábil colaborador Chanteaud. ¿Qué artículo les ocurre á vdes. que idearon fabricar "*Pour l'Amerique?*" Azúcar!! Señores Redactores; azúcar y nada menos. Nosotros se las enviamos por *kilógramos* y ellos nos la devuelven por *milígramos*. Nosotros la remitimos en grandes *pilones*, y de allá nos viene en diminutos *gránulos*.

"Pero ¿qué digo?.......me estoy exponiendo á recibir *sub conditione* de tomarlo íntegro, un obsequio de 500 gránulos de *atropina, brucina, morfina, estricnina, hyosciamina, digitalina, nicotina* ó *veratrina*, que me pondría en aprietos, por haber declarado que eran gránulos de azúcar.

"Mas no, señores Redactores, voy á discutir en serio.

"Los gránulos dosimétricos *unas veces tienen la medicina y otras no*. Su dosificación *no es exacta*. Puedo dar pruebas químicas y pruebas fisiológicas. De lo primero existen hechos algunos análisis; de lo segundo, referiré entre muchas, esta observación:

"El Dr. D. Lázaro Ortega, cuya honorabilidad y juicio todo el mundo conoce, formuló no hace mucho tiempo á una señora, cliente suya: *dos gránulos diarios dosimétricos* de sulfato de estricnina de á $\frac{1}{2}$ milígramo, para aumentar uno cada tercer día. La señora no entendió bien y por gránulos oyó tubos, usando el primer día el *contenido de dos tubos*, es decir, 40 gránulos (20 milígramos). Al tercer día tomó tres tubos (60 gránulos). A los nueve días, cuatro tubos, y así continuó hasta una dosis increible. Entonces sobrevino algo parecido á los fenómenos fisiológicos de la absorción de la *estricnina;* se preocupó la enferma; llamó á su médico y este supo con asombro, que aquella señora ingería diariamente, sin accidentes, ALGUNOS CENTIGRAMOS DE ESTRICNINA DOSIMÉTRICA.

"¿Es admisible la tolerancia de este alcaloide en esas dosis?

"El punto se resuelve por sí sólo. El Dr. Ortega desde entonces, sin dejar de tener gratitud por el engaño de los gránulos, en atención á su cliente, prefiere las píldoras hechas en la botica, según fórmula, á la medicina dosimétrica.

" Repito, sin embargo, no en todos los gránulos hay igual defecto; pero insisto: la *dosificación es desigual.*

"2º ¿Qué reforma entraña la medicina dosimétrica?

"Una reforma *absolutamente teórica y perjudicial.* Sueña detener las enfermedades en su evolución; sueña conjurarlas, sueña *curar siempre.*

"Un distinguido médico, íntimo amigo del Sr. Dr. Fénélon, adepto como él de ese sistema, sufrió el tifo en su forma común. El Sr. Fénélon, con admirable empeño, con verdadera abnegación le asistió asiduamente. Al sexto día de enfermedad, rebosando alegría cantaba triunfo dosimétrico por todas partes. La fiebre se había dominado con los *estupefacientes dosimétricos:* ya no había calentura; ya no había tifo ¡error! Veinticuatro horas más tarde paralizado el vientre, distendidos los intestinos, sofocaban al enfermo. Hubo de recurrirse á la punción intestinal; pero ya era tarde; *el tifo sin calentura* mataba al enfermo, bien prematuramente.

" Lejos de nosotros la idea de imputar semejante desgracia al Sr. Fénélon. Somos los primeros en reconocer su talento, su honradez, su pericia y como hoy lo decimos en público, más de una vez lo hemos sostenido en lo privado. El profesa de buena fe la doctrina, y le quita todo viso de culpabilidad. Mañana el que esto escribe, podrá creer que la *talina* ó la *antipirina* dominando la fiebre, cura la enfermedad: posesionado de la idea puede tener fracasos, mas nunca tendrá culpabilidad, porque su intento ha sido el beneficio y no el daño.

"La dosimetría domina la calentura en la pulmonía, ¿pero cura la enfermedad?....... al contrario, agrega un nuevo peligro como lo hacen la talina y la antipirina, evitando la evolución natural de una enfermedad que tiene su *ciclo* fijo. Sería eterna esta réplica si refiriera hechos; pero de buena fe aseguro haberlo estudiado para inquirir la verdad.

"3º ¿Qué facultades oficiales de Europa aceptan la dosimetría? Tengo á la vista los últimos escritos de los principales médicos europeos, alemanes, rusos, italianos, ingleses y franceses; podemos citar artículos de Reichmann, Schulz, Riche, Gultmann, Kast, Rosenthal, Fleischer, Iwanoff Schrœder, Dujardin–Beaumetz y otros muchos que sería largo enumerar y que *pertenecen á las mejores facultades médicas del extranjero.* ¿Alguno de ellos se acuerda de la dosimetría? La ven con igual desprecio que á la homeopatía y otras tantas doctrinas habi-

das y por haber, que harán ruido en el mundo médico y que tendrán adeptos, aún hábiles y desinteresados, como nuestros doctores Fénélon, Alvarez y Malanco.

"4º Réstanos para concluir un último punto. ¿Dónde está la estadística razonada que comprueba el éxito con la nueva doctrina?

"Citarnos un hecho de curación, dos, mil y hasta un millón, nada prueba.

"Estudio comparativo en dos casos, hasta donde sea posible *idénticos*. Sin pasión, sin juicio preconcebido, y como éste, repetir muchas ocasiones igual estudio.

"Que cura la dosimetría, se nos dice, y replicamos nosotros que sí, cura á unos y á otros no. Suele perjudicar, también es indudable.

"¿Profesar esa doctrina atañe en algo á la honra, saber y reputación de los doctores citados? en lo más mínimo, ya no decimos con el público, con nosotros en lo particular que somos los primeros en reconocer sus méritos *sin seguir su sistema;* como en el orden religioso les profesaríamos igual consideración y cariño, aun cuando se separasen de nuestras ideas católicas, siguiendo cualquiera de tantas otras sectas.

"Una última palabra: aunque quien estas líneas escribe, no tiene la honra de pertenecer al cuerpo de profesores de la Escuela de Medicina de México, ha escrito por su cuenta, dejando á salvo la opinión de aquellos. La enseñanza oficial se hace, según entendemos, conforme al sistema adoptado en las otras facultades, *que no es en verdad el dosimétrico.* Recúrrese al *eclectismo racional* admitido en todas partes.

"En cuanto á nosotros, abrigamos la convicción de ser pocas las sustancias realmente útiles, creyendo que mientras más puras, son mejores. No usamos mucho de fórmulas complicadas, y por desgracia vemos lejano aún, el día en que la terapéutica llegue á ser lo que todos anhelamos, y lo que presuntuosamente cree alcanzar la *dosimetría, secundum artem:* EL VERDADERO CONJUNTO DE REGLAS PARA CURAR."

Soy de vdes., señores Redactores, su atento S. S.

UN MÉDICO INTRUSO.

El Dr. Fénélon dirigió al *Partido*, una carta que vió la luz en el número del 5 de Julio, y dice así:

UNA CARTA DEL SR. DR. J. FÉNÉLON.

"Señor Director de *El Partido Liberal*, Apolinar Castillo. — Presente.

"Su casa, Julio 3 de 1889.

"Muy estimado señor mio:

"Después de leído y contestado un artículo publicado en su importante Diario, bajo el título de "Una polémica interesante," encuentro otro intitulado: "Todo á su tiempo," el cual merece también su contestación, que le remito, por si tiene á bien publicarla.

"Comenzaré, dándole las gracias porque nos anuncia que algunos compañeros han pedido la entrada á la lid. ¡Bien venidos sean! y no teman como el autor disfrazado bajo el título de: "Un doctor intruso," venir con la visera levantada; en el acto de presentarse al combate prueban su buena fe y desde luego adquieren derechos á nuestra estimación y afecto.

"Pero, entendámonos: tan alópatas somos como ellos si se entiende, como en efecto se acostumbra,[1] que alopatía es lo contrario de la homeopatía. El método dosimétrico no tiene con esta última más que analogías superficiales; en el fondo es su contraria.

"La alopatía no tiene sistema, está en plena anarquía ensayando sustancias nuevas cada día y no siempre con la prudencia debida; busca su vía y no la encuentra.

"Comparada con la Escuela Oficial, la dosimetría es muy joven, cuenta apenas 16 años de existencia; pero es una nieta fiel y respetuosa de la Escuela hipocrática, á la cual la medicina tradicional todavía en el caos de la edad media ha hecho grandes infidelidades, aceptando doctrinas y remedios de los alquimistas, de los árabes y de todos los soñadores que han contribuído á embrollar la ciencia médica.

"Todas las verdades, al parecer, deslumbran á quienes se complacen en las tinieblas y los hacen protestar, pero tales resistencias son efímeras.

"Le damos las más expresivas gracias por haber acogido á nuestros contradictores, quienes, sin duda, están impacientes de empeñar la lucha, y por eso no han podido esperar para publicar sus objeciones en la *Medicina Científica*, en donde siempre tendremos el gusto y la honra de reproducirlas para darles más ocasiones de ser conocidas en el mundo médico.

1 Dictionnaire de Littré Allopathie nom de la médecin traditionnelle "dans le language de homéopathe."

"Soy de vd., con la mayor consideración, señor Director, atento S. S. Q. S. M. B.—*J. Fénelon.*"

Y en *El Universal* del 6, el mismo Dr. Fénélon publicó la carta que sigue y que encabeza un párrafo con este título:

LA CUESTIÓN SOBRE EL SISTEMA DOSIMÉTRICO.

"Cumplimos nuestra promesa de dar á conocer á nuestros lectores las inpugnaciones y defensas de la doctrina Dosimétrica, reproduciendo hoy la carta del Dr. Fénélon que aparece en *El Universal* de ayer:

IMPORTANTE CARTA DEL SR. FÉNÉLON.

Señor Director de *El Universal.*
Presente.

Su casa, Julio 3 de 1889.

Muy estimado señor mio:

"Aprovecho su bondadosa hospitalidad y cumpliendo con lo ofrecido, me apresuro á contestar á un inteligente médico (no admito la calificación de intruso que se quiso dar), y comenzaré, como si tratara de un combate singular, por saludarlo cordialmente, porque se presenta como caballero, que sinceramente cree su causa buena, y contando con el juicio de Dios que ahora *por fin* es el de la razón, está listo para romper lanzas con nosotros.

"Permítame coger su interesante carta por el fin; encierra una confesión preciosa á favor del método dosimétrico, y la recogemos con la atención que merece. Dice así:

"En cuanto á nosotros, abrigamos la convicción de ser pocas las sustancias realmente útiles, creyendo que mientras más puras, son mejores. No usamos mucho de fórmulas complicadas, y por desgracia vemos lejano aún, el día en que la terapéutica llegue á ser lo que todos anhelamos, y lo que presuntuosamente cree alcanzar la *dosimetría secundum artem:* EL VERDADERO CONJUNTO DE REGLAS PARA CURAR."

Para alcanzar á fundar el verdadero conjunto de reglas para curar, lo primero es inconcusamente aplicar sustancias bien definidas hasta donde sea posible y de preferencia los principios activos contenidos en las antiguas operaciones oficinales; tal pretensión tiene la dosimetría, y nuestro galante contradictor está de acuerdo con nosotros, puesto que sin querer ser dosímetra, se expresa como si lo fuera.

"Una última palabra: aunque quien estas líneas escribe, no tiene la honra de pertenecer al cuerpo de profesores de la Escuela de Medicina de México, ha escrito por su cuenta, dejando á salvo la opinión de aquellos. La enseñanza oficial se hace, según entendemos, conforme al sistema adoptado en las otras facultades, *que no es en verdad el dosimétrico.* Recúrrese al *eclectismo racional* admitido en todas partes."

Nuestro estimable contradictor no es profesor de la escuela, pero aunque escriba por su cuenta, no es probable que sea sin anuencia del respetable cuerpo docente de la facultad de Medicina de México, quien probablemente lo compensará por haber salido á su defensa, declarando que en las demás facultades no se ha adoptado todavía al sistema dosimétrico. Si esto fuera un argumento, no habría progreso posible, porque antes de conocerse una verdad, nadie la puede haber adoptado, y si el que la descubre espera que sea adoptada por los demás para creer en ella, corre riesgo de perder su descubrimiento.

En el recinto de la Escuela de Medicina de México, antiguamente Palacio de la temible Inquisición, está la sala dedicada á las sesiones de la Academia de Medicina y en ella se ha hablado ya hace años de dosimetría, refiriéndose hechos en su favor; así es, que los catedráticos de dicha Escuela, han podido saber algo más respecto del nuevo método que los de las escuelas francesas y alemanas, quienes no han querido ni oir pronunciar su nombre.

Es verdad que tampoco han admitido la discusión; así es que en esta vía progresiva estamos más adelantados aquí que en Europa: un paso más todavía, lo vamos haciendo.

"¿Profesar esa doctrina atañe en algo á la honra, saber y reputación de los Doctores citados? en lo más mínimo, ya no decimos con el público, con nosotros en lo particular, que somos los primeros en reconocer sus méritos *sin seguir su sistema;* como en el orden religioso les profesaríamos igual consideración y cariño, aun cuando se separasen de nuestras ideas católicas, siguiendo cualquiera de tantas otras sectas.

Agradecemos á nuestro contradictor que nos conceda la buena fe y nos conserve su estimación, así como lo hacen los más distinguidos entre nuestros colegas, aunque algunos profesores noveles hayan creí-

do que como el león envejecido ya podríamos tolerar coces del que según el fabulista se atrevió á dárselas.

Los asuntos religiosos no son discutibles puesto que son asuntos de fe, los nuestros son científicos y por lo mismo dependen de la razón pura: en ella debe descansar toda convicción médica.

"Que cura la dosimetría, se nos dice, y replicamos nosotros que sí, cura á unos y á otros no. Suele perjudicar, también es indudable.

Esto nos recuerda la canción francesa Mr. de la Palisse, est mort, est mort de maladie un quart d'heure avant sa mort ibétait encore en vie.

Dice verdades nuestro contradictor: cura la dosimetría á lo curable y deja de curar á lo incurable, allí está el punto capital: hacer que cada día sea más lo primero y menos lo segundo.

Un método menos repugnante será aceptado más fácilmente que los antiguos; en consecuencia, la medicina granulada será llamada más pronto: por lo mismo tendrá más probabilidades de éxito, porque es más fácil oponerse á una enfermedad que empieza, que cuando está desarrollada; y es más probable curar con medicina que se toma sin repugnacia, que con menjurges á veces peores que la enfermedad.

En cuanto que á veces sea nociva, podrá ser, por aquello de que *errare humanum est;* pero hay probabilidades que para que lo sea menos frecuentemente que las terribles medicinas *alterantes*, *expoliadoras* y *sustitutivas* empleadas, como lo fué el peñasco, mediante el cual el oso amigo del jardinero mató á la vez á su amigo y á la mosca que amenazaba turbar su sueño.

" Estudio comparativo en dos casos, hasta donde sea posible *idénticos*. Sin pasión, sin juicio preconcebido, y como éste, repetir muchas ocasiones igual estudio."

El estudio comparativo en dos y veinte casos análogos, si no idénticos, todos los que tenemos la desgracia de ser médicos viejos, lo hemos hecho al principio sin pasión, con temor y reserva, aun con desconfianza, y lo hemos repetido tantas veces que no podemos vacilar.

" Citarnos un hecho de curación, dos, mil y hasta un millón, nada prueba."

Si los hechos nada prueban, nos contentaremos con las teorías; pero estas pobres necesitan descansar sobre algo y las tenemos fundadas sobre observaciones á la disposición del inteligente doctor.

" Réstanos para concluir un último punto. ¿Dónde está la estadística razonada que comprueba el éxito con la nueva doctrina? "

Hace mucho que un crítico experimentado ha dicho y probado que las estadísticas son como las cortesanas, se dan á quien las solicita, y sus autores siempre encuentran modo de razonarlas. Broussais, el gran Broussais, quien ha vertido más sangre que Napoleón, su contemporáneo, tenía sus estadísticas favorables.

"Qué facultades de Europa aceptan la dosimetría? Tengo á la vista los últimos escritos de los principales médicos europeos, alemanes, rusos, italianos, ingleses y franceses; podemos citar artículos de Reichmann, Schulz, Riche, Gultman, Kast Rosenthal, Fleischer Ivanoff, Schroeder, Dujardin-Beaumetz y otros muchos que sería largo ennumerar, y que *pertenecen á las mejores facultades médicas del extranjero.* ¿Alguno de ellos se acuerda de la dosimetría? la ven ellos con igual desprecio que á la homeopatía y otras tantas doctrinas habidas y por haber, que hacen ruido en el mundo médico y que tendrán adeptos, aún hábiles y desinteresados como nuestros doctores Fénélon, Alvarez y Malanco."

¿Qué facultad aceptó la circulación de la sangre cuando Servet y Harwey la dieron á conocer? la verdad es anterior al hombre y á sus facultades y aun cuando estos la nieguen, se rie de sus negaciones.

Creímos que había pasado, á lo menos para los hombres científicos, el tiempo de creer no más en la palabra del maestro.

"La dosimetría domina la calentura en la pulmonía, ¿pero cura la enfermedad....? al contrario, agrega un nuevo peligro como lo hacen la talina y la antipirina, evitando la evolución natural de una enfermedad que tiene su *ciclo* fijo. Sería eterna esta réplica si refiriera hechos; pero de buena fe aseguro haberlo estudiado para inquirir la verdad."

Sí, apreciable compañero, la Dosimetría domina la calentura, y como la calentura precede á la enfermedad, la anuncia muy á menudo, la complica gravemente, á tal punto que se puede juzgar del peligro en cualquiera enfermedad, consultando al termómetro; la Dosimetría cura y previene; la prueba de que la idea de la defervescencia sostenida por los dosímetras no es opuesta á las verdades prácticas modernas, es que todos los médicos quieren conseguirla por medios prudentes ó imprudentes con medida ó sin ella, por lo mismo los químicos persiguen hoy el descubrimiento de defervescente, más ó menos peligroso como antes los alquimistas buscaban la piedra filosofal.

La pulmonía no es una entidad morbosa, es una alteración que funciona en el pulmón, producida por una diminución de la vitalidad, y que conduce como toda alteración vital á una lesión orgánica; al principio no hay más que turbación funcional; el dosímetra reanima al sugeto allí donde el cazador de flegmasía, pega sangría ó alterantes, y el que hubiera sanado con la expectación ó la homeopatía, recorre los ciclos fatales y muere víctima de una terapéutica más terrible que la enfermedad misma.

"Un distinguido médico, íntimo amigo del Sr. Dr. Fénélon, adepto como él de ese sistema, sufrió el tifo en su forma común. El Sr. Fénélon, con admirable empeño, con verdadera abnegación, le asistió asiduamente. Al sexto día de enfermedad, rebosando alegría, cantaba su triunfo dosimétrico por todas partes. La fiebre se había dominado con los *estupefacientes dosimétricos:* ya no había calentura; ya no había tifo ¡error! Veinticuatro horas más tarde, paralizado el vientre, distendidos los intestinos, sofocaban al enfermo. Hubo de recurrirse á la punción intestinal: pero ya era tarde: *el tifo sin calentura* mataba al enfermo, bien prematuramente."

"Lejos de nosotros, la idea de imputar semejante desgracia al Sr. Fénélon. Somos los primeros en reconocer su talento, su honradez, su pericia, y como hoy lo decimos en público, más de una vez lo hemos sostenido en lo privado. El profesa de buena fe la doctrina, y le quita todo viso de culpabilidad. Mañana el que esto escribe, podrá creer que la *talina* ó la antipirina dominando la fiebre, cura la enfermedad: posesionado de la idea puede tener fracasos, más nunca tendrá culpabilidad, porque su intento ha sido el beneficio y no el daño."

Hace dos años un neófito de la Escuela Nacional de Medicina, para probar su celo como tal, tuvo á bien, en términos que ciertamente no probaban su buena educación, tuvo á bien decirnos bromas sobre la muy sentida pérdida de nuestro bien querido y muy estimado consocio Gustavo Ruiz Sandoval.

Entonces establecimos la verdad de los hechos, y son estos: Gustavo Ruiz, estudioso é inteligente como pocos, había visto lo insuficiente de los métodos clásicos, nos acompañó cerca de los enfermos del hospital, nos llamó en junta cerca de algunos clientes de la ciudad: la dosimetría le parecía racional teóricamente, prácticamente vió sus resultados y creyó. Los éxitos que iba teniendo, multiplicaban las ocasiones de experimentar, y cuando por exceso de trabajo en un foco tífico en el cual no perdió á ningún enfermo, se sintió contagiado, no quiso otra medicina que la Burggraviana.

De eso hace cinco años; éramos aprendices, él era indócil: desde el primer día se le prescribió purga con Sedlitz, y no la llegó á tomar hasta el séptimo día, cuando iba á morir; los síntomas que precedieron á la muerte fueron los de una oclusión intestinal; así es que falleció á consecuencia de un accidente capaz de matar á un sugeto en plena salud, habiéndose yugulado el tifo.

Desde aquel día luctuoso para un amigo, quien llora todavía á su amigo, otros compañeros me han confiado personas queridas, enfermos de tifo y pulmonía y otros padecimientos, y no han tenido motivo para arrepentirse, ¿porqué sacar de la tumba á ese justamente sentido colega para herir la sensibilidad de quien lo llorará mientras viva, porque fué un compañero sincero, de buena fe, y de estos no se encuentran muchos en la vida profesional?

Para esgrimir armas tan de mal gusto, afiladas al revés, es preciso que los contradictores de la dosimetría, estén desprovistos de argumentos mejores porque ciertamente nuestro actual opositor los hubiera preferido y con razón.

"¿Qué reforma entraña la Medicina Dosimétrica?

"Una reforma *absolutamente teórica y perjudicial.* Sueña detener las enfermedades en su evolución; sueña conjurarlas; sueña *curar siempre.*"

Es inexacto que la Dosimetría pretenda curar siempre, lo acabamos de decir, pretende disminuir el número de los casos incurables y aumentar el de los curables.

No es teórica la reforma que ofrece, es eminentemente práctica, puesto que consiste en dar indicaciones bien precisas, y les agrega armas proporcionadas, ciertamente más manuables que los indigestos productos de la farmacopea clásica.

"Repito, sin embargo, no en todos los gránulos hay igual defecto; pero insisto: la *dosificación es desigual.*

Cuando empezaron á vulgarizarse los gránulos dosimétricos de Charles Chanteaud, un farmacéutico pensó darles el golpe de gracia diciendo: que estaban mal hechos y de *dosificación desigual;* el Señor Presidente del Consejo de Salubridad, á quien no hubiera disgustado saber que tal aserción fuera cierta, los mandó analizar por dos químicos dignos de confianza, y el dictamen fué favorable á dichos gránulos,

Así se explica cómo profesores de la Escuela de Medicina de México, sin ser dosímetras, toman ó dan á sus deudos gránulos dosimétricos de Chanteaud.

"El punto se resuelve por sí solo. El Dr. Ortega, desde entonces, sin dejar de tener gratitud por el engaño de los gránulos, en atención á su cliente, prefiere las píldoras hechas en la botica según fórmula, á la medicina dosimétrica.

Las idiosincrasias son muy variables, mucho más que la dosificación de los gránulos de Chanteaud. Cuando el Dr. Ortega, nuestro muy estimable colega, y el relator de su incompleta relación, tengan más práctica en la dosimetría, lo sabrán. Hay hombres robustísimos quienes con seis gránulos de arseniato de estricnina, sienten trismus y rigidez cervical, así como hay mujerzuelas, al parecer débiles, quienes soportan 2 y 3 centígramos diarios de la misma sustancia.

La voz pública refiere que no fué tan inocente el error cometido por la cliente del Dr. Ortega, y que sí hubo algunos efectos mayores de lo que se deseaba.

Algunos enemigos de la Dosimetría reprochan que emplee sustancias activas; ahora nuestro nuevo contradictor le reprocha la inercia, por lo mismo dice el maestro: que no se puede saber qué cantidad neceсita cada sugeto, y cada caso, y aconseja que se dé poco á poco *hasta efecto:* esto es lo que falta completamente á los autores, cuando pretenden fijar dosis mínimas y máximas, para lo cual la ciencia todavía no tiene alcances suficientes.

Es admirable la tolerancia de este alcaloide en esas dosis.

Sí, estimable contradictor, hay casos en los cuales se necesitan algunos centígramos de estricnina para lograr sus efectos, y si se toma la gran molestia de leer la Medicina Científica, verá vd. casos referidos por su servidor.

"Los gránulos dosimétricos *unas veces tienen la medicina y otras nó.* Su dosificación no *es exacta.* Puedo dar pruebas químicas y pruebas fisiológicas. De lo primero, existen hechos algunos análisis; (los análisis hechos obran en favor de los gránulos) de lo segundo, referiré entre muchas, esta observación:

"El Dr. D. Lázaro Ortega, cuya honorabilidad y juicio, todo el mundo conoce, formuló no hace mucho tiempo á una señora, cliente suya: *dos gránulos diarios dosimétricos* de sulfato de estricnina de á uno y medio milígramo, para aumentar uno cada tercer día. La señora no entendió bien y por gránulos oyó tubos, usando el primer día el *contenido de dos tubos*, es decir, 40 gránulos (20 milígramos). Al tercer día tomó tres tubos (60 gránulos). A los nueve días cuatro tubos y así continuó hasta una dosis increible. Entonces sobrevino algo parecido á los fenómenos fisiológicos de la absorción de la *estricnina*, se preocupó la enferma: llamó á su médico y éste supo con asombro, que aquella señora ingería diariamente, sin accidentes, ALGUNOS CENTÍGRAMOS DE ESTRICNINA DOSIMÉTRICA.

Este párrafo está contestado por el análisis mandado hacer en el Consejo de Salubridad, y además hay gránulos de á medio milígramo de diversos autores, con los cuales se puede experimentar. Si se desconfía de los de Chanteaud, que son los mejores, cabe aquí un episodio producido en la Droguería de Labadie. Un acérrimo detractor de la dosimetría, dijo allí: "que en aquellos gránulos no había nada, que son de pura azúcar. Un dosímetra convencido le ofreció dos mil pesos, que le hubiera dado en el acto, si se tomaba una caja de hyosciamina: despreció los dos mil pesos que podía tomar fácilmente. Tales son las convicciones de los que hablan de lo que no conocen. Que estudien, que experimenten y cambiarán de opinión. La asimilación hecha entre los productos de Chanteaud, el cognac Gautier y los paños de pacotilla, no tiene nada de serio; conviene en ello nuestro contradictor; en consecuencia, lo dejaremos bromear sobre lo que hacen los franceses "pour l'Amérique."

Sin embargo, hay hecho algo "pour l'Amérique," es la libertad y el progreso, y ese algo que aquí ha prosperado como no puede prosperar en el antiguo mundo, no es despreciable.

La dosimetría, en efecto, ha sido ideada para quienes sean capaces de entenderla, para quienes aman al progreso y aborrecen la rutina, no para los académicos, capaces como Dujardin Beaumetz, de retirar la palabra al Dr. Chavee en la Academia de Medicina de París, porque hablaba de dosimetría.

Dejémosles ensayar antipirinas, antifebrinas, kairinas y todos los fundos de retortas posibles; dejemos al profesor Peter acusarlos de envenenar á sus febricitantes, al profesor German Sée declarar salvajes á quienes prefieren las mezclas indefinidas á los principios activos. Acordémonos que estamos en el Nuevo Mundo, en donde la semilla del progreso y de la libertad cultivada en Francia para la América, va dando sus frutos; bendigamos á nuestros antepasados, quienes nos han preparado este

mundo nuevo y ¡ adelante ! marchemos hacia lo mejor en todas las direcciones por las cuales podamos alcanzar un progreso.

La dosimetría es más prudente, no está cerrada, experimenta las sustancias nuevas, pero como lo prescribe su título, en pequeño, poniéndose al abrigo del riesgo de abusar. Es más segura, puesto que no da mucha medicina; á la vez, la da soluble, bien definida y pára, tan luego como consigue su efecto. Es más instructiva, porque la precisión de los medios permite calcular y estudiar mejor los efectos.

Creo, señor Director, haber contestado lo que ha dicho mi estimable contradictor, que fuera digno de contestarse, pero si no le parece que sea suficiente ni bien fundado, quedo á su disposición.

Su atento seguro servidor, quien le repite sus agradecimientos por su bondadosa hospitalidad y la expresión de su estima.

FÉNÉLON.

En *El Universal* del 9 de Julio vió la luz la siguiente

CARTA INTERESANTE

DEL DOCTOR MALANCO.

Señores redactores de *El Universal.*

"Estimables señores:

Leí en *El Partido Liberal* del 3 del corriente una carta suscrita por un *Médico Intruso* atacando la Dosimetría.

Causa pena que las impugnaciones que después del establecimiento de "La Medicina Científica" ha dirigido en México la Ortodoxia contra la Dosimetría han sido proferidas por médicos enmascarados. Notable contraste entre los defensores y los enemigos de esa doctrina; los primeros luchando con valor, con sólo la fe de su buena causa, á pecho descubierto y arriesgando su nombre, su tranquilidad y su peculio y los últimos, escudándose con el anónimo, escondiendo la cara y acometiendo á mansalva, y parece que con el propósito firme de enmudecer á la hora de la derrota, dándose por muertos.

Si el Dr. Intruso sostiene por convicción la Medicina Tradicional, si es sólo enemigo del error pero adversario científico, noble, leal y de buena fe ¿para qué es la careta? En lides como la que hoy emprende es glorioso quedar vencido, es utilísimo sentirse derrotado.

Pero vamos al fondo de la cuestión, ¿al fondo? digo, á lo que el Dr. Intruso llama fondo de la cuestión.

***

Dosimetría quiere decir justa apropiación del remedio á la enfermedad y al enfermo según voto y sentir de la naturaleza expresado por su oráculo el Método Experimental, y consiste en aplicar con fin terapéutico, dosis rigurosamente ponderadas y progresivas de medicamentos, previo estudio de sus propiedades y efectos fisiológicos y clínicos.

La Dosimetría es la Alopatía reformada por la Análisis Filosófica; es la Doctrina Hipocrática restaurada con los medios de la Medicina Moderna; es el vitalismo del Divino anciano de Cos, su *Natura medicatrix* apoyada en la ciencia.

La Dosimetría no es una novedad en la ciencia, es la ciencia misma alcanzando una conquista. Si se ostenta otra, si parece nueva es porque la reforma que envuelve es radical y completa, porque en vez de sólo una forma farmacéutica nueva, resulta entrañar una Doctrina con su ley, con sus principios, generalizando para cuando es oportuno el empleo de los alcaloides y enseñando á servirse de ellos.

La Dosimetría repugna de la Alopatía Tradicional, como calumniosa la ley que la gobierna y como atentatorio esperar al diagnóstico orgánico, dejando que mientras llega, el organismo se consuma y arruine, sólo por tener el gusto de bautizar clásicamente á la afección ; repugna la anarquía de sus tratamientos y su aplicación conforme á distintos y personales criterios y patrocinios ; repugna la infidelidad, lo oscuro y muchas veces lo nauseoso, sin compensación en provecho, de los medicamentos que emplea, y repugna, por último, las dosis estereotipadas, las fórmulas sacramentales y las cantidades masivas que la hacen parodiar con frecuencia al oso de la fábula de Lafontaine. Aprovecha y hace suyas muchas de sus gloriosas tradiciones y su actividad.

La Dosimetría repugna de la Homeopatía, como mal interpretada su ley de similitud patológica y como nula su terapéutica. Aprovecha y hace suyas, su preciosa Farmacodinamia, y su forma medicamentosa, agradable y elegante.

No sabe lo que dice ni de lo que se trata el que supone que la Dosimetría es sólo

cuestión de gránulos, *que se aplican de hora enhora, en primorosa asociación*, etc.; es por demás ligero el que aborda una polémica científica guiándose sólo en sus juicios, por informes, tan apasionados como vanos.

Me abstengo de contestar aquellos parrafitos de guasa en que se habla de la torre Eiffel, de los negocios, del paño, de la piel de Rusia, del cognac, etc.; no hacen al caso cuando á raíz de ellos se declara que de los gránulos dosimétricos, unos tienen la medicina y otros no, y cuando, como es de suponer, la Dosimetría no acepta más que los que las tienen y no puede referirse sino á ellos. Es curioso: no ha mucho tiempo un médico (a) *Dosímetra* nos regañaba porque los confitillos Chanteaud eran catapultas que llenaban los cementerios; ahora otro médico *Intruso* nos increpa porque esos confitillos son sólo de azúcar; no ha mucho tiempo los farmacéuticos franceses llamaban al botiquín dosimétrico *armoire à poisons;* ahora, y según lo que declara algún *prestigiado* que llegó de París, deberán llamarlo *armoire à sucre et pour l'Amerique.* Preocupémonos de que haya gránulos que contengan la medicina que deben, en la dosis en que deben y nada importa que ellos sólo sean *pour l'Amerique;* tanto mejor; si los negociantes franceses preparan buenos productos para los americanos, buen concepto tienen de nosotros; yo por mi parte se los agradezco.

Pero no es cierto que los gránulos dosimétricos sean confeccionados *pour l'Amerique.* Oiga el Dr. Intruso lo que dice el *Journal des connaissanees medicales pratiques et de Pharmacologie*, publicación nada sospechosa de afecto á la Dosimetría, en su número de 30 de Octubre de 1873:

"La Dosimetría es la medicina tradicional con sana tendencia á la medicina científica; da á los médicos medios naturales prácticos de servirse de agentes terapéuticos poderosos que eran conocidos de nombre, pero que no existían en las boticas, y para la manipulación de los cuales, de ningún modo puede confiarse en el primer farmacéutico. Administra pequeños gránulos *muy bien preparados* y los emplea sin intervención del farmacéutico. Esta forma no se aplica á toda la farmacia; no suprime de manera absoluta las pociones, jarabes y tisanas, pero restringe singularmente su importancia." Oiga también el médico *Intruso* el parecer de Sabatier profesor, agregado de la Facultad de Montpellier, nada sospechoso de dosímetra, en su carta fechada el 6 de Septiembre de 1873 y dirigida á Burggraeve:

"Creo que vuestro método dosimétrico es un verdadero progreso y aprecio entusiastamente en él, la *precisión*, el rigor y el carácter experimental."

Aquello de *pour l'Amerique* es uno de tantos chistes franceses con que el informante del doctor Intruso engalanará quizá, sus conversaciones familiares.

Que la dosificación de la sustancia activa es exacta en los gránulos de Chanteaud, lo han declarado después de prolijo examen los químicos del Consejo Superior de Salubridad. El médico *Intruso*, buen amigo de los Dres. Donaciano Morales y Nicolás Ramírez Arellano, puede averiguarlo.

El caso del Dr. Lázaro Ortega prueba cuando más que hay gránulos falsificados y debe poner en guardia contra ellos; pasajes como ese, son muy frecuentes en Alopatía Ortodoxa, pero en contra de aquella como en contra de ésta, nada puede inferirse de la falsificación. El Sr. Dr. Ortega, aleccionado por el suceso ¿preferirá las píldoras de estricnina preparadas en la botica? confianza y grande debe tener en el despacho de la que prefiera.

¿Qué reforma entraña la Medicina Dosimétrica?

No una, muchas, de las que algunas señalé ya; el curso de la polémica irá anotando y esclareciendo otras más. Pero ocurre preguntar sobre las ya anotadas, ¿es teórico lo que prescribe el Método Experimental? ¿es perjudicial acudir á tiempo, saber lo que se da, cómo se da, y porqué se da, en cualquiera enfermedad?

¿La Dosimetría, dice, que cura siempre?

Falta á la verdad quien tal la imputa; ella dice:

Principiis obsta, sero medicina paratur: ella dice: esperar á que el diagnóstico anatomopatológico se presente, es perder tiempo precioso; ella dice: las dosis medicamentosas no pueden ser fijadas con antelación, porque cada enfermo representa una enfermedad especial; ella dice: cuando el padecimiento es sólo dinámico, cuando no se han mellado los resortes de la vida, triunfar de la enfermedad es más fácil: ella dice que su método no es infalible, pero que sana más segura, pronta y científicamente lo sanable. Los cambios morbosos de textura, las alteraciones orgánicas, las metamorfosis anatómicas, por regla general, no las cura ni la Alopatía Moderna ni mucho menos la Tradicional.

El caso de la muerte del Dr. Ruiz Sandoval, que constantemente lanzan á la cara del Dr. Fénélon los desafectos á su perso-

na, demuestra sólo, que á los dosímetras se les mueren enfermos; ninguno de ellos, por lo demás, ha pretendido lo contrario. ¡Pobre Ortodoxia si juzgáramos, ya no á sus medianías, sino á sus prohombres, con semejantes argumentaciones que podrían remedarse hasta en la clase de los enfermos, hasta en el género de la enfermedad!

La Dosimetría domina la calentura en la pulmonía; pero ¿cura la enfermedad? (¿Pues no decía el doctor Intruso que los gránulos son de azúcar?) ¿Dominando la calentura, cura la enfermedad? Sí, señor, dominando y con sólo dominar la calentura, por sí misma, se resuelve la pulmonía; quien de ese hecho quiera persuadirse, ocurra al terreno de la práctica, y si duda, mire que lo asegura nada menos que el ortodoxo Niemeyer y lo anima con sus bellas experiencias Claudio Bernard, que ha de mostrado que el principal enemigo es la calentura, que suprimir la calentura es limar las garras á la enfermedad, es esteri lizar su terreno, es quitarle su apoyo, es trasformarla en simple congestión que si no invade gran parte de la entraña respiratoria, sólo la nutrición se encargará de destruir.

Es un nuevo peligro evitar la evolución de la enfermedad que tiene ciclo fijo. Pues *prius est esse;* primero es que haya enfermedades de ciclo fijo; á medida que la ciencia avanza, las enfermedades cíclicas desaparecen. Las fiebres eruptivas largo tiempo consideradas como enfermedades cíclicas, cuyo ciclo fijo terminaba la erupción, se sabe hoy que por evolución natural ó tratamiento rompen el ciclo, que por tanto nada de fijo tiene; que hay sarampión sine *morbillis*, escarlatinas frustas y viruela *sine variolis.* Las fiebres llamadas antiguamente esenciales, por largo tiempo fueron creídas enfermedades de ciclo fijo, que recorrían órbitas clásicas en tiempo marcado y con accidentes constantes; se sabe hoy que por sí mismas ó por tratamiento interrumpen el ciclo que por tanto nada de fijo tienen. Las flogosis especialmente viscerales que por mucho tiempo fueron reputadas como cíclicas por marchar de un fenómeno á otro, previstos todos y necesarios, se sabe ya, que por sí mismas ó por tratamiento giran de modo distinto, rompiendo su ciclo y lo terminan de modo diverso de como el Clasicismo señalara. La Observación comprobó que las enfermedades no tienen marchas necesarias ni ciclos fatales; que pueden orientarse, darles rumbo y evitar su evolución de otro modo que siguiendo las rutas que comunmente recorren abandonadas á su suerte; que el médico evitando peligros, anticipándose á las complicaciones, removiendo los obstáculos, rompe el ciclo que parecía férreo y las lleva con pericia, algunas veces admirable, á la convalecencia franca; que el ciclismo es sólo una ciudadela que se ha formado la Ortodoxia porque es cómodo decir que las enfermedades siguen por sendas inflexibles, pues que así se extingue la responsabilidad y quedan buenos todos los tratamientos, cualquiera que sea la suerte del enfermo; que el ciclismo es una ironía cruel cuando se puede intervenir en oportunidad porque orilla á transacciones que nunca deben existir entre el tratamiento y la afección: que la mayor parte de las neumonías á tercer período, de las flogosis supurativas, de las fiebres graves, son debidas á la expectación errónea, á la intervención extemporánea ó á un tratamiento ineficaz, que no supo impresionarlas ó alterarlas científicamente; que la casi totalidad de los *casos curiosos*, que como apéndice, llevan un bocal etiquetado y conque se mantiene absorta la atención de las Academias no son, si el llamado fué oportuno, más que trofeos de un respeto indebido á la enfermedad ó de una intervención insuficiente; que la enfermedad debe combatirse siempre, cruce por el período que cruce, sin preocuparse de que esté en el cenit ó cerca de la declinación de su carrera porque si no siempre acudirá el triunfo, siempre se llenará el deber y la mayoría de veces obteniendo ventajas inesperadas.

Dominar la calentura y con ella expeditar el triunfo sobre las afecciones, descarrilar á los trastornos morbosos orientándolos hacia la convalecencia franca, he aquí unas de las reformas que entraña la doctrina dosimétrica y que cifran la yugulación por ella tan defendida, de las enfermedades agudas, esa yugulación cuyo solo nombre horripiló á la Academia de Medicina de París, hace cinco años cuando Hardy fué su presidente y que sin embargo sobrevive imbibita en la medicación antitérmica hoy consagrada, que no es sino una parodia no siempre inocente de la medicina defervescente de Burggraeve.

¿Qué facultades oficiales de Europa aceptan la Dosimetría? pregunta el Dr. Intruso. Ninguna que yo sepa, respondo y la razón es sencilla. La Dosimetría pugna con el oficio, corta alas al prestigio y al lucro, iguala á los príncipes de la ciencia con todos los médicos, hiere los *negocios* de los farmacéuticos y toda ó gran mayoría de la medicina de patente, y exige saber y estudio. Esperar que las facultades

médicas acepten la Dosimetría, es por ahora un sueño *primoroso* pero irrealizable; precisamente lo más racional cuesta más trabajo que entre á los cuerpos colegiados y al contrario; recuérdese al parlamento de Rouen declarando á la histeria posesión diabólica. ¿Que acepten las facultades médicas de Europa la Dosimetría aguarda el Dr. Intruso, para declarar justificada y filosófica esa doctrina? Pues ya puede esperar sentado; la Dosimetría ó sea la Medicina científica ha de invadir las facultades y las Academias, pero lentamente; cada una de sus conquistas, cada uno de sus dogmas ha de tomar asiento llevado por algún Ortodoxo como conquista suya, como dogma por su saber descubierto, y después que esto pase en París, nuestra facultad, hija legítima de aquella, vendrá en conocimiento de que París tuvo razón y que era conveniente introducir tales reformas á la Ciencia Médica. ¡Calma! la Dosimetría es una joven de 16 años, y la Ortodoxia tiene más de veinticinco siglos. ¿Sería posible que la primera desarraigara tan pronto errores aceptados como dogmas y criterios sostenidos como revelaciones? Mucho es que ya el Dr. German Sée esté llamando en el recinto de la Academia de la calle de los Santos Padres *medicina salvaje* á la medicación terapéutica seguida hasta aquí por la Ortodoxia; mucho es que el Dr. Dujardin Beaumetz se defienda con sólo su afecto á la antigua farmacopea del rudo ataque de su colega; esperemos; tal vez antes de lo que parece, tendremos confesiones más explícitas en el seno de la facultad que alimenta con su savia á la nuestra.

Si las facultades de Europa, qué digo, si la Facultad de Medicina de París, hubiera ya aceptado la Dosimetría, yo aseguro al Doctor Intruso que no encontraríamos por estos mundos ni con la linterna de Diógenes, uno que la atacara; ahora está vivo el fuego del entusiasmo en su contra, porque ahora no le asiste razón, si hay que partir de que no la aceptan las Facultades de Europa.

¿Dónde está la Estadística razonada que comprueba el éxito de la nueva Doctrina? pregunta el médico Intruso. Nosotros apenas la comenzamos á formar respondo yo; somos de ayer acá; con honradez sin embargo, podemos decir, que la nueva medicina nos surte infinitamente mejor que la terapéutica de antaño, y que la nueva doctrina satisface mejor que la Ortodoxa. Podemos si el Doctor Intruso gusta, presentarle estadísticas de las que desea, de Hospitales europeos donde se aplica con exclusión el método terapéutico dosimétrico, que como las que sirven de norte en los textos de nuestra Escuela Médica sirvieron para orientar nuestra convicción. Estas estadísticas que publicaremos á su pedido, demostrarán esta verdad: la Dosimetría cura más enfermos que la Ortodoxia, y preserva más vidas que la Homeopatía.

———

Se ha hecho ya bien larga esta carta, Señores Redactores, y temo haber abusado de la hospitalidad que con tanta deferencia nos conceden. Si el Sr. Doctor Intruso prescinde del antifaz y sigue la polémica con tono mesurado, me atrevo á ofrecerle la demostración de que la Dosimetría no merece su olímpico desprecio, que posee ya un conjunto de reglas para curar científicamente y que sujeta como lo estará siempre al dictado del Método Experimental, no es *presuntuosa* asegurando, que en ella debe buscarse la verdadera terapéutica, la terapéutica científica.

Soy de vdes., Sres. Redactores, respetuoso servidor que B. S. M.

FERNANDO MALANCO.

El *Universal* del 10 de Julio trae la siguiente

IMPORTANTE CARTA DEL DR. FÉNÉLON.

Señor Director de *El Universal.*
Presente.

Su casa, Julio 7 de 1889.

Estimado señor y fino amigo:

El deseo de contestar sin pérdida de tiempo al primer campeón que apareció en la lid en *El Partido Liberal,* me impidió fijar la atención en que vd., quien evidentemente tiene buenas intenciones hacia la dosimetría, puesto que le proporciona ocasión y medios para darse á conocer, participa de un error que conviene disipar por ser muy general.

Cree vd. que hay "un sistema alópata" y uno dosimétrico. Antes de que Hanneman soñara y publicara que se debe curar por lo que llamó los semejantes, no se había pensado jamás en una escuela alopática, porque en efecto, jamás se había impuesto la obligación de curar por los contrarios: Curaba como cura todavía hoy, por lo que *dicen que es bueno* dar en tal ó cual caso

así como las viejitas curanderas, quienes saben, qué es bueno, para esto y para aquello, pero se ven muy apuradas si se les pregunta: ¿Cuánto se necesita de cosa tan buena? Contestan: un puñito, lo que cabe sobre un medio, ó lo que da el boticario por un real: medidas son estas eminentemente variables, pero si aquello es tan bueno, ¿para qué medirlo tanto? pueden decir las viejas, los médicos no: de allí nace la necesidad de la dosimetría.

El ideal de la antigua escuela es y ha sido formular en presencia de cada paciente un diagnástico mediante el cual, consultando á los autores, creen saber lo que hacen en tal enfermedad diagnosticada con más ó menos aproximación.

Este ideal, señor Director, es muy á menudo una ilusión, aún entre manos de los más encumbrados prácticos; lo hemos demostrado refiriendo hechos en *La Medicina Científica.*

Aún más, la Observación demuestra que antes de llegar á ser un enfermo el hombre sano, pasa por un estado intermediario en el cual suele decir: no estoy enfermo; y sin embargo, no estoy bien. En esos momentos está bajo la influencia de lo que la escuela tradicional llama los prodromos de la enfermedad, sus anuncios.

Tales prodromos á veces duran días, hasta semanas; parece haber lucha empeñada entre la salud y la enfermedad; ésta vence por momentos, y por momentos parece vencida.

¿Cómo no admitir que si hay en Medicina medios capaces de aumentar las fuerzas de un sugeto, en el tiempo de tal lucha se le pondrá en el caso de sobreponerse al mal que lo amenaza con ministrárselos?

Los partidarios de la escuela antigua dicen y enseñan que mientras no hay enfermedad diagnosticada, no hay tratamiento posible, y pretenden esperar hasta que sea evidente tal diagnóstico; pero esta teoría no es sostenible en la práctica, y por más que no lo quisieran, hacen medicina sintomática, según lo prescribe la dosimetría, pero no en la forma debida.

Ven á un paciente desfallecido, y sin saber qué enfermedad va á tener, le dan no arseniato de estricnina granulado [1], sino gotas amargas de Beaume, en las cuales puede haber estricnina y brucina, igasurina y otras sustancias sacadas de la haba de San Ignacio en más ó menos cantidad, según la calidad de tal semilla y del alcohol empleado para tratarla. Todos sabemos lo variable que son esas gotas, según la vasija de donde salen y las personas quienes las vierten; así resulta que la cantidad variará de un modo imposible de prever, pudiendo ser peligrosa ó insuficiente.

Al encontrarse con que ya el paciente tiene fiebre, el médico tradicional le dará defervescentes, porque quieran ó no, la idea de las defervescencias está ahora á la orden del día. Dará antipirina, kairina, antifebrina, resorcina, baños, pero esto de tal modo, que, siendo bueno, no se cree que pueda sobrar, y sin embargo, el profesor Peter, testigo de algunas desgracias, ha dado algunas lecciones clínicas para evitar que siguieran ministrando ciegamente y en dosis exageradas, estos defervescentes poco conocidos.

¿Cómo negar que hay más precisión y prudencia cuando se da la estricnina bien medida, en proporción debida, lo que se consigue formulándola en pequeña cantidad, en cortos intervalos, hasta conseguir el efecto oportuno: esto es lo que prescribe la Dosimetría? ¿El paciente es impresionable? unos cuantos gránulos lo reaniman, no toma más; ¿es poco impresionable? ¿necesita muchos? los sigue tomando hasta que sean bastantes y se llegue á conseguir, sin riesgo, ni imprudencia, el efecto conveniente.

Si tiene fiebre el paciente, en lugar de darle dosis exageradas, porque tal ó cual autor dice que á los alemanes, á los ingleses se les puede ministrar tal dosis sin que mueran luego después, el dosímetra asocia los defervescentes que tiene á su disposición bien medidos y proporcionados, porque sabe que la asociación de medicamentos dotados de efectos análogos permite conseguir sus efectos con cantidades menores, es decir, con menos riesgo y por más que lo ignoren los enemigos de la Dosimetría, es un hecho que se consigue la defervescencia.

Tan alopático es un método como el otro, y no hay razón para decir que el dosímetra, no es alópata: lo es con prudencia y medida, pero lo es.

En cuanto á creer que una enfermedad tiene un ciclo marcado que debe recorrer fatalmente, es idea de otro tiempo que se puede relegar entre los errores nocivos: es entre los médicos el equivalente de los duendes y otros fantasmas que espantan á los campesinos.

En el hombre sano se cumplen una infinidad de reacciones maravillosas, mediante las cuales cada órgano concurre al bien de los demás, guiado por un sistema telegráfico admirable, al cual debemos que cada celdilla microscópica de ese conjunto

1 Algunos lo dan como el Dr. Lázaro Ortega, en dosis insuficiente y dicen "no hace nada."

complicadísimo de órganos, sepa cuándo debe crecer, disminuir y desaparecer.

Siempre que la red telegráfica, llamada sistema nervioso por los médicos, funciona con perfección, el sugeto goza de plena salud, pero si algún órgano se ve, separado del centro porque sus comunicaciones se encuentran cortadas ó solamente disminuídas, cesa de funcionar en armonía y se ve acometido por alteraciones funcionales que llamamos inflamación.

Si tal órgano es un pulmón, se desarrolla una pulmonía, desde luego se prescribe teóricamente lo que se ve prácticamente: hay un momento más ó menos largo, durante el cual el conjunto del organismo siente su desequilibrio y tiende á restablecer el orden, es el momento de los prodromos; si entonces la ciencia prudente y considerada le tiende una mano auxiliadora, lo salva rápidamente.

El médico ortodoxo en este período dice: Tome una purga, porque siempre es bueno limpiar las vías accesibles, y un sudorífico: esto porque es preciso aconsejar algo, y después veremos lo que va á venir: ahora los más adelantados aconsejan antipirina, antifebrina, kairina ú otros agentes químicos más recientemente descubiertos y que tienen la propiedad de abatir la calorificación orgánica: á veces obran útilmente, pero como frecuentemente son dados en dosis exageradas, sin tantear la susceptibilidad individual, no es raro que sean perjudiciales otras veces.

El dosímetra comienza por levantar las fuerzas, reducir los síntomas; ¿hay debilidad? tónico general. ¿Hay frecuencia en el pulso? tónico especial para moderarla: ¿hay dolores? tiene un surtido de calmantes todos preparados en dosis mínimas pero ponderables; ¿hay espasmos? tiene medicamentos para vencerlos también, preparados en proporciones prudentes, y todavía las puede él mismo reducir más, para evitar una exageración en sus efectos.

Cuando el médico ortodoxo fía al farmacéutico la preparación de una poción en la cual pone la cantidad que, según autores, muy á menudo extranjeros, es decir, acostumbrados á tratar con organismos distintos de los nuestros, se puede dar en 24 ó 48 horas, corre varios albures; 1º las casualidades de la preparación; 2º lo imprevisto de la susceptibilidad individual.

El dosímetra, al contrario, comienza por dar lo que ciertamente no podría perjudicar ni al niño recién nacido; lo da en una forma bien recibida y preparada de antemano, con todo el cuidado debido, sin premura, con toda la atención que pone un industrial cuando cuida de la reputación de una casa importante, que es suya.

Previene el dosímetra que se observen los efectos, que se cuide de suspender la medicina tan luego como se consigan, y cuando el caso lo requiere, cuidar por sí mismo de vigilar la acción de sus agentes curativos.

Si el caso es urgente no está desarmado; cuando precisa introducir en poco tiempo una suficiente cantidad de medicina para conjurar accidentes rápidos, tiene en la bolsa gránulos solubles, pastillas apropiadas que se disuelven en pocos segundos en proporciones definidas, en cortos instantes, sin necesidad de formular y esperar que vengan preparaciones hechas con precipitación ó lentitud de la farmacia; puede desde luego levantar á un organismo desfallecido ó calmar á un dolor peligroso.

Me permito, señor Director, extenderme en estas consideraciones, porque el autor de la carta publicada en *El Partido Liberal* bajo el disfraz indebido de *Médico Intruso*, es decir, bajo un seudónimo, acusa á la Dosimetría de ser *nociva*.

Afirmación tan absoluta no debiera ser dada más que por quien firma su nombre para saber en qué autoridad descansa, y no debiera ser producida sin acompañarla con pruebas; las que pretendió aducir, fueron vanas, porque el episodio atribuído á una cliente de D. Lázaro Ortega no prueba la nocuidad de la Dosimetría, muy al contrario, lo hemos demostrado anteriormente.

En cuanto á la malicia con la cual fué contado el desgraciado fallecimiento de nuestro consocio Gustavo Ruiz, tampoco está fundada: el atascamiento intestinal que causó su muerte, se inició con el tifo, no se atendió por indocilidad del paciente, y habiéndose producido desde antes de que tomara medicina alguna, mal puede atribuirse, como lo hace nuestro enmascarado colega, á la acción *estupefaciente dosimétrica*, que no se produce nunca cumpliéndose con las prescripciones del método.

Tenemos la conciencia de haber sido prudentes con exceso, porque todavía entonces no teníamos la confianza que hoy tenemos en el método. Nuestro sentido amigo tomaba lo que no le molestaba y rehusaba, con su buen humor que lo acompañó hasta pocos momentos antes de abandonarnos, mucho lo que le disgustaba, como era la solución purgante que le ofrecimos repetidas veces cada día.

Compañeros ortodoxos le hubieran ofrecido cáusticos, no los habría admitido,

le hubieran dado preparaciones de quinina ó quina en dosis desagradables, en formas inaceptables; no las hubiera tomado porque creía como el que esto escribe, que la medicina no debe agregar sus inconvenientes á los padecimientos del enfermo; no debe ser peor que la enfermedad.

Hemos perdido á este buen amigo hace cinco años, y no ha encontrado nuestro contradictor otro caso que oponer al método. Sin embargo, cada día vemos muchos enfermos, atendemos salas en dos hospitales, y las directoras acostumbradas á ver enfermos y á verlos medicinarse, en ambas salas, quedan conquistadas por el método, no queriendo para sí más que medicinas dosimétricas.

La medicina tradicional se ejerce sin fe ni entusiasmo: cada vez que se receta una de aquellas mescolanzas nauseabundas y mal definidas, el que firma la receta se dice: "Loado sea Dios, que no es para mí." Se llega á convencer que la medicina todavía no existe y que es preciso dejarse vivir y morir atendiéndose no más en apariencia.

La dosimetría, ideada, constituída por un práctico de los más experimentados y justamente estimados del mundo, tiene la virtud de devolver la fe al práctico, lo decimos con experiencia propia, le devuelvo su dignidad, su confianza en sí mismo. Si no fuera más que por esto, debería ser preferida al caos desconsolador de la antigua Escuela.

Esta se defiende como las viejas coquetas, hablando mal de su joven rival; pero las viejas se van y las jóvenes vienen.

Soy de vd., señor Director, atento S. S. y agradecido amigo.

FÉNÉLON.

Por último, *El Partido Liberal* de la misma fecha (10 de Julio), pone un párrafo de gacetilla que á la letra copiamos:

DEFENSA DE LA DOSIMETRÍA.

El Universal de ayer publica una carta del Dr. Fernando Malanco, en la cual se hace una defensa calurosa del sistema dosimétrico.

Por ser tan extensa, no la reproducimos sintiéndolo en verdad.

UN BOLETIN

DEL "MONITOR REPUBLICANO."

RESUMEN.—Los debates científicos.—La sociedad de abogados. —Controversia médica.—La Dosimetría.—La Academia de Medicina.—El hipnotismo.—Silencio de nuestros sabios. —Nuestra Escuela Médica. —Los progresos de la ciencia.

Ahora que la política entra en un inmenso paréntesis y que las cuestiones que de ella se derivan ó pueden derivarse son peligrosas para ser estudiadas en la prensa, escúchase por ahí el eco de otros debates que también mucho interesan á la sociedad y á los que, naturalmente, el público asiste ávido de curiosidad.

No hace mucho tiempo la Sociedad de Abogados abordó lo que pudiéramos llamar un problema social, ocupándose de la libre testamentifacción y las discusiones en la Escuela Preparatoria se oyeron en todo el país; la prensa tomó parte en el debate; en la tribuna aquella se vió brillar no sólo el saber sino la libertad de opinión, notables jurisperitos hablaron en pro y en contra, y las conferencias terminaron después de estudio detenido sobre la materia.

Ahora, en estos momentos de calma, escúchase en las regiones de la prensa otro debate científico en el que toman parte los peritos, y los profanos reflexionan en los argumentos de las partes beligerantes.

Se trata de una cuestión de medicina; la mayor parte de nuestros colegas publican unas cartas del Dr. Fénélon, en las que este profesor llama á los médicos á discutir un punto bien moderno en los estudios técnicos, y no desprovisto por cierto de interés.

Se trata del sistema dosimétrico, que tiene ya, no hay que desconocerlo, bastantes prosélitos en México, así como no pocos adversarios.

Al Dr. Fénélon contestan otros médicos que firman sus escritos con seudónimos, como no atreviéndose á pelear con la visera levantada en este torneo de la ciencia.

Al mismo tiempo un periódico dirigido por el Dr. Fernando Malanco, sale á la defensa de la Medicina Científica y tremola la bandera de la Dosimetría.

Nosotros encontramos muy bien este debate, nada más natural que se discutan los problemas científicos, cuya resolución es tan útil, de tan inmensa trascendencia para la humanidad, y nos halaga, que nuestros peritos, que nuestros sabios, estudien los nuevos métodos, los nuevos sistemas que aparecen allá, en la vieja y culta Europa como una manifestación de esa incesante ta-

rea que el hombre se ha impuesto de luchar en contra de los arcanos de la ciencia.

Sólo sí diremos sin tomar para nada parte en el debate como profanos que somos, diremos que nos extraña que la Academia de Medicina que hace algún tiempo se ocupó someramente de este asunto, calle hoy cuando el debate se generaliza en la prensa política, constituyendo casi una de las cuestiones de la orden del día.

Tampoco se escucha en la controversia la voz autorizada del instruido profesor de terapéutica en la Escuela de Medicina.

En este debate advertimos con placer la cortesía con que se tratan los contendientes. Hace un año ó poco más, la prensa daba hospitalidad en sus columnas á otra controversia sobre el hipnotismo, en que tomaban parte instruídos profesores; mas el debate quedó en coma, porque los ánimos se fueron acalorando hasta el grado que los hijos de Esculapio llegaron á las personalidades; un médico de gran reputación en nuestra facultad, perdió la serenidad y atacando las teorías del somnambulismo artificial, llegó á soltar frases muy duras en contra de los adeptos de Braid y de Charcot.

Esto hizo que el debate no continuase; nosotros que en aquel entonces censuramos esta manera de estudiar los problemas científicos que pueden llamarse los precursores, los mensajeros de la paz, censuramos aquella salida de tono, y ahora no tenemos inconveniente en hacer advertir que la nueva discusión se ha inaugurado bajo los mejores auspicios.

Nos halaga, repetimos, que los sabios mexicanos no se duerman sobre sus laureles, y por lo mismo, estamos seguros, vería el público docto é indocto, vería con placer que la Academia de Medicina hiciera oir su voz, muy respetable, en tal y tan importante asunto.

El sistema dosimétrico, según dice el Dr. Fénélon en sus cartas, preocupa hoy á sabios europeos bien conceptuados en el mundo científico, no sabemos á ciencia cierta lo que á ese respecto pasa en México, lo que sabemos sí, es que la medicina granulada de Chanteaud tiene muchos consumidores en las farmacias de la capital.

Esto ya indica que no es ocioso el debate.

Y lo mismo decimos del hipnotismo y de sus aplicaciones á la medicina; acaba de aparecer en esta ciudad un pequeño libro escrito por el Sr. Víctor M. Venegas, en donde recopila las teorías y las opiniones de los sabios tocante á esos fenómenos, que hasta ahora, entre nosotros, no han faltado hombres científicos que han tomado á la broma.

Con motivo del libro del Sr. Venegas, la cuestión vuelve á colocarse en la carpeta. ¿Hará oír ahora su voz la Academia de Medicina?......

Nosotros hemos hablado hace algunos meses con el Dr. Fernández, nuestro representante en Francia, y preguntándole sobre los avances del hipnotismo y sobre sus aplicaciones á la medicina, nos dijo que no había que tomar á la broma los estudios de Charcot á quien el Sr. Fernandez había tratado y cuya voz ha escuchado, presenciando algunas de sus experiencias.

Nos maravilla, pues, que nuestros cuerpos científicos que estamos seguros ven y siguen con atenta mirada los avances de la ciencia en la culta Europa, permanezcan en ese *statu quo*.

¿ Las experiencias hipnóticas son una mistificación ? pues declararlo y probarlo así, para desengañar á los ilusos.

¿ Hay algo de verdad en el fondo de esos fenómenos admirables?...... Pues estudiarlos, porque la ciencia es cosmopolita, es patrimonio de la humanidad entera, y en la gran Asamblea del saber, tienen voz y voto todos los adeptos de aquella que podemos llamar una emanación de la divinidad.

De la misma manera que hemos aplaudido que la Sociedad de Abogados discuta públicamente sobre el problema social que acaba de abordar, de la propia suerte, aplaudiriamos gozosos que la Academia de Medicina de México, diera su opinión acerca de las nuevas doctrinas, de los nuevos sistemas, de los modernos adelantamientos en las ciencias psíquicas y fisiológicas.

Tenemos médicos muy instruídos, lo proclamamos con orgullo, tanto los discípulos de la Escuela de los Durán, de los Vargas, de los Rio de la Loza, como los de la nueva generación que dirigen los Carmona y Valle, los Lavista, los Licéaga, los Ramos, etc., son muy competentes para pedir la palabra en los debates científicos que ocupan á los sabios del otro hemisferio.

¿Porqué ese retraimiento?

Sobre todo, antes de estudiarlas, no hay que tomar á la broma ó cuando menos mirar con desprecio las doctrinas que tratan del impulso de los nuevos descubrimientos.

El Dr. Fénélon lo ha dicho:

" ¿ Qué facultad aceptó la circulación de la sangre cuando Servet y Harwey la dieron á conocer ? la verdad es anterior al hombre y á sus facultades, y aun cuando éstas la nieguen, se ríe de sus negaciones."

Conviene á nuestro propósito repetir y hacer constar que nosotros no somos ni dosímetras, ni hipnotistas, ni defendemos ni apoyamos sistemas ó métodos especiales; tan sólo, al hacer estas reflexiones, nos lleva el deseo de que en nuestra patria se estudien y se examinen los modernos adelantamientos de la ciencia.

JUVENAL.

MEMENTO
De Terapéutica Dosimétrica
—ó—
GUÍA DEL MÉDICO PRÁCTICO
EN EL EMPLEO DE ESTE MÉTODO DE TRATAMIENTO.

POR EL DR. BURGGRAEVE.

(Concluye.)

MEDICAMENTOS DOSIMETRICOS
Y
MEDICAMENTOS ALOPÁTICOS.

MEDICAMENTOS DOSIMÉTRICOS.
Régimen de los heridos.

Se ha pretendido que la vida es algo misteriosa, caprichosa, que escapa á nuestros medios de acción; esto es un grave error. La vida es una ley tan constante como la que preside á la gravitación de los astros; y lo prueba que la naturaleza nos suministra medicamentos para ordenarla en sus irregularidades: no puede negarse la acción poderosa de la estricnina como nervino, de la aconitina y veratrina como defervescentes; de la digitalina como regulador del corazón; de la morfina contra el dolor, de la atropina y la hyosciamina contra el espasmo tónico; de la colchicina para la diuresis; de la cafeina contra la jaqueca; de la cicutina contra los dolores lancinantes, etc. Los organicistas dirán que estos síntomas son el efecto de la lesión orgánica, y que no se puede nada contra ellos en tanto que estas lesiones subsistan. Esto, desde luego, debería probarles la necesidad de yugular las enfermedades al principio, á fin de no dejar nacer la lesión, porque esta no existe de repente ó desde el primer momento (hablamos de las enfermedades internas), sino que hay un primer período de sufrimiento, de fiebre, en una palabra, de perturbación vital ó fisiológica durante la cual los medicamentos que acabamos de citar son muy poderosos. No se dirá que en la fiebre tifoidea no pueda prevenirse la tumefacción y ulceración de las glándulas intestinales, provocando la eliminación insensible del virus tífico con las sales neutras, disipando la postración con los nervinos, ácido fosfórico, sulfato de estricnina, haciendo descender el pulso y el calor morbosos con la aconitina, la veratrina, calmando el corazón con la digitalina, el cerebro con la morfina, la excitación de los nervios con la cicutina, el bromuro de alcanfor, y en caso de necesidad con el almizcle, combatiendo la remitencia de la fiebre con el hidro-ferro-cianato de quinina, y más tarde, en fin, disipando la debilidad general con un régimen analéptico en lugar de abandonar al pobre enfermo á todo el horror de su posición durante dos, tres ó cuatro centenarios, es decir, hasta la extinción de la fuerza vital. ¿Puede decirse que el médico que obra de esta suerte está á la altura de su posición? ¿No falta á la fe que la humanidad en él ha depositado abandonando á sí misma á la enfermedad? Hay traidores inconscientes que son los más peligrosos.

La lesión orgánica, consecuencia de la fiebre ó de la exageración de la combustión animal, puede de esta manera ser evitada si se la circunscribe dentro de los límites que indispensablemente han de producir la alteración de los humores y de los sólidos. Los antiguos usaban una elocuente palabra: la cocción de los humores. Es necesario un cierto grado de calor para la cocción de las sustancias alimenticias. Sucede lo mismo en la fiebre; y si se evita este grado de calor, de cocción (si se quiere), las exudaciones no podrán producirse ni se formarán parásitos ó vibriones. De la misma manera que en una herida reciente que supura poco ó no supura, en la cual reunión se hace por primera intención, sin fiebre; prueba que esta es efecto y no causa. Mr. Verneuil ha expresado con una frase exacta, aunque para lógica el siguiente pensamiento: "Un herido, un operado es un enfermo que es preciso impedir que lo sea." ¿Porqué la poemia, la septicemia, producen tantas víctimas? Es porque no se conoce el modo de evitarlas. Si decimos *producen*, es porque los cirujanos no están á la altura de su arte, y que, como el preceptor de la fábula, fabrican teorías en presencia del peligro. Que comiencen por salvar al enfermo del peligro, salvo razonar en seguida sobre el caso.

En todas las salas de cirugía en que los alcaloides como modificadores vitales, y los apósitos antisépticos han sido introducidos no se conocen casi la poemia y la septicemia. "Han sido como una sombra." Pero antes ¡cuántas hembras han ido á poblar los bordes sombríos!

Lo repetimos, la medicina, así como la cirugía (¿porqué separarlas?) tienen reglas ciertas; en la aplicación de estas reglas es en lo que los médicos deben ponerse de acuerdo, y por consiguiente consultar. La consulta es, pues, no solamente un deber profesional, sino un deber moral, no pudiendo el médico tomar sobre sí la responsabilidad de una enfermedad grave. En vano se objetará que el enfermo y la familia tienen depositada en el médico su confianza: esto no es serio, puesto que el enfermo y la familia son incompetentes para apreciar el peligro. Ademas, esta confianza absoluta en sí mismo, implica la desconfianza en sus compañeros, los cuales tienen derecho á desconfiar á su vez. Poco á poco la solidaridad profesional se quebranta, y el médico se expone á ser envuelto en las ruinas de su reputación.

Cuando vamos á visitar los hospitales extranjeros, estamos dispuestos á tener mala opinión de los médicos de las salas que no se apresuran á permitirnos ver sus enfermos. En nuestras salas los compañeros son siempre bien recibidos y aun en nuestra ausencia los ayudantes tienen orden de manifestar los apósitos. Es que nosotros obramos según principios bien determinados, en que los medios externos y los medios internos marchan á la par. Así es que, los casos de fiebre, es decir, la exageración del pulso y del calor animal, son la excepción, el estado fisiológico, la regla, es decir, heridos á la manera de Mr. Verneuil. La temperatura y el pulso son exactamente observados mañana y tarde pero no nos contentamos con trazados sigmográficos y termométricos, empleamos al mismo tiempo los modificadores vitales. Ahora bien, para estas observaciones tan importantes en los primeros días de una enfermedad aguda es bueno y hasta necesario no estar aislado. *¡Vœ solis!* han dicho los libros santos. Desgraciado del médico que prescinde de sus compañeros; tiene *alguna cosa* que ocultar.

Pedimos indulgencia á nuestros compañeros por esta especie de homilía; la hemos creído necesaria aunque se trata de cosas terrestres; pero en verdad lo espiritual está en lo temporal, mucho más tratándose de la salud. De todos los males el peor, es la enfermedad que nosotros, médicos, tenemos la misión de combatir como en la mitología Theseo y Hércules tenían la misión de destruir, el uno el Minotauro, y el otro la hidra de Lerna. Los antiguos hicieron de estos héroes semidioses como Homero á Macaon y Podaliro. No olvidemos también que Esculapio era hijo de Apolo. ¿Porqué, pues, estas desconfianzas que no explicarían ni la nobleza del objeto, ni la certeza de los medios? Con la botella lacrada de la Alopatía, esto se concibe, pero no con los medios simples de la Dosimetría.

Dr. Burggraeve.

VARIEDADES.

Nuevo método de aplicar el Cloroformo.

Según *Lancet*, el nuevo sistema francés de administrar el Cloroformo con agua, evita todos los peligros que ofrece la aplicación de este anestésico. Diez gramos de Cloroformo evaporado en cien litros de aire saturado de agua, es la dosis que se emplea generalmente, con la cual se evitan todos los malos efectos y hasta se reduce á menos de un tercio el período de la excitación, de tal manera, que en muchos adultos no se presentan ni aún los síntomas, como no sea una insignificante aceleración en el pulso, el que es completamente normal durante el sueño. La insensibilidad es absoluta y las operaciones más dolorosas se practican sin que los pacientes se aperciban en lo más mínimo de ellas. La dosis de Cloroformo empleada no es suficiente para producir envenenamiento, ni para causar asfixia.

LA DURACION DE LA VIDA.

El Dr. Tood, Presidente de la Asociación de Médicos del Estado de Georgia, ha publicado los siguientes datos estadísticos:

Los Estados-Unidos, teniendo sólo un médico para cada 600 habitantes, presenta la menor proporción de muertos en el mundo. En dicho país, el promedio de la vida es de 55 años; sígue le Inglaterra, cuyo promedio en la población urbana es de 50 años, y en la rural 54. En Rusia y Chile el término medio de la vida es de 28 años, mientras que en el Sudán es de 23. El promedio de la vida en Roma, en tiempo de los Césares, era de 28 y actualmente es de 40.

En Francia hace 50 años el promedio de la vida, era de 28 años y hoy día es de 45½, y en Inglaterra, durante el reinado de Isabel, era sólo de 28 años.

Entre las causas de este notable aumento de vida, que cita el Dr. Tood, menciona en primer término, el "quinino" que, según opina el doctor, ha aumentado en dos años la vida del hombre. A más de que durante los últimos 50 años, las guerras han sido menos frecuentes y las leyes menos severas también, han influido grandemente la templanza, la dieta, la limpieza, la vacuna, el uso de anestésicos y el sistema de alcantarillado en las poblaciones.

TOMO II ENTREGA 15ª 1º DE AGOSTO DE 1889.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

LA SINTESIS EN FARMACOLOGIA.[1]

(Anotado por el Dr. Valledor.)

Cuantos siguen de cerca los progresos de la síntesis orgánica iniciada por Wohler y admirablemente desenvuelta por Berthelot, encuentran un tema simpático y un motivo de legítima esperanza en la preparación artificial de las sustancias contenidas en animales y plantas; no estando el médico menos interesado en tales trabajos, de gran de porvenir, pues hasta hace tiempo que, así como el volumen de la preciada hulla disminuye en el globo de un modo aterrador, así también se halla seriamente amenazada la farmacia con la pérdida de las *cinchonas* y otras plantas medicinales valiosísimas, hasta el extremo de haber ofrecido ya alguna sabia Academia pingües recompensas á los profesores que descubran el medio de obtener quinina artificial.

Por fortuna cabe acariciar la esperanza de conocer un día, venturoso para la humanidad, en que los vegetales no serán indispensables para conseguir sus principios activos; el día en que éstos se elaboren sintéticamente en los laboratorios, como hizo ya Strecker con la cafeina ó trimetilxantina el año 1861 y ha ocurrido con la cicutina desde los célebres trabajos de Wertheim-Kekulé y Planta que, considerando simple dibutilamina á este alcaloide,

$$\underset{\text{Cicutina}}{C_8 H_{15} N} = \underset{\text{Dibutilamina}}{\left.\begin{matrix} C_4 H_7 \\ C_4 H_7 \\ H \end{matrix}\right\} N}$$

lograron prepararlo con amoniaco y aldehido butílico:

$$\underset{\text{Aldehido butílico}}{2C^4 H^8 O} + \underset{\text{Amoniaco}}{N H^3} = \underset{\text{Agua}}{H_2 O} + \underset{\text{Cicutina}}{C^8 H^{15} N}$$

Estos prodigiosos descubrimientos de nuestro afortunado siglo me hicieron meditar á menudo sobre la posibilidad de conseguir algo parecido en el terreno de la farmacología, reduciendo la engañosa apariencia de su horizonte dilatado, verdadero mar sin orillas á primera vista, pero que sólo resulta un lago cuando se escudriñan bien sus límites. Así como el químico une los elementos dispersos para formar urea y otras materias, de igual suerte podrá reunir el farmacólogo los *principios medicamentosos* ó activos, y obtener *especies* medicinales, fáciles de agrupar luego entre sí.

Creo firmemente que, dados los modernos adelantos científicos, cabe hacer algo en tal sentido, pueden trazarse ya las líneas generales y construirse el andamiaje por donde ha de pasar el futuro edificio terapéutico. Basta para ello aceptar unas pocas bases que expongo á continuación, y casi juzgo verdades axiomáticas.

1ª *Para que un animal ó una planta ejerza acción fisioterapéutica, es preciso que contenga principio activo.*—Más ó menos bien definida esta especie de quinta esencia tan soñada por Paracelso, la hallaremos siempre bajo la forma de alcaloides en el opio, de salicilato alcohólico en la gaulteria, de ácido en el sen, de anhidrido en la cantárida, de glucósido en el sauce, de nitro en la arenaria, de tartrato en el tamarindo, de almidón en la patata, ó de mucílago en la zaragatona. El ropaje leñoso y clorofila que suele cubrir á los principios vegetales, resulta inútil, cuando no perjudicial, para las mermadas fuerzas digestivas de los enfermos.[1]

1 Como, gracias á Dios, se ha puesto en moda el tema de los principios activos, vamos á reproducir el siguiente artículo del Dr. Peset que encontramos en varios colegas, y que viene á ser una confirmación de cuanto la *Dosimetría* viene sosteniendo hace tantos años.

Tenga el Dr. Peset el valor de sus convicciones, haga la justicia que la historia *irremisiblemente* hará al Dr. Burggraeve—que es una de las ilustraciones médicas más grandes de nuestro siglo, como lo demuestran sus obras y sus hechos médico-quirúrgicos—y después empuñe el hacha para ayudarnos á acabar con el caótico matorral de los Formularios y de las Farmacopeas, vergüenza y deshonra de la Terapéutica farmacológica de nuestros días. —*G. V.*

1 Ciertísimo. Lo hemos dicho y demostrado un millón de veces.—*G. V.*

2ª *A cada principio activo corresponde una acción especial.* [1] — El podofilino obra de un modo distinto que la ergotina, el ácido crisofánico no se parece á la esparteina, etc. Si dentro de alguna familia medicamentosa encontramos ácidos, bases y sales, ello no obsta para que el mecanismo de acción varíe en cada caso; repugna al criterio químico admitir que tan diversas sustancias reaccionan sobre el protoplasma de igual manera: no hay medicamentos equivalentes por completo. Así vemos en la medicación antiséptica, v. gr., que unos agentes roban el oxígeno de la célula (sales ferrosas), otras el hidrógeno (cloro), otros el agua (ácidos concentrados), otros coagulan la albúmina (fenol), otros la destruyen dando oxígeno (permanganatos), ó impiden la difusión (silicatos de efecto mecánico), etc.; aunque por distintos mecanismos, todos tienden á aniquilar la vida de las diminutas esferas.

3ª *Si varios vegetales encierran el mismo principio activo, la intensidad de acción se halla en armonía con la riqueza en dicho principio*, supuestas análogas todas las demás condiciones: el opio indígena lleva 10 y el de Egipto 3 por 100 de morfina, siendo el primero más activo; el té contiene de 2 á 4 por 100 de cafeina (Péligot), la paulinia el 5 (Martius) y la nuez de kola hasta un 4 (Hockel y Schbagdenhauffen), etc. Como, hecha abstracción de la especie botánica, influyen en ello el clima, el cultivo y otras circunstancias, compréndese desde luego la dificultad con que tropieza el clínico para calcular las verdaderas dosis, si echa mano de materias vegetales cuya composición desconoce.[2]

4ª *Cuando un producto vegetal contiene varios principios activos* (en la quina hay más de 11 y en el opio pasan de 17), *se caracteriza su acción por la resultante de todos ellos ó descuella la del principio que abunda más.*—Bien se alcanza que la acción de la quinina no es igual á la de la quina en sustancia, pero nadie negará que esta última discrepa muy poco de la proporcionada por dicho alcaloide cuando se adiciona de algo de tanino ó usa en forma de tanato.

1 Esta proposición es para nosotros axiomática; aunque desgraciadamante desconozcamos aún las diferencias esenciales de algunos principios activos que pasan hoy por análogos en sus acciones. El tiempo y las experimentaciones fisiológica y clínica se encargarán de precisar las propiedades de cada uno.—*G. V.*

2 Muy bien. Aunque nuestros lectores están cansados de saber esto, porque se los venimos diciendo hace más de diez años, conviene que se repita, y sobre todo, que lo oigan de labios de un profesor de Terapéutica de la facultad de Medicina de Valencia, los que no son nuestros lectores.—*G. V.*

Aceptadas sin escrúpulos estas bases [1], puro corolario de los múltiples trabajos hechos hasta el día, sin incurrir por ello en el pecado de Burggraeve [2], tedremos fuerzas para rebatir una objeción seria que se hace á las Farmacopeas actuales, hija de no haberse adoptado aún el libro internacional con base de los principios activos en todo el orbe, y que estriba en la triste circunstancia de que un medicamento sea bueno ó malo, heroico ó inerte, según los países. Esta falta de criterio fijo, que pudieran explicar simples razones de clima ó de costumbres, es de pésimo efecto cuando trasciende á gentes mal dispuestas para creernos. El dracóntico, tan ensalzado contra el asma por la Farmacopea de los Estados Unidos, se olvida en muchas otras; igual ocurre con el toxicodendro de las Farmacopeas de Inglaterra y de Dublín; con la celebrada raíz febrífuga de Juan López, de la de Holanda, ó con la mucuna ó pica de la de la India. Pocos sabrán convencerse, en verdad, de que el acónito nacido de la baba del Cancerbero, al decir de la fábula, tan temible para Ovidio, Horacio, Juvenal y Amonio, se coma impunemente en Laponia (Linneo); que la cicutina con que envenenaron á Sócrates y á Foción disminuya su toxicidad con la latitud y la coman los rumiantes, siendo alimentos de muchachos las bayas del tejo, con cuyas semillas narcóticas se ceban aves; en una palabra, que se coman en Rusia, Alemania, Polonia y aún en Francia ciertos hongos tóxicos en nuestro país, la propia *amanita muscaria.*

Según estas ideas, nótase en seguida la necesidad que hay de agrupar las plantas con arreglo á sus principios activos, de cuya suerte se evitarán en las Farmacopeas y obras de Materia médica innumerables repeticiones, facilitándose además el estudio de tan difícil enseñanza. Después de todo, los vegetales no son más que el *estado nativo* de los medicamentos, y deben considerarse como una de tantas formas de su administración, cuando por cualquier circunstancia no convengan aquellos, según parece ocurrir con la digital por la distin-

1 Que son las que la Dosimetría viene sosteniendo hace la friolera de diez y ocho años—debió haber añadido. —G. V.

2 ¿Cuál?—¿Haber encarrilado la terapéutica desde hace diez y ocho años por el camino de los principios activos, que ahora van proclamando las Academias, como el único racional y científico? ¿Haber proporcionado los *medios prácticos*, realizarle?—*G. V.*

ta composición de las digitalinas del comercio [1].

La síntesis farmacológica que motiva este artículo no es imposible hoy; así lo acreditan los ejemplos siguientes, sin duda alguna empalagosos para la mayoría de los prácticos, pero que expongo á la consideración del benévolo lector aficionado á tales asuntos.

Desde luego diré que ha invadido el campo de la farmacología un *párrafo de botánica menuda cuya acción es puramente ideal*, porque el análisis sólo encuentra en tales plantas unas pocas cenizas vulgares: todas las que poseen virtudes medicinales, repito, llevan alguna sustancia especial.

En efecto; es sabido que obran por el nitro los diuréticos arenaria y parietaria, como la cañafístula, el tamarindo y ciertas frutas ácidas por el ácido tártrico ó por los tartratos; cual las plantas carniceras por un fermento, que podrá ser la papaina, y ejerce su acción por el yodo la esponja, el *fucus vesiculosus*, la laminaria y el *polyposus senex*, dados interiormente; por el amoniaco, el guano y el estiércol, preconizado en el siglo XVIII; por las sales térreas, los ojos de cangrejo, los bezoares y cálculos diversos, ó por el hierro, el bol arménico y los ocres.

Si estos conocidos ejemplos no bastan para convencer de lo dispersos que se hallan los principios activos entre los tres reinos de la naturaleza, añadiré que el ácido abiético, sílvico por otro nombre (Maly), existe en la trementina de Estrasburgo (Caillot), en la pez de Borgoña (Cuavet) y en la colofonia (Hückiger). El ácido benzoico en el benjuí, en el bálsamo de Tolú, en la sangre de drago, en el guayaco, castóreo y resina de *xanthorrea hastilis*. El ácido cinámico abunda en la canela, el bálsamo del Perú, etc. El ácido caíncico no es sólo de la cainca, sino también de la raíz de los matorrales, muy usados en las Antillas contra la sífilis y el reumatismo. El ácido fórmico se encuentra en las ortigas, saponaria y tamarindos (Gorup-Besanez), en las hormigas rojas, en los pelos de las orugas y en las procesionarias, en el pino y en el abeto (Pauls), en la siempreviva (Dobereiner) y otras. El ácido fumárico en el líquen de Islandia (Pfaff), la famuria (Peschier y Wincler) en el *glaucium luteum* ó amapola marítima (Probst) y en los hongos (Bolley).

1 Tenemos contestada esta observación *hipnótica* en nuestra obra de Farmacología Dosimétrica, cuya lectura recomendamos al Sr. Peset y Cervera, cuya ilustración y talento nos complacemos en reconocer.—*G. V.*

Abundan todavía más en el reino vegetal el ácido catártico de la cáscara sagrada (Rossbach, Dragendorf) del sen (Hubly), descubierto y descrito con el nombre de catartina por Lassaigne y Feneulle en dicho sen, en los frutos del falso ébano ó de los Alpes (Wurtz), en las bayas de *nerprum* (Hepp) y en la corteza de frángula oficinal en Alemania (Rossbach). El ácido crisofánico en los diversos ruibarbos (Schroder y Buchner), corteza de *cassia bijuga* (Pekolt), *parmelia parietina* ó líquen de tapias (Linsay), raíz de romaza, usada contra las dermatosis; la *araroba* del Brasil ó polvo de Goa (contiene un 84 por ciento, si bien Liebermann y Seidler aseguran que procede de su crisarobina); en el sen (Lasaigne, Feneulle, Bley, Diessel, Ludwig, Batka y otros), etc. Y el ácido agállico del veratro verde (Worthington), ricino (Maillot), simaruba, *mango (mangífera indica)*, hojas de uva ursi (Kawalier), frutos de *coesalpinia coriaria* ó garrobilla de Curaçao, cápsulas de *quoercus oegylops*, tallos tiernos de *rhus coriaria* ó zumaque (Stenhouse) y corteza del manzano (Heumann).

Paso por alto ácidos tan esparcidos como el tánico, málico, etc., para citar los principios activos de otra clase. Uno, que se ha bautizado con diversos nombres, es la saponina de la saponaria (Schroder), hoy en boga, hallada en la mayor parte de las cariofíleas. Según muchos químicos, no es otra cosa que la adansonina del baobab; idéntica á la agrostemmina de la negrilla de las mieses ó gitagina de Scharling, es la monesina descubierta en la monesia (Henry, Payen), el propio ácido gelsémico del jazmín silvestre (*gelsemium sempervirens)*, la senegina de la polígala (Bolley) y la esculina del castaño de Indias (Frémy), encontrándose por ende en los vegetales mencionados y además en la corteza del Panamá, en la *gimnocladus canadensis* (Braconnot), en la saponaria de Oriente (Henry y Boutson), en la flor del fre al (Malapert), en la cruz de Jerusalem, en el *lychnis dioica* ó jabonera blanca, *silene mutans, dianthus cariophyllus* (clavel), *canthucianorum* y *prolifer; gipsophylla fastigiata* (jabonera), *acutifolia* y *altissima; anagallis arvensis* y *coerulea* (mujer), etc.

La ambrina arrancada al ambar gris, coprolito que llaman los japoneses *kasura no fun*, ó excremento de ballena, es simple colesterina y se halla también en los despojos de los pulpos y en las escamas de los peces.

El alcaloide encontrado por Schlagden-

hauffen en la verdadera angustura, ó sea la angusturina, existe asimismo en la corteza de *esembeckia* (evodina de la angustura del Brasil). La arbutina, glucósido de la gayuba, se extrae además de la *kalmia latifolia*, de los piroles, etc., al decir de Wurtz. La glicirricina del regalis se contiene también en el *orozuz* de las Antillas, en el bejuco peonilla de Puerto Rico, en el *trifolium alpinum*, en el astrágalo, etc.

La asparragina ó cinodina de Semmola abunda tanto que nos cansaríamos de citar vegetales que la contienen. Débase á este ámido la acción de muchas plantas, como sostiene Debrick, ó considérese inactivo, de acuerdo con Falk, Jacobi y otros, es lo positivo que se halla en la grama, en los espárragos, en la raíz de malvabisco, en el regaliz; en la consuelda mayor (Blondeau y Plinon), hojas de belladona y de lúpulo, algarrobas, habas, habichuelas, lentejas y tubérculos de dahalia (Dessaignes, Chantard) y en muchas otras leguminosas: *citysus laburnum* ó falso ébano, *trifolium pratense* (trébolo), *hedysarum onobrichys* (esparceta), *lathuysue odoratus* y *latifolius* (guisantes), *genista juncea* (retama de olor), *colutea arborescens* ó espantalobos, etc.

Entre los alcaloides más vulgares vemos á la atropina, que es la misma daturina (Planta Schoff), ó hiosciamina (Ladembug) ó duboisina (Ladenbug) y G. Meyer), existiendo por lo tanto en la belladona, el estramonio, el beleño y la *duboisia myoporoides*. La cicutina, contenida, además de la cicuta común, en las semillas de *oetusa cynapium*. La veratrina de los diversos veratros, nacida también del cólquico y la escila (Meissner, Pelletier y Menk. La morfina, en las distintas papaveráceas (Adormidera, amapola y *papaver orientale*). La emetina en las ípecas y otras rubiáceas, como la *psychotria emetica*, *richardsonia brasilensis*, ó poaya y raíz de cainca (Brandes). La sanguinarina se encuentra, tanto en la sanguinaria (Dana) como en la celidonia mayor (cheleritrina de Probst), y en el *glaucium luteum*. La estricnina, cual la brucina, proceden del haba de San Ignacio, de la nuez vómica y de las loganiáceas. La cafeina, conocida con los nombres de trimetilxantina, de teina ó de guaranina, existe en el café, en el té, en el maté del Paraguay, en la paulinia, en la nuez de kola (Mitscherlich, Payen y Peligot) y en otros vegetales. La solanina de las patatas germinadas (Otto), se halló en diversas solanáceas, como la dulcamara (Legrip), *solanum verbascifolium*, ó tabaco cimarrón de Cuba (Chevallier y Payen), *lycopersicum* ó tomate (Foderé y Hercht), *ferox* (Pelletier), etc.

Numerosos vegetales cuentan por principio activo á la berberina, como son la corteza de la anonácea *xylopia*, el *berberis vulgaris* ó agracejo, la raíz de colombo y la de *cosciniurn*, que lo sustituye á veces en el comercio (llamado *woniwal* en Ceylán y *masa–munjil* en la India); en la *hydrastis canadensis*, en la raíz de San Juan de Río Grande, en el *pachuelo* ó corteza tintoria de Bolivia, en la raíz de la renunculácea *mahmina*, según D. Perkins, en la *xantiorhiza* ó amarilla, etc.

Aun á trueque de ser pesado, añadiré aún que la quercitina es propia de muchas plantas, del cachunde y del té (Wurtz). La vainillina de la vainilla, remolacha (Scheiller), y benjuí de Siam (Jannasch). La beeberina ó vuxina (Walz) ó pelosina (Fluckiger) se halla en el beerberu, en la pareira prava, etc., siendo idéntica á la paricina de ciertas quinas y á la hidrastina del *hydrastis canadensis* (Parrish y Durand). La frangulína de la frángula se ha bautizado en otras plantas con el nombre de derhamnozantina, por Buchner, y de avornina por Kubly. La bitterina, es cuasina y simarubina, nombres procedentes de vegetales muy conocidos. La jalapina, convolvulina ó escamonina, se extrae asimismo de otros varios. La dafnina es el glucósido del torvisco, del mecereón y distintas dafneas. La coumarina, glucósido, según Zwenger y Rodenvenger, podrá reconocerse en el haba *tonka* de Cayena, en el meliloto, aspérula, dátiles, raíz de *hunnari* ó zarzaparrilla de la India, algo usada por los ingleses, en ciertas orquídeas (Cauvent), en las flores de *anthoxanthium odoratum*, alesta ó grama de olor (Bleibtren) y hojas de *faham* de San Mauricio (Gohley). La fraxina, fraxinina, de Monchon, pertenece al fresno (Salm–Horstmar), al castaño (Stokes) y á las suertes inferiores de maná. La fumarina de la fumaria es coridalina (Herminger), descubierta por Wackenroder en la aristoloquia serpentaria y en la *corydalis tuberosa*, D. C., ó aristoloquia pequeña. La jaborancina del pimiento de Paraguay ha solido hallarse en el jaborandi como producto de oxidación de la pilocarpina (Chastaing). La kawaina parece ser simple piperina. La floridzina se obtuvo por Koninck y Stass de la corteza fresca de la raíz de peral, manzano, ciruelo y cerezo. La porfiroxina se halló en el opio por Meck, y en la sanguinaria por Gibb. La rutina de la ruda se encuentra también en la alcaparra, en las yemas florales de la *sophora japónica* (bayas amarillas de China ó *wai-*

fa del comercio) y en las flores de serpa (Weiss), siendo análoga al quercitrino.

Finalmente, para no fatigar demasiado, advertiré que ciertos principios muy especiales son también comunes de varias plantas. Así vemos que la esencia de gaulteria ó salicilato de metilo, tan próxima bajo el punto de vista químico del salol (salicilato de fenilo), se encuentra en la corteza del álamo blanco y en la *gaulteria procumbens*. El engenol en el clavo de especia, en el pimiento, en la canela y en la corteza de *culilawan*. El sulfocianuro de alilo, que se desarrolla humedeciendo las mostazas, constituye el principio activo de la coclería (Hoffmann).

El sulfuro de alilos ó esencia de ajos se produce en muchas asfodelas y crucíferas: cebolas, *tharpi arvense, iberis amara ó ma tablad* de Valencia y Cataluña, *capselle bursa pastoris, raphanus raphanistum, sisymbrium nasturtium*, ó berro etc., etc.

Medítese un momento sobre lo anteriormente expuesto, y convendremos todos en que pueden evitarse muchas repeticiones enojosas. Y si ahora agrego que cabe reunir en grupos los principios bien definidos según las modificaciones que experimentan en el seno de la sangre, donde se convierten en simples carbonatos nuevas sales orgánicas (acetatos, citratos, valerianatos.... (Buchtheim, Wohler) ó en cloroformo sustancias como el cloral, la acetona, el cloruro de etilo y el ácido tricloracético, se descubrirá un bello horizonte genuinamente científico y preñado de utilidades para la clínica.

No se me oculta la dificultad que hay para emprender toda esta serie de trabajos dificilísimos, que arranquen el antifaz á los falsos recursos, demostrando para siempre las analogías y diferencias de los principios activos legítimos; pero debe sonar la hora en que el jaspe aquilate lo que es oro de ley en farmacología, el momento de poner freno á esta hermosa ciencia, desbordada por el afán de saturarla de drogas.

Dr. Vicente Peset y Cervera.

MEDICINA PRACTICA.

En un número anterior de la *Medicina Científica* referimos un caso de viruela evidentemente maligna, porque empezó con síntomas alarmantes, como lo son: las temperaturas que pasan de 40 grados al iniciarse una fiebre eruptiva, como lo es la confluencia de la erupción y la alteración profunda de los centros cerebrales, manifestada por un delirio agudo y accidentes convulsivos.

Tales síntomas anuncian peores consecuencias; el desorden de los centros hace desesperar de encontrar en ellos auxiliares para dirigir al organismo, profundamente alterado por el virus, hacia un restablecimiento posible. La mucha erupción da idea de la alarmante proliferación de dicho virus, el cual encontró poca resistencia en el organismo y á la vez buenos elementos para su multiplicación, suponiendo que, debido á la juventud del sugeto, pudiera resistir á los terribles fenómenos de la invasión. ¿Cómo creer que, agotadas sus fuerzas por tan conmovedora lucha, le quedaran todavía suficientes para soportar al repugnante período de supuración y á la infección consiguiente que durará desde la formación del pus hasta la completa descamación, dejando durante estos dos períodos, la piel inutilizada para la perspiración que tiene á su cargo?

¡Cuán racional es atender á moderar el excesivo calórico, causa de mayor postración de fuerza en el sugeto y más grandes alteraciones pútridas en sus tejidos infectados, así como de mayor multiplicación en los elementos sépticos!

¡Cuánto más racional es sostener sus fuerzas que pretender, sustrayéndole elementos de resistencia, hacerlo más capaz de resistir al enemigo!

¡Cuánto más racional, repetimos, es acudir en auxilio de la víctima, tenderle una mano compasiva, y no pensar en combatir á un enemigo que ya se apoderó del terreno!

Sin embargo, si hay un flogístico en el mundo, debe encontrarse en un sugeto que marca al termómetro más de 40 grados, que sofoca, que hace brotar en su piel una erupción confluente y unas pápulas análogas á las múltiples rocas de varios volcanes en erupción.

Allí Broussais y sus ciegos partidarios se hubieran creído más que nunca autorizados á sacar abundantemente la sangre de la víctima, esperando que el combate debiera cesar por falta de elementos, pero la vida también debía cesar por la misma razón, y es una satisfacción vana la de morir curado. Lejos de privar al sugeto de elementos para resistir, se le ministró la estricnina como poderoso auxilio, la veratrina, la antipyrina y la aconitina para moderar su exagerado calor, el sulfuro para saturar, hasta donde fuere prudente, los líquidos de su circulación con el ácido sulfhídrico,

parasitícido poderoso para la destrucción de los fermentos pútridos.

No siendo suficiente la acción de los defervescentes introducidos al interior, y convencidos de que la Dosimetría, al mirar hacia el progreso venidero, no desprecia ninguno de los tesoros legados por la práctica de los siglos pasados, acudió el práctico al baño general como capaz de tener una acción más rápida, puesto que se extiende en un momento á todo el tegumento que envuelve al sugeto; pero en ese tegumento se elaboraba precisamente el virus, destinado á multiplicar y renovar la infección, natural era pensar en hacer al baño también antipútrido; la idea de hacerlo sulfuroso, acudió á su mente, pero temió abusar del ácido sulfhídrico y creyó más prudente aplicar al exterior el cloruro de sodio, que no penetraría en las vías respiratorias con riesgo de perjudicar á la hematosis, y sí podría obrar activamente para impedir el excesivo desarrollo de las pápulas y su exagerada supuración.

Un médico del siglo pasado, como los hay todavía vivos y activos en este, exclamara al leer esto: ¡qué imprudencia: impedir la salida del pus es preparar abscesos metastáticos y comprometer gravemente la vida de la enferma. Así parecía, según las ideas humorales de antaño, pero la práctica ha demostrado que las pápulas se apagaron, el *rasch* capaz de anunciar las hemorragias capilares desapareció, y todos los síntomas alarmantes cesaron.

Mal podía haber trasporte de glóbulos purulentos por los linfáticos hacia sus centros ganglionares, cuando todavía no había pus formado.

Después de experiencia tan interesante, como fundada en razón, tuvo el que esto escribe ocasión de ver á una familia en la cual, sobre siete niños hombres que había, cinco fueron atacados casi simunltáneamente; siendo leve la varioloide en los tres más chicos, se presentó en los dos mayores, los que más tiempo llevaban de haber sido vacunados, con alguna exageración en la temperatura y *rasch* eruptivo. Cesaron tales amenazas tan luego como se les aplicaron los baños fuertemente salados.

Se pudo notar en ambos, cuánto más tardaron en desaparecer las pequeñas pústulas que llegaron á formarse en la cara que las pápulas que fueron sumergidas en la agua salada.

En este foco epidémico hubo la circunstancia alarmante de que quedaban los niños enfermos encerrados en piezas sumamente reducidas y demasiado mal ventiladas; atendidos no más por su mamá, á quien parecía imposible que no se les comunicara el mal.

Afortunadamente no sucedió, y pudo esta familia cambiar de residencia pocos días después de que cesaron las amenazas de la viruela, quedando indemnes dos de los siete niños, los dos más chicos, y la mamá.

Poco después de hecha esta instructiva experiencia, se presentó en el hospital de la beneficencia francesa, un enfermo nativo de Suiza en plena erupción variólica confluente; en el acto de su entrada, se sumergió en un baño tibio á 30 centígrados, cargado con 2 kilógramos de sal marina; las pápulas pararon en su evolución, apenas una que otra llegó á tener pus formado y quedó suprimido el repugnante período de supuración con todas sus consecuencias.

¿Será esta serie de éxitos, aparentemente debidos al uso de los baños salados, una coincidencia afortunada? es posible; por lo mismo el que esto escribe, sabiendo que, en algún barrio excéntrico, había focos de viruela, creyó deber avisar á la autoridad para que proporcionara á quien corresponda la ocasión de probar este procedimiento en mayor escalá.

El colega encargado de esta experiencia tuvo la amabilidad de venir á pedirnos indicaciones para la experimentación, y nos apresuramos en dárselas de viva voz y por escrito, deseando contribuir á que las experiencias fueran hechas con la mayor probabilidad posible de éxito.

Parece admirable que al suprimir el período de supuración y el de la descamación, tanto mayor y más repugnante, cuanto ha sido más abundante la supuración, se disminuyan las ocasiones de proliferación y multiplicación del mal: esto lo podrá demostrar la repetición de los éxitos en focos más extensos.

No por contar con la eficacia teóricamente admisible de la antisepsia producida por los baños de agua salada, creimos debido suprimir los medios proporcionados por el método Burggraeviano; siempre quedaba en pie la necesidad de sostener las fuerzas con los tónicos nervinos, de moderar la reacción térmica con los defervescentes, de saturar los líquidos de la economía con los antipútridos.

Un práctico antiguo y buen observador, con quien hablábamos de esta experiencia, nos refirió haber visto en un pueblo de Francia, donde había sido mandado para auxiliar á sus habitantes, durante una grave epidemia de viruela, haber visto, decimos, sanar excepcionalmente á un enfermo, que en plena erupción había huído

presa del delirio y logrado tirarse en una zanja llena de agua fría.

Allí encontró al defervescente por excelencia; pero tal experiencia repetida hubiera probablemente dado malos resultados, y se puede considerar el éxito como excepcional en el caso aludido.

Por nuestra pequeña experimentación se puede ver que no nos atrevimos á usar la agua completamente fría, muy al contrario, preferimos usarla tibia con el fin de que pudieran los enfermos permanecer más tiempo en contacto con la solución salina deseando aprovechar su acción antipútrida.

Muy de temer es que el estimable colega encargado de poner en planta la experimentación del procedimiento que indicamos, por una sostenida prevención en contra de la Dosimetría, haga la experiencia incompleta y declare el procedimiento inútil. Tanta animadversion reina entre algunos compañeros que creen indignos de consideración confraternal á quienes, por el deseo de hacerse más útiles á la humanidad y más decorosos para el arte, han estudiado, y por lo mismo adoptado el método Burggraeviano.

Lo hemos visto en el asunto de Guanajuato: bastó que el Dr. Zamora fuera conocido como partidario de la Dosimetría, para que se le negaran las atenciones debidas entre compañeros, y sin embargo, ¿quién merece más estimación, el que busca la perfección en el arte de curar, ó el que cree que realmente hay una Escuela alopática, primer disparate, y que la Dosimetría es opuesta á la Alopatía, segundo disparate?

Estas circunstancias y otras muchas que sería prolijo enumerar, nos hicieron celebrar que algunos catedráticos de la Escuela de Medicina de México anunciaran su intención de discutir la Dosimetría: para discutirla con buena fe tienen que estudiarla, y si la estudian, la adoptarán, es seguro. Los más encumbrados entre los prácticos de México no participan del desprecio que aparentan los menos bien informados, y entre sí admiten y aprovechan los gránulos dosimétricos; pero como todavía no han sido admitidos por las eminencias de la ciencia en Europa, no les parecen de moda y los emplean casi en secreto, así como se pone uno su bata y pantuflas para estar á gusto en su interior.

Si bien es cierto que M. Dujardin Beaumetz todavía no confiesa cuánto se equivocó cuando en plena Academia de Medicina, declaró imposible que hubiera enfermos capaces de tomar las dosis defervescentes indicadas por el profesor Burggraeve sin morirse, no lo es menos que hoy la gran preocupación de todos los químicos es descubrir, estudiar y dar á conocer medicamentos defervescentes, porque, así como la Escuela Dosimétrica, la Escuela Oficial quiere tener sus defervescentes.

No menos cierto es también que el profesor German Sée ha creído deber declarar en plena Academia de Medicina: que el que usa extractos, tinturas, infusiones y otras preparaciones antiguas, pudiendo escoger entre ellas y los alcaloides ó principios activos separados por la química, practíca como lo pueden hacer los salvajes.

Quedan establecidas por la Escuela oficial (la cual no se llama Alopatía más que cuando se pone en oposición con la Homeopatía), que la defervescencia predicada, recomendada por el profesor Burggraeve es posible, más aún, que es apetecible, que se debe conseguir: he aquí un pie de la Dosimetría introducido en el Santuario.

El profesor G. Sée, al declarar que son preferibles los alcaloides y principios activos á las triacas, introdujo el otro pie, y como lo dijo uno de los oyentes, no faltaba más que la palabra: Dosimetría.

En efecto, ¿quién podrá negar que es más prudente dar las sustancias activas por pequeñas partes proporcionadas á la necesidad del caso para no producir más efecto que el conveniente? nadie que sea de buena fe.

La Escuela tradicional, convencida de su insuficiencia, se cubría con velos y preceptos, decía, sin saber porqué: "tal conjunto de síntomas constituye tal enfermedad, y contra tal enfermedad se dan tales sustancias en tales proporciones." ¡Lástima grande que esto sea pueril como lo es! porque los conjuntos de síntomas son variables al infinito según las constituciones de los sugetos en quienes se desarrollan, porque el mismo sugeto puede tener á la vez dos, tres y cincuenta enfermedades, debido á que su constitución lo pone en el caso de volverse un museo patológico, y en tal caso el sugeto y su constitución desgraciada son los que necesitan curarse.

Tal procedimiento era vicioso, pero tenía por objeto cubrir la responsabilidad del práctico ante el enfermo muerto; leía sus libros de diagnóstico ¿correspondía bien el conjunto de síntomas al título de la enfermedad, y al consultar su manual terapéutico no menos correspondían los remedios al nombre patológico? había muerto el enfermo, *secundum artem;* ni él ni sus deudos podían reclamar; y el práctico podía

dormir tranquilo con la conciencia apaciguada.

Pero ha habido prácticos inquietos que se preguntaron si no se podría disminuir el número de los muertos y aún el de los enfermos, y éstos se fijaron en los pacientes guiados por el sentido común; oyeron sus quejas, observaron las alteraciones sintomáticas, y creyeron que lo prudente era atender á estas; y ¡oh milagro! entonces comenzaron á ver á algunos que iban á caer enfermos y se restablecían, y á otros que ya parecían desesperados y que escapaban.

Pero no se podía contar con el arsenal antiguo para práctica más minuciosa, y entonces fué preciso buscar elementos más adecuados al objeto; se buscaron principios tan definidos como se pudiera para oponerlos y proporcionarlos prudentemente á los síntomas; así fué creada la dosimetría, la cual no tiene nada de opuesto á la mentada Alopatía, así como el perfeccionamiento de una práctica lejos de serle opuesto le es sobrepuesto.

Una reforma de tanta importancia debía aceptarse ó rechazarse: pareció más prudente callarse, y en efecto lo era, porque no hemos llegado á encontrar todavía una objeción seria ni en los periódicos, ni en las cartas, ni en las conversaciones, y es más prudente callar que demostrar su impotencia con disparates.

Hemos suplicado á los maestros á los más habiles, que nos dijeran razones para no admitir el método Burggraeviano, y no hemos conseguido encontrar una fundada; con tal motivo, era natural nuestro regocijo al ver anunciada en una hoja diaria, joven y amante de la verdad, que iba á abrirse la discusión, y que, representantes autorizados de la Escuela Oficial, iban á demostrarnos nuestros errores y volvernos al sendero de la Ortodoxia.

La escuela de esta hermosa capital está floreciendo en el recinto, en el cual la fervorosa inquisición luchó contra los enemigos de la fe ¿cómo no han de quedar algunas vibraciones apasionadas de tan ardientes almas para la defensa de la Tradición? Humildemente esperamos los rayos de la elocuencia Ortodoxa que nos van á herir, no lo dudamos, de muerte y á confundir nuestra osadía; pero mientras esto no suceda, seguiremos diciendo con Galileo, al tantas veces *ven cede: e pur si muove.*

FÉNÉLON.

NOTICIAS DE EUROPA.

Se lee en las actas de la Sociedad de Biología de París, lo siguiente:

INYECCIONES SUBCUTÁNEAS DE LÍQUIDO TESTICULAR.

M. Brown Sequard. Acabo de hacer experiencias que me parecen verdaderamente interesantes. Guiado por ciertas ideas teóricas, en las cuales no es necesario insistir ahora, me vino la tentación de sacar del testículo de algunos animales, por compresión y lavado, un líquido que inyecté, primeramente en otros animales, después en mí mismo. No insistiré sobre los efectos producidos por estas inyecciones en los animales. En mi mente no debían venir más que para establecer la inocuidad de tales inyecciones; así es que, no hablaré más que de lo observado sobre mí mismo.

Empezaré por decir que estas inyecciones son excesivamente dolorosas. Es cierto que intencionalmente no hice nada para hacerlas menos irritantes; además, algunas han dado lugar á una inflamación local bastante fuerte, pero que siempre se ha disipado sin dar lugar á supuración. Dicho esto, llegó el examen de los efectos fisiológicos de estas inyecciones; parecerán sin duda, como á mí, de lo más imprevistos.

Para dar una idea de lo que son, bastará decir, que lo que ya no podía hacer ó hacía mal hace algunos años, por mi avanzada edad, lo ejecuto hoy de un modo maravilloso ¿se quieren ejemplos? referiré algunos:

Padecía un estreñimiento tenaz, debido á la paresia de mi intestino gordo; hoy defeco perfectamente sin el auxilio de ningún laxante; la orina salía mal, hoy la fuerza de proyección del chorro de mi orina ha triplicado, lo que demuestra que mi vejiga recobró su vigor perdido.

Lo mismo se puede observar en mis demás organos y miembros. Puedo quedar parado durante tres horas sin ningún cansancio, etc., etc. Pero no es todo, estoy más capaz para el trabajo que nunca. Hacía mucho tiempo me era imposible, después de comer, entregarme á ningún ejercicio intelectual, ahora, sin pensar, lo hago.

En consecuencia, no sólo debo á estas inyecciones un aumento en las fuerzas físicas, sino también en la fuerza intelectual.

Estoy, diciéndolo en dos palabras, rejuvenecido como si tuviera treinta años menos.

¿Cómo explicar este hecho? Se dirá, tal vez, que estoy soñando, ó bajo la influencia de una autosugestión. En el fondo no me importa; pero no lo creo, y quedo convencido de que todos los efectos que acabo de señalar, y algunos más de los cuales no he querido hablar, son debidos al líquido que me inyecté, casi diariamente, hace quince días.

Este líquido, es verdad, tiene una composición bastante complicada. Se puede señalar en él la presencia de tres elementos, por lo menos: el esperma, la sangre y el jugo glandular. ¿Cuál es la parte correspondiente á cada uno de estos líquidos en la producción de los fenómenos que observé? No lo sé decir exactamete.

Sin embargo, como anteriormente he inyectado esperma pura á gran número de animales sin ningún resultado, creo poder denegar á este líquido toda acción en cuanto á los efectos de que me ocupo. Fuera de su acción fecundante, la esperma no tiene ninguna propiedad.

Quedan, pues, el jugo de los elementos glandulares y la sangre que los riega. ¿Cuál de estos dos líquidos es el verdaderamente activo? ¿lo serán los dos? Lo ignoro, lo que hay de positivo es que, inyectados simultáneamente, producen una actividad física é intelectual verdaderamente sorprendente.

M. Feré. No son los hechos referidos por Mr. Brown Sequard los que son nuevos, más bien es el modo de experimentar que empleó.

Se sabe, en efecto, que bajo la influencia de un movimiento febril no es raro observar una exageración de la actividad psíquica y física: sucede lo mismo, no sólo en los sugetos normales, sino también en los dementes é idiotas.

Las experiencias de Mr. Brown Sequard no son más que una nueva confirmación de este hecho, puesto que después de sus inyecciones sintió fenómenos de reacción local que duraron mucho tiempo y determinaron en él un ligero movimiento febril. Inyecciones practicadas con una sustancia irritante que no fuera el líquido sacado del testículo hubieran dado lugar, lo creo, á los mismos fenómenos de excitación intelectual y física.

Mr. Brown Sequard. La intepretación de Mr. Feré no es exacta; lo prueba el hecho de que nunca tuve fiebre: mi temperatura no varió. He sufrido mucho, y es todo. Además, la inyección, después de la cual sentí un aumento notable en mis fuerzas, es precisamente la que no ha dado lugar á ninguna reacción local. En fin, se ha observado muchas veces, después de inyecciones de morfina ú otras sustancias, rubefacción, flegmones, abscesos, y en consecuencia, fiebre, sin embargo, jamás, que yo sepa, han señalado en tales casos un aumento en las fuerzas y en la inteligencia. No es ciertamente el traumatismo el que tiene un papel en la producción de los fenómenos que he mencionado y sí, la naturaleza del líquido inyectado.

Teóricamente se explica sin pena: todos sabemos que los eunucos quedan debilitados física é intelectualmente; los recién casados lo son muy á menudo también, á lo menos, por algún tiempo, cuando se entregan sin moderación á los goces venéreos.

Si el abusar del coito produce agotamiento, si su abstención al contrario vivifica y, esto no es dudoso, es natural admitir que la introducción en la economía, por una vía cualquiera, de lo que proviene de la glándula testicular pueda aumentar las fuerzas del organismo.

M. Dumontpallier.—Para dar á los hechos referidos por Mr. Brown Sequard todo el valor apetecible sería necesario que fueran confirmados por otros experimentadores. Sea lo que fuere, queda demostrado hasta hoy que ciertas excitaciones periféricas pueden dar lugar á efectos dinamogénicos muy curiosos. He aquí una prueba: un enfermo, al cual intenté en vano, hace tiempo, hacer la trasfusión de la sangre, tuvo por el solo hecho de la tentativa de la operación un verdadero alivio, podría decir casi una resurrección, puesto que no murió hasta muchos años después.

Otro enfermo, que era moribundo después de la operación de la empyema, pudo vivir todavía ocho días, debido á algunas inyecciones de éter.

Aunque sean muy distintos de los que refiere Mr. Brown Sequard, estos hechos no dejan de tener una importancia considerable.

Esta corta discusión provocada por una comunicación digna de mejor suerte, demuestra una vez más, después de tantas, cómo en las Academias se gastan palabras inútiles, aún en las más justamente estimadas como lo es la Sociedad de Biología de París.

Las observaciones aducidas por M. Dumontpallier son hasta pueriles, porque permitido es creer que el operado de empyema si no hubiera sufrido la nociva influencia de las inyecciones de éter, habría durado más de ocho días, y tal vez se habría restablecido.

El éter destruye evidentemente la plas-

ticidad de la sangre, entorpece los movimientos amiboideos de las celdillas, primer perjuicio capaz de comprometer una vida ya muy debilitada. Gran número de años han pasado desde que Claudio Bernard, el maestro de toda nuestra generación, nos ha demostrado cómo un dolor agudo puede determinar la muerte de un sugeto debilitado, y el éter inyectado en el tejido celular produce un dolor agudo.

En cuanto al enfermo, salvado por una trasfusión de sangre, que no más se inició, es permitido á los profanos y no profanos en patología terapéutica y fisiológica, creer que se hubiera salvado lo mismo sin la iniciativa tomada para hacer la trasfusión. Cuántos enfermos vemos que parecen moribundos y todavía pueden reanimarse á veces sin que se sepa ni porqué ni cómo.

La apreciación de gravedad es sujeta á muchos errores, y los recursos que tiene la naturaleza no están siempre al alcance de nuestra vista ni de nuestro entendimiento.

El temor de verse hacer una operación para la cual hay preparativos imponentes como lo es la abertura de una vena, puede muy bien obrar sobre el cerebro como un excitante psíquico propio para animarlo, y cuando el cerebro se anima todo el organismo lo resiente. Se han visto ginetes enérgicos sacar de caballos moribundos esfuerzos sorprendentes, y la relación entre el cerebro y el sugeto á quien pertenece es mucho más íntima y natural que la del ginete con el caballo.

Los fundamentos en los cuales descansa la opinión de M. Brown Sequard, son mucho más sólidos que las objeciones emitidas por MM. Dumontpallier y Feré. Si el líquido espermático tiene lo necesario para dar al espermatoiede la facultad de imprimir al óvulo una impulsión que puede durar hasta cien años y más, muy permitido es creer que tiene elementos excepcionales capaces de imprimir á una organización una vitalidad nueva, cuando se introduce en la profundidad de sus tejidos.

FÉNÉLON.

OJEADA SINTÉTICA

Sobre los caracteres de la orina

En las enfermedades del aparato circulatorio.

Antes de emprender el estudio complicado de este asunto, que en los últimos tiempos ha sido objeto de cuidadosas investigaciones por parte de eminentes urólogos, permítaseme decir algunas palabras acerca de *la influencia que ejerce la presión de la sangre y sus modificaciones sobre la secreción de la orina.* Es este un punto importantísimo sobre el cual, en estos últimos tiempos, urólogos y patologistas hábiles como Leube, Litten, Frerichs, Penzoldt y otros, han hecho investigaciones que merecen ser tomadas en seria consideración. Resumiré aquí en masa los resultados de ellas. Tengo además que declarar, como un deber de honradez científica, que es sobre todo á Leube á quien he consultado para elaborar este artículo.

De todos es sabido que "las modificaciones de la presión de la sangre y de su velocidad en los glomérulos ejercen una influencia sobre la secreción de la orina. El resultado más esencial de este hecho, es que la secreción del agua en los riñones, es producida por la velocidad circulatoria de la sangre en los vasos del glomérulo y por la actividad de las celdillas del mismo, que es consecuencia de aquella; mientras que la presión sanguínea no puede ser considerada sino como un hecho que facilita mecánicamente la función de las celdillas. En consecuencia, todo aumento de la presión ó de la velocidad de la sangre en el glomérulo produce *poliúria,* toda diminución de estos factores produce *oligúria* ó *anúria.* Es un hecho bien averiguado por la fisiología experimental y por la patología, que después de una diminución en la cantidad de sangre que llega al glomérulo los epitelios sufren, y la función así debilitada da lugar á la salida de la albúmina en las cápsulas de Muller ó en los canalículos, y que en consecuencia, y por estas circunstancias que son producidas por la diminución de la presión y de la velocidad de la sangre, aparece la albuminuria. En cuanto á las cuestiones que aun se debaten acerca de la influencia que la presión y la velocidad de la sangre ejercen en los riñones sobre las modificaciones cuantitativas de la urea y de los otros productos, la experimentación fisiológica ha demostrado que, en general, aumentando la secreción de agua, aumenta también la cantidad absoluta de la uréa excretada, y viceversa; pero que no se conserva un paralelismo constante entre estas dos secreciones. Este hecho, como Heidenham lo ha demostrado, se explica solamente admitiendo que la eliminación de agua y de urea se verifica en lugares diversos de los riñones, y que por esto pueden ambas por varias causas, como el aumento y la diminución de la velocidad de la sangre, ser

aumentadas ó disminíudas alternativamente no siendo necesario que sean influenciadas al mismo grado. Debemos también recordar que muchas veces la eliminación de urea disminuye y sale menos rápidamente que la del agua. En el primer caso, por consiguiente, la orina viene á ser relativamente más rica, y en el segundo, menos rica en urea."

Por los casos *patológicos* no se puede siempre conocer la influencia que ejercen la presión y la velocidad de la sangre en los riñones sobre la eliminación de la urea ó de los otros componentes de la orina. Es *muy probable* que, elevándose la presión arterial, junto con el agua, aumenten también los principales componentes de la orina y en especial la urea.

Supuesto esto, permítaseme ahora decir algunas palabras sobre las investigaciones relativas á las modificaciones que sufre la orina en la dispnea, teniendo presente lo que á este respecto nos dice Leube.

En los *mamíferos la dispnea es, sin excepción, acompañada de un aumento de la urea en la orina.* Tal aumento puede ser grande ó pequeño, y varía, según que el animal (en equilibrio de ázoe), está bien alimentado ó hambriento, y además, según que á la dispnea se asocien ó no, movimientos forzados de los músculos respiratorios. El aumento de la urea es especialmente fuerte en los animales hambrientos y dispnéicos, más que en los moderadamente nutridos; además, este aumento, cuando el animal, durante el período dispnéico, puede ejecutar un trabajo muscular forzado, se manifiesta ya en el estadío de la dispnea, mientras que en el caso contrario (envenenamiento por la curara) el aumento de la urea se nota solamente en el período de tiempo que sigue á la dispnea. Es, pues, particularmente interesante el hecho, reconocido por Fleischer y por Penzoldt, que también en la *apnea* y en el período consecutivo *tiene lugar un notable aumento en la eliminación de urea, y que un trabajo muscular forzado ó un abatimiento de la temperatura, producen por sí solos un aumento de la secreción de urea.* Junto con esto, se observa un aumento de la cantidad de *ácido fosfórico* eliminado, la cual corre casi paralelamente á la curva de la urea.

Queda ahora por interpretar estos hechos y ponerlos de acuerdo con las teorías modernas acerca de la acción ejercida sobre el organismo por las modificaciones del cambio gaseoso. Es cierto, y resulta especialmente de las investigaciones de Fleischer y de las de Penzoldt, citadas antes, que la dispnea es un proceso muy complicado para que se puedan atribuir sin duda á la sola falta de oxígeno todas las modificaciones en la composición de la orina que la acompañan. En este caso ejerce indudablemente en primer lugar una influencia el esfuerzo muscular de los dispnéicos, el que, como es sabido, en algunos casos puede causar un aumento de la descomposición de la albúmina. Además de esto, el abatimiento de la temperatura que acompaña á la dispnea es un factor que no debe descuidarse cuando se quiere explicar el aumento de la secreción de la urea.

En el estado presente de la cuestión, no se puede aún dar una *explicación* exclusiva del hecho. Sólo esto, según Leube, debe creerse como establecido: *que bajo la influencia de la dispnea se produce una descomposición más abundante de albúmina, cuyos productos de desdoblamiento vienen á oxidarse hasta el término normal, esto es, hasta la formación de urea.* (Leube).

Además del aumento de urea y del ya señalado de ácido fosfórico, débese añadir, entre las modificaciones de los cambios producidos por la dispnea, la *albuminuria*, la cual se observa frecuente, pero no constantemente, á consecuencia de las perturbaciones respiratorias. Este fenómeno, en semejantes circunstancias, no es difícil de explicarse. En efecto, la actividad de los epitelios del glomérulo, depende esencialmente del acrecentamiento constante de una sangre bastante oxigenada. Si esta, por el contrario, es relativamente pobre de oxígeno los epitelios pueden no encontrarse ya en capacidad de retener la albúmina de la sangre, y á consecuencia de esto se produce una albuminuria pasajera.

El *azúcar*, que fué encontrada la primera vez por Alvaro Reynoso en la orina de los animales, fué reconocida por Senator en dos de sus veinte experimentos; por el contrario, Frerichs y los recientes observadores la buscaron en vano, por lo cual es de creerse que la dispnea no es por sí misma causa de glicosuria. Mas problemática aún es la aparición de *alantoina* en la orina de los asfixiados, y que fué encontrada por Frerichs y otros; pero no por todos los observadores que vinieron después.

La *eliminación del ácido úrico, en la orina de los dispnéicos* se verifica de modos diversos. Senator, en dos de sus animales encontró un notable aumento de la secreción de ácido úrico en relación con el ázoe (total 183 y 122); tal aumento por el contrario, no se encuentra en aquellos animales, como los gatos y conejos, que en

las circunstancias ordinarias no eliminan nada de ácido úrico con la orina. Añádase qua Bartels ha reconocido indudablemente grandes cantidades de ácido úrico en la orina del hombre durante la dispnea, y Leube infiere de esto que *durante este estado patológico puede tener lugar un aumento en la eliminación de ácido úrico.* Con esto, sin embargo, no se quiere significar que esta mayor secreción de ácido úrico sea la expresión de una oxidación incompleta de los albuminoides.

Pasemos ahora á hablar en masa de las modificaciones de la orina en las enfermedades de los órganos circulatorios.

Las orinas son menos abundantes. La cantidad arrojada en las 24 horas, puede descender abajo de la mitad de la cifra normal. Su densidad está aumentada. De la cifra normal de 1018 se la ve ascender hasta á 1030, y aún más. Tiene un color cargado. Por el enfriamiento se deposita un sedimento considerable, formado por ácido úrico, uratos y algunas veces fosfatos. La proporción de la urea está notablemente aumentada. La secreción es claramente ácida. En fin, hecho importantísimo de notar, contiene albúmina en cantidad variable. El sólo hecho de la coincidencia de la albúmina con aumento de la densidad, bastaría, según Scharwachter, Hertwig y otros, para diferenciar esta albúmina de la del mal de Bright, en el que por el contrario, las orinas presentan un abatimiento considerable en la cifra de la densidad normal. Pero la marcha sobre todo es característica. La cantidad de albúmina está sujeta á oscilaciones muy considerables; puede disminuir en proporciones elevadas, de un día á otro.

Y si se observan con atención estas variaciones, se reconoce que están de acuerdo con el estado de la circulación, y que las apariciones de albúmina concuerdan con la dificultad de los movimientos del corazón. En fin, examinadas al microscopio, las orinas pueden presentar epitelios, hasta fragmentos de la vaina interna de los túbulos; pero nunca, al menos en el primer período, se encuentran cilindros hyalinos, que se ven en la forma más grave de la degeneración bríghtica.

No es difícil explicar porqué en las enfermedades del corazón aumenta la densidad de la orina.

En efecto, como la cantidad de agua es disminuída en proporción mucho más considerable que la de los materiales sólidos, es claro que la densidad deberá ser notablemente aumentada. Por otra parte, las sales y especialmente los uratos, no siendo solubles, sino en una gran cantidad de agua y á temperatura elevada, es evidente que si el agua es disminuída, las sales disueltas deberán precipitarse con el enfriamiento.

Resumiendo: el abatimiento de la presión arterial es el que produce los cambios de cantidad y de densidad de la orina. Es el aumento de la presión venosa que ocasiona la albuminuria. Traube afirma que la primera de estas dos condiciones se encuentra siempre realizada antes que la segunda.

Como es fácil percibir, los progresos hechos en este campo nos han llevado muy lejos de la *diurésis colicuativa* de Gendrin, de Zehetmayer y otros. No se puede negar absolutamente que á veces se pueda tener un notable aumento de la secreción urinaria. Es lo que sucede algunas veces en el momento de la desaparición de los edemas. Pero este es un hecho pasajero, que denota la vuelta de la presión arterial á su estado normal, el cual puede ser momentáneamente excedido. En las lecciones clínicas de Jaccoud se encuentra un ejemplo notabilísimo de este aumento de la orina, que coincide con la normalización de la presión arterial y la regularización de la circulación.

Permítaseme ahora decir algunas palabras sobre algunos caracteres de la orina en las varias formas de la endocarditis.

Como la endocarditis *crónica*, así también la *aguda* puede dar lugar á infartos hemorrágicos y por esto, á la eventual aparición de la sangre en la orina.

Son particularmente notables, á lo menos según las observaciones de Leube, las modificaciones de la orina en la *endocarditis aguda séptica*, pues que la causa séptica hace también desarrollarse una nefritis con abscesos miliares de los riñones y se produce así la albuminuria. La orina en los casos observados por Leube era rica en albúmina. La sangre aparece raras veces en la orina, según Litten, en la endocarditis séptica, y á veces con frecuencia en la forma reumatoide de la endocarditis miótica, durante la cual Litten vió aparecer la hematúria en los abscesos paroxísticos de duración de ocho días.

Dejando aparte las formas *sépticas de la miocarditis*, es de advertirse que por costumbre tanto la miocarditis aguda como la crónica modifican la orina, y del mismo modo que disminuye la fuerza cardíaca se produce también una diminución de la diurésis y la albuminuria. Esta última, por lo demás, en muchos casos depende ciertamente de una nefritis contemporánea, complicación cuya coincidencia frecuente con la miocarditis fué hecha notar como se sa

be, por Buhl sobre todo. En estos casos en el sedimento no faltan los cilindros epiteliales y los *corpúsculos sanguíneos*.

En la pericarditis se observa albuminuria, diminución de la diurésis y los otros síntomas de la orina por estásis. Obran en el mismo sentido tanto la fiebre, que ordinariamente acompaña á la inflamación del pericardio, cuanto la abundancia del exudado, ya por la compresión que produce sobre el corazón, ya por la dificultad que pone á la circulación sanguínea. Por esto es que, en los casos singulares de pericarditis, quedará por buscar lo que ejerce la principal parte en producir la estásis del sistema venoso y el abatimiento de la presión arterial. Acerca de si la exudación misma puede producir las modificaciones ulteriores de la orina, y sobre todo, una diminución de la eliminación del cloro, como ha creído Heller, debe aun ponerse mucho en duda.

Las modificaciones de la orina observadas en casos de *ateroma de las arterias*, son de importancia subordinada y de naturaleza secundaria. Así, la albuminuria que á veces se presenta en esta enfermedad, es en parte la consecuencia de una afección renal, que no es raro acompañe á la arteriosclerósis, y en parte es debida á una hipertrofia cardíaca que complica con frecuencia esta enfermedad de los vasos y que, perdiendo con el tiempo su poder compensador, viene á producir estásis.

DR. FRANCISCO ARENA.

VARIEDADES.

LOS SUEÑOS.

ESTADO DEL ENTENDIMIENTO DURANTE EL SUEÑO.

I

Aun cuando durante el sueño se suspenden por completo las funciones de los sentidos en lo que se refiere á los efectos de las impresiones ordinarias, persisten las funciones puramente animales del cuerpo. El corazón late, los pulmones respiran, el estómago, los intestinos y sus órganos accesorios digieren, la piel exhala vapor y los riñones segregan orina. Pero con el sistema nervioso central ocurre una cosa completamente distinta, porque mientras que ciertas partes conservan la propiedad de recibir impresiones ó de formar ideas, las funciones de otras disminuyen, se exaltan, se pervierten ó se suprimen por completo. No porque ligeras excitaciones trasmitidas por los nervios de los sentidos especiales sean capaces de impresionar el cerebro, se ha de suponer que todas las partes de este órgano se hallan en estado completo de reposo. Lejos de existir este estado, hay pruebas indudables de que varias facultades se ejercen casi con la misma energía que durante la vigilia; y sabemos que si las irritaciones ejercidas sobre los sentidos son bastante fuertes, el cerebro las aprecia y el sueño se interrumpe.

Respecto á las diferentes facultades del entendimiento que se afectan por el sueño, se observan grandes variaciones. Han creído algunos autores que varias de ellas se exaltan hasta un grado superior al que alcanzan durante la vigilia, pero esta hipótesis es probablemente errónea. El predominio de una ó dos cualidades mentales que al parecer existe, no es debido á una exageración absoluta de esta facultad, sino á que se suspende la acción de las demás que, cuando el individuo está despierto, ejercen una influencia reguladora ó modificadora.

Durante el sueño la imaginación queda completamente libre de toda influencia que la modere. Conocemos, en efecto, muchas veces, cuando estamos medio despiertos, la incapacidad de dirigir los sueños que se producen en estas circunstancias.

II

Cuéntanse varias historias de problemas resueltos, de poetas y músicos que han hecho composiciones y de grandes proyectos ideados; pero si investigamos la verdad, descubriremos probablemente que la imaginación, durante el sueño, ha influído poquísimo en los actos indicados.

"Es verdad, dice Locke, que muchas veces tenemos ejemplos de percepción estando dormidos; mas, en su mayor parte, son extravagantes é incoherentes y contrastan con la perfección y orden de su ser racional."

Refiérense, sin embargo, algunos hechos notables que tienden á demostrar el grado excesivo de actividad á que llega el entendimiento durante el sueño.

Se ha dicho que Tartini, célebre músico del siglo XVII, soñó una noche que hacía pacto con el demonio y este entraba á su servicio. Para apreciar la capacidad musical de su servidor, le entregó el violín y le mandó tocar un sólo. El demonio lo hizo, y tan admirablemente, que Tartini se despertó por la excitación producida y cogiendo el violín procuró repetir el mismo aire. Aunque fué incapaz de hacerlo

con éxito completo, compuso una de sus piezas más admirables, que, en agradecimiento á su origen, llamó *Sonata del Diablo.*

El Dr. Cromwell dice que habiendo tomado un calmante á causa de una afección dolorosa, compuso unos versos que escribió media hora después de despertar. Estos versos, aunque indican una gran imaginación, no son notables por ningún otro concepto.

La imaginación puede ser activa durante el sueño; pero no se cita ejemplo alguno auténtico de que, cuando no es ayudada por causas que ejercen una influencia enérgica sobre la circulación intracraneana, se formen ideas superiores á las que tiene el individuo cuando está despierto. El caso más notable opuesto á esta opinión es quizá uno referido por Abercrombie, quien dice:

"La anécdota siguiente se conserva en una familia de rango, escocesa, descendiente de un distinguido abogado de las edades pasadas. Se le consultó respecto á un caso de gran importancia y muy difícil, que estudió con gran ansiedad y atención.

"Después de varios días ocupados de esta manera, observó su esposa que abandonó el lecho por la noche y se dirigió á un escritorio que había en la alcoba. Se sentó en él y escribió una larga carta que metió en el escritorio, después de lo cual volvió á acostarse. A la mañana siguiente, dijo á su esposa que había tenido un sueño de gran interés; mientras dormía había formado una opinión clara y luminosa respecto á un caso que le tenía perplejo, y que daría cualquier cosa por recordar la serie de pensamientos tenidos durante su sueño.

"Se dirigió entonces al escritorio donde halló su visión escrita con toda claridad y completamente exacta."

Es muy probable que este individuo se hallara despierto, en realidad, cuando abandonó el lecho y escribió la carta referida, y que por la mañana confundiera esto con un sueño. Son bastante comunes los errores de este género especialmete cuando hay ansiedad y cansancio mentales. Hace poco tiempo me indicó un individuo que, habiéndose acostado después de un día laborioso, creyó á la siguiente mañana haber soñado que hubo un fuego en la vecindad. Con gran sorpresa de su parte, le manifestó su esposa que lo que suponía un sueño era realidad, y que se había asomado á la ventana, visto el fuego, conversado con ella acerca del suceso, y que en aquel momento estaba completamente despierto.

III

Es muy probable que la imaginación durante el sueño pueda impresionarse por fantasías que después se convierten por la razón en ideas lúcidas y de gran peso. No sería extraño que entre los innumerables absurdos y extravagancias que comete, hubiera algo capaz de ser apropiado para el entendimiento, así es que se citan varios casos en los que el punto de partida de operaciones mentales importantes fué el sueño. Algunos de ellos pueden basarse en el hecho de haber ocurrido en una época en que la creencia de lo sobrenatural tenía más influencia que hoy.

Galeno declara deber una gran parte de sus conocimientos á las revelaciones que tuvo en sueños. Conviene recordar que era un creyente en la naturaleza poética de los sueños, y que amoldaba á ellos su práctica en términos que habiendo soñado un atleta que tenía puntos rojos y que la sangre salía de su cuerpo, supuso que estaba indicada la sangría y sangró á este individuo.

Se ha dicho que Dante concibió durante el sueño la idea de la "Divina Comedia." Es muy posible, pero no tenemos medios de asegurarlo.

Hay varios ejemplos palpables de cerebración inconsciente, ó sea la facultad que posee el cerebro de terminar los asuntos que han ocupado su atención, sin que el individuo tenga conciencia del trabajo que ejecuta. Fácil es que esta clase de actividad mental persista en cierta extensión durante el sueño; pero como á causa de su carácter no se tiene conocimiento de ella, es imposible comprobarlo de un modo exacto.

Jerónimo Cardán creía haber compuesto libros mientras dormía, mas este grande hombre era muy superticioso; creía tener un espíritu familiar del que recibía la inteligencia, los consejos y las ideas, y las pruebas respecto á que sus composiciones y trabajos matemáticos fuesen ejecutados durante el sueño, no merecen entero crédito.

IV

La memoria se ejercita mucho durante el sueño, si bien la imaginación exaltada durmiente trastorna las cosas más sencillas, y rara vez acontece que los sucesos se reproduzcan con la exactitud que han ocurrido, ó como los recuerda el individuo cuando está despierto.

Es frecuente que incidentes olvidados ó descuidados hace mucho tiempo, y que no hemos podido recordar, ni aún con grande

esfuerzos, durante la vigilia, se recuerden con exactitud mientras dormimos.

Lord Monooddo, por ejemplo, dice que estando enferma la condesa de Laval, mujer de completa veracidad y buen sentido, habló durante el sueño un lenguaje que ninguno de sus asistentes comprendía, y que, hasta ella misma consideraba como una jerigonza. Una enferma comprendió que era un dialecto de la Bretaña, donde la condesa había pasado su juventud. Pero Mad. Laval había olvidado por completo el *dialecto* bretón y lo hablaba inconscientemente. Sus diálogos se referían á los recuerdos de la infancia y eran puramente infantiles.

Abercrombie refiere el caso de un individuo que conocía á fondo la lengua griega, llegó á olvidarla hasta serle imposible leer las obras escritas en este idioma, y sin embargo recitaba en sueños trozos perfectos de los que había aprendido en el colegio.

El juicio se ejerce con frecuencia cuando estamos dormidos; pero casi siempre de una manera pervertida. Es, en efecto, casi imposible estimar en su verdadero valor los sucesos ó circunstancias que parecen ocurrir en nuestros sueños, y rara vez se tiene conciencia del bien y del mal. Hombres honrados y de gran talento sancionan sin escrúpulo durante el sueño los actos más atroces ó transigen con ideas que les horrorizarían estando despiertos. Mujeres delicadas y de buena educación penetran impasibles en la carrera del crimen, y hombres malvados tienen en cambio sentimientos nobles y generosos.

V

Hay una cuestión importante relacionada con el ejercicio del discernimiento. ¿Conócese el durmiente que sueña? Unos autores dicen que puede conocerse, y otros que es imposible.

Reid, Beatti y Aristóteles citan casos afirmativos; pero bien podría suceder que se tratara de individuos más bien despiertos que dormidos, porque, indudablemente la facultad de juzgar con exactitud no se ejerce en los sueños que comprenden las cosas más absurdas é imposibles. Como dice Dendy (*Philosophy of Mystery*) "si *conocemos* que estamos durmiendo, la facultad de juzgar subsistente y el sueño es un sueño."

El juicio, que cuando estamos despiertos es uno de nuestros principales guías, no puede dirigirnos bien durmiendo. Los datos de la experiencia se pervierten, y el entendimiento acepta como bueno cualquier pensamiento absurdo que la imaginación presenta. A veces nos es imposible hasta el reconocer nuestra propia individualidad.

Se dice del Dr. Johnson que soñó una vez tener una controversia científica con otra persona y que le mortificó bastante la creencia de que su contrario estuvo más acertado que él.—"Esto mismo, dice el doctor, indica que el sueño debilita la facultad de reflexión, porque de haber yo conservado el juicio, hubiera visto que la ciencia de aquel supuesto contrincante cuya superioridad me mortificaba, era debida á mí mismo, pues que yo pensaba lo que él había de objetarme."

He observado hace poco un caso interesante que demuestra mejor aún la falta del juicio.

La señora C........... soñó que se había convertido en Savonarola y que estaba predicando en Florencia ante una gran Asamblea. Entre el auditorio vió á una señora que era ella misma. A Savonarola le encantó este descubrimiento, porque reconoció que conociendo á fondo todas las genialidades y el carácter de la señora C...... podría indicarlas con un énfasis especial en su sermón. Hízolo así con tal resultado, que la señora C........... derramó un torrente de lágrimas, y con la emoción producida así, la señora despertó, costándole gran trabajo desenredar sus individualidades mezcladas.

Müller dice lo siguiente: (En su libro *Psycologie oder Wissench aft von subjetiven Geist.)*

" A veces razonamos con más ó menos exactitud durante el sueño. Soñamos con problemas y disfrutamos resolviéndolos. Pero al despertar de estos sueños se observa muchas veces que el supuesto razonamiento dista mucho de serlo, y que la resolución del problema es un solemne disparate. Otras veces soñamos que otra persona propone un enigma, que no podemos resolverlo y que á los demás les sucede lo propio; pero que la persona que lo propone da la explicación. ¡Cuánto nos sorprende entonces una solución que hemos dado nosotros mismos!"

VI

Se ha atribuído al juicio otra facultad ejercida durante el sueño. Bien sabido es que muchas personas se habitúan á despertarse á una hora fija. Tengo esta propiedad y pocas veces discrepo un minuto. Al acostarme, miro mi reloj y grabo en mi

imaginación la cifra que representa en la esfera la hora y minutos en que deseo despertarme. No pienso más en el asunto ni sueño con él, pero me despierto siempre en el momento deseado.

No puedo concebir que el juicio tenga relación alguna con esta facultad. Cuando el despertar es resultado de una idea concebida antes de dormirse y que no se recuerda después, no puede obrar el juicio, porque esta facultad sólo se ejerce sobre ideas sometidas á ella. El cerebro es una especie de despertador y se arregla á cierta hora. Cuando llega ésta, hay una explosión de la fuerza nerviosa y el individuo se despierta.

Respecto á la voluntad, hay opiniones muy opuestas sobre su actividad; pero hasta ahora, que yo sepa, las ideas acerca de este punto distan mucho de ser exactas.

Darwin repite varias veces que durante el sueño la acción de la voluntad se suspende por completo; pero incurre en el error singular de confundir la volición con la facultad motora.

El Dr. Dugald Stewart niega que la volición se suspenda durante el sueño, pero dice que las operaciones intelectuales y corporales que dependen de ella dejan de ejecutarse.

Soñamos, por ejemplo, estar en peligro é intentamos pedir auxilio. La tentativa es de ordinario ineficaz, y los sonidos que emitimos son débiles y confusos, lo que prueba que las relaciones entre la voluntad y nuestros actos voluntarios están perturbadas é interrumpidas.

Durante un sueño terrorífico tenemos también conciencia de salvarnos por la fuga, de un peligro imaginario; queremos huir, pero á pesar de todos nuestros esfuerzos, continuamos en el lecho.

Es razonable deducir de esto que en el sueño completamente normal, el entendimiento conserva la facultad de volición, mas no tiene influencia alguna sobre los órganos del cuerpo.

VII

Una ligera reflexión demuestra que en las anteriores ideas del Dr. Stewart se ha confundido por completo la naturaleza del sueño. Su hipótesis de que el cuerpo no está sometido á la acción de la voluntad mientras dormimos, no se apoya en prueba alguna. La razón de no ejecutarse los movimientos voluntarios es sencillamente que no obra la voluntad. No *deseamos* acción alguna durmiendo; *creemos* ejecutarla y eso es todo. Las dificultades que nos rodean durante el sueño son completamente imaginarias, y los esfuerzos que hacemos para salvarlas son también producto de nuestra fantasía.

Supongamos por un momento que las voliciones del sueño son efectivas, como cree el Dr. Stewart. Si pudiera demostrarse que se ejecutan de una manera satisfactoria, resultaría de esta serie de razonamientos, que la voluntad influye sobre el cuerpo durante el sueño. Todos hemos soñado en ocasiones haber hecho nuestra voluntad con entera satisfacción. Hemos montado á caballo al ser perseguidos, para librarnos de nuestros enemigos. Hemos realizado los actos más sorprendentes, tanto intelectuales como físicos, y ejecutado hechos voluntarios que admiraban á todos los expectadores. Estos actos son producto de la imaginación y todas las voliciones que los acompañan no tienen más base que la fantasía desenfrenada.

Respecto á los movimientos practicados durante el sueño, como volverse en el lecho, adoptar posiciones más cómodas, nada tiene que ver con la voluntad. Dependen de la acción de la médula espinal, órgano que jamás descansa y cuyas funciones eran poco conocidas en la época en que publicaron sus obras el Dr. Darwin y el Dr. Stewart.

Todos esos movimientos y algunos otros del mismo carácter, son completamente espinales é independientes en absoluto de la influencia cerebral. Aún estando despiertos ejecutamos actos musculares por el intermedio de la médula espinal, mientras el entendimiento se halla ocupado en otras cosas.

Creo que es insostenible la teoría de que la voluntad obra durante el sueño.

El error viene, probablemente de haber confundido la voluntad con el deseo, siendo cosas notoriamente distintas, y que suelen ejercerse en sentidos completamente opuestos. El deseo precede de ordinario á la volición, es sólo una incitación á la voluntad, según Reid. Lo que *queremos*, necesita ser una acción y nuestra propia acción; lo que *deseamos* suele no ser nuestra propia acción y aún no ser acción ninguna.

Guillermo A. Hammond.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

LA POLEMICA AQUELLA.

El Universal del 12 de Julio dice lo siguiente:

LO DEL DIA.

Cinco cartas han escrito y publicado ya los señores Doctores que profesan y defienden la Dosimetría.

Eso no les valdrá para llegar á más que á media correspondencia, porque es seguro que no volverá á escribir el Doctor que se firma, *Médico Intruso*, ni alguno otro que valga la pena.

Así me contestaba ayer un amigo mío, médico muy inteligente, cuando le pedía opinión sobre el asunto.

Las razones que me dió para convencerme son de peso, y allá van:

Con muy raras excepciones, dice, todos los médicos recetamos ya las medicinas granuladas, y con buen éxito; pero no hemos hecho estudios profundos del nuevo sistema, y por eso no nos atrevemos á declararnos dosímetras; tampoco nos declaramos en contra, porque estamos conformes con los principales argumentos que aduce el Dr. Fénélon, y reconocemos que la Dosimetría es el sistema más apropiado para suministrar ciertas medicinas que con tanto peligro se recetan por el sistema alopático.

Si sólo los tres Doctores que en esta ciudad decididamente se han declarado dosímetras, recetaran las medicinas granuladas, ¿cómo es que el consumo de ellas aumenta en las droguerías de una manera fabulosa?

Sin duda, insiste mi amigo, que después de diez ó quince años, se preferirá en México, sin reserva alguna, el método Dosimétrico á cualquier otro; entonces comenzará á extenderse en Europa, en donde realmente son mucho más refractarios que aquí á las reformas científicas en medicina.

Por mi parte digo que el sepulturero recibe de igual manera el cadáver de un *curado* con gránulos ó con brevajes.

El mismo periódico, con fecha 13 del propio mes, dice:

NUEVA CARTA DEL DOCTOR FÉNÉLON.

México, Julio 12 de 1889.

Señor Director de *El Universal.*

Presente.

Estimado señor:

El batallón de doctores alistado para combatir en las columnas de *El Partido Liberal*, se ha tomado la libertad de dispersarse, sin intentar la lucha, que aceptó un médico llamado indebidamente *intruso.*

Este estimable compañero, profesor adjunto en la Escuela de Medicina de México, á la cual dice no pertenecer, evidentemente no está al tanto de la cuestión. Con tal motivo, y para cumplir con el precepto evangélico según el cual debemos devolver bien por mal, he traducido á su intención una lección dada en la Escuela de Medicina de París, en la cual encontrará algunos argumentos en contra de la Medicina Granulada, que podrá afilar y lanzar contra la Dosimetría. Tal vez, con este refuerzo, se reanimen sus bríos, y tras de este campeón vuelto á la lid, vuelva el batallón á reunirse, cosa que celebraremos.

El artículo es largo, y en consecuencia, tendrá desde luego su disculpa *El Partido Liberal*, para no publicarlo.

Soy de vd., señor Director, atento, seguro servidor y afectísimo amigo.

FÉNÉLON.

***

Juntamente con la carta que antecede, recibimos la traducción á que en ella se alude, hecha por el estimable y erudito Dr. Fénélon.

Agradecemos en el alma á tan inteligente facultativo que para la publicación de sus importantísimos trabajos prefiera siempre nuestro periódico á cualquiera otro, con lo cual ganan y mucho, los lectores de *El Universal.*

Intencionalmente aplazamos para el martes próximo la publicación del estudio de que se trata, en virtud de que, por ser algo extenso, no podría insertarse íntegro en el número de hoy, y no sería conveniente que diéramos ahora una pequeña parte, y la otra con dos días de retraso; el domingo no publicamos sino literatura y noticias, y el lunes no hay periódico.

Sirva esto de cumplida satisfacción á nuestro excelente y respetable amigo el Sr. Dr. Fénélon.

Y más adelante:

MÁS SOBRE LA DISCUSIÓN RELATIVA Á LA DOSIMETRÍA.

En su boletín de ayer, refiriéndose nuestro apreciable colega *El Monitor Republicano* á los interesantes estudios que en *El Universal* ha publicado el Sr. Dr. Fénélon, sosteniendo el sistema de la medicina granulada, dice, entre otras cosas, lo que en seguida reproducimos:

"Ahora, en estos momentos de calma, escúchase en las regiones de la prensa otro debate científico en el que toman parte los peritos, y los profanos reflexionan en los argumentos de las partes beligerantes.

Se trata de una cuestión de medicina; la mayor parte de nuestros colegas publican unas cartas del Dr. Fénélon, en las que este profesor llama á los médicos á discutir un punto bien moderno en los estudios técnicos, y no desprovisto por cierte de interés.

Se trata del sistema dosimétrico, que tiene ya, no hay que desconocerlo, bastantes posélitos en México, así como no pocos adversarios.

Al Dr. Fénélon contestan otros médicos que firman sus escritos con seudónimos, como no atreviéndose á pelear con la visera levantada en este torneo de la ciencia.

Al mismo tiempo, un periódico dirigido por el Dr. Fernando Malanco, sale á la defensa de la Medicina científica y tremola la bandera de la Dosimetría.

Nosotros encontramos muy bien este debate; nada más natural que se discutan los problemas científicos, cuya resolución es tan útil, de tan inmensa trascendencia para la humanidad, y nos halaga, que nuestros peritos, que nuestros sabios, estudien los nuevos métodos, los nuevos sistemas que aparecen allá, en la vieja y culta Europa como una manifestación de esa incesante tarea que el hombre se ha impuesto de luchar en contra de los arcanos de la ciencia.

Sólo diremos sin tomar para nada parte en el debate como profanos que somos, diremos que nos extraña que la Academia de Medicina que hace algún tiempo se ocupó someramente de este asunto, calle hoy cuando el debate se generaliza en la prensa política, constituyendo casi una de las cuestiones á la orden del día.

Tampoco se escucha en la controversia la voz autorizada del instruído profesor de terapéutica en la Escuela de Medicina.

Nos halaga, repetimos, que los sabios mexicanos no se duerman sobre sus laureles, y por lo mismo, estamos seguros, vería el público docto é indocto, *vería con placer que la Academia de Medicina hiciera oir su voz, muy respetable, en tal y tan importante asunto.*

El sistema dosimétrico, según dice el Dr. Fénélon en sus cartas, preocupa hoy á sabios europeos bien conceptuados en el mundo científico; no sabemos á ciencia cierta lo que á ese respecto pasa en México; lo que sabemos sí, es que la medicina granulada de Chanteaud tiene muchos consumidores en las farmacias de la capital.

Esto ya índica que no es ocioso el debate."

En el repetido periódico y con fecha 17 de Julio, puede leerse lo siguiente:

FRAGMENTOS DE UNA LECCIÓN DADA EN LA FACULTAD DE MEDICINA DE PARIS POR EL PROFESOR J. REGNAULT.

La historia de los alcaloides y de los glucosides, á los cuales ciertos vegetales deben sus propiedades medicinales será el objeto de las lecciones subsecuentes, pero antes de entrar en las cuestiones especiales para cada especie, creemos útil exponer algunas consideraciones relativas á la influencia que ha tenido sobre la farmacoterapia y sobre las ciencias biológicas la introducción de estos agentes en la medicina contemporánea.

Hasta el principio de este siglo las combinaciones definidas extraídas de los vegetales estaban clasificadas en cuerpos neutros y en ácidos. Los neutros se agrupaban, según las analogías sacadas de su papel en la industria, en la alimentación ó en la terapéutica. En aquella época la aplicación al análisis vegetal de los métodos exactos usados en el estudio de las materias inorgánicas, permitía á los químicos aislar y caracterizar los principios especiales de varias plantas dotadas, con grande actividad. Esta era nueva se inició con el descubri-

miento del primer alcaloide vegetal, de la morfina.

Además, así como sucede casi siempre para las grandes novedades científicas, este descubrimiento no se hizo de una vez. Antes de Setuerner, en 1817, Derosne en 1802, había preparado la narcotina que nombraba sal de opio. Seguín en 1804, había hecho más estudiando el precipitado producido en una solución acuosa de opio por los carbonatos alcalinos; había reconocido que el depósito se disuelve en alcohol hirviente, del cual se separa bajo forma de cristales; que la solución alcohólica de estos cristales es amarga y pone verde al jarabe de violetas. Seguín estableció aún que estos cristales se disuelven en los ácidos; si hubiera agregado: saturándolos como el amoniaco, el descubrimiento de los alcaloides le pertenecería absolutamente. Con todo y los reclamos á que han dado lugar sus trabajos, se puede decir que se acercó al éxito, pero sin alcanzarlo; fué un precursor.

Es preciso convenir en que es menos por haber aislado á la morfina, ya conseguida por Seguín, que por haber reconocido sus propiedades alcalinas que ha sido justo y debido asegurar á Setuerner el primer rango, y si por un esfuerzo de espíritu se reporta uno á las opiniones reinantes en su tiempo, si se recuerda que aun con la alcalinidad bien conocida del amoniaco (álcali volátil) la facultad de saturar los ácidos era considerada como una propiedad limitada á los compuestos metálicos, no se puede desconocer la originalidad de la idea, la importancia de la demostración sobre la más útil de las bases medicamentosas sacadas del reino vegetal.

Además, nos parece que ese punto de historia de la ciencia ha sido definitivamente juzgado por los químicos franceses contemporáneos de Setuerner. El Instituto de Francia (París 27 de Junio de 1831) ha dado á este farmacéutico una de sus recompensas honoríficas las más estimadas, "*por haber*—dice el relator de la Academia de Ciencias—*reconocido el primero la naturaleza alcalina de la morfina* y haber así abierto una vía que ha conducido á grandes descubrimientos en Medicina".

¿Para quienes dudarían del papel que esta noción fundamental ha tenido, bástanos manifestar el análisis en busca de principios activos en los vegetales. Antes de 1817 no ha dado más que resultados incompletos entre manos de químicos eminentes: (Fourcroy, Vauquelin, Berthollet, etc.), mientras el período que sigue inmediatamente es de una sorprendente fecundidad y, limitándonos á los descubrimientos de primer orden, *bajo el aspecto de la medicina*, citemos: la estricnina y la brucina (Pelletier et Caventou 1818); la atropina (Mein 1818); la quinina y la cinconina (Pelletier et Caventou 1819 1820).

No es necesario agregar que desde esta época, ya lejana, las riquezas de la Terapéutica en el reino de los principios inmediatos no han cesado de aumentar y que el análisis de las plantas da todavía á los químicos contemporáneos una cosecha tal vez menos brillante que la de los primeros años, pero capaz de dar á la medicina *nuevos recursos muy preciosos.*

Tendremos ocasión en estas lecciones de trazar al punto de vista farmacéutico la historia de la mayoría de estas bases orgánicas de origen vegetal, pero debemos notar inmediatamente, que debido á la marcha progresiva de la química sintética, cierto número de bases artificiales han venido á tomar rango cerca de los alcaloides naturales y que muchas entre ellas, por sus propiedades terapéuticas, rivalizan, en cuanto al interés, con los productos sacados de las celdillas vegetales.

Agreguemos además, que si en el principio, las bases inmediatas, las más importantes para el arte de curar pertenecen al grupo de los alcaloides, conviene no olvidar que un grupo de compuestos, dotados igualmente de acciones fisiológicas, terapéuticas muy á menudo enérgicas, son verdaderos glicosides, es decir, compuestos con glicosis (alcohol poliatónico) asociado con ácidos alcoholes, fenoles, aldeidos; compuestos que nacen en los tejidos vegetales al momento en el cual los elementos del agua se separan.

Me limito á estas consideraciones generales que no podría desarrollar más sin penetrar en el terreno que recorrió mi colega M. H. Gautier con tanto talento. Además, tengo impaciencia de volver sobre mi terreno y buscar con vdes., qué papel han tenido en la *evolución terapéutica* los descubrimientos que acabo de recordar particularmente. ¿Cuáles han sido las *afortunadas consecuencias* de la *sustitución de los principios inmediatos á las plantas productoras y á los antiguos medicamentos que con ellos preparaban?* Este problema me parece tanto más digno de vuestra atención, cuanto que habeis podido juzgar por una discusión reciente que la solución práctica no es siempre tan sencilla como parece serlo á priori.

Un ejemplo notable de esta influencia nos ha sido dado por la superioridad de la quinina sobre las quinas en la medicación

antipirética. El peso de quinina contenido en las cáscaras oficinales no pasa, raramente llega al 3 p$\frac{0}{0}$. Esta pequeña cantidad de principio activo está diseminada en una masa de tejidos leñosos ó celulosos, asociada á sustancias astringentes, gomosas, resinosas que no tienen ninguna propiedad medicinal. Además, la base está fijada al estado insoluble sobre algunas de ellas, condición nociva para su absorción. Para conseguir un efecto terapéutico, la dosis mediana de quinina está generalmente comprendida, para un adulto, entre 0, 50 centígramos y un gramo, la cual debe ser duplicada ó triplicada cuando se tiene que combatir accidentes perniciosos. *Así, pues, con una cáscara de excelente calidad, el peso de polvo correspondiente á un gramo de quinina, llega á cerca de ¡40 gramos!* Su ingestión exigiría artificios para minorar la intolerancia gástrica para tanta mole, pero no podría dominarse completamente.

Más elevada es la dosis necesaria para curar, mas la ingestión es penosa; en una palabra, los obstáculos siguen una progresión creciente á medida que son más graves los casos y las necesidades terapéuticas más apremiantes. Si se compara con este cuadro la facilidad que hay para ingerir las dosis de sulfato ó clorhidrato de quinina, la rapidez de sus efectos dinámicos, no puede uno resistir á un impulso de agradecimiento hacia los químicos eminentes que han dotado la medicina de instrumentos tan perfeccionados. Sírvanse observar además que he aceptado la hipó tesis de una cáscara buena, ensayada de antemano, que he apartado todo motivo de error accidental entre el tifo febrífugo oficinal y las especies y variedades de cin conas tan numerosas que el estudio de sus orígenes botánicos y de sus caracteres distintivos es por sí sola una Ciencia: *la cinconología.*

Con una sal de quinina los caracteres químicos son bastante marcados para que el farmacéutico no encuentre ninguna dificultad en su verificación y que fuera de unas criminales falsificaciones que quisiera hasta olvidar, su examen se fija exclusivamente sobre algunas propiedades fundamentales de la quinina, de la cinconina y de sus principales isomeras. Debo añadir que los procedimientos para la preparación de este alcaloide son bastante perfeccionados para permitir á la industria utilizar á las cinconas impropias para los usos farmacéuticos y aún las cáscaras de remigias que hasta estos últimos años no tenían empleo.

Lo que acabamos de decir respecto de la quinina es verdadero para la morfina, pero es menos evidente por la mayor riqueza relativa del producto natural del cual se saca. La dosificación rápida de la morfina en el opio, permite además no aceptar para las formas farmacéuticas más que los opios, de los cuales la riqueza está determinada por el código aceptado. En consecuencia, aun después de descubierta la morfina, las preparaciones de opio son todavía hoy uno de los recursos más estimados en la medicina. Es verdad que, si el consumo del opio en extracto, tintura y láudano, no ha disminuido hace muchos años, el de la morfina ha aumentado muchísimo.

Esto proviene de que este alcaloide es el agente preferido para la medicación sedativa y analgésica. El método de las inyecciones hipodérmicas nunca hubiera tomado la grandísima extensión que adquirió, hace treinta años, si no hubiera podido aprovechar más que las materias complexas contenidas en los extractos medicinales. El descubrimiento de los alcaloides, la solubilidad de la mayoría de sus sales eran las condiciones indispensables de una administración prudente con una dosificación precisa.

Bajo este mismo aspecto todavía, *la sustitución de principios definidos á las plantas medicinales merece ser considerada como uno de los más indiscutibles progresos en la* terapéutica contemporánea.

En cuanto á los problemas de fisiología pura que estas sustancias han permitido resolver, son tan numerosos como interesantes. La introducción de estas combinaciones definidas en los laboratorios de estudios, ha impreso al método analítico un sello de exactitud que ha trasformado, podemos decirlo, á la toxicología. Me bastará recordar los admirables trabajos de Claudio Bernard sobre los alcaloides del opio. Constituyen un modelo que los sabios, tanto franceses como extranjeros, imitaron con éxito, sin poderlo mejorar.

Nadie vacila ciertamente en proclamar los inconmensurables servicios que el descubrimiento de los principios inmediatos ha prestado al arte de curar. En este punto fundamental no hay disidentes, todos estamos de acuerdo. Queda por examinar cuáles son los motivos que impiden que los clínicos extiendan á todas las plantas medicamentosas lo que parece un progreso indiscutible para ciertas especies. Pensamos que tales escrúpulos pueden ser atribuidos á dos causas pricipales, y vamos á discutir su valor.

Primero: parece precipitada la sustitución de algunos compuestos imperfectamente conocidos á las preparaciones oficinales. Por ejemplo, el acónito oficinal: inconcusamente entre sus elementos constitutivos uno no más es útil al punto de vista terapéutico, y merece el nombre de aconitina; sin embargo, bajo este único nombre los tratados especiales y el formulario legal aun tienen señalados productos diferentes, no solamente por sus caracteres físico–químicos, sino por su actividad fisiológica y tóxica.

La aconitina que figura por primera vez en el Código de 1866, es un producto amorfo conseguido por el procedimiento de Hottot y Liegeois. Esta aconitina amorfa es, según dice esta obra, mucho más activa que la sustancia cristalizada que había sido empleada anteriormente con el nombre de aconitina.

Más tarde los estudios análogos y casi simultáneos de Mr. Duquesnel, en Francia, y de Mr. Graves, en Inglaterra, prueban que la aconitina de Hottot y Liegeois no es un producto definido. La aconitina no es ya el cuerpo amorfo de 1866, es un alcaloide cristalizado cuyas propiedades fisiológicas y sorprendente toxicidad, han sido tan bien evidenciadas por los trabajos de un sabio y excelente colega, Mr. Laborde. La aconitina amorfa es á su vez prohibida, y el Código de 1884 adopta la aconitina cristalizada producida según el método descrito por Duquesnel.

Por supuesto este último producto no tiene de común con la materia aceptada por el Código de 1866, más que el nombre. Aquello era una materia poco activa, extraída por Morson de otra planta del género *Aconitum.*

La vacilación del clínico es permitida cuando ve figurar en una misma edición del Código de 1884 bajo el nombre de digitalina dos sustancias diferentes: una amorfa, otra cristalizada. Y si para escoger consulta á los químicos más autorizados, éstos declaran que los compuestos designados con el nombre de digitalina, son todos, sin excepción, muy mal conocidos; que son mezclas en proporciones variables de principios diversos que no se distinguen más que por una excesiva actividad fisiológica y tóxica (Berthelot et Yungfleich 1887).

El nombre no basta para constituir á un principio definido. Esto se hizo evidente cuando por procedimientos diferentes se ha podido demostrar que la atropina del Código, la hiosciamina, la daturina, la duboisina son mezclas capaces de cristalizar de dos alcaloides isoméricos (atropina atropinina), contenidas en las sustancias midriáticas y dotados con propiedades idénticas, fisiológicas y tóxicas.

Podríamos multiplicar los ejemplares: estos bastan para justificar la reserva del médico cuando no renuncia á sus armas antiguas *imperfectas,* pero prácticamente conocidas y no las cambia sin examen contra otras nuevas cuya superioridad le parece dudosa. Para que cada clínico llegue á formarse una opinión, es preciso que la comparación sea formal y las pruebas sin peligro. Este doble objeto no será alcanzado hasta el día en el cual los principios inmediatos tóxicos designados por el Código, sean preparados según un método fijo inscrito en la farmacopea legal, y que será obligatorio hasta cuando sea oficialmente modificado por una comisión especial encargada de tal reforma. Creo que si tal proyecto se realiza algún día, el concurso de los químicos y las pruebas de los clínicos conducirán poco á poco á la determinación exacta del verdadero principio definido y fijarán su valor terapéutico.

Paso al examen de la segunda causa de vacilación, esta es puramente técnica, pero no por esto tiene menos importancia en la práctica.

Los principios inmediatos que los farmacéuticos tienen en sus oficinas, no necesitan ser aislados; por ellos mismos, *ofrecen toda seguridad,* porque sus caracteres físicos ó químicos pueden ser comprobados por los farmacéuticos cuya instrucción es demasiada para que su papel quede limitado á pesarlos y fraccionarlos exactamente, según las exigencias de una fórmula magistral. Que la prescripción pida el empleo de un alcaloide, de sus sales, de un glicoside cualquiera, sólido ó en solución, y titulada la acción personal directa del farmacéutico da las mayores garantías.

Bajo la influencia de varias causas que no creo necesario señalar, la antigua y prudente costumbre que exigía esta intervención, capaz de dar seguridad, está cada día más abandonada y es la industria, quien, muy á menudo, toma á su cargo la verificación química y la dosificación de los agentes más activos, es preciso decirlo, aún los menos conocidos, por lo mismo, los más peligrosos.

Entre las formas industriales en moda, se cuentan aquellas masitas globulares (gránulos) imitados del arte del dulcero. Estos gránulos llegan titulados en casa del farmacéutico, quien se ve en la obligación de conceder al fabricante una confianza casi ilimitada, porque en este caso el aná-

lisis calitativo y cuantitativo, es tanto más difícil cuanto los caracteres de los agentes son menos marcados. Sería inoportuno entrar en más pormenores, pero es un deber para mí señalar este origen de dudas, altamente expresadas por clínicos eminentes. *Se y me gusta proclamar que gran número de industriales tienen á honra escoger materias primas, conforme á las indicaciones de la farmacopea legal y dosificar con toda la perfección que permite la fabricación en grande escala.* Pero no se puede exigir á todos los médicos de Francia que señalen con su nombre á los productos de tal ó cual fábrica, perjudicando con esto á los demás, creando un monopolio contrario á las leyes y á la equidad menos exigente, en nuestro país, en el cual ningún descubrimiento químico, por hermoso que sea, puede ser objeto de un privilegio, en otros términos, no puede ser explotado en sus aplicaciones al arte de curar.

Tales son los dos motivos dignos de aplauso que determinan en algunos casos á la mayoría de los clínicos á quedarse en expectativa. Creo que estos médicos prudentes serán los primeros en ensayarlos, cuando quedaran bien ciertos de experimentar con agentes químicos idénticos y dosificados formalmente por un farmacéutico.

La sustitución integral de los principios inmediatos provoca algunas dudas subsidiarias, y de difícil resolución que trataré al hacer la historia pormenorizada de los tipos más importantes de la materia médica actual. Espero que las observaciones que acabo de formular sobre la introducción prematura de algunas sustancias en la práctica, y sobre cierto modo de dosificar no dejan ninguna duda sobre el sentimiento de admiración que siempre he profesado hacia los trabajos de los químicos, que han prestado al arte de curar servicios tan brillantes como desinteresados.

REFLEXIONES.

Si se le hubiera pedido al Sr. Profesor Regnault una lección en favor de la Dosimetría, no la podía haber hecho mejor, ¿de qué servirían los servicios prestados por los químicos al arte de curar si no debiéramos aprovechar cada día más y mejor las separaciones que el análisis químico va haciendo, aislando principios de acción definida que podemos aplicar cada día con mayor precisión y seguridad?

Los argumentos aducidos por M. Regnauld en favor de la alcoloidoterapía, son como todo lo que está fundado en la verdad y la evidencia, irrefutables, mientras la sobjeciones se prestan todas á rebatirse, y con tal motivo las pasaremos en revista rápidamente.

Los deseos de la mayoría de los clínicos están satisfechos por farmacéuticos hábiles, que pueden dar á los médicos prudentes la seguridad debida en cuanto á la calidad y dosificación de las sustancias por ellos granuladas; llenado este requisito, responde el Profesor Regnault que los clínicos prudentes serán los primeros en experimentar á estos agentes curativos; sabemos por experiencia que si los experimentan los aprobarán.

Es cierto que es repugnante recomendar con insistencia á un mismo y sólo farmacéutico, apareciendo protegerlo con detrimento de los demás, pero la conciencia obliga á muchas determinaciones penosas y lo que la conciencia médica exige, antes que todo y sobre todo, es que los clientes, que ponen su confianza en un práctico, encuentren en él tdas las garantías de que no omitirá ninguno de los elementos capaces de aumentar la certeza de su curación. Si se sabe que solamente en una parte hay seguridad de encontrar los medicamentos bien preparados, es obligación suya imprescindible, indicar á dónde están.

Tan luego como los industriales, que ministran los gránulos á los farmacéuticos son farmacéuticos también, y dedican toda su atención á la fabricación en grande de estas preparaciones, empeñando en ella, además de sus conocimientos profesionales, especializados, fuertes sumas y el crédito importante de sus establecimientos para los cuales una preparación imperfecta sería un golpe fatal, parece racional concederles toda la confianza que antiguamente se concedía á cada farmacéutico para cada pequeña preparación que hacía. Suponiendo que á cada vez cuidaba de verificar la calidad y dosificación de sus materias primas, la multiplicidad de tales operaciones lo obligaba á tener ayudantes numerosos y forzosamente menos escrupulosos que el directamente interesado.

El dueño de un establecimiento que ha necesitado para su fundación grandes sumas de dinero, que para cubrir el interés de su capital fundador necesita mantener su buena fama en el mundo entero, no se parará en economías insignificantes para la adquisición de las materias primas con las cuales va á conservar su buena reputación, ni en atenciones y estudio prolijo para asegurar su buena repartición y conservación.

Todos sabemos á cuántas sorpresas estábamos expuestos cuando fiábamos en la vi-

gilancia del farmacéutico para cada preparación magistral.

El papel del farmacéutico no está suprimido por la introducción de la medicina granulada, pero sí se hace más seguro y más fácil: en lugar de recibir la materia prima en hojas, polvos, extractos, tinturas de conservación dudosa, y por lo mismo, de dosificación variable y difícil, recibe los principios activos dosificados y envueltos en una sustancia que hace de cada gránulo una unidad fija de conservación asegurada. Si el práctico pide la asociación de dichos gránulos en solución para bebida, ó en cápsulas ó píldoras complexas, puede el farmacéutico comprobar la buena conservación y dosificación de los gránulos antes de mezclarlos, y en esta operación aplicar útilmente sus conocimientos profesionales, comprobando ó negando la escrupulosidad de la fabricación granular; así los prácticos tienen todavía mayores garantías que antiguamente.

La imperfección de las armas antiguamente empleadas en el arte de curar, no es discutible; conocidas eran prácticamente y prácticamente deploraban los médicos su imperfección evidente; lo que es conocido por malo debe abandonarse tan luego como se presenta para sustituirle algo mejor. El exámen es indispensable para la comparación, pero si del examen resulta quo lo nuevo ofrece mayor seguridad para el éxito, el hecho de conocer lo antiguo no basta para disculpar á quien lo siga usando.

La reserva es prudente, pero el rehusar hasta el examen del nuevo método, no lo es.

Si bien es cierto que muchos principios activos, á medida que la química irá progresando, serán divididos en elementos constitutivos, no por eso deja de ser cierto que tales principios son ya más adecuados al objeto que se propone el médico, cuando trata de remediar algunos síntomas penosos, que las preparaciones complexas y variables que anteriormente se usaban.

La atropina compuesta, así como la hyosciamina y la daturina, de atropina y atropinina, es siempre más fácil de dosificar, es más pronta en su acción, á la vez que más exacta que la tintura, el extracto ó el polvo de hojas de belladona; á medida que la ciencia vaya aislando los principios constitutivos de los alcaloides que creíamos ya bien definidos, se irán aplicando con mayor precisión, pero no es motivo esta nueva subdivisión y perfeccionamiento del análisis para que esperemos los prácticos que haya acabado la química sus análisis de principios activos; podemos curar con más precisión que nuestros antecesores, hagámosle, y los que tras de nosotros vienen lo harán todavía con más precisión que nosotros; y así sucesivamente hasta el fin de los siglos, sin que por esto tengamos razón ni derecho para volver atrás ni detenernos en el progreso indefinido.

Lo mismo se puede decir en cuanto á las vacilaciones habidas para separar y definir á algunos principios activos, como pasa con las digitalinas, pero siempre se acerca el práctico más á la perfección cuando emplea el principio activo que la planta, aunque sepa y pueda creer que mañana ó pasado, lo que ahora le parece el principio deseado, será reemplazado por otros más bien definidos, cumple con su deber, usando lo que tiene á su alcance y conoce por lo más adecuado al fin que se propone.

Si hay todavía error y vacilación para escoger los principios activos, ¿cuánto más lo habrá si siguiéramos empleando las plantas como se encuentran en el campo?

(Hace poco en una familia numerosa se encontró el que esto escribe, á tres señoritas envenenadas, con síntomas análogos; preguntando ¿qué había habido de común entre las tres, en alimentación ó remedio? le dijeron que habían usado el mismo cocimiento de malvas para ponerse lavativas. Hizo traer el jarro en el cual creían haber puesto malvas y encontró junto con estas, hojas y manzanas espinosas de Datura).

Por lo mismo que la separación de los principios activos es difícil y requiere ciencia y atenciones minuciosas, llegará á ofrecerse á los prácticos mayores garantías y es preciso animar á los químicos para que se persuadan cada día más de la importancia del papel que les corresponde en el progreso tan anhelado del arte de curar.

Con los principios activos granulados la experimentación es fácil y prudente, siendo corta la cantidad contenida en cada masita globulosa. Se puede juzgar rápidamente y sin peligro si contiene la materia que debe, por sus caracteres analépticos y aun por sus efectos fisiológicos, no corriendo riesgo de llegar á los tóxicos más que con la repetición de la experiencia sin prudencia.

Suponiendo, como es admisible, que la aconitina de hoy no sea la de mañana, podemos desde luego, conocer y emplear á la que tenemos á nuestro alcance: siempre con más prudencia y provecho que cuando usábamos de la tintura de Acónito. Cuando la tengamos mejor y más activa no vacilaremos en emplearla. Así como los fabricantes de gránulos buen cuidado tendrán de avisarnos cuando adquieran el nuevo principio activo. Pero aun cuando

no nos avisaran ó por cualquiera circunstancia se ignorara el cambio, como la alcaloidoterapia, instituída por el profesor Burggraeve, prescribe la ministración lenta de los gránulos, se notaría la mayor rapidez de sus efectos y se evitaría su exceso.

Creemos haber contestado conforme á lógica, á las objeciones puestas por el profesor Regnault á la Medicina Dosimétrica, las cuales, como se puede ver son muy débiles, mientras los argumentos en pro son poderosos.

Se pueden ver los que aduce para preferir á la quinina en lugar de la quina, que ciertamente no se puede dar en inyecciones hipodérmicas; á veces son necesarias, y tampoco se podría ministrar en la proporción debida para corresponder á la cantidad de quinina que la Escuela Ortodoxa emplea para combatir á los accidentes palustres peligrosos.

El uso de los alcaloides, además de ser más á propósito, bajo todos aspectos, es también más instructivo; no ha enseñado que, asociándolos entre sí, se aumenta su acción. Verbi gracia: la quinina dada con la estricnina, obra en dosis diez veces menor con más rapidez y menos inconveniente.

En la discusión provocada por M. Germán See, leída en la Academia de Medicina de París, así como la lección del profesor Regnault, los argumentos en contra de la alcaloidoterapia son débiles, y descansan sobre la imperfección del arte que precisamente se trata de perfeccionar, mientras las proposiciones del Profesor Germán See son indiscutibles.

Cuando dice que la terapéutica hecha con las plantas medicinales, es la terapéutica de los salvajes, dice una verdad inconcusa.

¿Qué puede hacer el salvaje si no es coger lo que la naturaleza le ofrece, como se lo ofrece? Y ¿qué debe hacer el civilizado situado al otro extremo del desarrollo intelectual humano, si no es separar en lo que la naturaleza le ofrece lo útil de lo dañoso, medirlo y presentarlo del modo más prudente, seguro y apropiado?

El primero que se atrevió á dar á su semejante una yerba para comerla, con el objeto de aliviarlo, hacía una experiencia muy arriesgada; iniciaba en medio de las más densas tinieblas, al arte de curar. El que ahora da un gránulo bien medido, sabe lo que hace y lo que debe hacer: entre estos dos extremos están encerradas todas las Escuelas terapéuticas; ¿quién querrá volver á ministrar la yerba desconocida? ¿Quién no preferirá el gránulo bien ponderado?

FÉNÉLON.

También en *El Universal* de 19 de Julio está inserta una carta que á la letra dice:

CARTA DE CÁRLOS GRIS.

Miahuatlán, Oaxaca, Julio 10 de 1889.

Señor Director de *El Universal.*
México.

Estimado amigo:

La carta que el Sr. Dr. Fénélon publicó en *El Universal*, del 25 de Junio último, es, á mi entender, de la mayor importancia.

El Sr. Dr. Fénélon se apoya en la ciencia y no podría nadie derrotarlo, sino fundándose también en ella. Ninguna causa es sostenible si no tiene por base la verdad, y ésta es el producto de la ciencia.

El prolongado silencio de la Escuela de Medicina de México, es ya un gran triunfo para el Sr. Fénélon y sus respetables colegas.

A propósito del periódico *La Medicina Científica*, ocurre preguntar: ¿hay, pues, medicina que no es *científica?* El título de ese periódico parece decir: ¡Cuidado, que los médicos no saben su negocio!

Los que pertenecemos al vulgo de los mortales, nos hemos fijado con inquietud en que los médicos sangraban, y ya no lo hacen; decían que cuando uno tenía fiebre, no debía tomar leche ni agua, y ahora dicen que tome agua y leche cuanta quiera: que Paracelso era el Adan de la Medicina, y ahora dicen los médicos que estudian, que el mercurio ha hecho un daño terrible á la gente, para descrédito de Paracelso y provecho de los vendedores de ataudes.

Vemos á los partidarios de las píldoras azules y otras preparaciones mercuriales, arrinconados al embate de los pocos, muy pocos médicos que estudian y se desprenden del pasado de muerte, para ir á enjugar las lágrimas y el dolor de los que sufren. La Escuela de Medicina de México, atrincherada tras profundísimo silencio, está mirando que los Dres. Fénélon, Alvarez y Malanco, la ponen sitio con los aparatos de la Dosimetría, y hace año y medio que tiraron las escalas de la *Medicina Científica*, para tomar por asalto el viejo asilo de los partidarios del mercurio, si no se rinden á discreción.

La Escuela antigua tiembla hoy al sentir en sus cimientos los golpes del Sr. Lic. D. Joaquín Baranda, y la Escuela de Medicina se tapa los ojos al ver acercarse al Dr. Fénélon con la Dosimetría.

No es México el campo de la lucha, es la tierra entera. Los estudiantes de la Escuela de Medicina de París, en el Colegio Alopático de dicha ciudad, acudieron á la primera conferencia del sabio Dr. Magendie, quien pronunció el siguiente discurso que traduzco:

" Caballeros:

La Medicina es un gran *humbug*. Sé que se llama una ciencia—ciencia que por cierto nada tiene de ciencia. Los Doctores son meros empíricos cuando no son charlatanes. Somos tan ignorantes como puede un hombre serlo. ¿Quién en el mundo sabe algo de medicina? — Caballeros, vosotros me habéis hecho el honor de acudir á mis lecturas, y debo deciros francamente, desde hoy, que yo no sé nada de medicina, y que no conozco á nadie que sepa algo de ella. Mas no penseis por un momento que me son desconocidas las cátedras de la Escuela de Medicina. Sé que este Profesor enseña anatomía, aquel patología, otro fisiología, tal ó cual terapéutica, el de más allá materia médica. *Eh bien! et après?* ¿Para qué sirve todo eso? Señores: En la escuela de Montpellier (Dios sabe que era famosa en su tiempo) se omitía el estudio de anatomía; y los Doctores educados en dicha escuela eran tan estimados como cualesquiera otros. Lo repito, nadie sabe nada de medicina. Ciertamente que nosotros estamos acumulando hechos diariamente. Podemos producir tifo, por ejemplo, inyectando cierta sustancia en las venas de un perro: esto es algo, podemos *aliviar* diabetes, y, lo veo, distintamente nos acercamos al día en que la tisis pueda ser curada.

Estamos reuniendo datos y me atrevo á predecir que dentro de un siglo nuestros sucesores se hallarán en aptitud de echar los cimientos de la Ciencia Médica; pero, lo repetiré, la Ciencia Médica no existe hoy. ¿Quién puede decirme cómo ahora se cura el dolor de cabeza, la gota ó enfermedades del corazón? ¡Nadie! ¡Oh! vosotros me direis que los Doctores curan á la gente. Concedo, la gente es curada; pero ¿cómo es curada? Señores, la naturaleza hace muchísimo, los Doctores hacen..... ¡diablo! bien poco, cuando no hacen daño.

Permitidme deciros, señores, lo que yo hacía cuando fuí médico Director en el Hotel Dieu. Pasaban por mis manos unos 3,000 ó 4,000 enfermos cada año. Yo dividía los pacientes en dos clases: á unos les daba las medicinas usuales sin saber porqué ni para qué; á otros les daba yo píldoras de harina y agua coloreada sin decirles lo que era; y formé una tercera división de gente á la que no daba nada absolutamente. Estos últimos se quejaban muchísimo de que yo les abandonaba (los enfermos se quejan siempre de abandono, á menos que los harte uno de medicinas)......... *(les imbéciles)* y se enojan mucho á menos que uno los ponga positivamente enfermos; pero la naturaleza vino invariablemente en ayuda de los que no tomaron nada, los que en su mayor parte eran curados; había poca mortalidad entre aquellos que sólo tomaban píldoras de pan y agua de color; pero la mortalidad era terrible entre los que eran medicinados conforme al *prescripcionario*.

¡Así habla un hombre de honor! Es preciso ser un hombre sin alma para echar tierra en los ojos de quienes ponen en manos de los médicos la vida y el dinero.

No hay cifras romanas ó arábigas para expresar el número de muertes que los médicos han causado á la humanidad.

Los médicos sabios y virtuosos confiesan su ignorancia, se dedican al estudio y alivian los dolores de los pacientes.

No es necesario saber hacer peras para saber cuándo están podridas, ni es necesario ser un "Doctor" para saber que ellos le dejan á uno morir ó lo matan.

Raro, rarísimo es el médico que pregunta por el estado mental del enfermo. ¿No es, pues, la perturbación del pensamiento la primera causa de las enfermedades ó de muchas de ellas? Yo recuerdo que un médico inteligente, por toda medicina dijo á un comerciante que padecía mil y un achaques: "Ocúpese vd. en hacer algún bien á otros."

El Sr. Dr. Fénélon está seguro de que estudia y trabaja por el progreso de la medicina. *El Universal* quiere saber si están perdiendo el tiempo los que aprenden en la Escuela de Medicina de México; y yo, con derecho libre para pensar, creo que se debe uno de cuidar mucho de poner su vida en manos de los médicos, á menos que éstos se apoyen en la ciencia.

CÁRLOS GRIS.

P. S. — Antes de mandar al correo esta carta, recibí el número 41 del *Universal*, correspondiente al jueves 4 de este mes, en el cual número está reproducida la carta que UN MÉDICO INTRUSO dirige al *Partido Liberal*. Hay que notar en la citada carta que el *médico intruso* no se atreve á autorizarla con su firma: que comienza con un estilo burlón, muy impropio de cuestiones

de tanta importancia: no hace á la Dosimetría cargo alguno fundado en la ciencia, y, por último, no dice el *intruso* á qué Escuela pertenece. Parece dar á entender que es un *ecléctico* y que lo mismo es la Escuela de Medicina, es decir, empíricos que no tienen definido su *modus operandi*. Esto es lo que en inglés se llama *Quac* (charlatán) de *quack-silver* y *quick-silver* (mercurio) por ser este el *sánalo todo* de los Quacks ó de los eclécticos, que lo mismo da.

En manos de los médicos pone el público la vida y el dinero, y será bueno que ellos firmen sus escritos y digan qué saben.

Habla el señor *intruso* de un hombre que murió de tifo, pero no dice qué es bueno hacer para que la gente no muera de tifo ó escarlatina. Diré al citado señor que aquí en las montañas nos curamos de esas fiebres *inmediatamente*, humedeciendo constantemente el cuerpo del paciente con agua lo más fría que podamos hallar, y con tal seguridad, morimos menor número de atacados, que si nos pusiréamos en manos de los señores *eclécticos*.

Cuando hay peste y el Gobierno nos remite médicos, son los primeros que mueren desde luego. ¡Esto no puede continuar así!

En *El Universal* del 23 de Julio aparece lo siguiente:

CONTESTACIÓN Á CÁRLOS GRIS.

S. C., Julio 19 de 1889.

Sr. Director de *El Univerval.*
Presente.

Muy estimado señor:

Permítame, una vez más, abusar de la atención de sus lectores, para contestar unas cuantas líneas al entusiasta escritor de Miahuatlán.

Al terminar su postdata, el Sr. Carlos Gris da la medida de la estimación que merecen los médicos en general; á donde hay peligro van en silencio al auxilio, sin esperar la gloria como los guerreros y casi seguros de pagar con su vida su humilde atrevimiento.

Sin embargo, quien refiere su abnegación se manifiesta muy severo para con ellos. Natural es ser ecléctico mientras no tenga uno motivos para preferir alguna escuela y los dosímetras, en cuanto á práctica somos también eclécticos; puesto que aprovechamos lo bueno de todas las escuelas, no más agregándole, como precepto, la exacta medición en las dosis, y la debida apropiación y proporción de los remedios.

En cuanto al método defervescente usado por Miahuatlán, séanos permitido referir al Sr. Carlos Gris una de sus hazañas: en un año pasado en Santa Ana Suchiltepec tuvimos ocasión de experimentar, con grandísima satisfacción, la medicina dosimétrica entre los habitantes de la finca, los cuales, con muy raras excepciones, tuvieron todos el tifo. Sanaban con seguridad sin la aplicación de la agua fría. Un anciano había entrado en convalecencia cuando la curandera, disgustada de ver emplear medios que ella no conocía, le persuadió que aquellos glóbulos *siendo muy calientes*, era preciso aplicarle el agua fría para sacarle tanto calor. El resultado fué pronto: una pulmonía extensa en ambos pulmones y muerte rápida.

No se pudo conjurar, porque temerosas las pobres gentes que habían cometido y dejado cometer tan grande torpeza, no avisaron hasta que la agonía hizo todo auxilio infructuoso.

Cuando mueren las gentes á donde no ha habido médicos, nadie se sorprende y se entierran en silencio; pero cuando ha habido un hombre titulado, entonces se ensañan contra su reputación, y cada accidente en el cual haya podido tener apariencia de responsabilidad, es una arma que se esgrime en contra de todos los que han tenido la desgracia de estudiar antes de curar.

Llamar charlatán ó quack á todo médico ecléctico, es pasarse sin la deducción de las consecuencias; la ciencia, muy lejos de hacer exclusivistas y sistemáticos á los que estudian, los hace eclécticos y eclécticos útiles porque les ministra los elementos para distinguir en cada doctrina, sistema ó método, lo aplicable de lo imprudente, lo útil de lo peligroso.

Si el médico *intruso* no firmó la carta que publicó *El Partido Liberal* fué porque tenía conciencia de que no había porqué vanagloriarse con ella, y se le debe tener en cuenta su modestia.

En efecto, no tiene todavía definido su *modus operandi;* por lo mismo, como demuestra por su carta que no conoce á la Dosimetría, hay lugar para esperar que la conocerá algún día y le aprovechará el prudente silencio en el cual ha quedado después de contestada varias veces su carta: hace suponer que está estudiando; no lo turbemos.

No, señor D. Cárlos Gris, no pierden su tiempo los jóvenes que aprenden en la Escuela de Medicina de México. La ciencia

exige cimientos profundos y la que hace útil y hará cada día más segura al arte de curar, forzosamente debe descansar para ser digna de su bella misión, sobre la anatomía, la fisiología y la patología, sin que se pueda creer que quien conoce estas tres bases de la medicina es médico; le falta lo principal: la terapéutica: coronamiento del edificio, para lo cual la Dosimetría ha traído preceptos capaces de darle vida, y desarrollo que jamás hubiera adquirido sin sus sabias prescripciones.

Todos los médicos, dignos de tal título, conocemos y aprovechamos las influencias de lo moral sobre el físico, sin creer que las impresiones morales pueden ser la causa de todos los padecimientos: esto sería tan exagerado como declarar inútiles y peligrosos á los eclécticos, no más porque lo son.

Concedemos que los malos médicos han causado más perjuicios á la humanidad que las pestes y las guerras, por lo mismo, deseamos que haya menos malos médicos y convidamos á nuestros colegas para que estudien el método Burggraeviano, que nos parece el mejor.

Hace muchos años que Magendie descansa de sus importantes estudios. Fué su discípulo, sucesor y continuador Claudio Bernard, quien también lleva años de haber recibido, con la inmortalidad, el premio de sus trabajos. Brown Sequard, su sucesor, está ya en la ancianidad buscando el modo de retardar el fin que lo amenaza con experiencias curiosísimas, pero en las cuales vemos el círculo de sus concepciones estrecharse al interés de su conservación.

Si Magendie profesara, hoy que se van realizando sus predicciones, hablaría de otra manera. El profesor Burggraeve, que está contribuyendo poderosamente á tal realización, contestaría á sus preguntas diciéndole cómo se curan las cefalalgias, la gota, las enfermedades del corazón, puesto que hace pronto medio siglo que se hace vivir á sí mismo con una lesión orgánica de ese indispensable resorte vital.

Después de Magendie, Claudio Bernard decía, y tuvimos la honra de oirlo de su boca: "La Terapéutica no puede reformarse, porque no existe," "es preciso crearla." Cuando alguno de sus entusiastas discípulos sacaba consecuencias prácticas de sus admirables experiencias, lo detenía y le decía que no tuviera tanta precipitación, que era preciso acumular más datos para aprovecharlos prácticamente.

Vemos la progresión entre los tres maestros fisiologistas: Magendie se burla de la ciencia, le da el golpe de gracia á la infalibilidad de la Escuela, y le dice: Estudia, todavía no sabes nada. Claudio Bernard le dice: algo sabes, pero no es bastante. Brown Sequard, sí, intenta ya hacer terapéutica como la puede hacer un fisiologista, cogiendo la vida en su origen y agregándola á su vejez; así representaron á la eternidad bajo la forma de una serpiente que se muerde la cola.

Pero es un hecho que, trabajando la tierra, se vuelve uno agricultor; trabajando el fierro, se vuelve uno herrador; curando enfermos, se vuelve uno médico. Si tuviéramos que esperar para serlo que la anatomía microscópica fuese completa, si tuviéramos que esperar á que la fisiología no tuviera ya secretos, pasarían siglos y generaciones antes de que hubiera médicos.

Sin embargo, como lo dice muy bien Magendie, las gentes quieren ser curadas; si el médico de conciencia dice al que sufre: todavía la ciencia no sabe ni lo que tienes ni lo que se te debe hacer, acudirá al charlatán, quien le contará maravillas, lo envenenará y se hará rico á sus expensas, dando lugar á que la gente decrete que éste sí es médico, mientras el médico científico es un tonto despreciable.

He aquí porqué es preciso curar aun cuando se sienta la imperfección de la ciencia; el que sufre no admite razones, pide remedios y los pide á quien los dé buenos, ó malos.

Es inconcuso que la antigua medicina fué nociva, y es preciso alejarnos de sus prácticas. Veía fantasmas en cada enfermedad; la más terrible de todas era el *flogístico;* para combatirlo mataba á quienes parecían tenerlo en el cuerpo, así como los inquisidores quemaban á los desgraciados presos del demonio, según ellos, para salvar sus almas.

Esas alucinaciones oficiales se trata de ahuyentar, y se demuestra prácticamente que se pueden curar las inflamaciones sin sangrar ni mercurializar á los enfermos.

Magendie fué de los primeros para declararlo y Claudio Bernard, su discípulo, lo demostró con observaciones.

La Medicina, como todas las artes sufre la influencia de su época: en los siglos de terror era terrible; en los siglos del progreso, fe y esperanza, va progresando, creyendo y esperando.

Los árabes dicen que la palabra es de plata, pero el silencio es de oro: la Escuela de Medicina de México participa de su opinión. Cuando se recuerda que en su palacio los terribles dominicanos decretaban la muerte en medio de las llamas, para quienes se atrevían á desconocer sus doc-

trinas, no es posible dejar de reconocer que ha habido progreso.

Hace dos siglos y aun menos, *La Medicina Científica* hubiera sido quemada en la plaza pública, y sus redactores con ella. Conformémonos con que los directos sucesores de la Inquisición nos concedan su desdeñoso silencio y sigamos trabajando.

No tenemos la pretensión de hacer temblar á la Escuela, ni de tomarla por asalto; la consultamos; pareció oirnos; no nos contesta; sus razones tendrá, árabes ó cristianas.

No creo que nuestros apreciables colegas cierren ó se tapen los ojos cuando nos acerquemos: se privarían de ver que los miramos siempre como á colegas dignos de nuestra estimación y cariño.

Soy de vd., señor Director, con la mayor consideración, atento y seguro servidor y amigo.

FÉNÉLON.

P. D.—Si no tenemos ninguna animadversión hacia nuestros contradictores, no podemos defendernos de gratitud hacia nuestro bondadoso y entusiasta defensor de Miahuatlán, á quien le suplicamos manifieste nuestra estimación y agradecimiento.—*Vale.*

Fin de la Polémica sobre Dosimetría.

Conclusiones hasta nueva orden.

¡Ilusiones perdidas! El anuncio de un periódico destinado á discutir la Dosimetría, resultó infundado; los deseos de los periodistas, amigos de la luz y de la verdad, quedaron sin satisfacción; sólo un médico vergonzante, que no quiso poner su nombre al pie de su carta, soltó una serie de disparates en contra de la verdad y la lógica, y se quedó tan mudo como escondido.

Por más que reproducimos, hasta tres veces, sus vacíos argumentos, no quiso volver á la lid, y el batallón que debía formar y tirotear en las columnas del bien intencionado *Partido Liberal*, se dispersó sin un sólo tiro.

Sin embargo, aquí estamos siempre para cumplir lo ofrecido: publicar sus obras y contestarles con la atención que siempre tenemos para nuestros compañeros, instruídos ó no.

El público, que esperaba poder distinguir lo racional de lo irracional en este asunto, se quedó burlado, porque la discusión no podía eternizarse ni dar provechos bajo forma de monólogo, y luego diría que: quien no oye más que una campana, no oye más que un sonido.

No es dudoso: si los enemigos de la Dosimetría tuvieran argumentos buenos que producir en su contra, los hubieran publicado en lugar de los disparates lanzados por el médico *intruso.*

Lo que se deduce de la timidez manifiesta en el campo de los dosimetrófobos, es que no tienen razón que dar por su oposición y, como los niños malcriados, no podrían decir más que: "*porque no;*" pero no son niños y son bien educados; por lo mismo no dicen nada: bien se puede llamar así el discurso del médico *intruso.*

Pasó en esto, como lo hace muy bien observar el inteligente redactor del *Monitor Republicano,* lo mismo que en la discusión sobre hipnotismo; nuestro respetable contradictor probó en ella que no lo conocía y se calló.

Pero ¿es posible, es lícito que catedráticos de una escuela justamente estimada no conozcan lo que puede servir para el progreso de la ciencia? no, ciertamente.

El público, guiado por el sentido común, saca esta lógica consecuencia: la Dosimetría es más cómoda, más prudente, más eficaz; lo dicen sus partidarios; no pueden contradecirlo sus opositores; luego será verdad y es de suponerse que la enseñarán á los jóvenes que estudian todavía en la escuela.

Unos de sus enemigos dice que no contienen nada los gránulos, y sin embargo, cuando dan lo bastante, hacen efecto. ¿Qué no será lo mismo con todo? Cuando no se come bastante, no se alimenta el que tal hace, y sin embargo, no quiere decir que sea el alimento el que no es alimenticio.

Otros, creyendo hacer más daño á la nueva doctrina, dicen que los gránulos son peligrosos; sí lo son, en manos imprudentes, como lo será lo más útil del mundo cuando sea mal aplicado; por lo mismo, hay médicos, para escoger y proporcionrlos á medios de curación; para saber lo que es bueno para el estómago, el corazón ó la cabeza, basta con las viejitas que se creen experimentadas.

De que un doctor no supo aplicar espejos para examinar enfermas del útero, no se puede sacar en consecuencia que los espejos no sirven, ó sean dañosos: estas son conclusiones tan ilógicas, como lo es la que se sacó de que un práctico, no sabiendo prescribir gránulos dosimétricos, ni su alcance se asustó porque hicieron al enfer-

mo á quien se los prescribiera más efecto de lo que esperaba; tan racional es esto como acusar al alimento, tomado en exceso, de ser causa de la indigestión, al aire, de ser causa de todas las enfermedades que produce su acción refrigerante inoportuna.

Perdonen los malos pensamientos que forzosamente nacen después de recorrer esta discusión : el hecho es inconcuso, como lo dice, justa pero severamente, el Sr. Cárlos Gris, desde Miahautlán: hay dos medicinas, la tradicional, que no es ni alopática ni homeopática, que es de pura imitación, la cual aconseja á sus discípulos hacer lo que hacen los grandes maestros de Europa, venga ó no venga á los enfermos de aquí; y la científica que obra distintamente.

Hace algunos años un joven practicante cayó enfermo de tifo, á la vez que cinco de sus compañeros practicantes, como él, en un Hospital importante de esta ciudad; fué tratado con medios sencillos, no dosimétricos, porque quien lo trataba entonces no conocía al Burggraevismo, y no más seguía las indicaciones sintomáticas con los medios imperfectos ministrados por la Farmacopea clásica. Sanó, y cuando reapareció en su servicio, el práctico, quien lo dirigía entonces, le dijo, con la ruda franqueza que lo caracterizaba, ¡qué fortuna tuvo vd ! Sus cinco compañeros, tratados, según lo prescribe Graves en su última obra, han muerto."

Es ciertamente más cómodo coger un autor, ver lo que hace en tal caso y copiar servilmente su método, que vigilar atentamente cada síntoma y medir prudentemente la ministración de medios activos, pero bien medidos : esto es arte basado sobre ciencia, y aquello es copia indigna de profesores.

La Medicina Científica, á la cual pertenece la Dosimetría, como su hija mayor, no permite ese papel de copiador, papel vergonzoso é imprudente; lo saben bien todos los prácticos. Cada país tiene sus enfermedades y su modo de desarrollarse éstas, según las razas que lo habitan, y las condiciones climatéricas propias á la región. ¿Cómo podrán servir prescripciones de Graves, hechas para ser aplicadas á los enérgicos anglo-sajones, entre los cuales las rudezas del clima hacen una selección desde la primera edad, eliminando á los débiles, mientras en estos paraísos viven y multiplican individuos que no durarían dos días en Londres?

Para ser médico, según la Escuela, basta saber leer; para ser dosímetra, se necesita amar al arte de curar, dedicarse á la justa aplicación y proporción del remedio al síntoma, tener conciencia de su propia responsabilidad; mientras el práctico, según la Escuela, se despreocupa, como lo vemos en el episodio que acabamos de referir, y dice Graves, un inglés de Londres fué quien mató á sus compañeros.

El silencio observado en la Academia de Medicina de México, después de oir observaciones de aplicaciones dosimétricas fué político; el que se observa en la prensa, después de veleidades de discusión tan rápidamente disipadas, es prudente.

Cuando no dicen nada los ortodoxos se pudiera creer que algo pudieran decir, pero cuando lanzan un disparate es difícil admitir que lo hayan preferido á un argumento racional; tienen razón: la palabra es de plata y el silencio es de oro.

Así como los saludamos, al creer que la lid se iba á llenar de caballeros, lanza en ristre, los volvemos á saludar, quedando siempre á su disposición para cuando les vuelva el entusiasmo.

FÉNÉLON.

Episodio.—Un joven práctico, amigo de la Dosimetría, estaba recetando á una enferma gránulos de arseniato de estricnina, cuando llegó otro joven práctico ortodoxo incurable, y le dice: ¿no sabe vd. lo que le sucedió al Dr. L. O. con estos gránulos? yo no los uso...... ¡Qué lógica!

VARIEDADES.

Población de la República Mexicana.

Según las últimas noticias recogidas por la Dirección general de Estadística, existen en la República 176 Distritos, 118 partidos, 28 cantones, 50 Departamentos, 112 Municipios, 2,025 Municipalidades, 681 Agencias y 55 Secciones.

Y la población antigua y moderna aparecen en el siguiente cuadro que comprende los años corridos de 1793 á 1888.

Cuadro de la población antigua y moderna.

Fechas y autoridades.			Habitantes.
1793	según	el virey Revillagigedo...............	4.483,680
1795	„	el mismo...........	5.200,000
1803	„	Humboldt	5.837,100
1808	„	el mismo............	6.500,000
1810	„	D. Fernando Navarro y Noriega................	6.122,354

1815	según	D. José Salas......	5.764,731
1824	„	Poinsett............	6.500,000
1830	„	Burkardt...........	7.996,000
1831	„	A. J. Valdés.......	6.382,284
1836	„	Noticias de los Estados.............	7.843,132
1839	„	Sociedad de Geografía y Estadística............	7.044,140
1852	„	D. Juan N. Almonte............	7.661,919
1854	„	Anales del Ministerio de Fomento.................	7.853,395
1855	„	D. M. Lerdo de Tejada................	7.661,520
1856	„	el mismo............	7.859,564
—	„	D. A. García Cubas................	8.283,088
—	„	el Sr. Orozco y Berra............	8.287,413
1862	„	D. José M. Pérez Hernández.......	8.396,524
1869	„	D. A. G. Cubas...	8.743,614
1872	„	la Secretaría de Gobernación...	9.097,056
1873	„	el Sr. Balcárcel...	8.994,724
1874	„	D. A. G. Cubas...	9.343,470
1878	„	la Secretaría de Gobernación...	9.384,193
1880	„	D. Emiliano Busto.................	9.577,279
1882	„	el Sr. Bodo Von Glümer.........	10.001,884
1888	„	la Dirección general de Estadística................	11.490,830

La población actual estimada en......... 11.490,830, cifra con que no están conformes personas que se han dedicado asiduamente que buscan los datos é informes más aproximados á la verdad, es repartida del modo siguiente:

Estados.	Población.
—	—
Jalisco.........................	1.101,709
Guanajuato.....................	1.007,116
Puebla.........................	839,464
Michoacán.....................	801,913
Oaxaca.........................	793,418
México [1]	778,969
Veracruz......................	633,369
San Luis Potosí............	546,447
Zacatecas......................	526,966
Hidalgo........................	494,212
Distrito Federal............	454,866
Guerrero.......................	332,887
Chihuahua.....................	298,073
Yucatán........................	275.506
Chiapas........................	269,710
Durango........................	265,931
Nuevo León...................	244,052
Sinaloa..........................	223,684
Querétaro......................	213,525
Coahuila........................	177,797
Tamaulipas.....................	167,777
Morelos.........................	151,540
Sonora...........................	150,391
Tlaxcala.........................	147,988
Aguascalientes...............	121,926
Tabasco..........................	114,028
Territorio de Tepic..........	102,166
Campeche.......................	91,180
Colima...........................	69,547
Baja California.............	34,668
30 divisiones políticas con habitantes.................	11.490,830

1 El Sr. D. Alfonso L. Velasco atribuye á dicho Estado una población de 798,480.

La opinión general es que la población de la República sube á más de doce millones.

Cirujanos alados.

Se ha tenido ocasión de comprobar que una becada herida se había hecho con su pico, y por medio de sus plumas, compresas muy perfectas; y que, según el caso, sabía muy bien aplicarse un emplasto sobre una llaga que sangraba, ú operar una sólida ligadura al rededor de sus miembros fracturados. Un día la muerte de una de estas aves demostró sobre una antigua herida en el tórax, largo vendaje construído con plumas finas, arrancadas de diferentes partes de su cuerpo, y sólidamente fijado sobre la herida por medio de la sangre coagulada. Otra vez, fué sobre una ala herida donde se observó un emplasto análogo, fabricado de la misma manera. En dos ocasiones se han encontrado aves que llevan en una de sus partes, ligaduras de plumas al rededor de la parte fracturada. En otros pájaros han podido también observarse estas ligaduras, pero fabricadas con una yerba seca que rodeaba las dos partes del hueso. Si los hechos referidos son exactos, puede con ellos formarse un nuevo capítulo para añadirlo al del asombroso instinto de algunos animales.

Piedras en las plantas.

Es un hecho curioso é inexplicable la existencia de cálculos en los tejidos de ciertas clases de plantas, que se supone formados de los jugos calcáreos y siliceos que

circulan por el organismo de dichas plantas. En el bambú de la India, suele encontrarse en los nudos de la caña, una piedra redonda metida en el centro del tallo. En Java y otros puntos inmediatos hay una clase de cocos que contienen una piedra llamada de coco, la que unas veces es redonda, otras afecta la forma de una pera: en cuanto el color, es de una blancura admirable, pero sin brillo; suele ser del tamaño de una cereza y de gran precio y estimación entre los habitantes de aquellos países que le atribuyen virtudes sobrenaturales y suelen usarla como adorno en las joyas que se ponen. También se encuentra una clase de piedra pequeña roja, en la granada de Java; y en la encina de Africa es muy frecuente hallar apatitas de regular tamaño.

Miscelánea Médica.

Nuevo remedio contra el crup.

Un médico norteamericano ha descubierto un nuevo remedio contra el crup.

Depositar sal de cocina sobre las partes afectadas, varias veces al día.

En la mayoría de los casos, adultos y niños, soportan muy bien esas aplicaciones de sal. Muy rara vez se observan náuseas, vómitos y accesos de tos provocados por la caída del cloruro de sodio sobre la epiglotis.

Según el médico norteamericano, la sal absorbida ejerce su acción antiséptica. La fiebre, los dolores, la tumefacción y la rojez de la mucosa disminuyen rápidamente, y las falsas membranas se desprenden con facilidad.

El coco como tenicida.

Parisi, Médico Ateniense, ha descubierto que el coco de agua que se vende por nuestras calles, posee propiedades antihelmínticas. Hallándose en Masowa en Agosto de 1886, de regreso á Grecia de su viaje por Abisinia, una mañana se comió toda la fécula que contenía un coco después de beberse el agua. Dos horas después sintió cierto malestar y opresión en el estómago, seguida de un poco de diarrea; pero al medio día se sintió enteramente bien. A la mañana siguiente, arrojó una tenia íntegra muerta.

Sospechando que el coco había obrado como tenicida, preguntó á los abisinios, residentes en Masowa si conocían aquella virtud del coco; pero la ignoraban. A su llegada á Atenas, se propuso comprobar su observación, y en efecto, en seis casos que asistió, el coco produjo el mismo efecto. En vista de este resultado, el Dr. Parisi recomienda á los profesores de medicina que ensayen el coco como tenífugo preferible á los demás, por no requerir ninguna preparación del paciente por medio de purgantes, ayunos, ajos, etc., bastando abrir un coco, beber el agua y comer la pulpa blanca en ayunas. A más tardar al día siguiente, si la tenia existe en el vientre de la persona, la arrojará muerta, y con la cabeza.

Curación de la rabia.

Dice *El Nacional* de Lima:

"En Ayacucho (ciudad del Perú), fué atacado por el mal de rabia un campesino al que había mordido un perro rabioso y salió desesperado y furioso por el monte.

El infeliz en la crisis de su mal se arrojó sobre un pencal y mordió colérico las pencas, destrozándose la boca, pero pasando el jugo, sin duda, de la planta que mordía.

Un momento de lucidez le permitió sentir algún alivio y entonces ya no con desesperación sino comprendiendo que había hallado un remedio, cogió varias hojas y las estrujó, bebiéndose en seguida el jugo.

Cuando sus deudos salieron á buscarle pensando encontrarle muerto, le hallaron salvo, lo llevaron á su casa y le hicieron apurar un poco más del jugo de la penca (*maguey* ó México por otro nombre).

Tiempo después fué acometido un hermoso perro de Terranova del mal de rabia y la dueña ordenó á su criado que lo matara: pero este que había oído hablar de la curación del campesino, echó lazo al perro, lo amarró á un árbol y le puso una gran cantidad de jugo de penca, que el animal bebió con avidez. Al día siguiente el perro estaba bueno y sano."

Curación de una muda.

Dícese que una de las últimas curaciones hechas por el Dr. Charcot, con el hipnotismo, ha sido la de una señorita muda á quien devolvió el uso de la palabra. En una primera hipnotización, le ordenó que dijese al despertar: "Tengo veinte años." Lo dijo y permaneció muda. En la segunda sesión le ordenó que conversase con el Dr. Brillón, y la paciente habló con él; pero sin poderlo hacer con ningún otro. La

tercera orden fué de que hablase cada vez que quisiese y con cualquiera. La curación es completa.

Los hongos venenosos y la plata.

Hongos bien guisados son exquisitos, constituyendo un manjar apetitoso cuando son comibles y un alimento peligrosísimo si pertenecen á especies venenosas. Una versión popular asegura que la plata ennegrece si se pone en contacto con los hongos venenosos, sucediendo otro tanto con la médula de saúco y la cebolla.

Esta aseveración, que todo el mundo refiere y que nadie se ha ocupado de verificar, origina cada año multitud de envenenamientos. M. Veuillot quiso investigar lo que había de cierto en la susodicha aseveración. Ocupándose especialmente del estudio de los hongos, dedicó una parte de su cosecha del año último, á la acción de la moneda de plata, de la médula de saúco y de la cebolla. Ensayó cuarenta especies diversas: habiendo entre ellas, veintidós comibles. Después de cocerlas con las dichas sustancias, se convenció de que la plata salía siempre más brillante, ya se tratase de las especies comibles ó de las venenosas y que el tinte que tomaban la médula de saúco ó la cebolla, no daba tampoco indicaciones útiles. Por tanto, este medio no sirve en lo absoluto.

Propiedades terapéuticas del apio.

Según una Revista inglesa, el apio es eficacísimo contra la reuma. Lo han usado de la manera siguiente: se cortan sus tallos en trozos pequeños, sometiéndolos á una cocción lenta hasta que se ablanden completamente; el agua que queda en la vasija después de esta operación la bebe el enfermo. Los trozos de apio cocido, puestos en una cacerola con un poco de harina y nuez moscada, constituyen un plato delicado que ayuda mucho á la curación del paciente.

Algunos médicos afirman es este el remedio más eficaz contra el reumatismo, y teniendo en cuenta que no tiene nada de desagradable la medicina propuesta, fácil será á los pacientes hacer un ensayo.

Influencia de la luz eléctrica sobre la vista.

M. Lubinsky, médico ruso, ha observado treinta casos de accidentes oculares en jóvenes marinos, retenidos por su servicio cerca de los aparatos eléctricos. Los síntomas de esta enfermedad, para la cual propone el nombre de *oftalmía foto-eléctrica*, son muy característicos; no se revelan sino durante el sueño, el enfermo se despierta por una abundante secreción de lágrimas, acompañada de dolores periorbitarios intensos. La fotofobia alcanza una intensidad enteramente especial. Después de un tiempo que varía de una y media á tres horas, estos fenómenos tumultuosos disminuyen, el enfermo recobra su interrumpido sueño y despierta curado al siguiente día conservando á lo más, alguna fatiga ocular, como cuando se ha leído hasta muy tarde durante la noche. El sueño es condición indispensable para la aparición de la *oftalmía foto-eléctrica;* es esto tan cierto, que si los individuos que han expuesto sus ojos á la luz eléctrica durante la mañana se entregasen al sueño después de medio día, durante esta siesta y no en la noche, aparecerían los accidentes.

Microbios del calor.

M. Miquel ha encontrado un microbio, frecuente en las aguas y en el suelo, que prospera en una temperatura superior á 70 centígrados, es decir, á un grado de calor en que las células animales son destruídas en pocos segundos; en que la mano, por ejemplo, es cruelmente quemada ó en que la albúmina del huevo y el suero de la sangre, se coagulan rápidamente.

M. Miquel ha dado á este microbio el nombre *Bacillus thermophilus.*

No es alusión.....

Mudo, grave, terco, hostil,
marchaba un asno cerril
(de esos de legua por hora)
ante la locomotora
de un tren de ferrocarril
(monstruo que abortó un problema,
del progreso fiel emblema,
que avanza raudo y ciego;
con las entrañas de fuego
y una nube por diadema).
"¡Paso!......gritaba el coloso
con aullido pavoroso";
y el rucio sin hacer caso
caminaba al mismo paso,
displicente ó desdeñoso.
"¡Aparta! ¿No me conoces?"
repetía el tren á voces;
pero el asno, con desdén,
dió el rebuzno de "¡Alto el tren!"
y......le soltó un par de coces.
Martir de la vil acción
fué le soberbio garañón;
y siempre ha de ocurrir eso
cuando ante el tren del progreso
camine la tradición.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

LA CUESTIÓN DE OPOSICIONES.

Publiqué más ha de un año, en la entrega número 8 del tomo 1º de este periódico, un artículo intitulado "Oposiciones" en el que exhibo ciertas prácticas de grave trascendencia, en algunos de los concursos verificados en nuestra Escuela Médica Nacional.

Ese artículo á poco de nacido fué vapulado impía é irracionalmente en una furibunda carta, que calzada con el pseudónimo "Un dosímetra" me dirigió en "El Tiempo" de 28 de Abril de 1888, un señor agregado asaz bilioso y quizá personalmente ofendido, de la Escuela de Medicina de México.

Reproduzco en seguida la carta citada; bueno es conservarla como un documento para la historia de las discusiones sobre doctrinas é intereses médicos en nuestro país; además, es la comprobación de que merecen ser maestros, algunos que así se intitulan porque su talento es un talento singular, como el de "El Novio de Dª Inés" dice así:

CARTA ABIERTA.

Sr. Dr. Fernando Malanco. — Su casa, Abril 24 de 1888.

"Muy estimado señor: Al comenzar el presente año empezaba también á publicarse un nuevo periódico de vd., al que modestamente intituló: *La Medicina Científica* y en cuyo artículo-prospecto después de copiar (en francés por supuesto), estas palabras de Loboulbéne, que decía eran su lema: "Libertad entera de discusión, pero sincera y cortés, que tiene por únicos límites el respeto á sí mismo y á los demás," prometía vd. solemnemente sujetarse á él, "porque," son sus propias expresiones, "en sus frases compila perfectamente, es la fórmula, la síntesis del programa que desarrollará nuestro quincenario, y que acataremos de corazón en todos los escritos que en sus columnas aparezcan"

"Más lejos y en ese mismo artículo añadía vd., haciendo alarde de extremada mesura, que hace años echábamos de menos en la *Independencia Médica*, díscola hermana de la *Medicina Científica*, que "le consta que el amor propio se subleva é irrita contra todo lo que es ó se parece á la injuria;" ofreciendo antes el mayor miramiento y cortesía al tratar de las personas. Allí, con una firmeza que debía claudicar á poco tiempo, trazaba vd. frases tan seductoras como las siguientes:

"No se saca provecho para la ciencia donde se blande el denuesto ó se prodiga la injuria".

"La *Medicina Científica*, á pesar de su carácter militante, será una publicación en que haremos prácticas todas las ideas anteriores...

"Si á alguien nombramos, será siempre con mesura y consideración .

"El objeto principal de la *Medicina Científica* es debatir y no herir, y los hechos acreditarán que ni un ápice nos separaremos de nuestro propósito......

"Nuestro periódico será campeón, núnca biógrafo, de las personalidades"....... "ni criticastro de la conducta de los médicos.

"Hoy, después de haber leído el artículo que vd. intituló "Oposiciones," pudiéramos con toda justicia exclamar con Argensola:

Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!"

Efectivamente, tres meses y medio más tarde, desvanecidos sus nobles propósitos, y sin otra causal acaso, que la falta de *material* para la imprenta, malgasta vd. su bélico ardor valientemente consagrado á defender las chocheces de Burggraeve y los confitillos de Chanteaud, en injuriar á los profesores todos de nuestra Escuela Nacional de Medicina.

Contra todos, Sr. Malanco, blandea vd. el arma de la injuria; y las pruebas son fáciles, pues bastaría reproducir sin comentar su indicado artículo.

Allí, después de hablarnos, mitad en francés ó mitad en español, de " hombres ilustres," de "restos venerables" y de "la vieja guardia," con *salpiques* de "*observan.*" *Podría siquiera*" y cuerpo "*docen-*

te" convida vd. para establecer un paralelo entre los profesores antiguos y los recientemente ingresados á la escuela, calificando á estos de "Neófitos trasfigurados como por encantamiento en Maestros; de "médicos noveles, sin iniciativa propia, sin voto peculiar, sin raciocinio," etc., etc.

Más léjos, al hablar de su entrada al magisterio, se permite vd. la libertad de decir (pero solamente de d e c i r), que "los de más allá, aunque médicos vulgares, porque supieron ser cariñosos, porque hicieron la corte á los superiores, fueron llamados con antelación, solicitados con tregua, preparados con esmero, enfurtidos en las ideas de ordenanza y empapados en prácticas y hasta en modismos magistrales, llegando al concurso abrillantados, á conquistar *no siempre con el decoro en salvo*, una aureola de maestros que les entregó la *amistad*...... etc"

Permítame vd. que le pregunte: ¿decirle á un hombre honrado que conquistó su empleo á expensas de su decoro y á otro, que no atiende á su conciencia sino á la amistad para juzgar en un concurso, no es injuriar á entrambos? Habla vd. de *votos prevenidos*, de *razón de Estado*, para hacer la apología de los antiguos y respetables maestros de la Escuela?

Verdad es que vd. exclama con *dosimétrico* candor que no es su ánimo herir á personalidad alguna........ pero á renglón seguido dice también que algunos catedráticos se burlan de la instrucción de las generaciones médicas, de la salud, del consuelo y de la vida de los enfermos. ¿Y le parece á vd., mi buen amigo, que aquello de "*los mercaderes que cambian por dinero su insuficiencia*," es una correcta galantería?

Pero esto sirve para convencerse de la absoluta ligereza con que escribió su artículo. Sepa vd que esos á quienes llama cariñosamente *mercaderes* que viven del presupuesto, son en su mayor parte catedráticos adjuntos, profesores que nada perciben como sueldo, ni están en ejercicio, pues que son adjuntos, pero que gratuitamente desempeñan las labores que les impone el reglamento, y que algunos de ellos sirven sin remuneración la cátedra de Patología interna de segundo año de medicina, con entera satisfacción de profesores y alumnos, y que esa misma humanidad á quien vd. quiere imponer el cargo de buscar dosímetras, les aprecia en todo lo que valen.

En buena hora que vd. procure propagar por medio de su periódico doctrinas terapéuticas más ó menos absurdas, pero que vd. cree verdaderas; que haga el reclamo de drogas, buenas en sí mismas, pero cuya manera de ser administradas, puede dejar tras de sí bien provistas las planchas del anfiteatro ó los expedientes del Consejo Médico-Legal, pero nunca que lastime á los médicos que profesan otras ideas, avanzando con ligereza que son incapaces de opinar con criterio propio, y que creen ciegamente lo que aprendieron en sus libros.

Yo no creo en la infalibilidad terapéutica de ninguna escuela, ni me he dejado seducir con la tierra ideal de promisión que con extático ojo mira la Dosimetría, pero jamás osaría llamar médico ignorante ó especulador de mala fe al dosímetra ó al homeópata.

Vd., discípulo "de la vieja guardia," médico periodista, "práctico que no gusta de poner en tela de juicio su personalidad," debiera enseñarnos con su ejemplo á tratar con cordura las cuestiones y con respeto las personas.

¿Porqué en vez de atacar á los jóvenes médicos que á través de largas vigilias, con fe en el trabajo, se aprestan á las luchas científicas, no galvaniza á sus vetustos prácticones para que se inscriban en los concursos sin aguardar á que el gobierno *los obligue* á firmar las nóminas, abatiendo la altura del magisterio?

Esos puestos, señor doctor, se conquistan, no se solicitan; hay algunos vacantes aún y en el próximo mes habrá ocasión de hacer lucir los "tesoros de la experiencia, el propio criterio, la doctrina robusta, el reposo lógico," etc.

Pero no hay que alarmarse, ya vd. indica á la turba de "mercaderes," es decir, á los que no aceptan la Dosimetría, la manera de rehabilitarse...... "que busquen con la conciencia endilgada por la lógica y por la clínica todos los senderos que pueden llevar (permítame vd. tomar aliento) á la *Matematicidad* de los recursos terapéuticos......" Vamos, hable vd. sin ambajes, que entren á la *Vieja guardia* por las puertas de la *Aduana Vieja*.

Una palabra antes de terminar: ¿está vigente aún aquello que reza el prospecto del quincenario de la *Matematicidad*, de que, "en caso necesario, confesaremos con franqueza nuestros errores?

Esperando que vd. se servirá convencer á *los soles del progreso* para que se inscriban en el próximo concurso, tiene la satisfacción de suscribirse como su atento amigo y S. S. Q. B. S. M.

Un Dosímetra.

Con la filípica anterior, pareció desahogada la cólera de los estigmatizados por mi indiscreción, que no por mi intención; ¿cómo no, si me habían pulverizado, aniquilando mis aseveraciones? Con llamar chocho á Burggraeve, asesina á la Dosimetría, pretensiosa á "La Medicina Científica", ligero y franco-español á mi escrito, y díscolo é inconsecuente á mi individuo, ¿no que daba *demostrado* á saciedad que cuanto yo había dicho sobre ciertos concursos en la Escuela, era falso? Los boquirrubios tenían que haber batido palmas, debieron sentirse orgullosos y satisfechos de la pericia y denuedo de su defensor; yo confuso, vencido y aturrullado tuve que callar, lamentando no saber quién fuera mi vencedor para proclamar el primero su magnífico triunfo.

Así las cosas, y cuando en mi concepto ni huella quedara del recuerdo de mi escrito, un colega médico, precisamente el que en otro tiempo con mayor crueldad combatió mis *falsos testimonios* sobre concursos, precisamente el que más interiorizado está en lo que pasa en nuestro plantel médico, para decirlo de una vez. "La Escuela de Medicina" reprodujo en sus páginas preferentes mi consabido y odiado escrito, y no sólo lo hizo suyo, sino que lo subrayó y entrecomó con el comentario siguiente:

ALGO SOBRE OPOSICIONES.

Por ser de actualidad publicamos hoy como editorial, el magnífico artículo del Dr. F. Malanco, sobre oposiciones.

Y no está por demás el que tratándose de este asunto, demos nosotros nuestra franca y humilde opinión.

" NO SOMOS PARTIDARIOS DE LAS OPOSICIONES. "

Y lo que es más curioso es que antiguamente éramos partidarios acérrimos de los concursos; pero CON LA EXPERIENCIA HEMOS SUFRIDO MUCHOS DESENGAÑOS Y Á GRITOS CANTAMOS HOY LA PALINODIA.

Los concursos se han establecido con el fin de que la Escuela de Medicina tenga profesores que hayan probado que tienen los suficientes tamaños para desempeñar el magisterio.

Pues nada de eso prueban las oposiciones, y la práctica nos ha venido demostrando que PROFESORES QUE HAN INGRESADO Á LA ESCUELA, PREVIO CONCURSO, NO SON NI SERÁN NUNCA PROFESORES.

Nadie, en la simple peroración de tres cuartos de hora, puede demostrar que es instruído y que sabe enseñar. Y sí, muchos que son instruídos y que saben enseñar pueden en un momento dado, y motivado esto por mil circunstancias, hacer una peroración defectuosa.

Esta es una de las razones por las que decimos que no sirven los concursos.

Ya seguiremos tratando este asunto otra vez."

Y como si fuese reciente mi escrito, volvió á causar nueva y esta vez viva é inesperada impresión. A cada paso veníaseme á decir que el doctor Fulano estaba ofendido porque á él quise referirme en el párrafo tal; que el doctor Zutano me prodigaba epítetos injuriosos por haberlo fotografiado en el párrafo cual; que el doctor Mengano se proponía exhibirme (sic), porque me había atrevido á ultrajar á la Escuela en su persona (la del doctor Mengano), y que el Dr. Ortodoxo heterodoxo, ó sea el suavísimo Alópato-dosímetro-homeopático, aplaudía y alentaba todas esas determinaciones.

Pero señores, respondía yo, ¿si cuanto digo es falso, cómo puedo señalar á nadie? ¿si los retratos que pinto no tienen original, cómo hay quien pueda reconocerse en ellos? Por fin, por el lado de los señores doctores que se aludieron á sí mismos, nada pasó; todo indicaba que la calma iba á restablecerse, cuando he aquí que contra lo esperable, los periódicos políticos, dándole su verdadera importancia al negocio de las oposiciones, no consintieron en dejarlo pasar desapercibido; algunos se ocuparon de él y á decir verdad con mesura y circunspección poco comunes en el estadío de la prensa médica.

El Nacional del 3 de Julio, se expresa así:

LAS OPOSICIONES.

La Escuela de Medicina, cuya competencia en todo lo que se relaciona con el ramo es innegable, en su número 7 publica un extenso artículo del Sr. Fernando Malanco, en el cual se impugna enérgicamente el sistema de concursos para proveer las cátedras en la Escuela Nacional de Medicina, sistema propuesto por varios periódicos de la capital con el apoyo de razones de conveniencia á nuestro juicio, incontestables, ni con los argumentos del Sr. Malanco, basados en la experiencia de la práctica.

Las consideraciones expuestas por el Sr. Malanco en el escrito que nos ocupa, hijas de la observación durante algunos años, no pueden ser más desconsoladoras y dignas de tomarse en cuenta. Ellas revelan un secreto que hasta hoy no había caído

bajo el dominio público. Se creía, y se cree aún, que el resultado de las oposiciones era siempre favorable al mérito, á la superioridad no puesta en duda; pero he aquí que del criterio del Sr. Malanco se deduce lo contrario.

El escritor que citamos ha observado y observa las cosas muy de cerca; hay en su modo de decir todo el aplomo de quien está en la verdad y en la lógica; parece haber estudiado la materia en los casos dados y en las personas; habla de lo que parece serle familiar, sin ningún temor, casi sin escrúpulo; sus razonamientos, á veces, toman el carácter de una censura severa, hasta cruel, cuando no el de una verdadera acusación.

Somos partidarios de las oposiciones para proveer las cátedras, no sólo en la Escuela de Medicina, sino en todos los planteles de instrucción, absolutamente en todos, porque suponemos, lo que es muy racional suponer y esperar: que en los concursos, siempre y en todas ocasiones, se aprestarán á la competencia Profesores de sabiduría indisputable, de larga práctica y de gran reputación, lo cual indudablemente alejaría del magisterio á las nulidades y á las medianías.

Esto es lo que debiera suceder, esto es lo que todos deseamos, y esto es á todas luces conveniente; pero, al sentir del Sr. Malanco, lo que pasa es muy diverso.

Las medianías disputan su puesto á las reputaciones adquiridas; las nulidades se imponen con rasgos de audacia que no siempre, que casi nunca prueban competencia.

"Y no se crea que exageramos—dice el Sr. Malanco — revísese con la mano en el pecho la lista de los actuales maestros; al lado de hombres ilustres, restos venerables de la gran Escuela de Durán, en paralelo con médicos distinguidos supérstites honrosos de la vieja guardia de Jiménez y de Lucio, á nivel de eminentes herederos de Río de la Loza y de Barreda, pululan, hormiguean médicos, algunos de claro talento, otros de vulgar instrucción, todos personalmente apreciables, pero que apenas salidos de las aulas, cuando aún está caliente su asiento en las bancas de la clase, se transfiguran como por encantamiento en maestros; que todavía neófitos se convirtieron mágicamente en pedagogos; discípulos de ayer, que no tienen, ni tener pueden, por mucho que su empeño lo procure, por mucho que su estudio lo pretenda, la experiencia que dan los años, la práctica que hace formar criterio propio y la frialdad que hace discurrir con tino y sensatez; que no pueden hablar sino de oídas de escollos que nunca encontraron, de desengaños que nunca sintieron, de reveses que nunca como protagonistas afrontaron, médicos noveles, sin iniciativa propia, sin voto peculiar, sin raciocinio suyo, cuya superioridad descansa sobre los recuerdos de sus libros, que improperan las ideas que en ellos no beben, que desdeñan las sendas por donde sus directores no pisan, que siguen por la corriente de sus guías para pasar con ellos, entre ellos y tras ellos."

Más adelante, buscando el Sr. Malanco la explicación de los triunfos de estas nulidades y de esas medianías, en los concursos, aventura estas apreciaciones.........

"Los de más allá, aunque médicos vulgares, porque supieron ser cariñosos, porque hicieron la corte como los clériguillos boquirrubios de que habla Víctor Hugo, fueron llamados con antelación, solicitados con tregua, preparados con esmero, enfurtidos en las ideas de ordenanza y empapados en prácticas y hasta en modismos magistrales, llegando al concurso abrillantados, á *conquistar*, no siempre con el decoro en salvo, una aureola de maestros que les entregó la Amistad, entre miradas de afecto, silencio de estupefacción, y votos de recompensa. Aquellos otros, por atrevidos, por haber ido buscando fortuna con el mismo bagaje del examen, con la propia maleta del quinto año profesional, con sus materias *calientitas*, por haber entrado á la prueba como quien entra al sorteo, en cuanto á la sustancia, como quien se sumerge en agua fría, en cuanto al modo, por haber apostado en albur, todo lo que entonces eran, es decir, una oscuridad, todo lo que entonces significaban, es decir, nada, todo lo que entonces valía su nombre, es decir, una incógnita, consiguieron la cátedra, como pudieron no haberla conseguido, con la seguridad que tiene el que nada arriesga; se *sacaron* la plaza como quien se saca un anillo en las tómbolas, se ciñeron el laurel á la frente, satisfechos por su ventura, ventura que lamentaron los concurrentes y permitieron trémulos los votos cuchicheados de sus jueces. Por último, aquellos otros que se observan trasfigurados y orgullosos, llegaron al sitial del Magisterio, conducidos por las brisas del mar ó alentados por el *prestigio*. Generalmente fué un viaje á Europa el autor de su Grandeza, discurso pseudo-erudito, refiriendo los progresos de la Medicina allende el Océano, entre vistos salpiques, de nombres de periódicos, de maestros y de libros, la razón de su victoria; ingresaron al Cuerpo *docente* de la Escuela como refuerzos, como adalides entre

los que se declararán sus iguales, justificados por la admiración de sus oyentes y los votos prevenidos por sus jueces."

Son estos, los preinsertos, algunos de los párrafos que, según nuestro modo de ver, constituyen un capítulo de acusación ante la conciencia pública, en contra de los jurados que califican y que conceden el laurel de la victoria en las oposiciones.

Nos resistimos á dar crédito á que tales sean los únicos títulos con que los opositores se presenten para elevarse al rango de maestros. Es posible que un nimio celo por el buen nombre de la Escuela y por el porvenir del profesorado, haya inducido al Señor Malanco á exageraciones lamentables. Ni por un momento le hacemos el agravio de suponer que se apasiona en la cuestión, aconsejado por sentimientos poco nobles; pero sí puede suceder muy fácilmente que haya error en sus juicios, error involuntario que él mismo no tendría inconveniente en confesar, si considerando las cosas con más frialdad y con más calma, llega á convencerse de que ha exagerado.

Si los concursos se verificaran bajo los entristecedores auspicios que nos describe el Sr. Malanco, seguramente que la opinión general protestaría; seguramente que sería preferible la elección más ó menos acertada del Gobierno; pero tenemos entendido, estamos obligados á creer, por el mismo decoro de la escuela, que no es ni será nunca *esa* la regla regeral. Algún caso aislado, si lo ha habido, no es razón bastante poderosa para impugnar el sistema que por sí sólo ha marcado un grado de adelanto, un progreso en pueblos que están en el apogeo de la civilización, en los que las ciencias florecen y las escuelas profesionales se distinguen.

No, las oposiciones como deben practicarse, no pueden ser *nocivas al decoro* de la escuela. Permítanos su ilustrado impugnador, que le digamos que no está en lo razonable, á nuestro humilde juicio.

El que mayor número de conocimientos posee, el que más sabe, el que mejor domina el ramo que va á enseñar, es el que con mejor éxito podrá desempeñar el magisterio. De muy poco ó de nada valdrían el método y la costumbre de dar lecciones, si el maestro no puede dar á estas, por medio de explicaciones técnicas á la vez que claras, toda la vida necesaria, indispensable, para la mejor comprensión del alumno.

Si en algún caso aislado ha podido verse que el concurso dió contraproducentes resultados, esto no es ni será nunca motivo razonable para impugnar el sistema en términos generales.

Una de las más fuertes objeciones que presenta el ilustrado escritor á que tantas veces hemos aludido, es esto: *no es el más elocuente el que más sabe* ni *es precisamente el que más sabe, el que más sabe enseñar.*

Aparte de que creemos que la elocuencia es buen agente para la trasmisión de los conocimientos del maestro al alumno, tenemos entendido que tal cualidad nunca bastará por sí sola para hacer la conciencia de los jurados, respecto de las aptitudes del concursante, en quien deberá buscarse ante todo, el perfecto—hasta donde es posible—dominio de la materia que va á enseñar.

El que más sabe será, en cualquier cátedra, el que más pueda enseñar, se entiende, á condición de cumplir estrictamente con sus deberes de maestro señalados en la ley y en los reglamentos, á condición de cumplirlos con toda conciencia y voluntad.

Cuando no se llenasen esas condiciones, habría derecho para censurar al profesor, para denunciar su falta, para destituirlo, para todo, pero, no habrá razón para afirmar que: *las oposiciones son nocivas al decoro y adelanto de la Escuela de Medicina;* y mucho menos que: *rigorizadas que fueran, sus resultados no serían más ventajosos.*

El Monitor del Pueblo del 5 del mismo mes, expone lo siguiente:

LAS OPOSICIONES.

No recibimos en esta redacción *La Escuela de Medicina;* por eso hasta ahora que lo reproduce en parte *El Nacional,* hemos tenido noticia de un artículo que el Dr. D. Fernando Malanco ha publicado en el primero de esos colegas contra el sistema de oposiciones.

Seremos breves al contestar al inteligente Doctor; ya porque la índole de nuestra publicación no se presta á mantener dilatadas polémicas, como también porque el asunto es tan claro, tan sencillo, que para dilucidarlo no hay necesidad de grandes esfuerzos.

El Sr. Malanco muéstrase enemigo de las oposiciones para proveer las cátedras de la Escuela de Medicina, y aboga por el antiguo sistema de nombramientos, y para fundar su tesis, en vehementísimo estilo pretende demostrar que el resultado de las oposiciones no siempre se debe al verdadero mérito, sino al favoritismo y al compadrazgo.

A juzgar por el cuadro que traza el en-

tendido profesor, las medianías disputan su puesto á las reputaciones adquiridas; las nulidades se imponen con rasgos de audacia y los médicos vulgares, sólo "porque "supieron ser cariñosos, porque hicieron la "corte como los cleriguillos boquirrubios "de que habla Víctor Hugo, fueron llama-"dos con antelación, solicitados con tregua, "*preparados* con esmero, enfurtidos en las "ideas de ordenanza y empapados en prác-"ticas y hasta en modismos magistrales" para que llegasen al concurso "á conquis-"tar, no siempre con el decoro en salvo, una "aureola de maestros que les entregó la "*amistad.*"

Hemos copiado textualmente lo que dice el Sr. Malanco respecto á las oposiciones, para que no se nos tache de exagerar en lo más mínimo las palabras del inteligente Doctor.

En ellas, no se podrá encontrar un cargo serio en contra de las oposiciones, ni menos justificar la adopción del sistema de nombramientos que preconiza el Sr. Malanco.

En efecto; si lo que se desea es que para cubrir las vacantes de profesores de la Escuela, se atengan sólo al positivo mérito y se deseche el favoritismo y el compadrazgo, no será el sistema de nombramientos el que produzca tales resultados.

El nombramiento, más que la oposición, se presta á las influencias de amistad, de posición, etc., y si en las oposiciones realmente pasa lo que refiere el Sr. Malanco, en las oposiciones en que es más difícil contar con la complicidad de cinco individuos, calcúlese qué será el día en que el nombramiento dependa de una sola y única personalidad, más accesible indudablemente á los halagos de la amistad, del amor propio ó de la vanidad, que pueden muy bien influir en la elección.

Si algo tienen de bueno las oposiciones, es precisamente el apartar á los sinodales de toda influencia que pudiera perturbarles en sus decisiones.

No conociendo sino hasta el último momento quiénes son los candidatos, se evita hasta la sospecha de que pudieran ponerse de acuerdo con ellos é influir en el ánimo de sus compañeros, además de lo difícil que es, como decimos, contar con la complicidad de cinco ó más individuos.

Esto por lo que respecta á los sinodales. Tocante á los candidatos, su papel es más difícil. Teniendo que disertar sobre un punto que no conocen y que el azar designa en el mismo momento de la prueba, necesariamente al presentarse al concurso tienen que poseer conocimientos vastos sobre la materia, haber hecho estudios profundos, garantizando, su mismo triunfo, el que lo consiga, que su elección es debida á sus propios méritos puestos en evidencia ante el jurado.

Por esto somos partidarios de las oposiciones y por eso no estamos de acuerdo con lo propuesto por el Dr. Malanco, que en resumen no ataca el sistema de oposiciones, sino los abusos que en ellas se cometen.

Si existen, corríjanse, es lo debido, pero no para evitar un mal se incida en uno mayor. Esto es lo que aconseja el recto juicio y la sana razón.

La Redacción.

Y *El Diario del Hogar* del 6 del repetido Julio, dice:

LAS OPOSICIONES EN LA ESCUELA NACIONAL DE MEDICINA.

El Dr. D. Fernando Malanco en un artículo publicado en la "Escuela de Medicina" se declara partidario del sistema de nombramientos para cubrir las cátedras vacantes de la Escuela Nacional de Medicina, y para apoyar su tesis dice entre otras cosas lo que sigue:

"Las medianías disputan su puesto á las reputaciones adquiridas; las nulidades se imponen con rasgos de audacia y los médicos vulgares, solo porque supieron ser cariñosos, porque hicieron la corte como los cleriguillos boquirrubios de que habla Víctor Hugo, fueron llamados con antelación, solicitados con tregua, *preparados* con esmero, enfurtidos en las ideas de ordenanza y empapados en prácticas y hasta en modismos magistrales para que llegasen al concurso á conquistar, no siempre con el decoro en salvo, una aureola de maestros que les entregó la *amistad.*"

El Monitor del Pueblo, del que tomamos lo anterior, ha combatido ya con muy buenas razones y victoriosamente, la tesis del Sr. Malanco.

Pero en lo trasncrito, existen además cargos terribilísimos, no sólo en contra del Profesorado, del Director y del régimen interior de la Escuela de Medicina, sino también en contra de la Secretaría de Justicia que abandona completamente de sus cuidados un plantel en el que se encuentra vinculado no sólo el honor de la Medicina de México, si que también el honor del gobierno y el honor del país.

Esos cargos son un proceso en toda forma para la honorabilidad de nuestra Facultad Médica y defraudan además las esperanzas de los que por medio de la cien-

cia galénica pretendían no sólo formarse un porvenir material, sino un porvenir de gloria para la patria.

"Así pues, la argumentación del Dr. Malanco, si es exacto lo que contiene, prueba lo anteriormente manifestado, pero no que el sistema de oposiciones sea inútil ó perjudicial.

"Ya sea para corregir enérgicamente los abusos que se denuncian, ya para vindicar al Cuerpo de Profesores de la Escuela mencionada, la Secretaría de Justicia debe abrir una averiguación minuciosa sobre el asunto.

"Nosotros sólo diremos, que conocemos profesores honorabilísimos que jamás se prestarían á *cohechos de amistad* ni mucho menos."

Como ha podido verse, ninguno hasta hoy dió un mentís á mis *vehementes inculpaciones;* el que más, "Un Dosímetra" se conformó con ponerme como Dios hizo al perico, saciando su sospechoso coraje sobre mi personalidad que nunca ha estado á discusión.

Y francamente, yo me alegro de que las cosas hayan tomado ese giro ¿qué haría si me obligaran rotundas negativas ó maliciosas insinuaciones á poner ejemplos de concursos viciosos y de maestros mistificados? Prefiero que me regañen y que me supongan apasionado, visionario y hasta (por estúpida que haya sido esa deducción) con el deseo de que *los opositores pasen por la Aduana Vieja.* Cada cual de los que conocen el asunto y cada quien de los increpados por su propia conciencia como intrusos en el magisterio decidirán, me conformo con que sea *in pectore* que tengo razón para MOLESTARLOS siquiera sea en nombre de la humanidad que sufre por su atrevido suficientísimo.

Pero dejemos la faz meramente personal de polémica tan trascendental; reduzcámosla á términos generales é inofensivos; es mejor y más cómodo para todos tratarla así

Yo convido á discutir caballerosamente y para bien de la instrucción médica, las proposiciones siguientes cuyo patrocinio asumo. 1ª Las oposiciones ni en conformidad con el Reglamento relativo ni con cualquiera otro por severo y riguroso que se le suponga probarán nunca, por sí solas la correspondiente aptitud para el Magisterio. 2ª Las oposiciones deben conservarse no más que como el último trámite, como la postrera prueba á que se sujeten opositores declarados idóneos por el Método Experimental. 3ª En las oposiciones no deben ser jueces los que más tarde serán compañeros en el magisterio. 4ª Los que pretendan ser maestros deberán enseñar, demostrar y corroborar su competencia en la enseñanza libre, fiscalizada á su tiempo por los que deban ser sus jueces. 5ª Los aspirantes al magisterio presentarán un programa pedagógico expresando su credo científico, su plan de enseñanza y su método para desarrollarlo; y 6ª y transitoria. Mientras los concursos no se hagan sobre estas ó semejantes bases, preferible es que el Gobierno nombre á los catedráticos á consulta de hombres peritos y probos.

Estas ideas no son nuevas en mí ni tienen qué hacer con la Dosímetría como ha creído algún sandio; las profeso desde mucho antes que conociera y por tanto amara á la Medicina Científica.

En los primeros meses del año de 1881, sostuve una polémica con *La Escuela de Medicina* y con el Dr. Adrián Segura; mis escritos y los del malogrado Dr. Segura constan en la DÍSCOLA *Independencia Medica.* De ellos voy á permitirme copiar párrafos conducentes á demostrar lo que acabo de decir.

De la pág. 332 del t. 1º Habla Malanco.

"Mis ideas sobre la materia, un poco más exigentes, son no obstante, más justas. Soy partidario de las oposiciones, aunque no como se practican en nuestra Escuela Médica.

"Esos avisos previos dados por el director á determinadas personas, para que se dispongan con mucha anterioridad á la promulgación de la convocatoria, me parecen una protección gratuita, porque significan una ventaja sobre opositores con quienes no se tuvo igual deferencia; entiendo que la Justicia y la rectitud exigen un aviso general y á igual tiempo, á todos los que puedan ó quieran pretender el honor. Así, los inscritos irán tranquilos y recibirán los fallos periciales con respeto; de otro modo, la convocatoria no será, como no ha sido de tiempo atrás, sino la fórmula justificativa de una odiosa preferencia, y la oposición, con frecuencia un mamotreto llevado hipócritamente á cabo para forzar las puertas de la Escuela.

"Pues, todavía, y permítaseme exponer todo mi pensamiento: las oposiciones hechas conforme al Reglamento actual, serían legales y en lo posible justas; pero para llegar al ideal práctico, creo que podría hacerse algo más; sería bueno, por ejemplo, que aparte de dicha prueba científica, hubiera otra pedagógica, que en circunstancias idénticas fuese la decisiva; para ser maestro, es necesario no sólo poseer la materia que se va á enseñar, sino saber enseñarla; muchos de los que se han llamado

catedráticos han sido tomadores de lecciones, y hay que convenir en que de esto á maestro hay gran distancia.

"Sería bueno, por último, que así como los presuntos presidentes de la República expiden y circulan un manifiesto de política y administración, los presuntos maestros ó más bien los pretendientes á maestros, expidieran al inscribirse á la oposición, un programa de enseñanza expresando su credo científico, su plan y método para desarrollarlo; así la juventud tendría pautado un sendero (que se procuraría fuera el mejor), por donde marchara á la ciencia; así los padres de familia y los gobernantes conocerían anticipadamente lo que del profesor que adviene pudieran esperar ó temer; así, por último, los sinodales contarían en la oposición con una prueba más de aptitud para el objeto, y su voto sería más concienzudo.

"No me tomaré el trabajo de demostrar cuánto, cuánto vale la elección de profesores para la enseñanza de los jóvenes: la historia antigua y contemporánea están allí para comprobarlo.

"Resumiendo: estoy por las oposiciones, aunque no por la manera con que hoy se practican, y estas ó semejantes ideas surgen de los párrafos por vos increpados, inteligente colega.

"Pero mientras las oposiciones no se hagan con arreglo á estricta justicia, también yo me declaro partidario de los nombramientos; siquiera hay más lealtad; siquiera vienen los favores del representante de la Nación que paga; siquiera es el poder más ó menos ilustrado, pero no la gratitud más ó menos corrompida la que hace la distinción; se ve la mano de la fuerza, pero no la de la raquítica intriga.

"Y no me refiero, no quiero referirme á casos determinados; es mi teoría, aunque no pueda ó no quiera hacer aplicaciones.

"¿Podríamos suponer, preguntais, que el director influyese en el ánimo de un jurado cuyos miembros, no se conocen (sic) *puesto que se insaculan á última hora*, cuando ya los candidatos se han inscrito?" Pero........ ¿qué os pasa, ilustrado colega? ¿habeis dirigido con la mano en el pecho tan candorosa pregunta? Si parece que hablais de Rusia ó que nuestra Escuela, nuestros hábitos y costumbres os son desconocidas. Pero os creo leal, y voy á responderos. Yo no sólo supongo, sino que sé, como saben todos los médicos, que los directores de nuestra Escuela han influído é influyen poderosamente en los jurados, pero no de esa manera tonta y vulgar que vos aparentais creer, sino de una manera casi impalpable, de esas que no dejan rastro, en conversaciones al parecer imparciales, para los candidatos é interesadas por el bien del establecimiento que dirigen; formando lo que se llama aura, al candidato elegido, abriéndole paso, quitándole estorbos, y esto con gracia, con maquiavelismo; nó os demostraré esto, porque es indemostrable, porque no hay pruebas, porque no hay huella; pero esta verdad es conocida hasta de vos mismo.

"No sería posible dar una consigna á hombres que, como los médicos todos, se respetan á sí mismos, á hombres que tienen sangre en el rostro; pero sí es posible hablarles de conveniencias, de oportunidades y de méritos; y todo esto entrecomado, con el acento de la convicción y subrayado, con los gestos de la imparcialidad: y por más que el jurado sea vario é insaculado momentos antes, ese jurado se elige entre determinado grupo de personas que con muy honrosas excepciones, está influenciado, quizá sin de ello tener conciencia, por aquel á quien tal vez no pocos, deben su ingreso al primer plantel médico del país.

"Si el jurado se formara, como alguna vez se pensó, eligiendo entre todos los médicos residentes en la capital, ciertamente veríais algo diverso y aún podría ser opuesto á lo que hoy presenciamos; habría más ó menos candidatos, que eso poco hace al objeto, pero la institución sería más justiciera."

De la página 360 del mismo tomo; habla el Dr. Segura.

"Paso por alto lo que dice mi amigo el Dr. Malanco acerca "de los avisos previos que el director de la Escuela da á determinadas personas para que se dispongan con mucha anterioridad á la promulgación de la convocatoria;" paso por alto aquello de que el susodicho director "influye poderosamente en los jurados, pero no de una manera tonta y vulgar, sino impalpable, en conversaciones al parecer imparciales para los candidatos, é interesadas por el bien del establecimiento que dirigen; formando lo que se llama aura al candidato elegido, abriéndole paso, quitándole estorbos, y esto con gracia, con maquiavelismo, de una manera indemostrable," etc.; paso por alto todas estas opiniones meramente personales, porque á fuer de positivista, sólo me ocupo de lo demostrado ó demostrable, nunca de lo impalpable é indemostrable.

"Voy á ocuparme de lo que pudiera llamarse modificaciones al reglamento actual de oposiciones propuestas por el director de "La Independencia Médica."

"Propone en primer lugar mi estimado

compañero que además de las pruebas que ahora se exigen, se exigiera otra pedagógica que en circunstancias idénticas fuese la decisiva; porque para ser maestro es necesario no sólo poseer la materia que se va á enseñar, sino saber enseñarla, y dice que muchos de los que se han llamado catedráticos han sido tomadores de lecciones, siendo de convenir en que de esto á maestro hay gran distancia.

"Convengo con las razones expuestas, pero francamente no entiendo qué significa esa *otra prueba pedagógica*. En las pruebas á que actualmente se somete á los candidatos, el jurado tiene no solamente que examinar si el candidato conoce la cuestión que por suerte le tocó resolver, sino también el método en su discurso, su facilidad y elegancia en el decir; y esto, es verdad, ya es una prueba pedagógica. Mas en fin, si por prueba pedagógica entiende el Dr. Malanco otra dificultad más que vencer, que dé por resultado probar la mayor aptitud del candidato, no tengo inconveniente en admitirla, porque todo lo que tienda á obtener mejores profesores para nuestra Escuela, es de admitirse.

"Mas no es lo mismo con el deseo iniciado por mi compañero, respecto á que los "pretendientes á maestros expidieran al inscribirse á la oposición, un programa de enseñanza, expresando su credo científico, su plan y método para desarrollarlo, porque así la juventud tendría planteado un sendero por donde marchara á la ciencia; así los padres de familia y los gobernantes conocerían anticipadamente lo que del profesor que adviene pudieran esperar ó temer, así los sinodales contarían en la oposición con una prueba más de aptitud para el objeto, y su voto sería más concienzudo.

"Esta parte del proyecto del Dr. Malanco la creo, además de inútil, contraproducente. En verdad, no comprendo qué querrá decir eso de *credo científico* en muchas cátedras, como anatomía, operaciones, partos, etc. En cuanto á que la juventud tuviera planteado un sendero que la condujese á la ciencia, sería ilusorio, porque el profesor, en uso de sus facultades, tiene el derecho de cambiar su plan de enseñanza á la hora que mejor le convenga; y hacer que un profesor siga siempre el mismo camino, es olvidar que *le monde marche* y que *tempora mutantur et nos mutamur in illis.* Exigir de un profesor un cierto *statu quo*, además de retrógado, es tiránico.

"No comprendo tampoco el papel que los padres de familia y los gobernantes puedan hacer, en una oposición en la *Escuela de Medicina.* ¿Quiere el Sr. Dr. Malanco que los padres de familia influyan con los sinodales para que estos voten al candidato que mas cuadre á sus ideas? ¿Quiere el Dr. Malanco que el Gobierno se mezcle en cuestiones de *pura ciencia* como son las que se ventilan en una oposición médica?

"Creo que en esta modificación el Sr. Malanco ha hecho lo que tantos otros innovadores, "Faire autrement que mieux faire ".

"Tiene razón el Dr. Malanco al decir que "si el jurado se formara, como alguna vez se pensó, eligiendo entre todos los médicos residentes en la capital, se vería algo diverso y aun podía ser opuesto á lo que hoy presenciamos;" tiene razón mi estimado amigo...... vendría el caos!

"Las anteriores líneas no quieren decir que las oposiciones tal cual se practican en la Escuela de Medicina, sean el bello ideal; POR DESGRACIA DISTAN MUCHO DE ÉL; y en artículos ulteriores nos ocuparemos de las condiciones que los candidatos deben llenar, al presentarse á determinado concurso. Creemos que cada cátedra exige pruebas especiales y que no es útil un reglamento general de oposiciones. — DOCTOR ADRIAN SEGURA."

De la página 364 del repetido tomo; habla Malanco.

"El Dr. Segura *pasa por alto* lo dicho por mí, relativamente á los avisos previos dados por el director de la Escuela á determinadas personas, para que se dispongan con mucha anterioridad á la promulgación de la convocatoria, así como la influencia que poderosamente ejerce el propio director en los jurados; y *pasa por alto* ambos asertos, por creerlos *opiniones meramente personales* del que esto escribe, y porque á fuer de positivista sólo se ocupa *de lo demostrado ó demostrable*, pero nunca de lo impalpable ó indemostrable.

"Habla con tal aplomo mi apreciable antagonista, que por un momento me ha dejado estupefacto y creyendo, que al usar el raciocinio que emplea, tal vez quiera encubrir en un artificio escolástico, conciso y severo, la convicción contraria que, á no dudar, abriga sobre los puntos que objeta; tócame, sin embargo, aceptar á mi adversario con sus formalidades, y voy á responderle.

"Posible aunque no sencillo, es demostrar que no son sólo mías, las opiniones que de personales se califican: podría levantarse una información testimonial, no sólo entre los iniciados en los negocios de la Escuela que han sondeado los abismos directorales, sino entre buen número de los médicos

de México, testigos mudos de las intrigas maestras de muchos de nuestros maestros, pero....... el valor civil no puede exigirse á todos, y además....... hablan con demasiada intensidad para causar silencio, en unos, intereses pecuniarios, y en otros, esperanzas lisonjeras de amparo y protección para cuando el caso llegue. El Sr. Segura, amante de la justicia, y deseoso, como lo juzgo, de hallar la verdad, puede inquirir las *opiniones* (yo llamaría las *convicciones)* de aquellos de nuestros compañeros que tienen que saber lo que pasa en la Escuela, para convencerse de que no son opiniones sólo personales mías las que así titula, por más que sea el único que haya atrevídose á patrocinarlas.

"¡*Opiniones personales mías!!* y bien, ¡ojalá, lo digo de corazón, ojalá por decoro de nuestro primer plantel médico tales fueran! mas por desgracia, para nadie es un misterio que desde el tiempo del Sr. Durán, se han acostumbrado los avisos previos, muchas veces, años antes de la convocatoria; no más que entonces no se hacía secreto del previo aviso, que casi era previa designación del director, porque aquel hombre tan probo como inteligente, en conciencia preocupado por el engrandecimiento de la Escuela de Medicina y gozando del talento singular de conocer á los hombres, ó tenía el tino de elegir candidatos de la talla de Barreda y de Navarro, ó francamente llevaba á la Escuela, prácticos de la magnitud de Muñoz y de Torres. Cuéntase que, alguna vez, se ha lamentado el Sr. Ortega de no ser tan dichoso; pero es natural, cuando no tiene la misma brújula. Los avisos previos del Director de la Escuela no pueden lucirse hoy, cuando se ve que ya no los origina el amor desinteresado al saber, sino la protección á individuos, por regla general, amadores de la dirección ó amartelados del director. En años atrás, cuando era público que el Sr. Durán andaba, permítaseme la expresión, enamorando á los médicos más notables, para incrustarlos en el plantel, causa de sus desvelos, una prueba testimonial sobre avisos previos hubiera sido sencillísima; la confesión era honrosa para avisante y avisado: hoy esa demostración sería imposible, ó cuando menos dificultosísima; sería forzoso, sujetar á ruda prueba, la caballerosa lealtad de cada uno de los llamados por escogidos, y escogidos generalmente, por...... elegidos. ¡¡Si se pudiera hacer seguir al señor director por un fonógrafo automático é invisible!! porque de otro modo, por positivista que se sea, aún personificando al ilustre discípulo de Saint Simón, ¿cómo demostrar lo pasado en conversaciones particulares, entre personas especialmente interesadas en que se ignore el negocio que trataran? y, porque la conversación se la llevó el viento; y, porque las palabras se borraron para siempre, el hecho, la designación, el aviso, ¿dejaron de existir? No quedan después más que, ó las revelaciones de una conciencia intranquila, ó un apreciador justiciero que venga á denunciar alguna vez, aunque impersonalmente, lo sucedido, para buscar el remedio. Las confidencias no pueden revelarse, que si no, yo mostraría algunas al Sr. Segura, diciéndole: tocad y creed............. entonces indudablemente, y mientras más amara á la Escuela, más se uniría á mí para sostener, que los avisos previos existieron y existen; y que, si antes y por circunstancias excepcionales fueron buenos, hoy, en los calamitosos tiempos que atravesamos, deben acabar.

"Y respecto á la influencia, poderosa, ejercida por el Director, la *pasa por alto* el Dr. Segura, porque no está demostrada, ni siquiera es demostrable. Exigente, por cierto, se muestra mi respetable amigo: qué ¿no recordará que hay verdades que no se demuestran aunque sean sencillas de probar; que hay verdades que el espíritu percibe, que el espíritu siente, sin que sea necesaria una demostración que lo obligue á apreciarlas, y que el insigne institutor del culto á la humanidad, no rehusó admitir verdades como de las que hablo? qué ¿no sabe el Dr. Segura cuántas veces uno de nuestros más diestros y afamados cirujanos fué víctima de tramas directorales, y cuánto, cuánto trabajo costó á su saber, y reconocida suficiencia, hallar un sitio que tantos *noveles* han conseguido con sólo querer? qué, ¿nunca ha oído mentar el Sr. Dr. Segura á los candidatos oficiales? Es posible, que hasta la persona del Sr. Dr. Segura no haya llegado el rumor que en la mayoría de las oposiciones, se levanta entre esa juventud inteligente, que rodea á los maestros en proyecto, nombrando con anticipación bien-remarcable al que obtendrá la cátedra codiciada? Los cursos libres apenas bosquejados, no vienen á justificar esa intuición: ¿de dónde, pues, vendrá? Estudie, á fuer de positivista el Sr. Segura, este efectó, para buscar la causa; reflexione en la relación inmediata que el Director de la Escuela tiene con el Ministro del ramo, en su valía cerca del Gobierno, que es omnipotente para los catedráticos, pues que los quita y pone á su gusto; en el influjo lógico, natural, que de allí debe venir á aquel, sobre el corro de maestros que le rodea, y con la mano en el pecho, dígame:

¿no es probable, casi seguro, que en la dirección nació ó cuando menos allí se ha arrullado la popularidad aludida?

"Apreciar sin conocer á un candidato sería imposible, y muchos hay á quienes en esas condiciones señala la *fama*, ¿quién dijo: ECCE HOMO? ¿cuál es la fuente de inspiración de los jueces, repetida por los estudiantes? que la diga la propia *fama;* ella es ocasionada por los maestros que, en su mayoría tusioristas, buscan en la conversación del Director el viento que sopla y el punto donde deben señalar............

"Hablaré ahora de las modificaciones por mí propuestas.

"Supongo que el Dr. Segura cree conmigo que no es lo mismo poseer la materia que se va á enseñar, que saber enseñarla, y supongo asimismo, que él también opina, que varios de nuestros maestros han sido sólo, tomadores de lecciones. Ahora bien, ¿cómo conocer al que sabe enseñar, al que no se concretará sólo á tomar las lecciones del texto señalado? Para mí con la prueba pedagógica y voy á explicar cuál es ésta y cómo la comprendo.

"El Sr. Dr. Segura ha estado en París y sabe, porque le consta, que hay allí cursos libres, en los que muchos profesores hacen ensayos de maestros y que los alumnos concurren á las clases, siempre á escuchar *lecciones orales* ó á *presenciar* las prácticas quirúrgicas y obstétricas. Ahora bien, las clases libres son, para mí, la piedra de toque de la aptitud profesoral; nadie ignora quién fué Moreau, el primer partero de Francia; pues á la hora de hablar no se encontraba al maestro, se le veía indeciso, vago, vulgar: mientras que Payot, discípulo de Moreau, fanatizaba, arrebataba á su auditorio; después de oír á Payot, los discípulos salen contentos, los principios obstetriciales se les han grabado con el buril de la elocuencia. Y de los cursos libres han surgido Trousseau, Jacoud y tantos profesores que engalanaran la Escuela francesa. Quién al leer cualquiera de sus lecciones no ve elegancia, fácil dicción é imaginación verdaderamente poética? ¿quién no aprende al escucharlos? Y maestros, verdaderamente maestros, salen de las clases libres á ocupar los bancos de la enseñanza oficial, después de haberse acrisolado aún, en una oposición, que es generalmente una lucha de talentos, una prueba de titanes.

"En el crisol de los cursos libres se oscurecen los ingenios de patente, se conocen los de similor y brillan y se pulimentan los de oro. Allí, no se puede sostener una reputación usurpada, porque los jueces, que en el caso lo son, los mismos estudiantes, son terribles censores de catedráticos en caricatura.

"Pues bien, esta ó semejante prueba quiero para nuestra Escuela, porque así no entrarían tantos incompetentes, tantos inutiles.

"¿Cree el Sr. Segura que en la oposición según hoy se estila, pueda tenerse buena prueba pedagógica, porque *el jurado tiene no sólo que examinar si el candidato conoce la cuestión que por suerte le tocó resolver, sino también el método y elegancia en el decir?* Pues no tiene razón el Sr. Segura. En primer lugar la oposición no siempre es oposición; en innumerables casos es exposición; se trata sólo de llenar un *requisito* para dar una cátedra. En segundo, casi nunca de la oposición como hoy se practica, puede sacarse conclusión legítima, sobre aptitud para ser maestro.

"Muchos de nuestros más diestros y afamados opositores han llevado *spischs* bien pensados y limados, que espetan, con motivo de la oposición y para llenar del acto buena parte, dejando, generalmente para el fin, responder apenas á la cuestión, por callarlos el campanillazo *importuno;* á todos los oyentes queda entonces la tarea de juzgar por sólo la *improvisación.* De persona ilustrada y muy inteligente sé, que en una oposición á que se la sujetó, verdaderamente *pro formula,* por ser de merecida y comprobada reputación como maestro, no respondió palabra alguna, conformándose con mirar con ojos extraviados á su jurado y verdaderamente en estado afásico por la emoción. Puede suceder, en fin, y es frecuente, que toque al candidato una cuestión sobre la que puede lucirse, y entonces también se produzca hasta con elegancia. En todos estos casos no puede deducirse que el candidato pueda ó no ser maestro. Pero el que sale airoso de pruebas reiteradas, frecuentísimas y siempre magistrales, el que en la enseñanza ha demostrado aptitud, ese es profesor, ese ha atravesado por la prueba verdaderamente pedagógica, ese es maestro.

"El Sr. Dr. Segura no solamente cree inútil sino contraproducente, que los pretendientes á maestros expidan al inscribirse á la oposición un programa en el que expresen su credo científico, su plan y método para desarrollarlo; no comprende qué quiere decir *eso* de credo científico, en muchas cátedras (leamos materias), como anatomía, operaciones y partos; juzga que sería ilusorio que la juventud tuviera planteado un sendero que la condujese á la ciencia, porque el profesor en uso de sus facultades

tiene el derecho de cambiar su plan de enseñanza á la hora que mejor le plazca, y porque exigir de un profesor un cierto *statu quo*, además de retrógado sería tiránico; no sabe, por último, el papel que puedan hacer los padres y los gobernantes en una oposición en la Escuela de Medicina, sin influir los primeros para que se vote al candidato que más cuadre á sus ideas, y sin mezclarse los segundos en cuestiones de pura ciencia.

"Vamos por partes, porque según entiendo no me he explicado con la claridad apetecible.

"No quise decir, pero ahora digo, que los pretendientes á maestros, de todas y cada una de las materias que se cursan en la Escuela de Medicina, deberían al inscribirse en la oposición, expedir un programa de enseñanza, expresando *su credo científico, su plan y método para desarrollarlo*, y esto aun tratándose de anatomía, de cirugía ó de partos, en sólo lo que de esas artes respecta á lo especulativo, á lo que de ellas pudiera llamarse científico. Y aunque someramente voy á demostrarlo.

"Credo científico ó profesión de fe científica, que en el caso es lo mismo, es una declaración de los principios científicos que se creen, de los sentimientos científicos que se tienen, ó mejor aún, de las causas, autores ó fuentes en ciencia. Plan (figuradamente, que es como aquí se toma) es el conjunto de un proyecto; y método es el orden que hay que seguir en un trabajo para llegar al resultado que se quiere obtener.

"El credo científico llena los vacíos, las lagunas de ciencia; viene á dar homogeneidad á los principios científicos, viene á completarlos con otros; donde algo no está demostrado, lo sustituye, siquiera con una teoría aceptable ó con la creencia, con la opinión del profesor. Si las ciencias fueran perfectas, si en las ciencias todo estuviera probado, ya que no demostrado, si en las ciencias todo fuera matemático ó cuasi matemático, inútil sería el credo científico; pero no siendo así, él precisamente, él viene á diferenciar las escuelas.

"Ahora bien, según lo dicho, la anatomía, la cirugía y la obstetricia, en lo que ellas tienen de científico (y á la anatomía, cirugía y obstetricia me refiero, por ser en ellas donde está la principal dificultad del Sr. Segura), tienen credo científico variable con la Escuela y con los profesores, y para enseñarlas puede seguirse plan y método diversos; y esto sin olvidar que el mundo marcha y que los tiempos mudan.

"Y algunos ejemplos aclararán mi pensamiento.

"En anatomía es un credo expresar voto sobre varias cuestiones como las siguientes: ¿Son inervadas las sinoviales? ¿Los vaso-motores dependen sólo del gran simpático, ó están en relación directa con la médula?

"En cirugía: ¿Debe extirparse un útero canceroso? ¿Debiera generalizarse la laparotomía, gran recurso de Pean, para combatir los tumores intra-abdominales, los vólvulus, los ileos, etc? ¿Debe amputarse, siempre que hay lesiones huesosas de importancia, con herida de los tegumentos y expuestas al aire? ¿Es lícito amputar en casos de gangrena por arteritis cuando no se ha delimitado la lesión?

"En obstetricia: ¿Es lícito provocar el aborto? ¿Es útil sostener el perineo durante la expulsión del producto? ¿El cornezuelo de centeno provoca las contracciones uterinas? ¿El forceps de Joulin es mejor que el de Levret? ¿Debe provocarse el parto en la excesiva hidropesía del amnios y en los vómitos incoercibles?

"Y en cuanto á que el plan y el método de enseñanza de la anatomía, cirujía ú obstetricia, también pueden ser muy variados, he aquí otros ejemplos: que las cátedras sean más ó menos numerosas; que sean á tal ó cual hora; que sean siempre prácticas, en turno riguroso cuando otra cosa no se pueda para los discípulos; he aquí un plan; que para facilitar el aprendizaje de cualquiera de estas artes, se comience por habituar los sentidos á distinguir tal de cual órgano, tal de cual función, para así irlos orillando á impresiones especiales y determinadas; que se haga emprender ciertos estudios como preparatorios, para que los que sigan se faciliten, á la vez que graven y regraven cada vez más los ya adquiridos; he aquí un método.

"Ya ve el Sr. Segura lo que quise decir cuando hablé de credo, plan y método, ¿no cree que tuve razón?

"Ahora bien, los gobernantes y los padres de familia, es decir, justamente los interesados, que desean que los jóvenes aprendan cuanto antes y más bien, mejor, es seguro que darían la preferencia al credo, plan y método que fueran de preferirse, según lo que sobre ellos oyeran ó averiguaran; es seguro que sabiendo, y precisamente por saber, qué pueden esperar del profesor que adviene, elegirían los primeros, en caso de terna ó de igualdad que ya se ha presentado, al que mejor programa adujese; es seguro que los últimos harían concurrir á

sus hijos cerca del que les dé, conforme á su deseo, la enseñanza mejor.

"Y lo dicho no es una mera utopía, allí tiene el Sr. Segura á su individuo como ejemplo de terna ó duda; allí la influencia que los padres de familia han ejercido cerca de un ministro con motivo de Stuart Mill. Y no se diga que no son parecidos los casos (lo que yo confieso), porque si no en los términos que esta demostración ha sido, podría hacerse por la prensa ó por cualquiera otro medio. Sobre todo, yo he dicho, y es lo que debo sostener, no que los gobernantes ni los padres de familia influyeran *ni influyan con los jóvenes para que voten á candidatos de su gusto ni que el gobierno intervenga en negocios de pura ciencia*, sino que conociendo el programa los padres de familia y los gobernantes SABRÍAN lo que del profesor que adviene pudieran *esperar ó temer*, los sinodales contarían con una prueba más para juzgar; qué ¿no se entiende la idea? qué ¿no se nota cuánto difiere de la que se me atribuye?

"¿Se mejora cada día el plán y método de enseñanza? pues es claro que sería cada vez más aceptable el catedrático; si por bueno era elegido un programa, ¿por mejor se repelería? ¿Y quién ha dicho al Sr. Segura que yo no quiero que se cambie el programa, y que establezco todo ese retroceso y tiranías que lamenta?

"Finalizaré; cuando el timón de la Escuela está entregado á merced de personas ó poco hábiles para su cometido ó que explotan sin tino su respetabilidad; cuando no es el talento sino la abnegación la que hasta allí lleva; cuando no han merecido la confianza del público médico los sucesores del Sr. Durán; tal vez no sería inconveniente, que todos los médicos que son hijos de aquel venerable plantel, volvieran por su honor, vindicando en los jurados á la aptitud y á la suficiencia. Y si el caos debe venir de que los médicos todos de México sean hábiles para juzgar, que venga; él será el representante de las iras de un derecho ultrajado, será la justicia arrojando del templo de la conciencia médica á los que dilapiden su honra.

"Vale más el caos del que surgiera el saber y la respetabilidad, que este orden, donde han naufragado ó están por desaparecer la instrucción y el talento, como vale más la revolución en un pueblo oprimido, que la paz de la tolerancia ó de las tumbas.—FERNANDO MALANCO."

Los párrafos anteriores tienen la ventaja de aclarar mis pensamientos sobre concursos, muchos de cuyos pensamientos hoy quizá pudiera mejorar.

Si se acepta la discusión que propongo, haré tema de artículos especiales cada una de las proposiciones que en esta vez he formulado; y para el caso de que algún (á) "Dosímetra" ó algún Médico Intruso acudiera al debate, le anticipo que mi persona y la suya no hacen al caso en la cuestión, que la lealtad y buena fe no excusan el rostro, y que no es apropiado concurrir con sandeces á los campos de la Lógica y de la Instrucción.

FERNANDO MALANCO.

Noticias de Europa.

Traducido de "Le Fígaro" del 6 de Julio (París).

A los pocos días después de la comunicación hecha por Mr. Brown Sequard á la Sociedad de Biología sobre los resultados de experiencias personales para demostrar la enérgica restauración que produce en el organismo debilitado la inyección de ciertos jugos, nos presentamos en casa de un fisiologista para pedirle su opinión respecto de estas novedades; nos contestó:

Personalmente, como todos los hombres de estudio verídicos, profeso la más grande veneración hacia Mr. Brown Sequard. Por lo mismo, preferiría que se abstuvieran de formalizar juicios sobre sus recientes experiencias. Este maestro ha consagrado toda su vida al trabajo, hoy tiene más de setenta años. Más valdría un silencio respetuoso que las bromas con las cuales lo molestan los periodistas.

Creímos deber, seguir el consejo discreto que se nos daba. Pero antes de ayer la misma persona autorizada en la materia, que dos semanas antes manifestaba con cortesía su incredulidad respecto de los descubrimientos que Mr. Brown Sequard había hecho sobre sí mismo, nos dirigía la carta siguiente:

"Conviene que vayan á ver al Dr. Variot, médico de los hospitales: consiguió tres éxitos sorprendentes con inyecciones del líquido consabido."

Mr. Variot, con amabilidad nos recibió; sin embargo, detenido por un sentimiento de grande consideración, confesando que no había hecho más que imitar á Mr. Brown Sequard en sus experiencias, nos dijo: que deseba tener su autorización para permitir la publicación de nuestro artículo; levantada esta dificultad, he aquí lo que nos dijo Mr. Variot:

Confieso que me sonreí cuando por pri-

mera vez oí hablar de los resultados conseguidos por Mr. Brown Sequard. Después con la meditación, cierta tendencia de mi espíritu me llevó en contra de la malevolencia general, con la cual habían recibido estas revelaciones; no tardé en tener la tentación de repetir las experiencias, y averiguar los descubrimientos de mi ilustre colega. Además, era el único modo prudente para formarse una opinión fundada relativamente á unos hechos de un interés grandísimo, presentados por un hombre del valor de Brown Sequard, por lo mismo, no podrían ser rechazados á priori. Sabía, por otra parte, que los sujetos en los cuales iba á experimentar, no correrían ningún peligro; la inocuidad del líquido empleado, habiendo sido demostrada por numerosas inyecciones practicadas en varios animales.

En mi clientela escogí como sugetos á tres hombres jornaleros, respectivamente de edad de 54, 56 y 68 años. Por diversas causas los tres estaban muy debilitados.

Mr. Variot nos describe con cuidado el estado patológico de sus enfermos en el momento de la experiencia. Ciertamente, esta descripción ocuparía aqui un lugar bien empleado; sin embargo, la omitiremos por lo técnico de las expresiones y porque muchas personas resienten positivo sufrimiento con ver pormenorizadas las inperfecciones físicas. Los que tengan más deseos de conocer tales pormenores los encontrarán minuciosamente descritos en el próximo boletín de la Sociedad de Biología.

En cada uno de mis sugetos, sigue nuestro corresponsal, intenté una primera inyección con dosis de dos jeringas de Pravaz. El resultado no se hizo esperar. Al día siguiente estos tres enfermos unánimemente declararon sentir un bienestar que hacía mucho tiempo les era desconocido. Además, desde ese día también pude cerciorarme, en todos, de que había notable alivio en las diversas perturbaciones orgánicas de las cuales sufrían anteriormente.

Esta sensación de bienestar, que en mis sugetos siguió tan inmediatamente la primera inyección, Mr. Brown Sequard no la tuvo hasta más tarde. Después de haber conversado con el de esta diferencia, creo que se debe explicar por una ligera modificación en el procedimiento del inventor.

Saben que el líquido inyectable se consigue moliendo, triturando en agua destilada tejidos vivos de conejo ó de cuyos. Así, por una cantidad determinada de esta sustancia animal, el Sr. Brown Sequard empleó de dos ó tres centímetros cúbicos de agua, yo usé para la misma cantidad diez centímetros cúbicos.

Es, según parece, porque su líquido era comparativamente al mío, menos diluído, que Mr. Brown Sequard tuvo después de su primera inyección dolores bastante violentos para retardar en él el desarrollo de la alegría señalada por mis enfermos.

Además, debo agregar, que la inyección empleada por mí no deja de causar un poco de dolor. Pero tal efecto no es especial al jugo indicado por Mr. Brown Sequard. Se puede decir que, menos con los productos capaces de anestesia local, como la cocaina, la inyección hipodérmica de cualquiera sustancia aun cuando fuera agua destilada, provoca siempre dolores.

Animado por el éxito, seguí las inyecciones dejando pasar 48 horas entre ellas. He dado así diez y seis en todo: seis á dos enfermos y cuatro al otro. La mejoría general de mis tres sugetos aumentó más todavía y las alteraciones orgánicas, que habían resistido á todo tratamiento anterior, fueron disipadas. Estos hombres, que hasta entonces vegetaban tristes, lánguidos, sin fuerza, se manifiestan hoy llenos de alegría y buen humor. Su fuerza muscular aumentó notablemente, el apetito les volvió.

No se si continuaré las experiencias; interrumpí hasta nueva órden porque la mejoría persiste: espero.

No creo que mis primeros sugetos, que son artesanos, den indicaciones respecto á la acción de la experiencia sobre el cerebro. Sin embargo, la facultad de alegrarse, la satisfacción de sentirse vivir que recobraron, provienen ciertamente de una excitación cerebral.

Al día siguiente, después de la primera inyección, el más avanzado en edad de mis enfermos, el de sesenta y ocho años, me anunció con una satisfacción mezclada con sorpresa, que en la noche había sentido manifestaciones evidentes de un estado especial, al cual ya no estaba acostumbrado. Este estado, agravándose, si es permitido expresarse así, me lo volvió á señalar repetidas veces. Otro sugeto me hizo confidencias análogas. Del tercero no sé nada. Pero según aserciones espontáneas de mis enfermos, esta mejoría particular se manifestó en dos casos sobre tres. ¿Porqué sorprenderse con esto? Si por los medios nuevos, descubiertos por Mr. Brown Sequard, que he empleado después, se puede, como las experiencias parecen manifestarlo, restaurar organismos debilitados, aumentar la fuerza muscular, calmar perturbaciones locales, aún en ciertos casos, despertar pro-

cesos psíquicos, con más razón se podrá observar frecuentemente lo que acabamos de referir.

Con el Sr. Brown Sequard pienso que nuestros jugos dan á la sangre principios capaces de aumentar la energía del sistema nervioso y de los músculos. Es una hipótesis admisible. Sin embargo, por exceso de prudencia, el Sr. Brown Sequard admite que la mayor parte de los cambios observados sobre sí mismo, después de las inyecciones, han podido producirse por la única influencia de una idea de la organización humana, es decir, por una especie de auto-sugestión. Yo mismo, en una comunicación á la Sociedad de Biología, no he creído poder sacar unas conclusiones en un sentido ó en otro, aún después de ver la concordancia de nuestras observaciones.

La única causa posible de auto-sugestión en mis enfermos, consistirá en este hecho: que para explicar el nuevo tratamiento, avisé á cada uno de los tres hombres, que les iba á inyectar un licor capaz de fortalecer. ¿Este aviso sencillo podrá en tres casos diferentes producir los efectos análogos que hemos visto? En mi interior no lo creo, añadiré que mis sugetos son ignorantes y que ciertamente no saben nada de las experiencias de Mr. Brown Sequard.

Próximamente sabré en qué fijarme; acabo de empezar nueva serie de experiencias sobre dos enfermos escogidos como los anteriores en una clase de la sociedad en la cual no se está informado sobre los adelantos de la terapéutica. Ayer precisamente avisé á estos dos sugetos que iniciaba sobre ellos un tratamiento que consistía en inyectarles un licor capaz de fortalecer. Es exactamente lo mismo que dije á los otros tres sugetos. Pues bien, en el caso actual, el licor capaz de fortalecer, según dije, no es más que agua destilada, ligeramente teñida, es decir, una sustancia neutra. Hoy he vuelto á ver á mis hombres, uno y otro me afirmaron no haber percibido ningún efecto, cuando en los primeros casos los cambios producidos por la primera inyección fueron notables.

Voy á continuar una ó dos veces con la misma agua teñida; después, sin señalar ningún cambio, inyectaré á mis dos hombres jugo orgánico. Si consigo entonces el efecto que espero, me parece que me podré declarar convencido.

Una vez eliminado el hecho de auto-sugestión, falta determinar cuál es en el jugo empleado el principio activo. Para decir verdad, hasta hoy, la inyección que hacemos es enteramente empírica.

Nuestros tegidos vivos, molidos y triturados en agua destilada, corresponden á un extracto grosero obtenido por la maceración. Con procedimientos físicos ó químicos muy sencillos, pues los albuminoides son eminentemente instables, será preciso aislar la sustancia activa; así como de algunos vegetales se separa el alcaloide.

¿Cuál será esta sustancia activa? No lo sé. Se puede por ahora suponer la existencia de un principio químico análogo á las Leucomainas que Mr. Armand Gautier ha separado, y que son producidas por el organismo en medio de los movimientos vitales.

REFLEXIONES.

Desde luego, tememos escandalizar á algunos de nuestros lectores, por haber traducido para un periódico de medicina, un artículo sacado de un diario político y literario, pero los pobres sacan su bien de donde pueden, y comenzamos por publicar lo que encontramos en la *Semain Medicale*, para dar la primera noticia del gran descubrimiento de Mr. Brown Sequard.

Tal noticia, como lo hace observar el escrito de Fígaro, no fué recibida con aplauso, y más bien como la prueba de que el justamente estimado Presidente de la Sociedad de Biología, empezaba á desvariar; pero ¿cuál es el gran descubridor á quien los sabios celosos para limitar el entendimiento humano en sus alcances no han declarado loco? la forma del globo, sobre el cual andamos errantes, ha sido negada, su movimiento lo ha sido también, todas las grandes verdades han comenzado por escandalizar á los escépticos y provocar sus burlas; pero así como los espíritus limitados protestan contra los grandes descubrimientos, las inteligencias fecundas poco se ocupan de la opinión de las estériles.

Mr. Variot, digno discípulo del gran maestro, después de reflexionar, ha venido á convencer de que, para juzgar, es necesario conocer lo que se juzga, y de que tal conocimiento no se adquiere más que por la experiencia; ha experimentado y se ha convencido.

SOCIEDAD DE BIOLOGIA.

SESION DEL DÍA 15 DE JUNIO DE 1889.

Presidencia de Mr. Brown Sequard.

DE LAS INYECCIONES DE LÍQUIDO TESTICULAR.

MR. BROWN SEQUARD. La Sociedad no ha olvidado la comunicación reciente que le hice sobre los resultados maravillosos que obtuve con la inyección en el tejido celu-

lar subcutáneo, de un líquido provenido de la trituración de testículos de animales tiernos. No volveré hoy sobre estos resultados; no podría hacer más que confirmarlos de nuevo. Pero era interesante saber si los buenos efectos de estas inyecciones persistirían después de haberlas suspendido. Para instruirme en este asunto, he dejado de inyectarme el 4 de Junio último, y sin embargo de esta suspensión, no he perdido nada hasta hoy 15 de Junio, del vigor físico é intelectual que había recobrado bajo la influencia de estas inyecciones. ¿Cuánto tiempo durará? No lo sé. Lo que hay de cierto es que acabo de hacer dos viajes sin el menor cansancio, lo que no me había sucedido hacía mucho tiempo.

Las pruebas de que la actividad de la secreción espermática y el vigor físico y psíquico, son correlativos abundan; he referido algunas en mi comunicación anterior: he aquí una más que va á hacerlos reir, pero que no por eso deja de ser real.

He sido consultado por dos hombres, que pasaban de la edad media: uno tenía cincuenta y ocho años, y el otro, sesenta y cinco, los dos se quejaban de una pérdida prematura de sus fuerzas. Poco se entregaban á los placeres venéreos. Sus órganos estaban en buen estado, les aconsejé que, una ó dos veces á la semana, se practicaran la masturbación, pero incompleta, sin provocar eyaculación, no llegando más que hasta producir algunos espasmos venéreos. Bajo la influencia de estas prácticas, estas personas estimables, uno abogado, otro notario retirado, recobraron una parte de sus fuerzas físicas é intelectuales, ¿á qué atribuir este resultado si no es á la reabsorción por el organismo de los productos de secreción de las glándulas espermáticas? Para decirlo de paso, creo que todas las glándulas del cuerpo humano secretan, además de los productos que algunas excretan, sustancias capaces de modificar y trasformar la sangre. Lo que acabo de decir de los testículos podría perfectamente aplicarse al ovario. No me sorprendería que en la mujer, la inyección de líquido producido por la trituración de los ovarios, fuera seguida por los mismos efectos que la inyección del líquido producido por la trituración de los testículos en el hombre. Pero como no podría experimentar en este sentido, se entiende, á las señoras Doctoras en Medicina, llamo la atención para que se entreguen á esta clase de pesquisas.

REFLEXIONES.

Es de suponerse que muchos de los hombres verdaderamente científicos, harán como el Dr. Variot, después de la primera sorpresa, comprenderán con la reflexión, ¡cuán importante es el descubrimiento del Dr. Brown Sequard para el progreso de la humanidad! ¿A quién no da desaliento ver á un hombre consagrar medio siglo ó más al estudio para profundizar problemas científicos, con la solución de los cuales, puede traer á la humanidad bienes incalculables, y al momento de cosechar el fruto de sus trabajos, sucumbir por haberse agotado el impulso fecundante recibido por el óvulo del cual vino?

Las experiencias del Dr. Variot traen un dato más, que se podía prever teóricamente, pero que demuestran prácticamente; los tres sugetos escogidos eran tres enfermos de distintos padecimientos; con establecer su vigor general, con reanimar el movimiento vital de un modo análogo al que determina su primer impulso, los órganos que podían acuzarse de ser la causa del malestar, á medida que la vida se restableció en el conjunto, se restablecieron también. ¿Qué dirán los organicistas?...... Se escandalizarán y acusarán al gran fisiologista de caer en la infancia senil; pero precisamente es lo que tiende á evitar con sus preciosas experiencias, y ¿cómo no se ha de considerar semejante objeto como digno de aplausos; poder prolongar la actividad de los sabios envejecidos en el estudio, aumentar el caudal intelectual de la humanidad, su facultad de progreso en proporciones incalculables?

Poder reanimar la vida lánguida, es adquirir la facultad de curar, mejor todavía, de prevenir á la mayor parte de las enfermedades; mucho tiempo ha que se ha definido la vida el conjunto de las funciones capaces de resistir á las causas de destrucción. Si tales objetos no son los más nobles, los más dignos de alabanza, no sabemos entonces qué puede hacer de mejor la ciencia por la humanidad, que disminuir los sufrimientos de la vida, hacerla más amplia, más activa, más poderosa, á la vez que más larga y más fecunda.

En qué circunstancias mejor que en estas se podrá admitir que "el fin justifica los medios." Si estos han provocado sonrisas hasta cierto punto despreciativas en algunas bocas, el resultado es de los que obligan á todos los pensadores á inclinarse delante de su importancia y á sentir una noble emulación para sacar todas las grandes consecuencias que encierra.

FÉNÉLON.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

LIBERTAD DE PROFESIONES.

Con el título que antecede, dice *El Estudio* lo que á continuación copiamos:

"El Congreso Peruano ha dado el siguiente decreto:

"Sección oficial. — Andrés A. Cáceres, Presidente Constitucional de la República. Por cuanto el Congreso ha dado la ley siguiente: — El Congreso de la República Peruana. — Considerando: Que es necesario reglamentar debidamente el ejercicio de la Medicina y de la Farmacia, á fin de evitar los abusos que se cometen con daño de la salud pública, ha dado la ley siguiente:

"Art. 1º Nadie podrá ejercer ramo alguno de la profesión médica si no obtiene el diploma respectivo de la Facultad de Medicina de Lima.

"Art. 2º Los que contravinieren á esta disposición incurrirán en las multas y penas señaladas por las leyes y reglamentos vigentes.

"Art. 3º En representación de la Facultad de Medicina, está obligado su Decano, ó en su defecto el Delegado, á reclamar ante las autoridades contra aquellos que ejerzan ilegalmente cualquier ramo de la profesión médica.

"Art. 4º Los que hagan sus estudios profesionales en la Facultad de Medicina de Lima, se sujetarán para obtener el respectivo diploma, á las prescripciones de 2 de Abril de 1887.

"Art. 5º Los que hayan obtenido diploma en cualquiera otra Universidad podrán ejercer su profesión en esta República, previa exhibición de dicho diploma, debidamente legalizado y sometiéndose además á las prescripciones del citado Reglamento, excepto los que procedan de Universidades que gocen de concesiones especiales acordadas por tratados vigentes.

"Art. 6º No será permitido abrir al servicio un establecimiento Farmacéutico ó Botica sino á los que posean el respectivo diploma de la Facultad, y previas las demás formalidades establecidas en los Reglamentos vigentes.

"Art. 7º Todo establecimiento Farmacéutico ó Botica, en la que no exista permanente un farmacéutico recibido, será clausurado por la autoridad competente, previa la solicitud del Decano de la Facultad, ó en su defecto, del Delegado.

"Art. 8º Se declaran sin efecto todas las disposiciones del citado Reglamento de 1877, que estén en oposición con la presente ley, quedando vigente en todo lo demás.

"Art. 9º El Ejecutivo dictará las disposiciones reglamentarias para el mejor cumplimiento de esta ley.

"Comuníquese al Poder Ejecutivo para que disponga lo necesario á su cumplimiento.—*Manuel Candamo*, Presidente del Senado.—*Manuel María del Valle*, Presidente de la Cámara de Diputados.—*Leonides Cárdenas*, Senador Secretario.—*Teodomiro A. Gadea*, Diputado Secretario.

"Por tanto: mando se imprima, publique y circule y se le dé el debido cumplimiento.—Dada en la casa de Gobierno de Lima, á los veintiocho días del mes de Noviembre de 1888.—*Andrés A. Cáceres.—Adolfo Villagarcía.*"

Mucho se ha dicho ya acerca de los abusos á que da lugar la libertad de profesiones, abusos que implican una dualidad criminal, bien clasificada por la Medicina legal.

El que sin conocimientos se dedica á un arte cuyas reglas y principios ignora, incurre en delito por comisión, y el que ocupa á tal individuo incurre en el mismo por omisión.

El primero, porque á trueque de las utilidades pecuniarias que puede lograr, no se cuida del mal grave que puede ocasionar.

El segundo, porque recurre á un ignorante, sabiendo que aun á los médicos titulados cuesta gran trabajo el ejercicio de su profesión, y tanto, que para afirmar más sus conocimientos y garantizar sus servicios á la sociedad, van limitando sus estudios á las diversas especialidades. Se

deja pasar la época primera de la enfermedad, muriéndose ó agravándose el enfermo y recitando *in extremis* el estribillo de siempre: "Nos dijeron que era muy bueno......"

No, señor, no descarguemos nuestras iras contra el uno ni contra el otro: para los primeros, *que son la mala fe*, está la impunidad de que gozan por no haberse reglamentado un artículo de la Constitución, gracias á una deplorable apatía que ha protegido quizá y sin quizá la enorme cifra de mortalidad.

Para los segundos........ Las sociedades todas son inexpertas bajo muchos puntos de vista, y las seduce con facilidad cualquier novedad, cualquiera palabrota, cualquier anuncio más ó menos pomposo; díganlo si no los éxitos del aceite de San Jacobo, los de los epidémicos Helmintólogos, que según una dama principal, tienen un nombre que se repite mucho en las comisarías; hasta la Cenicienta reclama con muchos colores y banderas un éxito que no hubiera obtenido si se anuncia de un modo digamos honesto.

Las sociedades en cierto modo práctico, son huérfanas y necesitan del protectorado indispensable para llevar más ó menos al cabo el objeto de su existencia, y como el principal cuidado es el de la salud, de aquí que tanto se haya dicho y repetido en contra del abuso á que se contraen estas líneas. Si el descuido en la no vacunación, que es la viruela, mata, como mata la presencia de tanto holgazán que no sabiendo trabajar se amparan en el vacío del artículo constitucional, y de ambas se tiene la misma conciencia, ¿cómo se produce una tan grande alarma respecto á lo primero, y lo segundo pasa inadvertido para el Consejo de Salubridad......?

Si se ocurriese á cualquiera de esos especuladores sin fe, sin conciencia, digámoslo de una vez, sin religión, aprovechar la alarma producida por la viruela y decir: "yo con una medicina tomada al interior evito el daño y no hay necesidad de la inoculación, y se viese á nuestras sencillas gentes ir á ser explotadas y no hacer el menor caso de la vacuna, ¿sería impasible el Consejo de Salubridad? ¿lo sería la autoridad principal......? Otro ejemplo: si á los empresarios de baños se les ocurriera decir, publicándolo con profusión, que por la noche el baño frío era espléndido en sus efectos, que estaba probado que cuando las plantas despiden oxígeno, los resultados son supremos, y á esto se agregaran corridas extraordinarias de wagones, música á las puertas de los diversos establecimientos balnearios; si como consecuencia de este desorden se viera aumentar la estadística de mortalidad, ¿permanecerían el Consejo de Salubridad y la autoridad principal impasibles......?

Hasta los farmacéuticos suburviales echan su cuarto á espadas y recetan á fuer de buenos financieros, hasta que asustados por la gravedad del enfermo, dicen hipócritamente: "ahora si vea vd. á un médico, porque la cosa está grave y yo le prescribí al principio creyendo que era sencilla."

Que la gente se alucine, que se dejen arrastrar por la novedad, por la superchería, esto es un atributo común al vulgo en todas partes; pero por lo mismo, las autoridades que comprenden esto, evitan el peligro prohibiendo todo aquello que puede seducir y hacer daño.

Nosotros felicitamos á la sociedad de Lima, á su Congreso, á sus autoridades, que iniciaron esta ley, que ojalá se hubiera promulgado ya en nuestro país. Está por encima de toda alabanza el considerando único de este decreto: *Que es necesario reglamentar debidamente el ejercicio de la Medicina y de la Farmacia, á fin de evitar abusos que se cometen con daño de la salud pública.*

Bien por el Congreso de Lima.—*S. M. P*

El Dr. García Figueroa ha replicado como sigue:

LIBERTAD DE PROFESIONES.

Cuando alguna vez hemos leído la exposición elevada por el gremio de costureras, por ejemplo, para solicitar de la autoridad la protección de su industria. no nos ha extrañado encontrar desarrolladas las más extravagantes teorías económicas, antes por el contrario, hemos acogido estas manifestaciones con la indulgencia que naturalmente inspiran todos los errores engendrados por la ignorancia y el sufrimiento de una clase numerosa; pero cuando vemos á los miembros del gremio de la medicina solicitar la protección de su industria con los pretextos vagos y mal definidos de *bien general, salubridad pública*, etc., etc.; cuando esta clase privilegiada por tantos años y reinando bajo las más aristocráticas formas con que puede ostentarse un gremio en la sociedad, se presenta todavía abogando por el privilegio y el monopolio, no podemos menos que recordar que estamos en las Américas, para oponernos con todas nuestras

fuerzas contra estos signos de decadencia y decrepitud que se manifiestan á cada paso entre nosotros.

Los industriales por su miseria no están obligados á morirse de hambre gastando su tiempo en aprender economía política; pero los médicos por su posición social y antecedentes literarios están en el deber de no tratar cuestión alguna fuera del terreno científico.

En el número 5 del periódico médico *El Estudio* hemos visto publicado bajo el irónico título de "Libertad de profesiones," un decreto del Congreso Peruano que prohibe el ejercicio de la medicina y la farmacia á todos los que no tengan diploma de la Facultad de Medicina de Lima. El tal decreto, digno de los felices tiempos de Cárlos IV y Fernando VII, ha sido recibido con palmas en la redacción del citado periódico, y publicado en el lugar de honor como una manifestación de su credo sobre la materia; este decreto, según parece, se publica como para que el pueblo mexicano aprenda á gobernarse y nuestros gobernantes aprendan á saber dónde les aprieta el zapato. Por fortuna nuestros Congresos no se componen de médicos.

Como era de suponerse, no falta al consabido decreto un comentario de la redacción, confeccionado con todos los lugares comunes que sobre la materia se han dicho y se repiten; hecho muy grave tratándose de la redacción de un periódico que se dice órgano del *Instituto Médico Nacional.* La cuestión de libertad de profesiones no es una cuestión platónica, ni el platonismo es permitido á las sociedades científicas: así pues, la libertad de profesiones, siendo uno de los puntos que comprende la constitución de las sociedades modernas, debe ser considerada desde el punto de vista de los grandes principios que presiden á su organización, sometida al crisol de la experiencia y deducida de las leyes inquebrantables de la naturaleza humana. Todo lo que no sea esto, es palabrería capaz de desacreditar no ya á un periódico científico, sino al más vergonzante de los periódicos populares.

Los considerandos humanitarios huelgan en la discusión, ellos son armas de dos filos esgrimidas con el mismo denuedo por todos los interesados, desde la vieja curandera más recalcitrante, hasta la más encumbrada eminencia, de cualquiera de los sistemas médicos en boga. La humanidad doliente ha sido la mina inagotable de todos los especuladores en drogas; así pues, nos permitirán los apreciables colegas del *Estudio* que suprimamos los sentimientos humanitarios, y que consideremos á esta doliente humanidad sencillamente como *consumidora,* y á los médicos y farmacéuticos de todos los sistemas y escuelas como *gremios en competencia.* Planteado el problema de este modo, nos habremos colocado á la altura á que nos obligan nuestros respectivos títulos profesionales.

Uno de nuestros eminentes hombres de Estado, ha dicho: "Cuando se pretenden en la sociedad cosas contradictorias, la libertad es el más seguro remedio; sobre todo, cuando esta libertad se ve apoyada *por la ciencia* y por nuestras leyes fundamentales."

Es un hecho digno de observación que la necesidad que un gremio tiene de protección oficial, está en razón inversa de sus medios de acción y de la solidez de sus fundamentos. Las religiones son las que en primera línea han necesitado de alianza con los Césares y sus demostraciones acompañadas de la cimitarra de Mahoma, ó las hogueras de Pedro Arbués han sido eficacísimas para conquistar á sus respectivas Iglesias una buena parte de la humanidad, por eso el vulgo que tiene una sagacidad sorprendente para la percepción de las analogías, ha dado desde bien lejanos tiempos, en denominar á la medicina "sacerdocio, y sacerdotes" á los médicos, comprendiendo indudablemente bajo tales términos, las pretensiones de estos últimos al privilegio, pretensiones que siempre caracterizaron á las castas sacerdotales.

Pero se trata de averiguar si un decreto confeccionado al gusto de los estimables redactores de "El Estudio" no sería un valladar, un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas sociales; nosotros, especialmente tratándose de la medicina, no vacilamos en opinar por la afirmativa. La medicina no es el resultado de la experiencia de las academias, de las escuelas ó de los profesores, es el resultado de la experiencia de todos y cada uno de los individuos que componen la sociedad; el "Instituto Médico Nacional" no podría desarrollar su programa si los indios se negasen á divulgar sus secretos, y si el público en general no le prestase el apoyo de sus testimonios y sin embargo, el órgano de este Instituto es el primero en iniciar el privilegio para la explotación de una experiencia que no pertenece en propiedad á ninguno de los profesores que lo componen.

Las enfermedades y su curación son acontecimientos que pertenecen exclusivamente al orden de la vida privada, y entendemos por vida privada, aquella serie de actos personales ó colectivos que no es-

tán ni pueden estar, más que bajo la jurisdicción de un jefe de familia. Sería curioso un decreto del Congreso que ordenase los purgantes en los casos de indigestión, los emanagogos en los de menstruación difícil etc., etc., pero hablando con seriedad en los repetidísimos casos en que todo un cuerpo de facultativos titulados declara en junta la incurabilidad de un enfermo ¿qué ley sin ser absurda ó ridículamente despótica, pudiera impedir á la angustiada madre, por ejemplo, acudir á los curanderos? ¿con qué derecho pudiéramos prohibir á esta desdichada abandonada de los sabios que ve en ella un peligro para su reputación, el recurso de interrogar á la experiencia popular? cada madre de familia es una curandera dispuesta á atropellar la ley sobre todos los dogmatísimos científicos, así pues, la *demanda* de homeópatas, dosímetras y empíricos, es la mejor demostración que pudiera exhibirse en favor del libre ejercicio de la medicina y la prueba más palpitante de los inmensos vacíos que se observan en el arte de curar clásico. De todo esto se desprende: que una ley que prohibiese el libre ejercicio de la medicina no sería una ley contra los curanderos, sino contra la parte de la sociedad que los necesita, de modo que, aun admitiendo ventajas teóricas á la prohibición, la ley no podría convertirlas en prácticas, y sólo sería para dar una nueva forma al contrabando, quedando las cosas como si la susodicha ley no existiese.

Los fundamentos constitucionales están todos de nuestra parte: nos bastará para demostrarlo con remitir á nuestros lectores á las profundas consideraciones filosóficas, científicas y sociales que precedieron á la formación de nuestro Código fundamental. Los artículos 3º y 4º de la Constitución son corolarios científicos, y si es verdad que ellos dicen que la ley reglamentará qué profesiones necesitan de título, también lo es que por confesión de los mismos constituyentes, estas excepciones se hicieron en obsequio de la rutina y de nuestros antiguos resabios.

Hay un hecho muy elocuente de que la observación pudiera sacar consecuencias positivas: todos los Congresos de la Nación que han sucedido al de 57 han guardado profundo silencio é inacción para reglamentar el ejercicio de las profesiones ¿será por apatía de los diputados? pero las fórmulas de estos decretos serían de muy fácil confección, bastaría simplemente copiar el decreto peruano tan aplaudido por "El Estudio" ó cualquiera otra de las fórmulas positivas de la Iglesia con sustitución de nombres.

Los Congresos no han legislado sobre la materia, porque al pretenderlo, han tropezado con una serie numerosa de *principios*, de *derechos* y *conveniencias* que han sido insuperable obstáculo para obsequiar las pretensiones y las influencias de los médicos.

Pero interroguemos á la experiencia: nada dice ésta que pudiera favorecer las apreciaciones de "El Estudio". La afirmación de que la *mortalidad* aumenta por el curanderismo, es una afirmación gratuita, enteramente desprovista de pruebas y por tanto no es bastante *científica* para que "El Estudio" le concediese el honor de prohibirla en sus columnas. La *Estadística* hecha de una manera enérgica y cruel contra la historia de la Medicina galénica, ella ha bastado para suprimir tantas doctrinas homicidas, como en la dicha escuela han reinado con todo el vigor y prestigio que dan los elementos oficiales de que ha disfrutado ¿dónde están las cifras que exigen la supresión de los curanderos y la indispensable patentación de los médicos? El curanderismo es contemporáneo de la humanidad, de él han surgido la medicina y los médicos; si, pues, hemos de colocarlo entre los factores de la mortalidad, las consecuencias son bien fáciles de deducción.

Pero hay otro aspecto bajo el que puede considerarse la cuestión: ¿el libre ejercicio de la medicina es un obstáculo á los progresos de la verdadera ciencia y del verdadero talento? de ningún modo. Sólo las medicinas tienden á ampararse con la protección oficial. Pasteur vive sin cuidado con los homeópatas, dosímetras y empíricos y, cosa notable! los atiende con serenidad en sus investigaciones; el curanderismo no ha sido un obstáculo para que nuestros Lavista y Liceaga conquisten el renombre de grandes cirujanos, y por último, no recordamos á los Jiménez, Lucio, Escobedo, etc., por el título que poseyeron, sino por el genio y sabiduría con que practicaron su profesión ¿será preciso que citemos á todos los hombres que han sido grandes y sabios fuera de la patentación oficial?

Los títulos oficiales, preciso es decirlo con el rigor de una observación concienzuda, suelen ser la salvaguardia de la ignorancia y la impericia, son como los títulos de la nobleza, un peligro para la sociedad, por lo malo que detrás de ellos puede ocultarse.

Los redactores de "El Estudio" pretenden colocar, con un decreto peruano, al médico entre el escribano y el clérigo, es de-

cir, hacer de él una especie de funcionario público destinado á legalizar *in extremis* las catástrofes domésticas; papel contra el que protestamos enérgicamente en la parte que como médico nos toca.

AGUSTIN GARCIA FIGUEROA.

¿La Dosimetría importa un progreso en Medicina?

Trabajo leido por su autor ante la "Sociedad Médica Pedro Escobedo," en la sesión ordinaria del día 16 de Enero de 1886.

Hace algunos años que me fué dada á conocer la palabra Dosimetría, como indicando una nueva manera de administrar las sustancias medicamentosas, y aunque desde entonces traté de obtener detalles sobre el asunto no pude conseguirlos, pues se me hablaba de un modo tan vago y tan confuso cuando interrogaba, que quedé en la ignorancia casi absoluta de la importancia y significación que pudiera tener el nuevo método.

No llegaban tampoco á mis manos algunos libros que de él trataran; y como no veía en la práctica de los médicos algo diferente de lo conocido y de lo usual, iba borrándose de mi memoria la palabra *Dosimetría;* mas como la doctrina dosimétrica ha subsistido, propagándose rápidamente, sobre todo en España y en el resto de Europa, y se han fundado periódicos que la hagan conocer y la sostienen, era muy natural que tuviera yo ocasión de conocer por fin lo que es Dosimetría; y en efecto, he recibido desde el año pasado, aunque con alguna irregularidad, la *Revista de Medicina Dosimétrica* que se publica en Madrid, con que se ha servido obsequiarme gratuitamente su Director, con el objeto indudable de conquistar adeptos al método que tan calurosamente defiende.

La lectura de los diferentes artículos que he tenido á la vista y que apoyan la nueva doctrina, las relaciones clínicas publicadas que vienen á favorecerla, dando cuenta de los resultados obtenidos; la buena acogida que ha encontrado entre multitud de médicos españoles, que se han inscrito ya entre sus partidarios, y la noticia de que algunos médicos mexicanos bien conocidos, la practican, han llamado mi atención y han conmovido algunas de mis creencias científicas, algo vacilantes ya por las decepciones frecuentes con que nos abruma á todos los médicos la difícil y espinosa práctica de la profesión. Así es que he procurado enterarme lo mejor posible de los principios fundamentales del nuevo método, estudiándolos algo detenidamente, para adoptarlos si los encontraba conformes con la razón y la experiencia, ó desecharlos en el caso contrario. Voy á exponerlos, pues, y á emitir sobre ellos mi opinión humilde que, valiendo nada en sí, puede provocar discusiones provechosas y trascendentales; permitiéndome antes hacer una ligera reseña histórica del método en cuestión.

En el año de 1855, el Sr. Everard presentó una memoria á la Real Academia de Medicina de Bélgica, en que daba á conocer el tratamiento atomístico que el Dr. Mandt usaba en el cólera asiático con bastante éxito y en las fiebres perniciosas, que diezmaban el regimiento de Guardias del Emperador Nicolás de Rusia, y para las que habían sido ensayados muchísimos medios sin resultado alguno; viendo entonces el Dr. Mandt la ineficacia de sus esfuerzos, hizo tomar á cada enfermo la quinina y la nuez vómica á dosis muy pequeñas ($\frac{1}{20}$ de grano) y repetidas cada media hora, logrando así la desaparición de una enfermedad que antes no había cedido á la acción de dosis comunes de quinina y otros febrífugos. Recogidos estos hechos por el espíritu observador del Dr. Burggraeve, le hicieron concebir la idea de emplear las pequeñas dosis en terapéutica, teniendo al mismo tiempo el feliz pensamiento de simplificar las sustancias administradas. Dió á su método el nombre de atomístico; pero siendo fácil mal interpretar esta palabra y tomarla como un disfraz de la homeopatía, se cambió por el de dosimétrico, por indicaciones del farmacéutico Sr. Chanteaud, encargado de preparar y dosificar las sustancias que bajo forma de gránulos se usan en dicho método. El estudio y la observación clínica fueron dando valor á las ideas que concibiera Burggraeve y lo llevaron á formular reglas que deben considerarse como los esenciales elementos de su método, y las que indudablemente lo constituyen. Veamos cuáles son:

1ª Usar de las sustancias que tengan una acción fisiológica bien conocida y que sólo á ellas pueda atribuirse.

2ª Dosificarlas exactamente para saber las cantidades que se administran.

3ª Una vez empleadas, es necesario seguirlas dando "hasta obtener el efecto terapéutico ó curativo, y esto á intervalos tanto más aproximados cuanto que la en-

fermedad ponga más rapidez en recorrer su período dinámico ó vital; es decir, que á las enfermedades agudas es necesario oponer un tratamiento agudo, y á las crónicas un tratamiento crónico."

4ª Llenar la indicación causal ó "dominante" y las indicaciones sintomáticas ó "variantes."

Analicemos, aunque sea someramente, estas reglas. La 1ª no cabe duda que es del todo racional, y la prudencia y el buen sentido así lo exigen. Sabemos, por ejemplo, que el beleño debe sus principales propiedades al alcaloide que es su principio activo y que se llama hyosciamina; pues estudiemos la acción fisiológica y terapéutica de esta última, y una vez conocida, no volvamos á emplear sino el alcaloide cuyos efectos son ciertos y los únicos que se buscan en el beleño. Este no los daría siempre iguales, pues el estado de frescura ó sequedad de la planta, el tiempo en que se la cortó, etc., son motivos que hacen variar notablemente la cantidad de hyosciamina que contiene, y en consecuencia, no puede saberse con certeza la que se propina á un individuo cuando se le hace tomar el polvo de las hojas ó el extracto de beleño. Lo mismo debe decirse de la digital, la belladona, el acónito, etc., y con más razón del opio, ese jugo del *papaver somníferum* que encierra varios alcaloides con diversas propiedades. Es por tanto racional el uso de los alcaloides y de las sustancias de composición bien definida, cuyos efectos son conocidos á dosis determinadas, pudiéndose por esto mismo manejarse con más seguridad y confianza.

La 2ª regla es una consecuencia de la anterior: obtenida una sustancia medicamentosa, dividirla en porciones exactamente iguales, para saber la cantidad que se administra. Sería ocioso demostrar la necesidad que hay de conocer la dosis que se usa.

La 3ª regla es ya peculiar de la Dosimetría que, mostrando un valor y un atrevimiento inauditos, ha enseñado la tolerancia que llega á adquirir el organismo humano cuando se halla bajo la influencia de algún estado patológico. Es cierto que esta tolerancia ya era conocida, y por todos se sabía que cuando se padece un dolor, se llega á hacer tomar al paciente cantidades de opio que en el estado fisiológico serían quizá excesivas y producirían efectos nocivos; pero no obstante este conocimiento, la prudencia ó el temor limitaban siempre las dosis de las sustancias peligrosas de administrar, y por esto es que se han fijado las dosis máxima y mínima de cada una, y todos los autores de terapéutica señalan como conducta imprudente y arriesgada el sobrepasar la máxima. La Dosimetría no se ha preocupado de estos mandatos y sabiendo qué efecto produce una sustancia conocida que se administra, la prescribe, cuando se presenta la indicación de usarla, á dosis pequeñas y repetidas hasta obtener el efecto que de ella debe esperarse, ya sea que se obtenga con la primera ó con la segunda dosis, sin atender á la cantidad empleada sino al efecto producido; así, por ejemplo, la aconitina y la veratrina tienen la propiedad de abatir la temperatura; pues conocida ya esta acción, están indicadas en la fiebre, y hasta que aquella se manifieste por el abatimiento térmico no deberá suspenderse su empleo; el Dr. Bremond refiere que en una pneumonía en un joven de 16 años, tuvo que dar hasta 48 gránulos de aconitina para obtener la resolución de los fenómenos pneumónicos. Según la expresión gráfica de los dosímetras "el último grano produce el efecto deseado, como la última gota de agua hace derramar el vaso." Es verdad que hay que tener siempre en cuenta la idiosincrasia individual y la tolerancia que las enfermedades producen; y por esto es que se procede á la administración de los alcaloides á dosis bien pequeñas y repetidas, á intervalos regulares, que van obrando de una manera gradual, evitándose así todo el peligro que se pudiera ocasionar si se diera de golpe una dosis más elevada. Si se reflexiona bien en este procedimiento de administración de los alcaloides y otras sustancias medicamentosas, se encuentra desde luego manifiesta la necesidad de establecer de una manera precisa las indicaciones que deben llenarse en un estado patológico cualquiera, y de conocer perfectamente la acción farmacodinámica de las sustancias, para de este modo aplicarlas con oportunidad y satisfacer prontamente la indicación que las reclama; es decir, que se tienen que observar con todo rigor los preceptos de la terapéutica; pero con esta gran ventaja, que á las antiguas preparaciones farmacéuticas de polvos de hojas, de raíces, de extractos, etc., de multitud de plantas, y cuyos efectos terapéuticos son complexos y nunca iguales rigurosamente, se sustituyen sustancias más simples, de más fácil dosificación y de efectos siempre los mismos, resultados á que se ha aspirado hace ya tiempo y cuya realización ha logrado la Dosimetría; de aquí que deba considerársela como un progreso en terapéutica, pues emplea medicamentos que poseen una acción

cierta y rápida, y bajo una forma agradable, cumpliendo el precepto de Celso "*tuto, cito, jucunde.*" Conociendo ya esta rapidez y seguridad de acción es racional querer aprovecharla y oponerla á la morbígena, según la violencia é intensidad con que ésta vaya obrando; y de aquí el precepto de emplear tratamiento agudo para las enfermedades agudas, y crónico para las crónicas. Yo creo esto conforme con la razón, pues debe proporcionarse siempre la resistencia al ataque, sin lo cual la primera sería infructuosa.

Pasando ahora á la última regla, "llenar la indicación causal ó dominante y las sintomáticas ó variantes," tenemos que convenir en la necesidad de ella. No de otro modo han obrado siempre los médicos, tratando de combatir directamente la causa de las enfermedades cuando es posible, y de hacer desaparecer ó disminuir cuando menos algunos síntomas que por sí solos constituyen un peligro que amenaza la vida del enfermo ó que lo privan del reposo, del sueño y de la tranquilidad por los sufrimientos que le ocasionan.

Tales son los principios en que se funda el método dosimétrico. No solamente son racionales, sino que los apoya la experiencia, ó más bien, han sido derivados de ella y de la observación. Ésta le sugirió al Dr. Burggraeve la idea de que la fiebre llamada traumática, consecutiva á una operación, no es un fenómeno fatal, no es indispensable que sobrevenga, pues que muchas veces no aparece; así es que tratar de reprimirla, si se presenta, no es una pretensión irracional y aun es loable la conducta del cirujano que trata de evitar este mal á su operado. La aconitina, la veratrina, la digitalina, etc., teniendo la propiedad de abatir la temperatura, estaban naturalmente indicadas en el caso de la fiebre traumática, y, en efecto, empleadas por el Dr. Burggraeve le dieron los resultados que esperaba; la fiebre desaparecía, y aun pudo prevenirla, por la administración oportuna de los éxito-motores que se oponían á la parálisis vascular que origina la fiebre. Ahora bien, como dicha parálisis es un hecho que se manifiesta en todas las fiebres, ya sean de las llamadas esenciales, ó bien de las precursoras de una flegmasía, pensó en oponerles los mismos medios, dando resultados tales que le condujeron á buscar en todos los casos la *yugulación* de las enfermedades agudas; y siguiendo por la vía experimental, llegó á ir formulando las reglas todas que forman hoy su método. Y es tal la convicción que tiene de la posibilidad de *yugular* las enfermedades en sus principios, que ha exclamado: "Desearíamos que el principio de la *yugulación* tuviese fuerza de ley, á fin de que comprometiese la responsabilidad del médico."

Se ve, pues, la importancia que le da, y es por lo mismo preciso que nos detengamos en tan interesante cuestión. La filosofía, indispensable á todos los conocimientos humanos, ha influído demasiado en la marcha y progresos de la Medicina, haciendo surgir diferentes doctrinas que, bajo los nombres de materialismo, humorismo, solidismo, vitalismo, organicismo, etc., se han disputado el triunfo, pretendiendo cada una ser la depositaria de la verdad, y han llevado al terreno de la práctica las ideas que las constituyen, con más ó menos éxito. Si por una parte esto ha producido á veces grandes males, por la otra ha permitido que la observación y la experiencia hayan hecho justicia de la mayor parte de esas doctrinas, y que en los tiempos modernos queden dos tan sólo frente á frente, pugnando por la victoria: la doctrina vitalista y la organicista, que tienen el defecto de ser demasiado exclusivas, y no pueden, en consecuencia, dar una explicación satisfactoria de todos los hechos que la naturaleza humana ofrece al filósofo observador, al médico que trata de inquirir las causas íntimas que provocan las alteraciónes dinámicas y funcionales del organismo del hombre. Y como la verdadera sabiduría aconseja no atenerse á sistemas ni aferrarse en ideas preconcebidas, sino tomar todo lo bueno y lo cierto, vengan de donde vinieren, el eclecticismo ha amalgamado las dos doctrinas formando la órgano-vitalista, á cuya defensa concurren la razón, los hechos y la experimentación científica, doctrina que debe tener por partidarios á todos los médicos que no vean en el hombre sólo un cuerpo material, sino un ser dotado también de atributos que no se derivan de la materia. Con mucha justicia dice, pues, Bouchut, que, "toda doctrina de la vida que no se apoya sino sobre uno de los elementos de la naturaleza del hombre, si es cierta por uno de sus lados, es necesariamente falsa por lo que le falta en los otros.

"A fuerza de no querer tener cuenta, los unos más que del alma encargada á la vez de las funciones morales y de las operaciones materiales de la vida, los otros más que de la naturaleza, del pneuma, de la arquea, de la sensibilidad general, del principio vital, etc., los otros, en fin, más que de los órganos y de sus propiedades, los médicos no han edificado sino sistemas

sin valor y sin duración, colocando al observador delante de un hombre de fantasía que no es el de la naturaleza. No hay verdadera doctrina médica sino la que tiene cuenta de los tres elementos constitutivos del hombre: el alma, el agente vital, y la organización con sus propiedades de tejido."

Aceptada, pues, esta doctrina, deben considerarse las enfermedades no sólo bajo el punto de vista material y dependiendo siempre de alteraciones somáticas, sino también bajo el punto de vista dinámico ó vital. En las afecciones febriles agudas tenemos un ejemplo notable y bien interesante: en el tifo, la fiebre amarilla, la remitente, etc., el aumento de temperatura es el síntoma esencial que no explica ninguna alteración orgánica, puesto que ésta viene á ser consecutiva; por el contrario, en una amigdalitis apirética al principio, la fiebre puede desarrollarse dos ó tres días después de su aparición, y la relación de causa á efecto es indiscutible. Pero de todos modos, tanto en la fiebre esencial como en la flegmásica, en el tifo, en la fiebre remitente ó en la amigdalitis, la causa de la elevación de la temperatura es una misma, ya sean microbios introducidos al organismo, ya sea la materia pyrógena desprendida del órgano inflamado, pues todo va á conmover la impresibilidad orgánica que responde por una acción refleja evidente: la fiebre. Ésta, en efecto, no es en último resultado sino la consecuencia de un acto vital que produce la parálisis momentánea del nervio gran simpático que, teniendo bajo su dependencia el gobierno de la circulación sanguínea, trae la hyposténia general de los capilares determinando así la frecuencia de los movimientos del corazón y la elevación de la temperatura. Claudio Bernard ha demostrado experimentalmente que, en efecto, el gran simpático es un nervio vaso-motor que tiene bajo su dominio las modificaciones vasculares haciendo que unas veces se contraigan y otras se dilaten los tubos sanguíneos (nervios vaso-constrictores ó nervios vaso-dilatadores) por influencias que la mayor parte son del orden reflejo; estas variaciones en el calibre de los vasos tienen por efecto variaciones análogas y proporcionales en los fenómenos de calorificación, y de los estudios que se han hecho se ha concluído que "la fiebre es debida esencialmente á las perturbaciones vaso-motrices que modifican la producción ó la regularización del calor; resultado de una acción exagerada de los nervios vaso-dilatadores, que son al mismo tiempo caloríficos, mientras que los vaso-constrictores son frigoríficos." (Cl. Bernard.—Küss, Fisiología.)

Las causas de la fiebre son numerosas: las impresiones morales fuertes, las pasiones, las bebidas excitantes, los miasmas, efluvios y virus que quizá deban hoy reunirse en la denominación común de microbios patógenos; las flegmasías agudas, etc., y todas estas causas engendran la fiebre por el mismo mecanismo, por el intermedio obligado de la inervación vascular que procede del simpático.

Dado este mecanismo, el problema de la *yugulación* de las enfermedades se presenta de un modo sencillo y concebible, sabiendo qué elementos hay que combatir para oponerse á la continuación del mal y detener su marcha. Quizá por falta de esta concepción clara de los hechos habían fracasado hasta aquí las tentativas puestas en práctica, pues hemos visto á Bouillaud no tener éxito con sus sangrías repetidas para *yugular* la pneumonía, ni alcanzarlo tampoco Rasori con el tártaro emético. Burggraeve dice, que para obtener la *yugulación* es preciso obrar desde el principio, cuando la enfermedad no ha pasado de su período dinámico ó vital y no ha causado alteraciones orgánicas consecutivas; y los medios de que se vale son los medicamentos éxcito-motores, á cuya cabeza está la estricnina, y los antipiréticos ó defervescentes como la digitalina, la aconitina y la veratrina. De esta manera se incita con los primeros al gran simpático á resistir á las causas que lo han paralizado y los vasos cesan en su dilatación, cesando al mismo tiempo las perturbaciones térmicas á que ha dado lugar, en lo cual influyen de un modo importante los defervescentes. Se ve, pues, que obra de un modo racional oponiendo á una acción paralizante una acción excitadora del mismo orden, es decir, del orden reflejo.

Que los hechos corresponden á la teoría, lo dicen las numerosas relaciones clínicas que se publican en las Revistas de Medicina Dosimétrica, y á las que no podrá tacharse de invenciones, sin pruebas en contrario suficientemente justificadas. Por lo demás, están de acuerdo y revelan la acción conocida de los alcaloides empleados, y para no citar sino la de uno, la digitalina, copio aquí el siguiente párrafo que se halla en la página 218 de la Fisiología de Küss.

....

"Sería necesario, en fin, para completar la historia de los vaso-motores, pasar en revista las numerosas aplicaciones terapéu-

ticas que tienen por intermedio las modificaciones vaso-motrices. No citaremos sino uno de los medicamentos de este género, la digital; este agente, antagonista del pulso y del calor, obra poderosamente contra la fiebre, cuya fisiología patológica acabamos de trazar en dos palabras. En efecto, además de que la digital retarda y regulariza los movimientos del corazón, obra también sobre los órganos periféricos de la circulación, y trae una contracción de las paredes arteriales por excitación de los vaso-motores (Ackermann). El pulso, retardado por la digital, es más fuerte y más lleno. La tensión arterial parece aumentada, y la acción intensa y esencial del remedio parece consistir en la restitución de la contractilidad de las arteriolas bajo la influencia de los vaso-motores que derivan del gran simpático. La digital debe, pues, ser considerada desde entonces como un regulador de la circulación por una acción excitante y tónica, y no hipostenizante como se admite generalmente. (Hirtz, Now. Dict. de Méd. et de Chirurgie)"......

Por todo lo anterior se ve que se ha adaptado muy bien y con mucho juicio el remedio al mal, que se le dan armas al organismo para luchar contra las causas que alteran su manera de ser y que no deben tratarse de quiméricas las pretensiones de la Dosimetría, sino antes bien acogerlas como un progreso realizado. Creo por lo mismo que la *yugulación* de las enfermedades agudas en su primer período es un hecho que la teoría explica perfectamente; y desde el momento en que lo admitimos debemos considerar como obligatorio para nosotros intentarla.

Aunque de un modo ligero é imperfecto, he procurado analizar las reglas ó principios fundamentales del método dosimétrico, de cuyo análisis y examen creo poder deducir que merece la aceptación de todo médico que, no encastillado en las ideas que adquirió al estudiar y en la rutina, sepa acoger aunque con reserva, los progresos que la ciencia alcanza. Pero la libertad del pensamiento y la independencia intelectual tienen que protestar contra mis deducciones, porque es imposible y aun insensato pretender uniformar las ideas sobre ninguna materia; irradiaciones intangibles del espíritu humano son libres como él, y al difundir en el espacio sus luminosos destellos alumbran los abismos en que se refugia el error y encaminan por la senda de la verdad. Espero, por lo mismo, que mi desaliñado trabajo suscite una discusión que, á no dudarlo, será de consecuencias importantísimas y de trascendental interés. Una vez expuestos los razonamientos que dejo apuntados, seré un simple espectador del combate que se libre, un asistente neutral dispuesto sólo á aprovecharme de las enseñanzas que de él emanen.

Para concluir, réstame únicamente pedir vuestra benevolencia para tan mal forjadas líneas como las que forman este trabajo que además es incompleto, pues no he tratado en él de otras cuestiones que, aunque un tanto secundarias, son importantes: tales son las que se refieren á la acumulación de las dosis en el estómago, á la ingestión simultánea de varias sustancias medicamentosas, á la imputación que algunos hacen á la Dosimetría de ser una hábil especulación, etc.; pero el tiempo de que puedo disponer y otras circunstancias, no me han permitido abordarlas, contrariando así mi voluntad que es mucha.

S. RIQUELME.

ENVENENAMIENTOS.

La introducción de los remedios heroicos entregados por la química y entusiastamente experimentados á su vez en las clínicas y en las familias, da lugar, no raras veces, aún procediendo en su uso con prudencia, á fenómenos desagradables, graves, algunas veces peligrosos, y también, acaso no raras, venenosos.

La razón de estos efectos está por una parte en la naturaleza química del mismo medicamento, en la no siempre asegurada pureza y en la especial ó peculiar acción de él sobre los centros nerviosos más nobles, ó sobre el corazón, ó sobre la vida de la sangre, este grande factor y conservador de la vida de los organismos animales.

Por otra parte, depende también de una singular é individual receptividad y reacción del organismo; es decir, *idiosincrasia*, la cual no pudiéndose conocer *á priori* por el médico, escapa necesariamente á todo *cálculo preventivo:* de donde resultan luego peligros y daños que científicamente no eran previsibles.

En los remedios de acción enérgica es la *dosis maciza*, propinada en corto tiempo, á cada momento, ó á breves intervalos, la causa de los efectos dañosos que en la

práctica de la medicina surgen desagradables y amenazadores.

Sirva de ejemplo la rica familia medicamentosa de la serie de los aromáticos, de que no pocos actualmente aún abusan y favorecen, con tanto daño, que hombres ilustres en la ciencia y valientísimos en el arte, han querido excluirla del arsenal médico como venenos, como extinguidores de la vida de la sangre, ó como ofensores del funcionamiento esencial de la celdilla nerviosa.

Si de un modo particular reconocemos gustosos algo de exageración en esto, confesamos, sin embargo, que la acusación es á menudo merecida para no recomendar á los médicos jóvenes grandísima reserva y circunspección.

Esto lo decimos tanto más francamente cuanto que la medicina posee en los *alcaloides dosimétricos* medios que, en seguridad de efecto y en constancia de acción, no le ceden á ninguno de los más alabados remedios ordinarios ó conocidísimos en la moderna terapia; con esto más, que los primeros llevan indiscutiblemente sobre los últimos la manifiesta y preciosísima ventaja de la *inofensividad.*

Y á la verdad, en *dosis médicas* y por el *modo* de suministración graduada, epicrática, no pueden sobrevenir por su uso ni letal envenamiento ni fenómenos de intoxicación, pues que su grande solubilidad, la rapidez de su absorción, la fácil y pronta transformación y eliminación, su especial acción medicamentosa del orden dinámico, la regla de suministrarse á *dosis iniciales de prueba*, de proceder por *dosis pequeñas, sucesivas*, arregladas al mal y á las necesidades del enfermo y con disminuirlas á tiempo, y á tiempo suspenderlas ó suprimirlas del todo tan luego como se haya obtenido el efecto terapéutico, vuelven en su uso y aplicación á la par *seguros en los efectos últimos* como *inofensivos* por completo.

De esta experimentada verdad dan fe los acordes testimonios de médicos doctos y concienzudos de todo el mundo civilizado, á la autoridad de los cuales queremos, como homenaje á la verdad, unir nuestra experimentación personal de algunos años jamás desmentida por el uso de los *alcaloides vegetales*, como una animación á nuestros jóvenes compañeros de estudio y de obra.

Por esto es que si considerando los testimonios de los más grandes médicos alópatas del mundo acerca de los graves, peligrosos y á veces súbitos malos efectos de los remedios poderosos á dosis altas, y *algunas veces también á dosis módicas*, últimamente introducidos en la medicina (desórdenes nerviosos, colapsus cardíaco), se puede legítimamente temer por el pobre enfermo sometido á ellos, considerando, por el contrario, la constante inocuidad de la alcaloidoterapia racional, parecerá conforme á la razón proclamar que si los primeros son verdaderos y potentes venenos en determinado evento, no son venenos ya los alcaloides vegetales debidamente empleados y conforme á los sabios usos de la Escuela dosimétrica.

Por esto es de defenderse constantemente la preferencia, en los usos terapéuticos, del *puro alcaloide vegetal* á otros medios, de los cuales nunca puede afirmarse con certeza que serán siempre inofensivos, sin hablar de su acción incierta en casos dados, ó de su envejecimiento ó caducidad casi siempre.

Ponemos por ejemplo los *antipiréticos aromáticos*, que todos se usan para abatir la temperatura, la que no raras veces es peligrosa y en exceso; la abaten, pero de tal modo que pasando poco tiempo de haber bajado mucho la temperatura, suele presentarse una alta reascensión térmica á veces mayor que la primitiva contra la cual se viene aplicando el remedio.

El lector sabe que somos adversarios de la defervescencia rápidamente obtenida, pues que produce un gravísimo desorden en el organismo, para callar aún sobre la doctrina que en estos últimos tiempos tiende á restablecerse acerca de la utilidad crítica de la fiebre; doctrina que indica una reacción acaso exagerada, consiguiente á las exageraciones procesales y que se trataba de vencer, en tiempos muy próximos á nosotros y bien notorios para ser desmentidos por los médicos contemporáneos.

Si pues hace algunos años la fiebre era universalmente combatida con encarnizamiento feroz y con medios más que heroicos, hoy parece á no pocos deberse respetar y aún algunos favorecer como un proceso crítico y saludable merced al cual la *naturaleza medicatriz* pretende expulsar del cuerpo reobrante la *materia peccans*, que lo ofende y amenaza.

Respecto á esta doctrina tal vez hablaremos pronto, pareciéndonos hoy suficiente volver á afirmar que para nosotros las temperaturas muy altas pueden, no obstante, limitarse y enmendarse, con medios, sin embargo, de acción inocente y de efecto graduado, convencidos de que las revoluciones en el modo de ser de los organismos, suelen no pasar sin grandes pertur-

baciones y sin graves peligros, y que repentina caída de las altas temperaturas á las muy bajas no puede efectuarse sin perjuicios reales para la vida.

El *método dosimétrico* responde perfectamente á todos los deseos del *arte racional*, y el turbado equilibrio en el organismo enfermo se restablece gradual, suave y eficazmente hasta la restauración íntegra con los *remedios dosimétricos;* de modo que verdaderamente, según el espíritu sapientísimo y el bello dicho hipocrático, el *médico* queda digno de su altísimo oficio. "*Naturæ minister non dominus.*"

S. LAURA.

TESTAMENTO MÉDICO

DEL DR. BURGGRAEVE.

Ante Dios y los hombres declaro, que al provocar la reforma de la medicina, no me ha guiado sino el bien de la humanidad y el honor de la profesión. He querido restringir en la medida de lo posible lo que el Dr. Amadeo Latour llamaba una "inútil historia natural."

La enfermedad no es una entidad. El desconcierto está primero en la vitalidad, antes de estar en la estructura material de los órganos; es, pues, á la vitalidad á la que es necesario devolver su ritmo normal. Los adversarios de la Dosimetría son materialistas impotentes, puesto que una vez producida la lesión orgánica, el arte viene á ser impotente para curarla; tiene que limitarse á aliviar al enfermo é impedir nuevos accesos morbosos.

Desde hace más de veinte años no hemos cesado de profesar la doctrina de la *yugulación* de las enfermedades desde su principio. Nuestros adversarios la niegan, fundándose en una especie de mala fe; así, porque se corta un acceso intermitente, prodromo de una fiebre palustre, pretenden que nosotros deberíamos hacer otro tanto, *ipso facto,* con una fiebre tifoidea confirmada. No hemos tenido nunca tales pretensiones ; pero es precisamente lo que condenan nuestros adversarios. Esta fiebre tifoidea que se habría podido detener al principio, no puede ya detenerse cuando el principio morboso ha penetrado en la sangre, y de allí á los órganos. Se habla de microbios : pero estos infinitamente pequeños no son peligrosos sino porque se deja destilar su veneno.

Los microbios no resisten á los alcaloides ; es necesario, por tanto, en las constituciones epidémicas y endémicas, saturarse de arseniato de quinina y obrar al mismo tiempo sobre la tonicidad general y particular, con la aconitina, la digitalina, la estricnina, ó lo que hemos llamado la Trinidad dosimétrica. Viene en seguida el elemento doloroso y espasmódico, que se combatirá con la morfina, la codeina, la narceina, la hyosciamina. Es, pues, á estos agentes vitales que se deberá recurrir ante todo, en vez de dejar á la enfermedad seguir lo que erróneamente se ha llamado su curso natural. No hay nada contra la naturaleza más que la enfermedad ; esta es un accidente, no una entidad.

Esto fué bien comprendido por el Profesor Spring, que ha intitulado justamente su libro : *Sintomatología ó tratado de los accidentes morbosos.* Ni en las enfermedades constitucionales hay, propiamente hablando, alguna entidad. Lo que se llama la diátesis, no es sino una simple predisposición que puede ser sofocada en su germen. La lepra, antes tan común, ha desaparecido poco á poco gracias á la higiene pública y privada, y gracias al empleo de ciertos agentes terapéuticos. Sucedería lo mismo ahora con la tuberculosis si se la atacase con los mismos medios, es decir, si se combatiese la miseria fisiológica con un buen abono, como en agricultura. Aquí también se da mucha importancia á los microbios, como si fuesen la causa de la enfermedad. Mas suponiendo que lo sean, se destruirían con los medios que hemos indicado más arriba. Desgraciadamente hay la herencia, difícil, si no imposible, de extirpar. Y aún admitiendo la diatesis, es necesario combatirla desde el origen si no se quiere tener después en frente la enfermedad confirmada.

Fué Jenner quien introdujo la vacunación, y ha hablado solamente de un vacuno único. Esta doctrina ha sido confirmada por Pasteur ; pero admitiendo vacunas particulares, como el vacuno de la rabia, el vacuno de las afecciones carbonosas, esto que no quita valor alguno al principio. La viruela negra, que antes diezmaba las poblaciones, ha venido á ser rara en nuestros días, gracias á la vacunación. En vano los vacunófobos han querido oponerse, el buen sentido del público ha triunfado sobre las vanas declamaciones. La viruela no ha existido siempre : los griegos y los romanos no la conocieron, ó al menos si ha existido, fué de una manera tan débil, que no dejó huellas, como se observa hoy.

¿ Acaso no podrá suceder lo mismo con

la tuberculosis, si se llega á descubrir su vacuno? Pero quedará, no obstante, siempre la susceptibilidad morbosa, que será necesario combatir con los alcaloides defervescentes. La alcaloidoterapia debe, pues, en nuestro días, formar la base de la medicina, puesto que al presente sólo la química farmacéutica nos ha dado el descubrimiento. Querer atenerse á las plantas que los contienen es tanto como arrastrarse á la cola de los polifármacos de antes; es negar la ciencia y sus progresos; es, en una palabra, querer ser ridículos como los médicos del tiempo de Molière: sólo los nombres están cambiados. Desgraciadamente son estos *Diafoirus*, estos *Purgons*, estos *Fleurant* que encauzan la corriente de la medicina abusando de su posición para deprimir á los prácticos honrados que adoptan la Dosimetría, como lo prueba la siguiente carta que acabamos de recibir:

"Beauvais, 15 de Marzo de 1889.

"Honorabilísimo Maestro:

"Adepto convencido, obrero desde la primera hora, vengo á renovar mi adhesión á la obra más meritoria del siglo diez y nueve.

"Mi empeño moral ha sido más de una vez desanimado por la guerra, no diré del silencio, sino bien de pequeñas iniquidades por parte de los colegas alópatas.

"Hoy me he retirado bajo mi tienda; no soy ya médico militante, y veo que estos señores no hacen sino guiar la barca por la vía alopática. Aún algunos hacen de la Dosimetría un tiempo perdido, dicen ellos, para ensayarla. Está bien; que no ensayen, pues que si lo hacen concienzuda y espontáneamente serán muy pronto convencidos y se encontrarán en la vía de Damasco. Esperemos!

El *Répertoire* de Febrero trae la lista de los médicos franceses adictos al Instituto Dosimétrico, y veo con disgusto que no somos más de dos en el Departamento de l'Oise, ¿es suficiente? No: nuestros honorables del Departamento habrían debido caminar con el progreso; pero lo harán, sobre todo hoy que los jóvenes vienen á reemplazar á los viejos. que se dicen muy avanzados en edad para adoptar otro método en el que aún no están iniciados y sobre todo con las ideas toxicológicas en que han vivido.

"Querido y honrado Maestro: he aquí á vuestro humilde servidor (á toda hora afectado por su acrodinia) caído en el *farniente;* pero admirando al novador y á su obra, deseoso y con esperanza grande de estar al corriente del progreso dosimétrico, el más útil á la humanidad doliente.

"Recibid, honorabilísimo Maestro, la expresión de mi afecto.

"CARLE, antiguo médico en Feuquières."

Por tanto, respecto al hecho reprobado de haber introducido en la medicina el cisma, nuestra conciencia está perfectamente tranquila. Antes se sofocaban las nuevas doctrinas con el fierro y con el fuego; hoy se les hace la guerra del silencio. Pero el público, á quien se quiere hacer perder el tiempo, acaba por ver claro, y entonces, peor para los oscurantistas: su nombre pasa á la posteridad bajo el aspecto del ridículo, ellos que han querido cubrir á los otros. Diremos por lo mismo á los médicos dosímetras: "Tened el valor de vuestra opinión, uníos, y muy pronto vuestros adversarios se verán obligados á dejaros libre el puesto.— *D. B.*"

EL MUNDO INVISIBLE.

UNA EXCURSIÓN ENTRE MICROBIOS.

CURIOSOS EXPERIMENTOS.

La lengua ponzoñosa.— Microbios atorrantes.— La pesca del microbio.— La siembra y la cosecha.— Peculiaridades.— Víctimas inocentes de la difteria.— Experimentos del cólera en conejos.— La rana carunculosa.— El descubrimiento de Gamaleia.— ¡Pobre anima vili!— Resultado negativo de la vacunación del cólera.— Al microscopio.

El lector habrá perdido la ilación de estos artículos, suspendidos para dar tiempo á que se verificaran los experimentos de Gamaleia que se han estado haciendo en nuestro Instituto bacteriológico, y cuyo resultado queríamos consignar aquí, por ser uno de los trabajos más interesantes que se hayan emprendido.

Reanudamos, pues, la serie interrumpida por este motivo, y por una excursión á través de las bancas parlamentarias haciendo la silueta de nuestros oradores.

Habíamos descrito el local en que se hospedan los microbios, la cocina que con tanto refinamiento culinario maneja Remigio, la vida y el medio en que vegetan estos seres invisibles; y comprendemos la curiosidad del lector por saber, de qué artificio

se vale la técnica para apoderarse de estos microorganismos que nos rodean por todas partes, y que el ojo desnudo no ha visto ni verá jamás. Le parecerá que este mundo impalpable es una invención, y su incredulidad no dejará de tener excusa en lo maravilloso de este microcosmo.

Para satisfacer la curiosidad del lector, haremos con él una excursión ideal á través de las salas é instrumentos, tomando al microbio en su cuna y dejándolo amortajado en el caldo esterilizador.

Lo primero que se le ocurre al lector es preguntar: ¿De dónde sale el microbio?

En los artículos anteriores lo habíamos insinuado: están en la tierra, en el agua, en el aire; en el interior de los organismos; en la boca misma, donde elaboran un virus que hace de la saliva un activo veneno, convirtiendo la lengua, no como metáfora, sino como realidad científica, en el órgano más ponzoñoso de la humanidad. El ambiente está plagado de ellos. Son tan livianos que el aire los levanta y andan cabalgando de uno, de á pares y en grupos en las partículas que se traslucen en un haz solar.

Estos microbios llevan una vida estéril é indigente. Son verdaderos atorrantes sin pan, sin hogar, sin prole, que van buscando un medio nutritivo, un hospicio donde alojarse.

—¿Y cómo se les atrapa? se preguntará el lector.

Para esto hay que pescarlos, operación que se hace con anzuelo ó con red.

Si se pesca en el aire, se puede hacer por dos métodos. Uno se funda en la débil gravedad de las partículas aéreas á que están adheridos, las que en un aire tranquilo tienden á bajar. Si se toma una placa de vidrio y se la cubre con el cebo de la gelatina, los microbios se pegan á ella y se multiplican allí asombrosamente.

El otro medio es de las corrientes de aire que se hacen pasar por un aparato giratorio dotado de placas, las que automáticamente se exponen á la corriente, se cargan de microbios y continúan su rotación. Al cabo de cierto tiempo las placas han recogido copiosa pesca. Si estas placas se colocan y se someten á un lente de gran potencia, surge bajo el microscopio un enjambre de seres de los tamaños y las formas más caprichosas que pueda concebir la imaginación.

Ya tenemos el microbio pescado; pero aquellas placas son una torre de Babel; revueltos en *péle-méle* cocos (redondos), bacterias (cilindros rectos), bacilus, (cilindros largos), vibriones (cilindros encorvados), espirilas (serpentinas) y mil más.

Hay, pues, que aislarlos, sin lo cual sería imposible estudiar sus propiedades particulares. Así mezclados, vivirían luchando en la gelatina, produciendo transformaciones múltiples en el medio, y aquello sería un pandemonium inaccesible á la investigación bacteriológica.

¿Cómo se aislan los microbios?

Ya sean pescados en el aire, en el agua, en el esputo de un tísico, el pus de una herida, la sangre de un carbunculoso ó la membrana diftérica, el procedimiento es sencillo, y se funda en cierta afinidad ó simpatías que hay entre los microbios de una especie. Reina entre ellos una tendencia á la nacionalidad, á formar colonias autóctonas, que se agrupan por especies, y es ésta propiedad la que utiliza la bacteriología.

Para ello se toma la placa en que está el enjambre, se cubre de gelatina y se encierra en una cámara frigorífica. La gelatina se congela, las bacterías se contraen y bajo la acción del frío que es una amenaza de muerte, parece que se agruparán para morir en familia, en colonias.

Producido ésto sálvese quien pueda en las bacterías, se les pasa á otra cámara húmeda con temperatura normal, y á las veinticuatro horas han reaccionado del pánico y operado cambios en la placa, que se revelan por manchas de caprichosos colores, correspondiendo cada mancha á especies distintas.

Aislado el microbio por familias, viene la pesca al anzuelo, preparándose primero el terreno en que se va á cultivar: gelatina, suero, caldo, etc., y esterilizado todo á la alta temperatura, porque si hubiera otros microbios la siembra se malograría, y, como decía Remigio, inútil sería el caldo de gallina.

He aquí cómo se opera: Se coloca la placa bajo el microscopio, se elige la colonia en que se quiere hacer la pesca, y en el momento preciso se la toca con el anzuelo que es una aguja de platino, é inmediatamente se verifica con ella una punción en el tubo de la gelatina y ya están realizadas la pesca y la siembra del microbio. Esta operación requiere cierta precisión y rapidez.

La bacteria se encuentra en su vivero; pero necesita además un ambiente propicio, porque de lo contrario corre riesgo de hacerse infecunda, de conservar su actitud lenta, ó siguiendo la ley de adaptación al medio, transformarse en otro microorgánico, á veces dando un salto atávico, como el bacilo

que se convierte en vibrión. La temperatura es el principal elemento de la polifeíración.

Colocada en el medio favorable, la colonia se multiplica y ensancha en la gelatina, siguiendo una evolución típica á cada especie, que se revela por la forma del núcleo y por el tiempo en que se liquida la gelatina. Así, si se siembra un tubo con bacilo asiático, otro con cólera nostras y un tercero con microbio del queso, á las 24 horas las tres colonias se han desarrollado en forma de embudo, pero la cantidad de gelatina liquidada es distinta en cada uno de ellos. Así es como se distinguen las especies patógenas unas de otras.

Aquí reside el secreto de la vacunación. Las culturas atenúan su vitalidad, y por tanto su veneno, después de cierto tiempo, un mes por ejemplo; ó bien bajo la influencia del oxígeno, el calor, la luz y otros agentes. Así, el carbunclo, sometido á cierta temperatura é inoculado, no produce más que ligeros síntomas; y el virus de la rabia, inoculado á ciertos animales, se hace inocuo para el hombre.

Otros al contrario, la difteria por ejemplo, atenuada por la temperatura recobra su virulencia al inocularse en una paloma; porque la difteria es el microbio más alevoso; se ceba de preferencia en inocentes: los niños y las palomas.

Investigaciones recientes patrocinadas por el Consejo de Higiene de los Estados Unidos, revela que los microbios de la difteria están en el aire y pueden vivir en un estado inerte en la boca hasta el momento en que el niño contraiga una irritación á la garganta. Los productos de la inflamación ofrecen campo fértil y caldo suculento al microbio, que se desarrolla produciendo una dolencia mortal. El gérmen diftérico es muy delicado; exige un terreno bien abonado; la más ligera presencia de un ácido impide su desarrollo inicial, deduciéndose de aquí el uso de los caramelos de limón, que son una golosina agradable para los niños, y un veneno mortal para los microbios que pudieran existir en estado latente.

Pero entramos en dominio terapéutico vedado á los profanos y fuera del límite permitido á un artículo de bacteriología recreativa. Dejemos, pues, al microbio en su evolución y vamos á hacer algunos experimentos.

Aquí hay un conejo, y al lado una cultura de cólera asiático. Vamos á fulminarlo con un bacilo coma. Remigio tiene el aparato que inmoviliza al conejo, manteniéndolo con las fauces abiertas por medio de un freno especial.

Con una jeringa de Koch, se le ingiere en el estómago, única vía para el contagio según se ha creído hasta ahora, una cantidad de líquido colerígeno, se suelta el conejo en su jaula y se espera. Pasa el tiempo...... pero nada, el *anima vili*, lejos de estar fulminado, goza de espléndida salud.

¿Qué ha pasado? ¿Cómo es que el conejo ha sobrevivido á la ingestión del bacilo que debió fulminarlo? Es que nos hemos olvidado de prepararle el estómago, cuya acidez es también un veneno mortal para el microbio. El bacilo ha caído en ese medio saturado de ácido clorhídrico, y ha sido él el fulminado.

Tomemos el mismo conejo, repitamos el experimento; pero antes haciéndolo una inyección hipodérmica con láudano para perturbar el mecanismo peristálico, y alcalinizándole el estómago, para neutralizar su acidez. Soltémosle en su jaula, y á las pocas horas agoniza entre horribles convulsiones. Se ve por esto, que un estómago sano en plena función, es un baluarte inexpugnable para el cólera: allí sucumbe irremisiblemente el microbio, y por eso se ha recomendado la sal común, que aumenta la producción de ácido clorhídrico en el estómago, como un excelente preventivo.

Remigio ha estaqueado una rana en un aparato *ad hoc.* Se le inocula virus de carbunclo, la rana no presenta síntoma alguno; pero si se la pone en una estufa ó temperatura elevada, muere carbunclosa.

Pasemos ahora al experimento de Gamaleia, cuyo descubrimiento ha rodado por el mundo en los dos últimos meses. El cólera se creía que no era trasmisible por inoculación; Koch y Pasteur mismo lo habían así declarado, después de porfiados ensayos. La vacunación del cólera era, pues, un problema sin solución.

El descubrimiento de Gamaleia consiste en esto: Si el bacilo del cólera se hace pasar primero por un conejo, el virus adquiere tal virulencia y sufre tales modificaciones, que inoculando doce centímetros cúbicos á un pichón, éste muere á las pocas horas de cólera seco. Si la misma dosis se le inocula con intervalo de dos días, el pichón no sólo no muere, sino adquiere inmunidad. Es esto lo que se va á comprobar en nuestro laboratorio.

En este experimento hacemos de ayudante del Dr. Susini.

Tenemos un conejo muerto de cólera, hace pocas horas: de él se va á tomar la dosis.

Remigio nos ha traído una hermosa pa-

loma blanca; la fundadora de varias generaciones de pichones que han desaparecido todas bajo la lanceta y el cuchillo del visector. Bajo nuestra mano sentimos latir su corazón tembloroso, y quién sabe porqué misteriosa simpatía el nuestro le acompaña.

¡Pobre palomita! ¡Tan blanca, tan tímida, vas á morir! ¡Qué vehementes tentaciones me asaltan de restituirte al aire, á la luz, al espacio y á la libertad!...... Pero tú eres en este momento un *anima vili*, y debes pagar tu tributo á la humanidad. ¡Resígnate!

Se le descarna una ala, se le busca una arteria gruesa y en ella se inyecta una gran dosis de caldo de cólera......

La paloma se ha salvado. Las inyecciones que se le han hecho en el ala no han producido síntomas coleriformes. Se ha repetido la experiencia, tomando todas las precauciones, pero sin resultado; no se ha podido comprobar el descubrimiento de Gamaleia: la paloma no ha adquirido el contagio por vacunación. ¿Porqué?

Es el Dr. Susini, quien nos lo dirá en la nueva serie de experimentos que va á emprender.

De nuestras recreaciones bacteriológicas han resultado algunas víctimas, y es necesario cremarlas para que no infesten. Se llevan, pues, á un horno y allí funciona una serie de llamas que, como lenguas de fuego, van lamiendo los cadáveres hasta reducirlos á cenizas.

¡Y basta de estos experimentos que exigen el auxilio del sirviente! Remigio tiene que hacer: lo están esperando las marmitas, lo están llamando con un chillido impaciente para que haga la comida á los microbios: —¡que se vaya!

Pasemos ahora al gabinete de consultas, donde se observa al microscopio los productos patológicos.

Sobre las mesas hay varios microscopios, lámparas, placas y frascos de anilina, y también un esputo que observar. Procedamos.

Con el anzuelo de pesca se toca el esputo, y la punta cargada se pasa por una placa de vidrio. La cantidad tomada es imperceptible; pero con todo, si hay microbios, contendrá tantos millares que bajo la visuáltica formarán una masa compacta y será imposible distinguirlos. Es preciso, pues, diluir punto invisible para que se desparramen los bacilos. Se deja secar la placa y se introduce luego en una tacilla de anilina, donde los microbios se tiñen; se coloca en el porta-objetos y se la unta con aceite de cedro para dar homogeneidad al medio y evitar la refracción. La potencia de los oculares varía entre cien y dos mil quinientos diámetros; pero el más claro es el de setecientos. Es con este que vamos á observar.

Aparece un enjambre de bacilos de tres á ocho milésimos de milímetro de largo. Unos se distinguen claramente como guiones puestos unos al lado de otros, y otros los más están apelmazados. El enfermo es sin duda un tuberculoso, destinado á ser devorado lentamente por los microbios.

Si hay alguna duda, no habrá más que entregarlos á Remigio para que los engorde y cultive, y en pleno vigor y pureza inocularlos á un chanchito de la India; éste identificará al bacilo, muriendo de tuberculosis.

La observación microscópica presenta un espectáculo maravilloso. Al enfocar el instrumento surgen como por magia una multitud de microbios de diversas formas: solos, en parejas, en grupos: suben, giran, retozan, bajan, vibran, se transfiguran y aquella molécula líquida invisible presenta el aspecto á la animación de un acuario: todo un drama vital en una partícula!

Algo más podría el lector en esta excursión hipotética; pero necesitaría un estómago curado de asco, y renunciamos á hacerle presenciar el espectáculo de microbios holgándose en las más repugnantes impurezas.

PEDRO VARANOT.

PRENSA MÉDICA EXTRANJERA.

MAL DE MAR.

Su tratamiento dosimétrico.

Hemos aludido con frecuencia al eficaz tratamiento del mareo, aconsejado por el Dr. Burggraeve hace ya diez ó doce años. Todos los prácticos que han recurrido á él lo han hecho siempre con éxito. Originalmente daba un gránulo de sulfato de estricnina y uno de hyosciamina, juntos, cada cuarto de hora, hasta que disminuyeran los síntomas angustiosos. Algunas veces el arseniato de estricnina se usó en vez del sulfato, y últimamente ha añadido un gránulo de clorhydrato de morfina, dando los tres gránulos juntos. De tiempo en tiempo han aparecido en nuestras páginas algunas notas sobre la eficacia de este sencillo tratamiento aplicado por el Dr. Embleton, el

Dr. Lory Marsh, el Dr. Gesner y otros. El último experimento de un práctico inglés en este asunto es el del Dr. Richard Jeffreys, á que se refiere una carta que se nos ha dirigido en 2 de Enero último, y en la que el escritor dice: "Visité Noruega y Suecia con un médico amigo mio, el último verano. Durante nuestro viaje de New-castle á Bergen, administramos gránulos de arseniato de estricnina é hyosciamina á nuestros compañeros de viaje que sufrían del mareo, y los resultados fueron grandemente benéficos. Enseñamos también nuestras carteras de medicamentos á uno ó dos médicos noruego y suecos, á quienes explicamos el nuevo método de tratamiento y la reforma terapéutica del Profesor Burggraeve. Se manifestaron altamente complacidos con esto, y evidentemente lo tomarán en seria consideración."

Con respecto á los vómitos incoercibles, no á bordo, publicamos hace poco tiempo el notable artículo del Dr. Fontaine, en el cual asegura que nunca ha faltado un pronto y completo éxito administrando un gránulo de hyosciamina y uno de clorhydrato de morfina, juntos, cada cuarto de hora. Recientemente, un hábil práctico inglés, el Dr. Maberly, nos escribe: "He estado sumamente contento de la acción de los gránulos de hyosciamina y de morfina para combatir los vómitos en varios casos en que ensayé aquellos, y en lo futuro nunca emplearé ningún otro tratamiento en tales casos en los adultos. En cuanto á los niños, debo confesar que tengo miedo de usar tan poderosos alcaloides, en dosis frecuentemente repetidas." *(London Journal of Medicine.)*

DIFTERIA.

El Dr. J. R. Brandt *(Western Medical Reporter)* escribe lo siguiente:

" Cuando yo establezco que en 1881 en Buda-Pesth hubo una epidemia durante la cual 43,000 personas fueros atacadas, y 19,000 muertas, cerca del 45 por ciento, con ninguna curación abajo de 15 años de edad; y que en 1883, en la ciudad de Nueva-York, hubo 3502 casos y 2090 muertes, ó más del 59 por ciento, debemos concluir que el estudio de esta sola enfermedad es de suficiente importancia para requerir y demandar la mayor atención de los médicos, y que debemos buscar continuamente un profiláctico ó un remedio."

¿Por qué no ensayar el valor de los gránulos de sulfuro de calcio en la difteria? Usados dosimétricamente, conforme al método establecido por el Dr. Fontaine (véase pág. 56, volúmen I de la *Dosimetrie Medical Review)*, han dado notables resultados. Si los médicos quisieran reconocer un gran remedio cuando lo han hallado, no estarían obligados á "buscarlo continuamente."

Consecuencias de una opinión.

A un joven médico establecido en Kostroma, Rusia, le agradó una opinión adversa á la vacuna. La opinión también fué establecida. Sus letras fueron publicadas por una secta religiosa llamada "Antiguas creencias," que parece creer en casi todo menos en la moderna blasfemia de la vacunación." El joven doctor hizo muy bien en esta congenial localidad; Kostroma era uno de los terrenos blandos para sepulturas. Pero—el inevitable pero—un día una compañía de bohemios llegó, y entre sus obras se contó la viruela. Esto fué en Enero de 1888. Desde esta época, 1095 fuera de 2370 niños abajo de 15 años, fueron atacados de viruela. El joven doctor, después de ensayar varias medidas higiénicas, se retiró finalmente de una localidad, en la que la vacunación es creida inútil. *(Medical Abstract.)*

Muertes secundum artem.

Un farmacéutico escribe al *Bulletin Commercial* preguntando si tiene derecho á rehusarse á despachar una prescripción para niños de 2 á 4 años, y es como sigue: Clorato de potasa, 5 gramos; agua destilada, 120 gramos; jarabe simple, 30 gramos; dosis, una cucharada cafetera cada media hora. "Los niños que toman esta mezcla, "escribe el farmacéutico," siempre mueren; Brouardel refiere seis muertes de niños por su uso. El editor contesta lo siguiente: "Sin otras razones que las que vd. alega, vd. no puede rehusar ejecutar la fórmula. Lo más que puede hacer es recordar al médico que todos los niños tratados con dosis ligeramente elevadas de clorato de potasa, mueren. Pero las probabilidades son ciento por una, de que el médico atribuirá los resultados fatales á la gravedad de las lesiones. La acción de este medicamento en los niños es ciertamente muy variable, y por lo mismo de los más peligrosos venenos." Así es como parece debemos obrar para matar niños, *secundum artem.* ¿Cómo podrá recomendarse á los médicos que lean cuidadosamente los periódicos droguistas? (París, *Correponden of the Druggists' Bulletin.)*

TOMO II ENTREGA 19ª 1º DE OCTUBRE DE 1889.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

PRACTICA.

ENFERMEDADES DE LAS VÍAS URINARIAS.

Una de las situaciones en las cuales el médico puede manifestar su utilidad, ó lo peligroso de conocimientos incompletos, se produce, cuando se encuentra en frente de un hombre de edad avanzada con retención de orina.

La vejiga es una cavidad muscular, dotada de fibras destinadas á determinar su contracción oportunamente, y de fibras circulares, formando un esfínter al nivel del cuello, que debe permanecer cerrado habitualmente para impedir la incontinencia. Además de estas fibras, llamadas á mantener cerrado el cuello vesical, hay una glándula importante, la próstata, la cual contribuye á dicha obliteración por su volumen y firmeza, sosteniendo, por acción de presencia la eficacia del esfínter.

Cuando la vitalidad va disminuyendo, no es raro que las fibras del cuerpo vesical pierdan su energía, tanto más natural es, que, la distención de este receptáculo, hace que en proporción sean menos apretadas, y su acción menos eficaz, sobre todo, cuando la próstata voluminosa opone un obstáculo material á la abertura del cuello.

En tal caso, los esfuerzos para expeler el líquido, recogido ya en mayor cantidad de la debida en un receptáculo que ve exaltar su sensibilidad, se vuelven desordenados; las fibras del cuello, menos vencidas, más cortas, por lo mismo más eficaces, se contraen y el esfuerzo se vuelve vano, más que vano, contraproducente; las fibras más largas agotan primero su energía, y la contracción del cuello sin contrapeso, se vuelve invencible.

Otro inconveniente resulta de esta lucha en condiciones desastrosas: la próstata oprimida por las contracciones expulsivas, recibe mayor cantidad de sangre arterial, la cual afluye siempre en donde hay trabajo muscular y devuelve menos sangre venosa; por la misma circunstancia se congestiona, aumenta su volumen y paralelamente crece la dificultad para la eliminación de la orina.

Los sufrimientos son terribles en estos casos; el organismo se agota; los centros nerviosos sufren las consecuencias de unos esfuerzos tan grandes como impotentes, y se agotan las fuerzas generales.

En esos momentos no hay cliente, por refractario que sea al arte de curar, que no vea en el médico al ángel salvador y su instinto lo hace considerar así á quien puede, en tan solemnes circunstancias, dar la vida ó la muerte en pocos instantes. ¿Ha comprendido bien el médico la gravedad de la situación? puede desde luego eliminar un elemento importante, ministrando los reguladores de la contracción muscular: hyosciamina ó atropina, para suprimir el espasmo del cuello, estricnina, para devolver la contractilidad á las fibras del cuerpo; muy á menudo producirá desde luego un alivio más ó menos duradero, pero honroso para el arte y salvador para el paciente.

Pocos días ha, un joven médico, conocedor de la Alcaloideterapia, iba á proceder conforme á sus prudentes prescripciones, cuando un Catedrático experimentado, de la Escuela Oficial, declaró, por falta de conocer el método y haberlo experimentado, que era inútil, y pretendió pasar una sonda rígida precisamente en los momentos de un esfuerzo desesperado; penetró en la próstata y no en la vejiga; el dolor exageró la dificultad de la micción á la vez que contribuyó al aumento de la congestión y de su consecuencia, la hemorragia; y en pocas horas ésta última, había puesto fin á una existencia todavía útil para el país y la familia.

Si la alcaloidoterapia no es todavía aceptada oficialmente por la Escuela de Medicina de México, sabido es que sus lumbreras la practican para sí y sus íntimos, con mala gana, pero obligados por la evidencia de su eficacia. Sabido es que que en la Academia de Medicina de París ha sido proclamada la medicina propia y digna de nuestros tiempos, mientras la medicina de los extractos, tinturas y otras preparaciones infieles, fué declarada digna de los salvajes.

En el caso actual, la Ciencia Oficial, representada por uno de sus Catedráticos más

experimentados, aconsejó: extracto de belladona y bromuro de potasio en poción, en lugar de hyosciamina ó atropina. Urgía el caso, se necesitaba calmar rápidamente el espasmo vesical y se prefirió la absorción de una bebida acuosa, que aumentaría la plenitud de la vejiga, y con elementos complexos, resinosos, poco solubles, conteniendo el principio activo que se trataba de introducir, envuelto en sustancias insolubles; se prefirieron estas medicinas de tan pocos y tan lentos resultados á la introducción de gránulos bien definidos y bien solubles, diciendo, sin haberlos experimentado "ciertamente, esto no sirve."

Lo que no sólo no sirvió, pero sí fué fatal, fué la introducción de una sonda dura en medio de tejidos congestionados y contracturados, en tal condición, que la mano más hábil no podría dirigirla bien.

Dirán los que todavía no conocen el arte de suprimir los espasmos con medicamentos adecuados ¿qué se hacía puesto que era preciso vaciar esta vejiga á todo trance?

Había aún, dejando á un lado á la indispensable Alcaloidoterapia, dos medios menos malos que el que fué aplicado: 1º, introducción de una sonda blanda de Nelatón agujerada en su extremidad vesical en la dirección de su eje. Con este instrumento se vulnera menos la uretra, se provoca menos la contracción y es imposible herir al canal ni mucho ni poco. Aconsejamos que tenga una abertura en la dirección de su eje y en su extremidad, porque, si tropieza la sonda, se puede introducir en ella una corriente de agua tibia; ésta sale por esta abertura, penetra amoldándose entre las paredes uretrales, y las aparta. Si la sonda tropezó con una válvula, el agua aparta este obstáculo y le permite seguir adelante. Si es espasmo el que detiene la sonda, el agua le vence sin violencia y la sonda pasa, lo decimos con mucha experiencia adquirida.

No hay comparación entre este proceder y la violencia ejercida por la sonda metálica, la cual desde la fosa navicular comienza á exaltar la sensibilidad de la uretra, preparando mayores dificultades en cada tropiezo.

Si el obstáculo es la próstata, el agua la deprime suavemente y le hace paso á la sonda blanda, por donde es posible dicho paso, sin violencia.

Apostamos que en cualquier caso análogo al que da pretexto á este trabajo, pasaremos sin dificultad con la sonda blanda en donde los maestros más hábiles correrán riesgo de provocar falsas rutas y hemorragias.

Suponiendo, lo que positivamente no admitimos, que el paso de la sonda fuera imposible, aún de la sonda blanda preparada convenientemente, quedaba otro recurso menos temible que la ruptura de la uretra en la porción prostática congestionada.

Ese recurso fué empleado hace gran número de años por quien esto escribe, cuando acababa de imaginar Dieulafoy su primer aspirador. Se trataba de un anciano prostático, Obispo Evangélico; había permanecido largas horas sentado para la preparación de un sermón y la próstata congestionada por tal posición, conservada demasiado tiempo, no le permitió vaciar su vejiga; llamó en su auxilio á un paisano suyo quien no penetró en el receptáculo orinario y sí causó regular hemorragia por la uretra que había sido herida.

Llamado á ver este triste cuadro, el que esto escribe, pensó luego en la dificultad de pasar por la uretra desgarrada, y en el riesgo de empeorar la situación. Todavía no había aprendido á manejar las sondas blandas preparadas *ad hoc*, y pensó que lo más prudente sería penetrar por arriba del pubis directamente en la vejiga distendida de un modo alarmante. Calculó que la aguja de medio milímetro del aspirador de Dieulafoy, que acababa de recibir, apartaría las fibras de la túnica muscular, las celdillas de la mocosa sin herirlas ni dar lugar, al retirarse, á ningún riesgo de infiltración; y así fué. Salió más de un litro de orina y el enfermo descansó, á tal grado, que luego preguntó ¿quién ha inventado este instrumento? se le contestó que Dieulafoy, dijo: ¿un americano? no, señor, un francés; quedó positivamente contrariado en su patriotismo.

Al día siguiente volvimos á vaciar la vejiga con el mismo aspirador, y después pasó una sonda rígida de plata sin ninguna dificultad.

Quien conozca bien la región en que opera, comprenderá cómo la plenitud de la vejiga tiende á aplicar la parte inferior y más voluminosa de la próstata contra la superior, obliterando el calibre de la uretra como con válvula, mientras la vejiga esté restirada por su contenido: en tal estado la sonda metálica viene á tropezar con la masa de la glándula y le es más fácil perforarla que tomar la dirección á veces forzada de la uretra hacía arriba, por su misma rigidez. Cuando la vejiga esté vacía, la próstata carece de su apoyo y se desaloja fácilmente delante de la sonda.

Así queda explicado, porqué es más fácil penetrar en una vejiga vacía que cuando está llena, y cómo puede ser preferible vaciar el receptáculo orinario con el aspirador antes de intentar penetrar en él con sonda rígida.

Sin embargo de tan satisfactorio éxito, el paciente, impuesto de la utilidad del aspirador, mandó comprar uno, y cuando la próstata se oponía á la micción, sin más preámbulo, se hacía puncionar por su ayuda de cámara, y después lograba restablecer el curso de la orina, dando así una prueba más de la influencia que tiene la llenura del receptáculo en la dificultad de emitir su contenido.

Es una prueba más á la vez de la necesidad de suprimir el esfuerzo para hacer posible el paso del líquido vesical por el cuello y porción prostática; este fenómeno que se produce con vaciar la vejiga, se obtiene también con la atropina y la hyosciamina, sin necesidad de ningún traumatismo; y, relajado el cuello, la estricnina puede devolver al cuerpo su contractilidad; así queda explicada la aparente contradicción que hay en dar á la vez agentes capaces de relajar y medicamentos propios para contraer; relajar las fibras musculares es proporcionarles descanso, darles despúes elementos contráctiles, es hacerlas más poderosas, esta teoría queda confirmada muy á menudo en la práctica, y el Catedrático de la Escuela hubiera probablemente evitádose un gran sentimiento si antes de poner la sonda, en pleno espasmo vesical, y en medio de una congestión activa de la próstata, que la predisponía á una hemorragia fatal, hubiera admitido la prudente indicación del inteligente práctico conocedor de la Alcaloidoterapia.

La potencia de los medios ofrecidos por la medicina moderna es mucho mayor de lo que sospechan quienes no los han ensayado.

Llamado el que esto escribe, cerca de un anciano, en plena disuria, en los últimos días del mes de Mayo próximo pasado, se encontró en presencia de una próstata que llenaba el arco pubiano, y por su excesiva dureza parecía allí incrustada; la orina, ya no podía salir. Se dieron gránulos de valerianato de atropina para suprimir al espasmo y moderar al dolor, se pudo pasar una sonda blanda de Nelatón y aún una metálica de grande curvatura de Gely, para cerciorarse de si tras de la próstata, tan hipertrofiada como endurecida, no habría algún cálculo que contribuyera á empeorar la situación.

Quedó evidente que la próstata era el único obstáculo á la micción; la primera orina sacada vino turbia y fétida. Se repitió la aplicación de la sonda blanda de Nelatón para vaciarla cuatro veces en las 24 horas; poco más ó menos cada seis horas en las primeras sondeadas y aún, con el instrumento blando. Se produjeron pequeñas hemorragias, que hacían temer hubiera fangosidades en la vejiga y aún tal vez algún tumor maligno, pero los análisis no arrojaron ningún dato en favor de tales temores. A las pocas horas cesó la fetidez y la orina recobró sus calidades normales.

Pero los que sufren suelen atribuir sus sufrimientos al tratamiento, olvidando que la enfermedad precedió al médico y lo obligó á instituirlo. Creyó nuestro cliente que había demasiado empeño por parte de quien lo trataba, y pidió una reunión con un práctico, justamente considerado, como el más experimentado y hábil de los cirujanos de esta capital; llegado que fué, examinó al paciente encontrando lo que ya tenemos señalado: una próstata al parecer fibrosa, excesivamente desarrollada y oponiendo un obstáculo casi invencible al paso de la orina de atrás para adelante, las sondas de calibre mediano pasando con fuerte y penoso frotamiento; la opinión del eminent cirujano fué que *no había curación posible* si no se atacaba directamente al obstáculo, descubriendo la glándula por medio de la talla y causando en dicha próstata una pérdida de sustancia en forma de cuña, capaz de reducir notablemente su volumen y de restablecer desde luego el calibre uretral.

Mecánicamente hablando, el consejo era indiscutible, y, si el cliente hubiera sido de palo en lugar de ser un hombre de carne con tejidos capaces de infiltrarse, gangrenarse, infectarse y sufrir la terrible conmoción nerviosa, que llamamos *Choque* en cirugía, era debido proceder inmediatamente, lo declaraba nuestro hábil consejero; pero pedimos tiempo; á los pocos días volvió á ver al enfermo ya notablemente mejorado. Consideró que tal alivio sería pasajero, porque todavía la próstata se oponía á la libre micción, aunque habían disminuído su consistencia y su volumen.

Como insistiera nuestro consultante, se llamó otro práctico estimable, quien creyó que, atendiendo al alivio, ya evidente, se podía diferir la empresa operatoria. Otro más compañero vió al enfermo y confirmó esta resolución.

La sonda que pasaba á frotamiento rudo y penoso, llegó á penetrar fácilmente, aún más, á salirse con la misma ó mayor facilidad que cuando no está detenida

por ninguna presión, y el día 15 de Julio, es decir, mes y medio después de empeza do el tratamiento, la micción libre y fácil restablecida, se pudo dar de alta el enfermo, quien desde entonces se ha conservado bueno.

Esa próstata al parecer fibrosa, irreductible por los medios antiguamente conocidos, á tal grado que un práctico de los más inteligentes á la vez que experimentado, consideraba indispensable sacarle una cuña en su masa, ha recobrado su consistencia normal y el volumen que corresponde á la edad del paciente bastante, reducido para no causar ya ninguna dificultad en la emisión de la orina.

El tratamiento fué netamente Burggraeviano á la vez que sintomático: al tenesmo se opuso la atropina en proporción de la necesidad, evitando llegar al incómodo fenómeno de la sequedad de las fauces y de las perturbaciones de la vista. Cuando el tenesmo fué demasiado doloroso y urgía conseguir algún descanso, se aplicaron morfina y atropina por la vía hipodérmica.

La distención de la vejiga fué corregida por el uso constante de la estricnina; la pereza renal por arbutina, asparagina y anemonina; la dispepsia por papaina y quassina; los insomnios con aconitina, bromuro de alcanfor y morfina; la parecia intestinal con Sedlitz y podophyllino; la alteración de la orina, que fué muy pasajera y dominada en pocas horas, se siguió evitando con inyecciones de infusión de coca, bórax y ácido bórico cuando había alcalinidad.

Para el estado congestivo ó de engurgitación de la próstata, se usó el bromhydrato de cicutina y las corrientes ascendentes de la pila constante al bisulfato de mercurio de Trouvé, marca Eureka; nunca pudo tolerar el enfermo más de nueve elementos de dicha pila que tiene treinta, ni se le quedaron aplicados más de diez minutos; aún para hacerle tolerar 3, 6, y cuando más 9 elementos era preciso á la vez hacer pasar una corriente de agua helada por el conductor rectal. ¿Cuál de estos medios curativos fué el más eficaz? Sería difícil decirlo, y es permitido creer que todos concurrieron al benéfico resultado, porque en presencia de una alteración tan grave, en una persona llegada á la edad en la cual estas alteraciones suelen ser de difícil curación y gravísimas consecuencias, no había posibilidad de omitir ninguno de los medios propios para su alivio.

Muchas veces hemos empleado las corrientes ascendentes con la misma máquina, y llegado á hacer tolerar hasta los 30 elementos, dejándolos más tiempo aplicados, sin conseguir tan satisfactorio y rápido éxito.

Por lo mismo creemos que ninguno de tantos medicamentos empleados á medida que las indicaciones iban surgiendo, ha sido sobrante, y que el concierto establecido entre tantos medios enérgicos es el que venció al penoso mal que se creía bastante grave para exigir una gravísima tentativa operatoria.

Ciertamente la medicina operatoria es brillante y causan orgullo bien fundado los éxitos que puede dar en manos hábiles, pero cuando la terapéutica puede evitar una operación, por admirable que sea, es digna de alabanza y de estudio.

Muy á menudo repite el profesor Burggraeve, (fundado sobre una práctica tan vasta y larga que habrá pocas que se le puedan comparar) repite, decimos, que la lesión funcional precede á la orgánica, y es verdad que en el caso referido la degeneración fibrosa no era más que aparente, no definitiva, la ingurgitación llenando los capilares, y tal vez los intersticios celulares en una glándula limitada en su desarrollo por aponeurosis resistentes, simulaba con absoluta perfección tal degeneración; no es creible que en mes y medio se hubiera restablecido la constitución celular de la próstata si realmente hubiera sido transformada en fibrosa; más probable es que fuera una estasis circulatoria la que imitaba tan bien una degeneración, y tal estasis cedió al uso de los alcaloides, los cuales primero suprimieron al espasmo, causa de la estancación circulatoria y de la acumulación de sangre y serosidad en la glándula.

Suprimida esta dificultad, una sangre nueva pudo acudir á la próstata y reanimar su vitalidad, tanto más y mejor cuanto que llegaba cargada con elementos propios para tal objeto, como lo son la estricnina y el arsénico.

¿Podría atribuirse tal éxito al acaso? No es creible, porque la experiencia demuestra cómo la hipertrofia prostática de los ancianos tiende siempre á empeorar, y si no fuera admitida esta opinión, fundada sobre la observación, sería imperdonable acudir á la talla para remediar el padecimiento.

Evidentemente la talla llena la indicación, pero á costa de peligros muy dignos de consideración y de incomodidades, más ó menos duraderas, que es caritativo evitar siempre que sea posible. Sin duda ninguna, si el catedrático de la Escuela de Medicina de México hubiera conocido esta

última observación, no habría declarado tan magistralmente que el tratamiento dosimétrico "no sirve."

Es mucho más fácil, más descansado, pero menos prudente en presencia de aserciones emitidas por hombres estudiosos, que anhelan el progreso del arte, decir que no significa nada lo que dicen, que estudiarlo y experimentarlo después de haberlo comprendido, pero se expone el que tal hace á quedarse atrás del movimiento científico y á tener que sufrir graves reproches de su conciencia cuando no llegue á notable perjuicio en su reputación.

Con este motivo creemos, los que conocemos, y cada día apreciamos mejor los recursos de la Alcaloidoterapia, deber analizar los hechos prácticos en los cuales su eficacia se hace patente, publicándolos para contrapesar la pertinaz mala voluntad que manifiestan los prácticos apegados á la Ciencia Oficial que les han enseñado antes de que hubiera podido aprovechar los conocimientos modernos fisiológicos y químicos.

Si alguna incomodidad les causa tener que aprender lo que no saben y confesar que la Ciencia sigue progresando con gran sentimiento de quienes quisieran dormir á la sombra de sus laureles, estos despreciables inconvenientes quedarán ampliamente compensados con hacer al arte de curar más útil, más seguro y más digno de la estimación pública y de la confianza por parte de los que sufren.

El elocuente Silencio guardado por los más hábiles profesores en cuanto á la Alcaloidoterapia que se ofrece hace años á su discusión, prueba que no tienen argumentos que presentar en su contra, y cuando un neófito entusiasta, más ó menos enmascarado, se ha lanzado á la palestra, sus proyectiles han resultado vanos y pronto ha cesado su tiroteo, explicando y probando que no hay nada racional que decir en contra del método Burggraeviano.

Sin embargo, se vuelve á anunciar que pronto valientes campeones educados para ejercitar sus talentos en el campo de batalla, van á emprender en una publicación, armada y fortificada *ad hoc*, una formal campaña en contra de la Dosimetría: los esperamos pluma en ristre, y, como se ve por estas líneas, sin poder disimular nuestra impaciencia.

FÉNÉLON.

LIBERTAD DE PROFESIONES.

A lo replicado por el Dr. Figueroa y que publicamos en el número anterior, responde *El Estudio*:

LA PROFESIÓN MÉDICA.

Tocamos por segunda vez el importante asunto de la libertad de profesiones, refiriéndonos principalmente á lo que atañe á la nuestra.

Los interesados en que se perpetúe la anarquía profesional dicen que la reglamentación en esta materia equivale á un monopolio ó privilegio en favor de la Facultad oficial. Basta contestar que la ley debe prohibir todo lo que es nocivo é inmoral, razón por la cual debe impedirse que hombres sin pudor y sin conciencia salgan ex-abrupto del banquillo de una sastrería para declararse médicos: esto en castellano se llama cinismo y estafa, digan lo que quieran los interesados.

La humanidad no es una palabra vacía de sentido, y considerarla como *consumidora* de drogas, y á los médicos y farmacéuticos de todos los sistemas y escuelas como *gremios en competencia*, es dar muestra de la mayor extravagancia y de la más repugnante indignidad.

La reglamentación de las profesiones no es cuestión religiosa ni política, ni de *oscurantismo*, ni de *progreso*, ni de *Pedro Arbués*, ni de *Mahoma*, ni de ninguna otra sandez de tal pelo; es sencillamente una cuestión de justicia, pudiéramos decir, de policía, y hasta de sentido común. Es pueril cosa creer que tal reglamentación no se ha realizado porque sería inconveniente, y que lo prueba el hecho de que ningún Congreso lo haya intentado de 57 á la fecha. Hay muchísimas cosas que debiéramos haber hecho no sólo desde 57 sino desde 1821 á la fecha, y que no se han querido ó podido hacer, lo cual no prueba que hayamos tocado ya el pináculo de la perfección.

Dicha reglamentación no tiene en contra principios ni derechos, aunque sí conveniencias, pero éstas de ningún modo pueden ser obstáculo para que el legislador dé garantías á la sociedad. Si á esto fuéramos, tendríamos en contra de las leyes fiscales las conveniencias de los contrabandistas, en contra de la higiene las conveniencias de los falsificadores, en contra de la propiedad las conveniencias de los ladrones, y el legislador no podría garantizar, por respeto á tales conveniencias, ni al fisco, ni á la higiene, ni á la propiedad.

Que los curanderos matan mucho en México, es una verdad de Pero Grullo, y nada implica que no se pueda demostrar esto por la *estadística,* como algún bendito lo pide, porque hay muchísimos hechos evidentes que todavía no podemos demostrar por la *estadística,* siendo cierto, como es, que en México no tenemos *estadística.*

Hay muchos médicos titulados en toda regla y que no son más que unos solemnes ignorantes, es verdad; pero tal desperfecto no se remedia dando carta blanca á cualquiera hijo de vecino para que se declare médico con la misma facilidad con que pusiera un tendejón. Discurrir de tal modo es tener el cerebro en el mayor grado de infelicidad.

De todo lo dicho resulta que la reglamentación de la profesión médica es una necesidad social, que los legisladores pueden y deben realizarla con arreglo á nuestras leyes, y que salen sobrando por impertinentes y sandios todos los alardes de liberalismo, progreso, civilización, filosofía...... palabras sonoras con que pretenden disfrazar su impotencia y sus torpes enconos los enemigos de la facultad médica.

SECUNDINO E. SOSA.

El Dr. Figueroa, replica así:

LIBERTAD DE PROFESIONES.

Ha contestado el periódicó *El Estudio,* aunque en impersonal, algunos de los conceptos de nuestro primer artículo sobre libertad de profesiones. La tal contestación exótica en un periódico científico, tanto por el método de análisis que usa como por los desahogos ofensivos á nuestra personalidad, ha sido para nosotros un triste desengaño, pues que creímos en la competencia de sus redactores para tratar una cuestión que ellos mismos promovieron, y que, por cierto, es de muy grande interés para la sociedad y para los médicos.

Designan con el nombre de anarquía médica, la lucha intelectual, el estímulo de la competencia, desconociendo con esto las fuerzas que impulsan al espíritu humano en su marcha ascendente. La Naturaleza no tiene otros medios para desarrollar la inteligencia social que la discusión. Esta es en la esfera de las ideas lo que el movimiento en la esfera de los cuerpos: la manifestación de una fuerza cuyas transformaciones se traducen en descubrimientos, adelantos y bienestar. Así, pues, no creemos que los ilustrados redactores del *Estudio* hayan querido significar, con el nombre de anarquía médica, esta vitalidad, en que pretenden con su Decreto Peruano sofocar este movimiento, porque sería tanto como desconocer las leyes más rudimentarias de la Física, la Mecánica y la Fisiología. Es verdad que mientras más vigoroso es el impulso, mayor es el número de pasiones bajas que se desarrollan; pero tanto peor para los desdichados que no sepan navegar en su época con la serenidad de espíritu que sólo se adquiere con el estudio y el trabajo. Este mal no sería corregido por el Decreto Peruano, y la experiencia enseña, que las pasiones bajas se desarrollan en formas y proporciones más perniciosas á la sombra del *quietismo,* que ante la expectación de un público presto á castigarlas con sus risas y su desprecio.

Insistimos en sostener que los farmacéuticos y los médicos (á cuyo grupo social nos honramos en pertenecer), son un gremio productor, y la humanidad doliente ó sean *los enfermos* un grupo de consumidores, porque ambos presentan todos los respectivos caracteres que la ciencia económica asigna al productor y al consumidor. Los dolores de la humanidad son designados en Economía política con la común denominación de *necesidades,* nombre más positivo y de resultados prácticos más eficaces, que los nombres abstractos inventados por la poesía para moralizar á las masas ignorantes. Así, pues, la repugnante indignidad que nos reprochan los señores redactores del *Estudio* no es más que la imparcialidad que debe presidir á toda investigación. Nuestra dignidad personal ha consistido siempre en normar nuestra conducta por principios fijos, con menoscabo de nuestras conveniencias, lo cual es título bastante para que exijamos á los señores redactores del *Estudio* que nos respeten.

La cuestión de los títulos, dice *El Estudio,* es una simple cuestión de policía. Mucho tienen que estudiar todavía los señores redactores del *Estudio.* La cuestión de los títulos, agrega, no es una cuestión científica, ni de Filosofía, ni de, etc. ¿Es acaso que para ellos sólo las cuestiones de medicina son cuestiones científicas? Probablemente ellos no nos lo agradecerán, porque su olímpica soberbia les hace creerse á una altura tal, que, como los monarcas aztecas, no pueden ni deben ser tocados por los simples mortales que nos vemos precisados á estudiar algo cada día, para convenir al fin con el filósofo antiguo en que sólo sabemos que nada sabemos; pero agradézcanlo ó no, debemos enseñarles que

lo que ellos llaman cuestión de policía, ha sido enunciado por pensadores eminentes bajo esta otra forma: *cuestión de libertad profesional*, y este es un capítulo importantísimo de Derecho Constitucional (política, en la acepción científica del término) y, por tanto, de Filosofía de Derecho, es decir, de la *scientia scientiarum* aplicada á la Jurisprudencia, y si es de Filosofía del Derecho, es cuestión de Historia, de Sociología, de Etica, de Lógica, y, asómbrense los Señores redactores del *Estudio*, de Biología.

Ya ven nuestros amables contrincantes cómo la tesis que ellos no discuten, pero que defienden como se defienden todas las sinrazones, es una tesis que tiene raíces más hondas y más extensas de lo que ellos han podido soñar, en medio del deslumbramiento que les produjo el Decreto peruano. Pero nosotros preguntamos si los señores redactores del *Estudio* desconocen la naturaleza de la cuestión que tratan, es decir, á qué orden de los conocimientos humanos corresponde el asunto que pretenden ventilar, ¿cómo es que pudieran emitir una sana opinión sobre el asunto? ¿Cómo es que nosotros pudiéramos guardar silencio ante opiniones emitidas en un órgano que, por su categoría, pudiera influir en menoscabo de nuestras instituciones? Y, por otra parte, ¿se figuran los redactores del *Estudio* que una opinión emitida, así, como al descuido, no es una arma de mala ley en manos de los médicos, puesto que no va dirigida contra el vulgo de los curanderos, sino contra los grupos contendientes en el campo de la experiencia y la discusión? ¿En qué categoría están los homeópatas y dosímetras? ¿Raspail fué curandero ó fué médico? Todos sabemos que este gran médico devolvió los títulos con que las Academias quisieron condecorarlo, y que, persistiendo en su modesto oficio de curandero, consagró al estudio de la Naturaleza toda su vida, y cuidado que fué uno de los primeros que en nuestro siglo denunciaron la naturaleza parasitaria de las enfermedades.

Las comparaciones que hacen los señores redactores del *Estudio* del asunto con el contrabando, la falsificación y el robo, son hijas de un hábito mental (muy pernicioso por cierto, para la ciencia) que consiste en juzgar de las cosas solamente por el bulto que hacen.

El contrabando, la falsificación y el robo, son tres cosas distintas y heterogéneas, análogas solamente por lo que tienen de antagonistas con la ley. El contrabando sin la ley no sería un delito, la falsificación y el robo son un crimen con la ley y sin ella, porque atacan derechos de tercero. La Historia nos enseña que ha habido en el mundo leyes autorizando á las clases privilegiadas para el despojo, y, sin embargo, estas clases han sido ladronas.

Pero concretándonos al contrabando, no pudo *El Estudio* darnos mejor oportunidad para demostrarle las consecuencias fatales de las leyes prohibitivas. ¿No saben sus redactores que el contrabando no es más que la expresión de necesidades sociales que se manifiestan por luchas perennes entre los intereses de la autoridad y los intereses del comercio? ¿No saben que el contrabando es uno de los más serios problemas que preocupan á los pensadores, no por lo que respecta á los que burlan la vigilancia de las Aduanas, sino por la opresión que las leyes fiscales causan á los comerciantes que pagan religiosamente sus derechos? ¿No saben, por último, que la ley fiscal y la vigilancia del fisco, son la rica mina que los contrabandistas explotan, porque de este modo los comerciantes honrados son inutilizados para la competencia? He aquí las consecuencias de las leyes prohibitivas. El día que á los gobiernos sea posible suprimir las Aduanas, dando al comercio la libertad que necesita, los contrabandistas dejarán de prosperar y enriquecerse á la sombra de las leyes fiscales.

Los testimonios de Pero Grullo no son valederos en la ciencia. No creemos que los señores redactores del *Estudio* desconozcan la importancia de la *Prueba*, y, por tanto, si ésta no existe porque no tenemos estadísticas ó por otros motivos, se nos permitirá que á la afirmación de que *la mortalidad aumenta por el curanderismo*, respondamos nosotros con una simple negación hasta nuevas demostraciones.

Dicen los Señores redactores del *Estudio*, que no hay *principios* ni *derechos* que atropellar en el problema de los títulos y libertad de profesiones. No han opinado del mismo modo Ramírez, Baranda, Vallarta, Lozano, etc., etc. Estos *cerebros infelices* nos han contagiado con sus luminosos estudios, de la infelicidad cerebral que nos atribuyen los redactores del periódico médico. Pero hablemos con franqueza; desearíamos saber cuáles son las bases filosóficas que norman el criterio cientifico de los señores redactores del *Estudio*. No es la Observación y la Experimentación, puesto que vemos que les basta una verdad de Pero Grullo para sacar enérgicas conclusiones y para calificarnos de benditos, porque no permitimos que los errores vulgares se eternicen dispensados de la *Prueba*;

no son los principios de una severa inducción, puesto que ni aun sobre hechos aislados se han servido fundar sus valientes generalizaciones. Es, pues, el tradicionalismo y la Metafísica con quienes tenemos que habérnoslas, camino que, por cierto, no conducirá á los señores redactores del *Estudio* á las proporciones de un Spencer ó á las conquistas de un Claudio Bernard.

Hemos llegado á la cuestión de los títulos. Los señores redactores del *Estudio* dejan trasparentar en su contestación, la falsa idea que tienen de que un título significa ó debe significar (¡á fines del siglo XIX!) una autorización ó licencia para curar; creen que esta licencia es el medio de que la sociedad se ha valido para ponerse á cubierto de la falsificación ó el engaño, y nada es mas erróneo. He aquí cómo ni la misma sabiduría es bastante para emancipar á la inteligencia humana de las preocupaciones. El origen de los títulos fué uno de tantos abortos de la corrupción social trasmitidos de generación en generación como todos los males hereditarios. No queremos creer que los señores redactores del *Estudio*, ignoren que los primeros títulos que existieron fueron los de los abogados, bajo el imperio de Augusto, al principio de nuestra era, y que la institución de la licencia para patrocinar clientes y causas (de ahí el nombre de *licenciado* aplicado al abogado), obedeció á la propia necesidad y á los mismos motivos que impulsaban al César á dar al pueblo *panem et circenses*.

Los títulos en nuestros días tienen una significación mucho más sencilla aunque más levantada. Ya no son la expresión de las predilecciones con que el César halagaba la vanidad ó la codicia de sus esclavos, sino un testimonio, una certificación adquirida en los Institutos, Academias y Escuelas de todos los sistemas y doctrinas. ¿A título de qué, ó con qué pretexto, pueden intervenir los gobiernos en esta clase de patentaciones? ¿En qué Biblia médica pueden inspirarse para consagrar en dogmatismo, determinadas teorías, sin exponerse á lastimar los fueros de la verdad y de la justicia? ¿Las consecuencias de un error autoritario ú oficial no son, como la experiencia lo ha demostrado, más perniciosas que los errores individuales á que pudiera conducir la libertad? ¿O los señores redactores del *Estudio* creen en la infalibilidad de los gobiernos? No, los títulos profesionales sufren una degradación con las leyes prohivitivas, porque de este modo se les hace descender á la simple categoría de *licencias para curar*, significación muy distinta de la verdadera y *genuina* significación que hoy tiene un título profesional. Por otra parte, la intervención oficial en la patentación de los médicos, es de resultados contraproducentes, porque hace irresponsables á los ignorantes, y no da ninguna garantía á la verdadera pericia, que para nada necesita de autorizaciones.

Réstanos, terminando, protestar enérgicamente contra las aseveraciones del *Estudio*, que dan á entender que nos inspira el encono y que somos enemigos de la facultad médica. Cada cual tiene su modo de entender las cosas. Nosotros pensamos que quitando á nuestro honorable gremio los blazones, lo ensalzamos. Pretendemos emanciparlo de las carcajadas de Molière que aún repercuten en la generación escéptica en que vivimos. Necesitamos ser fuertes por nosotros mismos, en brazos de la libertad, á quien debemos las conquistas científicas que nos han redimido. La toga es ya un estorbo para recorrer las esferas descubiertas por Bacón y exploradas por Claudio Bernard, Boy Reymond y Helmholtz. Las fuerzas moderadoras de la sociedad ya no son las ortodoxias: se encuentran condensadas en un código inexorable que se llama la *Ciencia de la Prueba*, y allí, sólo allí, es donde debemos buscar la sanción de nuestros privilegios.

Agustín García Figueroa.

La Redacción de *La Reforma Médica* publica en *El Avisador Comercial*, lo siguiente:

LA LIBERTAD APLICADA AL EJERCICIO DE LAS PROFESIONES.

Ya habíamos dicho que esta cuestión llegaría á tomar en manos de nuestros adversarios el carácter odioso de las disputas entre mercaderes, cuando éstos desconocen ó cuando rechazan como injustas las leyes de la concurrencia.

Merece conocerse una réplica suscrita por un Sr. D. Secundino Sosa, dirigida á un excelente artículo que aparece en *La Bandera Veracruzana*. El Sr. Sosa no ha sabido conservar esa calma necesaria en toda discusión y que debía esperarse de una persona que aborrece los *alardes de liberalismo*, y que ciñe la triple aureola de director, de fundador y de catedrático. Abandona el tono de la cátedra, y ya sin miramientos, cegado por los intereses de gremio, emplea contra nosotros el lenguaje del vulgo, sin detenerse ante sus faltas

de sentido común ni ante sus barbarismos. Para comentarlo adoptaremos, hasta donde sea posible, un estilo mesurado y adecuado al asunto que tratamos.

Dice el órgano del Sr. Sosa:

" Los interesados en que se perpetúe *la anarquía profesional* (dice D. Secundino siguiendo la táctica añeja de llamar anarquía todo movimiento que escapa al régimen autoritario) " dicen que la reglamentación de esta materia equivale á un monopolio ó privilegio en favor de la Facultad Oficial. Basta contestar que la ley debe prohibir todo lo que es nocivo é inmoral, razón por la cual debe impedirse que hombres sin pudor y sin conciencia salgan ex abrupto del banquillo de una sastrería para declararse médicos: *esto en castellano* se llama cinismo y estafa, digan lo que quieran los interesados."

Sin duda nosotros carecemos de ese poder angélico, digamos así, y de esa delicada conciencia que como todos saben, ha sido siempre un distintivo de los profesores universitarios; pero falta demostrar que los pobres sastres, como nosotros, son hombres que carecen de pudor y hasta de conciencia.

El Sr. Sosa deja en duda si debemos llamar estafa y cinismo á la prohibición de lo nocivo y de lo inmoral, ó al acto de impedir que los sastres se declaren médicos, ó en fin, si el cinismo la y estafa se refieren á esos sastres de la salud, sin genio y acaso sin saber, estrechos y rutinarios, que imploran el brazo secular, contra el progreso de la ciencia que amenaza arrojarlos de su banquillo. El Sr. Sosa cree, con razón, que debe traducir sus párrafos al castellano.

" La humanidad no es una palabra vacía de sentido, y considerarla como *consumidora* de drogas y á los médicos y farmacéuticos de todos los sistemas y escuelas, como *gremios en competencia*, es dar muestra de la mayor extravagancia y de la más repugnante indignidad."

Es lástima que el señor Catedrático haya echado al olvido las nociones ó el tecnicismo de una ciencia que hace treinta años se enseña en las Escuelas de la República. La humanidad no es una palabra vacía de sentido, y la Fisiología comete la repugnante indignidad de colocar bajo las leyes químicas, ciertas funciones de la humanidad en que el Sr. Sosa vería complicarse los más elevados sentimientos del espíritu humano. El Sr. D. Secundino daría de bofetadas á su cochero si le oyera decir á los que lo llaman: *llevo carga!*

" La reglamentación de las profesiones no es cuestión religiosa, ni política, ni de *oscurantismo*, ni de *progreso*, ni de *Pedro Arbués*, ni de *Mahoma*, ni de *ninguna otra sandez* de tal pelo; es sencillamente una cuestión de justicia, pudiéramos decir, de policía, y hasta de sentido común."

El Sr. D. Secundino parece ignorar igualmente, que toda cuestión de progreso, de oscurantismo, de religión, de justicia y hasta de policía, es una cuestión política. La libertad de profesiones, cuestión de derecho, cuestión económica y cuestión de progreso, debe contarse entre las sandeces que profesan los maestros de las ciencias sociales.

" Dicha reglamentación no tiene en contra principios ni derechos, aunque sí conveniencias, pero éstas de ningún modo pueden ser obstáculo para que el legislador dé garantías á la sociedad. Si á esto fuéramos, tendríamos en contra de las leyes fiscales, las conveniencias de los contrabandistas, en contra de la higiene las conveniencias de los falsificadores, en contra de la propiedad las conveniencias de los ladrones, y el legislador no podría garantizar, por respeto á tales conveniencias, ni al fisco, ni á la higiene, ni á la propiedad."

¿El señor Catedrático ignora también lo que son principios y derechos? La reglamentación en el sentido proteccionista, tiene en su contra los principios que el señor Catedrático se sirve abandonar á los homeópatas y á los sastres; y estos principios declaran y protegen numerosos derechos. Las conveniencias de un *gremio*, son precisamente los obstáculos que impiden al legislador, inventar reglamentos para proteger otros gremios. "En contra de las leyes fiscales están los intereses del contrabandista, y en contra de la propiedad, las conveniencias de los ladrones; " y debe añadirse, que en contra de los progresos del saber están los intereses del que vive de un sistema de prácticas rutinarias, por más que las adorne con el aparato escénico de un jurado de doctores, con sus títulos de pergamino, sus campanillazos, sus borlas y sus bedeles.

Se cree, además, que el derecho no es una conveniencia, y á riesgo de ser delatados como infectos de liberalismo, terminaremos esta nota, recordándole al señor Director, que la ley, para disminuir los progresos del contrabando y garantizar la propiedad, se ha visto forzada á satisfacer las conveniencias de los contrabandistas y de los ladrones.

" Que los curanderos matan mucho en México, es una verdad de Pero Grullo (verdad que vdes. olvidan cuando solicitan

el reinado perdurable de su sistema.) y nada implica que " no se pueda demostrar " esto por la *estadística* como *algún bendito* lo pide, porque hay muchísimos hechos evidentes que todavía no podemos " demostrar por la *estadística*, siendo cierto, como es, que en México no tenemos " *estadística*."

El tal Pero Grullo tiene ocurrencias que no carecen de originalidad, pues sorprenden á vdes. y provocan su desagrado, p. e. ésta: " el empleado de Aduanas desea necesariamente el contrabando, el médico se regocija con la peste y el agente de entierros con la muerte de los hombres ricos ó ilustres." Y esta otra: " la tendencia de todo productor, es buscar por sí sólo ó con ayuda de la autoridad, la ruina de sus competidores " y " los comerciantes en recetas, cuando llega su turno, presentan todos los fenómenos de la *chismografía* del mercado.

" Hay muchos médicos titulados en toda " regla y que no son más que unos solem- " nes ignorantes, es verdad."

Esta verdad que también pertenece al repertorio de Pero Grullo, es preciosa en boca de nuestros adversarios, porque ella pone en evidencia el verdadero valor de los títulos profesionales.

Se sabe que en Europa, no es empresa difícil hacerse médico de la facultad de tal ó tal parte: y es que entre aquellas gentes, donde domina el buen sentido, un médico es considerado como colegial, mientras no presenta el verdadero título de su ciencia: un nuevo descubrimiento ó un buen libro.

¿"Pero tal desperfecto no se remedia dan- " do carta blanca á cualquiera hijo de ve- " cino, para que se declare médico con la " misma facilidad con que pusiera un ten- " dejón. Discurrir de tal modo es tener el " cerebro en el mayor grado de infelicidad."

Pero el Sr. D. Secundino ignora también, que el régimen de libertad es precisamente el mejor sistema para corregir esta clase de desperfectos? La libre concurrencia es fatal á toda especie de productores atrasados, ó torpes ó enamorados de un sistema perjudicial ó bárbaro. La idea del señor Catedrático, fué llevada en cierta época, al extremo de pretender, que los libros no debían andar en manos del pueblo. Baglivi escribía en lengua romana, porque no quería que *cualquier hijo de vecino* penetrara en los arcanos del Arte! Sin embargo, Baglivi menos sabio tal vez que el Sr. de la Sosa, antes de rechazar un sistema opuesto al humorismo, se hubiera tomado la molestia de analizarlo.

Y de paso, preguntamos al Sr. D. Secundino, si allá en el fondo de su conciencia pura, cree que el médico actual es una grande cosa? Fuera de las cualidades naturales del individuo (p. e. el genio), ¿qué resta sino un cúmulo de dudas, de desengaños, de errores y de ignorancia? Los médicos mismos (hablamos de los hombres eminentes) miran con melancólico desdén esa ciencia de que se muestran tan ufanos los colegiales.

" De todo lo dicho resulta, que la regla- " mentación de la profesión médica, es una " necesidad social, que los legisladores pue- " den y deben realizarla con arreglo á nues- " tras leyes. "

Tal vez "nuestras leyes" no han llegado tampoco al *feliz cerebro* del Sr. de la Sosa, porque en las leyes constitucionales que hoy se aprenden en las escuelas de primeras letras, se contiene el principio de la libertad de profesiones. ¿Porqué no se ha logrado reglamentar este principio? Es fácil saberlo: 1º Porque se ha comprendido que todo reglamento forjado por los ministros, destruye el principio de libertad, como acontece con las leyes sobre la imprenta: 2º Porque un reglamento liberal (si esto fuera posible) en vez de limitar la ley general, se esforzaría en desarrollarla, y se llega al mismo resultado, dejándola sin reglamento, evitando la grita de los profesores que juzgan como impertinentes los alardes de liberalismo.

De todo lo dicho resulta, que la reglamentación que quiere el Sr. D. Secundino, es una ley penal que lo proteja contra la libre concurrencia.

Resulta igualmente, que el interés de gremio lo ciega sobre el espíritu que nos anima, suponiendo que venimos á disputar al médico sus enfermos y los obsequios y la amistad de sus comadres. Que no sabe, que una vez catequizado, le abandonaríamos con gusto la satisfacción del bien, ó la vanidad del acierto, ó si se quiere los provechos que nos dejan á nosotros el cinismo y la estafa.

Resulta, en fin, que los médicos buscan simplemente una ley que dé *garantías* á esta sociedad, contra la horda de curanderos que asesinan al público, sin licencia de la Academia. Penetrados de un amor irresistible por la *humanidad*, desean tan sólo un reglamento que los constituya en árbitros del mercado. Esa pasión por la humanidad doliente, el sublime sacerdocio de la ciencia que produce coches y palacios, no quiere que le arrebate nadie el privilegio de prodigar sus milagros y sus consuelos.

Mucho sentimos haber colocado bajo las

leyes del cambio esa tierna solicitud que muestran los sabios en favor de la humanidad que paga. Estamos de acuerdo en que la humanidad, sobre todo para los médicos, no es una palabra vacía de sentido; pero menos vacías aún son las palabras de *gremio* y de *competencia*.

La Redacción de la "Reforma Médica."

El Dr. Sosa en *El Estudio*, responde de esta manera:

DE ENTERADOS.

Calzado con la firma de *la Redacción de la Referma Médica* (el órgano de los homeópatas), y con el carácter de remitido, publicó *El Avisador Comercial* un artículo de dos columnas destinado á insultar y calumniar á la Facultad médica y á mí; vulgares denuestos, sátiras sin sátira y soeces chocarrerías, constituyen esa pieza de cabo á rabo. ¡Hay gentes así! No pueden hablar ni escribir una línea, sin dejar de exhibir á todo trapo su pésima educación.

SECUNDINO E. SOSA.

La redacción de la *Reforma Médica* termina el debate con el artículo siguiente:

DE ENTERADOS.

Nuestro apreciable contrincante D. Secundino, el de *El Estudio*, se sulfura por el artículo que le dedicamos y nos llama *¡gente así!* en su número del 9 del presente. Dice que las razones que le dimos, son vulgares denuestos, y que calumniamos á la Facultad médica y á él (á D. Secundino).

¿Qué calificativo merecen las frases injuriosas que dedicó á los homeópatas en general, y al distinguido Dr. García Figueroa en lo particular?

Pero ya se ve, *hay gente así*.

Díganos el bien educado Sr. Sosa, si nuestro lenguaje no ha sido más mesurado que el suyo, cuando no le hemos llamado *cínico, indigno, estafador* ú otros epítetos con que ha obsequiado á los pobres homeópatas.

¿Cree D. Secundino, que sólo por llamarse así le toleraríamos sus impertinencias? No, y mil veces no; que nos llame al campo de la lucha, pero de la lucha científica y razonada, y ahí se nos encontrará, pero que no se nos injurie porque eso no lo permitiremos, ni como médicos ni como caballeros. Sí, Sr. D. Secundino, somos tan caballeros como puede vd. serlo, y no consentiremos que ninguno nos insulte, pues al insulto contestaremos con el desprecio, y á las razones con razones.

¿Se va vd. enterando, señor director?

Para chocarrerías las de vd., Sr. D. Secundino, y como modelo de *denuestos y vulgaridades*, el parrafito que nos dedica.

¡Qué finura la de vd! De *cabo á rabo* se conoce que es vd. muy educado.

¡Bien, Sr. Sosa! Nuestros más sinceros plácemes, y que siga vd. progresando.

¡Hay gentes así!

No pueden hablar ni escribir una línea, sin dejar de exhibir á todo trapo (¡qué bonita frase!) *su pésima educación.*

Por otra parte, esperamos que el sabio y erudito D. Secundino, destruya con argumentos científicos, las verdades que hemos asentado en nuestra controversia, pues de lo contrario daría lugar á sospechar que su contestación es una salida por la tangente.

No haga vd. caso, Sr. Sosa, de las frases que le hemos devuelto, y discutamos esta importante cuestión que provocó vd.; porque el asunto merece la pena, y bueno es que el público sepa perfectamente lo que son los médicos homeópatas y lo que son los alópatas.

Esta discusión será de muchísimo provecho para la humanidad doliente, que vive en tantos errores sobre la ciencia médica. No sea vd. tan susceptible ni escrupuloso, porque de esa manera nunca llegará vd. á adquirir celebridad.

Cuando se discute entre personas sensatas, los argumentos se contestan con argumentos y la ironía con ironía, pero vd., siguiendo el trillado camino de los gacetilleros más ramplones, personaliza la cuestión, para salir pronto de apuro; y esta conducta da muy triste idea del talento de un hombre.

No han procedido así, Sr. D. Secundino, los sabios de todas las épocas.

Si tiene vd. motivos poderosos para no seguir la polémica, que vd. quizás considere imprudente para los intereses particulares de los alópatas, sea vd. franco, y se le perdonará ese mal paso que dió vd. en este asunto.

Francamente esa especie de infalibilidad de que rodean ustedes la ciencia, no permitiendo que nadie se acerque á los dioses falsos, por temor de que no se descubran los misterios, podría resentirse gravemente con una discusión razonada y llevada á cabo de una manera filosófica y concienzuda.

Puede ser que vd. haya visto claramente en esta cuestión é imitando á los ciru-

janos, haya cortado por lo sano, sin estudiar primero si la ciencia proporcionaba medios para evitar una operación.

Ustedes, Sr. Sosa, como los qué interpretan las leyes, quieren hacer ver que no se equivocan nunca, y esas teorías, mi querido D. Secundino, son absurdas é inadmisibles en nuestro siglo.

Invocando las conveniencias sociales y los fueros de la ley, han defendido ustedes únicamente los intereses propios; y al ver que disminuyen sus prerrogativas, como el avaro cuando pierde sus tesoros, se desesperan y ponen el grito en el cielo, tratando de despertar la conmiseración del público, para que sean considerados como víctimas de la injusticia.

Este proceder no es de los más nobles que digamos; pero muchas veces para llegar á un fin determinado, no se repara en los medios.

Y á propósito de estilo mesurado y filosófico, recomendamos al señor catedrático que lea el artículo que publicó en *El Siglo XIX* nuestro querido compañero, el Dr. Figueroa.

Esperamos nos diga con franqueza y en conciencia, si no está más reposado y sin apasionamiento, que el que publicó vd. en *El Estudio*.

Mucho podríamos extendernos en consideraciones sobre este asunto; pero nosotros creemos que el Sr. Sosa no dejará empezada esta discusión.

La Redacción de "La Reforma Médica."

Sentimos que el debate sobre problema tan importante, como el de la libertad de profesiones, haya degenerado tan lamentablemente entre adversarios tan competentes y tan capaces de esclarecerlo. ¡Nuevo chasco para nestras esperanzas!

La opinión del que esto escribe sobre libertad de profesiones, está expresada en el siguiente escrito publicado con el motivo que en él mismo se indica, en el año de 1879.

La Constitución y el Charlatanismo

REFLEXIONES

SOBRE LA OPINIÓN DEL GOBIERNO EN ESTE ASUNTO.

En el informe con que responde la Secretaría de Gobernación á la excitativa que le hizo el Consejo Superior de Salubridad, para que maudase que se aplicaran las penas del Código respectivo, al comprobado charlatan Sr. Rafael Juan de Meraulyok, se encuentran citas y raciocinios que tienden á demostrar que la Constitución Mexicana de 1857 patrocina á los charlatanes para obrar como gusten en el terreno profesional que usurpan, sin más reato que la responsabilidad que pueda exigirles alguna persona por el mal que le hubiesen ocasionado. Ahora bien; tal aseveración es gratuita, y para demostrarlo, bastará analizar, como lo haremos brevemente, así los artículos constitucionales calumnidos, como las autoridades y argumentaciones que en dicho informe se aducen.

*
* *

Abrazar, ejercer y fingir una profesión, son cosas absolutamente diferentes; abrazar determinada profesión no presupone esa profesión; ejercerla la supone existente, y fingirla no sólo no indica la que se suplanta, sino que revela casi siempre dolo ó malicia en la persona que la ejercita.

Abrazar una profesión, y esto, cuando es útil y honesta, garantiza el artículo 4º de la Carta Magna de la República; ejercerla, aunque con restricciones que la ley impondrá, permite el art. 3º de la misma; y fingirla, simular casi siempre con motivo de lucro indebido, conocimientos que no se poseen, no es conforme á la ciencia, ni marcado por artículo alguno constitucional.

Y que las palabras abrazar y ejercer, deben entenderse en el sentido expresado, no sólo lo comprueba su acepción usual y el Diccionario de la lengua, voto decisivo en las cuestiones de idioma, sino distinguidos comentadores al ocuparse de los artículos en que dicha palabra se menciona. El Sr. Lic. Ramón Rodríguez, en su tratado de Derecho constitucional, dice: que abrazar una profesión es un derecho natural, que leyes positivas no dan ni pueden quitar al hombre; que el art. 4º constitucional ni ha tenido ni puede tener aplicación en cuanto á su primera parte en que da *la noticia* de que todo hombre es libre para abrazar la industria, profesión ó trabajo que le acomode.

El Sr. Lic. Lozano, en las líneas citadas en el informe del Lic. Manterola, bien claro expresa que el ejercicio de una profesión, presupone aptitud, actividad y honradez del *Profesor*, del profesor, hay que fijarse bien en la palabra, que cuando por sí sola no indicase su sentido, sería perfectamente comprendida después de la expli-

cación que de ella hizo el Sr. Lic. Escudero, actual Subsecretario de Gobernación, en un informe que con motivo de una petición de los homeópatas, rindió en 25 de Julio de 1878: "En el sentido jurídico, dice el citado señor, sólo se considera como tal profesor, al que disfruta de la autorización con que acredita tener los conocimientos en la ciencia que profesa, cuya autorización no es otra que el título expedido por la corporación ó funcionarios á quienes la ley ha cometido esa facultad." Y en otra parte, añade: "De que no se pongan trabas á la inteligencia, ni sea un monopolio el estudio de las ciencias y las artes, no se sigue que la ley haya indistintamente declarado profesores á los que las practiquen. Aquella libertad y este derecho son cosas que perfectamente existen separadas."

Y no se crea que el Consejo, al pretender un título legal, haya querido referirse á esas antiguas patentes que facultaban un monopolio abusivo, sino sólo á la constancia de esa misma aptitud que exige el Sr. Lozano; á la prueba de que se tienen los conocimientos en la ciencia que se profesa, como bien marca el Sr. Escudero; á la única manera de convencerse de la honestidad de la profesión, como lo requiere el artículo constitucional. Dése al título otro nombre; lo que parece preciso es garantizar á la sociedad, cuando hace entrega de sus más caros intereses.

Y si mucho nos hemos fijado en los términos de la ley, para ella nos asiste un perfecto derecho, pues como dijo Bacon: "Todos los errores que existen en el mundo, resultan de la impropiedad en el lenguaje." Los legisladores tienen que ser puristas en sus palabras para evitar interpretaciones de cualquier género, y ni hay motivo para creer que los sabios que formaron nuestra Constitución, tergiversaran con palabras impropias su pensamiento, ni los que han comentado su grande obra les han, hasta ahora, lanzado ese reproche.

Queda, pues, demostrado que para dirimir un problema sobre ejercicio sin título legal de una profesión que no se tiene, no es forzosa ni viene al caso la reglamentación previa de los artículos 3º y 4º constitucionales.

***

Pero dando y no concediendo, que la reglamentación previa de los artículos 3º y 4º constitucionales, fuese necesaria en el caso de que hoy se trata, ni en éste, ni en otro alguno, es de contarse con que ella venga á falsear el sentido genuino de los artículos que se reglamentaran.

La libertad, esa soberanía del yo sobre el yo, como bien la llama Víctor Hugo, se restringe allí donde comienza el Estado; cada soberanía concede cierta cantidad de sí misma, cantidad igual para todos, para formar el derecho común que no es otra cosa que la protección de todos irradiando sobre el derecho de cada uno. Y el gran repúblico BENITO JUAREZ enseñaba que: el respeto al derecho ajeno es la paz, es la libertad.

Ahora bien: nadie tiene derecho para explotar á un público, prevalido de la ignorancia en que se encuentra; porque ese derecho no entraña respeto á la soberanía, ni menos á los intereses naturales que sintetizan el derecho de los otros; porque ese derecho, es vejatorio de la libertad de los demás; porque ese derecho, es un atentado al derecho común. En buena hora que el que quiera con la conciencia de lo que hace, sacrifique algo más de su derecho en determinadas circunstancias y á determinada persona; no por eso dejará de ser menos antiliberal despojar á otro del suyo, en verdadera sorpresa ó en absoluta ignorancia, ejerciendo una perfidia ó planteando un engaño.

El poder y la ciencia en consorcio, deberían estar listos para enmendar los yerros del fanatismo y los dislates de la fascinación. ¿Dónde iríamos á parar si los gobiernos con la presciencia que da la instrucción, permitieran que los pueblos maniatados por la ignorancia, se entregaran á la avilantez del primer Cagliostro que se presentara?

El Sr. Mata podrá tener razón en creer que el charlatanismo se remedia sólo con el buen juicio de las familas y con el fallo de la opinión; pero y ¿qué, los hechos que sirvan para formar ese juicio, para establecer esa opinión, son de tal modo indiferentes que no merecen atenderse? Antes de que el fallo se forme, antes de que el buen juicio decida, los hechos, por atentatorios que sean, ¿están en la esfera legal?

Ultimamente, un curandero de Buenos Aires, con pretexto de *calentar los nervios*, fueron sus palabras, quemó profundamente las plantas de los piés á una niña, y el mismo Sr. Meraulyok, á ser cierto lo que pregona la fama, propinó ácido sulfúrico á un infeliz anémico, causándole deposiciones sanguinolentas con dolores terribles, y la muerte. ¿Qué, por ser estos hechos de aquellos que servirán de base para formar un juicio, están autorizados? y si no lo están, ¿con qué derecho se lleva ante un tri-

bunal á un hombre á quien la ley dijo: haz lo que quieras que ya vendrá el buen juicio de las familias, y el fallo de la opinión á manchar tu frente, y á desquiciar tu prestigio? ¿Con qué valor se acusa ante un juez á un hombre á quien la Carta suprema del país consagró el pleno ejercicio de una profesión suplantada? Se le exigirá responsabilidad, se nos arguye, y ¿qué quiere decir prácticamente entre nosotros, para nuestras costumbres y en nuestros tiempos, responsabilidad? En México hay que pasar por un Gólgota de disgustos y de temores para obtener justicia; por eso, ó por sentirse pequeños al lado del ofensor, ó por ignorancia, ó simplemente por apatía no se piensa en exigir responsabilidad á nadie. Y porqué no se pide, y porqué no se acusa, muchos y verdaderos asesinatos ¿se quedarán impunes? Es de sentido común que la Administración debe evitar en vez de corregir, debe precaver en vez de castigar, ¿qué responderá al que se queje de un daño irreparable producido por una falta de previsión legal? ¿Qué consigue el que perdió á su deudo, pudiendo haberlo conservado, con el castigo póstumo de un charlatan?

Persigan las leyes á los suplantadores de profesiones; nadie tiene derecho á engañar á nadie, y cuando á pesar de todos los preceptos, siga habiendo charlatanes, como añade el Sr. Mata, no por eso los artículos legales habrán cumplido menos con su cometido. Y por otra parte, si no hubiera qnienes burlasen las leyes, éstas no serían necesarias.

Llegará la vez en que el charlatanismo caiga ante el vigoroso empuje de la instrucción, y ese camino indudablemente es preparado con la libertad más completa de enseñanza, esa libertad á que aludía el Sr. Gamboa en el seno del Congreso constituyente; entonces ya no habrá necesidad de leyes represivas; los pueblos despreciarán como á su mayor enemigo á la ignorancia, y de su saber harán un escudo contra los que busquen corroer sus intereses; pero entretanto que la enseñanza llega á ese deseado período, entretanto que la humanidad se posesiona de esa tierra prometida que á nuestras generaciones sólo ha sido dado columbrar, no hay que conformarse con esos profesores artificiales que forman las legislaciones y los gobiernos, y que como bien dijo el célebre Sr. Ignacio Ramírez, son la primera barrera de la ciencia; búsquese el acierto con el examen, única lámpara que hasta hoy nos es conocida para encontrar las aptitudes; y si ese proceder tiene inéxitos frecuentes, no por eso se entregue nuestro bienestar y quizá nuestra existencia en manos del primero que nos los pida para jugar con ellos ó para destruirlos.

***

Pero volvamos al caso: si los artículos 3º y 4º constitucionales no han sido reglamentados, y si en esa reglamentación deberá encontrarse pautada la solución de un problema de actualidad, ¿cómo resolverlo hoy que el caso se presenta, hoy que es oportuno? De rigurosa lógica parece que si conforme al buen sentido, si sin violentar la precisa significación de los mismos artículos, si en la senda por ellos marcada se encuentra la apetecida rsolución, de acuerdo con las leyes de los pueblos más cultos y aún con la más antigua liberal legislación, no hay que decidirlo de una manera violenta, contraria á los derechos naturales del hombre; no hay que herir la justa esperanza de los pueblos que creen tener en su gobierno al tutelar obligado de sus intereses. En Inglaterra, se nos ha dicho, sólo se exigen títulos para poder reclamar honorarios, y ¿qué más se quiere? quitarle á un hombre la facilidad de adquirir el fruto de su trabajo si no ostenta un título ¿no es bastante enaltecer el valor de ese mismo título? Diferente, aunque siempre pena, es la que establece entre nosotros el art. 759 del Código respectivo; esa prescripción que en nuestro sentir no es anticonstitucional, como dice el informe del gobierno, esa prescripción que de acuerdo con el espíritu de nuestra Gran Carta, restringe el ejercicio, no la dedicación á determinadas profesienes, ese precepto que veda sólo que se suplante una profesión, ese artículo que pospone justamente el bien de un individuo al bien de los demás.

Las ejecutorias de la Corte de Justicia expresan, se nos indica, que debe dejarse en plena libertad á los suplantadores de profesiones para que obren como gusten; y bien, las ejecutorias de la Corte ni establecen precedentes para otros casos, por análogos que parezcan, ni significan otra cosa que la verdad legal; y por más que abrumen por su importancia, por sus intereses y por su trascendencia, nunca serán superiores al raciocinio, nunca mejor criterio que la lógica; después de leer muchas de ellas, se levanta del fondo de la conciencia una voz que protesta como Galileo. Y sin embargo, nos decimos á nosotros mismos, no es esto lo que más conviene, no es

esto lo que más se adapta ni á la justicia ni á los intereses de nuestro país.

Las ejecutorias de la Corte no son dogmas; su espíritu no puede aducirse en la discusión científica, ni darse como la verdad real de las cosas. Los pueblos necesitaban llegar á un último fallo, á una inapelable decisión y he aquí el motivo de las ejecutorias de la Corte en los juicios; pero no siempre los altos Cuerpos deliberantes han dicho la verdad; ahí está el Parlamento de Rouen, consagrando la demonopatía; ahí Academias enteras hiriendo con su voto las ideas de Descartes y de Kepler, esas ideas que más tarde ungiría con su voto la humanidad.

La razón se asienta en muy más encumbrado puesto que los magistrados, es muy más poderosa que los jueces, y el eterno axióma de que nadie puede ser libre con detrimento de la libertad agena, no fulgurará menos brillante porque la honorabilidad de altos personajes pretenda empañarlo.

A pesar, pues, del acopio de citas y doctrinas con que se engalana el informe del gobierno, no sólo no ha conseguido robustecer, pero ni aun siquiera edificar la opinión de que mientras no exista la ley orgánica de los artículos 3º y 4º constitucionales, debe subsistir del modo más absoluto la libertad de suplantar profesiones que erróneamente se ha creido que ellos garantizan; y á pesar de las ejecutorias de la Corte, el Ministerio, conforme á su creencia, si en ella está, y si no, de acuerdo con el espíritu de la Constitución que se inspiró en la más pura moral, debiera haber aplicado el Código Penal vigente en sus artículos relativos. Cualquiera providencia judicial que viniera á entorpecer la gubernativa, no dejaría menos aparente ante la Nación la justicia con que en el caso se hubiese procedido; cualesquiera que sean los actos ulteriores de la Corte en el asunto, nunca la verdadera sensatez condenaría la actitud del Ejecutivo. Si no más cuando hay esperanza de que se remedien los males, si sólo cuando ha de encontrar paso franco la verdad, se discurriera sobre los hechos y se patentizaran las peripecias que los acompañan, no habriamos ni siquiera intentado la formación de este escrito.

***

El Sr. Lic. Manterola se aprovecha en su informe de un *lápsus calami* de redactor de la comunicación del Consejo, al parecer con el intento de exhibir ante el público un notorio error del H. Cuerpo; no es de creer que el oficial 1º del Ministerio haya desconocido la mente del Coesejo, después de leer la parte expositiva en que se retrata.

Por razones análogas á las expuestas al hablar de la libertad del trabajo, es lógico suponer que todo hombre tiene derecho para explotar en utilidad propia medicamentos secretos de su invención cuando con ellos no pueda causar daño; y á obrar de esa suerte, lo autoriza, además de la Constitución y el buen sentir, el constante éxito que alcanzan las prácticas médicas y recursos terapéuticos que se rodean del secreto y del misterio. Hace todavía pocos años que el Consejo Superior de Salubridad tenia entre otras atribuciones, la de comprobar que los específicos y medicinas de patente estaban compuestas conforme á la fórmula que para su conocimiento le era mandada por sus autores, y sólo cuando la conformidad entre la última y el preparado era exacto, y cuando, evidenciada la composición de los medicamentos, aparecía que ellos en ningún caso eran nocivos, podían expenderse, no sin que antes la certificación del Consejo viniera á darles previo pase. Si tal método se siguiera hoy; si en acuerdo con el precepto de la Constitución y con los artículos del Código Penal vigente, se procediera como entonces, la venta de los medicamentos de patente y la de los específicos, no sólo estaría, sino debería conservarse en consonancia con el acuerdo de la recta razón y de la mejor entendida libertad.

***

Terminemos: el Ministerio de Gobernación, fundado en un informe en que la solidez de raciocinios y la oportunidad de las citas no está en conformidad con la mente del que lo formó, ha indicado su aquiescencia á una interpretación constitucional, indudablemente violenta y atentatoria al derecho común.

FERNANDO MALANCO.

EL MIEDO A LA MUERTE.

El miedo á la muerte, que hiela los corazones de la mayor parte de los hombres, parece perder mucho de su gravedad en el momento supremo. Aquellos que, por su profesión, asisten á los moribundos, como los sacerdotes de los diversos cultos, los

médicos, los enfermeros, las Hemanas de la Caridad, saben que la mayor parte de las agonías son dulces....... Creo, dice Montaigne, que los aparatos que rodean la muerte son los que la hacen espantosa. Los gritos de las madres, de las mujeres y de los niños, las visitas de personas asombradas y adoloridas, la asistencia de criados pálidos y llorosos, un cuarto sin luz, cirios encendidos, la cabecera circuida de médicos y sacerdotes, todo esto forma un conjunto tal de horror y espanto que nos figuramos ya amortajados y enterrados. Los niños tienen miedo á sus amigos cuando los ven enmascarados. Así somos nosotros. Es necesario quitar esta máscara á las cosas lo mismo que á las personas.

Casi siempre precede á la muerte un anodamiento gradual de la sensibilidad, que hace que el individuo no tenga apenas ninguna conciencia del cambio que va á realizarse en su sér, y que mire la muerte con indiferencia.

Un médico, amigo mio, se ha visto á las puertas de la tumba. Su estado parecía desesperado. Vuelto á la vida, como por milagro, goza hoy de una salud perfecta. Cuando se le interroga sobre las sensaciones que experimentaba en la eminencia de un fin que juzgaba inevitable, no recuerda sino un estado de indiferencia absoluta, una ausencia de todo penoso sentimiento. La lámpara de la vida se apagaba progresivamente, y el enfermo no tenía conciencia sino de la aproximación gradual de un estado más completo todavía de sosiego moral. Buffón afirma que la degradación sucesiva de la sensibilidad, debe hacer casi inapreciable el instante en que se pasa de la vida á la muerte. Dice que si se pregunta sobre esto á los médicos y á los ministros de la Iglesia acostumbrados á observar las acciones de los moribundos y á recoger sus últimos sentimientos, ellos no pueden menos de convenir en que, en la mayoría de los casos, se muere dulce y tranquilamente y sin dolor. La mayor parte de los hombres mueren sin saberlo...... La muerte no es una cosa tan terrible como se imagina. Es un espectro que nos espanta á cierta distancia, y que desaparece cuando nos aproximamos á él.

Barthez, célebre canciller de la Universidad de Montpellier, en sus *Nuevos elementos de la ciencia del hombre*, dice: "me parece verosímil que por lo general, en los momentos que preceden inmediatamente á la muerte (cuando ella no es súbita), el hombre experimenta cierto placer en morir. Apoyo esta congetura sobre esto. Siéntese una manera de ser agradable la aproximación del sueño al que uno se entrega por grados............"

Lucano dice que los Dioses han ocultado á los hombres lo grato de la muerte, á fin de soportar la vida.

Francisco Juárez, jesuita célebre, muerto en Lisboa el año 1717, dijo poco tiempo antes de expirar: "No pensaba que fuera tan dulce y agradable el morir."

M. Simons cuenta que Hunter, estando en sus últimos momentos, dijo á su amigo M. Combes: "Si tuviera bastante fuerza para sostener la pluma, escribiría cuán fácil y agradable es el morir."

Es un hecho muy conocido que la eterización provoca siempre sensaciones agradables; que á los enfermos á quienes se sumerge en el sueño provocado por el éter ó el cloroformo, no sólo no sufren con este estado, sino que, en general, tienen el espíritu embargado por dulces ensueños. Ahora bien; ¿qué es la anestesía? ¿qué es la eterización? Es una asfixia que llevada un poco más lejos, produciría ciertamente la muerte. Es el principio de la muerte, es una inminencia de muerte por asfixia. Los síncopes, los desfallecimientos llegan sin dolor, acompañados de una dulce languidez, de una especie de inconsciente voluptuosidad. Y el síncope, es desmayo constituye una especie de muerte temporal.

No queremos exagerar esta tesis ni decir con Rulhiere: "agonizar es un placer extremo." Esperamos tan sólo que estas consideraciones mitiguen el horror natural que despierta la idea de la muerte.

No la temamos. Esperémosla, no como el fin de nuestra existencia, sino como su transformación. Con la muerte no perecemos. Nos transformamos. La oruga, que parece encerrarse en una tumba fría, no muere. Bien pronto resucita en una brillante mariposa que recorre los aires. El cuerpo descolorido, inmóvil y helado de la crisálida, engendra un sér nuevo, reluciente, matizado de mil colores, que hiende en el espacio con sus alas de azul. Así será de nosotros. Nuestra miserable envoltura queda sobre la tierra y restituye sus elementos al depósito común de la materia universal, pero nuestro espíritu no perecerá......... Renacerá, y, mariposa invisible, atravesará los aires, yendo á cernirse, no á el cielo imaginario de las religiones positivas, sino en las regiones etéreas. — *Luis Figuier.*

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

Alopatía, Homeopatía y Dosimetría.

Si la relación es la misma en todos los casos en que los medicamentos realmente curan, el principio de esta suerte revelado debe ser universal, y por lo tanto la "Ley suprema de curación."—*J. P. Dake.* (Métodos terapéuticos, pág 80.)

De Guanajuato á Silao.—Abril 15 de 1889.—Sr. Dr. Ruperto Zamora.

Respetable amigo é ilustrado Doctor:

Si es una verdad que el ángulo de incidencia es igual al ángulo de reflexión, es verdad también que las frases encomiásticas y los calurosos elogios que dirige vd. al Profesor de Gante, corresponden de hecho y de derecho al sabio de Meissen.

La erudita y elegante carta que dirige vd. á su colega el Dr. Pérez Gil, y que publicó íntegra *La Medicina Científica,* en el núm. 6 correspondiente al 15 del pasado, causará sin duda una revolución en el campo de la medicina, y tendremos el gusto de ver á dignos campeones en la arena. Dosímetras y Homeópatas, sólo aclararemos dudas y haremos rectificaciones, y como nunca nos hemos negado ni á la discusión ni á la prueba, vd. comprenderá que nosotros llegaremos á ponernos de acuerdo, máxime si reinan, como es cierto que reinan, la buena fe, la honradez y la lealtad en los dos bandos reformistas.

Los Dosímetras honrados que como vd., confiesan no conocer á fondo nuestro sistema, comienzan por declarar que su tiempo lo han dedicado sólo al estudio de los otros dos: al alopático lo abandonaron al conocer una escuela que les ofrecía elementos bastantes para la terapéutica, y al dosimétrico lo adoptaron, quién sabe si porque no conocieron antes el nuestro.

Yo he visto á vd., querido amigo, ejercer su sistema médico con el celo de los apóstoles, con la conciencia de los sabios y con la satisfacción de los científicos. Me consta que enfermos abandonados por la antigua Escuela, han salvado en sus manos, y tengo la seguridad de que vd. cura con sus gránulos al medio miligramo, enfermedades que no ceden á la fuerza medicatriz del organismo, y que sólo se dominan con la acción de una ó varias sustancias medicamentosas. Es decir, tengo conciencia cierta de que vd. ha curado con gránulos, á enfermos que no sanaban con sólo aspirar el aire embalsamado de los bosques.

Pero yo debo, entretanto salen á la palestra talentos superiores y hombres ilustrados, reclamar para Hahnemann todo aquello que vd. le consagre á Burggraeve, verdaderas endechas de noble admiración, cantadas á los acordes de una lira inspirada en el estudio y pulsada por la gratitud.

Hecha la salvedad de que reconozco á vd. sus elevados méritos personales, no le extrañará que en algunos puntos lo combata, porque el amigo, está obligado á confesar lo bueno que su amigo tiene, y el Médico-Homeópata debe decirle al Médico-Dosímetra la verdad desnuda. En ello se interesa la ciencia, y no se lastimará nuestro afecto, porque los que buscamos la verdad para tranquilizar nuestras conciencias, no usaremos medios reprobados por la más cumplida caballerosidad, ni emplearemos otro lenguaje que el científico: si logramos ponernos de acuerdo, nuestro afecto tendrá un nuevo motivo de estrecharse, y si no llegamos á convencernos, no habrá motivo para alejarnos.

***

¿Qué podría yo agregar á la brillante crítica que hace vd. de la antigua medicina, cuando estuvo tan elocuente, tan hábil, tan erudito y tan valeroso? Comprendiendo vd. que el trabajo emprendido por mí en mi humilde periódico era tan largo y penoso, como el de la hormiga que apoya sus antenas en la roca para arrancar uno por uno los granitos de la mole, y que era necesario dar un golpe maestro en la obra de demolición emprendida por un pigmeo, se fué vd. recto al edificio universitario, con su cincel templado al rojo-blanco, su masa de gran peso y su cartucho de dina-

mita: cavó en los cimientos un barreno, puso en él la materia explosiva necesaria, prendió la mecha, y desapareció el edificio en menos tiempo del que yo empleo para trazar estas líneas. Vd. hombre práctico, llevaba ya preparado un bote con pintura y brocha, y como no quedaron ni escombros en aquel terreno, limpio, plano y terso como una luna veneciana, escribió vd. con caracteres indelebles: "aquí sucumbió Sansón con todos sus filisteos."

Son, pues, de vd. los honores del triunfo, pues ni el hábil Malanco, ni el intrépido Figueroa, hicieron tanto: es verdad que ellos lograron que el edificio se *cuarteara*, pero fué mucho más expedito hacerlo volar: me inscribo en la Sociedad de "dinamíteros de la ciencia," y procuraré recibir clase de los hombres de su talla.

Vd. acabó con la antigua Escuela: su silencio inexplicable al reto que vd. lanza, es el certificado de defunción que de buena gana hubiera yo suscrito. Es la primera vez que lo veo á vd. firmando esa clase de documentos que no circulan mucho por el campo reformista: nuestros bonos aún no sufren depreciación en la Bolsa científica, y espero en Dios que llegará el día en que sólo ellos sean solicitados.

***

Voy á recordar á vd. tres puntos muy importantes de su carta, que me van á servir de base para entrar de lleno á la cuestión que motivó la presente.

Sea el primero, que vd. confiesa con ingenuidad que lo honra, no conocer á fondo la Homeopatía: sea el segundo, que cuando vd. conoció la Dosimetría, abandonó sus antiguas creencias y se arrojó en los brazos de una terapéutica racional y de un tratamiento científico.

Sea el tercero, que por lo poco que conoce de nuestro sistema, ha podido formar un sano juicio, y declarar que es una ciencia, aunque duda de la acción de sus dosis y del poder de ellas.

En cuanto al primero, me propongo demostrarle que si vd. conociera nuestro Organon, ya habría engrosado nuestras filas que por cierto se honrarían con su defección.

En cuanto al segundo, que vd. es homeópata inconsciente, puesto que de la mejor buena fe sigue las enseñanzas de Burggraeve, ignorando que éste no enseña nada nuevo, pues todo, ó lo más, lo ha copiado de Hahnemann.

En cuanto al tercero, que si un vago conocimiento del sistema sirve á vd. para declararlo científico, como antes lo hizo el Dr. Malanco, un estudio serio haría que vd. lo declarara invulnerable.

Seamos lógicos: quién nació primero ¿Hahnemann ó Burggraeve? La respuesta es bien sencilla: nosotros ya celebramos el Aniversario 133 del natalicio del Maestro, y vdes. aún lo tienen en vida al suyo, contando satisfecho 80 primaveras.

Si pues Hahnemann murió ya, sus obras fueron indudablemente escritas antes, y sus teorías, que aparecen hoy suscritas por el Profesor de Gante, no es creible hayan germinado en el cerebro de éste tan parecidas y tan idénticas, que no den lugar á la sospecha de haber sido trasladadas de nuevo á nuevos libros.

Recuerde vd. que una noche hablábamos en mi consultorio de la facilidad con que deben curarse las enfermedades de la piel, y que vd. alababa á Burggraeve su gran ingenio, por haber descubierto tres miasmas crónicos, los *sícosis*, la *psora* y la *sífilis*. Recuerde vd. también que en el acto me levanté de mi asiento y leí á vd. un pasaje del tomo III de la obra de Hartman, relativo á ese nuevo descubrimiento hecho por Hahnemann.

Sírvase vd. contestarme como hombre honrado: ¿Quién copió á quién?

Recuerde vd. que otra noche en nuestras constantes discusiones que siempre he buscado con vd., porque su talento me cautiva, leíamos en uno de los tomos de la *Revista Dosimétrica de Madrid*, que dirige el hábil propagandista Valledor, la monografía de la *Aconitina*, y yo mostré á vd. inmediatamente las lecciones del Dr. Hughes y nos pusimos á comparar las observaciones acerca del *Acónito*. Recuerde vd. que se usan estas palabras en los dos estudios, "concentración causada por espanto, una cólera, etc." Si pues Hahneman legó al mundo sus estudios hace 90 años, y Burggraeve apenas hace 20 dió á luz los suyos, vuelvo á preguntar á vd. ¿quién copió á quién?

Como á mí me gusta en todo caso citar fojas y tomos, y palabras, voy á refrescar la memoria de vd. con esas citas, pero antes me permitirá le ruegue que busque en su colección del periódico *La Medicina Científica*, un artículo que comienza diciendo: "La grande obra de Hahnemann continuada por nosotros......"

Esta confesión, hecha por el órgano oficial de la Escuela Dosimétrica, me servirá de poderosa arma para hacer comprender á los ajenos á la ciencia, que vengo á defender una causa justa y la memoria de

un sabio que debe sobreponerse á las pasiones humanas.

Antes de comenzar mi larga tarea de las citas, vuelvo á protestar que reconozco en vd. excelente buena fe, y cuando vea estos detalles, y lea con calma las obras á que voy á referirme, confesará, no lo dudo, que vd. apagaba la sed de sus conocimientos en el riachulo que le quedó más cerca, pero que si hubiera andado otro poco más, hubiera vd. encontrado el manantial surtidor de ese hilo de agua comparado con el venero riquísimo de donde nace.

¿De esto se desprende que somos adversarios? ¡No, y mil veces no! Los discípulos no son culpables de las faltas del Maestro, porque en la época en que vivimos ni se heredan honores ni se reportan faltas: hoy cada uno responde por lo suyo, y el médico dosímetra no merece reproche si el que le enseña no le advierte que disfraza la lección de otro. No, Doctor amigo, vdes. y nosotros, llegaremos á darnos un abrazo fraternal, y desaparecerán tarde ó temprano los bandos para formar el ejército reformista que milite á la sombra de la bandera Hahnemanniana. Vdes. y nosotros debemos aclarar las dudas y formar un núcleo fisiológico-experimental: nosotros no somos ciegos: adoptaremos lo bueno de Burggraeve, lo que él haya creado, lo que él haya descubierto, pero no permitiremos que nos quite lo nuestro ni enriquezca sus dominios con detrimento de nuestro territorio.

Ya es tiempo de entrar en materia: si no logro mi objeto, culpa será de mi reconocida insuficiencia, pero no de la doctrina salvadora del inmortal Maestro Samuel Hahnemann.

***

Su carta contiene este primer elogio: "A nuestro Doctor insigne nada faltó; con la claridad de su talento concibe lo que es la vida, lo que es la enfermedad, lo que es el medicamento, y embriagado como el sabio de Siracusa, con el gozo que produce la intuición de la verdad, exclama: á las enfermedades agudas, tratamiento agudo; á las crónicas, tratamiento crónico: dése el medicamento hasta el efecto, y en pocas palabras abarcó toda la terapéutica."

La palabra intuición que vd. usa, demuestra algo que no se ha conocido, algo que sin saber cómo, brota de repente en nuestro cerebro, algo que es una chispa desprendida quién sabe de dónde é interpretada por nuestros labios. Pero ese algo no lo tuvo Burggraeve; ese algo lo tuvo Hahnemann, y ruego á vd. lea los siguientes párrafos del Organon, que me permito insertar:

"247. Con estas condiciones, las dosis " mínimas de un remedio perfectamente " homeopático pueden ser repetidas con un " éxito manifiesto, y á veces increíble, por " intervalos de catorce, doce, diez, ocho y " siete días. Se les puede todavía acortar " más en las enfermedades crónicas que difieren poco de las afecciones agudas, y que " piden pronto auxilio. Los intervalos pueden disminuir también en las enfermedades agudas, y reducirse á veinticuatro, " doce, ocho y cuatro horas. En fin, puede " ser de una hora y aún de cinco minutos " en las afecciones muy agudas, atendiendo siempre á la rapidez mayor ó menor " del curso de la enfermedad y á la acción " del medicamento que se emplea.

"248. La dosis de un mismo medicamento se repite muchas veces en razón " de las circunstancias. Pero no se reitera " hasta la curación, ó hasta que, cesando " de producir mejora el remedio, el resto " de la enfermedad ofrezca un grupo diferente de síntomas, que reclame la elección " de otro remedio homeopático."

Si vd. me reduce esos párrafos á su menor expresión se convencerá por sí mismo que fué Hahnemann el que tuvo la intuición. Me dirijo á un hombre honrado que no gasta sutilezas, sino argumentos y lo invito para que imparcialmente busque en esos párrafos las mismas palabras de Burggraeve.

Como varias veces ensalza vd. al profesor de Gante por el principio de la repeticion de la dosis hasta llegar al efecto terapéutico, copio en seguida otros párrafos del Organon, claros como la luz del día, y que me autorizan á arrancar ese laurel de la frente del Profesor de Gante, y llevarlo, lleno de emoción, á la tumba del Maestro. El fué quien proclamó ese principio, y en mi humilde concepto con más bella elocuencia.

"3. Cuando el médico descubre con claridad lo que hay que curar en las enfermedades, esto es, en cada caso morboso " individual (*conocimiento de la enfermedad, indicación*); cuando tiene una noción precisa de la virtud curativa de los " medicamentos, es decir, de cada medicamento en particular (*conocimiento de las virtudes medicinales*); cuando, guiado " por razones evidentes, sabe elegir la sustancia que por su acción es más apropiada á cada caso (*elección de medicamento*); " adoptar para ella el modo de preparación " más conveniente, apreciar la cantidad á

"que debe administrarse, y juzgar el momento en que deba repetirse la dosis, en una palabra, hacer de lo que hay de curativo en los medicamentos á lo que hay indudablemente de enfermo en el individuo una aplicación tal que deba seguirse la curación; cuando, en fin, en cada caso especial conoce los obstáculos que se oponen al restablecimiento de la salud y sabe separarlos para que el restablecimiento sea duradero, sólo entonces obra de un modo racional y conforme con el objeto que se propone, sólo entonces merece el título de verdadero médico.

"129. Si esta dosis produce muy débiles efectos, para hacerlos más pronunciados y más sensibles, puédese aumentar cada día la dosis de algunos glóbulos hasta que el cambio sea apreciable; porque un medicamento no afecta á todas las personas con la misma fuerza, antes al contrario reina en este punto una gran diversidad. Se ve algunas veces que una persona, que parece delicada, apenas se afecta por un medicamento que se sabe es muy enérgico, y que se le había administrado á dosis moderadas, mientras que se afecta muy fuertemente por otras sustancias mucho más débiles. Asimismo, hay sugetos muy robustos que experimentan síntomas morbosos considerables por parte de agentes medicinales suaves en la apariencia, y que por el contrario sienten poco los efectos de otros medicamentos más fuertes. Pero, como jamás se sabe de antemano cuál de estos dos casos tendrá lugar, es muy conveniente que se empiece por una dosis pequeña y que después se aumente diariamente si se juzga necesario."

La teoría que vd. asienta de la vitalidad es muy bella, y tanto me ha agradado verla aceptada por la Escuela Dosimétrica, cuanto me honra haberla aprendido en el Organon. Hahnemann fué el primero que se levantó contra el materialismo médico y fué también el primero que emitió esa misma teoría que vd. cree de Burggraeve, en los siguientes pasajes que tengo la satisfacción de presentar á la consideración ilustrada de vd.:

"9. En el estado de salud, la fuerza vital que anima dinámicamente la parte material del cuerpo, ejerce un poder ilimitado. Ella sostiene todas las partes del organismo en una admirable armonía vital, tanto con respecto á la actividad, como á la sensibilidad, de suerte que el espíritu dotado de razón, que reside en nosotros, puede emplear libremente estos instrumentos libres y sanos, para conseguir el elevado objeto de nuestra existencia.

"10. El organismo material, desde el momento que le falta la fuerza vital, no puede sentir, ni obrar, ni hacer cosa alguna para su propia conservación. Únicamente al ser inmaterial que le anima en el estado de salud y de enfermedad, es á quien debe el sentimiento y el cumplimiento de sus funciones vitales.

"11. Cuando el hombre cae enfermo, esta fuerza espiritual, activa por sí misma y presente en todas las partes del cuerpo, es la primera que luego se resiente de la influencia dinámica del agente hostil á la vida. Sólo ella, después de haber sido trastornada, puede hacer sentir al organismo las sensaciones desagradables que experimenta, é impelerlo á las acciones insólitas que llamamos enfermedades. Siendo invisible por sí misma y apreciable solamente por los efectos que produce en el cuerpo, esta fuerza no expresa ni puede expresar su trastorno, sino por una manifestación anómala en el modo de sentir y de obrar de la parte del organismo accesible á los sentidos del observador y del médico, por medio de síntomas de enfermedad.

"12. Sólo la fuerza vital desarmonizada es la que produce las enfermedades; de consiguiente los fenómenos morbosos accesibles á nuestros sentidos expresan todo el cambio interno, ó más bien la totalidad del trastorno del poder interior, en una palabra, ponen de manifiesto toda la enfermedad. Por lo mismo, la curación, esto es, la cesación de toda manifestación morbosa, la desaparición de todos los cambios apreciables que son incompatibles con el estado normal de la vida, tiene por condición y supone necesariamente que la fuerza vital esté restablecida en su integridad y que el organismo entero haya vuelto al estado de salud.

"13. Síguese de aquí, que la enfermedad, inaccesible á los procedimientos mecánicos de la cirugía, no es, como los alópatas la pintan, una cosa distinta del todo viviente, del organismo y de la fuerza vital que le anima, oculta en el interior del cuerpo y siempre material, sea cual fuere el grado de sutileza que por otra parte quiera atribuírsele. Semejante idea sólo pudiera abrigarse en una cabeza imbuída en las doctrinas del materialismo. Ella es la que durante millares de años ha conducido la medicina por los falsos caminos que ha recorrido, y que lo han separado de su verdadero destino.

"14. En todos los cambios morbosos in-

" visibles que sobrevienen en el interior del " cuerpo, cuya curación puede realizarse, " no hay ninguno que no se dé á conocer " al observador atento por medio de seña- " les y de síntomas. Así lo ha querido la " bondad infinitamente sabia del Soberano " conservador de la vida de los hombres.

" 15. El trastorno, invisible para noso- " tros, de la fuerza vital que anima nues- " tro cuerpo, no forma, en efecto, más que " un todo con el conjunto de los síntomas " que esta fuerza produce en el organismo, " que hieren nuestros sentidos, y que re- " presentan la enfermedad existente. El " organismo es el instrumento material de " la vida, pero no se le podría concebir si " no fuese animado por la fuerza vital que " siente y obra de una manera instintiva, " así como tampoco pudiera concebirse es- " ta fuerza vital independiente del orga- " nismo. Los dos no forman más que un " ser, aunque nuestro espíritu lo divida en " dos ideas para su propia comodidad.

" 16. Siendo nuestra fuerza vital un po- " der dinámico, la nociva influencia ejer- " cida en el organismo sano por los agen- " tes hostiles que vienen del exterior á per- " turbar la armonía del juego de la vida, " no podría afectarla sino de una manera " puramente dinámica. Así, pues, el mé- " dico sólo puede remediar estos trastornos " (enfermedades) valiéndose de sustancias " dotadas de fuerzas modificadoras, igual- " mente dinámicas ó virtuales, cuya impre- " sión percibe por medio de la sensibilidad " nerviosa presente en todas partes. Así " los medicamentos no pueden restablecer " ni restablecen en realidad la salud y la " armonía de la vida, sino obrando en ella " dinámicamente, después que una obser- " vación atenta de los cambios accesibles " á nuestros sentidos en el estado del indi- " viduo (conjunto de síntomas) ha sumi- " nistrado al médico un conocimiento de " la enfermedad tan completo como lo ne- " cesita para poder emprender la curación."

Vuelvo á apelar á la reconocida honradez de vd. para que me diga si estos párrafos no son en su esencia la doctrina de la vitalidad, como lo concibió Hahnemann, y que después lanza Burggraeve al mundo como una cosa nueva, y como una cosa suya.

Tengo que estar de acuerdo con vd. en la definición de la *dosis:* realmente, el organismo no puede sujetarse á una medida ni á una talla: *dosis,* según Hahnemann, " es la cantidad de sustancia medicamentosa, que sea necesaria en sus efectos para efectuar la curación." Es decir, queda comprendida en esta definición toda la escala posológica: con esto queda advertido el médico de que puede usar cuanta medicina se necesite, y su criterio será el que le diga en cada caso cuándo dará más y cuándo dará menos. Pero esta teoría no es hija única de Burggraeve, vd. puede verla en el Organon, cuyo pasaje acabo de citar.

En un punto no estoy, ni estaré jamás de acuerdo con las doctrinas de Burggraeve; vd. dice testualmente.

" Sigamos estudiándolo. Cuando damos " un medicamento (hablo de cuando pro- " cedemos científicamente), conocemos de " antemano su acción fisiológica, y lo que " esta acción puede variar con la cantidad; " esperamos, en consecuencia, un efecto " cierto y determinado; todo medicamento " es por lo tanto bueno y da su efecto; si " alguna vez este efecto no corresponde á " lo que buscamos, no es defecto del medi- " camento, sino de la mala interpretación " que hemos hecho de la indicación tera- " péutica, ó de lo errado de nuestro diag- " nóstico. Si damos, por ejemplo, gránulos " de emetina hasta producir el vómito, y " con el vómito nuestro enfermo se agrava, " no es que el medicamento sea malo, él " produjo el efecto que se le pidió; lo malo " fué nuestro diagnóstico y la interpreta- " ción que hicimos de la indicación.

" Debemos saber que el efecto que pro- " duce todo medicomento, puede ser de tres " maneras: terapéutico, fisiológico y tóxi- " co; si el remedio ha sido dado con toda " la pericia científica, viene el efecto tera- " péutico, el equilibrio perdido por el tras- " torno funcional ú orgánico se restablece; " si ha faltado ciencia en su aplicación, la " enfermedad no desaparece, al contrario, " se complica con los trastornos del efecto " fisiológico; entonces el buen dosímetra " comprende que su juicio clínico está erra- " do y busca en el acto otro camino más " lógico sin que este yerro, que por des- " gracia no es raro, perjudique á su enfer- " mo, porque el mismo medicamento con " su acción le dice clara y elocuentemente: " yo no puedo darte lo que deseas; busca " otra sustancia que satisfaga la necesidad."

Antes de refutar estas elocuentes palabras, permítame vd. una pregunta: ¿ Cree vd. ó no cree en el poder curativo de nuestras diluciones? Si lo primero, porque vd. se ha dignado permitir que seres muy queridos para su corazón se hayan puesto bajo mi tratamiento homeopático, por enfermedades serias y con síntomas agudísimos, no pudo haber sido por mera contemplación ó condescendencia, porque la vida de un ser que amamos no se fía ó á manos inexpertas ó á medios de dudoso éxito

nuestro mutuo carácter franco y leal había ya estado á prueba, y recuerdo á vd. que una vez en la Botica del Sr. de Burgos, en presencia de algunos amigos y de dos médicos, dije á vd. en uno de esos arranques que me caracterizan: "Si cuando mi hijo enfermó, vd. no hubiera estado aquí, muere en mis manos, porque yo no fío á los *pedazos* de mi corazón al empírico tratamiento alopático." Debo creer que vd. en igual caso no hubiera fiado en mis manos á un ser querido, si no hubiera tenido la conciencia de que mi tratamiento fuera salvador.

Reconocida de hecho la curación por las diluciones homeopáticas, va vd. á permitirme objete la teoría dosimétrica hasta donde alcancen mis débiles fuerzas.

¿Debemos suponer que el medio milígramo es la dosis mínima por donde debe comenzarse una curación? ¿Ha de ser éste forzosamente el punto de partida de la acción benéfica de una sustancia en el incomprensible mecanismo del hombre? ¿No podrá ser medio milígramo más de la cantidad necesaria para la curación? ¿Quién puede marcar el límite de partida ó de llegada en esa especie de hipodromo que recorren la enfermedad y la medicina?

Pero no son por cierto esas dudas, ya bastante poderosas, las que me obligan á someter á un serio examen la cuestión: son las mismas palabras empleadas por la Dosimetría y que en seguida subrayo: *si damos por ejemplo gránulos de emetina hasta producir el vómito, y con el vómito* NUESTRO ENFERMO SA AGRAVA, *no es que el medicamento sea malo, él produjo el efecto que se le pidió; lo malo fué nuestro diagnóstico y la interpretación que hicimos de la indicación; si ha faltado ciencia en la aplicación, la enfermedad no desaparece, al contrario, se complica con los trastornos del efecto fisiológico........ y el mismo medicamento con su acción dice clara y elocuentemente: "yo no puedo darte lo que deseas; busca otra sustancia que satisfaga la necesidad."*

Convengo con vd. en que la Dosimetría empleada por médicos inteligentes, no causará jamás la muerte de un enfermo, pero por propia confesión, puede agravarlo con el efecto fisiológico: ahora bien, reconocido nuestro tratamiento como curativo, hay que reconocerle igualmente su acción inofensiva en caso de error: si vd. diagnostica mal la medicina, puede su enfermo empeorar por complicación con el efecto fisiológico: si yo diagnostico mal ó aplico peor la medicina mi enfermo permanecerá en el *statu quo* sin complicación alguna: el dosímetra necesita, para comprender que ha errado el camino, que la Naturaleza le diga con su agravación: "*yo no puedo darte lo que deseas; busca otra sustancia que satisfaga la necesidad.*" El homeópata necesita, para comprender igualmente que ha errado el camino, que la Naturaleza se encierre en el mutismo, y no aparezca el cambio buscado por la medicación: á nosotros nos responde la Naturaleza con la elocuencia del silencio: vdes. necesitan que les grite con toda la fuerza del efecto fisiológico de la emetina.

Si no tuviera otras ventajas el tratamiento homeopático respecto del dosimétrico, nos bastará con ésta para encaramarnos en lo alto de un campanario y pregonar con estrepitoso acento nuestro triunfo, usando de las sonoras lenguas de una iglesia.

Vd. y yo hemos aprendido en diferentes libros y en puntos bien lejanos el uno del otro: ¿porqué extraña coincidencia vd. y yo usamos las mismas figuras de retórica para expresar mejor nuestros pensamientos? ¿qué espíritu *chocarrero*, según la opinión de los que *hablan con los muertos*, inspiró en nuestros cerebros las ideas tan semejantes como una gota de agua á otra gota de tan cristalino elemento? ¿Qué corriente eléctrica desprendida del templo de la ciencia atraviesa el sistema nervioso de nosotros y polariza nuestros pensamientos, si se permite la expresión? ¿Porqué dice vd. esto en su carta?

"Ahora bien, como el efecto dinámico " que producen los alcaloides es gradual y " lento, y no podrían darse en grandes pro" porciones porque darían un efecto explo" sivo, conviene observar el efecto del maes" tro de darles *coup sur coup*, en dosis " fraccionadas hasta el efecto terapéutico: " de este modo se consigue ir aglomeran" do en el organismo el efecto dinámico sin " que haya aglomeración de sustancia, por" que ésta se elimina á proporción que se " absorbe y así llegamos al efecto terapéu" tico. Es la gota de agua que cae constan" temente dentro de un vaso hasta llegar " á la gota que lo hace derramar, es el pe" queño peso que sucesivamente se pone en " el platillo de una balanza para equilibrar " el peso grande que antes hemos puesto " en el otro platillo, hasta llegar al último " peso pequeño que establece el equilibrio."

¿Porqué yo había dicho casi lo mismo en el número 2 de mi periódico correspondiente al 15 de Noviembre próximo pasado? Yo decía entonces y repito ahora: "Si la sustancia no se ministra en pequeñísima dosis al enfermo, ¿cómo podría saber-

se cuál era la necesaria? Nos expondríamos á pasar inconscientemente del límite que la Naturaleza hubiera marcado en su oportunidad. Nosotros acumulamos efecto de medicamento, y no el medicamento en tosca masa, porque necesitamo saber cuándo ya no es necesario y cuándo es insuficiente; aglomeramos el efecto de la sustancia que actúa, hasta que la Naturaleza nos dice con su alivio: "*basta; más me haría daño.*" Para nosotros la enfermedad es un desequilibrio vital en el organismo, (¡atención, Doctor!) y necesitamos con prudencia ir echando en la balanza (¡mucha atención!) el contrapeso *indispensable*, tan seguido como el caso lo requiera, pero de poco en poco (ó como vd. dice: *coup sur coup*), para poder estar pendientes del momento en que el fiel llega á su centro: de no tener ese cuidado, el médico se expone á causar un desequilibrio mayor y más perjudicial que el primitivo."

Présteme vd. sus palabras para cerrar este párrafo con broche de oro: "*es el pequeño peso que sucesivamente se pone en el platillo de una balanza para equilibrar el peso grande que antes hemos puesto en el otro platillo hasta llegar al último peso pequeño que establece el equilibrio,*" y como yo dije: "para estar pendientes del momento en que el fiel llega á su centro."

Esta uniformidad de ideas me autoriza á preguntar al amigo leal y al dosímetra honrado: si Hahnemann escribió primero sus obras donde yo aprendí, ¿no cree vd. que Burggraeve haya copiado estas doctrinas en las que vd. estudió? Recordemos que vd. confiesa no conocer á fondo la Homeopatía: luego no pudo saber que la Homeopatía daba la misma explicación respecto al cómo deben darse los medicamentos: luego las obras de Dosimetría contienen la misma enseñanza Hahnemanniana; luego Burggraeve no merece tan calurosos elogios por prohijar los pensamientos ajenos: luego aquí hubo un plagiario: ¿quién sería? el que escribió sus obras hace más de medio siglo, ¿ó el que las escribió hace apenas quince años?

No olvido que estas consideraciones sólo pueden dirigirse al hombre honrado que no usa sutilezas, sino argumentos: al que abandonó con valor digno de elogio la antigua medicina porque no satisfacía á su conciencia; al que siguió á Burggraeve porque no tuvo Hahnemann la dicha de haber llegado primero al gabinete de estudio de mi ilustrado amigo. Toca á los homeópatas honrados entre cuyo número con orgullo me cuento, dar el grito de "*abajo caretas,*" y obtener por la vindicación que ocupe cada uno su lugar en el templo de la ciencia, donde iremos á quemar, ante quien realmente lo merezca, el incienso de nuestra justa admiración.

En cambio de este pequeño desacuerdo, cuéntame vd. entre los suyos cuando asegura que sólo ignorantes ú hombres de mala fe son los que acusan á los alcaloides de ser venenosos; y la exposición que vd. hace en su defensa lo acredita una vez más como hombre de mérito científico y de indisputable talento.

No admito como gloria de Burggraeve la de yugular las enfermedades en su período de invasión. El maestro Samuel Hahnemann no usó palabra tan científica tal vez desconocida en su tiempo, pero usó estas otras: "tratamiento abortivo de las enfermedades agudas." Entre los homeópatas aún entre los charlatanes que nos causan tanto mal y nos acarrean tanto desprestigio, es conocidísimo este tratamiento, y manejan con admiración de propios y extraños, ya el Acónito en los prodromos de una fiebre catarral ó inflamatoria, ya la Brionía en los de una fiebre eruptiva, ya la Belladona en los de una erisipela, ó bien el Rhus ó el Cólchico en los de un reumatismo articular: estas sustancias en su caso, y con aplicación oportuna, logran detener el curso de enfermedades que tal vez en su desarrollo serían mortales. Ruego á vd. lea con atención la Materia médica del Dr. Hughes, y con particularidad la monografía de Baptisia tinctoria.

Conviene se fije vd. en la fecha en que se publicó la Materia médica de Espanet, donde encontrará muchos tratamientos abortivos, y no está por demás decir á vd. que entonces, el hoy Profesor de Gante, ha de haber pasado sus ratos de ocio jugando á la Oca con sus hermanitos, ó con los parroquianos de su colegio.

Vd., amigo muy querido, pide mucho cuando desea que los grandes hombres que rigen los destinos de la patria, lleguen á conocer las inmensas ventajas de su método y favorezcan su propagación. Yo no pido tanto: yo soy muy humilde, ó soy muy tonto, que en los tiempos que corren todo dá lo mismo: yo sólo pido que no se nos pongan trabas para el ejercicio legal de la Homeopatía, y por honra de ella, pido también que se nos exija un título del Instituto: yo sé bien que el primer cliente á quien se le permita llegar á nuestros consultorios, será el primer clarín de nuestra fama, y que basta eso, aún en medio de la cruda guerra que se nos hace, me lo están

demostrando los ocho meses que llevo de ejercer la Homeopatía en esta su pobre casa.

Reasumiendo todo lo expuesto, resulta: 1º Que Hahnemann ha sido el fundador de la Reforma médica, de la cual vd. es valiente é ilustrado adalid.

2º Que la Dosimetría es una copia de la Homeopatía, en su doctrina, en su forma y en su método.

3º Que el tratamiento Homeopático supera al Dosimétrico cuando menos en un punto importantísimo: el primero, no complica la enfermedad verdadera con la enfermedad medicinal: el sugundo, no tiene otra manera de comprender que va errado en el tratamiento, sin esa complicación.

4º Que si el ángulo de incidencia es igual al ángulo de reflexión, los elogios que vd. consagra al Profesor de Gante, corresponden de hecho y de derecho al sabio de Meissen.

5º Que homeópatas y dosímetras llegaremos un día á formar una sola escuela, si todos concurrimos honradamente á aclarar esta duda: ¿Porqué sistema sana un enfermo con más rapidez, con menos peligro, con más suavidad y con menos sacrificio? Estamos conformes en que vdes. curan y curan bien. Vdes. han confesado que la Homeopatía es ciencia, y nos han reconocido sustancia activa medicamentosa hasta la 9ª dilución: más; han dicho que *vienen á continuar la grande obra emprendida por Hahnemann*, y nosotros no decimos que Hahnemann llegó con su método á la perfección. En una palabra: no tenemos qué discutir ni qué pelear: somos ambos de la Escuela fisiológico-experimental; profesamos las mismas teorías; hablamos el mismo lenguaje y somos igualmente reformistas: aclaremos entonces la única duda que nos queda, y esa sólo pueden resolverla las clínicas y las estadísticas.

Pero no dejemos á la antigua Escuela en quieta y pacífica posesión de sus errores: que venga al torneo; que luche; que traiga su arsenal de vejigatorios, sus lancetas, sus pastillas, sus ungüentos y sus jeringuillas de Pravas: más, le permitimos que traiga de una vez sus carros de la ambulancia y sus narcóticos, sus tónicos y sus astringentes: ni vdes. ni nosotros necesitamos tanto lujo: nos basta con unos cuantos gránulos y unas cuantas diluciones que bien podemos cargar debajo de nuestros débiles brazos; nos basta eso y menos todavía: nos basta nuestra honradez para confesar que seriamos impotentes, si posible fuera que la ciencia, la verdadera ciencia, fuera incapaz de combatir el mal.

Si el desafío lanzado por vd. lo acepta la Escuela oficial, Doctor, frótese vd. las manos, porque estamos entonces en vísperas de una vindicación pública y de una gloria imperecedera: después tendremos tiempo de aclarar si Hahnemann descubrió, ó Burggraeve fué el dios de la ciencia. Esta cuestión debemos dejarla para dilucidarla en familia como cosa enteramente secundaria. Si yo me he atrevido á enunciarla, es porque su carta al Dr. Pérez Gil corre de mano en mano, y los homeópatas no debemos admitir el papel de ignominia que el silencio nos hubiera conquistado. Ya verá el público por esta mi carta, que nosotros también reclamamos esas glorias para Hahnemann, y que tenemos esos títulos científicos y esas medallas honoríficas con que la gratitud premia á Burggraeve.

El punto que peleamos no merece los honores de una polémica: dejemos á la historia que le dé á cada uno lo que es suyo, y firmemos vdes. y nosotros la sabia tesis que el Dr. García Figueroa propuso á discusión.

"*La antigua Escuela médica, es incompatible con la ciencia moderna.*"

Terminada mi defensa de la memoria venerable del Maestro, ruego á vd. me conceda el honor de escuchar nuestra teoría, y la débil defensa de nuestras diluciones, que someto, lo sé bien, á la consideración de un hombre ilustrado.

Ojalá y antes de que vd. comente mis torpezas, lea con atención dos veces, sólo dos veces el Organon de Hahnemann; tendrá vd. que repetir estas bellísimas palabras de su carta: "*¡¡¡Oh, hermosura siempre antigua y siempre nueva: qué tarde te he conocido!!! No habría yo malgastado entonces veintinueve años.*"

***

"La Homeopatía se nos presenta, pues, como una medicina muy sencilla, siempre la misma en sus principios y en sus procedimientos, que forma un todo aparte perfectamente independiente, y que rehusa toda asociación con la perniciosa rutina de la antigua Escuela." Esto dice el Maestro en el prólogo de su Organon y esto confirma la experiencia.

Como vd. lo sabe, el famoso *Tolle causam* de la antigua Escuela no ha pasado de una quimera ni de una vana esperanza: siendo la inmensa mayoría de las enfermedades, de origen dinámico, ¿cómo encontrar *á priori* la causa interna é invisible de cualquiera enfermedad? Tenía que partirse de un supuesto falso para alegar esa causa y combatir á ciegas á la enfermedad,

sin cuidarse para nada del individuo enfermo: marcado ya el pequeño cartabón de las dolencias en las obras de patología, se combatía á la fiebre, con el tratamiento de la fiebre, y á la inflamación con el tratamiento de la inflamación: se creyó en la generalidad de las afecciones, y no en la individualidad de cada caso morboso: se combatían enfermedades y no particularidad de manifestaciones que acusa el individuo enfermo con sus síntomas.

¿Qué opinaría la antigua Escuela de un botánico que hiciera la siguiente y curiosa clasificación del reino vegetel? "*yerbas..... árboles......!*" Pues esa misma respuesta, cualquiera que ella sea, la damos nosotros respecto á los que han clasificado á las enfermedades y á los remedios, con estas oscuras palabras: *asténicas...... esténicas.... nervinos...... periódicos....*

¿Cómo puede llegarse á encontrar un medio de combatir las enfermedades con seguridad, con prontitud y con ciencia? Por medio de la experimentación fisiológica, porque sólo así podía llegar á conocerse lo que una sustancia era capaz de producir en el organismo viviente. Se necesitaba que el médico supiera los elementos de que podía disponer, y sólo la naturaleza misma con sus síntomas especiales y con sus manifestaciones propias, podría dar la clave en los secretos de la medicación científica.

A esto no podía conducir el conocimiento de la toxicología, que sólo nos enseña qué sustancia mata y cuál es inofensiva: á ello tampoco podían conducirnos los experimentos empíricos hechos en animales de clase inferior, porque así sólo se sabía que la estricnina mataba previa una ansiedad horrible y unas convulsiones espantosas: necesitábamos saber qué se siente y cómo se siente: era indispensable averiguar todos los síntomas acompañantes de la alteración funcional. Esto sólo podía hacerse en el hombre, y allí está la grandeza del Maestro: no quiso exponer la vida de otro en sus experimentos, y sujetó su propio individuo á sufrir una serie de modificaciones morbosas, impresas por las sustancias ingeridas: detenía sus experimentos al llegar á los efectos fisiológicos que simulaban una enfermedad verdadera, y así creó con admirable constancia la materia médica pura, que los homeópatas estudiamos con respeto, y guardamos en nuestros estantes con veneración.

Encontrando en las sustancias ensayadas en el hombre sano particularidades de su acción, natural fué entonces aplicarlas á los casos morbosos que más se asemejaban á sus facultades morbíficas, puesto que Hahnemann, médico de la antigua Escuela, sabía por dolorosa experiencia que la *ley de los contrarios* era una de tantas aberraciones del espíritu.

Entonces descubrió que el cuadro sintomatológico de una sustancia, dominaba al cuadro sintomático de una enfermedad que se le parecía, pero como diversas sustancias producen síntomas semejantes, no quiso incurrir en el grave defecto del botánico que clasificara.... *yerbas.... árboles....* y le fué preciso llegar á esta sabia conclusión: "cada medicamento, debe tener sus síntomas generales característicos."

Entonces ese héroe de la constancia comenzó á estudiar en sus hijos los efectos puros de la sustancia ingerida, y descubrió con admirable sagacidad que si la Belladona producía dolores espasmódicos, estos iban siempre acompañados con insignificante alteración del sistema nervioso, y que los dolores espasmódicos del estramonio, siempre iban acompañados de un delirio furioso y de una locuacidad excesiva. Notó que las enfermedades de la piel producidas por el licopodio, se acompañaban siempre con un estado de abatimiento moral que llegaba á la melancolía, y que las del Rhus producían una inquietud extremada, un prurito insoportable y un carácter violento.

Notó también que los dolores motivados por Brionía se alivian á la presión de la parte enferma, y que los de la Chamomilla se agravan y exasperan al más ligero contacto.

Notó por último, y por conformarme con estos ejemplos, que el colapso á que podía oponerse el carbón vegetal, no es el mismo colapso que puede combatirse con veratrum.

De estos estudios, llegó á otra conclusión que debemos admirar propios y extraños: "á cada caso morboso medicación que abrace todos los síntomas físicos orgánicos y psíquicos que puedan comprenderse motivados por la misma afección."

Para ser más claro en esta explicación de nuestra Ley, ruego á vd. lea con atención el caso clínico que publico en este mismo periódico: se trata de una enfermedad de la vejiga que dominé con Belladona y Rhus, y dí esas sustancias, que en su patogenesia tienen el elemento espasmo, porque ambas se refieren á la misma causa: "enfermedades producidas por enfriamiento." Supongamos que el espasmo de la vejiga hubiera sido motivado por una cólera, un despecho, una indignación; no me hubiera acordado entonces ni de Rhus, ni de Belladona: hubiera ministrado Cha-

momilla, Opio, Café ó Stafisagria, cuyas patogenesias tienen esos mismos dolores por idénticas causas; pero para la elección definitiva, me hubiera inspirado en el síntoma moral predominante. Dirá vd. que cuando no conocemos la causa, tendremos que cruzarnos de brazos ante el caso morboso: no, entonces tenemos otro faro que nos alumbra y otra estrella que nos guía: el enfermo dirá qué clase de dolor tiene, cómo y dónde lo siente, con qué se alivia, con qué se agrava; y por último tenemos indicaciones que para el médico homeópata no pasan desapercibidas, y entonces nuestra medicina abrazará "dolor, carácter, lugar, temperamento del enfermo, qué circunstancia mejora ó cuál agrava, humor, aspecto, posición, etc., etc."

Verá vd. por estos mal explicados ejemplos, que la Ley de los semejantes parte de un principio fijo, absoluto, constante y uniforme: que el Maestro individualizó la enfermedad y la medicina, y que si llegó á un tratamiento sencillo, violento y eficaz, no puede ser homeópata el que no haya gastado algunos dineros en las librerías, y el que no haya atizado con el petróleo del estudio esa lámpara misteriosa que llamamos inteligencia: así lo comprendió Hahnemann, y el prólogo del Organon dice estas palabras que demuestran lo espinoso del ejercicio de la Homeopatía: "Resulta de esto, que extingue la enfermedad natural sin debilitar, atormentar, ni inquietar al enfermo, el que recobra las fuerzas á medida que aparece la mejora. Este trabajo, cuyo objeto final es restablecer la salud de los enfermos, en poco tiempo, sin inconvenientes, y de una manera completa, *parece fácil*, pero es penoso y exige muchas meditaciones."

Yo le protesto á vd. que si no debiera á la Homeopatía la vida, la de mis hijos y la de seres que me son queridos; si no tuviera la convicción profunda de que es la medicina del porvenir; si no quisiera corresponder con mi afán y mis desvelos á la deuda de inmensa gratitud que he contraído con ese viejo calumniado por tanto ignorante y por tantos perversos, no volvería á leer una sola patogenesia: hay algunas como la del Arsénico, que cuentan seis mil síntomas tan variados como opuestos, tan complicados como violentos. Para ser médico homeópata, se necesita primero ser hombre honrado y después ser esclavo del estudio: no basta una rápida ojeada á nuestra rica literatura: no basta conocer un codex donde están por lista las fórmulas calmantes y las excitantes: nosotros tenemos que formular ante un cuadro siempre nuevo, ante un caso siempre diverso: nuestro campo de acción es la naturaleza misma, y vd. que es sabio, comprende que la naturaleza está sujeta á variedades tantas y á tantas modificaciones, que sólo el estudio constante, la dedicación absoluta, pueden ayudar al pobre cerebro humano á encontrar una medicina apropiada á cada caso morboso.

Ya verá vd. con qué indignación no escucharemos los miembros del Instituto á todos esos petulantes que condenan lo que no saben, lo que no entienden, sin más derecho que el de hacer reir á la concurrencia de un salón, papel poco envidiable por cierto por aquel que estime en lo que vale la dignidad humana: ya ni para los reyes hay bufones.

La cuestión de la dosis, Doctor y amigo querido, es altamente difícil, pero como nada hay tan atrevido como la ignorancia, vd. perdonará que aborde una cuestión superior á mis fuerzas, pero indispensable á mi crédito científico. Procuraré ser breve, pues ya he molestado á vd. más de lo que su benevolencia me autoriza, y desde ahora le ruego disimule mis faltas.

Me anima el deseo de presentar á su sano criterio algunas pruebas que rechazará la ignorancia, pero ante las que suspenderá su juicio el hombre honrado.

***

Hahnemann no llegó á las diluciones por un capricho del hombre ó por una extravagancia del juicio. Era médico alópata, y comenzó sus observaciones por las altas dosis á que estaba acostumbrado; pero aquel genio sublime y aquel inspirado cerebro no podía pasar desapercibido el hecho de que si el enfermo se agravaba inmediatamente con la sustancia ingerida, la curación se efectuaba cuando había pasado el efecto primario que él notó en todo medicamento: de deducción en deducción y de ejemplo en ejemplo, llegó á este descubrimiento: "cuando la naturaleza está herida en un sentido cualquiera, y recibe el impulso de una sustancia medicamentosa que obra en el mismo sentido, los síntomas se exacerban, aunque la enfermedad su cura." ¿Cómo corregir este defecto? Acortando la cantidad. Llegó á reducirla á su menor expresión, y notó lo que vdes. ahora notan, que los efectos fisiológicos agravan la enfermedad primitiva, aunque después la venzan. Pensó que si esta agravación pudiera evitarse, se habría entonces llegado al ideal de Paracelso: "*Cito, Tuto, Jucunde.*" De allí nació la

dilución, pues él mismo hizo lo que ahora hace Burggraeve, es decir, redujo la dosis al $^{25}/_{100}$ de milígramo á que la dosimetría acaba de llegar con gran contentamiento de los homeópatas, pues de allí á la dilución hay menos que un paso. Burggraeve llegará á convencerse de que el organismo viviente es un receptáculo susceptible de impresionarse por mucho menos que $^{25}/_{100}$ de milígramo, y al fin, aunque con otro nombre, proclamará la dilución, como lo más apropiado para producir una vibración molecular que en sentido benéfico contra reste á otra vibración morbosa. Desde que la ciencia llegó á descubrir esa hermosa teoría de las vibraciones moleculares, y su afinidad electiva con el mundo exterior; desde que sabemos que un agente microscópico externo puede impresionar á todo el edificio orgánico, la ciencia busca en la dinamización del virus rábico, el antídoto de la rabia y el preservativo de la hidrofobia.

Hahnemann vislumbró la ley incontestable de la inmortalidad ó persistencia de la fuerza, y si no pudo explicarla, cúlpese á los tiempos en que aquel vivió, no al genio que no podía volar á las regiones especulativas de la nueva ciencia. El no decía porqué, pero sí aseguraba cómo obraban sus medicinas: hizo con sus sustancias lo que hace hoy Pasteur con el virus del animal rabioso; lo dinamiza de inoculación en inoculación, hasta quitarle lo virulento pe ro dejándole lo curativo, que no puede destruir aunque quisiera, como no es posible quitarle al sol su luz, ni á esa luz sus vibraciones: porque el efecto curativo de Pasteur, reconoce esa persistencia de la fuerza que nunca muere; que perderá su forma primitiva; que cambiará en sus manifestaciones, pero que conservará en sus facultades, por más diluída que esté, la de curar una afección semejante, pues parece que al encontrar en el organismo lo mismo que ella produce, despierta en su poder, renace en su fuerza, redobla su potencia. Va en estado latente al territorio de su especial predilección, y allí germina en sus facultades curativas, como el óvulo germinará, siempre que encuentre un territorio simpático que lo cultive.

Cuando vd. practicó la alopatía, ha de haber puesto algunos cáusticos á sus entonces desgraciados enfermos, y siempre tendrá que combatir el catarro vesical que en tales circunstancias se presenta. Si ano tamos minuciosamente el peso de un vejigatorio antes de ponerlo al paciente, y lo volvemos á pesar después de que hizo sus efectos revulsivo y dinámico, lo encontraremos exactamente con el mismo peso, y digo más, volvería á servir para producir otro martirio igual al anterior. Si pues nada se gastó de sustancia y la Cantárida se conserva íntegra en su peso y en su forma, ¿qué fué lo que produjo ese catarro y ocasionó esa alteración? Allí no hubo absorción de medicina, sino de efecto medicinal, allí obró el dinamismo medicamentoso que no podrá separarse de las propiedades especiales de una sustancia, como ella esté el tiempo necesario en contacto con el vehículo de sus efectos; y en el caso que someto á la consideración de vd., el vehículo fueron los capilares del sistema circulatorio esparcidos en la periferia.

Pues bien, nosotros ponemos la sustancia en contacto directo con el vehículo alcohol, y extraemos el efecto, como en un reservatorio inalterable á la acción destructora del tiempo; pero allí tenemos un efecto que pudiera ser hasta tóxico, y procedemos, como hoy Pasteur, á inocular ese efecto en nuevos vehículos, hasta que pierda su propiedad virulenta, sin que por ello pierda la facultad curativa. ¿No se hace así en el Palacio de la Rabia, como el vulgo maldiciente titula al respetable Instituto Pasteur? ¿Pues porqué no se ridiculiza á este sabio, como se excomulga á Hahnemann? Porque el odio no es á la ciencia, es al hombre que con su sistsma acabó con los especuladores de las dolencias humanas.

¿Porqué aprueba al Dr. Licéaga que haya ido á estudiar la Homeopatía encubierta con el pomposo título de teoría bacteriológica? Porque Pasteur ha tenido el buen tino de no decir que le sirve de base en sus procedimientos. Porque á quien se odia, es al que opuso la verdadera ciencia con objeto de detener esa corriente de impía especulación que por desgracia aún se ejerce en nuestros días.

No terminaré, Doctor, sin presentar á vd. hechos y pruebas que le ruego valorice en el santuario de su honrada conciencia.

En donde el reactivo químico no encontró sustancia alguna, la pila de Bunsen ha podido descubrir una tresmillonésima de milígramo de sodium, y una cinco billonésima de litio. ¿Vd. cree que dividida así la materia ha perdido sus cualidades especiales? No, tan sodium, científicamente hablando, es una tonelada de esa sustancia, como una tresmillonésima de milígramo. El aparato de Marsh, nos permite comprobar la presencia del arsénico hasta la trigésima dilución. Un grano de oro sabe vd. que puede dividirse en setecientos cuarenta y seis millones de partes *visibles;*

que Bander ha reconocido la setecientas veinte mil millonésima parte de un grano de este metal, y que con un microscopio de ciento veinte diámetros de aumento se puede encontrar en ese mismo grano tres mil seiscientos trillones de partes visibles.

No está por demás recordar á vd. que la tripulación de un barco cargado de trementina, se enferma de la vejiga, á causa de las emanaciones desprendidas de su flotante habitación.

Vd. sabe que el aire de una fábrica de colores arsenicales produce efectos extraordinariamente graves, y por último, la ciencia acaba de quedar sorprendida ante un hecho inexplicable. *El Aspergillus niger*, en el momento en que se encuentra en pleno desarrollo, muere inmediatamente que se añade al líquido donde se cultiva, una seiscientas milésima parte de milígramo de nitrato de plata, y los experimentadores agregan: "ni en vaso de plata puede "comenzar esta vegetación, por más que "la química sea impotente para demostrar "una porción de la materia del vaso di-"suelta en el líquido: sin embargo, el *As-"pergillus niger*, lo demuestra muriendo."

Vd. debe conocer al sabio inglés Darwin: su estudio de la acción digestiva de las glándulas de Drosera rotundifolia, demuestra que es suficiente una veinte millonésima de milígramo de sulfato de amoniaco para producir un acto fisiológico en cada una de las glándulas de la hoja. Cedo la palabra al ilustre sabio M. Darwin: "El lector podrá figurarse mejor semejante dilución, representándose *cinco centígramos* de esta sal disueltos en *ciento cuarenta litros* de agua, y sólo algunas gotas de esta dilución vertidas en una hoja, son bastantes para determinar la inflexión de cada tentáculo y muchas veces hasta las del tallo de la hoja. De hecho, cada vez que percibimos un olor es evidente que impresionan nuestros nervios partículas infinitamente más pequeñas: cuando un perro está á algunos cientos de metros de un ciervo ó de otro animal, y percibe su presencia, las partículas odoríferas producen ciertos cambios en sus nervios olfatorios; así pues, esas partículas odoríferas deben ser infinitamente más pequeñas que las del fosfato de amoniaco, y cuando pesa veinte millonésimas de grano, estos nervios trasmiten entonces al cerebro del animal una impresión que se traduce por actos exteriores. En el caso de la Drosera, lo maravilloso es que una planta sin ningún sistema nervioso pueda afectarse por partículas tan mínimas; pero no tenemos motivo alguno para suponer que otros tejidos no puedan adquirir una sensibilidad tan exquisita para las impresiones externas si esta propiedad pudiera ser útil para el organismo."

No necesito más datos para el objeto que me propongo. Vd. asegura en su carta que si el gránulo dosimétrico cura, es porque su sustancia es más fácilmente absorbida por las vías digestivas, y su efecto llevado sin demora al torrente circulatorio.

No es lógico creer que si lo damos nosotros aún más dividido, incomparablemente más disgregado ¿ esas vías digestivas lo absorban más fácilmente y lo lleven todavía con más rapidez al torrente circulatorio ?

¿ No debemos creer que para producir vibraciones moleculares, según nuestras mutuas teorías, será más apto llevar el medicamento en la proporción atómica para que pueda recibirlo una molécula ?

Yo este punto lo creo, Doctor, como artículo de fe, porque si mi inteligencia es corta para comprenderlo, allí están los hechos para atestiguarlo.

Voy á permitirme hablar al médico honrado que tiró sus lancetas y sus purgantes cuando encontró á Burggraeve en su gabinete de estudio con el bastón del peregrino, pidiendo un justo tributo á su ciencia y su talento: yo traigo al pobre de Hahnemann á presentarlo á vd. tal como es, no tal como lo presentan sus ignorantes detractores, y en nombre de esa honradez que presidió su conciencia en aquel momento solemne; en nombre de una amistad de que nos hemos dado pruebas muy sinceras, no con el fanatismo del creyente, sino con la buena fe del amigo, vengo á solicitar de vd. un mes de estudio á nuestras obras y un mes de prueba á nuestro tratamiento en su práctica doméstica. Yo quiero á vd. repetir las palabras de mi venerable Maestro: "*No me creais por mi palabra; comprobad lo que os digo.*" Si después de ese estudio y de esa experimentación que solicito de vd., no encuentra que los hechos superan á las esperanzas; no se convence que la curación es más rápida, más segura y más exenta de contratiempos por la Homeopatía, entonces sírvase vd. sacarme del error en que yo vivo, porque resuelto á seguir con paso firme el sendero de la honradez que me trazó mi padre con la cauda de luz que me dejó al partir del mundo, abandonaré en seguida una profesión que si bien es digna, trae graves responsabilidades á los que tenemos conciencia.

Desde que el regio sol-inteligencia cruzó por el azul del firmamento en nuestra patria y todos podemos leer los libros que estén al alcance de nuestros recursos, he

procurado vivir al influjo de los bellos resplandores de ese sol, por más que no lo haya conseguido: deslumbrado tal vez con ese brillo que no pudo resistir mi débil pupila, haya yo seguido un sendero tortuoso y un camino inconveniente: toca á mis amigos demostrarme con la elocuencia de los hechos y el lenguaje armonioso de la verdad, que estoy errado. Vd. sabe el trabajo que cuesta llegar á colocar en un cuadro nuestro título científico, donde todo lo ponemos á salvo del polvo y de las moscas. Pues bien, si después del estudio y experiencias que ruego á vd. haga, resulta que mis creencias son de falso brillo, queda vd. autorizado para romper en mil pedazos este título, con el que hoy me creo tan honrado.

Las imperfecciones de este humilde trabajo que dedico á vd., júzguelas sólo como hijas legítimas de un cerebro que aún no se robustece bastante en el estudio y de un organismo consumido por los purgantes, los vejigatorios, las sangrías y las sanguijuelas de que en su niñez fué víctima este su pobre amigo; pero de ninguna manera ni por ningún motivo, las crea vd. una consecuencia de la más bella y más hermosa de las doctrinas médicas, del más eficaz y menos costoso de los tratamientos y del más sublime de los resultados científicos.

Réstame rogar á vd. continúe dispensándome una amistad con la que tanto me honro, un afecto que tanto me favorece y una estimación que tanto y tanto le agradezco.

No olvide vd. que quedamos esperando hable la antigua Escuela y acepte el desafío lanzado por vd.: ya Dosímetras y Homeópatas hemos sacado al mercado de la ciencia nuestros respectivos bonos: que la antigua Escuela haga lo mismo y el púbico comprador podrá entonces cotizar á cada uno en lo que valga. Me parece que ni vdes. ni nosotros nos hacemos de rogar ni nos parapetamos á la sombra de ningún poderoso.

Bien sabe vd. la sinceridad con que lo quiere su amigo y muy afmo. S. S.

AMALIO ROMERO.

Los Alcaloides en la Academia y la Dosimetría.

(Comunicación hecha á la Sociedad de Terapéutica dosimétrica, en la sesión del mes de Febrero de 1889.)

Señores:

A propósito del strofantus y de la strofantina, pasaba últimamente en la Academia de Medicina de París, un acontecimiento de los más importantes.

Oíd más bien:

"Para llenar las indicaciones terapéuticas, los alcaloides y los glycósidos, tienen una superioridad incostetable sobre las plantas, la quinina sobre la quina, la morfina sobre el opio, la atropina sobre la belladona, la digitalina definida sobre todas las preparaciones de digital, la strofantina sobre el strofantus"......

Y más adelante:

"En todos estos casos puede uno pasarse sin la planta que es una mezcla informe y peligrosamente variable; nunca podría uno pasarse sin el principio esencial, que es fijo y químicamente definido, si se quiere formular con precisión; la elección entre los dos no puede ser dudosa."

He aquí lo que se leía en todas las gacetas médicas, al dar cuenta de las sesiones de la Academia de Medicina.

¿Quién hablaba, pues, así? ¿qué lenguaje era éste que nada nuevo tenía para nosotros, los médicos dosímetras?

Pero, vais á decir, es el del fundador de la Terapéutica dosimétrica y el de sus discípulos, hace quince años por lo menos, en la aurora de esta reforma terapéutica llamada "Dosimetría" ó alcaloidoterapia, en esta época en que solamente algunos alcaloides eran usados en Medicina, en que apenas tenían derecho de ciudadanía en la Farmacopea oficial, en que se necesitaba audacia para generalizar el empleo de estos principios inmediatos relegados la mayor parte bajo la infamante etiqueta de "venenos," en que se necesitaba audacia, sobre todo, para hacer de ellos la base de una doctrina nueva con algunos principios fijando las leyes de la terapéutica.......

Y bien! no, no es ninguno de estos audaces novadores quien así habla, no es el maestro ni alguno de sus discípulos.

Es simplemente ¡oh sorpresa! uno de los maestros de la Escuela de la Academia, uno de los príncipes de la Ciencia oficial, el Sr. Germán Sée, que concluye con estas palabras enteramente típicas:

"Será, por lo demás, honor de la medicina moderna y de la Química biológica sustituir, por todas partes y siempre, á los medicamentos empíricos los principios químicos rigurosamente determinados."

Se cree soñar ¿no es cierto? y se espera que el autor de esta valiente declaración, hecha por lo demás con grande escándalo de varios de sus colegas, va á recibir un homenoje ruidoso, rendido al que ha operado esta sustitución de los principios inmediatos á las plantas, que ha indicado la manera de servirse de los alcaloides, ha-

ciéndolos pasar de la experimentación fisiológica á la aplicación clínica......

Y bien! no, no hay nada. El Sr. Germán Sée ignora ó finge ignorar la Dosimetría y se da el aire de haber inventado la Alcaloidoterapia, lo que es un colmo!

Escuchad aún:

"Yo sé bien que los alcaloides dan mejores resultados que las plantas mismas, y reconozco, como el Sr. Sée, que la intervención de los principios activos en Terapéutica es un grandísimo progreso......"

¿Quién se expresa así, respondiendo al precedente orador?

Un maestro también de la Escuela, el gran pontífice de la Terapéutica oficial, el Sr. Dujardin Beaumetz: ¿porqué no lo había dicho antes, él, cuya palabra es ley en Terapéutica?

Es cierto que declara separarse de su colega, cuando se trata de los medicamentos diuréticos, tónicos del corazón, porque, dice, los alcaloides que se emplean en estos casos no son productos suficientemente fijos y definidos.

Y el Sr. Germán Sée responde que, cuando se trata de las enfermedades del corazón, puesto que de estas enfermedades y strofantus se trataba, el punto por considerar es la edad de los enfermos, el alcaloide obrando sobre un enfermo joven mucho más eficazmente que la planta misma.

Repite, en cuanto á la digital, que no obtiene nunca efectos estables con la planta cuyas propiedades varían bajo la influencia de mil causas, el origen, la edad, el tiempo de permanencia en las boticas, etc......, afirmando de nuevo que los alcaloides son preferibles á las plantas, que su empleo es fácil puesto que se puede prescribirlos en fracciones de milígramo.

Luego los Sres. Constantino Paul y Bucquoy saltan á la palestra para sostener con el Sr. Dujardin Beaumetz, la superioridad de las plantas sobre los alcaloides, el Sr. Bucquoy, sobre todo, pretendiendo que estos no son superiores sino cuando se trata de experimentar sobre los minerales; pero que en Clínica no es lo mismo, y que desafía al Sr. Sée mismo á obtener con la digitalina los mismos efectos que con la digital.

Esto provoca de parte del Sr. Sée una nueva afirmación de su preferencia por el alcaloide de la digital, las preparaciones de esta planta no siendo nunca idénticas á sí mismas, mientras que la digitalina da todos los efectos de la digital de una manera constante, etc......

Podríamos decir desde luego que estos señores habrían podido encontrarse de acuerdo—en lo que conviene á los alcaloides especialmente aplicados á las enfermedades del corazón—si hubieran procedido como lo hacen en Terapéutica dosimétrica, (sosteniendo en estos casos como en muchos otros, la acción de la digitalina ó de la strofantina por la de estricnina, etc...., lo que nos permite obtener los resultados que ellos disputan á los alcaloides); pero diremos más lejos en qué difiere su alcaloidoterapia de la Dosimetría.

Para volver á la sesión de la Academia, escuchemos, sobre todo, al Sr. Laborde. Es él quiene viene á tratar aún sobre lo que ha dicho el Sr. Germán Sée, y á poner el coronamiento. Viene como sabio previsor que es, como hombre de progreso, á fijar la situación, y realzando el debate, pronuncia estas memorables palabras:

"El debate sostenido en esta tribuna sobre el strofantus y la strofantina—como ha dicho muy bien y manifestado el Sr. Germán Sée—no está ni podría estar limitado á un simple asunto de Terapéutica aplicada.

"Levanta, efectivamente, una cuestión más lata y de un interés más elevado; una verdadera cuestión de principio, en Terapéutica experimental, es decir, en Terapéutica racional y científica, basada sobre la experimentación fisiológica y clínica.

"Este principio, sobre el cual me propongo insistir particularmente, con argumentos más típicos aún, si es posible, que los del Sr. Germán Sée, puede ser resumida en la proposición siguiente:

"1º En toda preparación medicamentosa sacada del reino vegetal existe una ó varias sustancias activas por las cuales ejerce su acción fisiológica y terapéutica.

"2º Cuando esta sustancia activa (suponiendo que no hay sino una) ha sido aislada, determinada y formulada químicamente—en cuyo caso constituye el principio inmediato—es á éste á quien es racional dirigirse en vista del uso terapéutico, después de haberlo sometido, primero, á la prueba experimental, y luego, y solidariamente, á la prueba clínica.

"3º En efecto, mientras que el principio inmediato es siempre uno, idéntico á sí mismo, invariable en su constitución propia como en su acción fundamental, fisiológica y medicamentosa, la materia total que lo contiene—y que puede además encerrar otros varios, entre los cuales puede haber lugar á elegir—esta materia es extremadamente complexa y variable, tanto en su composición, como en sus efectos, que no son ni pueden ser sino una resul-

tante de acciones múltiples, diversas, no definidas y desconocidas en sí mismas.

"En una palabra, en un caso es la determinación química y experimental, y por consiguiente, el conocimiento científicamente adquirido del instrumento terapéutico.

"En el otro, la aceptación previa y la aplicación perjudicial de lo desconocido, con las incertidumbres y los peligros, en el dominio toxicológico.

"Por un lado la ciencia y el progreso; por el otro el empirismo ciego y la rutina! Para expresar esta verdad por un axioma tomado de un maestro, diré con J. B. Dumas: "La introducción del principio inmediato en terapéutica es la fórmula sustituída á la receta."

Así es como se expresa uno de los miembros más distinguidos de la Academia; uno de los más competentes en la materia, á la vez químico, fisiologista y clínico. Y lejos de ser invalidado por las objeciones, venidas en seguida, de los Sres. Constantino Paul y Trasbot, el valor de los argumentos es reforzado, porque "es una razón más, si la planta contiene varios principios, para no dar sino aquel de estos principios que está indicado; la multiplicidad de los principios contenidos en la planta es precisamente lo que la vuelve inferior, bajo el punto de vista terapéutico, á su principio activo." Y por otra parte, "en espera de que la química haya llegado á extraer todos los principios activos de las plantas, cristalizables ó no, no debemos privarnos de los principios de que estamos ya en posesión y cuyos efectos han sido determinados exactamente por la experimentación fisiológica y clínica."

Se reconoce, pues, con nosotros que "la precisión y la pureza de los medicamentos son la condición primera y esencial de una buena terapéutica, que la perfección de su arsenal (por los alcaloides) es indispensable á su potencia medicinal." (Laura.)

He aquí proclamada desde lo alto de la tribuna oficial la necesidad de mejores armas terapéuticas. Esto es, debe convenirse, una declaración de principios que no se esperaba en este recinto, después del silencio guardado, desde hace mas de quince años, sobre la reforma llevada á cabo en terapéutica por el Profesor de Gante y esparcida en los dos mundos.

Después de los grandes progresos realizados en el curso de este siglo, en todas las cosas, y sobre todo, en las ciencias desde hace algunos años, en las ciencias médicas en particular, estaba concedido, sin duda, á este año famoso de 1889, el ver proclamar en la Academia de Medicina este otro gran progreso: la "necesidad de los alcaloides" en terapéutica, su superioridad sobre las plantas, progreso que, con la unión de los antisépticos propiamente dichos, ha concurrido tan poderosamente á la fundación de una terapéutica racional y científica, de la terapéutica á la vez sintomática y patogénica, de la verdadera terapéutica en fin.

Sí, esto es un hecho considerable, no se puede negarlo; pero lo que es no menos admirable, estupendo, es que pueda producirse con las apariencias de un descubrimiento; porque ninguno puede ignorar que existe, hace ya mucho tiempo, una terapéutica llamada Dosimetría ó Método Dosimétrico, basada sobre el empleo metódico y casi exclusivo de los principios inmediatos, definidos; método experimental y juzgado superior por miles de médicos de todos los países; método que ha suscitado numerosos y notobles trabajos, que tiene sus anales, que se eleva á la altura de una doctrina y cuyos principios han fijado, en cierto modo, las leyes de la terapéutica.

Nadie puede ignorar esto, y hay cuando menos injusticia, por no decir otra cosa, de parte de académicos sobre todo, en pasar en silencio cuando se trata de los alcaloides el nombre de Burggraeve que los ha vulgarizado y honrado, y aún el de Chanteaud que ha hecho de estas nuevas armas un arsenal perfeccionado y ha contribuído así poderosamente á su vulgarización.

Esta injusticia, se me dirá, viene á completar la guerra del silencio, hecha desde hace cerca de 20 años, á la Alcaleidoterapia llamada Dosimetría.

Hay aquí una cuestión de conciencia que no quisiera asumir si fuera académico.

Pero sin embargo—y á esto queríamos llegar sobre todo—á pesar de esta brillante consagración dada á la Alcaloidoterápia por boca de sabios eminentes, desde lo alto de la tribuna académica, no se debe creer, como parecen hacerlo estos señores, que para realizar esta terapéutica racional y científica, basada sobre la experimentación fisiológica y clínica, de que habla el eminente Director del Laboratorio de Fisiología, no se debe creer, decimos, que baste emplear los alcaloides de cualquiera manera, es decir, según los viejos errores del antiguo método.

No, no basta emplear los alcaloides según las dosis "máxima y mínima" que nada tienen que ver con el método del Profesor de Gante, del maestro al cual la historia imparcial tributará ciertamente justicia.

No, esto no basta.

Para hacer un juicioso y saludable empleo de los alcaloides, es necesario hacerlo según los preceptos de la terapéutica dosimétrica, según los principios del admirable método de Burggraeve, en las enfermedades agudas como en las enfermedades crónicas; pero en las primeras sobre todo y no perdiendo nunca de vista la vitalidad cuyo cuidado constante, se puede decir, reclama, entre todos los alcaloides, la preponderancia de la estricnina, este "caballo de batalla del médico."

Es necesario penetrarse del "genio de las pequeñas dosis"—cantado antes por nuestro eminente amigo el Dr. A. Rousseau; de las pequeñas dosis más ó menos aproximadas, hasta producir el efecto.

"La esencia de la Dosimetría no está en la fórmula farmacéutica, dice con razón el Dr. Manoël Birra, en su tesis inaugural presentada á la Escuela de Oporto (Portugal), sino: en el empleo de la sustancia activa, tanto como sea posible aislada y pura; en la administración de las dosis fraccionadas y repetidas hasta efecto terapéutico ú otro; en la intervención necesaria y tan rápida como sea posible; en el tratamiento de las enfermedades con la energía proporcional á la intensidad y á la extensión del proceso morboso, es decir, según el precepto: A las enfermedades agudas, tratamiento agudo, á las enfermedades crónicas, tratamiento crónico; en el hecho de atacar la causa, si es conocida, sin despreciar los síntomas, de cualquier orden que sean." Separarse de estos principios en el empleo de los alcaloides, y sobre todo, de los alcaloides cristalizados, es exponerse á graves contratiempos.

No debemos perder de vista los accidentes que pueden resultar del empleo "no dosímetra" de los alcaloides, es decir, á dosis relativamente macizas y según el principio de que hablábamos más arriba (de los "máxima y mínima") tan querido de la Escuela. Esto es sobre todo cierto cuando se trata de ciertos alcaloides cristalizados.

Debemos recordar, entre otros, este hecho de un médico de que fué víctima él mismo, hecho muy dramático y enteramente característico, de que se ha ocupado ya la Sociedad de Terapéutica de París, por el órgano del Sr. Dujardin Beaumetz.

El desgraciado había prescrito á un enfermo atacado de bronquitis con tos tenaz, una solución de 20 centígramos de aconitina cristalizada (nitrato de aconitina) en 100 gramos de líquido, para tomar de 20 á 60 gotas por 24 horas. Al cabo de algunos días aparecieron algunos síntomas de intoxicación por lo aconitina (debilitamiento de la voz, palidez, ansiedad de la cara, debilidad del pulso y de los latidos del corazón, enfriamiento de las extremidades, con sudor viscoso, etc).

El médico, llamado aprisa entonces, deseoso de demostrar que estos síntomas no eran causados por el medicamento que había prescrito y que no había error alguno de dosis, queriendo asegurar á los que rodeaban al enfermo justamente alarmados, tuvo la desgraciada idea de tomar él mismo de una vez 60 gotas de la solución de aconitina; cinco horas después estaba muerto. Ahora bien, 20 gotas de esta solución, sea un gramo, encerraban 2 milígramos de aconitina, y las 60 gotas ingeridas 6 milígramos.

Este hecho parecería, ¿no es cierto? no necesitar de comentarios tocante á la manera de emplear los alcaloides. Y bien, sí los necesita, pues con motivo de él la Sociedad de Terapéutica de París, en aquel tiempo, creyó deber ponernos en evidencia, á nosotros y á los gránulos de Chanteaud, por un hecho del *Repertoire de Medecine Dosimetrique* en que el difunto Dr. Duchesne (de Pavilly) contaba la historia de un caso de reumatismo articular sobreagudo generalizado, para el cual había prescrito: aconitina, veratrina y digitalina (al ½ milígramo y al milígramo), 8 gránulos de cada uno por día (dosis máxima que nos parecía extraña para un dosímetra), y en que el enfermo, mejor inspirado que el médico, los había tomado muy rápidamente cada media hora, pues en el espacio de 24 ó 48 horas, acabó cinco tubos de cada uno de esos alcaloides — lo que hacía 100 gránulos de cada uno — y había sido curado.

Por todo esto, los miembros de dicha Sociedad partían en son de guerra para decir que, no habiéndose intoxicado el enfermo por esta cantidad considerable de gránulos, se tenía el derecho de considerarlos como inertes, puesto que en el médico en cuestión, la muerte había sobrevenido con 6 milígramos de aconitina.

Estos señores, á su cabeza el Sr. Dujardin Beaumetz, no veían que carecían de lógica, y aproximando este hecho al precedente, suministraban armas contra sí mismos.

(Concluirá.)

TOMO II ENTREGA 21 1º DE NOVIEMBRE DE 1889.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

Los Alcaloides en la Academia y la Dosimetría.

(Comunicación hecha á la Sociedad de Terapéutica dosimétrica, en la sesión del mes de Febrero de 1889.)

(CONCLUYE.)

No veían—lo que salta á la vista—y lo que parece pueril demostrar, que: 1º, para que la enfermedad (un reumatismo sobreagudo generalizado), haya podido curar tan pronto era necesario que hubiese algo en los gránulos; 2º, que, tomando los alcaloides *dosimétricamente* no se corre ningún peligro, puesto que se va hasta el efecto indicado, en donde debe uno detenerse; 3º, que, y sobre todo, no es lo mismo tomar una dosis maciza y de un sólo golpe (cuando se trata de una sustancia activa sobre todo), que tomar pequeñas dosis sucesivas, á intervalos más ó menos aproximados, cada una de estas dosis, cada gránulo siendo (en razón de su buena preparación), disuelto y absorbido casi luego que se ingiere; lo que no permite la acumulación; y 4º, que en fin, el sistema de las dosis macizas es tanto más peligroso cuanto que se trata de alcaloides cristalizados (como la aconitina), que son mucho más enérgicos, aún á muy pequeñas dosis (un cuarto de milígramo) y por consiguiente, mucho menos manejables en solución, por gotas, sobre todo, que los alcoloides amorfos, granulados, que *dosimétricamente administrados*, no solamente no hacen correr peligro alguno, sino que aún *dan* solos, ó asociados, según la indicación, y por una acción sinérgica, resultados seguros y rápidos.

El peligro sólo reside en la incertidumbre de la dosis, en su cálculo erróneo, en una palabra, en la ausencia de la Dosimetría.

¿No dice el mismo Dujardin-Beaumetz, que los tónicos del corazón, como todos los otros medicamentos, presentan dos fases distintas, si la dosis es medida, buenos efectos terapéuticos, si es excesiva, la escena cambia y la acción tóxica se manifiesta?

¿Fonssagrives no escribe, por su parte, "los alcaloides más activos, la digitalina, la veratrina, la estricnina, aún la aconitina: las sales de arsénico, etc., pueden aplicarse tan bien á la medicina de los niños como á la de los adultos, y poco aventajado sería el terapeuta que se privase de su socorro. Todo está en las dosis; comenzando por dosis muy pequeñas, que se elevan sucesivamente según los efectos observados, se tendrán todas las probabilidades deseables de inocuidad......"?

"Todo depende de la indicación oportuna y de dosis graduadas "

"El principio de dar los antiespasmódicos por dosis fraccionadas separa toda dificultad y permite obtener, con toda certeza, efectos suficientes......"

"Por lo demás, con la precaución de comenzar por la más pequeña dosis (de estricnina), de observar los efectos producidos y de aproximar ó alejar las dosis fraccionadas, se pone uno al abrigo de todo riesgo de accidentes."

Podemos decir con Oliveira Castro: "la dosimetría es eficaz sin cesar de ser inofensiva; es inofensiva sin cesar de ser eficaz."

Es necesario dar el medicamento *hasta efecto*.

"Este descubrimiento, tan simple que parece nulo, añade nuestro eminente colega, y cuya importancia es soberana, se debe á Burggraeve."

"¿Es un relámpago del genio, ó la inspiración del buen sentido? El porvenir lo dirá—quizá las dos cosas á la vez."

Todo el sistema de Burggraeve parte de esto.

Se podría, pues, concluir, con el mismo autor, y para responder finalmente á esos señores de la Sociedad de Terapéutica, que:

El terapeuta persigue siempre un efecto.

El efecto no puede ser obtenido, sino por la dosis suficiente.

La dosis suficiente no puede ser establecida de antemano, ni por el cálculo, ni por la experiencia, ni por la inspiración; se debe dar el remedio hasta efecto suficiente, sin tener en cuenta la dosis ingerida sino solamente las modificaciones objetivas y subjetivas reveladas por el examen del enfermo.

Lo cual no podría hacerse con dosis relativamente macizas que pueden ser á cada instante "el pavimento del oso," sobre to-

do, cuando se trata de sustancias activas, como los alcaloides.

"La dosis inicial, la fracción de dosis que debe provocar el principio de la acción medicamentosa, y cuya repetición formará la dosis acumulada suficientemente, esta dosis tipo, sobre todo, debe siempre ser incapaz de producir efecto alguno tóxico."

Es una de las características del método dosimétrico, que forma todo su volor y toda su seguridad.

Si los nuevos admiradores de los alcaloides, los académicos como el Sr. Germán Sée, lo perdiesen de vista alguna vez, podría sucederles—aún con las armas de precisión que acaban de descubrir (!)—desgracias como la mencionada más arriba.

Porque se puede decir con verdad que demostrando, como acaban de hacerlo, la superioridad de los alcaloides, estos señores han hecho resaltar más aún la importancia, la necesidad de la Terapéutica dosimétrica.

Luego, si ellos han inventado la alcaloidoterapia—que nosotros practicamos hace más de quince años—es ya algo; pero aún no es todo; les queda que inventar la Dosimetría.

Y entonces, pero solamente entonces, les será permitido obtener resultados como los que nosotros obtenemos todos los días y de que podríamos dar actualmente nuevos y demostrativos ejemplos si no temiésemos, señores, abusar de vuestra benevolente atención.

Dr. Bourdon, de Méru (Oise).

DEBATE SOBRE LAS

INYECCIONES DINAMOGÉNICAS.

Insertamos á continuacion los principales artículos y párrafos que sobre la importante cuestion, cuyo título encabeza estas líneas, han publicado los periódicos políticos de la capital, muy especialmente *El Universal.*

El elíxir de la vida.

La fiebre microbicida, después de haber dado por resultado práctico el parto de los montes, no habiendo establecido de una manera satisfactoria sus entusiastas propagadores si esos diminutos organismos son el efecto ó el génesis de las múltiples dolencias que afligen á la comiente, bebiente y durmiente humanidad, va cayendo, efecto de la inconsecuencia humana, en el olvido. Pero este es un siglo progresista, y la imaginación del hombre, excitada por el fluido eléctrico, permítaseme expresarme así, de tantas invenciones unas útiles y otras inútiles, no puede permanecer quieta, y la medicina, que por lo abstracta no es la que menos á la novelería se presta, no podía, á pesar de la calma y precaución que exigen en ella los experimentos, como que con ello se arriesga la salud y la vida del crédulo género *homo*, no podía, repito, estar exenta del prurito de descubrimientos.

No se crea por esto que soy opuesto á que en el conocimiento de ella se adelante, y como detesto lo que se basa únicamente en un sistema rutinario, disto mucho de ser un ultra-conservador en esa ciencia; pero si me inspira desdén la ciega rutina, no me causa menos lástima el considerar que en medicina su terapéutica se va basando en las quimeras del químico.

Siendo el hombre un ser finito, por fuerza ha de estar sujeto á las inmutables leyes de la decadencia y es, no ya absurdo, sino locura, pretender que por medio alguno pueda detenerse y mucho menos hacer retroceder en él la marcha deterioradora de los años.

Dos son las fuerzas vitales indispensables al hombre para mantener su existencia: una que se llama fuerza de *asimilación* y otra fuerza de *resistencia.* Ahora bien; estas dos fuerzas vitales cuya actividad de acción es indispensable para la salud y la vida, rara vez se hallan equilibradas en la humana naturaleza. Pongamos un ejemplo: un individuo bien formado, de constitución atlética y con todos sus órganos en el estado más normal, tanto anatómico como fisiológico, una ligera pérdida de sangre, una impresión moral, una enfermedad de poca gravedad bastan para aniquilarle; otro individuo flaco, descolorido y de una constitución raquítica y miserable, sufre la violencia de un golpe, las pérdidas de sangre y recobra, con más facilidad que el otro después de una enfermedad, su estado fisiológico y normal. ¿Cómo se explica esto? Muy sencillamente: aquel hombre robusto, lleno al parecer de vigor y de vida, tiene la fuerza vital de *asimilación* en su máximo y la de *resistencia* en su mínimo, al paso que el flaco, descolorido y de miserable constitución, tiene la fuerza de *asimilación* en su mínimo y la de *resistencia* vital en su máximo. Sería, por tanto, el colmo de la ignorancia querer curar al uno con el mismo sistema que al otro.

Los hombres no se hallan siempre bajo las mismas condiciones fisiológicas y patológicas, esto es, de salud y enfermedad, co-

mo los autores los hacen aparecer en sus obras de medicina, que no sin razón uno de los padres de la ciencia dice que *los enfermos con frecuencia se mueren en la cama sin embargo de que se hallan curados en los libros.*

En cuanto á la inyección vitalizadora de Brown Sequard, ni su descubridor ha pretendido que sea un rejuvenecedor, ni tampoco un elíxir de larga vida, por más que su entusiasmo le haya arrastrado en sus proposiciones más allá de lo que el venerable y sabio fisiólogo hubiera él mismo querido. Brown Sequard, según sus palabras, al dar cuenta á la Facultad Médica de París de su nuevo descubrimiento, ha venido á demostrar que lo que pretende es encontrar un sustituto á la transfusión de la sangre, medio calificado, no sin falta de razón, por el ilustre Profesor Verneuil de brutal, así como, tal vez, á las inyecciones subcutáneas de sangre desfibrinada, y quizás á la célebre hipodérmica de leche, inventada por el eminente ginecólogo Gaillard Thomas, que á pesar del entusiasmo con que su autor la presentó, los poco gratos resultados que con ella se obtuvieron, hicieron pronto abandonarla; como sucedería, al fin de la jornada, con la famosa inyección vitalizadora de Brown Sequard, que además de no estar exenta de peligro, no pasa de obrar de otro modo, diga lo que quiera su eminente autor, que excitando la acción del corazón y probablemente la de los nervios centrípetos, y como todos los estimulantes de acción pasajera. Es, pues, lo mismo que el alcohol y el éter un estimulante difusible, pero no un tónico.

No siendo, como sus efectos demuestran, la inyección hipodérmica de Brown Sequard otra cosa que un estimulante pasajero, no puede ni prolongar la vida ni restaurar las debilitadas funciones del organismo á su estado normal, como lo hacen gradualmente y después de cierto tiempo los tónicos neurosténicos y reconstituyentes.

DR. FRANCISCO LL. QUIJANO.

LA INYECCIÓN BROWN SEQUARD.

Porqué ha causado tanta sensacion. — La Inyeccion juzgada bajo el criterio médico. — Experimentos. — Ensayo de otras inyecciones. — Conclusión. — Votos por la prensa nacional.

La historia de las famosas inyecciones *dinamo-génicas* no ofrecería novedad alguna desde el punto de vista de su objeto, si no viniese amparada por un nombre que ha gozado de celebridad en la ciencia médica.

La lucha por la vida, la perpetua cruzada contra la muerte, constituye una de las más antiguas y arraigadas tendencias de la humanidad. Convencida, á su pesar, de su impotencia, pretende y ha pretendido desde temprano prolongar la vida. Después, devolver su vigor al organismo gastado por los años, por el vicio ó por el trabajo.

De aquí multitud de consejas, tradiciones, cuentos, medicinas, amuletos, elíxires, etc., etc.

Tal cúmulo de medios preconizados de mil modos por todo el mundo, han despertado constantemente en el joven, la indiferencia; en el hombre de ciencia, el desprecio; en los viejos el más vivo interés. Explícase por sí sola esta diversidad de sentimientos. El joven cree lejano el fin: poco ó nada le preocupa el mañana, ve la oferta con indiferencia. El hombre de ciencia sabe que la ley del fin humano, de la decadencia del organismo por la edad ó el abuso, es inmutable, precisa, eterna como el Ser de quien proviene: *Dios.* Reserva en consecuencia el desprecio hacia la loca tendencia de contrariar las leyes naturales. Mas no ocurre lo mismo en el decrépito, máxime si la torpe sensualidad extinguida en la materia, persiste por desgracia en el espíritu: entonces ya no es la prolongación de la vida su lucha, su deseo, no, aunque sea un poco de vigor que le rejuvenezca, un excitante que le vuelva en lo material el atributo de la juventud, la potencia, la posibilidad.

La decantada inyección Brown Sequard ha sido el *eureka* de la decrepitud, y como se dice que sonará la trompeta del juicio final para levantar á los muertos de su tumba, así ha resonado en el mundo la voz del fisiologista francés para decir al anciano:

Alzate: si no puedo prolongar tu vida mi procedimiento te devolverá artificialmente la fuerza, el ardor, la virilidad.

Y el *anciano* médico francés en plena Academia[1] lanza sus palabras, y como *primer caso práctico* ofrécese él mismo.

"Yo, dice, con mi líquido especial dejo de sentir el cansancio de la edad, mis funciones no sólo se regularizan, sino que se *vigorizan.*"

No es de seguro bastardo deseo el que ilusiona al viejo sabio. No, es que siente la declinación de su fuerza física, es que siente cómo se enerva su potencia intelectual y busca aún, trabaja, experimenta y

1 Sociedad de Biología.

estudia, creyendo haber hallado la codiciada agua de la *fuente maravillosa.*

Si el más miserable charlatán anuncia pomposamente la posesión de un secreto, de un talismán para mejorar la salud ó recobrarla, para dar virtud de potencia á quien no la posee, una inmensa mayoría le seguirán con fe, le escucharán con entusiasmo. Esa inmensa mayoría serán los necios, y hay que contar con que en el mundo nueve décimas partes de su población (quizá me equivoque) entran de derecho en ese número.

Con que esto ocurre y lo vemos todos los días aun en algo más trivial, como aconteció aquí recientemente con los charlatanes de la *ténia* (solitaria) defendidos calurosamente aun en diarios cuyos redactores se precian de buen sentido y sano criterio. Ahora, ¿qué deberá ocurrir cuando un hombre de ciencia, que ha gozado como fisiologista de reputación europea, anuncia ante un cuerpo respetable de sabios, el descubrimiento ensayado ya en sí mismo, de un jugo que devuelve temporalmente el vigor que había desaparecido por la senilidad natural ó provocada? . . . .

La respuesta es obvia. La opinión general contesta encarnándose la flor de la esperanza en el numeroso núcleo de decrépitos, que sueñan cual nuevo *Fausto*, despedirse del mundo con la potencia, perdida en los azares de su tormentosa juventud! . . . .

Y para hacer más atractiva su ilusión, quiere la suerte que el fisiologista francés señale como ese divino *jugo vital*, la sangre de las *venas espermáticas*, en mezcla con la *masa testicular*. Machacado el todo, é incorporándole de dos á cinco gramos de agua destilada, filtrando. . . . ¡adelante! . . . . ya está la nueva é inesperada *savia de la vida.*

Basta así la pequeña glándula de un conejillo, de un cerdo ó borrego, etc., etc., para levantar un organismo gastado. La jeringa de Praváz y el *mixto-prodigioso*, alzarán ya sin más fórmula el cadáver de Lázaro!

No cree tanto el médico francés, pero sus secuaces y adeptos al método, en México al menos, llevan hasta lo imposible, hasta el milagro los resultados.

La razón científica natural, la comparación entre la inyección subcutánea de diversos líquidos animales, emprendida de tiempo atrás como ha pasado *con las inyecciones de leche de vaca, del jugo muscular, de la sangre*, ya bajo de la piel, ya en *inyección subperitoneal*, dejaban prever el alcance de la inyección subcutánea de masa testicular. Pero acaba de colmar la medida del ridículo, la propuesta en periódicos científicos europeos *(Progreso Médico* de París) de inyectar á las mujeres de avanzada edad, debilitadas, el *jugo ovárico* de las hembras del conejo, borrego ó cerdo, etc.!

Estaba destinado al siglo de las luces y de los microbios, llegar á separar en el efecto de un agente dinamogénico, á la mujer del hombre; ¡como si en el misterioso secreto de la nutrición del organismo, pudiera haber diferencias por sexo!

Parece que celosos ciertos médicos de que la mujer adquiriese iguales prerrogativas que el hombre en el orden moral, insisten en separarla en el orden material ó biológico, proponiendo para su vigorización el jugo especial del ovario. ¡Sublime idea! [1]

Pero volvamos á la cuestión científica.

Esta experimentación dinamogénica, ha sido inventada é instituída por un hombre de ciencia. Indudablemente. Mas ni la ciencia misma es escudo del error, máxime cuando quien hace la invención, declina ya en su existencia. [2]

No hace muchos años, en la Academia de Medicina, asistía un sabio médico, cuyo nombre es y será siempre venerado: CRUVEILHIER. Ante él fué presentado una noche un corazón extraído de un cadáver en una autopsia: después de algunas reflexiones sobre el caso, Mr. Cruveilhier pidió la palabra preguntando cándidamente: *¿Y el enfermo cómo se halla?......* Excusa sobrada era para aquella infantil pregunta, la edad avanzada del antes ilustre anatómico.

No hace mucho tiempo también el gran *Civiale*, especialista para operaciones de vejiga y aún inventor de algunos procedimientos de litroticia, halló en una vejiga humana un cálculo de la forma exacta de un frijol. Sin vacilar hizo escribir á su secretario: "*el hecho raro de haber hallado un frijol en la vejiga, cuyo camino desde la boca debió ser*, etc., etc. Seguía la relación á todas luces inverosímil del paso probable del supuesto frijol.

Y cuéntese que se refiere esto á notabilidades de igual talla á la de Brown Sequard, pero susceptibles de alucinarse por la edad y de caer en el error.

Han surgido estas reflexiones en mi mente, como en la de una inmensa mayoría de

1 El mismo fisiologista Brown Sequard, en otra sesión de la Sociedad de Biología Francesa propuso el ensayo del jugo ovárico en la mujeres debilitadas por la edad.

2 Brown Sequard cuenta setenta y dos años de edad.

otros médicos desde que apareció en México por medio de la prensa médica extranjera el método de Brown Sequard. Pero gran parte de la prensa política de la capital, tomando el asunto más que á lo serio, lanzó su anatema sobre los médicos que le juzgaban desfavorablemente desdeñando ensayarlo, sin considerar que el criterio de la ciencia, da facultad para juzgar con exactitud de algunos hechos, graduando con tino la posibilidad de ellos, ó señalando la exageración y defectos que les acompañen en su anuncio, sin la necesidad de comprobarlos experimentalmente.

Más todavía; nosotros opinamos absolutamente de acuerdo con lo enunciado en el juicioso y bien redactado *Siglo Médico.* Ya habíamos escrito la mayor parte de estas líneas, cuando llegó á nuestras manos un concienzudo artículo allí publicado, artículo que los señores Redactores de *La Revista Médica de México* trasladan á su periódico y con razón.

Después de copiar textualmente el trabajo de Brown Sequard y su deseo de que tal asunto: *las inyecciones de juventud* (así las llama su autor) adquieran la más grande publicidad posible, los redactores del *Siglo Médico* agregan por su cuenta: "si hemos " de anunciar con franqueza nuestra opi- " nión, *comenzaremos por hacer votos muy* " *opuestos* á los formulados en las últimas " palabras del Dr. Brown Sequard, pues " hubiéramos deseado que la prensa hu- " biera concedido *la menor publicidad po-* " *sible* á estos experimentos, por lo menos " hasta que se hubiesen presentado con al- " guna comprobación más seria y rigurosa " de la que hasta hoy tienen, y en la que, " á decir verdad, *no hay de imponente y* " *respetable más que el nombre,* en todos " concèptos ilustre, de la persona iniciado- " ra de tales estudios, del continuador de " Claudio Bernard en el Colegio de Francia.

" Para lanzar al público, siquiera sea al " público médico, maravillas *tan estupen-* " *das* como la de que hemos dado cuenta, " *debiera procederse con mayor cautela,* so- " bre todo, á los menos perspicaces puede " ocurrírseles que las investigaciones em- " prendidas se prestan á *consecuencias pe-* " *ligrosas.* "

Esto es, agregamos nosotros, absolutamente sensato y muy racional. Una parte de nuestra prensa de la capital, ha obrado, fuerza es decirlo, con esa ligereza deplorable con que acepta muy á menudo los conpeptos del primer charlatán que anuncia pomposamente alguna maravilla médica, y el menor de los inconvenientes que esto tiene, es la *desvergonzada explotación* que ella autoriza y propaga de buena fe. Dígalo si no, como ya lo hicimos notar, la pesada burla hecha á la capital y á muchas ciudades de la República recientemente, por el famoso *especialista helmintiólogo,* Manuel Iglesias, que en algunos de los más serios periódicos político-religiosos de México, fué calurosamente defendido, y calurosamente excitado el público á consultarle. Algo semejante pasa ahora, y séame permitido felicitar públicamente al juicioso diario *El Universal* que en esta materia, como en otras muchas de medicina, ha sabido abstenerse de emitir opiniones, librando al público entre el cual se acredita con justicia, de caer en errores deplorables.

Brown Sequard, amparado por su antiguo y justo crédito, se presenta ante una sociedad médica, lanza su colosal descubrimiento y aduce como cínicas pruebas, *que se siente rejuvenecer, que se ha quitado veinte años, que ya puede trabajar parado tres horas seguidas después de comer* y otra serie de razonamientos semejantès. No, no es esta la medicina racional. El autor de un descubrimiento de esa naturaleza, debiera aducir la prueba de su *excitante excepcional, de su líquido rejuvenecedor,* en el examen de la tensión sanguínea, en el aumento de productos de asimilación por la orina, en el análisis de la sangre, en suma, en el estudio científico del organismo y no en pruebas de las *que diariamente alcanzamos todos los médicos con el sinnúmero de hipocondriacos que tratamos.*

Pero se nos dirá: el dinamómetro señala un aumento indudable en la fuerza muscular del inyectado. Todos los médicos sabemos que si de hora en hora se registra en el mismo individuo su fuerza muscular, esta oscila *en más ó en menos,* según el momento, la calma del observado, su creencia firme de salud y fuerza. Aún despreocupadamente, no llega siempre la aguja del dinamómetro á la misma cifra.

Hace pocos años se anunció que había una sustancia que ingerida en el estómago nutrida de tal modo, que podía resistirse á la necesidad de comer por varios días. Tal prodigioso medio lo empleaban los indios del Perú, para atravesar su extensa cordillera, sin alimento. Esta medicina maravillosa era la *Coca del Perú.* El primero que reflexionase en lo inmutable de las leyes que rigen al organismo, habría decidido lo imposible del asunto; pero las pruebas eran indudables, los indios peruanos podían caminar dos y tres días sin comer, *sin sentir el hambre.* Exacto: vino la medicina con la química en su auxilio; se estudió la coca que ya se usaba erróneamen-

te, como reparadora. Se hicieron pruebas científicas, pesáronselos á experimento ó sugetos á prueba, y se vió que la nutrición perdía notablemente, marcándose la pérdida, en la evidente diminución del peso. Ese era el primer paso para aclarar la verdad. Esta no se hizo esperar mucho y hoy se sabe y utiliza en medicina, *que la coca anestesia locamente*, es decir, paralizada la sensibilidad, hasta en el estómago si allí se aplica, amortigua en mucho la sensación de la necesidad de comer, sin que esto signifique que puede pasarse sin alimento, porque el organismo responde luego *con marcada desnutrición*.

Así los que pretenden *inyectarse juventud*, seguirán viejos, achacosos y debilitados, mal que pese á su justísimo deseo de quitarse los *veinte años* de Brown Sequard.

Pero zumban en mis oídos ciertas palabras de censura. Parece que escucho: ese médico que por cierto no es viejo ni tampoco joven, que más bien se acerca á lo primero habla en *bárbaro*, perdónese la expresión: no ha ensayado, no ha estudiado el asunto. Mas no es así, el que estas líneas escribe, inyectó ya no sólo el *jugo rejuvenecedor*, sino líquidos que podrían llamarse gérmenes de embrión, jugo embrionario, como la yema de un huevo fresco de gallina, cuidadosamente extraído por medio de una jeringa adecuada, del centro de su calcárea conchilla. Pero........ nada! Hemos sido poco afortunados; ni en el peso, ni en las orinas, al aspecto por lo menos, ni en el pulso cuidadosamente observado hemos hallado algo halagador. En cambio, aconteció por desgracia en uno de nuestros enfermos que se le produjo inflamación en uno de los piquetes, con aparición de pequeña escara en su centro. El Dr. D. F. Altamira, presenció ayer mismo el examen de este enfermo.

Mas no he querido fiarme de mi sola práctica. He recurrido á informes con los distinguidos profesores que ensayan el método de Brown Sequard, en el Consejo de Salubridad y en el Hospital Militar de Instrucción, sabiendo por ellos que sus resultados son análogos á los míos.

Hay alguna otra cosa, estupenda por lo inmoral, que ha propuesto Brown Sequard, y que no me atrevería á referir en público. Eso da mala idea de todo lo anterior que señalaba el fisiologista. Así la medicina se desvía de su objeto, se desvirtúa, fuerza es por lo mismo concluir, haciendo sinceros votos porque cese la actual locura, y porque la prensa de México, dé una prueba más de su buen juicio y buena fe, suprimiendo encomios prematuros, injustificables y nocivos, siquiera sea mientras la *opinión médica*, única autoridad en el asunto, se uniforma sobre el particular.

Dr. Demetrio Mexía.

El Elixir Brown Sequard.

Importantísimo por todos conceptos es el artículo del Sr. Dr. Demetrio Mexía que publicamos hoy. Se trata en él, nada menos que de apercibir al público contra los reclamos que en los periódicos se hace á la *inyección reformada* de Brown Sequard.

Hace pocos días publicamos también la opinión de un médico neoyorkino, de gran reputación, quien manifiesta alarma por la extensa y peligrosa aplicación que están haciendo los secuaces de Brown Sequard, de la afamada inyección.

Recomendamos á nuestros lectores que con toda atención lean el artículo del Sr. Dr. Mexía, médico de gran reputación, para que formen juicio de lo que puede ser el específico Sequard, y de los fatales resultados que puede acarrear á los incautos.

(*El Universal*).

El estudio de las Inyecciones de Brown Sequard.

Su casa, Octubre 4 de 1889.

Señor Director de *El Universal*.
Presente.

Muy estimado señor mio:

Como el que tiene la honra de dirigirle estas líneas se ha permitido creer dignas de atención las experiencias referidas por el profesor Brown Sequard á la Sociedad de Biología, de la cual es presidente, tiene doble motivo para fijar su atención en la ruda crítica que hace de tan venerable profesor, nuestro muy estimable paisano y compañero el Dr. Demetrio Mexía. Cumpliendo con la recomendación hecha á los lectores de su interesante diario en el primer artículo de la gacetilla de hoy, la ha leído atentamente.

Si la lectura del artículo señalado á nuestra atención debiera servir de base para juzgar de lo que pueda ser el *específico Sequard*, mala opinión tendríamos de tan interesante descubrimiento.

En cuanto á los fatales resultados que

puede acarrear á los incautos, nuestro estimable colega no los dice. En Nueva York y en varias partes de los Estados Unidos hubo desgracias, pero su explicación es fácil: algunos experimentadores pidieron la emulsión á París, y no la pudieron recibir sino ocho ó diez días después de hecha. Jamás había pensado el profesor Brown Sequard en que pudiera conservarse tal preparación ni aplicarse prudentemente una vez alterada.

Como lo dice el profesor Mexía, estamos en el siglo de los microbios, y sabemos que éstos no desperdician ninguna ocasión para desarrollarse en los líquidos formados con sustancias orgánicas de fácil alteración.

Así podía haber predicado en contra de la mala aplicación de un método fundado sobre experiencias hechas por uno de los primeros experimentadores del mundo; pero la prueba de lo que pueden las preocupaciones en el ánimo de los sabios, la tenemos en el artículo aludido por el profesor Mexía, escrito para el *Siglo Médico* y reproducido por la *Revista Médica* de México.

Empieza refiriendo las bases del descubrimiento, tales como fueron desarrollándose para conducir al presidente de la Sociedad de Biología hasta la experimentación sobre sí mismo, con la cual comprobó de un modo irrefutable, lo bien fundado de sus deducciones. Podía haber aducido un argumento más en favor de la probabilidad de éxito en su experimentación: los ingertos vegetales. ¿Qué es un botón capaz de ingertarse si no es una acumulación de protoplasma preparado para la reproducción de la planta que lo ha producido? Ese botón introducido en otra planta de distintas propiedades le impone las suyas, esto á veces indefinidamente. ¿Cómo no creer que pudiera en el reino animal haber fenómenos análogos?

Pero de las deducciones del profesor Brown Sequard resulta un descubrimiento capaz de permitir á los hombres de estudio el que sean más fecundos para el progreso de los conocimientos humanos; el glorioso descubridor de tan precioso tesoro científico se conmueve y corre á dar la buena nueva á la Sociedad á la cual debe todo el caudal de sus inspiraciones, puesto que la dirige; dice con justicia que anhela la publicación de la noticia. Generoso como el hombre que se siente favorecido por la fortuna, vierte el tesoro de sus conocimientos en el seno de la Sociedad de Biología, y pide que sea repartido á la humanidad para la cual será un motivo de regocijo, como lo es.

No podía prever que hubiera hombres sabios, aun médicos, que dijeran: no se debe divulgar tal descubrimiento porque habrá quien abuse con él, porque habrá quien lo aproveche para la lujuria; no ciertamente, el profesor Brown Sequard no podía tener semejante pensamiento, y se nos haría increible que hubiera quienes lo emitieran y lo publicaran, si no viéramos al profesor Mexía, á los redactorer del *Siglo Médico* y á los de la *Revista Médica*, recomendar la desconfianza hacia el profesor Brown Sequard, insinuar que, teniendo 72 años debe estar su pulpa cerebral reblandecida y su sentido moral perdido!!!

Lo que dice la autoridad más alta en la ciencia fisiológica de nuestros tiempos no merece confianza para estos noveles maestros, y el Dr. Mexía coge al presidente de la Sociedad de Biología de París, como á uno de sus discípulos, y le dice: no, lo que has percibido es ilusión, pudiste ir á la Sociedad de Biología, de la cual te apartaba tu debilidad, pudiste estudiar más, pudiste ver tus funciones orgánicas cumplirse mejor, creer y sentirte rejuvenecido; pero todo esto no vale nada, si el análisis de las secreciones no comprueba tan importante cambio percibido en sí mismo por el interesado.

No debía ni haber confesado su alivio, ni aún haberlo dejado ver, es un escándalo en contra de la experimentación científica y aun en contra de la moral. ¡Cuánto habrá reído el ilustre fisiologista si tales acusaciones han llegado á su conocimiento!

Y ¿porqué no había de publicar el Dr. Brown Sequard su gran descubrimiento? Porque se presta á consecuencias peligrosas. Pero señores, qué hay en el mundo que no tenga consecuencias peligrosas en manos torpes é impuras. Al amor debemos la vida, y el amor tiene cada día consecuencias peligrosas: ¡Qué se prohiba el amor!

Tal descubrimiento, según los redactores de *El Siglo Médico*, no es favorable al progreso ni al prestigio de la Medicina! ¿Qué idea tendrán entonces del Arte de curar?

Toda enfermedad, toda decadencia, es consecuencia de la decadencia del organismo; lo que puede remediar tal decadencia, es un bien para cualquiera que no tenga embotado el sentido común por hábitos singulares de estudio contraproducente, hasta el grado de negar á la Medicina el

poder y el deber de restablecer á los organismos decadentes.

¿Porqué dan entonces el fierro, la quina, la nuez vómica (no hablo de estricnina por no ser inmoral), si no es con la esperanza de detener las decadencias del organismo? Un maestro de los más respetables nos trae un tónico mejor, más seguro y más poderoso, y lo acusan de imbecilidad, indiscreción é inmoralidad. Sólo puede disculpar esta conducta una falta de reflexión sorprendente entre hombres estudiosos.

Pero allí viene la explicación (*el hombre persuadido de la inmortalidad de su alma*). En fisiología el alma no tiene nada que ver, no se trata de Metafísica en la Sociedad de Biología, si no estaría parada en lugar de progresar en los descubrimientos fisiológicos.

El profesor Brown Sequard, lejos de pretender la inmortalidad, dice con la sinceridad del sabio verdadero: que no cree que sus órganos hayan cambiado ni rejuvenecido en su organización; pero que, mediante la inyección protoplásmica, estos órganos viejos (lo concede) han funcionado mejor. Nada tiene que ver el alma en este asunto, ni el diablo, ni el infierno, llamados á su auxilio por los contradictores del gran fisiologista.

El profesor Brown Sequard ha dado la noticia, otros muchos la han aprovechado, ya sería larga la lista de los experimentadores (*quorum pars minima sum*), quienes han confirmado la realidad del hecho, contra la cual la Metafísica es impotente, como lo demuestra ampliamente la raquítica censura de *El Siglo Médico*, reproducida y aprobada por la *Revista Médica* de México, y el sermoncito anodino de nuestro excelente amigo y colega el profesor Demetrio Mexía.

Soy de vd., señor Director, afectísimo atento S. S. y amigo

FÉNÉLON.

Las inyecciones dinamogénicas.

El Sr. Dr. Mexía ha publicado en las columnas de *El Universal* un bien escrito artículo, demostrando con muchas razones que el descubrimiento de Brown Sequard es una grulla. Como ya el Sr. Dr. Fénélon le ha contestado y yo no soy competente en la materia, no entraré á refutar los razonamientos del Sr. Mexía.

El Sr. Mexía es un médico de fama muy merecida; pero cuanto más sabio sea y cuanto más se apoye en la opinión de otros sabios, me merece menos fe en este asunto.

Si escribe más sobre esta materia, no leeré sus artículos, porque me convencerá contra las inyecciones dinamogénicas, y muy probablemente me conduciría á un error.

Los sabios son siempre conservadores; se oponen á toda innovación, por instinto: y han sido eternamente la causa de que el mundo no marche más aprisa. Los sabios quisieron convencer á Colón de que no había un nuevo mundo, y al Padre Las Casas, de que los indios no eran hombres. Los sabios quisieron quemar á Galileo, y con razones (además de la hoguera) trataron de convencerle de que la tierra estaba clavada en el suelo y muy bien afianzadita. Los sabios médicos llamaron charlatán á Mesmer, y dejaron pasar un siglo para convencerse, hasta hoy (y no todos) de que el magnetismo existe y puede servir á la humanidad. Los sabios se oponen á la dosimetría, y creo firmemente que fueron sabios los que construyeron las murallas de China, monumento perpetuo de las tendencias conservadoras.

Todavía el año pasado el Sr. Dr. Rodríguez no creía en el hipnotismo y llamaba charlatanes á todos sus compañeros que se dedicaban al estudio de ese fenómeno.

No, no leeré lo que el Sr. Mexía diga contra Brown Sequard, porque lo dice bien, y me persuadirá. Estoy seguro de que va á probar de un modo irrefutable que las inyecciones no sirven, aunque sean de yemas de huevo.

Yo estoy convencido de que las inyecciones son buenas por dos motivos: porque los sabios las atacan, y porque el Sr. Mateos ha publicado contra ellas un romance en *El Monitor*.

X. Z.

El elíxir de Brown Sequard.

Según vemos en un periódico de Nueva York, después del entusiasmo casi inconcebible que se despertó en los Estados Unidos por el llamado "Elíxir de juventud" descubierto por el célebre fisiologista Brown Sequard, se ha producido casi súbitamente una reacción de las más violentas. El elíxir, que se consideraba ayer "el descubrimiento mayor del siglo," según un médico de Búfalo, no es hoy sino un veneno muy peligroso.

"Esto depende sin duda de la ligereza increible con que ciertos experimentos se han llevado á cabo, dice el periódico aludido. Los médicos de los Estados Unidos preparan ellos mismos el elíxir, y algunos

no han vacilado en modificar la composición. Uno de los médicos que ha hecho el análisis del elíxir que él mismo había preparado, ha descubierto microbios de todas clases de enfermedades, y ha dado al punto la voz de alarma. Esto indica que para preparar su elíxir había tomado ciertos órganos de un animal que evidentemente estaba enfermo. En otros casos, el elíxir ha sido administrado á personas jóvenes llenas de vigor y que no tenían ninguna necesidad de él. El resultado ha sido que el elíxir les ha hecho más daño que provecho.

En Cincinati la gangrena se ha presentado en el lugar en que se hizo la incisión á un enfermo para administrarle el elíxir, y el paciente reclama ahora $5,000 de daños y perjuicios á su médico.

"Aunque al lado de los accidentes de este género cuya causa quizás no se deba al elíxir mismo, se hayan obtenido en numerosos casos resultados muy satisfactarios, casi en todas partes, especialmente en Wáshington y New York, los experimentos se han abandonado por completo. En Nueva York muchos médicos de nota lo condenan como de ningún valor, y los resultados obtenidos no han sido de importancia, porque la mayor parte de las personas que se habían hecho administrar el elíxir una vez, no han vuelto á presentarse el hospital, sea por temor ó por negligencia.

(El Universal.)

Los detractores de Brown Sequard.

Vanitas vanitatum et omnia vanitas, decía el Rey salmista en el apogeo de la gloria, y eso mismo podría decir nuestro gran fisiólogo Brown Sequard. Deseoso de hacer todavía más útil su vida dedicada con gloria al estudio, corona sus trabajos con un descubrimiento de los más fecundos, y ya hay jóvenes escritores deslumbrados, que en vez de recoger y estudiar todas las consecuencias de tan hermoso descubrimiento, de experimentarlo como se debe y de aceptarlo, en su propio valor al menos, hallan más fácil negarlo y declarar que ya concluyó la carrera intelectual de Brown Sequard.

La razón que se da es que tiene éste 72 años, como si no hubiéramos visto poco há al decano de los estudiantes de Francia, al venerable profesor Chevreul desempeñar su profesión hasta muy cerca de los 100 años; como si tampoco viésemos al vigoroso Mr. Gladstone maravillar al mundo con su actividad y elocuencia, á pesar de que su edad sobrepuja con mucho á la del actual Presidente de la Sociedad de Biología; como si no hubiésemos admirado la fecundidad de nuestro gran poeta Víctor Hugo hasta los últimos instantes de su larga y brillantísima existencia.

¿Qué placer puede encontrarse en limitar así la fecundidad humana? ¿Qué extraña satisfacción se tiene en recordar constantemente la fatalidad de un fin que siempre llega pronto?

¡Cuántos hombres hay cuyas más hermosas y sólidas creaciones son las de sus postreros años! ¿Porqué, pues, se pretende infundir desconfianza en los trabajos de un hombre que ha consagrado al estudio su vida entera, que ha permanecido en el medio propio para mantener su actividad hasta más allá de los límites ordinarios, sólo porque ese hombre cuenta setenta y dos años de edad?

¡Singular tarea para un sabio, para un médico cuya misión consiste en ayudar y consolar á sus semejantes, usurpar el papel de un monje de la Trapa, y exclamar: "hermano, debemos morir sin luchar contra la decreptitud!"

Nos inspiró las anteriores líneas un artículo del Profesor Demetrio Mexía, publicado hace poco en *El Universal,* y que por este mismo hecho ha de haber tenido multitud de lectores, toda vez que ese diario es de una importancia tal, que debido á ella aumenta en circulación rápidamente.

Cierta noche, al pasar por la plaza del Atrio de Nuestra Señora, vimos un pigmeo presa de las alucinaciones alcohólicas, tambaleándose de pies á cabeza, que persuadido de ser más alto que la torre de la hermosa catedral, se indignaba porque la gran campana, la amante de Cuasimodo, daba las doce de la noche. El alucinado prorrumpió en improperios: creía que esa voz de los siglos le reprochaba su estado, y él respondió con orgullo y cayó para dormir el sueño de la embriaguez.

Tal espectáculo, con grandes diferencias que nos complacemos en admitir, me vino á la memoria viendo escritores de talla tan diferente de la que el mundo reconoce en el continuador de Claudio Bernard, que se permiten, no criticarle, sino condenarle, porque anunció al mundo una buena nueva.

Dícenle que no sabe ni experimentar en fisiología: perdonad, quizá debieran decirle que ya no sabe. Y he aquí á los discípulos que recuerdan al maestro de bien lejos, que hay medios de saber qué cantidad de urea fabrica un cuerpo en un tiempo determinado, y que sólo después de analizar sus secreciones, tiene derecho el hombre á decir que se siente mejor que antes

de habérsele aplicado, para reanimarle, las inyecciones de materia viva. (Molière no lo hallara mejor.)

Mr. Brown Sequard había dejado de asistir á las sesiones de la Sociedad de Biología, porque su salud se lo impedía, cuando de repente aparece de nuevo, puede dar cuenta de los cambios producidos en su organismo por su admirable descubrimiento, y nadie osa decirle: "Pero, señor Presidente, vd. se equivoca, vd. no ha mejorado, puesto que no sabe qué cantidad de urea produce vd." Sin duda que no sucedió así, porque todos los miembros de esa fecunda asociación están ya decrépitos y necesitan que se les aplique la nueva invención.

Nos complacemos en creer que nada de esto hubo y que el hecho de ver reaparecer enmedio de ellos á su ilustre Presidente, los convenció del efecto producido por las inyecciones vitales.

Causa sorpresa que un médico se escude con la fatalidad para declarar que la parte de vida que nos toca ha sido medida de antemano y que no se la puede prolongar. ¿Acaso no tiene ninguna fe en su arte? ¿Es adorador de Allah ó del Dios de los cristianos? Hemos visto en Oriente sacerdotes musulmanes que declaran que los buques de vapor son inmorales é impíos, porque contrarestan al viento, pues que pretenden que viento es soplo de Dios. No hay cosa más extraña como pretender que el niño cuando nace enfermizo no llegará á ser hombre, si se le cuida, y que el hombre, debilitado por lasitud, enfermedades ó excesos, no puede restablecerse con la ayuda de medios á propósito que la ciencia puede y debe buscar y señalar, lo cual constituye precisamente la misión de la Sociedad de Biología y, por consiguiente, de su ilustre Presidente.

Es triste y desalentador que un Doctor en Medicina de los más dignos de estima, llegue á tal negación de la ciencia.

Nos dice que la ciencia sirve precisamente para impedir la credulidad, lo cual no es creible. La ciencia que sirviera para eso sería la falsa ciencia, como la medicina que niega su propia eficacia es la falsa medicina; la verdadera nada niega; todo lo estudia. Cuántas veces hemos oído á nuestro venerado maestro Claudio Bernard, lo siguiente:

"Señores:

"Si el acaso no me hubiera servido, no hubiera descubierto la función glico-génica del hígado; pues una vez la experiencia me salió bien. Hice luego una serie de investigaciones que me resultaron infructuosas; pero como el hecho se había verificado insistí y acabé por descubrir sus leyes."

El Profesor Brown Sequard, con la sinceridad del verdadero investigador, que no necesita probar que sabe fisiología, nos dice: "Ignoro cuál sea el elemento eficaz en el líquido inyectado; convengo en que es complexo. El estudio nos dará tal vez á conocer algún día cuál de esos elementos es el autor de mi restablecimiento."

El hecho tenía bastante importancia para no diferir su publicación. La inyección no era perjudicial, luego podía recomendarse; es eficaz, luego es esencial que se conozca.

El Doctor de México, persuadido de que la Sociedad de Biología, así como su Presidente, cayeron en la decrepitud, reforma la experiencia. Toma un huevo de gallina, extrae lo que á su parecer es el germen, lo inyecta sin resultado, y como su experiencia le parece mejor que la de Brown Sequard, declara que no puede ser verdad lo que éste último dijo y probó con su estado personal ante la Sociedad de Biología.

Hay que convenir en que tal crítica tiene poco fundamento, porque ¿qué analogía puede haber entre el germen de un huevo de gallina y la emulsión complexa y rica de la inyección preconizada? Hubiera obrado mejor nuestro excelente amigo y compañero, con no publicar tan pueril experiencia.

Pero el interesante periódico que dió hospitalidad á este ataque á la inyección de Brown Sequard, nos recomienda su lectura para que estemos sobre aviso contra los abusos á que dé lugar el nuevo descubrimiento. (La hipocresía, dijo la Larochefoucauld, es un homenaje que tributa el vicio á la virtud; el charlatanismo un homenaje que la ambición rinde á la verdadera ciencia).

Al punto como se publicó el descubrimiento de Brown Sequard se quiso sacar partido de él. Se nos ha hablado de la muerte de un negro viejo en los Estados Unidos, que contaba volverse joven á la influencia del nuevo sistema aplicado quizá demasiado tarde. Supimos también que dos *reporters* americanos que lo habían ensayado, no tuvieron mucho de qué alabarse. Hemos sabido después que ciertos experimentadores, más escrupulosos pero menos prudentes que nuestro colega de México, han encargado de París la emulsión ya preparada. Si la emulsión llegaba esterilizada, era una inyección inerte, y si no se había esterilizado, era una inyección infecta; y todavía hay quien se sorprenda de los ma-

los resultados cuando sabemos en qué condiciones se han hecho las experiencias!

En México se ha obrado con más prudencia y el único *reporter* que ha expresado parte de sus impresiones, sólo bien ha dicho: ni sabemos que haya habido ningún accidente desagradable. Por lo demás, si los hubiera habido, no habrían dejado de publicarse.

No quiere esto decir que creamos en la disolución de la catarata senil por influencia de las inyecciones animadas; muy lejos de eso; tenemos muchas razones para creer que eso no sucede; pero es un hecho incontestable que la vista disminuye con la debilidad y se mejora cuando aumentan las fuerzas.

El Dr. de México, en su celo fatalista, no se contentaba con dar al presidente de la Sociedad de Biología lecciones de experimentación fisiológica, sino que también lo acusa de inmoralidad: ¡que se acuerde de los hijos de Noé!

Háse dicho que el fin justifica los medios y si hay casos en que sea admisible dicha máxima, son aquellos en que se trata de probar que la vida humana vale la pena de que se la conserve y se la reanime cuando se debilite, sobre todo, tratándose de la existencia de hombres cuyos conocimientos son excepcionales y cuya fecundidad es admirable.

Pero si el fin justifica los medios para enriquecer el tesoro científico de nuestra época, no pasa lo mismo cuando para negar un descubrimiento se recurre á la difamación, acusando de inmoralidad escandalosa, de decrepitud y reblandecimiento al autor de tal descubrimiento.

La piedad es digna de admiración; pero la piedad cristiana, esto es, caritativa, que jamás condena al pecador, no la piedad fanática de los sectarios de Mahoma, que pide la destrucción de los infieles.

Con permiso de nuestro colega seguiremos experimentando las inyecciones vitales, y creyendo que debemos hacer todo lo posible para consolar á los que se sienten debilitados y reanimarlos por los medios que nos proporcione la ciencia. Bien sabemos que tenemos de morir, pero procuremos que sea esto lo más tarde posible, y mientras llega tan inevitable fin, sea nuestra vida lo mejor y más útil que podamos hacerla, y si además puede ser agradable, no nos avergonzaremos por ello.

*
* *

"Una persona poco instruída en la literatura médica, después de haber leído el artículo publicado por el Sr. Mexía en *El Universal*, nos dijo: "Lo que resulta de este artículo es que ese Brown Sequar es un horroroso charlatan!!!......

Vanitas Vanitatum et omnia Vanitas."

FÉNÉLON.

LAS INYECCIONES BROWN SEQUARD.

Carta refutación de la publicada en "El Universal" por el Dr. Demetrio Mexía.

He visto en *El Universal* del 4 de Octubre un artículo del Sr. Dr. Demetrio Mexía, en el que se impugna el sistema y las inyecciones dinamogénicas del eminente fisiologista Brown Sequard; y hay en el curso de él tales inexactitudes, que yo, aunque sin la fama y reputación científica que ha conquistado mi apreciable compañero el Dr. Mexía, me apresuro á combatirlo por ser el asunto que trata, de vital interés para la humanidad.

Vengo al imponente teatro de la polémica científica, desposeído de toda vana presunción; no emplearé en los comentarios la metafísica que tanto perjudica á la ciencia experimental ni la agria crítica contra sabios ancianos para quienes no se debe tener sino respeto y gratitud. Haré solamente una exposición de la teoría en que se fundan las inyecciones dinamogénicas, de los resultados experimentales que se han obtenido, y de las apreciaciones que para impugnarlas se han hecho, así como también de las falsas vías experimentales que para ello se han tomado, y por último, la enumeración de los casos prácticos en que se ha hecho uso de ellas.

La teoría de las inyecciones dinamogénicas de Brown Sequard, es la siguiente:

"En el flúido seminal tal como es secretado por los testículos existen una ó varias sustancias que entrando á la sangre por reabsorción tienen un uso más esencial dando fuerzas al sistema nervioso y á otras partes de la economía."

Lo prueban, primero: "el estado orgánico del eunuco, sobre todo cuando ha sido castrado antes de que las glándulas testiculares hayan llegado á su completo desarrollo. Es bien sabido que los eunucos están caracterizados por su debilidad general y por su falta de actividad física é intelectual. Y no sólo el hombre eunuco: á todos nos consta la falta de agilidad, de actividad y de valor en que caen nuestros

animales domésticos después de la castración, comparando el estado que después guardan con el que antes de la mutilación tenían."

Segundo: las pérdidas seminales.

"Es bien sabido que las pérdidas seminales de cualquiera causa que deriven producen una debilidad física y mental que es proporcional á la frecuencia de aquellas."

Tercero: la plétora espermática da una prueba igualmente poderosa en favor de la teoría.

"Es sabido que los hombres bien organizados, especialmente los de veinte á cuarenta y cinco años de edad que permanezcan absolutamente libres de concurrencias sexuales, ó de cualesquiera otras causas de gasto de líquido seminal, conservan una mayor, aunque anormal actividad física y mental."

Es decir, que la actividad vital parece estar regida en el sexo masculino por la actividad testicular y según que los órganos funcionen más ó menos, así se manifestarán modificadas las fuerzas orgánicas; pues es sabido, porque la fisiología nos lo enseña, que siempre que un órgano funcione de un modo natural, sin abusar de su función, cuanto más funciona más se desarrolla, estando sin embargo sujeto á la ley de evolución, nacimiento, crecimiento, período de estado y período de declinación; pero que si se le hace trabajar más de lo que debe, dada su constitución, muere antes del tiempo en que debía morir.

Tales son los fundamentos fisiológicos de la teoría de las inyecciones Brown Sequard.

Pasemos ahora á los fundamentos experimentales.

Como no debe haber detalle perdido, como cada frase del venerable fisiologista está llena de la verdad y convicción del sabio, cedo ahora gustoso la palabra á Brown Sequard. Dice así:

"Durante muchos años había yo creído que la debilidad en los viejos dependía de dos causas: una serie natural de cambios orgánicos y la acción gradualmente disminuída de las glándulas espermáticas. En 1869 en un curso dado en la "Facultad de Medicina de París," discutiendo la influencia poseída por varias glándulas sobre los centros nerviosos, emití la idea que, si fuera posible sin peligro alguno, inyectar semen en la sangre de los viejos, se obtendrían, probablemente, manifestaciones de mayor actividad así en lo físico como en lo mental. Guiado por esta idea, hice varios experimentos sobre animales, en Nahant, cerca de Boston (Estados Unidos), en 1875. En algunos de estos experimentos hechos en doce perros, traté en vano, excepto en un caso, de hacer penetrar el líquido ya expresado en ciertas partes ó en todo el cuerpo de cochinos de India, jóvenes. El éxito obtenido en el caso excepcional sirvió para darme grandes esperanzas de que, por un procedimiento menos difícil, podría algún día alcanzar mi propósito. Esto es lo que ahora he hecho. A fines del año pasado hice en dos conejos experimentos que fueron repetidos después, en otros varios, con resultados que no dejaban duda, tanto respecto á la inocencia [1] del procedimiento usado, como de los buenos efectos producidos en todos estos animales. Seguro de esto, resolví hacer experimentos en mí mismo, pues pensé serían mucho más decisivos sobre el hombre que sobre los animales. Los hechos han venido á demostrar que tenía razón.

Dejando á un lado y para ulteriores investigaciones las cuestiones relativas á la sustancia ó sustancias que formadas por los testículos, dan vigor á los centros nerviosos y á otras partes de la economía, he hecho uso, en inyecciones subcutáneas, de un líquido que contenía una pequeña cantidad de agua mezclada con las tres partes siguientes: primera, sangre de las venas testiculares; [2] segunda, semen; y tercera, jugo extraído de un testículo machacado inmediatamente después de haber sido tomado de un perro ó de un cochino de India. Deseando, en todas las inyecciones hechas sobre mí mismo, obtener el máximum de los efectos, he empleado tan poca agua como era posible. A las tres sustancias que he enunciado, adicioné agua destilada en tal cantidad que nunca excedió de tres ó cuatro veces el volumen de aquellas. El machacamiento se hacía siempre después de la adición del agua. Cuando se filtraba al través de un papel filtro, el líquido era de un aspecto rojizo y más bien opaco, mientras que era casi perfectamente claro y traspa-

1 Esta inocencia fué demostrada también en un perro viejo al que se hicieron veinte inyecciones de un líquido igual al que intentaba emplear sobre mí mismo. Ningún mal aparente resultó de estos ensayos que fueron hechos por mi ayudante el Dr. D'Arsonval.

2 Por las razones que he dado en mis cursos del año de 1869 y siguientes, considero las glándulas espermáticas como también otras principales (Riñones, Hígado, etc.) dotadas, además de su poder secretorio de una iufluencia en la composición de la sangre semejante á la poseida por el bazo, el cuerpo tiroideo, etc. Guiado por esta idea, he hecho ya algunos experimentos con la sangre que sale de los testículos. Pero lo que he observado no es suficiente decisivo para ser mencionado en este lugar.

rente cuando se empleaba un filtro de Pasteur. Para cada inyección he usado próximamente un centímetro cúbico del líquido filtrado. Los animales empleados fueron un perro vigoroso y según todas las apariencias, perfectamente sano (de dos á tres años) y varios cochinos de India, jóvenes ó adultos. Los experimentos hasta aquí no permiten conclusión positiva respecto al poder relativo del líquido obtenido de un perro y el del extraído de cochinos de India.

Todo lo que puedo asegurar es que las dos especies de animales han dado un líquido dotado de grandísima actividad. Hasta aquí he hecho diez inyecciones subcutáneas del líquido mencionado, dos en mi brazo izquierdo y todas las otras en mis miembros inferiores, del 15 de Mayo al 4 de Junio próximo pasado. Las primeras cinco inyecciones fueron hechas en tres días sucesivos con líquido obtenido de un perro: en todas las siguientes inyecciones hechas los días 24, 29, 30 de Mayo y 4 de Junio, el líquido usado procedió de cochinos de India. Cuando empleaba líquidos que habían pasado por un filtro de Pasteur, los dolores y otros malos efectos en algún tanto eran menores que cuando se hacía uso de un papel filtro.

Viniendo ahora á los efectos favorables de estas inyecciones, ruego se me excuse hablar tanto como lo haré de mi propia persona. Espero se comprenderá fácilmente que si mi demostración tiene algún valor (diré aún, alguna significación) es debido á los detalles concernientes al estado de mi salud, fuerza y hábitos anteriores á mis experimentos y á los efectos que éstos han producido.

Tengo 72 años de edad. Mi fuerza general que ha sido considerable, ha disminuído gradual pero notablemente, durante los últimos 10 ó 12 años. Antes del 15 de Mayo último, estaba tan débil que siempre me veía obligado á sentarme después de un trabajo de media hora en el laboratorio. Aun cuando quedase sentado todo el tiempo ó casi todo el tiempo que permanecía en el laboratorio, salía de él completamente agotado después de tres ó cuatro horas de trabajos experimentales, y á veces después de dos horas solamente. Por muchos años al volver á mi casa en un carruaje, después de haber pasado varias horas en el laboratorio, estaba tan cansado que invariablemente tenía que acostarme, habiendo tomado apenas una cantidad pequeña de alimentos. Con frecuencia el cansancio era tan grande que, aunque con mucho sueño, no podía dormir cuatro horas y despertaba excesivamente fatigado.[1]

El día siguiente al de la primera inyección subcutánea y aún más, en las posteriores, tuvo lugar en mí un cambio radical y tuve también mucha razón para decir y para escribir que había ganado por lo menos toda la fuerza que poseía hace muchos años. Los considerables trabajos del laboratorio apenas me cansaban. Con grande admiración de mis dos principales ayudantes, los Dres. D'Arsonval y Hénocquen y de otras personas, era capaz de hacer experimentos varias horas, estando en pie, sin sentir siquiera la necesidad de sentarme. Más aún: un día (el 23 de Mayo) después de tres horas y cuarto de rudo trabajo experimental permaneciendo en pie, volví á mi casa tan poco cansado que después de comer pude trabajar y escribir durante hora y media parte de un escrito sobre un asunto difícil.

Hacía más de 20 años que nunca había podido hacer semejante cosa.[2] Por una natural impetuosidad y también para evitar pérdida de tiempo, acostumbraba aunque tuviera 60 años, subir y bajar escaleras tan rápidamente que mis movimientos eran más bien los del que corría que los del que andaba. Pues bien, esto había cambiado gradualmente y había llegado á subir y bajar pesadamente estas escaleras, teniendo que asirme del pasamano en algunos casos difíciles. Después de la segunda inyección noté que había ganado por completo mis antiguas fuerzas, y había vuelto á mis hábitos anteriores.

Mis miembros probados con un dinamómetro una semana antes de mi experimento y durante el mes siguiente á la primera inyección, demostraron una ganancia decidida de fuerza. El número, por término medio, de kilógramos movido por los flexores del antebrazo derecho, antes de la primera inyección, era de cerca de 34½ (de 32 á 37) y después de esta inyección 41 (de 39 á 44), siendo, pues, la ganancia de

1 Debo decir que no obstante esta negra pintura, mi salud general es y ha sido siempre buena y que muy poco he tenido de que quejarme, excepto de reumiación y de reumatismo muscular.

2 Mis amigos saben que gracias á ciertas circunstancias y á ciertos hábitos, durante treinta ó cuarenta años, me he acostado muy temprano y he hecho mis escritos en la mañana, comenzándolos entre las tres y las cuatro. Durante muchos años había perdido la facultad de entregarme á trabajos mentales después de la comida. Después de mis primeras inyecciones subcutáneas, frecuentemente he estado capaz de entregarme á ellos durante dos, tres y aún casi cuatro horas.

6 á 7 kilógramos. A este respecto, los flexores del antebrazo readquirieron, en gran parte, la fuerza que tenían cuando vivía yo en Londres (hace más de 26 años). El número por término medio de kilógramos movido por estos músculos en Londres en 1863 [1] era 34 (40 á 46 kilógramos.)

He medido comparativamente, antes y después de la primera inyección, el chorro de orina en igualdad de circunstancias, esto es, después de una comida en la cual había yo ingerido alimentos sólidos y líquidos de la misma especie en igual cantidad. La longitud por término medio, del chorro de orina, durante los diez días que precedieron á la primera inyección, fué inferior por lo menos un cuarto, á la que llegó á tener en los veinte días siguientes. Es, pues, evidente, que la potencia de la médula espinal sobre la vejiga había aumentado considerablemente.

Una de las molestias más serias de la edad avanzada es la diminución en la fuerza de la defecación. Para evitar la repetición de detalles, que he dado á este respecto en otra parte, diré sencillamente que después de los primeros días de mis experimentos había tenido una gran mejora en la expulsión de las materias fecales, como no la tenía en ninguna otra función. De hecho, tuvo lugar un cambio radical, y aun en los días de gran constipación, había recobrado esta función, que hacía mucho tiempo no ejercía con libertad.

Respecto á facilidad de los trabajos intelectuales, que había disminuído en los últimos años, llegué á recobrarla por completo durante y después de los tres primeros días de mis experimentos.

Es evidente, por estos hechos y por algunos otros, que todas las funciones dependientes de la acción de los centros nerviosos y especialmente de la médula espinal, se habían mejorado notable y rápidamente por las inyecciones que había empleado. Las últimas de estas inyecciones se hicieron el 4 de Junio, hace cerca de cinco semanas y media. Cesé de hacer uso de ellas con el propósito de asegurarme cuánto tiempo podían durar sus buenos efectos. Durante cuatro semanas no ocurrió ningún cambio notable, pero gradual aunque rápidamente, desde el 3 de este mes (Julio), he comprobado casi una vuelta completa al estado de debilidad que tenía antes de la primera inyección.

Esta pérdida de vigor es una excelente contraprueba en la demostración de la influencia ejercida sobre mí por las inyecciones subcutáneas de fluído espermático.

Mi primera comunicación á la Sociedad de Biología de París, la dirigí con el deseo de que otros médicos ya viejos, hiciesen en sí mismos experimentos semejantes á los míos, para asegurarme, como entonces, lo manifesté, si los efectos que había yo observado dependían ó no de una idiosincrasia especial, ó de una especie de auto-sugestión sin hipnotismo, debida á la convicción que tenía antes de experimentar de que obtendría con seguridad una gran parte, por lo menos, de estos efectos. Esta última suposición hallaba algún fundamento en muchos de los hechos contenidos en la valiosa y sabia obra del Dr. Hack Tuke, titulada: *Influence of the Mind over the Body*. Como quiera que había observado que los experimentos sobre mi propia persona, si no eran peligrosos, eran excesivamente dolorosos, rehusé absolutamente acceder á los deseos de muchas gentes, ansiosas de obtener los efectos que había observado en mí mismo; pero sin consultarme el Dr. Variot, que creía que las inyecciones de líquido espermático muy diluído [1] no serían tan dolorosas, hizo ensayos de este método en tres viejos—uno de 54, otro de 56 y el último de 68 años. [2]—En todos ellos se notaron casi los mismos efectos que los que yo había obtenido sobre mí mismo. El Dr. Variot hizo uso de testículos de conejos y cochinos de India.

Estos hechos demuestran claramente que los efectos que había indicado no eran debidos á idiosincrasia peculiar.

Respecto de la explicación de éstos, por una auto-segestión, apenas es posible aceptarla en el caso de los pacientes observados por el Dr. Variot. No tenían idea de lo que se les iba á hacer; nada sabían de mis experimentos, y sólo se les dijo que iban á recibir inyecciones fortificantes. Pa-

1 Tengo un registro de la fuerza de mi antebrazo comenzando en Marzo de 1860, cuando por primera vez me establecí en Londres. Desde esta época hasta 1862 movía yo hasta 50 kilógramos. Durante los últimos tres años el máximum era 39 kilógramos. Este año, antes de la primera inyección, el máximum era 37 kilógramos. Después de la inyección ha sido 44.

1 En mi tercera comunicación á la Sociedad de Biología, dije que tanto el intenso dolor como la inflamación que cada inyección ha producido en mí, se disminuirían notablemente, empleando un líquido mucho más diluído. Los tres casos del Dr. Variot, han probado la exactitud de mi dicho. Ha usado de mayor cantidad de agua y sus pacientes no han sufrido ni gran dolor ni inflamación.

2 El escrito del Dr. Variot, y mis observaciones acerca de él han aparecido en las "*Comptes Rendus*" de la Sociedad de Biología, número 26 de 5 de Julio de 1889, páginas 451 y 454.

ra averiguar si este calificativo había influído de algún modo en los efectos producidos, el Dr. Variot, después de la publicación de su escrito, ha empleado las mismas palabras al practicar inyecciones subcutáneas de agua pura en otros dos pacientes, en quienes no obtuvo ningún efecto fortificante.[1]

Creo que después de los resultados en los ensayos del Sr. Variot, apenas es posible explicar los efectos que he observado sobre mí mismo, sin admitir que el líquido inyectado posee el poder de aumentar la fuerza de muchas partes del organismo humano. Apenas necesito decir que esos efectos no podían haber sido debidos á cambios de estructura, y que resultaban únicamente de modificaciones nutritivas y quizás en gran parte de influencias puramente dinámicas, ejercidas por algunos de los principios contenidos en el líquido inyectado.

Por ahora no tengo ningún hecho que mencionar que pueda servir para resolver la cuestión de si es ó no posible cambiar la estructura de los músculos, nervios y centros nerviosos, practicando, durante muchos meses sucesivos, inyecciones del líquido que he usado. Como lo manifesté á la Sociedad de Biología de París, siempre he temido y temo aún que las acciones nutritivas especiales que producen ciertos cambios en el hombre y en los animales, desde el estado embrionario hasta la muerte por vejez, son absolutamente fatales é irrevocables. Pero del mismo modo que vemos á los músculos que han sufrido cambios de estructura por alguna enfermedad, recuperar algunas veces su organización normal, podremos también, según creo, ver algunos cambios de estructura no esencialmente ligados á la vejez, aunque acompañándola, desaparecer á tal grado que puedan recobrar los tejidos las propiedades que poseían en una edad mucho menos avanzada.

Sea lo que fuere de estas especulaciones, los resultados que he obtenido en los experimentos sobre mí mismo y los que han sido observados por el Dr. Variot en los tres viejos, ponen de manifiesto que este importante asunto debe investigarse experimentalmente.[2]

Brighton.—Julio de 1889.

1 Después de escrito lo anterior, he recibido una carta del Dr. Variot en la que me anunciaba que después de la inyección en estos dos individuos, de líquido extraído de los testículos, había obtenido los mismos efectos fortificantes que había yo experimentado.

2 Se puede agregar que hay razones suficientes para pensar que las inyecciones subcutáneas de un líquido obtenido por machacamiento de ovarios extraídos de animales jóvenes ó adultos y mezclado á cierta cantidad de agua, obrarían sobre las mujeres viejas de un modo análogo al de la solución extraída de los testículos é inyectada en los viejos.

Hemos terminado con la exposición de la teoría, y sus comprobaciones fisiológicas y experimentales. Pasemos ahora á la exposición de la refutación que hace de ella el Sr. Dr. Mexía. Pero esto será materia de otro artículo.

LUIS A. DÍAZ Y DÍAZ.

OTRA VEZ LA CUESTIÓN DE LAS INYECCIONES.

Argumentos.— Una carta interesante. —Razonamientos. —Experimentación.

Había resuelto no ocuparme más en público acerca del asunto de las inyecciones Brown Sequard. Mi ánimo era estudiar con ahinco, como lo he hecho, para deslindar la verdad.

Apareció en *El Universal* del día 8 la contestación del Sr. Fénelon, reducida en dos palabras á lo siguiente:

"Eres tú un pigmeo en la ciencia, novel maestro, para alzarte delante de Brown Sequard y negar ó contradecir su último descubrimiento comprobado en sí mismo."

Escribí de nuevo, replicando esto, que era la única razón que campeaba en todo el artículo. Hacía presente que en el siglo actual las verdades científicas vengan de donde vinieren, emítalas una eminencia científica ó una medianía, no se aceptan por el simple dicho de quien las pronuncia, sino por la comprobación obtenida en un número competente de observaciones y con las pruebas ineludibles que le *corresponden, en relación con el efecto que se dice obtener.*

Meditando luego sobre la inconveniencia de continuar la discusión en público, *retiré oportunamente mi escrito*, dirigiéndome en lo particular al Sr. Fénelon, para invitarle á que pasara á la *Academia de Medicina* á donde ambos pertenecemos y donde podríamos continuar bajo mejores bases nuestro estudio.

El Sr. Fénelon me contestó una atenta carta excusándose *por razones que se reservaba* y sólo sentí que interpretó mi invitación como *oferta simple para discutir*, quizá me expliqué mal con él pero pretendía *experimentar*, no simplemente discutir.

En su carta agregaba:

" Brown Sequard dice que con inyección " de materia testicular se ha reanimado. " Mr. Viardot ha experimentado en varias " personas con éxito, Mr. Hamond lo mis" mo. He hecho experiencias cortas é im" perfectas, pero lo poco que he visto me " hace creer que son eficaces. No tengo lu" gar para repetirlas mejor porque otras " atenciones me absorben. Como vd., creo " que hay exageración en lo referido por " el *Monitor* y el *Nacional.* Me consta que " la catarata senil no sana siempre, si tan" to es que alguna vez haya mejorado con " el uso de las inyecciones.

" Pero de su artículo parece resultar que " el Profesor Brown Sequard es ya un an" ciano inutilizado para la cátedra; eso tam" bién creo es exageración. Una persona " extraña á la literatura médica, después " de leer su artículo, me dijo con convic" ción: de esto resulta que Mr. Brown Se" quard es un solemne charlatán. Me pa" reció debido contrapesar esta influencia " errónea; pero, como vd., creo que es me" jor no entregar al público extraño á las " dificultades del estudio los frutos más " delicados del trabajo intelectual.

" Agradeciéndole la honra que me hace " al invitarme á una discusión con vd., " me repito su afectísimo amigo y compa" ñero quien sinceramente lo aprecia.—*J.* " *Fénelon.*"

Hasta aquí, como se ve, caminábamos perfectamente. No me costaba gran esfuerzo consentir graciosamente en la calificación que el Sr. Fénélon me daba de *pigmeo de la ciencia* y *novel maestro*, máxime cuando jamás he abrigado otra pretensión que la de cumplir honradamente el delicado encargo que nos confía la ciencia que profesamos.

Retiré con gusto mi escrito, como ya lo dije, suplicando al Sr. Spíndola no lo diera á luz.

Hoy, sin embargo, he visto otro artículo del Sr. Fénélon, posterior á su carta, puesto que aparece en *Le Trait d'Union* del 10 del presente, y aunque la fecha del escrito es de 5 de Octubre, sobró tiempo á su autor para haberlo recogido como yo hice con el mio. Mas, lo dejó correr. Quizá así le convendría.

La única objeción que me hizo en su primer artículo, de ser *novel maestro : privado de sentido común por estudios contraproducentes*, etc., aunque no puede considerarse, contestación de un argumento, repito : quise dar por terminada la cuestión en el público y así lo habría cumplido; pero el Sr. Fénélon consiente en la publicación de un segundo artículo, y por razones, aduce á la cabeza un cuentecillo que me lo aplica directamente. Es un mal camino, que, dígolo con sinceridad, siento verlo empleado por un comprofesor y amigo que había sido cortesmente invitado en bien de la ciencia y de la humanidad para estudiar la cuestión en litigio.

Vuelvo ahora á tocar algunos puntos de mi primer escrito. Quizá por la violencia con que en las redacciones se estudian toda clase de asuntos, mi artículo fué mal interpretado, y se creyó que negaba redondamente el último estudio de Brown Sequard. Más aún, dijo *El Nacional* que le causaba estrañeza porqué el profesor Mexía se oponía á la experimentación.

Esto no es exacto bajo ningún concepto y tan no lo es que día á día sacrificando tiempo, aplico *gratuitamente* las inyecciones, no haciendo erogar á los enfermos otro gasto que el del animal vivo, sobre el cual practico la castración para preparar el jugo.

Testigo el mismo señor Director del *Universal* á quien remití el día 9 una pequeña porción del jugo usado ese día, para que viese cuán homogéneo y puro se encontraba el líquido, merced al trabajo de haber empleado treinta y nueve minutos en machacar la glándula con la sangre requerida, en un mortero de porcelana.

El que niega redondamente un hecho, no se toma el trabajo de estudiarlo; esto es obvio.

Dije y no me cansaré de insistir en ello, *las exageraciones perjudican al público*, y en las inyecciones de Brown Sequard hay tal grado de exageración, que esto y no los argumentos en contra, será lo que deba provocar la risa del maestro francés.

Pretándese curar lesiones orgánicas, pretándese remediar *la miopía! la presbicia!*

El profesor Brown Sequard, usando una figura común, por todo el mundo aceptada, dijo :

" Me he quitado treinta años."

Deducción de la generalidad del público : la inyección disminuye la edad : al viejo lo vuelve joven.

Garantizo que hay personas que me han consultado seriamente si obtendrían vigor juvenil, tirantez de la piel y otros atributos que callo prudentemente, sujetándose al milagro del siglo. ¿No toca esto en el ridículo ? ¿ no provoca la hilaridad aún en personas extrañas á la ciencia, pero dotadas siquiera de un juicio regular?

(*Continuará.*)

TOMO II ENTREGA 22 15 DE NOVIEMBRE DE 1889.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

OTRA VEZ LA CUESTIÓN DE LAS INYECCIONES.

Argumentos.—Una carta interesante.—Razonamientos.—Experimentación.

(CONCLUYE.)

Y yo pregunto, ¿quiénes han llevado hasta ese grado la exageración? los que han difundido en el público, tan propenso á creer maravillas médicas que frecuentemente paga con su dinero y á veces con su salud, la relación de hechos y curaciones portentosas que el criterio médico rechaza.

Alguien extraña que se exijan pruebas al aserto del célebre fisiologista francés. ¿Pues qué, bastó que Broca, tan célebre como Brown Sequard, dijese: "La facultad de la palabra reside en la 3ª circunvolución frontal izquierda" para que todo el mundo médico lo creyera? Así que lo demostró con hechos clínicos, así que lo comprobaron otros sabios y en otras naciones, entonces se creyó por todo el mundo, y aún no escaseaban argumentos en contra.

¿Cómo ha probado el mismo ilustre Brown Sequard sus descubrimientos en las funciones del bulbo y médula? Mediante rigurosa experimentación, que falta, dígase lo que se quiera, en el descubrimiento actual.

Podrá ser cierto; pero aun no está probado.

La mayoría de publicaciones médicas francesas, aun no dan cuenta del descubrimiento, y las que se ocupan de él, lo refieren sin el menor comentario que lo apoye.

Pigmeos, noveles, y todo lo que se quiera, llevamos veintiocho años de hacer estudios de medicina; de ellos: diez y siete hemos ejercido la profesión con ahinco ¿no podemos así apreciar cómo se comprueba una verdad? ¿no hemos aprendido en los mismos escritos del ilustre Brown Sequard, que la experimentación repetida por distintos observadores, alcanzando idéntico resultado, es la confirmación plena del hecho?

Seguramente el presidente de la Sociedad de Biología que al decir de su compatriota en México, ya no podía asistir á las sesiones por su debilidad, celoso del buen efecto que creía notar en su persona, se apresuró á comunicar el hecho á sus compañeros; pero tal carece de las pruebas con que se acostumbra emitir las nuevas ideas en medicina que hasta hace dos meses no ha dado cuenta de ella, en la importante publicación de fisiología que él mismo dirige.

Ni hoy, ni nunca he pretendido negar que Brown Sequard es un sabio. Creo también que mi negativa le tendría sin cuidado por más que aquí tan gratuita suposición inquiete á alguien. Pero sí repito que *ni los sabios tienen derecho de hacerse creer por su simple palabra.* Y esta es la razón porque la mayoría de médicos franceses, *menos papistas que el Papa,* aun no aceptan como un hecho conquistado para la ciencia, la versión de su ilustre compatriota; pero, si qué digo, él mismo no avanza lo que sus defensores. Más cauto, más prudente, excita á la experimentación y se limita á señalar el beneficio en su propia persona.

Si mañana ó pasado, como es probable, el distinguido fisiologista francés vuelve al seno de la Sociedad de Biología y lleva como pruebas de su aserto el mismo riguroso material que ha acumulado en todos sus otros descubrimientos, ¿qué pensarán los que creen que basta la sola palabra del sabio? ¿los que sueñan en el *Magister dixit?*

El tiempo nos desengañará, y entretanto, el público prudente debe reservarse un poco para declarar *sánalo todo* á lo que ni su mismo autor pretendió jamás darle tales alcances.

¿Es imposible que un sabio se equivoque? pues digo lo que un redactor del *Universal:* "sabios eran los que negaron la existencia del Continente en que vivimos, y sabios fueron los que encadenaron á Galileo, que desencadenaba al mundo."

Y en medicina ¿no son los sabios los que han localizado las funciones cerebrales, tan erróneamente que apenas hoy empieza á deslindarse ese terreno?

Juzgando con el criterio médico, hay

cierta vaguedad, hay cierta contradicción con lo aceptado universalmente en la exposición del fisiologista francés. Dice: *no se trata en el efecto de las inyecciones de modificación anatómica, solamente dinámica,*" obra, según esto, como un excitante. Pero agrega, que se prolonga la acción benéfica de ese jugo por 10 días al menos! ¿Qué sustancia hay medicinal ó alimenticia que metida bajo la piel tarde para eliminarse 240 horas? ¿No el mismo Brown Sequard nos ha enseñado que el organismo modifica, transforma y elimina todo lo que absorbe, instante tras de instante, segundo tras de segundo? ¿Cómo este líquido que entra bajo la piel y, que según la exposición del autor *no modifica anatómicamente*, es decir, de un modo material, orgánico, los elementos celulares, cómo, repito, puede prolongar su acción tan largamente?

Aunque lo diga el maestro, nos deja á todos los pigmeos el derecho de señalar la contradicción.

Y sin embargo, no aspirando ya á usar del medio cada diez días, siquiera con la esperanza de que bastara repetir la inyección cada dos ó tres días, la he estado aplicando, acompañado siempre de algunos otros médicos.

Mi *poco* éxito, consignado ya, es explicado gratuitamente en algunos diarios, *porque quizá no hemos preparado bien el jugo.*

Paso á referir nuestro manual operatorio, suplicando á esos mismos diarios, nos indiquen en qué faltamos á las reglas prescritas.

Tomamos un conejo vivo, tierno y en buena apariencia de salud. Lavamos con agua y jabon el vientre, en su porción inferior, después fijamos fuertemente el cordón testicular (derecho ó izquierdo) entre los dedos. Aun favorecemos el aflujo de la sangre venosa al testículo. Después pasamos dos ligaduras debajo del cordón, las apretamos, haciendo la división en el medio, con un bisturi. Concluída esta maniobra, alzamos y separamos la glándula con todo y su envoltura de piel. Ya separada, fácilmente se le quitan las túnicas. Queda la glándula perfectamente á descubierto y muy cargada de sangre de las venas espermáticas. La pasamos á un mortero, y agregando gradualmente hasta *cuatro gramos* de agua destilada y previamente hervida, machacamos durante *media hora ó más.* Se resiste mucho á hacer papilla uniforme. Logrado esto, lo filtramos á través de un lienzo de lino, perfectamente lavado, luego metido en agua hirviendo. Frío, pero húmedo ligeramente el lienzo, colamos ó filtramos el jugo; pasa de un color fuertemente rosado; otras veces poco menos: inmediatamente que escurre, lo aspiramos con una jeringa adecuada á este uso exclusivamente, é inyectamos bajo la piel del hombro ó vientre, hasta un gramo. Debo advertir, que de una sola glándula de un conejo, se obtienen, cuando más, tres gramos de jugo, aun cuando hemos puesto cuatro de agua. Al principiar nuestras experiencias, usábamos papel de filtro; pero nos cercioramos de que era imposible la filtración del líquido. Le hemos sustituído en esas condiciones que salta á la vista no perjudica al experimento.

Mis compañeros de experimentación han sido los Dres. D. Francisco Altamira y D. Joaquín Vallejo.

Ya con alguna práctica, perdemos menos tiempo; pero la sola cuestión de preparar el jugo, exige, cuando menos, cuarenta minutos.

GARANTIZO que no hemos obtenido hasta ahora *el menor accidente* ni inflamación en los piquetes, menos en un caso que explicaré después. Duelen poco y el ligero ardor que deja la inyección, suele persistir aún dos días.

Antes de pasar á exponer algunas observaciones, debo tocar el último punto por el cual fuí agriamente censurado. Quise inyectar en uno de mis enfermos "celdillas " embrionarias frescas, recientes, con el ju- " go que las hace desarrollar bajo la in- " fluencia del calor; en condiciones irrepro- " chables, porque las pasaba al cuerpo hu- " mano sin contacto con el aire, aspirándo- " las con la jeringa y recibidas en el cuerpo " de ésta en una débil solución alcalina." Por este experimento, que era corolario de lo que se ha hecho en Francia, en Inglaterra, en Alemania y Estados-Unidos, inyectando bajo la piel y aún bajo el peritoneo, leche, sangre, agua de sal, etc.; por este experimento, digo, fuí agriamente censurado. Me faltó, de seguro, para librarme de la crítica, un requisito indispensable: tener otro nombre, ó por lo menos, nacionalidad europea.

El Dr. Brown Sequard, inyectó un jugo complexo, pero de donde proviene la celdilla primitiva de un nuevo ser. Ocúrreseme tomar líquido semejante en condiciones muy adecuadas y se me juzga desfavorablemente. ¿Pues qué, en la yema de un huevo fresco, no hay elementos análogos á los del jugo testicular? ¿no existen en la yema las celdillas que formarán al embrión? ¿qué tiene esto de reprochable? ¿qué de raro si surtiera la inyección del jugo

testicular, que surtiera también la del *jugo embrionario*, digamos, de una ave? Por la vía estomacal, ¿no es aún más nutritiva la yema de un huevo, que una porción de *criadilla* equivalente en peso?

Pero no hemos insistido en semejante atentado. Y las pocas observaciones que escogemos para referir, han sido con el líquido propuesto por Brown Sequard y en las condiciones ya expresadas.

Primera observación. Librada Ramos: 68 años de edad. Mala constitución. Sufre debilidad extraordinaria, general; la atribuye al exceso de trabajo. Sus arterias principian á degenerarse. El primer día que se le sujeta á la inyección, lleva dos días de no poderse levantar de la cama. Aun hace en ella sus necesidades, á veces sin aviso. Durante mucho tiempo he usado con mi enferma la estricnina á dosis alta, ya bajo la piel, ya por el estómago, sin éxito marcado. No hay apetito, muy poca sed. Orinas escasas y sedimentosas. No tiene enfermedad marcada. Mi diagnóstico es: *debilidad senil anticipada ó prematura.*

Esta enferma me parece el tipo para la experimentación, y declaro con verdad que le he observado algunos síntomas favorables, aunque para decidir á ella y á su familia á la inyección, les hice presente que quien las propuso, es una notabilidad médica y que en México se cuentan maravillas del efecto que producen.

Bajo esta impresión, introduje en el vientre, bajo la piel, un gramo del jugo acabado de preparar al lado de la enferma. Me acompañó ayudándome eficazmente el Dr. Altamira.

Antes de la inyección observamos pulso pequeño, muy débil á 100 por minuto. Temperatura: 36° 3½. Respiración normal. La inyección fué aplicada á las doce del día. Se suspende toda medicina, ordenándose alimentación á gusto de la enferma.

Al día siguiente, á las ocho de la mañana, veinte horas después de la inyección. —Buenas noticias; durante la noche ha podido lo enferma enderezarse sola, en la cama, para buscar el vaso. Ella se siente mejor. Su pulso menos débil, á 84. Las orinas igualmente sedimentosas, aunque hay algo de aumento en la cantidad. La temperatura disminuída un décimo.

Tercer día.—La observamos otra vez en compañía, el Dr. Altamira y el suscrito.— Resultado: satisfactorio en parte. La enferma está sentada en su cama. Dice notar más agilidad y fuerza. Las orinas continúan en igual cantidad, peró con menos sedimento y ligeramente encendidas de color. Se ha alimentado regular. Insistimos en averiguar si baja el efecto. La enferma cree que continúa igual. El pulso á 100. La temperatura á 36° 3. Agregamos ocho gotas del jugo en inyección, bajo la piel del vientre. Han transcurrido 48 horas de la primera inyección. De todos los que hemos observado, es la primera en quien hallamos algo halagador. *Por esto le damos la preferencia.*

Segunda observación. Petra Castañeda, 46 años de edad. Ha sufrido accidentes paludeanos. En la actualidad, anemia profunda, debilidad general, abultamiento del hígado, y sensibilidad en esa región. Bazo igualmente crecido. Falta de apetito; tristeza profunda.

Antes de la inyección. Pulso débil á 72 por minuto. Temperatura á 37.1 gr. Se le aplica la inyección á las dos y media de la tarde en el hombre derecho. Una hora después no siente modificación. Su pulso á 78. La temperatura: 37.5 gr. Su respiración igual.

Al día siguiente, ninguna modificación. Al cuarto día, repítese la inyección. Al introducir el líquido me pareció notar que la aguja alcanzaba por debajo la piel. Habrían pasado cuatro gotas. Retiré un poco la aguja y continué inyectando. Observada escrupulosamente, no hallamos mejoría marcada en su estado. El piquete se hinchó y produjo una pequeña escara en la piel, ostensible desde el segundo día. No culpo á la inyección. La causa, evidentemente fué haber quedado parte del líquido entre las mallas de la piel. Este percance ligero es muy fácil de evitar.

Tercera observación. M. L., enfermo del Dr. Maycot, que no puede continuar concurriendo á aquel consultorio por estar inflamado de los piquetes. Acompañado del Dr. Vallejo, le inyectamos un gramo del jugo, estudiando cuidadosamente su pulso, temperatura, respiración, etc., etc. Vuelve el Dr. Vallejo algunas horas más tarde y me comunica hallarse igual el enfermo; pero insiste el interesado en que se siente mejor, habla con más claridad y cree tener, bajo todos conceptos, mayor vigor.

Cuarta observación. La Sra. G. S. M., 64 años de edad. Enfisema del pulmón. Dilatación del corazón derecho. Debilidad extraordinaria. Principio marcado de la asfixia y evidentes indicios de afasia, equivocando el nombre de algunos objetos, olvidando por completo el de otros. A la una del día le aplico un gramo de inyección en compañía del Dr. Altamira. A las tres de la tarde soy violentamente solicitado, porque la señora sufre un fuerte calosfrío.

Paso á verla, y después de reconocida, no hallando causa apreciable para explicarme esos fenómenos y los 38.8 gr. que tiene de temperatura, le pongo una bebida con 4 gramos de acetato de amoniaco y 2 de antipirina. Al día siguiente: no se ha levantado de la cama, no hay reacción. Los amagos de asfixia han desaparecido; la afasia notablemente mejorada.

Insisto otra vez en la estricnina. La enferma rehusa la inyección. No quiere atribuir la mejoría á ese medio. Se halla más inclinada á creer que la inyección le provocó la calentura, lo cual tampoco es exacto, porque no hay inflamación ni dolor marcado en el punto de la inyección.

La mejoría en los otros fenómenos ¿se deberá al nuevo medio? Debo decir con toda lealtad, que en el largo tiempo que llevo de asistirla, he observado iguales alternativas con otros medios empleados, menos en la afasia que hasta ahora, por primera vez, se ha presentado.

De esta especie son otras varias observaciones que puedo agregar. Más los datos que algunos facultativos del Cuerpo Médico Militar y del Consejo Superior de Salubridad me han dado.

CONSTE que aún no me creo autorizado para fallar en este asunto. Contra los milagros de la inyección, fallo como todo médico despreocupado, con el sólo criterio. Continúo observando si hay en efecto mayor vigor, mayor energía dinámica; en suma, los efectos de un nuevo excitante, más conocido hasta ahora.

No distraeré más por hoy la atención del público, cuidando sí de inquirir la verdad con la experimentación, y llevando á la Academia de Medicina *observaciones detalladas*, no expuestas á la ligera como las de este desaliñado escrito, sino con toda la precisión y rigor que deben tener; cualidades requeridas en toda observación médica; pero las que, según ciertas opiniones, son innecesarias en las relaciones de los sabios.

DEMETRIO MEXÍA.

LAS INYECCIONES BROWN SEQUARD.

Carta refutación á la publicada en "El Universal" por el Dr. Demetrio Mexía.

II

Con objeto de no hacer muy larga la discusión, voy á extractar el artículo del Dr. Mexía contra las inyecciones Brown Sequard.

Dice mi colega:

"Las inyecciones *dinamogénicas* no tendrán novedad sin ser amparadas por el nombre de un hombre célebre en la ciencia.

"La humanidad, convencida de su impotencia, ha pretendido y pretende desde temprano prolongar la vida, devolver al organismo su vigor perdido por los años, por el vicio ó por el trabajo. (¿Y por enfermedad no?)

"De aquí multitud de consejas, medicinas, etc., etc.

"Tal cúmulo de medios preconizados por todo el mundo, han despertado en el joven indiferencia, en el hombre de ciencia desprecio, en los viejos el más vivo interés: el primero ve lejana su muerte, el segundo conoce lo ineludible de la ley de la decadencia del organismo, sabe que es eterna como el ser de quien proviene: Dios, y ve con desprecio la loca tendencia de contrariar las leyes naturales. Mas no es lo mismo para el decrépito, máxime si la torpe sensualidad extinguida en la materia vive aún en el espíritu; entonces ya no desea la vida, sino un poco de vigor, aunque sea para poder saciar sus pasiones. *(¿Qué clase de viejos habrá tratado el Sr. Dr. Mexía?)*

"Las inyecciones Brown Sequard han sido el *eureka* de la decrepitud: la voz del sabio fisiologista ha sonado en todo el mundo, diciendo á cada anciano: "*Alzate, si no puedes prolongar tu vida, mi procedimiento te devolverá la fuerza, el ardor, la virilidad.*

"Si cuando un charlatán anuncia una medicina ó un nuevo procedimiento, sucede que es defendido calurosamente por periódicos importantes que se precian de buen criterio, *¿qué sucederá cuando un sabio fisiologista*, que ha gozado de reputación europea, anuncia ante un cuerpo respetable de sabios el descubrimiento notable, ya ensayado en sí, de un jugo que devuelve temporalmente el vigor perdido por la senilidad natural ó provocada? (*No sólo en estos casos dan feliz éxito las inyecciones Brown Sequard.*)

"Para mayor ilusión, el fisiologista francés señala como ese divino jugo reparador, la masa testicular y sangre venenosa de ésta. (Brown Sequard no tuvo al hacer sus experimentos, más que la idea de vigorizar el organismo, y no la que el Sr. Mexía señala.)

"Machacando todo con dos ó cinco gramos de agua destilada, filtrando...... ¡adelante......! y ya está la nueva é inesperada savia de la vida.

"Basta así la pequeña glándula de un

conejillo, de un cerdo ó de un borrego, para levantar un organismo gastado. La jeringa de Pravaz y el mixto, alzarán ya sin más fórmula el cadáver de Lázaro." (El texto santo dice, no que Cristo alzó el cadáver de Lázaro; sino que lo resucitó. Las inyecciones que el Dr. Mexía impugna, ni alzan ni levantan ni resucitan muertos.)

Continúa: "No cree en tanto el fisiologista; pero sus secuaces y adeptos al método, en México al menos, llevan hasta lo imposible, hasta el milagro, los resultados. (¡Sólo vd. lo ha dicho!)

"Pero volvamos á la cuestión científica. (¡Bueno! ¡ya era tiempo!)

"Esta experimentación ha sido inventada é instituída por un hombre de ciencia. Mas ni la ciencia misma le ha escudado del error, *máxime cuando quien hace la invención declina ya en su existencia.*" (Por ser viejo no ha tenido la culpa de que el Dr. Mexía no le haya entendido.)

Aquí refiere el Sr. Mexía equivocaciones que han sufrido los sabios Cruvelhier y Civiale, diciendo después que eran sabios de la misma talla que Brown Sequard; pero susceptibles de alucinarse y caer en el error. (¡Sabia lógica: "Muchos sabios han errado; el Dr. Brown Sequard es sabio: luego debe errar." Por esta razón no puede errar el Dr. Mexía. ¡Es infalible! Yo no lo creo así, sino que también él puede equivocarse.)

"Han surgido estas ideas en mi mente como en la de una inmensa mayoría de médicos desde que apareció en México por medio de la prensa médica extranjera el método de Brown Sequard; pero gran parte de la prensa política de la capital, tomando el asunto más que á lo serio, lanzó su anatema sobre los médicos que le juzgaban favorablemente desdeñando ensayarlo, sin considerar que el criterio de la ciencia da facultad para juzgar de algunos hechos graduando con tino la posibilidad de ellos ó señalando la exageración y defectos que les acompañan en su anuncio sin necesidad de comprobarlos experimentalmente." (¡Qué bien! Un sabio deduce de sus experimentos alguna conclusión: luego la *ciencia* tiene, y con ella *los sabios*, la facultad de negar *á priori* los resultados de esa experimentación. ¿La metafísica enseña á juzgar así, Sr. Dr. Mexía?)

Después dice: "Nosotros opinamos absolutamente con lo anunciado en el juicioso y bien redactado (¿Quién califica, señor?) *Siglo Médico* cuya opinión la expreso así: "Si hemos de anunciar con franqueza nuestra opinión, *comenzaremos por hacer votos muy opuestos á los formulados en las últimas palabras del Dr. Brown Sequard.*"

"Pues hubiéramos deseado que la prensa hubiera concedido *la menor publicidad posible* á estos experimentos, por lo menos, hasta que se hubieran presentado con alguna comprobación más seria y rigurosa de la que hasta hoy tienen, y en la que, á decir verdad, *no hay de importante y respetable más que el nombre* en todos conceptos ilustre de la persona iniciadora de toles estudios, del continuador de Claudio Bernard en el colegio de Francia (Símiles cum simílibus junguntur.) Para lanzar al público, siquiera sea al público médico, *maravillas tan estupendas* como la de que hemos dado cuenta, *debiera proceder con mayor* cautela, sobre todo á los menos perspicaces puede ocurrírseles que las investigaciones emprendidas se prestan á consecuencias peligrosas."

Sigue el Sr. Dr. Mexía regañando á la prensa de la capital por su ligereza para juzgar acerca de las maravillas que anuncian los charlatanes y á propósito de esto y del ilustre Brown Sequard, recuerda con encono los elogios que periódicos político-religiosos hicieron del *famoso helmintólogo* Manuel Iglesias, etc. Algo semejante pasa ahora. (Más adelante tendré el gusto de copiar íntegro el parrafito.)

Sin embargo, como se verá, hace después en medio de su santa cólera una felicitación al *Universal* por su prudencia en este caso y algunos otros, en cuestiones de medicina. (¡Quizá porque en ese diario publica él su trabajo!)

Y sigue diciendo:

"Brown Sequard, amparado por su *antiguo* y justo crédito, se presenta ante una sociedad médica; lanza su colosal descubrimiento y aduce como *cínicas* pruebas, *que* se siente rejuvenecido, que *se ha quitado veinte años, que ya puede trabajar parado tres horas seguidas después de comer, y otra* serie de razonamientos semejantes. No, no es esta la medicina racional. El autor de un descubrimiento de esta naraleza debería aducir la prueba del excitante excepcional, en el examen de la tensión de la sangre, en el aumento de productos de desasimilación en la orina; en el análisis de la sangre, en suma, en el estudio científico del organismo y *no en pruebas de las que diariamente* alcanzamos *todos los médicos con* el sinnúmero de *hipocondriacos que tratamos.*

"La fuerza del dinamómetro, todos los médicos sabemos que es muy variable en el mismo individuo según el momento, la creencia firme de salud y fuerza. Aun sin

preocupación no llega nunca la aguja del dinamómetro á la misma cifra."

Luego habla del descubrimiento é historia de la coca de un modo sucinto y de la falsa interpretación que se hacía, antes, de sus propiedades.

Y prosigue así: "Los que pretendan *inyectarse juventud* seguirán viejos achacosos y debilitados, mal que pese á su justísimo deseo de quitarse los veinte años de Brown Sequard."

"Pero suenan en mis oídos ciertas palabras de censura. Parece que escucho: ese médico, que por cierto no es viejo, ni tampoco joven, que más bien se acerca á lo primero, *habla en bárbaro*, perdónese la expresión: no ha estudiado el asunto. Mas no es así, el que estas líneas escribe inyectó ya, no sólo el *líquido rejuvenecedor*, sino líquidos que podían considerarse gérmenes de embrión, *como la yema* de un huevo fresco de gallina. (La yema contiene el germen; pero no es toda germen, ¿verdad?) "Pero...... nada! Hemos sido poco afortunados, (luego...... algo!) ni en el peso..... (¿Cuánto quería el Sr. Mexía que aumentara el sujeto de su experimentación después de haber absorbido su tejido celular el líquido que le inyectó? Yo creo que si acaso absorbiera el tejido celular yema de huevo, algún tiempo tardaría en esta absorción. ¿Y qué, los materiales que exhalan la traspiración pulmonar y cutánea nada pesan? Sin duda habría habido que tener en cuenta el peso del aire aspirado, más el peso de la sustancia inyectada (para hacer más fácil la cuestión no tenemos en cuenta lo que el sujeto haya ingerido, ó secretado) y de allí restar las pérdidas por el pulmón, etc., para saber lo que había ganado de peso. Nada de esto nos cuenta el Dr. Mexía.)

Y prosigue: ni en las orinas, al aspecto por lo menos...... (¿Qué modificaciones quería vd. conocer á la simple vista? ¿Llega á tanto nuestro conocimiento sobre orinas que baste verlas, v. g., para saber qué cantidad de fuerza ha desarrollado un miligramo de estricnina para comunicarla á nuestro organismo? ¿Porqué no experimenta vd. muchas veces más? Y si vd. quiere ¿porqué no analiza las orinas de sus sujetos en experiencia? Vd. inculpa al Sr. Brown Sequard de no haber analizado las orinas en sus casos, y vd. tampoco las analiza. ¡Sea por Dios, señor!

Y continúa "ni el pulso." (Si vd. lo estudió antes, sacando trazos, etc., al menos no lo dice. Si vd. lo contó después, no tenía punto de comparación.)

"En cambio aconteció, por desgracia, (no por desgracia sino por la yemita de huevo, Brown Sequard no le dijo á vd. que hiciera uso de ella) que en uno de nuestros enfermos se produjo una inflamación en uno de los piquetes"......

(¿Cuáles son las regiones anatómicas del cuerpo humano que se llaman *de los piquetes?*) con aparición de pequeña escara en su centro."

"Mas no he querido fiarme de mi sola práctica. He recurrido á informes con los distinguidos profesores que ensayan el método de Brown Sequard, en el Consejo de Salubridad y en el Hospital militar de Instrucción, (¿qué le querrían decir el resultado de sus experiencias cuando ellos muy bien podían publicar sus observaciones?) sabiendo por ellos que los resultados son análogos á los míos. (¿También esos profesores habrán empleado huevos de gallina?)

Hay alguna otra cosa estupenda por lo inmoral, que ha propuesto Brown Sequard y que no me atrevería á referir en público. (¿Habrá ya experimentado de ese modo el Sr. Dr. Mexía?)

"Eso da mala idea de todo lo anterior que señalaba el fisiologista. Así la medicina se desvía de su objeto, se desvirtúa; fuerza es por lo mismo concluir, haciendo sinceros votos porque cese la actual locura, y porque lo prensa de México dé una prueba más de su buen juicio y buena fe, (ya en esta vez el Dr. Mexía tiene buena opinión de la prensa mexicana) suprimiendo encomios prematuros, injustificables y nocivos (¿por fin la prensa tiene buen juicio ó no?) siquiera sea mientras la opinión médica, única autoridad en él asunto, da su fallo. (Si un individuo se siente bien con la inyección, no debe dar su opinión hasta que el médico, después de un detallado estudio, le autorice para decir que se ha sentido bien).

Hasta aquí el Dr. Mexía. En mi próximo artículo estableceré comparaciones entre lo asentado por Brown Sequard y afirmado por el Dr. Mexía.

CARTA DEL DR. FÉNÉLON.

Sr. Dr. Fernando Malanco.

Director propietario de *La Medicina Científica.*

Presente.

S. C., Octubre 17 de 1889.

Estimado compañero, amigo y colaborador:

Como no fué posible continuar la discu-

sión iniciada con nuestro susceptible colega el Dr. Mexía, en público, vengo á rogarle explique en su periódico las razones del silencio que he guardado después del último desahogo publicado en el *Universal* del día 15 de este mes. Era un escándalo ver á dos académicos cambiar frases destempladas en lugar de argumentos.

Con leer mi artículo incriminado del día 8, impreso también en el *Universal*, se verá si no más contenía lo que dice el apreciable Dr. Mexía.

Todos sabemos que podemos actualmente discutir las verdades científicas, sin temor de la inquisición, vengan de donde vinieren, bajo nuestra responsabilidad científica, la cual es mejor no comprometer delante de un público que ignora las delicadezas del estudio.

Con tal motivo acepté la proposición del Dr. Mexía, no de concurrir á discutir delante de una Academia mal prevenida en contra del respetable profesor de París, porque tiene 72 años y la mayoría de nuestros académicos, creen que es edad en la cual la chochez es probable, pero sí de discutir en un hoja científica.

Mi excelente amigo, al publicar mi contestación, que no fué hecha para la publicidad, cuida de poner subrayadas estas palabras que (*por razones que me reservaba*) no correspondería á su invitación. Cuando en presencia de una hoja de papel se deja uno ir á desahogos tan poco fundados, hay que temer que en frente de la persona contra quien se expresan, sean dodavía más inconvenientes las expresiones usadas, y sabemos que para el Dr. Demetrio Mexía la edad avanzada de los comprofesores no es motivo para respetarlos y sí para dudar del valor de sus aserciones.

La calificación de *pigmeo* que tanto lo impresionó, le venía tan indirectamente como la de Catedral antigua de 8 siglos le podía venir al profesor Brown Sequard; si no hubiera habido mala disposición en su ánimo en contra de quien usaba tan exagerada metáfora, hubiera reído y no más, pero se alegró con tener ocasión de quejarse repetidas veces por haber recibido la calificación de *pigmeo y novel maestro*, no nos dice su talla porque la conocemos, pero nos recuerda que hace diez y siete años que ejerce la profesión médica, y veintiocho que empezó á estudiarla, declarándose por lo mismo capaz de juzgar y condenar al profesor Brown Sequard que pudiera ser su abuelo, científico sobre todo.

Esperábamos después de esta declaración de autoridad, fundada sobre tan largos años de estudios y práctica, que los experimentos, mediante los cuales iba á condenar al Presidente de la Sociedad de Biología, serían irreprochables. He aquí cómo nos refiere que la materia testicular que inyecta la somete á una trituración *durante 40 minutos*, para lograr *homogeneidad* en su mezcla con la agua destilada que agrega para preparar la inyección.

¿Logrará tal homogeneidad con *40 minutos de trituración?* no lo creemos. Si examina el líquido que va á inyectar, verá que todavía se distinguen con el microscopio diversas celdillas de los diversos tejidos que entran en la constitución del testículo y de la sangre que los baña; esa homogeneidad no es más que aparente á la simple vista, tan insuficiente cuando se trata de afirmar que un líquido es homogéneo.

Pero si no se consigue la homogeneidad buscada, no sabemos porqué, lo que sí se debe obtener es la muerte de las celdillas constituyentes de la inyección, porque sabemos: primero, que la agua fría mata ó disminuye la vitalidad de los espermatozoides y esa vitalidad disminuída por la acción de la agua fría debe de quedar abolida por la muy larga trituración en medio de esta agua; segundo, que la forma de las celdillas no es indiferente para su actividad vital.

Nos dirán que el profesor Brown Sequard se ha cerciorado de que la inyección de líquido espermático no es eficaz, y aún no se atrevió á decir cuál de los elementos contenidos en la inyección es el autor de los efectos señalados; por lo mismo se reserva estudiarlos más. Entretanto, siguiendo analogías, es permitido creer que en la materia testicular se encuentran las celdillas destinadas á volverse espermatozoides, embriones de espermatozoides, con el mismo título que las celdillas blancas son embriones del glóbulo rojo de la sangre.

Permitido es creer que, al estado embrionario, son tan susceptibles y frágiles estas celdillas, como lo son una vez llegadas á su completo desarrollo.

Estas experiencias en los animales tienen demasiada analogía con el ingerto en los vegetales; ¿qué diría un jardinero si viera á un aprendiz en su oficio inyectar botones molidos y triturados, aunque no fuera más que un segundo, no digo cuarenta minutos?

Seanos permitido admitir, aunque sea un pecado de lesa juventud, que las experiencias del Dr. Mexía no tienen analogía completa con las del profesor Brown Sequard, y en consecuencia no sirven para juzgarlas.

El profesor Claudio Bernard nos refería cuántas veces había repetido sus experiencias para fundar su descubrimiento de las funciones glycogénicas del hígado, sin volver á lograr los efectos que por casualidad había conseguido la primera vez, y era el mismo observador, armado con los mismos elementos para el estudio, guiado por las mismas ideas teóricas y poniendo en práctica la misma habilidad adquirida en más de veintiocho años de estudios.

Léase en el número 12 de la *Revista Médica de México*, correspondiente al 15 de Agosto del presente año, en la primera página: (el ilustre fisiólogo, que en varias ocasiones había tratado de inyectar en los animales, partes del cuerpo de otro animal que contenían sus testículos, y que habiéndolo logrado una vez en un perro, había visto que éste, viejo y debilitado, se había rehecho, adquiriendo nuevo vigor genital.)

Aquí no cabe duda que habían faltado la trituración y la agua fría, no dice el profesor que había *inyectado, sino ingertado:* lo que implica la introducción de las partes enteras y no molidas, hasta desorganizarlas.

Después, partiendo de esta experiencia, lograda *una vez* (se entiende que no se logra siempre, menos cuando la experiencia sea mal hecha, debido á *excesiva trituración*), desarrolla sus razones para llegar á experimentar sobre sí mismo con el éxito que sabemos.

El Dr. Viardot refiere á su vez que, preocupado por el dolor que causaban las inyecciones, hechas con el líquido preparado con poca agua, ha aumentado la cantidad de ésta y no ha tenido que sentirlo, porque disminuyó el dolor y aumentó la eficacia de la inyección.

El profesor Mexía y sus correligionarios reprocharon al Presidente de la Sociedad de Biología haber dado á conocer prematuramente el resultado de sus experiencias, hasta llegar á acusarlo de chochez; pero vemos que algunos sujetos han aprovechado la buena nueva, puesto que los Dres. Variot y Hammond, entre los que han dado á conocer sus experiencias, y aquí el Dr. Maycot, han prestado buenos servicios con el nuevo descubrimiento.

Aún este imperdonable colaborador de la *Medicina Científica*, cree haber logrado buenos efectos, sin haber triturado tanto la materia inyectable y el profesor Mexía, con todo y haber abusado de la trituración, ha logrado en tres de las experiencias que refiere en el *Universal*, efectos que no son despreciables; que triture menos los testículos de los conejos y los artículos de sus contradictores y le irá mejor.

En su carta, que nos vemos precisados á publicar,[1] puesto que publicó la nuestra, notará vd. que me recomienda mayor seriedad. Tenía intención de observarla, pero siempre el espectáculo de la lucha entre el Dr. Mexía y el profesor Brown Sequard, nos recuerda episodios á veces poco serios. Me los reservo.

Sin embargo, no se cansa en su último desahogo de acusar á éste su contrincante de ser más papista que el Papa, de preferir á Brown Sequard, por ser paisano suyo, esto, cuando sabe que Brown Sequard nació en los Estados-Unidos del Norte, y éste su humilde defensor, nació en Oaxaca: y por fin, *in cauda venenum:* en el último piquete, sin nada de trituración, lo acusa de declarar ¡innecesarias la precisión y los detalles en las observaciones científicas!

Soy de vd. querido compañero y colaborador, atento servidor y amigo.

FÉNÉLON.

Sin duda la escuela á la cual pertenece el profesor Mexía, no admite el dynamismo: es organicista como lo era la Escuela de París hace treinta años, y por lo mismo, dice en *El Universal* del 15, al fin de la segunda columna: "Juzgando con el criterio médico, hay cierta vaguedad, hay cierta contradicción con lo aceptado universalmente en la exposición del fisiologista francés. Dice: "*no se trata en el efecto de las inyecciones de modificación anatómica, solamente dinámica*" obra, según esto como un ¡excitante. Subrayó las palabras que lo sorprenden, en la boca del

1 Casa de vd., Octubre 9 de 1889. — Sr. D. Juan Fénélon. — Presente.

Querido amigo y compañero:

Leí su escrito del "Universal."

Me temo que hacemos mal papel ante el público, divirtiéndole con nuestras discusiones.

Yo pretendí librarle * de caer en una exageracion ridícula, sostenida por el "Nacional" y otros diarios.

He continuado estudiando el procedimiento. Le invito á vd. cordialmente para que llevemos la cuestión á la Academia de Medicina y allí la estudiemos con la severidad, juicio y razón con que debemos ver todo lo que á nuestra profesión se relacione.

Seguro de que acepta vd. mi invitación, le anticipo que desde esta noche no volveré á faltar á ninguna sesión.

Sabe le quiere y le desea todo bien su afectísimo amigo Q. S. M. B.

DEMETRIO MEXÍA.

* Al público.

fisiologista parisiense, y sigue con más sorpresa hasta con puntos suspensivos. "Pero agrega que se prolonga la acción benéfica de ese jugo ¡por diez días al menos!" Aquí cree tener al alumno Brown Sequard derrotado en su examen delante la Facultad de Medicina de México, y lo tritura, diciéndole: "¿Qué sustancia hay, medicinal ó alimenticia, que, metida debajo de la piel, tarde para eliminarse 240 horas? Pero, amigo mío, bien querido. Si le ha dicho, el alumno Brown Sequard, que no es la sustancia la que obra como sustancia y es su virtud dinámica la que se hace patente con los efectos que se observan; el alumno Viardot lo comprobó diciendo: que, aun diluída con agua la mayor cantidad, la materia testicular, cuando no está demasiado dinamizada, según el método Homeopático de la trituración, surte bien, y sus efectos, no su sustancia, duran algunos daís.

Cuando un óvulo, destinado á perderse en medio de residuos excrementiciales, encuentra uno ó más espermatozoides en buenas condiciones, sustancia que no está clasificada ni entre los alimentos ni entre los medicamentos, ¿qué le pasa? adquiere unas propiedades tales de dinamización, que á veces las conserva hasta cien ó más años. ¿Ve vd., terrible profesor, que los alumnos Brown Sequard y Variot pueden no ser reprobados por haber dicho y hecho cosas fundadas en la ciencia? Pero dice vd: "¿No el mismo Brown Sequard nos ha enseñado que el organismo modifica, transforma y elimina todo lo que absorbe instante tras instante, segundo tras de segundo?" ¿Qué tiene esto de contrario á la doctrina de las inyecciones? el cuerpo recibe alimento ó medicamento, lo aprovecha, lo utiliza en lo que tiene de dinámico y se deshace de la sustancia inerte; es sorprendente que, después de 28 años de estudio, un profesor necesite tal explicación.

"¿Cómo este líquido que entra bajo la piel y que, según la expresión del autor, *no modifica anatómicamente*, es decir, de un modo material, orgánico, los elementos celulares, cómo, repito, puede prolongar su acción tan largamente?" Se lo acabamos de decir, severo profesor: trasmitiendo su impulsión, su dinamismo, pero le han enseñado que no hay más que elementos anatómicos y órganos constituídos por dichos elementos; estudie un poco más todavía y sabrá vd. que, aunque estos elementos tengan composición y forma perfecta, hasta lo más admirable de la perfección, si no reciben la impulsión vital, no sólo no se moverán, no vivirán, sino que se desorganizarán rápidamente como le sucede al óvulo más perfecto cuando no ha recibido la impulsión fecunda de los espermatozoides.

Si los pigmeos encuentran en esto contradicción, los hombres de talla común y corriente lo entienden perfectamente, y es lo que importa. Así se explica cómo la acción del jugo dinamogénico bien preparado puede durar no sólo diez días, hasta un mes y más probablemente. Convenimos en que estos estudios son nuevos, y muy lejos de haber dado todo el fruto que podrán dar; así se explica porqué y cómo el profesor Brown Sequard todavía no los publica con todo lo relativo en su periódico biológico.

Lo importante es que por haber servido á la humanidad, puesto en tela de juicio un problema que á todos nos interesa, porque los briosos jóvenes de hoy serán los que necesiten reanimar su dinamismo mañana, no reciba en pago el ilustre presidente de la Sociedad de Biología la calificación de reblandecido é inmoral.

FÉNÉLON.

LAS INYECCIONES BROWN SEQUARD.

Sigue llamando la atención ese asunto científico del que, casi toda la prensa se ocupa incesantemente.

Nuestros lectores recordarán que les hemos comunicado que el Dr. Demetrio Mexía publicó en *El Universal* una carta atacando la doctrina del sabio francés; pues bien, inmediatamente el Dr. Mucio Maycot invitó al adversario de Brown Sequard á su consultorio para convencerlo en el terreno de la práctica, de la utilidad de las inyecciones llamadas dinamogénicas, y he aquí lo que acerca de esto dice el *Nacional*:

"El Dr. Mexía acepta y promete ir á las once de la mañana al consultorio del referido Dr. Maycot, el viernes último, en unión de los facultativos Fénelon y Nicolás Ramírez Arellano.

La discusión prometía ser interesantísima y luminosa, y se esperaban de ella importantes resultados.

Llega el día y hora señalados.

Los Dres. Fénelon y Ramírez Arellano se presentan con puntualidad inglesa.

El consultorio estaba convertido en un Hospital por el número de enfermos que en él había.

Pero dieron las once y cuarto, las once

y media, y por último, las doce, y el esperado Dr. Demetrio Mexía no se presentó á sostener la verdad de sus opiniones.

Aquel triunfo del Dr. Maycot aún iba á ser completado por las observaciones del Dr. Fénélon, que fueron las siguientes:

José Magaña, atacado de debilidad en la médula espinal, ataxia y ceguera siete años hacía, se puso bajo la acción de las inyecciones hace un mes, recibiéndolas terciadas.

El repugnante baile de la ataxía ha cesado por completo; su pensamiento es expedito y conmueve el gusto de aquel hombre que ha vuelto á la luz después de siete años de tinieblas y perturbacionss.

Está ávido de que se le presenten objetos para reconocerlos, goza cuando se le hacen preguntas, y está rebosando infantil alegría.

Aquel hombre se puso en curación con uno de los facultativos más distinguidos de esta capital, después de un tiempo de apurar los medios de que la medicina dispone. El citado doctor remitió una tarjeta á la familia del enfermo declarando imposible su curación. Vimos la tarjeta.

Presentóse en el consultorio Maycot desesperado; recibió hasta la tercera inyección, y al presentarse la cuarta vez dice que sintió una especie de vértigo al distinguir en el fondo de la sala un cuadro.

—Yo no conocía, dice, á la persona que me inyectaba. Ví el cuadro, primer objeto que distinguía, y al presentarse el mismo Dr. Maycot, dije lleno de una emoción que no puedo expresar, pero que me iba á hacer caer: ¡Ese señor es el mismo que está ahí retratado!

El Dr. Maycot, participando de la impresión, no pudo inyectar desde luego.

El Dr. Fénélon reconoció los ojos de Magaña, el pulso, la fuerza y declaró ser exacto el diagnóstico, dando marcadas muestras de aprobación.

Juan López, embolia cerebral derecha declarado paralítico incurable: al recibir la tercera inyeccion dió siete pasos y empieza ya á mover el brazo.

Fué reconocido por Fénélon.

Reconoció el facultativo otros cinco casos semejantes en unión del Dr. Ramírez Arellano y se retiró satisfecho de sus observaciones, estimulando con galantes frases al Dr. Maycot para que siguiera con entusiasmo por el camino que había emprendido.

Así terminó la entrevista de los facultativos sobre las inyecciones del sabio Brown Sequard.

(El Municipio Libre).

Las Inyecciones Brown Sequard.

Carta refutación de la publicada en "El Universal" por el Dr. Demetrio Mexía.

III

Como se habrá visto, de lo dicho por el Dr. Mexía, nada puede tomarse como objeción científica. El artículo de este señor, más que científico es humorístico, y para parecerse á los que publica un semanario que yo conozco, sólo faltó ilustrarlo con caricaturas.

Dicho artículo puede ser dividido, aunque con algún trabajo — no tanto por la falta de ilación, sino por la ausencia de método en la exposición — en tres partes: 1ª Personalidades dirigidas al Dr. Brown Sequard. 2ª Divagaciones del Dr. Mexía. 3ª Falsas objeciones al método de inyecciones del ilustre profesor del Colegio de Francia.

Lo referente á la persona de éste contiene desde luego verdades inconducentes, como que ya es viejo, que declina en edad, etc., etc. Que es viejo, declina en edad. ¿Y qué? ¿no hay acaso en el mundo infinidad de viejos médicos ó literatos que, sin duda alguna, son más notables que el mismo Dr. Mexía, no obstante la dedicación de este caballero á la medicina y á la literatura? De consiguiente, lo que el Dr. Mexía afirma no es ni puede ser objeción.

Esas diatribas, faltas de respeto y aún calumnias de que se hace eco el Dr. Mexía, tales como que "Brown Sequard aduce como *cínicas pruebas que se siente rejuvenecer, que se ha quitado veinte años, que ya puede trabajar parado tres horas seguidas después de comer*" y otra serie de razonamientos semejantes, así como la grave imputación á la prensa mexicana de que ha obrado "*con esa ligereza* con que *acepta muy á menudo los conceptos del primer charlatán que anuncia pomposamente alguna maravilla médica*, autorizando y propagando la más *desvergonzada explotación*, como en el caso del *famoso helmintólogo* Manuel Iglesias, fácilmente se contestan con sólo remitir al impugnador de Brown Sequard á la memoria presentada por éste á la Sociedad de Biología de París.

¿No claramente expone este sabio que desde el año de 1869 tiene en estudio su teoría? ¿No especifica detalladamente los experimentos que viene practicando desde 1875 (en cochinos de la India y perros), la repetición de estos mismos experimentos en 1888 (con conejos) y el éxito excepcional con que fueron coronados todos y cada uno de estos experimentos?

"El éxito obtenido—dice Brown Sequard en su comunicación de Julio próximo pasado—sirvió para darme grandes esperanzas de que, por un procedimiento menos difícil podría algún día alcanzar mi propósito. *Esto es lo que ahora he hecho.* A fines del año pasado hice en dos conejos experimentos que fueron repetidos después en otros varios, *con resultados que no dejaban duda,* tanto respecto á la inocencia del procedimiento usado, como de los buenos efectos producidos en todos estos animales. Seguro de esto, resolví hacer experimentos en mí mismo, pues pensé que serían mucho más decisivos que sobre los animales. *Los hechos han venido á demostrar que tenía razón.*"

Al Dr. Mexía estaba reservado encontrar alguna semejanza entre el ilustre y venerable Brown Sequard y el otro individuo cuyo nombre, por respeto á este sabio, no quiero poner junto al suyo.

En efecto, ¿qué paridad puede haber entre el misterioso y estúpido secreto del charlatán y el principio científico que el sabio expone con la mayor claridad y de un modo tan leal á la censura de sabios inteligentes en las cuestiones de que ha tratado?

Para refutar la idea de que el Dr. Brown Sequard es, ahora que tiene 72 años, charlatán, idea que con tanta desenvoltura expresa el Sr. Mexía, hay tan sólo que recomendarle, ya no que experimente, sino que siquiera lea con atención el trabajo que impugna.

De su simple lectura lógicamente se deduce:

1º Que Brown Sequard no se valió sólo de su nombre y de sus antecedentes gloriosos como científico, sino que procedió con todo el método riguroso del inteligente experimentador; pues habiendo pensado al principio en una hipótesis, experimentó después, y luego, en vista de los resultados, dedujo una teoría, experimentó desde luego sobre perros, y después de algunas laboriosas investigaciones, obtuvo los resultados más felices, y ya fundado en esto experimentó sobre él mismo obteniendo éxitos brillantes. 2º Que estos éxitos no los expuso únicamente bajo su palabra de honor, sino que entreviendo la mordacidad de los incrédulos ambiciosos, ó las objeciones que pudieran haberle hecho si no hubiera procedido así, puso como testigos de sus afirmaciones, á los Dres. D'Arsonval y Hénocquen, y á "algunas otras personas." 3º Que creyendo que los resultados sobre su persona pudieran haber sido efecto de "*una especie de auto-sugestión sin hipnotismo, debida á la convicción que tenía antes de experimentar de que obtendría con seguridad una gran parte, por lo menos, de los resultados anteriores,*" buscó comprobantes en la experimentación hecha por otras personas, y sólo cuando el Dr. Variot obtuvo con experiencias semejantes, resultados idénticos, desalojando las circunstancias en que pareciera el resultado efecto de la sugestión, ya en individuos que no conocían los anteriores experimentos y á quienes se les dijo que iban á recibir *inyecciones fortificantes,* ó ya en otros á quienes se les decía lo mismo y se les inyectaba solamente agua sin resultados como los anteriores, fué cuando el Dr. Brown Sequard admitió que los hechos observados por él en sí mismo, no eran efecto de su idiosincrasia particular: es decir, que existían ya no las teorías, sino hechos; había experimentaciones, resultados y deducciones lógicas; había pruebas y testigos muy dignos de tomarse en consideración, y había por último toda clase de contrapruebas, tantas como eran necesarias para convencer no al vulgo, sino á la agrupación de sabios ante quienes se presentaban.

Dados estos antecedentes ¿es posible creer que en todo esto hubiera charlatanería? ¿Cuál es la alucinación que pudo sufrir Brown Sequard? ¿Porqué no debe ser adoptado su método en la ciencia médica?

El Dr. Brown Sequard experimentó en perros, en otros animales, y luego en sí mismo. ¿Qué razón hay para que vd., Sr. Dr. Mexía, diga que las pruebas de este sabio son *cínicas?* Si vd. al llamarlas *cínicas* quiere referirse á los resultados que con las experiencias sobre perros obtuvo, como vd. sabe muy bien, no solamente sobre perros experimentó; luego su calificación de *cínicas* no abarca todas las experiencias; pero si es un equívoco dirigido al sabio, porque á vd. le parecieron sus pruebas rastreras, hechas con descaro ó cinismo, lo que no creo, una vez que he demostrado lo contrario, no puede vd. continuar con su opinión, por lo menos amparado por la razón.

Como se ve, por lo que llevo dicho, de todo lo aseverado por el Dr. Mexía ninguna

objeción no ya científica, pero ni siquiera seria se puede deducir.

Abandonando, pues, este camino tan escabroso, paso á la segunda parte de la división que he dado al artículo de que vengo ocupándome.

De las divagaciones del Dr. Mexía que campean en el precitado escrito, tales como que Cruvelhier y Civiale se equivocaron, para deducir que Brown Sequard está errado: que los decrépitos están soñando como Fausto en recobrar la virilidad; que la opinión que antaño se tenía de las propiedades de la cocaina era falsa, etc., etc., como quiera que no ataca ni al principio, ni al método, ni á los resultados, ni á la regla general deducida de éstos, las pasamos por alto sin pretender rechazarlas ni hacer notar lo inoportuno de ellas para poder ser objeciones en la cuestión que se ventila.

Lo único que llama la atención es la saña que revelan para con los viejos, ancianos y decrépitos. Sabía yo que el Sr. Dr. Mexía ha sido un buen hijo; pero parece que á la fecha se ha olvidado del respeto que en todas partes se guarda á las personas de edad y de la consideración que se debe al sinnúmero de hijos que, teniendo padres ancianos, puedan tener conocimiento de sus opiniones.

Examinemos ahora las falsas objeciones que hace el Dr. Mexía en la tercera parte del trabajo que vengo impugnando. La primera, que se refiere al registro de fuerza, está expresada en el siguiente párrafo de su escrito:

"Pero se nos dirá: el dinamómetro señala un aumento indudable en la fuerza muscular del inyectado. Todos los médicos sabemos que si de hora en hora se registra en el mismo individuo su fuerza muscular, ésta oscila *en más ó en menos* según el momento, la calma del observado, su creencia firme de salud y fuerza. Aun despreocupadamente, no llega siempre la aguja del dinamómetro á la misma cifra."

El Dr. Brown Sequard se encargará de contestar la objeción:

"Mis miembros probados con un dinamómetro una semana antes de mi experimento y durante el mes siguiente á la primera inyección (dice en su memoria ya citada) *demostraron una ganancia decidida de fuerza.* El número, por término medio, de kilógramos movido por los flexores del antebrazo derecho, antes de la primera inyección, era de cerca de 34½ (de 32 á 37) y después de esta inyección, 41 (de 39 á 44), siendo, pues, la ganancia de 6 á 7 kilógramos. A este respecto, los flexores del antebrazo readquirieron, en gran parte, la fuerza que tenían cuando vivía yo en Londres, (hace más de 26 años.) El número por término medio de kilógramos movido por estos músculos en Londres en 1863 era 43 (40 á 46 kilógramos.)"

"Tengo un registro de la fuerza de mi antebrazo comenzando en Marzo de 1860 cuando por primera vez me establecí en Londres. Desde esta época hasta 1862 movía yo hasta 50 kilógramos. Durante los últimos tres años el máximum era 39 kilógramos. Este año, antes de la primera inyección, el máximum era 37 kilógramos. Después de la inyección ha sido 44."

Como verá el Dr. Mexía, no se trata de oscilaciones en más ó menos cantidad, siempre pequeñas, que pueda haber en el mismo individuo en estado normal y al usar el dinamómetro; sino de variaciones en la fuerza, indicadas por este aparato, de 12 á 14 libras próximamente (empleando los flexores del antebrazo derecho): la fuerza que hacía 26 años tenía Brown Sequard reapareció. No sólo hizo observación en la fuerza de sus músculos indicados, de un momento á otro, sino que registró esta fuerza de 1860 á 1862, siendo en esa época de cerca de 50 kilógramos. Después nos dice que durante tres años, anteriores á la primera inyección que se aplicó, sólo marcaba el dinamómetro una fuerza de 39 kilógramos y antes de la operación indicada era de 37 kilógramos. Después de la primera inyección fué 44 kilógramos el número registrado: de consiguiente no cabe aquí la objeción de que con mayor ó menor preocupación el Dr. Brown Sequard haya ganado en fuerza, puesto que no es un momento sino una larga serie de años en que el estudio de la fuerza ha sido hecho.

Más aún: hay una contraprueba que el mismo sabio ha efectuado.

Héla aquí:

"Las últimas de estas inyecciones—añade—se hicieron el 4 de Junio, hace cerca de cinco semanas y media. Cesé de hacer uso de ellas con el propósito de asegurarme cuánto tiempo podían durar sus buenos efectos. Durante cuatro semanas no ocurrió ningún cambio notable, pero gradual aunque rápidamente, desde el 3 de este mes (Julio), he comprobado casi una vuelta completa al estado de debilidad que tenía antes de la primera inyección.

" Esta pérdida de vigor es una excelente contraprueba en la demostración de la influencia ejercida sobre mí por las inyecciones subcutáneas del fluido espermático."

No se podrá decir con razón al leer este parrafito detenidamente, que la preocupación del sabio era la que aumentaba su fuerza.

Recordaré además al Sr. Dr. Mexía, que estos experimentos han sido comprobados por el Dr. Variot.

Pasemos á la segunda objeción del Dr. Mexía, que tampoco puede ser llamada objeción.

" Así los que pretenden *inyectarse juventud*, dice, seguirán viejos, achacosos y debilitados mal que pese á su justísimo deseo de quitarse los *veinte años* de Brown Sequard."

Para que el Dr. Mexía conozca la opinión del sabio á quien refuta con tanto ardor, encono é injusticia, le transcribo lo siguiente:

" Apenas necesito decir que esos efectos no podían haber sido debidos á cambios de estructura, y que resultaban únicamente de modificaciones nutritivas y quizás en gran parte de influencias puramente dinámicas, ejercidas por algunos de los principios contenidos en el líquido inyectado.

" Por ahora no tengo ningún hecho que mencionar que pueda servir para resolver la cuestión de si es ó no posible cambiar la estructura de los músculos, nervios y centros nerviosos, practicando, durante muchos meses sucesivos, inyecciones del líquido que he usado. Como lo manifesté á la Sociedad de Biología de París, siempre he temido y temo aún que las acciones nutritivas especiales que producen ciertos cambios en el hombre y en los animales, desde el estado embrionario hasta la muerte por vejez, son absolutamente fatales é irrevocables. Pero del mismo modo que vemos á los músculos que han sufrido cambios de estructura por alguna enfermedad, recuperar algunas veces su organización normal, podremos también, según creo, ver algunos cambios de estructura no esencialmente ligados á la vejez, aunque acompañándola, desaparecer á tal grado que puedan recobrar los tejidos las propiedades que poseían en una edad mucho menos avanzada."

De aquí se infiere que el Dr. Brown Sequard nunca tuvo la idea de rejuvenecer; es decir, de modificar los tejidos de tal modo que los órganos funcionaran como en la juventud (hablo de los individuos en el estado fisiológico más perfecto posible), sino sólo de remediar, hasta donde sea permitido, los estragos que la debilidad hace en los tejidos, sin haberse olvidado nunca del fin, hasta ahora por lo menos, fatal de todo ser organizado. Esto lo deduje de experimentos, no de ideales abstractos, no de lucubraciones metafísicas y otros delirios de los que haciendo caso omiso de las leyes que la experiencia formula, siguen entregados á sus ensueños pensando en cosas que jamás han existido, ni existen, ni existirán.

He demostrado ya cómo la anterior no es objeción.

Por fin llegamos al terreno científico del Dr. Mexía: á sus experiencias! Y aquí nos refiere con una perspicacia digna de mejor suerte, lo que copio en seguida:

" Pero zumban en mis oídos ciertas palabras de censura. Parece que escucho: ese médico que por cierto no es viejo ni tampoco joven, que más bien se acerca á lo primero, habla en *bárbaro* (perdónese la expresión), no ha ensayado, no ha estudiado el asunto. Mas no es así, el que estas líneas escribe inyectó no ya sólo el *jugo rejuvenecedor*, sino líquidos que podrían llamarse gérmenes de embrión, jugo embrionario, como la yema de un huevo fresco de gallina, cuidadosamente extraído por medio de una jeringa adecuada, del centro de su calcárea conchilla. Pero. . . . . nada! Hemos sido poco afortunados; ni en el peso, ni en las orinas, al aspecto por lo menos, ni el pulso cuidadosamente observado, hemos hallado algo halagador. En cambio, aconteció por desgracia en uno de nuestros enfermos que se le produjo inflamación en uno de los piquetes, con aparición de pequeña escara en su centro. El Dr. D. F. Altamira, presenció ayer mismo el examen de este enfermo."

Dejo á un lado su preocupación acerca de lo que escuché y de la edad que tiene: esto no es del caso.

Dice vd. que no sólo ha inyectado el líquido rejuvenecedor, sino que no ha obtenido el resultado que Brown Sequard refiere.

A esto diré que no debe vd. admirarse ni decepcionarse por ello; que insista inspirándose en los consejos de Brown Sequard, acompañándose de alguna otra persona que ya haya experimentado y obtenido resultados semejantes á los que Brown Sequard obtuvo, y verá cómo no es tan *desafortunado:* no evite las ocasiones que se le presenten para experimentar acompañado.

Pero no porque en realidad no tenga costumbre para experimentar (debido á

sus múltiples ocupaciones), ni haya obtenido los resultados que Brown Sequard y Variot, en Francia, Maycot y otros en México, etc., diga que Brown Sequard es alucinado, porque tienen que serlo también los demás, y sólo él es juicioso, recto y científico.

Siendo así que, como se habrá visto, todos los hechos que Brown Sequard refiere tienen, no el viso de probabilidad, sino el sello de realidad indestructible, ya no se trata pues de falsas hipótesis ni erradas teorías: se llegará á explicarlos más ó menos bien; pero que conste que existen positivamente.

El sabio que en Francia los refirió, las contrapruebas de ellos, los científicos testigos, las experiencias de Variot, la corporación ante quien se expusieron, todas estas circunstancias hablan elocuentemente en pro de su existencia. Y no sólo ellas, sino las repeticiones de esa clase de experiencias en la capital de nuestra patria con idénticos resultados á los de Brown Sequard, que se han obtenido en varias personas, algunas de ellas muy conocidas en nuestra sociedad; la invitación que el Dr. Maycot hizo al Dr. Mexía para que en compañía de otros dos sabios profesores presenciara resultados de experimentaciones, todo esto, repito, pone la verdad de manifiesto por más que esté en contradicción con los resultados que el Dr. Mexía ha obtenido. Esto le dará derecho, si quiere, para dudar, mas no para imponer su opinión.

Pero, como ya me he extendido demasiado sobre este asunto, pongo punto aquí para continuar la materia en artículos posteriores.

CARTA REFUTACIÓN

A la publicada en "El Universal" por el Dr. Demetrio Mexía.

IV

Continuemos el examen del artículo del Sr. Mexía.

Dice este caballero que él también ha inyectado líquidos que podrían ser llamados "*gérmenes de embrión, jugo embrionario*, como la yema de un huevo fresco de gallina, etc., etc.," no obteniendo resultado alguna halagador.

Desde luego hay que advertir que es muy vaga la clasificación que del líquido que inyectó hace el Sr. Mexía, mejor dicho, que no ha expresado bien su pensamiento: "Gérmenes de embrión" no quiere decir lo mismo que "líquidos embrionarios." El germen puede no desarrollarse; el embrión es una parte del germen ya desarrollado (hasta cierta época.)

Fácilmente se demuestra esto, recordando aunque sea sumariamente las fases del desarrollo del huevo desde su fecundación hasta la aparición del blastodermis y aparición del embrión.

El huevo fecundado sufre, desde el momento en que se ha desprendido del ovario, una serie de transformaciones que lo preparan para la fecundación. El primer cambio que se nota es la desaparición ó disolución de la vesícula germinativa. Este cambio se efectúa muchas veces, bien cuando todavía está alojado en el ovario, ó bien en el trayecto que tiene que recorrer; no sucede esto, bajo la influencia de la fecundación, porque los huevos de los animales que ponen antes de ella y también los de los pájaros y aves, que ponen sin previa fecundación sufren este cambio: ni es un signo de descomposición, porque los huevos de los animales cuya fecundación es exterior (sobre los huevos ya puestos) hay la misma modificación y sin embargo pueden ser fecundados.

El huevo, al salir de la vesícula de Graaf, arrastra consigo una pequeña masa de células que lo envuelven: éstas desaparecen poco á poco, disolviéndose. Después, á medida que recorre el conducto de la trompa, se rodea de una capa albuminosa: ésta en los mamíferos tiene pequeño espesor; pero en los huevos de los animales que se desarrollan fuera del *ventris materni*, como en los pájaros, hay una cantidad relativamente considerable, de la sustancia vulgarmente llamada clara en el huevo de nuestras aves de corral.

La capa de albúmina de que se hallan rodeados en cierto período los huevos de los mamíferos, no tiene la misma importancia que en los huevos de los pájaros. Siendo exterior en éstos el desarrollo, debe servirles de alimento á cada pollo de los que se formen dentro de la "calcárea conchilla" con la albúmina correspondiente á cada huevo. En los mamíferos, esta capa albuminosa no tiene más que una efímera existencia. En algunos mamíferos la capa dicha es tan delgada que tal parece no existir. Sirve esta sustancia en los mamíferos para favorecer la fecundación. Después de fecundado el huevo, viene la segmentación del *vitellus* (yema del huevo): primero, se divide en dos partes, que permanecen una enteramente junto de la otra,

luego en cuatro, después en ocho, etc., etc., habiendo aparecido poco antes de la segmentación en medio del *vitellus* un punto claro con otro en el centro de él más claro aún: el primero es el núcleo, el segundo el nucleolo. Dividiéndose éstos en la misma proporción, permanece cada parte de ellos, como el de donde provienen, en el centro de cada segmento de *vitellus*.

Fórmase un espacio claro, por una especie de contracción del *vitellus*, entre su superficie y la cara interior de la membrana de que estaba desde antes cubierto; *pero en las aves no todo el vitellus sufre la segmentación, sino sólo una parte, que es llamada cicatrícula:* sirviendo toda la no segmentada, que es la zona exterior, para el alimento del nuevo ser, que provendrá de la cicatrícula, cuando el huevo se halle en condiciones adecuadas de calor, etc.

Cuando el *vitellus* ha llegado á sus últimas divisiones, cada división se condensa en parte hacia la superficie de ésta. Así queda formada, de cada una de ellas, una célula con su contenido, su núcleo y nucleolo, envuelto todo por su membrana condensada. El *vitel'us* es así una agrupación de células más ó menos comprimidas unas contra otras, formando así formas poliédricas todas ellas.

En este estado de transformación, en el centro de la masa referida empieza á acumularse una cantidad de líquido albuminoso. Las primeras células que se formaron empujadas hacia la periferia del antiguo *vitellus*, llegan á formar una membrana condensada y reforzada poco á poco por las otras células, hasta que, por fin, todas forman una sola membrana, empujadas por el líquido albuminoso. A esta membrana, es á la que se ha llamado *membrana blastodérmica* ó *blastodermis*.

Esta es la evolución que el germen fecundado sufre, *para llegar al principio de aparición del embrión.*

Apenas el *blastodermis acaba de tener la forma de membrana, cuando uno de los puntos* de su extensión se oscurece, en todo su espesor; porque la membrana se ha hecho más gruesa en esta parte; esta porción más oscura y gruesa, es el *primer vestigio del embrión* y es llamada área germinativa.

Recordará por esto el Sr. Dr. Mexía, cuán distinto es "*germen*" *de* "*embrión;*" y si éstos son distintos, los líquidos de ellos sin duda no son iguales; por esta razón, las expresiones de "*gérmenes de embrión*" y "*líquidos embrionarios*" no dicen la misma cosa.

Pero si quiso decir que en su experimentación había escogido una de las dos cosas, le diré que en el huevo fresco de gallina no hay *embrión* y sí *germen;* pero que no toda la yema es germen.

Además, ¿cómo fué eso de sacar el germen de su "calcárea conchilla, con una aguja apropiada?" ¿Lo hizo á tientas? ¿Cómo conoció la sensación táctil que el "germen de embrión" podía comunicarle por medio de la aguja "apropiada" puesta en la jeringa? ¿O sacó la yema, ó parte de ella y luego se puso á buscar el germen? ¿Entonces, cómo lo encontró? ¿En qué lo conoció? ¿O sólo inyectó lo que pudo; pero sin saber lo que era?

¡Habría sido muy curioso verle hacer esas sus experiencias!

Pero ¿quién le autorizó para hacer semejantes la yema del huevo y el líquido usado por Brown Sequard? ¿No recuerda que la yema del huevo no tiene igual estructura, ni composición química que los órganos que han sido utilizados en la experimentación? Ahora bien, si la química diferencía todo ésto; si la histología lo mismo; si se sabe muy bien, que á desigualdad de estructura, corresponde diferente función, podría explicar el Dr. Mexía ¿porqué deberían dar igual resultado los órganos que Brown Sequard indica que la sustancia de que él, el Dr. Mexía, hizo uso?

Las inyecciones Brown Sequard son peligrosas, dice el Dr. Mexía, haciéndose eco de las opiniones del *Siglo Médico* que cree que "para lanzar al público maravillas *tan estupendas, debiera procederse con mayor cautela;*" y quizá funda su opinión en el resultado obtenido con uno de sus operados al aplicarle la inyección de su especial invención y que, según él mismo confiesa, resultó inútil.

Que no son peligrosas y sí benéficas queda superabundantemente demostrado con el informe mismo del sabio Brown Sequard, que nuevamente vuelvo á recomendar al estudio del Dr. Mexía.

"Como quiera que había observado—" dice el insigne fisiologista—que los ex" perimentos sobre mi propia persona, *si*" *no eran peligrosos*, eran excesivamente " dolorosos, rehusé absolutamente acceder " á los deseos de muchas gentes, ansiosas " de obtener los efectos que había obser" vado en mí mismo; pero sin consultarme " el Dr. Variot, que creía que las inyeccio" nes de líquido muy diluído no serían tan " dolorosas, hizo ensayos de este método " en tres viejos: uno de 54, y otro de 56, y " el último de 68 años. *En todos ellos se*

" *notaron casi los mismos efectos que los* " *que yo había obtenido sobre mí mismo.*"
..." En mi tercera comunicación á la Sociedad de Biología, dije *que tanto el intenso dolor como la inflamación que* " *cada inyección ha producido en mí, se* " *disminuirían notablemente*, empleando " un líquido mucho más diluído. Los tres " casos del Dr. Variot, han probado la " exactitud de mi dicho. Ha usado de mayor cantidad de agua, y sus pacientes " *no han sufrido ni gran dolor ni inflamación.*"

Respecto de que el Dr. Brown Sequard no hizo un estudio detenido de la sangre, orina, etc., en cada uno de los casos que refiere, puede contestarse con hechos que la práctica nos suministra á todos los médicos.

Todot los días puede observarse que enfermos, aun de los más vulgares, conocen el estado de su salud, siempre que no se trate de enfermedades que, para ser apreciadas, requieran estudios detenidos, ó educación científica previa.

Esta clase de personas, á no ser que su inteligencia esté muy perturbada, ó que padeciendo de enfermedades graves tengan agotada la sensibilidad (como sucede, por ejemplo, en la peritonitis aguda, en la que los enfermos muchas veces pocas horas antes de morir dicen que se hallan *aliviados*) siempre estarán en aptitud de dar informes precisos respecto al estado en que se hallen.

En general si á un enfermo que ya sanó por completo—supongamos que de pulmonía—sin haber tenido otra enfermedad, que dice ya no tener dolor, respira sin fatiga, no tener tos, etc., si á este enfermo, repito, se le pregunta ¿cómo sigue de males? es seguro que su contestación no será: "¡Quién sabe! El médico no ha hecho el estudio de todo el interior de mi cuerpo, y por eso no sé cómo estoy de salud," sino que contestará: "ya estoy aliviado."

Y tal vez tenga alguna enfermedad latente, de las muchas que aun no conocemos debido á la falta de medios conducentes al objeto, pero no por esto negaremos el hecho de que se siente bien y está ya curado de su pulmonía.

¿Porqué, pues, el sabio Brown Sequard que se halla comprendido en los casos que arriba dejamos citados, no debía ó no podía decir con razón que, después de haberse inyectado, se encontraba vigoroso y se sentía como veinte años antes cuando estaba fuerte y sano?

¿Qué faltan á sus experiencias, mayores datos científicos y mayores pruebas? Pues llegarán á ser precisadas y descritas ¡Ojalá al iniciarse un proyecto fuera ya perfecto!

¿No se recuerda las evoluciones porque han tenido que pasar los conocimientos sobre electricidad, vapor y microbios para llegar á la altura en que hoy se encuentran? Pero no porque no existan esas pruebas que tanto desea el Sr. Mexía—pruebas que por otra parte no buscó en sus experimentos — debe negar hechos que ocupan hoy á tantas y tan notables inteligencias.

Otra objeción más del contradictor de Brown Sequard, es la referente á que se quiere separar á la mujer del hombre respecto de los atributos biológicos. Esta cuestión la trató accidentalmente, en una de las notas de su trabajo, el eminente fisiologista, y no forma, por consiguiente, parte íntegra de la principal cuestión.

La razón que Brown Sequard haya tenido para emitir esta opinión, ha sido sin duda alguna el resultado obtenido en sus primeros experimentos.

Si la naturaleza diferencía á la mujer del hombre—después de llegar á determinado desarrollo el germen fecundado—¿qué tiene de particular que el sabio Brown Sequard haya obedecido las indicaciones de la naturaleza?

La experiencia ha confirmado ulteriormente la opinión de Brown Sequard: luego no era disparate la ¡*Sublime idea!*

Yo creo como el Dr. Mexía (porque me lo han enseñado los sabios) en la unidad y transformación de la fuerza; por esto creo que la mujer no es sino variante de hombre, ó viceversa y generalizando, la hembra del macho ó al contrario. Esta sería la razón por la que yo admitiera que podría usarse indistintamente para las experimentaciones órganos suministrados por uno ú otro sexo.

Pero dejando al lado estas lucubraciones, lleguemos á la clínica y ella nos dirá lo que puede esperarse del maravilloso descubrimiento de Brown Sequard. Esto nos dará materia para el último artículo de esta ya interminable réplica.

LUIS A. DIAZ Y DIAZ.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

QUINTA Y ÚLTIMA CARTA REFUTACIÓN

A la publicada en "El Universal" por el Dr. Demetrio Mexía.

Para terminar esta ya larga réplica al artículo del Sr. Dr. Mexía, veamos los casos prácticos, tomados de la clínica del Dr. Maycot á quien ha cabido la alta honra de ser en México el primero en estudiar el método Brown Sequard.

No siendo posible insertar todos lo casos que ha estudiado el Dr. Maycot (pasan de 150) me contentaré con tomar los más notables que registra su libro de apuntes. Pero aquí me parece más oportuno ceder la palabra á *El Nacional* que refiriéndose á los experimentos, dice:

" Nos constituimos en su gabinete (el del Dr. Maycot) y ahí observamos lo siguiente:

Un individuo, indígena, de 52 años de edad, atacado de diarrea durante largos años ha, impotencia reciente, debilitado en extremo y con una catarata incipiente en el ojo izquierdo, nos manifestó estar completamente sano, y así lo pudimos comprobar por la expedición de sus acciones, su buen aspecto, y en suma, por los caracteres visibles de una reconstitución pronta y eficaz.

" Largo tiempo hace conocemos á dicho individuo, sabemos su edad, patria, profeeión y domicilio.

" Tuvimos también el gusto de ver ahí á un respetable anciano, francés, de 77 años de edad, que nos manifestó con suma alegría, lleno de agradecimiento y fe hacia el Dr. Maycot, que antes de ponerse *en sus manos* se sentía triste, agobiado, débil, y experimentando en toda su intensidad el cansancio de la vida. Este individuo no podía distinguir, sino merced á unos poderosos anteojos biconvexos, como él decía *unos fuertes lunets*, y además tenía sumamente debilitados los órganos auditivos.

" Apenas recibió dos inyecciones, ha cambiado su naturaleza: de taciturno se ha tornado en alegre, de débil en fuerte; oye perfectamente bien hasta el tic-tac de un reloj, y, lo que es más sorprendente, nos leyó de corrido, sin el auxilio de las gafas, un diario impreso en caracteres comunes.

" El último caso que pudimos observar es un joven de 26 años, muy conocido en esta capital por ser dentista y haber estado largo tiempo en la Droguería de D. Carlos Félix.

" Padece hace más de dos años del corazón. Los notables facultativos encargados de su asistencia le advirtieron de su enfermedad, y él mismo se cuenta el pulso diariamente.

" Nos refirió que el primer día que comenzó á curarse con las inyecciones dinamogénicas su corazón cesaba de latir cada dos pulsaciones; que hoy se eneuentra ya tan mejorado que puede subir sin fatiga la escalera; que poco á poco su corazón adquiere su regularidad, pudiendo medirse á la actualidad setenta pulsaciones por minuto sin interrupción, indicio infalible de su mejoría."

Y más adelante, refiriéndose á las inyecciones que fueron aplicadas á uno de sus redactores, el Lic. Sort de Sanz, decía:

LICENCIADO ENRIQUE SORT DE SANZ, DE 25 AÑOS DE EDAD.

Días.	Pulso.	Temperatura.	Fuerza.	Visión.	Observaciones.	
6	80	36.9	30 libs.	11 m. m.	Pulso filiforme.	Observaciones antes de inyectarse. Después se inyectó por 1ª vez.
7	80	37.3	50 "	29 "	Pulso lleno.	Buen apetito. Poco sueño.
8	80	37.2	55 "	37 "	" "	" " Buen sueño.
9	80	37.2	65 "	44 "	" "	" " 2ª inyección.
11	80	37.4	60 "	43 "	" "	" " 3ª inyeccion.
13	80	37.2	65 "	44 "	" "	" " 4ª inyección.

"El dinamómetro en el que se ha medido la fuerza del Sr. Sort, es un dinamómetro circular; la letra que ha leído primero á 11 milímetros, y después á 29, 43 y 44, es letra de medio milímetro de tamaño, y un milímetro las mayúsculas; los impresores la llaman "punta de diamante." Nuestro compañero no ha experimentado, según sus propios informes, ningún otro síntoma notable.

"En los lugares del brazo en que ha penetrado la aguja de la jeringa de Praváz no ha sobrevenido la más ligera inflamación. La pérdida de 5 libras en la fuerza, que se nota entre los días 9 y 11, la atri- ye á que la noche del 10 tuvo que desvelarse velando á un enfermo.

"Este ha sido el resultado de la observación de nuestro co-redactor."

Y con fecha 21 de Septiembre el mismo periódico escribía:

"Vamos á relatar á nuestros lectores dos casos notables, increibles al parecer, casos de que fuimos testigos *oculares en el consultorio* del Dr. Maycot, *San Hipólito, número 13.*

"En la sala de recibo y acompañados de más de veinte personas, en su mayoría pacientes, esperábamos la llegada del Dr. Maycot, que nos había citado para que presenciáramos los maravillosos efectos causados por su inyección en algunos enfermos, en los momentos que saludábamos al doctor y antes de que pudiéramos dirigirle algunas preguntas, entró precipitadamente en la sala un hombre de edad de cuarenta y seis á cuarenta y ocho años.

"En su semblante trastornado por la emoción, se retrataba el gozo más vivo; gruesas lágrimas corrían por sus mejillas, y sus manos temblorosas asían las del Dr. Maycot, besándolas repetidas veces con efusión del mas profundo agradecimiento. "*Doctor, doctor, ya veo; la Providencia bendiga los días del sabio que me ha dado más que la vida: luz á mis ojos. Señores,*—exclamaba dirigiéndose á los concurrentes,—*enséñenme algo; la mano, un lápiz...... Sí, sí, ya veo.*" Y trastornado por la emoción, se dejó caer en una silla inmediatamente.

"Cuando aquel hombre se encontró en estado de responder á nuestras preguntas nos acercamos á él y supimos que había cegado hacía dos ó tres años, que á pesar de los esfuerzos de uno de los eminentes oculistas de México que lo asistió año y seis meses, y no obstante haber ocurrido á otros doctores no menos experimentados é inteligentes, nunca pudo recuperar la vista, hasta que obligado por varios amigos, se decidió á recurrir al Dr. Maycot, quien por medio *de tres inyecciones*, dadas con intervalos de dos días, logró devolverle la vista.

"Otro caso no menos sorprendente fué el de una anciana, casi octogenaria, que se presentó poco después. Había padecido durante un año de una *catarata dura en el ojo derecho é incipiente en el izquierdo.* Habiendo acudido á varios medicos no logró su alivio, y uno de los eminentes especialistas á quien últimamente había visto, le diagnosticó la pérdida de un ojo, diciéndole á la vez que era *de todo punto necesaria*, cruel y peligrosa la extirpación de la catarata.

"Perdida toda esperanza, se decidió á ponerse en manos del Dr. Maycot. Recibió seis inyecciones. A la cuarta, la vista comenzó á despejarse; á la quinta, distinguió vagamente los objetos, y por fin, después de recibir la sexta y última inyección, la vista fué limpiándose gradualmente hasta llegar á distinguir en la actualidad todo lo que se presenta á su vista, excepción hecha de la escritura."

Paso á referir los casos prácticos inéditos que escogí de los que tiene registrados en su libro de experiencias el inteligente Dr. Mucio Maycot.

ENFERMO NÚM. 8.

Diognóstico: escrofulosis.—Señora de 61 años, empezó á ser inyectada el 18 de Agosto. En este día tuvo estos datos:

	Día.	Pulso.	Visión. Tabla Vallés.	Fuerza en libras.	Temperatura.	Dosis.	Peso.
Agto.	18	84	3½	8	36.5		no
"	19	"	"	9	36.7	0	no
"	20	"	3	11	36.8	si	no
"	22	80	2½	12	37	"	no
"	24	74	2½	13	37	"	no
"	30	80	2	13	37.2		
Sbre.	2	92	2	13	37.2	"	no

Observaciones: El 22 acusó menos fatiga: facilidad para andar: puede estar en pie: incontinencia de la orina corregida: mejor sueño (27).

No hay ya dolores reumatismales: mucha menor fatiga: duerme muy bien: apetito mejor.

ENFERMO NÚM. 10.

Diagnóstico: debilidad senil localizada especialmente en su memoria.

	Día.	Pulso.	Visión. Tabla. Vallés.	Fuerza en libras.	Tempe-ratura.	Dosis.	Peso.
Agto.	22	80	6½	8	37	si	no
"	23	80	4½	10	37	"	no
"	24	80	4½	12	37	no	
"	27	92	4½	15	37	"	

Observaciones: pulso filiforme.

En este día visión y pulso mejorados notablemente: el pulso es lleno: hay mayor vigor general.

La noche anterior no durmió por velar á una hija enferma grave.

No se había inyectado desde la primera vez.

ENFERMO NÚM. 17.

Señor de 45 años de edad. Diagnóstico: impotencia y reumatismo.

Como en este enfermo hay 18 observaciones hechas cada 2, 3 y 4 días, voy á indicar una observación cada 5 días.

Agto.	29	96	1½	24	37	si	150
Sbre.	2	104	1½	30	37	si	

El día 9 de Septiembre por no haber observación el 7 ni el 8.

Sbre.	9	80	1½	48	37	si	"
"	13	104	1½	60	37	"	"
"	21	88	1½	60	37	"	"
"	25	80	1½	65	"	"	"
"	30	80	1	65	"	"	"
Obre.	"	"	"	"	"		154

Observaciones:

Queda curado de impotencia y reumatismo.

Ha venido el desarrollo muscular y el cumplimiento fisiológico de sus funciones orgánicas y de relación.

ENFERMO NÚM. 26.

Señorita de 19 años de edad. Diagnóstico: impaludismo, meopía y anemia desde antes del impaludismo.

Sbre.	4	80	3(1)	16	37.5	si	93
"	9	80	2½(2)	18	37	"	
"	19	80	2½	35	"	"	

(1). Ve los caracteres indicados á 0 m. 11 sin anteojos.

(2). Sin anteojos á la misma distancia que el anterior. Desde el día de la primera inyección no ha vuelto el ataque: ve caracteres de 0 m. 003 á 17 centímetros.

Ve á 17 centímetros el 2½. (Sigue en observación, como ha venido con irregularidad observación no ha pasado al libro en limpio.)

ENFERMO NÚM. 32.

Señor de 29 años de edad. Diagnóstico: tuberculosis pulmonar. Artritis tuberculosa. Recomendado por el Dr. Fénélon.

Sbre.	9	no	1	60	37	si	no
"	14	"	"	70	"	"	"
Obre.	2	90	1	70		si	no

Al día siguiente de la primera inyección se le aplicaron puntos de fuego en la articulación enferma (Hospital Francés) citando el enfermo que en esta vez la inflamación ha sido más pasajera y menos dolorosa que en las otras muchas veces que se las han aplicado en el espacio de dos años. Se ha sentido más fuerte. Las observaciones todas se han seguido en el mismo hospital por el Dr. Fénélon.

Dice el enfermo que trabaja mucho más intelectualmente y con facilidad.

ENFERMO NÚM. 44.

Señor de 45 años de edad. Catarata, ataxia locomotriz y vejez prematura.

Sbre.	13	80	1½	20	38.5	si
"	15	86	1	23	38.3	"
"	17	88	1½	23	37	"

Lleva 11 años de padecer: no tiene sueño, poco apetito.

Ha recobrado el sueño, dice estar aliviado, tener buen apetito, estar muy alegre, ha andado á pie desde Chiconautla hasta Buenavista: antes no podía andar ni una cuadra, ya no ve nublado: ha escrito una larga carta sin fatigarse, su catarata ya no le estorba como antes la visión de su ojo izquierdo.

ENFERMO NUM. 54.

Señor de 49 años de edad, anemia y cataratas.

Sbre.	25	88	13	40	37.2	si	155
"	27	84	6½	50	"	"	
"	30	80	3½	65	"	"	"
Obre.	12	80	2½	70	73	"	"

Pulso debil.

Lee el 6½ mal.

Mucho mejor: está contentísimo.

Basta la simple exposición de estos datos, para inferir el buen resultado de las experiencias.

Siendo la patología tan extensa, es imposible por ahora dar una idea detallada de la influencia que dicho procedimiento tenga en cada una, no digo de las especies de enfermos, ni siquiera en cada especie de enfermedad. Esta terapéutica está apenas concebida; basta esto sólo para no tener ciega confianza en ella en todos los casos; no sería difícil, que si llegaran los médicos que usan en este medio á esperar siempre éxito, con él cayeran en descrédito. Yo creo que, sin olvidarse de los demás consejos que la ciencia médica da para asistir á los enfermos, siempre que haya debilidad que no pueda dominarse con los demás recursos, debe recurrirse al nuevo; ó si la experiencia indica que en todos casos es favorable, no digo ya desalojando del organismo á las enfermedades, sino siquiera vigorizándolo, se debe entonces hacer uso de él como ayudante en todos casos.

Por ejemplo: ¿hay un sifilítico en estado de debilidad suma, que ni tiene apetito ni tolera los alimentos? Pues yo creo que así como se hace uso de los recursos terapéuticos apropiados al período de la sífilis que esté recorriendo el enfermo, se deberá hacer del elemento vigorizador de Brown Sequard, no ateniéndose únicamente á él. Veremos lo que el tiempo y la experiencia unidos nos aconsejen.

Dice el Dr. Mexía al final de su refutación: " Hay además otra cosa estupenda por lo inmoral que ha propuesto el Doctor Brown Sequard, etc." "Esto da mala idea de todo lo anterior que ha dicho el fisiologista. Así la medicina se desvirtúa, se desvía de su objeto, etc."

Se refiere esto tal vez á una aplicación que Brown Sequard hizo de su teoría sobre algunos viejos. Constándole ya que el vigor del individuo inyectado era debido á una ó varias sustancias de las que secretan ciertas partes, pensó que si en un individuo debilitado se hacía funcionar esas partes sin que por esto hubiera pérdida de esta secreción, es decir, que el fluido no fuera excretado, al ser reabsorbido haría el efecto de la inyección Brown Sequard. Así ha pasado en varios casos.

En el estado actual, hay para todas las sociedades civilizadas, una gradación para conocer la importancia de las acciones desde las solamente reprochables hasta las punibles, habiendo en uno y en otro caso una escala, que tácticamente ó no, cada miembro aprueba según el estado de su inteligencia y el mayor ó menor número de conocimientos que tenga para juzgar de estos asuntos.

Hay acciones que no son reprochables más que por haber sido más ó menos públicas ó porque el paciente se queja ante autoridades competentes de haber sido víctima de ellas; pero la autoridad no persigue de oficio ni unas ni otras. Hay otra clase de acciones perseguidas de oficio: es decir, de todas las acciones humanas inconvenientes, unas arrojan únicamente el estigma de los que tienen conocimiento de ellas, sobre los autores que las cometieron; otras no solamente son reprochables ó reprensibles, sino punibles á pedimento de parte y otras por fin, que se persiguen y se castigan de oficio.

Hemos visto ya la gradación de los actos inconvenientes humanos.

Veamos en qué medida caben las acciones de esta última clase de experiencias de que habla el Sr. Dr. Mexía, que hizo Brown Sequard.

Supongamos desde luego que lo que hizo Brown Sequard, no tiene un objeto científico. No podemos suponer que sea un efecto de delirio senil, puesto que todas las pruebas que ha dado este sabio hasta ahora no son sino de grande y sana inteligencia. Siendo así, su acción sería una de las que si bien son inmorales, la autoridad no las persigue de oficio, puesto que la acción consiste no en atentados contra el pudor y la moral públicamente, sino, si se quiere, en atentados muy particulares en las mismas personas á quienes aconseja.

¡Muy bien! Veamos ahora una de las acciones perseguidas por la autoridad y castigadas de oficio: la castración, v. g., ó solamente la extirpación de una de las glándulas testiculares.

¿Qué sucederá cundo un individuo cause á otro, no ya de un modo premeditado ó intencional, sino únicamente por verdadero accidente, en un riña, la pérdida de ciertas partes á consecuencia de herida ó heridas que hayan hecho soluciones de continuidad de tal importancia que atendido el enfermo con todos los cuidados científicos propios al caso, sin embargo de todo eso haya perdido uno ó ambos órganos?

Todo esto está previsto por la ley: el criminal sufriría su debido castigo.

¿ Qué le sucede al cirujano que con un objeto científico hace lo mismo que hizo un delincuente en el caso anterior ?

¿ Quién persigue por estas fechorías á médico alguno ?

Nadie.

¿Porqué?

Porque en este caso el científico no es criminal ni persona alguna que raciocine bien lo piensa así. Ha desaparecido aquí lo horrible de la acción y no se ve en ella más que un fin benético.

Por este mismo fin el Dr. Brown Sequard ha aconsejado la acción que tanto le repugna al Dr. Mexía, por el mismo motivo que la anterior; y así como la ley no condena esa especie de acciones, la sana razón de los hombres de ciencia no debe tampoco ni puede condenar esa aplicación del método Brown Sequard.

Entonces ¿de dónde infiere el Dr. Mexía que tal procedimiento es inmoral? ¿Porqué preocuparse desde luego en contra de esa aplicación? Brown Sequard dice que en los ancianos en quienes experimentó ha dado buenos resultados. ¿Porqué no se debe experimentar?

Experimentar como todo lo anterior, sin preocupación; fijarse en sus resultados si son benéficos, les aconsejará la ciencia; y no acusar de inmoral al sabio, porque esta será una imprudencia, lo mismo que fundarse en que es inmoral para desechar todo lo anterior.

Creo haber demostrado al Sr. Dr. Mexía que ninguna razón tuvo para escribir todo lo que publicó en su artículo á que me refiero. Tal parece (me resisto á creerlo), ó que el Sr. Dr. Mexía, no conociendo los trabajos de Brown Sequard, se inspiró contra ellos por los díceres que se han oído todos estos días en la calle y en las casas de vecindad, ó que no entendió lo que Brown Sequard refirió relativo á sus experiencias, dado el encono y la preconcebida aversión y hostilidad con que escribió.

El Sr. Dr. Mexía se ha caracterizado por su dedicación y amor á la verdad; pero en esta vez la ha desconocido.

Entretanto, los que sufran hoy enfermedades, los que estén débiles ó postrados, y los que mañana también, así suframos, no desesperemos: la ciencia en su progreso incesante, nos ha dado una esperanza más, no para hacernos desde luego inmortales, sino para que si vemos á nuestros padres, que ya ancianos les falta vigor, si los contemplamos pesarosos al moverse lentamente, cuando á costa de algo de la propia vida quisiera uno devolverles aunque fuera parte de la fortaleza perdida; cuando veamos á nuestros hermanos, á nuestros hijos, á nuestras esposas ó á cualquiera sér querido, débil y macilento por la convalecencia de una enfermedad, sepamos que así como á nuestros padres, no sólo les ofreceremos con efusión nuestras fuerzas para ayudarles á hacer sus movimientos, sino que podremos proporcionarles algo que les dé fuerza y bienestar.

LUIS A. DIAZ Y DIAZ.

Las inyecciones Brown Sequard.

Dice *El Fígaro* de París en uno de sus últimos númeras:

"Las famosas doctrinas de Brown Sequard, han sido nuevamente discutidas no hace muchas semanas en la Academia de Medicina de París.

"Se ha comprobado que las experiencias hechas hasta hoy, dan plena razón á las teorías del ilustre sabio.

"¿Se ha encontrado el específico de la eterna juventud ó al menos de la pralongación de las fuerzas en la edad madura?

"Pronto lo sabremos, porque todas las sociedades científicas de Europa y de América, estudian actualmente las experiencias de Mr. Brown Sequard."

PRINCIPIOS INMEDIATOS.

I

Los alcaloides en la Academia.

El descubrimiento de los *principios inmediatos* de las plantas medicinales, arrastra fatalmente á la medicina por una nueva vía. Que los farmacéuticos y los médicos se encarnicen en detener la marcha del progreso, que hagan contra la fuerza de las cosas una resistencia desesperada, nada más natural. A un orden nuevo de cosas, es necesario generaciones nuevas; es necesario que el acopio de las viejas mercancías corra y se agote; es necesario que los hábitos se pierdan, que las preocupaciones se extingan; es necesario aún, lo que es más grave, que la forma de los intereses cambie, que los farmacéuticos, en lugar de ofrecer drogas que envenenan al público sin enriquecerlos á ellos mismos, lleguen á conocer la prosperidad fabricando á profusión los medicamentos que curan; es necesario, sobre todo, que los médicos encuentren el acuerdo entre la justa retribución dé sus cuidados y el espíritu de su sacerdocio, es decir, que la salud pública cese de revestir para ellos el aspecto de la bancarrota.

"Dans un chemin montant, sablonneux, malaisé......"

Tal es la vía salvada penosamente por la medicina. El práctico es la fuerza que pone el carruaje en movimiento; y tal que, correctamente vestido, apresurando su marcha y con amarga sonrisa sobre su corbata blanca, es más digno de lástima que un proletario sin trabajo.

Trabaja ó sufre por su profesión, y su vida por lo menos no es inútil.

Pero al derredor de él que sufre y trabaja en exceso, zumba la mosca que se agita, hace ruido, y contenta de sus brincos, se pára agradablemente sobre el tiro del carruaje atascado. La mosca del carruaje **médico es la palabra universitaria ó académica.**

Hace setenta años la química comenzaba á darnos los primeros alcaloides, y se podía ver bosquejar desde esa época una serie indefinida de conquistas positivas. Sin embargo, la medicina parecía apenas creerse interesada en tan fecundo descubrimiento.

Se estaba entonces en la terapéutica del desorden; violentar el organismo de todos los modos posibles era la palabra de orden y no se imaginaba que se pudiese obedecer á ninguna otra. Con el empirismo del pasado, la medicación de las recetas se debilitaba ante lo que no se temía llamar medicina fisiológica. Se obraba fisiológicamente sobre las funciones, despezándolas, como se acababa de trabajar en la fraternidad de los pueblos acumulando á porfía los asesinatos civiles y militares.

Purgar hasta el cólico de miserere; hacer vomitar hasta la postración; quitar la sangre misma hasta el síncope; en fin, quemar la piel con torturas que no fueron conocidas ni en la Edad media: he aquí la terapéutica clásica de la primera mitad de este siglo. Será el honor indestructible de Hahnemann haber dado el primer golpe á este pesado cuadro inmóvil y cerrado; ya algunos espíritus justos decían con él: "Cesad de atormentar á la materia que es impotente por sí misma y no hace más que obedecer; atacad á la vitalidad que es la fuente de donde el órgano saca todas sus modificaciones. Cuando sujeteis á la vitalidad sabreis conservar ó restablecer la salud."

Pero ninguno veía aún la relación íntima que debía establecer naturalmente entre los principios inmediatos, que de año en año nacían modestamente de los crisoles de los químicos, y la medicina vitalista propiamente dicha, es decir, Hipocrática.

Sin embargo, la reacción se hacía poco á poco contra las dosis macizas. ¿Pero qué poner en su lugar? Las series de los alcaloides se enriquecían de día en día; la fisiología experimental se apoderaba de ellos, y basándose sobre el principio esencialmente científico de *la electividad*, producía maravillas, hacía suertes (*jonglait*) con la vida, y arrojando una mirada curiosa hasta la profundidad de los órganos, intentaba descubrir el mecanismo íntimo de la función.

Pero la clínica retrocedía ante el manejo de los instrumentos nuevos y delicados que le eran ofrecidos. Con su mano pesada, tenía miedo de herirse, ó mejor dicho, de dañar al enfermo. ¡Prudente circunspección con seguridad! y por la que no puede vituperársele, en este período oscuro en que los alcaloides no se ofrecían aún sino como venenos temibles.

La clínica, sin embargo, no podía más que aprovechar las ventajas presentadas por los medicamentos simples, ventajas que aparecían incontestables desde el principio; así la morfina y el sulfato de quinina habían entrado rápidamente en la práctica corriente. ¿Porqué esta preferencia, esta elección restringida? Es que estos principios inmediatos son de los que son tolerados por la economía á dosis fuertes; es el hecho de su constitución química y el resultado de un hábito y de una tolerancia excepcionales. Esto supuesto, la ordenanza magistral no descendía aún hasta el milígramo; habría creído caer en el mito ó en el ensueño. Y así es como el *centígramo* de morfina, el *gramo* de quinina, satisfaciendo su prudencia sin asustar su rutina, eran los bienvenidos, y fueron aún acogidos desde luego como huéspedes de distinción, á los cuales se festejaba.

¿Era mucho, se dirá? sí; pero en apariencia solamente, porque la realidad nos pone en frente resultados equívocos. El vicio está, en efecto, más en el método que en el medicamento, y el método clásico es más á menudo desastroso. ¿Quién se atrevería á afirmar que la suma del bien sobrepasa á la del mal desde hace más de cuárenta años, en la vulgarización de las dosis macizas de morfina y de quinina? Fuerza de los accidentes terapéuticos que el velo patológico cubre, y que en cierta época se han multiplicado para la química, como una terrible endemia, ¿no tenemos que contar con el quinismo y la morfiomanía?

La circunspección de la Escuela ha sido insuficiente; más bien que producir accidentes tóxicos, vale más abstenerse de ellos; mejor que preparar al público á hábitos viciosos, vale más esperar.

Esperar y buscar: buscar de buena fe; y se habría acaso encontrado más pronto el procedimiento de aplicación que asegura desde luego la inocuidad del remedio, y además la energía de la acción medicamentosa. Se puede decir que si la morfina no hubiese sido dada nunca sino dosimétricamente: *un milígramo de distancia en distancia hasta efecto*, jamás la morfiomanía hubiera sido nacida de su empleo terapéutico.

Pronto veremos que á pesar de la cruel lección del pasado, la franqueza brutal de los acontecimientos, la oligarquía todopoderosa, que posee en su seno el depósito, no de la verdad, sino del error, no está próxima á llegar á reconocer su falta y enmendarse (n'est pas près d'arriver á resipiscence). Es y quedará consecuente consigo misma: nunca *la mosca del carruaje* dejará de creer que su fastidioso zumbido desempeña el papel de un motor incomparable.

Mientras que la mosca zumba y las tibias olas de la elocuencia académica corren por las cien voces de una prensa dócil, el práctico de la medicina y el práctico de la ciencia desempeñan su obra. Paso á paso se avanza; pronto la cosecha de los principios inmediatos queda hecha. Es rica, es suficiente para las necesidades quizá de todo un siglo. Las dos series de agentes orgánicos tienen encabezados inestimables, en la serie de la motricidad: la estricnina, la aconitina, la veratrina, la digitalina......; en la serie de la sensitividad: la atropina, la hyosciamina, la morfina, la cicutina...... Estos principios medicamentosos, tales como nos son ofrecidos, son virtualmente *simples;* dan la unidad del resultado; son sutiles, van á despertar la vida funcional bajo las espesas secreciones de la vida morbosa; son instrumentos admirables de reviviscencia...... ¿Qué no se puede utilizarlos luego y ponerlos al alcance de todos los pacientes que gimen en filas apretadas, lamentablemente, sobre toda la supercie del globo?

Aquí el problema cambia de faz: la ciencia no basta, es necesario que se apoye sobre la industria. Hace menos de veinte años Gubler decía que no se encontraría, en Francia, un gramo de quasina en todas las oficinas de farmacia reunidas; y era lo mismo de los otros principios inmediatos utilizados solamente en los laboratorios. Esto era una grave dificultad que podía retardar la marcha hacia adelante durante un tiempo indeterminado. Una cosa era fabricar un gramo de aconitina, por ejemplo, y otra cosa fabricar un kilógramo; en esa época sobre todo. Además de que los procedimientos en grande se diferencían de los procedimientos en pequeño, ¿qué razón podía tener un industrial de innovar en este sentido? Era, pues, necesario un primer sacrificio—considerable en sí mismo—y partiendo del corazón de un hombre convencido. Es lo que se quiere ignorar ó deliberadamente olvidar. Sin embargo, este primer industrial merece todo el reconocimiento de la ciencia; de él ha salido una terapéutica nueva, fecunda y bienhechora.

La vulgarización de los alcaloides se ha hecho de repente, aún contra las previsiones más optimistas, porque son admirables agentes y por sólo esta razón. Les faltaban dos condiciones para hacerse prácticos: existir en cantidad suficiente y quedar inofensivos.

Esto es lo que ha hecho la dosimetría: ella ha dado los medios y los alcaloides han hecho lo demás. El éxito de que se le hace un crimen — un crimen de lesa-ciencia y de lesa-profesión!—este éxito no es suyo; es de sus auxiliares, de sus agentes, de sus soldados, de los vencedores de la primera hora: los alcaloides mismos.

Esto es lo que, fuera de toda consideración científica, debería abrir mejor los ojos á los menos previsores. Nada demuestra más perentoriamente que allí está el progreso, porque quedamos aquí en la medicina usual, no en la medicina de excepción, en la práctica de todos los países y de todas las clases sociales, en la cuna en fin, no de casos raros, sino de casos que se cuentan todos los días por millones. Por todas partes en que la enfermedad domina, la vitalidad se deprime y amenaza con desaparecer; esto supuesto, los alcaloides son los sostenedores esenciales, cómodos é inagotables de la vitalidad. Luego su empleo es el progreso.

¿Se quiere el progreso? He aquí la verdadera faz de la cuestión.

Que responda la Academia, guardiana de los *siete sellos*, dispensadora de las fórmulas...... y de las gracias (?)

Y bien! No ha estado en el trabajo; pero quisiera estar en el honor...... es lo que se dice, por lo menos. Una cosa solamente parece clara en su aptitud, es que no ha llegado para ella el momento de entrar en escena. ¡Gran merced del apoyo!

Trabajaremos, pues, con nuestras solas fuerzas; la lucha contra el mal no es nunca placentera; pero preferimos nuestra tarea, nos gusta más "arrastrar el carruaje hasta perder el aliento" que "zumbar y abrillantar las alas."

Después del descubrimiento de los sabios: el método-práctico de los dosímetras; y después de esto: la vulgarización y el socorro eficaz á los enfermos. Hace ya quince años que la vulgarización avanza por el "camino áspero, incómodo," sin una hora de desfallecimiento ó de retardo; cada día el bien aumenta y el mal disminuye, y esto seguirá así hasta el límite marcado al hombre por su imperfección.

Esto supuesto, durante este trabajo es por lo menos interesante notar la canción de la mosca, y he aquí su última copla: Después de largos años de silencio oficial sobre una cuestión que es el corazón mismo y el centro de la prectica médica, la Academia — como incidentalmente—abre la liza entre sus bravos sobre el terreno de las aplicaciones terapéuticas de *los principios inmediatos.*

No olvidemos que en esta cuestión el trabajo químico está hecho, el trabajo clínico está hecho, ó por lo menos trabajos suficientes para las necesidades de la práctica; sabemos también que el trabajo social, ampliamente comenzado, avanza diariamente.

¿Pero creeis que la Academia va á tomar la cuestión en el punto preciso á donde modestos prácticos la han traído? ¡Ah! ¡qué poco la conoceríais! Mas vendrá luego la experiencia, y sabreis que el primer cuerpo médico de Francia vive y habla en una esfera que le es enteramente especial, en un planeta que no es aquel en que el público sufre y muere! La Academia ha vuelto á tomar la cuestión *al ovo* y la ha abandonado en los puñales que preceden al primer paso.

En vano el Sr. Laborde podía creer el proceso juzgado en fisiología desde Claudio Bernard. No hay nada de esto; en nombre de la reserva profunda que es la única que conviene á tan gran compañía, los químicos están decepcionados de sus trabajos y los fisiologistas de sus esperanzas.

"Casi nada hay en la ciencia, dicen estos padres conscriptos de la medicina, estos puros sabios súbitamente amedrentados. Los alcaloides no son siempre idénticos á sí mismos; sus resultados no son siempre comparables. Más aún, no se entiende uno sobre las dosis! . . . . . Y luego ¿qué sabemos solamente si son principios simples? ¿sabemos lo que vienen á ser en la economía? sabemos todo lo que hay en una planta? ¿sabemos? . . . . pero nada sabemos ¿cómo, por tanto, sacar una conclusión?"

Y el Sr. Laborde, muy admirado, ha vuelto á su laboratorio y á sus experimentos. Le aconsejaremos que no salga antes de que la noble Asamblea haya tomado el descubrimiento bajo su misma tutelar.

Como el Sr. Laborde, tampoco el Sr. German Sée—siempre escuchado, sin embargo—ha podido convencer á sus colegas. Ciertamente el Sr. German Sée no es dosímetra; es aún probable que ignore simplemente, como todos ellos, los hechos fisiológicos sobre los cuales se funda la terapéutica dosimétrica. No podía por lo mismo ser sospechoso de herejía; más aún, ofrecía en cierto modo á la docta Asamblea el ejercicio de esta autoridad, que es para ella su golosina, y aun una especie de patronato de ensayo, esperando mejores tiempos.

No, no, no había llegado el momento; la Academia elegirá su momento y no se dejará imponer por nadie: que se sepa una vez más! La Academia, por lo demás, es una persona avisada, y ha hecho voltear las cosas muy hábilmente á su satisfacción; se ha ofrecido aún un goce de una naturaleza más íntima y más refinada. Se le quería servir una carpa. Y bien! mejor inspirada que su cocinero, se ha regalado con una merluza.

Qué! se dice que la Academia está celosa de la extensión de la Dosimetría, que le hace una guerra de campanario, sobre el dorso de los desgraciados enfermos. Ah! qué error! Si la Academia ignora pura y simplemente todo lo que se hace fuera de ella, ó que no ha recibido por lo menos su estampilla.

Qué! se dice que la Academia evita el empleo de los alcaloides á fin de no poder ser sospechosa de dar una aquiescencia cualquiera á una terapéutica extraña á sus doctas conversaciones. Ah! qué error! ¿Parcialidad, de la Academia? Nunca, jamás.... la Academia no tiene sino principios, ó por lo menos quisiera tenerlos. No se trata, pues, de ninguna manera, de Dosimetría en este estudio de los alcaloides; no puede ser cuestión de lo que se ha querido llamar pomposamente de la yugulación de las enfermedades agudas, se trata de un principio: de la preferencia que dar á los medicamentos simples ó á los medicamentos complexos.

Y he aquí á la Academia que se siente rejuvenecida al pensamiento de romper una lanza en pro de los desheredados, de los abandonados.— " Ah! que los hombres de la vanguardia piensen en ello; marchan, avanzan, y dejan detrás de sí tesoros. Tal es la digital, la planta, la verdadera planta, total aunque desecada, la planta en polvo ó en hojas. Y bien! nunca la digitalina, que se dice tan brillante en todas sus pro-

piedades, tan irresistible en sus efectos, nunca la digitalina ha hecho orinar tan abundantemente como dos gramos de hojas de digital maceradas en un vaso de agua, simplemente remojadas en agua fría! Y hace ya treinta años que esto dura en la práctica del Sr. Hérard. Y el Sr. Hérard, hombre honrado si los hay, no es ciertamente el primer venido. Es, pues, evidente que los alcaloides no son sino agentes de ocasión. Es cierto que las preparaciones oficinales dejan algunas veces que desear; se ha visto prescribir sin éxito cucharadas enteras de tintura de digital y no se reconocían sino los efectos del alcohol componente de la tintura; pero en suma, el enfermo no se ponía peor, y además, ¿no es cierto que el alcohol es un precioso medicamento?

" Después de esto cada uno es libre. Uno prefiere el strofantus, otro la strofantina. A uno el primero le da éxito, al otro la segunda. No hay en esto porqué hacer un sistema, tanto más que vuestro extracto de strofantus puede ser, al fin de cuentas, strofantina y recíprocamente. Consultad á los señores farmacéuticos."

Pero la Academia rinde siempre homenaje, en todas circunstancias, á la elocuencia de sus miembros, á los trabajos difíciles, á los experimentos minuciosos y á la perfecta buena fe de los clínicos eminentes que arrojan un brillo incomparable sobre sus sesiones hebdomadarias.

¡Anda, trabaja, pobre médico oscuro! En tu sed de desinterés compromete tu responsabilidad, obra con espíritu libre y corazón valiente. Si el éxito traiciona tus esfuerzos serás moralmente condenado y la opinión se creerá justa hacia tí desde que pueda decir: " No seguía los preceptos de la Academia."

Sin embargo, el médico que quiere curar, y que prefiere un buen consejo á un hermoso discurso, se ha descubierto por todas partes el día en que la Dosimetría ha podido enseñar una enfermedad metódicamente vencida. Este tiene fe y se admira siempre de que un sabio no sea sino un amable escéptico. Espera que los maestros lo adelanten, y cuando la Academia ha puesto á discusión el empleo clínico de los alcaloides ha prestado un oído atento.

Algunos, en la docta compañía, hablaban arrogantemente y en voz alta. Se oía como un preludio de *fanfare*. ¿Era que los sabios iban á hacer una obra de hombres? ¿era que se iba á oir una verdadera descarga contra la enfermedad y la muerte?

Ah! qué farsa! Es el zumbido vibrante de una mosca muy hinchada del jugo nutritivo del orgullo. La hermosa, embriagadora con su ruido, feliz con sus veinte patas, con sus alas lustrosas, roza al trabajador, salta y brinca. Luego, como gusta variar en sus placeres, se ha parado perezosamente sobre el borde del camino; y héla aquí ahora que coquetamente se alisa, se mira, se admira, se absorbe en su beatitud. ¡No sabe (¿lo ha sabido nunca?) que gime, suda y cae, al trepar el abrupto sendero!

Tal es el anverso de la medicina clásica al fin del siglo diez y nueve; vamos á ver el reverso en la Escuela de Farmacia.

DR. GOYARD.

(Continuará.)

RELACION MENSUAL

Sobre las análisis cualitativas y cuantitativas de diversos alcaloides, productos químicos y farmacéuticos de la casa Chanteaud y Cª

París, 30 de Agosto de 1889.

Sr. Chanteaud:

Adjuntos encontraréis los resultados de las análisis que me habeis confiado.

Estas análisis se reparten de la manera siguiente:

1º Diez muestras de alcaloides, glucósidos ó sales alcalóidicas.

2º Una muestra de arseniato de sosa.

3º Una muestra de ácido tártrico, cuya análisis detallada os he dado en la corriente del mes.

4º Diez y seis muestras de gránulos dosimétricos diversos, sobre los cuales he practicado sesenta y seis dosificaciones.

Por las cifras adjuntas vereis que los resultados son muy satisfactorios.

Tened, señor, la bondad de aceptar la seguridad del más profundo respeto de vuestro servidor

J. HOUDAS.

Digitalina. — Dos muestras presentando exactamente los mismos caracteres, lo que nada tiene de extraordinario pues que proviene de la misma fabricación.

El producto se presenta bajo el aspecto de un polvo blanco, muy ligeramente amarilloso, higroscópico, soluble *en el agua, insoluble en el cloroformo y el éter.*

La solución alcohólica abandonada á la evaporación espontánea deja un residuo amorfo.

La solución acuosa hace abundante es-

puma por la agitación; es precipitable por el tanino y el acetato de plomo amoniacal.

Con el ácido clorhídrico, coloración amarillosa.

Con el ácido sulfúrico, coloración rojiza viniendo á ser púrpura por la adición de agua bromada.

Todos estos caracteres son los de la *digitalina pura.*

Aconitina.— Dos muestras idénticas.

Polvo blanco, apenas amarilloso, insoluble en el agua, soluble en el alcohol, el éter y el cloroformo: soluble en el agua acidulada. Muy ligeramente amargo, produce sobre la lengua y la garganta un picoteo muy desagradable.

Por evaporación de sus soluciones no he obtenido sino un residuo amorfo.

Las reacciones del producto, son las siguientes:

Acido azótico: no hay coloración.

Acido sulfúrico: coloración amarillenta pasando al violeta.

Acido fosfórico á caliente: coloración violeta.

La solución de aconitina precipita por el cloruro de oro, de platino, el bicloruro de mercurio.

En resumen, el producto presenta todos los caracteres de una buena aconitina *amorfa.*

Cafeina.—Polvo blanco, bastante soluble en el agua hirviendo, muy soluble en el alcohol, el éter y el cloroformo.

La solución alcohólica abandonada á la evaporación espontánea cristaliza en largas agujas blancas. Sucede lo mismo con los otros disolventes.

El producto calentado con precaución entre dos vidrios de reloj, se sublima sin dejar residuo.

Las reacciones son las siguientes:

Nada, con los ácidos sulfúrico y clorhídrico.

Con el ácido azótico, coloración amarillosa; si se añade amoniaco después de la evaporación del ácido, coloración púrpura.

La misma reacción sustituyendo el cloro al ácido azótico.

En resumen, la cafeina es de una pureza absoluta.

Atropina. — Polvo impalpable, de un blanco perfecto, insoluble en el agua, soluble en el alcohol, el éter y el cloroformo.

Las soluciones se cristalizan perfectamente por la evaporación del vehículo. Calentado sobre una lámina de platino el producto no deja residuo alguno.

Produce la dilatación de la pupila.

Atropina pura.

Colchicina. — Polvo amarilloso, soluble en el agua, el alcohol, el éter y el cloroformo. La solución clorofórmica, adicionada de ligroina y abandonada á la evaporación espontánea, no ha dado sino un residuo amorfo.

La solución precipita por los reactivos generales de los alcaloides, excepto por el cloruro de platino.

Coloración amarillosa intensa por el ácido sulfúrico.

Con el ácido azótico, coloración violeta, pasando al moreno, luego al amarillo.

Aconitina. — Gránulos al medio milígramo.

I.	8 Gránulos	han dado	0.003	de residuo, sea	0.0004	por gránulo.
II.	5 Gránulos	" "	0.0035	" " "	0.0007	" "
III.	4 Gránulos	" "	0.0035	" " "	0.0087	" "
IV.	20 Gránulos	" "	0.0095	" " "	0.000475	" "

El ácido es amorfo y presenta todos los caracteres de la Aconitina que hemos estudiado más arriba.

Cafeina.—Gránulos á un milígramo.

I.	20 Gránulos	han dado	0.0210	de cafeina cristalizada, sea	0.00105	por gránulo.
II.	10 Gránulos	" "	0.010	" " " "	0.001	" "
III.	5 Gránulos	" "	0.006	" " " "	0.0012	" "

Alcaloide perfectamente cristalizado indicando una materia prima de una pureza absoluta.

Brucina.—Gránulos al medio milígramo.

I.	20 Gránulos	han dado	0.0095	de brucina, sea	0.00048	por gránulo.
II.	10 Gránulos	" "	0.0045	" " "	0.00045	" "
III.	5 Gránulos	" "	0.00250	" " "	0.0005	" "

La solución clorofórmica, abandanada á la evaporación espontánea, ha dado cristales blancos, insolubles en el agua y el éter, solubles en el alcohol y el cloroformo.

Coloración roja con el ácido azótico.

La solución clorhídrica se colora en el rojo sangre por la acción del cloro.
En resumen, brucina pura.

Colchicina.—Gránulos al medio milígramo.

I.	20 Gránulos han dado	0,010	sea por gránulo	0.0005	de colchicina.
II.	6 Gránulos " "	0.00325	" " "	0.00055	" "
III.	5 Gránulos " "	0.00275	" " "	0.00055	" "

El residuo de agotamiento de los gránulos por los líquidos apropiados es amorfo y presenta todos los caracteres de la colchicina estudiada en la primera parte de esta relación.

Atropina.—Gránulos al medio milígramo.

I.	20 Gránulos han dado	0.01	de alcaloide cristalizado, sea	0.0005	por gránulo.
II.	6 Gránulos " "	0.00275	" " " "	0.00046	" "
III.	4 Gránulos " "	0.0015	" " " "	0.0004	" "

El alcaloide obtenido por evaporación del disolvente, es perfectamente cristalizado y da todos los caracteres de la atropina.

Sulfato de atropina.—Gránulos al medio milígramo.

Hemos dosificado la atropina al estado libre, y la hemos reducido por el cálculo al estado de sulfato.
Reactivo de Erdmann, coloración azul muy fugaz.
Reactivo de Froehde, coloración amarilla pasando poco á poco al verde amarilloso para volver á ser amarilla.
En resumen, el producto presenta todos los caracteres de una buena atropina amorfa.

Guaranina.— Polvo blanco, soluble en el agua hirviendo, el éter, el cloroformo, el alcohol. La evaporación de los disolventes la deja perfectamente cristalizada.
Da todas las reacciones obtenidas con la cafeina.
Hyosciamina.—La solución alcohólica que me ha sido remitida es colorida. Evaporada, da un residuo amorfo, moreno, in soluble en el agua, soluble en el alcohol, el éter, el cloroformo. El producto da las reacciones de la hyosciamina; pero está un poco colorido.
Arseniato de sosa. — Hemos dosificado el arsénico por el nitrato de plata y hemos reconocido que el agua de hidratación contenida en la sal, es realmente la que debe encontrarse en el arseniato de sosa puro.

Nitrato de pilocarpina.—Polvo blanco que disuelto en el agua abandona por evaporación cristales bien marcados.
El alcaloide obtenido de esta sal es líquido y da todos los caracteres de la pilocarpina.
Hemos buscado la jaborina en el producto; pero no hemos podido reconocer su presencia.

ANALISIS DE LOS GRANULOS DOSIMETRICOS.

Hemos hecho varias dosificaciones variando la cantidad de gránulos, de manera á determinar bien si el reparto del medicamento está hecho uniformemente. El método de extracción que hemos empleado para retirar el alcaloide de los gránulos, es de un rigor absoluto.
Aparte del alcaloide ú otros principios activos, los gránulos están compuestos de azúcar, con exclusión de toda materia gomosa ó polvos inertes.

Digitalina.—Gránulos á un milígramo.

I.	10 Gránulos nos han dado	0.012,	sea 0.0012	por gránulo.
II.	5 Gránulos " " "	0.00475,	" 0.00095	" "
III.	4 Gránulos " " "	0.004,	" 0.001	" "

El residuo de la evaporación del disolvente es amorfo, muy amargo y presenta todos los caracteres de la digitalina pura, que hemos estudiado más arriba.

Atropina.—Gránulos al medio milígramo.

I. 20 Gránulos de sulfato han dado 0.008 de atropina, lo que corresponde á 0.0107 de sulfato, sea por gránulo 0.00053

II. 10 Gránulos han dado 0.0045 de atropina, sea por gránulo 0.00045 y 0.0006 de sulfato.

III. 5 Gránulos han dado 0.00225 de atropina, sea por gránulo 0.00045 y 0.0006 de sulfato.

El alcaloide libre está perfectamente cristalizado y da todos los caracteres de la atropina.

Codeina.—Gránulos al milígramo.

I.	10 Gránulos	han dado	0.01025	codeina, sea	0.001	por	gránulo.
II.	6 Gránulos	" "	0.0060	" "	0.001	"	"
III.	5 Gránulos	" "	0.00575	" "	0.0011	"	"

El residuo del agotamiento de los gránulos, tratado por el éter y abandonado á la evaporación espontánea, deja codeina cristalizada.

Reactivo de Froehde, coloración verde-moreno, pasando al añil.

Acido sulfúrico y un óxido de fierro, coloración azul.

En resumen, la codeina es pura.

Narceina.—Gránulos al milígramo.

I.	10 Gránulos	han dado	0.00875,	sea	0.000875	por	gránulo.
II.	8 Gránulos	" "	0.00725,	"	0.0009	"	"
III.	5 Gránulos	" "	0,00425,	"	0.00085	"	"

El residuo de la evaporación del disolvente está cristalizado en agujitas blancas presentando todos los caracteres de la narceina pura.

Coloración azul con el agua yodada.

Hyosciamina.—Gránulos al medio milígramo.

I.	10 Gránulos	han dado	0.003,	sea	0.0003	por	gránulo.
II.	10 Gránulos	" "	0.003,	"	0.0003	"	"
III.	5 Gránulos	" "	0.00175,	"	0.00035	"	"
IV.	20 Gránulos	" "	0.0065,	"	0.00035	"	"

El residuo de la evaporación del disolvente es moreno y amorfo; presenta los caracteres de la hyosciamina.

Guaranina.—Gránulos al milígramo.

I.	10 Gránulos	han dado	0.009,	sea	0.0009	por	gránulo.
II.	4 Gránulos	" "	0.004,	"	0.001	"	"
III.	6 Gránulos	" "	0.00525,	"	0.00087	"	"

Alcaloide perfectamente cristalizado, dando todos los caracteres del que hemos estudiado en la primera parte de esta relación.

Nitrato de pilocarpina.—Gránulos al milígramo.

I. 10 Gránulos dan 0.00675, lo que corrresponde á 0.0087 de nitrato, sea 0.0009 por gránulo.

II. 5 Gránulos dan 0.0045, lo que corresponde á 0.0055 de nitrato, sea 0.0011 por gránulo.

III. 4 Gránulos dan 0.0025, lo que corresponde á 0.0032 de nitrato, sea 0.0010 por gránulo.

Clorhidrato de morfina.—Gránulos al milígramo.

El alcaloide obtenido al estado libre ha sido transformado en clorhidrato y pesado así:

I.	10 Gránulos	han dado	0.0125	clorhidrato, sea	0.00125	por	gránulo.
II.	5 Gránulos	" "	0.005	" "	0.001	"	"
III.	4 Gránulos	" "	0.0045	" "	0.0011	"	"

Alcaloide perfectamente cristalizado, así como su clorhidrato, lo que indica la pureza del producto empleado.

Reacción roja con el ácido azótico.

Sal de Gregory.—Gránulos al milígramo.

Como para el clorhidrato de morfina, los alcaloides obtenidos al estado de libertad han sido transformados en clorhidratos y pesados tales.

I.	10 Gránulos han dado	0.0105,	sea	0.001 por gránulo.
II.	5 Gránulos " "	0.006,	"	0.0012 " "
III.	4 Gránulos " "	0.00375,	"	0.00094 " "

El residuo de la evaporación de la solución alcalóidica está perfectamente cristalizado, así como la solución del clorhidrato.

Hemos reconocido las reacciones de la codeina y de la morfina.

Arseniato de estricnina.—Gránulos al medio milígramo.

Hemos dosificado la estricnina en diferentes cantidades de gránulos y hemos deducido por el cálculo la cantidad de arseniato.

I.	10 Gránulos nos han dado, hechos todos los cálculos,	0.00045 por gránulo.
II.	5 Gránulos " " " " " " "	0.0005 " "
III.	4 Gránulos " " " " " " "	0.000475 " "

El residuo alcalóidico está perfectamente cristalizado.

Con el ácido sulfúrico y el bicromato de potasa, nos ha dado una coloración violeta. Hemos encontrado todos los caracteres de la estricnina pura.

Arseniato de sosa.—Gránulos al milígramo.

Hemos titulado el arsénico al estado de sulfuro y hemos deducido por el cálculo el peso del arseniato de sosa.

I.	10 Gránulos nos han dado, hechos todos los cálculos,	0.00125 por gránulo.
II.	10 Gránulos " " " " " " "	0.00095 " "
III.	6 Gránulos " " " " " " "	0.001 " "

J. HOUDAS, QUÍMICO.

VARIEDADES.

EL SUEÑO DE LAS PLANTAS.

La plante dor...... et elle dor pour la salut et la conservation de l'humanité.

LOUIS JACOLLIOT.

Refiere Jacolliot que el gran naturalista Lineo, el legislador del mundo vegetal, que conoció íntimanente la vida de las plantas, se paseaba á la hora del crepúsculo por la orilla de un bosque, cuando fijando su penetrante mirada en la inclinación hacia la tierra, de las ramas floridas de la retama y de las acacias, exclamó como contestando á una inspiración interior de su genio observador: *Sí, las plantas duermen.*

La adivinación de este misterio de la vida vegetal por el naturalista sueco, ha recibido la sanción de la ciencia y hasta los poetas han cantado el sueño de las flores como podrían cantar el sueño tan tranquilo de los niños.

El ritmo de la actividad vital que supone un estado de reposo alternando con otros de vigilia, es la causa general del sueño. Pero si la actividad diurna que gasta más ó menos las fuerzas fisiológicas, y exige, en la serie animal, la reparación de aquellas por medio de alimentos y el acumulo de nuevas energías mediante algunas horas de reposo ó de sueño, no sucede lo mismo en el mundo vegetal. Aquí la ausencia de la luz es la causa determinante de lo que se ha llamado sueño de las plantas, pues no podría referirse á la misma causa que en los animales, puesto que la vida de relación es rudimentaria en los vegetales, y en el animal la variedad de movimientos que ejecuta durante el día, es un motivo de solicitud al reposo por los órganos cansados.

La forma en que se revela el sueño de las plantas es muy variable según las especies. Por regla general, aquel es más manifiesto en las plantas tiernas que en las ya adultas. Como las hojas se repliegan

siguiendo comunmente la misma disposición que tenían en la yema antes de brotar, dedujo de aquí Lineo que el objeto del sueño era, por la previsión de la naturaleza, para sustraer los retoños jóvenes á la acción del frío. El estado de humedad no influye en la producción ó paralización del fenómeno, y en muchas plantas como la Robinia pseudoacacia, las hojas están erguidas hacia el sol cuando están bañadas en plena luz, se ponen horizontales á la luz difusa, y cuelgan flaccidas como marchitas, en plena oscuridad. Los mismos movimientos de acomodación variable de las hojas en la oscuridad indujeron á De Candolle á referir el fenómeno á la falta de estímulo propio de las funciones vegetales que es la luz. Las experiencias emprendidas por este naturalista con la Sensitiva (Mimosa púdica) son muy curiosas. Este naturalista encerraba las plantas en un lugar oscuro durante el día, y por la noche las sometía á una iluminación artificial ó bien después de hacerlas pasar á plena luz en el día, las seguía alumbrando de noche. En el primer caso observó que la planta desviada de la ejecución ordinaria de sus movimientos, abría y cerraba sus hojas á distintas horas, hasta que su organización se habituaba á la nueva vida, y entonces cerraba sus hojas á la oscuridad durante el día y las abría á la luz artificial durante la noche. En el segundo caso, las alternativas de sueño y de vigilia eran irregulares, pero no por eso dejaban de alternarse estos dos estados.

Luis Figuier, citando la opinión de De Candolle sobre el particular, dice: "Se puede inferir de estos hechos que los movimientos del sueño y de la vigilia están ligados á una disposición de movimiento periódico inherente al vegetal, pero que es esencialmente puesto en actividad por la acción estimulante de la luz, la cual obra con una intensidad diferente sobre diferentes vegetales, de tal manera, que la misma dosis de luz produce resultados diversos sobre diversas especies. (Luis Figuier. *Histoire des plantes.*)

La conclusión de De Candolle inspiró á los naturalistas el deseo de investigar la influencia de los eclipses sobre el sueño de las plantas, pero los resultados fueron contradictorios, y, cosa notable, la Sensitiva que es la planta impresionable por excelencia, no presentó fenómeno alguno de sueño durante el eclipse.

Lo que sí está probado es, que las plantas duermen, y en nuestro concepto, es un fenómeno determinado por la luz pero en consonancia con la armonía de las funciones fisiológicas propias de los vegetales.

Bajo la influencia de la luz las plantas absorben el gas carbónico que existe en exceso en la atmósfera por la respiración animal y las combustiones. Este fenómeno forma lo que los botánicos han llamado la respiración de las plantas. El gas carbónico es reducido por la clorófila, materia colorante verde que existe en las hojas y otras partes del vegetal, y toma para la nutrición de sus tejidos el carbono, desprendiendo el oxígeno tan necesario para la respiración del hombre y de los animales. Pero esto constituye una de las fases de la respiración de las plantas; es la respiración diurna que en la sublime previsión de la Naturaleza, establece una relación armónica entre las funciones del mundo animal y las del vegetal. Los principios que el animal desecha en su respiración porque le son nocivos, tóxicos, los aprovecha el vegetal, porque son un elemento indispensable para su desarrollo, para su nutrición, en tanto que el oxígeno que la planta no necesita, es de grande importancia, de economía vital, para los animales.

"La respiración diurna de las plantas, dice Luís Figuier, que vierte en el aire masas considerables de gas oxígeno, vienen felizmente á compensar los efectos de la respiración animal y de las partes no verdes de los vegetales, que producen ácido carbónico, gas impropio para la vida del hombre y de los animales. Si los animales transforman en ácido carbónico el oxígeno del aire, las plantas toman este ácido carbónico por su respiración diurna, fijan el carbono en la profundidad de sus tejidos y vuelven á la atmósfera un oxígeno reparador."

Pero el vegetal tiene otra función respiratoria durante la noche, completamente opuesta á la del día. Parece que la acción de la luz despierta las propiedades redentoras de la clorófila y el ácido carbónico se descompone en carbono y oxígeno. La falta de luz hace que la planta exhale gas carbónico y consuma oxígeno, es decir, que su respiración sea semejante á la de los animales.

¿Qué objeto puede tener esta doble respiración de las plantas?

Para contestar satisfactoriamente esta pregunta con todos los datos de la ciencia y descubrir uno de los más augustos misterios de la vida universal, detengámonos un poco á examinar lo que pasaría si una noche muy prolongada envolviera nuestro globo. Los vegetales consumirían el oxígeno tan indispensable á la vida animal,

y además, cargarían la atmósfera de un principio tóxico que precipitaría la muerte de toda ánima viviente. Pero aun antes de que tal cosa sucediese, el reino vegetal habría desaparecido por inanición, por hambre, por falta de carbono asimilable á sus tejidos que sólo puede recibirlo vitalizado por la acción de la luz. Y entonces..... al mundo animal le habría faltado su mejor protector contra los invisibles enemigos de su existencia. La muerte saldría del Hades paseando por el mundo millares de millones de legiones de microbios que darían cuenta hasta del último ser organizado. " Durante el día, dice elocuentemente L. Jacolliot, esos informes combatientes que se desprenden de los detritos orgánicos, se precipitan en los aires, y arrebatados por el viento, se aprestan á su obra de destrucción; pero llega la noche, los vegetales protectores duermen, y de sus órganos en reposo se escapan en olas presurosas el ácido carbónico que va á destruir esas hordas misteriosas y siniestras que llevan consigo el tifo ó la peste."

" Sí, la planta duerme! y duerme para la conservación y la defensa de la humanidad." (L. Jacolliot. *La génese de la térre.*)

Todo el mundo conoce el precepto higiénico de no dormir en recinto cerrado donde hay ramilletes de flores ó plantas, porque estas vician el aire con el gas carbónico que desprenden y pueden llegar á ser tóxicos para el hombre ó los animales que lo respiren en exceso. Pues bien, si para el hombre llega á ser tóxico el desprendimiento del gas carbónico por unas cuantas flores ó plantas, calcúlese los efectos que producirá la respiración nocturna de los vegetales sobre los *microbios*, esos organismos infinitamente pequeños, que teniendo poca resistencia vital no pueden vivir en una atmósfera cargada de gas carbónico. Ningún microbio resiste á la acción deletérea de ese gas, según lo han demostrado en sus experiencias de laboratorio, ilustres fisiólogos como Claudio Bernard y Pasteur.

El calor facilita la generación de los microbios; los miasmas que se desprenden de los pantanos, de las orillas de los rios donde entran en putrefacción los vegetales y animales muertos; los que se desprenden de los muladares donde se acumulan las inmundicias de las poblaciones, son nada menos que nubes de microbios infecciosos que llevan á todas partes la enfermedad y la muerte. Durante el día, estas emanaciones se hacen con energía y la generación microbiótica es tanto mayor, cuanto más se ve favorecida por el calor y la humedad, y en la noche cuando se apresuran á penetrar en la alcoba donde duerme el niño para herir su virgen organismo, ó donde el anciano busca en el aire fresco de la noche un lenitivo á su respiración asmática y fatigosa, y respirar en lugar de la vida la muerte, un árbol vigilante detiene su carrera, y á los verdugos los convierte en víctimas.

Es verdad que esta acción de los vegetales no es perfecta, porque el gas carbónico exhalado no es suficiente para destruir los microbios que se han desarrollado durante el día. Pero quizá, en la previsión de la naturaleza, deban existir algunas cantidades de estos microorganismos para probar la resistencia vital de los seres superiores y determinar por este medio una selección entre lo mejor, datos para la lucha por la vida. Sin embargo, la correlación de las fuerzas naturales conspirando á sostener la armonía en las leyes de la vida, se manifiesta en el hecho que nos ocupa. En los países tropicales, donde los días son más largos que las noches, la actividad de los seres organizados es mayor; el hombre respira más tiempo un aire más puro, y las legiones de microbios que se desarrollan durante un día, son destruídas en parte por las emanaciones de los bosques, los jardines y de las plantas que cubren casi todo el suelo. En estas regiones, se desencadenan también fuertes tempestades acompañadas de descargas eléctricas que favorecen la producción del ozono, y éste es un poderoso purificador del aire viciado. En las regiones polares donde la vegetación es escasa, los microbios no pueden desarrollarse, porque su existencia es imposible á temperaturas de veinte ó más grados bajo cero.

De lo expuesto, podemos inferir que el sueño de las plantas es el resultado de la desasimilación que sufren, restituyendo al aire uno de los alimentos más indispensables para el sostén de su vida; y que esta función que produce en ellas la languidez del sueño, es la muerte para los microorganismos y la vida y la salud para el hombre y los animales superiores.

¿Qué consecuencia práctica podemos deducir de aquí?

La más importante para el bienestar de las sociedades que estimen en algo la salud pública y la salud personal. El mayor crimen de lesa humanidad, es destruir los bosques que rodean las poblaciones. Hay muchas razones en apoyo de esta aserción. Los bosques y la vegetación en general son las regularizadoras de las lluvias; facilitan la impregnación de los terrenos, evitando

que las corrientes deslaven las colinas y destruyan los valles, permitiendo que esta agua penetre á las capas profundas del terreno y se distribuyan en las arterias subterráneas que alimentan las fuentes brotantes y los veneros que en algunos puntos se transforman en caudalosos ríos. Allí donde un desmontador codicioso é ignorante ha convertido los grandes boscajes en extensas llanuras yertas, á la agricultura, las lluvias pierden su regularidad y las nubes abren su seno arrojando sobre el suelo ruinosas cataratas, ó bien se descargan á la margen de los ríos produciendo furiosas inundaciones. Las epidemias se hacen casi estacionarias en esas regiones, porque los hombres al destruir los bosques han destruído los protectores de su salud que son más fieles que los guardianes de su seguridad personal.

Es, pues, de suma importancia atender al plantío de árboles en los alrededores de las poblaciones, y los gobiernos no deben descansar nunca en vigilar la reposición de los bosques destruídos, pues de esta manera se acata uno de los preceptos higiénicos más sagrados sancionados por la naturaleza.

Todo padre de familia debe ver con cariño las plantas, más aún, debe procurar su cultivo, tanto de ornato como florestal, porque esos seres son los protectores de sus hijos, y debe reflexionar que cuando todos duermen, unos sueñan con los ángeles, y los otros los envuelven en una nube de muerte para los terribles microbios que buscan á los seres débiles para envolverlos en fúnebre sudario.

¡Bendita sea la planta que tanto bien hace cuando duerme!

DR. DÍAZ DE LEÓN.

El suicidio en los animales.

Dice *La Nature* que un naturalista dudoso del conocido hecho de que los alacranes se suicidan cuando no pueden evitar su muerte, cogió seis alacranes, con los que hizo la prueba uno tras otro, colocándolos en el centro de un aro de hierro enrojecido.

El primer alacrán, como todos los demás, dieron una vuelta á cierta distancia al rededor del aro para ver si tenían por donde salir; luego colocados en el centro giraron dos ó tres veces sobre sus patas traseras como para asegurarse de que por todas partes estaban rodeados de peligro; algunos de ellos avanzaron resueltamente hasta muy cerca del aro y levantándose sobre sus patas traseras, parecía que querían saltar, más al hacérseles insoportable el calor, volvían al centro donde haciendo uso del garfio que llevaban en la punta de la cola, se daban rápidos y repetidos piquetes en la cabeza hasta quedar muertos después de ligeras convulsiones.

El mismo naturalista ha examinado la naturaleza del veneno que contiene el piquete del alacrán, el cual cree que sería tan mortal como el del veneno más activo si la secreción en el momento del piquete fuese un poco mayór.

Los microbios de la digestión.

Existen microbios digestivos, y nada tiene de extraño que el mejor día se vendan en las farmacias. MM. Pasteur y Duclaux llamaron la atención de los médicos hace tiempo acerca de la importancia que tenía el microbio en las funciones digestivas. M. Abelons ha querido ir más allá, y en el fondo del laboratorio ha hecho experiencias con él mismo, buscando los microbios en su estómago. La sonda le ha descubierto diez y seis clases de bacillos, de los cuales siete son conocidos, no respondiendo los nueve restantes á ningún tipo, si bien viven en el aire ó sin el aire.

Cabe preguntar si estos microbios tienen una función útil. M. Abelons los ha puesto en presencia de materias alimenticias, observando que algunos de ellos disuelven rápidamente la albumina, otros la fibrina, otros el glúten, y los hay también que fluidifican el almidón. Cuando se les coloca frente á un alimento entero, le atacan vivamente hasta transformarlo.

De estos curiosos ensayos ha deducido el profesor Abelons que los microbios ejercen una acción real sobre las materias alimenlicias que absorbemos, si bien cree que el verdadero teatro de sus funciones no es el estómago, sino los intestinos.

El veneno de los reptiles.

Todo el mundo sabe que con la leche se atrae á las víboras; pero muchos ignoran que la saliva de un hombre produce en la víbora el mismo efecto que el veneño de este reptil en el hombre. Si una víbora bebe leche en que se haya mezclado saliva, queda muerta en el acto.

En los países cálidos los alacranes atacan á los ratones, los cuales reciben en las luchas heridas irremisiblemente mortales. Si el raton atacado vence al alacrán, se come el cerebro de éste, el cual constituye un contraveneno que le salva.

TOMO II ENTREGA 24 15 DE DICIEMBRE DE 1889.

LA MEDICINA CIENTÍFICA

Director y editor, Dr. FERNANDO MALANCO.

Registrado como artículo de segunda clase.

HOMEOPATIA Y DOSIMETRIA.

Carta abierta al Sr. Dr. Amalio Romero.

De México á Guanajuato.

Octubre 25 de 1889.

Sr. Dr. Amalio Romero.

Apreciable señor compañero:

No tengo el honor de conocer á vd., pero sus escritos me indican que es hombre ilustrado, que de buena fe y por convicción profesa la Homeopatía. Ahora bien, yo, convertido á la moderna Alopatía, ó sea á la Dosimetría, ó sea á la Medicina Científica, de buena fe y por convicción milito en bando opuesto al de vd. Somos, sin embargo, dos adversarios que liga un mismo criterio, el criterio filosófico, el criterio científicc, el criterio formulado por Dake, que vd. invoca como su brújula; podemos, pues, entendernos; en nuestra discusión tienen que aparecer el Raciocinio y la Experimentación, nunca la soberbia ni la malevolencia.

Con permiso de vd. y del Sr. Dr. Zamora, me encargo de replicar la carta fechada en 15 de Abril de este año, y que reprodujo el número 20 del tomo II de la *Medicina Científica.* Los argumentos que en ella campean no tienen, en mi concepto, valor; son inútiles para su objeto; y conviene, limpiar de la estorbosa maleza el campo del debate, para maniobrar con libertad cuando la ocasión lo exija.

Voy á demostrar á vd. que en contra de lo que su carta asevera, 1º: La Dosimetría no es copia de la Homeopatía. 2º Si la Dosimetría fuera copia de la Homeopatía, no sería Hanhemann el copiado. 3º Las diluciones homeopáticas no quedan consagradas porque *un agente microscópico externo* pueda impresionar á todo el edificio orgánico, ni porque la materia sea divisible hasta lo infinito, ni porque en casos, como los que relata su carta, cantidades mínimas de sustancia hayan producido efectos remarcables; y 4º No es exacto que Pasteur atenúe sus virus *dinamisándolos* de inoculación en inoculación hasta quitarles lo virulento.

Pero antes de entrar en materia, permítame vd. lamentar que en la carta de que me ocupo, se haya hecho punto omiso de la discusión que sobre Homeopatía tuvimos los Dres. Colín y García Figueroa, y el que esto escribe; constan en mis escritos rebatidas muchas de las defensas que hoy reproduce la carta de vd., y una de dos, ó mis razonamientos de entonces nada significaron, y entonces aunque no fuese sino por atención, debería demostrarse, el ó los vicios lógicos de que adolecieron ó llenaron su cometido, y entonces, cuando menos es redundante repetir como en monótono martilleteo los propios gastados é inválidos alegatos.

I

¿Dice vd. que la Dosimetría es tomada de la Homeopatía, que Burggraeve copió á Hanhemann? Y yo digo que vd. se distrajo lamentablemente cuando apuntó semejante proposición.

La Dosimetría para el fogoso Dr. Colín (pág. 68 del primer tomo de *La Medicina Científica*) es la Alopatía que obedece en sus aplicaciones á la ley de los contrarios y que usa las dosis masivas; es (ibid., pág. 112) la falta de método, la negación de toda regla, la carencia de toda ley, el eclecticismo administrando todo y de todos, sin más principio que el gusto y criterio de quien escoge, amalgamando en abigarrado conjunto las cosas más contradictorias; es (ibid., pág. 125) la Alopatía disfrazada con todo clase de afeites, oropeles y zarandajas, la Medicina sin ley, principio ni guía, que dirija ó norme sus procedimientos, que pretende tenerlo todo y no tiene ni significa nada. La Dosimetría para el sesudo Dr. García Figueroa, usa *proyectiles* (ibid., pág. 357) como medicamentos; opone (ibid., pág. 362) una enfermedad terapéutica á otra espontánea, y pertenece (ibid., pág. 365) á la Escuela masivista. La Dosimetría para el Sr. Dr. Daudel (Doc-

trina Médica, pág. 248) es quimiatría de las más bizarras, asentada sobre la ley de los contrarios......

¿Qué opina vd? ¿Insiste en reclamar á esa nulidad, á ese arlequín, á ese rey de burlas, como una honra para el Sr. Hanhemann? ¿Acepta vd. que la Dosimetría poseedora de tan grande arsenal de defectos sea tomada de la Homeopatía, que Burggraeve la copió á Hanhemann? ó lo que es lo mismo, ¿consiente vd. en que la Homeopatía por derecho de prioridad ó paternidad, tenga todas esas galas con que sus mismos defensores la declaran ataviada?

¿O es, que ha rehabilitado vd. la Dosimetría hasta hacerla estimable, tan estimable que pueda ser reclamada como una gloria para el Dr. Hanhemann? ¿O, es que Colín, García Figueroa y Daudel calumniaron á la Dosimetría? ¿O es, que reina la anarquía respecto á credo científico entre los más distinguidos campeones de la Homeopatía? ¿O es, que vd. con noble intención y queriendo unir á los médicos declara emparentadas hasta las más antagónicas profesiones de fe? ¿O es, que vd., cual hábil político, quiere ahora contemporizar con la enemiga joven de veinte años, para concentrar fuerzas y herir con más vigoroso empuje á la decrépita aquella de los veintiún siglos?

Vamos, sea vd. explícito; en cuestiones como esta, la claridad nunca está de sobra.

Pero ya lo oigo replicarme que vd. no es responsable de lo dicho por sus colegas; que vd. profesa, como Cicerón, *Mea mihi contientia pluris est quam omnium sermo;* que vd. piensa con su cabeza como cada cual con la suya; y que, para vd., *la Dosimetría es copia de la Homeopatía.*

Pues bien, acepto la aseveración como hija de vd., y con su venia voy á responderle:

No sólo la Dosimetría no reproduce fielmente lo que enseña el Dr. Hanhemann, no sólo no imita á la Homeopatía, no sólo no la copia, sino que, bien al contrario, en lo que tienen ambas de sustancial son antagonistas. El conjunto de opiniones que profesa la Homeopatía y con que la formó el Dr. Hanhemann, las ideas mal copiadas que la componen, los experimentos incompletos que la fundan, y la terapéutica mística y sin valor que aplica, repugnan al credo dosimétrico ó sea al credo médico científico que defiende Burggraeve, que en suma es el sumario de verdades fundamentales conquistadas por la Análisis filosófica, el grupo de principios ciertos para curar las enfermedades, descubierto por la Experimentación, el conjunto de axiomas de donde debe derivar todo raciocinio que á curación se refiera, el código de proposiciones incontrovertibles que dibujan la manera de reconquistar la salud perdida y pautan el sendero que tiene que recorrer todo tratamiento facultativo verdaderamente científico; repugna en suma á la Dosimetría.

Y vea vd. si tengo razón.

II

Para Hahnemann, sectario en este punto de Pitágoras y Platón, de Thales y de Orígenes, de Zenon y de Van-Helmont, de San Cirilo y San Agustín, de Bacón y de Santo Tomás, el hombre es Trinidad, formada de *alma pensante*, directora de la psicología y un poco de la fisiología, de *fuerza vital*, encargada de todas las funciones fisiológicas, y de *cuerpo*, materia *ad hoc*, albergue é instrumento de esas *fuerzas sin materia*, de esas entidades, de esas personas que lo vivifican. Para la Dosimetría ó sea para la Ciencia, el hombre no es trinomio, ni siquiera binomio; el alma es (Brousseais, Büchner) el cerebro en actividad; la fuerza vital que también se llama, según los diversos aspectos bajo que se considera *fuerza evolutiva, Naturaleza, nutrición, fuerza medicatriz*, es sólo el acto fisiológico por excelencia, que tan pronto forma celdillas y crea blastemas, como resiste, conservando su organismo como lo adecuó, como equilibra los trastornos ó suprime los tropiezos que se oponen á su ritmo normal; el cuerpo es una federación de suborganismos, una colonia de individualidades zooníticas que viven bajo el gobierno armonizador del sistema nervioso y por su intermedio manifiestan sus necesidades normales y patológicas.

Para Hahnemann, prosélito en esto de Leibnitz y de Pascal, de Vico y de Boscovich, de Kant y de Demaistre, el dinamismo fisiológico se efectúa y conserva por la *fuerza vital;* es la actividad de ésta, dentro del cuerpo, obrando libre é independientemente de las condiciones estáticas que permiten su manifestación. Para la Dosimetría ó sea para la Ciencia, materia y fuerza, son correlativas; una presupone á la otra; estática y dinámica fisiológicas, son partes de la mecánica biológica; las dos consideran á la materia activa con la actividad propia del conjunto orgánico; la estática, al cuerpo en equilibrio, es decir, en salud; la dinámica, á las fuerzas y á sus efectos. El dinamismo vital comprende los

cambios consiguientes y correlativos en los elementos y en sus actividades.

Para Hahnemann, partidario en esta materia de Van-Helmont, la enfermedad es un desacuerdo de la *fuerza vital;* es por tanto incorpórea, intangible, é invisible como ella, es ella desacordada. Para la Dosimetría ó sea para la Ciencia, es un desequilibrio en la mecánica nerviosa que forma el movimiento vital, es un trastorno en el movimiento nutritivo, es una perturbación en el supremo acto fisiológico; en ese desequilibrio, en ese trastorno, en esa perturbación, toman parte la materia y la fuerza, los elementos y sus actividades. Toda enfermedad supone siempre alteraciones materiales en los órganos, porque las propiedades de la vida, ni en salud ni enfermedad son personas, sino propiedades físicas y químicas de la materia; no hay fiebres esenciales; causa manifiesta ó no aparente orgánica las produce; las manifestaciones de la fuerza vital, normales ó patológicas, están bajo la dependencia de las acciones nerviosas; toda enfermedad, para serlo, requiere expresar una perturbación de la liga federativa de los elementos y de los tejidos, de los congregados y de los zoónitas ó sea del sistema nervioso; no todas las causas de muerte merecen siempre el nombre de enfermedad, ni deben repu tarse enfermedades las manifestaciones de la fuerza vital, propias de los tejidos é independientes del sistema nervioso.

Para Hanhemann, repetidor en esto de Hipócrates y de Celso, de Areteo y de Asclepiades, hay enfermedades agudas y crónicas; llama agudas á las operaciones rápidas de la fuerza vital desacordada, á las evoluciones de ese ser, no salido de su ritmo normal y que reobra enérgicamente, en tiempo de mediana duración; llama cró nicas á los desacuerdos paulatinos y lentos de la fuerza vital, que han concluído por desorientarla del ritmo de la salud, que la alejaron casi en su inconsciencia de su manera propia de obrar y de los que no pue de libertarse porque se ha quedado sin defensa, ni protestar, porque se ha hecho incapaz, ni oponerse, porque terminó por ser impotente. Para la Dosimetría ó sea para la Ciencia, la evolución de una enfermedad es variable, según las condiciones peculiares del movimiento nutritivo, es decir, según las influencias de los centros ner viosos antagonistas, y la calidad y can tidad de los tejidos orgánicos; hay enfer medades generales y locales, según que prepondera la perturbación de la actividad vital ó la lesión del tejido; generalmente la lesión anatomopatológica es consecutiva á una enfermedad general, y es ésta la que ocasiona las modificaciones que en ella se ostentan; hay afecciones, acantonadas en puntos limitados del cuerpo, que no merecen el nombre de enfermedades, mientras no influyen sobre el gran armonizador de la vida. El estado general de una enfermedad es la fiebre, y la fiebre significa siempre un *agotamiento de fuerzas, una astenia,* un desequilibrio de evolución rápida, en que la paresia del Simpático y consiguiente falta de contrapeso á la desasimilación, dejan que la rapacidad medular haga estragos en la federación orgánica, en que la circulación violenta y la desnutrición terrible, conmueven á los blastemas, destruyen á las celdillas, queman á los tejidos y obstruyen con despojos los capilares de la vida autonómica, de los órganos, de las glándulas sanguíneas sobre todo; en que los Sensitivos ofendidos amotinan á los Motores obedientes y cual irrupción de bárbaros llevan la desolación y el exterminio en todos los puntos del organismo; esos desequilibrios, esas convulsiones funcionales del organismo son las enfermedades agudas, enfermedades en que hay gasto excesivo de fuerzas, en razón directa de la elevación de temperatura, gasto que no podrá persistir sin matar al enfermo. Hay otros desequilibrios de evolución duradera y prolongada, en que el movimiento nutritivo es lánguido, en que los antagonistas nerviosos están desfallecidos, en que la Médula, sin brío, no acude ni directamente ni por intermedio del simpático al tono, al vigor de la vida, en que los dos actos constitutivos del gran acto fisiológico, asimilación y desasimilación, están relajados; y esos trastornos, esos desequilibrios que afectan dinamismos vacilantes, idiosincrasias que claudican, federaciones orgánicas, débiles y pobres, y que marchan y evolucionan como ellos, se llaman enfermedades crónicas, enfermedades en que el peligro está en la apropiación del terreno en que se implantan.

Para Hanhemann como para Sydenham, las enfermedades agudas tienen su causa fuera del organismo, y las crónicas dentro de él, y como para Baglivi y Sauvages, Paracelso y Hufeland, Zimmermam y Junker, los motivos de las enfermedades crónicas son internos, y en número de tres, la sífilis, la psícosis y la sarna. Para la Dosimetría ó sea para la Ciencia, todas las enfermedades tienen su última razón de ser en las circunstancias individuales; las agudas pueden reproducirse con sólo cambiar la dinámica nerviosa y la Experimentación las parodia, y las crónicas pueden

prepararse con las influencias del medio vital que ha abonado el terreno orgánico; toda causa capaz de influir sobre la mecánica nerviosa, acantonada que esté fuera del organismo ó en alguno de sus tejidos, es motivo de enfermedad; la falta de energía en la actividad vital predispone á las enfermedades virulentas y contagiosas, su desusado é inconveniente vigor á las neurosténicas, la lentitud en la fuerza evolutiva histológica al cáncer y al tubérculo y lo impropio de los blastemas, á las caquexias, á las regresiones, á la heteromorfía de los elementos, ó á que éstos adopten propensiones y tendencias anormales verdaderamente diatésicas. Los motivos hanhemannianos de las enfermedades crónicas se multiplican con los cambiantes nutritivos, la psícosis puede comprender á la psoriasis y ambas entrar en las enfermedades parasitarias.

Para Hanhemann como para Hipócrates y Galeno, si dos enfermedades desemejantes se juntan, la más fuerte suspende ó se alía á la más debil, pero si dos semejantes se congregan, la más fuerte destruye á la más debil. Para la Dosimetría ó sea para la Ciencia, estas proposiciones encierran una verdad que se explica perperfectamente por la dinámica nerviosa.

Para Hanhemann como para Demócrito y Paracelso, Van-Helmont, Sthal y Zimmermam, el desacuerdo enfermedad no puede ser transformado en salud, sino por otro desacuerdo semejante provocado por un medicamento. Para la Dosimetría como para la Ciencia, no es necesario el desacuerdo medicamentoso, como no es necesario desequilibrar más, para equilibrar mejor; para curarse una enfermedad, no necesita de otro padecimiento, sino sólo de un correctivo.

Para Hanhemann son increpables (página 38—Doctrina Homeopática de Hanhemann), los que imitan de una manera general los *esfuerzos saludables de la Naturaleza grosera*, entregada á sus propios recursos, introduciéndo así en la práctica esas derivaciones, *soi disant* útiles, que cada cual varía al grado de indicaciones sugeridas por sus propias ideas, y á los que tendiendo á un objeto más elevado, favorecen con todo su poder la tendencia que la fuerza vital demuestra en las enfermedades, á desembarazarse por evacuaciones y metastasis antagonistas. Para la Dosimetría como para la Ciencia, la Naturaleza puede, en algunos casos, como en las fiebres eruptivas, restablecer la salud sin socorro extraño, en otros como las intermitentes no lo alcanza sin la intervención pericial; los fenómenos críticos son impulsos nutritivos, curativos, y se hacen notar de preferencia donde el vigor vital es enérgico, donde la lucha, por reconquistar el terreno perdido, es decisiva; la senda curativa es la señalada por el Divino anciano de Cos, *Quo vergit natura*, la misma por donde el Arte humano marchó siempre al acierto, la misma por donde acudieron todos los adelantos y progresos, la propia, la única que ha señalado el criterio filosófico, la sola verdaderamente científica. Imitar á la Naturaleza en sus procedimientos curativos, seguirla en sus enseñanzas iátricas, parodiar sus maneras médicas y sus oportunidades fisiológicas, hacer como ella hace cuando cura, copiar hasta donde fuere dable los movimientos críticos naturales, ir por dónde y como la Naturaleza va cuando endereza á la salud, marchar con ella y como ella cuando se encarrila al acierto, remedarla en suma como el discípulo al maestro; he aquí para la Dosimetría como para la Ciencia, el bello ideal, el punto de mira, el verdadero objetivo; atrás dice con Paracelso, atrás los que se creen más sabios que la Naturaleza y se esfuerzan en perturbar su marcha, so pretexto de auxiliarla.

Para Hanhemann, sectario en esto de Demócrito y Avicena, de Paracelso y Campanella, de Van Helmont y Boerhaave, de Silvio y Zimmermann, de Helvetio, Sthal y Hufeland la ley curativa suprema es *Similia similibus curantur* (pref.º de Hanh., pág. 5); se combate una enfermedad natural procurando una enfermedad medicinal análoga, una modificación (pág, 46) semejante pero más fuerte para que la natural no pueda influir sobre ella; la propiedad curativa de los medicamentos es la que tienen de provocar síntomas semejantes y superiores en energía (Organón 27) á los de la enfermedad por combatir más el retrato formado (Organon 154); por los síntomas de un medicamento se parece al conjunto de síntomas de una enfermedad, mas el medicamento será homeopático, específico en las circunstancias; la homeopaticidad del remedio (pág. 515) es declarada por la analogía de propiedades patogenéticas que se revelan en el sano; el medicamento tiene que ser único, el que fotografíe los síntomas, y si éstos cambian después de usarlo, el medicamento tiene que ser otro pero único el que fotografíe los síntomas nuevos ó restantes. Para la Dosimetría como para la ciencia la ley suprema curativa es la homeodinámica formulada por Huguet, *Similia similibus agere et contraria contrariis curantur;* los desequilibrios orgánicos llamados enfermedades se

curan calmando, excitando ó corrigiendo con medicamentos ó sea sustancias que en el organismo produzcan acción semejante, es decir, calmen, exciten ó corrijan, según y cómo los accidentes vitales requieran; la Medicina no tiene más papel cerca del organismo que sufre, que equilibrar, enmendar, contrapeserar las actividades vitales con las fuerzas autonómicas equilibrantes de los medicamentos. Esa ley es la que le señaló el criterio de Dake; á la luz de éste averiguó que todos los casos en que los medicamentos realmente curan, que todos los éxitos obtenidos en el arte de curar por variados y numerosos que hayan sido y cualquiera su fuente, aún los alegados por la Ortodoxia, aun los aducidos por la Homeopatía que da lo que ofrece, aun los que refieren las viejas y decantan los charlatanes, concuerdan en que los medicamentos causaron, con acciones semejantes, el restablecimiento del equilibrio vital perturbado, en que con esfuerzo parecido en cantidad y calidad al esfuerzo orgánico en defecto, se restauró el dinamismo de la salud, en que por el concurso de una actividad semejante á la que le es propia, la naturaleza se encarriló por la vía fisiológica normal.

El resultado, por lo demás, de toda curación es *contrario* á la enfermedad. Aún admitiendo que la enfermedad fuera determinada por exceso de humores como lo quiso Hipócrates, por alteración en cantidad ó calidad de los mismos, como lo pretendió Galeno, por intrusión de principios químicos como lo pensaron Paracelso y Sylvio de la Boe, por obstrucciones mecánicas como querian Boreli y Boerhaave, por movimientos y afecciones de una arquea como opinaba Van-Helmont, por desviación de la fuerza vital como lo quiso Gaubius, por lucha del alma contra el desequilibrio orgánico como lo entendía Sthal, por depuración orgánica como la conceptuaba Sydenham, por espasmos ó relajaciones como lo admitía Cullen, por cambio cuantitativo en la incitabilidad como lo creyó Brown, por la alteración en la cantidad de la acción vital como lo pretendía Rasori, por acrecentamiento de irritación como parecía á Brousseais, por reacciones como lo quería Barthez, por modificación de la vida como lo entendía Dubois d'Amiens, de cualquiera modo la enfermedad es opuesta á la salud, es su contraria; no hay en la vida fisiológicamente hablando, sino salud ó enfermedad, quien dice una excluye la otra. Curar es cambiar por tranquilidad el sufrimiento, por bienestar la molestia, por paz interior el motín orgánico. Alcanzar con la terapéutica la salud es obtener el efecto contrario apetecido con sustancia capaz de provocarlo por su acción dentro el organismo viviente.

A diferencia de la Alopatía galénica, atenta sólo á los resultados, y de la Homeopatía embebecida no más en el estudio de los recursos, y superficial en la apreciación de sus actividades, la Dosimetría ó sea la Ciencia guiada por el criterio de Dake, se fijó en la manera de obrar de los medicamentos, en el verdadero dinamismo terapéutico, en la actividad vital de los recursos médicos, y así, pudo comprobar que el principio supremo de curación, no es contrariar los síntomas como lo pide la Ortodoxia, ni parodiarlos como lo pretende la Homeopatía, sino equilibrar las fuerzas naturales, transformar en armónico el antagonismo nervioso, y en correcta su influencia sobre los órganos y los tejidos, alcanzando así un efecto contrario á la enfermedad, el estado normal.

Para la Dosimetría como para ciencia, la sangre es el medio en que viven todos los elementos del organismo animal, ella transporta las sustancias nutritivas como las medicinales á su destino; los diversos tejidos orgánicos tienen propiedades especiales y distintas, y están relacionados entre sí por los nervios y vasos; cada medicamento es un agente fisiológico que va á obrar sobre un tejido; ningún medicamento ni veneno obra sobre un órgano como órgano, sino sobre los elementos y tejidos que lo forman: varios tejidos formando un órgano, pueden medicinarse con agentes diversos; no hay temor de que su congregación perjudique ni de que se estorben en su actividad; la diferencia en la intensidad de acción en los diversos animales es relativa á la cantidad de tejidos homólogos, y entre éstos á la energía vital; los medicamentos y venenos obran en razón directa con la actividad de los nervios y los vasos; los Sensitivos son las vías nerviosas de las medicaciones y envenenamientos; los Medicamentos obran por la acción electiva que sobre ellos tienen los tejidos, los nervios, los músculos, las celdillas; cada elemento tiene sus venenos como sus medicamentos, éstos obran según los componentes de los órganos.

Para Hanhemann como para Boerhave *á jubantibus et noscentibus optima incatio;* las indicaciones deben fluír de las diversas condiciones de exacerbación y mejoría en las enfermedades; para la Dosimetría como para la Ciencia no hay más que dos indicaciones lógicas é invariables en toda enfermedad: suprimir la causa

cuando se la encuentra: es la dominante, y corregir los trastornos que el principio morbífico provocó en el organismo: es la variante.

Para Hanhemann deben listarse los síntomas tan exactamente como fuese posible, y *la imagen* patológica que pinten, servirá para encontrar el remedio, comparándola con la patogenética medicamentosa que mejor se le asemeje; para la Dosimetría ó sea para la ciencia, deben buscarse todos los síntomas, y encontrados, deben valorizarse, inquirir bien su significado, esclarecer perfectamente las quejas orgánicas que formulen para atenderlas; si se llega á tiempo en que las lesiones anatómicas aún no se presentan, mejor para el tratamiento; si no completan un cuadro clásico, no importa, hay que obrar tal como ellos indiquen.

Para Hanhemmann como para Demócrito y Avicena, y Campanellá y otros, medicamento es una sustancia capaz de transformar á un sano en enfermo y á un enfermo en sano; dos efectos produce todo medicamento, uno inmediato causado por la actividad medicinal que se impone, y otro secundario ó curativo causado por la fuerza vital que se sobrepone, el primero que significa una acción propia del medicamento, el segundo una reacción de la fuerza vital (Organon, pág. 4) contra la enfermedad medicinal en que aquella despliega toda su energía, y que al desaparecer causa la vuelta de esa fuerza á las condiciones del estado normal; para la Dosimetría como para la Ciencia, son medicamentos aquellas sustancias que á informe del Método Experimental, comprobado por el Método de Diferencia y corroborado por la Clínica, tienen el poder de equilibrar transformando en fisiológicas normales, las perturbaciones dinámicas llamadas enfermedades; medicamentos y venenos son sinónimos y difieren sólo por la intensidad de acción; los medicamentos en las cantidades en que se llaman así, nunca ocasionan enfermedad; como venenos sí y parodian enfermedades naturales en las que revelan su actividad; los medicamentos están destinados sólo á cambiar el medio de que viven los tejidos que forman los órganos; no hay en el medicamento más efecto que el curativo, porque el primero ó de impresión á que se refiere Hanhemann, no depende del medicamento puro y correcto y bien dosado, como el que emplea la Dosimetría, sino de los diversos componentes de los medicamentos complexos que usa cuando los usa la Homeopatía, y que siempre emplea la Ortodoxia.

Para Hanhemann que asegura odiar los medicamentos compuestos y complexos en que cada componente difiere mucho de los otros bajo la relación de su energía especial, son aceptables como matrices de los medicamentos las triacas naturales de las plantas; para la Dosimetría como para la Ciencia, en los vegetales se encuentran los medicamentos en bruto, hay que sacarlos y marcar con toda exactitud la acción simple que á cada componente corresponde.

Para Hanhemann como para Haller y Murray, la experimentación de los medicamentos sobre el hombre sano, puede sólo revelar las propiedades curativas de los medicamentos; todo está en encontrar uso que parodie por sus efectos en el sano, enfermedad del cuadro nosológico y dedicarlo al tratamiento de la que mejor imite. Para la Dosimetría como para la Ciencia, la acción de los medicamentos y de los venenos, no es la misma en estado de salud que en estado morboso, varía con el estado del sistema nervioso en ambos casos; debe ensayarse la medicación también en el hombre enfermo para de ésta deducir su verdadera acción terapéutica.

Para Hanhemann como para Hipócrates, Paracelso y Van-Helmont, las dosis de los medicamentos deben ser exiguas, porque el organismo no debe oponer á la enfermedad medicinal una reacción superior, porque la *fuerza vital* no se sienta oprimida y no pueda reobrar, pero á la vez suficientemente enérgica para que los síntomas que engendren sean más fuertes que los de la enfermedad natural. Para Hanhemann como para Boerhawe, los medicamentos deben emplearse en dosis infinitesimales. Para Hanhemann como para Cagliostro y Mesmer, Puysegur y Hufeland sus contemporáneos, la potencia dinámica de los medicamentos se aumenta con los sacudimientos y frotes hasta adquirir una energía formidable. Para la Dosimetría como para la Ciencia, los medicamentos deben administrarse á consulta del Método Experimental, desde la dosis mínima activa en el caso morboso, y elevar la dosis hasta equilibrar al organismo ó sea hasta que los síntomas morbosos se extingan; las dosis exiguas no son, en manera alguna, las dosis ausentes; las soluciones medicinales facilitan la absorción del medicamento y por tanto expeditan su acción; los sacudimientos y frotes no podrían tener más efecto dada una cantidad de sustancia activa, que hacer las soluciones, pero nunca comunicar al medicamento actividad superior á la que le es peculiar.

....

¿Qué dice vd., Sr. Dr. Romero, son semejantes siquiera la Homeopatía y la Dosimetría? ¿puede llamarse ésta copia de aquella? *Me dirijo á un hombre honrado que no gasta sutilezas sino argumentos.*

Pero va vd. á decirme ¿cómo, pues y los fundamentos y citas en que me apoyo para declarar la similitud de los credos homeopático y dosimétrico? Tiene vd. razón, vamos á ellos. ¿Vd. cree que es lo mismo *acortar los intervalos de las dosis* medicamentosas en *las enfermedades crónicas y reducirlo hasta algunos minutos en las agudas, no reiterar el remedio hasta la curación y empezar por dosis pequeñas para aumentar diariamente si fuere necesario*, que estos vigorosos preceptos: A las enfermedades agudas, tratamiento agudo; á las enfermedades crónicas, tratamiento crónico; dése el remedio hasta efecto? ¿Vd. cree que es lo mismo *fuerza vital*, persona, que anima, que obra, que se subleva, que *fuerza vital*, acto fisiológico, movimiento nutritivo? ¿Vd. cree que es lo mismo asegurar que un medicamento cambia la composición química de los blastemas ó medios vitales, que decir que las moléculas de ese medicamento tienen fuerzas, que mientras más aisladas y libres, luchan mejor? ¿Vd. cree que es lo mismo yugular una enfermedad que hacerla abortar, que es lo propio deshacerse de un enemigo, que vencerlo? ¿Vd. cree que es lo mismo emplear un tratamiento en que, según confesión de vd., *los errores* se conocen por el *mutismo de la Naturaleza*, que otro en que la energía del recurso requiere habilidad, ciencia y prudencia en quien lo maneja? ¿Vd. cree, y esta pregunta va directa al Sr. Dr. Romero, que es lo mismo decir que medio miligramo es la dosis mínima *medible* de un medicamento, que decir que es la dosis precisa por donde se debe empezar?

Si vd. encuentra semejantes los términos de mis preguntas, si vd. decide que uno es copia del otro, no me será ya extraño que cualquier día declare la identidad de un huevo y de una castaña.

Pero quiero ser benévolo hasta la exageración; supondré que la repetición de dosis defendida por Burggraeve, fué antes expresada por Hanhemann, que el vitalismo científico del primero, fué antes defendido por el segundo, que la yugulación de las enfermedades agudas no fué formulada por el sabio de Gante, sino por el *calumniado* de Meisen. ¿Por estas semejanzas ó igualdades que sean, el Sr. Dr. Hanhemann fué el fundador de la Dosimetría? *Latius huncquam praemissae conclutio non vult.* La Dosimetría, vd. lo ha dicho, *puede agravar con el efecto fisiológico;* la Homeopatía, á pesar *de que aglomera el efecto de la sustancia que actúa*, no hace correr riesgo alguno. La Naturaleza siente la actividad de los recursos dosimétricos y se queda *muda* ante la de los homeopáticos. La Homeopatía se *sube al campanario* á pregonar que sus recursos (?) son inofensivos; la Dosimetría exige ciencia, porque son armas peligrosas y de precisión las que maneja. Cuando no fuera más que la actividad la que las distinguiera, cuando á semejanza de doctrinas difirieran, sólo en que una combate á la enfermedad y la otra la contempla, cuando no hubiera que distinguirlas más que con el criterio de Aristóteles, *el arte es la acción*, quedaría entre ambas un abismo. La Homeopatía predica y no obra, mistifica y no ostenta, es una Moscota cuyas virtudes no se pueden poner á prueba. La Dosimetría enseña y ejecuta, manifiesta sus recursos garantidos por la Química, probados en la fisiología, y corroborados en la Clínica; la Homepatía y la Dosimetría, son pues antagonistas.

III

Pero suponga vd. por un momento que el Sr. Hanhemann incluyera en sus enseñanzas á la Dosimetría, suponga vd. que con la mayor ternura fuéramos á colocar en su cabeza la corona del triunfo ¿la Historia nos dejaría? Hanhemann, vd. lo ha visto en la confronta que hice de su doctrina con la de Burggraeve, no tiene como de propiedad de su sistema sino bien poco y de detalle; la Homeopatía está formada con ideas de Hipócrates y de Avisena, de Campanella y de Van-Helmont, y tantos, tantos otros que en su oportunidad cité; se podría desmembrarla dando á cada uno lo suyo y quedarían sólo á Hanhemann las glorias, esto sí indisputables de haberse encarado á la Ortodoxia en los tiempos más terrorosos de la dominación Browniana arrebatando innumerables víctimas á la muerte y la nó menos envidiable de haber iniciado el estudio patogenético de los medicamentos, abriendo una era de grandioso porvenir á la Terapéutica.

Oiga vd. esta argumentación cuya fuerza debe respetar porque es vd. de quien la tomo: Si Hanhemann legó al mundo *sus estudios* hace *noventa años*, y filósofos y médicos expresaron las ideas, objeto de esos estudios muchos años, y algunos muchos siglos antes que él viviera; *sírvase vd. contestarme* ¿quién copió á quién?

Si la Dosimetría fuera copia de la Ho-

meopatía, Hanhemann, se lo aseguro, no sería el copiado; lo serían muchos gloriosos antepasados de la Medicina.

Por lo demás, esté tranquilo. El *Proles sine matra creata* de Montesquieu es una quimera; en el curso de los siglos los grandes hombres caminan sobre huellas de los que desaparecieron, enmendando, corrigiendo ó haciendo progresar sus obras. Tentado me he visto cuando leí á Paracelso, á suponer que él previó á la Dosimetría; tentado me he sentido cuando leí á Van-Helmont á suponer que sus obras dieron no despreciable contingente á la Medicina Científica; tentado me he visto cuando leo las obras de Bernard, á suponerlo precursor de Burggraeve, y sin embargo, nunca disputaré porque no lo creo justo, al sabio de Gante la gloria imperecedera de haber personalizado la Dosimetría, de haber desprendido á la ciencia Médica de los errores y preocupaciones de la tradición, de haberla purificado y reducido á preceptos sencillos, terminantes, exactos, aforísticos.

IV

Las diluciones no quedan consagradas con observación alguna de las que menciona la carta de vd.

Para probarlo no haré sino trasladar aquí algunos párrafos de mis escritos en que de ellas hablo y en que bueno es se fije vd.

" La Homeopatía (*Medicina Científica*, tomo 1°, pág. 196), para persuadirse á sí misma de la utilidad de sus preparados nunca ha cesado de pregonar que la materia es divisible hasta lo infinito, que la actividad es su atributo indeficiente y que nadie podría poner linde justificado á la cantidad en que una sustancia puede ser útil y activa.

" Se le ha dicho que no se infiere de que la materia sea *infinitamente divisible,* que la división obedezca á los medios mecánicos ordinarios, ni que las diluciones, ó trituraciones cumplan ese cometido, ni que la sustancia medicamentosa quede en sus preparados, *infinita y debidamente dividida.* Se le ha dicho que á juzgar por el mutismo de las análisis, las diluciones y los glóbulos no contienen sustancia medicinal; que la copa del químico nada revela; que el mismo espectroscopio (microscopio de lo impalpable, de lo inconcebible, que puede hasta revelar el hidrógeno que carga el éter en su camino de las estrellas á nosotros, que puede hasta inquirir un tresmillonésimo de milígramo de sal marina en la atmósfera de una pieza, que puede hasta sorprender una moleculilla de zinc de un treintamillonésimo de milímetro de tamaño) nada enseña más allá de la 9ª dilución; que el reactivo fisiológico *última ratio* en negocios de este género, se calla á ese respecto, pues que el hombre sano que debería tener con la administración de sustancia activa, conforme á sentido común, algún trastorno, y de acuerdo al credo hahnemanniano, *serie de síntomas* constitutivos *de una enfermedad facticia tan semejante cuando es posible al conjunto de síntomas de la enfermedad que se pretende haga desaparecer*, no la producen ni la engendran, ni contingente ni infaliblemente, ni semejante ni desemejante, ni con dulzura ni con crueldad; y que de los enfermos unos sanan con glóbulos y otros no sanan con glóbulos, lo mismo en esto que cuando no se da medicina, lo mismo exactamente que cuando se da medicina bien perceptible y aparente, no siendo por tanto los hechos, decisivos para la demostración cuestionable. Se le ha dicho que dé poco, que dé muy poco, que dé poquísimo, que dé infinitesimal, pero que dé algo que se pueda comprobar, algo que no sea el *Blas* de Van-Helmont que sólo animara la buena voluntad de ese hombre ilustre, algo que no sea el *Accipe Spiritum Sanctum* de los obispos que sólo puede concebir la fe religiosa. Se le ha dicho que los ejemplos en que ella apoya su dinamización activa no la favorecen; que Ducoudray era atacado de asma por aspirar ipecacuana, no por aspirar nada, que los imperceptibles dan enfermedades pero no los ausentes; que las pequeñas dosis conservan actividad pero no las dosis imaginarias; que el que deposita una gotita de virus en un piquetito ó en una escoriación, el que inyecta un soluto titulado debajo de la piel y el que absorbe miasmas deletéreos, siembra, inyecta ó absorbe, no ganas ni buenos deseos, sino algos que se pueden enseñar por los medios convenientes. Se le ha dicho que no escarnezca la fe científica diciendo que da lo que no da; que es cierto que hay misterios que paran al hombre, pero que siquiera pruebe, que es uno de ellos, la actividad de lo ausente, la fuerza de lo que no existe, el poder de no hacer, como decía Magendie; que la inmaterialidad de la fuerza es una verdad, pero que lo es también que la fuerza deriva de la materia, que la fuerza sin materia es quimera y que toda fuerza debe tener el punto de apoyo que Arquímedes buscaba para conmover el mundo.

" Se le ha advertido que aun suponien-

do que los medios homeopáticos dividan sin tropiezo hasta lo inconcebible, tratándose de cuerpos heterogéneos, de mezclas de componentes variados, de tinturas ó jugos vegetales por ejemplo, es seguro que la división mejor practicada, llevará á tal glóbulo ó gota partículas de alcaloides, y á tales ó cuales otras, moléculas de sustancias inertes, ó de ácidos ó de sales; es claro que la dynamización mejor hecha, pero ciega como tiene que ser la que hacen los medios mecánicos que usa, conducirá por aquí tal sustancia eficaz, por allá tal otra inconveniente, inoportuna ó inofensiva, no siendo ni siquiera verosímil que cada glóbulo, gota ó dosis lleve precisamente los tantos de cada componente para reconstruir la composición de la planta, para que personifiquen en pequeño la genuina sustancia del vegetal curativo. Se le ha advertido que por más que la materia sea activa en cualquiera aun ínfima dosis, una partícula de dinamita estallando en el corazón de una montaña y que puede, hasta forzar los poros de la enorme mole, hasta estremecer los tunelitos de su transpiración, no es probable que hiciera volar al coloso; que el esfuerzo de una hormiga por mucho que sea bastante hasta para ahogar á un gusanillo nunca conseguirá por más que se violente tirar á un elefante; que cada dosis mínima de medicamento debe, si el tiempo, como pasa, es precioso, tener no actividad en general, sino la mínima competente al objeto que persigue, la fuerza que conduzca con seguridad al fin que se intenta; que la dosis de remedio por débil que sea, debe conservar la energía bastante, según doctrina homeopática, para *provocar inmediatamente después de haber sido tomada, síntomas semejantes á los de la enfermedad* á que se destina, y en caso de enfermedad *un poco más intensos*, y ningunos provoca la administración de los glóbulos; se le ha advertido que esta ausencia de síntomas subjetivos consecuente á la administración de preparados homeopáticos, era esperable, pues que si un glóbulo representa una *infinitamente pequeña porción de la dilución* y la gota de la dilución á la 30ª debiera contener (supondré que contiene) un novendecimillonésimo de grano, computada la actividad de un glóbulo ó de una gota de dilución y multiplicada por 100, 1,000 ó un millón, no se puede demostrar que produzca efecto pronto y eficaz en el organismo humano, que es el objeto para que fueron formados.

" Se le ha advertido la manera inofensiva con que los charlatanes usan y abusan muchas veces sin la más mínima instrucción, de los medicamentos homeopáticos en los enfermos, cosa que no harían si fuesen activos y si como quiere Hahnemann sus medicamentos *fueran suficientemente poderosos* para un objeto que no es siempre al que la ignorancia atrevida los consagra.

" Se le ha advertido que si las dosis homeopáticas bastaran para enfermar, los organismos de los farmacéuticos, sujetos á constantes inhalaciones de medicamentos, no resistirían mucho tiempo los embates de tanto huracán morboso.

" La Homeopatía, urgida por la Lógica, asevera pero no demuestra, que las diluciones homeopáticas, no son soluciones sino medicamentos especiales donde el agua se transforma por virtud del ó los atomillos ó partículas de sustancia medicinal allí nadantes y los sacudimientos impresos al líquido en verdadero cuerpo y sangre de la medicación racional, ¡¡cuánto trabajo y esfuerzo se necesita por sostener lo falso!! La Homeopatía, hostigada por el raciocinio, pide que no se haga tanto mérito de sus preparados, que lo que vale es su ley, que se salve su ley y que todo lo demás es lo de menos ¡¡como si fuera posible desentenderse de la práctica, es decir, de la comprobación de la ley cuando la práctica de la ley es lo esencial!! ¡¡como si fuera fácil demostrar las ventajas del principio sin sujetarlo á la observación!! ¡¡como si fuera dable la Medicina homeopática sin los medicamentos!!

"Mientras la Homeopatía no demuestre que la divisibilidad de la materia la obedece desgranando partículas y átomos conforme á su indicación; mientras la Homeopatía no compruebe que dividiéndose mezclas con medios mecánicos, se aislan grupos armónicos representativos de la potencia total de la planta, en glóbulos, en gotas ó en dosis, en acatamiento á su buen deseo; mientras la Homeopatía no demuestre en el sano la potencia en unidades, decenas ó centenas de sus glóbulos, no es serio hablar de sus botiquines ni en general de sus prácticas terapéuticas; se pierde tiempo precioso dedicándolo á orientarse sobre mistificaciones manifiestas."

....

"..........Hahnemann llevó (ibid., página 199) su análisis dividiendo más allá de donde sus recursos se lo permitieron, más allá de LO POSIBLE en su caso; él mismo sin saber ya lo que analizaba, sin poder decir la cantidad sujeta á su experiencia, seguía apuntando observaciones que en suma pudieron concretarse á estas fra-

ses: á ESTO QUE ESTÁ AQUÍ, corresponden estos efectos. ¿No le parece á vd. que á buen componer esta experiencia tenía después de hecha como las que no se han hecho y se van á hacer, una parte en la luz y otra en las tinieblas, ó lo que es lo mismo, que fué una análisis improvechosa?

" Hahnemann, además, ensayó en tinturas, en cortezas, en soluciones, en trituraciones, todo esto de composición y actividad variabilísima. ¿La unidad de ensaye puede asegurarse que fué idéntica en todas las experimentaciones, y por tanto que sus resultados deban tenerse como consagrados? Indudablemente que no. "

. . . .

Y más adelante (ibid., pág. 202). " Pero va vd. á decirme que los medicamentos deben atenuarse para que produzcan sólo bien y nunca mal; entonces los glóbulos y las diluciones ¿son ó no remedios? ¿lo son? deben tener la potencia de engendrar la enfermedad que van á curar, deben excitar la enfermedad que quieren combatir, deben causar la enfermedad artificial más semejante á la que se tiene á la vista, debe corresponder su acción en el sano lo mejor posible á la totalidad de los síntomas en el enfermo. ¿No lo son? entonces ¿para qué se emplean ó porqué se dan obsequiando un credo á cuyo servicio ciertamente no deberían seguir? ¿Están ya muy atenuados para que no causen mal? Entonces lo están para producir el bien, porque deben producir mal del tamaño del bien que van á procurar. Si producen poquísimo mal, producen poquísimo bien; son insuficientes. En el medicamento homeopático el mal es correlativo del bien; tanto mal en el sano, tanto bien en el enfermo; nada de mal en el sano, ni pisca de bien en el enfermo."

. . . .

Afronte vd., Sr. Dr. Romero, estas argumentaciones y extermínelas; pero no produzca ejemplos que no hacen sino transformarse en temas nuevos de las mismas dificultades.

V.

¿Pasteur, dice vd., *dinamiza los virus de inoculación en inoculación hasta quitarles lo virulento dejándoles lo curativo?* Entendámonos: ¿qué entiende vd. por dinamizar?

Dinamizar, en concepto de Leibnitz, Boscovich y Kant, de quien lo tomó Hahnemann, á ser exacto lo que declara el Vengador de la Homeopatía, Dr. Gailliard, es disgregar la materia hasta reducirla á sus elementos ó monadas ó fuerzas simples personales. En este sistema la materia no existe sino como un fenómeno hijo de condensaciones y enrarecimientos de monadas. Dinamizar, en sentido filosófico, es verbo que no existe ni en el Diccionario de la lengua ni en los Diccionarios científicos que he podido consultar, pero creándolo para el caso y partiendo de la significación científica de dinamismo, sería la disgregación de la materia en partículas, cada cual quedando con la actividad que le compete. Virus es, dice Bouillet, un agente deletéreo constituido por organismos figurados, microscópicos, unicelulares que viven en sólidos, líquidos ó gases, que pueden comunicar una enfermedad semejante á la que infecta á la economía de donde derivan.

Dinamizar un virus en el sentido hanhemaniano sería disgregarlo, no hasta que quedaran organismos figurados, aislados, sino hasta reducirlos á los elementos de que se componen. Dinamizar los virus en el sentido científico que me permito suponer, sería disgregar los elementos figurados que los constituyen cada cual con la actividad que le es peculiar, y con objeto variable bien sea de estudio, bien de ejercer influencias menos enérgicas sobre el organismo en que se enjertaran. Lo primero, no sería atenuar sino destruir los virus, lo segundo, no sería atenuarlos sino diluirlos; allí donde estuviera un elemento figurado conservaría la virtud y energía que le es peculiar.

Y en concepto de Hanhemann ni de uno ni de otro modo se *atenuarían*, antes bien *se concentrarían* si hubiera que juzgar con el criterio expresado en los párrafos 280 y 287 del Organón, ó con el que ostenta Chargé comentando una práctica del Dr. Noirot: la trituración y la *subdivisión* DESARROLLAN la energía de las propiedades.

A Pasteur, que yo sepa, nunca ocurrió ni lo primero que es una sandez, ni lo segundo que ni es propiamente una atenuación, ni necesitaría inoculaciones sucesivas sino sólo diluciones apropiadas.

Oiga vd. la práctica que, según Veranot, se sigue con los virus para atenuarlos, y empiezo desde la manera de obtener no sólo los organismos que los constituyen, sino todos los microbios capaces ó no de infectar.

Los microbios pueblan nuestra atmósfera y entran dentro de nuestro organismo con los alimentos que nos nutren y con las bebidas que ingerimos; muchos hay que penetran nuestras carnes, que mo-

ran dentro de nuestros tejidos. Si se pone como sebo á los aerobios un poco de gelatina, ó se hace que corrientes de aire insidan sobre placas que puedan recogerlos, el microscopio revela la existencia de un infinito y variadísimo grupo de ellos, bajo forma de cocos ó bacterias, de bacilos ó vibriones ó espirilas; todos esos pequeños individuos dedicándose en su caso á atacar la gelatina, luchando por su vida y transformándose y multiplicándose constantemente.

Para estudiarlos por separado y ensayar con ellos, la Experimentación necesita aislarlos y lo consigue aprovechando la tendencia que tienen cuando los amaga un peligro, á separarse en colonias, cada cual con los de su especie. Se cubre aquel inmenso hormiguero de emigrados con gelatina que los aprisiona y se les lleve á mezclas frigoríficas que atentan á su vida; cuando la gelatina se congela los microbios abandonan sus ataques al alimento, se dedican á buscarse, se congregan en puntos determinados, cada colonia aparte; el peligro los junta; parece como que tienden á auxiliarse contra el siniestro ó como que se agrupan para morir entre los suyos. Entonces se les vuelve al calor húmedo y normal; recobran con él la vida y la animación; caprichosas muchas enseñan dónde está cada nacionalidad. El microscopio declara la residencia de cada familia microbiótica.

En los casos de líquidos orgánicos ó virulentos toda esta preparatoria operación puede ahorrarse.

Sigue la pesca. Aislada la especie se toma un alambre de platina, una especie de anzuelo, se introduce en la mancha preferida, y después en un poco de gelatina esterilizada; así se encuentra el microbio pescado y trasladado á un vivero; no queda en seguida sino observar su manera de vivir, sus hábitos, sus transformaciones; asomarse en el microscopio á su intimidad.

Lo primero que se advierte es que el microbio cualquiera que sea, necesita un conjunto de circunstancias apropiadas para vivir y para prosperar, que á muchos los anemiza y languidece el oxígeno, que á otros los sidera el ácido carbónico ó el ácido chlorhídrico, que á todos los fulmina el hydrógeno sulfurado; que los que viven en condiciones impropias, cercados de elementos nocivos, ó mueren ó arrastran vida difícil ó lenta, ó se trasforman generalmente en microbios regresivos atavicós; que algunos viven de impurezas, y su estancia en el organismo es ventajosa, que otros hieren de muerte á la sangre y terminan por matar al individuo; que unos son afines y se llevan y viven congregados en armonía; que otros luchan y se devoran y se destruyen unos á los otros.

A veces no existe el medio vital que requiere la vida de muchos microbios; entonces éstos prosperan sólo cuando su número es corto ó cuando lapso de tiempo conveniente los deja preparar los blastemas para nuevos emigrados, ó para los propios descendientes; pero cuando afluyen en compactas multitudes y antes de la adecuación de los jugos de que deben vivir, ó agonizan de hambre, ó de asfixia perecen, quedando si acaso algunos individuos, á velar por la indemnidad de la Nutrición que vinieron á destruir.

Los microbios buscan para vivir, como tierra de promisión el blastodermo, pero el organismo humano cuenta por oponerse al nocivo intento, con vigorosas defensas: 1º El Tegumento Externo con sus líneas cerradas y múltiples de celdillas queratinizadas que circunvalan la federación orgánica por fuera y el Tegumento Interno con sus epitelios extratificados ó vibrátiles que la guarecen por dentro, ya exhalando jugos mortíferos para las microbidas, ya lanzando á los terribles contrarios por cordilleras hasta expulsarlos de la economía. 2º Las Celdillas Linfoides de Biasideschi, cancerberos vigilantes que sin cesar recorren de la dermis á la mucosa de Malpighio, buscando microbios deslizados á través de eroción tegumentaria para envolverlos y ahogarlos dentro de su protoplasma. 3º Los glóbulos blancos de la sangre que emigran de los vasos, previa convulsión del Simpático, y mistificados en piococos persiguen á los parásitos afortunados que salvaron las anteriores filas, los arrestan y conducen fuera del Organismo, siendo este encuentro el primero y más importante, que en la economía sostiene la vida, cuando el instrumento cortante franquea ampliamente al enemigo los tejidos mesodérmicos. 4º La Sangre que en el caso de ser sana, es campo de muerte para los microbios, los asfixia y entrega por la osmosis escarmentados ó exánimes al enumtorio más próximo que á su paso encuentra y los lanza fuera del organismo. Que si está enferma y el blastema es apropiado para la vida parasitaria, todavía tiene en su seno combates que pueden favorecer á la vida humana. Seres patógenos del mismo género, y sobre todo, aliados con metaviόticos ó simbióticos, causan daño indefectible que sin embargo soporta la vida, cuando es de poca monta el elemento sanguíneo que consumen, ó hasta aprovecha, cuando reac-

ción orgánica resultante á la vez que acaba por exterminarlos, repone y con creces lo perdido. Si los microbios que llegan á la sangre hallan ya hospedados á otros gérmenes afines, no perjudican y entonces se ostenta la indemnidad; si antagonistas se establece un conflicto en que unos mueren por influencia de los otros, con ventaja en ocasiones para su salud; y 5º El sistema nervioso que libra el último y más terrible ataque contra los microbios invasores. Si el primer motor orgánico es enérgico, impulsa vigorosamente á los vaso-motores, en la corriente sanguínea lanza al destierro por la vía más próxima, á los parásitos, y á los elementos cómplices, muchas veces antes de que se hayan surtido convenientemente de recursos para su vida, muchas veces antes de haberse robustecido para intentar en el ostracismo una nueva invasión.

De estas enseñanzas ha sacado provecho la Ciencia estableciendo la vacuna y la antisepcia.

Microbios virulentos que atraviesan por organismos inapropiados desfallecen, sufren, se vuelven lánguidos; no tienen energía para conmover profundamente el organismo en que se implantan; la nutrición llega á avenirse con los huéspedes, á vencerlos, aunque herida, ó termina por arrojarlos victoriosa por alguna de las secreciones. Microbios virulentos que matan pueden ser muertos en las afueras del recinto orgánico, dentro en las mucosas y en la circulación por la vida misma por medicamentos microbicidas ó por microbios que los persiguen y destruyen entregando á la Nutrición sólo el trabajo de eliminarlos por las secreciones.

Microbios virulentos que acuden á organismos feraces pero no preparados, pueden por sólo el número en que llegan ser heridos de muerte; microbios virulentos pueden hospedarse hasta en organismos susceptibles si sus colonias son tan poco numerosas que la Nutrición no se dé ostensiblemente por apercibida que la vida pueda sin menoscabo para los intereses que representa, reparar las pérdidas que los parásitos ocasionan, y desentenderse de los ultrages consentidos por las funciones argánicas. Microbios virulentos quedarán impunemente en un organismo si acostumbrada la Nutrición á sus periódicas visitas llegan á sumar cantidad de individuos imposible de vivir sin hacerse maladbra recíproca ú ocasionarse la muerte.

El secreto de la vacunación es el siguiente: Los microbios necesitan para vivir y prosperar, terreno abonado; hay que ponerlos en uno malo para enfermarlos y extenuarlos para que cuando lleguen al organismo humano, sus fuerzas estén mermadas y la nutrición se sobreponga, y cuando nuevos, pero enérgicos, encuentren modificado el organismo por sus afines y no tengan elementos de qué vivir; ó también este otro, llevar al organismo habitado por microbios nocivos, microbios inócuos que devoren á los primeros y terminen con la tremenda plaga; ó también, imponer virus de más en más enérgico en dosis incapaces de siderar hasta que los microorganismos se acumulan en cantidad que no pueda alimentar el organismo en que se encuentran.

El carbón y la difteria, sometidas á ciertas temperaturas, producen sólo ligeros síntomas; la rabia inoculada á conejos, surge con variadas proporciones. Bacilos del cólera introducidos al estómago de un conejo sano, mueren fulminados por la acidez del jugo gástrico; si el jugo es alcalino por razón de enfermedad ó experimentalmente, el conejo muere entre horribles convulsiones. Virus carbuncloso, inoculado á una rana en circunstancias normales no le causa mal alguno; si se eleva la temperatura al derredor del batracio, éste muere carbuncloso. El bacilo fluoresente pútrido, yugula al cólera asiático haciendo perecer al bacilo colérico, y sabe también exterminar al bacilo del tifo y al bacilo neumónico.

Las vacunas de Pasteur *no dinamizan los virus de inoculación en inoculación hasta quitarles lo virulento.* Todo lo que sobre esta especie aduce vd. en favor de la Homeopatía, no tiene razón de ser.

VI

Antes de finalizar esta carta, permita vd. que me ocupe de algunas inexactitudes disparcidas en la suya.

No es la primera vez que vd. asegura que *yo he declarado científica á la Homeopatía,* y en esta ocasión reitera su dicho con serenidad y aplomo que pasman. Tengo el mejor concepto de vd. y lo creo intachable en orden á buena fe; en tal concepto, en lugar de suponer que me calumnia, sencillamente digo, que ha violentado mis frases hasta hacerlas decir lo que no dicen.

Copio aquí en el orden cronológico los elogios que hice á la Homeopatía ó al Dr. Hahnemann, en los distintos artículos en que de aquella ó de éste me he ocupado.

"Sólo la Homeopatía (*Medicina Cien-*

tífica, tomo 1°, pág. 81) ha hecho escuchar sus defensas, sólo ella ha honrado nuestro llamamiento, sólo ella ha acudido á la palestra á disputar la victoria. Cualquiera, si no más por la apariencia juzgase, opinaría que sólo ella tiene ó cree tener la seguridad de lo que profesa; que sólo ella busca lo cierto ó abriga la conciencia de poseerlo; que sólo ella conserva del sufrimiento, del dolor y de la angustia, el concepto merecido; cualquiera que no más por lo que se ostenta, concluyera, supondría, que la Homeopatía es la única inocente ó exculpable, la sola que se siente firme en sus fundamentos, ó la sola, que valoriza como es debido, el apotegma de su maestro: "ser verdugo ó matador de sus hermanos, es cosa horrible."

- -

"Brousseais y Hahnemann (ibid., tomo 1°, pág. 84), habilísimos, candentes, terribles para destruir, Mirabeau y Dantón, de una especie de revolución francesa en Medicina, no supieron edificar; lanzaron en fragmentos la terapéutica browniana con el tremendo y santo enojo con que Carlos V destruyó la estatua de Irminzul, y cuando contemplaron estupefactos su gigantesca demolición, Brousseais levantó un organismo efímero, hijo de su fuego, y que pronto vió desvanecer; y Hahnemann más valiente, pero no menos imaginativo, sustituyó al pesado ariete de las grandes dosis, con que ya ni la fe podía, la aerea, la espiritual, la etérea terapéutica de las dosis exiguas, dinamizadas, mínimas, dinamismos sin materia, verdaderos mitos, fundiendo así, la fe científica en la fe religiosa.

"Hahnemann comprendió la magnitud de la falta de la medicación y la transcendencia de sustituirla, y con la honradez del que teme, improvisó sobre sus observaciones en la corteza del Perú la Homeopatía, la asentó sobre el pedestal de la Medicina Ortodoxa, le puso por alma una experimentación improcedente, y por apoyo textos mal interpretados por el calor de la refriega, le asignó como reino ánimos divididos é inciertos, y le puso como programa, aparentar que obraba, sin obrar, la abstención con visos de actividad.

"¿Hizo bien Hahnemann entonces? Sí, hizo bien, si no pudo hacer mejor: las estadísticas demuestran que la intervención de sólo la naturaleza en sus propios negocios, es muy menos mortífera que la tutela de dosis atrevidas y aplastantes. Los médicos entre matar y siquiera no dañar, debieron optar por esto último."

- -

"La Homeopatía consuela (ibid., tomo 1°, pág. 92), conforta y hace esperar tranquilos á los padres por sus hijos, á los pacientes por sus penas, á los dueños por sus animales. La Homeopatía no ha hecho mal, pero tampoco ha hecho bien; es inofensiva porque es impotente, cuando menos en los tratamientos que usa."

- -

"La Homeopatía contiene en su Organón (ibid., tomo 1°, pág. 196), doctrina filosófica que sólo claudica en lo referente á Terapéutica; lleva en su ley derrotero no arbitrario y útil que sólo tiene en su contra no ser siempre el conducente al objeto á que se destina, y en sus archivos experimentales guarda valiosos documentos para la medicación racional que sólo para ella no sirven, pues que por mucho que con justicia los decante no hace de su enseñanza el uso debido en sus tratamientos. La Homeopatía ha sido además la que fijó la atención de los médicos sobre los efectos vitales de las sustancias medicamentosas, punto objetivo de la Medicina Fisiológica ó Científica. La Homeopatía interrumpió el terrible reinado de la medicación browniana, salvando así enfermos innumerables de las garras del delirio de la maza y convidó á los prácticos al examen y á la meditación. Justo, debido y conveniente es entonces que la Homeopatía no sólo tenga franco el paso al certamen de la investigación humana, sino lugar preferente en las Academias Médicas y sitial de honor en los congresos humanitarios.

"No es serio, sin embargo, permitir que la Homeopatía ingrese al recinto del debate llevando sus glóbulos y sus botiquines, porque esto tiene ya mucho de cómico, y no es propio de médicos dejarse engañar como niños, ni mirarse entre sí como los augures de Cicerón."

- -

"Hanhemann, el verdadero institutor (ibid., tomo 1°, pág. 199) del dynamismo de las sustancias medicinales, el apóstol de las análisis de la fuerza medicamentosa no supo practicarlas; no se pueden aducir consecuencias legítimas de las dinamizaciones del padre de la homeopatía."

- -

"La Homeopatía no sólo consuela (ibid., tomo 1°, pág. 205) y anima con su manera fina y elegante de propinar ilusiones, sino lo que es peor, hace perder tiempo irreparable en que se podría mucho; no razona sino recoge síntomas para formar la fotografía que necesita y espera á que el esfuerzo crítico, natural, espontáneo se

ierga por sí mismo y la corone con gloria."

....

"La Medicina moderna (ibid., tomo 1°, pág. 226), fundada en la acción electiva de los medicamentos que comenzó á estudiar Hanhemann y que para bien de la humanidad han continuado sus discípulos......

....

¿En cuál de estos párrafos se incluye mi declaración?

Oiga vd. ahora estos otros:

"Ya demostré á vd. (ibid., 379) que el método de investigación de Hahnemann ni es *método*, ni es *científico*."

....

"*Científicamente* (ibid., pág. 381), sin lanzarse al mar hahnemanniano ó sea de las ilusiones, no se puede asegurar lo que pasa más allá del alcance de nuestros sentidos; la Ciencia lo sabe bien, y por eso sólo medra en el terreno demostrable."

....

"La Homoapatía no comprueba (ibid., pág. 385) lo que da y mientras no lo compruebe, mientras no convenza de que no es otra cosa que una doctrina discutible con una terapéutica de escamoteo, inútil es que yo tome á lo serio efectos, de todo lo que se quiera, menos de lo que no hay. La base de la polémica científica no son las creencias, ni los buenos deseos de vd. ni de nadie; demuestre la sustancia medicinal en los glóbulos y diluciones homeopáticas, en seguida demuestre vd. que las dosis de los glóbulos y diluciones son activas, y luego demuestre que esa actividad marcha en favor de la salud, por la propia vía por donde la perjudica."

....

"La Homeopatía, aún en el empirismo (ibid., pág. 395), *¿pretende fijar las condiciones de los hechos biológicos observados por ese empirismo?* Entonces con razón no es científica, apenas está en el empirismo; no obstante es de aplaudir su determinación, deseando que al investigar, lleve la ceniza de la conformidad, en la frente, y no pretensiones ambiciosas."

¿Insiste vd. en decir que yo he declarado científica á la Homeopatía? ¿Cómo y dónde?

Dice vd. que uno de los artículos publicados en *La Medicina Científica*, por uno de nosotros, comienza así: "La grande obra de Hanhemann continuada por nosotros....." y pide vd. que el Sr. Dr. Zamora se eche á buscar las frases. ¿Qué no hubiera sido más natural que vd. hubiera marcado la página donde se encuentran? La supuesta *confesión* puede ser para nosotros una *arma poderosa* que esgrimir en contra de la veracidad de vd. Vuelva por su crédito y apunte lo que con justicia le pido.

Nada prueba en pro de la Homeopatía que un hombre afligido y casi loco, como se pone el que teme perder á un ser amado, acuda á un homeópata, como nada prueba en favor de la Ortodoxia que algún muy distinguido homeópata haya recurrido á ella cuando sentía avecinarse su muerte. En las profundas conmociones del corazón, el hombre no está en sus cabales; su juicio se extravía; su entereza se pierde; no es un hombre, es un niño.

Con todo afecto me despido de vd. ofreciéndome á sus órdenes como su atento servidor amigo y compañero.

FERNANDO MALANCO.

VARIEDADES.

EL ALMA DE LOS ANIMALES.

¿Tienen alma los animales? Sí; tal es nuestra opinión. Negamos que sólo posean un principio vital inconsciente, como pretende Barthez. Ahora bien: el alma dista mucho de gozar el mismo grado de actividad en los animales de todas clases. Es muy distinta también la actividad anímica del perro y la del cocodrilo, y muy distinta también la del águila y la de la langosta. El alma existe en estado de germen en los animales inferiores, los zoófitos y los moluscos; este germen se desarrolla y amplifica á medida que los animales se elevan en la serie de la perfección orgánica.

La esponja y el coral son zoófitos. (Animales plantas.) En estos seres, los caracteres de la animalidad, bien que existen positivamente, son obscuros y poco discernibles. El movimiento voluntario, que es el carácter distintivo que se invocaba otras veces para los animales, les falta: son inmóviles como las plantas. Sin embargo, su nutrición es la misma que la de los animales; pertenecen, pues, á los animales. No se les puede reconocer un alma completa, pero sí el germen, el punto de origen de una alma.

La voluntad dicta los movimientos y la conducta de la vida de los moluscos; y esto basta, á nuestro juicio, para suponerles un alma, aunque imperfecta y rudimentaria todavía. En los animales articulados y

sobre todo en los insectos, la voluntad, la sensibilidad, los actos que revelan un raciocinio, una deliberación y una acción resultante de la deliberación, son numerosos y se repiten á cada instante. Su inteligencia es ya activa. La pequeñez del cuerpo de los insectos no puede aducirse, á guisa de argumento, contra el hecho de su inteligencia. En la naturaleza no hay nada pequeño; la monstruosa ballena y el invisible pulgón son iguales ante sus leyes; la una y el otro han recibido en herencia el grado de inteligencia que está relacionado con sus necesidades, y no es con la escala de las grandezas con lo que debe medirse el grado de espíritu en los seres vivientes.

Nadie ignora los prodigios de inteligencia que desenvuelven las abejas en sociedad, así como las hormigas, reunidas en sus campamentos y en sus retiros. Las costumbres de estas dos especies de insectos, estudiadas y evidenciadas solamente en nuestro siglo, asombran y casi producen estupor. Pero las abejas y las hormigas no pueden constituir una excepción en la clase de los insectos. Es muy probable que en toda esta clase, la inteligencia exista en el mismo grado que en las abejas y las hormigas. La verdad es que si la abeja ha sido estudiada profundamente, débese á que dicho insecto es objeto de industria agrícola, y había gran interés en descubrir sus costumbres.

Los insectos tienen alma, puesto que la inteligencia es una de las facultades del alma. Lo propio acontece con los peces, los reptiles y los pájaros. En estas tres clases de animales la inteligencia va perfeccionándose, y el grado de ésta parece marchar progresivamente del pez al reptil y del reptil al pájaro. Los mamíferos presentan un grado eminente de adelanto intelectual sobre las clases de animales que acabamos de mencionar.

Creemos que las facultades intelectuales de los animales aumentan desde el molusco hasta el mamífero, siguiendo casi la escala progresiva de las clases de la zoología. El alma existe en germen en los zoófitos; este germen se desarrolla y acrece en los moluscos, después en los articulados y peces. El alma adquiere ciertas facultades más ó menos obscuras y veladas, al entrar en el cuerpo de un reptil, y estas facultades aumentan de un modo manifiesto en el cuerpo del pájaro. El alma se perfecciona más en el cuerpo de un mamífero. Tal es el espíritu general de nuestro sistema.

***

Decir que los animales sólo tienen *instinto*, es poner una palabra en lugar de una explicación. Con una simple dicción se imagina resolver uno de los más grandes problemas de la Naturaleza. La antigüedad reconocía la inteligencia de los animales. Asistóteles y Plutarco no ponen en duda que las bestias raciocinen. La inteligencia de los animales la reconocen filósofos tan ilustres como Leibnitz, Locke y Montaigne, y naturalistas tan eminentes como Bonnet, Leroy, Dupont de Nemours y Réaumur. Bonnet comprendía el lenguaje de muchos animales. — Descartes y Buffón han sido los adversarios declarados de la inteligencia animal. Los partidarios de Descartes y Buffón son los que han popularizado la idea del instinto puesto en lugar de la inteligencia, la palabra reemplazando la cosa. Pero de buena fe, ¿qué diferencia hay entre la inteligencia y el instinto? Ninguna. Estas dos palabras no representan sino dos grados diferentes de una misma facultad. El instinto es la inteligencia debilitada en un grado.

Es el orgullo humano el que pretende colocar una barrera, que en realidad no existe, entre el hombre y el animal. La inteligencia de éste está menos desarrollada que la del hombre, porque son menores sus necesidades, sus órganos menos acabados, y porque el círculo de su actividad es más limitado; he aquí todo. Y, en algunas ocasiones, no lo olvidemos, el animal es superior en inteligencia al hombre. Ved al grosero y brutal carretero, al lado del dócil caballo, que abruma á golpes y maltrata con furor, mientras que su fiel auxiliar llena su obra con calma y exactitud; y decid si no es el dueño el bruto, y el animal el ser inteligente. Cuanto á bondad, esta dulce emanacion del alma, los animales superan á menudo á los hombres. Recuérdese la historia del individuo que se aproxima al río para ahogar allí á su perro. El pie se le desliza, cae al agua, su muerte es inminente...... pero su compañero, el mismo que intentaba matar, á su lado, se precipita al socorro de su amo en peligro, y trae vivo á la orilla al que quería ser su asesino: este último, vuelto en sí y tomadas mejor sus precauciones agarra á su salvador y lo arroja al agua...... El alma humana proviene de un animal perteneciente á órdenes superiores. Después de haber recibido, en el cuerpo de ese animal un grado de elaboración de perfeccionamiento conveniente, va á encarnarse en el cuerpo recién nacido, de un hijo de los hombres. El na-

cimiento no es un principio, es una continuación. Nacer no es comenzar, es continuar una existencia anterior. Propiamente hablando, para la especie humana, no hay ni nacimiento ni muerte: sólo hay una serie de existencias que se encadenan.—*Luis Figuier.*

LA LECHE.

El estudio de la leche ha dado lugar á cuestiones de tres órdenes:

1º ¿Los glóbulos de leche son sencillamente glóbulos de cuerpos grasos desnudos, semejantes ó idénticos á los glóbulos de una grasa emulsionada ó bien, por el contrario, van provistos de una envoltura que les impide aglutinarse?

2º ¿En una ó en otra hipótesis, la parte líquida de la leche contiene una sustancia albuminoide única, caseina, ó contendrá muchas que serán diferentes para las diversas leches?

3º ¿La leche se cuaja y fermenta espontáneamente, esto es, naturalmente, ó el fenómeno es accidental, correlativo con la actividad de fermentos extraños de gérmenes preexistentes en el aire y que se introducirían durante la emulsión?

Respondiendo á la primera cuestión M. Bechamp demuestra que en realidad los glóbulos de la leche son verdaderas vesículas, aislables y susceptibles de manipulación como cualquiera célula de levadura de cerveza ó glóbulo de sangre; ahora bien, que exigen mucho cuidado y precaución por la delicadeza de la cubierta y la naturaleza particular del contenido.

El método de extracción de los glóbulos de la leche, está fundado en los fenómenos siguientes:

1º La parte líquida de la leche no contiene caseina libre; disuelta ó en suspensión, pero la tiene disuelta con las otras sustancias albuminoides en combinación con los álcalis; ó sea, que la leche contiene la caseina como una disolución de sulfato de potasa al ácido sulfúrico.

2º Los caseinatos y albuminatos alcalinos de la leche, no son precipitados de sus soluciones por alcohol de regular concentración.

3º La sustancia de la envoltura membranosa de los glóbulos de la leche, no es soluble en una solución de sesquicarbonato amónico, que por el contrario disuelve con facilidad la caseina.

Los glóbulos pueden ser extraídos de la crema de la leche y del coágulo. La leche reciente ó la crema se diluye en alcohol débil, y puesto sobre un filtro, los glóbulos quedan retenidos. Por lociones con agua alcalina se le despoja por completo de la caseina y de otras sustancias albuminoides adherentes. Estos tratamientos deben efectuarse á 0° próximamente.

La masa que forman los glóbulos, lavada con agua alcoholizada, no se parece en nada á la manteca. Una partícula diluída en el agua deja ver al microscopio dos glóbulos intactos. Su masa desecada no entra entera en fusión. La parte infusible retiene la manteca fundida. La porción no fundida representa 1, 3 por 100 del peso de los glóbulos secos, sustancia que no es caseina.

M. Bechamp ha ofrecido á la Academia de Ciencias de París publicar una memoria bien detallada sosteniendo que la leche no es una emulsión como hasta ahora se ha creído.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE

DEL

Tomo segundo de la "Medicina Científica."

TRABAJOS ORIGINALES.

Del Dr. Juan F. Fénélon.

Del Dr. Fernando Malanco.

Del Dr. J. Max Meinecke.

Del Dr. Silvino Riquelme.

Del Dr. Amalio Romero.

Del Dr. Ruperto Zamora.

CORRESPONDENCIA.

Del Dr. Jesús María Gil.

Del Dr. Doroteo F. Ledesma.

Del Dr. García Figueroa.

Del Dr. Malanco.

Del Dr. Van-Renterghem.

Del Dr. González Valledor.

INDICE.

COPIADO.

De la prensa extranjera.

De la prensa médica del país.

OFICIAL.

MISCELANEA MEDICA.

VARIEDADES.

INDICE.

SUELTOS.

FIN DEL INDICE.

